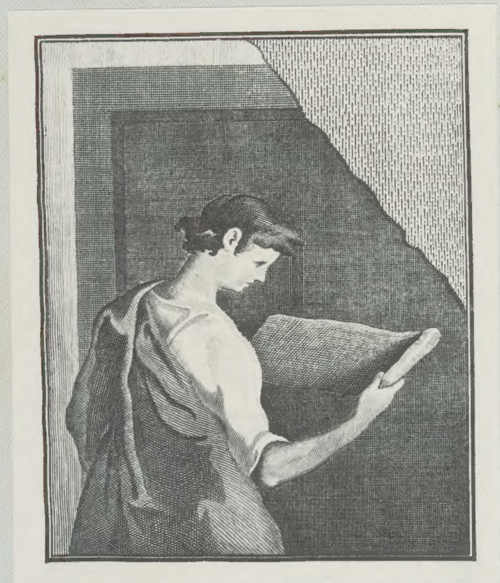
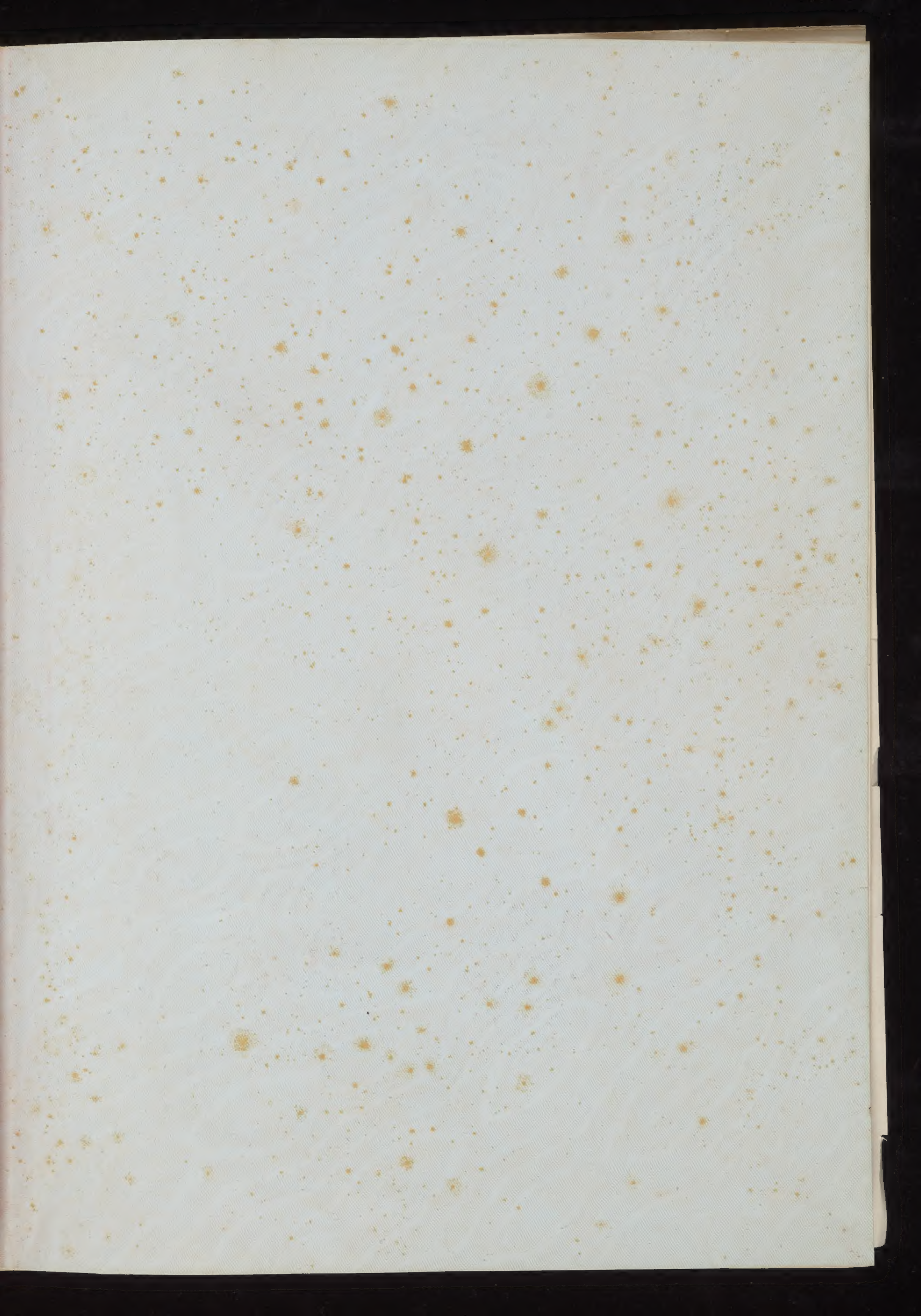
LA ILUSTRACION







LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XXVIII.—AÑO 1909

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1909

Año XXVIII — Barcelona 1.º de enero de 1909 — Número 1.409



EL ALCALDE DE ZALAMEA

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAS

El rey Felipe II.
Don Lope de Figueroa.
Don Álvaro de Ataide, *capitán.*
Un sargento.
La Chispa.
Rebolledo, *soldado.*
Pedro Crespo, *labrador, viejo.*
Juan, *hijo de Pedro Crespo.*
Isabel, *hija de Pedro Crespo.*
Inés, *prima de Isabel.*
Don Mendo, *hidalgo.*
Nuño, *su criado.*
Un escribano.
Soldados. – Un tambor. — Labradores. – Acompañamiento.

La escena es en Zalamea y sus inmediaciones

JORNADA PRIMERA

Campo cercano á Zalamea

ESCENA PRIMERA

REBOLLEDO, CHISPA, SOLDADOS

REBOLLEDO

¡Cuerpo de Cristo con quien
desta suerte hace marchar
de un lugar á otro lugar
sin dar un refresco!

TODOS

Amén.

REBOLLEDO

¿Somos gitanos aquí,
para andar desta manera?
Una arrollada bandera
¿nos ha de llevar tras sí,
con una caja...

SOLDADO 1.º

¿Ya empiezas?

REBOLLEDO

que este rato que calló,
nos hizo merced de no
rompernos estas cabezas?

SOLDADO 2.º

No muestres deso pesar,
si ha de olvidarse, imagino,
el cansancio del camino
á la entrada del lugar.

REBOLLEDO

¿A qué entrada, si voy muerto?
Y aunque llegue vivo allá,
sabe mi Dios si será
para alojar; pues es cierto
llegar luego al comisario
los alcaldes á decir
que si es que se pueden ir,
que darán lo necesario.
Responderles, lo primero,
que es imposible, que viene
la gente muerta; y si tiene
el concejo algún dinero,
decir: «Señores soldados,
orden hay que no paremos:
luego al instante marchemos.»
Y nosotros, muy menguados,
á obedecer al instante
orden que es, en caso tal,
para él orden monacal,
y para mí mendicante.
Pues ¡voto á Dios! que si llego
esta tarde á Zalamea,
y pasar de allí desea
por diligencia ó por ruego,
que ha de ser sin mí la ida;
pues no, con desembarazo,
será el primer tornillazo
que habré yo dado en mi vida.

SOLDADO 1.°

Tampoco será el primero
que haya la vida costado
á un miserable soldado;
y más hoy, si considero
que es el cabo desta gente
don Lope de Figueroa,
que si tiene fama y loa
de animoso y de valiente,
la tiene también de ser
el hombre más desalmado,
jurador y renegado
del mundo, y que sabe hacer
justicia del más amigo,
sin fulminar el proceso.

REBOLLEDO

¿Ven ustedes todo eso?
Pues yo haré lo que yo digo.

SOLDADO 2.°

¿Deso un soldado blasona?

REBOLLEDO

Por mí muy poco me inquieta;
pero por esa pobreta,
que viene tras la persona.....

CHISPA

Seor Rebolledo, por mí
voacé no se aflija, no;
que, como ya sabe, yo,
barbada el alma, nací;
y ese temor me deshonra,
pues no vengo yo á servir
menos que para sufrir
trabajos con mucha honra.
Que para estarme, en rigor,
regalada, no dejara
en mi vida, cosa es clara,
la casa del regidor,
donde todo sobra, pues
al mes mil regalos vienen;
que hay regidores que tienen
mesa franca con el mes.
Y pues al venir aquí
á marchar y padecer
con Rebolledo, sin ser
postema, me resolví;
por mí ¿en qué duda ó repara?

REBOLLEDO

¡Viven los cielos que eres
corona de las mujeres!

SOLDADO 2.°

Aquesa es verdad bien clara.
¡Viva la Chispa!

REBOLLEDO

¡Reviva!
Y más si por divertir
esta fatiga de ir
cuesta abajo y cuesta arriba,
con su voz al aire inquieta
una jácara ó canción.

CHISPA

Responda á esa petición
citada la castañeta.

REBOLLEDO

Y yo ayudaré también.
Sentencien los camaradas,
todas las partes citadas.

SOLDADO 1.°

¡Vive Dios, que ha dicho bien!
(Cantan Rebolledo y la Chispa.)

CHISPA

Yo soy titiri, titiri, tina,
flor de la jacarandina.

REBOLLEDO

Yo soy titiri, titiri, taina,
flor de la jacarandaina.

CHISPA

Vaya á la guerra el alférez,
y embárquese el capitán.

REBOLLEDO

Mate moros quien quisiere,
que á mí no me han hecho mal.

CHISPA

Vaya y venga la tabla al horno,
y á mí no me falte pan.

REBOLLEDO

Huéspeda, máteme una gallina;
que el carnero me hace mal.

SOLDADO 1.°

Aguarda; que ya me pesa
(que íbamos entretenidos
en nuestros mismos oídos)
de haber llevado á ver esa
torre, pues es necesario
que donde paremos sea.

REBOLLEDO

¿Es aquella Zalamea?

CHISPA

Dígalo su campanario.
No sienta tanto voacé
que cese el cántico ya:
mil ocasiones habrá
en que lograrle, porque
esto me divierte tanto,
que como de otras no ignoran
que á cada cosita lloran,
yo á cada cosita canto.
y oirá uced jácaras ciento.

REBOLLEDO

Hagamos alto aquí, pues
justo, hasta que venga, es,
con la orden el Sargento,
por si hemos de entrar marchando
y en tropas.

SOLDADO 1.°

El solo es quien
llega ahora; mas también
el Capitán esperando
está.

ESCENA II

EL CAPITAN, EL SARGENTO

DICHOS

CAPITÁN

Señores soldados,
albricias puedo pedir:
De aquí no hemos de salir,
y hemos de estar alojados
hasta que Don Lope venga
con la gente que quedó
en Llerena; que hoy llegó
orden de que se prevenga
toda, y no salga de aquí
á Guadalupe hasta que
junto todo el tercio esté,
y él venga luego; y así,
del cansancio bien podrán
descansar algunos días.

REBOLLEDO

Albricias pedir podías.

TODOS

¡Víctor nuestro Capitán!

CAPITÁN

Ya está hecho el alojamiento:
el comisario irá dando
boletas, como llegando
fueren.

CHISPA

Hoy saber intento
por qué dijo, voto á tal,
aquella jacarandina:
«Huéspeda, máteme una gallina;
que el carnero me hace mal.»
(Vanse.)

—

Calle

ESCENA III

EL CAPITAN, EL SARGENTO

CAPITÁN

Señor Sargento, ¿ha guardado
las boletas para mí,
que me tocan?

SARGENTO

Señor, sí.

CAPITÁN

¿Y dónde estoy alojado?

SARGENTO

En la casa de un villano,
que el hombre más rico es
del lugar, de quien después
he oído que es el más vano
hombre del mundo, y que tiene
más pompa y más presunción
que un infante de León.

CAPITÁN

Bien á un villano conviene
rico aquesa vanidad.

SARGENTO

Dicen que ésta es la mejor
casa del lugar, señor;
y si va á decir verdad,
yo la escogí para ti,
no tanto porque lo sea,
como porque en Zalamea
no hay tan bella mujer...

CAPITÁN

Di.

SARGENTO

como una hija suya.

CAPITÁN

Pues
por muy hermosa y muy vana,
¿será más que una villana
con malas manos y pies?

SARGENTO

¿Que haya en el mundo quien diga
eso?

CAPITÁN

¿Pues no, mentecato?

SARGENTO

¿Hay más bien gastado rato
(á quien amor no le obliga,
sino ociosidad no más)
que el de una villana, y ver
que no acierta á responder
á propósito jamás?

CAPITÁN

Cosa es que en toda mi vida,
ni aun de paso, me agradó;
porque en no mirando yo
aseada y bien prendida
una mujer, me parece
que no es mujer para mí.

SARGENTO

Pues para mí, señor, sí,
cualquiera que se me ofrece.
Vamos allá; que por Dios,
que me pienso entretener
con ella.

CAPITÁN

¿Quieres saber
cuál dice bien de los dos?
El que una belleza adora,
dijo, viendo á la que amó:
«Aquella es mi dama,» y no:
«aquella es mi labradora.»
Luego si dama se llama
la que se ama, claro es ya
que en una villana está
vendido el nombre de dama.
Mas ¿qué ruido es ése?

SARGENTO

Un hombre,
que de un flaco rocinante
á la vuelta de esa esquina
se apeó, y en rostro y talle
parece á aquel Don Quijote
de quien Miguel de Cervantes
escribió las aventuras.

CAPITÁN

¡Qué figura tan notable!

SARGENTO

Vamos, señor; que ya es hora.

CAPITÁN

Lléveme el sargento antes
á la posada la ropa,
y vuelva luego á avisarme.
(Vanse.)

ESCENA IV

DON MENDO, NUÑO

DON MENDO

¿Cómo va el rucio?

NUÑO

Rodado,
pues no puede menearse

DON MENDO

¿Dijiste al lacayo, di,
que un rato le pasease?

NUÑO

¡Qué lindo pienso!

DON MENDO

No hay cosa
que tanto á un bruto descanse.

NUÑO

Aténgome á la cebada.

DON MENDO

¿Y que á los galgos no aten,
dijiste?

NUÑO

Ellos se holgarán;
mas no el carnicero.



Mas y Fondevila, pintó

CHISPA. — Yo soy titiri, titiri, tina,
flor de la jacarandina.

EL ALCALDE DE ZALAMEA, jornada I, escena I

DON MENDO

Baste,
y pues han dado las tres,
cálzome palillo y guantes.

NUÑO

¿Si te prenden el palillo
por palillo falso?..

DON MENDO

Si alguien,
que no he comido un faisán,
dentro de sí imaginare,
que allá dentro de sí miente,
aquí y en cualquiera parte
le sustentaré.

NUÑO

¿Mejor
no sería sustentarme
á mí que al otro?, que en fin
te sirvo.

DON MENDO

¡Qué necedades!
—En efecto, ¿que han entrado
soldados aquesta tarde
en el pueblo?

NUÑO

Sí, señor.

DON MENDO

Lástima da el villanaje
con los huéspedes que espera.

NUÑO

Más lástima da y más grande
con los que no espera...

DON MENDO

¿Quién?

NUÑO

La hidalguez; y no te espante;
que si no alojan, señor,
en cas de hidalgos á nadie,
¿por qué piensas que es?

DON MENDO

¿Por qué?

NUÑO

Porque no se mueran de hambre.

DON MENDO

En buen descanso esté el alma
de mi buen señor y padre,
pues en fin me dejó una
ejecutoria tan grande,
pintada de oro y azul,
exención de mi linaje.

NUÑO

Tomáramos que dejara
un poco del oro aparte.

DON MENDO

Aunque si reparo en ello,
y si va á decir verdades,
no tengo que agradecerle
de que hidalgo me engendrase,
porque yo no me dejara
engendrar, aunque él porfiase,
si no fuera de un hidalgo,
en el vientre de mi madre.

NUÑO

Fuera de saber difícil.

DON MENDO

No fuera sino muy fácil.

NUÑO

¿Cómo, señor?

DON MENDO

Tú, en efecto,
filosofía no sabes,
y así ignoras los principios.

NUÑO

Sí, mi señor, y aun los antes
y postres, desde que cómo
contigo; y es, que al instante,
mesa divina es tu mesa,
sin medios, postres ni antes.

DON MENDO

Yo no digo esos principios.
Has de saber que el que nace,
substancia es del alimento
que antes comieron sus padres.

NUÑO

¿Luego tus padres comieron?
Esa maña no heredaste.

DON MENDO

Esto después se convierte
en su propia carne y sangre.
Luego si hubiera comido
el mío cebolla, al instante
me hubiera dado el olor,
y hubiera dicho yo: «Tate,
que no me está bien hacerme
de excremento semejante.»

NUÑO

Ahora digo que es verdad...

DON MENDO

¿Qué?

NUÑO

Que adelgaza la hambre
los ingenios.

DON MENDO

Majadero,
¿téngola yo?

NUÑO

No te enfades;
que si no la tienes, puedes
tenerla, pues de la tarde
son ya las tres, y no hay greda
que mejor las manchas saque
que tu saliva y la mía.

DON MENDO

Pues esa ¿es causa bastante
para tener hambre yo?
Tengan hambre los gañanes;
que no somos todos unos;
que á un hidalgo no le hace
falta el comer.

NUÑO

¡Oh, quién fuera
hidalgo!

DON MENDO

Y más no me hables
desto, pues ya de Isabel
vamos entrando en la calle.

NUÑO

¿Por qué, si de Isabel eres
tan firme y rendido amante,
á su padre no la pides?
Pues con eso tú y su padre
remediaréis de una vez
entrambas necesidades:
tú comerás, y él hará
hidalgos sus nietos.

DON MENDO

No hables
más, Nuño, en eso. ¿Dineros
tanto habían de postrarme,
que á un hombre llano por suegro
había de admitir?

NUÑO

Pues antes
pensé que ser hombre llano,
para suegro, era importante;
pues de otros dicen que son
tropezones, en que caen
los yernos. Y si no has
de casarte, ¿por qué haces
tantos extremos de amor?

DON MENDO

¿Pues no hay sin que yo me case,
huelgas en Burgos, adonde
llevarla cuando me enfade?
Mira si acaso la ves.

NUÑO

Temo, si acierta á mirarme
Pedro Crespo...

DON MENDO

¿Qué ha de hacerte,
siendo mi criado, nadie?
Haz lo que manda tu amo.

NUÑO

Sí haré, aunque no he de sentarme
con él á la mesa.

DON MENDO

Es propio
de los que sirven, refranes.

NUÑO

Albricias, que con su prima
Inés á la reja sale.

DON MENDO

Di que por el bello oriente,
coronado de diamantes,
hoy, repitiéndose el sol,
amanece por la tarde.

ESCENA V

ISABEL É INÉS, *á una ventana.*

DICHOS

INÉS

Asómate á esa ventana,
prima, así el cielo te guarde:
verás los soldados que entran
en el lugar.

ISABEL

No me mandes
que á la ventana me ponga,
estando este hombre en la calle,
Inés, pues ya cuánto el verle
en ella me ofende sabes.

INÉS

En notable tema ha dado
de servirte y festejarte.

ISABEL

No soy más dichosa yo.

INÉS

Á mi parecer, mal haces
de hacer sentimiento desto.

ISABEL

¿Pues qué había de hacer?

INÉS

Donaire.

ISABEL

¿Donaire de los disgustos?

DON MENDO. *(Llegando á la ventana.)*

Hasta aqueste mismo instante,
jurara yo á fe de hidalgo
(que es juramento inviolable)
que no había amanecido;
mas, ¿qué mucho que lo extrañe,
hasta que á vuestras auroras
segundo día les sale?

ISABEL

Ya os he dicho muchas veces,
señor Mendo, cuán en balde
gastáis finezas de amor,
locos extremos de amante
haciendo todos los días
en mi casa y en mi calle.

DON MENDO

Si las mujeres hermosas
supieran cuánto las hace
más hermosas el enojo,
el rigor, desdén y ultraje,
en su vida gastarían
más afeite que enojarse.
Hermosa estáis, por mi vida.
Decid, decid más pesares.

ISABEL

Cuando no baste el decirlos,
don Mendo, el hacerlos baste
de aquesta manera.—Inés,
éntrate acá dentro, y dale
con la ventana en los ojos. *(Vase.)*

INÉS

Señor caballero andante,
que de aventurero entráis
siempre en lides semejantes,
porque de mantenedor
no era para vos tan fácil,
amor os provea. *(Vase.)*

DON MENDO

Inés,
las hermosuras se salen
con cuanto ellas quieren.—Nuño.

NUÑO

¡Oh, qué desairados nacen
todos los pobres!

ESCENA VI

PEDRO CRESPO; *después,* JUAN CRESPO.—DICHOS

PEDRO CRESPO. *(Ap.)*

¡Que nunca
entre y salga yo en mi calle,
que no vea á este hidalgote
pasearse en ella muy grave!

NUÑO. *(Ap. á su amo.)*

Pedro Crespo viene aquí.
Vamos por esotra parte,
que es villano malicioso.
(Sale Juan Crespo)

JUAN. *(Ap.)*

¡Que siempre que venga, halle
esta fantasma á mi puerta,
calzada de frente y guantes!

NUÑO. *(Ap. á su amo)*

Pero acá viene su hijo.

DON MENDO

No te turbes ni embaraces.

CRESPO. *(Ap.)*

Mas Juanico viene aquí.

JUAN. *(Ap.)*

Pero aquí viene mi padre.

DON MENDO

(Ap. á Nuño. Disimula) Pedro Crespo,
Dios os guarde.

CRESPO

Dios os guarde.
(Vanse don Mendo y Nuño.)

ESCENA VII

PEDRO Y JUAN CRESPO

CRESPO *(Ap.)*

Él ha dado en porfiar,
y alguna vez he de darle
de manera que le duela.



Mas y Fondevila, pinto

Capitán.—¿Y dónde estoy alojado? El Alcalde de Zalamea, jornada I, escena III

JUAN

(Ap. Algún día he de enojarme.)
¿De dónde bueno, señor?

CRESPO

De las eras; que esta tarde
salí á mirar la labranza,
y están las parvas notables
de manojos y montones,
que parecen al mirarse
desde lejos montes de oro,
y aun oro de más quilates,
pues de los granos de aqueste
es todo el cielo el contraste.
Allí el bieldo, hiriendo a soplos
el viento en ellos süave,
deja en esta parte el grano,
y la paja en la otra parte;
que aun allí lo más humilde
da el lugar á lo más grave.
¡Oh, quiera Dios que en las trojes
yo llegue á encerrarlo, antes
que algún turbión me lo lleve,
ó algún viento me lo tale!
Tú, ¿qué has hecho?

JUAN

No sé cómo
decirlo sin enojarte.
A la pelota he jugado
dos partidos esta tarde,
y entrambos los he perdido.

CRESPO

Haces bien, si los pagaste.

JUAN

No los pagué; que no tuve
dineros para ello: antes
vengo á pedirte, señor...

CRESPO

Pues escucha antes de hablarme.
Dos cosas no has de hacer nunca:
no ofrecer lo que no sabes
que has de cumplir, ni jugar
más de lo que está delante;
porque si por accidente
falta, tu opinión no falte.

JUAN

El consejo es como tuyo;
y porque debo estimarle,
he de pagarte con otro.
En tu vida no has de darle
consejo al que ha menester
dinero.

CRESPO

Bien te vengaste. *(Vanse.)*

Patio ó portal de la casa de Pedro Crespo

ESCENA VIII

CRESPO, JUAN, EL SARGENTO

SARGENTO

¿Vive Pedro Crespo aquí?

CRESPO

¿Hay algo que usted le mande?

SARGENTO

Traer á su casa la ropa
de don Alvaro de Ataide,
que es el capitán de aquesta
compañía, que esta tarde
se ha alojado en Zalamea.

CRESPO

No digáis más: eso baste;
que para servir á Dios,
y al Rey en sus capitanes,
está mi casa y mi hacienda.
Y en tanto que se le hace
el aposento, dejad
la ropa en aquella parte,
y id á decirle que venga
cuando su merced mandare
á que se sirva de todo.

SARGENTO

Él vendrá luego al instante. *(Vase.)*

ESCENA IX

CRESPO, JUAN

JUAN

¿Qué quieras, siendo tan rico,
vivir á estos hospedajes
sujeto?

CRESPO

Pues ¿cómo puedo
excusarlos ni excusarme?

JUAN

Comprando una ejecutoria.

CRESPO

Dime por tu vida, ¿hay alguien
que no sepa que yo soy,
si bien de limpio linaje,
hombre llano? No por cierto.
Pues ¿qué gano yo en comprarle
una ejecutoria al Rey,
si no le compro la sangre?
¿Dirán entonces que soy
mejor que ahora? Es dislate.
Pues ¿qué dirán? Que soy noble
por cinco ó seis mil reales,
y eso es dinero, y no es honra;
que honra no la compra nadie.
¿Quieres, aunque sea trivial,
un ejemplillo escucharme?
Es calvo un hombre mil años,
y al cabo dellos se hace
una cabellera. Éste,
en opiniones vulgares,
¿deja de ser calvo? No,
pues que dicen al mirarle:
«¡Bien puesta la cabellera
trae Fulano!» Pues ¿qué hace,
si aunque no le vean la calva,
todos que la tiene saben?

JUAN

Enmendar su vejación,
remediarse de su parte,
y redimir las molestias
del sol, del hielo y del aire.

CRESPO

Yo no quiero honor postizo,
que el defecto ha de dejarme
en casa. Villanos fueron
mis abuelos y mis padres;
sean villanos mis hijos.
Llama á tu hermana.

JUAN

Ella sale.

ESCENA X

ISABEL, INÉS.—CRESPO, JUAN

CRESPO

Hija, el Rey nuestro señor,
que el cielo mil años guarde,
va á Lisboa, porque en ella
solicita coronarse
como legítimo dueño:
á cuyo efecto marciales
tropas caminan con tantos
aparatos militares
hasta bajar á Castilla
el tercio viejo de Flandes
con un don Lope, que dicen
todos que es español Marte.
Hoy han de venir á casa
soldados, y es importante
que no te vean; y así, hija,
al punto has de retirarte
en esos desvanes, donde
yo vivía.

ISABEL

Á suplicarte
me dieses esta licencia
venía. Yo sé que el estarme
aquí, es estar solamente
á escuchar mil necedades.
Mi prima y yo en este cuarto
estaremos, sin que nadie,
ni aun el mismo sol, hoy sepa
de nosotras.

CRESPO

Dios os guarde.
Juanito, quédate aquí,
recibe á huéspedes tales,
mientras busco en el lugar
algo con que regalarles. *(Vase.)*

ISABEL

Vamos, Inés.

INÉS

Vamos, prima;
mas tengo por disparate
el guardar á una mujer,
si ella no quiere guardarse.
(Vanse Isabel é Inés.)

ESCENA XI

EL CAPITÁN, EL SARGENTO.—JUAN

SARGENTO

Esta es, señor, la casa.

CAPITÁN

Pues del cuerpo de guardia al punto pasa
toda mi ropa.

SARGENTO *(Ap. al capitán)*

Quiero
registrar la villana lo primero. *(Vase.)*

JUAN

Vos seáis bien venido
á aquesta casa; que ventura ha sido
grande venir á ella un caballero
tan noble como en vos le considero.
(Ap. ¡Qué galán! ¡Qué alentado!
Envidia tengo al traje de soldado.)

CAPITÁN

Vos seáis bien hallado.

JUAN

Perdonaréis no estar acomodado;
que mi padre quisiera
que hoy un alcázar esta casa fuera.
Él ha ido á buscaros
que comáis; que desea regalaros,
y yo voy á que esté vuestro aposento
aderezado.

CAPITÁN

Agradecer intento
la merced y el cuidado.

JUAN

Estaré siempre á vuestros pies postrado.
(Vase.)

ESCENA XII

EL SARGENTO.—EL CAPITÁN

CAPITÁN

¿Qué hay, sargento? ¿Has ya visto
á la tal labradora?

SARGENTO

Vive Cristo,
que con aquese intento
no he dejado cocina ni aposento,
y no la he encontrado.

CAPITÁN

Sin duda el villanchón la ha retirado.

SARGENTO

Pregunté á una criada
por ella, y respondióme que ocupada
su padre la tenía
en ese cuarto alto, y que no había
de bajar nunca acá; que es muy celoso.

CAPITÁN

¿Qué villano no ha sido malicioso?
Si acaso aquí la viera,
della caso no hiciera;
y sólo porque el viejo la ha guardado,
deseo, vive Dios, de entrar me ha dado
donde está.

SARGENTO

Pues ¿qué haremos
para que allá, señor, con causa entremos,
sin dar sospecha alguna?

CAPITÁN

Sólo por tema la he de ver, y una
industria he de buscar.

SARGENTO

Aunque no sea
de mucho ingenio, para quien la vea
hoy, no importará nada;
que con eso será más celebrada.

CAPITÁN

Óyela, pues, ahora.

SARGENTO

Di, ¿qué ha sido?

CAPITÁN

Tú has de fingir...—Mas no; pues ha venido
(Viendo venir á Rebolledo.)
ese soldado, que es más despejado,
él fingirá mejor lo que he trazado.

ESCENA XIII

REBOLLEDO, LA CHISPA

DICHOS

REBOLLEDO *(A la Chispa.)*

Con este intento vengo
á hablar al capitán, por ver si tengo
dicha en algo.

CHISPA

Pues háblale de modo
que le obligues; que en fin no ha de ser todo
desatino y locura.

REBOLLEDO

Préstame un poco tú de tu cordura.

CHISPA

Poco y mucho pudiera.

REBOLLEDO

Mientras hablo con él, aquí me espera.
(Adelántase.)
—Yo vengo á suplicarte...

CAPITÁN

En cuanto puedo
ayudaré, por Dios, á Rebolledo,
porque me ha aficionado
su despejo y su brío.

SARGENTO

Es gran soldado.

CAPITÁN

Pues ¿qué hay que se ofrezca?

REBOLLEDO

Yo he perdido
cuanto dinero tengo y he tenido
y he de tener, porque de pobre juro
en presente, pretérito y futuro.
Hágaseme merced de que, por vía
de ayudilla de costa, aqueste día
el alférez me dé...



Capitán. – Que tengo que dar la muerte
al pícaro, ¡vive Dios!

El Alcalde de Zalamea, jornada I, escena XV

Mas y Fondevila, pintó

CAPITÁN

Diga: ¿qué intenta?

REBOLLEDO

El juego del boliche por mi cuenta;
que soy hombre cargado
de obligaciones, y hombre al fin honrado.

CAPITÁN

Digo que eso es muy justo,
y el alférez sabrá que ese es mi gusto.

CHISPA. *(Ap.)*

Bien le habla el capitán. ¡Oh, si me viera
llamar de todos yo la Bolichera!

REBOLLEDO

Daréle ese recado.

CAPITÁN

Oye, primero
que le lleves. De ti fiarme quiero
para cierta invención que he imaginado,
con que salir espero de un cuidado.

REBOLLEDO

Pues ¿qué es lo que se aguarda?
Lo que tarda en saberse, es lo que tarda
en hacerse.

CAPITÁN

Escúchame. Yo intento
subir á ese aposento
por ver si en él una persona habita,
que de mí hoy esconderse solicita.

REBOLLEDO

Pues ¿por qué á él no subes?

CAPITÁN

No quisiera
sin que alguna color para esto hubiera,
por disculparlo más; y así, fingiendo
que yo riño contigo, has de irte huyendo
por ahí arriba. Entonces yo enojado,
la espada sacaré: tú, muy turbado,
has de entrarte hasta donde
la persona que busco se me esconde.

REBOLLEDO

Bien informado quedo.

CHISPA. *(Ap.)*

Pues habla el capitán con Rebolledo
hoy de aquella manera,
desde hoy me llamarán la Bolichera.

REBOLLEDO. *(Alzando la voz.)*

¡Vive Dios, que han tenido
esta ayuda de costa que he pedido,
un ladrón, un gallina y un cuitado!
Y ahora que la pide un hombre honrado,
¡no se la dan!

CHISPA. *(Ap.)*

Ya empieza su tronera.

CAPITÁN

Pues ¿cómo me habla á mí de esa manera?

REBOLLEDO

¿No tengo de enojarme,
cuando tengo razón?

CAPITÁN

No, ni ha de hablarme
y agradezca que sufro aqueste exceso.

REBOLLEDO

Ucé es mi capitán: sólo por eso
callaré; mas por Dios, que si tuviera
la bengala en la mano...

CAPITÁN. *(Echando mano á la espada.)*

¿Qué me hiciera?

CHISPA

Tente, señor. *(Ap.* Su muerte considero).

REBOLLEDO

Que me hablara mejor.

CAPITÁN

¿Qué es lo que espero,
que no doy muerte á un pícaro atrevido?
(Desenvaina.)

REBOLLEDO

Huyo, por el respeto que he tenido
á esa insignia.

CAPITÁN

Aunque huyas,
te he de matar.

CHISPA

Ya él hizo de las suyas.

SARGENTO

Tente, señor.

CHISPA

Escucha.

SARGENTO

Aguarda, espera.

CHISPA

Ya no me llamarán la Bolichera.
(Vase el capitán huyendo tras Rebolledo, el sargento tras el capitán: sale Juan con espada, y después su padre.)

ESCENA XIV

JUAN, CRESPO. – LA CHISPA

JUAN

Acudid todos presto.

CRESPO

¿Qué ha sucedido aquí?

JUAN

¿Qué ha sido esto?

CHISPA

Que la espada ha sacado
el capitán aquí para un soldado,
y, esa escalera arriba,
sube tras él.

CRESPO

¿Hay suerte más esquiva?

CHISPA

Subid todos tras él.

JUAN. *(Ap.)*

Acción fué vana
esconder á mi prima y á mi hermana.
(Vanse.)

—

Cuarto alto en la misma casa

ESCENA XV

REBOLLEDO, *que huye y se encuentra con* ISABEL É INÉS; *después,* EL CAPITÁN Y EL SARGENTO.

REBOLLEDO

Señoras, pues siempre ha sido
sagrado el que es templo, hoy
sea mi sagrado aqueste,
puesto que es templo de amor.

ISABEL

¿Quién á huir de esa manera
os obliga?

INÉS

¿Qué ocasión
tenéis de entrar hasta aquí?
¿Quién os sigue ó busca?
(Salen el capitán y el sargento.)

CAPITÁN

Yo,
que tengo de dar la muerte
al pícaro, ¡vive Dios!
Si pensase...

ISABEL

Deteneos,
siquiera, porque, señor,
vino á valerse de mí;
que los hombres como vos
han de amparar las mujeres,
si no por lo que ellas son,
porque son mujeres; que esto
basta, siendo vos quien sois.

CAPITÁN

No pudiera otro sagrado
librarle de mi furor,
sino vuestra gran belleza:
por ella vida le doy.
Pero mirad que no es bien
en tan precisa ocasión
hacer vos el homicidio
que no queréis que haga yo.

ISABEL

Caballero, si cortés
ponéis en obligación
nuestras vidas, no zozobre
tan presto la intercesión.
Que dejéis este soldado
os suplico; pero no
que cobréis de mí la deuda
á que agradecida estoy.

CAPITÁN

No sólo vuestra hermosura
es de rara perfección,
pero vuestro entendimiento
lo es también, porque hoy en vos
alianza están jurando
hermosura y discreción.

ESCENA XVI

CRESPO y JUAN, *con espadas desnudas;* LA CHISPA.—Dichos

CRESPO

¿Cómo es eso, caballero?
¿Cuando pensó mi temor
hallaros matando un hombre,
os hallo...

ISABEL. *(Ap.)*

¡Válgame Dios!

CRESPO

requebrando una mujer?
Muy noble, sin duda, sois,
pues que tan presto se os pasan
los enojos.

CAPITÁN

Quien nació
con obligaciones, debe
acudir á ellas, y yo
al respeto desta dama
suspendí todo el furor.

CRESPO

Isabel es hija mía,
y es labradora, señor,
que no dama.

JUAN

(Ap. ¡Vive el cielo,
que todo ha sido invención
para haber entrado aquí!
Corrido en el alma estoy
de que piensen que me engañan,
y no ha de ser.) Bien, señor
capitán, pudierais ver
con más segura atención
lo que mi padre desea
hoy serviros, para no
haberle hecho este disgusto.

CRESPO

¿Quién os mete en eso á vos,
rapaz? ¿Qué disgusto ha habido?
Si el soldado le enojó,
¿no había de ir tras él? Mi hija
estima mucho el favor
del haberle perdonado,
y el de su respeto yo.

CAPITÁN

Claro está que no habrá sido
otra causa, y ved mejor
lo que decís.

JUAN

Yo lo he visto
muy bien.

CRESPO

Pues ¿cómo habláis vos
así?

CAPITÁN

Porque estáis delante,
más castigo no le doy
á este rapaz.

CRESPO

Detened,
señor capitán; que yo
puedo tratar á mi hijo
como quisiere, y no vos.

JUAN

Y yo sufrirlo á mi padre,
mas á otra persona no.

CAPITÁN

¿Qué habías de hacer?

JUAN

Perder
la vida por la opinión.

CAPITÁN

¿Qué opinión tiene un villano?

JUAN

Aquella misma que vos;
que no hubiera un capitán,
si no hubiera un labrador.

CAPITÁN

¡Vive Dios, que ya es bajeza
sufrirlo!

CRESPO

Ved que yo estoy
de por medio.
(Sacan las espadas.)

REBOLLEDO

¡Vive Cristo,
Chispa, que ha de haber hurgón!

CHISPA *(Voceando.)*

¡Aquí del cuerpo de guardia!

REBOLLEDO

¡Don Lope! *(Ap.* Ojo, avizor.)

ESCENA XVII

DON LOPE, *con hábito muy galán y bengala:* SOLDADOS, UN TAMBOR.—Dichos.

DON LOPE

¿Qué es aquesto? La primera
cosa que he de encontrar hoy,
acabado de llegar,
¿ha de ser una cuestión?

CAPITÁN. *(Ap.)*

¡A qué mal tiempo, Don Lope
de Figueroa llegó!

CRESPO. *(Ap.)*

Por Dios que se las tenía
con todos el rapagón.

DON LOPE

¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido?
Hablad, porque ¡vive Dios,
que á hombres, mujeres y casa
eche por un corredor!
¿No me basta haber subido
hasta aquí con el dolor
desta pierna, que los diablos
llevaran, amén, si no
no decirme: «Aquesto ha sido?»

CRESPO

Todo esto es nada, señor.

DON LOPE

Hablad, decid la verdad.

CAPITÁN

Pues es que alojado estoy
en esta casa: un soldado....

DON LOPE

Decid.

CAPITÁN

Ocasión me dió
á que sacase con él
la espada. Hasta aquí se entró
huyendo; entréme tras él
donde estaban esas dos
labradoras; y su padre
y su hermano, ó lo que son,
se han disgustado de que
entrase hasta aquí.

DON LOPE

Pues yo
á tan buen tiempo he llegado,
satisfaré á todos hoy.
¿Quién fué el soldado, decid,
que á su capitán le dió
ocasión de que sacase
la espada?

REBOLLEDO. *(Ap.)*

¿A que pago yo
por todos?

ISABEL

Aqueste fué
el que huyendo hasta aquí entró.

DON LOPE

Dénle dos tratos de cuerda.

REBOLLEDO

¿Tra-qué han de darme, señor?

DON LOPE

Tratos de cuerda.

REBOLLEDO

Yo hombre
de aquesos tratos no soy.

CHISPA. *(Ap.)*

Desta vez me lo estropean.

CAPITÁN. *(Ap. á él.)*

¡Ah, Rebolledo!, por Dios,
que nada digas: yo haré
que te libren.

REBOLLEDO

(Ap. al capitán. ¿Cómo no
lo he de decir, pues si callo,
los brazos me pondrán hoy
atrás como mal soldado?)
El capitán me mandó
que fingiese la pendencia,
para tener ocasión
de entrar aquí.

CRESPO

Ved ahora
si hemos tenido razón.

DON LOPE

No tuvisteis para haber
así puesto en ocasión
de perderse este lugar.—
Hola, echa un bando, tambor,
que al cuerpo de guardia vayan
los soldados cuantos son,
y que no salga ninguno,
pena de muerte, en todo hoy.—
Y para que no quedéis
con aqueste empeño vos,
y vos con este disgusto,
y satisfechos los dos,
buscad otro alojamiento;
que yo en esta casa estoy
desde hoy alojado, en tanto
que á Guadalupe no voy,
donde está el rey.

CAPITÁN

Tus preceptos
órdenes precisas son
para mí.
(Vanse el capitán, los soldados y la Chispa.)

CRESPO

Entraos allá dentro.
(Vanse Isabel, Inés y Juan.)

ESCENA XVIII

CRESPO, DON LOPE

CRESPO

Mil gracias, señor, os doy
por la merced que me hicisteis
de excusarme la ocasión
de perderme.

DON LOPE

¿Cómo habíais,
decid, de perderos vos?

CRESPO

Dando muerte á quien pensara
ni aun el agravio menor...

DON LOPE

¿Sabéis, vive Dios, que es
capitán?

CRESPO

Sí, vive Dios;
y aunque fuera el general,
en tocando á mi opinión,
le matara.

DON LOPE

A quien tocara,
ni aun al soldado menor,
sólo un pelo de la ropa
viven los cielos, que yo
le ahorcara.

CRESPO

A quien se atreviera
á un átomo de mi honor,
viven los cielos también,
que también le ahorcara yo.

DON LOPE

¿Sabéis que estáis obligado
á sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?

CRESPO

Con mi hacienda;
pero con mi fama no.
Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.



Mas y Fondevila, pintó

CRESPO. – A quien se atreviera
á un átomo de mi honor,
viven los cielos también,
que también le ahorcara yo.

EL ALCALDE DE ZALAMEA,
jornada I, escena XVIII

DON LOPE

¡Vive Cristo, que parece
que vais teniendo razón!

CRESPO

Sí, vive Cristo, porque
siempre la he tenido yo.

DON LOPE

Yo vengo cansado, y esta
pierna que el diablo me dió,
ha menester descansar.

CRESPO

Pues ¿quién os dice que no?
Ahí me dió el diablo una cama,
y servirá para vos.

DON LOPE

¿Y dióla hecha el diablo?

CRESPO

Sí.

DON LOPE

Pues á deshacerla voy;
que estoy, voto á Dios, cansado.

CRESPO

Pues descansad, voto á Dios.

DON LOPE. *(Ap.)*

Testarudo es el villano;
tan bien jura como yo.

CRESPO. *(Ap.)*

Caprichudo es el Don Lope:
no haremos migas los dos.

JORNADA SEGUNDA

Calle

ESCENA PRIMERA

DON MENDO, NUÑO

DON MENDO

¿Quién te contó todo eso?

NUÑO

Todo esto contó Ginesa,
su criada.

DON MENDO

¡El capitán,
después de aquella pendencia
que en su casa tuvo (fuese
ya verdad ó ya cautela)
ha dado en enamorar
á Isabel!

NUÑO

Y de manera,
que tan poco humo en su casa
él hace como en la nuestra
nosotros. En todo el día
se ve apartar de la puerta;
no hay hora que no la envíe
recados; con ellos entra
y sale un mal soldadillo,
confidente suyo.

DON MENDO

Cesa;
que es mucho veneno, mucho,
para que el alma lo beba
de una vez.

NUÑO

Y más no habiendo
en el estómago fuerzas
con que resistirle.

DON MENDO

Hablemos
un rato, Nuño, de veras.

NUÑO

¡Pluguiera á Dios fueran burlas!

DON MENDO

¿Y qué le responde ella?

NUÑO

Lo que á ti, porque Isabel
es deidad hermosa y bella,
á cuyo cielo no empañan
los vapores de la tierra.

DON MENDO

¡Buenas nuevas te dé Dios!
*(Al hacer la exclamación, da una
manotada á Nuño en el rostro.)*

NUÑO

A ti te dé mal de muelas;
que me has quebrado dos dientes.
Mas bien has hecho, si intentas
reformarlos, por familia
que no sirve ni aprovecha.—
El capitán.

DON MENDO

¡Vive Dios,
si por el honor no fuera
de Isabel, que le matara!

NUÑO. *(Ap.)*

Más será por tu cabeza.

DON MENDO

Escucharé retirado.—
Aquí á esta parte te llega.

ESCENA II

EL CAPITÁN, EL SARGENTO,
REBOLLEDO.—DON MENDO
Y NUÑO, *retirados.*

CAPITÁN

Este fuego, esta pasión,
no es amor solo, que es tema,
es ira, es rabia, es furor.

REBOLLEDO

¡Oh, nunca, señor, hubieras
visto á la hermosa villana
que tantas ansias te cuesta!

CAPITÁN

¿Qué te dijo la criada?

REBOLLEDO

¿Ya no sabes sus respuestas?

DON MENDO. *(Ap. á Nuño.)*

Esto ha de ser. Pues ya tiende
la noche sus sombras negras,
antes que se haya resuelto
á lo mejor mi prudencia,
ven á armarme.

NUÑO

Pues qué, ¿tienes
más armas, señor, que aquellas
que están en un azulejo
sobre el marco de la puerta?

DON MENDO

En mi guardanés presumo
que hay para tales empresas
algo que ponerme.

NUÑO

Vamos
sin que el capitán nos sienta.
(Vanse.)

ESCENA III

EL CAPITÁN, EL SARGENTO, REBOLLEDO

CAPITÁN

¡Que en una villana haya
tan hidalga resistencia,
que no me haya respondido
una palabra siquiera
apacible!

SARGENTO

Éstas, señor,
no de los hombres se prendan
como tú. Si otro villano
la festejara y sirviera,
hiciera más caso dél.
Fuera de que son tus quejas
sin tiempo. Si te has de ir
mañana, ¿para qué intentas
que una mujer en un día
te escuche y te favorezca?

CAPITÁN

En un día el sol alumbra
y falta; en un día se trueca
un reino todo; en un día
es edificio una peña;
en un día una batalla
pérdida y victoria ostenta;
en un día tiene el mar
tranquilidad y tormenta;
en un día nace un hombre
y muere: luego pudiera
en un día ver mi amor
sombra y luz como planeta,
pena y dicha como imperio,
gente y brutos como selva,
paz y inquietud como mar,
triunfo y ruina como guerra,
vida y muerte como dueño
de sentidos y potencias;
y habiendo tenido edad
en un día su violencia
de hacerme tan desdichado,
¿por qué, por qué no pudiera
tener edad en un día
de hacerme dichoso? ¿Es fuerza
que se engendren más despacio
las glorias que las ofensas?

SARGENTO

Verla una vez solamente,
¿á tanto extremo te fuerza?

CAPITÁN

¿Qué más causa había de haber,
llegando á verla, que verla?
De sola una vez á incendio
crece una breve pavesa;
de una vez sola un abismo
sulfúreo volcán revienta;
de una vez se enciende el rayo,
que destruye cuanto encuentra;
de una vez escupe horror
la más reformada pieza;
¿de una vez amor, qué mucho,
que fuego en cuatro maneras,
mina, incendio, pieza y rayo,
postre, abrase, asombre y hiera?

SARGENTO

¿No decías que villanas
nunca tenían belleza?

CAPITÁN

Y aun aquesa confianza
me mató, porque el que piensa
que va á un peligro, ya va
prevenido á la defensa;
quien va á una seguridad,
es el que más riesgo lleva,
por la novedad que halla,
si acaso un peligro encuentra.
Pensé hallar una villana;
si hallé una deidad, ¿no era
preciso que peligrase
en mi misma inadvertencia?
En toda mi vida vi
más divina, más perfecta
hermosura. ¡Ay, Rebolledo!
No sé qué hiciera por verla.

REBOLLEDO

En la compañía hay soldado
que canta por excelencia,
y la Chispa, que es mi alcaida
del boliche, es la primera
mujer en jacarear.
Haya, señor, jira y fiesta
y música á su ventana;
que con esto podrás verla,
y aun hablarla.

CAPITÁN

Como está
don Lope allí, no quisiera
despertarle.

REBOLLEDO

Pues don Lope
¿cuándo duerme, con su pierna?
Fuera, señor, que la culpa,
si se entiende, será nuestra,
no tuya, si de rebozo
vas en la tropa.

CAPITÁN

Aunque tenga
mayores dificultades,
pase por todas mi pena.
Juntaos todos esta noche;
mas de suerte que no entiendan
que yo lo mando. ¡Ah, Isabel,
qué de cuidados me cuestas!
(Vanse el capitán y el sargento.)

ESCENA IV

LA CHISPA.—REBOLLEDO

CHISPA. *(Dentro.)*

Tenga esa.

REBOLLEDO

Chispa, ¿qué es eso?

CHISPA

Ahí un pobrete, que queda
con un rasguño en el rostro.

REBOLLEDO

Pues ¿por qué fué la pendencia?

CHISPA

Sobre hacerme alicantina
del barato de hora y media
que estuvo echando las bolas,
teniéndome muy atenta
á si eran pares ó nones:
canséme y dile con esta. *(Saca la daga.)*
Mientras que con el barbero
poniéndose en puntos queda,
vamos al cuerpo de guardia;
que allá te daré la cuenta.

REBOLLEDO

¡Bueno es estar de mohina,
cuando vengo yo de fiesta!

CHISPA

Pues ¿qué estorba el uno al otro?
Aquí está la castañeta:
¿qué se ofrece que cantar?

REBOLLEDO

Ha de ser cuando anochezca,
y música más fundada.
Vamos y no te detengas;
anda acá al cuerpo de guardia.

CHISPA

Fama ha de quedar eterna
de mí en el mundo, que soy
Chispilla la Bolichera.
(Vanse.)

Sala baja de casa de Crespo, con vistas y salida á un jardín. Ventana á un lado.

ESCENA V

DON LOPE, CRESPO

CRESPO. *(Dentro.)*

En este paso, que está
más fresco, poned la mesa
al señor don Lope. Aquí
os sabrá mejor la cena;
que al fin los días de agosto
no tienen más recompensa
que sus noches.

DON LOPE

Apacible
estancia en extremo es ésta.

CRESPO

Un pedazo es de jardín,
en que mi hija se divierta.
Sentaos; que el viento suave
que en las blandas hojas suena
destas parras y estas copas,
mil cláusulas lisonjeras
hace al compás desta fuente,
cítara de plata y perlas,
porque son en trastes de oro
las guijas templadas cuerdas.
Perdonad si de instrumentos
solos la música suena,
sin cantores que os deleiten,
sin voces que os entretengan;
que como músicos son
los pájaros que gorjean,
no quieren cantar de noche,
ni yo puedo hacerles fuerza.
Sentaos, pues, y divertid
esa continua dolencia.

DON LOPE

No podré; que es imposible
que divertimiento tenga.
¡Válgame Dios!

CRESPO

Valga, amén.

DON LOPE

Los cielos me den paciencia.
Sentaos, Crespo.

CRESPO

Yo estoy bien.

DON LOPE

Sentaos.

CRESPO

Pues me dais licencia,
digo, señor, que obedezco,
aunque excusarlo pudierais. *(Siéntase.)*

DON LOPE

¿No sabéis qué he reparado?
Que ayer la cólera vuestra
os debió de enajenar
de vos.

CRESPO

Nunca me enajena
á mí de mí nada.

DON LOPE

Pues
¿cómo ayer, sin que os dijera
que os sentarais, os sentasteis,
y aun en la silla primera?

CRESPO

Porque no me lo dijisteis;
y hoy, que lo decís, quisiera
no hacerlo: la cortesía,
tenerla con quien la tenga.

DON LOPE

Ayer todo erais reniegos,
porvidas, votos y pesias;
y hoy estáis más apacible,
con más gusto y más prudencia.

CRESPO

Yo, señor, respondo siempre
en el tono y en la letra
que me hablan. Ayer vos
así hablabais, y era fuerza
que fueran de un mismo tono
la pregunta y la respuesta.
Demás de que yo he tomado
por política discreta
jurar con aquel que jura,
rezar con aquel que reza.
A todo hago compañía;
y es aquesto de manera,
que en toda la noche pude
dormir, en la pierna vuestra
pensando, y amanecí
con dolor en ambas piernas;
que por no errar la que os duele,
si es la izquierda ó la derecha,
me dolieron á mí entrambas.
Decidme por vida vuestra
cuál es, y sépalo yo,
porque una sola me duela.

DON LOPE

¿No tengo mucha razón
de quejarme, si ha ya treinta
años que asistiendo en Flandes
al servicio de la guerra,
el invierno con la escarcha,
y el verano con la fuerza
del sol, nunca descansé,
y no he sabido qué sea
estar sin dolor un hora?

CRESPO

¡Dios, señor, os dé paciencia!

DON LOPE

¿Para qué la quiero yo?

CRESPO

No os la dé.

DON LOPE

Nunca acá venga,
sino que dos mil demonios
carguen conmigo y con ella.

CRESPO

Amén, y si no lo hacen,
es por no hacer cosa buena.

DON LOPE

¡Jesús mil veces, Jesús!

CRESPO

Con vos y conmigo sea.

DON LOPE

¡Vive Cristo, que me muero!

CRESPO

¡Vive Cristo, que me pesa!

ESCENA VI

JUAN, *que saca la mesa.*—DON LOPE, CRESPO

JUAN

Ya tienes la mesa aquí.

DON LOPE

¿Cómo á servirla no entran
mis criados?

CRESPO

Yo, señor,
dije, con vuestra licencia,
que no entraran á serviros,
y que en mi casa no hicieran
prevenciones; que á Dios gracias,
pienso que no os falte en ella
nada.

DON LOPE

Pues no entran criados,
hacedme merced que venga



Mas y Fondevila, pintó

Crespo.—Sería desta manera. El Alcalde de Zalamea, jornada II, escena XI

vuestra hija aquí á cenar
conmigo.

CRESPO

Dila que venga
á tu hermana al punto, Juan.
(Vase Juan.)

DON LOPE

Mi poca salud me deja
sin sospecha en esta parte.

CRESPO

Aunque vuestra salud fuera,
señor, la que yo os deseo,
me dejara sin sospecha.
Agravio hacéis á mi amor;
que nada deso me inquieta;
pues decirla que no entrara
aquí, fué con advertencia
de que no estuviese á oir
ociosas impertinencias;
que si todos los soldados
corteses como vos fueran,
ella había de asistir
á servirlos la primera.

DON LOPE. *(Ap.)*

¡Qué ladino es el villano,
ó cómo tiene prudencia!

ESCENA VII

JUAN, INÉS, ISABEL.—DON LOPE, CRESPO

ISABEL

¿Qué es, señor, lo que me mandas?

CRESPO

El señor don Lope intenta
honraros: él es quien llama.

ISABEL

Aquí está una esclava vuestra.

DON LOPE

Serviros intento yo.
(Ap. ¡Qué hermosura tan honesta!)
Que cenéis conmigo quiero.

ISABEL

Mejor es que á vuestra cena
sirvamos las dos.

DON LOPE

Sentaos.

CRESPO

Sentaos, haced lo que ordena
el señor don Lope.

ISABEL

Esté
el mérito en la obediencia.
(Siéntanse.—Tocan dentro guitarras.)

DON LOPE

¿Qué es aquello?

CRESPO

Por la calle
los soldados se pasean
tocando y cantando.

DON LOPE

Mal
los trabajos de la guerra
sin aquesta libertad
se llevaran; que es estrecha
religión la de un soldado,
y darla ensanches es fuerza.

JUAN

Con todo eso, es linda vida.

DON LOPE

¿Fuérades con gusto á ella?

JUAN

Sí, señor, como llevara
por amparo á Vuecelencia.

ESCENA VIII

SOLDADOS, REBOLLEDO.—DICHOS

UN SOLDADO. *(Dentro.)*

Mejor se cantará aquí.

REBOLLEDO. *(Dentro.)*

Vaya á Isabel una letra,
y porque despierte, tira
á su ventana una piedra.
(Suena una piedra en una ventana.)

CRESPO. *(Ap.)*

A ventana señalada
va la música: paciencia.

UNA VOZ. *(Canta dentro.)*

Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules
y mañana serán miel.

DON LOPE

(Ap. Música, vaya; mas esto
de tirar es desvergüenza...
¡Y á la casa donde estoy
venirse á dar cantaletas!..
Pero disimularé
por Pedro Crespo y por ella.)
¡Qué travesuras!

CRESPO

Son mozos.
(Ap. Si por don Lope no fuera,
yo les hiciera...)

JUAN. *(Ap.)*

Si yo
una rodelilla vieja,
que en el cuarto de don Lope
está colgada, pudiera
sacar... *(Hace que se va.)*

CRESPO

¿Dónde vais, mancebo?

JUAN

Voy á que traigan la cena

CRESPO

Allá hay mozos que la traigan.

SOLDADOS. *(Dentro, cantando.)*

Despierta, Isabel, despierta.

ISABEL. *(Ap.)*

¿Qué culpa tengo yo, cielos,
para estar á esto sujeta?

DON LOPE

Ya no se puede sufrir,
porque es cosa muy mal hecha.
(Arroja la mesa.)

CRESPO

Pues ¡y cómo que lo es!
(Arroja la silla.)

DON LOPE

(Ap. Llevéme de mi impaciencia.)
¿No es, decidme, muy mal hecho,
que tanto una pierna duela?

CRESPO

Deso mismo hablaba yo.

DON LOPE

Pensé que otra cosa era.
Como arrojasteis la silla...

CRESPO

Como arrojasteis la mesa
vos, no tuve que arrojar
otra cosa yo más cerca.
(Ap. Disimulemos, honor.)

DON LOPE

(Ap. ¡Quién en la calle estuviera!)
Ahora bien, cenar no quiero.
Retiraos.

CRESPO

En hora buena.

DON LOPE

Señora, quedad con Dios.

ISABEL

El cielo os guarde.

DON LOPE. *(Ap.)*

A la puerta
de la calle ¿no es mi cuarto?
Y en él ¿no está una rodela?

CRESPO. *(Ap.)*

¿No tiene puerta el corral,
y yo una espadilla vieja?

DON LOPE

Buenas noches.

CRESPO

Buenas noches.
(Ap. Encerraré por defuera
á mis hijos.)

DON LOPE. *(Ap.)*

Dejaré
un poco la casa quieta.

ISABEL. *(Ap.)*

¡Oh, qué mal, cielos, los dos
disimulan que les pesa!

INÉS. *(Ap.)*

Mal el uno por el otro
van haciendo la deshecha.

CRESPO

¡Hola, mancebo!..

JUAN

Señor.

CRESPO

Acá está la cama vuestra. *(Vanse.)*

Calle

ESCENA IX

EL CAPITÁN, EL SARGENTO, LA CHISPA y REBOLLEDO, *con guitarras*, SOLDADOS.

REBOLLEDO

Mejor estamos aquí:
el sitio es más oportuno
Tome rancho cada uno.

CHISPA

¿Vuelve la música?

REBOLLEDO

Sí.

CHISPA

Ahora estoy en mi centro.

CAPITÁN

¡Que no haya una ventana
entreabierto esta villana!

SARGENTO

Pues bien lo oyen allá dentro.

CHISPA

Espera.

SARGENTO

Será á mi costa.

REBOLLEDO

No es más de hasta ver quién es
quien llega.

CHISPA

Pues qué, ¿no ves
un jinete de la costa?

ESCENA X

DON MENDO, *con adarga*, NUÑO.—DICHOS

DON MENDO. *(Ap. á Nuño.)*

¿Ves bien lo que pasa?

NUÑO

No,
no veo bien; pero bien
lo escucho.

DON MENDO

¿Quién, cielos, quién
esto puede sufrir?

NUÑO

Yo.

DON MENDO

¿Abrirá acaso Isabel
la ventana?

NUÑO

Sí abrirá.

DON MENDO

No hará, villano.

NUÑO

No hará.

DON MENDO

¡Ah, celos, pena cruel!
Bien supiera yo arrojar
á todos á cuchilladas
de aquí; mas disimuladas
mis desdichas han de estar
hasta ver si ella ha tenido
culpa dello.

NUÑO

Pues aquí
nos sentemos.

DON MENDO

Bien: así
estaré desconocido.

REBOLLEDO

Pues ya el hombre se ha sentado,
si ya no es que ser ordena
alguna alma que anda en pena
de las cañas que ha jugado
con su adarga á cuestas, da
voz al aire. *(A la Chispa.)*

CHISPA

Ya él la lleva.

REBOLLEDO

Va una jácara tan nueva,
que corra sangre.

CHISPA

Sí hará.

ESCENA XI

DON LOPE y CRESPO *á un tiempo, con broqueles y cada uno por su lado.*—DICHOS.

CHISPA. *(Canta.)*

Érase cierto Sampayo
la flor de los andaluces,
el jaque de mayor porte
y el rufo de mayor lustre.
Este, pues, á la Chillona
halló un día...



Mas y Fondevila, plató

CRESPO.— Es preciso...
que á don Lope alcance luego.

EL ALCALDE DE ZALAMEA, jornada II, escena XXII

REBOLLEDO

No le culpen
la fecha; que el asonante
quiere que haya sido en lunes.

CHISPA

Halló, digo, á la Chillona,
que brindando entre dos luces,
ocupaba con el Garlo
la casa de las azumbres.
El Garlo, que siempre fué,
en todo lo que le cumple,
rayo de tejado abajo,
porque era rayo sin nube,
sacó la espada, y á un tiempo
de tajo y revés sacude.

CRESPO

Sería desta manera.

DON LOPE

Que sería así no duden.—
(Acuchillan don Lope y Crespo á los soldados y á don Mendo y Nuño; métenlos, y vuelve don Lope.)
Huyeron, y uno ha quedado
dellos, que es el que está aquí.
(Vuelve Crespo.)

CRESPO. *(Ap.)*

Cierto es que el que queda allí
sin duda es algún soldado.

DON LOPE. *(Ap.)*

Ni aun éste se ha de escapar
sin almagre.

CRESPO. *(Ap.)*

Ni éste quiero
que quede sin que mi acero
la calle le haga dejar.

DON LOPE

Huíd con los otros.

CRESPO

Huíd vos,
que sabréis huir más bien.
(Riñen.)

DON LOPE. *(Ap.)*

¡Vive Dios, que riñe bien!

CRESPO. *(Ap.)*

¡Bien pelea, vive Dios!

ESCENA XII

JUAN, *con espada.*—DON LOPE
CRESPO

JUAN

(Ap. Quiera el cielo que le tope.)
Señor, á tu lado estoy.

DON LOPE

¿Es Pedro Crespo?

CRESPO

Yo soy.
¿Es don Lope?

DON LOPE

Sí es don Lope.
¿Que no habíais, no dijisteis,
de salir? ¿Qué hazaña es esta?

CRESPO

Sean disculpa y respuesta
hacer lo que vos hicisteis.

DON LOPE

Aquesta era ofensa mía,
vuestra no.

CRESPO

No hay que fingir;
que yo he salido á reñir
por haceros compañía.

ESCENA XIII

SOLDADOS, EL CAPITÁN.—DICHOS

SOLDADOS. *(Dentro.)*

A dar muerte nos juntemos
á estos villanos.

CAPITÁN. *(Dentro.)*

Mirad...
(Salen los soldados y el capitán.)

DON LOPE

¿Adónde vais? Esperad.
¿De qué son estos extremos?

CAPITÁN

Los soldados han tenido
(porque se estaban holgando
en esta calle, cantando
sin alboroto ni ruido)
una pendencia, y yo soy
quien los está deteniendo.

DON LOPE

Don Álvaro, bien entiendo
vuestra prudencia; y pues hoy
aqueste lugar esta
en ojeriza, yo quiero
excusar rigor más fiero;
y pues amanece ya,
orden doy que en todo el día,
para que mayor no sea
el daño, de Zalamea
saquéis vuestra compañía:
y estas cosas, acabadas,
no vuelvan á ser, porque
otra vez la paz pondré,
vive Dios, á cuchilladas.

CAPITÁN

Digo que por la mañana
la compañía haré marchar.
(Ap. La vida me has de costar,
hermosísima villana.)

CRESPO. *(Ap.)*

Caprichudo es el don Lope;
ya haremos migas los dos.

DON LOPE

Venios conmigo vos,
y solo ninguno os tope.
(Vanse.)

ESCENA XIV

DON MENDO; NUÑO, *herido*

DON MENDO

¿Es algo, Nuño, la herida?

NUÑO

Aunque fuera menor, fuera
de mí muy mal recibida,
y mucho más que quisiera.

DON MENDO

Yo no he tenido en mi vida
mayor pena ni tristeza.

NUÑO

Yo tampoco.

DON MENDO

Que me enoje
es justo. ¿Que su fiereza
luego te dió en la cabeza?

NUÑO

Todo este lado me coge.
(Tocan dentro.)

DON MENDO

¿Qué es esto?

NUÑO

La compañía
que hoy se va.

DON MENDO

Y es dicha mía,
pues con eso cesarán
los celos del capitán.

NUÑO

Hoy se ha de ir en todo el día.

ESCENA XV

EL CAPITÁN Y EL SARGENTO, *á un lado.*—DON MENDO Y NUÑO, *al otro.*

CAPITÁN

Sargento, vaya marchando
antes que decline el día
con toda la compañía,
y con prevención que cuando
se esconda en la espuma fría
del océano español
ese luciente farol,
en ese monte le espero,
porque hallar mi vida quiero
hoy en la muerte del sol.

SARGENTO. *(Ap. al capitán.)*

Calla, que está aquí un figura
del lugar.

DON MENDO. *(Ap. á Nuño.)*

Pasar procura
sin que entienda mi tristeza.
No muestres, Nuño, flaqueza.

NUÑO

¿Puedo yo mostrar gordura?
(Vanse don Mendo y Nuño.)

ESCENA XVI

EL CAPITÁN, EL SARGENTO

CAPITÁN

Yo he de volver al lugar,
porque tengo prevenida
una criada, á mirar
si puedo por dicha hablar
á aquesta hermosa homicida.
Dádivas han granjeado
que apadrine mi cuidado.

SARGENTO

Pues, señor, si has de volver,
mira que habrás menester
volver bien acompañado;
porque al fin no hay que fiar
de villanos.

CAPITÁN

Ya lo sé.
Algunos puedes nombrar
que vuelvan conmigo.

SARGENTO

Haré
cuanto me quieras mandar;
pero, si acaso volviese
don Lope, y te conociese
al volver...

CAPITÁN

Ese temor
quiso también que perdiese
en esta parte mi amor;
que don Lope se ha de ir
hoy también á prevenir
todo el tercio á Guadalupe;
que todo lo dicho supe
yéndome ahora á despedir
dél, porque ya el rey vendrá,
que puesto en camino está.

SARGENTO

Voy, señor, á obedecerte.

CAPITÁN

Que me va la vida advierte.

ESCENA XVII

REBOLLEDO, LA CHISPA.—EL CAPITÁN, EL SARGENTO

REBOLLEDO

Señor, albricias me da.

CAPITÁN

¿De qué han de ser, Rebolledo?

REBOLLEDO

Muy bien merecerlas puedo,
pues solamente te digo...

CAPITÁN

¿Qué?

REBOLLEDO

Que ya hay un enemigo
menos á quien tener miedo.

CAPITÁN

¿Quién es? Dilo presto.

REBOLLEDO

Aquel
mozo, hermano de Isabel.
Don Lope se le pidió
al padre, y él se le dió
y va á la guerra con él.
En la calle le he encontrado
muy galán, muy alentado,
mezclando á un tiempo, señor,
rezagos de labrador
con primicias de soldado:
de suerte que el viejo es ya
quien pesadumbre nos da.

CAPITÁN

Todo nos sucede bien,
y más si me ayuda quien
esta esperanza me da
de que esta noche podré
hablarla.

REBOLLEDO

No pongas duda.

CAPITÁN

Del camino volveré;
que ahora es razón que acuda
á la gente que se ve
ya marchar. Los dos seréis
los que conmigo vendréis. *(Vase.)*

REBOLLEDO

Pocos somos, vive Dios,
aunque vengan otros dos,
otros cuatro y otros seis.

CHISPA

Y yo, si tú has de volver,
allá ¿qué tengo de hacer?
Pues no estoy segura yo,
si da conmigo el que dió
al barbero que coser.

REBOLLEDO

No sé qué he de hacer de ti.
¿No tendrás ánimo, di,
de acompañarme?

CHISPA

¿Pues no?
¿Vestido no tengo yo,
ánimo y esfuerzo?

REBOLLEDO

Sí,
vestido no faltará;
que ahí otro del paje está
de jineta, que se fué.

CHISPA

Pues yo plaza pasaré
por él.



ISABEL. —¡Padre y señor! EL ALCALDE DE ZALAMEA, jornada III, escena II

REBOLLEDO

Vamos, que se va
la bandera.

CHISPA

Y yo veo ahora
por qué en el mundo he cantado:
«Que el amor del soldado
no dura un hora.» *(Vanse.)*

ESCENA XVIII

DON LOPE, CRESPO, JUAN

DON LOPE

A muchas cosas os soy
en extremo agradecido;
pero sobre todas, esta
de darme hoy á vuestro hijo
para soldado, en el alma
os la agradezco y estimo.

CRESPO

Yo os le doy para criado.

DON LOPE

Yo os le llevo para amigo;
que me ha inclinado en extremo
su desenfado y su brío,
y la afición á las armas.

JUAN

Siempre á vuestros pies rendido
me tendréis, y vos veréis
de la manera que os sirvo,
procurando obedeceros
en todo.

CRESPO

Lo que os suplico,
es que perdonéis, señor,
si no acertare á serviros,
porque en el rústico estudio,
adonde rejas y trillos,
palas, azadas y bieldos
son nuestros mejores libros,
no habrá podido aprender
lo que en los palacios ricos
enseña la urbanidad
política de los siglos.

DON LOPE

Ya que va perdiendo el sol
la fuerza, irme determino.

JUAN

Veré si viene, señor,
la litera. *(Vase.)*

ESCENA XIX

ISABEL, INÉS.—DON LOPE
CRESPO

ISABEL

¿Y es bien iros,
sin que os despidáis de quien
tanto desea serviros?

DON LOPE. *(A Isabel.)*

No me fuera sin besaros
las manos y sin pediros
que liberal perdonéis
un atrevimiento digno
de perdón, porque no el premio
hace el don, sino el servicio.
Esta venera, que aunque
está de diamantes ricos
guarnecida, llega pobre
á vuestras manos, suplico
que la toméis y traigáis
por patena, en nombre mío.

ISABEL

Mucho siento que penséis,
con tan generoso indicio,
que pagais el hospedaje,
pues de honra que recibimos,
somos los deudores.

DON LOPE

Esto
no es paga, sino cariño.

ISABEL

Por cariño, y no por paga,
solamente la recibo.
A mi hermano os encomiendo,
ya que tan dichoso ha sido,
que merece ir por criado
vuestro.

DON LOPE

Otra vez os afirmo
que podéis descuidar dél;
que va, señora, conmigo.

ESCENA XX

JUAN.—DICHOS

JUAN

Ya está la litera puesta.

DON LOPE

Con Dios os quedad.

CRESPO

El mismo
os guarde.

DON LOPE

¡Ah, buen Pedro Crespo!

CRESPO

¡Ah, señor don Lope invicto!

DON LOPE

¿Quién os dijera aquel día
primero que aquí nos vimos,
que habíamos de quedar
para siempre tan amigos?

CRESPO

Yo lo dijera, señor,
si allí supiera, al oiros,
que erais... *(Al irse ya.)*

DON LOPE

Decid por mi vida.

CRESPO

Loco de tan buen capricho.
(Vase don Lope.)

ESCENA XXI

CRESPO, JUAN, ISABEL, INÉS

CRESPO

En tanto que se acomoda
el señor don Lope, hijo,
ante tu prima y tu hermana
escucha lo que te digo.
Por la gracia de Dios, Juan,
eres de linaje limpio
más que el sol, pero villano:
lo uno y lo otro te digo,
aquello, porque no humilles
tanto tu orgullo y tu brío,
que dejes, desconfiado,
de aspirar con cuerdo arbitrio
á ser más; lo otro, porque
no vengas, desvanecido,
á ser menos: igualmente

usa de entrambos designios
con humildad; porque siendo
humilde, con recto juicio
acordarás lo mejor;
y como tal, en olvido
pondrás cosas que suceden
al revés en los altivos.
¡Cuántos, teniendo en el mundo
algún defecto consigo,
le han borrado por humildes!
Y ¡á cuántos, que no han tenido
defecto, se le han hallado,
por estar ellos mal vistos!
Sé cortés sobre manera,
sé liberal y esparcido;
que el sombrero y el dinero
son los que hacen los amigos;
y no vale tanto el oro
que el sol engendra en el indio
suelo y que conduce el mar,
como ser uno bienquisto.
No hables mal de las mujeres:
la más humilde, te digo
que es digna de estimación,
porque, al fin, dellas nacimos.
No riñas por cualquier cosa;
que cuando en los pueblos miro
muchos que á reñir enseñan,
mil veces entre mí digo:
«Aquesta escuela no es
la que ha de ser, pues colijo
que no ha de enseñarse á un hombre
con destreza, gala y brío
á reñir, sino á por qué
ha de reñir; que yo afirmo
que, si hubiera un maestro solo
que enseñara prevenido,
no el cómo, el por qué se riña,
todos le dieran sus hijos:»
con esto, y con el dinero
que llevas para el camino,
y para hacer, en llegando
de asiento, un par de vestidos,
el amparo de don Lope
y mi bendición, yo fío
en Dios que tengo de verte
en otro puesto. Adiós, hijo;
que me enternezco en hablarte.

JUAN

Hoy tus razones imprimo
en el corazón, adonde
vivirán, mientras yo vivo.
Dame tu mano, y tú, hermana,
los brazos; que ya ha partido
don Lope, mi señor, y es
fuerza alcanzarle.

ISABEL

Los míos
bien quisieran detenerte.

JUAN

Prima, adiós.

INÉS

Nada te digo
con la voz, porque los ojos
hurtan á la voz su oficio.
Adiós.

CRESPO

Ea, vete presto;
que cada vez que te miro,
siento más el que te vayas;
y haz por ser lo que te he dicho.

JUAN

El cielo con todos quede.

CRESPO

El cielo vaya contigo. *(Vase Juan.)*

ESCENA XXII

CRESPO, ISABEL, INÉS

ISABEL

¡Notable crueldad has hecho!

CRESPO

(Ap. Ahora que no le miro,
hablaré más consolado.)
¿Qué había de hacer conmigo,
sino ser toda su vida
un holgazán, un perdido?
Váyase á servir al rey.

ISABEL

Que de noche haya salido
me pesa á mí.

CRESPO

Caminar
de noche por el estío,
antes es comodidad
que fatiga, y es preciso
que á don Lope alcance luego
al instante. *(Ap.* Enternecido
me deja, cierto, el muchacho,
aunque en público me animo.)

ISABEL

Éntrate, señor, en casa

INÉS

Pues sin soldados vivimos,
estémonos otro poco
gozando á la puerta el frío
viento que corre; que luego
saldrán por ahí los vecinos.

CRESPO

(Ap. A la verdad, no entro dentro,
porque desde aquí imagino,
como el camino blanquea,
que veo á Juan en el camino.)
Inés, sácame á esta puerta
asiento.

INÉS

Aquí está un banquillo.

ISABEL

Esta tarde diz que ha hecho
la villa elección de oficios.

CRESPO

Siempre aquí por el agosto
se hace. *(Siéntanse.)*

ESCENA XXIII

EL CAPITÁN, EL SARGENTO, REBOLLEDO, LA CHISPA Y SOLDADOS, *embozados.* - CRESPO, ISABEL, INÉS.

CAPITÁN. *(Ap. á los suyos.)*

Pisad sin ruido.
Llega, Rebolledo, tú,
y da á la criada aviso
de que ya estoy en la calle.

REBOLLEDO

Yo voy. Mas ¡qué es lo que miro!
A su puerta hay gente.

SARGENTO

Y yo
en los reflejos y visos
que la luna hace en el rostro,
que es Isabel, imagino,
esta.

CAPITÁN

Ella es: más que la luna,
el corazón me lo ha dicho.
A buena ocasión llegamos.
Si ya una vez que venimos,
nos atrevemos á todo,
buena venida habrá sido.

SARGENTO

¿Estás para oir un consejo?

CAPITÁN

No.

SARGENTO

Pues ya no te le digo.
Intenta lo que quisieres.

CAPITÁN

Yo he de llegar, y atrevido
quitar á Isabel de allí.
Vosotros á un tiempo mismo
impedid á cuchilladas
el que me sigan.

SARGENTO

Contigo
venimos, y á tu orden hemos
de estar.

CAPITÁN

Advertid que el sitio
donde habemos de juntarnos
es ese monte vecino
que está á la mano derecha,
como salen del camino.

REBOLLEDO

Chispa.

CHISPA

¿Qué?

REBOLLEDO

Ten esas capas.

CHISPA

Que es del reñir, imagino,
la gala el guardar la ropa,
aunque del nadar se dijo.

CAPITÁN

Yo he de llegar el primero.

CRESPO

Harto hemos gozado el sitio.
Entrémonos allá dentro.

CAPITÁN. *(Ap. á los suyos.)*

Ya es tiempo, llegad, amigos.
(Lléganse á los tres los soldados: detienen á Crespo y á Inés, y se apoderan de Isabel.)

ISABEL

¡Ah, traidor! Señor, ¿qué es esto?

CAPITÁN

Es una furia, un delirio
de amor. *(Llévala y vase.)*

ISABEL. *(Dentro.)*

¡Ah, traidor!—¡Señor!

CRESPO

¡Ah, cobardes!

ISABEL. *(Dentro.)*

¡Padre mío!

INÉS. *(Ap.)*

Yo quiero aquí retirarme. *(Vase.)*

CRESPO

¡Cómo echáis de ver (¡ah, impíos!)
que estoy sin espada, aleves,
falsos y traidores!

REBOLLEDO

Idos,
si no queréis que la muerte
sea el último castigo.
(Vanse los robadores.)

CRESPO

¿Qué importará, si está muerto
mi honor, el quedar yo vivo!
¡Ah, quien tuviera una espada!
Porque sin armas seguirlos
es en vano; y si brioso
a ir por ella me aplico,
los he de perder de vista.
¿Qué he de hacer, hados esquivos,
que de cualquiera manera
es uno solo el peligro?

ESCENA XXIV

INÉS, *con una espada.*—CRESPO

INÉS

Ya tienes aquí la espada.

CRESPO

A buen tiempo la has traído.
Ya tengo honra, pues tengo
espada con qué seguiros. *(Vanse.)*

Campo

ESCENA XXV

CRESPO, *riñendo con* EL SARGENTO, REBOLLEDO *y los* SOLDADOS; *después,* ISABEL.

CRESPO

Soltad la presa, traidores
cobardes, que habéis cogido;
que he de cobrarla, ó la vida
he de perder.

SARGENTO

Vano ha sido
tu intento, que somos muchos.

CRESPO

Mis males son infinitos,
y riñen todos por mí... *(Cae.)*
— Pero la tierra que piso,
me ha faltado.

REBOLLEDO

Dadle muerte.

SARGENTO

Mirad que es rigor impío
quitarle vida y honor.
Mejor es en lo escondido
del monte dejarle atado,
porque no lleve el aviso.

ISABEL. *(Dentro.)*

¡Padre y señor!

CRESPO

¡Hija mía!

REBOLLEDO

Retírale como has dicho.

CRESPO

Hija, solamente puedo
seguirte con mis suspiros.
(Llévanle.)

ESCENA XXVI

ISABEL y CRESPO, *dentro, después,* JUAN

ISABEL. *(Dentro.)*

¡Ay de mí!

JUAN. *(Saliendo.)*

¡Qué triste voz!

CRESPO. *(Dentro.)*

¡Ay de mí!

JUAN

¡Mortal gemido!
A la entrada dese monte
cayó mi rocín conmigo,
veloz corriendo, y yo ciego
por la maleza le sigo.
Tristes voces á una parte,
y á otra míseros gemidos
escucho, que no conozco,
porque llegan mal distintos.
Dos necesidades son
las que apellidan á gritos
mi valor; y pues iguales



CRESPO.—¡Albricias! ¿De qué, escribano?
EL ALCALDE DE ZALAMEA, jornada III, escena IV

á mi parecer han sido,
y uno es hombre, otro mujer,
á seguir ésta me animo;
que así obedezco á mi padre
en dos cosas que me dijo:
«Reñir con buena ocasión,
y honrar la mujer,» pues miro
que así honro las mujeres,
y con buena ocasión riño.

JORNADA TERCERA

Interior de un monte

ESCENA PRIMERA

ISABEL, *llorando*

Nunca amanezca á mis ojos
la luz hermosa del día,
porque á su sombra no tenga
vergüenza yo de mí misma.
¡Oh, tú, de tantas estrellas
primavera fugitiva,
no dés lugar á la aurora,
que tu azul campaña pisa,
para que con risa y llanto
borre tu apacible vista,
ó ya que ha de ser, que sea
con llanto, mas no con risa!
Detente, oh mayor planeta,
más tiempo en la espuma fría
del mar; deja que una vez
dilate la noche esquiva
su trémulo imperio; deja
que de tu deidad se diga,
atenta á mis ruegos, que es
voluntaria y no precisa.
¿Para qué quieres salir
á ver en la historia mía
la más enorme maldad,
la más fiera tiranía,
que en vergüenza de los hombres
quiere el cielo que se escriba?
Mas ¡ay de mí!, que parece
que es crueldad tu tiranía;
pues desde que te he rogado
que te detuvieses, miran
mis ojos tu faz hermosa
descollarse por encima
de los montes. ¡Ay de mí!
Que acosada y perseguida
de tantas penas, de tantas
ansias, de tantas impías
fortunas, contra mi honor
se han conjurado tus iras.
¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir?
Si á mi casa determinan
volver mis erradas plantas,
será dar nueva mancilla
al anciano padre mío,
que otro bien, otra alegría
no tuvo, sino mirarse
en la clara luna limpia
de mi honor, que hoy ¡desdichado!
tan torpe mancha le eclipsa.
Si dejo, por su respeto
y mi temor afligida,
de volver á casa, dejo
abierto el paso á que digan
que fuí cómplice en mi infamia;
y ciega y inadvertida
vengo á hacer de la inocencia
acrêdora á la malicia.
¡Que mal hice, qué mal hice
de escaparme fugitiva
de mi hermano! ¿No valiera
más que su cólera altiva
me diera la muerte, cuando
llegó á ver la suerte mía?
Llamarle quiero, que vuelva
con saña más vengativa
y me dé muerte: confusas
voces el eco repita,
diciendo...

ESCENA II

CRESPO.—ISABEL

CRESPO. *(Dentro.)*

Vuelve á matarme.
Serás piadoso homicida;
que no es piedad el dejar
á un desdichado con vida.

ISABEL

¿Qué voz es ésta, que mal
pronunciada y poco oída,
no se deja conocer?

CRESPO. *(Dentro.)*

Dadme muerte, si os obliga
ser piadosos.

ISABEL

¡Cielos, cielos!
Otro la muerte apellida,
otro desdichado hay más,
que hoy á pesar suyo viva.
(Aparta unas ramas y descúbrese Crespo atado.)
Mas ¿qué es lo que ven mis ojos?

CRESPO

Si piedades solicita
cualquiera que aqueste monte
temerosamente pisa,
llegue á dar muerte... Mas ¡cielos!
¿Qué es lo que mis ojos miran?

ISABEL

Atadas atrás las manos
á una rigurosa encina...

CRESPO

Enterneciendo los cielos
con las voces que apellida...

ISABEL

Mi padre está.

CRESPO

Mi hija veo.

ISABEL

¡Padre y señor!

CRESPO

Hija mía,
llégate, y quita estos lazos.

ISABEL

No me atrevo; que si quitan
los lazos que te aprisionan
una vez las manos mías,
no me atreveré, señor,
á contarte mis desdichas,
á referirte mis penas;
porque si una vez te miras
con manos, y sin honor,
me darán muerte tus iras;
y quiero, antes que lo veas,
referirte mis fatigas.

CRESPO

Detente, Isabel, detente,
no prosigas; que hay desdichas,
que para contarlas, no
es menester referirlas.

ISABEL

Hay muchas cosas que sepas,
y es forzoso que al decirlas,
tu valor se irrite, y quieras
vengarlas antes de oirlas.
—Estaba anoche gozando
la seguridad tranquila,
que al abrigo de tus canas
mis años me prometían,
cuando aquellos embozados

traidores (que determinan
que lo que el honor defiende
el atrevimiento rinda)
me robaron: bien así
como de los pechos quita
carnicero hambriento lobo
á la simple corderilla.
Aquel capitán, aquel
huésped ingrato, que el día
primero introdujo en casa
tan nunca esperada cisma
de traiciones y cautelas,
de pendencias y rencillas,
fué el primero que en sus brazos
me cogió, mientras le hacían
espaldas otros traidores,
que en su bandera militan.
Aqueste intrincado, oculto
monte, que está á la salida
del lugar, fué su sagrado:
¿cuándo de la tiranía
no son sagrado los montes?
Aquí ajena de mí misma
dos veces me miré, cuando
aún tu voz, que me seguía,
me dejó; porque ya el viento,
á quien tus acentos fías,
con la distancia, por puntos
adelgazándose iba;
de suerte, que las que eran
antes razones distintas,
no eran voces sino ruido;
luego, en el viento esparcidas,
no eran voces, sino ecos
de unas confusas noticias;
como aquel que oye un clarín,
que cuando dél se retira,
le queda por mucho rato,
si no el ruido, la noticia.
El traidor, pues, en mirando
que ya nadie hay que le siga,
que ya nadie hay que me ampare,
porque hasta la luna misma
ocultó entre pardas sombras,
ó cruel ó vengativa,
aquella ¡ay de mí! prestada
luz que del sol participa,
pretendió ¡ay de mí otra vez
y otras mil! con fementidas
palabras, buscar disculpa
á su amor. ¿A quién no admira
querer de un instante á otro
hacer la ofensa caricia?
¡Mal haya el hombre, mal haya
el hombre que solicita
por fuerza ganar un alma,
pues no advierte, pues no mira
que las victorias de amor,
no hay trofeo en que consistan,
sino en granjear el cariño
de la hermosura que estiman!
Porque querer sin el alma
una hermosura ofendida,
es querer á una mujer
hermosa, pero no viva.
¡Qué ruegos, qué sentimientos
ya de humilde, ya de altiva,
no le dije. ¡Pero en vano;
pues (calle aquí la voz mía)
soberbio (enmudezca el llanto),
atrevido (el pecho gima),
descortés (lloren los ojos),
fiero (ensordezca la envidia),
tirano (falte el aliento),
osado (luto me vista)...
Y si lo que la voz yerra,
tal vez con la acción se explica,
de vergüenza cubro el rostro,
de empacho lloro ofendida,
de rabia tuerzo las manos,
el pecho rompo de ira.
Entiende tú las acciones,
pues no hay voces que lo digan;
baste decir que á las quejas
de los vientos repetidas,
en que ya no pedía al cielo
socorro, sino justicia,
salió el alba, y con el alba,
trayendo la luz por guía,
sentí ruido entre unas ramas:
vuelvo á mirar quién sería,
y veo á mi hermano. ¡Ay cielos!
¿Cuándo, cuándo ¡ah suerte impía!
llegaron á un desdichado
los favores más aprisa?
Él á la dudosa luz,
que, si no alumbra, ilumina,
reconoce el daño, antes
que ninguno se lo diga;
que son linces los pesares,
que penetran con la vista.
Sin hablar palabra, saca
el acero que aquel día
le ceñiste; el capitán,
que el tardo socorro mira
en mi favor, contra el suyo
saca la blanca cuchilla;
cierra el uno con el otro,
este repara, aquel tira;
y yo, en tanto que los dos
generosamente lidian,
viendo temerosa y triste
que mi hermano no sabía
si tenía culpa ó no,
por no aventurar mi vida
en la disculpa, la espalda
vuelvo y por la entretejida
maleza del monte huyo;
pero no con tanta prisa,
que no hiciese de unas ramas
intrincadas celosías,
porque deseaba, señor,
saber lo mismo que huía.
A poco rato, mi hermano
dió al capitán una herida;
cayó, quiso asegundarle,
cuando los que ya venían
buscando á su capitán,
en su venganza se irritan.
Quiere defenderse; pero
viendo que era una cuadrilla,
corre veloz: no le siguen,
porque todos determinan
más acudir al remedio
que á la venganza que incitan.
En brazos al capitán
volvieron hacia la villa
sin mirar en su delito;
que en las penas sucedidas,
acudir determinaron
primero á la más precisa.
Yo, pues, que atenta miraba
eslabonadas y asidas
unas ansias de otras ansias,
ciega, confusa y corrida,
discurrí, bajé, corrí,
sin luz, sin norte, sin guía,
monte, llano y espesura,
hasta que á tus pies rendida
antes que me dés la muerte
te he contado mis desdichas.
Ahora que ya las sabes,
rigurosamente anima
contra mi vida el acero,
el valor contra mi vida;
que ya para que me mates,
aquestos lazos te quitan *(Le desata.)*
mis manos: alguno dellos
mi cuello infeliz oprima.
Tu hija soy, sin honra estoy
y tú libre: solicita
con mi muerte tu alabanza,
para que de ti se diga
que por dar vida á tu honor,
diste la muerte á tu hija.

CRESPO

Álzate, Isabel, del suelo;
no, no estés más de rodillas;
que á no haber estos sucesos
que atormenten y que aflijan,
ociosas fueran las penas
sin estimación las dichas.
Para los hombres se hicieron,
y es menester que se impriman
con valor dentro del pecho.
Isabel, vamos aprisa:
demos la vuelta á mi casa;
que este muchacho peligra,
y hemos menester hacer
diligencias exquisitas
por saber dél y ponerle
en salvo.

ISABEL. *(Ap.)*

Fortuna mía,
ó mucha cordura, ó mucha
cautela es esta.

CRESPO

Camina.
(Vanse.)

—

Calle á la entrada del pueblo

ESCENA III

CRESPO, ISABEL

CRESPO

¡Vive Dios, que si la fuerza
y necesidad precisa
de curarse hizo volver
al capitán á la villa,
que pienso que le está bien
morirse de aquella herida,
por excusarse de otra
y otras mil!, que el ansia mía
no ha de parar, hasta darle
la muerte. Ea, vamos, hija,
á nuestra casa.

ESCENA IV

EL ESCRIBANO.—CRESPO
ISABEL

ESCRIBANO

¡Oh señor
Pedro Crespo!, dadme albricias.

CRESPO

¡Albricias! ¿De qué, escribano?

ESCRIBANO

El Concejo aqueste día
os ha hecho alcalde, y tenéis
para estrena de justicia
dos grandes acciones hoy:
la primera es la venida
del rey, que estará hoy aquí
ó mañana en todo el día,
según dicen; es la otra
que ahora han traído á la villa
de secreto unos soldados
á curarse con gran prisa,
á aquel capitán, que ayer
tuvo aquí su compañía.
Él no dice quién le hirió;
pero si esto se averigua,
será una gran causa.

CRESPO

(Ap. ¡Cielos!
¡Cuando vengarse imagina,
me hace dueño de mi honor
la vara de la justicia!
¿Cómo podré delinquir
yo, si en esta hora misma
me ponen á mí por juez,
para que otros no delincan?
Pero cosas como aquestas
no se ven con tanta prisa.
(Alto.) En extremo agradecido
estoy á quien solicita
honrarme.

ESCRIBANO

Venid á la casa
del concejo, y recibida
la posesión de la vara,
haréis en la causa misma
averiguaciones.

CRESPO

Vamos.—
A tu casa te retira.

ISABEL

¡Duélase el cielo de mí!
¿No he de acompañarte?

CRESPO

Hija,
ya tenéis el padre alcalde:
él os guardará justicia.
(Vanse.)

—

Alojamiento del capitán

ESCENA V

EL CAPITÁN, *con banda, como herido:* EL SARGENTO

CAPITÁN

Pues la herida no era nada,
¿por qué me hicisteis volver
aquí?

SARGENTO

¿Quién pudo saber
lo que era antes de curada?
Ya la cura prevenida,
hemos de considerar
que no es bien aventurar
hoy la vida por la herida.
¿No fuera mucho peor
que te hubieras desangrado?

CAPITÁN

Puesto que ya estoy curado,
detenernos será error.
Vámonos, antes que corra
voz de que estamos aquí.
¿Están ahí los otros?

SARGENTO

Sí.

CAPITÁN

Pues la fuga nos socorra
del riesgo destos villanos;
que si se llega á saber
que estoy aquí, habrá de ser
fuerza apelar á las manos.

ESCENA VI

REBOLLEDO.—EL CAPITÁN
EL SARGENTO

REBOLLEDO

La justicia aquí se ha entrado.

CAPITÁN

¿Qué tiene que ver conmigo
justicia ordinaria?

REBOLLEDO

Digo
que ahora hasta aquí ha llegado.

CAPITÁN

Nada me puede á mí estar
mejor: llegando á saber
que estoy aquí, no hay temer
á la gente del lugar;
que la justicia es forzoso
remitirme en esta tierra
á mi consejo de guerra:
conque, aunque el lance es penoso,
tengo mi seguridad.

REBOLLEDO

Sin duda, se ha querellado
el villano.

CAPITÁN

Eso he pensado.

ESCENA VII

CRESPO, EL ESCRIBANO
LABRADORES.—DICHOS

CRESPO. *(Dentro.)*

Todas las puertas tomad,
y no me salga de aquí
soldado que aquí estuviere;
y al que salirse quisiere,
matadle.



Mas y Fondevila, pintó

CRESPO. —Mirad que echado en el suelo,
mi honor a voces os pido.

EL ALCALDE DE ZALAMEA, jornada III, escena VIII

CAPITÁN

Pues ¿cómo así
entráis? *(Ap.* Mas ¡qué es lo que veo!)
(Sale Pedro Crespo, con vara,
y labradores con él.)

CRESPO

¿Cómo no? A mi parecer,
la justicia ¿ha menester
mas licencia?

CAPITÁN

A lo que creo,
la justicia (cuando vos
de ayer acá lo seáis)
no tiene, si lo miráis,
que ver conmigo.

CRESPO

Por Dios,
señor, que no os alteréis;
que sólo á una diligencia
vengo, con vuestra licencia,
aquí, y que solo os quedéis
importa.

CAPITÁN. *(Al sargento y á Rebolledo.)*
Salíos de aquí.

CRESPO. *(A los labradores.)*
Salíos vosotros también.
(Ap. al escribano.)
Con esos soldados ten
gran cuidado.

ESCRIBANO

Harélo así.
(Vanse los labradores, el sargento,
Rebolledo y el escribano.)

ESCENA VIII

CRESPO, EL CAPITÁN

CRESPO

Ya que yo, como justicia,
me valí de su respeto
para obligaros á oirme,
la vara á esta parte dejo,
y como un hombre no más
deciros mis penas quiero.
(Arrima la vara.)
Y puesto que estamos solos,
señor don Alvaro, hablemos
más claramente los dos,
sin que tantos sentimientos
como han estado encerrados
en las cárceles del pecho
acierten á quebrantar
las prisiones del silencio.
Yo soy un hombre de bien,
que á escoger mi nacimiento,
no dejara (es Dios testigo)
un escrúpulo, un defecto
en mí, que suplir pudiera
la ambición de mi deseo.
Siempre acá entre mis iguales
me he tratado con respeto:
de mí hacen estimación
el cabildo y el concejo.
Tengo muy bastante hacienda,
porque no hay, gracias al cielo,
otro labrador más rico
en todos aquestos pueblos
de la comarca; mi hija
se ha criado, á lo que pienso,
con la mejor opinión,
virtud y recogimiento
del mundo: tal madre tuvo:
téngala Dios en el cielo.
Bien pienso que bastará,
señor, para abono desto,
el ser rico, y no haber quien
me murmure; ser modesto,
y no haber quien me baldone;
y mayormente, viviendo
en un lugar corto, donde
otra falta no tenemos
más que saber unos de otros
las faltas y los defectos,
y ¡pluguiera á Dios, señor,
que se quedara en saberlos!
Si es muy hermosa mi hija,
díganlo vuestros extremos...
Aunque pudiera, al decirlo,
con mayores sentimientos
llorarlo, porque esto fué
mi desdicha. —No apuremos
toda la ponzoña al vaso;
quédese algo al sufrimiento.
—No hemos de dejar, señor,
salirse con todo al tiempo;
algo hemos de hacer nosotros
para encubrir sus defectos.
Este, ya veis si es bien grande;
pues aunque encubrirle quiero,
no puedo; que sabe Dios
que á poder estar secreto
y sepultado en mí mismo,
no viniera á lo que vengo;
que todo esto remitiera,
por no hablar, al sufrimiento.
Deseando, pues, remediar
agravio tan manifiesto,
buscar remedio á mi afrenta,
es venganza, no es remedio;
y vagando de uno en otro,
uno solamente advierto,
que á mí me está bien, y á vos
no mal; y es, que desde luego
os toméis toda mi hacienda,
sin que para mi sustento
ni el de mi hijo (á quien yo
traeré á echar á los pies vuestros)
reserve un maravedí,
sino quedarnos pidiendo
limosna, cuando no haya
otro camino, otro medio
con que poder sustentarnos.
Y si queréis desde luego
poner una S y un clavo
hoy a los dos y vendernos,
será aquesta cantidad
mas del dote que os ofrezco.
Restaurad una opinión
que habéis quitado. No creo
que desluzcáis vuestro honor,
porque los merecimientos
que vuestros hijos, señor,
perdieren por ser mis nietos,
ganarán con más ventaja,
señor, por ser hijos vuestros.
En Castilla, el refrán dice
que el caballo (y es lo cierto)
lleva la silla.—Mirad *(De rodillas.)*
que á vuestros pies os lo ruego
de rodillas, y llorando
sobre estas canas, que el pecho,
viendo nieve y agua, piensa
que se me están derritiendo.
¿Qué os pido? Un honor os pido,
que me quitasteis vos mesmo;
y con ser mío, parece,
según os le estoy pidiendo
con humildad, que no es mío
lo que os pido, sino vuestro.
Mirad que puedo tomarle
por mis manos, y no quiero,
sino que vos me le deis.

CAPITÁN

Ya me falta el sufrimiento.
Viejo cansado y prolijo,
agradeced que no os doy
la muerte á mis manos hoy,
por vos y por vuestro hijo;
porque quiero que debáis
no andar con vos más cruel,
á la beldad de Isabel.
Si vengar solicitáis
por armas vuestra opinión,
poco tengo que temer;
si por justicia ha de ser,
no tenéis jurisdicción.

CRESPO

¿Que, en fin, no os mueve mi llanto?

CAPITÁN

Llanto no se ha de creer
de viejo, niño y mujer.

CRESPO

¡Que no pueda dolor tanto
mereceros un consuelo!

CAPITÁN

¿Qué más consuelo queréis
pues con la vida volvéis?

CRESPO

Mirad que echado en el suelo,
mi honor á voces os pido.

CAPITÁN

¡Qué enfado!

CRESPO

Mirad que soy
alcalde en Zalamea hoy.

CAPITÁN

Sobre mí no habéis tenido
jurisdicción: el consejo
de guerra enviará por mí.

CRESPO

¿En eso os resolvéis?

CAPITÁN

Sí,
caduco y cansado viejo.

CRESPO

¿No hay remedio?

CAPITÁN

Sí, el callar
es el mejor para vos.

CRESPO

¿No otro?

CAPITÁN

No.

CRESPO

Pues juro á Dios,
que me lo habéis de pagar.—
¡Hola! *(Levántase y toma la vara.)*

ESCENA IX

LABRADORES.—CRESPO, EL CAPITÁN

UN LABRADOR. *(Dentro.)*
¡Señor!

CAPITÁN. *(Ap.)*
¿Qué querrán
estos villanos hacer?
(Salen los labradores.)

LABRADORES

¿Qué es lo que mandas?

CRESPO

Prender
mando al señor capitán.

CAPITÁN

¡Buenos son vuestros extremos!
Con un hombre como yo,
y en servicio del rey, no
se puede hacer.

CRESPO

Probaremos.
De aquí, si no es preso ó muerto,
no saldréis.

CAPITÁN

Yo os apercibo
que soy un capitán vivo.

CRESPO

¿Soy yo acaso alcalde muerto?
Daos al instante á prisión.

CAPITÁN

No me puedo defender:
fuerza es dejarme prender.
Al rey desta sinrazón
me quejaré.

CRESPO

Yo también
de esotra:—y aun bien que está
cerca de aquí, y nos oirá
á los dos.—Dejar es bien
esa espada.

CAPITÁN

No es razón
que...

CRESPO

¿Cómo no, si vais preso?

CAPITÁN

Tratad con respeto...

CRESPO

Eso
está muy puesto en razón.
Con respeto le llevad
á las casas, en efeto,
del concejo; y con respeto
un par de grillos le echad
y una cadena; y tened,
con respeto, gran cuidado
que no hable á ningún soldado;
y á esos dos también poned
en la cárcel, que es razón,
y aparte, porque después,
con respeto, á todos tres
les tomen la confesión.
Y aquí, para entre los dos,
si hallo harto paño, en efeto,
con muchísimo respeto
os he de ahorcar, juro á Dios.

CAPITÁN

¡Ah, villanos con poder!
(Vanse los labradores con el capitán.)

ESCENA X

REBOLLEDO, LA CHISPA, EL ESCRIBANO.—CRESPO

ESCRIBANO

Este paje, este soldado
son á los que mi cuidado
sólo ha podido prender;
que otro se puso en huída.

CRESPO

Este el pícaro es que canta:
con un paso de garganta
no ha de hacer otro en su vida.

REBOLLEDO

¿Pues qué delito es, señor,
el cantar?

CRESPO

Que es virtud siento,
y tanto, que un instrumento
tengo en que cantéis mejor.
Resolveos á decir...

REBOLLEDO

¿Qué?

CRESPO

Cuanto anoche pasó...

REBOLLEDO

Tu hija mejor que yo
lo sabe.

CRESPO

O has de morir.



CRESPO.—Volved los ojos, y vedlo.
Aqueste es el capitán.

EL ALCALDE DE ZALAMEA, jornada III, escena XVII

CHISPA. *(Ap. á él.)*

Rebolledo, determina
negarlo punto por punto:
seras, si niegas, asunto
para una jacarandina
que cantaré.

CRESPO

A vos después
también os harán cantar.

CHISPA

A mí no me pueden dar
tormento.

CRESPO

Sepamos, pues,
¿por qué?

CHISPA

Eso es cosa asentada,
y que no hay ley que tal mande.

CRESPO

¿Qué causa tenéis?

CHISPA

Bien grande.

CRESPO

Decid, ¿cuál?

CHISPA

Estoy preñada.

CRESPO

¿Hay cosa más atrevida?
Mas la cólera me inquieta.
¿No sois paje de jineta?

CHISPA

No, señor, sino de brida.

CRESPO

Resolveos á decir
vuestros dichos.

CHISPA

Sí diremos
aun más de lo que sabemos;
que peor será morir.

CRESPO

Eso excusará á los dos
del tormento.

CHISPA

Si es así,
pues para cantar nací,
he de cantar, vive Dios.
(Canta.) Tormento me quieren dar.

REBOLLEDO. *(Canta.)*

¿Y qué quieren darme á mí?

CRESPO

¿Qué hacéis?

CHISPA

Templar desde aquí,
pues que vamos á cantar. *(Vanse.)*

—

Sala en casa de Crespo

ESCENA XI

JUAN

Desde que al traidor herí
en el monte, desde que
riñendo con él (porque
llegaron tantos) volví
la espalda, el monte he corrido,
la espesura he penetrado,
y á mi hermana no he encontrado.
En efecto, me he atrevido
á venirme hasta el lugar
y entrar dentro de mi casa,
donde todo lo que pasa
á mi padre he de contar.
Veré lo que me aconseja
que haga ¡cielos! en favor
de mi vida y de mi honor.

ESCENA XII

INÉS, ISABEL, *muy triste.*—JUAN

INÉS

Tanto sentimiento deja;
que vivir tan afligida,
no es vivir, matarte es.

ISABEL

¿Pues quién te ha dicho, ¡ay Inés!,
que no aborrezco la vida?

JUAN

Diré á mi padre... *(Ap. ¡Ay de mí!*
¿No es ésta Isabel? Es llano.
Pues ¿qué espero?) *(Saca la daga.)*

INÉS

¡Primo!

ISABEL

¡Hermano!
¿Qué intentas?

JUAN

Vengar así
la ocasión en que hoy has puesto
mi vida y mi honor.

ISABEL

Advierte...

JUAN

¡Tengo de darte la muerte,
viven los cielos!

ESCENA XIII

CRESPO, LABRADORES. – DICHOS

CRESPO

¿Qué es esto?

JUAN

Es satisfacer, señor,
una injuria, y es vengar
una ofensa y castigar...

CRESPO

Basta, basta; que es error
que os atrevais á venir...

JUAN

¿Qué es lo que mirando estoy?

CRESPO

Delante así de mí hoy,
acabando ahora de herir
en el monte un capitán...

JUAN

Señor, si le hice esa ofensa,
que fué en honrada defensa,
de tu honor...

CRESPO

¡Ea, basta, Juan!—
Hola, llevadle también
preso.

JUAN

¿A tu hijo, señor,
tratas con tanto rigor?

CRESPO

Y aun á mi padre también
con tal rigor le tratara.
(Ap. Aquesto es asegurar
su vida, y han de pensar
que es la justicia más rara
del mundo.)

JUAN

Escucha por qué,
habiendo un traidor herido,
á mi hermana he pretendido
matar también.

CRESPO

Ya lo sé;
pero no basta sabello
yo como yo; que ha de ser
como alcalde, y he de hacer
información sobre ello.
Y hasta que conste qué culpa
te resulta del proceso,
tengo de tenerte preso.
(Ap. Yo le hallaré la disculpa.)

JUAN

Nadie entender solicita
tu fin, pues sin honra ya,
prendes á quien te la da,
guardando á quien te la quita.
(Llévanle preso.)

ESCENA XIV

CRESPO, ISABEL, INÉS

CRESPO

Isabel, entra á firmar
esta querella que has dado
contra aquel que te ha injuriado.

ISABEL

Tú, que quisiste ocultar
la ofensa que el alma llora,
¡así intentas publicarla!
Pues no consigues vengarla,
consigue el callarla ahora.

CRESPO

No: ya que como quisiera
me quita esta obligación
satisfacer mi opinión,
ha de ser desta manera. *(Vase Isabel.)*
Inés, pon ahí esa vara;
que, pues, por bien no ha querido
ver el caso concluído,
querrá por mal.
(Vase Inés.)

ESCENA XV

DON LOPE, SOLDADOS. – CRESPO

DON LOPE. *(Dentro.)*

Para, para.

CRESPO

¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?
(Salen don Lope y soldados.)

DON LOPE

¡Oh, Pedro Crespo! Yo soy,
que volviendo a este lugar
de la mitad del camino
(donde me trae, imagino,
un grandísimo pesar),
no era bien ir á apearme
á otra parte, siendo vos
tan amigo.

CRESPO

Guárdeos Dios;
que siempre tratais de honrarme.

DON LOPE

Vuestro hijo no ha parecido
por allá.

CRESPO

Presto sabréis
la ocasión: la que tenéis,
señor, de haberos venido,
me haced merced de contar;
que venís mortal, señor.

DON LOPE

La desvergüenza es mayor
que se puede imaginar.
Es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...
—Que estoy perdido, os confieso,
de cólera.

CRESPO

Proseguí.

DON LOPE

Que un alcaldillo de aquí
al capitán tiene preso.—
Y ¡vive Dios!, no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada,
sino es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado
donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
á palos le he de matar!

CRESPO

Pues habéis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.

DON LOPE

Pues dárselos, sin que deje
dárselos.

CRESPO

Malo lo veo;
ni que haya en el mundo creo
quien tan mal os aconseje
¿Sabéis por qué le prendió?

DON LOPE

No; mas sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí, que también sé yo
degollar, si es necesario.

CRESPO

Vos no debéis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario.

DON LOPE

¿Será más que un villanote?

CRESPO

Un villanote será,
que si cabezudo da
en que ha de darle garrote,
par Dios, se salga con ello.

DON LOPE

No se saldrá tal, par Dios;
y si por ventura vos,
si sale ó no, queréis vello,
decid dónde vive ó no.

CRESPO

Bien cerca vive de aquí.

DON LOPE

Pues á decirme vení
quién es el alcalde.

CRESPO

Yo.

DON LOPE

¡Vive Dios, que si sospecho!..

CRESPO

¡Vive Dios, como os lo he dicho!

DON LOPE

Pues, Crespo, lo dicho dicho.

CRESPO

Pues, señor, lo hecho hecho.

DON LOPE

Yo por el preso he venido,
y á castigar este exceso.


Mas y Fondevila, pintó

JUAN. – Las plantas, señor, me dad;
que á ser vuestro esclavo iré.

EL ALCALDE DE ZALAMEA, jornada III, escena XVIII

CRESPO

Pues yo acá le tengo preso
por lo que acá ha sucedido.

DON LOPE

¿Vos sabéis que á servir pasa
al rey, y soy su juez yo?

CRESPO

¿Vos sabéis que me robó
á mi hija de mi casa?

DON LOPE

¿Vos sabéis que mi valor
dueño desta causa ha sido?

CRESPO

¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?

DON LOPE

¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?

CRESPO

¿Vos sabéis que le he rogado
con la paz y no la quiere?

DON LOPE

Que os entráis, es bien se arguya,
en otra jurisdicción.

CRESPO

Él se me entró en mi opinion,
sin ser jurisdicción suya.

DON LOPE

Yo sabré satisfacer,
obligándome á la paga.

CRESPO

Jamás pedí á nadie que haga
lo que yo me puedo hacer.

DON LOPE

Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.

CRESPO

Yo por acá he sustanciado
el proceso.

DON LOPE

¿Qué es proceso?

CRESPO

Unos pliegos de papel
que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación
de la causa.

DON LOPE

Iré por él
á la cárcel.

CRESPO

No embarazo
que vais, sólo se repare,
que hay orden que al que llegare
le den un arcabuzazo.

DON LOPE

Como esas balas estoy
enseñado yo á esperar.
(Mas no se ha de aventurar
nada en esta acción de hoy.)
Hola, soldado, id volando,
y á todas las compañías
que alojadas estos días
han estado y van marchando,
decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones
y con las cuerdas caladas.

UN SOLDADO

No fué menester llamar
la gente, que habiendo oído
aquesto que ha sucedido,
se han entrado en el lugar.

DON LOPE

Pues vive Dios, que he de ver
si me dan el preso ó no.

CRESPO

Pues vive Dios, que antes yo
haré lo que se ha de hacer.
(Vanse.)

—

Sala de la cárcel

ESCENA XVI

DON LOPE, EL ESCRIBANO
SOLDADOS, CRESPO, *todos dentro*
(Suenan cajas.)

DON LOPE

Esta es la cárcel, soldados,
adonde está el capitán.
Si no os le dan, al momento
poned fuego y la abrasad,
y si se pone en defensa
el lugar, todo el lugar.

ESCRIBANO

Ya, aunque la cárcel enciendan,
no han de darle libertad.

SOLDADOS

Mueran aquestos villanos.

CRESPO

¿Que mueran? Pues qué, ¿no hay más?

DON LOPE

Socorro les ha venido.
Romped la cárcel: llegad,
romped la puerta.

ESCENA XVII

Salen los SOLDADOS Y DON LOPE *por un lado; y por otro,* EL REY, CRESPO, LABRADORES Y ACOMPAÑAMIENTO.

REY

¿Qué es esto?
Pues ¡desta manera estáis
viniendo yo!

DON LOPE

Esta es, señor,
la mayor temeridad
de un villano, que vió el mundo;
y, vive Dios, que á no entrar
en el lugar tan aprisa,
señor, vuestra Majestad,
que había de hallar luminarias
puestas por todo el lugar.

REY

¿Qué ha sucedido?

DON LOPE

Un alcalde
ha prendido un capitán,
y viniendo yo por él,
no le quieren entregar.

REY

¿Quién es el alcalde?

CRESPO

Yo.

REY

¿Y qué disculpa me dais?

CRESPO

Este proceso, en quien bien
probado el delito está,
digno de muerte, por ser
una doncella robar,
forzarla en un despoblado,
y no quererse casar
con ella, habiendo su padre
rogádole con la paz.

DON LOPE

Este es el alcalde, y es
su padre.

CRESPO

No importa en tal
caso, porque si un extraño
se viniera á querellar,
¿no habría de hacer justicia?
Sí: pues ¿qué más se me da
hacer por mi hija lo mismo
que hiciera por los demás?
Fuera de que, como he preso
un hijo mío, es verdad
que no escuchara á mi hija,
pues era la sangre igual... (1)
Mírese si está bien hecha
la causa, miren si hay
quien diga que yo haya hecho
en ella alguna maldad,
si he inducido algún testigo,
si está escrito algo de más
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.

REY

Bien está
sentenciado; pero vos
no tenéis autoridad
de ejecutar la sentencia
que toca á otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
remitid el preso.

CRESPO

Mal
podré, señor, remitirle,
porque como por acá
no hay más que sola una audiencia,
cualquiera sentencia que hay,
la ejecuta ella, y así
está ejecutada ya.

REY

¿Qué decís?

CRESPO

Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos, y vedlo.
Aqueste es el capitán.
(Abren una puerta, y aparece dado garrote en una silla el capitán.)

REY

Pues ¿cómo así os atrevisteis?..

CRESPO

Vos habéis dicho que está
bien dada aquesta sentencia:
luego esto no está hecho mal.

REY

El consejo ¿no supiera
la sentencia ejecutar?

CRESPO

Toda la justicia vuestra
es sólo un cuerpo no más:
si éste tiene muchas manos,
decid, ¿qué más se me da
matar con aquesta un hombre,
que estotra había de matar?
Y ¿qué importa errar lo menos,
quien ha acertado lo más?

REY

Pues ya que aquesto es así,
¿por qué, como á capitán
y caballero, no hicisteis
degollarle?

CRESPO

¿Eso dudáis?
Señor, como los hidalgos
viven tan bien por acá,
el verdugo que tenemos,
no ha aprendido á degollar,
Y esa es querella del muerto,
que toca á su autoridad,
y hasta que él mismo se queje,
no les toca á los demás.

REY

Don Lope, aquesto ya es hecho.
Bien dada la muerte está;
que errar lo menos no importa,
si acertó lo principal.
Aquí no quede soldado
alguno, y haced marchar
con brevedad; que me importa
llegar presto á Portugal.—
Vos, por alcalde perpetuo
de aquesta villa os quedad.

CRESPO

Sólo vos á la justicia
tanto supierais honrar.
(Vase el rey y el acompañamiento.)

DON LOPE

Agradeced al buen tiempo
que llegó su majestad.

CRESPO

Por Dios, aunque no llegara
no tenía remedio ya.

DON LOPE

¿No fuera mejor hablarme,
dando el preso, y remediar
el honor de vuestra hija?

CRESPO

En un convento entrará;
que ha elegido y tiene esposo,
que no mira en calidad.

DON LOPE

Pues dadme los demás presos.

CRESPO

Al momento los sacad.
(Vase el escribano.)

ESCENA XVIII

REBOLLEDO, LA CHISPA; SOLDADOS; *después*, JUAN.—DON LOPE, CRESPO, SOLDADOS Y LABRADORES.

DON LOPE

Vuestro hijo falta, porque
siendo mi soldado ya,
no ha de quedar preso.

CRESPO

Quiero
también, señor, castigar
el desacato que tuvo
de herir á su capitán;
que aunque es verdad que su honor
á esto le pudo obligar,
de otra manera pudiera.

DON LOPE

Pedro Crespo, bien está.
Llamadle.

CRESPO

Ya él está aquí.
(Sale Juan.)

JUAN

Las plantas, señor, me dad;
que á ser vuestro esclavo iré.

REBOLLEDO

Yo no pienso ya cantar
en mi vida.

CHISPA

Pues yo sí,
cuantas veces á mirar
llegue el pasado instrumento.

CRESPO

Conque fin el autor da
á esta historia verdadera:
sus defectos perdonad.

(1) Ha de faltar algo; en otros muchos pasajes de la comedia creemos que sucede lo mismo, ó que está viciado el texto.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 4 de enero de 1909 — Núm. 1.410

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CASTALIA, escultura de Edmundo Hellmer

Estudio para la fuente de Castalia que hay en un patio de la Universidad de Viena

ADVERTENCIA

Las condiciones especiales del tomo quinto y último de la serie de 1908 y nuestro deseo de presentarlo en la forma que por su excepcional importancia merece, nos han impedido repartirlo á nuestros subscriptores con el último número de «La Ilustración Artística» correspondiente al año pasado.

Dicho tomo, que es LA ILÍADA de Homero, fidelísimamente traducida por el catedrático de Lengua griega de esta Universidad doctor D. Luis Segalá y Estalella y magníficamente ilustrada con dibujos de Flaxman y Church, lo enviamos á nuestros corresponsales, quienes lo harán llegar oportunamente á manos de los subscriptores de 1908.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acabo de recibir un tomo de poesías de Enrique Heine, traducido por Teodoro Llorente. El tomo, sobre mi mesa de escritorio, con el juglar de su portada, parece hablarme de tiempos que pasaron—no para este ó aquel individuo, sino para el mundo,—porque habla de romanticismo, de ensueños, de algo que sólo se ve bien á la luz de la luna.

No es el romanticismo de Enrique Heine como el de Zorrilla ni como el de Víctor Hugo, ni siquiera como el de Alfredo de Musset. El romanticismo de cada poeta es distinto; lleva el sello inconfundible de su personalidad. En Zorrilla es objetivo, externo, épico; en Víctor Hugo, filosófico, político, enfático; en Musset, infantil, dolorido, caprichoso, como juego de volante mariposa; en Byron, elegante, desdeñoso, esplenético; en nuestro duque de Rivas aparece envuelto en el clasicismo nacional, con dejos del *Quijote* y de novela picaresca; y en Pastor Díaz poeta casi olvidado—presenta marcada fisonomía regional. En Enrique Heine, el romanticismo es siempre lo que sólo fué por momentos en otros poetas: expresión profunda del sentir, lirismo en la más honda acepción de la palabra.

Ningún poeta ha hecho en mí tan fuerte impresión—después de Salomón, que es el mayor lírico del mundo—como Heine. No afirmo que deba concedérsele la primacía: me limito á declarar que sus versos me dicen lo que otros no supieron decirme. En general, se me quedan muy lejos del alma los poetas civiles y políticos, género Quintana y Alfieri; y los poetas de vestidura rozagante (como Víctor Hugo y Zorrilla) me interesan por el elemento formal y verbal; me deslumbran frecuentemente con la magnificencia de su ropaje ó con la música de sus estrofas pero no dejan en mí la huella de esas ansias más hermosas que la felicidad, esa angustia adolorada que encuentro en Heine—hablo del Heine lírico, no del satírico, que no pudo evitar el común destino de los satíricos todos: perder su fuerza con los años; lo contrario de lo que le pasa al buen vino.

El Heine que no tiene nada que temer del tiempo, es el Heine del *Libro de los Cantares*, del *Intermedio lírico*, del *Regreso*, de *En las montañas del Hartz*, de la *Nueva primavera*, del *Mar del Norte*, de ese conjunto de poemas breves, nunca difusos ni fríos, entre los cuales no hay uno que no proceda del yo íntimo, que no responda á lo que el poeta siente, quiere, sueña y llora. De cualquier otro poeta podríamos desechar broza, separar obra muerta, infinidad de composiciones que no han pasado por el corazón, que ni siquiera han recibido el sacudimiento nervioso; de Heine no haríamos tal selección sin incurrir en injusticia. No habrá sido Heine «poeta entero,» en el sentido que suele darse á esta frase, significando con ella que el poeta ha encarnado plenamente una época de unidad, como hicieron Homero y Dante; pero no siendo de unidad nuestra época, todavía observaríamos que tampoco las individualidades aisladas ostentan la unidad de su espíritu, y que bastantes poetas se desmienten á sí mismos á cada nueva obra. No así Heine, que es idéntico á sí mismo, al través de los cambiantes, ricos matices complejos de sus ironías, sus burlas, sus ternezas y sus lágrimas.

Enrique Heine es por excelencia el poeta del amor. Esto hará encogerse de hombros á muchos que ven en el amor un entretenimiento más ó menos agradable y peligroso de la mocedad. El amor es eso, y es otras muchísimas cosas, y puede ser tema de una lección ó de varias lecciones que dé á sus discípulos un catedrático de fisiología, como puede ser asunto de postales transparentes, y regocijado «cilindro» para saineteros, y cuanto se quiera añadir, porque el amor da larga tela y sobre el amor se ha escrito mucho y discutido más. Hay sin embargo, un concepto del amor que nadie ha expresado como Heine. Su gloria en esto consiste: en haber dado exactamente la nota contemporánea del sentimiento—contemporánea y eterna, como le ha sucedido al hijo de David, otro hebreo, otro intérprete de la aspiración infinita, que toma forma de amor humano, no siendo en realidad sino la inquietud de lo divino.

Nada tan difícil como una nota amorosa en la cual, ni la sensualidad repugna, ni la idealidad hiela, ni la ternura degenera en babas de sensiblería, ni la queja y el descubrir las heridas de un corazón desgarrado toca jamás en cinismo, en vulgaridad, escollos de esta clase de confesiones. No hay cosa más fácilmente grotesca que los lamentos y efusiones de un enamorado. Podrá él sentir del modo más ardiente y sincero lo que plañe, y nos hará reir, si no lo dice con la férvida y doliente energía que pertenece á los grandes líricos, Salomón, Safo, Heine. La voz que la juventud escucha en los murmullos de la selva y en los acordes de la guitarra al pie de la celosía morisca; la otra voz, más misteriosa, que hace de una mujer el símbolo de la constante ansiedad y del insaciado deseo que la materia no alcanza á satisfacer, apenas algún escogido, en el transcurso de siglos, sabe modularla en forma poética. Por eso Heine —como acertadamente nota su insigne traductor—se ha colocado más allá y sobre el romanticismo de insulsa fantasmagoría, de castillo feudal y monasterio gótico. Fué ese el romanticismo que se queda antiguo como una moda, como un sombrero ó un peinado de melena; y al decir que el romanticismo de Heine se enlaza, corridos tantos siglos, con el de Suleimán el oriental en el *Cantar de los Cantares*, queda dicho que la juventud y la frescura del alma humana, que en cada primavera renace y en cada tiempo se ríe del tiempo y de las circunstancias, remontándose al cielo azul de los sueños y los dolores sólo sufridos por los que son, entre la muchedumbre ciega y confusa—como diría el poeta,—caballeros del Espíritu Santo.

Leí á Heine en alemán, gustando esa peculiar melodía, tan ingenua en apariencia y tan artística en el fondo, de unos versos donde el decir es bello porque es natural, porque obedece al sentimiento y no le usurpa jamás sus atribuciones. No cabía—ó al menos yo lo creía así—separar en Heine la forma del contenido, y de ello me persuadí doblemente cuando intenté traducir en lengua castellana algunas composiciones de las *Cuitas juveniles*, de los *Cantares*, del *Intermedio* y de *Mar del Norte*. Todavía recuerdo mi versión de una de las más sentidas composiciones del *Regreso:*

«Cuando á las luces de la aurora suelo
pasar ante tu casa,
me causa regocijo, dulce niña,
el verte en la ventana.
De tus obscuros ojos
curiosa me pregunta la mirada:
Pobre extranjero enfermo,
¿qué tienes?, ¿por qué sufres?, ¿qué te pasa?
Soy alemán poeta,
conocido en las tierras de Germania;
si á los ilustres nombran,
también mi nombre te dirá la fama.
Y en cuanto á lo que sufro..
muchos, niña, lo sufren en mi patria;
ya te dirán la mía,
si te dicen las penas más amargas..»

No pasarían de diez ó doce las composiciones con que me atreví, ni habían sido muchas las que con tino singular puso en castellano Eulogio Florentino Sanz; publicáronse otras traducciones de Heine que corren impresas y contribuyeron á familiarizar con él á este público español que le sintió por primera vez quizás al través de su gran discípulo Bécquer; pero el traductor por excelencia del cantor del mar del Norte (y de Goethe), es Teodoro Llorente, que con extraño acierto, primorosa versificación y rara combinación de respeto á lo nacional del poeta y lo castizo de nuestra habla, ha trasladado completo al Heine lírico.

Por el mismo sabor castizo de sus traducciones—cosa digna de notarse—ha sido censurado Llorente. Sin duda echan de menos, en su concienzudo trabajo, algunos germanismos. Un crítico famoso le reprende por haber hecho hablar á Fausto como á un personaje de Calderón. Yo debo decir que el mérito principal de las traducciones de Llorente lo hallo en esta adaptación feliz á la índole de nuestro idioma. Es justamente lo que las distingue de otras versiones estimables, pero que sufren la tiranía del original, se ciñen á él sin flexibilidad, y con un giro, con una frase, revelan que no ha habido manera de fundir el espíritu del poeta en la turquesa de nuestro idioma.

Algunas de las composiciones traducidas por el ilustre valenciano son, en este respecto, modelos. He aquí una:

¡Están emponzoñadas mis canciones!
¿No lo han de estar, mi amor?
Tú mataste mis dulces ilusiones
con tósigo traidor.
¡Mis canciones están emponzoñadas!
¿No lo han de estar, mi bien?
Llevo en el alma sierpes enroscadas...
Te llevo á ti también...

Otra más nacida en español, si cabe:

Todas las noches, en feliz ensueño,
hermosa y melancólica te miro:
tú me sonríes, y con loco empeño
me prosterno á tus pies, lloro y suspiro.
Contemplas dolorida mi quebranto,
doblas después la cabecita rubia,
y las divinas perlas de tu llanto
tus ojos vierten en copiosa lluvia.
Y me das de ciprés rama siniestra,
y una palabra dejas en mi oído;
y despierto azorado, y en la diestra
falta la rama, y la palabra olvido.

Casi puede afirmarse que toca á la perfección el traductor, identificándose con el sentimiento y la recóndita esencia del poeta alemán, en la muy conocida, bellísima versión de la célebre balada de Loreley:

Estoy triste, muy triste, sin que entienda
la razón ni el porqué.
Fija tengo en la mente una leyenda
que en la infancia escuché.
Era frío el crepúsculo; rodaba
tranquilo el Rhin; el sol
las cúspides remotas alumbraba
con su último arrebol.
Allá en la cima, en trono diamantino,
en fúlgido sitial,
peinaba sus cabellos de oro fino
doncella celestial.
Peinábalos con peine también de oro,
cantando una canción
cuyo eco singular, triste y sonoro,
turbaba el corazón.
Surcó un barquero la corriente undosa:
oyó el dulce cantar,
y contemplando á la doncella hermosa,
fué en el escollo á dar.
Tragó el río la barca y al barquero:
y esa tirana ley
sufre siempre quien oye el lisonjero
cantar de Loreley.

La fidelidad va aquí hermanada con la libertad y el dominio de la forma, porque para traducir de este modo hay que ser poeta, además de versificador. La melancolía de esa balada, donde se une el encanto capcioso de la tradición y de las viejas consejas ancestrales al espíritu moderno, á la queja del alma de un siglo, que está triste no sabe por qué y pregunta la causa á la doncella del pelo de oro cuyo cantar arrastra á la muerte, está admirablemente expresada por el vate valenciano, con palabras corrientes, usuales, sin prosaísmo y sin afectación. Una vez más hay que ensalzar á quien nos abre el palacio hechizado del mago de Dusseldorf, del ruiseñor al cual sus descendientes, los ruiseñores de las otras primaveras, no han podido hacernos olvidar. ¿Ni cómo era posible?

La condesa de Pardo Bazán.

EL SUEÑO DE ANITA, CUENTO DE INVIERNO POR FRANCISCO COMELLI



... y parecióle un anciano alto y encorvado, con una barba blanca larga, muy larga...

Lenta y pesada caía la nieve sobre la calle desierta, sobre las paredes, sobre las fachadas de los edificios, en medio del general silencio, mientras la gente, encerrada en sus casas, dormía con sueño profundo.

Nevaba copiosamente, y Anita, una niña portento de belleza y de gracia, tendida en su lecho con los cabellos caídos sobre la frente, sobre las orejas, sobre el rostro, soñaba..., y aquellos cabellos rubios, suavísimos, le hacían creer que la nieve, la blanca nieve que había visto caer densamente durante el día, al través de los cristales de su dormitorio, la había seguido hasta allí, hasta su camita blanca como la nieve que caía en la calle.

Habría querido echar atrás aquellos cabellos, levantar de las sábanas la mano, la manecita delicada, y sacudir su cabecita rubia y apartar aquellos cabellos rubios de los ojos, de las mejillas, de la frente, de las orejas, pero no se sentía con valor para ello.

Anita soñaba... que la nieve le caía encima, y parecíale que un anciano alto y encorvado, con una barba blanca larga, muy larga, que le cubría el pecho, y unos cabellos largos que le llegaban hasta los hombros, estaba á su lado y la contemplaba dulcemente, como si, compadecido de sus tristes pensamientos, hubiese querido libertarla de aquella angustia.

Anita, al ver á aquel viejo de aspecto afable, cobró ánimo y le dijo:

—¡Ah, buen anciano, vos que sois tan bondadoso, apartad de mí esa nieve que me cae encima!

La mano del viejo, suave, muy suave, se posó sobre la blanca frente de Anita y apartó los rubios rizos de la niña.

Sonrióse Anita, pareciéndole que se sentía más ligera, más libre, y después de dar las gracias á su bienhechor, le dijo:

—¿Quién sois y de dónde venís tan cubierto de nieve? Me consideraría feliz si mis manecitas pudieran comunicaros un poco de fuego, si un poco de pan ó cualquiera cosa pudiera haceros menos dura esta cruda estación.

A estas palabras, aquel viejo alto y encorvado, de barba larga, muy larga, se sonrió, y mirándola fijamente en los ojos, respondióle:

—Soy el Invierno.

—¡El Invierno, el Invierno!, repitió asombrada la niña arrebujándose mejor en las sábanas, cual si aquel nombre le hiciese sentir toda la crudeza del tiempo.

¡Oh! ¡Había tantas veces deseado verlo; había pensado, en sus férvidas aspiraciones de niña ingenua, decirle tantas cosas en favor de los pobres, de los pajaritos, de todos aquellos á quienes amaba y que tenían frío! Y entonces con su vocecilla temblorosa, pero tranquilizada por aquella mirada casi paternal, le dijo:

—¡Ah, buen anciano! Os lo suplico, escuchad mis ruegos, no hagáis caso de los que os piden mucho frío para poder hacer ostentación de las preciosas pieles que los pobres no pueden comprar. No escuchéis á los que quieren la nieve para reunir gente en salones espaciosos, bien caldeados, en donde se baila, se canta y se ríe, mientras afuera, en la calle, llora el pobre que no tiene hogar, el pobre que no tiene abrigo y que no ha comido. No deis oídos á esas gentes sin corazón; y en cambio acordaos de la viuda, la animosa y miserable viuda que vive en la helada buhardilla, y acordaos de que sus hijos carecen de fuego. Respetad á los ancianos decrépitos á quienes más que los años mata el frío; recordad á todos los enfermos que sueñan con el sol, con la primavera, viendo en ellos el momento de su resurrección, el momento en que, con la tibieza del aire, sentirán renacer su salud y rejuvenecerse su espíritu. No os olvidéis del niño que al pasar muy de madrugada por la calle, me despierta con sus canciones, ni tampoco de los pajarillos que temblando de frío pían junto á mi ventana.

Calló un instante, y luego, como si hubiese olvidado algo que le interesaba mucho, prosiguió con nuevo aliento:

—Respetad también mis flores, mis rosas, frescas todavía, que aman la primavera y el sol ardiente. ¡Oh rosas mías! Este frío os mata, es fatal para vosotras, enamoradas del sol y de la primavera. ¡Rosas de invierno, pequeñas y temblantes rosas que alegráis mis ventanas, últimas y valerosas sobrevivientes de mi jardín! ¡También á vosotras os perderé mañana! ¡La nieve caerá sobre vuestros pétalos, el vendaval tronchará sin compasión vuestros tallos, y vosotras, pequeñas y temblantes rosas de mi jardín, moriréis también!

Resonaba todavía en sus labios la última palabra, cuando de pronto tuvo un sobresalto, abrió los ojos, miró en torno, incorporóse un tanto agitada en su lecho, miró más atentamente escudriñando aquella penumbra matutina que se filtraba al través de las persianas, pero no vió al viejo alto y encorvado de barba blanca, muy blanca; el Invierno ya no estaba allí.

Lejos, muy lejos, una voz infantil rasgaba el aire frío de la mañana, libre y suelta como la de un rui-

señor. Anita escuchó aquella voz, para ella tan familiar, que, al acercarse, sonaba cada vez más fuerte, y cuando llegó al pie de su ventana, parecióle que tenía notas más apasionadas, trinos más dulces, acentos más tiernos, acentos y notas que le recordaban un nombre amado..., un rostro muy conocido, una mirada deliciosa penetrante, que la hacían soñar con los ojos abiertos, mientras en su imaginación de niña alegre y descuidada sonreía el pensamiento de una existencia feliz, toda de amor, que sólo había conocido en las poéticas leyendas del Norte ó entre sus cantos y las fantasías de los antiguos trovadores.

Lejos, muy lejos, perdíase el canto en el silencio de la calle y se oía como la voz de un moribundo, una voz querida de un mundo remoto, invisible, que había de acompañarla para siempre en su breve existencia y aún más allá...

Anita se quedó pensativa, dejó caer su cabecita rubia sobre el hombro izquierdo, cual solía hacer cuando cruzaba por su mente una sombra tétrica, en actitud de solemne resignación, como vencida por un destino cruel y dispuesta á cualquier sacrificio, á cualquier dolor, con tal que Dios exaudiera su continuo, su constante deseo..., y así permaneció en aquella postura de persona dulcemente resignada, mientras la voz iba extinguiéndose á lo lejos, la voz de un pequeño cantador matutino que le recordaba un nombre, un semblante, una mirada para siempre perdidos.

¡Pobre Anita!

BUENOS AIRES.—GRAN CONCURSO HÍPICO INTERNACIONAL.

El día 22 del pasado noviembre se celebró en Buenos Aires el gran Concurso Hípico Internacional, mejor dicho, se efectuó la primera de las cuatro pruebas: las tres restantes se realizaron los días 26, 28 y 29 del propio mes.

Grande era la expectación del público, pues por vez primera, oficiales de los ejércitos inglés y español se presentaban dispuestos á disputar los premios ofrecidos, en competencia con los argentinos que gozan de merecida fama de excelentes jinetes.

El triunfo de la primera jornada fué para nuestros oficiales, pues el primer premio lo ganó el teniente Gómez Spéncer, que montaba el *Lord Byron*, y el segundo el teniente Arana Vivanco con la yegua *Bellevue*. Siguióles el teniente argentino Ramírez, ganador del tercer premio con el caballo *Bijou*.

Cuando se izó la bandera española anunciando el triunfo de los nuestros, y se lanzaron al aire los acordes de la Marcha Real, el entusiasmo público rayó en delirio y los más exaltados rodearon á los vencedores queriéndoles llevar en triunfo. Más de veinticinco mil expectadores presenciaron la carrera internacional, y daba gusto ver cómo á coro se ensalzaba la elegancia y correcta escuela de los españoles.

La llegada á estas tierras de nuestros bravos oficiales ha constituído un verdadero acontecimiento político y social; político, porque desde la época de la independencia, ó séase desde principios del siglo pasado, los uniformes militares españoles no habían vuelto á aparecer por estos países; y social, porque argentinos y españoles se han disputado la satisfacción de agasajarlos.

Entre los festejos ya celebrados figura el gran baile de honor organizado por el ya histórico Club Español, instalado en el primer piso de la regia morada que, propiedad de nuestro paisano D. Manuel Durán, se alza en la esquina de la calle Artes y Piedad.

A las onche en punto de la noche del día 11 del pasado noviembre, abría el Club sus puertas para recibir á los oficiales ingleses y españoles y á las cuatro mil personas especialmente invitadas á la fiesta: y con decir el número, dicho queda que, á pesar de su grandiosidad, el edificio resultó pequeño.

La Junta Directiva reclamó, para el decorado de los salones, el apoyo de nuestro compatriota D. Antonio Utrillo, quien en breve espacio de tiempo realizó verdaderas proezas. El amplio salón de billares fué convertido en patio andaluz, y en palco árabe el gran salón de baile. Y la ilusión era completa. En aquel sevillano patio de azulejadas paredes hasta la altura de un metro, y blanqueado el resto, no faltaba ningún detalle; ni los tiestos de flores, ni los nudosos troncos de parra, ni las ristras de ajos y cebollas pendientes del techo, ni la escalera en uno de sus ángulos, ni las jaulas de canarios, ni las poéticas rejas de las ventanas, en las que sólo faltaban, de un lado la soñadora virgen y del otro el enamorado galán. Cierta penumbra, y el ambiente refrescado de continuo por cuatro grandes ventiladores, permitían creer, al entornar un tanto los párpados, que en verdad se estaba en uno de aquellos lugares andaluces tan bien descritos por los hermanos Quintero.

Contrastaba la tenue luz de este sitio con la deslumbrante iluminación del salón de baile, convertido en espléndido jardín cubierto por arcos árabes construídos con varillas cruzadas, como las celosías, por las que trepaban enredaderas cuajadas de flores blancas y lilas. Mil quinientas bombillas eléctricas pendientes de los arcos y artísticamente distribuídas entre el boscaje y las columnas, inundaban de luz el regio aposento, en el que también, por faltar algo, sólo se echaba de menos la enamorada sultana y el blanco albornoz de algún hijo del Islam. A bien que bellezas argentinas y españolas, ricamente ataviadas, al atraer la admiración del sexo masculino no daban lugar á pensar en lo que fué, sino á contemplar extasiado lo que, en verdad, era realmente hermoso.

Los aplausos de la numerosa cuanto distinguida concurrencia fueron para Utrillo, el artista improvisador que puso á contribución su fantasía y su genio para trocar aquellos salones, amplios y severos, en improvisado jardín que durante seis horas largas debían recorrer las hermosuras aquí nacidas ó aquí radicadas, asidas del brazo de los actuales donceles, si no con calañés ó albornoz, no menos galantes y cumplidos que aquéllos. Y los plácemes se hicieron extensivos á la Junta Directiva, que no omitió gasto ni sacrificio para que la fiesta resultase digna del Club, de los delegados oficiales, de los invitados y más que todo de la proverbial galantería española.

R. MONNER SANS.

Buenos Aires.—Aspecto del salón de baile del Club Español, transformado en patio árabe bajo la dirección del artista D. Antonio Utrillo, pocos momentos después de la fiesta celebrada en honor de los oficiales ingleses y españoles que concurrieron al Gran Concurso Hípico Internacional efectuado en noviembre último. (De fotografía remitida por R. Monner Sans.)

LOS REPRESENTANTES DE TOLOSA Y DE LUCHÓN

EN BARCELONA

Hace año y medio, en junio de 1907, la ciudad de Tolosa agasajó espléndidamente á las comisiones que de Barcelona fueron allí con motivo de la celebración de los Juegos Florales. Correspondiendo á aquella visita, han estado recientemente en nuestra capital, especialmente invitados por el municipio barcelonés, numerosos representantes del Ayuntamiento y de importantes entidades tolosanos y una representación también del Ayuntamiento de Luchón.

Entre los visitantes tolosanos estaban los señores Leyguez, alcalde y senador; Marrot, Feuga, Vernes y Lierre, tenientes de alcalde; Laffitte, Chaumonod, Domergue, Gallibert, Espuy, Rouquier y Dejean, concejales; Marthy, secretario de gabinete; Guenot, del Sindicato de Iniciativa; Fraissangea, Teammeil, Roule y Jeanroy, de la Universidad; Guard, presidente de la Cámara de Comercio; Bouvenes, del Tribunal de Comercio; Tresserre, presidente de los Juegos Florales; Cartaignac, de los Estudios arqueológicos; Longaud, profesor normal; Laborde, redactor de *La Depêche;* Begouen y Chassereau, de *Le Télégrame;* Coutet, de *L'Express du Midi;* Villate, de *Le Rapide;* el doctor Charry, de *Comœdia* y director del «Teatro de la Naturaleza,» y otras personalidades distinguidas. De Luchón vinieron el alcalde Sr. Bonnemaison y dos concejales.

Barcelona ha obsequiado de una manera digna á esos ilustres visitantes, y durante los seis días en que han permanecido entre nosotros no han cesado, puede decirse, ni un momento las fiestas organizadas en su honor.

Llegaron el 18 de diciembre último, siendo solemnemente recibidos por el Ayuntamiento, autoridades y corporaciones, y la misma noche de su llegada hubo gran recepción y *lunch* en las Casas Consistoriales. Al día siguiente visitaron por la mañana al cónsul de Francia barón de Bellisen Benach, al gobernador civil y al capitán general y por la tarde el Museo Arqueológico y de Arte Decorativo y el Palacio de Justicia. Por la noche asistieron á la función de gala del gran teatro del Liceo, y en uno de los entreactos visitaron el Círculo del Liceo, en donde se les obsequió con un *lunch*.

El domingo, día 20, después de una rápida excursión por la Sagrada Familia, el Hospital de San Pablo y el Parque Güell, fueron obsequiados con un banquete en el Hotel Tibidabo por las sociedades económicas barcelonesas y un gran festival en el Palacio de Bellas Artes, en el que tomaron parte la banda municipal, la escuela municipal de música, el *Orfeó Catalá,* una rondalla aragonesa, la agrupación de bailes populares *La Dança* y el maestro Daniel. Por la noche, función de gala en el «Palau de la Música Catalana» á cargo del *Orfeó Catalá*.

El día 21, visita á las obras de la Reforma y al Puerto y almuerzo en el Mundial Palace, y por la noche función de gala en el teatro Principal.

Al día siguiente visitaron la Universidad, el Hospital Clínico y las Escuelas Francesas, y por la noche celebróse en el histórico Salón de Ciento el banquete de gala ofrecido por nuestra Corporación municipal.

En la mañana del 23, los representantes de Tolosa y de Luchón regresaron á su país.

Ocioso nos parece decir que en todos los banquetes y recepciones se pronunciaron discursos, en los que fué la nota dominante el sentimiento de la más franca simpatía y de la más cordial fraternidad.—T.

BUENOS AIRES.—GRAN CONCURSO HÍPICO INTERNACIONAL



El teniente español Sr. Gómez Spéncer, que montaba el caballo *Lord Byron* y ganó el primer premio en la carrera del 22 de noviembre



El teniente español Sr. Arana Vivanco, que montaba la yegua *Bellevue* y ganó el segundo premio en la carrera del 22 de noviembre



El presidente de la República en la tribuna oficial el día de la inauguración del concurso



El oficial argentino Sr. Ferrer, que montaba el caballo *Jack the Ripper*



El oficial argentino Sr. Tornquist, que montaba el caballo *Cazador*

(De fotografías remitidas por R. Monner Sans.)

PREMIOS NOBEL CONCEDIDOS EN EL AÑO 1908



E. Rutherford, de Manchéster
(Premio de Química)



Klas Pontus Arnoldson, de Estockolm.
(Premio de la Paz)



Rodolfo Eucken, de Jena
(Premio de Literatura)



Federico Bajer, de Copenhague
(Premio de la Paz)

Ernesto Rutherford nació en 30 de agosto de 1871 en Nelson (Nueva Zelanda); estudió en la Universidad de Cambridge; en 1894 fué nombrado *Master of Arts*, y en 1907 profesor y director del laboratorio de la Universidad de Manchéster. Dos años antes había sido distinguido por la «Royal Society» con la medalla Rumford. El descubrimiento que le ha dado gran fama y le ha valido el premio Nobel es el de la emanación rádica, el único de los nuevos fenómenos de la radioactividad que había escapado á las investigaciones de Bequerel y de Curie.

Klas Pontus Arnoldson, célebre parlamentario sueco, hace mucho tiempo que figura en primera línea en el movimiento pacifista. En 1883 fundó la Liga de la Paz y del Arbitraje sueca, y lo mismo en el Parlamento que en el periódico y en el libro ha sido un adalid tan inteligente como infatigable de esa noble causa.

Con Arnoldson ha compartido el premio de la Paz el dinamarqués Federico Bajer, otro propagandista eminente, fundador de la Sociedad de la Paz en Dinamarca y de la oficina de la Paz en Berna, de la cual ha sido presidente. Como Arnoldson, ha puesto desde hace años su palabra y su pluma al servicio de la idea de la paz universal.

Rodolfo Eucken nació en 5 de enero de 1846 en Aurich (Frisia oriental); estudió desde 1863 á 1867 en Gottinga, y después de haber sido profesor de este Instituto, fué nombrado, en 1871, catedrático de Filosofía de la Universidad de Basilea. En 1874 fué llamado á Jena, en donde se conquistó rápidamente gran celebridad como historiador de la filosofía y como filósofo sistemático.

Entre sus principales obras pueden citarse: *Los métodos de la investigación aristotélica*, *Historia de la terminología filosófica*, *Concepto que de la vida han tenido los grandes pensadores* y *Líneas fundamentales de un nuevo concepto de la vida*.



Una incorrección alemana.—Hace pocas semanas se colocó en el testero del salón de sesiones del Reichstag de Berlín un cuadro del profesor Jack de Munich que representa el campo de Sedán pocos momentos después de la famosa batalla: Guillermo I, seguido de su estado mayor, recorre los lugares en donde se ha desarrollado la acción; en primer término se ve una bandera francesa tan sumamente inclinada, que sus pliegues se arrastran por el fango. Este acto ha sido vivamente criticado, no sólo por los franceses, sino también por muchas personas imparciales de otros países; y no lo ha sido por la pintura en sí misma, ya que de haberse puesto en un museo nada habría podido objetarse contra el pensamiento del artista, sino por la circunstancia de haber sido colocada en un salón del Parlamento, en donde pueden celebrarse actos internacionales y adonde ha de concurrir con frecuencia, para seguir el curso de los debates parlamentarios, el embajador de Francia. Según parece, el gobierno alemán, comprendiendo que no ha obrado en este asunto con la corrección debida, ha dispuesto que sea retirado del Reichstag el cuadro que, con razón, ha herido la delicadeza de una nación con la cual está Alemania, por lo menos oficialmente, en buenas relaciones. La fotografía que reproducimos es de C. Delius.

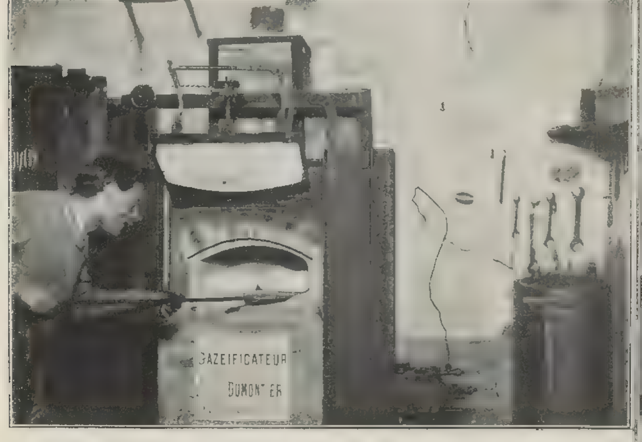
LA FABRICACIÓN DE ZAFIROS ARTIFICIALES

Desde mediados del pasado siglo vienen trabajando los más eminentes químicos para descubrir un procedimiento que permita la fabricación de piedras preciosas artificiales, y aunque se sabía que éstas no eran cuerpos elementales y se conocía su naturaleza, ignorábase en absoluto cuáles eran sus componentes y el modo como se combinaban. Poco á poco, empero, fueron conociéndose los elementos que las constituían y con más ó menos exactitud también la proporción en que cada uno de éstos entraba en la composición total. Lavoisier fué el primero en descubrir que el diamante es carbono puro cristalizado, y después de él se han ido descubriendo los componentes y la síntesis de las demás piedras preciosas.

Ya se comprenderá que en cuanto la ciencia estuvo en posesión de estos conocimientos surgió el deseo de fabricar piedras preciosas artificiales; pero los ensayos que durante largos años se hicieron en este sentido resultaron infructuosos, porque si bien se conocía la naturaleza química de aquéllas, continuaba siendo un enigma la manera como se formaban. En 1842, Petzhold, de Dresde, fué el primero que descubrió el verdadero camino para llegar al fin deseado, y más tarde Hannay, de Glasgow, después de muchos experimentos, pudo obtener un diamante mediante la reducción de hidratos de carbono. Posteriormente otros investigadores siguieron sus huellas, y recientemente Friedlander, por ejemplo, consiguió fabricar un diamante artificial fundiendo una mezcla de silicatos. Científicamente, pues, el problema estaba resuelto, pero en la práctica el descubrimiento no tenía aplicación, porque el tamaño de las piedras por tal procedimiento fabricadas era tan pequeño, que su valor real no compensaba los gastos y los trabajos de la fabricación.



El inventor del procedimiento Luis Paris pesando en la balanza de precisión los polvos de alúmina y de óxido colorante de que se compone el polvo que se transformará en zafiro



Introducción en el horno de las copelas de tierra refractaria que contienen el polvo que durante algunas horas estará sometido á una temperatura de 1.700 grados

Lo mismo que con el diamante había sucedido con los rubíes y los zafiros, esas piedras preciosas que en el comercio se consideran como distintas y que no son sino variedades de diferente color de una misma piedra, el corindón. Es ésta una piedra sumamente brillante y de hermoso color, cuya dureza sólo el diamante supera, y de gran peso específico. Todas las variedades del corindón son químicamente alúmina pura sin mezcla de ácido silícico y contienen únicamente indicios de óxido de hierro ó de otros pigmentos; se llama rubí la variedad cuyo color va desde el rosa pálido al carmín obscuro, y zafiro á la que presenta un color azul, desde el más claro al más fuerte. Rubíes y zafiros son tan caros, por lo menos, como los diamantes, y si su peso excede de tres quilates, se pagan más que éstos.

Los rubíes y los zafiros se producen en la actualidad artificialmente, como otras piedras preciosas. Los primeros trabajos sintéticos efectuólos en 1839 Gaudin y dieron por resultado cristales de corindón microscópicos. Mayor éxito tuvieron los ensayos de Saint-Clair Deville y Carón, en 1858, y los de Hautefeuille, en 1864; pero los primeros que consiguieron fabricar piedras que, por su tamaño, podían ser talladas, fueron Fremy y Feil, en 1877, y Lacroix, en 1887. No obstante, esas piedras así obtenidas no podían rivalizar con las naturales y además su fabricación no era remuneradora. Hacia el año 1893 aparecieron los primeros rubíes *reconstituídos*, que se obtenían fundiendo rubíes del tamaño de una cabeza de alfiler, y en 1901 los rubíes de síntesis ó científicos, que han llegado á ser objeto corriente de comercio.

Hasta ahora, sin embargo, no había podido obtenerse el zafiro artificial; pero hace algunas semanas, M. A. Lacroix, profesor de Mineralogía del Museo y miembro de la Academia de Ciencias, presentó á ésta piedras artificiales con el brillo, la composición química y los colores azules de los zafiros naturales. Esas piedras, fabricadas por M. Luis Paris, alumno del Instituto Pasteur, son bellísimas y es muy difícil, casi imposible, al pronto, distinguirlas del zafiro natural.

El procedimiento que ha empleado para fabricarlos es el mismo que viene empleando desde hace años para la producción del rubí sintético en los talleres que en Boulogne sur-Seine tiene M. Disclyn; la única diferencia consiste en la materia colorante. En una balanza de precisión, de las llamadas balanzas de farmacéutico, se pesan cuidadosamente los polvos que han de servir para la fabricación de la piedra (polvos de alúmina y de óxido colorante); esta operación es delicadísima, porque el más pequeño error, hasta de una fracción de miligramo, puede malograr el resultado del procedimiento. Se coloca el polvo así dosificado dentro de las copelas de tierra refractaria y se introducen éstas en un horno, en donde el polvo es sometido durante varias horas á una temperatura de 1.700 grados. Después se vacía el contenido de las copelas en un receptáculo herméticamente cerrado que constituye la parte superior del aparato y al que se da el nombre de *sembradora*. El polvo cae por una rejilla en un tubo, al cual llega una corriente de oxígeno que lo arrastra agitándolo hasta el extremo inferior, por cuya abertura, que es muy estrecha, pasa una llama de hidrógeno; de este modo se obtiene un soplete oxhídrico que proporciona una temperatura de 1 800 grados. El polvo de alúmina se transforma en gotitas incandescentes minúsculas, algunas de las cuales caen en una rejilla de platino, y al enfriarse cristalizan, formando el bloque de rubíes que queda encerrado en una especie de pera, de las que cada una contiene dos rubíes. — X.

Serie de sopletes de gas oxhídrico encerrados en una envoltura de palastro, en la cual hay una ventanita con un cristal por la que la obrera vigila el curso de la operación.

Zafiros fabricados, en bruto y tallados



BARCELONA

Visita de los representantes de Tolosa y de Luchón

En el consulado francés.—En el Museo Arqueológico y de Arte Decorativo.—Grupo de periodistas tolosanos.—En el Tibidabo: banquete ofrecido á los representantes de Tolosa y de Luchón por las entidades económicas de Barcelona. (De fotografías de A. Merletti.)



Curiosa fotografía tomada recientemente en Riese por Fiorilli,
que representa á Lucía Sarto Parolin, hermana de S. S. el papa Pío X, dedicada á las faenas domésticas en su casa
Como puede verse, es grande el parecido de Lucía con el Sumo Pontífice

EL DR. ADOLFO DEUCHER

Por tercera vez la asamblea federal suiza ha elevado á la presidencia de la confederación al Dr. Adolfo Deucher, que ya había desempeñado tan alto cargo en 1886 y en 1903. Nacido en la pintoresca población de Steckborn (cantón de Turgovia) en 15 de febrero de 1831, después de haber estudiado en la Escuela Cantonal de Frauenfeld, cursó medicina en Zurich, Heidelberg, Praga y Viena, estableciéndose luego en su villa natal. En 1855, sus conciudadanos le enviaron al Gran



El Dr. Adolfo Deucher,
presidente de la Confederación suiza para el año 1909
(De fotografía.)

Consejo de Turgovia, en el que figuró durante veinticuatro años seguidos; en 1879 entró á formar parte del gobierno del cantón de Turgovia y en 1883 en el Consejo federal, dirigiendo con gran acierto, por espacio de muchos años, el departamento de comercio, industria y agricultura. En 1896 fué presidente del comité que organizó la exposición nacional suiza que se celebró en Ginebra.

El Dr. Deucher es hombre de muy sencillas costumbres, y á pesar de sus setenta y siete años se conserva muy vigoroso de cuerpo y de inteligencia.

LA COPA MICHELIN

DE LOS AVIADORES

Con su vuelo de 124 kilómetros y 300 metros efectuado en dos horas, veinte minutos y cuarenta y cuatro segundos el día 31 de diciembre último en el Mans ha ganado Wilburg Wrigth la copa Michelin, que adjunta reproducimos.

El donador de la copa abrió un concurso para la confección de ésta, destinando 14.000 francos, que serían repartidos entre los diez artistas que, á juicio de un jurado, hubiesen presentado los proyectos más notables. Difícil fué la tarea del jurado, porque eran muchos los bocetos dignos de recompensa; á pesar de ello, el fallo ha sido unánimemente aplaudido, lo que demuestra que ha presidido en él la mayor imparcialidad.

El primer premio, de 8.000 francos, se otorgó á Juan Roussel; el segundo, de 2.000, á Pablo Moreau Vauthier; el tercero, de 1.000, á Eloy Robert; el cuarto, de 800, á Roberto Julio Largesse; y los demás, de 500 cada uno, á Tauville, Lorin, Bourgoin, Monard, Laporte-Blairey y Carvin.

El boceto premiado en primer lugar, que adjunto reproducimos, se titula *El triunfo de la Aviación* y es una obra finamente modelada, cuya parte principal la constituye un aeroplano biplano parecido al en que Farman ha ganado los premios de aviación y realizó su primer viaje de Bouy á Reims.

En la parte superior, la Victoria guía al hombre-pájaro, á quien llevan en triunfo los espíritus del aire, encadenados; en la inferior, Icaro, víctima de su audacia. Delante, el Pensamiento y el Trabajo se dan la mano para crear el aeroplano; un genio derrama los tesoros del cuerno de la abundancia sobre los vencedores, cuyos nombres se irán grabando en la copa.

La Copa Michelin de los aviadores, obra del escultor Pablo Roussel, premiada por el jurado. (De fotografía de World's Graphic Press, Paris.)

EL ESCULTOR JUAN SAMSÓ

Otro artista de reconocidos merecimientos ha desaparecido de entre nosotros. El por todos conceptos respetado y querido escultor Juan Samsó falleció en Madrid, en donde hace años residía, el día 16 de diciembre último. Allí, en el que fué centro de su actividad, dió tan señaladas muestras de sus excelentes condiciones y aptitudes, que sin otros elementos que sus propios méritos llegó á desempeñar una cátedra en la Escuela Superior de Pintura y Escultura y á ocupar un sitial en la Academia de San Fernando. Tales distinciones, que evidencian la consideración que merece el artista de sus contemporáneos, no fueron causa para que nuestro amigo variara en su modo de ser, ya que modesto, afable y bondadoso, fué su estudio de la calle de Goya el centro adonde acudían todos sus paisanos y cuantos deseaban obtener apoyo ó protección. En aquel sencillo local, en donde modelara sus más importantes obras, recibió muestra señaladísima de alta consideración de S. M. el rey D. Alfonso XII, en ocasión de haber terminado la hermosa imagen polícroma de la *Concepción*, ejecutada para la iglesia del mismo nombre de nuestra ciudad.

Nació en la que fué villa de Gracia y hoy barriada de Barcelona, y trasladóse á Madrid en su juvenil edad, completando sus estudios artísticos en la Escuela Superior de Pintura y Escultura. Fijada su residencia en la coronada villa, dióse pronto á conocer por medio de sus primeras producciones, obteniendo por su estatua de *Jaime Balmes* un premio en la Exposición de 1866 y otro la de *San Francisco de Asís en meditación*. A estas recompensas siguió la alcanzada en París en 1878 por el notable grupo representando á la *Virgen Madre* y otras y otras en diversos certámenes artísticos.

Su laboriosidad dificulta la formación del catálogo de sus obras, tal es su número, la mayor parte de las cuales son de carácter religioso, tan bien sentidas como magistralmente modeladas.

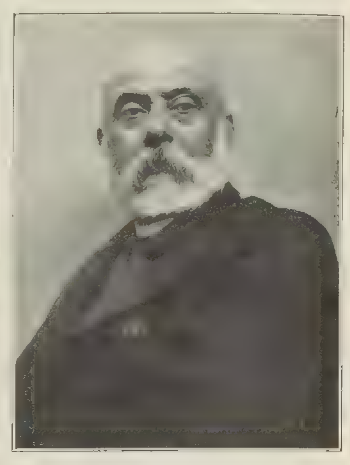
El nombre de Juan Samsó lleva consigo el concepto de maestría y bondad, y mientras sus contemporáneos conserven su recuerdo, se pronunciará con el respeto y la consideración que merece aquel que ha cumplido su misión, no dejando tras sí memoria de errores ni debilidades.

MISCELÁNEA

Espectáculos.— Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El llamp de la guerra, general Milhomes*, comedia bufa en tres actos, arreglo de una obra francesa, y *El detective Jep Roch Holmes*, parodia en un acto de *El detective Sherlock Holmes*, original de Salvador Bonavía; en Romea *La clínica de l'embut*, comedia en tres actos de Francisco Javier Godó; *El restaurant de la platja*, sainete en un acto de Ramón Ramón; *Gat per llebra*, comedia en un acto de B. P., y *La deria de D. Pau*, pieza en un acto del señor Busquets; y en Novedades *Pobre Berta*, drama en cuatro actos de Adrián Gual, y *Cuento de Nadal*, obra en dos actos y tres cuadros de Apeles Mestres, para la cual han pintado dos bonitas decoraciones los Sres. Jiménez y Solá.

* * *

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Encárgate de Amelia*, comedia francesa en tres actos y cuatro cuadros de Jorge Feydeau, traducida al castellano por Fernando Weyler; en la Comedia *El gran tacaño*, juguete cómico en tres actos de los Sres. Paso y Abati; en Barbieri *El amor del diablo*, sainete en un acto de los Sres. Frutos y Carbonell; en el Gran Teatro *Los cuatro trapos*, sainete en un acto de los Sres. Lepiñá y Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar, y *La alegría de triunfar*, zarzuela en un acto, letra del Sr. Custodio, música de los maestros Casado y Guitart; en Apolo *Las mil maravillas*, zarzuela en cinco actos y un prólogo, letra de los hermanos Alvarez Quintero, música del maestro Chapí; en Romea *La Nochebuena*, comedia en un acto de Eduardo Zamacois; en el Príncipe Alfonso *Hacia la verdad*, boceto de comedia en un acto de Jacinto Benavente; en el Ideal Polistilo *A la sombra del amor*, paso de comedia de José Francés; en el Cómico *Cuentan de un sabio que un día...*, zarzuela en un acto de los Sres. Soler y Fernández Palomero, música de los maestros Barrera y Marquina; y en el coliseo del Noviciado *Sánchez Holmes*, caricatura en un acto, letra de los Sres. Torres del Alamo y Montesinos, música del maestro Foglietti.



El escultor Juan Samsó,
fallecido en Madrid el día 16 de diciembre último
(De fotografía.)

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *La Champmeslé au camp*, apropósito en un acto y en verso de Mauricio Olivaint; en la Porte Saint-Martin *La femme X...*, drama en cuatro actos de Alejandro Boissón; en el teatro Rejane *Jeanne qui rit*, comedia en tres actos de los Sres. Soulié y Darantiere; en el Vaudeville *Le lys*, comedia en cuatro actos de Pedro Wolf y Gastón Leroux; en el Ambigu *La beauté du diable*, drama en cinco actos y ocho cuadros de Julio Mary y Emilio Rochard; en el teatro Antoine *Les vainqueurs*, comedia en cuatro actos de Emilio Fabre, y *Le muffle*, comedia en dos cuadros de Sacha Guitry; en l'Oeuvre *Les vieux*, el notable drama catalán de Ignacio Iglesias, traducido al francés por los Sres. Rameil y Saisset; *Elektra*, drama en dos cuadros de Hugo de Hofmansthal, adaptación francesa en verso de Pablo Strozzi y Esteban Epstein: *Le jeu de la morale et du hasard*, comedia en un acto de Tristán Bernard, y *La dame qui n'est plus aux camelias*, tragicomedia en tres partes de Mauricio Faramond. en el teatro des Arts *Pastorale de Noel*, misterio del siglo XIV de Arnoldo Greban, reducido y adoptado por Leonel de La Tourrasse y Gailly de Taurines, música de Reinaldo Hahn: en el teatro Michel *Asseyez vous*, apropósito en un acto de Pedro Mortier y Andrés Mycho; *Le tour-lailler*, comedia en tres actos de Tristán Bernard, y *Après*, revista en un acto de Sacha Guitry; y en el teatro Mevisto *L'affaire des Variétés*, comedia en tres actos de Gabriel Ttimmory.

* * *

Bellas Artes.— Barcelona. – *Salón Parés.* – Con motivo de las fiestas de Navidad se han exhibido en este Salón gran número de objetos de arte suntuario y decorativo, muchos de ellos de gran valía y todos de exquisito gusto. Además se han expuesto gran número de cuadros de reputados artistas, entre los cuales merecen especial mención dos de Agrassot, *Costumbres valencianas* y *Gitanos esquilando;* cuatro de Navarro, *Caravana de gitanos, Mercado de Tánger, Calle de Mercaderes de Tánger* y *Feria valenciana;* tres de Román Ribera, *Lección de música, Al amanecer* y *Músico mendigo;* uno de Beut, *Tipo de mujer valenciana;* un paisaje de Baixeras; tres de Agapito Casas Abarca; una marina de Brull, *Platja;* varios lienzos de Barrau; un *Olivar* de Galwey; un paisaje de Modesto Urgell, *Matinada;* una marina de Meifrén, *Tríptich;* una *Nina* de Tamburini; unas *Peonías* de Tolosa; dos marinas de Graner; *Costa llevantina* de Raurich, y *Camaristas de la Verge* de Andreu.

Salón Esteva y Compañía. – Ha expuesto en este salón el pintor Sr. Armengol (J.) varios cuadros de distintos géneros que demuestran en su autor cualidades muy recomendables y que deben tenerse en cuenta especialmente por el cuidado que ha presidido en su ejecución y por el acierto con que el pintor ha sabido vencer algunas dificultades.

* * *

Necrología. —Han fallecido:

Teófilo Biermann, celebrado pintor de historia y retratista alemán.

Ernesto Hebert, notable pintor francés, ex director de la Academia de Francia en Roma. Actualmente era el decano de los pintores franceses, pues contaba 91 años

José Zempf, ex presidente de la Confederación suiza.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ



—Sin duda te escapaste de casa de tu amo porque te pegaba

I

EL TÍO BOURASSE

—¿De modo que ese muchacho se encuentra sin asilo?, dijo el presidente al guardia de orden público que acababa de declarar ante el tribunal. ¿Ha ido usted á tomar informes?

—Sí, señor presidente, contestó el testigo. Lo que el chico Pablo Galoux ha dicho es cierto. Su padre murió en el hospital hace tres meses y su madre cinco años antes. El padre, al principio de su enfermedad, confió el muchacho á un vecino, Sebastián Leplat, calderero y estañador, que sacaba partido de Pablito enviándole á las casas en busca de los enseres de cocina que había que estañar ó soldar; pero á la muerte de Galoux, Leplat no quiso asumir la responsabilidad del niño, y se disponía á confiarlo á la Asistencia pública, cuando un compatriota del muchacho, llamado Flechart, declaró que se lo quedaba para enseñarle un oficio.

—¡Flechart!.., exclamó el presidente. Se me figura que este nombre no me es desconocido.

Esta observación iba dirigida al fiscal suplente que ocupaba el puesto del ministerio público; el presidente, al hablar, se había vuelto hacia él.

—En efecto, señor presidente, contestó el magistrado del tribunal; Flechart fué condenado hace cosa de un mes á trece meses de cárcel por haber maltratado á un niño de diez años, causándole contusiones y heridas que le ocasionaron la muerte.

—¡Ah, perfectamente!, repuso el presidente de la undécima sala. ¿Es ese profesor de violín y de mendicidad que enseñaba muchachos á rascar las cuerdas de sus instrumentos y á implorar la caridad pública, maltratándoles cuando no le traían dinero suficiente?

—Eso es. Y los maltrataba al extremo de matarlos ó estropearlos al menos, como quedó demostrado por las declaraciones de los testigos y por las confesiones que al tribunal le costó tanto trabajo arrancar á algunas de esas infelices criaturas que, hasta en la Audiencia, temblaban ante su verdugo.

—¿Y quién es ese Flechart que recogió al niño Galoux?

—¡En buenas manos había caído!.., dijo uno de los jueces.

Entonces, dirigiéndose al pequeño acusado, un hermoso chico de once años, de grandes ojos azules, de cabello rubio ensortijado que rodeaba una verdadera cara de ángel, cuyos harapos no eclipsaban la belleza, el presidente le dijo con benevolencia:

—Sin duda te escapaste de casa de tu amo porque te pegaba.

Pablito Galoux contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—¿Quería que mendigases, siguió interrogando el presidente, y te maltrataría cuando habías recogido poco dinero?

El niño volvió á contestar tímidamente por señas.

—Pablito Galoux se había marchado ya de casa Flechart cuando éste fué detenido, hizo observar el fiscal; por eso no figuró entre los muchachos llamados como testigos ante el tribunal, y es tanto más de sentir por él cuanto que ya entonces hubiera sido confiado á la Administración, lo cual le hubiese evitado el delito de vagancia que hoy le ha conducido aquí.

—Vamos, acércate al tribunal, repuso el presidente.

Y á fin de inspirar confianza al niño, cuya natural timidez aumentaba el aparato del tribunal, le habló paternalmente:

—Ven acá, acércate, para que oigamos lo que dices. No hay que tener miedo de los jueces; no castigan más que á las malas personas, á los que obran mal.

El guardia de orden público cogió al chico por la mano y le hizo subir los tres escalones del estrado.

Entonces el presidente reanudó el interrogatorio.

—Tu amo te pegaba, ¿no es eso?

—Sí, señor, contestó el chico en voz baja.

—¿Y por eso te fuiste de su casa?

—Sí, señor.

—¿Te enviaba á mendigar tocando el violín, y cuando no recogías bastante dinero se encolerizaba?

—¡Oh, no, señor!; yo siempre recogía, declaró Pablito levantando su hermosa cabeza rubia.

Era tan bonito con su cara de querubín, que evidentemente debía inspirar mejor que los demás la compasión caritativa de los transeuntes.

—Pero acabas de decir que tu amo te pegaba, preguntó el presidente. ¿Por qué te pegaba si le llevabas mucho dinero?

El niño bajó la cabeza, sin atreverse á contestar.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—No tengas miedo; Flechart no puede ya hacerte daño alguno, puesto que se halla en la cárcel. Hay que decirlo todo á los jueces. Si te pregunto eso, no es para reñirte; es porque necesito saber la verdad. ¿Por qué te pegaban?

—No me pegaron más que una vez, contestó el pobre niño.

—¿Y te marchaste por eso?

- Sí, señor.

—¿Flechart te había hecho entonces mucho daño?

—No, mucho no.

—¿Qué ocurrió, pues? Dínoslo todo. ¿Por qué te marchaste?

Pablito respondió en voz baja:

—Porque no quería hacer lo que el amo me mandaba.

—¡Ah! Quería sin duda que hicieses cosas malas, dijo el presidente. ¿Y qué cosas?

—Me pegó porque había otro que había robado el portamonedas á una señora, confesó el chico con pena, y yo se lo dije.

—Ese Flechart, dijo el presidente dirigiéndose al fiscal, enseñaba por lo visto á los muchachos, no sólo á mendigar, sino también á robar.

Y dirigiéndose á Pablo le dijo:

—Entonces uno de tus pequeños compañeros robó el portamonedas á una señora, y tú, que lo viste, comprendiste que era una mala acción y avisaste á la señora.

—Sí, señor.

—¿Tu amo lo supo?

—El otro se lo dijo.

—¿Y por eso te pegó?

—Sí, señor.

—¿De modo que tu amo os había dicho, á tu compañero y á ti, que robaseis?

—Sí, señor, contestó Pablito Galoux levantando la cabeza con un orgullo lleno de emoción; pero yo no quería, porque sabía que era una cosa mala. Mi padre me lo tenía dicho...

—Hiciste muy bien, muchacho, dijo el presidente, y te sobraba razón para marcharte de casa de aquel hombre, que hubiera hecho de ti un ladrón, un malvado, si no hubieses tenido los buenos sentimientos que te inspiró tu padre. Pero cuando huíste de su casa, en vez de vagabundear por las calles, sin asilo y sin nada que comer, debiste dirigirte á un municipal, á cualquier agente de la autoridad, que te hubiera conducido á una casa donde hubiesen cuidado de ti.

—Temía que me metiesen en la cárcel, contestó el niño.

—No se lleva á la cárcel más que á los delincuentes. ¿No conoces á nadie en París? ¿No tienes ningún pariente?

—Dispense usted, señor presidente, contestó el fiscal en vez del niño, que callaba. Galoux tiene un tío que la instrucción ha descubierto y que debe encontrarse aquí, pues se le ha citado para la audiencia.

Y haciendo seña á un ujier que se acercó, el fiscal le entregó un papel en que había un nombre escrito.

—¡Sr. Bourasse!, llamó el ujier.

—¡Presente!.., contestó del fondo de la sala una voz hombruna.

—Acérquese usted, dijo el presidente.

El que había contestado salió entonces de la masa de curiosos y desocupados que llenaban la parte de la sala destinada al público, y se oyó sobre el piso de madera el choque de sus enormes zapatos claveteados.

El tío de Pablito presentaba el tipo acabado de esos robustos y macizos hijos de la Auvernia que van á París á ganar pequeñas rentas destinadas á asegurarles, en el país natal, el bienestar de su vejez. Bourasse era alto y fornido, con unos hombros capaces de llevar un buey y unas manazas como palas de lavandera; su cara vulgar, mejor lavada en las partes salientes que en los huecos y los contornos, tenía por marco una barba hirsuta, leonada, de pelos recios, salpicados aún de polvillo negro, y por ojos dos cavidades relucientes bajo unas cejas espesas y abultadas y en el esfumado obscuro de carbón. Llevaba en las orejas, á guisa de pendientes, dos gruesas anillas de oro. Sus labios gruesos y rojos descubrían dientes enormes, que parecían de una extraordinaria blancura bajo el contraste de la terrosa y plomiza tez. Vestía un traje de terciopelo castaño estriado, con botones de latón, y un sombrero de fieltro flexible y de anchas alas, que llevaba en la mano, en una actitud que revelaba su preocupación, su agitación y su embarazo en presencia de la justicia.

Al llegar á la barra, en que ocupó el puesto que le cedió el guardia de orden público, cuya declaración había terminado, saludó torpemente, murmurando un «¡Buenos días, señores!,» que no revelaba mucha presencia de ánimo.

Evitaba el mirar á su sobrino, y éste le había vuelto las espaldas, movido por un sentimiento de temor que los jueces no dejaron de observar.

El presidente le interpeló:

—¿Es usted tío de ese niño?

—Sí, señor juez, contestó Bourasse. Soy hermano de su difunta madre.

—Entonces, ¿por qué no fuiste á casa de tu tío, cuando te encontraste solo?, preguntó el presidente á Pablito.

El muchacho no contestó y bajó la cabeza.

—¿No sabías dónde vive?

—Sí, señor.

—Entonces, no quisiste ir; ¿por qué?.. Es hermano de tu madre; te hubiera recogido y no te hubieses encontrado en la calle. Y usted, prosiguió el presidente dirigiéndose al auvernés, viendo que el niño callaba, ¿supo usted la muerte de su cuñado?

—Claro que sí, señor juez, contestó el tío de Pablo Galoux, puesto que yo le hice enterrar á mis expensas.

—Siendo así, debió usted ver á su sobrino, siquiera en el momento del entierro; usted sabía que era huérfano y que quedaba solo. Tenía usted el deber de ofrecerle un asilo en su casa. ¿Tiene usted hijos?

—Tengo dos, varón y hembra.

—¿Qué edad tienen?

—José va á cumplir diez y ocho años, señor juez, y Teresa va para los quince.

—¿Trabajan?

—¡Ya lo creo que trabajan!.. Son muy buenos muchachos, muy honrados, señor juez.

—Un chico como éste no hubiera sido una carga para usted.

—Hay que ver las cosas, señor juez, dijo Bourasse; lo que falta en mi casa es sitio. ¡Nuestra tienda es tan pequeña!.. Y además, cuando uno no es rico, tiene que calcular bien sus gastos... Así y todo, se vive con dificultad.

—Hubiera usted podido hacer trabajar á su sobrino, objetó el presidente; parece listo y lleno de buenas disposiciones. Poniéndole de aprendiz, no le hubiese sido gravoso, y al menos hubiese podido usted cuidar de él.

—Cuando tiene uno un comercio, la cosa es muy difícil, repuso el auvernés. Se encuentra uno muy agobiado de trabajo y no puede ocuparse de los chicos que están fuera.

—Lo que le indico no es una obligación para usted; la ley no le impone el cuidado de su sobrino. Es más bien un deber de parentesco y de humanidad que todo hombre de corazón comprende. Pablo Galoux, el hijo de su hermana de usted, se encuentra sin asilo; se le ha encontrado en estado de vagancia, delito por el cual la justicia no le castigará, porque es demasiado joven; pero ese estado cesaría si usted lo recogiese, si consintiese en ocuparse de él. A ver, tú, continuó el presidente dirigiéndose al muchacho, ¿quieres ir con tu tío?

Pablo exhaló un profundo suspiro y alzó los ojos suplicantes hacia el magistrado.

—¿Acaso no quieres á tu tío?

—¡Oh, lo que es eso!.., contestó Bourasse en vez de su sobrino, estoy seguro de que tiene buen corazón.

—Pues bien, exclamó el presidente, que quiso aprovechar lo que él tomó por un rasgo de bondad; ¿quiere usted cuidar del niño, que se lo agradecerá sin duda y le querrá como á su segundo padre?

—Con mucho gusto lo haría, señor juez, contestó Bourasse; pero es imposible... Somos demasiado pobres, y á pesar de la mejor voluntad, no podría yo mantener una boca más... Hay que pensar en los hijos propios antes que pensar en los ajenos, ¿verdad, señor?

—El tribunal se verá, pues, obligado á pedir á la administración que entregue ese pobre niño á la Asistencia pública... Se le conducirá á la casa de expósitos.

—Sí, es muy triste, ya lo sé, dijo Bourasse, que procuró parecer haberse conmovido, haciendo muecas horribles y secándose con el dorso de su mano enorme una lágrima que no bañaba su ojo. Quisiera ser rico, señor presidente, para poder hacer obras caritativas.

Entonces intervino el fiscal.

—Veo sobre las notas de las investigaciones practicadas por la policía, dijo, que á la muerte de Galoux, padre de este niño, se encontró entre los papeles del difunto una suma de tres mil seiscientos cincuenta francos en obligaciones del Municipio de París.

El tío de Pablito, sobrecogido desde las primeras palabras del magistrado, supo disimular á las mil maravillas la impresión causada en él por esta revelación. Su ancha cara de bruto conservó una expresión estúpida. Fingió no comprender ni oir siquiera lo que decían, absolutamente como si no hablasen con él.

Contento de eclipsarse, aprovechó la ocasión de que el presidente dijo al niño que se volviese á su puesto, para abandonar la barra y retirarse al fondo de la sala. Pero el fiscal le volvió á llamar.

—Espérese un instante, Bourasse, le dijo. Con usted hablo.

El auvernés se detuvo haciéndose el tonto.

—Usted dispense, señor juez, dijo; es mucho honor para mí...

—¿Ha oído usted lo que acabo de decir? Su cuñado poseía algunas obligaciones del Municipio de París, por valor de tres mil seiscientos cincuenta francos. Parece que, al morir el Sr. Galoux, fué usted quien arregló las cosas y recibió todo lo que correspondía á su sobrino.

—Sí, es verdad, contestó Bourasse; la vecina de mi pobre cuñado me entregó una porción de cosas, papeles y demás... ¡Oh, no lo niego, no!

—Muy bien, dijo el presidente; ¿pero entre esos papeles se encontraban dichos valores?

—Es muy posible...

—Debe usted estar seguro.

—Sí, sí..., es verdad... Vi papel moneda.., de eso que usted dice..., contestó el auvernés, que perdía un poco su aplomo. Pero lo hice por bien... No se podía dejar esos papeles abandonados, ¿verdad?

—Esas obligaciones pertenecen á su sobrino.

—Claro que sí, señor presidente..., y se los guardo..., porque un niño..., claro está..., podría perderlos...

—Pero mientras tanto, repuso con severidad el presidente, un niño que posee ese pequeño capital, fruto de las economías de sus padres, no debió ser abandonado en la calle, sin recursos.

—Entonces que se lo gaste todo, y no tendrá nada, replicó el carbonero. Mientras que si yo se lo guardo...

—Quizá se lo guarda usted demasiado bien, y el señor director de la Asistencia pública, á quien va á ser confiado su sobrino y que, por tanto, va á ser su tutor, se hará entregar esos valores, que colocará por cuenta de ese niño. Así estarán en mejores manos.

Bourasse estaba terriblemente inquieto; y su agitación se revelaba en el movimiento de sus dedos atormentando su sombrero y en la movilidad de sus miradas. Ya veía escapársele aquella pequeña fortuna de la cual se había figurado que nadie le pediría cuenta y que estaba resuelto á apropiarse á fin de aumentar los beneficios acumulados para retirarse en su país. ¡Rendir cuentas!.. Para substraerse á esa cruel necesidad era capaz de todo.

—Sin embargo, dijo con un aire bonachón que amortiguaba la dureza de sus miradas, puesto que usted ha dicho que yo debía cuidar del muchacho..., ¡pues bien!, si le tengo en mi casa, á mi cargo..., es justo que yo conserve lo que le pertenece... Soy su pariente más próximo... y le quiero mucho, no vaya usted á creer..., añadió el codicioso auvernés cogiendo á su sobrino por la mano á fin de atraerlo hacia sí.

Hasta se inclinó para besarlo, añadiendo:

—Y él también me quiere, ¿ven ustedes? ¡Vaya si le quiere á su buen tío Juan!.. ¿Verdad, Pablito? Dile al señor presidente que me quieres mucho. ¿No es así?

Esta comedia sentimental no engañó á los jueces, quienes comprendían muy bien que aquella ternura espontánea tenía por causa la perspectiva amenazadora de la restitución.

Afectuoso por naturaleza y experimentando sobre todo, á causa de su aislamiento y de los peligros que había corrido, necesidades de ternura, Pablito no podía tener la misma perspicacia que los magistrados, y contento de creerse amado, él, que se había visto abandonado de todos, contestó con una explosión muy natural al abrazo de su tío. Así es que cuando el presidente le preguntó otra vez si quería ir con su tío, él contestó:

—¡Oh, sí, señor!.. ¡A la casa de expósitos, no!.. ¡Con mi tío Juan!..

Su voz tenía un acento de súplica.

El fallo fué breve. El niño recogido por su tío materno cesaba de encontrarse sin hogar, como lo requiere el artículo del Código penal que define el estado de vagancia. Por otra parte, era demasiado joven para poder ser condenado, y el tribunal lo absolvió de la instancia.

Entonces, delante de todo el mundo, Bourasse, expansivo, estrechó al niño contra su pecho con una ternura principalmente dirigida á aquel pequeño capital que conservaba al mismo tiempo que su sobrino, y exclamó:

—¡Da las gracias á los señores jueces, Pablito!.. Pierde cuidado; conmigo serás feliz, ¡pobre muchacho! No estarás sin familia mientras viva tu tío Juan.

—Muchas gracias, señor presidente y demás señores jueces, añadió saludando al tribunal, al fiscal, al escribano, al ujier y á todos los abogados presentes en el estrado. ¡Muchas gracias, muchas gracias!..

Y salió llevándose al niño, á quien daba la mano, sin oir nada de lo que se murmuraba en torno de él, y desaparecieron ambos, bajando los dos pisos de escaleras que conducen al patio de la Santa Capilla y desfilando luego por el bulevar del Palacio.

Bourasse arrastraba al chico marchando á grandes zancadas, como si tuviese prisa de alejarse cuanto antes de aquellos lugares en que reside la justicia, y sin pronunciar más palabras que éstas: «¡Ven! ¡Vamos! ¡Anda!,» cuando el pequeño no corría bastante. Llegó á la calle Galande—es decir, á cinco minutos apenas del Palacio de Justicia,—donde se encontraba su tienda de carbón y de vinos de Auvernia.

Y allí, como su mujer, sorprendida de verle volver con su sobrino, le interrogase, él contestó, dando suelta á todo su mal humor, mal reprimido hasta entonces:

—¡Pardiez con la justicia; los grandes se comerán siempre á los pequeños!.. He tenido que encargarme del muchacho porque soy su tío. ¡Como si no tuviéramos bastante con nuestra familia!

Y dirigióse luego á Pablo, sacudiéndolo bruscamente:

—Y tú, galopín, ¿sabes?, no vienes aquí á comerte el pan de los otros, ¿eh? Tendrás que despabilarte y no hacer el gandul... ¡Voto á bríos!, no vamos á mantenerte para que hagas de señorito, ¿entiendes? Tienes que ganarte la vida, porque no tenemos pan de sobra para darlo á vagabundos, ¿oyes? Y vas á empezar á trabajar hoy mismo... Voy á llevarte á casa de Pietro, el *fumista*, y como hay Dios que trabajarás. Serás deshollinador, y verás lo que cuesta el pan cuando hay que ganarlo con el sudor de la frente. ¡Conque anda, mala peste!

Y de un empujón envió al pobre niño á rodar sobre un montón de carbón, al otro extremo de la tienda.

El infeliz, así maltratado, contenía las lágrimas por no excitar la cólera de su tío.

Pero éste le había seguido y continuó, levantándolo duramente:

—Y ¿sabes?, nada de cuentos para huir de aquí; porque si te vas, ¡carámbano!, te hago coger por los gendarmes y meter en la cárcel hasta que cumplas veintiún años, ¿entiendes? La justicia te ha colocado aquí y aquí estarás. ¡Anda, no es hora de llorar, gandul!.. ¡A trabajar!

—Déjale un momento de respiro para que se dé cuenta de la casa, dijo la carbonera, más compasiva que su marido.

Sofía Galoux, esposa de Bourasse, era natural de Saint Etienne y pertenecía á una familia de mineros que trabajaban en la hulla en los pozos de la Ricamarie. Era sin duda mejor que él, y el niño lo había notado instintivamente, pues varias veces sus hermosos ojos azules se habían alzado hacia ella, suplicantes, tímidos y llenos de lágrimas.

Cogió á su sobrino por la mano y le dijo:

—Es claro que tendrá que trabajar, puesto que ha de vivir con nosotros.

—No tenemos medios de mantener holgazanes..., apoyó Bourasse.

—Trabajará, ¿verdad, Pablito?

—Sí, tía, trabajaré, contestó el niño, que parecía ponerse bajo su protección. ¡Te lo prometo!

—¡Ah, pues no faltaría más!, dijo el auvernés.

—Pero no puede empezar esta tarde misma, repuso Sofía Galoux. Si quieres que sea deshollinador, es preciso que antes veas á Pietro.

—Le veré hoy mismo. Sé donde encontrarlo; voy en su busca. Y tú, galopín, no te muevas de aquí, añadió Bourasse amenazando á su sobrino.

Cuando el marido se hubo marchado, Sofía besó al niño diciéndole:

—No tengas miedo; tu tío no es tan malo como parece. Y además, si me hubiesen escuchado á mí, nada de esto hubiera sucedido, porque cuando murió tu pobre padre yo quería que tu tío te trajese aquí.

Después le interrogó; le preguntó lo que había hecho desde que se encontró solo. Le riñó cariñosamente porque no había venido á verla, y le tranquilizó asegurándole que le tratarían bien y que hasta su tío le querría al ver su buena voluntad para el trabajo.

El niño alegróse del cariño que inspiraba y prometió hacer todo lo que quisiesen para tener contentos á sus tíos

Bourasse no tardó en volver, acompañado del fumista italiano Pietro Lucci, vecino de la calle de San Severino, y como habían bebido juntos un litro de vino superior que el carbonero había pagado, sin duda para facilitar la contrata, el tío de Pablito había perdido algo de su áspero humor. Los tres vasos de vino, añadidos á la media botella bebida antes de ir á la Audiencia «para cobrar ánimo,» le habían suavizado un poco.

Sonreía porque, después de todo, era preciso no asustar al muchacho, que hubiera podido cobrarle asco al oficio que iban á imponerle, y que Pietro quizá no hubiera contratado si hubiese visto que el muchacho iba de mala gana.

El piamontés (Lucci era natural de un pueblo de la provincia de Génova) ofrecía con el robusto auvernés el contraste más chocante. Apenas llegaba con la coronilla á la altura del pecho de Juan Bourasse, de modo que para mirarse mientras hablaban, el uno tenía que levantar la cabeza y el otro bajarla. Pietro era flaco y débil; con cara de vinagre, como su humor. Sin duda habían agriado su carácter, no sólo la envidia instintiva de los raquíticos, sino que también el germen de fiebres palúdicas contraído en los pantanos de su país natal, que daba á su cara angulosa aquel tinte terroso, y quizá también las privaciones que al principio de su industria debió imponer á deseos y apetitos nunca satisfechos.

La voz de ambos hombres contrastaba igualmente en la más completa desemejanza, pues si la cara de Bourasse parecía más rubicunda en parangón con el rostro pálido y amarillento de su amigo, el sonido de su voz parecía aún más grave y ruidoso cuando se le oía después del hilito de voz que se escapaba de los labios descoloridos de Lucci.

Por lo demás, el carbonero y el fumista eran excelentes amigos, y éste debía algunos favores á aquél, pues Bourasse enviaba á Pietro clientes aprovisionados por él de carbón. Con frecuencia se encontraban por la noche, después del trabajo, en una taberna de la plaza Maubert, donde hacían, con otros dos camaradas del barrio, la interminable partida de malilla, y compañeros habituales, se comprendían admirablemente por señas, por simples miradas, en este juego que exige más astucia que suerte ó cálculo.

El fumista no ejercía en persona su oficio, al menos cuando se trataba de deshollinar chimeneas. Guardaba la tienda, vendiendo estufas, arreglando chimeneas que daban humo, instalando hornillas; mas para el deshollinamiento tenía parejas compuestas de un hombre y un muchacho, á quienes proveía de cuerda, garfios, escobillón, rascador y sacos, y á quienes pagaba tanto por chimenea, en cuanto á los hombres, pues á los muchachos los tenía en su casa de aprendices, por la comida—¡pero qué comida!—y un franco ó medio cada domingo.

—¡Buenas!, dijo Pietro saludando á la mujer de Bourasse y examinando á Pablito, que le miraba con una curiosidad mezclada de aprensión.

El piamontés tenía apenas un ligero acento original, pues habitaba París desde su infancia; ceceaba solamente un poco, resabio sin duda de las suavidades de su lengua natal.

—¿Es el sobrino en cuestión?, preguntó levantando la cabeza hacia su amigo.

—Sí, este es el muchacho, contestó Bourasse. Ya ves que reune condiciones. Acércate un poco, vamos; que el maestro te vea, añadió haciendo seña al niño, á quien la tía Sofía empujó suavemente.

—Sí, parece listo, dijo el fumista después de un corto examen.

—¡Listo!.. ¡Ah, ya lo creo!.. A esa edad trepan como monos, que es lo que tú necesitas, ¿no es cierto?.. Y luego tiene muy buena voluntad. Sabe que no somos ricos y que no le podríamos mantener sin hacer nada. ¡Qué diablo! Yo no era mayor que él y ya me ganaba la vida haciendo haces de leña en casa de un amigo de mi padre, en mi país... Por lo demás, es oficio fácil de aprender; ¿verdad, Pietro?

—No es difícil.

—Y ¿sabes?, añadió el auvernés dirigiéndose á su mujer, nos enviará parroquianos, hablará de nosotros á las cocineras, cuando vaya á deshollinar chimeneas, de la misma manera que nosotros se los hemos enviado á Pietro. No te he enviado pocos, ¿eh?

—No es la estación más propicia para contratar aprendices, dijo la vocecita del italiano, que no contestó más que con un gesto á las últimas palabras de su amigo; porque en el mes de marzo el trabajo de deshollinar ha concluído. Pero, en fin, como se trata de su sobrino, así mismo lo tomaré.

—Será algo menos duro para él, si hay menos trabajo para empezar, dijo la tía Sofía.

—Y no será una carga para ti, añadió Bourasse. Le darán lo que me has dicho.

—¿Qué ganará?, preguntó la carbonera.

—Desde luego, el amigo Pietro lo mantendrá, lo cual le cuesta poco; donde comen cuatro, comen cinco; y cincuenta céntimos cada domingo para empezar.

—Cuando llegue la estación, veremos, dijo el fumista; y si estoy contento de él, él lo estará también de mí.

—¿Entonces dormirá aquí?, preguntó Sofía Galoux, contenta de tener el sobrino á su lado.

—Sí, sí; le arreglarás una camita en el desván. Estará allí muy bien; cuando uno es joven y ha trabajado bien, en cualquier parte duerme.

A fin de terminar todas aquellas transacciones y ajustes, el auvernés añadió:

—Trae vasos y beberemos un trago con Pietro. Una botella del pardillo del país. ¡Anda!

Bourasse ofreció al italiano el único taburete de su tienda, y él se sentó sobre un saco de carbón, lo cual le puso poco más ó menos á la altura de su amigo.

Entonces, mientras los dos amigos bebían, Sofía se llevó al niño á la trastienda, en que se hallaba su prima, y continuó animándolo, manifestándole de nuevo su afecto.

—Como comprenderás, le dijo ella, es preciso que todo el mundo trabaje. Desde luego, tú no eres perezoso, ¿verdad?, y sabes muy bien que tienes que aprender un oficio para ganarte la vida más tarde. Este no es malo. Mira, el amigo de tu tío tiene tienda abierta y ha hecho un capital.

—Ya verá usted, tía, cómo trabajaré. Se lo prometo, contestó el huérfano acercándose á besar á la mujer de Bourasse. Tengo la seguridad de que mi amo estará contento de mí.

—Cuando vayas á las casas, te darán propinas, repuso la tía Galoux después de haber besado al niño; eso te estimulará y aumentará tus beneficios.

Mientras tanto, el ajuste del pequeño deshollinador se terminaba entre Pietro Lucci y Juan Bourasse. Pablito iría á casa de su amo á partir del día siguiente á las siete de la mañana y empezaría á trabajar en la tienda, mientras se le daba un compañero para limpiar chimeneas.

Apenas se había marchado Pietro, cuando José y Teresa, los hijos del carbonero, altos y robustos los dos, como su padre, llegaron con un carreta de carbón mineral que habían ido á recibir en el muelle de Celestinos.

No les sorprendió encontrar en casa á su primito, pues sabían que á su padre le habían citado en el Palacio de Justicia y habían previsto lo que sucedió. Se alegraron ambos, porque tenían buen corazón y eran compasivos como su madre; así es que abrazaron á Pablo con efusión.

Bourasse interrumpió aquellas demostraciones de cariño, porque se trataba de entrar rápidamente el carbón á fin de ir á devolver la carreta al alquilador, y mientras Teresa preparaba en el desván, en el fondo de la tienda, la camita destinada á su primo, éste se puso á ayudar á su tío y á José á llenar sacos para transportar el carbón, sin que nadie se lo hubiese dicho.

Esto disipó un poco el mal humor de Bourasse, el cual comprendía muy bien que, después de todo, su sobrino no le sería gravoso, pues no tendría más que darle alojamiento. Lo importante, para él, era el no tener que devolver los tres mil seiscientos cincuenta francos de obligaciones; consideraba esta cantidad como suya, y ahora le parecía legítimamente adquirida, en compensación de lo que hacía por su sobrino.

Por lo demás, se felicitó, en lo sucesivo, de lo que él llamaba su bondad y su compasión por un muchacho que no se podía dejar abandonado en la calle, pues Pablito no mereció más que elogios.

Desde la segunda semana, el pequeño deshollinador había recogido un franco y veinticinco céntimos de propinas, además de los cincuenta céntimos que su amo le daba el sábado. Al cabo de un mes, Pietro, muy satisfecho de su aprendiz, le daba un franco por semana, y como las propinas aumentaron aún, el niño resultaba beneficioso para el carbonero.

Además, Pablo prestaba continuos servicios en la tienda de la calle Galande, á su vuelta del trabajo á las seis de la tarde. Hacía manojitos de teas y haces de sarmientos con lo que el carbonero retiraba de los que compraba hechos. La primera vez que vió hacerlos á sus primos, aprendió á atarlos con mimbre. Ayudaba á su tía á lavar los vasos, las botellas y la vajilla en la cocina, y á su primo José á embotellar vino en la bodega. No permanecía un momento inactivo y procuraba ser útil.

A pesar de la estación, el trabajo marchaba bastante bien en casa del fumista, y las dos parejas que había conservado para la limpia de chimeneas estaban continuamente ocupadas.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES PARISIENSES

Los desórdenes en la Escuela de Medicina.—La celebración de un concurso dispuesto por el ministro



París.—Los desórdenes en la Escuela de Medicina
El Dr. Nicolás discutiendo con los estudiantes. (De fotografía de M. Branger.)

de Instrucción Pública para el nombramiento de médicos agregados, ha dado lugar recientemente á graves desórdenes en la Escuela de Medicina de París. Esta vez los que han protestado tumultuosamente no han sido sólo los jóvenes estudiantes, sino principalmente los practicantes provistos de su título de doctor, y los jefes de clínica, quienes no quieren aceptar el concurso en la forma en que se ha dispuesto, porque creen ver en él la restauración de procedimientos de favoritismo que han de redundar en perjuicio de la clase médica en general.

El concurso había de comenzar el día 21, al mediodía, y desde las primeras horas de la mañana numerosos grupos de manifestantes se situaron junto á la Escuela de Medicina, con intento de penetrar en el edificio y de impedir la celebración de aquél.

Al principio, la manifestación era pacífica y los agentes de policía se limitaban á formar como un cordón para evitar que los manifestantes entrasen en la escuela; pero gracias á una hábil maniobra, unos doscientos de éstos lograron introducirse en el patio del edificio, y una vez dentro comenzaron á silbar y á dar grandes voces contra el decano y el presidente del jurado del concurso, el Dr. Bouchard. Los agentes intervinieron pacíficamente; pero en vista de que el tumulto iba en aumento, el doctor Bouchard requirió el auxilio del director de policía municipal Sr. Touny, el cual dispuso que las brigadas de reserva entrasen en la Escuela, produciéndose entonces violentas escenas que motivaron la intervención de la guardia republicana.

Al fin pudieron ser dominados los manifestantes por el cordón de agentes, que fué empujándolos hasta hacerles salir del edificio, á lo que contribuyó no poco la llegada del prefecto de policía Sr. Lepine, que fué acogido con aclamaciones y que con su sangre fría impuso la calma á todos.

Por la tarde organizóse una manifestación de estudiantes, que también logró disolver tranquilamente el Sr. Lepine.

Las manifestaciones se reprodujeron en los días siguientes, aunque menos tumultuosas, y al fin los protestantes han conseguido que el gobierno suspendiera la celebración del concurso, causa del conflicto.



Carga de los agentes de policía contra los manifestantes
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

El Salón de la Aeronáutica.—En la rotonda del Gran Palacio, en el mismo sitio en donde está instalado el Salón del Automóvil, inauguróse el día 24 de diciembre último el primer Salón Internacional de la Aeronáutica, en el cual figuraban los principales modelos, así de los globos dirigibles como de los aeroplanos.



París.—La Exposición del Primer Salón de la Aeronáutica instalada en el Gran Palacio. Vista general. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

De los primeros había el *Ville de Bordeaux*, cuyas excelentes condiciones han sido comprobadas en ensayos concluyentes y que forma parte de la escuadra aérea francesa, compuesta al presente del citado aeróstato, del *Ville de Paris* y del *Clement Bayard*, y que en breve contará además con el *Colonel Renard* y el *Ville de Nancy*.

Entre los segundos estaban el biplano Delagrange, el monoplano Esnault Pelterie, el monoplano Bleriot, el monoplano Bayard Clement, el doble biplano Breguet Richet, el helicóptero y el helicoplano Cornu, el cicloplano Gallié, el biplano Labanié, los monoplanos Vendome y Kapferer, el biplano Voisin, la *demoiselle* de Santos Dumont, el biplano Wrigth y otros muchos.

En el Salón exponíanse además planos aerodromos, bocetos de las copas concedidas como premios de aviación, entre ellas la Michelin que en otro lugar de este número reproducimos, varios aparatos voladores especiales, motores, barquillas y otros elementos propios de la navegación aérea, y como curiosidad retrospectiva el *Ader n.°* 3, prestado por el Conservatorio de Artes y Oficios y en el que M. Ader hizo desde 1893 á 1897 los primeros ensayos de aeronáutica por el sistema de máquina más pesada que el aire.

Del aspecto que ofrecía el Salón, en el que además había exposición de automóviles de gran peso y de canoas, dan perfecta idea los siguientes párrafos que traducimos de una crónica de *Les Sports:* «Dirigibles, aeroplanos, canoas, automóviles de gran peso, todo esto lo habíamos visto separadamente, pero no podíamos imaginarnos el conjunto que todo ello producía; no teníamos idea de esa visión de humanidad supraterrena de formas geométricas, y bajo este aspecto la vista de la rotonda es una revelación. Todos esos monstruos extravagantes, asombrosos, inmóviles en su rigidez de armazón, ¿son esqueletos de animales antediluvianos? No; son, por el contrario, la raza de mañana. Allí se ven los biplanos enormes sin forma de ser viviente que tienen su origen en el cometa; los monoplanos, ya más parecidos á pájaros, ó mejor dicho, gigantescos insectos, cuerpos alongados, pesados y afilados de libélula, con el motor por cabeza y las alas extendidas, como esas alas diáfanas que lanzan locamente sobre los estanques. En lo alto están los dirigibles gigantes, de formas inciertas, monstruosos diplodocus de nuestra época, y en el suelo las canoas de líneas finas y elegantes y los automóviles de gran peso, vehículos robustos, macizos, una raza de aguadores y auverneses del automóvil, sobria, laboriosa, de miembros cortos y osamenta dura.»



Wilburg Wright efectuando en el campo de Avours su vuelo á 110 metros de altura. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El Salón de la Aeronáutica, que fué inaugurado por el presidente de la República, á quien acompañaban el ministro de Comercio Sr. Cruppi, el ministro de la Guerra general Picquart y el presidente del Consejo de Ministros señor Clemenceau, ha sido visitadísimo durante la semana en que ha permanecido abierto y ha tenido un éxito extraordinario.—S.

DOS VUELOS PRODIGIOSOS

Bien merecen este calificativo los dos vuelos que el día 18 de diciembre último efectuó Wilburg Wrigth en el campo de Avours: en el primero, realizado ante los delegados del Aero-Club como prueba oficial para ser tenida en cuenta en el concurso de la Copa Michelin, permaneció en el aire una hora, 53 minutos y 59 segundos, y recorrió una distancia oficialmente de 99 kilómetros y en realidad de 120, si se tiene en cuenta la distancia perdida en las viradas alrededor de los postes indicadores; en el segundo se elevó á 110 metros de altura, ganando con ello el premio de 1.000 francos del Aero Club del Sarthe.

A las diez y diez minutos de la mañana del citado día, montó en su aeroplano, á pesar del fuerte y glacial viento que soplaba, emprendió su vuelo y comenzó á dar vueltas, á una altura variable entre 25 y 35 metros, alrededor del campo de prueba. Cuando llevaba dadas 45 vueltas, se le cerró la espita del depósito de aceite, y este contratiempo le obligó á efectuar el descenso, que realizó con regularidad y precisión admirables. Con ese vuelo ha batido Wilburg Wright sus propios *records*, el del tiempo y el de la distancia; el primero lo había ganado el 24 de octubre último volando por espacio de una hora, 31 minutos y 25 segundos, y el segundo en 24 de septiembre recorriendo 3 995 metros. Ese vuelo ha sido superado por el de 31 de diciembre último, que le ha valido la copa Michelin.

En la tarde del mismo día, á las tres y cuarenta y ocho minutos, emprendió su segundo vuelo, y después de habilísimas maniobras para sortear el huracán, á las cuatro y tres minutos el aeroplano pasaba á diez metros encima del globo-señal, colocado á una altura de 100 metros. Desde allí descendió rápidamente; y después de dar una vuelta al campo, casi al ras del suelo, detúvose á la entrada del cobertizo en donde guarda su aparato.—T.



Constantinopla.—Salón de sesiones de la Cámara de Diputados, instalada en el palacio del ministerio de la Justicia
(De fotografía de «World's Graphic Press.» París.)

El Parlamento turco hállase instalado en el palacio del ministerio de la Justicia, suntuosa construcción que se levanta cerca del mar entre las famosas mezquitas del sultán Ahmed y de Agia Sofía. Una amplia escalinata da acceso al edificio, en cuyo interior hay quince salones, el mayor de los cuales está destinado á la Cámara de Diputados Los representantes del pueblo estarán bastante apretados, porque la sala no es muy espaciosa. En los lados están las tribunas; enfrente de la presidencia hay la de la prensa, en la que podrán colocarse treinta periodistas, y debajo de ella el palco del sultán, magníficamente adornado. A este palco se le había puesto una espesa reja que lo separaba del salón de sesiones; pero ante las enérgicas protestas de los periódicos contra este aislamiento del soberano, la reja desapareció. Hay además otros palcos ó tribunas, no muy grandes, para los príncipes, para el cuerpo diplomático y para el público. Junto al salón de sesiones están los despachos del presidente, de los secretarios y de los taquígrafos y la biblioteca.

En el segundo piso hay el salón del Senado, cuyo techo ostenta una pintura decorativa, las armas del sultán y la inscripción «10 Tamus 1324» (24 de julio de 1908), y cuyo mobiliario es de gran riqueza.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 11 de enero de 1909 — Núm. 1.411

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UNA OBRA NOTABLE DE DANIEL URRABIETA VIERGE

A la amabilidad de la señora viuda de Urrabieta Vierge debemos el poder reproducir en las páginas de esta revista el adjunto dibujo de aquel artista eminentísimo, uno de los que ejecutó para la edición francesa de la *Historia de la vida del buscón llamado don Pablos*, obra inmortal de Quevedo. Al publicar esta bellísima composición consideramos como un deber, que gustosos cumplimos, dar las gracias á dicha señora por su deferente atención para con La Ilustración Artística

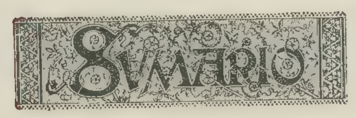


UNA ESCENA DE LA «HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCÓN LLAMADO DON PABLOS» (EL GRAN TACAÑO),

dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

«Amaneció, y hélos aquí en camisa todos los estudiantes de la posada á pedir la patente á mi amo. Él, que no sabía lo que era, preguntóme que qué querían. Y yo entre tanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre dos colchones, y solo tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y cantando comenzaron una grita del diablo, diciendo: «Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo; pueda tener sarna, andar manchado y padecer el hambre que todos.» Y con esto (¡mire vuesa merced qué privilegios!) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas »

(Historia de la vida del buscón llamado don Pablos, libro primero, capítulo V.)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: Roosevelt y Gómez. —*Política internacional centroamericana:* las consecuencias de la última tentativa revolucionaria en *Honduras:* desavenencia con la República de *El Salvador:* la demanda de Honduras ante la Corte Suprema de Justicia Centroamericana: importancia, facultades y poderes de este alto Tribunal: instalación de la Oficina internacional de las Repúblicas centroamericanas. —*Guatemala:* fomento de la riqueza pública y de la cultura intelectual. —*Panamá:* el nuevo presidente y los yanquis: prohibición de la emigración española. —*Venezuela:* el general Castro en Europa: el vicepresidente Gómez en el ejercicio de la presidencia.

El presidente de la Unión norteamericana ha declarado que las elecciones verificadas ahora en Cuba demuestran de modo solemne «las serias cualidades de ese pueblo, que una vez más se prepara á cumplir los deberes de una República libre é independiente.» Así lo dijo en el telegrama de felicitación que dirigió al general José Miguel Gómez, presidente electo de Cuba, quien, en su respuesta á Roosevelt, mostrábase satisfecho por la justicia que éste hacía á los cubanos, y confiaba en que sus compatriotas han de continuar dando pruebas de la plena conciencia de sus deberes internacionales y del alto aprecio en que tienen la amistad de los Estados Unidos.

La evacuación de la isla por las tropas yanquis se va á hacer durante este mes de enero: el 28 será el último día del gobierno provisional de Magoon y el primero de la República cubana gobernada por el partido liberal y presidida por Gómez.

***

Las refriegas políticas que hubo en Honduras en el próximo pasado verano tuvieron las mismas deplorables consecuencias que esos hechos han producido siempre en los Estados centroamericanos: con turbar la buena armonía entre ellos.

Desde el territorio de El Salvador emigrados hondureños adictos al general Bonilla entraron en su país con intento de señorearse del poder á viva fuerza. La guerra civil duró desde el 5 de junio hasta el 4 de agosto, fecha del manifiesto en que la dió por terminada el presidente Sr. Rodríguez Dávila. En ese documento se presentaba á los enemigos del orden fomentados y consentidos por los gobiernos de El Salvador y de Guatemala, y persuadido de ello el de Honduras, entabló, coadyuvado por el de Nicaragua, formal demanda ante la Corte de Justicia Centroamericana.

El gobierno de El Salvador se apresuró á negar todo fundamento á la demanda. Era injusta, decía, porque la conducta de las autoridades salvadoreñas no pudo ser más leal ni estar más en armonía con los deberes internacionales. Habían dado la voz de alerta al presidente Sr. Dávila sobre el plan revolucionario de los emigrados. Habían cohibido la salida del territorio del jefe del movimiento, general Teófilo Cárcamo, y concentrando á multitud de revolucionarios hondureños, contribuyeron de manera pronta y eficaz á la consolidación del gobierno constituído en la hermana República de Honduras, para quien los elementos oficiales de El Salvador no han tenido sino palabras de aliento, impregnadas de fe y verdad.

Sea lo que fuere, tenga razón quien la tuviere, lo cierto es que la Corte Suprema de Justicia Centroamericana cumple ya su noble misión como instituto llamado á evitar la guerra entre los Estados de esa parte de America. Sin él, hondureños y salvadoreños hubieran venido á las manos. Ahora unos y otros procuran resolver el conflicto sometiéndose al fallo del alto Tribunal, organismo al que—según hace constar en documento oficial el gobierno de El Salvador—se ha dado la mayor independencia posible respecto de los gobiernos contratantes, no sólo por la índole jurídica de que está revestido, sino también por su naturaleza de tribunal internacional con funciones políticas de la mayor entidad, en orden á dirimir todas las desavenencias que puedan suscitarse entre cinco Estados independientes y autónomos.

Así se comprende que tenga la Suprema Corte de Cartago las más amplias facultades, como la de fijar el *statu quo* entre dos países próximos á resolver por las armas un conflicto; atribución que lleva en sí las mayores restricciones á la soberanía nacional, ordenando el retiro de funcionarios militares de la frontera, concentrando emigrados políticos, paralizando el alistamiento de tropas y prefijando contingentes de guerra; todo lo cual acaba de suceder con motivo del movimiento revolucionario de Honduras.

En presencia de una institución en la que se han delegado poderes tan considerables, es natural que se haya tratado de rodearla de todos los medios que la hicieran independiente de los gobiernos contratantes en el cumplimiento de sus atribuciones. Por esto se estipuló que el Poder legislativo de cada país nombrase sus magistrados propietarios y suplentes, que el sueldo de cada uno de ellos es de *ocho mil pesos anuales en oro americano* y que cada Estado contribuya con dos mil pesos oro más para los gastos del Tribunal en cada año.

Como vemos, van teniendo realidad y eficacia los convenios que se subscribieron en Washington en diciembre de 1907. También se ha instalado en Guatemala la Oficina internacional de las Repúblicas Centroamericanas, otro de los organismos que se acordó crear. Los delegados que la constituyen, después de tomar en cuenta los puntos del extenso programa que la Convención les fija, estudiados los presupuestos respectivos, atendidas la trascendental importancia y la categoría que la Oficina tiene, calculados los gastos que deberá hacer en sus dependencias, publicaciones y exigencias de la vida en Guatemala, han convenido en fijar en ocho mil dólares la cuota por el primer año á cada país, pagadera por trimestres anticipados.

***

Estrada Cabrera, el presidente de la República de Guatemala, tan combatido por unos como ensalzado por otros, lleva adelante su plan de reformas administrativas, dirigidas principalmente á impulsar el desarrollo de la riqueza pública y la cultura general del país. A esos fines tienden el nuevo ministerio del Progreso ó Fomento, el código minero de la República, la construcción del ferrocarril de Quezaltenango, que ha de poner en comunicación directa la zona más importante del occidente de Guatemala con los dos océanos, la fundación ó reorganización del Conservatorio nacional de Música, de las escuelas de Derecho, de Medicina, de Cirugía, de Farmacia, de Comercio y de Bellas Artes y del Instituto Nacional Pasteur, y las escuelas prácticas para obreros, cuyos alumnos están exentos del servicio militar. Bien merece, pues, aplauso la labor que en tal sentido va realizando el actual gobierno de Guatemala.

***

Desde 1.° de octubre está en funciones de presidente de la República de Panamá D. José Domingo de Obaldía, el candidato de los yanquis, á quienes no convenía que Arias, hechura de Amador Guerrero, sucediese á éste en el ejercicio del poder.

Mas no quiere Obaldía que se le suponga servidor incondicional de aquéllos. En el discurso que pronunció al tomar posesión, hizo alardes de independencia, porque las fuerzas, decía, que le elevaban al puesto más alto de la nación, son las que normal y legítimamente deben dominar en un país libre.

Amador en su último Mensaje acusaba al gobierno de Wáshington de haber obligado á Arias á retirarse para dejar el campo libre á Obaldía. Ahora éste protesta contra los que afirmaron temerariamente que su elección era debida á la voluntad del gobierno norteamericano, y que la actitud de ese mismo gobierno, aliado y protector de Panamá, era el resultado de condescendencias y compromisos suyos, con daño del prestigio y de los intereses nacionales. Nada de esto: el nuevo gobernante de Panamá, á juzgar por lo que él dice, representa el respeto al sufragio, la veneración de la voluntad popular y el renacimiento de la confianza pública. Hay que sostener á todo trance la farsa democratica.

El gobierno español ha tenido el buen acuerdo de prohibir la emigración á Panamá. En el real decreto que así lo dispuso, se alude á la insalubridad del istmo, que en estos últimos meses ha aumentado en proporciones alarmantes. El paludismo hace verdaderos estragos; ni siquiera estan inmunes las personas acostumbradas á vivir en los climas tropicales; en un solo día llegó á haber en los hospitales de la zona 4.000 enfermos atacados de aquel mal. Agrava la situación el hecho de no existir convenio internacional respecto de los accidentes del trabajo, que en el canal son de una frecuencia lamentable, y por eso, aquellos de nuestros compatriotas que han tenido la desgracia de inutilizarse parcial ó totalmente, se ven abandonados y sin medio alguno de ganar el sustento. Si á esto se agrega que la Compañía se reserva el derecho de admitir y despedir á los obreros; que en Panamá no hay agricultura ni industria ni más ocupación para las clases obreras que los trabajos del canal; que los obreros que enferman son substituídos inmediatamente, dejándoles en la imposibilidad de encontrar recursos, y que á nuestros emigrantes, como es natural, les es dificilísimo trabajar á las órdenes de personas que no les hablan más que en lengua extranjera, se comprenderá bien el fundamento de las razones que ha tenido nuestro Consejo Superior de emigración para proponer la prohibición temporal de la emigración á Panamá.

En el Senado español se trató también del asunto, y se hizo constar el descuido y abandono en que la empresa del canal tiene la organización de los servicios sanitarios y las disposiciones relativas á los accidentes del trabajo.

***

Al comenzar el año de 1909 están á la orden del día en la prensa de América y de Europa la República de Venezuela y su presidente el general Castro. Y calificamos á éste de presidente, porque, á pesar de todo cuanto esa prensa escribe, Castro sigue siendo, de derecho, el jefe supremo de la República. *No hay ni ha habido* revolución en Venezuela. Se reproduce lo que sucedió en abril de 1906, cuando Castro resignó temporalmente sus poderes, delegándolos en el vicepresidente general Juan Vicente Gómez. Entonces tambien se dijo, y en estas *Revistas* consta, que Gómez había hecho la revolución para substituir á Castro. Pasaron tres meses, y el 5 de julio Castro reasumió la presidencia.

Siempre y hasta el día, Castro y Gómez han estado en perfecto acuerdo. Ahora decide aquél venir á Europa para someterse á operación quirúrgica ó para iniciar negociaciones diplomáticas con las potencias que le son hostiles ó para ambas cosas á la vez. Gómez, como él mismo lo declara en público manifiesto, «toma la presidencia conforme á la Constitución,» y llama al gobierno á gente nueva, sin compromisos anteriores, y por consiguiente mejor dispuesta á transigir con los holandeses, que intentan el bloqueo del litoral venezolano y apresan barcos de esa República. Hay un conato de revolución, mas no promovido por los adversarios de Castro: se debe, según dice Gómez, á «una incomprensible oposición por parte de algunas personas que se llaman amigos íntimos de Castro,» tal vez los que aspiraban á entrar en el nuevo gobierno y vieron defraudadas sus esperanzas. Sin esfuerzo, sin lucha, con sólo su prestigio personal, Gómez hace fracasar la tentativa, continúa ejerciendo el mando y abre negociaciones con holandeses y demás elementos extranjeros cohibidos y maltrechos por las energías de Castro.

En Venezuela Gómez, en Europa el ministro de Relaciones exteriores que fué, Sr. Paul, es decir, los dos hombres de confianza de Castro, van á cooperar con éste en la ejecución de un plan cuyos detalles no conocemos, pero cuya finalidad es salvar á Venezuela del cerco que le han puesto traficantes y financieros yanquis y europeos.

Claro es que, ausente de Venezuela, la situación es más difícil, más peligrosa para Castro que la de 1906. Los enemigos políticos y los partícipes en las empresas industriales y mercantiles y en los agiotajes cuyos vuelos cortó aquél, ven ocasión más favorable que nunca para satisfacer ambiciones de mando y codicias de lucro, arrecian en la campaña emprendida, y pudiera suceder que antes de que llegase la época oportuna para ponerse de nuevo al frente del gobierno, sobreviniera verdadera revolución.

R. Beltrán Rózpide.



... recogióse saboreando la dulce impresión que sentía

AÑORANZAS DE UNA ARTISTA (1)

Cuando se hubieron extinguido en medio de un silencio extático las últimas notas del *lied*, estalló una tempestad de bravos y de aclamaciones que hizo retemblar las bóvedas del salón. Terminado el concierto, la ovación se prolongaba en un murmullo de admiración y de respeto con que saludaban el paso de la cantante los grupos situados en el peristilo y en la escalinata del casino.

A la multitud le agrada ver de cerca á sus ídolos; ¿y quién más digno de esa curiosidad entusiasta que Lidia Stany, «el lirio que canta,» como la llamaban los poetas, la Elsa ideal, la dulce Ofelia, cuya suave belleza y cuya celeste voz habían triunfado en todos los grandes teatros europeos?

Acostumbrada á esos rumores lisonjeros, Lidia caminaba tranquila y sonriente, con la mirada ensoñadora, esbelta con su traje de muaré blanco que la envolvía castamente en sus pliegues hieráticos y se cerraba en la garganta, oprimido por un regio collar de perlas. Su mano, cubierta de encajes, apoyábase en el brazo de un hombre joven y alto, hacia el cual se inclinaba la artista cariñosamente. Los que veían pasar la bella pareja mirábanla con envidia.

El encanto que de Lidia emanaba era tan puro y la reputación de su virtud tan notoria, que nadie se extrañó cuando, algunos meses antes, San-Caroli, noble, rico y libre, obedeciendo á los impulsos de su amor, ciñó con la diadema condal su hermosa cabellera de color de oro. Pero desde aquel día, la artista dejó de pertenecer al público; la condesa de San Caroli ya no había de cantar más que para su marido, para los pobres y para Dios.

Era aquella la primera vez, después de su matrimonio, que Lidia abandonaba su retiro para prestar el prestigio de su nombre á la fiesta benéfica organizada en el casino.

El placer de escuchar á la *diva* había reavivado en todos sus oyentes el dolor de haberla perdido; y si las mujeres, maravilladas, miraban con algo de celos á la radiante criatura en quien se realizaba la suerte quimérica de ser tres veces reina, por su belleza, por su arte y por su amor, los hombres sentían que á su admiración se mezclaba cierto rencor contra el afortunado que había conseguido adueñarse de aquella flor encantadora y melodiosa.

***

Emilio San Caroli sentía una silenciosa irritación ante aquel entusiasmo de los mirones fanatizados. ¡Oh, cómo detestaba á aquella muchedumbre cuya adoración perseguía á Lidia!

Había visto con pena acercarse el instante en que la artista se pondría nuevamente en contacto con el público, y una vez realizada la prueba, temblaba de ansiedad.

Aquel rumor de aplausos, ¿habría interrumpido el encanto amoroso? Lidia, después de haber gustado nuevamente la embriaguez del triunfo y el incienso de las aclamaciones, ¿no hallaría insípidas y monótonas las apacibles delicias de la intimidad?

Emilio, demasiado orgulloso para demostrar esa angustia, se dominaba con toda su energía y sentía grandes tentaciones de huir, de substraer lo más pronto posible á su amada á las profanaciones de aquellos ojos ávidos...

Al fin hallaron nuevamente la soledad en uno de sus retiros predilectos, un rincón de la terraza desde el cual se dominaba el mar.

Sentáronse en un banco estrecho, en donde, juntas sus manos, habían pasado deliciosas horas de ensueño, mecidos por el arrullo del oleaje. Emilio espiaba á su compañera; pero aquel rostro divino que no podía mirar sin estremecerse de amor, permanecía tranquilo, sereno, sin una sombra que lo empañase.

Los tamarindos se balancearon agitados por el viento que comenzaba á levantarse; Lidia se abrigó con su estola de plumas.

—Vas á enfriarte, querida mía; voy por el abrigo.

Lidia le dió las gracias con una sonrisa, conmovida por aquella solicitud caballeresca que se manifestaba sin cesar por medio de mimosas atenciones, y medio cerrando los ojos, mientras Emilio se alejaba, recogióse saboreando la dulce impresión que sentía siempre, cuando se veía objeto de finas atenciones.

Aquel cariño delicado y serio que su marido le profesaba, ¡se parecía tan poco á los necios entusiasmos de los *snobs*, á quienes el empuje de la multitud arrastraba hacia la mujer célebre! Los homenajes de San Caroli eran menos para la artista gloriosa que para la joven que se había conservado pura y modesta, á pesar de las febriles excitaciones del triunfo; y el orgullo de sentirse amada de este modo era lo que había llegado á lo más hondo del corazón, hasta entonces invulnerable, de Lidia Stany.

Todos los goces del arte no valían para ella lo que la dulzura de un minuto de amor. ¡Oh, cuán delicioso era poder al fin saborear la vida!

De pronto, por sombrío contraste con el presente luminoso, acudió á la memoria de Lidia el recuerdo del pasado, evocado quizás por aquellas voces infantiles que en la playa, al pie de la terraza, cantaban:

Hay en un prado siete doncellas;
Ya casaderas son todas ellas...
Y lon lon lina
Catalino y Catalina ..

Una porción de niñas, dándose las manos y formando rueda, daban vueltas golpeando la tibia arena con sus piececitos desnudos. Animadas por el placer que aquel rato de libertad en pleno aire les producía, saltaban como cabras, y á cada estribillo aceleraban sus movimientos cadenciosos. Con sus largas cabelleras y sus falditas cortas flotando en el aire, aquellas chiquillas saltaban hasta perder el aliento, embriagándose en su vértigo, con las cabezas echadas hacia atrás y los ojos brillantes, y humedecidos por alegres lágrimas, y sus bocas de menudos dientes se abrían para soltar gritos estridentes de pájaros ó cascadas de risas.

Y lon lon lina
Catalino y Catalina..

En aquella hora en que menguaba el calor, los niños poblaban la playa, diseminados en retozones grupos, y á pocos pasos de éstos otros niños, cuyas vacilantes piernas apenas les dejaban andar, hormigueaban en torno de un montón de arena, y babeando de contento, abrían hoyos ó construían terraplenes.

Unos muchachos, adornados con arneses de cascabeles, galopaban tirando de un carrito en donde iba una niña que animaba á los fogosos corceles blandiendo un látigo.

De todos lados partían clamores alegres, gritos, carcajadas, que sonaban como destellos de alegría en medio del gran rumor de las olas.

***

El hijo del rey ha pasado
Y á todas las ha saludado ..

Las niñas seguían girando y dando brincos cada vez más altos y gritos cada vez más agudos. Lidia, asomada al pretil de la terraza, contemplaba con intenso interés los retozos infantiles. ¡Cuán dichosos eran aquellos pequeñuelos! ¡Cómo dilataba sus corazones el placer no turbado por sinsabor alguno!

¿Comprendían el valor de aquella alegría? ¿Podían imaginarse que mientras ellos se divertían otros niños se consumían de tedio, lejos de esas fiestas inocentes, condenados á una existencia austera, pade-

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

ciendo por cumplir una tarea impuesta, sin juegos, sin caricias!

Y la mujer célebre y envidiada sintió á su vez una extraña envidia; y al contemplar á aquellos niños privilegiados de la suerte, cuya alegría no empañaba ninguna preocupación, se acordó compasivamente de ella misma, cuando era una pobre chiquilla, azorada y triste.

¡Oh, la infancia de una artista famosa! ¿Quién sospecharía las vicisitudes y las amarguras que en ella se encierran?.. Nacida después de tres varones en una familia de músicos, Lidia fué destinada, apenas nació, á ser pianista. Su padre, severo y exigente, y que sólo miraba al fin que se proponía alcanzar, trataba á sus hijos como el domador á sus fieras jóvenes; y á la edad de diez y ocho meses la infeliz criatura hubo de sentarse ante el clavicordio, que desde aquel día fué el instrumento de suplicio á que la sometieron bajo amenazas de látigo y pan seco.

A los cinco años tocó en público formando cuarteto con sus hermanos; á los nueve recorrió el mundo dando conciertos y siendo proclamada niña-prodigio por la prensa de todos los países. Y de este modo estuvo atada al piano durante toda su juventud, hasta el día en que se reveló su voz encantadora, que hubo de dar nuevo impulso á las ambiciones de su familia.

¡Qué horas tan largas, tristes, dolorosas, negras, le recordaba aquel período en el cual la generalidad de los humanos vuelven á encontrar sus reminiscencias más queridas, más luminosas! No había tenido la suerte de conocer esa alegría del ser nuevo, el placer embriagador de brincar, de correr libremente, de cantar, de gastar en saltos y gritos la vitalidad ardiente que sobrexcita el cuerpo inquieto y revoltoso del niño.



Jugador de bochas romano, escultura de Augusto Kraus

El comienzo de su vida había sido frustrado, y ningún poder humano sería capaz de borrar las tristes impresiones que cubrían de sombras su memoria, substituyéndolas por un tesoro de esos felices recuerdos en que más tarde se complacen gustosos el espíritu fatigado y el corazón dolorido.

Regresó Emilio con el abrigo al brazo, y al ver el rostro de Lidia salpicado de lágrimas, se detuvo, de sus labios desapareció de repente la sonrisa de ensoñador enamorado y con ademán de desaliento arrojó el abrigo sobre el respaldo del banco.

—¡Ah!, exclamó con acento de tristeza. ¡He aquí lo que yo tanto temía!

Lidia abrió desmesuradamente sus hermosos é inquietos ojos con expresión de sorpresa, mientras San Caroli, con voz entrecortada por la emoción que le oprimía el alma, le decía:

—¡Es tan natural que eches de menos esa existencia seductora..., esos triunfos!.. El sacrificio exigido por mi amor era demasiado grande.

Las azules pupilas de Lidia, por un instante apagadas, recobraron sus fulgores, y en movimiento de abandono acariciador, la artista tendió ambas manos á su esposo.

—¡Cuán equivocado estás, Emilio mío!.. Y sin embargo, sí, una añoranza me entristecía. ¿Sabes cuál?.. ¿Ves esos niños que cantan y ríen? Pues sentía envidia de ellos... porque en mi niñez yo no jugué.

San-Caroli comprendió entonces todo el candor adorable de aquella alma, enamorada de una felicidad sencilla, y comprendiendo más que nunca que era suya enteramente, posó los labios en aquellos cabellos de espuma de oro y murmuró:

—Vida mía, no mires al pasado... El porvenir te devolverá todas las alegrías perdidas... y serás nuevamente niña con nuestros hijos.

Matilde Alanic.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)



Paisaje, cuadro de Joaquín Vayreda



San Petersburgo.—Primer congreso femenino ruso celebrado el día 23 de diciembre último, bajo la presidencia de la doctora Schabanowa

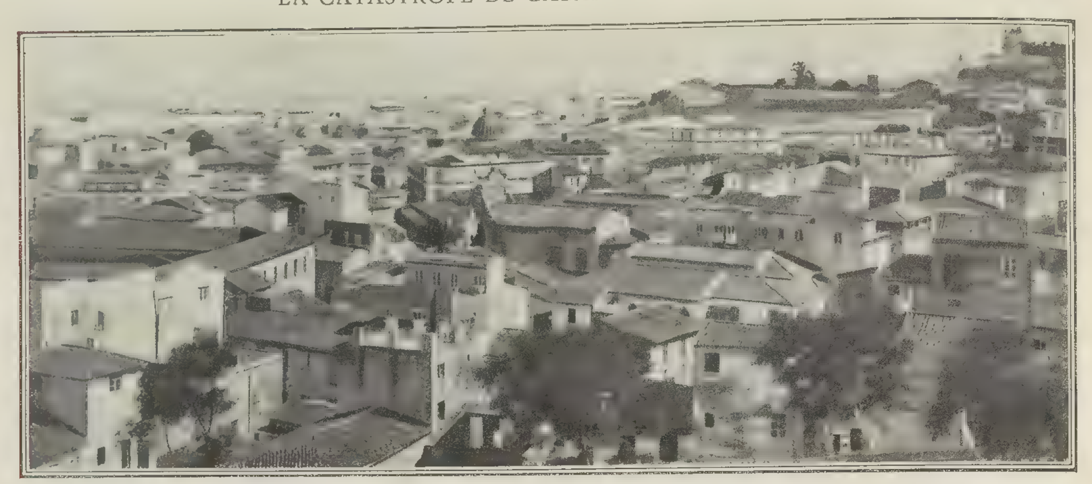
Entre los varios asuntos discutidos en ese congreso figuraron en principal lugar los problemas relativos al matrimonio, institución que una de las congresistas calificó de esclavitud; esta misma oradora defendió, aunque parezca mentira tratándose de una mujer, la poligamia como institución ideal. Por mayoría inmensa fueron aprobadas las soluciones más radicales. (De fotografía de Underwood y Underwood.)



El beso de Judas. Escena del drama cinematográfico compuesto por Enrique Lavedán

La sociedad parisiense del *Film d'Art* perseverando en sus propósitos de embellecer y ennoblecer los espectáculos cinematográficos, ha añadido recientemente á su interesante colección una película titulada *El beso de Judas*, cuyo argumento, tomado de uno de los más conmovedores episodios del Nuevo Testamento, ha sido compuesto por el ilustre literato y académico Enrique Lavedán. Para la ejecución de esa película han prestado su concurso célebres artistas, entre ellos Mounet-Sully *(Judas)* y Lambert *(Jesús)*, de la Comedia Francesa. *(Film d'Art*, fotografía de Enrique Manuel comunicada por Carlos Trampus.)

LA CATASTROFE DE CALABRIA Y DE SICILIA



Vista general de Mesina, tomada desde las colinas que rodean la ciudad, antes de la catástrofe. (De fotografía.)

Los horrores de la catástrofe ocurrida el día 28 de diciembre último en Calabria y en Sicilia exceden á toda ponderación. Para formarse una idea aproximada de ella bastará decir que ciudades tan importantes como Mesina, Regio y Palmi han quedado casi totalmente destruídas y que gran número de otras poblaciones, Bagnara, Villa San Giovanni, Pellaro, Stefanoconi, San Onofrio. Tropea, San Gregorio, San Costatino y algunas más han sufrido daños de gran consideración. En cuanto al número de los muertos, las cifras hasta ahora conocidas son verdaderamente espantosas: en Mesina 108.000; en Regio 31.000; en Palmi 4.500, y otros muchos en los demás lugares, hasta llegar al total aterrador de cerca de 150.000.

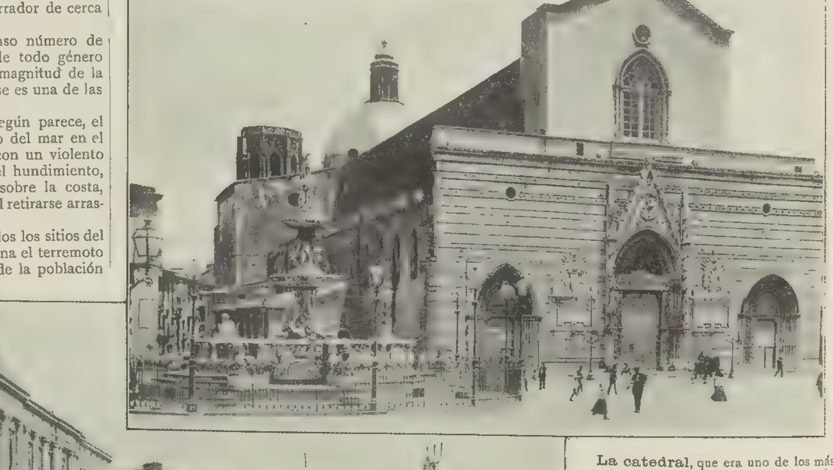
Añádanse á estos datos el inmenso número de heridos y el valor de las riquezas de todo género desaparecidas, y se comprenderá la magnitud de la catástrofe, que bien puede asegurarse es una de las mayores que registra la historia.

La causa de la misma ha sido, según parece, el hundimiento de una parte del fondo del mar en el estrecho de Mesina, que coincidió con un violento terremoto; el agua, después de aquel hundimiento, fué lanzada con horrible violencia sobre la costa, entró buen espacio tierra adentro y al retirarse arrastró cuanto halló á su paso.

La catástrofe no se produjo en todos los sitios del mismo modo, pues así como en Mesina el terremoto había destruído ya una gran parte de la población cuando ésta fué invadida por las aguas que acabaron de consumar la obra destructora, en Palmi parece que fué solo el mar el que arrasó la ciudad.

A los horrores del terremoto y de la inundación juntáronse los de los numerosos incendios que estallaron á consecuencia de las explosiones de los gasómetros y de las cañerías del gas, y los de una lluvia torrencial que dificultó en extremo los trabajos de salvamento é hizo más horrible aún la situación de los sobrevivientes, obligados á acampar á la intemperie.

En una palabra, apenas puede la imaginación hacerse cargo de un cuadro de desolación tan aterrador como el que la realidad ofrece en aquellas ciudades italianas, hasta hace poco florecientes y ricas y hoy convertidas en campos de ruinas entre las cuales yacen millares de cadáveres. Creyóse que en las primeras noticias había alguna exageración, como sucede generalmente en sucesos de esta índole; pero á medida que se han ido conociendo pormenores del desastre, ha podido verse que desgraciadamente las proporciones de éste superaban á cuanto en los primeros momentos pudo imaginarse.



La catedral, que era uno de los más hermosos y antiguos monumentos de Mesina y que ha quedado totalmente destruída. (De fotografía de P. Frankl.)

Mesina.—El corso Vittorio-Emmanuele y la estatua de Neptuno antes de la catástrofe. (De fotografía.)

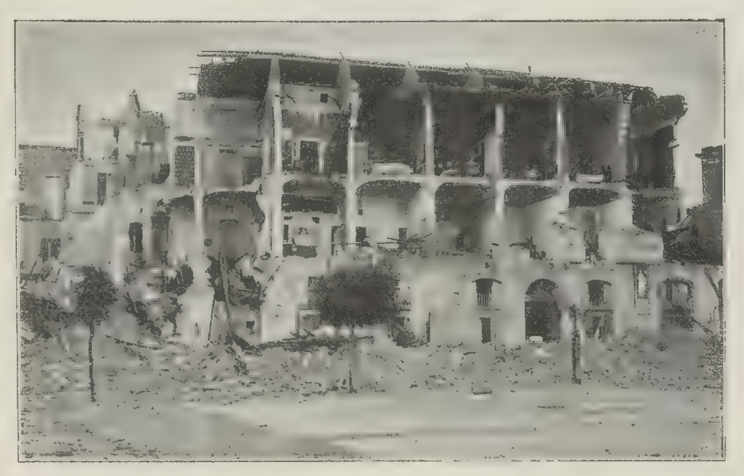
Los relatos que de la catástrofe hacen los sobrevivientes son realmente trágicos. Uno de ellos, persona de gran posición y que desempeñaba en Mesina un elevado cargo público, refiere su impresión en los siguientes términos:

«La gente tuvo un brusco despertar á las cuatro de la madrugada, porque las primeras sacudidas fueron tan violentas, que éramos despedidos de las camas, al mismo tiempo que los pisos se hundían, las paredes se resquebrajaban y los muebles todos, en danza infernal, caían con estrépito.

»Las luces se apagaron; la obscuridad era de una noche tenebrosa, fría—porque el descenso de la temperatura fué tan rápido y brutal, que nos creíamos transportados á los climas más crudos de los países del Norte de Europa.—Las gentes, aterradas, en confuso tropel, pisoteándose, estrujándose, defendiéndose y atacándose con el fiero instinto de salvación que se apodera de quien ve próxima la muerte, rodaban por las escaleras, ya medio derruídas, formando en las mesetas verdaderos montones de carne, que los rezagados pisoteaban para ganar la calle.

»Y en las calles era aún más espantoso y trágico el espectáculo.

»No es posible reconstituir la escena.



Mesina.—Casa destruída por el terremoto; una mitad fué reducida á escombros, la otra mitad quedó en pie. (De fotografía de Menasci-Dubois, remitida por Carlos Trampus.)



Vista de una parte del muelle de la Marina después del terremoto
(De fotografía de Menasci-Dubois, remitida por Carlos Trampus.)



Un tren de socorro distribuyendo víveres entre los sobrevivientes de Regio. (De fotografía de World's Graphic Press, París.)

La imaginación más fogosa, la fantasía más estupenda, no podría llegar en sus desbordamientos á concebir cosa semejante.

»Caían los rayos, brotaban por las grietas lenguas de fuego azuladas, del gas incendiado; ardían en torno nuestro las casas y los templos, los grandes edificios y las moradas humildes.

»La atmósfera se hacía irrespirable, y el olor á la tierra calcinada, los vapores del gas, hacían caer sin sentido á los más fuertes.

»Grupos nutridísimos, de gente que gritaba, desaparecían de pronto, tragados por la tierra.

»Muchos, yo entre ellos, corrimos locos de terror al campo, atravesando las masas como quien se defiende en un naufragio de las olas embravecidas.»

Y como éste podríamos reproducir centenares de episodios horripilantes, no sólo de Mesina, sino también de Palmi y de Regio y de las demás poblaciones damnificadas, distintos todos en sus pormenores, pero todos coincidiendo en la misma nota de terror, de alocamiento, de desesperación. Por millares se cuentan las familias enteramente desaparecidas entre los escombros; otras se han salvado en parte, siendo no pocas las personas que han perdido la razón al saber la muerte de seres queridos. Refiérense escenas de heroísmo y abnegación admirables; nárranse también otras en que el instinto egoísta de la propia salvación ahogó todo sentimiento humanitario. Y, como en casos análogos, no faltaron bandadas de malhechores que se dedicaron al saqueo, despojando á los cadáveres, rematando á los heridos, extrayendo de entre las ruinas cuantos objetos valiosos podían recoger. Muchos de esos ladrones sorprendidos in fraganti fueron fusilados.

¿A qué seguir describiendo escenas y episodios? La prensa diaria de todos los países ha llenado en estos últimos días columnas y más columnas con narraciones minuciosas, y aunque sólo quisiéramos reproducir las más salientes necesitaríamos un espacio que preferimos dedicar á la información gráfica.

Los primeros socorros fueron prestados por las tripulaciones de los barcos anclados en Mesina, que se dedicaron á sacar de entre los escombros á los heridos, transportándolos á bordo de sus buques y



Mesina.—Restos de una casa destruída por el terremoto

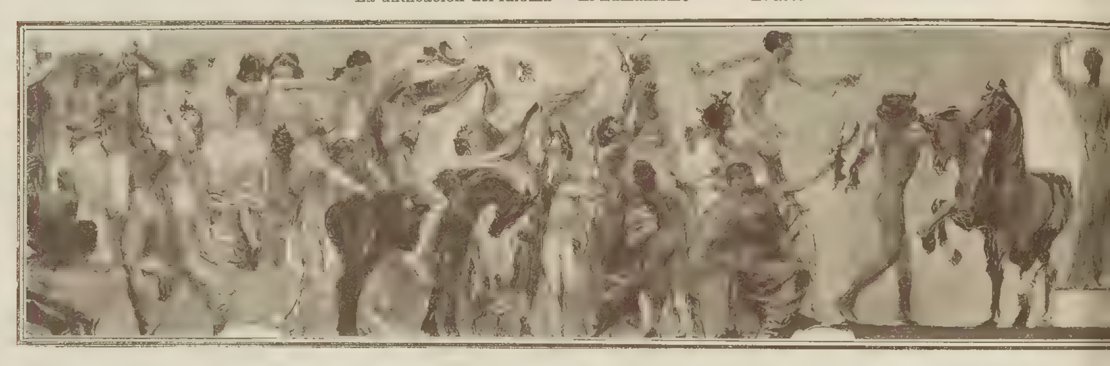
EL GRAN FRESCO DECORATIVO DE ARISTIDES SARTORIO PARA EL SALON

Tiene una longitud total de 110 metros y consta de 260 figuras de tres m

Una puerta de Italia — Justicia



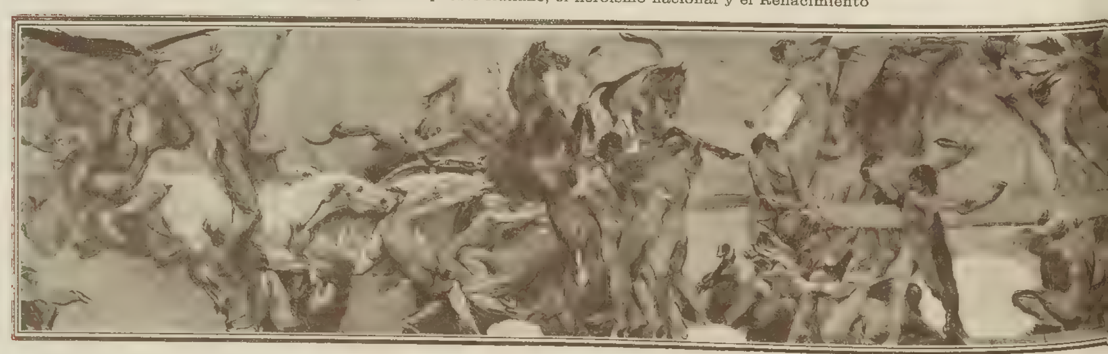
La unificación del idioma — El humanismo — El arte



Forma — Fe



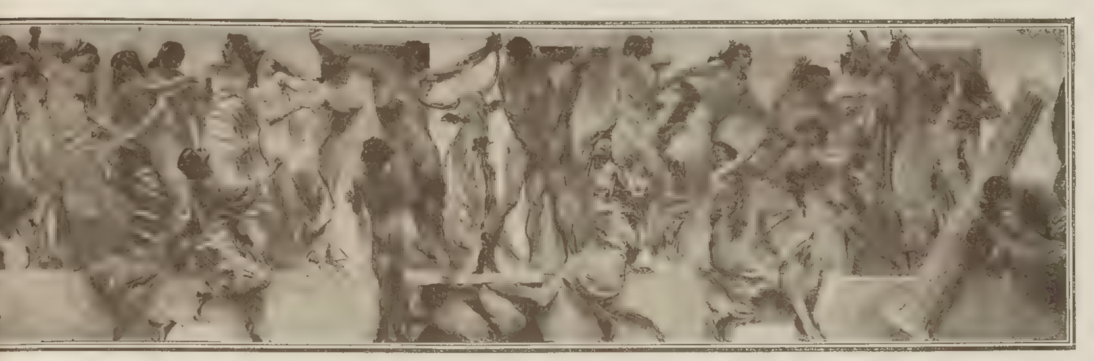
Hazañas épicas del pueblo italiano, el heroísmo nacional y el Renacimiento



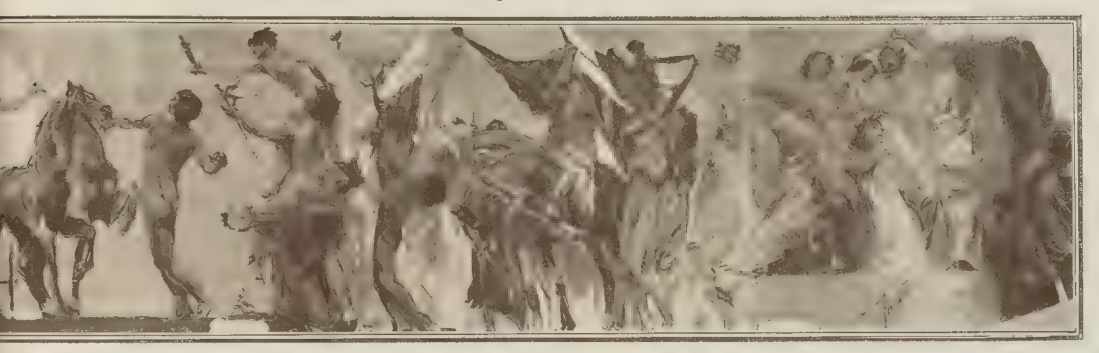
E SESIONES DEL NUEVO PALACIO DEL PARLAMENTO ITALIANO EN ROMA

ros de alto cada una. (De fotografía comunicada por Carlos Abeniacar.)

Foartaleza · Constancia

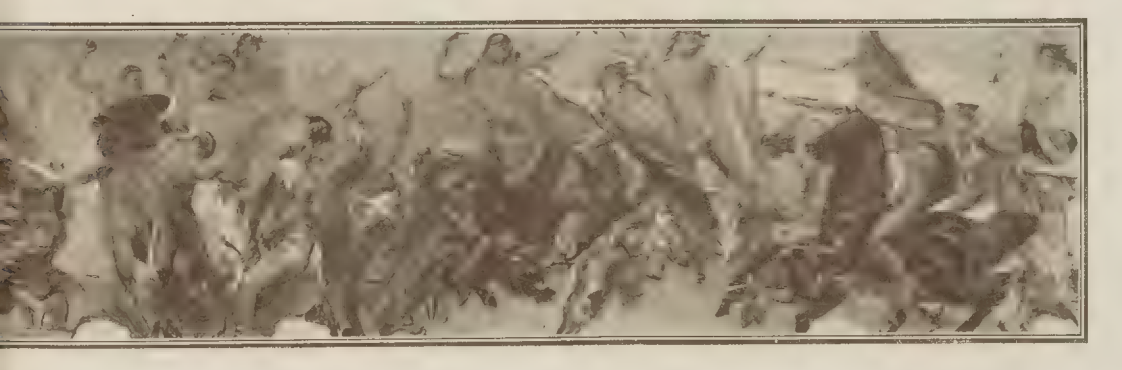


Los descubrimientos El clasicismo El espíritu caballeresco Valor



Una puerta de Italia





conduciéndolos á Nápoles, á Catane y á otros puertos de aquel litoral. El gobierno italiano envió inmediatamente una escuadra y numerosas fuerzas del ejército con abundantes provisiones de toda clase, material de campaña y de salvamento, y gracias á la prontitud con que se dispusieron estos auxilios pudieron aminorarse las consecuencias del desastre, ya que el frío y el hambre amenazaban hacer aún más espantosa la situación de los sobrevivientes. Además se puso de acuerdo con algunas compañías de navegación para que varios buques fuesen á las costas de Calabria y de Sicilia á fin de llevar socorros, recoger á las personas que carecen de abrigo y transportar el material necesario para la construcción de barracas.

A las pocas horas de recibir la noticia de la catástrofe, el rey Víctor Manuel y la reina Elena salieron de Roma para Nápoles, en donde se embarcaron inmediatamente en el *Vittorio Emmanuele,* que los condujo á Mesina. Llegados allí á la madrugada siguiente, el rey recorrió las ruinas y aun ayudó á extraer de ellas á gran número de víctimas, mientras la reina acudía á los hospitales de sangre instalados en los barcos, prodigando consuelos y auxilios á los heridos. Aquella misma noche partió el monarca para Regio y otras localidades perjudicadas, y al día siguiente regresó á Mesina, en donde permaneció hasta la tarde del día 3. Tanto él como la reina no han descansado un momento y su conducta ha sido unánimemente admirada; desafiando los peligros, se les ha visto en todas partes en donde su presencia podía contribuir á remediar una necesidad, á enjugar una lágrima, á levantar los ánimos abatidos. Las poblaciones damnificadas les han colmado de bendiciones, y el pueblo de Roma, á su regreso á la capital, les tributó un recibimiento entusiasta, delirante.



Regio.—Palacio destruído por el terremoto. (De fotografía de World's Graphic Press.)



Mesina.—Vista de un extremo del muelle de la Marina, en el que hay algunos cadáveres (De fotografía de Menasci-Dabois, comunicada por Carlos Trampus.)

Los demás individuos de la familia real se han portado también admirablemente. La reina Margarita, después de ofrecer todos sus automóviles, coches y caballos para el transporte de los heridos, se trasladó á Napoles, recorriendo los hospitales y distribuyendo abundantes socorros. El duque de Aosta, acompañado del general Mazitelli, visitó Palmi y algunos pueblos más, y la duquesa convirtióse desde los primeros momentos en infatigable y abnegada enfermera.

Además el rey ha puesto á la disposición de los fugitivos y de los heridos los palacios reales de Nápoles y de Caserta.

El papa envió primero 100.000 liras y después ha abierto un crédito de un millón para aliviar la situación de los sobrevivientes y ha hecho preparar los locales del lazareto de Santa Marta con destino á los heridos, que serán cuidados por cuenta del Vaticano.

A la inmensa magnitud de la catástrofe ha correspondido una explosión inmensa también de caridad en Italia y en el mundo entero. Algunas naciones han enviado á Mesina barcos de guerra con víveres y materiales de salvamento; todos los gobiernos y todos los soberanos han expresado al gobierno y al rey de Italia sus más sentidos pésames, y en todas partes se han abierto subscripciones que han alcanzado en seguida cifras enormes. Una vez más el sentimiento de solidaridad humana se ha manifestado en toda su grandiosidad.

El rey, á su regreso a Roma, dirigió al ejército y á la armada una orden del día en la que manifiesta su admiración por el noble impulso con que han juntado sus esfuerzos á los de las valientes tripulaciones de los buques extranjeros. Al mismo tiempo expresa su gratitud á los almirantes, oficiales y marineros de los buques rusos, ingleses, franceses que tan abnegada y provechosamente han trabajado.

Habíase dicho que Mesina sería arrasada y cubierta de cal, pero luego este rumor se ha desmentido. El Sr. Orlando, ministro de la Justicia, á su regreso de la visita á los lugares de la catástrofe, ha dicho sobre este particular: «Si las convulsiones de la naturaleza han destruído Mesina, las leyes de la naturaleza le han hecho representar, durante veinte siglos, un importante papel comercial y estratégico. Si desapareciese, faltaríale á Sicilia un pulmón y la marina italiana se vería privada de un elemento esencial. Con los cincuenta mil sobrevivientes de Mesina, renacerá en tres años una hermosa ciudad.»

Actualmente se está procediendo por los soldados, en las poblaciones perjudicadas, á la demolición de los edificios que amenazan ruina y á la extracción de objetos y valores de entre los escombros. Terminados estos trabajos, aquellas poblaciones quedarán temporalmente inhabitadas y acordonadas y en el próximo verano se reanudarán las excavaciones.

El presidente del Consejo de ministros de Italia ha presentado en la Cámara de diputados, en la sesión solemne que se celebró el día 8, un proyecto de ley, que fué aprobado, pidiendo un crédito de 30 millones de liras para atender á las más apremiantes necesidades y reconstruir los edificios más indispensables, estableciendo un impuesto transitorio de 20 por 100 sobre diversos tributos para el ejercicio económico de 1909-1910 y disponiendo cuantas medidas administrativas, técnicas é higiénicas conviene adoptar para que cuanto antes pueda restablecerse la vida normal en aquellas regiones tan castigadas.—R.



Regio.—El edificio del Banco después del terremoto. (De fotografía de World's Graphic Press. Par...)

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Sacó vivamente su pañuelo y le aplicó como un cabezal sobre la abierta herida del cuello...

Pietro Lucci ganaba dinero, lo cual no le hacía aumentar la pobre comida de sus trabajadores que tenía que mantener, y le parecía que un buen plato de sopa, otro de macarrones con grasa y una copiosa rebanada de pan moreno debían ser suficientes para saciar su apetito. Él también atesoraba para volver capitalista á su país. Su satisfacción se traducía más bien en buenas palabras y favores poco costosos que en dinero. No perdía ocasión de felicitar al amigo Bourasse respecto á su sobrino, y como la mayor parte del trabajo, en su oficio, se hacía por la mañana, había autorizado al niño, de acuerdo con su tía que se lo había pedido, para seguir el curso de catecismo de primera comunión en San Nicolás del Chardonnet.

¡Ah! Había que ver al muchacho, los jueves, cómo se daba prisa en tomar su sopa y su rebanada de pan, cuando volvía algo tarde del trabajo, á fin de marchar corriendo á su casa para lavarse y repasar su lección antes de ir á la iglesia. Lo hacía cuestión de amor propio, á fin de no quedar retrasado respecto á sus compañeros y no parecer demasiado miserable al lado de ellos.

Y cuidó más de su rudimentario atavío el día que conoció á una niña de su edad, Rosa Landry, en la cual se había fijado varias veces á lo largo del trayecto, siempre acompañada de su madre, cuyo rostro pálido y afligido denunciaba la miseria. Se había fijado en ella, no sólo porque le parecía más bonita que las otras y porque era la que mejor contestaba á las preguntas del vicario, sino también porque le había parecido que la niña le miraba con caritativa compasión y comprendía instintivamente que él no debía ser feliz.

Un día, la pequeña Landry fué sola al catecismo, y Pablo, impulsado hacia ella, le preguntó á la vuelta, mientras hacían ambos casi el mismo trayecto:

—¿Y tu mamá?

—Mamá ha ido á buscar á mi hermanito, contestó la niña.

—¡Ah! ¿Tienes un hermanito?

—Sí, tiene tres años; está con la nodriza... Para traerlo á casa, mamá esperaba que papá trabajase, á fin de poder pagar lo que debemos; pero la nodriza ha escrito y no quiere tenerlo más..., dijo la niña con tristeza. ¿Cómo te llamas?, preguntó ella á su vez.

—Pablo, contestó el chico. ¿Y tú?

—Rosita. ¿Qué haces que tienes la cara tan negra?

El muchacho se ruborizó bajo su máscara de hollín mal borrado.

—Soy deshollinador, contestó confuso.

El jueves siguiente, Pablo se lavó mejor la cara; pero por más que hizo, el jabón no hizo desaparecer completamente la grasienta negrura del hollín, que daba un color plomizo á su rostro, á su cuello y á sus manos.

Rosita fué también sola al catecismo, y otra vez los dos niños, á la ida y á la vuelta, hicieron ruta juntos, pues no vivían lejos el uno del otro; y la niña habló sin duda de su amiguito á su madre cuando ésta volvió de viaje con su hermanito Víctor, pues la señora Landry, al acompañar de nuevo á su hija, algunas semanas después, quiso conocer al hermoso deshollinador de quien le había hablado Rosita.

Desde entonces, los dos niños fueron amigos inseparables, pues la madre de Rosita había trabado conocimiento con Sofía Galoux, de la cual se hizo parroquiana, y ahora pasaba con su hija por la calle Galande para recoger á Pablo y acompañarlo á la vuelta.

Pablo y Rosita hablaban entre sí, y lo que les preocupaba, sobre todo á la niña, era el traje que ésta llevaría para la primera comunión, cuya solemnidad se acercaba. Rosita había confesado que su familia era pobre, á pesar de que su vestidito siempre muy limpio y su delantal cuidadosamente planchado no indicaban la miseria, y que su madre pensaba acudir al señor cura que hace vestir cada año algunas primeras comulgantes por personas ricas de su parroquia.

Y le dijo á Pablo:

—¿Por qué tu tía no acude también al señor cura, puesto que no tienes padre ni madre?

No se contentó con esto, y queriendo que su amiguito fuese tan bien vestido como ella, habló de ello á su madre, y el domingo siguiente, después de la misa, la señora Landry se fué á la rectoría con los

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

dos niños. El vicario de San Nicolás se interesó por Pablo Galoux, que era el mejor discípulo del catecismo, y pocos días después una elegante señorita llegó en coche particular á la carbonería de la calle Galande.

II

AMOR Y CARIDAD

Juana Laroche era hija única de un rico comerciante en alcoholes, oriundo del departamento de la Charente, que habitaba un magnífico piso á la entrada del bulevar San Germán, cerca del Mercado de vinos, y por consiguiente dentro de la jurisdicción de la parroquia en que había hecho su primera comunión algunos años antes.

Cada año vestía á sus expensas dos niños pobres. Al ver á Pablito, cuya bonita cara de ángel la impresionó y que la miraba con sus hermosos ojos ya llenos de gratitud, tomó informes, pues á pesar de la simpatía que experimentaba, quería que su caridad fuese oportuna y merecida.

—Es un pobrecito huérfano que recogimos por compasión, señorita, contestó Bourasse, que se encontraba allí y se alegró de economizar el gasto de un traje, por mezquino que fuese. Cierto es que no somos ricos, pero sería necesario no tener corazón para dejar en la calle al propio hijo de su hermano. Así es que hacemos lo que podemos.

La señorita Laroche tomó al pequeño deshollinador bajo su protección y se encargó de todo, como ya había hecho, en la calle de Bernardinos, por Rosa Landry. Ella decía para sus adentros:

—Estoy segura de que esto me traerá suerte.

Y al decir esto pensaba en un ausente, en el hombre que, siendo ella muy joven, había conocido y amado; en Edmundo de Fabreuse, con quien ella había hecho también su primera comunión en aquella misma iglesia de San Nicolás; en aquel amigo hoy tan lejos de ella, al cabo de tantos años y de quien sabía que era desgraciado.

Desde entonces, Juana nunca se había atrevido á preguntar á su padre; la separación y su compasión por un infortunio que ella adivinaba sin conocerlo bien, habían cambiado en su corazón la naturaleza de aquel afecto fraternal, de aquella amistad de infancia nacida en las relaciones de una constante vecindad, y cuando la décimoctava primavera hubo hecho abrir su corazón de muchacha en el admirable desarrollo de su hermosura y de sus encantos de adolescente, no tardó ella en reconocer, turbada y deliciosamente emocionada, que hoy amaba de otra manera á aquel compañero desaparecido de sus primeros años; parecíale entonces que aquel secreto de su corazón, que no quería confesar, sería descubierto si pronunciaba el nombre de Edmundo de Favreuse.

Sin embargo, se atrevió más tarde, aunque muy tímidamente y al abrigo de una circunstancia que le pareció muy natural. Fué con motivo de la primera comunión de su pequeño protegido.

Hasta entonces, Juana no había visto á Pablo sino con sus andrajos ennegrecidos por el hollín y la cara esfumada por el sello de su oficio. Aquel día iba limpio, cuidadosamente lavado, y quedó encantada de la angélica expresión de su rostro. ¿Era posible que aquella máscara de hollín hubiese ocultado hasta entonces su rostro angelical? Le pareció tan hermoso, con su camisa muy blanca y su traje nuevo, que le encontró cierto parecido con Edmundo, con aquel que, vestido del mismo modo, se encontró á su lado, ocho años antes, en igual solemnidad.

La señorita Laroche hizo ingenuamente la observación aquella á su padre, durante el almuerzo que siguió á la misa á que había asistido.

—¡Y bien! Juanita, ¿estás contenta?, preguntó el Sr. Laroche.

—¡Oh, sí, papá, muy contenta..., muy satisfecha!, contestó Juana con el entusiasmo de una satisfacción íntima, rebosante. ¡Qué guapos estaban los dos, mi Pablito y mi Rosita! Me recordaban la época de mi primera comunión, añadió. Al verlos desfilar en la larga procesión de niños y niñas, se me figuraba verme á esa edad; pues cabalmente se encontraban juntos, lo mismo que yo con Edmundo de Favreuse.

Al oir este nombre, el comerciante frunció las cejas, y, bajo la influencia de un penoso recuerdo súbitamente evocado, quedó grabada una arruga en la frente.

—¿No encuentras que Pablito se parece á Edmundo?, preguntó Juana.

—¡Psh!.. Llevando un mismo traje, todos los niños se parecen, contestó con afectada indiferencia el señor Laroche.

—Es muy extraño, repuso la joven, que no se tengan noticias del Sr. Favreuse.. ¿Qué habrá sido de él?

—Sé que continúa en París.

—¡Y no ha venido nunca á verte!.. Sin embargo, erais muy amigos, tiempo atrás, cuando vivía aquí, en el piso de encima de nosotros... y en su quinta, muy cerca de la nuestra, cuando pasábamos el verano en el Capellón... ¡Cómo nos divertíamos con Edmundo, durante las vacaciones, en la época de la vendimia!

—El Sr. de Favreuse ha sido desgraciado, ha tenido reveses de fortuna, por culpa suya en parte, porque ha sido demasiado débil, dijo el padre de Juana. Y lo que le cohibe sin duda es el haberme quedado á deber una cantidad importante.

—¿Crees que es por eso por lo que no le hemos vuelto á ver?, preguntó con interés la muchacha.

—Si no fuese más que eso... Hace tiempo que dí por perdido lo que Favreuse me debe, y yo hubiera ido á verle; pues, á pesar de todo, no he dejado de quererle.

—Tienes razón, dijo Juana; sí ha sido desgraciado. ¿Sabes dónde vive?

—Sí; en lo alto de Montmartre, calle de las Abadesas, contestó el rico comerciante. Pero es á causa de una mala partida que me jugó su mujer el no haber tratado de verle; mi sola presencia hubiera podido parecerle un reproche, y como Favreuse no tuvo nada que ver en eso, no quisiera que se figurase que me revuelvo contra él... Hubiéramos hablado de ello inevitablemente, y el pobre hubiera sufrido mucho, porque en suma se trata de una verdadera estafa que esa mujer cometió...

—¡Una estafa!.., interrumpió la muchacha, impresionada al oir hablar así de la madre del que ella amaba.

—Una verdadera estafa, acentuó Laroche.

—Nunca me hablaste de eso.

—Eras demasiado joven, hija mía. No hubieras podido comprender esas cosas.

—Pero hoy, papá..., á los diez y nueve años, no soy ya una niña.

—¿Tanto te interesa?

—El Sr. de Favreuse, ¿no era amigo tuyo, como Edmundo lo era mío? Sé que son desgraciados y no puedo menos de compadecerles. ¡Fueron tan felices!

—Sí, él es digno de lástima, contestó el padre de Juana. Y sin embargo, todo lo que le ha sucedido ha sido por culpa suya. Ese infeliz es un vivo ejemplo de los castigos, á veces terribles, reservados á los que se sublevan contra la voluntad de sus padres.

—¡El Sr. de Favreuse!

—Todo eso remonta á su matrimonio. La ley que obliga al hijo, hasta los veinticinco años, á obtener el consentimiento de sus padres para casarse, es una ley sabia y previsora; pero en ciertos casos resulta insuficiente; porque si los padres, que á veces tienen una experiencia caramente adquirida, pudiesen oponerse definitivamente á ciertas locuras de sus hijos, les evitarían á menudo desgracias irremediables. Es el caso del Sr. de Favreuse.

—¿Se casó contra la voluntad de sus padres?

—Se enamoró de una muchacha cuya hermosura y talento le habían seducido. La había conocido en la Maternidad, donde era alumna comadrona en la época en que él estudiaba Medicina.

—¡Cómo! ¿El Sr. de Favreuse era médico?

—Al menos estudió para serlo, y si no terminó sus estudios fué también á causa de aquellos malhadados amores. La joven en cuestión, devorada por una ambición desmedida, sin familia y sin fortuna, sólo aspiraba á encontrar de nuevo, mediante un matrimonio brillantísimo, la posición opulenta que había conocido en su juventud. Sabía que era hermosa y tenía el don de agradar, lo mismo que las más hábiles cortesanas. Después de haberse hecho desear ardientemente, supo prometerse con tanto arte y negarse al mismo tiempo, que embriagó, hechizó y cegó al Sr. de Favreuse, el cual, no viendo otro medio de realizar su amor sino el matrimonio, se casó con ella, á pesar de la más viva oposición de sus padres.

Juana, jadeante, escuchaba sin interrumpir.

—Habitábamos la quinta del Cepellón, cerca del castillo de Favreuse, continuó el Sr. Laroche, y por esto supe la historia de aquel matrimonio.

—¿Entonces la causa de esas desgracias fué la señora de Favreuse?, preguntó Juana, que sólo pensaba en Edmundo.

—Ella sola, contestó el padre; con su desenfrenada afición al lujo, con sus gastos locos en que arrastró á su marido por vanidad, ocasionó su ruina. Quería brillar, porque estaba orgullosa del nombre que llevaba, siendo el de ella de familia humilde, aunque honrada. Favreuse era rico, pues heredó una fortuna de dos millones, sin contar el castillo, que valía bien setecientos mil francos, y en pocos años todo fué disipado por aquella mujer y por la culpable debilidad de su marido. Un día, cuando fué necesario reaccionar contra aquellas locuras que les habían conducido á dos pasos de la ruina definitiva, la señora de Favreuse, acostumbrada al lujo, no pudo someterse á las exigencias de la situación. Una separación se hizo inevitable, y la pidió ella misma á los tribunales, que se la concedieron, porque su marido no quiso defenderse siquiera.

»Así terminó aquella desacertada unión contra la cual nadie había podido defender útilmente al infeliz Favreuse, añadió el padre de Juana, y aunque esas situaciones sean siempre crueles cuando hay hijos, más valía así. El matrimonio tenía dos hijos: Edmundo y Luciano, que estaban entonces en el colegio, en el liceo Luis el Grande. Sólo tenían nueve años uno y otro, pues son gemelos; el tribunal confió Edmundo al padre y Luciano á la madre.

»Entonces fué cuando el Sr. de Favreuse vino á vivir aquí, en nuestra casa, con Edmundo Esperaba todavía reparar su desastre y se puso á trabajar con ahinco. Dedicóse á representaciones comerciales. Yo le ayudé en lo que pude: le procuré dos buenas casas y le adelanté considerables sumas. Desgraciadamente era demasiado tarde; el abismo estaba abierto, el pasivo á liquidar no guardaba, ni remotamente, proporción con los beneficios posibles, y un día llegó fatalmente lo que era inevitable: un acreedor impaciente se enfadó; hizo embargar y vender, y el infeliz, despojado de todo, partió con su hijo.

—Sí, me acuerdo, dijo Juana, que había escuchado con compasiva emoción. Yo era muy joven, pues eso ocurrió el año después de mi primera comunión, pero nunca se me borró de la memoria. ¡Era tan triste ver llorar á aquel hombre!.. Y Edmundo que le abrazaba y le decía: «¡No llores, padre...; yo trabajaré y ganaré dinero para ti cuando yo sea grande!» Siempre me acordaré; yo lloré también.

—Partieron, repuso el rico negociante. Y desde entonces sólo una vez supe noticias de ellos, el día en que volví á ver á la señora de Favreuse. Estaba al corriente de la situación de su marido, pues en el colegio veía á Edmundo, que la enteraba.

—¿Decías que la señora de Favreuse se portó mal contigo?, preguntó la joven.

—Me robó sencillamente cinco mil francos, contestó Laroche, y te juro que, á no ser por su marido, la hubiera hecho prender. Vino á encontrarme para pedirme un favor. Se mostraba arrepentida de sus pasadas locuras y dispuesta á reparar sus faltas con una vida de trabajo. Quería hacerse una posición, puesto que su marido ya casi no podía ayudarla, y se decía dispuesta á servirse de su título de comadrona para ganarse la vida y asegurar el porvenir de su hijo Luciano, que quería conservar á sus expensas cuando saliese del colegio. Tenía entonces un tío, que acababa de morir y que le había legado una casita en la Bresse, y esta casa acababa de ser vendida por mediación de su notario, que tenía en depósito los diez mil francos pagados por el comprador hasta el día de la cancelación de hipotecas legales. Era un plazo de dos meses. Mientras tanto, la señora de Favreuse se encontraba sin un céntimo y quería aprovechar una ocasión que se le presentaba: comprar la clientela y el mobiliario de una comadrona de la calle Poissonmiére, que acababa de morir. Le pedían por ello cinco mil francos; era muy ventajoso, pero había que tratar en seguida y al contado.

»Venía, pues, á pedirme por favor, no que le prestase los cinco mil francos, sino que saliese fiador para el pago de un efecto de igual suma, á tres meses fecha, que no querían descontarle si no llevaba la firma de un comerciante. Yo no tenía que desembolsar un céntimo, pues un mes antes del vencimiento, como me lo demostró enseñándome la carta de su notario, cobraría los diez mil francos y pagaría la letra. Sólo se trataba, pues, de una complacencia que no me atreví á negarle, á causa de nuestras antiguas relaciones y de la amistad que aún tenía yo por su marido. Dí mi firma y no se me ocurrió siquiera tomar precaución alguna. La letra no fué pagada á su presentación. La señora de Favreuse había desaparecido. No había comprado la sucesión de la comadrona y había cobrado los diez mil francos en casa de su notario. Por consiguiente, tuve que pagar, dijo Laroche con una recrudescencia de cólera al recuerdo de aquella estafa. ¡Fuí víctima de un robo indigno!

La situación era penosa. Juana no insistió, y al final del almuerzo, su padre había olvidado aquel desagradable asunto.

Pero quedaba grabada una dolorosa impresión en el espíritu de la muchacha, tiernamente enamorada de aquel amigo de la infancia que no había vuelto á ver desde hacía tanto tiempo y que debía ser desgraciado. No le cabía duda, en efecto, que si el señor

de Favreuse hubiese logrado salir del paso, hubiera vuelto á ver á su padre, ó le hubiera dado noticias suyas al menos, puesto que le era deudor.

Edmundo debía tener entonces veinte años, puesto que le llevaba á ella uno de ventaja.

¿Qué hacía? ¿Cuál era su existencia?

La compasiva muchacha se hacía estas preguntas, y pensó cómo podría informarse, pues no quería volver á hablar de tan enojoso asunto á su padre.

Precisamente, el siguiente día por la mañana, un cuarto de hora después de haber salido el Sr. Laroche, que no había ido directamente á su despacho del Mercado de vinos, llegó su apoderado encargado de la administración de las bodegas del rico negociante en el depósito de Bercy.

—¡Ah! Es usted, Bernard, dijo Juana que le recibió; papá ha salido.

El viejo empleado se excusó por la molestia que causaba á la muchacha, y dijo que vería al Sr. Laroche á las once en su despacho. Unicamente venía á avisarle que tenía que ir á Montmartre, donde estaba citado por un cliente, é iba á retirarse cuando Juana le retuvo.

—¡Va á Montmartre!.., había pensado. ¡Si pudiese averiguar!

Y le llamó:

—Diga usted, Bernard!.., dijo, titubeante. Quisiera preguntar á usted si puede hacerme un favor.

—¡Cómo no, señorita!, contestó el apoderado; con el mayor gusto.

La hija del negociante volvió á cerrar la puerta, que había quedado entreabierta.

—El caso es que nadie tendría que saberlo, repuso ella combatiendo su timidez. Se trata del señor de Favreuse, y á papá no le gusta oir hablar de él, después de lo que pasó...

—Sí, ya sé...

—Puesto que va usted á Montmartre, he pensado que no le molestaría mucho, pues el Sr. de Favreuse vive en la calle de las Abadesas.

—No importa, señorita Juana. Aunque tuviera que ir expresamente, desde el momento que se trata de complacer á usted.

—Gracias, Bernard, dijo la muchacha; pero ahí está. ¿Puede usted hacer lo que voy á pedirle sin verse obligado á decírselo á mi padre? Quisiera saber qué es de los Sres. de Favreuse..., del padre... y de su hijo Edmundo..., quisiera saber si no son desgraciados..., porque parece que están pobres... Pero no quisiera que supiesan que es curiosidad mía.

—Comprendo, dijo Bernard. ¡Ah! La cosa no será difícil; y por lo que toca á su papá, esté usted tranquila, no le hablaré una palabra.

—Entonces cuento con usted, dijo Juana muy contenta.

—Esta tarde, sin más tardar, le diré á usted lo que haya averiguado.

—¡Oh, gracias, Bernard, gracias!..

Y aquella misma tarde, en efecto, el viejo empleado volvió, á una hora en que sabía que su principal estaba en el Mercado de vinos, y dijo:

—Pues bien, señorita Juana, parece que los señores de Favreuse se encuentran en muy mala situación. He hablado con la portera y con varios vecinos... El viejo está enfermo, muy cambiado. Padece del corazón, y en casa reina la miseria... Esos pobres señores son, en efecto, muy desgraciados.

La muchacha había disimulado su emoción, pues como aquella miseria alcanzaba al hombre amado, la sentía ella dolorosamente.

¡Edmundo sufría!..

A su amistad, ya transformada en amor, verdadero amor, se añadía un compasivo afecto.

Ella era rica. Su padre tenía millones, y ganaba cada año sumas considerables con su comercio. Esta diferencia de posición la entristecía profundamente.

¡Si ella pudiese al menos servirse de su fortuna para ayudar á Edmundo y á su padre, al infeliz que no tenía bastante con la miseria y á quien la enfermedad acababa de abatir haciendo sin duda inútiles todos sus esfuerzos!

¿Pero cómo hacer?

Juana estuvo pensando en ello durante dos días, y finalmente resolvió hablar á su padre, pero sin darle á conocer á quién iría dirigida su caridad, pues temía que se opusiese.

La emprendió cariñosamente con él, aquella noche, en el momento de ir á retirarse á su cuarto.

—¿Qué dirías si te pidiese una gran suma... sobre lo mío, sobre lo que heredé de mamá?.. Me has dicho que cuando sea mayor de edad, seré libre de disponer de lo que me pertenece...

¡Una gran suma!, exclamó Laroche sorprendido.

—Sí, muy grande.

—¿Cuánto?

—¡Ah! Ahí está..., yo no quisiera que tú lo supieses...

—¡Hola, hola!

—Ni lo que voy á hacer de ella... Sé que tienes confianza en mí... Y luego, ¿sabes?, dicen que la mano izquierda ha de ignorar lo que da la mano derecha.

—¡Otra locura de caridad!, dijo el comerciante con una buena sonrisa.

—¡Bah! El hacer el bien no es nunca ninguna locura, cuando se es rico y hay gente desgraciada.

—De modo que quisieras...

—Que me dejes tomar una cantidad que te daré á conocer más tarde, y que no me preguntes en qué voy á emplearla.

—Después de todo, es dinero tuyo, dijo el padre de Juana. Tienes ochocientos mil francos de la herencia de tu madre...

—Pues bien, sí, de esos ochocientos mil francos. ¿Quieres?

—¡Eres un ángel!, exclamó Laroche besando á su hija.

—¡Un ángel que te adora!, contestó Juana correspondiendo al beso paterno con una ardiente caricia.

Y á la mañana siguiente, después de coger las llaves del arca de caudales y de haber obligado á su padre á volverse de espaldas, sacó dos billetes de mil francos, que escondió rápidamente en el pecho.

Luego, una vez sola en su cuarto, los puso bajo sobre, sin una palabra, y puso esta dirección:

Mr. Edmundo de Favreuse
calle de las Abadesas, 12

Y ella misma fué á la estafeta del barrio, donde expidió el valor declarado bajo un nombre supuesto, á fin de que el destinatario ignorase la procedencia del socorro que su orgullo hubiera podido rehusar.

Y experimentaba una satisfacción que no le había causado ninguno de sus acostumbrados actos de caridad.

Laroche participaba muy sinceramente de la alegría de su hija..

—¡Anda, misteriosilla!, decía para sí el negociante. ¿Te figuras que no sé dónde han ido á parar los dos billetes de mil que me birlaste!..

Al decirse esto pensaba en los dos niños que Juana había ataviado á sus expensas para la primera comunión, sin sospechar, ni remotamente, el camino que los dos billetes de Banco habían tomado.

III

DESESPERADO

La gran fiesta de la primera comunión, «la más hermosa de la vida,» según se dice cuando ya es remota, no había tenido ampliación alguna para el pobre deshollinador.

Los demás niños, ataviados con sus trajes nuevos, adornado el brazo izquierdo con un lazo blanco guarnecido de franjas doradas y el cabello ondulado todavía por el rizado de la víspera, habían asistido, el día siguiente al de la ceremonia, á la misa de acción de gracias, y los padres les habían dejado vagar todo el día.

Pablito había tenido que volver al trabajo, coger su saco, sus cuerdas y su rascadora, y partir con su compañero, porque había deshollinamientos prometidos por Pietro Lucci á varios parroquianos.

El día antes se había celebrado un pequeño banquete en la trastienda de la calle Galande, merced á la generosidad de la señorita Laroche, la cual, no contenta con haber vestido á sus protegidos, había puesto cinco monedas de oro en su portamonedas. Hay que advertir, empero, que el tío Bourasse había substraído la mayor parte de esta suma.

—¡Eh, caramba, no somos millonarios para gastarnos así como así cien francos en una sola comida!.., había dicho el carbonero á su mujer. Deja, yo le colocaré este dinero y se alegrará de encontrarse con él cuando sea grande.

Y había colocado simplemente ochenta francos con sus economías, aumentadas ya en los tres mil seiscientos cincuenta francos de obligaciones pertenecientes á su sobrino. Al día siguiente había despertado á Pablito muy temprano para enviarlo al trabajo.

La señora de Landry tenía que acompañar á su hija, el domingo siguiente, á la basílica del Sagrado Corazón, y había pedido á la carbonera que permitiese á su sobrino ir con ellas; la tía Sofía había consentido, gustosa de proporcionar alguna distracción al niño.

Pablito, con su traje nuevo, hermoso como el jueves anterior en la iglesia, estaba contentísimo de aquel paseo en compañía de su amiga Rosita, y se fué muy temprano á casa de Landry.

Tomaron el ómnibus de Montmartre, porque el trayecto es largo, y los dos niños, conducidos por la madre de Rosita, subieron luego las empinadas calles de la colina para ir á oir misa en la capilla provisional de la basílica, que aún desaparecía bajo sus formidables andamiajes.

Después—y esta era la parte más deliciosa de la peregrinación para Pablo y Rosita—almorzaron de embutidos y vino blanco en el Molino de la Galette, desde donde se admiraba el maravilloso panorama de París iluminado por los primeros rayos de un sol primaveral.

Los niños se divertían descubriendo en lontananza los monumentos que se destacaban sobre las líneas de los árboles y las obscuras masas de techumbres.

—¡Mira!.. ¿Ves allí el Panteón?.., dijo Pablo, con el brazo extendido hacia la dirección. Aquella gran cúpula...

—Entonces, debe verse nuestra casa, dijo Rosita, puesto que está cerca.

—Tu casa.

Una detonación, que asustó á los dos niños y arrancó á Rosita un grito de espanto, interrumpió á Pablito... Ella, abrazándose fuertemente á su amiguito, trató de arrastrarlo hacia su madre, que sentada un poco atrás, se había levantado de un salto y corría en busca de ellos.

Era muy cerca de los niños donde acababa de oirse un tiro de revólver, en el mirador del establecimiento, al otro lado de la escalera que conducía á la plataforma del Molino. Al mismo tiempo, un hombre acababa de caer, de bruces, perdiendo por una horrible herida una enorme cantidad de sangre.

Pasado el primer momento de estupor, Pablito acudió á socorrer á aquel desgraciado que acababa de atentar contra su vida. Desprendiéndose suavemente de Rosita, dió la vuelta al molino

Sacó vivamente su pañuelo y le aplicó como un cabezal sobre la abierta herida del cuello, por la cual se escapaba un chorro de sangre negra.

Estaba pálido; pero, en su energía, conservaba la más admirable presencia de espíritu.

Acudió gente: los mozos del establecimiento, el amo y otras personas, y levantaron al infeliz, que aún respiraba.

—Se ha desmayado, pero todavía vive, dijeron.

Y felicitaron al pequeño deshollinador por su intervención inteligente.

Transportaron al herido á una sala; no tardaron en llegar el comisario y varios agentes de policía; y después que un médico de la vecindad hubo practicado una cura provisional, moviendo la cabeza de un modo que significaba «no tiene remedio,» se procuró identificar al desesperado, á quien nadie conocía y que iba muy bien vestido.

En uno de los bolsillos de la levita, se encontraron tarjetas, sobres de cartas y notificaciones judiciales con este nombre y señas:

Monsieur de Favreuse, 12, *rue des Abbesses.*

El comisario de policía recogió los informes que proporcionó un mozo del Molino de la Galette.

—Este caballero vino directamente al mirador, dijo, y le serví una copa de ron que pidió. La pagó por adelantado, y le dejé. Yo creía que era un simple curioso, como los que vienen continuamente, para ver el panorama de París.

—¿No comprendió usted, por su aspecto, por su preocupación, que meditaba algo?, preguntó el comisario.

—A decir verdad, observé que este señor tenía un aire sombrío; pero no pude sospechar que viniese á pegarse un tiro.

Mientras tanto, el médico continuaba prodigando sus cuidados al herido, cuyo largo desmayo se disipó al fin.

El Sr. de Favreuse abrió los ojos; pero la abundante pérdida de sangre que había sufrido le sumía en un profundo estado de debilidad, acompañado de un verdadero marasmo intelectual que le impedía darse cuenta de lo que pasaba en torno de él.

No oyó al médico decir al comisario de policía:

—La extracción de la bala, si es que puede intentarse, presentará las mayores dificultades. El sondaje sólo, al abrir de nuevo la herida, será mortal, en mi concepto..., pero yo creo que no vivirá hasta entonces.

—¿No tiene cura?

—Me lo temo. El proyectil ha roto vasos esenciales y la hemorragia sólo fué contenida momentáneamente por la coagulación de la sangre debida á la compresión que ese niño tuvo la feliz ocurrencia de aplicarle con su pañuelo; pero es probable que al menor esfuerzo ese frágil obstáculo se romperá..., y entonces...

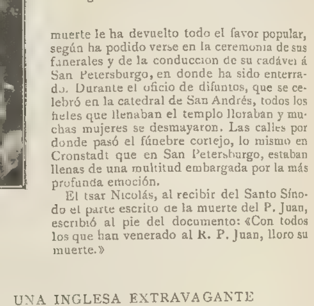
(Se continuará.)

BARCELONA.--VISITA DE LOS REPRESENTANTES DEL AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

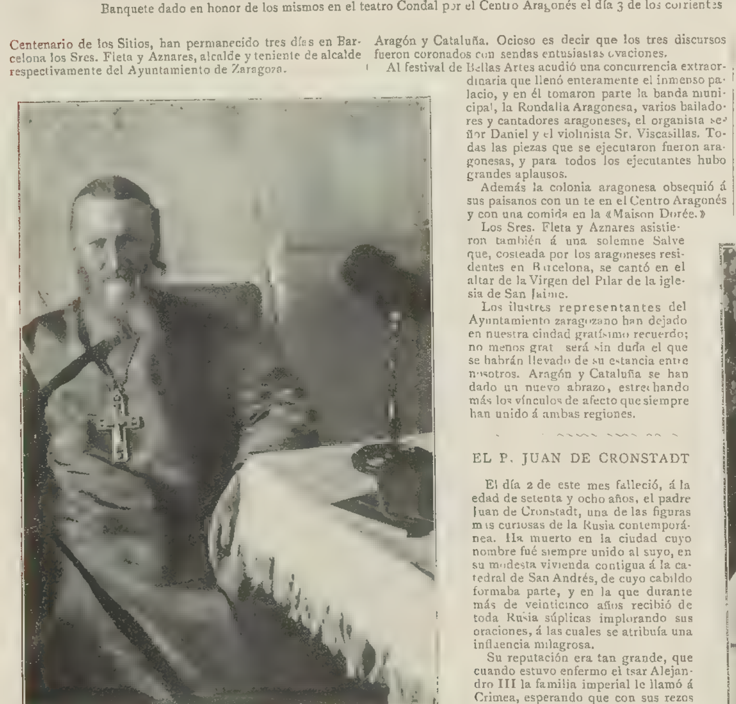
Invitados por la colonia aragonesa de esta ciudad para tomar parte en las fiestas organizadas como complemento de las celebradas en la capital de Aragón en conmemoración del Centenario de los Sitios, han permanecido tres días en Barcelona los Sres. Fleta y Aznares, alcalde y teniente de alcalde respectivamente del Ayuntamiento de Zaragoza.



Barcelona.—Visita de los representantes del Ayuntamiento de Zaragoza
Banquete dado en honor de los mismos en el teatro Condal por el Centro Aragonés el día 3 de los corrientes



La Rondalla aragonesa que tomó parte en el festival del Palacio de Bellas Artes. (De fotografías de A. Merletti.)



El P. Juan de Cronstadt, famoso sacerdote ruso á cuyas oraciones atribuía el pueblo una influencia milagrosa y que ha fallecido en Cronstadt el día 2 de los corrientes. (Fotografía de Underwood y Underwood.)

Durante su estancia aquí, el gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo obsequióles con un almuerzo en el Tibidabo, y el alcalde accidental Sr. Bastardas y los concejales que recientemente estuvieron en Zaragoza con otro en Miramar. Además, la empresa del Gran Teatro del Liceo les dedicó una función de ópera.

La fiesta aragonesa tuvo lugar el domingo día 3 del corriente, y consistió primero en un banquete monstruo en el teatro Condal y en un festival en el Palacio de Bellas Artes. Al banquete concurrieron 800 comensales: durante el mismo la charanga del batallón de Alba de Tormes tocó varias jotas, y al final pronunciaron sentidos brindis los Sres. Fleta, Ossorio y Gallardo y Bastardas, todos ellos inspirados en el sentimiento de fraternidad de todas las regiones y especialmente de Aragón y Cataluña. Ocioso es decir que los tres discursos fueron coronados con sendas entusiastas ovaciones.

Al festival de Bellas Artes acudió una concurrencia extraordinaria que llenó enteramente el inmenso palacio, y en él tomaron parte la banda municipal, la Rondalla Aragonesa, varios bailadores y cantadores aragoneses, el organista señor Daniel y el violinista Sr. Viscasillas. Todas las piezas que se ejecutaron fueron aragonesas, y para todos los ejecutantes hubo grandes aplausos.

Además la colonia aragonesa obsequió á sus paisanos con un te en el Centro Aragonés y con una comida en la «Maison Dorée.»

Los Sres. Fleta y Aznares asistieron también á una solemne Salve que, costeada por los aragoneses residentes en Barcelona, se cantó en el altar de la Virgen del Pilar de la iglesia de San Jaime.

Los ilustres representantes del Ayuntamiento zaragozano han dejado en nuestra ciudad gratísimo recuerdo; no menos grato será sin duda el que se habrán llevado de su estancia entre nosotros. Aragón y Cataluña se han dado un nuevo abrazo, estrechando más los vínculos de afecto que siempre han unido á ambas regiones.

EL P. JUAN DE CRONSTADT

El día 2 de este mes falleció, á la edad de setenta y ocho años, el padre Juan de Cronstadt, una de las figuras más curiosas de la Rusia contemporánea. Ha muerto en la ciudad cuyo nombre fué siempre unido al suyo, en su modesta vivienda contigua á la catedral de San Andrés, de cuyo cabildo formaba parte, y en la que durante más de veinticinco años recibió de toda Rusia súplicas implorando sus oraciones, á las cuales se atribuía una influencia milagrosa.

Su reputación era tan grande, que cuando estuvo enfermo el tsar Alejandro III la familia imperial le llamó á Crimea, esperando que con sus rezos lograría el milagro de una curación.

Fué uno de los más ardientes apóstoles de la rehabilitación social de las clases pobres, y á él se debe la fundación de la Casa de Trabajo de Cronstadt y de otras instituciones benéficas.

Su jubileo, celebrado en 1890, revistió los caracteres de verdadera manifestación nacional, y en todas las ocasiones importantes de la vida del pueblo ruso, la opinión del P. Juan era escuchada con religiosa deferencia; la condenación que fulminó contra las doctrinas tolstoianas tuvo en toda Rusia gran resonancia.

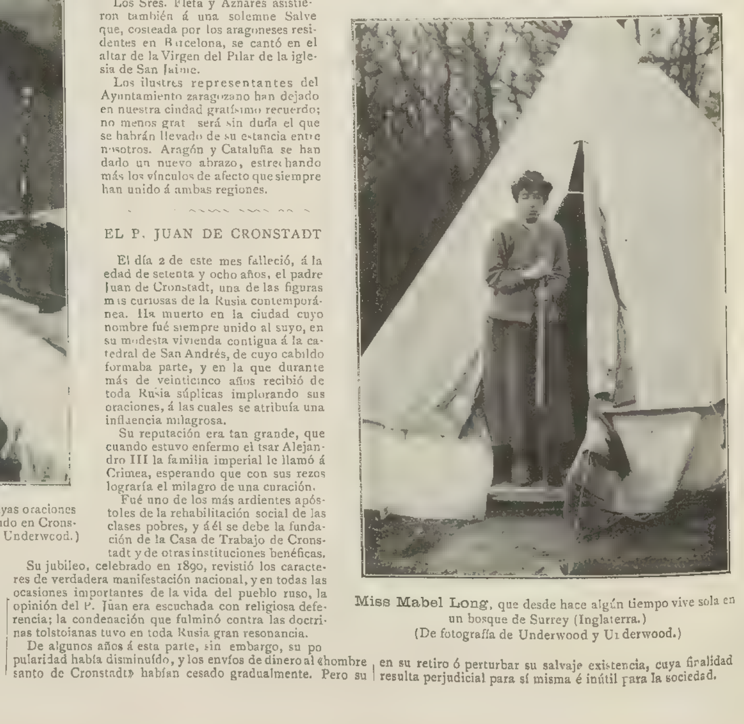
De algunos años á esta parte, sin embargo, su popularidad había disminuído, y los envíos de dinero al «hombre santo de Cronstadt» habían cesado gradualmente. Pero su muerte le ha devuelto todo el favor popular, según ha podido verse en la ceremonia de sus funerales y de la conducción de su cadáver á San Petersburgo, en donde ha sido enterrado. Durante el oficio de difuntos, que se celebró en la catedral de San Andrés, todos los fieles que llenaban el templo lloraban y muchas mujeres se desmayaron. Las calles por donde pasó el fúnebre cortejo, lo mismo en Cronstadt que en San Petersburgo, estaban llenas de una multitud embargada por la más profunda emoción.

El tsar Nicolás, al recibir del Santo Sínodo el parte escrito de la muerte del P. Juan, escribió al pie del documento: «Con todos los que han venerado al R. P. Juan, lloro su muerte.»

UNA INGLESA EXTRAVAGANTE

No merece otro calificativo, en nuestro concepto, miss Mabel Long, hija de un conocido profesor de agricultura de Londres, que sin motivo alguno, simplemente por capricho, vive desde hace algún tiempo en medio de un bosque del condado de Surrey.

Tiene por todo albergue una pequeña tienda de campaña, según puede verse en el adjunto grabado, y por toda compañía unas cuantas gallinas y un perro; éste y su fusil constituyen sus medios de defensa contra los que intenten molestarla en su retiro ó perturbar su salvaje existencia, cuya finalidad resulta perjudicial para sí misma é inútil para la sociedad.



Miss Mabel Long, que desde hace algún tiempo vive sola en un bosque de Surrey (Inglaterra.)
(De fotografía de Underwood y Underwood.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

HIPNOTISMO

¡La Ciencia del Éxito!

Lector: ¿te has preguntado alguna vez la razón de que ciertas personas consigan tantos éxitos; por qué todo lo que tocan parece convertirse en oro; por qué adquieren fortuna, posición social, poder é influencia, sin que nada de ello exija, al parecer, grandes esfuerzos? Esas personas se ven rodeadas de amigos, honradas y respetadas por cuantos las tratan, solicitadas en la sociedad, y llegan á los primeros puestos sin aparente esfuerzo. ¿Habéis pensado en ésto alguna vez? ¿Sabéis cuál es la razón de todo ello?

LO QUE PRODUCE EL EXITO

Es[illegible] razón no está en el trabajo, porque el pobre trabaja [illegible] que el rico. Ni en la cuna, porque muchos de esos hombres afortunados han nacido de padres pobres. Ni en la suerte, porque más de uno que por ella se vió favorecido, murió después solo y miserable. ¿En qué estriba, pues? El secreto del éxito en la vida es la influencia personal, ó sea el poder de hacer pensar á los demás como uno piensa: de atraerse su confianza y su amistad y asegurarse su cooperación.

Existe un poder secreto, en virtud del cual puede ejercerse una influencia personal irresistible; vencer cualquier obstáculo, fascinar á quien se desee: curar todas las enfermedades conocidas y todas las malas costumbres sin recurrir á drogas, á medicinas, ni al escalpelo del cirujano. Esta influencia se llama el Magnetismo personal é Hipnotismo, y es la base del éxito en todos los negocios, y en toda posición social.

UN PODER CONCEDIDO POR LA PROVIDENCIA

Es un poder que nos concede la Providencia, y que es patrimonio del pobre como del rico. Es, á no dudarlo, la ciencia más maravillosa de la epoca presente. Reflexionad un momento en lo que sería poder convencer al comprador de que los géneros que vendéis son los mejores que puede encontrar en el mercado, ó á una persona cualquiera de que vuestras servicios le son indispensables, de que le ofrecéis una ventajosa colocación, de que le conviene la venta que le ofrecéis, de que vuestra opinión es la razonable, de que debería seguir vuestros consejos y otras mil cosas de este género. Considerad la inmensa superioridad que tal poder os proporcionaría. Si queréis obtener una posición lucrativa, un aumento de sueldo ó de vuestros ingresos de cualquier clase que sean, el conocimiento del Hipnotismo os será para ello inapreciable. En centenares de casos esa ciencia ha sido el eje de la vida de muchas personas prontas á dejarse llevar por la desesperación y á las cuales parecía cerrada toda esperanza para el porvenir.

ESTUDIADLO VOSOTROS MISMOS NADA OS CUESTA

Acabamos de publicar el libro más asombroso del siglo, en el que se explica todo lo concerniente al Hipnotismo, el Magnetismo personal, la curación magnética, etc., en un lenguaje tan claro y tan sencillo que un niño puede comprenderlo. Esta obra se debe á la pluma del Dr. X. La Motte Sage, el hipnotista más eminente y reputado de los tiempos modernos. En él se desarrollan nuevos métodos secretos é instantáneos, que permiten á toda persona inteligente instruirse en esta maravillosa ciencia en pocos días, en su propia casa y ejercer este maravilloso poder en cuantas personas la rodean sin que se aperciban de ello en lo más mínimo. Garantizamos un éxito completo, ofreciendo en caso contrario una indemnización de 5.000 pesetas. Gran número de personas ganan actualmente de 10.000 á 25.000 pesetas al año gracias á lo que han aprendido en este maravilloso libro que ha hecho á otros muchos inmensamente ricos. El Dr. Sage, autor de esta preciosa obra, ha decidido dar á conocer a todo el mundo estos secretos maravillosos que por tantos siglos han permanecido ocultos, pues quiere que el pobre tenga tanta suerte como el rico.

UN LIBRO LLENO DE RAROS SECRETOS DISTRIBUIDO GRATIS

Para ello ha cedido sus derechos de autor con la condición de que se distribuyan gratuitamente al público diez mil ejemplares de su obra, y en virtud de esta concesión, toda persona puede obtener un ejemplar de la misma, completamente gratis y franco, pidiéndolo sencillamente por carta franqueada con 25 céntimos ó por tarjeta postal de 10 céntimos. Como se ha publicado en español, italiano, francés, alemán é inglés, puede hacerse el pedido en el idioma que más convenga.

DIRECCIÓN: The NEW YORK INSTITUTE of SCIENCE

DEPT. 128. Z., ROCHESTER, N. Y. (E. U. DE A.

«Esta obra admirable vale más que el oro. Está llena de secretos maravillosos y de asombrosas sorpresas. El estudio de esta obra debería seguir al de la Santa Biblia. Aconsejo á todo el mundo que se procure un ejemplar.»

REV. PAUL WELLER, Gorham, N. Y.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD



Todas las parisienses elegantes emplean la



Crema de Siva

que conserva á la piel su frescura y su aterciopelamiento, que evita las arrugas y las manchas de rojez, y que proteje al cutis contra las influencias atmosféricas.

COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES
57, rue St. Lazare, PARIS
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS
Depositario en España
PÉREZ, MARTÍN, VELASCO Y C.ª—MADRID
Depositario en Buenos Aires
MARCELINO BORDOY, 1150, VENEZUELA, 1154

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas



AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fie G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

Data de 1849 — París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Pone y conserva el cútis limpio y terso

Casa CANDÈS — Bd St-Denis, 16

TALISMÁN DE FELICIDAD

SORTIJA MISTERIOSA

que fortalece, por su radio-actividad odo-electroide el dinamismo humano
Descubrimiento científico; Centro atractivo; Potencia magnética

Consíguese todo por el influjo personal: **FORTUNA, SALUD, FELICIDAD**

Todo aquel que desea gozar de feliz porvenir debe poseer la Sortija misteriosa y científica "OMNIPOTENTE", última creación de los estudios magnéticos é hipnóticos, la cual da matematicamente

La POTENCIA PERSONAL que hace ACERTAR en TODO

Buen exito asegurado, sorprendente pero natural.

Señoras, todos vuestros anhelos quedarán satisfechos y vuestros ensueños realizados.
Señores, todos vuestros proyectos, todos vuestros ambiciosos deseos, los conseguiréis más allá de vuestras esperanzas.

De Valde *el elegante folleto que indica el modo de adquirir la* Sutil Potencia; *pídase al Sr.* Profesor do ARYANIS, 10 villa des Violettes, *près* Toulouse (Hte-Gne) Francia

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



París.—Preparativos para Navidad. Gran tienda de comestibles en la que, además de las viandas tradicionales, se expende carne de camello. (De fotografía de M. Branger.)

Desde hace algún tiempo se ha introducido en París el consumo de la carne de camello, que, según parecer de los entendidos en estas materias, reune las mejores condiciones para la nutrición, y que, al decir de los que la han comido, es muy sabrosa.

En realidad, las mismas razones hay para comer la carne de buey ó de ternera, que la de ese otro pacífico rumiante, auxiliar precioso de los pueblos orientales; y sin embargo, hasta ahora á nadie se le había ocurrido en Europa incluirla en el número de los comestibles. Es de suponer que, una vez lanzada al comercio la carne de camello, su consumo se irá generalizando, como ha sucedido con la de caballo; pero nos parece que ha de resultar menos económica que esta última, presunción que confirma el adjunto grabado, ya que, por lo que se ve, se expende en establecimientos de lujo cuyas mercancías no suelen estar al alcance de todas las bolsas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 18 de enero de 1909 — Núm. 1.412

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FLORES DE MAYO, cuadro de Pedro Saenz

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los Reyes han pasado por las casas donde hay niños. Y les han traído, en las alforjas del jiboso camello correspondiente, muñecos y baratijas sin número, desde el soberbio juguete mecánico que cuesta centenares de pesetas, hasta la Pepa coloradota y acartonada, que no cuesta sino la pesetilla...

Se verifica en los niños, he tenido ocasión de observarlo, un fenómeno contrario al que se observa en muchos hombres. Estiman éstos especialmente lo más caro, y los niños, si no gozan doble con el juguete barato, al menos gozan igual. El juguete caro suelen escondérselo los padres para que no lo rompan, y por lo tanto, es el juguete un semillero de desazones. Del barato se adueñan desde el primer instante, y por lo tanto, hacen de él á su gusto, y por último lo destruyen—¡goce supremo!

Niños y hombres, tal vez sólo para destruirlos quieren los juguetes...

***

Nótese que, mientras otras festividades decaen y casi se borran del sentimiento general, la de los Santos Reyes adquiere mayor prestigio, se celebra más cada año.

En el presente se ha celebrado con cabalgatas y reparto de juguetes en muchas ciudades. Se ha querido dar plástico relieve á la idea que tienen los niños (ó que no tienen y aparentan tener para que les salga bien la cuenta) de que, desde unas regiones lejanas y fabulosas, precedidos por una estrella, vienen unos Reyes fastuosamente trajeados, á traerles, á los niños buenos, juguetes y dulces, y á los malos, carbones y virutas de las que sirven para encender la hornilla. Y así, á fin de que el día de mañana los chicos, convertidos ya en hombres, tal vez en viejos desengañados, exclamen dirigiéndose á un coetáneo: «¿Te acuerdas? ¡Qué ilusión nos hacían, cuando éramos chiquillos, los Santos Reyes!» Se han organizado las procesiones con su carroza de la Estrellita de Belén y su desfile de monarcas orientales, de coronas de cartón y mantos orlados de piel de gato legítimo. Mientras va perdiéndose la costumbre de «armar el belén,» ó sea de colocar en una habitación de la casa, despojada de sus muebles, la mesa cubierta de musgo y terrón donde se ha de instalar el Nacimiento, el reparto de juguetes, el zapato misterioso que ha de aparecer colmado de chucherías, se extiende y se afianza, y no hay familia, por modesta que sea, que no obsequie á sus chicos con el tambor, la pelota, el caballo ó la muñeca. Y es que se ha puesto de moda mimar á las criaturas, y entre los dos métodos pedagógicos que la antigüedad nos ha legado, hemos optado por el ateniense, todo blandura, mirando como crueldad el espartano, que formaba gente resistente y recia.

***

Cierto que todavía existen «niños mártires,» pero —sobre todo en provincias, donde hay tiempo de ocuparse de ellos—hoy la regla general es que los niños, en vez de sufrir martirio alguno, tiranicen, manden y hagan el día entero su santo capricho, ó al menos el de sus papás, que es pasarse la vida en éxtasis ante sus retoños, sin prepararles á la lucha por la existencia, á la labor que todos necesitan cumplir y á cuantos problemas les saldrán al paso apenas dejen los limbos infantiles. No es posible que no horrorice el martirio de la niñez; no cabe que no estremezca pensar en un niño maltratado. Pero tampoco deja de horripilar el porvenir que ofrece á las generaciones venideras la idolatría desordenada que en la inmensa mayoría de los hogares se consagra al niño.

***

Este porvenir podemos juzgarlo por el presente de muchos mocitos educados sin otra ley que no conocer ninguna... Son infinitos, son legión los mozalbetes que, habituados al goce caprichoso, al goce tal cual lo pide y saborea la niñez; no compelidos al estudio ni al ejercicio físico—que según un gran pedagogo, es tan difícil de inculcar á los niños como el estudiar, ó más aún,—llegan á la pubertad débiles de cuerpo y con la voluntad virgen, y se precipitan al goce de entonces como se habían precipitado al de antes, y caen en el precipicio de la holganza divertida, estado común de tantos «muchachos» españoles. Aquí no tenemos *el boy*, ese rapaz no metido aún en la sociedad de los hombres, encerrado en el mundo escolar y en el mundo deportista, no por moda, sino por higiene; *el boy*, que todavía no galantea, que no fuma y que no alterna, porque aún no posee una situación social; porque está en edad de aprender y de formarse, y no de actuar «de persona.» — No tenemos tampoco *la girl*, la chiquilla de formas aún semimasculinas, de ropa bien corta, de desbordante lozanía física, sin coquetería, sin pretensiones de mujer, sin ojeaditas disimuladas hacia donde están los galanes... No; lo que tenemos es la precoz «tobillera» y el «muchacho:» un ser al cual le reconocemos el derecho de hacer cuanto le viene en gana y de no imponerse la menor molestia en caso alguno, porque es eso... «muchacho,» como si dijéramos iroqués ó maorí; de no estudiar..., porque ¡pobrecillo!..; de cultivar todas las formas del vicio, porque, como dice una deliciosa mamá de los Quintero, «está en la edad;» de no tener con nadie deferencia ni cortesía, porque ¿quién les pide tal cosa á los «muchachos?,» y en suma, de estragar la vida en el período en que debe constituirse, y llegar á la solemne ocasión de formar una familia, sin elementos, sin salud, sin fuerza, sin modo de vivir, sin más que la aureola de «muchacho...» ya calvo y manido; porque aquí se es «muchacho» desde muy temprano y hasta muy tarde.

***

Estas niñeces, estas juventudes que no tienen más ley que la satisfacción del antojo del momento, y que no han sido guiadas ni reprimidas..., dan por resultado las edades viriles en que se prosigue la ocupación de los primeros años: divertirse, gozar, entretener el aburrimiento profundo del que no hace nada sino ir tras lo deficiente y fugitivo, lo estéril, caro y tonto; el goce... Y sobrevienen los dramas domésticos—tres á un tiempo en este principio de invierno y en las filas de la buena sociedad,—tres esposas abandonadas, tres hogares deshechos, tres de los que habrán sido niños idolatrados y «muchachos» cuyas gracias se reían, y que hoy son desertores del deber, hojas arrastradas por el viento de la locura y la disipación... no se sabe adónde.

Triste culminar el de esas vidas que despuntan entre exceso de cariño de los padres y exceso de indulgencia fácil de los indiferentes... Alguna vez, ¿quién lo niega?, el niño debe recibir extremosas caricias y halagos, deben venir los Reyes para él; y el muchacho ser bien acogido en gracia á su riente mocedad, pero ni el mimo continuo ni la continua juerga son escuela de verdad. Ni debe culparse de todo á los padres; la sociedad tiene su responsabilidad en esto también. Si un padre se inclina á severidad, se le tacha de raro y cócora. Nada es más fácil que echar á perder, de palabra y sin sacrificios, á los hijos ajenos, que no han de molestarnos nunca con los resultados de su mala educación. Se hace papel airoso, se pasa por bonachón á ninguna costa, y hasta se reviste apariencia de persona á la moderna, ilustrada y de amplio criterio. No se calcula que todo tiene consecuencias, á la corta ó á la larga, y que al desorganizar la educación, al borrar el concepto de la obligación que incumbe á la juventud, de formarse y prepararse al cumplimiento del deber social, ó siquiera del personalísimo, individual, desorganizan también cuanto nos rodea, lo que refluye en daño de todos, en daño de la patria...

***

Muy lejos me he ido de los santos Reyes Gaspar, Melchor, Baltasar... No olvidemos que son Magos, y que su reino, por consiguiente, está situado en países irreales, donde no se deben escuchar serias reflexiones, sino risas y gorjeos infantiles... Vedlos cual les representaron los pintores flamencos en sus místicas tablas, y no dudaréis que los Magos encarnan el amor, la ternura; que son los «naturales abuelos» de que hablaba Campoamor. Sus caras, ante el Niño Dios sonriente en la cama de paja de su pesebre, expresan una babosa dulzura sólo comparable á la de los divinos San Antonios de Padua, de Bartolomé Esteban Murillo. El Rey guerrero amansa su militar continente; el Rey viejo y barbudo chochea besando los piecezuelos del recién nacido; el Rey negro parece un buen can de Terranova, todo penetrado de adhesión y cariñazo incondicional. Su transporte no es reverencia al gran Misterio; es que después de tantas fatigas, de tan larga peregrinación por montes, valles y llanuras desiertas que el simún abrasa, han encontrado al fin de su jornada, ¿qué?, el resumen de todas las esperanzas y de todas las promesas, el porvenir, cifrado en las débiles carnes y los ojos inocentes de un niño...

***

Y cada día se venden más juguetes, y cada día se llenan más zapatos, en la madrugada del 6 de enero, en palacios y buhardillas. La baratura del juguete propaga la costumbre y la extiende á las clases humildes, donde antes no se conocía ni la idea del juguete comprado en tienda. Hoy se compran, no sólo en las tiendas, sino en plena calle; la Puerta del Sol es un bazar de juguetería al aire libre. Ingeniosos y pobres juguetillos, que se confeccionan con los deshechos que la gran capital arroja todas las mañanas y los traperos recogen, para revenderlos á modestísimos industriales. Oscila el valor de estos juguetes del arroyo entre diez céntimos, cinco céntimos, un real cuando mucho. Nadie puede ya recelar que sea un derroche llenar el zapatito pequeño.

Así parece al menos; pero como la necesidad es siempre mayor que los recursos, todavía constituye un lujo dar juguetes en infinitos hogares. El real ó la perra hacen avío para aceite, carbón ó pan; á veces—y es lo peor—para *morapio*. Los niños, sueltos por las calles, se buscan el juguete como pueden. Recogen lo que encuentran tirado, y por una lata de sardinas, que se precipita á coger, es aplastado un golfo bajo las ruedas del tranvía. No sabré pintar la avidez con que las criaturas, que acaso no tienen pan, corren tras el juguete, que prefieren al alimento.

Yo he visto, y es un espectáculo que causa pena, con qué ansia recogen los chicuelos de la calle los despojos de juguetes ó de lo que lo parece, sobre el cieno, entre detritus y suciedad. Las serpentinas, los *confetti*, usados, magullados, encuentran cien manos pequeñas y nada limpias que se disputan sus restos. A la puerta de un establecimiento comercial vi no ha mucho á un encargado de repartir prospectos. En los prospectos había una figurilla al cromo, una mujer poniéndose el corsé. El repartidor no ofrecía su prospecto sino á las personas que tenían trazas de poder comprar... Apenas me hubo dado uno, que estrujé con indiferencia, una niña pálida, desmedrada, gatita madrileña de tejado pobre, raída en el traje y desenfadada en el ademán, se acercó á mí y dijo entre suplicante y bravía:

—¿Me da usted ese prospecto?

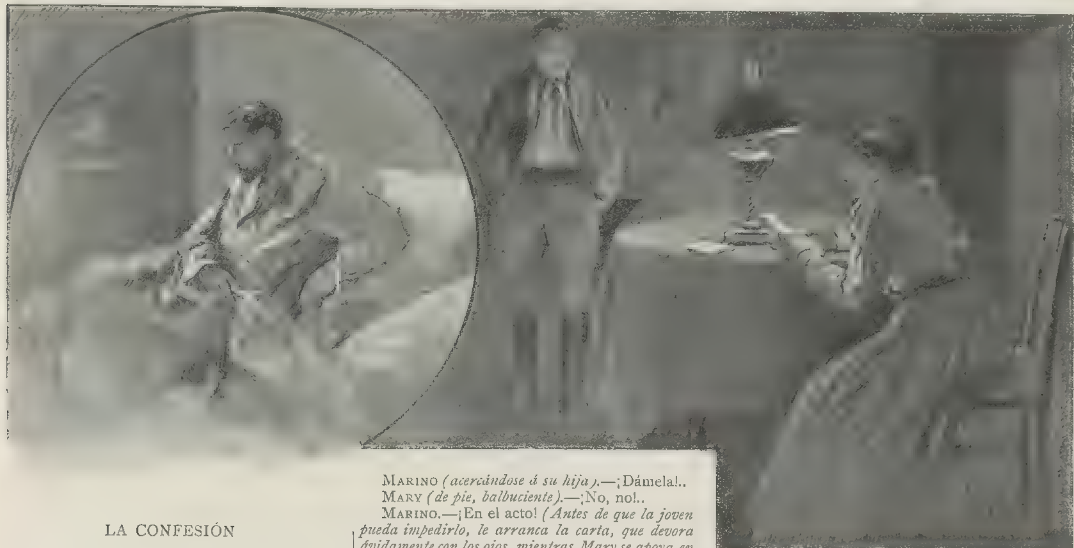
—¿Para qué lo quieres?

—¡Toma, para jugar con él!, respondió la chica, asombrada de la pregunta.

***

De suerte que las criaturas, á falta de pan..., de pan de juego, se buscan la vida de la imaginación, la vida del espíritu, del goce, del ensueño, donde pueden... De un lío de trapos hacen un bebé, de un palo de escoba un caballo, de un garbanzo y un retal de lienzo la cara de una vieja con tocas, de una aleluya un cuadro y de un tapón de botella un carrito. En esa edad venturosa por la suma de ilusión que posee, los objetos se transforman como en las comedias de magia, y si un retrato saca la lengua y hace girar los ojos, no es increíble, y si los Reyes entran por la chimenea se encuentra natural. Cuando en los primeros años se asiste á la representación de *La redoma encantada* ó de *Los polvos de la madre Celestina*, no hay noción de lo inverosímil de todo aquello, lo falso es real, y en cambio los sucesos reales se tiñen del color de la fantasía. Ese cruel y claro sentido de *la imposibilidad*, que restringe el horizonte desde que madura la razón, no hace sufrir su desencanto á los niños. ¡Y pensar que ya no volveremos á ser niños nunca, nunca! ¡Que para nosotros no ensillan sus jibosos camellos, ni colman sus alforjas de oro, incienso y mirra los Magos!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



LA CONFESIÓN

Mary, la bella hija del capitán del «Deva,» el decano de la clase, la «rosa náutica,» como la llaman por su gentileza en la casa armadora, sola en el comedor de su domicilio frente al muelle, leyendo á la luz de un quinqué, y abstraída en su lectura, una carta que humedece con sus lágrimas. Es la media noche y fuera se oye el turbión azotando los cristales que golpea el viento.

MARY *(interrumpiendo un instante la lectura, ante una racha que sacudiendo con más ímpetu la vidriera la hace crujir de arriba á abajo).*—¡Dios mío, qué tiempo! ¡Y mi padre que emprendió el viaje hace una hora! Seguramente que con la mar que se habrá encontrado aún no ha llegado á doblar el cabo del faro. *(Reanudando su lectura.)* «...No, no me quieres, no me digas que me quieres cuando no me lo pruebas; obras son amores y no buenas razones. La terrible fecha se aproxima; dentro de tres meses, consientas ó no, serás la esposa de ese impostor con quien tu padre cree tener pendiente una deuda sagrada. ¡Ah, si yo pudiera desenmascararle, demostrar que es un farsante!.. Pero ¿cómo?.. No me creerían; no me creerían, primero porque sabiendo todos mi pasión por ti, mis palabras resultarían sin crédito y encima me tildarían de tonto é inocente, y segundo porque él es el hijo del armador, es un opulento y yo soy un pobre diablo á sueldo de una casa rival de la suya, por apéndice, un pobre piloto que no tiene sobre qué caerse muerto...

»Pero tú, tú puedes evitar nuestra desdicha, si efectivamente me quieres, con un poco de energía y otro poco de abnegación para compartir mi miseria. ¡No te propongo nada que no sea honrado y recto; vas á cumplir tu mayoría de edad, sé resuelta, afróntalo todo y el juez por medio, conjurada la catástrofe!..» *(Mary convulsa.)* ¡Oh, sí, sí, es el único medio; pero ¡Dios mío!, me falta el valor para acometerlo! Mi padre tiene un carácter de hierro, es inflexible, cedería ante la ley, pero me maldeciría, y con su maldición la paz huiría de mi hogar, no seríamos felices... ¡Yo lo creo así, lo creo firmemente así! Podré negarme á ser de quien él trata de imponerme, pero contra su voluntad no debo ser de quien él rechaza.

La puerta del comedor se abre silenciosamente, apareciendo en su umbral un hombre ya maduro, de recio continente, enteramente rasurado, que se queda inmóvil con las manos en los bolsillos y en actitud de extrañeza. Su chaquetón de grueso paño azul y sus altas botas de becerro, ahora empapadas hasta la rodilla, delatan su profesión de marino. Unos instantes permanece contemplando á la joven y al cabo avanza silencioso.

MARINO.—Abstraída estás, Mary; no me has sentido llegar. ¿Qué carta es esa que tanto te interesa?

MARY *(levantando bruscamente la cabeza y lanzando un grito).*—¡Tú, mi padre!

MARINO *(con ironía).*—¡No me esperabas! El temporal nos ha roto una pieza de la máquina y hemos tenido que volvernos, llegando á duras penas á puerto á la vela. Pero no me has respondido. ¿Qué carta es esa y por qué tu turbación? ¡Contesta! ¡En seguida!

MARY *(aterrada).*—¡Padre!..

MARINO *(acercándose á su hija).*—¡Dámela!..

MARY *(de pie, balbuciente).*—¡No, no!..

MARINO.—¡En el acto! *(Antes de que la joven pueda impedirlo, le arranca la carta, que devora ávidamente con los ojos, mientras Mary se apoya en la mesa, sintiéndose vacilar.)* ¡Con que de nada han servido mis advertencias, y á pesar de ellas, contra mi deseo, aprovechas las ausencias de mis viajes dando oídas á ese hombre y alentando esperanzas que no podrán realizarse nunca! ¿Es así como secundas mis propósitos? ¿Sabes que estás prometida á otro, que ese otro es sagrado para mí y debe serlo para ti, porque sin él, sin su generosa abnegación en momentos en que nadie piensa sino en sí mismo, yo no estaría ahora hablando contigo y tú no tendrías pan que llevarte á la boca ó comerías un pan de miseria ó lo que es peor, prostituído; sabes todo eso y te dejas arrastrar por una locura que es á la vez una ingratitud? ¡Jamás, jamás lo hubiera supuesto en ti!

MARY.—¡Padre, padre! *(Con voz ahogada.)* Al corazón no se le imponen leyes y mi corazón es enteramente de Agustín. El es honrado, es bueno, es trabajador, es marino como tú. ¿Por qué le rechazas? ¡El ser pobre no es un delito!

MARINO.—¡No sé cómo he tenido fuerzas para contenerme y oirte!..

MARY.—La acción de Carlos fué sublime, lo concedo, pero ello no justifica que así prescindas de mi voluntad. Y no porque yo no sea del hijo de nuestro armador caemos en la ingratitud. ¡No, no, no tiene nada que ver!

MARINO *(con creciente cólera).*—¡Calla, calla y no pretendas justificar tu desobediencia ni enaltecer á un hombre que así te propone que saltes sobre mí, amparado por una ley absurda! Con Carlos te espera el bienestar, la opulencia, la vida tranquila y espléndida... ¿Qué más podías soñar que verte dueña de esta casa poderosa, que á ti y á mí nos ha dado de comer toda nuestra vida? ¿Y vas á tirar por la ventana todo ese porvenir por un romanticismo ridículo? Yo te lo repito, aunque Carlos no tuviera un céntimo, te quiere, me ha pedido tu mano, es mi salvador y... ¡ni una palabra más! ¡Serás suya! *(Con ceño duro y mirada iracunda rechaza á su hija, que le tiende sus manos implorantes, y sale del comedor, dejándola bañada en llanto.)*

Ha pasado un mes. Es el alba. Asiluetado bajo sus primeros fulgores indecisos, zarpa del puerto un vapor mercante con cargamento de bueyes para América, hacinados en grandes jaulas sobre cubierta, y silenciosos y aterrados en aquel piso que se mueve. La tripulación se entrega á la maniobra, y apoyado en una borda, un piloto joven, de barba negra, que vigila la faena, clava sus ojos un instante en la población aún dormida, que se va quedando atrás, disfuminadas en la distancia sus casas de techos de pizarra y sus chimeneas de fábrica de ladrillos. El barco sigue avanzando, hasta doblar el peñón en que se alza la torre del faro como un solitario monolito. La ciudad se ha casi perdido en la lejanía; al fin desaparece, y únicamente la indican sus primeros humos del día elevándose en negras nubes por la serena atmósfera.

PILOTO *(apartándose bruscamente de la borda después de una última mirada á tierra).*—¡Adiós para siempre!

Quince días después. El hijo del armador agoniza en su casa del puerto, derribado por unas fiebres infecciosas que se lo llevan. En las oficinas, en el escritorio, en los almacenes, todos los rostros consternados. Cada vez que sale del portal un criado ó un marinero, los boteros que allí estacionan, fumando su pipa, inquieren noticias del estado del enfermo. La respuesta es siempre la misma: ¡se muere! En la habitación contigua á la alcoba del pobre joven, los amigos íntimos, varios oficiales de los buques del consignatario, entre ellos el padre de Mary, desolado, los ojos húmedos, domada por el golpe su entereza de lobo de mar, acostumbrado á las tempestades.

De pronto se abre la puerta de la alcoba y aparece el padre del enfermo, demudado el semblante, los ojos llenos de lágrimas; movimiento unánime de ansiedad.

PADRE.—¡No, no, señores! Todavía vive, pero por desgracia es cuestión brevísima. *(Buscando con la vista al padre de Mary, al que hace seña de que se acerque.)* ¡Sr. Fernández, mi hijo pregunta anhelante por usted, le llama, quiere verle, hablarle antes de morir!.. ¡Yo le suplico que me siga!

FERNÁNDEZ *(dominando su emoción).*—¡Pues cuando usted guste, amigo mío!

PADRE.—¡Pronto! ¡Pronto! *(Entran en la alcoba.)*

En el hospital civil de Buenos Aires. Un hombre joven, de barba negra y tez curtida y pálida, en la demacración de cuyas facciones se adivina la recién pasada enfermedad; está sentado en la cama, oyendo ansiosamente á la enfermera de blanca toca.

ENFERMERA *(cariñosamente).*—Vaya, me dió usted palabra de permanecer sereno para recibir esa visita; pero como no la cumpla usted, se suprime.

ENFERMO.—Estoy tranquilo, hermana. ¡Véalo usted!

ENFERMERA.—Entonces... *(Sale de la sala y á poco vuelve con dos personas más, un hombre maduro y del todo afeitado y una joven de sencillo tocado; ambos visten de negro. El enfermo los ve acercarse y se le desencajan los ojos.)*

ENFERMO *(trémulo).*—¡Dios mío! ¿No sueño? ¿No estoy loco? ¡Es Mary, Mary con su padre!.. ¡Ellos! ¡Aquí! ¡Y vienen á verme! ¡A mí! ¡Imposible!

MARY *(corriendo á la cama y hundiendo su rostro deshecho en llanto en el pecho del enfermo).*—¡Agustín de mi alma!.. *(Instantes solemnes de silencio en que sólo se oyen sollozos; los enfermos cercanos contemplan conmovidos la escena desde sus lechos.)*

ENFERMO.—¿Pero qué quiere decir esto?

FERNÁNDEZ.—Esto quiere decir que Dios ha permitido que se haga la luz; que D. Carlos, el hijo de nuestro armador, ha declarado al morir que tú y no él, como por amor ciego á Mary vino siempre afirmando, fuiste el que me salvó la vida en aquel naufragio en que los dos ibais de prácticos, y que en consecuencia ahí tienes á mi hija, que por serlo tuya hará la dicha de ambos. ¡Conque á ponerte bueno y á España! *(Ni una palabra en el grupo; sólo las lágrimas elocuentes.)*

(Dibujo de Calderé.) ALFONSO PÉREZ NIEVA.

BUENOS AIRES.—JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN EL «CASAL CATALÁ»



La reina de la fiesta y la Corte de Amor.—El Rdo. P. Marsal leyendo su poesía «Cant del Cristiá,» premiada con la «Viola d'or»
A la izquierda, parte del Jurado; á la derecha, el ministro de España, el Dr. Alcácer y los individuos de la junta del «Casal Catalá»



Aspecto general del salón durante la celebración de los Juegos Florales. (De fotografías remitidas por D. R. Monner Sans.)

Hará poco más de un año que unos cuantos catalanes se agruparon para formar un «Centro de Cultura» que denominaron «Casal Catalá,» bien convencidos de que sus comprovincianos responderían gustosos al llamamiento que les hicieran para dar á conocer en la Argentina la Cataluña artística é intelectual que, no ya España, Europa admira.

No se equivocaron los iniciadores, y durante el pasado invierno se representaron en catalán, en el vasto teatro Victoria, varias de las obras que más aplausos obtuvieran en Barcelona, llenándose cada vez aquel coliseo.

Después la Junta Directiva ideó la celebración de unos Juegos Florales, y aunque era breve el plazo para poderlos realizar antes de que con los calores viniera el desbande, se confeccionó el cartel, en el que se ofrecían veintidós premios, se nombró el Jurado y se anunció la fiesta para el 8 del actual.

Fué nombrado mantenedor el Dr. D. Carlos Malagarriga, presidente del Jurado el Dr. D. Antonio Aleu y secretario D. R. Monner Sans. El gobierno cedió galantemente para el acto el Pabellón Argentino y la Banda de Policía, asistiendo á la fiesta el señor ministro de España, y en representación del Gobierno Nacional el subsecretario del Ministerio del Interior Dr. D. Pedro S. Alcácer.

A la hora anunciada, más de dos mil personas se habían reunido en el amplio salón del Pabellón Argentino, y después del discurso del mantenedor y del pronunciado por el secretario, se procedió á la apertura del pliego que contenía el nombre del poeta premiado con la flor natural, resultando ser el jesuíta P. Puigsech, el cual había delegado en el Sr. Monner Sans la facultad de nombrar la Reina de la Fiesta. Dicho señor recogió la flor de manos del laureado vate y fué á entregarla á la hermosa señorita Pilar Aleu, quien del brazo de dicho caballero, y seguida de ocho señoritas que formaban su Corte de Amor, fué á ocupar el artístico trono levantado al efecto.

Desde este acto hasta las siete de la tarde no cesaron los aplausos á los autores premiados, cuyos nombres omitimos en gracia á la brevedad, no sin hacer constar, como excepción, que el premio de la Viola fué obtenido por otro jesuíta, el P. Marsal, valenciano. Los premios del *Diario Español* fueron logrados, el del Canto á España, en catalán, por el Dr. Martín Dedeu, y el del Canto á Cataluña, en castellano, por D. Fernando Serrat y Wheyler.

Orgulloso puede estar el Casal Catalá del éxito obtenido por este primer ensayo de Juegos Florales á usanza barcelonesa, y en especial su activo y entusiasta presidente Sr. Lleonart, pues la fiesta ha demostrado que hay en la Argentina meritísimos cultores de las letras catalanas; que así los dos discursos de apertura como el de clausura del presidente del Jurado declararon que el amor á la región no es parte á ahogar el amor á la patria española, y que no sólo los catalanes, sino los españoles y aun muchos argentinos, aplaudieron con entusiasmo la celebración de tan poética fiesta.



Impaciencia, cuadro de Federico de Uhde



El gastrónomo, cuadro de Claus Meyer



El cuarto de la abuela, cuadro de Fernando Ruszczyc

LA CATASTROFE DE CALABRIA Y DE SICILIA

En el número anterior describimos á grandes rasgos, pues el espacio de que disponíamos no nos permitía descender á pormenores, la espantosa catástrofe de Sicilia y Calabria. Tampoco en el presente podemos detenernos en estas descripciones: relatando episodios llenaríamos columnas y más columnas y no haríamos otra cosa que referir variantes sobre un mismo tema de horror y desolación espantosos; explicando los efectos del desastre no podríamos dar una idea tan exacta de su magnitud como la dan los grabados que publicamos.

Preferimos, pues, destinar el sitio que la información gráfica nos deja á reproducir algunos párrafos de un artículo hermosísimo que la eminente escritora italiana Matilde Serao ha enviado á *Le Fígaro*, de París, desde Nápoles, refiriendo la llegada á aquella ciudad de los sobrevivientes de Mesina, Reggio y demás poblaciones destruídas.

Después de una brillante evocación de las ciudades de Mesina y Reggio, recordando cómo eran antes de la catástrofe, escribe:

«Ahora, vayamos á recibir á los mesineses y á los calabreses que vienen de aquellas tierras, vayamos á nuestro arsenal adonde cada seis horas llegan los buques que vienen de Sicilia, los buques llenos de moribundos, de heridos, de enfermos, de fugitivos. El vasto arsenal está lleno de gente que espera; pero reina en él un silencio profundo. En el pecho de las damas de la aristocracia, en los brazos de las hermanas de la Caridad, en los de los hombres, vense aquí y allí las cruces rojas sobre fondo blanco, las cruces azules, las cruces verdes; pero la cruz que penetra punzante está en el fondo del corazón de todos que sangra y permanece callado. Delante de toda aquella gente, en el muelle, cerca del desembarcadero hay una triple fila de parihuelas. Llega el primer barco; descienden de él los primeros heridos conducidos por los marineros rusos del *Almirante Makaroff*, y un gran estremecimiento de tristeza, un gran gemido sale de la multitud, en el arsenal de Nápoles, en un día resplandeciente de sol, bajo un cielo de un azul incomparable. Y las mujeres palidecen inclinándose suavemente sobre las parihuelas, y sus ojos están llenos de lágrimas que ellas quisieran contener y que caen sobre los rostros de los heridos, y los hombres, aun aquellos que han vivido y sufrido, los hombres de ciencia, permanecen consternados y se muerden los labios para ocultar su emoción, para evitar que tiemblen sus manos...

»Ya está aquí la multitud de fugitivos que desembarcan lívidos, con la mirada vaga, temblorosas las piernas, la multitud vestida con chaquetones de marinero, la multitud envuelta en mantas, una multitud ó extrañamente gemebunda, con palabras vagas é incoherentes, ó muda y atontada; y en vano esa multitud se ve acosada, abrazada, consolada por nosotros que temblamos de piedad, pues continúa lamentándose en palabras incomprensibles y sin coherencia, ó guardando silencio, descorazonada, abatida, sumida en la estupidez.

»Desde hace ocho días sucédense mañana y tarde esos desembarcos; de buques italianos, franceses, ingleses, alemanes han bajado á tierra heridos; han bajado mujeres cubiertas de harapos y descalzas, hombres de mirar extraviado y ojos turbios, y también niños perdidos, encontrados y perdidos de nuevo; y entre todas esas personas, algunas que ya no pueden ser consoladas, otras que están petrificadas como Niobe...

»¡Qué hermoso arco iris, palpitante como una tela de seda, se extiende sobre Nápoles en estos admirables días de invierno, y cómo refulge todo en la ciudad, bajo el cielo que hace tibio el aire que en ella se respira! Pero ¿quién hace caso de tanta belleza y de tanta dulzura?

»Estos días son días de fiesta para todos, fin de año, Año Nuevo, la Epifanía; pero ¿quién piensa en hacer fiestas, en regalar flores y bombones á las señoras y juguetes á los niños? Las tiendas cerradas del todo ó á medias ostentan un cartel que dice *Duelo nacional:* sólo están abiertas las que venden telas, mantas, medicinas, comestibles; las oficinas públicas están cerradas; la Bolsa está cerrada, los teatros han suspendido sus funciones, las banderas están á media asta. ¡Tenemos tantos heridos! ¡Tenemos tantos fugitivos! A nuestros grandes y excelentes hospitales se han añadido todas las clínicas de cirugía, todas las casas de salud, todos los dispensarios; y hay hospitales en los conventos, en el antiguo manicomio y en toda la planta baja del palacio real de Nápoles. Todos los cirujanos, todos los médicos, todos los internos se han movilizado; por caridad cristiana, nuestras damas católicas pasan el día asistiendo á los heridos, y las gentes menos católicas hacen lo mismo. De todas partes llegan más enfermeras, y á las puertas de esos hospitales hacen cola durante días enteros los fugitivos sanos y salvos.

»¡Tenemos tanta gente que ha huído de Sicilia y de Calabria!

»El rey tiene fugitivos en su palacio; el cardenal arzobispo, en su seminario; el Ayuntamiento, en todos sus asilos y en todas sus escuelas, dondequiera que ha podido instalarlos; la Santa Casa de Expósitos los tiene porque ha acogido á todos los niños; grandes y pequeños, todos los tenemos: un pariente, un amigo, un conocido de Reggio, de Mesina, de Palmi, de Bagnara, cada uno de nosotros tiene uno, dos, cinco, y les da casa, cama y comida. Y los que no los tienen van á las casas

Mesina.—Ruinas del edificio en donde estaban instalados los consulados de Chile y de México. (De fotografía de M. Branger.)



Mesina.—Sobrevivientes de la catástrofe en la estación del ferrocarril. (De fotografía de Menasci-Dubois, comunicada por Carlos Trampus.)



de otros á visitarlos, á socorrerlos y á consolarlos, y á los asilos, á los hospicios, á los refugios, á llevarles ropas, alimentos, mantas.

»En ninguna de nuestras casas ha quedado una sola sábana vieja; á ninguno de nuestros hijos un par de botas ó de zapatos viejos; cada uno de nosotros ha renunciado á un placer, á una fiesta, á un gasto superfluo, á una necesidad, y ha dado y sigue dando todavía lo que tiene, porque el pueblo napolitano es, como siempre, generoso, y el pobre da, como el rico, lo que puede: una moneda de diez céntimos, una camisa vieja ó un pedazo de pan. Inmensa es la caridad de todos vosotros, extranjeros y sin embargo hermanos nuestros; inmensa es la caridad italiana; pero infinitas, absolutas, son la miseria, el dolor de ese pueblo de heridos, de desterrados que ya no tienen casa, ni hogar, ni pan, ni vestidos, muchos de los cuales han perdido un padre, un esposo, un hijo, y que inclinan la cabeza llorando, avergonzados de no poder poner una señal de luto en las prendas de vestir que la caridad les ha dado »

Mesina.—Ruinas de la Prefectura. (De fotografía de M. Branger.)

Sobrevivientes de la catástrofe esperando en los muelles su embarque para Nápoles. (De fotografía de J. Theodoresco.)

Ruinas del Hotel de Francia y de la calle del 1.° de Septiembre. (De fotografía de M. Branger.)

LOS TERREMOTOS DE SICILIA Y CALABRIA



1. Mesina. Ruinas de la catedral. — 2. Marineros del acorazado ruso «Makaroff» transportando heridos. — 3. Nápoles. Conducción de los primeros heridos al Arsenal. — 4. Ruinas de la Puerta Mesina. (De fotografías de Menasci-Dubois, comunicada por Carlos Trampus, Carlos Delius, y Carlos Abeniacar.)



1. Mesina. Ruinas de la Pallazatta, en la que se alzaban muchos palacios magníficos.—2. Ruinas de Reggio.—3. Vista de los muelles con las ruinas de la Pallazatta. (De fotografías de R. Fiorilli, Carlos Delius y Argus Photo Reportage.)

FLORES DE MAYO, CUADRO DE PEDRO SÁENZ

(Véase el grabado de la página 57.)

Varias veces y gracias á la galantería del inteligente artista Sr. Sáenz hemos podido reproducir en las páginas de esta Revista varias de sus obras, algunas de las cuales tenían el privilegio de merecer el aplauso de los inteligentes y obtener recompensas en varias exposiciones. A estas últimas corresponde la que reproducimos, recomendable por todos conceptos, que atestigua las aptitudes y condiciones de su autor.

TRONCO DE ÁRBOL FÓSIL

CONVERTIDO EN ÁGATA

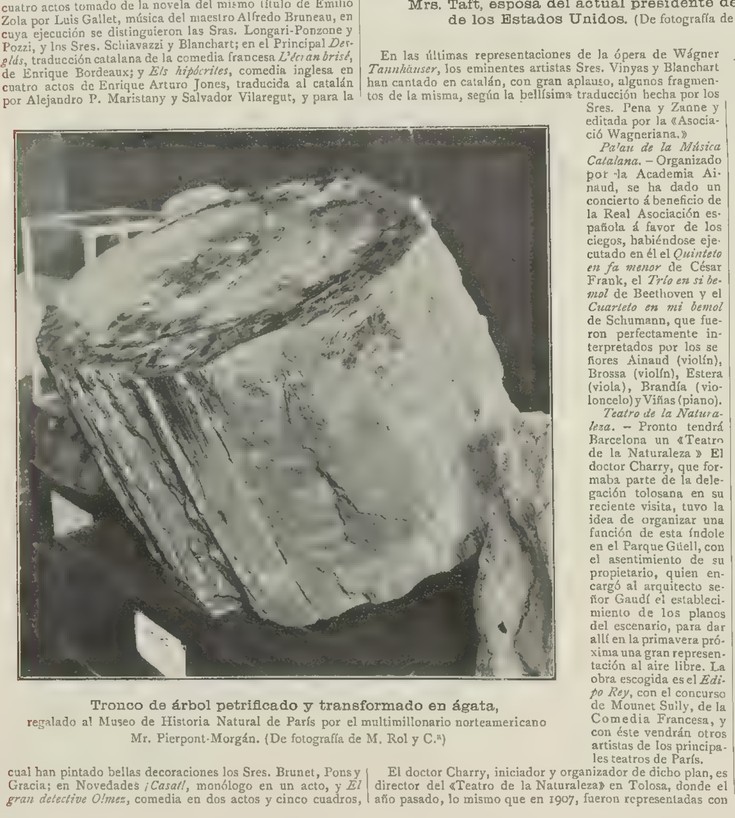
El multimillonario norteamericano Mr. Pierpont-Morgán, que hace poco tiempo regaló al Museo de Historia Natural de París una reproducción del famoso diplodocus, ha hecho estos últimos días al propio museo un presente verdaderamente regio, un tronco de árbol fósil convertido en ágata por la acción, ejercida durante siglos y siglos, de las aguas petrificantes.

La transformación de ese árbol en piedra la explican los sabios del siguiente modo: hace millares de años, bosques inmensos situados al Sur de Holbrook, en el Estado de Arizona (Estados Unidos), quedaron sumergidos debajo de grandes lagos, cuyas aguas silicosas modificaron las fibras leñosas de los vegetales, substituyéndolas, átomo por átomo, con otras fibras de ágata multicolor y de cuarzo.

El tronco ofrecido por Mr. Pierpont-Morgán al Museo de Historia Natural de París es el más hermoso ejemplar, de los hasta ahora conocidos, de aquel bosque mineralizado. Constituye un gran bloque de 2.500 kilogramos de peso, 1'05 metros de alto y un metro de ancho en su diámetro mayor. A pesar de que previamente el ágata había sido despojada de su ganga, su peso es tal que rompió tres vagones del ferrocarril en donde había sido cargada.

La superficie del fósil ha sido pulimentada en Sioux-Falls (Estado de Dakota), con el cuidado y la destreza de los mejores lapidarios, por los canteros de Mr. Pierpont-Morgán, quienes han logrado conservarle los reflejos cambiantes del ágata y sus hermosos colores, que varían del rojo vivo al gris azulado y al verde.

El tronco es actualmente una piedra preciosa de colosal tamaño de un valor inapreciable, y se halla ya instalado en una de las salas de mineralogía del citado museo, en donde es objeto de la admiración de los hombres de ciencia y del público en general.



Tronco de árbol petrificado y transformado en ágata,
regalado al Museo de Historia Natural de París por el multimillonario norteamericano Mr. Pierpont-Morgán. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MISCELÁNEA

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo *L'assalto al mulino*, drama lírico en cuatro actos tomado de la novela del mismo título de Emilio Zola por Luis Gallet, música del maestro Alfredo Bruneau, en cuya ejecución se distinguieron las Sras. Longari-Ponzone y Pozzi, y los Sres. Schiavazzi y Blanchart; en el Principal *Desglás*, traducción catalana de la comedia francesa *L'écran brisé*, de Enrique Bordeaux; y *Els hipócrites*, comedia inglesa en cuatro actos de Enrique Arturo Jones, traducida al catalán por Alejandro P. Maristany y Salvador Vilaregut, y para la cual han pintado bellas decoraciones los Sres. Brunet, Pons y Gracia; en Novedades *¡Casat!*, monólogo en un acto, y *El gran detective Olmez*, comedia en dos actos y cinco cuadros, originales una y otra del malogrado escritor Eduardo Coca; en el Eldorado *Mi cara mitad*, moraleja cómica en dos actos de Miguel Ramos Carrión; y en el teatro Granvía *La mujer de Boliche*, zarzuela cómica en un acto y dos cuadros, letra del Sr. Fernández Lapuente, música del maestro Vives.



Mrs. Taft, esposa del actual presidente de la República de los Estados Unidos. (De fotografía de C. Delius.)

En las últimas representaciones de la ópera de Wágner *Tannhäuser*, los eminentes artistas Sres. Vinyas y Blanchart han cantado en catalán, con gran aplauso, algunos fragmentos de la misma, según la bellísima traducción hecha por los Sres. Pena y Zanne y editada por la «Associació Wagneriana.»

Palau de la Música Catalana. – Organizado por la Academia Ainaud, se ha dado un concierto á beneficio de la Real Asociación española á favor de los ciegos, habiéndose ejecutado en él el *Quinteto en fa menor* de César Frank, el *Trío en si bemol* de Beethoven y el *Cuarteto en mi bemol* de Schumann, que fueron perfectamente interpretados por los señores Ainaud (violín), Brossa (violín), Estera (viola), Brandía (violoncelo) y Viñas (piano).

Teatro de la Naturaleza. – Pronto tendrá Barcelona un «Teatro de la Naturaleza.» El doctor Charry, que formaba parte de la delegación tolosana en su reciente visita, tuvo la idea de organizar una función de esta índole en el Parque Güell, con el asentimiento de su propietario, quien encargó al arquitecto señor Gaudí el establecimiento de los planos del escenario, para dar allí en la primavera próxima una gran representación al aire libre. La obra escogida es el *Edipo Rey*, con el concurso de Mounet Sully, de la Comedia Francesa, y con éste vendrán otros artistas de los principales teatros de París.

El doctor Charry, iniciador y organizador de dicho plan, es director del «Teatro de la Naturaleza» en Tolosa, donde el año pasado, lo mismo que en 1907, fueron representadas con gran éxito las obras maestras del arte teatral. Dicho señor dió también representaciones al aire libre en Luchón y en Carcasona, en las murallas de la ciudad antigua, siendo su obra muy conocida en el Languedoc y en Francia entera.

MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Engañar con la verdad*, comedia en un acto de Manuel Linares Rivas; en la Zarzuela *Las calderas de Pedro Botero*, fantasía cómico-infernal en un acto, letra de Sinesio Delgado, música del maestro Chapí; y *El castillo*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de Miguel Echegaray, música de los maestros Nieto y Ortells, y en Apolo *El árbol de Bertoldo*, juguete cómico-lírico en un acto, letra de Jackson Veyan, música del maestro Calleja.

PARÍS. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro des Arts *La tour du silence*, drama en tres actos de Luis Collijn.

Bellas Artes. — BARCELONA. – *Salón Parés.* – El eminente pintor Santiago Rusiñol ha expuesto últimamente una colección de cuadros, todos, menos uno, paisajes, en los cuales se refleja la personalidad especial de ese artista que siente la naturaleza con alma de poeta, que sabe escoger los temas que mejor se adaptan á su temperamento y que, al trasladarlos al lienzo, lo hace sin vacilaciones, seguro de su visión y de su sentimiento y encontrando siempre en su paleta la nota y el matiz justos para expresar la realidad que tan bien ha visto y tan admirablemente ha sentido. Entre los cuadros expuestos, todos notabilísimos, merecen especial mención *La vall*, *Montanya en vers*, *Primavera*, *Jardí del mar*, *La font d' Apol*, *Escala de Raixa* y *Porta senyorial*.

Necrología. — Han fallecido:

El cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos, uno de los más ilustres prelados franceses.

El conde de Muravieff, diplomático ruso, embajador de Rusia en Roma.

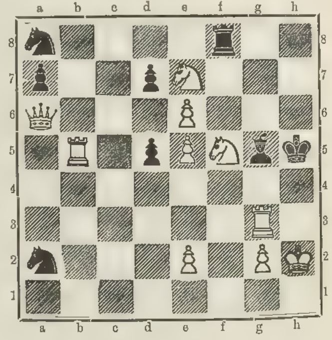
F. A. Gevaert, eminente musicógrafo belga, director del Conservatorio de Música de Bruselas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 511, POR V. MARÍN

1.er premio *ex-æquo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1905.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 510, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Dh1–c6	1. b7×c6
2. Cb5–a3	2. b4×a3 ú otra
3. Tb2–b8 ó b3 ó a2 mate.	

VARIANTES.

1..... e2–e1 (D); 2. Dc6–c1, etc.
d3–d2; 2. Tb2×b4 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Tb2×b4 jaq. ó Dc6–c1, etc.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Edmundo, profundamente conmovido, estrechó la mano al niño

El doctor hizo otro movimiento de cabeza, acompañado de un gesto poco tranquilizador.

—¿Por supuesto, que no puedo interrogarlo?, preguntó el comisario.

—Guárdese bien de hacerlo, recomendó el doctor. Bien que no le podría contestar.

—Voy á hacerle transportar á su casa y me adelantaré á prevenir á su familia. Ruego á usted, doctor, que permanezca al lado de ese hombre y lo acompañe... Tiene su domicilio ahí cerca, en la calle de las Abadesas.

Después de haber dado sus órdenes á los agentes de policía, que tuvieron que buscar una camilla, el comisario se fué á la dirección encontrada en el bolsillo del desesperado.

—¿No vive aquí el Sr. de Favreuse?, preguntó á la portera.

—Sí, señor comisario, contestó la guardiana de la casa, que reconoció en seguida al magistrado del barrio. Pero salió hará cosa de una hora.

—Ya lo sé. ¿Quién es ese hombre?

—Un excelente sujeto, señor comisario; un hombre muy digno..., pero muy desgraciado, á pesar de todos sus esfuerzos para salir de apuros; pero ¿qué quiere usted?, hay personas á quienes persigue la mala suerte.

—¿De modo que es desgraciado?

—A duras penas llega á cubrir sus necesidades, dijo la portera; no necesito que me lo digan para verlo. Porque el Sr. de Favreuse es hombre que habla poco.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¿Es casado?, preguntó el comisario.

—Sí, señor, pero no vive con su mujer. Habita aquí con sus dos hijos, dos jóvenes de veinte años, el señorito Edmundo y el señorito Luciano.

—¿Están en su casa en este momento?

—Sí, están... Tercer piso, puerta de la izquierda. ¿Pero qué pasa, señor comisario?, preguntó la portera llena de curiosidad y de aprensión.

—El Sr. de Favreuse ha intentado matarse, contestó el comisario.

—¡Ay, Dios mío!.., exclamó la buena mujer. Por eso le he encontrado yo un aire así, tan extraño, esta mañana... ¡Sí, sí, ponía una cara!.. Pero tiene el pobre tan pocos motivos de estar alegre, que yo estaba acostumbrada á verle triste. Mas el caso es que me pareció aún más triste que de ordinario.

—¿Habló con usted al salir?

—No; saludó con la cabeza, al pasar por delante de la portería, como de costumbre. Pero no ha muerto, ¿verdad?, preguntó la portera.

—No, pero dice el doctor que está perdido. Subo á prevenir á sus hijos. Espérese usted aquí, pues no tardarán en traerlo.

La portera hubiese preguntado aún muchas cosas; pero en el momento en que el comisario se disponía á salir de la portería, se presentó el cartero con la correspondencia, y sacando su libreta de certificados con una carta cerrada con cinco sellos de lacre encarnado, dijo á la portera:

—Para Mr. Edmundo de Favreuse.

—Tercer piso, á mano izquierda, indicó la portera, que añadió luego dirigiéndose al comisario: Es para el hijo.

El magistrado dejó subir al cartero delante y llegaron juntos á la puerta del piso.

El mismo Edmundo abrió.

Pareció tan sorprendido de la recepción de aquella carta certificada en cuyo sobre se leía *Valor declarado dos mil francos,* que no se le ocurrió mirar en el cuaderno del cartero el nombre del remitente. Pensó que lo sabría al leer la carta.

Esto había durado menos de un minuto, y el comisario, que había permanecido un poco apartado, se presentó entonces.

—¿El Sr. de Favreuse?.., dijo.

—Servidor, contestó el joven metiéndose la carta en el bolsillo.

—Soy el comisario de policía del barrio y vengo á dar á usted una mala noticia.

«¡Mi madre!..,»—pensó inmediatamente el joven con viva aprensión.

Y retrocediendo dos pasos en el estrecho vestíbulo, dijo en un tono de voz que revelaba su angustia:

—Sírvase usted pasar.

Luciano se presentó á su vez, después de haber oído las palabras del representante de la justicia.

—Mi hermano, dijo Edmundo para indicar que lo mismo podían hablar delante del uno que delante del otro.

Al comisario le asombró el extraordinario parecido de los dos hermanos. Edmundo y Luciano, conforme el Sr. Laroche había dicho á su hija, eran gemelos, y la semejanza entre ellos era tan completa, que sus padres no habían estado seguros, en un momento dado, de no confundirlos, llamando Luciano á Edmundo y viceversa. Luego habían adquirido la costumbre de vestir á los dos niños con trajes diferentes. Fueron éstos creciendo y el prodigioso parecido subsistió en todo, hasta en las menores modu-

laciones de la voz, en la risa, en la estatura, en el color del cabello y del bigote naciente que sombrea ba su labio.

La única desemejanza—apenas perceptible—consistía en las manifestaciones exteriores del ser revelando la diferencia de las almas: en los gestos, en la actitud, en la letra. Edmundo era, en lo moral, la fiel imagen de su padre, mientras que Luciano era el retrato de su madre. Sólo un psicólogo, profundo observador, hubiera podido notar aquel contraste íntimo de dos almas contenidas en dos cuerpos tan iguales.

El comisario de policía entró en el modesto comedor, cuya puerta acababa de abrir Luciano, y después de buscar sus expresiones, dijo gravemente:

—Su señor padre acaba de ser víctima de un accidente.

—¡Mi padre!, exclamó Edmundo en una súbita explosión de dolor.

—Un grave accidente, añadió el comisario.

—¡Muerto!..

—No, el Sr. de Favreuse no ha muerto.

—¡Oh, caballero, díganos usted la verdad!, imploró el joven.

—Les aseguro á ustedes que su padre no ha muerto, repitió el magistrado.

—¿Qué le ha ocurrido?, preguntó Luciano.

—El Sr. de Favreuse tenía grandes disgustos, ¿no es cierto?

Edmundo se puso colorado.

—Sí, señor, confesó en voz baja. Nuestro padre ha tenido grandes desgracias y grandes penas en su vida... Entonces...

—¿Padece una enfermedad grave?, preguntó el comisario.

—Una enfermedad del corazón que se ha agravado de unos cuantos meses á esta parte y le impedía dedicarse á sus ocupaciones habituales, pues le está prohibida la menor fatiga.

—¿No les ha parecido alguna vez que su padre deseaba la muerte para acabar de sufrir?

Estas palabras fueron una revelación para Edmundo de Favreuse.

—¿Mi padre se ha suicidado?.., preguntó con voz sacudida por las más crueles angustias. ¡Ha muerto!

—No, afirmó el comisario. No ha muerto. Intentó matarse.

—¡Se lo han impedido!

—Desgraciadamente no se ha podido desviar el arma con la cual se ha herido, pero se le han prodigado los cuidados más asiduos... Por desgracia, la herida es grave.

—¡Oh, pobre padre mío!, gimió Edmundo con un sollozo desgarrador, atrayendo á sí á su hermano y ocultando el rostro bañado en lágrimas sobre su pecho. ¡Pobre padre mío!..

—Es una dolorosa misión que me incumbe, prosiguió el comisario de policía, emocionado ante el espectáculo de aquel lastimoso dolor. ¡Es preciso tener valor, muchachos!..

Luciano lloraba también sosteniendo á su hermano, pero su dolor era ciertamente menos profundo que el de Edmundo.

Educado lejos de su padre, le había conocido menos y amado menos quizá, absorbido en su afección por su madre, que le había querido exclusivamente para ella. Sólo hacía algunos meses que estaba con su padre y su hermano.

El comisario de policía oyó ruido en el exterior. Oyó el movimiento del gentío en la calle y numerosos pasos en la escalera de la casa.

—Sí, hay que tener fortaleza, añadió con una compasiva benevolencia, porque llegó el momento en que van ustedes á tener necesidad de todo su afecto para cuidar de su desgraciado padre...

Esto dicho, abrió la puerta del piso.

La portera precedía á los hombres de la camilla para indicarles el camino.

—¡Padre mío, padre mío!.., gritó Edmundo precipitándose al encuentro del triste convoy.

Luciano le siguió.

Para subir la escalera se había tenido que sacar al Sr. de Favreuse de la camilla, y dos hombres vigorosos lo llevaban en brazos, mientras que el doctor sostenía su cabeza colgante, cuyo rostro lívido y cuello envuelto en un vendaje ensangrentado causaban una penosa impresión.

Perdido en medio de las personas allí aglomeradas y de los agentes de orden público, seguía Pablito, que había querido acompañar al infeliz socorrido por él, y los agentes le habían dejado hacer, porque se le podía necesitar para el parte que había que extender.

La señora Landry y Rosita le acompañaban.

El comisario de policía detuvo á Edmundo, que iba á precipitarse, loco de pena, sobre el inanimado cuerpo de su padre, y trató de reconfortarle con algunas palabras de consuelo.

—¡Mi padre ha muerto!, gimió sollozando.

—No, le aseguro á usted que vive, le dijo el magistrado.

—Ha vuelto á desmayarse, añadió el médico.

La portera, que conocía el piso, abrió la puerta del cuarto del Sr. de Favreuse.

—¡Por aquí!.., indicó á los hombres que llevaban al herido. ¡Dios mío..., esos pobres muchachos!.., dijo llena de compasión. ¡Pobre señorito Edmundo!

Los dos hermanos siguieron, cogidos de la mano, enjugándose las lágrimas que no cesaban de verter.

Colocaron al herido sobre su cama, y en seguida, afluyendo la sangre al cerebro, se disipó el desmayo.

El médico se había instalado á la cabecera, observando los movimientos del rostro del Sr. de Favreuse.

Edmundo y Luciano, cerca de él, mudos, sin atreverse ya á pronunciar una palabra, luchando entre una débil esperanza y los temores más terribles, contenían su dolor, y sus miradas, á través de las lágrimas, iban alternativamente de su padre al doctor.

El comisario de policía y los agentes hicieron retirar á todo el mundo. Sólo quedaron en el piso la portera, la señora Landry, Rosita y Pablo.

El Sr. de Favreuse habría recobrado el conocimiento.

Sus ojos buscaron un instante en torno de él, como si tratase de darse cuenta de lo que ocurría, y sus miradas encontraron á sus hijos.

Levantó débilmente la mano, que Edmundo se apresuró á coger, sin fuerza para pronunciar una palabra.

El herido entreabrió los labios é hizo un esfuerzo para hablar sin conseguirlo.

Pintábase en su rostro un sufrimiento terrible.

El doctor cogió un frasco que contenía un cordial que ya había administrado y vertió unas cuantas gotas entre los labios del Sr. de Favreuse.

Luego escribió rápidamente algunas líneas en el respaldo de una de sus tarjetas, y rogó á uno de los agentes de orden público que fuese á la farmacia en busca de los medicamentos indicados.

El comisario de policía necesitaba conocer las causas de aquel acto de desesperación, no sólo para consignarlo en su parte, sino para hacer lo que la humanidad exigiese en interés de aquella familia cruelmente perseguida por la desgracia.

No quería avivar el dolor de los dos jóvenes sometiéndolos á un interrogatorio. Por otra parte, le hubiera faltado valor para alejarlos de la cabecera de su padre.

Pero pensó que podría dirigirse á la portera, que parecía muy al corriente de su vida, y antes, viendo al muchacho que había socorrido al Sr. de Favreuse con tanta inteligencia y sangre fría, quiso felicitarlo antes de despedirlo.

Dándole paternalmente una palmadita en la mejilla, le dijo:

—Te has portado como un hombrecito, y es á ti sin duda, como ha dicho el doctor, á quien esos señores pueden agradecer el haber vuelto á ver á su padre vivo.

Pablo se ruborizó tímidamente al oirse elogiar.

Los hijos del Sr. de Favreuse, que habían oído, se volvieron.

—¡Este niño!.., dijo Luciano.

—Se encontrata al lado de su padre de ustedes en el momento en que se pegó el tiro, refirió el comisario, y con tanta abnegación como presencia de espíritu acudió á socorrerlo, y contuvo, aplicando su pañuelo sobre la herida, la hemorragia, que hubiera determinado indudablemente una catástrofe inmediata.

Edmundo, profundamente conmovido, estrechó la mano al niño, á quien atrajo contra su pecho.

—¡Gracias!, le dijo con voz quebrantada. ¡Gracias!

E incapaz de articular una palabra más, pues parecía que la voz no podía pasar por su garganta dolorosamente apretada, se inclinó y besó al niño con tierna gratitud.

Luciano también le estrechó la mano y balbuceó algunas palabras de agradecimiento.

—Si lo que hice puede salvar á su padre, dijo confuso el muchacho, me alegraré infinito.

—Ven, amiguito, dijo el comisario.

—Sepamos al menos su nombre, preguntó Edmundo. ¿Cómo te llamas?

—Pablo..., contestó el sobrino de Bourasse.

—Pablo Galoux, completó la señora Landry. Es sobrino de un vecino nuestro, calle de Galande.

—No olvidaremos tu nombre, dijo Edmundo hablando en nombre de su hermano y en nombre propio, y si algún día nos lo permite Dios, te probaremos nuestra gratitud.

El comisario de policía condujo entonces á Pablo, lo mismo que á la señora de Landry y á Rosita, al comedor, donde les siguió la portera.

A instancias del magistrado, la madre de Rosita explicó detalladamente lo que había pasado, diciendo en virtud de qué circunstancias se encontraba en Montmartre con los dos niños, y el comisario apuntó los nombres que ella indicó, el suyo, el de Pablito y el de su tío Bourasse, carbonero en la calle de Galande.

Después de felicitar nuevamente al niño, les invitó á retirarse y se quedó solo con la portera.

—Parece usted al corriente, le dijo, de la existencia de sus inquilinos. Sin duda hace tiempo que viven aquí.

—¡Oh! Sí, señor comisario, pronto hará siete años, si mal no recuerdo..., pero estoy al corriente porque, durante todo ese tiempo, he tenido á mi cuidado el arreglo y limpieza del piso del Sr. de Favreuse y naturalmente, al cabo de tantos años, concluye una, por saber muchas cosas, sobre todo cuando esos señores, y principalmente el señorito Edmundo, eran muy afables conmigo... ¡Oh, no son nada orgullosos!

—¿Cómo se llama usted?

—Paulina Lamasson, contestó la portera; pero me llaman siempre señora Claudia, porque mi difunto marido se llamaba Claudio.

—¿A qué causa piensa usted que se pueda atribuir el acto de desesperación del Sr. Favreuse?.., preguntó el comisario. ¿A la enfermedad que sufría?.., ¿á pérdidas de dinero?.., ¿ó á qué otra causa?..

—Seguramente un poco á todo eso, dijo la viuda Lamasson; pero debe ser sobre todo á causa de la miseria, porque pasaban grandes apuros, como ya he dicho. Hay también la enfermedad, sobre todo desde que el Sr. de Favreuse recibió la visita de su mujer, de la cual está separado, y volvió á tomar á Luciano con él... ¡Ah! Desde aquel día, el pobre ha cambiado á ojos vistos, su dolencia ha ido de mal en peor, y cuando uno es pobre y sufre alguna enfermedad por añadidura, hay para cobrarle asco á la vida.

—¿Quizás hubo grandes disentimientos entre el Sr. de Favreuse y su esposa..., escenas penosas..., amarguras?

—¡Oh! Sí, señor comisario, contestó la portera cerrando la puerta del corredor, á fin de podar hablar mejor á sus anchas. Aun cuando no fuese más que el día en que ella vino... ¡Hubo un altercado que hizo mucho daño al Sr. de Favreuse!

—¿Qué pasó?

—Los esposos vivían separados desde hacía años, separados por la ley, había habido una sentencia del tribunal. El padre se había quedado con el señorito Edmundo y la madre con el otro hijo. Pero ella, es una mujer que ha derrochado una fortuna; según he oído decir, es la causa de su ruina; porque antes estaban riquísimos... ¡Son nobles!.. Imagínese usted la pena de ese pobre hombre que ha visto desaparecer todo cuanto poseía á causa de las locuras de esa mujer!.. Le embargaron y vendieron todo el mobiliario en la casa que habitaba antes de venir aquí. Daba lástima ver llegar á ese hombre tan distinguido con las manos en la cabeza... ¡Daba verdadera lástima!

—¿Antes de ese altercado á que usted se refiere, preguntó el comisario, el Sr. de Favreuse no había vuelto á ver á su mujer?

—¡Nunca!.. ¡Oh, nunca!, declaró enérgicamente la portera, había sufrido demasiado á causa de ella... Y, sin embargo, á pesar de todo, nunca profería una palabra dura ó despreciativa para ella en presencia de su hijo. Quería que el señorito Edmundo viviese ajeno á esos disentimientos, á fin de que nada debilitase el respeto y el afecto que debía á su madre... ¡Pero cuántas veces le sorprendí llorando al ver lo que pasaba! ¡Oh! Esa mujer, señor comisario, ¡cuánto daño ha hecho!.. Ella es la causa de todo.

»Desde su separación, refirió la señora Claudia, había tenido el señorito Luciano con ella. Los dos muchachos estaban en el colegio, y el Sr. de Favreuse pagaba por ambos. El pobre hombre se mataba trabajando, sin lograr salir de apuros. Se comprende, con tantos gastos..., sin contar los acreedores que le acosaban. Además, cuando no se ha tenido la costumbre de trabajar en la juventud, como el Sr. de Favreuse, que había vivido de rentas, es más penoso cuando hay que ponerse á trabajar á la edad en que se debería descansar, sin contar con que es más difícil tocar buenos resultados... ¡Ah! El pobre ha hecho cuanto ha podido; puedo decirlo porque lo he visto!

»Mientras tanto, la señora de Favreuse continuaba llevando la gran vida, gastando todo el dinero que podía procurarse. Heredó una pequeña suma, que le duró muy poco tiempo. Después pidió prestado, y finalmente, cuando hubo agotado sus recur-

sos y su crédito, cuando vió que no le quedaba más que la pequeña pensión que su marido le enviaba todos los meses, privándose él de lo necesario, vino con su hijo Luciano. ¡Ay, qué golpe para ese pobre Sr. de Favreuse!.. Afortunadamente, el señorito Edmundo no se encontraba aquel día en casa... Esa mujer pretendía volver á la vida conyugal, y había venido con la intención de quedarse. El Sr. de Favreuse se enfadó mucho; le indignó tanta imprudencia, y con razón, porque ella misma había pedido la separación. El Sr. de Favreuse se contuvo porque el señorito Luciano estaba presente, y no dijo todo lo que pensaba delante de él; pero manifestó á su esposa que todo había concluído entre ambos y la despidió. Estoy segura que, de estar solo con ella, la hubiera arrojado de su casa.

»Quedóse con su hijo, eso sí. Le dijo á ella: «Luciano vivirá conmigo, pues yo me encargo de mis dos hijos, y éste ha sido ya demasiado tiempo testigo de sus deplorables ejemplos. ¡Me lo quedo y cumpliré con mi deber!» Pero después de aquella escena, el desdichado estaba blanco como un sudario; le temblaban las manos, á causa de los esfuerzos que hacía para contener su cólera, y después de haberse marchado su mujer, se dejó caer en una silla y lloró como un niño. Desde aquel día empezó á declinar la salud del Sr. de Favreuse. La enfermedad del corazón que había contraído en medio de sus penalidades, se agravó súbitamente. Casi cada día le daban síncopes y se le veía perder las fuerzas. ¡Ay, señor comisario!, no me extraña que haya querido acabar de una vez; le ha faltado valor para continuar una lucha imposible. No podía ya hacer nada, y los acreedores no se cansaban de perseguirle.

—Creo, en efecto, dijo el comisario de policía, que tal debe haber sido la causa de su funesta determinación.

—¡Oh, con seguridad, no ha sido otra cosa!, afirmó la portera.

Se oyeron sollozos y la voz de ambos hermanos que llamaban á su padre.

—¡Dios mío!.., exclamó la señora Claudia. ¡Ese pobre hombre va á morir!..

—Según ha dicho el doctor, la herida es mortal, contestó el comisario.

Ambos pasaron al cuarto dormitorio.

El Sr. de Favreuse se estaba muriendo.

El doctor había hecho todo lo posible para salvarlo. Sin retirar la compresa que cerraba la horrible herida, la había empapado de una solución de percloruro de hierro. Pero el proyectil, que no había sido posible extraer, causaba atroces sufrimientos al infeliz.

Al mismo tiempo, éste sentía que sus fuerzas se agotaban y procuraba hacer acopio de la energía necesaria para hablar algunos instantes con sus hijos, á fin de explicarles su determinación y pedirles que le perdonasen su muerte, antes de perderlo para siempre.

El médico había tratado de oponerse, pero su oposición fué inútil.

—¡No me salvará usted!, dijo el Sr. de Favreuse con voz apagada. Siento que me quedan pocos instantes de vida... Puesto que Dios no ha querido que muriese en el acto, déjeme al menos dar á mis hijos mi suprema despedida.

—¡No digas eso, padre!.., imploró Edmundo. ¡No morirás!.. ¡Te salvaremos!..

—No.. Siento que será imposible, contestó el moribundo. Y además, ¿de qué serviría?

—¡Padre, padre!, exclamaron sollozando los dos jóvenes inclinados sobre el lecho de dolor.

—¡Padre, vivirás!.. Dios hará este milagro si es preciso, dijo Edmundo.

—¡Dios!.. A él le pido que me perdone este acto de desesperación..., dijo el Sr. de Favreuse, como os pido á vosotros, hijos míos, que me lo perdonéis también!

La portera, que llegaba en aquel momento con el comisario, oyó estas últimas palabras.

—Pide un sacerdote, dijo ella. Voy á llamar al P. Josset, que vive en esta casa; es uno de los vicarios de nuestra parroquia.

Corrió al piso de abajo y volvió en seguida con el vicario, á quien puso al corriente en pocas palabras.

—Hijos míos, dijo el moribundo en presencia del sacerdote, reuniendo las manos de Edmundo y de Luciano en una de las suyas, ¡perdonadme el haber querido darme la muerte, como pido perdón á Dios con todo mi corazón!.

Ambos jóvenes sollozaban en silencio.

El Sr. de Favreuse no parecía preocuparse de la presencia del P. Josset, del doctor ni del comisario de policía. La portera se había quedado á la entrada del cuarto profundamente impresionada.

—Sabéis muy bien, continuó el infeliz, los esfuerzos que he hecho para reparar los desastres que mi debilidad y mi amor dejaron caer sobre nosotros... Mi vida no tenía más objeto que reparar la ruina que dejé abrirse á mis pies, asegurar de nuevo el porvenir comprometido por mí. A este fin, trabajé con ardor, y no hubiera perdido las esperanzas si no me hubiesen abandonado las fuerzas.

Edmundo, dolorosamente emonionado, quería suplicar á su padre que no continuase; pero el Sr. Favreuse le impuso silencio con una mirada y continuó:

—La enfermedad me agobió, arrebatándome las fuerzas y haciendo inútil mi valor.. En vez de acercarme al término de rehabilitación y restablecimiento que me había propuesto, le veía alejarse de día en día, y ya, incapaz de luchar, empezaba á ser para vosotros una carga...

—¡Oh! No protestes, hijo mío, añadió vivamente el moribundo, que detuvo así una afectuosa explosión de abnegación en los labios de Edmundo. Mi mal no tenía cura..., bien lo había comprendido... ¡Estaba seguro!.. Os ocultaba mis sufrimientos, á fin de no alarmaros; pero temía el momento en que el mal me postrase definitivamente en cama, en que hubiera podido vivir aún mucho tiempo, testigo impotente de vuestra ternura y de vuestra actividad. ¡Cuando ya no esté aquí, podréis continuar lo que no he podido hacer yo, y esto es lo que, antes de morir, quiero haceros prometer á ambos!..

—Padre, dijo Edmundo, tú me conoces, como yo conozco todos tus dolores...

—Sí, ya sé..., tengo confianza en ti.

Y volviéndose hacia Luciano:

—Pero tú, hijo mío; tú, de quien he vivido tanto tiempo separado; tú, que no he podido formar de mi ternura, ¿me prometes secundar á tu hermano, trabajar con ardor como él, á fin de devolver á nuestro nombre, á ese nombre honroso que os lego, los derechos á la estimación y á la consideración que han sido comprometidos?..

—¡Sí, padre, te lo prometo!.., contestó el joven.

—El honor no resulta intacto cuando se tienen deudas, cuando se ha hecho perder dinero á los demás y no se les puede reembolsar... Esto era, bien lo sabéis, la preocupación de mi vida... Encontraréis en mis papeles notas precisas, indicando todas las cantidades que debo... Trabajaréis para llevar á término esa obra sagrada..., doblemente sagrada porque es una obra de honor y el voto supremo de vuestro padre moribundo...

—¡Te lo prometemos!.. ¡Te lo juramos!, contestaron á la vez Luciano y Edmundo.

—Esa tarea os será en lo sucesivo más fácil, continuó el Sr. de Favreuse, cuya voz se extinguía gradualmente. Hoy sois ya hombres, tenéis veinte años, estáis en la edad del trabajo y de la fuerza... ¡Ah, pobres hijos míos! Es una existencia muy dolorosa la que os impongo..., pero os lo pido con todo mi corazón... Y desde arriba velaré sobre vosotros... Rogaré á Dios, que me perdonará mi desesperación, le rogaré que os sostenga, que os proteja... ¡Edmundo..., Luciano..., hijos míos!..

Los dos jóvenes sintieron la mano fría de su padre estrechar la suya con una energía suprema.

—¡Padre!.., exclamó Edmundo prorrumpiendo en sollozos que ya no podía contener. ¡Oh, Dios mío, os lo suplico, dejadme mi pobre padre!..

—¡Padre!, dijo á su vez Luciano, ¡padre, no nos dejes!

—¡Adiós..., hijos míos!.., balbuceó la apagada voz del moribundo. ¡Os bendigo!..

Y extendió su mano descarnada encima de las cabezas de sus hijos arrodillados, repitiendo:

—¡Os bendigo!..

El sacerdote, que oraba, extendió á su vez la mano derecha sobre aquel lecho fúnebre.

—Dios, que ve tu arrepentimiento y tus méritos, pronunció, te perdona, y yo, en su nombre, te absuelvo.

—¡Adiós, Edmundo..., Luciano!.. El honor de nuestro nombre..., pudo aún decir el Sr. de Favreuse. ¡Adiós!..

Espantosos sollozos sucedieron á las últimas palabras del desesperado, cuyos ojos acababan de cerrarse para siempre, y los dos jóvenes se levantaron para abismarse llorando sobre el inanimado cuerpo de su padre, que cubrieron de besos y de lágrimas.

Los testigos de esta escena cruel respetaron su dolor, que se agotó lentamente en su misma violencia, y cuando se alzaron, el cura interrumpió sus preces para coger á Edmundo por la mano, mientras el comisario de policía se llevaba á Luciano por su lado, para consolarlos y animarlos.

El doctor comprobó las señales aparentes de la muerte, y la portera descolgó de la cabecera un crucifijo que colocó sobre el pecho del Sr. de Favreuse, cuyas manos juntó.

La dolorosa impresión causada por el dramático suceso del cual habían sido testigos, había de tardar en disiparse en la señora Landry y en los dos niños que la acompañaban.

Bajando las calles de las Abadesas y de los Mártires, para ir á tomar en la plaza Pigalle el ómnibus que debía transportarlos á su barrio, hablaban del acontecimiento en voz baja, pues Pablo y Rosita interrogaban á la excelente mujer.

Querían comprender qué espantosa desesperación, qué irreparable desgracia había conducido á aquel hombre al suicidio, y la señora Landry se lo explicaba lo mejor que podía.

—Es un noble, dijo Rosita. ¿No oíste? Se llama el Sr. de Favreuse.

—¡Ay, hija mía!, contestó la madre, los nobles tienen sus desgracias como los demás.

—¿Entonces, es porque ya no tenía dinero por lo que se mató ese pobre señor?

—Ha sido á la vez á causa de la miseria y de la enfermedad que padecía, á lo que yo he comprendido.

—Pues bien, nosotros tampoco somos ricos, añadió la niña, y papá ha estado muy enfermo, cuando no trabajaba... ¡También hubiera podido matarse!..

—¡No digas esas cosas!.., replicó vivamente la señora Landry, á quien semejante perspectiva espantó. Tu padre no hubiera hecho nunca eso!..

—¡Oh, no; ya lo sé!

—Seguramente somos aún más pobres que esa gente, pues pronto hará un año que tu padre se halla sin trabajo y yo gano demasiado poco para los cuatro. ¡Dios nos preserve de tal desgracia!.. ¡Nunca se debe perder la esperanza ni la confianza!.. ¡Si Dios quiere, acabaremos por salir de apuros!..

—Sin Pablito, repuso la niña, ese señor hubiera muerto en el acto; él médico lo ha dicho.

Dijo esto con cierto orgullo, contenta de los elogios que se habían prodigado á su amigo.

—Ha tenido una sangre fría y un valor magníficos, contestó la señora Landry.

«Hiciste una buena acción, Pablito, añadió volviéndose hacia el muchacho. ¿Oíste lo que dijo el señor comisario de policía?.. Sin ti, el Sr. de Favreuse hubiera muerto en el acto, y sus dos pobres hijos, que hemos visto tan desolados, no hubiesen tenido el consuelo de volver á ver vivo á su padre.

Rosita estaba orgullosa de su amiguito. Parecíale que el mérito de su intervención, que el brillo de su buena acción irradiaba en su rostro y le designaba á las personas que encontraban en la calle como un ser superior á los demás.

Su corazón, lleno ya de amistad por él, se sabía henchido por una incandescencia de afecto y su alma ingenua experimentaba las emociones de una dicha inexplicable.

En su modesto vestido blanco que recogía en sus brazos, sujetando los pliegues embarazosos del velo, marchaba feliz al lado de él, como si sintiese redundar sobre ella algo de su superioridad, pues le encontraba superior á todos los demás, como ya le había parecido el más hermoso.

Parecían dos pequeños novios, con sus trajes de primera comunión, y sin duda, sin que ellos se diesen cuenta, se formaban ya en las profundidades misteriosas de sus almas infantiles un lazo que subsistiría y les uniría más tarde entre sí.

Pablo contestó confusamente á los elogios de la madre de Rosita, no sabiendo qué decir en su modestia ingenua, y el paso del ómnibus, que encontraron en el bulevar de Clichy le sacó de su embarazo.

Durante el trayecto fué difícil hablar, porque yendo el coche casi lleno, la señora Landry y los dos niños se encontraron separados por otros viajeros.

Al bajar del ómnibus, en la plaza Maubert, la señora Landry y Rosita acompañaron á Pablo hasta la carbonería, donde la primera refirió lo que había pasado.

Sofía Galoux y sus hijos felicitaron al muchacho; pero Bourasse, que había hecho muecas y meneado la cabeza durante el relato de la señora Landry, intervino diciendo:

—No, no, yo no opino lo mismo. ¿A qué proporcionarse disgustos ocupándose de las cosas de los demás?.. Lo mejor es no meterse en nada.

—Sin embargo, replicó Sofía, el muchacho no ha hecho ningún mal acudiendo en socorro de ese señor.

—No digo que haya hecho algún mal, repuso Bourasse, pero ello nada le importaba... Si ese señor quiere matarse, es muy libre de hacerlo, ¡qué diablos!.. Y todo eso da lugar á historias..., el comisario de policía, todo el mundo..

(Se continuará.)

VARIEDADES CIENTÍFICAS

APARATOS PARA DESCUBRIR AGUAS SUBTERRÁNEAS

EL ACUSTELO DAGUIN

Los problemas de la busca de aguas revisten de día en día mayor importancia y es grande el número de los zahoríes que dicen haberlos resuelto; pero la ciencia se niega á dar crédito á esos adivinadores, y aunque los prácticos utilitarios quieren afirmar la eficacia real de sus procedimientos ó de sus aptitudes, no les es dado todavía demostrarla á causa de los resultados contradictorios obtenidos ó de las puerilidades con que la han explicado. En efecto, ¿qué pensar de uno de esos zahoríes que de siete veces cinco aciertan en sus previsiones, prestando con ello señalados servicios, pero que no pueden ó no quieren dar una definición clara de su modo de proceder y que, por añadidura, pretenden adivinar, por medio de una varita eléctricamente combinada con diversos metales, el sexo de los huevos, la índole de los remedios que han de prescribirse á los enfermos, los yacimientos de minerales, los tesoros, etc?



Fig. 1. – Acustelo Daguin, aparato para descubrir aguas subterráneas

Hace poco recibí de un corresponsal de Palencia (España) una carta curiosa y á la vez desconcertante: en las manos de ese individuo, la varita adivinatoria determina milagrosamente el sitio de las corrientes subterráneas, su dirección, su profundidad, sus cambios de orientación, etc., y lo determina lo mismo yendo en coche que en ferrocarril que estando en el último piso de una casa. Sus éxitos son incontables, pero cada vez más sufre los daños que esa sensibilidad especial causa á su sistema nervioso, produciéndole cefalalgias, dolores en la columna vertebral y otros males indeterminados y desconocidos, debidos á las emanaciones continuas eléctricas y magnéticas de las corrientes, hasta el punto de que ha tenido que abandonar su domicilio, por debajo del cual pasaban, según él dice, corrientes demasiado intensas.

De buen grado le creemos bajo su palabra; pero nuestro juicio definitivo queda en suspenso, como el que nos merecen todos los zahoríes, cuando el tal sujeto nos dice «que, en general, las corrientes son paralelas y equidistantes (de cuatro á cinco metros por término medio), con una gran regularidad, pero sin juntarse en una extensión de varios kilómetros; y que en Lourdes y en Burdeos la distancia que separa las corrientes es sólo de tres metros y medio, y en Bayona de cuatro.» Todo esto, en efecto, está muy poco conforme con los caprichos, hoy bien conocidos, de las circulaciones subterráneas, así de las capas de agua (terrenos detríticos), como de las redes de fracturas (terrenos hendidos), para que pueda aceptarse como bueno.

En una palabra, la cuestión de los zahoríes no avanza seriamente ni un solo paso.

Más científica, puesto que se basa simplemente en las leyes físicas de la propagación del sonido, es la aplicación del acustelo Daguin mediante un aparato (fig. 1), que ha sido objeto de una nota presentada recientemente en la Academia de Ciencias de París por los Sres. Dienert, Guiller y Marsec.

El aparato construído por los Sres. Ducretet hijo y Roger, se funda, como hemos dicho, en los principios del acustelo Daguin, ó corneta analizadora de los sonidos. Es simplemente una corneta acústica, provista en su interior y en su parte inferior de un pequeño cono, cuya base está vuelta hacia el extremo estrecho de aquélla. El Sr. Dienert ha hecho añadir al aparato una doble envoltura, una vaina especial, que cubre la corneta interior á fin de impedir que el aire exterior produzca ruido al soplar contra las paredes del instrumento, ruido que ofuscaría el que se trata de distinguir y que procede del movimiento de las aguas subterráneas.

Para utilizar el aparato se practica en el suelo un hoyo de 30 á 40 centímetros, ó se coloca aquél en el agua de un recipiente puesto muy plano en el suelo; se introduce ligeramente la base del instrumento y se aplican al oído las boquillas de los tubos de caucho. El ruido de agua subterránea que de este modo se oye es continuo y causa la impresión del que produce el viento en un bosque, siendo particularmente intenso cuando procede de una galería, pues el aire de ésta resuena y facilita, reforzándola, la propagación de la onda sonora.

Este fenómeno ha sido especialmente observado en *Pozo Bottin*, cerca de Villeneuve sur-Yonne.

El acustelo Daguin, modificado de esta manera, puede servir también para encontrar los hurones perdidos en las madrigueras.

Gracias á la cooperación del Servicio de las Aguas de la ciudad de París, han podido efectuarse varias pruebas en cuatro distintos sitios del acueducto del Avre, entre Vaucressón y Garches:

1.° Delante de Vaucressón, llega á un pozo de 60 metros de profundidad un manantial de 10 litros por minuto que desciende por un tubo, cortado á 80 centímetros sobre el fondo y cuya altura vertical es de unos 30 metros. En aquel primer punto, el acustelo percibió el rumor sordo producido por la corriente del agua, y lo percibió hasta un alejamiento lateral de 160 metros.

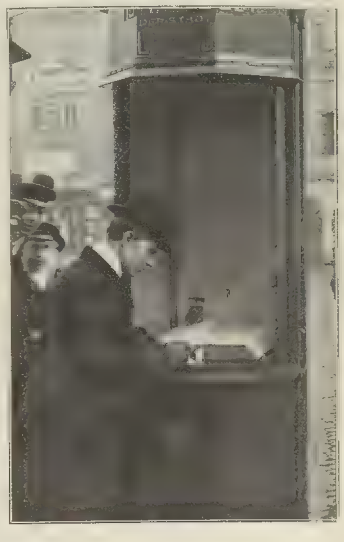
2.° En un sitio en donde el agua estaba á 44 metros de profundidad y procedía de un manantial de 12 litros por minuto que descendía por un tubo cortado á cosa de un metro del fondo con una altura de caída de unos 25 metros. Uno de los dos experimentos efectuados en aquel sitio reveló la existencia de filtraciones en el suelo; la caída de las gotitas producía en el aparato el efecto del sonido de campana.

3.° En otro lugar, en un pozo de 26 metros de profundidad, la proximidad de la carretera, con el ruido de carruajes, impidió percibir la salida del agua.

4.° Cerca de la estación de Garches, el atabe está á tres metros de profundidad, y aunque no hay salto, el aparato percibió perfectamente el ruido del agua al chocar con una pequeña estacada. Y habiendo descendido un individuo al atabe, el acustelo transmitió el ruido del silbido y de las pisadas del mismo que sólo con el oído era imposible percibir.

Fig. 2. – El descubridor automático de aguas subterráneas, invento de los Sres. Mansfield y C.ª, de Liverpool.

Es de desear que esos experimentos se continúen y que se comprueben con cuidado los datos obtenidos en los trabajos que se realicen siguiendo las indicaciones del acustelo.—E. A. MARTEL.



Quiosco automático en el que, mediante la introducción de una moneda, puede consultarse la guía de una ciudad. (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL DESCUBRIDOR AUTOMÁTICO DE AGUA DE MANSFIELD Y C.ª

Más práctico que el acustelo Daguin parece ser el descubridor automático que fabrica la casa Mansfield y C.ª, de Liverpool (fig. 2). Es un aparato sencillo con el que cualquiera persona, por poca experiencia que tenga, puede fácilmente determinar la existencia de un manantial ó corriente de agua en cualquier sitio en donde desee emprender trabajos de perforación.

La acción principal del aparato, que indica la presencia del agua hasta 1.000 pies de profundidad, registra la fuerza de las corrientes eléctricas que circulan siempre entre la tierra y la atmósfera, y cuya intensidad aumenta en la proximidad de las corrientes de agua subterráneas.

Si debajo del sitio en que se coloca el aparato hay algún manantial subterráneo, la aguja del cuadrante comienza á moverse; tomando nota exacta de grados marcados en la escala y cambiando varias veces la posición del aparato, el sitio en donde se hayan registrado los movimientos acentuados de la aguja será el indicado para emprender las operaciones de perforación.

Si la aguja permanece inmóvil será prueba de que no existe ningún manantial en el lugar en donde se haya situado el aparato.

Las observaciones habrán de hacerse siempre entre las ocho y las doce de la mañana y entre las dos y las cinco de la tarde, porque estas horas son las de mayor actividad en las corrientes verticales del aire; y será conveniente hacerlas en un día despejado, pues el aparato no funciona tan bien cuando la atmósfera y la tierra están saturadas de humedad. Tampoco funciona en las inmediaciones de edificios de hierro ó debajo de los árboles.

El aparato señala los manantiales y corrientes de agua subterráneas en su estado natural, no los manantiales ó corrientes á flor de tierra.

Este aparato se construye de dos tamaños: uno para determinar la presencia de aguas subterráneas á profundidades hasta de 1.000 pies, y otro para profundidades hasta de 500 pies; el precio es 100 y 50 libras esterlinas (2.500 y 1.250 pesetas) respectivamente.

Los informes que numerosos hombres de ciencia han emitido sobre el descubridor automático de agua son en extremo favorables y demuestran las ventajas del aparato de la casa Mansfield y C.ª, de Liverpool.

Fig. 1. – Rejilla de calefacción sistema Le Roy

UNA APLICACIÓN ÚTIL
DE LOS DISTRIBUIDORES AUTOMÁTICOS

Desde que se instalaron los primeros aparatos automáticos en los sitios públicos, han aumentado prodigiosamente las aplicaciones de los mismos. Comenzaron por ser distribuidores de golosinas, pero luego han sido destinados á usos más útiles, y en la actualidad los hay para un sin fin de objetos que responden á verdaderas necesidades y prestan muy convenientes servicios. Y todo ello por una modesta moneda de diez céntimos, que al ser introducida en una ranura especial hace funcionar el aparato y obtener de éste lo que se desea.

Recientemente en varias ciudades de Alemania se han montado unos quioscos automáticos en los que, por el procedimiento indicado de la introducción de una moneda de diez pfeniges, puede consultarse la guía de la población. Al echar la moneda, el quiosco se abre, poniendo á la disposición del público la guía ó libro de direcciones; una vez hecha la consulta que se desea, se oprime un botón y el quiosco se cierra. En el interior de éste se leen varias advertencias, entre ellas la de que después de quince minutos de abierto, el quiosco se cierra por sí solo, y la de que será criminalmente perseguido el que voluntariamente estropee el aparato, concediéndose una recompensa á todo el que formule una denuncia en términos bastante precisos para poder castigar al autor del daño causado.

Ocioso nos parece llamar la atención sobre las ventajas que estos quioscos ofrecen muy especialmente á los forasteros, desconocedores de una ciudad.

LA CALEFACCIÓN DE LOS HORNOS DE PAN
POR LA ELECTRICIDAD

La calefacción eléctrica ha hecho grandes progresos en estos últimos años, siendo innumerables sus aplicaciones, sobre todo para usos domésticos. Actualmente se estudia la realización, en condiciones prácticas, del horno eléctrico de pan, que ofrece, entre otras ventajas, la de la absoluta limpieza, graduación exacta de la temperatura, la economía, la rapidez del trabajo y la evitación del peligro de incendio. Hasta ahora oponíase, sin embargo, á su generalización el precio de la energía eléctrica y los detalles de construcción, pero al presente ambas dificultades se han resuelto, si no del todo, en gran parte. En cuanto al precio, sabido es que muchas fábricas proporcionan la energía eléctrica con gran rebaja en las horas de noche, que es precisamente cuando funcionan principalmente los hornos de pan; y por lo que hace á la construcción, los perfeccionamientos introducidos en los radiadores eléctricos han reducido el consumo de estos aparatos y aumentado su resistencia.

En la exposición de electricidad hace poco celebrada en Marsella pudo verse funcionar continuamente durante meses un horno eléctrico de pan en condiciones excelentes. Ese horno, de 1'92 metros de alto por 1'47 de ancho y 1'36 de profundidad, se componía de dos cámaras de cochura sobrepuestas (fig. 2), calentadas por una rejilla sistema Le Roy (fig. 1) instalada en un espacio hueco de 10 centímetros de alto practicado debajo de la solera y cerrado con una plancha de palastro.

La cámara de cochura se calentaba á la vez por la radiación de la rejilla en la solera y por el aire calentado con el contacto de las resistencias puestas al rojo, que llegaba hasta ella por un espacio anular.

La temperatura marcábase en un pirómetro sistema Demaze, y una disposición especial permitía hacer llegar agua á fin de producir vapor húmedo en el momento de introducir en el horno los trozos de pasta.

La cámara superior se destinaba más especialmente á la pastelería; la inferior, de temperatura más elevada, á la panadería.

Las pruebas efectuadas durante cinco meses seguidos han demostrado que la potencia necesaria para cocer de 80 á 100 kilogramos de pan variaba entre 15 y 16 kilovatios, lo que, admitiendo como precio unitario el de diez céntimos, representa de 1'50 á 1'60 pesetas por hornada.—G. T.



Fig. 2. – Horno eléctrico de pan



París.—Tercera expedición de socorro á las víctimas de la catástrofe de Sicilia y Calabria, organizada por la Cruz Roja francesa. Esta Expedición se compone de diez señoras de la Asociación de Damas francesas y cuatro médicos, y está dirigida por la condesa Lunzi y la señora Barbarin. (De fotografía tomada de noche, en la estación, pocos momentos antes de partir el tren, por World's Graphic Press París.)

Inmediatamente después de recibirse en París la noticia de la catástrofe de Sicilia y Calabria, el comité central de la Cruz Roja francesa organizó varias expediciones de auxilio. Hasta ahora han salido tres: la primera, compuesta de damas de la Sociedad francesa de socorro á los heridos militares, partió el 31 de diciembre último, bajo la dirección de la señora Fortoul y de la generala Hervé; la segunda, formada por la Unión de las Mujeres de Francia y dirigida por las señoras Feuillet y Lefebre, el día 1.º de este mes; la tercera, á cargo de la Asociación de Damas francesas y al frente de la cual van la señora Barbarin y la condesa Lunzi, el día 4.

El adjunto grabado representa esta última expedición momentos antes de partir el tren. La señora de cabello blanco, que lleva las insignias en el pecho, es la condesa Lunzi; la de su derecha, la señorita de Humieres, y la de su izquierda la señora de Martin; el caballero que está al lado de ésta es su hijo el doctor Enrique Martin, nieto del famoso historiador, que forma parte de la expedición, junto con los doctores Tournadour d'Albay, Dedet y Benoit. Los tres equipos organizados por la Cruz Roja francesa, en su mayor parte compuestos de damas de la aristocracia y de la alta sociedad, están prestando en los hospitales de Sicilia grandes servicios, habiendo merecido entusiastas elogios de los reyes, del gobierno y de las autoridades de Italia y el más profundo agradecimiento de los millares de desvalidos á quienes no sólo prodigan sus cuidados, sino que además socorren con la gran cantidad de víveres, prendas de ropa y otros objetos que consigo se llevaron para que su obra de caridad fuese completa.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 25 de enero de 1909 — Núm. 1.413



DR. DON JUAN LAGUARDA, recientemente nombrado obispo de Barcelona

(De fotografía de E. Cardona.)

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Antes de que se despidiera el año anterior, Barcelona recibió una visita desde largo tiempo anunciada: la del alcalde y representantes de Tolosa. Todo el mundo recuerda los agasajos que la antigua capital de la Septimania había dedicado tiempo atrás á las corporaciones y periodistas barceloneses, con un entusiasmo y una largueza de que se hicieron lenguas cuantos tuvieron ocasión de experimentarlos. Era indispensable que nuestra ciudad correspondiera á tales obsequios y pagase la deuda de cortesía en que se hallaba. La recepción de los comisionados de Tolosa no pudo coincidir con ninguna solemnidad importante, ni tener por fondo las fiestas que en aquella población se celebraban cuando estuvieron allí los nuestros; mas á pesar de ello, la recepción fué cordial y todos los indicios aseguran el recuerdo magnífico que conservan de la visita quienes fueron nuestros huéspedes momentáneos.

Una impresión, sobre todas las demás, se llevó la primacía por estar dispuesta con verdadero arte, con verdadero instinto de conocedor de la ciudad. Y ella fué el paseo hasta el nuevo hospital de San Pablo pasando por la Sagrada Familia, la subida al Parque Güell, el almuerzo en el Tibidabo y la fiesta musical en el Palacio de Bellas Artes, todo en un día y combinado de manera que la gradación de los efectos no se amortiguara un solo instante. De este modo los invitados atravesaron las más espléndidas vías hasta los extremos de la nueva urbanización, pudiendo admirar la audaz silueta del templo imaginado por Gaudí, la hermosura y magnífica disposición de los edificios hospitalarios que dirige Doménech, la originalidad de aquel parque y el panorama grandioso que desde el Tibidabo ofrece Barcelona, revelando toda su majestad y potencia de un modo gráfico y tangible. Y para remate se dirigió la comitiva por el Paseo de San Juan al Palacio de Bellas Artes, encontrando aquella inmensa sala con su vistoso decorado de los días solemnes, con su iluminación deslumbradora, y llena de una muchedumbre de siete ú ocho mil espectadores, que prorrumpieron en aplausos y aclamaciones entusiásticas... Los espíritus rectilíneos y tirados á cordel no suelen comprender la eficacia de esos actos de cortesía y aun deploran los dispendios á que ellos obligan. Claro que su acción utilitaria no puede apreciarse inmediatamente y que sólo se traduce en un aumento de gastos, no reproductivos inmediatamente. Pero es imposible desconocer que esa costumbre moderna de las invitaciones de ciudad á ciudad y de pueblo á pueblo, sin la intervención de las altas jerarquías ó con independencia de las relaciones oficialmente sostenidas por el Estado, indican una orientación democrática de la política exterior de las naciones y como el primer vagido ó aparición de una «diplomacia municipal,» supletoria de la diplomacia á menudo formalista é insincera de los gabinetes. Merced á tales conctactos, los pueblos se acostumbran por sí mismos á conocer sus intereses é influyen en la modificación de estados de espíritu no pocas veces artificiosamente creados. Rectifican y dulcifican la sequedad de lo oficial y abren á veces la puerta á aproximaciones antes no sospechadas ó que no hubieran podido nacer entre los inflexibles rigorismos de un protocolo. ¿Quién duda que la recepción dispensada hace años á los marinos del *Presidente Sarmiento* fué un acto de diplomacia local, seguido después por otros muchos, en sentido de romper la histórica é insensata reserva que se guardaba aquí para con las Repúblicas hispano-americanas desde los días de su emancipación?

Las relaciones entre los Estados se regulaban antes, exclusivamente, por la representación oficial de los gobiernos. Ahora empiezan las naciones á ponerse en contacto directo y aparece en la política exterior un factor desconocido: el factor del sentimiento público, de la simpatía popular, y también del parentesco espiritual y étnico de las razas. ¿No resulta visible esa descentración de la antigua diplomacia en recientes sucesos del Imperio alemán que han dado origen á un triunfo de la opinión sobre el poder personal del kaiser y sobre la política sigilosa ó de gabinete? ¿No proclama esto mismo el movimiento de solidaridad humana que ha estremecido al mundo entero con motivo de los terremotos de Calabria y Mesina? La acción oficial no ha precedido en este caso á la acción privada. Sin previo concierto, las ciudades, los pueblos, los grupos sociales, se han adelantado á la obra de los gobiernos, como resultado de una capacitación mayor cada día y de un sentimiento de confraternidad más aguzado y despierto. Así ha podido verse en Barcelona, donde tantísimo ha interesado aquella catástrofe inaudita, uno de los mayores espantos, sin duda, que haya podido presenciar nuestra especie en todo el transcurso de su precaria duración sobre el planeta, frágil é inseguro.

Por cierto que en este caso, como en muchos otros anteriores, nuestro Observatorio Fabra y el de los PP. Jesuítas en Tortosa llenaron su misión cumplidamente, registrando el terrible fenómeno de la manera más precisa á que llegan sus similares en los países más adelantados. Recuerdo el interés vivísimo con que oí al Sr. Comas y Solá, director del Observatorio barcelonés, preguntar en la redacción de un periódico si se tenía noticia de algún gran cataclismo, pues había hallado muy alarmantes sismogramas en la mañana del día 28. Horas después se recibían las primeras indicaciones confusas, pero ya estupendas, del desastre de Mesina. Constituye una honra para Barcelona esa fundación del difunto marqués de Alella que viene á continuar la lista, no muy extensa todavía, por desgracia, de los «legados de cultura.» Gracias á tal institución y á su director experto y entusiasta, los barceloneses no han de asistir como espectadores extraños al conocimiento y estudio de tales problemas y arcanos de la creación, recibiendo del extranjero las indicaciones de esta rama de la ciencia, como se reciben tantas cosas, desde el libro ó el preparado más sublime, hasta el sombrero de la dama elegante.

Las grandes síntesis y las civilizaciones más complejas no son otra cosa que una suma de interminables sumandos, una sucesión de cosas concretas y hasta, si se quiere, de *petits faits*. Decimos que tal pueblo es un gran pueblo, le vemos figurar en la vanguardia de la humanidad, no por ley de gracia, ni por ley de herencia, sino por ley de mérito; por que crea, porque piensa, porque trabaja, porque «inventa,» porque ensancha los horizontes de la vida y las fronteras del progreso con una incesante invasión sobre lo desconocido, sobre lo inexplorado, sobre lo que todavía no existe, pero que mañana existirá en virtud de semejantes esfuerzos. En el aspecto de la cultura, las naciones corresponden á dos ó tres tipos: al tipo agresivo, cuando descubren, inventan é imponen sus avances á los demás; al tipo defensivo, cuando se asimilan rápidamente la creación ajena; al tipo simplemente estacionario, cuando no inventan ni se asimilan con rapidez, sino que se limitan á consumir lo que los otros producen, sean ideas ó manufacturas, libros ó máquinas, pensamientos ó tejidos.

Si en cada uno de los órdenes que integran la cultura española se contara con un Observatorio Fabra, esto es, con lo que el observatorio representa dentro de su especialidad, muy pronto nos viéramos colocados entre los pueblos del tipo superior, que inician y conducen la marcha de la humanidad y le infunden su espíritu y estructura.

Después de estas sacudidas espirituales, que han sido la repercusión ó réplica de las sacudidas sísmicas, y pasada la efervescencia de las elecciones parciales del 13 de diciembre, ha vuelto la ciudad á su vida habitual, desarrollándose la temporada en los teatros, excepto el Liceo, con cierta monotonía y languidez. A este propósito ha vuelto á hablarse de la crisis general de los espectáculos públicos y de la que más especialmente sufren en Barcelona. El cinematógrafo y el café concierto ó salón de variedades han producido, como sabe todo el mundo, una verdadera innovación de costumbres y una competencia ruinosa para los géneros tradicionales y de arte mayor. De esta crisis del teatro en Barcelona dan testimonio los mismos edificios. Fuera del Principal y del Liceo, los demás son simples improvisaciones ó aprovechamientos de solar, entoldados, construcciones interinas que se perpetúan después por inercia de las empresas ó de los públicos.

Es cosa digna de notarse que la renovación monumental de la ciudad no ha alcanzado á los grandes edificios consagrados á Talía, como gustaban de decir nuestros abuelos, permaneciendo casi todos ellos en una interinidad y sordidez verdaderamente lastimosas. Un sinnúmero de causas pequeñas determinan el auge ó la decadencia de las instituciones al parecer más arraigadas é inconmovibles. La misma crisis del teatro propiamente dicho alcanza al antiguo café, de grandes salas decoradas con riqueza, de proporciones colosales y de un número incontable de mesas. He aquí algo que también experimenta una transformación é imprime nuevo carácter á la ciudad moderna.

A medida que se han extendido las construcciones y que la urbanización ha llegado á las cordilleras de los montes próximos, la población se ha diseminado y las distancias han acabado por constituir un verdadero obstáculo para las añejas costumbres, no obstante la facilidad que el tranvía ofrece á la locomoción. De esta distancia se resienten la puntualidad en toda clase de convocatorias y citas, la regularidad de las reuniones y la fijeza de las horas de comida y retiro. Confinada antes la actividad dentro del casco antiguo ó en un círculo reducido del ensanche, ir desde la oficina al domicilio, ó desde el domicilio al café ó al teatro, era cuestión de diez minutos. Ahora se llega más tarde á todos lados, y se sale más tarde. Todo va con retraso y todo hace, por lo tanto, más pereza. Los que cenaban á las ocho y cuarto en punto no llegan ahora á su casa antes de las nueve; y si á esa hora han de estar en el teatro, ello no puede censeguirse más que por excepción y mediante preparativos anticipadamente dispuestos. Otro tanto respecto del café de grandes proporciones.

Así se observa ahora ese movimiento de disgregación en pequeños teatros, en cinematógrafos, en salas, en cafés de reducidas dimensiones, por barriadas y por calles, sucumbiendo en cambio los de gran aglomeración en punto fijo. Una nueva vía, la apertura de una nueva calle y hasta un nuevo ramal tranviario determinan sin saber cómo una modificación de los hábitos, una desviación de las corrientes de la moda y de la popularidad. Todo significa una continua dislocación de los antiguos centros y una creación de centros nuevos. Todavía no ha alcanzado Barcelona, en su parte material, un equilibrio estable. Muchísimos problemas se hallan aquí en estado indeciso y de transición; y hasta que se haya salido de él no será posible crear costumbres definitivas y permanentes, ni se orientará el espíritu de empresa para acometer sobre bases firmes la renovación de los edificios teatrales en forma que corresponda al progreso arquitectónico de la ciudad.

Esta misma indecisión se transparenta ahora por lo que se refiere al emplazamiento de la futura Casa de Correos y á la elección de terrenos para nuevos jardines ó parques. En los monumentos públicos puede verse una indicación gráfica de la historia de los países. Toda Administración que se consolida tiende á vincularse en edificios propios, á crear el armazón material, la fábrica, el alojamiento de sus servicios. Una época de relativa prosperidad política deja, como memoria tangible, una serie de edificios que son la concreción material de su potencia ó de sus ideales. De este modo los edificios en que se alojó hasta hace poco el Estado español, son ó de la época de Carlos III ó de procedencia religiosa. Puede decirse que sin la desamortización, los servicios nacionales hubieran tenido que acampar á campo raso, al complicar la máquina según las exigencias de los países de centralización, y al multiplicar sus cuerpos, dependencias y organismos. En los locales que pertenecieron á la Iglesia desposeída, se ha refugiado el Estado moderno ó ha tenido que vivir á pupilo, mediante inquilinato.

Cuarteles que fueron conventos, institutos que fueron conventos, juzgados y audiencias que fueron conventos, bibliotecas ó museos que fueron oratorios, eso suele hallarse en las capitales de nuestras provincias; y eso mismo pudimos ver y vemos todavía parcialmente en Barcelona. Sólo que aquí, por la importancia indisputable de la ciudad, por ser una avanzada de la Península hacia Europa, por recibir el primer contacto de lo extranjero y por la presión laudable é irresistible del espíritu local reclamando mejoras; por esta conjunción de circunstancias favorables, no menos que por la munificencia repetida de las corporaciones municipal y provincial, ha empezado la obra de edificación á que acabo de referirme y se construyen alojamientos de la Universidad, de la Justicia, de la Aduana, y cuarteles y dependencias adecuados á las necesidades de nuestros días.

Ahora le toca su turno á la Casa de Correos. La vía de la Reforma interior actualmente en apertura parece sitio indicado para ese edificio monumental, que había de inaugurar la construcción con algo memorable y que diera tono á la calle futura.

Miguel S. Oliver.



Sobrino de mi vida: Tengo que comunicarte la desagradabilísima noticia .

LOS PENDIENTES DE LA TÍA ISABEL

por Pedro Mata. — Dibujo de Carlos Vázquez

Como todos los que sin fortuna anduvieron por el mundo lejos de los suyos y ausentes de su casa, he tenido en mi vida adversidades y venturas, días alegres de prosperidad y días aciagos, negros días de miseria sin dinero, sin trabajo, sin refugio y sin pan. Castizo castellano hidaldo y pícaro, supe no obstante sobreponerme siempre á mis desdichas, y si no llegué como los personajes de las novelas clásicas á espolvorearme el pecho con migajas de pan al salir á la calle, como ellos salí siempre con la camisa limpia, atusado el bigote, altivo el ademán y digno el gesto. Recorrí los peligrosos caminos del ingenio y anduve por las sendas dificilísimas del hambre entre batacazos y tropezones, aunque, en buena hora lo diga, entre tanto batacazo y tanto tropezón tuve la suerte de no topar jamás con la justicia ni inclinarme del lado del código penal. Mis actos, aun los más graves, no cayeron nunca bajo la sanción de las leyes escritas.

Pero estuvieron á punto de hacerme perder la consideración de las gentes honradas. Hubo un momento en que no sé, no sé qué habría sido de mí sin los pendientes de mi tía Isabel.

¡Oh, es una historia muy curiosa! Muy curiosa y muy útil.

Tenía yo veinticinco años y hacía seis que había venido á Madrid con un tomo de versos en el bolsillo, el plan de una comedia en el cerebro, un montón de ilusiones en el alma y veinticinco duros. Me gasté los duros, publiqué los versos, no escribí la comedia, perdí las ilusiones, y un día caí, como puede caer una nube de granizo, en una casa de huéspedes de la calle de la Luna, regentada por dos mujeres, madre é hija, una ex cocinera vizcaína y una ex pantalonera madrileña, viuda y huérfana, respectivamente, de un cochero asturiano. Era la niña una chulilla pizpireta y graciosa. Era la madre una matrona seria de anchas caderas y ademán brioso. Tomáronme ambas grandísima afición desde el primer momento, y aunque á mí me gustaba más la hija, que al fin la juventud es lo que vale, determiné dirigir mis ataques contra la madre, por ser conquista de más servideros y provechosos beneficios.

Claro es que yo reconocía que no era esta elección la más honrada; pero la necesidad es mala consejera, tan mala que si en lugar de ser una idea abstracta fuera de carne y hueso, la veríamos todos los días condenada como instigadora y cómplice por nuestros tribunales.

Dediquéme, pues, á asediar la plaza de la madre, y la plaza se rindió, con gran sorpresa de mi vanidad, sin mucho esfuerzo. Y no fué esto lo peor: lo peor fué que resuelto el pavoroso problema de la subsistencia diaria, díme á holgar y á olvidar mis deberes con tal maña y tanta prisa, que diríase que nunca supe hacer otra cosa que vivir de prestado y campar de golondro.

En vano la pobre niña me enviaba en cada mirada de sus ojos azules un trozo del alma y en cada suspiro un pedazo de su corazon. Yo fingía no enterarme de nada, y lleno de lástima, de piedad sincera, limitábame á esquivar sus encuentros, á no escuchar sus frases y á huir de aquellas manos que me buscaban en la obscuridad de los pasillos.

Un día la pobre muchacha se enteró de todo. No tuvo valor para afrontar la lucha y se marchó dejándonos una carta escrita. Su madre la buscó, la busqué yo, la buscaron los huéspedes y la policía. Todo fué inútil. No volvió nunca más.

Yo no sé qué pasaría por el alma de aquella madre. No lo he querido saber nunca. Por lo que á mí se refiere, juro que desde aquel día aquella casa y aquella mujer me fueron odiosas. ¿Pero cómo huir de ellas? Sin dinero, sin recursos, sin medios de vida ni hábitos de trabajo, decidme: ¿adónde ir? ¿A remontar otra vez las contingencias del destino? ¿A sufrir hambre y á pasar miseria? Ni mi voluntad, ni mi valor, ni mi concepto de la vida llegaban á tanto.

De esta situación vergonzosa y dificilísima me salvaron los pendientes de mi tía Isabel.

¡Oh, es una historia muy curiosa! Muy curiosa y muy útil.

Era mi tía Isabel—Dios la tenga en su santa gloria—la mujer de mi tío Ramón, un hermano de mi padre que, como tantos otros santanderinos, mar chóse un día á América con su mujer en busca de fortuna. Y la alcanzó bien pronto, de dar fe á las noticias que de allí trajeron varias personas, pues ellos, dicho sea en honor de la verdad, no se tomaron nunca la molestia de escribir.

Cuál sería mi sorpresa cuando un día recibí una carta de mi tía Isabel, en la cual, después de advertirme que sabía mis señas por mi cuñada la del pueblo, me participaba la noticia del fallecimiento de mi tío Agustín, y me decia que como nada la retenía ya en América ni la vida del pueblo le gustaba, había resuelto pasar á mi lado el resto de sus días.

Excuso decir la alegría que me causó esta carta. Todos sabéis que un tío de América y el premio grande de la lotería son las dos únicas esperanzas de los españoles sin fortuna.

Decidí, pues, recibir á mi tía con todos los honores que merece una tía que viene de América. Me compré un traje nuevo, y de acuerdo con Elena—no sé si he dicho que la vizcaína se llamaba Elena—dispuse para ella del mejor gabinete de la casa, y si no bajé á la estación porque era inútil desde el momento en que ninguno de los dos nos conocíamos, aguardé la llegada con la emoción y la impaciencia con que aguarda una novia la petición de mano.

Y mi tía llegó. Era una señora bastante rara, pequeña, acartonada, ojizaina, con los aladares completamente blancos y un mechón también blanco encima de la frente. Vestía algo hombruna, tenía la voz muy bronca y eran sus ademanes bruscos y nerviosos. Todo esto, á decir verdad, me tuvo completamente sin cuidado. Lo único que me preocupó fué que no traía más equipaje que un baúl y una maleta. Realmente para una tía que venía de América era muy escasísimo equipaje.

Pero pasada la primera impresión pensé que acaso hubiera facturado el resto, y en la duda decidí callarme hasta que ella buenamente me diera explicaciones. Por desgracia para mí, me las dió bien pronto, en cuanto terminamos de almorzar. Yo quisiera en este momento recordar al pie de la letra su discurso. Como no le recuerdo exactamente, habré de limitarme á dar un extracto.

«Sobrino de mi vida: Tengo que comunicarte la desagradabilísima noticia de que tú tío ha muerto sin una peseta. A duras penas y malvendiendo lo poco que tenía he podido sacar para el viaje. No he querido ir al pueblo porque nuestra familia es una colección de egoístas y miserables que seguramente me habrían dado con la puerta en las narices. No tengo más amparo ni más esperanza que tú. En ti confío y en tus brazos me entrego.

Dios y yo sabemos cómo me quedé: ni aliento tuve para contestarle.

En el pasillo me acechaba Elena.

—¿Sabes que me escama un poco tu tía?

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Eso de venir de América con una maleta y un baúl...

—Ha facturado el resto en pequeña velocidad.

—¡Ah!

No tuve más remedio. De haber dicho la verdad llena, nos habría puesto á los dos en la calle.

Pero como los días pasaban y el equipaje no venía y mi tía no soltaba dinero, las sospechas de Elena se exacerbaron. Una tarde me planteó el problema.

—Oye, tú; esto no puede seguir así. O tu tía *afloja* ó *ahueca*. Tú verás.

—Mujer, esperemos.

—No puedo, no me es posible. O se lo dices tú ó se lo digo yo.

Pero al día siguiente, cuando yo esperaba el cataclismo, vino á mí muy contenta.

—¡Chico, la gran noticia! Tu tía es riquísima.

—¡Cómo!

—Se ha dejado abierto el baúl, y al mirar por encima he visto un estuche con un par de pendientes, ¡vaya unos solitarios! Lo menos valen dos mil duros.

—¿Qué dices?

—Y una cajita de hierro que pesa..., ¡lo que pesa! Debe de estar llena de onzas.

Me quedé estupefacto. Si aquello era verdad, y todo hacía suponer que sí—no era la vizcaína mujer que se engañara fácilmente en cosas de dinero,—¿á qué venían los embustes de mi tía? ¿A qué venía mentir? ¿Qué fin tramaba? Por

más vueltas que dí á la imaginación, no logré hallar explicación satisfactoria.

Pero algo que me dijo mi tía al día siguiente me hizo creer que estaba ya en la pista.

Fué mientras comíamos.

—No puedes figurarte, sobrino de mi vida, lo que yo he vacilado antes de determinarme á venir á Madrid. ¡Si vieras qué miedo me daba pensar que pudieras rechazarme al saber que no tenía dinero! «¿Qué dirá mi sobrino cuando vea que soy pobre?» Esta idea me volvía loca. Mira, me tenía tan preocupada, que, te lo juro, bien sabe Dios que desgraciadamente soy muy pobre; pero si fuera rica, muy rica, quizá te lo habría ocultado hasta convencerme de la sinceridad de tu cariño.

Me eché á reir.

—¿Me habría usted puesto á prueba? ¡Oh! No es mi cariño de los que necesitan de piedras de toque.

—Ya lo veo, hijo mío, ya lo veo, me contestó muy conmovida.

Y luego bruscamente añadió:

—Sin embargo, aunque soy pobre, he traído algo, quinientos ó seiscientos pesos, que si los necesitas...

La interrumpí con un gesto dignísimo:

—De ningún modo.

—¿De veras?

—Ni siquiera hablar de ello. ¡No faltaba más!

Como siempre, Elena me acechaba en el pasillo.

—Si te quiero por algo, es por lo vivo que eres.

—¡No, que se juega!

Creo inútil decir que desde que mi tía Isabel vino á Madrid, mis relaciones con Elena quedaron interrumpidas. Las ideas de mi tía en este punto eran de una intransigencia inapelable. En este punto y en otros muchos. Tenía un odio á muerte á los viciosos y á los holgazanes. Estos dos defectos iban, según ella, tan íntimamente unidos en los hombres, que no se podía concebir el uno sin el otro. Para convencerla de que yo estaba limpio de los dos, no tuve más remedio que romper mis relaciones con la vizcaína y pasarme todo el día fuera de casa para justificar una ocupación que no tenía. Le había dicho que estaba en un periódico. Y, en efecto, para justificarlo mejor solicité y obtuve de un amigo, director de un diario, que me admitiera en la redacción, sin sueldo, como meritorio. De este modo, cuando llegaba á casa, podía anticipar las noticias y hasta contar muchos secretos, esos pequeños secretos que la discreción de los periódicos oculta. Pero mi tía no se contentó con esto.

—¿Por qué no firmas?, me dijo un día. ¿Es que no sabes tú escribir?

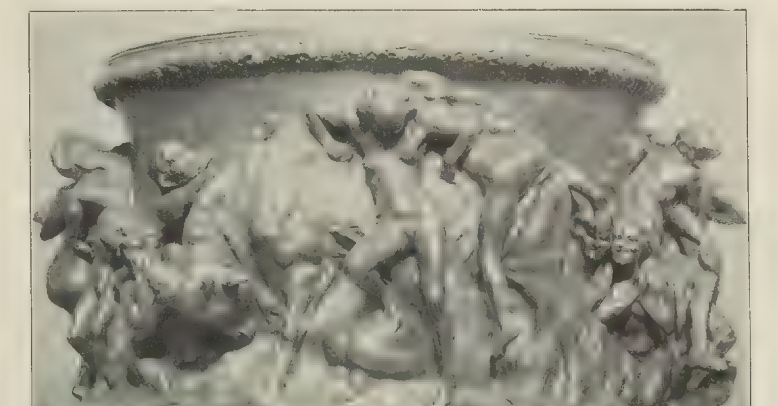
No tuve más remedio que «hacer» una crónica, y luego otra y otra. Y con gran sorpresa mía, mis crónicas gustaron. Solicité colaboración en otros periódicos y fué aceptada. Mi firma empezó á cotizarse.

—¿Por qué no te dedicas al teatro?, me dijo en otra ocasión mi buena tía. Ahí parece que se gana dinero.

El crítico de mi periódico era, como todos los críticos, hombre de grandísima influencia con las empresas teatrales. Yo tenía en el cerebro el plan de una comedia. La escribí yo y la firmamos juntos. Se estrenó y gustó poco; pero como todos los periódicos dijeron que era magnífica y que nosotros teníamos muchísimo talento, inmediatamente escribimos otra.



Lampadaria, escultura de Edmundo Hellmer



El Jardín de Amor, jarrón en bronce de Edmundo Hellmer

En fin, ¿para qué seguir? Yo he oído á no sé quién clasificar á los hombres en redondos y cuadrados. Son los cuadrados aquellos que necesitan para moverse que continuamente se los empuje. Los redondos, con el primer sequete tienen ya bastante; puestos en movimiento, ruedan y ruedan y no se paran ya. Yo soy de los redondos.

Conseguida la primer victoria, mi vida fué inacabable serie de triunfos. Fuí periodista ilustre, escribí comedias y compuse libros. Me admiraron las gentes y gané muchísimo dinero. Y siguiendo siempre los consejos admirables de mi tía Isabel, me casé con una mujer que me trajo seis mil duros de renta.

Entre los muchos regalos que llegaron el día de la boda, mi mujer recibió unos pendientes y una carta. La carta decía:

«Querida sobrina: Ahí te mando esos pendientes. Son falsos, pero como ves, están admirablemente hechos. Yo los quiero lo mismo que si fueran buenos...»

Mi mujer se echó á reir.

—¡Vaya un regalo el de tu tía! ¡Unos pendientes falsos!..

Pero yo no la dejé acabar.

—Guárdalos, hija mía. Tú no sabes lo que valen esos pendientes.

¿Queréis moraleja? La ociosidad sólo conduce á la miseria y al envilecimiento. El trabajo es la única fuente segura de riqueza. Si todos los españoles... Perdonad, me estoy poniendo excesivamente cursi.

ESCULTURAS DE EDMUNDO HELLMER

La cualidad esencial de este eminente escultor austriaco es una energía indomable, una voluntad resuelta de conseguir la mayor perfección posible; voluntad y energía que se observan lo mismo en sus primeras que en sus últimas obras y que hacen que todas tengan un valor artístico absoluto. Edmundo Hellmer no ha sacrificado nunca el ideal de su arte á otras consideraciones, ni ha descansado nunca sobre sus laureles; ha luchado siempre y ha vencido, sin hacer al público concesión alguna que pugnase con sus sentimientos.

En su vida no se registran grandes acontecimientos, ni siquiera episodios interesantes; ha trabajado desde su juventud, y sigue trabajando, primero en su taller, ahora, desde hace algunos años, en su taller y en la Academia Imperial de Artes Plásticas, de la cual es profesor.

Su sistema pedagógico es opuesto al de muchos otros escultores. Según él, no basta que el discípulo modele una obra en cera ó en barro para que luego ésta sea copiada por obreros en el material en que ha de quedar definitivamente hecha; no basta que se ejercite en el dibujo y en el modelado; es preciso además que aprenda á cincelar, á fundir el metal, á labrar la madera á fin de que desde un principio se acostumbre á pensar cuál material habrá de ser el más adecuado para que la obra terminada responda enteramente á su concepción.—T.



La siega, cuadro de A. Plá y Rubio

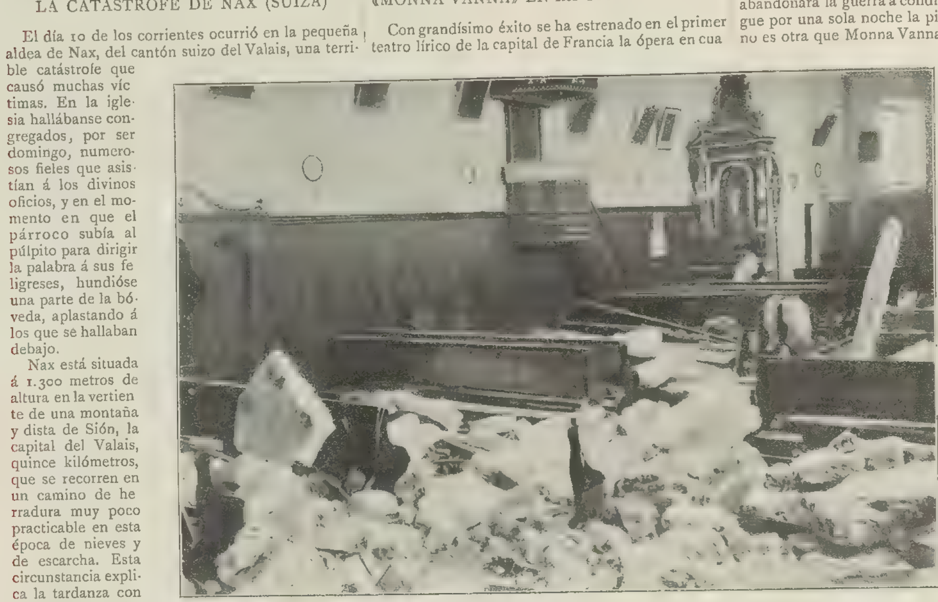


Lavanderas, cuadro de Joaquín Agrasot

LA CATÁSTROFE DE NAX (SUIZA)

El día 10 de los corrientes ocurrió en la pequeña aldea de Nax, del cantón suizo del Valais, una terrible catástrofe que causó muchas víctimas. En la iglesia hallábanse congregados, por ser domingo, numerosos fieles que asistían á los divinos oficios, y en el momento en que el párroco subía al púlpito para dirigir la palabra á sus feligreses, hundióse una parte de la bóveda, aplastando á los que se hallaban debajo.

Nax está situada á 1.300 metros de altura en la vertiente de una montaña y dista de Sión, la capital del Valais, quince kilómetros, que se recorren en un camino de herradura muy poco practicable en esta época de nieves y de escarcha. Esta circunstancia explica la tardanza con que llegaron al lugar del siniestro los socorros que desde el llano les enviaron. Pero los sobrevivientes de la catástrofe pronto se recobraron del espanto de los primeros momentos y organizaron los trabajos para extraer á las víctimas de entre los escombros; pocas horas después quedaban retiradas todas, es decir, 31 muertos y 50 heridos, los más de ellos graves. De la magnitud de este desastre puede formarse idea teniendo en cuenta que la población total de la aldea de Nax era de unos 500 habitantes.

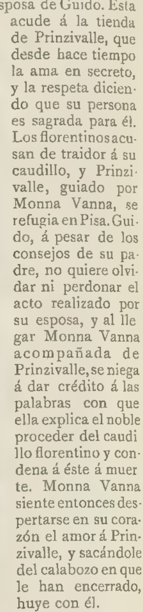


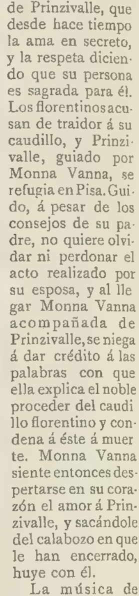
Vista interior de la iglesia de Nax (Suiza) después del hundimiento de la bóveda, á consecuencia del cual murieron 31 personas y quedaron heridas 50, en su mayoría muy gravemente
(De fotografías de C. Delius.)

«MONNA VANNA» EN LA ÓPERA DE PARÍS

Con grandísimo éxito se ha estrenado en el primer teatro lírico de la capital de Francia la ópera en cuatro actos de Enrique Fevrier, compuesta sobre el drama de Mæterlinck *Monna Vanna.*

El argumento de la obra es el siguiente: Florencia y Pisa están en guerra, y después de tres meses de sitio, los florentinos se disponen á asaltar la ciudad que heroicamente defienden los pisanos. Marco Colonna, padre de Guido, gobernador de Pisa, ha ido al campamento enemigo á parlamentar con Prinzivalle, caudillo de los sitiadores, el cual declara que abandonará la guerra á condición de que se le entregue por una sola noche la pisana más hermosa, que no es otra que Monna Vanna, esposa de Guido. Esta





acude á la tienda de Prinzivalle, que desde hace tiempo la ama en secreto, y la respeta diciendo que su persona es sagrada para él. Los florentinos acusan de traidor á su caudillo, y Prinzivalle, guiado por Monna Vanna, se refugia en Pisa. Guido, á pesar de los consejos de su padre, no quiere olvidar ni perdonar el acto realizado por su esposa, y al llegar Monna Vanna acompañada de Prinzivalle, se niega á dar crédito á las palabras con que ella explica el noble proceder del caudillo florentino y condena á éste á muerte. Monna Vanna siente entonces despertarse en su corazón el amor á Prinzivalle, y sacándole del calabozo en que le han encerrado, huye con él.

La música de Fevrier se amolda admirablemente á las interesantes escenas del poema, y es, ora tierna, ora patética, en unos trozos pintoresca, en otros apasionada, expresando así los sentimientos de los personajes como el carácter de las situaciones. En la interpretación han sido aplaudidos con entusiasmo la señorita Breval *(Monna Vanna)* y los Sres. Muratore *(Prinzivalle)*, Delmás *(Marco)*, y Marcoux *(Guido)*.—S.



París.— Escena del tercer acto de «Monna Vanna,» drama lírico en cuatro actos de Mauricio Mæterlinck, música de Enrique Fevrier, recientemente estrenado en el teatro de la Opera (Dibujo de Eduardo Zier.)

D. ALFONSO XIII EN ALICANTE. (Fotografías remitidas por D. Manuel Asenjo.)



S. M. el rey embarcándose para trasladarse al crucero «Cataluña,» en donde se ha alojado durante su estancia en Alicante



S. M. el rey regresando del Club de Regatas. En la misma lancha van el Sr. Maura, el ministro de Marina y el general Echagüe

A las ocho de la mañana del día 17 llegó á Alicante S. M. el rey D. Alfonso XIII, siendo recibido por todas las autoridades, comisiones de centros y sociedades y gran número de familias de la mejor sociedad alicantina. Desde la estación fué el monarca á la colegiata de San Nicolás, en donde se cantó un *Tedéum,* y de allí al puerto, en donde se embarcó, acompañado del infante D. Carlos, del Sr. Maura, del ministro de Marina y de los funcionarios palatinos, dirigiéndose al crucero *Cataluña*.

Después de oir misa en el buque, desembarcó el rey á las doce y en el Ayuntamiento presidió la recepción, que estuvo brillantísima, regresando luego al *Cataluña*. A causa del mal tiempo, hubo de suspenderse la corrida regia, y el rey asistió al tiro de pichón, en donde se disputaba, entre otros, el premio de S. M., que ganó el infante don Carlos.

Por la noche celebróse en el teatro Principal la función de gala, que resultó una fiesta espléndida. En la ciudad y en el puerto lucieron magníficas iluminaciones.

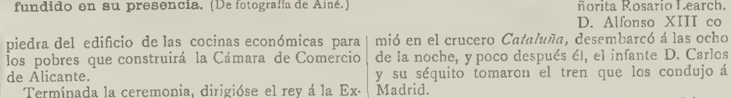
En la mañana del 18 D. Alfonso XIII visitó los importantes talleres de calderería y fundición del Sr. Aznar y tomó parte en las regatas organizadas por el Real Club, tripulando el balandro *Osborne,* y en las que obtuvieron el primer premio el *Ilse II*, de Barcelona, el segundo el *Najusán* y el tercero el *Ribet*, ambos de Valencia. El infante llegó en cuarto lugar y el rey en quinto.



Vista de la fundición Aznar, que visitó el rey y en la que le fué regalado su busto, fundido en su presencia. (De fotografía de Ainé.)

Por la tarde efectuóse la corrida de toros. La plaza ofrecía brillante aspecto; y en los palcos, lujosamente engalanados, había muchas mujeres hermosas luciendo la clásica mantilla blanca.

Después de la lidia del cuarto toro, el monarca y el infante D. Carlos abandonaron la plaza para presidir la ceremonia de la colocación de la primera piedra del edificio de las cocinas económicas para los pobres que construirá la Cámara de Comercio de Alicante.



Terminada la ceremonia, dirigióse el rey á la Explanada para presenciar el lucido desfile de los carruajes que salían de los toros.

Por la noche asistieron el rey y el infante al baile de gala del Casino, que fué suntuoso. Los salones lujosamente adornados y con una iluminación espléndida, presentaban deslumbrador aspecto, que hacía resaltar la belleza de las señoras y señoritas que los llenaban y que lucían ricos y elegantísimos trajes. A las once se sirvió la cena, y poco antes de las doce retiróse del baile Su Majestad.

El día 19 presidió el monarca el acto de colocar la primera piedra del edificio destinado á club de regatas, embarcándose luego en el *Osborne* para tomar parte en las regatas, terminadas las cuales asistió al banquete que el Club dió en el Ayuntamiento. Por la tarde visitó S. M. la refinería de petróleo de los Sres. Fourcade y Prevost, quienes para solemnizar la regia visita han fundado una caja de socorro para los obreros que en la fábrica trabajan, dotándola por de pronto con 100.000 pesetas. Luego asistió á la fiesta de los Juegos Florales, que se celebró en el teatro Principal y que fué brillantísima; el poeta premiado con la flor natural, don Carlos Miranda, eligió reina á la hermosa señorita Rosario Learch.

D. Alfonso XIII comió en el crucero *Cataluña,* desembarcó á las ocho de la noche, y poco después él, el infante D. Carlos y su séquito tomaron el tren que los condujo á Madrid.

Durante su corta estancia en Alicante, el joven monarca fué objeto de generales y continuadas ovaciones.—P.



EL BOTE DE SALVAMENTO, ...



...uadro de E. L. Gates, grabado por Ricardo Bong.

BARCELONA. - CONCURSO DE NATACION

Hace un año, el 21 de enero de 1903, celebróse el primer campeonato de invierno del Club de Natación de Barcelona, en el que tomaron parte únicamente siete nadadores; en el segundo, efectuado el día 17 de los corrientes, fueron 16 los que se disputaron las copas ofrecidas por S. M. el rey don Alfonso XIII y por los señores Conde, Puerto y C.ª y las medallas del club. Este dato demuestra la eficacia de la propaganda que desde aquel entonces ha venido realizando el Club de Natación de Barcelona, sobre todo si se tiene en cuenta que se trata de un concurso de invierno, es decir, en una época del año en que realmente no convida la temperatura á lanzarse al mar.

Celebróse la fiesta junto á la escollera de Poniente de nuestro puerto y fué presenciada por un público numerosísimo, en el que el bello sexo tenía numerosa y lucida representación.

Trece fueron los nadadores que concurrieron á la prueba, á saber: los Sres. Granicher, Lafuente, Tort (E. G.), Picosnell, Claret, Fernández, Marcel, Guiraud, Tort (J.), Baertschi, Fornos, Meitzner, y Evans. Además tomaron parte en ella, aunque fuera de concurso por haberse inscrito tarde, los Sres. Alsina, César y Beecker.

Grupo de nadadores que tomaron parte en el concurso organizado por el Club de Natación de Barcelona y que se celebró el día 17 de los corrientes

Dada la señal por el Sr. Soler, arrojáronse al agua los diez y seis nadadores, destacándose desde luego los Sres. Claret, Guiraud y Beecker, entre los cuales la lucha fué muy reñida. Llegó primero á la meta el Sr. Guiraud, que empleó 3 minutos y 31 segundos en recorrer los 200 metros del concurso, y ganó, por consiguiente, la copa de S. M. el rey D. Alfonso XIII y una medalla de oro. El segundo fué el Sr. Beecker; mas como éste había sido declarado fuera de concurso, la copa de los Sres. Conde, Puerto y C.ª y la medalla de vermeil del Club fueron adjudicadas al tercero, el Sr. Claret, que empleó en el recorrido 3 minutos, 36 segundos y dos quintos de segundo. Las demás medallas las ganaron: las de plata los señores Picornell y Baertschi; la plateada el Sr. Fornos, y la de bronce el Sr. Fernández.

El Jurado fué presidido por el señor comandante de Marina, quien, después de la fiesta, felicitó á los vencedores y al Club de Natación organizador del concurso.

(De fotografía de A. Merletti.)



Copa ofrecida por S. M. el rey D. Alfonso XIII

Gastón Guiraud y Enrique Claret,
ganadores del 1.° y del 2.° premio respectivamente

Dr. D. JUAN LAGUARDA

(Véase el retrato en la página 73.)

El gobierno de S. M. ha propuesto para ocupar la sede episcopal de Barcelona, vacante por fallecimiento de S. Eminentísima el Cardenal Casañas, al Dr. D. Juan Laguarda, actual obispo de Jaén.

El nuevo prelado barcelonés nació en Valencia en 23 de abril de 1866 y sintió desde muy joven verdadera vocación por la carrera eclesiástica. A la edad de catorce años trasladóse á Almería, en donde comenzó sus estudios al lado del Dr. Barbará, obispo de aquella diócesis; pero no habiéndole sentado bien aquel clima, hubo de regresar á su ciudad natal.

Poco después de haber cantado su primera misa, fué nombrado vicario del pueblo de Chulilla, y al cabo de algún tiempo, beneficiado de la iglesia de San Nicolás de Valencia. Desempeñó luego el cargo de fiscal eclesiástico de la Curia valenciana, y al ser trasladado el cardenal Sancha, obispo entonces de Valencia, á la Sede primada de las Españas, llevóselo consigo en calidad de obispo auxiliar, siendo en aquella sazón, cuando sólo contaba treinta y tres años, nombrado obispo *in partibus* de Titópolis.

En 1902 pasó á ocupar la sede de la Seo de Urgel, en la que demostró, además de sus grandes talentos y virtudes eclesiásticas, excepcionales dotes diplomáticas, y cinco años después la de Jaén.

Ha sido senador por la provincia eclesiástica de Tarragona, y se ha hecho admirar en la Alta Cámara como orador elocuente, profundo razonador en el fondo y elegante en la forma.

MISCELÁNEA

Espectáculos. — Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La familia Rocamora*, drama en cuatro jornadas de Pompeyo Crehuet, y *Entre la espasa y la paret*, comedia en dos actos, arreglo de una obra extranjera por Rafael Moreno de Llansa; y en Novedades *Ferro fret*, drama en dos actos de Ramón Ramón, y *La familia Grill*, juguete en un acto de Lamberto Escaler.

De la representación de *Lohengrin* en el Liceo nos ocupamos en otro lugar.

Palau de la *Música Catalana*. - Se ha celebrado el segundo concierto organizado por la Academia Ainaud á beneficio de la Asociación española á favor de los Ciegos. El quinteto que forman los Sres. Ainaud, Vives, Brossa, Esteva y Brandia ejecutó el *Quinteto en fa menor* de César Frank y el *Quinteto en mi bemol* de Shumann, y el «Orfeó Barcelonés,» bajo la inteligente dirección del maestro Serra, cantó escogidas composiciones de éste y de Morera. Todos los números del programa fueron muy aplaudidos.

Madrid. - En el teatro Cómico se ha estrenado con aplauso *El 40 H. - P.*, zarzuela en un acto, letra de Fiacro Yraizoz, música del maestro Córdova.

París. - Se han estrenado con buen éxito: en la Opera *Monna Vanna*, drama lírico en cuatro actos y cinco cuadros de Mauricio Mæterlinck, música de Enrique Fevrier, del que nos ocupamos en otro lugar de este número; en la Comedia Francesa *La parisienne*, comedia en tres actos de Enrique Beque, y *Le jardin de Molière*, comedia en un acto de Antonio Yván; en el Odeón *Molière et sa femme*, comedia en un acto de Pottecher, y *Laurent*, comedia en un acto de Enrique Ceard y J. L. Croze; en Capucines *La 23-Z*, comedia en un acto de Leval y Van Issen; *Le medecin du cœur*, comedia en un acto de Miguel Provins, y *O gué! L'Anneuf!*, revista en dos actos de Rip; en Folies Dramatiques *Madame Malbrough*, ópera bufa en tres actos de Luciano Melivet, música de Andrés Lachaume; y en el teatro del Jardín de Aclimatación *Les roses du calife*, drama lírico en un acto de Jorge de Dubor, música de la señora Armand de Polignac.

Bellas Artes.—Barcelona. - *Salón París.* - El notable pintor Carlos Vázquez ha expuesto cinco cuadros destinados á figurar en el Salón de París de este año. Son cinco hermosos lienzos en los cuales el artista ha demostrado una vez más su maestría en trazar y agrupar las figuras y sus excepcionales condiciones de colorista. Como nos proponemos reproducirlos en las páginas de esta Ilustración nos limitamos hoy á dar esta sencilla noticia y á felicitar entusiastamente á nuestro querido colaborador.

Salón P. Reig é hijo. - El reputado artista Sr. Torné y Esquius exhibe una numerosa colección de dibujos que representan escenas y tipos parisienses, en los cuales aparece la realidad admirablemente observada y trasladada al papel en sus rasgos más salientes, despojada de todo lo accidental. Son impresiones vividas en las cuales se ven un temperamento artístico y una personalidad original.



Copa ofrecida por los Sres. Conde, Puerto y C.ª
y medallas ofrecidas por el Club de Natación

Necrología.—Han fallecido:

Lorenzo Delleani, notable pintor italiano.

Eduardo Caird, filósofo inglés, ex profesor de Filosofía moral en la universidad de Glascow y del colegio Balliol de Oxford, autor de varias importantes obras, entre las cuales sobresale La filosofía crítica de Manuel Kant.

Luis Fontana, célebre pintor, escultor y arquitecto italiano.

José María Pernter, director del Instituto Central Meteorológico de Viena, autor de varias obras de física y meteorología y miembro de muchas academias.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Mi hija me dijo que había estado usted en casa el sábado y que tenía usted la bondad de interesarse por mí

Lo que disgustaba sobre todo al auvernés era la intervención del comisario de policía, pues desde que había tenido que comparecer ante la justicia, sus representantes le inspiraban una aversión más profunda que cuando únicamente les tenía tirria á causa de la vigilancia ejercida por ellos sobre los carboneros que roban en el peso del carbón vendido, cosa bastante frecuente en Bourasse.

—¿Qué historias quiere usted que eso provoque, Sr. Bourasse?, dijo la señora Landry.

—¡Eh! Con esa gente de policía, vaya usted á saber, contestó el tío de Pablo.

—El muchacho no escuchó más que la voz del corazón.

—Hay que escuchar el interés propio. Así lo entiendo yo.

—¡Y dejar que las personas se mueran á nuestro lado sin socorrerlas!, dijo Sofía.

—Sí..., declaró brutalmente el carbonero. No le habéis matado vosotros á ese señor, ¿verdad?.. Entonces, ¿qué os importa?.. Ya lo vió usted; el comisario de policía tomó el nombre de ese galopín; lo apuntó en su informe... y la cosa va á ir más lejos..., le llamarán á la prefectura, le molestarán, le harán perder un día de trabajo..., en fin, una porción de historias que no tenía necesidad de acarrearnos ocupándose de lo que no le importaba... Este es mi parecer.

Esto fué dicho en tal tono, que nadie se atrevió á replicar.

Pablito, que siempre temblaba ante las brutalidades de su tío, bajaba la cabeza, ocultándose detrás de su tía, cerca de Rosita, que hubiera querido ser bastante grande para contestar «al mal hombre que causaba pena á su amigo.»

Así es que le besó con extraordinaria ternura al partir, pues la señora Landry, después de breves palabras, se despidió de la familia del carbonero.

Y ella también besó muy afectuosamente al amiguito de su hija, para compensar los reproches injustos de su tío.

Pero apenas había salido con Rosita, cuando Bourasse volvió á las andadas con su sobrino.

—Oye, si me sucede la menor historia con todo eso, te echo á la calle, especie de mocoso..., gritó sacudiendo rudamente al pobre muchacho. Sí, te pondré de patitas en la calle, especie de pordiosero, recogido por caridad, que come aquí el pan de los otros y que es capaz de acarrearnos disgustos con la policía por ocuparse de cosas que no le importan... ¡Anda, quítate de prisa ese traje de fiesta, que no necesitas para trabajar en la tienda, ¡gandul!.. ¡Y no hay poco trabajo para ti!.. ¡Anda!.. ¡Vete al chápiro, yo te haré andar listo!..

IV

DOBLE SORPRESA

La perspicacia del Sr. Laroche se equivocaba al creer el buen señor que el empréstito hecho á su caja por Juana iba destinado á las familias de sus pequeños protegidos.

El excelente padre experimentaba una verdadera satisfacción viendo á su hija practicar el bien, y la hubiese estimulado, si hubiera sido necesario, en sus caritativas empresas.

Esta vez, por el contrario, el comerciante pensó—después de haber desaparecido Juana con los dos billetes escondidos—que quizás su hija, tan generosa como inexperta, se excedía.

Porque, ¿á qué venían todas aquellas precauciones y misterios?

—Seguramente porque se trata de una cantidad importante, pensó Laroche. Juanita misma me lo ha dicho. ¡Y me hizo volver de espaldas para que yo no viese lo que ella tomaba!, añadió el padre de Juanita con una sonrisa algo maliciosa. ¡Como si fuese difícil averiguar lo que cogió!

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

El caso es que el comerciante, minucioso hasta en las menores cosas, preciso y ordenado lo mismo en su vida de familia que en sus negocios, llevaba cuenta diaria de todo lo que entraba y salía de su caja. Como no tenía socios ni debía dar cuentas á nadie, el Sr. Laroche no tenía más que un arca de caudales, la que hemos visto en su gabinete de trabajo. Bernard, cajero y apoderado en el despacho del Mercado de vinos, depositaba directamente en el Banco de Francia las recaudaciones operadas por mediación suya, no conservando en su caja más que los fondos necesarios para las operaciones diarias. El comerciante era el único que poseía el libro de cheques por medio de los cuales retiraba las sumas que necesitaba, y todo lo que no se hallaba depositado en el Banco, se encontraba en su arca de hierro, cuidadosamente anotado y registrado.

—¡A ver!, dijo cogiendo su libro de caja, cuyas dos columnas sumó rápidamente.

Luego contó y comprobó.

—¡Diantre! ¡Dos mil francos!.., exclamó. ¡No se para en barras mi Juanita!..

Y añadió poniéndose serio:

—Quizás se deja llevar del corazón con demasiada facilidad, porque yo quiero admitir que las familias de sus protegidos son desgraciadas y dignas de interés; pero ya ha vestido á esos niños de pies á cabeza, ha corrido con todos los gastos de la primera comunión, ha metido cien francos en el bolsillo de cada uno... ¡Me parece que ya es algo!.. ¡Dos mil francos!.. Con seguridad hay otra cosa, alguna necesidad urgente á que atender y que ha querido ocultarme, y si no ha querido decirme la cantidad, ha sido únicamente para ocultarme el nombre, temiendo que yo le hiciese alguna observación. Juanita entiende descontar esta generosidad de lo que posee personalmente. Está bien. Sin embargo, es preciso que yo me dé cuenta, pues podría ser víctima de su buen corazón.

Y el comerciante en bebidas alcohólicas reflexionó sobre la situación de los dos pequeños protegidos de su hija, que conocía muy bien, porque Juana lo llevó un día á casa de ellos á fin de que participase de su buena acción.

—¿El pequeño deshollinador?, pensó el Sr. Laroche. No veo que su tío, el carbonero, cuyo comercio me pareció muy próspero, haya podido excitar á tal punto la compasión de Juanita. No, sería preciso que esa gente se hubiese encontrado en una situación difícil, con un vencimiento embarazoso, con un acreedor que amenazase con hacerles declarar en quiebra. Y aun dado este caso, Juanita hubiese procedido de otro modo; me hubiese consultado para decidirme á sacarlos del apuro. Por otra parte, esos auverneses son económicos, acumulan céntimo sobre céntimo con el fin, que nunca pierden de vista, de retirarse en su país. Ese Bourasse es un tuno que con harta frecuencia vende sacos de carbón de cuarenta y cinco kilos en vez de cincuenta y que debe haber reunido un capitalito regular... Seguramente no es ahí... ¿Los Landry, entonces?, se preguntó el padre de Juana. ¿Esa pobre gente de la calle de Bernardinos? Seguramente están muy pobres. Landry ha estado mucho tiempo enfermo. Hace meses que no tiene trabajo. Su mujer tiene mensualidades de nodriza que pagar... Bien puede ser que tengan algunas pequeñas deudas... ¡Pero dos mil francos!.. Y sin embargo, puesto que no han sido para los parientes de Pablito, tienen que haber sido para la familia de Rosita.

Laroche no salía de esto. No veía ningún otro fin en la generosa caridad de su hija, y en la creencia absoluta de que los dos mil francos habían ido á parar á casa de Landry, trataba de comprender por qué motivo se había necesitado semejante cantidad.

—Quizá para establecerlos, para montarles algún pequeño comercio, se decía, ó bien para proporcionar una fianza á Landry, que habrá encontrado algún empleo... Es inteligente..., ha trabajado en una notaría.

Y el padre de Juana sacó en conclusión:

—Pues bien; yo quiero verlo.

No era ya simple curiosidad; desde aquel momento pensaba que si los protegidos de su hija resultaban dignos de interés, se asociaría á su buena acción.

—Juana ha querido hacerme un tapujo, pensó con su benévola y paternal malicia: pues bien, á mi vez yo le haré otro... Iré á casa de Landry, y si mi hija ha empleado bien su caridad, haré algo por esa gente, sin decírselo á Juana... ¡Qué chasco cuando se entere!.. Y me saltará al cuello para darme las gracias.

La alegría le saltaba por los ojos.

Aquel mismo día, Laroche hizo lo que se había propuesto. Después de una corta aparición en su despacho, se fué á la calle de Bernardinos.

No se detuvo á pedir informes á la portera. Conocía el valor de tales informes, buenos ó malos según que los inquilinos están bien ó mal con ella, si con ella son generosos ó molestos. Conocía la habitación por haber estado ya con su hija, y subió directamente al quinto piso.

Le abrió Rosita, que se encontraba sola y reconoció al Sr. Laroche.

—¡Ah, el papá de la buena señorita!.., exclamó con una graciosa sonrisa.

—El mismo, hija mía, dijo el negociante acariciando á la niña.

—Mamá ha ido al lavadero, añadió en seguida la muchacha, y papá ha ido á una casa para un asunto de trabajo. Estoy sola con mi hermanito, que duerme.

La circunstancia pareció favorable al padre de Juana: la ingenuidad de aquella niña se prestaría divinamente á su pequeña información.

Entró y explicó su visita.

—Mi hija me ha hablado mucho de ti; te quiere mucho porque parece que eres muy buena y que tu viste el primer premio de catecismo. ¿De modo que estuviste contenta de ir bien vestida á la primera comunión?

—¡Oh, sí, señor!, contestó Rosita. ¡Estaba yo tan bonita con el hermoso traje que la señorita me compró! Me lo volveré á poner mañana, porque es domingo, y mamá quiere llevarme al Sagrado Corazón de Montmartre á la misa de acción de gracias.

—¡Ah, bien, bien!, dijo Laroche tomando asiento. ¿Tu padre continúa sin trabajo?

—Todavía. Ha ido á una casa para ver si querían darle direcciones que poner en fajas.

—Se gana muy poco en ese oficio.

—No sé; pero hace tanto tiempo que papá no trabaja, que haría cualquier cosa.

—Procuraré encontrarle algo.

—¡Hará usted una obra de caridad, señor!, exclamó la niña. ¡Mamá estaría tan contenta si papá encontrase trabajo!.. ¡Y trabaja tan bien!.. ¡Si viera usted qué bonita letra tiene!..

—En este momento tu padre debe tener menos quebraderos de cabeza, preguntó el Sr. Laroche, porque con lo que os dió mi hija habréis salido un poco de apuros.

—¡Ya lo creo! ¡Ha sido tan buena la señorita!, dijo cándidamente la niña, á quien habían deslumbrado las cinco monedas de oro puestas por Juana en su pequeño portamonedas. Con todo ese dinero mamá pudo pagar todo lo que debíamos... ¡y todavía le ha quedado!

Esta contestación confirmó la opinión del señor Laroche.

En seguida volvió á su resolución de hacer algo por la familia, rivalizando con su hija en generosidad.

La miseria de aquella buena gente le parecía ahora más lastimosa.

Tenía acerca de ellos los informes dados á Juana por el cura de San Nicolás. Sin embargo, hubiera querido ver al padre de Rosita para hablar con él, apreciar sus aptitudes y ver lo que podía hacer por él.

Recordando que la niña había dicho que su padre hacía muy buena letra, pensaba si le sería posible emplearlo en la contabilidad, en su despacho del Mercado de vinos.

—Entonces ya no te quedará dinero, dijo á la niña, puesto que tu madre lo cogió todo para pagar.

—No, señor, contestó Rosita; pero yo no necesito, mientras que á mamá le hace falta para darnos de comer, hasta que papá encuentre trabajo.

—Enséñame tu portamonedas, dijo el Sr. Laroche echando mano al bolsillo.

—Lo tengo en el vestido de primera comunión que debo ponerme mañana para ir al Sagrado Corazón, dijo la amiguita de Pablo Galoux apartando la cortina de lustrina que ocultaba en un hueco de la estancia una miserable percha.

Lo trajo y lo abrió.

—Hay veinte céntimos que he guardado para dar en la cuestación de mañana, dijo la niña.

—Toma, yo añado esto, dijo el Sr. Laroche metiendo dos monedas de á veinte francos en el compartimiento de en medio.

—¡Oh, señor, cuánta bondad!, exclamó la niña con viva gratitud. ¡Qué contenta va á estar mamá!

—Hubiera querido ver á tu padre, dijo el buen señor, para hablar con él..., y quizá pueda yo encontrarle trabajo. Cuando vuelva, dile que se pase por mi despacho.

—Sí, señor, dijo Rosita muy contenta.

—Que no vaya á mi casa, recomendó el padre de Juanita levantándose. Que vaya á mi despacho pasado mañana, lunes, á las nueve de la mañana; con puntualidad. No te olvides de decírselo.

—¡Oh, no, señor! Pierda usted cuidado.

Y acariciando de nuevo á la niña con la mano, le dijo:

—Ya ves que el ser buena trae suerte. ¡Ea, adiós! ¡Hasta el lunes!..

Rosita volvió á dar las gracias al Sr. Laroche, profundamente impresionada por su bondad, y permaneció en el rellano hasta que cesó de oir sus pasos en la escalera.

—A mi despacho, pensaba el comerciante al regresar á su casa; así Juanita no sabrá nada y quedará sorprendida cuando yo le diga lo que habré hecho.

Sin embargo, á pesar de su resolución, necesitó una gran vigilancia para guardar el secreto durante todo el día del sábado y todo el día del domingo. Hasta evitaba contestar á su hija y cambiaba de conversación cada vez que ella le hablaba de su protegida.

El lunes fué á su despacho á las ocho y media, como todos los días, y mientras se enteró de la correspondencia, habló con Bernard, preguntándole si podrían tomar un nuevo empleado en el Mercado de vinos ó en Bercy.

—A decir verdad, contestó el casero, no veo en qué se le podría ocupar... Además, los despachos son tan pequeños, tenemos el sitio tan medido, que sería difícil poner un hombre más.

—Y fuera, ¿no se podría encontrar algo, para las recepciones, para las formalidades administrativas?..

—Ya tenemos quien se ocupa de ello, contestó Bernard.

Landry llegó en aquel momento, con puntualidad, henchido el corazón de esperanza y de gratitud. Se había puesto el traje menos usado que conservaba cuidadosamente, disimulando su miseria del mejor modo que podía.

—Aquí está precisamente la persona de quien hablaba, dijo Laroche, que vió al padre de Rosita á través de los cristales de su despacho; hágale usted entrar.

Landry se presentó, y dijo tímidamente después de saludar:

—Mi hija me dijo que había estado usted en casa el sábado y que tenía usted la bondad de interesarse por mí...

—Sí, amigo mío; por eso dejé dicho que viniera, contestó el comerciante. Vamos á ver; desde luego es necesario que yo sepa qué es lo que sabe usted hacer. Estuvo usted empleado en una notaría; ¿qué clase de trabajo hacía usted?

—Efectivamente, estuve empleado en casa del notario Bonnardel, en Chateau Thierry, contestó el padre de Rosita. Estaba encargado de los cobros, iba al registro para pagar los derechos, á la hipoteca..., en fin, el servicio de caja.

—Muy bien.

Y dirigiéndose á su cajero, dijo Laroche:

—Pues bien; para los cobros, este hombre serviría muy bien.

—En casa, contestó el cajero, no hay medio; mas yo conozco una plaza de cobrador que va á estar vacante. Pero piden fianza.

—¿Dónde?

—En casa de Lavisart. Luciano, el cobrador que viene aquí, deja la plaza á fin de mes para entrar en el Banco.

—¿Conoce usted el servicio de banca?, preguntó el Sr. Laroche á Landry.

—Lo hice durante tres meses como supernumerario en Chateau Thierry, contestó el padre de Rosita; pero no pude obtener el empleo en propiedad precisamente á causa de la fianza... Además, caí entonces enfermo...

—¿Se hizo usted dar un certificado?

—Sí, señor. He traído mi hoja de servicios, dijo Landry sacando su cartera, de la cual sacó varios papeles.

El negociante los examinó rápidamente.

—Bien, déjeme estos papeles, dijo luego. Voy á ocuparme de usted. Si no han dado todavía ese empleo, puede usted contar con él. Lavisart, Fleuret y C.ª son mis banqueros y no pueden negarme nada. En cuanto á la fianza, corre por mi cuenta.

Landry iba á darle las gracias, pero el padre de Juana le interrumpió diciéndole:

—Se lo prometí á su encantadora niña, á quien vi anteayer, y cumpliré mi promesa. Tiene usted una hija adorable.

—Es usted muy bueno, señor, contestó el infeliz lleno de ternura. Mi pobre Rosita no cabía en sí de gozo al darme tan grata noticia..., y cuando yo le diga que va usted á facilitarme un empleo, estoy seguro de que la alegría la va á curar.

—¡Curar!.., dijo el Sr Laroche con sorpresa. ¿Está enferma?

—¡Oh, no será nada!, contestó Landry. Ayer, por la mañana, fué al Sagrado Corazón con su madre y

un niño que hizo la primera comunión con ella, el pequeño deshollinador á quien también vistió la señorita Juana..., y los niños fueron testigos de un suicidio que impresionó vivamente á mi hija. Por la noche estaba muy nerviosa, muy agitada, y la noche última ha tenido una fiebre muy fuerte, con pesadilla... Los niños se impresionan fácilmente... La tras tornó ver á aquel hombre que se pegó un tiro de revólver á pocos pasos de ella y á quien vió caer ensangrentado...

—¿En Montmartre?

—En el Molino de la Galette, donde se desayunaban después de la misa, explicó Landry. Pablito acudió en auxilio de aquel hombre, y parece que sin él, según dijo el doctor, el suicida hubiera muerto en el acto, pues el niño le cerró la herida con su pañuelo, impidiendo que se desangrara.

—¿De modo que ese hombre no ha muerto?

—Sí, pero le transportaron vivo á su casa, calle de las Abadesas, y no murió hasta algunas horas después... Lo trae el diario de esta mañana.

—¿Ha hecho usted visitar á su hija por el médico?, preguntó el padre de Juana.

—Mi mujer ha dicho que lo llamará si la niña no va mejor esta mañana, contestó Landry. Pero sin duda no será nada.

—¡Vamos, ánimo, amigo mío!, dijo el Sr. Laroche despidiendo á su protegido. Veré á mis banqueros esta mañana misma y enviaré á usted la contestación esta tarde. De todas maneras, me ocuparé de usted.

Landry dió las gracias con efusión y regresó á su casa con el corazón lleno de esperanza.

El Sr. Laroche salió momentos después para ir á casa de sus banqueros.

La casa banca Lavisart, Fleuret y C.ª, instalada al principio del bulevar de San Germán, en la proximidad del Mercado de vinos, tiene como especialidad la clientela de comerciantes en vinos y licores, y Laroche era no sólo uno de sus clientes más importantes, sino que era además uno de sus comanditarios y amigo particular de los Sres. Lavisart y Fleuret.

La plaza de cobrador, de que Bernard había hablado, iba, en efecto, á estar vacante, y aún no se había designado sucesor al que partía.

Bajo la recomendación de Laroche, la aceptación no ofreció dificultad alguna, y el comerciante prometió depositar él mismo los cinco mil francos de fianza exigidos.

Encargóse de mandar avisar á su protegido que se presentaría al día siguiente y entraría en funciones á fin de mes.

Laroche volvió á su casa á las doce con el rostro radiante de alegría.

Tenía impaciencia por anunciar á su hija lo que había hecho, á fin de demostrarle que había adivinado claramente aquella caridad rodeada de tanto misterio.

Juana había calculado que su carta certificada llegaría el domingo por la mañana, con la primera distribución, y gozaba secretamente de la sorpresa que iba á causar la recepción de aquellos dos mil francos, no sólo inesperados, sino de procedencia que ni Edmundo ni su padre podían sospechar.

¿Cómo podían pensar que fuese ella la remitente, después de una ausencia de ocho años, sin ninguna noticia, sin un solo encuentro?

Aquella cantidad, aunque anónima, sería agradablemente acogida, y si en casa del Sr. de Favreuse se perdían en conjeturas acerca del misterioso envío, se verían obligados á aceptarla. La adorable joven, que para obrar así únicamente había escuchado los tiernos sentimientos de su corazón misteriosamente enamorado y su compasión por aquella miseria que tanto la había afligido, contaba con que nunca se sabría el nombre de la desconocida bienhechora cuyo auxilio había llegado providencialmente en el momento más oportuno.

Ella había pensado:

—En ciertas fases críticas, en ciertos períodos de desesperación, dos mil francos, con ser un recurso muy modesto, pueden procurar la salvación!.. Con eso, Edmundo y su desgraciado padre podrían atender á lo más urgente, y eso les dará fuerzas y esperanza para continuar la ardua lucha á que se ven obligados.

Y experimentaba esa satisfacción íntima que es la recompensa inmediata del bien, y que es más intensa cuando se ignora la buena acción, como si la mano divina que dispensa esos dones remuneradores les diese más vigor para compensar la ausencia de satisfacciones exteriores.

Juana, deliciosamente conmovida, había pensado en ello todo el día, y, á la mañana siguiente, despertó con una sonrisa en los labios, provocada por esta idea que fué la primera que acudió á su espíritu.

—Quisiera ser un pajarito, decía para sí, uno de esos gorriones parisienses que se posan en la repisa de las ventanas para comerse las migas de pan ó los granos de alpiste que se caen de las jaulas de los canarios!.. ¡Iría allí y vería lo que hace!.. Sería testigo de su alegría... Estaría cerca de él sin que lo sospechase!

Juana no podía imaginar el espantoso drama que acababa de desarrollarse en aquella casa, adonde había enviado, con las más ardientes simpatías de su corazón, un caritativo socorro.

Ni uno de esos presentimientos secretos, una de esas misteriosas intuiciones que á veces conmueven el alma advirtiéndola de un peligro lejano ó de una desgracia desconocida, había turbado la serenidad de su alegría.

Largo rato después de haber visto morir á su padre en sus brazos, después que su primer dolor se hubo agotado en su propia violencia, Edmundo de Favreuse se acordó de aquella carta certificada, recibida en el momento que le anunciaban la desgracia de su padre.

Se la había metido rápidamente en el bolsillo para correr al encuentro del ser querido que le traían moribundo, y la sacó cuando volvió á estar solo con su hermano, cuando se retiraron un instante del cuarto mortuorio, donde quedaba la buena señora Claudia, cuando pensaron en ver las disposiciones que tendrían que tomar.

Esperaban al médico de la prefectura de policía anunciado por el comisario á fin de certificar oficialmente el fallecimiento y extender el permiso para enterrar el cadáver.

Entonces Edmundo se acordó. Volvió á ver la línea que encabezaba el sobre, trazada con un carácter de letra claro y ancho y subrayada con un trazo vigoroso:

Valor declarado dos mil francos.

—He recibido esta carta, dijo á su hermano, una carta certificada, que contiene dos mil francos.

—¡Dos mil francos!.., repitió Luciano con sorpresa. ¿Quién te envía esa cantidad?

—Vamos á verlo, contestó Edmundo rompiendo el sobre.

Y sacó una hoja de papel en blanco que envolvía los dos billetes de Banco.

—No hay nada escrito, dijo lleno de estupor. Ni carta, ni una palabra... ¡Es incomprensible!..

—Sin embargo, no pueden enviarnos semejante suma sin explicación, dijo Luciano de Favreuse. A ver el sobre.

—Va dirigido á mí, dijo Edmundo presentándoselo.

—¿No conoces la letra?

—No.

—El pliego ha sido certificado en la estafeta de la calle de Poissy; aquí está el timbre.

—Eso no me pone sobre la pista... Hay quizás algún error. Estos dos mil francos debían ir dirigidos á nuestro pobre padre; se equivocarían de nombre de pila, pues yo no espero nada de nadie.

—¡Y ni una palabra, ni una tarjeta!.

—Quizá recibiremos la carta que se han olvidado de incluir.

—No lo creo, opinó Luciano. Estos billetes venían envueltos en una hoja de papel puesta adrede, en ausencia de toda carta.

—Entonces, ¿qué pensar?.., preguntó Edmundo.

—No sé... Quizá es una restitución...

Edmundo de Favreuse meneó la cabeza y los dos hermanos se entregaron á diversas conjeturas, sin llegar á encontrar una solución más ó menos verosímil.

Recorrieron de memoria los nombres de todas las personas que conocían, de todas aquellas con las cuales su padre había estado en relaciones, y el nombre del Sr. Laroche no les vino á las mientes, pues el rico comerciante era acreedor del Sr. de Favreuse.

No podían pensar en una liberalidad, en una caritativa generosidad.

De todos modos, aquella suma les pertenecía y llegaba muy á propósito en su mala situación.

Edmundo tuvo sin embargo algunas dudas. algunos escrúpulos antes de resolverse á hacer uso de ella. Fué preciso que llegase el representante de una funeraria que le ofreció sus servicios á fin de disponer el entierro, para que se acordase de su pobreza y comprendiese la necesidad de recurrir á aquel dinero.

Luciano, que fué á la alcaldía con el secretario del comisario de policía, á fin de llenar las formalidades legales de declaración de óbito, tuvo algunos gastos; el entierro, muy sencillo, con una modesta concesión de cinco años en el cementerio de Saint Ouen, absorbió cierta cantidad.

Se dieron diez francos á la señora Claudia, que no quiso aceptar más, para indemnizarla de sus molestias y recompensar su abnegación.

No se enviaron esquelas de defunción, ni había necesidad. Hacía mucho tiempo que el Sr. de Favreuse no tenía amigos y su familia entera se había extinguido.

Luciano hubiera querido avisar á su madre y habló de ello con su hermano; pero no sabían dónde se encontraba.

¿Qué había sido de ella desde el día que desapareció de aquella casa donde dejó á su hijo?

Casi había sido arrojada por su marido, y desde entonces nadie había tenido noticias suyas.

Los dos hermanos ignoraban los antecedentes de su madre, de la cual nunca se había hablado en su presencia; conocían su nombre patronímico, que era el de Rollinet, pero no sabían que hubiese ejercido la profesión de comadrona; si lo hubieran sabido, hubiesen pedido sin duda informes á la prefectura de policía.

Las investigaciones practicadas por Luciano resultaron infructuosas, y aquella misma noche, al lado del cuarto mortuorio en que la señora Claudia velaba con una vecina, hablaban de ello.

—Surgieron graves disentimientos entre nuestros padres, dijo Luciano. ¿Qué oíste á papá sobre esto?

—Papá nunca me habló, contestó Edmundo, y nunca le pregunté.

—Nuestra madre, á lo que comprendí, tuvo culpas bastante graves... que motivaron la separación.

—Dejemos todo eso, ¿quieres?, interrumpió Edmundo con una afectuosa súplica. No quiero saber nada que pueda menguar en mi corazón la estimación, el afecto y el respeto que debo á mi madre. Esa delicada idea guió constantemente la conducta de nuestro padre, pues nunca pronunció, te lo puedo confesar, ni una palabra de censura, ni siquiera de queja.

Después de una breve pausa continuó:

—Quizá es preferible que no hayamos podido comunicarle la desgracia...

Luciano se quedó pensativo.

—Incúmbenos ahora una misión sagrada que hemos jurado cumplir, prosiguió Edmundo, y la cumpliremos, ¿verdad?

—Sí..., contestó Luciano vagamente.

—Sea cual fuere la causa de la ruina contra la cual tanto luchó nuestro desgraciado padre, nuestro deber consiste en continuar su obra. ¿Trabajaremos ambos?

—Sí.

—Unidos por este juramento prestado á nuestro padre moribundo, y sostenidos por nuestro afecto, estoy seguro que lograremos nuestro propósito. Las deudas que hemos de pagar son pasadas, pues con esto á poca diferencia la situación de nuestro padre; pero no nos faltará valor, ¿no es cierto, Luciano?

—Trabajaré contigo. contestó el joven. Te secundaré lo mejor que pueda... No estoy acostumbrado al trabajo como tú y me faltará experiencia...

—Conmigo, dijo Edmundo, el trabajo te será fácil. Por lo demás, ¿no estoy yo aquí para hacer todo lo necesario? Trabajando, lo mismo trabajaré por ti que por mí... Te sostendré con mi ejemplo... Seremos fuertes en virtud de nuestro mutuo afecto..

Y rebosante de ternura, el animoso joven abrazó á su hermano con la más sincera demostración.

—Uno y otro quedamos solos, mi querido Luciano, dijo llorando, ¡pero esto nos bastará!.. Si nuestros padres se separaron, nosotros nos hemos educado juntos. Sólo al salir del colegio nos vimos separados durante algunos meses, hasta que viniste á vivir aquí, al lado de papá. ¡De hoy más, nada volverá á separarnos!..

—¡No, nada..., te lo prometo!.., contestó Luciano, devolviendo el abrazo á su hermano.

—Pasado mañana, que nos encontraremos solos aquí, pondremos resueltamente manos á la obra.

—¡Sí, los dos!.., volvió á prometer el joven.

Y ambos hermanos fueron á pasar el resto de la noche junto al lecho fúnebre.

En el momento en que el modesto entierro, seguido únicamente por los dos hijos del Sr. de Favreuse, la portera y algunos vecinos, se encaminaba hacia el cementerio, el Sr. Laroche volvía á su casa, con la cara tan alegre, que Juana lo notó antes de que la abrazase.

—¿Qué hay?, dijo ella presintiendo alguna buena noticia. Te veo lleno de júbilo, papá.

(Se continuará.)

BARCELONA.—LA OPERA «LOHENGRIN» EN EL TEATRO DEL LICEO

Si en todas las representaciones escénicas es elemento poderoso para mantener la ilusión del público la propiedad con que se montan, la importancia de este elemento sube de punto tratándose de las óperas de Wágner, en las cuales orquesta, cantantes y aparato constituyen un solo todo de partes tan íntimamente enlazadas, que, si una de ellas flaquea, es casi seguro que las demás pierden no poco de su interés.

En Bayreuth y en Munich, las obras del inmortal maestro alcalzan ese grado de perfección suma; fuera de allí, difícilmente esa perfección se logra; y en Barcelona, triste es confesarlo, su ejecución, mirando al conjunto, siempre resulta deficiente.

La presentación escénica, en nuestro Liceo, ha sido, por punto general, descuidada, habiendo podido observarse en la mayoría de las óperas unas veces pobreza indigna del gran coliseo y otras anacronismos censurables.

Por esto merece incondicionales elogios la actual empresa de D. Alberto Bernis, que ha procurado presentarnos con la mayor propiedad posible, el año pasado *Tannhäuser* y este año *Lohengrin*.

Para esta última ópera encargó las decoraciones á Mauricio Vilomara y á los Sres. Moragas y Alarma. El primero ha pintado la del primer acto y la del primer cuadro del acto tercero.

La campiña á orillas del Escalda es de hermoso efecto por su perspectiva, perfectamente entendida y resuelta, y por la bella agrupación de los árboles frondosos, sobre todo en los primeros términos. La cámara nupcial revela también la mano habilísima del reputado escenógrafo por su propiedad arquitectónica, por la riqueza de temas ornamentales y por la acertada combinación de sus diversos componentes.



El eminente tenor Francisco Viñas (*Lohengrin*)



La eminente soprano Lina Passini Vitale (*Elsa*)

Es asimismo de bellísimo efecto la vista exterior del castillo, obra de los Sres. Moragas y Alarma, concebida con grandiosidad y admirablemente pintada. Los numerosos accesorios que en ella entran han sido habilísimamente dispuestos, y así por su conjunto como por sus pormenores esta decoración es digna de la fama de que merecidamente gozan aquellos distinguidos escenógrafos.



Decoración del primer acto, pintada por Mauricio Vilomara

El vestuario, de los sucesores de Malatesta, y el atrezzo, de Tarascó, son también enteramente nuevos y dignos del mayor elogio.

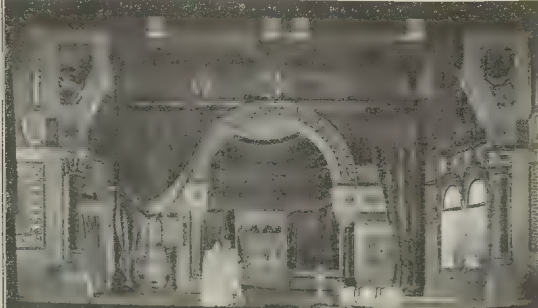
Los dos principales papeles han sido desempeñados por la señora Passini Vitale y el Sr. Viñas. La belleza, la hermosa figura, la voz fresca y bien timbrada y el apasionado temperamento de la señora Vitale, todo contribuye en esa artista á que sea una excelente intérprete de la poética heroína del poema wagneriano. El señor Viñas ha sido el admirable *Lohengrin* de siempre, pues sabido es que del personaje del *Caballero del Cisne* ha hecho una verdadera creación: en el *racconto* del primer acto, en el dúo de amor del tercero y en la escena de la despedida; en esta última sobre todo, ha estado á inmensa altura, habiendo alcanzado continuas y entusiastas ovaciones. El bajo Sr. Nicoletti-Kormann es un buen Enrique *el Pajarero* y los demás artistas han cantado discretamente sus *particellas*.

La orquesta se ha portado bien bajo la inteligente batuta del maestro Mascheroni; los coros se han mostrado seguros, pero hay que confesar que, no ya en esta, sino en casi todas las óperas, y no de ahora, sino de siempre, salvo muy contados casos, este elemento no está á la altura de la importancia de nuestro primer teatro lírico.

No terminaremos estas breves noticias sin tributar un elogio á la empresa por sus esfuerzos para presentar dignamente las obras del genio inmortal de Bayreuth, esfuerzos que el público ha premiado acudiendo numeroso á las representaciones de *Lohengrin*, como acudió el año pasado á las de *Tannhäuser*.—T.



Decoración del acto segundo, pintada por los Sres. Moragas y Alarma



Decoración del acto tercero, primer cuadro, pintada por Mauricio Vilomara

(De fotografías obtenidas durante la representación por Alejandro Merletti.)



Piratas tonkineses muertos en un combate con un destacamento francés. (De fotografía de Felipe Hutin.)

Hace poco tiempo presentóse en Lien-De, á 15 kilómetros de Phu-Lang Thuan (Tonkin), una partida de piratas, amiga del supuesto aliado de los franceses De-Tham. Inmediatamente un destacamento de europeos y de soldados annamitas se encaminaron al lugar en que había sido señalada la presencia de los bandidos y cercaron la pagoda en donde éstos se habían fortificado. Los piratas se defendieron encarnizadamente y los sitiadores emplearon en vano la dinamita, pues los sitiados lanzaban los mismos cartuchos contra los sitiadores antes de que estallaran. Intentóse luego un asalto, en el que se portó admirablemente el destacamento de la 9.ª compañía del 10.º regimiento colonial, y en vista de que ni aun así se podía reducir á los piratas, prendióse fuego á la pagoda. Salieron entonces los bandidos, que eran en número de ocho, y entablóse una terrible lucha cuerpo á cuerpo, en la que fueron muertos aquéllos.

Los franceses tuvieron un sargento muerto y cinco soldados heridos.

El adjunto grabado representa la pagoda incendiada, y en primer término los cadáveres de los ocho piratas.





Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII ← Barcelona 1.° de febrero de 1909 → Núm. 1.414



VENDEDORA DE HUEVOS,

cuadro de José Ribera (1588-1656) existente en la Pinacoteca de Munich.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Quién no lee novelas actualmente; quién no paga tributo á la novela, en una ó en otra forma? Ayer mismo, al salir del teatro Real, pensaba yo con sorpresa que, ya bien entrado el siglo XX, una novela de caballerías era lo que acabábamos de escuchar y de admirar por millonésima vez bajo el nombre de *Lohengrin*, y que por más que se hable del *crack* de la novela y se abomine del género en nombre de la moral y del utilitarismo—dos formas de una misma tendencia,—la novela, que se transforma como un Proteo, ni muere ni morirá mientras la humanidad exista.

Podría afirmarse que eso que llaman *crack* ó trueno de la novela, es el más claro síntoma de su supervivencia y estabilidad inconmovible. Quizás la novela ha decaído, no en fertilidad ni en calidad, sino en venta, justamente porque ha aumentado de un modo extraordinario la producción; hablando como los antiguos economistas, porque la oferta es, en el momento presente, superior á la demanda, con ser la demanda más activa que puede haber sido jamás. Asusta la cantidad de novelas que ven la luz diariamente, en todos los países civilizados del globo, que también aumentan cada día, porque la civilización cunde tanto como la novela, y hay entre ambos fenómenos—el histórico y social y el literario—relación más íntima de lo que á primera vista parece.

A principios del siglo XIX leían—los que leyesen entonces—novelas inglesas y francesas: se traducía, es cierto, lo mismo que ahora; pero el número de autores traducidos con algún éxito era corto; Walter Scott y Alejandro Dumas hacían el gasto. Tampoco abundaban los novelistas españoles, ni, con raras excepciones, pertenecían al número de los que publican de un modo periódico, como rinde el campo su cosecha. De todo ello resultaba que la cantidad de novelas que fuese posible leer, por mucho que agradase el género, era reducida. Acaso por lo mismo ejercían aquellas contadas novelas acción más enérgica en los espíritus. En el siglo XVIII, Voltaire, que no pecaba de candoroso, se conmovía con *Clarisa* y *Pamela* lo mismo que un colegial.

Hoy las novelas nos vienen de todas partes, sin hablar de la frondosísima producción nacional. Los subgéneros de la novela (novela corta y cuento) son cultivados por tal muchedumbre de autores, que llamarles legión fuera poco, y habrá que denominarles ejército. La fecundidad, que era antaño la excepción, es hoy la norma, y cada novelista tiene en su activo, por lo menos, docena ó docena y media de obras publicadas, en preparación ó en prensa. El número de países productores de la novela va en aumento incesantemente. Hemos sido inundados por la novela rusa, la novela polaca y la novela escandinava; la alemana asoma; la italiana hace competencia; de Francia nos remiten un sinfín de novelerías; de los Estados Unidos llueven; y ahora se advierte que la América española no quiere ser menos que la América del Norte, y va criando su camada de novelistas, emancipándose así de nuestra tiranía y aspirando á formarse literatura novelesca propia.

* * *

De tal abundancia de novelas y novelistas resulta lo que es lógico: se lee más novela y se lee menos cada novela aisladamente; se reparten el interés y la masa de lectores entre muchísimos más autores; la crítica—buena ó mala—no da abasto á juzgar, ni aun á señalar á la atención del público las novelas que van apareciendo; bombos y palos producen menos efecto que nunca; la apreciación verbal, de boca á oído, ha llegado á ser la que decide del éxito de los libros de «amena y vaga literatura.» Las famas, acaso fáciles de improvisar, se hacen difíciles de sostener. Y es justo añadir que, en medio de todo, la producción no ha descendido en calidad. Las novelas que hoy se publican por millares, no son en conjunto inferiores á las que en otro tiempo se publicaban por centenares ó por veintenas (acaso esta proporción sea la más exacta). Se ha adelantado en las fórmulas, en lo técnico del trabajo; la idea de cómo se teje y enreda una novela, el conocimiento de los elementos aprovechables, la materia prima, se ha difundido entre los escritores. Esta habilidad, en Francia sobre todo, es ya vulgar, y explica cómo se produce allí tanta novela bien hecha, y tan semejante á las demás novelas igualmente bien hechas, que no dejan rastro.

Asimismo, este modo de ser actual de la novela, en plena sobreproducción (algo análogo sucede con el teatro), nos hace comprender el fracaso de las tentativas de escándalo novelesco. No pudiendo atraer la atención y captarla por medio de un arte y una destreza que van haciéndose tan comunes, se acude á lo extraño, y aun á lo antinatural, hipernatural y monstruoso, para conseguir que los distraídos vuelvan la cabeza y se fijen. Una novelista francesa, Rachilde, que no escribe mal—escribir mal ya es caso raro, á menos que se haga á propósito,—pone en prensa el cerebro continuamente para inventar aberraciones eróticas imposibles y quintaesenciadas, que no se le hayan ocurrido á nadie antes que á ella, y probablemente no se le volverán á ocurrir á nadie después. A fuerza de dar la nota sobreaguda, se obtiene un público especial; el público universal exige otras cualidades.

* * *

Todo lo que sobre la novela y su absorbente incremento dejo dicho, me lo ha sugerido esta vez la lectura de una obra de autor americano, creo que bonaerense, la firma Enrique Larreta, y titúlase *La gloria de Don Ramiro.*

Desde luego observo algo en este libro que en alto grado me interesa.

Si hace veinte años un argentino escribe una novela, no sería jamás la que acabo de leer. Para que *La gloria de Don Ramiro* se haya pensado y trazado, ha sido indispensable que un cierto concepto de España se borre, y surja otro más reflexivo y más sentido, más histórico y romántico á la vez. Es preciso que una luz sombría—por decirlo así—haya esclarecido nuestro pasado y nuestro presente, mostrando sus diferencias y sus conexiones profundas; que la España, vista por franceses é ingleses, viajeros y noveladores, con el colorido de la pandereta y el compás del fandango, haya surgido más árida, más trágica, más seria, más vigorosa, en la conciencia de los que la han querido contemplar. Yo no pretendo sentar la conclusión de que la novela de Larreta contenga y cifre este nuevo concepto de la vida pasada española; sólo afirmo que es una de sus más claras y relevadas manifestaciones.

La gloria de Don Ramiro no se parece á las antiguas novelas históricas, en que un telón de fondo representaba el color local, y un birrete torcido, con desflecada pluma, la propiedad de la indumentaria. Desde *Salambó* acá, tales fantasías no son lícitas—y sin embargo continuaron aún largo tiempo su carrera.—Tampoco, realmente, es la obra de Larreta una novela histórica como *Salambó*—es decir, una novela que se funda en la historia.—He oído censurar á Larreta porque, en su libro, Felipe II sólo asoma un instante, pasa como una sombra—lo mismo que en *El alcalde de Zalamea*,—y he defendido esta breve aparición del discutidísimo soberano. Larreta no estudia ni la personalidad del rey, ni aun su época histórica: en la portada del libro hay este subtítulo: «Una vida en tiempo de Felipe II.» Y una vida es en efecto lo que relata, ó por mejor decir, lo que cuaja á su manera en el molde novelesco: la existencia de un hidalgo, que tiene una mitad de sangre castellana y otra mitad morisca, y la melancolía y los impulsos de las dos razas enemigas bullendo en las venas.

En la niñez de don Ramiro (lo mejor del libro), hay algo que recuerda la fábula del *Comendador Mendoza*, de Valera. La madre, doña Guiomar, arrepentida de su pecado de amor con el morisco galán que escaló su ventana, quisiera destinar á la Iglesia al fruto de la maldita pasión, y le prepara para el claustro ó las órdenes. Pero hay un escudero viejo, Medrano, en la infanzona casa del abuelo de don Ramiro—un escudero que es un retrato de Velázquez—que despierta en el muchacho el ansia heroica. Y esta doble corriente será la que siempre agite su alma, y tan pronto la incline á las aventuras y proezas como al misticismo, que al fin triunfa, en el ocaso de una existencia azarosa.

Hay en don Ramiro casi todas las tendencias de su época. España no se aquietaba aún; todavía añoraba las conquistas, las victorias, los degüellos, los viajes increíbles al través de nuevos continentes; aún sufría accesos de su admirable calentura cotidiana de tantos siglos, pero empezaba á encerrarse en el sueño de la unidad; la expulsión de moriscos y judíos se preparaba; y á la inquietud divina de los santos se unía la tendencia pagana de los humanistas—como el don Alonso Blázquez de la novela,—á quienes embelesa la hermosura del arte. A la vez, el descontento, no calmado desde las Comunidades, creciente entre la nobleza que ya no encontraba desahogo y camino para sus afanes de gloria y de triunfo, engendraba las disenciones, las pequeñas conspiraciones como la que ocasiona la ejecución de don Diego de Bracamonte, uno de los episodios más cincelados de la novela.

Porque la novela está *escrita:* en ella hay primor literario, al lado del elemento erudito, lecturas y viajes, visitas á monumentos, Museos y colecciones de anticuarios, para documentar sus páginas, como también estudio detenido del léxico de los antiguos clásicos españoles. Está *escrita* la novela, aun cuando se deslice, rara vez, algún americanismo, y con mayor frecuencia se nota cierta afectación que no es castiza, porque viene de las rebuscadas innovaciones del decadentismo francés. Ni una ni otra tacha son más que ligeros lunares. El cuerpo del estilo de la novela es castellano, sabrosamente sazonado de arcaismo.

* * *

He oído también reprender en esta novela—que á pesar de la abundancia del género no ha pasado inadvertida, como pasan las nueve décimas partes—la inferioridad de su segunda mitad respecto á la primera. Decae—dicen los censores.—Algún fundamento tiene esta crítica. Tampoco á mí me ha gustado completamente el episodio de la morisca Aixa. Acaso hayan existido moriscas así, á la vez místicas y tan alegres y dadivosas de su cuerpo; pero no nos comunica el autor su persuasión. El cuadro de los amoríos entre el cristiano y la infiel, tantas veces pintado por novelistas y dramaturgos, desde Tamayo en *Locura de amor* hasta Marquina en *Las hijas del Cid*, tiene sin embargo en la novela de Larreta relieve y frescura. En general, la novela ofrece episodios hermosos, más que una narración seguidamente interesante. El auto de fe en que Aixa sucumbe, la muerte del perro rabioso, la degollación de Bracamonte, merecen toda alabanza, y no ha de escaseársele porque carezca la novela de aquella apretada concisión de *Salambó*—por ejemplo y ya que he nombrado la obra de Gustavo Flaubert desde el principio.—Hay en el libro de Larreta más primor de pormenores que sobriedad y maestría de composición; hay más sugestión de caracteres que psicología; hay más incidentes que fábula. Hacia el final, dijérase que el autor se fatiga, y precipita el obscuro fin de su héroe, enterrado bajo aquella frase irónica: «Esta fué la gloria de don Ramiro...» Una flor de misticismo, única gloria de aquel ardoroso espíritu..., símbolo tal vez de España. Pero recuerden los nacidos en América con sangre española en las venas, que sin los don Ramiros y los don Hernandos y hasta los don Juanes, ellos no existirían. Hay hartas glorias diferentes en nuestro pasado.

* * *

Con todo esto, el libro es de los que he leído con verdadera atención, gusto y sorpresa, entre los muchos que de América recibo. No hay sólo en él cualidades de descriptor, felices hallazgos de estilista: hay especialmente el caso de un americano prendado artísticamente, quizás á su despecho, del antaño español, penetrado de su belleza singular, única, y que se detiene á estudiarla, si no con amor, con reflexión y ahinco, en lo cual España, sin remedio, saldrá ganando, mientras ha perdido lo incalculable con los cromos de cajas de pasas de tantísimo francés como se ha venido aquí á descubrirnos en quince días. No ha vertido Larreta, ante la España divina del antaño, las lágrimas de emoción que dicen que vertió Wáshington Irving al besar la firma de Isabel la Católica; pero nos ha considerado despacio, y percibido resplandores de nuestra grandeza.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

POR UNA MARIPOSA, CUENTO DE MATILDE ALANIC. Dibujo de Mas y Fondevila (1)

—El señor no está en casa, dijo el portero cuadrándose en el umbral de su portería y mirando desdeñosamente al tímido visitante.



Y en torno de ellos, bajo los aterciopelados follajes del gran parque, revoloteaban las mariposas de la primavera

—¿Y no sabe usted cuándo volverá el Sr. Perlot-Laroche?, preguntó Aubin Martial.

El rubicundo cancerbero encogióse de hombros y abrió los brazos en un gesto expresivo que se dignó comentar con estas palabras:

—Quizás hoy, quizás mañana, no lo sé á punto fijo.

Aubin suspiró, y dejando una tarjeta y una carta, murmuró:

—Pues cuando vuelva, hágame usted el favor de entregarle esto.

Después se alejó por el caminito que dando vuelta al parque conducía á la estación.

Encorvado, con los ojos fijos en el suelo y con aire de tristeza, andaba el joven á buen paso. En vano los aguzanieves corrían graciosamente delante de él por el sendero; en vano los rosales silvestres se agarraban á sus ropas como invitándole á fijarse en la frescura de sus flores; Aubin permanecía insensible á esos arrumacos de la primavera.

Y sin embargo, era un poeta, uno de esos seres absurdos y privilegiados que se extasían ante una florecilla que crece en los trigales, ante un pintado insecto; pero actualmente su alma estaba cerrada á esas sensaciones... ¿Para qué contemplar los encantos de mayo si había de volver á la ciudad negra y ponerse de nuevo en la noria, es decir, en términos más claros y más prosaicos, reanudar un trabajo monótono, aborrecido, antipático?.. Porque por desgracia, los poetas no viven únicamente de letrillas y baladas, y Aubin, solo en el mundo, sin fortuna y sin relaciones, no tenía más medios de subsistencia que un modesto empleo en la contabilidad de una fábrica, posición cuya presente penuria no estaba compensada por ninguna probabilidad seria de un futuro mejoramiento.

Se pasaba, pues, desde la mañana á la noche escribiendo números en un gran libro, y con pesar comprendía que en aquella labor acabarían por atrofiarse sus hermosas facultades de alegría y entusiasmo. Un día supo que el Sr. Perlot-Laroche, el famoso historiador que á su condición prodigiosa unía singulares dotes literarias, buscaba un secretario suficientemente ilustrado para ayudarle á poner en orden su importante biblioteca recientemente instalada en Marvaux, y esa noticia le hizo concebir alegres esperanzas: tocar buenos libros, dedicarse á una tarea interesante, vivir en una atmósfera inteligente, al lado de un hombre cuyo talento y cuya personalidad imponían universal respeto, ¡qué dicha!

Aubin conocía por casualidad á un amigo de infancia del académico ilustre, y sacudiendo su timidez inveterada pudo obtener de él una carta de recomendación, pidió un día de licencia, que su principal le concedió á regañadientes, y partió emocionadísimo para Marvaux.

Verdadero valor necesitaba para ello, pues no habían dejado de hacerle presente las dificultades que la cosa ofrecía. El Sr. Perlot Laroche, al anunciar unos meses antes su propósito de fijar su residencia en su país natal, no había disimulado el deseo que sentía de vivir apartado del mundo, á solas con su hija y en medio de sus libros y de sus flores; pero su alta notoriedad era incentivo suficiente para que sus conciudadanos continuaran ocupándose de él, y los embellecimientos de la quinta, el gran órgano del *hall*, las plantas preciosas de los invernaderos, el taller de pintura instalado en la torrecilla y la misma joven dueña de la casa sirvieron sucesivamente de tema á las habladurías. Todo el mundo supo muy pronto la causa de la pasión que la señorita Perlot sentía por la soledad y de su melancolía que se revelaba en las acuarelas extrañas ó en las fugitivas de la joven, artista original y dotada de gran sensibilidad. De salud delicada y hasta, según se decía, ligeramente contrahecha á consecuencia de una caída terrible que sufriera en su niñez, á Dionisia, con su nerviosidad enfermiza, su impresionabilidad extremada y su exagerada desconfianza en sí misma y en los demás, todo contacto con personas extrañas ó indiferentes le infundía miedo y le causaba una turbación que llegaba hasta producirle un sufrimiento.

En estas condiciones, padre é hija habían de mostrarse por fuerza exigentes en la elección de la tercera persona que habría de compartir su intimidad.

Dos ó tres secretarios admitidos por vía de ensayo habían sido despedidos sucesivamente. Aubin lo

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

sabía; pero con la temeridad propia de todo cobarde cuando se exalta, decidió, á pesar de todo, probar fortuna. Una supersticiosa confianza le animaba mientras se dirigía á la casa del Sr. Perlot-Laroche, haciéndole presentir que si alguna vez su vida debía transformarse había de ser aquel día y no otro. Sentía la cabeza despejada, la lengua suelta y el corazón animoso; sí, hablaría..., conmovería y convencería al sabio historiador... Pero toda aquella excitación habíase desvanecido delante del portero...

Ahora Aubin, con la cabeza baja, regresaba tristemente á la estación, diciéndose que aquella ocasión perdida no volvería ya á presentarse... ¿Para qué hacerse ilusiones?

Además, la codiciada plaza quizás estaba ya concedida á otro más listo, más afortunado, que había sabido llegar en el momento propicio..., al paso que él, Aubin Martial, siempre sería un desgraciado.

El rojo tejado de la pequeña estación brillaba herido por los rayos del sol poniente. Aubin entró en la sala de espera, dejóse caer en un banco, y apoyada la barba en las manos y los codos en las rodillas, prosiguió sus tristes meditaciones indiferente al mundo exterior. Al cabo de unos instantes prodújose en su campo visual una agitación, y Martial advirtió que tenía fijos los ojos en dos faldas, una de sarga blanca y otra de lana obscura, que hasta entonces habían permanecido inmóviles enfrente de él. La persona que llevaba la falda obscura habíase de pronto levantado lanzando un grito de repugnancia.

—Señorita, mire usted ese animal..., allí..., en el suelo... Voy á aplastarlo... No hay nada que me dé más asco que esos gusanos...

—Déjela usted, Luisa, respondió la de la falda blanca; es una pobre mariposa que tiene rotas las alas..., por nada del mundo la tocaría por miedo de matarla... Hace un rato que la estoy mirando... Vea usted con qué energía reune todas sus fuerzas para procurar salir de aquí y encaminarse hacia la luz de fuera...

Impresionado por aquellas palabras y por aquella voz de entonaciones cálidas y suaves, Aubin levantó maquinalmente la cabeza y vió una forma endeble envuelta en una *toilette* vaporosa, un rostro pálido, dos grandes ojos negros cruzados de rayas de oro, y luego dirigió su mirada al animalito que tenía cautivada la atención de la desconocida.

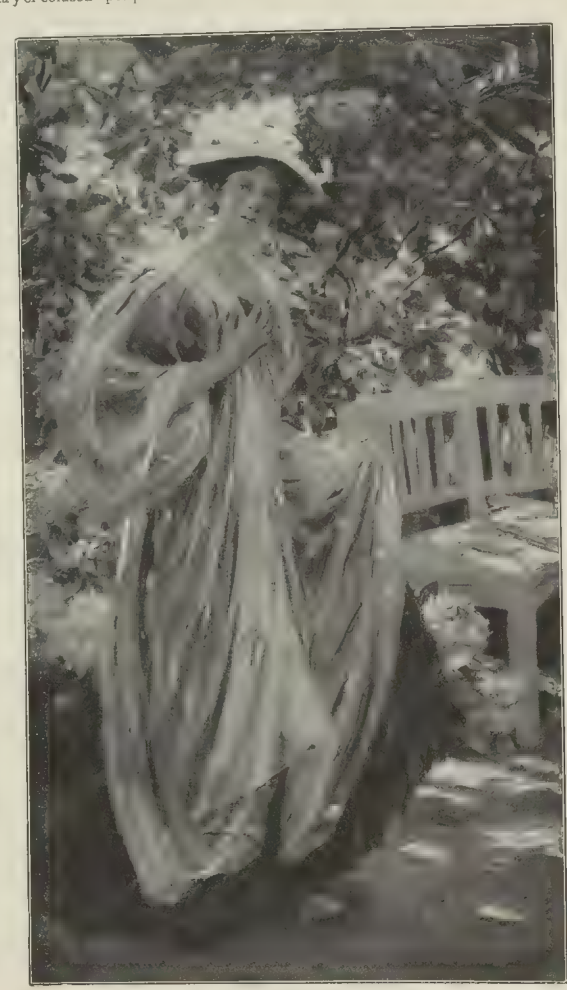
Una cosita encarnada y negra movíase trabajosamente en el suelo, y era realmente conmovedor el esfuerzo de aquella insignificancia, de aquel átomo animado, guiado por un vago instinto hacia aquella puerta para morir siquiera en la frescura del césped.

Pero antes de llegar, ¡cuántos abismos había de sortear, cuántos obstáculos había de vencer! El insecto luchaba denodadamente, oscilaba, caía, levantábase y seguía avanzando..., estorbado en su marcha por todo lo que antes le servía para volar por los aires... Sus bellas alas de color de púrpura, que eran ahora un peso inútil, pendían inertes, desgarradas, manchando miserablemente su finísimo encaje en el polvo, mientras que sus antenas, acostumbradas á las delicadas caricias, heríanse en las asperezas del suelo. ¡Cuán duro, ay, es, lo mismo para un alma que para una mariposa, arrastrarse cuando se ha nacido para volar alegre y libremente!, díjose Aubin poseído de un extraño interés y asimilando involuntariamente su destino al de aquel pequeño ser estropeado. También él, ¿no agotaba acaso sus fuerzas en un combate doloroso y tenaz en el que se rompían sus alas, y se arrastraba sufriendo por el suelo, cuando un poco de sol y de aire le bastaría para vivir dichoso?

Un suspiro lanzado por su vecina atrajo de nuevo su mirada hacia la joven; las pupilas negras de la desconocida, que continuaban fijas en el insecto moribundo, habíanse velado de singular tristeza.

—También esa sufre, con sufrimiento agudo y disimulado, díjose Aubin.

Y sus ojos debieron revelar evidentemente una compasión simpática que mortificó á la desconocida, porque frunció las cejas y sus pestañas sedosas se cerraron, como se cierra una ventana ante las miradas de un indiscreto.



En el jardín, cuadro de Hugo Vogel

Aubin se sonrojó y se estuvo quieto; sin embargo, aquella blanca y encantadora figura le atraía invenciblemente, y para poner fin á la tentación de mirarla, salió bruscamente de la sala de espera apenas un lejano silbido anunció que se acercaba un tren. A sus pies, junto al escalón de la puerta, vió al animalillo, del que hacía unos minutos se había olvidado; sin duda al llegar al borde del peldaño habíale faltado el terreno, y aquel ser minúsculo y desdichado había caído de espaldas y allí yacía medio enterrado en la arena, agitándose todavía débilmente y expuesto á ser aplastado por el primero que pasase.

En presencia de aquella agonía lamentable, fin de tan desesperados esfuerzos, el corazón del joven se enterneció...

—¿Por ventura una mariposa no tiene algo de poeta? Pues bien, entre colegas hay que ayudarse, pensó sonriéndose de su propia puerilidad.

Y cogiendo con precaución el insecto, que sintió como un sobresalto de espanto, depositó la mariposa moribunda en el seno de una rosa del rosal que circuía el marco de la puerta... Aquel ser que un día tuvo alas, ¿podía morir de otro modo que entre flores?

Pero al formularse á sí mismo esta delicada pregunta, Aubin se sonrojó de pronto; los ojos negros habían seguido evidentemente aquella escena y le miraban con singular asombro.

—¡Soy un ente ridículo!, díjose el pobre muchacho con la turbación de quien ha sido sorprendido en flagrante delito de sensiblería.

Afortunadamente para él, llegaron en aquel instante los dos trenes que en aquella estación se cruzaban, y Aubin Martial, que había de tomar el que se dirigía á la capital, subió á un modesto compartimiento de tercera, en tanto que los viajeros del otro descendían por el lado opuesto. El joven lanzó de pronto una exclamación de sorpresa al ver entre estos últimos al original del retrato que tantas veces había contemplado... Aquellas largas patillas blancas; aquella fisonomía distinguida; aquella roseta de la Legión de Honor... ¡No cabía duda, era el Sr. Perlot-Laroche!..

—¡Ah!, murmuró. ¡Mi eterna mala sombra! ¡No haber podido verle teniéndolo tan cerca!.. ¿Si me quedase?..

Asomóse perplejo á la ventanilla y vió con estupefaccion á la joven del vestido blanco cogida del brazo del académico.

—¡La señorita Perlot!.. ¿Cómo no me lo he figurado?.. Pero dicen que es contrahecha y no lo he advertido... Sólo he visto que tiene unos ojos de hada y una frente de ángel... ¡Y de fijo que le habré desagradado!.. Me ha tomado por un hombre descortés... ¡Aquella mirada que me ha dirigido!.. ¡Qué encuentro tan funesto!..

Toda la noche persiguióle en sus sueños el brillo de aquellos dos ojos negros, altivos y tristes..., y al día siguiente los vió relucir todavía al través del gran libro de cuentas... Nunca se había sentido tan pequeño, tan pobre, tan impotente... Y al terminar su faena regresó á su casa con el alma ensombrecida. Pero á la puerta le esperaba la fortuna en forma de una carta que le entregaba su portera, una carta que llevaba el sello de Marvaux y que decía: «Sírvase el Sr. Martial presentarse el próximo domingo en casa del Sr. Perlot-Laroche...»

. . . .

Aubin fué no sólo el secretario, sino el discípulo del augusto académico, al cual sintióse unido por la gratitud y por el cariño. Su talento, sometido á una misteriosa y bienhechora influencia, bien dirigido y estimulado, se desarrolló y se consolidó tres años después con un drama cuyo pensamiento y cuyos hermosos versos sonoros le valieron los aplausos del público, el aprecio de los literatos y algo más valioso para él, la alegría de una confesión largo tiempo esperada...

¡Dichosos los poetas!.. Las hadas los protegen, los envuelven en nubes de oro, hacen nacer flores á su paso y les dan la felicidad... ¡por una mariposa!

—Sí, por una mariposa, murmuraba la acariciadora voz de Dionisia, embellecida y vigorizada por la confianza y por el cariño. Porque aquella acción tan sencilla me hizo ver la exquisita bondad de tu alma. Yo, que me consideraba como una vencida, tuve la curiosidad de querer conocer al hombre capaz de una idea tan bella y de aquella afectuosa piedad para los débiles. Fácil me fué saber quién eras, gracias á la tarjeta que habías dejado y á la descripción que de ti nos hizo el conserje... Aconsejé á mi padre que te escribiera, y pude comprobar que mi primera impresión no me había engañado... Y de esta suerte nuestras almas, que se habían aproximado en un minuto de compasión, acabaron por fundirse poco á poco en una sola...

Diciendo esto, contemplábale amorosamente, con mirada diáfana deliciosamente hermosa... Y en torno de ellos, bajo los aterciopelados follajes del gran parque, revoloteaban las mariposas de la primavera, agitándose en el polvillo de oro de un rayo de sol...

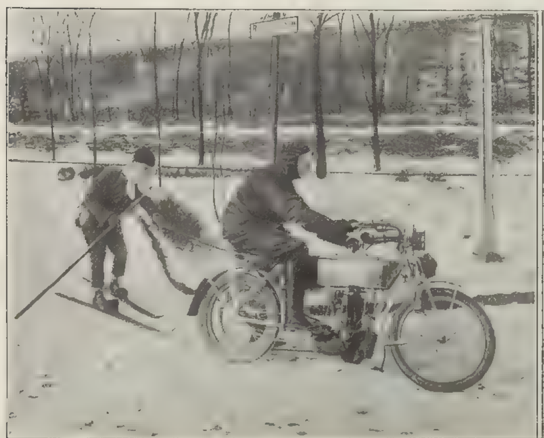
DEPORTES DE INVIERNO EN VARIOS PAISES



Alquiladores de patines en el bosque de Bolonia en París



Alquiladores de zapatos de paja para los que no quieren patinar



Un skiador arrastrado por una motocicleta en Alemania



Trineo movido por medio de dos palos



Carrera al trote sobre el hielo en Noruega



Patinación á la vela en Noruega

(De fotografías comunicadas por Carlos Delius, de París.)

PARIS

MONUMENTO Á FLOQUET

Hace doce años murió en París Carlos Floquet, el eminente hombre público que desde los más modestos comienzos supo elevarse hasta los más altos puestos de la política. Fué abogado, periodista, diputado, prefecto del Sena, senador, presidente de la Cámara de Diputados y del Consejo de Ministros, y en todos esos cargos defendió siempre los principios republicanos radicales.

El apóstrofe que, durante la Exposición Universal de 1867, dirigió al tsar Alejandro II, diciéndole en público «Caballero ¡viva Polonia!,» acreditóle de espíritu independiente; y su desafío con el general Boulanger, en 1888, aumentó considerablemente su popularidad, ya muy grande.

A su memoria han erigido los franceses el notable monumento que adjunto reproducimos y que será solemnemente inaugurado el día 28 del actual.



París.—Monumento erigido á la memoria del eminente político **Carlos Floquet**, en la Avenida de la República, que próximamente inaugurarán el presidente de la República y el del Consejo de Ministros. Obra del escultor Juan Descomps. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El carnaval en el gran canal de Venecia, cuadro de M. Barbasán.

La hermosa ciudad de las lagunas, en uno de sus aspectos, ha servido esta vez al distinguido artista Sr. Barbasán para ejecutar una de sus bellas obras que ofrece la circunstancia de reproducir la imborrable perspectiva que ofrece el gran canal cruzado por las góndolas, los buques de gran porte y á lo lejos los suntuosos palacios, todo ello representado con el movimiento y la animación propios del Carnaval, que tanta celebridad adquirió en Venecia.

Barbasán dedica á Italia, en donde reside hace algunos años y en donde se hallan sus más caras afecciones, el esfuerzo de su inteligencia y su maestría, correspondiendo así á la consideración y simpatía que se le dispensa.

EL EMINENTE PINTOR ALFREDO ROLL

La Sociedad Nacional de Bellas Artes ha procedido hace pocos días á la elección de su presidente por un período de tres años, por haber cesado el mandato que dos veces consecutivas se había confiado al eminente pintor A. Roll.

Desde hacía tiempo los individuos de la Sociedad habían expresado sus deseos de elegir por tercera vez para tan elevado cargo al célebre artista; en su consecuencia, habíanse retirado todas las otras candidaturas posibles, y Roll fué nuevamente elegido casi por unanimidad.

Roll es uno de los pintores que de mayor celebridad gozan en París, y los cuadros que anualmente expone en el Salón son uno de los principales ornamentos de esas grandes manifestaciones artísticas anuales. Hasta hace algunos años sus pinturas respondían á un temperamento realista; pero desde entonces las tendencias de Roll han sido cada vez más hacia el idealismo, pudiendo considerarse como una joya de gran valía, en este género, la grandiosa composición que presentó en el Salón del año pasado, titulada *Hacia la naturaleza, por la humanidad.*

TRIPTICO DE ANTONELLO

DA MESINA

Innumerables son las joyas artísticas que los recientes terremotos de Italia han destruído, y muy contadas las que han podido salvarse de la espantosa catástrofe. Una de estas pocas es el célebre tríptico de Antonello da Mesina que reproducimos en la siguiente página y que ha podido ser extraída indemne de entre las ruinas de aquella ciudad que dió nombre al famoso pintor del siglo XV.

Antonello da Mesina nació en Mesina en 1414, recibió las primeras lecciones de arte de su padre Salvatore d'Antonio, estudió en Roma y comenzó á darse á conocer en Palermo. Enamorado del arte de Van Eyck, fué á Flandes, en donde aprendió de aquel maestro el secreto de la pintura al óleo. Muerto Van Eyck, establecióse en Venecia, en donde conquistó gran fama y falleció en 1493.



El carnaval en el gran canal de Venecia, cuadro de Mariano Barbasán. (Exposición Miralles.)

ENOJADA

Ante un lienzo del maestro C. Vázquez

(Véase la lámina de la página 96.)

Fué la segunda noche de su estancia en París.

Absortos en la dulcedumbre egoísta de su luna de miel, entre espumas de risas y languidecer de los ojos acariciadores, vagaron por la urbe bullidora, ajenos á todo en el saboreo de su bella juventud, golosa de felicidad y avara del placer—placer de amor, placer efímero que, fugitivo, resta pronto zaguero en el incesante devanar de la vida.

Llegada la noche, vistieron sus frescas galas y fueron á la Opera.

El brillo del medio, sugestionándolos, los distrajo de su arrobamiento. El aire de extranjería, imposible de ocultar á la perspicacia aguda del parisiense; el habla española, dulce y sonora, con sus notas vibrantes de cristal, sus graves acentos de hidalguía rígida, sus graciosas flexibilidades y sus languideces orientales, atrajo la atención de los espectadores más cercanos; y la belleza castiza de Nieves, su perfil correcto y fino, la tez arrebolada, el negro trazo dual de las cejas destacando en ella, los cabellos castaños de áureo reflejo y los ojos, los bellos ojos hechiceros, brillantes ó velados, siempre enigmáticos en la oquedad sombría que simulaban las ojeras, ejercieron su hechizo.

Los borníes de frac y alba pechera pasaban estrujándose á su vera para mirarla en su vestidito de raso lila, sencillo y amplio, de alto escote, tan distinto de los trajes ondulantes de las parisienses, que acusaban las íntimas flexiones del cuerpo ciñendo sus talles serpentinos y descubrían la nívea morbidez y el suave palpitar del seno.



El célebre pintor francés **Alfredo Roll**, reelegido presidente de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París. (De fotografía de World's Graphic Press. París.

Pero el encanto era sólo momentáneo. Así lo comprendió Nieves. Las miradas codiciosas se desviaban, la dejaban muy pronto; los ojos de fuego quedaban vencidos por las encarnaciones tentadoras, las rosadas carnes veteadas por la red azulina de las venas. Luego vió á Santos absorto, cautivado por las otras, y adivinó en su desvío las remembranzas de su vida pretérita, fecunda en triunfos de amor. Y una envidia punzante, envidia singular que trascendía á ansias ignotas, deseos borrosos, le laceró el alma.

* * *

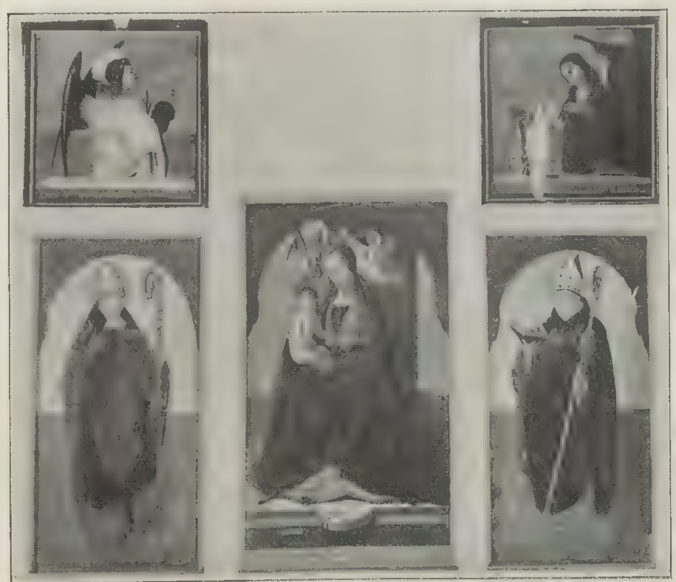
La cena terminaba fríamente.

Santos Corona permanecía silencioso, absorto en sus recuerdos, á pesar de su empeño en libertarse de ellos por un piadoso y oportuno olvido.

Nieves lo adivinaba, y el despecho, unido á la rara turbación sentida poco antes, le sellaban los labios.

La conversación moría en frases sueltas y, como jirones, distanciadas, deshechas.

En la cálida penumbra del gabinete del *restaurant*, oculto á toda indiscreción por la vidriera de colores y los amplios visillos de muselina malva, los jóvenes esposos destacaban los garridos cuerpos bajo la lámpara incandescente que vestía una pantalla roja.



Célebre tríptico de **Antonello da Mesina** (siglo XVI) que ha sido encontrado indemne entre las ruinas de Mesina (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

Sobre el mantel lucían las copas de *champagne*, pebeteros de oro líquido y espuma, la cafetera vienesa que destellaba reflejos, el blanco lechoso de las tazas y el rojo esmalte de las cerezas que empalidecía las rosas de un búcaro azul.

Nieves, algo ladeada en la silla que á su cuerpo servía de plinto, apoyado sobre la mesa el brazo, nervioso y fino, deshojaba una rosa que sangraba entre sus dedos. El misterio insondable de los ojos parecía velado por los párpados, y sobre el ritmo imperceptible del pecho los brillantes del collar irradiaban sus irisadas luces y la enorme esmeralda del broche lucía rielante sobre el parpadeo de las lentejuelas del corpiño.

«Y aquel cuerpo bellísimo era suyo—pensó Santos, de codos en la mesa, atisbándola á través de la humareda opalina del cigarro,—*suyo;* pero los ojos, el enigma de los ojos, flameaba tan ardiente, que temió, sin saber por qué, no llegar nunca á señorearlo.»

Y los labios finos de Santos aprehendieron el bigote rojizo, y sus dientes, menudos y fuertes, lo mordieron, atormentándolo en un movimiento inconsciente de pávido nerviosismo.

* * *

—Nena, ¿qué piensas? ¿Por qué no dices nada?

—.....

—¿Te has enojado?

—No. Pero ¿á qué hablar con tu cara de murria por delante?

—No te escudes conmigo, porque no te ha de valer... ¿Por qué tan seriecilla?

—La verdad, no quise turbar tu ensueño. Las señoras de la Opera te enajenaron de tal modo...

—¡Adiós!.. *¡Madame est jalouse!*

—Nada de eso. Pero como te la comías con los ojos, supuse...

—¿Me la comía con los ojos? ¿A quién?

—A la vecina rubia y mollejona.

—¡Tonta!, concluyó Santos aspirando el humo del tabaco.

Hubo una pausa.

Por la cabeza grácil de Nieves pasaron en rarísimo cortejo los cuerpos enfundados, lascivos, de las mujeres que viera sorbiendo las miradas ávidas de los hombres.

—Santos, ¿viste los trajes *fourreau* que llevan por ahí?, musitó apenas al cabo de un instante.

—Sí.

—Regálame uno escotado. ¡Son tan bonitos!

—¿De esos que para cubrir lo descubren todo? De ningún modo.

—¡Pero si es moda!

—No hay moda que valga. ¿Crees tú que voy á consentir que exhibas tu cuerpo de esa manera? No lo quiero.

—¡Qué ridiculez!

—Hoy en día todo lo que significa recato, pudor y hasta moralidad es ridículo. Pero qué quieres hacerle, no lo quiero porque no me gusta.

—¿No te gusta? No lo parecía cuando tanto mirabas á las otras.

—¡Ah, ya comprendo! Quisieras ser como ellas. Sí, sí, no lo niegues, porque te he entendido perfectamente. Es inútil, no he de consentirlo...

En el aire flotaron las últimas palabras.

De la rosa inocente no quedaban más que los pétalos dispersos que los dedos ajaron despiadados.

Santos Corona miró á Nieves, larga, intensamente. Señaló el pecho su siniestra mano y con voz melosa adujo:

—Has de acordarte siempre, nena, de que tú, toda tú, eres mía..., *sólo mía.*

Después se levantó, tiró el cigarro, se acercó á ella, asió la cabeza gentil de la esposa, buscó su mirada profunda, caliente, y bañándose en ella musitó:

—Sólo mía, ¿entiendes?

Y en un beso largo, glotón, el prístino impulso de rebeldía quedó vencido.

RAFAEL VEHILS.



ENOJADA, cuadro de Carlos Vázquez. (Salón Parés.)



A LA FERIA DE SALAMANCA, cuadro de Carlos Vázquez. (Salón Parés.)

ERNESTO WILDENBRUCH

A la edad de sesenta y cuatro años ha fallecido en Berlín este poeta eminente. Su muerte ha causado honda emoción en toda Alemania, pues aun los mismos que no comulgaban en su escuela, han apreciado siempre el valor literario de esa personalidad que en los momentos de la decadencia de la poesía dramática alemana, cuando imperaban en aquella escena los autores franceses ó sus imitadores, supo despertar en el público el sentimiento de los ideales nacionales más elevados, ofreciéndole en sus dramas los hechos más notables de su historia.



El eminente poeta alemán **Ernesto Wildenbruch**, fallecido en Berlín en 15 de enero último. (De fotografía.)

Wildenbruch descendía de la familia de los Hohenzollern. El príncipe Luis Fernando, el Alcibíades alemán, como se le llama, que murió en 1806 en la batalla de Saarfeld, tuvo de su unión con Enriqueta Fromm un hijo y una hija, que en 1810 recibieron el apellido de Wildenbruch, nombre de una posesión señorial; el primero, que desempeñó altos cargos públicos, fué el padre de Ernesto. Nació éste en 3 de febrero de 1845 en Beyrut (Siria), en donde su padre era cónsul general de Prusia, y de niño estuvo en Atenas y en Constantinopla. Siguió luego la carrera militar, y en 1863 entró en un regimiento de guardias de Potsdam; pero cuatro años después, poco satisfecho de la profesión de las armas, estudió Derecho. En 1870 hizo la guerra franco-prusiana y en 1877 ingresó en la carrera diplomática, en la que ocupó algunos puestos importantes y fué uno de los auxiliares de Bismarck.

Desde algún tiempo antes dedicábase, sin embargo, con especial predilección á la poesía, habiendo publicado en 1874 y 1875 dos poemas, *Vionville* y *Sedán*. En 1880 escribió su novela griega *El maestro de Tanagra*. Wildenbruch ambicionaba, desde que empezó á escribir, el aplauso del teatro; y esta ambición no pudo verla realizada en muchos años, porque todas las empresas rechazaban sistemáticamente sus obras, una de las cuales, *Los Mennonitas*, fué representada por los estudiantes berlineses. En 1881, el duque de Meiningen hizo representar *Los Carlovingios*. En 1882 pudo al fin ver colmados sus deseos, y desde entonces el público se entusiasmó con sus dramas, vigorosos, llenos de pasión y de amor patrio y admirablemente compuestos, y vió en Wildenbruch el iniciador del renacimiento de la literatura dramática alemana.

En su primera época escribió *Haroldo*, *Padres é hijos*, *Cristóbal Marlow*, *El nuevo mandamiento*; después dió al teatro, entre otras obras, *Los Quitzow*, *El nuevo señor*, *Enrique y su descendencia*, *La hija de Erasmo*, *El rey Laurín*, *El canto de Eurípides* y *La hija de Rabenstein*.

También en la novela cosechó abundantes laureles, siendo con razón considerado como uno de los primeros novelistas alemanes contemporáneos.

El *Berliner Tageblatt*, al dar cuenta de su muerte, decía: «Alemania entera, en duelo, se junta alrededor de uno de sus hombres más eminentes.»

BARCELONA. – DISTRIBUCIÓN DE ROPAS

DE ABRIGO ENTRE FAMILIAS POBRES

El domingo, día 24 del próximo pasado, efectuóse en el Palacio de Bellas Artes un acto en extremo simpático, como lo son todos aquellos que tienen por objeto el ejercicio de la caridad.

Cuando los comisionados de Tolosa y de Luchón, de cuya reciente visita á Barcelona dimos cuenta en el número 1.410 de La Ilustración Artística, se despidieron de nuestra primera autoridad municipal, los alcaldes de las citadas poblaciones le entregaron 5.000 y 500 francos respectivamente para los pobres de esta capital. El presidente de la Cámara de Comercio tolosana hizo á su vez, con igual fin, un donativo de 1.000 pesetas.

El alcalde accidental barcelonés Sr. Bastardas determinó con muy buen acuerdo invertir aquellas cantidades en ropas de abrigo para familias pobres, repartiendo al efecto bonos entre gente verdaderamente menesterosa. El canje de estos bonos y la distribución de las prendas correspondientes se realizó, como hemos dicho, en el Palacio de Bellas Artes bajo la dirección del Sr. Bastardas y del concejal Sr. Fargas de la Flor, quienes entregaron los correspondientes lotes á las muchas personas necesitadas que acudieron á recoger la limosna.

Las prendas distribuídas fueron: 900 mantas para cama, 960 elásticas de abrigo, 960 camisetas finas, 960 chambras, 140 docenas de pares de calcetines, 130 docenas de pares de medias, 30 trajes de punto y 185 pañolones de lana.

EL ACTOR COQUELIN (EL MAYOR)

El eminente actor fallecido en Pont aux-Dames hace pocos días, había nacido en Boulogne-sur-Mer en 1841. Discípulo de Regnier en el Conservatorio, obtuvo en 1860 un segundo premio de comedia y debutó en seguida en la Comedia Francesa, en la que fué admitido como socio en 1864.

El talento superior con que interpretó los grandes papeles del antiguo y moderno repertorios le elevó á uno de los primeros puestos entre los actores contemporáneos, habiendo creado con originalidad admirable interesantes personajes del teatro francés. En 1886 presentó la dimisión de socio de la Comedia, y desde 1887 á 1889 dió con brillante éxito una serie de representaciones en Europa y América.

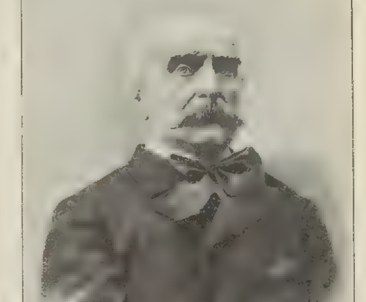
En 1890 ingresó de nuevo como pensionista en la Comedia Francesa, creando entonces *Thermidor*, de Sardou, y *La fierecilla domada*, de Shakespeare. Al año siguiente separóse en definitiva de la Comedia y reanudó sus excursiones por el extranjero.

Contratado en 1895 en el teatro de la Renaissance, la Comedia Francesa le puso pleito, resultando condenado por los tribunales á pagar 1.000 francos por cada representación que diese en París ó en provincias; á pesar de ello, Coquelin siguió representando. En 1897 se encargó de la administración del teatro de la Porte-Saint-Martin, en donde creó el *Cyrano de Bergerac* y dos años después el Napoleón del *Plus que reine*.

Ha escrito *L'art et le comedien*, *Les comediens par un comedien* y *L'art de dire le monologue*.

El famoso actor **Coquelin (el mayor)**, fallecido en Pont-aux-Dames el día 27 de enero último. (De fotografía.)

En 1905 fundó la «Casa de los Actores» en Pont-aux-Dames, admirable institución filantrópica, de la que nos ocupamos extensamente en el número 1.223 de La Ilustración Artística.



El célebre compositor francés **Ernesto Reyer**, fallecido en Lavandou en 15 de enero último. (De fotografía.)

ERNESTO REYER

Este célebre compositor francés, que ha fallecido en su quinta del Lavandou el día 15 de enero último, había nacido en Marsella en 1.º de noviembre de 1823. Su verdadero apellido era Rey; pero á fin de darle mayor sonoridad añadióle una sílaba, convirtiéndolo en Reyer, cuando en 1848 su vocación artística lo llevó á París.

A la edad de diez y seis años, gracias á la protección de un tío suyo, tesorero-pagador en Constantina, entró en las oficinas de la Administración de hacienda de Argel; sus ocupaciones burocráticas no fueron obstáculo á que ensayase sus dotes de compositor escribiendo algunas romanzas y una misa solemne que se ejecutó con motivo de una visita que á aquella ciudad hizo el duque de Aumale. En 1848, como hemos dicho, se estableció en París, encargándose de su educación artística su tía, la señora de Farrenc, profesora del Conservatorio.

En 1850 ejecutóse en la sala Ventadour una oda sinfónica *Selam*, y en 1854 cantóse en el Teatro Lírico su ópera en un acto *Maese Wolfram*, que obtuvo un éxito excelente. Siguieron luego *Sakuntala*, baile que se puso en escena en la Opera en 1858, y *La Estatua*, ópera en tres actos que se representó en el Teatro Lírico en 1861. Estas últimas obras sentaron definitivamente la reputación de Reyer. En 1862 estrenóse en Baden *Erostrato*, que fué allí muy aplaudida y que, en cambio, al ser estrenada en París en 1871 fué severamente criticada.

En 1884 estrenóse en el teatro de la Moneda de Bruselas *Sigurd*, que los directores de los teatros parisienses habían rechazado; el éxito alcanzado por esta obra fué inmenso. Al año siguiente cantábase en la Opera de París, valiendo á su autor un grandioso triunfo. También en Bruselas estrenó en 1890 su *Salambó*, que dos años después se cantó en la Opera parisiense.

Sigurd y *Salambó* son indudablemente las mejores creaciones de Reyer y las que han consagrado su fama en el mundo musical.

Ernesto Reyer fué durante treinta años crítico musical del *Journal des Debats*, en el que sucedió á Berlioz; en 1876 entró en la Academia de Bellas Artes y en 1896 se le concedió la gran cruz de la Legión de Honor.

«Lo que caracteriza más particularmente la personalidad de Reyer – ha escrito el célebre compositor Gabriel Fauré á raíz de su muerte – es una aspiración constante á todo lo elevado, noble, poético, y también esa abundancia, esa franqueza de inspiración que le hicieron crear tantas melodías hoy grabadas en la memoria de todos, melodías populares en la más alta acepción de la palabra, y que hacen de él, en cierto modo, un músico nacional. Fué asimismo un evocador potente, si juzgamos por la diversidad de ambiente, de medio en que se mueven los personajes de *La Estatua*, de *Sigurd* y de *Salambó*, y por la justa expresión con que supo traducir los diferentes caracteres de cada uno de ellos.

»Músico poeta, músico dramático, si no músico absoluto, Ernesto Reyer escribió obras tal como las sentía y como su corazón y su imaginación se las dictaban. Por esto deja un renombre puro de hermosa intransigencia el recuerdo de un artista grande y leal.»



Barcelona.—Distribución de ropas de abrigo, adquiridas con los donativos de Tolosa y de Luchon, entre familias pobres. (De fotografía de A. Merletti.)

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



—Te he dicho que te quemabas, contestó Laroche...

El excelente hombre saboreaba ya el placer de la sorpresa que había preparado á su hija.

—Sí, dijo él devolviéndole sus besos, estoy contento..., mejor dicho, vas á estarlo tú.

—¿Has hecho alguna otra locura por mí?

Sucedía á veces que Laroche compraba sin decir nada un dije, un capricho artístico ó uno de esos mil objetos de tocador ó de adorno, y sorprendía con él á Juanita.

—No, nada para ti, contestó él enigmáticamente con una franca sonrisa.

—¿Dices que voy á estar contenta?

—Muy contenta.

—¿Entonces?..

—A menos que me riñas por haberme atrevido, sin prevenirte, á usurpar tus atribuciones.

—No, papaíto, dijo cariñosamente la adorable muchacha, no me hagas adivinar... Sabes que no puedo... Me pondría nerviosa como siempre... La impaciencia no me deja acertar... Dímelo en seguida... ¿Por qué voy á estar tan contenta?

—¡Eh, misteriosilla!, repuso Laroche, ¿y los tapujos que tú me haces á mí?.. Bien me dejas cavilar y adivinar.

—¡Ah! ¿Quieres hablar de ese dinero que te pedí el sábado?, interrumpió Juana. ¿Y has buscado? ¿De veras?

—También he querido dar mi golpecito á la sordina, contestó el padre gozando de su pequeña intriga.

—¡De veras!, exclamó la muchacha riendo. ¿Qué has hecho?

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¿Y si no te lo dijese?

—No podrías... En tus ojos leo que ardes en deseos de revelarme tu golpecito á la sordina.

—Es verdad.

—¿Lo ves?

—Hasta te he reservado el placer de anunciar tú misma á la persona de la cual me he ocupado lo que he hecho por ella.

—¿A qué persona?, preguntó Juana llena de curiosidad.

—Cavila un poco.

—No sé.

—¡Vamos! No son tan numerosas las personas por las cuales te interesas.

Juana pensó en seguida en Edmundo de Favreuse; ruborizóse ligeramente, pero el nombre del que amaba no salió de sus labios.

—¿De quién te has ocupado estos días?, preguntó Laroche á fin de ponerla sobre la pista, al ver que no contestaba. ¿De quién me hablaste?

—De mis dos pequeños comulgantes, contestó Juana.

—¡Que te quemas!

Paulina, la camarera, llamó en aquel momento á la puerta y anunció:

—El almuerzo está en la mesa.

El comerciante y su hija pasaron al comedor.

—¡Que me quemo!, dijo Juana sentándose enfrente de su padre; entonces es para uno de los dos para quien me has preparado una sorpresa. ¿Para Pablito, el deshollinador?

—No.

—¿Entonces para Rosita?

—Tampoco.

—Sin embargo..., puesto que se trata de alguien por quien me he interesado.., ¿de quién te hablé?

—Te he dicho que te quemabas, contestó Laroche gozando en las cavilaciones de su hija.

—¡Ah! ¿El padre de Rosita?..

—¡Al fin!

—¿Qué has hecho por él?.., preguntó Juana muy contenta. ¿Le has encontrado un empleo?

—Hablé de él á mis banqueros, contestó el padre, y le he hecho admitir como cobrador.

—¿De veras?, exclamó la caritativa muchacha. ¡Oh, qué bueno eres!.. ¡Qué feliz va á ser esa pobre gente!.. ¡Había tal miseria en su casa!.. La única que trabaja es la señora Landry, y ni siquiera gana para la comida. Voy á anunciarles yo misma tan buena noticia, ¿verdad?

—Naturalmente. Dirás á Landry que se presente mañana en casa de Lavisart, Fleuret y C.ª Le dirás que todo queda convenido, que ganará ciento cincuenta francos para empezar... y que no tiene que preocuparse de la fianza, añadió Laroche con la vacilación que la alegría le daba.

—¿La has depositado por él?

—Aquí está el recibo, contestó el padre de Juana exhibiendo una hoja de papel sacada de su cartera.

La muchacha no pudo más... Se levantó de la mesa y fué á abrazar á su padre en un verdadero transporte de alegría.

—¡Qué bueno eres! ¡Eres el mejor de los padres!, le dijo ella. ¡Y yo la más dichosa de las hijas de tener un padre como tú!

—Y bien, ¿qué te parece mi golpecito á la sordina?, preguntó Laroche después que Juana hubo vuelto á sentarse. No eres la única en saber hacer tapujos... Ya ves que yo también sé hacerlos.

Juana volvió á ruborizarse ligeramente.

—¿Te figurabas que yo no adivinaría lo que habías hecho de los dos mil francos?

—Cómo, ¿sabes la cantidad que cogí?.., preguntó Juana muy sorprendida.

—No era difícil de averiguar. De nada servía que me hicieses volver de espaldas... Y tampoco era difícil adivinar que si no eran para uno de los pequeños comulgantes, debían ser para el otro.

Entonces le pareció á Juana que el no sacar á su padre del error equivaldría á una mentira, cosa que repugnaba á su naturaleza franca y leal.

—¡Pues no!, dijo mientras su corazón palpitaba con inaudita fuerza. ¡No eran para ellos!..

—¿No diste ese dinero á los Landry?

—No... ¿No me reñirás si te lo digo?, preguntó Juana. Después de todo, te pedí esa cantidad á cuenta de lo mío... Siempre me has dicho que me dejarías disponer libremente de ello... Era para uno que conocemos, que ha sido nuestro amigo y que en este momento se encuentra en una miseria espantosa... Hablábamos de él el otro día, añadió Juana viendo que su padre trataba de adivinar. El Sr. de Favreuse..

Aún no se atrevió ella á pronunciar el nombre de Edmundo; no tenía el valor de confesar que había remitido á él mismo aquella cantidad.

—¡Favreuse!.., exclamó el comerciante con viva sorpresa. ¿Diste á Favreuse esos dos mil francos?.. ¿Pero cómo supiste?..

—Comprendí muy bien, después de lo que me dijiste, que debían ser muy desgraciados él y su hijo, y me dió tanta pena que quise averiguarlo, explicó Juana algo confusa. Entonces rogué á Bernard que preguntase, y el viernes fué á la calle de las Abadesas... Se enteró por varias personas y parece que reina en la casa una miseria atroz... El Sr. de Favreuse está enfermo; ya no puede trabajar. Edmundo es todavía muy joven para substituirlo... En fin, que han agotado sus recursos y sus fuerzas... Se hallan en la mayor necesidad... ¡Una familia que se ha visto en la opulencia!.. ¡Qué cruel debe ser!.. ¡Considera! Me dió tanta pena, que no pude resistir...

—¿Fuiste á llevarles ese dinero?, preguntó Laroche.

—No... Lo envié en carta certificada..., confesó Juana; pero sin darme á conocer, sin una palabra, á fin de no humillarlos é impedir que rehusaran... Di, papá, ¿no hice bien?.. ¡Son tan desgraciados!..

—Hiciste muy bien, contestó el comerciante en un tono que no marcaba, sin embargo, una aprobación completa.

La perspicacia paterna acababa de alarmarse de pronto.

Laroche conocía el corazón excelente de Juana; pero su compasión y su caridad no explicaban bastante el interés particular que le inspiraba el Sr. de Favreuse, hasta el extremo de haberse procurado informes sin decirle una palabra y de haber expedido aquella cantidad que tuvo desde luego intención de ocultarle.

Tenía que haber otra cosa, y esa otra cosa, el antiguo amigo del Sr. de Favreuse no tardó en adivinarla.

Recordó con qué acento le habló Juana de Edmundo, y se convenció de que su generosa intervención iba dirigida más bien á él que á su padre.

Sin duda la había inspirado un sentimiento de piedad, pero su caridad debió ser suscitada por otra causa.

Leyó lo que pasaba en el corazón de Juana y pensó: «¡Le ama!»

Por eso, no atreviéndose á desaprobarla abiertamente, dió aquella contestación en un tono desprovisto de una sincera aprobación y cambió de conversación, haciéndola recaer de nuevo sobre los Landry, contento de que Juana tuviese aquella distracción y que no pensase más que en la dicha de ir á anunciar al padre de su pequeña protegida lo que había hecho por él.

Pero se prometió averiguar la verdad, porque aquel amor, si existía, era de tal naturaleza que alarmaba á su previsión paterna; porque él pensaba: «No, mi Juanita no debe amar al hijo de una mujer como la señora de Favreuse. No quiero que le ame... ¡No, no quiero!..»

V

INQUIETUDES PATERNAS

Muy lejos de sospechar lo que pasaba en el espíritu de su padre, Juana no pensaba sino en la dicha que éste le había preparado permitiéndole anunciar al padre de su pequeña protegida lo que había hecho por él, y aquella misma tarde salió con Paulina, su camarera, y se fué á la calle de Bernardinos.

Allí estaba Landry, con su mujer y sus dos hijos.

Por la mañana había anunciado lleno de júbilo la buena noticia. «El padre de la señorita» le había prometido ocuparse de él, asegurándole que le encontraría un empleo. Así es que todo parecía transformado en la modesta casa, y bajo la expresión de dicha de la familia, la miseria misma parecía haber desaparecido.

Juana lo notó al entrar, cuando la señora Landry le abrió la puerta, pues la pobre mujer tuvo, al verla, una radiación de alegría y de gratitud que brillaba en sus ojos.

—¡Ah, es usted, señorita!.., exclamó. ¡Cuánto me alegro de verla para darle las gracias por lo que su papá tiene la bondad de hacer en favor de mi marido, porque á usted se lo debemos todo!

Rosita, que había oído, corrió al encuentro de su protectora.

Juana, después de estrechar la mano á la madre, besó á la niña.

—¡Pase usted, señorita, pase usted!, dijo la señora Landry. Mi esposo está aquí y le dará él mismo las gracias... Es usted nuestra providencia.

La hija del comerciante penetró en la habitación con su camarera, que se quedó un poco atrás.

Landry fué también á su encuentro, dando la mano á su pequeño Víctor, y á su vez expresó su gratitud á su generosa bienhechora, mientras su mujer preparaba dos sillas para las visitas.

—Traigo á usted una buena noticia, Sr. Landry, dijo Juana cogiendo al niño para besarlo. Mi padre se ocupó en seguida de usted y ha conseguido lo que deseaba. No he querido diferir un instante el venir á comunicárselo.

—¡Tanta bondad, señorita..., contestó Landry con voz llena de emoción, cuando apenas me conocen ustedes!..

Juana se sentó, ciñendo con su brazo la cintura de Rosita, que fué á colocarse cerca de ella y que la contemplaba con miradas llenas de tierna gratitud.

—¿Papá le habló á usted de sus banqueros?, repuso ella. Fué á verlos inmediatamente después de haberse marchado usted, y convino con ellos que entrará usted en su casa como cobrador, con el sueldo de ciento cincuenta francos mensuales para empezar.

Para aquellos infelices que, desde hacía meses, buscaban en vano en todas partes los más pequeños empleos y que hubiesen aceptado con júbilo el trabajo más ingrato y menos retribuído, semejante situación equivalía á una verdadera fortuna. Era no sólo el pan cotidiano asegurado para toda la familia, sino el porvenir al abrigo de toda amenaza.

Así es que no hallando términos bastante expresivos para manifestar su gratitud, Landry y su mujer balbuceaban, para dar las gracias, palabras entrecortadas, mientras se les inundaban de lágrimas los ojos.

Su emoción llegó al colmo cuando Juana dijo:

—No tiene usted que preocuparse de nada. Mi padre lo ha previsto todo: la fianza de cinco mil francos que los banqueros exigen está ya depositada; y ahora á ver lo que les hace falta, porque no basta tener un empleo, es preciso poderlo desempeñar sin encontrarse inferior á los demás. Seguramente andará usted mal de trajes, porque al cabo de tanto tiempo sin trabajar, no habrá podido equiparse. Va á tener necesidad de un traje nuevo.

—¡Oh, señorita!.., dijo el padre de Rosita. Cómo, ¿aún quisiera usted?..

—Déjeme hacer, interrumpió Juana con una gracia adorable. Yo sé lo que hace falta. ¿Quiere usted aminorar mi satisfacción?.. ¿Y este niño?, añadió. Hay que vestirlo también y pagar lo que se debe á la nodriza, porque si toma usted todo eso de su sueldo, tendrán que imponerse privaciones. Sin contar que no cobrará usted hasta fin de mes; ya ve usted que no puede estarse todo un mes así.

Juana sacó su bolsa de plata, cogió quince monedas de á veinte francos, preparadas antes de salir de su casa, y las puso en la mano de la señora Landry, que se le acercaba en ademán de protesta, y añadió con una exquisita resistencia:

—Esas cosas son de la incumbencia de la mamá. Tome usted y haga lo necesario.

Y para eludir las sentidas manifestaciones de sus protegidos, cogió al pequeño Víctor y le interrogó afectuosamente, preguntándole si estaba contento de haber vuelto al lado de su mamá y de su hermanita.

Juana besó al niño, lo mismo que á Rosita; estrechó la mano al padre y á la madre, y se retiró con Paulina, escapando en cierto modo al concierto de bendiciones de sus protegidos.

Después de la salida de su hija, el Sr. Laroche, preocupado por el descubrimiento que acababa de hacer de los sentimientos de Juana respecto á Edmundo de Favreuse, pasó á su gabinete de trabajo y se acordó entonces de lo que Landry le había dicho aquella misma mañana.

El día anterior, su mujer había ido á Montmartre con los dos pequeños comulgantes y habían presenciado el suicidio de un hombre que habían transportado á su domicilio, calle de las Abadesas.

En seguida se estableció una relación, inadvertida hasta entonces, entre aquel suceso y el recuerdo del antiguo amigo cuya miseria conocía: le asaltaron estos pensamientos al ver sobre su mesa varios periódicos que no había leído por la mañana, en su impaciencia por ir á su despacho.

Landry había dicho que los periódicos hablaban de aquel suicidio.

«¡Calle de las Abadesas!.., pensó el comerciante abriendo nerviosamente uno de ellos. ¡Si será ese desdichado Favreuse!»

Sus ojos buscaron la sección de los «sucesos» y, efectivamente, tropezaron en seguida con este título: *Un suicidio en el Molino de la Galette.*

Los hechos eran sobriamente referidos, tales como habían ocurrido, y aunque sólo se designaba al desesperado con las iniciales M. de F..., Laroche reconoció sin vacilar á su desgraciado amigo.

No cabía duda, el suicida era seguramente M. de Favreuse.

A pesar de los ocho años transcurridos sin haberle visto, el padre de Juana tuvo verdadera pena á la noticia de aquel trágico fin; pero aquella impresión no duró más que un momento, el tiempo de decir para sus adentros: «¡Pobre diablo! ¡Qué mala suerte!.. ¡A la miseria se añadió su enfermedad!..»

Pero el comerciante se rehizo de pronto y añadió:

—Es una tontería perder el valor de ese modo. ¡La desesperación es una cobardía!.. ¡Hay que luchar hasta el fin!

Y continuó diciendo:

—Y esos dos muchachos, que ya son hombres hechos, ¿no podían suplir á su padre desde el momento que cayó enfermo?.. Debieron haber previsto su desesperación, animarlo, sostenerlo, inspirarle confianza mostrándole sus esfuerzos... ¡Ah, no, no quiero que Juana se enamore de ese muchacho!.. ¡No, no, eso nunca!.., añadió el Sr. Laroche. ¿Quién hubiera creído, dijo melancólicamente pensativo, que aquella amistad de la infancia se transformaría así?.. Porque es preciso que le ame para haber obrado de ese modo.

El padre de Juana trataba de explicarse lo que había pasado en el corazón de la muchacha.

«No es sólo el resultado de la edad lo que acentúa, lo que desarrolla los gérmenes de afecto depositados en el alma en la época de la infancia—pensó. —Lo que ha operado esa transformación inesperada ha sido sobre todo la compasión. Mi hija supo que el Sr. de Favreuse era desgraciado; hizo pedir informes á Bernard; se enteró de tanta miseria y la piedad agrandó su corazón... ¡Pero yo haré que olvide á ese joven!..»

Entonces Laroche experimentó la necesidad de saber exactamente lo que había pasado.

«Vamos á ver—pensó,—¿esos dos mil francos no llegaron entonces á su destino?.. Tiene que haber sido así, porque si el Sr. de Favreuse los hubiese recibido, semejante cantidad no hubiera podido menos de darle valor y esperanza, siquiera de momento.

Pero no se atrevía á ir por informes á la calle de las Abadesas, pues la idea de presentarse ante el hijo de aquel amigo que le debía dinero, le repugnaba en las dolorosas circunstancias actuales.

Tampoco quiso interrogar á Juana por la noche, aunque hubiera deseado hacerla dar más amplias explicaciones, porque quería evitar el hacerla pensar en Edmundo de Favreuse.

Hasta hizo desaparecer los periódicos que solía dejar y que su hija leía ordinariamente después de él, y cuando Juana se los pidió, después de haberlos buscado inútilmente, le contestó:

—Me los llevé esta mañana á mi despacho, porque no había tenido tiempo de leerlos. No contenían nada de interés.

Y en seguida le habló de lo que había hecho ella por la tarde, de su visita á los Landry, de la alegría que debió causarles tan buena noticia.

La felicitó por haber tenido la previsora y caritativa idea de entregar los trescientos francos á fin de que aquella buena gente pudiese hacer los gastos inevitables y esperar la primera paga de fin de mes.

Laroche salió después de comer hacia los bulevares, donde solía encontrar amigos con quienes hacía alguna partida de juego.

Al día siguiente, tuvo un momento la intención de hablar de su preocupación á Bernard y de enviarlo á la calle de las Abadesas, á fin de tomar in-

formes y averiguar si los dos mil francos habían sido recibidos; pero casi en seguida renunció á ello.

«Iré yo mismo»—pensó.

Pero fué aplazando de día en día la diligencia; mas para él tenía algo de particularmente penoso, y hasta el viernes siguiente, por la tarde, no se decidió á subir á Montmartre.

No había vuelto á hablarse del Sr. de Favreuse y Juana debía ignorar el suicidio. No lo había leído en el periódico, los Landry no le habían hablado de él, y no se había recibido ningún aviso, lo que parecía indicar que no se habían mandado esquelas de defunción.

Laroche habló á la portera:

—¿No es aquí donde vive el Sr. de Favreuse?, le preguntó.

—Aquí es, contestó la señora Claudia; pero el Sr. de Favreuse ha muerto.

—Sí, ya sé..., dijo el comerciante. Se mató el domingo pasado.

—¡Ah, lo sabe usted!, exclamó la portera. Pues bien, caballero, sus hijos, que vivían con él, partieron anteayer; se han mudado de casa. Como usted puede comprender, después de semejante desgracia, era demasiado cruel para esos dos jóvenes el vivir aquí donde vieron morir á su padre..., sin contar con que están pobres y han querido tomar una habitación más barata, tanto más cuanto que el señorito Lucia no debe quedarse sólo en París, puesto que el señorito Edmundo va á partir á causa de sus negocios, si no se ha marchado ya.

Semejante noticia causó más alegría que sorpresa á Laroche.

La distancia entre Juana y Edmundo iba á ser mayor.

Pero él quería saber qué había sido de aquellos dos mil francos, y explicó:

—No tengo necesidad de ver á los hijos del señor de Favreuse, porque probablemente usted podrá enterarme de lo que á mí me interesa. El sábado pasado el Sr. de Favreuse debió recibir una carta certificada que contenía una cantidad de dinero bastante considerable, dos mil francos, mi inquietud fué grande al saber que se había suicidado, pues pensé que aquella suma de fondos, que sin duda le hubiera dado alguna esperanza, no había llegado á su destino.

—La carta de que usted habla, dijo la señora Claudia, llegó en efecto y los dos mil francos también; pero ¡ay, demasiado tarde!.. El cartero vino el domingo por la mañana, en el momento mismo en que el comisario de policía venía á anunciar á esos pobres muchachos la muerte de su padre.

—¡El domingo por la mañana!..

—En la distribución de las diez, apoyó la portera. Yo vi muy bien la carta con los cinco sellos de lacre encarnado. Iba dirigida al señorito Edmundo...

—¡A Edmundo!.., exclamó el padre de Juana.

Su sorpresa fué tal, que llamó la atención de la señora Claudia.

—Yo creía, dijo ésta, que era usted el que había enviado la carta.

—No..., contestó Laroche. Fué una persona que yo conozco... ¿De modo que iba dirigida al hijo del Sr. de Favreuse?

—Sí, señor, al señorito Edmundo.

—¿Y ese dinero llegó tarde?

—Claro que sí, porque, como usted dice, quizá el Sr. de Favreuse no se hubiera desesperado á tal extremo y no se hubiese matado. Sin embargo, no fué dinero perdido, no, añadió la buena mujer. Porque esos pobres muchachos daban lástima. No les quedaba nada y se puede decir que esos dos mil francos han sido bien empleados. Los gastos del entierro han sido considerables... Luego el señorito Edmundo ha pagado lo que debían en el barrio, y ha aprovechado la ocasión para mudarse á un piso más barato. Al marcharse ya se le había ido la mitad de ese dinero, sin malgastar un céntimo.

—¿Decía usted, pues, preguntó el padre de Juana, que el señorito Edmundo debe abandonar definitivamente París? ¿Sabe usted adónde debe ir?

—Cuando marchó de aquí todavía no estaba resuelto, contestó la señora Claudia, porque me lo hubiera dicho; figúrese usted, han vivido aquí ocho años y yo conozco todos sus asuntos. Hablaba de ir á Dieppe ó á Boulogne sur Mer. Eso dependerá de una casa inglesa con la cual hace negocio. De todas maneras, su marcha es cosa resuelta. La prueba está en que han vendido todo el mobiliario, á excepción de un cuarto dormitorio que el señorito Luciano se ha reservado para él, porque se queda en París. Pero él, el señorito Luciano, podrá dar á usted la dirección de su hermano, si ha marchado ya, añadió la portera; vive en el faubourg Saint-Denis, n.° 115.

Laroche no necesitaba saber más; dió las gracias á la señora Claudia, le explicó en breves palabras que el Sr. de Favreuse había sido uno de sus buenos amigos, por cuyos hijos se interesaba, y se retiró.

Parecíale que ahora se sentía libre de toda aprensión respecto á Juana. Edmundo de Favreuse había salido de París; su hija no sabría su paradero, no volvería á oir hablar de él y no era posible que le encontrase.

Además, el comerciante tenía otros proyectos, pues el descubrimiento que acababa de hacer al enterarse de que Juana había enviado los dos mil francos á Edmundo mismo, le revelaba más de lo que sospechara el estado del corazón de la joven.

Antes de hablarle de dichos proyectos, pues Juana ignoraba aún el suicidio de Favreuse, Laroche esperó algunos días, y entonces, un domingo, paseándose con ella por el bosque de Boloña donde les había conducido una victoria de alquiler, dijo de pronto:

—A propósito, parece que el Sr. de Favreuse se suicidó... Lo he sabido esta mañana.

—¡Se suicidó!.., exclamó Juana con voz apagada por una violenta emoción.

Se puso sumamente pálida al pensar en la pena de Edmundo; pero disimulada por su velo blanco, su palidez, prontamente disipada, pasó inadvertida á los ojos de su padre.

—Se pegó un tiro en un momento de desesperación, añadió el antiguo amigo de Favreuse. Estaba además muy enfermo y su enfermedad debía inspirarle ideas sombrías. No quiso ser una carga para sus hijos, que vivían ambos con él, según dicen, desde la desaparición de su madre.

—¿Cómo has sabido todo eso?, preguntó Juana, que pudo dominar su turbación.

—Por uno de mis amigos, que le veía de vez en cuando.

—¿Y... sus hijos?, preguntó la muchacha, que no se atrevió á pedir únicamente noticias de Edmundo.

No conocía á Luciano, á quien nunca había visto, pues no había conocido al Sr. de Favreuse hasta después de su separación.

—Trabajaban juntos, según me han dicho, contestó Laroche; han marchado de París á causa de sus negocios.

Juana guardó silencio.

En el anuncio de aquella desgracia ella no veía más que á Edmundo, hacia quien iban, con todo su afecto, los apasionados impulsos de su corazón.

Pensaba en el envío que le había hecho; pero no se atrevía á seguir interrogando á su padre.

Sin embargo, el deseo de saber qué había sido del hombre amado se agitaba en su espíritu y le inspiró resoluciones diversas que la dejaron indecisa y dolorosamente inquieta.

Transcurrieron, sin embargo, semanas y meses sin que Juana hubiese oído hablar otra vez de Edmundo.

Llegó el momento de partir para el Cepellón, donde Laroche y su hija pasaban cada año la estación de la vendimia.

Allí no olvidó á Edmundo de Fevreuse y no transcurrió un solo día sin que su pensamiento volase hacia él, sin que ella se preguntase qué estaría haciendo, si le favorecería la suerte, si era al fin menos desgraciado, pues con una misteriosa intuición sentía que la antigua amistad había sufrido en el corazón de Edmundo la misma evolución que en el suyo, porque se sentía correspondida en su amor.

Juana no se equivocaba. Los corazones amantes conocen esas misteriosas afinidades que les revelan el afecto que corresponde al suyo.

Edmundo de Favreuse tampoco había olvidado á la adorable compañerita de su infancia. La había visto á menudo con el pensamiento, y su alma había conservado para ella una inalterable ternura.

Se había mantenido alejado de ella, fiel en esto al ejemplo de su padre, que el amor propio alejaba de aquellos á quienes debía obligaciones pecuniarias que sentía no poder satisfacer; pero conservaba el recuerdo delicioso de aquella niña amada en su juventud, y aquel afecto se había transformado en verdadero amor al ver á la niña convertida en señorita.

Efectivamente, Edmundo había visto á Juana un día, un jueves del último año pasado, en el colegio Luis el Grande, cuando él tenía diez y siete.

La división á que pertenecían los hijos del señor de Favreuse daba su acostumbrado paseo y los colegiales pasaron por el bulevar de San Miguel.

Allí la encontró Edmundo. Juana iba con su padre; tenía entonces diez y seis años y su hermosura había adquirido ya todo su esplendor.

Ella no le vió; ni siquiera notó aquel desfile de unos sesenta colegiales que pasaban por la acera opuesta. Pero Edmundo la reconoció en seguida, y á su vista sintióse conmovido, deliciosamente turbado.

Y su corazón había conservado el indeleble recuerdo de la imagen de Juana.

La amaba y aquel amor dió más tarde nuevas fuerzas y enérgicas resoluciones al desgraciado joven cuando conoció la situación de su padre, cuando comprendió que sólo el trabajo podría reparar los desastres del pasado.

Actualmente aún le sostenía la esperanza unida al juramento hecho á la cabecera de su padre moribundo, pues por medio del trabajo no sólo pagaría las deudas sagradas de que se había hecho cargo, sino que se elevaría hasta aquella hacia la cual se sentía invenciblemente impulsado.

Al día siguiente de haber conducido los restos mortales del Sr. de Favreuse á su última morada, Edmundo había tomado la resolución cuyo cumplimiento anunció al Sr. Laroche la portera de la calle de las Abadesas.

Después de haber escrito á las dos casas más importantes que su padre representaba, dos casas inglesas, á fin de darles la dolorosa noticia y prevenirles que podían contar con él, anunció á Luciano su proyecto.

Los dos hermanos acababan de hacer la evaluación de sus recursos: les quedaba poco más de mil francos de la suma misteriosamente recibida.

Luciano aceptó con entusiasmo la proposición de mudarse de aquel barrio donde el suicidio de su padre había revelado su miseria. La compasión de los vecinos lastimaba su orgullo.

—Los negocios se han resentido mucho de la cruel enfermedad de nuestro padre, dijo Edmundo; pero podemos levantarlos rápidamente con nuestro trabajo y crearnos una situación cuya prosperidad nos permita un día satisfacer hasta la última deuda. Pero nos costaría más esfuerzos rehacernos en París, puesto que trabajamos particularmente con las agencias marítimas, y he calculado que nos sería mucho más ventajoso establecernos en un puerto de mar.

—Sí, contestó Luciano; á lo que he podido comprender, porque estoy menos al corriente que tú, nos convendría.

—Tan pronto como haya recibido contestación á las dos cartas que he escrito, una vez admitidos como sucesores de nuestro padre, siguió diciendo Edmundo, podremos decidir, de acuerdo con nuestras casas, en qué población conviene instalarnos, y en seguida pondremos resueltamente manos á la obra.

—Mientras tanto, repuso Luciano, podemos tomar nuestras disposiciones para dejar este piso.

—He calculado lo que podemos hacer. Adondequiera que fuésemos, el transporte de nuestro mobiliario absorbería casi todo lo que nos queda, y sería preferible venderlo todo aquí. Después compraríamos lo estrictamente necesario.

Las contestaciones de las casas inglesas llegaron rápidamente, y una de ellas, adelantándose á las intenciones del joven, le hacía resaltar la ventaja de establecerse en una población marítima en que se hallaba el centro de sus operaciones, y en donde dichas casas no tenían agente. Se dejaba á los dos hermanos libres de elegir el puerto que les conviniera.

Pero Luciano, que durante dos días había reflexionado sobre aquel proyecto de marcha, no se sentía dispuesto á salir de París, á separarse de los amigos de colegio que allí tenía y á resignarse á vivir en una pequeña población de provincia.

Edmundo comprendió su indecisión y la atribuyó á la pena que experimentaba á la idea de separarse definitivamente de su madre, que esperaba encontrar de nuevo.

—Sería más ventajoso, insinuó Luciano, que uno de nosotros se quedase en París, porque si los negocios se desarrollan, nuestras casas podrían desear un día tener aquí su representación. Sólo nos separaríamos provisionalmente, y después de todo, nuestra separación sería inevitable el año que viene, cuando uno de los dos sea llamado á prestar servicio militar.

—Tienes razón, aprobó Edmundo, que condescendía más bien al deseo no confesado de su hermano que al motivo basado en los negocios. Partiré solo y te quedarás en París. Estaremos en correspondencia, y así nuestra casa no cesará de hallarse representada en la plaza.

—Esto favorecerá nuestros negocios.

—Entonces nos quedaremos con parte del mobiliario, con el de tu cuarto dormitorio, con lo que quieras, á fin de poder instalarte.

—Me bastará con mi cuarto.

Este proyecto fué en seguida puesto en ejecución y los dos hermanos tomaron juntos las disposiciones necesarias.

Una vez pagado el alquiler del piso, nada se oponía á la mudanza.

(Se continuará.)

LA SALINA DE SLANIC (RUMANIA)

Las minas de sal, que, con los manantiales de petróleo, son una de las riquezas del suelo rumano, constituyen allí inmensos depósitos subterráneos que ocupan una vasta región conocida en la geología de aquel país con el nombre de «Golfo mioceno de Slanic.» Aquella zona comprende muchos yacimientos, de los cuales uno de los más importantes es el que actualmente se explota en Slanic mismo, en la Moldavia, al pie de los montes Cárpatos.

Antes de describir la salina tal como es hoy en día, no creo inútil decir algunas palabras acerca de su origen geológico.

Hacia mediados de la época miocena, el mar, que hasta entonces cubría toda la Europa central, retiróse lentamente, dejando en el sitio en que actualmente está Rumanía lagunas y lagos de agua salada; esta agua, concentrada por evaporación, sin duda bajo la influencia de un clima tórrido, dejó primeramente precipitarse una gran cantidad de sulfato cálcico, formándose luego el depósito de sal gema. Pero antes de que las aguas, fuertemente concentradas, hubieran tenido tiempo de eliminar sus sales potásicas, de las que, en efecto, no se encuentran vestigios en Rumanía, el Océano hizo nuevamente irrupción en el golfo de Slanic, cubriendo las capas salíferas con un segundo depósito yesoso. Este fué el último acto de presencia del mar en aquella comarca, ya que luego las aguas se vieron violentamente rechazadas por la aparición de los Cárpatos, no quedando en la actualidad de aquel océano más que el mar Negro y el mar Caspio.

No se conoce aún con exactitud toda la extensión del yacimiento de Slanic, pero según los últimos sondeos puede calcularse su profundidad en unos 500 metros. Los numerosos vestigios de salinas abandonadas que se encuentran en la misma cuenca prueban que hace muchos siglos practicábase ya en aquella región intensivamente la extracción de la sal. El derecho de explotación, que constituye al presente una renta del Estado, estaba en otro tiempo arrendado á especuladores particulares que, bajo la inspección del gobierno, pagaban á éste un canon en frutos. Pero la explotación metódica, basada en procedimientos modernos, es relativamente reciente en Slanic, ya que las actuales galerías fueron comenzadas en 1868. Al principio, esas galerías se explotaban por medio de cuatro pozos pertenecientes á dos salinas cónicas de antiguo sistema; pero éstas fueron abandonadas en 1881, después de la apertura de un nuevo pozo de 105 metros de profundidad (fig. 1). En la actualidad, la salina se compone de cuatro galerías ó, mejor dicho, de cuatro bóvedas, cuya longitud es respectivamente de 95, 196, 197 y 27; en su cúspide no tienen más que tres metros de anchura, pero se van agrandando gradualmente hasta su base, que mide, por término medio, 45. Esta dimensión, sin embargo, no es definitiva, porque sigue efectuándose continuamente el corte de las paredes, siguiendo un plano inclinado ó una superficie cóncava, hasta que el suelo de las galerías tenga un ancho de 50 metros; á partir de aquel momento se continúan las paredes en sentido vertical.

El campo de explotación ocupa actualmente una superficie de 17.500 metros cuadrados, y rebajando el fondo de la mina dos metros al año, se extraen 35.000 metros cúbicos, ó sean 78.400 toneladas de sal, que es lo que ahora se obtiene anualmente. Pero se están practicando nuevos túneles que comprenderán una superficie de 19.600 metros cuadrados, de modo que la mina alcanzará muy pronto una extensión de 37.000 metros cuadrados y se extraerá doble cantidad, por lo menos, de sal. Aun admitiendo que la extracción sea de 100.000 toneladas anuales, por término medio, la salina de Slanic no quedará agotada hasta dentro de más de doscientos años.

Es difícil formarse idea de esas vías subterráneas no habiéndolas recorrido. Para el visitante privilegiado que puede visitar esas interioridades de la tierra en donde la naturaleza ha concentrado esas enormes provisiones de sal, el espectáculo que allí se le ofrece es en extremo sorprendente. El suelo está erizado de bloques semitransparentes y forma grandes superficies relucientes, ofreciendo el aspecto de ríos helados y cubiertos de grandes témpanos. Las paredes de las galerías, que en varios sitios alcanzan una altura de 52 metros, brillan en ciertos puntos con destellos magníficos, y no son de color uniforme, sino ondeadas ó jaspeadas, lo que se debe en parte á que el yacimiento no es del todo homogéneo. Así en la región que actualmente se explota distínguense perfectamente dos zonas separadas por una capa terrosa, en la que se encuentran grandes cristales de sal mezclados con pedazos de anhidrida.

La zona inferior contiene sal muy blanca, de calidad superior; la otra está formada de sal mezclada, de color más obscuro y con partículas de arcilla y de arena. Las diversas capas de sal aparecen alternadas en la sección del yacimiento como venas que presentan matices desde el gris obscuro al blanco y que dan á las paredes de las galerías el hermoso aspecto de jaspe, de que antes hablamos.

En el fondo de la mina reina la mayor actividad. A 105 metros debajo de la superficie de la tierra, en vías bien ventiladas, á una temperatura constante de 12° centígrados y alumbrados por 34 lámparas eléctricas de gran intensidad, centenares de obreros trabajan en la extracción de la sal, y aunque esta ruda faena les produce un salario muy módico, en su mayoría están robustos y parecen satisfechos de su suerte. Los mejor retribuídos son los martilladores, cuyo trabajo consiste en arrancar del suelo bloques de sal que miden generalmente cuatro metros de largo por 1'80 de ancho y 0'35 de grueso y cuyo peso es de unos 2.000 kilogramos; su salario es de 3'60 francos diarios por término medio, á razón de 1'80 francos por tonelada de sal arrancada. Los peones que trabajan empleando la dinamita y que desprenden, por explosión, enormes bloques de sal, cobran 1'50 francos por cada 1.000 kilogramos. Los pulidores, encargados de alisar las paredes de las galerías después de arrancados los bloques, ganan 50 céntimos por metro cuadrado; por término medio puede un hombre pulir seis metros cuadrados al día.


Fig. 1.—El pozo principal de extracción y los cargadores rumanos de las salinas de Slanic

Para el transporte de la sal se emplean brigadas de 60 á 70 obreros jóvenes, á quienes esta clase de trabajo no produce más de 1'75 francos diarios; pero generalmente son aprendices, futuros martilladores, destinados á ganar más.

Los moledores perciben de 40 á 70 céntimos por tonelada, según la finura del grano obtenido.

Durante diez años (1889 1898) se utilizaron en Slanic tres máquinas provistas de sierras circulares para cortar la sal; esas máquinas eran movidas por el aire comprimido, producido por un compresor, instalado en el exterior de la salina, y conducido al interior de la mina por medio de tubos. La primera practicaba cortes paralelos á las paredes de la galería en la que funcionaba; la segunda hacía aberturas transversales distantes 30 centímetros unas de otras; y la tercera arrancaba del suelo cubos de sal que medían, por consiguiente, 30 centímetros de lado. Pero la producción de esas máquinas era escasa, pues apenas extraían 25 toneladas de sal en diez horas de trabajo, y el mucho gasto de aire comprimido necesario para su funcionamiento hacía más caro el trabajo mecánico que el manual. De aquí que en 1898 se abandonase este sistema de extracción; en la actualidad, sin embargo, se estudian otros

sistemas más perfeccionados de máquinas para cortar la sal á fin de suplir, siquiera parcialmente, los brazos que van siendo insuficientes, puesto que la explotación de Slanic aumenta de día en día y la mano de obra escasea cada vez más.

Los gastos de la salina importan anualmente unos 400.000 francos, más de la mitad de los cuales se destinan á retribuir á los 450 obreros y empleados que constituyen el personal de la explotación.

El precio de venta de la sal en Slanic varía mucho según la calidad de ésta: la sal blanca de lujo se vende, por término medio, á 15 francos los 100 kilogramos, al paso que la sal en grano grueso, para las conservas alimenticias, sólo vale tres. Las dos terceras partes de la producción de esta salina están reservadas al consumo rumano; el resto se expide al extranjero, á Bulgaria, á Servia y sobre todo á Africa, en bloques enormes que parecen témpanos desprendidos de un banco de hielo y que valen de 60 á 105 francos la tonelada.

Es de lamentar que no haya en Rumanía una sola fábrica de sosa, á pesar de existir allí tan hermosos y productivos yacimientos de sal que proporcionarían abundante y excelente materia á la explotación de esa nueva industria. Pero cabe esperar que en aquel país, ante el cual se abre un porvenir brillantísimo, se constituirán antes de poco nuevas empresas industriales montadas con todos los adelantos que el trabajo moderno requiere que se dedicarán á explotar las admirables riquezas de aquel suelo tan excepcionalmente favorecido por la naturaleza.

G. RENAUDOT.

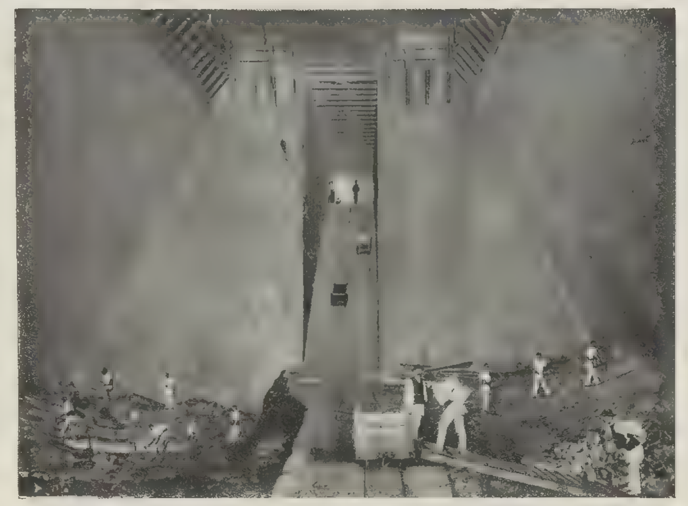


Fig. 2. – Entrada de la mina. Un plano inclinado en una cámara subterránea de las salinas de Slanic



Nueva York.—Extravagancias yanquis. Una antigua caballeriza convertida en casa de te. (De fotografía comunicada por Carlos Delius.)

Los Estados Unidos tienen fama de ser la nación de las grandes excentricidades, y la verdad es que esta fama no deja de ser, hasta cierto punto, merecida, ya que con gran frecuencia alguna nueva rareza allí ocurrida viene á confirmarla. El grabado adjunto es reproducción de una de las últimas extravagancias concebidas por el industrialismo yanqui. En la avenida 24 de la ciudad de Nueva York, había una caballeriza antigua y muy reputada, la de Aston; pues bien, un industrial ha concebido recientemente la idea de convertirla en casa de te, sin cambiar casi nada de su instalación interior, y así vemos que subsisten las vallas de separación, entre las cuales y en el sitio que antes ocupaban los caballos, hay instaladas las mesitas. Como se ve, todo en el establecimiento conserva el carácter del objeto á que antes estuvo destinado, y para que la ilusión sea completa los criados van vestidos de jockeys, con los colores blanco y gris, que eran los de la caballeriza.

La cosa parece que ha sido muy bien aceptada por la buena sociedad neoyorkina. Por supuesto que en la población de la inmensa metrópoli hay elementos abundantes para todo, lo cual quiere decir que si algunos frecuentan con gusto la caballeriza transformada en casa de te, otros, sin duda los más, seguirán acudiendo á los lujosos establecimientos montados *ex profeso*, á los *tea rooms*, en donde imperan la elegancia, el *confort*, el buen gusto y la riqueza.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 8 de febrero de 1909 — Núm. 1.415



DULCES LAZOS, cuadro de T. C. Gotch. (Exposición de la Real Academia de Londres, 1908.)



REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: fin del gobierno provisional: la población de la isla: los partidos políticos. – *Política internacional centroamericana:* el fallo de la Corte Suprema de justicia: el estado de sitio en *El Salvador:* el Delegado apostólico. – *Panamá:* las obras del Canal. – *Colombia:* optimismos del general Reyes: las vías de comunicación: los obreros españoles: la nueva división territorial. – *Bolivia:* el presidente electo. – *Paraguay:* situación anormal del país. – *República argentina:* la inmigración. – *Chile:* aprestos bélicos.

El 28 del pasado mes de enero terminó en Cuba el gobierno provisional yanqui y entraron en funciones las autoridades nacionales libremenre elegidas por el pueblo cubano. Mister Magoon resignó sus poderes, y el nuevo presidente general José Miguel Gómez tomó posesión de su alto cargo.

Según los datos del último censo (1907), hay en Cuba 476.000 individuos más que en 1899. Eran en esta época 1.572.000 los habitantes de la isla. Indudablemente, el censo de 1899 se hizo mal, pues no es verosímil un aumento del 30 por 100 en 8 años. El nuevo gobierno tiene, pues, que regir á una población de 2.048.000 almas, de los que 609.000 son negros y mulatos y 185.000 españoles. En 1899 nuestros compatriotas no llegaban á 130.000. Los yanquis son poco más ó menos los mismos; 6.444 en 1899 y 6.713 en 1907: no parece que tienen gran afición á establecerse en la isla.

Desde el punto de vista político, cubanos blancos y negros se distribuyen en tres partidos; el conservador y las dos fracciones del liberal. Estas, que se unieron para la lucha electoral, permanecen en buena armonía, á condición de que los cargos públicos se repartan equitativamente entre los de uno y otro bando. También los conservadores se llaman á la parte, y ha sido preciso ofrecerles el 30 por 100 de los destinos. Así habrá relativa benevolencia de la oposición de ambas Cámaras.

***

En los mismos días en que se publicó la última *Revista* nos llegaba carta de Honduras expresando temores de guerra con los vecinos Estados, y noticia del fallo del Tribunal de justicia centroamericano en el asunto de las reclamaciones presentadas por aquella república y por Nicaragua. La sentencia fué favorable al Salvador: no había motivo para declarar que su gobierno hubiera favorecido ó alentado á los perturbadores del orden en los otros Estados.

Entre tanto, seguían tirantes las relaciones entre Honduras y El Salvador, y acaso para ponerse en guardia contra posibles agresiones de aquélla, el gobierno salvadoreño había declarado el estado de sitio en la república. La razón ó pretexto era que desde hacía varios meses los descontentos del interior trabajaban activamente por lograr un cambio en el orden constitucional, y que el día 29 de noviembre había sido descubierta la trama urdida, en el momento en que se intentaba atacar alguna de las plazas principales.

Hasta ahora no hay informe directo y verídico respecto á las consecuencias de la prevista conspiración, y se mantienen, por lo menos oficial y públicamente, las buenas relaciones entre las repúblicas que habían sometido sus diferencias al juicio de la Corte de justicia centroamericana, dando así una prueba de que la cultura política de Centroamérica está á un nivel más elevado de lo que generalmente se cree. Por lo mismo sería muy de lamentar que el primer acto de ese tribunal fuera ocasión de nuevo conflicto.

Otro hecho de actualidad que interesa á las cinco repúblicas es el arribo á Centroamérica de un delegado apostólico, Monseñor Cagliero. Discútese allí si debe ó no ser recibido oficialmente el digno representante del Sumo Pontífice, y con este motivo la prensa salvadoreña hace notar que casi todos los Estados centroamericanos sostienen iguales principios en sus constituciones políticas: la Iglesia está separada del Estado. Pero esa separación no implica la negativa de los deberes de cortesía que ligan á los funcionarios civiles con los dignatarios de la Iglesia, máxime cuando es la creencia católica la dominante en la casi generalidad de los habitantes del país. Aun las naciones protestantes, como Alemania y Estados Unidos, mantienen relaciones con el jefe de la Cristiandad Católica. Lo que no han podido eludir las naciones en que predomina el credo protestante, menos podrían eludirlo los Estados en que la gran mayoría es católica, so pretexto de que se opone á ello la ley fundamental por estar separada la Iglesia del Estado.

Esta es no sólo opinión de los llamados ultramontanos. Es también la del liberalismo sensato, la del estadista correcto, que desean, prescindiendo de opiniones filosóficas más ó menos aceptables, que su nación ocupe el rango que le debe corresponder entre los Estados que cumplen los preceptos y las prácticas de los pueblos civilizados.

Así piensan la mayor parte de los políticos eminentes de Centroamérica.

***

Las últimas noticias referentes á la zona del Canal de Panamá no son malas; son pésimas. Se van confirmando las impresiones que tiempo hace ya se apuntaron en estas *Revistas*. Los ingenieros yanquis se han equivocado en todo, en los estudios geológicos, en los técnicos, en los presupuestos, en el plazo para terminar las obras. Donde creyeron que había arena, surge la roca, y donde suponían nivel bajo, las aguas se desbordan porque están á mayor altura que los terrenos inmediatos. Se hunden ó desmoronan los terraplenes que construyen, se derrochan millones de dólares y aumentan las dificultades para reclutar braceros, á quienes atemorizan, con sobrada razón, el clima del país y la codicia y brutalidad de contratistas y capataces.

Dícese que el nuevo presidente de la Unión norteamericana se propone girar detenida visita de inspección de las obras del canal, y que se halla resuelto á gestionar, si fuere preciso, radicales modificaciones en aquéllas y en la organización y servicios de las empresas constructoras.

***

Ante la Asamblea nacional constituyente y legislativa de Colombia ha declarado el general Reyes la confianza que abriga de que cada día se afirmarán más la concordia y la armonía entre los colombianos y que la paz será inconmovible, al igual de lo que sucede en todos los pueblos que han pasado por el período fatal de las guerras civiles y de las constantes y apasionadas conmociones políticas. Necesario y justo es tener en cuenta que la educación de un pueblo para la libertad no es cosa que se hace en breve tiempo.

Una de las más vivas preocupaciones del actual presidente de Colombia ha sido y es el mejoramiento de las vías de comunicación, porque está convencido de que son uno de los más poderosos factores para resolver convenientemente los problemas económicos, políticos y sociales del país. Consecuente con estas ideas, ha impulsado, en cuanto los recursos de la nación y su crédito en el exterior lo han permitido, la terminación del ferrocarril de Girardot á Bogotá, el de Buenaventura á Cali, el de Puerto Berrío á Medellín, y ha contratado la construcción del de Puerto Wilches á Bucaramanga.

Hay un dato curioso referente al último de los ferrocarriles citados, cuyas obras visitó no ha mucho el presidente. Trabajan en ellas algunos millares de obreros españoles, entre los cuales figuran individuos que en su patria alcanzaron títulos universitarios. El general Reyes estrechó la mano de uno de esos obreros, doctor en medicina.

Entre las reformas políticas y administrativas que se vienen haciendo en Colombia, merece cita especial la que ha modificado la anterior división territorial de la república. No hace muchos años eran nueve los departamentos, es decir, los mismos antiguos Estados del período federativo. Después han ido subdividiéndose y se ha llegado ahora á la nueva división en veintisiete departamentos y dos territorios é intendencias, con lo que, impidiendo el desarrollo de las ideas federales en país que no está educado para que puedan fructificar con provecho, se asegura el mantenimiento de la paz y la integridad del territorio, y á la vez se resuelven importantes problemas económicos. En efecto, pueden reducirse considerablemente los gastos, desenvolver mejor los recursos propios de cada entidad administrativa, hacer más fácil la administración de justicia en circuitos que comprendían radio de jurisdicción muy extenso, y atender con mayor eficacia al régimen de provincias que por su gran superficie territorial no podían estar bien administradas.

***

Oportunamente informamos á nuestros lectores de la muerte del Dr. Fernando Guachalla, electo presidente de la república de Bolivia. La situación excepcional creada por tan inesperado suceso se resolvió prorrogando los poderes al coronel Montes, que ejerce la presidencia, por un año más, es decir, hasta el 6 de agosto de 1909, y convocando al Colegio electoral para que procediese á designar nuevo presidente. Así se ha hecho; el elegido ahora es el Dr. Heliodoro Villazón, candidato del partido liberal. En mayo próximo debe hacer el Congreso la proclamación para que, en la fecha indicada, pueda el electo tomar posesión de la presidencia.

El Sr. Villazón es hombre de unos 60 años de edad. Ha sido ministro de Hacienda y de Relaciones exteriores y vicepresidente de la República. Ha desempeñado importantes misiones financieras y políticas en Europa. Conoce bien á España y sus archivos, en los que ha hecho detenido estudio de los documentos necesarios para defender los derechos de su país en las cuestiones de límites pendientes con el Perú y otras repúblicas fronterizas de Bolivia.

***

A mediados de diciembre se reunió el Congreso del Paraguay para confirmar en sus funciones de presidente al Sr. D. Emiliano González Navero, que por consecuencia de acto revolucionario había llegado á ejercer la suprema magistratura de la República.

La normalidad, sin embargo, no se halla restablecida. El estado de sitio, que debió cesar el 30 de noviembre de 1908, se ha prorrogado hasta el 31 de marzo próximo. La razón de esta prórroga fué, según el gobierno, el descubrimiento de una conspiración fraguada en los cuarteles. Un pronunciamiento había dado el poder á los actuales gobernantes, otra cuartelada podía y puede derribarlos.

Entre tanto, la situación económica y financiera no mejora. El tipo oficial del oro para el pago de los derechos de aduana oscila entre 1550 y 1570 por ciento.

***

Aparte el desarrollo extraordinario de la riqueza agrícola y pecuaria, el año 1908 se ha señalado en la República argentina por un mayor número de inmigrantes con relación á los años anteriores. No se trata de inmigración flotante, de la que va para las faenas de la cosecha y abandona luego el país; son inmigrantes estables, muchos con su familia, bastantes con pequeño capital que se proponen aumentar dedicándose á la agricultura en las feraces tierras de la República. Otro dato digno de anotarse es que la inmigración italiana disminuye, y crece considerablemente la española.

***

De Chile vienen otra vez noticias de aprestos bélicos. Se construyen fortalezas en la costa, se hacen pedidos de armas á las fábricas europeas y se estudia activamente un plan general para renovar la escuadra en un período de diez años.

Mucho salitre, mucho ejército, mucha marina de guerra constituyen la salvaguardia de Chile. Cuando esto le falte, nación perdida.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EL GRUMETE, CUENTO DE JUAN B. ENSEÑAT. Dibujo de Mas y Fondevila



¡Reza cada día el rosario!. ¡No te olvides de mí!..

Cada vez que los periódicos abren subscripciones para aliviar calamidades públicas ó infortunios particulares, no podemos menos de considerar la diferencia que existe entre la caridad de los donantes que envían modestamente su dádiva bajo el anónimo, y la de los que hacen constar nombres, razones sociales, títulos y empleos en las listas de subscripciones. Se dirá que el resultado es el mismo; pero nadie negará que la caridad es más hermosa cuando es la ofrenda de un noble sentimiento, en vez de ser el calculado descuento del ruido que va á producir una moneda de oro ó plata echada en la bandeja sonora de la vanidad.

¡Es tan plausible dar sin ostentación, y á veces resultan goces tan inesperados de la caridad discreta! Allá va, en prueba de nuestra aserción, un ejemplo que tiene el mérito de ser absolutamente histórico.

Hace treinta años, D. José V. de R..., que empezaba á servir en la magistratura, iba trasladado de Figueras á Barcelona. Como el tren de Francia no llegaba más que hasta Gerona, el resto del camino se hacía en carruaje. Nuestro magistrado se había hecho reservar en la diligencia un asiento de berlina. Meticuloso en todo, llegó al despacho antes de la hora de salida. Mientras cargaban los equipajes, él escogió su rincón y colocó su manta de viaje y su maletita de mano, en que llevaba una botella de vino rancio, medio pollo asado y otras provisiones.

El mayoral pasó revista á los viajeros y observó que faltaba uno. El hombre echaba ternos por su endemoniada boca y la pesada diligencia iba á ponerse en movimiento, cuando apareció una pobre mujer que corría sofocada, llevando de la mano á un muchachito de unos doce años que apenas podía seguirla. El mayoral los acogió con una tempestad de porvidas, y abriendo la rotonda, hizo entrar bruscamente al niño en ella, mientras la madre, una ampurdanesa del pueblo, lloraba á lágrima viva.

Por la portezuela y sin parar mientes en las ruedas que podían arrollarla, la buena mujer halló medio de dar un último beso al muchacho y de dirigirle las recomendaciones más cariñosas.

—Sé bueno; ten mucho juicio, hijo mío, decía enjugándose las lágrimas con el pañuelo y con los puños; sobre todo, piensa en tu madre. Y no olvides mis consejos. Toma, aquí tienes todo lo que me queda (esto diciendo, le puso un paquetito en la mano); te servirá para las primeras necesidades. Cuando llegues, ruega al cabo de mar que me escriba dándome noticias tuyas... Que lo haga por la memoria de tu padre.

La diligencia echó á andar, seguida un buen trecho por la pobre madre que le gritaba á su hijo:

—¡Reza cada día el rosario!.. ¡No te olvides de mí!.. ¡Sobre todo, el cabo de mar... que me escriba!..

El pesado vehículo dobló la esquina de la Rambla y se hundió en las tinieblas de la noche.

D. José V. de R..., acurrucado en su rincón, se preguntaba:

—¿Cómo diablos hacen viajar solo á ese niño? ¿Y de qué cabo de mar hablaría esa buena mujer?

Nuestro magistrado era hombre de excelente corazón, aunque la tiesura de su rostro, á primera vista, le hacía poco simpático. Acostumbrado, en el ejercicio de sus funciones, á cohibir toda manifestación de sensibilidad, difícilmente abandonaba en público su algo afectada rigidez. Pero en la vida privada se desquitaba de ella con usura, y los necesitados, los pobres vergonzantes, las víctimas del infortunio, nunca apelaban en vano á sus generosos sentimientos.

Al llegar al relevo, D. José bajó del coche para estirar las piernas entumecidas. Maquinalmente miró por la portezuela de la rotonda y vió al pobre niño que, con el rostro amoratado por el frío de aquella noche de noviembre, se soplaba los dedos.

D. José abrió la portezuela y observó que el infeliz iba solo en aquel compartimiento, en que se colaba el aire por varias rendijas.

—Estás temblando ahí de frío, muchacho, le dijo.

—¡Ay, sí, señor!, contestó Juan.

—¿Adónde vas?

—A Barcelona.

—¡A Barcelona! Pero si vas á quedarte helado antes de llegar á Gerona... Anda, vente conmigo.

Y cogiendo al niño por el brazo, le hizo bajar y lo metió en la berlina.

—Bigorra, dijo al mayoral, pagaré el suplemento.

Desdobló la manta y envolvió en ella las ateridas piernas del niño; después le hizo beber un trago de vino rancio. Al cabo de media hora, conociendo en la animación del rostro que había entrado en reacción, le preguntó:

—¿Y á qué vas á Barcelona?

—A buscar una plaza de grumete.

—¿Conoces allí á alguien que se encargue de ti?

—No, señor; pero mi padre, que era marinero, murió en un naufragio, y aquí traigo sus papeles, que me ha entregado mi madre, diciéndome que así que se los enseñe al cabo de mar Ventura Sendra, se interesará por mí y me buscará una plaza.

—¡Ojalá! Pero es de temer que te esperen dificultades imprevistas. Me parece que tu pobre madre ha visto las cosas con un cándido optimismo sumamente expuesto á decepciones lastimosas. Tu ida á Barcelona, en esas condiciones, es una temeridad. ¿Llevas al menos dinero para poder vivir mientras te buscan una plaza?

—Llevo esto, contestó el niño enseñando el paquetito que su madre le había entregado en el momento de la despedida.

El pequeño paquetito, que Juan desenvolvió á la vista de su compañero de viaje, contenía seis pesetas en plata y un par de reales en calderilla.

—¡Ese es todo tu capital!, exclamó el magistrado con profunda pena.

—Es todo el dinero que había en casa. Mi pobre madre se ha quedado sin un céntimo.

—¿Qué medios tiene de ganarse la vida?

—Trabaja en las casas, friega los suelos, lava ropa, arranca hierba..., lo que le mandan.

—¿Sois de Figueras?

—No, señor, de Rosas; pero, á la muerte de mi padre, nos vinimos á vivir á Figueras, donde á mi madre le era más facil ganar un jornal que bastase para vivir los dos.

—¿La quieres mucho á tu madre?

—¡Que si la quiero!, exclamó el niño con fuerza en la voz y amorosa expresión en los ojos, que brillaron como dos centellas.

—Pues duerme tranquilo, muchacho; y no pases cuidado por nada; yo me ocuparé de ti.

Juan siguió aquel consejo al pie de la letra, pues

durmió como un lirón hasta Gerona.

El niño tenía pagado el viaje en tercera hasta Barcelona. Don José le hizo tomar asiento á su lado en segunda, pagando la diferencia.

Al llegar á Barcelona, el magistrado se lo llevó á su casa y lo instaló cómodamente. Al siguiente día, sus amigos y compañeros de curia extrañaron mucho ver allí de huésped á un muchacho que vestía blusa y calzaba alpargatas.

—¿Quién es ese chico?, le preguntaron.

—Un compañero de viaje. Se trata de una buena acción, de una obra de caridad á que me he propuesto asociar á ustedes.

En pocas palabras les explicó el caso.

Antes de que él hubiese concluído su relato, cada cual había echado mano al bolsillo y sacado su óbolo. En un momento hubo quince duros sobre una mesa.

—Gracias, señores, dijo don José, no esperaba menos de su generosidad. Con esto vamos á equipar á nuestro protegido.

En aquel momento, Juan se levantó con los ojos inundados de lágrimas y dijo tímidamente á su principal protector:

—Señor, le suplico que envíe este dinero á mi pobre madre.

—Tranquilízate, muchacho, repuso D. José; algo le tocará á tu madre, esto corre por mi cuenta. Y añadió, dirigiéndose á sus amigos: Espero que ustedes me ayuden á encontrar un bravo capitán ó un naviero que tome á este rapaz por grumete.

Toda la curia de Barcelona se interesó por Juan, y no tardó en encontrarle la plaza deseada. Lo equiparon, y se envió á la madre una libranza de seis duros, que el niño bañó con lágrimas antes de unirla á la carta en que le refería sus aventuras.



Estudio, dibujo de Arturo Kampf

Juan se embarcó en un buque de carrera de América, y sus bienhechores apenas se acordaban ya de él cuando, al cabo de tres años, los azares de la navegación lo trajeron de vuelta á Barcelona.

D. José, que era presidente de Sala, pasaba por uno de los corredores de la Audiencia, cuando se le acercó un joven marinero que daba vueltas á su gorra en las manos con visible turbación. Era un chico alto y delgado, moreno, con ese brillo metálico que dan las brisas marinas.

D. José se paró, reconociendo vagamente aquella fisonomía.

El marinero hizo acopio de valor, y le dijo con palabras entrecortadas por una emoción intensa:

—Buenos días, D. José. ¿No me reconoce? Soy Juan, el muchacho de la diligencia de Figueras, el grumete.

—¡Ah! Ya me decía yo que tu cara no me era desconocida. Pero como estás tan crecido... y tan cambiado de color...

Esto diciendo, le estrechaba ambas manos con afecto.

—¡Cuánto me alegro de volver á verte!, añadió el magistrado; cuéntame que ha sido de ti.

—Ni un solo día he dejado de pensar en mi bienhechor y de rogar á Dios por él. Mi afán era ver llegar el día en que yo pudiese probar á usted mi gratitud, aunque el bienestar de mi madre y el haberme abierto una honrosa carrera con nada pueden pagarse.

—Yo deseaba saber de ti, y experimento una viva satisfacción al ver que eres digno del interés que por ti nos tomamos. Y si en algo puedo serte útil todavía...

Juan estrechó las manos de D. José, y dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

El magistrado abrió los brazos y recibió en ellos al grumete, considerando aquellas lágrimas de gratitud como la mejor recompensa á su buena acción.—E.



Entrada de Otón I en Magdeburgo después de haber vencido á los eslavos y á los wendos,
cartón para una pintura mural del Museo Imperial de Federico de Magdeburgo, obra de Arturo Kampf

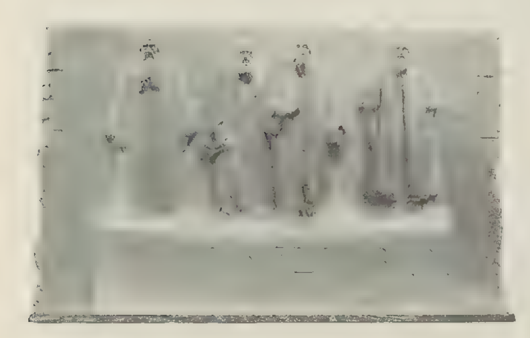
GINEBRA.—CONCURSO PARA UN MONUMENTO A LA REFORMA



Tercer premio, «ex æquo,» obra del escultor Guido Bianconi



Tercer premio, «ex æquo,» obra de Carlos Plumet (arquitecto) y de Niederhausen Rodo (escultor).



Fragmento del proyecto que ha merecido el primer premio, obra de Monod y Laverriere y Taillens y Dubois (arquitectos) y Reymond (escultor).

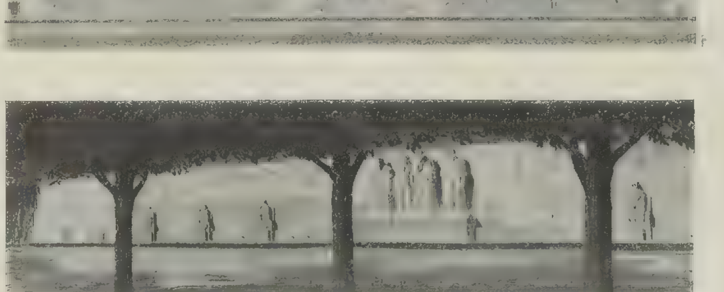


El muro de los reformadores, segundo premio, obra de H. P. Nenot (arquitecto), P. Landowski y E. Bouchard (escultores).

Hace poco se ha celebrado en Ginebra un importante concurso para un monumento que ha de erigirse en aquella ciudad en conmemoración de la Reforma.

Setenta y uno fueron los proyectos que enviaron escultores y arquitectos de diferentes países, casi todos en extremo notables, y para juzgarlos nombróse un Jurado internacional compuesto de los eminentes escultores y arquitectos Bartholomé y Girault, de París; Tuaillón y Bruno Schmitz, de Berlín; G. Frampton, de la Real Academia de Londres, y M. Gull, de Zurich. Además formaron parte de él el profesor Luciano Gautier, presidente de la asociación constituída para la erección del monumento, y los señores Alfredo Cartier, Horacio Saussure (pintor), Carlos Borgeaud y Van Berchen, representantes de la expresada asociación.

Los bocetos para el concurso fueron agrupados en tres categorías, y el Jurado, después de largas y reñidas discusiones, adjudicó los premios en la forma siguiente: primer premio, de 10.000 francos, al proyecto de los Sres. Monod y Laverriere, Taillens y Dubois, arquitectos de Lausanne, y Reymond, escultor de París; el segundo, de 6.000 francos, al de los Sres. H. P. Nenot, arquitecto, y Pablo Landowski y Enrique Bouchard, escultores, los tres de París; y los terceros, de 2.000 francos cada uno, á los de los Sres. Guido Bianconi, escultor, de Turín; Pablo Becher, escultor, de Berlín; Edmundo Fatio, arquitecto, de Ginebra, en unión de Adolfo Thiers, arquitecto, y de Seysses, escultor, ambos de París; Janos Horvai, escultor, de Budapest; Carlos Plumet, arquitecto, de Cirey (Francia), y Niederhausen-Rodo, escultor, de Berna; Heurtier, arquitecto, de París (en colaboración con G. Thorimbert); F. Sicard, escultor, de París (en colaboración con L. Baralis); y Juan Fiault, arquitecto, y Andrés Vermare, escultor, los dos de París.



Proyecto que ha obtenido el primer premio, obra de los Sres. Monod y Laverriere, Taillens y Dubois (arquitectos) y Reymond (escultor).

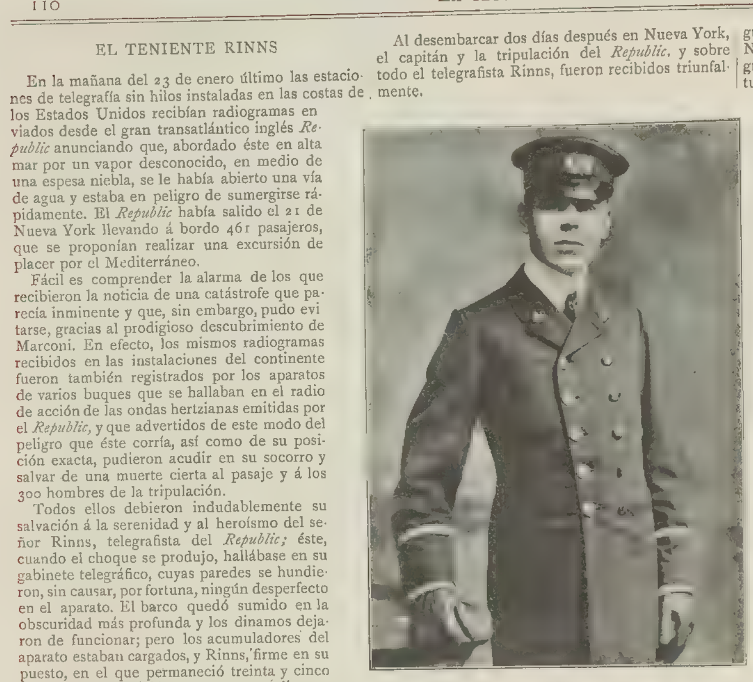
EL TENIENTE RINNS

En la mañana del 23 de enero último las estaciones de telegrafía sin hilos instaladas en las costas de los Estados Unidos recibían radiogramas enviados desde el gran transatlántico inglés *Republic* anunciando que, abordado éste en alta mar por un vapor desconocido, en medio de una espesa niebla, se le había abierto una vía de agua y estaba en peligro de sumergirse rápidamente. El *Republic* había salido el 21 de Nueva York llevando á bordo 461 pasajeros, que se proponían realizar una excursión de placer por el Mediterráneo.

Fácil es comprender la alarma de los que recibieron la noticia de una catástrofe que parecía inminente y que, sin embargo, pudo evitarse, gracias al prodigioso descubrimiento de Marconi. En efecto, los mismos radiogramas recibidos en las instalaciones del continente fueron también registrados por los aparatos de varios buques que se hallaban en el radio de acción de las ondas hertzianas emitidas por el *Republic*, y que advertidos de este modo del peligro que éste corría, así como de su posición exacta, pudieron acudir en su socorro y salvar de una muerte cierta al pasaje y á los 300 hombres de la tripulación.

Todos ellos debieron indudablemente su salvación á la serenidad y al heroísmo del señor Rinns, telegrafista del *Republic;* éste, cuando el choque se produjo, hallábase en su gabinete telegráfico, cuyas paredes se hundieron, sin causar, por fortuna, ningún desperfecto en el aparato. El barco quedó sumido en la obscuridad más profunda y los dinamos dejaron de funcionar; pero los acumuladores del aparato estaban cargados, y Rinns, firme en su puesto, en el que permaneció treinta y cinco horas en una posición en extremo peligrosa, lanzó inmediatamente, por medio de las ondas hertzianas, la señal de auxilio C. Q. D. (Socorro, estamos á punto de naufragar), con la esperanza de que el radiograma sería recogido por algún buque. Así fué: los vapores *Baltic*, *Lorraine* y *City of Everet* recibieron la noticia, y como hemos dicho, llegaron á tiempo de recoger á los náufragos.

Al desembarcar dos días después en Nueva York, el capitán y la tripulación del *Republic*, y sobre todo el telegrafista Rinns, fueron recibidos triunfalmente.



El telegrafista Rinns, encargado del aparato de la telegrafía sin hilos del transatlántico *Republic*, gracias á cuya heroica conducta y serenidad el pasaje y la tripulación de dicho buque pudieron ser salvados de la muerte, después del terrible choque con el vapor *Florida*. (De fotografía de L. N. A. Photo.)

ISADORA DUNCÁN

Nadie, quizás, rinde actualmente á la Grecia antigua un culto más fervoroso que Isadora Duncán. Nacida en los Estados Unidos, sintió desde su niñez gran afición á las láminas en que se reproducían pinturas de jarros griegos, y estudiando y procurando imitar las actitudes de las figuras en éstos pintadas, acabó por reconstituir los gestos, los movimientos, el sentimiento de las danzas helénicas.

Cuando por sí sola, y casi por adivinación, hubo encontrado el verdadero modo de expresar por medio de la danza sus ideas y sus emociones, visitó Grecia, recorrió otros países y al fin se estableció en los alrededores de Berlín, fundando allí una escuela, en donde enseña á veinte niñas la coreografía según los principios y las reglas por ella establecidos después de profundos y sólidos estudios. Vestidas con ligeras túnicas de hilo, desnudos los pies, esas niñas danzan al aire libre, sobre el césped, y forman, como con frase poética ha dicho un cronista parisiense, «el coro gracioso de la bienhechora musa que las acogiera.»

Hace pocos días, Isadora Duncán y sus discípulas dieron en el teatro de la Gaité de París una representación á beneficio de las víctimas de los terremotos de Italia, bailando la *Ifigenía* de Gluck, que interpretó la orquesta Lamoureaux bajo la dirección de Chevillard. La música de esta obra, deliciosa mezcla del espíritu de la antigua Grecia y de un gusto más reciente, se adapta admirablemente á la danza de Isadora Duncán. Ésta no pretende danzar tal como en el teatro danzaban las doncellas de la Hélade, ya que no se ha propuesto realizar lo que los sabios ó los pedantes denominan una reconstitución arqueológica, sino que habiendo comprobado que los principios de la danza antigua eran los mejores, los más bellos y los más expresivos, y habiendo visto al mismo tiempo que eran los más ricos, los más fecundos, los que mejor se amoldan á todas las condiciones viejas ó nuevas del pensamiento, los ha utilizado para exteriorizar sus ensueños, á la vez modernos y antiguos.

El éxito de Isadora Duncán y de sus discípulas en París ha sido inmenso; sus danzas han evocado aquella Grecia unánimemente reputada como la patria de la poesía, del arte y de la belleza.—R.



La profesora de danza griega Isadora Duncán y sus discípulas. Isadora, que tiene su escuela en las inmediaciones de Berlín, ha dado recientemente en París, con éxito grandísimo, una representación á beneficio de las víctimas de los terremotos. (De fotografía de Carlos Trampus.)

«ELEKTRA», ÓPERA DE RICARDO STRAUSS RECIENTEMENTE ESTRENADA EN EL TEATRO REAL DE DRESDE

Ricardo Strauss

El estreno de esta nueva obra del ilustre autor de *Salomé* ha revestido las proporciones de un gran acontecimiento artístico. Efectuóse el día 25 de enero último en el Teatro Real de Dresde para inaugurar la semana de representaciones de óperas de Strauss, y todo contribuyó á despertar la espectación del público: la obra que se estrenaba y sobre la cual habíanse anticipado los más favorables juicios; la merecida fama de la orquesta de aquel coliseo y la de su director, Ernesto de Schuch; la valía de los cantantes encargados de los principales papeles, la *mise en scène,* eran elementos sobrados para que el público acudiera á la representación, seguro de asistir á una verdadera solemnidad musical.

El éxito de *Elektra* ha correspondido á lo que se esperaba, y aun cuando la ópera ha dado lugar á juicios muy diversos, es innegable que ha proporcionado un nuevo triunfo á su autor, confirmando la celebridad alcanzada por éste, á quien con razón se considera como uno de los más grandes compositores contemporáneos.

El libreto de *Elektra* está tomado de la tragedia que, inspirada en la de Sófocles, escribió el poeta vienés Hugo de Hofmannsthal, y fué estrenada con aplauso extraordinario en 1903. En ella sólo se conservan del clásico modelo las líneas principales de la acción y los nombres de los personajes; el espíritu, el alma, los sentimientos y hasta la forma del lenguaje son enteramente distintos. El drama de venganza sobre el cual pesa implacable é inevitable la voluntad del destino, transfórmase, en manos de Hofmannsthal, en un poema ardiente de sensualidad histérica, cuya heroína se mueve en vehementes paroxismos y no retrocede ni ante la delicadeza enfermiza de su propia hermana.

Para ajustar la tragedia á las exigencias del drama musical y acaso también á las del propio compositor, Hofmannsthal se ha visto obligado, no sólo á hacer grandes cortes en su obra primitiva, con lo que se perjudica en alto grado el elemento psicológico de la acción, sino además á introducir importantes variaciones en el argumento; así, el final, que en el primitivo poema se precipita después de la muerte de Egisto, en la ópera se retarda para dar lugar á un dúo entre las dos hermanas y á la danza sagrada.

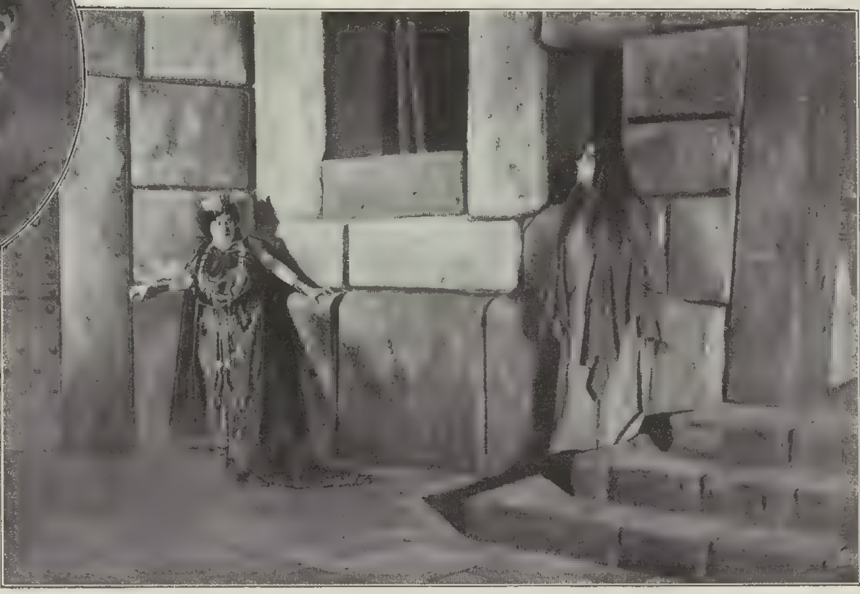
En la partitura de *Elektra* hay algunos temas de una intensidad dramática y de una significación musical extraordinarias: tales son el tema breve é impresionante de Agamenón; el tema de ritmo beethoveniano que caracteriza á Orestes, y el tema misterioso de Clytemnestra. Pero no es el valor de esos *leit motiven* lo que da á *Elektra* mayor valor que á *Salomé,* sino la emoción directa, elocuente y vigorosa con que el músico ha traducido personajes y situaciones que en el poema sólo aparecen bosquejados.

Elektra empieza en plena acción, no tiene obertura; únicamente el tema de Agamenón recitado por la orquesta inicia el espectáculo. Hay en la primera parte acentos siniestros, armonías ásperas aunque llenas de expresión; pero las grandes bellezas de la obra están más adelante, y en esa primera parte sólo se inician con la imploración de Elektra y sus invocaciones á la sombra de su padre. El dúo de Elektra y Clytemnestra es violento, exasperado, mas no llega al alma; el de Elektra y Chrysosthemis es de una vehemencia extraordinaria. A partir de esta pieza comienza el verdadero drama; el músico alcanza la majestad que le imponen sus héroes y encuentra los acentos más emocionantes y más patéticos; y desde el momento en que Elektra, acurrucada en un rincón de la escena, escarba el suelo para desenterrar el hacha ensangrentada de Agamenón, surge en la obra un elemento nuevo, el misterio. Aquella página descriptiva es de una intensidad imponderable; la sombría mansión parece animarse, hablar, sollozar y diríase que sus muros siniestros pasan á ser los protagonistas de la acción. La entrada de Orestes y sus primeras palabras se indican por una melodía melancólica, gemebunda; el diálogo de los dos hermanos, que empieza tierno y triste, se desarrolla gradualmente y al fin estalla en una explosión orquestal brillantísima que traduce admirablemente la alegría de Elektra al reconocer á Orestes. Después la explosión va calmándose poco á poco y la armonía se esfuma hasta extinguirse dulcemente.

Al quedarse Elektra sola en escena, ante el palacio en donde va á consumarse la muerte de Egisto y Clytemnestra, los asesinos de Agamenón, la orquesta describe en admirables notas los sentimientos que agitan á la hija vengadora de su padre. Después de un interesante dúo de Elektra y Crysosthemis, termina la ópera con la danza sagrada de Elektra, conmovedora y altamente dramática.

Un notable crítico francés resume sus impresiones sobre la última creación de Ricardo Strauss en los siguientes términos: «La buena nueva que nos trae *Elektra* está en el hecho de que un gran músico en quien un virtuosismo fantástico había á menudo ahogado la sensibilidad, ha descubierto de pronto en su alma una emoción grande, intensísima, y ha sabido al mismo tiempo traducirla soberbiamente.

»Lo que más interesa en *Elektra* no son los lujosos ornamentos con que el compositor ha ataviado su obra, pues ya sabemos de lo que son capaces la maestría, el ingenio y la temeridad de Strauss; lo más importante en ella es la declamación sobria, vigorosa, emocionante, con que se expresan los personajes, la armonía verdaderamente expresiva en que éstos aparecen envueltos; es la orquesta, que ya no es una audaz combinación de sonoridades, sino que significa algo más que una serie de sensaciones fugaces; es ese lirismo no meramente externo, sino que procura escrutar el secreto de los seres.»—S.



Clytemnestra (señora Schumann-Heink) Elektra (señora Krull)



Elektra. (De fotografía.)



EL REGRESO DE LAS BARCAS, cuadro de Alberto Plá y Rubio

MALLORCA.—RECUERDO DE VALLDEMOSA, cuadro de Santiago Rusiñol. (Salón Parés.)



MALLORCA.—JARDINES DE RAXA, cuadro de Santiago Rusiñol

(Salón Parés.)

LA NIÑA PILAR OSORIO ARRIOLA

Hace seis años, en el número 1.098 de La Ilustración Artística, publicamos el retrato y algunos datos biográficos de un precoz pianista, el niño Pepito Arriola. No ha sido él el único ejemplo de precocidad musical en su familia, ya que recientemente ha causado en Leipzig gran admiración una hermanita suya, Pilar, que no cuenta más que tres años y tres meses, y que en un concierto dado en la sala Blüthner de aquella ciudad ha ejecutado de una manera encantadora y con seguridad asombrosa varias piezas. Al final del concierto, resistióse á tocar un rondó de Beethoven, pues prefería jugar con un pequeño automóvil; pero al fin se rindió á los requerimientos de su madre y tocó resueltamente aquella composición, terminada la cual saltó alegremente de la silla é hizo funcionar el juguete, sin hacer el menor caso de las alabanzas del auditorio.



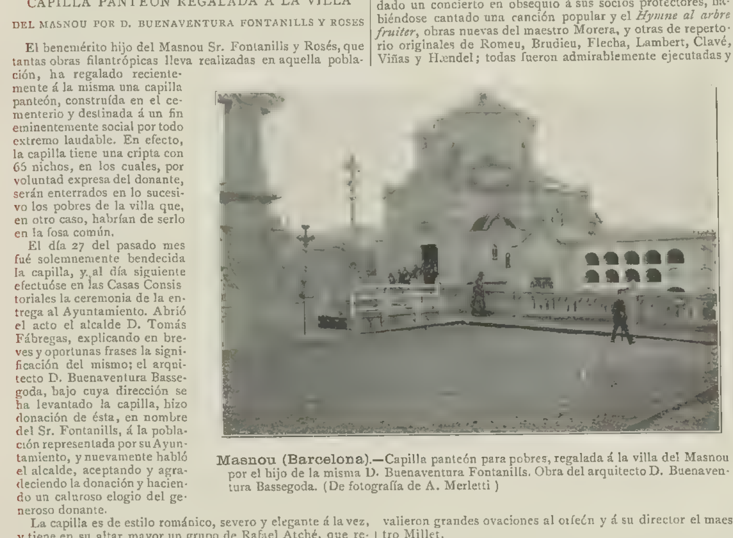
La niña Pilar Osorio Arriola, de tres años de edad, que ha dado recientemente en Leipzig un concierto de piano. (De fotografía.)

Pilar es hija del médico español Dr. Osorio y nació en Leipzig. Actualmente reside en Berlín con sus padres, quienes se proponen cultivar sus excepcionales dotes pianísticas, como han hecho con su otro hijo Pepito, que desde hace seis años estudia bajo la dirección del célebre Reckendorf.

CAPILLA PANTEÓN REGALADA Á LA VILLA DEL MASNOU POR D. BUENAVENTURA FONTANILLS Y ROSES

El benemérito hijo del Masnou Sr. Fontanills y Rosés, que tantas obras filantrópicas lleva realizadas en aquella población, ha regalado recientemente á la misma una capilla panteón, construída en el cementerio y destinada á un fin eminentemente social por todo extremo laudable. En efecto, la capilla tiene una cripta con 65 nichos, en los cuales, por voluntad expresa del donante, serán enterrados en lo sucesivo los pobres de la villa que, en otro caso, habrían de serlo en la fosa común.

El día 27 del pasado mes fué solemnemente bendecida la capilla, y al día siguiente efectuóse en las Casas Consistoriales la ceremonia de la entrega al Ayuntamiento. Abrió el acto el alcalde D. Tomás Fábregas, explicando en breves y oportunas frases la significación del mismo; el arquitecto D. Buenaventura Bassegoda, bajo cuya dirección se ha levantado la capilla, hizo donación de ésta, en nombre del Sr. Fontanills, á la población representada por su Ayuntamiento, y nuevamente habló el alcalde, aceptando y agradeciendo la donación y haciendo un caluroso elogio del generoso donante.



Masnou (Barcelona).—Capilla panteón para pobres, regalada á la villa del Masnou por el hijo de la misma D. Buenaventura Fontanills. Obra del arquitecto D. Buenaventura Bassegoda. (De fotografía de A. Merletti)

La capilla es de estilo románico, severo y elegante á la vez, y tiene en su altar mayor un grupo de Rafael Atché, que representa la *Piedad*, y seis estatuas de santos, obra de Pedro Carbonell, de quien es también un ángel del reposo que corona la parte exterior de la fábrica. Ha sido construída por don Juan Renté según el proyecto y bajo la dirección, como hemos dicho, del Sr. Bassegoda; su coste asciende á unas 100.000 pesetas.

D. Buenaventura Fontanills, que hace cinco años era un modestísimo marinero, vióse de repente enriquecido por una cuantiosa é inesperada herencia. La fortuna no significó para él un cambio de vida, ya que ha continuado llevando la misma sencilla existencia de antes; pero sí le ha servido para derramar á manos llenas beneficios entre sus conciudadanos. Lo mismo si se trata de socorrer á los necesitados, que de realizar obras que redunden en beneficio de la población y á las que no alcance el erario municipal, el Sr. Fontanills da pródigamente cuanto hace falta, sin poner á sus donativos más condición que la de que para nada se haga mención de su nombre. Su bondad, su desprendimiento, su amor al desvalido le han conquistado el cariño y la veneración de toda la villa del Masnou, cuyos hijos, sin distinción de clases ni de ideas, le consideran con razón como su Providencia.

LA PRINCESA HEREDERA DE RUMANÍA

El telégrafo ha anunciado, hace pocos días, el bautizo de la princesita Ileana de Rumanía, hija de la princesa María, prima hermana de la reina de España. Esta circunstancia da actualidad al retrato de S. A. R., que publicamos en esta página.

La princesa María, que nació en 29 de octubre de 1875, es hija de S A. R. el príncipe Alfredo de la Gran Bretaña, duque de Edimburgo, hermano que fué del actual rey de Inglaterra y que falleció en 1900, siendo duque soberano de Sajonia-Coburgo y Gotha. El 10 de enero de 1893 se casó Su Alteza Real en Sigmaringen con el príncipe Fernando de Hohenzollern, sobrino carnal del rey Carlos de Rumanía y declarado heredero del trono en 18 de marzo de 1889.

La nueva princesa Ileana es el quinto de los hijos de los príncipes Fernando y María. Los anteriores son: Carol, de quince años, futuro heredero; Elisabeta, de catorce; María, de nueve, y Nicolaus, de cinco.

S. A. R. la princesa María tiene, como su prima, nuestra augusta soberana, la reputación de ser una de las más bellas entre las familias reinantes. Es coronel propietario del 4.° regimiento de roshiori (húsares rojos) del ejército rumano.

Al bautizo de la princesita ha asistido, en representación de la reina de España, el Excmo. señor marqués de Casa Arellano, embajador de S. M. C. en Viena, acompañado del coronel de artillería D. Mauricio de Elorriaga, ayudante de órdenes de S. M., que salió con este objeto de Madrid el día 21 de enero, siendo portador de la banda de la orden de Damas Nobles de María Luisa para la augusta recién nacida y de un valioso regalo de su madrina, la reina Victoria Eugenia.

La ceremonia religiosa se celebró el 15 de enero por la tarde en el real palacio de Bucarest, en presencia de toda la familia real. El duque de Teck representó al rey Eduardo, que fué el padrino, y el embajador de España en Viena á S. M. la reina Victoria Eugenia.

A la princesa Ileana la tuvo en la pila su hermana la princesa Elisabeta, que actuó de segunda madrina, y le administró el agua bautismal el Metropolitano de Bucarest.

El rey Carlos ha concedido la Gran Cruz de la Estrella de Rumanía al duque de Teck y al embajador de España.

Espectáculos. – Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Les dides*, traducción catalana de la comedia francesa en tres actos *Les remplaçantes*, de Enrique Brieux, por el Dr. Corominas Prat y M. Ainaud; en el Principal *Arseni Lupin*, traducción catalana de la comedia francesa en cuatro actos de Francisco Croisset y Mauricio Le blanc; en Romea *La intelectual*, comedia en tres actos de Santiago Rusiñol; y en el Eldorado *Cómo se ama*, comedia en dos actos de Gonzalo Jover y Emilio G. del Castillo, y *Por las nubes*, comedia en dos actos de Jacinto Benavente.

En el *Palau de la Música Catalana* el «Orfeó Catalá» ha dado un concierto en obsequio á sus socios protectores, habiéndose cantado una canción popular y el *Hymne al arbre fruiter*, obras nuevas del maestro Morera, y otras de repertorio originales de Romeu, Brudieu, Flecha, Lambert, Clavé, Viñas y Hændel; todas fueron admirablemente ejecutadas y valieron grandes ovaciones al orfeón y á su director el maestro Millet.

En el mismo *Palau* han dado un interesante concierto los notables artistas Sres. Perelló (violín) y Vía (piano) y la no menos notable soprano señorita Correa. El Sr. Perelló tocó el *Concierto en re menor* de Tartini y el *Andante cantabile* de Nardini; el Sr. Vía *Preludio y fuga* de Bach y varias composiciones de Schumann; y los dos juntos la *Sonata en re mayor* de Beethoven. La señorita Correa cantó algunas canciones de Borodine, Pahissa y Morera. Todos fueron entusiastamente aplaudidos.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *El caballero Lobo*, fábula en tres jornadas de Manuel Linares Rivas; en Lara *Por las nubes*, comedia en dos actos de Jacinto Benavente; en Apolo *Aquí hase farta un hombre*, sainete en un acto de los hermanos Juan y Jorge de la Cueva, música de Chapí; en Romea *El pasado que vuelve*, comedia en un acto de Eduardo Zamacois; y en Novedades *El primer amor*, drama lírico en un acto, letra de Cerdá, música del maestro Bru.



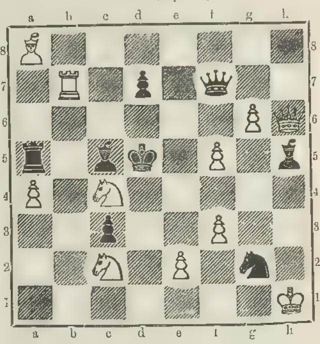
La princesa heredera **María de Rumanía** en uniforme de coronel del 4.° regimiento de roshiori. (De fotografía.)

AJEDREZ

Problema número 512, por V. Marín

1.er premio *ex-æquo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1906.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 511, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Tb5–b8	1. Ag5×e7
2. Da6–a3	2. Ae7×a3
3. Tg3–g7	3. Tf8×b8 ó ×f5
4. g2–g4 ó Tb8–h8 mate.	

Variantes.

2......... ..... Ca2–c3; 3. Da3–c1, etc.
Ae7–g5; 3. Da3×f8, etc.
1...Tf8×b8; 2. Da6–d3, Tb8–b3; 3. Cf5–g7jaq., etc
Ag5–f4,h4; 2. Da6–d3, Af4×g3j.; 3. Dd3×g3, etc.
Tf8×f5; 2. Tb8–h8j., Ag5–h6; 3. Ce7×f5, etc.
Ag5–e3; 2. Tb8×f8, Ae3–g1j.; 3. Rh2×g1, etc.
Tf8–g8; 2. Tb8×g8, Ag5–f6; 3. e5×f6, etc.
Tf8–e8; 2. Tb8×e8, Ag5–h6; 3. Te8–h8, etc.
Tf8–f6; 2. e5×f6, Ag5×f6; 3. Da6–d3, etc.
Otra jugada; 2. Tb8×f8 ó Da6–d3, etc.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Los ojos de Edmundo estuvieron siempre vueltos hacia aquella tierra de Francia

Mientras Luciano buscaba un cuarto disponible, que encontró en el faubourg Saint Denis, Edmundo trató con un comerciante en muebles que compró todo el mobiliario.

Los dos hermanos abandonaron, pues, la calle de las Abadesas, y Edmundo partió solo para Londres á fin de entenderse con las dos importantes casas cuya representación conservaba.

Volvió después de una ausencia de cinco días y anunció á Luciano lo que se había decidido.

—*Pick and sons* me han indicado el Havre, donde tenían el proyecto de instalar un agente, dijo él, y la elección de este puerto ha convenido también al *Star Line,* cuyos vapores procedentes de Amberes harán en adelante escala en el Havre.

Expuso luego las condiciones del negocio, que, sin ser brillantes, eran por el momento muy ventajosas.

Dos días después, Edmundo de Favreuse, acompañado de su hermano, tomó el tren en la estación de San Lázaro, y en el momento de la despedida le repitió abrazándole:

—Viviremos siempre unidos, ¿verdad, Luciano?.. Nuestro afecto nos dará fuerzas y también suerte... Parto con el corazón lleno de esperanza de poder cumplir la misión de honor que nuestro padre nos legó al morir.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Luciano de Favreuse no contestó á las últimas palabras de su hermano. Atestiguó solamente su amistad, y le abrazó con una efusión más demostrativa que sincera.

Aquella vida de trabajo, que le asustaba de por sí, le desalentaba con la perspectiva de que todos aquellos esfuerzos no tenderían á darle las satisfacciones de la existencia antes de que fuesen pagadas las deudas dejadas por su padre.

Tenía además una secreta resolución que Edmundo había penetrado perfectamente sin que él se la confiase: la resolución de buscar á su madre, impulsado menos por el afecto que por el deseo de crearse á su lado una existencia fácil.

«Seguramente no se encuentra sin recursos—había pensado muchas veces.—Y ahora que es viuda y todavía hermosa, podría volver á casarse.»

Así es que tan pronto como estuvo solo en París, Luciano reanudó las averiguaciones que tiempo atrás había emprendido sin resultado.

Fué sucesivamente á casa de todas las personas que la señora de Favreuse conocía, y en ninguna parte pudo recoger noticias suyas.

Una sola le dijo:

—La última vez que vi á su madre de usted estaba dispuesta á marchar de París para ir á vivir en provincias. Parece que había encontrado una situación y prometió escribirme luego que se hubiese instalado. Pero aún no he recibido noticia alguna.

A Luciano le irritaba el resultado negativo de sus diligencias, y maldecía la fatalidad que le obligaba á una existencia de trabajo para la cual no se sentía con aptitudes.

Edmundo le escribió:

«...Héteme ahora completamente instalado. A fin de no hacer gastos prematuros, he resuelto no comprar mobiliario hasta que nuestra situación militar quede resuelta, porque la quinta en que vamos á entrar ambos dentro de algunos meses y que llamará á las filas á uno de los dos el año que viene, puede cambiarlo todo en nuestra situación.

»He alquilado y amueblado, pues, simplemente una salita que me sirve de despacho y un pequeño gabinete que me sirve de dormitorio. Vivo en el muelle del Comercio, n.° 5, en muy buen punto para mis negocios.»

Pocos días después, en una nueva carta, Edmundo hablaba á Luciano de su madre, diciéndole que había comprendido muy bien que su afecto no podía consolarse de aquella separación.

«...Me alegraría mucho también—decía—de saber que mamá no pasa falta de nada. Sin duda ignora todavía la muerte de nuestro pobre padre.

»Si tienes noticias de ella, transmítemelas en seguida, y averigua tú mismo si es ó no feliz. Nuestro deber consiste en socorrerla si lo necesita. Hasta he pensado que, en tal caso, podríamos proponerle que viva con nosotros. Se estaría contigo en París, donde te encontrarías menos solo, y siempre ganaríamos bastante para los tres.

»El año que viene, cuando parta uno de nosotros dos, ella se quedará con el otro en el Havre, donde

estarán entonces concentradas todas nuestras operaciones.»

Luciano acababa de contestar á su hermano poniéndole al corriente de sus infructuosas investigaciones, cuando, al salir de la administración de correos donde acababa de echar la carta, una criada de delantal blanco y gorra de batista volvióse al verle, manifestando en su semblante la sopresa que el encuentro le causaba.

El no la conocía.

—¡Señorito Edmundo!.., exclamó ella. ¿No me reconoce usted?

Luciano, sorprendido de oirse llamar por el nombre de su hermano, comprendió que su extraordinario parecido con Edmundo era causa de aquel error, y sin desvanecerlo contestó:

—No, no me acuerdo...

—¿No es usted el Sr. de Favreuse?, preguntó la criada.

—Efectivamente.

—Pues bien; cuando su papá de usted vivía en el bulevard de San Germán, yo servía en su casa.

—¡Ah, muy bien!.., dijo Luciano.

—Estaba usted entonces en el colegio y venía usted á casa los días de salida. Yo me marché precisamente en el momento en que iba usted á terminar sus estudios... Su pobre papá no nadaba entonces en la abundancia y me despidió para tomar una criada más barata... ¿El Sr. de Favreuse sigue bien de salud?

—Papá murió, contestó Luciano.

—¡Ah, por eso le veo á usted de luto!.. En seguida le he reconocido á usted, señorito Edmundo... Estaba ahí en la ventanilla tomando una libranza para enviar un poco de dinero á mi pueblo, cuando le vi á usted. En seguida he dicho para mí: «¡Calla, el señorito Edmundo!»

Este error de la antigua criada de su padre, que de momento divirtió al joven, le probó una vez más que su parecido con su hermano era prodigioso.

No le es tan fácil á uno mismo el formarse idea exacta de un fenómeno físico de esta naturaleza, porque el sentimiento del yo, el instinto de la personalidad, basta para modificar, al examen del interesado, la expresión real de su rostro; nadie se ve, en realidad, tal como los demás le ven. Colocándose ambos ante un espejo, los dos hermanos sólo observaban imperfectamente aquel parecido asombroso, pues cada uno se veía bajo la impresión propia y la predisposición de su espíritu.

Así Luciano como Edmundo habían oido señalar por sus padres ó por sus amigos aquella similitud absoluta que se extendía no sólo á las facciones, al color de los ojos, al matiz de sus cabellos, sino hasta á la entonación de la voz, á los gestos y á las actitudes familiares.

Recordaba entonces, después de haberse separado de aquella antigua criada, todo lo que su madre le había dicho tiempo atrás sobre el particular.

Se reía de aquel error y trataba de explicárselo.

«No vió á Edmundo sino vestido de colegial—pensaba,—y naturalmente nuestro parecido era acentuado por el uniforme; de ahí su error. Pero si nos hubiese visto á los dos á la vez, quizá no se hubiera equivocado.»

Por Navidad, cuando Luciano fué á pasar quince días en el Havre con su hermano, le habló de su encuentro, pues aquel error le preocupaba todavía. A este propósito, Edmundo refirió lo que su padre le había contado un día.

—En cierta ocasión nos hacían tomar un baño; sólo teníamos dos años y estábamos desnudos en la misma bañera, según me contó mi padre, dijo á su hermano. Parece que la criada que nos vistió confundió los trajes, que se cuidaban de hacer de colores diferentes para distinguirnos, de suerte que no notaron su error hasta la noche, á la hora de comer, cuando mamá quiso administrarme vino de quina, que tú solías tomar y que yo rehusaba. Otra vez, añadió, tú habías roto una magnífica taza de porcelana de Sajonia y me acusaban á mí; la cocinera aseguraba haberme visto, y fuí tratado de embustero cuando protestaba de mi inocencia.

Aquel parecido se había acentuado todavía con la edad, y sin que los gemelos se diesen cuenta de ello, se había hecho asombroso.

La portera de la calle de las Abadesas lo había observado á menudo desde que Luciano vivía con Edmundo.

El error de la antigua criada del Sr. de Favreuse era, pues, muy comprensible.

En aquel momento fijábanse edictos de la autoridad municipal en las esquinas del Havre, como en los demás municipios, á fin de invitar á los jóvenes pertenecientes al contingente de la recluta de 1875 á que se hiciesen inscribir en las listas de sorteo de su residencia antes del 31 de enero de 1876.

Edmundo de Favreuse había considerado ya aquella perspectiva del servicio militar, pensando en lo que sería de sus negocios si el llamado á las filas fuese él.

Sabía que la ley de reclutamiento confiere la exención al mozo que tiene un hermano sirviendo; por consiguiente, sólo podía ser llamado uno de los dos.

Edmundo no se atrevía á decir á Luciano lo que pensaba acerca de esto, pues comprendía lo delicado que era insinuar á su hermano la conveniencia de que le exentase sirviendo solo, para bien de su situación.

Luciano, no solamente carecía de disposiciones para el trabajo, sino que era absolutamente novicio é inexperto en los negocios.

Si por desgracia el llamado á prestar servicio militar era Edmundo, la pérdida de su posición era segura.

¿Qué haría Luciano durante los cinco años de servicio obligatorio de su hermano?

El director del *Star Line* y la casa *Pick and sons* no tardarían en retirarle la agencia del Havre y su representación.

Y entonces, ¿de qué viviría?

Y él, Edmundo, una vez licenciado, ¿qué situación encontraría?

Habría que volver á empezar, mientras que actualmente ya ganaba dinero, pues los beneficios no sólo le permitían vivir con holgura y dar á su hermano todo el dinero que necesitaba en París, sino que también á empezar á colocar pequeñas cantidades, que le permitirían un día cumplir los votos de su padre moribundo.

Edmundo no había interrogado á Luciano acerca de lo que contaba hacer.

Fué él quien le habló.

—¿Vas á hacerte inscribir en el Havre, preguntó á Edmundo, ó quieres que lo haga por ti en París?

Edmundo se pronunció rápidamente, porque había reflexionado mucho sobre la situación.

—Mejor sería, contestó, hacernos inscribir en la misma población. Esto simplificaría las formalidades, puesto que dependeríamos de una misma comisión de reclutamiento; y á mi juicio, es preferible que ambos corramos el sorteo en el Havre, puesto que aquí tengo mi residencia oficial, que es al mismo tiempo la tuya.

—A mí me es igual, dijo Luciano.

Y añadió, después de un momento de silencio:

—Hemos tenido poca suerte, porque hubieras podido hacer tu servicio voluntario de un año, si no hubiésemos tenido todos esos contratiempos; y hoy estaríamos ambos libres de quintas.

—Era la intención de papá, contestó Edmundo, antes de caer enfermo; aunque para ello había que pagar mil quinientos francos...

—Ahora uno de los dos tendrá que servir cinco años... ¿Cómo decidirán si has de ser tú ó si he de ser yo?

—Eso dependerá, creo yo, del consejo de revisión.

—¿Y si ambos somos declarados útiles?

—Partiré yo, dijo Edmundo, porque, aunque seamos gemelos, soy considerado como el mayor, porque nací antes que tú.

Hubo otro momento de silencio.

Luciano de Favreuse, sombrío, consideraba con aprensión la perspectiva que ante él se abría.

Sentía viva inquietud y hasta verdadero espanto á la idea de la existencia que le crearía la marcha de su hermano.

Sería una labor incesante, un trabajo encarnizado, en vez de aquella vida fácil que el afecto de Edmundo le había permitido hasta entonces subviniendo á todas sus necesidades.

—En vez de volver á París, dijo entonces Edmundo, mejor sería que viviésemos juntos en el Havre hasta la marcha de nuestra promoción, porque así te pondrías al corriente de nuestros asuntos y podrías substituirme.

—Sí..., no habrá más remedio..., contestó Luciano con forzada resignación.

Edmundo empezó entonces á iniciarlo más íntimamente en los negocios que había tratado hasta entonces. Durante el día, lo llevaba á la Bolsa; iban juntos á las Compañías de navegación y á bordo de los buques; se ocupaban juntos en las formalidades de aduanas y en las operaciones de tránsito. Por la noche atendían á sus libros y á su correspondencia.

Era visible que esta vida de trabajo, sin ningún instante de placer, no le gustaba á Luciano, educado por su madre en el ocio y con la satisfacción de todos sus caprichos, desde el día en que salió del colegio.

Edmundo lo comprendía y se asustaba del porvenir.

El día en que los dos hermanos fueron á la casa consistorial del Havre para hacerse inscribir, pareció formarse una resolución en el espíritu de Luciano.

Había reflexionado, y la vida militar le parecía preferible á la existencia que su hermano llevaba.

El regimiento, con su existencia ordenada y segura, con la perspectiva de las horas de libertad por la noche, con los permisos y las licencias, con la ayuda sobre todo de Edmundo que, siguiendo trabajando, no le tendría sin dinero, sonreía mejor á su carácter de perezoso é indolente que los negocios, que absorben todos los instantes, que causan preocupaciones y disgustos y que no son remuneradores sino en razón de los esfuerzos y de las fatigas.

Interrogó al empleado de la oficina militar.

—Sólo uno de nosotros dos servirá, ¿no es cierto?, preguntó. ¿Cómo se resolverá eso?

—Eso dependerá del consejo de revisión, contestó el empleado. La exención no puede otorgarse legalmente á uno de ustedes sin que el otro sea ya soldado.

—Entonces hubiera tenido que sentar plaza.

—Aún puede usted hacerlo adelantándose al llamamiento, si es usted declarado útil para el servicio; entonces su hermano no partiría.

—¿Cómo podría yo engancharme?

—Inmediatamente después del consejo de revisión.

Edmundo no había pronunciado una palabra. Le había llenado de sorpresa y de emoción la intención revelada por la diligencia de su hermano.

Cuando salieron de la Casa Consistorial, preguntó á Luciano:

—¿Piensas acaso sentar plaza?

—Sí, contestó éste. Es preferible que parta yo.

—¿Por qué no me has hablado de ello?

Luciano no se atrevió á confesar la causa real de su resolución.

—Comprendo, dijo él, que yo no podría hacer lo que tú haces. Nuestras casas no conocen más que á ti y en ti tienen puesta su confianza. ¡Sabe Dios si yo lograría continuar el negocio durante tus cinco años de ausencia!

—No me hubiera atrevido á proponértelo, dijo Edmundo con voz vibrante de afecto y gratitud, porque siempre asusta ese tiempo de servicio militar. Hubiera temido que me creyeses impulsado por alguna preocupación egoísta, y por mi parte me hubiera resignado á partir antes que dejarte dudar de mi abnegación y de mi afecto.

—¿Estás loco?, repuso Luciano. Es mil veces preferible que parta yo... Me considero incapaz, inhábil para nuestros negocios... No sirvo para esta clase de vida...

—No tienes tú la culpa y nunca te lo he reprochado.

—Cuando vuelva, con cinco años más de experiencia, con disposiciones más viriles...

—Encontrarás siempre tu puesto á mi lado, interrumpió calurosamente Edmundo. Por lo demás, dentro de cinco años nuestra situación habrá mejorado; ya sólo se tratará, lo mismo para ti que para mí, de una cuestión de dirección y de vigilancia, porque estoy seguro de ir adelante, sobre todo ahora que me veré libre de esta preocupación.

Edmundo no sabía cómo manifestar su gratitud á su hermano, pues comprendía que su determinación, que él creía inspirada por su generosidad y su afecto, era la salvaguardia de su porvenir.

No se hubiera substraído, si hubiese sido necesario, á las obligaciones de la ley, pues como hombre de corazón que era, consideraba el servicio militar como un deber de patriotismo y de honor. Pero sufría de ver que aquella larga interrupción iba á destruir una posición tan penosamente conquistada, en el momento en que iba á ser próspera; y sufría sobre todo de ver que así iba á encontrarse en la imposibilidad de cumplir los sagrados compromisos adquiridos junto al lecho mortuorio de su padre.

La abnegación de Luciano le salvaba.

Las consecuencias no tardaron en tocarse, pues desde que la casa *Pick and sons* supo que sería definitivamente declarado exento del servicio militar, le hizo una proposición ventajosa. Tenían la mayor confianza en él, á pesar de ser tan joven; le habían visto trabajar, desde que secundaba á su padre, y sobre todo desde que lo había reemplazado; sabían que era activo, inteligente, enérgico, laborioso y honrado. Los ingleses saben utilizar los concursos preciosos.

Edmundo anunció en seguida la excelente noticia á su hermano.

—¡Mira lo que me proponen!.., exclamó lleno de júbilo. Mr. Pick tiene intereses considerables en Chicago y en Montreal, y me ofrece un sueldo so

berbio y una participación en los beneficios para ir á América... ¡Es la fortuna á la vuelta de algunos años, mi querido Luciano!.. Gracias á tu abnegación podré aceptar.

—No vaciles un solo instante, contestó Luciano, porque mi resolución es muy firme. La semana que viene, tan pronto como haya sido reconocido por el consejo de revisión, sentaré plaza.

—¡Ah, gracias por lo que haces por mí!, dijo Edmundo con una afectuosa efusión de gratitud. Trabajaré con doble ardor, pues trabajaré por los dos. Mientras te halles en las filas no te faltará nada. Dejaré en manos de Mr. Pick la mayor parte de lo que yo gane y me entenderé con él, antes de marcharme, para que te envíe las cantidades que le pidas.

Aquella misma semana Luciano de Favreuse cumplió su promesa y sentó plaza por cinco años en el 41.° regimiento de infantería, de guarnición en París.

Dos días después recibió la orden de incorporarse á las filas y despidióse de su hermano, que le abrazó llorando, al mismo tiempo que repetía:

—¡Gracias, mi buen Luciano, gracias por lo que has hecho!.. ¡Gracias..., gracias!..

Pocos días después salió á su vez del Havre. Entregó la agencia *Star Line* y la representación de *Pick and sons* á uno de sus amigos, M. Sabourier, corredor de flete que había hecho admitir por las dos casas inglesas; fué á tomar en Dieppe el vapor que le transportó á Newhaven, para trasladarse á Londres, donde debía pasar algunos meses antes de embarcarse definitivamente para América.

Todas las precauciones tomadas por Laroche para alejar á Juana de París habían sido inútiles.

En vano prolongó aquel año su permanencia en sus viñedos de Cognac, y en vano también dió brillantes fiestas, con motivo de la vendimia y de la apertura de la caza, en su quinta del Cepellón, convidando á las familias amigas en que esperaba encontrar un joven que se enamorase de su hija, que le comunicase su amor y le hiciese olvidar al hijo de Favreuse.

En el momento en que el vapor de Dieppe cruzaba el canal, los ojos de Edmundo estuvieron siempre vueltos hacia aquella tierra de Francia, de la cual se alejaba sin duda por largos años.

Acordóse entonces de Juana, y sintió que su amor por ella aumentaba con todos los dolores de la separación; la veía en su pensamiento más bella aún que el día en que, simple colegial, la encontró apoyada en el brazo de su padre en el bulevar de San Miguel.

Y decía para sí, con los ojos llenos de lágrimas:

«¡Si al menos supiese ella que yo la amo!.. ¡Si estuviese seguro de que no me ha olvidado!.. ¡Si parto, mi hermosa Juanita, es á fin de tener un día el derecho de presentarme ante ti y declararte mi amor!.. Es para conquistar tu mano, al mismo tiempo que para cumplir mis juramentos, para lo que voy á ganar esa fortuna con la cual podré pagar todas las deudas que dejó mi padre!.. ¡Ese día, en paz con tu padre que tan grandes favores nos hizo, volveré y me agradecerá lo que habré hecho y el deber de honor que habré cumplido!..»

Y, dirigiéndose á Nuestra Señora de los Mares, cuya estatua se eleva sobre uno de los acantilados de la embocadura del puerto, el expatriado elevó al cielo una ardiente plegaria.

«¡Guárdame á mi Juana que odoro!..,—rogó con fervor.—¡Guárdame su corazón como yo le guardaré el mío!.. ¡Consérvale el recuerdo del que la ama y la amará siempre!..»

Bajo la influencia de esa misteriosa comunión de los corazones amantes, invisiblemente unidos á pesar del tiempo y del espacio, Juana había dirigido al cielo una invocación parecida, y el recuerdo de su amigo de la infancia, guardado tan religiosamente como su amor, constituía un dique insuperable contra el cual se estrellaban todas las tentativas de su padre.

Al volver del Charante, Laroche no quiso pasar más que algunos días en París y los aprovechó para informarse discretamente de Edmundo.

«El Sr. de Favreuse—le dijeron—se encuentra actualmente en el Havre representando á la casa *Pick and sons*, de Londres, y dirigiendo la agencia del *Star Line*. Figura en el alistamiento de los quintos de 1875, que serán llamados á las filas en noviembre del año próximo.»

El padre de Juana resolvió entonces pasar el invierno en el Mediodía de Francia, recordando á su hija la promesa que le había hecho, dos años antes, de llevarla á Niza durante la estación; y allí permanecieron hasta la terminación de las fiestas de Carnaval.

En Niza adquirieron numerosas relaciones, y á Juana Laroche, muy agasajada en todas las fiestas á que la llevaba su padre, no le hubieran faltado seguramente adoradores, entre los cuales, á lo mejor, se hubiese declarado sin duda un pretendiente, si ella, con su actitud, con su fría reserva, no les hubiese tenido siempre á distancia ó no les hubiese detenido desde las primeras tentativas.

En París, el comerciante, que hasta entonces había llevado una existencia casera, lejos de las fiestas mundanas, cambió súbitamente, y viendo al fin que todos sus esfuerzos eran inútiles, resolvió interrogar á Juana.

—¿Pero qué es eso? ¿Tú no quieres casarte?, le preguntó, atento á leer en su rostro la confesión que ella seguramente no haría.

—¿Casarme... á los veinte años?.., contestó Juana riendo. ¿Quieres por ventura desembarazarte de mí?

—¡Eh!.. A los veinte años las muchachas son ya casaderas...

—¡Oh, papá!.. Ninguna es destinada á vestir santos hasta haber cumplido al menos los veinticinco.

Laroche quería llegar á conocer el pensamiento íntimo de su hija.

—Debes tener tu idea sobre eso, preguntó paternalmente.

—¿Sobre el matrimonio?

—Sí. Seguramente habrás pensado alguna vez, sin haber formado proyectos, sin haber experimentado deseos.

—Naturalmente, contestó Juana; todas las muchachas piensan en ello.

—Entonces, ¿qué has pensado tú, Juanita?

—¡Oh! Nada de preciso...

—¿Te has formado un ideal respecto á tu futuro?

—¡Oh! En cuanto á esto, sí.

—¡Ah!.. ¿Qué ideal es ese?.. ¿Qué deberá ser el que se case con la señorita Laroche y con su fortuna?

—No deseo más que una cosa, papá, contestó Juana, cuya voz, hasta entonces jovial, adquirió de pronto una expresión más seria. Quiero que el que sea mi marido me ame y quiero yo amarle á él.

Los presentimientos del padre, siempre en acecho, concibieron, á esta declaración, una nueva alarma.

—Me causan horror, continuó la muchacha, los matrimonios llamados de conveniencia, esos matrimonios que conciertan á veces los padres, sin intervención de la más directamente interesada, con el pretexto, con frecuencia ridículo, de antigua amistad entre las dos familias ó de paridad perfecta entre las fortunas de los novios; me causan horror esos matrimonios que se efectúan casi sin conocerse ó al menos sin que el corazón haya hablado, y yo creo que la felicidad no puede existir sin el amor.

—¡El amor!.., dijo Laroche meneando la cabeza. El amor no es siempre una garantía de felicidad; no todos los matrimonios por amor han sido felices.

—Las excepciones confirman la regla, contestó Juana volviendo á adoptar su tono jovial.

—¿Entonces tú quieres ser amada?

—Y quiero amar á mi futuro antes de decirte: «Es Fulano; dámelo por esposo.»

—Eres quizá difícil de contentar, insinuó el excelente padre á fin de hacer que su hija se pronunciase.

—No lo creo.

—¿Entre los jóvenes que conocemos... ó que hemos conocido?..

—Pero papá, ten paciencia, dijo cariñosamente la muchacha. Cuando llegue el momento, serás el primero en saberlo.

—Cuando será tarde para darte prudentes consejos, porque ya estarás enamorada.

—¡Pues bien, si me enamoro, es que aquel que mi corazón haya elegido será digno de mí.

El Sr. Laroche comprendió que no obtendría nada de preciso, y no volvió á insistir.

«¡Edmundo de Favreuse es soldado por cinco años—dijo para sus adentros, fiado en los informes que le habían dado;—no hay peligro en esperar. En cinco años, las ideas de una muchacha se modifican!

VI

LA ENVIDIA

Luciano de Favreuse se había adelantado veinticuatro horas á la orden de incorporarse á su regimiento, hora indicada en el itinerario que le entregaron en la oficina de reclutamiento del Havre. Quería pasar un día con sus amigos de París antes de enajenar definitivamente la libertad entrando en el cuartel del Château d'Eau, donde se encontraba el depósito de su regimiento.

Quería también tener tiempo de tomar ciertas disposiciones relativas á su cuarto del faubourg Saint-Denis, que contaba conservar durante su servicio militar.

Este cuarto sólo costaba de alquiler ciento ochenta francos anuales, gasto insignificante que Edmundo se había encargado de satisfacer.

Luciano no quería desprenderse del mobiliario que había instalado allí; mobiliario muy decente, en suma, pues él había escogido lo mejor cuando la venta de la calle de las Abadesas.

Le convenía, pensaba él, tener alojamiento propio, para los días de permiso y las licencias que esperaba obtener; y, una vez licenciado, se encontraría instalado en París, que no tenía intención de abandonar.

Provisto de una cantidad bastante crecida que su hermano le había entregado al marcharse, tuvo la prudencia de pagar un año anticipado de alquiler, anunciando su compromiso á la portera, y le confió mediante una retribución de cinco francos cada mes, de la cual le adelantó inmediatamente un semestre, el encargo de vigilar sus efectos y sus muebles, así como de ventilar y limpiar de vez en cuando la habitación.

A la hora señalada presentóse en el cuartel del Château d'Eau y fué inmediatamente incorporado.

Era una existencia enteramente nueva para aquel joven que, al lado de su madre, se había acostumbrado á no inspirarse más que en sus caprichos y á vivir sin la menor preocupación de los recursos necesarios. Ello había durado todo el tiempo que su fortuna personal y las diferentes cantidades que pudo proporcionarse se lo permitieron á su madre, imprevisora y desordenada.

La transición había sido demasiado dura para Luciano, acostumbrado á aquella vida fácil y ociosa, cuando su padre lo tomó consigo, echando á la miserable compañera causa de su ruina. El muchacho no había podido acostumbrarse al trabajo.

La vida militar, con sus obligaciones y su disciplina, no era ciertamente propia para gustarle; pero Luciano la entreveía no obstante bajo un aspecto bastante agradable, desde luego porque se creía libre de aquella lucha por la existencia á que su carácter no se resignaba, y después á causa de los recursos que le aseguraba su hermano y que podría destinar enteramente á sus placeres.

Al principio, este nuevo género de vida no le disgustó. «Todo lo nuevo es bello,» dice un refrán basado sobre la movilidad del carácter humano, y Luciano de Favreuse se divirtió en maniobrar con sus camaradas, ahorrándose los servicios pesados, lo que siempre es fácil en el regimiento con algunas liberalidades en metálico ó en género de la cantina.

Por la noche, cuando el servicio no se oponía, salía con sus nuevos amigos ó bien iba á buscar á los que había dejado; su conducta irreprochable le valía numerosos permisos, y el tiempo transcurría para él sin gran fastidio ni disgusto.

Desde los primeros días de su incorporación, Luciano había escrito á Edmundo para anunciarle su llegada al regimiento y darle una idea de su nueva vida.

Edmundo contestó dándole las gracias otra vez por lo que había hecho por él, y le demostró cómo iba á aprovechar el tiempo en beneficio de los dos.

«Mr. Pick y sus hijos—decía—han concebido por mí una verdadera amistad desde que estoy en la casa, al extremo de que ahora dudan si me enviarán á América. Casi tendré que hacerles presión para realizar este proyecto, pues sólo allí entreveo la posibilidad de hacer la fortuna que necesito.

»Gano actualmente un sueldo de veinte libras esterlinas, ó sea poco más de quinientos francos al mes, y no tengo gasto ninguno, porque estoy aquí como en familia.

»Trabajo á las órdenes directas de Mr. James, el hijo mayor de Mr. Pick, ingeniero de gran mérito, que tiene la dirección de las minas. De este modo me familiarizo al mismo tiempo con la fabricación y con la explotación, adquiriendo los conocimientos que en América me serán necesarios.

»Si puedes obtener una licencia, aunque no sea más que de ocho días, ven á pasarlos conmigo. He hablado de ti, según la inspiración de mi corazón, á estos señores, y les ha conmovido tu generosa abnegación. Esto equivale á decirte que serás acogido con tanta amabilidad como yo mismo, y estoy seguro de que pasarás algunos días muy agradables.

»Será quizá la última vez que nos veamos antes de esa larga separación...»

Luciano interrogó á su sargento, deseoso de obtener aquella licencia que iba á permitirle hacer un viaje delicioso, pasar unos días de agradable libertad y romper la monotonía de la vida de guarnición.

(Se continuará.)

¿QUÉ SERÍA DEL MUNDO

SI TODOS LOS SERES QUE NACEN VIVIERAN?

por Marcos Woodward



El río Támesis poblado de cocodrilos

77.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000. Esa serie de cifras, que la inteligencia humana no alcanza á comprender, representa una idea que no se concibe: el número de plantas que existirían si todas las semillas que en una estación produce un ejemplar cualquiera de las más comunes y silvestres germinaran, crecieran y se multiplicaran, en igual forma que la primera, en el espacio de diez años.

Si cuanto nace en un día determinado viviera y se reprodujera, sin obstáculos de ninguna clase, en muy corto plazo la existencia sería imposible para todos los seres que pueblan este mundo; tal vez en pocas horas. El aire se convertiría en una masa sólida, formada por todo lo que vuela, y reinaría una obscuridad completa. La vida se extinguiría sobre la faz de la tierra, ahogada por falta de ambiente y por no poder los seres alimentarse del modo debido. Toda el agua del planeta se solidificaría con los cuerpos de cuanto en el agua vive. Unicamente dando muerte sin piedad á sus nuevas creaciones es como puede la naturaleza conservar el equilibrio entre lo existente.

Quizás los resultados más asombrosos, por la rapidez con que se efectuarían, serían los producidos por los organismos inferiores. Hay hongos pequeñísimos que en breves horas aumentarían por billones. El protococo ó nieve roja se multiplica tan aprisa, que en una sola noche tiñe grandes extensiones de terreno. El acrecentamiento natural de los diminutos animálculos llamados rotíferos es tal, que en pocas horas ni ellos ni nada podrían subsistir.

Mr. R. C. Punnett se ha ocupado recientemente en unos experimentos que exigían la crianza de los citados rotíferos, los cuales apenas se perciben á simple vista. Crió sesenta y siete generaciones sucesivas. Cada animal produjo, por término medio, treinta huevos. El total de las experiencias no llegó á durar un año; sin embargo, Mr. Punnett ha calculado que si se hubieran podido criar todos los rotíferos que teóricamente debieron nacer en ese plazo, dada dicha producción de huevos, se habría encontrado en posesión de *una esfera sólida de materia orgánica, cuyo radio excedería de los límites probables del universo conocido.*

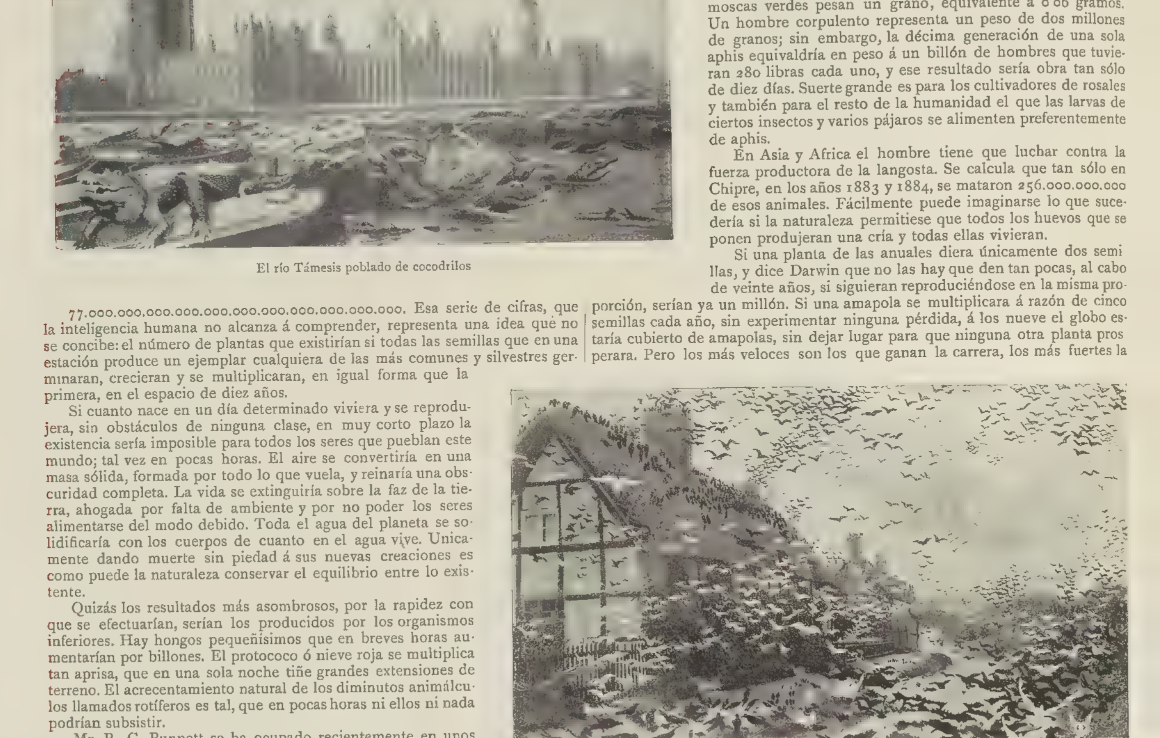


Una pared de Mazagán cubierta de langostas

Todo el que haya cultivado rosas sabe los estragos que causan en poco tiempo las plagas conocidas de insectos de la agalla, las larvas de la mariposa *Tortrix Rosæ*, el mildew, la escama, el anublo, etc. No sé si alguno se habrá entretenido en calcular lo que sucedería si á una sola de esas plagas se la dejara multiplicar sin restricciones. Pongamos por ejemplo el aphis, mosca verde que se reproduce de una manera asombrosa, por un procedimiento parecido al de los botones ó brotes. Una sola, en un día, puede producir 25; á los dos, 25×25; otros dos después, 25×25×25, y así sucesivamente. El profesor Huxley ha hecho el cómputo de las cifras que serían necesarias para representar el número de aphis descendientes de una sola; á la décima generación, suponiendo que no hubieran sufrido pérdida alguna, se emplearían 29 cifras. Diez mil de esas moscas verdes pesan un grano, equivalente á 0'06 gramos. Un hombre corpulento representa un peso de dos millones de granos; sin embargo, la décima generación de una sola aphis equivaldría en peso á un billón de hombres que tuvieran 280 libras cada uno, y ese resultado sería obra tan sólo de diez días. Suerte grande es para los cultivadores de rosales y también para el resto de la humanidad el que las larvas de ciertos insectos y varios pájaros se alimenten preferentemente de aphis.

En Asia y Africa el hombre tiene que luchar contra la fuerza productora de la langosta. Se calcula que tan sólo en Chipre, en los años 1883 y 1884, se mataron 256.000.000.000 de esos animales. Fácilmente puede imaginarse lo que sucedería si la naturaleza permitiese que todos los huevos que se ponen produjeran una cría y todas ellas vivieran.

Si una planta de las anuales diera únicamente dos semillas, y dice Darwin que no las hay que den tan pocas, al cabo de veinte años, si siguieran reproduciéndose en la misma proporción, serían ya un millón. Si una amapola se multiplicara á razón de cinco semillas cada año, sin experimentar ninguna pérdida, á los nueve el globo estaría cubierto de amapolas, sin dejar lugar para que ninguna otra planta prosperara. Pero los más veloces son los que ganan la carrera, los más fuertes la batalla, los débiles perecen; únicamente sobreviven los mejor dotados. Es digno de notarse que los tipos de plantas más primitivos producen un número inmenso de semillas, pero mal acondicionadas; al paso que los más superiores dan pocas, pero provistas de féculas y aceites para alimento de la planta joven.



Una calle de aldea invadida por mirlos y palomas

Si no existieran cortapisas á su reproducción, las moscas llegarían á ser insoportables; son tan prolíficas, que la común ó doméstica, en una sola estación, produciría veinte millones. Al quinto año, el número de descendientes de esa primera mosca tendría que representarse en esta forma: 3.200.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.

También las arañas nacen y mueren en gran número. Para la que comúnmente habita en nuestros jardines es tarea de poca monta poner, de una sola sentada, 700 huevos; de esos 700 no permite la naturaleza que lleguen á su completo desarrollo más que dos arañas, á fin de conservar la especie; de otra manera la tierra sería tan sólo una masa compacta de arañas comunes.

Hablemos de las aves. La descendencia de un par único de pájaros cubriría muy pronto la tierra y llenaría el aire, Pocos son los que tengan menos de dos polluelos al año; muchos los que sacan seis, ocho ó diez en una sola nidada; algunos hacen varias de éstas en ese tiempo. Supongamos que una pareja anide sólo cuatro veces durante su vida, que es mucho menos de lo que generalmente sucede; en quince años esa pareja se habría aumentado á más de dos mil millones. Haríanse intransitables las calles de un pueblecillo de campo si un par de mirlos y otro de palomas criasen y toda la prole viviese y se multiplicase en las mismas proporciones. A los siete años pasarían de diez millones.

Pero mueren tantos como nacen. Calculando muy por lo bajo el número de los hijos que nacen cada año, es el doble del de los padres; pues bien, no aumentando sensiblemente el número de pájaros existente, se deduce que, cualquiera que sea éste, el duplo de él perece anualmente. Tal vez ese resultado, por extraño que parezca, sea inferior á la verdad. Por término medio, sólo escapa uno de cada nidada; los demás perecen víctimas de las comadrejas, gatos, gavilanes y halcones, ó mueren de hambre.

El acrecentamiento de una especie no depende de su fecundidad, como lo demuestra el naturalista doctor Wallace al hablar de las palomas migratorias de los Estados Unidos; hay aves que ponen tan sólo un huevo ó cuando más dos, y que, sin embargo, son más abundantes que otras que ponen el triple, á causa de que nunca les falta el alimento y lo encuentran en diversas partes; vuelan sin cansarse á grandes distancias, de modo que cuando principia á escasearles el sustento en una comarca, se marchan en seguida á otra; por lo tanto, ni el poner un huevo solo, ni los continuos ataques de las aves de rapiña y de los hombres son bastantes para contener su propagación. No les pasa lo mismo á otras aves, cuyo alimento sea más susceptible de escasear ó más difícil encontrarse en ciertas épocas y que no puedan volar muy lejos; á pesar de ser más prolíficas, su número no aumenta más allá de lo que permite la cantidad de provisiones que hallan en las épocas desfavorables.


La aglomeración de bacalaos entorpeciendo la navegación del mar

Si en el Támesis pusieran una pareja de cocodrilos y se les dejara procrear y crecer á su albedrío y todos los nacidos viviesen, á los cincuenta años no se podría navegar por ese río á causa de los innumerables millones que habría de ellos, á pesar de ser un animal tardo en reproducirse.

Un solo abadejo ó bacalao llenaría todos los mares de una masa compacta de individuos de su especie. Este pez se reproduce á los tres años y pone de ocho á nueve millones de huevos de una vez; de aquí se infiere que si todos los nacidos vivieran y se multiplicaran en la misma proporción, un único abadejo sería responsable de la existencia de 40.000.000.000.000 de descendientes. A ese paso el mar se pondría muy pronto innavegable. El bacalao se preocupa muy poco de su prole; á centenares de miles son devorados sus huevos antes de que nazcan los pequeños, y otros tantos de éstos perecen tragados vivos por otros peces. Al contrario, existe un cierto pez gato que pone muy pocos huevos, pero tan grandes como los de un gorrión; el macho los cuida mucho y los protege, llevándoselos consigo en una especie de bolsa. Por regla general, cuantos menos huevos una especie ponga mayor es su tamaño y con más cuidado los tratan.

En la lucha por la existencia, las razas humanas más favorecidas son las que subsistirán, desapareciendo las inferiores. El hombre civilizado prosperará á expensas de las razas salvajes que le son inferiores, como éstas á su vez lo hicieron á costa de otras que lo eran todavía más. Por eso de la América del Norte van desapareciendo los Pieles Rojas, y lo mismo sucede con los tasmanios, australianos y nuevos zelandeses. Sobreviven los más aptos, los que mejor se acomodan al medio que les rodea. Si ocurren modificaciones favorables, tanto mejor para la planta ó para el animal, pues todo ser viviente transmite sus cualidades á su descendencia.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BRUSELAS DE 1910





Medalla que ha obtenido el primer premio en el concurso recientemente celebrado, obra del escultor belga Godofredo Devreese

El jurado de la Exposición Universal que ha de celebrarse en Bruselas el año próximo anunció un concurso para la medalla que habrá de concederse como recompensa á los expositores. Entre los muchos proyectos presentados ha merecido el primer premio y, por consiguiente, el encargo de la ejecución definitiva el del notable escultor belga Godofredo Devreese, á quien con razón se considera como uno de los mejores medallistas contemporáneos, así por su estilo como por su técnica.

La medalla premiada, que adjunta reproducimos, representa perfectamente el objeto y la importancia local de la exposición: en el anverso, un obrero sube la escalera llamada de los Leones de la Casa Consistorial de Bruselas, llevando en las manos un ánfora, producto de su trabajo, y recibe la corona que en recompensa le ofrece la ciudad, simbolizada por una arrogante matrona; en el reverso, un heraldo á caballo proclama el nombre del premiado, que estará grabado en el exergo.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVIII — Barcelona 15 de febrero de 1909 — Núm. 1.416

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BARCELONA. SALÓN PARÉS



EL PAN NUESTRO..

reproducción del cuadro al óleo original de Luis Masriera

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con bastante retraso, como suelen llegar aquí las modas literarias, ha llegado la de las novelas de Conan Doyle, á favor de las aventuras del archifamoso polizonte de afición Sherlock Holmes, llevadas á la escena en un teatro de Madrid, y que han proporcionado llenos hasta los topes á la empresa, diversión sin fin á los chiquillos, esparcimiento honesto á la gente formal y, en suma, un triunfo al género romancesco-policíaco.

Leyendo la voluminosa epopeya de Sherlock Holmes, sus aventuras, odiseas, resurrecciones, hazañas y nuevas hazañas—seis tomos, de apretada lectura,—he tenido ocasión una vez más de desdeñar los éxitos de dinero en literatura, por la misma razón que desdeñaba el dinero aquel filósofo: al ver á quien se lo concede Dios.

En efecto, la «emocionante,» «espeluznante» y «abracadabrante» obra del autor inglés, me ha causado la impresión de una cosa muy lánguida, desarrollada con procedimientos de monotonía infantil. Eran infinitamente más variadas y amenas y hasta casi más verosímiles, dentro de la inverosimilitud, las creaciones de Julio Verne, el amigo de los muchachos, el narrador de los viajes á la luna y al centro de la tierra.

¿Por qué no decirlo? El bajo nivel actual del arte de contar en Inglaterra se revela palmariamente en estos relatos, que han valido á su autor ó á sus editores—no estoy bien enterada de tal detalle—millonadas, y que recorrerán el mundo con aureola de popularidad.

Siempre es Francia más artista, sabe graduar mejor el interés, enredar la fábula, entretejer sus hilos y bordar con las bellezas de la fantasía cualquier vulgar trama.

En las novelas de Conan Doyle, ó mejor dicho, en la serie de novelejas que forma la historia de Sherlock Holmes, no sé qué me sorprende más: si la radical incapacidad del autor para salir de una misma fórmula, invariable, ó la paciencia y *bonhomie* de unos lectores que escuchan por centésima vez sin protestar el cuento de la *buena pipa,* y cada vez lo encuentran más sorprendente y encantador.

Seguro de la flema de su público, de que nunca se quejará de que le sirvan el mismo potaje de judías ó, para hablar más británicamente, igual *plumpudding,* el autor no se toma ni el trabajo de aparentar que busca esa diversidad, ¡sirena del mundo!, que es madre del goce y del recreo; al contrario, dijérase que habiendo observado cuánto gusto dió á los señores la anterior historia, se esmera en volver á narrarla, con sólo las ligeras variantes necesarias para cobrar por ella un buen puñado de chelines, mejor dicho, de libras.

Como fundamento han de tener las cosas, hasta aquellas que más ilógicas creemos, el éxito de Conan Doyle en los países anglo-sajones puede explicarse por varias causas. En primer lugar, la raza no es de ardiente imaginación, ni está tan gastada como nosotros los latinos, que pedimos á la ficción otro real ce. En segundo, la raza tiene exigencias de moralidad—externas ó internas, no discutamos esto—que Conan Doyle respeta. No cabe lectura más adecuada para *girls* y *boys.* Allí ni por casualidad se desliza una frase, un pormenor escabroso. El terrible elemento pasional, tan frecuente en el crimen, ni asoma, ó asoma tan envuelto en pudibundez, que no hay mejor disfrazada máscara. Al lado de este idealismo que produce impresión de falsedad, muestra Conan Doyle un realismo que halaga los instintos de sus compatriotas; realismo puramente epidérmico, local; transcripción de ciertos aspectos de la vida inglesa, con sello de britanismo; pero de un britanismo que está en la novela tan superficialmente como están en nuestras costumbres ciertos pormenores, prendidos con alfileres, adoptados por *snobismo,* y de los cuales á cada instante se prescinde, aunque se aparente conocerlos y practicarlos asiduamente, según compete á la gente de buen tono. En las novelas de Conan Doyle el fondo, los tipos, los personajes, las decoraciones, lugares, muebles, armas, (¡qué de armería!) son genuinos y castizos de Albión, y sin embargo, al acabar de leer, no ha penetrado en nosotros ni un átomo del sentido íntimo del alma inglesa. Creemos salir de un bazar de Vigo, de esos donde se expenden objetos ingleses auténticos, maletas, frascos de viaje, juguetes, conservas *strawberry,* sin que ni un momento los compradores se figuren que están en Inglaterra, ni que conocen eso que hay detrás de los objetos y los cachivaches procedentes de una nación.

Quizás por eso mismo ha soportado bien el pasaje del Canal de la Mancha la quincallería policíaco-científica de Conan Doyle, el frío folletín que sólo en la escena, donde *tutto é convenzionale,* adquiere un burdo interés palpitante y nervioso. Cuando se coge un tomo de *Aventuras* del maravilloso polizonte, se puede soltar sin impaciencia de llegar al fin: en este punto—y en todos—el autor inglés está muy por bajo de Alejandro Dumas padre, y el *Conde de Montecristo* inglés no se ha escrito aún. Si Conan Doyle fuese más inglés en lo profundo; si fuese un Rudyard Kipling, no sólo sería casi intraducible, sino que, aun traducido, obtendría poca popularidad en estas tierras. El britanismo de Conan Doyle, con toda su comparsería de *farmers,* de *lords,* de *policemen,* de marinos y de aparecidos australianos, está al alcance de cualquier vecino de Madrid, saco de garbanzos embozado en la pañosa, y si no fuese que aquí para ser leído ni vale parecer inglés, ahora que lo inglés priva, hartos duros españoles irían á sumarse á las bellas libras *sterling* que el afortunado autor de Sherlock Holmes ha visto afluir á su cofre de seguridad.

Ganan en el teatro estas obras sin arte ni relieve, construídas por geometría, justamente porque en el teatro no es posible diluir el asunto en un fárrago de novelitas todas iguales, como los alemanes de *La Diva;* porque el teatro obliga á condensar, y porque las palabras las pronuncian hombres y mujeres de carne y hueso. Cada acto tiene que superar en interés al anterior, y no hay medio de saltar hojas y averiguar así «en qué queda.» Los ojos auxilian para la ilusión, y la *mise en scène,* cada día más esmerada, contribuye también á que se diviertan los espectadores, aun habiendo pasado de los catorce años.

Sherlock Holmes, que dentro del simbolismo podría representar el genio del bien en lucha con el mal, es un honorable *gentleman* muy sabio, muy perito en química, que aplica sus conocimientos y una facultad asombrosa de deducción á descubrir el secreto de los crímenes misteriosos, desenmascarando al culpable y haciendo brillar la inocencia de los acusados injustamente. Una ojeada le basta á veces para poner en claro lo que los demás polizontes, inspectores y *detectives* encuentran más obscuro que boca de lobo. Como interviene directamente, se ve mil veces en lucha abierta con los criminales, pero tiene más fuerza que ellos en los puños, más ojo en la puntería, y por fas ó por nefas siempre lleva las de acertar y las de vencer. Si persiguiésemos las transformaciones del ideal humano al través de la literatura, no nos sería difícil descubrir en el polizonte heroico y semibrujo al caballero andante del siglo XV, el Lohengrin de la encantada espada, que endereza tuertos, castiga felones y triunfa siempre de cuantas insidias y asechanzas se atraviesan en su camino. Es la misma necesidad de la imaginación, de figurarse un hombre superior á las limitaciones y miserias de la humanidad, un hombre en que, encarnado el derecho y la justicia, lleva consigo la victoria en sus más arriesgadas empresas. Ayer fué el paladín armado de punta en blanco, hoy es el *policeman* científico. Pero el tipo responde á iguales necesidades de nuestra pobre alma.

Hasta tal punto es verdad que estos folletines policíacos son novelas de caballerías, que en el teatro la misión de Sherlock Holmes es salvar á una huérfana inocente y bella con la cual acaba por casarse, ni más ni menos que si fuese el caballero del Cisne ó Esplandián.

¿De qué medios se vale Sherlock Holmes para descubrir los crímenes más envueltos en velos misteriosos? Tampoco en esto veo gran novedad. Yo esperaba que al menos la novela nos enseñase á ejercitar sagazmente las facultades de observación que posea cada hijo de vecino. No hallo esta enseñanza. Sherlock Holmes sólo observa lo material, y lo material cien veces observado. Nunca saca consecuencias del estudio de un espíritu, ó sea de la psicología. Los que conozcan la hermosa novela de Pablo Bourget titulada *Andrés Cornelis* comprenderán la diferencia entre ambos métodos. Redúcese generalmente Sherlok Holmes á fijarse en las huellas de los pies del criminal, en la impronta de sus pulgares, la ceniza de su cigarro, la forma de sus botas, con otras particularidades que de tiempo inmemorial sirven de guía á los polizontes activos y agudos. A veces sus famosas deducciones son acertadas... porque el novelista quiere que lo sean; pero pudieran asemejarse á las del médico del cuento, que viendo bajo la cama del enfermo briznas de paja del jergón, sacó en limpio que el enfermo había comido paja. Un hombre lleva gasa en el sombrero: Sherlock Holmes deduce que es viudo, sin pensar que puede vestir luto por su suegra. El mismo individuo portea un envoltorio de juguetes: Sherlok Holmes decide que el sujeto tiene hijos pequeños, como si no se regalasen juguetes á los sobrinos. En suma, la buena voluntad del autor entra por más de la mitad en los aciertos del célebre policía, cuyos servicios utilizan las primeras casas reinantes de Europa. Y claro es que sólo así cabe desembrollar las marañas de determinados crímenes que nunca se cometieron; crímenes inventados—cerebrales, ó mejor, geométricos y matemáticos—tan distintos de la realidad humana y tan parecidos á problemas de ajedrez.

Buena falta nos haría, con todo, Sherlock Holmes aquí para ver si descifraba el enigma de la muerte de Vicenta Verdier. Si ha existido un crimen que debió esclarecerse desde el primer momento, ha sido ese. Y sin embargo, fué el que ni se descubrió, ni lleva trazas de descubrirse, á pesar de la hábil información que están realizando ahora algunos noticieros, y de la cual resultan indicios que debieron no pasar inadvertidos para la justicia. No sería Sherlock Holmes, digámoslo en honor suyo, quien no atribuyese importancia al hallazgo de los gemelos y puños postizos del criminal, al cuchillo con que se cometió el crimen, á las cartas que la víctima guardaba en su armario, á la disposición de las ventanas por donde el criminal pudo huir y de aquellas otras por las cuales no era posible que huyese, y tantos y tantos indicios que saltarían á los ojos hasta de quien no fuese «del oficio.» Todos llevamos dentro algo de instinto policíaco; cuando leo en la prensa el relato de un crimen, experimento deseos de verlo todo, los sitios, los muebles, suponiendo que, de poder hacerlo así, averiguaría mucho y encontraría la pista del criminal verdadero. Ya sé que me equivocaría bien á menudo y que todo parece fácil desde afuera, mientras al poner mano en los asuntos empieza la ofuscación. Sin embargo, me ha engreído el haber dicho desde el primer momento, desde que los periódicos publicaron el relato del crimen cometido en el *impasse Ronsín,* que la autora era la misma esposa del pintor, aquella que gemía mimosamente en el lecho, simulando padecimientos que la librasen de interrogatorios. No conocía yo entonces los antecedentes de Margarita Steinheil, ni cuáles fuesen sus relaciones con su esposo y madre, ni nada que indujese á sospechar. Confieso que sospeché únicamente porque me extrañó que los apaches ó *cambrioleurs* que entraron en la casa fuesen tan crueles, no sólo con el pintor, sino con la vieja inofensiva, y en cambio tratasen dulce y amorosamente á la señora, sin más razón que ser guapa y parecerles joven. La vanidad femenil asomaba de tal modo en el relato de Margarita, que deduje sin ser Sherlock Holmes: «No es natural que unos bandidos, entre los cuales figura una mujer, traten bien á otra mujer porque es bonita. Lo natural es lo contrario: que cometan con ella mil desmanes, que la escarnezcan. Después de escarnecerla, lo natural es que la maten, porque los *cambrioleurs,* cometido el primer asesinato, fatalmente cometen todos los necesarios para suprimir testigos. Luego esta mujer miente; luego, si miente, es que ha tenido parte en el crimen, sea como autora, sea como instigadora, sea como cómplice.» Y por eso, al leer que después de tantos meses se le ocurre al fin á la policía y á la justicia echarla el guante, me asombro de la falta de olfato que allí se padece también, y exclamo: «¡Acabáramos!»

Y en el asesinato de Vicenta Verdier tuve mi candidato desde el mismo día en que se cometió. ¿Cómo evitar que la imaginación vuele? Lo que pasa es que no se puede designar, que no se pueden lanzar hipótesis, porque la equivocación—siempre posible—sería de graves consecuencias. ¡Tente, espíritu de Sherlock, que nadie te mete en camisa de once varas!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

ÚLTIMO AMOR, CUENTO DE PABLO POURROT. Dibujo de Mas y Fondevila (1)



—¡No se entusiasme usted!, replicó la baronesa sonriéndose

Cuando después de comer el señor recaudador de la Administración de Contribuciones salió de la Fonda del Correo, en donde comía, el viento, que soplaba con furia, le sofocó y los copos de nieve le cegaron.

—¡Diantre!, exclamó entrando de nuevo en el vestíbulo. ¡Vaya un tiempo de perros!

—¡Qué lástima!, dijo en tono quejumbroso la dueña del establecimiento, que estaba sentada en el mostrador. ¿Quiere usted que un criado le acompañe, Sr. Marchin?

—No, gracias. ¿No sabré, acaso, encontrar solo el camino?

—Sí, pero tenga usted mucho cuidado con los resbalones.

—Ya llevo el bastón.

—Y abríguese el cuello, que un constipado se pesca en un momento.

—Llevo el tapabocas. ¡Ea, buenas noches, señora!

—Buenas noches, Sr. Marchin. ¡Mucho cuidado!

El viento glacial penetró por la puerta, empujando algunos copos de nieve hasta el mostrador.

—¡Qué desgracia!, gimió de nuevo la fondista. ¡Qué frío! ¡Qué tiempo!.. ¿No sería más prudente que se quedase usted á dormir aquí, Sr. Marchin?

El recaudador había salido ya. Con peligro de resbalar varias veces sobre el empedrado de la calle, empleó cinco minutos en atravesar la plaza antes de entrar en la calle de Nuestra Señora; pero no se desanimó por esto, y prosiguió su marcha dejando atrás su casa. Ni la nieve congelada ni la borrasca habían de impedirle ir á tomar el te con su amiga la baronesa de Epival; por nada del mundo habría consentido en privarse de aquel placer.

La baronesa, sin embargo, no le esperaba, comprendiendo que era peligroso para él aventurarse, con un tiempo tan espantoso, en las calles mal empedradas de la pequeña ciudad; de aquí la gran sorpresa que tuvo al verle.

La criada tomó el sombrero y el sobretodo del Sr. Marchin, que estaban cubiertos de nieve, y fué á sacudirlos á la cocina.

—¡Es usted un hombre singular!, exclamó la señora de Epival. ¿Por mí ha arrostrado usted un tiempo tan infernal? Pobre amigo mío; confieso á usted que esta noche no esperaba á nadie.

—¿Acaso habré sido indiscreto?, balbuceó un tanto desconcertado.

—En modo alguno; pero lamento la imprudencia de usted, á su edad. Habría usted podido caer, romperse una pierna... ó cuando menos pillar una bronquitis...

Entraron en el comedor, y el Sr. Marchin, sentado junto á un buen fuego, mostróse un tanto humillado por las atenciones que á causa de su edad se le prodigaban. ¡Qué diantre! A pesar de sus sesenta años sentíase bastante fuerte para afrontar todas las intemperies cuando se trataba de corresponder á la invitación de una linda dama.

—¡Oh! ¡De una dama de cincuenta años!, añadió la señora de Epival.

—De tres años á esta parte, habría sido la primera vez que habría faltado á las veladas de usted.

—¿Quiere usted que le sea franca? Lo hubiera sentido.

El Sr. Marchin quedó encantado de aquella confesión.

—¿Pasemos á la sala?, dijo la señora de Epival.

—¿Para qué?, ¿espera usted á la señora Marquestre ó al matrimonio Boutón?

—Estoy segura de que todos ellos habrán tenido la prudencia de no salir de sus casas.

—Pues entonces, ya estamos bien aquí, ¿no le parece á usted?

—Sí, estaremos mejor.

Ordenó á la muchacha que preparase el te, mientras el Sr. Marchin, como familiar de la casa, colocaba la mesa de juego debajo de la lámpara.

—¿A qué jugaremos?, preguntó el Sr. Marchin.

—Estando los dos solos, al dominó.

—Iba á proponérselo.

El Sr. Marchin dispuso cuidadosamente las fichas vueltas y un pliego de papel y un lápiz para apuntar los tantos; y hecho esto, sentóse con aire de satisfacción enfrente de su amiga. Ordinariamente, tres ó cuatro personas más completaban la tertulia, y el recaudador veíase casi obligado á hablar de política con los caballeros, mientras las señoras charlaban de chismes de la ciudad; y aunque las veladas aquellas no carecían de atractivos, él prefería estar á solas con la baronesa. Aquella noche, escuchando á su amiga, descubrió en ella un gran ingenio y contemplándola encontróla sumamente guapa... En realidad, ni los años ni las penas la habían envejecido; y sus cabellos blancos y tal cual arruga en la barba en nada disminuían la expresión juvenil que comunicaban á su rostro sonrosado unos hermosos ojos negros y unos sonrientes labios.,

Viendo que el Sr. Marchin distraído en contemplarla, se olvidaba de jugar, díjole la baronesa:

—¿En qué está usted pensando? Hace un cuarto de hora que he puesto el doble cinco.

—Dispense usted, respondió el recaudador apresurándose á colocar una ficha. Estaba pensando en la dicha que me proporciona el ser admitido en la intimidad de usted. Cuando vine aquí á encargarme de la recaudación de contribuciones, era viudo, me aburría soberanamente y presentía que no había de vivir mucho... ¡Qué situación tan triste para un hombre acostumbrado á la compañía de seres queridos y á la vida grata del hogar doméstico, verse obligado, en el ocaso de su existencia, á comer en restaurantes y á dormir en un cuarto vacío y solitario!..

—¡Sé lo que es esto!, replicó la baronesa suspirando.

También ella había tenido un hogar alegre, animado por continuas fiestas, pero luego habíase cebado en ella la desgracia: primero, la muerte del mejor de los esposos; después, pérdidas de fortuna... Entonces tomó en aversión París, y triste y desengañada de todo regresó á su ciudad natal.

—Y sin embargo, siguió diciendo el Sr. Marchin, de aquel día data mi consuelo. ¿Se acuerda usted? Un común amigo me rogó que la ayudase á usted en su instalación...

—Y me prestó usted una porción de servicios.

—Era para mí un gran placer conquistarme el aprecio de usted. ¡Cuánto le agradezco que me trate usted como amigo!

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Y yo, ¡cuánto agradezco su compañía! Sin usted, habríame muerto de fastidio.

—¡Querida baronesa! ¡Si habré tomado te en esta casa!

La muchacha había traído la tetera; el Sr. Marchin llenó las dos tazas.

—¡Es delicioso el te de usted! ¡Delicioso!

—¿Sabe usted, dijo la baronesa sonriéndose, que sus asiduas visitas dan pábulo á murmuraciones en la ciudad?

—¡Se chancea usted!, respondió asombrado el recaudador.

—La señora Marquestre me ha dicho que los vecinos afirman que me hace usted la corte, y acaso van más allá en sus suposiciones.

—¡Por vida de!.., exclamó indignado el Sr. Marchin. Yo sabré castigar...

—No se exalte usted, dijo la baronesa calmándole con un ademán. Lo que digan los vecinos me tiene sin cuidado.

—Además, dijo el recaudador con amargura, esas suposiciones son ridículas. ¿Yo amante de usted? ¿Un vejestorio?

—¡Vamos! ¿Se tiene usted por tan viejo?

—¡Cáspita! Cuento sesenta inviernos.

—Diga usted más bien sesenta primaveras. Y crea usted que no pretendo adularle.

El Sr. Marchin se sonrojó.

A la baronesa no le parecía mal, ni mucho menos, aquel hombre vigoroso y no le desagradaban aquellos hermosos bigotes grises.

—¡Pues bien!, exclamó el señor Marchin bruscamente. ¡Sí, sí, estoy enamorado de usted!.

—¡No se entusiasme usted!, replicó la baronesa sonriéndose.

—¡Estoy!..

—¡Silencio! La cosa es grave; ya hablaremos de ella mañana, señor recaudador.

—¿Y por qué no en seguida, baronesa?

—Porque es tarde. Supongo que no querrá usted comprometerme más todavía.

—¿Esto quiere decir que me vaya? Pues me voy...

Daba la media para las once. El Sr. Marchin pidió su sombrero y su abrigo, que se puso ayudado por la muchacha. La señora de Epival, que quiso acompañarle, abrió ella misma la puerta del vestíbulo; pero apenas lo hubo hecho, retrocedió asustada, lanzando una exclamación.

—¿Qué pasa?, preguntó el Sr. Marchin casi alarmado.

Mas así que hubo mirado á la calle exclamó, como antes su amiga:

—¡Dios mío!

La nieve no había cesado de caer abundantemente, de modo que alcanzaba entonces un espesor de medio metro, y bajo aquella gruesa capa blanca desaparecía todo vestigio de las aceras. Y por añadidura seguía soplando un viento huracanado.

—No es posible que el señor salga á la calle, dijo la muchacha; de fijo que al primer paso rodaría por el suelo.

—Tranquilícense ustedes, que no me pasará nada. ¡Ea, buenas noches, mi estimada amiga!

Y tanteando el piso con el bastón, se disponía valerosamente á salir, cuando la señora de Epival dió un grito de espanto, y cogiéndole del brazo obligóle á entrar de nuevo en la casa, diciendo:

—No puedo consentir tamaña locura.

La muchacha asintió y cerró la puerta.

—No y mil veces no; no puede usted salir.

El Sr. Marchin protestó débilmente:

—Es preciso que me vaya..., es preciso.

—De ningún modo. Se acostará usted en el cuarto del forastero.

—¡Imposible!

—No hay más remedio.

—¡Imposible! ¿Qué diría la gente si me viera salir de aquí mañana por la mañana?



Cabe el arroyo, cuadro de Duddingstone Herdman

—Ya cuidará usted de defender mi reputación comprometida.

—¿Me permitirá usted que tome el asunto por mi cuenta, que obre como me parezca?

—¿Qué hará usted?

—Señora baronesa de Epival, respondió el Sr. Marchin emocionadísimo é inclinándose ceremoniosamente, tengo el honor de pedirle su mano.

La baronesa, sonriente, le tendió la mano, que él besó, y le dijo:

—¡Tres años hace que esperaba esta petición, amigo mío!

—¡Ah, baronesa! ¡Me hace usted feliz! ¿Por qué no me habré atrevido antes á confesar á usted mi amor?

—Sí, lamentémoslo, añadió la baronesa con dulzura, porque hemos perdido tres años de felicidad... Y á nuestra edad, cada uno de estos años vale por tres... ¿No es verdad?

LA PESCA Á CABALLO

EN LAS COSTAS DE BÉLGICA

Aunque parezca cosa extraña, si no inverosímil, este sistema de pesca se practica en las costas de Bélgica y tiene su centro principal en la aldea de Coxyde, situada no lejos de la ciudad de Nieuport y que cuenta unas trescientas casas.

En aquel sitio del litoral belga, el agua, durante la bajamar, tiene una profundidad de 1'25 á 1'50 metros en una extensión de tres cuartos de kilómetro; y esto explica que los pescadores de la localidad, en vez de embarcarse consideran más práctico montar en robustos caballos que resisten valerosamente la marejada.

El procedimiento empleado por esos pescadores es sumamente sencillo; llevan la red en dos perchas en forma de T, quedando abierta la boca de la misma, y la cuerda de arrastre va fija á la collera del caballo. La red arrastrada de este modo recoge toda clase de peces, especialmente anguilas, platijas y langostinos, que tanto abundan en aquellas aguas.

Los pescadores dan pruebas de una gran resistencia, pero no es menos meritorio el trabajo de los caballos que, con agua hasta el pecho, penetran 500 metros mar adentro, resistiendo impasibles el oleaje. Los primeros usan por toda silla de montar un saco relleno de hierbas marinas, del cual penden dos grandes cestas destinadas á recibir el producto de la pesca.

Así equipados, los pescadores de Coxyde se reunen generalmente en grupos de tres, entran en el mar, se ponen en fila y emprenden una carrera, al principio rápida y que se va haciendo lenta á medida que las redes se llenan, y una vez llenas éstas regresan á la playa, vacían el contenido de las mismas en los cestos y vuelven al agua á proseguir la pesca.

El oficio de esos pescadores es realmente rudo, pues efectúan por lo menos cuatro expediciones al día; y sin embargo, son pocas las ocasiones en que su trabajo les produce más de tres francos diarios.

El espectáculo de estas pescas es en extremo pintoresco, y son muchos los turistas visitantes de aquellas costas que hacen excursiones al citado pueblo solamente para presenciarlo.—S.



Los borrachos, cuadro de Gerardo Jansen

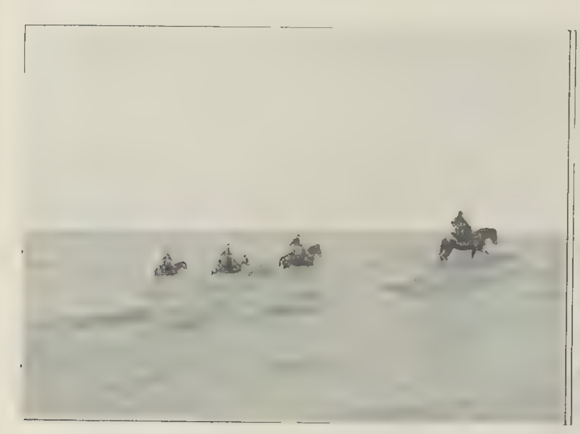
LA PESCA A CABALLO EN LAS COSTAS DE BÉLGICA. (De fotografías de Carlos Trampus.)



Un pescador á caballo entrando en el mar



Últimos preparativos de los pescadores antes de entrar en el mar



Grupo de pescadores en fila india en plena mar



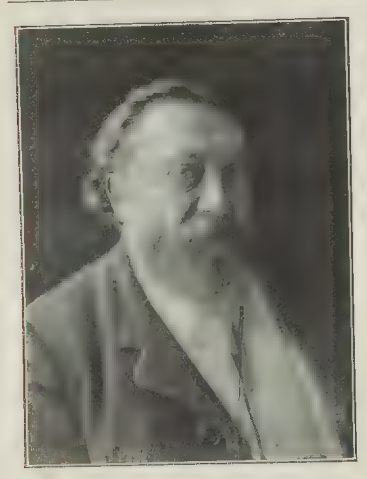
Llegada de los pescadores á la playa con el producto de la pesca



Pescadores vaciando las redes



Regreso de la pesca



El ilustre poeta francés Cátulo Mendes, fallecido á consecuencia de un accidente desgraciado el día 8 de los corrientes. (De fotografía.)

CÁTULO MENDES

Una muerte trágica ha arrebatado á ese poeta ilustre, una de las más eminentes figuras de la literatura francesa contemporánea. En la madrugada del 8 de este mes fué hallado su cadáver, horriblemente destrozado, en el túnel de Saint Germain, en los alrededores de París. El poeta había pasado el día en la capital, y en el tren de media noche regresaba á la quinta que en aquel pueblo habitaba. Supónese que Mendes se quedó dormido, y en un momento en que el tren iba muy despacio, despertóse de pronto, creyó que había llegado á la estación y se dispuso á bajar, en el preciso instante en que el convoy entraba en el túnel, contra cuya pared debió estrellarse.

Cátulo Mendes había nacido en Burdeos en 12 de mayo de 1843. Habitó sucesivamente en Italia y en Alemania, y en 1860, habiéndose establecido sus padres en Tolosa, fué á París, en donde fundó la *Revue fantaisiste*, en la que colaboraron, entre otros, Baudelaire, Banville, Houssaye, Villiers de l'Isle Adam, Verlaine, Coppée, Sully-Prudhomme y José M.ª Heredia.

Dos años después publicó su primer libro de versos, *Philomela*. La inserción de su *Roman d'une nuit*, que le valió una condena de un mes de cárcel y 500 francos de multa, determinó la supresión de la revista y la expatriación del poeta, que se trasladó á Heidelberg.

De regreso en Francia, casóse en 1866 con una hija de Teófilo Gauthier, y en 1868 dió á la estampa su primera colección de trabajos en prosa, *Histoires d'amour*.

Durante el sitio de París fué inspector de ambulancias, y en los años que siguieron á la guerra publicó varios libros de poesías de carácter patriótico, y sucesivamente fué dando á la estampa numerosas obras, poesías, cuentos, novelas, cuya enumeración ocuparía larguísimo espacio, ya que durante muchos años ha producido un tomo cada trimestre. Entre las más notables citaremos *Les soirs moroses, La vie et la mort d'un clown, Monstres parisiens, L'amour qui pleure et l'amour qui rit, La légende du Parnase contemporain, Le Rose et le Noir, Toutes les amoureuses, L'envers des feuilles, Les viseaux bleus, Les lieds de France, Les braises du cendrier.*

Escribió también mucho para el teatro: *Les fréres d'armes, Le capitaine Fracasse, La femme de Tabarin, Isolinne, Fiammette, Gwendoline, Medée, Le cygne, La Carmelite,* con música de Hahn; *Le fils de l'Etoile,* con música de Erlanger; *Scarron, Glatigny, La Vierge d'Avila* (que dió lugar á muchas discusiones), y *Arianne,* con música de Massenet. Próximamente había de estrenar en el teatro Rejane *L'Imperatrice* y en la Opera *Bacchus.*

Además publicó *La obra wagneriana en Francia,* en la que resumió su larga campaña periodística en pro de las teorías y de las creaciones del inmortal maestro de Bayreuth, del que fué uno de los primeros y más entusiastas partidarios, y una notabilísima *Memoria sobre la poesía francesa,* escrita por encargo del ministerio de Instrucción Pública con motivo de la Exposición Universal de 1900.

EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO

DE EDGARDO ALLÁN POÉ

En varias ciudades de los Estados Unidos se han celebrado recientemente algunas solemnidades para conmemorar el centenario del nacimiento de su gran poeta, Edgardo Allán Poé. Entre ellas han revestido especial importancia las que han tenido lugar en Fordham, pueblo inmediato á Nueva York, en donde Poé habitó desde 1845 hasta 1849, y que han consistido principalmente en la inauguración de un monumento y en una peregrinación nacional á la quinta en que vivió el poeta durante aquellos cinco años.



Monumento á Edgardo Allán Poé erigido en Fordham (Nueva York) é inaugurado con motivo del centenario del nacimiento del poeta. (De fotografía de A. Croce)

El ilustre poeta francés Baudelaire, que fué el primero en traducir y publicar en Europa los hermosos y originales *Cuentos extraordinarios* de Poé, ha dicho de éste: «Su poesía, honda y quejumbrosa, está primorosamente trabajada, es pura y correcta como una joya de cristal. Agradábanle los ritmos complicados, y por complicados que fuesen, ponía en ellos una profunda armonía. Tiene un poemita, *Las campanas,* que es una verdadera curiosidad literaria, intraducible. *El Cuervo* representa un éxito grandioso, y aunque de nimio asunto, es una pura obra de arte, una maravilla, según confesión de Longfellow y de Emmerson. En *El país de los sueños* ha querido describir la sucesión de imágenes fantásticas que asaltan el alma cuando los ojos del cuerpo están cerrados. Otras obras, como *Ulalume* y *Annabel Lee,* gozan de igual celebridad.»

Aunque las tendencias de Edgardo Poé han sido muy discutidas, es innegable que su nombre ocupa merecidamente un puesto de honor en la historia de la literatura y es un timbre de gloria para su patria, que con razón ha querido honrar su memoria al cumplirse el siglo de su natalicio.—R.



La quinta de Fordham (Nueva York) en que habitó Edgardo Allán Poé desde 1844 hasta 1849, adornada con banderas con motivo del centenario del nacimiento del poeta. (De fotografía de Adolfo Croce.)

LA VIDA ACTUAL EN LAS COSTAS DE CALABRIA. (De fotografías de Carlos Trampus.)

En las comarcas devastadas por los últimos terremotos comienza á renacer la vida. Pasados los primeros días de estupor y gracias á la prontitud con que se organizaron las expediciones de socorros para llevar á los sobrevivientes de la catástrofe la inmensa cantidad de donativos de todas clases que no sólo de Italia, sino del mundo entero, se les enviaban, van surgiendo de entre las ruinas mismas de los pueblos y de las ciudades destruídos poblaciones nuevas de abigarrado aspecto, pero en las cuales se vive ya la existencia ordinaria.

Las familias que han visto arruinarse sus viviendas alójanse ahora en barracones hechos con materiales suministrados por el gobierno italiano y por los de otros países, ó en chozas construídas con los más extraños materiales ó en tiendas de campaña, y amueblados unos y otras con lo poco que pudieron salvar del desastre.

La caridad de todo el mundo ha provisto á aquellos infelices de lo más necesario para su albergue, para su abrigo y para su sustento; de todas partes han llegado hasta ellos inmensas cantidades de ropas y víveres, y las subscripciones en todas partes abiertas ascienden ya á muchos millones, con los cuales podrá hacerse algo más definitivo que remediar las necesidades más apremiantes.

Con la vida doméstica va renaciendo también la vida social, y poco á poco se establecen, bien que en forma rudimentaria, los múltiples servicios que toda agrupación humana impone; ábrense las tiendas, allí donde ha quedado algo en pie, y á falta de ellas, en modestas barracas se venden comestibles y ropas ó se instalan las industrias que responden á las exigencias de lo más indispensable.

Sabido es que en aquellas regiones italianas la población es sumamente devota, casi fanática; por esto una de las cosas á que primera y preferentemente se ha atendido ha sido al culto religioso, de tal manera, que en aquellas localidades en las que no se ha salvado un solo templo, se han instalado altares provisionales y ante ellos congrégase la multitud para oir los oficios divinos.



Palmi.—Misa celebrada al aire libre ante un altar provisional instalado en una de las calles de la población



Santa Eufemia.—Familia albergada en una barraca construída con materiales extraídos de las ruinas y de tan reducidas dimensiones, que ni siquiera puede contener el miserable mobiliario de sus moradores

ROMA.—EXPOSICION DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)



El director de la Academia Sr. Benlliure y algunos artistas.—La reina madre de Italia Margarita, á la salida de la Exposición
«Friné,» grupo escultórico de Martín Laurel.—«Villa Medicis,» cuadro de José Nogué.—«El voto,» escultura de José Capuz



LA FIESTA DE LAS PATRONAS DE ATZARA (CERDEÑA), cuadro de Antonio Ortiz Echagüe. (Exposición de la Academia Española de Roma.)

NUEVA YORK. - CARRERAS DE AVESTRUCES

El avestruz corre con una rapidez asombrosa y en diferentes pruebas efectuadas ha vencido siempre á los caballos más corredores. A esta rapidez reune una gran resistencia que le permite sostener su marcha durante varias horas sin dar señales de cansancio.

Estas condiciones y la facilidad con que se acostumbran á la esclavitud han hecho que en diversas comarcas de Africa se utilizasen los avestruces como animales de tiro.

Pero lo que hasta ahora no se le había ocurrido á nadie era utilizarlos como animales de carrera, y ha sido preciso que fuesen los yanquis los que explotaran aquellas aptitudes para crear un nuevo deporte que actualmente está haciendo furor en Nueva York. Enganchados á un vehículo de cuatro ruedas sumamente ligero, emprenden los avestruces una carrera velocísima, ganando naturalmente el premio el que primero llega á la meta; con la particularidad de que una vez lanzados no se detienen si no se les tapa la cabeza con un saco.

Ocioso es decir que uno de los principales, si no el principal aliciente de este deporte, como de otros análogos son las apuestas que con motivo de las carreras se cruzan.



Nueva York.—Carreras de avestruces, nuevo deporte que en la actualidad excita gran entusiasmo en aquella capital. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

NUEVO SERVICIO DE AUTOMÓVILES

ENTRE MANRESA, CARDONA Y SOLSONA

El día 2 de los corrientes inauguróse un servicio de automóviles entre las ciudades de Manresa, Cardona y Solsona, establecido por la sociedad «Hispano-Manresana.» Al acto de la inauguración asistieron todas las autoridades de Manresa y su comarca, algunos representantes de la sociedad mencionada y de la fábrica barcelonesa «La Hispano-Suiza,» constructora de los carruajes, y un público numerosísimo.

Los expedicionarios, en número de unos sesenta, salieron de Manresa, en los tres automóviles que han de prestar el servicio, á las diez de la mañana y llegaron á la una á Cardona, en donde fueron obsequiados con un banquete, y de donde partieron á las dos y media para continuar el viaje hasta Solsona, término de la línea. Llegaron allí á las cuatro y media, siendo recibidos con grandes muestras de regocijo, é inmediatamente el Ilmo Sr. Obispo de aquella ciudad procedió á la solemne bendición de los carruajes.

El regreso de Solsona á Manresa (unos 52 kilómetros) efectuóse con toda felicidad en tres horas, á pesar del actual estado de la carretera, llena de barro y de nieve.

Los automóviles que se emplean en esta nueva línea son de 20-24 caballos de fuerza, tienen cabida para 16 asientos y han sido construídos por «La Hispano-Suiza,» constructora también de los que actualmente prestan servicio en otras diez y seis líneas.

Así la sociedad constructora como la explotadora de la nueva línea merecen el más caluroso aplauso, aquélla por haber creado en España una nueva industria de gran importancia, ésta por haber dotado de rápido y cómodo medio de comunicación á la comarca de Manresa, una de las más industriosas y ricas de Cataluña.



Solsona.—Inauguración del servicio de automóviles entre Manresa, Cardona y Solsona
Bendición solemne de los coches por el Ilmo. Sr. Obispo de Solsona. (De fotografía de A. Merletti.)

ROMA.-EXPOSICIÓN DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

(Véanse las láminas de las págs. 128 y 129.)

Con gran solemnidad y presidida por los reyes de Italia efectuóse en la mañana del 29 de enero último la inauguración de la exposición de los pensionados de la Academia Española de Bellas Artes de Roma. Por la tarde, la exposición fué visitada por la reina madre Margarita, por el ministro de Instrucción Pública y por gran número de artistas y aficionados, habiendo sido objeto de grandes elogios las obras expuestas de los Sres. Zaragoza, Nogué, Ortiz Echagüe, Capuz, Laurel, Flórez y Aznar.

Nogué, pensionado por el paisaje, expone cuadros y estudios de gran sinceridad y de brillantez; su *Villa Medicis* y su *Villa Pamphili* son notables por su ambiente y por su colorido, y su *Claro de luna* es una nota poética y melancólica y al mismo tiempo de gran vigor.

Ortiz Echagüe, inspirándose en una costumbre de Cerdeña, ha trazado una composición hermosa cuanto difícil, reproduciendo con gran verdad los tipos y pintorescos trajes de aquella isla y agrupando con habilidad suma las numerosas figuras que en el cuadro entran. Sus otros lienzos, en particular *Danza sarda*, *Interior de Ittiri* y *Una comida en Mamoiada*, son otras tantas muestras de sus especiales aptitudes artísticas.

El voto, de Capuz, es un desnudo concienzudamente estudiado y encajado sólidamente, revelando su modelado un gran dominio de la técnica. Presenta además otros tres trabajos de menores dimensiones, ejecutados con mucho sentimiento.

Phrine ha inspirado á Laurel su bellísimo grupo, que representa el momento en que el defensor de la hermosa cortesana griega la despoja de sus ropas para inclinar el ánimo de los jueces á la benevolencia. El artista ha sabido vencer con verdadero acierto las dificultades que ofrecían, así la expresión como la ejecución del asunto, armonizando lo clásico de éste con el espíritu y las tendencias modernas. En otras figuras, *Danza oriental*, *Turista* y *Busto retrato*, muéstrase delicado observador del natural y hábil adaptador de la técnica á la diversidad de los temas.

Zaragoza presenta un tríptico, *Prometeo*, dos cuadros, *Viejos bretones* y *Niñas bretonas* y dos retratos; en cada una de estas obras se advierte el talento con que el artista ha sabido adaptarse á los diversos géneros, la solidez con que compone y la seguridad con que ejecuta.

Flórez y Aznar exponen su proyecto de *Monumento á los mártires de Santiago de Cuba;* el primero ha compuesto la parte inferior del mismo en varias acuarelas que han sido muy admiradas por su buen gusto decorativo, y una *maquette* que representa la parte central; el segundo, arquitecto de grandes condiciones, ha dibujado en un gran plano acuarelado el conjunto del monumento, que ocupará la parte central, y además ha concurrido á la exposición con una serie de notables acuarelas, impresiones de su viaje á Oriente. - C. A.

(Roma, febrero de 1909.)

Necrología.—Han fallecido:

Alfredo Baldamus, historiógrafo y pedadogo alemán, profesor del Instituto del Rey Alberto, de Leipzig, y autor de varias obras de pedagogía y literatura.

Ricardo Pischel, filólogo alemán, director del Seminario Indo Germánico, de Berlín.

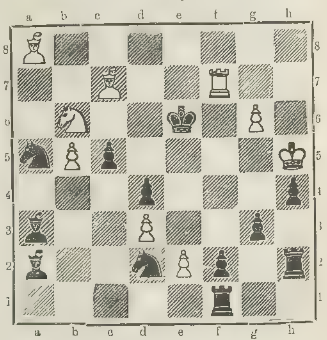
AJEDREZ



PROBLEMA NÚMERO 513, POR V. MARÍN

1.er premio *ex æquo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1906.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 512, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Dh6-f8	1. Df7×f8
2. Tb7×d7 jaque	2. Rd5×c4
3. Aa8-d5 mate.	

VARIANTES.

1 ..... Ac5×f8; 2. Tb7-c7 jaq., etc.
Ah5×f3; 2. Tb7-b4 jaq., etc.
Rd5×c4; 2. Tb7-b4 jaq., etc.
Df7×f5; 2. Df8×f5 jaq., etc.
Ta5×a8; 2. Df8×f7 jaq., etc.
Df7-e6; 2. Tb7-b5 jaq., etc.
Otra jug.a; 2. Tb7-b4 ó b5 jaq., ó Df8×f7 jaq., etc.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Llamó su atención una joven parada en la esquina de la calle Monge que hablaba con un pequeño deshollinador

—Después de la inspección general, ello será fácil, contestó el sargento. Actualmente no hay que hablar de permisos. Recuérdeme eso cuando llegue la ocasión.

Había que esperar dos meses.

Mientras tanto, tratábase de pasar el tiempo lo más agradablemente posible, y Luciano de Favreuse tenía, entre otros, para ayudarle á conseguirlo, á uno de sus antiguos compañeros de colegio, Pablo Daubernon, sargento de caballería, de guarnición en San Germán.

Se unía casi todos los domingos á él é iban juntos al Barrio Latino, á ver á sus antiguos condiscípulos que preparaban sus tesis de Derecho ó de Medicina en la terraza del café Vachette.

Un sábado por la tarde, Luciano esperó inútilmente al sargento de caballería en el punto de cita convenido, y empezaba á impacientarse cuando el mozo de café, que le conocía, le entregó un telegrama.

Imposible ir. Cuatro días arresto por haber llevado, estando de servicio, dolmán caprichoso. Misma cita sábado próximo.—DAUBERNON.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Tal era el texto del telegrama enviado por el sargento de caballería.

El contratiempo era tanto más fastidioso cuanto que Luciano, teniendo un permiso de veinticuatro horas que contaba pasar con Daubernon, acababa de rehusar la invitación de otro de sus amigos, estudiante de Medicina, que quería llevarlo á Fontainebleau.

Puesto de mal humor, salió del café y siguió el bulevar de San Miguel, preguntándose cómo emplearía aquellas veinticuatro horas.

Anduvo errante por el barrio, lentamente, y subió por el bulevar de San Germán hasta la plaza Maubert, preocupado por la misma idea, cuando llamó su atención una joven parada en la esquina de la calle Monge que hablaba con un pequeño deshollinador.

Aquel contraste le sorprendió.

Porque la joven, acompañada de una criada, llevaba un elegante traje claro y pertenecía seguramente á la mejor sociedad.

Hablaba bondadosamente con el niño vestido de negros harapos, con la cara tiznada de hollín y cuyos ojos chispeaban al contemplarla.

Era Juana Laroche.

Luciano de Favreuse no la conocía.

De pronto, en el momento en que la joven se separaba del pequeño deshollinador, le vió dirigir sus miradas hacia el punto en que él se encontraba, y observó en seguida una turbación profunda, una emoción violenta que se apoderó de ella al verlo é hizo subir vivos colores á sus mejillas.

La sorpresa de Luciano fué tan grande, que se encontró en cierto modo apurado y que, á fin de no perder el aplomo, se alejó rápidamente.

Al llegar á la esquina de la calle de las Escuelas, se volvió maquinalmente, á pesar suyo, para dirigir una última mirada á aquella simpática joven que de tal modo se había turbado al verle.

En aquel mismo momento Juana se volvió también á fin de ver una vez más al que ella tomaba por Edmundo de Favreuse; pero al encontrar sus miradas, experimentó un estremecimiento lleno de una deliciosa emoción, y bajo el imperio de la confusión que resultaba á la vez del amor y del pudor, volvió rápidamente las espaldas y desapareció.

Vivamente impresionado y lleno de curiosidad, Luciano se decía:

—¡Es adorable!.. ¿Qué significa eso?.. ¿Por qué esa muchacha se puso colorada al verme?..

Reflexionó, haciendo conjeturas sobre aquel extraño encuentro.

«Una muchacha que parece ser de muy buena familia—pensó él – y que probablemente vive en el barrio, puesto que la acompaña su camarera... Quizá es hermana ó parienta de alguno de mis amigos y me ha reconocido..., pero no recuerdo haberla visto antes de ahora, pues tiene unos ojos y una cara que no es posible olvidar jamás.»

Entonces el hermano de Edmundo vió al pequeño deshollinador que se dirigía hacia la calle Galande.

«¡Ese niño!..—pensó.—¿Si le interrogase?..»

Apretó el paso, aunque todavía no hubiese tomado definitivamente esta resolución, y vió entrar á Pablito en la carbonería.

«Carboneros y deshollinadores—concluyó Luciano—suelen ir juntos. Indudablemente vive aquí.»

Pasó por delante de la tienda y vió á Bourasse que, tan pronto como entró el niño, empezó á maltratarlo.

—¿Te figuras que vamos á esperarte para comer mientras vagabundeas por ahí?, gritó el auvernés. Si no queda sopa, comerás pan, y aún será demasiado bueno para ti, especie de galopín... Hace media hora que deberías haber vuelto, puesto que sales de casa de tu amo á las seis... ¿Qué hacías en la calle, di?.. ¿Charlabas otra vez con la Rosita?.. ¡Ah, ya te daré yo amiguitas!.. ¡Anda, á comer!..

El soldado había oído parte de este vehemente apóstrofe, acompañado de pescozones y sacudidas.

«¡Pobre muchacho, cómo le maltrata ese bruto!—se dijo Luciano.—No es momento oportuno para pedir informes al pequeño deshollinador sobre esa linda señorita, porque sería acarrearle una paliza.»

Pero antes de alejarse, Favreuse miró el número de la carbonería y leyó, con intención de retenerlo en su memoria, el nombre pintado en letras negras sobre fondo castaño imitando groseramente troncos de leña.

Juan Bourasse

Comerciante en leña y carbones

Buen vino de Auvernia

«Peleón de Bercy que adquiere sin duda sabor del terruño al contacto de ese alarbe»—se dijo el hermano de Edmundo á la lectura de la última línea.

—¿Cómo quieres que este niño te conteste si le maltratas así?, dijo la señora Sofía. Le asustas y eso le impide hablar.

—Pero no le impide comer.. ¡Ese muerto de hambre, que se come el pan de los otros!.., gruñó Bourasse.

—¿Por qué has tardado, di, Pablito?, preguntó afablemente la buena tía. ¿Has salido más tarde que de costumbre?

—No, contestó tímidamente el pequeño deshollinador; encontré á la señorita y me habló.

—¡La señorita!.., gritó Bourasse. ¡No es ella la que te mantiene!.. Tiene dinero para los demás, para ese gandul de Landry que hace ahora de señor con su casaca azul de botones dorados, su sombrero de picos y su gran cartera atada á una cadena.. Esos han sabido engatusar á la señorita para hacerle soltar la mosca... Pero lo que es por ti... no se hubiera gastado tanto dinero, no...

—Vamos, Juan, no digas cosas que están completamente fuera de razón, objetó la carbonera á su marido. La señorita Laroche vistió á Pablo de pies á cabeza y le dió cien francos.

—Y bien, ¿y á los Landry?.., replicó el auvernés. Ha vestido á toda la familia, ha pagado los atrasos á la nodriza, ha procurado un buen empleo á ese gandul de Landry... Me parece que no ha hecho tanto por nosotros...

—No tenía ninguna obligación de hacerlo.

—¡Claro, como que nosotros trabajamos: porque no somos unos holgazanes como ellos y tenemos una profesión, se figuran que estamos ricos... La señorita no se ha cuidado de averiguar si ganamos bastante para mantener á los hijos de los otros. Esta sí que hubiera sido una buena obra de caridad... ¿Es que no debió informarse y saber que mantenemos á nuestro sobrino de limosna? Y tú, imbécil, nunca le has dicho siquiera á la señorita que vivías aquí á expensas de tus tíos...

Una vez lanzado sobre este capítulo, no había nada que pudiese detener á Juan Bourasse; su esposa prefería callarse á discutir ó tratar de demostrarle su injusticia, porque sólo hubiera conseguido irritar le cada vez más y acarrear quizá nuevos golpes al pobre huérfano.

Si nadie le contestaba, el auvernés se calmaba poco á poco, y su cólera terminaba cuando, después de haber absorbido el último trago de su vino espeso como jarabe de grosellas, se levantaba, secándose los labios con la manga, y salía para ir á juntarse con Pietro y sus amigos en la taberna donde jugaban á la malilla.

Al día siguiente, Luciano de Favreuse volvió.

El encuentro de aquella adorable joven, cuya emoción en su presencia había sido visible, no había cesado de preocuparle desde la víspera.

Sentíase misteriosamente impulsado á saber quién era ella, como si un secreto presentimiento le advirtiese que aquella simpática desconocida desempeñaría un papel en su existencia.

¿No ocupaba ya todo su pensamiento, como una deliciosa obsesión que se había apoderado de él, que le atraía al sitio donde la había encontrado y le invitaba á buscarla?

En el momento en que Luciano llegaba á la calle Galande, el pequeño deshollinador salía de la carbonería con un pote de leche en la mano.

Su adorable rostro no era la horrible máscara negra de la víspera, porque Pablito se había lavado cuidadosamente, como todos los domingos, y el joven, sorprendido, no vaciló en reconocerlo.

«¡El niño del Molino de la Galette!..,» dijo para sí, con gran asombro, el hijo del infortunado Favreuse.

El pequeño deshollinador reconoció al mismo tiempo al soldado hacia el cual acababa de dirigir su mirada y se dijo por su parte con verdadera emoción:

«¡El hijo del pobre señor que se mató!..»

Sin vacilar, Luciano se acercó al niño, que se detuvo en seguida.

—No me equivoco, le dijo, eres tú, muchacho, el que se encontraba en Montmartre, el año pasado, un domingo por la mañana..., el día en que mi padre...

—Sí, señor, yo soy, contestó vivamente Pablito sin dejar concluir aquella dolorosa reminiscencia.

—¿También me has reconocido, á pesar del uniforme?

—¡Oh, sí, señor!, al momento.

—Ahora recuerdo haberte encontrado ayer; si te hubiese reconocido en seguida, no hubiera vacilado en acercarme como ahora, dijo Luciano tendiendo la mano al niño, porque nunca olvidaré lo que hiciste. Gracias á ti, pude volver á ver á mi padre vivo...

El pequeño deshollinador estrechó la mano que el militar le tendía, y evocando sus recuerdos preguntó:

—¿Ayer?

—Sí, ayer tarde, cerca de aquí, explicó el hermano de Edmundo. Yo pasaba y tú estabas hablando con una señorita, en la esquina de la calle Monge.

—¡Ah, sí, la señorita Laroche!.., dijo el sobrino de Bourasse. Pero no le vi á usted.

El nombre que acababa de ser pronunciado se grabó fácilmente en el espíritu del joven, que seguramente lo había oído antes.

—De modo que no me viste, dijo Luciano, sabiendo ya lo que quería saber.

—Claro está que no, replicó Pablito, porque le hubiera reconocido como ahora, á pesar de ir vestido de soldado.

—Presto mi servicio militar. Y tú, ¿sigues trabajando?

Luciano no se atrevió á hacer nuevas preguntas sobre la muchacha, que sin embargo le preocupaba tan vivamente y que deseaba volver á ver.

No prolongó la entrevista y se separó del muchacho después de haberle repetido que nunca olvidaría su inteligente abnegación, gracias á la cual pudo recoger el último suspiro y la bendición de su padre

Mientras se alejaba, el hermano de Edmundo de Favreuse se repetía el nombre que acababa de oir, aquel nombre de Laroche que no le era desconocido, y de pronto se acordó.

«El Sr. Laroche era un amigo de mi padre—se dijo.—Recuerdo haber oído hablar de él á mi madre... Pero sí, es ese señor que le prestó dinero... Vivía en el bulevar de San Germán, en la misma casa que Edmundo y mi padre... Tenía una hija... ¿Será ella?»

Algunas reflexiones le bastaron al joven para probarle que no se equivocaba.

La muchacha encontrada el día antes con el pequeño deshollinador iba acompañada de una criada y parecía ser del barrio.

«En efecto, el bulevar de San Germán está á dos pasos de aquí—se dijo Luciano.—¿Cuál es, pues, la causa de la emoción que se pintó en su rostro al verme?..—se preguntaba con una preocupación no exenta de turbación.—Porque ella no me conoce... Nunca me vió antes de ahora... Es la primera vez que me encuentro en su presencia...

El hijo del Sr. de Favreuse se sentía misteriosamente trastornado por sus reflexiones.

«Ella conocía á Edmundo—pensó, hallando al fin una solución que pareció darle la explicación verdadera de la emoción de la señorita Laroche en su presencia.—Me tomó por mi hermano... Creyó verle á él, no cabe la menor duda... Nuestro parecido es la causa de su error, y esta semejanza es seguramente más notable gracias al uniforme con el cual todos los hombres son iguales.. Ahora me explico... Ahora lo comprendo todo...»

Entonces se le acudieron al joven otras reflexiones mientras andaba lentamente por el muelle de la Tournelle, adonde acababa de llegar.

La sorpresa causada á la señorita Laroche por el encuentro del que tomó por Edmundo no le parecía suficiente para explicar la emoción significativa que se había impreso en su rostro, ni la preocupación particular que se había apoderado de ella al extremo de hacerle volver la cabeza para verle otra vez.

«El recuerdo de Edmundo—se dijo sonriendo—no debe serle desagradable.»

Pero pensó en seguida:

«No. Eran ambos demasiado jóvenes, cuando mi padre se mudó del bulevar de San Germán, para haber concebido otro sentimiento que una amistad infantil.»

Luciano buscó en su memoria. Su hermano había hablado en su presencia del Sr. Laroche y de su hija; los recuerdos se le presentaban mucho más precisos á medida que los penetraba.

Examinando con él las deudas dejadas por su padre, aquellas deudas que el Sr. de Favreuse moribundo les había hecho jurar por su honor que procurarían pagar, Edmundo había citado el nombre del Sr. Laroche, y Luciano recordaba ahora la insistencia particular manifestada por su hermano respecto al pago de aquella deuda.

Entonces interpretó de un modo muy diferente las intenciones de Edmundo, las cuales, antes del encuentro de la señorita Laroche, únicamente le habían parecido dictadas por el deseo de ponerse en paz con un hombre cuya amistad había socorrido á su padre en un momento de grandes apuros. Hoy le parecía que su hermano no le había dado á conocer el fondo de su pensamiento.

La resolución de Edmundo, ¿no se había inspirado en la naturaleza misma de los sentimientos que sentía por la muchacha?

Aquella simple amistad de la infancia podía haber dejado en su alma un recuerdo que hoy se traducía en secretas aspiraciones respecto á la señorita Laroche

La intención manifestada por Edmundo de satisfacer sobre todo al padre, podía obedecer al deseo de unirse con la hija.

Siendo así, la amaba sin duda.

La actitud de la señorita Laroche, su emoción, su turbación tan visible parecían responder á esta opinión.

Entonces Luciano sonrió de nuevo.

«En tal caso—pensó—cuando la señorita Laroche me vió creyó ver á Edmundo. ¡La cosa tiene gracia!»

Y añadió después de una corta reflexión:

«¡Qué lástima que yo no me llame Edmundo! Porque, según he oído decir, el Sr. Laroche es hombre rico y su hija es, de seguro, un partido excelente.»

Luego se prometió:

«Voy á hacer reir á Edmundo cuando le cuente este encuentro y el efecto que produje en su amiguita de antaño.

Pero se operó un cambio en la resolución de Luciano de Favreuse, porque al escribir pocos días después á su hermano, no le habló de la señorita Laroche.

Sin embargo, no había olvidado aquel encuentro y había conservado la impresión indeleble del recuerdo de la adorable Juanita.

Pronto se manifestaron en su corazón algunos secretos deseos, puesto que se dijo un día:

«¡Qué deliciosa mujercita sería la señorita Laroche!..»

E inmediatamente acalló algunos ligeros escrúpulos que surgieron en su espíritu, añadiendo:

«Es posible que Edmundo no la ame... ¡Hace ya nueve años que no la ha visto!..»

Luciano se sentía atraído, y muchas veces, durante sus paseos, sobre todo los domingos, cuando iba á la orilla izquierda del Sena, á fin de reunirse con sus amigos, le daban tentaciones de explorar el bulevar de San Germán, deseoso de encontrar á la muchacha en la cual no cesaba de pensar; pero no se atrevió á provocar un nuevo encuentro.

«Es enojoso—pensó—á causa de esa deuda dejada por mi padre con el Sr. Laroche...

En realidad, no tuvo otra ocasión de ver otra vez á Juana.

Después de la inspección general, el joven voluntario obtuvo una licencia de quince días con la autorización de irlos á pasar con su hermano en Londres.

Se fué á su cuarto del faubourg Saint-Denis, donde cambió el uniforme por un traje de paisano.

Edmundo recibió á su hermano con la manifestación sincera del más tierno afecto, y le presentó á sus amos, que lo acogieron con la mayor amistad.

La situación de Edmundo de Favreuse en casa de *Pick and sons* había mejorado aún más. El joven había sabido hacerse apreciar por su trabajo, por sus maravillosas aptitudes, por su notable inteligencia, y si su marcha á América había sido aplazada era porque el concurso inteligentísimo de su antiguo representante había inspirado nuevos proyectos á la casa inglesa.

Mr. James Pick anunció en persona á Luciano las intenciones de su padre respecto á Edmundo.

—Iremos juntos á Chicago, le dijo, donde, en vez de una sucursal, fundaremos una nueva casa. Partiremos á principios del año que viene. Su hermano de usted será mi socio, pues mi padre quiere que tenga parte en la nueva casa. Se lo tiene bien merecido por el concurso precioso que nos ha prestado.

Penetrado aún de la gratitud que había concebido para con su hermano que, al sentar plaza, le había eximido del servicio militar, permitiendo que se creara aquella posición que no tardaría en ser brillante, Edmundo estrechó las manos á Luciano y le dijo con voz que la emoción hacía temblar:

—A tu abnegación deberé esta situación magnífica; gracias á ti, conseguiré más pronto de lo que podía esperar cumplir las promesas que hicimos á nuestro pobre padre.

Luciano quiso, con una presión de la mano y una mirada, interrumpir á su hermano, á causa de la presencia de James Pick; pero Edmundo, comprendiendo su intención, añadió en seguida:

—Puedo decir esto delante de Mr. James, pues conoce nuestra posición, lo mismo que Mr. Pick. No son jefes para mí; son verdaderos amigos...

—Os hemos concedido, mi padre y yo, interrumpió el ingeniero inglés, una amistad de que es usted digno, mi querido Sr. de Favreuse, y hemos sabido apreciar sus cualidades y sus méritos. Sabemos que es usted, lo mismo que su hermano, digno del mayor interés y de toda nuestra estimación.

Edmundo balbuceó algunas fórmulas de gratitud que James Pick volvió á interrumpir diciendo á Luciano:

—Y á usted le será guardado su puesto á nuestro lado hasta el día que recobre su libertad. Bien en Londres ó bien en París, tendrá usted una colocación; se lo prometo en nombre de mi padre y en el mío.

Luciano dió las gracias á su vez al hijo de míster Pick.

La acogida que le dispensaban en la casa atestiguaba la sinceridad de aquellas promesas.

Lo que supo luego, cuando pudo hablar á solas con su hermano, durante seis días de licencia, que pasó enteramente en Londres, le confirmó en las excelentes disposiciones de los Sres. Pick padre é hijo respecto á Edmundo y le reveló más que nada el aprecio en que le tenían.

Durante la permanencia de Luciano en Londres, Mr. Pick quiso que Edmundo, no consagrando más que el tiempo estrictamente necesario para despachar por la mañana la parte de los asuntos que entraban en sus atribuciones, pudiese dedicar los días enteros á su hermano, de quien iba pronto á separarse para mucho tiempo.

Entonces Edmundo expuso en todos los detalles cuán grandes eran la bondad y el afecto con que le trataban en aquella casa.

Había comprendido, por ciertas insinuaciones discretamente hechas por Mr. Pick, que sus amos de hoy y sus socios de mañana estaban dispuestos á unirlo á su casa con lazos más sólidos que los del interés

Mr. James tenía una hermana, miss Enid, de diecisiete años, rubia adorable, de extraordinaria hermosura.

—Estoy seguro, dijo confidencialmente Edmundo á su hermano, de que no tendría más que responder á las indicaciones que me hacen para obtener la promesa de matrimonio con miss Enid... ¡Ya ves si son buenos conmigo!

—¡Cómo!, exclamó Luciano con un asombro destinado á provocar una explicación, ¿rehusarías semejante partido?..

—Sí, contestó Edmundo con cierto embarazo; lo rehusaría.

—¡Bah!.. Miss Enid es encantadora y llevará seguramente una dote tan tentadora como su hermosura.

—Convengo en ello, mi querido Luciano; miss Enid es encantadora y sus cualidades me tentarían aún más que su fortuna y su belleza si...

—¿Si?.., preguntó Luciano viendo que se interrumpía.

Edmundo no se atrevía á continuar y á dejar escapar una confesión que ya asomaba á sus labios.

—Para rehusar un partido como este, es preciso que estés comprometido con otra mujer, dijo Luciano, que quería poner á su hermano en el caso de tener que hablar. Es preciso que ames á otra...

—Pues bien, sí, confesó Edmundo con sentimiento. Amo á otra..., es verdad.

—¿Desde que estás en Londres?

—Desde mucho antes... Desde hace diez años.

Luciano se sonrió, disimulando así lo que pasaba en su interior.

Las palabras de su hermano le habían impresionado y se sentía impulsado por un misterioso presentimiento á conocer el secreto de su corazón.

—¡Oh, oh!, dijo en tono de chanza. ¡Un amor que data de muy antiguo y que brotó en un corazón infantil, puesto que no tenemos más que veintidós años! ¡Y tú hablas de diez atrás!

—Pues es la pura verdad, dijo seriamente Edmundo.

—Nunca me habías hablado de ello.

—¡Hemos vivido tan poco tiempo juntos, mi querido Luciano!.. No volvimos á encontrarnos reunidos hasta pocas semanas antes de la muerte de nuestro pobre padre.

—¿Entonces, cuando estábamos en el colegio, amabas ya á la persona á que te refieres?

—¡Sí, ya la amaba!.., aunque ignoraba que fuese amor lo que experimentaba por ella.

—¡En efecto..., á los doce años!

—¡No te burles!..

La voz de Edmundo era grave y tenía un acento de súplica.

—¡Hay impresiones, añadió, que, aunque datan de la infancia, no se borran jamás!.. Esta es una de tantas. Aquella simple amistad que experimenté tan joven dejó en mí un recuerdo que nunca he perdido. Al crecer y sobre todo al hacerme hombre, sentí desarrollarse en mi corazón las sensaciones aún confusas de mi juventud, y comprendí entonces que amaba.

—¿Pero de quién hablas?, preguntó Luciano. ¿Conozco yo á esa muchacha?.. ¿Hoy será una señorita, no es cierto?

—No la conoces... Es la hija de un antiguo amigo de papá..., la señorita Laroche.

Este nombre produjo en Luciano una sensación tan súbita como violenta, que tuvo, sin embargo, la fuerza de disimular completamente. Por otra parte, Edmundo se hallaba de tal modo dominado por las alegrías y las penas de su amor, que era incapaz de notar lo que pasaba en su hermano.

—¡Sí, dijo Luciano, la señorita Laroche!.. Recuerdo efectivamente ese nombre.

—El Sr. Laroche, contestó Edmundo, vivía en la misma casa que nosotros, en el bulevar de San Germán. Es un riquísimo propietario del Charente, que posee una quinta á muy poca distancia de la que mi padre tuvo que vender. Pero ni tú ni yo podemos acordarnos de eso, porque éramos demasiado jóvenes en aquella época.

—Tengo una idea vaga de aquellos tiempos, dijo Luciano aprovechando la ocasión de hablar para disimular mejor lo que experimentaba. Me acuerdo más bien porque mi madre me habló de ello varias veces.

—Fué á poca diferencia en aquel momento que fuimos separados, como lo fueron nuestros padres, explicó Edmundo. Papá fué conmigo á París y vivimos en el bulevar de San Germán. El señor Laroche y su hija ocupaban el piso inferior al nuestro. Con frecuencia íbamos á su casa; yo casi no pasaba día sin ir... Juana tenía un año menos que yo, y jugábamos juntos. Luego hicimos la primera comunión el mismo día, en la iglesia del barrio, en San Nicolás... Pues bien, mi querido Luciano, desde aquel día empecé á comprender la naturaleza de los sentimientos de amistad que me había inspirado.

—¿Desde el día de tu primera comunión?

—¡Sí!.. ¿Es la influencia mística de esa solemnidad, que dispone el alma á las concepciones íntimas?.. No lo sé... Creo que sí... Juana se me apareció vestida de blanco muy distinta de como la había visto hasta entonces... Experimentaba á su lado una tierna emoción que me penetraba enteramente, una poderosa y misteriosa atracción que me arrastraba hacia ella...

—Por la tarde, añadió Edmundo, con los ojos abrasados de viva ternura, después de las vísperas, en el momento de renovar los votos del bautismo, al avanzar en dos filas, los muchachos á un lado y las muchachas al otro, me hallé precisamente al lado de ella. Nos arrodillamos juntos ante la mesa en que se encontraba el evangelio; extendí mi mano sobre el libro, la puse al lado de la suya, y me hallaba tan absorbido por lo que experimentaba, por aquella nueva amistad que acababa de revelarse en mí, que se me figura que no fué debido tanto á la iglesia como á ella el haber prestado yo aquel juramento de adhesión y de amor!

Luciano se sonrió.

—¿Es pueril, es ingenuo, verdad?, añadió Edmundo. Pero ¿qué quieres? Cuando se ama, todo resulta bello, todo habla al alma.

—Yo encuentro, por el contrario, que ese principio de amor es muy poético y nada vulgar, dijo Luciano.

—¿Pero después, preguntó, tuviste ocasión de expresar de un modo más directo y más personal á la señorita Laroche los tiernos sentimientos que te había inspirado?

—No, contestó Edmundo con cierta tristeza, fuímos separados poco tiempo después. Papá me puso en el liceo Luis el Grande, donde ya te encontrabas tú...

—Donde también acababa yo de hacer mi primera comunión; lo recuerdo perfectamente.

—Luego llegaron los reveses de fortuna... Sólo veía á Juana los días de salida, y no tardé en cesar de verla en absoluto, pues tuvimos que mudarnos del bulevar de San Germán, á consecuencia de las desgracias que conoces.

—¿Volviste á ver sin duda á la señorita Laroche?, preguntó Luciano con un interés cuya naturaleza no podía Luciano sospechar. ¿Le declaraste tu amor?

—¡Nunca!, confesó Edmundo. No la he vuelto á ver, sino un día, sin que ella me viese á mí... Un día de paseo, mi división pasaba por el bulevar de San Miguel, y la vi en compañía de su padre... Tenía ella entonces quince ó diez y seis años; se había hecho una muchacha adorable, y sentí en aquel momento operarse en mí una nueva transformación... Comprendí que lo que experimentaba era realmente amor...; pero ¡ay! qué distancia nos separaba y nos separa todavía... No solamente estábamos arruinados cuando ella era colosalmente rica, sino que nuestro pobre padre quedaba deudor de una suma importante al Sr. Laroche, que se había portado con él como un verdadero amigo. Este abismo existe aún entre nosotros dos, añadió con dolorosa melancolía, y del mismo modo que papá no se atrevía á ir á ver á su amigo antes de haber pagado su deuda de gratitud, yo no me presentaré ante el Sr. Laroche hasta el día que pueda satisfacerla... ¿Comprendes, mi querido Luciano, el móvil poderoso que me anima?.. ¿Comprendes ahora este ardor que he puesto en crearme una posición?.. Este amor que nunca he olvidado me ha dado fuerzas y valor... Lograré mis propósitos, no solamente para cumplir el juramento hecho á nuestro padre moribundo, sino para poderme acercar á la que amo, para conquistar el derecho de volver á ella y revelarle este secreto que hasta entonces guardaré piadosamente.

Luciano no contestó, pues no quería prolongar una conversación cuyas revelaciones, que le habían causado desde luego verdadera sorpresa, le producían ahora una turbación del alma que estaba impaciente por analizar en el recogimiento y la soledad.

Momentos después, aprovechando la ausencia de Edmundo, á quien Mr. Pick acababa de llamar, salió con el pretexto de hacer algunas pequeñas compras, y anduvo errante, atormentado por sus preocupaciones, hacia Bladfriars Bridge, por los muelles húmedos, en el fondo de los cuales corren las aguas lentas y negras del Támesis.

Ahora comprendía la naturaleza de la emoción que se apoderó de la señorita Laroche en el momento de su encuentro.

El trastorno y la confusión de la encantadora joven encontraban en la confesión de Edmundo una explicación completa.

Como la antigua criada del Sr. de Favreuse, que le había tomado por Edmundo en la estafeta de la estación del Norte, la señorita Laroche había sido juguete de aquel prodigioso parecido.

Al verle, había creído reconocer á Edmundo. No cabía la menor duda, puesto que Juana no le conocía á él, que viviendo con su madre no fué nunca á casa de su padre, mientras éste residió en el bulevar de San Germán.

Luciano recordaba en sus menores detalles todo lo que pasó en el momento de aquel encuentro. La señorita Laroche, no sólo parecía sorprendida, sino que se puso colorada, presa de una emoción que venía á ser, gracias á las explicaciones de Edmundo, muy comprensible.

(Se continuará.)

EL MONASTERIO MAS FAMOSO DE GRECIA, por A. E. Johnson

Imagínese el lector el muro enorme de una negra y elevada roca, que se yergue abrupta, dominando las rientes y luminosas laderas de una garganta entre



Un monje del monasterio de Megaspelión

montañas; la muralla formidable de una fortaleza construída por la mano misma de la naturaleza, alzándose lisa y perpendicular á una altura inaccesible, en mitad de un panorama de salvaje é imponente grandeza, pero de suma hermosura. Imagínese también, adherida á la superficie rígida y sombría de la roca, una como rara excrecencia, una masa confusa de obras de albañilería, que no ofrece á la vista del espectador lejano formas ni contornos regulares, sino una aglomeración desordenada de edificios; blancos muros que brillan á la luz del sol, superpuestos sobre un altísimo basamento de tonos más obscuros y parduscos. La parte exterior de aquel extenso fuerte está perforada de pequeñas aberturas cuadradas, que le dan el aspecto de un gigantesco palomar, y tan unido está aquel extraño edificio á la pelada roca, que á pesar de su altura y gran extensión parece que carece por completo de espesor. Esta rara construcción es el más célebre é importante de los monasterios de Grecia; el convento de Megaspelión, palabra que traducida literalmente significa «La gran caverna.»

Ese significado explica la aparente falta de espesor de que hemos hablado anteriormente y que tanto llama la atención del viajero que se encamina al convento, pues está éste edificado dentro de una inmensa caverna que la naturaleza ha horadado en las entrañas de la ingente mole. La larga línea de construcciones que cruza todo el frente de la montaña, es tan sólo una fachada que tapa la entrada de la gruta. Para dar una idea aproximada de lo grande de esa edificación exterior, diremos que el muro tiene tres metros y medio de grueso, 54 de largo y su altura por término medio es de algo más de 22. La distancia desde el piso de la cueva donde está asentado el monasterio hasta la cima que de él sobresale es de 90 metros.

Dentro de la cueva, que se extiende unos 27 metros desde la entrada, hay una iglesia, muchos oratorios, almacenes, cocinas y una notabilísima bodega que se conserva fresca hasta durante los calores más fuertes del verano y donde, según voz pública, se guardan exquisitos vinos en abundancia. Hay además numerosas celdas para los monjes y la servidumbre.

Arquitectónicamente considerado, el monasterio nada de particular ofrece á la atención del viajero, si bien presenta un aspecto en extremo pintoresco.

Exceptuando un pequeño trozo en uno de sus extremos, toda su actual fachada data del último tercio del siglo XVIII. El convento de Megaspelión es una de las fundaciones monásticas más antiguas de Grecia. No se saben con claridad las particularidades de su origen; pero se dice que si no el comienzo, por lo menos la terminación de sus primitivos edificios fué debida á los emperadores griegos Juan Cantacuzeno, Andrónico y Constantino Paleólogo. Es el convento más rico de la nación, y posee muchos terrenos en la llanura de Elis y en otras partes; si en el porvenir la tierra adquiere en Grecia un valor más aproximado al que debiera tener, los monjes de Megaspelión serán una de las comunidades más ricas de Europa.

No hemos de tratar en este artículo del lugar que en la iglesia griega ocupa la vida monástica; necesarias son, sin embargo, algunas palabras para explicar la gran influencia que el expresado convento ejerce en los asuntos de su país. En ninguno de los Estados europeos es la iglesia tan poderosa como en Grecia, aunque tal vez su influencia no sea hoy tan grande como lo fué en los tristes días anteriores á la guerra de la independencia. Depositaria á la vez de la lengua, de las tradiciones, de cuanto era sagrado para los griegos, la iglesia únicamente preservó todos esos elementos nacionales de quedar reducidos á la nada bajo la planta férrea de los turcos.



El monasterio visto desde la terraza. A la derecha se ve la puerta de entrada

La alta significación del elemento monástico en dicha iglesia proviene de que las más altas dignidades de ésta se proveen casi siempre en miembros de sus diversas órdenes. Como los obispos y archimandritas han de ser precisamente solteros ó viudos, de ahí que la mayor parte de ellos procedan de los monasterios. Por eso el de Megaspelión desempeña un importante papel, no sólo en los asuntos eclesiásticos, sino también en los políticos del país, pues aunque no haya alcanzado dentro de sus muros la cultura un nivel muy alto, por lo menos sus monjes tienen mayor ilustración que los de otras comunidades.



Vista de la fachada del monasterio

La existencia en Megaspelión no es tan austera como pudiera suponerse; no hay allí aquella completa separación del mundo, que parece condición precisa de la vida monacal. Pertenece el convento á una orden idiorítmica, es decir, que los monjes viven en celdas aisladas y hasta cierto punto conforme á sus gustos é inclinaciones, distinguiéndose de las órdenes cenobíticas, que observan mayor uniformidad en su sistema de vida y en las que toda la comunidad come reunida. Otra diferencia, que fué causa de la separación en dos ramas, consiste en el modo de gobernarse. Los cenobitas sólo tienen un *hegumenos* ó abad, que es elegido para mientras viva, al paso que los idiorítmicos eligen un cierto número de *epitropois* ó guardianes, que sólo ejercen su autoridad por un año.

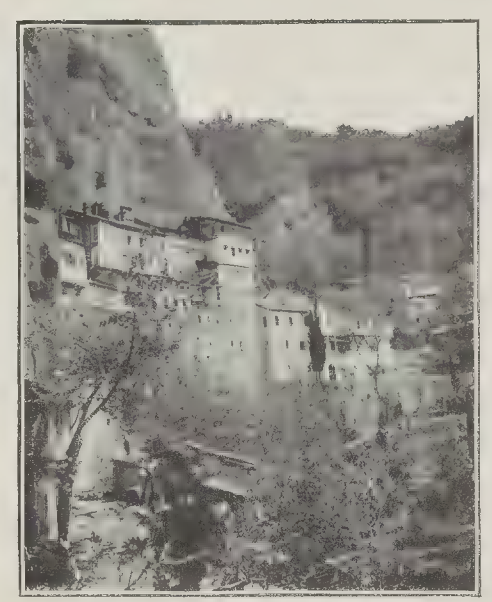
Mucho se censura á los monjes en Grecia; pero sean los que fueren sus defectos, poseen por lo menos una virtud, de la que pueden dar fe cuantos viajeros la han recorrido, y es la de considerar como un sagrado deber el ejercicio de la hospitalidad; así es que ningún viandante llama en vano á sus puertas. Unicamente los que han viajado por el interior de Grecia y saben la escasez que hay de posadas y lo rematadamente malas que son las pocas que se encuentran, podrán apreciar en todo su valor esa muestra de bondad, mucho más teniendo en cuenta que en casi todos los conventos se admiten señoras.

No son pocos los extranjeros que visitan Megaspelión, en parte atraídos por su fama y en parte también por la facilidad con que se llega hasta él. La comarca montañosa en cuyo centro se alza, está situada en el Norte de la Morea; la extensa cañada por la que se cruza la cordillera, baja desde Kalavryta á Diakophoto, en la costa del golfo de Corinto, casi á mitad del camino entre Corinto y Patrás. En Diakophoto, un diminuto ferrocarril de montaña, que es una verdadera maravilla de la audacia y habilidad de la ingeniería, entronca con el del Peloponeso y penetra en el desfiladero, no deteniéndose hasta Zachloros, donde habitan los pastores y montañeses de aquella región; desde este último lugar, un camino de herradura conduce al nido de águilas que los monjes se han formado en lo alto de la montaña.

A un extremo de la gran muralla del monasterio hay una pequeña terraza y delante de ésta un edifi

cio aislado destinado á albergue de los huéspedes. A él se encaminan los viajeros que llegan al convento, y allí son recibidos por el monje nombrado para desempeñar esa comisión. Un sirviente les ofrece una copa de mastic, la bebida nacional, y una taza de café turco, que es el agasajo que generalmente se hace en Grecia á los forasteros al darles la bienvenida. Unos lechos bajos, más parecidos á divanes que á camas, corren á todo lo largo de las paredes de la habitación para acomodo de los viajeros que quieran pasar una noche bajo el techo de los monjes, y sobre cada uno se halla un pesado cobertor acolchado, que sirve á la vez de manta y de sábana.

Desde las ventanas de la casa destinada á los huéspedes ó desde la terraza se disfruta de una soberbia vista. Inmediatamente debajo, la áspera pendiente, cortada por otras terrazas en gradería, que el trabajo de los monjes ha convertido en otros tantos jardines, donde se ven, entregados á diferentes labores, los novicios, jóvenes imberbes, cuyas largas cabelleras, sujetas en lo alto de las cabezas, les dan cierto aspecto femenino. Un pequeño sendero conduce desde la terraza á una plataforma constituída por una estribación saliente de la montaña, y desde allí el panorama que abarca la vista del espectador es de indescriptible grandeza. La pureza de la atmósfera es tanta, que las casitas de una aldea de pastores que se halla en la vertiente opuesta se distinguen con sus más pequeños detalles, y los melodiosos sones de las campanillas de las ovejas suben distinta, aunque débilmente, desde las profundidades del barranco.


El monasterio, la terraza y la hospedería

Dentro de la gran caverna lo más interesante es la iglesia. A no ser por lo peculiar de su situación, no se diferenciaría gran cosa de los demás edificios de su clase. Según costumbre, sus muros están cubiertos de pinturas de colores chillones que representan los numerosos santos del calendario griego y pasajes de la Historia Sagrada. El águila imperial que se ve reproducida en el pavimento de mosaico es un tributo rendido á la memoria de los emperadores que con tantas riquezas dotaron al monasterio en la época de su fundación. El famoso conde Juan Capo d'Istria regaló á los monjes, en nombre del emperador de Rusia, un cuadro que representa *La Oración del Huerto,* con los Apóstoles dormidos; pero el tesoro que con más veneración se enseña á los viajeros es una imagen en cera de la Santísima Virgen, que la tradición supone hecha por San Lucas y que se considera muy milagrosa. Según refieren los monjes, esa imagen habló repetidas veces durante la guerra de la Independencia animando á los griegos y llorando si eran derrotados.

Miradas codiciosas se dirigen actualmente en Grecia á los monasterios, porque el Estado es pobre; y aunque muchas comunidades hace tiempo que perdieron todos sus bienes, hay algunas, como la de Megaspelión, que son ricas. Es muy posible que antes de muchos años el gobierno griego busque el modo de llenar sus vacías arcas adoptando el mismo procedimiento que empleó en Inglaterra Enrique VIII.





BARCELONA.—ASILO DEL «AMPARO DE SANTA LUCIA»

El día 4 de los corrientes inauguróse el nuevo edificio destinado á asilo de ciegos que la institución «Amparo de Santa Lucía» ha hecho construir en la Gran Avenida del Tibidabo. Es una construcción rectangular y constituye sólo una parte de lo que el asilo ha de ser, pues hay el propósito de levantar otro pabellón igual para niños.

En el ahora inaugurado, obra del distinguido arquitecto Sr. Doménech y Estapá, están admirablemente combinados la sencillez y el buen gusto puestos al servicio de las necesidades y exigencias de la higiene; los distintos departamentos, amplios, bien ventilados y bañados por el sol, están decorados con tonos claros y alegres, y por las espaciosas galerías que los rodean entran en abundancia el aire y la luz.



Barcelona.—Nuevo edificio para albergue de ciegos, construído por la institución de señoras «Amparo de Santa Lucía,» recientemente inaugurado. Obra del arquitecto D. José Doménech Estapá

Una de las galerías del asilo
(De fotografías de A. Merletti.)

El pabellón inaugurado consta de planta baja y tres pisos; en la primera están el comedor, la cocina, los lavaderos y la bodega; en el primer piso está instalado provisionalmente el oratorio, y entre otras dependencias hay en él tres dormitorios, lavabo, cuarto de baño, etc.; el segundo tiene dos dormitorios, sala de música y local para escuela, y en el tercero hay las habitaciones de las religiosas y almacén.

La inauguración se celebró con un solemne oficio, terminado el cual el Rdo. Dr. Manent pronunció un sentido sermón glosando un pasaje del evangelio de San Juan y felicitando á la junta de señoras del asilo y á cuantas personas contribuyen al sostenimiento de tan meritoria institución.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XXVIII — Barcelona 22 de febrero de 1909 — Núm. 1.417

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA ESPAÑOLA



ESCENA DE CARNAVAL

copia del notable cuadro de Francisco Goya



DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Hay en Barcelona producción literaria y producción artística más abundantes que en pasadas épocas. Lo que parece no existir, ahora, es eso otro: vida literaria, vida artística. He aquí que en pocas semanas han aparecido libros tales como las *Visions de Palestina*, de Costa y Llobera; *La montanya d'amethystes*, de Bofill y Matas; *La vida austera*, de Pedro Corominas; *Cap al tart*, de Juan Alcover, y otros y otros volúmenes dignos de consideración. Cada una de aquellas obras, por su estilo, por razones diferentes y aun opuestas, hace pensar, remueve sentimientos é ideas, agita el espíritu y lo fecunda. En una época de sosiego hubieran producido larga y sabrosa y controversia, dejando ese rastro de discusiones que es la sal de la vida del espíritu. Aquellos libros han sido leídos haora, pero en la soledad del gabinete y como una fruición exclusivamente individual.

Durante el mismo tiempo los teatros nos han ofrecido *La familia Rocamora*, de Creuhet; *Les dides* y *Arseni Lupin*, traducciones; *La intelectual*, de Rusiñol; *Foch nou*, de Iglesias. Por sus aciertos y por sus errores; por los temas que suscitan, por el alcance social de estos dramas y comedias, parecían destinadas á alimentar un comentario duradero. De la misma manera las exposiciones de cuadros ó dibujos del propio Rusiñol, de Torné Esquius, de Carlos Vázquez, de Masriera, padre é hijo... El público ha acudido á contemplarlas, pero sin formarles el ambiente caluroso de una opinión, de una apasionada controversia.

Tenemos, pues, producción literaria y artística, y faltan costumbres literarias y artísticas, ó andan, cuando menos, extraviadas y en suspenso. No es difícil indicar el motivo. La acción política de Cataluña viene íntimamente ligada con su acción intelectual. No hay público para las dos campañas, antes bien se reduce substancialmente á uno solo. Hállase nuestro espíritu en vibración continua desde hace siete ú ocho años. Los nervios se mantienen en constante tensión. En poco ó en mucho, desde un bando ó desde el otro, todos nos sentimos aquí solicitados por una cuestión fundamental y previa todos esperamos la hora de una normalidad. *Primum vivere; deinde philosophare*. Es preciso tener normalizada la existencia para poder entregarse á la reflexión, al pensamiento y la belleza puras, hijos predilectos de la paz del alma.

El arte y la literatura de esos períodos de agitación padecen por dos estilos. Sufren la distracción del público, atraído por otras preocupaciones, invadido por otras fiebres; y sufren también, en sí mismos, los efectos de la inquietud general que muy á menudo los desnaturaliza comunicándoles la fisonomía inconfundible de la improvisación ó de la arenga disfrazada.

***

El arte es siempre, como fenómeno general, hijo de su tiempo. En vano querrá el artista aislarse, volverse impersonal y objetivo, acudir á los asuntos de otra época. No ha necesitado ser muy sagaz la crítica para descubrir á Luis XIV palpitando bajo la envoltura del teatro francés de su época y hablán donos por boca de Augusto en *Cinna* ó por boca de Tito en *Berenice*.

Nuestras pasiones, nuestra calentura, nuestro delirio, filtran sutilmente á través de todos los poros del arte y lo llenan de la esencia que flota en el aire y que todos respiramos. He aquí dos ejemplos: *Por las nubes*, de Benavente; *Foch nou*, de Iglesias. Muchas veces la estrechez de la clase media ó la ruina y el desorden apoderándose de un patrimonio han sido llevadas á las tablas. *Por las nubes* es una remoción del antiguo tema de *Lo positivo* ó de *La levita*. Pero ¡cuánta distancia, cuánta diferencia de ambiente, de sentido, de aplicación social! El conflicto privado, individual, rompe la estrechez de las desviaciones, trasciende más allá del teatro y se proyecta sobre la decadencia de todo un pueblo, resolviéndose en un capítulo más de la literatura terapéutica y estimulante que hace diez años intenta sacudir la modorra del país, sometiéndolo á una especie de flagelación despertadora.

Lo mismo *Foch nou*. También palpita en sus escenas y por debajo del caso concreto el anhelo de las grandes redenciones nacionales ó colectivas. También la preocupación «constituyente» se interpone entre el autor y la obra, como secreto personaje dominador é inspirador. De donde resulta que, por encima de su indiscutible valor literario y teatral, esas producciones tienen notorio interés como documentos de época, y acaso resultaran, en parte, enigmáticas y confusas el día que se alterase la realidad española de cuyas entrañas dolorosas acaban de brotar.

***

Y ¿cuál es ese ambiente social que echamos ahora de menos para el arte y la literatura? El de la conversación, principalmente. Es difícil encontrar un asilo donde se hable en tono familiar de poesías, de novelas, de publicaciones. Las reuniones de gente intelectual se hallan dominadas por la obsesión política y sociológica; las tertulias de café otro tanto. Se diría que es preciso emigrar á poblaciones de segundo y tercer orden para encontrar un pequeño cenáculo, una agradable intimidad donde departir sobre temas estéticos y desinteresadamente filosóficos. No podemos filosofar mientras no hayamos resuelto, aunque sea de una manera interina, cómo hemos de vivir.

Los «salones» literarios, tan famosos en otros países, están todavía por aparecer en España, y no digamos en una población de empuje tan reciente como Barcelona, donde todo se ha hecho de prisa y no han podido organizarse verdaderas tradiciones sociales de cultura ni clases directoras en el sentido más noble de la palabra.

Hasta ahora el único Mecenas que ha hallado el arte y la poesía es el pueblo mismo. Ciertas clases elevadas padecen de desnaturalización, se inhiben de la vida nacional, son extranjeros dentro de su patria y no hablan catalán en Barcelona ni castellano en Madrid. Otra porción numerosísima la forman los analfabetos. La última estadística electoral de España ha venido á informarnos de que existen unos dos millones y medio de electores con instrucción por dos millones que no saben leer y escribir.

A Cataluña le alcanza una cifra crecida. Dentro de esa cifra se contiene todo un futuro desarrollo de las letras y de las industrias relacionadas con el dulce vicio de leer. Los escritores, los editores, las empresas periodísticas, no se han percatado de ese enemigo que tenemos alojado dentro de casa ni han visto en él un filón digno de ser explotado. Esos dos millones de analfabetos de la estadística electoral significan la posibilidad de duplicar ó triplicar la influencia de la pluma y el consumo de su producción.

Si anduvieran en cueros dos millones de personas, ya se cuidarían los tejedores de persuadirles de las ventajas de vestir y abrigarse. Si no se afeitaran, los barberos harían otro tanto acerca de los beneficios de la rasura. Pero se trata de un público ó contingente numerosísimo, pero sin valor para cuanto vive de la publicidad, y la publicidad se cruza de brazos ante esa porción de tierra baldía, estéril, substraída al subsidio y al rendimiento, cuando no se confabula con su propio enemigo para que el daño perdure.

En estas condiciones no es extraño que no aparezcan tampoco un hotel Rambouillet ni una Julia d'Angennes. El otro día un joven aristócrata francés dió una conferencia en la «Maison Dorée» sobre el *Foyer des jeunes*, institución recientemente constituida en París para ofrecer calor, relaciones y estímulos á los intelectuales extranjeros ó forasteros que acuden á la gran capital, al reclamo de la ambición y con peligro de parar en la *morgue*, después de ahogados en el Sena. Elegantes damas, señoritas preciosas y angelicales, acudieron á oir al conferenciante, interesándose por la institución extranjera que evocaba en su discurso, y contribuyeron con su óbolo á la prosperidad de aquel generoso proyecto, que ha repercutido en Barcelona con una pequeña solemnidad de *œillets blancs*, del mejor tono orleanista.

Está bien. Sobre todo si la idea de la alta sociedad de París para con los que á París acuden hace pensar á las hermosas oyentes que no hay aquí un Sena donde ahogarse, pero hay un exhausto Manzanares, un turbio Llobregat y unos jóvenes que carecen de *foyer*, de ambiente, de calor y del más leve vínculo espiritual que les una con porciones enteras de la sociedad de que forman parte. Cuando no pueden escribir para todos, ó su obra no penetra en el piso principal del Ensanche, ó tiene que representarse ante la platea vacía, los jóvenes escriben para el Paralelo, para los suburbios ácratas y para la galería tumultuosa, porque nadie deja de tener el instinto de su público ni la adivinación de su clientela.

***

Y con esto hemos llegado al Carnaval, cuya desaparición lenta, pero continua, como la de la Media luna, sirve todos los años de tema á dos ó tres crónicas por periódico. El Carnaval se va, hace tiempo, pero no acaba de irse. Es algo que flota más allá de su época, sobreviviéndose. Es una costumbre maquinal que la humanidad repite por hábito, después de haberse extinguido las causas próximas y remotas que la introdujeron.

El Carnaval no puede coexistir con la libertad. De la misma suerte que la sátira, brota en tiempos de tiranía y es una pequeña válvula de escape de los sentimientos y pasiones comprimidos durante el resto del año; un desquite de las abstinencias futuras, de los rigores cuaresmales. La vida se ha hecho muy laxa. Las prohibiciones y observancias se suavizan. El cosmopolitismo tiende á borrar toda costumbre demasiado enérgica é introduce una normalidad común á todas las grandes poblaciones. Por lo mismo el Carnaval no viene á simbolizar ahora, como pudo hacerlo en la Edad media, la oposición entre el sentido epicúreo ó sensual de la vida y el sentido ascético. Ahora todo el monte es orégano, todo el año Carnaval y esta institución algo ya puramente histórico, sin actualidad y sin objetivo, como las órdenes de caballería.

Es preciso hacer un verdadero esfuerzo de imaginación retrospectiva para comprender cómo pudo Juan Ruiz dar tan épicas y opulentas proporciones á la «pelea que hobo don Carnal con la Quaresma,» y cómo, al anuncio de la estación escuálida, pudo regocijarse con la pintura de aquella abundante y pletórica *kermesse*, de aquel bodegón suculento y opíparo, cortejo triunfal de la gula, que sin perder el picante sabor realista propio del autor y sin descender á grotescas chabacanadas ó flatulencias de refectorio, compite con las más inagotables enumeraciones y *letanías* de Rabelais:

> Puso en las delanteras muchos buenos peones,
> gallinas, e perdices, conejos, e capones,
> ánades e levancos, e gordos ansarones.
>
> . . . .
>
> En pos los escudados están los ballesteros,
> las ánsares, cecinas, costados de carneros,
> piernas de puerco fresco, los jamones enteros.
>
> . . . .
>
> De Sant Auder vinieron las bermejas langostas;
> traían muchas saetas en sus aljabas postas...

Esta visión de los comienzos del siglo XIV vive y se sostiene todavía por el brío colorista de la descripción, no por la permanencia del asunto, que entonces sería, sin duda, lo principal. La humanidad se ha hecho demasiado seria, demasiado trascendente, para que el Carnaval pueda vivir ahora.

Barcelona, por ejemplo, tuvo durante el siglo pasado Carnavales espléndidos y aun famosos, que fueron, á su manera, manifestaciones del arte de aquel tiempo y revelaciones *sui generis* de riqueza y poderío social. De ese pretérito esplendor no queda más, á estas fechas, que algún carro anunciador ó algún mascarón retrasado, anacrónico, que, en vez de darlos, sufre todos los bromazos y acosones de la multitud.

Ya no hay sociedades humorísticas, ni «talleres» de broma, ni gente divertida, ni *cancanismo* segundo Imperio, que tuvo aquí el eco de la *gatada*. Ha empezado un nuevo período que pugna por ahogar la propensión á la parodia y para elevarse y depurarse. Los que ahora son parnasianos, simbolistas, preciosistas, hubieran sido antaño socios militantes de «El Gavilán;» los beneméritos elementos del «Centre Excursionista» hubieran figurado en las *collas* que iban de francachela á las fuentes de las cercanías de Barcelona. El Carnaval se muere; ha muerto aquí. Por mi parte, bien muerto está.

MIGUEL S. OLIVER.



Pero los padrinos le hicieron ver que si el duelo dejaba de realizarse nada ganaría

PRUEBA DE TALENTO Y DE AMOR

—Pero ¿qué te ha dicho ella? ¿La has sondeado?, preguntó Miguel con ansiedad.

—¡Qué quieres que te diga!.. Lo que me ha dicho es tan vago que no merece recordarse, contestó Anita.

Era Anita prima de Miguel. Desde niños se habían profesado un cariño de verdaderos hermanos.

El día que él la descubrió el amor que su amiga Aurora le había inspirado, Anita trató de apagar tal pasión. Pero ni consejos ni advertencias ni augurios pudieron disuadir á Miguel, que, ciegamente enamorado, replicaba siempre lo mismo:

—La quiero de veras. Si no me caso con ella, me va á costar la vida.

Y esto mismo volvió á repetir cuando Anita confesó que nada había sacado en limpio de la última entrevista celebrada con Aurora.

—Porque no creo, añadió Anita, que valga la pena de tomarse en cuenta la negación que ha hecho; ya sabes que casi siempre, cuando las mujeres negamos, es porque tenemos mucho empeño en que no envanezca á nuestro pretendiente la afirmación que sentimos escaparse del alma...

—Pero ¿qué te ha dicho?

—Que quiere casarse con un hombre de talento...

—Lo cual quiere decir que yo no lo soy...

—Eso he replicado yo. ¿Y sabes lo que me objetó? Que á pesar de todos tus artículos y de todos los bombos que te dan no cree en tu talento..., precisamente porque no te discuten... Dice que como tu padre es propietario y director de uno de los primeros diarios de España, senador y candidato á ministro, no es extraño que todo el mundo te *bombee,* esto aparte de los que te creerán inofensivo...

Aquella noche, Miguel escribió á Aurora una carta brevísima. Decía así:

«Aurora: Necesito un plazo para probarle mi amor y para convencerme de si tengo ó no el talento que por ser hijo del director de *El Diario Independiente* me atribuyen tal vez sin fundamento.»

Al arranque de amor y de vanidad de Miguel contestó Aurora en estos términos:

«¿Plazo? Concedido... Un año...—*Aurora.*»

En medio año no volvió á saberse de Miguel como literato. Sus compañeros no comprendían la inercia de su pluma, y su mismo padre no se explicaba aquel cambio.

—¿Se puede saber en qué inviertes el tiempo?, preguntóle un día. Por la redacción no se te ve el pelo; en casa no estás más que el tiempo preciso para comer y para dormir... Y te retiras muy tarde.

Lo mismo habría sabido si se hubiese callado sus preguntas. Tantas ambigüedades se le dieron por respuesta, que, encolerizado, replicó de mal talante:

—Bueno. Puedes pasar el tiempo donde se te antoje, pero desde mañana quiero un artículo tuyo todos los días...

Y todos los días apareció en *El Diario Independiente* la firma de Miguel al pie de un artículo .., cada vez más insubstancial, más insoportable...

«¡Bonita manera de probar el talento!—pensaba entristecida Anita conforme los leía.—¡Pero éste no es Miguel!.. ¡Si parece que le dicta los artículos un enemigo!.. Y de amor también da pruebas... Hace seis meses que no ha aparecido por casa de Aurora.»

Y desconcertada y afligida, abordó un día resueltamente á su primo:

—Oye, le dijo, ¿qué te pasa? ¿Quieres explicármelo, ó es que ya no merezco tu confianza? ¿Estás malo? ¿Has desistido de enamorar á Aurora?..

—No, contestó Miguel con misteriosa sequedad.

—Haces mal en ocultármelo. A ti te pasa algo... Escribes peor cada día... Pero mira lo que haces, porque el mejor día te van á poner en ridículo.

—¿Quién?

—Ese escritor nuevo que ha aparecido en *El Intransigente:* Diego Coronel... Precisamente ahora le ha dado por meterse con todos los de vuestra redacción, y ¡buenos los está poniendo! Ya ves, se ha atrevido hasta con Regino Soria, el *terrible crítico.*

Al otro día, Anita, sobresaltada y dolorida, vió, al abrir *El Intransigente,* un artículo titulado *Hijos de eminencias,* y al pie, Diego Coronel.

Y entre el epígrafe y la firma, dos columnas de letra menuda llenas de gazapos cogidos... ¡al hijo del director de *El Diario Independiente!..*

Anita no pudo contenerse y envió una tarjeta á su primo, rogándole por lo que más quisiera que no dejase sin réplica todos aquellos ataques.

Miguel parecía dejado de la mano de Dios. Contestó, desde su periódico, de modo tan torpe, que sus compañeros comenzaron á dudar de su talento.

Hasta su mismo padre, contrariado, tomó cartas en el asunto y le exigió que le leyese los artículos de polémica antes de darlos á la imprenta. Y un día, disgustado por lo malos que los encontraba, convencido de la idiotez inesperada en que había caído su hijo, cogió la pluma, escribió una docena de cuartillas y se las entregó á Miguel para que las firmase.

Éste, después de leerlas, exclamó:

—Aquí no se desvirtúa ni una sola de las censuras que ese hombre me ha dirigido... Esto es sólo una serie de insultos y no le quitará la razón.

—Pero le quitará la paciencia. En el periodismo, cuando uno no sabe defenderse con argumentos, replica á tiros ó á estocadas... Manda esas cuartillas á las cajas y búscate padrinos. Prefiero que te batas á que estés haciendo el ridículo...

Pero Diego Coronel no tuvo á bien hacer caso de provocaciones y de ofensas. En unas cuantas líneas aseguró que no estaba dispuesto *á descender de la polémica á la riña,* y que por amor á la Prensa no quería salir de la tribuna de la discusión al campo de los barateros.

La misma Aurora empezaba á desconfiar de Miguel. En parte porque le interesaba más de lo que ella había creído, y también por despecho de ver que él nada hacía por darle una prueba de amor y de talento, estaba contrariadísima. A veces sentía cierto remordimiento, y se preguntaba si la misma pasión que había sentido Miguel por ella no sería la causa de todo...

En estas y parecidas reflexiones llegó á convencerse de que no debía volver á acordarse de él, y estaba á punto de aceptar otro amor—con sentimiento, porque el recuerdo de Miguel no se le quería borrar de la memoria—cuando la prueba de amor y de talento estalló un día ruidosamente.

Diego Coronel, que era ya una firma muy respetada en el mundo literario, publicó una novela cuyo título era un reto y un alarde de jactancia: *Desafiando...* Era una novela tan literaria como escandalosa. Su autor debía conocer muy bien el *gran mundo,* cuando tan bien lo retrataba y lo zahería.

La novela fué un éxito. Se discutió y se comentó extraordinariamente, entre elogios y censuras ..

Los redactores de *El Diario* andaban de cabeza, como suele decirse, buscando el modo de morder aquella gloria que surgía. Pero no pudieron esgrimir otra arma que el silencio, impuesto por el director, que había dicho:

—De ese ambicioso no se ocupará *El Diario* ni para atacarle. El *vacío del silencio* es el castigo más terrible...

Palabras que debieron llegar á oídos de Coronel, porque días después dijo en un artículo que el *vacío del silencio,* en aquella ocasión, era el silencio del *vacío...,* ó sea del crítico de *El Diario.*

El cual crítico, Regino Soria, mandó á otro periódico una diatriba furibunda contra Coronel. Confiaba en que éste *no descendería de la tribuna de la discusión.* Pero Coronel *descendió* y le devolvió centuplicadas las injurias...

El lance se concertó en condiciones gravísimas.

Cuando Soria vió á su adversario, se quedó frío de sorpresa, de asombro, de espanto.

Su adversario era... ¡Miguel, el hijo del director de *El Diario!..* Al pronto quiso protestar, suspender el desafío, pedir explicaciones...

Pero los padrinos, al dársela, le hicieron ver que si el duelo dejaba de realizarse nada ganaría. Al revés, saldría perjudicado en el concepto del mundo, porque daría motivo á la suposición de que el miedo á perder su puesto en el periódico le había detenido. Aquello era ridículo. Aparte que los agravios eran siempre agravios entre dos hombres...

El sentimiento del ridículo invadió á Soria con tal fuerza, que nervioso é indignado empuñó la pistola de combate, dispuesto á matar ó á morir...

Ocho días más tarde, Miguel, convaleciente de la herida que le infirió su adversario, se levantaba por primera vez del lecho y se disponía á escribir á Aurora.

No sabía cómo empezar. Además, ella debía haber leído las columnas enteras que los periódicos habían dedicado al suceso, con todos sus antecedentes y sus consecuencias, y los elogios que habían dirigido al ilustre—ya le llamaban ilustre—escritor que no contento con llevar un apellido preclaro, se había ganado una firma envidiable en honrosa lid. Aurora debía saber la sorpresa y la alegría de su padre, el cual había anunciado para cuando Miguel se hubiese restablecido que le encargaría de la dirección de *El Diario,* cuya venta, gracias á aquella polémica y á aquel duelo, había aumentado extraordinariamente. Aurora debía suponer que todo lo había hecho para demostrarle su amor... y que no era sólo *el hijo de su papá,* como ella había dicho.

Pensando esto se hallaba, cuando un criado le entregó una carta de Aurora, que decía así:

«Sr. D. Diego Coronel. Mi querido amigo: ¿Cuándo nos casamos?—*Aurora.*»

(Dibujo de Triadó.) EL BACHILLER CORCHUELO.

LOS REYES DE INGLATERRA

EN BERLÍN

La tirantez de relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Alemania, tirantez que en muchas ocasiones ha encubierto una verdadera hostilidad y que más de una vez ha estado á punto de promover una conflagración europea, ha prestado un interés especial á la visita que recientemente han hecho los soberanos ingleses á la capital de Alemania. Basta considerar que Eduardo VII, á pesar de su estrecho parentesco con Guillermo II, no había ido á Berlín desde hacía más de veinte años, y que la reina Alejandra no había estado nunca en aquella ciudad, para comprender la importancia que se ha dado á la visita de los reyes de Inglaterra á la corte alemana.

Poco más de tres días han permanecido en Berlín Eduardo VII y su esposa, desde la mañana del 9 hasta la tarde del 12 de los corrientes, y durante ellos han sido cariñosa y espléndidamente agasajados. Desde la estación, el cortejo, del cual formaban parte todos los individuos de la familia imperial, varios príncipes del Imperio, el gobierno, la embajada inglesa y brillantes representaciones de corporaciones y entidades, encaminóse al palacio imperial; en la plaza de París, el burgomaestre de la ciudad, al frente de la corporación municipal, dió la bienvenida al rey de Inglaterra. Aquella noche efectuóse el banquete de gala, en el que se cruzaron, entre los dos soberanos, afectuosos brindis recordando los íntimos lazos de parentesco que unen á las dos familias y haciendo protestas de los vínculos de amistad existentes entre las dos naciones.



Berlín.—Edificios adornados de la plaza de París, en donde los soberanos fueron saludados por el burgomaestre de la ciudad Sr. Kirschner

En la mañana del 10, Eduardo VII visitó la Casa Consistorial, en donde el burgomaestre le expresó su agradecimiento por haberse dignado visitar la *Rathaus;* el rey, después de haber bebido en una preciosa copa de oro que le presentó la hija del burgomaestre, expresó la satisfacción que sentía de hallarse en Berlín y su deseo de que cada día fuesen más cordiales las relaciones entre los pueblos alemán é inglés. Después el rey y la reina fueron á la embajada inglesa, en donde se celebró un almuerzo en su honor. Por la tarde visitaron á la emperatriz madre y por la noche hubo en palacio baile de corte.

Al día siguiente, Eduardo VII asistió al almuerzo con que le obsequió la oficialidad del regimiento de dragones, del que es coronel honorario. Por la noche celebróse una función de gala en el teatro imperial.

El día 12 salieron los soberanos ingleses de Berlín, siendo cariñosamente despedidos por el emperador, la emperatriz, los príncipes, altos dignatarios, etc., etc.

Mucho se discute ahora sobre las consecuencias políticas de ese viaje. Los franceses, por lo que les conviene que subsista la antipatía ú hostilidad de Inglaterra y Alemania, afirman que la visita de Eduardo VII á Guillermo II en nada modificará las relaciones existentes entre ambos pueblos; en cambio los ingleses y alemanes consideran que ha contribuído poderosamente á desvanecer recelos y que es el primer paso para que las dos naciones puedan llegar á una inteligencia que sería la garantía mejor para la paz del mundo.—R.



Berlín.—El regimiento de dragones prusianos, del que es coronel honorario S. M. el rey Eduardo VII, formado en la Puerta de Brandeburgo, á la llegada de los soberanos ingleses. (De fotografías de Underwood y Underwood.)



Berlín.—Salón del rey Eduardo VII en el palacio imperial.—El rey Eduardo VII y el emperador Guillermo II: el burgomaestre de la ciudad dando la bienvenida al monarca inglés.—Dormitorio de la reina Alejandra en el palacio imperial

(De fotografías de World's Graphic Press y de Carlos Delius.)



Torpedo radio-automático Gabet, recientemente ensayado con buen éxito en Chalon-sur-Saone. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Este torpedo resuelve el problema de la dirección á distancia y sin alambre por medio de una aplicación de las ondas herzianas, transmisoras de las señales automáticas que obran sobre los órganos eléctricos del aparato, haciéndolo moverse en todos sentidos hasta llegar exactamente al blanco contra el cual se lanza. Aparte de esta ventaja de la seguridad de dirección, tiene el nuevo torpedo la de su gran capacidad, que permite cargarlo con 900 kilogramos de explosivo, en vez de 90, que es la carga de los torpedos actuales. El torpedo Gabet tiene forma parecida al Whitehead, pero es de mucho mayores dimensiones, pues mide nueve metros y pesa 4 000 kilogramos; se diferencia de él en que lleva un flotador muy poco visible en el que están los aparatos de comprobación de las maniobras.

Las pruebas efectuadas en Chalon sur-Saone han tenido por objeto demostrar las condiciones de equilibrio náutico del aparato, que han resultado ser perfectas.



Barcelona.—La rondalla «Alfonso-Victoria» de Valladolid. (De fotografía de A. Merletti.)

Nuestra ciudad se ha visto honrada en estos últimos días con la visita de esta notable rondalla valisoletana, que ha dado varios conciertos en la Casa de la Ciudad, en el Fomento del Trabajo Nacional, en el Centro Nacional Español, en el Centro de Cazadores, en el Círculo del Liceo y en el Palau de la Música Catalana, obteniendo en todos ellos entusiastas aplausos y siendo en todas partes cariñosamente acogidos y espléndidamente obsequiados. Componen la rondalla 38 individuos, y los instrumentos que tocan son guitarras, bandurrias, laúdes y panderetas; visten smokin, calzón y media negros, zapato bajo, sombrero hondo de castor y capa de lana blanca. El repertorio que ejecuta es tan numeroso como escogido y variado, y en la interpretación de todas las piezas demuestra no sólo una ejecución excelente, sino también extraordinario gusto musical. Dirige la rondalla D. Antonio Rodríguez, y con ella han venido á Barcelona su presidente honorario D. Federico Tejedor y su presidente efectivo D. José Casado Pardo.

ROMA.—UN IMPORTANTÍSIMO DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Un santuario sirio de la época imperial descubierto en el Janículo

La sociedad de construcciones «Gianicolo» había iniciado, desde hace algún tiempo, varias investigaciones acerca de los manantiales de la antigua fuente Furrine, situada junto á la *villa* Würtz, en otro tiempo *villa* Sciarra, en el monte Janículo.



Vista general del santuario

Estas investigaciones hacíanse bajo la dirección del doctor Pablo Gaudeler, de la Escuela Francesa, quien se había ocupado especialmente del Bosque Sagrado, de la Ninfa Furrine y de un santuario dedicado á las divinidades sirias.

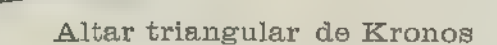
Cuando los trabajos de las excavaciones revistieron un carácter de alta importancia arqueológica, el Ministerio de Instrucción Pública intervino en ellos y dictó disposiciones á fin de que las obras se efectuasen con arreglo á la ley y con todas la garantías exigidas por la ciencia.

Al cabo de algún tiempo descubrióse un patio rectangular, al que se bajaba por tres gradas y en el fondo del cual, del lado de la colina, había un santuario formado por una celda, dividida lateralmente en dos partes, con nichos para las divinidades.

En medio de esa celda veíanse las huellas de un altar de ladrillo con sitio para colocar en él una pequeña imagen, y en el umbral de la puerta un fragmento de una plancha de mármol con la dedicatoria de un tal Gaionas *Pro salute reditu et victoria Imperatorum Augustorum Antonini et Commodi.* En la misma celda, al lado del altar, encontróse una estatuita de Júpiter sentado en el trono.

Prosiguiendo las excavaciones debajo del piso del patio, aparecieron, en tres estratificaciones, varias ánforas grandes, todas inclinadas con el orificio hacia el Norte, que contenían restos de sacrificios representados por huesos de animales.

Más interesantes aún han sido los descubrimientos de estos últimos días; en el sitio más bajo, correspondiente á la parte opuesta del santuario, se han descubierto dos celdas poligonales, simétricas, á las que se llegaba desde el patio y que recibían la luz lateralmente por dos grandes ventanas. En la de la izquierda, al lado de un tronco de columna de mármol, se ha encontrado una estatua de Baco de mármol griego, de buena ejecución y con vestigios de dorado en la cabeza y en las manos, y posteriormente, entre las dos celdas poligonales, otra estatua de estilo egipcio que representa una divinidad sentada y cerrados los puños. A lo largo de la pared aparecieron tres cadáveres puestos en fila.

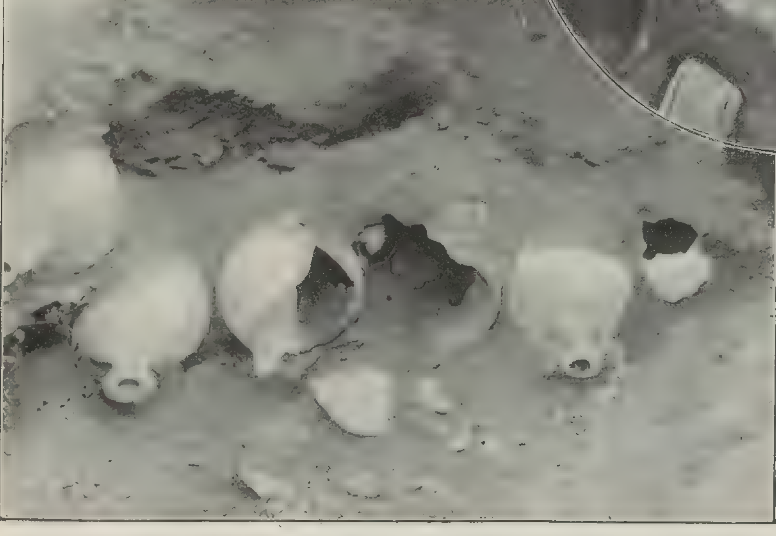


Altar triangular de Kronos

Pero el descubrimiento sin igual en la historia de la excavaciones ha sido el realizado hace poquísimos días y que concierne á un rito de consagración. En el extremo oriental del santuario se ha descubierto un gran altar triangular con el vértice mirando á Oriente; en el centro hay un pequeño pozo cuadrado, cubierto de ladrillos de dos pies cada uno.

Inmediatamente dióse cuenta del hallazgo al ministro de Instrucción Pública Sr. Rava, el cual se presentó acompañado del comendador Ricci, director general, y del Sr. Bernabei, y en su presencia destapóse el pozo, habiéndose encontrado en el fondo de éste una estatuita de bronce perfectamente conservada que representa á Kronos (Saturno) desnudo con un dragón enrollado al cuerpo.

Carlos Abeniacar.



Anforas de los sacrificios. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)





LOS PRIMEROS PENDIENTES, cuadro de Alma Tadema



San Andrés de Palomar (Barcelona).—Inauguración de la Casa cuna para los hijos de los obreros de la fábrica «Fabra y Coats.» Grupo de obreras.

LA CASA CUNA DE LA FÁBRICA FABRA-COATS

El día 12 de los corrientes inauguróse en la barriada de San Andrés, junto á la fábrica de hilaturas de Fabra y Coats, un edificio destinado á albergar á los hijos pequeños de los obreros mientras éstos se hallan entregados al trabajo.

El edificio es de construcción sólida, de estilo sencillo y de proporciones adecuadas y ha sido reformado bajo la dirección del arquitecto Sr. Viñals. La sala en donde están instaladas las cunas, que son de acero, reune todas las condiciones de luz y ventilación exigidas por la higiene y encanta por su limpieza y por su *confort*. A los niños, además de la cuna, se les proporcionarán los biberones necesarios para suplir la lactancia materna. Como médico del establecimiento, el Dr. Cararach visitará diariamente la Casa cuna, cuya inspección general correrá á cargo del catedrático Dr. Martínez Vargas.

Al acto de la inauguración asistieron el alcalde accidental Sr. Bastardas, el gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo, el delegado regio de Instrucción Pública, Sr. Batllés y Bertrán de Lis, el teniente de alcalde del distrito Sr. Altayó, los Dres. Cararach y Martínez Vargas, el gerente de la fábrica D. Román Fabra, el marqués de Alella, á quien se debe la fundación de la Casa cuna, y gran número de invitados.

Reunidos autoridades, invitados y multitud de obreras en el comedor destinado á los trabajadores de la fábrica, el Dr. Martínez Vargas pronunció un sentido discurso encomiando la obra benéfica que se inauguraba, y después de explicar los fines y el



M. Lentinil, el hombre de tres piernas que actualmente se exhibe en el Panopticum de Berlín. Es italiano, cuenta 21 años de edad, está casado y tiene un hijo perfectamente normal. (De fotografía de Carlos Delius.)

funcionamiento de la misma, ponderó las ventajas que reportará á los niños y á las madres, y terminó dedicando un elogio al marqués de Alella y agradeciendo á las autoridades su presencia en aquel acto.

El Sr. Bastardas, en nombre del Ayuntamiento, felicitó al marqués de Alella que á los preclaros títulos heredados ha sabido añadir los conquistados por sus propios merecimientos, completándolos con la fundación de la Casa cuna.

También los Sres. Altayó y Ossorio y Gallardo dirigieron entusiastas elogios al Sr. marqués, quien á todos contestó dándoles las gracias por haberse dignado honrar con su asistencia el acto que se estaba celebrando.



Las autoridades y los invitados que asistieron al acto de la inauguración
(De fotografía de A. Merletti.)

Terminados los discursos, los invitados visitaron la Casa cuna, admirando las excelencias de su instalación, y fueron luego obsequiados con un espléndido *lunch*.

A los plácemes que recibió el marqués de Alella une los suyos LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, felicitándole muy calurosamente por su obra meritoria, digna de ser imitada por todos aquellos que por su posición y su fortuna más obligados están á proporcionar á las clases menesterosas todas las condiciones de bienestar de que tantos carecen y á contribuir material y moralmente á la solución armónica y basada en el mutuo afecto de los problemas sociales.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – Recientemente el distinguido artista D. José Masriera y su hijo y discípulo D. Luis han organizado una exposición de sus obras, en número de cincuenta, que han llamado justamente la atención de los inteligentes y aficionados.

Las producciones de D. José Masriera han de estimarse como una nueva muestra de su maestría, puesto que revelan la posesión de conocimientos especiales, y aun reproduciendo con fidelidad hermosos paisajes, manifiéstase el buen gusto del artista que, amante de la verdad, embellece la obra, avalora el encanto por medio de la acertada elección del tema y por los contrastes de luz y las galanuras de la tonalidad.

Cuanto á los cuadros de su hijo D. Luis, de más variada y compleja labor, exigiría su estudio mayor espacio del de que hoy podemos disponer. Aparte de la influencia que pueden haber ejercido las obras de sus deudos, adivínase un noble empeño, cual es el de vencer dificultades y fijar una orientación que le induzca á personalizar la producción, dándole carácter propio. Vese, desde luego, habilidad en la aplicación de las coloraciones, amasando en su paleta variadísima gama, que unas veces le permite reproducir las severas tonalidades de paisajes y tipos campesinos y otras las ricas estofas, los joyeles y preseas de magnates asirios. En el último número publicamos uno de los lienzos expuestos, y próximamente y gracias á la galantería del artista daremos á conocer otras obras del mismo, así como del paisajista D. José Masriera.

Espectáculos.—BARCELONA. – En el teatro de Novedades se ha estrenado con extraordinario éxito *Foch nou*, hermosa comedia en tres actos de Ignacio Iglesias,

Asociación Musical de Barcelona. – Para la próxima temporada de cuaresma y en conmemoración del segundo centenario de sus audiciones ha organizado ocho grandes conciertos que serán dirigidos por los maestros Franz Beidler, del teatro de Bayreuth; Gabriel Fauré, director del Conservatorio de París, y el famoso violoncelista Pablo Casals. En ellos tomarán parte los concertistas Fauré, Calado y Margarita Long de Marliave, pianistas; Pablo Casals y Guillermina Luggia, violoncelistas; el «Orfeó Barcelonés,» la «Schola Orpheonica,» y el orfeón de la Asociación Musical, dirigidos respectivamente por los maestros Serra, Marcet y Vidal Nonell, y la orquesta de la Asociación Musical que dirige el maestro Lamothe de Grignón. Entre las obras de que se compondrán los programas figuran: *Novena Sinfonía*, de Beethoven, para solistas, coros y orquesta que interpretarán 450 ejecutantes bajo la dirección del maestro Beidler; *Requiem*, de G. Faure, para solistas, coros y orquesta; *Calígula*, de G. Fauré, para coros y orquesta; *Le prince Igor*, de Borodine; *Siete Lieder*, para soprano y *Quinteto*, de G. Fauré; *Concierto*, para violoncelo y orquesta, de E. d'Albert; *Sinfonía*, de M. Moor; *Joventut*, sinfonía poemática, de J. Manén; *Poema sinfónico*, de E. Morera; *Balada*, para orquesta, de Rontgen; *Rapsodía rumana*, de G. Enesco; *Iberia*, suite de orquesta, de Albéniz; *Preludio*, para orquesta, de J. Huré; *Fantasía*, para piano y orquesta, de Schubert-Liszt; *Parsifal*, preludio, *Siegfried-Idill*, y *Maestros Cantores*, de Wágner; *Doble concierto*, para dos violoncelos y orquesta, de M. Moor, interpretado por Pablo Casals y Guillermina Luggia, y *Balada*, para piano y orquesta, tocando la parte de piano M. Long.

El progroma, como se ve, no puede ser más notable, y por ello están de enhorabuena los filarmónicos barceloneses, siendo de esperar que el público corresponderá á las grandes iniciativas de la Asociación Musical.

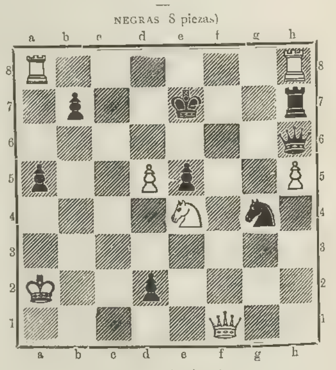
MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *El talón de Aquiles*, comedia en tres actos de Manuel Bueno; en Eslava *Los tres maridos burlados*, sainete en un acto, inspirado en un cuento de Tirso de Molina, letra de los señores Dicenta y Répide y música del maestro Lleó; y en Price *La viuda alegre*, opereta en tres actos arreglada del alemán por los Sres. Linares Rivas y Reparaz, música del maestro Lebar.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 514, POR V. MARÍN

1.er premio *ex-æquo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1906.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 513, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Ac7-f4	1. Aa3-b4
2. Aa8-h1	2. Th2óf1×h1
3. Cb6-a8	3. Cualquiera.
4. Ca8-c7 mate.	

VARIANTES.

2...... Ca5-b7; 3. Ah1×b7, etc.
Ca5-c6; 3. Ah1×c6, etc.
Cd2-e4; 3. Ah1×e4, etc.
Cd2-f3; 3. Ah1×f3, etc.
1..... Aa3-c1; 2. Aa8-b7; Ca5×b7; 3. Cb6-a8, etc.
Otra jug.a; 2 Aa8-b7, etc.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



—¡Ah, señorito Edmundo!, exclamó. ¡Cuánto me alegro de encontrarle!

Como para Edmundo, su amistad de la infancia se había transformado en el corazón de la muchacha, convirtiéndose en verdadero amor, del cual fueron manifestaciones innegables aquel trastorno y aquella emoción que experimentó en el momento en que creyó reconocer al hombre á quien amaba secretamente.

¿Qué pasó en el espíritu de Luciano de Favreuse mientras interpretaba así aquel acontecimiento?.. ¿Qué pensamientos envidiosos y hasta perversos se agitaron en él?.. ¿Qué designios se formaron en su alma?

«Vale más no haber hablado de esto á Edmundo —se dijo.—No necesita saber si encontré á la señorita Laroche que me tomó por él; esto le inquietaría inútilmente.»

Y reflexionó largo rato mientras erraba por el muelle Somarset-house.

«Pareciéndonos de un modo tan sorprendente—se dijo,—no es de extrañar que esa joven se equivocase... Hace más de nueve años que no ha visto á Edmundo... No me cabe duda que tiene la seguridad de haberle visto á él... Edmundo hará un casamiento soberbio—continuó Luciano dando curso á sus meditaciones,—porque la señorita Laroche le ama y se casará con él á su vuelta. Es riquísima... Recuerdo habérselo oído decir á mi madre. El Sr. Laroche es uno de los propietarios más ricos y uno de los comerciantes más considerables del Charente. Es varias veces millonario... ¿Y yo? —se preguntó el hermano de Edmundo.—¿Qué haré cuando haya terminado mi servicio militar? Tendré que ir á encontrar á mi hermano, tendré que trabajar con él, en una situación inferior á la suya seguramente, puesto que se habrá creado una alta posición durante los cinco años que yo pierdo en su lugar.»

Luciano de Favreuse se mantuvo en esta reflexión, que le descubría un porvenir de trabajo para el cual su carácter, formado por su madre, no sentía ninguna disposición, y su espíritu se agriaba ante aquella desoladora perspectiva.

Sentíase menos dispuesto que nunca á enterar á Edmundo de su encuentro con la señorita Laroche.

Hasta evitó el hablarle del padre de ésta, pues aquel amor hacía que royese su corazón una envidia atroz de que hubiera querido librarse.

Adelantó dos días su salida de Londres, á fin de escapar á aquella atormentadora obsesión, porque sufría al lado de su hermano, envidiándole el porvenir.

Edmundo no podía sospechar lo que pasaba en el espíritu de Luciano, y su afecto hacia él aumentaba á medida que se aproximaba la hora de aquella separación que tan larga había de ser.

Abrazóle con fraternal efusión en el momento de la despedida, en la estación de Charing Cross, repitiéndole:

—¡Animo, mi querido Luciano!.. Dentro de algunos años estaremos reunidos para siempre y tu puesto será á mi lado... Gracias por tu abnegación, añadió con una emoción llena de gratitud, porque no olvidaré jamás que deberé mi porvenir á tu sacrificio... ¡Adiós..., no, hasta la vista!..

—¡Sí, hasta la vista!.., contestó Luciano bajo los besos de Edmundo.

Y desprendiéndose de sus brazos, subió al tren.

Al encontrarse solo, Luciano de Favreuse experimentó un verdadero alivio.

La presencia de su hermano le pesaba.

Le torturaba la envidia y le parecía menos duro no tenerle al lado.

Siguió meditando durante el viaje, acurrucado en una esquina del coche, y la dulce imagen de Juana Laroche se presentaba á su espíritu.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

La veía como en el momento del encuentro, con movida, ruborizada, trastornada por aquel amor que se manifestaba á pesar suyo.

«Pero en fin—dijo dando un nuevo curso á sus reflexiones,—¿quién de los dos es el amado? ¿No somos absolutamente iguales? ¿No fué al verme á mí cuando la señorita Laroche sintió aquel amor que no tuvo la fuerza de disimular?..»

Fué una nueva obsesión que se apoderó de él y que le libró de los tormentos de la envidia.

Luciano consideró las cosas desde aquel nuevo punto de vista.

«Después de todo, cada cual para sí...—se dijo con cínica resolución.—La abnegación no aprovecha nunca al que se sacrifica. Lo estoy experimentando en este momento...»

Y una vez en París, no habiendo cesado un solo instante de pensar en Juana, dijo bien resuelto:

«Volveré á verla..., y si me quiere, peor para él... La ausencia es madre del olvido...»

VII

DE SAN SULPICIO AL LUXEMBURGO

El inopinado encuentro del que ella tomó por Edmundo de Favreuse había producido en Juana Laroche una impresión de la cual podía apenas dar una idea el trastorno que no pudo disimular.

Juguete de aquel parecido inimaginable que confundía á los dos hermanos gemelos, Juana había tenido la visión del que ella amaba, del tierno amigo de su infancia, cuyo indeleble recuerdo había conservado su corazón; y esta ilusión era completada por los largos años de separación.

Su padre le había dicho que Edmundo de Favreuse prestaba su servicio militar. Por consiguiente, no podía imaginarse que aquel soldado, que tan perfectamente se parecía á Edmundo, no fuese él.

Juana sabía muy bien que el Sr. de Favreuse tenía dos hijos; pero no conocía á Luciano, que siempre había vivido con su madre.

Por otra parte, su amor, al despertar súbitamente, la llenó de una turbación íntima y deliciosa, y la alegría que experimentó en el momento de aquel encuentro inesperado le causó la confusión observada con asombro por Luciano.

Paulina la notó también, y cuando su señorita se volvió para ver de nuevo al soldado, volvióse también y exclamó:

—¡El Sr. de Favreuse!..

—Sí, le he visto, dijo Juana. Es Edmundo.

—La ha reconocido á usted, señorita, añadió la camarera.

—Yo sabía que prestaba su servicio militar, pero ignoraba que estuviese de guarnición en París. Mi padre había tenido buen cuidado de no decírmelo, añadió.

—Su papá ha hecho todo lo posible para apartarla de él, desde que ha comprendido que usted le ama.

—Papá tiene sus ideas, contestó la señorita Laroche. Está resentido con el señor y la señora de Favreuse, que le deben dinero. Ha hecho cuanto ha podido para que yo olvidase á Edmundo. Todos esos viajes á que me ha llevado, la estancia en Niza que prolongó todo lo que pudo... ¡Y esos casamientos que me ha propuesto!..

—También lo comprendí así, dijo Paulina, que era la confidente de la muchacha.

—No hay que decir á papá que le hemos encontrado, recomendó Juana. Volvería á llevarme al Cepellón, donde me muero de fastidio.

—Pierda usted cuidado, señorita, aseguró la camarera, fielmente adicta á la muchacha. Además, todo lo que el señor hace es lo mismo que nada, porque desde el momento que ama usted al señorito Edmundo, no podrá arrancarle á usted el corazón.

—¡Oh, no!.., dijo la muchacha con la animación de una resolución invencible. Al contrario. El padre de Edmundo ha sido desgraciado; el mismo Edmundo ha sufrido mucho, y yo, que no veo las cosas á través del mismo prisma que mi papá, me sentí más afecta á él cuando me enteré de su situación.

—¡Naturalmente!.. ¿Qué importa el dinero, cuando se ama?.., dijo Paulina. Además, es usted bastante rica para poder elegir.

—Está en París..., añadió Juana con dulce melancolía. ¡Estaba en París y yo ni siquiera lo sospechaba!.. Ha sido preciso ese encuentro casual para que yo me enterase .. En seguida me reconoció... Estaba yo segura de que no me había olvidado...

—Es evidente, porque el señorito Edmundo pareció todo trastornado... No cabe duda que la reconoció... Volvió la cabeza, y si se hubiese atrevido, la hubiera hablado.

—No se atrevió á causa de esa cuestión metálica, dijo la joven; cuestión que también ha tenido al señor de Favreuse alejado de mi padre después de haber sido tan buenos amigos.

—Es muy triste amarse y verse separados por una cuestión de dinero, dijo Paulina.

—Es sensible para el que debe y no puede pagar como desearía. Estoy segura de que si el señor de Favreuse hubiese podido pagar á mi padre, hubiera vuelto.

—¿Ha visto usted á qué regimiento pertenece el señorito Edmundo?, preguntó la camarera.

—No, no lo he visto.

—Llevaba el número en el cuello de la levita.

—Ya sé; pero quedé tan sorprendida, que no pensé en nada.

—Entonces, ¿cómo saber?.. ¡Porque hay tantos soldados en París!..

Paulina estaba dispuesta á favorecer los propósitos de su señorita. Ya se había pronunciado en favor de ella contra el Sr. Laroche, poniéndose naturalmente de parte de la persona contrariada en su amor, que resulta siempre la más simpática. Hubiera querido que la muchacha se casara, á despecho de su padre, con aquel amigo de la infancia que desde hacía tanto tiempo era dueño de su corazón.

Juana no contestó.

Hubiera querido saber dónde se encontraba el hijo del Sr. de Favreuse, porque si bien las conveniencias y el instintivo sentimiento del pudor propio de su sexo le habían impedido ir hasta él y revelarle el amor que su corazón le había guardado, hubiera procurado al menos volverle á ver, buscar la ocasión de un nuevo encuentro, ahora que sabía que estaba en París, y estaba segura de que él hubiera comprendido lo que pasaba en ella.

El amor, ¿no se adivina?

Y cuando un hombre ama á una mujer, ¿no lo lee ésta en sus ojos?

—¡Si tuviésemos la suerte de encontrarle otra vez!.., dijo Paulina viendo que su señorita no contestaba. Quizá la segunda vez el señorito Edmundo se atrevería á hablarla.

—¡Yo bien quisiera!, dijo Juana.

Aunque andaban despacio, la hija de Laroche y su camarera llegaron cerca de su domicilio.

Pasando, Juana se miró en el espejo de un mostrador y le pareció que su rostro denotaba la agitación de su corazón; y á fin de retrasar el momento de encontrarse en presencia de su padre y dejar que sus facciones tuviesen tiempo de recobrar su expresión habitual y que la marca de sus preocupaciones desapareciese de su rostro, entró en casa de una modista del barrio, donde se hizo enseñar varios sombreros. Los examinó en todos sus detalles, se probó varios y finalmente se decidió á comprar uno.

—¡Ni una palabra delante de papá!.., recomendó á Paulina en el momento de entrar en su casa.

—No hay peligro, contestó la camarera; no tengo ganas de que el señor vuelva á llevarnos lejos de París.

El Sr. Laroche estaba muy lejos de pensar en el hijo del Sr. de Favreuse, persuadido que su hija no tendría ocasión de encontrarlo y que en todo caso no era probable que lo reconociese vestido de militar, porque á su juicio el uniforme debía desfigurarlo.

Juana guardó, pues, su secreto, satisfecha, después de todo, de poder hablar con Paulina, única confidente de su amor.

Cada día, mientras Laroche estaba ocupado fuera de casa, la conversación de las dos muchachas no tenía más objeto que Edmundo de Favreuse.

El amor nacido en Juana sobre las bases de aquella tierna amistad de la infancia, determinado luego por la compasión que despertaron las desgracias del Sr. de Favreuse, desarrollado por la oposición que su padre le había hecho, aumentó aún después de aquel encuentro de que ella no podía hablar.

Se exasperaba ante los obstáculos y sufría el efecto natural de la separación que, como el viento respecto al fuego, atiza las llamas del corazón.

A menudo Juana, sentada junto al balcón, miraba á la calle, esperando de día en día ver pasar al hombre amado; y Paulina, que la sorprendió en tal actitud, adivinó su pensamiento.

—¿Mira usted á ver si por casualidad pasa el señorito Edmundo?, le preguntó.

La joven contestó con una mirada y un suspiro que equivalieron á una confesión.

—Es extraño, en efecto, que no le hayamos vuelto á ver desde el otro día, añadió la camarera; porque es seguro que el señorito Edmundo la ama tanto como usted á él.

—¿Lo crees así?, preguntó Juana.

No lo dudaba, porque no se le había escapado la emoción de Luciano en su presencia, que ella tomó por una manifestación de amor.

El joven militar había vuelto los ojos, al marchar se, para volverla á ver.

Se creía, pues, amada, y le gustaba que se lo dijesen.

—¡Que si la ama á usted!.., contestó Paulina. ¡Oh, me parece, señorita, que era muy visible! ¿Usted lo comprendió también?

—Sí... Me parece..., balbuceó la joven turbada por la dicha.

—El señorito Edmundo debe saber que usted sigue viviendo aquí, repuso la criada; por esto me figuraba yo que trataría de verla á usted. Ha vuelto tal vez al barrio, siguió diciendo, y no hemos tenido la suerte de encontrarnos. ¡Sale usted tan poco!

—Temo siempre que papá sospeche algo, alegó Juana, y ¿ves?, desde que he visto á Edmundo..., desde que sé que continúa pensando en mí, desde que creo que me ama, se me figura que resistiría si mi padre quisiese alejarme otra vez de aquí.

—Si yo pudiese saber dónde se encuentra el regimiento del señorito Edmundo, dijo Paulina, iría por las inmediaciones á ver si le encontraba. Ya se me ha ocurrido, pero ¿dónde buscarlo? .

—Creo que ahora que me ha visto, se dejará ver á su vez, dijo melancólicamente la muchacha, y espero... El amor atrae mutuamente á los que se aman á pesar de todos los obstáculos...

—¡Oh, eso sí, tiene usted razón, señorita!

No era posible ver al que Juana Laroche tomaba por Edmundo, porque en aquel momento Luciano de Favreuse se encontraba en Londres con su hermano.

Sólo á su regreso era posible un nuevo encuentro, y dadas las disposiciones de espíritu del joven, no había de tardar en producirse.

En efecto, después de haber cambiado el traje de paisano por el uniforme que antes de su marcha había dejado en su cuarto del faubourg Saint Denis, y al encontrarse de nuevo entre sus camaradas de regimiento en el cuartel del Chateau d'Eau, Luciano, que sólo había abrazado la carrera militar para substraerse á la inevitable obligación del trabajo, sintió aquella existencia de disciplina y de monótona evolución pesar grandemente sobre su espíritu invadido ahora por concupiscencias y ambiciones suscitadas por el encuentro de Juana Laroche y por la prueba del error de que la muchacha era víctima.

Durante las largas horas de inacción de la vida militar, no cesaba de pensar Luciano en aquella substitución criminal concebida merced á su engañoso parecido con su hermano, y consideraba, en las aspiraciones de un sueño que le parecía completamente realizable, la felicidad que podía conseguir si llegaba á casarse con aquella adorable y riquísima muchacha.

Entonces se apoderaba de él un mortal fastidio, con veleidades de sublevación.

Cual otro Tántalo nadando en aguas que huían de sus labios sedientos, vislumbraba una dicha cuya realización, á pesar de ser posible, le era negada por las necesidades de su situación, por el encadenamiento en que se encontraba atado.

Volver á ver á Juana Laroche, aprovecharse de su error para usurpar el puesto de Edmundo, apoderarse de aquel amor que ella creía dar á su hermano..., nada más fácil; pero ¡qué largos años de espera antes de poder realizar el rico matrimonio que se le ofrecía!..

Luciano había sentado plaza por cinco años, y aún no había terminado su primer año de servicio.

Hasta después del quinto año no podía realizar sus proyectos.

¿Qué iba á pasar hasta entonces?

Volvería á ver á Juana, manteniendo en su espíritu el error causado por su parecido con Edmundo; alimentaría en el corazón de la muchacha el amor que le tendría por equivocación, pero no le sería posible pensar en el matrimonio.

¿Y si á lo mejor Edmundo escribía?..

Éste iba á partir para el Canadá; pero ¿quién podía prever las conjeturas de su existencia?.. ¿Quién osaría afirmar que, en el transcurso de aquellos cinco años, la casualidad ó las circunstancias más imprevistas no le pondrían de nuevo en relación con el Sr. Laroche?..

¿No tenía empeño en pagar al antiguo amigo de su padre la deuda por éste contraída, tan pronto como pudiese hacerlo?

La substitución sería entonces descubierta. Juana Laroche reconocería su error, y él, lleno de confusión, no tendría más remedio que desaparecer.

¡Desertar!.. Al miserable le vino en mientes esta idea, pero le pareció que las consecuencias no podrían ser favorables á sus designios.

Se puede desertar cuando se tiene el corazón bas-

tante cobarde para abandonar la bandera y el sentido patriótico bastante gastado para renunciar á vivir en el suelo natal, cuando, alocado por el amor, se huye con la mujer á quien se ha sacrificado el honor.

Juana, á pesar de todo el amor que sería capaz de concebir, no le seguiría al extranjero, porque esta huída la haría cómplice de su deshonor, porque no podría ser su esposa, y él la consideraba demasiado honrada para consentir en contraer otros lazos que los del matrimonio.

Esta solución era, pues, impracticable.

La deserción conduciría infaliblemente á la ruina irremediable de todas sus esperanzas.

Y sin embargo, devorado por sus concupiscencias, Luciano de Favreuse sentía hacérsele insoportable la existencia que llevaba.

No acertaba á renunciar á sus proyectos. El porvenir, una vez puesta á prueba la hija del comerciante millonario, le parecía demasiado bello para cesar de aspirar á él.

El problema, sin embargo, parecía insoluble.

Luciano se arrepentía ahora de lo que había hecho. Maldecía la hora en que tuvo aquella funesta idea de sentar plaza, encadenándose por cinco años, y se veía reducido á una impotencia de que no podía desprenderse.

«¡Oh, sí, qué cándido fuí aquel día!—pensaba encolerizado.—El llamado á servir hubiera sido Edmundo, puesto que es considerado como el primogénito, á pesar de que somos mellizos. No hubiera podido elegir su regimiento y seguramente lo hubieran enviado de guarnición á alguna ciudad de provincias, como hicieron con todos los reclutas parisienses. Entonces yo—añadió para sus adentros, abordando esta hipotética coyuntura—me hubiera quedado solo en París. Hubiera encontrado de todas maneras á la señorita Laroche, puesto que estábamos predestinados á ese encuentro, y al menos me hallaría libre...»

A pesar de los obstáculos insuperables que se oponían á la realización de su plan odioso, el hermano de Edmundo se sentía atraído hacia aquella adorable joven; experimentaba, en la exasperación debida á su impotencia, la irresistible necesidad de volverla á ver, aunque no fuese más que de lejos, aun sin ser visto por ella, y pensaba dónde podría encontrarla; se preguntaba cómo llegaría á conocer los sitios que ella frecuentaba, las casas á que iba de visita, los espectáculos ó las fiestas á que asistía, á fin de ir él también y admirar más á su sabor aquella beldad que le parecía incomparable á través de la imposibilidad de conquistarla.

Ahora conocía la morada del Sr. Laroche y de su hija.

«Ir á pasar por debajo de su balcón—pensaba él,—¿para qué?.. Ella me vería quizá y yo no la vería á ella... Y además, yo parecería un pretendiente vulgar, un rondador callejero, soberamente ridículo...»

Luciano de Favreuse se resolvió, sin embargo, un día á ir á pasearse entre los barrios de las Escuelas y del Mercado de vinos.

La casualidad que le había hecho encontrar á la señorita Laroche una vez, podía favorecerle de nuevo.

Atento á todo lo que pasaba á su alrededor, se ejercitaba en distinguir á las personas á la mayor distancia posible, á fin de no exponerse á un encuentro brusco, ni á una sorpresa, porque á la idea de encontrarse en presencia de aquella que su hermano amaba, sentía que una aprensión vaga é indefinible se apoderaba de él y le quitaba su aplomo.

Hasta se decía para sí, dudando en el momento decisivo:

—¿Me tomó realmente por Edmundo? La emoción de que la vi presa, aquel trastorno que experimentó al verme, ¿no tuvieron por causa simplemente el recuerdo de mi hermano que mi presencia evocó?.. De otra manera, si hubiese estado segura de ver á Edmundo, á quien amaba, no hubiera partido así..., se las hubiera arreglado para dejarse alcanzar, hubiera querido hablarle...

Estas reflexiones, inspiradas por un temor real, no impedían á Luciano explorar desde lejos las dos aceras del bulevar de San German y cerciorarse de que la señorita Laroche no se encontraba entre los transeuntes que veía.

Tenía las facciones de la muchacha indeleblemente grabadas en su espíritu.

«Admitiendo que yo no me engañé el otro día—pensaba Luciano de Favreuse,—admitiendo que ella creyó realmente ver á Edmundo, ¿no saldría de su error si me volviese á ver y sobre todo si me oyese hablar?.. ¡Un detalle, una simple inflexión de voz bastarían para disipar su engaño!.. Y entonces, ¡qué confusión!.. ¡Qué papel hubiera hecho dejándome tomar por mi hermano!..»

Había en esto un peligro que el miserable presentía, pero que le atraía con más fuerza, suscitando en él tendencias á una temeridad á que se entregaba á fin de librarse de sus temores.

«De todos modos, yo quisiera ver lo que sucedería—pensaba entonces.—Sí, quisiera encontrarla otra vez, aunque no fuese más que para darme cuenta de lo que ha pasado en ella!..»

Y en el momento mismo de formular este deseo, una mujer que él no había reconocido, á quien había visto apenas, una criada con delantal blanco y la cabeza envuelta en una pañoleta de lana negra que la preservaba del frío, se detuvo de pronto á dos pasos de él, con una alegre sorpresa que hacía brillar sus ojos.

—¡Ah, señorito Edmundo!.., exclamó. ¡Cuánto me alegro de encontrarle!..

El soldado se había detenido, disimulando su sorpresa, pues acababa de reconocer á la camarera que acompañaba á la señorita Laroche cuando su primer encuentro.

—¡Si usted supiese cuánto se alegraría mi señorita de ver á usted!, añadió la criada acercándose á él. Desde la otra vez que le vió, hace ya más de un mes, no ha cesado de pensar en usted. Cada día esperaba volver á verle, ó encontrarle al menos, pues ha comprendido perfectamente por qué no había usted vuelto á ver al Sr. Laroche.

No cabía ya la menor duda. Luciano estaba ahora seguro de que Juana lo había tomado por Edmundo.

No sabía qué decir. Afortunadamente, la locuacidad de la camarera era una excusa suficiente para su silencio, pues sin darle tiempo de proferir una palabra, continuó diciendo:

—¡Qué contenta va á ponerse la señorita cuando yo le diga que le he visto! ¡Quedó tan sorprendida el otro día, cuando le encontramos á usted!..

—Yo también, dijo al fin Luciano, quedé tan cortado, que hasta fuí descortés...

—¿Cómo descortés?

—Sí... Ni siquiera saludé á la señorita Juana... Bien es verdad que no pensé que me hubiese reconocido.

—Le reconoció en seguida, dijo Paulina.

—Después lo comprendí, contestó Luciano; pero creía que este uniforme...

—No le cambia en lo más mínimo, interrumpió la confidente de Juana. Por lo demás, la señorita sabía que estaba usted prestando servicio militar.

—¿Lo sabía?

—Como ha sabido todo lo concerniente á usted.

—¿De veras?

—¡Cuando yo se lo digo!.. ¿Podía acaso olvidarle á usted?.. Hizo recoger noticias de usted por un empleado del Sr. Laroche, y supo que la desgracia les perseguía á usted y á su padre cuando vivían en la calle de las Abadesas... En prueba de ello..., escuche, voy á revelarle una cosa, pero con la condición de que usted hará como si no lo supiese cuando vea á la señorita.

—Se lo prometo.

—Pues bien. El día en que el señor de Favreuse se mató, ¿usted recibió dos mil francos, bajo un sobre á nombre de usted?

—Sí, es verdad, dijo Luciano, y mi hermano y yo nos perdimos en conjeturas, sin poder adivinar quién nos enviaba aquel dinero.

—Se lo envió la señorita, murmuró Paulina. Lo hizo á escondidas de su padre, sin decir nada á nadie. Ella había sabido que se encontraban ustedes en una situación apurada desde que el Sr. de Favreuse estaba enfermo, y al auxiliarles, no quiso darse á conocer á fin de que no pudiesen ustedes rehusar el auxilio.

—¡Oh, fué ella!..

—Por eso dirigió la carta certificada á nombre de usted, señorito Edmundo.

—Si yo lo hubiese sabido, le hubiera dado las gracias al menos.

—No, ya se lo he dicho á usted, hay que hacer como si no supiese usted nada. Le he dicho eso únicamente para demostrarle que la señorita no dejaba de pensar en usted, y la tenía disgustada el ver que, por cuestiones de dinero, su padre y el señor de Favreuse habían interrumpido sus amistosas relaciones. Usted comprende, dijo Paulina, que cuando dos personas han sido amigas, como lo eran usted y la señorita, no lo olvidan nunca, á pesar de los años.

—Sí, la amistad es antigua..., dijo simplemente Luciano á fin de dejar hablar á la camarera.

—Y á mí, preguntó Paulina, ¿me reconoció usted el otro día?

—Confieso que mi sorpresa fué tan grande, que no vi más que á la señorita Juana.

—Yo iba con ella. Hace ya doce años que sirvo en casa del Sr. Laroche. Yo no tenía más que quince cuando vivían ustedes en la misma casa que nosotros en el bulevar de San Germán, el año que hizo usted su primera comunión en San Nicolás con la señorita.

—Sí, sí, me acuerdo, dijo entonces el hermano de Edmundo, que retenía todos aquellos informes en su espíritu; pero hace un momento la reconocí á usted perfectamente.

—Y yo... ¡Cuánto me alegro de haberle encontrado hoy!.. No sabíamos que sirviese usted en un regimiento de París.

—Sirvo en el 41.°, en el cuartel del Chateau-d'Eau.

—¿Por cinco años?

—Sí, senté plaza; me adelanté al llamamiento á fin de poder elegir un regimiento á mi gusto, dijo Luciano con una expresión melancólica, porque no quería salir de París.

Paulina interpretó estas palabras en el sentido favorable á su señorita.

—¡Ah! ¿Ve usted?, dijo ella vivamente. Usted también pensaba en la señorita Juana...

Luciano contestó con un suspiro y un gesto que equivalían á una confesión, porque al ver que las cosas tomaban un sesgo para él tan favorable, estaba completamente decidido á aprovecharse del error de la rica heredera que su hermano amaba.

—Si la señorita hubiese salido hoy conmigo, añadió Paulina, se hubiera alegrado infinito de verle y hablarle. ¡Ha tenido tantos disgustos á causa de usted!..

¿A causa de mí?..

—Su padre comprendió que le amaba á usted cuando supo que la señorita le había enviado aquel dinero, y apeló á todos los medios para que su hija le olvidase á usted. La llevó al departamento del Charente, donde ordinariamente no pasábamos más que tres meses, y el año pasado nos tuvo allí hasta el invierno. Luego nos hizo viajar por el Mediodía y nos llevó á Niza, y no regresamos á París hasta que el Sr. Laroche supo que era usted soldado.

Esta revelación causó al hermano de Edmundo una impresión profunda.

—Ahora el señor cree que su hija ya no se acuerda de usted, prosiguió la camarera; porque desde entonces la señorita no ha vuelto á pronunciar su nombre de usted. Pero ahora que ella sabe que está usted en París, añadió, es preciso que ustedes se vean. ¡Se alegrará tanto la señorita! Cada día esperaba encontrar á usted ó verle pasar.

—No quiero ir á casa del Sr. Laroche, dijo Luciano, que supo adoptar con la mayor naturalidad un aire de embarazo. Después de lo que acaba usted de decirme, comprendo que yo sería causa de nuevos disgustos.

No tenía ganas de encontrarse en presencia del padre de Juana, que quizá no se dejaría engañar como ésta por el parecido que le había hecho tomar por Edmundo.

—No digo que venga usted á casa, dijo Paulina. Pero podría verse en otro punto con la señorita, si dispone usted del tiempo necesario.

—Soy libre, fuera de las horas de servicio y de los días en que estoy de guardia.

—Pues nada más fácil, dijo la camarera, segura de servir las intenciones de su señorita. Ella sale conmigo cuando le da la gana. ¡Cuánto se alegrará!

—Y yo también.

—El domingo, si usted quiere.., Debe usted tener los domingos libres.

—Todo el día.

—Por la mañana, la señorita sale conmigo para ir á misa; podría aprovecharse la ocasión... El domingo próximo debe ir á la misa mayor de San Sulpicio... Espérenos en la plaza ó en la iglesia.

—Allí estaré.

—¿Puedo prometérselo á la señorita?

—Sí, contestó Luciano. Prometo ir.

—¡Ah, cuánto me alegro!.. Y la señorita se va á alegrar más todavía... Entonces, hasta el domingo, señorito Edmundo. ¿Entendido?

—Sí, hasta el domingo.

—¡Hasta la vista, señorito Edmundo!

—¡Hasta la vista!..

Luciano miró alejarse á la camarera y continuó su camino pensando en la situación en que se había metido.

«No la he buscado—pensaba, como si quisiese acallar los últimos escrúpulos de su conciencia—Yo nada he hecho para substituir á Edmundo... Son ellas las que se han empeñado en que soy Edmundo... No es culpa mía si nos parecemos tanto...»

Encontró argumentos que acabaron de decidirle á representar aquel papel.

(Se continuará.)

ESTERAS DE CHINA, DEL JAPÓN Y DEL TONKÍN

De algunos años á esta parte, el uso y, por consiguiente, el comercio de las esteras llamadas de China han alcanzado gran desarrollo en Europa y también en los Estados Unidos, debido á que, por haberse reducido considerablemente el precio del transporte, esos artículos se venden á un precio muy inferior al que antes tenían y á que, al propio tiempo, se ha establecido una corriente de relaciones comerciales que ha permitido efectuar expediciones en grandes cantidades.

Denomínanse esteras de China esos tejidos de junco que se utilizan como colgaduras y como esteras propiamente dichas; su fabricación es efectivamente originaria de la China, pero el título que hemos puesto á este artículo indica que esta fabricación hállase extendida en la actualidad á varios países del Extremo Oriente.

Por lo que hace á China, en la región cantonesa es en donde especialmente se fabrican esteras que luego se exportan á todo el mundo. En 1891, el puerto de Cantón expedía para América y Europa unos 240.000 rollos de esteras, así de esterillas ordinarias llamadas *matts* (designación comercial tomada del inglés), como de esteras grandes para cubrir los suelos denominadas *mattings*, por un valor total de unos dos millones de piastras. Algunos años después, las exportaciones se elevaban á 340.000 rollos, y desde entonces ese comercio se ha desarrollado continuamente, á pesar de la competencia hecha por los otros dos países citados, de tal manera que son principalmente comerciantes de Cantón los que han fundado las fábricas existentes en el Tonkín, y que son ellos casi únicamente los que exportan los productos tonkineses. El rollo es una medida que varía según la clase; así los *mattings* para suelos se fabrican y expiden en longitudes de 40 yardas (1) y tienen por lo general una yarda de ancho. Actualmente esos rollos son de una sola pieza, al paso que antes estaban formados por dos trozos, de 20 yardas cada uno, cosidos.

La fabricación de las esteras cantonesas está localizada particularmente en Tuang Kun, Lin Tan y Cantón; de Lin Tan han salido durante mucho tiempo los mejores productos, pero sólo en Cantón podía hacerse tejer por encargo modelos especiales. Como primera materia se emplean diversas especies de cañas, que crecen unas en terrenos bajos invadidos por el agua del mar y otras en terrenos inundados, en determinadas épocas del año, por arroyos ó ríos, utilizándose principalmente la *Arundo mitis*. Todas esas cañas, para que den fibras finas, han de ser abonadas con tortas hechas de judías ó de habas de las que se ha extraído el aceite por medio de presión. No describiremos la preparación de esas fibras, que hoy se tiñen generalmente con colores artificiales, así como antes los chinos empleaban sólo tinturas vegetales sacadas de la madera de sapán, del añil y de los granos de sofora con adición de alumbre. Los procedimientos seguidos en el Tonkín, de los que luego nos ocuparemos, son enteramente análogos; también son los mismos los métodos de tejido, con la diferencia de que en China la urdimbre está las más de las veces constituída por dos hebras de caña retorcidas sobre sí mismas y que forman gruesos cordeles, lo que ha hecho que se diese el nombre de *twists* á las esteras de este modo fabricadas. Añadiremos que, además del telar vertical, se emplea el horizontal para tejer las esteras denominadas *damask*.

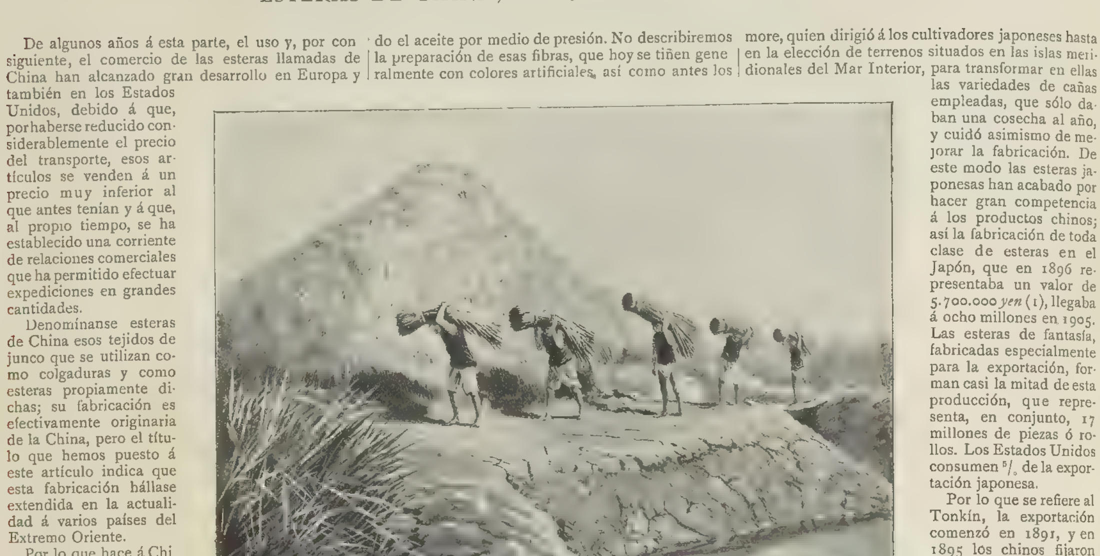


Fig. 1. – Recolección de las cañas que se emplean en la fabricación de esteras



Fig 2. – Operación de escoger y hender las cañas

Los japoneses se asimilaron rápidamente los procedimientos más perfeccionados de la fabricación china, habiéndoles ayudado poderosamente el representante de una gran casa de exportación de Baltimore, quien dirigió á los cultivadores japoneses hasta en la elección de terrenos situados en las islas meridionales del Mar Interior, para transformar en ellas las variedades de cañas empleadas, que sólo daban una cosecha al año, y cuidó asimismo de mejorar la fabricación. De este modo las esteras japonesas han acabado por hacer gran competencia á los productos chinos; así la fabricación de toda clase de esteras en el Japón, que en 1896 representaba un valor de 5.700.000 *yen* (1), llegaba á ocho millones en 1905. Las esteras de fantasía, fabricadas especialmente para la exportación, forman casi la mitad de esta producción, que representa, en conjunto, 17 millones de piezas ó rollos. Los Estados Unidos consumen 5/6 de la exportación japonesa.

Por lo que se refiere al Tonkín, la exportación comenzó en 1891, y en 1895 los chinos fijaron más especialmente su atención en aquel país para instalar en él fábricas, á consecuencia de una sequía que había causado muchos daños á los cañaverales cantoneses y obligado á recurrir á la importación de fibras de origen tonkinés. La primera materia empleada en el Tonkín procede de los *Cyperus* llamados de esteras, acerca de los cuales un subinspector de la agricultura indígena, Buy Quang Chieu, ha dado pormenores muy interesantes en el excelente *Bulletin Economique* publicado por la Dirección de Agricultura de la Indo China. Esos juncos para esteras tienen tallos de 1'80 metros como mínimo y que alcanzan á menudo una longitud de 2'70, lo que permite tejer esteras de gran anchura. Cultívanse las cañas en la región de Kimson, en donde el colmateo natural no ha desalojado todavía las aguas saladas. Los terrenos propicios á este cultivo son las playas fangosas, cuando su suelo se ha fijado y consolidado lo suficiente para que se pueda circular por ellas sin hundirse más de 15 ó 20 centímetros. Después de cavada la tierra se plantan en ella los juncos y se les deja crecer libremente durante un año. Los primeros tallos sólo sirven para cubrir las casas, pero los de la segunda cosecha son ya buenos para las esteras; se les siega al ras del suelo con una pequeña hoz, se atan sus extremos superiores y se les sacude á fin de que caigan los tallos cortos y las hierbas que pudieran haber sido cortadas al mismo tiempo que el resto. Una plantación de éstas sólo da cinco ó seis cosechas, pues el *cyperus* favorece el colmateo que hace impropio para este cultivo los terrenos, los cuales se destinan entonces á arrozales.

Después de almacenados, el obrero coge cinco ó seis tallos, los coloca entre sus dedos y con un cu-

(1) Una yarda equivale á 91 centímetros.

(1) El *yen* de oro equivale á 5'17 francos; el de plata, á 2'58.

chillo ordinario hiende en dos su extremidad (fig. 2); luego introduce en las hendeduras su índice provisto de un pedazo de espata de palmera muy seca y continúa la sección empezada dividiendo el tallo en dos partes casi iguales. Los tallos de calidad superior se dividen en tres porciones, de las que se tira la interior, que es naturalmente la menos flexible; con las otras dos se fabrican las esteras más finas y blancas. Las tiras así preparadas se secan exponiéndolas tres veces al sol, operación durante la cual son objeto de los mayores cuidados. Después se procede á una selección tejiéndose sin apresto solamente las que no tienen ninguna mancha; las otras se tiñen de varios colores, según las necesidades de la fabricación. Las tinturas que se emplean son colores artificiales procedentes en gran parte de fábricas alemanas, excepto el color encarnado, que se obtiene generalmente cociendo ciertas cortezas. Antes de ser teñidas, las tiras permanecen un día sumergidas en agua dulce.


Fig. 3 - Taller en donde se fabrican las esteras

El tejido propiamente dicho se efectúa de una manera primitiva, pero curiosa. El telar, que es de tipo vertical (fig. 3), tiene dos montantes de madera unidos en sus partes superior é inferior por travesaños con agujeros por donde pasan los hilos de urdimbre. Estos son en número de 69 como máximo y están formados de cordeles casi siempre de yute y muy largos, que se hacen deslizar en el travesaño superior á medida que el tejido avanza y que el tejedor ha colocado los tallos que forman la trama en la parte de la urdimbre que está á su alcance. Se necesita naturalmente una lanzadera para pasar los hilos ó tiras de junco de trama y un peine para apretar estos hilos unos contra otros después de enlazados con los hilos de urdimbre.

El trabajo del tejido lo realizan dos operarios, y ocioso nos parece decir que este procedimiento primitivo resulta muy lento. La labor diaria de un telar es de ocho á nueve metros.

También se teje en telares horizontales casi en las mismas condiciones que en los verticales.

Esta industria, curiosísima por los procedimientos que en ella se emplean, es de muy reducidos gastos de producción, gracias á la baratura de la mano de obra.

El día en que ésta se encarezca será preciso variar el sistema de fabricación, haciéndolo más rápido.

La exportación de esteras del Tonkín representa un valor anual de dos millones y medio de francos.

Daniel Bellet.



El Escorial.—Incendio del Real Colegio de Estudios superiores, de los PP. Agustinos
Trabajos de extinción en una de las naves del Colegio. (De fotografía de Asenjo.)

EL ESCORIAL

INCENDIO DEL REAL COLEGIO DE ESTUDIOS SUPERIORES

Un incendio casual que se produjo en la tarde del 10 de los corrientes ha destruido una parte de la Universidad que con la denominación de Real Colegio de Estudios superiores de María Cristina, sostienen los Padres Agustinos en el Escorial.

Las primeras noticias que del siniestro se recibieron fueron verdaderamente alarmantes, por el temor de que el fuego destruyera el famoso monasterio y los tesoros artísticos é históricos en él contenidos; afortunadamente pudo el incendio ser atajado y dominado á tiempo sin que aquél sufriese el menor daño, habiendo las llamas consumido únicamente un ángulo del pabellón en donde el Real Colegio está instalado.

A la circunstancia de ser de hierro el entramado del primer piso se debió que no ardiese toda la Universidad.

Las pérdidas materiales se calculan en unas 150.000 pesetas.

A la extinción del incendio, que terminó á las tres horas de haberse éste iniciado, contribuyeron los alumnos del colegio, los de la Escuela de Ingenieros de Minas, los religiosos, las autoridades, fuerzas de ingenieros y carabineros, los bomberos del Real Patrimonio, la Cruz Roja, el personal de la fábrica de Matías López y el pueblo en masa, todos los cuales trabajaron heroicamente y evitaron que el incendio adquiriese las proporciones de una catástrofe nacional

El Real Colegio de Estudios superiores fué fundado en 1893 por iniciativa de la reina D.ª María Cristina. El edificio en que se halla establecido pertenece al Real Patrimonio y es un pabellón independiente que antiguamente se llamaba «La Compañía» y en el que se almacenaban las provisiones para el monasterio.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 1.° de marzo de 1909 — Núm. 1.418

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA FRANCESA



EL RETRATO AUTÉNTICO DE MARÍA LECZINSKA, pintado por Nattier

Este cuadro, sucio y lleno de polvo, figuraba en el salón del director del colegio Hoche, de Versalles, y se tenía por una copia del notable retrato de la esposa de Luis XV pintado por Nattier. Recientemente, el Sr. Peraté, conservador-adjunto del Museo de Versalles, examinó con detención ese lienzo, y admirado de su belleza, propuso un cambio, que fué aceptado; y habiendo procedido luego á limpiarlo, aparecieron distintamente la firma del célebre pintor y la fecha de 1748. No cabía, pues, la menor duda; aquella obra era el original del retrato famoso de la reina María Leczinska. Este cuadro había sido valorado, en el inventario de 1836, en doscientos francos; ahora, conocida su autenticidad, no vale menos de 200.000. La restauración del mismo ha sido habilísimamente hecha y en la actualidad puede admirarse tan hermosa obra en una de las salas del piso bajo del palacio, en donde estuvieron, en otro tiempo, las habitaciones de la reina y en donde probablemente fué pintado.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por más que los noveleros, que no hay pocos fuera de la comedia de Rostand, pretendan rodear de aureola de misterio la muerte de Cátulo Méndez (Mendes es corrupción de un apellido español), el suceso ha sido sencillamente fortuito. Iba dormido; despierto de pronto, no calculó bien un movimiento que sin duda había realizado mil veces, y al saltar del tren cayó bajo sus ruedas. Que no se puede pensar en suicidio lo demuestra la posición del cuerpo. El suicida se coloca de otro modo. Léanse los suicidios novelescos del banquero en *L'Evangeliste*, de Daudet, y de Ana Karénine en la maravillosa obra de Tolstoy. Léanse, si las fuentes de la ficción no satisfacen, los sueltos de la prensa. Se verá la diferencia entre el que se tiende de propósito sobre los rieles y el que por casualidad es lanzado á la vía.

En cuanto á la hipótesis de que «una banda» ó gavilla de literatos se uniese para despachar á Méndez..., eso ya entra de lleno en los dominios del buen Sherlock Holmes, si no llega á los del simpático Rocambole. ¡Literatos en gavilla! No diré yo que, dada la retribución que las letras obtienen, sea el caso inverosímil; pero si llegasen los literatos á organizarse como diz que lo están los *apaches*, yo supongo que emprenderían algo más fructífero que la muerte de Méndez, que tenía muchos años y no tanta gloria que ofuscase á nadie.

Cátulo Méndez ha sido, en efecto, de esos artistas —no le regateemos el título—de quienes no es fácil decir á boca llena que han obtenido verdadera gloria y señalado con un rastro luminoso su paso por la tierra... Faltóle, para lograrlo, un pelo... Quizás fuese más exacto asegurar que en vez de faltarle ese pelo, le sobraban las enmarañadas cabelleras de sus heroínas, monstruosas, antinaturales, fabricadas de alquimia y sin un soplo de humanidad. Ha sido Méndez acaso el ejemplar más característico de ese tipo literario que se ha producido tanto en Francia en estos últimos tiempos: el escritor con ingenio, con maña, con verdaderas aptitudes, poeta, estilista, que estraga dones y disposiciones extraordinarias, trabajando, no para el arte—aunque afecte forma artística su producción,—sino para el público de un momento, y para un público especial, dañado y pervertido; y dentro de ese momento mismo, dirigiéndose á instintos bajos, que nadie confiesa; para un éxito obscuro, ambiguo, reprobado, ó, como dicen en Francia, *louche;* para una clase de inmoralidad fría, peculiar de los gastados, de los que ya, por no poder ser nada, no pueden ser ni inmorales. Tal es la suerte de los que en vez de despertarse pensando en sí mismos, en las formas de arte que sienten y aman, se despiertan (y acaso no han dormido) discurriendo de qué ignotas regiones traerán la pimienta y la mostaza que más sutilmente estimulen los paladares fatigados y botos.

Oyendo la admirable *Manón* que cantan la Storchio y Anselmi—una *Manón* que será imposible volver á escuchar en el Real si tiene otros intérpretes menos divinos,—pensaba yo en la novela del abate Prevost, en *Manón Lescaut* y en la literatura resbaladiza. Nadie podrá negar que sea escabrosa *Manón Lescaut;* y sin embargo, ¡qué fuente de emoción lírica, qué raudal de ternura existe en esa historia donde los personajes son mujeres de vida alegre y caballeros de industria, que hacen trampas en el juego! Siempre que un autor nos deje ver, bajo el héroe más ó menos despreciable que elija, al hombre, á la mujer, con sus sentimientos naturales, vigorosos, con sus penas y sus alegrías explicables, con su alma en que reconocemos algo de la nuestra, de la de los hombres y mujeres que nos rodean, el autor nos llevará por donde se le antoje: le pertenecemos. Pero si, como Méndez, nos presenta figuras nacidas en una fantasía que no se ha excitado sino á fuerza de cerebralismo, después del impulso de curiosidad vendrá infaliblemente el desvío y tedio.—Esto pasó con Cátulo Méndez. Tan activo, tan viejo verde, tan resuelto á vivir, estaba sobreviviéndose ya. Se hablaba de él por la privilegiada posición que ocupaba en la prensa parisiense y en el bulevar: no porque ningún verdadero interés artístico suscitasen las obras que pudiese producir ó que producía.

¡Y cuenta que no hubo camino que no recorriese! Fué poeta, autor dramático, crítico, novelista, cuentista, periodista; inundó de prosa los folletones, de libros las prensas. Había nacido en 1843, en Burdeos, y su origen era hebreo portugués, por lo tanto, ibérico, y no diremos español por no despertar suspicacias legítimas en nuestros vecinos de allende las Extremaduras.

En los comienzos de la carrera literaria de Méndez encontramos la protección, la sombra y la influencia de un escritor á mi ver insigne, y que, para no ser borrado de la memoria de los historiadores literarios, tendría, á falta de otros claros merecimientos, el de haber sido jefe de una escuela estética, la del arte por el arte, cuyos dogmas siempre hallarán creyentes y cuyas teorías formuló con precisión y fuego el escritor á que me refiero y en quien todos reconocerán á Teófilo Gautier. Imitador y discípulo del gran Teo, Méndez se casó con su hija, mujer notable por muchos estilos, y con la cual por lo visto no se llevó bien el entonces joven bordelés, puesto que acabó divorciándose de ella. Verdad es que lo mismo le sucedió con su segunda esposa: en estos momentos pleiteaban para separarse. Cátulo Méndez tenía una cualidad aparentemente preciosa y en realidad funesta. Poseía hasta un grado increíble el don de asimilación, no para recoger en su santuario lo que luego cociese en su hornillo, sino como mera habilidad en reproducir estilos y formas: algo de lo que distingue á los japoneses y en general á los asiáticos. Su literatura—sea ó no castiza la palabreja—estaba *truquée*. La destreza mataba la espontaneidad.

Méndez imitó, unos tras otros, á los más ilustres de su tiempo. Supo ser la sombra de Víctor Hugo, Gautier, Baudelaire, Enrique Heine, Teófilo Gautier, Flaubert... El resultado fué lógico. Ni una partícula de la inmortalidad de estos ilustres nombres le salvará del olvido.

Dos entusiasmos, dos predilecciones, rompen, sin embargo, el equilibrio de una naturaleza cuyo signo característico parece ser el más femenil, la sumisión. Méndez fué sinceramente fanático de Víctor Hugo y de Ricardo Wágner. Consuela encontrar este oasis de sinceridad y de individualismo en la vida de un hombre tan fácil en adaptarse á todo, con flexibilidad de cortesana.

Su campaña en pro de Wágner fué ilustrada y útil, y la realizó cuando en Francia se exteriorizaba la hostilidad hacia el semidiós, con manifestaciones de un *chauvinisme* de mal gusto. Nadie me gana en convicción patriótica, pero creo que existen unos cuantos nombres que sin dejar de pertenecer á su patria, pertenecen en primer término á toda la humanidad capaz de sentir la belleza. Profundamente alemán era Wágner: su genio le ha hecho universal. Por eso, no encontrándome dispuesta á simpatizar con Cátulo Méndez, y esto no desde *La Vierge d'Avila*, sino desde hace bastantes años, de lo cual hay testimonios en mis escritos, no puedo menos de aplaudir su campaña wagneriana, en la cual vino á darle la razón el tiempo. Más discutible—aunque siempre admirable—es su otro ídolo, Víctor Hugo. No queriendo entrar en la vida privada de Cátulo Méndez, ni recoger lo que no se han mordido la lengua para decir sus cofrades, hablaré sólo de sus obras, de su labor realmente enorme, desparramada en libros y periódicos.

Si afiliamos á Méndez en una escuela literaria, será la de los parnasianos, que procede directamente de Gautier. Hay en esta escuela un elemento de lo que podríamos llamar honradez estética: el esmero de la forma, el cuidado exquisito en la perfección de la rima. Los versos de Cátulo Méndez son impecables. Sin embargo, no se le pone al lado ni de Hugo, Vigny y Gautier, ni de Heredia, Leconte de Lisle y Baudelaire.

Entre las corrientes poéticas que siguió Cátulo Méndez, hay que contar la del renacimiento arcaico, que hoy empieza á percibirse entre los poetas jóvenes españoles y en Francia procede del romanticismo y de los parnasianos. Teodoro de Banville formuló las leyes de este renacimiento, y Méndez lo practicó estudiando á los poetas primitivos é imitándoles en baladas, rondeles, villanelas (serranillas, diríamos aquí) y otras formas de la antigua menestralía. Muchos tomos componen la obra poética de Méndez, de la cual puede decirse con justicia que encierra bellas páginas, pero de la cual habría que afirmar que obedeció á influencias múltiples y acaso nunca á esa pujante vehemencia del poeta lírico verdadero, que expresa su propio ser.

Si en la poesía lírica y aun en los *«gritos del combate»* patrióticos no logró Méndez destacar una personalidad indiscutible, menos afortunado fué todavía en el teatro. Ninguna de sus obras dramáticas ha impuesto al público su nombre, no diré como el de Dumas hijo ó Rostand, ni aun como el de Lavedán ó Francisco de Curel. Como toda la producción de Méndez, su teatro fué algo trabajado, pensado, literario, pero que carece de sello peculiar. Claro es que sus estrenos armaron ruido en París; que se comentaron á saciedad, como todo lo nuevo y de autor tan conocido; pero la impresión profunda que producen las obras fuertes no se grabó en la mente del espectador, ni se impuso á la crítica. No tan hábil como Sardou para el manejo de los muñecos escénicos y el oficio de la carpintería dramática; no tan poeta como un Rostand, le faltó siempre el consabido pelo, ó le sobró cuquería, intención, artificio. Era demasiado literato para Sardou y demasiado flexible é imitador para Rostand. La única vez que un drama de Cátulo Méndez pudo interesarnos aquí, donde el bulevar no influye tanto como parece, fué aquella en que se atrevió á Santa Teresa de Jesús. Los teresianos fervientes y sencillos se escandalizaron; y otros teresianos más duchos en batallas de letras, otros teresianos que habíamos seguido á Méndez sin ansiedad ninguna, pero con algo de curiosidad, dado lo típico y ejemplar del caso, nos limitamos á sentir un desprecio que toda la tolerancia del mundo no podría evitar. En efecto, el desprecio aquí tomaba forma crítica, y cuando son nuestras facultades críticas las que entran en juego, no hay manera de modificar el sentir que han determinado. No se trataba de que supusiésemos en Cátulo Méndez posibilidad de cierto orden de respetos á la figura de la Santa, pero teníamos derecho á exigir una delicada intuición histórica, una España real, y no de litografía en colores del año 1820, como fondo de las concepciones de la fantasía; y queríamos, al menos, una Santa Teresa —personaje tan claro, tan conocido, tan fácil de estudiar para el caso de escribir un drama—que no nos hiciese el efecto de cierto régulo celtíbero que acabamos de ver en la ópera *Hesperia*, recientemente estrenada en el Real, y que habla—me refiero al caudillo—de pintadas mariposas y rosas y rocío y no sé cuántas cosas más, muy bonitas para un madrigal de Meléndez Valdés... En fin, no quiero extenderme sobre *La Vierge d'Avila*, no sólo porque no cabe aquí, sino porque creo que la opinión ha hecho justicia, lo mismo que si la opinión fuese también teresiana...

Las novelas de Cátulo Méndez, aunque combinadas con todo el cuidado imaginable, á fin de captar la atención y quintaesenciar el erotismo, no han conseguido—satisfecha la curiosidad y reconocida la maestría del estilo, intensificado á lo Gautier—que su autor figure entre los novelistas grandes y provocadores de corrientes nuevas. Stendhal, autor sin estilo, estaba seguro de la inmortalidad, que no obtendrá Méndez con todas sus cinceladuras. Ni *El rey Virgen*, ni *Zo'Har*, ni *Mefistofela*, figuran en el estante donde campean *Madama Bovary*, *Salambó* y *Germinal;* ni aun en el que sustenta á *Mademoiselle de Maupin*, obra equívoca y licenciosa, pero fresca y espontánea en su creación. No basta buscar asuntos tan bíblicamente horribles como el de *Zo'Har*, no basta la perversión, no basta el talento al servicio de todo ello; no basta el arte, no basta nada, cuando falta una cualidad, un don, una potencia especial, que no se adquiere ni entregando el cerebro á las irritantes influencias de la actualidad en los centros parisienses, ni poniendo en prensa la imaginación para sorprender y apoderarse de los lectores.

¿Dónde reside este misterioso secreto de ser alguien? (Alguien en lo venidero, alguien para la posteridad.) ¿Dónde? ¿Acaso—lo emito como hipótesis solamente,—acaso en el carácter? ¿En la sinceridad, en la lealtad de la obra? ¿En el sueño de la inmortalidad, preferida al éxito inmediato?

No lo sé. Lo cierto es que Méndez, trabajador incansable como el abate Prevost, no deja una *Manón* que conserve su memoria.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



– Bautista, debo tener, no sé dónde, algunos billetes de esa lotería

¡EL PREMIO GORDO!

CUENTO DE UGY MARIO. DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ (1)

«¡La lista grande! ¡Diez céntimos la lista con todos los premios de la Lotería de los Inundados! ¡El premio gordo de un millón! ¡Quién quiere la lista grande!»

Al oir aquel pregón, lanzado por una voz sonora que dominaba el tumulto de la calle, el vizconde de Verneuil, sin dejar la navaja con que rasuraba su rostro de disipado incorregible, dijo á su ayuda de cámara que cerca de él estaba:

—Bautista, debo tener, no sé dónde, algunos billetes de esa lotería. ¿Sabes dónde los habré metido?

—El señor vizconde los puso en un jarro de porcelana del saloncito.

—Pues compra la lista y mira si me ha tocado algo; al fin y al cabo, ¿por qué no ha de tocarme á mí mejor que á otro? Verdad es que nunca me ha favorecido la suerte, pero bien pudiera ser que un día se decidiera á sonreirme.

—Así lo deseo por el señor vizconde.

—Deséalo también por ti, Bautista, porque te gratificaré espléndidamente.

—El señor vizconde es demasiado bueno y su excesiva bondad le pierde.

* * *

Acaso era la bondad lo que perdía el señor de Verneuil; pero más seguramente le perdía su carácter débil.

Huérfano desde muy niño, en cuanto fué mayor de edad entró en posesión de una gran fortuna que él se creyó en el deber de gastarse alegremente.

Aficionado al lujo, al juego, á los deportes, á las mujeres, á los viajes, en una palabra, al placer bajo todas sus formas, en pocos años derrochó su patrimonio, y al presente no le quedaba más que una docena de miles de francos de renta; esto no obstante, continuaba viviendo casi con el mismo fausto de siempre y corría ciegamente á su total ruina.

—¡Bah!, se decía cuando pensaba en su difícil situación. Sólo una vez se vive, y el día en que no tenga de qué echar mano, ya veremos lo que se hace.

—Amigo mío, habíale dicho en una ocasión su notario, no tiene usted más que una tabla de salvación...

—Sí, ya sé, lo que usted llama «volver á dorar el blasón,» es decir, un matrimonio de conveniencia.

—Exactamente; veo que me ha comprendido.

—Le he comprendido y rechazo el pensamiento, pues jamás consentiré en prestar mi nombre á una... especulación. Por otra parte, la «heredera» que pudiera usted ofrecerme tal vez tendría alguna tacha.

—¡Oh!

—Sé lo que digo... y no me refiero al honor, porque conozco á usted demasiado para suponerle capaz de tal felonía..., sino á otras cosas.

—No, mi «heredera,» como usted dice, es una maravilla.

—¿Bonita?

—Mucho.

—¿Joven?

—Veinte años, instruída, bien educada, graciosa, adorable y por añadidura huérfana.

—El «mirlo blanco,» en una palabra.

—Esto precisamente.

—Pues guárdese usted esa *rara avis*, mi querido amigo, ya que ni mi jaula es bastante dorada para albergarla, ni mi ramaje bastante vigoroso para seducirla.

—El nombre ilustre de usted es un prestigio, y usted personalmente es, yo lo afirmo, un mozo arrogante y encantador. A mi protegida le agrada usted, y si yo la nombase...

—¿La conozco?

—La ve usted con frecuencia en mi casa.

—¡Clara! Digo, dispense usted, ¡la señorita Clara! ¡Ah, Sr. Bringuier! Por favor, no hablemos más de su pupila... He conservado una sombra de los sentimientos caballerescos de mis antepasados..., y á ella, á Clara, en particular, no quisiera deberle nada de mi lujo... Además, prefiero permanecer libre durante toda mi vida.

—¡Testarudo!, murmuró el notario retirándose.

De manera que el Sr. de Verneuil era todavía libre y el desgraciado usaba... y aun abusaba de su libertad. Dentro de unos años, quizás dentro de unos meses, nada le quedaría de la cuantiosa herencia de sus padres.

Volvió Bautista y con aire cariacontecido comunicó á su amo que nada le había tocado en la lotería.

—Tanto peor; pero, por Dios, no pongas esa cara angustiada. Hemos vivido hasta ahora sin el premio gordo, y sin él seguiremos viviendo.

Una noche, mientras el vizconde terminaba tranquilamente su comida, presentósele el ayuda de cámara.

—No te he llamado, Bautista, díjole el vizconde al verle.

—Ya lo sé, señorito; pero he venido porque he de pedirle un favor.

—¡Un favor! Veamos de qué se trata.

—Tengo sesenta años, he encanecido en el servicio de su padre y en el de usted, me faltan las fuerzas para ciertos trabajos de la casa y además el peso de los años es bastante por sí solo para imponerme el descanso. Allí, en mi Normandía, de la que tanto me acuerdo, poseo alguna cosita junto al castillo de su familia de usted, ese castillo que á usted pertenece, y quisiera que el señor vizconde me permitiese ir á acabar mis días en mi tierra:

—¡No es posible, Bautista! Conoces mi situación, mis apuros, ¿y quieres abandonarme cuando estoy solo, enteramente solo?

—Ya he dicho al señor vizconde que necesito descanso, respondió Bautista haciendo un esfuerzo... Si el señor vizconde estuviese enfermo, yo volvería para cuidarle. Además, no dejo al señor vizconde solo, puesto que mi sobrino Juan ocupará mi puesto, y el señor vizconde puede contar desde hoy con su fidelidad, como ha contado siempre con la mía...

El Sr. de Verneuil dejó partir á su criado con profunda pena, que supo, sin embargo, dominar.

Juan se amoldó pronto á las costumbres de su nuevo amo, y en la vida del alegre disipado no hubo cambio alguno.

* * *

Seis meses después, Bautista recibió la siguiente carta:

«Querido tío, se acabó; el señorito está enteramente arruinado... Estos últimos días hemos vendido á un aficionado los cuadros, los muebles antiguos, las viejas porcelanas, y desde anteayer el señor vizconde no ha salido de casa. Hoy ha pasado parte de la mañana en larga conferencia con el notario. Van á poner en venta el castillo; usted tan fiel á la familia de nuestros amos, presenciará tan triste suceso y verá los carteles amarillos en la hermosa mansión.

»Acuda usted en nuestra ayuda; mis fuerzas están agotadas; día y noche espío al señor vizconde y le escondo las armas, pues temo que ocurra una desgracia.

»Le abraza y le espera su sobrino

JUAN.»

Bautista no contestó á esta carta, y así transcurrieron quince días.

* * *

Hundido en una butaca del salón casi vacío, el vizconde meditaba. Era en abril; de día el sol calen-

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

taba, pero las noches eran frescas... El Sr. de Verneuil contemplaba vagamente la llama rosa y azul de una estufa de gas que ardía en la alta chimenea de mármol, y pensaba en la muerte, en el término de su suplicio.

En la alegre y movediza claridad del hogar, veía á sus antepasados que le echaban en cara su conducta y á su linda madre, muerta en edad juvenil, y veía también á la encantadora pupila del Sr. Bringuier, la bella huérfana que sin vacilar le habría concedido su mano. El mismo día antes el notario le había asegurado que, á pesar de todo, consentiría en ser su esposa.

Y sin embargo, él había persistido en su negativa, por orgullo, bien lo comprendía, por ese orgullo que había sido causa de su ruina y de su desgracia y que iba á serlo también de su muerte, porque era preciso morir.

No tenía armas á su disposición, pues Juan las había escondido todas.

«¡Ah, el tubo del gas!,» pensó el vizconde, y cogiéndolo para poner en obra su propósito, murmuró: «He aquí el remedio supremo.»

. . . .

—Buenos días, señorito.

Al oir aquella voz fuerte y alegre que vibró en el silencio, el vizconde volvió la cabeza.

Bautista estaba en la puerta del salón.

—¡Pobre Bautista! ¿Por qué has venido?

—Para salvarle á usted de sí mismo, señor vizconde. Ya le dije á usted que tenía en mi país una casita y unos pedazos de tierra; pues bien, mientras busca usted el modo de salir de su situación difícil, ¿quiere usted dispensarme el honor de aceptar la hospitalidad de mi humilde vivienda?

—¿Que si acepto? ¡Con toda mi alma, Bautista! Tu lealtad me conmueve y tu ofrecimiento es mi único refugio.

* * *

Al día siguiente, el Sr. de Verneuil, acompañado de Juan y de Bautista, se apeaba en la estación de su aldea natal, una linda aldea bañada por el sol de la fértil Normandía. Un magnífico automóvil esperaba á los viajeros.

—¡Diantre!, exclamó el vizconde. ¿Desde cuándo tienes automóvil, Bautista?

—No es mío, señor vizconde; pero su dueño lo ha puesto á la disposición de usted.

En pocos minutos llegaron al castillo, cuya verja se abrió como automáticamente, y el auto, describiendo una curva rápida y graciosa, se detuvo al pie de la escalinata.

—¿Dónde me traes, Bautista? Advierte que no quiero ver á las personas que han comprado *mi* castillo; no las conozco y...

—No diga usted nada y venga conmigo.

Paternalmente cogió Bautista el brazo de su amo y le condujo al salón.

De pie en medio de la vasta estancia, el joven lanzó un grito de doloroso éxtasis; los viejos muebles estaban todos en su sitio; no se notaba allí ningún cambio.

El sol penetraba libremente por las altas ventanas abiertas, iluminando los más apartados rincones, y la brisa traía los exquisitos perfumes del jardín. Todo respiraba alegría.

—Vámonos, dijo el Sr. de Verneuil; la vista de todo esto me hace daño.



Estudio para el cuadro «El sermón de la montaña,» original de Eduardo de Gebhardt

—¿Por qué ha de irse? El señor vizconde está en su casa.

—No te chancees, Bautista; bien sabes que el castillo se vendió.

—Pero lo compró usted.

—¿Yo?

—Sí, usted. El señor vizconde había sacado el premio gordo de la Lotería de los Inundados, y yo, con la complicidad del señor notario, cobré el billete como si fuera mío, lo que pude hacer sin la menor dificultad.

—¿Y esos antiguos muebles que yo creía haber vendido y que ahora encuentro en su puesto?

—El comprador obraba de acuerdo con nosotros.

—Por qué no me dijiste antes todo esto?

—Porque pensé que si decía al señor vizconde que volvía á ser rico, disiparía esa nueva fortuna como había disipado la otra.

—¡Qué bien hiciste, mi fiel Bautista! ¿Cómo podré agradecértelo?

—Aprovechando la dura lección que le ha dado el destino, convirtiéndose en hidalgo campesino, quedándose aquí, á la sombra de esas viejas paredes, en compañía de la señora vizcondesa.

—Te juro que así lo haré., pero falta la vizcondesa...

—No creo que tarde en estar aquí, porque allá abajo distingo una nube de polvo...

Y al decir esto, señalaba Bautista á lo lejos la línea blanca de la carretera.

Momentos después, llegaba al castillo el auto del Sr. Bringuier... Un velo de color claro flotaba en él agitado por el aire.

El notario llevaba sin escrúpulos y en pleno día á su pupila al castillo de Verneuil.

El vizconde, al ver que se acercaba aquella graciosa figura, experimentó una sensación de alegría inefable, y arrojándose en brazos de Bautista exclamó:

—¡Oh, mi bueno y leal Bautista! No es sólo el millón el premio gordo que me ha tocado; tu corazón vale para mí mucho más...

—No, señor vizconde; el premio gordo no es el dinero ni mi corazón; es el amor que viene á usted. Acéptelo, que bien lo ha ganado.

BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN PELÁEZ

La última vez que contemplar pudimos, y de esto hace ya dos años, la labor artística del asturiano Peláez, salimos del Salón convencidos de que el estudio y el tiempo irían fijando poco á poco su personalidad. Allí había muchas promesas; en la Exposición de ahora demuestra que comienza á cumplir lo que prometió, y que el atento estudio de la naturaleza ha enriquecido de variados matices su paleta.

De entre los cuadros de figura entresacamos dos, *La abuela* y *Soled*, de plácida tranquilidad, de ideal naturalismo el primero, lleno de poesía el segundo.

En los paisajes Peláez se muestra en la plenitud de su talento: hay en ellos frescura, ambiente, vida. Se admira *La encañada* y el alma se va tras *Una calle en Asturias*, hermosísimo cuadro rico en detalles y en color, la *Ribera del Berbes* y *Una puerta en Toledo*.

Juan Peláez es un artista joven aún, que sabe ver y copiar, embelleciéndolo, lo que admira, y como en su paleta hay mucha luz y tiene muchos deseos de estudiar en el inmenso libro de la naturaleza, este artista ocupará pronto un distinguido lugar entre los que con sus telas honran el nombre de España.—R. Monner Sans.

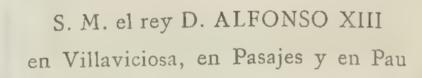


Jesucristo arrojando del templo á los mercaderes, cuadro de Eduardo de Gebhardt



Una calle en Asturias.—Ribera de Berbes (Vigo).—La abuela.—Soleá.—La encañada.—Una puerta en Toledo

(De fotografías de Witcomb.)



S. M. el rey D. ALFONSO XIII en Villaviciosa, en Pasajes y en Pau



Pasajes.—S. M. el rey D. Alfonso XIII examinando el balandro «Hispania» de su propiedad que actualmente se construye en el astillero de Karrpard
(De fotografía de Frederic.)



Los dos soberanos más jóvenes de Europa
El rey Alfonso XIII de España y el rey Manuel II de Portugal en Villaviciosa. (De fotografía de World's Graphic Press.)

En pocos días ha realizado S. M. el rey D. Alfonso XIII excursiones á Villaviciosa, á San Sebastián y á Pau; la primera para saludar al rey Manuel II de Portugal, á quien le unen lazos de íntimo afecto; la segunda con objeto de ver el balandro *Hispania* que para él se construye en el astillero Karrpard, de Pasajes, y la tercera con objeto de presenciar las pruebas del aeroplano de Wilburg Wright.

Salió el rey de Madrid en la tarde del 11 de febrero último y llegó á Elvás en la mañana del día siguiente, siendo saludado por las autoridades portuguesas; y después de haber revistado las tropas formadas en la estación, dirigióse en automóvil á Villaviciosa, adonde llegó al mediodía. Allí fué recibido por S. M. el rey D. Manuel II, que le abrazó efusivamente, por la reina madre doña Amelia y por las autoridades. Terminados los saludos, las augustas personas entraron en el palacio y pasaron al comedor, en donde les fué servido un espléndido almuerzo, al que asistieron los ministros portugueses de Obras Públicas y de Negocios Extranjeros y el embajador español conde de San Luis. Por la tarde, los dos monarcas estuvieron cazando en los bosques de Villaviciosa y lo propio hicieron al día siguiente. D. Alfonso regresó á Madrid en la mañana del 14, muy complacido de su visita á la familia real portuguesa, visita que ha dado lugar á no pocos comentarios por atribuírsele una significación política y diplomática que oficialmente niegan los gobiernos de las dos naciones.

Pocos días después, D. Alfonso XIII marchó á San Sebastián, visitando el astillero Karrpard, de Pasajes, en donde se está construyendo el balandro de su propiedad *Hispania* con sujeción á los planos del distinguido ingeniero escocés Mr. W. Fifé. Tiene este barco 23'20 metros de eslora total, 15 de eslora en flotación, 4'12 de manga, 420 metros cuadrados de superficie de velamen y 40 toneladas de desplazamiento. El peso del lastre de plomo es de 18.500 kilogramos en una sola pieza; las armazones son de acero y de olmo americano y la entablación será de caoba, de 42 milímetros de espesor. Su cubierta será de pino Stamer del Canadá y en su interior habrá un comedor para seis personas, dos cámaras, tocador, cocina, camarote para el patrón y rancho para ocho tripulantes.

La altura del palo sobre cubierta será de unos 28 metros, y el velamen consistirá en una mayor, una escandalosa de 60 metros y tres foques.

S. M. quedó muy satisfecho de su examen del balandro, que estará terminado en la primera quincena de mayo.

Aquella misma tarde fué el rey á Biarritz y á Pau, y al día siguiente, en compañía del marqués de Viana y del Sr. Quiñones de León, dirigióse al aerodromo de Pont-Long, en donde le recibieron los hermanos Wright y el alcalde de Pau.

Un periódico parisiense refiere en los siguientes términos la prueba efectuada en presencia del joven monarca:

«El aeroplano *Wright* se hallaba dispuesto á partir, y Wilbur, á quien el soberano español alargó la mano, dió algunas rápidas explicaciones acerca del funcionamiento del aparato; instalándose luego en la barquilla y elevándose con gran facilidad, emprendió el vuelo. Eran entonces las nueve y veintisiete minutos de la mañana, y durante media hora el aeroplano maniobró con facilidad y docilidad maravillosas.

»En un instante y marchando á toda velocidad perdióse de vista, volviendo luego á cernerse sobre el cobertizo, subiendo y bajando con tal regularidad, que provocó los aplausos de los asistentes, iniciados por don Alfonso XIII.

»Durante la experiencia, el rey de España, sin perder de vista el aeroplano, estuvo departiendo amigablemente con Tissandier, de Lambert, Orville Wright y el capitán Gerardville.

»A este último, alumno piloto, delegado del ministro francés de la Guerra, le explicó los resultados que á su juicio se pueden obtener del aparato desde el punto de vista militar. Para D. Alfonso no ofrece duda que puede ser de grande utilidad en los reconocimientos.

—»Sé muy bien, agregó S. M., que los descontentos hablan de las *panas*. Creo que el mismo peligro



Pau.—Wilburg Wright y sus alumnos-pilotos. De izquierda á derecha: el capitán Lucas Gerardville, el conde de Lambert, Wilburg Wright y Pablo Tissandier
(De fotografía de M. Rol y C.ª)



S. M. el rey D. Alfonso XIII en el aeroplano de Wilburg Wright haciéndose explicar por éste los pormenores del mecanismo del aparato. (De fotografía de Trampus.)

se corre con un oficial de órdenes cuyo caballo pudo empezar á cojear en cualquier momento.

»Preguntó á Orville pormenores técnicos acerca del funcionamiento del mecanismo, y se hizo referir el accidente ocurrido en los Estados Unidos y en el cual su interlocutor se rompió una pierna y murió el teniente Selfridge.

»Orville dijo que los médicos le habían prohibido elevarse durante un año; pero que confía hallarse completamente restablecido dentro de algunas semanas, gracias á la benignidad del clima.

»O'Berg presentó al soberano las señoritas Catalina Wright y de Lassence, la señora Hart O'Berg y lord North Oilfe. El rey les acogió con su peculiar amabilidad y galantería, y conversó preferentemente con la señorita Wright.

»Manifestó su alegría por hallarse en Pau, é hizo una discreta alusión al pesar que sentía por no poder embarcarse en el aeroplano. La «razón de Estado» se lo impide.

—»Es el automóvil ideal, exclamó viendo acercarse el aparato de los Wright. Nada de tropezones ni guijarros.

»Después de presenciar algunas vueltas y maniobras, bellamente efectuadas, agregó:

—»No creía yo que fuera posible acercarse tanto al suelo y volverse á elevar con tal facilidad. Positivamente domina su aparato y hace de él lo que quiere. Pero, preguntó dirigiéndose á Orville, ¿no hay nunca sacudidas?

—»Casi nunca, contestó el interrogado.

—»El ruido del motor debe cansar, dijo el soberano.

—»No. Se acostumbra uno á él muy pronto.

»En aquel instante, semejante á un gran pájaro que se posa, el aeroplano tocó tierra. Entonces D. Alfonso dejó traslucir su admiración.

»Adelantóse hacia Wilburg Wright, le estrechó la mano largo rato y se sentó á su lado en la barquilla.

»Durante largo espacio abrumóle á preguntas acerca del funcionamiento de la máquina, de la marcha de las palancas, que hizo maniobrar, y del motor, etc.

»D. Alfonso manifestó que deseaba ver dirigir el aparato á uno de los pilotos, y defiriendo á su deseo, tomó asiento junto á Wright el conde de Lambert y comenzó el segundo vuelo.

—»¿Qué fuerza tiene el motor?, preguntó S. M.

—»Veinticuatro caballos, contestó Orville; pero con una ligera modificación puede ser de treinta.

—»¿Y cuál es su velocidad?

—»Cuarenta millas por hora, que pueden con facilidad elevarse á sesenta; pero no es necesario, porque este aeroplano sólo está destinado á la enseñanza de pilotos.»

Efectivamente, Wilburg Wright está enseñando á manejar su aparato al capitán Gerardville, al conde de Lambert y al conocido aeronauta Pablo Tissandier, los cuales han realizado ya varios ensayos con éxito enteramente satisfactorio, demostrando con ello cuán infundadamente los detractores de ese aeroplano presentaban como poco menos que insuperables las dificultades que había de ofrecer el manejo del mismo por otras personas que el inventor.—R.

S. M. el rey D. Alfonso XIII felicitando á Wilburg Wright después del vuelo efectuado por éste en su presencia (De fotografía «Rapid.»)

UNA MISIÓN CHINA EN PARÍS

El día 17 de febrero último llegó á París una misión que el gobierno chino ha enviado á Europa con objeto de estudiar la organización financiera y administrativa de los grandes Estados. La misión compónese de doce individuos, presididos por el comisario imperial Tang Chao-Yi y que se dividirán en grupos para realizar simultáneamente sus estudios en las capitales de Francia, Alemania, Austria, Italia y Bélgica.

La misión fué recibida en Calais por el primer secretario de la legación china en París, pues el ministro hallábase en Portugal, y por el cónsul de Francia en representación del gobierno francés. Los comisionados embarcaron en el vapor *Federico Guillermo*.

El día 20 el presidente de la República Sr. Fallieres recibió en audiencia solemne, en el palacio del Elíseo, á Tang Chao-Yi y á sus acompañantes, con quienes iba también el ministro de China en París S. E. Liu She-Shun.



París.—Una misión china enviada por el gobierno del Celeste Imperio para estudiar la organización financiera y administrativa de los grandes Estados europeos. S. E. Tang-Chao-Yi, comisario imperial (×), y el príncipe Tang-Tsai-Fu, primo del emperador (× ×) y primer secretario de la legación en París, á bordo del *Federico Guillermo*. (De fotografía de Carlos Delius.)

EL CARNAVAL EN NIZA



S. M. el Carnaval XXXVIII en forma de hombre-pájaro

El viaje de Cook alrededor del mundo (el Elefante)

Carroza que representa á los aeronautas de Issy-les-Moulineaux. En las ventanillas, Wilburg Wright y Enrique Farman

(De fotografías comunicadas por Carlos Delius.)

EL CARNAVAL EN NIZA



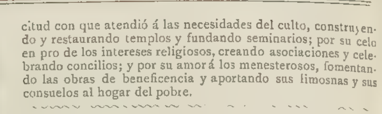
Una batalla de confetti en la plaza Massena



Carro que representa una granja

Paso de la cabalgata carnavalesca por la plaza Massena

(De fotografías comunicadas por C. Delius y M. Branger.)





Barcelona.—Laboratorio ictiogénico creado por la Junta Municipal de Ciencias Naturales é inaugurado el día 21 de los corrientes

BARCELONA.—EL LABORATORIO ICTIOGÉNICO

El domingo, 21 de febrero último, inauguróse este importante laboratorio, instalado en el Parque de esta ciudad, por iniciativa de la Junta Municipal de Ciencias Naturales que, en dos años de existencia, tanto ha hecho en pro de la cultura y de la utilidad pública de Barcelona. Al acto inaugural asistieron el alcalde accidental Sr. Bastardas, el teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso, los concejales Sres Nubiola, Mundi y Palau, los individuos de la citada junta Rdo. Dr. D. Norberto Font y Sagué y Sres. Darder, Mir y Navarro y Bofill, el ingeniero jefe agrónomo de la provincia Sr. Clarió y representantes del gobernador civil y de importantes entidades barcelonesas.

Los invitados recorrieron las distintas dependencias escuchando las interesantes explicaciones que acerca del funcionamiento de las mismas les dieron los Sres. Font y Sagué y Darder, director del Laboratorio, y felicitando calurosamente á la benemérita junta por la utilísima obra realizada.

El Laboratorio consta de varias secciones, entre ellas las de cipricultura, salmonicultura, anguilicultura y otras especiales de los Sres marqués de Aguilar, Rafael Brenosa, Mariano de la Paz Graells y Federico Cortada, todas perfectamente montadas y dotadas de los elementos necesarios para que respondan cumplidamente á su objeto.

La finalidad fundamental del Laboratorio es la producción de peces para poblar los ríos y lagos de Cataluña, criar los gérmenes de especies aquí desconocidas, estudiar mejor las que ya se conocen, contribuir al estudio de sus enfermedades epidémicas y procurar, en una palabra, que nuestras aguas sean fuente de riqueza, como lo es la tierra.

Con los medios que actualmente dispone podrán hacerse nacer anualmente algunos centenares de miles de huevos de especies indígenas y exóticas, criar algunos millones de gérmenes ya nacidos y producir de cuatro á cinco millones de peces de distintas clases que en diversas edades serán lanzados en aguas en donde puedan prosperar.

Estos datos demuestran la importancia del Laboratorio, por cuya creación merece los más entusiastas elogios la Junta Municipal de Ciencias Naturales.



S. Emma. el cardenal D. Ciriaco M.ª Sancha, primado de España, arzobispo de Toledo, fallecido en aquella capital en 25 de febrero último. (De fotografía.)

EL CARDENAL SANCHA

A la edad de setenta y cinco años ha fallecido el cardenal arzobispo de Toledo Dr. D. Ciriaco María Sancha, primado de España y una de las más grandes figuras de la iglesia española contemporánea. Nació en Quintana del Pidio (Burgos) en 1833, hizo con gran brillantez los estudios eclesiásticos, obtuvo una canongía en la Habana, y en 1875 fué nombrado obispo auxiliar de Madrid. Pasó luego á ocupar la silla episcopal de Avila y después la arzobispal de Santiago, regresando en 1866 á la corte como obispo de Madrid-Alcalá. En 1892 fué promovido al arzobispado de Valencia, en 1894 recibió el capelo cardenalicio y en 1897 sucedió al cardenal Monescillo en la silla primada de Toledo.

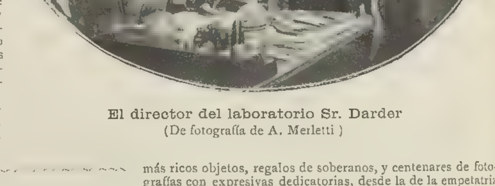
Dotado de grandes talentos y virtudes, su paso por todas las diócesis en que ejerció su alto ministerio señalóse por la solicitud con que atendió á las necesidades del culto, construyendo y restaurando templos y fundando seminarios; por su celo en pro de los intereses religiosos, creando asociaciones y celebrando concilios; y por su amor á los menesterosos, fomentando las obras de beneficencia y aportando sus limosnas y sus consuelos al hogar del pobre.

EL SR. PAOLI

Este personaje, que recientemente se ha jubilado en París, era el encargado de velar por la seguridad de los soberanos extranjeros mientras permanecían en Francia. La reina Victoria de Inglaterra habíalo, por decirlo así, descubierto en las temporadas en que residió en Cimiez y le había en cierto modo consagrado como «ángel guardián de los reyes.» Aquella reina considerábale más como un amigo que como un funcionario, y de la simpatía que le profesaba dióle elocuente prueba invitándole personalmente y fuera de toda etiqueta á las fiestas de su jubileo.

Su salón es un verdadero museo en el que se admiran los más ricos objetos, regalos de soberanos, y centenares de fotografías con expresivas dedicatorias, desde la de la emperatriz Isabel de Austria al grupo íntimo de los príncipes de Gales con sus hijos y al retrato de Alfonso XIII, firmado el mismo día en que el joven rey de España al poner por vez primera su pie en Francia y distinguiendo, al bajar del tren, al Sr. Paoli, le dijo: «Yo faltaba en vuestra colección. ¡Ya estoy aquí!»

El rey Eduardo, el rey Jorge de Grecia, el emperador y la emperatriz de Rusia, el rey Carlos y la reina Amelia de Portugal, el rey de Bélgica, la reina Guillermina de Holanda, el rey Oscar y el rey Gustavo de Suecia, el emperador de Austria; en una palabra, todos los soberanos de Europa, excepción hecha del Papa, de Guillermo II y del sultán de Turquía, aparecen en aquel museo al lado del bey de Túnez, del shah de Persia, del rey Sisowath y de otros muchos. Pero el sitio preferente está reservado á la familia real inglesa, sobre todo á la reina Victoria, cuyas estancias en Cimiez recuerdan innumerables instantáneos y acuarelas.



El director del laboratorio Sr. Darder (De fotografía de A. Merletti.)



M. Paoli, jefe de seguridad, encargado de velar por todos los soberanos extranjeros que visitaban Francia, que recientemente se ha jubilado. El grabado lo representa en el salón en donde guardaba los retratos de dichos soberanos, todos ellos con dedicatorias autógrafas. (De fotografía de M. Branger.)

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



—Nunca me hubiera atrevido á acercarme á usted

«Después de todo, somos hermanos—dijo encaminándose hacia una estación de ómnibus para regresar á su cuartel.—Lo que ocurre prueba que si la señorita Laroche me hubiese conocido primero á mí, yo hubiera sido el preferido. Edmundo tuvo la suerte de conocerla antes que yo, y nada más. Dicho está que iré el domingo... Luego veremos en qué para la cosa... Edmundo está lejos, y aún va á alejarse más... Una vez en América, allí se quedará; es la situación. Entonces, la plaza es libre y como además es excelente, á tomarla... ¡Lástima que yo sea soldado!..—concluyó amargamente.—En fin, poco importa... Si yo puedo entretener á Juana hasta mi licenciamiento..., ¿quién sabe?..»

A la mañana siguiente, cuando el toque de «cartero» resonó en el cuartel del Chateau-d'Eau, Luciano de Favreuse estaba allí y su nombre fué el primero que salió de los labios del cabo encargado de distribuir la correspondencia.

La carta que le entregaron, cerrada con cinco sellos de lacre encarnado, venía certificada y contenía un cheque de dos mil francos que su hermano le enviaba anunciándole su partida.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

«...En el momento de recibir esta carta, la última que te escribo desde Londres—le decía Edmundo,—me encontraré ya en Southampton con Mr. James y quizá á bordo del *King William*, el *steamboat* que debe transportarnos á América.

»¡Cuánto tiempo vamos á permanecer separados, mi querido Luciano! Porque tú te hallas ligado en Francia por tu servicio militar, que aún durará más de cuatro años, y yo no llevo, al marchar, sino una esperanza muy remota de regreso, puesto que debemos fundar en el Canadá una nueva casa de la cual seré director y me obligará, durante largos años, á una residencia continua.

»Hasta después de tu licenciamiento no podremos reunirnos, si, como espero, vienes á compartir conmigo mi fortuna.

»Te envío ese cheque de dos mil francos, que te constituirá en casa de los banqueros Barcilon Aubin y C.ª un crédito de que podrás hacer uso á medida de tus necesidades, y antes de que lo hayas agotado lo habré renovado yo, pues quiero que ese sacrificio que aceptaste por abnegación y por afecto hacia mí sea al menos dulcificado por mis cuidados...»

Después de haber leído esta carta, llena de afectuosa ternura, el miserable sólo dijo, metiéndose el cheque en la cartera:

—¡Buen viaje!

Luciano estaba completamente resuelto á seguir en la criminal aventura empezada. Su hermano partía con una remota esperanza de regreso.

«¡Sabe Dios si volverá!—pensó el voluntario.—Sería yo un tonto si dejase escapar una ganga como esta...»

No había más que un obstáculo: el servicio militar, aquellos cuatro años que faltaban para su liberación y que le pesaban como plomo.

«¡Bah!..—exclamó.—Después de todo, no es más que una cuestión de tiempo...»

La noticia del encuentro del que ella tomaba por Edmundo de Favreuse produjo una deliciosa emoción en el espíritu de Juana Laroche.

Esta interrogaba á Paulina con una impaciencia imposible de contener.

—Dime todo lo que te ha dicho..., preguntó con avidez. ¿Conque se encuentra en París?

—En el cuartel del Chateau d'Eau, contestó la camarera, y pensé que se alegraría usted de ver al señorito Edmundo...

—¡Oh, sí!

—Entonces le dije que el domingo próximo tenía usted que ir á la misa mayor de San Sulpicio.

—¿Él irá?

—Me lo ha prometido.

—Has hecho bien... Sí, el domingo por la mañana papá se quedará aquí. ¿Me reconoció el otro día?

—En seguida, contestó Paulina, pero se quedó parado al ver que usted le reconocía.

—¡Cómo!.. Sabes muy bien que yo no le había olvidado.

—Sí, pero pensaba que con el uniforme estaría desconocido.

—No para mí.

—Le he dicho..., prosiguió la camarera con cierta vacilación, supongo que he hecho bien..., que fué usted quien le envió, el año pasado, aquellos dos mil francos...

—¿Le has dicho eso?, exclamó Juana.

—Ello pareció causarle viva impresión... Estaba emocionado... Se ve que la ama á usted..

—¿Lo crees realmente?

—Estoy segura.

—¡Ah, si no fuese por mi padre!.., suspiró la muchacha. Será preciso que sepa la verdad..., no tendré más remedio que decírselo... Tengo miedo, porque no consentirá jamás en este matrimonio.

—La señorita es mayor de edad, después de todo, dijo Paulina con intención.

—Sí... ¡Pero es tan desagradable la discordia!.. Fuera de esto, no tengo queja alguna contra mi padre... ¡Siempre ha sido tan bueno para mí!.. Pero sobre este particular tiene sus ideas... ¿Es culpa de Edmundo si su padre fué arruinado por la señora de Favreuse?.. Porque lo único que le puede reprochar es la falta de fortuna...

—La felicidad no consiste en el dinero, opinó Paulina. Se ven más matrimonios desavenidos y aun desastrosos entre los que se casaron por interés que entre los que únicamente se casaron por amor...

—Es verdad, dijo tristemente la joven, pero mi padre no querrá nunca comprender eso.

—¿Quién sabe?.. El señor cambiará quizá de parecer cuando sepa que usted ama al señorito Edmundo.

—No me atrevo á creerlo.

—Habrá que probarlo, pues su papá tendrá que saberlo un día ú otro.

—En fin, veremos...

A pesar de esta perplejidad dolorosa y estas aprensiones respecto al porvenir, Juana, que amaba sinceramente de todo corazón, gozaba á la idea de ver á Edmundo de Favreuse.

Esperaba con impaciencia aquella entrevista que Paulina había tenido la excelente inspiración de prepararle.

¡Qué largos le parecieron aquellos dos días escasos que la separaban del domingo! No le bastaba saber que Edmundo la amaba; quería oírselo decir y galvanizar su amor al contacto del suyo, á fin de sacar de él la energía necesaria para las luchas que vislumbraba.

¡Oh! Si él la amaba como le amaba ella, Juana se sentiría con toda la fuerza, con todo el valor, con toda la paciencia necesarias para triunfar.

Cualesquiera que fuesen las tentativas de su padre para desviarla de él, ella le guardaría su corazón y esperaría el momento en que, libre ya, pudiese ser suya para siempre.

Hasta entonces no diría nada; guardaría para sí el secreto de su corazón, á fin de evitar la oposición y las contradicciones que le serían hechas.

Más tarde, cuando Edmundo hubiese terminado su servicio militar, «ya verían.»

¿Quién sabe si, en presencia de la tenacidad de aquel amor, su padre cedería?

Aquel domingo, con tanta impaciencia esperado durante dos días, que le parecieron interminables, llegó al fin, y Juana, desde que despertó, sintióse penetrada de una emoción deliciosa como á la proximidad de un acontecimiento cuya influencia alcanzar a á toda su vida.

A medida que se acercaba el momento en que iría al encuentro del que tanto amaba, le invadía una turbación de exquisitas sensaciones, mezclada con aprensiones indefinibles.

Experimentaba ese presentimiento dado á menudo por la clara videncia del alma como un saludable aviso á la aproximación de un acto del que puede resultar una desgracia irreparable; pero cegada por su ternura, que había adquirido entonces la fuerza de una verdadera pasión, no fué detenida por aquellas aprensiones, y no escuchando más que sus aspiraciones amorosas, atribuyó su causa á los temores inspirados por la oposición de su padre.

Juana trató en vano de tranquilizarse diciendo para sí:

«Papá no tendrá más remedio que ser bastante razonable para dejarme casar á mi gusto, y comprenderá muy bien que amo á Edmundo con todas las fuerzas de mi alma cuando sepa que le he esperado cinco años... Hasta entonces no le diré nada.»

Las misteriosas aprensiones persistían al extremo de que la pobre muchacha, en el momento de partir, dijo á Paulina que la acompañaba:

—No sé lo que me pasa; estoy toda temblorosa... Se me figura que va á sucederme alguna desgracia...

—Es porque está usted un poco nerviosa esta mañana, contestó la confidente de la señorita Laroche. Se comprende... ¿Pero qué desgracia quiere usted que le suceda?

Ya en la calle, las dos jóvenes echaron á andar rápidamente, atraídas hacia la iglesia donde esperaba el hijo del Sr. de Favreuse y presurosas de alejarse de la casa donde aquel amor había sido combatido.

Al entrar en la iglesia, Juana vió en seguida á Luciano, que estaba cerca de la puerta. Su uniforme se destacaba vigorosamente sobre los trajes obscuros de los fieles.

Su emoción redobló.

Como cuando el primer encuentro, ella fué engañada por el prodigioso parecido que confundía á los dos hijos del Sr. de Favreuse, y su corazón empezó á palpitar con una violencia inaudita, mientras sus mejillas, ligeramente pálidas, se cubrían de carmín.

Al verle, bajó los ojos, y él se acercó á Juana, retenido por una vacilación que ella tomó por timidez.

Pero Luciano se alentó. Su última aprensión se desvaneció á la vista del trastorno y de la emoción que Juana Laroche no podía disimular. No había duda: aquella adorable muchacha creía reconocer á Edmundo en él, como cuando su primer encuentro, como la camarera tres días antes, y le amaba.

Entonces, impresionado por aquel amor cuya manifestación se dejaba ver en las miradas de Juana y en los estremecimientos que corrían por todo su cuerpo, atraído por aquella ternura que se declaraba de un modo tan manifiesto y que iba realmente para él, sintióse al instante penetrado de una pasión ardiente que se apoderó de todo su ser, y se declaró con tanta mayor vehemencia cuanto que era inesperada. Desde aquel momento ya no hizo un papel, sino que se sintió realmente enamorado, é impulsado hacia Juana, se acercó á ella.

—Nunca me hubiera atrevido á acercarme á usted, le dijo con una voz que vibraba al contenerse, porque me parecía que mis desgracias nos habían separado para siempre...

Juana se estremeció al oir aquella voz en que le parecía reconocer los acentos del que había sido su amigo de la infancia, y su emoción fué tan fuerte que apenas pudo contestar:

—Supe todas sus desgracias...

—Y generosamente me compadeció usted, dijo en seguida el hijo de Favreuse tendiendo tímidamente la mano, en que Juana colocó la suya; lo he sabido... Hasta hace pocos días no me he enterado de lo que usted hizo por mí... ¡Oh, gracias, gracias!..

—¿Podía yo permanecer insensible, dijo Juana, cuando mi corazón recordaba la amistad que antes nos había unido?..

—Yo también, aunque apartado de usted, no he dejado nunca de pensar en la amiga que había perdido..., y si me hubiese atrevido, hubiera vuelto á buscarla... ¡Qué de veces hablé de ello á mi pobre padre, preguntándole por qué había cesado de ver al Sr. Laroche. No se atrevía; hubiera querido poderle pagar lo que le adeudaba, porque el favor que su papá de usted le había hecho era para él una deuda sagrada, y en su lecho de muerte, el día en que se rindió á la desesperación, aquella deuda inolvidada fué objeto de su recomendación suprema. Nos hizo jurar, á mi hermano y á mí, que satisfaríamos al Sr. Laroche. A mi vez, después de la muerte de mi padre, me sentía impulsado por la necesidad de ver á usted, y no me atrevía... Ha sido menester que un encuentro casual...

—¡Oh, qué grata sorpresa!.., dijo Juana deliciosamente embriagada por las palabras del joven, cuya mano seguía estrechando la suya.

—Una vez, mucho antes, la había visto á usted, sin que usted me viese á mí, continuó Luciano, que no había olvidado nada de las confidencias de Edmundo.

—¿Cuándo?, preguntó la muchacha sorprendida.

—Hace mucho tiempo... Yo todavía estaba en el colegio. Recuerdo que era el año en que yo estudiaba retórica. Ibamos de paseo y pasábamos por el bulevar de San Miguel... Usted iba en compañía de su padre... Era la primera vez que yo volvía á verla desde que nos habíamos mudado de casa... Estaba usted hecha una mujer, alta y hermosa como hoy, y mi memoria fiel encontró en sus facciones á la amiga inolvidada de antes.

Juana sintióse profundamente conmovida al oir esta confesión, y su emoción aumentó aún más cuando el miserable, haciendo admirablemente su papel y arrastrado además por el amor que se iba apoderando de él, añadió:

—Nunca la hubiera olvidado á usted, pero aquel encuentro grabó inalterablemente su imagen en mi espíritu, y desde aquel día no he cesado de verla tal como era, tal como la encontré entonces... Por esto el otro día la reconocí en seguida... Pero no creía que usted me reconociese á mí, al cabo de tantos años...

—¡Oh, sí, le reconocí en el acto!, contestó la hija de Laroche. Se lo dije á Paulina... Me volví... y hubiera querido que usted viniese á saludarme.

—No me atreví, á pesar de que los deseos que me impelían... Tenía como un presentimiento que me decía que no debía volver á verla...

—¡Ah, si hubiese dependido de mí!..

—Sí, supe que su papá se la llevó de París á fin de impedir que nos viésemos, después de haber averiguado que usted se había interesado por mí.

—Comprendió que no solamente no le había olvidado á usted, sino que había obrado á impulsos de un sentimiento...

—¡Mi querida Juana!.., interrumpió Luciano con vibrante expresión de amor.

El *Introito*, cantado en aquel momento por la gran voz del órgano y el sonido de las campanillas, anunció el comienzo del oficio.

Luciano abandonó la mano de la muchacha.

Paulina, que hasta entonces había permanecido algo apartada, cogió sillas, que colocó en una de las naves laterales de la iglesia.

Juana la detuvo.

—No, le dijo, aquí no...

—¿No quiere usted asistir á la misa?, preguntó el hermano de Edmundo.

Juana no pudo contestar, y sus hermosos ojos, anegados en amor, dijeron con elocuencia la dicha que experimentaba y el deseo de no interrumpirla.

—¿Quiere usted que salgamos?, preguntó Luciano.

—Sí.

Dirigiéronse hacia una de las puertas laterales, la que da á la calle Palatina, y salieron.

Una vez fuera, Luciano se colocó al lado de Juana, que llevaba á Paulina al otro lado, y tomaron la calle Garancière, siempre tranquila y más que nunca los domingos, y salieron frente á la verja del Luxemburgo.

El soldado continuó casi en seguida en voz baja:

—¡Mi querida Juana, qué alegría tengo de volverla á ver..., y sobre todo de que usted sepa que no la olvidé jamás!.. Pero ¿cómo agradecerle lo que ha hecho por mí?.. ¿Cómo expresarle mi gratitud?..

—No me hable usted más de eso, contestó la muchacha. Bastante pena me causaba el saber que usted sufría, porque lo había comprendido y al fin quise saber la verdad. Supliqué á un hombre, de cuya amistad y discreción yo estaba segura, un empleado de mi padre que usted recordará..., Bernard, que ya estaba en casa cuando éramos vecinos...

—¡Bernard!.., dijo Luciano. Sí, recuerdo su nombre; ¡pero hace tanto tiempo!.. ¿Entonces fué él quien le habló de nosotros?

—Le supliqué que se informara acerca de la situación de su padre de usted. Comprendía muy bien que si el Sr. de Favreuse no había vuelto á mi casa era porque se sentía humillado en presencia de mi padre, y que, por consiguiente, se encontraba en mala situación.

—Y acudió usted en nuestro auxilio, dijo el hermano de Edmundo. No quería usted que yo supiese quién me enviaba aquella cantidad... Lloré de gratitud cuando Paulina me lo dijo y pensé en lo que usted había hecho...

—No había dicho nada á mi padre, repuso Juana. No se lo confesé hasta días después. Sabía que yo le había tomado aquella cantidad, y trataba de averiguar en qué la había empleado. Me interrogó y acabé por confesárselo todo.

—De este modo supo que usted seguía pensando en mí.

—Comprendió que la señorita le amaba á usted, dijo Paulina interviniendo en lugar de su ama.

¿No era evidente?.., dijo con ingenuidad la muchacha; de tal modo su amor, que databa de su infancia, le parecía natural.

Luciano le dió las gracias por aquella confesión con una mirada por la cual pasaron relámpagos de pasión.

—Desde entonces, mi padre no ha pensado en mí sin tener esa preocupación, repuso Juana en el momento de pasar la verja del Luxemburgo.

El hermano de Edmundo dirigió el grupo hacia la parte del jardín menos frecuentada, por el lado que circunscriben las calles de Bonaparte, de Assás

y del Abate de l'Epée, á fin de poder hablar al abrigo de toda preocupación exterior.

—¿Su papá se la llevó lejos de París?, dijo.

—Durante cerca de un año, contestó la hija del Sr. Laroche. Él, que casi nunca me había llevado á ninguna parte, aceptó entonces invitaciones, me acompañó á fiestas, á reuniones, á espectáculos, á Niza sobre todo, donde pasamos todo el invierno... Suscitóme, cada vez que la ocasión se presentó, un nuevo partido matrimonial... No se le ocultaba que mi espíritu seguía fielmente apegado á los recuerdos de mi infancia...

—Nos amábamos sin habérnoslo dicho nunca, contestó Luciano. Yo también guardaba preciosamente el recuerdo de usted... Nunca olvidé aquella amistad que nos había unido...

—¿Recuerda usted su primera comunión, en San Nicolás?.., preguntó Juana.

—¿Cómo podría olvidar aquel día en que me pareció que se formaba una unión mística entre nosotros?.. Ni un solo día he dejado de pensar en usted y sufría de verme alejado por los acontecimientos, que parecían haber abierto un abismo entre ambos... ¡Cuántas veces hablé de ello con mi hermano!.., prosiguió Luciano, á quien el amor prestaba los acentos de la más perfecta sinceridad. Él me consolaba cuando le decía que la consideraba á usted perdida para mí. Al hacerle yo observar que nos separaba principalmente la diferencia de fortuna, mi hermano me animaba asegurándome que por medio del trabajo lograría reconquistar la situación que la fatalidad nos había hecho perder, y me lo repitió todavía en el momento de separarnos para siempre.

Después de un minuto de silencio, continuó:

-Al encontrarme solo, agobiado por la desgracia, hubiera querido acercarme á usted..., y sentía, por el contrario, que el porvenir iba á separarnos más... Veía llegar el momento de tener que prestar mi servicio militar, que me alejaría sin duda de París, de usted... Aquí conservaba al menos la esperanza, por irrealizable que me pareciese, de volverla á ver á usted, aunque fuese sin que usted lo supiera... Me sentía cerca de usted y esto me animaba á soportar la adversidad y á vivir. Entonces se me ocurrió sentar plaza..

—¡Cómo!, exclamó Juana sorprendida, ¿no es usted soldado por suerte? ¿Sentó usted plaza?

—Sí, senté plaza á fin de poder elegir mi regimiento; me adelanté al llamamiento á fin de poderme quedar en París..., cerca de usted...

—¿Y es usted soldado por cinco años?

—Lo hubiera sido á pesar de todo.

—¡Ay, mi pobre amigo!, ¿no estamos separados al fin y al cabo?..

—Al menos he tenido la dicha de volverla á ver, dijo Luciano con pasión. Ahora tendré la fuerza de soportar la separación, pues me sentiré sostenido por su pensamiento.

El ladrón de amor pasó la mano por debajo del brazo de Juana, que se estremeció á su contacto, y añadió en voz baja, casi al oído, atrayéndola un poco aparte:

—Ahora comprendo la fuerza irresistible que me encadenaba al punto en que usted se hallaba... Es que la amaba á usted, Juana... Y esta dicha que experimento, esta dicha tan grande que me hace olvidar todo lo que he sufrido, procede de que la amo á usted...

—¡Edmundo!.., suspiró tiernamente la joven.

—¿Qué importan ahora el tiempo y la distancia?.. Viviré feliz pensando en usted, constantemente á su lado con el pensamiento... ¡Oh, Juana, mi querida Juana! ¡Qué buena es usted de haberme guardado ese corazón que yo creía perdido para mí! Así, pues, ¿usted me ama?.., preguntó Luciano con tierna pasión.

—Sí..., ¿no lo ve usted?, contestó Juana con voz apenas perceptible.

—Trabajaré para hacerme digno de usted..., para que su padre...

La voz de Paulina interrumpió bruscamente al joven.

—¡El Sr. Laroche!.., exclamó.

Se había puesto sumamente pálida.

—¡Mi padre!.., dijo Juana. ¿Dónde?..

—Allí..., al otro lado de la verja..., en el bulevar, contestó la camarera trastornada.

—¡Nos ha visto!..

VIII

REBELIÓN

Absorbidos por sus declaraciones, los dos enamorados se habían acercado, sin darse cuenta de ello, á la parte de los jardines que sólo la verja separa del bulevar de San Miguel. Entregados enteramente á su amor que les embriagaba, no veían nada en torno de ellos.

En el momento en que Paulina, dejando atrás unos boneteros que invadían la alameda, vió al señor Laroche, sólo se encontraba á unos cuantos pasos de él, únicamente separados por la verja.

El comerciante acababa de dejar á uno de sus amigos, con quien se había paseado por el bulevar durante cerca de media hora hablando de sus negocios. Al llegar á la altura del Luxemburgo, miró maquinalmente al interior del jardín y vió inmediatamente á su hija con Paulina y un soldado en quien no vaciló en reconocer al hijo de Favreuse.

En seguida se le encendió el rostro.

El Sr. Laroche hizo con la cabeza un gesto lleno de amenaza, y ardiendo en cólera se dirigió hacia la puerta del jardín para juntarse con su hija.

La pobre Juana se puso súbitamente pálida como una muerta, y sobrecogida de espanto sintió que le faltaban las fuerzas.

Había visto la expresión de cólera reflejada en los ojos de su padre.

—¡Dios mío!.. ¿Qué va á pasar?, pensó con terror.

—¿Qué va á decir el señor?, dijo Paulina asustada al ver que el padre se acercaba.

Juana, como petrificada, hubiera querido que la tierra se abriese á sus pies.

Luciano procuraba mostrar firmeza, y habiendo abandonado en seguida el brazo de Juana, fué al encuentro del comerciante, á fin de recibir solo el primer choque y calmar, si era posible, su irritación.

Saludó tímidamente, embarazado, temiendo que el padre de Juana no se dejase engañar como ella por su parecido con Edmundo.

—Sr. Laroche..., balbuceó, he tenido el gusto de encontrar á su hija..., y al cabo de tanto tiempo...

Laroche dirigió al joven una mirada en que el desprecio se unía al furor, y sin contestarle dirigióse á su hija.

—¿Así has ido á la misa mayor de San Sulpicio?, le dijo reprimiendo á duras penas su cólera.

La pobre, toda temblorosa, no pudo contestar.

—Vi entrar á la señorita Juana en San Sulpicio, intervino Luciano á fin de asumir toda la responsabilidad, y nos hemos reconocido... Entonces no he podido menos...

—Papá, balbuceó Juana á su vez, el señorito Edmundo, como sabes, fué siempre amigo nuestro...

Laroche ni siquiera había mirado al joven cuando éste hablaba. No quería tener ninguna explicación con él á fin de evitar toda discusión. Obraba como si allí únicamente hubiese habido su hija, y abreviando dijo duramente:

—¡Vamos!..

Cogió al mismo tiempo á Juana del brazo y se alejó con ella. La muchacha no se atrevió á resistir y le siguió dócilmente.

Luciano de Favreuse quedó estupefacto.

—Caballero..., trató de decir.

Pero Laroche no le contestó.

Siguió con la vista á Juana, que no se atrevió á levantar los ojos hacia el hombre del cual tan bruscamente la separaban.

Era evidente que el negociante esperaba haber llegado á su casa para pedir á su hija la explicación de su conducta, para manifestarle su indignación, para dejar estallar su cólera y para imponerle su voluntad.

Se contenía y apresuraba el paso á fin de acabar más pronto.

Paulina, tan pálida como su señorita, siguió un poco atrás.

Luciano comprendió la inutilidad de sus protestas ante el silencio despreciativo del padre de Juana.

Permaneció un instante inmóvil, siguiendo con la vista á la adorable joven cuya fortuna le había atraído y cuya hermosura determinaba en él una violenta pasión amorosa; y siguió de lejos al grupo, que bajó el bulevar y se perdió en medio de los transeuntes y de los carruajes.

El audaz proyecto, basado en aquella substitución criminal, se desmoronaba de un golpe.

La airada intervención del Sr. Laroche era, á no dudarlo, el principio de una separación definitiva y sin esperanza.

Juana, que ya había sido llevada tan lejos, y con la cual se había tomado toda clase de medidas cuando su padre no podía hacer más que sospechar un amor no confesado todavía, iba á ser irremisiblemente puesta en la imposibilidad de volver á ver al que ella tomaba por Edmundo.

Entonces hubo en el espíritu y en el corazón del joven un abatimiento inmenso, seguido de impotentes veleidades de rebelión.

¿Qué podía hacer?..

«La desgracia me persigue—se decía Luciano de Favreuse, presa de un completo desaliento.—Si al menos yo hubiese podido ver á Juana varias veces... Si yo hubiese podido asegurarme, en varias entrevistas, la posesión completa de su corazón... Si hubiese podido hacerla mía con promesas formales, con un amor profundamente arraigado, la intervención de su padre hubiese sido entre nosotros como esos obstáculos que avivan el amor, que le excitan, que aguzan los deseos, que aseguran, mejor que las circunstancias más favorables, la realización de los proyectos resueltos por los novios... Pero me la arrebatan desde el primer instante... ¿Qué va á pasar ahora?.. Y este maldito servicio militar que me paralizará todavía durante cuatro años... Dentro de cuatro años, ¿dónde estará ella?»

Y el miserable vislumbraba otros nubarrones aún más sombríos en el destruído porvenir de dicha que había divisado un instante.

«Durante estos cuatro años, Juana puede enterarse de que Edmundo está en América—se dijo Luciano siguiendo lentamente las calles que se presentaban ante él, sin preguntarse adónde iba.—Entonces todo habrá concluído, mientras que si yo fuese libre, podría conservar alguda esperanza... ¡No, no hay nada que hacer..., todo es imposible!..»

Hasta llegar á su casa, el Sr. Laroche guardó un silencio severo.

Evidentemente preparaba lo que iba á decir á su hija; preveía las explicaciones, las excusas que ella iba á dar; calculaba las medidas que tendría que tomar á fin de cortar radicalmente aquellas relaciones ya combatidas.

Respecto al hijo de Favreuse, Laroche no había concebido duda alguna. Como todos, había creído ver á Edmundo. Le habían dicho que éste prestaba servicio militar; era el único que Juana había conocido y á quien envió los dos mil francos; ¿no era, pues, de Edmundo de quien su hija estaba enamorada?

Juana marchaba con la cabeza baja, con la mirada fija en el suelo, con el espíritu incapaz de una resolución en el espanto de una situación de la cual ignoraba cómo saldría.

En aquel momento no había en el piso más que Leonor, la vieja cocinera, que contaba cerca de treinta años de servicio en la casa, ocupada en preparar el almuerzo, y su marido, Jerónimo, criado del Sr. Laroche.

Éste abrió la puerta de entrada con el llavín que siempre llevaba en el bolsillo, y apenas hubo penetrado en la antesala dijo á su hija:

—Espérame en tu cuarto; voy en seguida.

Y llamando luego á Paulina, que se apresuraba á esquivarse hacia la cocina para escapar á la cólera de su amo, le dijo rudamente:

—Ven acá.

La tuteaba, lo mismo que su hija, pues servía en la casa desde muy joven.

El comerciante abrió la puerta de su gabinete de trabajo é hizo pasar delante á la camarera.

Paulina obedeció, temblorosa y confusa.

Apenas cerrada la puerta, el comerciante, como hombre seguro de lo que decía, después de haber estudiado la situación y después de haber formado concepto conforme á sus deducciones, declaró categóricamente:

—Esa entrevista con el señorito de Favreuse no era imprevista. Tú sabías que mi hija se encontraría esta mañana con ese joven en San Sulpicio.

Aterrada, Paulina no pudo contestar.

—Por eso la señorita quiso ir á misa á esa iglesia, ¿no es cierto?, añadió el Sr. Laroche con voz vibrante.

Esta pregunta decidió á la confidente de Juana á contestar. Podía defender á su ama sin mentir, y esto le dió ánimo.

—¡Oh, no, señor!.., contestó ella. Le aseguro á usted... La señorita hacía tiempo que tenía intención de ir á San Sulpicio...

—¿Ni siquiera habéis ido?

—Le juro á usted que sí.

—En fin, poco importa, repuso el Sr. Laroche sin detenerse á discutir. Tú sabías que mi hija estaba de acuerdo con el Sr. de Favreuse... Has hecho un papel infame abusando de mi confianza... Te despido y no permanecerás una hora más aquí...

—¡Señor!.., imploró la pobre muchacha, cuyo rostro se inundó en seguida de lágrimas.

El padre, furioso, nada escuchó. Era incapaz de dejarse enternecer.

—¡Cállate, miserable!.., gritó él. Después de lo que he hecho por ti, tu conducta es indigna.. Te has hecho cómplice de mi hija...

(Se continuará.)

DEPORTES

Trineo de vela.—Aeróstato dirigido por medio de las ondas hertzianas.—Combate de boxe entre dos negros



Trineo de vela en el lago Müggel, en las inmediaciones de Berlín

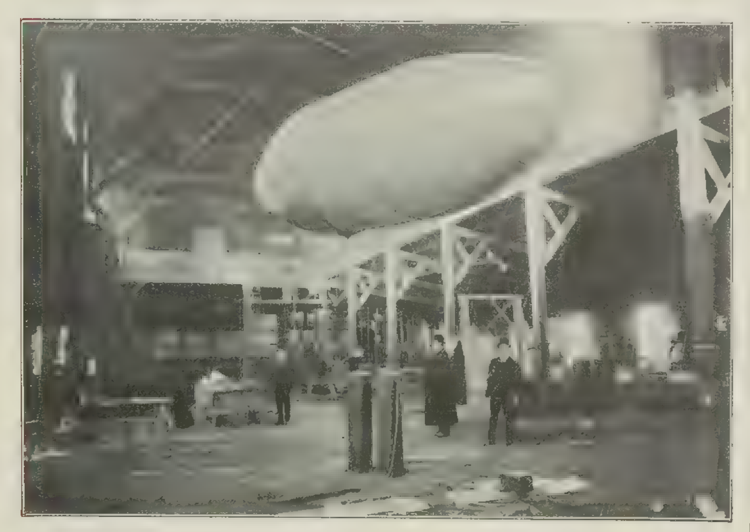
Trineo de vela.—Los deportes de invierno adquieren de día en día mayor importancia, y cada vez se inventan nuevos aparatos y ejercicios nuevos que aumenten los atractivos y el interés de esas diversiones. Los aficionados á deslizarse sobre el hielo no se contentan ya con los sencillos patines y los tradicionales trineos, sino que calzándose el *skis* ó montando en los *luges* no se deslizan, sino que se lanzan por las más grandes pendientes y saltan desde considerables alturas

Anualmente efectúanse concursos á los que acuden deportistas del mundo entero, y en los cuales se adjudican importantes premios á los que más velocidades alcanzan, ó ejecutan saltos más difíciles ó dan prueba de mayor resistencia.

Y no son sólo los países del extremo Norte los que tales deportes cultivan; este año, en el Pirineo catalán se han dedicado á ellos varios socios del *Centre Excursionista de Catalunya*, y hace pocos días se ha celebrado un concurso importante en Eaux-Bonnes, en el Pirineo francés.

Pero naturalmente donde mayor apogeo alcanzan es en aquellas regiones ó en aquellas ciudades en las cuales los rigores del invierno revisten excepcional intensidad y son de muy larga duración; allí es también donde los deportistas aguzan el ingenio para introducir variantes en los deportes invernales. En Berlín, por ejemplo, están ahora en gran predicamento los trineos de vela; los grabados que en esta página publicamos nos relevan de dar una explicación de los mismos y de ponderar las velocidades que con ellos pueden alcanzarse. Basta fijarse en la ligereza del trineo y en las exageradas dimensiones del velamen y considerar la naturaleza de la superficie helada, para comprender que, por poco viento que sople, esos aparatos han de correr vertiginosamente.

De estos trineos de vela los hay para uno solo ó para varios tripulantes, y excusado es decir que el encargado de la maniobra de las velas y del timón ha de ser persona muy experta, pues el menor descuido necesariamente habría de determinar el vuelco del vehículo que, dada la velocidad de la marcha, podría ser de muy funestas consecuencias.



Nueva York.—El ingeniero Mr. Marc O. Antony haciendo evolucionar un pequeño dirigible por medio de las ondas hertzianas. (De fotografía de Carlos Delius.)

Aeróstato dirigido por medio de las ondas hertzianas.—Recientemente hemos dado cuenta de dos hechos que demuestran los grandes servicios que pueden prestar esas ondas admirables, gracias á las cuales realízase el portento de transmitir á grandes distancias, y sin otra materia conductora que la atmósfera, la energía eléctrica: el salvamento del vapor *Republic*, cuyos pasajeros deben la vida al maravilloso invento de Marconi, y el torpedo radio automático Gabet.

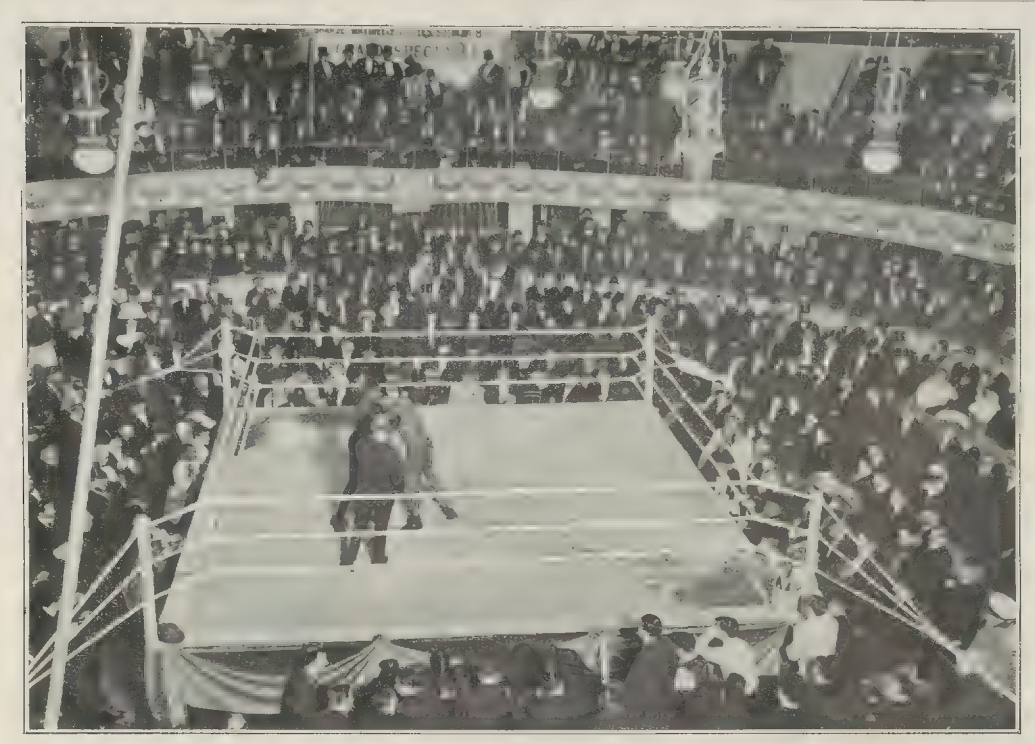
Hoy podemos citar un nuevo caso de aplicación de las ondas hertzianas, y es el siguiente, al que se refiere el grabado adjunto. Un ingeniero norteamericano, míster Marc O. Antony, ha hecho evolucionar, en las inmediaciones de Nueva York, un pequeño globo dirigible en un cobertizo de 250 metros y de una altura suficiente para que los ensayos fuesen concluyentes. El aeróstato tenía siete metros y medio de largo, estaba lleno de hidrógeno y llevaba en la barquilla, en vez del motor que llevan los dirigibles, un aparato de telegrafía sin hilos. Durante más de dos horas, el inventor, desde su aparato de transmisión, hizo maniobrar el globo en todas direcciones, remontándolo, descendiéndolo, parándolo en seco, haciéndolo volver á su punto de salida y enviándolo á un punto determinado.



Trineo de vela en plena carrera
(De fotografías de Frankl.)

Las pruebas han dado un resultado excelente.

Combate de boxe entre dos negros.—Hace pocos días efectuóse en París un *match* de boxe entre dos negros, el californiano Sam Mac Vea y el canadiense Joe Jeannette. El espectáculo había despertado gran interés entre los aficionados á esa bárbara diversión, y los periódicos especialistas publicaban, con los retratos de los dos luchadores, los datos más minuciosos relativos á sus condiciones físicas y á los más famosos *matchs* en que uno y otro vencieron á célebres profesionales. Por ellos se supo que Sam Mac tiene veinticuatro años y 1'80 metros de estatura, pesa 93 kilogramos y su pecho en reposo, su cintura y su biceps contraído miden 105, 82 y 41 centímetros respectivamente; y que su contrincante Joe



París.—Match de boxe efectuado el día 20 de febrero último entre el negro californiano Sam Mac Vea y el negro canadiense Joe Jeannette. (De fotografía de M. Branger.)

Jeannette tiene veintisiete años y 1'76 metros de estatura, pesa 84 kilogramos y su pecho en reposo, su cintura y su bíceps contraído miden 107, 84 y 38'5 centímetros. Estos pormenores y las listas de las victorias por cada uno de los dos negros alcanzadas, hacían esperar que el combate anunciado sería verdaderamente sensacional, tanto más cuanto que dicho combate se anunciaba como continuación del comenzado hace poco tiempo en Nueva York.

Sin embargo, la realidad no correspondió á las esperanzas concebidas por los deportistas, pues de los relatos de la prensa se deduce que más que una lucha formal fué una sencilla exhibición. «Ni Sam Mac Vea ni Joe Jeannette se golpearon bastante fuerte para hacer saltar algunas gotas de sangre de la nariz ó de los labios.» En estos términos resume un importante periódico profesional parisiense el desencanto sufrido por los que, en número muy considerable, habían acudido al reclamo en busca de sensaciones fuertes. Según parece, Sam Mac Vea perdonó la vida, como suele decirse, á Joe Jeannette, y aunque el árbitro le adjudicó la victoria y sus partidarios le aclamaron con más ó menos entusiasmo, el público en general se dió por engañado y lamentó que el buen corazón del negro californiano hubiese quitado al espectáculo su verdadero carácter, incompatible con toda clase de consideraciones.—S.



Un importante donativo de Guillermo II de Alemania para los damnificados de Mesina
Aldea de madera mandada construir por el emperador en Palermo. (De fotografía de Carlos Delius)

El emperador Guillermo II de Alemania ha tenido una de sus geniales ideas para socorrer á los sobrevivientes de los terremotos de Mesina y de Calabria, la de regalarles una aldea de casas de madera. En el mes de enero último, los marinos alemanes desembarcaron en Palermo los materiales y utensilios necesarios, con los cuales construyeron seis cómodas y elegantes viviendas que instalaron en la plaza de la Independencia de aquella ciudad. Esas casitas están amuebladas con todo lo necesario é iluminadas por medio de la electricidad, y son espaciosas, claras y bien ventiladas, es decir, reunen todas las condiciones de comodidad é higiene. Cada una de ellas ocupa un área de 54 metros cuadrados y puede alojar á veinte personas.

La graciosa y original *Aldea Guillermo II* produce la impresión de una cosa estable y definitiva, diríase que ha existido siempre en la plaza de la Independencia de Palermo, en donde ahora se levanta, y si los mesineses refugiados se hallan bien en ella, muchos palermitanos que acuden á visitarla sienten envidia de los que en ella habitan y con gusto cambiarían las suyas por aquellas alegres y cómodas viviendas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII — BARCELONA 8 DE MARZO DE 1909 — NÚM. 1.419



EL SERMÓN, cuadro de Manuel Benedito

Producto de razonado estudio y de singular observación es cada uno de los tipos del lienzo que reproducimos, cuyas atentas actitudes, rasgos y trajes recuerdan un cuadro de costumbres de un pueblecito salmantino, digna obra de quien goza justa fama de inteligente colorista, asimilador y reflexivo

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

Chile y Perú: la cuestión de Tacna y Arica y el tratado de Ancón: actitud del gobierno peruano con motivo de la inauguración del monumento dedicado á los héroes de la guerra del Pacífico. — *Venezuela:* Castro y Gómez, y los juicios de la prensa venezolana: las gestiones de Gómez y de Paul para arreglar los conflictos pendientes con los Estados Unidos, Francia y Holanda: el tratado de comercio con Alemania. — *Colombia:* negociaciones con Panamá y los Estados Unidos: la cuestión del canal. — *México:* los españoles en esta República: el idioma español en los Estados Unidos y el idioma inglés en México.

La reconciliación entre Perú y Chile no es ni podrá ser cordial y definitiva en tanto que no se resuelva la cuestión de Tacna y Arica.

En realidad, la paz años hace convenida entre estas dos Repúblicas no es hecho consumado desde el punto de vista jurídico.

Cuando dos potencias deciden poner fin á guerra entre ellas sostenida, y firman con tal objeto solemne pacto, es condición necesaria para que las buenas relaciones se consideren restablecidas el cumplimiento, ó por lo menos la presunción de que ha de cumplirse todo cuanto en ese pacto se estipula. Claro es que ambas potencias, de común acuerdo, pueden modificar después alguna ó algunas de las cláusulas convenidas; pero si una de ellas se niega á cumplirlas y la otra reclama en vano su cumplimiento, es evidente que asiste á ésta perfecto derecho para dar á entender en toda ocasión y por los medios ó procedimientos de que pueda valerse, su actitud de disgusto y de protesta. Créase así situación difícil y expuesta á conflictos, cuya gravedad aumenta de día en día, porque con el transcurso del tiempo varían las circunstancias y se producen dificultades que no existían cuando se pactó el tratado.

Tal sucede con el tratado de Ancón, en la cláusula referente al plebiscito para decidir á cuál de las dos Repúblicas deben pertenecer las provincias de Tacna y Arica. El tratado no se ha cumplido en esta parte, á pesar de las continuas gestiones que para conseguirlo viene haciendo el Perú. Ese plebiscito, con la consiguiente indemnización de 10 millones de pesos que había de entregar el Estado que adquiriese las provincias al que las perdiere, era una de las condiciones mediante las que habría de estimarse restablecida, completa y definitivamente, la buena armonía entre ambas potencias. Ha transcurrido el plazo que se fijó para el plebiscito y no lo ha habido; luego aún no se ha llegado á la perfecta y cordial reconciliación entre Chile y Perú, que era la finalidad del pacto de Ancón.

A esto se debe que el actual gobierno del Perú no haya aceptado la ofrenda con que el representante de Chile en Lima pretendía honrar la memoria de los peruanos muertos durante la guerra del Pacífico. A mediados de septiembre último dicho representante diplomático había manifestado al gobierno del Perú que se proponía dedicar una corona de bronce para el monumento levantado en la cripta en que reposan los restos de aquéllos. Se le contestó con cierta vaguedad, indicándole que en momento oportuno se le avisaría. Llegó el momento de la inauguración, mas no el aviso, cuando ya eran otros el presidente y el gobierno peruanos; insistió el ministro chileno, y el de Relaciones exteriores del Perú le hizo saber que «mientras subsista en Tacna y Arica la situación actual, no sería oportuno efectuar la ceremonia.»

Esta actitud de los peruanos ha molestado al gobierno de Chile, que telegráficamente ordenó á su ministro en Lima que se presentara en Santiago. Han mediado comunicaciones entre ambos gobiernos y se ha recrudecido la polémica casi constante en la prensa de uno y otro país; pero hasta ahora las cosas no han llegado á más y parece que el incidente no ha de tener graves consecuencias.

* * *

Nos van llegando periódicos de Caracas correspondientes á los últimos días de 1908 y primeros de 1909.

En noviembre, antes de que Castro abandonara el gobierno, ensalzaban aquéllos el carácter y las dotes administrativas del Restaurador de Venezuela y su presidente constitucional. En una labor de sólo catorce meses y en medio de circunstancias críticas para la nación, el gobierno presidido por Castro había satisfecho todas las obligaciones ordinarias del presupuesto, y pagado ademas para fomento de los Estados, y por deuda, intereses, comisiones y descuentos al Banco de Venezuela, la cantidad de 26 millones de bolívares. Era la obra de un resurgimiento administrativo que hablaba con la elocuencia de las cifras y se apoyaba en la evidencia de los hechos. Todo era aplausos y felicitaciones al general señor Castro, el primer magistrado de la nación.

A principios de 1909 el ídolo estaba ya muy lejos de América. Las felicitaciones y los aplausos recaían en el general Juan Vicente Gómez, que «abría nueva era en los altos destinos nacionales, poniéndose al frente del movimiento de reparación al buen nombre y á las instituciones de la República.»

Entre tanto, en Venezuela y en Europa se iniciaban y prosiguen las negociaciones entabladas para dar satisfactoria solución á los conflictos creados por los extranjeros, con el apoyo de sus respectivos gobiernos. Gómez en Venezuela, Paul en Francia y en Holanda se encargan de dirigir las gestiones encaminadas á ese fin.

Los gobiernos extranjeros no cedían ante la actitud arrogante de Castro: apartado éste de los asuntos públicos, adopta Gómez política de conciliación y logra entenderse con los Estados Unidos. La famosa Compañía de los Asfaltos recobra sus bienes en Venezuela, pero paga indemnización. De otras reclamaciones entenderá el Tribunal internacional de La Haya.

Paul, el mismo que firmó los decretos contra la Compañía francesa de los cables, procura arreglo con ésta obligándola á que construya línea directa á la Martinica y modifique tarifas y servicios, como condición para levantar la multa que le impusieron los tribunales venezolanos. Respecto de Holanda, se discuten ahora las bases de un convenio que satisfaga al honor y los intereses de uno y otro país.

Durante estas negociaciones, y precisamente en los mismos días en que Castro reside en Berlín, firman en Caracas el ministro alemán y el de Relaciones exteriores de Venezuela un tratado de comercio y navegación entre esta República y el Imperio alemán. Obtiene éste el trato de la nación más favorecida.

En suma, los gobiernos extranjeros nada querían con el hombre que les había hecho frente. A condición de ser otra la persona que represente los derechos y los intereses de Venezuela, están dispuestos á discutir y á aceptar acuerdos en los que, en último término, viene á reconocerse de modo más ó menos indirecto la razón que asistía á Castro en la mayor parte de sus enérgicas resoluciones. Triunfa la política de Castro y queda á salvo la dignidad ó el amor propio de las demás potencias.

* * *

Las relaciones de Colombia con los Estados Unidos y Panamá llevan camino de normalizarse por virtud de tratados recientemente subscritos y que han debido ya someterse á la aprobación del Congreso colombiano.

Hay rumores de negociaciones entabladas con los Estados Unidos para devolver Panamá á Colombia, reconociendo ésta los derechos adquiridos por aquéllos en la zona del canal. La vida precaria que arrastra la novel República panameña justificaría ese buen acuerdo del gobierno de Wáshington.

Taft, el nuevo presidente yanqui, desembarcó en Colón el 29 de enero. Con los ingenieros que le acompañaban inspeccionó las obras del canal, y se dice que la impresión fué satisfactoria. Sin embargo, en el Senado norteamericano hay otra vez apasionados debates en pro y en contra, y muchos insisten en la necesidad de un cambio completo en los planes de construcción y en los métodos de administración del canal.

Cuadro completo del estado actual de México es el artículo que acaba de publicarse en el *Boletín de la Real Sociedad Geográfica.* Está firmado por X., en la capital de esa República, en septiembre último, y da interesantes noticias de la población y las razas, del estado político del país, de la inmigración europea y la inmigración de capitales yanquis, del progreso material y de las relaciones internacionales.

El último capítulo está dedicado á la influencia española en México. «Los mexicanos—dice—y especialmente el elemento indígena, miran con recelo á los españoles, por más que las clases elevadas procuren reprimir las manifestaciones ostensibles. Se han escrito y dicho muchas exageraciones respecto á nuestra administración, se han inventado innumerables calumnias y, sobre todo, se nos han atribuído todas las desgracias que sufrió el país de 1821 á 1876, ocasionadas por la lucha entre los dos fanatismos, el clerical, sostenido por un clero inculto y un pueblo semibárbaro, y el ultrademocrático, defendido por una minoría intelectual ilusa y sin práctica política, que reclutó sus masas, no haciendo prosélitos contra el clero y sus privilegios, pues entonces jamás hubiera llegado á reunir un núcleo de importancia, sino contra el sistema político español, que como tal se presentaba todavía á los ojos del pueblo al partido conservador en 1867. Vencedor el partido republicano radical con el poderoso concurso del elemento indígena, surgió inmediatamente la glorificación del indio, volviéndose á despertar el odio á los conquistadores, de los que nadie se acordaba ya. Desde entonces se ha desbarrado tanto, y tales tonterías se han dicho y escrito, que la reacción ha empezado á señalarse entre los elementos ilustrados, opuestos abiertamente á ese ridículo patrioterismo que se basa en la admiración á la raza azteca.

»Cede ya mucho la malquerencia á los españoles, debido á que el país progresa, á que el elemento blanco va rescatando el predominio que perdió en tiempo de Juárez y la guerras de reforma, y sobre todo, á que al aumentar la inmigración de capitales yanquis, se hace palpable la diferencia que existe entre la conducta del español, siempre dispuesto á ser un mexicano más, y el comportamiento del anglo-sajón, constantemente ocupado en hacer sentir su superioridad y poderío. Estamos hoy, pues, en mejores circunstancias que nunca para aumentar nuestra influencia en México.

»El cultivar con perseverancia las relaciones con todas las Repúblicas americanas es, por parte de España, no sólo una conveniencia, sino un deber. Sólo de la *madre grande,* como dijo el presidente Díaz el día de las fiestas españolas, es de donde pueden estos pueblos recibir la corriente de cariño, ideas y virtudes que les es necesaria para luchar con éxito en la campaña que, con apariencia de protección, sostiene la raza americana del Norte, y cuyo objetivo no es otro que borrar todo rastro español en los países sujetos á su esfera de acción política.»

Hasta aquí el incógnito corresponsal de la Real Sociedad Geográfica. Cedamos ahora la palabra al Sr. Carrillo, no sabemos si mexicano ó español, que reside en Los Angeles (California) y que al protestar contra el *boycott* hecho á nuestro idioma en los Estados Unidos, confirma los últimos conceptos expuestos por el Sr. X.

«Contra el idioma español dirigen ahora sus tiros los yanquis californianos. El ayuntamiento de Stockton ha decretado la supresión en las escuelas públicas de la enseñanza de ese idioma, que antes se consideraba necesaria á causa de las relaciones que hay entre el Estado de California y México. Pero ahora, como dice el director de Instrucción pública del Estado, las circunstancias han cambiado. La enseñanza del idioma inglés es obligatoria en las escuelas y colegios de México, las casas comerciales de México mantienen correspondencia en inglés con los yanquis, y hasta en la secretaría de Relaciones exteriores hay un departamento completamente ajeno al español; luego es evidente que los yanquis no necesitan perder el tiempo en aprender ese idioma, puesto que los mexicanos han resuelto hablarles y escribirles en inglés.»

Cree el Sr. Carrillo que el desamor ó el desprecio al idioma nativo es el primer síntoma de la decadencia de un pueblo. Podrá ser esto cierto si el aprendizaje de otra lengua implicara desprecio ó desamor á la propia; pero cuando sólo significa el mayor provecho que se obtiene entendiéndose fácilmente con extranjeros, no hay tal decadencia. Antes al contrario, los llamados á caer y á desaparecer del mundo son los pueblos que se aislan en su idioma y que cierran así el camino á la expansión y arraigo de su raza fuera de los límites de la nacionalidad.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



La noche del debut

Deseando dormir mucho para estar al día siguiente descansada y ágil, Clarita se retiró del teatro más temprano que de costumbre, loca de contento por la alegría recibida; al llegar á su casa soltó la esclusa de su gozo, y el torrente de las palabras en que fué envuelta la noticia no corrió de boca en boca porque allí no había, en aquel momento, más boca que la de su hermana Sagrario, y ésta se mostraba claramente reacia á ensalzar semejante acontecimiento. Se opuso tenazmente á la afición de Clarita porque ella era la mejor oficiala que tenía en el taller de modas; todas las artistas de buen tono iban á su casa á vestirse por la gracia especial y la exquisita elegancia de sus confecciones, y Sagrario sabía demasiado que al talento de su hermanita se debía el éxito del negocio, y convencida de que era una modista excelente no sospechó nunca que pudiese ser una artista aceptable, porque el arte es uno para todo, aunque se revele en distintas manifestaciones.

Eran muchos los motivos en que la mayor apoyaba su oposición, y en ellos no faltaban, naturalmente, la suprema razón del egoísmo humano que rige casi todos los actos de la vida: se había casado con un hombre inútil y holgazán que la enamoró con su planta de buen mozo; presumiendo vanidosamente de guapo, había pasado su soltería á la caza de una mujer que le resolviese el problema de vivir holgado, y entre las que pudo entrampar con las redes de su trapío amoroso, escogió á Sagrario, calculando que una mujer obligada necesariamente á ocuparse en la dirección de cualquier clase de trabajo, le dejaría en más amplia libertad para no tener que modificar su conducta.

Ni á la mayor se le escapaba el proceder de su marido ni á la menor el de su cuñado, pero le toleraban satisfechas porque él tenía la picardía de ser un redomado zalamero. Por eso, en cuanto Clarita declaró su propósito, el cuñado aplaudió la idea, y aunque no fiase en los méritos de la muchacha, la defendió y la alentó para ganarse mejor sus simpatías. Entonces, con el pequeño eco que encontró en el cuñado, la fantasía de Clarita volaba ebria de la luz que irradiaban las perspectivas futuras.

Seguramente que buena parte tenía en el nacimiento de esta inclinación el continuo trato con las artistas que iban á encargar sus trajes y que á la pequeña fiaban las cosas delicadas, los adornos y los caprichos de buen gusto; para esto la hacían ir á sus casas, y Clarita, mientras exponía su opinión sobre los colores que entonaban mejor con las sedas y los encajes, se hallaba como en su propio ambiente, sentada en aquellas marquesitas de una pereza elegante, ó en aquellos ligeros confidentes que tenían un gesto voluble de discreteos amorosos; contemplando las *corbeilles* vacías de las noches de beneficio, que delataban la corte de admiradores, y los cuadros honoríficos y las coronas que desde las paredes pregonaban la prodigiosa leyenda del triunfo artístico.

Cada vez que salía de una de estas casas, su pobre cabecita recibía la embriaguez de un desbordamiento fantástico. Y aun la mareaba más si la consulta se verificaba en el camerino; cada bombilla eléctrica era un aguijón para su deseo, y el teatro todo tenía para ella el aspecto de un mundo ensoñador, único y maravilloso, en el que podían realizarse los más asombrosos acontecimientos...

Y, al fin, iban á realizarse; al fin, no tendría que pedirle prestado á la fantasía el logro de sus deseos.. ¡A la noche siguiente debutaba!

Recordó entonces las luchas sostenidas con Víctor para convencerle de que en el teatro se puede triunfar sacando sin mácula el honor y sin humillaciones la conducta...; eso quedaba para aquellas que, no teniendo méritos artísticos, procuran por otros medios el logro de lo que desean; éstas eran las que daban pie á las murmuraciones que sobre las artistas se ceban...; pero, tarde ó temprano, las cosas se ponen en claro, y la que no tiene tacha en su proceder todo el mundo la respeta y la admira. ¿Por qué no había ella de ser una de estas artistas?

Desde que se conocieron en unos *bolos*, verificados por unos míseros pueblecillos en ferias, Víctor, que dirigía la pequeña orquesta de la compañía, no había dejado de aconsejar á Clarita que se retirase del teatro; la vida teatral, que él conocía muy íntimamente, guardaba interioridades harto desagradables y crueles para que una muchacha tan dispuesta en su oficio, como lo era ella, siguiese los falsos halagos de esa sirena envenenadora y renunciase á la pacífica vida familiar de la mujer modesta, todo amor para su casa.

Alguna razón tenía Víctor; sí, alguna razón tenía; pero cuando se dispone de armas nobles, se vence más ó menos pronto. En vano desfilaban por su cuarto los empresarios protectores y los abonados elegantes; para todos tenía una exquisita seriedad, que evitaba toda ocasión incorrecta. Pero el que á Clarita le infundía un receloso cuidado era el maestro director; su brusquedad había prescindido de las delicadezas que empleaban los demás para con las artistas; trataba al coro de caballeros con un despotismo exagerado, y para el de señoras nunca tenía el más ligero asomo de galantería; hasta para las primeras partes guardaba su carácter autoritario mandamientos enérgicos que todos toleraban porque era un gran director de orquesta, en cuya batuta se podía francamente confiar, y á la cual más de una artista debía el envidiable puesto que ocupaba. Cuando Clarita exponía sus quejas porque no se la repartía ningún papel, habiéndola hecho, en cambio, gastar un dineral en trajes para decir en escena *bocadillos* insignificantes, él volvía á su pretensión: «Mira, muchacha, que tú podrías ser una primera tiple...» Pero no á costa de su dignidad; ya llegaría ocasión oportuna para vencer por los medios nobles y legítimos.

Y la ocasión, afortunadamente, había llegado en muy buena hora, porque la estaba haciendo muchísima falta. Sagrario se quejaba de la ruina que la dichosa inclinación de su hermana traía sobre la casa; todo era gastos y más gastos en trajes y lecciones para nada, y además, Clarita no trabajaba ya en el oficio y la clientela iba desfilando hacia otros establecimientos, disgustada y quejosa; las exigencias teatrales habían reclamado un acompañante para la novel artista, y como Sagrario no podía abandonar el taller, el cuñado se brindó solícito, dando esto origen á repetidos disgustos conyugales, porque la esposa conocía bien el flaco de su marido y veía con fundada contrariedad sus visitas al teatro...

Un golpecito dado en la puerta la sacó de la balumba reflexiva que ocupaba su pensamiento, y oyó la voz del cuñado que le recordaba la hora avanzada de la noche y el suceso de la noche siguiente... Aquello la volvió á la realidad, y decidida á descansar cuanto antes, empezó á desnudarse, precipitada, nerviosa. No quería pensar en nada más, puesto que si muy desgraciada se había visto, ahora la casualidad venía en su ayuda; por enfermedad de la primera tiple se encargaba ella del papel; buen disgusto le costó, porque el maestro se había opuesto tenazmente; ¡gracias á que uno de los empresarios salió en su defensa! No la preocupaba el porqué, pues en cuanto ella debutase y pusiera de manifiesto sus cualidades artísticas, le sobrarían contratos y huiría de allí, en donde no se estimaba el arte y la gente era envidiosa y cruel; mas como de lo que pasa de telón adentro el público no se entera, á él se confiaría; él es bueno, imparcial, juez recto y justiciero. ¡El público la salvaría!

Y ya en la cama, apretaba los párpados inquietos por el insomnio, procurando evitar las cavilaciones que la esclavizaban, hasta que al fin llegó la gigantesca mariposa del sueño, y como en un fanal, la encerró en sus alas y llevósela por las regiones del reino misterioso.

* * *

La catástrofe resonó atronadora, fué definitiva; el golpe cayó sobre la víctima con esa energía perpendicular de las cosas fatalmente mortales. Por los pasillos sonaba el zumbido zahareño y confuso de los comentarios llenos de interés, y más lejano rugía la amenazante protesta del público. Entre la gente de bastidores se dividía la opinión; todos recordaban perfectamente que la romanza se había cantado hasta entonces más baja, y unos aseguraban que el maestro había pretendido salvar las deficiencias de la debutante, mientras otros sospechaban que lo que hizo fué hundirla.

Tenían razón los que opinaban de este últim

modo: cuando en la noche anterior se le dió la noticia á Clarita, entre ella y el maestro se cruzó una mirada desafiadora; la una por conseguir su objeto, el otro por la satisfacción vengativa... Y fué el caso



El famoso pintor retratista
Antonio de La Gándara

que cuando la novel artista se dispuso á cantar su romanza, el director le dió la entrada un tono más alto que de costumbre y esto la desconcertó en seguida. Clarita notó el cambio, pero era imposible la enmienda; en vano pretendió hacer escuchar su voz, que amenazaba reventarle la garganta ó marcharse de la tonalidad en un discordante falsete; la voz en la garganta se apagó. Bien francamente vió Clarita la venganza del maestro, y los ojos chispearon de coraje, y á sus labios asomaba una palabra: «¡infame!,» que debía de decírsela allí mismo, acercándose á la concha, y contarle al *respetable público* todo, todo, para que él pagase; pero él juzgó mucho antes y un inmenso estallido de bastones, silbidos y taconazos vino á herirla como la explosión de una granada. No pudo más; saltáronsele á torrentes las lágrimas y bajó por la primera caja de bastidores.

En el cuarto la esperaban ya Sagrario y su marido. Cuando llegó Clarita la reconvino su hermana:

—¿Lo ves? ¿No te lo decía yo? ¿Quién te metía á ti en estos trotes? Y todo lo que se ha gastado, ¿qué?

Y el cuñado también hubo de aportar su óbolo mortificante.

—Nos has puesto en ridículo. Mujer, si sabías que no aprovechabas para esto, ¿á qué te empeñaste en seguir? ¡Pues buena te están poniendo tus compañeras! Y Víctor también anda por ahí. Mira, hablando del ruin de Roma...

Efectivamente, se cumplió el adagio; entró Víctor y, contra su costumbre, en vez de repetir sus anatemas contra el teatro, sus frases tenían un dejo sincero de aliento consolador.

—No te apures, Clarita; todos sabemos de quién ha sido la culpa, y aunque esto no se le puede ir á contar al público, quedan aún muchos escenarios donde poder demostrar tus méritos.

Pero ella atajó la conversación.

—No será verdad; de aquí á casa para no volver á pisar un escenario. Como yo me había figurado el teatro me seducía, pero como es me horroriza.

—¿Y no te queda ningún sentimiento al abandonarle?

—El de que me olviden los pocos que yo estimo.

Fué una alusión tan sincera y tan grata, que él la recibió lleno de gozo.

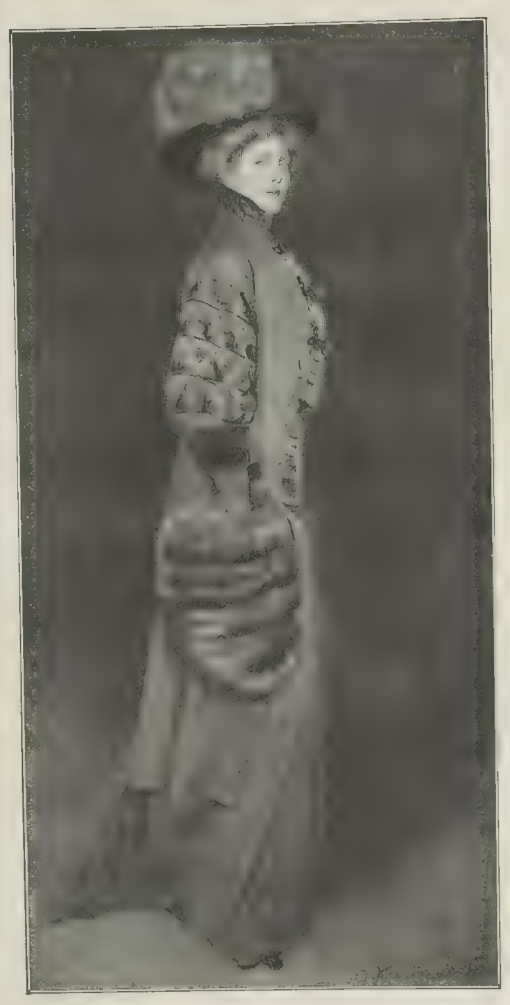
—No, no, Clarita, así te quiero yo: en la paz humilde de la casa, en la alegría íntima de la familia, en el gabinetito modesto y alegre, perfumado con tu gracia femenina, sin el temor de que alguien me robe tu cariño, con el placer de ser el único á quien esos ojos miren y esos labios sonrían...

En aquel momento, por la puerta del camerino, que Víctor había dejado entornada, pasaban los artistas en dirección al escenario para dar principio á la siguiente sección; el maestro director se cruzó entre ellos, y Clarita, de improviso, le salió al encuentro. Todos se detuvieron en actitud espectadora, esperando una escena trágica, y él mismo retrocedió prudentemente al ver llegar á la artista fracasada por su culpa. Y todos se quedaron asombrados al verla tender las manos sonriente y al escuchar que decía:

—Gracias, maestro; nunca olvidaré el favor y la inmensa alegría que me ha proporcionado esta noche.

Y tornaron de nuevo las lágrimas; pero esta vez eran lágrimas de felicidad, que sólo Víctor comprendía.—JULIO HOYOS.

(Dibujo de A. de Riquer.)



Retrato de la señorita Dolley,
pintado por Antonio de La Gándara. (De fotografía de J. E. Bulloz.)

ANTONIO DE LA GÁNDARA

Al detenernos ante los cuadros inmensos y admirables de La Gándara, nos sentimos desconcertados. Es el pintor de la mujer, pero de un feminismo refinado, y el más fiel intérprete de las elegancias parisienses, que no tienen par en el mundo.

Nadie como él ha sentido, se ha asimilado y expresado con pinceladas cálidas y vivas el alma, llena de misterios, de inquietudes y de un poderoso encanto, compleja, diversa y cambiante, de la mujer francesa moldeada en el ambiente parisiense.

Nadie como él la ha hecho revivir artísticamente, con su belleza externa, sugestiva y con su psicología especialísima, en que hay hondura y frivolidad al mismo tiempo.

Es este un caso de adaptación espiritual raro, pero explicable. Es la conquista completa del medio ambiente, la disciplina del gusto impuesta, no por unas teorías estéticas, sino por el dominio tiránico que ejerce la vida en que con toda plenitud espiritual se vive.

Tal vez ningún pintor contemporáneo ha fijado en el lienzo, no sólo la figura gentil, sino también el «interior» complicado de la parisiense, como este pintor de abolengo español, Antonio de la Gándara. Sus figuras de mujer tienen un sello de marca, que no solamente les da caracter singular, sino que á la vez les impone una ciudadanía indiscutible. Son parisienses. Así han pintado los maestros del retrato en todos los tiempos

No es cosa de explicar cómo se ha operado el milagro de la completa y perfecta trasplantación de La Gándara, español de origen, parisiense por inflexible temperamento.

¿En dónde reside el principal encanto de estas mujeres que ha perpetuado, en formas plásticas y vivas, el pincel de La Gándara? Analizando detalles, estudiando los diversos elementos que utiliza su arte pictórico, yo no sabría decirlo. Su obra—y en esto estriba su principal mérito—es integral, de conjunto. En sus figuras femeninas no hay que buscar ni la hermosura del rostro, ni el atractivo de las cabelleras tan airosas, ni la finura de las manos, casi pálidas y casi exangües; ni la comunicativa y elocuente expresión de los ojos, que dan una transparente visión interna del alma; ni la gallardía de las actitudes en cuerpos flexibles, ágiles, elegantemente gentiles; ni la altiva distinción del gesto, en que se descubre la clave, apenas velada, de una psicología ardiente, *pensierosa*, inquieta ó frívolamente atormentada; ni aun en el fausto opulento de todas esas cosas que hieren la vista y que acaso sean las que más pronto rinden, en el vivir corriente, nuestra simpatía y acaso nuestra emoción, porque nos deslumbran, nos seducen, ó nada más nos impresionan simplemente.

Todo eso son parcialidades, detalles que tienen un valor relativo. Lo que hay de admirable en los retratos de La Gándara es el conjunto: la mujer. Sus figuras son traslúcidas, revelando afuera todo su contenido interior; el continente de ellas transpira además el inconfundible «odore di fémina.» Son todas delicadas, exquisitas, como plantas de estufa, con mucha vida interna, plenitud de espiritual, pero sin esa lozanía ruda que da el aire tónico y libre de la calle.

Lo que más sorprende es el aristocratismo, el *panache* de nobleza bizarra que las distingue. Aun los trazos más toscos, las líneas más duras, en el contorno de los cuerpos se inmaterializan, esfumándose, afinándose, en un ambiente de idealidad preciosamente espiritualista. Depende del movimiento, de la ligereza, de la elegancia que La Gándara sabe poner siempre en el dibujo de sus figuras, para cada una de las cuales busca la actitud propia y el gesto que con mayor espontaneidad traduce ideas, sentimientos, emociones, todo su psicologismo complicado.
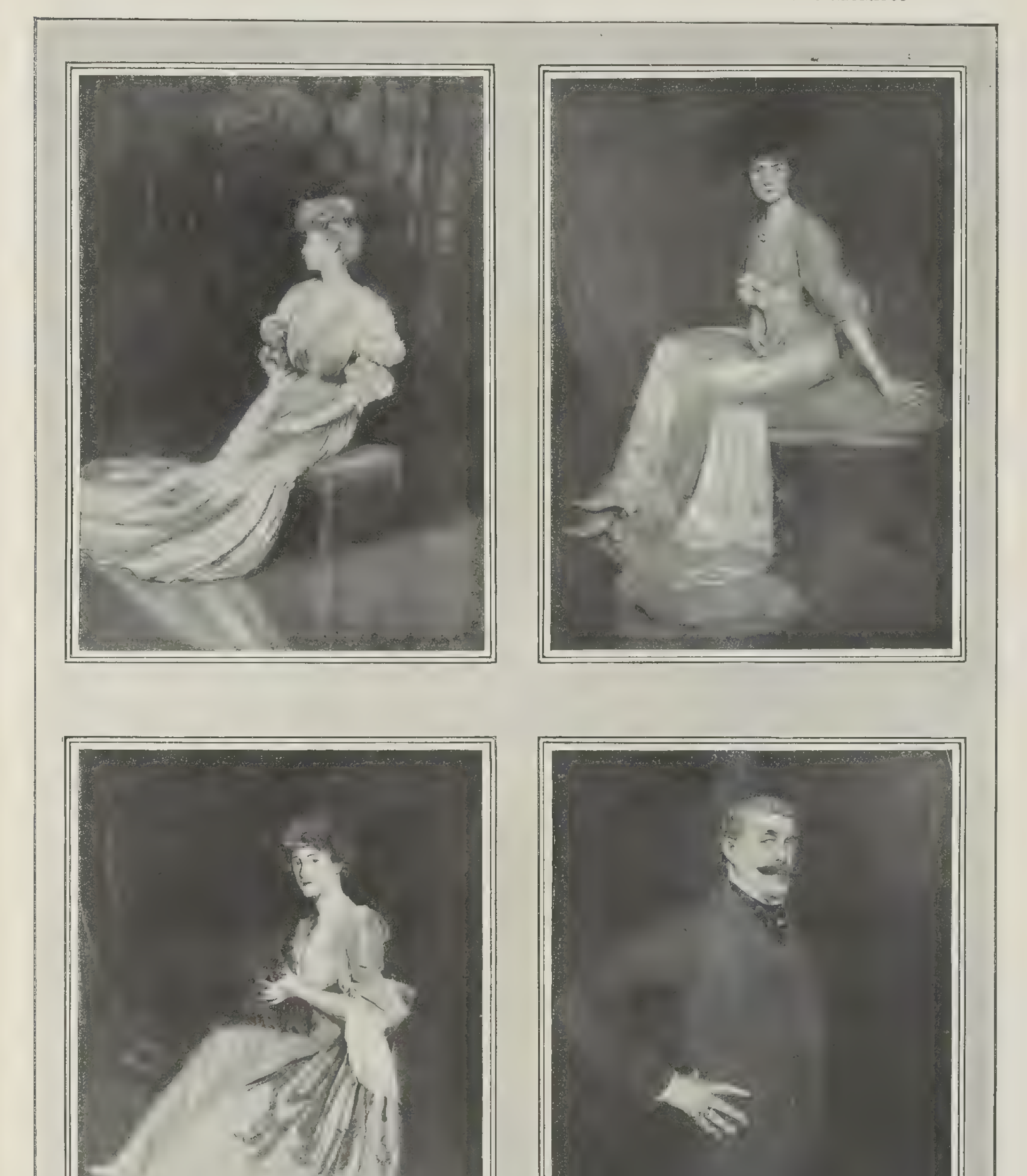
El pintor parece tener predilecciones por las *frêles patriciennes;* es que su arte es gentilmente aristocrático. Sus damas, las que con más vida han reproducido sus pinceles, han sido las que en su persona, sin atavíos ni galas, llevan un aire de distinción patricia.

Como en los cuadros bizantinos, con vírgenes todas ojos, en estas elegantes figulinas de La Gándara los ojos son los que atraen y esclavizan. En el fondo de ellos teje sus misterios la quimera. Guardan, avaros, su arcano, que vanamente se interroga. Engañosos fingirán que ríen cuando acaso lloran, y lloran, por mentir piadosos, cuando tal vez rían irónicos.

Así es que siempre dejan una visión de misterio, la impresión del eterno enigma del corazón de la mujer, complejo é indescifrable.

Tal vez porque nos sugieran al vivo ese secreto, nos atraen y nos seducen esas figuras en que La Gándara ha puesto la inmortalidad del «eterno femenino» que cantara Goethe.—ANGEL GUERRA.

ANTONIO DE LA GÁNDARA.—Algunos de sus más notables y recientes retratos



La señora de D'Annunzio.—La señora N.—La señorita de Mornand.—El célebre crítico Juan Lorrain. (De fotografías de J. E. Bulloz.)

PARIS.—La casa eléctrica del boulevar Poisonniere

(De fotografías de M. Branger.)



El laboratorio de experimentos en donde están instaladas las baterías eléctricas y los acumuladores



El comedor. El centro de la mesa desciende hasta el sótano de la casa y vuelve á subir con los platos, que sucesivamente pasan por delante del comensal

He aquí lo que á propósito de esta casa dice un periódico parisiense:

«El hada de la electricidad, coqueta y misteriosa, se revela bajo las formas más diversas é imprevistas, ora como una fuerza irresistible, ora como elemento de adorno y decoración.

»Un industrial, apasionado del magneto, ha tenido la idea ingeniosa de pedir á la electricidad todos los servicios que comúnmente se exigen de un numeroso personal, y en un piso que recientemente ha instalado en el bulevar Poissonniere con lujo y *confort* sin iguales, el inquilino único podrá vivir solo, como un misántropo, sin temor á las torpezas de la servidumbre ni á las visitas inesperadas de los impertinentes ó de los acreedores.

»Dentro de pocos días podrá el público visitar esa curiosa instalación que nosotros visitamos ayer y que deja muy atrás todos los prodigios del famoso prestidigitador Roberto Houdin.

»Llegamos á la puerta y una voz, que no sabemos de dónde sale, nos pregunta: «¿Quién es, qué se le ofrece? Dé usted la vuelta al botón y entre.»

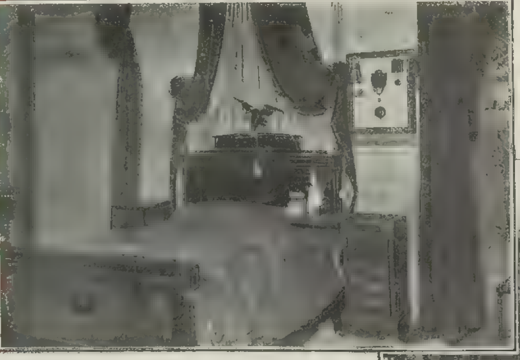
»Es el inquilino que, mediante potentes micrófonos instalados en todas las habitaciones de su piso, se entera de nuestra llegada y nos franquea la entrada de su mansión misteriosa.

»Abrese la puerta y penetramos en un espléndido comedor preparado para recibir á numerosos invitados. Al entrar nosotros, todo se ilumina: los jarrones que adornan las consolas, las flores esparcidas sobre el mantel, las piezas de plata de la vajilla.

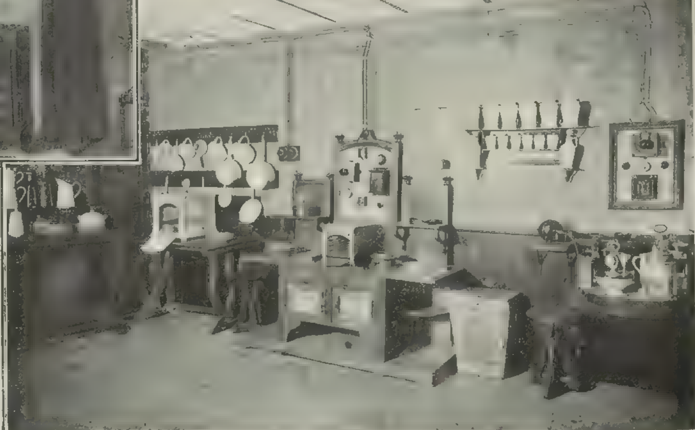
»La voz de hace un momento, que parece salir de la lámpara, á no ser que salga del reloj, nos explica que el centro de la mesa desciende al subterráneo y remonta cargada con los manjares, que pasan sucesivamente por delante de cada comensal.

»¿Necesitáis un cubierto ó pan ó queréis repetir de algún plato? Pues no tenéis más que manifestar en alta voz el deseo, que en seguida se ve satisfecho eléctricamente.

»Pasamos al dormitorio y la voz nos dice que nos acostemos; obedecemos á su indicación, y las cortinas de la cama se cierran por sí mismas y las luces eléctricas se apagan.



El dormitorio. Las cortinas de la cama se cierran eléctricamente y en la mesita de noche aparece por la mañana el desayuno.



La cocina en la que hay un horno eléctrico y cuyos utensilios mecánicos funcionan por medio de la electricidad

«Vuelva usted la manecilla número 3 que está á la cabecera de la cama—nos ordena la voz,—porque podrían entrar ladrones.» Así lo hacemos y comprobamos entonces que es imposible tratar de abrir una puerta sin que en el acto suenen tambores y timbres con un estrépito capaz de asustar al ladrón más valiente.

»De nuevo se encienden las luces y se descorren las cortinas, y se nos ocurre entonces pedir el desayuno. Inmediatamente el mármol de la mesita de noche desaparece para reaparecer al cabo de un momento con el servicio del chocolate.

«¡Es maravilloso!—exclamamos dirigiendo nuestra voz al techo.—¡Esto es un palacio de las *Mil y una noches!* Ser invisible, dueño de esta casa portentosa, reciba usted con nuestro saludo la expresión de nuestro asombro.»

»Y la voz, tomando un acento cavernoso, nos da las gracias por nuestra salutación de despedida.»

VALLS (TARRAGONA).—CENTENARIO DE LA BATALLA DEL «PONT DE GOY». (Fotografías de A. Merletti.)

La ciudad de Valls ha conmemorado con grandes fiestas el centenario de la batalla del «Pont de Goy» que se trabó en las inmediaciones de aquella población el día 25 de febrero de 1808 entre las tropas francesas mandadas por Saint Cyr y las españolas capitaneadas por el general Reding.

Los actos más importantes de esta conmemoración han sido la misa de campaña y la bendición de la cruz erigida en el sitio en donde se trabó la batalla, que ha sido costeada por subscripción pública abierta por el periódico vallense *La Veritat*.

La misa fué oída por los somatenes de los pueblos comarcanos, en número de 600 hombres al mando del capitán auxiliar Sr. Batet, por fuerzas del regimiento de infantería de Luchana y del de caballería de Tetuán, por una sección de la Cruz Roja de Tarragona y por un gentío inmenso procedente de los pueblos de la comarca y que no bajaría de 30.000 personas. Terminada la misa, que dijo el reverendo Sr. Coll, cura del regimiento de Tetuán, en un altar dispuesto junto al puente del Francolí, el canónigo arcipreste de Tarragona doctor Corominas procedió á la bendición de la cruz. Luego la Sociedad Colombófila dió suelta á 500 palomas mensajeras, las sociedades corales cantaron varias composiciones patrióticas y los niños de las escuelas públicas entonaron un himno á la bandera.

Pusieron fin á los festejos de la mañana los típicos *Xiquets de Valls*, levantando varios de sus atrevidos castillos.

Por la tarde hubo un banquete en el Ayuntamiento y reparto de quince premios á la virtud, ofrecidos por varias entidades y particulares.—T.



Misa de campaña que fué oída por más de 30.000 personas





El «Pont de Goy.»—Bendición de la cruz erigida en el sitio en donde se libró la batalla



PAISAJE, cuadro de José Masriera. (Salón Parés.)



BOSQUE DE ENCINAS, cuadro de José Masriera. (Salón Parés.)

Admirador de los encantos que la naturaleza ofrece, continúa tan distinguido artista dando muestra de su entusiasmo y de su maestría. Su paleta amasa las bellas coloraciones de los paisajes de nuestro país y su cultura, aportándonos bellas producciones que reproducen en sus más especiales aspectos nuestro *terruño*, trasladado al lienzo con la verdad y la exactitud del natural



RETRATO DE MRS. MICHAEL ANGELO TAYLOR, pintado por Hoppner

Reproducción de una *mezzotinta* del famoso pintor y grabador inglés Jaime Ward, que actualmente está en venta en Londres y que ha sido valorada en 15.000 pesetas

CARÁN D'ACHE

Este célebre caricaturista, recientemente fallecido en París, había nacido en Moscou en 1858, de padres franceses. Su verdadero nombre era Manuel Poiré, pero todo el mundo le conocía por su seudónimo *Carán d'Ache*, que en ruso significa trozo de lápiz. Desde su infancia demostró afición decidida al dibujo y dotes excepcionales para el cultivo de este arte; era muy niño todavía, y provisto de su lápiz y de su cartera asistía á los campos de maniobras de los cosacos para sorprender y copiar, muchas veces con riesgo de su vida, el espectáculo de las desenfrenadas carreras de aquellos regimientos.

Después de haber hecho sus estudios en un instituto de la capital rusa, presentóse al cónsul de Francia declarándole que quería partir para su patria de origen á fin de cumplir sus deberes militares. Trasladóse, en efecto, á Francia y entró en un regimiento de infantería; nombrado cabo á los seis meses, fué destinado al ministerio de la Guerra, lo que le permitió dedicarse enteramente á su arte favorito.

Terminado el período de su servicio militar, quedóse en



El célebre caricaturista francés **Carán d'Ache,** fallecido en París el 26 de febrero último (De fotografía de M. Branger.)

París y comenzó á colaborar en varios periódicos, entre ellos en la *Chronique parisienne*, *Tout Paris*, *La vie parisienne*, *La vie militaire*, *Le Chat noir*, *La Caricature*, etc., conquistando rápidamente gran celebridad como caricaturista y siendo su firma muy solicitada, no sólo en Francia, sino también en el extranjero. Entre sus principales obras merecen citarse especialmente, por su carácter particular, las dos que ejecutó para el teatro de sombras del *Chat-Noir* y que componen un total de 4.000 figuras; esas dos obras fueron las pantomimas *Epopeya*, basada en las victorias de Napoleón I, y *La tentación de San Antonio*, inspirada en el libro de Flaubert. Todo París desfiló por aquella sala de espectáculos admirando el ingenio y la maestría del dibujante, que por procedimientos al parecer tan sencillos y hasta primitivos supo obtener efectos realmente maravillosos.

Ultimamente se había dedicado á la escultura humorística, y sus estatuitas-caricaturas en madera, en cartón y en barro, portento de fina observación y modelo de sátira de buena ley, han obtenido asombroso éxito.

El nombre de Carán d'Ache pasará á la posteridad como el de uno de los más originales y admirables artistas de su época.

PARÍS. – LA ESCALERA MÓVIL

DEL METROPOLITANO

Todos los inventos que tienden á ahorrar esfuerzos ó á ganar tiempo serán siempre bien recibidos por el público; de aquí el éxito de los ascensores, que de día en día se van generalizando, y de las escaleras y aceras *roulantes* que, menos usuales que aquéllos por el coste y las dificultades mayores de su instalación, no dejan, sin embargo, de verse en algunas capitales populosas y en ciertos establecimientos ó almacenes de mucho tráfico.

Los inconvenientes de las escaleras ordinarias son harto notorios; aparte del cansancio físico que el subirlas produce, tienen el grave defecto, cuando ha de transitar por ellas mucha gente, de originar confusiones que pueden llegar á ser peligrosas y que, por lo menos, resultan siempre incómodas.

Para obviar estos inconvenientes la empresa del ferrocarril subterráneo Metropolitano de París ha instalado en algunas de sus estaciones unas escaleras móviles, merced á las cuales el viajero, al llegar al término del trayecto, no tiene más que poner el pie en el primer escalón, y sin esfuerzo alguno y sin tener que hacer cola se ve transportado inmediatamente á la puerta de salida.

EL P. PEDRO CHANOUX

A la edad de ochenta y dos años ha muerto recientemente el venerable P. Chanoux en el célebre Hospicio del Pequeño San Bernardo, en donde vivía desde hacía medio siglo y del cual era rector. Sabio modesto, apasionado del alpinismo, había recorrido y explorado todas las inmediaciones de aquel hospicio: las cumbres del Val de Aosta, el Monte Blanco, el Ruitor, el Val Grisanche, la Gran Motte, las montañas del Val de Isere, no tenían secretos para él y por él habían sido bautizadas las cimas del Doravidi y del Miravidi del grupo del Ruitor.

A pesar de su edad avanzada, el P. Chanoux había disfrutado hasta sus últimos días de una salud perfecta; únicamente hacía algunos años habíase debilitado su vista. Después de una corta enfermedad, falleció el día 10 de febrero último, rodeado de algunos amigos y familiares.

Su pasión por la flora de los Alpes sugirióle el proyecto, hace unos quince años, de crear un Jardín Alpino en el Pequeño San Bernardo; y animado, aunque sólo platónicamente, por sus numerosos admiradores, puso manos á la obra con sus modestos recursos para llevar á término la idea que acariciaba. Al efecto, escogió, cerca de la frontera franco-italiana, un terreno de unos 500 metros cuadrados, lo hizo cercar, á sus costas, con un muro, y con celo infatigable dirigió la construcción del jardín. Todo su entusiasmo, sin embargo, no habría bastado probablemente para la realización de su obra, si un generoso admirador suyo, el Sr. Correvón de Ginebra, presidente de la Asociación para la protección de las Plantas, no le hubiese regalado una caja con 150 variedades de plantas alpinas procedentes de todas las montañas del mundo; gracias á este regalo, el P. Chanoux pudo aclimatar en su Jardín Alpino una flora que prosperó, superando á todas las esperanzas concebidas, de manera que en la actualidad, quince años después de su creación, el jardín del Hospicio del Pequeño San Bernardo es uno de los más ricos y completos en su clase.

Hace pocos años, el Jardín Alpino, que en honor del padre Chanoux se denominó *La Chanousia*, fué solemnemente inaugurado en presencia de la reina madre Margarita, de Italia, y de altas personalidades.

El P. Chanoux había colaborado con importantes trabajos en diversas publicaciones alpinas botánicas y científicas, y ha dejado una obra de gran importancia, en la que están compendiados sus grandes conocimientos y sus profundas observaciones de naturalista, de geólogo y de botánico, y que seguramente se publicará antes de poco.

Muy apreciado en el mundo científico, estaba además dotado de todas las virtudes cristianas, y desde hacía 50 años practicaba como una verdadera misión la hospitalidad en su hospicio, situado á 2 200 metros de altitud.

Espectáculos. — Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La senyora X...*, drama en cuatro actos de Bisson, traducido del francés al catalán por Narciso Oller; y en Romea *El testament de la tía*, arreglo á la escena catalana de una comedia francesa en tres actos de P. Gavault y R. Charrany, hecho por Ramón Franqueza.

Asociación Musical de Barcelona. – En el Liceo se ha inaugurado la serie de conciertos dispuestos por esta benemérita entidad que tanto ha trabajado y trabaja en pro del enaltecimiento del arte musical. En el primero, cuya dirección estuvo confiada al maestro alemán Franz Beidler, ejecutóse la *Serie en si menor* de Bach, el poema sinfónico de Tchaikowski *Francesca de Rímini* y la grandiosa *Novena sinfonía* de Beethoven; en esta última tomaron parte, además de la orquesta de la asociación, los coros de ésta, del «Orfeó Barcelonés» y de la «Schola Orpheonica», y como solistas las señoritas Thomás y del Río, y los Sres. Gallofre y Bataller. Todas las piezas fueron muy calurosamente aplaudidas y el maestro Beidler fué objeto de grandes y merecidas ovaciones.



París.—La nueva escalera móvil de la estación del *Pere Lachaise* del ferrocarril Metropolitano (De fotografía de C. Delius.)

Palau de la Música Catalana. – En el tercer concierto de música de *camera* organizado por la Academia Ainaud, los Sres. Vives (piano), Ainaud y Brossa (violines), Estera (viola) y Brandía (violoncelo) tocaron un trío de Dvorak, el *Cuarteto* n.° 14 de Schubert y el *Quinteto en mi bemol* de Schumann, piezas que fueron perfectamente interpretadas y entusiastamente aplaudidas.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Real *Margarita la Tornera*, leyenda lírica en tres actos y ocho cuadros escrita sobre el pensamiento de obras de Zorrilla y Avellaneda por Carlos Fernández Shaw, música del maestro Chapí; en la Comedia *Los gemelos*, comedia en tres actos, arreglo por Antonio Palomero de la adaptación francesa de *Los Menecmos*, de Plauto, hecha por Mr. Bernhard; en el Español *El idilio de los viejos*, comedia en dos actos de Juan Cavestany; en el Príncipe Alfonso *La careta de Pierrot*, fantasía carnavalesca en un acto de Silvio Figarelo y Gabriel Viñana, y *La boda*, comedia en un acto de Enrique Casal; y en Romea *Sin título*, juguete cómico en un acto del Sr. Lobo Regidor.



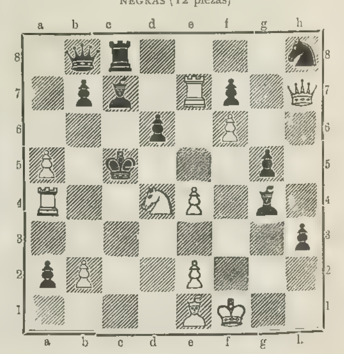
El P. Pedro Chanoux, eminente botánico, rector del Hospicio del Pequeño San Bernardo y fundador del célebre jardín alpino *La Chanousia*, en el monte Pequeño San Bernardo, recientemente fallecido en el citado hospicio. (De fotografía de Carlos Trampus.)

AJEDREZ

Problema número 515, por V. Marín

1.er premio *ex-æquo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1906.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

Solución al problema núm. 514, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D f 1 - a 6	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Juana se dejó caer en un sillón

—Sí..., he hecho mal..., lo reconozco..., repuso Paulina sollozando; pero le juro á usted... ¡Oh, no me despida usted, señor!..

Sin contestar, el Sr. Laroche apretó el botón de un timbre eléctrico.

—¡Por piedad, señor!.., volvió á suplicar la pobre. ¡Dios mío, qué va á ser de mí!

Presentóse Jerónimo.

—Va usted á subir con Paulina á su cuarto, ordenó Laroche. Va á hacer su maleta en presencia de usted y á partir en el acto.

—¡Señor..., por piedad!, imploró de nuevo Paulina tratando de coger la mano á su amo á fin de comunicarle alguna compasión.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Pero el padre de Juana extendió el brazo en la dirección de la puerta.

—Es irrevocable..., pronunció fríamente. No me retracto nunca de lo dicho.

Paulina siguió al criado, asombrado de lo que ocurría, sin haber podido comprender aún lo que motivaba aquella despedida implacable, y el comerciante, después de haber cerrado la puerta, sentóse á su escritorio.

Abrió un cajón, hojeó un libro de gastos cuidadosamente llevado, sacó la cuenta de lo que debía á la camarera, añadiendo veinte francos como indemnización de los «ocho días» de plazo habitual y preparó la cantidad en un ángulo de la mesa.

Tomó luego una hoja de papel con membrete de su casa de comercio y escribió:

«El infrascrito certifico haber tenido á mi servicio á Paulina Durandet, en calidad de camarera, desde el 15 de febrero de 1861 hasta el 5 de noviembre de 1876.

»En fe de lo cual le extiendo la presente á los efectos oportunos.—*Silvano Laroche.*»

Colocó la certificación debajo del dinero preparado, cerró el cajón, se levantó, atravesó su cuarto y el tocador de Juana y entró en el dormitorio de su hija.

Ésta, al entrar, se había dejado caer en una silla cerca del balcón.

—Acabo de despedir á Paulina, declaró Laroche sin más preámbulos. Esa miserable ha abusado de mi confianza convirtiéndose en cómplice tuya, facilitando entrevistas con el Sr. de Favreuse... Lo que has hecho es indigno de una muchacha honesta.

Juana se estremeció á la injuria.

Sus ojos habían permanecido secos hasta entonces; pero al oir á su padre brotó un sollozo de su

pecho, y sin embargo, tuvo la fuerza de contenerlo, no queriendo perder su energía.

—Ya sabes lo que te tengo dicho acerca de Edmundo, repuso el padre. Desde el día que comprendí que sentías por él algo más que amistad, hice todo lo posible para apartarte de él, pues no podía dejar que tu corazón se extraviase en semejante afecto y te acarreases un porvenir de desdicha que eras incapaz de prever.

Juana no contestó.

No obedeciendo más que á su corazón, apelaba á todas sus fuerzas para sostener la lucha que iba á entablarse.

—¿De modo que amas á ese joven?, preguntó Laroche, que á toda costa quería obtener una contestación. Todo cuanto he hecho, todo cuanto he dicho, ¿no ha servido de nada?.. ¿Sigues pensando en él?.. ¿Le habías vuelto á ver, sin decírmelo, antes de hoy?..

—Le había visto una sola vez, contestó francamente la muchacha con voz que logró mantener tranquila. Le encontré hace dos meses y ni siquiera le saludé, tan sorprendida quedé al verle. Si no te lo dije, fué porque conocía tus intenciones, porque sabía tu empeño en impedirme que pensase en él. Desde entonces, he vuelto á verle hoy por primera vez.

—¡Bah!.., replicó Laroche en tono de la mayor incredulidad. Esa entrevista de hoy era premeditada... Esa misa mayor de San Sulpicio no era más que un pretexto, puesto que en vez de asistir á ella te paseabas por el Luxemburgo con él

—Esa entrevista, si no premeditada, estaba prevista desde hacía tres días, dijo Juana. Ya ves que soy franca.

—¡Tenías una cita!..

—¡Oh! Puedes insultarme, interrumpió la muchacha, no me defenderé desde ese punto de vista, porque nada he hecho que pueda merecer un reproche de mi conciencia.

—¿De veras?

—Amo á Edmundo... Tú lo sabes, puesto que has hecho todo lo posible para impedírmelo.

—He obrado por tu bien, guiado únicamente por mi afecto, inspirado por mi experiencia y por mi deber de padre... Me opuse á ese amor antes de que se declarase, tan pronto como lo pude prever.

—¿Crees tú entonces que se puede cesar de amar?

—Una muchacha de bien debe tener confianza en su padre.

—¿He dejado nunca de tenerla?

—Sí, porque no has sido franca, puesto que me has ocultado tus relaciones con Edmundo.

—Te repito que he hablado hoy con él por primera vez desde que se fué de esta casa.

—¿Entonces le habías escrito?

—¡Jamás!

—¿Cómo explicarás, pues, esa cita, prevista desde hacía tres días?.. Tú misma acabas de confesarlo.

—No se trataba de una cita, explicó Juana. Hace tres semanas que decidí ir á esa misa, tú lo sabes... El jueves, Paulina encontró á Edmundo, á quien habíamos visto á últimos de agosto, una tarde, como te he dicho, sin que yo le hubiese hablado, sin haberlo saludado siquiera... Yo ignoraba entonces que estuviese de guarnición en París y me causó gran sorpresa el verle. Desde entonces no he dejado de pensar en él, porque, á pesar de todo cuanto hiciste, no le podía olvidar.

—Porque no tienes confianza en tu padre.

—Porque nadie es dueño de su corazón.

—¿Entonces fué Paulina la que dijo el jueves á Edmundo que podría verte en San Sulpicio?, preguntó Laroche.

—Sí.

—¿De tu parte?.. ¿Ves como era una cita?

—No; Paulina obró sin consultarme, de conformidad con mis sentimientos, porque yo no se los había ocultado... ¿Con quién hablar de ellos, si no te los podía decir á ti?

—Entonces, en vez de ir á la iglesia...

—No, interrumpió Juana. Fuí á San Sulpicio con Paulina. Edmundo estaba allí, y salimos para hablar.

—¿Sabe que le amas?

—No tenía necesidad de decírselo... ¿Es que eso no se adivina?

—¡Desgraciada!.., exclamó el comerciante con voz sorda. ¿Adónde quieres que eso te conduzca?

Juana calló. No podía considerar las cosas desde el mismo punto de vista que su padre, y si se sentía dispuesta á luchar por su amor, no quería rebelarse abiertamente.

—Vamos á ver, escucha y razonemos un poco, dijo el Sr. Laroche con una calma que creyó á propósito para favorecer sus argumentos. ¿Crees que un padre, un padre como yo, de cuyo amor nunca has podido dudar, pueda tener más miras que la felicidad de su hija?

—Estoy segura de ello, contestó la muchacha; pero bien puedes engañarte.

Laroche se sentó enfrente de su hija, que permaneció en pie, y continuó:

—¡Engañarme!.. ¡Ay, pobre hija mía! Eres como muchas otras, que creen poder prescindir de la experiencia de sus padres. Pero en eso, ¿no es evidente que yo debo ser mejor juez que tú, yo que no tengo en ello ningún interés personal, yo que no busco más que tu dicha, yo que puedo juzgar las cosas y las personas con una independencia de espíritu que tú no puedes tener, mientras que tú te dejas cegar por un afecto que se ha apoderado de ti independientemente de tu voluntad, y no puedes ser imparcial, puesto que tu corazón ha elegido?..

—Y bien, ¿qué juzgas tú?.., preguntó Juana, resuelta á discutir. ¿Por qué no puedo amar á Edmundo de Favreuse, que fué mi amigo de la infancia, cuyo padre fué tu mejor amigo, tu único amigo, porque has tenido pocos?.. ¿Por qué?.. ¿Porque es pobre y nosotros somos ricos? Esto sería más bien una razón que me determinaría, porque sufre las consecuencias de una fatalidad injusta, porque lleva el peso de una desgracia inmerecida.

—¡Ah, sí!.. Con esas teorías generosas se va al peor de los destinos.

—¿Eso crees tú?.. ¿La generosidad y la compasión unidas al amor preparan, según tú, un porvenir desgraciado?, repuso Juana.

—Seguramente, replicó el comerciante, porque uno se expone á labrar su propia desdicha partiendo de ese principio. Los negocios que se hacen menos con la razón y el buen sentido que con el corazón, son casi siempre aquellos de los cuales somos víctimas.

La muchacha dejó asomar una sonrisa triste y ligeramente irónica á la vez.

—En los negocios, en lo que llaman «los negocios,» dijo ella recalcando, puedes tener razón. El corazón puede ser un mal consejero en materia de interés, y evidentemente el egoísmo es un prudente inspirador para las combinaciones en que lo único que está en juego es el dinero... Pero el afecto no es un negocio.

—El matrimonio sí.

—El matrimonio por interés, quizá.

—Como en el caso presente.

—¿Qué quieres decir?.., preguntó Juana estupefacta.

—Quiero decir que el móvil no es siempre el mismo de una y otra parte, contestó Laroche. Tú no escuchas más que tu corazón, pero el hijo de Favreuse, que no tiene un céntimo...

—¡Oh, calla, padre, calla!.., interrumpió la leal muchacha con indignación. No hables así del hijo de un hombre de quien fuiste amigo.

—Hablo como padre.

—Lo que dices es injusto... Si estuvieses inspirado por no sé qué mal resentimiento, lo reconocerías tú mismo... ¿Su amistad no data, como la mía, de la época en que su padre era rico?.. ¿Dónde ves entonces el interés?.. ¿Cómo puedes pensar tales cosas y creer en cálculos tan abominables?.. Entonces, porque su padre se arruinó, porque le dejó sin fortuna, ¿es preciso que destroce su corazón, que renuncie á su amor..., ó bien que se exponga á que sospechen de él que obedece á móviles interesados..., que hoy no me ama sino á fin de obtener lo que poseo, cuando ha sido rico?.. Sí, sería injusto pensar eso.

—Habla el corazón, contestó Laroche. Toda joven que se hallase en tu situación razonaría del mismo modo. Admito que Edmundo de Favreuse hubiese heredado una fortuna á la muerte de su padre... ¡Quién sabe si hoy te amaría!..

—Si todas las desgracias no hubieran caído sobre el Sr. de Favreuse, replicó Juana, hubiera sido tu amigo, en vez de ser tu deudor que no pudo satisfacerte...

—¡Oh! No hablo de lo que me debe, interrumpió el negociante. Hace tiempo que lo dí por perdido.

Pero Juana prosiguió:

—Hubiera continuado viviendo en esta casa, lo mismo que Edmundo; la amistad que nos unió desde la infancia se hubiera desarrollado del mismo modo; quizá más rápidamente, y hoy no te parecería extraordinario que nos amásemos.

—No quiero juzgar á las personas en circunstancias en que no se encuentran. Yo no veo más que lo que es, como hombre prudente, como padre amante y previsor, como hombre que tiene en su abono el amor paterno y la experiencia de la edad.

Dos golpecitos dados ligeramente en la puerta de la antesala interrumpieron esta conversación.

El Sr. Laroche se levantó y fué á abrir.

Allí estaba Jerónimo.

—Paulina está pronta, dijo; pero desearía hablar con usted...

—No tengo nada que oir, contestó duramente el padre de Juana. Si está pronta, que parta.

Entonces la camarera, que había permanecido apartada, se adelantó y dijo sofocada por los sollozos:

—¡Señor..., se lo suplico!.. ¡No me despida!

—¡Ea, basta!, gritó el Sr. Laroche. Lo dicho, dicho... Cuando han abusado de mi confianza, no perdono.

Y dirigiéndose á Jerónimo dijo:

—He preparado su certificado y el dinero que se le debe. Lo encontrarás todo sobre mi mesa de escribir.

Y cerró la puerta para no oir más, gritando:

—¡Buen viaje!..

Volvió al lado de Juana.

—¿Ves qué duro eres?, dijo la muchacha. Según tú, yo soy la culpable, y castigas á esa pobre muchacha.

—La despido, contestó el Sr. Laroche, porque el primer deber de un criado consiste en no abusar de la confianza de su amo.

Juana se dejó caer en un sillón, y recodándose, con la mejilla apoyada en la mano y los ojos fijos en la alfombra, permaneció muda.

Laroche fué á colocarse delante de ella.

—En fin, le preguntó, ¿adónde quieres venir á parar? Porque es cuestión de explicarse. Ya has comprendido que yo me opondré á un proyecto de matrimonio entre ese muchacho y tú, y no cederé, tenlo por entendido.

Juana levantó entonces lentamente la cabeza, y mirando á su padre frente á frente, aunque sin ninguna provocación, contestó á aquella declaración con otra valiente y leal, dicha con voz firme y enérgica:

—Pues bien, amo á Edmundo de Favreuse y no amaré nunca sino á él; ¡te lo juro!

—Está bien, dijo Laroche herido en lo vivo y conteniendo su cólera. Mientras tanto, te prohibo de la manera más formal que vuelvas á verle ó que le escribas. Soy tu padre y tengo obligación de hacer valer mi autoridad para defenderte contra ti misma, para impedir lo que, á mi juicio, ocasionaría la desgracia de toda tu vida.

Transcurrieron varios días sin que se pronunciase una sola palabra sobre este asunto entre padre é hija.

Sólo se veían á las horas de comer, y durante el tiempo que estaban sentados á la mesa, uno enfrente del otro, la presencia del criado bastaba para dar un motivo á su silencio.

Por la mañana, al levantarse, y por la noche al retirarse á su cuarto, Juana iba, como de costumbre, á besar á su padre; pero apenas cambiaban algunas frases triviales.

Durante el día, Laroche atendía á sus ocupaciones, ora en Bercy, ora en su despacho del Mercado de vinos, ora en casa de sus banqueros, ora haciendo su correspondencia en casa.

Juana permanecía sola.

Paulina había sido substituída de la noche á la mañana por una camarera de más edad, proporcionada por una agencia del barrio.

El domingo siguiente reanudóse la conversación.

Empezó Laroche, á quien ponía nervioso aquella actitud de su hija que desolaba su amor paterno.

Adoraba á Juana y sufría de verse privado de sus caricias, de aquella afectuosa efusión á que estaba acostumbrado.

—¿Quieres que salgamos?, propuso él.

Y como Juana contestase con un gesto de indiferencia, añadió:

—No puedes vivir continuamente encerrada. Es necesario tomar un poco el aire y hacer ejercicio. Encargué el coche para la una; podemos ir á dar un paseo por el Bosque. Hay carreras en Auteuil é iremos si quieres. Así pasaremos distraídamente la tarde.

—Como quieras, contestó Juana.

Una vez en el coche, Laroche dijo, después de un largo silencio:

—Quisiera hacerte comprender que obro únicamente por tu bien en cuanto á lo que te dije respecto á Edmundo, á fin de que no creas que obedezco á una preconcebida é injustificada causa, ó que tengo algún secreto motivo de resentimiento contra ese desgraciado Favreuse y su hijo.

Había alguna vacilación en la voz del padre de Juana, como si buscase sus expresiones.

Lo que él quería era tener una explicación que consideraba útil y se esforzaba en que fuese definitiva, á fin de zanjar de una vez aquella cuestión y

poder recuperar el afecto de su hija, que se le escapaba.

—Me dijiste el otro día que amabas á Edmundo y que no amarías sino á él, prosiguió lentamente. Es mucho decir para una muchacha que no conoce nada del amor... ¡Amar!.. Pero, pobre hija mía, ¿estás segura, siquiera, de no ser juguete de un error de tu corazón, de una ilusión creada por una amistosa compasión?.. Reflexiona un poco, repuso al ver que Juana no contestaba, y explícame, si no es así, cómo ha podido formarse en tu alma ese amor absoluto de que hablas... Vamos á ver; conociste á Edmundo cuando todavía no era más que un niño y tú una niña. Estabais unidos por esa amistad de la infancia que se desarrolló al contacto de cada día, á la inspiración de la amistad que me unía á su padre..., y nada más. Llegó un día en que la desgracia persiguió al pobre Favreuse, que tuvo la culpable debilidad de no ver á tiempo el abismo hacia el cual le arrastraban las locas prodigalidades de su mujer. Fuisteis separados cuando tú no tenías más que doce años y Edmundo apenas tenía trece. Habéis estado nueve años sin veros. ¿Cómo y bajo qué influencia se habría desarrollado, pues, ese amor de que hablas?

—Entonces, dijo al fin Juana, tú no comprendes que el recuerdo de un amigo de la infancia pueda subsistir en el corazón.

—Sí, lo comprendo muy bien, contestó el comerciante; lo que no comprendo es su transformación en pasión ardiente, si no encuentro la explicación en otra causa que ese simple recuerdo.

—Tú no admites que una amistad, cuando ha sido sincera, profunda, única, pues nunca tuve otro amigo que él, repuso la muchacha, pueda desarrollarse hasta en la ausencia de este amigo, y convertirse, á la edad en que el corazón habla, en una verdadera ternura, en un afecto entero, absoluto, poderoso...

—Lo admito, pero es un error del corazón.

—¡Un error del corazón! ¿Qué quieres decir?

—El corazón está expuesto á errores, como los ojos, como los sentidos, explicó Laroche. Está aún más expuesto y su error puede afirmarse más vivamente, prolongarse más; porque si los sentidos son capaces de ilusiones, de alucinaciones, de espejismos, no tardan en volver de su error cuando el efecto engañoso cesa de producirse, cuando la realidad y la evidencia se imponen. El corazón, por el contrario, mantiene él mismo el error de que es víctima ó juguete, perpetúa la ilusión ó el encanto engañoso. Lo único que puede desengañarle es la experiencia, acompañada á menudo de la adversidad. Eso es precisamente lo que te pasa á ti y lo que yo quisiera hacerte comprender.

—No creo que lo consigas.

—Escucha y verás. Supiste que el Sr. de Favreuse era desgraciado y tu amistad por Edmundo hizo que te compadecieras de él. Sufriste al enterarte de que él sufría y quisiste socorrerle: todo eso está muy bien y nunca te lo he censurado. Entonces tu afecto redobló con aquella compasión, y un día te figuraste que aquel sentimiento se había convertido en amor.

—Estoy segura.

—¿Cómo puedes estar segura, sin experiencia?

—Yo bien sé lo que experimento.

—¿Qué es, pues, lo que sientes?

—No te lo sabría decir..., contestó Juana. ¿Puede esto analizarse acaso?.. Amamos, lo sentimos, pero esto no se demuestra.

—Crees amar... Esto sucede con harta frecuencia, mi pobre Juanita, dijo Laroche, y después, cuando la ilusión se desvanece, es demasiado tarde para conjurar la desgracia. Por esto los hijos tienen necesidad de la experiencia de sus padres para evitarles desgracias que su inexperiencia les acarrearía. ¡Ah, si escuchásemos mejor á los que la naturaleza ha colocado á nuestro lado como ángeles tutelares, esos protectores naturales y cariñosos que nos han puesto en el mundo y que nos aman por encima de todo, cuántas desdichas se evitarían!.. Casi todos los matrimonios desgraciados se originan de eso. Creemos poder prescindir de los consejos de nuestros padres; queremos emanciparnos lo más pronto posible de esa autoridad que parece tiránica cuando contraría las aspiraciones del corazón, las embriagueces de un espíritu desprovisto de cordura; nos sublevamos contra la tendencia juiciosa y previsora del padre que no tiene más mira que la felicidad del ser que más quiere en el mundo, y así labramos la desgracia de toda nuestra vida.

—Lo que dices es muy justo, aprobó Juana, y no hay duda que muchos hijos han cometido locuras ó tonterías por negarse á escuchar los consejos de sus padres. Pero yo no estoy en ese caso. Si Edmundo fuese rico, no me impedirías casarme con él.

—No se trata de fortuna.

—Sí, sí..., de eso se trata únicamente.

—¿Y aunque así fuese?..

—¡Oh! ¿Ves?, exclamó Juana triunfante. Entonces quieres que le rechace por pobre, en vez de encontrar en su desgracia una razón de más para tenderle la mano?

—No quiero decir eso, protestó el padre de Juana. La compasión es el sentimiento que te anima respecto á Edmundo, y el error de tu corazón proviene precisamente de que la tomas por amor. Pero no me opongo á ese matrimonio porque Edmundo de Favreuse carezca de fortuna; no es por eso por lo que yo combato lo que llamas amor.

Juana hizo un gesto de incredulidad.

—No, no es por eso, dijo Laroche, que vió aquel gesto. Si Edmundo hubiese nacido pobre y le amases realmente, yo no haría objeción alguna. Pero tiene la desgracia de ser hijo de una mujer que causó la ruina y la desesperación de mi amigo Favreuse.

—¿Quieres hacerle responsable?..

—No le hago responsable... Le compadezco con toda mi alma por haber tenido semejante madre; pero yo no puedo, por la sola razón de que pretendes amarle, olvidar que es hijo de esa mujer... No puedo menos de prever que podrá reunir los defectos de su madre.

—¿Por qué no había de tener las cualidades de su padre?, objetó la muchacha.

—¿Qué cualidades?.., exclamó el comerciante. ¡Su debilidad, aquella ciega y culpable debilidad con que se dejó conducir á su perdición, á su ruina, casi al deshonor!..

—¡Papá!

—Sí, casi al deshonor; no tal como se entiende en el sentido estricto de la palabra, en el sentido de la ley..., sino el deshonor comercial.

—Hablas como acreedor.

—Ya te dije que había hecho una cruz sobre lo que Favreuse me debía, y ya ves que nunca dí un solo paso para reembolsarme. Yo sabía muy bien, al prestárselo, que era dinero perdido. No se lo presté; se lo dí. El préstamo no hizo más que disimular el favor hecho. ¿Pero los demás á quienes debe?..

—Pues yo no tengo semejantes argumentos, dijo Juana, porque estoy convencida de que si el Sr. de Favreuse hubiera logrado rehacerse, hubiese pagado todas sus deudas.

—No digo lo contrario; pero no reunía las cualidades necesarias para conseguirlo.

—En todo caso, no es á él á quien amo; no se trata de él.

—Se trata de su hijo, ya lo sé; pero se trata de Edmundo, que tendrá los defectos de su madre, que puede ser loco y pródigo como ella, que podrá conducir á la que se case con él á la ruina y á la desesperación, como á ellas fué conducido su padre por esa mujer, por esa miserable que me robó, que vino á mí con la intención de engañarme.

—¡Eres injusto!..

—Soy juicioso y previsor, dijo Laroche, y por eso me opongo á esos amores, y hasta el fin pondré obstáculo á ese proyecto de matrimonio que repruebo y al cabo del cual no veo más que tu desgracia.

—¡Pero y si le amo!.., dijo la muchacha. ¿Y si no quiero casarme con otro?

—Entonces permanecerás soltera, exclamó resueltamente el comerciante, porque nunca te dejaré casar con el hijo de esa mujer.

Juana renunció á discutir.

Algunos días después, cuando Laroche trató nuevamente de hablarle de Edmundo de Favreuse, procurando modificar sus sentimientos, le detuvo desde las primeras palabras.

—¿Para qué?, dijo ella. No vemos las cosas del mismo modo.

—¿Pero si yo te demostrase que vas descaminada?

—Nunca me demostrarás que yo no amo á Edmundo. Me conozco y me he interrogado. Hace doce años que le amo. Mejor dicho, le he amado siempre. Aquella amistad de la infancia era amor, amor latente, tal como puede concebirse á esa edad, cuando el corazón aún no está formado, cuando aún no se ha abierto. Es el mismo sentimiento que hoy me domina y nada lo arrancará de mi corazón.

—Pues bien, te lo vuelvo á declarar, dijo enérgicamente Laroche. Nada me hará consentir en ese matrimonio.

Entonces Juana exhaló un profundo y doloroso suspiro.

—Los padres como tú, dijo ella, tienen una singular manera de querer la dicha de sus hijos. Con el pretexto de asegurarles el porvenir más feliz, se constituyen en verdaderos causantes de su desdicha.

—¿Así lo crees?

—¿Se trata acaso de ti? ¿Acaso eres tú el que quiere casarse con Edmundo? ¿Acaso eres tú quien le ama?

—¿No puedes dejarte cegar por tu amor?

—¡Eso es! . Pero comprende que soy yo la que se casaría y no tú.

—Por eso quiero abrirte los ojos, á fin de evitarte calamidades que mi experiencia me hace prever.

—En fin, es inútil discutir, dijo Juana nerviosa; tú no cambiarás, ni yo tampoco.

—No, no cambiaré, declaró Laroche, y jamás, en mi vida, daré mi autorización para ese matrimonio. ¡Jamás, jamás!

—Entonces prescindiré de ella.

A estas palabras, el padre de Juana irguió la cabeza con indignación y asombro.

—¡Prescindirás de mi autorización!.., exclamó no pudiendo creer en semejante rebeldía.

—Cuando se ama, se tiene la fuerza de arrostrarlo todo... Ya ves de qué manera habrás querido mi felicidad.

—¡Oh! ¡Prescindirás de mi consentimiento!.., prosiguió Laroche fuera de sí, paseándose á grandes pasos por el salón. ¡Te rebelarás contra mí!.. Pues bien, allá veremos...

Juana se retiró á su cuarto, y como los días anteriores, se echó á llorar.

Después de calmarse, reflexionó largo rato.

Recordó lo que acababa de decir á su padre.

Sí, se había rebelado, exasperada por la oposición sistemática del antiguo amigo del Sr. de Favreuse.

Había dicho que prescindiría del consentimiento paterno; ¿pero qué iba á hacer?

Muchas veces había oído hablar de casamientos verificados contra la voluntad de los padres, de intimaciones legales... ¿Tendría que acudir á tales medios?

Pensaba también en la situación del hijo de Favreuse.

«¡Todavía tiene para cuatro años!..» se decía dolorosamente.

Es lo que tranquilizaba á Laroche; porque también él se había puesto á reflexionar por su lado, después que su cólera se hubo disipado un poco.

«A Edmundo—se dijo—le faltan aún cuatro años de servicio militar. Hasta entonces, ¡pueden suceder tantas cosas!»

Pero algunos días después, atormentado sin cesar por aquella obsesión dolorosa, no pudiendo resignarse á la penosa situación en que perdía el afecto de su hija adorada, resolvió obrar.

«Es preciso que yo vea á Edmundo—se dijo.—Quizá le haré cambiar de idea manifestándole que no consentiré jamás en ese matrimonio.»

Un momento después añadió:

«Es preciso también que yo tome informes sobre él. ¡Quién sabe si descubriré algo que cure á Juana de ese funesto amor!»

IX

MALDITO AMOR

Luciano había regresado al cuartel en un estado de desaliento absoluto.

Más que nunca, aquella vida militar le parecía intolerable, le era pesada como la peor de las servidumbres.

Había comprendido muy bien que el Sr. Laroche se opondría al proyecto de matrimonio de Juana y que procuraría combatir su amor por todos los medios imaginables.

«En cuatro años—se dijo—lo conseguirá seguramente... ¡Si al menos pudiese yo verla durante este tiempo!»

Calculaba, exasperando aún más su disgusto.

«Si no hubiésemos encontrado al padre - se dijo, —Juana y yo nos hubiéramos arreglado para vernos. Ahora, eso será imposible; el Sr. Laroche vigilará. No la dejará salir más. Se la llevará quizá lejos de París, como hizo ya otra vez... ¡Ah, si hubiésemos podido prever lo que sucedió!»

Sin embargo, el miserable se sentía sostenido por el amor que Juana le había declarado, creyendo concederlo á Edmundo.

Buscaba el medio de luchar, apasionadamente enamorado también.

«¿Cómo volver á verla?—se preguntaba.—¿Cómo escribirle?»

Varias veces fué á rondar la casa de Juana, después de anochecer, pasando una y otra vez por debajo de sus balcones, tratando de verla, oculto en la obscuridad del bulevar.

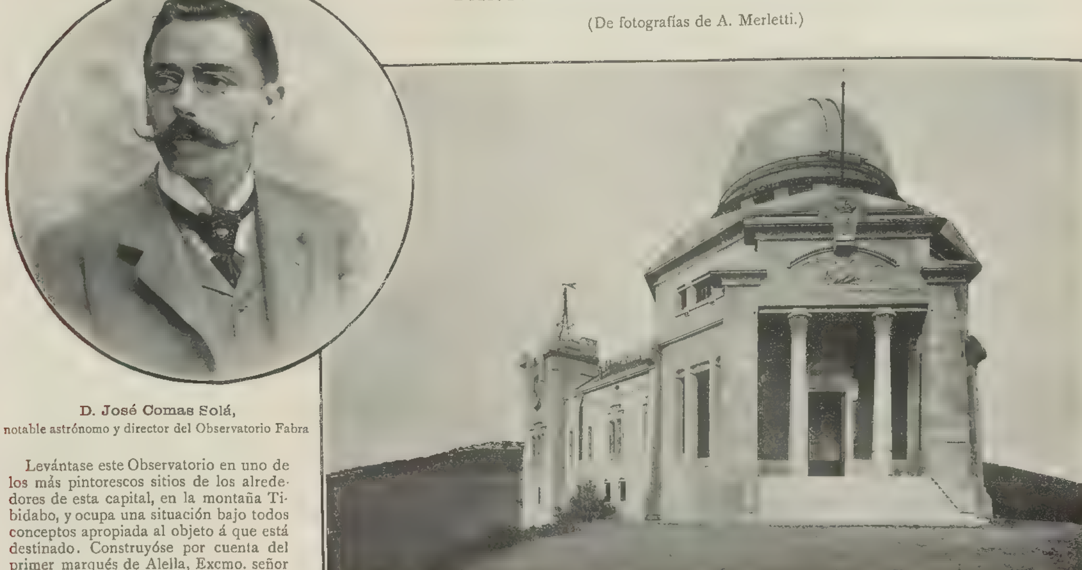
«Aunque yo la viese—pensaba,—ella no podría sospechar que estoy aquí.»

Entonces procuró informarse.

(Se continuará.)

BARCELONA.—EL OBSERVATORIO FABRA

(De fotografías de A. Merletti.)



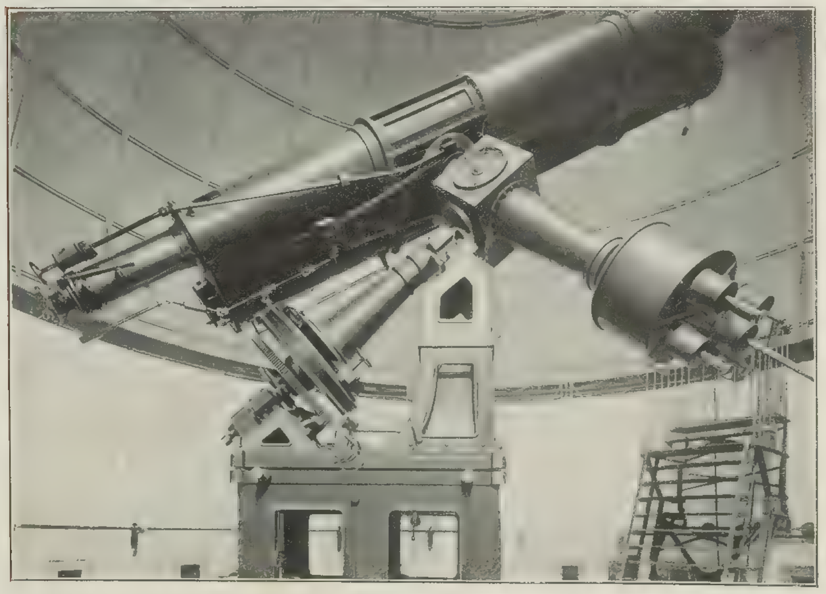
D. José Comas Solá,
notable astrónomo y director del Observatorio Fabra

El Observatorio Fabra, instalado en el Tibidabo y perteneciente á la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona por donación de D. Camilo Fabra, primer marqués de Alella

Levántase este Observatorio en uno de los más pintorescos sitios de los alrededores de esta capital, en la montaña Tibidabo, y ocupa una situación bajo todos conceptos apropiada al objeto á que está destinado. Construyóse por cuenta del primer marqués de Alella, Excmo. señor don Camilo Fabra, quien hizo donación de él á la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, á la que actualmente pertenece, habiéndose añadido al cuantioso donativo del marqués, después de su fallecimiento, otras cantidades, que en parte regalaron los hijos de aquél D. Fernando y D. Román, y en parte concedieron la Diputación Provincial y el Ayuntamiento barcelonés, invirtiéndose, en total, unas 380.000 pesetas.

La construcción del edificio, que fué dirigida por el arquitecto D. José Doménech y Estapá, asesorado astronómicamente por D. José Comas y Solá, director del Observatorio, comenzóse en 1902 y quedó terminada en 1904, fecha en que se inauguró el establecimiento.

Los instrumentos astronómicos principales que posee el Observatorio son: la gran ecuatorial doble y el círculo meridiano, construídos una y otro por la casa R. Mailhat, de París. Los objetivos, en pasta, proceden de la casa Mantois, también de París. La ecuatorial es doble, es decir, astro-fotográfica. Ambos objetivos tienen el mismo diámetro, 38 centímetros, y son los mayores de España; sus resultados, conforme atestiguan, entre otras, las observaciones de los satélites de Júpiter, son excelentes. La potencia de desdoblamiento es de 0″25.



Ecuatorial astro-fotográfica, cuyos objetivos, de 38 centímetros de diámetro, son los mayores de España

El círculo meridiano es reversible, de 20 centímetros de objetivo y 80 centímetros de círculo de distancias polares. Lleva el instrumento, que es el mayor de España, dos sistemas de seis microscopios micrométricos y con él puede alcanzarse la décima de segundo de arco.

A este círculo meridiano acompaña un péndulo sideral, tipo de Observatorio de primer orden, de la casa Deut, de Londres, que da los mejores resultados. Además del péndulo sideral, hay un péndulo de tiempo medio y dos cronómetros de marina, etc.

En Meteorología tiene el Observatorio una serie completa de registradores grandes y pequeños modelos de la casa Richard, de París, así como los instrumentos tipos de lectura directa. Es digno de ser mencionado un gran anemómetro veleta registrador, sistema Bourdon.

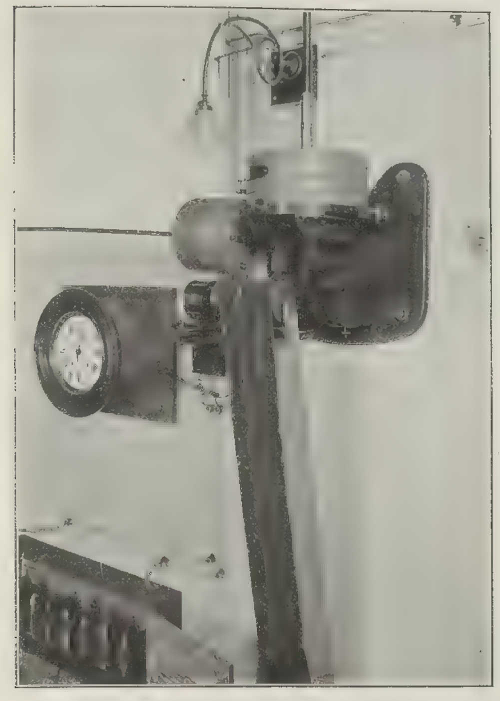
La Sismología, cuyos instrumentos están instalados en el subsuelo del Observatorio, está representada por un microsismógrafo de tres componentes, sistema Vicentini, de Padua; de un microsismógrafo de dos componentes horizontales y doble velocidad automática, sistema Agamennone, de Roma; de un microsismometrógrafo, sistema Cancani, de dos componentes horizontales, también de Roma; sismoscopio, etc.

Existe también en el Observatorio un naciente Museo de aparatos científicos antiguos, figurando, entre los principales, astrolabios de la Edad Media; un sextante del siglo XVIII; la primera cámara daguerrotípica que funcionó en Barcelona; un gran cuadrante geodésico de 1755; máquina neumática de dos cuerpos de bomba, y máquina electrostática, construídas en Barcelona en la segunda mitad del siglo XVIII, y otros varios.

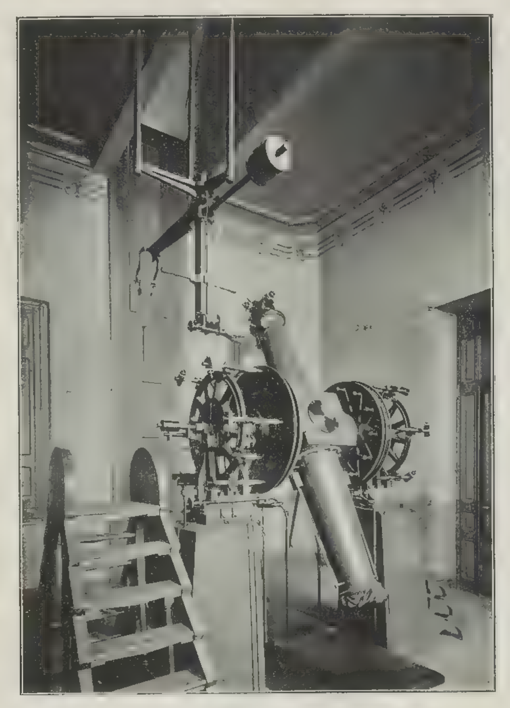
El número de observaciones efectuadas por el Sr. Comas Solá es considerable, conforme lo atestiguan las Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona y las publicaciones extranjeras *Comptes rendus*, de la Academia de Ciencias de París; *Astronomische Nachrichten*, de Kiel; *Bulletin de la Societé Astronomique de France* (París); *British Astronomical Journal*, etc.

El Observatorio publica semanalmente en la prensa de Barcelona un resumen sísmico, que constituye un modelo por el orden y exactitud con que se dan á conocer tan interesantes datos científicos.

El Observatorio no cuenta con ninguna subvención ó renta constante suficiente para las exigencias



Observatorio Fabra.—Microsismógrafo Vicentini



Observatorio Fabra.—Círculo meridiano reversible

científicas de un establecimiento de su categoría é importancia, y sólo disfruta de subvenciones anuales y variables procedentes de la Diputación y del Ayuntamiento, destinadas á los gastos de conservación y al sostenimiento de un conserje y un ayudante. No obstante esta escasez de medios, gracias á la inteligencia y á los desinteresados esfuerzos del Sr. Comas Solá, el Observatorio no sólo llena cumplidamente su cometido, sino que además ha logrado ponerse á la altura de los mejores del extranjero, en donde se tienen en alta estima las observaciones y los estudios en él realizados por su sabio director.—X.



Valencia.—Solemne sesión conmemorativa del centenario del nacimiento de Darwin, que se celebró en el Paraninfo de la Universidad el día 22 de febrero último y en la que pronunció un elocuente discurso el rector de la Universidad de Salamanca Sr. Unamuno
(De fotografía de V. Barberá Masip.)

La Universidad de Valencia ha conmemorado el centenario del nacimiento de Darwin con una sesión solemne que se celebró en el paraninfo de aquel centro docente el día 22 de febrero último.

Presidió el acto el Sr. Cosanova, quien lo inició con un elocuente discurso, al que siguió una notable disertación del docto rector de la Universidad de Salamanca señor Unamuno. Este trazó la figura de Darwin, explicó sus concepciones y sus doctrinas, analizó minuciosamente su obra, y tomando pie de las teorías darwinianas, se extendió en consideraciones sobre el estado actual de la ciencia. La peroración del Sr. Unamuno fué muy aplaudida por el público numeroso y escogido que llenaba el salón, como lo fueron también los trabajos que sobre el evolucionismo leyeron los Sres. Casanovas y Sueca.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 15 de marzo de 1909 — Núm. 1.420



EL REY SIN CORONA DE LA AMÉRICA DEL NORTE

Mr. Taft, sucesor de Mr. Roosevelt en la presidencia de la República de los Estados Unidos

El día 4 de los corrientes tomó posesión de su cargo el nuevo presidente de la República norteamericana. Se calcula que las cantidades gastadas con motivo de la ceremonia inaugural de la nueva presidencia ascienden á más de un millón de libras esterlinas. Entre las partidas que, según el *Daily Telegraph*, forman este total, figuran como más importantes: billetes de ferrocarril, 600.000 libras; manutención y alojamiento de 220.000 forasteros, 320 000; asientos y sitios para presenciar el desfile del cortejo presidencial, 50.000; entradas al baile público, 10.000; iluminación y decorado, 8.000; policía extraordinaria, 5.000, etc.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los periódicos hablan estos días de las gestiones verificadas para conceder una pensión, á cargo del Estado, á la viuda del gran poeta Zorrilla, que se encuentra en la estrechez, á la avanzada edad de setenta y seis años. La idea, lanzada en el Senado por el Sr. D. Federico de Loygorri, patrocinada por varios senadores de diversos colores políticos, bien acogida por la prensa (aunque nunca es de esperar que se hable de estas cosas con la profusión de detalles que, por ejemplo, se habla de la *bella Guerrerito*), está en camino de llegar á ser una realidad, pues parece natural que tampoco encuentre obstáculos en el Congreso. Cuando se haya votado definitivamente, volveré á decir algo sobre este asunto de la pensión á mis lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Entre tanto, Zorrilla, por *Margarita la Tornera*, es relativa actualidad, y también, me atrevo á añadir, lo es en parte por unos artículos míos, destinados á un nuevo tomo de *Retratos y apuntes literarios*, y que han visto la luz en la revista matritense *La Lectura*.

El caso de mis artículos es, como se dice en Francia, *piquant*, ó, como nosotros diríamos, chusco, aunque la palabra no exprese bien los matices de la idea que envuelve el adjetivo francés. Aquí donde rara vez se hace crítica retrospectiva, y donde no se «pierde» tiempo en ahondar estudios biográficos de los grandes hombres; aquí, donde no hemos tenido un Taine, ni un Sainte Beuve, ni un Lemaître, natural parecería que por lo menos se mirase con benevolencia á los que intentan algo que pueda contribuir á que esas figuras insignes de la patria literatura sean ó mejor conocidas ó menos puestas en olvido. Tal fué el modesto propósito que guió mi pluma al trazar los estudios biográficos y críticos de Campoamor, Núñez de Arce, Gabriel y Galán, Valera, el Padre Coloma, etc.; y el mismo me animó al emprender el del autor de *Don Juan Tenorio*. He visto por experiencia que muchos extranjeros que quisieran documentarse sobre la literatura española contemporánea del siglo XX, y no tienen tiempo ni posibilidad de emprender investigaciones por cuenta propia, preguntan con afán si existen aquí libros análogos á otros que incesantemente aparecen en Francia, Inglaterra y Alemania, donde con datos fáciles de obtener cuando están recientes los sucesos (y que transcurrido cierto período ya nadie logra allegar), se estudia á las magnas personalidades literarias y artísticas, y se hace destacar en ellas la individualidad, aquello en que nos diferenciamos los unos de los otros y que es, por lo tanto, lo más interesante de nuestra psicología. Y me consta igualmente que los extranjeros generalmente no encuentran nada de eso que buscan para orientarse, y se quedan confusos, no explicándose cómo es posible tener fama y admiradores, y no tener biografía, ni semblanza, ni crítica, ni nada concreto y positivo que conserve el recuerdo y la huella de un carácter, de una reputación, de un poeta, de un escritor, de un autor célebre.

Desde el *Nuevo Teatro Crítico* vengo haciendo algo para remediar esta deficiencia tan notada. Claro es que tropecé con los escollos que ha de sortear el que traza la biografía—extensa ó compendiosa—de personas que ó viven aún ó se han muerto ayer mismo. Campoamor y el Padre Coloma conocieron la suya en tiempo hábil, y hubiesen podido dirigirme observaciones, que yo hubiese tomado en cuenta al publicar el libro. Nadie encontró nada extraño en lo que escribí de Alarcón, Galán, Valera, etc. Al poner mano en el estudio de Zorrilla (aparte de que ya iban corridos quince años desde su muerte, y cada año que transcurre da mayor libertad á la pluma del biógrafo), me prestaba completa seguridad de no errar el hecho de tener á mi disposición lo que no tuve en los demás escritores: un abundante caudal de noticias autobiográficas. Nada menos que tres tomos, los *Recuerdos del tiempo viejo*, y varios prólogos y artículos en verso y prosa ha consagrado Zorrilla á tratar de sí mismo, y debí creer que bebiendo en esta fuente, nadie supondría que yo trataba á Zorrilla ni mal ni bien, sino tal cual se trató él á sí propio. Por el recelo de no acertar completamente, á pesar de referencias tan autorizadas como las autobiográficas, me apresuré á advertir en los primeros párrafos de mi trabajo, no sólo que me fundaba en el mismo Zorrilla, sino que reclamaba, de las personas de buena voluntad, me enviasen noticias y datos y la corrección de los errores que pudiesen deslizarse en mi estudio. Sobre tan sólida base afianzada, creí poseer garantías de acierto y que no se me imputarían inexactitudes.

Y en efecto, nadie me las imputó. ¡En eso estaban pensando! Para rectificar hechos, es preciso leer, romperse la cabeza, ejercicio altamente perjudicial á la salud. No; era más sencillo afirmar que yo calumniaba la memoria del poeta, que yo le ponía como chupa de dómine, que yo recogía las especies injuriosas de la murmuración, salpicándole del tan socorrido cieno. Y pregunto: los que estampan estas afirmaciones, ¿habrán leído los *Recuerdos*? ¿Habrán leído mis artículos siquiera?

Bien puede asegurarse que no. Ni me coge de nuevas el caso. En otras ocasiones, siempre que unos cuantos señores tuvieron la comodidad de molestarse por escritos míos, recibí numerosísimas cartas que principiaban así: «*He oído* que ha escrito usted...» Raro parece que sus admiradores de profesión tengan olvidada la autobiografía del poeta..., raro, sí..., pero innegable. No se concibe, si no, que se indignen al encontrar en mi estudio rasgos biográficos y giros y frases que en los *Recuerdos* constan. Y cuando el poeta refirió de sí propio tales rasgos, nadie pensó en escandalizarse.

Ha sido preciso que yo los recogiese, á la vuelta de tres lustros y sin comentarios, para que salgan gritando que presento á Zorrilla como un pillo, y soy una calumniadora de su memoria ilustre.

¿Qué dirían si yo no me fundase en confesiones personales del poeta?

Lo que consigné sobre Zorrilla, fundándome en sus confesiones, no reviste la gravedad que pudieran hacer suponer tantas alharacas. A la verdad, si la biografía de un poeta romántico se pareciese á la de un buen señor vulgar, yo la encontraría bien sosa; y es una de las razones porque los recuerdos autobiográficos del autor del *Tenorio* me interesan infinito. Zorrilla escribió con bastante franqueza, sin pintarse perfecto, é hizo bien. Sin llegar al cinismo de Juan Jacobo Rousseau, gusta que la humanidad aparezca, y la verdad es siempre más bella que los panegíricos.

No pudo nunca cruzar por mi imaginación la idea de aprovechar para la biografía de Zorrilla sino materiales de pública notoriedad. Para recoger lo que á veces se oye en conversación corriente, pero que no está comprobado, es temprano; aun cuando el poeta no ha dejado hijos, ni parientes colaterales, por bastantes años creo yo que se impondrá el criterio de atenerse á la autobiografía. Y así lo he practicado; y convéngase en que tiene gracia que por repetir de Zorrilla lo que él dejó consignado en letras de molde, se alborote el cotarro y sea yo un pájaro muy siniestro, muy funesto para la gloria póstuma del autor de *Margarita la Tornera*.

Y lo peor, ¿no saben ustedes?, es que lo hago por móviles de venganza. A la vuelta de quince años, conservo con terrible fidelidad la memoria de unas chirigotas que me dedicó Zorrilla, y las castigo en esta forma, difamándole ante la posteridad. En otro lugar, con más espacio y al completar mi estudio sobre el poeta (del cual sólo ha visto la luz la parte biográfica y no la crítica), tendré ocasión de recordar estas chirigotas, *boutades* ó desplantes perfectamente en armonía con la índole y complexión psicológica de Zorrilla, y cuyo origen era un sentimiento frecuente en el declinar de la vida, cuando se ha llegado á obtener la gloria y se miran con involuntaria prevención las reputaciones nuevas.

Lo que no debo omitir es que soy de las personas que han dado á Zorrilla, en vida y en muerte, más claros testimonios de respeto á su talento, de admiración, de reconocimiento explícito de su valer. Cuando Zorrilla regresó de América á España, siendo yo niña, mi saludo fué uno de los primeros: y no se crea que recibió tantos: lo sabemos por sus referencias, en el prólogo al *Drama del alma*. Cuando visitó la Coruña, después de preliminares que dejaron bien establecida la consideración que yo le guardaba, le ofrecí en mi casa una fiesta digna de un rey... de la poesía. Cuando murió, mi artículo del *Nuevo Teatro Crítico* fué un monumento, una apoteosis. Ahí está, para que *no lo lean*... ¿Pero es que algo se lee? Días después de su fallecimiento, me atrevo á decir que á mis gestiones se debió que recibiese la viuda una suma, premio de un certamen... Poco después, y en distintas ocasiones, eché á volar la idea (que no encontró apoyo, pero no es mía la culpa) de elevar un monumento al Romanticismo español, coronado por el busto de Zorrilla. Luego, pareciéndome que no se puede hacer mayor favor á un muerto ilustre que refrescar su recuerdo—¡la araña del olvido es tan buena labrandera por acá!,—di principio á mi trabajo biográfico crítico. Yo no escribo crítica ni biografía póstumas sino de los muy altos. Y ahora, ahora mismo, cuando me suponen tomando venganzas, la casualidad hace que yo pueda haber dado una nueva prueba, ó mejor dicho, varias, de mi respeto efectivo, activo, á la gloria del poeta. Como curioso, es curioso el caso.

No alardeo de generosidad. Yo no dí la menor importancia á los alfilerazos de Zorrilla. Los olvidé por completo, sin esfuerzo alguno. Zorrilla muchas veces no era ni consciente de lo que decía. Parecía complacerse en una malevolencia infantil. ¿Qué resentimientos, qué móviles le indujeron, verbigracia, á tratar á Larra de *malvado*? Sobre la tumba de Larra se había hecho célebre en un instante Zorrilla. Larra no era un malvado, ni lo será porque se lo llame Zorrilla en verso. No hay que dar á los gorjeos del ave tanta trascendencia. Nunca tomé en serio á Zorrilla, ni le tomaba nadie, excepto en el terreno artístico, poético, romántico y legendario, en el cual hay que inclinarse profundamente ante

«el que mató á don Pedro, el que salvó á don Juan »

No estoy segura (á pesar de estos celadores de su honra póstuma que le han salido) de que ni Zorrilla, ni, por desgracia, ningún genio español, posea una cohorte de admiradores dispuestos á secundar las iniciativas en pro de su fama. Y esta convicción me la sugiere el recuerdo de otra prueba de mi constante benevolencia hacia Zorrilla, que olvidé anotar en la lista anterior. Siendo yo presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, me enteré de que todavía esta docta Sociedad estaba en deuda con Zorrilla de una velada necrológica, y empecé á dar pasos para organizarla. La quería solemne, con asistencia del gobierno, de los reyes, del alcalde de Valladolid; en suma, á proporción de la figura del muerto. Lo más fácil supuse que fuese encontrar poetas dispuestos á cantar al poeta, literatos que hiciesen la crítica ó el elogio de sus obras. La realidad me desengañó. Mis gestiones, y las de mis compañeros de Junta, se estrellaron contra la absoluta imposibilidad de reunir el contingente necesario para que el homenaje fuese lucido, ó por lo menos decoroso, digno de Zorrilla. Dos temporadas trabajé sin resultado. Esto lo saben todos, en el Ateneo y fuera de él.

Desconfío, pues, de la intensidad de las estériles admiraciones. Para Zorrilla, todo está sin hacer. Ni monumento, ni mausoleo, ni velada, ni estudio crítico serio, documentado, con referencias bibliográficas completas; nada, en suma, de lo que en otros países se consagra á figuras de tanto relieve. Ahí tienen sus apasionados campo abierto y nobilísimo donde ejercitarse. Escriban, trabajen, únanse, y crean que, en todo cuanto hagan por la fama de Zorrilla, á su lado me tendrán..., como dijo doña Inés á don Juan, desde su «misma sepultura.»

Con motivo de las gestiones para otorgar la pensión de 6.000 pesetas á la señora viuda, el *Heraldo de Madrid* publicó una *interview* con dicha dama. De ella resultó que, habiendo la Academia regalado á la viuda una edición de *Poesías escogidas* de su esposo, el editor tardó catorce años en cubrir gastos, y la primer liquidación en favor de la viuda, á los catorce años de publicada la obra, importó *siete* pesetas. ¿No confirma este dato triste algo y algos de lo que atrás se insinúa?

Y otra confirmación de mis aserciones la encuentro en unas palabras de un escritor catalán, trasladadas por un periódico de Valladolid, *El Norte*. «*Sembla*—dice—que la comtessa de Pardo Bazán acaba de publicar *un* article ont inicia, valerosament, la reventada del poeta Zorrilla.» Sin responder de la ortografía catalana, pues copio del diario castellano, subrayo el *sembla* y el *un*. «Me parece...» Es evidente que quien así habla no conoce mis dos artículos, y cree que es uno, y crítico, no biográfico, y tampoco puede saber qué, como allí digo expresamente, los datos están tomados de las autobiografías del poeta. Y no añado palabra más. ¿Para qué?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

¡ESTÁN VERDES!, POR RAFAEL VEHILS

(Glosa de un lienzo de Carlos Vázquez.)



– Pero, niño, ¿qué tienes? ¿A qué esas miradas murientes? ¿No venías por higos?

En la espaciosa estancia, de paredes cuidadosamente enjalbegadas, la temblona luz de un candil luchaba con la obscuridad, exhalando á trechos, por la tenacidad del enemigo, la débil queja de un chisporroteo tenue, temeroso. Y era porque la paz ambiente del refectorio del cortijo sólo podía rimar en aquel véspero estival con sonidos muelles y suaves como el borbolleo del condumio en el hogar, pero no con los estallidos de la leña vencida por el fuego ó la crepitación de una mecha al aburarse. Hubiera sido irrespetuoso.

Mamá Dolores, pequeña y mollejona, salmodiaba lentamente, con la inercia inconsciente del hábito remoto, las partes obligadas de rosario, y en tanto, su mirada, vigilante y movediza—única muestra de la vitalidad activa que bullía en su persona,—no abandonaba un instante la cocción del pote que había de refrigerar en breve los atormentados estómagos de dueños y gañanes al regreso de la huerta.

La trepidación de unos pasos menudos y fuertes en el alto superior de la casa conturbaron el sosiego religioso que acompañaba á la plegaria de la vieja. El rápido descender de los mismos por una escalera se percibió distinto, y Carita penetró en la sala, entrando con ella el remozar de la juventud, los aleteos invisibles, sutilísimos, de la alegría.

—Basta de rezos, mamá Dolores. Acabe ya, que me da sueño oirla.

—¡Déjame, hereje! ¿No temes que la Virgen te castigue diciendo tales cosas?

—No, madre. ¡Si la Virgen piensa justamente como yo! Si hablé con Ella endenantes y está alegre, muy alegre, á par que yo. ¿No ve usted que mañana, por ser día de gloria, todo será festivo y sólo se oirán risas y clamor de sonajas y las campanas tañerán sones de gozo con su din don jocundo?

Torció el gesto la viejuca, é implorando con el brazo el silencio de la moza, replicó á su explosión de plétora dichosa con un calmoso «¡Luego acabo ya, mujer!,» que la impuso y contuvo.

Dirigióse la muchacha á la vecina mesa, asió una caja de cerillas, dió fuego á una, y guardándola del aire con la mano, encaramóse á una silla y comenzó á encender los velones que estaban colocados delante de la imagen de una «Asunción,» enclavada en la hornacina del muro.

Por el ancho portalón, abierto de par en par, la noche agostiza enviaba la tibia caricia de su brisa aromosa y la luna derramaba su suave claridad. El canto acompasado del sapo con sus notas aflautadas y el chirrido estridente de los grillos se percibían distintos y algo tristes. Sobre ellos, la cadencia nostálgica de una canturia de la tierra, emitida en la lejanía por una voz varonil, vibró larga, intensamente.

Mamá Dolores guardó el rosario, de cuentas sobadísimas de olivo, en el amplio bolsillo del halda. Levantó con trabajo la balumba grasosa de su persona, y encarando la puerta de entrada, avizoró de pronto, de pie en la silla, junto á los velones encendidos en loor de la Virgen, á su hija Carita, soñadores los ojos, ajena toda ella á lo que pasaba á su alrededor.

—¡Virgen!, clamó la anciana sacudida por la risa, ¿hase visto mayor cosa?

Y á seguida, cariñosamente, inquirió:

—¿Y para eso pedía mi niña que acabara el rezo, para encaramarse en una silla y soñar acaso en el novio de espaldas á la Virgen?

Saltó á esto la moza de su plinto, algo avergonzada de la burla, y alegó tartamudeando:

—No se burle de mí la mi madre, que son veras y no guasas mis ensueños. ¿No ve que al oir los cantares el corazón se me salta y huye en pos de mi Manuel, el de la voz canora? ¿Qué puede hacer una mujer sino quedarse yerta cuando el corazón se le sale de adentro?..

Afuera, las voces rudas de los gañanes arreando las yuntas se avecinaban por la calzada conducente al cortijo. Salieron las mujeres en demanda de los que llegaban de la faena diaria retozando, y la parla sonora de Juan, el padre y el amo de la hacienda, las alegró los rostros, que bañó la luna con su fresco livor.

—¡Eh, tú, Dolores!.. ¡Carita..., que por aquí se viene un huésped!

Y el cuerpo membrudo del Sr. Juan surgió de la sombra, seguido de alguien más ágil y menudo, al parecer más joven.

Juntáronse los cuatro personajes, en tanto escardadores y agosteros, entrando en el cortijo, suspendían de una escarpia un inmenso farol, para rematar la faena jornalera con el cuido de bestias y aperos de labor; y una vez reunidos, viéronse las caras alegrarse y sendas exclamaciones, bien jocundas, partieron de uno y otro lado.

—¡Tía Dolores!

—¡Virgen la mi madre, si es Perico!

—¡Primo Perico!

—El mismo, Carita.

Y al asentir al llamamiento, quedóse el zagal algo perplejo y acortado.

«¡Dios, qué maja está prima Carita!—pensó.—¡Si parece una Virgen!,» rezó casi.

Repuestos los labriegos dueños y siervos—los sudorosos cuerpos al caricioso soplo del favonio discreto y bien oliente por las flores campesinas, Juan explicó:

Cruzaban el hondón de la Serrana cuando, caballero en su cuártago sardesco enjaezado con cueros, cintas y herrajes—lucientes á la luna,—dió de manos á boca con Perico. Al pronto fué difícil conocerle, «tan fuerte y tan hombre hubo de hallarle en los breves años que no le viera.» E interpelado el mozo, algo confuso por la mimosa contemplación de unos ojos que adivinó ser los de Carita, narró á su vez, á borbotones y atorándose, la peregrina idea que hubo su padre de enviarlo al cortijo del hermano para gozar las fiestas de la Virgen; ponderó su entusiasmo inmenso en acatar el paterno talante, y enumeró los mil encargos de su madre para las dos mujeres de la zafería.

* * *

La claridad ortiva del alba se insinuaba.

Una niebla opalina velaba la diafanidad del cielo, y los gayos terciopelos verdegay de los campos aparecían—de cerca vistos—tocados con las lágrimas sutiles del rocío que la noche vertiera al alejarse.

Chirrió el portón díscolamente girando en los goznes cubiertos de herrumbre. Y el Sr. Juan, después de saludar al nuevo día, llamó al sobrino, mientras oteaba los contornos con satisfacción visible por su fertilidad y su lozanía.

—No puedo, tío Juan, clamó adentro el zagal; la prima me pide que la ayude.

Perdióse el viejo en los establos para la requisa de sus bestias y salieron de la casa los dos mozos.

—Mira tú qué bella es el alba, Perico.
—No puedo, Carita, habiéndote delante.
—¡Adiós, niño! Aún no asamos... ¡Cortejador te haces!
—¿Te ríes?
—¿Y tú te ensombreces? ¿Por qué chiquillo?
—No lo sé, Carita. Soñé esta noche y quedéme atristado.
—¡Ah, vamos! Venía el diablo por ti, sin duda.
—Nada de eso. Soñé en un ángel muy majo, muy majo. Tenía tu cara. Pero no tu cara de ahora. Tenía otra más blanca, más... Como ayer la tuya á la luz de la luna.
—¡Es raro el chico! Y qué, ¿te gusto ahora menos, en pleno día?
—Más, terminó el zagal ávidamente en su ingenuidad casi infantil.
—¿Por qué?
—No sé.
El semblante carnoso y rosado de la joven trascendía á gozo, y de sus labios, mostrando los piñones menudos de los dientes, huía la risa. Perico la fijaba seria, ansiosamente.
Con brusquedad, sin darse cuenta de ello y, sin embargo, poniendo en su pregunta toda el alma, interrogó pidiendo:
—¿Quieres ser mi novia, Carita? Me gustas á mí mucho.
Estalló la moza en jocundos cascabeleos, y satisfecha de su influjo, convino:
—¿Por qué no? Tú también eres ya un buen mozo, Perico.
—Entonces, ¿quieres?
—¡Ya lo creo! Vas á ver como los dos nos entendemos á las mil maravillas..., como dos novios, si me ayudas un poco en faz de galante caballero.
Y arrastrándolo por el brazo, llevólo dentro y agobiólo con el trajín de la casa en las faenas mañaneras.

* * *

Cual lluvia de fuego cernía el sol sus haces luminosos á través del teórico azur. Exhalaba la tierra un vaho caliente, abrasador. Pero el ruido de un venero próximo, brotando chasqueante en fontana y continuando rumoroso en regato hialino, parecía atenuar el ardor y daba al rincón aquel de la huerta trastera del cortijo un sabor de pía mansedumbre y paz.
Mecía los follajes la calda brisa de la hora meridiana, y la pared del casal, al recibir la sombra movible del ramaje, parecía goteada de luz en su albura de cal.
Bajo el pabellón que el fastigio de la añosa higuera parecía formar, Carita y su novio Manuel—llegado momentos antes al cortijo—habían cobijado su amorosa expansión lejos de la profanación de ojos extraños. Ni tan siquiera le había dado tiempo la mimosa muchacha de dejar en lugar más oportuno las diapreadas alforjas—sagrario de mendrugos y torreznos devorados en la larga peregrinación del camino recorrido—y de la panzuda cantimplora, henchida de un tinto aterciopelado y aromoso como pocos; por lo que, zafándola del hombro, hubo de penderla con la montera y el cayado del corpulento tronco de la higuera.
El diálogo entre ambos amadores era animado, y á juzgar por los vivos ademanes, fogoso y pasional. Los cuerpos del jayán y de la moza surgían de la verde cortina de la foresta, y la porción de tierra que, velada al sol por el dosel de la higuera, hacíales de peana, resultaba gaya y fresca con los tonos blancos y rojos de los claveles y el arrebolado matiz de las adelfas que desde sus macetas la florecían.



En el terruño, cuadro de Alberto Pla y Rubio

Los ojos de la moza se velaban en deleitosa languidez de amor, escuchando la «parla canora» de *su* Manuel, cuando la voz del Sr. Juan llamó al cortejador de la muchacha. Arrancóse el joven al glucoso coloquio, y á su brusco alejamiento alguien trató de ocultarse tras los naranjos del aledaño.
—¿Eres tú, Perico?, gritó Carita. ¿Qué hacías por ahí?
—Nada. Venía por higos, que me encargó mamá Dolores para el yantar.
Y torvo, asomada á los ojos lucientes una ostensible pero ignota pesadumbre, escaló el tronco de la higuera, sentóse en un ramal, y balanceando el cuévano en su diestra, contempló con tristeza á la doncella.
Volvíale la moza la mirada, refractando alegrías y amores, y su cuerpo cimbreño, ceñido por el rosado pañolón á largos flecos, antojábasele á Perico sucesivamente celeste aparición ó hermosa flor de carne. De la espuma inmaculada de la falda, sabiamente aplanchada, surgía el pie menudo, que apoyaba en una silla baja. Y su cara, que empurpurecía los reflejos del abanico bermejo aventando briosamente al impulso de la mano adorable, brillaba gozoso y feliz, coronado por undosos cabellos y la mota sangrienta de una adelfa.
El rostro gitano de Perico se contrajo en un rictus de dolor. Bajo la frente morena, que poblaban los cabellos crespos, rebeldes á la opresión del chambergo negro de fiesta, los ojos parpadearon llorosos.
—Pero, niño, ¿qué tienes? ¿A qué esas miradas murientes? ¿No venías por higos?
—No lo sé, Carita, adujo el zagal, á quien ahogó el cruel vislumbre; para ello vine..., pero ya aquí, tan cerca, los he podido ver y... *¡están muy verdes!*
Y con la revelación del sollozo, quedó desnuda en su alma blanca la desgarradura feral del amoroso desengaño.



En el corral, cuadro de Alberto Pla y Rubio

Costumbres bretonas. Bodas en Plougastel-Doulás.

Pocos pueblos han conservado con tanto amor y tanta constancia sus antiguas costumbres y su primitivo idioma ni se han mostrado tan aferrados á sus viejas tradiciones como el pueblo bretón. Hasta tal punto llega ese culto al remoto pasado, que aun siendo como son los bretones eminentemente católicos, todavía en la actualidad se entregan á prácticas puramente paganas, y consultan á las fuentes y á los árboles, creen en la virtud del muérdago y profesan cierta veneración á los dólmenes.
Hablando de ese pueblo ha escrito Chateaubriand: «Dotados de una imaginación viva y sin embargo melancólica, de un humor tan variable como obstinado es su carácter, los bretones se distinguen por su bravura, por su fidelidad, por su espíritu de independencia, por su adhesión á su religión y por su amor á su región. Altivos y sentidos, sin ambición y poco á propósito para la vida cortesana, no desean honores ni empleos. Son amantes de la gloria con tal que no perjudique en nada á la sencillez de sus costumbres, y sólo la buscan en cuanto se conforme con vivir en su hogar como huésped obscuro y complaciente compartiendo los gustos de la familia.»
Una de las costumbres más típicas que han resistido la acción de los siglos es la de las bodas de Plougastel-Doulás, población que, por otra parte, ofrece gran interés desde el punto de vista arqueológico. En aquel pueblo, los habitantes se casan en un mismo día del mes de febrero, y todas las ceremonias y fiestas de la boda se realizan en común.
Este año el número de casamientos así efectuados ha sido de 26: juntas se dirigieron las veintiséis parejas, acompañadas de sus familias, á la iglesia; juntas recibieron la bendición nupcial; juntas oyeron la misa de velaciones, y juntas celebraron el banquete de bodas.
Inútil es decir, tratándose de aquella región, que todas las fiestas, que duraron tres días, revistieron un carácter sumamente pintoresco. A ellas fueron invitados casi todos los habitantes de Plougastel-Doulás.
Como detalle diremos que en los diversos ágapes que se efectuaron se consumieron dos bueyes, diez terneras, veintisiete carneros y varios cerdos, amén de otras vituallas y de las bebidas correspondientes.—P.



Después de la misa de velaciones

Preparativos para el banquete de boda

El banquete de boda

COSTUMBRES BRETONAS. – BODAS EN PLOUGASTEL-DOULÁS. (De fotografías de M. Branger.)

ACTUALIDADES PARISIENSES.—Inauguración del monumento á Floquet

Daños causados en varias estatuas en el Jardín del Luxemburgo



Solemne inauguración del monumento erigido á Carlos Floquet, efectuada el día 7 de los corrientes. (De fotografía de E. Filiatre.)

El día 7 de los corrientes efectuóse en París la solemne inauguración del monumento erigido á la memoria de Carlos Floquet en el ángulo que forman la avenida de la República y el bulevar Richard-Lenoir. Al acto presidido por el presidente de la República, asistieron el gobierno, representaciones del Senado, de la Cámara de Diputados, del Consejo General, del Consejo Municipal y de otras entidades y asociaciones, gran número de personalidades distinguidas y un numeroso público.

Pronunciaron discursos el alcalde del undécimo distrito señor Viet, el presidente del Consejo Municipal Sr. Cherioux, el presidente del Consejo general Sr. Marquet, el prefecto del Sena señor Selves y el presidente del Consejo de Ministros Sr. Clemenceau. La elocuente oración de éste fué un estudio acabado de la personalidad de Floquet y de la época en que se desenvolvió su actividad política, ensalzando la obra por él realizada en la prensa, en el foro, en el parlamento y en el gobierno, que tanto ha contribuído al triunfo y á la consolidación de la República en Francia.

Todos los discursos fueron muy aplaudidos, en particular el del Sr. Clemenceau.

Antes de la inauguración, los socialistas trataron de promover una manifestación de protesta contra el gobierno y hasta contra el Sr. Fallieres; pero la policía supo imponerse enérgicamente con el aplauso de la inmensa mayoría del público.

Pocos días antes, unos desconocidos penetraron en los jardines del Luxemburgo y ocasionaron grandes desperfectos en el monumento de Scheurer-Kestner, rompiendo en parte las esculturas y embadurnando con almagre el medallón y dos estatuas. No satisfechos con esto, pintaron en los pedestales de los demás monumentos el famoso número 445, que es una especie de santo y seña del partido realista, y varias inscripciones, tales como «¡Abajo el Senado!» «¡Abajo la Buscona!» «¡Viva el rey!»

Se cree que todos esos actos han sido realizados por el grupo de estudiantes denominado de los *Camelots du Roi*, algunos de los cuales fueron inmediatamente detenidos por la policía.

El hecho ha causado bastante impresión de desagrado en París, y el gobierno parece resuelto á castigar con merecido rigor á los que de él resulten culpables.—S.



En los Jardines del Luxemburgo. Daños causados en varias estatuas

En el fondo se ve el monumento á Scheurer-Kestner, especialmente perjudicado, tapado convenientemente para proceder á su reparación; en primer término, uno de los leones con inscripciones realistas. (De fotografía de J. Theodoresco.)

EL CONFLICTO AUSTRO-SERBIO. (De fotografías de «Argus Photo Reportage» y Carlos Delius.)

El pueblo serbio acaricia desde tiempos remotos el sueño de formar, ó mejor dicho, reconstituir lo que un día se llamó la Gran Serbia, de la que formaban parte la mayoría de los territorios que hoy constituyen la Dalmacia, la Croacia, la Bosnia y la Herzegovina, habitados casi enteramente por serbios.

El príncipe heredero de Serbia arengando al pueblo de Belgrado desde la puerta del ministerio de la Guerra

No pretendía, sin embargo, Serbia, ó por lo menos ninguna demostración había hecho en tal sentido, la anexión de las partes de aquellos territorios pertenecientes al Austria; en cambio, nunca desesperó de recobrar los sometidos al yugo turco, circunstancia que concurría en la Bosnia y la Herzegovina. La ocupación de estas provincias por Austria en 1878, lejos de desvanecer las esperanzas de los serbios, hubo de ser considerada por ellos como el comienzo de la realización de sus deseos; en efecto, esa ocupación, en virtud del tratado de Berlín, había de ser transitoria, y aunque no se fijaba la época en que debía cesar, el día en que cesara no sería posible que aquellas provincias volviesen á poder de Turquía y existiría la casi seguridad de su reincorporación á Serbia.



Regimiento de estudiantes serbios

Todas esas esperanzas, todas esas aspiraciones quedaron destruídas cuando en octubre de 1908, al mismo tiempo que Bulgaria se proclamaba reino independiente, anexionábase el Austria con carácter definitivo la Bosnia y la Herzegovina. Al asombro del primer momento, sucedió una explosión de odio del pueblo serbio contra la nación que le arrebataba para siempre dos provincias que entendía habían de ser suyas en plazo más ó menos largo. La prensa de ambos países hizo una campaña de insultos y amenazas, y las dos naciones hicieron grandes aprestos militares, movilizando tropas y reforzando los puestos fortificados de sus fronteras. En toda Serbia reinó gran excitación; el pueblo en masa pedía la guerra contra Austria; armáronse todos los ciudadanos válidos, sin distinción de edades, ni aun de sexos, pues hasta las mujeres fueron admitidas en el cuerpo llamado Liga de la Muerte, y momentos hubo en que peligró el rey Pedro I por estimar el pueblo que trataba de contemporizar con la odiada enemiga.

El conflicto adquirió un grado de intensidad que hacía creer inminente la ruptura de hostilidades; en vista de ello, el gobierno francés propuso á las grandes potencias una intervención cerca de los gobiernos de Viena y de Belgrado, pero esta proposición, que parecía tan conveniente para calmar los ánimos, ha estado á punto de producir una conflagración universal. Austria protestó en seguida contra aquella intervención que consideraba denigrante para ella, y Alemania, poniéndose al lado de su aliada, declaró que no consentiría tal humillación de ésta, y que, en caso de estallar una guerra, se pondría resueltamente al lado de los austriacos. Rusia, á su vez, dió á entender que consideraría como un *casus belli* la invasión por las tropas de Austria del territorio de Serbia, á la que considera como hermana de raza.

Puestas las cosas en este terreno, el menor incidente podía hacer estallar la tan temida guerra europea. Por fortuna, la excitación, que por unos momentos llegó á revestir caracteres alarmantes, ha ido calmándose poco á poco, y en la actualidad todo indica que el conflicto se arreglará pacíficamente por medio de una conferencia diplomática, tanto más cuanto que Serbia renuncia á las compensaciones territoriales que se había propuesto exigir y se muestra dispuesta á contentarse con ciertas compensaciones de orden económico.



El rey de Serbia Pedro I Karageorgewitch

A esta nueva actitud de Serbia habrá contribuído sin duda la nota amistosa que Rusia le ha dirigido últimamente, y en la cual se expresa la seguridad de que las potencias no están dispuestas á acoger la idea de una compensación territorial y de que Serbia sólo podrá conservar las simpatías de las mismas declarando que desiste de sus reivindicaciones territoriales y dejando á ellas el cuidado de resolver esta cuestión.—R.



Revista de la infantería serbia en las inmediaciones de Belgrado



Payesa mallorquina, cuadro de Cesáreo de Quirós



Payés mallorquín, cuadro de Cesáreo de Quirós



REGRESO DE LA ROMERÍA,

cuadro de Cesáreo de Quirós



ROMA.—MONUMENTO AL REY VICTOR MANUEL.—Bocetos para «El Altar de la patria» escogidos por el Jurado para el concurso definitivo
El primero es de Arturo Dazzi; el segundo, de Angel Zanelli. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)

EL EXPLORADOR SVEN HEDIN EN PARIS

El célebre explorador sueco Sven Hedin, el primer europeo que ha logrado penetrar en el Tibet y estudiar de cerca el territorio, la población y las costumbres de aquella región misteriosa; el autor del interesantísimo libro *En el corazón del*



El célebre explorador del misterioso Tibet **Sven Hedin**, recientemente nombrado Doctor en Leyes por la Universidad de Oxford, y que en la actualidad se halla en París, en donde ha dado una interesante conferencia en la Sorbona y ha sido solemnemente recibido por el presidente de la República y por el Consejo Municipal. (Fotografía de Rol y C.ª)

Asia. A través del Tibet, que publicamos en nuestra Biblioteca Universal Ilustrada y en el cual describe de una manera magistral el primer viaje que realizó en aquellos países antes enteramente desconocidos, ha regresado hace poco de su tercera expedición, habiendo sido recibido en su patria con gran entusiasmo.

Recientemente ha estado en Inglaterra, en donde ha sido muy festejado y honrado con el título de Doctor en Leyes por la importante Universidad de Oxford.

Durante la semana última ha permanecido unos días en París. Al día siguiente de su llegada, recibiólo en el palacio del Elíseo el presidente de la República Sr. Fallieres, quien departió larga y familiarmente con él, escuchando con gran complacencia el relato que le hizo de su último viaje.

El día 8 dió una conferencia en la Sorbona en honor de la Sociedad de Geografía. El salón de fiestas de la docta corporación estaba lleno de un público tan numeroso como distinguido, compuesto en su mayor parte de ilustres personalidades científicas. Hizo la presentación del conferenciante el gobernador general Roume, recordando que ya había sido recibido por la sociedad en 1899 y en 1903 y trazando á grandes rasgos los viajes del explorador, de quien alabó la suprema energía, la fuerza moral incomparable y la apasionada perseverancia.

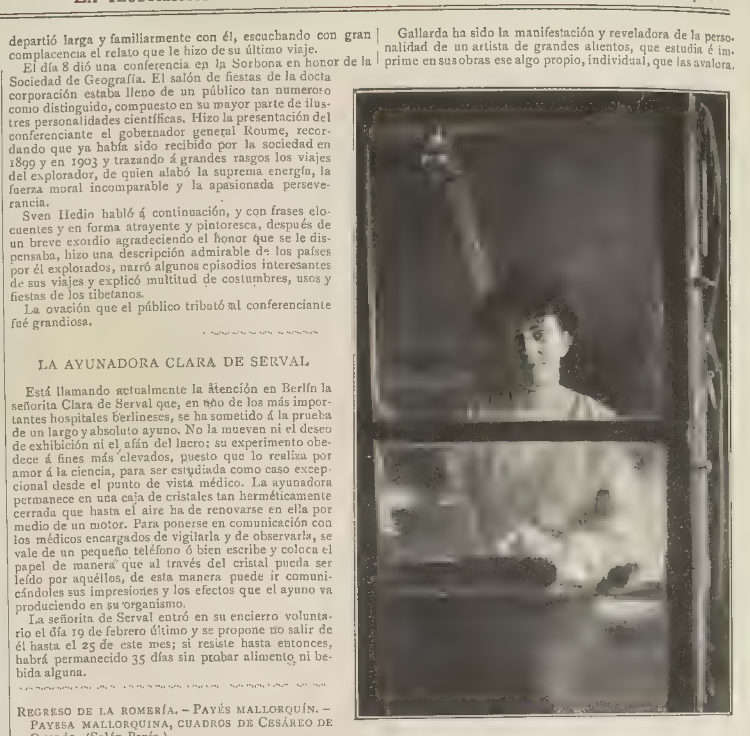
Sven Hedin habló á continuación, y con frases elocuentes y en forma atrayente y pintoresca, después de un breve exordio agradeciendo el honor que se le dispensaba, hizo una descripción admirable de los países por él explorados, narró algunos episodios interesantes de sus viajes y explicó multitud de costumbres, usos y fiestas de los tibetanos.

La ovación que el público tributó al conferenciante fué grandiosa.

LA AYUNADORA CLARA DE SERVAL

Está llamando actualmente la atención en Berlín la señorita Clara de Serval que, en uno de los más importantes hospitales berlineses, se ha sometido á la prueba de un largo y absoluto ayuno. No la mueven ni el deseo de exhibición ni el afán del lucro; su experimento obedece á fines más elevados, puesto que lo realiza por amor á la ciencia, para ser estudiada como caso excepcional desde el punto de vista médico. La ayunadora permanece en una caja de cristales tan herméticamente cerrada que hasta el aire ha de renovarse en ella por medio de un motor. Para ponerse en comunicación con los médicos encargados de vigilarla y de observarla, se vale de un pequeño teléfono ó bien escribe y coloca el papel de manera que al través del cristal pueda ser leído por aquéllos, de esta manera puede ir comunicándoles sus impresiones y los efectos que el ayuno va produciendo en su organismo.

La señorita de Serval entró en su encierro voluntario el día 19 de febrero último y se propone no salir de él hasta el 25 de este mes; si resiste hasta entonces, habrá permanecido 35 días sin probar alimento ni bebida alguna.



Clara de Serval, que se propone resistir un ayuno absoluto durante 35 días y que está actualmente sometida á observación en un hospital de Berlín. (De fotografía de E. Frankl.)

Regreso de la romería. – Payés mallorquín. – Payesa mallorquina, cuadros de Cesáreo de Quirós. (Salón Parés)

Después de un período de provechosa labor y de haber alcanzado merecido elogio de los intelectuales de Palma de Mallorca, ha expuesto el distinguido artista argentino en el Salón Parés los numerosos lienzos que ha pintado durante su estancia en aquella isla, reproduciendo sus bellísimos paisajes, acantiladas costas, tipos y todo cuanto pueda servir para recordarla y celebrarla. En la copiosa colección de las obras á que nos referimos está condensada la impresión del artista, quien para manifestarla no ha escaseado los medios de que dispone, ya que se ha esforzado en vencer dificultades de tonalidad, produciendo armónicas tonalidades, cual la *Armonía perla*, en donde azulean los grises y blanquean hasta debilitarse, esfumándose y desvaneciéndose de suerte que produce un indefinible encanto.

Contraste produce este lienzo y el de azulada marina con los retratos y los paisajes como *Deyá florido* y los cuadros *Día triste*, *Plaza de la Seu* y los tipos del *Payés* y *Payesa mallorquines*, de acentuadas líneas y suave coloración, y muy especialmente en el titulado *Regreso de la romería*, representando á una anciana de rostro enjuto que apoyándose en dos muchachas regresa de la próxima ermita, adonde las condujera su fervor, destacándose este interesante y bien estudiado grupo en un paisaje agreste, en el atardecer de un día sombrío.

Gallarda ha sido la manifestación y reveladora de la personalidad de un artista de grandes alientos, que estudia é imprime en sus obras ese algo propio, individual, que las avalora.



Roma.—Los reyes de Italia saliendo de la inauguración de la Exposición de Bellas Artes el día 2 de los corrientes. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

Espectáculos. — Barcelona. — En el Liceo ha dado la Asociación Musical el segundo concierto, en el que se repitió la *Novena Sinfonía* de Beethoven y se ejecutaron la obertura de *El buque fantasma*, la Marcha fúnebre de *Siegfried* y el Preludio y la Muerte de Isolda de *Tristán é Isolda*. Todas esas obras fueron entusiásticamente aplaudidas y en especial las tres de Wágner, que fueron magistralmente dirigidas por el maestro Beidler y admirablemente interpretadas por la orquesta.

Pa au de la Música Catalana. – El «Orfeo Catalá» ha dado dos notables conciertos; en ambos, el orfeó, bajo la dirección del maestro Millet, cantó de la manera magistral que es costumbre en él el grandioso *Himno* de Ricardo Strauss á diez y seis voces, y el eminente organista de Francfort Carlos Heyse tocó admirablemente, entre otras piezas, la *Tocata en fa mayor* y el *Pasacalle en do mayor* de Bach; la *Fantasía y fuga sobre el nombre de Bach* de Liszt; una *Fantasía* de Renner, un *Cantabile* de Messerer, el *Benedictus* de Max Reger, la *Leyenda* de Gigout, la *Sonata en do mayor* de Guilmant, y la *Rapsodia sobre cantos bretones* de Saint-Saens. Así el orfeón como el organista fueron objeto de grandes ovaciones.

Madrid. – En el Real se ha estrenado con éxito extraordinario *El ocaso de los dioses*, última parte de la tetralogía de Wágner. La orquesta, dirigida por el maestro alemán Walter Rabl, ha estado admirable; los coros han cumplido perfectamente. De los cantantes ha sobresalido la señora Guszalewicz, que ha interpretado de un modo magistral el papel de Brunhilda. El decorado, obra de Amalio Fernández, magnífico, sobre todo la decoración del palacio de los Gibichungos; el vestuario y el *attrezzo*, ricos y artísticos. En una palabra, el estreno de *El ocaso de los dioses* ha sido en la corte un acontecimiento musical de los que forman época.

En la Comedia se ha estrenado con muy buen éxito *Penas buscadas*, comedia en dos actos original de los hermanos Cuevas.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *La Furie*, drama en cinco actos y en verso de Julio Bois; en el Odeón *Les grands*, comedia en cuatro actos de Pedro Veber y Sergio Basset; en el teatro Sarah-Bernhardt *La fille des Rabenstein*, comedia en cuatro actos de E. de Wildenbruch, traducida del alemán por Mauricio Renom y la señora N. Valentin; y *Bohemos*, comedia en un acto y en verso de Miguel Zamacois; en el teatro municipal de la Gaité *Hernani*, ópera en cinco actos tomada del drama de Víctor Hugo, adaptación de Gustavo Rivet y música de Enrique Hirchmann; en el Chatelet *Les aventures de Gavroche*, comedia de espectáculo en cuatro actos de V. Darlay y G. Marot; en los Bouffes Parisiens 4 *fois* 7, 28, comedia en tres actos de Román Coolus; en L'Oeuvre *Perce-neige et les sept gnomes*, cuento en verso en cuatro jornadas adaptado de los hermanos Grimm por la señorita J. Dortzal, y *La vie de l'homme*, comedia en cinco cuadros de Leonidas Andrejew; en el Gymnase *L'âne de Buridan*, comedia en tres actos de Roberto de Fleers y A. de Caillavet; en la Renaissance *J'en ai plein le dos, de Margot*, comedia en dos actos de Jorge Courteline y Pedro Wolf; en el Vaudeville *La route d'emeraude*, drama en verso y en cinco partes de Juan Richepin, tomado de la novela de Eugenio Demolder; y en Cluny *Cochon d'enfant*, vaudeville en tres actos de Andrés Lorde y Raphael.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



La estupefacción de Luciano fué grande al encontrarse en presencia del padre de Juana

Preguntó á derecha é izquierda, en varios comercios del barrio, no atreviéndose á hablar de la muchacha y no pronunciando más que el nombre del Sr. Laroche. Pero sus tentativas fueron vanas, porque desde las primeras palabras le contestaban indicándole el domicilio del comerciante, á quien casi todo el mundo conocía.

Por fin se le ocurrió una idea.

«Ese pequeño deshollinador conocido de Juana—pensó Luciano—quizá podría entregarle una carta sin que se enterase nadie.»

Se felicitó de esta inspiración, que le pareció el único medio realizable de comunicar con la muchacha, de saber lo que había ocurrido y sobre todo de mantener en ella el amor que su padre procuraría incontestablemente combatir y destruir.

Resolvió escribir inmediatamente á Juana y entró en un café de la plaza de San Miguel á fin de redactar su carta.

Luciano pesó minuciosamente todos los términos de su misiva antes de escribir. En el momento de empezarla, vaciló.

«¡Si conociese la letra de Edmundo!..—se dijo asaltado por esta nueva aprensión.—¡Quién sabe si mi hermano le escribió alguna vez!»

Reflexionó... Edmundo nunca le había hablado de tal cosa.

Por precaución, apeló á un medio bastante ingenioso de disimular su letra, haciendo caracteres muy pequeños é inclinados. Para esto partió por la mitad el pliego de papel que le habían servido y dobló una de las dos hojas, resultando otro pliego de tamaño diminuto que justificaba el empleo de aquella letra menuda.

Y escribió:

«Mi querida Juana: ¡Qué horrible fatalidad se ceba en mí!.. Un instante pasado en compañía de usted me había hecho olvidar todo lo que yo había sufrido, y la inefable dicha que experimenté al volver á encontrar los inolvidados recuerdos de mi infancia, al dar nuevo calor á mi corazón junto á usted, que fué el único rayo de sol que iluminó mi existencia, toda aquella dicha..., un sueño, ¡ay!, se desvaneció sin resurrección posible.

»Sí, bien lo comprendo, no puedo abrigar ya ninguna esperanza, pues la intervención de su padre me demostró que debe tener contra el mío, y por consiguiente contra mí, agravios serios, indelebles sin duda.

»No le hablaré á usted de lo que he sufrido desde el otro día, ni de la sombría desesperación que me devora al considerar á usted perdida para mí, después de haberla vuelto á ver, después de haber oído de sus labios la contestación á este amor que yo había concebido por usted y que le guardaba misteriosamente. ¿No es usted todavía más desgraciada que yo? ¿Y qué necesidad hay de agravar su pena con las quejas de la mía?

»Hasta me pregunto por qué le escribo hoy. ¿No debiera yo comprender que, puesto que hemos de vivir separados, puesto que nos está prohibido amarnos, debería desaparecer para siempre de su existencia? Pero siento que no podré encontrar jamás la resignación necesaria. Sería preciso que mi corazón me perteneciese aún, y usted sabe que desde hace mucho tiempo no es mío.

»En vez de resignación, encuentro en el fondo de mi alma, á pesar de mi desesperación, un destello

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

de esperanza..., ilusión tal vez del que ama á pesar de todo, que no puede dejar de amar y que la amará á usted siempre.

»¡Sí, siempre..., á pesar de todo!»

En el momento de firmar, la pluma de Luciano de Favreuse, que acababa de trazar esta carta de un tirón, se detuvo bruscamente.

El miserable vacilaba.

Retrocedió ante la falsificación que iba á cometer firmando con el nombre de su hermano.

Luego, ya fuese por prudencia, ya para disminuir á sus ojos la infamia del acto que iba á cometer, en vez del nombre de Edmundo no puso más que la inicial por toda firma.

Después de haber repasado la carta, que le pareció destinada á producir el efecto que él deseaba, Luciano la puso bajo sobre, sin el nombre ni la dirección de la destinataria. ¿Qué falta hacía, puesto que iba á confiarla al pequeño deshollinador?

Momentos después, Luciano salió del café y se dirigió hacia la calle Galande.

«A ver si encontraré á Pablito en casa de sus parientes,» se preguntó.

Seguro de la fidelidad del niño, seguro sobre todo del afecto que sentía por Juana Laroche, su generosa protectora, estaba dispuesto á confiarle su mensaje; pero no se atrevía á dirigirse al carbonero ni á su mujer, que consideraba capaces de cometer alguna torpeza ó de entregarse luego á murmuraciones comprometedoras para la joven.

«De todas maneras, puedo enterarme de la hora á que puedo ver al muchacho—pensó—sin explicar el motivo de mi paso. Sus tíos saben las circunstancias en que le conocí y no les extrañará.»

Luciano terminaba este razonamiento en el instante mismo de entrar en la carbonería.

Sofía y su hija, que se encontraban solas en aquel momento, recibieron al soldado. El auvernés y su hijo estaban en la fábrica de gas de la Villette para una importante remesa de coque.

La carbonera saludó sonriente, siempre amable con la clientela, y preguntó:

—¿Qué se le ofrece, caballero?

—¿No es aquí donde vive Pablito, preguntó á su vez el soldado, el pequeño deshollinador?

—Sí, señor, es nuestro sobrino, contestó Sofía.

—Yo soy el hijo del Sr. de Favreuse, repuso Luciano.

La carbonera se acordó. Este nombre había quedado grabado en su espíritu, pues había conservado cuidadosamente el número del *Petit Journal* que relataba el acto de abnegación del niño.

—¡Ah, sí!, exclamó ella. ¡El pobre señor de Montmartre!.. ¿Es usted soldado? Es verdad, ya me acuerdo, Pablo nos lo dijo el día que le encontró á usted, no hace mucho tiempo.

—Presto mi servicio militar, dijo el hermano de Edmundo.

—¿Quería usted ver á mi sobrino?

—Hubiera tenido mucho gusto, porque siempre le estaré profundamente agradecido por lo que hizo por mi pobre padre... Precisamente he venido al barrio.. Pero el niño trabaja fuera, si mal no recuerdo.

—Está de aprendiz en casa de un amigo nuestro, el Sr. Lucci, que es deshollinador, explicó la mujer de Bourasse; pero es cerca de aquí, en la calle de San Severino; mi hija va á ver si está.

—Siento que se moleste.

—No, señor; si es muy cerca.

—Anda, Teresa, ve corriendo á casa de Pietro, dijo la carbonera á su hija. Mira si Pablito está allí; si no, pregunta á qué hora volverá del trabajo.

La hija de Bourasse salió en seguida, después de arreglarse, mirándose en el cristal del mostrador, un mechón de cabellos rebeldes, y ocultando bajo su delantal sus manos negras de carbón.

Sofía sacó una silla de la trastienda y la ofreció al joven.

—Descanse usted un momento mientras tanto, dijo. Mi hija va á volver en seguida.

Luciano iba á aceptar cuando se volvió al oir entrar alguien en la tienda, y quedó sobrecogido de sorpresa y de emoción á la vista de Juana.

—¡Ah, señorita Laroche!, exclamó jovialmente la carbonera, que no notó el sobrecogimiento del joven.

—¡Juana!.., pronunció Luciano á media voz.

El mismo pensamiento guiaba á la señorita Laroche á la carbonería de la calle Galande.

No atreviéndose á recurrir de nuevo á la mediación de Bernard, el empleado de su padre, se le había ocurrido servirse del pequeño deshollinador, cuya gratitud y afecto le garantizaban la abnegación y cuya inteligencia conocía también.

Pablito podría ir un domingo al cuartel del Chateau d'Eau á ver al Sr. de Favreuse, que él conocía, y decirle de parte de ella que buscase un medio de verla.

Pero Juana no contaba hacer de buenas á primeras este encargo á su pequeño protegido; su timidez exigía una preparación, y ella había aprovechado hábilmente la coyuntura que se había presentado la víspera, cuando el Sr. Laroche se quejaba de la calidad de la leña que aquel invierno le había mandado su proveedor habitual.

Los troncos se consumían rápidamente sin producir un calor apreciable.

Juana había propuesto inmediatamente á su padre servirse del tío de Pablito para el combustible y había añadido:

—Iré yo misma la primera vez, á fin de entenderme con Bourasse.

El encuentro de Luciano la llenó de sorpresa y de alegría, pero su velo disimuló afortunadamente los colores que el placer le hizo subir á la cara y el brillo que animó sus ojos.

Luciano, por su parte, no sabiendo si la comprometía hablándole en presencia de la carbonera, no se atrevía á acercarse á ella.

Fué Juana la que se adelantó hacia él, después de haberse serenado pronto, y le dijo tendiéndole la mano:

—¡Ah, señorito Edmundo, cuánto me alegro de encontrarlo!

Luciano estrechó con viva satisfacción la mano de la joven, que añadió en seguida, dirigiéndose á la esposa de Bourasse:

—El Sr. de Favreuse es amigo nuestro, un amigo de la infancia. Vivió mucho tiempo en la misma casa que nosotros.

Luego explicó su visita.

—He resuelto encargar á ustedes, en adelante, la leña que necesitemos; papá se queja de la que quemamos.

—Pierda usted cuidado, señorita Juana, dijo la carbonera muy contenta de hacer un nuevo parroquiano de la importancia del Sr. Laroche. Les serviremos á ustedes de lo mejor.

Juana dió el encargo, precisando la calidad de la leña, indicando la dimensión de los troncos y fijando la cantidad que había que llevar, de todo lo cual Sofía tomó nota, prometiendo de nuevo que quedarían satisfechos.

Juana se acercó entonces á Luciano, del cual se había apartado un poco mientras hablaba con la tía de Pablito.

—¡Cuánto me alegro de encontrarle!, le dijo á media voz. ¡Qué feliz inspiración ha tenido usted de venir hoy aquí!

La carbonera se alejó discretamente, yendo hacia la puerta de la tienda, y pronto se halló ocupada por varios parroquianos que entraron por vino.

Juana y Luciano pudieron hablar á sus anchas.

—Vine aquí con el objeto de ponerme en comunicación con usted, dijo el joven. He hecho cuanto he podido para dominar la pena que me atormentaba desde el otro día, y no pudiendo más, había resuelto escribir á usted y hacerle entregar la carta por Pablito Galoux, que usted conoce.

—¿Es posible?.., dijo Juana encantada.

—La hija de Bourasse ha ido á casa del amo de ese muchacho á ver si ha vuelto del trabajo; esta es la carta que había yo preparado.

—Démela usted, dijo la joven apoderándose de la misiva. La leeré.

Hizo desaparecer la carta en su manguito y añadió:

—¡Qué admirable coincidencia!.. Por mi parte, yo había formado el mismo proyecto que usted; había tenido la misma inspiración. Tomando aquí el combustible, contaba suplicar un día á Pablito que fuese al cuartel, para indicar á usted un medio que yo esperaba encontrar á fin de poder vernos, pues quería decir á usted lo que pasa. ¡Ay, amigo mío, si usted supiera lo que sufro!

—Me lo imagino, dijo Luciano. No sé lo que le pasaría al Sr. Laroche... Comprendo que debió sorprenderle el vernos juntos y me expliqué su irritación...

—No puede usted figurarse el cambio que se ha operado en él, después de haberle conocido tan bueno, tan amistoso con el Sr. de Favreuse y con usted.

—En efecto...

—Le dije á usted todo lo que él había hecho para alejarme de usted cuando comprendió que no le olvidaba. Pero hoy sabe positivamente que nos amamos, porque se lo dije.

—¿Entonces?

—Me manifestó que nunca consentiría en semejante matrimonio.

—¡Pobre Juana!.., dijo el joven cogiendo la mano á la señorita Laroche y estrechándosela tiernamente.

—Mi padre abriga contra usted un resentimiento injusto, que nada podrá disipar.

—¡Contra mí!

—Sí; pero injusto, ya se lo he dicho á usted, contestó Juana, porque es á causa de la madre de usted, á quien no perdona el haberle pedido prestado cierta cantidad... ¡No hay nada que hacer!.. Entonces no pude contenerme y me rebelé. Le dije que nada del mundo me impediría amar á usted, y que si me negaba su autorización, yo prescindiría de ella.

—¡Le dijo usted eso!

—Y lo haré, se lo juro, suceda lo que sucediere.

—Esto es lo que yo quería decir á usted, añadió Juana. Por esto quería verle. ¿Qué puedo hacer sola? No conozco bastante la ley... Y, además, usted es soldado... Entonces quería que usted supiese que nada haría cambiar mis sentimientos y decirle que cuando sea usted libre, tendrá que decirme lo que debo hacer...

Luciano estaba encantado del sesgo que tomaban las cosas.

Comprendía mejor que nunca lo mucho que aquella deliciosa muchacha lo amaba, y encontraba en la esperanza que le devolvía la resignación necesaria para esperar el día en que recobraría la libertad.

—Sí, cuente conmigo, mi querida Juana, dijo con una profunda expresión de ternura. A mí tampoco nada me apartará de usted... Ningun poder del mundo la arrancará á usted de mi corazón... ¡Oh! ¡Quién fuera libre!..

—Tendremos paciencia uno y otro, contestó Juana. Es preciso. Mi padre sabe que no consentiré nunca en casarme con otro. Entonces tenga usted confianza en mí. He dicho á usted que le amo, y no será un amor como el nuestro, este amor que data de nuestra infancia, que nos hemos guardado á pesar de la fatalidad que durante tanto tiempo nos ha tenido separados, no será este nuestro amor el que hoy se quebrante.

—No, seremos fuertes. Esperaremos con paciencia el día en que podamos ser el uno del otro.

—Sí, yo se lo juro.

—Nuestro amor hallará nuevas fuerzas en la lucha que tendremos que sostener para hacerlo triunfar.

—¿Pensará usted en mí?

—¡Siempre! ¡Sin cesar! Pero durante estos cuatro años, ¿no podré verla?

—¡Oh! Ya encontrará usted medio, dijo Juana. Yo iré adonde usted quiera, adonde usted me diga.

—Podré escribirle por conducto de Pablito, que llevará á usted mis cartas y traerá las de usted.

—Eso es.

Teresa Bourasse entró en aquel momento, al mismo tiempo que su madre, saliendo de la taberna que abandonaban los parroquianos, volvía á la tienda.

—Pietro, dijo la muchacha, enviará á Pablo tan pronto como vuelva del trabajo. Parece que ha ido por la parte de Montronge con el obrero.

—No importa, dijo Luciano de Favreuse. Me hubiera alegrado de verle; pero volveré uno de estos días.

—Los domingos siempre está aquí, dijo la mujer de Bourasse.

—Entonces, volveré un domingo.

Juana volvió á hablar de su encargo, y dijo que los mil kilogramos de leña se llevasen á su casa á la mañana siguiente.

Luego salió con el hijo del Sr. de Favreuse y se separaron casi en seguida, no queriendo exponerse á que les viesen otra vez juntos.

Este encuentro había derramado un bálsamo beneficioso en el corazón de la muchacha.

Ahora se sentía más fuerte para resistir á las tentativas de su padre, y estaba segura de ser realmente amada.

Luciano se felicitó de la feliz inspiración que había tenido, pero anublaba su dicha el pensar en la larga separación que aún tenía que sufrir.

Otra vez se le ocurrió la idea de desertar.

«Juana me ama bastante para seguirme al extranjero, si es preciso—se dijo con confianza.—Lo mismo nos casaríamos en Bélgica ó en Suiza, ante el cónsul de Francia.»

Pensó en ello seriamente, y aplicóse, durante algunos días, á combinar cómo podría poner aquel proyecto en ejecución.

Hasta resolvió comunicárselo á Juana, escribiéndoselo en una carta que confiaría al pequeño deshollinador, é iba á hacerlo cuando su sargento se presentó á decirle:

—El capitán le llama á usted. Está en su despacho con un caballero que desea ver á usted.

La sorpresa del soldado fué muy viva.

No podía esperar lo que sucedía.

El caballero que allí estaba era el padre de Juana.

El Sr. Laroche había puesto en práctica su proyecto de tomar informes respecto al hijo de su antiguo

amigo y de avistarse con él, si era necesario, á fin de obtener que renunciase á su hija.

Había ido ya, días antes, al cuartel del Chateau-d'Eau con el fin de interrogar á algunos sargentos; pero esto no le pareció fácil, y volvióse sin haber preguntado nada.

Aquel día, bien resuelto, se había dirigido al subteniente comandante del cuerpo de guardia.

—Usted dispense, caballero, le preguntó, ¿me sería posible ver á un soldado de su regimiento..., al Sr. de Favreuse?

—Nada mas fácil, si está aquí, contestó el oficial.

—Fuí amigo de su padre, y tengo una importante comunicación que hacerle, añadió el comerciante.

—Voy á decir que le llamen. ¿A qué batallón, á qué compañía pertenece?

—Lo ignoro.

—¿Está usted seguro de que este es su cuartel?

—De esto sí que estoy seguro.

Entonces el subteniente llamó á un hombre de guardia.

—¿Conoce usted á Favreuse?, le preguntó.

—Es un voluntario del año pasado, añadió el Sr. Laroche.

—No, mi teniente, no le conozco, declaró el soldado.

—Vaya usted á la oficina del jefe del detall y se lo dirán.

El soldado se alejó.

—Muchas gracias, dijo el padre de Juana, y usted dispense la molestia.

Las averiguaciones no fueron largas. Minutos después, el soldado volvió con esta contestación:

—Mi teniente, Favreuse está en la sexta.

—Capitán Bourdin, dijo el oficial. Precisamente se encuentra en el cuartel; le vi entrar hace poco. Acompaña al señor al capitán Bourdin.

El Sr. Laroche dió nuevamente las gracias y siguió al soldado.

Llegó al despacho del sargento primero, donde se encontraba el capitán de la sexta compañía, y le expuso su petición, apoyándola en el pretexto de una comunicación importante que hacer al soldado Favreuse.

El nombre de Edmundo no fué pronunciado siquiera. En el ejército, en que el número de matrícula constituye, con la designación de la compañía, la verdadera denominación militar de cada hombre, sólo el apellido es conocido; los nombres de pila, escritos en la primera página de la libreta, no figuran en ninguna parte y nadie los conoce.

El capitán Bourdin no puso ninguna dificultad y, de orden suya, el sargento primero mandó á buscar al soldado Favreuse por su furriel.

La estupefacción de Luciano fué grande al encontrarse en presencia del padre de Juana, á quien reconoció inmediatamente.

No sabía á qué atribuir aquel paso, y creyó un momento que el Sr. Laroche le buscaba por haber modificado sus intenciones respecto á él.

Tuvo un destello de esperanza; pero esta esperanza se desvaneció pronto ante el aire glacial del comerciante.

El capitán dejó á Laroche con el soldado en el vasto corredor del cuartel.

—He venido á pedirle, Edmundo, que ponga fin á una situación que no puedo aprobar por motivos que voy á explicarle con entera franqueza, empezó diciendo el padre de Juana.

El joven se encontró cruelmente embarazado.

—Sentí muchísimo, balbuceó, lo que pasó el otro día... y me arrepentí vivamente de lo que hice...

—Su conducta distó mucho de ser correcta, repuso severamente Laroche, y nunca hubiera esperado eso de usted.

—Lo reconozco, hice mal en procurar ver á la señorita Juana fuera de la presencia de usted.

—¡Muy mal!

—Cuando supe que á ella debía yo aquel auxilio.., aquella cantidad que tan generosamente me fué enviada en un momento tan doloroso..., tuve impaciencia por manifestarle mi agradecimiento.

—¿Cómo lo supo usted?

—Encontré á la camarera de Juana, que me reconoció y se me acercó en la calle. Por ella lo supe.

—¿Por qué no fué usted á verme ó á ver á mi hija en mi casa?

—No me atreví... Usted debe comprenderlo, señor Laroche. Mi padre murió debiéndole á usted dinero. Me hizo prometer, junto á su lecho mortuorio, que satisfaría esa deuda tan pronto como pudiese... No me atrevía á ir á su casa. Además, Paulina me dijo que tenía usted un resentimiento contra mi padre y contra mí.

—Nunca tuve el menor resentimiento contra usted, declaró Laroche, ni contra su padre. Si no se hubiese tratado más que de esa cuestión de dinero, hubiera ido yo mismo en busca de usted al saber su desgracia para ofrecerle mi amistad y decirle que podía contar conmigo para todo. Pero comprendí lo que pasaba en el espíritu de mi hija; penetré, como tenía el deber de hacerlo como padre, el sentimiento á que obedeció al socorrer á usted, y si no censuré lo que hizo, me apresuré á combatir unos sentimientos que me habían causado dolorosa sorpresa.

—Permita usted que le diga, Sr. Laroche, dijo el joven alentado por el recuerdo de las sinceras declaraciones de Juana, que por mi parte nunca hubiera podido suponer que le disgustase verme amar á la señorita Juana, y si no hubiese habido más que esa cuestión de interés que mi posición no me permitía resolver según las intenciones de mi padre y las mías, á usted, antes que á nadie, hubiera comunicado mis sentimientos, tan naturales me parecían. La amistad que desde la más tierna infancia nos unió á la señorita Juana y á mí, se desarrolló en nosotros con la edad de una manera tan natural, sin la menor inteligencia, sin el menor cambio de miras, puesto que hemos vivido uno lejos de otro durante nueve años, que esta transformación se operó, por decirlo así, sin que nos diésemos cuenta de ella...

El Sr. Laroche interrumpió bruscamente estas declaraciones.

—Poco importa lo que en usted pasó, como no importa lo que pasó en mi hija, dijo secamente el padre de Juana. Tengo razones personales, fuera de toda cuestión de conveniencias y de honradez, para oponerme á todo proyecto de matrimonio entre mi hija y usted.

Luciano iba á contestar, pero el negociante no le dió tiempo.

—Se lo dije á mi hija, continuó, y he venido á ver á usted para declararle francamente mis intenciones, pensando que querrá evitarme la necesidad de recurrir á otros medios para mantener la integridad de mis derechos de padre. Se lo declaro á usted, como á Juana: no consentiré jamás en ese matrimonio.

El soldado, bajo esta amenaza indirecta, juzgó prudente no sublevarse.

—Lo que usted acaba de decirme, contestó con un aire de profunda desolación, me aflige cruelmente, créalo usted, Sr. Laroche, porque esperaba encontrar en usted un amigo, como lo fué para mi padre. En fin, está usted en su derecho.

—Le agradezco que así lo comprenda, dijo el padre de Juana, engañado por la aparente sumisión del joven. Usted comprende la importancia que esta cuestión tendrá á mis ojos cuando he dado este paso.

Los dos hombres se saludaron y el Sr. Laroche se dirigió en seguida hacia la puerta del cuartel.

Al día siguiente Juana supo la visita de su padre por una carta firmada con la inicial *E* que el pequeño deshollinador le entregó.

El soldado voluntario le decía:

«Sostenido por su amor y por el mío, le guardo á usted mi corazón á pesar de todo y tengo confianza en el porvenir.

»Nuestra felicidad será tanto mayor cuanto que será el premio de los mayores sufrimientos.

»El día en que yo sea libre, quizá mas pronto de lo que nos hemos atrevido á esperar, la buscaré á usted, y cualesquiera que sean entonces los obstáculos que se opongan á nuestra unión, los venceremos.

»Crea usted en el que la ama más que á la vida y que es para siempre suyo.»

El hijo de Favreuse había tomado, en efecto, una resolución.

Reflexionando sobre las declaraciones del señor Laroche, había comprendido el peligro á que se expondría si el comerciante acudía á su coronel, como le había implícitamente amenazado.

Aquella «necesidad de apelar á otros medios» de que el padre de Juana había hablado, no podía significar otra cosa.

Las consecuencias de la intervención de su jefe de cuerpo no se le ocultaban á Luciano; serían graves, sobre todo en el sentido de que podrían hacer descubrir al Sr. Laroche que él no era Edmundo.

Esto sería la ruina de todo su amor.

Había resuelto, pues, fingir que se sometía á la voluntad expresada por el padre de Juana hasta el día en que se viese libre de la disciplina militar.

Deseaba con más ardor que nunca su liberación, y para adelantar la hora, su imaginación se puso en busca de todos los expedientes posibles.

A Luciano no le costó trabajo encontrar uno.

Concibió la idea de hacerse declarar inútil.

Si lo conseguía, sería licenciado en el acto.

Pensaba que no le sería difícil simular una enfermedad incompatible con el servicio militar.

Tan pronto como hubo estudiado su proyecto, se hizo llevar á la visita del médico y se quejó de violentos dolores, á la altura del corazón, que le atacaban de pronto, á intervalos irregulares, le quitaban, por decirlo así, la respiración, le congestionaban y eran acompañados de violentas palpitaciones de corazón.

El médico del regimiento le examinó y le auscultó atentamente, y le dijo luego:

—Es la primera vez que se queja usted de eso; no le había visto á usted nunca en la visita.

—En efecto, doctor, contestó el soldado, nunca estoy enfermo.

—¿Cuando sentó usted plaza, no habló de eso al consejo de revisión, ni al consejo de cuerpo que lo reconoció en el momento de su incorporación?

—No, señor. No sufría como desde hace algún tiempo... Por otra parte, temía que me declarasen inútil y yo quería á toda costa seguir mi carrera militar. Senté plaza con esta intención y cuento reengancharme á la expiración de mis cinco años.

El médico no podía menos de ser engañado por las excelentes intenciones del joven, lo mismo que por sus declaraciones respecto á aquella supuesta afección cardíaca, fácil de simular.

Después de haber tenido al soldado Favreuse en observación durante unos quince días, resolvió enviarlo al hospital militar del Val de Grace para someterlo al examen del médico inspector.

Tres meses después, Luciano fué licenciado por inútil.

El día que salió del regimiento, lo comunicó á Juana, á quien había tenido al corriente de sus gestiones; por conducto de Pablo le envió la carta siguiente:

«Mi muy amada Juanita: Por fin he logrado lo que me había propuesto. ¡Soy libre! El consejo de sanidad del Val de Grace acaba de declararme inútil por afección cardíaca, hipertrofia y contracción nerviosa de la aorta, enfermedad anterior á mi entrada en el servicio.

»Acabo de venir al cuartel para entregar mis armas y mi equipo, y mañana iré á que me revisen mi libreta.

»Los cuatro años que nos separaban han concluído, pues, y al pensar en nuestra felicidad próxima siento aumentar como nunca hubiera creído la ternura ya inmensa con que la amo.

»Ya nada nos separará si usted persiste en las intenciones que me manifestó, si la oposición de su padre no la detiene.

»¿Qué debo hacer? Y usted, ¿qué cuenta hacer también? Es usted mayor de edad y tiene derecho á obrar. Tan pronto como usted me lo diga, me informaré sobre las formalidades que hay que llenar y haré lo que usted me indique.

»¿Pero no cree usted que yo podría hacer ante todo una gestión cerca de su padre? Ahora que soy libre, sus intenciones pueden modificarse.

»Estoy dispuesto á todo lo que pueda unirme á usted, á todo lo que deba adelantar el advenimiento de nuestra felicidad, de esa felicidad que tan ganada nos tenemos los dos.

»Puede usted escribirme á mi casa, calle del Faubourg Saint Denis, n.° 115, donde he conservado mi antiguo cuarto.

»Mil besos del que la adora.—*Edmundo* »

El ladrón de amor firmó por primera vez con el nombre de su hermano.

La contestación de Juana no se hizo esperar. La escribió en el acto y corrió á echarla ella misma al buzón de la estafeta más próxima, durante la ausencia de su padre.

La joven afirmaba de nuevo su amor y se congratulaba de la feliz noticia que acababa de recibir.

Dejaba al criterio y á la iniciativa de «Edmundo» todo lo que él creyese necesario hacer, pues ella ignoraba las prescripciones de la ley y no se atrevía, por lo demás, á tomar una resolución. Pero le suplicaba que activase las diligencias, cualesquiera que fueren las que él determinase, pues ansiaba cesar de sufrir y unirse á él.

Esta carta llenó de gozo el corazón del miserable.

«¡Ahora será mía!..,» se dijo con relampagueos de triunfo en los ojos.

En seguida se fué á ver al Sr. Laroche.

Luciano no había gastado casi nada del dinero enviado por su hermano. Poseía por tanto una cantidad suficiente para atender á los gastos que le incumbirían.

Correctamente vestido con un traje nuevo, se fué al bulevar de San Germán, á cosa de la una de la tarde, seguro de encontrar al padre de Juana de sobremesa.

(Se continuará.)

LA ÓPERA «SALOMÉ,» DE RICARDO STRAUSS

EN NUEVA YORK, CANTADA POR LA CÉLEBRE DIVA YANQUI MARY GARDEN

Dos empresarios de ópera disputanse desde hace tiempo en Nueva York el favor del público con todo el encarnizamiento que en la lucha por el dólar ponen los norteamericanos: Hammerstein y Gatti Casazza, que tienen la empresa del Manhattán y del Metropolitán respectivamente. El año pasado, la ópera *Salomé,* de Strauss, fracasó en el Metropolitán; pero el fracaso no ha sido óbice para que en la temporada actual Hammerstein haya puesto en el Manhattán la misma obra, que esta vez ha alcanzado un éxito extraordinario. Débese éste, en gran parte, al acierto con que el empresario supo escoger para el papel de Salomé á la eminente *diva* yanqui Mary Garden, que hace del personaje una verdadera creación, y también á la magnificencia con que la ópera ha sido puesta en escena.

La curiosidad del público por asistir á la primera representación era tan grande, que por las localidades más modestas llegaron á pagarse 75 pesetas.



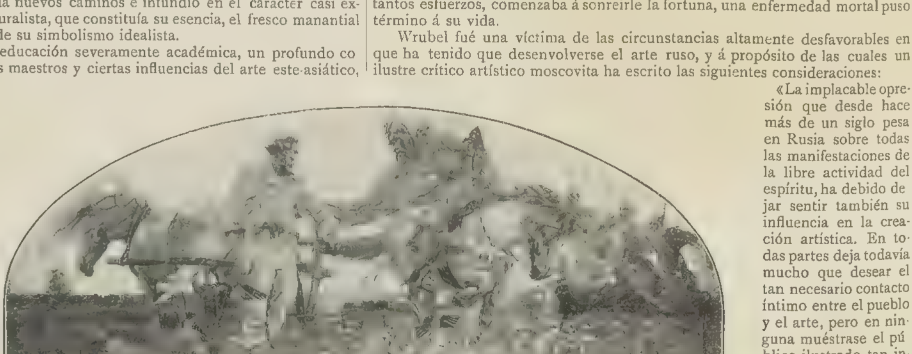
La celebre cantante norteamericana Mary Garden en la ópera *Sa omé,* de Ricardo Strauss, que actualmente se representa con gran exito en el teatro Manhattán, de Nueva York.

Decoración de la ópera «Salomé» en el teatro Manhattán de Nueva York
(De fotografías de Brown Brothers.)

EL PINTOR RUSO MIGUEL WRUBEL

En la pintura rusa contemporánea corresponde uno de los primeros puestos á Miguel Wrubel. Dotado de un genio verdaderamente creador, de un talento decorativo extraordinario y de un sentimiento del color altamente desarrollado, abrió en el arte de su patria nuevos caminos é infundió en el carácter casi exclusivamente realista y naturalista, que constituía su esencia, el fresco manantial de su fantasía brillante y de su simbolismo idealista.

En él se juntaron una educación severamente académica, un profundo conocimiento de los antiguos maestros y ciertas influencias del arte este-asiático, especialmente del indio, formando la unión de todos estos varios elementos una individualidad de originalidad extraordinaria que ha dejado impreso en cada una de sus obras, sea un estudio del natural, sea una creación fantástica, lo mismo si se trata de un proyecto decorativo que de una ilustración ornamental, el sello de su factura subjetiva y de un estilo propio inconfundible.



Mikula Selianinowitch (leyenda rusa), pintura de Miguel Wrubel

Pero la cualidad en él más saliente fué su talento decorativo, que se manifiesta de una manera magistral en las pinturas murales hierático-bizantinas de una iglesia de Kiew; en los *panneaux* de algunos palacios particulares de Moscou, en los cuales se admira, así la grandiosidad de la composición como el vigor del colorido, y en multitud de decoraciones plásticas de un género que casi podemos llamar especialmente suyo; porque Wrubel, además de la pintura, cultivó con admirable acierto el arte escultórico, aunque utilizándolo sólo como elemento ornamental.

En sus pinturas murales se ven con frecuencia imitaciones de mosaicos, bordados, aplicaciones; y es que parece haber soñado siempre con una técnica más monumental que la pictórica y que fuese capaz de conservar eternamente y de una manera inmutable las grandes líneas de sus composiciones y el mágico esmalte de sus colores maravillosos.

Como todos los grandes solitarios del arte, Wrubel no tiene ningún discípulo directo, no ha formado propiamente escuela; pero sus ideales han hallado adeptos fervorosísimos y entusiastas precisamente entre los más jóvenes pintores rusos.

Su carrera artística fué verdaderamente trágica. En efecto, durante muchos años no sólo no consiguió ver reconocidos sus méritos, sino que además se vió objeto de las mayores burlas. No se descorazonó por esto; con tenacidad y energía grandes sostuvo una larga y titánica lucha, sin que le arredraran los obstáculos ni le hicieran desfallecer los desengaños. Puesta toda su alma en la persecución del ideal artístico que se había formado, no quiso hacer concesiones al vulgo, y antes que prostituir el arte á que rendía culto prefirió sucumbir.

Al fin su genio se impuso; pero era ya tarde para él. Cuando, después de tantos esfuerzos, comenzaba á sonreirle la fortuna, una enfermedad mortal puso término á su vida.

Wrubel fué una víctima de las circunstancias altamente desfavorables en que ha tenido que desenvolverse el arte ruso, y á propósito de las cuales un ilustre crítico artístico moscovita ha escrito las siguientes consideraciones:

«La implacable opresión que desde hace más de un siglo pesa en Rusia sobre todas las manifestaciones de la libre actividad del espíritu, ha debido dejar sentir también su influencia en la creación artística. En todas partes deja todavía mucho que desear el tan necesario contacto íntimo entre el pueblo y el arte, pero en ninguna muéstrase el público ilustrado tan indiferente y aun hostil á los fines y á los ideales del arte moderno como en Rusia, y en ninguna ha encontrado este arte tantos obstáculos á su desarrollo como aquí. Algunos de estos obstáculos han sido vencidos, mas ¡á costa de cuántos sacrificios! En estos últimos diez años, algo ha mejorado esta situación; pero la existencia de circunstancias normales, la creación de un terreno abonado para el ulterior desenvolvimiento del arte, está reservado á aquel porvenir dichoso que ha de transformar sobre modernos cimientos y fundir en nuevos moldes todos los aspectos de la vida política y de la vida pública rusas.»—T.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona



Madrid.—El general D'Amade, ex general en jefe de las fuerzas francesas de Marruecos en la embajada de Francia
(De fotografía de Photo-Alhambra.)

De paso para Francia, y después de haber sido presentado en Sevilla á S. M. el rey D. Alfonso XIII, ha estado unas horas en Madrid el general D'Amade, hasta hace poco general en jefe de las fuerzas francesas en Marruecos.

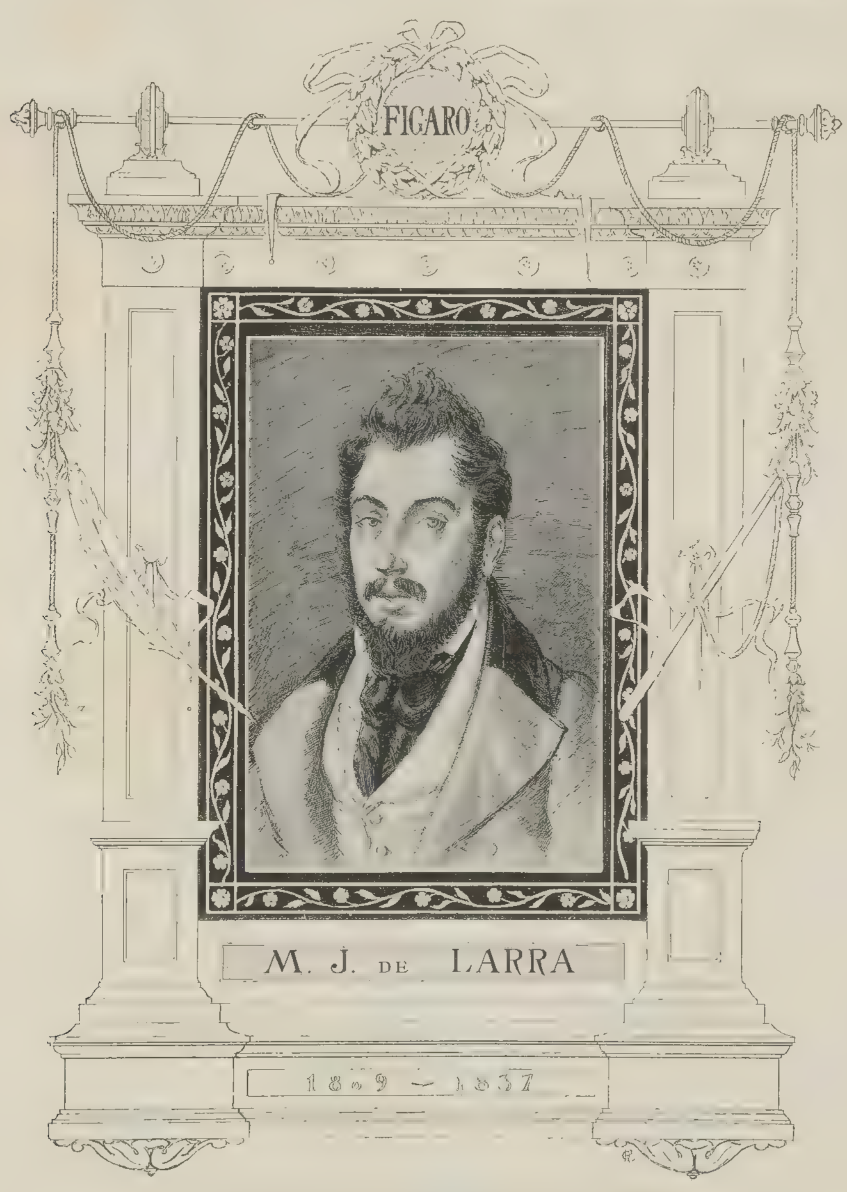
Durante su corta estancia en aquella capital, el distinguido militar, que es persona ilustradísima, visitó el Museo del Prado, saludó en Palacio á la reina D.ª María Cristina y fué obsequiado con un almuerzo en la embajada de Francia. Con el embajador, M. Revoil, y el general D'Amade sentáronse á la mesa el ministro de Estado, el capitán general Sr. Villar y Villate, el gobernador militar general Sr. Bascarán, los ayudantes del rey generales Boado y Milans del Bosch, y el conde de Aybar; el comandante Silvestre, jefe de las fuerzas españolas en Casablanca, el Sr. Angulo, los ayudantes del general D'Amade capitán Bronssaud y teniente de navío Montcabrier, el personal de la embajada y el cónsul de Francia.

En la adjunta fotografía, el general está sentado entre el embajador M. Revoil y la embajadora.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 22 de marzo de 1909 — Núm. 1.421



CENTENARIO DE M. J. DE LARRA, dibujo de J. L. Pellicer

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos el tomo primero de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, titulado

DEUDA DEL CORAZÓN

EL ANGEL DE LA GUARDA

hermosa novela original del que fué eximio escritor D. José Selgas, en cuya obra dió muestra de sus relevantes condiciones, ya que resulta un modelo de lenguaje y al propio tiempo una gallarda manifestación de su privilegiado ingenio.

El libro contiene numerosos grabados reproducción de dibujos originales del distinguido artista D. Arcadio Mas y Fondevila.

SUMARIO

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA

(FÍGARO)

El día 24 del mes corriente hará cien años justos del nacimiento de Larra. Con excelente acuerdo, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA quiere conmemorar el centenario del famoso y peregrino escritor; y por esta vez, y como excepción, suprimo la acostumbrada crónica barcelonesa para dedicar un recuerdo á la memoria del insigne satírico, que destaca cada vez con mayor intensidad sobre el cuadro de la literatura española en el siglo XIX, como si fuera la figura esencial y dominante de ese período.

¡1809! Parece que entre las convulsiones de las guerras napoleónicas y las incertidumbres del porvenir, las matronas de la época concebían hijos destinados á ser un viviente holocausto de todas las expiaciones, una exquisita destilación del mal del siglo, una llama de luz purificadora. Así, los predestinados cuyo nacimiento celebramos ahora, al cabo de una centuria, se llamaron en 1809 Edgardo Poe, Federico Chopin, Mariano José de Larra, Jaime Balmes...

¿Qué bebedizo ha dado Larra á las generaciones siguientes, que con recuerdo tan tenaz se lo disputan por suyo y tienen á gala el comprenderle mejor que las anteriores? ¿De dónde su perenne y vivísima actualidad? Porque ocurre á menudo que, en medio de las vicisitudes y calamidades de nuestro presente, no encontramos una voz bastante poderosa, una expresión bastante eficaz y definitiva que las formule y haga visibles á nuestro espíritu. Y entonces, sin querer, por obra espontánea del instinto, volvemos los ojos al gran periodista de 1833 y hallamos en una de sus frases, en uno de sus añejos artículos ó comentarios, aquella profundidad de mirada y aquel poder absoluto de expresión que no sabemos encontrar ahora en nosotros mismos y para las cosas de nuestro propio momento.

En este sentido de la *actualidad*, puede decirse, sin resabios de paradoja, que Larra es más contemporáneo nuestro que de los suyos propios; más contemporáneo nuestro que muchos que vivieron después de él, que todavía viven y producen. Si cerramos los ojos, en un esfuerzo de comprensión, para abarcar el panorama intelectual de España en el siglo pasado, el recuerdo de Larra domina y triunfa sobre todos los otros. Sobre los de más vasta producción; sobre los de mayor sabiduría; sobre los más campanudos y solemnes ó de mayores ínfulas como poetas y artistas puros; sobre quienes cultivaron géneros más elevados en sí mismos y creyeron desafiar el tiempo más altivamente.

Sobre todo ese conjunto de personalidades se levanta el recuerdo de Larra con una pertinacia cada día mayor, hasta el extremo de parecer imposible que tamaña sugestión haya sido impuesta con un puñado de cuartillas por un mozo que se dedicó al oficio de escritor público durante un período de cinco años escasos y que murió antes de los veintiocho.

Algo de extraordinario debió de poseer su inteligencia ó su temperamento que de tal suerte venciera las desfavorables condiciones del género que cultivó y la inferioridad formal que acompaña á los autores festivos, ligeros ó mordaces. Según las clasificaciones rutinarias de la preceptiva, le correspondiera ocupar un puesto muy subalterno; según la clasificación viviente de nuestras preferencias, ocupa un lugar único. Todos sus coetáneos y muchos de sus sucesores nos parecen más lejanos, más distantes de nosotros, en el tiempo y en el espíritu, que ese *Fígaro* siempre actual, siempre «oportuno» con la hora, siempre presente en nuestra alma. Compárese la posición de su talento con la de tantos insignes retrasados y anacrónicos como han venido después, y dígase qué otra espiritualidad más intensa ha podido expresarse en castellano durante toda la pasada centuria, incluyendo á Espronceda y al frustrado Cabanyes.

Más todavía que un talento, con ser el suyo tan ágil y poderoso, fué un espíritu, un alma intensísima la que se dió y derramó en sus opúsculos: un alma de misteriosa y extraña radioactividad que obraba en todos sentidos, de burlas y de veras, á través de la prosa, á través de la parodia y el sarcasmo, para resolverse en una impresión final de pura poesía. Ríe uno y se divierte con las ocurrencias de *Fígaro*. Pero cierra el volumen; olvida los pormenores grotescos, los rasgos de caricatura, todo lo contingente superficial y de un día; purifica y lava su memoria de lo prosaico y risible que la sátira no puede menos de manosear, y entonces, aquel espíritu á que me refería queda cantando como un rumor, desprendido ya de las palabras y de toda esclavitud lógica; queda cantando como la resonancia de unas cuerdas tirantes, de un dolor convulso, de un alma insomne, febril, agitada por un viento que viene de muy lejos, de allí, de Elsenor, del castillo de Hámlet; por el mismo viento que acaba de encrespar en Misolonghi la irritada cabellera de Byron.

En Larra se combinaron, casi en idénticas proporciones, el mal del siglo y el mal de la patria. Fué al propio tiempo el *Werther* y el Mickiewicz español. Escribiendo inmediatamente después del «decenio terrible,» cuando al despotismo analfabeto y beocio de Calomarde sucedió el «despotismo ilustrado» de Cea, no participó más que por fórmula de las universales esperanzas y entusiasmos que levantaron los decretos de María Cristina. De esta época datan, precisamente, sus cartas de las Batuecas, reflejo inmediato del período anterior, con todo lo que tuvo de oprobiosa y cínica incultura, de grosería de espíritu, de embrutecimiento general. Con las odas encomiásticas de los desterrados acogidos á la amnistía y con la esperanza general de «un nuevo renacer de las luces,» contrasta aquella honda y mal velada pesadumbre, aquella melancolía patriótica, como de polaco de una Polonia futura, que se desprende de las terribles cartas á Andrés Niporesas.

¿Costumbrista? Fuélo, ciertamente, y de los más agudos y perspicaces. Mas esta modalidad literaria era un producto del ambiente en aquella época de transición. Se asistía entonces á una crisis del mundo. El derecho nuevo, los inventos industriales, el *maquinarismo*, determinaron una nueva estructura de la sociedad é inauguraron la evolución en sentido cosmopolita. Lo pintoresco y local sentíase instintivamente amenazado por esa ola igualitaria; las ciudades se transformaban y ensanchaban; todo perdía su viejo carácter, estático. Las apariencias y formas exteriores de la vida cambiaron más en cincuenta años que antes en quinientos. Y los costumbristas no fueron, en el fondo, más que elegíacos y comentaristas, plañideros ó divertidos, de las cosas que se iban ó estaban amenazadas de extinción.

En este sentido Larra fué un costumbrista, todo lo señalado que se quiera, pero al cual se le puede buscar parentesco y procedencia en Mesonero Romanos, en *Aben Amar*, en *El Estudiante*... No obstante, es empequeñecer y materializar su figura el querer incluirla en una casilla de la clasificación literaria corriente: el declararle, á secas, crítico, ó autor de sátiras literarias y sociales, ó periodista de oposición. Fué todo esto *per accidens*, y en relación con el procedimiento adoptado; pero fué algo más, mucho más, dentro de esto y por encima de esto.

Claro que, como satírico de las costumbres, podemos buscarle precedentes formales en Jovellanos, cuyos *Armestos* y *Alcindas* no distan mucho de los mayorazgos, pisaverdes y señoras de rompe y rasga bosquejados por *Fígaro*. Claro que de sus sátiras literarias hallaríamos el ascendiente inmediato en Moratín y un poco más arriba en *Jorge Pitillas*. Incluso á sus donaires y malicias de carácter político y á la especial caída de su primer estilo fuese posible señalarle la influencia de D. Bartolomé J. Gallardo, más famoso después como bibliófilo que como libelista y autor de folletos de polémica como *La apología de los palos* ó el *Diccionario crítico burlesco* en los días de las cortes de Cádiz.

¿Qué tomó Larra de todo ello? A lo sumo el molde, la cubierta, la envoltura, llenándolo todo de un espíritu antes de él desconocido, cuyo secreto poseía él exclusivamente, y nos ofreció uno de aquellos tipos de escritor que más indóciles se presentan á toda clasificación previa y más radicalmente echan por tierra la teoría de los «medios» desenvuelta por Taine como principio director de toda la historia literaria.

En efecto: Larra aparece mucho más como una excepción que como un engendro ó producto de lo que le rodea. Sus contemporáneos le tendrán por largo tiempo como un espíritu agriado, como un eterno displicente, incapaz de contentarse con nada ni con nadie. Atribuirán á razones subjetivas y personales ese descontento. Dirán de él, como se ha dicho de todos los satíricos, incluso Cervantes, que deprime y calumnia á su nación ó que la ve á través de unos ojos inyectados de bilis, en la extravasación de una perpetua ictericia. Nadie, entre cuantos constituyeron aquella generación ni algunas de las sucesivas, acertará á colocarse en su punto de vista y á explicarlo, como no sea algún extranjero, por el estilo de Edgardo Quinet en las páginas ditirámbicas de *Mes vacances*.

Se necesitará que pasen sesenta ó setenta años y que ocurran catástrofes inauditas para que algunos espíritus atormentados y dolorosos vuelvan á sentir el «mal de la patria» como lo sentía *Fígaro*, solitariamente, mal comprendido de la multitud, y aun pareciendo á muchos contradictoria aquella profunda pasión. Situado en la confluencia de dos épocas, entre el antiguo régimen y el moderno constitucionalismo, parece advertir por anticipado que la revolución hace «falsa ruta..»

Diríase que echa de menos el *fondo* ó contenido de una verdadera transformación, el jugo y la substancia con que vivificar y hacer fructíferas á las leyes y, sobre todo, aquel incendio de los espíritus sin el cual todo renacimiento ó palingenesia de los pueblos se malogra, quedando en formalismo, en vacuidad, en simulacro. De aquí resulta que la posición espiritual de Larra en 1834 viene á ser la misma en que se hallarán, á la vuelta de tantos años, los regeneradores de 1898. Hasta entonces casi nadie había compartido ni entendido apenas aquel descontento. El escritor fué celebrado por razones en cierto modo secundarias: por su indefectible agudeza, por su chispa, por su dicción, porque «hacía seir.» La parte más honda de sí mismo permaneció largo tiempo desconocida y sin incorporarse á la psicología nacional. Oponíase á ello un concepto vulgar del patriotismo, basado sobre la más optimista confianza en nuestras fuerzas, en el estado de nuestra cultura, en nuestros destinos.

Se necesitó del desastre para desentendernos de él Costa y Macías Picavea tuvieron que hacer justicia implacable á un sistema tan cómodo como á la larga funesto. Sus apóstrofes y conminaciones de los días de Cavite y Santiago son como un eco, como una paráfrasis, como una traslación á la política cotidiana de cuanto contenían en potencia las cartas del *Pobrecito hablador*. Entonces quedó completamente iluminada y esclarecida la figura del insigne escritor matritense y hubieron de reconocerse las prodigiosas intuiciones de Larra y cuanto representó y expresó aquel anticipado y supernacional.

Semejante aspecto sigue pareciéndome, ahora, el más interesante, al recordarse el centenario de su nacimiento. Leemos con deleite *El castellano viejo* ó *Todo el año es Carnaval* ó *Yo quiero ser cómico*. Pero al lado de su producción meramente literaria ó pintoresca, al lado de aquellas páginas valiosas, pero que otros contemporáneos ilustres pudieran haber escrito, gusto de recordar la parte suya, absolutamente propia é irreductible de su personalidad, y de hallar en aquel monólogo los acentos adecuados á nuestros infortunios, la interpretación de los futuros dolores y el comentario anticipado de nuestra propia sensibilidad.

MIGUEL S. OLIVER.

CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE M. J. DE LARRA.—(24 de marzo de 1809.-13 de febrero de 1837.)



YO QUIERO SER CÓMICO

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la *Revista*. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel coronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa.

—¿Es usted el redactor llamado *Fígaro*?

—Qué tiene usted que mandarme.

—Vengo á pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—Es claro... Si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto..., siendo el favor de tanto interés para usted...

—Yo soy un joven...

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...

—¿Al teatro?

—Sí, señor..., como el teatro está cerrado ahora...

—Es la mejor ocasión.

—Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...

—¡Bravo empeño! ¿A quién?

—Al ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el ayuntamiento?

—Es decir, á la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré á usted..., según algunos, esto no se sabe..., pero..., para cuando se sepa.

—En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo?, ¿se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor..

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pie en una corporación.

—Ya le entiendo á usted; usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve..., para hablar, las gentes me entienden...

—Pero la gramática, y la propiedad, y...

—No, señor, no.

Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco..., mire usted...

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferiencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso.

—¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

—Nada, nada, no, señor.

—Perfectamente.

—Le diré á usted..., en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre á la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; según..., ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del día, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón y media en los padres.

—¡Ah!, ¡ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán ó á la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

—Mire usted; el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle á uno... Además, que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

—¡Ah, ya!.. Usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

—No es gran cosa; pero eso no es esencial.

—Y de educación, de modales y usos de sociedad, ¿á qué altura se halla usted?

—Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter á cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

—Y tiene usted razón.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

—Escasamente.

—¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí, pero ¡ya ve usted!, en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me qui-

taré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes...

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «Allá va esto para ustedes.»

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! Disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín.

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención ó lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además, que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: «¡Ven ustedes qué hombre!»

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oir á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡Si usted viera!

—Ya sé, ya.

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado.*

—No más, no más; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso más que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? Eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para?..

—Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado, «Venga usted acá, mancebo generoso —exclamé todo alborozado;—venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían á su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico, en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

LA RECOLECCIÓN DE LA SAL

Una de las recolecciones más interesantes en las costas de Francia es sin ninguna clase de duda la de la sal marina, y también es la más ignorada del público, por la razón de que las salinas están en sitios pantanosos y por lo regular sin interés desde el punto de vista pintoresco para atraer al excursionista. En el litoral Mediterráneo es donde son más importantes estas recolecciones de sal, y las salinas del Mediodía de Francia se distinguen de las del Océano en que la recolección de la sal blanca granulada, que la usa hoy todo el mundo, no se hace más que una vez al año, mientras que en las costas del Vendée y de Bretaña se recoge casi diariamente la sal gris, que era la única que se conocía antes en París.



Retrato de Victoria Stanley,
obra de Juan Salvador Sargent

Muchos creen que la fabricación de la sal es una cosa tan sumamente fácil que no hay más que dejar á la naturaleza que la produzca con el efecto del sol en la evaporación; y esto desde luego podemos afirmar que es un error, pues para la fabricación de la sal se necesita hacer algunas operaciones delicadas, si es que se desea presentar una sal que sea aceptable en el mercado.

En el litoral del Mediterráneo marca el agua de mar, fuente principal de esta riqueza, 3°5 en el aerómetro Baumé; más sencillo aún: cada litro de agua de mar contiene unos 30 gramos de cloruro de sodio ó sal ordinaria, y si sometemos esta agua á una especie de evaporación, llegaremos, como es natural, á un punto en que la cantidad de agua restante no contendrá ya en disolución todas las materias salinas y esta agua marcará 25° en el acrómetro Baumé, porque la sal que contiene empieza ya á posarse. Continuando la evaporación aumentará el grado de temperatura del agua é irá depositando la sal hasta llegar á los 31 ó 32°. Al llegar aquí empieza la precipitación de una de las numerosas materias que contiene el agua de mar. La sal más pura se irá depositando por lo tanto á partir de los 25 hasta los 27 ó 28°. La que se obtiene de los 28 á los 31 ó 32° es ya una sal que contiene más magnesia y por lo tanto menos conveniente para ciertos usos. Es decir, que la fabricación de la sal consiste en poner el agua de mar en los cuadros de tierra llamados salinas á la densidad de 25° y no dejarla que pase de los 32°.

Estas salinas están divididas por lo regular en dos partes principales: las particiones bajas y las mesetas saladoras ó cristalizadoras. Las particiones bajas son unos recipientes de alguna profundidad donde se guardan las aguas del mar, ya sean nuevas ó las sobrantes de la anterior recolección.

Vienen después las particiones exteriores, ó sea una sucesión de cuadros de unos 100 metros de lado por 20 ó 30 centímetros de profundidad, dispuestos los unos á continuación de los otros, cuya pendiente va bajando constantemente y donde las aguas trabajadas por la evaporación pasan del grado que tiene el agua de mar á 13 ó 14°. Estas aguas pasan después por la pendiente natural ó se elevan por medio de máquinas especiales á las superficies llamadas partidores interiores, dispuestos del mismo modo que los anteriores, y donde el grado primitivo del agua se transforma convenientemente por medio de la saturación, llegando á 24 ó 25°. Una vez llegadas las aguas á este período, sirven para guarnecer las partes de la salina donde se forma el depósito de la sal, y son las mesetas saladoras ó cristalizadoras donde á los 25° empieza á precipitarse el cloruro de sodio. No hay necesidad, como creen algunos, que esta capa de agua se evapore por completo, pues de este modo no se conseguiría nada más que un manto de sal muy delgado, porque al extenderse el agua por los cristalizadores no tiene más que 15 ó 20 centímetros de altura, y además el último período de evaporación de esta agua daría productos impuros. Conviene, por lo tanto, mantener el nivel de estas aguas añadiendo otras nuevas saturadas. Este trabajo dura unos sesenta días próximamente, y entonces en las condiciones normales de la capa se deposita la sal sólida sobre un suelo de estructura particular que ha recibido el nombre de fieltro y que tiene unos 40 milímetros de espesor próximamente. Y con esto ya hemos llegado á la operación interesante de la recolección. Comprende ésta dos partes muy distintas: el amontonamiento y el acarreo. La primera consiste en despegar la sal del suelo formando montones de forma cónica de 1'50 á 1'80 metros de altura. Los trabajadores que ejecutan esta operación están provistos de una herramienta llamada «palón,» que tiene la forma de una plana cuadrada y cortante por su extremidad. Esta pala la meten entre la sal y suelo, y sirve para despegar la capa, que á veces es espesa y dura, y por lo tanto muy pesada.

Cada obrero levanta un cuadrado de ocho á diez metros de lado, que viene á formar un cono de cuatro á cinco metros cúbicos próximamente. No hay nada más pintoresco que ver á estos centenares de trabajadores bajo el cielo azul de Provenza y el ardiente sol del Mediodía ocupados en las diferentes faenas de la recolección de la sal. Es un espectáculo verdaderamente hermoso, porque aquellos montones cónicos de sal se asemejan desde lejos á las tiendas de un campamento de soldados; y si de día es bonito, en las noches de luna resulta mucho más interesante y fantástico.

La sal no la pueden dejar mucho tiempo amontonada en el sitio de la cristalización, porque con la proximidad de los cuadros donde está el agua y con las lluvias de octubre, no tardaría mucho tiempo en desaparecer; así es que ocho ó diez días después de haberla amontonado, proceden las cuadrillas de 20 á 40 hombres á transportarla á los depósitos del país por medio de carretillas y de otros medios modernos que se han introducido recientemente. Estos obreros trabajan á destajo y vienen á ganar de 6'50 á 8 francos por día. El acarreo de la sal á los depósitos es una operación bastante complicada que requiere preparación previa para establecer el camino artificial por donde van las carretillas; y esto lo hace el jefe ó capataz de cuadrilla, ahorrando á sus hombres $^1/_4$ de trabajo cuando la instalación queda bien hecha. Este trabajo de la recolección de la sal es muy penoso, porque se hace en los meses de agosto y septiembre, que en las costas del Mediterráneo son calurosos.

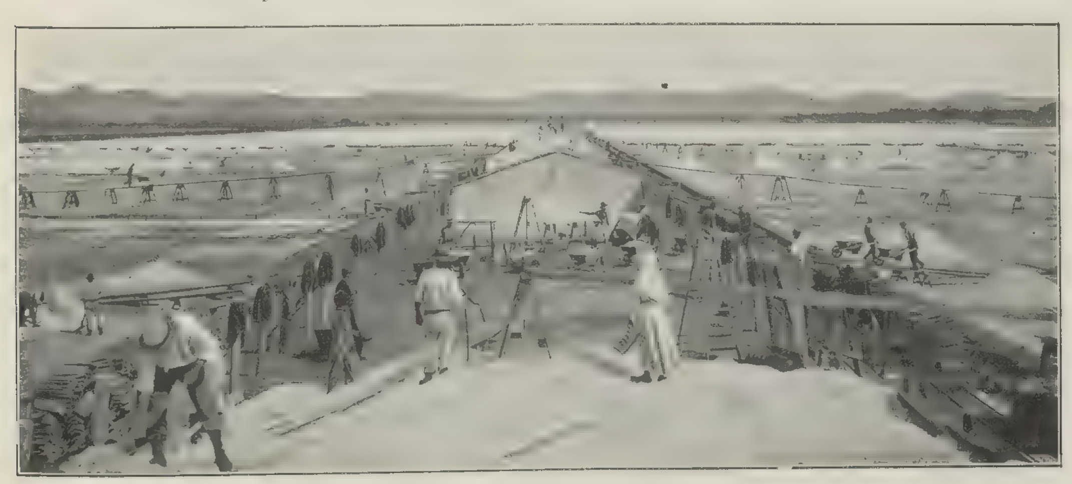
Hay otro sistema de acarreo mucho más moderno, que se va generalizando bastante á causa del aumento de tranvías, de la fuerza eléctrica y de otros medios mecánicos. Con este sistema se puede reducir aún la mano de obra, y muchas salinas lo han adoptado sin vacilar. Por medio de una tela sin fin, que gira con velocidad variable según la pendiente y según el peso, se sube la sal á la altura conveniente, y de este modo siempre queda más limpia que por el sistema antiguo de las carretillas. Con la aplicación gradual de la energía eléctrica se irá generalizando este modo de trabajo y lo adoptarán todas las salinas del litoral del Mediterráneo.



Canal cercado de estacas que pone en comunicación el mar con las salinas



Transporte de la sal en carretillas desde la era salante á los camellos ó montones



Vista de los camellos ó montones en formación

RECOLECCIÓN DE LA SAL EN LAS SALINAS DEL MEDIODÍA DE FRANCIA. (Fotografías de Carlos Trampus.)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN AFRICA. (Fotografías de L. Martínez de Escauriaza.)

El problema de Marruecos reviste desde hace algunos años capital importancia para la política española.



S. M. rodeado de las cabilas y moros notables que acudieron á rendirle homenaje en Ceuta

No obstante la torpeza de la comisión que trazó los límites de España con el Mogreb, después del tratado de Wad Ras, se ha dado el caso, que puede enorgullecer á los españoles, de que miles de moros montaraces, pertenecientes á los aduares del Biuts, Beliunez, Almarsa, El Jemis, Dscisa, Haus, Bem-Sala, Bulai-Chichich y otros, asentados desde los límites fronterizos de Ceuta á Tetuán y Tánger, noticiosos de que el monarca de España iba á visitar la plaza de Ceuta, acudieran á rendir homenaje al soberano español y á pedirle disponga la construcción de un ferrocarril y una carretera á Tetuán; que les permita á varios de ellos viajar por España para demostrar que los hijos del Islam saben asimilarse todo lo bueno y progresivo de los cristianos.

Estos mismos moros, sucesores de aquellos que pelearon por defender su territorio en la gloriosa guerra del 1860, son los que han rodeado á Su Majestad D. Alfonso XIII frente á la Mezquita, y afanándose por besar sus manos, hanle pedido también que lleve á los vírgenes campos mogrebinos los cimientos de la moderna civilización.

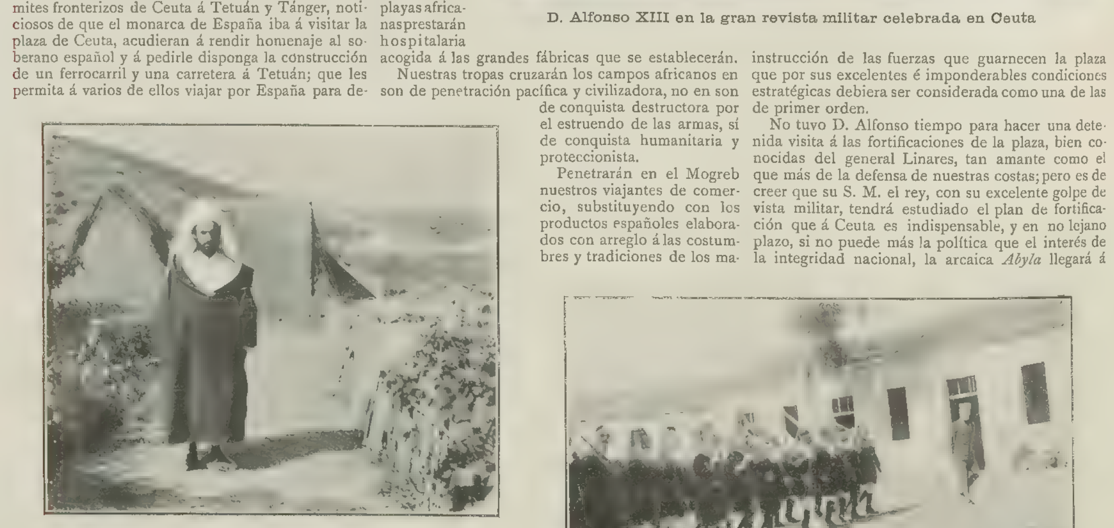
Son aquellos que cansados de sufrir el abandono en que los tiene su sultán, dado el estado de anarquía que reina en el Imperio y los atropellos de que son víctimas, buscan en la vecina España el amparo que necesitan sus vidas y haciendas.

Dada la expresiva manifestación de simpatía que nuestros vecinos han dado al rey de España, es de creer que nuestra política colonial tomará nuevas orientaciones, y los ferrocarriles y caminos vecinales, la electricidad, el telégrafo, el teléfono y las potentes máquinas industriales arrancarán del suelo las riquezas que esconde aquella tierra.

Las grandes empresas pesqueras ascalarán sus artes en los mares marroquíes, y las playas africanas prestarán hospitalaria acogida á las grandes fábricas que se establecerán.

Nuestras tropas cruzarán los campos africanos en son de penetración pacífica y civilizadora, no en son de conquista destructora por el estruendo de las armas, sí de conquista humanitaria y proteccionista.

Penetrarán en el Mogreb nuestros viajantes de comercio, substituyendo con los productos españoles elaborados con arreglo á las costumbres y tradiciones de los marroquíes, á los que hoy se venden como fabricados en el extenso territorio de Muley El-Hafid y no son más que imitaciones originarias de Germania.



Sidi Mahomed Saidi, gobernador de la línea fronteriza en Ceuta, que presentó á las comisiones moras ante S. M.

El rey de España ha vislumbrado algo de esto, según lo demuestra el hecho de que antes de venir á las tierras africanas revistó la brigada de cazadores que se halla en el campo de Gibraltar, y al contemplar aquellos batallones inició al general Linares la conveniencia de situar más tropas en dicho territorio, eminentemente estratégico.

Ha comprendido S. M. el rey que se necesita un núcleo de fuerzas en el campo de Gibraltar que pueda al menor aviso constituir la extrema vanguardia de un ejército de ocupación que se sitúe en Marruecos, si no, por ahora, en son de guerra, al menos para proteger las obras civilizadoras que España emprenda en el Mogreb.

Nuestro augusto monarca al salir de Ceuta, la gloriosa *Medina Sebta* de la antigüedad, lleva estereotipadas en su mente dos gratísimas impresiones: la cariñosa adhesión que le han demostrado los moros de las vecinas tribus, y el admirable estado de instrucción de las fuerzas que guarnecen la plaza que por sus excelentes é imponderables condiciones estratégicas debiera ser considerada como una de las de primer orden.



D. Alfonso XIII en la gran revista militar celebrada en Ceuta

No tuvo D. Alfonso tiempo para hacer una detenida visita á las fortificaciones de la plaza, bien conocidas del general Linares, tan amante como el que más de la defensa de nuestras costas; pero es de creer que su S. M. el rey, con su excelente golpe de vista militar, tendrá estudiado el plan de fortificación que á Ceuta es indispensable, y en no lejano plazo, si no puede más la política que el interés de la integridad nacional, la arcaica *Abyla* llegará á ocupar el rango que le corresponde entre las plazas de guerra.—LUIS MARTÍNEZ DE ESCAURIAZA.



Moros tiradores del Riff desfilando ante S. M.

ACTUALIDADES EXTRANJERAS.—LA BATALLA ELECTORAL EN ITALIA

La huelga de los telegrafistas de París

Durante algunos días ha sido objeto de preocupación para el pueblo italiano el resultado de las elecciones á diputados que acaban de celebrarse en aquel país, absorbiendo gran parte de sus energías. Y cuenta que, dadas las encontradas tendencias que se exteriorizan en la política de aquel reino, tenía razón de ser el ansia por todos experimentada por conocer el bando que alcanzaría mayor victoria.

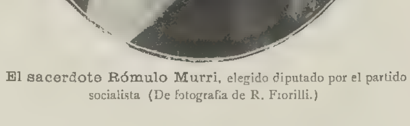
Con lo expuesto se comprenderá la intensidad de la lucha, la suma de esfuerzos y medios puestos en juego por todos los partidos militantes y la importancia que necesariamente había de representar el triunfo que se obtuviera. No hay que olvidar que sobre todos los matices que en esa gradación ofrecen los ideales políticos, destacábanse en primer término las dos tendencias antagónicas, representadas por los llamados católicos y los avanzados ó radicales. Unos y otros han experimentado grandes decepciones y sorpresas, pues el afán del triunfo, el calor de la lucha, no ha respetado servicios y reputaciones, dándose el caso de haber sido derrotado el decano del Parlamento Tomás Vila, que representaba el mismo distrito electoral desde el mes de octubre de 1865, ocurriendo lo mismo á otros no menos prestigiosos políticos.

En cambio, se dará el caso de que por primera vez formará parte del Parlamento italiano el sacerdote Rómulo Murri, que á pesar de la oposición de que ha sido objeto, ha resultado victorioso por un considerable número de votos de los socialistas, de manera que figurará en el grupo de la extrema izquierda. Extraordinaria significación reviste el triunfo del sacerdote católico, ya que parece señalar nuevos rumbos á un partido que ha logrado contar con 106 diputados en el Parlamento, ó sea 42 más que en la anterior legislatura.

Esta ventaja, que constituye una fuerza positiva, ha de manifestarse en breve, por cuyo motivo creemos que la próxima legislatura ha de ofrecer novedades en la marcha política del reino de Italia.



Sacerdote socialista saliendo de un colegio electoral
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)



El sacerdote Rómulo Murri, elegido diputado por el partido socialista (De fotografía de R. Fiorilli.)

LA HUELGA
DE LOS TELEGRAFISTAS DE PARÍS

Caracteres de suma gravedad reviste la huelga promovida por los telegrafistas de París, pues no pueden desconocerse los inmensos perjuicios que puede ocasionar, con mayor motivo cuando se intenta por los iniciadores que la secunden los empleados de los demás servicios de comunicaciones.

La causa inicial de tan perturbadora situación débese, según se desprende de las noticias publicadas por la prensa parisiense, á ciertas medidas adoptadas por el director general de Telégrafos Sr. Simyan y á la suspensión de diez y ocho telegrafistas por haber sido los primeros en protestar de las disposiciones, tal vez arbitrarias ó asaz rigurosas, adoptadas por el citado director.

El conflicto manifestóse en toda su gravedad en las primeras horas de la tarde del día 13 del corriente, con motivo de haberse intentado imponer un correctivo al telegrafista M. Thibaut por insultos inferidos á un compañero no adherido á la general protesta. En el acto dejaron de manipular en sus aparatos mil doscientos empleados, y si bien no abandonaron sus puestos, su inactividad produjo iguales resultados, ya que no se daba curso á los telegramas.

Acudió la policía al despacho central de la calle Grenelle con el objeto de evitar coacciones y atropellos, sin que haya sido necesario hasta ahora su auxilio, pues los huelguistas continúan en su perjudicial pasividad, siendo imposible á los demás telegrafistas suplir el trabajo de los revoltosos, acumulándose los despachos y aumentando la gravedad de la situación y la trascendencia de los perjuicios que experimenta el público.

Al escribir estos renglones no se tiene noticia de que se haya solucionado el conflicto, pues los huelguistas exigen la destitución del Sr. Simyan, cuya condición no creemos acepte el gobierno de la vecina nación, dado el precedente que sentaría, no alcanzando á adivinar la forma en que podrá darse término á tal situación, que puede agravarse si llegan á secundar la huelga los empleados de correos y telégrafos.



París.—La huelga de los telegrafistas. Manifestación ante la central de la calle Grenelle
(De fotografía de M. Branger.)



EN LA RIBERA, cuadro de Alberto Plá y Rubio

(Exposición Miralles.)



EN LA FERIA, cuadro de J. Navarro

(Exposición Miralles.)



EN LA SIERRA DEL GUADARRAMA, fragmento del cuadro de Jaime Morera

(Propiedad de D. L. Sainz, de Madrid.)

EL PERIODISTA RUSO ALEJO SUVORINE

Acaba de celebrar en San Petersburgo el cincuentenario de su ingreso en el periodismo el respetable director del *Novoié Vremia* y decano de la prensa rusa Sr. Alejo Suvorine, quien ha llenado cumplida y honrosamente su misión durante un largo período de tiempo, según manifiestan sus colegas, mereciendo por lo tanto la general consideración.

Dió comienzo á su carrera como corrector de uno de los más importantes periódicos de la capital de su patria, hallando pronto medio para dar á conocer sus excepcionales condiciones, de suerte que á los veinticinco años ya se consideraba como uno de los más distinguidos é inteligentes periodistas. Una circunstancia inesperada le favoreció para llegar á merecer tan lisonjero concepto. Parece ser que cayó enfermo uno de los más distinguidos colaboradores del periódico *Vedomosti*,



Alejo Suvorine,
director del periódico ruso *Novoié Vremia*

de San Petersburgo, habiéndose recibido la noticia en la redacción á hora muy avanzada, produciendo un verdadero trastorno, ya que no había medio para substituir el artículo del colaborador. Suvorine ofrecióse á escribir las cuartillas, y el trabajo improvisado por el improvisado redactor fué de tal importancia, que obtuvo un éxito verdaderamente extraordinario. En vista de tal resultado se le confió la redacción del folletín quincenal, que comenzó á firmar con el seudónimo «El desconocido,» adquiriendo notoria celebridad.

En completa actividad periodística, publicó notables trabajos, repetidas censuras contra los hombres de gobierno y de la administración, provocando odios y enemistades que á la postre le ocasionaron hondos pesares, ya que se le procesó y hasta llegó á privársele de la libertad. No desmayó, sin embargo, el animoso periodista, y á pesar de habérsele obligado á separarse de la redacción del periódico y confiscado sus obras, siguió luchando contra la adversidad y sus enemigos, hasta que en 1876, gracias al concurso de sus amigos y admiradores, se convirtió en propietario del periódico *Novoié Vremia*, que llevaba una vida lánguida y por lo tanto muy distinta de la que antes alcanzara. Pronto pudo apreciar el público los beneficios de la enérgica é inteligente dirección del insigne periodista, volviendo el *Novoié Vremia* á convertirse en uno de los periódicos rusos de mayor circulación.

Su nombre figura entre los de los autores dramáticos más aplaudidos y celebrados, y como editor ha prestado señalados servicios á las letras y á la cultura de su patria, dando á conocer las obras maestras por medio de buenas y económicas ediciones, al alcance de todas las clases sociales.

LA MILLONARIA

Mis Silvia Green

Mis Silvia Green, hija del célebre millonario Hetty Green, es la mujer que posee mayor fortuna, puesto que tiene cincuenta millones de dólares, por cual motivo ha creído poder elegir por esposo quien á su juicio reuniese las condiciones que apetecía. El Sr. Matheu Astor Vilks, de Menistown, ha sido el favorecido. Cuenta sesenta y cinco años de edad y pertenece al cuerpo diplomático de los Estados Unidos del Norte de América. Nuestro grabado reproduce los retratos de Mis Silvia, de su madre y de su esposo.



La millonaria yanqui Mis Silvia Green, su madre y su esposo. (De fotografía de Carlos Delius.)

EN LA FERIA,

cuadro de José Navarro

(Exposición Miralles.)

Al examinar el cuadro á que nos referimos, asalta el recuerdo de las obras del pintor reusense Baldomero Galofre. Mucha semejanza tiene la labor de los dos artistas. Navarro, como el que fué amigo querido nuestro, escoge asuntos, cuadros y tipos de aquella España pintoresca, brillante y sonriente, avaluándolos con todos los encantos del color y de la forma y amasando en la paleta esas ricas tonalidades que recuerdan épocas y costumbres que van pasando y que pintores de las circunstancias del valenciano Navarro representan con señalado buen gusto y exquisita habilidad.

EN LA SIERRA DEL GUADARRAMA,

cuadro de Jaime Morera

Discípulo del insigne Carlos Haes, es Jaime Morera uno de los paisajistas españoles de mayores méritos. Al igual que su maestro, se ha dedicado por completo al cultivo de este difícil género de pintura, logrando singularizarse y distinguirse. Establecido en Madrid, ha hallado en la sierra del Guadarrama temas ó asuntos para sus cuadros, representándola en la aspereza de sus cumbres, en sus accidentadas laderas y en sus pintorescos valles, cubiertos de nieve ó con el verdor de sus jaras. Morera es un á modo de cantor del Guadarrama. Sus más celebrados lienzos reprodúcenlo en todos sus variados aspectos. En ellos ha demostrado su maestría y su habilidad como colorista, representando todos los colores de las múltiples tonalidades que la naturaleza ofrece. Algunas de tales producciones han reportado al artista señalados triunfos, y muchas han merecido el aplauso de las revistas profesionales del extranjero. Para que nuestros lectores puedan apreciar los méritos del artista, reproducimos *En la sierra del Guadarrama*, que forma parte de la colección del Sr. Sainz, en el cual sobre el fondo de la nevada montaña, destácase el interesante grupo de las infelices leñadoras, que al calor de la lumbre procuran reaccionar sus ateridos cuerpos, constituyendo una nota real y sentida é inteligentemente observada.

El nombre de Jaime Morera es ventajosamente conocido, así en nuestra patria como en el extranjero, como uno de los primeros paisajistas españoles, y en tal concepto damos á conocer una de sus obras y le dedicamos estos renglones como tributo de justa consideración.



EL MAESTRO

D. Pablo Casals

La fama adquirida como eminente violoncelista por Pablo Casals acrecentóse en la noche del día 18 del actual, puesto que pudo asignársele otro mérito por su competencia como director, con motivo del concierto que en dicha velada tuvo lugar en el Gran Teatro del Liceo de esta ciudad. Quien, como nuestro paisano, ha podido llamar la atención de los inteligentes de las capitales del extranjero, mereciendo distinciones de los soberanos y de los maestros, y ha sido festejado por el público, consecuente admirador de su competencia, bien podía aspirar á dirigir los conjuntos orquestales y atribuírsele las condiciones que poseen aquellos cuyo nombre lleva consigo el concepto de maestría. Así lo confirmó el público que llenaba el coliseo con sus repetidos aplausos, así lo demostraron las manifestaciones de simpatía y consideración que le tributaron al artista, cuyos méritos y circunstancias igualan á su modestia.

Las piezas que bajo su dirección ejecutó la orquesta de la Asociación Musical fueron la *Sexta sinfonía* de Manuel Mooor, una *Suite* de Enesco, un *Preludio* de Hure, una *Balada* de Roentgen y un *Concierto* de D'Albert. Asimismo obtuvo grandes aplausos la esposa del Sr. Casals, Guillermina Suggia, interpretando admirablemente la parte de violoncelo del *Concierto* de D'Albert.

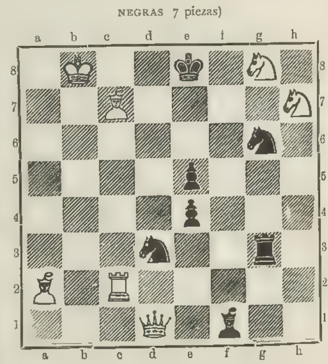


El eminente violoncelista catalán D. Pablo Casals,
que ha dirigido con gran aplauso la orquesta de la «Asociación Musical de Barcelona» en un concierto recientemente dado en el Liceo

AJEDREZ

Problema número 516, por V. Marín

negras 7 piezas)



blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 515, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Dh7 – h4	1. g5 × h4
2. Te7 – e5 jaque	2. d6 × e5
3. Ae1 – b4 jaque	3. Rc5 × d4
4. Ab4 – f8 jaque	4. Rd4 – e3
5. Af8 – h6 mate.	

Variantes.

1.... Ag4 × e2 jaq.; 2. Rf1 × e2, g5 × h4; 3. Ae1 – b4jaq., etc.
a2 – a1 (D); 2. Dh4 × g5j., Ag4 – f5; 3. Dg5 × f5jaq., etc.
Tc8 – g8; 2. Dh4 - g3, Ag4 × e2j.; 3. Rf1 × e2jaq., etc.
Ag4 – f5; 2. Ae1 - b4j, Rc5 × d4; 3. Ab4 × d6jaq., etc.
Ch8 – g6; 2. Dh4 × g5j, Cg6 – e5; 3. Dg5 – c1jaq., etc.
Otra jugada; 2. Dh4 × g5jaq., ó g3, ó Ae1 – b4 jaq, etc.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Mlle. Laroche en casa del notario

La sorpresa del comerciante fué grande cuando Jerónimo le anunció:

—El Sr. de Favreuse.

Juana había adivinado que era él, al oir llamar.

El Sr. Laroche, súbitamente furioso, contestó:

—Diga usted á ese soldado que no le quiero recibir y que no tengo nada que decirle.

—No es un soldado, señor, dijo el criado; es el Sr. de Favreuse.

—¡Cómo!.. ¿Va de paisano?

Juana no dijo una palabra.

Su corazón palpitaba con violencia y se le oprimían las sienes dolorosamente.

Sorprendido, el Sr. Laroche quiso saber lo que pasaba, y cambiando en seguida de idea, dijo á Jerónimo:

—Que pase.

Y añadió dirigiéndose á su hija:

—Déjanos solos.

Juana salió del comedor en el momento en que Luciano entraba.

—¿Qué desea usted de mí?, preguntó el Sr. Laroche, que se levantó al ver entrar al joven. Me parece que lo que dije á usted en el cuartel del Chateau-d'Eau es formal.

Luciano no se dejó intimidar por esta acogida hostil.

—No puede usted acusarme, Sr. Laroche, contestó él, de haber contrariado hasta aquí sus intenciones. Me hallaba sometido á la disciplina militar, y cuando usted me amenazó con recurrir á otros medios si yo persistía en manifestar á la señorita Juana los sentimientos que abrigaba por ella, me resigné á fin de no irritar á usted y de no provocar una cólera cuyos efectos hubiera ella sentido más que yo. Hoy soy libre, no pertenezco ya al ejército, he sido licenciado por inútil.

—Hoy, las razones que tenía para oponerme al casamiento de mi hija con usted son las mismas que antes, declaró el padre de Juana.

—La acogida que usted acaba de hacerme me lo ha dado á comprender, dijo el hijo de Favreuse. He querido, sin embargo, dar este paso á fin de tener una explicación con usted...

—Me niego á darle otra, declaró perentoriamente el Sr. Laroche.

—Permítame que le hable de otra cosa. Mi pobre padre le quedó á deber doce mil francos.

—No se los reclamo á usted.

—Podría contestar á usted, caballero, que mi amor propio y mi amor filial me prohiben aceptar la condonación de esta deuda, porque esa condonación cambiaría el carácter de la deuda misma, transformando el préstamo hecho á un amigo que tuvo siempre la intención de devolverlo, en una limosna que nunca hubiera aceptado.

—No hablo de limosna, dijo el comerciante. Nunca pedí á su padre de usted el reembolso de esa cantidad.

—Pero mi padre, al morir, me hizo prometer que yo cumpliría con usted y quiero devolverle ese dinero. Comprendo muy bien que si usted me rechaza, es porque hay entre su hija y yo una gran desigualdad de fortuna y quisiera hacerla desaparecer con mi trabajo. Quiero desde luego devolverle lo que mi padre le debía y crearme al mismo tiempo una posición honrosa. En un año lo conseguiré, ahora que soy libre, pues voy á dedicarme con ardor al trabajo.

—Celebro, por la amistad que me unía al señor de Favreuse, verle á usted en tan excelentes disposiciones, contestó el padre de Juana; pero me veo obligado á decirle que eso no hará cambiar en nada mis resoluciones. Tengo sobre todo necesidad de velar por el porvenir de mi hija y de asegurar su felicidad, y no creo que la encuentre nunca en ese matrimonio.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¿Puedo preguntarle cuáles son los motivos de esos temores?, dijo Luciano.

—Es una impresión personal... Será un presentimiento, si usted quiere... No quiero decir á usted más.

—Sin embargo, usted no tiene nada que reprocharme, Sr. Laroche, á no ser mi carencia de fortuna, dijo entonces el hijo de Favreuse en un tono casi suplicante. Mi familia es honrada; llevo un nombre sin tacha; mi padre fué amigo de usted... Si no he recibido un patrimonio, estoy pronto á constituirlo con mi trabajo, pues me considero bastante inteligente para ello. En fin, desde que conozco á Juana, es decir, desde la infancia, la amo, como usted sabe, y este amor ha penetrado de tal manera en mi corazón, que no habrá poder en el mundo que lo arranque de él.

—No volveré sobre lo que ya dije á mi hija y acabo de repetir á usted, declaró fríamente el Sr. Laroche, que quiso eludir toda explicación. No daré nunca mi consentimiento para ese matrimonio.

Y con un gesto en dirección de la puerta, indicó que la entrevista había durado bastante, cuando de pronto apareció Juana por la otra puerta del comedor.

—¡Padre, exclamó con voz suplicante, escucha!..

Esta aparición, que sorprendió á Luciano de Favreuse y le hizo estremecer de esperanza y de gozo, irritó súbitamente al Sr. Laroche, que gritó encolerizado interrumpiendo á su hija:

—¿Qué vienes á hacer aquí?.. ¡Déjanos!

—No; antes tienes que oirme, contestó la muchacha abandonando en seguida el tono de súplica para dar á su vez una firmeza de que se la hubiera creído incapaz. Quiero hablarte delante de Edmundo y quiero pedirte en su presencia que dejes que nuestro matrimonio se realice, ya que, según dices, quieres asegurar mi felicidad.

—¡Jamás!.., dijo el padre con voz sorda.

—¡Jamás!.., exclamó Juana. Pues bien, te repito lo que ya te dije: amo á Edmundo, le amo con todo mi corazón y me casaré con él á pesar de tu voluntad.

—¡A pesar mío!.. ¡Calla, miserable!, exclamó Laroche fuera de sí. ¡Sal de aquí, mala hija.

—El asegurar mi felicidad es cuenta mía, contestó la muchacha arrostrando la cólera de su padre, y yo la veo en esta unión y nada más que en esta unión.

—¡Sr. Laroche!.., suplicó el joven, que quiso interponerse ante un gesto amenazador del comerciante.

—Lo que tú preparas es mi desdicha, continuó Juana sin ceder, pues no puedo menos de ser desgraciada si no me caso con la persona que amo. Así es que mi resolución es muy firme. Si no quieres consentir en este matrimonio, me marcharé de esta casa; te lo declaro y verás cómo cumplo mi palabra.

—¡Tú!.. ¿Tú harías eso?.., exclamó el padre de Juana con tanto furor como estupefacción.

—Sí, lo haré, contestó la muchacha. Soy mayor de edad. Soy libre. Amo y quiero ser feliz.

—¡Oh, maldita..., maldita!.., gritó Laroche incapaz de contenerse por más tiempo. Parte, pues, parte; yo te maldigo. Día vendrá en que verás si yo tenía razón, porque todas las desdichas que preveo caerán sobre ti con mi maldición, que llevarás y te acompañará por todas partes.

Juana resistió con firmeza la formidable explosión de la cólera de su padre. El amor que la poseía enteramente y la embriagaba le prestaba fuerzas desconocidas.

Estaba dispuesta á soportarlo todo antes que renunciar al hombre en quien había puesto aquel amor, único objeto de toda su vida.

Dirigió una mirada á Luciano, mirada llena de ternura y de enérgica resolución, y se retiró sin contestar una palabra.

Entonces el joven avanzó un paso hacia el señor Laroche, que parecía anonadado por la vehemencia misma de la cólera que lo había animado.

—Caballero..., se aventuró á decir, por favor...

Pero el padre de Juana volvió en seguida de su anonadamiento al oir aquella voz

—¡Salga usted!.., gritó con voz terrible. ¡Me ha robado usted el amor de mi hija!.. Salga usted, por que no sé de lo que sería yo capaz.

Luciano obedeció.

—¡Oh, miserables!.., añadió el padre de Juana después que le hubo visto desaparecer.

Y se dejó caer en la silla que se encontraba detrás de él, abatido por una espantosa pena.

Pero al oir la puerta de entrada que se cerraba, apoderóse de él una súbita reacción.

—¡No..., no es posible!., dijo para sí levantándose. ¡Juana no puede hacer eso! ¡No es posible!

Corrió en su busca y la encontró en su cuarto, con el abrigo y el sombrero puestos, pronta á partir.

—¡Juana!, imploró él con lágrimas en la voz y los brazos tendidos. ¡Juana..., Juanita mía!.. No, tú no partirás.

—Déjame, contestó la muchacha, tú no me quieres..., tú no me has querido nunca.

—¡Yo!.. ¡Ah! ¿Cómo puedes decir eso?.. ¡Que no te amo! ¿Pero no comprendes que lo que yo quiero es tu felicidad?

—Lo que deseas es mi desventura. ¿No me has maldecido?

—Me cegó la cólera... Juana, por favor...

—Te he dicho que amo á Edmundo, contestó Juana; ya ves que es preciso que este amor sea muy grande y muy sincero para que ni tu maldición lo quebrante.

—¡Ah! ¡Ese amor..., maldito sea!, dijo Laroche con voz sorda.

—¡Adiós!

—¿De modo que partes?

—¿No me has echado?

—¡Quédate, quédate!

—Quiero ser feliz. Te he dicho que amo...

—¡Juana!.., volvió á implorar el padre siguiendo á su hija que se alejaba, ¡Juanita mía!..

Pero Juana no contestó. No volvió siquiera la cabeza, dispuesta á no dejarse retener, resuelta á perseguir á toda costa la realización de aquel amor por el cual hacía tanto tiempo que sufría.

El Sr. Laroche quedó como clavado en el suelo, quebrantado otra vez, como si le arrancasen el corazón, como si se le escapase la vida.

Vaciló y se apoyó en un mueble para no caer.

Sentóse luego en un sillón y miró lentamente en torno suyo, á través de las lágrimas que inundaban sus ojos. Vió aquel cuarto en que cada noche, antes de acostarse, venía á besar á Juana en su cama de cortinas azules salpicadas de florecillas multicolores. Vió todo lo que pertenecía á ella, todo lo que no vivía sino por ella, muebles, cachivaches, mil pequeños objetos diversos que ella tanto quería..., su retrato, colgado de la pared, en su marco de felpa con esquinas de plata; alhajas en un cofrecillo abierto sobre la mesita de laca; aquellas alhajas que tanto le gustaban y que había desdeñado al partir, quizá porque eran regalo de él...

Y el infeliz lloró, dejando estallar el dolor que le atormentaba.

Sollozó, abismado, con la cabeza en las manos, sacudido el cuerpo por dolorosos espasmos, extraviada la razón, no sintiendo más que una cosa, la pérdida de aquella hija adorada, para quien había vivido exclusivamente y que una fatal pasión acababa de separar para siempre de él, como un abismo impracticable.

Poco á poco cesó de pensar y permaneció allí largo rato, habiendo perdido la noción del tiempo y hasta la noción de la existencia.

En la casa no se oía ningún movimiento; los criados, asustados y afligidos, se habían retirado silenciosamente á la cocina, no atreviéndose á turbar con su presencia los acontecimientos que deploraban.

Un ruido que se produjo fuera sacó de pronto al padre de Juana de su entorpecimiento.

El hombre se estremeció.

Su espíritu, hasta entonces extraviado, posesionóse nuevamente de sí mismo.

La memoria reapareció, recordándole lo que acababa de pasar.

Exhaló un doloroso suspiro y se levantó.

Procuró luego recuperar sus fuerzas, enjugándose las lágrimas, pasando la mano por su frente abrasada, afirmándose en sus resoluciones.

—¡Desdichada!, murmuró. No has dado crédito á la voz de tu padre... ¡Ah, no, á pesar de todo, no te maldigo, y si hay un Dios que me escucha, le ruego que aparte de ti las desdichas que tu ceguera no puede prever!

El Sr. Laroche salió del cuarto de su hija y pasó á su gabinete de trabajo.

Sobre la mesa, en un marco de plata, bajo un cristal biselado, sus ojos tropezaron con la fotografía de Juana.

—Volverá, pensó, y esperó sobre todo.

No salió en todo el día á fin de encontrarse allí cuando ella volviese, dispuesto á recibirla con los brazos abiertos y á decirle que la amaba como siempre, y dispuesto también á suplicarle de nuevo que renunciase á aquel amor.

Esperó, inocupado, inquieto, impaciente, incapaz de desviar su pensamiento del abrumador y doloroso abandono de su hija.

Vió girar lentamente las manecillas del reloj y declinar el día detrás de los cristales de alegres colores de sus ventanas.

Juana no volvió.

Por la noche, incapaz de tomar el menor alimento, el Sr. Laroche rehusó los servicios habituales de su criado y quiso estar solo.

Ahora, de noche, la partida de Juana le parecía aún más dolorosa.

La casa, sin ella, le parecía espantosamente vacía.

El afligido padre la llamaba.

—¡Oh, no comprendes lo mucho que te amo!, decía ante el retrato de su hija que le sonreía. ¡No comprendes que el amor de tu padre es el único verdadero, el único grande, el único que nada puede destruir!..

Por momentos se apoderaban de su espíritu espantosas ideas al pensar en el hombre de quien Juana estaba enamorada, en el hombre por quien ella había abandonado á su padre.

—¡Debí matarlo!.., se decía con un gesto de amenaza. ¡Debí arrojarme sobre él y estrangularlo á fin de que ella no le pudiese amar!.

Pero se arrepentía en el acto.

—No, no... Ella le ama demasiado; ella me maldeciría... ¡Ah, maldito amor..., maldito amor!..

X

ESPERANZA MATERNA

La infeliz, cegada por su amor, había tenido que romper su corazón de hija para encontrar la fuerza de partir.

Dominada por aquella pasión que los obstáculos habían agrandado y exaltado, no veía felicidad posible para ella sino al lado del hombre á quien amaba, y para alcanzarla había aceptado hasta la maldición de su padre.

Juana bajó la escalera sin precipitación, pero también sin vacilación alguna y sin el menor arrepentimiento.

Iba atraída, fascinada, dominada por una fuerza á la cual era incapaz de resistir.

¿Adónde iba?

Hasta entonces no se lo había preguntado.

En aquel momento, una resolución se imponía. Al pasar los umbrales de la casa, pensó en ello.

Al otro lado del bulevar, Luciano de Favreuse esperaba.

Vió á Juana y se sintió empujado hacia ella; pero resistió á aquel movimiento impulsivo.

Un escrúpulo, inspirado más bien por habilidad que por conciencia, lo retuvo. Podían verle, y no quería que pareciese haber hecho presión en el ánimo de Juana para inspirarle aquella determinación.

Pero se alegró.

«Lo que es ahora, es mía..,» pensó con un gozo atroz, lleno de deseos apasionados y de concupiscencias criminales.

La siguió de lejos, maniobrando para que ella no le viese.

Juana siguió por el bulevar hacia el mercado de vinos, sin mirar en torno de ella.

A lo largo de la verja del depósito comercial estaban alineados los *fiacres* de una estación de coches.

Subió al primero, cuya portezuela le abrió el auriga al verla llegar.

—¿Adónde vamos, señorita?, preguntó el cochero con la mano puesta en el pomo de cobre.

Juana había encontrado una solución. Se le había ocurrido ir á pedir asilo á un viejo amigo de su familia, el Sr. Verdelet, que había sido el notario de su madre y su testigo de boda, y que era el depositario de su patrimonio materno, compuesto de la dote y de los bienes parafernales de la señora de Laroche.

—Calle de Bonaparte, n.° 45, contestó ella.

El cochero subió al pescante, fustigó á su caballo sacudiendo las riendas y el *fiacre* echó á andar.

Luciano lo había observado todo desde el otro lado del bulevar, medio oculto detrás de un quiosco de periódicos.

Leyó el número pintado en la caja y en los faroles del coche.

«4.615—se dijo.—Esta noche sabré adónde ha ido.»

No quiso seguirla á fin de evitar que le viese, y pensando en lo que podría hacer para adelantar sus asuntos, se hizo indicar en el barrio la dirección de un notario que se proponía consultar á fin de ilustrar á Juana respecto á la tramitación que había de seguir, y á fin también de excitarla á que obrase enérgicamente.

El trayecto, no muy largo, del Mercado de vinos á la calle de Bonaparte, duró escasamente diez minutos. Sin embargo, había parecido más largo que nunca á la muchacha, devorada por la angustia y la impaciencia.

Al llegar, dió una moneda de dos francos al cochero, que le dió las gracias y se felicitó de la ganga de una carrera tan ventajosa, y ella entró en la casa, cuyo vestíbulo tenía las paredes cubiertas de carteles anunciadores de ventas inmoviliarias.

La notaría del Sr. Verdelet ocupaba la planta baja, cerrada por una doble puerta forrada de molesquina verde, y las habitaciones del notario, situadas en el piso superior inmediato, al que se subía por la escalera principal, se comunicaba también con la sala de espera del despacho por una escalerilla de caracol.

Juana entró en la notaría, y dirigiéndose sin vacilar hacia el despacho del primer pasante, que la conocía, le preguntó:

—¿El Sr. Verdelet está aquí?

Su voz no manifestaba alteración alguna; estaba exenta de toda emoción.

—Sí, señorita, está en su despacho, contestó el pasante; puede usted entrar.

—Gracias, dijo la hija de Laroche, que llamó en seguida á la puerta del notario.

Casi al mismo tiempo entró; la contestación no se había hecho esperar.

—¡Oh, qué sorpresa!.., exclamó el Sr. Verdelet. Cómo, ¿sola?

El notario de la calle de Bonaparte tenía el aspecto clásico, tantas veces descrito, de sus colegas; ese aire profesional que da la cara con los labios afeitados y patillas cortas y blancas, la doble papada emergiendo de un cuello recto mal planchado, pero sujeto por una ancha corbata de raso negro, y la amplia levita, que constituye en cierto modo el uniforme profesional y obligatorio de los graves y honorables oficiales ministeriales, encargados de presidir las reuniones de herederos, las aperturas de testamento, las firmas de contratos matrimoniales, en una palabra, todas las asambleas familiares puestas bajo la salvaguardia de la ley.

Pero el Sr. Verdelet no llevaba gafas ni lentes; no tomaba rapé como los notarios de *vaudeville,* inseparables de su tabaquera; tenía aversión al tabaco bajo todas sus formas; no era calvo, sino que estaba provisto de una cabellera blanca como sus patillas y cortada á la Bressant; también carecía de esa tendencia á la obesidad que, sin exageración, contribuye quizá á la solemnidad magistral é imponente del personaje.

Mostrábase sencillo y paternal con todos sus clientes, y con mayor motivo con los que eran amigos suyos por añadidura.

Juana se acercó á la mesa, y poniendo su diminuta mano enguantada de negro en la que le tendía el amigo de su familia, contestó:

—Sí, señor..., sola.

El notario notó claramente la vacilación y la tristeza expresadas por la voz que acaba de pronunciar estas palabras.

—¿Qué ocurre, pues, hija mía?.. ¿Qué le pasa á usted?.., preguntó el Sr. Verdelet reteniendo la mano de la muchacha y atrayéndola hacia sí al otro lado de la mesa. Vamos, ¿se trata de algo serio, de alguna desgracia?

Entonces Juana echó á llorar, y cuando el paternal anciano la hubo consolado, dijo:

—Me he ido de casa de mi padre... para no volver.

—¿Qué me cuenta?, preguntó el notario. ¡No es posible!. Explíqueme eso, Juanita... ¿Alguna discusión? ¿Alguna locura? ¿A propósito de qué? Apuesto á que ha sido cuestión de matrimonio..., porque ya es usted casadera y me ha dicho más de una vez que no tardaría en recibir esa gran noticia. Vamos, he adivinado, ¿no es cierto?.. ¿Verdad que se trata de un proyecto de boda?

La hija de Laroche se dejó guiar hacia el sillón que el Sr. Verdelet arrimó al suyo, y contestó afirmativamente, con un movimiento de cabeza desde luego, y después en voz baja:

—Sí, señor; de eso se trata... Mi padre quiere impedir que me case con el Sr. de Favreuse, á quien amo desde hace años..., desde mi infancia..., y que también me quiere...

—¿Favreuse?.., dijo el notario. ¿El hijo del Sr. de Favreuse, que era amigo de su papá de usted..., que se mató el año pasado?

—Sí..., sí... Edmundo carece de fortuna, es verdad, dijo Juana; pero ¿qué importa, puesto que yo soy rica? Es todo lo que mi padre puede reprocharle.

—¿No hay otras razones? Piense usted.

—El Sr. de Favreuse debía dinero á papá.

—Sí, ya sé...

—La madre de Edmundo le engañó, lo reconozco, para pedirle prestada una cantidad que no le devolvió... Esa es la causa de su resentimiento, resentimiento injusto, porque, por culpable que sea la señora de Favreuse, el responsable no puede ser su hijo.

—¿Cree usted que no hay otra cosa?

—Estoy segura.

—Entonces la cosa no es seria. El Sr. Laroche volverá sobre su resolución. Yo iré á verle.

—Será inútil, dijo Juana. Me ha dicho que no consentirá nunca en este matrimonio, y me ha maldecido.

—Vamos, apuesto á que en este momento le tiende á usted los brazos.

—No, no... ¡Ah, si usted le hubiese visto!

—¿Tan grave es la cosa?

—Sí, porque me sublevé y partí, resuelta á prescindir de la voluntad de mi padre.

—¡Oh, oh!.., exclamó gravemente el notario en dos tonos distintos.

—Amo á Edmundo de Favreuse con todas mis fuerzas, declaró Juana, y me casaré con él. Nada me hará cambiar de idea.

Durante largo rato el Sr. Verdelet interrogó á la muchacha, la sermoneó paternalmente, la exhortó á que le dejase dar un paso cerca de su padre; nada pudo conseguir.

—No, no volveré á casa, afirmó Juana Laroche con una energía de que el antiguo amigo de su madre no le hubiera creído nunca capaz, y he venido á suplicar á usted que se sirva darme hospitalidad, porque, exceptuando á usted, no conozco á nadie á quien poder pedir este favor.

El excelente hombre era incapaz de rechazar á su joven amiga, y se limitó á presentarle las objeciones más juiciosas y prudentes á fin de decidirla á volver al hogar paterno.

Pero Juana nada quiso oir. Su determinación era irrevocable.

—Si no quiere usted recibirme, dijo ella creyendo que se negaba, iré á una casa de refugio á esperar el plazo legal, y practicaré mientras tanto las diligencias necesarias para el casamiento, porque sé muy bien que mi padre se opondrá y yo no desistiré.

El Sr. Verdelet parlamentó todavía un buen rato, pero al fin no tuvo más remedio que ceder y consintió en tener depositada á la hija de su amigo, con la condición, empero, de que iría aquella misma noche á visitar al Sr. Laroche para enterarle de que su hija estaba en su casa.

El notario, viudo desde hacía unos quince años, sin hijos, vivía solo con dos criados, habiendo puesto todo su afecto en su sobrino, huérfano, que hacía educar en un colegio religioso de las cercanías de París.

Hizo disponer para Juana el cuarto que el colegial ocupaba durante sus vacaciones, y tan pronto como hubo comido, se fué al bulevar de San Germán.

En aquel momento, Luciano de Favreuse pasaba por delante de la casa del Sr. Laroche.

Llegó hasta el quiosco de la estación de *fiacres* de la calle de los Fosos de San Bernardo, y dirigiéndose al guardia de orden público le dijo:

—Usted dispense, vengo á ver si el cochero del *fiacre* 4.615, que condujo esta tarde una señora, encontró una llave en el coche. La señora en cuestión tomó aquí el carruaje y cree haber perdido esa llave en el trayecto al sacar su portamonedas del bolsillo.

—4.615, dijo el guardia consultando su hoja. Precisamente está en el punto.

—¡Ah, mejor!.. A menos que, si encontró esa llave, no la haya llevado á la prefectura. No se la podría recuperar entonces hasta mañana, y para entrar en su casa, esa señora tendría que recurrir á un cerrajero; para evitarlo, he venido en seguida.

—Vamos á verlo.

El guardia acompañó al joven para ver al cochero, que charlaba con sus camaradas, y le comunicó la reclamación.

—Sí, me acuerdo de la señora, dijo el auriga del 4.615; la conduje á la calle de Bonaparte; una carrera muy corta; pero no vi llave ni nada en el coche.

El informe deseado por Luciano resultaba incompleto, así es que siguió preguntando:

—¿Quién sabe si se le cayó en la calle en el momento de apearse del coche?

—No creo, dijo el cochero. Yo lo hubiera oído.

—¿O en la casa donde entró?

—¿No preguntó al portero? ¿No buscó?..

—No notó la pérdida hasta regresar á su casa y no pensó más que en el coche. Pero voy á ver yo mismo si la encuentro en esa casa. ¿Qué número?

—No recuerdo exactamente el número, contestó el cochero. Desde entonces he hecho tres carreras, pero es cerca de la calle de Jacob, á mano derecha, yendo hacia el Sena. Una casa donde hay un notario; no tiene pérdida.

—Sí, gracias, ya la encontraré, contestó Luciano, que saludó al guardia y se alejó.

El paso dado por el Sr. Verdelet cerca del padre de Juana produjo en éste una irritación que el notario, animado de las mejores intenciones, no había podido prever.

Cuando Laroche supo lo que su hija había hecho, comprendió que no volvería sobre su determinación.

Entonces, el dolor causado por la partida de Juana cedió el puesto á un despecho furioso, á una cólera que tuvo apenas la fuerza de contener.

Escuchó al Sr. Verdelet, sin interrumpirle más que con monosílabos enérgicos:

—¡No!.. ¡Jamás!.. ¡No!..

Nada quería oir; se mostró irreductible.

—Ese matrimonio será la desgracia de mi hija, declaró como conclusión. Hice todo lo posible para impedirlo... Se lo he dicho... No ha querido escucharme, peor para ella... Que prescinda de mi consentimiento, puesto que es mayor de edad, puesto que la ley se lo permite...

El notario trató aún de conciliar y calmar á su amigo.

—No, no, se acabó, interrumpió resueltamente el comerciante. Dígaselo usted á Juana... Dígale usted que se acabó para siempre... Dígale que haga lo que quiera, pero tenga entendido que su padre no existe para ella..., que es como si su padre hubiese muerto. ¡Como si hubiese muerto, sí!..

Y como el Sr. Verdelet insistiese aún, Laroche se levantó y le dijo empujándole amistosamente hacia la puerta:

—No crea usted que yo guardo para usted el menor resentimiento. Me alegro de saber que Juana está en su casa... y le agradezco lo que hace por ella. Pero, créame, todo lo que usted intente será inútil. ¡Adiós!.. Déjeme usted... Sufro demasiado... Todo eso me desgarra el corazón... ¡Adiós..., adiós!..

Abrió él mismo la puerta, dando un apretón de mano á su amigo, á fin de abreviar el final de aquella escena que hacía revivir sus más crueles dolores.

El Sr. Verdelet se retiró muy apesadumbrado, con el alma presa de una desolación profunda, entre aquel padre y aquella hija á quienes quería por igual y á quienes hubiera querido reconciliar.

Regresó lentamente á su casa, no atreviéndose á dar cuenta á Juana del triste resultado de su intervención.

Por fin, cuando le refirió la entrevista, la muchacha le contestó:

—Ya se lo había dicho á usted. Odia á Edmundo, en quien hace recaer la animadversión que abrigó contra sus padres.

—Entonces, ¿qué quiere usted hacer, pobre hija mía?, preguntó el notario.

Un campanillazo cortó la palabra á Juana, que iba á contestar:

El criado abrió, y desde el salón Juana oyó y reconoció la voz de Luciano que preguntaba:

—¿Está en casa el Sr. de Verdelet? Necesito verle en el acto para un asunto muy serio.

—¡Es él!.., dijo Juana con sorpresa.

El notario la miró con asombro.

—¡Edmundo!.. ¡Edmundo de Favreuse!.., explicó la muchacha, sin que se le ocurriese siquiera preguntarse cómo el hombre amado sabía ya que ella se encontraba en casa de aquel amigo.

Luciano había reflexionado rápidamente.

Juana había ido á casa de un notario á quien conocía sin duda, probablemente amigo de su familia; iba á exponerle su situación y á preguntarle qué debía hacer.

Pero el notario, hombre grave, conciliador ante todo, procuraría seguramente hacer que se sometiese y se reconciliase con su padre.

Tratábase de obrar enérgicamente y sin pérdida de tiempo, á fin de tomar la posición de una manera decisiva.

El miserable tuvo entonces una inspiración llena de habilidad.

Lo que iba á hacer vencería las últimas indecisiones de Juana, si acaso ésta aún tuviese alguna.

No tenía ahora ninguna aprensión; ni siquiera le embarazaba la usurpación del nombre que había tomado.

Presentóse, pues.

El Sr. de Verdelet se adelantó á recibirlo, abriendo la puerta del salón.

Luciano saludó.

Vió á Juana en medio de la estancia.

—Soy el Sr. de Favreuse, dijo.

—Pase usted, caballero, contestó el notario.

Una vez cerrada la puerta, Luciano añadió:

—Usted dispense, señor notario, que me presente en este momento...

Dicho esto, dió la mano á Juana.

(Se continuará.)

LOS RESTOS DEL TENIENTE D. JACINTO RUIZ

Los restos de los heroicos oficiales de artillería Daoiz y Velarde, que atentos al cumplimiento de su



El teniente D. Jacinto Ruiz
Uno de los defensores del Parque de Madrid el 2 de mayo de 1808, cuadro de Mariano Benlliure

deber y alentados por su amor á la patria, sucumbieron el 2 de mayo de 1808, defendiendo el Parque de Monteleón, en la coronada villa, contra las huestes napoleónicas, reposan en un monumento que sintetiza el justo tributo que rinde un pueblo á sus héroes y que glorifica su memoria. Mas el valeroso esfuerzo del teniente de infantería D. Jacinto Ruiz, que al frente de un pelotón de soldados coadyuvó á la defensa y que compartió con sus compañeros la gloria de aquella jornada, no había recibido igual homenaje de la posteridad, y si bien su estatua en bronce corona el monumento que se le erigiera en una de las plazas de Madrid, obra del insigne escultor Mariano Benlliure, sus restos hallábanse depositados en la iglesia parroquial de la ciudad de Trujillo, cariñosamente guardados por sus paisanos, pero sin haber recibido el testimonio de la general consideración y de la gratitud que la patria debe á los que la defienden y enaltecen.

Con feliz acuerdo designóse una comisión encargada de todo cuanto se relacionara con el homenaje que debería rendirse al héroe, resolviéndose trasladar sus despojos mortales al monumento llamado del Dos de Mayo, para que reposaran junto á los de Daoiz y Velarde. A este efecto procedióse á la exhumación el día 12 del actual, colocándose las cenizas y huesos en un lienzo blanco de batista y encerrados en una magnífica caja de ricas maderas, cuya llave quedó en poder del párroco D. José Pulido. Celebrados solemnes funerales, organizóse la procesión cívica, que acompañó los restos hasta las afueras de la población, haciéndose de ellos cargo la comisión militar, compuesta del coronel Sr. Páez Jaramillo y de los comandantes Sres. Bermúdez de Castro y Saro, quienes, acompañados del alcalde de Trujillo D. José M.ª Grande y del arcipreste de la iglesia de San Martín de aquella localidad Sr. Pulido, tuvieron el honroso encargo de custodiar los mencionados restos hasta su definitivo destino. Las autoridades y el vecindario de Cáceres salieron á la carretera de Trujillo para recibir la urna, que colocada en unas andas y cubierta de hermosas coronas, fué conducida á la iglesia de San José, en donde se cantó un responso, y desde allí á la estación del ferrocarril.

A las nueve de la mañana del siguiente día llegó á Madrid el tren que conducía los restos del bizarro teniente, colocados en un coche de primera clase, convertido en capilla ardiente. La artística urna que los encerraba estaba completamente cubierta de coronas y flores naturales que habían ido depositando, en todas las estaciones del trayecto, las representaciones de los respectivos vecindarios, destacándose de tal conjunto las históricas banderas del regimiento provincial de Trujillo, cuidadosamente conservadas como recuerdo de la guerra de la Independencia.

En la estación de Leganés detúvose el tren cerca de media hora con el objeto de rendir los honores correspondientes la brigada que manda el general Aguilera, cuyas fuerzas, á los acordes de la marcha fusilera, desfilaron ante la urna, que había sido conducida al andén por cuatro tenientes de Infantería. Terminada la ceremonia, emprendió de nuevo el tren la marcha hacia Madrid, en cuya estación esperaban la llegada varios generales, representantes del Ayuntamiento de Madrid y comisiones de oficiales de todas las armas. Trasladada la urna á la capilla ardiente, habilitada en la sala de 1.ª clase, colocáronse á los lados las dos banderas ya citadas y rodeándola las coronas dedicadas al héroe, dando la guardia de honor ocho soldados del batallón de cazadores de Madrid con armas á la funerala.

En presencia del gobierno, autoridades y de los generales Luque, De los Ríos, Martitegui, Ochando, Prats, Marvá, Carbó, Zappino, Moragas, Santiago, Franch y gobernador militar señor Bascarán, así como de las comisiones de oficiales, tuvo lugar el solemne acto de hacer entrega de las ceni-



Traslado de los restos del teniente D. Jacinto Ruiz. – La presidencia del duelo



Traslado de los restos del teniente D. Jacinto Ruiz.— Carrozas de la Casa Real y del Gobierno conduciendo coronas

zas del teniente Ruiz al pueblo madrileño por el alcalde del Ayuntamiento de Trujillo, quien con patrióticas y sentidas frases expresó el orgullo de aquel vecindario por el homenaje tributado al preclaro hijo de aquella ciudad, cuyos restos había guardado durante más de un siglo, contestándole con un elocuente discurso de gracias el alcalde accidental de Madrid Sr. Díaz Agero.

A las once sonó el toque de atención; las músicas batieron marcha y fué la urna conducida al andén por un oficial de cada cuerpo, precedida por las históricas banderas, llevadas por un oficial de infantería y otro de artillería. Acto seguido y organizada la comitiva, púsose ésta en marcha, precedida por una sección de la guardia municipal montada, á la que seguían numerosos coches con coronas. A continuación figuraba la urna, colocada en un armón del 4.° regimiento montado, cubierta con la bandera nacional, marchando á sus lados los oficiales portadores de las banderas y los soldados que formaban la guardia de honor, y detrás el capitán general Sr. Villar y Villate, á caballo, y su estado mayor.

Presidía el duelo el presidente del Consejo, con los ministros de Estado, Guerra y Marina, presidente del Congreso Sr. Dato, vicepresidente del Senado señor duque de Mandas, alcalde accidental de Madrid Sr. Díaz Agero, alcalde de Trujillo Sr. Grande, el arcipreste de aquella localidad Sr. Pulido y los jefes de sección de artillería é infantería generales Crespo y Martín Puente. Formaban parte del fúnebre cortejo nutridas representaciones de Nuestra Señora de la Buenadicha, Orden Española Humanitaria de la Santa Cruz y Víctimas del Dos de Mayo, alumnos de las escuelas municipales con estandartes, alcaldes de barrio, milicianos nacionales y veteranos, clero parroquial, parientes del teniente Ruiz y descendientes de los héroes de 1808, inválidos del ejército, Asamblea Suprema de la Cruz Roja, comisiones de los Ministerios y presidencia del Consejo, academias, hijodalgos de la nobleza de Madrid, órdenes militares, Diputación provincial y Ayuntamiento de Madrid, etc.



Descendientes del teniente D. Jacinto Ruiz y comisiones presenciando la inhumación de sus restos

La fosa que guarda ya los restos hállase cubierta por una lápida con la siguiente inscripción: «Teniente Ruiz Mendoza — 1808-1909,» y está situada en el monumento, delante de las urnas de piedra donde reposan los despojos de Daoiz y Velarde.

Rezados los responsos por el ilustrísimo señor obispo de Madrid-Alcalá y el arcipreste de Trujillo, depositáronse las coronas en el obelisco y comenzó el desfile de las tropas por brigadas y en columna de honor, marchando al frente de cada una de ellas respectivamente los generales San Martín y Pintos, haciendo las salvas una batería situada en las inmediaciones. Numeroso público presenció la ceremonia.

Así ha honrado la patria la memoria del heroico oficial. La representación del Estado, el ejército, al que perteneció el teniente Ruiz, y la capital de la nación han demostrado el respeto y la consideración que merece y dedican al soldado que vertió su sangre en defensa de nuestra independencia y no titubeó en sacrificar su vida á impulso de un sacratísimo sentimiento y en cumplimiento del deber que le imponía su condición de soldado de la patria.

(De fotografías de Asenjo.)



Un mercado de «esclavos blancos» en Nueva York. (De fotografía de Carlos Delius)

La venta pública á que se refiere el presente grabado se verificó en el atrio de la iglesia presbiteriana de la avenida Flatbush y calle Lenox, de Brooklyn, bajo la dirección de Mr. Teodoro O'Loughlin y el Rev. Juan O. Long, pastor de la iglesia. De los treinta y cinco hombres ofrecidos en venta al mayor postor, todos ellos enmascarados y numerados, doce consiguieron destino, y al resto se les socorrió por medio de una subscripción. Casi todos eran jóvenes y de buen físico. La única condición que ponían era que se les garantizase la comida y la habitación. En cuanto al precio que se consiguió diremos que «el lote n.º 10,» por ejemplo, fué adjudicado por diez dólares y tres panes á la semana, para conducir el carro de una panadería. Este «lote» lo componía un hombre de veinticuatro años, casado, con siete chiquillos y un padre baldado que no tenía más amparo que su hijo. Hacía seis meses que se encontraba sin trabajo.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 29 de marzo de 1909 — Núm. 1.422

Sorolla en el Museo de la «Sociedad Hispánica de América» de Nueva York



Vista parcial de la exposición. En ella se ven los retratos del rey D. Alfonso XIII, de la infanta D.ª Isabel y de la princesa Enrique de Battenberg



SOROLLA EN EL MUSEO DE LA SOCIEDAD HISPANICA
DE AMÉRICA, EN NUEVA YORK



Nueva York.—Museo de la «Sociedad Hispánica de América» en donde estuvo instalada la exposición

Joaquín Sorolla

SUMARIO

SOROLLA EN AMÉRICA

La Sociedad Hispánica de América, cumpliendo uno de los propósitos más imperiosos que se registran en sus estatutos desde su fundación en 1904, con el debido celo y diligencia ha emprendido y llevado á feliz éxito la primera exposición de obras artísticas ejecutadas por el renombrado pintor español D. Joaquín Sorolla y Bastida.

Esta exhibición, instalada en el Museo de dicha sociedad, es el verdadero suceso de actualidad en esta capital de Nueva York; el mismo Sorolla confiesa francamente que en París ni en Londres lo alcanzó tan extraordinario. Y es que la Sociedad Hispánica, en cuyo seno late una idea muy filosófica, se esmera en patrocinar con sus generosos auspicios la bienvenida del pujante arte español en este país americano, con el noble fin de familiarizar y asociar mejor las obras y los sentimientos de allende con los de aquende el Océano. Esto merece la atención y simpatía de los españoles y conviene que lo sepan todos; el progreso de su mentalidad en España es un factor resplandeciente para la mente americana, particularmente en ese arte espontáneo y de maravillosa ejecución que distingue y caracteriza la pintura genuinamente española.

Y, pues, las ondas del sentimiento internacional entre los dos países vuelven á seguir el rumbo lógico y saludable que la experiencia madre de la ciencia cuida de dirigir, nada más justo y acertado que los propuestos fines de la Sociedad Hispánica de venir en auxilio de esas corrientes halagueñas entre los dos pueblos, usando de su entusiasmo con unos y del prestigio con otros, para acercarlos cada día más y más por medio de la reciprocidad intelectual que se deben las dos razas ibera y americana.

«Paz á los hombres de buena voluntad,» se ha dicho. El *Heraldo* repite ese eco: «.... que la paz alcanza sus victorias no menos que la guerra, queda ilustrado con el hecho de que España desde su desastroso conflicto con América ha comenzado una nueva conquista en el arte.» Afortunadamente no son vanos los esfuerzos de una y otra parte del Atlántico. Esa paz y estos esfuerzos dan ya hoy día sus frutos: de allá ha venido un artista rodeado de una aureola brillante con un crecido número de obras suyas, y se dice que tras él vendrán otros artistas. Y es muy grato atestiguar cómo la prensa y las revistas artísticas dedican sentidos artículos en elogio y admiración del arte español, manifestado con tanta fuerza y maestría en las obras de nuestro compatriota valenciano, y presenciar todos los días cómo el público bien culto acude á verlas. Trenes y automóviles conducen cientos y miles de visitadores á este Museo, verdadero palacio de la Sociedad Hispánica; sobre las escaleras se ve subir y bajar á los visitantes, y á algunos sonreir á la vista de la bandera española al lado de la americana en la puerta de entrada. Dentro hay siempre gran multitud de admiradores de todas edades y sexos muy interesados en verlo todo, y esto es lo que constituye la gloria de su digno presidente Mr. Archer M. Huntington y la del afortunado pintor Sr. Sorolla; ambos son bien cumplimentados por numerosos entusiastas; el Sr. Sorolla recibe nuevas presentaciones, distribuye su propio retrato y escribe su autógrafo docenas de veces.

Dejémosle tranquilo ahí en la secretaría, y veamos cómo impresionan sus obras y qué dicen los americanos.

Así que se entra en la exposición, lo primero que se presenta á la vista es el retrato de S. M. D. Alfonso XIII, de pie y vistiendo el rico uniforme de húsares; el público se agolpa por ver sus francas facciones y postura gallarda; á su lado están otros retratos de la familia real, S. A. R. la infanta doña Isabel y la princesa Henry de Battenberg; en otro centro se halla S. M. la reina D.ª Victoria; la hermosura de su rostro, la corona sobre su cabeza, su vestido de raso y armiño, las joyas, todo atrae las miradas del bello sexo y se oye repetir «beautiful.»

Cerca de ella está el bosquejo del príncipe de Asturias y un busto de D. Alfonso con la dedicatoria al marqués de Viana, pintada por la mano del mismo monarca. La instalación de estos retratos en este precioso salón es digna de notarse: la arquitectura y escultura de los pilares y arcos, el tono obscuro de los muros, la combinación de la luz artificial con la natural, la profusión de luces eléctricas que imita el día en plena noche, todo concurre á producir un efecto muy vistoso.

Los retratos que merecen especial mención, según la crítica de aquí, son los de *Blasco Ibáñez*, muy vigoroso; *Christian Franzen*, por su intensidad y realidad en la expresión; *D. Raimundo de Madrazo*, pintado al aire libre, de brillante colorido y suave de tonos; y las dos hijas de Sorolla, *María y Elena á caballo*, es un cuadro de rico efecto, pintado al sol en los jardines de casa del artista en Madrid. Siguen los retratos del *Duque de Alba*, *Marqués de Viana*, dos de la señora *Sorolla*, su hija *Elena* y el señor *Granzón*. Algunos de estos retratos han sido pintados á la luz del sol; es esta una novedad introducida por Sorolla con bastante éxito; pero esos reflejos azules y verdes que generalmente prevalecen en el aire libre debajo de aquellos rayos tan resplandecientes, encuentran todavía pocos simpatizadores. Las notas obscuras tan efectistas en los retratos de Rembrandt se hallan representadas en los de Lembach, expuestos actualmente en el Museo Metropolitano de esta ciudad, y permanecen todavía en la imaginación de bastantes americanos; el cambio tan marcado que ofrecen estos de Sorolla es, pues, demasiado brusco para ellos.

Arriba en la galería y en otro saloncito inmediato es donde están colocadas las pinturas que atraen más admiradores; son éstas las que los críticos, artistas y el público en general miran con más interés y simpatía; en ellas es en donde todos ven mejor la originalidad de Sorolla. Son asuntos pintados en las playas de Valencia y Alicante; en ellos juega su principal papel la luz solar, clara y vibrante de la mañana, ó la dorada y melodiosa de la tarde; son notas limpias, de colores brillantes, tan justas que parece sentirse la vibración luminosa; son escenas de rapazuelos y muchachos trotando sobre arenas calientes, corriendo á las olas ó chapuceando en el agua entre torbellinos de espuma refulgente; son alegres impresiones que respiran sana y robusta felicidad, que cautivan y levantan el abatido espíritu. Bien dice el crítico Mr. Christian Brington en *The International Studio*: «Parece que algún antiguo hechicero del Peloponeso ha sido arrebatado á las resplandecientes playas valencianas... Todo es natural y casto. Es un panorama deslumbrador de arenas doradas, de cielo y agua azul y esmeralda en donde la humanidad goza de su instintiva porción concedida por Dios.» Así pueden citarse: *Corriendo por la playa, Idilio en el mar, Alegría del agua, Ninfas del mar, Nadadores, Playa de Valencia, Niños en el mar, Al baño, Buscando cangrejos, Barcas pescadoras, Rocas del Cabo* y *Después del baño*. Este último, según la crítica del *Evening Post*, es el TOUR DE FORCE de Sorolla: re-



ALDEANOS LEONESES, fragmento del cuadro de Sorolla

expuesto en el Museo de la «Sociedad Hispánica de América» de Nueva York y adquirido por éste

presenta una joven que sonriendo se abrocha la espalda de su vestido mojado, al través del cual se entrevén en transparencia sus desnudas piernas; una doncella sostiene hacia arriba una sábana blanca. «Si no es verdadera luz del sol—dice—la que cae sobre la sábana, ilumina el brazo de la niña y produce un rasgo de azul turquesa sobre uno de sus pies, al menos es una imitación bien aproximada.» Entre todas estas pinturas se destaca la más importante por sus dimensiones y propósitos del artista, *Bueyes sacando las barcas del mar*, escena muy común en Valencia; es una obra maestra de luz, dibujo y colorido; hasta la composición ruda de estos bueyes y figuras está de acuerdo con la naturalidad y vida que respiran. Ante esta obra magistral de Sorolla, algunos críticos, mientras reconocen su mucho talento, su genio fenomenal por todo lo que se refiere á la ejecución y representación viva del natural, hacen constar el hecho de que esta es la manifestación genuina de la escuela española.

«La pintura española—dicen—no expresa símbolos, registra hechos. Estos hombres (los españoles) son incapaces de desenvolver un epítome elaborado y orgánico de la naturaleza y la humanidad; pero en cambio, ofrecen la más dócil y hábil presentación puramente objetiva que hasta ahora el mundo ha visto. El ojo, no la inteligencia, es el factor que rige en todo este trabajo, el cual parece perder bien poco de su espontaneidad y frescura esenciales. La vitalidad gráfica de Velázquez y Goya es francamente imperecedera, hay pocos artistas españoles que no participen de alguna parte de la misma preciada herencia.»

Otros cuadros hay del mismo artista que no despiertan tanto interés por ser sombríos y carecer de aquella atmósfera apacible de las playas valencianas, éstos son: *Las pedrizas*, Madrid; *Alquería*, Alcira; *Castillo de San Servando*, Toledo; *La casa del Greco*, Toledo; *Puente de la selva*, La Granja.

Algunas pinturas de figuras recuerdan las de Velázquez por su disposición y ejecución: *Viejo castellano, Aldeanos leoneses, Encajonando pasa, Componiendo redes*. Pero á Sorolla, cuando pinta figuras al sol, se le reconoce sin rival. «Inundémosle de luz y él nos inundará á nosotros,» ha dicho un crítico americano; así se observa en *Después del baño, Niños en la playa, Idilio en el mar, Salida del baño, Al agua, Jugando en el agua, Niño desnudo, Granja, María entre rosas, María en Biarritz, Triste herencia*. «Esta pintura—ha dicho de este último *The Evening Post*—es la sola pintura triste en toda la exposición..., que ha perdido toda la alegría de las otras vistas de playas de Sorolla.»

El conjunto de esta exposición se compone de 352 obras, ó sean 158 cuadros, 34 retratos y 160 apuntes. Ya se han vendido una porción de cuadros y retratos, que irán á parar unos á museos y otros á galerías particulares. El Museo Hispánico, muy celoso por procurarse las mejores obras de Sorolla, ha comprado el cuadro más importante de la exposición, el de los *Bueyes*, y además el de *Aldeanos leoneses* y *María entre rosas*. El Museo Metropolitano ha comprado otros tres: *Retrato de la señora Sorolla, Ninfas del mar* y *En los jardines de la Granja*. El Museo de Búfalo ha comprado dos, uno de éstos *Al baño*, y continúan las compras todavía.

El Sr. Sorolla está contentísimo, pero no tiene reposo; pinta innumerables retratos, y son tantos los encargos que tiene, que se ve obligado á dejar la ejecución de algunos para el año próximo; pues si bien se ve festejado con banquetes y reuniones, él no piensa permanecer en América, y ya está concertado su viaje de regreso á Valencia para últimos de junio. Quiere aprovechar la bella estación de baños en aquellas playas durante el verano próximo, á fin de pintar otros cuadros que piensa traer á América la próxima vez.

La presente exposición pasará á Boston y después á Búfalo. Los amantes del arte la llaman desde Chicago, Filadelfia y otras ciudades del Sur, lo cual muestra el grande entusiasmo é interés que han despertado sus obras, pero el Sr. Sorolla dejará probablemente esas capitales para otro año.

Sorolla es considerado como pintor impresionista adelantado, sin duda por la simplicidad de sus asuntos tomados exclusivamente del natural y porque los ejecuta con extraordinaria rapidez; pero los pintores impresionistas de por aquí saben distinguir la distancia que todavía los tiene alejados del pintor valenciano, mientras pinten con pinceladas restregadas y notas desmayadas y descuiden la forma de sus figuras. En Sorolla preponderan los tonos y colores brillantes, la corrección del dibujo y pasta de color. Los críticos le llaman el campeón de la pintura moderna de España, de esa pintura ó escuela que se pone al frente de todas las otras cuando representa la vida real con toda valentía y exactitud.

Se puede asegurar que esta escuela encontrará en este país americano un campo muy fértil y extenso para desarrollarse é influir notablemente en el curso de la pintura americana. Si esta influencia es la que el destino tiene reservada á la pintura española, será cierto lo que ha dicho el crítico de *The Nation*: «Boston, 11 febrero. Ya se puede predecir una nueva conquista española de América.» Así ha de ser, si los artistas más notables de la península uno tras otro vienen á ser conocidos, y la Sociedad Hispánica de América sigue extendiendo sus nobles y generosos oficios.

Sebastián Cruset.

VIDA PARISIENSE

DEL BARRIO LATINO Á MONTMARTRE

Los dos rincones más pintorescos y más típicos del viejo París van perdiendo poco á poco su fisonomía especialísima. No sólo desaparece el pergenio exterior, sino también el colorido de las costumbres y hasta la originalísima espiritualidad que los distinguía de un modo completo. Sobre la gran ciudad, esta *Cosmopolis* de Bourget, la nivelación, así social como urbana, lo rasa todo, lo uniforma, moldeando la vida en un solo cuño, salvo muy raros accidentes que escapan, más que al tiralíneas, á la ética de los nuevos hábitos y usos parisienses.

Claro es que esta uniformidad ha privado á París de uno de sus aspectos más interesantes. Se ha suprimido todo lo exótico y misterioso antiguo por otros exotismos de desdichada importación, como los «fumaderos de opio,» que están agotando la raza, y las «misas negras,» entretenimiento de una juventud neurótica y desequilibrada.

La vieja alegría, como el pagano dios Pan, ha muerto en París. Hoy se vive más á costa de sensaciones violentas sobre los nervios fatigados y el espíritu bostezando de hastío, que con aquel libre corazón de antaño, que sólo buscaba expansión al desborde de su júbilo sano.

Los tipos femeninos, que han sido siempre el orgullo de esta ciudad, han cambiado por completo. Desaparecieron las *cosettes* de Musset y las *grisettes* de Kock, la bohemia pintoresca de los tiempos de Murger y la tropa bulliciosa que reía en la música de Offenbach y que trazara, con inmortal perfil de seducción, el lápiz enamorado y apasionado de Gavarni.

No son, ó por lo menos no lo parecen, herederas de esa generación de ha doce lustros estas figulinas histéricas actuales, de alma complicada y corazón seco, que desfilan por las páginas de Prevost, acaso el más parisiense de los novelistas, y que ha destacado con irónico relieve el lápiz cáustico de Forain.

La fama del antiguo baile de Mabile no la ha recogido la sala Tabarin.

Así todo. ¿Qué queda del carácter singular y del prestigio de los viejos *cavaux*? Nada. La taberna del *Lapin agile*, donde destaca su figura M. Frederic fumando su pipa y apurando su ajenjo, que conserva en su continente algo del pergenio del clásico tipo montmartrés, no recuerda sus similares de hace unos veinte años. Estas han desaparecido bajo la piqueta demoledora. Hace algún tiempo cayó el famoso *Chateau Rouge*, de siniestra memoria. Hace unos días vino á tierra ese rincón, de renombre mundial, que se llamaba la taberna del *Pere Lunette*. Yo he alcanzado aún su penoso derrumbamiento, llevándose entre sus escombros tantos recuerdos. Nunca el buen Lefevre, el de los espejuelos quevedescos que dieran nombre á su taberna, sospechó que al cabo de un siglo aquel antro que estableciera en la calle de los Ingleses sería lugar de curioso y obligado peregrinaje para las más grandes figuras de estos últimos tiempos.

Allí, antaño, cuentan que se reunía la flor de la canallería y el crimen en punto á la concurrencia masculina, y toda la espuma del vicio respecto á las damas que asistían habitualmente. De ahí nació el renombre trágico que atrajo más tarde á un público elegante, frívolo, histérico, con avidez de curiosidades malsanas y de emociones fuertes.

Pero sólo subsistía la ilusión en las gentes y la leyenda fatídica de la taberna. Todo era simulado, en los últimos años, con un ambiente de artificio. Sobre los bancos, delante de las mesas con copas de alcohol, en medio de una atmósfera de tabaco y con tufo de aguardiente, aparecían gentes de terrible catadura, hosca la mirada y retador el gesto, con tatuajes en las manos y en los rostros repulsivas cicatrices. Era un espectáculo de espanto. Mas no había cuidado. El dueño escogía hábilmente sus histriones y componía á maravilla la *mise en scène*.

Había, es cierto, parroquianos auténticos del hampa parisiense. Eran hambrientos que se emborrachaban con un *edu* y se dormían roncando con estrépito. Sin embargo, á visitar el *Pere Lunette* acudía un público de lo más distinguido. Solían verse, limpiando la mugre de los bancos, espléndidos abrigos que llevaban lujosas damas y el frac correcto del *clubmen* que ponía sus guantes inmaculados sobre las escurrajas de vino que vertiera en la mesa la mano trémula de un borracho. Y ese sitio inmundo, aceptando promiscuidades repulsivas, por mera curiosidad lo visitaron el rey Eduardo, Oscar de Suecia, Enrique de Prusia, Leopoldo de Bélgica y los grandes duques, tíos del emperador de Rusia. De ahí que la visita al antro famoso se llamara *la tournée des grands ducs*.

Ya de estas tabernas no existen ejemplares. El último, «La Belle de Nuit,» donde hasta ahora se reunían los apaches de las Halles, ha sido clausurada por la policía.

Los *cabarets*, con su carácter y su *esprit* á la antigua usanza, van lentamente desapareciendo bajo la influencia de la modernización y del cosmopolitismo que invade París. Efectivamente, los *cabarets* se despueblan y á renglón seguido se cierran, porque actualmente están de moda los «café concerts,» que son un remedo, mejor dicho, una copia de los «music-halls» de Londres. Para que la britanización de los pequeños escenarios parisienses sea completa, ya sólo triunfan sobre el tablado, caída la preponderancia que tuvieron las bailadoras españolas con Carolina Otero al frente, las *girls* que se importan de Inglaterra.

Muchos *cabarets* conservan nada más que el *decor*, así en lo externo como interiormente. Pero les falta el viejo sabor, el alma indígenamente parisiense que les dió, hace una cincuentena de años, vida y celebridad. El famoso «Cabaret de la muerte» y el otro no menos famoso «Cabaret de los asesinos,» con su fantástica decoración, macabra ó trágica—adornos de calaveras, esqueletos, paños mortuorios y ataúdes,—son ya nada más que recuerdos que aún con sus nombres tienen el poder de evocar visiones de alucinación y pesadilla.

Al exterior aún conservan cierto sugestivo encanto, igual que en su *decor* interno. Juntos se hallan dos *cabarets* característicos: *L'Enfer* y *Le Ciel*. Contrastan los colores, en primer término, de sus frontispicios pintorescos. Mientras en el uno, como es de rigor, predomina un rojo chillón simulando llamas y tonos obscuros que imitan el humo, en el otro todo es azul y blanco, de una entonación suave, como de éxtasis místico y de ensueño. Fuera y dentro, el arte decorativo ha puesto las mismas encarnaciones simbólicas. Trasgos monstruosos, de fauces formidables y abiertas, que recuerdan las gárgolas de las viejas catedrales góticas; figuras humanas, que presas de horror, retostándose entre llamas, con gestos de desesperación suprema, se retuercen en brutales contorsiones; en tanto que, pared por medio, en «El Cielo,» las figuras son cándidas, de una expresión beatífica, como nadando entre nubes diáfanas de gloria. Los bajos relieves, bastante toscos, como la pintura mural, demasiado primitiva, en estos *cabarets*; sólo han puesto la intención, á espaldas del arte.

El espectáculo, á pesar de la diversidad de decoración, es en todos idéntico. Son los *cabarets* el postrer refugio de los cancioneros montmartreses. Pero se ha perdido, ó por lo menos se va extinguiendo la tradición. Las «sombras chinescas»—que acreditaron el *esprit* de algunos dibujantes—se destierran poco á poco de los tablados montmartreses. Hasta los mismos cancioneros, fáciles rimadores y músicos espontáneos, especie de juglares y trovadores de la edad contemporánea, que improvisaban sus canciones de amor, sus historias de romance y sus cáusticas letrillas con verbo desenfadado, donde el espíritu irónico y maleante cautivaba mucho más que la letra, desmañada y caprichosa, pierden día por día, en los *cabarets* que aún mantienen en pie la institución, el viejo prestigio y lo que es peor, el devoto público que antaño tuvieran.

Todavía quedan maestros de la canción, fieros de la gloria no extinguida de la *Buffe sacrée*, ese Montmartre cuna de los poetas populares más renombrados que tuvo Francia. Aún cantan Privas, Montoya, Hyspa, Fursy, Numa Bles y Dominique Bonnaud. Pero los *cabarets* donde cantan languidecen y están á punto de morir. Los cancioneros se ven obligados á emigrar, llevando su ruido de cigarras y el espíritu irónico y sentimental de París á otros países, sobre todo á la América del Sur. Ninguno ha igualado el prestigio de Arístide Bruaut. Y ¿quién no recuerda los éxitos del pobre Paulus, muerto casi en la miseria recientemente? Sus canciones agitaron más el

PARIS.—CABARETS Y TEATROS DE MONTMARTRE. (De fotografías de M. Rol y C.ª)



1. «Le Ciel» (Boulevard de Clichy). — 2. El «Cabaret des Truands» (Boulevard de Clichy). — 3. El «Elysée Montmartre» (Boulevard Rochechouard).—4. M. Frederic uno de los más antiguos parroquianos de la taberna del «Lapin agile» (Calle de Saules Montmartre) — 5. «La Cigale» (Boulevard Rochechouard). — 6. El «Moulin Rouge» (Plaza Blanche). — 7. Trianón (Boulevard Rochechouard).

alma del pueblo francés en los días tumultuosos de Boulanger, que los paseos en el caballo blanco del general, ídolo un día de este pueblo, *en revenant de la revue.*

Se va la tradición de Montmartre y con ella su prodigiosa leyenda. Sus típicos *cabarets* se cierran y sus cancioneros más famosos emigran.

Privan ahora otros gustos. Todos esos teatros de tan pintorescos frontispicios, «Moulin Rouge»—el más característico de todos,—«La Cigale,» «Trianon,» «Elysée Montmartre,» «Gaite Rochechouart» y otros, son en la actualidad, sencillamente, *music-halls* donde se representan unas revistas soñolientas en que aparecen todos los tipos que son el *succés* del bulevar, y se comentan, de un modo plástico, los últimos acontecimientos más jocosos ó de mayor resonancia. Estas revistas son una crónica mundana al vivo, y de día en día decaen. Salvo algunas figuras femeninas que en ellas se presentan, como Emilienne d'Alençon, que ha sido hermosa, y la gentil Ivette Gilbert, nada particular ofrecen.

Conserva, entre todos, la primacía el *Moulin Rouge.* Su leyenda galante se perpetúa. Todavía atrae, durante la noche, el perfil sugestivo del molino que lo corona iluminado de rojo, abriendo sus aspas encendidas en la sombra, y la fama de tantas aventuras regias y plebeyas como han testimoniado sus pasillos y su amplia sala de paseo.

Sin embargo, está en decadencia. Sus rojas luces, guiñando picarescas, no atraen con la seducción de antaño. Falta en los palcos aquel público elegante y divertido de otros tiempos; reyes y príncipes de incógnito, los más altos aristócratas de todos los países, los *nababs* archimillonarios de Norte-América que venían desde lejos, sugestionados por el resplandor rojo de estas luces, en busca de una noche de amor y de recuerdos con que alegrar un poco el tedio de la vida.

Ya, por perder, se ha perdido ese prestigio especial de los escándalos. Hasta ahora, la última noche de renombre que ha tenido *Moulin Rouge* fué hace dos años, cuando en su escena se presentó la marquesa de Belbeuf, hija del duque de Morny, descendiente de reyes, millonaria, excéntrica y pervertida, á quien los nobles del faubourg Saint-Germain fueron á ver, cuando debutó con su amiga Colette Willy, no para aplaudirla, sino para arrojarle á la escena hasta los cojines de los asientos en medio de un escándalo formidable.

ANGEL GUERRA.

TOMA DE POSESIÓN DE LA PRESIDENCIA

DE LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS POR MR. TAFT

Un espantoso temporal de lluvia y nieve deslució la ceremonia de la toma de posesión de la presidencia de la República de los Estados Unidos por Mr. Taft, impidiendo que se efectuase con toda la grandiosidad y magnificencia características de acto tan solemne. Todos los adornos de la vía pública quedaron destruídos; la circulación por las calles hízose difícil en extremo, y muchos millares de forasteros que, procedentes de todos los Estados de la Unión, se dirigían á Wáshington, no pudieron llegar á la capital, pues la nieve había interceptado la mayoría de las líneas férreas.



Wáshington.—Mr. Taft, nuevo presidente de la República de los Estados Unidos, saludando, después de su proclamación, al pueblo desde el Capitolio. (Fotografía de Underwood y Underwood.)

A pesar de todo, en la mañana del día 4 de este mes, fecha de la toma de posesión, un gentío inmenso llenaba las inmediaciones de Casa Blanca y del Capitolio esperando el paso de los dos presidentes. A las diez de la mañana salieron en coche de Casa Blanca Mr. Roosevelt y Mr. Taft, encaminándose al Capitolio entre las aclamaciones de la multitud. La ley y la tradición exigen que la jura de la Constitución se efectúe públicamente, pero la inclemencia del tiempo obligó esta vez á realizarla en el interior de aquel palacio, en el salón de sesiones del Senado, en cuyas tribunas se colocaron los representantes de las corporaciones que forzosamente habían de presenciar la ceremonia y algún público.

Abierta la sesión á las doce y media por el vicepresidente de la República, entraron primero los embajadores y jefes de misión; después los jueces de la Corte Suprema; luego el gobierno saliente y por último los diputados y las comisiones oficiales.

Leídos por un secretario los artículos de la Constitución relativos á la ceremonia y el acta de la elección del nuevo presidente de la República, entró éste acompañado del presidente saliente, sentándose ambos en dos sillones colocados en medio del hemiciclo, delante de la mesa presidencial; detrás de ellos se situó el gobierno entrante.

El presidente del Senado, que lo es el vicepresidente de la República, tomó juramento al vicepresidente electo, quien se posesionó de la presidencia del Senado pronunciando un breve discurso, terminado el cual juraron sus cargos los nuevos senadores.

Constituído el Senado, el vicepresidente Mr. Sherman llamó á Mr. Taft; y éste, después de haber jurado, subió á la mesa presidencial y pronunció el tradicional discurso, señalando los puntos principales de la política que se propone desarrollar desde la presidencia de la República.

Al terminar el discurso resonaron grandes aplausos y se dió por concluído el acto, saliendo entonces el nuevo presidente á una de las galerías del Capitolio, desde donde presenció el desfile de las tropas y saludó al pueblo que lo aclamaba.

En tanto, Roosevelt salió del Capitolio y se dirigió á pie á la estación del ferrocarril para tomar el tren que debía conducirlo á su casa de Oyster Bay; millares de entusiastas le acompañaron, vitoreándole incesantemente.



Instalación del teléfono y de la máquina de escribir en los trenes de lujo de los Estados Unidos. (De fotografía de Carlos Delius.)

EL TELÉFONO Y LA MÁQUINA DE ESCRIBIR EN LOS TRENES DE LUJO DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Las compañías ferroviarias de los Estados Unidos son indudablemente las que más procuran la comodidad de los viajeros, y esa preocupación constante por servir y complacer al público se manifiesta no sólo en el lujo y en la magnificencia de los vagones, sino también en los



Marruecos.—Aniversario de la ocupación de Cabo de Agua por las tropas españolas.—Lectura de la alocución redactada en nombre del gobernador de Melilla por el coronel jefe de Estado Mayor D. Francisco Larrea y dirigida á los cabileños haciéndoles ver las ventajas que les ha proporcionado la ocupación. (De fotografía de Manuel Hordoy.)

más pequeños pormenores, á fin de que los pasajeros tengan á su disposición todo cuanto puedan desear, así de lo necesario como de lo que en otras partes se consideraría superfluo.

Recientemente la compañía del ferrocarril de Nueva York á Chicago introdujo en los trenes de lujo una mejora que no ha tardado en ser adoptada también por las demás empresas, á saber, la instalación del teléfono y de la máquina de escribir. Gracias al primero, los comerciantes, que son los que mayor contingente aseguran al tráfico, pueden estar en comunicación constante con su despacho y con quienquiera; y merced á la segunda, pueden despachar en el mismo tren su correspondencia mucho más cómoda y fácilmente que con la pluma ó el lápiz.

La innovación, como puede suponerse, ha sido admirablemente acogida.

MARRUECOS

EN CABO DE AGUA

Para conmemorar el aniversario de la ocupación de Cabo de Agua por las tropas españolas, se han celebrado allí el día 11 de los corrientes varias fiestas, que fueron presididas por el coronel jefe de Estado Mayor D. Francisco Larrea y á las que asistieron numerosos cabileños.

A las nueve díjose una misa de campaña que oyeron las tropas, la dotación del cañonero *General Concha* y los europeos de la pequeña colonia; terminada la misa, dióse lectura de una alocución que en nombre del gobernador de Melilla había redactado el Sr. Larrea y traducido el capitán Sr. Riquelme, lectura que fué escuchada por más de mil indígenas, presididos por su santón.

Después se procedió á la colocación de la primera piedra de una escuela para los niños indígenas, pronunciando con tal motivo afectuosos discursos el coronel jefe de Estado Mayor D. Francisco Larrea y el jefe de la junta de notables marroquíes El Bachir.

Luego hubo banquete oficial, y por último se celebraron varios regocijos populares, en los que tomaron principal parte los cabileños, corriendo la pólvora y ejecutando varias danzas y otros espectáculos pintorescos.

EDUARDO VII Y WILBURG WRIGHT

EN PAU

Hace pocos días, el rey de Inglaterra, que, como es sabido, pasa una temporada en Biarritz, hizo una excursión á Pau para presenciar las pruebas del aeroplano Wright en el campo de aviación allí establecido. El soberano fué recibido por el alcalde de Pau, el secretario general de la prefectura, el presidente del Aero Club Wilburg Wright, la hermana de éste miss Kate y los pilotos conde de Lambert y Tissandier.

A las cinco y cuarto efectuó Wilburg el primer vuelo; solo en su aparato voló por los aires durante seis minutos, haciendo caprichosas viradas, cerniéndose con precisión extraordinaria y descendiendo y tocando á tierra con admirable facilidad.

Después de un corto descanso, elevóse de nuevo en compañía de su hermana; el aeroplano, después de describir una curva perfecta, hizo rumbo á toda velocidad hacia el Sur, desapareció en la lejanía durante unos minutos, y al reaparecer en el campo efectuó magníficos vuelos de altura y al ras del suelo, dió dos veces la vuelta al aerodromo y descendió á tierra.

El rey Eduardo manifestóse maravillado de aquellos experimentos y felicitó calurosamente á Wilburg Wright y á su hermana. Poco después subió al automóvil, y acompañado de las personas de su séquito, regresó á Pau.—R.



El rey Eduardo VII de Inglaterra en Pau, presenciando los ensayos del aeroplano de Wilburg Wright. (De fotografía de M. Branger.)



EXPOSICIÓN SOROLLA EN EL MUSEO DE LA «SOCIEDAD HISPÁNICA DE AMÉRICA» DE NUEVA YORK.—Vista parcial de la Exposición



EXPOSICIÓN SOROLLA EN EL MUSEO DE LA «SOCIEDAD HISPÁNICA DE AMÉRICA» DE NUEVA YORK.—Vista parcial de la Exposición

EL MAESTRO CHAPÍ

Ha fallecido ese compositor eminente, uno de los más fecundos, inspirados y populares músicos de nuestra patria, cuando el brillantísimo éxito de su ópera *Margarita la Tornera*, estrenada en el Teatro Real de Madrid, había consagrado por modo solemne su genio y su fama.

Ruperto Chapí había nacido en 1851 en Villena (Alicante), en donde á la edad de catorce años dirigía una banda que fué conocida por la del *Chiquito de Villena*, y que gozaba de gran popularidad en toda la comarca. En 1867 trasladóse á Madrid, ingresando en el Conservatorio y alcanzando en 1869 el primer premio de armonía y en 1872 el de composición. Poco antes había sido nombrado músico mayor de Artillería, plaza que desempeñó hasta 1874, en que salió para Roma como pensionado de número de la Academia de Bellas Artes. En Roma compuso, entre otras obras, la *Polaca de concierto* para orquesta, que ejecutó en 1879 la Unión Artístico-Musical; un *Motete* á siete voces, y *La hija de Jefté*, ópera en un acto que se representó en Madrid en 1875. Estuvo en Milán y en París, escribiendo entonces el poema sinfónico *Escena de capa y espada*, la ópera en tres actos *Roger de Flor* y una sinfonía. Terminado en 1878 el plazo reglamentario de la pensión, obtuvo una prórroga como pensionado de mérito, y como tal pasó á la capital de Francia á estudiar la Exposición universal de aquel año. Poco después, la citada Unión Artístico-Musical ejecutó por vez primera la *Fantasía morisca*, una de las piezas de concierto que mayor fama le conquistaron.



El eminente compositor D. Ruperto Chapí,
fallecido en Madrid el día 25 de los corrientes

Desde entonces, la carrera de Chapí fué una serie no interrumpida de triunfos, sobre todo en el teatro. En 1881 estrenó las zarzuelas en un acto *Música clásica* y *La serenata*, y al año siguiente la hermosa zarzuela en tres actos *La tempestad*, uno de los éxitos más grandes de la escena lírica española. A éstas han seguido otras muchas, entre las cuales merecen especial mención *El milagro de la Virgen*, *La bruja*, *Las hijas del Zebedeo*, *La leyenda del monje*, *La czarina*, *El duque de Gandía*, *Mujer y reina*, *El tambor de granaderos* y *Las bravías*.

Su último y más grandioso triunfo ha sido la bellísima ópera citada, *Margarita la Tornera*, obra de grandes vuelos, en la que al lado de una gran inspiración brilla una instrumentación admirable, que acredita las excepcionales aptitudes técnicas del ilustre maestro.

A los pocos días del estreno de esta obra, fué obsequiado con un banquete por sus admiradores; allí dijo á sus íntimos: «Ya después de haber logrado la aspiración de toda mi vida, la de hacer ópera enteramente española, puedo morir tranquilo.»

El nombre de Ruperto Chapí figurará en letras de oro en los anales del Arte músico español.

¡Descanse en paz!



Barcelona.—Salón del «Fayans Catalá.» Exposición de los trabajos artísticos ejecutados por el notable pintor Olegario Junyent en su viaje alrededor del mundo
(De fotografía de A. Merletti)

BARCELONA.—«ISOLATS,»

DRAMA ESTRENADO EN EL TEATRO ROMEA

Con éxito tan grande como merecido se ha estrenado recientemente en el teatro Romea un drama en tres actos, *Isolats* (Aislados), original de la distinguida escritora señorita doña Palmira Ventós, ventajosamente conocida en las letras catalanas por el seudónimo de *Felip Palma*. Nadie diría que se trata de la primera producción escénica de la autora, ni de la obra de una mujer; más parece, por el vigor con que ha sido pensada y por la destreza con que está hecha, labor de un espíritu varonil y de un dramaturgo veterano en las lides teatrales.

Asunto altamente concebido, acción lógicamente desarrollada, pasiones y caracteres bien estudiados y que se sostienen con gran solidez, situaciones eminentemente dramáticas, recursos escénicos combinados con habilidad suma, un estilo apropiado á los personajes, al medio en que se mueven y á los afectos que los impulsan, y por encima de todo ello un ambiente de verdad y de sano naturalismo que casi siempre hace olvidar la ficción y da á las figuras y á los sucesos la apariencia de la realidad misma, tales son las cualidades de esa obra hermosa y emocionante, digna de ser incluída en el número de las buenas de nuestro teatro regional.

El público ha acogido con entusiasmo *Isolats*, y el día de su estreno tributó á su autora una ovación calurosa, que se ha reproducido en todas las representaciones sucesivas. La crítica unánime, sin dejar de recoger algunos ligerísimos lunares que la obra contiene, le ha dedicado los más detenidos y favorables juicios y ha prodigado con espíritu de justicia á su autora los mayores encomios.

La interpretación de *Isolats* bien puede calificarse de perfecta; las Sras. Ferrer y Cazorla y los Sres. Borrás, Nolla y Galcerán, encargados de los principales papeles, hacen de ellos verdaderas creaciones.



Siseta (Srta. Ferrer.) *Albert* (Sr. Borrás). *Cristina* (Srta. Daroqui.) *Quimet* (Sr. Galcerán.)

Barcelona.—Teatro Romea.—Escena final del drama «Isolats,» original de la señorita D.ª Palmira Ventós (Felip Palma) recientemente estrenado con éxito extraordinario

EXPOSICIÓN JUNYENT

Objeto de justificada curiosidad del público y de la atención de los inteligentes ha sido durante algunos días la exposición de un considerable número de apuntes y notas que ha ejecutado, durante su viaje al extremo Oriente, el distinguido pintor escenógrafo Olegario Junyent y que cubren por completo los paramentos del amplio Salón de Exposiciones del «Fayans Catalá,» recientemente inaugurado. Y preciso es confesar que los referidos esbozos merecen llamar la general atención, puesto que con el sello de localidad y el atractivo que siempre ofrece lo observado, vense notas que nos dan á conocer el pasado y presente de países tan dignos de estudio como Egipto, India, China, Corea y Japón. Los imponentes mausoleos de los faraones, las afiligranadas construcciones de los indios, la gran muralla que amparó al Celeste Imperio de las temidas invasiones, los apacibles paisajes de Corea, el imperio de la *mañana serena*, y los templos japoneses de *Nikko*, con sus laqueados adornos, los colosales Daibuts y sus primorosos jardines, todo vese reproducido en los apuntes, en las notas de color, alternando con los variados tipos de las mujeres beduínas, de los estacionarios chinos, de las coreanas y de las simpáticas *Gheisas*, de los actores y de las damas de *Ioshivara*. Todo ese conjunto nos lo ha ofrecido el artista como producto de su observación, como resultado de la labor de un hombre culto é inteligente.

Aplaudimos la obra de nuestro amigo, lamentando que no pueda conservarse reunida formando un volumen, cuyas páginas constituirían un hermoso estudio del extremo Oriente.

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea: *Isolats*, drama en tres actos de Palmira Ventós; en el Principal *El pobre Enrich*, leyenda dramática en cinco actos de Hauptmann, traducida por Marcos J. Bertrán; y en Novedades *Rosa Bernd*, drama en tres actos de Hauptmann, traducido por los Sres. Alegre y Bertrán. En el Liceo la Asociación Musical ha dado otros cuatro conciertos, dos de ellos dirigidos por Gabriel Fauré, director del Conservatorio de París, y compuestos de obras exclusivamente de éste, á saber: *Suite de Shylock* y *Suite de Peleas y Melisande* para orquesta; *Suite de Calígula* para orquesta y voces; *Requiem* para soprano, barítono, coros, orquesta y órganos; *Balada* para piano y orquesta, ejecutando la parte de piano la notable concertista Srta. Long, y varios *Lieder* cantantes por la Srta. Aleu. Otro concierto fué dirigido por el eminente violoncelista Casals; de él nos ocupamos en el número último. En el siguiente, Casals y su esposa ejecutaron de una manera imponderable el *Doble concierto* de Moore, con acompañamiento de orquesta; Casals tocó maravillosamente un *Concierto* de Schumann, y la orquesta dirigida por el maestro Lamothe de Grignón tocó admirablemente un hermoso poema sinfónico, *Camí*, del maestro catalán Sr. Pahissa; *Francesca da Rimini*, poema sinfónico de Tchaikowski, y la *Suite de Manfred* de Schumann. En todos esos conciertos el público tributó entusiastas ovaciones á los directores y á los ejecutantes.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



¡Qué me importa todo si tengo tu amor!

—He sabido que estaba usted aquí, le dijo, que se había marchado de casa de su padre, y he comprendido la gravedad de su situación.

—El Sr. Verdelet es mi único amigo, dijo la muchacha.

—Lo he pensado así; por esto no he vacilado en venir, contestó Luciano, representando admirablemente su papel. Vengo á rogar á usted, caballero, que se una á mí para reparar el mal que he causado, arrastrado por mis sentimientos, por mi amor...

—¿Qué quiere usted hacer?.., preguntó Juana.

—Mi querida Juana, la responsabilidad de la desgracia que la amenaza me llena de espanto, dijo el falso Edmundo con voz patética. Al saber que había abandonado usted á su padre, he comprendido esta responsabilidad.

El notario se sentía ya seducido por las palabras del joven.

—¡Cómo!, exclamó Juana. ¿De qué responsabilidad habla usted? ¡Mi padre!.. ¡Ah! Usted debe comprender que no me ama...

—¡No diga usted eso!.. La maldición de su padre es una cosa espantosa, dijo Luciano. Juana, yo se lo suplico, no la arrostre usted... Usted sabe lo mucho que la amo, mas para asegurar su felicidad estoy dispuesto á sacrificarme...

—¡Usted!

—Sí, trituraré mi corazón, ahogaré mi amor...

—¡Ah, no, no!, dijo Juana con exaltación cogiéndose á él. ¡No quiero!.. ¡No quiero!

—¡Por Dios!..

—¡No, no, no!..

—Esperaremos... Quizá más tarde su padre me aprecie mejor.

—Mi padre le odia á usted.

—¡Qué importa!.. No merezco su odio, pero no quiero ser causa de la infelicidad de usted... Escúcheme, mi querida Juana... ¡Si usted supiera el esfuerzo que me cuesta hablarle de este modo, renunciar á usted!.. Pero no se trata de mí, sino de usted, de su dicha, y no vacilo en sacrificarme...

—¡No quiero!.., contestó Juana abrazándolo con fuerza. Usted sabe que le amo... ¿Qué importa lo demás?

El notario intervino, apoyando las súplicas del joven, que él consideraba favorables á su papel de mediador.

—¡No, no quiero!, repitió enérgicamente la muchacha. No volveré á ver á mi padre; se acabó.

Y ante una nueva insistencia añadió:

—Por cima del amor filial que la naturaleza me dió con la vida, está el que el mismo Dios formó en mi corazón... El amor, que es el resultado, no del nacimiento, sino de la vida..., el amor que yo elegí. Edmundo, por favor, no me diga más eso ó creeré que no me ama como le amo yo; pues, como usted ve, estoy dispuesta á todo y todo lo he sacrificado.

El miserable había previsto el resultado de su estratagema.

¡Demasiado sabía que su sacrificio no sería aceptado!

Su proposición no podía menos de exaltar aún más la ternura de la muchacha, á quien colocaba en la perspectiva de perderle.

Ahora Juana era suya, irrevocablemente suya,

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Tres días después, el Sr. Laroche recibió la visita de dos notarios que, mediante las «intimaciones respetuosas» prescritas por la ley, le invitaron á dar su consentimiento para el matrimonio de su hija con Edmundo de Favreuse.

El Sr. Verdelet no había querido encargarse de aquella misión, á causa de su amistad con el padre de Juana.

Había preparado la minuta de las actas, á instancias de la joven, y encargado á uno de sus colegas que las notificase al comerciante.

Al presentársele los notarios, el padre de Juana se sorprendió de pronto, y no se explicó aquella visita hasta que le hubieron expuesto el motivo de ella. Mientras uno de los oficiales ministeriales le leía el acta, Laroche sintió crecer en su interior una cólera sorda y terrible, que tuvo la fuerza de contener. Pero cuando le dijeron que «formulase su parecer acerca del matrimonio que Juana Margarita Laroche, su hija mayor de edad, se proponía contraer con Edmundo de Favreuse,» el hombre estalló, contestando con voz airada:

—Me opongo formalmente y me opondré siempre á ese matrimonio... ¡No consentiré jamás!

Al invitarle á que firmara esta declaración, el señor Laroche se negó y los notarios se retiraron.

A la segunda «intimación respetuosa,» presentada por los dos notarios un mes después de la primera, el padre de Juana hasta se negó á recibir á los depositarios de la ley, y persistió en esta conducta en el momento de la tercera intimación.

Extendióse acta de todo, y esta actitud fué asimilada á una negativa formal de consentimiento.

Desde aquel instante, á menos de oposición paterna, que el Sr. Laroche no contaba interponer, el oficial del estado civil podía proceder á la celebración del matrimonio un mes después de la última intimación respetuosa.

Por su parte, Luciano de Favreuse había llenado todas las formalidades necesarias.

Se había hecho enviar de la alcaldía de Segonzac, su pueblo natal, la partida de nacimiento de su hermano, puesto que iba á casarse con Juana bajo el nombre de Edmundo, definitivamente usurpado.

¿Quién se lo podía contrariar, después de todo? Sólo su hermano, que estaba en América y que nada sabía de lo que pasaba.

Nacidos el mismo día, las partidas de nacimiento de los dos hijos del Sr. de Favreuse estaban inscritas una á continuación de la otra en los registros del estado civil. Sólo la posesión del nombre podía hacer atribuir á uno tal partida más bien que tal otra.

Luciano se había provisto también de la partida de defunción de su padre, librada por la alcaldía del 18.° distrito, y de la de sus abuelos.

En cuanto á su madre, cuyo paradero no había podido averiguar, había sido necesaria otra formalidad para hacer constar su ausencia, y el Sr. Verdelet, á cuya casa iba todos los días para ver á Juana, le indicó lo que tenía que hacer, interviniendo él en persona. Fué necesario que el juez de paz del último domicilio conocido de la señora de Favreuse formase un expediente de ausencia ante varios testigos que la hubiesen conocido. Luego, este documento, legalmente extendido, firmado y registrado, tuvo que ser sometido á la sanción del tribunal de primera instancia.

Por otra parte, el novio de Juana había querido fingir al menos que trabajaba, á fin de figurar que tenía una situación, consiguiendo, gracias á la intervención del Sr. Verdelet solicitada por la muchacha, hacerse admitir como secretario de un abogado, que era diputado al mismo tiempo, y en cuya casa tenía un trabajo bastante agradable, que consistía principalmente en redactar notas de reclamo para entregarlas á los reporteros de los diferentes periódicos y á las agencias de informaciones políticas.

Como los doscientos francos que cobraba mensualmente como retribución de estas funciones distaban mucho de bastarle para sus gastos, Luciano de Favreuse había buscado el medio de procurarse otros recursos, y su espíritu, fecundo en perversidad, había encontrado fácilmente algo.

Escribiendo lo menos posible á su hermano, no le había participado su licenciamiento de la milicia, y Edmundo le escribió por aquellos días enviándole ocho mil francos, cantidad honradamente tomada de los beneficios del primer año, que él destinaba á reembolsar una de aquellas deudas que ambos hermanos habían prometido pagar estando á la cabecera del lecho mortuorio de su padre. Esta cantidad estaba destinada á un médico, el doctor Varentenne, antiguo amigo del Sr. de Favreuse, cuyo crédito, por venir en última hipoteca, no había podido ser cubierto por el producto de la venta de bienes realizada en el momento de la catástrofe.

Edmundo encargaba á Luciano que buscase al doctor Varentenne y le entregase los ocho mil francos.

El doctor había muerto hacía seis meses, y como el título de crédito, encontrado entre sus papeles, no tenía ninguna sanción legal, porque el amigo del Sr. de Favreuse había renunciado á sus derechos, no pareció á sus herederos susceptible de cobro.

Luciano conservó, pues, los ocho mil francos y se los apropió.

Mas para disimular su indelicadeza á los ojos de su hermano, los depositó en el Crédito Lyonés, mediante recibo que expidió á Edmundo, a quien todavía no habló de su licenciamiento, y provisto luego del talonario de cheques que se había hecho entregar en el momento del depósito, retiró dicha cantidad por fracciones, á medida de sus necesidades.

De este modo, el novio de Juana Laroche pudo alquilar un pisito en un barrio retirado, calle de Boileau, en Auteuil, y amueblarlo decentemente.

Sabía que, una vez celebrado el matrimonio, se acabarían para él las preocupaciones relativas á los recursos pecuniarios. El Sr. Verdelet había practicado las diligencias necesarias para poner á Juana en posesión de su fortuna, que bastaba ahora sobradamente á satisfacer las concupiscencias del miserable.

El Sr. Laroche había autorizado al notario á establecer sus cuentas de tutela respecto á la administración de los bienes que Juana había heredado de su madre, y á entregarle lo que le pertenecía, que era una cantidad muy respetable. Por otra parte, Luciano sabía muy bien que el padre de la muchacha, varias veces millonario, no podría desheredarla completamente.

Además esperaba que, con el tiempo, iría calmándose el resentimiento de su futuro suegro, y que el día que Juana le anunciase la venida al mundo de un nietecito, probablemente se operaría la reconciliación.

El matrimonio pudo celebrarse, pues, y tuvo efecto en la alcaldía del 10.° distrito, en la circunscripción municipal á que pertenece el faubourg Saint Denis, donde el hijo del Sr. de Favreuse pudo justificar una residencia de seis meses.

Asistieron únicamente á la ceremonia: el Sr. Verdelet, que acompañó á la novia; un primo de Juana, el Sr. Crossier, que se prestó á ser testigo con el notario, y los testigos del novio, dos sargentos del 41.° regimiento de infantería, que sólo conocían á su antiguo subordinado bajo el apellido de Favreuse, sin haberse preocupado nunca de su nombre de pila.

El casamiento fué triste, desolado, y Juana deseaba ver terminada aquella doble ceremonia civil y religiosa, que tanta alegría le hubiera causado si se hubiese visto acompañada de su padre, á quien quería á pesar de todo.

Pero cegada por su amor, olvidólo todo al salir de la iglesia, después de la bendición nupcial. De regreso á casa del excelente Sr. Verdelet, que había procurado reemplazar cerca de la muchacha al padre que no quería volverla á ver, Juana se echó en brazos de su marido, llorando de alegría y de ternura, y le dijo:

—¡Qué importa, puesto que ahora te tengo á ti!.. ¡Qué importa, puesto que soy tuya..., puesto que nos amamos!.. El mundo entero no es nada al lado de nuestro amor, que será de hoy más toda nuestra vida...

Luciano contestó con pasión á aquellas tiernas efusiones, embriagado también por la posesión de aquella muchacha adorable, maravillosamente bonita, que había destruído todos los obstáculos para entregarse á él, que le adoraba y cuyo amor se había comunicado á su alma desde el primer día.

Después de la comida, que se celebró en casa del notario, cuya paternal amistad se afirmó del modo más completo, los novios se fueron en coche á su nuevo domicilio de la calle de Boileau, donde les esperaba Paulina, cuya fidelidad habían recompensado los jóvenes esposos tomándola á su servicio.

El miserable usurpador de un amor debido á su hermano había conseguido completamente su objeto criminal.

Juana le pertenecía irrevocablemente.

Y también le pertenecía su fortuna, centenares de miles de francos de que podía disfrutar libremente, lejos de toda intervención ajena, pues la pobre Juana le amaba con demasiada locura para pensar en nada que no fuese él.

Luciano se disponía á disfrutar de aquella fortuna sin freno alguno, y apenas terminada la luna de miel empezó á jugar, llevado de esa funesta pasión que las excesivas prodigalidades de su madre habían hecho germinar.

Aparte de su amor, que la tenía bajo un incesante embeleso, la pobre Juana no tenía más que una preocupación, que se convertía en dolorosa pena, sobre todo en las horas de soledad, cuando cesaba de hallarse bajo el encanto del miserable que la fascinaba.

Esta pena tenía por causa la separación de su padre, á quien adoraba á pesar de sus rigores, pues no podía olvidar que, durante veinte años, había vivido al calor de su ternura.

No se atrevía á hablar de ello á su marido; pero confiaba su pena á Paulina, que volvía á ser su confidente.

—Ahora que es un hecho consumado, le dijo un día, mi padre quizá me perdone... Llevamos ya tres semanas de matrimonio: su cólera debe haberse calmado, su pena debe ser menos cruel..., estoy tentada de irlo á ver... ¡No me rechazaría!

Paulina no se atrevió á formular un consejo.

—¡Si yo le escribiese!, dijo Juana.

—Sí, quizá sería mejor una carta, aprobó la camarera.

Y Juana escribió.

En una larga carta pidió perdón á su padre por su rebeldía; le expuso de nuevo aquel amor á su marido que labraba su dicha, como ella había previsto.

Elogió á Edmundo, que trabajaba con el objeto de crearse una posición y no tenía más miras que hacerla feliz.

«No querrás que haya en mi dicha una sombra dolorosa negándome tu cariño, rechazándome sin piedad—escribió ella,—porque me parecería que lo que quisiste fué impedir esta dicha y que hoy la quieres destruir.

»¿No ha sido para mí bastante castigo el haberme rebelado contra ti, perdiéndote en un momento tan importante de mi vida, en que una hija, ya privada de su madre, se siente tan orgullosa y feliz de tener á su lado al que fué objeto de su primera ternura, esa ternura que formó su corazón y su amor?

»¿No oyes á mi madre suplicarte desde arriba que me perdones, que me abras los brazos otra vez, que me guardes en tu corazón ese puesto al cual me diste un derecho imprescriptible al ponerme en el mundo?

»Y además, ¿qué padre sería incapaz de indulgencia y de perdón?.. Si te negases, creería que nunca me has querido...»

La pobre puso todo su corazón, toda su alma exquisita, en estas líneas llenas de amor y de arrepentimiento.

Pero ¡ay!, pasaron días y más días y no llegó contestación alguna á la calle de Boileau.

Desde luego, al reconocer la letra de su hija, el Sr. Laroche no había querido leer la carta. Momentos después mudó de parecer y la leyó.

Ciertos pasajes, más elocuentes que los demás y sobre todo más conmovedores, le arrancaron lágrimas; pero las secó nerviosamente con el revés de la mano; su implacable energía dominó su corazón, y tuvo el frío valor de resistir á aquel tierno llamamiento de la hija que se había rebelado contra su autoridad.

Metió la carta en el fondo de un cajón en que estaba la fotografía de Juana, apartada de su vista, y repitió con vehemencia:

—No, no; dije que se acabó..., y se acabó.

A pesar de su desolación, Juana no pudo renunciar á toda esperanza.

Habló de ello á su marido, diciéndole el paso que había dado.

—Tu padre no te quiere... ó ha cesado de quererte, le contestó él. Déjalo, no le necesitamos para nada.

Y añadió, pensando aducir un argumento en realidad muy admisible:

—Si insistieras en tus gestiones para reconciliarte con él, creería que yo te impulso á ello á fin de atraernos su fortuna. Me odia tanto, que no vería en esto más que un manejo interesado debido á instigaciones mías, en vez de ver una necesidad de afecto de tu parte.

Pero la pobre no podía resignarse.

Un día en que el Sr. Verdelet fué á visitarla, como se lo había prometido, para ver su instalación de Auteuil, Juana le refirió lo que había hecho para reconciliarse con su padre.

Le repitió casi palabra por palabra la carta escrita quince días antes, cuyos términos tenía grabados en su memoria, como emanados del corazón.

Manifestó á su viejo amigo lo mucho que sufría al considerar que su padre seguía mostrándose inexorable, puesto que no le había contestado.

El digno notario aprobó plenamente el paso de su amiguita y censuró el inflexible rencor del señor Laroche.

Adelantóse á los deseos de Juana, proponiéndole hacer personalmente una nueva tentativa cerca de su padre.

Impaciente por conocer el resultado, esperando á pesar de todo que su padre acabaría por ablandarse, Juana propuso ir á esperar en casa del Sr. Verdelet, es decir, á dos pasos del bulevar de San Germán, el resultado de aquella entrevista.

—Así estaré cerca de él, dijo, y si tengo la dicha de que mi padre ceda, correré en su busca y podré echarme más pronto en sus brazos.

—Pues bien, iré mañana, prometió el amigo de Laroche.

—Dígale usted lo mucho que sufro..., mil veces más que si me hubiese sido arrebatado por la muerte... Hágale usted comprender que se equivocó respecto á Edmundo... Quizá tiene el orgullo de no querer confesar su error; pero bien debe ver que soy feliz, que mi marido me adora, que es honrado, serio, laborioso... Dígaselo todo, todo..., y le seré á usted deudora de la mayor dicha que aún puedo tener ahora que soy feliz...

Al dia siguiente, inmediatamente después que Juana hubo llegado á su casa, el Sr. Verdelet fué á visitar á Laroche, que, al verle, comprendió en seguida el motivo de su visita.

Así es que el comerciante tuvo tiempo de acorazar su corazón y guardarse de toda debilidad.

A las apremiantes y conmovedoras instancias de su viejo amigo, contestó:

—¡Vuelto de mi error!.. Usted verá, mi buen Verdelet, si me engañé ó no... El porvenir probará que yo tenía razón al oponerme á ese matrimonio que causará la desdicha y quizá la vergüenza de mi hija. Sí, tengo el presentimiento de ello, y si soy un profeta de desventuras, usted verá como soy buen profeta.

En vano el notario hizo un elogio pomposo y sincero del marido de Juana, cuya conducta era en apariencia irreprochable.

Laroche le interrumpió.

—Nunca perdonaré á ese miserable el haberme robado el corazón de mi hija, declaró con voz iracunda. Ella es dichosa á su lado, ó al menos cree serlo; pero yo sufro, porque mi dolor no halla compensación ninguna.

El Sr. Verdelet se retiró profundamente desesperado.

Casi lloraba al referir á Juana lo ocurrido.

Procuró animarla, le prodigó sus protestas de amistad, le dijo que se armase de resignación y de paciencia, sin cerrar su corazón á la esperanza, pues en adelante había que confiar en la acción del tiempo, que tarde ó temprano determinaría el perdón y el olvido en el corazón de aquel padre que no podía dejar de amarla.

Transcurrieron dos meses, durante los cuales Juana practicó algunas gestiones que, á su juicio, podían reconciliarla con su padre. No atreviéndose á presentarse en su casa, trató de ver si se encontraría con él, pues tenía la convicción de que si algun día se hallaba ella fortuitamente en su presencia, no tendría él la crueldad de rechazarla ni el valor de huir.

Quiso ver á sus dos pequeños protegidos, el deshollinador y Rosita, la hija de Landry, á quienes no olvidaba.

Desde el día que se había marchado de la casa paterna, no se había atrevido á poner los pies en su antiguo barrio.

Su matrimonio, contraído contra la voluntad de su padre, había llegado á conocimiento de la mayoría de las personas relacionadas con el Sr. Laroche, que no ignoraban los graves disentimientos surgidos entre padre é hija.

Casi todo el mundo censuraba el rigor del comerciante, á quien se acusaba de haberse opuesto á aquel matrimonio á causa de la pobreza del hijo de Favreuse

En casa de Landry sobre todo, es lo que pensaban, y si Marcial, que debía al Sr. Laroche su empleo de cobrador del banco Corvisart, Fleuret y C.ª, no se atrevía á decir de qué manera apreciaba la conducta de su bienhechor, la señora de Landry y su hija, cuando estaban solas y hablaban de ello, deploraban amargamente aquella desgracia de que Juana, á sus ojos, era inocente víctima.

El amor encuentra siempre partidarias acérrimas, y las mártires del corazón tienen para ellas todas las simpatías.

Rosita no olvidaba el drama á consecuencia del cual los hijos del Sr. de Favreuse habían quedado huérfanos; aquel drama sangriento que ella había presenciado con su buen amigo Pablito, á quien llamaba su «maridito» y con quien cambiaba una ternura ingenua.

Los dos niños habían hablado del suceso con mucha frecuencia.

—A buen seguro que si el señorito Favreuse hubiese sido rico, decía la pequeña Landry, el señor Laroche le hubiera dado á su hija.

La pobreza de Luciano le valía un simpático interés, una verdadera compasión.

Lo que Pablo y Rosita deploraban sobre todo era el verse privados de su protectora, de aquel ángel de caridad y de bondad que les prodigaba un afecto diferente del de los otros, como el que sólo el cielo puede inspirar á sus elegidos.

¡Cuál no sería, pues, su alegría al ver un día á Juana bajar de un coche delante de la casa de la calle de Bernardinos!

Pablito se encontraba aquel día en casa de su amiga, adonde iba con frecuencia después de terminar su trabajo ó cuando éste faltaba.

Los dos niños, que la señora de Landry había visto como pequeños novios, con sus trajes de fiesta, el día de la primera comunión, jugaban y hablaban cerca de la ventana.

Pablito fué el primero que vió llegar á la buena señorita.»

—¡La señorita Juana!, exclamó.

—¿Dónde?

—¡Allí..., en el coche que acaba de parar!.. ¡Ya sube!..

—¡Viene aquí!.., dijo jovialmente Rosita. ¡Oh qué alegría!...

Y, corriendo á su encuentro, llamó á su madre.

—¡Mamá!, ¡mamá!..., ¡viene la señorita!.. La señora de Fravreuse...

Pablito abrió la puerta.

—¡Hola, muchachos!.., ¡hijos míos!.., dijo Juana besándoles con emoción. ¡Cuánto tiempo sin veros!..

Los besaba con transporte, saboreando aquella nueva alegría, poseída de una esperanza que su corazón había concebido á la idea de que aquella buena acción le traería suerte.

Llegó la señora de Landry, que se alegró también infinito de ver á la hija del señor Laroche, demostrándoselo con la acogida más afectuosa, en que la gratitud se mezclaba con una simpática conmiseración por lo qne había debido sufrir.

—Porque yo la comprendo, dijo ella conmovida. Cuando una ama, nada mira... Pero esa se arreglará, no le quepa duda.

Y como Juana moviese tristemente la cabeza.

—Con el tiempo, todo se calmará, añadió. Su papá volverá á ser para usted como antes.

Luego preguntó:

—¿Es usted feliz, verdad?

—¡Sí, muy feliz!.., contestó Juana. Sin esa pena, mi felicidad sería completa; pero ¿qué quiere usted?.. Yo no era dueña de mi voluntad... Conocía á mi marido desde la infancia. Puede decirse que siempre nos habíamos amado... Como si al nacer hubiésemos sido novios... El matrimonio era, pues, muy natural.

Viendo á Pablo y Rosita que, sentados juntos, la miraban con los ojos abiertos y llenos de ternura y de emoción ingenua, les dijo:

—Vosotros no comprendéis esto, hijos míos.

—¡Oh sí!, contestó vivamente Rosita.

—¿Cómo?, preguntó Juana sorprendida.

—Pues... como nosotros dos. ¿Verdad, Pablito?, dijo cándidamente la niña, con una expresión adorable.

—Vosotros dos...

—Es lo mismo que usted con el Sr. de Favreuse.

Juana y la Landry se sonrieron.

—¿Y tú, Pablito, no dices nada?, preguntó la joven señora.

El niño vaciló un momento; luego, poniéndose colorado hasta las orejas, y dirigiendo, con los párpados tímidamente entornados, una mirada llena de ternura á su amiguita:

—Yo... soy demasiado joven, contestó. Pero nos queremos mucho...

—Es verdad que se quieren, dijo en voz baja la señora de Landry acercándose á Juana. Es sorprendente, á su edad... En fin, será lo que Dios quiera.

—Han nacido para ser felices, contestó Juana acariciando á los niños con la mano. ¡Y en mi tendrán siempre una amiga que los ayudará!.. ¿Verdad, Pablito?.. ¿Y tú, linda Rosita?

—¡Oh, sí, señora!, contestó la niña.

—Es usted demasiado buena con ellos, dijo la esposa de Landry al ver que Juana sacaba su portamonedas.

—Déjame hacer, replicó Juana. ¡Es para mí una satisfacción tan grande!

Y dió cinco monedas de oro á cada niño.

—Para haceros un bonito traje, dijo ella. Y luego, cuando hagáis vuestras oraciones, pensad en mí... Pediréis á Dios que me haga dichosa.

—Sí, los dos rogaremos por usted, prometió Rosita, y también por el Sr. Laroche, para que cese de estar enfadado.

Juana se sintió conmovida.

Levantóse disponiéndose á partir, y atrayendo hacia sí la rubia cabeza de Rosita, la besó en la frente.

Pero en aquel momento, un dolor agudo la hizo palidecer y se incorporó de pronto para disimularlo.

La señora de Landry lo había visto.

Su experiencia le hizo comprender lo que pasaba.

—¿Qué tiene usted, señora?.., preguntó con inquieta solicitud cogiendo la mano de su joven bienhechora. ¿Está usted acaso?..

—Sí, contestó Juana en voz baja sin dejarla concluir. Estoy en vías de ser madre.

—Lo sospeché al verla...

Los niños, que no habían oído las palabras de Juana, escuchaban sin comprender, sorprendidos é inquietos.

—¿No lo sabe el Sr. Laroche?, preguntó la madre de Rosita.

—Aún no, contestó Juana. No he vuelto á verle... Le escribí y no me contestó. Uno de mis amigos fué á verle y se negó á recibirme.

—¡Ah, pero no es lo mismo!, dijo la señora de Landry. Cuando sepa que va usted á darle un nietecito, la alegría de ser abuelo se lo hará olvidar todo.

La pobre joven exhaló un suspiro que expresaba una duda cruel.

—El Sr. Laroche, que tanto bien nos ha hecho, es demasiado bueno para no tener piedad... Usted verá como sucede lo que yo le digo... Yo, en lugar de usted, señora, iría á encontrarlo y se lo diría. Un niño hace cambiar por completo las cosas. Sería el primer abuelo que no perdona.

—¡Así lo espero!, contestó Juana en un tono que era como una invocación á la esperanza, pero sin convicción.

Estrechó la mano á la señora Landry, besó á los niños, les prometió volver á verlos y partió acompañada de los votos que por su ventura hacían aquellos tres seres que la adoraban como merecía.

Al llegar á la calle de Bernardinos, la hija de Laroche había despedido el coche que la había conducido.

Se fué á pie, y en vez de tomar la calle de las Escuelas, bajó hasta el bulevar de San Germán, mirando con timidez en torno de ella, á fin de ver si encontraba á su padre.

Pensaba en lo que la señora de Landry acababa de decirle y repetía:

—En efecto, el nacimiento de una criatura puede hacerlo cambiar todo... ¡Dios mío! Si eso fuera posible, me alegraría doblemente de ser madre... Si papá supiese...

A pesar de sus investigaciones, aunque no se atrevió á acercarse mucho á la casa, no vió á su padre.

Entonces, más triste y desolada que nunca, resolvió regresar á su domicilio.

—Cuando haya nacido, se dijo, se lo haré saber... Si no viene, le enviaré la criatura por la señora Landry, y quizá entonces, bajo la primera sonrisa de su nieto, se disipará su cólera, y el abuelo, cuyo afecto despertará otra vez, volverá á tener para su hija un poco de la ternura de antes...

Esta esperanza materna reanimó un poco el valor de la pobre Juana, y con el corazón menos desolado, animado por algún dulce aunque remoto presentimiento, volvió á su casa de Auteuil, que pronto iba á alegrar la venida de un hijo, pero donde faltaba aún la presencia de un padre.

XI

GOLPE MAESTRO

Aquella noche, el marido de Juana no se retiró á su casa á la hora de costumbre.

La comida, dispuesta hacía rato, esperaba, y la hija de Laroche, presa de viva inquietud, temiendo uno de esos accidentes que con tanta frecuencia se producen en el vertiginoso movimiento de las calles de París, se forjaba crueles tormentos en sus aprensiones instintivas.

Era muy entrada la noche y Juana no había querido sentarse á la mesa sin su marido.

Por fin, cerca de las once, el ruido de un coche que se detuvo delante de la casa llamó su atención. Juana corrió á mirar por una ventana. Pero no tuvo tiempo de ver. Luciano, porque era él, había saltado del coche y subía rápidamente la escalera.

Oyendo y reconociendo sus pasos, á pesar de la precipitación de la marcha, Juana corrió á abrirle la puerta.

—¡Por fin!.., exclamó ella abrazándole: ¿Qué te ha pasado?.. ¡Dios mío!.. Creía que habías sido víctima de algún accidente.

(Se continuará.)

DEPORTES DE INVIERNO EN LAS CUMBRES DEL MONTSENY. (Fotografías de Brangulí.)



Tienda de campaña del «Centre Excursionista de Catalunya,» instalada en el pico del Montseny llamado *Turó de Matagalls.*

Salida de los «luges» que tomaron parte en el concurso

Organizado por la sección de deportes de montaña del «Centre Excursionista de Catalunya,» efectuóse el día 21 de los corrientes un concurso de *luges* en el pico del Montseny conocido por «Turó de Matagalls» y situado á unos 1.700 metros de altura.

A pesar de lo avanzado de la estación, el sitio en donde se realizó el concurso tenía una capa de nieve de más de un metro de espesor.

Los expedicionarios, que eran en número de noventa y entre los cuales había varias señoritas, salieron el día antes de esta ciudad, pernoctaron en varios pueblos cercanos al lugar escogido y á la mañana siguiente subieron, en animada caravana, para el punto designado, adonde llegaron después de una ascensión de tres horas. En la cima de la montaña habíase instalado la tienda de campaña del «Centre Excursionista,» y desde allí una línea de banderolas de cerca de un kilómetro de extensión señalaba el camino que habían de seguir los que en el concurso tomaran parte. Fueron jueces de salida los Sres. Puget y Elías, juez de llegada el Sr. Guerrero, cronometrador el Sr. Creus, presidente del Jurado el Sr. Vidal y Vila y *controladores* los Sres. Martí y Valls. A las doce y media dióse la salida, de minuto en minuto, á los concurrentes, que fueron los Sres. Puget, Santos Mata, Llongueres, Barrie, Santamaría, Taxté, Servole, Barnola, Creus, Ribera, Goig, Armangué, Balcells, Morell, Olivas, Co, Coll, Gener, Amat, Amigó y Galcerán. Hechas las debidas comprobaciones, fueron declarados vencedores los Sres. Santos Matas, Santamaría y Morell, que efectuaron el recorrido en 1'15"$^{11}/_{13}$, 1'50"$^{2}/_{8}$ y 1'55"$^{3}/_{4}$ respectivamente.

Después del concurso de *luges* realizáronse otros varios ejercicios deportísticos, entre ellos pruebas de *skis,* en los que tomaron parte algunas señoritas.

El espectáculo, que fué presenciado por numerosos aficionados, resultó en extremo pintoresco.

Bien puede afirmarse que, gracias á los esfuerzos de la Sección de Deportes de Montaña del «Centre Excursionista de Catalunya,» los deportes de invierno se han aclimatado en esta región; de ello son buena prueba no sólo este concurso últimamente efectuado, sino también las excursiones llevadas á cabo en el mes de febrero último por numerosos grupos de deportistas á Noucreus (2.700 metros), á Murens y al Montseny, en donde se entregaron á distintos ejercicios de *skis, luges,* patines, etc.—T.



Pruebas de «skis» que se efectuaron después del concurso de «luges» y en las cuales tomaron parte varias señoritas

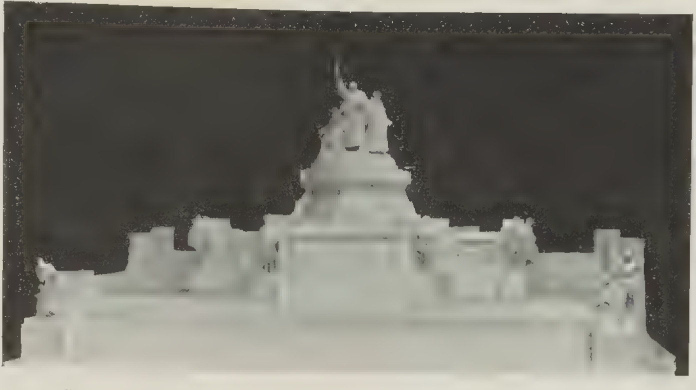
LIBROS

ENVIADOS Á LA REDACCIÓN

por autores ó editores

L'istiu de San Martí, por *M. Tarragó y Romeu.* – Novela de costumbres catalanas, de acción interesante y de tipos muy bien estudiados y cuyo valor psicológico ha sabido el autor expresar perfectamente, realzado todo ello por un estilo poético unas veces, vigoroso otras y siempre adecuado á las situaciones. Un tomo de 232 páginas, editado en Barcelona por Antonio López.

Sociedad española de Auxilio mutuo y Beneficencia, de San Juan de Puerto Rico. – Memoria en que la Junta Directiva, al cesar en sus funciones, da cuenta de sus actos á la general de socios propietarios el 6 de diciembre de 1908. De ella se desprende cuán beneficiosa es la acción de dicha sociedad, y los numerosos estados que contiene son prueba elocuente de los valiosos servicios que presta y del floreciente estado en que se halla. Va acompañada de varios planos de un proyecto de sanatorio en vías de realización. Un folleto de 52 páginas, impreso en la Tipografía Mercantil de San Juan de Puerto Rico.



Ginebra.–Concurso para un monumento á la Reforma, proyecto de Pablo Becher

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. Don Melchor de Palau, el día 22 de noviembre de 1908. – Un folleto de 68 páginas, que contiene el discurso del señor Palau sobre *La Ciencia como fuente de inspiración poética*, y el de contestación del Excelentísimo Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, ambos notabilísimos, así por su forma como por su contenido. Impreso en Madrid en la Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.



Exposición Regional Valenciana. 1909.—Cartel general de la exposición, que ha obtenido el primer premio en el concurso recientemente celebrado. (De fotografía remitida por Francisco Moya.)

Prosiguen con gran actividad en Valencia los trabajos para la Exposición Regional que se inaugurará el día 1.° de mayo, y que indudablemente se verá coronada por un éxito extraordinario, no sólo por el grandísimo interés que ofrecerán las instalaciones, sino además por la suntuosidad de los edificios expresamente para ella construídos y por la brillantez y variedad de las fiestas que se celebrarán durante la misma.

Una de las secciones más interesantes será seguramente la de Bellas Artes, que comprenderá todas las manifestaciones artísticas producidas por valencianos desde el siglo XIII hasta nuestros días y que se instalarán en el magnífico palacio, de 118 metros de largo, actualmente en construcción. El primer grupo será de la enseñanza artística en todas sus manifestaciones; el segundo, del arte decorativo; el tercero, de la fotografía; el cuarto, de la arquitectura; el quinto, de la escultura contemporánea; el sexto, de la pintura contemporánea, desde 1800 á 1899 y el séptimo, del arte retrospectivo.

Entre los varios concursos que se anuncian llamará principalmente la atención el de bellezas regionales, organizado por iniciativa del Casino de Valencia; en él serán admitidas las fotografías de todas las hijas de las tres provincias valencianas, aunque residan fuera de ellas, cuya edad esté comprendida entre los quince y los treinta años. Los premios serán de 5.000, 3.000 y 2.000 pesetas, y además habrá tres accésit, de 1.000 pesetas cada uno.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVIII — Barcelona 5 de abril de 1909 — Núm. 1.423

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL VOTO, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila

ADVERTENCIA

Con el último número hemos repartido á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el primer volumen de la serie del presente año, que es el primer tomo de la preciosa novela de Selgas

DEUDA DEL CORAZÓN

EL ANGEL DE LA GUARDA

ilustrado con magníficos dibujos de Mas y Fondevila.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La costumbre española de celebrar los días de los santos —y no el cumpleaños, como en el extranjero, —es una de las pocas que no cambian ni llevan trazas de perderse. En Madrid, los días de santo (afuera lo de «fiesta onomástica») son solemnidades, lo mismo en las clases humildes que en las encumbradas y ricas. Y en especial, hay un santo que tiene fama de ser el de todo el mundo: San José.

He oído hacer una observación, sin embargo: la de que este nombre castizo cada día lo llevan menos españoles. «Han disminuído los Pepes,» decíame una muchacha. ¿Por qué han disminuído los Pepes? ¿Será un efecto de la tendencia individualista, del afán de distinguirse, que preside hasta al sacramento del bautismo? ¿Será porque llamarse Pepe equivale á no llamarse nada? ¿Será porque el nombre de Pepe es confianzudo, vulgar, sin romanticismos, á pesar de haberlo llevado aquel gran romántico de Pepe Espronceda? ¿Será que hay ahora menos devotos del esposo de la Virgen que cuando se admiraba á Murillo más que á Velázquez?—Murillo es el pintor josefino por excelencia.—¿Será que todo lo genuinamente nacional se va, se disipa?

En primer lugar, yo no sé hasta qué punto es nombre muy genuino el de José. En la Edad media no hay Josés: se diría que el dulce y bondadoso carpintero de la regia estirpe de David no poseía entonces la aureola de celebridad que llegó á tener cuando el arte se apoderó de su figura y la trasladó al lienzo y la talló en madera. Los pintores del siglo XV empezaron á familiarizar á la cristiandad con San José. Las Sacras Familias son un asunto del Renacimiento, que no abunda en las tablas góticas, donde en cambio predominan las Anunciaciones, las Adoraciones de los Magos, las Crucifixiones. Rafael, Julio Romano, dan ya á San José un puesto preferente, y á su rostro esa expresión grave, conmovida ante el misterio, que llega á lo sublime de la dulzura y del amor cuando tiene en brazos al Niño. Y entonces principia á imponerse con más frecuencia el nombre de José. En el siglo XVIII este nombre triunfa. Se llaman Josés los próceres, los estadistas, los generales, hasta los reyes. Se llaman Josefas las mujeres hermosas, las seductoras; ó por mejor decir, se llaman Pepitas. Nombre picaresco y amanolado, que la novela consagró definitivamente en una obra maestra, *Pepita Jiménez*, y que huele á azahar y á rosas andaluzas.

Y el nombre clásico y neto decae. Va anticuándose. En esto de los nombres actúan las mismas sutiles influencias que modifican toda la mecánica social Los nombres se parecen á los tiempos. Notad qué sabor caballeresco ó truhanesco tienen ciertos nombres de los siglos de caballería y truhanería; reparad cómo el Renacimiento aporta sus nombres de sabor propio, inconfundible; ved qué sello peculiar da á los nombres la Edad moderna, y cómo ahora que, en pintoresca confusión, se vive de todas las épocas y se cultiva todo género de sentimentalidades, hasta las que parecen pertenecer al pasado, vuelven los nombres de antaño, y á veces se marca con ellos una huella de ridiculez é inadaptación en la frente de un niño que será un hombre á la moderna.

Figuraos ahora un Tristán, un Sigfredo... Figuraos un Leonelo, un Hernán. Nombres de paladines, de guerreros, de héroes, que debieran guardarse en el estuche de la memoria como se guarda la joya demasiado esplendente para usada á diario por la calle. ¡Qué sello tan difícil de ostentar imprimen en las personalidades actuales! ¡Qué tino y cuidado deben presidir á la elección de un nombre, para que sea adecuado, ni enfático ni pedestre, y sobre todo para que no comprometa á nada, ni dé lugar á equívocos y bromas de mal género!

¡Y cuando se trata de mujeres! Entonces aún se debe pisar más con pies de plomo. Hay nombres femeninos que son un compromiso y una calamidad. Nombres que expresan virtudes y recaen á veces en quien menos puede ostentarlos, verificándose lo que con gracia dice Serra en *Don Tomás:*

«Esta Inocencia y su nombre
se están dando de cachetes...»

Hay otros que envuelven la idea de una belleza encantadora, y como es imposible saber si un niño chico va á ser guapo ó feo, pues generalmente todos parecen la misma bolita de carne rojiza, resulta luego en contraste cruel con una figura caricaturesca ó un rostro de esos que son remedio eficaz para las malas tentaciones... Yo he conocido Estrellas completamente nubladas, Soles apagados y Rosas mustias. ¡Qué Hortensias se ven por ahí! ¡Qué Margaritas, que ni son perlas ni florecillas campestres! Dios nos libre de un padrino poeta y soñador...

Pudiérase también decir mucho de los santos olvidados; de los santos cuyo nombre no se le ocurre á nadie imponer á las criaturas. También los santos tienen su hado. De muchísimos se ignora la existencia, como no sea para soltar la risa cuando se les cita, ó cuando los saineteros aprovechan el efecto cómico de su nombre dándoselo á un personaje bufonesco.

Ahí tenéis, por ejemplo, á San Oroncio, á San Magdegisildo, á San Habacuc, á San Homobono, á San Exuperio, á San Juan ante portam latinam, á San Bertoldo, á Santa Agatónica, á Santa Ninfodora, á Santa Exaltación, á Santa Potamia, á Santa Waldetrudis, á Santa Reparada, á Santa Fandila... ¿A qué seguir expurgando el calendario? Es seguro que no se oirán dos veces al año estos nombres ante las pilas bautismales... En cambio, no vacilo en afirmar que hay nombres eufónicos y preciosos que también están en desuso. No entiendo por qué no se les pone á los niños con más frecuencia Siro, Quinto, Plauto, Tarsicio, Fausto, Druso, Graciano, Marino, Nilo, Pastor, Sergio y otros muchos nombres sencillos, claros, fáciles de pronunciar, que pertenecieron á ilustres mártires y confesores, y hasta reunen muchos de ellos la condición de tener carácter muy latino. Tampoco sé por qué es caso tan infrecuente que á las niñas se las llame con los bonitos nombres de pila de Glicera, Oliva, Ninfa, Maura, Placidia, Aurea, Coloma (que debe de ser Colomba, paloma), Lilia y Lucrecia... Verdad es que algunos de estos nombres tan lindos son del número de los que comprometen para lo venidero, y gravemente.

Volviendo á los Josés, diré que en las confiterías se practica el culto de este santo casi más que en las iglesias. Entrando en las confiterías de Madrid, se cree uno por un instante transportado á alguna ciudad apacible de provincia, de esas en que hay tiempo y humor de hacer regalos dulces, golosos y encargados de víspera, con detalles de menudo interés y refinamiento. «Que la almendra sea fresquita... Que los huevos hilados abunden... Cuidado, no se tueste demasiado el piñonate... Ponga usted higos de guarnición, porque le gustan al señor de los días...» De estos clásicos edificios de almendrado, caramelo y frutas confitadas, pocos se ven en Madrid durante el año, pero salen á relucir el día de San José. Hay aún confiterías del antiguo régimen, donde se rinde culto al cabello de ángel, al alfeñique, á las yemas abrillantadas y á ciertos dulces cuyos nombres se resiste á escribir la pluma, porque acaso el más correcto de todos ellos sea el de «ombligos de guardia de corps.» En estas confiterías donde se guarda la tradición del siglo XVIII, persisten las amazacotadas tartas y ramilletes, con su grajea y sus ninfas de almidón que salen del seno de una rosa muy colorada, artificial. El aspecto del ramillete es cómico, pero tiene mejores obras que trazas: la pasta de almendra y huevo que lo compone es una de esas excelentes recetas de la vieja cocina española, superior á las tortas Moka y á los *gateaux* de Saboya que han venido á relegarla á las mesas de la clase ínfima. La confitería moderna será más fina, pero es mucho más insulsa. Y además, cuesta doble el dulce de moda. Ya los niños de modesta posición no pueden ir con su perra chica incrustada en la mano de tanto apretarla, á comprar, ilusionados, una yema ó un tocinillo en una tienda elegante. Les exigirían tres ó cuatro monedas—un dineral.—Y mohinos, resignados, entran en esas confiterías arcaicas, donde la unidad monetaria son los cinco centimitos...

Otros regalos destinados á Pepitas y Pepes van perdiendo también su añeja fisonomía. Ya no se regalan sino chucherías de última moda: cosas que, regularmente, para nada sirven, como no sea para estorbo, al cabo de los dos meses que dura su efímera gracia. Lo que se llama *bibelot* es generalmente el colmo de la inutilidad. Relojes de sobremesa que no rigen; despertadores que se descomponen; cajitas que se descolan; porcelanas que imitan lastimosamente marcas célebres; ceniceros-maula; «objetos de arte» puramente industriales; prensapapeles que dan la nota sobreaguda del mal gusto—del mal gusto al uso, que es el más molesto;—tinteros en que no cabe tinta ninguna; vades de cartón disfrazado de cuero, y otras baratijas, preferidas para esto de los regalitos, que no parece sino que se buscan *ad hoc* con el fin de que sea preciso echarlos al desván...

Si el buen sentido—y quizás cierta delicadeza cordial que obliga á pensar en el bien ajeno—presidiese á esta clase de obsequios, se comprarían tales que, por lo menos, pudiesen conservarse gustosamente, ó llenasen una de las infinitas exigencias de *confort*, higiene ó bienestar que impone la vida moderna. Se pensaría además en los gustos, profesión, preferencias del obsequiado, y se tendría el placer de hallar algo que de fijo le agradase. No es raro oir decir terminantemente: «¡Bah! El caso es que el regalo haga buen efecto cuando desenvuelvan los papelitos de seda y desaten las cintas..., que por lo demás...» Pues bien: yo creo que uno de los goces finos del alma es revolver tiendas y rincones en demanda de lo que suponéis que ha de hacer arrojar un grito de placer á una persona querida. Podéis equivocaros, pero el sentimiento que os guía será siempre verdadero, y la dicha vuestra, el recreo de la imaginación, nadie os lo quitará. La cacería de objetos bonitos, ó útiles, tiene su peculiar encanto, en este Madrid. Se descubren frecuentemente cosas que ni sospechar podíamos, y se tienen felices encuentros donde menos se piensa.

¿Y en qué consistirá que casi nadie incluye entre los objetos regalables en día de santo el libro de lujo? No puede haber nada más culto y amable que el obsequio de un libro, pero de un libro bien adaptado al modo de ser de la persona que lo ha de recibir. Hoy la tipografía, la encuadernación, hacen primores y milagros de baratura, y por veinticinco ó treinta pesetas, que no alcanzan para un mediano *bibelot*, se adquiere un libro realmente hermoso, lleno de grabados—que puede dejarse sobre una mesa, para entretener instructivamente al que lo abra.—En Francia é Inglaterra, el regalo del libro es tan corriente, que ha llegado á ser clásico hacer libros especiales para las estrenas de primero de año. Aquí creo que no reportará gran utilidad este aspecto de la librería.

Otra idea que recomiendo á los que se quiebran los cascos en busca de regalos, es el regalo serial.—¿Qué quiere decir regalo serial?—Lo explicaré. ¿No tenéis que hacer de esos regalos que se repiten todos los años? Pues si es así, discurrid una cosa oportuna para regalo, y regalad todos los años exactamente la misma. Perderéis el encanto de la sorpresa, pero ganaréis el de la seguridad y la utilidad. Una ó dos cajas de papel timbrado elegante; una ó dos docenas de guantes; una caja de Champagne; una docena de pañuelos con marca rica; un par de cubiertos bien cincelados siempre idénticos; una perlita..., son regalos que cubren una necesidad indiscutible, ó representan un lujo, y tiene su poesía y su gracia eso de que la amistad vele para que no os falte papel, ni guantes, ni pañuelos, y para que, al cabo de unos cuantos años, poseáis una surtida colección de cubiertos, un hilito de perlas, una cantidad de tazas de porcelana escogida y artística, ó de grabados de mérito...

El regalo serial es un símbolo de la perseverancia en la amistad, y tiene entre otras ventajas, la de evitar quebraderos de cabeza. Yo lo considero muy simpático, aunque no lo haya practicado nunca, por esta especie de pereza que nos impide realizar lo que tenemos por mejor. Casi nunca nos acordamos de los regalos hasta la víspera de hacerlos. Y de aquí los desaciertos y las prisas. Prevengámoslo todo..., para vivir sosegados.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Siempre estoy con vosotros, cuadro de Willy Spatz

SEMANA SANTA

LA ABUELA.—EL NIETO

La abuela está en su cuarto, que da á unos jardines; sentada junto á la ventana, lee un libro con cubiertas de paño negro, y de cuando en cuando interrumpe su lectura para contemplar los gorriones que acuden á picotear las migas de pan que ella les pone en el alféizar todos los días. Entra su nieto con el sombrero puesto.

Nieto.—Buenos días, abuelita.

Abuela.—¡Hola! ¿Eres tú? Buenos días, muchacho.

Nieto.—¿Cómo, encerrada en tu cuarto con un tiempo tan hermoso?

Abuela.—¡Oh, no! He salido y ahora mismo he vuelto.

Nieto.—¿Y dónde has estado? Apuesto á que en la iglesia, como siempre.

Abuela.—Me parece que en Semana Santa...

Nieto.—Santa ó no santa, es el caso que en ella estás siempre. La Semana Santa dura para ti todo el año. ¡Todos los días á la iglesia!

Abuela.—Ya lo creo; y varias veces al día.

Nieto.—¿Y por qué vas tanto?

Abuela.—Voy por los que nunca van.

Nieto.—¿Lo dices por mí?

Abuela.—No, por el nieto de la vecina.

Nieto.—Considerando esto, yo debería ser una perfección, una perla azul; porque una de dos: ó tus oraciones me aprovechan, ó no; si lo primero, debiera verse por lo menos exteriormente, ya que por dentro.., y si lo segundo...

Abuela.—Te aprovecharán.

Nieto.—¿Cuándo?

Abuela.—Más adelante.

Nieto.—¿Cuando me habré muerto?

Abuela *(mirándole muy seria)*.—Quizás sí.

Nieto.—No estás muy alegre que digamos.

Abuela.—No tengo empeño en estarlo.

Nieto.—Es verdad; sólo piensas en estar triste. ¡Oh! La religión tiene esto de horrible, que no mueve á la risa.

Abuela.—Te equivocas; lo que me entristece es tu irreligión, pues la religión sólo alegría me produce.

Nieto.—¿Mi irreligión? En verdad que la religión es cosa para mí indiferente.

Abuela.—Por desgracia.

Nieto.—¿Preferirías que fuese un ateo furibundo?

Abuela.—Tal vez lo preferiría; á los furibundos, por lo menos, se les puede convertir, y cuando esto se logra, la conversión es absoluta, al paso que á los otros...

Nieto.—¿Qué quieres, abuelita? Siento en el alma disgustarte, pero hay que tomarme tal como soy; no seré nunca un rebelde ni un blasfemo... No .., no estoy por los extremos.

Abuela.—No estás por nada.

Nieto.—Es verdad; no tengo fe, no todo el mundo puede tenerla.

Abuela.—Pero ¿no sientes siquiera el no tenerla?

Nieto.—No.

Abuela.—¿No lo sientes?

Nieto.—No lo siento.

Abuela.—Si te preguntasen: «Sólo de ti depende tenerla ó no tenerla; responde ¿qué prefieres?» ¿qué contestarías?

Nieto.—Tomaría el sombrero y me marcharía.

Abuela.—Pues... empieza por quitártelo.

Nieto.—¡Ah! Dispensa, abuelita. La costumbre... El casino... ¿No me guardas rencor? *(Se descubre.)*

Abuela.—No. Si sólo tuviese que echarte en cara tu falta de respeto, aún me consideraría muy dichosa. ¡Pobre muchacho! ¡Pobre Pedro mío!

Nieto.—¡Oh, abuelita! ¡No te pongas así!

Abuela.—Escúchame.

Nieto.—Te escucho, pero no me riñas.

Abuela.—Me tienes muy apenada.

Nieto.—Haces mal en entristecerte; ya sabes cuánto te quiero.

Abuela.—Más te quiero yo. Por esto me gustaría verte...

Nieto.—¿Seguir las huellas de San Luis Gonzaga?

Abuela.—No

Nieto.—No lo niegues. ¿Te gustaría que yo fuese devoto, y devoto observante?

Abuela.—No, por lo menos que lo fueses de repente.

Nieto.—¡Cómo!

Abuela.—No te pido que te confieses.

Nieto.—Ya me lo pedirías.

Abuela.—Pero podrías siquiera ir á misa los domingos..., á la que quisieras. ¡Las hay tan cortas! En una palabra, que te vieran en la iglesia.

Nieto.—¡Ya salió aquello! ¡Para que me vieran! ¿De modo que sólo para la gente, para la respetabilidad social, para salvar las apariencias? ¡Valiente modo de entender los deberes religiosos, abuelita!

Abuela.—A las pobres almas como la tuya no les pido más que aquello que pueden dar; y al fin y al cabo, entiendo que valen más las apariencias que nada. Sí, prefiero un hombre que vaya á la iglesia á uno que no ponga en ella los pies.

Nieto.—¿Aunque ese hombre no rece?

Abuela.—Aunque no rece.

Nieto.—¿Y aunque en la iglesia piense en otras cosas, en cosas profanas?

Abuela.—Aun así.

Nieto.—¡Oh! ¿Pero si ofende á Dios?

Abuela.—Le ofenderá menos que no asistiendo al templo. Por imperfecto que sea, por poco que haga, el acto será meritorio á los ojos de Dios. No puedes figurarte hasta qué punto Dios es tolerante.

Nieto.—Puede serlo; yo soy más exigente que él, desde el punto de vista de mi dignidad humana y de la propia estimación, y no iré á la iglesia hasta el día en que estaré en condiciones de rezar como tú, es decir, perfectamente convencido. Pero mientras continúe siendo como soy, Dios no me tendrá.

Abuela.—¡No digas estas cosas!

Nieto.—Es que las pienso.

Abuela.—Pues no las pienses.

Nieto.—Esto se dice muy fácilmente. Además, te lo confieso, todas esas cosas me son indiferentes, pero indiferentes hasta un punto tal que no puedes formarte de ello idea.

Abuela.—¡Oh, Dios mío!

Nieto.—¡Dios, la vida futura, la inmortalidad del alma, el infierno, el paraíso, el purgatorio, nuestra santa madre la Iglesia, el Santo Padre!.. Todas estas son cosas ante las cuales me inclino con respeto, pero en las cuales no pienso una vez al año y de las que prescindo sin remordimientos... No diré que sea yo un dechado de perfecciones y de bondades; pero sí afirmo que no soy malo y que no daño ni disgusto á nadie.

Abuela.—Me disgustas á mí.

Nieto *(afectuosamente)*.—¡Oh, pero tú eres mi

buena abuelita, y contigo nada reza! Además, haga uno lo que haga, á los padres siempre se les disgusta; esta es la vida. Si los padres no tuvieran hijos, gozarían de una felicidad absoluta.

ABUELA.—¿Pero qué hay que hacer para que te conviertas en otro hombre, en un hombre nuevo?

NIETO.—No soy yo quien pueda decírtelo.

ABUELA.—Rezo tanto, que Dios al fin me escuchará.

NIETO.—¿Lo crees así?

ABUELA.—Estoy segura de ello.

NIETO.—Veremos.

ABUELA.—No lo veré yo porque soy demasiado vieja..., á no ser que los muertos..., lo que no es imposible.

NIETO.—Pero en resumen, ¿qué hallas en mí de censurable?

ABUELA.—Que no quieras creer, que no tengas el deseo ó, en su defecto, el remordimiento... ó á lo menos el pesar, un pesar ligero de no tener las creencias de tu abuela. He aquí lo que me apesadumbra.

NIETO.—Mi padre y mi tío no son más cristianos que yo.

ABUELA.—Y bien lo sienten.

NIETO.—¿Cuándo?

ABUELA.—Algunas veces.

NIETO.—No muchas.

ABUELA.—Más de las que te figuras. Preocúpales la razón de la vida, y tu padre, á medida que los años pasan, se inquieta por el porvenir.

NIETO.—Lo que prueba que se hace viejo y que se entristece. Cuando yo tenga sus cincuenta y cinco años, entonces será ocasión de ir á vísperas. Además, á todo el mundo le pasa lo mismo; yo no soy una excepción, soy toda la Francia, el mundo entero. Porque, en suma, querida abuelita, yo no quisiera molestarte ni abusar de mi superioridad, porque te quiero mucho y porque tu fe es tan conmovedora como inofensiva..., pero ¿quieres decirme, aparte de la misa de moda del domingo, la de la una, á quién se ve en las iglesias? A nadie; únicamente á pobres que se calientan en invierno y toman el fresco en verano; cocineras, gentes de ínfima categoría; y siempre mujeres, nunca hombres, ó muy pocos, y aun éstos viejos gotosos, que tienen un pie en la sepultura, hombres que ya no son de este mundo. Recuerdo que las pocas, poquísimas veces en que, huyendo de la lluvia, he entrado en una iglesia, en horas en que no hay misas, sólo he visto á dos ó tres infelices que parecían jugar al escondite detrás de las columnas.

ABUELA.—Porque no has mirado bien; yo siempre he visto mucha gente en las iglesias á todas horas. Date una vuelta por Nuestra Señora de las Victorias y te edificarás. Eres un niño y no dices más que barbaridades. ¿Pretendes ser la Francia entera? ¡Me harías reir, si tuviese ganas, con tu iglesia asilo de los desarrapados y de los tontos! Quisiera que hubieses estado ayer en San Felipe; cierto que había pobres ¡oh, muchos! que se sienten allí en su casa; también había allí cocineros, criados...

NIETO.—¿Qué van á hacer allí?

ABUELA.—Aprender á servirnos, porque tanta paciencia necesitan ellos para soportarnos á nosotros como nosotros para aguantarles á ellos. Pero además había mujeres de todas clases y condiciones, millonarias, marquesas, menestralas, enlutadas unas, con trajes de color de rosa otras, sombreros de diez luises y cofias de diez sueldos. Todas aquellas gentes habían pagado su silla para oir al P. Roque, cuyo sermón te habría interesado y quizás enmendado, aunque hagas esa mueca. Y en cuanto á los hombres, que, según tú, no van á la iglesia, también los había, y no pocos, y te quedarías admirado si te los nombrase: hombres de mundo, políticos, magistrados, senadores, militares, escritores.

NIETO.—Irían como se va al teatro á oir al tenor. ¡La moda!

ABUELA.—No creo que fuese esta la única razón de su presencia allí, porque se quedaron después del sermón para las oraciones finales y la bendición. Si hubieses estado allí te habrías sorprendido de ver cómo hacían la señal de la cruz manos que estrechas en las carreras de caballos y en los teatros. Todo el mundo va á la iglesia, pobre niño mío, en un momento dado; cada cual tiene su hora marcada en el «despertador» y que suena más ó menos tarde. También tú irás pronto á la parroquia; te lo predigo.

NIETO.—No lo creas.

ABUELA.—Sí, y más pronto de lo que te imaginas.

NIETO.—¿Quién me obligará á ello?

ABUELA.—Yo. Irás con motivo de mi entierro. Dentro de ocho días cumplo ochenta y tres años. ¡Vaya si irás á la iglesia! E irás detrás de mí con el sombrero en la mano y antes del próximo Domingo de Ramos rociarás mi cuerpo con agua bendita.

NIETO.—¿A qué hablar de esto? ¿Qué quieres que te conteste ahora? No es leal hacerme pensar en tu muerte para hablarme de religión; es lo mismo que la carta forzada de los prestidigitadores. Puesta la cuestión en este terreno, nada puedo contestarte. Es como hablar á la gente del desquite y de la bandera; con esto se pone término de repente á cualquier discusión.

ABUELA.—Calla y dame un beso. Eres execrable y sin embargo te quiero; al fin y al cabo eres mi nieto. ¿Ves ese libro mío cubierto de paño negro, del que tanto te burlas, con su goma y sus estampas que no dejan que se cierre bien?

NIETO.—Sí.

ABUELA.—Es mi «Imitación de Jesucristo.» Pues bien, te jugaré una mala pasada; á mi muerte te lo legaré, y tengo la seguridad de que lo guardarás con el mayor cuidado. Y día llegará en que lo leerás; más adelante, cuando seas viejo tú también... Lo leerás llorando; buscarás en vano el sonido de mi voz..., querrás recordar... ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántas lamentaciones! Te sentirás invadido por una ola de amargura y ya no estarás á tiempo. Digo mal, sí estarás á tiempo, porque para esto siempre se está. ¡Cómo me amarás entonces! ¡Cómo me indemnizarás de lo que me haces sentir ahora! Te compadezco, hijo mío, sólo de pensar cuánto sufrirás por haberme hecho sufrir. Me pedirás perdón, que desde este instante para entonces te concedo. Pero cree que en Francia la gente va todavía á la iglesia, tanto y más que á Folies Bergeres. La iglesia está ahí, con sus puertas abiertas para todo el mundo; es la casa, la habitación, la estancia en donde se refugia el alma dolorida. La iglesia es la mitad, cuando menos, de la patria. ¡Ea, adiós, hijo mío!

ENRIQUE LAVEDÁN.
(de la Academia Francesa.)

La resurrección de Lázaro (fragmento), cuadro de Eduardo de Gebhardt

PINTURAS RELIGIOSAS DE GEBHARDT

El famoso pintor alemán Eduardo de Gebhardt es el artista que mejor ha sabido poner al alcance del pueblo de su patria las enseñanzas de la religión cristiana, exteriorizadas con un sentimiento de verdad hondamente impresionante y con un arte, mezcla de realismo y de simbolismo claro, inteligible para todos. Es un intérprete admirable de las Sagradas Escrituras en quien se aunan la educación artística y la fuerza de una fe poderosa inquebrantable.

Sus obras son profundamente religiosas y en ellas se admira un estilo propio que se preocupa sobre todo de la expresión, es decir, de los rostros y de las actitudes de los personajes que en sus cuadros figuran, ahondando en la psicología de los mismos, penetrando hasta en lo más íntimo de sus almas.

Otra de las características de las obras de Gebhardt es la grandiosidad de la composición; esta cualidad se advierte especialmente en las pinturas murales que ha ejecutado recientemente para la iglesia de la Paz de Dusseldorf, y en las que alternan los asuntos tomados del Antiguo con los del Nuevo Testamento. Dos de estas pinturas las reproducimos en el presente número; también reproducimos un fragmento de *La resurrección de Lázaro*, que con razón se considera como una de sus obras maestras.—P.



CRISTO ATADO A LA COLUMNA, cuadro de Antonio Fabrés,

premiado con primera medalla en la Exposición de San Luis (Missurí) de 1908

La expedición inglesa al Polo Antártico que ha llegado más allá del paralelo 88° Sur

Hace pocos días, el *Daily Mail* de Londres publicó una noticia que causó verdadera sensación en el mundo científico: la de que el teniente Shackletón,

El teniente E. H. Shackletón, jefe de la expedición

jefe de la expedición antártica inglesa, había llegado á los 88° 23′ de latitud Sur, es decir, á 178 kilómetros del polo austral, ganando, por consiguiente, 678 kilómetros sobre el explorador Scott que, siendo el que más había avanzado hasta ahora en las tierras antárticas, no había pasado, en 1902, de los 82° 17′ de latitud Sur.

La expedición Scott había tenido que detenerse poco después de pasada la gran barrera y en medio del ventisquero, al fin del cual se alzaba una cordillera que cerraba totalmente el horizonte de Oeste á Este. Shackletón, que formaba parte de la misma, regresó á Inglaterra casi moribundo, pero con la esperanza de alcanzar el polo si podía contar con los recursos necesarios; y apenas repuesto, se dedicó con alma y vida á organizar una nueva expedición, que el día 30 de julio de 1907 salió á bordo del *Nimrod,* con dirección al polo antártico. Proponíase el explorador establecerse en la tierra del rey Eduardo VII, al Este de la gran barrera, y desde allí encaminarse al Sur; pero habiéndose visto el *Nimrod* detenido en aquella dirección por los bancos de hielo, Shackletón se instaló, á principios de 1908, en la tierra Victoria, en el abra en donde había permanecido la expedición Scott desde 1902 á 1904.

El 3 de noviembre de 1908 Shackletón emprendió la marcha hacia el Sur con tres compañeros, llevándose víveres para ochenta días conducidos en trineos arrastrados por poneys, y veintitrés días después dejaban atrás el punto extremo alcanzado por Scott en 1902. Más allá, el camino hacíase en extremo difícil á causa de las altas montañas, de los inmensos ventisqueros llenos de grietas, de los terribles temporales de nieve y de la temperatura, que á veces llegó á 40° bajo cero. A pesar de tales dificultades, la caravana siguió avanzando hacia el polo, viéndose los exploradores obligados á reducir las raciones, pues los víveres escaseaban.

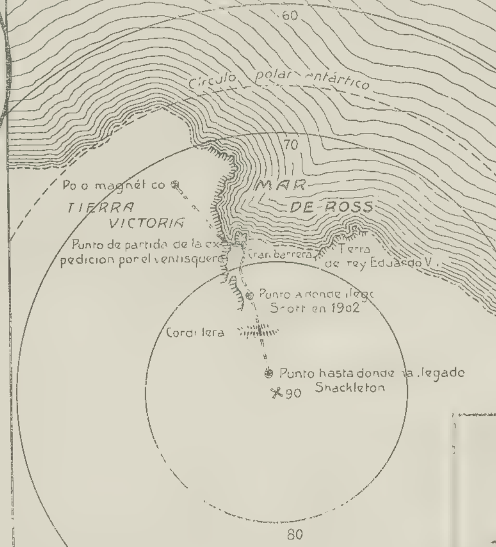
Shackletón y sus compañeros, enteramente extenuados, hubieron de detenerse en el paralelo 88° 23′ Sur, cuando sólo les separaban del polo 178 kilómetros. Poco después emprendieron el regreso, llegando á sus cuarteles de invierno en 1.° de marzo último.

Los expedicionarios han realizado importantes descubrimientos zoológicos y observaciones geológicas de grandísimo interés.

Uno de los episodios más interesantes fué la ascensión al monte Erebo, cuya cima alcanzaron después de tres días de marcha y cuya constitución geológica pudieron estudiar detenidamente. El Erebo es de todos los volcanes del mundo el situado más hacia el Sur; cuando los exploradores llegaron al cráter, escapábanse de éste hasta una altura de más de 600 metros columnas de agua mezcladas con gases sulfurosos. Las peripecias de aquella penosa ascensión fueron reproducidas por medio del cinematógrafo.

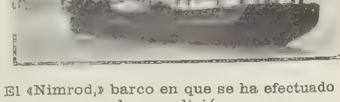
Además se han descubierto yacimientos de hulla en las altas montañas que la expedición encontró al Oeste de la tierra Victoria. Las observaciones meteorológicas realizadas por los exploradores han venido á echar por tierra la teoría según la cual debía haber alrededor del polo Sur una zona atmosférica sin corrientes de aire.

Al mismo tiempo que Shackletón y sus acompañantes efectuaban esa magnífica exploración, otro grupo de expedicionarios realizaba una marcha no menos extraordinaria en dirección Noroeste, llegando al polo magnético antártico y recorriendo una inmensa región hasta entonces desconocida.



Croquis en que está señalado el punto adonde ha llegado la expedición, más allá del paralelo 88° Sur

Los compañeros de expedición del teniente Shackletón son: el teniente J. B. Adams, geólogo meteorologista; sir F. Brocklehurst, geómetra; Mr. Jaime Murray, biólogo; el doctor Michel, médico, y míster Enrique Marshall, cartógrafo. —S.



El «Nimrod,» barco en que se ha efectuado la expedición

EL CANAL DE RIEGO

DE LA IZQUIERDA DEL EBRO

Pocas compañías habrá habido en España de historia tan llena de vicisitudes como la de la canalización del Ebro. Creada en 1852 para hacer navegable este río desde Zaragoza al mar, pronto hubo de convencerse de la imposibilidad material y económica de realizar dicha navegación, y dedicó toda su actividad á la explotación de los riegos por medio del canal llamado de la derecha, que convirtió en magníficas huertas y productivos arrozales 11.000 hectáreas de tierras antes incultas.

Para completar su obra faltábale construir el canal de la izquierda, que fuese para aquellos terrenos lo que el otro había sido para los del lado opuesto; su situación económica, por un lado, y las circunstancias especiales y dificilísimas por que atravesó su existencia legal, por otro, impidiéronle, sin embargo, durante cerca de medio siglo llevar á cima tal empresa. Al fin, gracias á su perseverancia y gracias también á la bondad de su causa, ha logrado vencer tantas y tan grandes dificultades, muchas de ellas tenidas por insuperables, y hoy es ya el comienzo de una realidad y será en breve una realidad completa lo que por tanto tiempo acariciaron como esperanza fecunda en beneficios, no sólo la citada compañía, sino también la comarca de Tortosa, á la que tan inmensas ventajas ha de reportar aquella obra. Ello se deberá en principalísima parte al acaudalado y experto financiero barcelonés D. Francisco de P. Romañá, vocal del Consejo de Administración de la compañía y verdadera alma de la empresa, al servicio de la cual ha puesto su inteligencia, su actividad y su energía extraordinarias, á la vez que sus grandes medios económicos, logrando, por decirlo así, resucitarla y ponerla en el estado floreciente en que en la actualidad se halla.

Puestas de acuerdo la Real Compañía de Canalización y Riegos del Ebro y la Comunidad de Regantes Sindicato Agrícola del Ebro, poderosa y prestigiosa entidad que preside el distinguido abogado dertosense y ex diputado á Cortes D. José Cañé y de la que forman parte los más acaudalados propietarios y las más notables personalidades de la comarca, comenzóse hace poco menos de un año por la citada compañía la construcción de las obras del canal de la izquierda, bajo la dirección del notable ingeniero del cuerpo de Caminos, Canales y Puertos D. Rafael Izquierdo y Jáuregui.

El nuevo canal, como el de la derecha, toma el agua del azud de Cherta, grandiosa presa de 300 metros de longitud y cinco de altura, de cuya importancia da perfecta idea la vista general que en la página siguiente publicamos, y la longitud total del mismo con las acequias complementarias será de 64 kilómetros, pudiendo regarse con él una superficie de 13.000 hectáreas. En los primeros 26 kilómetros la sección es de forma trapezoidal, de 8′50 metros en la base, 2′90 metros de altura y taludes inclinados al uno por uno; en el resto, las secciones son menores.

Las aguas van á parar al Mediterráneo, á 54 kilómetros de la presa.

Para dar paso al canal se hacen necesarios cuatro túneles, todos en construcción adelantada, que tienen 1.100 metros el primero, 235 el segundo, 85 el tercero y 1.400 el cuarto, que pasa por debajo de los castillos y antiguas fortificaciones de Tortosa; todos estos túneles quedarán terminados en el presente año.

Además hay que construir más de 100 pasos para restablecimiento de servidumbres, cinco importantes sifones para cruzar cauces de barrancos y un paso de 114 metros de longitud por debajo de la línea del ferrocarril.

El volumen de las tierras á remover, sin contar los túneles, excede de dos millones de metros cúbicos.

El presupuesto total de la obra asciende á 10 millones de pesetas, de los cuales hay invertidos ya tres y medio.

Las obras del nuevo canal, que comenzaron en mayo de 1908, quedarán terminadas por todo el año actual, es decir, tres años antes del plazo señalado en la ley de concesión, caso tal vez único en España en obras de tanta magnitud como la que nos ocupa.

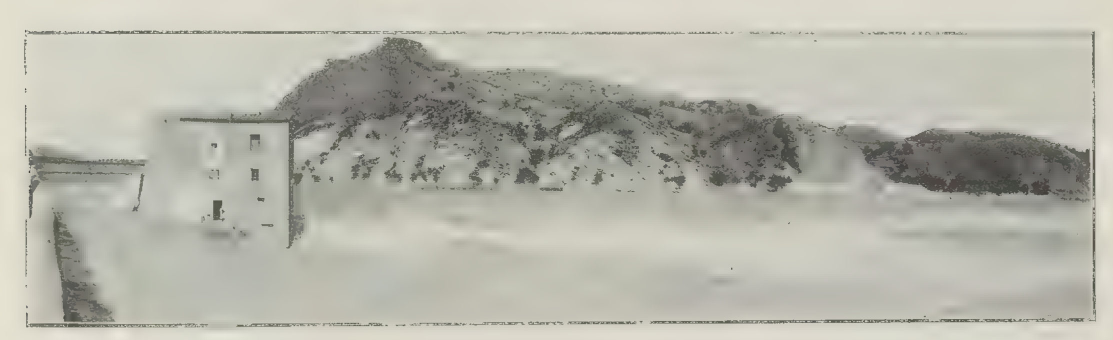
La comarca de Tortosa está, pues, de enhorabuena; con ella lo está también todo el país, ya que con esta obra, eminentemente fomentadora de la agricultura, aumentará por modo considerable la riqueza nacional.—B.

EL CANAL DE LA IZQUIERDA DEL EBRO, EN LA COMARCA DE TORTOSA

(De fotografías de Castellá.)



Vista de la presa y de la toma de aguas del canal de la derecha.—Compuertas y entrada del canal de la izquierda



Vista general de la presa de Cherta en donde toman el agua los dos canales, el de la derecha y el de la izquierda



Vista parcial de la presa de Cherta, tomada desde la orilla derecha.—Boca de entrada del túnel de Tortosa de 1.400 metros



EL SERMÓN DE LA MONTAÑA,

pintura mural de la iglesia de la Paz de Dusseldorf, obra de Eduardo de Gebhardt



EL BAUTISMO EN EL JORDÁN,

pintura mural de la iglesia de la Paz de Dusseldorf, obra de Eduardo de Gebhardt

D. FRANCISCO GONZÁLEZ GUINÁN

El actual ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela encargóse de esa cartera en circunstancias muy difíciles, cuando sobre aquella república pesaban importantes reclamaciones de carácter internacional, entre las que revestían especial gravedad las formuladas por los Estados Unidos en favor de varias compañías, y cuando la substitución en la presidencia del general Castro por el encargado de la misma, general J. V. Gómez, determinaba una situación anómala en aquel Estado.



D. Francisco González Guinán,
ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela

El Sr. González Guinán, después de largas negociaciones, consiguió firmar en 13 de febrero último con el representante norteamericano un protocolo en que todas aquellas reclamaciones han sido solucionadas satisfactoriamente y de una manera honrosa para ambos países, mereciendo el arreglo concertado universal aceptación.

Hombre ilustradísimo, miembro de número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, débele su patria importantes trabajos, siendo sin duda uno de los principales servicios que á su país ha prestado el haber hallado y dado á luz el libro segundo de actas del Congreso Constituyente de Venezuela, que contiene, entre otras, el Acta solemne de la Independencia de aquel Estado.

El Sr. González Guinán es un gran amigo de España. En una carta recientemente escrita á un amigo suyo y que tenemos á la vista, decía: «Me he interesado en que Venezuela tenga en España alguna representación diplomática, y por el pronto he conseguido que el actual Cónsul general en Madrid, Sr. Dr. Rizques, sea elevado á la categoría de Encargado de Negocios. Ojalá que más adelante pueda lograr una Legación de primera clase, porque tengo la convicción de que estas Repúblicas hispano-americanas deben marchar en estrecha unión con la madre patria.»

D. JOSÉ ALEMANY

El ilustre filólogo y sabio catedrático de la Universidad Central que recientemente ha sido recibido en la Real Academia Española, es uno de los más elocuentes ejemplos de que el talento, el amor al estudio, la abnegación y la fuerza de voluntad pueden vencer cuantos obstáculos se oponen al levantado propósito de conquistarse un nombre y elevar al más humilde hasta los puestos más eminentes.

D. José Alemany y Bolufer nació en Cullera y cursó el primer año de latinidad en el Seminario de Valencia; pero hubo de interrumpir sus estudios para ayudar á sus padres en las faenas del campo, contribuyendo así al sostenimiento de su modesta familia. Por las noches, sin embargo, se dedicaba á enseñar á leer y escribir á algunos niños del barrio en que habitaba.

Sus padres, en vista de sus felices disposiciones, quisieron que reanudase sus estudios, y haciendo un esfuerzo lo matricularon en un colegio de Sueca, en el cual realizó tales progresos que en los exámenes obtuvo notas de sobresaliente, premios, una modesta pensión y libros y matrículas gratis para el siguiente curso. Es de advertir que Alemany seguía viviendo en Cullera con sus padres y que Sueca dista de aquel pueblo siete kilómetros, de modo que el joven estudiante tenía que recorrer todos los días 14 kilómetros.

Faltábanle dos años para terminar el bachillerato cuando cayó soldado, y entonces, haciendo un extraordinario esfuerzo, logró aprobar, en 1885, las asignaturas de los dos cursos.

Ingresó en filas, y habiendo conseguido ser destinado á prestar servicio como ordenanza en la capitanía general de Barcelona, emprendió en esta capital el estudio de la licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras. Para esto, comer y vestirse, no contaba más que con el pan de munición que le daban todos los días en el cuartel, las 14 pesetas que cobraba al mes por estar rebajado de rancho, y 15 que á durísimas penas le enviaban sus padres.

Así estudió la carrera, y lo hizo con éxito tan brillante, que como recompensa recibió la licencia del servicio y la encomienda de Isabel la Católica.

Después se doctoró en Madrid, y dos años más tarde, en 1891, obtuvo por oposición la cátedra de la Lengua griega en la Universidad de Granada, que desempeñó hasta que, en nueva oposición, fué nombrado para la misma cátedra en la Universidad de Madrid.

El Sr. Alemany veía así coronados sus esfuerzos; pero no se contentó con eso. Siguió trabajando, ampliando cada día más sus estudios, profundizando en el conocimiento de la Filología, y la reputación que tan merecidamente hubo de alcanzar, le ha llevado á la Real Academia Española.

Su discurso de ingreso en la docta corporación ha versado sobre «El orden de las palabras en la frase,» y es un estudio profundo, eruditísimo y abundante en sabias observaciones y consideraciones personales, de un problema filológico en alto grado interesante y hasta ahora no tratado por nadie. El académico Sr. Commelerán, contestando á ese discurso, lo ha calificado en los términos siguientes: «Por la sencillez, concisión y claridad en la exposición de asunto tan complicado y difícil; por la solidez y encadenamiento lógico de los raciocinios; por la copia y variedad admirable de los datos, hechos y observaciones aducidos, y hasta por el procedimiento rigurosamente científico y verdaderamente racional seguido en el desarrollo de su tesis, sin temor de que califiquéis de hiperbólicas mis palabras, yo me atrevo á afirmar que en el discurso que, para su recepción en nuestra Academia, ha leído el señor Alemany, se contiene un interesantísimo capítulo, que á Bopp se le olvidó escribir en su monumental y clásica *Gramática comparada* de las lenguas indo-europeas.»

D. José Alemany y Bolufer, ilustre filólogo, catedrático de Lengua griega de la Universidad central y recientemente recibido en la Real Academia Española. (De fotografía.)

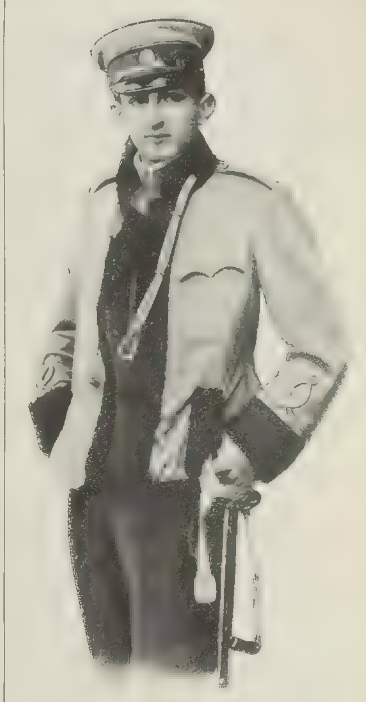
EL PRÍNCIPE JORGE DE SERVIA

El príncipe heredero de Servia, de quien tanto se ha hablado con motivo del conflicto austro servio, ha renunciado todos sus derechos á la corona. Las causas de esta renuncia se han explicado de diversos modos: según unos, los rumores propalados con motivo de la muerte de su ayuda de cámara Kolakovitch han determinado aquella resolución del príncipe, por creer éste que el gobierno no le ha defendido, cual debía, de las acusaciones contra él lanzadas en esta ocasión; según otros, la razón de la renuncia ha sido el desencanto que ha tenido el príncipe al saber que Rusia aceptaba la anexión de la Bosnia y de la Herzegovina al Austria. Cuentan los que esto sostienen que al enterarse Jorge de aquella noticia, montó en cólera y exclamó: «¿Por qué fuí á San Petersburgo? ¡He aquí cómo satisface el tsar las esperanzas del pueblo servio!»

Conocido el carácter belicoso del príncipe y teniendo en cuenta que todas las diligencias practicadas sobre el fallecimiento de Kolakovitch parecen demostrar que éste murió á consecuencia de un accidente fortuito, es muy probable que esta última versión sea la verdadera.

En la carta renuncia dirigida al ministro presidente Novakovitch, el príncipe dice: «Renuncio á todos los derechos que la Constitución y las leyes del país me han concedido. Declaro al mismo tiempo que me esforzaré, en lo sucesivo, en servir á mi patria como soldado y ciudadano.»

La abdicación del príncipe Jorge, que ha sido admitida por la Skuptchina, ha consternado al partido belicoso de Servia.



El príncipe Jorge de Servia
que recientemente ha renunciado sus derechos de heredero de la corona. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Un joch de cartas ó memorialistas ab lletra menuda*, sainete en un acto de Manuel Folch y Torres; y en la Gran Vía *Porta Cœli*, zarzuela fantástica en dos actos y siete cuadros de Eduardo Escalante, música del maestro Peydró.

En el Liceo ha dado la Asociación Musical los dos conciertos últimos de esta temporada, habiéndose estrenado en ellos un fragmento del poema sinfónico *La Divina Comedia*, de Conrado del Campo, y *Catalonia*, boceto sinfónico de Albéniz, obras ambas notabilísimas y que obtuvieron entusiastas aplausos. Además se ejecutaron: *El camí* de Pahissa, la *Cuarta Sinfonía* de Schumann, el *Scherzo* de Glazunow, *Psique y Eros* de César Franck, *Siegfried Idyl*, las oberturas del *Buque fantasma* y de *Los Maestros cantores*, el preludio de *Parsifal*, los *Murmullos de la selva* y la *Muerte de Isolda* de Wágner, y dos bellísimos *lieder* del maestro Lamothe de Grignón, que cantó muy bien la señorita Aleu. Todas estas piezas fueron admirablemente tocadas y calurosamente aplaudidas. La Asociación Musical puede estar satisfecha de la campaña realizada, y el público ha de agradecer una vez más los esfuerzos que tan benemérita entidad hace en pro del gran arte y por la altísima obra de cultura que desde hace tanto tiempo viene realizando, bajo la inteligente dirección del notable maestro é inspirado compositor Sr. Lamothe.

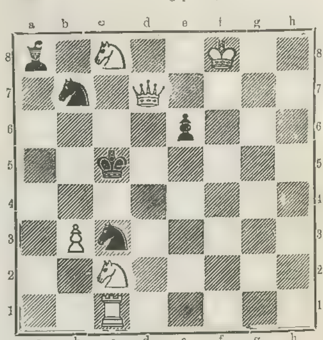
En el Palau de la Música Catalana ha dado el *Orfeó Catalá* un concierto en el que, bajo la dirección del maestro Millet, ha ejecutado con su habitual maestría piezas de Brudieu, Mas y Serracant, Romeu, Morera, Dalcroze, Berlioz, Nicolau, Saint-Saens, Clavé, Flecha, Hændel y Strauss.

MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en el Español *La Regencia*, comedia anecdótico-histórica en tres actos y un prólogo de Juan Antonio Cavestany y Carlos Fernández Shaw; en Lara *La sombra del padre*, comedia en dos actos de Gabriel Martínez Sierra; en la Comedia *La baronesa de Villiers*, comedia en un acto de Alberti; en el Cómico *Piel de oso*, zarzuela en un acto de López Barbadillo y Angel Custodio, música del maestro Bretón; en Eslava *Ninfas y sátiros*, zarzuela en un acto de López Silva y Pellicer, música del maestro Lleó; y en Romea *Juego de almas*, comedia en un acto de Valero Martín, y *Bodas celestes*, apunte de comedia de Vicente Almela.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 517, POR V. MARÍN

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 516, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. T c 2 - g 2	1. Cualquiera.
2. D 6 C mate.	

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Luciano se apoderó de la cartera y la ocultó debajo de su gabán, dejado abierto adrede

El joven no contestó á sus caricias; parecía hallarse bajo la impresión de una preocupación penosa.

—¿Qué tienes?, preguntó ella después de haber cerrado la puerta. Dime lo que tienes.

Le tenía abrazado, mirándole en los ojos, cuyas miradas se desviaban.

—Nada, contestó él al fin, de mal humor; nada.

—Entonces, ¿por qué te veo así? ¡Ni siquiera me besas!..

Luciano le dió un beso, esforzándose por sonreirse; pero su sonrisa no era franca.

—No seas criatura, dijo; si me hubiese sucedido algo, ¿no te lo diría?

—¿No has tenido ningún disgusto?

—Ninguno.

—¡Ah, has visto á papá!.., exclamó entonces Juana, como inspirada. Eso es, ¿verdad?.. Habréis tenido una discusión...

—No, no le he visto.

—¿De veras?

—Te lo juro. Anda, ven, comamos, añadió el marido; á escape, porque llevo prisa.

—Cómo, ¿vas á salir otra vez?, preguntó Juana, dolorosamente estupefacta.

—Es preciso, contestó él; lo he prometido; tengo un coche que me espera.

—¿Adónde vas á ir?

—A encontrar un amigo... para un negocio.

—¿Qué amigo?.. ¿Quién?..

—No le conoces, contestó Luciano en un tono al que consiguió dar mayor naturalidad á fin de tranquilizar á su esposa; un amigo de la infancia..., un antiguo compañero de regimiento...

—Nunca me has hablado de él.

—No... Le he visto hoy por primera vez después de mi licenciamiento. Se llama Alberto de Maurens, un muchacho de muy buena familia que prestaba su servicio voluntario de un año en mi regimiento y que acaba de ser licenciado.

—Pero no es por eso por lo que estás tan preocupado... Parecías tener un grave disgusto ..

—¿Estás loca, mujer?, dijo el marido. Mi disgusto era por llegar tan tarde... Estaba seguro de que me estarías aguardando con ansiedad... También me disgusta el tener que salir otra vez.

—¿Volverás tarde?

—No sé.

—¿Adónde vas con ese amigo?

—Hemos de pasar la velada juntos y nada más.

---

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Mientras ella daba algunas órdenes, Luciano de Favreuse entró en su cuarto, abrió rápidamente su pequeño secreter de marquetería, sacó un *carnet* de cheques y se lo metió en un bolsillo del gabán, que se quitó luego tirándolo sobre una silla del comedor.

Paulina había servido la comida, conservada caliente al lado de los fogones.

Los esposos apenas despegaron los labios, al menos durante el primer servicio. Luciano comía apresuradamente y Juana no se atrevía á preguntarle.

Luego ella refirió su visita á los Landry, sin hablar de su intención, no realizada, de ir al encuentro de su padre. Pero su marido apenas la escuchaba, y tan pronto como hubo terminado de comer, tomó una copa de ron en vez de la taza de te habitual, tiró la servilleta sobre la mesa, sin haberse tomado el trabajo de doblarla, y sin encender un cigarrillo, él que fumaba siempre de sobremesa, se levantó, cogió su gabán y su sombrero, dió un beso á Juana y partió.

—¡Vuelve lo más pronto posible!.., imploró la joven acompañándolo hasta la puerta.

—Sí, sí.., tan pronto como pueda, dijo él bajando precipitadamente la escalera.

Subió al *fiacre* que le esperaba.

—Bulevar de los Italianos, de donde vinimos, indicó al cochero. ¡De prisa!

Arriba, sola, desolada, Juana se preguntaba:

—Pero ¿qué pasa?.. ¡Nunca le he visto así!..

Sentía una amenaza indefinible, un peligro vago, que se aproximaba y cuyo presentimiento le oprimía el corazón.

Creyó un momento que su marido no le había dicho la verdad.

Los celos, instintivamente, la mordían.

—Ese amigo de quien nunca me habló... ¿Será verdad?.. ¡Dios mío, si ya no me amará!..

Entonces acudieron vagamente al espíritu de la joven los presagios funestos de su padre.

Le había dicho que sería desgraciada.

Pero no, no quiso atormentarse con aquel dolor y rechazó tan tristes pensamientos, desmintiéndose á sí misma sus locas aprensiones, tranquilizándose con todos los razonamientos posibles, pero conservando á pesar de todo aquella impresión dolorosa del primer momento, tanto más penosa cuanto que no sabía á qué atribuirla.

Luciano no había mentido al hablar de Alberto de Maurens.

Apenas lo había conocido en el regimiento, pues no pertenecía al mismo batallón que él; pero licenciados ambos, se habían reconocido al encontrarse de nuevo, y habían trabado amistad.

Alberto de Maurens, de una excelente familia de Tolosa, vivía en París, so pretexto de estudiar leyes, pero en realidad no hacía más que gastar alegremente la opulenta pensión que su padre le pasaba.

El juego, á que Luciano era aficionado, convirtióse rápidamente en una pasión al contacto de aquel amigo, que era socio de un círculo en que florecían el *baccará* y el *ecarté*.

Aquel día, el marido de Juana había perdido más de lo que llevaba, y había vuelto á su casa con el principal objeto de llevarse el talonario de cheques, á fin de tomar la revancha y recuperar su pérdida.

Toda la fortuna de Juana, su patrimonio materno, había sido convertido en metálico y depositado en el Banco, de esa manera práctica y corriente que ofrecen la cuenta de depósito y la institución de los *carnets* de cheques. La hija de Laroche, á instancias de su marido, había firmado los documentos para la venta de los valores nominales que el Sr. Verdelet conservaba antes de su matrimonio y le había entregado después.

Había que vivir. Porque los doscientos francos mensuales del diputado á quien Luciano servía de secretario no eran suficientes.

«¿Pero qué importaba?—pensaba Juana á la instigación del miserable. - ¿Acaso su marido no se crearía un día ú otra una posición brillante? ¿Y la fortuna de su padre no pasaría al fin y al cabo á manos de ella?»

Se comían, pues, el capital sin echar cuentas, pues la joven permanecía ajena á la cuestión de números.

Los doscientos francos de sueldo de Luciano ya no existían, sin que ella lo supiese, pues hacía dos meses que él había abandonado su plaza, porque le parecía más sencillo y agradable jugar que trabajar.

El juego, al principio, le había sido favorable; pero ahora la suerte, siempre propicia para los neófitos, se le mostraba adversa.

Hacía ocho días que Luciano perdía «todo lo que quería» y mucho más.

Juana aún no había notado nada, porque su marido sólo jugaba por las tardes.

Aquella noche perdió una cantidad considerable, cerca de veinte mil francos, que pagó orgullosamente con un cheque, extendido y firmado en el acto, sobre la mesa de juego.

Esto le valió prestigio y también un aumento de desgracia, pues desde el momento que le supieron acaudalado, cuando corrió la voz de que el cheque había sido pagado á la vista por el Crédito Lyonés, afluyeron los puntos cada vez que él tallaba.

En dos meses perdió trescientos mil francos.

La pobre Juana nada sospechaba. No había indicio que pudiese revelar á su inexperiencia de la vida aquella culpable dilapidación de su fortuna.

Poco á poco, aunque muy afligida por ello, se resignó á las ausencias nocturnas de su marido. Puesto que sabía adónde iba..., puesto que pasaba sus veladas en el círculo, con sus amigos... No se puede retener constantemente á un hombre en casa Es con frecuencia el medio de perderlo.

Paulina le decía todo esto y ella se lo creía.

Por lo demás, su «Edmundo» seguía queriéndola; se lo repetía y se lo probaba con sus besos y sus protestas de amor.

Por otra parte, se había operado en ella un cambio profundo, en vísperas del momento tan deseado de su maternidad. Hacíase en todo su ser una evolución cada día más completa.

Ya no se sentía sola, ahora que vivía y se agitaba en ella la criatura que pronto iba á tener en sus brazos y que le devolvería el afecto de su padre.

La desgraciada no asistió á la desaparición completa de lo que poseía.

Siempre había dinero en casa, que el mismo Luciano entregaba á Paulina. Juana no se preocupaba de otra cosa.

No supo que el trimestre de alquiler que vencía en octubre no había sido satisfecho á la dueña de la casa. Queriendo disponer de algunos centenares de francos para tentar fortuna, Luciano había dicho á la casera que, á causa de la baja de valores que no quería vender con pérdida, tropezaba con algunas dificultades de momento y prometió pagar el alquiler antes de fin de año.

Juana creyó también que era para mayor comodidad y para mayor regularidad el haber dispuesto su marido que Paulina tomase libretas en algunas tiendas donde hasta entonces se había pagado al contado.

La pobre lo supo todo á lo último, por una revelación fulminante.

Era en vísperas de Navidad.

Todo el día, asediada por dolorosos pensamientos, Juana se había estado acordando de su padre.

Por primera vez iba á pasar el día de Año Nuevo separada de él.

Esta perspectiva la llenaba de pesadumbre.

Luciano se retiró aquel día más temprano que de costumbre, casi á la hora de antes, á la hora de comer, cuando hacía cuatro meses que comía en el círculo.

Juana se disponía á regocijarse de aquel cambio, cuando, al besarle, le encontró la frente abrasada, la mano húmeda y febril, la mirada sombría, que él desviaba con embarazo.

Le preguntó, y como él buscase evasivas, ella insistió, poniéndole en el caso de tener que explicarse.

El tenía algún disgusto y ella quería saberlo.

—¿No es á mí á quien tienes que decir si sufres?, le preguntó teniéndole abrazado. ¿A quién se lo vas á decir? ¿Quién te consolará mejor que yo?

—Nadie, contestó entonces el miserable con voz sorda. Nadie...

—¡No, yo, yo!. ¡Ya verás! Dime, Edmundo, ¿qué tienes?

—Tengo... Tengo que todo está perdido, confesó al fin, con trabajo, pero cínicamente, sin remordimientos, con la sola pena de no poseer ya nada para jugar.

—¿Lo has perdido todo?, preguntó Juana que no comprendía. ¡Todo!.. ¿Pero qué? ¿Dinero?

—Todo cuanto poseíamos.

—¡Pero no es posible!

—He jugado.

—Sí... Comprendo..., pero seguramente te equivocas.

— No. Claro está que no ha sido esta noche, ni en un solo día...

—¿Luego jugabas... á menudo?

—Sí... ¿Qué quieres? Quería ganar dinero á fin de hacerte feliz, á fin de demostrar á tu padre que no necesitaba dinero suyo.

—¿Entonces?..

—¿Qué quieres que te diga?.., dijo el miserable, á quien enojaba el tener que rendir cuentas. Cuando uno juega, no calcula..., se embriaga... y espera siempre desquitarse...

—Pero nuestro dinero está en el Crédito Lyonés, dijo Juana.

—Ya no... ¡Toma!

Y Luciano tiró el talonario de cheques sobre la mesa.

—¡Y bien!.., replicó ella al ver algunos cheques en blanco.

—Eso no significa nada, contestó Luciano. Te digo que nada queda... Cuenta y verás.

En tal situación de ánimo, la pobre era incapaz de contar.

Sólo pensaba en el abatimiento de su marido, en su pena, de que ella participaba.

Tomó aquel aire abatido por una manifestación de arrepentimiento y aquel dolor por una saludable desesperación.

Entonces quiso consolarlo y darle ánimo.

Acercóse á él, le besó y le exhortó en estos términos:

—¡Bah, no se ha perdido todo!, le dijo. Te tengo á ti. Y todavía nos amamos... Mi amor te sostendrá. No hay que desesperarse... Si nada nos queda, nos impondremos algunas privaciones; economizaremos trabajando... Con tal de que yo te tenga á ti; con tal de que me quieras, ¿qué importa la fortuna?.. ¡Bah! Ya verás cómo soy animosa y fuerte... Y tan pronto como pueda te ayudaré..., trabajaré también... ¡Edmundo, no te dejes abatir así!.. ¡Edmundo..., Edmundo!.

Entonces el miserable se desprendió de los brazos de su mujer.

Y se levantó.

—¿Adónde vas?, preguntó Juana aún más inquieta á causa de su silencio y de la expresión más sombría de sus miradas.

Ella se disponía á seguirle.

—Quiero ver exactamente cuál es mi situación, contestó él volviendo á tomar de sobre la mesa el carnet de cheques.

—Sí, cuenta, dijo ella. Ya te decía yo que quizá te habías equivocado.

La pobre volvía á esperar. ¡Es tan fácil la esperanza en las crisis de supremo desaliento!

Y luego, semejante fortuna... Seguramente su marido debía estar en un error.

Le siguió á su cuarto, donde él abrió el pequeño secreter, y á su lado, observando todo lo que él hacía, le vió alinear cifras, que copiaba de las matrices del talonario de cheques, y sumarlas luego.

Estaba tan penetrada de él, y sólo de él, que no se asustó de aquellas sumas considerables, ni le espantó aquel total terrible que representaba su ruina.

A Luciano le había asaltado súbitamente la idea que aquella noche podía haber perdido más de lo que le quedaba y quiso comprobarlo.

Porque si en el último cheque entregado hubiese inscrito una suma superior á lo que poseía, la situación fuera grave.

Parecíale vagamente recordar que, según un cálculo hecho *in mente* el día antes, no le quedaban más que doce mil y pico de francos. ¿Cómo había podido olvidarlo y firmar un cheque de quince mil?

Pero quizá se había equivocado en su rápido cálculo de la víspera, hecho mentalmente. Para esto había querido comprobar.

Obtenido el total, el marido de Juana sacó de un cajón diversos papeles, las cuentas entregadas por el Sr. Verdelet cuando éste puso en manos del joven Favreuse la fortuna personal de la hija de Laroche.

Necesitó hacer todavía nuevos cálculos, pues había valores vendidos, balances de agentes de cambio y recibos de depósito del Crédito Lyonés.

Terminados aquellos cálculos, en medio de un silencio lúgubre interrumpido apenas por el crujir de la pluma sobre el papel, Luciano comparó los dos resultados, el total de lo que poseía y el total de las sumas inscritas en los cheques.

Entonces brotó de sus sienes un sudor frío, sus ojos se agrandaron en una terrible expresión de espanto y sus manos fueron sacudidas por un temblor nervioso.

Habíase excedido en cerca de cuatro mil francos de la suma depositada en el Banco, con la entrega del último cheque.

De modo que no era sólo la ruina, sino que era además la vergüenza, el deshonor, pues el hecho de entregar un cheque contra un establecimiento de crédito por una suma no depositada previamente en él constituye una estafa, y Luciano lo sabía.

Juana, asustada de lo que á su marido le ocurría, no comprendía qué sentimientos le agitaban.

No había sacado nada en limpio de todas aquellas cifras.

—Y bien, dijo ella, ¿aún te queda algo, verdad?

—No, contestó el miserable, que no se atrevió á confesar su infamia; nada absolutamente.

—¡Nada!..

—¡Perdido todo!..

En tal tono pronunció él estas palabras, que Juana le creyó presa de una sombría desesperación; le pareció entrever una determinación horrible..., quizá una idea de suicidio...

El infame no pensaba en tal cosa: su alma era incapaz de concebir la energía necesaria para matarse, pues esa energía se apoya en un sentimiento de honor, y en un caso irreparable de inevitable deshonra, hay valor real, al mismo tiempo que una especie de grandeza de alma, por parte del culpable que se hace justicia, que se suprime voluntariamente, á fin de evitar á los inocentes que llevan su nombre la mancha de su crimen.

No había suprema desesperación en él, sino un terrible espanto.

Pero el deber de la esposa que ama, ¿no está en consolar á pesar de todo? ¿No está en ser fuerte, á pesar de su debilidad, en las horas más dolorosas?..

¡En tales momentos es cuando se revela de qué es capaz esa criatura de esencia superior por los dones admirables de su alma que el cielo ha dado al hombre, que ha puesto al lado de él para amarle, para sostenerlo, para alentarlo en el momento de las desesperaciones supremas!

Juana no podía faltar á esa misión maravillosa, y redobló su ternura en las calurosas exhortaciones que prodigó á su marido.

—¿Qué importa la fortuna? ¡Bah!, dijo ella. ¡No volverás á jugar y punto concluído!.. ¡Permanecerás á mi lado! Verás qué bueno es ser amado y cómo te dará ánimos para trabajar!.. ¡Cuántos hay que no tienen nada!.. ¿Qué necesitamos, en suma, para vivir?.. Muy poco... Yo no gasto casi nada. ¿No tengo todo lo que necesito?.. Aún gastaré menos. ¡Vamos á ordenar nuestra vida y, con lo que tú ganes, tendremos bastante!

Bajo la impresión de lo que acababa de averiguar, sobrecogido de espanto bajo la amenaza que se alzaba ante él, Luciano no la oía.

—¡Y además, añadió Juana con adorable mimo, cuando nuestro hijo se halle en el mundo, dentro de un mes sin duda, iré á encontrar á mi padre y no podrá resistir, estoy segura! No le diré nada de lo que hemos perdido, pero yo me las arreglaré para que me dé dinero. ¡Ya ves, pues, que no se ha perdido todo, continuó ella, al contrario!.. ¡Es imposible que yo no reconquiste á mi padre! ¿No vuelves á salir, verdad?, preguntó. ¿No volverás á ese circulo?.. ¿Te estarás á mi lado? ¿Di, Edmundo?..

—No salgo, no, contestó Luciano, con voz apagada que salió difícilmente de su garganta contraída por la angustia.

Juana tuvo un arranque de triunfo y besó á su marido en una explosión de amor.

Luciano volvió á cerrar el secreter, después de haber empujado en desorden todos los papeles en las tablillas, y se levantó.

La pobre mujer atribuía aquel resultado á sus súplicas, á sus exhortaciones, á su amor, y se alegraba de ello íntimamente.

Ya volvía á ser feliz.

Aquella pasión del juego, que se había apoderado de su marido, no era más que pasajera, en concepto de Juana. Ya había concluído; su «Edmundo» no volvería á jugar.

Era, pues, la salvación, á pesar de la ruina actual.

Y era sobre todo aquella existencia toda de amor que la infortunada había soñado y de la cual aquella maldita pasión la había privado hasta entonces.

Y ella reía, exhalando toda su dicha, todo su contento; y á fuerza de besos logró desarrugar aquella frente cavilosa y hasta hacer asomar una sonrisa á los labios de su marido.

Desde el momento que le faltaba valor para confesárselo todo, ¿no era preciso disimular completamente?

La velada y la noche pasaron en medio de un encanto delicioso para la pobre Juana que se congratulaba de haber conquistado aquel hombre á quien adoraba, y antes de dormirse dió las gracias á Dios por habérselo devuelto.

Pero, en tanto que ella dormía, Luciano, atormentado por la espantosa perspectiva del día siguiente, no pudo conciliar el sueño.

No dejó un solo instante de pensar en el descubrimiento de su falta al negarse á pagar el cheque presentado al cobro.

Calculó lo que podría hacer para evitar el conflicto.

Evaluó sus recursos; buscó combinaciones y expedientes.

Levantóse, á la mañana siguiente, muy temprano, y examinó lo que poseía... Le quedaba un billete de cincuenta francos, algunas monedas de oro y plata, unos ciento ochenta francos en junto.

Entonces acordóse de su amigo Alberto de Maurens. Este era rico y podría prestarle sin duda unos cuantos miles de francos.

De este modo iría al Crédito Lyonés y entregaría la suma necesaria antes de la presentación del cheque, y lo restante le serviría para tentar otra vez fortuna.

«El dinero prestado trae suerte—pensó.—Se pierde con el propio y se gana á menudo con el ajeno.»

Esto le reconfortó un poco, y Juana, al despertar, tuvo la grata sorpresa de ver el cambio operado en él.

Le interrogó en el momento en que se disponía á salir.

—¿Adónde vas? ¿Qué vas á hacer esta mañana?

—Voy á ver algunas personas á fin de encontrar una situación, contestó el miserable, disimulando sus intenciones bajo esta mentira. Necesito trabajar.

Entonces Juana le alentó.

—Sí, lo conseguirás, le dijo ella llena de confianza. Algo me lo dice.

Después preguntó:

—¿A quién vas á ver para eso?

—A varios amigos, dijo vagamente Luciano de Favreuse.

—¿Volverás para el almuerzo?

—Sí.

Juana le dió un prolongado abrazo, besándolo con ardor, y le miró luego alejarse, lleno el corazón de confianza y de amor.

Y cantó toda la mañana, sin pensar en el horror de aquella situación, de aquella miseria absoluta, que ella conocía, pero que iba á ser pronto reparada.

Luciano de Favreuse fué á casa de su amigo Maurens, calle de Roma. Su criado tuvo que despertarlo, á instancias apremiantes del importuno.

El joven calavera despertó de muy mal humor; sin embargo, consintió en recibir á su amigo, sin abandonar la cama.

—¿Qué te pasa?, exclamó con la mano tendida y bostezando aún. ¿Es posible, á estas horas?.. ¿Tú no duermes?

—Amigo mío, necesito absolutamente que me hagas un favor, contestó Luciano estrechando la mano de Alberto. He contado contigo para que me prestes una cantidad... indispensable.

—¿De qué se trata?

—Necesito cinco mil francos..., pero los necesito absolutamente esta mañana, en seguida. Me los vas á prestar... No te harán falta, puesto que tienes una racha de suerte loca; y además es cuestión de pocos días. A fin de mes he de recibir dinero, una cantidad muy crecida, y entonces te los devolveré.

—Amigo mío, dijo entonces Maurens, que no había interrumpido, ni siquiera con un gesto, aquel parlamento, pronunciado en verdad de un tirón, desde luego te equivocas creyendo que estoy de suerte; al contrario, desde el viernes me persigue una desgracia desesperante. Ya he perdido la cuenta de lo que pierdo... ¡Una suma fantástica!.. Y no sólo en el círculo, sino que ayer, en las carreras de Auteuil, perdí trescientos luises jugando á favor de caballos que me habían sido señalados como seguros y que indudablemente hubieran ganado si yo no hubiese apostado por ellos. ¡Lo que es la mala suerte!..

—Es una racha momentánea...

—Además, continuó Alberto de Maurens, no tengo en casa la cantidad de que me hablas. Tengo todos mis fondos en casa de mi notario, cuando hay, y en cuanto á adelantarme dinero, cuando se acaba, no hay que contar; antes se ablandaría una roca.

—Sin embargo, objetó el marido de Juana, si ne cesitase dinero á toda costa, ¿sabrías obtenerlo?

—Tengo otra razón que me impide hacerte ese favor, declaró el joven sin contestar á la objeción. Esta razón es un principio, un principio inmanente, del cual no me desvío jamás..., algo como las tablas de la Ley, y voy á decírtela francamente... ¿No me guardarás rencor? ¿No te enfadarás?

—No..., di.

—Me tengo jurado no prestar jamás ni un luis á ninguno de mis amigos.

Luciano, que acababa de prever esta contestación, palideció, sintiéndose perdido.

—Jamás, repitió Alberto de Maurens. Está uno seguro de reñir con sus amigos el día que reclama la devolución de su dinero... Por consiguiente, para reñir después, más vale reñir antes de haber perdido cantidad alguna... Así, al menos, sólo se expone uno á perder al amigo. Prefiero decírtelo francamente, añadió viendo que Luciano no contestaba y sin cuidar, en su egoísmo, de leer la consternación dolorosa y la sombría desesperación impresas en su rostro. Tú me comprendes, ¿verdad?.. Es un principio, con el cual siempre me ha ido muy bien.

—Está bien..., dijo Luciano de Favreuse con la cabeza baja.

—¿Me guardas rencor?

—No.

—Repito que es un principio... Lo siento en el alma, puedes creerme...

—Adiós.

Maurens no encontró una sola palabra para retener á su amigo; ni siquiera se le ocurrió pedirle una explicación.

—Hasta la vista, dijo tendiendo la mano, que Luciano no vió.

«Se va incomodado—pensó al verle partir.—Peor para él... Después de todo, hubiéramos acabado por reñir... No se hubiera atrevido á presentárseme hasta haberme devuelto ese dinero... y la cosa hubiera ido para largo... Mientras que así no queda ningún recuerdo doloroso y dentro de un mes no se acordará ya más de esto.»

Luego llamó á su criado.

—¡Justino!.. Dame el *Jockey;* voy á preparar mi juego para las carreras de hoy.

Luciano de Favreuse no conocía á nadie á quien acudir.

Anduvo lentamente, sin dirección, tratando en vano de encontrar un salvador.

Pensó en el notario Verdelet.

«Si yo fuese á confesárselo todo—dijo para sí.—Quizá, por Juana, consentiría...»

Pero vaciló, y finalmente no tuvo la audacia necesaria para dar aquel paso.

«Si Edmundo se encontrase todavía en Londres—pensó—le telegrafiaría. Pero de América, ¿cuándo recibiría yo la contestación? Y luego... no, exclamó en seguida con un instintivo movimiento de verguenza. ¡Si llegase á saber!..»

Por consiguiente, ninguna solución.

De pronto se le ocurrió una idea salvadora.

«Evidentemente, es lo que debo hacer—pensó el marido de Juana.—Ir al Crédito Lyonés, hablar con uno de los administradores y confesarle lo que he hecho. Me comprenderá... Se convencerá de que no obré con mala intención... Yo no recordaba á punto fijo lo que me quedaba en depósito... y me dejé arrastrar por mi pasión... De lo contrario, yo nunca hubiera firmado aquel cheque... Hubiera cesado de jugar más pronto... Y más me hubiera valido hacerlo así, puesto que ganaba momentos antes... Más vale que le diga francamente lo que me pasa... De todos modos se había de saber á la presentación del cheque. Mientras que, adelantándome, la cosa puede arreglarse...»

En efecto, este paso, lealmente dado, era la mejor determinación posible.

Luciano se dirigió hacia el edificio del gran establecimiento financiero del bulevar de los Italianos, y á pesar de los temores de toda clase que le asaltaron al acercarse y que fueron formidables en el momento de entrar en el Banco, penetró en el patio cubierto, rodeado de ventanillos designados por letras é inscripciones.

Allí, en medio del movimiento del público; en presencia de las personas, sentadas en bancos, que esperaban el llamamiento de su número de orden, mirando, mientras tanto, las idas y venidas de la gente; en medio de los que se presentaban atareados, con fajos de títulos en la mano, y de los que preparaban sus cuentas ó recibos sobre las mesas del centro, Luciano se avergonzó, vaciló, y fué preciso que un empleado, tomándolo por alguien que no se atrevía á pedir informes, le preguntase:

—¿Qué se le ofrece?

Entonces él se puso súbitamente colorado.

—Quisiera hablar con uno de los administradores delegados, contestó al fin.

—En el primer piso, le indicó el empleado. Por allí... encontrará usted la escalera.

La dirección señalada pasaba por una especie de ancho pasillo, menos claro que el patio cubierto, pero provisto á un lado por dos ventanillas, alumbradas por lámparas de gas.

Delante de una de las ventanillas había un cobrador de Banco, que vestía uniforme distinto de los de la casa. Sin duda pertenecía á otro Banco.

Hablaba con el empleado que, en el interior de la ventanilla, comprobaba una relación de valores que aquel hombre venía á retirar y pagar.

La cartera del cobrador se hallaba sobre la tablilla y éste apoyaba el codo en ella, útil precaución en esos vastos establecimientos financieros, donde se cuelan á menudo hábiles rateros, siempre en acecho de un golpe de mano posible.

(Se continuará.)

PARÍS.—Huelga de los empleados de Correos y Telégrafos

Perturbación en el servicio causada por la huelga y fin de ésta



Manifestación de los muchachos repartidores de telegramas.—M. Subrá, director de la huelga de los empleados de Correos y Telégrafos Entrada del ministerio de Correos custodiada por la policía

La huelga de los empleados de Correos y Telégrafos de París y de otras muchas ciudades de Francia ha terminado. El gobierno, por boca del ministro del ramo y del presidente del Consejo, había hecho en las Cámaras enérgicas declaraciones y anunciado medidas que al mismo tiempo que sirvieran de represión en el caso actual, pusieran término á ese estado de indisciplina, de verdadera anarquía, en que la cuestión social se presenta en la nación francesa, y que si produce grandes daños cuando se manifiesta en huelgas de diversos oficios, los causa inmensos, incalculables cuando la huelga afecta á servicios de tanta trascendencia como los de Correos y Telégrafos.

A pesar de esto, el gobierno ha capitulado: los huelguistas han vuelto á su trabajo, pero vencedores, sin temor á cesantías, ni á reprensiones, ni á suspensiones. «Ni siquiera—dice un periódico parisiense—habrán de tener un simulacro de represión los que, para dar una lección á un subsecretario de Estado torpe, han injuriado á los representantes del país, amenazado al Parlamento, faltado á sus deberes, destruído los aparatos telegráficos, deteriorado el material, perjudicado en centenares de millones á nuestro comercio y á nuestra industria, suspendido durante diez días la vida nacional, aislado á Francia del resto del mundo en el momento más difícil de nuestra política exterior.»



Gran sala del correo extranjero en la Casa de Correos de París.—Sacos y paquetes de correspondencia sin expedir á consecuencia de la huelga. (De otografías de Harlingue.)



París.—Fin de la huelga de empleados de Correos y Telégrafos.—Los huelguistas dirigiéndose en manifestación á la Central de Telégrafos para reanudar el trabajo. (De fotografía de M. Branger.)

El día 21 de marzo último el ministro de Correos y Telégrafos recibió á una comisión de huelguistas que le expuso sus pretensiones, y á la cual contestó aquél en términos que daban á entender las buenas disposiciones del gobierno; unas horas después la misma comisión visitó al Sr. Clemenceau, quien le confirmó las declaraciones hechas por el Sr. Barthou y excitó á los comisionados á que volviesen al trabajo en la confianza de que el gobierno procuraría conciliar los intereses particulares de los funcionarios de Correos y Telégrafos con el interés general. En vista de esto, el comité de la huelga aconsejó la terminación de ésta; pero los huelguistas, casi por unanimidad rechazaron esa proposición.

Al día siguiente continuaron las negociaciones, alternadas con agitadas reuniones de los huelguistas, en una de las cuales se amenazó con la huelga general en el caso de que los empleados de Correos y Telégrafos no vieran satisfechas sus reivindicaciones. Una comisión visitó nuevamente al Sr. Clemenceau y éste, aquella misma tarde, se expresó en la Cámara en tonos de transigencia que contrastaban con sus anteriores energías.

En vista de esto, los huelguistas, seguros de que el gobierno cumpliría lo que les había ofrecido, accediendo á todas sus reclamaciones, excepto una, la dimisión del subsecretario Sr. Simyán, en una reunión celebrada el día 23 en Tívoli Vauxhall acordaron casi por unanimidad la cesación de la huelga, acuerdo que una comisión comunicó oficialmente al señor Clemenceau. Poco después, todos los empleados estaban en sus puestos.

Los de la Central de Telégrafos se reunieron en la plaza Vaubán, y en manifestación pacífica, formando la larguísima fila, se encaminaron con paso solemne á aquel edificio. Llegados á él, dieron la vuelta al gran patio central en correcta formación y silenciosamente. De pronto oyóse un grito: «¡Ahora á trabajar!» Resonaron estrepitosos aplausos y cada cual se fué á su faena.

La huelga había terminado.

El comité de la misma, sin embargo, no se ha disuelto y amenaza con reanudarla, en mayores proporciones todavía, si en un plazo breve no se destituye al Sr. Simyán.—R.



Barcelona.—El Parque de Sports recientemente inaugurado. – Carreras de bicicletas efectuadas el día 28 de marzo último con motivo de la inauguración.

El día 28 de los corrientes inauguróse el Parque de Sports, nuevo velódromo en el ensanche de esta ciudad en la manzana comprendida entre las calles de Muntaner, Casanovas, Industria y Coello.

La pista para carreras de bicicletas es un magnífico velódromo de madera igual al Búffalo de París; tiene 280 metros y siete de ancho, altos virajes con desnivel de más de 60 por 100 que permitirán velocidades de más de 100 kilómetros por hora, y está construído con todos los perfeccionamientos de los mejores del extranjero. Hay en él dos tribunas, una de preferencia y otra popular, con cabida para 3 000 personas cada una, y además dos líneas de sitios para el público, alrededor de la pista, palcos, etc., y varias dependencias como bar, garages para automóviles, etc.

Para que nadie tenga que atravesar la pista, se ha construído un pasadizo subterráneo que conduce á las cabinas, en donde están los cuartos para los corredores y las oficinas de la dirección y del jurado. Los comisarios se sitúan al lado de un poste cerca de la pista, del que penden, colgados de una cuerda, los números de los corredores que toman parte en la carrera, y en otro poste, junto al anterior, se ponen los números de los vencedores.

Junto á la tribuna hay un café al aire libre.

Para la inauguración se organizaron varias carreras, nacionales é internacionales. Tomaron parte en la nacional, entre otros, los Sres. Rubio, Fabregat, Gramona, Alric, Barnola, llegando primero Rubio, segundo Barnola y tercero Gramona.

El premio de inauguración lo corrieron once corredores formando tres series; en la primera ganaron Van Bewert, Barnola y Sanvelón; en la segunda, Comés, Dewaide y Rubio, y en la tercera Hourlier, Fabregat y Gramona, que llegaron por el mismo orden, ganando los finales, ó sea el premio de 500 pesetas, Hourlier, campeón de Francia; el de 200 Comés, campeón catalán; y el de 100 Van Bewert, belga.

Además de éstas se efectuaron otras carreras de persecución, de consolación y de motocicletas.



Vista de una parte de la pista y de las tribunas. (De fotografías de A. Merletti.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVIII — Barcelona 12 de abril de 1909 — Núm. 1.424

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



PRIMAVERA DE LA VIDA, copia del notable cuadro de Juan Brull



REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: supuestas tentativas revolucionarias: los propaladores de noticias falsas: el aspecto financiero de la vida nacional cubana: los resultados de la intervención yanqui desde el punto de vista económico. – *República dominicana:* desarrollo de los intereses materiales. – *Política internacional centroamericana:* el mensaje del presidente de la República de *El Salvador:* relaciones con *Honduras*, *Guatemala* y *Costa Rica:* desavenencias con *Nicaragua:* la intervención en Centroamérica defendida por los yanquis como hecho económico necesario para ellos y provechoso para los demás: los patriotas mexicanos y la actitud de México con relación á la política intervencionista.

De turbulencias, motines ó tentativas revolucionarias en Cuba suelen venir noticias á Europa con alguna frecuencia. Mas pronto llega también la desmentida oficial: un alboroto en las calles de cualquier ciudad ó un acto de fuerza realizado en el campo por gentes mal avenidas con el derecho de propiedad, son origen del rumor, y al ir pasando la noticia por la prensa de los Estados Unidos, de Inglaterra, de Francia, aquellos hechos toman proporciones extraordinarias, dando motivo ó cuando menos pretexto á los yancófilos para proclamar una vez más las excelencias del régimen de intervención y la incapacidad de los cubanos para gobernarse por sí mismos.

Por otra parte, hay quien supone en los propaladores de esas noticias exageradas un interés financiero personal. Son los que durante la intervención yanqui intermediaban en ciertos negocios, muy provechosos antes, decaídos ahora. Procura el gobierno cubano atraerse el concurso de la banca europea, y especialmente la francesa, para realizar importantes obras públicas que tiene en proyecto: la mayor ingerencia en Cuba del capital europeo contraría á ciertos elementos financieros que hoy prevalecen, y de aquí el empeño en éstos de pintar con los más negros colores la situación de la isla, y aun la tendencia á promover verdaderos movimientos revolucionarios con el fin de provocar una nueva intervención.

Este aspecto financiero de la vida nacional cubana ofrece excepcional interés y requiere preferente atención por parte del actual gobierno. En el orden político, dado el conflicto que surgió en los días de Estrada Palma, podrá haber sido favorable la intervención yanqui; pero en el orden económico los resultados fueron desastrosos. Se ha dilapidado buena parte del tesoro que dejó en caja el gobierno de la primera República. Muchos extranjeros se han enriquecido por medio de contratas y operaciones bancarias, sin beneficio alguno para el país; se han gastado millones en carreteras y puentes que siguen en lastimoso estado, y según escribía *La Gaceta económica* de la Habana, el comercio estaba paralizado, la agricultura sin brazos la industria casi muerta y... «en fin, todo lo más malo que pudiera ocurrirle á Cuba se lo trajo la administración provisional de los Estados Unidos.»

* * *

Viene notándose en estos últimos tiempos evidente progreso en la vida económica de la República dominicana. Toma la agricultura gran vuelo, aumenta la producción de azúcar, tabaco, cacao, café, maderas y frutos tropicales, y se fundan ó están en proyecto escuelas, periódicos y bancos agrícolas. Para fomentar las industrias manufactureras, entran libres de derechos de aduanas las máquinas y las primeras materias.

El comercio, cuyo valor llega ya á 20.000 000 de pesos al año, se facilita por medio de nuevos caminos en el interior y nuevas líneas marítimas que ponen en comunicación las hermosas vegas y grandes plantaciones de la isla con sus puertos y éstos con Nueva York y otras plazas extranjeras.

* * *

El mensaje que en febrero dirigió á la Asamblea nacional el presidente de la República de El Salvador, alude en sus primeros párrafos á los grandes y trascendentales problemas que se presentaron para la convivencia armónica de las naciones centroamericanas en el decurso del año 1908, y entre ellos al incidente de acusación formulado contra el gobierno salvadoreño por el de Honduras, incidente en el cual, como ya se ha dicho en anteriores *Revistas*, el Tribunal centroamericano de justicia sentenció á favor de El Salvador.

Consecuencia del litigio fué la suspensión de las buenas y cordiales relaciones de amistad entre los gobiernos acusador y acusado, quedando aquéllas reducidas al cumplimiento de los pactos internacionales de interés general, relaciones que no corresponden en manera alguna al patriotismo centroamericano; pero cree el general Figueroa que el incidente en cuestión no puede constituir obstáculo insuperable que se oponga á restablecer el estado anterior de fraternidad.

En cuanto á las relaciones con las Repúblicas de Guatemala y Costa Rica y los otros países fuera de Centroamérica, afirma el presidente de El Salvador que no sólo se conservan en buen pie, sino que también cada día se hacen más estrechas y cordiales.

Nótese que en esta declaración que en los últimos días de febrero hacía el general Figueroa no se menciona á Nicaragua. Poco después, á mediados de marzo, llegaban á Europa rumores de grave conflicto entre dicha República y la de El Salvador, se hablaba de combates entre cañoneros de ambos Estados y anunciábase que iba á entrar en juego, por virtud de acuerdos anteriores, la acción interventora de México y de los Estados Unidos.

Los gobiernos de una y otra República telegrafiaron á los periódicos de Nueva York desmintiendo que hubieran empezado las hostilidades. Los mismos términos de la rectificación demostraban que había peligro de ruptura ó, por lo menos, que eran poco amistosas las relaciones entre esos dos países centroamericanos.

Coincidía todo esto con la retirada del encargado de Negocios de los Estados Unidos en Nicaragua á causa de ciertas reclamaciones que hicieron súbditos yanquis y que el gobierno de aquella República se negaba á satisfacer.

* * *

La situación así creada viene otra vez á poner á la orden del día el sistema ó doctrina de las intervenciones de un Estado en los asuntos de otros. Este sistema lo patrocina y lo practica, siempre que puede, la Unión norteamericana en nombre del interés comercial ó económico. Con toda claridad lo planteaba, y resueltamente lo defiende *The New York Times*. «La enorme producción de los Estados Unidos—dice—necesita mercados de gran consumo; sus inmensos capitales buscan empleo reproductivo en estas nacionalidades de Centroamérica, en donde todo se halla incipiente en materia de progreso económico y donde lo que más falta hace para el desarrollo de la vida material son capitales. La influencia y la dominación de los Estados Unidos en lo económico son y tienen que ser un hecho sociológico incontrastable.

»En el orden natural de las cosas, en la lógica inflexible del progreso humano, como en el orden cósmico, las grandes masas atraen á las pequeñas, porque tienen más fuerza en lo material y en lo moral. Y esa atracción, ese dominio de lo grande sobre lo pequeño, ofrece todos los caracteres de fuerza irresistible cuando entre las entidades que luchan no se interponen los obstáculos que crean el espacio y la distancia.

»En la vida internacional, las fronteras son demarcaciones artificiales que sólo tienen valor político; en la vida económica, en materia comercial, en las relaciones del capital y del trabajo, no existen fronteras. Podrá decirse: «hasta esta línea llega el ejercicio de la soberanía nacional;» pero no «aquí se detiene la corriente de los intereses materiales de una nación.» No hay obstáculo ni valladar para esa corriente; rompe toda barrera y cae sobre los demás pueblos, sobre un continente entero, si tiene volumen y fuerza para ello.

»Una nacionalidad repleta de hombres y riquezas es como una vasija que rebosa; lo que sobra, lo que no cabe, se desborda al exterior y busca sitio y empleo. No hay ley posible que pueda evitar este fenómeno. Es preciso aceptarlo con más ó menos gusto ó resignación, tal como se aceptan ó sufren los hechos fatales de la naturaleza.

»Esa influencia natural de los pueblos ricos sobre los pueblos pobres, de los pueblos más civilizados sobre los pueblos menos cultos, de los pueblos fuertes sobre los débiles, es la que pretende dirigir y encauzar el gobierno de los Estados Unidos por medio de tratados de amistad y comercio, de relaciones intelectuales, de compenetración de intereses y laborando al mismo tiempo para consolidar la paz en todo el continente americano.

»Esa influencia legítimamente ejercida por medio del capital y el trabajo se siente en México desde hace unos quince años, y en Cuba desde hace tres ó cuatro. El capital norteamericano ha centuplicado la riqueza nacional en esos dos pueblos, y ha creado empresas agrícolas, mineras y comerciales, vías de comunicación y toda la actividad que la riqueza produce impulsando el movimiento económico.

»¿Por qué—añade el diario yanqui—no ha de llegar á Centroamérica ese influjo providente, si Centroamérica no es más que la prolongación de la América del Norte y sus puertos para el tráfico comercial se hallan más cerca de los Estados Unidos que de cualquier otra nación civilizada y rica?

»Esta es la influencia que el gobierno de los Estados Unidos quiere ejercer en Centroamérica, haciéndola posible por medio de la paz y la consolidación del orden, porque sin orden ni paz no puede haber garantías para el capital, para el trabajo ni para la personalidad humana.»

Bien se advierte en estos párrafos del *New York Herald* el empeño que ponen los yanquis en cohonestar sus propósitos de intervención activa en Centroamérica. Satisfarán así la imperiosa necesidad que sienten de dar empleo reproductivo á los enormes capitales que les sobran; pero harán ricos, grandes y felices á los pueblos intervenidos, y gracias á ellos, sólo á ellos, será la América «el continente de la democracia, de la paz y de la libertad, el paraíso de las razas del viejo mundo vencidas por la miseria y empujadas por el viento de la adversidad hacia las tierras americanas en busca de justicia y de fortuna.»

* * *

Como ya sabemos, en la acción interventora de los Estados Unidos sobre la América central, el gobierno de Wáshington quiere ir en compañía de México. Le conviene el concurso de esta República para imponer orden y paz: así compartirá con ella la animadversión que sus actos puedan crearle en América; pero no los provechos, puesto que en México no rebosa la riqueza como en los Estados Unidos.

Los patriotas mexicanos se ponen en guardia contra estas pretensiones de los Estados Unidos, cuyas inmediatas consecuencias son enemistar á México con las Repúblicas de la América Central. Hay en México un fuerte partido resueltamente hostil al sistema de intervención, y los periódicos que reflejan la actitud y las opiniones de ese partido rechazan airados la idea de que su país pueda algún día llevar ejércitos á Centroamérica so pretexto de pacificación.

Los gobernantes de México son prudentes, deploran las contiendas civiles ó exteriores que afligen á esas Repúblicas del Centroamérica y están dispuestos á interponer sus buenos oficios, su gestión amistosa y diplomática, como árbitros de paz; pero nada más.

Por otra parte, la paz ó la guerra en Centroamérica afecta poco á los intereses mexicanos. Verdad es que su influencia es también mínima con relación á los Estados Unidos; pero ya hemos visto que éstos necesitan á todo trance apoderarse de los mercados del continente americano.

Por consiguiente, si para ellos ha de ser el provecho, que de ellos sean también la responsabilidad y los peligros, que los tiene, de la política intervencionista.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

UN AMOR, CUENTO DE RAFAEL RUIZ LÓPEZ. Dibujo de Mas y Fondevila



– Traigo á estos ángeles para que los vea usted, para que los conozca usted, hija mía

Yo conocí á la mujer que no había pecado nunca. El justo peca siete veces al día; pero ella era algo así como la quinta esencia del justo.

La conocí cuando ya había cumplido los treinta y dos años. Era bajita, bien conformada, ágil y saludable. De su boca no estaba lejos nunca el dulce encanto de la sonrisa; una sonrisa que no era alegría, sino bondad; aunque habían llorado mucho por los pecados de los hombres, sus ojos conservaban la hermosura, la humedad y el brillo juveniles. Era graciosa su noble cabeza, en la que entre el cabello negro y ondeado brillaban muchas canas, las bastantes para indicar vejez, y su cara, sin arrugas, blanca y empalidecida, tenía de continuo una expresión plácida, piadosa y atrayente.

Amé mucho á aquella mujer que parecía una viejecita, con un amor profundo é inexplicable, con ese amor desinteresado y noble con que amamos las cosas santas cuando estamos convencidos de su santidad. La veía todos los viernes en el Oratorio del Olivar; pertenecía al Apostolado de la Oración y comulgaba tales días con fervor jamás visto. Cuando el sacerdote dejaba en su lengüecita rosada la forma consagrada, el llanto fluía dulcemente de sus ojos; un llanto producido por el profundo enternecimiento de su corazón

Me recreaba y me conmovía contemplándola. Porque he de advertir que entonces era yo seminarista, y ayudaba la misa á diario á un buen señor que no gustaba de acólitos irreverentes y distraídos. Por esta razón podía verla frente á frente y de cerca y hasta poner con sumo cuidado, debajo de su barba, la argentina bandeja, para evitar que cayese al suelo alguna partícula, ya que en todas ellas iba Dios Nuestro Señor. Siempre comulgaba en la misa ayudada por mí, que celebraba mi viejo amigo al alba. Durante los demás días de la semana, mis ojos la buscaban en vano por el reducido Oratorio; la buscaban al entrar, al salir y durante la misa, al mudar el misal, cuando llegaba el momento del *Lavabo*, en toda ocasión, en fin, en que me era dable mirar á los fieles, aunque fuera de reojo, sin poner de manifiesto mi distracción. Esto era hipocresía, ya lo sé; Dios me la perdone; pero yo no podía vencer mi deseo de verla, de contemplarla y de admirarla. Le encontraba un leve parecido con mi madre, con mis hermanas, con todas las personas que me eran amadas; aquella mujer tenía algo de todas las gentes buenas y santas, porque, ya lo he dicho, era la esencia del justo.

Muchas veces sentí el deseo de seguirla, averiguar dónde vivía, solicitar su venia para visitarla... Hay pasiones inexplicables, y yo sentía una pasión inexplicable por aquella mujer. No la había oído hablar, pero estaba seguro de reconocerla en cualquier parte por el timbre de su voz.

Faltó dos viernes seguidos á la comunión, y creí enfermar de intranquilidad y de zozobra. Yo esperaba con ansiedad los viernes para verla, para contemplar su cara, blanca como una hostia y atrayente como una caricia maternal; para admirar la santa unción con que se acercaba á la barandilla, feliz en participar del sacrosanto banquete en que Nuestro Señor nos da generosamente y sin cansancio su sangre y su cuerpo... No sabía á quién dirigirme en demanda de noticias suyas. Tuve intención de ir preguntando una por una á todas las beatas que frecuentaban el Oratorio; pero me acobardaba no saber su nombre, y el temor de que se diera á mi ansiedad una intención torcida.

Cuando hube doblado el alba, la casulla, el amito, la estola y el manípulo, y guardádolo todo en el correspondiente cajón de la sacristía, D. Pablo—que tal era el nombre del cura—me llamó aparte para decirme:

—Rafael, tú debes conocer de vista á una señora que suele venir á comulgar los días dedicados al Sagrado Corazón de Jesús.

Ansiosamente pregunté sin poder disimular mi impaciencia:

—¿Una señora que ha dejado de venir dos viernes seguidos?

—La misma, repuso D. Pablo sin extrañeza. Vas á ir á su casa, que está cerquita, en la misma calle de Cañizares. Le das esto de mi parte y que haga la bondad de decirte cómo están Patrocinio y Augusto. Ella se llama D.ª Aurora Jiménez.

Doscientas pesetas me dió en billetes del Banco, y casi corriendo salí de la sacristía. En la puerta me alcanzó la voz de D. Pablo que decía:

—No olvides que te aguardo.

Emoción semejante á la que embarga el ánimo al acudir á la primera cita amorosa, me invadía por completo al entrar en la casa. Tan atolondradamente subí al tercer piso, que al llegar al rellano iba sin respiración y tuve que detenerme para tomar aliento que me permitiera hablar.

Llamé. Una niña como de doce años vino á abrir; una niña primorosa, vestida de blanco, de melena arcangélica, rizada y rubia, ojos vivos y cara alegre, con esa alegría característica de la niñez sana. Pregunté por D.ª Aurora, y la niña, con seriedad propia de persona mayor, me hizo pasar á la sala no bien se enteró de que era un enviado de D. Pablo.

—Siéntese. Mamá vendrá en seguida. Voy á avisarla.

No me extrañó que aquella mujer tuviera hijos. La maternidad es una perfección, y en D.ª Aurora no podía faltar perfección alguna. Tardó poco en presentarse. Se acercó á mí decidida y sonriente y me saludó como se saluda á los viejos amigos. Sobre su vestido negro traía un delantal blanco como el que usan las enfermeras. Me habló afablemente—con aquella voz dulce y suave que me era conocidísima

sin haberla oído—de D. Pablo, de su bondad incomparable, de su caridad sin fin. Yo la miraba y la escuchaba en éxtasis; hubiera querido permanecer escuchándola toda la vida. Me dió noticias de sus enfermitos; le habían proporcionado ratos horrendos; temerosa y angustiada pasó largas noches en vela; pero ya estaban fuera de peligro.

Al hacer esta afirmación brillaba la alegría en sus ojos, en su cara, en sus movimientos, en toda su persona... Cumplido mi encargo, tuve que hacer un esfuerzo para arrancarme de aquella casa. D.ª Aurora me acompañó hasta la puerta, y descendí la escalera triste por no haber podido besar aquella frente inmaculada, aquellas mejillas empalidecidas, aquellas manos de virgen bondadosa...

Un día, en virtud de un impulso inexplicable, le hablé á D. Pablo de aquel amor extraño que se me había metido corazón adentro.

—No me maravilla, hijo mío: á todos los que la conocen les sucede lo mismo. Aurora está dotada de la gracia divina. Es una mujer que no ha pecado nunca. ¡Te lo digo yo, que la conozco hace mucho tiempo y que soy su confesor!

Y me narró su historia.

* * *

A los veintidós años, Aurora estuvo á punto de ser feliz, la más feliz de las mujeres. Se había enamorado, con amor incomparable y único, de un hombre distinguido, elegante, rico é inteligente, y este hombre correspondía á su pasión y juraba y perjuraba no haber amado á nadie en la vida. Envidiaban sus amigas aquella suerte de Aurora de haber encontrado en su camino á ese hombre extraordinario que todas desean, porque es portador de la felicidad. Aquel novio era para todas como el príncipe encantador de los cuentos de hadas, y Aurora bendecía á Dios que tal suerte le había reservado.

Con ilusión incomparable, fué un domingo y otro, hasta tres, á la misa mayor para oir las amonestaciones: «Ricardo Jácome Acevedo, natural de Córdoba, hijo de José y de Felisa, quiere contraer matrimonio con Aurora Jiménez Grande...,» y parecíale la voz del que leía, una voz celestial que anunciase al mundo su ilusión presente y su dicha futura.

Probándose estaba su traje de boda, cinco días antes del designado para ésta, cuando entró una criada á anunciarle la visita de una mujer que iba con tres niños y manifestaba grandes deseos de verla. Se le había dicho que la señorita estaba muy ocupada, pero había insistido tanto...

—Hazla pasar á mi gabinete y dile que voy al momento.

Fué una conferencia larga y angustiante. Aurora, al entrar en su gabinete, se encontró con una mujer joven, muy guapa y modestamente vestida. Llevaba en brazos un niño robusto y hermoso como de un año, y á su lado, pegadas á su falda, cohibidas de encontrarse en lugar para ellas desconocido, dos niñas de tres y cuatro años, vestidas de blanco y con sus melenitas blondas y rizadas al aire.

Aquella mujer habló; se llamaba Patrocinio de Lucas y era hija de una honrada familia cordobesa. Ricardo Jácome la había seducido, haciéndole abandonar á sus padres. Dios, sin duda la castigaba por aquel abandono, por aquella locura inconcebible. En vano esperó á que Jácome cumpliese la promesa, mil veces repetida, de casarse con ella y de reconocer á aquellos angelitos, que ninguna culpa tenían; pero cuando más esperanzada estaba, supo por una verdadera casualidad los proyectos de matrimonio del hombre amado...

Implorante y humilde se arrodilló á los pies de Aurora. Se humillaba ante aquella niña que iba á condenarla sin saberlo á la más sombría y negra de las desesperaciones, al más pérfido de los abandonos, y Aurora, aunque vió desvanecerse en un punto todas sus ilusiones y sintió que algo se desgarraba en lo más profundo de su corazón, tuvo palabras suaves de consuelo y de esperanza para aquella mujer sin ventura.

—Ignoraba esta triste historia, acabó diciendo, y le pido perdón por el daño que involuntariamente haya podido ocasionarle. Pondré en juego toda mi influencia para que Ricardo vuelva á usted, se case con usted y reconozca á sus hijos.

Acarició á los angelitos, besó sin odio y sin celos á aquella mujer que acababa de robarle la felicidad de toda su vida, y quedó sollozando, terriblemente desolada, como si le faltara tierra donde poner los pies.

Ricardo trató de negar; pero cuando se convenció de que su matrimonio con Aurora se había hecho imposible, se puso frenético contra aquella pobre madre que no había cometido contra él más delito que amarle con toda el alma y ser excesivamente crédula.

Aurora no supo nunca las escenas dolorosas que debieron preceder á la gran tragedia; encerrada en sus desventuras, sin cuidarse de otra cosa que de llorar las ilusiones perdidas, un día—no había transcurrido un mes del rompimiento con Ricardo—recibió la visita de D. Pablo. Por él supo que Patrocinio de Lucas se encontraba en la cárcel en peligro de muerte y que solicitaba verla. Fué y encontró moribunda á la pobre madre, en un estado de exaltación dolorosísima, medio loca. Hacía seis días que en un momento de horrible desesperación, viéndose abandonada y despreciada por Ricardo, había disparado contra éste dos tiros de revólver, matándole. Patrocinio había sido trasladada á la cárcel con su hijo, aquel precioso ángel que apenas si tenía un año. De las niñas no sabía. Acaso una vecina piadosa las amparaba.



Inspiración, cuadro de Pedro Sáenz

Estaba enferma, muy enferma; sentía que iba á morir, y llamó á Aurora para encomendarle que cuando aquellos infelices hijos del pecado fuesen recogidos en un asilo, no dejara de visitarlos alguna vez, para hacerles saborear la dulce ilusión de que no se encontraban solos, de que no estaban completamente solos en el mundo.

—Bien sé que usted no tiene obligación alguna, que hasta pudiera odiarlos, porque, indirectamente, esos desventurados hijos de mi corazón han sido causa de sus desdichas presentes; pero usted es buena, buena como no es buena ninguna mujer. Usted ha tenido la virtud de saber ceder sin rabiosos celos; lejos de arrojarme de su casa me abrió sus brazos cuando fuí á matar con una palabra las más sagradas ilusiones de su vida... Anhelo que mis hijos, al quedarse solos en el mundo, tengan unos ojos caritativos que los miren, y moriré tranquila si esos ojos son los de usted.

Emocionada, dejándose arrastrar por ese impulso santo que lleva á las almas buenas al heroísmo, Aurora tuvo palabras suaves para la desdichada; promesas consoladoras y lágrimas ardientes.

Pocos días después, D. Pablo entró en casa de Aurora llevando de la mano dos niñas y acompañado de una nodriza que traía en brazos á un niño robusto, y alegre como un rayo de sol.

—Traigo á estos ángeles para que los vea usted, para que los conozca usted, hija mía. Van á entrar, las niñas en el Asilo del Sagrado Corazón de María y en la Casa de Maternidad el niño. Podrá usted verlos cuando quiera. .

Aurora lloraba en silencio, y cuando el sacerdote acabó le dijo:

—¡Señor, es cruel, muy cruel encerrar á esos niños en un asilo! No niego que los asilos sean una de las obras más piadosas de todos los tiempos; no dudo que estarán bien cuidados; pero tendría un gran remordimiento, un remordimiento que consumiría mi vida, abandonándolos cuando yo he sido causa de su orfandad. ¡Dios ha dispuesto que estos angelitos queden en mi casa y que yo les sirva de madre!

* * *

—Fué sublime aquello, hijo mío, acabó diciendo D. Pablo; fué la escena más sencilla, más santa y más conmovedora que he presenciado en mi larga vida.

Comprendí entonces, aunque sólo confusamente porque conocía pocas cosas del mundo, la santidad de aquella pobre mujer, y seguí amándola con ese amor desinteresado y noble con que amamos las cosas santas cuando estamos convencidos de su santidad.

Y hoy te recomiendo, amable lector: si encuentras á tu paso una mujer encanecida, que tiene un leve parecido con tu madre, con tus hermanas, con todas las personas que te son amadas, con todas las gentes buenas, con todas las gentes santas, ámala y reverénciala, seguro de que pasa por tu lado la esencia del justo.

TIPOS Y COSTUMBRES JAPONESAS. (De fotografías de Felipe Hutin.)



La visita.—Canto y música.—Una beldad entre azucenas.—La comida en familia.—Dos amiguitas

ALTAR ERIGIDO EN LA NUEVA IGLESIA

DE LOS PP. DOMINICOS

Al igual de lo que acontecía en los pasados siglos, en que la piedad y el desprendimiento enriquecían nuestros templos por medio de obras artístico religiosas que hoy son causa de admiración y estudio, la iniciativa particular y el fervor cristiano cumplen asimismo actualmente la hermosa y laudable misión de substituir la vulgar imaginería por medio de producciones ejecutadas por inteligentes artistas, que aportan su valioso concurso y coadyuvan á secundar el noble y desinteresado propósito de algunos piadosos donantes.

En tal caso hállase el hermoso altar que con plausible generosidad ha costeado una distinguida dama de esta ciudad, quien dando muestra de cultura y elevación de miras, ha confiado la interpretación de sus deseos al docto catedrático de la Escuela de Arquitectura Joaquín Bassegoda y á un escultor de tan reconocidos méritos como Manuel Fuxá.

Es el altar de mármol pardillo, de estilo gótico, de sencillas y severas líneas, terminado en esbeltos pináculos, y parco en la ornamentación, avalorado con curiosos motivos, produciendo agradable efecto por su bien entendida disposición.

Cuanto á la estatua del Apostol de Asís, justo es consignar que el Sr. Fuxá ha sabido interpretar con singular acierto la simpática figura de San Francisco, de aquel modelo de abnegación y de caridad, de espíritu sencillo y puro, cuya imaginación no concibió más que el bien de sus semejantes. De ahí el grandísimo relieve que ofrece su figura y que su vida de cristiano sacrificio se haya citado siempre como ejemplar recuerdo y que todos los pueblos le hayan dedicado respetuosa memoria, inspirando á los más eminentes artistas sus más geniales obras. La estatua, de tamaño natural, tallada en madera y marfil, corresponde á la importancia de la obra, al buen nombre del artista y á los deseos de la piadosa dama, que á la par de dar evidente muestra de su fervor, ha procurado dotar á uno de los templos de esta ciudad de una obra de indiscutible valía.



Altar erigido en la nueva iglesia de los PP. Dominicos, obra del arquitecto Joaquín Bassegoda y del escultor Manuel Fuxá, costeado por D.ª Francisca de Asís Maignon

NOTAS JAPONESAS

(Véase la lámina de la pág. 253.)

Durante siglos, los europeos se han creído con derecho á considerar á los japoneses como un pueblo salvaje ó poco menos, sin que bastaran á modificar el juicio formado sobre ellos su hermosa filosofía, sus costumbres corteses y su arte delicado. Pero lo que estos elementos de cultura no lograron, consiguiéronlo sus triunfos militares sobre Rusia, dándose así el contrasentido de que no se estimara al Japón como nación verdaderamente civilizada hasta que demostró el alto nivel que había alcanzado en las artes destructoras de la guerra.

Pero esos triunfos militares que han asegurado nuestra estimación á los japoneses, esa imitación á la vez feliz y desgraciada de los procedimientos europeos repercutirá sin duda en las costumbres y en el espíritu de ese pueblo dúctil, en donde todas las transformaciones son en extremo rápidas.

Los japoneses aceptan nuestra ciencia, nuestros sistemas de comercio y de industria, nuestros armamentos, nuestros buques de guerra; pero hasta ahora se muestran irreductibles en cuatro cosas: en el amor á su antiguo traje, en su horror hacia nuestra arquitectura, en su apego á la alimentación vegetal é ictiofágica y en su pasión por la limpieza.

El japonés que, por exigencias de su negocio, consiente en vestirse á la europea, apenas vuelve á su país apresúrase á trocar el molesto terno por el holgado *kimono* bordado de crisantemos y de pájaros y á quitarse las torturadoras botas para calzarse sus originales zapatos de madera. Cuando las japonesas hayan adoptado nuestras vestiduras que tan mal les sientan, conocerán las tiranías de la moda, que hasta ahora entre ellas no variaba, y echarán de menos sus encantadores *kimonos* apretados al talle por el cinturón de seda y la bella disposición de sus peinados.

Los japoneses difícilmente renunciarán á sus viviendas; esas ligeras construcciones, de paredes de papel puesto en marcos de bambú que se quitan y ponen á voluntad, son precisamente lo que se necesita en aquel país constantemente sacudido por terremotos. Una casa de esas destruída por un temblor de tierra, apenas significa una pérdida, porque su reconstrucción cuesta muy poco.

Otra tradición que tampoco abandonarán fácilmente los japoneses es la referente á su alimentación; esos hombres vigorosos, resistentes, valerosos, de admirable musculatura, no comen más que arroz, huevos, legumbres y un poco de pescado, absteniéndose por regla general de la carne. Gracias á este régimen se libran del artritismo, que tantas víctimas causa entre nosotros; en cambio padecen otras enfermedades que nosotros no tenemos, y según dicen los sabios, envejecen prematuramente y mueren más jóvenes. Pero bueno ó malo, su régimen les parece mejor que el nuestro, que, en su sentir, es repugnante. Asimismo se mantienen fieles á los dos palitos que hacen en ellos las veces de tenedor y cuchara y que manejan con habilidad suma.

También conservan su cortesía y su discreción, que han heredado de sus antepasados. Un japonés que se estime no cuenta sus penas á nadie, considerando, con razón, que un hombre no tiene el derecho de molestar á su prójimo ni de entristecerle con el relato de sus penas, que, en realidad, sólo interesan al que las sufre. En medio de sus mayores padecimientos físicos y morales, el japonés y la japonesa conservan en sus labios una serie de sonrisas, matizadas según las circunstancias de la conversación y la condición del interlocutor. Este hecho fué uno de los que más sorprendieron á los primeros europeos que visitaron el Japón. Un japonés gravemente insultado sonreíase amablemente hasta el momento en que, llegado al paroxismo de la indignación, tiraba de su sable para cortar la cabeza al insultador ó para abrirse á sí mismo el vientre.

Mas tal como es y aunque observa muchas de sus antiguas y delicadas costumbres, es evidente que el Japón se europeiza y que no se necesitarán seguramente muchos años para que, en un país tan rápido en sus transiciones, nada quede de sus hábitos tradicionales.

Apresurémonos, pues, á echar una última mirada á esos cuadros graciosos, que probablemente dentro de algunos años no serán más que un delicioso, pero melancólico recuerdo.

El Japón de las flores y de las sonrisas, de los jardincitos admirablemente cuidados y de los lindos *kakemonos*, el Japón de los caballerescos samurais y de las graciosas *musmés*, pronto habrá desaparecido cediendo el paso al Japón prosaico y práctico.—T.

UN PRÍNCIPE INDIO

ACTUALMENTE EN CAMINO PARA EUROPA

El maharayá de Bharahtpur, Estado del Rayputana puesto bajo el protectorado de Inglaterra, se halla actualmente en camino para Europa, adonde viene con objeto de reponer su salud delicada. Es un niño de nueve años, y á juzgar por el retrato adjunto, vivo é inteligente. Acompáñanle en su viaje el mayor Fisher, del Servicio Médico Indio, y la señora Southerland, dama de honor de su madre.

Pronto desembarcará en Marsella, y se propone permanecer dos meses en Francia, haciendo naturalmente una visita á París. Después se dirigirá á Inglaterra.

El retrato suyo que reproducimos ha sido hecho durante su reciente estancia en el Cairo.

El maharayá de Bharahtpur, que actualmente se halla en camino para Europa. (De fotografía de Carlos Delius.)

LA NUEVA PINACOTECA VATICANA

El domingo, día 28 del próximo pasado marzo, S. S. el papa Pío X, acompañado del colegio de cardenales, del cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede y de los altos dignatarios de la corte pontificia, inauguró solemnemente la nueva Pinacoteca Vaticana.

Hállase ésta instalada en la parte Oeste del palacio del Belvedere, y consta de ocho grandes salas, una de ellas destinada á vestíbulo, dotadas de excelente luz y de un perfecto sistema de calefacción. Para la formación de este museo de pinturas se han reunido los cuadros existentes en la antigua Pinacoteca, en la colección del palacio de Letrán, en la Biblioteca del Vaticano y en las habitaciones particulares del Sumo Pontífice, los cuales han sido debidamente clasificados, de manera que constituyen un hermoso comentario de la historia de la pintura italiana y permiten estudiar las fases por que pasaron las principales escuelas de Italia.

En la primera sala hay multitud de pequeñas tablas y trípticos de los trescentistas, entre ellos de Simón Martini, de Lorenzo Monaco, de Juan de Bonsi, de Margaritone de Arezzo y de Juan da Ponte; la segunda está reservada á los florentinos, como Fra Angélico, Benozzo Gozzoli, Fra Filippo Lippi y otros; en la tercera se admiran hermosas obras de las escuelas de la Marca, de la Umbría y de los Abruzzos, representadas por Gentile da Fabriano, Francisco Ghissi, Francisco di Gentile, el Pinturichio, el Perugino, Cola Filotesio y Antoniazzo romano; llenan la cuarta casi exclusivamente lienzos de Rafael, entre ellos la maravillosa *Transfiguración* y la preciosa *Coronación de la Virgen,* al lado de los cuales se ven otras joyas firmadas por Santi, Perugino, Julio Romano y Penni; la quinta contiene algunas obras maestras de la escuela veneciana, como la *Virgen gloriosa* del Tiziano; en la sexta están representados diversos maestros del siglo XVI, entre los cuales descuellan el Dominiquino con su *Comunión de San Jerónimo* y Caravaggio con su *Sepelio de Cristo;* y la última comprende varias escuelas extranjeras, sobresaliendo en ella las pinturas de Murillo, Cranach, Lawrence, Poussin, etc.

La idea de la formación de la Pinacoteca Vaticana se debe al famoso y malogrado artista Seitz, quien admirablemente secundado por monseñor Misciatelli y mediante la entusiasta aprobación del papa Pío X, comenzó á ponerla en práctica. Posteriormente el profesor D'Achiardi ha cuidado de la clasificación y colocación de los cuadros.

Los numerosos peregrinos y viajeros que sin cesar acuden á la Ciudad Eterna no podrán menos de alabar y agradecer esa obra de Pío X, que les permite admirar en las mejores condiciones tantas y tan inestimables joyas de las más diversas épocas de la gloriosa pintura italiana.—S.



Roma.—Inauguración de la nueva Pinacoteca del Vaticano.—S. S. el papa Pío X, acompañado de los cardenales, en la sala en donde está el famoso cuadro de Rafael «La Transfiguración;» á su lado, el profesor D'Achiardi, que ha organizado la Pinacoteca

(De fotografía de Carlos Abeniacar.)



EL JUEVES SANTO A LA PUERTA DEL SANTO SEPULCRO.-

SALÉN. (De fotografía de Carlos Trampus.)



LA CEREMONIA DEL LAVATORIO ENTRE LOS CATÓLICOS GRIEGOS (ORTODOXOS.

CAMPEONATO DE FOOT-BALL DE ESPAÑA

LOS DOS EQUIPOS QUE HAN LUCHADO DEFINITIVAMENTE DESPUÉS DE LAS PRUEBAS ELIMINATORIAS. (Fotografías de Asenjo)



El equipo del Club Español de Madrid

El equipo San Sebastián Club, vencedor del campeonato

CAMPEONATO DE «FOOT-BALL» DE ESPAÑA

En el campo del Foot-ball Club de Madrid se ha jugado en los días 4, 5, 6 y 8 del corriente el campeonato de *foot ball* de España. E. primer día contendieron los equipos de San Sebastián y del Athletic Club de Bilbao, habiendo sido la victoria para el primero que, jugando admirablemente, logró hacer cuatro *goals* por dos que hizo el segundo. Al día siguiente lucharon el equipo Español, formado por jugadores madrileños, y el de Barcelona; resultó vencedor el Español por tres *goals* contra dos. El tercer día la lucha fué entre el Club Pontevedra y el equipo de San Sebastián, venciendo éste por dos *goals* contra cero. El último día jugóse el partido definitivo entre el Español y el de San Sebastián, habiendo quedado triunfante el segundo, que ha ganado la copa del rey y ha sido, por consiguiente, proclamado campeón de España.

EL DOCTOR RICARDO GREEF

Sabido es que las enfermedades infectivas son producidas por organismos microscópicos que se multiplican rápidamente, y que para combatirlas con éxito lo primero que se necesita es conocer los microbios causantes de cada una y sus condiciones de vida. Los modernos progresos bacteriológicos han permitido descubrir muchos de ellos, como el de la tuberculosis y el del cólera, y como consecuencia estudiar la manera de combatirlos; pero hay otras enfermedades cuyos microbios no habían podido encontrarse hasta ahora, siendo una de ellas la llamada oftalmía de Egipto, que se halla extendida por todo el mundo, aunque no de un modo igual en todas partes, y que constituye, allí donde existe, una terrible plaga. Consiste esa enfermedad en una inflamación y supuración de la conjuntiva con granulaciones consiguientes y suele durar muchos años.

Aunque se denomina oftalmía de Egipto y se supone que fué importada en Europa por el ejército de Napoleón, ahora está demostrado que es una enfermedad autóctona en nuestro continente desde tiempos inmemoriales.



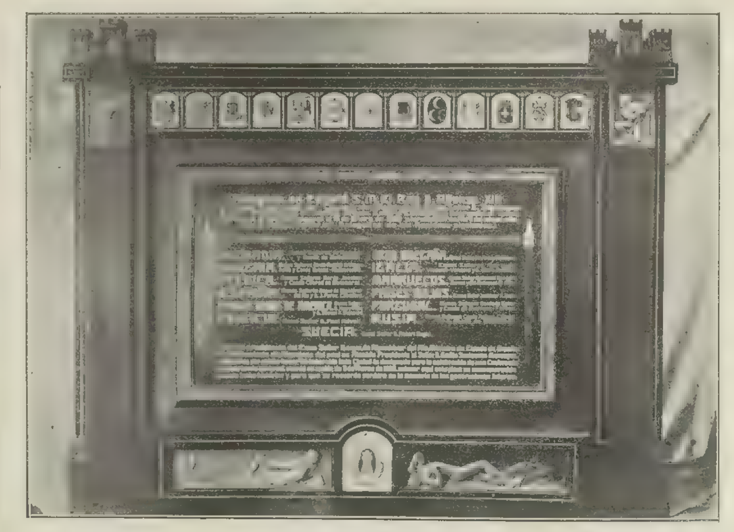
El profesor Ricardo Greef, que ha descubierto la causa de la oftalmía de Egipto (De fotografía.)

El profesor Greef, director de la clínica de enfermedades de los ojos de la Charité, de la Universidad de Berlín, ha conseguido recientemente, después de largos trabajos, descubrir el microbio de esa enfermedad, con lo que se tiene mucho adelantado para lograr la curación de la misma.

Ricardo Greef nació en 1862; estudió en Marburgo, Leipzig y Berlín, y fué, en esta última capital, ayudante del profesor Schweigzer. A consecuencia de sus descubrimientos relativos á los nervios de los ojos, que realizó en el Instituto Senckenberg, de Francfort del Mein, fué nombrado *privatdozent* de Oftalmología de la Universidad berlinesa. En 1897 entró de profesor y director de la clínica de enfermedades de los ojos de la Charité.

PLACA CONMEMORATIVA DE LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

En el salón del Ayuntamiento de Algeciras, en donde se celebró la conferencia internacional de este nombre, ha sido colocada la placa que adjunta reproducimos, destinada á conmemorar aquel suceso histórico tan importante. La inscripción dice así:



Placa conmemorativa de la Conferencia de Algeciras que ha de colocarse en el salón en donde se celebraron las sesiones. (De fotografía de Carlos Delius.)

«Reinando en España S. M. el rey D. Alfonso XIII y siendo Presidente del Consejo de Ministros el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast, se celebró en este Salón la Conferencia Internacional sobre Marruecos, la cual se inauguró el día 16 de Enero de 1906 y termino el 7 de Abril del mismo año. A ella concurrieron los delegados de las naciones siguientes:

»*Alemania*. Excmos. Sres. de Radowitz y Conde de Tattenbach. *Austria*. Excmos. Sres. Conde de Welsersheimb y Conde de Bolesta Koziebrodzki. *Bélgica*. Excmos. Sres. Barón Joostens y Conde Conrad de Buisseret. *España*. Excmos. señores duque de Almodóvar del Río y D. J. Pérez Caballero. *Estados Unidos de América*. Excmos. Sres. D. Henry White y D. Samuel R. Gummere. *Francia*. Excmo. Sr. D. Paul Revoil. *Gran Bretaña*. Excmo. Sr. Sir Arthur Nicolson. *Italia*. Excelentísimos Sres Marqués Visconti-Venosta y D. Giulio Malmusi. *Marruecos*. Excmo. Sr. Mohamed Ben Garbi Torres y Sid Mohamed El Mokri. *Países Bajos*. Excmo. Sr. Jonkheer Testa. *Portugal*. Excmos Sres. Conde de Tovar y Conde de Mariens-Ferrao. *Rusia*. Excmos. Sres. Conde Arthur Cassini y D. Basilie de Bacheracht. *Suecia*. Excmo. Sr. D. Robert Sager.

»Bajo la presidencia del Excmo. Señor Duque de Almodóvar del Río, Ministro de Estado de España.

»El Ayuntamiento de Algeciras, del cual es Alcalde Presidente el Señor D. Emilio Santacana Mansayas, reconocido por el alto honor de haber sido esta Ciudad la designada para la celebración de una Conferencia de importancia universal, acordó en sesión de 9 de marzo de 1906 colocar aquí esta placa en conmemoración de este hecho histórico y para que su recuerdo perdure en la memoria de las generaciones futuras.»

La placa va encerrada en un artístico marco adornado con los escudos de las trece naciones que tomaron parte en la Conferencia, colocados por el mismo orden en que las hemos enumerado, y con algunos relieves y ornamentos alegóricos.

Espectáculos. — PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Connais-toi*, comedia en tres actos de Pablo Hervieu; en la Renaissance *Le scandale*, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille; en el Vaudeville *La meilleure des femmes*, comedia en tres actos de Pablo Bilhaud y Mauricio Hennequin; en el Athenée *Le greluchon*, comedia en cuatro actos de Mauricio Sergine; en el teatro Michel *La secousse*, de Pablo Frank, y *Plumecock y Poilowski*, opereta en un acto de Mauricio de Feraudy, música de Félix Puget; en el teatro lírico de la Gaité *Maguelone*, drama lírico en un acto, poema de Miguel Carré, música de Edmundo Missa; en l'Oeuvre *Le roi Bombance*, tragedia satírica en cuatro actos de M. Marinetti; en el teatro Rejane *L'imperatrice*, drama en tres actos y seis cuadros de Cátulo Mendes; y en el teatro des Ecoliers *L'etau*, comedia en tres actos de Andrés Sardou.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



—¡Aquí está!.. ¡ese!.. ¡el ladrón!.. ¡Le reconozco muy bien!..

Junto al cobrador había un hijo suyo, niño de unos siete años, por quien se había hecho acompañar aquel día al objeto de pasearlo, puesto que sólo tenía aquella diligencia que evacuar.

Al pasar, Luciano vió todo aquello, y su espíritu, maduro para el mal, pensó en seguida:

«En esa cartera hay seguramente más de lo que necesito...»

Pero pasó, con una mirada de criminal codicia, y subió al piso indicado.

«No sería fácil—pensaba.—Es como si estuviese solo, puesto que no hay más que ese niño, pero tiene sólidamente su cartera apoyándose en ella.»

En el primer piso, manifestó su necesidad de hablar con uno de los administradores, pero se le contestó que no era la hora de las visitas. Aquellos señores preparaban sus órdenes de bolsa y no recibían á nadie. Había que volver por la tarde, ó escribir.

Luciano se retiró.

El único medio de salvación se le escapaba.

«Ese caballero quizá no me hubiese escuchado siquiera—pensaba.—No, no hay nada que hacer...»

Entonces la idea del robo entrevisto volvió á presentarse á su espíritu.

«¡Eso sí que me salvaría!..»—pensó el miserable. ¿Qué hacía falta? Desviar un instante la atención del cobrador, á fin de que soltase, aunque no fuese más que un segundo, su cartera.

«A dos—combinaba él—la cosa sería muy fácil; mientras uno le hablase, el otro daría el golpe.»

Antes de cruzar de nuevo aquel pasillo, el marido de Juana miró.

Nada había cambiado. El cobrador se encontraba en el mismo sitio.

El niño, algo apartado ahora de su padre, en busca de distracción, se había acercado al patio cubierto para ver el movimiento de la gente.

Era una circunstancia aún más favorable.

¿Pero cómo hacer que el cobrador soltase un momento su cartera?

El miserable tuvo una súbita inspiración, una combinación que le pareció ingeniosa.

Sacó de su cartera el billete de cincuenta francos que le quedaba, y ocultándolo en su pañuelo, se acercó á la ventanilla.

Leyó en la chapa de latón que el cobrador ostentaba en el pecho: *Lavisart, Fleuret y C.ª, banqueros.*

—Usted dispense, dijo, ¿adónde hay que dirigirse para las órdenes de bolsa?

—En el *hall* se lo dirán á usted, contestó el empleado, á quien molestó que le distrajesen de sus cálculos.

—Gracias.

Hablando, Luciano había dejado caer el billete de Banco á los pies del cobrador.

En el momento de alejarse miró al suelo, como si al pisar algún objeto hubiese llamado su atención.

—Hombre, dijo al empleado de los banqueros del bulevar de San Germán, si deja usted caer así sus billetes de Banco, no le va á salir la cuenta.

El cobrador miró al suelo, en la dirección indicada.

—Muchas gracias, caballero, dijo al ver el billete.

Y se agachó para recogerlo.

Con una habilidad y una rapidez maravillosas Luciano se apoderó de la cartera y la ocultó debajo de su gabán, desabrochado adrede.

Al mismo tiempo desapareció, perdiéndose en medio del gentío, más numeroso que antes, que llenaba el patio cubierto, y por el camino más corto salió á la calle.

—¡Cincuenta francos!.., dijo el cobrador. Iba á ganar buen jornal... Debió caerme hace un rato, al sacar mis pagarés.

De pronto quedó lleno de asombro, estupefacto.

—¡Calla!.. ¿Y mi cartera?..

Miró al suelo, en torno de él.

—No, la hubiera oído caer, pensó. ¡Ah, esta sí que es buena!..

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¿Qué tiene usted, Marcial?, le preguntó el empleado.

—¡Hombre, mi cartera!.. La tenía aquí, debajo del brazo..., ahora mismo... Aún me parece sentirla... No ha venido nadie, á excepción de ese caballero que me hizo notar que se me había caído este billete... ¿Es usted quien me ha hecho esta broma en el momento de agacharme?, preguntó Landry.

—¡Vamos, hombre!.. ¿Quiere usted callar?.. Tales bromas no se hacen.

—Tiene usted razón. Entonces no comprendo...

—Pues no hay duda, ha sido ese caballero, dijo el empleado.

—¿Usted cree?.. Efectivamente, no puede haber sido nadie más que él, pues repito que hace un instante mi cartera estaba aquí.

—El billete de Banco en el suelo era una combinación premeditada. Seguramente.

—Pues ha sido obra de un momento...

—Apuesto á que es un *pick pocket* inglés.

—¡Dios mío, estoy perdido!..

El padre de Rosita corrió hacia el patio cubierto.

—¿Has visto al caballero que acaba de pasar?, preguntó á su hijo.

—¡Oh, sí, le he visto!, contestó Víctor. Se fué por allí...

Al decir esto, indicaba el centro del patio.

Marcial Landry preguntó á los empleados del Banco que allí se encontraban. Refirió el robo hábil y audaz de que acababa de ser víctima.

Dió aproximadamente las señas del ladrón, que el niño completó.

Al pequeño Víctor le había llamado la atención la marcha precipitada de aquel hombre, á quien había visto muy bien.

—¡Oh, yo le reconocería fácilmente!, dijo el niño con los ojos brillantes de inteligencia. Sobre todo reconocería sus ojos, porque al pasar me miró de una manera muy extraña.

Se había aglomerado mucha gente en torno del cobrador y de su hijo.

Le preguntaban qué cantidad llevaba en la cartera.

Le censuraban que no la hubiese llevado atada á la cintura con una cadena, como los cobradores del Banco de Francia.

Le aconsejaban lo que debía hacer.

Lo más sencillo consistía en ir á exponer el hecho al comisario de policía. También era lo más urgente, porque así expedirían agentes del cuerpo de Seguridad en todas direcciones, y al mismo tiempo había que hacer oposición respecto á los valores, é indicar la composición de las sumas en billetes, si era posible.

Uno de los agentes de la policía de Seguridad, de servicio en las inmediaciones del establecimiento, se acercó al grupo, se enteró del robo que acababa de cometerse y acompañó á Landry y su hijo á la comisaría del barrio.

El cobrador de la casa de banca del Mercado de vinos repitió en presencia del magistrado la relación del robo, tal como suponía que se había verificado.

Contestó á todas las preguntas necesarias para el parte que se tenía que dar á la Prefectura de policía y al juzgado, y dió las señas del individuo, apoyado por el pequeño Víctor, que había visto al ladrón mejor que su padre.

El comisario tomó la nomenclatura de los valores y de las sumas contenidas en la cartera, que Landry pudo darle fácilmente consultando las notas de su *carnet*, y trató de calmar su desesperación prometiéndole que el cuerpo de Seguridad iba á practicar inmediatamente las investigaciones más activas.

El desgraciado cobrador no se atrevía á volver á casa de sus amos

Fué directamente á su casa, donde tenía que acompañar á su hijo al ir á almorzar.

Refirió el robo á su mujer y á Rosita.

El pobre diablo estaba desesperado.

Consideraba su situación perdida, pues estaba seguro de que los banqueros lo iban á despedir.

Su esposa, aunque muy desolada, procuró infundirle algún valor, y le dijo que ella misma iba á ver al Sr. Laroche, que tan bueno había sido para ellos, y que seguramente intervendría en su favor cerca de sus amos para que no le despidiesen.

Fueron juntos, con el pequeño Víctor, que había visto bien al ladrón.

Dejaron la casa al cuidado de Rosita.

Laroche sintió profundamente la desgracia ocurrida á aquel hombre á quien tenía en mucha estima desde que había tenido ocasión de conocerle, y quiso ir en persona con Marcial á casa de los banqueros, en tanto que la esposa de Landry se volvería á la suya con el pequeño Víctor.

En el Banco del Mercado de vinos tenían ya conocimiento del robo.

Un individuo del cuerpo de Seguridad, el que se había encontrado en el Crédito Lyonés, estaba allí y refería los hechos al Sr. Lavisart.

Lo primero que se le había ocurrido había sido ir á pedir informes sobre el cobrador. El agente era receloso por profesión y por hábito, y no hubiera sido la primera vez que un empleado bribón hubiese simulado un robo ó ser víctima de él para apoderarse de una cantidad importante y extraviar á la justicia sobre una pista falsa.

El Sr. Laroche protestó enérgicamente y respondió de la probidad de Landry, profundamente humillado é indignado contra aquella sospecha.

—Está bien, dijo el agente de policía. Vamos á dar otro rumbo á nuestras investigaciones.

Y los banqueros, á pesar de una severa censura, mantuvieron al cobrador en su cargo.

XII

EL PEQUEÑO LANDRY

Una vez fuera del Crédito Lyonés, Luciano se metió en el primer *fiacre* libre, en medio de la baraúnda de carruajes, en las inmediaciones del gran establecimiento de crédito.

—¡A la estación de Orleáns!, dijo.

El miserable no tenía intención de huir. Su desaparición, alocando á Juana, que acudiría á todas partes para averiguar su paradero, no podía hacer más que perderle, designándolo como culpable.

Quería despistar las investigaciones, en caso de que aquel cochero dijese, al ser conocido el robo, que á la hora en que éste se cometió condujo él en su coche á un hombre cuyas señas podría dar.

Por este motivo, Luciano de Favreuse no se hizo conducir directamente á su casa, ni siquiera á su barrio.

Si aquel cochero sospechaba después algo y hablaba, no podría decir sino que su viajero se había hecho conducir á la estación de Orleáns.

«De allí se va lejos—se dijo el marido de Juana, —y buscarán en provincias.»

Acababa de trazar su plan con maravillosa lucidez, con una seguridad de juicio y una libertad de espíritu absolutamente completas, como un hombre que, sin perder la cabeza, sin atolondrarse, muy dueño de sí mismo, se encuentra, en el momento del peligro, en posesión de todas sus facultades.

Pensaba partir, y partir lo más pronto posible, pero con las precauciones necesarias para no despertar sospecha alguna que pudiese designarle como autor del robo.

¿En qué consistía este robo? Luciano estaba impaciente por conocer su importancia.

¿Qué suma contenía aquella cartera que su brazo sujetaba estrechamente bajo su gabán?

Seguramente encontraría billetes de Banco, con los cuales podría obrar.

Los cobradores no pueden tomar nota de los números de los billetes que pasan por sus manos, en los múltiples cobros y pagos que verifican en un día.

«Si, por casualidad, alguna casa meticulosa—se dijo pensando en todo—ha anotado los números de los billetes entregados por ella á ese hombre, todo se reduce á tomar algunas precauciones al cambiar.»

Cuando el coche se detuvo delante de la estación de la plaza Walhubert, el marido de Juana se apeó prontamente, pagó al cochero con una moneda de dos francos previamente preparada y desapareció por la sala de espera.

Dirigióse á la taquilla y pidió un billete de primera clase para Auteuil.

Iba á tomar el tren de circunvalación para regresar á su casa.

Durante aquel trayecto, sin duda podría ir solo en su departamento y examinaría cómodamente el contenido de la cartera.

Es lo que hizo, después de haber cambiado de tren en la estación de Orleáns Cintura.

La cartera contenía sesenta y tres mil francos en obligaciones de la Villa de París y del Credit Foncier; los títulos eran nominales.

Había además, en otra división, treinta y tres mil setecientos cincuenta francos en billetes de Banco de diversos valores, y por separado, cierto número de efectos comerciales que el cobrador tenía que presentar á la aceptación ó al cobro aquel mismo día.

«¡Una fortuna!..—se dijo el miserable.—¡Qué buena inspiración tuve!..»

Pero Luciano se hallaba demasiado en posesión de toda su sangre fría para perder el tiempo en embriagarse contemplando aquel dinero que era su salvación. Tenía que tomar las precauciones más minuciosas para no comprometer su libertad.

«¿Quién iba á sospechar de mí, después de todo? —pensó después de haber cerrado la cartera, que sujetó debajo de su chaleco.—Nadie me conoce. El único que me vió fué el cobrador, y ya no me volverá á ver. ¿Cómo pueden encaminarse hacia mí las investigaciones de la policía?.. Por lo demás, mañana veré lo que sobre el particular dirán los periódicos.»

Sin embargo, pensaba en desaparecer, en salir de París sin despertar sospechas, sin llamar la atención con una marcha que pareciese una huída.

«Esto no sorprenderá á ninguno de mis conocidos —reflexionó.—Al contrario, en mi situación apurada, ya sospechada en el barrio á causa del retraso en el pago del alquiler de mi casa y á causa también de haber tenido que tomar al fiado nuestros comestibles, ello parecerá muy natural.»

El marido de Juana pensó entonces dónde podría refugiarse.

No quería ir lejos de París, á fin de poder volver fácilmente por las noches, porque se sentía más poseído que nunca del demonio del juego y esperaba desquitarse ahora que tenía á su disposición un capital suficiente para probar fortuna.

«En la línea de Versalles—pensó él—encontraré fácilmente una casita aislada, en un sitio donde nadie me conocerá. Pero habrá necesidad de desprenderme de Paulina, porque las mujeres hablan demasiado. Será fácil bajo el pretexto verosímil de las economías. Hay también esta cartera y estas obligaciones—pensó el miserable.—Es preciso que me desembarace de ellas cuanto antes. Más adelante encontraré alguna combinación para no perder lo que estos valores representan. Por el momento, no sería prudente intentar hacer uso de ellos, porque los números deben haber sido anotados y los títulos serán sin duda objeto de oposición. Sólo los imbéciles se dejan coger de ese modo... Además, ¿no tengo ya bastante con el resto?.. ¡Treinta mil y pico de francos!.. Con esto puedo ganar millones, sobre todo ahora que no jugaré con mi dinero...»

El tren, después de haber pasado las estaciones de la línea de circunvalación, paró en la de Auteuil.

El marido de Juana salió de la estación confundido en medio de una veintena de viajeros y se dirigió rápidamente á su domicilio, no sin mirar á cuantas personas encontraba, precaución muy inútil, porque aún nadie podía sospechar de él. Landry y su hijo, únicos que le habían visto, no le conocían y no podían designarle sino por señas necesariamente vagas.

Como Luciano entró en su casa abriendo él mismo la puerta con su llavín, procurando además hacer el menor ruido posible, Juana no le oyó entrar y él pudo ir á su cuarto sin ser visto.

Cogió una maletita que se hallaba sobre la tabla de una percha, retiró de la cartera robada al cobrador un pequeño fajo de billetes de Banco que se metió en el bolsillo, encerró la cartera en la maleta y se guardó la llave.

Entonces se volvió á la antesala, como si acabase de entrar, y penetró en el comedor, donde estaba la mesa puesta.

Al oirlo, Juana, que ayudaba á Paulina en los últimos preparativos del almuerzo, corrió á abrazarlo.

—¿Has conseguido algo?.. ¿Has encontrado algo?, preguntó ella en seguida.

—No... nada, contestó él. No he encontrado ninguna de las personas que buscaba. ¿Qué quieres? ¡Estoy de malas!

—No hay que desanimarse.

—He tenido, sin embargo, la suerte de hacerme prestar algún dinero por un amigo, añadió el ladrón, poca cosa, unos cuantos centenares de francos que he prometido devolver poco á poco; porque hay que salir del paso, como decíamos ayer.

—¡Sí, dijo Juana, y yo te sostendré, sin debilidad, sin desaliento!.. ¡Seré fuerte, sea cual fuere lo que tenga que hacerse!

—Luego hablaremos de eso.

El desayuno fué casi silencioso, porque Luciano no quería hablar mientras pudiese oirle Paulina, y la puerta de la cocina, contigua al comedor, permanecía entreabierta.

Después, mientras la criada desembarazaba la mesa, pasó al saloncito, adonde le siguió Juana, y casi en voz baja, sentado al lado de su mujer, empezó:

—He reflexionado sobre nuestra situación, y es preciso que tomemos una resolución enérgica..., hasta penosa.

—¡No importa!.., dijo Juana. ¿Qué hay que hacer?

—Es preciso que partamos de aquí cuanto antes. Tenemos demasiadas deudas y no podría pagarlas en este momento. Tendría disgustos que me turbarían, que me impedirían trabajar y salir del paso,

porque los acreedores, que saben que tu padre es rico, no admitirán dilatorias.

—Les pediremos plazos... Yo les veré, si quieres. Precisamente porque conocen la fortuna de mi padre, consentirán en esperar... ¿Qué debemos? El trimestre de alquiler, según dijiste..., y las cuentas de los comestibles.

—Hay otras deudas que ignoras, dijo Luciano. Ya te explicaré eso. ¡Por lo pronto, no hay más que hacer sino lo que te digo!

Juana se sometió.

—Lo más sensible para ti, mi pobre Juana, repuso hipócritamente el miserable, es que tendrás que privarte de Paulina... Tendrás que disminuir nuestros gastos, y no es sólo el sueldo, sino que la vida es más cara con una criada.

—¡Pobre muchacha!.. ¡Nos quiere tanto... y nos es tan fiel!..

—Lo sé, pero ¿qué le hemos de hacer?.. Ella lo comprenderá, yo me encargo de decírselo.

—Al partir, objetó Juana, será preciso que paguemos el alquiler para que nos dejen sacar los muebles...

—No puedo, contestó Luciano. Si empleo el poco dinero que tengo en pagar lo que debemos, no me quedará nada.

—¿Entonces?..

—Déjame hacer, yo me encargo de todo... Abandonaremos nuestro mobiliario..., ni más ni menos... Tomaremos una casa amueblada, y más tarde, cuando podamos, volveremos á comprarlo todo.

Esta resolución era muy dolorosa para la hija de Laroche, no sólo á causa de la pérdida de los muebles, sino que también su recta conciencia reprobaba el dejar aquellas deudas sin satisfacer.

Sin embargo, no tuvo la fuerza de protestar. El tono de su marido era tan impetuoso, que ella no se atrevió á contradecirlo.

Además, tenía confianza en él... Si él obraba así era porque no podía hacer otra cosa.

Con el dinero robado, Luciano de Favreuse hubiera podido pagar todas las deudas contraídas en el barrio, incluso el alquiler de la casa, y llevarse sus muebles, sin dejar tras sí ninguna reclamación. Pero le había parecido más prudente obrar conforme había resuelto.

Aquellos pagos hechos de pronto, cuando el día antes se encontraba casi sin recursos, hubieran podido parecer sospechosos, y si la gente se ocupaba de él, se hubiera sabido que se había encontrado con dinero después del robo del Crédito Lyonés, cuando antes no tenía.

Por consiguiente, según sus cálculos, era preciso no pagar, á fin de probar que su situación no había cambiado.

Aquella mudanza, operada de pronto, sin que nada la hubiese hecho prever veinticuatro horas antes, hubiera seguramente dado que hablar á las gentes, que tratarían de explicársela.

Su partida, con el sacrificio de su mobiliario, que venía á ser la garantía de los trimestres de alquiler debidos á la casera, no tendría nada de sospechoso.

Además, el transporte mismo del mobiliario hubiera podido servir de indicio, revelar su nuevo domicilio, que el ladrón, previéndolo todo, quería ocultar cuidadosamente.

Ni la misma Paulina sabría su paradero.

Actualmente él no sabía á punto fijo dónde se ocultaría; sólo había resuelto ir á un sitio cualquiera de la línea de Versalles, á fin de vivir cerca de París. Pero cualquiera que fuese el punto de su nueva residencia, el marido de Juana sabría arreglárselas para no ser descubierto.

Sin más tardar lo dispuso todo, preparando dos cartas, una para Paulina y la otra para la dueña de la casa.

Explicó á la antigua camarera de Juana que, habiéndolo perdido todo, se veían obligados de prescindir de sus servicios por economía. Le decía que iban á provincias, donde la vida sería menos cara y donde esperaban salir más fácilmente del paso.

A esta carta añadió un billete de cien francos, cantidad que representaba, con una ligera indemnización, los dos meses de paga que se le debían.

En la segunda carta, Luciano expuso á la casera que considerables pérdidas de dinero le ponían en la imposibilidad de pagarla, y que la autorizaba á vender el mobiliario para cobrarse, sin perjuicio de emplear el sobrante, si lo había, en el pago de lo que reclamasen los acreedores.

Terminadas estas dos cartas, escribió otra, muy breve, al director del Crédito Lyonés, suplicándole entregase en abono de su cuenta corriente los cuatro mil francos adjuntos; metió cuatro billetes de Banco en el sobre, y después de poner la dirección, envió á Paulina á expedirla, certificada, en la administración principal de Correos, sita en la calle de Juan Jacobo Rousseau.

De esta manera se desembarazaba por un par de horas de la antigua camarera de Juana y aseguraba el pago del cheque, que probablemente no sería presentado hasta el día siguiente.

Tan pronto como la criada hubo salido, Luciano anunció á su mujer que iban á partir en seguida.

Mientras Juana se vestía, obedeciendo pasivamente á pesar de su desolación, preparó él mismo el único baúl que iba á constituir su equipaje con la maletita, y en él metió rápidamente toda la ropa.

Se desembarazó de la cartera robada y de los efectos comerciales, que no podían serle de ninguna utilidad, tirándolo todo al excusado de la casa, y envolvió en un periódico los títulos y los fajos de billetes de Banco, que ocultó cuidadosamente en la maleta, entre su ropa blanca.

Luego fué en busca de un coche; anunció á la portera que se ausentaba por ocho días con su mujer y se hizo conducir á la estación de San Lázaro.

Esta última indicación era también propia para despistar las investigaciones. Porque después de haber echado sus dos cartas al correo, Luciano hizo facturar su equipaje para la estación de Oeste Cintura, perteneciente á las dos líneas de circunvalación y de Montparnasse á Versalles.

Allí, después de haber cambiado de tren, tomó nuevos billetes para Meudon.

Ahora el miserable se sentía en seguridad, y durante el corto trayecto expuso á poca diferencia sus intenciones á Juana, que parecía aturdida en medio de aquel trastorno completo de su existencia, pero que se consolaba, sin embargo, á la idea de que su marido no la abandonaría en lo sucesivo.

—En Meudon, le explicó, encontraremos fácilmente alojamiento. Hay una infinidad de casitas amuebladas que generalmente no se alquilan más que en verano y que, en la estación actual, están siempre vacantes. Sobrarán para escoger. De modo que es como si continuásemos viviendo en París. ¡Estaremos tan cerca! A veinte minutos escasos de tren; menos de lo que se emplea en ómnibus para ir de los barrios extremos al centro.

Dejaron el equipaje en la estación de Meudon, y Luciano, que conocía bien las inmediaciones de París, se dirigió en seguida con su desdichada esposa hacia el Bajo Meudon, pasando por el caminito de la estación del ferrocarril.

Pasaron por delante de numerosas quintas y casitas de recreo, con sus ventanas cerradas y provistas de letreros anunciando que estaban para alquilar, é indicando una agencia que daba razón. Pero ninguna de ellas satisfacía á Luciano, que se alejaba de las vías demasiado concurridas, á lo largo de las cuales se alineaban, casi tocándose, todas aquellas casas y sus jardincitos.

Él buscaba una casa aislada, y como por aquella parte no encontró ninguna que le conviniera, se dirigió hacia la colina en que se apoya el viaducto del ferrocarril, la hizo trepar á Juana, y entonces encontró fácilmente una casita absolutamente sola, precedida de un jardincito cerrado con una simple empalizada, cuya puerta daba á un estrecho sendero.

De allí, la vista era admirable, abarcando por una parte Meudon, el Val Fleury y Clamart con la sombría cortina de verdura del bosque, y por otra parte el Sena desde el puente de Sevres hasta el soberbio viaducto de Auteuil, detrás del cual se extiende el espléndido panorama de París.

Una mujer, que cubría de hojas un pequeño plantel de fresas en el jardín, á fin de preservarlas de la helada, les hizo visitar la casa, de la cual se declaró dueña.

Todo era sumamente sencillo; el mobiliario, antiguo y reducido á la más simple expresión. Pero todo era muy limpio.

—Vivimos en París, alegó el marido de Juana, y traigo á mi mujer aquí á fin de que pueda salir de su cuidado cerca de un doctor amigo mío que vive en estas inmediaciones.

La casera, por rara excepción, no era curiosa.

La buena mujer consideraba como una ganga el alquilar la casa, y sobre todo el recibir desde luego doscientos francos, que representaban seis meses de alquiler. Alegróse además á la idea de que, el verano siguiente, no tendría que cuidarse de buscar inquilino, porque el joven matrimonio hablaba de su intención de quedarse en el campo, al aire libre y sano, con la criatura, que su madre se proponía criar.

Ella misma se encargó de ir con su carretilla á la estación en busca del equipaje, á cuyo efecto Luciano le entregó el talón del ferrocarril.

Entonces, durante la ausencia de la mujer, Favreuse examinó los contornos.

La casa estaba aislada de toda otra habitación, y por aquel sendero debía pasar muy poca gente, alguna pareja amorosa buscando la soledad en las tardes de verano.

Detrás de la casa se alzaba otra que se apoyaba en ella. Era á poca diferencia de la misma altura, pero más vasta y extrañamente construída, como si hubiese sido edificada en períodos sucesivos.

Pero no tenía ninguna ventana que mirase hacia la casa alquilada por Luciano; todas sus aberturas daban al camino á cuyo borde se hallaba situada.

Luciano la había visto al pasar. Era un modesto establecimiento, un ventorrillo, con un pequeño mostrador de cinc, glorietas á cada lado del terreno que lo precedía y una entrada coronada por un molinito de madera que el viento agitaba, por una bandera que justificaba su muestra: *Au Petit Drapeau*, y por un letrero sobre tabla anunciando que se admitía á los parroquianos con su comida, contentándose el establecimiento con servirles la bebida.

En la presente estación, el ventorrillo estaba cerrado. Los dueños, que vivían en Clamart, únicamente lo abrían los domingos, en que caía algún cliente.

Aquella iba, pues, á ser la soledad más completa.

Juana, en su estado, no saldría mucho de casa, y Luciano no contaba dejarse ver mucho durante el día. Sólo iría á París al atardecer y regresaría de noche.

De esta manera el ladrón del Crédito Lyonés tomó todas las precauciones que juzgó necesarias.

Las completó aconsejando á Juana que no tomase á nadie á su servicio, lo cual estaba indicado desde el momento que no habían conservado á Paulina.

A la mañana siguiente, Luciano fué á la estación de Meudon, á fin de comprar un periódico y ver lo que decían del asunto.

La noticia que leyó le sorprendió y tranquilizó al mismo tiempo.

El robo de la cartera se hallaba en cierto modo relegado al segundo término, puesto que se narraba el suceso bajo este título:

SUICIDIO DE UN COBRADOR DE BANCO

Y se leía á continuación:

«El cobrador de un Banco de las cercanías del Mercado de vinos, Marcial L***, regresó ayer al mediodía á casa de sus amos anunciándoles que acababa de ser víctima de un robo audaz. Su cartera, que contenía cerca de cien mil francos en valores diversos, efectos y billetes de Banco, le había sido robada por un hábil ladrón, mientras él se encontraba á una ventanilla del Crédito Lyonés esperando la expedición de la factura y la comprobación de diversos pagarés que acababa de entregar.

»Al darse cuenta de la desaparición de su cartera, Marcial L*** buscó por todas partes al ladrón, á quien apenas había tenido tiempo de ver, y no habiendo podido dar con él, fué á la comisaría de policía del barrio y dió parte de lo ocurrido. El servicio de la Seguridad, avisado inmediatamente, puso en el acto en campaña á dos de sus agentes más listos.

»Uno de ellos fué en seguida al Banco en que el cobrador estaba empleado, á fin de tomar informes sobre él. Aquel robo, tal como la víctima lo refería, le había parecido bastante inverosímil, y se habían dado casos de empleados infieles que se quejaban de robos para ocultar sus propias fechorías. Sin embargo, debemos decir que los informes dados respecto á L*** por los banqueros fueron excelentes y que, para ellos, su empleado no podía ser objeto de la menor sospecha.

»Aquel paso afectó dolorosamente al cobrador, quien, al volver por la tarde á su casa, calle de Bernardinos, después de haber sido llamado ante el jefe de Seguridad para darle indicaciones, enteróse con amarga estupefacción de que, durante la tarde, un comisario de policía de las delegaciones judiciales había practicado una perquisición en su domicilio. Creyóse definitivamente objeto de sospechas y acusado de aquel robo, y poco después, armándose de un antiguo revólver de ordenanza de la época en que prestaba su servicio militar, aprovechó el momento en que su mujer acostaba á sus dos hijos para levantarse la tapa de los sesos.

»La muerte fué instantánea. La detonación, oída en toda la casa, atrajo inmediatamente, no sólo á la pobre esposa del cobrador y sus hijos llenos de espanto, sino también á la portera y á varios vecinos.

»M. Andral, comisario de policía del barrio, á quien se dió parte en seguida de aquel dramático suicidio, fué y procedió á las atestaciones consiguientes.

(Se continuará.)



Mónaco.—Sexto meéting de canoas automóviles.—Vista general de la Exposición de las canoas, inaugurada por el príncipe Alberto de Mónaco el día 31 de marzo último.

MÓNACO

6.° MEÉTING DE CANOAS AUTOMÓVILES

El día 31 de marzo último el príncipe Alberto de Mónaco inauguró la exposición del 6.° meéting de canoas automóviles; en la que se han reunido 67 *cruisers* y 16 *racers* y en la que por vez primera figuran dos canoas norteamericanas y una alemana.

En los días siguientes efectuáronse los ensayos y se procedió al pesaje de las canoas que han de tomar parte en las diferentes carreras que han de celebrarse, habiendo sido clasificados en la primera serie de cruisers (un cilindro de 100 milímetros y un peso mínimo, en carga, de 650 kilogramos) doce; en la segunda (de menos de 6'50 metros), diez y siete; en la tercera (de 6'50 á 8 metros), once; en la cuarta (de 8 á 12 metros), diez, y en la quinta (de 12 á 18 metros), tres.

El domingo, día 4 de este mes, era el primero de las carreras, de las que debían efectuarse la de los *cruisers* de la primera serie, por la mañana, y la de los *racers* por la tarde para disputarse los premios del Tiro de Pichón y de Mónaco respectivamente; pero el mal estado del mar hizo que se suspendiera la última. En la de *cruisers* tomaron parte *Mais je vais piquer II, Gobrón, Gregoire VII, Labor III* y *Excelsior Buire IV*, que llegaron por este mismo orden, habiendo recorrido los dos ganadores del premio los 50 kilómetros en 1 hora, 35 minutos y 33 3/5 segundos el uno, y en 1 hora, 38 minutos y 8 segundos el otro.

El segundo día ganó el premio del International Sporting Club el pequeño *cruiser Sizaire et Naudin II*, que recorrió 50 kilómetros en 1 hora, 43 minutos y 13 segundos, y el premio de Monte Carlo para grandes *racers* el *Wolseley Siddeley II*, que empleó 49 minutos 4/5 de segundo en recorrer 50 kilómetros, venciendo sólo por 14 segundos al *Pankard-Levassor*.

El tercer día efectuáronse las carreras de pequeños *racers*, ganando el premio de Mónaco *Liselotte*, y de *cruisers* de las series tercera y cuarta, en las que alcanzaron los premios del Mediterráneo y de la Costa Azul *Gyrinus II* y *Delahaye Nautilus IX* respectivamente.



Los cruisers «Gobrón» y «Gregoire VII;» el «Gobrón» ha ganado el segundo premio del Tiro de Pichón. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

MADRID

CARRERAS Á PIE

En la mañana del domingo, día 4 del corriente, efectuáronse en Madrid las carreras á pie para disputarse el premio regalado por Su Majestad el rey D. Alfonso XIII, consistente en un artístico bronce de Demange, y una medalla de vermeil y el título de campeón de carreras á pie de la Sociedad Gimnástica Española durante 1909.

Para la carrera, cuyas condiciones eran recorrer 10 kilómetros en carretera y en 38 minutos como máximo, habíanse inscrito los corredores siguientes: Gam, Sáiz, Alpha, G. Antón y Martínez, R. Hernández, C. Hernández, J. Tovar (campeón de 1907 y 1908), F. de Diego, F. Baunza, Tuñón, M. y P. Lemelle, R. Blanco, Omega, U. Aguilar, L. Bernardo, Podas Okus, S. Pantoja, F. F. Zabala, F. Ordóñez, A. G. Castella, M. Fernández, F. Latorre y R. Paz. Varios de los inscritos se retiraron, tomando parte en la prueba quince solamente.

Los corredores salieron del Paseo de Recoletos, habiéndoles dado la salida el gobernador de Madrid Sr. marqués de Vadillo, y regresaron, después de realizado el recorrido, por el siguiente orden: Gam, Caro y Zavala, que efectuaron la carrera en 36 minutos 40 segundos, en 37 minutos 25 segundos y en 37 minutos 59 segundos. Los demás emplearon más de los 38 minutos reglamentarios.

Fué proclamado campeón el Sr. Gam.



Madrid.—Campeonato de carreras á pie organizado por la Sociedad Gimnástica Española
N.° 1, Sr. Gam, ganador del premio de S. M. el rey D. Alfonso XIII y del campeonato; N.° 5, Sr. Caro, ganador del segundo premio; N.° 4, Zavala, ganador del tercer premio. (De fotografía de Asenjo.)

BARCELONA.—LA JURA DE LA BANDERA

Con la solemnidad acostumbrada y propia del acto, celebróse en la mañana del día 4 de los corrientes la ceremonia de la jura de la bandera por los reclutas últimamente incorporados á filas en esta guarnición.

En el centro de la plaza que forman al cruzarse la Gran Vía Diagonal y el Paseo de Gracia, habíase levantado un altar artísticamente adornado con palmas, laureles y trofeos militares. A las diez comenzó la formación de las tropas y poco antes de las once llegó el Excmo. Sr. capitán general D. Luis de Santiago, acompañado de un brillante estado mayor, situándose á laizquierda del altar, junto al cual hallábanse el Ilmo. Sr. obispo de Eudoxia con una comisión del cabildo catedral, el gobernador civil, el presidente de la Audiencia, el presidente de la Diputación Provincial, el alcalde accidental, comisiones de la Diputación y del Ayuntamiento, representaciones del Claustro Universitario y de varias entidades, etc.

Terminada la misa, que dijo el teniente vicario castrense D. Juan Valiente, comenzó la ceremonia de la jura de la bandera ante la del cuerpo más antiguo; mientras los reclutas juraban, los invitados pasaron á las dos tribunas levantadas por el Ayuntamiento, frente á las cuales se situó el capitán general con su escolta, y en seguida comenzó el desfile por la compañía de ciclistas. Detrás iba el gobernador militar general Cortés al frente de los pelotones de reclutas, y luego seguían las tropas regulares al mando del general Mora y las fuerzas montadas mandadas por el general Brandeis.

Cuando hubo desfilado el escuadrón de la guardia civil, que cerraba la marcha, el capitán general acercóse á la tribuna en donde estaban las autoridades, expresando á éstas su agradecimiento por su concurrencia al acto.

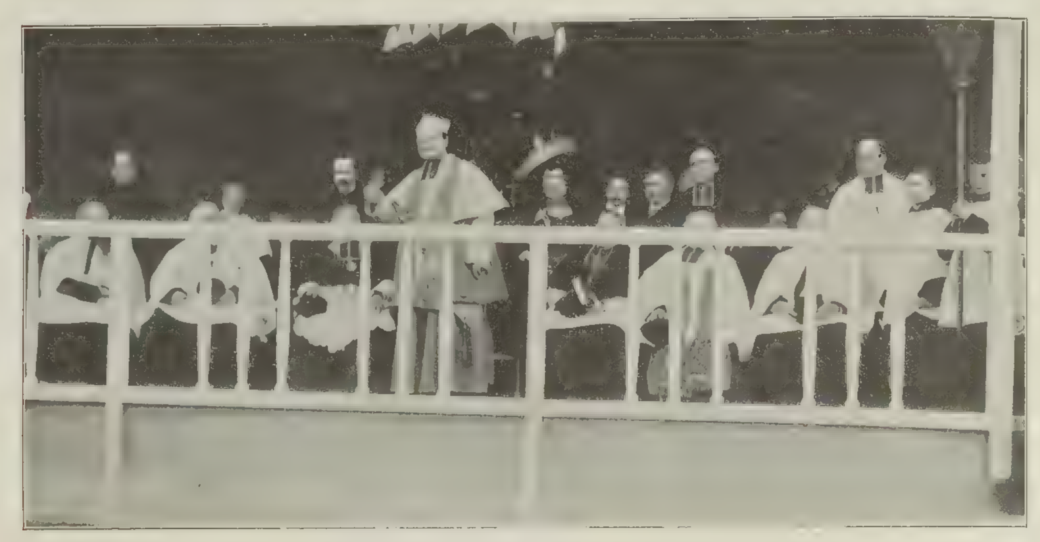
La jura de la bandera fué presenciada, como de costumbre, por un público numeroso.



Barcelona.—La jura de la bandera, efectuada el día 4 de los corrientes.—Desfile de los reclutas

El capitán general D. Luis de Santiago presenciando el desfile después de la jura de la bandera. (De fotografías de A. Merletti)

LA IGLESIA Y EL PROGRESO.—BENDICIÓN DEL AERÓDROMO DE JUVISY, EN LAS INMEDIACIONES DE PARÍS



Monseñor Amette, arzobispo de Paris, bendiciendo el Aeródromo de la Compañía de Aviación, situado cerca de Juvisy, y los aeroplanos instalados en el mismo. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El día 1.º de los corrientes efectuóse con gran solemnidad la bendición del aeródromo que en Juvisy ha establecido la Compañía de Aviación. A pesar de la lluvia, un público numeroso y en su mayoría aristocrático llenaba las tribunas, desde una de las cuales, adornada con banderas tricolores, Monseñor Amette, arzobispo de París, procedió á bendecir el local y los dos aeroplanos *Ile de-France* y *Alsace*, en él instalados.

Antes, pronunció el eminente prelado un hermoso discurso. Comenzó felicitando á los organizadores del aeródromo por haber asociado su tentativa á la Iglesia, proporcionando á ésta la ocasión de demostrar que no es enemiga del progreso, como algunos caprichosamente suponen, sino que, por el contrario, está dispuesta á fomentar todas las nuevas manifestaciones de la industria humana y á pedir para ellas la bendición del cielo. Luego, recordando que la Iglesia bendice los buques y los trenes, que se asocia realmente á todos los esfuerzos, á todas las grandes obras por las cuales el hombre, con la autorización y la gracia de Dios, afirma su soberanía sobre la naturaleza, dijo que ninguna manifestación debía merecer más las bendiciones de la Iglesia que la de la conquista del aire, ya que el hombre no ha sido creado para arrastrarse por la tierra, sino para ascender.

Finalmente invitó á los concurrentes á unirse á él para pedir á Dios que proteja una ciencia nueva, que favorezca sus progresos y que preserve de todo peligro á los que á ella se dediquen.

Terminado su discurso, Monseñor Amette procedió á bendecir el aeródromo, los dos citados aeroplanos y á todos los que habían concurrido á tan solemne acto.





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 19 de abril de 1909 — Núm. 1.425

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PINTOR ESPAÑOL H. ANGLADA CAMARASA

(De fotografía de los Sres. A. y E. Fernández dits Napoleón.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La primavera, este año, es una coqueta que nos dirige un guiño, arroja como Galatea la manzana, y se esconde entre los sauces para hacernos rabiar... Su conducta ligera nos trae desesperados. Cuando creemos que es de circunstancias no encender la estufa, resulta que se tirita, y si al día siguiente la salamandra roje, el sol, desembozándose, se burla de nuestras precauciones.

Nunca hubo marzo más antojadizo, más entreverado de ráfagas y sonrisas... En el anhelo general de que la primavera se afiance, entra por mucho la esperanza de que, cuando la eterna virgen y eterna niña se presente radiosa de alegría y de juventud, cese este apocamiento y encogimiento de ánimo que origina el estado sanitario, no muy satisfactorio, dígase lo que se quiera.

No comprendo por qué se hace del estado sanitario una cuestión política, y es conservador negar la epidemia y liberal exagerar el número de casos... No afirmemos que el servicio sanitario esté en Madrid á la altura que debe estar en las naciones civilizadas; supongamos más bien que en tal punto, lo mismo que en otros, vamos seguramente á la cola. Pero los liberales, ¿tendrían mejor organizado el servicio sanitario que lo tienen los conservadores? Aquí está lo discutible. Por más que discurro, en mi serenidad de persona absolutamente indiferente á la política, no acierto á adivinar dónde estará el partido que represente los intereses de la higiene, la ciencia y la salubridad. Ello es que, sin revestir proporciones aterradoras, el tifus exantemático en Madrid da bastante guerra y convendría arbitrar los medios de extinguirlo.

Hoy es aquí más que una endemia; ha tomado caracteres epidémicos, y es horriblemente contagioso. Sirvan de ejemplo los casos del alcalde de Madrid, conde de Peñalver—por fortuna fuera de peligro ya,—que lo adquirió visitando los hospitales, los barrios pobres de viviendas infectas, en cumplimiento de su deber, en este caso bien arduo, y del joven duque de Osuna y Uceda, que acaba de morir, y que lo contrajo asistiendo á un enfermo del propio mal. Por cierto que estos dos casos son los que más han sembrado la alarma, precipitando los viajes de primavera, de la gente adinerada, á provincias y al extranjero. Yo recordaba la anécdota famosa, el respetable periodista catalán, á quien un chusco atribuyó la noticia del descarrilamiento en que, «por fortuna, todos los vagones eran de tercera.» Mientras no son atacadas las personas conocidas, no se siente aprensión: por los «vagones de tercera» va la racha. Sólo al oir nombres familiares, nombres de amigos—¡pobre Luis Osuna!—se cree sentir el hálito de la muerte, su frío soplo que eriza el cabello...

Pues bien; si en algo se impone categóricamente la noción de la solidaridad humana, es en esto de la higiene. No es posible que descarrilen los «vagones de tercera» sin que salten hechos astillas muchos de segunda y primera, y hasta los *sleepings*. El tifus es sin duda una enfermedad que acomete más á los depauperados, á los que habitan en viviendas mefíticas y no se nutren lo suficiente; pero es un padecimiento infeccioso, y la infección no respeta á nadie. Ha habido innegable descuido, desde hace muchos años, respecto á los focos infecciosos de Madrid.

Yo no recuerdo desde cuándo viene lamentándose el estado desastroso del Hospital ó barracón instalado en el Cerro del Pimiento. Están olvidadas de puro sabidas tantas quejas de médicos, practicantes, enfermeros, que carecen de material de limpieza, que no pueden aislar á los enfermos, que saben cómo se multiplica el mal por sí mismo, ante el abandono y la suciedad y la promiscuidad, en los domicilios y en los establecimientos benéficos. Tarde ó temprano tenía que suceder, no por culpa de Juan ni de Pedro, sino por un estado general, un modo de ser público, que nos alcanza á todos. El daño viene de atrás y el remedio exige perseverantes sacrificios.

Probablemente las epidemias y otros fenómenos semejantes—lo mismo que la mendicidad crónica, independiente de circunstancias anómalas que la pudiesen determinar—dependen de la constitución de las capitales, del género de vida de sus moradores, de su atraso, de sus recursos. No diré que no se trabaje en Madrid, ni que no existan industrias; pero mis lectores saben que frecuentemente he comentado la vagancia y holgazanería de la mucha gente que llena las calles de la corte. Existe un numeroso personal sobrante que se echa á la calle por el gusto de echarse, y prefiere vivir sin recursos á vivir de su sudor. Conozco un mozo sano y fuerte, á quien varias veces le buscaron ocupación almas compasivas, y que siempre dejó el trabajo con pretextos especiosos: hoy vaga pidiendo limosna, recogiendo colillas, y ¡Dios sabe! Naturalmente los vagos podrán, por milagro, sostenerse, pero lo verosímil es que su existencia angustiosa y precaria los coloque en situación de contraer más fácilmente, no sólo los achaques morales, sino hasta las enfermedades reinantes, los contagios del momento. El que trabaja y gana su sustento diario, tiene, por un orden natural, casa, alimento, cama, una camisa limpia el domingo. El vagabundo, el mendigo, el hampón, accidentalmente podrá disfrutar hasta de festines; á diario, sólo miseria. Y con la miseria, la enfermedad.

Así como la delincuencia encuentra mayor contingente en los vagos que en los laboriosos, las epidemias tienen en la turba sin oficio ni beneficio campo fértil para su horrible flora. Es, pues, la estructura de la coronada villa, repleta de vagos, favorable al desarrollo de los morbos y los contagios.

No; no será el amor al trabajo lo que mate á una infinidad de paseantes en corte. Aquel «don Lolo» de los Quintero es legión en Madrid, con su crónica desocupación y su ropa raída. Ocasión hubo de comprobarlo, con motivo de las recepciones vespertinas de la duquesa de Nájera. El palacio de esta gran señora se alza en la calle de Alcalá, sitio céntrico por excelencia. Desde las cinco de la tarde situábase allí una compacta muchedumbre de ociosos, mujeres con mantón ó velillo, hombres de hongo y capa, á no perder el espectáculo nunca visto de unas cuantas señoras que se bajan de un coche y entran en un portal... Formados en doble fila, empujándose para no desperdiciar átomo de tan extraordinaria diversión, esperaban largas horas en pie, como esperan el desfile de las corridas de toros, ó el paso del rey si se sospecha que va á cruzar... Pero ¿qué es esto al lado de otras muestras de *far niente* y curiosidad que diariamente presenciamos? Bajaos de un coche de punto y cambiad unas cuantas palabras con el cochero, sea para darle una orden, sea para advertirle que en vez de hora y media que pide, vuestro reloj señala hora y cuarto de marcha: y en el acto veréis reunirse á vuestro alrededor cinco, diez, veinte, cien personas que os avizoran, que os fisgan, que os aprietan, como si acabase de cometerse allí un crimen, como si estuvieseis dando ó recibiendo puñaladas. Apeaos á la puerta de una tienda: si lleváis un traje de seda, un sombrero de campana de estos feísimos de última moda, allí se agolpará todo el barrio, comadres, tíos, papanatas, chiquillería, y se formará en dos filas—ya tienen perfectamente aprendido el movimiento—y os aguardará, para no quedarse sin admiraros irónicamente, con rumoreos de envidia, entre chistes oídos la víspera en un *cine* dramático. Y pregunto: ¿sucede tal cosa en los pueblos que adquirieron el hábito de trabajar? Los que así viven en la calle, y están pendientes de lo que no les importa, y se paran y abren la boca, y pierden horas ante lo insignificante y corriente, ¿tendrán que hacer en su casa, en su taller, en su escuela, en su obrador?

Ha venido á dar una nota más triste si cabe, dentro de las sombrías preocupaciones que originan siempre las epidemias, aun las benignas, la muerte del compositor Chapí, rendido, no al contagio, sino á la traidora pulmonía matritense, la que el Guadarrama esgrime contra los habitantes de la altiplanicie central. Chapí era joven aún, para el arte por lo menos, pues no había cumplido los cincuenta y ocho, y «me parece que no los cumplo,» decía con profética alarma, y Chapí sucumbió cuando acababa de lograr un triunfo, muy discutido, pero halagüeño, con el estreno tantas veces aplazado—y en malas condiciones—de su ópera *Margarita la Tornera*. La misma semana en que ocurrió su muerte, los periódicos ilustrados publicaban grabados donde el maestro aparecía, copa en mano, brindando regocijadamente en el banquete que le ofrecían sus admiradores... A la semana siguiente, lo que publicaron fué su retrato en el lecho mortuorio.

Y aparte del momento en que la muerte le hirió por la espalda, Chapí ha tenido que ser muy llorado, porque se encontraba en plena producción, en lo mejor de su carrera. La última obra que estrenó, el goyesco sainete de Répide *Los Majos de Plante*, está llena de facilidad y de frescura, es la obra de un artista que no necesita forzar la inspiración; que la encuentra á mano, copiosa y rica. Si los que sostienen que *Margarita la Tornera* es una obra maestra estuviesen en lo cierto—líbreme Dios de dar la razón á nadie, me falta competencia,—habría que reconocer la verdad de lo que se oye repetir: España ve desaparecer á los insignes, cuando más esperaba de ellos. Y aun suponiendo que haya hipérbole en lo referente á *Margarita*, aun restando de la producción de Chapí esta ópera, de la cual cantaba trozos en su delirio, con lo hecho en género de menores pretensiones, la zarzuela, bastaría para que debiésemos ceñir de negro crespón la estatua del arte nacional. La zarzuela no es despreciable, ni mucho menos; hay quien cree que ciertas obras de Mozart y Beethoven tienen carácter de zarzuela. Por lo menos, conozco óperas cómicas que de zarzuela calificaríamos, y figuran entre las perlitas de la música clásica. Auber y Flotow no son, verdaderamente, pelagatos. Y *La bruja, El rey que rabió, La tempestad* hubiesen sobrado para cimentar justamente la fama de Chapí.

No olvidemos la *Fantasía morisca*. En el lenguaje hay un testimonio fehaciente de la popularidad de tan encantadora composición. Cuando se dice algo que no tiene más fundamento del que la imaginación le da, suele añadirse sonriendo: «¡Bah! Fantasías moriscas.» ¿Quién no la habrá tarareado? ¿Quién la desconoce? ¿En qué paseo de provincia, á la hora feliz de los «acompañamientos» galantes, no habrán resonado los compases de la *Fantasía*, de una nostalgia africana, que recuerdan las Alhambras caladas y misteriosas, los patios refrescados por los surtidores, las kásidas árabes y las estrofas zorrillescas?

La producción de Chapí es abundante, lozana, infatigable. Surtió á todos los escenarios, sin desatender otras labores, como el cuarteto que hace muy poco hemos oído ejecutar en los conciertos de Cuaresma, y que va por los caminos de la música seria actual. Dicen los que le conocían mucho que trabajaba incesantemente. Tal vez la labor ruda le haya gastado, preparando el terreno á la pulmonía. Empezó por *gripe*. La *gripe* suele acometer á las personas algo debilitadas, sea por excesos de otro género, sea por los de la fatiga mental y cerebral, inevitable en los luchadores del arte, que suman dos desgastes: el de la producción continua, y el de la inquietud y afán de sobrepujarse á sí propios, de concebir y crear la obra difinitiva que ha de consagrar su nombre y perpetuar su memoria. Y ambos motivos hubo para que Chapí se gastase y sufriese quizás—bajo todas las apariencias de la salud—esa diminución de las energías vitales, ese cansancio arterial que prepara el terreno á las infecciones.

¡La *gripe!* ¡Qué insidioso padecimiento! ¡Cómo hace la capa á los otros males! ¡Cómo se reviste de todas las formas de su proteica naturaleza, y lima y arruina lentamente las constituciones más recias, y conjurada y vencida al parecer, vuelve, vuelve, se desliza en el lecho!

«Fulano está desconocido; parece que le han echado veinte años encima... Es que acaba de pasar la *gripe*.—Mengano ha tenido que salir hacia un clima más tónico ó más suave. La *gripe* lo exige: si no, no acabaría de reponerse, y acaso se le declarase la tuberculosis.—El pobre Sr. de R... se ha muerto. Pues ¿qué padecía? Nada, ó poco menos que nada: la *gripe*, que en los viejos es de desenlace muy peligroso.» Y así, unas veces abriendo brecha, otras cumpliendo francamente su obra destructora, la *gripe* triunfa desde que las hojas caen... Es la enfermedad de la retirada de la savia; es el mal de la decadencia de las fuerzas. Su invisible garrote apalea los huesos sin dejar verdugones ni cardenales en la piel, y su copa de narcótico hiela en las venas la sangre, intoxicándola y destruyendo su vitalidad bienhechora. Así, Chapí empezó por encontrarse «agripado...» Y no era nada, era sólo el poquillo de influenza... La pulmonía llevaba careta: se la quitó, y se vió su faz esquelética, sus ojos vacíos, el rictus de su boca sin labios. Quizás si desde el principio se hubiese conocido la índole del padecimiento, se conseguiría ponerle dique. Cuando se comprendió de qué se trataba, era tarde. El corazón, agitado poco antes por tantos sueños de gloria, dejó de latir, en un segundo...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Y levanta la cabeza para entregárselo á Alicia

EL VESTIDO NUPCIAL

POR ALFONSO PÉREZ NIEVA. DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ

La sala del teatro de bote en bote, invadida por una muchedumbre enorme, á la que atrae el doble aliciente del estreno de una ópera de asunto contemporáneo, dirigida por su propio autor, y del debut de una tiple juvenil, casi una adolescente, que hace sus primeras armas en la escena. Los palcos son una constelación inmensa de joyas que resplandecen sobre los fondos rojos de las tapicerías de terciopelo; en las butacas, plumas y encajes entre las manchas de los fraques negros; en el «paraiso,» una oleada de cabezas que se mueven impacientes. Hay en el humano hacinamiento algo más que el entusiasmo artístico; hay la curiosidad despertada por lo romancesco, por algo de inusitado y misterioso transmitido de boca en boca. Mientras el violín concertino va dando el tono de atril en atril á la legión de la orquesta, media docena «del abono» de lo más distinguido del club charla en el foyer blanco, arrellanada en los muelles y suaves cojines.

UN JOVEN *(estirándose un puño de la camisa).*—¿Pero es cierto lo que se cuenta? Usted, marqués, que vive entre bastidores, ¿qué sabe de tal fábula?

MARQUÉS *(acomodándose su monóculo).*—No hay semejante fábula, querido vizconde, sino una realidad vivida, aunque parezca un trozo de novela de Jorge Sand.

OTRO ABONADO.—Dicen que esta signorina Alicia, que sabe Dios cómo se llamará, no es sino una antigua chiquilla bohemia.

MARQUÉS.—Y dicen bien; la signorina Alicia, que debuta y que va á estrenar esta ópera, es efectivamente una ex gitanilla...

VIZCONDE.—Venga la historia sin más rodeos.

MARQUÉS *(descruzando las piernas y adoptando una postura un poco oratoria).*—Pues bien, sí, señores, un idilio y una tragedia íntimos, en su origen un poco vulgar... Una cuadrilla de gitanos, que precisamente atravesando el bosque de nuestra ciudad, abandona cruelmente en lo más espeso de él á una pobre morenilla que la estorbaba; un paseante habitual y enamorado de las frondas, un músico romántico y ya compositor estrenado que se la encuentra, y compadecido de sus diez años graciosísimos y desamparados, la recoge y la educa, descubriendo en aquella garganta enronquecida por las intemperies y los alcoholes el hilo de perlas de una voz incomparable, y al cabo del tiempo y tras de una verdadera empresa de paciencia, esta noche solemne en que la gitanilla se presenta al público á cantar en una obra nueva de su maestro y protector... *Et voilá tout...*

VIZCONDE.—Es una verdadera novela, tiene usted razón.

EL OTRO ABONADO.—¡Un *belísimo libretto* musicable! ¡Y luego dicen que la imaginación inventa y crea!

UN TERCERO.—Ni crea ni inventa. La vida se lo da hecho todo.

VIZCONDE.—¿Y usted la trata?

MARQUÉS.—Ayer me presentaron á ella y al maestro. Una mujer deliciosa y afable... Señores, los timbres llaman, se va á empezar... No perdamos la sinfonía, que es un *capo lavoro.*

* * *

El camerino de Alicia, de la prima donna que acaba de alcanzar para ella y para su maestro, el autor de la ópera, un triunfo colosal del que todavía se oyen, debilitados por la distancia y por el rumor de colmena de los admiradores que llenan el cuarto, los últimos aplausos estruendosos de la continuada ovación. Alicia está vestida aún con el traje de desposada, de largo velo de encaje prendido en la cabeza por un brazado de flores de azahar, que ha lucido en el acto final de la obra, y sobre aquella nube blanca resalta su rostro inefable, de ojos azules, de rubia sonrosada, encendido ahora por la emoción del éxito. A su lado su maestro, radiante de entusiasmo y de alegría, ahuecándose de cuando en cuando su negra y abundosa cabellera, en la que rayan esparcidas esas primeras hebras argentadas y cínicas de las proximidades de los cincuenta años. En el saloncito, amueblado de gris perla, contiguo al cuarto de vestir, donde no caben holgadamente sino ocho ó diez personas, se agolpan veinte ó treinta, que se renuevan sin cesar, teniendo siempre acorralados á la cantante y al compositor y convirtiendo la estancia en un horno. Una y otro han agotado todo su repertorio de agradecimiento, de palabras, de sonrisas, de apretones de manos, de cortesías afectuosas, y no saben ya qué hacer ni qué decir. Todos los fraques negros exclaman lo mismo, el mismo es el himno de todos los dilettanti.

—¡Bravísima! ¡Bravísima!

—¡La segunda edición de la Melba!

—¡La Melba misma!

—¡El arte lírico tiene desde hoy otra estrella de primera magnitud!

—¡Qué garganta y qué corazón!

—¡Ha sido un triunfo enorme para usted y para el maestro!

—¡Vaya una suerte loca! ¡Componer esta partitura sublime y encontrar una intérprete como usted!

—¡Wágner y Bellini en una pieza!

—¡Toda la ópera admirable, pero la romanza final!.. ¡Oh, como la romanza final no cabe más! ¡Qué motivo y cómo está desarrollada!

—¡Y cómo la ha cantado usted, Alicia!..

Los fraques negros, empujándose, estrujándose, sudando, van destilando uno á uno la miel de sus palabras y de sus alabanzas, y rendido su tributo de admiración, desfilando poco á poco, sin dejar de comentar entre ellos. Las filas se aclaran, quedando únicamente los íntimos; luego los íntimos también se despiden, y al cabo maestro y discípula se ven solos y libres, y por instinto, maquinalmente, se buscan sus miradas, ávidas de expansión.

MAESTRO.—¡Tuyo, tuyo es el éxito, hija mía! ¡A ti, á tu talento, á tu corazón, les debo este inmenso é inolvidable triunfo!

ALICIA *(presurosa y avergonzada).*—¡Oh, calle usted! ¡No diga usted eso! Sin usted, que me ha enseñado cuanto sé, sin su inspiración, ¿qué hubiera yo conseguido?

El maestro la atrae hacia sí, envolviéndola en un mirar apasionado é intenso, en el que hay algo más que admiración, mientras ella derrama dulces lágrimas con los ojos bajos.

* * *

En el bosque, entre los frondosos olmos vestidos ya con toda su pompa primaveral, con toda su gravedad dulce, entre los almendros en flor que parece que sonríen enajenados, como jovencitas adolescentes en tocado de primera comunión, hollando la verde alfombra de musgo, esmaltada de millares de esas florecitas de las praderas, menudas como botoncitos de condecoraciones. Su carruaje discreto les ha llevado, bien de mañana, desde el hotel, y allá van, uno al lado del otro, en muda pareja, pareja extraña por parte de ella, que no viste de calle, sino con su traje de desposada de la ópera. Ha sido un capricho de Alicia el de pisar, al día siguiente del triunfo inmenso, el mismo lugar en que el maestro la encontró para suerte suya, substrayéndola á la miseria, al abandono, quién sabe si á la perdición.

ALICIA *(con la voz trémula).*—¡Aquí fué!.. ¡Lo recuerdo muy bien! ¿Y usted? ¡En esta olmeda!.. Los infames, aprovechando mi sueño, me habían dejado abandonada. Yo era una carga para ellos, les estorbaba... No pertenecía á su misma tribu... Mientras mi madre vivió... *(Con los ojos empañados por las lágrimas.)* ¡Pobre madre mía! Mientras mi madre vivió no se atrevieron conmigo. ¡Ella me defendía!.. Pero una vez muerta, sin padre, aquella mala mujer que le había robado el cariño á mi madre se impuso á todos, se impuso al jefe, que la obedecía esclavizado por una pasión feroz, y... heme aquí sola, despertando en el bosque desierto al caer la tarde, muerta de miedo... ¡Yo no debía tener su sangre, su valor, á pesar de nuestra vida nómada!.. Pero Dios se había apiadado de mi agonía é hizo que me encontrara usted.

MAESTRO *(con voz acariciadora)*. – ¡Basta, basta! Te estás torturando inútilmente. Si yo hubiese sabido que te iba á hacer la visita esta impresión, no accedo á tu capricho. ¿A qué recordar tristezas? Todo eso pasó, todo ha sido un sueño. ¡Ahora no hay más que la vida, la alegría, el triunfo, el porvenir!

ALICIA.—Sí, sí, pero todo por la generosidad de usted.

MAESTRO. — ¡Vaya, fuera las ideas negras! ¡Mira qué flores tan lindas! Voy á cogerte unas cuantas.

El maestro pone una rodilla en tierra, corta varias florecillas con las que hace un ramito y levanta la cabeza para entregárselo á Alicia, que le mira sonriente, con una dulce y tierna mirada. De pronto el maestro enrojece hasta parecer saltarle la sangre, sus ojos se inflaman, y sin poder contenerse exclama trémulo, balbuciente:

—¡Alicia! ¡Alicia!

ALICIA *(tomando las flores y obligando á levantarse al compositor, que no acierta á añadir más palabras)*. -¡Oh, no hablará usted, no me lo dirá usted nunca! Lo presiento y me lo explico. Yo soy muy joven aún; se asusta usted ante los años que me lleva. Pero está usted todavía en la fuerza de la vida y yo paso ya de los veinticuatro... No es tanta la diferencia, y no es nada cuando se siente todavía el corazón fresco y lleno de ilusiones. ¿Cree usted que no he adivinado lo que esconde en el suyo? Ha tiempo que leo en su frente lo que piensa. Sería preciso, hubiéralo sido para ocultarlo, que no me mirase usted. Los ojos no entienden de disimulos. Pues bien; aquí estamos solos, dejémonos de convencionalismos. Vuelvo á ser por un momento la antigua gitanilla. ¿Usted me ama?

MAESTRO *(á borbotones, confuso, azorado, hecho un ovillo, estrechándola las manos con arrebato)*.—¡Oh, sí, sí, con toda mi alma!

ALICIA *(con voz grave)*.—Pues yo también le amo á usted, y no por gratitud, sino con pasión.

MAESTRO *(enajenado)*.—¡Oh, gracias, gracias!

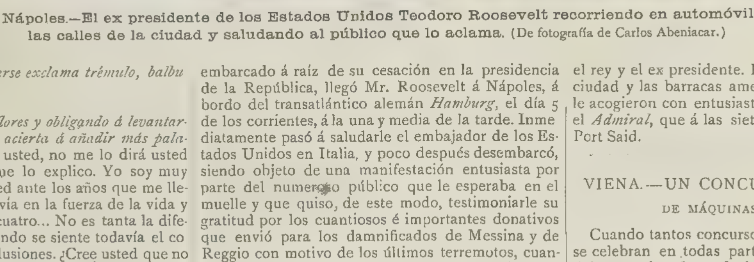
Los olmos vestidos de primavera ponen una cara más dulce, los almendros de traje de primera comunión sonríen con mayor ternura, todos los pájaros que habitan aquel delicioso bosque rompen á cantar, la naturaleza entera aplaude aquel dúo de felicidad que ni ella ha ensayado ni él ha compuesto.

* * *

Todos los fraques negros, ahora convertidos en levitas, todas las blondas de palcos y butacas, asisten á la boda de Alicia con su maestro, en el templo vestido de azahar, inundado de luz y lleno de las armonías de Mendelssohn que brotan en el coro, desde la orquesta del teatro allí congregada. La novia luce el mismo traje nupcial de la noche del triunfo en la ópera.

EL EX PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS TEODORO ROOSEVELT EN NÁPOLES

Procedente de Nueva York, en donde se había embarcado á raíz de su cesación en la presidencia de la República, llegó Mr. Roosevelt á Nápoles, á bordo del transatlántico alemán *Hamburg*, el día 5 de los corrientes, á la una y media de la tarde. Inmediatamente pasó á saludarle el embajador de los Estados Unidos en Italia, y poco después desembarcó, siendo objeto de una manifestación entusiasta por parte del numeroso público que le esperaba en el muelle y que quiso, de este modo, testimoniarle su gratitud por los cuantiosos é importantes donativos que envió para los damnificados de Messina y de Reggio con motivo de los últimos terremotos, cuando era todavía presidente de aquella República.



Nápoles.—El ex presidente de los Estados Unidos Teodoro Roosevelt recorriendo en automóvil las calles de la ciudad y saludando al público que lo aclama. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

Roosevelt, á quien había saludado también el ilustre profesor Guillermo Ferrero, que de Turín había ido expresamente para esto á Nápoles, dirigióse en automóvil al Hotel Excelsior, acompañado de su cuñada, la señora Carrow, y de su hijo, siendo calurosamente aclamado en todas partes. Después de tomar un *lunch*, encaminóse al palacio de Capodimonte, con objeto de saludar á los duques de Aosta; allí permaneció largo rato, visitando detenidamente aquella magnífica residencia y el museo real.

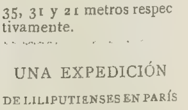
Desde el palacio dirigióse al Posilipo, regresando luego al hotel, en donde recibió, entre otras visitas, la del encargado de Negocios de Cuba Sr. Pedroso y la del alcalde de Nápoles marqués Del Carretto y varios concejales.

A las nueve de la noche, Roosevelt, en compañía de su hijo, del embajador Sr. Griscom y del personal de la embajada, marchó al muelle, embarcándose en el *Admiral*. La multitud, que llenaba las inmediaciones del hotel, hízole una ovación calurosa.

Al día siguiente desembarcó en Mesina, en donde estaban los reyes de Italia, á quienes saludó, á bordo del acorazado *Re Umberto*; con Víctor Manuel III dirigióse después á la aldea que lleva el nombre de la reina Elena, la cual les había precedido en aquel sitio. Terminada la visita, se encaminaron á la capitanía general, y allí se despidieron el rey y el ex presidente. Éste visitó las ruinas de la ciudad y las barracas americanas, cuyos habitantes le acogieron con entusiastas vivas, y se embarcó en el *Admiral*, que á las siete de la tarde zarpó para Port Said.

VIENA.—UN CONCURSO DE MODELOS DE MÁQUINAS VOLADORAS

Cuando tantos concursos de aparatos de aviación se celebran en todas partes, es curioso tomar nota del que se ha efectuado hace poco en Viena de pequeños modelos de máquinas voladoras. Lo ha patrocinado el archiduque Salvador y se ha realizado en el picadero de la Escuela Militar. Muchos han sido los inventores que á él han concurrido, habiendo ganado los dos primeros premios el Sr. Padgernik con sus dos modelos, y el tercero el Sr. Dinzl. El espacio que los aparatos premiados han recorrido en el aire ha sido de 35, 31 y 21 metros respectivamente.





Viena.—Primer concurso de modelos de máquinas voladoras

Los Sres. Padgernik, que ha ganado los dos primeros premios, y Ricardo Dinzl, que ha ganado el tercero (De fotografía de Carlos Delius.)

UNA EXPEDICIÓN DE LILIPUTIENSES EN PARÍS

Hace pocos días llegó á París una expedición de liliputienses, formada por un centenar de enanos de ambos sexos y de diferentes nacionalidades, reunidos bajo la dirección de un *manager*. Desde la estación y en cuatro grandes breacks se dirigieron al Jardín de Aclimatación, en donde se albergan en una aldea construída expresamente para ellos y en donde se exhibirán durante una temporada.

Algunos de estos enanos son de una estatura casi inverosímil y en conjunto ofrecen además el interés de la diversidad de sus tipos. Los varones tienen los modales de perfectos *gentlemen* y las hembras ostentan elegantes trajes; pasean en coches minúsculos conducidos por cocheros liliputienses, montan en pequeñas bicicletas, y en una palabra, presentan un cuadro de vida animadísimo que constituye un espectáculo sumamente original.—S.

UNA EXPEDICIÓN DE LILIPUTIENSES EN PARÍS



El conde Magri, director de la expedición y su secretario



El conde Magri y su secretario interrogando á un factor



Un matrimonio liliputiense



Grupo de liliputienses



Grupo de liliputienses



Los liliputienses encaminándose al Bosque de Bologne

De fotografías de Felipe Hutin y de World's Graphic Press.

D. PASCUAL CERVERA Y TOPETE

Este ilustre marino, recientemente fallecido en Puerto Real, había nacido en 18 de febrero de 1839 é ingresado en la Armada en 4 de julio de 1850. Tomó parte en las operaciones navales de la guerra contra Marruecos (1859 60), en la de Joló, en la de Cuba, después de 1869, y en la carlista, y defendió el arsenal de la Carraca, obteniendo, en premio de sus servicios, varias cruces del Mérito naval y del Mérito militar, una encomienda de Isabel la Católica, la placa de San Hermenegildo, las medallas de Africa, Joló, la Carraca, Cuba y la Guerra civil y el título de benemérito de la patria.

En diciembre de 1892 fué nombrado ministro por primera vez; pero en marzo del año siguiente dimitió el cargo á causa de la oposición que se hizo á sus proyectadas reformas y de su negativa á introducir importantes economías en el presupuesto de marina.

En la última desgraciada campaña de Cuba, demostró también el vicealmirante Cervera su valor y su civismo. Al frente de la escuadra, entró en Santiago de Cuba, á cuya defensa cooperó con eficacia, y en la triste jornada de la salida de aquel puerto portóse tan dignamente, que, hecho prisionero por los norteamericanos y conducido á los Estados Unidos, fué tratado con el mayor respeto y con toda clase de consideraciones, habiéndole distinguido con su amistad muchos jefes de la armada yanqui.

Poco tiempo después regresó á España; y una vez dictado por el Consejo Supremo de Guerra falló favorable en la causa que hubo de instruirse con motivo de la destrucción de la escuadra de su mando en Santiago de Cuba, retiróse de la política, y aunque era senador vitalicio frecuentó poco la Alta Cámara, consagrándose á los estudios técnicos, en los que alcanzó merecida notoriedad. Últimamente fué nombrado presidente de la junta de construcción de la escuadra, cargo que recientemente dimitió.

Sintiéndose muy enfermo, trasladóse á la pintoresca villa de Puerto Real, en donde ha fallecido.

¡Descanse en paz el bravo y pundonoroso marino!



Excmo. Sr. D. Pascual Cervera y Topete,
vicealmirante de la armada española, fallecido en Cádiz, el día 3 de los corrientes
(De fotografía de la viuda de Edg. Debas, Madrid.)

MADRID. -LA JURA DE LA BANDERA

Con brillantez y solemnidad extraordinarias efectuóse en Madrid el domingo 11 de los corrientes la ceremonia de la jura de la bandera por los reclutas de todos los cuerpos de la guarnición.

Antes de las nueve y media estaban formadas todas las tropas en el Paseo de la Castellana, y poco después llegaron las infantas doña Paz, con su hija la princesa Pilar, y doña Isabel, la princesa de Sleswig-Holstein y el príncipe Alejandro de Battenberg, los ministros de Fomento, Gobernación, Marina y Gracia y Justicia, el presidente del Senado y el jefe del Gobierno.

Próximamente á las diez llegó S. M. el rey, acompañado de un brillante estado mayor, del que formaban parte el príncipe Adalberto de Baviera, el ministro de la Guerra, el jefe de la casa militar conde del Serallo, los generales Primo de Rivera, Ríos, Luque, Sánchez Gómez, Macías y del Río, los agregados militares de las embajadas de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Austria Hungría y buen número de jefes y ayudantes.

El rey, que vestía uniforme de capitán general con casco y ostentaba la banda del Mérito militar, recorrió la línea, acompañado del capitán general de Madrid Sr. Villar y Villate, situándose luego junto á la tribuna regia.

Poco después, en coche abierto á la *D'Aumont*, de media gala, llegaron SS. MM. las reinas doña Victoria y doña María Cristina, y en seguida comenzó la misa, que dijo el teniente vicario Sr. Sánchez de la Graña en un artístico altar levantado frente á la tribuna regia y primorosamente adornado con flores. Terminada la misa y dada la bendición por el obispo de Sión, destacóse el rey de su estado mayor, situóse algunos instantes junto á la tribuna y luego con el ministro de la Guerra y los generales dirigióse al sitio en donde poco después comenzaba el solemne acto de la jura, revistando allí de nuevo las fuerzas y regresando frente á la tribuna para presenciar la solemne ceremonia.

En el acto del juramento la bandera se hallaba desplegada, y sobre ella colocaba su espada el comandante mayor, cerca del asta, formando una cruz.

Terminada la ceremonia, que duró cerca de una hora, comenzó el desfile de las tropas, que la familia real y los elementos oficiales presenciaron desde otra tribuna, junto á la cual se colocaron el rey y su estado mayor.

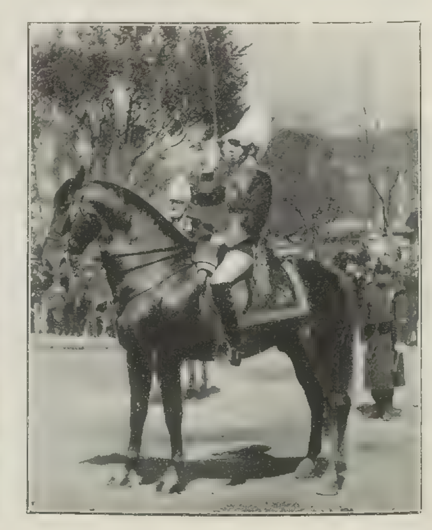
El orden del desfile fué: sección ciclista; división del general Orozco, compuesta de las brigadas de los generales Aguilera y San Martín; la brigada de Cazadores que manda el general Pintos; el 2.° regimiento mixto de Ingenieros, la brigada Topográfica del Depósito de la Guerra, el 14.° tercio de la Guardia Civil, la compañía de Milicianos, los reclutas de los cuerpos montados, los regimientos de Artillería 2.° y 5.° montados y el 4.° de ligeros, la brigada de lanceros, formada por los regimientos de la Reina y del Príncipe; la brigada de Húsares, mandada por el príncipe D. Carlos, y la brigada de instrucción, al mando del general Andino.

El desfile terminó á la una, retirándose el rey con su estado mayor á Palacio por el Paseo de Recoletos y la calle de Alcalá; las demás personas de la real familia regresaron á palacio en coche por el mismo camino.

La gran multitud que llenaba el Paseo de la Castellana y las calles aclamó á los reyes.—D.



El general gobernador y el obispo de Sión tomando el juramento á los reclutas



El rey presentando armas durante la misa de campaña

Madrid.—La jura de la bandera, efectuada el día 11 de los corrientes. (De fotografías de Asenjo.)

SAN SEBASTIAN.—Fiestas de Pascua.—Las reinas de la Mi-Careme de Ostende y de Paris



Las reinas de París, de Ostende y de San Sebastián y los presidentes de las fiestas.—Carroza de la reina de París.—Las reinas de San Sebastián: María Abaigar, Paquita Martija y Jesusa Berridi—Carroza del Orfeón Donostiarra que obtuvo el primer premio. —Carrozas de las reinas de San Sebastián. (De fotografías de Frederic.)



UN ALTO, cuadro de H. Anglada Camarasa. (Salón Parés.)



NOVIA DE BENIMAMET, cuadro de H. Anglada Camarasa. (Salón Parés.)



ALICANTINA, cuadro de H. Anglada Camarasa. (Salón Parés.)

H. ANGLADA Y SUS OBRAS

(Véanse los grabados de las páginas 272 y 273)

Al anunciarse la exhibición de varias obras del pintor H. Anglada Camarasa en el Salón Parés, se supuso que había de revestir aquélla los caracteres de un acontecimiento, dada la nueva tendencia del artista y sus personalísimos medios de producción. Y ciertamente no se incurrió en error al formular tal afirmación, puesto que no cabe relacionar su labor de ayer con la de hoy. Aquélla fué, sin duda, discreta, recomendable y hasta ingenua, mas la que ahora presenta revela una inteligencia educada, un espíritu saturado de otro ambiente, de un medio antes desconocido, que tal vez el pintor presentía y que arrastrado por anhelos ha logrado obtener, produciendo esa conjunción de elementos que atrae por la influencia que ejerce un colorido que le permite alcanzar extraordinarios efectos.

Será posible que la España pintoresca que nos presenta no sea, á juzgar por la exposición de sus tipos, esa España real y sentida por la generalidad; pero no titubeamos en afirmar que no ha sido tal el propósito perseguido por el artista. No hay que olvidar que Anglada es diestro dibujante y hábil artista, y posee, por lo tanto, sobrados recursos é inteligencia para reproducir tipos y cuadros de costumbres de nuestro país con la mayor fidelidad. Otro ha sido su empeño, cual lo demuestra la totalidad de sus producciones y la exactitud y belleza de las floreadas faldas, los caprichosos adornos y los brillantes pormenores que en ellas figuran. No hay en sus obras vaguedades: obedecen á un estudio y á un noble propósito. Los esplendores de luz, las brillantes ú opacas masas de color, expresan un á modo de canto de matices, esas vibraciones del sentimiento que invade el ánimo del artista y que como armoniosa y rica gama son la causa eficiente para que el mecanismo obtenga resultados de tal intensidad pictórica, que no cabe establecer regateos, ni pueden escasearse los elogios.

El arte no puede eludir el imperio que ejerce la evolución en determinados períodos. De ahí que aquellos que se hallan dotados de circunstancias para adaptar su obra al movimiento transformador, produzcan impulsados por los nuevos conceptos y afirmen su personalidad, distinguiéndose y singularizándose. Tal es la significación de Anglada y de su obra, original, novísima y propia de quien ha demostrado no acomodarse á los moldes establecidos, contando para ello con tan valiosos



La notable actriz italiana señora Porro Guasti, que forma parte de la compañía que funciona en el teatro Eldorado de esta capital. (De fotografía de Varischi Artico y C.ª, de Milán.)

elementos cual los que constituyen la característica de tan distinguido pintor.

Los nobles empeños elevan y dignifican, en tanto que el rutinarismo produce el estancamiento de las facultades. Aun en las más quiméricas manifestaciones de los innovadores, ofrécese algo provechoso, porque es el producto de una mentalidad, que por este solo hecho merece respetuosa acogida. En caso análogo hállase la obra del artista á que nos referimos. Novísima y subordinada á un criterio que razona y avaloran singulares circunstancias.



Barcelona.—El orfeón «L'Avenir,» de Narbona, que recientemente ha visitado esta capital y dado un concierto en el Palacio de Bellas Artes. (De fotografía de A. Merletti)

EL ACTOR FERRUCCIO CARAVAGLIA

Y LA ACTRIZ PORRO GUASTI

Después de una ausencia de cuatro años, hállase de nuevo en Barcelona el eminente actor Ferruccio Caravaglia. Cuando vino por primera vez, sin reclamo alguno, con una modestia poco común en los del gremio, nuestro público le proclamó maestro en el arte dramático y puso su nombre al lado de los nombres de los actores más ilustres que aquí se han admirado. Desde entonces, ha obtenido la mejor consagración á que un actor puede aspirar en Italia; en efecto, pocos meses después de haber estado en Barcelona, era nombrado director del Teatro Argentino de Roma, es decir, del teatro nacional italiano. Y por si algo faltaba á esa consagración, vino á completarla el ilustre D'Annunzio confiando á Caravaglia, el año pasado, el estreno de su hermosa obra *La Nave.*

Caravaglia es un artista en toda la extensión de la palabra; su arte se impone por su sinceridad y por su nobleza; es eminentemente humano, real y al mismo tiempo culto y refinado; produce la emoción de la verdad, pero de la verdad bella, sin realismos desagradables, sin efectismos rebuscados, y se adapta admirablemente á los más opuestos géneros.

La señora Porro Guasti es una excelente actriz, que acompaña dignamente á Caravaglia; siente bien los papeles que representa y tiene momentos de alta inspiración que emocionan y denotan un temperamento artístico, que el público barcelonés ha sabido apreciar y ha premiado con calurosos aplausos.

Esta vez, como la anterior, Ferruccio Caravaglia cuenta por ovaciones entusiastas el número de representaciones.

BARCELONA.—EL ORFEÓN «L'AVENIR»

DE NARBONA

Durante las últimas Pascuas Barcelona se ha visto honrada con la visita del notable orfeón narbonés «L'Avenir.» El domingo por la mañana los orfeonistas estuvieron en la Casa de la Ciudad, siendo recibidos en el Salón de Ciento por el alcalde accidental Sr. Bastardas, quien pronunció un breve y sentido discurso en francés, deseándoles una grata estancia en esta capital. El orfeón, después de haber cantado la *Marsellesa,* dirigióse al consulado de Francia, en donde ejecutó varias composiciones, y de allí al monumento de Clavé, en donde les esperaban el maestro Sr. Sadurní y una comisión de la sociedad coral «La Euterpense.» Los narbonenses depositaron una hermosa corona en el monumento y entonaron la *Marsellesa,* que fué acogida con grandes aplausos por el numeroso público congregado en aquel sitio.

Por la tarde, dió el orfeón un concierto en el Palacio de Bellas Artes, cantando de una manera admirable difíciles composiciones de Dard-Janin, Saintis, Souribas, Lalo y Massenet. Además, el director Sr. Schneider y los Sres. Roques y Blanch tocaron á la perfección en el violín, en el órgano y en el violoncelo escogidas composiciones de Beriot, Bach, Guilmant y Massenet, y el bajo del orfeón Sr. Limas cantó una bonita canción de Flegier.

Para todos hubo muchos y muy entusiastas aplausos. También los hubo para la Banda Municipal que, bajo la dirección del maestro Sr. Sadurní, tocó con la brillantez de costumbre composiciones de Bizet, Sadurní y Massenet, y la *Marsellesa,* que puso término á tan agradable fiesta.

El orfeón «L'Avenir» consta de 120 coristas y se distingue por la robustez de todas sus voces, por su gran afinación y por la precisión y el sentimiento con que interpreta las composiciones de los más diversos géneros.

Es indudablemente uno de los mejores que se han oído en Barcelona.

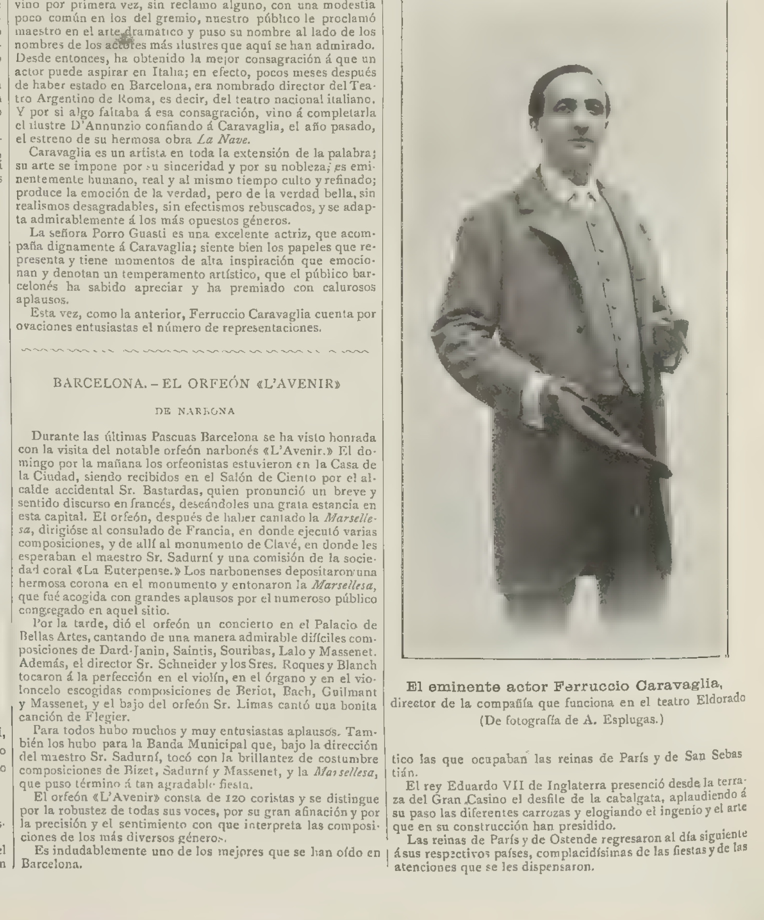
SAN SEBASTIÁN.—LAS FIESTAS DE PASCUA

(Véase la lámina de la página 271.)

De algún tiempo á esta parte la hermosa capital de Guipúzcoa organiza en diferentes épocas del año magníficas fiestas que contribuyen á extender su fama, no sólo en España, sino también en el extranjero. Ya no se contentan los donostiarras con procurar distracciones á los forasteros que durante el verano visitan su ciudad; su empeño noble de atraer hacia ésta la concurrencia y las simpatías de las gentes de fuera, les mueve á celebrar también festejos en otras ocasiones, y así han logrado que sus fiestas carnavalescas puedan competir con las de Niza, tenidas por las más famosas, y las de la *Mi-Carême* con las análogas de París.

Notabilísimos han sido también los dispuestos este año para conmemorar la Pascua de Resurrección, á los cuales han asistido numerosísimos forasteros, entre ellos las reinas de la *Mi Carême* de París y de Ostende, la primera acompañada de algunos representantes del Ayuntamiento de aquella capital. Ambas reinas han sido objeto de muchos obsequios, así por parte de los elementos oficiales como del pueblo, habiéndose celebrado en su honor, entre otros, un *lunch* y un almuerzo en el Ayuntamiento, un refresco en el Círculo Francés y un banquete en el Gran Casino.

De todos los festejos celebrados, el más importante ha sido sin duda la cabalgata, en la que figuraban veinte magníficas carrozas, descollando por su grandiosidad y buen gusto artístico las que ocupaban las reinas de París y de San Sebastián.



El eminente actor Ferruccio Caravaglia, director de la compañía que funciona en el teatro Eldorado (De fotografía de A. Esplugas.)

El rey Eduardo VII de Inglaterra presenció desde la terraza del Gran Casino el desfile de la cabalgata, aplaudiendo á su paso las diferentes carrozas y elogiando el ingenio y el arte que en su construcción han presidido.

Las reinas de París y de Ostende regresaron al día siguiente á sus respectivos países, complacidísimas de las fiestas y de las atenciones que se les dispensaron.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Allí, en presencia del secretario de policía, uno de los guardias de orden público explicó lo que acababa de ocurrir

»Júzguese cuál será la desolación de esa familia y la consternación de todos los que, habiendo conocido al desdichado L***, concuerdan en decir que era incapaz de cometer semejante robo.»

De modo que era la impunidad asegurada para el miserable marido de Juana.

La única persona que un día ú otro hubiera podido reconocerlo no era ya de temer.

«Quizás me he apresurado demasiado á mudar de domicilio—se dijo cínicamente.—¡Bah, después de todo, las precauciones no están de más!»

En efecto, creyó conveniente tomar otra; la de hacer desaparecer las obligaciones de la villa de París y del Credit Foncier encontradas en la cartera del infeliz cobrador.

Adquirió en un colmado de Meudon una lata vacía que había contenido bizcochos, y mientras Juana se hallaba fuera de casa haciendo provisiones, envolvió cuidadosamente los títulos en un papel embreado, bien impermeable, y los metió en la lata. Subió luego al desván de la casa, pasando por una com puerta que había notado en el techo de la escalera, y buscó un escondrijo. Abrió un tragaluz que daba sobre el tejado, encaramóse en él, y después de haber levantado una teja, descubrió un hueco formado por la ensambladura de las vigas y los cabrios, y ocultó la lata en él. Examinó si de fuera ó del interior se veía alguna traza del escondrijo; y absolutamente tranquilo por esta parte, desafiando todo reconocimiento, bajó al comedor, donde esperó la vuelta de Juana.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

La precipitada é inesperada marcha del joven matrimonio había causado profunda estupefacción en la casa de la calle de Boileau.

Cuando Paulina volvió del correo, quedó atónita al enterarse por la portera de la partida de sus amos.

—¿No sabía usted que los señores de Favreuse salían de viaje, que no me había usted dicho nada?, le preguntó la guardiana de la casa.

—¡Cómo!.. ¿Qué quiere usted decir?, exclamó Paulina. ¿Los señores han marchado?

—Hace más de una hora

—¡No es posible!

—¡Cuando yo se lo digo!.. El Sr. de Favreuse fué en persona á la estación á buscar un *fiacre*, y me dijo que se ausentaban por unos días.

—No... Usted entendería mal... Yo lo hubiera sabido...

—Llevaban un baúl y una maleta, y oí perfectamente cuando dijo al cochero: «¡A la estación de San Lázaro!»

Paulina no acababa de creer en ello. Fué necesario que subiese al piso para convencerse de que era verdad.

No podía comprender aquella marcha inesperada y no sabía á qué atribuirla.

Por la noche tuvo la explicación, al recibir, por el último reparto, la carta echada al correo por el marido de Juana.

Todo se explicaba, pues: sus pobres amos, absolutamente arruinados, tenían que marchar por no asistir á la proclamación de su ruina, pues no hubieran tardado en ser embargados.

—¿Por qué no me lo dijeron?, manifestaba en son de queja á la portera, que comentaba á su modo la sensible noticia. La señora me conocía bien, al cabo de tantos años de tenerme á su servicio... Imagínese usted que entré en casa de su padre cuando ella no tenía más que nueve años... Bien podía pensar que hubiera continuado sirviéndoles sin paga...

—¡Es muy triste!.., dijo la portera, sobre todo en el estado en que se encuentra esa pobre señora.

Aquella misma noche, á cosa de las nueve, llegó la dueña de la casa, que vivía en el barrio y acababa también de recibir la noticia de la partida de sus inquilinos.

Tenía órdenes que dar, y después de haber visto que no habían sacado el mobiliario, confió las llaves del piso á la portera hasta que se procediese á la venta, previas las formalidades necesarias.

Fuera del barrio, donde Juana y su marido eran poco conocidos, nadie sospechó su desaparición.

Los muebles fueron vendidos y los acreedores intervinieron en el reparto, no recibiendo más que un tanto por ciento de lo que se les debía, porque el crédito de la casera era preferente.

Luciano no se cuidó de averiguar lo que pasaba. Todo lo había previsto. A Juana, sí, la preocupaba; pero su marido procuró tranquilizarla.

Aunque ella no se atrevía á decir nada, aquella situación le parecía anormal. Sentía en torno suyo, sin llegar á explicárselo, un misterio, un secreto, algo que le ocultaban.

Semejante existencia en aquel rincón perdido de las cercanías de París, en aquella colina donde las habitaciones eran raras y estaban deshabitadas durante la presente estación, aquel aislamiento absoluto la sumían en dolorosas reflexiones de que no acertaba á salir.

No parecía sino que se ocultaban.

A su marido le encontraba Juana un aire sombrío, preocupado, y no se atrevía á interrogarlo.

Iba ella misma, diariamente, á la compra, obedeciendo de un modo pasivo á Luciano, que le había recomendado que no diese á conocer su nombre en las tiendas donde encargase los comestibles.

Pero semejantes precauciones le parecían muy extrañas. ¿Era posible que sólo obedeciesen al deseo de substraerse á las reclamaciones de los acreedores dejados en París?

¿No habría otra cosa que su marido no le había confesado?.. ¿Por ejemplo, una pérdida en el juego, más importante de la que le había dicho?

La conducta de Luciano la inquietaba también. Este permanecía en casa todo el día, y sólo salía al atardecer para ir á París, de donde no volvía hasta mucho después de la media noche, en uno de los últimos trenes.

¿Adónde iba?

¿Por qué no la tenía al corriente de lo que hacía?

Ahora, no era ya solamente por timidez el no atreverse á interrogarlo, sino por temor de que le contestase duramente, porque su marido no era el mismo con ella. Se había vuelto sombrío, taciturno, fácilmente irritable, presa de una visible inquietud cuya causa era imposible comprender.

Mostrábase cada día más afectado y más triste.

Debía seguir jugando—pensaba la pobre Juana—con dinero obtenido sabía Dios de qué manera, y debía perder.

Este pensamiento era muy fundado. Luciano de Favreuse volvía á jugar, en efecto, con el dinero encontrado en la cartera del infortunado Landry.

No había tenido siquiera un pensamiento de piedad para el infeliz, víctima de su crimen, que había perdido la cabeza en un momento de desesperación al verse objeto de sospechas.

No había pensado en la miseria que podía agobiar á la viuda y á los hijos de aquel hombre, de que había hablado el periódico.

Sólo había pensado en su propia persona, en su salvación definitivamente asegurada por la muerte del que le hubiera podido reconocer.

Cada día él había seguido leyendo los periódicos para ver si hablaban aún del asunto; pero nada decían, y esto probaba que las investigaciones de la policía eran infructuosas.

De esto estaba él muy seguro y desafiaba á los sabuesos de la Seguridad á que diesen con él.

Sin embargo, á Luciano de Favreuse no le había parecido prudente mostrarse en pleno día; desconfiaba hasta de lo que no podía prever.

Se pasaba todo el día metido en casa, sin atrever se á salir, presa de un miedo atroz, á pesar de la seguridad en que se creía, gracias á sus precauciones.

Nadie le conocía en Meudon.

La casera misma ignoraba su nombre, pues sólo había indicado el de Juana para hacerse dar recibo de los doscientos francos. Dicha mujer, la viuda Paumelle, que vivía en el Bajo Meudon, no tenía que volver á la casa para nada.

No veían nunca á nadie en los contornos.

Las habitaciones más próximas eran las de Moulineaux, al pie de la cuesta, y las de Val Meudon, al otro lado del viaducto.

Por la noche, Luciano iba á París, llevándose cada vez parte del dinero robado, con la esperanza de que se le declarase al fin favorable la suerte, que se obstinaba en serle contraria, y en la estación de Montparnasse, donde se apeaba, tomaba un ómnibus para ir á su círculo, donde su desaparición hubiera dado que hablar de seguro.

El juego le era sumamente propicio y Luciano de Favreuse no aprovechaba siquiera los raros instantes de suerte que tenía.

Si ganaba un momento, como le había sucedido varias veces, quería aprovechar la racha, jugaba sin medida y no tardaba en perder más de lo ganado.

A este paso, los treinta y tres mil francos no podían durar mucho tiempo.

El miserable tenía otra preocupación, muy grave, que aumentaba durante las horas pasadas al lado de su mujer.

Pensaba en el día, ya próximo, en que Juana sería madre.

Preguntábase lo que iba á hacer y aún no había podido encontrar una solución.

El acontecimiento iba á reclamar la presencia de una profesora.

Habría que hacer en la alcaldía la declaración de nacimiento de la criatura y darse así á conocer.

Juana había interrogado ya varias veces á su marido sobre el particular, y cada vez le había contestado de mal humor:

—Estoy pensando en ello... Aún no sé lo que vamos á hacer.

—Se aproxima el momento y aún no tenemos á nadie.

—Iré hoy á París, dijo el miserable. Ante todo necesito dinero, y no hay un céntimo en casa...

Pensaba, en efecto, buscar algunos recursos de cualquier modo que fuese, pues no se atrevía á vender los títulos ocultos en el tejado.

Aquel día, Luciano de Favreuse partió muy temprano, contando pedir prestados cien francos al notario Verdelet, confesándole la ruina que le había ocultado hasta entonces.

Apeóse, como de costumbre, en la estación de Montparnasse, y en vez de tomar el ómnibus, siguió á pie por la calle de Rennes, pues apenas tenía que andar veinte minutos para llegar á casa del notario de la calle de Bonaparte.

En el momento de llegar á la esquina de la calle del Vieux Colombier, tuvo que detenerse para dejar pasar á los niños de blusa gris y quepis del establecimiento de San Nicolás, que marchaban en apretadas filas y atravesaban la calle, conducidos á la iglesia de San Sulpicio.

De pronto, de las filas de aquellos escolares salió un niño que gritó dirigiéndose hacia el marido de Juana:

—¡Aquí está..., ese..., el ladrón!.. ¡Le reconozco muy bien!..

Abalanzándose sobre Luciano, lo cogió por el gabán.

El miserable, que se había puesto súbitamente lívido, sorprendido por aquella brusca acusación, defendióse con una turbación visible.

—¿Qué tiene este mocoso?, exclamó tratando de desprenderse de él. ¡Está loco!

—¡Loco!.. ¡Quite allá!, replicó el pequeño Landry, porque era él. ¡Le reconozco á usted muy bien! Yo estaba con mi pobre padre en el Banco, el día que usted le robó la cartera.

—¡Quieres soltarme!.., gritó Luciano.

Y con una violenta sacudida, logró hacer soltar la presa al niño, que gritó entonces con más energía:

—¡Ladrón!.. ¡Hermano, es el ladrón de mi padre! ¡Deténgale usted!..

Luciano trataba de alejarse protestando, á pesar del gentío que ya se aglomeraba en torno de él, á pesar de los muchachos de San Nicolás que le rodeaban.

El pequeño Landry quería cogerlo otra vez y se guía gritando:

—¡Detenerlo!.. ¡Es un ladrón!..

El suicidio del padre de Víctor Landry y las causas que lo habían determinado eran conocidos.

Los alumnos más grandecitos del establecimiento docente ayudaron á su camarada, é intervinieron también algunos transeuntes. Se detuvo á Luciano de Favreuse, que seguía protestando.

—¡Esto es ridículo!.., decía. ¡No sé qué significa esto!.. ¡Yo no conozco á este niño!..

Pero el pequeño Landry no se dejaba desmentir.

—¡Embustero!.., gritaba. ¡Yo estaba allí!.. ¡Le reconozco á usted muy bien!.. ¡Ladrón.., ladrón!.. ¡Por culpa de usted mi pobre padre se mató!..

—Digo á ustedes que este niño se equivoca, clamó el miserable, que empezaba á recobrar su sangre fría. Me toma por otro ó está loco.

Atraídos por la aglomeración de gente, dos guardias de orden público acababan de llegar y se acercaron.

—¡Prendedle!.., les dijo el hermano de Rosita. ¡Es un ladrón!.. El robo de la cartera en el Banco del bulevar..., ¿saben ustedes?.. El cobrador que se mató, pues bien, era mi padre... Se la robó este..., estoy seguro...

El gentío simpatizaba con el niño.

Uno de los guardias dijo á Luciano, que aún protestaba:

—Venga usted con nosotros. Si este niño se equivoca, ya se verá.

—Digo á ustedes que no le conozco, replicó el marido de Juana. Me toma por otro... Ni aun sé lo que quiere decir... Soy conocido; tengo quien responderá de mí.

—Venga usted y habrá las explicaciones necesarias, dijo el guardia.

Y dirigiéndose á uno de los hermanos de San Nicolás que conducían á los alumnos, le dijo el otro guardia:

—Será preciso que tenga usted la bondad de venir hasta la comisaría con este niño.

La muchedumbre abrió paso al grupo, y se oyeron algunos comentarios hostiles para el ladrón.

—Lo cierto es que se puso lívido cuando el muchacho le reconoció; mucho me extrañaría que este niño se equivocase..., decían.

Los demás alumnos de San Nicolás habían vuelto á formar sus filas, conducidos por los otros hermanos.

Algunas personas siguieron á Luciano hasta la comisaría del barrio, situada en la calle de Saints-Pères, donde el niño y el hermano de San Nicolás penetraron solos con él.

Allí, en presencia del secretario de policía, uno de los guardias de orden público explicó lo que acababa de ocurrir.

—Sí, señor, es él, afirmó el pequeño Landry con la mayor seguridad. Le reconozco muy bien.

—¿Estás seguro de no equivocarte?, insistió el secretario.

—¡Oh, absolutamente seguro, caballero!, contestó el niño con energía. Me lo miré muy bien y me acuerdo como si hubiese sido ayer.

Luciano, resuelto á hacer frente al peligro, había recobrado todo su aplomo.

—Este niño es sin duda juguete de algún parecido, dijo él. No sé siquiera de qué me habla. Su error será fácil de probar.

—¡Ah, no hay error!, replicó el pequeño Landry. Mire usted, señor comisario, aún lleva el mismo traje de aquel día.

El miserable se encogió de hombros.

—Esto no es una prueba, dijo desdeñosamente. Este niño puede decir eso á cualquiera.

El secretario de policía detuvo con un gesto al hijo del cobrador, que se disponía á acusar al hombre que reconocía por el ladrón de la cartera con más resentimiento y violencia, y preguntó al religioso:

—¿Cómo se llama este niño?

—Víctor Landry, contestó el hermano de San Nicolás. Su madre es viuda y vive en la calle de Bernardinos, número 25.

—Mi padre estaba empleado en casa de un banquero, añadió el niño, y este señor le robó la cartera llena de dinero... A causa de él, mi padre, que creyó que le acusaban, se mató.

—¿Qué edad tienes?

—Ocho años.

Dirigiéndose entonces á Luciano, el secretario de policía añadió:

—Si este niño se equivoca, su acusación será fácil de desmentir.

—Nada me será más fácil, contestó con aplomo el marido de Juana.

—Sírvase usted darme su nombre.

—Soy el Sr. de Favreuse, pronunció orgullosamente el hijo del desdichado suicida que esperaba producir así su efecto.

—¿Sus nombres de pila?

—Edmundo; no llevo otro.

—¿Donde vive usted?

Luciano, en posesión de toda su sangre fría y de la más completa presencia de espíritu, estaba seguro de que no podría aducirse contra él ninguna otra prueba, aunque indicase su antiguo domicilio de la calle de Boileau, pues la causa de su partida sería fácil de establecer y su pretendida miseria en aquel momento, probada por la venta de sus muebles y por las deudas dejadas en el barrio, probaría que no había robado.

—Actualmente viajo, no estoy más que de paso en París; pero hasta el mes pasado he vivido en Auteuil, calle de Boileau, número 26.

El secretario tomaba nota de todas aquellas indicaciones.

—¿Qué profesión tiene usted?, volvió á preguntar.

—Me ocupo de representaciones comerciales y fuí mucho tiempo secretario del Sr. Landesme, diputado por Sena y Oise.

—¿De modo que ahora vive usted en la fonda?

—No, señor, contestó el marido de Juana. Hace apenas media hora que he llegado, apeándome en la estación de Montparnasse, y cuando vengo á París, me hospedo en el faubourg Saint-Denis, número 115, donde he conservado un cuarto.

En efecto, había conservado este domicilio, para el caso en que su hermano volviese á escribirle.

—Van á tomarse informes, dijo el comisario de policía; será cuestión de poco tiempo, pero mientras tanto me veo obligado á tener á usted á mi disposición.

En los ojos del niño brilló un destello de triunfo.

—¡Entonces usted me detiene!, exclamó Luciano con mal reprimida cólera.

—No puedo ponerlo en libertad, contestó el comisario suplente, sin haber comprobado esos informes.

—¡Ah! Esto pasa de raya. ¡De modo que, bajo la acusación de un niño, se detiene á un hombre honrado, y se le detiene sin pruebas, sin mandato, por consiguiente de un modo irregular, arbitrario, ilegal. Porque conozco la ley, caballero; se necesita un mandamiento en regla para mantener á alguien en estado de arresto!

—Por esto no queda usted arrestado, dijo el comi

sario de policía á quien esta salida dispuso bastante mal. El clamor público basta, sin embargo, para motivar su arresto, y en el caso presente es la acusación de este muchacho que pretende reconocer á usted y le ha hecho conducir por los guardias de servicio en el momento en que ese clamor se ha producido en la vía pública. Conozco mis deberes y me aseguro de su persona sin ponerlo en estado de arresto, lo que será incumbencia del señor comisario de policía y del señor procurador de la República, si ha lugar.

—¡Veremos!..

—¿Es preciso también que este muchacho espere?, preguntó el hermano de San Nicolás.

—Es inútil, contestó el secretario de policía. El señor comisario le hará llamar cuando sea necesario.

El religioso saludó y salió con el muchacho que, al pasar por delante del ladrón, le dirigió otra mirada de desafío, de triunfo y de odio.

Bajo órdenes que le fueron dadas en voz baja, uno de los agentes de la seguridad agregados á la comisaría salió y se fué á la calle de Boileau.

El marido de Juana fué conducido al gabinete del comisario bajo la vigilancia de un guardia que se instaló cerca de él. Se le evitaba así el encarcelamiento en el cuarto de seguridad.

Momentos después, entró el comisario y, puesto al corriente de lo que ocurría, se acordó del robo cometido en perjuicio del Banco Lavisart, Fleuret y C.ª, pues precisamente había actuado de comisario interino en el barrio del Mercado de vinos en el momento de la sumaria.

Luciano de Favreuse siguió protestando enérgicamente contra la acusación del pequeño Landry; pero, sin perder el tiempo en contestarle, el comisario, obedeciendo á una súbita inspiración, resolvió ir inmediatamente al Crédito Lyonés, á fin de ver si allí se encontrarían huellas de la presencia del hombre á quien el niño acusaba, el mismo día en que se cometió el robo.

—Esto sería, pensó él, si no una prueba decisiva de su culpabilidad, al menos una seria presunción en favor de la fidelidad de la memoria de su joven acusador.

—Una comprobación va á ser fácil de hacer, dijo él. Va usted á venir conmigo al Crédito Lyonés.

El miserable tuvo un estremecimiento; pero mostrando, sin embargo, mucha serenidad, contestó:

Estoy pronto á seguir á usted.

Procuraba tranquilizarse pensando:

—¿Quién me va á reconocer? Y aun cuando me reconociesen. ¿Donde estará la prueba de que fuí aquel día al Crédito Lyonés?

Se le hizo subir á un *fiacre* de cuatro asientos que había sido llamado, y el comisario se instaló á su lado, mientras que el secretario y un agente vestido de paisano ocuparon los dos asientos delanteros.

Una vez en el banco del bulevar de los Italianos, Favreuse, custodiado de cerca, fué conducido al despacho del jefe de informes, que era precisamente un antiguo jefe de seguridad.

El comisario explicó brevemente el caso y preguntó si se encontrarían huellas de alguna operación hecha el día del robo por el Sr. de Favreuse.

Las investigaciones no fueron difíciles de hacer, por cuanto el hecho solo databa de unas cuantas semanas.

Se recorrieron los diferentes libros en que constaban las operaciones del día, pagos, cobros, órdenes de bolsa, negociaciones, préstamos sobre títulos, etc. En ninguna parte se encontró el nombre de Edmundo de Favreuse.

Pero este nombre llamó la atención del jefe del servicio de las cuentas del depósito que dijo:

—¡Favreuse! ¡Favreuse! ¡Este nombre me suena!

Y después de una corta reflexión:

—Perfectamente, añadió, ¡me recuerdo muy bien! Es el titular de una cuenta de depósito que extendió, hace algún tiempo, un cheque para el cual no había provisión suficiente y que hizo luego una entrega. Pero todo se pasó en debida forma, pues se recibió la suma antes de la presentación del cheque.

Esto bastóle al comisario de policía.

—¿Estaba usted, pues, en relaciones financieras con el Crédito Lyonés?, dijo al marido de Juana. ¿Tenía usted aquí una cuenta de depósito?

—Todavía la tengo, contestó Luciano que sabía muy bien que su cuenta saldada con un ligero excedente á su favor, no debía estar cerrada.

Entonces el magistrado pidió informes más precisos é inmediatamente se hicieron otras averiguaciones.

Después de haber examinado la cuenta, con sus cifras y fechas, dijo á Luciano:

—El robo en perjuicio del cobrador del Banco Lavisart, Fleuret y C.ª, se cometió el 11 de diciembre último. Su cheque de quince mil francos es del día anterior.

—¡Y bien!, dijo con altivez Luciano, ¿es que eso prueba algo?

—Al librar un cheque de esta suma, usted sabía perfectamente que se excedía del depósito.

—Usted dispense, caballero; lo ignoraba. Dí el el cheque fuera de mi casa, á uno de mis amigos, para saldar una pérdida de juego, y no me tomé la molestia de examinar el balance de mi cuenta. Sólo al día siguiente observé, en mi casa, que había librado por una cantidad superior á mi crédito, é inmediatamente envié cuatro mil francos en carta certificada.

—¿De modo que el 16 de diciembre no le quedaba á usted dinero, y el 18 poseía usted cuatro mil francos?

—Los poseía antes del 18, contestó Luciano de Favreuse con una arrogancia que le dió la esperanza de demostrar inmediatamente esta presunción. En efecto, no fué el 18, sino el 17 cuando envié los cuatro mil francos. Es posible que la carta no fuese entregada aquí hasta el 18, pero por los registros de correos será fácil de obtener la prueba de que la expedí la víspera. Hice este envío del correo central, calle de Juan Jacobo Rousseau.

—¿A qué hora?

—Escribí mi carta por la mañana, y fué mi criada la que la llevó al correo, pero no la llevó hasta la tarde, porque yo vivía en Auteuil, es decir, bastante lejos del centro.

—¡Idea singular, teniendo estafeta en su barrio, eso de hacer llevar carta al correo central!, dijo el comisario.

—¡Supongo, contestó con impertinencia Luciano, que no es de eso de lo que se me acusa!..

El comisario de policía no contestó. Sentía instintivamente, á pesar de toda ausencia de prueba, que tenía al culpable y hubiera querido llegar á encontrar la indicación de su presencia en el establecimiento financiero el día del robo.

Ahora, con esa historia de cheque y de dinero enviado para restablecer una provisión en cuenta corriente, le parecía que el hijo del desgraciado cobrador no se había equivocado al reconocerlo.

Pero, á pesar de todas las averiguaciones, nada se encontró y nadie pudo sentar que el Sr. de Favreuse hubiese estado aquel día en el Crédito Lyonés.

Volvieron pues á la comisaría de la calle de Saints Pères, donde se ordenarían otras investigaciones.

El agente enviado á Auteuil estaba de regreso y dió cuenta de su misión.

La portera le había informado acerca de la marcha de sus inquilinos y repitió todo lo que le había dicho.

—Es la verdad, dijo el miserable con aplomo. Acababa de perder una suma importante; no podía pagar, iban á embargarme y vender los muebles, y preferí partir.

—Eso me parece á mí muy singular, dijo entonces el comisario de policía. ¡Cómo! ¿Usted poseía aquel día cuatro mil francos que envió al Crédito Lyonés y abandona la casa que habita, sin pagar el alquiler ni á los tenderos que le habían vendido al fiado?

—No poseía más que aquellos cuatro mil francos, contestó el marido de Juana; apenas ciento ó ciento cincuenta francos, si mal no recuerdo. Tratábase de una deuda de honor. Equivocadamente había librado un cheque superior al crédito de mi cuenta; á riesgo de quedarme sin un céntimo y no poder hacer frente á mis otras obligaciones, mi deber estaba en pagar desde luego, porque, de lo contrario, hubiera cometido una estafa.

A este argumento, tampoco había nada que contestar.

—Pero ¿por qué marchó usted así, simulando un viaje, una corta ausencia, mientras que en realidad se marchaba usted definitivamente de la casa?, preguntó el comisario.

—¡Quise ahorrarme la humillación de confesar que no podía pagar, ni más ni menos!, contestó el hábil perillán con el aire más natural del mundo. Ello es fácil de comprender. También con esta intención envié mi criada al correo central en vez de enviarla á la estafeta del barrio, como usted me reprochaba hace poco, porque me hubiera sido demasiado penoso confesar á la muchacha que yo estaba arruinado.

Todas estas contestaciones, todas estas explicaciones eran muy naturales, muy admisibles, y no se encontraba absolutamente ninguna otra prueba, ningun indicio.

El miserable se sentía fuerte, gracias á las hábiles precauciones que había tomado.

El comisario se veía obligado á poner en libertad á aquel hombre á quien el pequeño Landry había acusado con tanta energía y seguridad, y cuando, á pesar de todo, tenía la intuición de hallarse en presencia del culpable, y no pudiendo encontrar ninguna prueba, ningún hecho capaz de determinar una presunción, por simple que fuese, se resignó á soltarlo.

Sin embargo, le dijo:

—Ruego á usted, caballero, que esté no obstante á disposición de la justicia, pues aún puedo tener necesidad de usted. ¿Vive usted, pues, en el faubourg Saint Denis, número 115?

—Sí, señor, contestó el marido de Juana triunfante. Pero le declaro que no parará aquí la cosa... He sido puesto en estado de arresto sin ninguna prueba, bajo la simple acusación de un niño cuyo testimonio ha sido preferido á mis protestas, hasta á las pruebas que yo daba de su error. Yo sabré hacer que se me haga justicia.

—Yo he cumplido con mi deber, declaró el magistrado. Usted haga lo que quiera.

Al salir, Luciano de Favreuse no notó que dos agentes, que habían recibido secretamente la orden de seguirlo, le esperaban á la puerta, y le siguieron, en efecto, con la mayor habilidad.

Congratulábase de haber salido tan bien librado de aquella malhadada aventura, y volviendo á seguir su interrumpido itinerario de la mañana, dirigióse hacia la casa del notario Verdelet.

Este había salido de París el día anterior.

Estaba de viaje con su sobrino y no regresaría hasta la semana siguiente.

Fué una contrariedad y, sin embargo, el marido de Juana se dijo:

«Quizá más vale así.»

Pero necesitaba dinero, pues había perdido hasta el último luis y el alumbramiento de Juana era inminente.

Entró en un pequeño restaurant de las cuatro esquinas de Buci y almorzó.

En el exterior, los dos polizontes hacían buena guardia. Por la tarde, Luciano se fué á su círculo, esperando encontrar á uno de sus amigos, á quien pediría prestada la pequeña cantidad que necesitaba. Pero tuvo que esperar, porque no estaban allí las personas á quienes contaba dirigirse.

Entonces, uno de los dos agentes de policía tuvo el buen acuerdo de aprovecharse de la circunstancia para tomar algunos informes, y lo comunicó á su colega, que continuó, solo, vigilando la salida.

Allí supo que desde fines de diciembre, el Sr. de Favreuse había perdido sumas considerables y ni un solo día había dejado de ir al círculo.

Esto se hallaba en contradicción con las afirmaciones del señorito, que había declarado haber viajado por provincias como representante de comercio.

Volvióse inmediatamente, mientras el segundo polizonte seguiría vigilando, tomó un *fiacre* y se hizo conducir á la comisaría á fin de dar parte de sus descubrimientos á su jefe.

Desde aquel instante el comisario de policía no vaciló más, se fué al círculo con el agente de la Seguridad, y á pesar de sus nuevas protestas, puso á Luciano en estado de arresto.

Las noticias recogidas por el polizonte fueron confirmadas, é interrogado sobre el particular, el miserable, que se consideraba perdido, se negó á dar explicaciones.

Lleváronle á la cárcel y se ordenaron otras investigaciones, al mismo tiempo que el juzgado y el servicio de la Seguridad tomaron cartas en el asunto.

Luciano, á pesar de las hábiles precauciones que había tomado, se sentía perdido.

Aún esperaba que no se podría encontrar ninguna prueba formal de su culpabilidad, no teniendo realmente contra él más que la acusación del pequeño Landry.

Si había jugado y perdido, nada probaba que fuese con dinero robado.

¿No había tenido en sus manos toda la fortuna de su mujer? ¿No podía pretender que fué para salvar los últimos restos de esta fortuna el abandonar la casa de la calle de Boileau sin pagar lo que debía, y que era con aquello con lo que había jugado?

Lo que le preocupaba sobre todo era la situación de Juana.

Y su impotencia le tenía rabioso.

A Juana no le sorprendió ver que su marido no volvía en todo el día; pero por la noche empezó á estar inquieta.

En la disposición de espíritu en que se hallaba, se alarmaba más fácilmente todavía, porque sentía, desde hacía algunas horas, evidentes síntomas de alumbramiento.

Y tenía miedo de encontrarse sola en aquella casa aislada, en un punto inhabitado, en un rincón donde no conocía á nadie.

(Se continuará.)



EN AUTEUIL.—Modas y carreras



Con un tiempo magnífico efectuáronse el día 11 de este mes las célebres carreras de Auteuil, que ofrecen todos los años un doble interés: el deportivo, porque en ellas se corre el premio llamado del presidente de la República; y el de la moda, porque en ese día pueden admirarse en aquel hipódromo las creaciones de los principales modistos y modistas parisienses para la temporada de primavera.

El pesaje ofrecía un aspecto deslumbrador; allí estaban todas las reinas del mundo elegante luciendo los vestidos y sombreros que constituyen la última palabra de las grandes casas de confecciones, atrayendo las miradas de los más distinguidos *sportmen*, que repartían su atención entre las atracciones del sexo bello y las peripecias de las carreras.

¿Citar nombres y describir *toilettes*? Sólo para lo más saliente necesitaríamos un espacio de que no disponemos.

A las dos y media llegaron al hipódromo el señor Fallieres y su esposa, siendo recibidos por el señor Mollard, director del protocolo; por el príncipe Murat, presidente de la Sociedad de los Steeple Chasse de Francia, y por los individuos del comité de la misma, quienes les acompañaron á la tribuna oficial.

De todas las carreras que se efectuaron, la más interesante fué, sin duda, la del premio del presidente de la República, premio consistente en un objeto de arte regalado por éste y en 50.000 francos; la distancia que debía recorrerse era de 4.200 metros. Tomaron parte en ella diez y seis caballos, y después de una reñida lucha, llegó primero á la meta *Journaliste*, propiedad del Sr. Firchkof y montado por el jockey Sauval; ese caballo, que ha ganado durante su vida importantes premios, hizo una carrera lucidísima, venciendo á muchos temibles competidores, entre ellos *Sosthene*, de C. Lienart, montado por Carter, y el favorito *Stokes*, de Hitchkock, montado por Parfrement.

Aunque no tanto como la del premio del presidente de la República, tuvieron interés las otras carreras efectuadas aquella misma tarde y que fueron la del premio del Bosque (3.000 francos, 3.500 metros); la del premio Le Gourzy (20.000 francos, 4.000 metros); la del premio de Turena (objetos de arte, 4.000 metros); la del premio de Apremont (6.000 francos, 4.000 metros), y el premio del Puente de Jena (4.000 francos, 3.100 metros). Estos premios fueron ganados: el primero por *Goutte d'Or*, del Sr. Guerlain; el segundo por *Domination*, de C. Brossette; el tercero por *Arequipa*, del Sr. Darrou; el cuarto por *La Corse*, de C. Lienart, y el quinto por *Aureale*, de C. Brossette, montados respectivamente por los jockeys Hawkins, Sauval, Bossut, Cartet y Saval.

En las apuestas mutuas de 10 francos, los que habían apostado por los caballos vencedores cobraron: por *Goutte d'Or*, 56 francos; por *Domination*, 44; por *Journaliste*, 135'50; por *Arequipa*, 40; por *La Corse*, 40'50, y por *Aureale*, 29'50.

Para que nuestros lectores se formen idea de la multitud que acudió aquel día al hipódromo de Auteuil, bastará decir que se recaudaron por entradas 168.000 francos y que el importe de lo apostado en las apuestas mutuas ascendió á 2.613.425 francos.

En cuanto á los trajes y sombreros que entre la multitud femenina se destacaron por su elegancia y novedad, las fotografías que en esta página reproducimos representan algunos de los más notables que pudieron admirarse en aquella fiesta hípica.—S.



Toilettes de primavera exhibidas en las carreras de Auteuil. (De fotografía de M. Branger.)

«Journaliste,» el caballo ganador del premio del presidente de la República. (De fotografía «Rapid.»)

Toilettes de primavera exhibidas en las carreras de Auteuil. (De fotografía «Rapid.»)



Barcelona.—Vermouth de honor celebrado en la Vaquería del Parque como demostración de simpatía á M. Tourón, empresario del nuevo velódromo «Parque de Sports,» el día 11 de los corrientes. (De fotografía de A. Merletti.)

Convocados por el periódico de deportes *El Mundo Deportivo,* reuniéronse en la mañana del domingo, día 11 de los corrientes, en la Vaquería del Parque gran número de ciclistas y motoristas con objeto de hacer una demostración de simpatía al Sr. Tourón por haber dotado á Barcelona del magnífico velódromo Parque de Sports, de cuya inauguración dimos cuenta oportunamente en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

En número de doscientos, después de bebido el vermouth, se dirigieron por el Paseo de San Juan y por la Granvía Diagonal al citado velódromo, en donde estrecharon la mano al Sr. Tourón y á los directores de aquél. El Sr. Cusidó dió las gracias á los asistentes, disolviéndose luego la reunión.

Fué una agradable fiesta de compañerismo, que dejó sumamente satisfechos á cuantos en ella tomaron parte.



Nueva York.—Nuevo tipo de automóvil para regar y barrer á la vez las calles. (De fotografía de «Argus Photo Reportage.»)

Todas las ciudades que quieren vivir á la moderna se preocupan, en primer término, de cuanto á la salud pública y á la higiene se refiere; y como consecuencia de esto, atienden con solicitud especialísima á la limpieza de las calles, pues sabido es que de ella dependen en gran parte las buenas condiciones de salubridad de una población.

De este modo consiguen asimismo aparecer más bellas, ya que la suciedad es indudablemente lo que más afea, así á las personas como á las cosas. ¡Cuántas capitales llenas de atractivos, favorecidas por la naturaleza con climas deliciosos y dotadas de elementos suficientes para cautivar á los forasteros, causan á éstos, cuando las visitan, una impresión penosa, sólo por la falta de limpieza!

Las ciudades de los Estados Unidos pueden señalarse como modelos bajo el concepto de la policía urbana, para cuyos servicios emplean las máquinas y los aparatos más perfeccionados. Recientemente en Nueva York se ha ensayado el nuevo tipo de automóvil que reproduce el adjunto grabado y que sirve al mismo tiempo para regar y barrer las calles. Las pruebas efectuadas han dado resultados excelentes; la nueva máquina practica la limpieza con rapidez y perfección extraordinarias, siendo por consiguiente seguro que será inmediatamente adoptada; pues en aquel país las reformas beneficiosas se implantan sin tardanza, sin tener que luchar con intromisiones, obstáculos y oposiciones que en tantas otras capitales son rémora de todo lo que significa mejora y adelantamiento.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 26 de abril de 1909 — Núm. 1.426

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BARCELONA.—SALÓN PARÉS



RECUERDO DE GERONA, cuadro de Santiago Rusiñol

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La ciudad de los Condes, más que el terrorismo dinamitero, sufre actualmente el terrorismo de la publicidad. La última racha de atentados ha venido á ponerlo de manifiesto. Estos y los inmediatamente anteriores revelan, mucho más que la intención del daño, la intención de la alarma. Un discreto cronista acaba de comparar esta fase de ahora con el *petardismo* que sufrió Madrid hace quince ó veinte años. La sola aplicación de una nomenclatura diferente, el solo cambio de una palabra, aun con identidad absoluta de casos y realidades, varía por completo el aspecto de la cuestión. Una *bomba* inofensiva, puesta en una escalerilla de cualquier calle desierta, en el hueco de una pared, en la hendedura de una cloaca á medio construir, es una cosa grave, un suceso pavoroso. En cambio un *petardo*, aun produciendo víctimas, no es más que un petardo.

En esta materia, como en muchas otras, el elemento subjetivo es el que decide. Hechos que, ocurridos en Barcelona, merecen la calificación de atentados, ocurridos en La Coruña, en Sevilla, en Valencia, pasan explicados en un telegrama de tres líneas, como simple detonación de un cartucho de alarma. Los alarmistas que, con los propósitos que se quiera, se proponen mantener á Barcelona en un estado de intranquilidad, no podían encontrar colaboradores más eficaces y baratos que la indiscreción ó inconsciencia de algunos corresponsales. Se habla de pánico con una ligereza que asombra. Y vive Dios que el pánico no se descubre por ningún lado. La multitud tiene un instinto, un sentido de la realidad bastante certero; da á las cosas su íntimo valor. Sabe distinguir los móviles de la obcecación que persigue á Barcelona y no se presta á hacerle el juego. Las explosiones ya no la retienen en casa. Inunda la vía pública, desborda en los paseos, llena las iglesias en los días solemnes de Semana Santa, asalta los tranvías en las claras y alegres fiestas de la Resurrección y se derrama por montes y laderas, por avenidas y parques, hasta los rincones del bosque y el húmedo y grato refugio de las fuentes tradicionales.

Ciertamente el extranjero ó el español de otras comarcas que hubiese llegado á Barcelona el domingo de Pascua ó el lunes siguiente, sin estar advertido de ello por la prensa no hubiera podido presumir que habían estallado aquí cuatro explosivos con intermedio de pocas horas. El aspecto de la ciudad, de sus alrededores, de sus vehículos, de sus trenes, de sus teatros y cinematógrafos, donde aguardaban largas colas de público, de las terrazas de sus cafés desbordantes de concurrencia y deslumbrando al sol con las chispas y destellos de la cristalería; todo ese conjunto visual que constituye la fisonomía de las grandes ciudades y al cual se suma el conjunto acústico formado por el rumor de las grandes arterias, el timbre de las salas de espectáculos, las bocinas de los automóviles y el rodar de los carruajes, no delataban, por cierto, á «una ciudad bombardeada,» según reza el maligno título de cierta información que he debido leer últimamente.

Se habla del pánico de Barcelona para que la frase produzca su efecto fuera de Barcelona. En Burdeos, en Lyón, en Marsella, en Milán, en Roma, en Bruselas, en Nueva York, en una porción de capitales ocurren frecuentes explosiones y atentados á los cuales se quita sistemáticamente toda importancia, asfixiándolos por falta de ambiente periodístico. Sólo en España se da el caso antipatriótico de exagerar nuestras propias miserias y hacer el caldo gordo á la rivalidad extranjera. ¿Qué más quieren esas ciudades francesas é italianas dotadas de sentido económico y de instinto de solidaridad, cultivadoras de la «industria del forastero» y conocedoras del peligro de la competencia, sino que sean sus mismas rivales quienes se desacrediten á sí mismas? No hay país en el mundo donde semejante candidez, cuando puede llamarse candidez, ó semejante bellaquería, cuando proceda de intenciones más ruines y taimadas, no fueran objeto de un escarmiento rudo por parte de la misma sociedad, la cual, con las sanciones de la opinión, puede aislar y hundir para siempre á sus enemigos.

Innegable es que la plaga dura, en formas endémicas, hace muchos años, y que contra su misterio impenetrable se han estrellado hasta ahora los esfuerzos de la autoridad. Respecto de este punto dominan también criterios algo desorientados. Nos quejamos ahora de la dolencia, de las manifestaciones exteriores y cutáneas de la dolencia, y casi nadie se acuerda del período de incubación y de las distintas importaciones del contagio. Puede decirse que el saneamiento moral de Barcelona no ha comenzado sino hace dos ó tres años. Los diez años anteriores á éstos fueron de libérrima propaganda disolvente, prepararon en el periódico, en el mitin, en el teatro de suburbio, en la escuela y en el ateneo de arrabal una generación apta para que germinasen en ella las formas más violentas de la rebeldía ó una ausencia de sentido moral capaz de explotarlas lucrando á costa de la sociedad.

Hubo el período de *dilettantismo* anarquista, de literatura ácrata, durante el cual pareció el colmo del refinamiento y de la elegancia de espíritu el teorizar y jugar con esas peligrosas utopías. Ibsen y Gorki, escandinavos y rusos, introdujeron la mercancía intelectual; y los jóvenes que ahora escriben sonetos preciosistas y cuentos crueles ó sádicos para *épater le bourgeoi*, hubieran escrito entonces pesimismos nihilistas y diatribas malthusianas para hacerse de igual modo el interesante. El anarquista de salón llega á tener su apoteosis literaria en las novelas y dramas del período simbolista. Así, por ejemplo, el racionalista, el krausista de los primeros libros de Galdós consagrados al conflicto de la libertad de conciencia, según la entendió la generación de *Gloria* y *Doña Perfecta*, se va convirtiendo poco á poco en el Víctor de *La de San Quintín*.

Fué una moda que tuvo, en Barcelona principalmente, muchos adeptos. Los refinados, los exquisitos, «anarquizaban» literaria y artísticamente, como los aristócratas franceses del siglo XVIII, los próceres enciclopedistas y filántropos, por puro platonismo y espíritu de ligereza encendían en las galerías y balconajes del primer piso las bengalas de la revolución filosófica, sin meditar que las chispas habían de caer sobre la pólvora almacenada en el piso bajo y en los sótanos, determinando un supremo estallido.

La filtración intelectual que descendía de las capas superiores ó intelectuales se confundió con las propagandas demagógicas desatadas en el seno de las multitudes. De arriba, del primer piso burgués, recibían no pocas veces los de abajo estímulos y benevolencias. El arte refinado y superior se convirtió pasajeramente en un aliado de la anarquía, comunicándole cierto barniz teórico que le aseguró durante algún tiempo la impunidad y hasta el prestigio de las ideas audaces y de las utopías redentoras. La sociedad, distraída, versátil, ligera, no prestó la debida atención á este fenómeno. Leía en los periódicos el extracto de mitins y conferencias, en los cuales, burla burlando, se intercalaban fórmulas químicas para preparar explosivos; veía abierta en cada calle una escuela que constituía un plantel de jóvenes educados en el odio contra todo lo existente; oía pregonar publicaciones cuyo lenguaje furibundo, cuya frase truculenta era una aspersión de vitriolo calculada para ulcerar la piel y enconar las llagas; contemplaba en los quioscos una irrupción de bibliotecas sociológicas y de tomos y folletos incitantes; se regocijaba con el melodrama antiburgués y la película sensacional de las aventuras de los nihilistas rusos... En suma: se dejó abierto el tonel para que bebieran á chorro, jóvenes y niños, el fuerte licor producto de tantas y tantas fermentaciones diversas.

¿Cómo no explicarse, pues, mucha parte de lo que ha venido sucediendo? El ciclo de la propaganda directa y el de la complicidad literaria y social á que me referido, parece haber acabado por ahora, ó cuando menos, haberse reducido á proporciones muy limitadas, casi insignificantes. Las clases llamadas directoras incurren con gran frecuencia en un error difícil de enmendar después: no prestan atención más que á los hechos externos, materiales y consumados, desdeñando el giro de las ideas y las corrientes de la literatura y el pensamiento, que constituyen la incubación de las tragedias del porvenir.

Cuando se dan cuenta de esa solidaridad entre la atmósfera intelectual de ayer y la catástrofe de hoy, suele ser tarde para evitarla ó aminorarla. Así ha pasado en gran parte con la cuestión del terrorismo. Las diez, las quince, las veinte mil personas invadidas por el odio contra lo actual en sus formas negativas de simple destrucción ó en las positivas de un ideal revolucionario que lo revuelva todo desde los cimientos, no se eliminan tan fácilmente. Hasta que la infección quede totalmente expulsada ó reabsorbida, habrá campo abonado para el terrorismo. Se objetará que no se ha probado la participación de los *anarquistas* en tales hechos y aun que protestan, repetida y sistemáticamente, cada vez que se les atribuye la responsabilidad. Diráse también que diversos procesos y pesquisas han venido á poner de manifiesto otra lepra: la de los explotadores de la investigación policíaca, simuladores de atentados y «chantagistas» del terror.

Es cierto. Pero yo no trato del anarquismo organizado, militante, oficial. Yo trato del «espíritu anárquico,» con independencia del nombre y de la clasificación ó casilla que le corresponda en la nomenclatura de las opiniones y partidos. En este sentido, es posible que los anarquistas profesos y ortodoxos no tengan nada que ver con las últimas series de explosiones; pero en el mismo sentido puede decirse que está infectado de virus anárquico el que prepara ó coloca un explosivo contra la sociedad, contra la muchedumbre, contra el transeunte anónimo é ignorado que coincidirá con el momento fatal de la destrucción. La etiqueta, el rótulo, no cambian el contenido. Sea un explotador, sea un agente, sea un despechado, sea quien sea la persona y el móvil directo, el hecho de dirigir la puntería contra toda una ciudad y de convertir la seguridad de sus habitantes en juguetes de la pasión ó del egoísmo, supone previamente la perturbación moral, la indisciplina y el odio contra la humanidad en masa, que es el carácter específico de la dolencia anarquista.

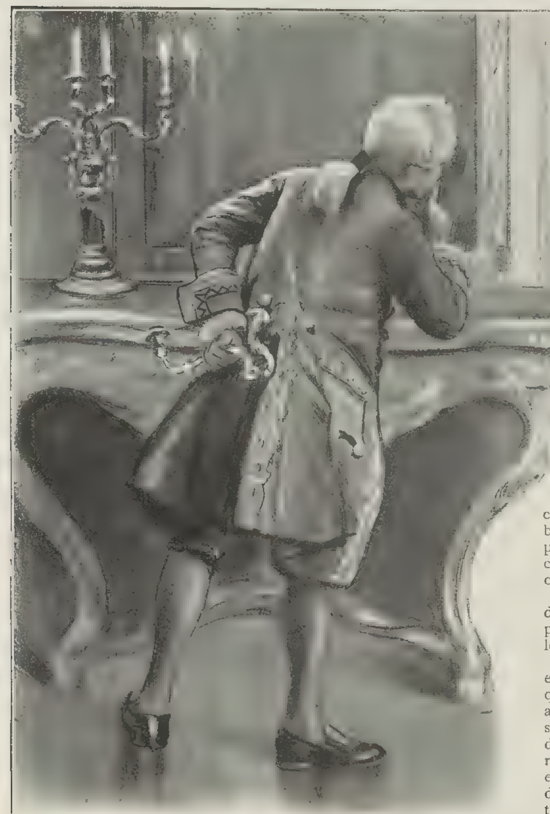
De este modo no hay que esperar la curación completa hasta que los efectos de una propaganda de veinte años queden completamente neutralizados en la conciencia social; hasta que se hayan expulsado ó reabsorbido los malos humores que todavía supuran, según dije más arriba. La vigilancia en las calles y la investigación sigilosa y hábil, son factores de la mayor importancia, pero no factores decisivos. Son elementos *mecánicos* de defensa, muy útiles, pero no definitivos contra una dolencia orgánica, contra un trastorno fisiológico muy complejo.

Barcelona comienza á advertirlo, como advierte también que los autores de tanto vandalismo no persiguen ahora otro fin que el de la alarma y el terror psicológico, para los cuales la publicidad constituye el agente por excelencia. Negarles ó restringirles la publicidad es hacerles imposible la vida. Concedérsela es aliarse con ellos y completar su obra. Por esto la población ha contestado á las últimas provocaciones con una actitud serenamente altiva y firme. El público no ha desertado de ninguna parte; la actividad no se ha paralizado en un solo aspecto.

Los estrenos, los conciertos, las exposiciones, han seguido su curso normal; y como coronamiento de la vida artística de este curso, antes de las vacaciones estivales, se prepara el homenaje al insigne Guimerá, del cual quería hablar hoy, aunque será preciso dejarlo para otro día, según se han ido enredando y sucediendo las reflexiones de esta charla de actualidad. Sepan, pues, los lectores, especialmente los de fuera de Barcelona, que si ha existido hasta ahora una conjuración alarmista contra esta ciudad, y si ha albergado y alberga seres capaces de maquinar contra ella, sufre ahora de una manera principal los efectos de una publicidad ó inconsciente ó malévola, que extiende su descrédito en Europa y en América, y la rodea de prevenciones y suspicacias, de recelos y de injustificadas antipatías.

¿Será que todo encumbramiento, que toda ascensión, que toda prosperidad, aun relativa y limitada, engendra el rencor y enciende la envidia y arma el brazo de los agriados y vencidos, lo mismo si se trata de individuos que de colectividades? Puede ser. Pero esto mismo es una de las manifestaciones del espíritu anárquico, que tiende al igualitarismo y á la uniformidad, aunque para conseguirlo deba reducir á miseria y devastación todos los vergeles y oasis de la tierra.

MIGUEL S. OLIVER.



Por cómico é irresistible impulso llevóse el índice de la mano derecha á sus labios

REGIO ENCUBRIDOR

(Recuerdos de 1828)

POR FERNANDO PERIQUET. DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ

A las diez en punto de la noche disolvía invariablemente su tertulia Fernando VII.

Era peligroso circular después de esa hora por Madrid.

Los ladrones infestaban las calles, sin que las rondas de alguaciles pudiesen evitarlo.

No estaban entonces enaceradas las calles, y el alumbrado público reducíase á los farolillos de los retablos.

En cuanto sonaban las diez en el reloj de palacio, retirábanse los tertulianos de S. M.; y apenas solo el monarca, encaminábase á un pequeño despacho habilitado junto á su dormitorio, donde estudiaba las medidas de gobierno que, en diminutos papeles escritas, le solían proponer sus dos íntimos, el canónigo Escoiquiz y el capitán de guardias duque de Alagón.

Ya á la madrugada recibía algunas veces al Superintendente General de Policía del Reino, que lo era á la sazón D. José Zorrilla y Caballero, padre del inmortal poeta, personaje aquél de muchas campanillas, cuya toga con vuelillos de encajes tenía aterrorizada á la mucha gente maleante que en aquellos tiempos anidaba en Madrid.

* * *

Cierta noche, allá sobre las dos, hubo el monarca de salir de su despacho y acudir al gabinete lavabo, pieza de pequeñas dimensiones, situada en la galería inmediata. No había en él otros muebles que un sillón y una antiquísima consola, y sobre ésta dos magníficos candelabros de plata, desmontables, con sus bujías encendidas. Cerraba el gabinete una puerta mampara de verde terciopelo con una vidriera en su centro.

La mullida alfombra de la galería apagaba los pasos del monarca; el silencio era absoluto.

Ya puesta la mano en el tirador de la mampara, quiso la casualidad que antes de abrirla fijase el soberano sus ojos á través de la vidriera, y cuál sería su sorpresa al ver que el ujier de guardia, dentro del gabinete tocador, entreteníase en desarmar rápidamente uno de los candelabros de plata y en guardarse una á una las piezas en los profundos abismos del bordado casacón.

Por rápida que fuese la operación requería tiempo, y Fernando VII pudo recrearse en ella con toda su ingénita malignidad.

Pero fuera porque algún leve rumor hiriese el oído del ujier, ó sencillamente por instinto, ello es que el ladrón volvió de pronto el rostro, hallándose de sopetón con el de su señor y soberano tras el vidrio de la mampara.

Fácil de describir sería la impresión que en tal momento experimentó el desleal servidor; pero no es, ni con mucho, tan fácil de referir lo sucedido después.

El delincuente, presa de indescriptible asombro, no habló ni se movió apenas; pero por cómico é irresistible impulso llevóse el índice de la mano derecha á sus labios, con el vulgar gesto que solemos emplear para imponer silencio.

Sorprendióle al astuto monarca aquel absurdo mandato de su infiel servidor; pero lejos de irritarle hízole venir la risa á los labios, y retiróse á sus habitaciones conteniéndola á duras penas.

* * *

Cuando á la siguiente mañana entró en funciones el Mayordomo Mayor y comunicó á Fernando VII en el acostumbrado parte diario la falta de un candelabro (que el aturdido ujier no acertó siquiera á reintegrar), ordenó el maligno soberano con sencillez:

—Búsquese al ladrón.

Tres días después, á la madrugada, entraba en la regia cámara el temido Superintendente General de Policía.

—¿Qué traes de nuevo?, preguntóle el rey.

—Señor, contestó el togado, ya está detenido el ladrón del candelabro.

—¿Quién es?, interrogó Fernando VII.

—Un mozo de Caballerizas que faltó á su guardia la noche del robo.

—Puedes soltarle: es inocente, replicó con tranquilidad el rey.

Frunció sus cejas el severo Superintendente; pero ni manifestó extrañeza ni volvió á hablar sobre el asunto.

* * *

Transcurrieron cinco días; á hora parecida, el alto funcionario traspuso las reales habitaciones, y obtenida la soberana venia, dijo pomposamente:

—Señor, tengo en mi poder convicto y confeso al autor del robo.

Y el rey volvió á preguntar:

—¿Quién es?

—Un criado del señor duque de Alagón que, á espaldas de su amo, durmió en palacio la noche de autos.

—¿Convicto y confeso?, repitió Fernando VII con marrullería.

—Convicto y confeso, insistió gravemente el golilla.

Pues habrá que recluirle en un manicomio, porque siendo, como es, inocente, no hay duda que está loco, repuso el rey.

Y cogiéndose con familiaridad del brazo del togado, salieron juntos de la estancia.

Una sola persona había en la galería, al final de ella, inmóvil como una estatua: el ujier de guardia, precisamente el sorprendido en flagrante delincuencia noches antes por el propio Fernando VII.

Molesto y picado en su amor propio el Superintendente por las últimas palabras de su señor, encaróse con él de repente, y con todos los respetos que el caso requería, pero enérgico en extremo, díjole:

—¿Está Vuestra Majestad seguro de la inocencia de mi preso?

—Como de la mía en tal hecho, repuso el *Deseado*.

—Entonces, ¿permitirá Vuestra Majestad que el Superintendente general de Policía del reino interrogue al rey?

—Permitido, contestó lacónicamente.

—Si á Vuestra Majestad consta la inocencia del preso, será porque conoce al verdadero delincuente.

—Así es: le conozco, manifestó el camandulero monarca.

—¿Y quién es?, interrogó D. José Zorrilla y Caballero con toda la autoridad de un alcalde de Casa y Corte.

—Eso, señor superintendente, es precisamente lo que no puedo decir.

—¿Por qué?, volvió á interrogar el justicia.

Entonces el rey, señalando al inmóvil ujier de guardia, dijo al togado con inconcebible socarronería:

—No lo puedo decir, porque aquel ujier me lo ha prohibido terminantemente.

. . . .

El historiador no puede añadir un solo dato más á lo que referido queda.

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1909

No hay en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, recientemente inaugurado, ninguna de esas obras que desde el primer momento se imponen por su grandiosidad, por la belleza excepcional de la idea ó por ser revelación de una tendencia ó de un procedimiento nuevos. Falta, pues, en él el *clou*, la obra del año; en cambio abundan los cuadros que se salen de lo mediano, y aun en los géneros más trillados hay los elementos suficientes para que pueda decirse del actual Salón que es agradable en su conjunto y notable en algunas de sus partes.

Sin que puedan calificarse de obras maestras, llaman preferentemente la atención las pinturas decorativas de Alberto Besnard y Renato Medard; la del primero representa la *Plástica*, simbolizada por el Juicio de Paris; las del segundo son tres dípticos formando un solo todo *(La Edad de Oro, Sueño antiguo* y *Vida pastoril)* y destinados á la facultad de Derecho de París.



Lavanderas del Marne, cuadro de León Lhermitte

Después de estas dos obras, el género en que se ven más ejemplares notables es indudablemente el de los retratos: los de la señora Muhlfeld, por Jacobo Blanche; Luciano Simón, por él mismo; la marquesa de Casati, por Boldini; Pablo Adam, por Cappiello; Mariani, por Carolus Durán; señora X, por La Gándara; joven madre con su hijo, por Raimundo Woog; señora de Simone, por Caro Delvaille, y señora de Francés, por Claudio Bourgonnies merecen ser citados preferentemente.

En la pintura de figura, de costumbres y de intimidades sobresalen el *Pré Catelan*, de Gervex; *Amor profundo, Anécdota* y *La hora del concierto*, de Guillaume; *Partida de billar*, de Beraud; *En el Guignol*, de Morisset; *Alrededores de París*, de Prunie; *Interior*, de Walter Gay; *Un consejo de revisión* y *Músicos ambulantes*, de Jeanniot; *Lavanderas del Marne*, de Lhermitte; *Lección de calceta* y *Comida de aldeanos*, de Frederic; las escenas españolas de Sorolla y de Barrau; *Mensajera de Satán*, de Dinet; *Carmen*, de Juan Sala; *Lectora*, de Lomont; los desnudos de Heissat y Ulman; *Verano*, de Moren; *El niño de la mosca*, de Muenier, y los interiores del belga Leempoels.

En punto á paisajes, no hay una nota nueva; temas y procedimientos son, poco más ó menos, los de siempre. Citemos entre los paisistas que más se distinguen á Lebourg, con sus vistas de París y de Ruán; á Montenard, con sus notas impresionistas; á Le Sidaner, con sus lienzos de brillante colorido; á La Villeón, con sus sonrientes arroyos y sus bosques solitarios; á Rusiñol, con sus encantadores jardines de España; á Lahaye, con sus plácidos campos provenzales; á Colin, con sus vigorosas vistas de las comarcas vascas; á Jourdain, con sus paisajes llenos de poesía; á Chialiva, con sus sinceras impresiones.

Como pinturas decorativas notables podemos mencionar las de La Rochefoucauld, Amán-Jean, Gastón Le Touche, Boutet de Monvel, Roll y Point.

En la sección de escultura llaman la atención la colección abundante y hermosa de obras del difunto Charpentier; un busto femenino de Rodin; los dos bellos mármoles de Bartholomé; las grandes estatuas de Escoula, Injalbert y Voulot; una *Juana de Arco*, de Bourdelle; dos bustos retratos del príncipe Troubetzkoi; un *Grupo de niños*, de Carlota Besnard, y un busto de la reina de Holanda de Rechberg.—P.



El remolque de la canoa, cuadro de Roger Jourdain



Joven República, cuadro de Alfredo Roll



Madre é hijo, cuadro de Raimundo Woog



Retrato de la señora de Francés K, pintado por Claudio Bourgonnies



Roma.—La beatificación de Juana de Arco.—Salida de los peregrinos de la basílica de San Pedro después de la ceremonia de la beatificación.—Estatua de Juana de Arco inaugurada en la iglesia de San Luis de los Franceses. (Fotografías de C. Abeniacar.)

ROMA.—LA BEATIFICACIÓN DE JUANA DE ARCO

Solemnísimas han sido las fiestas celebradas estos últimos días en la capital del orbe católico para la beatificación de Juana de Arco, y á las cuales han concurrido 69 prelados y más de 40 000 peregrinos franceses.

En la mañana del domingo, día 18, una muchedumbre inmensa llenaba la grandiosa nave de la basílica vaticana, para presenciar la ceremonia de la lectura del breve de beatificación. La iglesia estaba ricamente adornada con largos tapices de color encarnado y oro que cubrían las enormes columnas, y en el coro habíanse colocado siete cuadros que representaban episodios de la vida de Juana de Arco ó milagros por ella realizados; y sobre la silla de San Pedro ostentábase la *Gloria*, de Bernini, colosal construcción de madera dorada que sirve para todas las beatificaciones.

Poco antes de las diez, presentóse el cortejo oficial de los cardenales, canónigos de la basílica, obispos y todos los miembros del clero que habían de tomar parte en la misa, y previas las formalidades de rúbrica, un canónigo leyó desde el púlpito el breve de beatificación. Terminada la lectura, descorrióse el velo que cubría la imagen de la nueva bienaventurada, y monseñor Touchet, obispo de Orleáns, celebró pontificalmente la primera misa de Juana de Arco, que fué admirablemente cantada por los artistas de la capilla sixtina.

Al salir de San Pedro, muchos peregrinos se encaminaron á la iglesia de San Luis de los Franceses para asistir á la inauguración de la imagen de la beata Juana de Arco, que fué bendecida por el arzobispo de Lyón y ex obispo de Orleáns monseñor Coullié, quien, á pesar de su avanzada edad y de sus achaques, hízose conducir á aquel templo en silla de manos y tuvo fuerzas suficientes para dirigir á los fieles algunas conmovedoras palabras.

Por la tarde la peregrinación concurrió de nuevo á San Pedro á fin de ver al papa, que á las cinco había de bajar á la basílica para rezar ante la imagen de la bienaventurada y asistir á la bendición con el Santo Sacramento. La afluencia de fieles era mayor aún que por la mañana y las tribunas presentaban un aspecto más elegante; las señoras llevaban mantilla y los hombres frac y corbata blanca, según exige la etiqueta pontificia en presencia del papa. Pío X apareció en la silla gestatoria precedido de su corte y bendiciendo á la multitud, que guardaba profundo silencio, pues el actual pontífice ha prohibido en absoluto las aclamaciones en el interior del templo; después oró largo rato arrodillado en el coro, y por último dió la bendición papal, retirándose luego á sus habitaciones.

Al día siguiente efectuóse, también en la basílica de San Pedro, la audiencia concedida por Pío X á los peregrinos franceses. El papa llegó á las once en la silla gestatoria y se situó en un estrado dispuesto delante de la Confesión; monseñor Touchet leyó el mensaje, en el que, después de proclamar que los católicos franceses se enorgullecen de llamarse papistas y romanos, glorificó la figura de Juana de Arco. La respuesta de Pío X, que éste leyó en francés, fué un discurso político dedicado á protestar de la persecución de que es objeto la Iglesia en Francia y á excitar á los católicos franceses á que con sus ejemplos, sus sacrificios y sus oraciones borren la vergüenza que á su patria ha inferido la guerra hecha á la religión.

Al retirarse después de la ceremonia, el papa besó emocionado la bandera francesa que le presentó, á su paso, la Sociedad católica de Orleáns. Entonces, á pesar de todas las prohibiciones, la multitud, que no bajaría de 50.000 personas, prorrumpió en aclamaciones entusiastas.

A todas las fiestas de la beatificación han asistido, ocupando sitios de honor, los actuales descendientes directos de Juana de Arco, cuyos retratos reproduce el grupo adjunto.

Actualmente de la familia de Arc sólo quedan tres ramas directas: Lanery de Arc, Riviere de Arc y Renondeau de Arc, que viven respectivamente en Aix, en Bourges y en Ruán.—S.



Los actuales descendientes directos de Juana de Arco
En el centro del grupo la señorita Marcela de Arc é Ivo Lanery de Arc
(De fotografía de M. Branger.)



EL FERROCARRIL MÁS PEQUEÑO DEL MUNDO

En el Himalaya, la cordillera más alta del universo, han construído los ingleses el ferrocarril más pequeño del mundo, el *Toy Railway* (ferrocarril de juguete), que pone en comunicación Siliguri, población situada en el valle del Ganjes, con Darjeeling, estación adonde acuden durante el verano los que quieren huir de los calores y preservarse de las fiebres que reinan en las tierras bajas.

La tarea de los ingenieros encargados de esta obra no fué fácil; en primer lugar, tenían que unir dos puntos separados por una altura de 2 400 metros (altitud de Darjeeling); en segundo, como se trataba de una línea de un valor simplemente estratégico, puesto que Siliguri ya está enlazada con la gran red ferroviaria india y Darjeeling sólo es visitada durante ciertos meses del año, el gobierno dispuso que se construyera lo más económicamente posible.

En vista de ello, los ingenieros, no pudiendo recurrir á las obras de gran coste, como túneles y viaductos, ni al sistema de cremallera, adoptaron el procedimiento más natural, el que siguieron en otros tiempos los romanos, es decir, inspirarse en la naturaleza, adaptarse á los accidentes del terreno, resultando así un trazado de curvas y circuitos pequeñísimos. Para que los trenes puedan recorrerlo con facilidad, la distancia entre los rieles es sólo de 61 centímetros, las traviesas hállanse situadas unas muy cerca de otras y los ejes están próximos á las ruedas de las locomotoras. Éstas son de 80 caballos y muy pesadas, á fin de que tengan suficiente adhesión en las pendientes; los vagones son bajos, apenas de la altura de un hombre, y su anchura no consiente más que tres asientos de frente.

Los ingenieros desmontaron en las paredes de la montaña un camino sólo del ancho indispensable para dar paso al tren, que, merced á las condiciones antes indicadas, puede describir las curvas y los circuitos más violentos.

Esta línea tiene naturalmente una longitud considerable, aunque la distancia en línea recta entre Siliguri y Darjeeling es solamente de algunas millas; y como además los trenes marchan á muy poca velocidad, el viaje es muy largo. Esto no obstante, no se hace pesado, antes al contrario, resulta agradabilísimo por la variedad de los paisajes que se ofrecen al viajero, el cual atraviesa diferentes zonas climatológicas que gradualmente le llevan desde el calor tropical de Siliguri y de la sequedad polvorienta del valle del Ganjes, hasta la temperatura deliciosa de Darjeeling. Y lo que sucede con el clima acontece también con la vegetación y con la fauna, que aparecen distintas á medida que el tren va subiendo.

Ascendiendo por el Himalaya, desde las llanuras de la India, se encuentran todos los climas de la tierra; por cada 200 metros que se suben la temperatura baja un grado. Varían también las condiciones del clima según la longitud y según el número, la altura y la dirección de las crestas.

El curso de las estaciones es allí el característico de las zonas tropicales; la estación fría y seca ó invierno corresponde á los meses de octubre á marzo. En general, en la parte habitable de la región el clima es muy constante; durante meses enteros el termometro apenas oscila 5 grados en todo el día; es además muy sano, haciendo allí muy pocas veces estragos las epidemias.

La diversidad de la flora guarda relación con las diferencias de altitud y de clima; en la región baja predominan las acacias y mimosas, el algodonero, las higueras, el pino *longifolia;* hay palmeras y otras plantas de la zona tropical en altitudes inferiores á 1.600 metros, y de 1.600 á 2.900 se ven las plantas herbáceas de Asia y los árboles de Europa. Despues vienen los árboles de las regiones frías, cesando finalmente la vegetación después de los 4.000 metros, en que empieza la región de los líquenes, de las nieves eternas, de los glaciares.

Por razón de economía utilizóse para el nuevo ferrocarril el antiguo camino de caravana, hoy poco frecuentado; esta utilización, sin embargo, fué sólo parcial, pues allí donde aquél era demasiado escarpado, la vía se construyó en desmonte.

Los ingleses han hecho de Darjeeling una hermosa estación veraniega, dotándola de todas las comodidades, como hoteles, casino, campos de polo, de tennis, de foot-ball, de skating, etc., que contribuyen no poco á realzar las muchas bellezas naturales de aquel pintoresco sitio, desde el cual se divisan los más altos picos del Himalaya, entre ellos el Gaurisanker y el Chinchinchunga. — T.

Tren atravesando una de las selvas milenarias del Himalaya. — La estación de Reversing; en ella se ven las muchas curvas que describe la vía para escalar la montaña. — Una de las muchas curvas de la línea, cerca de la estación de Chimbatti; en ella se ve un tren en marcha que describe casi un circo perfecto. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



CONCURSO DEFINITIVO PARA UN MONUMENTO Á LA INDEPENDENCIA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Proyecto que á este concurso ha enviado Miguel Blay. Vista lateral del monumento



CONCURSO DEFINITIVO PARA UN MONUMENTO Á LA INDEPENDENCIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA

Proyecto que á este concurso ha enviado Miguel Blay. Vista de la cara principal del monumento

UN NUEVO BIPLANO DE FARMAN

En el campo de experiencias de Chalons, el conocido aeronauta Enrique Farman está ensayando actualmente un nuevo biplano de su invención, que lleva el número 3. Este aparato va provisto de un motor Vivinus de 50 caballos de fuerza; tiene una longitud de 13 metros y una anchura de 10'50, y lleva hélices de madera de 2'30; está montado sobre patines con cuatro ruedas delante y dos detrás. El timón está reemplazado en este biplano por el juego de los dos planos traseros.

Ultimamente ha efectuado Enrique Farman varios vuelos con éxito muy satisfactorio, habiendo ejecutado algunas atrevidas viradas y habiendo recorrido distancias relativamente importantes.



El nuevo biplano Enrique Farman número 3 en el campo de experiencias de Chalons, en donde ha realizado recientemente algunas pruebas con éxito satisfactorio
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

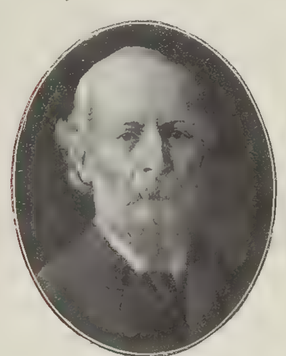
ALGERNON CARLOS SWINBURNE

Inglaterra ha perdido al más ilustre de sus poetas contemporáneos, Swinburne, que, después de haber luchado largo tiempo y de haber triunfado no sin grandes trabajos, había llegado á su vejez envuelto en una gloria por nadie discutida.

Algernon Carlos Swinburne había nacido en Londres en 5 de abril de 1837 y pasado su infancia en la isla de Wight. Hizo sus primeros estudios en la célebre escuela aristocrática de Etón y luego entró en la Universidad de Oxford, en donde estuvo hasta 1860. Hizo entonces un viaje á Italia, y de regreso en Londres escribió la tragedia *Atalanta en Calydon*, que le conquistó gran fama. En 1866 publicó sus *Poemas y baladas*, que obtuvieron mucho éxito y suscitaron grandes polémicas. Desde aquel momento su celebridad fué creciendo de día en día y sus obras fueron cada vez más admiradas, así por las ideas que en ellas desarrollaba, como por las formas nuevas de que las revestía.

Fué Swinburne un liberal avanzado, y muchas de sus poesías fueron cantos entonados á la lucha de los italianos por la independencia y la unidad de su patria.

Entre sus principales composiciones merecen citarse especialmente: *Canto de Italia*, *Oda á la proclamación de la República Francesa en 1870*, *Cantos de la Aurora*, *Bothwell*, *Cantos de dos naciones*, *Erechthea* y *Tristram de Lyonesse*. Además escribió en prosa varios trabajos notabilísimos, entre ellos el estudio crítico *Jorge Chapman*, *Observaciones de un republicano inglés sobre la cruzada moscovita*, *Estudio sobre Shakespeare* y *Estudios sobre la canción*.



Algernon Carlos Swinburne,
célebre poeta inglés fallecido el día 10 de los corrientes

EL APARATO «JOSENHANS»

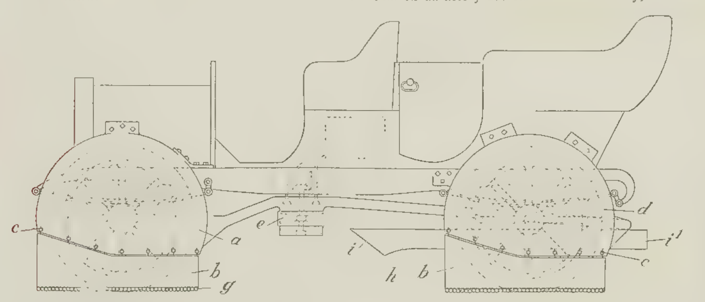
Es indudable que los automóviles, al lado de grandes é indiscutibles ventajas, presentan algunos inconvenientes, que no por ser pequeños en sí mismos dejan de producir ciertas molestias al público en general y aun á los mismos automovilistas.

Tenemos, en primer lugar, las nubes de polvo que tales vehículos levantan en su veloz carrera y que propagan en todas partes los gérmenes de enfermedades, constituyendo un grave peligro para la salud pública y un perjuicio para los motores de los automóviles, que con el polvo se desgastan considerablemente. En segundo lugar, en los días de lluvia, cuando las calles y las carreteras se llenan de barro, el paso de un automóvil por ellas es una sucesión continuada de salpicaduras que, aparte de lo que ensucian y dañan al vehículo y á los que van en él, molestan á los transeuntes que tienen la desgracia de circular por las vías por los automovilistas frecuentadas. Y finalmente, el olor nauseabundo de los gases de escape y el humo de los motores hacen á veces irrespirable el aire.

Todos estos inconvenientes, que las más rigurosas medidas de las autoridades son impotentes para evitar, pueden remediarse, según parece, con el aparato inventado por el señor Josenhans, de esta ciudad, quien ha obtenido la patente del mismo para todos los países.

No explicaremos minuciosamente el mecanismo de ese aparato, pues ello exigiría un espacio de que no podemos disponer; y como nuestro objeto, al reproducirlo en esta revista, es simplemente darlo á conocer á aquellos á quienes tal vez pueda interesar, diremos únicamente que el remedio de los expresados inconvenientes por el invento del Sr. Josenhans se logra mediante una combinación de guardabarros y tubos que conducen el polvo, el barro y el humo á una caja depósito, impidiendo que se propaguen al exterior.

El Sr. Josenhans se propone ir en breve á París para la explotación de su patente.



Aparato para suprimir las molestias del polvo, de las salpicaduras de barro y del humo de los automóviles, motocicletas y tranvías, inventado por el Sr. Josenhans, de Barcelona

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Els visionaris*, drama en tres actos de José Pous y Pagés, y *El comensar de las rosas*, comedia en cuatro actos de Morató; en el Principal *Els mentiders*, comedia en cuatro actos de E. Arturo Jones, traducida del inglés por A. P. Maristany y S. Vilaregut, y *L'Agricultor de Xicago*, comedia en un acto y dos cuadros de Timmory, basada en una narración de Marc Twain y traducida del francés por los Sres. Folch y Kettmeyer; en Romea *Els abandonats*, melodrama en cinco actos de M. G. Marot, traducido por los señores Ayné y Fuentes; y en el teatro Nuevo *Los tres maridos burlados*, enredo en un prólogo y tres actos y en verso inspirado en una novela de Tirso de Molina, original de los señores Répide y Dicenta.

Palau de la Música Catalana. — Bajo la dirección del maestro Millet ha dado un concierto la orquesta del Liceo, habiendo ejecutado con gran acierto la *Séptima Sinfonía*, de Beethoven; la obertura *La novia vendida*, de Smetana; un fragmento de *Los Troyanos*; la *Marcha húngara*, de Berlioz, y la obertura de *La flauta encantada*, de Mozart.

De los conciertos que en el propio «Palau» ha dado la Orquesta Sinfónica de Madrid nos ocupamos en otro lugar de este número.

AJEDREZ

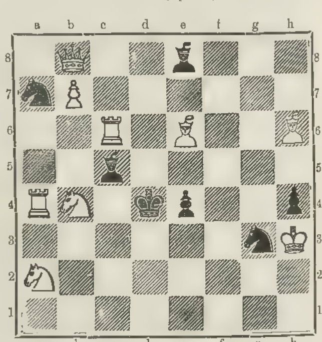
—

PROBLEMA NÚMERO 518, POR V. MARÍN

Distinguido con el 5.º lugar
en el Concurso de «Manchester Weekly Times,» 1904.

—

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

—

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 517, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Rf8-e8	1. Cc3-d5 ó b5
2 Dd7-c6 jaque	2. Rc5×c6
3. Cc2-d4 ó b4 mate.	

VARIANTES.

1.... Cc3-a2, e2, etc.;	2. Cc2-b4 jaq., etc.
1 ... Cb7 juega;	2. Dd7-d6 jaq., etc.
1.... e6-e5;	2. Dd7-c7 jaq., etc.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



La mujer atravesó el jardincito y llamó á la puerta de la casa.

La pobre se daba cuenta de que el momento crítico se acercaba.

¿Iba á encontrarse sola en trance tan tremendo?

A cada instante escuchaba si se oían pasos por el sendero que conducía á la casa.

La campiña estaba silenciosa.

¡Qué terrible ansiedad, qué dolorosa angustia la suya!

¡Si al menos, ya que su marido no estaba allí, tuviese ella la asistencia necesaria!

Hubiera querido tener la fuerza de salir en busca de auxilio. Aunque no conocía á nadie, hubiese bajado al Val, donde se hallaban las casas más próximas, y le hubieran procurado la asistencia facultativa necesaria.

Pero ¡ay! le faltaban fuerzas.

Y salir en tales condiciones era comprometer indudablemente su vida y la de su hijo.

Y no sólo carecía de asistencia, sino que se hallaba sin un céntimo.

Luciano había prometido traer dinero aquella noche, y Luciano no volvía.

La pobre mujer sollozaba, espantada de su soledad en semejante momento.

En medio de sus sollozos y de los gritos que su tortura le arrancaba, la infeliz llamaba á su esposo, y volvía á escuchar si le oía venir.

En el exterior reinaba el silencio más absoluto.

—¡Dios mío, ten piedad de mí!.., gimió la desdichada.

Y á los gemidos seguían gritos de dolor.

De pronto le pareció oir pasos por el sendero.

—¡Edmundo!.., llamó Juana. ¡Edmundo!.. ¡Socorro..., socorro!..

XIII

¡LOCA!

Los gritos de la pobre Juana habían sido oídos por una mujer que pasaba á cierta distancia.

De pronto, asustada por aquellos acentos de desesperación, creyó que se estaba cometiendo un crimen, que alguna infeliz luchaba quizá contra su asesino.

La dirección se hallaba bien indicada por la voz que salía seguramente de aquella casita aislada, en la cual brillaba una luz amarillenta.

Su resolución tomada, la mujer se dirigió hacia aquel sitio.

Los pasos que Juana había oído eran los suyos.

La mujer atravesó el jardincito y llamó á la puerta de la casa, entrando en ella.

—Usted dispense, señora..., dijo llena de confusión al ver á Juana sola. Oí gritos..., me pareció que pedían socorro y por esto acudí...

Con gestos, incapaz de hablar, la infeliz procuraba retenerla.

Entonces la mujer se dió cuenta del estado de la joven madre.

—¡Cómo!.., exclamó, ¿se halla usted sola..., en ese estado?.. ¿Cómo la han dejado así?..

—Mi marido está en París, contestó entonces la pobre Juana. No creíamos que este acontecimiento fuese tan próximo.

—No era prudente, sin embargo, que se quedase usted sola... ¿No tiene usted avisado á nadie para la asistencia?

—Mi marido tenía que ir hoy.

—Voy en seguida... No puede usted estarse de ese modo.

—Me hará un gran favor, que le agradeceré con toda el alma.

La mujer, que comprendió que se hallaba en presencia de una miseria espantosa, se fué diciendo:

—¡Pobre señora!.. ¡Dios mío!.. ¡Voy corriendo!..

Efectivamente, la compasiva mujer bajó á toda prisa al Val, de donde volvió tres cuartos de hora después con una comadrona, la señora Rollinet, que prodigó á Juana los cuidados que el caso requería, ayudada por la buena mujer.

A la señora Rollinet le extrañó no encontrar nin

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

guno de los preparativos que la previsión más elemental aconseja en tales circunstancias.

Juana, confusa, sin atreverse á declarar su miseria, apenas podía contestar.

«Su marido — balbuceaba avergonzada — debía comprarlo y traerlo todo aquel mismo día.»

Dijo esto con tal confusión, que la comadrona creyó más bien que se trataba de una pobre muchacha seducida y abandonada.

La crisis suprema se produjo al fin, y conforme á sus deseos, Juana dió á luz una niña, que hubo que vestir, aparte de una camisita preparada por su madre y marcada con el nombre de *Jenny*, con pañales que la señora Rollinet envió á buscar á su casa.

La señora Bichet, la excelente mujer que había sido la primera en acudir en auxilio de la joven madre, se quedó á su lado el resto de la noche.

A la mañana siguiente, la Bichet tuvo que partir. Era lavandera en Val Meudon y tenía que ir temprano á su trabajo, á fin de preparar los paquetes de ropa que había de entregar al día siguiente á sus parroquianos de París.

—Pero pierda usted cuidado, dijo ella; la señora Rollinet va á volver, y para mayor seguridad, al ir ahora á mi casa pasaré por la suya.

Juana le dió las gracias con todo su corazón, y añadió al oir que proponía volver:

—No se moleste de nuevo. Mi marido habrá tenido que quedarse en París para algún asunto importante; pero va á volver de un momento á otro.

—En todo caso, vivo en el Val, calle de San Germán, dijo la lavandera. La Bichet, todo el mundo me conoce; tengo un lavadero... No tenga usted reparo; si no tiene usted á nadie que la asista, podré enviarla una de mis trabajadoras... En este mundo tenemos que ayudarnos unos á otros. No estamos en país de salvajes.

Momentos después de su partida, volvió la señora Rollinet.

Prodigó desde luego sus cuidados á la madre y después á la niña, que encontró dormida.

—¿Sin duda cuenta usted confiar esta criatura á una nodriza?, preguntó.

—¡Oh, no..., no, señora!.., contestó Juana con una ardiente expresión de amor maternal.

—¿La criará usted?

—¡Sí!.. ¡Sí, sí!.. ¡Quiero criarla yo misma!..

Respetando su secreto, la señora Rollinet no se atrevía á interrogarla acerca de su marido, en quien no creía del todo; pero tuvo que hacerle varias preguntas para la declaración, cuya responsabilidad le imponía la ley.

—He visto, dijo, que quiere usted que á su hija se le ponga por nombre Jenny. Pero necesito el nombre de usted para hacer la declaración.

Iba á añadir: «Necesito saber también el del padre.»

Pero ¿no avivaría en ella un cruel dolor si se trataba de una pobre abandonada?

Si el padre reconocía á su hija, en cualquier momento podría completar su partida de nacimiento.

—Juana Laroche, contestó la infeliz.

Al oir este nombre, la señora Rollinet hizo un movimiento de sorpresa.

Miró á la joven madre con mayor atención, procurando reconocer su rostro.

«¡Laroche!..—se dijo ella.—¿Será la hija del señor Laroche, el antiguo amigo de mi marido?..»

No había visto á Juana sino cuando ésta era muy joven todavía; no podía, pues, reconocerla.

Además, le parecía inadmisible que la hija de un comerciante tan rico como el Sr. Laroche se encontrase en semejante miseria.

No insistió, y se fué á la alcaldía á hacer su declaración.

De modo que, por una curiosa coincidencia, la que acababa de cuidar á Juana Laroche era la madre de su marido, la señora de Favreuse, la cual, para substraerse á las reclamaciones de sus acreedores, había salido de París, y volviendo á ejercer su antigua profesión de comadrona, se había establecido en Val-Meudon bajo su apellido paterno, que era el que figuraba en el título librado por la Maternidad.

Juana sufría una tortura y una desolación indecibles al ver que su marido no volvía.

Hacía las suposiciones más crueles.

Se decía que quizá había sido víctima de algún accidente que le había costado la vida.

Creía por momentos que se había matado para substraerse á la miseria.

Pasó todo el día en la espera más dolorosa, en medio de una perplejidad desesperante.

Por la noche, siguió sin noticia alguna.

Seguramente á su esposo le había ocurrido alguna desgracia.

La infeliz se encontraba sola con su hija, pegada á sus pechos y á la cual bañaba con sus lágrimas y cubría de caricias.

Pasó una noche horrible, en aquella loca inquietud.

Al día siguiente, sin noticias aún.

La señora Rollinet sólo volvió por la tarde, para continuar sus cuidados, y observó que todo había ido muy bien.

—Pero usted no va á estarse sola de este modo, le dijo.

Entonces Juana, no atreviéndose á confesar la verdad y temiendo abusar de aquella mujer, dijo una ligera mentira.

—Espero á alguien á quien hice avisar, contestó ella, y estará conmigo.

Esto tranquilizó á la comadrona, la cual anunció que no volvería, á no ser que la llamasen otra vez.

De nuevo Juana se quedó sola y se perdió en los más sombríos pensamientos, mientras sus lágrimas chorreaban al lado de la niña dormida á su lado.

Habíase designado un juez de instrucción para la causa relativa al robo de la cartera del cobrador.

Este juez era el Sr. Albanet, que creyó desde luego en la culpabilidad del falso Edmundo de Favreuse y procuró demostrarla.

Después de una confrontación durante la cual el pequeño Landry afirmó con nueva energía que no se equivocaba al reconocer al ladrón de su padre, al magistrado se le ocurrió mandar comparecer al empleado de la ventanilla con quien el infeliz cobrador estaba ocupado en el momento del robo.

Vacilando un momento al encontrarse en presencia del acusado, el empleado se acordó y le reconoció igualmente.

Recordó que el Sr. de Favreuse le había pedido una indicación y refirió el incidente del billete de Banco notado por él á los pies del cobrador, á quien llamó la atención sobre el mismo billete.

Entonces todo se explicaba.

El Sr. Albanet vió en ello la premeditación del robo y el procedimiento ingenioso empleado por el hábil ladrón á fin de que Landry abandonase su cartera para recoger el billete de cincuenta francos que creía haber perdido.

Luciano negó con obstinación y protestó enérgicamente contra lo que él llamaba una «fábula.»

Hasta sostenía no haber puesto los pies aquel día ni desde hacía meses en el Crédito Lyonés.

Su presencia, sin embargo, fácilmente explicable por la preocupación de su cuenta corriente que se hallaba en descubierto, fué demostrada también por la declaración de otros dos empleados que le reconocieron formalmente: el que, en el *hall*, le indicó el gabinete del administrador delegado, y el portero, que le dijo que aquella no era hora de audiencias.

Desde aquel momento, las denegaciones del acusado no tuvieron ningún valor para el juez.

Continuó su instrucción sumarial, y procurando adivinar, por decirlo así, lo que el ladrón había hecho una vez en posesión de la preciosa cartera, se fué con él á la calle de Boileau á fin de practicar un reconocimiento.

Sabía que Favreuse había almorzado en su casa.

Éste aún debía tener, pues, en su poder la cartera robada cuando envió cuatro mil francos al Crédito Lyonés, cuando la víspera no poseía ya nada.

El piso, todavía desalquilado, estaba vacío, después de la venta del mobiliario.

El juez interrogó al acusado acerca de lo que había hecho, pero Luciano le contestó:

—¿De qué me serviría el contestarle si usted persiste en creerme culpable y no cree en lo que le digo?

Fué imposible hacerle decir lo que había hecho, ni qué era de su joven esposa, pues acerca de esto, sobre todo, se encerró en un silencio impenetrable. No quería que Juana tuviese noticia de su prisión; esperaba salir del paso y se las arreglaría para explicarle su ausencia.

Entonces, en el momento en que el juez, que visitaba todo el piso, llegó cerca del retrete, el miserable se estremeció y palideció al mismo tiempo.

El juez lo notó.

Tuvo una inspiración, y aquella misma tarde hizo vaciar la letrina de la casa, en la cual se encontró la cartera, que aún contenía efectos de comercio.

Los banqueros del Mercado de vinos los reconocieron formalmente.

De esta manera se probó el robo y el marido de Juana se vió obligado á confesar.

En seguida dióse por instruída la sumaria, y como la causa era de la incumbencia del tribunal correccional, no tardó en verse ante el mismo.

El día 20 de febrero, el miserable compareció bajo el nombre de su hermano.

Su defensa había sido confiada á un abogado de oficio, un principiante llamado Romel.

La sentencia declaró á «Edmundo de Favreuse» culpable de robo, y en razón de circunstancias especiales, le condenó á tres años de prisión y cinco de vigilancia.

Esta causa fué un verdadero triunfo para el pequeño Landry, á quien el presidente del tribunal felicitó altamente por su inteligencia y su energía.

A él se debían no sólo el arresto y el castigo del culpable que tan hábilmente había logrado substraerse á la justicia, sino también, en cierto modo, la rehabilitación de la memoria de su padre, de quien se hubiera podido sospechar en ausencia de toda prueba.

Inmediatamente después de la prisión del ladrón, los banqueros del Mercado de vinos habían enviado una pequeña cantidad á la viuda del cobrador. Los Sres. Lavisart y Fleuret colocaron además un capital de cinco mil francos á nombre del pequeño Víctor.

El Sr. Laroche no había sido citado y no compareció en el proceso.

Sólo había sido interrogado por el juez de instrucción sobre los informes de moralidad que pudiese dar acerca de su yerno y de los antecedentes que respecto al mismo pudiese comunicar.

El descubrimiento de aquel robo había sido un golpe doloroso para el padre de Juana, que vió en él la confirmación de sus presentimientos.

—Ya sabía yo que sólo podía esperarse alguna desgracia de parte del hijo de esa mujer, decía á sus banqueros, sin haber perdonado jamás la estafa de la señora de Favreuse.

Pero cuando el Sr. Lavisart le habló de Juana, cuando le preguntó:

—¿Cómo es que no se sabe el paradero de su hija de usted?.. El juez de instrucción hubiera debido hacer confesar á ese miserable dónde la dejó... ¿Oyó usted lo que confesó? No queda ya nada de la fortuna de su mujer; debe ser muy desgraciada y usted hubiera podido socorrerla...

—¡Yo!, exclamó el padre de Juana, cuyo resentimiento era implacable. ¡Ah, eso nunca!.. Quiso prescindir de mí, se sublevó contra mi voluntad; que se arregle...

—Vamos, Sr. Laroche, insistió el banquero, no puede usted ser despiadado con su hija...

—Tenía una hija, contestó el negociante violentándose para imponer silencio á su corazón; pero no la tengo desde el día en que ella misma rompió el lazo que nos unía.

—Era joven, sin experiencia...

—Yo tenía edad y experiencia por ella... ¿No le hice prever todo lo que hoy sucede?.. ¿No le dije que casándose con el hijo de semejante mujer no podía menos de prepararse un porvenir de desdicha y quizá de oprobio?.. ¡Ah! Desgraciadamente he sido buen profeta.

—Sin embargo, usted le tuvo mucho cariño...

—¡Oh, sí!, declaró el Sr. Laroche; no creo que ningún padre pueda querer más á su hija.

—¿Entonces?..

—¡Hoy se acabó!

—Es imposible, dijo el Sr. Lavisart. Aunque no sea más que por piedad, sabiendo lo desgraciada que es...

—¡Nada!

—¿Pero usted no podría verla sufrir?

El padre de Juana no contestó.

—Si acudiese á usted, añadió el banquero, ¿no la rechazaría?

—Yo no sé lo que haría, contestó el Sr. Laroche. ¡Pero usted ve que no viene!

Casi se arrepintió del buen movimiento que acababa de tener, porque añadió en seguida:

—Pero no... Lo que sucede le está bien merecido. Es el castigo que debieran tener todos los hijos que se sublevan contra su padre, todos los que no quieren escuchar á sus padres y se casan contra su voluntad.

El banquero trató en vano de decidirle á hacer algunas averiguaciones á fin de saber qué había sido de la desgraciada Juana; el Sr. Laroche nada quiso oir.

Desde aquel momento, hasta evitó el encuentro de los que pudiesen hablarle de su hija.

Se encerró en su casa, sin salir casi nunca, renunciando á los amigos que veía antes en el café, descuidando sus negocios, cuya entera dirección dejaba á Bernard, en quien tenía depositada toda su confianza, y provisto de poderes, ni siquiera necesitaba su firma.

El comercio, que durante tanto tiempo le había apasionado y al cual debía su colosal fortuna, ya no le interesaba.

Ya no se le veía ni en el Mercado de vinos ni en Bercy.

El Sr. Laroche pensaba retirarse á la primera ocasión.

El último inventario que había hecho le había demostrado que poseía más de ocho millones. ¿A qué seguir trabajando?.. Se encontraba solo, sin familia, sin hija...

A pesar de todo, se le oprimía el corazón á esta idea dolorosa.

¡Qué desolada existencia iba á ser la suya!

Sobre todo, ¡qué vejez!..

El día de la comparecencia del marido de Juana ante el tribunal correccional, el Sr. Laroche se procuró los primeros periódicos que hablaron del asunto, impulsado á pesar suyo por la necesidad de saber si se hablaba de *ella*.

No encontró nada.

El juez de instrucción no había podido decidir al miserable á confesar el paradero de su mujer.

No se habló de ella en la audiencia.

Al padre de Juana se le oprimió dolorosamente el corazón.

Luego procuró dominar su emoción y vencerse á sí mismo diciendo:

«¡Es como si la infeliz hubiese muerto!.. El miserable—añadió furioso—quizá la ha hecho morir de miseria y de vergüenza...»

Aquel día, caía sobre París y sus alrededores una llovizna glacial, obscureciendo la atmósfera al extremo de que, casi en todas partes, á partir de las tres de la tarde, había habido necesidad de encender las luces en las casas, oficinas y talleres.

Hacía un frío que penetraba las ropas de abrigo más gruesas.

En las alturas de Meudon sobre todo, la temperatura era aún más rigurosa, pues soplaba un aire glacial.

La pobre Juana, en su casita aislada, seguía sola con su hija.

La señora Rollinet, como no la habían llamado nuevamente, no había vuelto.

La señora Bichet tampoco había reaparecido, prometiéndose cada día ir á ver á la joven madre que tanta compasión le había inspirado, pero aplazando sin cesar su visita para el día siguiente, ora causa de su trabajo apremiante, ora á causa del frío y de la lluvia que hacía impracticable el camino de la cuesta.

Durante la noche, una ráfaga de viento abrió la puerta de la casita, sin duda mal cerrada, y un cierzo glacial penetró en el cuarto en que dormía la pequeña Jenny.

Juana, acostada al lado de su hija, no dormía: una fiebre violenta se había apoderado de ella y la abrasaba.

La infeliz, había ya llorado todas las lágrimas de su cuerpo.

Había continuado sufriendo un martirio horrible en aquel abandono, cuya causa le era imposible comprender.

Si le hubiera sido posible, se hubiese levantado y hubiese corrido por todas partes en busca de su marido, para averiguar lo que había sido de él.

Ahora se hallaba casi incapaz de pensar.

La fiebre le daba espantosas pesadillas, en las cuales veía á su «Edmundo» víctima de las desgracias más horribles, envuelto en las más espantosas catástrofes.

Le parecía verle muerto, cubierto de sangre.

Cuando la puerta de la casa se abrió, dejando penetrar el viento helado que llegó hasta ella, su inconsciencia era tal que ni siquiera tuvo la idea de levantarse para ir á cerrarla.

Instintivamente, se acurrucó en la cama para preservarse del frío, estrechando contra sí á su hija, que despertó y buscó en el seno materno la fuente de vida que ya se agotaba.

La infortunada sentía, en la fiebre que la devoraba, escapársele el pensamiento y hacerse en su cerebro un inmenso vacío.

Poco á poco se volvía absolutamente inconsciente, perdiendo hasta el recuerdo de la criatura que por momentos la llamaba con sus vagidos.

Tenía el espíritu perdido, extraviado en el trastorno de aquella fiebre puerperal que, minando el cuerpo, atacaba además á la razón.

Una sola cosa permanecía clara y precisa en ella: la conciencia de su aislamiento, de su abandono.

—¡Sola!.., ¡sola!.., gemía Juana.

Y lloraba sin sollozos, sin sacudidas, sin convulsiones, derramando ese dolor melancólico de las dementes que se afligen por infortunios imaginarios.

Lentamente la invadió ese entorpecimiento de la fiebre que abate á su víctima, imponiéndole un reposo que para ella no es nada reparador.

¿Cuánto tiempo durmió así?

Cuando la infeliz despertó, la noche se extendía sobre toda la campiña.

El frío era aún más vivo ahora que la lluvia había cesado y soplaba un cierzo que, penetrando por la puerta entreabierta, transformaba la casa en una nevera.

En torno de la infeliz, ni luz ni fuego.

Pero los ojos de Juana se habían acostumbrado á la obscuridad, y distinguía, aunque sin reconocerlos, los objetos que le rodeaban.

Sus ojos extraviados, agrandados por la espantosa expresión de la locura, paseaban sus miradas curiosas y asustadas.

Parecía buscar algo.

Registraba por todas partes, en el cuarto y hasta fuera á través de los cristales de la ventana.

La niña dormía profundamente.

Sin cuidarse de ella, Juana se levantó.

Apenas hubo puesto los pies en el suelo, tuvo que apoyarse, porque le flaquearon las piernas, como incapaces de sostenerla.

La infeliz permaneció así largo rato, medio sentada al borde de la cama, en camisa, el busto abrigado con una blusa para preservarse del frío.

Continuaba buscando en torno de ella.

Por momentos, de sus labios pálidos y ardientes se escapaban débiles sonidos, apenas articulados.

—¿Dónde está?.. ¡Partió! ¡Ah! ¡Vuelve!.. ¿Dónde estás?.. ¿Dónde estás?..

Y seguía buscando.

Se pasaba á intervalos la mano por la frente, con un gesto bruscamente empezado y acabado lentamente, como para apartar el calor que la abrasaba y el dolor que sufría, como para llamar al pensamiento que había huído.

La pobre Juana estaba loca.

A la fiebre puerperal, esa fiebre espantosa que causa tantas víctimas entre las jóvenes madres, seguía aquella locura, más horrible que todas las demás, porque se apodera de seres débiles y extenuados por la crisis terrible que acaban de pasar.

Estaba loca, y el recuerdo, escapado de su espíritu, huía cada vez más.

En aquel momento, la desdichada había perdido la memoria de todo.

Hasta había olvidado á su hija, que dormía en su cama.

Después de un esfuerzo para sostenerse, Juana recobró algunas fuerzas. Se mantuvo en pie.

Con paso vacilante se dirigió hacia la ventana y miró hacia fuera, escudriñando en lontananza, inmóvil, como en éxtasis, y miraba sin ver, pues no notaba siquiera que, bajo el ardiente soplo de su aliento febril, un vaho espeso se extendía sobre el cristal anublando la vista.

La campiña era por momentos sombría y por momentos aparecía bañada por la luz de la luna en su cuarto creciente, que espesas nubes velaban á intervalos en su carrera.

Juana buscaba escuchando, tratando siempre de oir á lo lejos los pasos de su marido que no podía volver.

El frío, en aquella inmovilidad, se apoderó de ella, y entonces se vistió maquinalmente.

Hasta se cubrió con una gran capa de paño que se había hecho para salir en invierno en los días de lluvia y de frío.

Luego volvió á la ventana, esperando aún, mirando siempre hacia el exterior.

En el antepecho de la ventana, notó una botella que contenía un poco de agua; la cogió con avidez y la llevó á sus labios para calmar la sed que la devoraba.

Esto le dió algunas fuerzas.

Entonces anduvo por el cuarto, paseando en torno de ella sus miradas escudriñadoras, buscando por todas partes, registrando los rincones más sombríos, y por la puerta abierta vió la pieza inmediata, el comedor, que servía al mismo tiempo de entrada.

Hacía en él un frío espantoso, pues era la puerta de este comedor la que el viento había abierto durante la noche.

También allí buscó, vagamente, como si hubiese podido descubrir en aquella estancia al que esperaba en vano.

Anduvo inconscientemente y se detuvo en el umbral de la puerta abierta.

En aquel momento, un toque lejano turbó el silencio de la noche; un reloj daba las nueve.

Juana escuchó, con el rostro transfigurado por una expresión de sorpresa.

Luego se oyó un fragor sordo, como el ruido lejano del trueno, que aumentó al acercarse, cortado por un silbido estridente. Era un tren que llegaba, saliendo de la zanja, en el fondo de la cual rueda á partir de Clamart hasta el viaducto de Meudon.

¿Qué pasó entonces en el extraviado espíritu de la pobre loca?

¿Tuvo conciencia de lo que ocurría?

¿Comprendió que el fragor y el silbido que acababa de oir anunciaban la llegada de un tren, y esto, á pesar del extravío de su razón, le recordaba que era en ese ferrocarril donde llegaba su marido?

Su rostro se animó de pronto y sus ojos brillaron con una viveza extraña.

Pasó el umbral de la puerta y se cubrió la cabeza con la capucha para substraerse al frío.

Luego marchó lentamente, explorando siempre en torno de ella.

Atravesó el jardincito y siguió maquinalmente por el sendero que conducía al camino principal.

En el ángulo de este camino le faltaron las fuerzas y se dejó caer en el borde.

El frío se apoderó de ella en la inmovilidad, y automáticamente se levantó y prosiguió su marcha.

Siguió por la carretera, buscando siempre, mirando si veía por fin á su marido.

Con la reacción, recobró fuerzas.

Continuaba la ruta hacia el bajo Meudon, inconsciente, sin saber adónde iba, buscando siempre y repitiendo á intervalos:

—¡Edmundo!.. ¡Edmundo!.. ¡Edmundo!..

La pobre loca, bajando las rápidas pendientes, llegó al Sena.

El agua sombría, que se deslizaba silenciosamente, la atraía y fascinaba.

Se inclinó sobre el ribazo, volviendo á llamar:

—¡Edmundo!..

De pronto, retrocedió espantada.

Y continuó su marcha.

A lo lejos, el horizonte aparecía iluminado por un resplandor que enrojecía el cielo.

Era París, con sus millones de luces.

Juana lo veía sin reconocerlo, y aquella claridad la atraía.

Entonces apresuró el paso, sintiéndose más fuerte, como si de golpe la obra de la maternidad acabase de repararse enteramente.

Marchaba sin detenerse, con la mirada sin expresión, fija en lontananza, en dirección de aquel resplandor donde le parecía ver al miserable que la había abandonado.

Llegó pronto á Moulineaux y encontró un puente sobre el cual pasó, á lo largo de la barandilla, sujetando los pliegues de su capa, que el viento agitaba.

En la margen opuesta continuó su marcha, siempre hacia el inmenso resplandor de París, á través del cual se dibujaban ahora las dos series de arcadas del gran viaducto de Auteuil.

Siguió la carretera que se desarrolla sobre el ribazo del río.

—¡Edmundo!.., volvía á repetir. ¡Edmundo!.. ¡Edmundo!..

Por fin llegó á las fortificaciones, á la puerta de Billancourt.

Un guardia de consumos, encapuchado en su enorme capote gris, la vió y la detuvo.

Juana se estremeció al oir aquella voz y retrocedió instintivamente en el momento en que el consumero quería cogerla por el brazo.

—¿Adónde va usted?, le preguntó sorprendido de la expresión de aquel rostro que un farol de gas alumbraba.

Al mismo tiempo quedó maravillado de la hermosura de aquella mujer.

No era á buen seguro ninguna vagabunda, como desde luego había creído él, ni tampoco ninguna de esas perdidas que rondan por la noche en las inmediaciones de París.

La infeliz no contestó y hubiera seguido retrocediendo si el guardia no la hubiese detenido.

—¿De dónde es usted?, preguntó el hombre.

En aquel momento se presentó otro consumero en la puerta del fielato.

—¡Eh, Touret! Ven acá, llamó el primero.

—¿Qué hay?.. ¿Matute?..

—No; mira esta mujer... Diríase que es muda.

—¡Edmundo!.., balbuceó Juana con voz débil.

—¿Edmundo?, dijo Touret. ¿Qué significa?..

El otro preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

Juana les miraba alternativamente con una idiota expresión de estupor y espanto.

—¡Edmundo!.., repetía.

—Hazla entrar en el fielato, Martín, dijo el segundo guardia. Vamos á ver.

—Diríase que está loca.

—En efecto.

—Venga usted, señora... Venga y se calentará...

Los dos guardias la empujaron suavemente.

Juana se dejó conducir sin resistencia.

(Se continuará.)

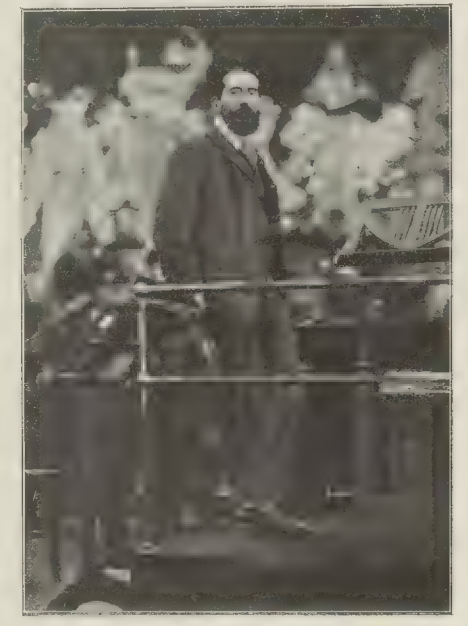
BARCELONA.—LA ORQUESTA SINFÓNICA DE MADRID EN EL «PALAU DE LA MÚSICA CATALANA»

Después de una brillantísima campaña en el Teatro Real de Madrid, en donde ha contado por triunfos el número de conciertos celebrados, ha visitado nuestra capital la Orquesta Sinfónica madrileña, dando cuatro sesiones musicales en el «Palau de la Música Catalana.»

La historia de esa Sociedad es tan larga como brillante; aunque con otro nombre, esa agrupación artística es la sucesora de aquella corporación que con la denominación de Sociedad de Conciertos se fundó hace cerca de medio siglo y tuvo por directores á Barbieri, Monasterio, Vázquez, Bretón y Mancinelli.

La Orquesta Sinfónica se ha visto dirigida sucesivamente por los primeros maestros de Europa, entre ellos Levi, Mottl, Steinbach, Weingartner y Strauss. Pero convencida de que el mejor modo de alcanzar el grado de perfección que hoy exigen los públicos es someterse á una dirección fija y estable y á un criterio constante, nombró, hace algunos años, director al eminente maestro Fernández Arbós que, después de haber cosechado gloriosos laureles en las más importantes capitales de Europa como violinista eminente, ha obtenido ruidosos triunfos empuñando la batuta.

El resultado de la dirección de Fernández Arbós no ha podido ser más satisfactorio para la Orquesta Sinfónica madrileña. Artista dotado de gran ilustración musical, conocedor profundo de todos los secretos de la instrumentación, con un gusto depuradísimo para la elección de las obras y un sentido artístico de consumado maestro, aúnanse en él todas las condiciones para ser un director notable entre los más notables. Pero estas dotes de poco le habrían servido si no hubiese hallado elementos que respondiesen debidamente á su inteligente dirección; y justo es reconocer que estos elementos se los ha ofrecido en absoluto la Orquesta Sinfónica. Constituída por verdaderos profesores, ha sabido hacer lo que han hecho todas las orquestas del mundo que han querido ponerse á gran altura, someterse á una severa disciplina, prescindir de individualismos para sumarse en un conjunto cuya bondad depende ante todo de la compenetración íntima de todos y cada uno de sus componentes.



El maestro Enrique Fernández Arbós, eminente violinista y director de la Orquesta Sinfónica de Madrid

Así resultan una interpretación y una ejecución exquisitas, casi siempre insuperables, dignas de parangonarse con las que se admiran en las entidades de más nombradía mundial. Así resultan también unos programas selectísimos, en los que están hábil é inteligentemente combinados todos los géneros, todas las escuelas, todos los autores que marcan una época ó una fase interesante en la historia de la música.

Basta citar los nombres de algunos de los compositores que han figurado en los programas de los conciertos dados estos últimos días en el «Palau de la Música Catalana» para convencerse de la verdad de lo que decimos: Beethoven, Brahms, Bach, Schubert, Berlioz, Wágner, Debussy, Dukas, Dvorack, Tchaikowski, es decir, las figuras capitales del arte musical de todos los tiempos, representadas por las obras más salientes que han producido.

Y cada una de esas obras ha sido interpretada con el estilo propio, adecuado, sin alardes de personalismo por parte del director, sin una vacilación, sin una debilidad, sin un exceso por parte de la orquesta. Fernández Arbós se ha identificado con cada uno de los compositores, ha profundizado sus creaciones, ha desentrañado los pensamientos que éstas encerraban y las bellezas que contenían; y los profesores de la Sinfónica se han identificado, á su vez, con su director, y penetrados de sus enseñanzas y sometidos á su batuta, han puesto de relieve todas aquellas bellezas con un estilo, con una unidad, con una mutua compenetración maravillosas.

El público barcelonés ha premiado, en cada concierto, con una serie de ovaciones unánimes, entusiastas, calurosas y en muchos momentos delirantes, la primorosísima, la inmejorable labor de Fernández Arbós y de la Orquesta Sinfónica, cuya visita contará entre los mayores acontecimientos que registran los anales músicos de nuestra capital.—T.



La Orquesta Sinfónica de Madrid ensayando en el «Palau de la Música Catalana» bajo la dirección del maestro D. Enrique Fernández Arbós. (De fotografías de A. Merletti.)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA GLORIA DE DON RAMIRO, por *Enrique Larreta.* — Lleva este libro como subtítulo el de «Una vida en tiempo de Felipe II,» y es una interesantísima novela histórica en la que el profundo conocimiento de las costumbres y del modo de ser de las gentes de aquella época hállase avalorado por un lenguaje castizo y elegante, cuyas bellezas hacen resaltar la amenidad y el interés de la acción. Un tomo de 446 páginas, editado en Madrid por Victoriano Suárez.

LA NOVELA DE UN PROHOMBRE, por *Angel Salcedo Ruiz (Máximo).* — Novela de costumbres políticas, escrita con gran humorismo y sentido satírico, y que es una obra de gran observación y de desenfadada crítica. Forma parte de la «Biblioteca Patria,» lo que constituye su mejor elogio, porque sabidas son las nobles ideas en que esta publicación se inspira. Precio, dos pesetas.

BARCELONA, CATALUÑA, BALEARES. — La Sociedad de Atracción de Forasteros constituída en esta ciudad y que realiza una labor admirable en favor de nuestro país, ha publicado un bonito álbum que contiene numerosas vistas de lo más notable que hay en Cataluña y en las Baleares, y una sucinta explicación de las mismas en francés. La tirada del álbum, que se hizo dedicada á los representantes de Tolosa que recientemente estuvieron en esta capital, lleva unas tapas especiales en colores y oro con los escudos de Barcelona y de Tolosa. El álbum ha sido editado por la empresa Mercurio.

CÓMO DEBEN ESCRIBIRSE LAS CARTAS, por *R. Monner Sans.* — Nuestro distinguido colaborador ha prestado con este libro un gran servicio á las letras castellanas, no sólo por tratar en él de un asunto del que se ha escrito muy poco, sino también por el modo como lo trata. Su obra es un estudio concienzudo del género epistolar y un verdadero tratado de preceptiva en esta materia; es además una nueva prueba de su erudición y de sus vastos conocimientos filológicos. Un tomo de 82 páginas, editado por Cabaut y C.ª en Buenos Aires.

DEMANDA INTENTADA POR EL GOBIERNO DE HONDURAS CONTRA EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA DE EL SALVADOR y contestación definitiva dada por éste ante la Corte de Justicia Centroamericana, con motivo de la supuesta ayuda del gobierno demandado en la revolución que estalló en Honduras durante el mes de julio último. San Salvador. Septiembre de 1908. Un tomo de 158 páginas, impreso en San Salvador en la imprenta Meléndez. COMUNICACIONES CRUZADAS ENTRE LA CORTE SUPREMA DE JUSTICIA CENTROAMERICANA Y EL GOBIERNO DE EL SALVADOR con motivo del reciente conflicto hondureño. Un tomo de 104 páginas, que contiene varios documentos oficiales sobre el mismo asunto, impreso en la imprenta «La República.»

ORÍGENES DE LA MÚSICA ARGENTINA, por *Juan Alvarez.* — Notable estudio en el que, después de unas atinadas y muy oportunas consideraciones generales, se estudian, en sendos capítulos y con profusión de pertinentes datos, temas tan interesantes como la influencia de la música de los conquistados, la influencia de la música de los conquistadores y la influencia de la música de los esclavos africanos. Un tomo de 120 páginas con muchos grabados é ilustraciones musicales, publicado en Rosario de Santa Fe.

La Sagrada Cena, pintura mural de la iglesia de la Paz, de Dusseldorf, obra de Eduardo de Gebhardt

EL NUEVO OBSERVATORIO DE TREPTOW,

en las inmediaciones de Berlín, recientemente inaugurado



Vista del nuevo Observatorio



El telescopio gigantesco del nuevo Observatorio, el mayor del mundo
(De fotografía de Argus Photo Reportage.)

Hace pocos días, en presencia de los más ilustres sabios de Alemania y del mundo entero, inauguróse el nuevo observatorio construído en Treptow, población situada cerca de Berlín, en substitución del antiguo que, desde hacía algunos años, no reunía las condiciones que los modernos adelantos exigen en esta clase de establecimientos.

El nuevo edificio está situado en el parque de Treptow y contiene, entre otras instalaciones, un anfiteatro de conferencias capaz para 580 personas, una biblioteca con 10.000 volúmenes, un salón de lectura y un telescopio de 21 metros de longitud, que es el más largo del mundo. La plataforma del techo tiene 1 200 metros cuadrados.

El día de la inauguración pronunciaron discursos el sabio astrónomo alemán Dr. Archenhold, director del Observatorio; el consejero Dr. Schmidt, quien, en nombre del gobierno, prometió el apoyo del emperador; el alcalde de Berlín, asociándose á la obra del observatorio, en nombre de la capital, y los astrónomos Dr. Bontrón, francés, y Borchgrevink, noruego.

Después de la ceremonia inaugural, los concurrentes visitaron las dependencias del Observatorio, admirando sus magníficas instalaciones, que lo colocan á la altura de los mejores del mundo.





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVIII — Barcelona 3 de mayo de 1909 — Núm. 1.427



EN EL TEMPLO, cuadro de José Benlliure. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta es la estación de los ingleses trashumantes. Vienen en nubes, y caen en hoteles y tiendas de anticuarios como lluvia, no diré sólo de libras, pero de chelines, peniques y menuda moneda.

¡Las tiendas de anticuarios! Hay en Madrid infinitas, unas ocultas en pisos altos, otras con su mostrador á la vista. La calle del Prado cuenta ocho ó diez, ó contaba hace días, pues estos prenderos, á lo mejor, liquidan y desaparecen.

En otras épocas, se encontraban en estas tiendas de chamarileros soberbios objetos de arte. Unas veces no conocían los mismos vendedores el valor de lo que vendían, otras andaban mejor enterados, pero siempre cabía esperar la ganga, el golpe de fortuna, el hallazgo. Hoy, realmente, sólo queda polvo de las grandezas de ayer.

Por las tiendas de los anticuarios de Madrid han pasado los Grecos auténticos, los Goyas innegables, los clásicos López, los Breughel visionarios, los deliciosos Teniers, despojo de viviendas históricas que se arruinaron por la prodigalidad ó la desdicha de sus representantes. ¡Qué de magnificencias no salieron de la casa ducal de Osuna! ¡Cuántas grandezas hemos visto vender, sin que ni una mano piadosa borrase al menos los blasones que delataban su origen!

Los anticuarios, desde mediados del siglo pasado, cayeron, á manera de langosta, sobre los pueblos de Castilla, Aragón, Valencia y Andalucía. Metiéndose en los viejos caserones y en las iglesias parroquiales y monasterios; aprovechándose de la ignorancia ó de la apremiante necesidad; engañando descaradamente acerca del valor de las cosas y muchas veces engañándose también ellos mismos, *clavándose*, es la palabra, por no poseer cultura suficiente ó porque de todas maneras hacían un buen negocio—negocio de mil por cien,—fueron privando á los edificios hasta de sus rejas y sus clavos, á los templos de sus retablos é imágenes, á las casas infanzonas de su mobiliario venerable, y á España de una de sus mayores bellezas. Pena y vergüenza causa este despojo inicuo, realizado sistemáticamente, y en comparación del cual nada ha sido la invasión extranjera, y nada acaso la desamortización, con todos sus estragos. La desamortización no sacó de España los tesoros, pero desmanteló la ciudadela de nuestro arte, para que los merodeadores pudiesen saquearla. Lo increíble es que aún existan en España tantas maravillas en los pueblos y las viejas ciudades, pues no debía quedar ni rastro.

Entre lo que se llevaron los de Napoleón; lo que se robó á la sombra de los desamortizadores; lo que arrebataron los anticuarios y viajeros; lo que el clero enajenó, voluntaria é indebidamente; lo que arrasó el vandalismo del Estado, el vandalismo de las guerras civiles, el vandalismo municipal, el vandalismo de los colegios y academias establecidos en monumentos incomparables, y que los abrasaron en cenizas, no se concibe cómo algo se ha salvado del naufragio. ¡Mucho habría, para que pueda aún ser España relicario curioso y afiligranado! ¡Qué de joyas perdidas! ¡Qué de recuerdos borrados, qué de preciosos auxiliares para la historia, si se conservasen!

La España destruída ó robada debió de ser la más espléndida. El que roba no coge lo peor, y para cerciorarse de que es así, basta girar una visita á los Museos del extranjero, donde han venido á refluir tantas preciosidades españolas. Y no hablemos de las colecciones particulares, de las casas y palacios para cuyo ornato fueron desnudadas las iglesias, de las vitrinas que encierran lo que en otros días era tesoro en las catedrales.

Cuando encontramos á esos hijos de la gran Bretaña, con sus trajes á enormes cuadros de abigarrados tonos, sus sombreros de casco, sus fachas heteróclitas y desgarbadas, pero rollizas y limpias, y les vemos asaltar las tiendas de los chamarileros, para llevarse lo poco que va quedándonos, para revolver entre los residuos, como espigadores, tenemos la sensación del que nota que le quitan del bolsillo el pañuelo... A la verdad, ya nos lo habían quitado, pero dijérase que no lo notamos hasta que la idea del despojo se encarna y materializa en los flemáticos insulares... Mientras permanecen en el escaparate del anticuario la pieza de plata ó el santo de talla, dijérase que aún son nuestros... ¡Ah, el tradicional «inglés,» que todo lo feria y carga con todo!

Sitio divertido, y uno de aquellos en que más se observa la realidad, es la casa del anticuario, donde parece que la historia se ha remansado y ha detenido sus espumas y sus corrientes. Pintoresca mezcolanza de armas, libros, efigies, joyas y objetos de arte, habla de las grandes direcciones que han dominado nuestro ayer; la dirección belicosa, la científica, la mística, la galante, la estética. En ningún comercio se vende tanta cantidad de alma humana como en el de antigüedades. Cada trasto encierra sentimiento ó pensamiento, evoca novela, epopeya, drama.

Por ejemplo, los retratos. ¿Conocéis algo tan sugestivo como un retrato viejo? Yo me quedo embelesada mirándolos. Especialmente si son de mujeres ó de niños. Hay retratos de niños que esgrimen un sonajero, que asen la cinta atada á la patita de un pájaro, que elevan triunfalmente una manzana ó una naranja, ó que, sentados en el regazo de su madre, juegan con el collar que la adorna, ó arrugan, sonriendo maliciosos, los encajes de su escote... Pienso siempre que estos niños traviesos é inocentes, de hoyuelos clodionescos, de ojos bañados en el dulce fluido de la vida que nace, son, desde hace tanto tiempo, una calavera monda, cuatro huesos blancos, ó algo peor: la momia, seca como esparto, deshilachada como yesca, que se pulveriza allá en el silencio de una olvidada sepultura..., y el retrato gana para mí en enigmático interés. De aquella niñez encantadora; de aquella alegría conservada por el pincel, he aquí lo único que resta; lo único que conocemos: la momia ó el hueso mondo. ¿Y qué habrá sido, en el mundo de los vivos, el niño cuya imagen contemplamos ahora? ¿Qué dolores, qué pasiones, qué triunfos, qué derrotas habrá sufrido en el curso de su existir? ¿Habrá llegado siquiera á vivir el tiempo normal, ó más bien, poco después de colgado en la sala este retrato que encargó el amor materno, el niño, alegría y orgullo de un hogar, cayó, tempranamente besado por *la* que no perdona?

¿Pues y las mujeres? ¡Qué de poesía en sus retratos! ¡Qué de melancolía en la belleza pasada! Cuando vemos á una vieja que conserva rastros de ajada hermosura, notamos el estrago del tiempo, y dudamos de la beldad. En el retrato, lo que los años ultrajaron se nos aparece en todo su esplendor, en su momento culminante. La mujer, pobre ó rica, ilustre ó vulgar, escoge para retratarse su mejor hora y sus galas predilectas; estudia lo que la realza, y procura aparecer atractiva, seductora. Aun en los retratos de mujeres muy maduras encontraréis este rasgo: sea en el peinado, sea en el vestido, observaréis que se quiso dejar á los venideros una imagen grata. Hay una sonrisa ó una tristeza divinas, que existen más en los retratos que en las mismas mujeres. El retrato tiene algo de misterioso, de profundo, que no tuvo acaso el original.

Las manos de los retratos también son poemas. Generalmente, los pintores embellecen la mano de la mujer, ese vivo marfil sobre el cual cayeron como pétalos de rosa las nacarinas uñas. En muchos retratos antiguos, de la época de los Austrias, se observa que las manos no son copiadas del natural, aunque lo sean escrupulosamente los rostros y la vestimenta. Para las manos hay un modelo uniforme, y así se explica que, por ejemplo, en el célebre grupo de Van Dick con su protector y la bella esposa de éste—más protectora si cabe,—todas las manos son idénticas, igualmente luengas, afiladas, de dedos prolongados, pálidos, manos altamente aristocráticas, porque sin duda se tenía entonces á mengua el que la mano no revelase el nacimiento y el desdén hacia toda labor manual.

Mucho dan en qué pensar tales manos, tales semblantes como en los retratos se ven. Desaparece la noción del tiempo que ha pasado, y sentimos la persistencia de la vida humana, la identidad de nuestro espíritu con los espíritus que fueron. Las penas y las esperanzas, los sueños y las decepciones que se revelan en esas caras de otro tiempo, ¿no son las mismas, exactamente las mismas, que se asoman á una faz de hoy?

Recuérdanme los retratos antiguos lo que me decía en Roma el malogrado Luis Llanos, mi inolvidable *cicerone gratis*. Enseñándome los bustos de los emperadores, de las emperatrices, exclamaba: «¿Ve usted? Son hombres y mujeres de ahora. Modifique usted un poco la indumentaria..., y ese gesto lo hemos visto ayer, en un teatro, en un casino, en un baile... Agripina Junior, es usted misma... Adriano, es...» Y me nombraba á un político de cuenta. «La diva Faustina, es...» Y citaba á una dama cuya semejanza, no tanto de rasgos, como de expresión, con la *divina*, tenía mucho de sorprendente. Id á cualquier Museo que guarde imágenes de personajes históricos, y observaréis que, por la calle, os salen al encuentro, con ropajes de ahora, los tipos de entonces. Para mí no hay cosa más peregrina que esta reaparición de la humanidad que ya no existe. Y cuando se trate de alguien que conserva los retratos de sus ascendientes, el fenómeno es evidente, claro. No todo lo destruye la muerte. El abuelo, el padre, el remoto tatarabuelo, reviven en su descendencia. ¿Quién no ha observado la reproducción, en el rey Alfonso XIII, de muchos de sus antepasados? Hay en él Austrias, Borbones, Lorenas, y según las edades de su todavía muy corta vida, se marca el parecido extraordinario con unos ó con otros de los grandes retratos de Velázquez, Goya, Coello y Moro. Si todo el mundo conservase, como la conservan los reyes, la serie de retratos de familia, vería en sí mismo á los que le precedieron, misteriosos eslabones de la irrompible cadena que nos une con el ayer, que nos sume en el océano de lo pasado, del cual no tenemos conciencia alguna...

En las casas de los anticuarios, el polvo del pasado se anima, las sombras disipadas vuelven á tomar cuerpo. Allí la vieja ejecutoria pregona decadencias y dolorosas transacciones con la pobreza, que hace vender hasta la sangre... Cuando vemos esos pergaminos enriquecidos con viñetas y capitales de oro, azur, gules y argén, ó leemos las enamoradas dedicatorias al reverso de las miniaturas, sentimos lo deleznable de todo, mucho más que en un cementerio. En el cementerio sólo está probada la nulidad de la materia; pero los restos de vida sentimental esparcidos por las casas de anticuarios gritan la nada del sentimiento y del espíritu. Tampoco es resiste al tiempo y á las vicisitudes. Tampoco lo que fingió eterno el cariño fué más que flor de un día...

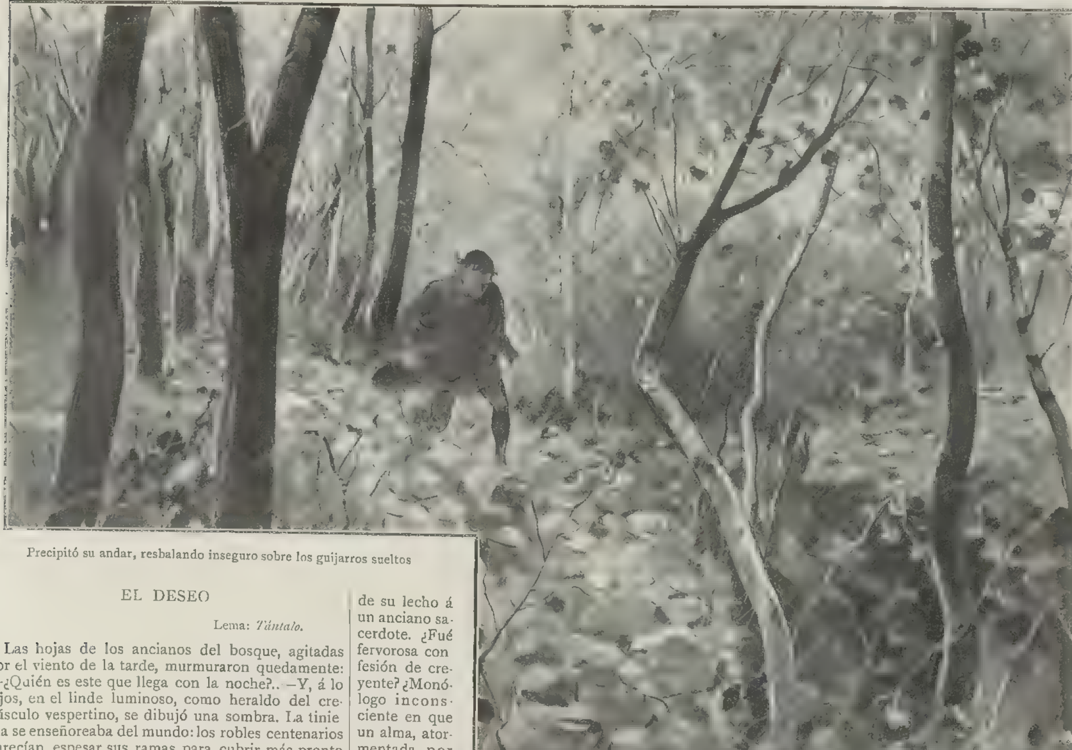
En cierta ocasión adquirí un Niño Dios, muy gracioso, en el Rastro (todavía en el Rastro aparecía á la sazón, de tiempo en tiempo, una antigualla bonita). Al registrarlo para limpiar la cera y la suciedad que manchaban su peana, vi un papel amarilloso, adherido al zócalo, que, en la menuda y clara letra del siglo XVIII, rezaba: «Santo Niño, protector del Convento.» Compasión infinita inundó mi corazón, ante el letrero lleno de ingenuidad. ¿Qué convento sería ese, á quien el Niño protegía? ¿Por qué azares de la suerte, por qué catástrofes acaso, las monjitas se habían visto privadas de su protector? ¿Era que los franceses habían pegado fuego al monasterio, después de profanar y degollar? ¿Sería que el convento, en alguna ciudad de las que sienten la necesidad de ensancharse, estorbaba para abrir una vía ó franquear una plazuela, y lo derribó el golpe de la piqueta, que ha alfombrado nuestro suelo de ruinas? ¿Sería que la Comunidad se hubiese extinguido, por falta de novicias, y que, al morir la última y centenaria monja, una mano sacrílega arrebató de su cabecera al Niño? ¿Sería que un día de miseria, de necesidad angustiosa—como la que obliga á las Capuchinas de mi pueblo á tocar la campana pidiendo auxilio,—hubo que acudir, supremo recurso, á deshacerse del pequeño y adorado numen tutelar?

Todo cabe, y todo se vislumbra, detrás del rótulo indescriptiblemente saudoso: «Santo Niño, protector del Convento...»

Y de aquí se desprende que lo más hermoso del arte son los pedazos de alma que arrastra en su corriente agitada por la pasión y el dolor. Las tiendas de anticuarios se prestan á la meditación y la sugieren con más fuerza que un tomo de historia. No es necesario que el objeto contemplado sea de una belleza extraordinaria para que haga pensar. Hay cachivaches sin valor estético, que lo tienen muy grande desde este punto de vista psicológico. Una tela, un broche, un plato blasonado, un sello, algo de uso íntimo, bastan para tema de estos estudios y estos vuelos de la fantasía...

Me acuerdo de haber visto una sortija que, en su interior, llevaba una leyenda: «¡Para siempre!..» La más ambiciosa de las divisas venía á probar la instabilidad de las cosas. Aquella alhajuela era un pedazo de corazón... arrancado y momificado, como el del caballero Durandarte.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Precipitó su andar, resbalando inseguro sobre los guijarros sueltos

EL DESEO

Lema: *Tántalo.*

Las hojas de los ancianos del bosque, agitadas por el viento de la tarde, murmuraron quedamente: —¿Quién es este que llega con la noche?.. —Y, á lo lejos, en el linde luminoso, como heraldo del crepúsculo vespertino, se dibujó una sombra. La tiniebla se enseñoreaba del mundo: los robles centenarios parecían espesar sus ramas para cubrir más pronto de negrura la tierra: en la altura sideral un lucero luchaba por filtrar sus rayos diamantinos á través de la maciza obscuridad y perforar con sus estocadas de luz la férrea coraza del gigante de la noche. La sombra que avanzaba traspuso el linde y se absorbió en el seno, ya sin luz, del bosque. Sus pasos pulverizaron la alfombra de hojas secas y su fatigoso alentar semejó al de bestia acosada por la jauría.

Los menudos guijarros de la vertiente, rodando y empujándose cuesta abajo, silabearon con frase entrecortada:—¿Quién es este que viene con el día?..— Y en la cúspide de la colina, bañada por la claridad del día cercano, aún fluctuante é indecisa, apareció la silueta imprecisa y vaga del misterioso viajero. La noche huía: despertaba la naturaleza con rumor de arroyos, trinar de aves, zumbar de abejas, cantos de labriegos, rechinar de yuntas, voces lejanas y broncíneas de misas de alba, alertas de gallos matutinos. El viajero, como si huyese del rayo de sol que había enviado su primer beso á la cima del altozano, precipitó su andar hacia la falda, resbalando inseguro sobre los guijarros sueltos.

Los impalpables granos de las arenas de la playa, resecos por el ardiente mediodía estival, al recibir la fresca caricia de una lengua de agua que avanzó algo más tierra adentro, susurraron medrosos:— ¿Quién es este que aparece vestido de luz?..—Y dejando en la faja arenosa más besada por las olas las huellas, presto borradas, de sus pasos, caminando hacia Occidente, envuelto en la lumbre solar como en una niebla luminosa, vióse avanzar un hombre. Era joven y fuerte, y parecía débil y anciano; sus ojos lucientes como estrellas, cerrábanse buscando la eterna sombra; sus labios rojos, hechos para besos de placer, exhalaban suspiros de dolor; el sol le aprisionaba entre sus candentes rayos nimbando la sudorosa frente, coloreada por el furioso martilleo de la sangre que acudía en oleada ascendente y golpeaba las sienes vaticinando la congestión... Por fin, un ósculo más vivo, una caricia más intensa del sol le inundó, y desfallecido, experimentando la sensación extraña de que el cerebro se le llenaba de una luz repentina y vivísima, el viajero se desplomó sobre la arena mojada y quedó allí inerte, como cadáver de náufrago arrojado á la orilla por mar inhospitalario...

Pescadores vecinos recogiéronle en su choza. La muerte había puesto en sus pálidos labios el sello de su beso de amante. La cristiana piedad de aquellas pobres gentes que le albergaban puso á la cabecera de su lecho á un anciano sacerdote. ¿Fué fervorosa confesión de creyente? ¿Monólogo inconsciente en que un alma, atormentada por toda una vida de dolor, exprimía el zumo de intensa amargura de su perdurable pena? ¿Alucinación, arrepentimiento, vesania, llamamiento humilde en el tribunal de la penitencia á la divina misericordia?.. El viajero moribundo hablaba, hablaba sin tregua ni descanso.

—«... Sí, sí. Su maldición, su anatema me persigue, me acosa, me martiriza, me anonada. Aún oigo su voz, un tiempo amante, entonces colérica, ronca, con el afonismo de la ira, escupiéndome su despecho y su odio en funesto vaticinio. Y yo fuí el culpable. Yo que desprecié el don de su espíritu de ángel y de su cuerpo de diosa que, impulsada por la pasión, liberalmente me ofrecía. Yo que pisoteé, con desdén de bestia que huella las flores y busca la hierba que sacia su vulgar apetito, su amor de mujer fragante y perfumado como rosa recién abierta, como violeta escondida, como magnolia soberbia que abre en lo más alto del árbol la copa de sus aromas. Todas sus ansias, todos sus anhelos, todos sus afanes estaban sumados, hechos carne en mí: mi cariño era el pensamiento de sus días, el sueño de sus noches, el deseo que devoraba sus entrañas. Yo opuse frialdades y durezas marmóreas á sus tiernas solicitudes, desprecios y burlas á sus amorosos requerimientos; amasé con mis desdenes la levadura de su amor lastimado y su odio naciente, y un día... ¡ah! ¡recuerdo que se clava en mi cerebro como acerada punta extraída roja del horno!.., un día se irguió ante mí como pitonisa poseída por el Dios, como sibila acometida del éxtasis profético, como sacerdotisa inspirada por el numen, y solemne, hierática, fatídica, dijo:

—»Has sido mi único amor, mi único deseo. No has querido apagar la sed de besos que veías en mis labios, la sed de miradas que leías en mis ojos, la sed de caricias que te mostraban mis entreabiertos brazos... ¡Maldito seas ahora y siempre! ¡Que el deseo, nunca satisfecho, te persiga, te acose, te atormente sin tregua! A la puerta de Ashavero, Cristo exangüe, calenturiento, moribundo, pronunció el terrible anatema que trocó al despiadado hebreo en el eterno viandante, el perpetuo huésped de los caminos de la tierra. Tú, desamorado como él, me has negado el agua de tu cariño: yo, justiciera como el Cristo, pronuncio igual sentencia, arrojo sobre ti el mismo castigo, le digo á tu deseo...—Anda por siempre, anda, anda... Jamás apagado, siempre insaciable, anda por los senderos de la dicha, por las veredas del dolor, por los caminos de la incertidumbre, por los abismos de la duda, por las cimas de la gloria, por los jardines del placer, anda, anda... Vean tu paso las cumbres del poder y los valles de la miseria, las alturas de la justicia y los precipicios de la culpa, anda, anda... Recorre el mundo todo en busca de esa fuente de aguas claras, dulces, cristalinas que han de apagar la sed de tu deseo... Sean tus pisadas red espesa que envuelva, como las de Ashavero, al planeta y, hasta tu último instante, tú, como tu deseo, anda por siempre, anda, anda...

»Y esa es, desde entonces, mi vida. Un ansia constante, un caminar perpetuo, un peregrinar sin descanso. Mis huellas han sellado la tierra de todas las naciones, hanse impreso en el polvo de todos los pueblos. Pero este inquieto ambular no es sino el símbolo, la visión externa del eterno viaje espiritual de mi deseo. La maldición me empuja, y mi anhelar, nunca saciado, jamás en reposo, anda, anda... Yo soy el fantasma de los juguetes del niño, acogidos con sonrisa de gozo y destrozados con mueca de prematuro hastío; el ensueño de los antojos del mozo, tan presto nacidos, en un momento de pasión, como muertos, en un minuto de tedio; la imagen de las ambiciones del hombre, tangibles á lo lejos, como realidades ciertas, impalpables al asirlas, como nieblas incorpóreas... Mi deseo, el deseo humano, es el judío errante de la tradición mesiánica. Cristo á Ashavero, en medio de la amarga vía, fulminó el castigo perdurable: ella á mí, destilando hieles su boca, anunció el inacabable suplicio. Él y yo somos la encarnación del deseo del hombre que, cumpliendo divino anatema, anda..., anda...»

El anciano sacerdote oyó en silencio la extraña confesión. Cual si con ella hubiese cobrado fuerzas, el misterioso viajero se arrojó del lecho y huyó de la mísera choza que le albergaba. Nadie fué osado á detenerle. Y otra vez, y otra, y ciento, volvió el bosque á verle llegar con la noche, y la colina con el día, y la playa aparecer vestido de luz solar.

LUIS CÁNOVAS.

EL EMINENTE PINTOR JOSÉ BENLLIURE

y algunas de sus últimas obras



El eminente pintor español José Benlliure en su taller de Roma

En el sermón, cuadro de José Benlliure

Si la importante labor realizada por José Benlliure no acreditara sobradamente sus excelentes cualidades como artista de indiscutibles merecimientos, su gestión como director de la Academia española en Roma demostraría el acierto que presidió á su nombramiento y sus especiales condiciones. El general aplauso tributado á los pensionados con motivo de la exposición de sus obras, si bien ha de estimarse como prueba de las estimables aptitudes que poseen, justo es también conceder á nuestro amigo una participación en esos triunfos, ya que han de haber producido sus naturales frutos las enseñanzas é indicaciones de quien dirige un instituto artístico de tal importancia.

Y así ha debido ocurrir, dados los antecedentes del distinguido pintor valenciano, cuyo nombre significa una dinastía de artistas que hace años contribuyen al engrandecimiento del arte español. Para conocer á José Benlliure, para apreciar su inteligencia y su temperamento, preciso es recordar aquellas grandiosas y celebradas composiciones *Visión del Coloseo* y *El valle de Josafat*, que le valieron señalados triunfos y fueron ensalzadas por la crítica, reproduciéndolas las revistas ilustradas de todo el mundo. Las dos obras bastan por sí solas para afirmar la reputación de un artista.

Felizmente prosigue el artista la senda que emprendiera, y en los diversos géneros que cultiva continúa ofreciendo motivo para que se le tributen nuevos testimonios de consideración. Recuerden nuestros lectores la sentida obra que con el título de *Oración* publicamos hace algunos meses y examinen las tres que hoy reproducimos. En unas y otras manifiéstase la elevación del concepto en que se inspira, el delicado sentimiento que las avalora y la maestría de la ejecución. De ahí la acogida que se dispensa á sus producciones y el interés que despiertan entre los aficionados é inteligentes.

Nosotros, que tenemos la suerte de contarnos en el número de sus amigos, celebramos su acertada dirección en la Academia de Roma y aplaudimos su obra, aprovechando esta ocasión para expresar una vez más el testimonio de nuestra simpatía y consideración.

(Fotografías de Carlos Abeniacar.)



Retrato pintado por José Benlliure

EL JAPÓN Y SUS JARDINES

(Véase la lámina de la página siguiente.)

Sólo cuando se ha tenido ocasión de observar el modo y forma como entienden los japoneses el cultivo de las plantas, el cuidado de sus jardines y el arreglo de las flores, es cuando puede darse cuenta de la falta de razonamiento de los europeos en la aplicación de aquéllas como elemento decorativo, revelando conceptos de verdadera vulgaridad. En la floricultura, como en el arte, impera todavía la clásica simetría, y los occidentales entienden que el mejor medio para lograr que las flores aumenten su belleza es el de reunirlas, amazacotarlas, estrechándolas unas con otras para formar ramos, sin parar mientes que cometen un atentado al buen gusto y una ofensa al sentimiento del color. En cambio, los japoneses eligen una sola rama, colocándola en un jarrón, de manera que por el tono de sus flores, por su inclinación, completan el decorado en armonía con otros pormenores que producen un hermoso conjunto, respondiendo á las reglas de la producción, agradables y simpáticas para quienes, como ellos, siéntense saturados de ese sentimiento artístico que los enaltece.

Iguales observaciones pueden hacerse al comparar un jardín europeo con otro japonés. No figuran en este último ese amasijo de parterres aparejados, monótonos por la regularidad de su trazado y por las plantas que contienen; persiguen otro propósito, cual es la representación de paisajes con los accidentes que la naturaleza ofrece, ajustándose á las dimensiones del terreno de que puede disponerse, con pequeños lagos y riachuelos, colinas, bosquecillos y cuanto pueda evocar el recuerdo de ese país querido y sonriente en donde el *kei* florece para prestar inspiración á los artistas y á los poetas.

Para apreciar el interés que los japoneses dedican á las plantas, bastará citar la fiesta anual de los crisantemos, la más importante de cuantas celebran, en la que la emperatriz ejerce de sacerdotisa ó semidiosa en los encantadores jardines de Harunomiya. — G.

EL JAPÓN Y SUS JARDINES. (De fotografías de Felipe Hutin.)



«MUSMÉS» ENTRE LIRIOS Y CRISANTEMOS

VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA A NIZA



Inauguración del monumento á Gambeta.—Vista de una parte de la tribuna oficial
Las personas que están sentadas son, de izquierda á derecha: el general Picquart; la señora de Leris-Gambetta, hermana de León Gambetta; el Sr. Sauván, alcalde de Niza; el presidente de la República Sr. Fallieres, y el presidente del Consejo de Ministros Sr. Clemenceau. (De fotografía de Harlingue.)

Monumento á León Gambetta, obra del escultor L. Maubert, solemnemente inaugurado el día 25 de abril último

Con objeto de asistir á las fiestas que debían celebrarse en Niza con motivo de la inauguración del monumento á Gambetta, el Presidente de la República francesa Sr. Fallieres ha suspendido una excursión á la deliciosa ciudad de la Costa Azul.

Salió de París el sábado, 24 de abril, á las cuatro de la tarde, acompañado del presidente del Consejo de ministros Sr. Clemenceau, de los ministros Picard y Ruan y del general Piquard, y á la mañana siguiente llegó á Niza, en donde fué recibido por las autoridades municipales y departamentales. Las calles de la población hallábanse artísticamente engalanadas y llenas de una multitud inmensa que aclamó con entusiasmo al presidente. Este se encaminó á la prefectura, cuya plaza, ocupada en gran parte por los niños de las escuelas con sus estandartes, con palmas y ramos de flores, ofrecía un aspecto tan animado como pintoresco.

Tras un corto descanso, dirigióse el presidente al casino, en cuyo grandioso *hall* había dispuesto el Ayuntamiento un banquete de quinientos setenta cubiertos. Aquel hermoso local estaba profusamente adornado de flores de las clases más selectas, distribuídas en guirnaldas, escudos, ramilletes y artísticos grupos.

El banquete fué suntuoso, y al final del mismo pronunciaron elocuentes brindis el alcalde de Niza Sr. Sauván, el Sr. Rouvier, ex presidente del Consejo y en la actualidad senador por los Alpes Marítimos, y el presidente de la República, quien agradeció el grandioso recibimiento que se le había dispensado, dedicó entusiastas frases á la memoria de Gambetta y encomió á la ciudad de Niza por haber erigido un magnífico monumento á su hijo adoptivo, el ilustre patriota que tanto hizo por la regeneración de Francia.

Terminano el banquete, el Sr. Fallieres y todo el elemento oficial dirigiéronse á la plaza Beatrix en donde se alza el monumento. Esa plaza estaba sobria y bellamente decorada, figurando un pórtico circular con columnas corintias enlazadas por guirnaldas, y ostentando cada una de ellas el escudo de la ciudad rodeado de palmas.

A un lado de la plaza levantábase la tribuna oficial, en la que tomaron asiento el presidente de la República, el alcalde de Niza, la señora de Leris Gambetta, hermana del eminente hombre público, el general Picquart, y los Sres. Clemenceau, Picard, Ruan y otros. Delante de la tribuna habíase construído un estrado para los oradores.

Comenzó el acto con algunas palabras del señor Chillini, en nombre de la Sociedad Gambetta, y un discurso del Sr. Etienne, el más fiel y el mejor de los amigos sobrevivientes de Gambetta.

En seguida, descorriéronse las telas que cubrían el monumento, mientras las bandas de música tocaban la *Marsellesa* y la multitud prorrumpía en aplausos y aclamaciones.

Después hablaron los Sres. Gassin y Raiberti, en términos ardorosos, elocuentes, y por último pronunció un magnífico discurso el presidente del Consejo de Ministros. La oración del Sr. Clemenceau fué un entusiasta panegírico del gran muerto, y obtuvo muchos aplausos.

Para saludar al presidente de la República francesa el rey Víctor Manuel III de Italia ha enviado á Villefranche una escuadra mandada por el duque de Génova y compuesta de los acorazados *Vittorio Emmanuele, Regine Elena* y *Varese* y el crucero *Agordat*. El rey de España Alfonso XII ha enviado el buque *Temerario*, que manda el vicealmirante Sr. Boado.- S.



La señora de Leris-Gambetta, hermana de León Gambetta, y su hijo
(De fotografía de M. Branger.)

REVOLUCIÓN EN TURQUÍA.—DESTITUCIÓN DE ABDUL HAMID Y PROCLAMACIÓN DE RECHAD EFFENDI



Rechad Effendi, el nuevo sultán — **Abdul Hamid**, el sultán destituído



Husni Bajá — **Tewfik Bajá** — **Hazim Bajá** — **Ahmed Riza**

La nación turca acaba de pasar por una crisis gravísima que ha puesto en peligro el régimen constitucional implantado en julio del año próximo pasado. Los sucesos se han desarrollado con rapidez insólita, puesto que en catorce días han ocurrido en Constantinopla acontecimientos tan importantes como el entronizamiento de la reacción, la reintegración en el poder del partido progresista ó de los Jóvenes Turcos, la destitución de Abdul Hamid y la proclamación de Rechad Effendi como nuevo sultán.

De todos estos hechos vamos á dar cuenta sumarísimamente, pues no tenemos espacio para descender á pormenores.

El día 13 de abril último, unos cuantos batallones de la guarnición de Constantinopla, después de haber encarcelado á sus oficiales, ocuparon, á las órdenes de sus sargentos, el Parlamento y exigieron la destitución del gran visir Hilmi Bajá. Las tropas amotinadas consiguieron que se les uniesen cuatro batallones acuartelados en el ministerio de la Guerra.

Al mismo tiempo, una imponente manifestación popular, dirigida por los elementos más fanáticos del islamismo, recorrió las calles de la capital reclamando el respeto absoluto de las leyes religiosas de Cheri, la destitución del gran visir y del ministro de la Guerra y el alejamiento de Ahmed Riza, el jefe de los Jóvenes Turcos y presidente de la Cámara.

Durante aquella jornada y la siguiente, la soldadesca cometió toda clase de excesos y asesinó á varios oficiales y diputados y al ministro de Justicia Hazim Bajá, á quien tomaron equivocadamente por el ministro de la Guerra.

El gran visir y el ministerio presentaron la dimisión y Ahmed Riza desapareció de Constantinopla. La Cámara, en una sesión á la que sólo asistieron sesenta diputados, eligió presidente á Ismaíl Kemal Bey; y el sultán nombró gran visir á Tewfik Bajá y ministros á hombres de su absoluta confianza. En el edicto imperial en que se hacían estos nombramientos se ordenaba el estricto cumplimiento de las leyes de Cheri y de la constitución, y se invocaba el auxilio divino para secundar los esfuerzos del gran visir.



Infantería turca en marcha. (De fotografía de E. Frankl.)

Los acontecimientos de Constantinopla causaron profunda impresión en Salónica, y los oficiales del cuerpo de ejército de aquella provincia manifestaron al Comité de la Unión y Progreso de la capital que se hallaban dispuestos á marchar sobre ésta.

Después de dos días de motines restablecióse la calma en Constantinopla, quedando el sultán dueño de la situación. La Cámara sancionó los sucesos de los días 13 y 14 y expresó su voluntad de trabajar por el bien del país, conforme á las leyes de Cheri y á la constitución.

Pero este estado de cosas fué de corta duración. El comité de los Jóvenes Turcos de Salónica decidió enviar sobre Constantinopla el tercer cuerpo de ejército, el cual, fuerte de 30.000 hombres mandados por Husni Bajá, llegó hasta las inmediaciones de la capital. Entabláronse negociaciones entre aquel ejército y una delegación del Parlamento, exigiendo aquél un salvoconducto y protección para los diputados que hubieron de refugiarse en Salónica y el castigo ejemplar de los fautores de la revolución.

En el entretanto, los elementos liberales de la Cámara reuniéronse en San Estéfano, presididos nuevamente por Ahmed Riza.

En la noche del 23 al 24 las tropas de Salónica entraron en Constantinopla, cuya guarnición les opuso resistencia, obligándolas á atacar los cuarteles de Matjka, Tashkijla y Taxim, que al fin se rindieron. Después pusieron cerco á Yldiz Kiosk, residencia de Abdul Hamid, cuya guarnición capituló sin disparar un tiro.

El día 27 la Asamblea Nacional, reunida en Estambul, acordó la destitución de Abdul Hamid y la proclamación de su hermano, Rechad Effendi, el cual hizo inmediatamente su entrada en Constantinopla, siendo calurosamente aclamado por la población.

El nuevo sultán, que reinará con el nombre de Mohamed V, cuenta sesenta y cuatro años, es de carácter bondadoso y muy piadoso, sin ser fanático.—R.



Don Quijote y Sancho Panza. («No se olvide lo que de la ínsula me tiene prometido.»)



Don Quijote y Sancho Panza después de la aventura de los yangüeses. (Cap. XV. Parte III.)

MISTRAL Y EL CINCUENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DE «MIREYA»



Un retrato reciente de Mistral.— Casa de Maillane en donde nació Mistral.— Quinta de Mistral, en Maillane, su actual residencia.— Panteón que se ha hecho construir Mistral en Maillane.— Estatua de Mistral que será inaugurada con motivo del cincuentenario de la publicación de «Mireya» y de la inauguración del Museo Arlaton, en Avignón. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

EL CARDENAL AGUIRRE

S. M. el Rey ha firmado hace pocos días el decreto nombrando primado de España al ilustre cardenal Fray Gregorio María Aguirre y García, en la actualidad obispo de Burgos.

El cardenal Aguirre cuenta actualmente setenta y cuatro años de edad. Nació en Pola de Gordón (León) el 12 de Marzo de 1835.

Estudió, con notable aprovechamiento, Filosofía y Teología en el Seminario de León, y muy joven ingresó en la Orden de San Francisco reformada, en la que hubo de desempeñar altos cargos, como los de lector del Colegio de Pastrana, rector del de Consuegra y definidor de la Orden.



Su Eminencia el cardenal D. Gregorio María Aguirre, nombrado recientemente arzobispo de Toledo, primado de España. (De fotografía de Asenjo.)

En Filipinas prestó también á su instituto eminentes servicios.

El 27 de marzo de 1885 fué preconizado obispo de Lugo, y en 1894 fué nombrado arzobispo de Burgos. En ambas diócesis trabajó sin descanso por el enaltecimiento de la Religión, creando instituciones benéficas, convocando sínodos y congresos católicos y practicando de continuo la caridad.

Para premiar su celo y sabiduría, Su Santidad el Papa elevó al ilustre prelado en 1907 á la alta dignidad de Príncipe de la Iglesia.

El nombramiento del cardenal Aguirre para la Silla primada ha sido acogido con general aplauso por la opinión pública, segura de que el anciano purpurado, tan sabio como virtuoso, será un sucesor dignísimo del inolvidable cardenal Sancha.

EL EX PRESIDENTE CASTRO

De regreso de su accidentado viaje á América, en donde no le han permitido desembarcar en ninguno de los puertos que él deseaba, llegó el día 23 de abril último á París el ex presidente de la República de Venezuela D. Cipriano Castro, que algunas horas antes había desembarcado en Saint-Nazaire.

A los periodistas que bruscamente se presentaron en su camarote del transatlántico *Versailles*, enseñóles la cicatriz que le dejó la operación que le hicieron en Berlín, y les expresó su indignación contra los Estados Unidos, causantes, según él, de todas sus desgracias, y su extrañeza de que Francia, olvidando la declaración de los Derechos del Hombre, se haya portado con él tan duramente.

«En vano – dice un diario parisiense – los más corteses objetaban la expulsión del ministro de Francia Sr. Taigny y la ruina de nuestros compatriotas, uno de los cuales, Pablo Santoni, murió ayer de cansancio y desesperación... En vano los menos aduladores añadían á estos cargos el asesinato del general Paredes, la tiranía de Caracas, la anarquía venezolana. A todo respondía, señalando su abdomen y llevándose luego la mano al espacio intercostal en donde los demás hombres tienen un corazón: «Soy un amigo del pueblo francés; pero los Estados Unidos...»

Una nube de fotógrafos acosóle desde su desembarco en Saint-Nazaire, no dejándole en todo su viaje á París; el ex presidente recibió sus *ataques* con verdadera rabia, y no se sintió tranquilo hasta que se refugió en el taxi-auto que lo condujo al hotel Crillón.

D. Cipriano de Castro se propone venir á España para desde aquí dirigirse á Cuba, cuyo gobierno parece que le ha ofrecido un asilo.



El ex presidente de Venezuela Cipriano Castro desembarcando en Saint-Nazaire
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

RICARDO DE LA VEGA

El ilustre sainetero de quien ha dicho crítico tan autorizado como Benot que sus sainetes «son fábulas de potente inventiva sobre espléndidos hechos de la vida real;» el autor de esa joya del teatro moderno español que se titula *La verbena de la Paloma*, ha celebrado hace pocos días sus bodas de oro con la escena. En efecto, el día 24 de abril último cumpliéronse cincuenta años del estreno de *Frasquito*, primera producción de Ricardo de la Vega, quien en igual día del año 1859 escuchó por vez primera los aplausos del público, que desde entonces no ha dejado nunca de oir en su larga y fecunda vida literaria.

La obra de Ricardo de la Vega es importantísima en cantidad y en calidad. Enumerar todo cuanto para el teatro lleva escrito sería tarea difícil; citemos únicamente como sus creaciones principales, además de la ya mencionada, *La canción de la Lola, Pepa la frescachona, A casarse tocan, El señor Luis el Tumbón, La familia del tío Maroma, El tercer universario, ¡Bonitas están las leyes!, Novillos en Polvoranca, Los baños del Manzanares* y *El barón de Tronco Verde*.

Nadie ha observado tan profundamente como Ricardo de la Vega ni trasladado á la escena con tanta fidelidad ni con tanto gracejo los tipos, las costumbres, los dichos del pueblo madrileño; nadie ha sabido entresacar tan bien como él, para ostentarlo en toda su bondad y en toda su belleza, lo mucho que tiene de bueno, de noble, de pintoresco, el verdadero pueblo, el pueblo sano y honrado, el pueblo que trabaja y se divierte honestamente, y dejar en absoluto á un lado, como elemento morboso y despreciable, aquello que sólo es propio de la chusma, de la chulapería, del populacho del peleón y de la navaja. Sus sainetes, aun aquellos que se desarrollan en los lugares y entre los personajes más humildes, son cultos; todos ellos abundan en delicadas notas de los más exquisitos sentimientos y encierran una lección moral provechosa; y este es, quizás, uno de sus mayores méritos y el que más ha contribuído al universal renombre que tan justamente se ha conquistado.

Para celebrar sus bodas de oro con la escena, efectuóse en



El ilustre sainetero D. Ricardo de la Vega, cuyas bodas de oro con la escena se han celebrado en Madrid el día 24 de abril último. (De fotografía.)

el teatro de Apolo de Madrid una función extraordinaria con el siguiente programa: sinfonía sobre motivos de los más conocidos sainetes de Ricardo de la Vega, compuesta por Amadeo Vives; una loa, en prosa y verso, original de autor anónimo (que muchos creen Sinesio Delgado), titulada *A la puerta del teatro*, cuyos personajes figuraban ser los de aquellos sainetes y fueron representados por actores de todos los teatros matritenses, y las obras *Pepa la frescachona* y *La verbena de la Paloma*. Además Ricardo de la Vega leyó su hermosa epístola á D. Armando Palacio Valdés *La defensa del sainete*.

El público tributó al sainetero sin par una ovación tan grande como cariñosa, y el Ayuntamiento de Madrid se asoció al homenaje solicitando de la Academia Española que otorgue la primera vacante á Ricardo de la Vega.

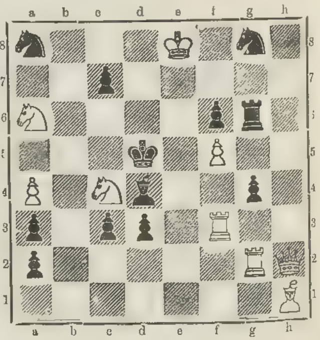
La Ilustración Artística, al honrar hoy sus páginas con el retrato del eminente y popular sainetero, le envía su salutación más afectuosa y sincera y hace votos porque viva aún muchos años para el bien y la gloria del arte escénico español.

AJEDREZ

Problema número 519, por V. Marín

3.er premio de «Tidskrift for Schack» 1905

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 518, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. C a 2 - c 3	1. Cualquiera.
2. D, A, C ó T mate.	

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Juana les miraba alternativamente (pág. 293.)

Aquellos hombres, de bondadosa actitud, parecían comprender que se trataba de una infeliz demente, cuya hermosura aumentaba su compasión.

La hicieron sentar y la interrogaron, sin poder obtener de ella ninguna explicación. No comprendía lo que le decían; no les oía siquiera, y sus grandes ojos sin expresión se fijaban en ellos.

Entonces, Martín y Touret le dieron de comer y beber. Tenían algunas provisiones, traídas por sus mujeres para pasar la noche, y Juana aceptó instintivamente. Bebió con avidez, sedienta por la fiebre, y apenas comió.

Luego, dócilmente, se acostó en la cama de hierro de uno de los guardias y se durmió profundamente.

Los dos consumeros cambiaron sus observaciones.

—Debe ser una mujer decente, dijo Touret; se ve, á pesar de su locura.

—Sí, se conoce en su aire y en su traje, opinó Martín. Lleva una capa soberbia.

—Es muy bonita.

—Y joven.

—Es casada; ¿has visto? Lleva un anillo nupcial.

—De eso le viene quizá la locura, dijo en broma Martín.

No sospechaba cuán cierto era lo que decía.

—Habrá que llevarla á la comisaría del barrio, añadió, y la enviarán á la enfermería del Depósito.

—Seguramente, dijo Touret. Ahora está cerrado, pero tan pronto como sea de día, la llevaremos. ¡Pobre mujer!.. ¡Qué lástima!.. ¡Mira qué bien duerme!

A la mañana siguiente, al amanecer, Juana dormía aún, vencida por el agotamiento de sus débiles fuerzas, agobiada por todo lo que había sufrido, y los dos guardias de consumos esperaron que despertase, en vez de marcharse á sus casas á descansar cuando les llegó el relevo. Quisieron encargarse ellos mismos de conducirla.

Con sus colegas recién llegados y puestos al corriente del suceso, trataron de interrogarla, pues hubieran querido evitarle la enfermería del Depósito de la Prefectura de policía, si hubiesen podido hacerle decir su domicilio y acompañarla á su casa.

Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Definitivamente atacada de locura, la desdichada no comprendía lo que le decían.

Tan pronto se sonreía inocentemente como lloraba, pronunciando palabras indistintas.

Entonces Martín y Touret la condujeron á la comisaría del barrio, y siempre dócil, se dejó llevar, ajena á todo lo que pasaba.

No reconocía nada en aquel barrio, donde, sin embargo, había vivido cerca de un año, y miraba en torno suyo sin ver, del mismo modo que oía sin comprender.

Casi todas las personas que encontraban se volvían al verla pasar y examinaban curiosamente aquella mujer cuya hermosura llamaba la atención, al mismo tiempo que su palidez, sus ojos extraviados, su aire enfermizo y su actitud extraña.

A primera vista se comprendía que estaba loca.

De pronto, del otro lado de la calle, una mujer se detuvo y dió un grito.

—¡Ah, Dios mío!.. ¿Es posible?.. ¡La señorita Juana!..

Era Paulina.

La excelente muchacha había encontrado una colocación en el barrio por mediación del panadero de que antes se sirviera.

En seguida atravesó el arroyo.

—¡Señora!.., exclamó.

Juana no la miró siquiera.

No reconoció ni sus facciones ni el sonido de su voz.

Los dos consumeros parecieron alegrarse de encontrar una persona que la conocía.

—Es mi antigua ama, explicó Paulina muy emocionada. ¡La señora de Favreuse!.. ¿Qué le ha pasado?.. ¡Señorita Juana!..

—No le contestará á usted, dijo Touret. Está así desde anoche, cuando la recogimos en el fielato del Point-du Jour. No comprende

—La infeliz está loca, añadió el otro guardia en voz baja.

—¡Gran Dios, qué desgracia!.., exclamó Paulina estrechando la mano á la joven señora. ¿De dónde venía?

—En cuanto á eso, nada sabemos, contestó Martín.

—¿Conoce usted á su familia?, preguntó Touret.

—¡Ah, pobre señora!.. ¡Su familia!.., dijo la antigua camarera de Juana. Sí, comprendo lo que ha debido volverla loca... No es de extrañar con lo que ha sufrido... Su marido ha sido condenado por la justicia... No tiene más que á su padre... ¿Pero dónde la llevan ustedes?

—A la comisaría del barrio, contestó uno de los guardias. Si tiene á su padre, se la entregaremos.

—Venga usted con nosotros, puesto que le conoce, dijo el otro guardia. Dirá usted lo que sabe.

Algunos transeuntes se habían detenido y formaban corro procurando oir lo que se decía.

Paulina cogió la mano de Juana, aquella mano que la fiebre abrasaba, y pasó su brazo debajo del suyo para marchar á su lado.

La comisaría estaba cerca, y durante el resto del trayecto, Paulina y los dos guárdias de consumos

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

apenas tuvieron tiempo de darse mutuamente algunas explicaciones.

En presencia del comisario, cada cual expuso lo que sabía.

La cuestión Favreuse había hecho ruido, y acerca de esto el magistrado sabía á qué atenerse.

Rogó á Paulina que fuese á casa del Sr. Laroche á fin de prevenirle de lo que pasaba é invitarle á venir á buscar á su hija. Pero ante aquella proposición, la camarera hizo un movimiento de espanto instintivo.

No se atrevía á presentarse de nuevo ante el padre de Juana, sobre todo en las actuales circunstancias.

El Sr. Laroche, después de las desgracias sobrevenidas, ¿no se dejaría llevar de la más viva cólera contra la que había arrojado de su casa y á la cual acusaría de ser responsable de todo?

Paulina pretextó, pues, las necesidades de su servicio, que le impedían ausentarse, sobre todo por tanto tiempo, puesto que había que ir al otro extremo de París, pero dió todas las indicaciones necesarias.

Encargóse á un agente de policía que fuese á prevenir al Sr. Laroche y á suplicarle que se presentase en la comisaría.

Paulina se quedó un instante, y en vano trató de obtener una palabra, un signo de inteligencia de la desdichada Juana.

Cuando el Sr. Laroche se enteró de que un guardia de orden público quería hablarle, hizo un gesto de irritación, creyendo que aquella diligencia se relacionaba con aquel vergonzoso asunto cuyo recuerdo hubiera querido perder.

Pero recibió un rudo golpe cuando le dieron la terrible noticia de la locura de su hija, recogida como una vagabunda por los guardias de consumos del fielato del Point du Jour y depositada interinamente en la comisaría.

«¡Pobre hija mía!..—se dijo.—¡Qué terrible castigo!..»

El Sr. Laroche ignoraba que Juana fuese madre, pues desde el día que su hija se marchó de su casa, no había querido volver á oir hablar de ella.

Sólo se preocupaba de ella al interrogar al guardia de orden público.

Su corazón de padre, cerrado por aquella rebeldía que tan penosa le había sido, se abría de nuevo ante la espantosa desgracia de su hija.

Sintió disiparse de pronto toda su cólera, y antes de haberla visto, el perdón le subía á los labios.

—Sí, voy allá, contestó. Diga usted al comisario que tomo un coche y voy en seguida.

Dióse prisa, tomándose apenas el tiempo de vestirse, mientras su criado iba por un *fiacre*.

De paso detúvose en casa de su viejo amigo, el doctor Desfournelles, que vivía también en el bulevar de San Germán, á pocos pasos de su casa, y le anunció la desgracia cuya noticia acababan de darle.

Se lo llevó consigo para que viese á su hija, le ayudase á traerla y la cuidase.

Después, al hallarse en presencia de Juana, el señor Laroche tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas que le subían á los ojos, pues sintió una piedad inmensa al verla de aquel modo, pálida, desencajada, extraviada, loca, mirándole sin reconocerlo, con ser su padre.

¡Ah, el castigo espantoso era ciertamente desproporcionado con la falta, por culpable que hubiese sido!

—¡Juana!.. ¡Juana mía!.., le dijo con la mayor ternura, cogiéndole la mano y estrechándola contra su pecho. ¿No me reconoces?.. ¡Mírame, soy tu padre!.. ¡Juana!.. ¡Juana mía!.. ¡Háblame, por favor! . Ya no te riño..., ¿ves?.. ¡Contéstame!

Pero Juana no reconocía la voz de su padre.

Le miraba como á todos los presentes, y sus labios se agitaban para pronunciar palabras que no se entendían.

El doctor Desfournelles explicó:

—Esta pobre criatura se ha vuelto loca á causa de todas las desgracias que le han caído encima; esto basta para explicar la causa de ese trastorno de la razón. Es presa de una amnesia completa, pues, como usted ve, ha perdido absolutamente todo recuerdo.

—Pero curará, ¿verdad, doctor?.., imploró el señor Laroche. ¿Se la podrá salvar?

—El caso no es incurable, contestó el viejo médico. Por lo pronto, hay algo que urge más que todo. Su hija padece una complicación que puede llegar á ser amenazadora. Temo una fiebre cerebral. Hay que llevarla con el mayor cuidado.

—¡Pobre hija mía!.., gimió el padre. ¡Mi pobre Juana!..

Y la estrechó de nuevo contra su pecho, cubriéndola de caricias y dejando al fin brotar las lágrimas que ya no podía retener.

XIV

LA CASA ABANDONADA

—Pero ¿qué demonios está haciendo arriba ese galopín?

Bourasse, el carbonero de la calle Galande, acababa de despertar de muy mal humor, y esta exclamación se dirigía á su sobrino, cuyos pasos se oían en el camaranchón donde dormía, situado precisamente encima de la cama de su tío.

—Ya sabes, intervino la señora Sofía, que el amo de Pablo tiene mucho trabajo en este momento y que el muchacho tiene que estar en su casa más temprano.

El tío Bourasse, refunfuñando, alcanzó un enorme reloj de plata, cuyo tic tac sonoro se hacía oir en el cuarto todavía obscuro.

El auvernés encendió un fósforo y consultó el cuadrante.

—Las cinco y media, murmuró; á estas horas no se va á deshollinar chimeneas...

—¿No te digo yo que toda esta semana Pietro tiene trabajo muy lejos?, insistió la mujer del carbonero. Se necesita tiempo para ir. Es en los alrededores.

—¡Bueno, bueno!.., refunfuñó el auvernés, que se volvió del otro lado en su cama, y pronto un ronquido sonoro demostró que la preocupación de la conducta de su sobrino no le impedía dormir.

Pablo Galoux, en efecto, se levantaba, desde hacía algunos días, muy de mañana, y había algo de exacto en la declaración de su tía.

El *fumista* de la calle de San Severino tenía entonces un aumento de trabajo inesperado, pues la limpia de chimeneas se encontraba en plena estación muerta. Pero no era sólo el deseo de tener contento á su patrón y llegar pronto al taller lo que hacía levantar tan temprano al pequeño deshollinador. El observador más superficial se hubiera extrañado del aseo casi meticuloso con que el muchacho se vestía.

A la pálida luz de un mal cabo de vela, metido en un tarugo agujereado, y á fuerza de jabón, procuraba hacer desaparecer en lo posible la capa de hollín que el trabajo de la víspera había dejado en su cara, y en un pedazo de espejo fijado con dos clavos en la pared, el niño estudiaba cuidadosamente los resultados de sus concienzudos esfuerzos.

Por fin hizo una sonrisa de satisfacción, que reprodujo, en el fragmento de espejo, una cara blanca.

A toda prisa Pablo se peinó, se puso una blusa negra por encima del elástico y bajó con precaución.

Para salir á la calle, el muchacho tenía que atravesar la trastienda, en que dormía su tío, y casi todas las mañanas recibía de paso una andanada de improperios del irascible auvernés, que aún no había podido acostumbrarse á la presencia de su sobrino, á pesar de que, mejor retribuído ahora por Pietro, no era una carga para él.

Aquella mañana, por excepción, la travesía se operó sin incidente alguno y el aprendiz no tardó en encontrarse en la calle.

Si Bourasse hubiera tenido el capricho de espiar á su sobrino, hubiera experimentado entonces una viva sorpresa, pues en vez de dirigirse hacia la tienda del fumista, Pablo tomó el camino del bulevar, y al llegar á la esquina de la calle de Bernardinos se detuvo, pareciendo esperar á alguien.

La estación no fué larga, pues al cabo de pocos minutos salió del portal del número 25 una niña con una cestita de mimbre barnizado en la mano y que, antes de tomar la acera, dirigió una rápida mirada en torno de ella.

De pronto, la muchacha sonrió alegremente: acababa de ver en la esquina al pequeño deshollinador y corrió hacia él.

—Buenos días, Pablo, dijo ella con expresión jovial.

—Buenos días, Rosita.

Rosita Landry estaba ahora de aprendiza, desde hacía algún tiempo, en casa de una costurera de la calle de las Escuelas.

Cada mañana, los dos muchachos se encontraban y recorrían juntos el corto trayecto. La buena amistad que les unía no había hecho más que aumentar, y un nuevo sentimiento, todavía muy vago, muy indefinido, pero que, sin embargo, les parecía más tierno, había venido á cimentar el afecto que atraía mutuamente á aquellos dos ingenuos corazones.

Del producto de sus propinas, Pablo compraba para Rosita pastillas de jabón perfumado, y para agradar más á Pablo Rosita se había atado el pelo con una cinta color de rosa que, á su juicio, la hacía más bonita.

La influencia del taller se manifestaba ya en la muchacha; de conversaciones oídas había deducido que, para agradar, era necesario ser bonita, y tuvo una gran satisfacción cuando Pablo declaró gravemente:

—¡Hola, qué bonito lazo llevas esta mañana!

—¡Oh!, dijo la niña con desenvoltura, me he puesto éste como hubiera podido ponerme otro cualquiera.

—¿Estás aún contenta en casa de la señora Lopart?, preguntó Pablo.

—Preferiría estar al lado de mi madre, contestó Rosita; pero es necesario aprender un oficio, ¿verdad?.. Mi patrona no es mala..., sólo hay una cosa que me fastidia, los recados. A veces hay que ir lejos con una gran caja pesada, y luego ir preguntando para encontrar las casas...

—Cuidado con los carruajes, ¿eh?, recomendó Pablo; últimamente he leído en el *Petit Journal* que un ómnibus aplastó á una aprendiza... En seguida pensé en ti.

—¿Tuviste miedo?, preguntó la niña.

—¡Claro!, contestó el pequeño deshollinador sin dar más explicaciones.

Después de un rato de silencio, Rosita se informó:

—¿Dónde vas á trabajar hoy?

—Aún no lo sé, declaró el aprendiz de Pietro; ayer fuimos á la Villette, para montar una grande estufa de loza, y el patrón dijo que hoy iríamos quizá á los alrededores.

—¿Fuera de París?, preguntó la niña.

—¡Naturalmente!..

—¿Entonces, no te veré este mediodía?

—No; pero esta noche, contestó Pablo, volveremos quizá temprano.

—¡Ah, bien!, dijo la muchacha.

En esto habían llegado á pocos pasos de la casa de la costurera.

—Hasta luego, Pablo, dijo la hija de Landry.

—Hasta esta noche quizá, Rosita, contestó el sobrino de Bourasse.

Y los dos niños se abrazaron cordialmente, sin hacer caso de las sonrisas de los transeuntes á quienes aquella efusión en plena calle había divertido un poco.

Se separaron.

Rosita subió á su taller y Pablo se fué á la tienda del fumista.

Hacía ya cerca de dos años que Pablo Galoux trabajaba en casa del italiano y Pietro Succi estaba muy contento de los servicios de su aprendiz.

Con frecuencia el patrón había recibido felicitaciones de sus clientes sobre la honradez, la urbanidad y la inteligencia del pequeño deshollinador.

Aunque no era de corazón muy tierno, el italiano le había cobrado cariño al muchacho y le confiaba de preferencia los trabajos que había que ejecutar en las casas ricas, donde la propina era casi segura. Además, le daba ahora la paga de un franco cada día, considerándolo ya como semi operario.

Lucci se encontraba solo en su tienda cuando llegó Pablo.

—Buenos días, Sr. Pietro, dijo el niño.

—Buenos días, muchacho, contestó el fumista. ¡Al menos tú eres puntual!.. Pero ese gandul de Miguel aún no ha llegado. Sin embargo, yo le había encargado que estuviese aquí á las ocho.

—¡Pues á las ocho estoy!, dijo con voz tartajosa; daban en el Palacio de Justicia cuando yo pasaba por delante.

El que acababa de llegar era un gran diablo, flaco, descaderado, que se contoneaba al andar y cuyo rostro presentaba la expresión estereotipada de una inconmensurable necedad.

Era Miguel, el compañero habitual de Pablo Galoux.

Absolutamente estúpido fuera de su oficio, Miguel era un excelente operario, y Pablo le debía en parte el conocer casi á fondo su profesión.

Miguel le había cobrado amistad á su aprendiz, principalmente porque no había encontrado en él el espíritu impertinente y burlón de los demás pequeños auxiliares que le habían dado hasta entonces y de los cuales había tenido que soportar muchas bromas pesadas.

—¡Ah! ¿Ya estás aquí?, dijo el patrón; pues bien, es hora de marcharos.

—¿Y adónde vamos esta mañana?, preguntó Miguel.

—A Clamart, declaró Lucci.

—¡Clamart!, dijo Miguel sorprendido. ¿Fuera de París?

—¡Naturalmente que es fuera de París!, replicó el

italiano encogiéndose de hombros; como que es Clamart.

—¿Y por dónde se va á Clamart?, se informó el operario.

—¡Oh! Nada más fácil, explicó el patrón; no haréis más que ir á San Germán de la Pradera, donde tomaréis el tranvía que os llevará directamente.

—¡Bueno!, dijo Miguel. ¿Y qué vamos á hacer en Clamart?

—Iréis á la escuela de muchachas; parece que el calorífero no marcha; hay que ver lo que tiene. Si la reparación puede hacerse en seguida, la emprendéis en el acto.

—Entendido, dijo el obrero.

Y ya se había colgado en bandolera su saco de instrumentos, mientras Pablo cargaba con las cuerdas y la *araña*, cuando Lucci añadió.

—No es esto todo; cuando hayáis concluído en Clamart, iréis á Meudon.

—¿Meudon?, repitió Miguel rascándose la oreja.

—¿Tampoco sabes dónde está Meudon?, preguntó Lucci. Pero, hombre, ¿tú no has salido nunca de París?

—¡Que si he salido de París!, protestó el obrero. El domingo pasado estuve en la fiesta de Pantin, ¡y no le digo á usted nada de la comilona que tuvimos con mis compinches!

—No te pregunto nada de eso, declaró el patrón. Escucha, tú, pequeño, tú no eres tan simple como él. En Clamart, tomaréis la carretera nacional hasta el gran puente sobre el cual pasa el ferrocarril. ¿Sabes?

—Sí, señor, sí.

—Al llegar allí, pasaréis por debajo del puente, luego subiréis la cuesta en derechura delante de vosotros, y después de haber pasado por encima de la vía, preguntaréis por el «Petit Drapeau;» es un ventorrillo; todo el mundo lo conoce.

—¿Un ventorrillo? ¡Bien va!, exclamó Miguel.

—¡Ah! ¡Eso te hace abrir los oídos, bebedor insaciable!, dijo Pietro. Allí encontraréis al amo, que es amigo mío, añadió el fumista. Le diréis que vais de mi parte. Tiene una chimenea que necesita deshollinar, y le prometí hacerlo á conciencia. ¿Entendido, eh? ¿Te acordarás bien, tú, muchacho?

—¡Oh sí, señor!, contestó el niño.

—¡Pues andad!

Miguel y el aprendiz salieron, y no tardaron en subir á la imperial del tranvía de Clamart.

El mes de febrero tocaba á su fin; pero el día se anunciaba hermoso, y á pesar de un cierzo todavía algo vivo, el frío no era intenso, pues ya el sol, más alto en el horizonte, despedía rayos menos oblicuos.

—¡Caramba!, dijo Miguel sentándose, ¡sopla un cefirillo que no tiene nada de caliente!. El patrón hubiera podido pagarnos asientos del interior.

—¡Bah!, contestó el niño, se está mejor aquí que abajo; son una porción de gente que le miran á uno de reojo cuando no lleva gabán con cuello de terciopelo.

—La verdad es que quizá tengas razón, aprobó Miguel, y aquí al menos puede uno fumar su pipa tranquilamente.

Hablando, el obrero había sacado su petaca de goma, cargado su pipa, y después de varias tentativas infructuosas para encender un fósforo, acabó por sacar triunfalmente de su pipa una magistral bocanada de humo.

Pablo sacó del bolsillo un periódico algo ennegrecido, y luchando contra el cierzo que se obstinaba en volverle la hoja, se abismó en una atenta lectura, abandonando al compañero á sus reflexiones.

—¿Qué hay de nuevo, muchacho?, preguntó al cabo de un rato el gran Miguel, que no era ningún pensador y experimentaba la necesidad de conversar un poco para romper la monotonía del trayecto.

—¡Oh! No es un periódico de hoy, contestó Pablo reanudando su lectura.

—¿Pero te interesa así lo mismo?, insistió el obrero.

—Sí, declaró lacónicamente el niño.

Miguel no insistió, y cargó por segunda vez su pipa.

El rostro de Pablo Galoux se contrajo de pronto, asomaron dos lágrimas á sus ojos, los enjugó á hurtadillas, y estrujando el periódico con un movimiento en que había algo de cólera, lo tiró á la carretera.

—¡Ladrón!, ¡canalla!, murmuró el niño, que, á partir de aquel momento, pareció absorto en los más tristes pensamientos y sólo contestó con monosílabos á las tentativas de conversación de su compañero.

El aprendiz acababa de leer la reseña del robo cometido por «Edmundo» de Favreuse, y su pensamiento había volado hacia Juana Laroche, hacia la que, para Pablo, lo mismo que para Rosita Landry, había continuado siendo «la buena señorita.»

Pensaba en el inmenso dolor que había debido experimentar su infeliz protectora. ¿Por qué la desgracia había de alcanzar á seres tan buenos?.. El niño recordaba el dulce rostro de Juana y la amable sonrisa con que los acogía antes á su amiguita y á él. ¡Cómo debían llorar ahora aquellos grandes ojos tan dulces! Del corazón del huérfano se alzaba una maldición contra el hombre nefasto que había quebrantado la vida de su protectora, contra el miserable cuyo crimen había causado la muerte del padre de Rosita.

Hacía ya tiempo que el tranvía había pasado las fortificaciones y sorprendió á Pablo el oir de pronto al conductor que gritaba:

—¡Eh, vosotros!, ¿queréis dormir ahí arriba?

—¿Hemos llegado ya?, preguntó Miguel.

—Parece que sí, contestó el pequeño deshollinador.

Bajaron rápidamente y encontraron en seguida el establecimiento en que tenían que trabajar y en que los esperaban.

Tratábase de limpiar algunas tuberías obstruídas, y los dos operarios pusieron en seguida manos á la obra.

A las doce habían concluído, pero la directora de la escuela quiso aprovechar la presencia de los fumistas para hacer arreglar su coladuría, y les convidó á comer en cambio de aquel ligero trabajo suplementario.

Miguel aceptó con entusiasmo.

—Magnífico, dijo al aprendiz; es mejor que ir al figón, y una economía además.

A las dos se pusieron en camino para Meudon.

Hasta el viaducto, todo fué bien; no había medio de equivocarse. Pero cuando hubieron pasado el «gran puente,» como le llamaba su patrón, entablóse una discusión entre los dos fumistas.

Miguel, algo picado, en el fondo, de que la dirección hubiese sido confiada al aprendiz, quería á toda costa oblicuar á la derecha.

—¡Pero ¡cuando yo digo que es enfrente, en línea recta!.., protestó Pablo.

—¡Enfrente!, replicó Miguel con una sonrisa burlona. ¿No ves que no hay casas?

—No importa; sigamos en derechura, como dijo el amo, y ya encontraremos casas.

Miguel, que hacía simplemente oposición sistemática, fingió ceder, y pronto llegaron al segundo puente echado sobre la zanja del ferrocarril, que el fumista les había indicado.

El pequeño deshollinador se acercó á un peón caminero que rastrillaba el barro.

—Usted dispense, le preguntó; ¿conoce usted el «Petit Drapeau?»

—Sí, ¿no lo he de conocer?, contestó el hombre; pero el «Petit Drapeau» está cerrado; no hay nadie.

—No importa, replicó el niño; díganos asimismo dónde se encuentra.

—¡Oh, no tiene pérdida!, explicó el peón; van ustedes á andar doscientos metros más, é inmediatamente después de esta cuesta, verán el establecimiento; es fácil de reconocer; no hay otra casa en el camino.

Los dos deshollinadores dieron las gracias al caminero y continuaron su marcha.

—¡Ah, ahí debe ser!, exclamó Pablo de pronto. ¿Ve usted .., á la derecha..., esa casa?..

En efecto, al borde del camino se alzaba una especie de ventorrillo rústico, precedido de una doble hilera de glorietas groseramente hechas con tablas que acusaban los orígenes más diversos.

Pero ya no había error posible, pues sobre la entrada se veía una muestra en la cual una mano falta de experiencia había trazado estas palabras: «Au Petit Drapeau.»

Al ver á los dos deshollinadores, un hombre que vestía una almilla de punto de lana y componía á grandes martillazos una puerta desvencijada, exclamó:

—¡Ah!.. ¡Adelante!.. Venís de parte de mi amigo Pietro, ¿verdad?

—En efecto, contestó Miguel.

—Pues llegáis á punto, porque iba á volverme, dijo el dueño del «Petit Drapeau.» Pietro me envió una tarjeta postal diciéndome que vendríais hoy; pero al ver que no veníais, pensé que había habido algún impedimento.

Miguel explicó entonces que habían sido retenidos en la escuela de Clamart más tiempo del que el patrón había creído.

—En fin, no importa; la cuestión es que habéis venido.

Los tres penetraron en la casa.

El pintoresco ventorrillo denominado el «Petit Drapeau» sólo estaba abierto en verano, y su clientela se componía casi exclusivamente de parejas amorosas que iban de paseo, y á veces de algunas familias que venían á comer en las glorietas las provisiones traídas de París y remojadas con el peleón de la casa.

Durante el invierno, el tabernero vivía en Clamart y había venido expresamente para esperar á los fumistas.

—Vamos á beber un trago antes de empezar, propuso el tabernero. Vuestro oficio da mucha sed, ¿eh?

—No es cosa de despreciar, patrón, aceptó Miguel; un enjuague de vez en cuando arrastra el hollín.

—¡Oh! La operación no será larga, anunció el tabernero destapando una botella de vino blanco; no hay más que una chimenea, y como veis, la casa no es alta.

—Entonces, ¡á vuestra salud!, dijo Miguel haciendo chocar su vaso con el del ventero.

Y después de haber hecho chasquear la lengua en prueba de satisfacción y de haberse secado los labios con el dorso de la mano, dijo á su ayudante:

—Vamos, Pablito.

El muchacho desató la *araña,* que entregó á su compañero, con el escobillón y la raqueta, y con el paquete de cuerdas á cuestas, siguió al amo del ventorrillo, que le enseñaba el camino, llevando una escalera.

En un momento se hubo encaramado sobre el tejado.

—Cuidado, muchacho, recomendó el ventero; las tejas son resbaladizas en este tiempo; no te vayas á caer.

—¡Oh, pierda usted cuidado!, contestó el niño; no soy nuevo en el oficio.

El sobrino de Bourasse desenrolló entonces sus cuerdas ennegrecidas, introdujo la pesa de hierro colado en la chimenea, y asomándose luego á la abertura, como sobre un gigantesco portavoz, gritó á su compañero:

—¡Ohé! ¡Ho!

Miguel contestó en seguida con el mismo grito.

La voz tartajosa del obrero llegó hasta el muchacho tan extraña, tan cómica, que no pudo contener una carcajada al dejar bajar la cuerda, á cuyo extremo ató Miguel la araña.

Establecióse el vaivén, y al cabo de un cuarto de hora la operación estaba terminada.

—Diga usted, señor, hizo observar el aprendiz al juntarse con los dos hombres, que ya estaban sentados ante otra botella; debe usted tener goteras en el desván. Hay tejas rotas al lado de la chimenea.

—Sí que las hay, contestó el patrón; he pedido ya los albañiles para que vengan á reemplazar las tejas de que hablas. Pero en esta estación no hay manera de hacerlos venir hasta aquí por tan poca cosa. Si quisierais, añadió, podríais arreglarme eso vosotros. Es cosa de poco tiempo; tengo aquí todo lo necesario: tejas nuevas y medio saco de yeso...

—Sí, sí, dijo Miguel; el muchacho se lo va á arreglar, ¿verdad, Pablito?.. Es ágil como un mono este chico.

—Corriente, dijo el ventero; voy á buscar todo lo necesario.

—Yo tengo que largarme, dijo Miguel luego que el tabernero hubo salido. Deben ser cerca de las cuatro y prometí estar en mi casa á las cinco, porque esta noche debo salir con mi mujer. Bien que pronto habrás concluído.

—Sí, sí, contestó Pablo; es cuestión de un momento.

—Entonces, repuso Miguel, volverás solo... Supongo que no te perderás.

—No hay cuidado, afirmó el niño sonriendo.

El ventero volvió trayendo algunas tejas y yeso.

—Aquí tienes esto, dijo; habrá una propinita para ti.

—¡Oh, no vale la pena!, dijo el aprendiz empleando una fórmula habitual que no constituye precisamente un desprecio formal.

Miguel partió, después de haber bebido otro vaso de vino blanco y estrechado la mano al patrón.

En seguida Pablo Galoux, después de haber desleído el yeso en un balde, volvió á subir al tejado, donde el tabernero puso á su alcance las tejas nuevas, y silboteando retiró las tejas rotas y se puso á cubrir de yeso el espacio descubierto, donde clavó las demás con rara habilidad.

De pronto, mientras trabajaba, le pareció oir cerca de él como una queja parecida á los vagidos de una criatura.

El muchacho, sorprendido, miró en torno suyo sin poder adivinar de pronto de dónde procedían aquellos débiles gritos.

La campiña estaba absolutamente desierta. No había nadie en el camino ni en los campos inmediatos.

(Se continuará.)

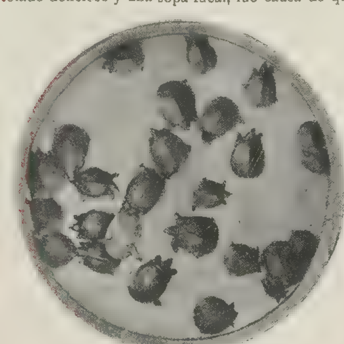
CRIADEROS DE TORTUGAS, POR H. J. SHEPSTONE

En la actualidad, la crianza en grande escala de tortugas se lleva á cabo en el Japón y en América; pueden también considerarse como criaderos las grandes extensiones de costa, en las Antillas, cercadas por empalizadas, donde se las encierra hasta que las demandan las necesidades del mercado de Londres.

Los japoneses, americanos é ingleses prefieren respectivamente distintas especies de tortugas. Los primeros se dedican á la propagación de la grande y voraz, los segundos á la de la llamada émido, al paso que la sopa, tan apreciada por los ricos y buscada por los enfermos, en Inglaterra se hace con la tortuga verde, procedente de las Antillas.

El émido es un animal pequeño, que en un tiempo se encontraba en abundancia en las poco profundas bahías y en los pantanos salobres que se extienden por toda la costa del Atlántico, desde Massachusetts hasta Tejas. El haberse comprobado que su carne proporciona un estofado delicioso y una sopa ideal, fué causa de que se le haya perseguido con tanto encarnizamiento, que hoy en día es muy escaso; tanto es así, que hace pocos años se podía conseguir una de esas tortugas de siete pulgadas de largo por unos cuantos centavos; ahora no se adquiere una de ese tamaño por un billete de cinco libras esterlinas; su escasez y la gran demanda que de ellas hacen hoteles y restaurantes han motivado que no pocos emprendedores industriales hayan establecido criaderos, de donde en gran número salen para el mercado.


Vista general del criadero de tortugas de Mr. Hattori, cerca de Tokío


Grupo de tortugas recién nacidas

Como el émido es una tortuga pequeña, completamente inofensiva y que sólo necesita un pequeño estanque de agua salada en que habitar, su crianza no ofrece nada de particular. Dichos criaderos consisten únicamente en cierto número de estanques en que se las va colocando separadamente, según su edad y tamaño. Como se crían sin dificultad y no es necesario que pase mucho tiempo para que estén en condiciones de ir á parar á manos del cocinero, este negocio resulta bastante productivo.

De mayor importancia son los criaderos de tortugas grandes, llamadas voraces y mordedoras, que posee Mr. Hattori en los suburbios de Tokío, la capital de Japón. Los japoneses dicen con orgullo que son los únicos que en el mundo existen, pero ya hemos visto que eso no es rigurosamente cierto. Se fundaron hace ya algunos años é indudablemente han tenido un gran éxito. Por término medio Mr. Hattori proporciona más de 16.000 tortugas al año á los hoteles y restaurants del Japón, embarcando además otras 5.000 para China. Consiste el criadero en cierto número de estanques rectangulares, grandes y pequeños; los primeros tienen un área de 15 á 20.000 pies cuadrados.

Uno ó varios estanques están siempre reservados á los padres, según les llaman á las tortugas escogidas entre las de mayor tamaño; un empleado los visita dos veces al día para ver si hay nuevas puestas de huevos; si las hay, las cubre con una especie de cesta de alambre, en la que se inscribe la fecha. El hacerlo así tiene dos objetos: señalar el sitio en que están, é impedir que otras hembras vengan á poner al mismo lugar.

Los pequeños tardan sesenta días en salir del cascarón. Este período, sin embargo, se acorta ó se alarga según sea el verano caluroso y el sol brille sin cesar día tras día, ó llueva mucho y no sea grande el calor. Como las tortugas ponen sesenta huevos en cada nido, en dos puestas, se comprende que cada año aumente en muchos miles la población, pero por lo menos se necesitan cinco para que estén bastante grandes para el consumo.

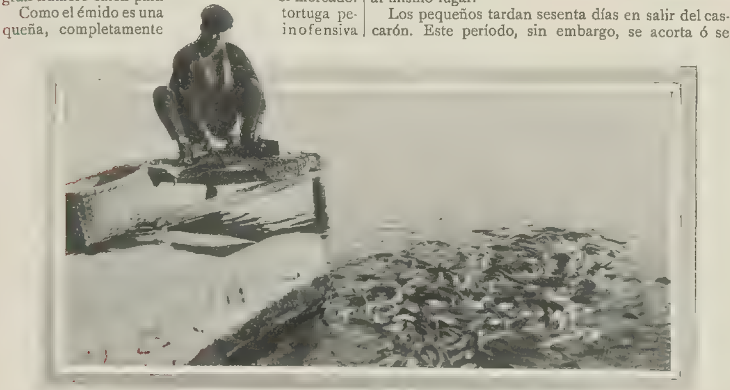
Era de suponer, teniendo en cuenta el gran número de huevos que las tortugas ponen, que éstas abundaran mucho; pero pocos animales hay que tengan tantos enemigos. Nada más hace la madre que depositar los huevos en la arena de algún islote y dejar que el sol los incube. Antes de que esto suceda, muchos son devorados por aves y ratas; muy pocos de los que nacen sobreviven mucho tiempo. En cuanto la tortuga sale del cascarón, busca el agua, pero en ella los cangrejos y varias clases de peces están en acecho para acabar con ellas.


Preparación de la comida para las tortugas jóvenes

Las que nacen en los criaderos de que estamos hablando, son en seguida colocadas separadamente en uno ó varios estanques y se les da la carne muy picada de una especie de sardina; á las mayores se las alimenta principalmente con anguilas vivas. Esta alimentación se continúa hasta fines de septiembre; en octubre, la tortuga mordedora deja de comer, y por último, se entierra en el fondo fangoso del estanque para invernar, no saliendo de allí hasta abril ó mayo.

Este animal es de aviesos instintos, muerde cuanto halla á su alcance; de ahí le viene el nombre de mordedora. Está siempre dispuesto á combatir, y como tiene unas mandíbulas muy fuertes y, lo mismo que el bulldog, nunca sabe cuando soltar su presa, es un reptil con el que hay que andar con mucho cuidado. Los dependientes de Mr. Hattori refieren muchos casos curiosos de su voracidad; varios de ellos, al tratar de trasladar las grandes de un estanque á otro, han sufrido mordeduras y hasta pérdidas de dedos.

Los gastrónomos japoneses prefieren las tortugas que no pasen de cinco años; en esa época pesan de sesenta á ochenta libras. Las que están destinadas á la mesa se conservan en estanques aparte, de donde


Alimentación de las anguilas que han de servir de alimento á las tortugas mayores

las sacan cuando las necesitan por medio de redes ó cogiéndolas por el rabo; las colocan luego en cajas de lata con respiraderos y las remiten por ferrocarril á su destino.

La tortuga que se consume en Inglaterra es la verde de las Antillas, que importa Mr. Bellis, quien asegura que es la mejor de todas las comestibles. Trae unas 3.000 al año. Llegan por partidas de ciento ó más cada quince días por los vapores de la Mala Real, de Kingston, y las cogen en los arrecifes de coral situados al Norte de la isla de Jamaica. De doce á quince goletas pequeñas se emplean en esa industria, con más de ciento veinte tripulantes.

Los pescadores tienden, de roca á roca, redes de guita; en cuanto la tortuga se ve aprisionada en ellas, se agarra tenazmente á las mallas, y así la sacan fácilmente á la superficie del mar. Las goletas á su debido tiempo regresan á Kingston llevando de ochenta á ciento cincuenta cada una, las que en seguida quedan encerradas dentro de unas empalizadas donde penetra el mar con la marea. Allí se alimentan de cierta hierba llamada hierba de tortuga, y de allí se las saca cuando se quiere. Traer esos animales á través del Atlántico es misión delicada; con frecuencia perecen en el camino de cada cien sesenta, á pesar de tomarse toda clase de precauciones, tales como rociarlas diariamente con agua salada á bordo de los vapores y poner caloríferos en los vagones del ferrocarril de Southampton á Londres. Mr. Bellis ha llegado á perder hasta ochenta y ocho de un cargamento de cien.

Esa poca resistencia á las molestias del viaje es uno de los rasgos característicos de la tortuga. Si se la quiere transportar viva, se puede apostar ciento contra uno á que morirá de frío; pero si llega viva, lo difícil entonces es matarla. Su vitalidad, después de decapitada, parece increíble. Mr. Bellis envió una vez á un hotel de Newcastle una muy grande. El cocinero le cortó la cabeza y colgó el cuerpo para que se desangrara; veinticuatro horas después, la tortuga tiró un hombre al suelo de un aletazo. La tortuga verde no es un animal peligroso de manejar como su hermana la mordedora del Japón, pero tiene unas aletas muy poderosas, que de un golpe rompen fácilmente el brazo de una persona.



Un cargamento de tortugas desembarcado en Londres

Mr. Frank J. Bullen cita un caso notable de lo tenaz que es la vitalidad de la tortuga. «En una ocasión—dice—nuestra tripulación arrancó la carne toda y las entrañas de una, dejando únicamente la cabeza y la cola pegadas á la concha. Algún tiempo había pasado desde que quedó limpio de carne el caparazón, y nadie creía que en dichas extremidades que dara soplo de vida. Un muchacho, viendo que la cabeza, que pendía hacia abajo, tenía la boca enteramente abierta, tuvo la ocurrencia de introducir dos dedos entre las córneas mandíbulas. Cerráronse éstas y nuestro compañero se quedó sin sus dos dedos; el filo de las mandíbulas se los había cercenado por completo tan sólo con la contracción muscular de que aún era susceptible la cabeza. Entonces otro tripulante quiso cortarle la cola, también córnea; pero apenas el afilado acero la tocó por la parte de abajo, cuando se enroscó, sujetando el cuchillo con tanta fuerza, que transcurrió cerca de una hora antes de que pudieran sacar la hoja.» El señor Redi, el gran zoólogo, refiere que una vez le cortó á una tortuga la cabeza y vivió sin ella veintitrés días, y que otra, á la que extrajo el cerebro, siguió viviendo durante seis meses.

La tortuga verde no es carnívora; se alimenta de una hierba marina que crece en los bancos de coral de las Antillas. Hace años, Mr. Bellis trajo gran cantidad de ella á Londres para alimentar sus prisioneros, pero éstos no quisieron tocarla.

La tortuga verde alcanza gran tamaño, pero se ha notado que las que pasan de ciento cincuenta libras no son tan buenas al paladar, pues la carne se pone más correosa á medida que aumenta el animal en peso.

La concha de esta especie de tortugas no tiene valor; no así la del carei, cuyo caparazón puede valer hasta ocho libras esterlinas; pero su carne, en cambio, no sirve para la mesa.

Es un hecho sabido que la tortuga tarda mucho en crecer y llega á una edad muy avanzada; pero, cosa curiosa, ni Mr. Hattori ni Mr. Bellis pueden decir con certeza cuántos años vive una tortuga mordedora ó una verde.

El primero tiene gran número de tortugas que se sabe están entre los treinta á los cincuenta años de edad, y algunas de las que llegan á Londres se cree que tienen de doce á quince.



París.—La Confederación General del Trabajo reunida en la Bolsa del Trabajo tratando de la huelga para el 1.° de mayo
(De fotografía de M. Branger.)

La Confederación General del Trabajo es una verdadera potencia en París; á que lo sea ha contribuído la buena organización que han sabido darle sus directores, pero también ha contribuído, y no poco, á ello la pasividad y á veces hasta la complacencia con que el gobierno francés presencia los manejos revolucionarios de los Niel, Pataud, Bousquet y otros agitadores á quienes obedece ciegamente una gran masa de obreros.

Los mencionados ciudadanos son los árbitros de la vida activa de Francia, sobre todo de París, y unas veces dejan á obscuras la capital, otras suspenden el servicio de correos y telégrafos, ocasionando á la nación pérdidas que pueden calcularse en centenares de millones, y en algunos casos promueven actos de violencia que llevan el problema social á un terreno en el que difícilmente ha de encontrar una solución favorable.

Recientemente la Confederación, reunida en la Bolsa del Trabajo de París, ha votado la huelga general en toda Francia para el 1.º de mayo. Es de suponer que muchos serán, como siempre, los que no obedecerán esta orden; pero de todos modos, las numerosas fuerzas con que tal entidad cuenta abandonarán aquel día sus faenas y ello determinará una paralización grande de la actividad en muchos de sus órdenes.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 10 de mayo de 1909 — Núm. 1.428

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1909



LAS CORONAS, cuadro de Alfredo Agache



REVISTA HISPANO-AMERICANA

República argentina: prosperidad económica: situación financiera. – *Ecuador:* malestar económico y sus causas. – *Colombia:* los tratados con los Estados Unidos y con Panamá; derechos y beneficios que obtiene Colombia: las minas de esmeraldas: tentativas revolucionarias: la cuestión de los canales interoceánicos. – *Venezuela:* la coalición yanqui-europea contra el general Castro. – *México:* el último informe presidencial: la reelección del general Díaz.

Muy próspera continúa siendo la situación económica de la República Argentina. La Cámara Mercantil de Buenos Aires, refiriéndose al desarrollo de la producción agrícola, hace constar que el año 1908 ha sido uno de los mejores, no sólo por las magníficas cosechas levantadas, sino por los excepcionales precios obtenidos. La cosecha de trigo fué colosal; pasó de 5.000.000 de toneladas. El comercio exterior alcanzó proporciones extraordinarias; se exportó por valor de 350.000.000 de pesos oro. Fecunda ha sido también la labor en cuanto al desarrollo de las industrias. Entre otras, los ingenios ó fábricas azucareras han aumentado considerablemente la elaboración, y se cree que durante el año 1909 no será necesario importar azúcar del extranjero.

El incremento de la producción y del comercio se refleja en la actividad ferroviaria. Los datos estadísticos del año acusan 32 millones de toneladas y 49 millones de viajeros transportados; á 40.000.000 de pesos oro ascienden las ganancias realizadas por todas las empresas de ferrocarriles. Aspira la República á perfeccionar y aumentar su red de comunicaciones terrestres, y este es uno de los fines que se persiguen mediante la Exposición internacional de ferrocarriles que, con motivo del Centenario de la Independencia, se ha de celebrar en Buenos Aires en 1910.

También la inmigración, que tan capital importancia tiene para el progreso de estas Repúblicas americanas, llega ahora á cifras muy altas; en 1908 entraron en la Argentina 250.000 inmigrantes, es decir, más que en ninguno de los años anteriores.

Menos satisfactorios son el balance del año y la situación actual desde el punto de vista financiero. Las anormalidades políticas siempre dañan, y la clausura violenta del Congreso y consiguiente falta de presupuesto legalmente sancionado, ocasionaron cierta irregularidad y desequilibrio en la Hacienda argentina. Se han emitido fuertes sumas de deuda flotante para obras públicas, los gastos generales se elevan con exceso, no hay la solidez propia de un buen régimen financiero y aviva temores y desconfianzas la famosa ley de armamentos terrestres y navales, que imponen al pueblo la enorme contribución de 160.000.000 de pesos, que hay que pagar en un período de seis años.

* * *

Tiempo hace ya que en sus mensajes á la Asamblea el presidente de la República del Ecuador declara la imperiosa necesidad de reforzar las rentas públicas y cubrir nuevas y urgentes atenciones del Estado, ya por medio de impuestos, ya con empréstitos en los mercados extranjeros, y en todo caso centralizando los servicios de Hacienda, de modo que buena parte de lo que recaudan para sí las provincias pase á la administración central. Se calcula que el presupuesto vigente habrá de liquidarse con un déficit de dos millones de sucres, ó sea 5.000.000 de pesetas.

Son causas del malestar económico la peste, que durante meses afligió á las principales poblaciones de la provincia de Guayas, la intranquilidad política mantenida por la intransigencia ó las ambiciones personales de los partidos y sus jefes, y también la circunstancia de haber dejado de ser el Ecuador el primer país productor de cacao; le superan ya el Brasil y Santo Tomé, y compiten con él Venezuela y algunas de las Antillas. Los precios bajan, y por consiguiente tiene que disminuir la riqueza de un pueblo en el que casi los dos tercios de la total exportación consiste en cacao.

* * *

Ya es conocido el texto oficial y completo de los tratados que en 9 de enero último subscribió la República de Colombia con las de los Estados Unidos del Norte y de Panamá.

Según el pacto convenido entre Colombia y los Estados Unidos, aquélla tendrá libertad de transportar en todo tiempo por el canal que los Estados Unidos construyen á través del istmo de Panamá tropas y material y buques de guerra, sin pagar derecho alguno, aun en el caso de guerra internacional entre Colombia y otro país. Los productos del suelo y de la industria de Colombia podrán entrar en la zona del canal sin más derechos que los que se paguen sobre productos semejantes de los Estados Unidos. Nada de esto, sin embargo, podrá tener aplicación en caso de guerra entre Colombia y Panamá.

Los Estados Unidos reconocen el traspaso que hace la República de Panamá á la de Colombia del derecho á recibir de aquéllos la suma de 250.000 pesos oro americano en cada año desde 1908 hasta 1917, ambos inclusive. Este traspaso consta en el tratado suscrito por Colombia y Panamá, por el cual también aquélla reconoce la independencia de ésta, y se exonera á la República de Panamá de toda obligación de pagar parte alguna de las deudas interna y externa de la República de Colombia. Panamá reconoce y declara que no tiene título ó propiedad alguna sobre las cincuenta mil acciones del capital de la Compañía nueva del canal de Panamá, que aparecen á nombre de la República de Colombia en los libros de dicha Compañía en París. En otro artículo se fija la línea divisoria ó frontera entre ambas Repúblicas.

El elemento oficial de Colombia y los adictos al actual gobierno han acogido con gran entusiasmo estos tratados, que consideran más ventajosos que el tratado Herran Hay, porque éste sometía á los colombianos á constantes humillaciones por el dominio de un poderoso país extranjero dentro del territorio—humillaciones que ahora toca sufrir á los panameños,—y les obligaba á hacer la policía del canal y á garantizar la conservación del orden en él, sin que tuvieran los medios de cumplir este compromiso.

Ahora, dicen, queda á salvo el honor de Colombia, adquiere ésta derecho á perpetuidad para usar del canal y se le reconocen 2.500.000 pesos oro, que significan la participación de Panamá en la deuda exterior colombiana. La cuantía fijada tiene para Colombia secundario interés ante el resultado moral obtenido, ó sea el de conseguir que se reconociera la obligación de contribuir al pago de deudas que, como era natural, gravaban también al territorio separado, deudas que Colombia había reconocido y estaba pagando cumplidamente de acuerdo con los pactos celebrados y las leyes vigentes.

También se muestran muy satisfechos los colombianos por el convenio ó contrato pactado con una Compañía inglesa sobre explotación de las minas de esmeraldas de Muzo, con lo que quedan asegurados los recursos para la conversión del papel moneda y la consecución de fuertes capitales en oro que cambien la situación económica del país. La Compañía se ha comprometido á responder durante veinte años de una venta anual mínima de 1.250.000 pesos oro. Con esta renta fija asegurada, el gobierno puede garantizar un empréstito de diez á quince millones de pesos que deberían destinarse exclusivamente á la conversión del papel moneda por oro ó por billete bancario en oro, y cambiar así en breve plazo la actual angustiosa situación económica del país por otra de abundancia y bienestar.

Los adversarios del gobierno hallaron en los tratados uno de tantos pretextos para combatirle y aun para conspirar. Se recrudeció la agitación política, y el general Reyes, que á principios de marzo había renunciado el poder, transfiriéndolo al general Holguin, presidente de la Asamblea, tuvo que reasumirlo porque, según declaraba en mensaje á dicha Asamblea dirigido, el movimiento revolucionario que se inició á fines de febrero tomaba carácter anarquista. Era preciso, pues, en cumplimiento de los más elementales deberes de gobierno, velar por el orden social amenazado y proceder con energía. Se declaró el estado de guerra, con eficacia tal, que á los dos días la tranquilidad estaba asegurada.

La crítica que en la prensa y en discursos y conferencias públicas se ha hecho de los tratados, ha venido á poner de nuevo á la orden del día la cuestión de los canales interoceánicos. Ante la Sociedad de Agricultores de Colombia, el Sr. Zúñiga ha sostenido que el canal de Panamá es obra demasiado difícil y costosa; que teniendo en cuenta lo gastado hasta la fecha desde que principiaron las obras, habrá que invertir una suma fabulosa de millones de dólares, y que el Napipi, dentro del actual territorio de Colombia, es el puerto por donde la naturaleza indicó la vía para que el comercio universal pase sus naves de uno á otro Océano.

* * *

Cipriano Castro, el presidente constitucional de Venezuela, vino á Europa para someterse á una operación quirúrgica. Entre tanto, nos contaron que allá en su país se había alzado en masa el pueblo contra él, y que el vicepresidente Gómez, en quien resignara el mando, le había hecho traición. Gómez era el verdadero presidente de Venezuela y contra Castro se habían fulminado hasta sentencias de muerte.

Operado Castro, sin perder tiempo se embarcó para regresar á su patria. Importábanle un ardite las tales sentencias y el odio popular. Con revolución ó sin ella iba á recuperar la presidencia; ya se decía que Gómez abandonaría su elevado cargo para... entregarlo á Castro y para defender á éste, si era preciso. Tan convencidos de ello estaban los mayores enemigos de Castro, es decir, los Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra, que pusieron todo su empeño en impedir que aquél pisara territorio venezolano. A viva fuerza, y actuando Francia de polizonte internacional, se le hizo volver á Europa desde el mar de las Antillas.

Resulta, pues, que una coalición yanqui europea está haciendo la revolución en Venezuela.

* * *

El día 1.° de abril abrió su segundo período de sesiones el XXIV.° Congreso de la Unión mexicana.

En el Informe que con este motivo leyó el presidente de la República se trata, en primer término, de las relaciones exteriores y se alude á la situación especial de Centroamérica, á que nos referimos en la anterior *Revista*. Consultado México por el gobierno de los Estados Unidos acerca de si estaría dispuesto á secundarlo en los medios que hayan de adoptarse para que las convenciones firmadas en Wáshington tengan fiel observancia, se respondió que el gobierno mexicano «secundaría la acción de aquél en la medida de sus posibilidades, por la obligación que para ello le impone el compromiso moral contraído conjuntamente con los Estados Unidos.»

Consérvase inalterable la tranquilidad pública en todo el país. Los indios yaquis, que en Sonora cometían depredaciones, han entrado en un período de calma. El malestar económico que se ha hecho sentir en estos últimos tiempos, presenta síntomas inequívocos de su próxima desaparición. Muchos establecimientos fabriles comienzan á aumentar su producción, los ingresos de las vías férreas acusan también mayor actividad y en todas partes ha vuelto á avivarse la iniciativa privada. La fusión de los ferrocarriles que hoy pertenecen á la Compañía Nacional es ya un hecho, no sólo en el orden jurídico y en el financiero, sino en el terreno administrativo. En este primer año de su existencia la Compañía cubrirá con sus propios elementos todas las cargas fijas y distribuirá además un dividendo en favor de sus acciones preferentes.

El general Díaz confía en que no ha de paralizarse la marcha progresiva que desde hace años viene observándose en el país. Anhela y persigue el mayor engrandecimiento posible de la patria, y está dispuesto, no obstante su avanzada edad, á continuar al frente del Poder Ejecutivo. Así lo ha declarado ante los representantes de la Convención Nacional y del Partido Porfirista que le ofrecieron la reelección por otro período de seis años. Queda, pues, resuelta la cuestión presidencial, que tanto preocupaba á los mexicanos.

R. Beltrán Rózpide.



LIMOSNA DE AMOR

Era una ciudad de noble alcurnia durmiente sobre ancha planicie á orillas del mar; la falda de un monte principiaba cuando concluían los arrabales; huertas y jardines á un lado y otro, entre el mar y el monte, la prestaban odoríferos y policromados encantos; caudaloso río ceñíala con cariño refrescando sus horas estivales; lúcido y espléndido cielo, siempre azulino, siempre tranquilo, transparente, cerníase placentero, envolviéndola enamorado, y por su influencia, un clima benéfico la oreaba cuidadoso, cándido, apacible, sereno.

Era una calle alegre, amplia, recta, cuidada; sombreábanla hermosas acacias en alcorques circulares, y atanores bien dispuestos les proporcionaban frecuente riego; adoquinado pulcro y aceras muy limpias prestábanla cómodo tránsito; casas espaciosas, elegantes, higiénicas, concluían su encanto.

Erase una mujer vecina de esta calle: habitaba un piso bajo en donde tenía establecidas varias industrias; era bordadora, modista, encajera y decoraba en ocasiones abanicos; laboriosa, humilde, hábil, logró reunir numerosa clientela prendada de estas sus ingénitas condiciones morales, pues con las físicas fuera imposible transigir, porque si bien su edad no pasaba de los veinte años, era modelo de raquitismo, fealdad y desgarbo.

Y érase, en fin, un poeta joven, instruído, rico, alegre, cultivador de todos los *sports*, perseguido por cuantas mamás tenían hijas casaderas por su desahogada posición, por todos los sablistas de la comarca por su asequibilidad y amigo de cuantos trataba por sus inmejorables condiciones; jovial, rumboso, benévolo, bien educado.

El poeta ocupaba un principal frente á la bordadora del piso bajo.

Todas las tardes ella junto á la puerta, sentada tras la cortina en verano, tras los cristales en invierno, veíale salir, saludarla muy cortés y marchar á lo largo de la calle hasta perderse allá lejos; luciendo siempre su sonrisa de hombre feliz: luego reanudaba su trabajo.

Pero algo debieran tener las miradas de la joven, por cuanto el tendero de la esquina, mancebo entrometido y curioso, una vez se fijó en ellas, y sorprendido estuvo muchas horas buscándoles significado, y luego de vacilaciones, dudas, vueltas y revueltas en su cerebro de chorlito, germinó una idea: tal mirada deleitosa, como nunca creyó él pudiese fulminar una mujer, era deseo, amor; la observó más, y... contó á las criadas sus parroquianas el enamoramiento de la bordadora.

Las criadas rieron el lance y el tendero aprovechó la risa para faltar á la fidelidad del peso en los artículos que expendiera, tomándose á la vez ciertas libertades muy relacionadas con el quinto sentido, no llevadas á mal por lo gracioso del chasco. Todas, en disculpa del retraso sufrido aquel día por el desayuno, narraron el cuento á sus amas, que indignadas unas, indiferentes otras, lo celebraron con carcajadas y chistes.

¿Para qué más? No era pasada una semana cuando la ciudad entera conocía la pasión de la mujer fea y pobre por el hombre rico y guapo.

Él y ella eran los únicos que lo ignoraban.

Pero al fin, un amigo, en el casino, refirió al galán el caso, exagerándolo entre jocosidades y chanzas de mal gusto.

Primero el poeta lo tomó á broma; pero ante la seriedad con que otros señores afirmaron por su respectivo honor la certeza del hecho, hubo de creer.

Aquella noche estuvo inquieto, nervioso. Al otro día fijóse más en la muchacha; ella, notándolo, cambió de color, y trémula, sobresaltada, tímida, hubo de mirarlo á su vez, aumentando su fealdad la emoción.

El sintió disgusto; le contrariaba, le mortificaba el amor de aquel ser tan original. No fué al casino; por campos y paseos solitarios estuvo la tarde toda, pensando en el ridículo inminente que correría si con prudencia no lo evitaba; regresó á la ciudad llevando su plan formado: era todo cuestión de cambiar de casa y no volver á pasar por aquella calle.

A poco vivía en el otro extremo de la población.

Los amigos siguieron embromándole algún tiempo; hubo de hacerles comprender con seriedad su descontento para evitarlo; pero como, sin faltar á las conveniencias, no era posible adoptar el mismo sistema con las amigas, ellas se encargaron de seguir mortificándole, satisfaciendo así sus instintos vengativos por los mariposeos de que, sin otras consecuencias, habían sido objeto por parte del poeta.

Todas sonriendo y con aparente interés le hacían saber noticias más ó menos ciertas de «la enamorada de la calle de ...,» como la pusieron por apodo.

Él llegó á odiarla.

Un día una rubita de rostro angelical y con más intención que un tribunal de oposiciones le preguntó:

—¿Sabe usted algo de su enamorada?

—No, señora (sonriendo para disimular su desagrado).

—¡Ingratón, perverso! (con iracundia fingida). ¡Fíe se usted de los hombres! Aun después de lo que pasó, la abandona.

—Pero...

—¿Que no sabe usted nada? Pues vea. Su antigua portera de usted, indignadísima por la marcha de tan buen inquilino, trató á la bordadora muy mal; le dijo que por ser ella una... no sé qué cosa (con inocencia picaresca), habíase usted mudado de casa y mil otras lindezas á cual peores; como ella calló y lloraba, fué creciendo el encono de la portera, y como todos los días se repitiese el escándalo, sirviendo de regocijo á transeuntes y vecinos, como hasta los muchachos llegaron á improvisar canciones alusivas, la otra toma el partido de cerrar el taller y marcharse... (luego indiferente); lo peor para ella será ganarse la vida...

Sin otro comentario dirigióse á una señora que complacida escuchaba, y con el mayor interés le consultó un detalle sobre tules y gasas.

El poeta quedó perplejo; no contara nunca con esta eventualidad; las últimas palabras de la rubita angelical sonaron en su oído con ritmo persistente, atormentador, molesto: «Lo peor para ella será ganarse la vida.»

Aquella noche la pasó sin dormir.

«He causado la desgracia de esa pobre criatura—se decía,—¿qué será de ella?»

Luego seguía monologando; ideas muchas, contradictorias todas, se agolpaban en su imaginación, inquietadoras, torturantes, obstinadas; su alma guerrera rebelábase contra el abuso cometido con una indefensa mujer, sin otra culpa que amarle.

«Yo—argumentaba disculpándose cobarde—no hice por fomentar su pasión..., es sensible cuanto pasa; pero ¿qué remedio?»

Rememorando ideas sobre las bondades de ella..

«Es un ángel, cierto, ¡pero es un ángel tan feo!..»

Después, al desaprobar su conducta, reprendíase por su orgullo, causa del trato dado á la infeliz víctima; luego cambiaba de opinión y con escepticismo egoísta se revolvía terco.

«Es tonto esto—terminó;—¿en calidad de qué voy á sacrificarme por nadie?»

Cansado de luchar con sus sentimientos, se durmió cuando la luz del alba principiaba á disipar sombras y dibujar contornos, sonriendo sus cárdenos matices, entre cirros largos y poéticos que juguetones asomaban por entre los aleros de los tejados para otear la vida en la tierra.

Pasó el tiempo: al disgusto sucedió la indiferencia, después vino el olvido. Así es la Humanidad; copia fiel de las evoluciones cósmicas á quienes debe la existencia: verano, emoción; otoño, sedante; invierno, muerte.

A poco nadie recordaba quién hubo de abandonar cuanto poseía por huir de ser burla y escarnio de los demás, tan sólo por un afecto de su alma joven, ansiosa de cariño, de compañía, de protección.

. . . .

Un día se supo en el casino que la bordadora, recogida en una casa de campo, agonizaba víctima de la indigencia: llevó la noticia el doctor Z, llamado para cuidarla.

Pasó una ola de frío sobre los concurrentes; muchos se fueron temerosos de una petición, algunos se ofrecieron.

—¿Para qué?, dijo el doctor; ya es todo inútil.

Decayó la conversación; las tristes palabras del médico habían contagiado á todos; reinaba un malestar muy acentuado en el salón.

Quedaron solos médico y poeta.

Éste, cogiendo á su amigo por el brazo, dijo:

—Vamos.

—Acabaremos la poca vida que le queda, replicó el otro, indeciso.

—¿No aseguras que es muerta?.. Pues muerta por muerta, que muera feliz.

Subieron á un carruaje..., llegaron..., entraron...

Era un cuarto pequeño bajo de techo, sucio; un candil de poca luz apenas alumbra una silla vieja y un catre más viejo junto á la silla. En el catre yacía un cuerpo flaco, negruzco, tapado con una manta raída, rota.

Cuando entraron se oyó un grito ahogado; acudieron: la enferma estaba desmayada. Al volver en sí estuvo llorando mucho tiempo, asida con sus manos de esqueleto á las de aquel hombre que lo era todo para ella.

—Puedo ya morir tranquila, murmuró.

Él, con voz acariciadora, dulce, como un eco delicioso jamás oído, como un murmurio de cadencia divinal, emocionado musitaba:

—No, no quiero que mueras, aún puedes ser dichosa.

Como ella, escéptica, sonriese, siguió:

—Sí, vivirás..., vivirás para ser mi amor.

Un gorgoteo largo, profundo, terrorífico, y un beso en los labios, fuerte, intenso, apasionado, sucedieron á estas palabras.

Y luego dos lágrimas, un sollozo, un suspiro...

Después..., después nada: un luto en la ciudad que hipócrita escoltó el cadáver de la mujer muerta por amor... y por culpa de todos ellos.

F. MUÑOZ DUEÑAS.

(Dibujo de A. de Riquer.)



La ráfaga, dibujo de mis Mariana H. W. Robilliard, premiado con medalla de plata en la exposición de alumnos de la Real Academia de Londres

EL INSTITUTO CARNEGIE DE WASHINGTON

Ó «UNA UNIVERSIDAD SIN ESTUDIANTES»

La *American Review of Reviews* define como «una universidad sin estudiantes» el magnífico Instituto Carnegie, hace poco tiempo fundado por el tan conocido multimillonario en la capital de los Estados Unidos. Tal definición, que á primera vista parece paradógica, no quiere decir que aquella universidad no cumpla los fines para que fué fundada; significa tan sólo que lo que principalmente caracteriza á tan importante centro docente, no es la educación, ni siquiera la superior; que la actividad de los que en ella estudian no tiene ningún objeto práctico, tal como la obtención de grados y diplomas, ni es sancionada por examen alguno.

En realidad, aquella lujosa fundación, para cuyo sostenimiento gasta el Mecenas yanqui doce millones de dólares (sesenta millones de pesetas) al año, es un laboratorio colosal de investigaciones científicas en todas las esferas, y no tiene otra significación que esta. Ciertamente que Mr. Carnegie no tuvo, al fundarla, una idea absolutamente nueva, puesto que ha tenido ilustres predecesores, como por ejemplo Francisco I, creador del Colegio de Francia; pero si en este punto los norteamericanos nada han inventado, en cambio es genuinamente suya la manera de llevar magníficamente á la práctica sus proyectos poniendo al servicio de los mismos los créditos ilimitados con que dotan á sus instituciones.

Los sabios de otros países se ven á menudo honrados por sus gobiernos con importantes misiones, pero las más de las veces se ven cohibidos en sus estudios ó en sus exploraciones por la exigüidad de las subvenciones que á su disposición se ponen. Por otra parte, el Estado que abre un crédito á un explorador, á un arqueólogo ó á un naturalista, quiere, por muy liberal que sea, que el dinero empleado en esas obras especulativas le produzca algo, que sirva, por ejemplo, para enriquecer sus museos, y esta preocupación de la utilidad ha sido, en más de un caso, un obstáculo ó cuando menos un estorbo á las investigaciones puramente científicas.

En el Instituto Carnegie no sucede nada de esto. Un comité de dirección, compuesto de sabios de autoridad indiscutible y que se halla al frente del establecimiento, examina todos los proyectos de investigaciones científicas, los planes de exploraciones en todos los ramos de la ciencia, las ideas de los inventores; en una palabra, todo aquello que es capaz de hacer avanzar los límites de los conocimientos humanos, pero que no puede ser realizado por falta de fondos suficientes.

El comité no se limita á someter todos esos proyectos á un examen profundo, sino que además se informa de los trabajos anteriores de los candidatos y, si es preciso, pone á éstos á prueba encargándoles trabajos preliminares; en una palabra, quiere enterarse bien de lo que son y de lo que pueden hacer. Pero en cuanto ha adquirido la certeza de que se trata de un talento serio y verdaderamente científico, le da entera libertad para realizar sus investigaciones del modo que mejor le parezca; y aquel hombre tendrá todo el tiempo que quiera y dispondrá de todos los fondos necesarios para no tener más preocupaciones que las del fin que persigue. Si necesita un laboratorio, el Instituto los posee en Wáshington mejor montados que ningún otro del mundo; si ha de realizar largos viajes ó permanecer, aunque sea por algunos años, en un punto del globo, sea donde sea, basta que su objeto sea serio y elevado y que ofrezca garantías de éxito para que se le faciliten, sin regateos, todos los fondos que le hagan falta.

De este modo el Instituto ha fundado en Tucsán, en el Arizona, un laboratorio de botánica para las regiones desiertas, y el doctor Mac Dayal, ex director del Jardín Botánico de Nueva York, ha ido á vivir á las soledades del Far West, á fin de estudiar en qué condiciones se adaptarían los vegetales en parajes análogos. En Cold Sping, en el Estado de Nueva York, un laboratorio de biología dirigido por el doctor Carlos B. Davenport realiza estudios sistemáticos sobre la nutrición de las plantas y de los animales. En la isla de las Tortugas, enfrente de la costa meridional de la Florida, hállase en plena actividad un laboratorio de biología marina, bajo la dirección del profesor Alfredo G. Mazet. Y en otras muchas partes efectúanse investigaciones sobre magnetismo, geofísica, astronomía, nutrición del organismo humano, etc.

La actividad del Instituto no se reduce á las ciencias naturales: la historia, la economía política, la sociología, participan también de sus liberalidades.

Además, bajo sus auspicios se publican muchas obras; así en 1907 se publicaron treinta y ocho tomos lujosamente editados, cuya publicación costó más de 65.000 dólares (325.000 pesetas) al Mecenas de Wáshington.

Bien es verdad que el dinero no lo es todo, particularmente tratándose de sabios, y que la ciencia europea no ha necesitado tantas riquezas para realizar milagros; pero cuando se piensa en los muchos grandes hombres que han muerto en la miseria, sin hablar de los millares de desconocidos que por falta de recursos se ven privados de dotar de una nueva conquista á su patria y á la humanidad, no puede uno menos de pensar con envidia en los sabios americanos.—T.

PARIS.—EL SUEÑO DORADO DE LAS ASPIRANTES AL PREMIO DE ROMA



Srta. Mathis. Srta. Levi. Srta. Rozet. Srta. Hautrive. Srta. Hofbauer Srta. Dupuy.

Desde hace algunos años, las mujeres son admitidas á tomar parte en el concurso para el premio de Roma que anualmente se celebra en París, y como para demostrar la legitimidad de esta concesión, que no fué más que una obra de justicia, cada vez es mayor el número de las aspirantes que acuden á esa noble lucha

En el concurso de este año, cuyas pruebas están efectuándose en la actualidad, presentáronse seis artistas del bello sexo, las señoritas Mathis, Hautrive y Hofbauer, discípulas del pintor Fernando Humbert, y Dupuy, Levi y Rozet, discípulas del escultor Marqueste. Todas ellas hicieron brillantemente el primer ejercicio; pero en el segundo, que es el que precede al definitivo, las tres pintoras fueron vencidas por aspirantes del sexo feo. Las escultoras no han sido aún sometidas á otra segunda prueba.

El grupo fotográfico que reproducimos y que representa á las seis aspirantes, ha sido tomado en uno de los pocos ratos de descanso que durante el concurso les concede el reglamento. En el fondo, se ve, á modo de alegoría, la Villa Médicis, el sueño dorado de los que se disputan el premio, la deliciosa mansión romana en donde los premiados pasarán siete años, los siete años más felices y más fecundos de su vida para los que profesan el culto del arte y sienten las aspiraciones de la gloria.

¿Se realizará ese sueño dorado? Ya hemos dicho que tres de las señoritas concurrentes han sido vencidas. Quedan, empero, las otras tres, y no sería difícil que alguna de ellas saliese triunfante en la prueba decisiva, como parece indicarlo el que el director de la Villa Médicis, el eminente pintor Carolus Durán, ha ordenado que se dispongan allí habitaciones apropiadas para señoritas.

De todos modos, el hecho de haberse presentado en el concurso de este año seis mujeres, que han luchado valiente y honrosamente por el codiciado premio, demuestra que el feminismo hace grandes progresos en las esferas del arte.



La Haya.—Nacimiento de la princesa heredera
El general Ermel Scherer aclamando á la princesa después de la revista efectuada con motivo del fausto acontecimiento. (De fotografía de Felipe Hutin.)

LA HAYA.—NACIMIENTO DE UNA PRINCESA

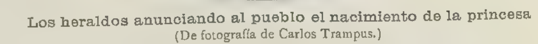
El acontecimiento tan ardientemente esperado por los holandeses se ha realizado: en la mañana del 30 de abril último la reina Guillermina dió á luz con toda felicidad una niña, á la que se han puesto los nombres de Juliana, Luisa, Emma, María y Guillermina.

Apenas conocido el fausto suceso, que se anunció con una salva de 51 cañonazos y á son de trompetas por medio de heraldos, hubo en La Haya una explosión de entusiasmo delirante de parte de todo el pueblo sin distinción de clases; todas las casas ostentaròn colgaduras; hombres y mujeres se pusieron escarapelas con los colores nacionales; los periódicos publicaron ediciones extraordinarias que se repartían gratis en las calles; todas las campanas de la ciudad fueron echadas á vuelo; la Bolsa suspendió las operaciones, y la población en masa desfiló por delante del palacio real.

Comunicada la noticia al Parlamento por el ministro del Interior, el presidente de la Cámara pronunció un sentido discurso, en el que, después de congratularse del nacimiento de la princesa, expresó la admiración y el cariño que por su soberana siente todo el país, y terminó pidiendo al Todopoderoso que cuando la nueva descendiente de la casa de Orange sea llamada al trono de sus mayores posea todas las cualidades de inteligencia y de corazón que le aseguren el amor duradero de su pueblo, cualidades que no se heredan ni siquiera entre los reyes, y que pueda cumplir los altos é importantes destinos que le serán confiados para el bien de la patria común.

Al inmenso júbilo del pueblo asocióse el ejército. En la revista que en celebración del suceso se efectuó en La Haya, el general en jefe Ermel Scherer, pronunció un entusiasta discurso, á cuyo final dió un «¡Viva la princesa de Holanda!» que todos los presentes repitieron agitando los quepis.

La alegría extraordinaria del pueblo holandés en esta ocasión se explica porque, aparte del cariño que profesa á la familia real, el nacimiento de la princesa resuelve la cuestión de la sucesión al trono de Holanda, que desde hace tanto tiempo apasionaba y preocupaba á la nación. En efecto, de haber muerto la reina Guillermina sin hijos, la corona habría pasado á un heredero alemán, eventualidad que era mirada con gran disgusto por los holandeses; ahora, en cambio, queda asegurado el trono á la dinastía nacional de Orange-Nassau.



Los heraldos anunciando al pueblo el nacimiento de la princesa
(De fotografía de Carlos Trampus.)

PARÍS. ENCARCELAMIENTO DE LA MARQUESA DE VASSELOT

Con motivo de una manifestación en honor de Juana de Arco hace poco efectuada en París, la marquesa de Vasselot fué procesada por «desorden injurioso.» La marquesa marchóse al campo, y durante su ausencia fué condenada á cinco días de cárcel; en vista de lo cual se presentó el día 1.º de este mes al tribunal para cumplir la pena, y después de recoger ella misma el mandamiento de prisión, se dirigió á la cárcel de San Lázaro, acompañada de un centenar de *Camelots du Roi* que la obsequiaron con un magnífico ramo de flores atado con una cinta tricolor. Al entrar en la puerta de la cárcel, la marquesa besó á su hijo y gritó «¡Viva el Rey!», grito que fué contestado calurosamente por la multitud.—R



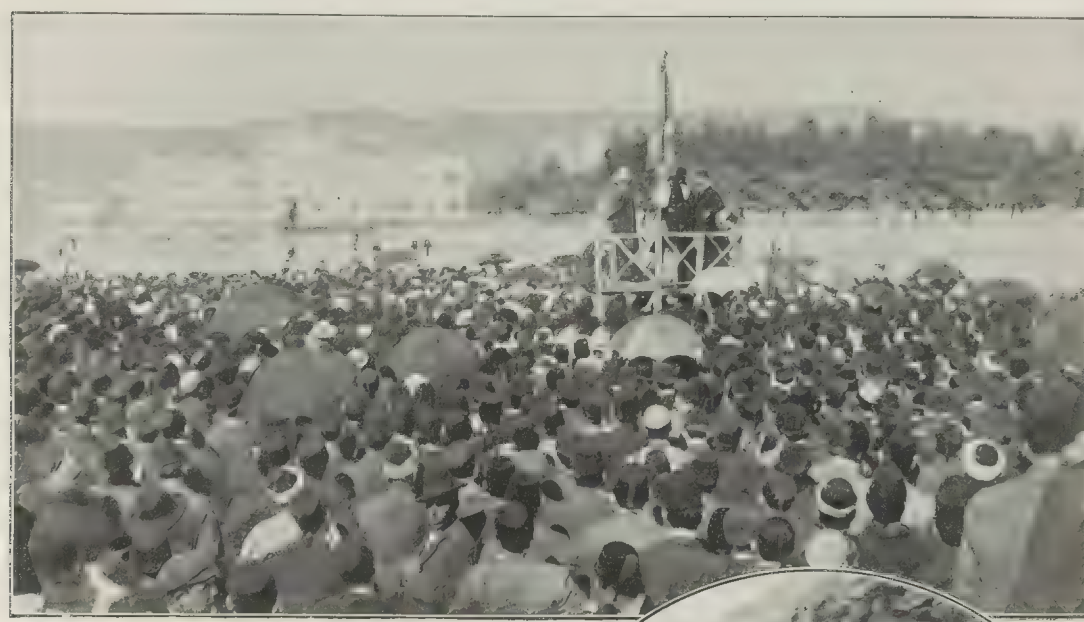
París.—Encarcelamiento de la marquesa de Vasselot, condenada á cinco días de cárcel por «desorden injurioso,» con motivo de una manifestación en honor de Juana de Arco.—La condesa saliendo del tribunal, del brazo de M. Tristán Lambert.—La multitud agolpada á la puerta de la cárcel de San Lázaro, en donde se ha constituído en prisión la marquesa. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

LA CONTRARREVOLUCIÓN EN TURQUÍA

El nuevo sultán de Turquía Mohamed V está definitivamente instalado en el trono, y el día 30 de abril último efectuó su primera salida en público para la ceremonia del Selamick, que, siguiendo la tradición de sus mayores, interrumpida por Abdul Hamid, quiso celebrar en Santa Sofía. Llevaba muy poca escolta militar y á su paso por las calles fué aclamado; el soberano parecía muy satisfecho de la acogida que el pueblo le dispensaba.

Mohamed V, en el rescripto que dirigió á raíz de su entronizamiento á Tewfik Bajá, confirma á éste en sus funciones de gran visir, á Zia Eddin-Effendi en las de jeque-ul-Islam y el nombramiento de presidente del Consejo de ministros por aquél constituído; expresa su deseo de que sus súbditos disfruten de libertad, igualdad y justicia, y de que se apliquen las disposiciones y las leyes del Cheri y las de la Constitución; manifiesta el sentimiento que le produjeron los disturbios ocurridos en ciertas regiones y la necesidad de adoptar medidas para asegurar el orden y hacer cesar toda contienda entre sus súbditos, y su voluntad de que se dicten leyes que garanticen el orden, la justicia y la hacienda, fomenten la instrucción y las obras públicas y mejoren el comercio, la industria y la agricultura; y termina deseando que se confirmen todos los tratados firmados con las potencias amigas y que su gobierno sea respetado.

El gobierno procede severamente contra los fautores de la reciente revolución, muchos de los cuales han sido condenados á muerte por los consejos de guerra, en juicios sumarísimos, é inmediatamente ejecutados.



Salónica.—Gran meeting de protesta celebrado en el Campo de Marte cuando se tuvo noticia de la revolución reaccionaria que había estallado en Constantinopla. Un sacerdote musulmán arenga á la multitud desde una tribuna.



Constantinopla.—Grupo de oficiales del ejército libertador macedónico, en las alturas que dominan el cuartel de Tache-Kichla esperando la orden de bombardearlo. (De fotografías de Carlos Trampus.)



Constantinopla.—El cuartel de Tacbe-Kichla, cuyas fuerzas se resistieron al ejército libertador macedónico, obligando á éste á bombardearlo. Vista del cuartel después del bombardeo
(De fotografía de Ricardo Fiorilli, de Milán.)

En el entretanto, el sultán destituído se ha instalado en la *villa* Allantini de Salónica. Seguro ya de que su vida será respetada, cosa que en los primeros días le parecía cuando menos incierta y era para él objeto de grande y constante preocupación, muéstrase resignado con su suerte, á pesar de que su situación es poco menos que la de un prisionero de Estado, pues su residencia está vigilada, interior y exteriormente, por numerosos centinelas, y de que anda tan escaso de recursos que el jefe de la guarnición tuvo que prestarle de momento mil libras turcas para atender á sus necesidades.

En el palacio de Yildiz-Kiosk han sido encontradas grandes riquezas en dinero y en joyas que allí tenía guardadas Abdul Hamid y que han sido confiscadas en beneficio del Tesoro.

La información abierta por el nuevo gobierno ha puesto en evidencia las innumerables depredaciones cometidas por el ex sultán y los horribles crímenes por orden suya perpetrados. Recientemente se han descubierto, según parece, documentos que prueban que para el día 24 de abril último habíase dispuesto en Constantinopla una matanza general de cristianos y de jóvenes turcos; el complot fué denunciado por el prefecto de la ciudad al generalísimo del ejército libertador macedonio, y esa denuncia motivó la entrada inmediata de éste en la capital. — S.



La Educación, pintura decorativa encargada por el Estado, obra de A. Rixens



En el Bar, cuadro de Juan Beraud

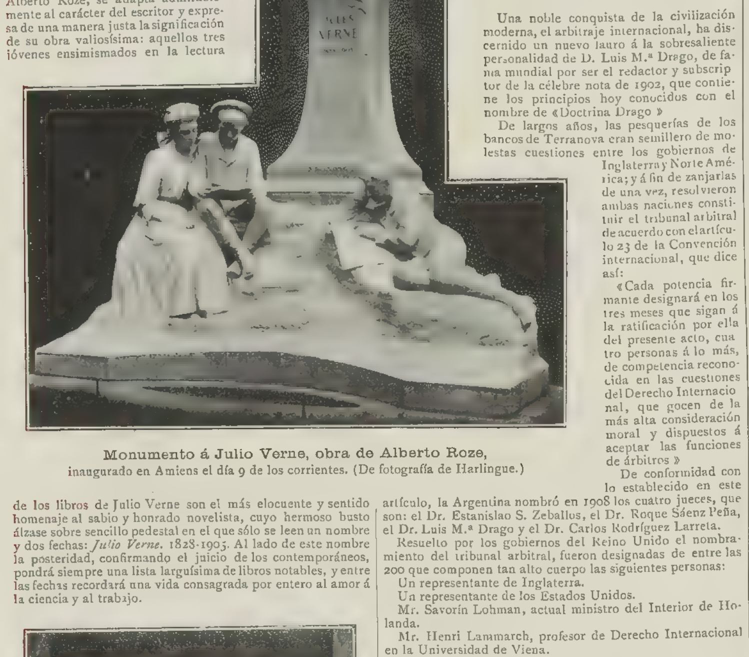


CARMEN, cuadro de Juan Sala

MONUMENTO A JULIO VERNE

El día 9 de los corrientes se habrá inaugurado en Amiens el monumento al popular escritor que adjunto reproducimos. Pocos literatos son más dignos que él de que su memoria sea perpetuada y honrada por las generaciones futuras: Julio Verne ha sido indudablemente el autor que ha contado con un público más numeroso, más constante y más entusiasta, y sus novelas, en su doble carácter de dramáticas y científicas, han interesado profundamente á millones de lectores de todas las partes del mundo y han despertado en muchos de ellos aficiones que han redundado en beneficio positivo de la ciencia, pudiendo decirse que nadie ha sabido realizar mejor que él el sabio y conocido precepto horaciano.

El monumento, obra del escultor Alberto Roze, se adapta admirablemente al carácter del escritor y expresa de una manera justa la significación de su obra valiosísima: aquellos tres jóvenes ensimismados en la lectura de los libros de Julio Verne son el más elocuente y sentido homenaje al sabio y honrado novelista, cuyo hermoso busto álzase sobre sencillo pedestal en el que sólo se leen un nombre y dos fechas: *Julio Verne*. 1828-1905. Al lado de este nombre la posteridad, confirmando el juicio de los contemporáneos, pondrá siempre una lista larguísima de libros notables, y entre las fechas recordará una vida consagrada por entero al amor á la ciencia y al trabajo.



Monumento á Julio Verne, obra de Alberto Roze,
inaugurado en Amiens el día 9 de los corrientes. (De fotografía de Harlingue.)



La Madonna de Juan Bellini
que recientemente ha sido robada de la iglesia de Santa María dell'Orto de Venecia y cuyo valor se estima en 500 000 liras
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

LA «MADONNA» DE JUAN BELLINI

Este famoso cuadro que, hace poco, fué robado de la iglesia de San Cristóbal ó de la Madonna dell'Orto de Venecia, pertenece á aquel período en el cual Juan Bellini, aspirando á una mayor delicadeza, conserva todavía en el dibujo recuerdos de la escuela de Mantegna, si bien las carnes son ya mórbidas y los ropajes tienen ya sus naturales pliegues. El tipo de la Virgen hace presentir lo que serán las Madonnas de su célebre autor cuando haya llegado á la cumbre de su arte; y el Niño aparece libre en sus movimientos. El conjunto de la pintura produce una dulce impresión hierática, á la que contribuye la riqueza del tapiz que le sirve de fondo.

Las pesquisas ordenadas por el prefecto de Venecia y por la Dirección general de Bellas Artes para descubrir á los ladrones no han dado por ahora ningún resultado.

El cuadro mide 79 centímetros de alto por 55 de ancho y su valor se estima en 500 000 liras.

DR. LUIS MARÍA DRAGO

Una noble conquista de la civilización moderna, el arbitraje internacional, ha discernido un nuevo lauro á la sobresaliente personalidad de D. Luis M.ª Drago, de fama mundial por ser el redactor y subscriptor de la célebre nota de 1902, que contiene los principios hoy conocidos con el nombre de «Doctrina Drago.»

De largos años, las pesquerías de los bancos de Terranova eran semillero de molestas cuestiones entre los gobiernos de Inglaterra y Norte América; y á fin de zanjarlas de una vez, resolvieron ambas naciones constituir el tribunal arbitral de acuerdo con el artículo 23 de la Convención internacional, que dice así:

«Cada potencia firmante designará en los tres meses que sigan á la ratificación por ella del presente acto, cuatro personas á lo más, de competencia reconocida en las cuestiones del Derecho Internacional, que gocen de la más alta consideración moral y dispuestos á aceptar las funciones de árbitros.»

De conformidad con lo establecido en este artículo, la Argentina nombró en 1908 los cuatro jueces, que son: el Dr. Estanislao S. Zeballos, el Dr. Roque Sáenz Peña, el Dr. Luis M.ª Drago y el Dr. Carlos Rodríguez Larreta.

Resuelto por los gobiernos del Reino Unido el nombramiento del tribunal arbitral, fueron designadas de entre las 200 que componen tan alto cuerpo las siguientes personas:

Un representante de Inglaterra.
Un representante de los Estados Unidos.
Mr. Savorín Lohman, actual ministro del Interior de Holanda.
Mr. Henri Lammarch, profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Viena.
Y el Dr. Luis M.ª Drago.

Pero ¿quién es este hijo de una de las Repúblicas Sudamericanas para servir de árbitro entre dos potencias de la vieja Europa, y codearse con los más afamados internacionalistas del viejo mundo?

Pues es pura y simplemente un argentino de sobresaliente mérito, hijo de sus propias obras: un hombre de modestia suma, que ha llegado, casi sorprendiéndose él mismo, adonde no llegan las osadas medianías; un literato de fuste y un conocedor profundo del Derecho Internacional.

Abogado desde 1882, ha sido juez de lo civil, juez del crimen, miembro de la Cámara de apelaciones y Fiscal de Estado.

Periodista, hizo sus primeras armas en *El Diario*, para colaborar luego en *La Nación*, fundado por el general Mitre.

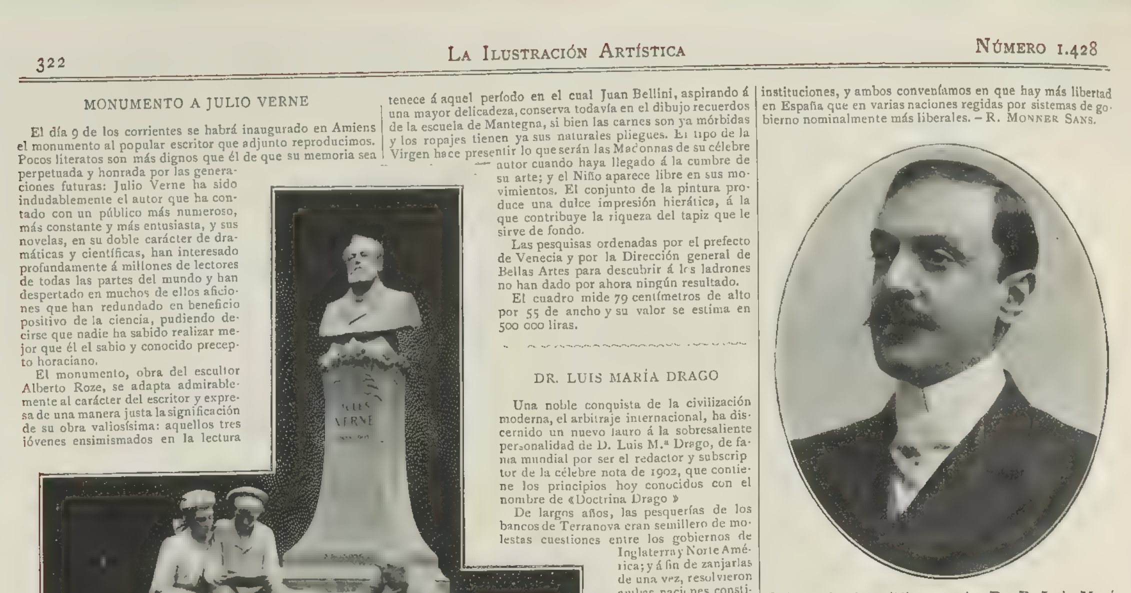
Publicista, ha dado á luz un sin fin de obras, mereciendo mención especial *Los hombres de presa*, que contó tres ediciones argentinas, y traducido al italiano, ostenta un prólogo de Lombroso; *La República Argentina y el caso de Venezuela*, *Cobro coercitivo de las deudas públicas* y *Los empréstitos de Estado en sus relaciones con la política internacional*, publicación ésta pedida por la *Revue de Droit International Public*.

Ha sido ministro de Estado en 1902; asistió en 1907 á la Conferencia de la Paz en la Haya como delegado argentino y fué elegido en ella vicepresidente de la 3.ª comisión, y es en la actualidad diputado nacional por Buenos Aires y miembro, conforme queda apuntado, del Tribunal arbitral permanente de la Haya.

Este es el hombre, joven aún, pues acaba de cumplir cincuenta años, que por su propio valer se ha impuesto al respeto de sus connacionales y de los extranjeros; es el hombre sobre quien tienen fijas las miradas todos los argentinos, pues es la vez primera que un hijo de una nación sudamericana ha sido llamado por las grandes potencias para desempeñar las augustas funciones de juez internacional. De suerte que el honor recae no sólo sobre el Dr. Drago, sino sobre la República Argentina, sobre toda la América del Sud y sobre la madre España, ya que merced á los nobles esfuerzos de ésta y á los de los Estados Unidos, las naciones de origen latino fueron invitadas á la segunda Conferencia de la Haya.

A los pocos días del nombramiento que ha dado motivo á estas líneas, Venezuela le ofrecía también el cargo de árbitro en el asunto de las reclamaciones americanas, cargo que el Dr. Drago se ha visto obligado á declinar á causa de tener que dedicar toda su atención á la cuestión pendiente entre Inglaterra y Norteamérica.

En una larga conversación sostenida con este personaje, pude apreciar cuánto cariño siente por España y por nuestras instituciones, y ambos conveníamos en que hay más libertad en España que en varias naciones regidas por sistemas de gobierno nominalmente más liberales. – R. MONNER SANS.



El ilustre hombre público argentino **Dr. D. Luis María Drago**, nombrado árbitro del tribunal de La Haya para resolver la cuestión entre Inglaterra y los Estados Unidos. (De fotografía de Witcomb, Buenos Aires.)

MAURICIO LAVALLARD

Este niño, porque de un niño se trata, es el pintor más joven de Francia y un caso de extraordinaria precocidad artística. Tiene doce años y hace algunos que se dedica á la pintura con singular aprovechamiento; que no es una medianía lo prueba el hecho de haber sido admitido por unanimidad un cuadro suyo en el Salón de los Artistas Franceses, siendo esto la primera vez que se ha concedido tal distinción á un muchacho de tan corta edad.

La obra que tiene en el actual Salón es un interior: un saloncito alumbrado por dos bujías y lleno de cuadros, esculturas y bibelots, y en él un niño tocando el piano. La figura del pianista tiene una expresión admirable; los muchos y diversos objetos que adornan la estancia están perfectamente distribuídos y pintados con gran soltura; el contraste de luz y sombra es de una verdad extraordinaria, y el conjunto de la composición impresiona hondamente por el carácter y el ambiente que ha sabido darle el precoz artista á quien todo el mundo augura un brillante porvenir.



El pintor más joven de Francia **Mauricio Lavallard**, niño de 12 años de quien ha sido admitido por unanimidad un cuadro en el actual Salón de la Sociedad de Artistas de París. (De fotografía de Carlos Delius.)

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



De vez en cuando entreabría el mantón para mirar la carita pálida del rorro

Pablo se adelantó con precaución hasta el borde del tejado por la parte trasera de la casa.

—¡Ah, ya comprendo!, murmuró inclinándose hacia el orificio de la chimenea de la casa vecina; viene de aquí dentro...

La casa alquilada por Luciano de Favreuse se apoyaba, en efecto, contra la del «Petit Drapeau,» con la cual era medianera, y el tubo de la chimenea de ésta, algo más baja que la otra, rozaba casi con el borde del tejado sobre el cual se encontraba Pablito.

Por esta chimenea, que hacía las veces de tubo acústico, llegaban ahora hasta él, más distintos y más violentos, los gritos de niño que había oído.

«Ese no debe ser viejo—pensó el pequeño deshollinador,—pero ya tiene buena voz... ¿No podrían darle de mamar, en vez de dejar que se desgañite de ese modo?»

Pablo reanudó su trabajo, interrumpido un instante por aquel incidente. Tenía que darse prisa, pues se hacía tarde y en aquella estación los días eran cortos.

A pesar suyo, el muchacho prestaba oído; los gritos no cesaban. Era una queja desgarradora, y el corazón compasivo del huérfano se sentía dolorosamente conmovido.

«¡No es posible!—se decía;—ese niño debe tener algo... Si continúa, va á reventar...»

Asomóse de nuevo cerca de la abertura de la chimenea vecina.

No se oía más ruido que la queja continua de la criatura.

«¿Acaso ese pobre niño estaría ahí solo?»—se preguntó Pablo.

Terminado su trabajo, bajó.

—¿Acabaste ya?, preguntó el tabernero.

—Sí, señor, contestó el muchacho, y yo le aseguro que no se moverá ni una teja.

—¡Bien! Toma para ti, dijo el amo del «Petit Drapeau» poniendo un franco en la mano del niño, que le dió las gracias. Tu compañero se fué, dijo el ventero entrando la escalera.

—Sí, ya sé, contestó Pablo. Llevaba prisa, y yo me marcho también.

—Entonces, adiós, dijo el propietario cerrando la puerta de su establecimiento. Yo también me voy, pero por este lado, porque es más cerca. Hasta más ver.

—Hasta más ver, contestó el sobrino de Bourasse, que hizo lentamente un paquete con sus utensilios y la cuerda, que se echó á las espaldas.

Luego, orientándose, reconoció el camino por el cual había venido.

De aquel lado de la casa no oía ya los gritos percibidos poco antes; pero su eco aún vibraba dolorosamente en el espíritu del pequeño deshollinador, que se alejaba con sentimiento.

Detúvose, pensativo, escuchó, y no oyendo ruido alguno, trató de comprender cómo era que no se oía la voz del niño.

«Sin embargo, gritaba bastante fuerte la pobre criatura—se dijo Pablo.—Sí, pero la casa da al otro lado.»

Entonces, maquinalmente, el pequeño deshollinador dió algunos pasos hacia aquella habitación, tendiendo todas sus facultades auditivas.

«Se habrá consolado—pensó.—Mejor... Me hacía daño oirle gritar de ese modo.»

Pablo Galoux notó, al acercarse, que del camino partía un sendero que pasaba por delante de aquella casa, y lo tomó, movido por una instintiva curiosidad no exenta de cierta emoción.

«Este caminito debe conducir á la casa—se dijo.—Voy á ver, ya que estoy aquí.»

Tomó el sendero y llegó en seguida delante de una empalizada que separaba un jardincito de los campos inmediatos; la barrera estaba abierta.

El muchacho se detuvo un instante.

Desde allí oía distintamente los gritos del niño.

Con el corazón dolorosamente oprimido miró aquella casa, que le pareció sumida en la más profunda obscuridad; en el interior, ninguna luz revelaba la presencia de habitantes.

La puerta de entrada se hallaba también enteramente abierta.

—¡Es singular!..—murmuró el sobrino de Bourasse.—Diríase que no hay nadie... Es una locura dejar solo á un niño de esa manera... ¡Esa gente no tiene entrañas!

Los gritos eran cada vez más estridentes. Revelaban la cólera y el pataleo de la criatura que se exaspera, que sufre, que llama en vano desde hace rato, sin más medio de darse á comprender que sus gritos.

Entablóse una viva lucha entre el corazón y la razón de Pablo. Mientras el primero le impulsaba á entrar, la segunda le retenía. ¡Penetrar así en una casa desconocida, es grave!..

«¡Si..., si me tomasen por un ladrón!..»—se dijo.

Miraba en torno suyo, pues hubiera querido ver algún transeunte, alguna persona que se le juntase y fuese testigo de sus buenas intenciones; pero no vió á nadie.

De pronto, una queja más desgarradora, un grito agudo, procedente de la casita, hizo inclinar la balanza del lado del corazón, y el amigo de Rosita atravesó, no sin alguna vacilación, el pequeño jardín y llegó hasta la entrada.

«Yo no retrocedo—se dijo;—si hay alguien, me explicaré... No se puede dejar gritar un angelito de esa manera, si está solo.»

Y para mayor seguridad, al pasar el umbral, Pablo llamó á la puerta y gritó en alta voz:

—¿No hay nadie en esta casa?

No obtuvo más respuesta que los gritos aún más penetrantes del niño.

«Está visto que no hay nadie. Diríase una casa abandonada... Sin embargo, esa criatura..., sola... ¿Cómo se explica?..»

La casa parecía vacía, en efecto. Una vez en la primera pieza, el comedor sin duda, á lo que el muchacho pudo observar, distinguió otra puerta, abierta también, á la cual se acercó con precaución, guiado por la débil claridad del día en su último declive que aún penetraba por la ventana

El sobrino de Bourasse poseía un espíritu de decisión bastante raro en los muchachos de su edad.

—¿No hay nadie?.., volvió á preguntar.

Y no obteniendo contestación, encendió un fósforo, buscó en torno suyo, se orientó, vió un candelabro sobre la chimenea y encendió la bujía.

Guiado luego por los gritos de la criatura, entró en una pieza vecina, un cuarto dormitorio, cuyo desorden le asombró.

«¡Aquí ha debido pasar algo!»—pensó el chico con real emoción.

Pablo paseaba la luz en todos sentidos, buscando en vano la cuna en que debía hallarse el niño, que no tardó en ver en la cama, cuyas sábanas y mantas parecían haber sido arrancadas y colgaban hasta el suelo.

«El pobrecito parece recién nacido... Tendrá á lo sumo tres ó cuatro días...»

Atravesado sobre el colchón, yacía el angelito envuelto en pañales. Su cara congestionada, casi morada, decía los largos é inútiles llamamientos, los lloros y los gritos de impaciencia, y expresaba el sufrimiento.

Ya no eran gritos, sino un estertor velado lo que salía de la garganta de la pobre criaturita.

«¡Vaya un paso!»—murmuró Pablo Galoux.

Cogió al angelito en brazos y lo meció maquinalmente.

—¡No llores, chiquitín!.., le dijo; ¡no llores!..

Y le besó.

«Diríase que han huído de aquí»—pensó examinando lo que le rodeaba.

Sus miradas daban con inquietud la vuelta á la estancia. Acá y acullá yacían por el suelo prendas de vestir, unas de hombre y otras de mujer. En un rincón había una silla volcada.

«¿Qué significa todo esto?.. Yo no puedo dejar morir esta criatura...—dijo Pablo mirándole con compasión. - Estoy seguro de que está hambrienta... ¡Si hubiese aquí leche!»

Pero el aprendiz, con el angelito en brazos, buscó en vano en las dos piezas y en la cocina; no encontró nada.

«Voy á darle un poco de agua—se dijo;—no puede hacerle daño...»

Desde que Pablo la tenía en brazos, la niña parecía haberse calmado un poco; pero volvió á gritar cuando la puso nuevamente sobre la cama.

—Espera, angelito, dijo Pablo con dulzura; no llores..., vamos á darte alguna cosa.

Corrió á la cocina, volvió con una taza llena de agua, y con precauciones casi maternales, introdujo por medio de una cuchara algunas gotas de líquido entre los labios de la niña.

La pobrecita chupó con avidez todo el contenido de la cuchara.

—Eso es..., estaba muerto de hambre y de sed..., murmuró el huérfano conmovido. ¡Vaya unos padres!

Ocurriósele una idea luminosa.

—¡Espera, espera, chiquitín!, dijo al angelito; vamos á hacer algo bueno.

El muchacho sacó del bolsillo de su pantalón un terrón de azúcar que había perdido algo de su blancura primitiva, pero lo rascó cuidadosamente con su navaja. Luego le hizo disolver en la cuchara, que presentó de nuevo á la recién nacida.

Pablo hubo de congratularse de su idea, por cuanto después de algunos sorbos la criatura se calmó.

—¡Eh! ¿Verdad que es bueno esto?, preguntó, como si el rorro pudiese comprenderlo.

Lo mecía en brazos, lo acariciaba y se preguntaba lo que había podido ocurrir.

¿Cómo aquella criaturita se encontraba sola? ¿Por qué la habían abandonado de aquella manera?

Pablo hacía mil suposiciones.

«Debe hacer mucho tiempo que el infeliz está solo—se dijo.—Su madre se fué quizá para abandonarlo... Pero no; en tal caso hubiera dejado un papel para decirlo á los que lo encontrasen, y yo no veo nada... ¿Entonces qué?.. ¿Habrá muerto?.. ¿Se habrá matado fuera, cayendo, ó no sé cómo?.. Algo de eso debe ser, porque, de otra manera, no comprendo... Una mala madre que abandonase á su hijo lo haría de otro modo... En fin, lo cierto es que este pobrecito está solo...»

Esperó, hablando á la criatura que le miraba y que pronto se durmió, como extenuado por sus esfuerzos y por la fatiga.

«Pero no es esto todo—repuso el amigo de Rosita.—¿Qué hago yo ahora con este niño?.. ¡Vaya un país más desierto!.. No puedo dejar así á este rorro. Volvería á gritar... Reventaría de seguro... ¡Bah, ya veremos!..»

Descolgó de una percha un mantón de lana que había y envolvió en él con precaución á la criatura dormida, pensando:

«¡A Dios y á ventura!.. No tengo valor para dejarlo aquí... Lo han abandonado..., yo me lo llevo... ¡Allá veremos!..»

Sin embargo, Pablito se sintió inquieto sobre las consecuencias de su acto; pero no vaciló ante aquella responsabilidad, sostenido por la idea de que salvaba al niño de una muerte casi segura. Cogió entonces su cuerda y sus enseres y salió, estrechando á la criatura contra su pecho para calentarla.

Era ya enteramente de noche, pero algunos rayos pálidos de la luna atravesaban de vez en cuando las nubes grises que vagaban por el cielo, y le bastaban á Pablo para guiarse.

Miró si parecía alguien para decir lo que hacía, y no viendo alma viviente, alargó el paso.

De vez en cuando entreabría el mantón para mirar la carita pálida del rorro, que seguía durmiendo.

Escapábase de sus labios una respiración ligerísima y las facciones habían perdido su aspecto convulso.

«Va bien»—murmuró Pablo satisfecho.

Y anduvo aún con más ligereza, como si no sintiese sobre sus espaldas el peso bastante considerable de sus utensilios.

«Si me hubieran dicho: «Adivina lo que vas á traer de Meudon,» nunca hubiera dicho esto»—pensaba el pequeño deshollinador.

El aprendiz de Pietro llegó á las primeras casas de Clamart, y de pronto se fijó en una lechería, cuya muestra anunciaba la venta de cremas, manteca y huevos.

«¡Ajajá!—murmuró Pablo.—Es preciso hacer algunas provisiones para el rorro.»

Entró en la tienda, y tirando sobre el mostrador el franco que le había dado el amo del «Petit Drapeau,» pidió diez céntimos de leche.

—¿Para llevártela?, preguntó la lechera; ¿traes un pote?

Pablo quedó un momento desconcertado, pues no había previsto aquella complicación.

—No, no traigo, contestó al fin algo embarazado; era para dar al niño.

La lechera notó entonces la carga singular del muchacho; se acercó y entreabrió el mantón con la curiosidad que tienen todas las mujeres cuando se trata de un chiquitín.

—¡Oh, qué mono es el angelito!, exclamó la buena mujer. ¿Es tu hermanito?

Tampoco había pensado Pablo en preparar las explicaciones que tuviese que dar y contestó con embarazo:

—Sí..., es mi hermanito...

—¿Pero tú no eres de aquí?, preguntó la lechera, á quien empezaba á extrañar la actitud del aprendiz.

Entonces el muchacho, aunque de mala gana, vió que era preciso dar una explicación, y como sus intenciones eran buenas, aventuró su primera mentira é inventó una historia.

El niño lo criaba una nodriza del Bajo Meudon; pero como su madre no podía pagarla, había sido preciso recoger el niño.

—¿Entonces te lo llevas otra vez á París?, preguntó la lechera, ganada por la cara simpática del pequeño deshollinador.

—Sí, señora, contestó él.

—¡Cuánta miseria!, murmuró la buena mujer. Pero, repuso en seguida, no hay que darle leche fría á esta criatura. Espera, voy á calentarla un poco; siéntate un momento.

La lechera no tardó en volver y dió al angelito algunas cucharadas de leche tibia bien azucarada.

—¡Caramba!, dijo cuando el chiquitín acabó al fin de tragar; ¡bien lo necesitaba la pobre criatura!

Y arropándola de nuevo y mejor, se la devolvió á Pablo.

—¿Cuánto debo á usted, señora?, preguntó éste presentando la moneda que había vuelto á coger de encima del mostrador.

—Guárdate tu dinero, le dijo ella; anda, no vale la pena... por un poco de leche...

Pablo dió vivamente las gracias á la buena mujer y prosiguió su camino.

Había pensado tomar el tranvía, pero lo que le acababa de ocurrir le había hecho reflexionar.

Comprendía que causaría extrañeza sin duda verle á su edad y con sus utensilios y traje de trabajo con un rorro en brazos, y á fin de evitar nuevas preguntas, resolvió regresar á París á pie.

La niña, que Pablo seguía tomando por un niño, saciada y suavemente mecida por su portador, no despertó en todo el trayecto, y el muchacho llegó sin dificultad á la calle Galande.

Era ya tarde y el pequeño deshollinador temía una mala recepción de parte del tío Bourasse.

Pero tenía por excusa la criatura que había encontrado y que llevaba.

Se disponía á abrir la puerta de la tienda, cuando retrocedió de pronto.

Salía del interior una verdadera tempestad de gritos furiosos y de golpes violentos dados en los muebles.

Bourasse se había excedido un poco en la bebida, y desgraciadamente para los suyos, las borracheras del carbonero eran brutales.

Bien lo sabía Pablo, sobre quien el auvernés solía desahogar sus cóleras de bruto beodo.

«No es el momento más á propósito para entrar»—pensó el muchacho.

Permaneció un rato perplejo en la calle, y luego se le ocurrió una idea.

«Esto es murmuró:—la señora de Landry se prestará gustosa...»

Y con sus utensilios á cuestas y la niña en brazos, se fué á la calle de Bernardinos.

Daban las diez en San Nicolás del Chardonnet cuando Pablo Galoux llegó á la puerta de la señora Landry.

«Lo malo sería que ya se hubiesen acostado»—pensó el amigo de Rosita.

El corazón le palpitaba bastante fuerte cuando Pablito llamó discretamente á la puerta.

—¡Adelante!, contestó del interior la voz de la viuda.

El aprendiz empujó la puerta.

—¡Hola! ¿Eres tú, Pablito?, dijo la señora Landry llena de sorpresa.

Rosita, que cosía al lado del quinqué, se había levantado vivamente, y madre é hija contemplaban atónitas al muchacho, preguntándose qué significaba aquella tardía visita.

—¿Qué pasa?, preguntó la viuda. ¿Es que el zopenco de tu tío te ha pegado?

—No, señora, contestó el chico, no es eso; pero me ha pasado hoy una cosa extraordinaria.

—¿Qué traes ahí?, preguntó curiosamente Rosita designando el bulto que su amigo llevaba.

—Aquí está lo sorprendente del caso, declaró Pablo Galoux. No adivinaría nunca lo que le traigo á usted, señora Landry.

En aquel momento se oyó un débil vagido; el rorro despertaba.

—¡Ah, Dios mío!, exclamó la madre de Rosita, ¡si es un niño!..

—Justamente..., un chiquitín...

Tomando en seguida la criatura de brazos de Pablo, la señora Landry abrió el mantón que lo envolvía.

Rosita miraba á su amigo con una estupefacción que le cortaba la palabra. No sabía qué preguntar.

—¿Pero de dónde has sacado este niño?, interrogó la viuda meciendo á la criatura, que había vuelto á callar.

El pequeño deshollinador refirió entonces la singular aventura que le había pasado.

La señora de Landry, que no salía de su asombro, se hizo repetir más de una vez ciertos detalles.

—¿Pero estás bien seguro de que no había nadie en la casa?, preguntó.

—¡Oh, absolutamente nadie, señora Landry! Llamé, grité; nadie contestó... Entonces no pude resistir... Yo no podía dejar á este infeliz desamparado... Hubiera muerto á fuerza de gritar...

La viuda parecía pensativa.

—¿He hecho mal?, preguntó Pablo, inquieto ante el silencio de la madre de su amiga.

—No; has dado prueba de tener buen corazón, declaró la viuda; porque, en efecto, á estas horas el angelito hubiera muerto.

—Nos le quedaremos, ¿verdad, mamá?, preguntó Rosita.

—¿Quedárnoslo?.. ¡Pero si no es nuestro, hija mía!; no tenemos derecho á ello, contestó la viuda. ¡Habremos de averiguar de quién es!.. ¡En fin, mañana veremos!..

La madre de Rosita había sacado de un armario unos pañales y una camisita, y como la muchacha daba vueltas á esta minúscula prenda, añadió sonriendo:

—¡Es tu primera camisita!.. ¿No abultabas mucho entonces, eh?

La viuda del cobrador había quitado los pañales á la criatura, y cuando no tuvo más que su camisita, vió el nombre bordado en ella.

—¡Jenny!, dijo la señora de Landry.

—¡Ah, es una niña!, exclamó Rosita. ¡Oh, cuánto me alegro de tener una hermanita!

—Ya sabemos su nombre de pila, añadió la viuda; se llama Jenny. Esto ayudará quizá á encontrar á sus padres. Mañana iré á ver al comisario.

Pablo dió las buenas noches á la señora de Landry, que le despidió con un beso, diciéndole:

—Eres un excelente muchacho, mi querido Pablo. Esa noble acción te traerá suerte.

Rosita también quiso besar á su pequeño camarada, y á Pablo Galoux le pareció que el beso de aquella noche era aún mejor que el de los demás días.

El pequeño deshollinador se volvió á la calle Galande, y con gran satisfacción, encontró á su tío durmiendo la mona con ronquidos formidables.

En fin, Sofía le preguntó por qué llegaba tan tarde, y, no atreviéndose á decir la verdad, á causa del tío Juan, contestó que se había perdido viniendo de Meudon, y el incidente no tuvo otras consecuencias.

XV

EL NÚMERO 211

Sentado á su escritorio, el Sr. Laroche, pasando en cierto modo una revista á sus negocios, estaba ocupado en clasificar numerosos papeles.

Abría sus cajones é iba sacando legajos y cuentas que estudiaba, documentos y notas que compulsaba cuidadosamente.

De vez en cuando, el comerciante interrumpía su trabajo, y su triste mirada se fijaba en su hija, tendida en un sillón, cerca de la ventana.

Con las manos sobre las rodillas y los ojos perdidos en la vaguedad, Juana parecía abismada en una especie de éxtasis, con una dolorosa melancolía impresa en el semblante.

El estado de la demente no había experimentado modificación alguna.

Permanecía largas horas en una postración completa; de vez en cuando pronunciaba frases sueltas, contestaciones incoherentes á preguntas íntimas, y á veces una pálida sonrisa daba un instante una apariencia de vida á aquella fisonomía sin expresión.

De pronto, el Sr. Laroche se extremeció.

El comerciante acababa de sacar de uno de los cajones de su mesa de escribir una fotografía que contemplaba con el corazón oprimido.

Era el retrato de Juana, el que antes permanecía siempre sobre la mesa y que, en un momento de cólera, había él escondido entre papeles, á fin de no dejarse enternecer por la presencia de aquel rostro tan querido.

—¡Pobre, pobre Juana!, murmuró comparando la imagen de antes con el pálido y demacrado rostro de su hija; ¡cómo has cambiado!.. ¡Ah, por qué quiso el destino que ese miserable viniese á interceptar la senda de la vida!.. ¡Eras tan feliz á mi lado!..

El Sr. Laroche volvió á poner el retrato en su sitio de antes, y llamó luego:

—¡Juana, hija mía!..

Ella pareció no haber oído.

El comerciante repuso en voz más alta:

—¡Juana, Juana mía!..

Juana volvió hacia su padre sus ojos atónitos, pero no hizo movimiento alguno.

Entonces su padre se levantó, se acercó á ella, la cogió de la mano y la condujo delante de la mesa.

Ella se dejó llevar dócilmente, sin que se alterara un solo músculo de su cara.

—¿Sabes quién es esta?, preguntó Laroche designando el retrato.

Juana miró sin ver y contestó con voz apagada y lenta:

—¡No sé..., no, no sé!..

El comerciante hizo un gesto de desaliento.

—¡Siempre la misma contestación desconsoladora!, murmuró. «No sé...»

Condujo nuevamente á Juana á su puesto y la pobre recayó en su inconsciente ensimismamiento.

Con frecuencia el Sr. Laroche había tratado de despertar los recuerdos de su hija; le hablaba del pasado, de su infancia, de sus antiguas amigas, pero en vano.

Sin embargo, á veces un nombre pronunciado parecía llamar la atención de la pobre demente; entonces brillaba un rayo de luz en su mirada. Pero pronto sus ojos volvían á adquirir su fijeza y ella murmuraba su contestación habitual:

—No sé.

El comerciante había reanudado su trabajo, pero no estaba en lo que hacía, y al poco rato se apoyó de codos en la mesa, pensativo.

¡Ah, le había perdonado, á la infeliz, su desobediencia pasada!.. A la implacable cólera de antes había sucedido un recrudescencia de amor paterno, y el excelente padre quería hoy á su Juanita quizá más de lo que la había querido antes de su rebeldía.

¿Tendría cura?

El doctor Desvallières, cada vez que la visitaba, afirmaba que no se habían perdido todas las esperanzas. Pero quizá el médico únicamente se lo decía para consolarlo.

—Señor, anunció la criada abriendo la puerta, el Sr. Verdelet, el notario, pregunta si está usted visible.

—Que pase, contestó el Sr. Laroche.

Al nombre de Verdelet, Juana había hecho un movimiento.

—¡Verdelet!, murmuró. ¡Verdelet!..

Su padre, que la había oído, corrió hacia ella y le cogió la mano.

—Sí, Verdelet, dijo con voz temblante de emoción. ¿No te acuerdas?.. Tu amigo Verdelet..., el notario de la calle de Bonaparte...

Juana miró á su padre un instante.

—¡Sí, Verdelet!.., dijo ella maquinalmente.

El notario entró en aquel momento. Laroche se adelantó á saludarlo con las manos tendidas.

—¡Ah, mi querido amigo!, le dijo, ¡cuánto me alegro!..

—¿Hay mejoría?, preguntó el notario devolviendo al comerciante su apretón de manos.

—Ahora mismo, cuando la criada pronunció el nombre de usted, Juana pareció acordarse, explicó Laroche; pero luego, nada... Ahí la tiene usted.

Los dos hombres se acercaron á Juana, que había vuelto á su actitud extática.

—Buenos días, Juanita, dijo el notario cogiendo la mano á la demente.

Pero ésta guardó silencio y no pareció reconocer al notario.

—Vamos, Juana, repuso éste, ¿no reconoce usted á su antiguo amigo Verdelet?

—¡Verdelet, sí!.., contestó Juana sin mirarle.

Los dos hombres cambiaron una mirada dolorosa.

El rostro de la loca expresaba la indiferencia inconsciente más absoluta.

—Tuve un momento de esperanza, murmuró Laroche, pues su nombre de usted es el único que la ha impresionado.

—Sin embargo, dijo el Sr. Verdelet, esto denota que la memoria no está completamente extinguida. Queda aún alguna probabilidad de cura.

—Yo nunca pierdo toda esperanza, contestó el padre de Juana, y Desvallières me lo afirma... Sin embargo, véala usted... ¡Ni á mí, que soy su padre, me reconoce!

—¡Pobre Juana!, murmuró el notario, ¡no merecía eso!

Y continuó en voz más alta:

—¡Ah, mi querido amigo, cuántas veces me he arrepentido, como de una falta personal, de ese desdichado matrimonio!..

—No tiene usted nada que reprocharse en todo eso, mi querido Verdelet. Ya sé que hizo usted todo lo posible para que mi hija volviese á mi lado; pero tuvo usted que inclinarse, como yo, ante la ley. Juana era libre; quería casarse con ese hombre á toda costa... Estaría predestinada á esa desgracia, y nadie hubiera podido impedirle tal casamiento.

El comerciante se pasó la mano por la frente como para ahuyentar los tristes pensamientos que le asaltaban.

Desde el matrimonio de Juana Laroche y la tentativa infructuosa hecha por el notario cerca del comerciante para obtener su consentimiento, el señor Verdelet había interrumpido casi en absoluto sus relaciones con el padre de Juana.

No se explicaba la obstinada negativa del comerciante á una unión que hacía feliz á su hija, y conservaba una especie de rencor contra lo que él consideraba como una obstinación sistemática.

Pero después que supo la horrible desgracia de su joven amiga, el notario corrió espontáneamente á casa de Laroche para manifestarle lo mucho que sentía haber intervenido en aquel deplorable asunto.

Desde entonces quedaron reanudadas entre ambos amigos las relaciones de antes.

La visita del notario era hoy debida á un recado del comerciante.

—Le escribí á usted suplicándole que viniera, mi querido Verdelet, porque deseo enseñarle algunos documentos. Quiero retirarme de los negocios, dijo Laroche.

—¡Cómo!, exclamó el notario, ¿abandonaría usted su casa... en plena prosperidad?

—Sí, declaró el comerciante. La desgracia de mi pobre hija ha sido para mí un golpe demasiado fuerte. No me siento con valor para ocuparme de otra cosa que no sea su salud. Voy á retirarme con Juana al Cepellón, huyendo de este París que maldigo á causa de lo que ha sufrido en él. En el campo estará mucho mejor y podré consagrarle todo mi tiempo. En su situación, como usted comprende, mi hija necesita una vigilancia constante. ¿Y quién puede ejercerla mejor que yo? A eso quiero consagrar el resto de mis días.

Y con dolorido acento Laroche añadió:

—Yo había soñado otra vejez. Si trabajé toda mi vida con tanto ahinco, era por Juana..., para procurarle una existencia feliz... y gozar yo más tarde en su dicha... ¡Y ya ve usted en qué han venido á parar mis ilusiones!

—¿Pero no piensa usted marchar en seguida?, preguntó el notario para desviar el curso de las ideas de su amigo.

—Lo más pronto posible, declaró el comerciante, y cuento con usted para que vea si encuentra comprador para mi casa y para que, mientras tanto, vigile mis intereses. Bernard se ocupará de los negocios hasta la toma de posesión de mi sucesor.

La conversación versó desde aquel momento sobre cuestiones de números, y hacía ya largo rato que los dos amigos hablaban, cuando el criado anunció:

—El doctor Desvallières.

El médico entró inmediatamente.

—Y bien, dijo estrechando las manos al comerciante, ¿cómo va hoy?

—Lo mismo que ayer, contestó Laroche. Y me temo que siga siempre así.

—Pero no, afirmó el doctor; estoy casi seguro de que la razón volverá...

Y al ver al notario, exclamó tendiéndole la mano:

—¡Ah, buenos días, Verdelet!.. Hace una eternidad que no se le ve á usted.

—Estoy muy ocupado en este momento, declaró el notario; así es que salgo poco.

Juana no había hecho un movimiento. No había parecido darse cuenta de la entrada del médico, y sin embargo, había repetido maquinalmente el nombre pronunciado por el criado:

—¡Desvallières!

El doctor se acercó á la pobre loca y le cogió la mano, que ella abandonó sin resistencia.

Así como no había reconocido al notario, Juana tampoco reconoció al Sr. Desvallières. Y sin embargo, éste era, desde hacía muchos años, amigo íntimo de la casa; había visto crecer á la hija de Laroche y la había tratado siempre con una ternura casi paternal.

—Buenos días, Juanita, dijo el doctor. Vamos, contesta; di buenos días á tu viejo amigo.

Pero Juana guardó silencio.

Laroche hizo un gesto de pesadumbre.

—¿Habla alguna vez durante el día?, preguntó Desvallières.

—¡Oh!, contestó el comerciante, palabras sueltas, frases vacías de sentido.

—¿No habla nunca de su marido?, preguntó el doctor.

—Hasta ahora nunca ha pronunciado su nombre, cosa que me ha sorprendido, porque adoraba positivamente á ese miserable.

—A ver, Juana, dijo el médico sentándose delante de ella; mírame, hija mía.

La loca obedeció y fijó en el doctor sus grandes ojos sin expresión.

—¿Sufres?.. ¿Experimentas algún dolor?.. ¿Qué es lo que sientes?.. ¿Te duele la cabeza?..

—¡La cabeza!.., repitió Juana maquinalmente.

—No hay nada que esperar, ¿verdad?, preguntó tristemente el comerciante.

—¡Quién sabe!, contestó el doctor con un gesto vago.

—Sin embargo, interrumpió Verdelet, Laroche me decía hace poco que la pobre Juana conservaba todavía la memoria de ciertos nombres.

—Sí, en efecto, confirmó Laroche; hace un momento, cuando anunciaron á Verdelet, pareció acordarse.

(Se continuará.)

BARCELONA.—Servicios de sanidad é higiene en el puerto. (De fotografías de A. Merletti.)

Previa invitación de la Junta del Puerto á las diferentes entidades y corporaciones de esta capital, el día 30 de abril último se efectuaron los solemnes actos de entregar la misma á la Dirección de Sanidad marítima el material sanitario adquirido á sus expensas para el Gabinete bacteriológico instalado en el muelle de Barcelona, y á las Sociedades Mutua Barcelonesa de descargadores y Montepío de San Juan el edificio construído en el muelle de San Beltrán para los servicios de higiene, aseo y dispensario de los obreros carboneros empleados en el mismo.



Edificio de la Dirección de Sanidad del puerto

Al efecto, á las tres de la tarde embarcaron la mayoría de los asistentes en el vaporcito *Ligera* y lanchas automóviles dispuestos para ello por la mencionada Junta, trasladándose á la Dirección de Sanidad, donde, como decimos y en un departamento construído *ex professo,* se ha montado el Gabinete microbiológico aludido.

Explicó el Sr. Bianchi, director de Sanidad de este puerto, el funcionamiento de los aparatos en él instalados, de entre los que citaremos los siguientes: microscopio Zeiss, condensador Ablé, esterilizador, autoclave Chamberlán, estufa para cultivos, varios termómetros, mesa refrigerante Agfer, cajas para cobayos, cajas para ratas, aparato para contener ratas, cuatro pulverizadores de mochila Genesta Hursche, aparato al Aldehido fórmica.

Inmediatamente se trasladaron al muelle del Oeste, donde visitaron el Lazareto á cargo de la propia Dirección de Sanidad Marítima, que cuenta con dos potentes estufas y otros aparatos para la desinfección de ropas y demás efectos, volviendo á embarcar para trasladarse al vapor *Martín Sáenz,* donde se efectuaron las pruebas del sulfurador «Masot,» instalado en una lancha, y consistentes en la desinfección del buque y de su cargamento, utilizando al efecto varias muestras de tejidos y otras mercancías para demostrar que el líquido desinfectante no las perjudica, mientras inutiliza y mata toda clase de microbios.

Dicho aparato inyecta 25 metros cúbicos de anhidrido sulfuroso por minuto, y como la operación se efectúa con gran rapidez, la pérdida de tiempo para las embarcaciones que hayan de sufrir la sulfuración es muy pequeña. El Sr. González, médico de la Dirección de Sanidad, dió detallada cuenta de la manera de practicar todas estas operaciones.



Lavabos del Pabellón de higiene para los obreros del puerto

El Sr. Bianchi, director de dicha Sanidad, leyó un interesante discurso haciendo resaltar la importancia excepcional del acto que se realizaba, por ser los servicios de Sanidad marítima los que más directamente se relacionan con la salud pública, haciendo historia de todos ellos, desde época remota, terminando con justos elogios al ministro D. Juan de La Cierva, que se ha preocupado de regularizar tan importantes servicios sin exigir sacrificios á la Hacienda, y á la Junta del Puerto y dirección facultativa y á su presidente el Excmo. Sr. gobernador civil de la provincia, por haber secundado con grande energía y constancia la campaña sanitaria emprendida por el ministro.

El Sr. Salazar, inspector de Sanidad exterior, ensalzó también la gestión del ministro, por haber logrado dotar á casi todos los puertos del material necesario para poder prestar el servicio sanitario en buenas condiciones.

D. Rómulo Bosch y Alsina, vicepresidente de la Junta del Puerto, dió las gracias en nombre de la corporación por las frases laudatorias dirigidas á la misma, la que, dijo, estaba dispuesta á coadyuvar, siempre que le sea posible, á cuanto tiende á mejorar los servicios marítimos.

El Sr. Ossorio elogió también á la Junta del Puerto por haber contribuído espléndidamente á la realización de este nuevo servicio, que no es más que el principio de lo que ha de ser, teniendo la evidencia de que seguirá pidiendo el auxilio de la Junta para su mejoramiento y ella lo otorgará.



Aparato sulfurador «Masot» para la desinfección de los buques y de sus cargamentos

Trasladados seguidamente al edificio Pabellón de higiene, recorrieron todas sus dependencias, haciéndose cargo de la importancia de los servicios que han de prestarse.

Construído como hemos dicho con fondos propios de la Junta del Puerto, cuenta en su cuerpo central con un salón que mide 28 por 9 metros, en el que hay instalados nueve grupos de 18 lavabos cada uno, ó sea un total de 162 con sus correspondientes bancos, perchas y rodillos para toallas.

Los compartimientos laterales, que miden 6 por 3'30 metros cada uno, están respectivamente destinados

á retretes y urinarios y á duchas y portería.

En el compartimiento exterior, de 12 por 6 metros, se hallan las dependencias destinadas á dispensarios y lavaderos.

Dicho pabellón podrá ser utilizado por todos los obreros descargadores de carbones, tanto si están ó no adscritos á las entidades que cuidan del mantenimiento del servicio, limitándose el de dispensario para los segundos, en caso de accidente, á la primera cura.

Todos los invitados, que no bajaban de un centenar, fueron obsequiados por las citadas Sociedades con un lunch.

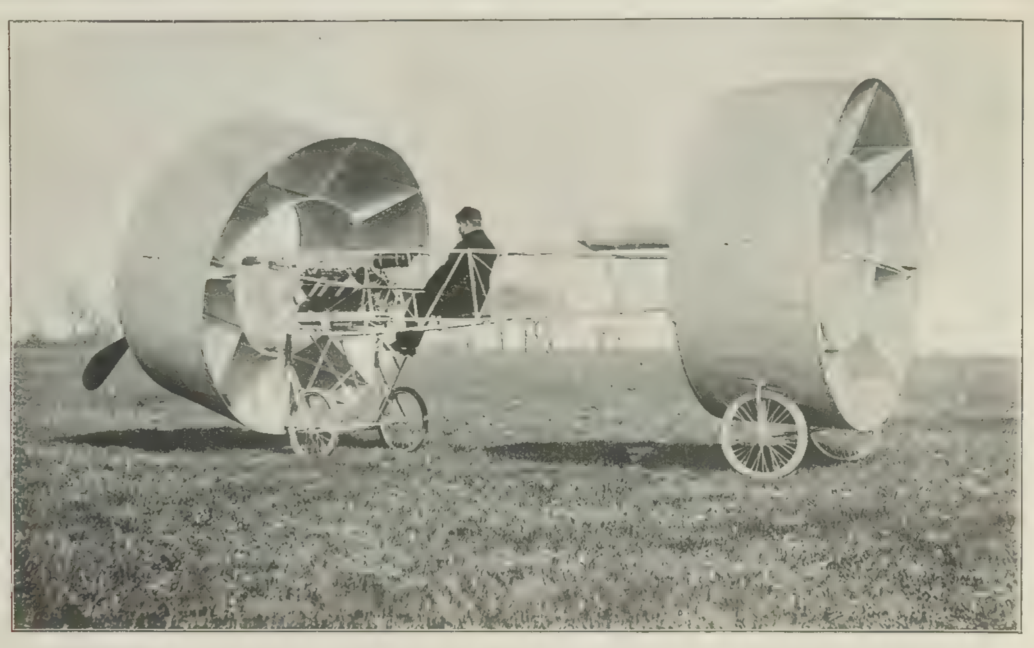


Grupo de autoridades é invitados que asistieron á la inauguración de las instalaciones de sanidad é higiene del puerto

Además de las personalidades que hemos citado, asistieron á estos actos el delegado de Hacienda Sr. Eulate, los vocales de la Junta del Puerto Sres. Brutau, Millet, Gassó y Martí, Borés y Torras; el director facultativo Sr. Valdés; los ingenieros Sres. Ayxelá y Membrillera; el secretario de la Corporación señor Creus; el jefe de la provincia D. Sebastián Puig; el médico municipal señor Macaya; director de Sanidad de Tarragona Sr. Aguilera; el director inspector de Sanidad de Cartagena; el señor Albó, y otras muchas representaciones del comercio y sociedades.

El Sr. Costa, presidente del Montepío de San Juan, expresó su gratitud en nombre de los obreros á todas las autoridades, y en especial á la Junta del Puerto, por tan importante mejora en favor de aquéllos, haciendo lo propio el alcalde accidental señor Bastardas.

Terminó el acto con la repartición de 1.000 bonos, consistentes en arroz, pan y carne, entre los obreros carboneros.



El nuevo aeroplano Givaudán, ensayado recientemente en Villefranche (departamento del Ródano) con éxito satisfactorio
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Grande es el número de los aeroplanos que llevamos reproducidos en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; y si hubiéramos de reproducir todos los que de continuo se inventan, tendríamos que destinar á esta especialidad casi todo el espacio de nuestra revista.

En efecto, los que aspiran á la conquista del aire no cesan de construir nuevos aparatos, ora aprovechándose de los principios fundamentales por otros puestos en práctica, ora inventando formas y procedimientos más ó menos nuevos.

De aquí que tengamos que proceder á una selección para seguir las fases de tan trascendental problema, escogiendo de entre lo mucho que se inventa aquello que significa un verdadero adelanto ó una novedad.

Ateniéndonos á este criterio, reproducimos hoy la máquina de M. Givaudán que, como puede verse en el adjunto grabado, es de forma muy diferente de la de los principales aeroplanos conocidos. Este aparato ha sido construído en los talleres Vermord, de Villefranche, de donde es también el motor de 50 caballos y 8 cilindros que lo hace funcionar. Los ensayos recientemente efectuados han dado, según parece, resultados satisfactorios.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 17 de mayo de 1909 — Núm. 1.429

Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. – París, 1909



FLORES VIVIENTES, cuadro de Carlos de Stetten

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se vuelve á París después de algunos años de no haber pisado el bulevar, se experimenta una impresión peculiarísima, ante la estabilidad de las cosas, que contrasta con la mísera instabilidad del hombre. París, realmente, es de las ciudades que menos cambian al transcurrir el tiempo; dijérase que se burla de él, como bien conservada y retocada beldad.

Esta metrópoli, centro y corte de la moda voluble, se halla ya como solidificada y fijada en los ápices de su cultura. Lo menos grato para el francés es alterar el orden establecido, hacer un movimiento á la derecha si lo hizo á la izquierda. Insuperables dificultades os saldrán al paso si queréis ir contra lo habitual; ya veréis la expresión de escandalizada extrañeza que acoge vuestra pretensión. El hábito (pero el hábito de hacer las cosas bien y artísticamente) ha llegado á constituir en París una rutina ilustrada, una organización inalterable, inflexible, semejante á la disciplina militar, y no neguemos que esto tenga su mérito, nosotros que tanto propendemos al relajamiento, á la negligencia, á prescindir de las fórmulas y pactos que contribuyen al bienestar social.

Como suele suceder, la rutina tiene ventajas é inconvenientes. No todo debe alabarse en París; no todo es perfecto, ni mucho menos. El teatro—no me refiero á la literatura, sino al espectáculo—está muy mal arreglado en la capital de la vecina República. Mal arreglado para el espectador, por supuesto; para el bolsillo de los empresarios debe de estar óptimamente. Quizás notemos más las deficiencias los españoles. No me explico cómo el público de París, amigo de sus comodidades, económico, dado á sacarle el jugo á lo que gasta, tolera tantas molestias y precios tan exorbitantes en los teatros. Hay muchas localidades desde las cuales no se ve; lo que se dice no verse absolutamente nada. Estas localidades, nótese, no son más baratas que otras desde las cuales se ve algo, no mucho; y sin embargo, se llenan, igual que las restantes. Son llenos hasta los topes, aunque la función se haya representado doscientas veces, y sea una *lata*—perdónese la expresión—ó una inepcia escabrosa. No he visto borregos más pacientes que estos espectadores de París. Ni murmuran de los autores que les dan zumo de adormideras, ni de las empresas que les cobran dineros por no ver y estar sentados en un potro, ni dan la menor señal de descontento, ni hacen sino atender con toda su alma y divertirse con toda su voluntad.

Los teatros de París son, lo repito, caros; para ver bien y estar relativamente cómodo, hay que gastar de quince á doce francos; las localidades que bajan de diez no pueden satisfacernos á los de aquí, menos resignados que los parisienses. Y no hablemos de las chinchorrerías de las acomodadoras ó *ouvreuses*, que por abrir la puerta de un palco (á remolque, porque siempre andan por los rincones, como las correderas) recargan el coste del asiento con la inevitable y exigida propina. En España nada piden los acomodadores, y rara vez se les da, como no sea en Navidad, el aguinaldo.

La forma de los teatros, estudiada para que quepa en ellos, bien ó mal, mucha gente, los hace deslucidos y tristes, pues deja en sombra y en segundo término los palcos, y proyecta, en primer término, localidades de menos importancia, á las cuales las señoras no van peripuestas. En el entreacto no se hacen visitas; la gente sale á pasearse por el *foyer*, á tomar refrescos, dejando la sala medio vacía. El sistema de los *strapontins* ó, con perdón sea dicho, *traspuntines*, añadidos al resto de los asientos para exprimir el último jugo del limón, es el resumen de la incomodidad y la impertinencia. En fin, que este público es moro de paz.

Otro cabo mal atado del teatro en París: el detalle de los sombreros. Nadie se maravillará si digo que los sombreros, este año, han medrado un poquitín; y el que por su mal ocupa asiento á la sombra de una de esas setas desaforadas de paja, crin ó tul rizado, puede despedirse de ver la función. En algo hemos de estar por encima los españoles: en Madrid tal problema se ha resuelto (decían que era insoluble) con sólo una orden dada para que se cumpliese. A pesar de los augurios nefastos de alteraciones del orden, se han convencido las damas de que «no hay derecho» á fastidiar al prójimo. Pues bien, en París rige el sistema peor, que es el mixto. Se consiente el sombrero, si no se quejan los espectadores perjudicados; y si éstos piden que desaparezca la mampara, las señoras son «invitadas» á despojarse de ella, y se despojan, pero rabiando y gruñendo, después de frasecitas ásperas y avinagradas por una y otra parte. La ambigüedad de la situación provoca disgustos que en Madrid se han evitado cortando por lo sano, que es lo más acertado y seguro. Todo se ha reducido á que las madrileñas se peinen mejor, y luzcan más cintajitos y peinetas en el moño.

Algún teatro recientemente construído, como el de *Apollo* (que está poniendo en escena con extraordinario lujo y coquetería ese filón de oro que se llama *La viuda alegre)*, ha introducido la novedad de que se vea desde todos los asientos, de que los palcos ocupen el frente de la sala, de que los asientos sean mullidos y con el espacio necesario para un cuerpo humano de dimensiones normales. Pero estas son peligrosas innovaciones que supongo evitarán los escenarios antiguos. ¿Quién les mete á ellos en aventuras, cuando les va tan ricamente con su obscuridad, sus localidades estrechas, sus brujas acomodadoras, sus misteriosas *baignoires* provistas de enrejado y sus precios fantásticos dócilmente aceptados por la concurrencia?

Debe de ser un negocio redondo. La sala, rebosante; las obras, en el cartel tres ó cuatro años; la multitud haciendo cola ante la taquilla horas enteras, ó pasando por las horcas caudinas de los *bureaux de location*, donde cada localidad sufre un recargo que oscila entre el cincuenta y el doscientos por ciento... No comprendo cómo no hay en París mayor número de teatros; cómo este sano y claro negocio no tienta á más industriales; en cambio me explico por qué se ha dicho que Francia es una República gobernada por unos príncipes, que son los actores.

En cualquier espectáculo encontraréis un gentío, un torrente humano, una muchedumbre ansiosa. Veinte años hace que conozco el Museo Grevin, en el bulevar; una galería de figuras de cera. París no se ha cansado, ni lleva trazas de cansarse de admirarlas. Todas las noches, todas las tardes, en todas las secciones, igual concurso, las mismas risotadas y exclamaciones ante los espejos de la *rigolada*, las propias observaciones candorosas ante las figuras que imitan espectadores y se confunden con personas vivas...

Y eternamente, el papa en su silla gestatoria, con su comitiva de suizos, camarlengos, guardias nobles y cardenales; y los soberanos reinantes; y los crímenes dramáticos; y las escenas de la Revolución, Marat ensangrentado en su baño, Carlota Corday altiva y serena ante los insultos de los descamisados furiosos; y la misa en las Catacumbas, y Napoleón en la Malmaison, rodeado de sus galoneados mariscales y sus lindas mundanas de traje griego, y María Antonieta horrorizada ante la cabeza de la Lamballe... Se me ocurre si la figura de cera, tenida por deleznable, no será más sólida que los monumentos de mármol y bronce. ¡Cuántos de éstos se alzan á gente honrosa, olvidada ya, sin realce! En el Museo Grevin no tiene efigie de cera quien no haya sido coronado por la fama y la gloria.

Dijérase, por otra parte, que el culto de los héroes y de los grandes hombres es más ferviente cada día en Francia, tal vez porque ya no los produce. No importa que un héroe represente, en el sentido histórico, lo contrario de lo que actualmente domina. Francia acepta, y hace bien, todo su pasado. El teatro contribuye á estos endiosamientos, poniendo en escena incesantemente la vida del superhombre, en todas sus fases, aspectos y episodios. Napoleón, especialmente, es objeto de un culto apasionado, de una devoción de granadero de la guardia vieja, que toda Francia siente, segura de que tal hombre no volverá á nacer, ni tales hechos se repetirán...

La obra póstuma de Catulo Mendes, estrenada después de su muerte, se refiere á un momento poco conocido de la historia del emperador; el tiempo de su residencia en la isla de Elba, cuando todavía una irrisoria corte y una soberanía ficticia le engañan, y adormecen con narcótico los lancinantes dolores de su ambición colosal. Más que en Santa Elena, hace se visible la caída del coloso en este período, que precede á la aventura de los Cien días. Napoleón se nos aparece ya obeso, cansado, con ese secreto afán de reposo y esa preocupación de las cosas pequeñas que descubren el estrago de la debilitante vejez en las organizaciones un día poderosas. La devoradora energía del conquistador está amenazada; su empuje de titán se ha convertido en un reblandecimiento que toma forma de afectos de familia, y le hace suspirar por su esposa, por su hijo. Anúnciase la llegada de María Luisa y del rey de Roma, á compartir la soledad del proscrito. ¿Vendrán? Tal es la esperanza, el anhelo que agita á Napoleón en su destierro, entre granaderos que se aburren durante la paz, ingleses curiosos que van á gozarse en su abatimiento y á mirarle como á una fiera enjaulada, populacho italiano que grita aún «¡Viva el emperador!» y espías de todas las nacionalidades que le vigilan, riéndose de su ensueño conyugal y paternal. ¡Que venga la emperatriz! ¡Que traiga consigo al aguilucho! ¿No es justo que la esposa se reuna al esposo, y endulce con su presencia las melancolías del confinamiento? ¿No es natural que un hijo sea devuelto á su padre? ¿Qué tiene que objetar á esto Inglaterra, el país de los afectos familiares y de los matrimonios bien avenidos? La mujer, el niño, se acercan, no cabe duda; desembarcarán de un momento á otro; Napoleón se prepara á recibirles con todo el aparato que aún puede desplegar. Que ensillen el caballo amaestrado para la emperatriz. Que enganchen dos coches de cuatro caballos, y cochero de gran librea—frac verde y botones de oro.—Que le preparen al emperador su blanco corcel, la espada de Marengo, la escolta de gala—doce granaderos de gran uniforme, cuatro lanceros polacos, el abanderado del batallón de Córcega.—Que empavesen la chalupa que ha de ir á recoger á bordo á la hija de Francisco I de Austria, «mi suegro,» repite envanecido el héroe. Y loco de emoción, Napoleón sube al monte Giove, á esperar á la augusta, al heredero. Arriban, en efecto, una mujer, un niño; corren hacia el emperador... ¡Terrible desengaño! No es la hija de Francisco I, no es el rey de Roma; no es lo que significa la ambición, la sed de triunfo y desquite, el orgullo, la gloria del coloso. Es solamente el amor, solamente la abnegación; es la condesa Valewska y su hijo, el condesito Alejandro, que vienen á compartir y á endulzar las penas del vencido, á prestarle ánimos para el desquite. Por un momento, bajo la doble emoción de la aparición de aquella mujer fiel y aquel niño que lleva su sangre en las venas, Napoleón se conmueve, se enternece, y acepta el cariño y el consuelo que le brindan. Pronto, en los mismos brazos de la Valewska, el buitre vuelve á roerle las entrañas. No; no consentirá que aquella mujer que no es la suya, que aquel espurio—que lleva el nombre de un conde polaco esposo de su madre—permanezcan en la isla, añadiendo una nota al conjunto de su decadencia, de su descalificación como monarca. ¿Quién sabe si la Valewska ha venido impulsada por el interés de hacer declarar la nulidad del casamiento de Napoleón con María Luisa, la ilegitimidad del rey de Roma, y lograr título y categoría de emperatriz? Napoleón concibe esta sospecha; en su modo de ser, tenía que concebirla, atribuyendo á los demás las ideas que germinan en su propia alma seca, ardiente, insaciable. ¿No ha repudiado él á Josefina por obtener el imperial rehén de la archiduquesa? ¿No ha buscando en ella la alianza, la dinastía, la sanción del pasado? ¿No tienta una corona hasta el crimen? Y sin piedad, sin vacilación, expulsa de la isla á la dulce y sumisa enamorada, que sólo pedía acompañarle, ofrecerle el tesoro de su corazón leal. La Valewska se irá, en horrible noche de tormenta, con su hijo de la mano, y Napoleón seguirá en su puesto de esposo y padre ante la historia. ¡Sólo hijas y nietos de cien reyes pueden constituir la familia del ambicioso! La razón de Estado lo primero. Es preciso volver á triunfar, recuperar el solio. Sacrificado todo lo humano, podrá preparar el restablecimiento de su Imperio, la nueva aventura heroica. La tempestad se ha calmado; la condesa y su hijo se hallan á bordo. Y Napoleón exclama: «Por la parte de Francia, ¡qué hermoso está el firmamento!»

A pesar de que la obra de Catulo Mendes es muy inferior á las de Sardou y Rostand, que sin duda le han servido de modelo, gracias al arte exquisito de la Rejane, que hace el papel de condesa Valewska, y la popularidad de Napoleón, debe de ser uno de los mejores negocios de este momento en París.

La condesa de Pardo Bazán.

UN IDILIO, CUENTO DE SYLVAIN DEGLANTINE, ilustrado por Carlos Vázquez (1)



Saludóla al paso...

Josefina iba á Versalles á hacer algunas compras.

La aurora tendía su rosado manto sobre la llanura del Mail; las blancas belloritas teñíanse con los colores del iris y las hojas nacientes ponían colores de esmeraldas en las negras ramas de los bosques de Satory.

Josefina, la aldeanita, era deliciosamente linda en medio de aquella decoración, tan á propósito para sus diez y ocho años. Su sombrero de paja y tul blanco, lleno de sol, iluminaba su tez morena, y con su paso ligero que hacía crujir la falda de su vestido de color de malva, parecía una curuja en busca de amores bajo el tierno follaje.

Gervier habíase detenido en el paseo matutino que solía dar antes de encerrarse en la imprenta en donde trabajaba, y contemplaba á la muchacha que avanzaba por el sendero que parece una cinta gris tendida sobre la planicie. ¡Cuán hermosamente encarnaba la aurora primaveral cuyo hálito vivificador respiraba él con delicia!

Saludóla al paso; ella se estremeció, y las rosas de sus mejillas tomaron un tinte más vivo, pero sus ojos no se desviaron.

En su corazón de virgen despertábanse entonces deseos de amar, y Gervier era un guapo mozo, más guapo que el joven que el día antes la había pedido en matrimonio y á quien había visto un momento antes atravesar la llanura.

Josefina aceptó la bellorita que Gervier había cogido y le ofrecía, y pagó con una sonrisa el obsequio.

***

—Josefina, ¿ha de sufrir mi amor la suerte de esa hierba marchita? Como ella germinó en esa llanura á la luz de la aurora, y luego creció y se vivificó bajo las caricias de tus encantadores ojos. ¡Oh! Te lo ruego, no hagas que maldiga el día en que te ofrecí la bellorita apenas abierta, la bellorita en que se encerraba mi corazón.

Así hablaba Gervier algunas semanas después, al encontrar por tercera vez á la muchacha en el sendero.

Y Josefina le escuchaba con los ojos bajos, mirando en el suelo las manchas de luz que el sol dispersaba al través de los álamos. Delante de ellos extendíase la planicie del Mail iluminada por la rutilante claridad del mediodía. Algunos segadores tumbaban aquí y allá la hierba ligeramente tostada por el sol, y los zumbidos de los insectos subían al firmamento, que era de azul obscuro en el cenit y de un color plomizo en el horizonte.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Gervier, cogiendo entre las suyas la regordeta mano de Josefina, principió con acento cada vez más apremiante:

—Te amo más que á la aurora bajo cuya luz te vislumbré, porque de aquella aurora eres tú la perla, y más que á la tarde que envolverá la llanura en vaga claridad purpúrea, porque esa claridad no será más que la aurora de tu belleza. Ya te confesé mi amor, y en lugar de contestarme, huíste, temerosa, como corderilla á la vista del lobo, dejándome angustiado el corazón y llenos de lágrimas los ojos. Y sin embargo, ¿no late ahí, en tu pecho, un corazoncito cariñoso, amante, que se estremece al soplo de mi pasión diciéndote que seas buena y poniendo una confesión en tus labios? ¡Oh! ¡Déjale que hable, que me diga que me amas, Josefina, mi adorada Josefina!

La joven levantó la cabeza, dejando ver las marfileñas blancuras de su garganta. Su grácil cuerpo temblaba como la hoja movida por ligera brisa; sus manos correspondieron á la presión de las de Gervier, y fijos en los de éste sus ojos, murmuró ruborosa y admirablemente bella y feliz:

—Pues bien; sí, te amo.

***

Descendía el sol en el horizonte detrás de los árboles, y sus últimos rayos, prolongándose en la llanura como serpientes de fuego, salpicaban de oro los árboles amarilleados por el otoño. Había en la brisa embriagueces de amor; sonaba á lo lejos una música voluptuosa y desprendíanse las hojas de las ramas.

Gervier se había sentado junto á Josefina en el lindero del bosque, sobre la hojarasca verde y seca á la vez.

Con las manos enlazadas, sumidos los dos en deliciosa meditación, contemplaban el melancólico esplendor del espectáculo. Y ante aquel día hermoso que lentamente expiraba y ante aquella estación que aún más lentamente se moría, sentía su amor la necesidad de estrechar los lazos que le unían á la vida y de engendrar, en la fusión de sus almas, una inmensidad de cariño que le salvara de la inevitable muerte de las cosas.

De pronto Josefina fijó sus grandes ojos en su amado.

—¿En qué piensas?, le dijo.

—Pienso que muere un día hermoso sin acercarnos á la felicidad á que aspiramos con toda el alma.

—¿Qué dices? ¿No eres, acaso, feliz estando yo á tu lado, junto, muy junto á ti?

—Este placer, ¡ay!, es para mí fugaz y tan poco frecuente... ¡Quisiera tanto no separarme de ti, eternizar esta hora deliciosa, embriagarme con tu belleza, con tu encanto, con tu perfume, florecilla de abril!.. ¿Por qué retardas nuestra dicha como complaciéndote en ello?

—Perdóname; he querido probar tu amor, tu constancia. Además no podemos vernos más á menudo sin comprometerme, porque ¿qué diría la gente si me viera sola contigo, como también yo quisiera estar siempre?

—Pero ¿por qué no has permitido que vaya á ver á tus padres y á pedirles tu mano?

—Te lo he dicho ya; porque no te la habrían concedido, ya que otro se te ha anticipado.

—¿Otro?

—Sí. ¿No te acuerdas de un joven que el día en que me diste la bellorita cruzaba la llanura en dirección á la carretera de Saint Cyr?

No me fijé en él.

—Pues bien; la noche antes me había pedido en matrimonio.

—¿Y tú diste tu consentimiento?

—Casi, aunque pidiendo algún tiempo para reflexionar.

—¿Y qué?..

De nuevo clavó Josefina en los ojos de Gervier sus ojos apasionados.

—Te vi luego y te amé..., ¿qué más puedo decir? Pero aquel pretendiente agradaba á mis padres, y tu demanda, por consiguiente, habría sido mal acogida.

—Me asustas, Josefina. Qué, ¿la dicha vislumbrada será como este atardecer que en torno nuestro se desvanece y que ya no volverá á deleitarnos con sus esplendores?

La muchacha se acercó á él, y mirándole con más pasión que nunca, exclamó:

—¿Y puedes hablar así, tú que me amas? ¿Por ventura el amor poderoso y verdadero no sabe realizar un milagro cuando es preciso? Pues sabe que este milagro lo ha realizado tu Josefina. Ve mañana y pide mi mano á mis padres.



***

Los primeros brotes alegraban con sus dorados matices el bosque de Satory; multitud de hilos de la Virgen ondulaban acariciados por el sol que comenzaba á declinar y enrojecía en la planicie del Mail las puntas de las hierbas recién nacidas.

Celebrábase en aquel lugar una boda, y los claros atavíos de las muchachas alegraban la uniformidad verdosa y dorada del paisaje.

Los recién casados habíanse apartado algo de la gente, deseosos de estar solos y de poder comunicarse las impresiones de su felicidad.

—¡Al fin eres mía, Josefina, toda mía! Has realizado un verdadero milagro; mi rival tenía de su parte todas las ventajas y sólo le faltaba para coger la linda flor una cosa inmensa, el rinconcito que me reservaste en tu corazón. ¡Oh, qué hermoso paraíso se abre ante nosotros en medio de este despertar de la primavera. ¡Cuánto te amo, Josefina!

Y Gervier oprimía sobre su pecho á la joven desposada.

—Amado mío, ¡cuán dulces suenan tus palabras! ¡Cuán dichosa me siento siendo tuya en esa ola de felicidad en que la pasión nos arrastra! ¡Oh, cómo te quiere tu mujercita!

Y radiantes de placer caminaban, Gervier cogiendo, bajo los matorrales y entre beso y beso, frescas violetas que ofrecía á su compañera, y ésta adornando su vestido blanco con aquellas lindas florecillas.



El chubasco en la romería, cuadro de Alvarez Sala

PARÍS.—EXPOSICIÓN

DE LOS CIEN RETRATOS DE MUJERES DEL SIGLO XVIII

(Véanse los grabados de las páginas 336 y 337)

Organizada por la sociedad *L'Art et les Artistas*, celébrase actualmente en París esta exposición, interesante bajo todos conceptos, así por el objeto que se propusieron sus iniciadores, como por la manera de llevarla á cabo y sobre todo por el valor de las obras que en ella figuran.

La exhibición es á beneficio de la «Sociedad de socorro á las familias de los marinos franceses naufragados» y ha sido puesta bajo el alto patronato de S. M. la reina de Inglaterra. Los que concibieron el proyecto se propusieron reunir cien retratos de mujeres del siglo XVIII pintados por los más afamados artistas de la época y pertenecientes por mitad á las escuelas francesa é inglesa, y para realizar tan hermosa idea, mientras Armando Dayot, alma del comité organizador, iba á Inglaterra y obtenía allí la entusiasta aquiescencia de los más célebres coleccionistas, Jorge Berger, presidente del comité parisiense, conseguía igual éxito entre sus compatriotas.

Desde un principio hubo verdadera emulación entre los coleccionistas franceses é ingleses para que el grupo de cincuenta retratos que debía aportar cada nación fuese superior al que presentase su rival, y gracias á esto han podido reunirse cien verdaderas obras maestras que difícilmente podrán volver á ver se juntas y que son la admiración del numeroso y selecto público que acude al pabellón del Juego de Pelota de las Tullerías, en donde la exposición está instalada.

La lista de los particulares y museos que han facilitado obras y los nombres de los pintores cuyas firmas llevan éstas, son la mejor prueba de la importancia de la exhibición. Entre los primeros citaremos, para la escuela inglesa, entre otros, los museos de South Kensington, de Cambridge y de Brighton, los duques de Devonshire y Abercorn, la marquesa de Sligo, los condes de Cawdor, de Powis, de Darmouth, Ancáster, Plymouth, Ilcester y Crewer; y los señores Graham, Withbread, Colnaghi, Murray, Crews, Agnew, Muirhead, Cooper, Pover, Smith, etc.; y para la escuela francesa, los museos de Edimburgo y de la Comedia Francesa, el príncipe de Arenberg, la duquesa de Rohán, el duque de Polignac, los marqueses de Chaponay y de Estampes, los condes Allard du Chollet, de Pastré, de Castellane, de Laribosiere, de Lagarde y de Richhoufts, la vizcondesa de Curel, el vizconde de Chabert, los barones de Schlichting, de Erlanger, Edmundo y Enrique Rothschild, y los Sres. Lehmán, Dubufe, Tuffier, Gulbenkián, Weil, Wildenstein, Bichoffsheim y otros.

En cuanto á los pintores, ahí van sus nombres y las principales obras de algunos de ellos: de la escuela inglesa, Reynolds *(Duquesa de Gloucester, María Walpole)*; Gainsborough *(Reina Carlota, Hijas del pintor)*; Romney *(La princesa Amelia, Lady Hamilton)*; Opie *(Muchacha del país de Cornualles)*; Hoppner, Raeburn y Lawrence; y de la escuela francesa, Larguilliere *(Marquesa de Dreux Brezé, Señora Duclos en el papel de Ariana)*: Boucher *(Señora de Pompadour)*; Drouais *(Señorita de Romans)*; Nattier *(Marquesa de Estampes)*; David *(Señora de Mongiraud, Lavoisier y su esposa)*; Greuze *(Señorita Deviette)*; señora Vigée Lebrun *(Señora Dugazón, Señora Du Barry)*; Duplessis *(Señora de Lenoir)*, y Perronneau *(Señora de Sorquainville)*.

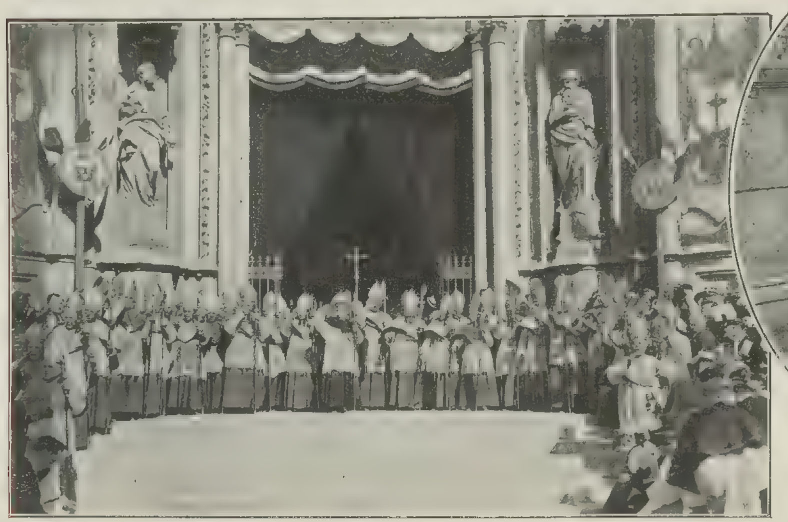


La promesa (Asturias), cuadro de Alvarez Sala



EL COTILLÓN, notable dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

ORLEANS.—FIESTAS EN HONOR DE JUANA DE ARCO



Los cuarenta y ocho prelados reunidos en Orleáns con motivo de las fiestas dan, desde el atrio de la catedral, la bendición al pueblo. (De fotografía de Royer.)

Deroulede pronunciando una alocución en la Cruz de las Tourelles. (De fotografía de M. Branger.)

Excepcional importancia han revestido este año las tradicionales fiestas con que anualmente se conmemora en Orleáns el aniversario de la liberación de la ciudad por Juana de Arco. Dos circunstancias han contribuído á ello: la de ser estas las primeras fiestas celebradas después de la beatificación de la heroína, y la de haber el gobierno mostrado, en cuanto á la participación de los elementos religiosos en la misma, una tolerancia de que en los años anteriores no había dado pruebas.

La ciudad estaba hermosamente empavesada; la afluencia de forasteros era extraordinaria, y en el palacio episcopal hospedábanse cuarenta y ocho cardenales, arzobispos y obispos.

Comenzaron los festejos el día 7 con la ceremonia emocionante de la entrega del estandarte de Juana de Arco hecha por el alcalde al obispo de la diócesis monseñor Touchet. Uno y otro pronunciaron con este motivo sentidos discursos, terminados los cuales todos los prelados, reunidos en el atrio de la basílica, dieron al pueblo la bendición papal.



Salida de la catedral de la procesión precedida del estandarte de Juana de Arco. (De fotografía de Theodoresco y C.ª)

Al día siguiente efectuóse la revista militar, después de la que las tropas desfilaron por delante de la estatua de Juana de Arco. Al mismo tiempo celebrábase en la catedral una solemnísima función religiosa, á la que asistió el Ayuntamiento en pleno, y en la que ofició de pontifical monseñor Ardin, obispo de Sens, y pronunció el panegírico de Juana de Arco monseñor Latty, arzobispo de Avignón. Concluído el oficio, formóse la procesión, que, seguida por millares de fieles, recorrió varias calles, pasó por delante del monumento y regresó al templo; su paso fué presenciado por una multitud inmensa y recogida.

La Liga de Patriotas, presidida por los señores Deroulede y Habert, y una delegación de estudiantes, depositaron una palma de plata en la Cruz de las Tourelles. «He aquí el sitio—dijo Deroulede—en donde Juana de Arco derramó su sangre. No son estos el lugar ni el momento oportunos para pronunciar un discurso. Gritemos únicamente: «¡Gloria eterna á Juana de Arco y eterna vida para Francia!»

Por la tarde, los individuos de la Liga se reunieron en un banquete presidido por Deroulede, quien, al final, pronunció un discurso de glorificación de Juana de Arco que terminó con estas elocuentes palabras: «¡Arriba los corazones y las frentes! ¡Dejemos que por debajo de nosotros pasen y se agiten las contiendas de partidos! ¡Unámonos y fundámonos en irreductible falange de protesta nacional! Y pensemos y digamos con la Libertadora: «¡Sí, es preciso hacer todos los esfuerzos para arrojar de Francia á todo extranjero que sea enemigo, á todo extranjero que sea conquistador, á todo extranjero que quiera ser amo!» También salió de los labios de Juana de Arco esta noble divisa: «¡Las mujeres rezarán, los hombres pelearán, Dios vencerá!»

El discurso de Deroulede fué muy aplaudido.—S.



Tribuna de las autoridades civiles durante la revista militar (De fotografía de M. Branger.)

EN CONSTANTINOPLA.—El primer Selamlik de Mohamed. Las primeras ejecuciones



El nuevo sultán Mohamed V saliendo de Santa Sofía después del primer Selamlik de su reinado, el día 30 de abril último
(De fotografía de Theodoresco y C.ª)

Conforme dijimos en el número último, el día 30 del pasado abril el nuevo sultán Mohamed V asistió por vez primera á la ceremonia del Selamlik, que se celebró con gran pompa en Santa Sofía.

El soberano, que vestía el uniforme de general de infantería, dirigióse á la mezquita en un coche de gala descubierto en compañía del mariscal Ahmed Muktar; en otro carruaje iban tres de sus hijos. Estaba radiante de júbilo cuando bajó á la puerta de Santa Sofía en medio de una multitud inmensa que le aclamaba, entre la cual había gran número de europeos y muchos individuos del cuerpo diplomático.

A la salida del templo reprodujéron se las aclamaciones y los aplausos entusiastas; el sultán parecía encantado de aquella cariñosa manifestación popular.

Como aquel era el primer Selamlik del nuevo reinado, delante de la puerta de Santa Sofía se sacrificaron seis ovejas, cuya carne fué distribuída entre los pobres.

Todos los habitantes de Estambul y de Galata se habían echado á la calle para ver al sultán á su vuelta á palacio, pero tuvieron una decepción, porque aquél regresó por mar á su imperial residencia. Las tripulaciones de los buques estacionarios de las embajadas estaban formadas y en el momento de pasar Su Majestad todos los barcos izaron sus pabellones.

El día 3 de este mes efectuáronse las primeras ejecuciones de los condenados á muerte por los consejos de guerra encargados de juzgar á los que tomaron parte en la reciente revolución reaccionaria.

Trece de los principales revolucionarios, entre ellos los asesinos del ministro de Justicia Nazim Bajá, fueron ahorcados, estos últimos en la plaza de Emín Unú, cerca del puente de Galata.



Las primeras ejecuciones de los rebeldes reaccionarios efectuadas el día 3 del corriente
Los asesinos del ministro de la Justicia Nazim ahorcados en la plaza de Emín Unú, cerca del puente de Galata
(De fotografía de Argus Photo Reportage.)

Mohamed V, según parece, ha ordenado que se suspendan por ahora las ejecuciones. Dícese que el día 5, al enterarse de las que se habían ya efectuado, llamó al gran visir Tewfik Bajá y al generalísimo Chefkek Bajá y les habló en los siguientes términos: «Soy respetuosamente fiel á la Constitución, pero deseo que se respeten también los derechos y las prerrogativas del trono. He tenido gran sorpresa al saber que no se ha otorgado ninguna amnistía con motivo de mi advenimiento, contra lo que se ha hecho en anteriores ocasiones; en vez de fiestas, el pueblo ha contemplado cadáveres ahorcados sin mi conocimiento. Se ha omitido someter esas sentencias á mi sanción, correspondiéndome, como me corresponde, el derecho de indulto. En lo sucesivo, exijo que tales hechos no se reproduzcan.»

Estas palabras, que se dan por auténticas, produjeron en los que las oyeron y en todos los círculos de Constantinopla profunda impresión.

El día 10 Mohamed V ciñó la espada de Osmán en la mezquita de Eyub. Esta ceremonia, que constituye la investidura del sultán, celebróse con un tiempo espléndido y con motivo de ella invadió las calles una multitud inmensa que no cesó de aclamar al soberano y al generalísimo Mahmud Chefket.—R.

PARÍS.—Exposición de los Cien Retratos de mujeres del siglo XVIII

(De fotografías de M. Rol y C.ª)



Retrato de la princesa Amelia, hija de Jorge III,
pintado por Jorge Romney. (Colección de la señora W. Mac Kay.)



Retrato de la reina Carlota Sofía, esposa de Jorge III,
pintado por Gainsborough. (Museo de Kensington.)



Retrato de la señora de Lenoir,
pintado por Duplessis. (Colección de la señora de Lenoir.)



Retrato de Lady Hamilton,
pintado por G. Romney. (Colección de Jorge Harland Peck.)

PARIS.—EXPOSICIÓN DE LOS CIEN RETRATOS DE MUJERES DEL SIGLO XVIII

(De fotografías de M. Rol y C.ª)



Retrato de la hija de la señora de Geoffrin, marquesa de Estampes,
pintado por Nattier. (Colección del marqués de Estampes.)



Retrato de la señora Dugazón en el papel de Nina,
pintado por la señora Vigée-Lebrún. (Colección de la condesa E. de Pourtalés.)



Retrato de la señorita de Romans,
pintado por Drouais. (Colección de Eugenio Kraemer.)



Retrato de María Walpole, duquesa de Gloucester,
pintado por Joshué Reynolds. (Colección de G. Fairfax - Muncey.)

EL ESCULTOR AUSTRIACO EDMUNDO HELLMER

Lo primero que de este artista debe decirse es que así en sus primeras como en sus últimas obras se revela toda su personalidad, habiendo dedicado siempre á todas ellas una energía grande, concentrada, que no descansa hasta conseguir, cueste lo que cueste, la mayor perfección posible. Para él nada de lo que á su arte se refiere carece de interés; las dificultades, en vez de arredrarle, le excitan á trabajar con más ahinco, y así después de haber luchado valerosamente, al fin ha vencido.

Hellmer no es estilista, no es afectado; siempre se nos presenta grande y espontáneo, así en la concepción como en la ejecución, y apartándose de lo que pudiéramos llamar elemento literario del arte, se atiene al principio de que la principal misión de la plástica no es *decir* algo, sino proporcionar un placer al espectador, haciéndole sentir lo que siente puesto en presencia de cualquier espectáculo bello de la naturaleza.

Su fama es universal, y Austria, su patria, le considera como uno de sus más grandes maestros.

Entre sus principales obras mencionaremos los monumentos á Goethe y á Frank que los grabados de esta página reproducen; el proyecto del monumento á Juan Strauss, destinado al parque de la ciudad de Viena, la fuente de Kastalia del patio de la Universidad de aquella capital, los monumentos funerarios á Dumbas y á Hugo Wolf y á la estatua de María Teresa que adorna el Archivo Imperial de la ciudad mencionada.

Desde hace muchos años es profesor de la Academia Imperial de Artes Plásticas de Viena, en donde ha creado una verdadera escuela. Sus alumnos le idolatran, y de su clase han salido notables escultores que honran á su maestro y á su patria; en todos ellos se advierte la beneficiosa influencia de las sabias enseñanzas y de los sanos ejemplos de Edmundo Hellmer.

El célebre escultor austriaco Edmundo Hellmer en su taller
La escultura que se ve en el centro del grabado es para el monumento á Goethe que actualmente está instalado en la Ringstrasse de Viena



BARCELONA. – SALÓN PARÉS

LOS CUADROS DE PEPITA TEIXIDOR Y LUISA VIDAL

No pueden ocultarse á nuestros lectores los escollos que se ofrecen á la mujer de nuestro país para dedicarse con aprovechamiento al cultivo de la pintura, sujeta al hogar y obligada á cumplir, en todas sus edades, los deberes que le impone su condición de hija, esposa y madre. De ahí que no escaseemos nuestros plácemes á las artistas que cual las señoritas Teixidor y Vidal han logrado singularizarse y distinguirse, tanto como en sus respectivos países Georgette Meunier, Anna Peters, Felicie Verytiers, María Uboldi, Eufrosina Bernart, Beaury Sorel, Antonina Bañuelos, Angela Riba y otras más, y como ellas constituyen una personalidad merecedora de toda clase de respetos.

Los cuadros de flores que exhibe la señorita Teixidor en el Salón Parés atestiguan sus estimables cualidades, que aprecia el público, que atraído por la belleza, elegancia y corrección de las acuarelas y aguazas expuestas, no regatea sus elogios. Y ciertamente los merece, pues aparte del buen gusto que revelan todas las producciones, cautivan por su disposición y por la soltura y facilidad con que al parecer han sido ejecutadas, así como por sus atinadas coloraciones, vigorosas y con ciertas vaguedades que les prestan extraordinario encanto.

Retratos, estudios de figura y notables dibujos expone la señorita Vidal, pintados con soltura y firmeza, sin dudas ni vacilaciones y con esa seguridad en la pincelada que sólo pueden aplicar aquellos que tienen la certeza del resultado. En las producciones á que nos referimos represéntase cuanto la artista ha observado y ha copiado con singular fidelidad, sin acudir á rebuscamientos. Pronto podrán apreciar nuestros lectores la importancia de la obra realizada, ya que reproduciremos en estas páginas algunos de sus trabajos. Interin nos hemos creído obligados á dedicarle estos renglones como muestra de la consideración que nos merece, al igual que la señorita Teixidor.

MISCELÁNEA

Espectáculos. — Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Quan l'amor ha encés la flama*, comedia en tres actos de Avelino Artís, y *L'enrenou del poble*, comedia en un acto de Palmira Ventós (*Felip Palma*); en el Principal *La vida pel tsar*, drama de costumbres rusas en cuatro actos de Pedro Newsky, traducción catalana de Ramón de Bellsolell; y en Novedades *La comedianta*, comedia en tres actos de Ignacio Iglesias, y *El darrer miracle*, poema dialogado en un acto y dos episodios de Rafael Marquina.

En el Eldorado continúa obteniendo una serie no interrumpida de triunfos la compañía dramática italiana dirigida por el eminente actor Garavaglia.

En el teatro de Novedades ha dado un concierto el ilustre pianista Juan Malats, habiendo ejecutado de una manera magistral la *Sonata en la mayor* n.° 12 de Mozart, *Balada* en sol mayor, *Impromptu* en fa sostenido, *Polonesa*, *Preludios* en fa sostenido, en fa mayor y en re mayor de Chopin, *La fileuse* de Mendelssohn, *Papillons* de Schumann, *La bourrée fantasque* de Chabrier y *La campanella* de Paganini-Liszt. Cada una de estas piezas valió al eminente concertista grandes ovaciones.

Palau de la Música Catalana. – El «Orfeó de Sabadell,» dirigido por el maestro Sr. Planas y Argemí, ha dado un notable concierto, cuyo programa lo formaban composiciones de Brahms, Mendelssohn, Jannequin, Lambert, Planas, Narcisa Freixas, Sancho Marraco y Nicolau, que fueron perfectamente interpretadas y con entusiasmo aplaudidas. En el concierto tomó parte el notable violinista sabadellense Sr. Soler y Gómez, quien ejecutó admirablemente, acompañado al piano por el Sr. Planas, el *Gran concierto* en mi menor de Mendelssohn, *Aria* para la cuarta cuerda de Bach, *Souvenir de Moscou* de Wieniawski, *Allegro energico* de Max Bruch y *Andante y rondo* de Vieuxtemps, obteniendo muchos y muy calurosos aplausos.



Monumento al burgomaestre Frank
que se levanta en el Parque Municipal de Gratz, obra de Edmundo Hellmer

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Lara *De cerca*, comedia en un acto de Jacinto Benavente; *Por los suelos*, consecuencia y comentarios de la celebrada comedia de Jacinto Benavente *Por las nubes*, obra en un acto de Berrueta; y *La muñeca de los viejos*, comedia en un acto de Ricardo Gorbea, premiada en un concurso celebrado recientemente por el diario «El Liberal;» en el Gran Teatro *El abrazo de Vergara*, cuadro dramático en un acto de Luis Larra, música del maestro Cereceda; y *Vera Violeta*, opereta en un acto de Leo de Stein, arreglada al castellano por los Sres. Alfaro y Kummer, música del maestro Eysler; en Apolo *Sangre gorda*, diálogo de los Sres. Alvarez Quintero; en Romea *El redimido*, comedia en un acto de Sr. Carretero; *La sequía*, comedia en un acto del Sr. García Porcel, y *La novia*, del colaborador del diario «El Mundo» que firma Ximeno Ximenes; y en Eslava *¡Viva la libertad!*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz, música del maestro Alvarez de Castilla.

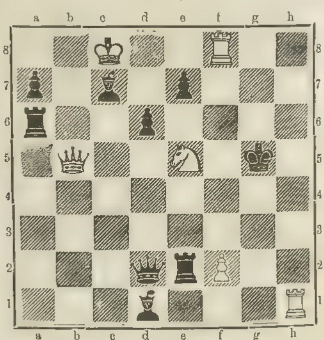
París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *L'honneur et l'argent*, comedia en cinco actos y en verso de Francisco Ponsard; en la Opera *Bachus*, ópera en cuatro actos y siete cuadros de Cátulo Mendes, música de Massenet; en Rejane *Le refuge*, comedia en tres actos de Mario Nicodemi; en el teatro des Arts *Les possedés*, comedia en tres actos de Lenormand, y *L'eventail de lady Windermeere*, comedia en cuatro actos de Oscar Wilde, adaptación francesa de M. Remon y J. Chalencon; en Porte Saint-Martin *Lauzun*, comedia en cuatro actos de Gustavo Guiches y Francisco de Nion; en Vaudeville *L'Ex*, comedia en cuatro actos de León Gandillot; en Antoine *Master Bob (gagnant du Derby)*, comedia en cuatro actos de Enrique de Brissac y Marcelo Lauras; en Michel *La cloison*, comedia en un acto de Claudio Gevel; *La paix des ménages*, comedia en un acto de A. Valy y L. Miral, y *M. de Saint Christophe, professeur de chinois*, comedia en dos actos de Carlos Desfontaines; y en Mevisto *Tell père, Tell fils*, ópera bufa en un acto de Sacha Guitry, música de Tiarko Richepin, y *Les ruffians*, comedia en dos cuadros de Carlos Meré.

AJEDREZ

Problema número 520, por V. Marín

2.° premio del Concurso del «Tidskrift for Schack» 1906

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 519, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. T g2 – b2	1. a3 × b2
2. D h2 – e2	2. d3 × e2
3. T f3 × c3 mate.	
	1. c3 × b2
2. D h2 – c2	2. d3 × c2
3. T f3 – c3 mate.	

Variantes.

1......	c3 – c2;	2. D h2 × c2, etc.
	g4 × f3;	2. A h1 × f3 jaq., etc.
	R d5 × c4;	2. T b2 – b4 jaq., etc.
	c7 – c5;	2. D h2 – d6 jaq., etc.
	Otra jug.ª;	2. T f3 juega jaq., etc.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



La lechera no tardó en volver y dió al angelito algunas cucharadas de leche bien azucarada. (Pág. 324)

—¿Ve usted cómo no hay que desesperar?, declaró el médico. La memoria puede volver insensiblemente. Hay que ayudarla..., preguntarle á menudo.

—Ya he probado, dijo Laroche, pero sin resultado apreciable. Ni siquiera pude saber de dónde venía mi hija cuando la detuvieron.

—Vivía con su marido en la calle de Boileau, dijo el notario. ¿Verdad, Juana?, añadió dirigiéndose á la demente. ¿Verdad que vivíais en la calle de Boileau?

—Calle de Boileau... ¡Ah, sí..., sí!.., contestó ella.

El notario ignoraba que Luciano de Favreuse hubiese abandonado su antiguo piso, y Laroche tuvo que enterarle de la huída de su yerno no se sabía dónde.

—¿Adónde fuisteis al marchar de la calle de Boileau?, preguntó el doctor.

—Boileau, repitió otra vez Juana, sí, calle de Boileau...

—Y bien, de la calle de Boileau, ¿adónde te llevó tu marido?, preguntó á su vez Laroche.

—¡Mi marido!.., balbuceó la demente con un estupor idiota, no sé...

—¿Os quedasteis en París..., ó bien os fuisteis al campo?, preguntó el médico.

—No sé...

No fué posible obtener explicación alguna de la pobre loca.

—¿Qué opina usted?, preguntó nuevamente Laroche al doctor.

—Amigo mío, contestó éste, todo hay que esperarlo del tiempo. En esos casos de locura determinados por una conmoción violenta, caracterizados por esa pérdida de la memoria, es raro que no sobrevenga la cura en un momento dado, bien lenta ó bien bruscamente determinada por una nueva conmoción, por una emoción súbita y violenta que impresiona de pronto y despierta el recuerdo dormido.

—¿Qué dice usted de mi proyecto de llevármela al Cepellón?, preguntó el padre de Juana.

—¿Va usted á instalarla allí?, interrogó el doctor.

—Hasta tengo intención de abandonar definitivamente París, declaró Laroche. Usted comprenderá que ahora los negocios, para mí...

—Sí, sí, dijo el médico, lo comprendo. Pues bien; no puedo menos de aprobar su idea. Juana se encontrará indudablemente mejor en el campo que en París, y estoy pensando que hay en Angulema un alienista de gran talento, el doctor Courvoyer. Había fundado, años atrás, un establecimiento cerca de París, establecimiento muy próspero, donde sometía á su tratamiento las enfermedades mentales; pero se retiró, y ahora se consagra enteramente al estudio. No ejerce ya; pero, en cambio, nos da de vez en cuando alguna obra preciosa sobre las espantosas afecciones que tan bien conoce. Yo era muy amigo suyo, y le escribiré hoy mismo para recomendarle á nuestra pobre Juana.

—Gracias, amigo mío, contestó Laroche. ¡Ah! No hay sacrificio que yo no esté dispuesto á hacer para que mi hija recobre la razón.

Toda esta conversación no había despertado un solo instante la atención de Juana, y sus ojos parecían seguir siempre en el espacio un punto invisible, mientras sus labios murmuraban palabras vagas y frases entrecortadas.

Después de una nueva tentativa infructuosa para hacerla hablar, el doctor se retiró.

Laroche reanudó con el notario el examen de sus negocios, después de lo cual el Sr. Verdel se marchó.

—Vamos á partir, Juana, dijo el comerciante acercándose á su hija; vamos á volvernos al Cepellón.

—El Cepellón..., sí, sí..., dijo ella.

—¿Quieres?.. ¿Estás contenta?.., preguntó el padre observando en los ojos de Juana el efecto de sus palabras.

Pero los labios de la loca se movieron sin que una sola palabra brotase de ellos.

El pobre padre volvió á sentarse á su escritorio, con la cabeza entre las manos, desolado.

¿Era aquella su hija, su Juanita idolatrada? ¡Lo que había hecho de ella el miserable que se había apoderado de su amante corazón!

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Agitaba al viejo una cólera sorda, un furor concentrado.

—¡Ah, ese Favreuse..., ese Edmundo!.., exclamó de pronto exaltado, dando un puñetazo sobre la mesa.

Al nombre de Edmundo, Juana se levantó bruscamente y repitió varias veces:

—¡Edmundo!.. ¡Edmundo!.. ¡Edmundo!..

Parecía hacer un esfuerzo violento como para recobrar un recuerdo desaparecido, y su padre la contemplaba con ansiedad...

¿Iba á encontrar de nuevo la evocación de aquel nombre, la memoria del pasado?

¡Ay, no! No fué más que un viso de razón que desapareció en seguida, y Juana se dejó caer nuevamente en su sillón. La impresión fugitiva se había disipado.

Desde aquel día, Laroche activó sus preparativos de marcha.

Bernard, en quien el comerciante tenía la confianza más absoluta, recibió de su amo los poderes necesarios para regentar la casa hasta encontrarse un comprador serio.

Laroche tenía que llevarse los criados, y á ruegos suyos, el doctor Desvallières le envió una mujer de toda seguridad, antigua enfermera, acostumbrada á los dementes y que había de estar especialmente al servicio de Juana.

Pronto estuvo todo listo para la marcha, y dejando á su criado para que vigilase el embalaje de los muebles grandes, Laroche, Juana, la criada y la enfermera tomaron el tren en la estación de Orleáns.

Juana se dejó conducir dócilmente y no pareció manifestar ninguna sorpresa por aquel cambio bruscamente introducido en sus costumbres.

Ejecutaba pasivamente todo lo que le decían que hiciese, y apenas instalada en una esquina del departamento, volvió á tomar su actitud habitual, con las manos sobre las rodillas y los ojos perdidos en el espacio.

Al tren que llevaba al Sr. Laroche y á su hija hacia el Cepellón, iba enganchado un coche especial, provisto de un ventanillo con reja y de esta indicación:

MINISTERIO DEL INTERIOR

Servicio de cárceles

¡Extraña coincidencia!.. En una de las celdillas de aquel vagón iba encerrado Luciano de Favreuse, que trasladaban al presidio de Etampes, donde tenía que purgar su condena.

Ésta parecía haber producido en él un cambio completo. A la actitud altiva y desdeñosa que había conservado durante la instrucción y los debates, había sucedido una especie de pasiva indiferencia, de resignación, que hubiera podido pasar por arrepentimiento á los ojos de los que no podían leer en los repliegues de aquella alma tenebrosa.

En el fondo, el miserable se consideraba bien librado con sus tres años de presidio.

¡Tres años pronto se pasan!..

Además, con buena conducta, tenía probabilidades de una reducción de pena, de un indulto.

Y una vez libre, ¿no tendría á su disposición la pequeña fortuna que había escondido antes de su arresto..., aquellas obligaciones, aquellos valores, fruto de su robo, que podría negociar?

Ni un minuto pensó el infame en su pobre esposa. El amor de Juana, tan completo, tan lleno de abnegación, tan ciego, no había podido vencer el feroz egoísmo que reinaba en absoluto en el corazón de su indigno marido.

La pobre mujer no contaba en la existencia de Luciano sino por el valor que representaba la fortuna de su padre. Esta fortuna vendría á parar á manos de él algún día. Así lo esperaba. El Sr. Laroche acabaría por desaparecer, y aunque desheredase á su hija, la ley le obligaba á dejar á Juana una parte muy considerable de sus millones.

La llegada del preso á la cárcel de la Roqueta, donde tenía que esperar su traslado á un presidio de provincias, causó verdadera sorpresa entre el personal.

El atrevido robo, tan hábilmente ejecutado en el Crédito Lyonés, revelaba en su autor una ingeniosidad y una presencia de espíritu tan grandes, que de pronto lo habían atribuído á un profesional, á uno de esos especialistas que se hallan casi siempre al acecho en torno de los establecimientos financieros, buscando la ocasión de ejercer su deplorable talento, adquirido casi siempre á costa de una experiencia caramente pagada con anteriores condenas.

Los debates habían revelado, con el nombre del ladrón, su posición social; así es que Luciano de Favreuse fué acogido con un sentimiento de viva curiosidad, cuando el coche celular le depositó, en compañía de algunos otros condenados, en el patio de la cárcel.

¡Cómo! ¿El osado ladrón era aquel guapo joven, elegante, de modales distinguidos, de fisonomía simpática?..

Y los guardianes, hartos del cinismo desvergonzado de los presos habituales, sentían una especie de conmiseración por aquel señorito cuya actitud resignada y cuya cortesía llena de deferencia contrastaban de una manera tan característica con los modales ordinarios de la mayor parte de los condenados.

Se había ordenado á los detenidos que se sentasen en un banco delante de la puerta de la escribanía. Aquella mañana sólo eran cinco.

—¡Atención! ¡A ver cómo respondéis al llamamiento!, ordenó rudamente un cabo de escuadra.

Era la primera vez que Luciano se halla en contacto directo con los demás presos.

En el Depósito de la prefectura de policía, la importancia de su robo y su situación particular le había valido el favor apreciable de una celda; no había sufrido la horrible promiscuidad de las salas comunes, adonde las redadas de malhechores y los arrestos de cada día conducen la turba más innoble de la población de París.

El miserable, con su traje elegante y su sombrero de copa puesto sobre sus rodillas, ofrecía un contraste chocante con sus compañeros de infamia.

A su derecha, un muñeco enclenque, con cara de garduña, una gorra de seda grasienta metida hasta las cejas, se inclinaba, tan pronto como el vigilante volvía las espaldas, para cambiar en voz baja algunas palabras breves, en su caló de arrabal, con el individuo que estaba sentado á la izquierda de Luciano.

Este último, aunque no comprendía la mayor parte de las expresiones empleadas por los dos interlocutores, adivinó que era objeto de la extraña conversación.

—Mira el tipo este, decía en su jerga poco menos que incomprensible para el aludido el raquítico granuja con risa canallesca. ¡Qué flamante! ¡Para un carterista, no se da poco lustre!

—En efecto, contestó el otro, una especie de coloso con cuello de toro y cara bestial. ¡No será mal peine!

—¿Cuántos años te han endilgado á ti, señorito?, preguntó el pillete hablando directamente á Luciano.

Este pareció no haber comprendido y no contestó.

—¡Ah, no se da poco tono el señor duque!, dijo con sorna el granujilla. El señorito está aquí sin duda por su hermano, añadió empleando una expresión usada entre la clientela de las cárceles para designar á un individuo que pretende ser inocente.

A esta última frase, cuyo sentido real no comprendía, Luciano se estremeció.

¡Su hermano!.. Por primera vez, después de su prisión, el miserable veía *in mente* la figura de Edmundo, y las consecuencias del acto monstruoso que había cometido se presentaron á su imaginación bajo un nuevo aspecto.

No se había contentado con robar indignamente á su hermano la joven que éste amaba, sino que le había usurpado también su nombre, arrastrándolo por el lodo, deshonrándolo, cubriéndolo de oprobio. Era Edmundo el que figuraba como un malhechor... Era el nombre de Edmundo de Favreuse el que constaba ya en los registros de las cárceles, matriculado en el ejército infame del vicio... Era este nombre el que iba á ser inscrito en la escribanía de la Roqueta, á continuación de otros nombres célebres en los fastos del crimen...

Pero no era esto lo que más preocupaba á Luciano. Pensaba con angustia que durante tres años iba á permanecer encerrado, sin comunicación posible con el exterior.

Su hermano le escribiría seguramente, y se extrañaría de su silencio... ¿Qué sucedería si durante su ausencia Edmundo volvía ó le hacía buscar?..

Para sus proyectos futuros, el miserable necesitaba á toda costa conservar á Juana. En ella fundaba sus esperanzas del porvenir.

No se le ocurría ningún medio de conjurar el peligro que vislumbraba, y á tal extremo se hallaba abismado en sus penosas reflexiones, que el vigilante tuvo que llamarlo dos veces.

—¡Favreuse!.. ¡Y bien! ¿Qué espera para contestar?.. ¡Favreuse!..

Luciano se levantó con sobresalto.

—¿Es usted sordo?, preguntó el vigilante.

—Usted dispense, contestó mansamente Luciano.

Y penetró á su vez en la escribanía para las formalidades del encarcelamiento.

El nombre de Favreuse, ese nombre por el honor del cual había muerto el padre del infame, ese nombre al que su hermano procuraba devolver, á fuerza de trabajo, el brillo y la reputación de antes, fué inscrito otra vez en los infamantes registros.

El que había usurpado el nombre de Edmundo de Favreuse perdía su personalidad para convertirse en un número.

El número 211.

—¡Qué lástima!, murmuró el guardia encargado del registro cuando el preso salió de la escribanía. ¡Un joven como él! De hoy más, es hombre al agua.

—¡Bah, bah!, contestó el cabo; los truhanes como él caen siempre de pies... Con su aire inocentón, es un pájaro de cuenta... Después de todo, no puede quejarse, pues ha salido del paso con una pena relativamente ligera.

—¡Vamos, en marcha!, ordenó saliendo detrás de Luciano.

Empezaba para el miserable la parte material del castigo; pero se había prometido tener firmeza, y sin que un músculo de su rostro revelase sus impresiones íntimas, se sometió á la humillante *toilette* prescrita por los reglamentos penitenciarios; sus cabellos cayeron bajo la tundidora, y la navaja de afeitar algo ruda del peluquero de la cárcel le quitó su fino bigote rubio. Disimuló su repugnancia al vestir el degradante uniforme de los detenidos, consistente en americana y pantalón de paño burdo. Sacóse dócilmente sus botas de charol para calzar los pesados zuecos y se encasquetó el gorro reglamentario.

El marido de Juana estaba así desconocido, y como la operación del vestuario se había operado simultáneamente para todos los que habían ingresado aquel día, los demás presos, todos reincidentes, no pudieron contener una risa burlona al ver la facha de Luciano con aquel nuevo traje, que parecía paralizar sus movimientos.

—¡Qué cara pone el señorito!.., dijo el renacuajo.

—¡Vaya una facha!, apoyó el coloso, rufián peligroso que iba al presidio de la Nueva Caledonia. ¡Lástima que no aproveche el momento para retratarse!..

—¡Silencio!.., gritó el vigilante.

Luciano tenía que pasar poco tiempo en la Roqueta; pero como el trabajo era obligatorio, el inspector lo destinó á un taller en que algunos presos estaban ocupados en la fabricación de saquitos de papel, trabajo que no exige aprendizaje.

Aquel primer día de verdadera detención pasó bastante aprisa. El miserable se alegraba de verse, por la obligación del silencio, al abrigo de las preguntas y sobre todo de las reflexiones de sus compañeros de trabajo.

Maquinalmente cumplía su fácil tarea, y sólo sufría realmente á la hora del recreo en común en el patio.

Esta última hora era para él más desagradable que el resto del día.

Vino luego la comida.

En una inmensa sala de paredes desnudas había alineadas varias mesas estrechísimas. Cada cual tomaba asiento en su sitio, en medio del más profundo silencio.

Cada preso tenía delante un puchero de mal caldo con pan y legumbres, y sobre cada mesa había un cántaro de agua.

Luciano, que no tenía ganas de comer, apenas probó aquel potaje. Su vecino le tocó con la rodilla, designando con los ojos su puchero.

El marido de Juana contestó á aquella elocuente mímica con un gesto de asentimiento, y el vecino añadió á su ración la del camarada que despreciaba el rancho de la casa.

—Cuando apriete el hambre no harás tantos remilgos, murmuró entre dientes el favorecido.

Aquello no era más que una muestra atenuada de la vida que le esperaba al miserable Favreuse durante tres años, porque iba á ser mucho peor en el presidio, según oía decir en torno suyo.

Procuraba vencer los terrores que le asaltaban ante semejantes perspectivas, y para cambiar el curso de sus ideas mortificantes, formaba ya proyectos para el porvenir.

¡Tres años!.. No había más remedio que soportarlos. ¿No tendría después la fortuna, una verdadera fortuna?.. Había derrochado tontamente algunos centenares de miles de francos, pero allí estaban los millones del padre de Juana... ¡Ah, el día que los tuviese sabría servirse de ellos!

De nuevo resonó la campana en el silencio y los presos pasaron á los dormitorios.

El preboste de la sala, preso encargado del buen orden durante la noche, indicó á Luciano su camastro, y el miserable se tendió en él, rendido de cansancio, con los pies doloridos por el rudo contacto de los zuecos.

Tardó mucho en poder conciliar el sueño; aquel dormitorio le recordaba el cuartel que hoy echaba de menos, y el uniforme militar, que había llevado algún tiempo, aquel uniforme glorioso, reemplazado ahora por la ignominiosa ropa puesta sobre la cama. Recordaba que vestía el honroso traje de los servidores de la patria cuando vió por primera vez á Juana y ésta lo tomó por el hombre á quien amaba.

¿Qué había sido de su mujer?

«¡Bah!—pensaba el indigno esposo,—habrá vuelto á casa de su padre. ¡El viejo no se habrá negado á recibirla en presencia de su desgracia!»

De pronto le asaltó una idea.

Su esposa, bajo la influencia de los consejos de su padre, ¿no iba á pedir judicialmente la separación? ¡Hasta se hablaba de un proyecto de ley sobre el divorcio! Indudablemente Juana ganaría el proceso, y entonces, ¡adiós fortuna del suegro!

Pero de pronto el cínico perillán se tranquilizó.

¿No tenía un hijo?.. Juana debía haber dado á luz..., y aquella criatura, que le pertenecía, iba á ser su salvación.

En torno de él susurraban conversaciones en voz baja. Es sobre todo en el dormitorio donde los vecinos de cama cambian mutuamente las noticias del día, pues á pesar de la vigilancia, los presos encuentran siempre algún medio de comunicarse entre sí, y por los que ingresan son sometidos al corriente de lo que pasa fuera.

Varias veces solicitado por los ¡pst! de sus vecinos, Luciano fingió dormir para no tener que contestar. No tenía ganas de conversación.

No tardó en dormirse profundamente.

Durante tres días más vivió condenado á aquella existencia de una exasperante monotonía, deseando que llegase la hora de su traslado al presidio, con lo cual cambiaría sin duda un poco su vida de hastío.

En la mañana del cuarto día, Luciano notó que tenía por vecino de taller un preso nuevo.

Era un hombre todavía joven, pero tenía trazas de estar familiarizado con la prisión.

El recién llegado le miraba con una insistencia que le extrañaba, y en vano procuraba Luciano recordar la fisonomía de aquel hombre que parecía haberle reconocido, pues varias veces le había hecho señas de inteligencia.

La presencia del vigilante impedía entonces toda clase de conversación.

Pero por la noche, en el dormitorio, Favreuse vió con gran sorpresa que su vecino de taller era también vecino suyo de cama.

Cuando todos se hubieron acostado y el vigilante hubo salido, el recién llegado se inclinó hacia Luciano.

—Vamos á poder charlar un rato, dijo en voz baja. El preboste es amigo mío y no nos fastidiará.

—¿Qué quiere usted decirme?, preguntó Favreuse bastante sorprendido. ¿Me conoce usted?

—Fuí juzgado después de ti, contestó el vecino, y cuando te condenaron á tres años de presidio, me endilgaron á mí otros tantos. Entonces se me ocurrió una idea.

—No comprendo, declaró Luciano, que empezaba á sentir cierta curiosidad. ¿Adónde quiere usted ir á parar?

—¡Oh, puedes tutearme!, dijo el otro. Aquí no hay etiqueta. He aquí de lo que se trata, continuó diciendo. Si tú eres ladino, yo no soy ningún tonto, y como hemos trabajado en la misma profesión, habrá medio de que nos entendamos. Cuando el tipo del Crédito Lyonés contó la estratagema del billete de cincuenta francos que el imbécil del cobrador se agachó á recoger, yo me desternillaba de risa! «¡Cuidado si es listo el pájaro ese!,» dije para mí. Y lo más inteligente es que supiste esconder el dinero.

Luciano escuchaba sin comprender adónde quería ir á parar su vecino; sin embargo, creyó que éste hacía alusión á los valores cuyo escondite siempre se había negado enérgicamente á indicar, y de pronto concibió una sospecha.

Había leído que á veces, para obtener revelaciones, la policía coloca al lado de ciertos presos otros detenidos encargados de inspirarles confianza y de arrancarles lo que á la justicia le interesa saber.

«El lazo es demasiado grosero para que yo me deje coger en él»—se dijo el ladrón.

Y una vez que se hubo metido esta idea en la cabeza, opuso un mutismo completo á todas las insinuaciones de su compañero de cautividad.

Éste le propuso, para después de su licenciamiento, una especie de asociación.

Él también tenía dinero escondido, producto de un robo. A pesar de las pesquisas más minuciosas, la justicia no había podido dar con él. Podrían poner los fondos en común y operar en grande escala.

«¡Ah, no por cierto!—pensaba Luciano.—¡No cometeré la simpleza de revelar mi secreto!.. ¡Yo necesitaré ese dinero!.. Dentro de tres años, los peligros de la negociación serán mucho menos, y podré sacar partido de esos valores ínterin vienen á mis manos los millones de mi suegro.»

Su vecino, ante el fracaso de su tentativa, no insistió, y ya obrase de buena fe, ya fuese instrumento de la policía, sus proposiciones no obtuvieron el menor resultado.

A la mañana siguiente, un vigilante se presentó á llamar el número 211.

Luciano le siguió, y después de las formalidades reglamentarias, subió al coche celular que le condujo con otro preso á la estación de Orleáns.

Poco después, el tren se lo llevaba hacia Etampes, y el miserable estaba lejos de sospechar que en el coche que precedía inmediatamente al furgón del ministerio del Interior, iban precisamente su mujer y su suegro.

XVI

FAMILIA INFANTIL

La pequeña Jenny, en la camita de Rosita Landry, que pasó aquella noche en la cama de su madre, durmió profundamente después de haber bebido una tacita de leche mezclada con agua de malvas, y no despertó hasta el amanecer.

Rosita estaba despierta ya, preocupada por la presencia de aquella niña á quien daba el nombre de hermanita y hacia la cual se inclinaba su corazón.

La señora de Landry tampoco dormía, pues para ella aquel suceso era objeto de una verdadera preocupación. Se preguntaba qué debía hacer, pues aunque la víspera había dicho que sería necesario ir á hacer una declaración al comisario de policía, no podía pensar, sin que se le oprimiera el corazón, en la suerte de aquella pobre criatura que iría á aumentar el número de los infelices niños abandonados.

Se preguntaba si no debía tratar de obtener que le confiasen aquella niña hasta que sus padres hubiesen sido encontrados; pero al mismo tiempo pensaba en su posición, en las dificultades que encontraba para vivir desde la muerte de su marido.

Antes de quince ó dieciocho meses, Rosita no ganaría nada. Luego, en la costura, hay la estación muerta en que el trabajo falta.

Víctor, que la viuda había podido colocar en el colegio de San Nicolás, gracias á la amable intervención de los Sres. Lavisart y Fleuret, no le costaba nada, puesto que los banqueros pagaban su pensión; pero ella no ganaba más que el salario de sus jornales, haciendo trabajos domésticos. Había tenido que ponerse á trabajar á fin de tocar lo menos posible á la pequeña cantidad que los amos de su marido le habían entregado.

La excelente mujer no sabía qué resolución tomar.

Rosita, viendo que su madre no hacía ningún movimiento, la creyó dormida, y poco á poco, se levantó para ver á la hermanita que Pablo le había traído.

La niña marmoteaba en su camita, «viendo á los ángeles,» como dicen las madres.

—¡Hola! Parece que estás muy contenta esta mañana, le dijo la muchacha acariciándola. ¿Has dormido bien en la camita de tu hermana?.

«¡Qué contenta está mi hija!»—pensó la viuda contemplándola.

—¡Un besito á tu hermana mayor!, dijo la amiguita de Pablo inclinándose. ¡Una caricia!

Y la cubrió de besos.

Entonces volvióse y vió á su madre despierta.

—¡Oh, mamá!, dijo yéndola á besar, ¿quieres que te la dé un rato en tu cama?.. ¡Mira qué bonita es!..

—Sí, contestó la madre, pero anda con mucho cuidado.

—¡Oh, nada temas!

Rosita cogió á la niña con infinitas precauciones y se la llevó á su madre, que la cogió, le habló y la besó.

Rosita se acostó de nuevo, quedando la niña entre ella y la viuda.

—Entonces, ¿qué vas á hacer?, preguntó á su madre con viva inquietud. ¿Vas á ir á la comisaría como dijiste ayer?

La señora de Landry había reflexionado.

—Es preciso, contestó. Esta niña no es nuestra... ¿Quién sabe lo que ha pasado?.. Es posible que sus padres no la hayan abandonado, y no se sabe lo que ha sido de ellos... ¡Sabe Dios si han vuelto y la buscan!

—¡Oh, no! Según dijo Pablo, la casa estaba abandonada.

—Me parece imposible... No se deja así á una criatura.

—Podrías no ir hoy á la comisaría y Pablo volvería á esa casa... Preguntará... y tal vez averiguará algo... Entonces, si esta pobre niña se encuentra sola..., si sus padres han muerto, por ejemplo...

—¿Y bien?..

—La guardaríamos.

—De todas maneras habría que hacer la declaración.

—Pediríamos que nos la dejasen... ¡Oh, yo la cuidaría tanto!.. ¡La amaría tanto!.., dijo la muchacha con ardiente expresión.

—Si yo fuese rica..., si ganase más de lo que gano, contestó la viuda, lo haría con gusto..., pero ya lo ves, apenas tenemos para vivir...

—La señora Bonnassieux me ha dicho que me dará un franco cada sábado á partir del mes que viene, dijo Rosita con generosa ingenuidad. Una criaturita como ésta no beberá por mucho más de un franco semanal de leche.

La madre se sonrió.

—En fin, veremos cuando venga Pablo, dijo ella.

Besó á la niña y se levantó.

Rosita siguió el ejemplo de su madre, y como todas las mañanas, encendió la estufita que servía para calentar la habitación y preparar el desayuno.

Luego, como de costumbre, fué en busca de leche (aquel día compró un litro), pan y demás provisiones necesarias.

La señora de Landry lavó mientras tanto á la niña, la vistió con ropita de su hija piadosamente conservada en el fondo de su armario y oliendo á espliego.

Rosita quiso cuidar de la pequeña Jenny; dióle la leche á cucharaditas y la acostó otra vez en su cama, hasta que su madre bajase la cuna que había servido para ella y para Víctor, y que habían arrinconado en un camaranchón obscuro.

A las siete llegó Pablito.

Se había esquivado lo más temprano posible, impaciente por ver de nuevo á la niñita y saber lo que se iba á hacer.

Besó á Rosita y á la viuda y se detuvo delante de la cama en que Jenny acababa de dormirse otra vez.

Entonces Rosita repitió para él lo que acababa de decir con su madre.

Pablo iría á Meudon. Justamente aquel día no tenía nada que hacer. No era la época de la limpia de chimeneas.

Fué aquella misma mañana.

De nuevo encontró fácilmente, pasado el viaducto de Meudon, el *Petit Dropeau* y la casa abandonada, medianera con el ventorrillo.

La modesta habitación de la viuda Paumelle tenía todo el aspecto de una casa abandonada. La puerta estaba abierta, tal como Pablo la había visto el día antes y tal como la había dejado al partir. No había nadie en el jardincito ni en los alrededores.

El muchacho buscó por las inmediaciones, esperando encontrar á alguien que le informase, y no encontró alma viviente.

Iba á volverse á la estación, cuando divisó una mujer lejos, en el camino de Clamart. Venía hacia él. ¿Pero podría enterarle de lo que deseaba averiguar?

La esperó y cuando estuvo cerca le preguntó cortésmente:

—Usted dispense..., ¿es usted de por aquí?

—Sí, muchacho, contestó la mujer; vivo en el fondo del Val, cerca de Moulineaux.

—Busco á una señora, dijo Pablito á fin de enterarse sin revelar lo que sabía, una señora que vive en esa casita... y no veo á nadie... Hace cerca de media hora que estoy aquí.

—¿Has llamado?

—¡Ya lo creo!.. Y la puerta está abierta.

—Esa señora habrá ido á la compra á Meudon ó al Val.

—¡No deja de ser extraño!

—No puedo decirte más, añadió la mujer; sin embargo, esto me hace pensar que en todos estos días no he visto á nadie, y paso todas las mañanas por aquí.

—Parece una casa abandonada, dijo Pablo.

—Es verdad... Podrías ir á ver á la propietaria, la viuda Paumelle; vive en Clamart, al lado de la iglesia; no tiene pérdida. Verás un pequeño colmado, que tiene su hija

—Muchas gracias, dijo Pablo, voy á ir.

—Esa pobre señora Paumelle tiene tan poca suerte en alquilar su casa, que no me extrañaría que sus inquilinos se hubiesen largado sin pagarla.

Pablo se puso en camino para Clamart, donde encontró fácilmente á la dueña de la casa abandonada.

Expuso lo que quería, pretendiendo llevar un encargo para la señora que vivía en su casa, una carta que tenía que entregar en manos propias.

(Se continuará.)

BARCELONA.—Juegos Florales.—Inauguración del Monumento á Mariano Aguiló



Aspecto del Salón de la Lonja durante la celebración de los Juegos Florales.—La reina de la fiesta Sra. D.ª Angela Calvet de Haro

Con la solemnidad de costumbre celebróse el día 9 de los corrientes la poética fiesta de los Juegos Florales en el grandioso salón de la Lonja, severa y artísticamente adornado con banderas, tapices, grupos de plantas y guirnaldas.

Presidió el consistorio de este año la eminente poetisa doña Dolores Moncerdá, siendo esta la primera vez que una dama ha ocupado el sillón presidencial de la popular y patriótica fiesta, ocupando á su lado sitios de preferencia en el estrado el alcalde accidental Sr. Bastardas, con una comisión de concejales, representantes de la Diputación Provincial, del señor obispo y de las principales corporaciones barcelonesas y otras distinguidas personalidades.

Comenzó el acto con el discurso presidencial, elocuente apología de los Juegos Florales y sentido homenaje á la influencia que la mujer ha ejercido en el renacimiento literario y político catalán; siguió la memoria del secretario D. Evelio Doria, dando cuenta del veredicto del jurado, y se procedió á la apertura de los sobres que contenían los nombres de los poetas premiados.

Obtuvo la Flor natural D. Juan Alcover y fué reina de la fiesta doña Angela Calvet de Haro; alcanzaron los demás premios los Sres. Girbal y Jaume, Guasch y Calzada y Carbó, y los accésit los señores Navarro, Aguiló, Dr. Collell, Folch y Torres (M.) y Riber. La lectura de las poesías premiadas fué acogida con grandes aplausos.

Por haber obtenido tres premios ordinarios, fueron proclamados maestros en Gay Saber los Sres. Alcover y Guasch.

También fué adjudicado el premio Fastenrath á la novela *Solitut*, de Víctor Catalá.

Terminó la fiesta con el discurso de gracias del mantenedor Sr. Morera y Galicia; al aludir con emocionantes frases al próximo homenaje á Guimerá, la inmensa multitud que llenaba el salón prorrumpió en una ovación estruendosa, que se repitió cuando, terminado el acto, el ilustre autor de *Terra baixa* atravesó por entre el público dando el brazo á la venerable presidenta señora Moncerdá. Fué aquel un momento solemne y conmovedor.

Terminada la fiesta dirigióse la comitiva oficial al Parque para inaugurar el monumento erigido á la memoria del ilustre patriarca del renacimiento catalán D. Mariano Aguiló.

Aguiló, hijo de Mallorca, fué un verdadero apóstol de las letras catalanas y uno de los iniciadores de los Juegos Florales, á los que consagró durante toda su vida fervoroso culto. Cataluña tenía, pues, contraída con él una deuda de gratitud y de ningún modo mejor podía pagarla que colocando su busto en el mejor de nuestros jardines, allí donde se alza el del popular Vilanova, y escogiendo para inaugurarlo el mismo día de la poética fiesta.

El acto inaugural, al que asistieron varios individuos de la familia de Aguiló, representaciones del Ayuntamiento y de la Diputación, el Jurado y la reina de los Juegos Florales, la comisión del homenaje, multitud de literatos y artistas y numeroso público, fué presidido por el alcalde accidental señor Bastardas.

El Dr. Collell, en nombre de la comisión, hizo entrega del monumento á la ciudad de Barcelona, y en frases encomiásticas y á grandes rasgos describió la personalidad de Aguiló. Descubierto el monumento por el alcalde, y después de haber cantado la sección de señoritas del «Orfeó Catalá» dos canciones con letra de Aguiló, el venerable patriarca de las letras valencianas D. Teodoro Llorente y el inspirado poeta señor Puig y Campamar se asociaron en sentidos discursos al acto que se estaba celebrando y al que puso término el señor Bastardas dedicando elocuentes frases á la memoria de Aguiló y dando gracias, en nombre de Barcelona, á la comisión erectora del monumento, por haber así glorificado al gran maestro.

El busto de Mariano Aguiló es obra del notable escultor Sr. Arnau y es de admirable parecido; descansa sobre un alto y sencillo pedestal en el que están grabados el nombre del poeta, las fechas de su nacimiento y de su muerte y dos de sus inspiradas estrofas.—P.



Inauguración del monumento erigido en el Parque al ilustre poeta Mariano Aguiló

El monumento es obra del escultor Sr. Arnau

(De fotografías de A. Merletti.)



Venecia.—Inauguración de la VIII Exposición de Bellas Artes. Llegada á la exposición del príncipe de Udini, representante del rey de Italia, y de las autoridades. (De fotografía de Carlos Trampus.)

El día 23 de abril último inauguróse la VIII Exposición de Bellas Artes de Venecia, presidiendo la ceremonia el príncipe de Udini, en representación del rey Víctor Manuel III de Italia, el ministro de Instrucción Pública Sr. Rava, y el director de Bellas Artes Sr. Ricci.

El acto fué brevísimo, habiéndose limitado á los discursos, muy cortos por cierto, del ministro y del alcalde de Venecia, terminados los cuales la comitiva recorrió la Exposición.

La impresión general que ésta produce no puede ser más favorable; más que una exposición, ha dicho de ella un notable crítico, parece una galería de arte moderno, digna de ser conservada sin quitarle un cuadro ni una estatua. Las obras sobresalientes son muchas, las buenas abundan y escasean las medianas.

Además de Italia, que está representada por sus mejores artistas, tienen en ella brillante representación Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Suecia y Noruega. Con sólo citar los nombres de los principales expositores, se comprenderá la excepcional importancia de esta manifestación de arte: Héctor Tito, Guillermo Ciardi, Camilo Innocenti, Lino Selvatico, Leonardo Bistolfi, César Tallone, Mario Pictor, David Calandra y Arístides Sartorio, entre los italianos; Franz Stuck, Anders Zorn, Aberman, Bernard, Friescke, Lavery, Nicholson y Shannon entre los extranjeros, son bastante conocidos en el mundo artístico, para que sea ocioso señalar la valía de las obras con que han concurrido al certamen.

La fiesta inaugural fué además en extremo pintoresca, como puede verse en la fotografía que adjunta reproducimos, y se vió favorecida por un tiempo espléndido. La hermosa Venecia, la ciudad sin par, tiene para estos espectáculos de arte y de poesía encantos que ninguna otra en el mundo posee.



Cómo se viaja en los trenes de los Estados Unidos de América.—Vagón de observación en el tren de lujo de Nueva York á Chicago
(De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

En distintas ocasiones hemos dado cuenta de las comodidades que reunen los trenes en los Estados Unidos. Las empresas ferroviarias de aquel país se preocupan en primer término de que el viajero pueda disfrutar de todo el *confort* imaginable, y al efecto introducen cada día nuevas mejoras é instalan más perfeccionados servicios en sus trenes.

En la actualidad, los trenes de lujo norte-americanos tienen todo cuanto pueda desear la persona más exigente: salones, bibliotecas, comedores, cuartos de baño, tocadores, salas de juego, de conversación, de fumar y de lectura, cocina, etc. Y además hay instalados en ellos teléfono, telégrafo, máquinas de escribir; en una palabra, todo lo que puede ser útil ó necesario á los pasajeros. El grabado que adjunto reproducimos representa un vagón del tren de lujo de Nueva York ó Chicago, dispuesto de tal manera que, aparte de las comodidades interiores, tiene una plataforma desde la cual los viajeros pueden contemplar, con toda conveniencia, las bellezas del camino.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVIII — Barcelona 24 de mayo de 1909 — Núm. 1.430

HOMENAJE Á ANGEL GUIMERÁ



RETRATO DEL EMINENTE POETA, dibujado por Ramón Casas

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el volumen segundo de la presente serie, que será el segundo tomo de la interesantísima novela de José Selgas

DEUDA DEL CORAZÓN

EL ANGEL DE LA GUARDA

lustrado con magníficos dibujos de Mas y Fondevila.

SUMARIO

DE BARCELONA

EL HOMENAJE Á GUIMERÁ

En los cincuenta años de duración que lleva el renacimiento literario de Cataluña, han aparecido dos figuras preeminentes, que consiguieron levantar la cabeza por encima de los Pirineos y asomarse al mundo. Antes de ellos había habido sin duda talentos distinguidos, poetas inspirados, popularizadores de la nueva tendencia, organizadores del incipiente teatro catalán. Se había dado el caso de personalidades muy selectas como D. Mariano Aguiló —para citar un solo ejemplo—que desarrollaron una influencia persistente sobre la juventud y fecundaron tantos espíritus, conquistándolos para la causa de la restauración. Pero ella se moría aun dentro de los propios límites territoriales, sin haber tenido quien la sacara fuera, en triunfo, y desplegase á los ojos de Europa el estandarte de esta cruzada espiritual, hasta que aparecieron Verdaguer y Guimerá.

Verdaguer estableció, por primera vez, el contacto de esta nueva literatura con la humanidad abierta y sin fronteras. Él planteó ante el mundo la primera interrogación y la primera curiosidad, haciéndole saber de un viejo idioma que resucitaba á la existencia del gran arte y se reanimaba incendiándose con el incendio interior de la poesía. Por él se supo que la gracia acababa de descender sobre un pueblo dormido en la historia, sumiéndole en estado poético, en heroica y pacífica exaltación. Su colosal visión de *L'Atlántida* toma ahora aspectos de recóndito simbolismo, como si aludiera á la desaparición de un gran continente de la cultura humana que se hubiese hundido en las profundidades del tiempo y volviese á aparecer á la superficie, después del descenso de un diluvio.

Y tras de Verdaguer vino Guimerá... Un joven alto, de facciones enérgicas que, bajo una aparente dureza sombría, encerraba un alma toda ternura y un corazón blando como la cera, se dió á conocer en los Juegos Florales, allá por los años de 1875, ganando un pobre accésit. Desde entonces su personalidad inconfundible y vigorosa se fué imponiendo, primero al grupo de los profesionales y, sucesivamente, á los círculos más amplios del público, de la multitud y de la universal nombradía.

Este es el hombre á quien Cataluña consagra en los actuales momentos su homenaje. Los homenajes de nuestros días luchan con el inconveniente de la limitación del sentimiento de la gloria, á causa de la limitada comprensión que el genio ó el talento encuentran en las muchedumbres. Incluso cuando se habla de celebridades eminentemente populares, como Guimerá entre nosotros, esta popularidad es incompleta y no se extiende á todo un país. Grandes porciones del mismo están excluídas del comercio de las ideas y de la participación de las fruiciones artísticas. Los pueblos han perdido su originaria cohesión. Han surgido las clases «intelectuales» en oposición á las clases ingenuas, sencillas y humildes. El mundo, según la fuerte expresión de Heine, se ha partido en dos. Se ha roto aquella solidaridad propia de las edades de oro y de la infancia de los pueblos, que ponía á la misma altura y en íntima comunión al patriarca y al niño, al esclavo y al primate. Ha desaparecido, en suma, la unidad *épica* que conglomeraba á los pueblos en organismos vivos y hacía del vate ó del cantor el intérprete total del alma de las multitudes.

Sólo al teatro parece reservado actualmente el privilegio de llegar á todas las zonas y capas de la sociedad. Y por el teatro ha logrado Guimerá enseñorearse del alma de Cataluña, en todo el sentido y extensión que puede darse á esta palabra. Guimerá ha hecho conocer á Cataluña, por primera vez en su propia lengua, la emoción de lo trágico. Ha ennoblecido su proscenio prestándole los acentos de la alta poesía. Y hasta cuando ha presentado sobre las tablas un pastor de las cumbres, como Manelich, ha parecido que sus abarcas montañesas adquiriesen el prestigio del antiguo coturno.

El autor de *Gala Placidia* rescató la escena de manos de la parodia, de manos de la comedia menestral, de manos de un arte casero y de barrio, demostrando que con el mismo idioma y aun por medio de los mismos personajes humildes y populares, era posible remontarse á regiones superiores y á ideas trascendentes. La *elevación* del arte no depende de la categoría social de aquellos personajes, ni del ambiente, rústico ó exquisito, en que se presentan. Depende de la elevación del autor, del vuelo del poeta, de la potencia del artista. Con escenas de salón y figuras de la más alta sociedad, pueden y suelen producirse cosas enteramente cursis y chapuceras. El poeta propiamente tal, dignifica cuanto toca, y en la llama de su inspiración arden con la misma luz purísima las maderas olorosas y los residuos viles é impuros.

La dramaturgia de Guimerá penetró en el teatro catalán como una ráfaga violenta y ardiente que agrandó el escenario y abrió, en el fondo, ancho boquete sobre los horizontes lejanos, sobre las perspectivas extensas, sobre la prolongación ideal de los argumentos encerrados antes en la estrechez del tablado y en las limitaciones del *terre à terre.* El mismo idioma, sin perder su áspera energía, se depuró y ennobleció también, convirtiéndose en «púrpura» de rozagante elocuencia. Conquistóle el don de lo magnífico, que antes no poseyera, y con llave de oro le abrió el dominio de las cosas espléndidas, el arca de las joyas y pedrerías de la moderna imaginación, sabiéndole conservar su austeridad originaria entre el fausto y la riqueza que de improviso se le vinieron á las manos.

Porque Guimerá es, esencialmente, un poeta que no abdica un instante de su poder de alucinación: lírico en sus tragedias y dramas, dramático en sus composiciones líricas.

Así como Verdaguer había ablandado el idioma para que pudiese recibir y contener la plena impresión de la naturaleza y aun la visión panorámica de lo *geográfico,* Guimerá comunicó al catalán *el sentido de lo grandioso,* moralmente hablando. Antes de él no se había oído aquí el lenguaje de la alta fantasía, el comentario de los grandes infortunios universales y de los grandes espectáculos de la historia y la leyenda. Es un poeta profundamente catalán, pero es el menos *localista* de todos los que integran el renacimiento. Es el que más se acerca, en los momentos culminantes de su obra, á las corrientes universales y eternas del pensamiento y de la emoción estética. *Terra baixa* y *Mar y cel* entre sus tragedias; *Cleopatra, Romiatje, L'any mil,* entre sus versos, para no citar más títulos, bastan á poner de manifiesto esta facultad de universalización, de la cual conserva entre sus contemporáneos la doble primacía del tiempo y de la importancia intrínseca.

Por medio de sus obras, en gran parte, la lengua catalana tomó asiento en el coro de las lenguas aptas para los asuntos de mayor elevación, adquiriendo carta de plena ciudadanía literaria. La labor de Guimerá no pertenece al simple dominio de una antología regional, benévolamente coleccionada: entra por derecho propio en la región de los valores absolutos y del interés general y perenne.

No nos habla ya, exclusivamente, de las romerías de su pueblo, ni de la barretina y el somatén. No se limita á exhumar las pequeñas leyendas ó los pequeños heroísmos de su comarca, ni á cantar las bellezas campesinas, los ríos familiares, las flores rústicas del Panadés ó del Ampurdán. Incluso cuando escoge temas patrióticos y locales, es visible su preferencia por aquellos que vienen ya sublimados por remota celebridad, ó han sido objeto de adopción en las letras clásicas antiguas y pertenecen al patrimonio común de la historia humana. En suma: Guimerá insufló en su idioma el aliento de las supremas ascensiones y ensayó el vuelo por los grandes espacios, abandonando resueltamente el corral de la masía y el campanario de la parroquia.

Tanto como es conocido el teatro de Guimerá suele andar desconocida su producción de poeta. Aun quienes la tienen leída es de un modo intermitente ó parcial, y pocos son los que aciertan á representarse la semblanza de este último romántico entre los grandes románticos de Europa: de este romántico sombrío, adusto, de trazos enérgicos y crudos, de luz y sombra terribles, con una impresión extraña de misantropía que se complace en la soledad de los inmensos horizontes y de las inmensas llanuras devastadas, al modo de Alfredo de Vigny, y como Vigny, cantor de las cosas horrendas, de los cataclismos, de los pánicos milenarios, de las esperanzas mesiánicas y de la desolación del mundo pasmado por el terror del Anticristo. Así removió todos los tópicos del romanticismo espectral y «macabro,» todos los temas grotesco-lúgubres de descendencia shakesperiana y de inmediata filiación de Victor Hugo: danzas de la muerte; canciones sarcásticas del esqueleto; baladas de verdugos, bufones y monstruos; evocación ó rehabilitación estética de los parias de la vida y de los tipos eternos de la deformidad.

Esta imaginación violenta, esta inspiración insuperable en el apóstrofe y en el furor—recuérdese el fragmento contra los profanadores de Poblet,—es el distintivo del poeta catalán á cuya glorificación asistimos. Sus facciones, su figura, no hacen traición á esta índole de su talento: en su fisonomía angulosa parecen advertirse los rasgos esenciales de la máscara trágica. Existe correspondencia innegable entre aquella fisonomía y estos versos suyos, que no excluyen la más honda ternura ni el más acendrado candor infantil. Yo siento una extraña predilección por tales artistas sinceros, cuya sinceridad se revela ya, desde luego, físicamente, plásticamente, por la armonía entre la expresión ó actitud personal y la expresión literaria y las tendencias del pensamiento. Hay poetas intermitentes, «doblados» y (permítaseme este galicismo) de un hombre utilitario y burgués; poetas á ratos, con horas lúcidas de hormiga y momentos perdidos de cigarra, que se emocionan periódicamente y en días fijos.

Hay otros en cambio, los menos, á quienes la Musa ha hecho enteramente suyos, marcándoles con un sello imborrable y divino. De esta dignidad, y unción ha recibido carácter su vida entera. Son los elegidos, son los *poetas* en el alto sentido de la palabra. Lo son á todas horas, en todos los momentos, en todas las circunstancias. Lo proclaman en todas sus acciones y en todas sus omisiones, lo mismo en sus excelencias que en sus defectos. Lo proclaman en su candidez, en su ingenuidad, en sus raptos de ira, en su ineptitud para la vida práctica, en su andar de sonámbulos vacilantes entre la multitud, en el penoso y desgarbado arrastrar de sus alas de *albatros*—aquellas alas de los albatros de Baudelaire, sublimes en el vuelo, grotescas y desmesuradas en la marcha á ras de tierra.

Guimerá no puede tener otra profesión: poeta. Poeta de la patria tanto como de la humanidad, ligado á su religión y orden ideal por voto solemne y jamás violado. Poeta en todos los instantes, con toda la plenitud de su alma y de su vida, con vocación excluyente que no deja lugar á los demás afectos y ambiciones de la juventud: ni al lucro profesional de una gran carrera, ni á los agasajos de la fortuna ó del poder, ni hasta á los fueros del corazón ardiendo, como una lámpara solitaria, en orfandad y celibato... Los pueblos tienen su supremo instinto. Conocen estas vocaciones inconfundibles y acaban por coronarlas y exaltarlas.

MIGUEL S. OLIVER.

ANGEL GUIMERÁ, DIBUJO DE RAMÓN CASAS

Gracias á la galantería del excelente artista Ramón Casas, podemos reproducir en la primera página de esta Revista el notable retrato del dramaturgo Angel Guimerá, á quien acaba de rendir Cataluña el homenaje de respetuosa consideración por sus merecimientos y por su gran significación en el renacimiento de las letras catalanas.

La obra á que nos referimos forma parte de la colección de doscientos retratos de otras tantas personalidades que se han distinguido durante el período de algunos años en todos los ramos del saber, representando en cierto modo la intelectualidad de Cataluña, y singularmente de Barcelona, en el lapso en que se produjeron, y que como verdadera manifestación de la actividad figurarán en el Museo Artístico de nuestra ciudad, por haber hecho de ellos donación su autor; teniendo, por lo tanto, una doble importancia, cual lo es la de ser cada obra un documento de inestimable interés y una producción de un artista eximio.

El retrato de Guimerá es digno del retratado y de la justa fama del ilustre pintor.

EL NIÑO JUDÍO, CUENTO DE ANGEL GUIMERÁ. Dibujos de J. Sardá



Él y Niceta, que así llamaban á la chica, vendimiaban siempre en el mismo paraje

Una mañana los labriegos, al pasar el puente de la Rigala, oyeron unas quejas que vendrían del fondo del torrente; los más azorados, entorpecidos aún por el sueño, se persignaron bajo los pliegues de la manta, seguros de que un alma en pena gemía por aquellos andurriales; los demás no volvieron tampoco la cabeza; aquello serían chillidos de alguna bestia montaraz. Pero cuando ya el sol imperaba en la altura, María Rosa, que había lavado en el torrente, subió llevando en la cabeza la ropa aclarada, y recogidito en el delantal, como nido de mirlos, un chiquillo de ojos retozones, de cabecita dorada y sedosa como la pelusa de la flor del aromo. Habíale encontrado en la cueva de los pobres, chupando con ahinco el pecho extenuado de una mujer que sin duda había perecido de frío y de miseria. Y mientras María Rosa, yendo calle arriba, contaba su historia, rodaban por sus mejillas, ora una lágrima, ora una gota caída de la cesta.

La buena mujer, que era todo corazón, previa consulta con su hombre, guardó al angelito de Dios. No tenían chiquitines, y alcanzaran la suma felicidad al lado del recién venido, de no haber la justicia hallado á la difunta un cañuto de hojalata conteniendo un papel, por el cual, tras mucho inquirir, se descubrió que ella y su hijo procedían de tierras muy lejanas, y que eran—y en esto radicaba el daño—de estirpe judía. Claro que en seguida bautizaron al chico, dándole un nombre muy cristiano; pero nadie hubiera podido extirpar la zozobra del ánimo de aquella gente sencilla, que empezaba entre risas á acariciar al niño, y acababa poniendo cara de pesadumbres, llegando muchas veces á discutir de firme si le mandaban ó no á la Inclusa; mas cuando uno cedía, otro resistía; que al fin ambos querían entrañablemente al pobrecico. A María Rosa no la dejaba en paz su parentela; decíanle con aspereza que se arrepentiría de habérselo ahijado, porque mañana ó al cabo de años mil confirmaría el chico su mala sangre, y era notorio—decían—que algunas señales misteriosas de su figura declaraban su pésima ralea. Ella, que no veía en el niño más que un mazo de flores, por toda respuesta estrechaba al infante contra el pecho y se volvía bruscamente para esconder su tristeza, que era la suya harta al ver que nadie en el pueblo, como no fuesen ella y su hombre, se compadecía del chico.

El pobrecico, á quien todos llamaban el *Niño judío*, fué creciendo sin haber aún reparado en cosa mala, hasta que una mañana en que él oía misa al lado de María Rosa, tuvo el señor cura la ocurrencia de hacer una plática desde el pie del altar sobre la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, deshaciéndose en improperios contra los verdugos que le torturaron. La gente, poniendo la cara fosca, miraba al chico, y María Rosa, ora pálida, ora encendida, apartó de él su falda por un movimiento instintivo de que se arrepintió en seguida. Al salir el niño de la iglesia, una niña que no subía del suelo más allá de un palmo y pasaba muy erguida al lado de su madre, díjole al pasar con mucha gravedad y amenazándole con la mano:

—¡Malo! ¡Eres muy malo!

El chico alzó los ojos hacia María Rosa, pero no se atrevió á preguntarle el porqué de aquellas palabras y de la cara de enojo con que todo el mundo le miraba. Por la tarde, al dejar la puerta de su casa, dió con la niña que le había reñido, y las palabras que ella le dijo aumentaron su confusión.

—Te doy una nuez tierna, dijo él, si me dices por qué soy malo.

—Vaya si eres malo, respondió la niña; eres malo porque mataste á Nuestro Señor. Dame la nuez.

* * *

Cuando estuvo algo crecidito le mandaron á la escuela, y desde entonces concluyeron para nunca más volver las alegrías pasajeras de su niñez. Los chicos de la escuela no le quisieron jamás; y le tomaban tan á menudo por víctima, que el maestro se vió precisado á sentarle á su lado en la misma tarima, preferencia que acabó de hacerle odioso á los otros chicos y convenció al pobrecico de que él no se parecía á los demás. El propio maestro, aun ahuecando la voz para sostener que él, hombre leído, no compartía los prejuicios de la clase ignorante, contribuía á más y mejor á que arraigasen los odios contra el niño judío. Viéraisle cuando algún forastero iba á visitar la escuela y notarais que á todos los chicos deparaba ocasión de lucirse mostrando sus cartapacios y libretas de problemas; pero al niño judío obligábale, para rematar la fiesta, á arrodillarse ante el Santo Cristo, y encargábale que en voz muy alta recitase el Credo, obligándole á levantar aún más la voz en algún pasaje, como el de *Jesucristo, su único hijo.* Luego el maestro se volvía á los forasteros y les decía muy satisfecho:

—Es el niño que ustedes saben...

El pobrecico hubiera querido amar á todos aquellos chicos de su edad, y tomar parte en sus juegos, por él tan ambicionados, por él contemplados desde lo alto de un ribazo ó desde el cabo de la calle, cuando por las tardes, terminada la escuela, sollozaba en su abandono, comiéndose la rebanada de pan negro que amasara María Rosa; pero la inquina que le profesaban iba de mal en peor, de suerte que ya gozaban torturándole con la misma zalagarda con que esgañaban las lagartijas en los torrentes, ó achicharraban un murciélago «para que soltase porvidas,» según decían.

Para librarle de amenazas, el maestro le dejaba salir antes que á los demás. Un día en que se olvidó hacerlo, el niño judío presintió la tormenta. Detúvose en el rellano de la escalera, y cuando juzgó que ya todos habrían llegado á sus casas, se echó á la calle; pero los chicos le aguardaban, y sin darle tiempo para emprender la carrera, le dieron una azotaina con las correas. El más grandullón, un bergante de roja crin, parecida á las mazorcas, que era su mayor enemigo, tendió la pierna para hacerle caer; mas él, aferrándose á ella como un perro rabioso, pudo arrastrarle al suelo, vengándose de todos los martirios hasta aquel punto sufridos. Afortunadamente para el castigado, un enjambre de mujeres pudo separarles, aunque algo tarde, pues ya el niño judío había dado con una piedra aguda á su adversario en la cara, en la cabeza, en todo el cuerpo, dejándolo cubierto de cardenales y coscorrones.

—¡Muy bien!, le dijo aquella noche su padre adoptivo. Hasta que descalabres á uno, no te quitarás de encima los condenados abejorros.

Mas el niño judío sufría lo indecible, particularmente durante los días que la Iglesia consagra á la Pasión y Muerte del Redentor. Cada año advertía su aproximación con tan grave azoramiento, que le causaba calentura. Una vez, María Rosa, que era mujer decidida, llegó á habérselas con el alcalde para que éste remediase la situación; cantó diáfanamente las verdades; pero el remedio, si lo hubo, fué más desastrado que la dolencia, puesto que aquella tarde (la del Jueves Santo) vió entrar en su casa al chico, perseguido por toda la chiquillería, capitaneada por el grandullón de roja crin, contemplada desde lejos por algunos hombres de dura entraña que la jaleaban riéndose de la batida. La despavorida criatura abrazó á María Rosa, ahogándose de miedo y de fatiga, mientras rebotaban algunas piedras en el umbral. El niño judío no quiso ya salir hasta el domingo de Pascua.

¡Cuán amargas fueron sus congojas durante aquellos días, singularmente el Viernes Santo por la tarde! María Rosa se encaminó á la iglesia, que estaba muy cercana; cerró la puerta, marchóse con la llave, dejando en el interior al niño judío, el cual, en medio de la más terrible soledad, reputábase cercano al agónico trance. Ora bajaba al zaguán, sentándose

en el suelo junto á la puerta de la calle, atento el oído, buscando la compañía de los transeuntes; ora se levantaba, huyendo azorado, al sonar una voz infantil, creyendo que andaban en busca de él para matarle. Rompió á llorar, y subió escalera arriba sin volverse, creyendo que iban á su alcance; y no se detuvo hasta llegar al rincón más obscuro del desván. Allí se encogió como un ovillo tras unas cajas arcaicas y unos barriles despachurrados, viendo todavía entre él y la ventana mal cerrada las arpilleras para los olivos pendientes de una cuerda que el viento balanceaba, y que á él, que entornaba un poco los ojos, le parecían las haldas de algún gigante que incesantemente agitaba los pies sin resignarse á desaparecer. Se adormiló un instante, y vió entonces que una de las rendijas de la ventana se dilataba, dando paso á una bellísima figura de ojos amantísimos, como los suyos, arrasados en llanto. Y conoció sin vacilación alguna al buen Jesús á quien á menudo se encomendaba. Mas el buen Jesús no llevaba la Cruz al cuello como al ir en la procesión, rodeado de luz, moviendo la cabeza en el misterio que sostenían penosamente los viejos más antiguos del pueblo; acercábase ahora con los brazos extendidos, sonriendo con maravillosa dulzura entre las lágrimas. Y el pobrecito caía de rodillas y cruzaba los pequeños brazos sobre el pecho, y sentía ya allegado á su frente el aliento del buen Jesús, tibio, perfumado como el incienso de la iglesia...; mas de pronto le despertaba el traqueteo de las matracas en lo alto del campanario, y el alboroto ensordecedor de las carracas y las mazas que golpeaban las puertas de la iglesia, mezclados con la gritería de «¡Muerte á los judíos!,» terminado el oficio de Tinieblas.

* * *

El niño judío era ya todo un hombre. Nadie le aventajaba en todo el pueblo en ágiles manos y bien parecer. Nadie le torturaba, cierto; pero él comprendía muy bien que seguía siendo la cizaña entre las espigas. En las tareas del campo se apartaba de las cuadrillas, no participando casi nunca de sus conversaciones, y quedándose atrás cuando volvía al hogar, marchando lento y perezoso como dominado por una pesadumbre mortal. Pasaba la tardes dominicales en completa soledad allá en los bosques vecinos, fijando la mirada, embelesado, en el sol que iba á esconderse, ó en la leve humareda de las chimeneas del pueblo. Seguía á veces un oculto senderucho del bosque que le llevaba derechamente al pie de los arcos del puente de la Rigala; entonces le hubierais visto levantar la frente abatida, animar los ojos, hablar por espacio de horas enteras con los pobres que en la cueva se hospedaban hasta que la noche le arrancara de allí; y si á la ida tintineaba el dinero en su bolsillo, no le quedaba á la vuelta un mísero ochavo; y de haber dispuesto de mayor caudal, entero á los pobres gozosamente lo encaminara.

Mas no todos los días del año llevaban aparejada la tristeza; algunos llegaban en que podía gozar á todo trapo, como otro hombre cualquiera. Acercábase el buen tiempo; anunciábanlo el fruto de las viñas que se hinchaba, las cigarras parleras con su canto. Llegado era el buen tiempo; decíalo abiertamente la agitación en las bodegas, donde se ponía fondo á los toneles viejos, y se empapaban lagares y comportas. Él afilaba entonces el podón en el umbral de la puerta de su casa, y dando un adiós exento de amargura á María Rosa y á su hombre, tomaba la cesta, se liaba la manta y salía del pueblo más ligero que un gamo, cantando entre dientes las coplas de la tierra. Horas y más horas andaba, hasta un país do nadie le conociese; y entonces vaya si charlaba y reía entre las cuadrillas de los vendimiadores y vendimiadoras; sus mejillas tomaban el color encendido del bienestar; el pobrecico se sentía igual á todos los hombres. Cuando se presentaba de repente á su imaginación el recuerdo del pueblo, pegábale un salto el corazón, miraba á una y otra parte con viveza; pero convencido de que nadie sabía de él, volvía á las risas y á la charla.

Una vez, al romper el alba despertóle el manijero; faltaba la cesta á su lado. A él, como á todos los demás vendimiadores y vendimiadoras, le habían alquilado al obscurecer, y aquella noche habían dormido los hombres en la era y las mujeres en el pajar. Al desperezarse creyó ver delante de sí la cesta de un vendimiador colgada al brazo redondo de una muchacha á quien no conocía, airosa, rolliza, de labios húmedos y mirada traicionera. Pidió que se la devolviese; ella respondió que la cesta era suya. Enzarzóse una discusión; tiraron de la cesta cada cual por su lado, y por ser ambos tenaces y de mano dura, sin soltar jamás la cesta acabaron por rodar, no al suelo, sino á un montón de cascabillo, y esto fué gran ventura. No sé quién llevaba razón; sólo sé que prosiguió todavía la pelea, que el cascabillo revoloteaba á su alrededor y á veces casi les ahogaba, que ambos ensordecían el aire con sus dicharachos de agravio y las risotadas que los interrumpían, que al cabo sonó un beso desvergonzadamente sobre las mejillas de durazno de la muchacha, que vino en pos el crujido de una bofetada que él hubo de reservarse, y que por cierto no era de cumplido como las episcopales.

Averigüe quien quiera á qué manos fué la cesta á parar. Mas, como si en el lance consabido hubiesen andado artes de brujería, él y Niceta, que así llamaban á la chica, vendimiaban siempre en el mismo paraje; veíaseles con frecuencia cuando estaban juntos tirar de los granos de un mismo racimo; cuando estaban lejos tirábanse piedras, á veces demasiado gordas. Y nada digamos de las noches en que bajo el pórtico, mal iluminado por el tedero, cenaban siempre de lado por casualidad, volviéndose á medias la espalda, eso sí, á causa de la madre de ella, que les contemplaba con harta asiduidad. Mas andando el tiempo, vino á menguar la tarea, y cuando se despidieron para regresar á su pueblo cada cual, él y ella se hablaron largo tiempo en voz baja. Y al fin no se dijeron «Adiós,» sino «Hasta entonces,» no sólo mientras estaban tan cercanos que sus labios pugnaban por encontrarse, sino aun viéndose de lejos, antes de perderse de vista, con pañuelos y miradas.

* * *

Había transcurrido algún tiempo desde el regreso del pobrecico á su casa. Un día, al anochecer, se puso los trapitos de cristianar, y cediendo al impulso irresistible del corazón, quiso ir hacia su amada. Celebrábase la *fiesta mayor* en el pueblo de Niceta, á quien no había visto desde las vendimias; él y ella se habían concertado para verse aquel día. Imaginad si andaría remiso.

El sol se había puesto hacía rato, y el cielo estaba cubierto; la noche cerraba velozmente. Y él ni se daba cuenta, puesto el corazón en la muchacha que tanto le quería, que tanto quería á un pobrecico odiado por todos desde que le dejaron solo en la tierra. Mas no imperaba únicamente el gozo en su alma enamorada; una bruma pertinaz venía de pronto á enturbiar su alegría: «Cierto que el pueblo de Niceta—pensaba—está lejos del mío; nadie allí me conoce, pero su ignorancia no puede prolongarse durante toda mi existencia.»

Cuando llegó al puente de la Rigala se acordó de su pasado, que mil veces le contara María Rosa, y le dió un salto el corazón, temeroso de que Niceta llegara á odiarlo. Parecióle oir lamentables gemidos en la profundidad del torrente; se inclinó hacia adelante apoyándose en la baranda, y vió, en aquel mar de tinieblas sin límite ni murmullo, dos puntos luminosos á manera de ojos que le miraban como sonriéndole.

Al traspasar un collado descubrió de repente en el valle la luz blanquecina del tinglado del baile, mientras las ráfagas del aire llevaban á su oído, ora estridentes, ora amortiguados, los sones metálicos de la orquesta. Allí le aguardaba Niceta. No se veía el pueblo; sumergido yacía en la obscuridad. La cara del pobrecico resplandeció de júbilo; olvidóse de todo lo que no fuera su amada, y cuatro saltos que le parecieron consumir cuatro horas, le pusieron á la puerta del tinglado.

La orquesta empezaba entonces á gorjear otra vez, y el pobrecico no tuvo tiempo más que para advertir que un danzante se llevaba á Niceta. Halláronse inmediatamente los ojos de los dos enamorados, y diéronse la bienvenida. «Al fin llegué,» dijeron los de él. «¡Cuánto tardaste!,» dijeron los de ella. Mas si Niceta le miró la primera vez con amor entrañable, cuando volvió á pasar no repitió la dulce mirada, antes clavó en él los ojos, examinóle de pies á cabeza, grave y asombrada, como si nunca hasta entonces le viera; ya Niceta, en vez de bailar, paseaba del brazo de su pareja inclinando á su lado la cabeza para atender mejor á sus palabras. El pobrecico, sin darse cuenta de lo que hacía, les seguía con los ojos, poniéndose de puntillas para no perderlos entre el loco remolino de gorras negras, moradas barretinas y cabezas ataviadas con pañuelos y lazos. Cuando la pareja pasó nuevamente delante del pobrecico, Niceta volvió la cabeza para no verle; fué el danzante quien le miró, riéndose de él en sus barbas, incisivo y desfachatado. Y harto le conoció el pobrecico; aquel hombre era el grandullón á quien él castigó fieramente al salir de la escuela, su enemigo eterno, con su eterna roja crin, cuyos rizos se retorcían ahora sobre las sienes. La sangre se le encendió en las venas y se agolpó á su faz; frotó de un zarpazo la barretina sobre la cabeza sin darse cuenta. Cuando el baile hubo terminado corrió hacia su amada; ella, que estaba de pie, al verle se apresuró á volverle la espalda, buscando un pretexto en la charla con sus compañeras.

—¡Niceta!, pudo exclamar únicamente el pobrecico; pues ella le interrumpió diciendo con desdén, algo ronca la voz:

—¿Qué quieres?.. Yo no supe que eras judío... ¡Dios nos libre!.. ¡Vete!

Y se deslizó hacia su madre para que le afirmase un alfiler, suponiendo que el pañuelo se desplegaba al aire.

El pobrecico se estremeció; iba á caer, y un sollozo se detuvo en su garganta y le ahogaba. Al volverse, chocó su mirada con la del enemigo de toda su vida, el cual desde la puerta del tinglado reía aún provocativamente. El desdeñado fué allí como un relámpago, le agarró por el cuello y á empujones le arrancó de la sala.

* * *

Cuando la orquesta dió de nuevo sus notas al aire, ya el grandullón pelirrojo llegó con toda prontitud al lado de Niceta, y se la llevó á lo profundo de aquel mar, cada vez más chillón y arremolinado, que el polvo y el humo de los cigarros velaban.

De pronto, un pedazo del tejido listado del toldo se estremeció como si lo sacudiesen por la otra parte. Luego, por un desgarrón de la tela, casi al ras de la tierra, miró una cara que nada humano expresaba; temblaba su barba como experimentando un frío glacial; los ojos desmesuradamente abiertos saltaban lejos de las órbitas, se erizaban sus cabellos, el semblante era lívido. La tela fué desgarrándose hacia arriba; en pos de la cabeza surgía el cuello, el cuerpo, todo el pobrecico finalmente de pies á cabeza, que avanzó con el pecho descubierto, abierta por ancha herida la garganta, de donde huían alternativamente chorretadas de sangre y un ronquido ahogado parecido al de una caldera al desvaporarse. Los danzantes se fijaron unos tras otros en la fantástica aparición; en la orquesta fueron cesando, primero un instrumento, luego otro. Niceta lanzó un chillido, y se cubrió la faz con el abanico. A su pareja nadie le veía estremecerse. Todo el mundo quedó como yerto. Nadie se atrevió á detener á aquel cadáver que andaba, hacia Niceta, moviéndose trabajosamente, balanceando los brazos. Al llegar delante de ella, antes que nadie pudiese impedírselo, le pegó el abanico al rostro con la mano sangrienta; retrocedió tambaleándose como un borracho, y cayó muerto boca abajo.

(TRADUCCIÓN DE JOSÉ CARNER.)

ANGEL GUIMERÁ.—Los principales personajes de sus obras más aplaudidas



(Reproducciones de fotografías de Areñas.)

MADRID.—UNA EXPOSICIÓN DE OBRAS DEL GRECO. «EL APOSTOLADO.»

Gracias á la iniciativa de S. M. el rey D. Alfonso XIII y á la generosidad del marqués de la Vega Inclán, han podido admirarse en la corte, en el salón de actos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, diez y nueve magníficos cuadros del inmortal Domenico Theotocopuli, más conocido por el sobrenombre de *el Greco*, una de las figuras más eminentes de la pintura española y cuyas obras influyeron, al decir de los críticos, en el mismo Velázquez.



San Pedro — San Andrés — Santiago el menor — San Juan

Esos cuadros hallábanse en el Museo Provincial de Toledo, pero en tan mal estado é instalados en tan malas condiciones que, de no adoptarse algún remedio urgente, corría su existencia gravísimo peligro. A salvar la obra del Greco y á prepararle digno alojamiento ha acudido el mencionado prócer: para lo segundo, ha adquirido en la imperial ciudad la casa llamada del *Greco*, la ha ensanchado con la adición de terrenos contiguos y la ha convertido, bajo la dirección del arquitecto don Eladio Laredo, en edificio propio para museo; para lo primero, hizo llevar los diez y nueve lienzos á Madrid, á fin de que fuesen, por su cuenta, convenientemente restaurados y forrados, como lo han sido, con admirable acierto, por el notable artista D. Enrique Martínez Cubells, y una vez restaurados les ha hecho poner marcos hermosísimos.



San Mateo — Santo Tomás — San Bartolomé — Santiago

Aprovechando la coyuntura de hallarse los cuadros en la corte, interesóse el rey por que se expusieran al público, y á esto se debe la importante exposición que nos ocupa.

Los diez y nueve cuadros que componen ésta son el *Apostolado*, compuesto de doce figuras, una imagen del *Salvador*, un *Cristo crucificado*, los retratos del *maestro Juan de Avila*, del *obispo Diego de Covarrubias* y de su hermano *Antonio de Covarrubias*, el notable jurisconsulto, y la *Vista de Toledo*, en la que se ve á Manuel Theotocopuli, hijo del pintor, presentando el plano de la ciudad en donde están señalados los principales palacios en ella existentes á fines del siglo XVI y principios del XVII.

Todos esos cuadros son verdaderas joyas de arte; en todos ellos se admiran las incomparables cualidades del artista eximio á quien se ha llamado el fundador de la escuela española; pero entre todos ellos sobresalen los que forman el *Apostolado* y que muchos consideran como de lo mejor del *Greco*.



San Felipe — Judas — San Pablo — San Simón

La exposición fué solemnemente inaugurada el día 10 de este mes bajo la presidencia de S. M. y con asistencia del ministro de Instrucción Pública, del gobernador civil, de una nutrida representación de la Academia de Bellas Artes, del cuerpo diplomático casi en pleno y de un público escogido, en el que predominaban los artistas y las familias de la aristocracia.

El académico D. Angel Avilés dirigió al monarca una breve y elocuente salutación, expresando el agradecimiento de la Academia por el honor que le dispensaba S. M. dignándose asistir al acto, y dedicó también frases de merecido elogio al señor marqués de la Vega Inclán.

Su Majestad contestó que asistiendo á solemnidades como la que se estaba celebrando, no creía hacer más que cumplir con su deber.

Después recorrió detenidamente el salón y tuvo frases de gran encomio para la exposición, para la Academia y para el marqués de la Vega Inclán.

Al decir de algunos periódicos, reina en Toledo gran alarma por el temor de que los cuadros del *Greco* no vuelvan á aquella ciudad; el temor y la alarma son, sin embargo, infundados, pues una vez la exposición terminada, serán aquéllos devueltos á su procedencia y allí se discutirá si deben continuar permaneciendo en el Museo Arqueológico Provincial ó ser instalados en el nuevo museo de arte español debido á la munificencia del generoso aristócrata. – P.

(Fotografías de Asenjo, de Madrid.)

VALENCIA.—LA EXPOSICIÓN REGIONAL. (Fotografías de M. Barberá.)

Oportunamente dijimos que el Gran Casino de Valencia había organizado un concurso de bellezas regionales con premios de 5.000, 3.000 y 2.000 pesetas y tres accésit de 1.000 pesetas cada uno.

Tratándose de aquella región, que tiene merecida fama en punto á mujeres guapas, era de suponer que el concurso tendría un éxito brillantísimo, no sólo por el número, sino por la calidad de las concurrentes; y así ha sido, en efecto, pues el resultado ha excedido á cuanto pudieron esperar los más optimistas. Innumerables fotografías llegaron á manos del Jurado, el cual debió pasar no pocos apuros á causa del *embarras du choix* y de lo limitado de los premios. ¿Cómo elegir entre tantas hermosuras? ¿Cómo escoger las seis únicas merecedoras de las recompensas?

Pero como en estas cosas de nada sirven las vacilaciones, el Jurado hubo al final de decidirse adjudicando los premios y los accésit á las seis jóvenes cuyos retratos reproducen los grabados adjuntos, á juzgar por los cuales el fallo ha sido justísimo, ya que se trata realmente de seis bellezas irreprochables.

No sabemos si ha habido protestas contra el veredicto; pero lo que sí puede afirmarse es que las premiadas son dignas del premio que se les ha concedido.

Srta. Joaquina Saavedra



Srta. Rosa de la Figuera y de la Cerda

Srta. Angeles Soler y Miquel



VALENCIA

CONCURSO DE BELLEZA CELEBRADO POR EL GRAN CASINO DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL





Srta. Rosa Rodrigo Gómez



Srta. Inés Sanchis Mas



Srta. Soledad Cristallys

Y ahora digamos algo de la exposición y de los festejos que con motivo de la misma han de celebrarse en Valencia.

La exposición debía haberse inaugurado el día 18; pero á causa del gran temporal de lluvias hubo de aplazarse la ceremonia inaugural, que se habrá efectuado el 22 bajo la presidencia de S. M. el rey don Alfonso XIII, á quien acompañan el presidente del Consejo de ministros Sr. Maura y el ministro de Marina general Ferrándiz.

Durante la estancia del monarca, además de la fiesta de la inauguración, de los banquetes oficiales y de las visitas á distintos centros, se habrán celebrado la batalla de flores, regatas, revista militar, corridas de toros y varios otros festejos. De todos ellos el más notable habrá sido la batalla de flores; para ésta se han realizado preparativos excepcionales, y esto por sí solo indica el derroche de lujo, de arte y de buen gusto que se habrá hecho en Valencia que, en esta clase de espectáculos, marcha á la cabeza de todas las ciudades del mundo.

El programa oficial de las fiestas de los siguientes días comprende, entre otros: del 22 al 31, concursos de fuegos artificiales y aéreos, en los que tomarán parte varias casas nacionales y extranjeras; del 22 al 24, peregrinación á la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia; del 26 al 30, conciertos por una orquesta alemana dirigida por el maestro Lasalle; del 1.° al 10 de junio, concurso hípico internacional; del 6 al 10, conciertos por el *Orfeó Catalá;* del 8 al 10, congreso médico; del 9 al 14, fiestas, carreras y excursiones automovilistas; del 16 al 24, concurso de ganados; del 16 al 30, concursos de esgrima, de *foot ball* y de juegos atléticos y carreras de resistencia; del 1.° al 10 de julio, juegos atléticos; del 11 al 18, concurso ciclista; del 24 al 27, congreso escolar nacional; del 28 al 31, congreso de profesores y peritos mercantiles; del 5 al 10, congreso de arquitectos; del 12 al 16, congreso pedagógico y certamen y fiesta escolares; y distribuídos en todo el mes, fuegos artificiales y aéreos, bailes infantiles y corridas de toros.

El programa, como se ve, es interesante y variado, alternando acertadamente en él lo útil con lo agradable.—T.



Muelle y murallas de Concarneau, cuadro de Legout Gerard



Primavera, cuadro de A. Ramos Martínez



ALTO RELIEVE Á LA MEMORIA DE D. JUAN PONCE DE LEÓN

costeado por el Casino Español de San Juan de Puerto Rico con destino á la catedral de aquella ciudad



Colonia.—Juegos Florales de 1909. La princesa María del Pilar de Baviera y de Borbón, Reina de las Flores, y su Corte de Amor

LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

El primer domingo de este mes celebráronse los undécimos Juegos Florales de Colonia, en los cuales ha sido este año Reina de las Flores la princesa María del Pilar, hija del príncipe Luis Fernando de Baviera y de la infanta española doña Paz de Borbón.

El histórico salón del Gürzenich ofrecía hermoso aspecto; el estrado estaba convertido en un verdadero jardín de rosas, lilas y claveles, y de flores eran también el trono de la reina, el dosel que lo cubría y los sillones destinados á la corte de amor. En lugar preferente, delante del estrado, había el busto de Fastenrath, fundador de los Juegos Florales de Colonia, rodeado de laureles.

Al aparecer la princesa, acompañada de una representación de la corporación de estudiantes con sus banderas, fué recibida con grandes aplausos y aclamaciones y á los acordes de la marcha triunfal de Guilmant, ejecutada al órgano por el profesor del Conservatorio Michalek.

Abrió la fiesta la Reina de las Flores con un bellísimo discurso, que dijo de una manera encantadora. Dió la princesa, emocionada, las gracias por el honor que se le había dispensado; manifestó que precisamente acababa de llegar de España, de la tierra de las flores y de los cantos, de la patria de Cervantes y de Calderón, del país de los *Jochs Florals*, en donde tan querido y tan venerado es Fastenrath, y terminó expresando cuánto le complacía ostentar la más hermosa de todas las coronas, la corona de flores sin espinas que la bella Colonia había ceñido á sus sienes.

El artista de la Opera Julio de Scheidt recitó, con acompañamiento de arpas, una sentida salutación á la princesa; el consejero municipal Laué pronunció un elocuente discurso señalando la importancia de los Juegos Florales y la extensión que han adquirido en Alemania, y afirmando que siempre será respetada la voluntad de su fundador de que en ellos se cante al Amor, á la Fe y á la Patria; y después de leerse una poesía de la señora de Puttkammer y otra de la infanta D.ª Paz, procedióse á la proclamación de los poetas premiados y á la lectura de sus poesías. El premio de honor, de la infanta, fué adjudicado á Juan Haselbach, por una poesía amorosa; los del Consistorio para los temas Fe y Patria los ganaron Augusto Haarlander y P. Dochnahl. Obtuvieron otros premios las señoras Puttkammer, Becker, Klopsch, Brehm y Hahm, y los señores Geissler, Michael, Benatzky (el premio de S. M. el rey D. Alfonso XIII), Hartung y Bisse-Palma.

Durante el acto se cantaron algunos coros y se leyeron telegramas de la familia real española, de la reina de Rumanía (Carmen Silva) y del Consistorio de los Juegos Florales de Barcelona.

Puso término á la fiesta el presidente barón de Perfall con un discurso de gracias á la Reina de las Flores, á los protectores de los Juegos Florales de Colonia y muy especialmente á la señora viuda de Fastenrath por la perseverancia y energía con que ha continuado la hermosa obra creada en Alemania por su inolvidable esposo.

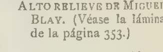
LA EX EMPERATRIZ EUGENIA EN ESPAÑA

La que un día ciñó la imperial corona de Francia no ha olvidado nunca que de España es hija y en España vió transcurrir los días más felices, sin duda, de su juventud. De aquí sus frecuentes visitas á nuestro país, en donde tantos y tan gratos recuerdos conserva. Actualmente se halla en Madrid, después de haber permanecido en Andalucía una corta temporada, durante la cual ha visitado distintos sitios que debieron despertar en su alma dulces memorias.

A su paso por Aranjuez, visitó los jardines de palacio y la Casa del Labrador, de donde está tomada la fotografía que adjunta reproducimos.

En Madrid se hospedó en el palacio de Liria, por el que han desfilado las más distinguidas personas de la alta sociedad, deseosas de testimoniar su afecto á la ilustre dama, que se propone permanecer en España hasta mediados de junio.

Aranjuez.—La ex emperatriz Eugenia en la Casa del Labrador
(De fotografía de Asenjo.)



ALTO RELIEVE DE MIGUEL BLAY. (Véase la lámina de la página 353.)

Los españoles residentes en Puerto Rico acaban de dar un nuevo testimonio de su amor á la madre patria, honrando la memoria del insigne caudillo D. Juan Ponce de León, que sometió y gobernó sabiamente la isla, con el hermoso alto relieve que ha de empotrarse en uno de los machones del interior de la catedral.

Esta obra, verdaderamente notable, del excelente escultor Miguel Blay, ha sido costeada por los socios del Casino Español de aquella ciudad. El artista ha representado á España por medio de una hermosa figura, que agobiada por el sentimiento, besa maternalmente la urna que contiene los restos del caudillo, cubierta en parte por los anchos pliegues de la bandera de la patria. La actitud de la matrona, su sentida expresión, los pliegues de su ropaje y los de la bandera y la totalidad, en fin, de la obra, pregonan la inteligencia y la maestría de nuestro compatriota, que tan geniales obras ha producido y que tal renombre ha conquistado.

Recientemente pudimos dar á conocer á nuestros lectores el proyecto del monumento á la Independencia Argentina que figura en el segundo concurso que después de la selección ha de celebrarse. La distinción de que ya fué objeto por parte del Jurado significa un verdadero triunfo, que confirma la personalidad reconocida de tan distinguido escultor.

Ambas producciones, de carácter diverso, expresan elevados conceptos, que Blay ha logrado interpretar cumplida y hermosamente, gracias á las notables cualidades que posee,

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



El marido de Juana estaba así desconocido, y como la operación del vestuario se había operado simultáneamente

Cuidó de no hablar de la niña. Prefería esperar á ver lo que le dirían.

La viuda se manifestó muy sorprendida de la noticia. Le parecía imposible que sus inquilinos se hubiesen marchado.

—Esa señora estaba á punto de dar á luz, y precisamente vino con su marido para efectuarlo en el campo.

Después de todo, lo mejor era ir á ver, y la propietaria se trasladó á Meudon con el muchacho.

Penetró en la casa y la encontró verdaderamente abandonada.

No sabía qué pensar. Nadie podía darle informes.

Pablo Galoux preguntó el nombre de la inquilina desaparecida, á fin de buscarla y cumplir su encargo; pero la viuda no pudo recordarlo; lo escribió en el recibo que dió al marido y no tomó nota.

—Como tenían seis meses de alquiler pagados por adelantado, no me preocupé de nada. Quizá esa señora fué á salir de su cuidado en casa de alguna de las comadronas que admiten pensionistas.

—De todos modos quedaría su marido, hizo observar Pablito.

—¡Es verdad!.. Entonces, ¿qué pensar?

—Ese matrimonio se habrá marchado.

—Hay que creerlo... Pero ¿por qué..., por qué razón?.. Y han dejado aquí toda su ropa, todos sus efectos... Mira..., todo esto es suyo..., estos chirimbolos, este baúl... ¡Oh, aquí hay algún misterio! En fin, yo voy á cerrar y quitar la llave. Cuando vuelvan, que se tomen la molestia de llegarse hasta mi casa.

La desaparición de la madre de la pequeña Jenny era muy misteriosa.

Pablo tuvo entonces una idea excelente, destinada á tranquilizar su conciencia.

—El encargo que tengo para esa señora, dijo, es de lo más serio, de lo más importante. Por consiguiente, cuando usted la vea, si vuelve, ruego á usted que tenga la bondad de avisarme tan pronto como la haya visto... Voy á dejarle mis señas.

—Con mucho gusto, contestó la propietaria.

Y Pablo escribió en un papel que entregó á la señora Paumelle:

MADAMA LANDRY

Calle de Bernardinos, 25.—París

Al regresar á casa de Rosita, Pablo explicó á ésta y á su madre el resultado de sus investigaciones, la prueba del abandono inexplicable de la casa y la precaución tomada por él para recibir aviso de la vuelta de la madre de Jenny.

La señora Landry le felicitó por lo que había hecho; pero, respecto á la criatura, la situación seguía siendo la misma. Había que hacer la declaración del hallazgo de la niña.

—No, mamá, nos la quitarán, imploró Rosita.

—Hija mía, es mi deber, replicó la viuda de Marcial. Asumo una gran responsabilidad.

—Ya no, repuso Pablo, puesto que he tomado mis medidas. Tan pronto como la madre reaparezca, recibiremos aviso de la propietaria, que me lo ha prometido. Hasta entonces podemos guardar esta pobre niña... Se la devolveremos á su madre, si vuelve.

—Esa señora se alegrará, añadió Rosita, puesto que habremos evitado que este angelito vaya á la casa de Expósitos. ¡Oye, mamá, quedémosla!, suplicó mimosamente. ¡Mira qué bonita es! La cuidaré yo... ¡Ya verás cómo sabré cuidarla!.. Seré su mamaíta... ¡Qué alegría me darás si te la quedas! Di, ¿quieres?.. Sí que quieres, ¿verdad?

La señora Landry no pudo resistir.

Después de todo, lo que ella hacía no era ningún mal.

Entonces Rosita y su amiguito experimentaron una alegría sin límites.

La muchacha besaba á su madre con loco entusiasmo, dándole las gracias, y Pablo gozaba lo indecible al ver la dicha que causaba á su amiguita.

Para los vecinos y para la portera, á quienes no querían poner en el secreto á fin de evitar murmuraciones, la pequeña Jenny sería la hija de una amiga que había tenido que entrar en el hospital y de la cual cuidaban hasta que su madre estuviese buena.

De esta manera fué acogida y adoptada la pequeña Jenny.

Había que ver á la hija de la señora Landry cómo corría del obrador á su casa, al mediodía, y pasaba con «su hijita» hasta el último minuto de la hora

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

que su maestra le había dado para almorzar; y por la tarde, tan pronto como salía del taller, ¡qué prisa se daba en volver á la calle de Bernardinos! Por las mañanas esperaba hasta el último minuto, reservándose el tiempo estrictamente necesario para ir á casa de la costurera. De este modo se estaba hasta el último momento con su pequeña Jenny. Ella la lavaba, le mudaba la ropa, le daba la leche, le prodigaba los cuidados más minuciosos.

Y Pablo, tan pronto como tenía un rato libre, lo que sucedía con frecuencia durante aquella estación, ¡con qué afán acudía y se instalaba al lado de Jenny, ya con la señora Landry, ya con Rosita!

Los domingos disponían de todo el día... ¡Qué alegría para los muchachos!

La niña se desarrollaba que era un contento.

No se había recibido noticia alguna. La viuda Paumelle no había escrito, prueba de que la madre de la niña no había vuelto á parecer.

Sus padres debían haber muerto —pensaban compasivamente los que servían de tales á la pobre criatura.

Hacía ya dos meses que Pablo había traído á la pequeña Jenny, cuando ocurrió una desgracia en casa de nuestros amigos.

La señora de Landry cayó súbitamente enferma—un enfriamiento, como dicen las gentes sencillas, que á menudo dan este nombre á graves enfermedades de los órganos respiratorios.

El médico de la Sociedad de socorros mutuos de la cual Marcial Landry había formado parte, diagnosticó una neumonía, y como la viuda no podía ser cuidada en casa, tuvo que dejarse llevar al hospital de la Caridad.

Rosita, que contaba ahora cerca de trece años y era precoz en todo, aparentando más edad de la que tenía, quiso quedarse sola con «su hijita,» bajo la vigilancia de la portera.

Además Pablo Galoux, que le llevaba un año de ventaja, iría á verlas todos los días.

Y fué, en efecto, más á menudo que de costumbre, y cada vez permanecía largo tiempo con su amiguita y con «su hija.»

La pequeña Jenny, á la cual querían con igual cariño, era más que nunca como hija suya, y casi les pertenecía definitivamente, puesto que nadie se la reclamaba.

—¡Pobrecita abandonada!, le decía con frecuencia Rosita besándola con todo el cariño de su corazón; si tus pobres padres han muerto, no eres huérfana, puesto que aún tienes un papaíto y una mamaíta.

¡Qué cambio para la adorable muchacha desde que su madre estaba enferma, desde que se encontraba sola con Jenny!

De pronto, Rosita, ya precoz como hemos dicho, se había vuelto seria como una mujercita y su inteligencia se había hecho cargo de la responsabilidad que le incumbía.

Al salir para el hospital, la señora de Landry había entregado á su hija la llave del cajón del armario ropero en que tenía guardado su pequeño peculio, aquella cantidad que los banqueros del Mercado de vinos le habían entregado, y le había encargado que gastase lo menos posible, á fin de que aquel dinero durase al menos tanto como su ausencia; pero Rosita se dijo:

«¡No, no tocaré á ese dinero!.. Trabajaré y ganaré lo bastante para «mi hija» y para mí.»

Y con una resolución de que una niña como ella hubiera parecido incapaz, quiso substituir á su madre en los trabajos domésticos que hacía por horas, y las personas que empleaban á la viuda, compadecidas de su infortunio y admirando su buena voluntad, consintieron en que la reemplazase. De este modo iba á ganar bastante para vivir y comprar la leche que Jenny necesitaba.

Su maestra, la costurera de la calle de las Escuelas, consintió en dejarle las mañanas libres para que pudiese hacer aquel trabajo, y además, no solamente le dió en seguida los cincuenta céntimos diarios que le había prometido á partir de Pascua, sino que, de preferencia á las demás aprendizas, la enviaba á llevar la ropa á las clientes que solían dar las mejores propinas.

Por las mañanas, Pablo llegaba más temprano que antes, á fin de ayudar á Rosita en sus quehaceres domésticos é ir en su lugar á comprar lo necesario, para que la pequeña Jenny no se quedase sola.

Ambos eran así felices, sintiendo estrecharse cada vez más los lazos de aquella amistad que les unía desde su más tierna infancia, verdadero amor que sus almas cándidas ignoraban todavía.

Se unían más estrechamente en su aislamiento, y más que nunca, eran el uno para el otro.

Cuando Rosita partía para ir á su trabajo, y había llegado para Pablo la hora de marchar á casa de su amo, la hija de la señora Landry llevaba á Jenny á la casa cuna de la calle de la Montaña de Santa Genoveva, donde se la guardaban hasta las seis de la tarde y donde se la cuidaban bien; y como Pablo terminaba su tarea antes que su amiguita, iba á recoger la niña para llevarla á la calle de Bernardinos.

En casa de Bourasse no habían sabido nada de la adopción de aquella criatura abandonada, porque Pablito no se había atrevido á decírselo á su tío; pero ahora hubiera sido muy difícil hacer que no notasen el cambio que sobrevenía en sus costumbres.

Por la mañana, la tía Sofía, que madrugaba mucho, era la única que podía notar algo, pues cuando Pablo se marchaba su tío dormía aún profundamente y el muchacho tomaba las mayores precauciones para no hacer el menor ruido.

La Bourasse, que conocía la enfermedad de la madre de Rosita, no veía, en la marcha matinal de su sobrino, más que el hecho de ir á ayudar un poco á su amiguita en sus trabajos domésticos y el deseo de estar más tiempo con ella.

Pero por la noche Pablo volvía más tarde que de costumbre, y el auvernés, que sabía á qué hora terminaba el chico su trabajo, no tardó en notar aquella aparente irregularidad de conducta.

Varias veces se lo echó en cara con su rudeza habitual; pero un día ello le pareció sospechoso y se enfadó.

Quería saber lo que su sobrino iba á hacer cada día, y como Pablo le contestase que iba á ayudar á Rosita, Bourasse le gritó duramente:

—No necesitas estar metido allí todos los días. ¿No hay aquí bastante trabajo? ¿Entonces á qué viene ir á hacer el de los demás?

La tía Sofía, que pedía noticias de la señora de Landry cada jueves y cada domingo, cuando Rosita había ido á verla al hospital, comprendía que había otra cosa, y á pesar de su deseo de saberlo, no interrogaba á Pablo á fin de evitarle la cólera de su tío.

Pero un día Bourasse, que venía de cobrar una factura cerca del Panteón, encontró á su sobrino llevando la pequeña Jenny en brazos, en el momento que salía de la casa-cuna de la calle de la Montaña de Santa Genoveva.

—Pero ¿qué es eso?, exclamó deteniéndole. ¿De dónde has sacado esta criatura..., eh?

Pablo se puso encarnado como una amapola, y absolutamente pasmado balbuceó:

—Como Rosita trabaja..., yo he venido en su lugar..

—¡Rosita!.. ¿Y á mí qué me cuentas, mocoso?.. Supongo que esta criatura no es de Rosita...

—Sí, tío, contestó Pablo; es decir, ella la guarda.

El carbonero no se contentó con esta explicación y le pasaron ideas extrañas por la cabeza, tanto, que al llegar á su casa contó á su mujer lo que acababa de presenciar, y por la noche, cuando Pablo hubo vuelto, se habló nuevamente del asunto.

Entonces el muchacho confesó la verdad.

Refirió cómo había hecho el descubrimiento de aquella pobre abandonada, á quien de seguro había salvado de la muerte.

Sofía Bourasse, José y Teresa apreciaron el buen corazón de Pablito y admiraron su buena acción; pero el auvernés no vió las cosas de la misma manera.

—Siempre has de meterte en lo que no te importa..., ¡mequetrefe!.., gritó. ¿Qué necesidad tenías de ocuparte de esa niña?.. ¿Qué puede importarte que sus padres la abandonen?.. Para eso está el Hospicio, para los niños abandonados; es evidente que no lo han hecho para los perros...

—El muchacho creyó obrar bien, intervino Sofía.

—¡Déjame en paz!.., interrumpió Bourasse. ¡Es siempre lo mismo!.. El otro año, fué el señor que se mató y hubo tantas historias porque este mocoso se entrometió en el asunto... Ahora, esa niña, como si no tuviese bastante consigo, ese gandul que ni siquiera gana para vivir..., ir á recoger los hijos de los demás, que ni aun se sabe de dónde han salido. .

Nadie se atrevía á contestar.

—¿Y quién la mantiene á esa pequeña bastarda?, preguntó Bourasse.

—Rosita trabaja, contestó Pablo refugiándose entre su tía y su prima. Hace el trabajo que hacía su madre en varias casas.

—Sí... y querrás hacerme también creer que con lo que gana le compra los bonitos vestidos que yo he visto, ¿eh?

—Su madre los tenía..., los había conservado.

—¿Y para comer?.. ¡Es que para comer se necesita mucho dinero!.., gritó el auvernés. Entonces tú se lo das, ¿no es así? Le llevas lo que ganas, ¿verdad?, cuando sabes que aquí te mantenemos de limosna, especie de galopín...

—No, dijo Sofía; Pablo me trae siempre su salario de la semana.

—Entonces, ¿de dónde saca el dinero? ¿Lo roba?.. ¡Ah! Andate con cuidado, chiquillo, porque en la familia todos somos honrados, y no consentiré que tú nos deshonres trayéndonos criaturas de la calle... Estoy harto de esas cosas y es preciso que se acaben... No quiero que vuelvas á poner los pies en casa de Rosita, ¿oyes, gandul?.. O bien elige entre los dos... Y ¡qué diantre!, ya puedes ir, si quieres, á casa de tu Rosita, á casa de esa chicuela que su padre se mató... é hizo bien, porque lo del robo no era claro...

—¡Tío!.., exclamó Pablo, lleno de indignación al oír hablar así del padre de su amiga.

Su tía le retuvo.

Pero Bourasse se levantó furioso.

—¡Sí, un ladrón!.., clamó colérico; y si prefieres esa gente á tu familia, vete á ella, y quédate con ellos, y que yo no vuelva á oir hablar de ti... ¡Así acabarás de estorbarnos!

El pobre amigo de Rosita se contenía á fin de no dejar estallar su dolor y su indignación con protestas que aquel bruto no hubiera comprendido y que no hubieran hecho más que aumentar su furor.

Pero desde aquel instante el muchacho tomó una resolución.

La de aprovechar la primera ocasión que se presentase para salir de aquella casa donde tanto había sufrido, á pesar del afecto de su tía Sofía y de sus primos.

No se sentía ahora con suficiente resignación para soportar tan irritante injusticia, pues ya no le atacaban á él solo, sino que atacaban á Rosita, á quien amaba más que á sí mismo.

Sin decir nada á Rosita del incidente que había provocado su resolución, Pablo se echó á buscar una colocación que le permitiese dejar á Pietro Lucci, y no tardó en encontrarla.

Ahora era ya grande, conocía bien su oficio, y aunque en casa del fumista de la calle de San Severino no le habían empleado hasta entonces más que como ayudante, sin duda para pagarle menos, se sentía capaz de desempeñar el trabajo de un obrero.

Encontró colocación en casa de un estufero fumista de la calle de Jussieu, M. Bonardel, que en punto á limpia de chimeneas sólo hacía la parte accesoria de su empresa, lo cual no era para disgustar á Pablo.

El Sr. Bonardel, admirado de la inteligencia del joven obrero, llevado de la verdadera simpatía que inspiraba, le dió para empezar dos francos cincuenta diarios y le empleó en el taller donde montaban las estufas de loza que llegaban en piezas de la fábrica.

Pablo abandonó, pues, á Pietro Lucci y no lo comunicó á su tío hasta terminado definitivamente el negocio.

Bourasse no se atrevió á echarlo de casa como le había amenazado con hacerlo, porque le retenía el dinero perteneciente á su sobrino y del cual tendría seguramente que dar cuenta; pero exigió que Pablo pagase un franco diario á su tía por su manutención y alojamiento.

Pablo se alegró de que las cosas hubiesen tomado aquel sesgo.

Ahora era más libre, puesto que ganaba dinero. Era considerado y tratado como un obrero en casa de su nuevo patrón, donde había emprendido el trabajo con ardor é inteligencia.

Con el franco cincuenta que le quedaba, podía atender á todas las necesidades de su amiguita, y de este modo no tocaban al dinero dejado por la señora Landry; ni siquiera tuvieron necesidad de recurrir á él para el pago del trimestre de alquiler de la casa, de tal modo había economizado.

Pablo pasaba ahora las veladas con Rosita y Jenny, pues aunque pagaba su pensión á sus tíos, prefería comer en casa de Rosita, adonde iba al salir del taller. Ayudaba en los trabajos domésticos, mientras su amiguita cuidaba de la niña, la acostaba y la hacía dormir. Se estaba allí hasta las nueve; y era para ellos una dicha inexplicable el encontrarse cada día reunidos junto á aquella cuna donde dormía la criaturita que habían prohijado.

Aquella dicha fué turbada por una gran desgracia.

La señora Landry, que había experimentado una mejoría tan grande que los médicos de la Caridad le habían prometido dejarla salir dentro de ocho días, tuvo una recaída y se puso grave.

Declaróse una bronquitis capilar, y desde aquel momento sus días estuvieron en peligro.

Su estado agravóse al extremo que Rosita fué autorizada para visitar á su madre todos los días.

Pablo la acompañó varias veces, profundamente apesadumbrado del peligro que corría la pobre mujer, á la cual quería como á su propia madre.

Llegó la catástrofe prevista.

La señora Landry murió, ahogada por el mal ho-

rrible que sufría, y tuvo el consuelo de expirar en brazos de Pablo, de Rosita y de Víctor, que habían hecho venir de San Nicolás.

Les besó á los tres con la misma ternura, y las últimas palabras que brotaron de sus labios en su agonía fueron éstas:

—¡Pobres hijos míos!.. ¡Amaos siempre, siempre, siempre!..

Entonces, bajo la impresión de aquella catástrofe que les alcanzaba igualmente, operóse un cambio todavía más completo en el espíritu y en el carácter de Pablo y de Rosita.

Comprendieron más que nunca la responsibilidad que les incumbía.

Se hallaban en edad de no necesitar de nada. Pablo tenía dieciséis años, y Rosita quince.

Trabajarían con nuevo ardor, unidos por su cariño y por la ternura que sentían por Jenny.

La señora Bonnieres quiso sufragar los gastos del luto de su aprendiza, que desde aquel día fué elevada á la categoría de obrera con dos francos diarios para empezar.

Pablo se ocupó de las formalidades funerarias para el entierro de la señora Landry.

Los religiosos de San Nicolás declararon que guardarían á Víctor, que sólo tenía once años entonces y cuya pensión se encontraba pagada. Terminada su instrucción, una instrucción práctica, procurarían abrirle camino, como hacen con sus mejores alumnos.

El día en que el modesto convoy fúnebre salió del hospital de la Caridad para ir á la iglesia de San Germán de la Pradera y de allí al cementerio de Jory, pocas personas le siguieron. El pequeño cortejo sólo se componía de algunas obreras del taller de madame Bonnieres, de la portera de la calle de Bernardinos, de la tía Sofía con su hija Teresa y de dos vecinas; pero Rosita, Víctor y Pablo iban al frente, y el coche mortuorio llevaba las dos coronas que habían comprado.

Entonces, después de la inhumación, después del último adiós á aquella madre que les había unido al morir, Pablo y Rosita volvieron á encontrarse solos en casa, con «su hija,» pues Víctor se había vuelto al colegio.

Hablaron largamente, después de llorar mucho, y con la confianza que da el amor recíproco, consideraron su porvenir.

—El alquiler de este piso es demasiado caro, dijo Pablo con el buen sentido y la seriedad de un hombrecito. Por ciento cincuenta ó doscientos francos te encontraré habitación en el barrio; ya verás.

—Pero di, exclamó entonces Rosita; ¿por qué no te vienes á vivir conmigo?

Pablo sintióse penetrado de una dulce emoción en presencia de aquella proposición ingenua, inspirada por el corazón de su amiga.

—Mamá nos lo dijo al morir, añadió tiernamente la adorable muchacha, «vivid siempre unidos,» nos dijo; «¡amaos siempre!» Esto sería mucho más ventajoso, puesto que no tendrás que pagar ese franco diario á tus tíos! Mira, con los tres francos cincuenta que ganas y los dos que gano yo, reuniríamos cinco francos cincuenta por día! ¡Anda, ya verás cómo seré una buena ama de gobierno!, insistió amorosamente, con el brazo al cuello de su amigo. Cuidaré de tu ropa tan bien como tu tía Sofía... Será como si ya fueses mi marido, puesto que hemos de casarnos cuando tengamos la edad.

—Tienes razón, contestó Pablo Galoux pensativo.

—¿Verdad que quieres?

—Sí, Rosita, dijo el muchacho contestando á las afectuosas demostraciones de su amiguita; viviremos juntos y no nos separaremos jamás!

—¡Jamás!

—¡Jamás!

—Estaremos con nuestra hija, con nuestra bonita Jenny. Porque es nuestra, ¿verdad?.. ¡Nadie nos la vendrá ya á quitar!

—No, porque indudablemente sus padres han muerto. De lo contrario, se hubiera tenido noticias de ellos.

—Y más tarde, continuó la hija de Marcial, cuando Víctor salga de San Nicolás, vivirá también con nosotros y trabajará como nosotros. ¡Oh, qué felices seremos, cuando nos hallemos todos reunidos!

La desgracia estrechaba aún más el afecto de aquellos dos muchachos, y experimentaban más que nunca la necesidad de vivir en adelante el uno para el otro, ahora que ambos eran huérfanos.

Sería una existencia nueva, pero ¡qué dulce junto á la cuna de la pequeña Jenny! ¡Cuán llena de encanto en su intimidad de cada día, formada por aquel amor que se había desarrollado en su alma y que se manifestaría el mejor día en la plenitud de su fuerza!

Pablo se puso en seguida á buscar piso y no tardó en encontrar uno que reunía las condiciones deseadas. Se hallaba situado en la calle de Descartes, al lado de la Escuela politécnica, en una de esas vastas y antiguas moradas que los propietarios han convertido en casas de vecindad. Era un tercer piso con dos piezas bastante grandes, sobre todo altas de techo, cuyo alquiler era de ciento sesenta y cinco francos anuales. Las ventanas daban al patio, pero era un patio grande, en el cual el aire y el sol penetraban abundantemente. Las habitaciones eran claras y la luz solar que penetraba en ellas tomaba verdosos reflejos de una magnífica acacia.

El día en que el amigo de Rosita anunció á su tío su intención de irse de la casa, hubo una escena violenta en la carbonería de la calle Galande.

—¡Mira los niños!.., exclamó el auvernés. ¡La ingratitud en persona!.. ¡Anda, sacrifícate por ellos!.. ¡Mira cómo te recompensan!.. Hoy que ganas un poco de dinero... ¿Y á quién lo debes, galopín, sino á tu tío?.. Hoy que empiezas á hombrear, quieres ser libre... Estas harto de la casa paterna, de esta casa en que te recogimos de la calle, cuando la policía te había preso como vagabundo y te morías de hambre. Ya no consideras todo lo que hemos hecho por ti... Hoy que ganas dinero, ya no te acuerdas de la época en que te manteníamos por caridad, porque estuviste mucho tiempo sin ganar nada en casa de Pietro, cuando hacías de deshollinador... Pero, ¿sabes?, cuidado con lo que haces, porque una vez que hayas salido de esta casa, te juro que nunca en tu vida volverás á poner los pies en ella... ¿Oyes?..

Pablo dejó pasar aquella avalancha.

No pensaba siquiera pedir cuenta á su tío del dinero que le pertenecía. ¿No le había oído decir á menudo que aquel dinero no representaba la cuarta parte de lo que había gastado por él?.. Además, temía el furor de aquel bruto que, en materia de dinero, era intratable y entraba en una espantosa cólera á la sola idea de tener que despojarse.

Fué Sofía Bourasse la que habló del asunto. Era mujer honrada y sabía que aquel dinero pertenecía á su sobrino.

Habló de ello, pero no delante de su marido, á quien conocía perfectamente.

Fué ocultamente como dijo á Pablo, en el momento de la despedida de éste:

—No temas, que tu tío no te pejudicará en un céntimo. Todo el dinero que te pertenece se te será abonado, yo me encargo de ello... Cuando seas mayor de edad ó cuando te cases, si algún día te casas con Rosita, te lo haré entregar.

Y le besó cariñosamente, lo mismo que Teresa, ayudándole á empaquetar su ropa.

Hasta determinó que José, su hijo, fuerte como un costalero, hiciese con un carretón de manos la mudanza desde la calle de Bernardinos á la de Descartes.

Además del modesto mobiliario de Rosita, Pablo no tomó para sí más que una camita de hierro, que instaló en la pieza provista de una chimenea, pieza que al mismo tiempo serviría de dormitorio para él, de cocina y de comedor. Rosita dormiría con la pequeña Jenny en el otro cuarto, el más bello y vasto.

La primera noche en que se encontraron solos en su nuevo domicilio, fué cuando Pablo y Rosita experimentaron más vivamente los efectos de aquel cambio de existencia.

Estaban allí absolutamente como un pequeño matrimonio que hasta un hijo tenía.

¡Oh, cómo querían á la tierna Jenny!.. La querían más que nunca, ahora que recaía sobre ellos la responsabilidad de su educación.

La adoraban, porque sentían que sobre su cuna se cimentaba la unión de sus corazones tan cándidamente enamorados; porque se unían verdaderamente en la ternura común que ponían en «su hija.»

Se les hubiera admirado, si se les hubiese podido ver.

En su nueva vivienda no les habían pedido explicación alguna. Se les creía hermanos, y eran tan simpáticos, que se hacían querer tan pronto como se les conocía.

Así vivieron, amándose siempre lo mismo, trabajando ambos con ardor y adorando á su pequeña Jenny, que se ponía hermosísima, como su desventurada madre.

¡Juana!.. Una de las veces que hablaron de ella, de la «buena señorita,» de aquella pobre doña Juana que tan desgraciada había sido en su matrimonio, fué en las circunstancias siguientes:

Hacía ya mucho tiempo que no habían tenido de ella la menor noticia. Habían transcurrido cerca de tres años desde la muerte del padre de Rosita.

¡Tres años ya!..

—¿Qué habrá sido de la buena señora?, dijo la hija de Marcial. No hemos vuelto á ver al Sr. Laroche.

—Me dijeron, contestó Pablo, que se había retirado de los negocios después de todas aquellas desgracias. Volvióse á su país.

—Sí, pero ¿y su hija?

—No sé.

—¿Habrá muerto? Pero no; lo hubiéramos sabido.

—Quizá el Sr. Laroche la perdonó.

—¡Ay, tan feliz cómo merecía ser!.. ¡Quién hubiera dicho que iba á sufrir tanto!, dijo Rosita. Cuando pienso en ello, hasta me parece que Dios no ha sido justo.

Por consiguiente, ignoraban lo ocurrido.

Desde el día que Juana había ido á ver á la señora de Landry, calle de Bernardinos, no habían vuelto á oir hablar de ella.

No conocían más que una pequeña parte de las desgracias de su amable bienhechora.

Juana, en la quinta del Cepellón, al lado de su padre, seguía loca.

Terminada su instalación, el Sr. Laroche se había puesto en relación con el doctor Verniere, y el alienista, ya al corriente de la enfermedad de Juana por una carta del doctor Desvallieres, se había apresurado á ir á la quinta.

Allí había pasado todo un día, estudiando cuidadosamente el aspecto y ademanes de la demente.

Pero, por la tarde, á las apremiantes preguntas del comerciante que le interrogaba inquieto, el sabio especialista no había podido contestar sino confirmando lo que ya había anunciado el doctor Desvallieres.

La cura no era imposible; hasta era probable, pero era cuestión de tiempo, de mucho tiempo, á menos que un incidente imprevisto disipase, con una violenta sacudida, la amnesia que obscurecía el cerebro.

Muchos días habían transcurrido desde entonces sin aportar la menor mejoría, y poco á poco el ex comerciante había ido perdiendo sus últimas esperanzas.

¡Su hija seguiría loca toda la vida!

¡Cómo sufría, el pobre padre, cuando le asaltaba este pensamiento atroz! ¡Cómo odiaba al miserable que le había robado á su hija! ¡Cómo maldecía al cobarde que había destrozado aquel corazón tan amante!

Con atenciones verdaderamente «maternales,» el Sr. Laroche vigilaba á Juana, no se apartaba casi nunca de ella, procuraba distraerla, dando con ella largos paseos, tratando de llamar su atención sobre los objetos que la rodeaban.

Todos aquellos esfuerzos resultaban inútiles. Juana no vivía más que de una vida automática, bajo la eterna influencia de una especie de éxtasis que tan pronto le inundaba los ojos de lágrimas, como hacía asomar á sus labios una pálida sonrisa, sin causas determinantes. ¿Una figura evocada hubiera tenido quizá el don de despertar algún eco en el dormido pensamiento de la pobre Juana? El recuerdo de su marido á menudo citado, el nombre de Edmundo pronunciado con frecuencia hubieran podido determinar una reacción favorable. Pero ¡ay!, esta idea no se le hubiera ocurrido al Sr. Laroche. Odiaba demasiado profundamente al que era causa de su espantosa desgracia.

XVII

¡LICENCIADO!

Luciano de Favreuse no había pegado los ojos en toda la noche, la última de su reclusión.

Aquella mañana, en efecto, iban á abrirse ante él las puertas de la cárcel de Etampes.

Su condena de tres años expiraba.

¡Cuántas veces, en horas sombrías de desaliento, había deseado el día bendito de la libertad!.. Y el miserable, recostado en su camastro, se asombraba casi de no experimentar una alegría más intensa, más profunda.

Sin embargo, iba á ser libre.

¡Libre!.. Luciano se repetía esta palabra como si sintiese la necesidad de afirmarse á sí mismo que no era juguete de un sueño, que dentro de algunos instantes se confundiría de nuevo con la multitud de los que van adonde les place, que hacen lo que quieren, sin que la ruda voz de un carcelero les imponga su autoridad y aniquile su albedrío.

Era á principios de marzo. Apenas amanecía, y la media tinta triste y pálida que entraba por las altas ventanas enrejadas del dormitorio de la cárcel daba á la gran sala de paredes desnudas un aspecto siniestro y frío.

La mirada de Luciano iba de una cama á otra. Hubiera podido poner un número en cada uno de aquellos rostros afeitados ó imberbes, pues ya hacía dos años que sus aptitudes y su docilidad ejemplar le habían valido el empleo muy codiciado de dependiente del contratista del trabajo de las cárceles.

(Se continuará.)

PARIS.—HUELGA DE FUNCIONARIOS DE CORREOS Y TELÉGRAFOS.—LA CÁMARA DE COMERCIO

A pretexto de que el gobierno no ha cumplido las promesas que recientemente les hiciera, los empleados de Correos y Telégrafos de París se han declarado nuevamente en huelga.



Servicio de correos organizado por la Cámara de Comercio
Cesta para recoger la correspondencia

El ministerio Clemenceau ha procedido esta vez, desde los primeros momentos, con saludable energía, destituyendo á los funcionarios más levantiscos, y esto ha exasperado á los que se han propuesto perturbar constantemente el orden y trastornar uno de los servicios más importantes de toda nación, sin importárseles un ardite de los perjuicios inmensos, incalculables, que con ello causan á la sociedad en general y en particular al comercio y á la industria y á cuanto se relaciona con el trabajo y la actividad humanos.

El comité federal de los empleados de Correos y Telégrafos convocó un gran *meéting*, que se efectuó el día 11 en el vasto salón del Hipódromo, que estaba enteramente lleno. No referiremos minuciosamente lo que allí se dijo, porque ya pueden imaginárselo nuestros lectores; sin embargo, no nos parece inoportuno recoger algunas de las declaraciones que los más exaltados hicieron. «Ya no se trata—dijo uno de ellos—del Sr. Simyán (el subsecretario de Correos y Telégrafos cuya destitución vienen pidiendo sus subordinados); el hombre poco nos importa. Lo que hay que destruir es el régimen.» «Nuestra instrucción, nuestra educación—manifestó otro—las ponemos á la disposición de la clase obrera, y será el proletariado en peso el que se sublevará.» «Esos señores del Parlamento—afirmó un tercero—que no han encontrado el modo de solucionar hoy el conflicto, lo solucionarán cuando quieran; por lo que á nosotros toca, proclamamos la lucha y en ella perseveraremos.»

No hay que decir con cuánto entusiasmo fueron acogidas todas esas declaraciones y otras análogas, ni que, al ser consultados los concurrentes, millares de voces aclamaron unánimemente la huelga.

A pesar de todo, el movimiento puede darse por fracasado, no sólo porque fueron relativamente pocos los que desde el primer momento se adhirieron á él, sino además porque aun de estos pocos la mayoría volvieron en seguida á sus puestos, excepción hecha, naturalmente, de aquellos á quienes el gobierno ha declarado cesantes y que, como es de suponer, son ahora los más interesados en que la huelga subsista y se generalice.

Con motivo de esta huelga ha ocurrido un hecho que merece la pena de ser consignado. La Cámara de Comercio de París, que ya cuando la huelga de marzo último había ensayado la organización de un servicio de comunicaciones postales, habíase preparado debidamente para el caso de que aquélla se reprodujese. Así es que, apenas iniciada la huelga última, pudo montar el servicio de un modo casi perfecto, convirtiendo temporalmente su domicilio social en una verdadera oficina de correos, atendida por ciento cincuenta empleados de la misma Cámara y de varias casas de comercio particulares. A la entrada del edificio colocáronse dos grandes cestas en donde dos empleados depositaban las cartas que se les entregaban, después de haberse cerciorado de que estaban franqueadas debidamente.

Sección de apartado de la correspondencia. (De fotografías de M. Ro y C.ª)

En uno de los salones del primer piso establecióse la oficina de apartado de la correspondencia, operación que se hacía, no por departamentos, como en el servicio oficial, sino por circunscripciones de Cámaras de comercio; y á medida que se efectuaba el apartado, las cartas clasificadas eran colocadas en grandes estantes, en los que cada Cámara de Comercio tenía su casilla especial. Una vez terminada esta clasificación, hacíanse paquetes con las cartas destinadas á las diversas cámaras y se llevaban éstos á las correspondientes estaciones ferroviarias, en donde empleados especiales se encargaban de ellas y las iban entregando durante el viaje á los agentes de las respectivas cámaras destinatarias. Estas á su vez procedían á la distribución de la correspondencia dentro de su demarcación, utilizando también el ferrocarril ó los automóviles, motocicletas, etc.

Como es natural, este servicio ha sido exclusivamente para los comerciantes y se ha prestado con la debida intervención de los funcionarios del Estado. Las Cámaras de Comercio, por consiguiente, no recibían más que cartas remitidas por un comerciante á otro comerciante; cartas remitidas por un comerciante á uno de sus clientes, y cartas remitidas por un cliente á un comerciante, estas últimas con la condición expresa de indicarse en ellas clara y precisamente la condición comercial del destinatario.

Gracias á esta organización, el servicio se ha prestado en condiciones inmejorables, á lo que han contribuído las facilidades que han dado las compañías ferroviarias, las de automóviles y muchos particulares.—S



Meéting de empleados de Correos y Telégrafos celebrado en el Hipódromo. (De fotografía «Rapid.»)

COPA CATALUÑA

CARRERA DE VOITURETTES

CIRCUITO DEL BAJO PANADÉS

El jueves próximo pasado efectuóse la segunda carrera internacional de *voiturettes* del circuito del Bajo Panadés. Como de ella hemos de publicar en el número próximo la correspondiente información gráfica, dejamos para entonces la descripción del espectáculo en sus pormenores, y por hoy nos limitaremos á adelantar que en la carrera tomaron parte doce vehículos y que ganaron: Goux, en *voiturette* Lion Peugeot, la Copa Cataluña, la Copa de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, el premio Barcelona de 5.000 pesetas, la medalla de oro ofrecida por el círculo del Liceo y el reloj pulsera ofrecido por el Hotel Gran Continental de Tarragona; Sizaire, en *voiturette* Sizaire-Naudin, la Copa de S. A. R. la Infanta D.ª Isabel y el premio de 3.000 pesetas de la Excelentísima Diputación Provincial de Barcelona; Soyez, en *voiturette* Werner, la Copa de la Cámara Sindical del Automovilismo y Ciclismo y 2.000 pesetas de las Sociedades de recreo y deportivas, y Pilleverdier, en *voiturette* Hispano Suiza, la Copa del Real Automóvil Club de Valencia y 3.000 pesetas del Real Automóvil Club de España.

El tiempo que emplearon los ganadores en recorrer las tres vueltas del circuito, equivalente á 364 kilómetros, fué: Goux, seis horas, ocho minutos y diez y seis segundos; Sizaire, siete horas, treinta y un minutos y cuarenta y seis segundos; Soyez, siete horas, treinta y ocho minutos y seis segundos; y Pilleverdier, siete horas, cincuenta y cinco minutos y veintinueve segundos.

La Copa Cataluña, es para el corredor que en menos tiempo cubra las trece vueltas del circuito, no se adjudicará definitivamente hasta que sea ganada dos veces por el mismo corredor. El año pasado la ganó Guiuponne. La Copa de S. M., para el corredor que en menos tiempo cubra las nueve primeras vueltas del circuito (252 kilómetros), deberá ganarse dos años consecutivos ó tres alternos por el mismo corredor para ser adjudicada definitivamente.

Además de los citados premios había: la Copa Catasús, ofrecida por la casa Catasús y C.ª al conductor del coche que empleando el gas motor de fabricación de aquella casa obtuviese mejor clasificación; un cronómetro de oro, de la casa «Vacuum Oil Company S. A. F.,» para el conductor del coche que llegase primero empleando el «Gargoyle Vacuum Mobiloil,» y tres premios de 800, 400 y 200 pesetas de la casa G. Klein, para los coches que usando neumáticos *Klein* obtuviesen, según la clasificación oficial, los tres primeros premios.—S.



Copa Cataluña, primer premio

Copa Catasús — Copa del Comité ejecutivo — Copa de S. A. la Infanta D.ª Isabel — Copa de S. M. D. Alfonso XIII









Desconsuelo, escultura en mármol de José Llimona, recientemente regalada por el Excmo. Sr. D. Domingo J. Sanllehy á la ciudad de Barcelona con destino á los Museos Municipales

En el extranjero abundan relativamente los donativos ó legados de obras de arte hechos por particulares á los museos; pero en nuestra patria, esos rasgos de generosidad son, por desgracia, muy contados. De aquí que sean más dignas de elogio las poquísimas personas que se desprenden de joyas artísticas de su pertenencia para enriquecer con ellas las colecciones públicas, proporcionando así á los más un placer estético ó una enseñanza provechosa que, de lo contrario, sólo pueden sentir ó aprovechar los menos.

El Excmo. Sr. D. Domingo J. Sanllehy ha sido una de estas rarísimas excepciones haciendo recientemente donación á Barcelona, con destino á los Museos Municipales, de la preciosa escultura del laureado artista José Llimona *Desconsuelo*, que tan admirada fué en nuestra última Exposición Internacional de Arte y que el adjunto grabado reproduce. Con este rasgo de desprendimiento, tanto más meritorio cuanto que se trata de una verdadera obra maestra de uno de nuestros escultores más geniales, ha demostrado una vez más el Sr. Sanllehy el cariño que á nuestra ciudad profesa y del que tantas pruebas dió durante el tiempo en que estuvo al frente de la alcaldía. Por ello merece la gratitud del pueblo barcelonés.

¡Ojalá que el ejemplo del Sr. Sanllehy sirva de estímulo á los muchos que pueden y debieran imitarlo!

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 31 de mayo de 1909 — Núm. 1.431

ADVERTENCIA.—Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el volumen segundo correspondiente á la serie del presente año, que es el segundo tomo de la celebrada é interesantísima novela de José Selgas DEUDA DEL CORAZÓN. EL ANGEL DE LA GUARDA, ilustrado con magníficos dibujos de Mas y Fondevila.

SOROLLA EN EL MUSEO DE BÚFFALO



IDILIO EN EL MAR, cuadro de Joaquín Sorolla

SOROLLA EN EL MUSEO DE BÚFFALO

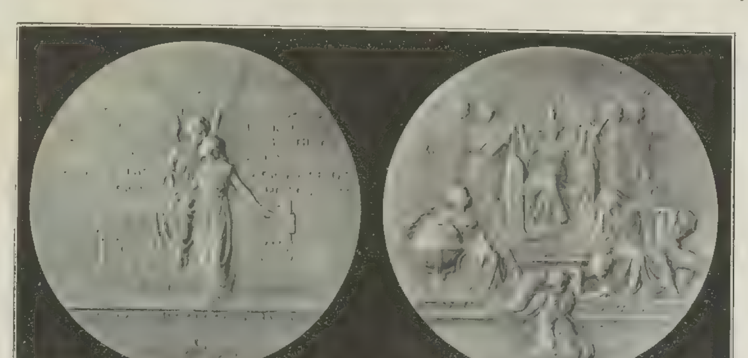
Las obras del acreditado pintor Sr. Sorolla no podían menos de llamar extraordinariamente la atención en Búffalo después del magnífico éxito obtenido en Nueva York. El museo de aquella ciudad, llamado «Albright Art Gallery,» en donde se celebra la exposición de sus obras, es un hermoso edificio copiado en parte del Erecteo de la Acrópolis de Atenas, construído mediante la donación de un millón de duros por el ciudadano Mr. John J. Albright en 1900. No le falta un cuerpo académico que cuida de la adquisición de obras artísticas y una escuela de Bellas Artes dirigida por dicha academia.



Búffalo.—El Museo Artístico Albright, en donde se ha efectuado la exposición de obras de Sorolla

Un crítico local hablando de Sorolla dice: «Es un optimista espléndido; parece ver todas las cosas del mejor lado, y expresar lo que ve de una manera llena de espontaneidad y regocijo... Los que estudian los trabajos de Sorolla tienen que ver, en adelante, efectos de la naturaleza que nunca habían visto, ó que, habiéndolos visto, nunca los han percibido. Y tal vez lo más importante que Sorolla está haciendo en el mundo es eso de dirigir la gente á mirar al natural con una mirada y apreciación nueva. El mundo está lleno de belleza para quien la ve según Sorolla la ve y como las pinturas de Sorolla enseñan á otros á verla...

»Nunca el interior de la galería artística Albright se había visto tan plenamente penetrado de luz solar como ahora. Arriba puede estar nublado, pero las galerías están inundadas de luz... Mirando al Sur y de pie al centro del patio de la escultura, se obtiene una vista admirable del cuadro mayor en la colección, *Mis hijas María y Elena á caballo* con trajes valencianos antiguos. Un caballo blanco de tamaño natural, ricamente enjaezado, sobre el cual van dos niñas—la mayor montada á horcajadas y la otra sosteniéndose detrás,—camina lentamente por el sendero de un jardín español bajo la luz solar de una mañana brillante. Visto desde lejos, el caballo y figuras parecen absolutamente destacarse del fondo. Mientras uno contempla esta composición casi olvida que está mirando un retrato sobre superficie plana: la impresión de la realidad es arrebatadora. Entonces es interesante acercarse y notar con qué pinceladas más desahogadas, decisivas y seguras, el artista ha producido este milagro de expresión... La colocación de este cuadro es ideal. Su destino final debería ser este tal cual está ahora colocado. Debe añadirse á los tesoros de la galería artística Albright por todos los medios posibles. Con ello la institución ganaría en distinción. El que estas líneas escribe no conoce otra pintura en el mundo tan absolutamente admirable en todos conceptos para este lugar especial.



Medalla de la «Sociedad Hispánica de America» de Nueva York

»En la galería XIII uno no puede dejar de sentirse impresionado por la pintura *Viejo castellano;* presenta toda la figura de un labriego envuelto en una capa tostada y un sombrero viejo de fieltro verde, de pie cerca de una pared blanca, echando vino en un vaso con un jarro blanco. Este es un trabajo tan vigoroso como realístico y tan típicamente español como cualquiera obra pintada por Velázquez.

»Galería V. Aquí están los retratos del rey *Alfonso, el príncipe de Asturias, Señora Sorolla, Joaquín Sorolla y su perro, el duque de Alba* y *el marqués de Viana.* En el muro Oeste está el cuadro *Madre,* un retrato de la señora Sorolla y de su hija Elena recién nacida. En el muro Este se halla una pintura de las más interesantes de la colección: *Idilio en el mar,* que representa un muchacho y una muchacha echados sobre la húmeda arena con el agua que se mueve cerca de ellos. El muchacho no lleva más que un ancho sombrero de paja; la muchacha está con un vestido de tela fino, el cual, saturado de agua, se adhiere á su cuerpo. Sería imposible sobrepujar el progreso claro y técnico que se muestra en esta pintura. Ya se ha dicho; hay, para aprender en él, un sabor singular de individualidad, de estilo, fundido con la diestra pincelada. Es en los asuntos de este género en los que

Sorolla se muestra quién es. Repetidamente pinta sus jóvenes nadadores huyendo á lo largo de las arenas, envueltos en toallas, acabando de sumergirse en las olas, ó como en el hermoso ejemplo *Los nadadores,* mostrando sus cuerpos delgados y tostados dentro del mismo elemento y tomando de allí una belleza nueva... El poder de Sorolla está en su carácter alegre. No sigue á Fortuny ó Velázquez; se pone ante el natural y trata de pintar sus verdades sobre el lienzo exactamente según las ve. «Trata» es quizá una palabra vaga. Si hay alguna cosa más sugerida que otra en esta exposición, es que él pinta lo mismo que un hombre puede escribir ó anotar, asegurando lo que tiene que decir con facilidad y aplomo verdaderamente increíble.»

El Sr. Sorolla ha pintado ya una serie de retratos de distinguidas personalidades; he ahí la lista: madame Huntington, madame Allexander, madamoiselle Harriett Allexander, Mr. Robins, Mr. Kurtz, director del museo de Búffalo; Mme. Norton, Búffalo; Mr. Norton, íd.; Mme. A. Z., íd.; Mlle. Blodjett, Mlle. Lunjsan, Mr. Morgan (hijo), Mme. Cochran, Mme. Morgan. Mr. Taft, presidente de los Estados Unidos, y Sr. Piña, ministro de España en Wáshington. Tiene encargados para pintar Mme. Zanetti, Mlle. Janette Allexander y Mr. John E. Berwind, el que compró el cuadro *Triste herencia* tres años atrás.

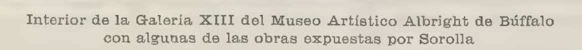
Es posible que todavía le vendrán más encargos, por lo que es bien evidente que el Sr. Sorolla trabaja mucho durante su corta estancia en América. Además aún tiene que reservarse una ó dos semanas para ir á Chicago durante el mes de mayo; allá en el Art Institute le aguardan para oir su instrucción artística antes de cerrar el curso en las clases de aquella escuela.

Durante su estancia en Búffalo, fué llamado á Wáshington para pintar el retrato del presidente de la República Mr. Taft, quien recibióle cordialmente, le invitó á comer en su propia mesa y rodeado de su familia, sentándole á la cabecera, y lo colmó de atenciones. Sorolla ha pintado á Mr. Taft tal como lo ha visto en los cinco días de permanencia en aquella capital y se ha traído el retrato para exponerlo en su próxima exposición de Boston.

El nombre de Sorolla suena entre la gente culta, en la prensa y las revistas ilustradas, y también en colegios y academias de la Unión donde se dan conferencias. Aquí en Nueva York, en la Universidad de Columbia, he tenido ocasión de oir la conferencia que se dió referente á las obras de Sorolla, de su carrera artística y manera de pintar allá en España, particularmente en las playas valencianas; hermosas proyecciones luminosas despertaban notable interés á los concurrentes, señoritas la mayor parte, los cuales se presentaron en número tan crecido, que fué preciso cerrar el local á los últimos.

La Sociedad Hispánica se considera muy satisfecha de los resultados obtenidos en estas exposiciones de Sorolla, y en su consecuencia, le ha nombrado miembro de la Sociedad y le ha premiado con una medalla de plata.

Sebastián Cruset.



Interior de la Galería XIII del Museo Artístico Albright de Búffalo con algunas de las obras expuestas por Sorolla



Al agua, cuadro de Joaquín Sorolla expuesto en el Museo Artístico Albright de Búffalo

MILOCHA

Al director del penal se le ponía avinagrado el gesto en mentándole á aquel recluso cuyo comportamiento era casi edificante. Milocha había sido indudablemente un volantón de marca. ¿Su vida? Una serie de jornadas sin color, hasta llegar la mala ocurrencia de hundir en el pecho del que insultó á su madre unos centímetros de hoja albaceteña...

¡Su madre! Milocha no la conoció jamás, ni supo de ella en su vida.

Sólo sabía que su nacimiento era una condenación, y que el crecimiento en la inclusa parecía un maleficio.

¿Maldecir de su suerte? Puede que sí, que alguna vez á solas diera un respingo al atinar en su estado y condición. Pero, en público, no se vió jamás cara más resignada y alegre. Con su instrucción escasa, Milocha razonaba muy bien; para el medio en que vivió, se portaba admirablemente.

Doce años de encierro y el estigma, no eran para soportados por hombre de sus condiciones. A los mismos penados infundíales lástima aquel mocetón, basto al parecer, que denotaba un fondo de delicadeza.

Harto comprendían los empleados, que le observaban frecuentemente, la imposibilidad de que Milocha resistiera el largo cautiverio. Más de cuatro veces los mismos vigilantes habíanle sorprendido sentado en el camastro, gacha la cerviz apoyada en los puños, como en ensoñación; pero los ojos fijos, fieramente abiertos y, de cuando en vez, saltándoseles las lágrimas.

—¿Qué te pasa?, se aventuraba á preguntarle el director, intentando un sondeo.

—¡Qué quiere usted que le pase á un ser insignificante como yo!

—Se empujan los días, ¡ale! ¡ale!, uno tras otro. Y, cuando menos te fijes, resulta que *sales*... Hombre, casi estoy por decirte que *nos darás* un sentimiento, ya que no un disgusto... Porque no te he de ocultar que simpatizaste, muchacho, y... ¡ea, que ya ves que se te distingue en lo que cabe!

Milocha solía sonreirse escuchando el discurso. Y objetaba con leve movimiento de torso, acusador de un triste estado de ánimo:

—¡Se sale!, ¡se sale! ¿Cómo se sale?.

Tras de eso venían las murrias, y el aquietamiento, y aquel repliegue singular en la comisura de los labios, que á ratos semejaba un profundo desprecio, y otras veces una pena honda.

Y ocurrió una cosa singular, que aún hoy refieren como conseja triste los jefes que fueron del infeliz Milocha.

Su celda era paraje harto angosto; puede que ni mejor ni peor que otras muchas, tal vez más tétrica é incómoda de lo que la misericordia traza.

El médico había ordenado que el recluso pasara á la enfermería. Y éste se negó. Se negó, no con tonos de desobediencia ó rebeldía, sino con esfuerzos de voluntad, aparentando sentirse animoso y fuerte. Mas no le valió por fin, pues desmejoraba á ojos vistas, y el facultativo, tanto atendía á razones de humanidad como de amor propio.

Ya el director hubo de imponerse, venciendo la especie de debilidad por Milocha. Y, con todo el rigor posible, se encaró personalmente con el obcecado para decirle:



Después del baño, cuadro de Joaquín Sorolla que ha figurado en la Exposición de Búfalo

—La resistencia es inútil; aquí se cumplen los mandatos. Y ya ves que éste no va en son de castigo, sino por tu bien. Conque, deja la celda y pasa á restablecerte, Milocha... Debes agradecer que sea yo quien desliza la orden, dándola tonos de consejo. Estás malucho y es preciso curarte.

—Déjenme en paz, respondió el recluso.

—¿Estás tú loco?

—Por mi madre estoy aquí, y aquí hallé á mi madre.

El director del penal miróle con recelo. Decididamente aquel muchacho deliraba por la fiebre ó empezaba á perder el juicio.

Se le acercó amigablemente y dijo con acento especial:

—¿Que hallaste aquí á tu madre?

—Su alma ha de ser, que me acompaña sin tregua... ¡Vea usted, vea usted cómo no miento!

Y señaló á una mariposa, de irisadas alitas, aquietada en su hombro.

—Entró hace días, se condenó á sí misma al encierro, va á morir sin duda aquí... ¿Quién es capaz de esto, sino un espíritu? ¿Qué espíritu ha de ser, sino el de mi madre? Ya ve usted..., ella sacrifica su libertad por mi compaña. Yo defendí una vez su memoria..., ¿no lo sabe usted?.., su memoria, que es lo único, lo único que puedo venerar de mi existencia... Con ella hablo todas las noches... Me atiende, no lo dude usted, me atiende. Dígola que se me quieren llevar, y se posa en mi mano; la ahuyento, revolotea y torna á mí al instante. La otra noche simulé que dormía; quedita estuvo en la punta del jergón durante un rato. Había sido yo cruel rechazándola brusco... Pues verá usted que, á poco, el lío que me sirve de almohada pareció contener armonía indecible..., un susurro, un roce..., más cercano, más, todavía más... como beso largo, larguísimo, de suave castidad, como han de besar las almas... ¡Y se posó en mi rostro!, y permanecí quieto, muy quieto, sintiendo que invadía todo mi ser una dulzura tan grande...

Cuentan las crónicas, que de aquella no salió el infeliz. Halláronle yerto, sin vida, estereotipada en el rostro una inefable expresión.

Y, con efecto, la tierna mariposa de irisadas alitas, también rígida, inmóvil, parecía libar en la cara del muerto...

Sebastián Gomila.

París.—Exposición de trajes antiguos

Organizada por la Sociedad de Historia del Traje, celébrase actualmente en París en el Museo de Artes Decorativas una exposición interesantísima de trajes antiguos, que comprende, además, multitud de otros objetos curiosos en extremo y pertenecientes á los pasados siglos, presentado todo ello del modo más pintoresco y más aproximado á la realidad.

Las carrozas, las sillas de posta, los trineos, los trajes, las joyas, los arneses, son auténticos y muchos de ellos tienen verdadero valor histórico; y contribuyen á darles un aspecto de mayor verdad las condiciones en que están dispuestos. Los vehículos llevan sus cocheros y sus postillones; los correos montan los caballos enjaezados con la más escrupulosa propiedad; y las vestiduras y adornos se ostentan puestos en maniquíes artísticamente confeccionados.

Imposible mencionar todos los tesoros ó curiosidades artísticos ó históricos que en esa exposición pueden admirarse; allí están los suntuosos mantos de la coronación de Carlos X, los trajes de corte y de teatro, una colección de zapatos que son todo un capítulo de arte ó de historia, un precioso vestido estilo Velázquez, vehículos de todas formas y de todas clases, caballos cubiertos con ricos arneses, tipos regionales de Francia y aun algunos del extranjero, como la pareja valenciana, retratos, objetos de tocador; en una palabra, cuanto puede dar idea de cómo vivieron las gentes de aquellos tiempos, desde el aldeano más humilde al más ilustre cortesano.

Entre las personas que han prestado su concurso á la exposición facilitando lo que guardan en sus colecciones particulares, figuran la duquesa de Lorgi, el conde de Potocki, Enrique Lavedán, la señora de Rigaud, la señorita Kœnig, los Sres. Enrique Caín, Gastón Worth, Allard du Chollet, Enrique de Allemagne, Leloir y Eduardo Detaille.—P.



1. Coche que perteneció al baile real de Vitry-les-Français.—2. Traje de corte de mediados del siglo XVII, estilo Velázquez.—3. Trineo del conde Potocki.—4. Tipos valencianos.—5. Correo de principios del siglo XIX.—6. Damas y pajes del siglo XVII
(De fotografías de M. Rol y C.ª)

BARCELONA.—HOMENAJE A ANGEL GUIMERÁ. (De fotografías de A. Merletti.)

La tribuna oficial durante el paso de la manifestación por la plaza de Cataluña

Las fiestas celebradas estos últimos días en honor de Guimerá han sido la más alta apoteosis con que pudo haber soñado el poeta eximio. Guimerá ha puesto todos sus amores en Cataluña, y Cataluña entera, á impulsos del más puro entusiasmo, le ha proclamado su hijo predilecto, y en manifestación imponente, grande por lo numerosa, más grande aún por lo sentida y espontánea, ha desfilado ante él, rindiéndole el homenaje de su amor y de su admiración.

El pueblo catalán, todo, absolutamente todo el pueblo catalán, sin distinción de clases, de partidos, de ideas ni de condiciones, se ha juntado para festejar al poeta catalán por antonomasia; al que en más inspiradas y vigorosas estrofas ha cantado sus glorias, al que en notas más sentidas ha llorado sus dolores; al que con más noble estro ha llevado á la escena sus pasiones rudas y sus gestas inmortales; al que con más ardorosos acentos ha evocado sus añoranzas y estimulado su voluntad para llegar á su ansiada regeneración. Y el pueblo ha glorificado á Guimerá en la plaza de Cataluña y en la montaña de Montjuich al inaugurarse la estatua del más maravilloso de los héroes por él creados, el *Manelich* de esa *Terra baixa* que ha dado la vuelta al mundo, y en la Casa de la Ciudad por boca de nuestros jóvenes poetas, y en los teatros, en donde se han dado representaciones gratuitas de sus mejores obras, y en la función de gala de Novedades, en la que se puso en escena la grandiosa tragedia *Gala Placidia*, primera revelación del genio dramático que más tarde había de poner á tan inmensa altura el teatro catalán con *Mar y cel*, *María Rosa*, *Terra baixa* y tantas otras magistrales creaciones.

El día 23 de mayo de 1909 será una de las fechas más memorables en los anales de nuestro renacimiento y señalará una nueva etapa en la historia de nuestro pueblo, porque en ella se ha realizado el prodigio de unir en una comunión espiritual íntima y muy honda las almas de todos los catalanes entre sí y con el alma de nuestro poeta. Cien mil fueron los que en la manifestación del homenaje tomaron parte; millones los catalanes diseminados por toda Cataluña, por el resto de España y por todos los ámbitos del mundo los que en espíritu asistieron á ella.

¡Qué día más hermoso para Guimerá ¡Qué día más hermoso también para los catalanes todos! Porque Cataluña, glorificando á su poeta, se ha glorificado también á sí misma. – C.



Inauguración de la estatua de Manelich (el protagonista del drama de Guimerá «Terra baixa»), obra del escultor Montserrat

Aspecto de la plaza de Cataluña durante el paso de la manifestación de homenaje

VALENCIA.—INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL POR S. M. EL REY D. ALFONSO XIII



S. M. en la pista de la Exposición dirigiéndose al trono para proceder á la ceremonia inaugural de la misma

No hablaremos hoy de la exposición; fáltanos espacio para ocuparnos de ella con la detención que merece, como lo haremos próximamente publicando algunas crónicas sobre la misma. Pero sí hemos de decir que es una muestra espléndida de la vitalidad, de la riqueza, de la pujanza y sobre todo de la energía del pueblo valenciano. La impresión que ha producido en todos los que hasta ahora la han visitado ha sido de asombro. «Cuanto hemos visto supera á lo que esperábamos,» ha dicho el Sr. Maura. «Esto es maravilloso; contadas ciudades del mundo podrían hacer algo igual,» ha exclamado persona tan autorizada como el embajador de Francia Sr. Revoil. ¿A qué más comentarios?

La magna obra realizada por Valencia enaltece no sólo á ella, sino á España toda, y toda España ha de sentirse profundamente reconocida á la hermosa ciudad que á tanta altura ha puesto el nombre de nuestra patria. ¡Gloria á Valencia!

Y la justicia impone que de los aplausos y las alabanzas dirigidos á todo el pueblo valenciano, se dediquen buena parte al Comité ejecutivo y muy en particular á su presidente D. Tomás Trenor, iniciador y alma de la empresa.

La exposición ha sido solemnemente inaugurada el día 22 de los corrientes por Su Majestad el rey D. Alfonso XIII, con asistencia del presidente del Consejo de Ministros, del ministro de Marina, del embajador de Francia, de los oficiales de los buques de guerra franceses é ingleses enviados expresamente por los respectivos gobiernos, de las autoridades, corporaciones, altas personalidades y de un público inmenso. El acto fué grandioso, sorprendente.

El monarca, durante los tres días que ha permanecido en Valencia, ha sido constantemente aclamado, y en su honor se han celebrado varios festejos, como banquetes, regatas, corrida regia, cotillón en el Gran Casino y batalla de flores. Esta última resultó una fiesta soberbia, indescriptible; Valencia, cuya fama es tradicional en esta clase de espectáculos, se ha excedido esta vez á sí misma.—L.



S. M. inaugurando la Exposición Regional Valenciana



Aspecto de una tribuna de pabellón de Bellas Artes durante la batalla de flores

Carruaje que en la batalla de flores ocuparon las seis señoritas premiadas en el concurso de Belleza.

(De fotografías de Moya.)



BUEYES DISPUESTOS PARA ARRASTRAR LAS BARCAS Á LA PLAYA, uno de los más importantes cuadros de Sorolla, adquirido por el Museo Hispánico de Nueva York



MIS HIJAS ELENA Y MARIA EN TRAJES VALENCIANOS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX, cuadro de Joaquín Sorolla

MADRID. - INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

La Exposición XI bienal organizada por el Círculo de Bellas Artes de Madrid en el pabellón de Exposiciones del Retiro, fué solemnemente inaugurada por S. M. el rey D. Alfonso XIII el día 20 de los corrientes.

El monarca, acompañado de las demás personas de su real familia, llegó al sitio citado poco después de las tres, siendo recibido por la Junta del Círculo, entre cuyos miembros figuraba la presidenta honoraria marquesa de Squilache, y por el gobernador señor marqués del Vadillo y el alcalde señor conde de Peñalver.

Sus Majestades y Altezas, después de cumplimentadas al pie de la escalera que da acceso al pabellón, dirigiéronse á la rotonda y tomaron asiento en sendos sillones dorados, colocados al fondo del salón.

Previa la venia del rey, comenzó el acto con un breve y elocuente discurso del presidente del Círculo Sr. Aguilera, quien cantó las glorias del arte español, señaló la conveniencia de estrechar cada día más nuestras relaciones con América á fin de conservar la unidad de espíritu que se refleja en cuanto significa ciencia y arte, y terminó agradeciendo á Sus Majestades y Altezas la honra que dispensaban al Círculo presidiendo el acto inaugural de la exposición.

Madrid.—S. M. el rey D. Alfonso XIII y demás personas de la Real familia en el acto inaugural de la exposición organizada por el Círculo de Bellas Artes
(De fotografía de Asenjo.)

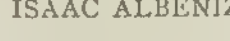
Contestó el ministro de Instrucción Pública Sr. Rodríguez Sampedro con otro discurso de tonos elevados y patrióticos, reconociendo la unión que debe existir entre España y los pueblos americanos y afirmando que el arte es lo que refleja el grado de cultura de los pueblos.

Declarada abierta la Exposición, las reales personas recorrieron detenidamente las salas de la misma, admirando las principales obras que en ella figuran y dedicando frases de elogio á los respectivos autores.

Después de obsequiadas con un *lunch*, SS. MM. y AA. abandonaron la Exposición, siendo despedidas á los acordes de la marcha real.

Además de los reyes D. Alfonso y doña Victoria, asistieron al acto la reina doña María Cristina, las infantas doña María Teresa, doña Isabel y doña Eulalia, y los infantes D. Fernando y D. Luis.

En la Exposición hay notables obras de Cecilio Pla, Hermoso, Maximino Peña, Salvador Viniegra, Alvarez Dumont, Llaneces, Juan Antonio Benlliure, Morelli, Morera, Poy Dalmau, Luis Blesa, Alicia de Coussolde, Esteve, M. del Palacio, Huarte Mendicoa, García Gil y otros.



ISAAC ALBÉNIZ

En el pueblo francés de Cambo-les-Bains falleció el día 18 de este mes Isaac Albéniz, uno de nuestros más eminentes pianistas y uno de nuestros más inspirados compositores.

Nacido en Camprodón (Gerona) en 1860 y traído muy pronto á Barcelona, fué tanta su precocidad musical, que á la edad de cuatro años dió un concierto en el teatro Romea con tal éxito, que muchos creyeron que no había sido aquel niño quien había tocado, sino un pianista escondido entre bastidores. Encargóse entonces de él el maestro Oliveras, y dos años después púsole su madre, en París, bajo la dirección de Marmontel, de quien recibió lecciones durante nueve meses.

En una excursión que realizó con su padre por las provincias del Norte de España cosechó nuevos laureles, y después de una corta estancia en Barcelona, trasladóse su familia á Madrid, entrando Isaac en el Conservatorio, en donde fué discípulo de Agero y Mendizábal.

La lectura de las novelas de Julio Verne, excitando su temperamento, ya de suyo ganoso de aventuras, despertaron en él el ansia de los viajes, que puede decirse no le abandonó en toda su vida; y un día (tenía entonces nueve años) huyó de su casa y se dirigió al Escorial, presentándose en el Círculo de los profesores y alumnos de la Escuela de Ingenieros y ofreciéndose á dar un concierto. Diólo efectivamente y consiguió grandes aplausos y algún dinero, con el cual y con lo que en las etapas de su excursión iba ganando, visitó Avila, Zamora, Salamanca, Valladolid, Palencia, Logroño, Zaragoza, Barcelona y Valencia, dando en todas estas ciudades audiciones musicales, siempre con el mismo éxito.

Difícil es seguir ya desde aquí en sus pormenores la carrera artística de Albéniz. De Valencia regresó á Madrid, en donde tomó lecciones de Compte; hizo una *tournée* por Andalucía, partió luego para Puerto Rico y Cuba, despertando en todas partes el mismo entusiasmo, y después de una serie de conciertos en los Estados Unidos, que le proporcionaron considerables ganancias, y de residir nueve meses en Leipzig para estudiar en aquel Conservatorio bajo la dirección de Jadossohn y Reinicke, regresó á Madrid en 1875.

Gracias á la protección del conde de Morphi, obtuvo de D. Alfonso XII una pensión, merced á la cual pudo proseguir sus estudios en Bruselas con Gevaert y Rummel; pero al poco tiempo sintió renacer su pasión por los viajes y partió otra vez para la América del Norte. Volvió á Bruselas, en donde ganó por unanimidad el primer premio «con gran distinción» en el concurso de la clase de piano del eminente Brassin, y luego, queriendo recibir las lecciones del gran Liszt, estuvo con éste en Weimar, en Buda Pesth y en Roma.

Concluída su educación musical, reanudó sus viajes triunfales de concertista, recorriendo durante muchos años las principales ciudades de España, Cuba, México y la República Argentina. En 1883 establecióse en Barcelona; más tarde fijó su residencia en Madrid y posteriormente ha vivido en París y en Londres, aunque siempre realizando excursiones artísticas y logrando en todas partes los más entusiastas aplausos.

Albéniz en el piano era un verdadero portento; tocaba admirablemente y más admirablemente interpretaba, y su memoria y su resistencia eran realmente prodigiosas.

Como compositor, deja escritas las siguientes óperas: *The magic Opal*, que se estrenó en el Liric de Londres en 1893, y en la Zarzuela de Madrid, con el título de *La sortija*, en 1894; *Henry Clifford* y *Pepita Jiménez*, y la zarzuela en un acto *San Antonio de la Florida*, todas representadas con gran aplauso y algunas de ellas en importantes teatros de Inglaterra, Bélgica y Alemania. Es autor además del hermoso poema sinfónico *Catalonia*, que pudimos admirar en los recientes conciertos dados en el Gran Teatro del Liceo por la Asociación Musical de Barcelona, y de infinito número de composiciones de diversos géneros para piano, entre las que sobresalen la popular *Serenata española*, editada por varias casas de España, Inglaterra, Alemania, Francia é Italia, y la preciosa *suite* española *Iberia*, obra de la que ha dicho un crítico competentísimo que es de las que señalan una época. La muerte le ha sorprendido mientras estaba terminando el poema dramático *King Arthur*, destinado á la Ópera de Londres, del que tenía concluídas las dos primeras partes, *Merlín* y *Lanzarote*, y muy adelantada la última, *Ginebra*.

Recientemente el gobierno francés le había condecorado con la Legión de Honor.

¡Descanse en paz el genial artista!





El eminente pianista y compositor Isaac Albéniz, fallecido el 18 de los corrientes en Cambo-les-Bains, y su hija Laura, notable pintora
(De fotografía de A. y F. Fernández, dits Napoleón.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 521, POR V. MARÍN

2.° premio del Concurso del «Tidskrift for Schack» 1906.

NEGRAS (13 piezas)

BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 520, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D b 5 - d 5	1. Cualquiera
2. P ó D mate.	

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



El mozo les sirvió, examinando tan extraños clientes, cuyos trajes deslucidos y sombreros abollados no prevenían precisamente en su favor

Estas funciones, que consistían en la inscripción de la tarea ejecutada por cada preso, habían valido al marido de Juana Laroche algunos pequeños favores, una libertad relativa dentro de los altos muros del presidio, y esto había contribuído poderosamente á hacerle soportar con más paciencia aquella larga separación del mundo. Sin embargo, al pensar en el pasado, había experimentado terribles crisis de rebeldía y de rabia que había tenido que dominar las falaces apariencias de una resignación muy distante de su carácter.

El primer año, sobre todo, había sido terrible, y su naturaleza delicada, sus gustos de hombre bien educado, habían tenido que sufrir crueles ataques en la repugnante promiscuidad de los talleres, del patio y del dormitorio.

Sucesivamente había fabricado groseros chanclos, zapatos de vendo, pantallas, expuesto á las pullas groseras que su falta de habilidad le suscitaba de parte de sus compañeros de infamia.

Pero su indomable energía y su confianza absoluta en un porvenir afortunado le habían dado la fuerza de dominar las sublevaciones de todo su ser, y el despreciable ladrón había concluído por llamar la atención benévola del personal de vigilancia y salir del círculo abyecto en que hasta entonces había vivido encenagado.

Prevenido la víspera, Luciano había puesto al día su rudimentaria contabilidad y transmitido el servicio á su sucesor, un alguacil escribano de provincias condenado á cinco años por abuso de confianza.

M. Martinet, el contratista, engañado por su resignada actitud, compadecía á su empleado. Le había interrogado á solas, y éste había deplorado hipócritamente el momento de aberración que, decía él con aparente remordimiento, había quebrantado su vida para siempre.

El miserable había representado en todas circunstancias la comedia del arrepentimiento, y en dos ocasiones distintas el director había hecho en su favor proposiciones de reducción de pena.

Si éstas no habían surtido efecto, era porque en el tribunal de París se tenía la convicción de que la mayor parte de lo robado en el Crédito Lyonés había sido escondido por el ladrón.

A todos los reproches que sobre el particular le habían dirigido, Luciano había contestado siempre con las negativas más formales.

Afirmaba que en la cartera del cobrador no había más que billetes de Banco; los había perdido en el juego y no le quedaba nada.

El infame prefirió cumplir su pena hasta el último día á confesar su escondrijo de Meudon.

En los dormitorios de la prisión acababan de dar la señal de levantarse.

Por última vez, Luciano de Favreuse vistió el innoble traje de presidiario y bajó con sus compañeros á esperar la hora de su licenciamiento.

En el banco en que tomó asiento había ya otro preso sentado y que cumplía también su pena aquel día.

Luciano le conocía perfectamente; los dos hombres se habían hecho mutuamente algunas breves confidencias.

Jerónimo Griffonier, ex pasante de notario, había sido condenado á cinco años de presidio por desfalco de valores en una testamentaría, y al entrar Favreuse en la prisión de Etampes, él desempeñaba las funciones de auxiliar de la escribanía.

El había matriculado á Luciano, y no había tardado en saber, por los vigilantes y por la lectura del registro, los motivos de su condena.

Una especie de simpatía había impulsado desde el primer día al ex pasante hacia aquel joven de buena familia, y la semejanza del delito cometido por cada uno de ellos había aumentado aún las buenas

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

disposiciones de Griffonier respecto al recién llegado.

Así es que cuando Luciano fué nombrado contador del contratista, funciones que le permitían, como al antiguo pasante, circular por toda la prisión, los dos penados no tardaron en intimar.

Griffonnier no había vacilado un instante en confesar á su compañero la causa de su condena; pero había desplegado poca habilidad, y la justicia encontró casi intactos los valores por él substraídos. El infeliz pasante, cuando hablaba de esto, se deshacía en maldiciones contra sí mismo.

Había sido un tonto, porque no había tomado mejor sus precauciones, porque se había dejado quitar lo que tan sutilmente había substraído. Después de todo, no se lo había agradecido nadie. ¡Ah, si las cosas pudieran hacerse dos veces!

Luciano se había mostrado más circunspecto, y no pudiendo negar el hecho material del robo, que el otro conocía perfectamente, creyó deber ocultar á su nuevo camarada, como á todo el mundo, que los valores del cobrador habían quedado en su poder y al abrigo de toda pesquisa.

Griffonnier no se dejó engañar por aquella disimulación; pero ante las negativas formales de Luciano de Favreuse, había acabado por no insistir, aun que sabía muy bien á qué atenerse.

—¿Y bien?, dijo en voz baja el ex pasante á Luciano, cuando éste se hubo sentado al lado de él. ¡Por fin llegó el suspirado día..., que parecía que nunca iba á llegar!..

—¡Ya era hora!, contestó en el mismo tono el marido de Juana.

—¿Para dónde tomas tu bastón?, preguntó Griffonnier.

Luciano vaciló un momento.

—Para Saint Denis, declaró luego.

Durante los tres años que acababa de pasar en contacto permanente con malhechores de toda calaña, Favreuse se había familiarizado con el lenguaje especial de aquella categoría de individuos, con la repugnante jerga de las cárceles.

Sabía, pues, que «recibir un bastón» significaba ser colocado bajo la vigilancia de la alta policía.

Durante cinco años le estaba prohibido residir en París. Pero esta particularidad le importaba poco á Luciano, pues no le impediría, tomando algunas precauciones, volver á la capital. Con tal de no cometer imprudencias capaces de llamar sobre sí la atención, estaba seguro de no ser molestado.

A menos de una casualidad extraordinaria, ¿quién de aquella agitada muchedumbre que llena las calles de tan enorme movimiento, iba á descubrir que tal ó cual transeunte había quebrantado su destierro?

Luciano se había hecho todas estas reflexiones, y con tal motivo había elegido por residencia obligada Saint-Denis.

—¡Vamos, el 92 y el 115, en marcha!, gritó un vigilante penetrando en el taller.

Los dos cumplidos se levantaron, seguidos hasta la puerta por las miradas envidiosas de sus antiguos compañeros.

Luciano y Griffonnier fueron conducidos á la lencería, donde entregaron á cada uno un paquete bien atado y provisto de una etiqueta con su número de reclusión. Estos paquetes contenían la ropa que llevaban en el momento de su detención, y Luciano de Favreuse encontró allí el traje que se había hecho semanas antes del día fatal en que el pequeño le había reconocido. Pero ¡ay!, el chaqué, el pantalón, el gabán, todo se encontraba en un estado lastimoso; todo arrugado, ajado, lamentable, y su pobre sombrero también había sufrido desastrosamente las consecuencias de tan largo almacenaje.

Luciano contemplaba con tristeza su ropa, y Griffonnier, menos preocupado de su traje, estaba ya vestido, cuando su compañero aún no se había quitado la chaqueta de presidiario.

—¡Vamos, el 115, aprisa!, gritó el vigilante.

Favreuse se decidió al fin á vestirse, y procurando borrar las numerosas arrugas de su ropa, siguió á su compañero á la escribanía.

Las formalidades del excarcelamiento fueron pronto llenadas; luego hicieron firmar á los dos licenciados un recibo de la cantidad que á cada uno correspondía.

El peculio de Luciano se elevaba á trescientos veintidós francos cuarenta y tres céntimos, á los cuales el contratista Sr. Martinet había añadido una gratificación de cincuenta francos, queriendo así reconocer los verdaderos servicios prestados por su empleado.

En la situación en que el miserable se encontraba, aquella módica suma, débil producto de tres años de trabajo, constituía, después de todo, una pequeña fortuna.

Griffonnier, cuyo trabajo había sido algo menos retribuído, sólo tenía en su haber por sus cinco años de presencia en el penal una cantidad algo menor.

—¿Dónde se retira usted?, preguntó el escribano á Favreuse.

—A Saint Denis, contestó éste.

—¿Tiene usted allí algo en proyecto?, preguntó el jefe de vigilancia con cierto interés.

—Sí, señor, explicó Luciano; espero encontrar una colocación en una fábrica de productos químicos cuyo director fué amigo mío.

—¿Y usted?, preguntó luego el escribano al ex pasante.

—A Saint Denis también, declaró este último.

Luciano miró á su compañero con sorpresa.

En sus conversaciones de tiempo atrás, Griffonnier había contado su historia á su camarada. Hijo único de acomodados campesinos de la Bresse, sus padres le habían hecho dar una instrucción bastante completa; aspiraban á que su hijo fuese con el tiempo un rico burgués, un notario de fama ó algo por el estilo, y la condena del joven, al destruir de raíz las ilusiones de sus desdichados padres, les había asestado un golpe fatal.

Después de su encarcelamiento, Griffonnier había recibido sucesivamente noticia de la muerte de su madre, primero, y después la de su anciano padre.

El ex pasante se encontraba, pues, al frente de la herencia de sus padres y había anunciado varias veces á Luciano que inmediatamente después de su licenciamiento, se volvería á su país, vendería sus bienes é iría á instalar una agencia de negocios en Normandía ó en Picardía, cuyos habitantes tenían fama de litigiosos.

«¿Cómo era, pues, que Griffonnier, cambiando ahora de idea, manifestaba el deseo de acompañar á su camarada á Saint-Denis?»

Es lo que se preguntaba Luciano, sorprendido.

—¿Tiene usted allí relaciones?, interrogó el escribano.

—Perfectamente, contestó el ex pasante de notario; tengo allí uno de mis tíos, que es mi padrino, y estoy seguro de que me recibirá con mucho gusto.

—Está bien, dijo el escribano, que tomó nota de las declaraciones de los dos licenciados.

Entregaron á cada uno algo más de la cantidad necesaria para su viaje, pues el resto de su dinero debía serles enviado á su nueva residencia, conforme exigen los reglamentos relativos á la situación de los individuos puestos bajo la vigilancia administrativa.

Momentos después, la pesada puerta del penal se abrió y los dos licenciados se encontraron en la calle, algo aturdidos y procurando orientarse.

En la acera de enfrente varias personas se habían detenido, examinando curiosamente á los dos hombres de aire inquieto, y Griffonnier, cogiendo á su compañero del brazo, se lo llevó.

—No estemos aquí parados, le dijo. Mira esa partida de salvajes que nos miran como fenómenos.

Luciano había recobrado un poco su aplomo, después de haber experimentado, al encontrarse libre, una especie de vértigo, y cojeando un poco, porque sus antiguas botas le venían ahora estrechas y le lastimaban, siguió á su compañero.

—Sé dónde está la estación, dijo éste; doblemos la esquina de la izquierda.

Cerca de la estación, entraron en un cafetín.

—Yo voy á tomar un ajenjo, declaró Griffonnier; hace tanto tiempo que no lo he probado, que temo no reconocer el gusto.

—No, *absenta* no, contestó Luciano; un *vermut.*

El mozo les sirvió, examinando tan extraños clientes, cuyos trajes deslucidos y sombreros abollados no prevenían precisamente en su favor.

En virtud de una tolerancia que se tiene con los presos de buena conducta, Luciano y Griffonnier habían obtenido, un mes antes de su licenciamiento, la autorización de no afeitarse más, y sus barbas cortas, resaltando vivamente sobre la palidez de un tinte terroso peculiar de las personas largo tiempo encerradas, acababan de dar á su fisonomía algo de inquietante.

—¿Has cambiado, pues, de idea?, preguntó Luciano al cabo de un rato; yo creía que querías volver á tu país.

—Sí, lo he pensado mejor, explicó Griffonnier; ¡esos campesinos son tan estúpidos!.. Ya puedes figurarte que están enterados de lo que me ha sucedido, y serían capaces de emprenderla contra mí... Basta ya con que mis padres hayan muerto de eso... Enviaré un poder á un notario, que venderá el bazar.

—¿De veras tienes un pariente en Saint-Denis?

—¡Ni lo he tenido nunca!.. Pero como á alguna parte tenía que ir y tú ibas allí, prefiero acompañarte... Digo, si no te estorbo

—No, no..., contestó algo evasivamente Luciano, que de buena gana hubiera prescindido de semejante compañero de viaje.

Llegó la hora del tren y los dos licenciados lo tomaron.

Si Griffonnier había querido acompañar á su camarada, era que tenía un plan.

Conociendo los detalles completos del robo cometido por Luciano de Favreuse, no había podido menos de admirar la habilidad de su compañero, y como, por otra parte, estaba persuadido de que éste había puesto en lugar seguro los valores que la justicia no pudo encontrar, pensaba que con aquel capital, unido á lo que él poseía, y asociando su nuevo amigo á cierto negocio que contaba emprender, tendría más probabilidades de éxito.

Hacía ya rato que el tren rodaba. Luciano, reclinado en una esquina del coche, parecía abismado en profundas reflexiones.

Griffonnier le observaba.

El marido de Juana hizo de pronto un gesto que respondía á algún pensamiento íntimo.

—¿Qué tienes?, le preguntó el ex pasante.

—Nada, contestó Luciano. Pensaba en ciertas cosas.

—Entonces, ¿qué vas á hacer ahora?, interrogó Griffonnier.

El hermano de Edmundo se encogió de hombros sin contestar, con el aire de un hombre que aún no ha tomado ninguna resolución.

—Sin embargo, se podría emprender un buen negocio si tú quisieras, insinuó su compañero.

—¿Qué negocio?

—El mismo de que ya te hablé en la «casa grande.» ¡Ah, si yo tuviese á mi disposición algunos billetes de mil francos, ya verías!.. Pero á lo sumo vendré á cobrar unos cuantos centenares de francos de mi herencia, y con esto no se va á ninguna parte. Al paso que si tú quisieras...

—¿Si yo quisiera qué?, dijo Luciano haciéndose el desentendido, pues demasiado había comprendido lo que su compañero quería decir. No supondrás que yo pueda darte los millares de francos que te faltan.

—¿Por qué no?.. Vamos, no insistas en quererme tomar el pelo. ¿No hay, por ventura, en algún rincón que tú conoces un paquete de valores que duerme tranquilamente hace tres años?

—Ya te he dicho que no, declaró secamente Luciano.

—¡Quieres callar!.. El dejarse quitar el gato substraído es bueno para los imbéciles de mi temple, pero un taimado como tú...

—Están locos con su historia de títulos ocultos, dijo el marido de Juana con cierto enfado. ¡No me dieron poca coba con eso durante la sumaria y en el tribunal!.. Te repito que no hay nada de eso; absolutamente nada.

—No tienes confianza en mí, ni más ni menos, dijo Griffonnier, y haces mal. ¿Crees, por ejemplo, que tengo intención de birlarte tu dinero ó de venderte?.. Eso no se hace entre camaradas. Al contrario, quizá podría prestarte un gran servicio, en esta circunstancia.

—¿Un servicio?, preguntó Luciano con sorpresa.

—Sí, un verdadero servicio. No es tan fácil como tal vez te figuras eso de desprenderse de valores cuyos números han sido cuidadosamente anotados. Verdad que han transcurrido tres años, pero las listas de oposición subsisten.

El marido de Juana se encogió de hombros; pero Griffonnier continuó sin parecer haber notado el gesto:

—¡Ah, si cuando cometí mi desfalco hubiese sabido lo que sé hoy, no hubieran vuelto á verlos á los títulos! ¿Te acuerdas de aquel tipo alto y flaco que era contador en la sección de pantallas, en Etampes?

—Sí, dijo Luciano. ¿Qué quieres decir?

—Era ex cajero de un Banco de París y me enseñó la artimaña.

—¿Qué artimaña?

—El medio de vender los valores contra los cuales existe oposición .., y cuando quieras, me pongo á tus órdenes.

Luciano no contestó. En el fondo no tenía confianza alguna en su compañero de viaje; pero esta conversación acababa de sumirlo, sin embargo, en una viva perplejidad.

Aquellos valores que había escondido, ¿cómo iba á poderlos convertir en dinero? Por otra parte, ¿quién le aseguraba que se hallaban todavía donde él los había puesto? ¿Quién sabe si su escondrijo no había sido descubierto? ¿Quién sabe si la casita de la viuda Paumelle no había sido demolida?.. De esto tenía que cerciorarse ante todo.

Griffonnier podía tener, como él decía, un medio

de vender aquellos papeles... Luciano había oído hablar de ciertas agencias intérlopes, que existen sobre todo en Inglaterra, y que hacen casi abiertamente la negociación y el encubrimiento de títulos robados.

Había, pues, que asegurarse, por si acaso, aquel recurso.

—Te equivocas, Griffonnier, dijo Luciano momentos después, si crees que no me fío de ti.

—Pues cualquiera lo diría, refunfuñó el ex pasante.

—No, te lo repito, no es desconfianza..., pero por ahora no puedo utilizar tu ofrecimiento... Más tarde no digo, si la ocasión se presenta...

—Bueno, bueno, basta, interrumpió Griffonnier. Arregla tus asuntos, hombre. Me parece que si nos separamos ha de ser para volvernos á ver.

No se habló una palabra más del negocio.

El ex pasante sabía á qué atenerse y estaba persuadido de que su compañero no tardaría en venir á reclamar sus buenos oficios.

Una vez en Saint-Denis, ambos se hospedaron en el mismo hotel—una casita muy modesta,—y al día siguiente, después de una visita al comisario de policía, cobraron en correos el dinero enviado en lista por la administración del penal de Etampes.

Lo primero que hizo Luciano fué comprarse un traje nuevo. Se hizo arreglar el viejo y se encontró con ropa presentable.

La intención de Favreuse no era quedarse en Saint Denis, y en una conversación que sobre esto tuvo con Griffonnier, se resolvió que si Luciano necesitaba algo de su antiguo compañero de prisión le escribiría bajo un nombre supuesto y dirigiría sus cartas á una taberna algo apartada, establecida en la isla de Saint Denis, á la orilla del Sena, donde los dos camaradas habían almorzado ya dos ó tres veces.

Luciano de Favreuse estaba impaciente por ir á Meudon á ver si aún existía su precioso depósito. Estaba casi seguro de que Juana había vuelto á casa de su padre, y tiempo le quedaba para ocuparse de ella más tarde.

Una mañana partió para Meudon.

No necesitaba tomar precauciones para que no le conociesen; eran contadísimas las personas que de paso le habían visto en el país, y además, con toda la barba que se dejaba crecer ahora, estaba desconocido.

Sin afectación, como quien se pasea, pasó por delante del ventorrillo del «Petit Drapeau,» cerrado todavía, como lo estaba siempre en aquella época del año.

El corazón le palpitaba con alguna violencia cuando tomó el sendero que, pasando por detrás del bodegón, conducía á la casita en que había dejado á su esposa en circunstancias tan trágicas.

Todo estaba herméticamente cerrado y un letrero pegado en la puerta de entrada contenía esta invitación á los aficionados á la vida campestre:

Se alquila

«Bueno—pensó el miserable;—la casa está inhabitada... Volveré esta noche.»

El licenciado bajó lentamente al Bajo Meudon, almorzó en uno de los restaurants de la ribera y pasó el resto del día paseándose por los alrededores.

Era ya entrada la noche cuando Luciano reapareció delante del «Petit Drapeau.»

Dióle la vuelta y se encontró frente á su antiguo domicilio.

Presentábasele una dificultad. ¿Cómo subir al tejado en busca de la caja escondida bajo las tejas?.. No había que pensar en penetrar en la casa. El miserable no llevaba ningún instrumento para forzar las puertas, y este procedimiento no le era bastante familiar.

Aunque con alguna dificultad, había escalado la cerca del jardincito, y siguió á tientas la fachada de la casa, buscando algún objeto, escalera, palo ó tabla, que le permitiese subir al tejado, que no era muy alto.

Pero no encontró en la pared más que un encañado medio podrido que sólo se elevaba á la altura de un hombre.

Luciano empezaba á desesperarse, cuando hizo una exclamación sorda.

—¡Por aquí!, murmuró.

Acababa de poner la mano sobre el canalón. Era de hierro colado y bajaba desde el tejado hasta el suelo.

Después de sacarse el gabán, que dificultaba sus movimientos, el marido de Juana trepó por la tubería hasta la techumbre.

Recordaba muy bien dónde se encontraba su escondrijo, y andando á gatas con precaución por encima de las tejas, llegó hasta el tragaluz.

Allí se detuvo. Su corazón palpitaba con tal violencia, que casi le paralizaba los movimientos.

A la idea de que podía encontrar el escondite vacío, un sudor de angustia bañó las sienes del miserable.

De pronto aulló un perro en lontananza. Luciano se echó de bruces temblando, casi anonadado por la emoción.

Acababa de pensar que habían podido ver su silueta destacándose sobre el tejado.

Permaneció echado un buen rato sin hacer el menor movimiento, pero no tardó en reinar en los contornos el silencio más completo.

Siempre de bruces, Luciano ganó la lumbrera, y alargando el brazo, exploró durante un momento y levantó luego una teja. Era la que buscaba, una ligera deformación la hacía conocible.

El miserable metió la mano en el hueco y no pudo contener una sorda exclamación de alegría.

La lata estaba en el mismo sitio en que él la había dejado.

El licenciado la abrió, sacó el sobre que contenía los valores y que metió en el bolsillo de su chaqué, tiró la lata vacía al jardín del «Petit Drapeau,» volvió á colocar la teja en su puesto y bajó por el canalón, no sin hacerse más de una desolladura en las manos.

Volvióse á poner el gabán, y escalando otra vez la cerca, se encontró en el camino.

¡Ah, con qué alegría apretaba ahora el paso! Sentía en su bolsillo los preciosos papeles... ¡Dinero, casi una fortuna, sesenta mil francos! ¡Con esto podía esperar los acontecimientos!

Durante aquella expedición nocturna, el marido de Juana no había pensado un solo instante en la infeliz por él dejada en aquella casa en el momento crítico de su maternidad. ¡Para él, lo importante era que había encontrado «su» dinero!

Iban á dar las doce de la noche cuando Luciano de Favreuse se retiró al cuartito que había alquilado provisionalmente en Saint-Denis.

Se encerró, y después de haberse cerciorado de que no podían ver de fuera lo que pasaba en su habitación, sacó el paquete que llevaba en el bolsillo, lo abrió y desplegó sobre su mesita los valores quitados al infeliz Landry.

No habían sufrido alteración alguna. Todo estaba intacto; él había tomado bien sus precauciones; protegidos por el envoltorio impermeable de papel embreado y por la lata, los títulos se hallaban en tan buen estado como el primer día.

No había que pensar en llevar constantemente encima aquel voluminoso fajo de papeles, y se preguntaba con ansiedad dónde podría esconderlos de nuevo. Los muebles de su cuarto no ofrecían una seguridad suficiente, y Luciano miraba en torno suyo bastante embarazado.

De pronto se le ocurrió una idea que le hizo sonreir.

«¡Ah—murmuró,—que me emplumen si vienen á buscarlos aquí!»

El mármol de sobre la chimenea se hallaba casi arrancado.

Luciano, después de haber quitado los objetos que aquél soportaba, lo acabó de arrancar fácilmente y sin el menor desperfecto. De esta manera descubrió una excavación, formada por la mampostería interior, donde escondió los títulos cuidadosamente envueltos. Volvió luego á ponerlo todo en su sitio, se cercioró de que no quedaba huella alguna de su operación, y satisfecho de haber encontrado intacta y puesta en seguridad aquella fortuna robada, se acostó con el propósito de ponerse al día siguiente en busca de Juana.

Estaba impaciente por saber lo que había sido de la criatura que su mujer había dado á luz y sobre la cual descansaban todas sus esperanzas de fortuna.

A la mañana siguiente, Luciano de Favreuse fué á París, y no paró hasta llegar al bulevar de San Germán.

Aunque estaba seguro de que no era fácil reconocerle con la barba, que modificaba completamente la expresión de su rostro, una aprensión le retuvo un momento de presentarse, y se detuvo en la acera de enfrente con la esperanza de ver á alguien, de recoger algún indicio que le proporcionase el medio de dirigir su conducta.

Esperó en vano: no vió á su suegro ni á su esposa, y resolvió entrar en la portería.

—¿El Sr. Laroche?, preguntó.

—¡Oh, caballero!, contestó la portera; hace mucho tiempo que el Sr. Laroche no vive aquí; hace al menos tres años.

—¡Tres años!.., exclamó Luciano sorprendido.

—Sí, señor, tres años; pero si es para algún negocio, puede usted ver á los sucesores del Sr. Laroche.

—¡Cómo..., sus sucesores! ¿Se retiró del comercio?

—Sí, señor. Es su antiguo empleado principal, el Sr. Bernard, quien continúa. Ahora es la casa Bernard y Jalufier.

—Deseaba ver personalmente al Sr. Laroche, declaró el marido de Juana. Llego de viaje... é ignoraba... ¿Puede usted darme su nueva dirección?

—El Sr. Laroche no vive en París, contestó la portera. Al marchar de aquí fué á instalarse con su hija en su quinta del Cepellón, por la parte de Cognac, creo que en el departamento del Charente.

—¡Ah, bien, ya sé..., muchas gracias!, dijo Luciano, que se retiró en seguida para disimular la contrariedad y el despecho que experimentaba.

Pensó luego en lo que acababa de oir, y no tardó en tomar una resolución: la de ir al Cepellón á reunirse con su mujer.

El miserable sabía muy bien que no podía esperar nada de su suegro; presumía cómo sería recibido si tuviese la audacia de presentarse ante él; pero contaba con el amor de Juana; creía, á pesar de todo, haber conservado sobre aquel corazón tan tierno bastante imperio para obtener su perdón.

Lo que necesitaba sobre todo el ladrón de amor era la criatura, por medio de la cual sería en cierto modo dueño de su mujer y de su suegro.

Sin perder tiempo en volver á Saint Denis, telegrafió á su hostelero á fin de que no se preocupasen de su ausencia, cuya duración no podía precisar; por lo demás, tenía su cuarto pagado por una quincena.

Tomó el tren en la estación de Orleáns y á la mañana siguiente llegó á Segonzac, descubriendo ya desde la estación la quinta del Sr. Laroche, hacia la cual se dirigió después de haber almorzado en un pequeño restaurant.

Seguro de no ser reconocido, pasó varias veces por delante de la verja; pero allí tampoco pudo ver á Juana ni á su padre.

No se atrevió á preguntar á los criados, por temor de inspirar sospechas, y prefirió buscar en otra parte los informes que necesitaba.

La casualidad le sirvió á pedir de boca. Regresaba al pueblo, y volvía maquinalmente la cabeza para ver otra vez la quinta, cuando un campesino que le venía observando hacía un rato le interpeló.

—Qué magnífica finca, ¿eh?, dijo tomándolo por un forastero que admiraba el parque, realmente soberbio.

—Magnífica, en efecto, aprobó Luciano, encantado de la ocasión que se le ofrecía de poder hacer algunas preguntas. ¿A quién pertenece?

—¡Ah, usted no es del país! Ya me lo figuré, dijo el campesino.

—No, contestó el marido de Juana; estoy de paso y esta propiedad me ha llamado vivamente la atención.

—Pertenece al Sr. Laroche, explicó el campesino; el propietario más rico de Segonzac.

—¡El Sr. Laroche!.., dijo vivamente el licenciado. ¡Ah, sí, recuerdo este nombre!.. Ese señor ha vivido en París, ¿verdad?

—Eso es.

—Era comerciante en alcoholes.

—Sí, una casa de primera, añadió el campesino con un sentimiento de orgullo.

—Ahora la recuerdo perfectamente. Una casa de primer orden, en efecto. Ese Sr. Laroche era viudo, con una hija casada, ¿no es así?

—Es decir, que la hija del Sr. Laroche estuvo efectivamente casada en París, como usted dice, pero al parecer no lo está actualmente.

Luciano había topado con un hombre á quien le gustaba hablar.

—¿Es viuda?, preguntó con fingida indiferencia.

—No se sabe, contestó el campesino. Se han contado diferentes historias, pero la verdad es que no se sabe en definitiva lo ocurrido. La señorita Juana vive siempre aquí sola con su padre.

—Quizá está separada de su marido, dijo Luciano, si no vivieron en armonía.

—¡Puede ser!

—Lo malo es cuando hay hijos.

—Es verdad, aprobó el campesino; pero la señorita Juana, en medio de su desgracia, tiene la suerte de no tener hijos.

Luciano estuvo á punto de venderse y apenas pudo retener una exclamación.

—¡No tiene hijos!, pensó. ¿Qué pasó entonces?.. ¿Qué ha sido del que Juana iba á dar á luz?

Con mil precauciones siguió interrogando al campesino, y no se separó de él sino con la certeza de que el Sr. Laroche había llegado al Cepellón con Juana sola y que ni en la quinta ni en el pueblo se habló nunca de hijo alguno de la joven señora.

(Se continuará.)

COPA CATALUÑA.—Carreras de voiturettes.—Circuito del Bajo Panadés



El cuadro de «affichage» durante las carreras

El circuito del Bajo Panadés, en donde se disputó el día 20 la Copa Cataluña, es el mismo del año pasado, cuya descripción hicimos en el número 1.379 de La Ilustración Artística, si bien con algunas mejoras, de las cuales la más importante ha sido la construcción de un puente de tramo metálico en el paso á nivel del ferrocarril, á fin de evitar que los corredores hubiesen de detener su marcha para dejar paso á algún tren. Las condiciones de la carrera eran también las mismas, sin más diferencia que la de ser este año el recorrido de 364 kilómetros (trece vueltas), en vez de 252 (nueve vueltas), que fué en el anterior.

A las ocho menos cuarto, previa la inspección del circuito por un coche piloto en el que iba un comisario, dióse la salida, que efectuaron, de minuto en minuto, las trece *voiturettes* por el orden siguiente: Giuppone (Lion-Peugeot), Dessy (Dion-Bouton), Goux (Lion-Peugeot), Soyez (Werner), Joval (Lion-Peugeot), Zucarelli (Hispano Suiza), Pilleverdier (Hispano-Suiza), Demester (Demester), Boillot (Lion-Peugeot), Sizaire (Sizaire Naudin), Avaray (Le Gui-Guillemin), Derny (Hispano-Suiza) y Magre (Gregoire).



Gran automóvil que condujo á Sitjes cuarenta excursionistas



Grupo de corredores y chauffeurs que tomaron parte en la carrera

En la primera vuelta iba delante Giuppone (23 minutos, 39 segundos), seguido de Goux (23' 48") y de Zucarelli (24' 56"); la mayor velocidad en esta vuelta correspondió á Goux (72 kilómetros por hora), quien ganó, por consiguiente, el premio del hotel «Gran Continental» de Tarragona. En esta vuelta se inutilizó la *voiturette* de Dessy.

El orden de paso por delante de la tribuna en la segunda vuelta fué: Giuppone, Goux y Zucarelli. En esta vuelta se retiró, á causa de averías en su máquina, Magre.

En la tercera, Goux se había adelantado á Giuppone, siguiendo á éste Zucarelli.

En la cuarta, pasó delante Zucarelli; el segundo fué Derny y el tercero Goux. En esta vuelta inutilizáronse las *voiturettes* de Giuppone y de Demester. El primero, el ganador de la Copa Cataluña el año pasado, era, en el presente, el corredor favorito. Magre, que había reparado su avería, reanudó la carrera.

En la quinta, pasó primero Zucarelli, seguido de Goux y de Derny, que conservaron este mismo orden en la sexta.

La séptima vuelta sólo la hicieron Goux, Avaray, Soyez, Pilleverdier y Sizaire, que fueron desde entonces los únicos que se disputaron y terminaron la carrera.

A las dos y veinte, grandes aplausos señalaron la llegada del ganador de la Copa Cataluña: era Goux, que había recorrido los 364 kilómetros en 6 horas, 18 minutos y 6 segundos, es decir, con un promedio de 57 kilómetros de velocidad por hora. Siguieron luego Sizaire y Soyez, que hicieron el recorrido en 7 horas, 37 minutos, 46 segundos, y 7 horas, 38 minutos y 5 segundos respectivamente. Pilleverdier, que llegó el cuarto, ganó la Copa del Real Automóvil Club de Valencia y 1.000 pesetas (no 3 000 como equivocadamente dijimos en el número último) del Real Automóvil Club de España.

La carrera fué presenciada por un público numerosísimo que acudió á Sitjes haciendo el viaje por mar, en ferrocarril y en coche ó en automóvil por la carretera. Las tribunas de preferencia y los palcos, ocupados por las familias más conocidas de nuestra capital, presentaban un aspecto brillantísimo; la pública estaba también muy concurrida y el espectáculo que ofrecía era de una animación extraordinaria. Además, en muchos sitios del circuito había grupos numerosos estacionados en excelentes posiciones para observar las peripecias de la carrera.

Un tiempo hermoso favoreció la fiesta, que transcurrió sin ningún accidente desagradable, aparte de los desperfectos sufridos por algunas máquinas. Todos los servicios estuvieron perfectamente atendidos, y la carrera se efectuó con la mayor regularidad, gracias á la excelente organización que á la misma ha sabido dar el Real Automóvil Club de Barcelona, merecedor del elogio de cuantos se interesan por estos espectáculos deportivos.

Los corredores y *chauffeurs* que figuran en el grupo adjunto son, de izquierda á derecha: Magre, Sizaire, *chauffeur* de Demester, Avaray, Dessy, Ravelli (*chauffeur* de Zucarelli), Zucarelli, Derny, Pilleverdier, Giuppone, Goux, Boillot, Soyez y *chauffeur* de Soyez.—S.

El corredor Goux, vencedor en la carrera, ganador de la Copa Cataluña, de la Copa de S. M. el rey y de otros premios

(Fotografías de A. Merletti)



Balandro «Chance,» del Real Club Tinerfeño, que ganó la Copa de la regata crucero Tenerife y el primer premio de las regatas á vela.

REGATAS EN SANTA CRUZ DE TENERIFE

Interesantes han sido las regatas celebradas recientemente en la hermosa capital canaria el día 9 de los corrientes, y en las cuales han tomado parte embarcaciones del Real Club de Gran Canaria y del Real Club Tinerfeño.

La más importante fué sin duda la de crucero *Tenerife* para balandros que debían recorrer una distancia de 52 millas. Cuatro fueron los inscritos: *Rafael* y *María del Carmen*, del Real Club de la Gran Canaria, y *María* y *Chance*, del Real Club Tinerfeño. En ella salió vencedor el balandro *Chance*, cuyo patrón era el Sr. Sampson, quien ganó la Copa ofrecida por la casa Elder y el premio de la Excma. Diputación Provincial; el segundo premio del Club Tinerfeño, lo obtuvo *María del Carmen*. El tiempo empleado en el recorrido por el *Chance* fué de 10 horas, 37 minutos y 20 segundos.

Ofrecía especial interés la regata de remeras, en la cual lucharon dos equipos, el azul y el rojo, formados: el primero por las señoritas Adela Arriaga, Dolores Mulet, Elia Doblado, Emma Martínez de la Torre, Mercedes Calzadilla, Mercedes del Moral y Jacinta Guimerá (timonel); y el segundo por las señoritas Aurora Sáez, Carmen Cabrera, María Arriaga, María J. Brage, María S. Guimerá, María del Moral y Sara Martínez de la Torre (timonel). Ganó la regata el equipo azul.

Completaban el programa de la fiesta deportiva la regata de canoas de seis remos, que fué ganada por la que tripulaban los Sres. Villa, Dyne, Arriaga, Shenton, Bluiett y Nauts, con D. Anatolio Fuentes de patrón; y la regata de balandros con un recorrido de seis millas en triángulo, en la que tomaron parte cinco embarcaciones, saliendo vencedora *Chance*, con el citado patrón Sr. Sampson, que invirtió 3 horas, 24 minutos y 24 segundos.

El Real Club Tinerfeño, organizador de las regatas, ha merecido entusiastas plácemes, así por la buena organización como por el éxito brillante de las mismas. – N.



Equipo de señoritas vencedor en las regatas de remeras
(De fotografías remitidas por nuestro corresponsal en Santa Cruz de Tenerife Sr. Delgado Yumar.)



Constantinopla.—El sultán Mohamed V dirigiéndose á su palacio después de la ceremonia de su investidura en la mezquita de Eyub
(De fotografía de Carlos Trampus.)

Con gran pompa celebróse el día 10 de los corrientes en Constantinopla la ceremonia de ceñirse el nuevo sultán Mohamed V la espada de Osmán, ceremonia equivalente á la coronación de otros soberanos.

El acto se efectuó en la mezquita de Eyub, con un tiempo espléndido y un gran alarde de fuerzas, y fué presenciado por una multitud inmensa que aclamó incesantemente al emperador.

El sultán llegó á la mezquita al mediodía, siendo allí recibido por los ministros, los altos funcionarios, el jeque-ul-islam, el gran tjelebí y numerosos imanes; una hora después salió ciñendo la espada histórica, y fué á recorrer el barrio de Estambul, deteniéndose en la puerta de Andrinópolis para saludar al cuerpo diplomático, que ocupaba unas tiendas, en la mezquita de Fatih, y en el palacio de Top-Kapú, en donde estaban reunidos los diputados. A las tres hallábase de regreso en Dolma-Bagtché.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 7 de junio de 1909 — Núm. 1.432



Fusión de la Escuela Normal y de la Sorbona: recepción de la Escuela Normal por la Universidad,
cuadro de A. Devambez, destinado á la Sorbona. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París 1909.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con igual resignación que sufren los parisienses las molestias inherentes á la organización de su teatro, aguantan las parisienses—y las que no lo son—las impertinencias de una moda que parece ideada por algún enemigo del sexo, algún misógino que se recrea en atar á la mujer, despojándola á un tiempo de su libertad de movimientos... y de su ropa. Si; el objeto de la moda actual no es precisamente vestir..., sino quizás todo lo contrario.

No sé quién ha dicho, con escasa galantería, que las mujeres no tienen el pensamiento en la cabeza, sino en el sombrero. Quizás para acrecentar la extensión y altura de sus pensamientos, las mujeres han dado tal desarrollo á la prenda más inútil y estorbosa de cuantas usan, reduciendo en cambio las demás á la mínima expresión, á lo que exige, no sé si diga el pudor, pero, para salvar la situación con un eufemismo, digamos que el estado de civilización presente.

Un traje de hoy es una cáscara de cebolla, un poco de aire tejido, un papel de seda, una envoltura transparente de crisálida. Debajo de él, nada: el cuerpo.—Claro es que me refiero á los trajes «de vestir.»—Pero considérese que, aun yendo en coche, aun cubriéndose por encima con un abrigo, dado el frío que hace en París (hemos tiritado en pleno mayo), hay mucho que queda indefenso, hay un peligro de resfriarse por el vientre, por las piernas, por un brazo, por un pie. En efecto, lo que realmente abriga y protege de la inclemencia del tiempo está vedado, excepto las pieles caras. No todo el mundo las posee. Y los abrigos mismos, tocados del contagio de la locura, son una especie de neblina vaporosa. En *La viuda alegre*, las actrices sacan abrigos (?) inmensos de tul y de gasa, sin más forro ni más consistencia. Y ya se sabe que las actrices ponen la moda, y debemos prepararnos á tan práctica innovación, cuando se acerque la época de las pulmonías...

Todo parece pesado, todo lo encuentran poco *souple;* el afán es suprimir volumen y peso. Un vestido es una pluma; un abrigo, una ilusión; una falda bajera, un sueño... Las medias son caladas de arriba abajo; los boas parece que van á levantar el vuelo y perderse en el espacio... No hablemos de las *suits* y de otras prendas más íntimas; así como se ha dicho que en la catedral de León la piedra es un pretexto para el vidrio, en la ropa interior actual la tela es el pretexto del encaje...

Y—según pasó con los libros de las Sibilas—á medida que abulta menos, la ropa va costando más. Parecería natural que si un vestido no lleva ni forro, ni ballenas, ni bajo, ni barredera, ni casi adornos, mangas ni volantes, sólo la tela, en forma lo más «Tanagra» posible, esta economía de material representase otra de moneda... ¡Quia! No hay que esperarlo. El día en que la vestimenta de la mujer se haya reducido á unas guirnaldas de glicinia ó de violetas artificiales contorneando el busto y la cadera (no asombrarse, á eso se tiende), las florecillas, dispuestas y agrupadas por mano hábil, costarán los mismos cientos de francos que cuestan las fundas de hoy...

Al lado de las mujeres vestidas por el céfiro y el favonio, hay, es cierto, otras que han adoptado el paño varonil, á todo pasto, y con una clase de hechura que les presta vaga silueta de clérigos protestantes. Una falda ceñidísima; una levita larga y sosa, sin más adorno que desaforados botones; unos zapatos de enorme hebilla, que completan el aire eclesiástico; un sombrero de alta copa y ancha ala, que tampoco desdice del conjunto, como no desdice la plegada chorrera blanca, única nota clara de este atavío. Así andan las que no son «Tanagras,» ni «Josefinas,» ni «Récamieras.» Parecen, lo repito, unos curitas, ó como diría un personaje del Padre Coloma, «unos indecentillos muy monos.»

Y claro está—y conviene repetirlo, porque en esto existen ideas muy erróneas,—después de tantas tiranías de la moda, en París hay mucha gente que se viste como le da la gana, sin que nadie halle nada que objetar. Quizás esto sea peculiar de las grandes ciudades cosmopolitas, como lo es de los pueblos de horizonte angosto la intolerancia y la extrañeza ante la ropa, si difiere de la que todos usan. En Madrid recuerdo que corrían, ó poco menos, á las congresistas extranjeras que ostentaban botas muy grandes, boinas muy sencillas y faldas muy cortas. Aquí en París, cada cual hace en este respecto lo que le viene bien. He visto á una señora anciana, muy anciana, apoyada en un báculo, cubierta con un desmesurado capote de dos esclavinas, debajo del cual no llevaba más que unos pantalones anchísimos, de paño negro. Esto era en la calle de Sèvres, á las doce del día. Tal vez la pobre vieja temiese engancharse las faldas al subir ó bajar al ómnibus; tal vez el médico la había aconsejado abrigo... Ello es que al exterior vestía pantalones. Y nadie se burlaba de ella; y nadie volvía la cabeza, ni rezongaba con la insolencia de la plebe y aun de los señoritos de Madrid. En Madrid, á la anciana de los pantalones la hubiesen apedreado.

Sabido es que Madama Dieulafoy, que acompañó á su marido á exploraciones científicas, ha conservado la costumbre de vestirse de hombre; nadie la critica por eso. En las calles parisienses se ven moros, turcos, armenios, indianos, con su traje nacional; una dama inglesa se hace seguir por tres criados cingaleses, las criadas envueltas en sus velos que las recatan, el criado con su turbante..., y la rara comitiva no excita ni curiosidad. ¿Qué pasaría aquí en la capital de España, donde hasta una señora que va á pie por la calle, vestida modestamente, es objeto de inquisición y acoso, como si se tratase de algún bicho raro?

De suerte que debo rectificar: si la moda es tiránica, París se ríe, en el fondo, de esa moda, que le permite imponer tributos al mundo entero.

Hace la ley, y la abroga; promulga el decreto, y lo desdeña. La población laboriosa de París, en cualquier esfera, no esclaviza el trabajo ni la higiene á caprichos de exportación y á farsas escénicas.

La simpática libertad de París es uno de los elementos con que cuenta para atraer á los turistas. Una capital intransigente y fiscalizadora repele, y una culta y benevolente llama y retiene con apacible encanto.

No puede negarse que en Francia existe una lucha moral, íntima, un conflicto de opiniones y de ideas. Si se dudase, bastaría para convencerse subir á Montmartre, al magnífico templo todavía en construcción del *Sacré Cœur,* y mirar ese monumento erigido al caballero de la Barre, protesta de los librepensadores contra la basílica, colocado allí como para desafiarla, como una provocación violenta. Bastaría ver que hubo quien arrojase al suelo las coronas de flores ofrecidas á Juana de Arco por sus devotos, y tuvo valor de enlodar la ofrenda á la Virgen de la patria, que debiera ser sagrada para todo francés. La lucha, sin embargo, no altera la ecuanimidad de París hasta inspirarle nada que signifique un vejamen á las personas. Se respeta el derecho de cada uno, quizás por hábito, antes que por legal prescripción. La tolerancia está en las costumbres, y es don de hace falta que esté. He notado que las monjas son respetadas, y que andan mucho por la calle, y que ni aun van por parejas, y que se suben al tranvía, y comen en los restoranes, y compran en los grandes almacenes, y hacen cuanto les acomoda.

También me he fijado en los chiquillos... Están infinitamente mejor criados que en España, por lo general (no niego las excepciones). En París no hay golfos. No os persiguen los desarrapados. No se llevan por las calles, á horas inconvenientes, los niños de pecho para excitar la compasión. A la puerta de los teatros no os acechan chicuelos pálidos y harapos para lograr una perrilla. Sólo á la salida de *Apollo,* donde se representa *La viuda alegre,* se destacó un mozalbete ofreciéndose á llamar un coche. Y como si quisiese confirmarme en mi modo de ver, me habló en español. Probablemente era nacido más allá del Pirineo...

Existirán en París pobres á millares; la miseria se cebará en esta gente, no lo discuto. Pero al menos, el espectáculo de la mendicidad se ha evitado, y supongo que sin medidas violentas, organizando bien los socorros, que se distribuyen sin cesar.

No me han pedido limosna en París, al menos verbalmente—pues hay pordioseros, pocos, que se limitan á tender la mano,—sino á la puerta del templo de la Magdalena, al salir de la misa de los españoles. Una voz lastimera... «La pobrecita ciega española...» Sentí una bocanada de aire patrio. Pero también la cieguecita española ha respirado el del Sena. Vedla tan limpia, tan arreglada, tan decorosa... Noto en ella igual transformación que he notado en Burdeos en los barquilleros, que eran santanderinos, en la horchatera valenciana que despacha sorbetes á la puerta del magnífico Jardín público. La horchatera viste pulcramente; su peinado es sencillo y gentil; sus sobremangas y su delantal, de níveo lino; los trastos de su comercio relucen, y su niño, criatura de ocho años, que vende confites de limón, gasta un cuello blanco deslumbrador, correcto. Bajo su atavío francés, la horchatera esconde un espíritu de protesta contra Francia. Le indigna que desprecien la horchata de chufas, prefiriendo unos jaropes repugnantes. ¡No conocer la horchata! Y yo recuerdo que Teófilo Gautier la ha dedicado un himno entusiasta, pero Gautier tenía mucho de español y de oriental.

Hasta los barrenderos procuran, en Francia, adecentarse. Los mozos de las estaciones van muy aseados, con su holgada blusa. Las sirvientes de los Duvales están inmaculadas de mandil y gorro. Es obligatoria para altos y bajos, en el comercio, la *tenue.* Y las madamiselas, en las casas de las modistas, son muy elegantes, muy *chic,* aunque no oficien de maniquíes. Yo no sé de dónde sale tanto copioso pelo rubio, tanta funda de seda negra, tanta peinetilla primorosa, tanto calzado fino. Dan ganas de preguntarles, si no fuese cosa averiguada que no deben hacerse preguntas indiscretas: «¿Pero usted cubre gastos con el sueldo?»

No pasa un día por París, ni se nota en la gran ciudad ese cansancio de hacer la misma cosa siempre bien, que á la larga sienten los pueblos como los hombres. Lo único que me ha parecido descuidado en París, y hasta abandonado, es el clásico, el viejo Jardín de plantas. Creo que la prensa ha advertido la decadencia de lo que puede llamarse una institución parisiense, y clama porque se remedie tal estado de cosas. El Jardín presenta, en efecto, un aspecto lamentable. Casi no hay fieras. Un león pelado y viejo se aburre en una jaula inmunda. Varios monos llenos de mugre se pelean, antes de sucumbir á la rápida tisis que diezma á su raza. El dromedario parece un felpudo. Los pájaros están tristes; no aletean, no revolotean, no cantan. Hasta los papagayos y cacatúas afectan un mal humor desdeñoso; y los osos, en su fosa, revelan en su actitud una añoranza profunda... No hay nada más caro de sostener que una casa de fieras, pues se le ha de ofrecer á cada animalito una reducción de las condiciones de su vida natural. El *Zoological Garden* de Londres cuesta sumas inmensas. En París, el presupuesto del Jardín de plantas con todas sus dependencias no excede de unos trescientos mil y pico de francos, que no es nada para el asunto. Los animales exigen cuidados infinitos y gran inteligencia en el personal que los atiende. Pero no hay nada más bonito y gracioso que un animal sano, limpio, joven, manso, que asoma la cabeza por los hierros de su prisión para recibir el pan que se le brinda. Las gacelas, las alpacas, los borriquillos africanos, las jirafas, tienen formas deliciosas y movimientos que reclaman el pincel de Rosa Bonheur. Un animal roñoso, sucio, enfermo, con las lanas pegadas y los ojos melancólicos, es un cuadro desconsolador. Con decir que los bichos disecados parecen más vivientes que los vivos...

No es esta la única señal de desmayo que noto en la *Ville Lumière.* El ferrocarril metropolitano, que será muy útil, pero es muy antipático, tiene á París convertido en un polvero. Y no es eso lo peor, sino que bastantes edificios se han agrietado y amenazan ruina: el Ministerio de *Travaux publics* dicen que está apuntalado, á causa de la incesante trepidación del dragón subterráneo, que conmueve los cimientos de los edificios. La vida de París, no cabiendo ya en la superficie, se refugia en las entrañas de la ciudad minada. El suelo tiembla y se estremece. Tiene algo de simbólico, y parece un signo de la crisis social, este ferrocarril cuyo pavimento resplandece de partículas de mica que en la sombra remedan diamantes, y cuyo paso escondido va destrozando á París.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

CREPÚSCULO, CUENTO DE MATILDE ALANIC. Dibujo de Mas y Fondevila (1)



I

Retiradas las flores y recogido el suntuoso servicio de mesa, el comedor y los salones recobraban su aspecto acostumbrado, aspecto de casera severidad. Dos criados frotaban el suelo de madera, manchado por los restos del *lunch* y por las pisadas de los comensales. La señora de Sarlat tenía aún grabada en los ojos la animación de la escena que se había desarrollado allí algunas horas antes, y ante el vacío de la estancia silenciosa, una sensación de frío invadióla bruscamente.

¡Vacía, fría, silenciosa! ¿No lo sería su existencia ahora que había partido todo cuanto constituía el encanto de la misma?

Sintiendo que los sollozos la ahogaban, empujó precipitadamente la puerta, y con el corazón desfallecido se encaminó á su dormitorio. Una vez allí, despidió á la camarera que envolvía cuidadosamente el traje de gala, un traje de terciopelo que quedó extendido sobre la cama con las mangas ahuecadas y la cola colgando, y se dejó caer desolada en un sillón junto al fuego de la chimenea... ¡Cuántas veces Susana, de bata y zapatillas, había ido allí á charlar un rato antes de acostarse!.. ¡Qué paliques, qué mimos aquellos!

¡Aquellos días, ay, habían pasado para no volver más!

Susana se había casado por la mañana, y ahora navegaba á todo vapor hacia el mar azul, acompañada de su marido, que al presente lo sería todo para ella. Los padres, que durante diez y nueve años le consagraron tanto cariño, quedarían relegados á segundo término.

—¿Cómo puede la ley sancionar tan monstruosa iniquidad?, pensaba la señora de Sarlat, rebelándose, llorando con toda su alma y maldiciendo de todo corazón á su yerno, como hacen todas las madres el primer día en que adquieren el título de suegras.

Desde hacía tres meses, todos vivían en febril sobreexcitación, esperando aquel famoso día que marcaba el tiempo, para la desposada con una raya de oro, la raya de oro de la alianza que adornaba su dedo, y para la temerosa madre con una raya negra. ¡Había sido preciso disponer tantas cosas! Instalar el nido, preparar la canastilla, probar los trajes, hacer y recibir una serie interminable de visitas, y para fin de fiesta ese último día en el que la señora de Sarlat, á fuerza de sobreponerse á su emoción, había acabado por no ser más que un autómata que repartía saludos y sonrisas. Por esto, al verse de repente en una calma absoluta después de aquel fantástico torbellino, rendida de cansancio, aturdida, enervada, aprovechó naturalmente aquella hora de tranquilidad para llorar como una Niobé que ha perdido á su hija y no quiere admitir consuelos.

...¡Con tal que Susana siquiera fuese dichosa!.. Ante la incógnita del porvenir insondable, la señora de Sarlat tembló, acometida por temerosas dudas... ¿Habría entregado su tesoro á la ligera?

Cierto que los informes recogidos por su marido sobre Andrés Montsabert eran excelentes: médico, buen mozo, buena salud, numerosa clientela, posición asegurada, ¡qué mejor pasaporte para cualquiera madre!.. Además, agradaba á Susana, y esto era lo principal... Pero los defectos de carácter sólo en la intimidad se revelan...

Y aun cuando Andrés fuera el hombre mejor del mundo, al fin y al cabo era hombre, y esto bastaba para que sus impresiones, sus ideas, sus sentimientos estuviesen á cien leguas de Susana; no podía tener una vista bastante sutil, un tacto bastante suave para discernir los complicados y frágiles mecanismos que componen el corazón y el cerebro femeninos y para analizar sus tenues vibraciones. ¡Y cuántas veces con su inconsciente torpeza introduciría en ellos, á pesar suyo, el desorden! Por culpa de él, Susana, la niña adorada, conocería el dolor; no había que hacerse ilusiones, porque no cabía esperar que la ley común la respetase. Era inevitable; era fatal.

Hasta en el encantado aislamiento de la luna de miel prodúcense á veces rozamientos, malas inteligencias que separan dos seres por toda la vida.

Y cuando volvieran á la sociedad, ¡cuántos escollos nuevos surgirían en los cuales podría zozobrar la débil barca en que navegaban los recién casados y su felicidad!

Susana pasaría por las mismas crisis que las demás y sufriría las decepciones, las rebeldías, las desesperaciones, todas las angustias del abandono lento y progresivo..., y quizás también, ¡Dios eterno!, las tentaciones en que naufragan el corazón y la voluntad.

Y la pobre madre sintió un horrible estremecimiento.

II

Bien conocía ella todas esas etapas por haberlas recorrido en otro tiempo; había sufrido, pensaba, todo lo que sufrirse puede: las indignaciones exageradas, las desesperanzas locas en las que todos los muelles vitales en tensión amenazan romperse.

Y sin embargo, el Sr. Sarlat no era un mal hombre; así se lo decían á ella en aquellos días de sufrimiento, y así lo estimaba ella también ahora, cuando la experiencia de la vida le había hecho el don de la moderación de juicio y de la indulgencia. Era simplemente un hombre amable, demasiado amable, dispuesto á coger todas las rosas que á su paso hallaba para ponérselas en el ojal.

Pero para la joven esposa ofendida en su altivez y en su amor, era un hipócrita y un falso, junto al cual parecíale intolerable la existencia. Y precisamente otro hombre la había asediado durante aquella tormenta, hablándole de un amor apasionado y respetuoso, de un amor con el que todas las mujeres sueñan, proponiéndole un divorcio, un matrimonio en el extranjero, brindándole una nueva vida cuya felicidad borraría los malos recuerdos de la anterior. En aquellas ocasiones, trastornada la cabeza, lacerado el corazón, apoderábase de ella el vértigo, y casi estaba á punto de ceder, cuando Susana la había salvado...

Una noche la pequeñuela se despertó asfixiándose á consecuencia de un ataque de crup, y junto á la cuna de aquel ser querido que se ahogaba permanecieron inclinados día y noche el padre y la madre, unidos en una misma terrible angustia y dando repentinamente al olvido todo otro sentimiento. Y cuando, pasado el peligro, la niña se durmió sonriéndoles, una calma inmensa, bienhechora, invadió el alma de la señora de Sarlat.

¿Qué eran, en efecto, las febriles agitaciones de otros tiempos, comparadas con la espantosa sacudida que en aquellos días había experimentado?

Ya no sentía cólera ni rencor contra su marido; habíase operado en ella una revolución; la madre había reemplazado á la mujer, y ahora comprendía que de todos los sentimientos humanos sólo el amor maternal puede llenar una existencia.

¡Cuán lejos, cuán perdidos en el fondo del pasado estaban aquellos conturbadores recuerdos!.. Desde aquel entonces había vivido fuerte y serena, enteramente consagrada á su hija, saboreando deliciosamente las alegrías que cada día le procuraba Susana y del todo resignada respecto de su esposo... Este, á

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

medida que había sentido el peso de los años, había ido pasando más horas en su casa, impregnada de una paz dichosa; algo desconcertado, inquieto, en un principio, había acabado por recobrar su puesto en la vida de familia que de este modo quedó re constituída.

La situación violenta de los primeros días de aquella existencia no había tardado en desaparecer, gracias á la niña, y la querida Susana, que traía al retortero á su padre, que la mimaba, y á su madre, á quien adoraba, había sido el más firme lazo de unión entre los dos esposos.

Pero ahora que Susana no estaría allí para comunicar su encanto al hogar, ¿qué sería de ellos reducidos á sí mismos? ¡Qué vida tan gris, tan fría! ¿Valía aquella vida la pena de ser vivida?

Y al formular aquella conclusión de un pesimismo descorazonador, la señora de Sarlat rompió á llorar de nuevo.

III

Abrióse la puerta, y asomándose por ella, preguntó tímidamente el Sr. Sarlat:

—¿Me das tu permiso?

Entró en el cuarto y fué á sentarse en una butaca delante de su esposa.

El corazón de aquella mujer sintióse ablandado por una gran piedad al ver el estado de abotamiento de su marido, vencido por las fatigas y las emociones de aquel día memorable.

Desde que había cruzado el gran salón de la alcaldía llevando del brazo á Susana envuelta en su velo blanco, una lágrima temblaba en sus ojos y caía de cuando en cuando sobre su bigote, que ya no se preocupaba de teñir.

El, á su vez, advirtió las brillantes gotitas que salpicaban el peto de raso malva de su mujer, y dominado por indecible turbación, atrájola hacia sí, apoyó su cabeza en el hombro de ella y sollozó como un niño.

—¡Pobre amiga mía! ¡Pobre amiga mía!, repetía lleno de compasión como si sobre su esposa pesase una gran desgracia.

Ella seguía llorando, pero no ya con la misma amargura de antes. Una pena compartida es menos abrumadora.

El Sr. Sarlat enjugóse con una mano los ojos mientras en la otra estrechaba los dedos de su esposa.

—¿No es verdad que es absurda, dijo haciendo un esfuerzo por sonreirse, esa manía de la gente de agobiar con felicitaciones á los padres infortunados que casan á sus hijas, obligándoles á dar las gracias, á saludar á sonreir? ¡Y esto precisamente en el momento en que se va el ser que era el encanto de nuestros ojos, el sol de la casa!

No pudo continuar, su voz extinguióse de pronto en su garganta, y por un instante pugnó por contener el raudal de lágrimas que acudía á sus ojos.

—¿Sabes lo que hace poco pensaba?, añadió de pronto.

La señora de Sarlat hizo un gesto negativo.

—Pues bien, pensaba, sí lo pensaba formalmente, que si mi yerno se portase como me he portado yo, le rompería el alma...

—¡Calla!, exclamó su esposa tapándole bruscamente la boca con la mano, herida en lo más vivo de su alma por la humildad de aquella confesión. ¡Olvidemos esto!

Él apartó suavemente aquella mano rozándola con sus labios.

—No, replicó con acento más firme resuelto á ir hasta el fin; no, déjame hablar... Mira, hay horas en que uno pasa revista de su existencia... Al ver á Susana abrirse de día en día como una flor, he comprendido qué cosa tan exquisita era una muchacha.. y he pensado, con remordimiento que no puedo expresar, que un día me fué entregada, á mí, tan indigno, otra Susana, tan perfecta, tan adorable como la de ahora... ¡Y yo, necio miserable, no he sabido hacerla feliz!

Ocultó el rostro entre sus manos, y mientras permanecía así inclinado, en actitud contrita, algo infinitamente dulce infiltrábase en el alma de su esposo.

¡Ah; ¡La vida era, pues, mejor de lo que ella había creído, desde el momento en que podía comenzarse



La condesa de Warwick, retrato pintado por John S. Sargent

de nuevo y permitía que renacieran esperanzas y alegrías que parecían muertas!

Su misión no había concluído, sólo se había modificado; aún le quedaba alguien á quien sostener, consolar y amar... ¡Y qué noble orgullo sentirse digna, gracias á su larga paciencia, del triunfo que en aquel momento alcanzaba!.. En su consecuencia no se alzaba ni un mal recuerdo para rechazar el corazón arrepentido que ascendía hasta ella tan humilde, tan débil, tan suplicante...

Si el día había sido agitado, en cambio ¡cuánta calma, cuánta suavidad le tenía reservadas aquel atardecer!

Y esto diría á su hija si en alguna ocasión acudía á ella confiándole la ruina de su felicidad y pidiéndole consejo...

Fijó los ojos en los de su marido, y las miradas de ambos se juntaron al través de la niebla húmeda que las obscurecía.

—¡Pobre amiga!, murmuró el Sr. Sarlat. ¡Qué va á ser de ti ahora que ella no está ya á tu lado!

Cariñosamente deslizó ella sus dedos entre los temblorosos dedos de su marido.

—¿No me quieres tú, acaso?, dijo en voz apenas perceptible, sintiendo que el corazón se le ensanchaba en el estremecimiento del perdón.

Y permanecieron con las manos unidas, mientras la rosada claridad del crepúsculo inundaba la estancia.

LA RECONSTRUCCIÓN DE MESSINA

Pasados los primeros momentos de terror que los espantosos terremotos produjeron en Messina, renace á nueva vida la ciudad tan atrozmente castigada, y gracias á los esfuerzos de la población, á la poderosa ayuda del gobierno y á los cuantiosos donativos de todo el mundo, sobre las ruinas comienzan á alzarse los nuevos edificios.

Pero entre tanto, la población se alberga en viviendas provisionales, construídas de tablas, y se han edificado barrios enteros, debidos unos á la munificencia de los particulares ó de pueblos, y otros á la iniciativa de los mismos habitantes. Entre los primeros, merecen citarse el barrio ó aldea del emperador Guillermo II de Alemania, del que nos ocupamos en el número 1.418 de La Ilustración Artística; los de la reina Elena de Italia y Norteamericano, y la aldea danesa que en la lámina de la página siguiente reproducimos. Entre los segundos, están el consulado de Grecia, único que no ha cesado ni un momento de funcionar, pues el cónsul señor Trombetta no ha salido de Messina; el restaurant «Venezia,» el más concurrido y reputado en la actualidad; un establecimiento de modas adonde acuden las elegantes, pocas ó muchas, que aún quedan en la población para informarse de las últimas creaciones, y otros muchos de la misma importancia.

Y esos barracones no sólo se ven en los espacios de la ciudad que los terremotos respetaron ó que han sido descombrados, sino que además se extienden por la playa siciliana hasta cerca de Taormina, en donde afortunadamente no se dejaron sentir los efectos del cataclismo.

Una de las construcciones provisionales más grandes é importantes es la catedral, cuyas campanas están instaladas en la calle, pendientes de una viga sostenida por dos pies derechos. De la basílica antigua consérvase intacto el ábside, y su reconstrucción comenzará en breve.

Los servicios públicos se prestan con toda regularidad, y las industrias y el pequeño comercio contribuyen á dar animación á la nueva Messina; la gente hace, hasta cierto punto, su vida ordinaria, esperando que se restablezca la normalidad en todas sus manifestaciones, lo que tardará sin duda mucho tiempo en realizarse, pues las ruinas y los escombros forman aún verdaderas montañas que, en algunos sitios, alcanzan la altura de un segundo piso.

Una de las cosas que más animan aquella ciudad arruinada es la afluencia de viajeros, á quienes lleva allí el deseo de contemplar *de visu* el espectáculo grandioso y terrorífico de los efectos causados por los terremotos.

Diariamente llegan á Messina varios buques llenos de turistas que se marchan por la tarde, satisfecha ya su curiosidad; al pronto, cuando desembarcan, esos excursionistas sufren una decepción, porque las macizas fachadas de la *Pallazata*, que se alzan á lo largo de los muelles y que han quedado en pie, parecen indicar que la catástrofe no fué tan espantosa como se ha dicho; mas no tarda en imponerse á sus ojos la triste realidad en toda su magnitud, representada por un conjunto inmenso de ruinas en que se confunden piedras, hierros, maderos, objetos de todas clases, todo roto, destrozado y mezclado sin duda con restos humanos que ha sido imposible desenterrar.—S.

REEDIFICACIÓN DE MESSINA. (De fotografías de M. Branger.)



El consulado de Grecia

El Restaurant "Venezia" el más comodo de los de Messina

Calle de la aldea "Reina Elena"

Aldea Danesa

Barrio Norte Americano

La Catedral

Vendedor ambulante de pan

VISTAS DE ALGUNOS BARRIOS Y EDIFICIOS PROVISIONALMENTE CONSTRUÍDOS

LA EDUCACION MILITAR EN ALEMANIA

El imperio germánico es indudablemente la primera potencia militar terrestre en nuestros días. Desde hace más de medio siglo, ha venido trabajando sin descanso, primero para alcanzar esa superioridad, que puso tan de manifiesto en la guerra de 1870 71, y luego para conservarla. Ningún esfuerzo, ningún sacrificio le parecen bastantes cuando se trata de mantener y aumentar el poderío de sus armas; á su organización militar modelo todo lo supedita; todos los intereses del país ceden ante ese interés primordial para Alemania; todo está allí militarmente disciplinado, y todos, desde el emperador al último ciudadano, cifran su principal orgullo en esa supremacía, y ponen, cada uno de su parte, los medios necesarios para no perderla.

El militarismo se infiltra en todas partes, y hasta el socialismo alemán se diferencia del de otros países, del francés ó de una gran parte del francés, por ejemplo, en que, aun abominando de todo cuanto supone imperio de la fuerza, ha declarado repetidas veces que en caso de un conflicto internacional armado, luchará resueltamente en defensa de su patria.

Una nueva y elocuente manifestación de este espíritu es la sociedad de educación militar de la infancia, fundada hace poco en Berlín. No se trata de una escuela en que, á manera de deporte, se efectúen ejercicios militares, sino de una institución militar en toda regla, de la cual forman parte niños de doce años, debidamente uniformados y disciplinados que, bajo la dirección de oficiales en activo servicio, realizan todas las operaciones de campaña que las tropas de verdad ejecutan en las más perfectas maniobras, según puede verse en las fotografías que adjuntas reproducimos. Basta observar las escenas que éstas representan para comprender que no se trata de un nuevo juego ó deporte infantil; los niños que en ellas actúan de protagonistas están absolutamente posesionados de su papel y hasta diremos de la alta misión que desempeñan. ¿Qué no serán estos niños cuando lleguen á hombres?

La utilidad social de esta institución podrá ser muy discutida y hasta censurada, desde el punto de vista pedagógico moderno; pero nadie negará que responde admirablemente á las tendencias y al ideal de una gran parte, quizás de la inmensa mayoría, del pueblo alemán. Estas tendencias y este ideal podrían merecer justas censuras si, en vez de ser primordiales, fuesen exclusivos; pero ¿acaso no es Alemania una nación grande y poderosa en algunas y aun en muchas y muy importantes cosas más que nada tienen que ver con el ejército y que constituyen la riqueza, el bienestar y el progreso de una nación? – R.

(Fotografías de Carlos Delius.)



Batallón en marcha



Tiradores en un terraplén

Construcción de un barco en tierra firme

Explorador dando cuenta de su misión.

PARÍS

ENTIERRO DE JUÁREZ CELMAN

Hace pocos días falleció en París el ex presidente de la República Argentina Dr. D. Miguel Juárez Celman; su entierro fué una gran manifestación de duelo, á la que se asoció el gobierno francés tributando al cadáver honores militares.

Juárez Celman había nacido en Córdoba (Tucumán) en 1847 y recibido el grado de doctor en Jurisprudencia en 1871. Apenas terminada su carrera, entró de lleno en la política activa, trabajando con tanta inteligencia como entusiasmo por el triunfo de las ideas liberales. En 1880 fué nombrado gobernador de la provincia de Córdoba, y al cesar en aquel cargo fué elegido senador. En 1886 vióse elevado á la presidencia de la República, habiendo sido su elección la primera que se efectuó en aquel país sin derramamiento de sangre. Cuatro años después, hubo de presentar la dimisión.



París.—Entierro del ex presidente de la República Argentina D. Miguel Juárez Celman. (De fotografía de Carlos Delius.)

COMPIEGNE.—FIESTAS EN HONOR DE JUANA DE ARCO.—EL CORTEJO HISTÓRICO.—EL TORNEO

Compiegne.—Fiestas en honor de Juana de Arco
El cortejo histórico; los trompeteros

El día 23 de mayo último celebráronse en Compiegne grandes fiestas para conmemorar la jornada histórica de la entrada de Juana de Arco y de Carlos VII en aquella ciudad (1429) después de la coronación del monarca en Reims.

Consistieron las fiestas en un cortejo histórico y un torneo, y la representación de los principales personajes que en uno y otro figuraban estaban representados por jóvenes de la más ilustre aristocracia francesa.

El cortejo desfiló por el orden siguiente: timbaleros, vanguardia montada, alabarderos, ballesteros, arqueros, sargentos de armas, regidores, heraldos, trompeteros, artillería, el rey de armas con su portaestandarte, sus escuderos y sus pajes, y detrás de él los caballeros que habían de tomar parte en el torneo con sus séquitos, las corporaciones con sus banderas, grupo de doncellas, músicos de la corte y por último el rey Carlos VII y Juana de Arco con su brillante acompañamiento. Los trajes, las armaduras, las armas, los estandartes, todo se ajustaba rigurosamente á los modelos de la época, y muchos de esos objetos eran auténticos, procedentes de museos y galerías de linajudas familias.

La comitiva, que ofrecía un aspecto deslumbrador, recorrió las principales calles de la ciudad entre una multitud inmensa, y se dirigió al campo cerrado de la llanura de Soissons, en donde había de efectuarse la segunda parte del programa, el torneo, al que precedió una Corte de amor, en la que se recitaron versos, se bailaron danzas y se cantaron canciones antiguas. Luego entraron en liza los caballeros armados de sendas lanzas, hasta que el toque de las trompetas anunció que había terminado el torneo. Entonces los justadores se agruparon y formaron, con las lanzas inclinadas, delante de Juana de Arco, que, erguida sobre el arzón, aceptaba sus homenajes.

Lo mismo el cortejo que el torneo fueron dos fiestas magníficas que valieron grandes y justos elogios á sus organizadores. Entre éstos merece especial mención el alcalde de Compiegne Sr. Fournier-Sarloveze, quien, sin arredrarse ante la magnitud del proyecto por él concebido, realizó el milagro de conquistar para su idea todas las voluntades y de lograr el concurso de todo el mundo, desde los más linajudos aristócratas á los más humildes artesanos.

Las fiestas de Compiegne, aparte de su interés como espectáculo pintoresco, han tenido el atractivo de constituir una obra de beneficencia en favor de las Sociedades de socorros á los heridos militares. – T.

El cortejo histórico; los estudiantes



Juana de Arco (señorita de Bailliencourt-Courcol) y el rey Carlos VII (vizconde de Jumilhac). (De fotografías de M. Branger.)



ROMA.—Solemnísima ceremonia de la canonización de los santos José Oriol, español,

(De fotografía de Felici, co



y Clemente Hofbauer, húngaro, en la Basílica de San Pedro el día 20 de mayo último
unicada por Carlos Abeniacar.)

JORGE MEREDITH

El eminente novelista inglés recientemente fallecido no llegó á conquistar la celebridad hasta la edad de cincuenta años, y después de haber producido multitud de obras admirables que durante mucho tiempo el público miró con indiferencia. Él, por su parte nada hizo para vencer este desvío; dijérase que, seguro de sí mismo, esperaba pacientemente que al fin se le haría justicia; soportando, entre tanto, con gran resignación varios males y sobre todo la pobreza, habiendo llegado á alimentarse, durante una temporada, de avena, de harina de trigo y de agua, y á ejercer varios oficios para ganar algún dinero que le permitiese dedicarse á sus trabajos literarios.

Con la indiferencia del público contrastaba la apasionada admiración de los artistas y literatos, que le animaba á proseguir en el camino emprendido de no hacer ninguna concesión á los gustos del vulgo. Al fin su genio se impuso, y el pueblo inglés acabó por consagrarle como una de sus glorias más legítimas.

Jorge Meredith ha muerto á la edad de ochenta y un años, dejando un gran caudal literario, en el que sobresalen *Sandra Belloni*, *Rhoda Fleming*, *Las aventuras de Harry Richmond*, *La carrera de Beauchamp*, *El egoísta*, *Los tragicómicos* y otras producciones de fama universal.



Barcelona.—Homenaje á Guimerá. Damas americanas que entregaron al poeta el presente de la República Dominicana en la función de honor celebrada en el teatro de Novedades
(De fotografía de Amer.)



El eminente novelista inglés Jorge Meredith,
fallecido en su quinta de Boxhill (Surrey)
en 18 de mayo último

TARRAGONA. - CONGRESO AGRÍCOLA

Excepcional importancia ha revestido el XII Congreso Agrícola de la Federación Agrícola Catalana Balear, celebrado recientemente en Tarragona. Á él han asistido, personalmente ó por representación, todos los agricultores catalanes, y en él se ha debatido temas de gran interés para la agricultura en general y especialmente para la de esta región. Las ponencias han estado confiadas á especialistas tan reputados como los Sres. Zulueta, Raventós, Barceló, Barnadas y Salat, y en la discusión de las mismas han intervenido las más altas representaciones de la agricultura en Cataluña.

La sesión inaugural fué presidida por el gobernador civil de la provincia Sr. García Alix, y en ella pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Martínez, alcalde accidental de Tarragona; Abadal (D. J.), presidente de la Federación; Plaja, representante de la Diputación Provincial de Barcelona; el canónigo Dr. Balcells; Elías de Molins, presidente del Consejo de Agricultura de Tarragona, y el Sr. García Alix.

La ciudad de Tarragona ha agasajado espléndidamente á los congresistas, disponiendo en su honor varios festejos.



Tarragona.—Inauguración del XII Congreso agrícola de la Federación Agrícola Catalana Balear, que ha celebrado sus sesiones en el salón del Patronato del Obrero
(De fotografía de Branguli.)

HOMENAJE A GUIMERÁ

Al terminarse la función de gala que en honor de Guimerá se dió en el teatro de Novedades en la noche del 25 del mes pasado, mientras el poeta eximio, rodeado de los actores que habían representado su *Gala Placidia*, recibía una de las más grandiosas ovaciones que los anales de nuestros coliseos registran, una comisión de hermosas damas americanas, elegantísimamente ataviadas, subió al palco escénico para hacer solemne entrega del rico obsequio que al vate festejado hacía la República de Santo Domingo. Consistía el valioso presente en un magnífico tintero de plata y una pluma de oro con pedrerías, encerrados en artístico estuche de madera tallada.

El señor cónsul de la República Dominicana en Barcelona D. Enrique Deschamps, que tantas pruebas de hondo y sincero afecto tiene dadas á nuestra ciudad, ofreció el presente á Guimerá en un elocuente y sentido discurso enalteciendo al poeta, señalando la importancia y trascendencia de su obra y expresando el entusiasmo con que la República Dominicana, y con ella todas sus hermanas de la América del Sur, se asociaban al homenaje que Cataluña tributa á su poeta.

Una ovación estruendosa coronó el discurso del Sr. Deschamps, á quien contestó con palabras llenas de emoción el Sr. Guimerá. El público que llenaba el teatro prorrumpió de nuevo en grandes aclamaciones y estruendosos aplausos.

Las damas á quienes antes nos referimos y cuyos retratos reproduce la fotografía adjunta son las señoras doña María R. de Gache, esposa del cónsul de la República Argentina; doña Julia M.ª Brache (las dos que en la fotografía están sentadas); las señoritas doña Altagracia Guzmán y doña Blanca Mejía; las señoras doña Dilia de Deschamps, esposa del cónsul de la República Dominicana; doña Juana Rodríguez, esposa del cónsul de Venezuela; doña Pilar Parellada de Jerovy, esposa del cónsul del Ecuador; doña Luisa D. Santamaría, esposa del vicecónsul de la República Dominicana, y la señorita doña Vestina Santamaría.

ROMA. - CANONIZACIÓN DE LOS SANTOS

JOSÉ ORIOL Y CLEMENTE HOFBAUER

(Véase la lámina de las páginas 384 y 385.)

La importante ceremonia de la doble canonización, efectuada el día 20 de mayo último en la basílica de San Pedro, revistió una grandiosidad indescriptible. Más de 50.000 personas llenaban aquel inmenso templo, adornado con grandes damascos rojos é iluminado por millares de bombillas eléctricas y por más de 150 arañas de cristal.

Á las ocho en punto entró en la iglesia la comitiva pontificia, cuyo desfile duró más de una hora, y al aparecer el papa en la silla gestatoria, precedido de más de trescientos obispos y del Sacro Colegio, sonaron las famosas trompetas de plata, mientras los fieles, á quienes Pío X bendecía, agitaban los pañuelos y los cantores entonaban solemnes himnos.

Sentado el papa en el trono, el cardenal procurador de la Canonización pidióle que se dignara inscribir en el catálogo de los Santos á los beatos José Oriol y Clemente Hofbauer; y Pío X, después de implorar el divino auxilio y la asistencia del Espíritu Santo, y de haber rezado, mientras la capilla cantaba el *Miserere*, entonó el *Veni Creator*. El cardenal procurador repitió la fórmula peticionaria, y S. S. decretó la canonización, entonando luego el *Tedéum* y dando la bendición papal.

Después el papa ofició de pontifical, y terminado el oficio, formóse de nuevo la comitiva, que regresaba al Vaticano á las doce y media.

Espectáculos.— Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito *Divorci d' animes*, drama en cuatro actos de Barrié, traducido del inglés por E. Franquesa Bach.

Han terminado sus temporadas las compañías dramáticas catalanas del Principal, Romea y Novedades y la dramática italiana del eminente Garavaglia, que funcionaba en el Eldorado, y han comenzado la temporada de verano, en Novedades la notable compañía de la Comedia de Madrid, de la que forman parte el actor Sr. Santiago y la actriz señorita Suárez, y en el Eldorado la de la señora Tubau, en la que figura como primer actor el Sr. Morano.

Palau de la Música Catalana. – El eminente violinista Juan Manén ha dado dos conciertos en los cuales ha ejecutado magistralmente obras de Mozart, Max Bruch, Beethoven, Mendelssohn, Bach, Schubert, Schumann, Bazzini, Sarasate, Chopin y Paganini y algunas composiciones originales suyas, unas con acompañamiento de orquesta dirigida por el maestro Millet y otras con acompañamiento de piano por la señorita Creixell y el Sr. Buxó. El Sr. Manén fué objeto de continuas y entusiastas ovaciones.

En el propio *Palau* ha dado un concierto la notable pianista y violinista Onia Farga, que tocó en el piano piezas de Bach, Beethoven, Chopin y Saint-Saens, y en el violín, acompañada al piano por el Sr. Dodero, obras de Beethoven, Corelli y Wienawski, habiendo sido premiada en unas y otras su primorosa interpretación con calurosos aplausos.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



El marido de Juana trepó por la tubería hasta la techumbre

Esto trastornaba completamente las ideas del miserable. ¡Había dejado á su esposa en vísperas de ser madre!.. ¿Qué había pasado?.. ¿La criatura había muerto al nacer?.. ¿Cómo averiguarlo?..

Permanecer en el país, esperar la ocasión de encontrar á Juana y hablarla, no era prudente. Hubiera querido saber antes la verdad. Por otra parte, los recursos de Luciano eran escasos y no le quedaba ya gran cosa de la pequeña cantidad cobrada en Saint Denis. Hacía falta dinero para continuar sus averiguaciones, y resolvió recurrir á los servicios ofrecidos por Griffonnier. Si podía sacar partido de los valores que tenía en su poder, volvería y acabaría por saber la verdad respecto al niño.

Al día siguiente de su regreso á Saint Denis, Luciano acababa de sacar sus títulos del escondrijo de la chimenea, cuando Griffonnier, avisado por carta, entró en el cuarto.

—¿Qué hay de nuevo?, preguntó el ex pasante.

—Vas á ver, contestó Luciano, decidiéndose á pesar de todo con gran sentimiento á confiar su secreto á otra persona.

—¡Ah, farsante!.., dijo con sorna Griffonnier. Ya sabía yo que acabarías por desembuchar.

—Pues bien, sí, confesó de mala gana el sutil ladrón.

—¡Oh, no te enfades!, replicó vivamente el licenciado. Es una broma. ¿Entonces se trata de los valores?.. ¿Ves cómo no me engañaba?.. Ya había yo comprendido que eras maestro en el arte y demasiado ladino para no haber ocultado hábilmente el género antes de dejarte echar el guante. ¿Entonces has encontrado tus papeles en su sitio?.. Me alegro, hombre, me alegro. Se venderán y sin peligro, yo te respondo de ello. ¡A ver, á ver!..

Luciano desplegó los títulos sobre la mesa y Griffonnier los hojeó rápidamente.

—Todo es bueno, declaró; miel sobre hojuelas..., todo al portador.

—¿Cuánto crees que se puede sacar?, preguntó Luciano.

—¡Ah! Eso depende..., contestó el ex pasante. Ya comprendes que esto no puede venderse en Bolsa ni en las casas de cambio, y que el que haga el negocio no va á pagarte esto al curso del día.

—Ya me lo figuro, dijo el marido de Juana; pero á tu juicio...

Griffonnier sacó un periódico del bolsillo, y hojeando los valores, al mismo tiempo que seguía con el dedo las cotizaciones en Bolsa, hacía mentalmente un cálculo.

—Hay aquí, dijo al fin, por unos sesenta mil francos de títulos. Si te ofrecen veinte mil, acéptalos en seguida.

—¡Veinte mil!, exclamó Luciano; ¡nunca! ¡Oh, por tan poco no los cedo!

—Yo te doy simplemente mi apreciación, dijo el ex pasante. Puede ser que saques más. Se discutirá. ¿Quieres venir en seguida?

—Vamos, contestó el hermano de Edmundo.

Los dos hombres tomaron el tranvía de París y se apearon en el bulevar de la Capelle.

Sin vacilar un momento, Griffonnier, guiando á Luciano, tomó la calle de Tánger y luego la de Curial, y detuvo á su camarada delante de una casa baja, de miserable aspecto.

—Aquí es, anunció. No es tan magnífico como el Crédito Lyonés, pero no importa.

Luciano siguió á su guía por un pasillo obscuro, al fondo del cual encontraron una escalera vagamente alumbrada por un tragaluz.

—¿No hay portero?, preguntó Luciano.

—No; el dueño se sirve á sí mismo de portero, y es á su casa adonde vamos.

Los dos licenciados de presidio subieron pronto la escalera que conducía al primer piso.

En el rellano, donde casi se veía claro, había una puerta provista de un ventanillo enrejado.

Un viejo pie de cabra, tan pelado que no quedaba ya más que el hueso, colgaba de un cordel al lado de la puerta.

Griffonnier tiró de él.

Al cabo de un rato relativamente largo, abrióse el ventanillo y una voz preguntó:

—¿Qué se les ofrece?

—¿El Sr. Atanasio?, dijo Griffonnier.

—Yo soy, contestó la voz. ¿En qué puedo servirles?

—Se trata de un negocio, anunció el ex pasante.

Y añadió en voz más baja, acercándose del todo al ventanillo:

—Venimos de Etampes. Nos envía Landret.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Esperen un instante, repuso la voz.

El ventanillo volvió á cerrarse.

—¿Quién es ese Landret?, preguntó Luciano.

—Es el que me enseñó la artimaña, de quien te hablé; el contador de las pantallas en la «casa grande.» Parece que es uno de los clientes del tío Atanasio, y uno de los buenos.

La puerta se entreabrió.

—Pasen ustedes, dijo sin dejarse ver el hombre que había hablado por el ventanillo.

Los dos licenciados se colaron dentro y penetraron en un corredor húmedo.

Allí se encontraron en presencia del que iban á ver.

El Sr. Atanasio era un hombre de corta estatura, y hubiera sido muy difícil darle una edad exacta; lo mismo podía tener cincuenta años que sesenta. Bajo un gorro de terciopelo pasaban largos cabellos grises, y sin embargo, había mucha viveza en los ojos y bastante desenvoltura en los movimientos del misterioso personaje. Era algo barrigudo; llevaba una americana de grueso paño azul, y el conjunto del individuo podía dar la impresión de un pequeño comerciante cuyos negocios prosperaban.

—Vengan ustedes, invitó lacónicamente.

Al extremo del corredor había una gran pieza, amueblada únicamente con una mesa y unas cuantas sillas de paja. En las paredes no había más adorno que un mapa de Europa amarilleado por el tiempo, y en la chimenea una palada de coque que se consumía lentamente.

—Siéntense, dijo el Sr. Atanasio indicando sillas á los dos hombres, que examinó con ojos expertos.

Él se sentó detrás de la mesa.

—¿Dicen ustedes que vienen de parte de Landret?, preguntó.

—Él fué quien me dió la dirección de usted, declaró Griffonnier; nos dijo que podíamos venir á ver á usted con toda confianza.

—¿Entonces estaban ustedes allí juntos?

—Aún no hace ocho días que hemos salido, contestó el ex pasante.

—¿De qué asunto se trata?

—De un pequeño negocio de su competencia, señor Atanasio.

—Bueno; vamos á ver, ¿de qué se trata?

—Verá usted, dijo Griffonnier. Se trata de algunos papeles que quisiéramos vender.

—¿A verlos?, preguntó el encubridor alargando ya la mano.

Luciano sacó del bolsillo el fajo de títulos y los puso sobre la mesa, junto á la cual permaneció.

El Sr. Atanasio repitió la misma operación que Griffonnier había hecho en Saint-Denis, pero no tuvo necesidad de recurrir á ningún periódico para conocer las cotizaciones.

Murmuraba algunas palabras y cifras examinando los valores, y sacó del cajón de su mesa un pequeño *carnet* cubierto de jeroglíficos, que compulsó largo rato.

—¡Calla, calla!, exclamó de pronto deteniendo el dedo sobre una columna de cifras; es lo del Crédito Lyonés... Ya me figuraba yo que el mejor día estos papeles vendrían á parar aquí. Hace tres años, ¿verdad?

—Efectivamente, contestó Griffonnier en vez de su camarada, que parecía un poco desconcertado y no sabía qué contestar.

—¡Oh!, dijo el Sr. Atanasio bruscamente jovial; desde el momento que ha venido usted á verme, no tenga usted empacho; puede hablar con entera libertad... ¡Buen golpe, amigo mío!.. Pero no va á ser fácil vender todo esto... ¡Tres años!.. Son pocos años los transcurridos. En fin, allá veremos... ¿Cuánto quiere usted por el paquete?

—Pero..., contestó Luciano indeciso, yo no sé... Esto debe valer de cincuenta á sesenta mil francos.

El Sr. Atanasio replicó con una risita sardónica:

—En Bolsa, no digo que no. Todos son iguales... Vaya usted á la Bolsa, á ver...

—Ya sé, dijo Luciano, que pesa oposición sobre estos títulos y que, por consiguiente, son de difícil colocación; por esto consentiré en desprenderme de ellos á un precio ciertamente inferior..., y creo que al cederlos por la mitad...

El encubridor no le dejó terminar.

—¿Treinta mil?.. ¿Usted quiere treinta mil?, exclamó. ¡Está usted fresco!

Griffonnier creyó deber intervenir.

—Sin embargo, dijo él, son buenos valores.

—¡Treinta mil!, repitió el encubridor. ¡Pero si nunca podremos sacar esa cantidad!

—Entonces, ¿cuánto?, preguntó Luciano, á quien aquel regateo impacientaba ya.

—Oiga usted, joven, declaró el Sr. Atanasio, es usted el que dió el golpe, ¿verdad? Está usted á la altura y es posible que nos volvamos á ver. Así es que quiero hacer algo por usted. Le doy quince mil.

Esta vez el que se rió fué Luciano.

—¡Oh, usted no habla en serio!.., dijo. ¡No es ni la cuarta parte!..

—Pues busque usted quien le dé más, dijo el encubridor haciendo ademán de devolver los títulos. Vaya usted al Banco del Mercado de vinos, añadió en son de burla.

Luciano, hastiado, había ya puesto la mano sobre los títulos, cuando Griffonnier exclamó:

—Vamos, no es cuestión de broma, Sr. Atanasio; hay que ultimar este negocio. Dé usted veinte mil, entonces.

El Sr. Atanasio parecía reflexionar, pero sus ojos espiaban la fisonomía de su cliente.

Luciano pensaba en aquel momento que sólo le quedaban algunos luises, y se preguntaba con ansiedad cómo podría hacer frente á los gastos necesarios para sus investigaciones.

Maquinalmente había arrollado los títulos y se disponía á metérselos en el bolsillo, cuando el encubridor le detuvo.

Oiga usted, dijo. No quiero que haya venido usted en balde; pongo tres mil más. Es todo cuanto puedo hacer... No crea usted que esto sea fácil de negociar... Y además, ¿ha considerado usted la responsabilidad que asumo?.. Diez y ocho mil, ni un céntimo más.

El marido de Juana cambió una mirada con Griffonnier, y á una señal de éste, volvió á poner el rollo sobre la mesa.

—Sea, dijo; es al contado, ¿no es cierto?

—¡Siempre!, contestó el encubridor levantándose. Esperen ustedes un momento.

El Sr. Atanasio pasó á una pieza inmediata y volvió en seguida con algunos billetes de Banco y rollos de monedas de oro, que destripó sobre la mesa.

—Cuente, dijo encerrando los valores en su cajón.

A la vista de aquel dinero que era suyo ahora, Luciano experimentó como una reminiscencia de su pasión por el juego. Aquellos billetes y aquellos luises esparcidos sobre el tapete verde de la mesa le abrasaban los dedos, y sus manos se agitaban con un temblor nervioso.

—Esto es, declaró después de haber contado.

—Entonces, hasta otra, invitó el encubridor poniendo bruscamente fin á la entrevista y acompañando á los dos licenciados hasta la puerta, que volvió á cerrar vivamente tan pronto como hubieron pasado el umbral.

—¡Viejo más canalla!.., refunfuñó Griffonnier una vez en la calle. Es una desdicha necesitar de esa gente.

—No hace mal negocio, dijo el marido de Juana.

—En fin, concluyó filosóficamente el ex pasante, más vale esto que nada.

—Volvámonos á Saint-Denis, dijo Luciano. Quiero darte algo por tus molestias; pero no sería prudente sacar dinero en público.

—Está claro.

Una vez en su cuarto, Favreuse separó tres billetes de mil y se los entregó á su camarada, que se los guardó dándole las gracias.

—Si me necesitas otra vez, para cualquier cosa, dijo Griffonnier, avisa. Dirección constante; la taberna de la isla.

—No digo que no, contestó Luciano. Tengo un negocio del cual quizá te hablaré, si no marcha como deseo.

—A tus órdenes.

Los dos amigos se separaron con un apretón de mano.

Provisto ahora de los recursos necesarios, el miserable estaba resuelto á ponerse inmediatamente en campaña para saber lo que había pasado después de su detención y descubrir qué había sido de la criatura que Juana estaba próxima á dar á luz.

De pronto se le ocurrió una idea.

«El alumbramiento debió ocurrir un día ó dos después de mi prisión... Seguramente declararían el nacimiento en la oficina del registro civil... Vivo ó muerto, allí sabré algo.»

Al día siguiente, Luciano fué á la alcaldía de Meudon y pidió, con el derecho que asiste á cualquiera, comunicación de las partidas de nacimiento del año 1878.

Hojeó el registro sin encontrar su nombre, y se pintó en su rostro una angustiosa sorpresa.

«A ver—pensó;—quizá he saltado una hoja.»

Y buscó de nuevo.

De pronto llamó su atención un nombre anotado al margen.

«¡Laroche!.. ¡Jenny Laroche!..—murmuró.—¡Cosa más singular!»

Leyó la partida que tenía á la vista, donde se declaraba el nacimiento de Jenny, hija de Juana Laroche y de padre desconocido. La indicación de la casa no podía dar lugar á duda alguna.

La estupefacción de Luciano llegó al colmo.

«¿Por qué de padre desconocido?—se preguntó sin comprenderlo.—¿Por qué Juana no dió más que su nombre?»

Allí había un misterio que el miserable trataba en vano de descifrar.

Leyó la partida hasta el fin y vió las firmas de los testigos. En aquel punto le esperaba otra sorpresa.

La partida estaba firmada por dos nombres desconocidos, acompañados de éste: Magdalena Rollinet, comadrona, calle de Fleury, 17, Val-Meudon.

«¡Magdalena Rollinet!..—balbuceó Luciano atónito.—¡El nombre de mi madre!.. ¡Ah, sería el colmo de la extrañeza!.. ¡Si fuese ella, sin embargo!..»

Copió sobre su *carnet* la dirección de la comadrona y salió de la alcaldía diciendo:

«Es preciso que yo salga de dudas en seguida.»

XVIII

MADRE É HIJO

La señora de Favreuse, la madre de Edmundo y de Luciano, despedida para siempre por su marido con motivo de su audaz visita á la calle de las Abadesas, había vivido largo tiempo de expedientes, y gracias á su carencia absoluta de escrúpulos y á la ingeniosidad de sus combinaciones ilícitas, no había conocido nunca la miseria.

Había que descartar definitivamente la esperanza de encontrar una nueva víctima tan complaciente como el antiguo amigo de su esposo; y los precarios recursos de que la ex comadrona disponía se agotaron rápidamente.

Hasta llegó un momento en que la madre de Luciano y de Edmundo se vió obligada á huir definitivamente de todas sus relaciones á fin de no ver á sus amigas apartarse de ella.

Veíase reducida en breve plazo á los expedientes, y poco tranquila respecto al Sr. Laroche, cuya legítima indignación presentía, resolvió desaparecer, salir de París y decir adiós á la vida de placeres que hasta entonces había sido la suya.

Obligada por la necesidad, la señora de Favreuse acordóse de su antigua profesión. ¿No era comadrona? ¿No poseía un título que le permitía ejercer?

Tomó, pues, la resolución de utilizar sus conocimientos.

Reunió á duras penas algunos recursos, los últimos; vendió, aunque con gran sentimiento, el mobiliario de su elegante piso, y después de algunas averiguaciones, vino á tomar, en Val Meudon, bajo su apellido paterno de Rollinet, la sucesión de una vieja comadrona que desde hacía veinticinco años ejercía en el país.

Las maneras distinguidas de la antigua gran señora la favorecieron desde un principio, y como, por otra parte, la competencia era casi nula y la clientela muy buena en aquel valle numerosamente poblado de lavanderas, la madre de Edmundo y de Luciano no tardó en ganar dinero, y estimulada por el éxito, consagróse enteramente á su profesión, olvidando de día en día su antigua vida mundana.

Al principio de su nueva existencia, quiso estar al corriente del movimiento parisiense, procurándose la platónica satisfacción de seguir en los periódicos las fiestas, los estrenos, todo lo que constituye la vida ficticia de las ricas desocupadas. Pero pronto le cobró odio á aquella existencia frívola de que ya no podía gozar, y abandonó totalmente la lectura de los periódicos, que hacía revivir demasiado la amargura de sus recuerdos.

Desde aquel momento pidió exclusivamente á los autores mundanos, á los psicólogos de gabinete, á la literatura ligera, el pasto intelectual que á veces reclamaba su espíritu.

La comadrona ocupaba, en la calle de Fleury, un pisito compuesto de cuatro piezas y una cocina. De la primera, que daba á la calle, había hecho una especie de salón, donde recibía á sus clientes y daba algunas consultas; otra le servía de cuarto dormitorio, separado por un pequeño comedor, y había otro cuarto reservado á las pensionistas que se pudiesen presentar; pero este caso era muy raro, porque á las obreras del campo les repugna dar á luz fuera de casa. Una mujer del barrio iba todos los días á hacer la limpieza, las provisiones y una cocina abreviada.

Aquel día, la criada á jornal, terminado su trabajo, acababa de salir, y madama Rollinet, sentada junto al fuego, se disponía á continuar la lectura de una novela empezada la víspera, cuando sonó un campanillazo en la puerta del piso.

«¿Se habrá agravado la señora Briot?»—se dijo la comadrona, pensando en una cliente asistida por ella dos días antes.

Levantóse vivamente y fué á abrir.

Y estalló un grito.

—¡Mamá!

La comadrona retrocedió un paso bajo el golpe de una emoción y de una sorpresa violentas. Se hallaba en presencia de un hombre á quien no reconoció de pronto, en la penumbra del corredor.

El recién llegado había entrado ya, y madama Rollinet exclamó á su vez tendiendo los brazos:

—¡Luciano!.. ¡Tú!.. ¡Hijo mío!..

Madre é hijo se unieron en un prolongado abrazo.

Luciano de Favreuse había adorado siempre á su madre, de la cual había sido el hijo predilecto y que había tenido para con sus vicios una debilidad culpable.

La madre amaba también á aquel hijo en quien se veía retratada, con sus propios gustos, su carácter personal y hasta sus defectos.

—¡Qué sorpresa!.. ¿Cómo has descubierto?.., preguntó la señora de Favreuse cuando Luciano se hubo sentado delante de ella.

—¡Ah! Es una historia algo larga, murmuró el hermano de Edmundo. Te lo voy á explicar. Pero desde luego déjame que te diga... ¿Sabes que me casé?

—¿Estás casado?.., exclamó con sorpresa la señora de Favreuse.

—Hace ya cuatro años... No sabía dónde te encontrabas y te busqué durante mucho tiempo, por todas partes, sin lograr siquiera tener noticias tuyas. Me encontraba solo..., mi padre había muerto..., Edmundo estaba en Inglaterra...

La comadrona se estremeció.

—¡Tu padre ha muerto!.., interrumpió ella desconcertada por esta noticia.

—¿No lo sabías?

—No, confesó la señora de Favreuse con voz sorda.

—Mi padre se mató, dijo Luciano.

—¿Se suicidó?.. ¿Es posible?..

—¿Sabes que mi padre estaba enfermo?.. Tenía una afección cardíaca que determinaba en él pensamientos sombríos; además, los negocios iban mal... En una palabra, le entró el desaliento, la desesperación y...

Hubo un rato de silencio.

—¿Y Edmundo, has dicho, no está en Francia?, preguntó la señora de Favreuse alzando los ojos hacia su hijo.

—No... Edmundo, después de haber pasado algún tiempo en Inglaterra, marchó á América donde se encuentra todavía... Me encontré, pues, solo, y entonces me casé, y gracias á esta particularidad me ha sido dado encontrarte hoy.

—¿Cómo?.., no comprendo..., ¿qué quieres decir? ¿A tu matrimonio debes el haberme encontrado?

—Haz memoria, repuso Luciano. ¿No asististe, hace tres años, á una señora joven que vivía entonces en una casita aislada en lo alto de la cuesta de Clamart, de donde parte el viaducto de Meudon?

La comadrona reflexionó un instante.

—En efecto, dijo, me acuerdo, y el nombre de aquella joven me llamó entonces la atención. Se llamaba como la hija de un amigo de tu padre.

—¡Juana Laroche!.., eso es, dijo Luciano, ¡es mi mujer!

—¡Tu mujer!, exclamó la señora de Favreuse con estupor. ¡Vamos á ver, no es posible!.., aquella joven se encontraba sola. Fuí yo la que declaré el nacimiento de la niña, bajo el nombre de Laroche, que ella misma me dió, y te lo repito, este nombre me llamó tanto la atención, que estuve á punto de preguntarle si era pariente del Laroche que yo había conocido.

—Es su hija, declaró Luciano.

La comadrona tuvo un estremecimiento de asombro.

—¿El Sr. Laroche te dió su hija?, exclamó. ¿A ti?

—No me la dió precisamente, dijo el marido de Juana. Pero procedamos por orden. Cuando íbamos á entrar en quintas Edmundo y yo, la suerte me designó para prestar los cinco años de servicio que exigía la ley. Pero, alegando motivos de salud, logré más tarde librarme del servicio durante dos años consecutivos. La casualidad me había puesto en presencia de la señorita Laroche. Había producido en mí una viva impresión y me había parecido que yo no le era indiferente. Cambiamos secretamente nuestras confidencias, y poco tiempo después la hice pedir oficialmente en matrimonio á su padre.

La señora de Favreuse parecía sorprendida de los labios de su hijo y le escuchaba con creciente estupor.

—Con gran sorpresa de mi parte, continuó Luciano, el Sr. Laroche, á pesar de haber sido íntimo amigo de mi padre, recibió muy mal mi petición, oponiéndole una negativa formal.

—Lo comprendo, murmuró entre dientes la comadrona; se acordaría... de mí.

—Juana me amaba, prosiguió el joven; resistió á su padre, y como era mayor de edad, se marchó de su casa é hizo al Sr. Laroche las intimaciones exigidas por la ley, y así pudimos casarnos.

—¡Cómo!, exclamó la señora de Favreuse, ¿ella se atrevió á tanto?.. ¡Nunca hubiera supuesto en aquella muchacha tanta energía!

—Sin embargo, así pasó, y no necesito decirte que desde aquel día el rompimiento fué completo entre el Sr. Laroche y nosotros. Mi mujer no poseía más que lo heredado de su madre, pues su padre no le dió un céntimo. Sin embargo, éramos felices. Pasamos un año delicioso; luego Juana quedó encinta. Entonces pensé en el porvenir, en la criatura que iba á venir al mundo, y tuve la mala ocurrencia de querer aumentar nuestra fortuna, aventurando en especulaciones demasiado arriesgadas lo poco que poseíamos.

—¡Tú metido en negocios, pobre hijo mío!, interrumpió la señora de Favreuse, que conocía bien á su hijo. ¿Naturalmente, lo perdiste todo?

—¡Ah!, murmuró Luciano, continuando la fábula que había preparado á fin de no confesar sus tropiezos con la justicia. Pero la ruina no era nada al lado de otra complicación que no tardó en surgir. Me había sido imposible hacer diferir por más tiempo mi incorporación en el ejército, yo no podía decidirme á dejar á mi pobre mujer sola y sin recursos, en su situación, y entonces vinimos á ocultarnos bajo el nombre de Laroche en esa casa aislada de la cuesta de Meudon, donde esperaba substraerme á las investigaciones de la autoridad militar.

—¿Pero cómo es que encontré á tu mujer sola cuando me llamaron para que la asistiese?, preguntó la comadrona.

—¡Una desgracia increíble!, contestó Luciano. Yo había dejado á Juana para ir á París en busca de algún dinero que me habían prometido, y contaba traer lo indispensable para recibir á la criatura esperada; pero ya había sido señalado como insumiso y fuí detenido en la estación por un gendarme que poseía mis señas personales.

—¡Pobre hijo mío!, gimió la señora de Favreuse.

—¡Sí, puedes compadecerme, mamá!, dijo el marido de Juana en tono lastimero. Conducido á la comandancia de la plaza, encerrado en la cárcel del Cherche-Midi, comparecí ante un consejo de guerra y fuí condenado por insumisión á seis meses de prisión.

—¡Oh, eso es horroroso!., exclamó la comadrona.

—Dije toda la verdad, continuó Luciano; confesé el motivo por el cual no me había incorporado al regimiento, describí la situación cruel de mi pobre mujer y logré obtener la remisión de mi pena.

—¿Entonces eras libre?

—No, rectificó Luciano; me faltaba cumplir mi servicio militar y me mandaron á un destacamento estacionado en Africa.

—Y tu mujer, ¿cómo es que no sabía nada de todo eso?

—Hay aquí un misterio que no he podido aclarar, explicó Luciano. Al ser arrestado escribí á mi mujer, enterándola de lo que ocurría. ¿Recibió mi carta? Siempre lo he dudado, porque no recibí contestación ninguna. Durante los tres largos años que he pasado en Africa, le he escrito muchas veces y nunca he recibido carta de ella.

—Tu mujer debió abandonar el país inmediatamente, dijo entonces la comadrona, pues unos quince días después de su alumbramiento, pasé por casualidad por delante de la casa y lo vi todo herméticamente cerrado.

—¿Qué pasó? Lo ignoro, declaró el joven.

—¿Cómo, ¿no la has vuelto á ver?, preguntó la madre asombrada; ¿no sabes dónde está?

—Licenciado del servicio apenas hace ocho días, explicó el taimado licenciado de presidio, lo primero que hice, como puedes suponer, al llegar á París, fué buscar á mi mujer y á mi hijo...

—¿Y entonces?

—De las averiguaciones hechas, resulta que Juana se halla actualmente con su padre en su quinta de Segonzac, en el Cepellón..., que tú conoces sin duda.

—Entonces todo se explica, dijo la señora de Favreuse. El Sr. Laroche se enteró sin duda de tu arresto, recibió la carta que habías escrito á Juana y vino á buscar á su hija... O bien tu mujer, al verse abandonada y sin recursos, imploró su perdón ablandando á su padre. Conozco bastante el carácter de ese hombre, continuó ella, para adivinar lo que pasó luego. Su resentimiento se mantuvo contra ti solo, y debió apelar á todos los medios para arrancar del corazón de su hija el afecto que te tenía.

—Probablemente, murmuró Luciano, que pensaba ya en el apoyo que su madre podía prestarle en semejantes circunstancias.

—¿No has procurado hablar con tu mujer?, preguntó la señora de Favreuse.

—Fuí al Cepellón, contestó el joven, pero ya puedes suponer que yo no podía pedir una entrevista á mi suegro. Quería informarme antes de dar paso alguno, y esperaba que la casualidad me haría encontrar á Juana sola; pero la ocasión no se ha presentado.

—Has hecho mal, Luciano, declaró la comadrona. Sé muy bien que ese Laroche es un bruto y un testarudo; pero no se cierra la puerta á un hombre que va á hablar con su esposa y á besar á su hijo...

—¡Es que no hay tal hijo ni hija!, dijo Luciano.

—Cómo, ¿y la niña?, exclamó la señora de Favreuse; ¿moriría acaso..., á pesar de estar tan bien constituída?..

—Sí, era una niña, ya lo sé... Lo he sabido hace un rato leyendo la declaración de nacimiento en la alcaldía de Meudon, dijo el marido de Juana; allí he visto tu nombre y tus señas y en seguida he venido.

—Y has hecho bien en venir, hijo mío, dijo la madre. Pero qué coincidencia, ¿eh?.. ¡Ah! Me acuerdo muy bien de esa niña, de tu hija... Era perfectamente viable.

—Tomé informes en Segonzac, repuso el miserable. Hace tres años, cuando el Sr. Laroche y Juana fueron á instalarse en el Cepellón, mi hija no estaba con ellos, y en el país se ignora absolutamente que Juana sea madre.

—¡Cosa más extraordinaria!.. Eso me huele á alguna otra canallada de ese Laroche, insinuó la comadrona, que había conservado contra el antiguo comerciante un resentimiento igual al que ella adivinaba en él. Habrá hecho desaparecer á la niña para que la fortuna que ha de pertenecerle un día no pueda pasar por tus manos.

—No, mamá, es imposible, protestó Luciano. Juana no hubiera consentido jamás en semejante cosa..., la conozco demasiado.

—Todo es posible con esas jóvenes educadas en la sumisión más absoluta á sus padres... Convengo en que tuvo una veleidad de rebelión al casarse contigo; pero la perspectiva de la miseria y su aislamiento, cuando desapareciste, pudieron hacerla reflexionar...

—Pero, en fin, objetó el marido de Juana, no se hace desaparecer una criatura tan fácilmente.

—¡Oh, no es tan difícil como te figuras!, replicó la comadrona. El Sr. Laroche es rico y con dinero se hace lo que se quiere.

—Es preciso que yo averigüe lo ocurrido, murmuró Luciano con voz sorda. Quiero que me entreguen esa niña... Soy su padre y tengo mis derechos...

—¡Claro que sí! Hay que buscarla, dijo la señora de Favreuse.

—Ya he empezado mis averiguaciones, como te he dicho, y la prueba de ello es que estoy aquí.

—¡Qué suerte que me hayas encontrado! ¡Ah! Yo tampoco he sido feliz; he sufrido mucho en mi aislamiento; pero espero que ahora no volverás á separarte de mí.

Luciano encontraba en la voz de su madre toda la ternura de años atrás; sabía que podía pedir cualquier cosa á aquella mujer que tanto le había querido siempre, y la besó diciendo:

—Sí, mamá, permaneceré contigo, puesto que no tengo familia, puesto que una fatalidad cruel quitóme á la vez mi mujer y mi hija.

—Pero á toda costa necesitas ver á ese Laroche, dijo con energía la señora de Favreuse. Es preciso que te devuelva á tu mujer y que te diga qué ha hecho de tu hija.

Luciano preveía muy bien la acogida que hubiera recibido del Sr. Laroche si hubiese tenido la audacia de presentarse ante él. El ex comerciante sabía perfectamente que su yerno se hallaba bajo la vigilancia de la policía, y quizá no hubiera vacilado en hacerle prender por quebrantamiento de destierro.

Por otra parte, el miserable se preguntaba si podía contar todavía con el afecto de Juana. Ella también debía saber que su marido era un ladrón, un hombre deshonrado para siempre, y su amor había indudablemente cedido el puesto al desprecio bajo los consejos y la presión de su padre.

Pareció reflexionar un momento, y después dijo:

—Creo que sería preferible que mi suegro ignorase mi regreso. ¡Quién sabe lo que sería capaz de hacer para impedirme hablar con Juana y encontrar á mi hija!

(Se continuará.)



El busto de la estatua ecuestre de Víctor Manuel II

Un pie y parte de una pierna de la estatua
(De fotografías de Carlos Abeniacar.)

El caballo que con la estatua del rey ha de figurar en el monumento

LA ESTATUA ECUESTRE

DEL MONUMENTO Á VÍCTOR MANUEL II EN ROMA

En la Fundición Artística de J. B. Bastianelli, de Roma, ha sido fundida la colosal estatua ecuestre de Víctor Manuel II que ha de figurar en el grandioso monumento actualmente en construcción dedicado á perpetuar la memoria del fundador de la unidad italiana.

Para que nuestros lectores puedan formarse idea de las dimensiones y del peso de esa estatua, la más grande de cuantas hasta el presente se han modelado, bastará exponer los siguientes datos: tiene doce metros de altura; la cabeza del rey con el casco mide dos metros y medio y pesa 1.200 kilogramos; el sable mide cuatro metros y pesa 150 kilogramos; las dos mitades de la silla tienen una longitud de un metro ochenta centímetros cada una; los arneses del caballo pesan cuatro toneladas, el pecho siete y el vientre nueve; el interior de éste parece una gran caverna y en él han almorzado treinta personas juntas, sentadas á una mesa.

En la fundición de la estatua y del caballo han entrado cincuenta toneladas de bronce, es decir, el metal de ciento setenta cañones. Para la fundición ha sido preciso dividir el modelo en doce trozos: cabeza, torso y piernas del rey; cabeza, pecho, vientre, grupa y patas del caballo.

Toda la estatua será dorada, ascendiendo el presupuesto de este dorado monumental á un millón de liras, y descansará sobre una base, también de bronce, de 32 metros cuadrados de superficie.

En septiembre próximo la estatua ecuestre de Víctor Manuel II será transportada y colocada definitivamente sobre su pedestal.

PARÍS.—LA EMBAJADA MARROQUÍ

Para resolver ciertas cuestiones acerca de las cuales no ha podido llegarse á un acuerdo entre los gobiernos de Francia y Marruecos, el sultán Muley Hafid ha enviado á París una embajada, compuesta de dos miembros de su maghzén, El Hadj Mohamed Mokri, ministro de Hacienda, y si Abdalah el Fassi, ministro interino de Negocios Extranjeros, á quienes acompañan dos secretarios, el intérprete de la legación francesa en Tánger, varios caídes y numerosos criados.

La embajada desembarcó el día 22 de mayo último en Marsella y el 24 llegó á París, habiendo sido recibida el 27 por el presidente de la República.

La recepción efectuóse en el Elíseo, adonde fueron conducidos con gran pompa los embajadores. El Mokri pronunció un discurso, en el que después de dar las gracias al presidente por la embajada enviada á Fez y de haber recordado la confianza que el sultán dispensó al embajador Sr. Regnault, expresó los sentimientos amistosos de su soberano, la confianza que tiene en que el gobierno de Francia mantendrá la independencia del imperio y su firme voluntad de cumplir el acta de Algeciras.

El Sr. Fallieres contestó manifestando la necesidad de mantener el buen acuerdo entre Francia y Marruecos y de realizar las reformas señaladas en el acta de Algeciras y que, siempre dentro de la independencia del imperio, han de robustecer la autoridad del sultán y aumentar la prosperidad de sus súbditos.

La embajada marroquí ha sido obsequiada por el presidente de la República con un gran banquete.—R.



Si Abdalah el Fassi El Hadj Mohamed Mokri

París.—Embajada enviada á Francia por el sultán de Marruecos Muley Hafid
(De fotografía de Harlingue.)

PARÍS

CONCURSO DE SOMBREROS

Por si algo faltaba á los modistos y á las modistas para extremar la nota, ahora se han introducido en París los concursos de sombreros que, estableciendo una emulación entre aquéllos, forzosamente les impulsa á buscar novedades que no siempre responden á la verdadera elegancia y á singularizarse hasta tocar á los límites de lo extravagante.

Porque dicho sea en honor á la verdad, en materia de sombreros la moda ha llegado ya á lo más absurdo, casi á lo intolerable, imponiendo unos armatostes de tamaños descomunales en los que se amontonan profusamente plumas, pájaros, cintas, hojas, flores, frutas, plantas enteras en el más caprichoso y confuso revoltijo, ó unas cestas invertidas con adornos por el estilo de aquéllos y de formas realmente desgraciadas.

El último concurso del teatro Marigny parece, sin embargo, señalar una tendencia más moderada ó siquiera más exenta de tanta exageración. En efecto, según puede verse en el grupo de primeros premios que adjunto reproducimos, al lado de los grandes modelos han sido premiados otros más pequeños que no favorecen menos que los otros á las que los llevan y que algo deben tener cuando el jurado los ha estimado dignos de tal distinción.

¿Querrá la moda algún día armonizar lo elegante con lo que es de sentido común? Mucho lo dudamos, porque precisamente el imperio de esa deidad se basa en el capricho, en la arbitrariedad, en la tiranía de imponer lo que á ella ó á sus sacerdotes se les antoja, sea ó no lógico y tanto más cuanto más ridículo. – T.



París.—Concurso de sombreros celebrado recientemente en el teatro Marigny.—Un grupo de primeros premios. (De fotografía de M. Branger.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CUENTOS MORALES, por *Francisco Fatou Lucas*. – Un tomito de 128 páginas, ilustrado con varios grabados y publicado con licencia eclesiástica. Impreso en Sevilla en la imprenta de «El Mercantil Sevillano. Precio, 50 céntimos.

CÁMARA OFICIAL DEL COMERCIO, DE LA INDUSTRIA Y DE LA NAVEGACIÓN DE BARCELONA. – Memoria de los trabajos realizados durante el año 1908. Un tomo de 170 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y Compañía.

LA TRIBUNA ROJA, por *B. Morales San Martín*. – Novela de costumbres valencianas. Un tomo de 200 páginas, editado en Valencia por Angel Aguilar. Precio una peseta.

BODA Y MORTAJA, por *Rafael Pamplona Escudero*. – Novela premiada en el segundo concurso de la «Biblioteca Patria.» Un tomo de 132 páginas, editado en Madrid. Precio, una peseta.

EL ARTE MÁS DIFÍCIL, por *E. Bertrán y Rubio*. – Colección de artículos. Un tomo de 384 páginas, editado en Barcelona por Manuel Marín. Precio, tres pesetas.

LA RULLA, por *B. Morales San Martín*. – Novela de costumbres valencianas. Un tomo de 288 páginas, editado en Valencia por Angel Aguilar. Precio, dos pesetas.

DE ANDALUCÍA, por *F. Cortines y Murube*. – Colección de poesías. Un tomo de 204 páginas, impreso en Sevilla en la imprenta de Izquierdo y C.ª Precio, dos pesetas.

LOS INGLESES VISTOS POR UN LATINO, por *Federico Rahola*. – Impresiones de viaje. Un tomo de 192 páginas, que forma parte de la «Biblioteca Diamante» editada en Barcelona por Antonio López. Precio, dos reales.

UNIÓN DE PRODUCTORES DE ESPAÑA PARA EL FOMENTO DE LA EXPORTACIÓN. – Memoria del período de organización. Un folleto de 16 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta Casamajó.

EL BECERRO DE ORO, por *Micaela Peñaranda y Lima*. – Novela premiada en el segundo concurso de la «Biblioteca Patria.» Un tomo de 156 páginas, editado en Madrid. Precio, una peseta.

PICTÓRICAS, por *Ramón N. Franco*. – Colección de poesías. Un tomo de 292 páginas, impreso en México. Precio, un peso.

REGLAMENTO DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL GALLEGA que ha de celebrarse en la ciudad de Santiago en el año santo de 1909. Un folleto de 28 páginas con el plano de la exposición, impreso en Santiago en la imprenta de «El Eco.»

MIEDO, por *José M.ª Francés*. – Colección de cuentos. Un tomo de 220 páginas, editado en Valencia por F. Sempere y Compañía. Precio, una peseta.

CABALGATA DE HORAS, por *Emiliano Ramírez Angel*. – Novela. Un tomo de 205 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta Gutenberg. Precio, tres pesetas.

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ARBOL EN ESPAÑA. 1908. – Un tomo de 120 páginas profusamente ilustrado, impreso en Barcelona en los talleres gráficos de José Casamajó.

EL LIBRO DE LA VIDA BOHEMIA, por *Luis Antón del Olmet*. – Colección de artículos de costumbres y de narraciones de viaje. Un tomo de 196 páginas, impreso en Madrid en el establecimiento tipográfico de Jaime Ratés. Precio, 3'50 pesetas.

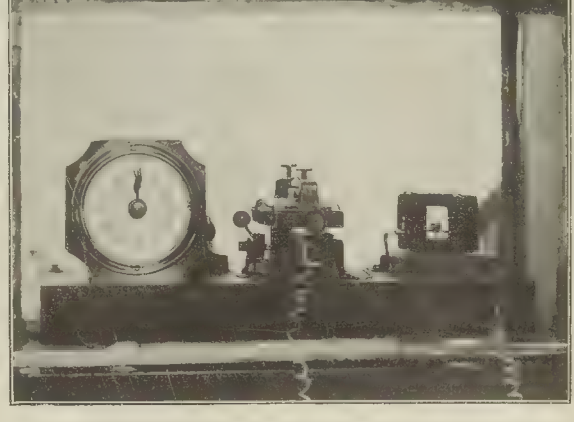
EL NOTABLE INVENTO DEL P. MACCIONI.—APARATO AVISADOR DE LOS TERREMOTOS

Todos los aparatos de sismografía hasta ahora conocidos, aun los más perfeccionados, limitábanse á registrar los terremotos ocurridos á grandes distancias, en el momento mismo en que se producían, y los esfuerzos realizados por ilustres físicos para descubrir un medio que anunciase con anticipación aquellos fenómenos habían resultado inútiles.

Los recientes terremotos de Messina y Reggio avivaron en el mundo científico el afán de hallar una solución al importante problema, que al fin ha encontrado el P. Atto Maccioni, director del Observatorio sísmico que la orden de los Observantes tiene en las inmediaciones de Siena. Fundándose en el hecho perfectamente probado del presentimiento que de los terremotos tienen los animales y del fenómeno frecuente de despertarse repentinamente muchas personas algunos minutos antes de producirse aquéllos, concibió el P. Maccioni la idea de la existencia de un sistema de ondas, análogas á las hertzianas, que se originan en el epicentro del sacudimiento terrestre, en el período de preparación ó formación de éste, y se propagan con la velocidad que á tal género de ondas caracteriza, y las denominó *ondas electromagnéticas*.



El P. Atto Maccioni,
inventor del aparato avisador de los terremotos



El avisador sísmico inventado por el P. Maccioni
(De fotografías de Argus Photo-Reportage.)

Para poner en práctica su teoría, escogió de entre los aparatos de la física moderna el *coherer* ó resonador eléctrico, parte esencial de la telegrafía sin hilos; mas no satisfaciéndole del todo las condiciones de ese aparato, inventó un *coherer* de forma especial y esperó una ocasión de comprobar la existencie de las supuestas ondas.

Y efectivamente, el día 11 de abril último pudo ver confirmada su hipótesis, puesto que su aparato registró dos terremotos ocurridos á 22 kilómetros de distancia de su Observatorio, cuatro minutos antes de que los registrasen los sismógrafos ordinarios: las ondas electromagnéticas habíanse adelantado cuatro minutos á las ondas mecánicas, impresionando visiblemente el *coherer* y parando un reloj sismoscópico con éste relacionado.

Es indudable que el aparato del P. Maccioni, bautizado con el nombre de *avisador sísmico*, constituye un invento de grandísima importancia que, debidamente perfeccionado, puede prestar valiosos servicios á las poblaciones castigadas por los cataclismos telúricos; el principio está descubierto y su perfeccionamiento y desarrollo, como ha sucedido en los inventos más trascendentales, es cuestión de tiempo.

El P. Maccioni nació en Pistoya el 7 de enero de 1875, hizo sus primeros estudios en el colegio franciscano de las misiones de Giancherino y los continuó y terminó en el convento de la Observancia de Siena. Desde su juventud sintió gran pasión por la física y por las matemáticas, y hace algunos años fundó su primer observatorio sísmico, que en 1899 trasladó al citado convento.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 14 de junio de 1909 — Núm. 1.433

LA EXPOSICIÓN ZULOAGA EN NUEVA YORK



LOS VENDIMIADORES

SUMARIO

LA EXPOSICIÓN REGIONAL

VALENCIANA

Eran aquellos primeros días en que febrilmente se estaba construyendo nuestra futura Exposición y durante los cuales el corazón de todo buen valenciano sentía se oprimido por la angustia, porque no sabíamos si íbamos á un ridículo fracaso ó á un éxito franco y grandioso. El cronista, á pesar del pesimismo de algunos espíritus eternamente descontentadizos de todo, acudía inflamado por entusiástica esperanza á presenciar las obras, y al volver tras corta ausencia, parecíale soñar un cuento de hadas...

Ante sus ojos extendíase una pradera infinita, bañada por las rojizas aguas del Turia, cubierta por un mullido tapiz verde esmeralda con bordados de olorosas florecillas diminutas, como blancas margaritas, como botones de oro, como gotas de sangre brillante y cálida, como huellas azules de los pies de un hada azul, como lágrimas de luz irisada, como desgranadas perlas del collar de Flora.

Y de súbito —al cronista le parecía seguir soñando,—de entre el musgo verde esmeralda y de entre las flores de la pradera ribereña, comenzaban á surgir, modelados por delicados dedos de hada laboriosa, minaretes y obeliscos y cúpulas de un estilo arquitectónico fantástico; inmensas columnatas de puro arte clásico coronadas profusamente de bellas estatuas; palacios riquísimos, fiel trasunto del estilo gótico flamígero; arcos esbeltos; amplios circos; poéticos umbráculos; monumentales teatros y casinos; quioscos elegantes; graderías y terrazas espaciosas; fuentes colosales; atrevidas torres; lagos y jardines salpicados de surtidores...

Todo el soberbio conjunto de edificios palaciales que surgía lentamente del fondo del tapiz de flores y plantas, crecía, agigantábase, convirtiendo la florida pradera en populosa ciudad, en la que el tráfago de la vida no había profanado aún la virginidad y albura de sus flamantes edificios. Y en verdad podía creerse que la ciudad novísima era digna de la fantasía oriental de una princesa levantina condenada á morir por genios maléficos, y que prolongaba su vida por la fuerza poderosa de su ingenio, de su arte y de su voluntad.

Por la nueva Babilonia hormigueaban seres diminutos, sucios de polvo y de yeso, pero activos y diligentes. Eran las hadas benéficas que dejaron los velos y las túnicas de ricas sedas luminosas y se habían convertido en gnomos que cogían la tierra y la apalcaban, y abrían zanjas, y cimentaban muros, y trazaban arcos, y alzaban torres y columnas, y erigían palacios, transformando los floridos campos en una gran urbe moderna, invadida, apenas acabada, por falanges de artistas, de industriales, de poetas, de agricultores, de ingenieros..., por toda una humanidad vieja que quiere remozarse y por una humanidad joven que ansía la madurez... Y desde hoy dos ciudades, dos grandes ciudades se levantan en las márgenes del Turia: *la ciudad vieja*, Valencia; la nueva: *la Exposición Regional Valenciana.*

Ambas se miran en el cristal del río inmortalizado por un poeta inmortal: Gil Polo; pero la serenidad de su mirada no la turban los celos; no se envidian; se aman la *ciudad vieja* y *la nueva* con amor de madre y de hija. Si acaso, miran con enojo al Turia que las separa, y no bastándoles los seculares puentes de piedra para comunicarse, tienden otros y otros, por los que el flujo y reflujo humano va y viene sin cesar de la ciudad de los poetas y de los artistas á la de los industriales y de los agricultores, para ver cómo el mundo admira el actual progreso de una región ignorada, desconocida por sus hermanas las restantes regiones españolas; no estudiada aún por quien tiene el deber ineludible de hacerlo.

Y así, apenas se traspone el original y gracioso Arco de entrada de la Exposición, que afecta la forma de puente ó pasarela, se detiene el visitante para admirar las cinco fuentes que rodeadas de jardines y pequeños estanques aparecen como gallardas muestras de la inspiración de unos jóvenes escultores, casi niños aún, los Sres. Rubio y Navarro, que comienzan empujando valientemente á los viejos maestros consagrados por la fama y por la crítica.

Tras los jardines que cubren la explanada primera de la Exposición, levántase airoso y soberbio el Palacio de Bellas Artes, proyectado y dirigido por don Vicente Rodríguez, una de las esperanzas más legítimas de nuestra Escuela de arquitectura. El palacio tiene la elevación acostumbrada de los monumentos helénicos. Consta de un piso, formado por larga columnata de 180 metros de longitud, que sostiene una galería adornada con bellísimas estatuas. Al final de la galería, un severo pórtico remata el edificio, coronado por una enorme cuadriga regida por Apolo, á cuyos lados dos Minervas dan guardia de honor al dios de la luz y de la poesía. Cuando en las espléndidas tardes levantinas hieren á la dorada cuadriga, á Apolo y á las dos Minervas los rayos del sol, arrancándoles áureos y cegadores destellos, diríais que es en Atenas donde nos encontramos y que son aquellas las estatuas que Fidias labró para el Partenón y cuyos dorados reflejos llegaban hasta el Pireo...

Con el Palacio de Actos y el Gran Casino forma el Palacio de Bellas Artes una gran pista ó circo oval de 180 metros de longitud por 86 de ancho, en el cual se celebran batallas de flores, concursos hípicos, de fuegos artificiales, ciclistas, etc. Este circo tiene una gran visualidad y tan sorprendente perspectiva, que al penetrar en él y columbrar al final de la gran columnata el pórtico coronado por la monumental cuadriga, exclamó, el día de la inauguración de las obras de la Exposición, D. Alfonso XIII:

—Esto es magnífico, soberbio. ¡Estoy encantado!

Y el Sr. Maura, que le acompañaba, añadió como comentario de la regia admiración:

—¡Estoy anonadado ante tanta grandeza!

El Palacio Municipal honra á su autor, el joven arquitecto del Ayuntamiento don Francisco Mora, quien ha preferido, dando pruebas de honradez artística y de buen gusto, inspirarse en el arte gótico valenciano, original y suntuoso, á imitar servilmente el arte extranjero ó á darnos una muestra de los extravíos arquitectónicos modernos, tan faltos de sinceridad como de ideas originales. Y así la fachada principal como su amplio pórtico, sus torres coronadas de flamígeras agujas, sus galerías cubiertas por artísticas vidrieras medioevales, todo parece mejor obra de un delicado orfebre que de canteros manuales; y todo acusa un respeto filial y un amor intenso al arte de los maestros Pedro Compte y Juan Iborra, artífices que labraron nuestra Lonja de la Seda. En este Palacio se instalarán todos los centros subvencionados por el Ayuntamiento de Valencia.

Realzan más la grandeza de este Palacio y del de Bellas Artes la pequeñez raquítica del Pabellón de los Reales Patrimonios y el nada espléndido de la Diputación. El Palacio asilo de lactancia levántase á espaldas del Palacio Municipal y es de admirar la sencillez y elegancia de su fábrica.

Los Palacios de Agricultura y de Fomento son hermosos y un acierto del arquitecto D. Francisco Almenar. Forman los lados de un inmenso óvalo abierto por uno de sus extremos y cerrado por el opuesto por la colosal Fuente y Cascada luminosa y por los Pabellones para los concursos de ganadería. Constan aquéllos de una parte central, cubierta por cúpulas octogonales, de 700 metros de superficie, con dos alas laterales de 55 metros, en parte cubiertas y en parte á modo de amplias terrazas. En los extremos se levantan dos pabellones de 400 metros de superficie cada uno. Por su atrevida construcción y original y suntuoso decorado, se ofrecen como los palacios más interesantes de la Exposición, excepto los de Bellas Artes y Municipal.

El Salón de Actos es otra pieza soberbia, decorado interiormente de blanco y oro; es grande y espacioso, como todos los palacios descritos, y hecho *ad hoc* para los solemnes actos que en él han de celebrarse.

Diseminados por el recinto de la Exposición aparecen, después de los descritos, el Teatro Circo, el Palacio de la industria abaniquera, el de Arte retrospectivo, el gracioso Umbráculo, el Pabellón de la Junta de Obras del Puerto y la reproducción de éste en facsímil al natural, y cien y cien y cien instalaciones particulares, bellas, suntuosas y elegantes, rodeadas por las de los jardineros valencianos, oasis floridos y perfumados, por bars, restaurants, quioscos, montañas rusas, galerías de máquinas, cada una de cuyas descripciones no cabe en una crónica. Ante tanta grandeza y variedad del esfuerzo y del ingenio humano, una reflexión surge en la mente del cronista:

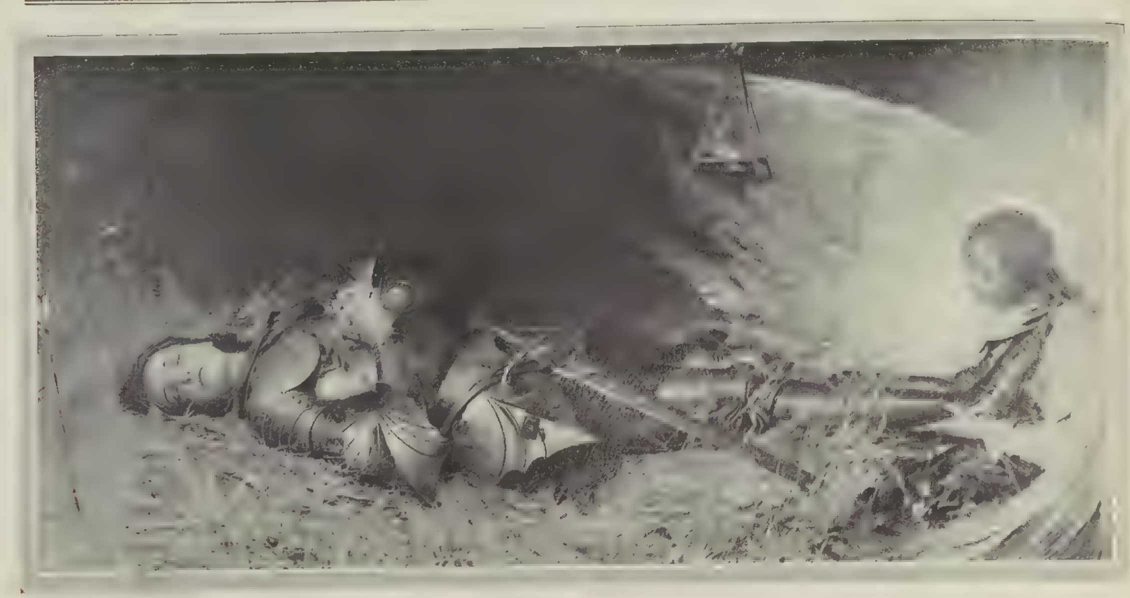
—Barcelona, la ciudad grande y laboriosa, es mas grande aún después del titánico esfuerzo de su Exposición Universal, magnífica y ejemplar. Valencia, su hermana, que despierta inspirándose en el ejemplo de Barcelona, resurgirá potente y viril; y después de los días de su Exposición Regional, un porvenir de ventura y de bienestar, legítimamente conquistados, le espera...—B. MORALES SAN MARTÍN.

Valencia, 6 de junio 1909.

La Srta. D.ª Rosa de la Figuera y de Lacerda, primer premio del Concurso de la Belleza de Valencia, en traje de labradora valenciana. (De fotografía de Moya)



VISTAS DE ALGUNAS DE LAS PRINCIPALES CONSTRUCCIONES DE LA EXPOSICIÓN. (De fotografías de F. Moya.)



Juana de Arco en reposo, cuadro de Jorge Joy, que figura en el Museo del Luxemburgo de París

ARLÉS.—LA GLORIFICACIÓN DE MISTRAL

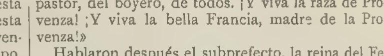
Con motivo del cincuentenario de la publicación del inmortal poema *Mireya*, hanse celebrado en Arlés grandes fiestas en honor de Mistral, el eximio poeta, el felibre entusiasta, el patriarca venerable, encarnación del espíritu poético de la bella Provenza.

Todo el país provenzal ha tomado parte en el homenaje, al que también se han asociado el gobierno francés y algunas personalidades extranjeras tan ilustres como la reina de Rumanía y la reina Amelia de Portugal, representadas respectivamente por el príncipe Cantecuzeno y por el cónsul portugués Mr. Howaks; de legado de los Estados Unidos; el cónsul real sueco Sr. Westrup, en representación de Suecia y especialmente del Instituto Nobel; el doctor Buckers, director del Museo Alsaciano de Estrassburgo, y otras.

Comenzaron las fiestas con una *pegoulade* ó marcha de las antorchas que se efectuó en la noche del 28 de mayo, en la que figuraron soldados de infantería y caballería, guardias en traje provenzal, algunos de ellos montados y llevando á la grupa hermosas muchachas, bandas militares, de trompetas, de tambores y tamboriles, que formaban un conjunto en extremo pintoresco.

Al día siguiente inauguróse con gran solemnidad el *Museon Arlaten*, fundado por Mistral en 1899 en el edificio que fué Tribunal de Comercio, y trasladado posteriormente, cuando Mistral obtuvo en 1904 el premio Nobel, al magnífico palacio Laval, del siglo XV, hoy bautizado con el nombre de «Palacio del Felibrige.» Este Museo, al que el poeta dedicó todo el importe del citado premio, es un resumen arqueológico de la antigua Provenza y una colección de cuanto actualmente caracteriza al pueblo provenzal.

Presidió la ceremonia Mistral, acompañado de su esposa y de la hija del felibre Roumanille, y asistieron á ella las personalidades antes citadas y un público numerosísimo. Mistral, emocionadísimo, pronunció un sentido discurso dando las gracias á cuantos habían contribuído ó colaborado en el Museo y terminando con estas palabras: «Estoy muy contento porque esta fiesta no es sólo la fiesta del felibre de Maillane, la fiesta de Federico Mistral, sino que es la fiesta de Provenza, la fiesta de la poesía, la fiesta de la Francia popular, porque pronto vais á ver todo lo que el pueblo ha dado para contribuir á la belleza del museo, que es la obra de la raza, vais á ver el trabajo del pastor, del boyero, de todos. ¡Y viva la raza de Provenza! ¡Y viva la bella Francia, madre de la Provenza!»





Laura Lister, retrato pintado por John Sargent

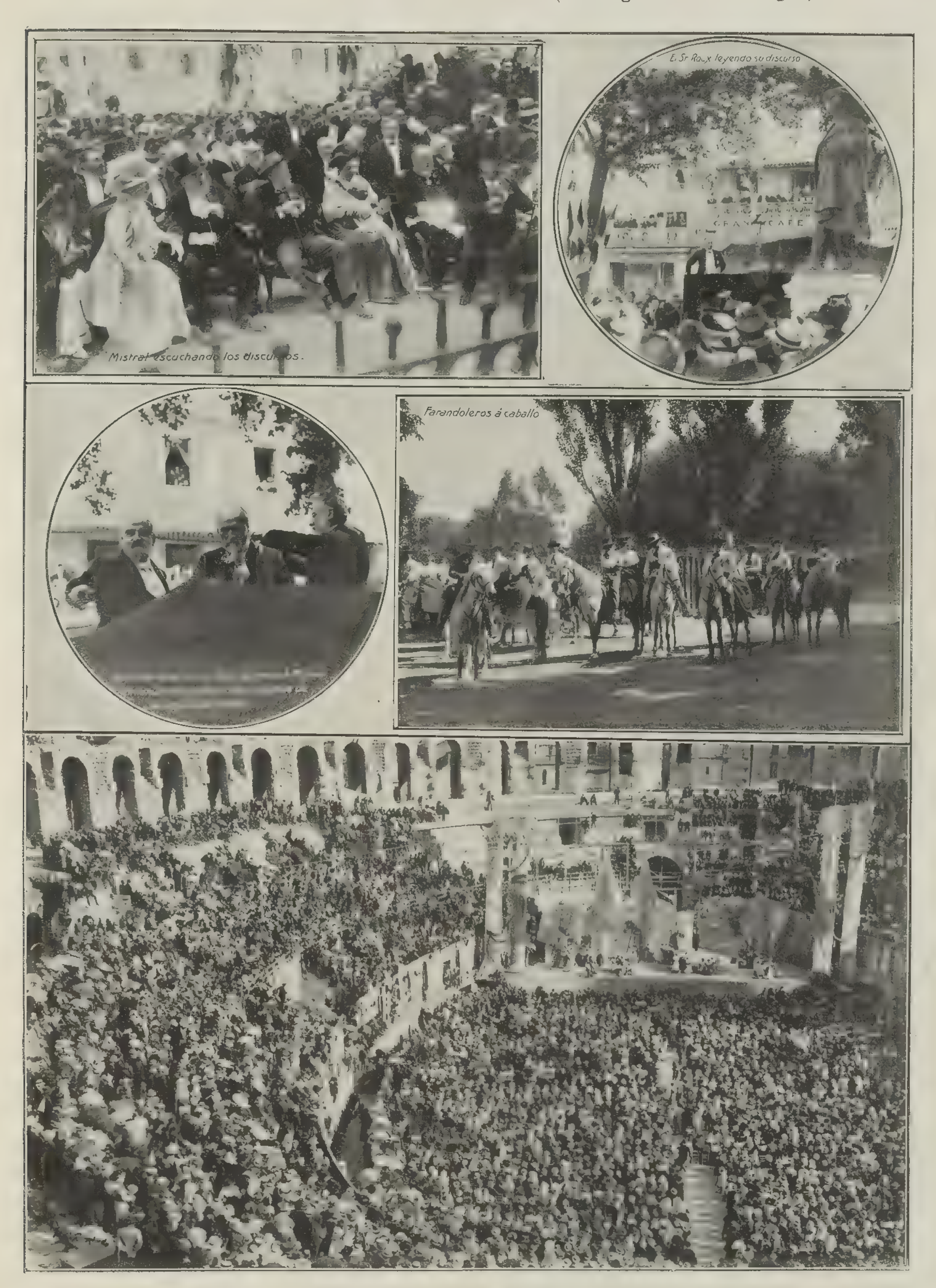
Hablaron después el subprefecto, la reina del Felibrige señorita Bichoffsheim de Chevigné, el alcalde, el presidente del Consejo general de las Bocas del Ródano y el cónsul de Suecia. La ilustre cantante Emma Calvé entonó algunas melodías provenzales que fueron coreadas por todos los concurrentes, y el eminente actor Mounet-Sully recitó algunas de las más inspiradas composiciones del maestro.

El domingo, día 30, por la mañana, inauguróse la estatua de Mistral, obra de Teodoro Riviere, erigida en la plaza del Forum. Cuando aparecieron en la tribuna oficial el poeta y su esposa, seguidos del subsecretario de Estado de Bellas Artes señor Dujardin Beaumetz, de las autoridades y de las representaciones de corporaciones y altas personalidades, estalló en la plaza, que estaba enteramente llena, una ovación estruendosa, que se reprodujo aun más formidable cuando, después de los discursos del Sr. Roux, del alcalde de Arlés, del Sr. Vogüé, en representación de la Academia, y otros, y de haber recitado Mounet Sully *Le lion d'Arlés*, de Mistral, el Sr. Dujardin-Beaumetz puso á éste las insignias de la Legión de Honor. Fué aquel un momento de emoción intensa; el poeta, arrasados los ojos en lágrimas, quiso hablar y no pudo; sólo al cabo de unos minutos consiguió decir algunas palabras de agradecimiento y recitó los primeros versos de su *Mireya*, que fueron coronados con estruendosas aclamaciones.

Por la tarde cantóse en las Arenas la ópera *Mireille*, de Gounod, que cantaron notables artistas y en la que tomaron parte una porción de lindas muchachas de Maillane; la farandola fué bailada por jóvenes y muchachas del país. Terminada la ópera, Mounet Sully recitó una poesía de María de Sormiou dedicada á Mireya.

Las fiestas que á su poeta ha dedicado Provenza han sido hermosas; Francia entera ha estado en ellas representada, contribuyendo todos los franceses á la grandiosa apoteosis del inmortal poeta.—R.

ARLÉS.—LA GLORIFICACIÓN DE MISTRAL. (De fotografías de M. Branger.)



Mistral escuchando los discursos.

El Sr Roux leyendo su discurso

Farandoleros á caballo

Representación de la ópera de Gounod «Mireille» en las Arenas de Arlés ante 30.000 espectadores

LA EXPOSICIÓN ZULOAGA EN NUEVA YORK

Mientras las obras del pintor Sorolla están llamando la atención en el Museo de Búffalo, aquí en Nueva York son las del pintor D. Ignacio Zuloaga, instaladas en el mismo Museo Hispánico, donde se distinguieron tanto las del primero. Aquella admiración unánime de todo el mundo por las obras de Sorolla no se manifiesta ahora con las de Zuloaga; la prensa no se ocupa tanto de sus obras, el público acude en menos número y la apreciación general es menos simpatizadora.

A Sorolla le han llamado el pintor del sol; á Zuloaga le apellidan el pintor de la sombra.

Y es que esas manifestaciones artísticas de uno y otro difieren en calidad. El primero expuso 352 obras, en su mayoría escenas sacadas del natural, con todos aquellos matices que siente el pintor colorista, y sorprendiendo aquellas felices disposiciones de la vida actual, positiva, de las sonrientes playas valencianas, y un número de retratos de personajes ilustres. El segundo cuenta con 38 cuadros de tonos sombríos y de escenas más bien lúgubres; pues aun cuando sus figuras de manolas, petimetras, toreros y bailadoras parecen reir y moverse en garbosos ademanes, se hallan de tal modo envueltas en un ambiente y sentimiento severo, que en vano se espera aquella gracia tan conocida del carácter español.

El público experimenta un cierto desencanto á la vista de estas representaciones de tipos y asuntos más bien denigrantes, tanto más sensibles cuanto más estudiadas son estas pinceladas severas y entonaciones tristes. Estas mismas escenas pintadas con colores que recordaran aquella luz y atmósfera de España, aquella alegría especial que se respira aun en la clase pobre y dentro de las construcciones rústicas, impresionarían indudablemente mejor al americano, quien tiene la vista educada y sabe apreciar la representación de la verdad.

Así sería de los cuadros en extremo convencionales *El enano Gregorio* (1), *Vendimiadores, Sepúlveda*.

Sin embargo, algunos críticos ponderan bien el talento de Zuloaga. Mr. Huncker, en el *New York Sun,* se expresa así: «El uno (Sorolla) es la impersonalidad de la llama, del día claro; el otro todo es personalidad, ocupada en caprichos nocturnos, diabolismos, perversidades, crueldades y furores voluptuosos.» Refiriéndose al cuadro *Las brujas de San Millán* (2) exclama: «...En seguida ustedes piensan en los *caprichos* de Goya. Esa hechicera con la rueca cuya cara está pintada con la fidelidad propia de Holbein; el perfil monjil de esa bruja agachada cerca de la linterna; esa repulsiva criatura con espejuelos, todas ellas y especialmente esta anónima con caperuza y además ese fondo lúgubre y terrible, un país seco y duro como una cernada volcánica, hacen un conjunto espantoso.»

Otro crítico se expresaba así: «Estas caras admirablemente pintadas son ciertamente de mujeres viejas, feas, pobres y arrugadas, pero todavía son mujeres buenas; su semblante no acusa aquel interior diabólico y terrible que se atribuye al tipo de la bruja.»

En otro cuadro, *Le vieux marcheur,* cuenta míster Huncker: «Es tan moral como Hogarth y tan amargo como Rops. Dos señoras están pasando un puente; su realidad impresiona á la retina de un modo maravillosamente definido. Ellas viven, ellas caminan. La una viste de verde salpicado, la otra de negro. Un venerable minotauro las persigue. Viste de etiqueta; su corbata blanca y sombrero de copa forman un respetuoso contraste con su semblante de fatuidad—el marqués de Steyne caminando.—La expresión vivaracha de las niñas, que parecen estar haraganeando, nos dicen más en una mirada que un capítulo de Flaubert, Zola ó de Maupassant. ¿Será necesario añadir que la ejecución les deja á ustedes respirar por su facilidad consumada y la realización de efectos buscados?»



Viejo verde, cuadro de Ignacio Zuloaga. (Exposición de Nueva York.)

El mismo crítico continúa: «¡Qué verbo, qué presión, qué entrañas humanas tiene este español! Un hombre, no un profesor de métodos académicos. Él no tiene escuela; es una escuela en sí mismo. Si se le han escapado otros episodios y aspectos más serenos y poéticos de la vida, esto prueba que no es un filósofo contemplativo. La forma siniestra que se nota en algunos de sus lienzos no arguye la existencia de una bestia espiritual; sólo es el reconocimiento de la perversidad de la vida. No es muy agradable ni alentador, mas esto es parte del artista y está muy arraigado en su alma española, junto con la ironía áspera y un espíritu cruel de burla. Zuloaga rehusa seguir los ideales de otros hombres, y pinta lo rudo como rudo; si la orquesta es brutal, al menos no es lasciva.»

Su mejor cuadro es sin duda *Mlle. Lucienne Breval en Carmen* (3), que ha comprado el Museo Hispánico. En este cuadro, como en los de *Las brujas, El cantor de Montmartre, Paulette en danseuse* y en el *Actor Zambilli,* las notas obscuras tienen su razón de ser; la entonación misteriosa y caliente del primero, el colorido frío y apagado del segundo, están bien de acuerdo con la representación de la escena.

El cuadro *Los vendimiadores* da buena idea de la maestría de Zuloaga en su manera de pintar fundiendo las pinceladas en grandes rasgos y masas, y su gusto por las notas obscuras llega al extremo de sacrificar los efectos del aire libre, á la apariencia de un cuadro pintado cien ó más años atrás.

El Sr. Zuloaga tiene muchísimo talento y sabe pintar con color en pasta; también sabe pintar, si quiere, asuntos simpáticos, y éstos debe pintar para exponer aquí en Nueva York, al menos si desea lograr mejor aplauso y beneficio.

La Sociedad Hispánica también ha nombrado á Zuloaga, como á Sorolla, miembro de la misma y le ha premiado con una medalla de plata.

La medalla que reprodujimos en el número 1.431 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ostenta en el anverso la siguiente inscripción: «*Dichosos aquellos á quienes el genio ha inspirado.—Son como estrellas, suben y se ponen.—Logran la adoración del mundo, pero no el reposo.—La Sociedad Hispánica de América.*» En el reverso, se lee: «*...Aquella luz que inflama el universo...Inspiración.*»

Ambos artistas pueden estar orgullosos de haber sido los primeros que, por mediación de la Sociedad Hispánica, han representado gloriosamente el arte español en estas tierras de América.

Y en cuanto á la Sociedad Hispánica de América, España debe agradecerle su obra altamente patriótica, pues en esas exposiciones ha demostrado ser el Mecenas americano del arte español, iniciándolas, llevándolas á feliz término, presentándolas con verdadera magnificencia, costeando todos los gastos de las mismas, que han importado muchos miles de dólars, y adquiriendo cuatro cuadros de Sorolla y dos de Zuloaga, pagados á buenos precios.

La lección que se desprende del éxito de las exposiciones de Sorolla y de Zuloaga constituye una esperanza en extremo halagüeña para el arte de nuestra patria, pues éste, gracias á ellas, se ha abierto el mercado de los Estados Unidos. Pero además, las mencionadas exhibiciones, especialmente la del pintor valenciano, han despertado en muchos norteamericanos el deseo de conocer la realidad de lo que en las telas han visto reproducido, y no serán pocos ciertamente los que realizarán, á consecuencia de ellas, un viaje á nuestra península.

SEBASTIÁN CRUSET.

Nueva York, mayo de 1909.

(1) Publicado en el número 1.378 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

(2) Publicado en el número 1.378 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

(3) Publicado en el número 1.382 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

PONT-AVEN (BRETAÑA).—La romería de las flores de retama. (Fotografías de Carlos Trampus.)



Un premio del concurso de trajes

Dos premios del concurso de trajes

El concurso de trajes.—La Reina de las Flores de retama

Pont-Aven, aldea bretona denominada «El Paraíso de los pintores,» puéblase todos los años, cuando llega la primavera, de artistas de los barrios parisienses de Montmartre y de Montparnase, que allí acuden para inspirarse en aquellos paisajes y buscar asuntos para sus cuadros en las antiguas leyendas, en las costumbres, en los trajes de tan pintoresca región.

Allí también pueden deleitarse los artistas presenciando la «Romería de las Flores de retama,» que todos los años congrega en Pont-Aven á las mayores notabilidades bretonas y á lindas muchachas que visten los trajes reputados como más ricos y más elegantes de la Bretaña.

Un lindo gorro, cuyos delicados encajes y cuyas alas, apenas descansando sobre la cabeza, muévense graciosamente á impulsos del viento; un cuello inteligentemente rizado y doblado del cual emerge una garganta deliciosa; una falda negra enteramente guarnecida de adornos de oro y plata y de rico terciopelo, tal es el traje de las pont avenesas.

De este modo ataviadas, las muchachas de la comarca se reunen, el día de la fiesta, en la plaza del pueblo y proceden á la elección de la Reina de las Flores de retama y de sus doncellas de honor, que aportan á esta manifestación de arte y de poesía los encantos de su gracia, de su belleza y de su juventud.

La reina y su corte, montadas en un carro enorme, adornado con flores de retama y de brezo y tirado por cuatro bueyes engalanados también con guirnaldas de hojas, toman posesión de su aldea. La efímera soberana viste de raso blanco y ostenta como cetro la rueca, que conservará toda su vida y traerá siempre á su memoria el grato recuerdo de aquella gloriosa jornada. Atraviesa la población entre una inmensa multitud de bretones y bretonas, que la aclaman en su lengua regional y se encamina á la iglesia, en donde asiste á la misa y á la bendición, y terminada la ceremonia religiosa, preside el concurso de *binious,* especie de cornamusa bretona.

Decir que el *biniou* es un instrumento armonioso sería una exageración; pero en aquel escenario natural y gracias sobre todo al entusiasmo de los tocadores, que soplan y se agitan, beben grandes vasos de sidra y se vuelven á soplar y á agitarse, el concurso adquiere un color local en extremo interesante y ofrece encantos imprevistos.

Después de este concurso, celébrase el de trajes; el desfile de ropajes antiguos de los cuatro cantones de la Bretaña es un espectáculo como pocos brillante y pintoresco.

Otorgados los premios, fórmase el cortejo que se encamina al «bosque del amor,» poético nido de verdura adosado á la vertiente de la próxima colina. Allí ha dispuesto el Ayuntamiento un teatro popular, en cuya instalación han colaborado todos los artistas presentes en Pont-Aven, los unos pintando decoraciones, los otros adornándolo bellamente y todos aguzando su ingenio para que aquel pequeño escenario levantado en plena naturaleza sea una obra de buen gusto y un sitio en donde se respire intimidad. En aquel tablado recitan inspiradas composiciones el célebre bardo bretón Betrel y su esposa, y otros bardos comarcanos entonan sentidas trovas.

Y cuando cae la noche, la representación concluye y con ella acaba la «Fiesta de las Flores de retama,» esa hermosa manifestación de los arraigados sentimientos de un pueblo amante como pocos de su poesía y de su tradición, á las que rinde el más fervoroso culto.—P.



LA BAILARINA PAULETTE



TOREROS DE ALDEA



Barcelona.—Manifestación cívico-religiosa en honor de los mártires barceloneses de la guerra de la Independencia

BARCELONA. – ENTIERRO DE ALBÉNIZ

CONMEMORACIÓN DEL PRIMER CENTENARIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

En un mismo día, el 6 del corriente, realizáronse en esta capital dos actos grandiosos y solemnes: por la mañana, el entierro del eminente compositor y pianista Isaac Albéniz; por la tarde, la manifestación cívica para trasladar á su definitiva sepultura los restos de los mártires barceloneses de la guerra de la Independencia. En un mismo día, pues, nuestro pueblo rindió culto á dos grandes ideales, el arte y la patria, y lo hizo de una manera digna, espontánea, entusiasta, poniendo en ello el rico caudal de sentimiento que atesora.

El cadáver de Albéniz había sido trasladado á esta ciudad y depositado en la estación de Francia, en donde se organizó el entierro. Cuando fué sacado el féretro de la cámara ardiente, la banda municipal tocó la marcha fúnebre de *El crepúsculo de los dioses*, y cuando salió al andén, el clero entonó un responso y el «Orfeó Barcelonés,» dirigido por el maestro señor Serra, cantó fragmentos de la misa de Requiem de Faure.

Formóse luego la comitiva por el orden siguiente: guardia municipal montada llevando la bandera de la ciudad enlutada, varias corporaciones con sus estandartes, el féretro cubierto de coronas y flores y cuyas gasas llevaban los Sres Mas y Serracant, por la Academia, Granados; Fuster, por el Círculo Artístico; Martínez Imbert, por la Sociedad Económica de Amigos del País; Vallés y Ribot, por los diputados á Cortes por Barcelona; Llanas, por la Sociedad de Autores Españoles; Lamothe de Grignón, por la Asociación Musical; Pellicer, por la Escuela Municipal de Música; Sánchez Gavagnach, por el Conservatorio de Música, y Seguí, por la colonia veraniega de Tiana. Seguían cuatro coches llenos de coronas, el duelo formado por D. Alfonso Albéniz, hijo del difunto, el gobernador civil, el alcalde accidental, el diputado á Cortes Sr. Bertrand y Serra, en representación del Ayuntamiento de Camprodón, y representantes de la Diputacién Provincial, del presidente de la Audiencia y de la comisión organizadora del homenaje, y finalmente las corporaciones oficiales, científicas, literarias, artísticas y económicas en número incalculable y un público inmenso.

Al pasar el entierro por la Escuela Municipal de Música y por el Conservatorio, los alumnos de una y otro arrojaron gran cantidad de flores sobre el coche mortuorio.

Las calles que recorrió el fúnebre cortejo estaban llenas de gente, lo mismo que los balcones de las casas, muchos de los cuales ostentaban colgaduras.

El hecho que se conmemoró por la tarde es, trazado á grandes rasgos, el siguiente.

El pueblo de Barcelona, ansioso de sacudir el yugo de los franceses, había organizado, á costa de grandes sacrificios, una gran conspiración que debía estallar á las doce de la noche del 11 de mayo de 1809. La señal del levantamiento era un cohete que debía dispararse en el castillo de Montjuich; pero por causas que se desconocen la señal no se efectuó, lo que hizo temer á los conjurados que habían sido descubiertos. A pesar de ello, siguieron conspirando, y quizás habrían podido realizar su plan, si la misma traición del capitán Provana, que fingió ser amigo de los españoles para delatarles luego á la policía extranjera, no hubiera hecho inútiles todos los esfuerzos. Massana y Aulet fueron presos el 14 de mayo, y á las pocas horas corrían la misma suerte los PP. Pou y Gallifa y el subteniente Navarro. Condenados á muerte, fué ejecutada la sentencia el 3 de junio. El pueblo, que veía en aquellos cinco héroes la personificación de su independencia, intentó en vano salvarles de la muerte. Fracasados por falta material de tiempo los trabajos que se realizaron para organizar un movimiento decisivo de acuerdo con las tropas del llano y la escuadra inglesa, ya no hubo esperanza; pero tres valientes menestrales, Lastortras, Portet y Mas, quisieron aún intentar un esfuerzo supremo: se introdujeron furtivamente en el campanario de la catedral, y al ser arrojado Masana de lo alto de la horca, el toque de somatén hizo cundir la alarma entre los dominadores; pero todo fué inútil, porque la ciudad estaba ocupada militarmente y los cañones con la mecha encendida esperaban el primer aviso para destruirla.

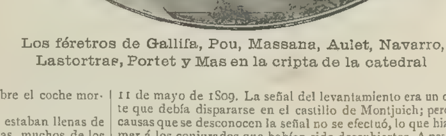
Después de permanecer 72 horas escondidos en los fuelles del órgano de la catedral, aquellos intrépidos jóvenes, vilmente engañados por la promesa del perdón que sus perseguidores les hicieron, se entregaron rendidos ya por el hambre y por la sed. Condenados á muerte á los pocos días, compartieron la corona de la inmortalidad con aquellos á quienes generosamente intentaron libertar.

La traslación de los restos de los ocho mártires á su definitiva sepultura, que es una capilla de los claustros de la catedral, fué una manifestación imponente, en la que tomó parte todo el pueblo barcelonés, autoridades, clero, corporaciones, gremios, círculos; en una palabra, todos los elementos de esta capital y todas sus clases sociales. Además asistieron al acto los somatenes de muchos pueblos de Cataluña. Cada féretro iba conducido en un armón de artillería y acompañado por representantes de la clase, gremio ó profesión del héroe cuyos restos contenía.

El paso de la comitiva fué presenciado por una gran multitud y en muchos sitios arrojáronse flores sobre los ataúdes.

De regreso en la catedral, los féretros fueron colocados en la cripta, y después de haber entonado el cabildo y la capilla de música un responso, trasladados a la capilla de San Gabriel, en donde quedaron depositados hasta el día 8, en que se procedió solemnemente á su sepelio.

(Fotografías de A. Merletti.)



Los féretros de Gallifa, Pou, Massana, Aulet, Navarro, Lastortrae, Portet y Mas en la cripta de la catedral

Barcelona.—El entierro de Isaac Albéniz al salir de la estación de Francia

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Madre é hijo se unieron en un prolongado abrazo

—Sí, quizá tengas razón, dijo la comadrona.

—Más vale obrar con prudencia, y sin descubrirme, dejarles creer á los dos que he desaparecido para siempre... Entonces trataremos de dar con la niña. Cuando la tenga, tendré también á la madre..., y si adquirimos la prueba de que hizo desaparecer á mi hija, tendremos sólidamente cogido al Sr. Laroche.

—Sí, tienes razón, hijo mío, declaró la señora de Favreuse, y yo te ayudaré con todos los medios que estén á mi alcance en la misión que emprendes.

Mientras su hijo hablaba, la comadrona había reflexionado.

En aquella empresa, su amor por Luciano se unía al odio que sentía por Laroche; pero otra consideración la impulsaba también á ayudar á su hijo á recuperar sus derechos sobre la fortuna del ex comerciante. Pensaba que los millones que Juana heredaría de su padre serían también de Luciano, y que ella se aprovecharía igualmente de aquella fortuna con su hijo.

La antigua gran señora vislumbraba ya un porvenir dorado. Al lado de su hijo, inmensamente rico, reanudaría la vida de placeres de otra época, aquella existencia que con tanto sentimiento había abandonado.

—Voy á ponerme en campaña yo misma desde mañana, declaró la comadrona, y no dudo del resultado... Es imposible que tu mujer no dejase en Meudon, antes de marchar, algún indicio que nos pondrá sobre la pista. ¿Teníais algunas relaciones en el país?, preguntó ella.

—Ninguna, contestó Luciano. No hubiera sido prudente, puesto que me ocultaba.

—Es verdad. Pero no importa, yo me informaré. Soy conocida en todos estos contornos y á nadie sorprenderá verme buscar á esa criatura. Ello parecerá muy natural, dada mi profesión, y ya tengo explicaciones preparadas.

Luciano estaba encantado de ver tomar á su madre la iniciativa en el asunto. No se le ocultaban las serias dificultades con que hubiera tropezado practicando directamente las investigaciones. Su situación con la policía paralizaba sus diligencias.

—¿Dónde vives en este momento?, preguntó la comadrona. Necesitaremos vernos á menudo, casi cada día.

—Me hospedo interinamente en Saint-Denis, anunció Luciano. Me han hecho esperar un empleo en una fábrica y estoy á la mira.

—¿Por qué no vienes á instalarte aquí?, propuso la señora de Favreuse. Precisamente tengo un cuarto libre, el que reservo para mis pensionistas... cuando las tengo, lo que sucede raras veces; siempre estarás aquí mejor que en un cuarto de hotel, entre gente desconocida.

Esta proposición sedujo al marido de Juana; sin embargo, creyó deber objetar:

—¿Crees tú que mi presencia no daría que hablar á tus vecinos?

—De ninguna manera, contestó la madre. Se sabe en el país que la señora Rollinet, la comadrona, es viuda, y tengo el derecho de vivir con mi hijo. Te llamarás Luciano Rollinet, ni más ni menos... Hasta será más prudente.

Las cosas quedaron prontamente convenidas de este modo, y Luciano se separó de su madre para volverse á Saint Denis.

En el camino, el miserable reflexionó sobre el nuevo sesgo que su asunto iba á tomar.

Se alegraba del apoyo de su madre; pero se sentía, sin embargo, presa de cierta inquietud.

En su ignorancia absoluta de lo que había pasado desde su arresto, se preguntaba si aún tenía legalmente derecho de emitir pretensiones respecto á su hija. El Sr. Laroche, aquel comerciante tan serio y tan rígido, no era hombre para comprometerse á la ligera en un asunto. Sin duda había previsto la vuelta de su yerno, un día ú otro, y Luciano se preguntaba con angustia si no iba á tropezar en sus reivindicaciones con alguna disposición legal que le privase de sus derechos paternos.

De pronto tuvo una inspiración.

«Griffonnier me lo dirá—pensó;—él debe conocer la ley sobre el particular.»

Sin llegar á su casa, el licenciado se fué directamente á la isla de Saint Denis, á una taberna posada donde sabía que podía encontrar al ex pasante de notario.

Eran cerca de las diez de la noche cuando Luciano penetró en la taberna.

Algunos parroquianos de mala catadura ocupaban aún el saloncito ahumado, y como Luciano le explo-

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

raba al entrar, el posadero, que le reconoció por haberle visto varias veces con su inquilino, le preguntó sin abandonar el mostrador:

—¿Busca usted á su camarada?

—En efecto, contestó el marido de Juana.

—Acaba de subir á acostarse ahora mismo.

—Gracias, voy á verle.

—¿Sabe usted el número?

—¿No es el 18?

—El 18, añadió el tabernero. Cuidado con caerse en la escalera.

La casa sólo tenía dos pisos, y Luciano, que había encendido un fósforo, se encontró pronto en el rellano del primero. Por debajo de una puerta, delante de él, se filtraba un hilito de luz.

Llamó.

—¿Quién?, preguntó del interior la voz conocible de Griffonnier.

—Yo, abre, contestó Luciano.

La madera de la cama crujió y un ruido sordo de pasos dados por pies descalzos se dejó oir, y sin abrir, el ex pasante volvió á preguntar:

—¿Quién?

No había reconocido la voz de su antiguo camarada de Etampes.

—¡Favreuse!, contestó el marido de Juana casi en voz baja.

—¡Ah, eres tú!.. Bueno.

Griffonnier era prudente.

La llave giró entonces en la cerradura.

Luciano empujó la puerta y entró.

Griffonnier, que ya se había acostado cuando su amigo llamó, volvió á meterse en cama.

—Con tu permiso, dijo.

Y añadió:

—Da la vuelta á la llave... ¿Sabes? Aquí no está uno del todo seguro.

Luciano obedeció, y tomando la única silla que había en el cuarto, la acercó á la cama y se sentó.

El ex pasante, apoyado sobre el codo, miraba á su amigo con cierta sorpresa, preguntándose cuál podría ser el motivo de aquella visita á deshora.

—¿Qué te trae á estas horas?, preguntó.

—Vengo á pedirte un consejo, contestó Luciano.

—A tu disposición, amigo; ya lo sabes.

—Hay una cosa de la cual no te hablé nunca y que es necesario que sepas ante todo.

—Explícate. Un secreto, ¿verdad? Puedes tener confianza en mí.

—Estoy casado, dijo Luciano.

—¡Bah!, exclamó el ex pasante sorprendido. ¿Y ese es tu secreto?

—Sí..., casado desde hace cuatro años...

—Y bien..., dijo el astuto compadre notando una vacilación en Favreuse. ¿Es eso todo lo que tienes que decirme?.. ¡Desembucha, hombre!..

Luciano contó entonces á su camarada las circunstancias en que se había operado su detención. Dijo la posición de Juana en aquel momento y cómo, á su regreso, no había encontrado ni á su mujer ni á la criatura que estaba en vísperas de dar á luz.

—Pero ¿las has buscado?, interrumpió Griffonnier. ¡Ah, era ese el negocio de que me hablabas el otro día al volver de la Chapelle!..

Luciano detalló entonces su viaje al Cepellón y su asombro al enterarse de que la criatura no había parecido en la quinta.

—¡Oh, la cosa es muy sencilla!, dijo Griffonnier; tu suegro la confiaría á una nodriza en los quintos infiernos, y no hay más que averiguar dónde.

—Sí, contestó Luciano; pero la cuestión no es esa. Admitiendo que descubro su paradero, ¿puedo apoderarme de ella?

—Sin la menor duda, declaró el ex pasante de notario.

—¿Crees que mi condena?..

—No tiene nada que ver para el caso, afirmó Griffonnier. Para privarte de tus derechos paternos, hacía falta una providencia especial; y si tu mujer hubiese intentado un proceso de separación—que hubiera ganado,—el fallo te hubiera sido comunicado en Etampes. Y nunca viste semejante cosa, ¿verdad?

—No, contestó el marido de Juana.

—Pues bien: como la ley sobre el divorcio aún no está votada, y tardará en serlo, sigues siendo á pesar de todo y contra todos el marido de tu mujer y el padre de tu hijo. Tienes el derecho de obligar á tu mujer á volver á tu lado, á menos de pedir judicialmente la separación, y de exigir que tu hijo te sea devuelto.

—¿Estás bien seguro de eso?

—Absolutamente seguro; no hay en el código un solo artículo que pueda privarte de tus derechos paternos, y yo, en tu lugar, apretaría al suegro de firme.

Luciano no había confesado al ex pasante la criminal substitución que había empleado para casarse con Juana Laroche, ni la oposición que el rico comerciante había hecho á su matrimonio, y buscaba una razón plausible para explicarle la dificultad que presentaba para él un paso personal cerca de su suegro.

En el curso de su relación, había aludido á la gran fortuna de Laroche, y este detalle se había grabado inmediatamente en el espíritu de su antiguo compañero de Etampes. Éste, con su perspicacia, había comprendido en seguida el partido que podía sacar de aquella situación, y al ver el embarazo de su amigo, exclamó de pronto:

—¿Te sabe mal ir á ver á ese hombre? Lo comprendo, después de todo lo que te ha pasado... Probablemente te recibiría muy mal... Pero todo tiene arreglo en este mundo, y si quieres, yo iré á hablar con él.

—¿Te encargarías de ello?, preguntó Luciano.

—¿Por qué no?, contestó Griffonnier. Yo tomo entre manos tus intereses; tú serás mi primer cliente, y te aseguro que yo sabré lo que lleva el viejo entre ceja y ceja.

Luciano dió entonces al antiguo pasante todas las indicaciones necesarias y se convino que Griffonnier practicaría una diligencia cerca del padre de Juana

«¡Toma, toma!.. -exclamó, una vez solo, el futuro agente de negocios;—la agencia que pienso establecer no empieza mal. ¡Un millonario!.. Siempre hay algo que hacer con los ricos... ¡Qué bien hice en seguir á mi camarada á Saint-Denis!»

Apagó la vela y se arrebujó en la cama, combinando ya su plan de campaña.

XIX

MAESE GRIFFONNIER

Cómodamente instalado en un departamento de primera clase de la Compañía de Orleáns, Griffonnier iba á casa del Sr. Laroche.

El antiguo presidiario de Etampes estaba desconocido: parecía otro hombre. Para representar el papel de notario, se había dejado unas patillas cortas y afeitado bigote y barba. Una corbata blanca y una levita correctamente abrochada completaban el tipo.

Griffonnier iba solo; recostado en una esquina del coche, miraba distraídamente por la portezuela desfilar el paisaje, pero su pensamiento estaba en otra parte, y el panorama que se desarrollaba á su vista con una rapidez vertiginosa no le interesaba mucho. Le absorbía enteramente la misión de que se había encargado y cuyo éxito, de que estaba seguro, debía reportarle serios beneficios.

A su lado, sobre el asiento, había colocado una gran cartera que parecía repleta de papeles, pero que, en realidad, sólo contenía periódicos viejos. El ex pasante había creído que aquel accesorio era indispensable para la perfección del aparato escénico.

De vez en cuando una sonrisa asomaba á sus labios; el negocio que había emprendido se le presentaba como absolutamente seguro.

«Ese Sr. Laroche es un bruto, según ha dicho Luciano; ¿qué me importa á mí su brutalidad? Ese antiguo comerciante no sabe á qué voy; por consiguiente, me recibirá, y una vez en su presencia, no tendrá más remedio que escucharme. Por lo demás, yo me encargo de hacerle prestar oído desde mis primeras palabras... ¡Ah, el buen hombre no tiene seguramente nada de listo!.. Ya podía pensar que su yerno saldría algún día de la cárcel y buscaría á su mujer y á su hija... Así como así, no se hace desaparecer á una criatura... La mujer, en rigor, poco nos importa; la que reclamamos es la niña. Porque, no hay duda, él es quien la ha escamoteado; su interés, en el caso presente, es demasiado visible. Sabe muy bien que los derechos del padre, el tutor natural, el administrador de los bienes de los menores, son imprescriptibles hasta la mayoría de los hijos. El señor Laroche ha querido evitar que su fortuna vaya algún día á parar á manos de su yerno, que la disiparía con tanta facilidad como el dote de su mujer. No digo que hasta cierto punto no tenga razón ese excelente comerciante en alcoholes; pero no es cuenta nuestra. El yerno del Sr. Laroche no ha sido nunca declarado incapacitado; el divorcio no existe; el único recurso que tiene es la separación, pero no ha sido pronunciada, y si tiene ganas de entablar un proceso á ese fin, nos quedará siempre el derecho de pedir la liquidación, en el tribunal. Si la niña existe, lo que es más que probable, pues no ha debido matarla, porque hubiera sido una imprudencia demasiado grande, esa criatura tiene derechos que su padre puede reivindicar. Sí, sí, el suegro no tendrá más remedio que capitular; yo me encargo de ello.»

Durante todo el resto del trayecto, el ex pasante de notario se abismó en sus reflexiones, grabando en su memoria todos los detalles que le había dado el marido de Juana, armando sólidamente todos los puntos de la argumentación de que iba á servirse, remembrando los textos de las leyes, y absolutamente seguro de sí mismo, se apeó en la estación de Segonzac.

La distancia que separaba el pueblo de la quinta habitada por el Sr. Laroche no era considerable; mas para presentarse bajo el aspecto más favorable á sus miras, Griffonnier, después de un copioso almuerzo, buscó un coche para hacerse conducir al Cepellón.

El dueño del hotel en que se había apeado pudo poner á su disposición un antiguo faetón algo despintado, pero que no dejaba de producir su efecto. Para Griffonnier ofrecía la comodidad de poder hablar con el cochero, que iría sentado á su lado.

Con su pesada cartera debajo del brazo, el falso notario subió al coche y se puso unos lentes, que acabaron de dar á su fisonomía el aspecto clásico de los depositarios de la fe pública.

El cochero conocía perfectamente la finca del antiguo comerciante, y en el camino dió á su viajero los informes que éste le pidió, sobre todo sobre la fortuna del Sr. Laroche.

—¡Ah, ya lo creo que está rico el Sr. Laroche!, dijo el cochero. Mire usted, toda esa ladera, á mano derecha, es suya, hasta abajo, hasta el oquedal que usted ve; y los años de buena cosecha, es enorme lo que eso produce... Dicen que tiene al menos una decena de millones...

—¿Tiene hijos?, preguntó Griffonnier, que quería hacer hablar al hombre y esperaba recoger algún indicio de que poder sacar partido.

—No tiene más que una hija, que se casó en París, según dicen... Pero parece que hubo una historia, y la joven señora es como si fuese viuda.

—¿Su marido la abandonó?, preguntó el ex pasante.

—No se lo puedo afirmar á usted, declaró el cochero; porque, ¿sabe usted?, unos cuentan la cosa de un modo, otros la cuentan de distinta manera, y al fin y al cabo no se sabe nada de cierto. Lo único cierto es que la señorita Juana, porque se la sigue llamando así, vive sola con su padre en el Cepellón, y hasta dicen que está enferma...

—¡Enferma!, exclamó casi involuntariamente Griffonnier, á quien este detalle interesaba mucho.

—Sí, señor, confirmó el hombre; la prueba es que todas las semanas viene á visitarla un médico de Angulema; se hospeda cada vez en nuestro hotel, y yo mismo le llevo en coche. Y debe ser enfermedad seria, porque hace ya cerca de cuatro años que dura.

—¡Cuatro años!.., dijo el amigo de Luciano en tono compasivo. ¡Oh, pobre señora!

Luego añadió con marcado interés:

—¿Tiene hijos?

—Afortunadamente no, contestó el cochero, orgulloso de tener conversación con aquel señor de París que parecía tan respetable. Creo que el marido desapareció poco después de su matrimonio, y cuando el Sr. Laroche llegó al Cepellón, sólo le acompañaban su hija y tres criados. Y yo le aseguro que pueden vivir á sus anchas, porque la casa es inmensa. ¡Un palacio!.. Mire usted..., allí le tiene.

Y con su látigo, el cochero designó á Griffonnier la casa, que se divisaba á través de los árboles del parque.

Pronto llegaron delante de la verja, que estaba cerrada.

—¿Tengo que esperar á usted, caballero?, preguntó el auriga.

—Sí, sí, contestó el antiguo pasante; pero es probable que mi visita sea corta.

Saltó al suelo y tiró de un llamador de cobre que salía de una de las pilastras de la verja.

Oyóse el sonido de una campana y en seguida se presentó un criado.

—¿El Sr. Laroche está en casa?, preguntó Griffonnier.

—Sí, señor. Sírvase usted pasar y le avisaré... ¿A quién debo anunciar?

El ex pasante fingió buscar algo en el bolsillo de su levita.

—¡Ah, diantre!, exclamó en tono de contrariedad, me he dejado las tarjetas. Anuncie al Sr. Godefroy. Pero el Sr. Laroche no me conoce y mi nombre no le servirá de indicio alguno.

El Sr. Laroche estaba en su gabinete y recorría periódicos cuando el criado entró.

—Hay un señor que acaba de llegar en coche, dijo éste, y desea hablar con usted.

Juana, que estaba sentada enfrente de su padre al otro lado de la chimenea, no había hecho un solo movimiento á la entrada del criado.

Seguía con mirada vaga el movimiento de las chispas que se desprendían crepitando de un fuego de leña, y aquel espectáculo parecía tener para ella un misterioso atractivo, pues de vez en cuando asomaba á sus labios una sonrisa, una de esas sonrisas vagas y extrañas, sin motivo aparente, la sonrisa de los niños pequeñitos.

Por una especie de inconsciente intuición, la pobre joven no parecía complacerse sino al lado de su padre. Sin embargo, nadie hubiera podido decir hasta entonces si le había reconocido.

En sus miradas, siempre fijas, nada revelaba, al hablarle su padre, ni pena ni alegría. Las caricias y palabras tiernas del desgraciado Laroche no parecían hacer en ella impresión alguna, y sin embargo, prefería la compañía de su padre á la de toda otra persona.

Se pasaba todos los días al lado de él, y durante largas horas, tanto si leía como si escribía, le seguía siempre con aquella misma mirada de una fijeza espantosa, que parecía no ver.

El Sr. Laroche se medio volvió.

—¿Un caballero que pregunta por mí?, interrogó sorprendido. ¿Ha dicho su nombre?

—El Sr. Godefroy, contestó el criado; pero dice que usted no le conoce.

—Godefroy, repitió el antiguo comerciante; en efecto, este nombre me es desconocido. ¿Cómo es ese caballero?

—Parece notario ó cosa así; tiene un aspecto muy respetable, declaró el criado.

—Entonces, hágale usted pasar al salón, ordenó el Sr. Laroche; bajo en seguida. Diga usted á madama Honoré que venga al lado de la señorita.

El criado salió, y momentos después la enferme ra, que desde hacía tres años no se había movido del Cepellón, vino á reemplazar al Sr. Laroche al lado de Juana.

El comerciante pasó á su cuarto, cambió el batín por una chaqueta y bajó al salón en que esperaba Griffonnier.

«¡Diantre!—pensó éste al ver entrar al Sr. Laroche, —no es el tipo que yo me figuraba. Va á ser más difícil de lo que yo suponía... En fin, allá veremos.»

Levantóse y se inclinó ligeramente.

—¿Es al Sr. Laroche á quien tengo el honor?.., preguntó.

—Servidor de usted, dijo el padre de Juana.

El antiguo comerciante examinaba al hombre que tenía en su presencia, tratando de recordar sus facciones; pero sus recuerdos permanecieron mudos. Decididamente no le conocía.

Desde el primer momento, hubo en el Sr. Laroche como una instintiva desconfianza de que él mismo se asombró, pues la actitud de aquel caballero era absolutamente correcta y nada en su fisonomía prevenía contra él. Tenía el aire de un hombre de ley cualquiera; debía ser notario, efectivamente, como se había hecho anunciar.

El antiguo comerciante indicó un sillón á Griffonnier, y éste tomó asiento, con su cartera sobre las rodillas.

—Caballero, empezó Griffonnier con gravedad, no tengo el honor de que usted me conozca, y no es por mi cuenta personal el haber solicitado de su benevolencia una breve entrevista.

La paciencia no era la cualidad dominante del Sr. Laroche, y las primeras palabras del supuesto notario determinaron en sus facciones una ligera contracción.

—¡Ah! ¿Le envía á usted otro?, preguntó él.

—Sí, señor; represento aquí á una persona que se ha servido confiarme sus intereses. Pero antes de entrar en el asunto de mi misión, permítame que le haga algunas preguntas.

—Hable usted, caballero, contestó el padre de Juana, á quien todos aquellos preámbulos empezaban á irritar.

—Usted tiene una hija...

El Sr. Laroche se estremeció. Iba á ser cuestión de su hija... ¿Qué podía haber de común entre su Juana y aquel hombre ó el que le enviaba?

—Sí, señor, tengo una hija, contestó algo secamente. ¿Y bien?

—¿La señorita Juana? .

—Juana, en efecto, confirmó el Sr. Laroche.

Griffonnier sacó un papel que pareció consultar con atención.

—La señorita Juana Laroche, repuso, se casó en 1877 con el Sr. de Favreuse.

Al oir este nombre, el antiguo comerciante hizo un movimiento de cólera que no pudo reprimir.

—¡Por desgracia!, pronunció con voz sorda. ¡Miserable!

El amigo de Luciano pareció no haber notado aquel movimiento ni haber oído aquella exclamación, y continuó con la mayor calma:

—De resultas de circunstancias en cuyo detalle no entraré y que, por otra parte, no afectan en manera alguna al fin de mi misión, el Sr. de Favreuse se vió obligado á desaparecer...

El Sr. Laroche oprimía con sus dedos agitados por la cólera el terciopelo de su sillón.

¡De modo que aquel hombre venía de parte y en representación de su infame yerno!.. ¡Venía en nombre del miserable que le había robado á su Juana, del malhechor que era causa de la desgracia que envenenaba su vida!..

El padre de Juana tuvo un instante la veleidad de cortar bruscamente la conversación. Parecíale monstruoso tener todavía, aunque por mediación de tercero, relaciones de cualquier género que fuesen con aquel miserable que hubiera querido olvidar para siempre, y fué casi en un tono agresivo en el que exclamó:

—Entonces, ¿usted se presenta aquí en nombre de ese canalla?

El antiguo pasante no se dejó desconcertar por este exabrupto.

—Caballero, contestó, mi misión tiene un carácter de una naturaleza particularmente delicada, y por más quejas que usted tenga contra mi cliente, suplico á usted que me escuche con calma hasta el fin.

El tono algo seco de esta réplica sorprendió al Sr. Laroche.

¿Qué podía querer su yerno?

«¡Ah, ya caigo!—pensó;—ese perillán, hoy licenciado, quiere probablemente dinero. ¡Vamos á ver!»

Y añadió en alta voz:

—¡Sea!, le escucho á usted, caballero. ¿De qué se trata?

—El Sr. de Favreuse, como decía á usted, repuso Griffonnier, al verse obligado á separarse de su mujer, la dejó en una situación...

—¡Sí, en la miseria!, rugió el padre de Juana, y en cambio del patrimonio materno de mi pobre hija, el miserable no le dejaba más que un nombre deshonrado para siempre.

—No es eso lo que yo quiero decir, repuso el ex pasante mirando al Sr. Laroche por debajo de los cristales de sus lentes; no aludía á esa situación.

—Entonces no le comprendo á usted, contestó el antiguo comerciante.

—¿De veras?, dijo el emisario de Luciano con cierta ironía. Estoy persuadido de que, por el contrario, ha comprendido usted lo que le quiero decir. La situación de la señora de Favreuse...

El Sr. Laroche se levantó bruscamente.

—¡Repito á usted, caballero, exclamó con su arrebato apenas contenido, que no le comprendo!.. ¿De qué situación habla usted? . ¡Explíquese usted!

El antiguo pasante tuvo casi una risa burlona que acabó de exasperar al Sr. Laroche.

—Esta conversación me es muy penosa, declaró, y ruego á usted que la abrevie. Concrétese al asunto que le trajo aquí.

—Ya estaría hecho, caballero, contestó Griffonnier con una cortesía algo impertinente, si usted no hubiese empezado por fingir que no me comprendía, pero me explico perfectamente su actitud y no me sorprendo, porque lo esperaba.

El padre de Juana tuvo que hacer un violento esfuerzo para contenerse, y á pesar de toda su sangre fría, Griffonnier juzgó por el fuego que brilló en los ojos de su interlocutor, que quizá no era prudente enconar más la conversación.

—¡Explíquese usted!, exclamó el comerciante, pálido de cólera.

—Muy bien, replicó el ex pasante; puesto que las medias palabras no bastan, voy á explicarme claramente.

—¡Pues abrevie!, rugió Laroche volviendo á sentarse.

—Quiero decir, pues, repuso el licenciado de Etampes marcando bien las palabras, que el señor de Favreuse dejó á su mujer en una situación interesante... La señora de Favreuse iba á ser madre.

El padre de Juana dió un salto en su sillón.

—¡Madre!.., exclamó. ¿Qué dice usted?

El acento de estas palabras fué tal, que sorprendió un momento á Griffonnier.

«El hombre es más ladino de lo que yo creía—pensó.—Va á defenderse como un diablo.»

Y sin parecer preocuparse de la interrupción, continuó:

—El Sr. de Favreuse estima que su mujer debió dar á luz al día siguiente ó á los dos días de haber tenido que separarse de ella.

—¡Qué locura!.., exclamó el antiguo comerciante. ¡Juana, madre!.. ¡Juana, un hijo!.. ¡Vamos, hombre!..

—Usted debería comprender, caballero, repuso Griffonnier con su voz tranquila, que yo no hubiera dado cerca de usted un paso que tiene el don de sorprenderle tanto, si no hubiese tenido en mis manos pruebas convincentes de lo que afirmo.

—¿Usted se atreve á afirmar que mi hija?..

—Perfectamente, señor mío. Afirmo que la señora de Favreuse, bajo el nombre de Juana Laroche, dió á luz hace tres años una hija inscrita en el registro civil con el nombre de Jenny Laroche.

El antiguo comerciante exclamó con una risa nerviosa:

—¡Ah, ah! La historia hace honor á la imaginación que la ha inventado. ¿Y podría usted explicarme por qué mi hija, casada legítimamente con ese miserable cuyo nombre lleva por desgracia, hubiera declarado esa niña, admitiendo que fuese madre, bajo otro nombre que el de su marido?

—Ciertamente hubo en eso una irregularidad de que nos preocuparemos á su tiempo; pero no resulta menos cierto y probado que la niña nacida de su hija de usted, durante su unión con el Sr. de Favreuse, es ante la ley hija de éste... *Is pater est quem nuptiæ demonstrant,* dice el viejo adagio de derecho romano.

El ex pasante pronunció esta cita con verdadera solemnidad.

—¿Pero estoy yo soñando?.., murmuró el comerciante, dudando de pronto ante la tranquila seguridad de su interlocutor. Pero no, repuso en voz alta; hay en eso sin duda alguna nueva infamia de ese canalla... Quisiera arrebatarme mi hija otra vez, ¿no es eso?.., y por ella espera tener una parte de lo que poseo, pues era lo único que buscaba el miserable. Ha inventado ese cuento de una niña para crearse pretendidos derechos, y usted, caballero, se ha hecho su cómplice...

—¡Caballero!.., exclamó con altivez el antiguo pasante.

—O le ha engañado á usted. Ese malhechor se habrá aprovechado de una semejanza de nombre para inventar esa historia de una niña... Habrá pensado que la locura de mi pobre hija no le permitiría protestar contra las falsas alegaciones de ese infame.

Griffonnier había hecho á su vez un movimiento de sorpresa.

—¿Su locura?.., preguntó. ¿La señora de Favreuse ha perdido la razón?

—¡Ah! Bien lo sabe él, continuó tristemente el padre de Juana; sabe bien que su crimen fué la causa de la espantosa desgracia que desde hace tres largos años motiva mi desesperación, y si no se lo ha dicho á usted, es para mí una prueba de que toda esa fábula ha sido inventada de intento.

—Tengo el sentimiento de anunciar á usted, caballero, replicó el falso notario, que poseo las pruebas absolutas de todo lo que he afirmado; de lo contrario no me hubiera encargado de representar...

—¡Usted representa á un ladrón!, exclamó furioso el Sr. Laroche.

—Caballero, contestó fríamente Griffonnier, represento por cima de todo los intereses sagrados de una niña..., porque no se trata del Sr. de Favreuse, sino de la criatura nacida de su matrimonio.

—Pero comprenda usted que han abusado de su buena fe, repuso el padre de Juana. Cuando recuperé á mi hija, estaba loca é iba sola. ¿Qué habría sido entonces de esa niña, si existió?

—Precisamente es lo que vengo á preguntar á usted, caballero.

—¡A mí!, exclamó Laroche.

—Sí, señor; á usted, afirmó Griffonnier.

—¿Se burla usted de mí?

—No me burlo. La niña nació viable; hemos encontrado á la comadrona que asistió á la señora de Favreuse, y la existencia de la niña no puede ponerse en duda. Pues bien: esa niña ha desaparecido, y nos hemos visto obligados á buscar quién tenía algún interés en esa desaparición, *cui prodest?* Sólo usted ha podido concebir la idea de impedir que su yerno encuentre á su hija y de ponerlo así en la imposibilidad de reivindicar la parte de la fortuna de usted que, según la ley, corresponde á esa criatura.

—¡Yo, yo!, exclamó el Sr. Laroche sofocado y con una voz que la emoción hacía temblar.

Griffonnier se creyó vencedor.

«Le tengo cogido—pensó.—Su turbación me dice que acerté... De esto á confesar, no hay más que un paso.»

Y dijo en voz alta:

—Usted, sí; usted, usted solo. Y permítame que le diga que su conducta, en esta circunstancia, era natural que despertase sospechas.

(Se continuará.)

EL GLOBO DIRIGIBLE «RUSSIE»

Por encargo del gobierno ruso se ha construido en Francia, en los talleres de Lebaudy, el globo dirigible que ha sido bautizado con el nombre de *Russie*. Es del mismo tipo que el *Republique*, propiedad del gobierno francés, mide 52



El globo dirigible *Russie*, construído en Francia por encargo del gobierno ruso, entrando en su cobertizo de Moissón, después de efectuadas sus pruebas con gran éxito.

metros de largo, desplaza 3.700 metros cúbicos y sus dos hélices, movidas por un motor Panhard-Levasseur de 80 caballos de fuerza, le aseguran una velocidad de 60 kilómetros por hora.

El día 29 de mayo último, después de hechas la víspera las pruebas del motor y de las hélices con éxito satisfactorio, efectuó el *Russie* su primera salida, llevando en la barquilla á siete pasajeros: el hábil piloto Juchmés, los Sres. Blanchel y Landrin, los mecánicos Rey, Artal y Boutteville, y el teniente de navío de la marina danesa Sr. Ullichtz. A las cuatro y media de la mañana salió el dirigible del cobertizo de Moissón, y veinte minutos después ascendía por los aires. Elevóse en seguida á una altura de ciento cincuenta metros, y guardando un perfecto equilibrio encaminóse contra viento á Mousseau y Rolleboire, y después de haber realizado distintas evoluciones regresó á Moissón, en donde descendió con toda felicidad y con precisión absoluta, sin haber gastado ningún lastre en los treinta minutos que duró su viaje aéreo.

Al día siguiente realizóse el segundo ensayo del dirigible, en el que iban el piloto Juchmés, sus colaboradores Rey, Landrin y Planchin y tres delegados ingleses, á saber: el Sr. du Crot, diputado de Hastings, presidente de la comisión parlamentaria de navegación aérea; el coronel Catter, constructor del dirigible inglés *Nulli Secundus*, y el oficial Enrique Rodier. A las cuatro y media de la mañana el aeróstato fué conducido al lugar en donde había de elevarse, y á las cinco Juchmés dió la orden de soltar las cuerdas. El globo ascendió lentamente en medio de una niebla que apenas permitía verle á la altura de cien metros; esto no obstante, maniobró perfectamente entre Saint-Martin y la Roche Guyón con perfecta estabilidad, sin bandazos ni cabeceos. A las seis empezó el descenso, que se efectuó con toda precisión, obedeciendo el dirigible dócilmente á la dirección del piloto.

El día 31, á las cinco de la tarde, hizo una nueva salida tripulado por el citado piloto Juchmés, por el discípulo de éste L'Archer, el mecánico Rey, el conde de Marçay y el vizconde de Lachapelle. El *Russie*, con un tiempo magnífico y una atmósfera serena, elevóse á 300 metros, y después de varias evoluciones efectuó á las siete su descenso.

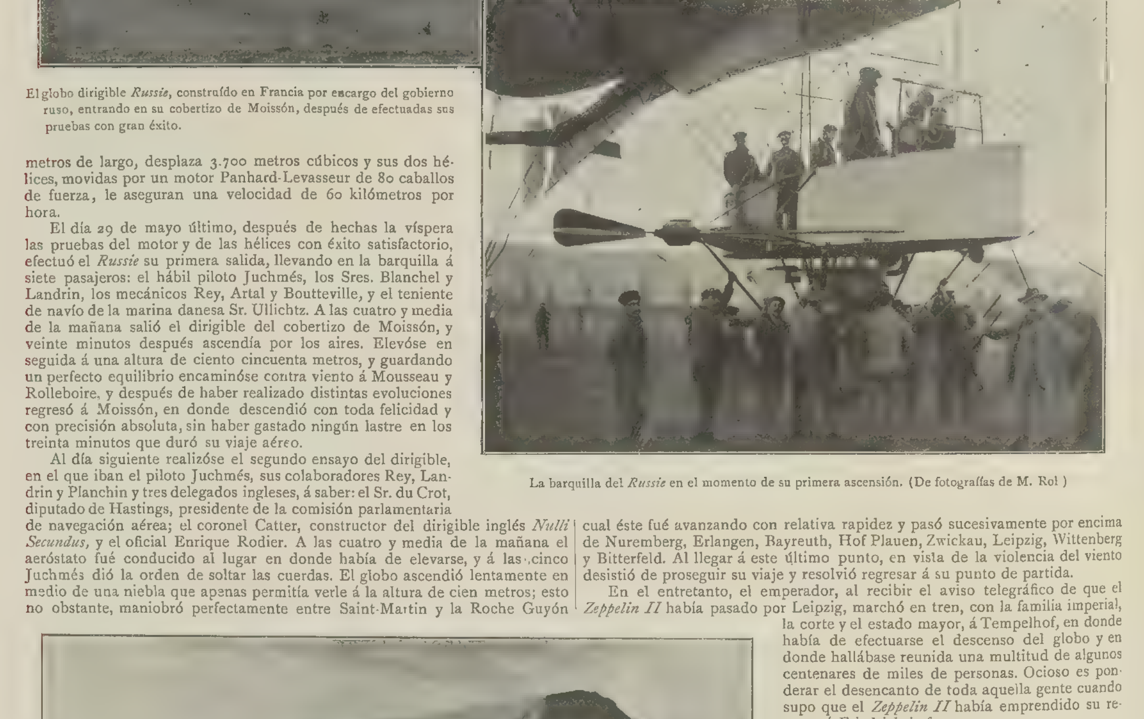
El resultado de los ensayos ha sido, por consiguiente, satisfactorio en extremo, y las pruebas á que ha estado sometido el dirigible demuestran que reune todas las buenas condiciones que para tales aparatos se requieren.



EL RECORD DEL GLOBO DIRIGIBLE

El Zeppelin II recorre 1.200 kilómetros permaneciendo 37 horas en el aire.—Descenso desgraciado

A las nueve cuarenta y dos de la noche del día 29 de mayo último, el dirigible *Zeppelin II*, tripulado por su inventor y por siete personas más, salió de Friedrichshafen con el propósito de descender en Berlín, después de un viaje aéreo de 36 horas. Desde el principio, el viento y la lluvia dificultaron la marcha del globo, no obstante lo



La barquilla del *Russie* en el momento de su primera ascensión. (De fotografías de M. Rol)

cual éste fué avanzando con relativa rapidez y pasó sucesivamente por encima de Nuremberg, Erlangen, Bayreuth, Hof Plauen, Zwickau, Leipzig, Wittenberg y Bitterfeld. Al llegar á este último punto, en vista de la violencia del viento desistió de proseguir su viaje y resolvió regresar á su punto de partida.

En el entretanto, el emperador, al recibir el aviso telegráfico de que el *Zeppelin II* había pasado por Leipzig, marchó en tren, con la familia imperial, la corte y el estado mayor, á Tempelhof, en donde había de efectuarse el descenso del globo y en donde hallábase reunida una multitud de algunos centenares de miles de personas. Ocioso es ponderar el desencanto de toda aquella gente cuando supo que el *Zeppelin II* había emprendido su regreso á Friedrichshafen.

El aeróstato desde Bitterfeld se dirigió á Heilbronn y á Stuttgart, y al llegar á las montañas de Wurtenberg, después de treinta y siete horas y media de viaje, el conde Zeppelin decidió tomar tierra á fin de proveerse de la benzina que le hacía falta para recorrer los 110 kilómetros que aún le separaban de Friedrichshafen. El descenso se efectuaba con toda felicidad, entre Gœppingen y Jebenhausen, cuando una violenta ráfaga de viento arrojó el globo contra un árbol, entre cuyas ramas quedó aquél preso. De pronto oyóse un formidable estrépito y se vió que la envoltura del aeróstato se había desgarrado en una longitud de 30 metros, que la armazón se había roto en una extensión igual y que habían estallado dos de los diez y siete pequeños globos que van dentro de la envoltura general. Inmediatamente se cortaron las ramas del árbol, se arrancaron los pedazos colgantes de la envoltura y con gran cuidado se dió vuelta al globo á fin de que presentara al viento la extremidad que había quedado intacta.

Reparadas provisionalmente las averías, pudo el *Zeppelin II* elevarse de nuevo y regresar felizmente á Friedrichshafen.—S.



Avería sufrida por el globo dirigible alemán *Zeppellin II* al descender á tierra cerca de Gœppingen (Wurtenberg) después de haber recorrido en el aire 1.200 kilómetros en 37 horas. (De fotografía de Frankl.)

BARCELONA.—ASAMBLEA DE EDITORES Y LIBREROS DE ESPAÑA



Una sesión de la asamblea en el Salón de Actos del Ateneo Barcelonés. (De fotografía de A. Merletti.)

Al terminar sus trabajos el VI Congreso Internacional de Editores, que tuvo lugar en Madrid en el mes de mayo del año último, acordaron los editores españoles celebrar anualmente una Asamblea Nacional en las principales capitales de la península, con el objeto de estudiar los asuntos de interés general para la industria editorial y de la librería, habiendo sido designada Barcelona para la celebración de la primera.

La sesión inaugural revistió los caracteres de una gran solemnidad, puesto que además del considerable número de asambleístas, concurrieron los Excmos. Sres. gobernador de la provincia D. Angel Ossorio y el alcalde accidental D. Alberto Bastardas, quienes ocuparon la presidencia en unión del presidente efectivo de la Asamblea el editor D. Antonio J. Bastinos, dedicando ambas autoridades laudatorias frases por la labor que se proponía realizar la asamblea, confiando en los beneficiosos resultados que había de producir en provecho de una industria cuyo objeto era el de dar á conocer las obras de la inteligencia, llevándolas á los países que se expresan en nuestro idioma y con los cuales nos unen tantos lazos de afecto, que consideramos como hermanos.

Dos han sido los temas que se han sometido al estudio de los asambleístas, ambos de suma importancia, que han sido causa para ocupar por completo las tareas durante las seis sesiones que se han celebrado, adoptándose acuerdos de gran trascendencia que, sintetizados en conclusiones, se elevarán al gobierno de la nación para lograr las modificaciones y concesiones que se estiman necesarias y se desarrollarán por los centros iniciadores y organizadores de la asamblea.

Como recuerdo conmemorativo de ésta, se ha entregado por el Centro de la Propiedad Intelectual, á cada uno de los que en ella han tomado parte, una hermosa medalla conmemorativa, modelada por el laureado escultor Eusebio Arnau, ejecutada en plata oxidada por los Sres. Ausió y Pérez, obsequiando además los editores y libreros de Barcelona á sus colegas de las demás provincias con un banquete de despedida en el magnífico salón de fiestas del hotel del Tibidabo, al que asimismo concurrieron las autoridades y las esposas é hijas de algunos de ellos, pudiendo gozar todos, desde la cumbre de aquella montaña que domina la ciudad, del bellísimo y extenso panorama que se descubre.

Como digno coronamiento de tan agradables festejos, el alcalde accidental Sr. Bastardas obsequió á los asambleístas, en nombre de la ciudad, con un *lunch*, después de haberles acompañado en la visita á los notables Museos creados y sostenidos por el Ayuntamiento.

FUNDACIÓN CARNEGIE.—PREMIO A LOS HÉROES DE LA PAZ




Medalla que se concede en Inglaterra á los héroes de la paz premiados en virtud de la institución fundada por el archimillonario norteamericano Andrés Carnegie, quien la ha establecido asimismo en el Canadá, en los Estados Unidos y actualmente en Francia, á cuyo gobierno ha dado para este fin, cinco millones de francos. (De fotografía de World's Graphic Press.)

El archimillonario norteamericano Mr. Andrés Carnegie, á quien se denomina el rey del acero, ha estado recientemente en París, y antes de abandonar aquella capital ha hecho al gobierno francés un donativo de cinco millones de francos para la creación de premios que se otorgarán anualmente á los héroes de la paz. Igual institución ha fundado Mr. Carnegie en los Estados Unidos, en el Canadá y en Inglaterra, demostrando con ello, así como con otros cuantiosísimos donativos á las universidades de su país y aun á algunas del extranjero, cuán juiciosamente se ha portado en este caso la fortuna, al colmar de sus favores á quien tan buen uso sabe hacer de ellos.

Los cinco millones han sido depositados en el Banco de Francia, y ya están trazadas las principales bases en que ha de desenvolverse la realización de tan filantrópico pensamiento y nombrado en principio el comité que ha de ponerlo en ejecución. Entre las personas que formarán parte de ese comité, figuran los Sres. Loubet, Ribot, Bourgeois, d'Estournelles de Constant, Siegfried, el P. Lemire, el barón de Courcel y Carlos Wagner.

Durante su corta estancia en París, Mr. Carnegie ha sido recibido por el presidente de la República y por el Consejo de la Sorbona. En la sesión solemne que éste celebró en su honor, el Sr. Liard, vicerrector de la Universidad, pronunció un elocuente discurso ensalzando la generosidad de Mr. Carnegie y su modestia, de la cual ha dado tan potente prueba al no querer bautizar con su nombre, sino con el de los descubridores del radium, otra de sus grandes fundaciones científico-filantrópicas, la de las *Bolsas de los Curie*. Comentando la obra del archimillonario, dijo, entre otras cosas, el Sr. Liard: «En el fondo, bajo vuestro sentido práctico, sois un idealista, un poeta, porque ¿poeta no quiere decir, acaso, creador? «Los negocios, habéis dicho, no son la vida prosaica que la gente imagina, y el comercio, cuanto más próspero y útil, más tiene de novelesco. Los mayores triunfos mercantiles nacen del sentimiento y de la imaginación, sobre todo cuando se tiene por mercado el mundo.» Y efectivamente, vuestras grandes empresas han sido concebidas y realizadas como epopeyas.

»A esta filosofía de la ganancia habéis añadido, y esta es vuestra mayor originalidad, una filosofía del gasto...

»La riqueza en sí misma no vale la pena de ser buscada. Su adquisición, como fin, es «extremadamente innoble;» esta frase es vuestra. En manos del que la ha creado, y después de apartar la porción debida para atender á sus necesidades y á las de su familia, no ha de ser más que un medio de ser útil á sus contemporáneos. Lo que vos deseáis no es la fortuna transmitida, sino la energía de los cerebros y de las voluntades con los excitantes de la pobreza. Y cuando en las luchas económicas, entre muchos vencidos, la riqueza ha coronado los esfuerzos de algunos vencedores, vos imponéis á esos vencedores como ley que apliquen inmediatamente, en vida, la mayor parte de su conquista «al bien general de la comunidad.»

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 21 de junio de 1909 — Núm. 1.434

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MONUMENTO A LA NACIÓN ARGENTINA



PROYECTO DE AGUSTÍN QUEROL

para el monumento que la colonia española de la República Argentina regala á aquella nación

Dedicado y costeado por los españoles residentes en la República Argentina, este monumento, que se inaugurará el 25 de mayo de 1910, sintetiza los vínculos de raza é idioma que nos unen á aquel pueblo, y representa otro de los triunfos del distinguido escultor español. El monumento, que se emplazará en la ancha plaza que da frente á la avenida Alvear, tendrá 25 metros de altura por 15 de base, y se utilizarán en su construcción el granito gris, el mármol y el bronce, sirviendo de digno coronamiento la colosal estatua alegórica de la República.

Forma la base una amplia escalinata terminada en una gran piscina; en el centro de ésta, un basamento sobre el cual levántanse un cuerpo arquitectónico y otro con relieves simbolizando la unidad de la sangre y del idioma; siguen luego varios grupos que representan el Trabajo y depositan ramas de laurel al pie de la estatua que corona el monumento. Completan el adorno de éste gigantescas figuras, que simbolizan los Andes, y el Río de la Plata, las Pampas, el Chaco, la mujer argentina y el gaucho. El coste del monumento asciende á un millón de pesetas.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He visto la Exposición del Círculo de Bellas Artes, la oncena bienal, que, ignoro el motivo, se llama también «la primera de primavera.» Las demás, las de otros años, fueron de otoño, por lo visto...

Ya sólo en este modo de dar principio á mi artículo se notará que escribo un tanto malhumorada; que la Exposición no me ha llenado, como suele decirse.

Por lo demás, voto con la inmensa mayoría, y soy aún más benévola que ella, puesto que, según se verá, algo encuentro en la Exposición que merece la visita. No falta quien se exprese con mayor severidad, á mi ver injusta. Lo que sucede es que, en un conjunto mezquino, desmedrado, marchito—no sé concretar de otro modo la impresión general que la Exposición produce,—las obras bellas desmerecen. Pasa lo que en las familias donde la mayor parte de las hijas no han debido halagos á la naturaleza. Se exclama: «¡Qué feas son las de X!,» sin reparar que alguna de ellas es hasta bonita...

Lo que noto, en primer término, es que esta Exposición se compone de cuadros pequeños; que dominan los paisajes, los bocetos y los estudios; en relación con otras, parece vista por anteojos de teatro colocados al revés. Es diminuta. No intento insinuar que esto sea un defecto: la magnitud ni pone ni quita. Me limito á observarlo. Los inmensos cuadránganos, de torneos, batallas, matanzas, procesiones, romerías, etc., han desaparecido. Los lienzos, presentados con su precio en catálogo, se han adaptado á las dimensiones habituales de las casas modernas. El sentido práctico lo impone.

Sin que esto sea despreciar, los precios, en su mayoría, me parecieron exagerados. Abundan las cifras de cuatro, de cinco, de dos mil y de mil pesetas. Sólo por excepción se piden, modestamente, sesenta, setenta y cinco. Es ya muy viejo mi pleito con los pintores, por los precios altos. No quiero decir que no valgan todos y cada uno de estos cuadros lo que sus autores juzgan que valen. No hay cosa tan difícil como tasar el arte. Pero el arte, lo mismo que las demás cosas de este mundo, tiene dos valores: el ideal y el mercantil. Y mercantilmente, dudo que sea acertado cargar la mano, aquí donde no hay mucho afán por comprar cuadros, donde los buenos antiguos se encuentran á precios relativamente módicos, y donde el mal gusto de lo moderno prefiere el decorado de tapicero y el grabadito inglés al cuadro original. Conviene advertir que muchos de los cuadros tasados altos, son, por su asunto ó por su escuela, impropios para colgarlos en salas ó comedores, y se comprenderá el por qué se retraen los aficionados.

En la primera sala tropecé con un amigo y paisano mío, persona opulenta, que se ha gastado millones en dotar á su pueblo de escuelas y lavaderos públicos, y tiene su casa ricamente alhajada con obras de arte, adquiridas en Italia algunas de ellas. Pues bien: este pudiente señor me enteró de que iba animado á comprar algo, pero que le parecían los precios excesivos... Creo que será un argumento en pro de mi tesis. Ni era un pobre, ni un tacaño, quien así se expresaba.

¿Y los demás? Los demás proclaman su opinión, no ocurriéndoseles siquiera comprar...

Y sin embargo, todos los días tienen compradores otros objetos de lujo. En los bazares elegantes se despachan á porrillo artículos de menos valor y más coste tal vez que el cuadro; artículos puramente industriales. Pero hay que tener en cuenta que la multitud no entiende de arte, y al adquirir un cuadro, sufre la sensación angustiosa de la duda, de no saber lo que adquiere; esto hace que el público comprador de cuadros sea restringido, mientras se despachan bien falsos tibores, candelabros de *toc*, figuras de *biscuit* y muebles imitación Imperio. Y á ese público hay que atraerle con el señuelo de precios moderados, hasta conseguir que el cuadro entre en las costumbres y se cuente en el número de los objetos suntuarios de habitual consumo. Esto no es una fantasía: en otros siglos el cuadro (entonces religioso é icónico, santos y retratos) completaba el mobiliario de las casas algo acomodadas.

Lo que más se destaca en esta Exposición—en todas hay algo que se destaque,—son las obras de Hermoso, Maximino Peña, Beruete, y pudiéramos añadir Chicharro y López de Ayala.

Hermoso ha conseguido crearse una personalidad. Es un pintor de tierra, respira tierra, se desbordan en su paleta las tierras, y sus modelos parecen amasados con terrón de Castilla. No es el alma de Castilla lo que siente, como el Greco; es el barro, es la secura castellana. Es la estepa. Yo no diré que sea este género el que más atrae; pero sí digo á boca llena que Hermoso obliga á admirarlo. Hay en sus cuadros trozos que consagran al gran artista. Su factura, árida también como la tierra, á veces sorprende por el vigor. En la última Exposición todos nos quedábamos embobados ante la verdad de una sandía de Hermoso; en ésta, un pañuelo de alfombra, el que luce *Manolita*, nos deja atónitos, porque parece que es la tela, no pintura. No diré que Manolita no sea interesante; pero prefiero su pañuelo de alfombra. Y no argüiría nada en contra del arte de Hermoso la superioridad de los accesorios sobre las figuras, porque tal fué el carácter de otros realistas, como Teniers y Breughel; pero es justo decir que algunas figuras de Hermoso son de una fuerza de ejecución y de sinceridad que subyugan.

Pintor generalmente fecundo, en esta Exposición sólo presenta dos obras: el *Zagal*, que recuerda mucho, en el modo de estar puesto, conocido cuadro de un gran maestro español; y *Manolita*, que es sencillamente un estudio de mujer... y de mantón de alfombra.

Maximino Peña, artista concienzudo, ha progresado muchísimo desde que presentó sus primeros trabajos. Hoy domina la factura, y sus dos pasteles, *Sancho* y *El pudor*, especialmente el primero, son muy admirados. *Sancho* tiene el vigor del cuadro al óleo más intenso. Es un *tour de force*. Y los interiores de Peña (por cierto tasados en precio moderado, aceptable) revelan también un pincel ya dueño de su arte, una mano habilísima.

En cuanto á los paisajes de Aureliano Beruete, han sido mil veces ensalzados, y su autor es del número de los indiscutidos. Su estilo absolutamente verídico no le impide ser poeta de la naturaleza, porque no se ha encerrado en una deliberada y sistemática visión de lo vulgar ni de lo feo, sino que, sin dejar de reproducir aspectos severos y sencillos de la realidad, otras veces descubre rincones de una belleza encantadora. No falsifica la verdad Beruete; lo que hace es no resistirse á la verdad hermosa, cuando se la encuentra (porque tampoco entra en sus dogmas el buscarla).

Así, Beruete reproduce la severidad triste de la campiña castellana, pero de improviso sus paisajes se alegran con la explosión del florecimiento de los almendros, manzanos y perales, en una gloria blanca y rosa que regocija los ojos, ó su pincel se baña en los tonos anaranjados, rosados, cocidos al sol, de ciertos aspectos de Toledo, donde la luz, como en Venecia, es especial, distinta de las demás luces. Beruete, esclavo de la realidad en todo, lo es religiosamente en esto de la luz, según las horas, las estaciones, los climas; y es seguro que si sus cuadros se viesen en el mismo punto en que los pintó, parecerían un pedazo de la naturaleza colocado en el lienzo. No todos los paisajistas son tan esclavos de la transcripción fiel, y sin salir de esta Exposición pequeña, encontraríamos pruebas evidentes de que un paisaje es un estado de alma, y de que los célebres jardines de Rusiñol influyen aún en la fantasía de los pintores.

Habría que mencionar con elogio un *panneau* de Alvear; un autorretrato de la condesita de Benomar, en el cual, caso raro en mujer, esta linda muchacha se ha desfavorecido bastante; un cuadro de Blesa, la *Cuadriga humana de Temístocles;* otro cuadro de Chicharro (no de los mejores de este artista justamente renombrado y cuyos discípulos acaban de organizar una Exposición aparte), *El cofrade mayor;* habría que echar un piropo—á pesar de las disposiciones en contra—á la garbosa mocita de López de Ayala, que no tiene otro defecto sino costar la friolera de 5.000 pesetas; no habrá que olvidar las marinas de Llorens, ni los poéticos estudios de Maldonado, ni el exactísimo retrato del marqués de Estella, por Morelli; ni el bonito *Arbol amarillo* de Palacio y Freire Duarte, ni el rincón de aldea de Souto, ni los bellos estudios de Saint-Aubin... El que estos trabajos, aisladamente, tengan derecho á mención, no implica que la Exposición no sea, como he dicho al empezar, algo mustio, que delata más bien un decaimiento en las fuerzas productoras, un momento de postración en el arte nacional...

* * *

Y si fuese lícito aproximar dos ideas tan desconformes é incongruentes, también diría que la decadencia más dolorosa se advierte en algo que no falta quien califique de arte... Hablo de los toros.

El industrialismo se ha apoderado de esta fiesta, buscando en ella ganancias prontas y pingües. Así como pudo notarse que todo el mundo se cree capaz de hacer novelas, desde que las novelas se pagan para publicaciones ilustradas semanales y para bibliotecas tendenciosas, todo muchachillo despabilado, todo mono sabio soñador, se ha sentido diestro desde que las plazas han pululado, desde que se ha hecho internacional el toreo, y desde que los grandes maestros de este juego terrible han desaparecido. Los toreros con diminutivo pululan y se disputan una «gloria» que no llegan á disfrutar: su falta de pericia, su vocación al suicidio, les van tronchando en la áspera flor de su juventud bravía; muertes obscuras, que ya no impresionan, como impresionó la del *Espartero*, ni llevan detrás del ataúd, porteado en hombros de mocetones, el gentío inmenso, consternado, que vi yo rodar como un torrente acompañando al *Espartero* á la última plaza, la del eterno silencio...

El domingo 6 de junio de 1909 merece el nombre de «día sangriento» que le aplican los periódicos. Diez ó doce cogidas, á cual más grave y cruel, lo señalan. En Algeciras, *Bombita* empitonado por el muslo izquierdo, lanzado al aire tres veces y sacándole el asta por las posaderas—á mí no me suena eso de la «región glútea.»—En La Palma, *Canario* y otro torero, volteados ó arrollados. En Cartagena, un espada y un banderillero, *Jaqueta* y *Pachines*, tres ó cuatro veces campaneados y corneados. «El espectáculo—dice un periódico—fué verdaderamente horrible.» «El toro, cansado de herir, salióse suelto en dirección á un caballo...,» añade el periódico; pero yo digo que no iría el toro hacia el caballo con ánimos de darle un ósculo fraternal. En Sevilla, á pares también las víctimas. Digo mal: fueron cuatro. Un diestro que atiende por el *Trueno*, otro diestro mexicano llamado el *Serio*, otro diestro llamado Tello (así anda ello) y un heroico aficionado llamado Borge, que en pago de su temeridad al arrojarse al ruedo á divertirse con una muleta, fué ferozmente corneado y quedó moribundo. Y como toda tragedia tiene sus aspectos grotescos, el sainete ocurrió en mi pueblo natal, Marineda de Cantabria. Hubo allí, como era de rigor, su correspondiente cogida; *Dominguín* anduvo por el suelo; pero no corrió sangre, y por consiguiente no causó escalofrío. Dos espadas «de la terruña,» dos, nada menos, iban á debutar; ya tenían su traje de luces y todo, muy majo; pero, según noticias, llegado el momento fatal, los dos muchachos empezaron á echarse la cuenta de Aquiles: ¿cuál vale más, una vida larga y obscura, ó breve y gloriosa? Y á diferencia del rubio hijo de Tetis, optaron por la primera, mandando al diablo á los bichos, que no salen á la plaza disecados, sino vivitos y coleando y mugiendo... No hubo razones, no hubo autoridad que bastase á persuadir á mis paisanos de que al cornúpeto no debe acercarse un hombre de bien, á menos que se lo presenten dentro de una jaula ó en biftecs con limón... Y allí se quedó el traje de luces, y allí la guapeza cantabrica, y yo supongo que los diestros habrán arbitrado un nuevo sistema de ganarse la vida, ya que con buen acuerdo pensaron lo que más filosóficamente les convenía, y rehuyeron—algo tardíamente—intentar lo que no puede realizarse...

Yo soy de tiempos en que se toreaba sabiendo torear. Esto solo diferencia profundamente la época actual de aquélla, ya semifabulosa. Ahora se paga mucho dinero, no por ver destrezas y gallardías, sino por presenciar horrores. Huyamos de esas plazas donde se presiente la catástrofe desde que se despliega el trapo. Huyamos de la aburrida carnicería...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Bajo la aguja deslizo no sé cuántas varas de tela blanca

HISTORIA DE TRES TARDES

I

«Sí, Marta amiguísima: tu carta sedante y dulce me ha llegado del correo como una mano que supo hurtarme la fiebre. Gracias, querida. No puedes imaginarte cuán á esperanza suenan las voces que nos vienen de lejos en horas de hundimiento y de sombra.

»En casa todos trastornados, todos con un agujero muy negro en la vida, sintiendo que sobre nuestras cabezas se abate un pájaro fatídico y aventa un aire glacial. Adela casi muerta, con ataques horribles día y noche. El médico dice que del corazón. Mamá, la pobre, medio loca, viendo cómo por el camino que abrió la muerte inesperada de mi padre, vienen acreedores y se van muebles, alhajas: todos aquellos caprichillos que mi hermana y yo juzgábamos adorno y perfume de la vida. Con ellos, Marta—te lo digo sin el pudor que la desgracia se lleva;—con ellos podemos ir tirando algún tiempo. Después..., después, ¡qué sé yo!..

»Los negocios de papá iban mal. Él no nos dijo nunca nada. Pero ahora, cuando se marchó para no volver, vamos enterándonos de las grandes deudas que había contraído; se habla de despilfarros inverosímiles; de audaces adquisiciones, y de mil cosas más, que la curia conoce y va amortajando con resmas de papel de oficio.

»Pero ¿cómo, siendo tan bueno, pudo acabar de ese modo?.. Antes de morir, según he sabido, se hallaba en una situación angustiosísima. Nadie, ni los de casa, lo advertimos. Aquella tiesura suya, aquella dignidad siglo XVII—y en el fondo era un alma de Dios—no se doblegaron jamás. ¿Sabes de quién me estoy acordando, sin saber por qué? De aquella vieja *Maestá*, que vimos en el Español hace dos años... en una obra de Benavente. ¿Cómo se titulaba?.. Espera. Decía *Maestá* una cosa así: «Estas manos mías no supieron guardar... Saltaban sobre ellas los tesoros como el agua en la concha de mármol de una fuente, para caer más esparcidos...»

»¿Cómo se titulaba aquella obra, mujer?.. Tengo la cabeza hecha un infierno, Dios me perdone.

»He tenido que interrumpir esta carta. ¡Marta de mi vida! Acabo de recibir uno de los más grandes golpes..., y ni el consuelo de llorarlo puedo concederme. El *cola* Pleyel.., ¿te acuerdas?, se lo llevan de mi cuarto, á cuenta de no sé qué codicioso acreedor. Cuatro mozancones lo han cargado á sus hombros, como un ataúd. Adela no lo sabe: yo me he quedado atontada, sin darme cuenta cabal de este despojo horrible...

»Hace una tarde de lo más triste y fosca. Desde este gabinetito, donde tanto hemos reído otras tardes, y que pronto habré de abandonar, veo pasar la gente... Allá lejos, sobre ese mar indiferente y obscuro de sombreros, marcha el piano... Con él se van Grieg y Chopin, y Beethoven... y Straus. ¿Te acuerdas de aquellos valses?.. ¿Y aquella romanza en *fa*?.. ¿Y aquellos *lieder* noruegos que sonaban á gloria cuando iba anocheciendo y tú y yo hablábamos de novios y de cintajos?..

»Perdona el borrón que acaba de caérseme. Que se nos lleven vajillas de plata y biscuits y tanagras... pase. Pero ¡que se nos lleven la música!.. ¡Ay, Marta, qué horrible tarde!

»Adiós. Mil besos á los tuyos. Y para ti todo el cariño de tu desventurada *Mary*.

»¡Ah! Ya me acuerdo. Se titulaba *La noche del sábado*.»

II

«Queridísima Marta: Perdona que haya sido tan perezosa. Pero hasta hace pocos días no hemos tenido la fortuna de ver normalizada nuestra situación.

»Teniendo un poco de conformidad y recordando alguno que otro refrán viejo, la vida se nos ofrece hoy menos dura. Dicen que Dios aprieta...

»Verás. Voy á ser muy breve, porque... sorpresa, y gorda, hija. Me tienes en un cuarto interior, con una ventana que da á un patio estrecho, pero lleno de sol, como un vaso. Junto á la ventana hay una máquina de coser y junto á la máquina de coser me tienes á mí.

»Trabajo como una de esas modistillas que algunas veces, al regresar del paseo, veíamos desde el coche por la *Carrera*. Lo mismo... y casi me atrevo á confesarte que un poco más.

»Gracias á que supe siempre algo de costura. Y haciendo pantalones y camisas, vivimos. Pagan una miseria, eso sí; pero ¡si vieras cómo *pedaleo!* La máquina corre y corre; bajo la aguja deslizo no sé cuántas varas de tela blanca. Tengo las manos acribilladas; he pasado ratos malísimos... Y sin embargo, ya voy aprendiendo á reir...

»Aquí, en secreto, voy á confesarte otra felicidad mía. Acabo de recibir una carta de declaración. Es un empleadillo, vecino de sotabanco; pero sé que me quiere hondamente, sin corona ducal ni abonos á turno segundo.

»Voy á contestarle... que sí. ¿Te ríes? Pues mira; todo esto es gracias á la tarde de primavera que entra por la ventana; á la prisa con que corto y voy hilvanando estas prendas humildes; al ruidito de la máquina que—te lo juro—me suena hoy más dulcemente que aquel piano, donde Grieg y Schuman, sonando á gloria, no me daban para comer... *Mary*.»

III

«Marta buena, amiga fidelísima: Mientras tú desdoblas tus fastidios y tus murrias bajo las brumas de Londres y las fondas de Hyde Park, yo preparo unas sopitas á mi primer nene, un lindísimo mofletudo y llorón que estoy desfigurando á besos.

»Chica, parece que—y disculpa la barbaridad—fuí madre toda mi vida. Yo fajo, lacto, aduermo y cuido á mi rorro con una habilidad que me pasma á mí y embobа á mi esposo. Vivimos con mamá y Adela. Afortunadamente hemos podido sobrevivir á tantos dolores y hay día que suenan en casa cinco risas á un tiempo.

»Cásate, Marta, cásate... No puedes imaginarte cuán feliz me siento esta tarde de octubre. Mi marido está en la oficina. Mamá y Adela han salido. Tenemos una casa «pobremente amueblada,» como dicen en las comedias, «pero más limpia que una tacita de plata,» según dicen también las comedias en cuestión.

»El cielo, sereno, me parece una ancha sonrisa que protege mi casa y mi calle y mi vida. Ahora cojo á mi nene y le coloco en la cuna. ¡Cómo duerme el angelito!.. Estoy por darle un beso—uno de esos besos rabiosos, frenéticos, que no conoces—para verle abrir los ojitos y poner una cara de susto cómico.

»Ya no trabajo tanto como antes... Hay una paz solemne en casa... No suena el piano, *aquel*... No suena la máquina, *aquella*... Beethoven y el camisero tacaño están lejos... Suena el ruidito de la cuna, donde duerme mi pequeño; ese ruidito que no sé cómo explicarte, pero que me acaricia más, mucho más que aquellos *lieder* noruegos y aquellos valses germanos... Y créeme, que esa música me aduerme, y me hace soñar más que las del Pleyel; porque de inclinar la cabeza, hagámoslo cuando debajo de ella haya una cuna...—*Mary*.»

(Dibujo de Triadó.) E. RAMÍREZ ANGEL.

EXPOSICIÓN SOROLLA EN BOSTON

UN FENÓMENO PRODIGIOSO

La tercera y última exposición de las obras de Sorolla ha resultado ser otro éxito completo. Instalada en los espaciosos salones de la sociedad Copley de Boston, á pesar de lo adelantado de la estación ha sido visitada por miles de personas, ansiosas de admirar aquellas radiantes escenas del país del sol, creciendo el entusiasmo de la gente día tras día y avivándose el interés de todos por medio de conferencias designadas á propósito; dentro de aquel recinto, los bostonenses han percibido ahora las notas brillantes y realísticas que nunca habían visto.

El día 5 del corriente hubo recepción en honor del pintor: en el gran salón de la exposición se reunieron más de 500 invitados de la alta sociedad; las damas llevaban claveles rojos y junquillos prendidos sobre el pecho; los caballeros lucían en el ojal un lazo de los colores nacionales de España; con el orden debido y el ánimo bien dispuesto, todo el mundo pasó ante el artista valenciano, dándole un apretón de manos y saludándole con palabras muy corteses, quien en inglés, quien en español.

Es así como el artista está de enhorabuena desde su llegada á este país. Durante su corta estancia, aunque en tierra extranjera, ha presenciado la magia fascinadora de la fama; su nombre, apenas conocido,

ha subido rápidamente la honrosa cumbre de tantos ansiada, y aquí, en la cima de su gloria, ha visto coronado el triunfo de su venida por dos hechos capitales, á saber: la semana de Pascua, nuestro compatriota se hallaba en Wáshington, muy obsequiado por el presidente de los Estados Unidos Mr. Taft y por su familia, en *The White House* (la Casa Blanca), en la ocasión que pintaba el retrato de este primer magistrado de la República. Al propio tiempo, del otro lado del Océano le vino una carta muy cariñosa escrita por la mano de S. M. el rey de España, quien, movido de entusiasmo por el feliz éxito de uno de sus eximios patricios, le ha congratulado así de todo corazón.

Ahora que se ha visto el éxito extraordinario de estas exposiciones en el Museo Hispánico de esta ciudad, en la Galería Albright de Búffalo y en la Sociedad Copley de Boston; ahora que estamos seguros del prestigio que el arte español ha reconquistado en la fama de Velázquez y de Goya, será bueno esbozar algunos pensamientos sugeridos con estos sucesos y que, en cierto modo, reflejan la índole de todo este acontecimiento.

En primer lugar, es preciso dirigir la mirada hacia atrás, á aquella fecha en que España se vió rodeada de dificultades por ciertas controversias políticas, cuando se encontró frente por frente de este grande país americano. En aquel entonces, mientras los ánimos exaltados andaban á rienda suelta lo mismo allá que acá, ¿quién hubiera soñado que aquí en el corazón de Nueva York iba á fundarse dentro de breve tiempo la Sociedad Hispánica de América, con la idea de acercar plausiblemente los dos pueblos español y americano entre sí, dentro de las relaciones mentales y artísticas? ¿Quién se hubiera adelantado á predecir que el arte español estaba destinado á venir aquí sano, brillante y potente, y que el público americano, lo mismo que los críticos, lo recibirían y saludarían graciosamente? ¿Había alguno tan inteligente que previera la venida de un pintor como D. Joaquín Sorolla y Bastida, para ser patrocinado por Museos y escuelas americanos, y fuese comisionado para pintar los retratos de distinguidos americanos, incluso el presidente de los Estados Unidos?

Contéstese á estas preguntas, pues tales son los hechos. Y estos hechos han venido como por encanto. Véase cómo España, resignada en su destino y el curso del progreso en sus quehaceres domésticos, ha cautivado la estimación y admiración de la magnánima América; sabemos que la Sociedad Hispánica fué fundada por americanos entusiastas del arte español y de su literatura, y hemos visto el éxito tremendo que el arte español ha merecido en las exposiciones mencionadas.

Y sin embargo, el Sr. Sorolla no pensaba venir á este continente, ni tenía idea de su éxito una vez aquí; él no ha solicitado la oportunidad de pintar estos retratos: todo ha venido espontáneamente.

La realización de este acontecimiento en la evolución del tiempo y por el transcurso de la opinión común, revela el desarrollo de ciertos agentes dentro de nosotros mismos, los cuales pueden influir poderosamente en la creación de mejor inteligencia entre los dos pueblos. Estos agentes conciernen á fuerzas latentes visiblemente despertadas en los dos lados del Atlántico: el espíritu intelectual de aquí, América, se ha levantado ante la potente manifestación del genio español, y ha originado nuevas perspectivas entre el pueblo americano y el de la península Ibérica. Estas gratas noticias han confortado á los buenos sentimientos jamás extinguidos de la gente de allá, y ahora, ondas de diferentes ideales van cruzando el mar, una especie de telepatía funciona ordenadamente entre los dos países; aquí en América lo mismo que allá en la Península la mente sensata trabaja y empuja este movimiento inter oceánico.

En este sentido la Sociedad Hispánica dirige su cometido y promete ser con el tiempo un magnífico centro de cultura artística y quizá de civismo internacional en esta metrópoli. Exponiendo por primera vez las obras de los dos artistas contemporáneos don Joaquín Sorolla y D. Ignacio Zuloaga, esta institución, verdadera Mecenas americana, ha cumplido uno de los principios urgentes de sus estatutos, y también ha ensayado la utilidad de su existencia y su razón de ser.—Sebastián Cruset.



Valencia.—Ginkhama ó carreras de automóviles.—El automóvil del Sr. Abadal en el difícil paso del balancín



Los automóviles que tomaron parte en el Ginkhama esperando la orden de partida
(De fotografías de F. Moya.)

EXPOSICIÓN REGIONAL VALENCIANA

Entre los festejos últimamente celebrados en Valencia, merecen especial mención los organizados en honor de SS. AA. RR. los infantes D.ª María Teresa y D. Fernando, y de la caravana automovilista barcelonesa.

Llegaron los infantes en la mañana del 5; visitaron la capilla de la Virgen de los Desamparados, y por la tarde, D.ª María Teresa presidió la recepción de señoras que se efectuó en la capitanía general y visitó el Hospital civil, el Hospicio y la Casa de Misericordia, y D. Fernando asistió al concurso hípico. Por la noche SS. AA. obsequiaron en el Palace Hotel, en donde se hospedaban, con un banquete á las autoridades, y luego fueron á la exposición y al Teatro Circo, en donde se celebró una hermosa fiesta valenciana.

El día 6, después de oir misa en la catedral, visitaron la exposición, en donde inauguraron el concurso de claveles; concurrieron á la corrida de toros y al concurso hípico, y por la noche, después del banquete de gala en el Gran Casino, presidieron los Juegos Florales, en los que el poeta premiado con la Flor natural, Sr. Cabrero, eligió reina de la fiesta á la infanta. Terminado el certamen poético, hubo en el Gran Casino un magnífico cotillón.

Al día siguiente, SS. AA. visitaron el Colegio del Patriarca, las obras del puerto, almorzaron en Miramar, hicieron una última visita á la exposición y en el tren correo regresaron á Madrid.

Durante su estancia en Valencia, los infantes se han conquistado unánimes simpatías y en todas partes han sido calurosamente aclamados.

Objeto de grandes demostraciones de afecto han sido también los automovilistas barceloneses, que en numerosa caravana salieron el día 8 de esta ciudad, y después de un viaje sin grandes contratiempos, llegaron felizmente á Valencia el 9 por la tarde. Su entrada en aquella capital, así como su paso por las varias poblaciones del camino, fueron una serie continua de ovaciones.

En obsequio de los automovilistas han celebrado los valencianos numerosos y brillantes festejos: bailes, banquetes, cotillones, recepción en el Gran Casino, sesión de bailes regionales, excursión al Grao, etc. Digno remate de todas estas fiestas ha sido el Ginkhama efectuado el día 13: la gran pista de la exposición presentaba un aspecto inexplicable, y en las carreras de obstáculos tomaron parte 28 automóviles, los más de los cuales hicieron un magnífico recorrido, habiendo concedido el Jurado los nueve premios por el orden siguiente: Sres. Cera, vizconde de Sangermán, Roca y Barral, Abadal, Andreu (el 5.° y el 6.°), Soler, Baixeras y Cantó.

La semana automovilista de Valencia merece calificarse de verdadero acontecimiento, del que guardarán recuerdo gratísimo los expedicionarios barceloneses, reconocidos sobre todo á las cariñosas atenciones del pueblo valenciano.—S.

EXPOSICIÓN REGIONAL VALENCIANA. (De fotografías de F. Moya.)



Pabellón de los Reales Patrimonios.

Pabellón de Bellas Artes.

Automovilistas que forman la caravana Catalana durante un descanso en Sagunto.

... del umbráculo.

S.A.R. D. Fernando de Baviera presidiendo el Jurado del Concurso Hípico Internacional.

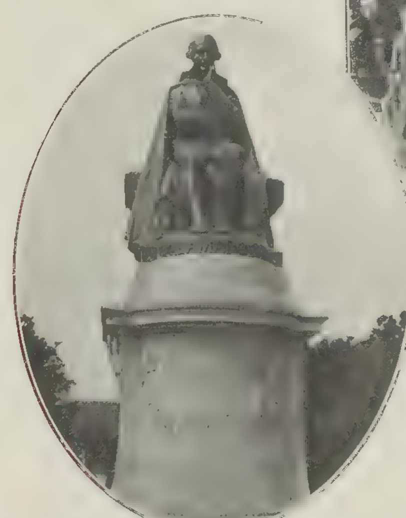
VISTAS DE ALGUNOS DE LOS PRINCIPALES EDIFICIOS DE LA EXPOSICIÓN

La caravana automovilista catalana en Sagunto.—El concurso hípico

ACTUALIDADES PARISIENSES

INAUGURACIÓN DE LOS MONUMENTOS DE LAMARCK Y BUFFÓN

En presencia del presidente de la República y del príncipe de Mónaco inauguráronse el día 13 del corriente en el Museum de Paris los monumentos de los eminentes naturalistas Lamarck y



Monumento del eminente naturalista Lamarck, obra de Fagel, inaugurado el día 13 de los corrientes (De fotografía de M. Rol.)



La actriz de la Comedia Francesa señorita Maille recitando, junto á la tribuna oficial, una oda de Blemond en el acto de la inauguración del monumento de Lamarck (De fotografía de World's Graphic Press.)

Buffón. El primero, obra de Fagel, álzase á la entrada del Jardín de Plantas y se compone de una estatua sentada de Lamarck y de un bajo relieve en bronce que representa á la hija del sabio consolándole de los desdenes con que sus contemporáneos miraron sus trabajos, y al pie del cual se lee esta inscripción: «Padre mío, la posteridad os admirará y os vengará.»

El segundo, debido al cincel de Carlus, representa al famoso intendente del «Jardín del Rey,» también sentado y con un pájaro en la mano; ha sido erigido enfrente del gran palacio del Museum.

Las tribunas habían sido construídas delante del monumento á Lamarck, y en ellas situáronse, además del Sr. Fallieres y del príncipe de Mónaco, los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, el ministro de Instrucción Pública, el director del Museum, varios diplomáticos y representantes del Consejo Municipal parisiense y de numerosas academias y corporaciones científicas, y la familia de Lamarck.

Pronunciaron discursos alusivos los Sres. Perier, director del Museum; Delage, delegado de la Academia de Ciencias; Guignard, delegado de la de Medicina; Fleurot, en nombre del Consejo Municipal de París; Monticelli, en representación de los delegados extranjeros y de la Universidad de Nápoles, y Doumergue, ministro de Instrucción Pública.

Al final de la ceremonia, la señorita Maille, de la Comedia Francesa, recitó una inspirada oda de Emilio Blemond al sabio inmortal.

Después efectuóse sin ceremonia alguna la inauguración del monumento á Buffón, cuyo autor fué muy felicitado por el Sr. Fallieres.



París.—Monumento al ilustre naturalista Buffón, obra de Carlus, inaugurada el día 13 de los corrientes (De fotografía de Harlingue.)



París.—Llegada de la embajada extraordinaria turca encargada de notificar al presidente de la República el advenimiento al trono de Turquía del sultán Mohamed V (De fotografía de World's Graphic Press.)

LA EMBAJADA TURCA

El día 13 llegó á París la embajada extraordinaria turca enviada á Francia para notificar al presidente de la República el advenimiento al trono del sultán Mohamed V. Compónese del mariscal Ghazi Ahmed Muktar-bajá, del general y senador Sami-bajá, y del chambelán Lufty bey, quienes fueron recibidos en la estación por el embajador de Turquía en París, acompañado del alto personal de la embajada; por el Sr. Fouquieres, en representación del presidente de la República y del gobierno, y por otras distinguidas personalidades.

Al día siguiente, los enviados de Mohamed V hicieron sus visitas oficiales al Sr. Pichón, ministro de Negocios Extranjeros, y al presidente de la República.

El jefe de esa misión otomana es una de las figuras más ilustres del ejército turco. La carrera del mariscal Muktar-bajá, que ostenta el título eminente de *Ghazi*, el victorioso, ha sido rápida y brillante y en ella se compendia, por decirlo así, toda la historia de Turquía durante los últimos cincuenta años. Nacido en 1830 en Brussa, á los veintitrés años hizo como capitán la campaña de Montenegro; en 1865, siendo comandante, fué profesor de la Escuela de guerra y poco después combatió contra los rebeldes de la provincia de Adana. En 1869 tomó parte en la expedición del Yemen, en la que conquistó el grado de



París.—M. Chauchard, fallecido el día 5 del corriente

Esta fotografía, tomada muy recientemente, representa al archimillonario saliendo de su palacio de la avenida de Velázquez, acompañado de cuatro criados para dar su acostumbrado paseo matutino. (De fotografía de Harlingue.)

mariscal, y en la guerra ruso turca mandó el ejército del Asia y alcanzó la brillante victoria de Guedikler que le valió el título de *Ghazi*. Sus ideas liberales le hicieron poco después sospechoso al sultán Abdul-Hamid, quien le envió al Cairo nombrándole alto comisario de Egipto, en donde ha permanecido veinticinco años. Al instaurarse el nuevo régimen en Turquía regresó á Constantinopla.

ENTIERRO DE M. CHAUCHARD

Ha fallecido recientemente en París el multimillonario Sr. Chauchard, fundador de los grandes almacenes del Louvre. Fué en su juventud un humilde empleado de comercio, y al morir, á la edad de ochenta y ocho años, deja una fortuna de más de cien millones de francos, conquistada á fuerza de trabajo y sobre todo merced á su genio mercantil. Empleó gran parte de su caudal en la adquisición de obras de arte y en obras de beneficencia, y en su testamento lega al Estado para el Museo del Louvre sus famosas colecciones artísticas, valoradas en 40 millones de francos. Deja, además, otras mandas benéficas y cuantiosos legados á algunos amigos, á los empleados de los citados almacenes y á sus criados.

Su entierro ha sido verdaderamente suntuoso.

TERREMOTOS EN EL MEDIODÍA DE FRANCIA

En la noche del 11 de este mes sintiéronse fuertes sacudidas sísmicas en el Mediodía de Francia; los efectos del terremoto percibiéronse con más ó menos intensidad en todas las poblaciones de aquella región, siendo muchos los desperfectos que en varias de ellas sufrieron los edificios. Pero en donde el temblor de tierra ha tenido más tristes consecuencias ha sido en los pueblos de Rognes, Lambesc, Puy-Sainte-Reparade, Saint-Cannat, Vanelles y Croane, en los que, además de los daños materiales, que han sido inmensos, ha habido hasta 40 muertos y muchos heridos. El gobierno envió á los lugares perjudicados tropas para el descombramiento y la busca de las víctimas sepultadas entre las ruinas.

Entierro de M. Chauchard

La carroza fúnebre á su paso por delante de los grandes almacenes del Louvre, que fundó M. Chauchard. (De fotografía de M. Branger.)

Terremotos en la región de Marsella.—Efectos del terremoto en Rognes. Los soldados retirando un cadáver de entre los escombros

(De fotografía de M. Rol.)



Retrato de Mrs. Z

Retrato de Mr. Kurtz





Retrato de Mr. Taft, presidente de la República de los Estados Unidos



Retrato de la princesa de Battenberg



RETRATO DE LA ESPOSA DEL PINTOR SOROLLA

EL TENOR ESPAÑOL FEDERICO CARASA

En el teatro Covent-Garden de Londres obtiene en la actualidad grandes aplausos un tenor español Federico Carasa. He aquí lo que á propósito de él escribe á *Le Gaulois* de París su corresponsal:

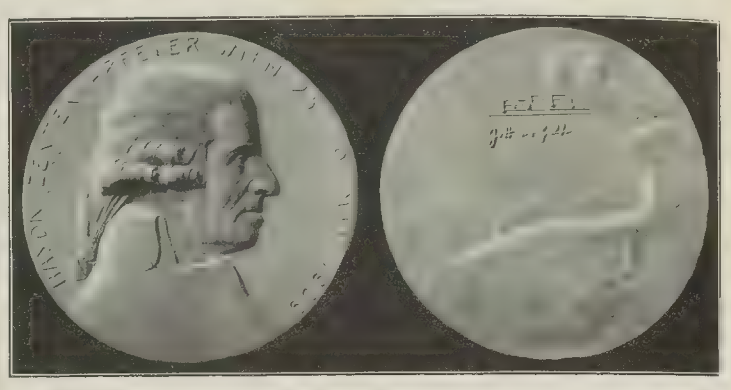
«Una revelación. La otra noche, en Covent Garden se cantaba *Cavallería Rusticana*. El elegante y numeroso auditorio esperaba, con curiosidad, la presentación de un tenor cuyo nombre figuraba por primera vez en el programa. No bien hubo atacado sus primeras notas, se produjo en la sala un movimiento de sorpresa y más tarde un escalofrío de entusiasmo. «Es Caruso,» afirmaban los unos. «Es un nuevo Tamagno,» manifestaban los otros. Y el arrobamiento del auditorio era mayor á medida que la voz del artista fiaba de su garganta, alada, acariciadora y potente. Al primer intento había conquistado la voluntad del público, no obstante estar éste habituado á las más fuertes emociones artísticas.



El tenor español **Federico Carasa**, que actualmente canta con inmenso éxito en el teatro Covent-Garden, de Londres. (De fotografía de Frederic, de San Sebastián.)

»Después de esto, todo Londres no habla más que del joven desconocido: es el tenor de la temporada.

»¿Su nombre?.. Carasa. ¿Su nacionalidad?.. Española. ¿Su historia... No deja de ser interesante. Hace pocos años—el tenor no cuenta más que veintiuno—el azar hizo que M. Tabadello, el eminente profesor de canto, que se hallaba accidentalmente en San Sebastián, tropezara con él, le oyera y, adivinando el porvenir fabuloso que le estaba reservado, se le ofreciera generosamente á hacer su educación musical. Se lo llevó pronto á París, le inculcó su maestría y no paró hasta conseguir su debut sensacional en Covent Garden, donde está contratado para tres temporadas.



Medalla oficial conmemorativa del centenario de la muerte de Haydn, modelada por Rodolfo Marschall. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

»Maravillado de su voz incomparable, que reune, efectivamente, el timbre y el encanto y tiene á la vez las cualidades de Caruso y de Tamagno, Mr. Hammerstein, acaba por su parte de hacerle un contrato verdaderamente regio y de algunos años de duración para el Manattan Opera de Nueva York, donde debutará con *Hugonotes* la temporada próxima.

»París espera al cantante único, cuya voz, que alcanza al mi bemol con una facilidad inconcebible, es un puro y delicado encanto.»

BARCELONA

INAUGURACIÓN DEL PABELLÓN DE SERICICULTURA

En el Jardín Zoológico del Parque de esta ciudad se ha instalado por iniciativa de la sociedad «Fomento de la Sericicultura Española,» de acuerdo con la Junta Municipal de Ciencias Naturales, el Pabellón de Sericicultura, destinado, como su nombre indica, á la cría del gusano de seda.

Como el objeto de la instalación es exclusivamente de propaganda, pues lo que los iniciadores se han propuesto al llevarla á cabo es tan sólo dar á conocer al público la cría del gusano de seda y propagar y divulgar esta industria agrícola, el pabellón es de proporciones reducidas y en él no se cultivan más que unos 25 gramos de simiente, distribuídos en tres incubaciones sucesivas. De este modo pueden los visitantes observar simultáneamente los varios períodos de desarrollo del gusano, faltando únicamente el de la transformación de la crisálida en mariposa, ya que los capullos no se guardarán como simiente por resultar la adquisición de ésta mucho más ventajosa realizándola en los centros productores.

Los capullos serán todos destinados á ser convertidos en seda, y la entidad mencionada, «Fomento de la Sericicultura,» se propone con esta seda tejer una bandera que regalará al Ayuntamiento de Barcelona para que ondee en las Casas Consistoriales de esta ciudad.

Al acto de la inauguración asistieron el concejal Sr. Durán y Ventosa, en representación del Ayuntamiento, el catedrático de esta Universidad y senador del reino D. Odón de Buen, varios individuos de la Junta de Ciencias Naturales y del Fomento de la Sericicultura, representantes de la prensa y otros.



Barcelona.—Interior del Pabellón de Sericicultura, recientemente inaugurado
(De fotografía de A. Merletti.)

MEDALLA CONMEMORATIVA DEL CENTENARIO

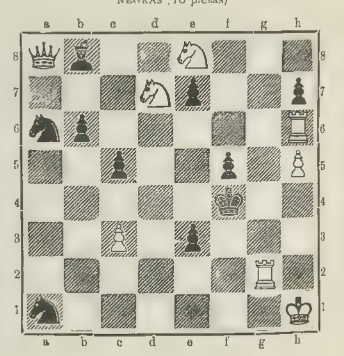
DE LA MUERTE DE HAYDN

Con grandes fiestas musicales ha conmemorado Austria la fecha de la muerte de su gran compositor José Haydn, acaecida el 31 de mayo de 1809. Además de las audiciones musicales, en las que se han ejecutado magistralmente las obras capitales del «padre de la sinfonía,» como con razón se llama al inmortal maestro, se ha celebrado un congreso organizado por la Sociedad internacional de música de Viena y al cual han concurrido los más eminentes compositores y musicólogos de todo el mundo.

Como recuerdo oficial del centenario se ha acuñado la medalla que adjunta reproducimos.

AJEDREZ

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

PROBLEMA NÚMERO 522, POR V. MARÍN

1.er premio del Concurso del «Tidskrift for Schack» 1906.

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 521, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Ta4-a2	1. Ad5×a2
2. De7-c5	2. Ad4×c5 jaque
3. Td2-d6 jaque,	3. Re3×e4
4. Ch1-g3 mate.	

VARIANTES.

1....Cf7-e5; 2. Td2-c2 jaq., Re3×e4; 3. Ch1-g3 jaq., etc.
Re3-d3; 3. Ad1-e2 jaq., etc.
Ad4-b2; 2. De7-c5 jaq., Re3×e4; 3. Dc5×d5 jaq., etc.
Re3×f4; 3. Td2-f2 jaq., etc.
Ad4-e5; 2. Td2×d5 jaq., Re3×e4; 3. De7-e6 jaq., etc.
Otra jug.a; 2. Td2-c2 jaq., etc.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



El Sr. Laroche estaba en su gabinete y recorría periódicos cuando el criado entró

—¿Por qué?

—Va usted á buscar á su hija, luego vende usted su casa de comercio y viene á encerrarse aquí, dejando que se acredite en el país el rumor de que la señora de Favreuse no ha tenido ningún hijo de su matrimonio. ¿A qué, pues, todo ese misterio?

—Repito á usted que encontré á mi hija sola, protestó Laroche, y que si tenía un hijo, cosa muy inverosímil, yo lo ignoraba absolutamente.

Griffonnier se levantó, y en un tono bajo el cual parecía ocultarse una vaga amenaza, declaró:

—Vine aquí, caballero, animado de las intenciones más conciliadoras. El Sr. de Favreuse, en uso de su derecho absoluto, quiere á toda costa saber lo que ha sido de su hija y besar á esa criatura que todavía no conoce. Esperaba que usted comprendería ese legítimo deseo de su corazón de padre..., pero veo con pesar que no es así, y nos veremos obligados á obrar...

—Cómo, ¿á obrar?.., exclamó Laroche. ¡Ah! ¿Supone usted realmente que yo he hecho desaparecer á esa criatura?..

—Los magistrados apreciarán, dijo el antiguo pasante formulando claramente su amenaza.

—¡Los magistrados!.., exclamó furiosamente el padre de Juana. ¡A mí me amenaza usted con la justicia!.. ¡Ah, eso es el colmo, y viniendo de parte del miserable á quien usted representa, encuentro esa amenaza de una presunción y de un cinismo sin iguales! ¡La justicia!.. Vaya usted, caballero, que el Sr. de Favreuse acuda á ella.. Ya la conoce... Verá cómo es acogida esa ridícula pretensión, esa invención necia, imaginada con un fin indigno... Vaya usted, yo nada temo de los tribunales... Mi vida de honradez nada tiene que temer de un paralelo con la afirmación de un licenciado de presidio... Yo soy una persona honrada, caballero... Puedo ir por todas partes con la frente erguida... Habla usted de magistrados... Yo lo he sido. Durante largos años he sido juez en el tribunal de comercio de París. Vaya usted. Vaya y ponga una demanda contra el señor Laroche y verá el resultado que obtiene.

Griffonnier, á pesar de su serenidad, se sentía bastante perplejo. El acento indignado del Sr. Laroche tenía una vehemencia tan verdadera, que el falso notario no podía menos de confesarse que el comerciante no representaba una comedia.

No obstante, quiso ir hasta el fin.

—Sin embargo, es imposible negar, dijo cuando el padre de Juana hubo concluído; nos hallamos en presencia de la supresión de una niña. El hecho es innegable, puesto que está probada la existencia de la hija de Juana Laroche.

—¡Bah!, exclamó el comerciante, ¿cree usted que no veo clara la cosa?.. Y además, ¿qué pruebas son esas de que acaba usted de hablar? Una partida de nacimiento bajo el nombre de una Laroche. ¿Es por ventura único este nombre? ¡Cuántas otras familias no lo llevan!..

—La comadrona afirma.., quiso añadir Griffonnier.

—¿Y qué? Una comadrona puede comprarse, interrumpió el antiguo comerciante, y el infame que me robó mi hija es capaz de todo.

—Entonces, caballero, preguntó Griffonnier, ¿se niega usted terminantemente á decir qué ha sido de esa niña?

—¿Sabe usted, caballero, que su insistencia empieza á ser muy singular?, dijo Laroche acercándose á su interlocutor. Repito á usted por última vez..., ¿oye usted?, por última vez, que esa historia no es más que una invención digna del pillo que la concibió, y me parece que esta conversación ha durado demasiado.

Griffonnier se puso la cartera debajo del brazo y saludó diciendo secamente:

—Está bien, caballero; sólo me falta dar cuenta de esta acogida á mi poderdante, que dispondrá. Beso á usted la mano.

Y salió del salón con el aire digno de un hombre que acaba de cumplir con un deber y desempeñar una misión importante.

«¡Demonio, es duro de pelar el suegro de Favreuse!—dijo para su capote el falso notario mirando el coche que le esperaba delante de la verja.—Se me figura que no es por este lado por donde hay que buscar á esa niña. Ese hombre, evidentemente, es ajeno á la desaparición que hemos sospechado. Es evidente que ignoraba el nacimiento de esa criatura. Entonces, ¿qué misterio hay aquí?.. Sin embargo, mi viaje no ha sido inútil, añadió Griffonnier serenándose un poco; y voy á sorprender grandemente á Favreuse cuando le diga que su mujer está loca. Se trata de aguzar el ingenio, maese Griffonnier, porque algo hay que sacar de todo eso, por un lado ó por otro.»

Hacía ya un rato que rodaba el coche, cuando se cruzó con un birlocho que venía de Segonzac.

El cochero de Griffonnier volvió la cabeza cuando el cabriolé hubo pasado, é inclinándose hacia su viajero le dijo:

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Mire usted; acabamos de encontrar al doctor de Angulema; va al Cepellón á visitar á la hija del señor Laroche.

Griffonnier no tenía ganas de hablar y sólo contestó con visible indiferencia:

—¡Ah, es él!..

Una vez libre de su extraña visita, el Sr. Laroche volvió al lado de Juana.

Bajo la impresión todavía de la cólera y de la indignación, se paseaba por la estancia á grandes pasos, con sordas exclamaciones.

«¡Ah, el miserable, no está satisfecho aún con todo el mal que nos ha causado! Después de haber hecho la desgracia de mi hija, la emprende contra mí. ¡Ah, veremos si los malvados pueden más que las personas de bien!.. ¡Que se atreva á atacarme y verá!.. ¡Pobre Juana..., pobre hija mía!.. ¡No, no me recías semejante desgracia!»

El angustiado padre se detuvo delante de la hermosa demente y la contempló con ojos llenos de dolorosa tristeza.

Juana en aquel momento se sonrió.

«¡Una niña! —repuso Laroche.—¡Bah, qué fábula tan ridícula!.. Afortunadamente el cielo no ha querido que ese infame perpetuase su raza en mi pobre Juana.»

La puerta se abrió en aquel momento y Laroche se volvió.

—Buenos días, amigo mío, exclamó el recién llegado.

—¡Ah, es usted, Desvallieres!, contestó el padre de Juana, cuya cólera se desvaneció de repente.

El doctor Desvallieres entraba, en efecto, acompañado de su amigo el doctor Courvoyer, el sabio alienista de Angulema, á quien de paso había tomado en su casa.

Laroche cambió con los dos médicos cordiales apretones de mano.

—Y bien, ¿qué tal va hoy nuestra querida enferma?, preguntó Desvallieres. Hacía ya tres meses que yo no había venido y estaba impaciente por verla.

—Siempre lo mismo, amigo mío, contestó el padre de Juana, y á pesar de todos los cuidados de que se la rodea, á pesar de todos los esfuerzos del doctor Courvoyer, no se observa mejoría.

Los dos médicos se habían acercado á Juana y el alienista explicó á Desvallieres el tratamiento que hacía seguir á la joven.

La pobre loca miraba alternativamente á los tres hombres con sus grandes ojos amortiguados, y nada en su fisonomía revelaba el paso de pensamiento alguno.

A todas las preguntas que los médicos y su padre le hacían, sólo contestaba repitiendo maquinalmente el final de las frases oídas, sin haber comprendido el sentido de las mismas.

—¡Y decir que hace tres años que esto dura!, exclamó Laroche con doloroso acento, y quizá será siempre lo mismo.

—Se me había acudido una idea singular, hace ya algún tiempo, declaró el alienista de Angulema; pero no me fijé en ella porque la cosa me había parecido extraordinaria y muy poco probable...

—¿Qué es ello?, preguntó Desvallieres.

—El caso es que siempre me ha sorprendido que la malhadada aventura que la privaba de su esposo hubiese producido en su hija de usted una impresión bastante profunda para determinar una demencia repentina. Su temperamento no la predisponía á esa pérdida completa de las facultades mentales. Juana tiene mucho de usted, mi querido Laroche, y lo que usted me refirió de la energía que había mostrado contra usted en el momento de su matrimonio, era para mí una prueba más de la firmeza de su cerebro.

—Sin embargo, me parece que el golpe debió ser rudo para la pobre Juana, objetó Desvallieres.

—No me hubiera sorprendido en una naturaleza débil, en una joven anémica; pero nos hallamos en presencia de una organización perfecta y por esto he buscado á ver si otra causa, además de la que hasta aquí hemos admitido, atacó la parte física, trastornando al mismo tiempo la parte moral.

—¿Qué supone usted, pues?, preguntó el doctor Desvallieres.

—Por ejemplo, alguna enfermedad que hubiese precedido á la locura..., una fiebre cerebral..., una meningitis..., una fiebre tifoidea... Mire usted, tuve algún tiempo en mi clínica una joven cuyo caso era exactamente igual al de nuestra pobre enferma... Estaba bien constituída, era robusta y sana como ella; pero á consecuencia de un parto laborioso, declaróse una fiebre puerperal, las facultades se trastornaron y pronto sobrevino la locura, una locura tranquila, la melancolía permanente..., en fin...

El doctor no terminó su frase; el Sr. Laroche acababa de cogerle la mano, y con un acento que asombró á los dos médicos, exclamó:

—¿Dice usted, doctor, que de resultas de un parto puede declararse la locura?

—La locura puerperal, perfectamente, contestó el sabio alienista; es un caso muy frecuente, pero cuya curación es casi siempre segura.

—Entonces, ¡eso es, eso es!, murmuró el ex comerciante. Ese hombre tenía razón..., ¡eso es!..

El Sr. Desvallieres y su colega miraban al señor Laroche con estupefacción, y cambiaron una mirada que sorprendió al padre de Juana.

—Me creen ustedes loco también, ¿verdad?, dijo él. ¡El hecho es que habría para perder el juicio!.. ¿Saben ustedes lo que acaban de decirme, hace apenas media hora?

—¿Qué?, preguntaron al mismo tiempo los dos médicos.

—Que Juana tuvo una hija, nacida algunos días antes de encontrarla yo en el estado que ustedes saben.

—¡Una hija!, exclamó el Sr. Desvallieres en el colmo de la sorpresa.

—Eso lo explicaría todo, dijo el alienista, y no debo ocultarles que esta es precisamente la idea que se me ocurrió... ¡La locura puerperal!.. Eso lo explica todo.

El Sr. Desvallieres parecía reflexionar y su mirada no se apartaba de la hija de su amigo.

—Sí, eso debe ser, murmuró al fin, pues al hacer memoria, recuerdo que cuando vi á Juana después de su vuelta á casa de usted, llamaron vivamente mi atención ciertos indicios... Pero no profundicé entonces... ¿Cómo suponer que esta infeliz, recogida errante después de una larga marcha, puesto que parecía extenuada, según usted me dijo, acababa de atravesar una fase tan crítica?.. ¿Cómo sospechar la verdad?.. Me extraña que no le cortase la vida.

—Pasaría lo siguiente, explicó el Sr. Laroche. Mi hija acababa probablemente de dar á luz cuando ese miserable fué preso. En el estado de debilidad, de extenuación en que se encontraba, si realmente fué madre, la sacudida debió ser más terrible... Sí, comprendo que perdiese la razón... ¡Pobre Juana!.. Debió salir en busca de su marido, de ese infame á quien amaba á pesar de todo...

—La pobre debía tener ya una fiebre violenta, lo que no es de extrañar, opinó el doctor Courvoyer, y la infeliz perdería conciencia de su estado. Se levantó, salió, echó á andar, inconsciente, sin saber adónde iba... ¡Ya estaba loca!..

—Entonces, ¿y la criatura?, preguntó el Sr. Laroche; ¿qué pudo ser de ella?

—Sí, la hija, dijo el alienista siguiendo otra idea; ahí está quizá el medio de salvar á nuestra enferma. Aguarden... Déjenme hacer... Ese recuerdo habrá subsistido en ella más vivaz.

Acercóse á la demente y le cogió las manos.

—¡Juana!, pronunció mirándola fijamente. ¿Usted tiene una hija?.. ¿Dónde está esa niña..., esa hermosa criatura de que es usted madre?..

Juana pareció no haber oído.

El Sr. Laroche se acercó á su vez.

—Vamos, Juana, mi querida Juanita, dijo con su voz más dulce, escúchame bien... Sabes que tienes una hija, ¿no es cierto?..

—Una hija, repitió la loca con voz apagada.

—Sí, tu pequeña Jenny, continuó el desgraciado padre. Recuerda, Jenny, Jenny..., tú le pusiste el nombre de Jenny...

—Jenny..., repitió Juana como un eco.

Pero nada vibró en ella.

El Sr. Laroche hizo un gesto de desaliento.

—No, ¿ven ustedes?, ni siquiera esto, ni siquiera el amor maternal: ese sentimiento, que es el último en desaparecer, ha desaparecido para siempre... ¡No hay remedio..., no hay remedio!

—Pero ¿cómo ha sabido usted esa maternidad de Juana?, preguntó el doctor Desvallieres. ¿Es bien seguro que existe?

—¡Oh, sí! De pronto dudé. Lo negué porque me parecía imposible; pero ya no lo dudo, contestó el padre de Juana.

Y refirió entonces la visita que acababa de recibir y la extraña acusación formulada contra él.

Había vuelto á ponerse furioso.

—¡Ese miserable!, exclamó. ¿Creerán ustedes que se atreve á sostener que soy yo el que ha hecho desaparecer á esa criatura?.. ¡Oh, sí, hubiera preferido que nada subsistiese de ese amor que repruebo más que nunca!.. Pero hoy, puesto que es cierto, puesto que mi hija fué madre, me alegraría, por el contrario, de poderle devolver su hija... ¡Pobre Juana!.. ¡Quién sabe si al ver á su criaturita en sus brazos, recobraría la razón!..

—Yo respondo de ello, aseguró el alienista. Es muy probable que la vista de esa niña produzca en su espíritu esa vigorosa impresión de la cual espero la cura. ¿No tiene usted ninguna huella, ningún indicio que pueda permitirle encontrar esa niña?

—¡Ay, no!, declaró el antiguo comerciante. Fué imposible averiguar el último domicilio de mi hija y el punto de donde venía cuando la recogieron.

—Había en ello una probabilidad muy grande de curación, dijo el doctor Courvoyer, y de curación inmediata. La naturaleza hace á veces milagros sorprendentes.

—¿Pero dónde buscarla?.., exclamó el Sr. Laroche. ¿A quién preguntar?.. ¿Qué pista seguir?.. Sí, voy á buscar á esa niña, que ha de devolver la razón á mi hija..., la buscaré... y la encontraré... Desvallieres, añadió volviéndose hacia su amigo, mañana mismo regresaremos juntos á París. Usted me ayudará, ¿no es cierto?

—Ya sabe usted, amigo mío, que puede contar conmigo de la manera más absoluta, declaró el doctor.

Fué convenido entonces que Juana permanecería en el Cepellón bajo el cuidado del alienista, que consintió gustoso en quedarse en la quinta durante la ausencia del Sr. Laroche.

Como no tenía familia, esto no le causaba ningún trastorno ni molestia.

El comerciante dió inmediatamente las órdenes oportunas, y al día siguiente marchó á París con el Sr. Desvallieres, convencido de que el enviado de su yerno no había mentido, persuadido de que su hija había sido madre, y se decía:

«Sí, creo que esa criatura será su salvación... El doctor Courvoyer lo asegura y tiene razón... La presencia de su hija hará vibrar en ella la cuerda maternal, haciéndole recobrar la razón. Mi hija se salvará. En cuanto al otro—añadió el Sr. Laroche con un relámpago en las pupilas,—en cuanto á ese miserable, después veremos...»

XX

LA PEQUEÑA JENNY

Luciano de Favreuse había aceptado con entusiasmo el ofrecimiento de instalarse con su madre en Meudon, y vivía en la casita de la calle de Fleury bajo el nombre de Luciano Rollinet.

Había puesto á su madre al corriente del paso que debía dar Griffonnier cerca del Sr. Laroche, y según las instrucciones que había dado á su representante, tenía que ir á Meudon á darle cuenta de su misión.

Cuando el ex pasante de notario, de vuelta del Cepellón, se presentó en casa de su antiguo camarada de Etampes, Luciano comprendió al primer golpe de vista, al ver el rostro desconcertado de su emisario, el fracaso de su tentativa.

La señora de Favreuse estaba con su hijo, ansiosa también de saber el resultado, pues sus intereses se hallaban íntimamente ligados ahora con los de Luciano, cuya fortuna esperaba compartir.

—Mi amigo Griffonnier, de quien te hablé, dijo Luciano presentando á su madre al antiguo pasante, que se inclinó. Es un amigo de regimiento, muy versado en la jurisprudencia. Y bien, no has conseguido nada, ¿verdad?, preguntó en seguida. Te lo conozco en la cara.

—Amigo mío, empezó diciendo el enviado, hemos errado absolutamente el camino, y lejos de creer hoy en la desaparición criminal de tu hija, vengo con la íntima convicción de que soy yo el que he enterado á tu suegro de la maternidad de su hija.

—¡Bah!, exclamó Luciano. ¿Lo hubiera ignorado hasta ahora?.. ¡Es imposible!

—Tengo la pretensión de ser conocedor de los hombres, repuso Griffonnier, y he vivido bastante para que no me den gato por liebre. Si hubieses oído con qué acento lleno de verdadera é inimitable indignación el Sr. Laroche ha rechazado mis insinuaciones, estarías también convencido de que es ajeno á la desaparición de la niña. Es un hombre brutal, en esto tenías razón, pero es también un hombre honrado. Hay que decidirnos á buscar por otro lado.

—Pero vamos á ver, intervino la señora de Favreuse, el Sr. Laroche era, sin embargo, el único interesado en disimular la existencia de esa niña.

—¡Claro!, exclamó Luciano, y mi convicción subsiste, digas lo que digas. Él solo cometió la fechoría, porque evidentemente no se le hubiera ocurrido á Juana. ¡Al fin y al cabo es madre!..

—Tampoco fué tu mujer, en efecto, declaró el ex pasante, y es tanto más incapaz de hacerlo cuanto que perdió la razón.

—¿Qué dices?, exclamó el marido de Juana con estupor, mi mujer...

—¡Pobre amigo mío, tu mujer está loca!

—¡Loca!.., exclamaron á un mismo tiempo la comadrona y su hijo.

—Lo sé de labios de su propio padre, anunció Griffonnier.

Esta noticia había llenado á Luciano de estupor, no porque su afecto por la pobre Juana le moviese á compasión - hacía mucho tiempo que aquel amor, determinado sobre todo por la codicia de la fortuna de Laroche, había desaparecido,—sino porque ello desbarataba sus planes.

Su mujer, loca, no podía serle de ninguna utilidad para sus combinaciones.

¡Ah! Si hubiese podido verla y hablar con ella, el miserable estaba segurísimo de reconquistar pronto toda su influencia sobre aquel corazón cuya debilidad había podido apreciar. Pero ahora, ¿qué hacer?

Griffonnier dió algunas explicaciones.

—Entonces, dijo la viuda Favreuse, si no es el Sr. Laroche, ¿quién pudo apoderarse de la niña y con qué fin?

—No me lo explico, contestó Luciano, á menos que la recogiera algún vecino.

—No, no es eso, objetó la comadrona. Tanto si el Sr. Laroche vino á buscar á su hija, como si tu mujer fué á su casa, se hubiera enterado del nacimiento de esa niña. Si hubiese venido á Meudon, los vecinos le hubieran entregado la criatura, y si Juana fué á su casa, no estaba loca entonces y con seguridad hubiera anunciado á su padre el nacimiento de la niña.

—Hay algo que se nos escapa, opinó el antiguo pasante.

—Sí, hay aquí un misterio que no llego á explicarme, dijo el marido de Juana. Después de mi marcha debió pasar algo que no acierto á comprender.

—De todas maneras, declaró Griffonnier, por el momento, lo único que tienes que hacer es buscar las huellas de tu hija sin preocuparte de lo demás. Cuando la hayas encontrado, tendremos tiempo de buscar á los autores del rapto. Nada puedes hacer hasta recuperar á tu hija.

—Ya lo sé, dijo Luciano. Pero ¿dónde buscarla, puesto que esa pista, que yo creía que era la buena, se nos escapa?

—Si mi concurso puede serte útil, ofreció Griffonnier, sabes que estoy á tu disposición, y se me figura que buscando bien por los alrededores de tu último domicilio, llegaremos á encontrar la pista.

—Tu amigo tiene razón, dijo la señora de Favreuse; ahí es donde hay que buscar. Por lo que á mí toca, yo recuerdo que fué una lavandera la que vino á buscarme para asistir á tu mujer... Se la puede encontrar fácilmente. Me dijo que al día siguiente debía volver al lado de la parturienta; ella sabrá algo quizá.

—Perfectamente... Ese es un punto de partida, aprobó el antiguo pasante, que se transformaba fácilmente en sabueso. Por ese lado podemos ya ponernos en campaña.

—Habrá que ver también á la dueña de la casa, dijo Luciano. Por ese lado también se podrá averiguar algo quizá. Hay también el tabernero del «Petit Drapeau,» ese ventorrillo pegado á mi antigua casa.

—Pues vamos á ponernos en campaña en seguida, propuso Griffonnier. Pero, añadió dirigiéndose á su amigo, harás bien en no mezclarte directamente en las investigaciones. Te podrían reconocer, y como no sabemos con qué fin hicieron desaparecer á la niña, vale más que nos dejes practicar las diligencias necesarias á la señora y á mí.

Convinieron, pues, en que al día siguiente la comadrona y Griffonnier se pondrían en campaña.

Tenían que ver desde luego, en Val Meudon, á la señora Bichet, la lavandera que había ido á buscar á la comadrona, y si nada averiguaban allí, irían á Clamart á interrogar á la casera, cuyo nombre y dirección dió Luciano.

La inesperada revelación hecha al Sr. Laroche por el emisario de su yerno, parecía haber transfigurado al antiguo comerciante. Aquella maternidad de Juana, que de pronto no había querido admitir y en la cual ahora no podía negarse á creer, le había devuelto toda su energía de los buenos tiempos.

Desde que se había retirado del comercio, el padre de Juana, entregado á su pena, parecía haberse desprendido completamente de la vida.

El hombre tan activo de antes se sentía continuamente presa de una especie de entorpecimiento, y á menudo el doctor Courvoyer y su amigo Desvallieres, en sus visitas, habían procurado sacudir aquella atonía, sin poderlo conseguir. Hacían lo posible para que el Sr. Laroche se interesase por las cosas ambientes, para sacarlo de su abatimiento; pero el padre de Juana no respondía más que con una sonrisa llena de tristeza.

«¿Para qué?—pensaba.—Mi vida no tiene más objeto que la curación de Juana..., si es posible...»

Ahora pensaba y hablaba de otro modo.

La esperanza que la declaración del médico había hecho brillar en los ojos del pobre padre, le hacía vislumbrar la posibilidad de aquella cura que hasta entonces le había parecido imposible; la revelación de la existencia de aquella niña, de la hija de Juana, había hecho reaparecer en él las cualidades de combatividad que constituían el fondo de su temperamento y á las cuales había debido su fortuna.

—Sí, mi querido amigo, dijo al doctor Desvallieres, registraré París y sus alrededores, si es preciso. Quiero á toda costa recuperar esa niña.

El doctor estaba encantado: veía á su amigo como antes, libre al fin de aquella negra melancolía; veía á su buen amigo Laroche de otros tiempos, enérgico, activo, emprendedor, siempre en la brecha, y él tampoco dudaba del éxito.

—¡Ah, mi querido doctor, qué alegría si yo pudiese al mismo tiempo devolver á mi Juana su hija y la razón!, dijo Laroche con un ardor de deseo y de esperanza que comunicó una verdadera confianza á su amigo. ¡Cómo me querría después! Sin conocer á esa criatura, me parece que ya la quiero entrañablemente!. ¡Después de todo, es algo de mí mismo!.. Además, ¿no sería un crimen dejar á esa pobre inocente recaer quizá en manos del infame que el destino le ha dado por padre?.. ¡Es para mí un deber el substraerla á la influencia moral de ese miserable y lo cumpliré!

Al día siguiente de su llegada á París, el Sr. Laroche, que se hospedó en casa de su amigo Desvallieres, quiso empezar inmediatamente las investigaciones.

Pero la empresa que, en el entusiasmo del primer momento, había parecido sencilla al padre de Juana, se mostró en seguida bajo su verdadero aspecto, es decir, con todas sus dificultades.

La principal estaba en el punto de partida, y el antiguo comerciante hablaba de esto con el Sr. Desvallieres cuando tuvo de pronto una inspiración.

—¡Pero tenemos á Paulina!, exclamó de pronto. Fué ella la que reconoció á Juana cuando la conducían á la comisaría después de haberla encontrado errante!.. Quizá sabe de dónde venía.

—En efecto, hay que ver desde luego á esa muchacha, opinó el doctor; pero al cabo de tres años, ¡sabe Dios dónde para!

—En la comisaría averiguaremos por de pronto dónde vivía entonces.

—Vamos allá, aprobó el doctor. Será quizá un punto de partida, si tenemos la suerte de encontrarla.

El Sr. Desvallieres había hecho enganchar su cupé, y los dos amigos se hicieron conducir á la comisaría del barrio de Point du Jour. Después de buscar un rato, encontraron el informe redactado entonces, y en el cual constaba, en efecto, la dirección de la antigua camarera, en aquel momento.

El Sr. Laroche y su amigo fueron allí; pero Paulina había cambiado de casa, y se les dijo que servía actualmente en el bulevar Pereire, número 209.

—¡A ver si estará todavía!, dijo ansiosamente el padre de Juana.

Los dos amigos llegaron pronto á la casa indicada, y el antiguo comerciante experimentó una verdadera alegría al oir que la portera contestaba á su pregunta:

—Paulina, sí, señor; sirve de camarera en casa de madama de Briey, segundo piso.

El Sr. Laroche había empezado á subir la escalera, cuando de pronto una vacilación le retuvo.

En el momento de encontrarse en presencia de Paulina, recordó la dureza implacable con que la había echado de su casa. Aún le parecía estar oyendo las súplicas de la pobre muchacha, que le imploraba llorando. Y hoy era él quien necesitaba de ella. ¿Cómo iba á recibirlo á su vez?

El Sr. Desvallieres no comprendía la vacilación de su amigo.

—Y bien, dijo, ¿viene usted?

El padre de Juana estaba demasiado empeñado en el éxito de su empresa para detenerse en tales consideraciones. El amor á Juana le hizo arrostrar aquella humillación.

—Sí, contestó; vamos.

Al campanillazo, fué Paulina misma la que abrió la puerta.

Aunque su antiguo amo había envejecido mucho durante aquellos tres años, la camarera le reconoció á primera vista, y quedóse estupefacta en el umbral, tartamudeando:

—¡Sr. Laroche!.. ¡Usted!..

—Sí, Paulina, yo mismo, articuló el padre de Juana con visible emoción. Necesito hablar con usted un instante.

—En este momento estoy libre, dijo la camarera, vivamente emocionada también en presencia de su antiguo amo.

Paulina había conservado siempre por Juana un afecto que la desgracia no había hecho más que aumentar; y si había guardado algún resentimiento para con aquel hombre que se mostró implacable con ella, su corazón habló más alto que su rencor.

Seguramente venían á hablarle de la pobre Juana. ¿Qué iba á oir de labios de su padre?

Hubo un momento de silencio, motivado por la situación respectiva de él y ella.

Después el Sr. Laroche prosiguió:

—Le sorprende á usted mi visita, ¿no es cierto? He venido en nombre de mi hija, pensando que por ella querrá usted prestarme su concurso.

—No lo dude usted, señor..., balbuceó Paulina.

—Mostréme duro con usted, continuó el padre de Juana, y me dejé llevar de la cólera... Obedecí á presentimientos que han resultado harto justificados. Pero me he acordado del afecto que usted tenía á mi pobre hija, y es en su nombre, por decirlo así, en el que he venido...

—¿La señorita está curada?, preguntó Paulina con verdadero interés.

—¡Ay, no! Mi pobre hija sigue en el mismo estado.

—¡Qué desgracia!, murmuró la camarera. ¡Pobre señora!

—Si usted quiere, Paulina, puede salvar á Juana prestándome el concurso que voy á pedirle.

—¡Oh, señor, exclamó Paulina con entusiasmo, qué no haría yo por la señorita Juana! ¡Fué siempre tan buena conmigo ella!..

Había en este final de frase un reproche indirecto que el Sr. Laroche sintió perfectamente.

—He aquí de lo que se trata, continuó él; he sabido, hace sólo un par de días, que mi hija había sido madre.

—Cómo, ¿usted no sabía?.., preguntó Paulina vivamente sorprendida.

Laroche y el médico cambiaron una mirada. ¡De modo que era cierto! Aquella muchacha acababa de declararlo implícitamente... Juana había sido realmente madre.

—¿Cómo podía yo saberlo?, dijo el padre de Juana. Mi pobre hija está loca, como usted sabe... Ha perdido todo recuerdo de lo pasado... Yo he sabido eso de la manera más inesperada, y ha sido para mí una revelación... He sabido que Juana tuvo una niña, y lo he sabido por un hombre que vino á mi casa de parte del miserable que me robó á mi hija y que también busca á la criatura.

—¿Es posible?.., exclamó la camarera. ¿El Sr. de Favreuse no sabe dónde está su hija?

—Cree que yo la hice desaparecer, cuando yo ignoraba su existencia... Pero usted, Paulina, podría darme quizá un indicio, que me ponga en vías de encontrarla.

—¡Yo!.. ¡Yo no sé, señor!, contestó turbada la camarera. Cuando los señores se marcharon de la calle de Boileau, la señora estaba en vísperas de dar á luz... ¿Pero cómo quiere usted que yo sepa?.. Partieron..., mejor dicho, desaparecieron. No sé dónde fueron á vivir después, y no volví á ver á la señora hasta el día en que la encontré, cuando los guardias de consumos la conducían á la comisaría.

La camarera refirió entonces detalladamente lo que ocurrió aquel día, y no sabía nada más.

No pudo hacer más que confirmar al Sr. Laroche lo que éste sabía ya, que Juana había sido detenida por los consumeros del fielato de la puerta del Point du Jour, sin haber podido saber de dónde venía.

El comerciante salió, sin embargo, del bulevar Pereire con la certeza de que la maternidad de Juana resultaba ahora bien demostrada y esto reanimaba la esperanza del desdichado padre.

—¿Qué vamos á hacer ahora?, preguntó el doctor subiendo nuevamente al coche.

—Quizá averiguaremos algo en el fielato del Point du Jour, dijo Laroche.

No estaba lejos y fueron allá.

Uno de los empleados que habían detenido á Juana servía aún en el fielato; pero tampoco pudo dar ninguna indicación seria, aunque sus recuerdos eran muy precisos.

La pobre loca no había podido contestar á las preguntas que se le hicieron y fué imposible saber de dónde venía.

—E iba sola, ¿está usted seguro?, preguntó el doctor Desvallieres. ¿No llevaba una criatura en brazos?

—¡Oh, no, señor!, contestó el guardia; venía con los brazos colgando. Aún me parece estarla viendo..., ¡pobre mujer!

(Se continuará.)

MADRID.—EL NUEVO TEMPLO DE LA PALOMA

Fiesta benéfica celebrada en el jardín del palacio de los duques de Montellano

En el artístico palacio de los duques de Montellano celebróse el día 15 de este mes la hermosa fiesta organizada para allegar recursos con que poder terminar las obras del nuevo templo de la Virgen de la Paloma, tan popular y tan venerada entre los madrileños.

A pesar de haberse improvisado en pocos días, han sido tan grandes el acierto y la actividad de las ilustres damas organizadoras, que no ha podido menos de resultar una fiesta brillantísima, á la que ha prestado su valioso concurso buena parte de la sociedad madrileña.

Las duquesas de Montellano, Fernán-Núñez, Nájera y Aliaga; la princesa Pío de Saboya; las marquesas de la Mina, Comillas, Ahumada y Larios; la condesa de Torre Arias; la señora de Beistegui, y la señorita de Barrenechea forman la Junta bajo cuyo patrocinio se construye la nueva iglesia de la Paloma. La primera de dichas damas ha substituído en la presidencia de la misma á aquella inolvidable duquesa de Alba, que con tanto entusiasmo trabajó en esta empresa, y al tratarse ahora de organizar una fiesta para los piadosos fines que se persiguen, la duquesa de Montellano no se apresuró á ofrecer su palacio y su jardín para que de ambos dispusiera la Junta á su antojo, dando de este modo todo género de facilidades y proporcionando los mayores alicientes posibles para lograr el éxito que se deseaba, y que felizmente ha superado á las más risueñas esperanzas.



Representación de «La Verbena de la Paloma» en el teatro levantado en el jardín del palacio

Desde mucho antes de las cuatro de la tarde, hora señalada para comenzar la fiesta, las alamedas y paseos del jardín ofrecían el más brillante aspecto. Por ellos paseaban numerosas señoras de la sociedad aristocrática y de la clase media, todas ataviadas con elegantes *toilettes* de claros tonos y grandes sombreros.

Momentos antes de las cuatro llegó S. A. la infanta D.ª Eulalia, acompañada por su dama particular la marquesa viuda del Arco Hermoso, y poco después llegaron la reina D.ª Cristina y la infanta D.ª Isabel, acompañada por la duquesa de la Conquista, la marquesa viuda de Nájera y el marqués de Aguilar de Campoó.

Las reales personas fueron recibidas por las duquesas de Montellano y Fernán Núñez, la marquesa de la Mina y demás señoras de la Junta.

En la explanada del jardín destinada al *tennis*, situada en un bosquecillo á la izquierda del palacio, se había improvisado un bellísimo *Theatre Nature*, al que prestaba sus encantos el hermoso jardín. El escenario se había formado sobre un sencillo tablado, con magníficos tapices.



Aspecto del jardín durante la merienda

Guirnaldas de follaje y flores completaban el adorno; la cortina era un soberbio tapiz, con airosas figuras á caballo; la concha aparecía cubierta por un rico damasco rojo, adornado con una guirnalda de rosas; y á ambos lados del escenario aparecían macizos de rosas.

Delante del mismo se había colocado buen número de filas de sillas, la primera de las cuales se destinó á las personas de la real familia y alta servidumbre palatina.

La representación teatral fué un verdadero éxito para la compañía de Apolo, encargada de la primera parte. En ella se puso en escena *La verbena de la Paloma;* el cuadro de la verbena, representado en pleno jardín, fué de precioso efecto.

Joaquina Pino, la Palou, la Vidal, Moncayo, Rufart y todos los demás actores fueron muy aplaudidos, así como la orquesta, dirigida por el maestro Narciso López, que estuvo tocando oculta entre setos. Mientras la notable banda de música de Ingenieros tocaba escogidas piezas de su repertorio, se abrió en el jardín el *buffet* para servir la merienda, tes, chocolates, refrescos, etc.

De la dirección del *buffet* estaba encargada la encantadora María Luisa Silva. Entre las gentilísimas «camareras» figuraban Casilda Santo Mauro, la señorita de Santa Cristina, Mimí Cuadra, Marisette Weil y la señorita de Camarasa.

El precio señalado para las consumaciones era de una peseta; pero desde el primer momento quedó establecida la libertad de la propina. Conociendo á las bellísimas camareras, no hay que decir que hubo duros y billetes á granel.



Vista del jardín del palacio de los duques de Montellano, en donde se celebró la fiesta benéfica

La segunda parte de la representación estuvo á cargo de la compañía del teatro de la Comedia.

Tina di Lorenzo y sus actores representaron la comedia *Cavallerizza,* de Emilio Pohe, y hablar de su interpretación y de los primores de la genial actriz, no sería más que repetir lo que tantas veces se ha dicho.

Por último, la compañía del Cómico dió á conocer al aristocrático público la zarzuela *Las estrellas,* uno de los grandes éxitos de Loreto Prado y de Chicote.

El público aplaudió con entusiasmo á todos los artistas: los excelentes actores de Apolo, la eminente y bellísima Tina di Lorenzo, la genial Loreto y el popular Chicote tuvieron una tarde de triunfo.

Otra novedad de la fiesta fué una elegante tómbola, en la cual se habían reunido buena cantidad de valiosos regalos de personas reales y de aristocráticas damas.

De la dirección de la tómbola había sido encargada la duquesa de Nájera, cuyos trabajos, á pesar de la premura del tiempo, dieron brillante resultado. Bastaron sencillas tarjetas, respaldadas, de la distinguida dama, para que todos sus amigos acudieran al llamamiento.

Cerca de 200 artísticos regalos se reunieron en el espacio de algunas horas.

De la venta de papeletas estaban encargadas la duquesa de Montellano, la marquesa de la Mina, la duquesa de Aliaga y la señorita de Barrenechea. No hay que decir que las papeletas se vendieron con extraordinaria profusión y que, por consiguiente, la tómbola produjo rendimientos muy considerables.

La fiesta resultó brillante en el orden artístico y no menos en el orden material; baste decir que antes de que comenzara se habían recaudado ya más de 17.000 pesetas para que se comprenda cuán importantes fueron los productos que en definitiva se obtuvieron.—T.

(Fotografías de J. Asenjo.)

VUELO NOTABLE DEL MONOPLANO TRIPULADO POR HUBERTO LATHAM EN EL CAMPO DE CHALONS. (De fotografías de M. Branger.)



Huberto Latham en su monoplano

El monoplano dirigido por Latham en los aires

El admirable vuelo efectuado el día 5 de los corrientes por Huberto Latham, reviste gran importancia por tratarse de un aparato, el monoplano, por el que han mostrado muy poca afición los aeronautas. En efecto, en Francia, en donde hay tantos modelos de biplanos y aun de triplanos, el monoplano sólo ha tenido dos partidarios, el Sr. Bleriot, que ha realizado pruebas muy notables, y el ingeniero Sr. Levasseur, constructor del aparato que tripulaba Huberto Latham en el experimento á que nos referimos.

Con un viento de 10 á 20 kilómetros, y sin arredrarse ante las nubes que se amontonaban en el horizonte, Latham, después de haber dado dos vueltas por el aeródromo, elevóse en los aires alcanzando sucesivamente alturas de 10, 15, 20, 25, 30 y 40 metros, practicando toda clase de evoluciones. Al fin, calado por la lluvia y cegado por el viento, hubo de descender á tierra: había permanecido en el aire una hora y treinta y siete minutos. El señor Levasseur y su piloto fueron objeto de una gran ovación.

Posteriormente Latham ha recorrido 7.500 metros fuera del campo de Chalons, ganando con ello el premio Goupy; ha volado durante doce minutos llevando á otra persona en su aparato, y ha efectuado otros vuelos interesantes, así por la altura que alcanzó como por la distancia recorrida y por la seguridad de las maniobras á pesar de tener que luchar con un fuerte viento.





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XXVIII — Barcelona 28 de junio de 1909 — Núm. 1.435

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN MONUMENTO NOTABLE EN BUDAPEST

ANONYMVS =
GLORIOSISSIMI BELÆ REGIS NOTARIVS

MONUMENTO Á ANONYMUS, obra del escultor húngaro Nicolás Ligeti

(De fotografía de Erdelyi, de Budapest, comunicada por Carlos Trampus.)

Al pie de este monumento se lee la inscripción «*Anonymus, Gloriosissimi Belæ Regis Notarius.*» Efectivamente, *Anonymus* es el nombre que se da al cronista del rey de Hungría Bela III, que reinó desde 1173 á 1196; según las más recientes investigaciones, este ilustre anónimo fué Adriano, preboste de la ciudad de Buda y más tarde obispo de la provincia húngara de Transilvania, fallecido en 1202. Adriano es autor también de una historia de Hungría, *Gesta Hungarorum*, única fuente de la historia del reinado de Bela III. El monumento es por sí mismo notable, porque no es cosa fácil hacer la estatua de un desconocido; merece, pues, ser admirada la obra del escultor, el célebre artista Nicolás Ligeti, autor de muchos y muy hermosos monumentos, por haber sabido simbolizar tan acertadamente al anónimo cronista.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La celosa de sí misma*, por el Bachiller Corchuello. — *Actualidades deportivas. París. Fiesta del Aero-Club femenino «Stella.» Fiesta de las flores.* — *La Granja. La procesión de la infraoctava del Corpus.* — *Madrid. Dos bodas aristocráticas.* — *Espectáculos.* — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Entrevista del tsar Nicolás II y del emperador Guillermo II.* — *Emilio Mitre.* — *Madrid. Homenaje á la memoria de Chueca.* — *Reus. Exposición de Arte en el «Centro de Lectura.»* — *Ambéres. Fiestas por la anexión del Congo á Bélgica.*

Grabados.—*Monumento á Anonymus*, obra de Nicolás Ligeti. — Dibujo de A. de Riquer que ilustra el artículo *La celosa de sí misma.* — *Arquilla regalada á D. Antonio Maura por el Círculo Artístico de Barcelona.* — *El ordenanza*, dibujo de José Cusachs. — *La copa de las «voiturettes» de Boulogne-sur-Mer.* — *Giupone*, vencedor de la carrera. — *París. La carrera del Gran Premio de Auteuil.* — *Carrera automovilista de la Copa del príncipe Enrique de Prusia.* — *Fiesta inaugural del Aero Club «Stella.»* — *Las señoras que tripulaban el globo «Les Bluets.»* — *La fiesta de las flores. Automóvil que obtuvo el primer premio.* — *Lección de catecismo.* — *Su eminencia*, cuadros de José Benlliure. — *La Granja. La procesión de la infraoctava.* — *Madrid. Boda de las Srtas. López de Carrizosa con D. Miguel Maura y Gamazo.* — *Boda de la señorita de Figueroa con el duque de Pastrana.* — *Entrevista de Guillermo II y Nicolás II.* — *Emilio Mitre.* — *Madrid. Monumento á la memoria de Federico Chueca.* — *Reus. Exposición de Arte en el «Centro de Lectura.»* — *Ambéres. Fiestas por la anexión del Congo á Bélgica.*

REVISTA HISPANO AMERICANA

La acción é influencia de los yanquis en la *República Dominicana*, en *Puerto Rico*, en *Cuba* y en *Nicaragua*. — *Venezuela:* política y aspiraciones del general Gómez. — Las cuestiones de límites en *Colombia, Ecuador* y *Perú:* intentos revolucionarios. — *República Argentina:* la huelga. — *Uruguay:* cuestiones de jurisdicción en aguas fronterizas y estado interior del país. — La política económica antiextranjera en el Congreso científico americano.

Los pueblos de las Antillas y los del centro del continente americano viven dentro del radio de acción de la influencia yanqui, que de día en día se va haciendo sentir con mayor empuje y con tendencias más avasalladoras.

Así lo reconoce y declara, por lo que á su país se refiere, el ministro de Relaciones exteriores de la República dominicana en el informe ó memoria en que da cuenta del estado actual de la política internacional. No se duele de esa influencia; antes al contrario, colma de elogios á los norteamericanos, porque, según dice, á la buena amistad con el gobierno ed los Estados Unidos debe la República dominicana muchos beneficios, no siendo el menor de ellos el desembarazo con que ésta «marcha ahora á la conquista del más risueño porvenir.» Quiere el ministro americano cordialidad y decoro en las relaciones con la gran nación amiga, exactitud en el cumplimiento de las obligaciones contraídas por la Convención de 8 de febrero de 1907 y afianzamiento de la paz por el régimen jurídico.

Por desgracia para Santo Domingo, hechos y palabras no van de acuerdo. Las consecuencias del convenio citado, que autorizó la intervención de las aduanas por los yanquis, y sobre todo la forma en que se cumple, son motivo de protestas, dirigidas especialmente contra el ministro de Hacienda, que se negó á informar al Senado acerca del importe de los fondos depositados en Nueva York para ir pagando á los acreedores de la República. Se le hace responsable de la crisis económica que sufre el país, y pocos días después de haber escrito su colega las frases optimistas antes consignadas, á mediados de mayo, surgieron motines y pronunciamientos, y varios generales rebeldes, con el apoyo más ó menos directo del gobierno haitiano, lograron imponerse en algunas villas y provincias. No es, ciertamente, por este camino por donde puede irse á la conquista del más risueño porvenir.

Tampoco sonríe el porvenir á los borinqueños. Menos afortunados que los dominicanos, no pueden hablar de influencia yanqui, porque los gobernantes de la gran nación del Norte hacen más que influir en Puerto Rico; dominan, explotan y maltratan. Taft hace bueno á Roosevelt. Los portorriqueños siguen creyendo que disfrutaban de más libertad y tenían más independencia durante los últimos tiempos de la soberanía española; pero el nuevo presidente de los yanquis opina de modo distinto, y en mensaje dirigido al Congreso afirma que á esos isleños se les ha dado mucho más de lo que merecen; que los que se quejan son unos cuantos ambiciosos que aspiran á intervenir en el gobierno de la isla, y que nunca gozó Puerto Rico de mayor libertad y riqueza que hoy.

Puede suponerse el efecto que tales manifestaciones habrán producido en los habitantes de Puerto Rico. El mensaje del presidente, dice Muñoz Rivera, jefe del partido unionista, «es un insulto lanzado contra un pueblo débil que no puede replicar.»

Los rumores que hubo de nueva revolución en Cuba, originados por la rebeldía de un capitán y un sargento al frente de unos cuantos hombres, fueron, sin duda, causa ocasional de la proposición que presentó un diputado en la Cámara de representantes de los Estados Unidos para «anexionar á Cuba, si los cubanos lo desean.» No puede negarse que hay en aquel país un fuerte partido que aspira á que la Gran Antilla sea tierra dominada en absoluto por los yanquis. No les basta el predominio que ya de hecho ejercen en la isla; quieren incorporarla á la Unión y convertirla en potente centro de acción político y económico sobre todas las tierras del mar de las Antillas y sobre los pueblos del centro y Sur de América que tienen costas en el mar Caribe. En la misma isla de Cuba hay anexionistas; pero la masa del pueblo y el elemento oficial se opone y protesta contra la idea de entregarse á los Estados Unidos, y expresión de esta actitud son las palabras dirigidas al diputado autor de la proposición por el ministro de Cuba en Wáshington: «el pueblo cubano—dijo—no desea su anexión á ningún otro Estado, sea el que fuere; aspira á gozar de la independencia que ha conquistado á costa de medio siglo de lucha y quiere vivir en amistosas relaciones con los Estados Unidos; el sentimiento, el interés, la raza, la lengua, la concurrencia de productos naturales, se opondrán siempre á la anexión.»

En la América central perseveran los yanquis en su propósito de intervenir por todos los medios, incluso el de la fuerza, con pretexto de evitar conflictos entre aquellas Repúblicas. En aguas de Nicaragua hay un crucero norteamericano que vigila los movimientos de los barcos del país, y últimamente impidió que saliese una expedición filibustera contra El Salvador. El presidente Zelaya pone el grito en el cielo, y la prensa declara que la República no está dispuesta á tolerar la política agresiva de los yanquis y habla de convenios con el Japón para construir canal interoceánico por territorio de Nicaragua.

* * *

Mientras Castro vive aquí en España en inacción forzosa, su antiguo y buen amigo el general Gómez sigue gobernando en Venezuela, restablece la armonía con yanquis y franceses y procura traer á concordia á las varias fracciones en que se dividen los políticos de aquel país. En lo último encuentra grandes dificultades; los adversarios de Castro no olvidan las humillaciones que éste les hizo sufrir y se muestran poco transigentes.

Se propone también Gómez hacer revisar la ley constitutiva y modificar la situación de los extranjeros, con objeto de atraer inmigrantes y capitales. Por medio de circular dirigida á los cónsules venezolanos, se ha dado publicidad á las nuevas disposiciones que derogan las anteriores respecto á las formalidades que debían cumplirse para poder desembarcar en Venezuela. En adelante, la entrada de viajeros en el país—que no se permitía como no estuviesen provistos de un pasaporte y un certificado de buena conducta, visados ó expedidos por el cónsul venezolano del puerto de embarque—será completamente libre, y el pasaporte, aunque siempre útil, así como el certificado, dejan de ser obligatorios.

El desarrollo económico de Venezuela requiere brazos y dinero: Castro fué más allá de lo que convenía en su actitud frente á frente de las empresas mercantiles extranjeras, y emigrantes y capitales se retrajeron con daño de los intereses materiales de la República. Lo difícil es proteger y fomentar estos intereses sin que el extranjero se imponga y merme las facultades soberanas de la nación.

Ya se hallan restablecidas las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, á cuyo presidente entregó credenciales, á principios del pasado mayo, el ministro de Venezuela en Wáshington. Funciona de nuevo el cable de la Compañía francesa, á la que se alzó la multa ó indemnización que le impusieron los tribunales venezolanos. En cambio, la Compañía ha cedido al gobierno el cable del litoral que une los puertos desde Maracaibo á la isla Margarita.

En cuanto á satisfacciones por la expulsión del Encargado de Negocios de Francia, esta República nada pide; le basta la caída de Castro. Con ella se dan también por contentas las demás potencias, y no parece que tienen inconveniente en firmar convenios que, á la vez que garanticen los derechos de sus naturales en Venezuela, pongan á salvo la autoridad y la eficacia de los fallos que dicten los tribunales venezolanos sobre litigios en que sean parte los extranjeros. Como se ve, todos transigen, y justo es reconocer, por consiguiente, que algún resultado práctico da la enérgica política de Castro.

En Colombia, Ecuador y Perú continúa preocupando á gobiernos y pueblos la eterna cuestión de límites.

En 21 de abril último las dos primeras Repúblicas subscribieron tratado para decidir sobre los conflictos que en la región del Putumayo habían promovido los explotadores del caucho y para reanudar negociaciones sobre frontera después que el rey de España haya dictado el laudo arbitral que ha de establecer la línea fronteriza entre Ecuador y Perú. La Comisión técnica que recibió el encargo de examinar los títulos, derechos y alegaciones de las partes y presentar informe á S. M., terminó su trabajo hace un año: el informe pasó al Consejo de Estado, el cual lo ha discutido con el mayor detenimiento, y según se dice, está conforme con las conclusiones de la Comisión.

En las dos citadas Repúblicas, Ecuador y Perú, ha habido conatos de revolución. En la primera, pudo el gobierno impedir que prosperase una conjura que tendía á derrocarlo para implantar un triunvirato de generales; en el Perú, los pierolistas dieron un golpe de mano, que también fracasó, para apoderarse de la persona del presidente y obligarle á dimitir.

* * *

El día 1.° del próximo pasado mayo, con motivo de la manifestación obrera en Buenos Aires, hubo sangriento choque entre los manifestantes y la policía. En los siguientes días, motines y huelga general. En la ciudad y en el puerto quedó paralizada la actividad comercial; los tranvías circulaban con escolta y fué preciso apelar á la tropa para la elaboración y suministro de los artículos de primera necesidad. El jefe de los obreros, un diputado socialista, imponía como condición para que cesara la huelga el castigo del jefe de la policía. El gobierno se negó resueltamente, perseveró en sus energías y varios gremios fueron acordando la vuelta al trabajo. Dícese que aquél tiene el propósito de expulsar del país á los extranjeros que tomaron parte en los actos de fuerza realizados para mantener la huelga.

* * *

De la República oriental del Uruguay nos vienen noticias satisfactorias. Lleva camino de arreglo amistoso y definitivo la cuestión con la República Argentina respecto á las aguas jurisdiccionales del Río de la Plata, y la controversia con el Brasil queda terminada por generoso y espontáneo acuerdo del gobierno brasileño, que admite el condominio del Uruguay en las aguas fronterizas del lago Mirim y del río Yaguarao.

En la vida interior del país hay siempre cierta agitación producida por las aspiraciones del partido nacionalista á intervenir en la administración y gobierno, aspiraciones que se procura satisfacer dando entrada á los más significados en los cargos oficiales de los departamentos.

Desde el punto de vista económico, la situación va mejorando de día en día. Aumentan las rentas públicas y el comercio exterior, principalmente el de exportación, y se construyen y proyectan nuevos ferrocarriles y otras obras de interés general. Para impulsar más aún el desarrollo económico se van á gastar seis millones de pesos, ó acaso diez, según algunos proponen, producto de un empréstito ya acordado, y cuyo servicio y amortización se cubrirá con los rendimientos del impuesto sobre el alcohol.

* * *

Desde principio de año la prensa hispano americana viene dedicando numerosos artículos al 4.° congreso científico americano que se reunió en Santiago de Chile en diciembre de 1908 y enero de 1909.

Entre las varias é importantes cuestiones que allí se trataron, hay una que demuestra cómo va ganando terreno en América la tendencia antiextranjera que con tantas energías inició y mantuvo el general Castro en Venezuela. En efecto, se hizo constar la conveniencia de establecer medidas por virtud de las cuales puedan nacionalizarse las industrias de cada país é impedir que los provechos de ellas se repartan en su mayor parte en el extranjero. Conseguir esto en absoluto, hoy por hoy es imposible: la mayor parte de los países hispano americanos necesitan del capital extranjero, y no hay más remedio que dar á éste la parte de beneficio que le corresponde.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA CELOSA DE SÍ MISMA (CINTA VIDAOGRÁFICA), POR EL BACHILLER CORCHUFLO



Paseo de la Castellana en Madrid. Mañana del actual invierno

LUCRECIA *(bellísima y espiritual. Lo más interesante de ella son sus ojos negros, soñadores, de mirar de abismo. Viste con suma y artística elegancia, con arreglo á las últimas insinuaciones de la moda: sombrero de fieltro, pequeño, gris, con sus tres grandes airones del mismo color, pero de distintos tonos, y que describen gentil y graciosa parábola, con la copa circundada de ancha cinta de terciopelo negro; esbelto y ceñido traje «trotteur,» y un manguito inmenso, descomunal, lo «grand chic,» en París; en él lleva prendido un gran «bouquet» de violetas. Pasea un poco ligera, bajo un sol tibio de luz clorótica).*—¡Qué hermosa mañana... *(con ligero rubor)* si no anduviera yo sola!.. Por supuesto, voy sola porque no me da la gana... ¡Uf! Acabo de pensar una paradoja... Paradoja que, como casi todas, es el principio de una verdad... Voy sola porque no me da la gana de aceptar galanteos insípidos y pegajosos...

EDUARDO *(joven, guapo mozo, correctamente vestido á la inglesa. A Lucrecia, en el momento de cruzarse con ella, muy galantemente).*—Es usted la alegría de la primavera en un día de invierno...

LUCRECIA *(después de una rápida y furtiva ojeada).*—(¡Dios mío! A este le conozco yo... Y no sé de dónde..)

EDUARDO.—(¡Caramba!.. ¿De dónde la conozco yo?.. Porque yo la conozco...)

LUCRECIA.—(Ya caigo. Este es *aquel*... El del año pasado... El lagartón aquel...)

EDUARDO.—(¡Ya lo creo que la conozco!.. Esta es *aquella*... Sí. La que le hice el amor el año pasado... *(Se dispone á seguirla.)* Aquí mismo le hablé la primera vez... ¡Y qué hermosa está!.. Después de todo, tan hermosa era el año pasado y... ¡Qué burro fuí!.. *(Observándola atentamente.)* ¿Y si me equivocara?.. Porque yo no me acuerdo bien... Sólo recuerdo que era muy hermosa y que tenía los ojos grandes y negros... Pero esta parece más elegante...) *(Sigue observándola y contrastando sus recuerdos.)*

LUCRECIA *(después de volverse muy disimuladamente con el pretexto de examinar una «toilette» vulgarísima que ha pasado por su lado).*—(¡Me sigue!)

EDUARDO *(comprendiendo la maniobra de Lucrecia).*—(Sí. Mira la *toilette*... y ve si yo la sigo...)

LUCRECIA *(colorada de un enojo muy raro, pues antes de volverse á mirar, deseó que él la siguiera).*—(¿Tendrá el cinismo de abordarme otra vez?.. ¿Qué se habrá figurado? Pues lo que es hoy, no le admito á parlamento... Se va á divertir como se acerque...)

EDUARDO.—(No es la misma, no... En fin, la abordaré... y saldré de dudas.)

LUCRECIA *(apretando el paso y poniendo la cara larga).*—(¡Qué osado! Se va á acercar...)

EDUARDO *(muy respetuosamente).*—¿Me perdona usted una brevísima interrupción? *(Lucrecia aligera su andar, sin mirarle ni responderle.)* Seré muy breve, palabra de caballero... Tengo que pedir á usted un favor... importantísimo, palabra...

LUCRECIA.—(¡Vaya si es el mismo! No hay más que oirle dar palabras... para saber que es el que no cumple ninguna...)

EDUARDO.—Si se me enfada usted, me voy... De todos modos, me voy si me contesta usted á una pregunta que me interesa mucho... Me voy en seguida... ¡Palabra!

LUCRECIA.—(¿Palabra? Pues hay para una hora.)

EDUARDO *(un poco guasón).*—¡Qué lástima! ¡Tan joven, con una boca tan divina... y muda! ¿La molesto? En ese caso, aunque sólo sea para mandarme á paseo, debe usted responderme... ¿Qué? ¿Me perdona usted que la interrumpa?.. *(Pausa.)* Quien calla, otorga...

LUCRECIA *(rápida).*—Y el que habla...

EDUARDO *(más rápido).*—¿Miente?

LUCRECIA.—Al menos, se equivoca...

EDUARDO.—¡Qué voz tan hermosa!.. (Yo creo que es ella.) Perdóneme usted que insista. Deseo saber si soy víctima de una confusión, de una semejanza inverosímil entre usted y una joven—y cuando le hablo á usted creyendo que es ella, no necesito encarecer su hermosura.—Se parece usted muchísimo á una joven que conocí en este mismo paseo... Si no es usted la que yo creí, perdóneme. Yo espero que me perdone... Es usted joven, tiene usted cara de mujer amorosa é inteligente y estoy cierto de que comprenderá mi situación y que sabrá compadecerme en lugar de enojarse por mi atrevimiento... (No me ha salido mal el exordio.)

LUCRECIA.—(No hay modo de librarse de él.)

EDUARDO.—Perdone usted que le coloque la historia...

LUCRECIA.—(Sí, él, él es.)

EDUARDO.—Me acerqué á ella. Logré interesarla. Pero tenía un novio al cual no amaba y con el que la obligaba á sostener relaciones un tío suyo, su tutor... Le pedí otra entrevista, le pinté mi amor exaltado, creo que la convencí de que su felicidad era la mía. Ella, correctísima, me contestó: «Eduardo, yo no puedo volver á oirle á usted sin romper antes mis relaciones con el *otro*. Y como no quiero que sean simultáneas la ruptura y mis nuevos amores, deseo que no se acerque usted adonde yo me halle en un mes...» Quedamos, pues, conformes en que al cumplirse el plazo acudiría yo bajo de sus balcones... Me apunté en un papel las señas de su domicilio y la fecha en que expiraba el plazo, y me fuí dichoso, regocijado como el que...

LUCRECIA.—¿Es muy larga esa historia?

EDUARDO.—No. Brevísima. Si así lo fuera, la tristeza que me ocasionó...

LUCRECIA *(en burla bien disimulada).*—Falleció *ella*, ¿no es eso?

EDUARDO.—No. Pero yo perdí la apuntación, y como no pude por más que torturé mi der memoria cordar las señas ni lablaaecef cita, no volví á verla... Si usted supiera lo que yo sufrí... Todo ojos fuí, durante unos meses, por calles y paseos, mirando á todas las mujeres que pasaban...

LUCRECIA.—Para consolarse...

EDUARDO.—No. Para encontrarla. No lo conseguí... Y desde entonces, fué una preocupación, una manía, una obsesión, mi deseo de volver á hallarla... Hoy creo haber realizado mis ilusiones, mis adoradas ilusiones, las mejores de mi vida, al verla á usted... Si usted es *aquella*, la mujer que yo adoré, líbreme usted del suplicio que estoy sufriendo... Dígame usted que me perdonó y que está propicia á escucharme como el invierno pasado... (Si es ella, la convencí.)

LUCRECIA *(fingiendo una severa impasibilidad, sigue andando sin mirarle; al mismo tiempo que piensa):*—(¡Cualquiera se fía otra vez!)

EDUARDO.—¿No me responde usted?.. Piense usted que estoy sufriendo... Compadézcame usted. Un año persiguiendo un ideal...

LUCRECIA.—(Estoy segura de que ni recuerda mi nombre.)

EDUARDO.—¿Quiere usted que acabe mi tormento?

LUCRECIA.—Sí, señor. Puede usted retirarse... Yo no soy *aquella*...

EDUARDO.—(¡Vaya si es!.. *(Sin ver ni oir más que á ella.)* Sí que es... Poco á poco me confirmo... Su cara, su voz...)

LUCRECIA.—¿Aún no ha salido usted de dudas?

EDUARDO.—Perdóneme usted, pero aún no... ¿Quiere usted decirme su nombre?.. Sólo su nombre. Es lo único que recuerdo... Su apellido, que apunté, lo he olvidado... Su nombre...

LUCRECIA.—Yo no le conozco á usted...

EDUARDO.—Soy un caballero...

LUCRECIA.—Además, ¿no basta que yo diga que no soy *aquella*?..

EDUARDO.—Podría serlo y por castigo á mi informalidad, cuya causa desconocía usted, querer negarlo...

LUCRECIA.—(Lo dicho, éste no se acuerda ni de mi nombre.) ¿Pero usted no recuerda cómo se llamaba ella?..

EDUARDO.—Sí. Se llamaba Lucrecia...

LUCRECIA.—Pues yo me llamo Emilia...

EDUARDO *(estupefacto).*—¿Emilia?.. ¿Pero usted no es Lucrecia?

LUCRECIA.—¿No he dicho que me llamo Emilia?

EDUARDO.—Sí, sí. Emilia... Tiene usted un bonito nombre... Como usted...

LUCRECIA.—(¡A que tampoco se va!)

EDUARDO.—(Verdaderamente estaba yo confundido... Esta es más hermosa y más elegante.)

LUCRECIA.—¿Está usted satisfecho?.. ¿Va usted á dejarme?

EDUARDO.—¿Tan pronto?

LUCRECIA.—A mí me parece demasiado tarde...

Eduardo.—Perdóneme usted que la haya engañado...

Lucrecia.—¿Engañado?

Eduardo.—(Puesto que no es ella, cambiaré de táctica.) Sí, la engañé para que usted me atendiera indulgente... La historia que yo le referí antes es invención mía, para interesarla...

Lucrecia.—(¡Qué embustero!) ¿Invención?..

Eduardo.—Hasta cierto punto... (¡Oh! Me escucha, luego se presta á dejarse convencer.)

Lucrecia.—Explíquese usted... Me tiene intrigada... (¿Cómo saldrá del embuste?)

Eduardo.—Es cierto que aquí conocí á esa Lucrecia, que se le asemeja un poco, aunque es muchísimo menos hermosa que usted, muchísimo menos.

Lucrecia *(burlona)*.—¿Palabra?

Eduardo.—Palabra de honor... y no se me burle.

Lucrecia.—(¡Qué lioso! Ahora resulta que yo soy más hermosa que yo.)

Eduardo.—También es verdad que quedé citado con ella y que no acudí á la cita...

Lucrecia *(rápida é impaciente)*.—¿Por qué?

Eduardo.—La verdad. Si hubiese sido tan hermosa como usted, no habría yo faltado; pero como no lo era, confieso que se me olvidó...

Lucrecia.—(Tunante! ¡Y yo que reñí con el *otro* por este!)

Eduardo.—Pensé acudir días después; pero por pereza, y sobre todo porque mi impresión ya había pasado y Lucrecia ya no me interesaba, dejé sin realizar mi pensamiento...

Lucrecia *(esforzándose en disimular la indignación que siente)*.—Pues... Caballero, una vez que usted ha salido de dudas...

Eduardo.—Si ya he dicho que no las tuve... Me acerqué á usted... por usted... Por la *otra*, no. Y esa ligerísima semejanza entre usted y ella me inspiró la invención como pretexto para hacerme oir con benevolencia...

Lucrecia.—Y yo que he tenido demasiada, le respondo que no quiero oirle más... *(Muy severa.)* Haga usted el favor...

Eduardo.—Pídame usted la vida, mi libertad ó lo que se le antoje á usted... Por satisfacer un capricho suyo, por agradarla á usted, sería capaz de una heroicidad épica ó de una ridiculez grotesca... Mándeme usted, pero míreme, que mi alma pueda bañarse en la luz y en la alegría de sus ojos. De sus ojos tan divinos, que aun cuando la ira les haga despedir rayos con propósitos de abrasar un corazón, no hacen sino alumbrarlo con luces de colores y fortalecerlo con el calor de la esperanza...

Lucrecia.—(Lo mismo que me dijo la otra vez.)

Eduardo.—Yo la adoro...

Lucrecia *(apretando el paso)*.—Caballero, déjeme usted...

Eduardo.—Créame usted...

Lucrecia.—He dicho que me deje...

Eduardo.—¡Ah, vamos! Usted es que cree que yo me acerqué á usted creyendo que era la *otra*... Si ya le he dicho que la *otra* no me interesa... ¡Se lo juro á usted!.. La *otra* no vale la pena ni de...

Lucrecia.—(¡De qué buena gana lo tiraba debajo de un automóvil!)

Eduardo.—Aquella Lucrecia era una cursilona horrible... Vestía lujosamente, pero sin gusto, sin *sprit*... No tenía ingenio..

Lucrecia.—(¡Oh, no puedo más!)

Eduardo.—En cambio usted es divina... Es usted elegantísima, ingeniosa...

Eduardo *(estupefacto, deseando que la tierra se lo trague)*.—(¡Es ella!.. ¿Y con qué cara le digo?..)

Lucrecia.—(Se ha quedado inmóvil.)

Eduardo *(balbuciente)*.—Perdón..., perdóneme usted... (¡Adiós esperanza de reconquista! Y el caso es que estoy loco por ella... Me gusta más que nunca...)

Lucrecia.—(¡Que rabie! Ahora le escucho con gusto, ahora que estará sufriendo el ridículo, lo más horrible.)

Eduardo.—(No sé qué preferir, si que me despida ó que se vaya... Y eso que la adoro... ¿Qué le digo?..)

Lucrecia.—(No sabe cómo salir del paso. Voy á ensañarme.) Y... ¿qué decía usted de Lucrecia?..

Eduardo.—¡Perdóneme! ¿Quiere usted que se lo pida de rodillas, aquí, en pleno paseo?.. *(Disponiéndose á arrodillarse.)*

Lucrecia *(conteniéndole)*.—¡Por Dios, no haga más el ridículo!

Eduardo *(con amargura)*.—Bastante lo he hecho, ¿verdad? Y ante quien más me duele..

Lucrecia *(compadecida)*.—Ahora sí que se retirará usted... Creo que no tenemos más que hablar...

Eduardo *(resuelto)*.—No. Perdóneme usted que insista, pero no me voy sin explicarle...



Arquilla regalada al presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Maura por el Círculo Artístico de Barcelona, en conmemoración de la visita que aquél le hizo el día 3 de noviembre de 1908. Es de madera de Majagua con aplicaciones de bronce dorado hechas al buril y repujadas, y ha sido proyectada por el notable artista Sr. Riquer. Avaloran el mueble bellísimos cuadros que firman pintores tan reputados como Amigó, Borrás Abella, Capdevila, Cardunets, Cidón, Colom, Cortés, Ferrater, Ferrer, Freixas Sauri, Fuster, Gual, Gili Roig, Grau, Larraga, Masriera (J.), Masriera (L.), Nunell, Riquer, Rusiñol, Soler de las Casas, Torrescassana y Vallhonrat.

La artística arquilla le fué ofrecida al Sr. Maura la víspera de su santo por el Sr. Fuster, presidente del Círculo Artístico, y por el celebrado escultor Sr. Querol, y ha sido muy admirada y elogiada por cuantos la han visto, así por la elegancia del mueble como por la belleza de las pinturas que encierra.

Una amiga *(que se cruza con ellos)*.—¡Adiós, Lucrecia! *(Movimiento de sorpresa en Eduardo.)*

La mamá de la amiga anterior.—¡Adiós, rica!



Vista exterior de la arquilla
(De fotografías de Audouard.)

La otra hija de esta señora.—¡Adiós, Lucrecia!..

Lucrecia *(colorada como un favo)*.—¡Adiós!

Lucrecia.—No deseo explicación alguna.

Eduardo.—Necesito yo darla... Eso sí, seré breve... Lo que califiqué antes de invención, cuando usted me dijo que se llamaba Emilia, es la pura verdad. La invención lo fué luego, al hablar mal de usted.

Lucrecia.—Porque estoy delante...

Eduardo.—Porque es cierto. Precisamente me acerqué á usted porque me recordaba á la mujer que yo amé... Cuando creí que usted era otra, seguí enamorado de usted por lo que se parecía á la otra á la cual no creí encontrar más...

Lucrecia.—Total, que á usted no fuí yo, la de hoy, la que le gustó, sino la otra...

Eduardo.—Pero...

Lucrecia.—(Está enamorado de veras. No hay más que verle la cara. Esa congoja no se puede fingir.)

Eduardo.—¿Esa otra no es usted?

Lucrecia.—(Voy á ensañarme.) Sí, pero yo siempre tendré celos de esa otra...

Eduardo.—Pero si es usted...

Lucrecia.—¿Cuál, Lucrecia ó Emilia?..

Eduardo.—Lucrecia...

Lucrecia.—Pues tendré celos de Emilia...

Eduardo.—¿Por qué? No comprendo...

Lucrecia.—Porque si hubiera existido esa Emilia y hubiese pasado por aquí, usted se habría ido con ella.

Eduardo.—Pero si no existe.

Lucrecia.—Es lo mismo. No me amaba usted mucho cuando, al creer que yo no era Lucrecia, no me dejó usted...

Eduardo.—Lucrecia, olvide usted esas filosofías y acuérdese usted del amor...

Lucrecia.—Cuando el amor sepa desterrar de mi alma la filosofía...

Eduardo.—Pues déjeme usted acompañarla... y quererla... Y si antes de ganar su cariño tiene usted celos de Emilia, la llamaré Emilia, y si de Lucrecia, Lucrecia, hasta llegar un día en que mis labios pronuncien con amor tan convincente los dos nombres, que sólo signifiquen una misma y adorable palabra: *Mía*... Y ante todo permítame acompañarla, para que no pierda las señas ..

(Dibujo de A. de Riquer.)

BARCELONA.—EXPOSICIÓN DE OBRAS DEL NOTABLE PINTOR JOSÉ CUSACHS EN EL SALÓN PARÉS

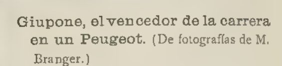


EL ORDENANZA, dibujo inédito de José Cusachs

ACTUALIDADES DEPORTIVAS.—La copa de «voiturettes» de «L'Auto» en Boulogne-Sur-Mer.—La carrera del Gran Premio de Auteuil.—La Copa del príncipe Enrique de Prusia.



Pillaverdie, en la voiturette n.° 12 de la Hispano-Suiza, ganador de la copa Delage



Giupone, el vencedor de la carrera en un Peugeot. (De fotografías de M. Branger.)



París.—La carrera del Gran Premio de Auteuil
El caballo Saint-Caradec, vencedor en la carrera del *steeple-chasse*
(De fotografía de M. Branger.)

El día 20 de este mes corrióse en el circuito de Boulogne-sur-Mer la Copa de «*voiturettes,*» organizada por el periódico parisiense de deportes *L'Auto*. Tomaron parte en ella tres Peugeot, tres Hispano Suiza, tres Calthorpe, tres Crespelle, tres Fif, dos Demeester, un Werner, un Renault Schneider y un Gui. De estos veinte vehículos sólo ocho terminaron la carrera, en la que resultó ganador de la copa Giupone, que montaba un Peugeot, con un motor nuevo debido á M. Boudreaux, y que recorrió los 450 kilómetros en 5 horas, 56 minutos y 29 segundos.

Esta carrera ha sido un gran triunfo para la industria automovilista barcelonesa: la Hispano Suiza, que por primera vez tomaba parte en un concurso de *voiturettes* extranjero, ha ganado en éste, que ha sido el más importante de Francia durante el presente año, la Copa *Pavillon imperial,* ofrecida al 4 cilindros que en menos tiempo cubriese el circuito; la Copa «Delage» (de regularidad), destinada al coche que más se aproximase al tipo comercial y mejor clasificación obtuviese; y la medalla del consejero general Sr. Guyot, concedida al coche extranjero mejor clasificado.

Los tres coches de la Hispano Suiza terminaron la carrera sin haber sufrido el menor accidente, y llegaron en quinto, sexto y séptimo lugar, habiendo efectuado el recorrido: el de Pilleverdie, en 6 horas, 27 minutos y 25 segundos; el de Zucarelli, en 6 horas, 33 minutos y 57 segundos, y el de Derny, en 6 horas, 34 minutos y 51 segundos; siendo de advertir que estos coches fueron los mismos que corrieron recientemente en la «Copa Cataluña» y cuya potencia hubo de ser reducida para que se ajustaran á las condiciones del concurso de Boulogne-sur Mer.

La mejor prueba del éxito alcanzado por esta marca barcelonesa nos la dan los grandes elogios que la prensa francesa, tan parca en alabar lo que es extranjero, le dedica. El importante diario parisiense *Le Fígaro* califica de «magnífica» la carrera que hizo el equipo español, y hablando de los coches dice: «*Conviene también mencionar el modo notable como se portaron las voiturettes de la Hispano Suiza. Son sumamente impresionantes por el funcionamiento de su motor, por la regularidad de su marcha y por la manera de hacer el recorrido. Son voiturettes perfectas.*»

A estas alabanzas, tan merecidas, unimos nuestra entusiasta felicitación á la casa que ha creado tan importante industria en España y que á tanta altura ha sabido colocarse.

Las carreras del Gran Premio de Auteuil han resultado este año menos lucidas que los anteriores á causa de la huelga de los palafreneros de Maisons Laffitte, que impidió que en ellas tomaran parte los caballos de algunas de las más importantes cuadras francesas, y de los graves desórdenes que, como consecuencia de ello, ocurrieron en el hipódromo, en donde algunos grupos de revoltosos pegaron fuego á una parte de las vallas, apedrearon á los oficiales durante la carrera militar y ocasionaron varios destrozos. A pesar de esto, las carreras se efectuaron, habiendo ganado el premio de 125.000 francos Gran Steeple Chasse el caballo Saint Caradec, del Sr. Veil Picard, que salvó de un modo admirable los más difíciles obstáculos.

En los días 10 á 18 del actual se ha corrido en Alemania la Copa instituída el año pasado por el príncipe Enrique de Prusia. El circuito tiene una longitud de 1.829 kilómetros 200 metros, arranca de Berlín, sigue por Breslau, penetra en Austria, cruza el territorio del alto Tatra, diríjese por las estribaciones de los Cárpatos á Budapest, continúa hacia Viena, entra de nuevo en Alemania por Salzburgo y termina en Munich. Este circuito, que se recorre en siete jornadas, es el más difícil sin duda de cuantos hasta ahora se han escogido para tales pruebas, por el gran número de curvas y de pendientes que en él se encuentran. Para tomar parte en la carrera se inscribieron 114 automóviles, de los cuales corrieron 108 y de éstos sólo 90 terminaron la prueba, en la que ganó la copa Guillermo Opel.—R.



Carrera automovilista de la Copa del príncipe Enrique de Prusia.—Guillermo Opel, en un automóvil Opel, ganador de la copa. (De fotografía de Carlos Delius.)

PARÍS.—FIESTA DEL AERO-CLUB FEMENINO «STELLA.»—FIESTA DE LAS FLORES

En el parque aerostático de Saint-Cloud, y ante concurrencia tan numerosa como elegante y distin



Fiesta inaugural del Aero-Club femenino «Stella.»
Salida del globo *Les Bluets*, tripulado por tres señoras solas. (De fotografía de Rapid.)

guida, inauguró el día 16 de los corrientes su carrera deportiva el Aero Club femenino «Stella.» Los seis globos que habían de tomar parte en la fiesta y que estaban adornados con las flores cuyos nombres llevaban, eran: *Les Bluets (Las Centauras), Les Roses (Las Rosas), Les Paquerettes (Las Belloritas), Les Pivoines (Las Peonías), Les Œillets (Los Claveles)* y *Les Hortensias (Las Hortensias)*.

Los aeróstatos partieron por el mismo orden indicado, tripulados: el primero, por las señoras Surcouf, pilota y presidenta del *Stella*, y Airault, secretaria del Club, y por la señorita Tissot, de la junta del mismo; el segundo, por el Sr. Omer Demgis y por su esposa y la señora Desfossés Dalloz, vicepresidenta; el tercero, por los Sres. Guffroy, Dumas y Albufeda, y por la señora de Dumas y la señorita Charpentier, secretaria; el cuarto, por el conde de Castillón de Saint Víctor y por las señoras de Albufeda, de la junta, y de Monnot, y la señorita Taty-Lango; el quinto, por el marqués de Kergariou y por las señoras de Max Vincent, vicepresidenta del *Stella*, y de Savignac, tesorera, y el sexto y último, por los Sres. Bleriot y Leblanc y por la esposa del primero.

Al elevarse los globos, sus tripulantes, en vez de lastre de arena, arrojaron flores. Empujados por un fuerte viento, emprendieron veloz carrera, seguidos por multitud de automóviles.

El descenso efectuóse con toda felicidad, habiéndolo realizado: *Las Rosas* y *Las Belloritas*, en Milly; *Las Peonías*, en Manchecourt; *Los Claveles*, en Vievy; *Las Centauras*, en Auxy, y *Las Hortensias*, en Villemontais, cerca de Roanne. Los cinco primeros descendieron en la misma tarde del 16; el último no descendió hasta la madrugada siguiente.

Dos días después de la fiesta del *Stella*, la sociedad elegante parisiense congregábase en el Bosque de Boulogne para asistir á la fiesta de las Flores, que se celebraba á beneficio de las Víctimas del Deber.

Durante más de tres horas las avenidas del Bosque fueron teatro de una reñida batalla, en la que los contendientes se arrojaban puñados de flores desde los automóviles y coches rica y artísticamente adornados; una multitud inmensa, regocijada, tomó también parte en el combate lanzando y recibiendo una verdadera lluvia de floridos proyec-

Los premios otorgados por el Jurado lo fueron: el Gran premio para los automóviles, á la señora de Carnaud, que iba en un eléctrico convertida en bellísima cabaña cubierta de flores y ramaje; y el Gran premio para coches, á la señorita Susena Murat, que se presentó en un *cab* deliciosamente adornado al estilo Luis XV con margaritas, claveles y gasas.

Las demás banderas fueron adjudicadas: á las señoras de Gaby Nellys y de Melza, en un landolet negro con hermosas guirnaldas de margaritas; á las señoras de Coll y de La Valette, en un doble faetón cuyo adorno lo constituían bellas peonías; á las señoras de Delamarre y de Berod, que casi desaparecían en el fondo de su victoria, enteramente envuelta entre peonías rosas, encarnadas y blancas; á las señoras de Aransón y Scott, cuyo coche estaba transformado en una preciosa libélula de flores; á la señora de Daniau, en una victoria decorada con hortensias rosas y azules; á la señora de Leblanc, que guiaba un coche convertido en tonel de claveles, centauras y amapolas, y á la señora de Dumont, cuyo automóvil ocultaban magníficos ramos de rosas de todos colores.

Así la batalla de flores como el desfile de los vehículos resultaron animadísimos y en extremo pintorescos.—S.

Las señoras de Surcouf y de Airault y la señorita Tissot, que tripulaban el globo «Les Bluets.» (De fotografía de M. Branger.)



La fiesta de las Flores—La señora de Carnaud, cuyo automóvil obtuvo el primer premio
(De fotografía de M. Branger.)

EXPOSICIÓN REGIONAL VALENCIANA.—SECCIÓN DE BELLAS ARTES

LECCIÓN DE CATECISMO, cuadro de José Benlliure



SU EMINENCIA, cuadro de José Benlliure

LA GRANJA

LA PROCESIÓN DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

Con gran solemnidad celebróse el día 17 en el real sitio de San Ildefonso, en donde reside actualmente la real familia, la procesión de la infraoctava del Corpus, que presidió S. M. el rey y á la cual asistieron los príncipes Ramiro y Felipe de Borbón, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Gracia y Justicia, los jefes superiores de palacio y de la casa militar del rey, los médicos de la real familia y otros funcionarios, todos de uniforme.

La procesión se organizó á las tres y media en la colegiata y salió por la puerta principal, recorriendo la carrera de costumbre por los jardines de palacio, en los que se habían instalado artísticos altares adornados con flores.

El obispo de Segovia, revestido de pontifical, conducía la Sagrada Forma bajo palio.

En el balcón principal de palacio presenciaron el paso de la procesión las reinas Victoria y Cristina y el príncipe de Asturias; en otro balcón estaban las infantas María Teresa, Isabel y Eulalia. Las augustas señoras arrojaron flores al paso de la procesión, que fué presenciada por numeroso público y regresó á la colegiata á las cuatro y media.

La Granja.—La procesión de la infraoctava del Corpus. S. M. el rey D. Alfonso, el presidente del Consejo de Ministros y demás personajes oficiales que asistieron á la procesión
(De fotografías de Asenjo.)

MADRID.—DOS BODAS ARISTOCRÁTICAS

En un mismo día, el 18 de este mes, se han celebrado en Madrid dos enlaces aristocráticos: el de la señorita López de Carrizosa, hija del subsecretario del ministerio de la Gobernación, conde del Moral de Calatrava, con D. Miguel Maura y Gamazo, hijo del presidente del Consejo de Ministros, y el de la señorita de Figueroa, hija de los condes de Romanones, con D. Rafael de Bustos y Ruiz de Arana, duque de Pastrana é hijo de los marqueses de Corvera.

Efectuóse el primero en el templo del Perpetuo Socorro, de los Padres Redentoristas, que estaba preciosamente adornado con flores, habiendo bendecido la unión el arzobispo de Valladolid, padre Cos. Fueron padrinos la madre del novio y el padre de la novia y actuaron como testigos: por la novia, el ministro de la Gobernación Sr. Lacierva, el conde de Peraleja y el barón de Algar; y por el novio, su hermano D. Gabriel, conde de la Mortera, su tío D. Francisco Maura y su primo D. Germán Valentín Gamazo.

El prelado valisoletano pronunció una sentida plática y el capellán de la casa de los condes del Moral de Calatrava D. Javier Correa rezó la misa.

La novia, que llamaba la atención por la belleza de su figura y la elegancia de su atavío, llevaba rico traje blanco de raso *liberty*, con magníficos encajes, y ramo de azahar.

Durante la ceremonia religiosa un coro de niñas cantó muy bien algunas piezas de música sacra

Terminado el acto, al que por razón del reciente luto de la familia de la novia sólo asistieron los parientes más cercanos de los contrayentes y muy pocos amigos íntimos, los concurrentes se trasladaron al palacio de los condes del Moral de Calatrava, en donde se les sirvió un esplendido almuerzo.

Los recién casados salieron el mismo día de Madrid para Barcelona y Suiza, en donde pasarán la luna de miel.



Madrid.—Boda de la señorita López de Carrizoza, hija de los condes del Moral de Calatrava, con D Miguel Maura y Gamazo, hijo del presidente del Consejo de Ministros. (De fotografía de Asenjo.)

La boda de la señorita de Figueroa con el duque de Pastrana se celebró en la capilla del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Fueron padrinos la madre del novio y el padre de la novia, y testigos, por parte de aquélla, sus tíos, los duques de las Torres y de Tovar, el conde de Almodóvar y el marqués de Alonso Martínez; y por parte del novio, los duques de Sessa y de Baena, el marqués de Velada y D. José de Bustos.

El templo estaba profusamente iluminado y adornado con flores; bendijo la unión el Sr. Sánchez Juárez, que pronunció una elocuente plática, y dijo la misa de velaciones el capellán de la casa de Romanones D. Juan de Dios Rubio.

La novia vestía riquísimo traje de raso *liberty*, con artísticos prendidos de azahar natural, y lucía el hermoso collar de perlas regalo de sus padres. El novio llevaba el uniforme de los maestrantes de Granada.

A la boda asistieron las principales familias de la aristocracia y de la alta sociedad de la corte, que en el palacio de los condes de Romanones fueron obsequiados con un magnífico almuerzo.

Los novios se trasladaron aquella misma tarde á la finca que los marqueses de Corvera poseen en Criptana.

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito en Novedades *El gran tacaño*, comedia en tres actos de los Sres. Paso y Abati; y en el Eldorado *El caballero lobo*, fábula en un prólogo y dos jornadas de D. Manuel Linares Rivas, y *El idilio de los Viejos*, comedia en dos actos de Juan Antonio Cavestany.

En el teatro del Bosque ha comenzado á funcionar una compañía de ópera en la que figuran, entre otros artistas, las señoras Rossini, Luchini y Canutti, y los señores De Fernando, Diglioti, Azolini, Billi, Molinari y Talamea. Con las óperas de repertorio pónense además en escena bailes de grande espectáculo, en los que trabaja la notable pareja Ratti-Bianchiffiori.

La nueva plaza de toros, convertida en teatro con el nombre de Politeama de las Arenas, se ha inaugurado con una excelente representación de la preciosa ópera de Wágner *La Walkiria*, dirigida p r el eminente maestro alemán Willibaldo Kaeler y cantada por las señoras Giudicci, Laveroni y Galán, y los señores Biel, Pessina y Vidal, todos los cuales fueron muy aplaudidos, como lo fué también la orquesta, compuesta de 80 profesores. Se han cantado además *Aida* y *La Tosca*, habiendo debutado en esta última la señora Berlendi y los Sres. Salvaneschi y Query, que alcanzaron muchos aplausos en unión del maestro Camaló.

***

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en el Cómico *Las mil y pico de noches*, revista de gran espectáculo, letra de los Sres Perrín y Palacios, música del maestro Jiménez, y *El bello Narciso*, zarzuela en un acto de los Sres Castillo y Oliver, música del maestro Montenegro; en la Zarzuela *La Tajadera*, zarzuela de costumbres aragonesas en un acto, letra de los hermanos Melantuche, música del maestro Barrera, y *La Comisaría*, pasillo cómico-lírico en un acto, letra y música de García Alvarez; en Romea *La sacristía*, comedia en un acto del Sr. Toro y Luna; *La hora del amor*, comedia en un acto de Vicente Almela. y *Alma que huye*, comedia en un acto de los Sres. Lezama y Feijoo; en el Gran Teatro *Guasa viva*, sainete de costumbres andaluzas en un acto de los Sres. Filiso y Figuerelo, música del maestro Candela, y *Las barbas del vecino*, humorada lírica en un acto, letra de Fiacro Irayzoz, música del maestro Torregrosa; en Apolo *Los hombres alegres*, zarzuela en un acto de los Sres Paso y Abati, música del maestro Lleó; *Las gafas negras*, sainete en un acto, letra de los Sres. Moncayo y Plaza, música del maestro Penella, y *El método Górriz*, zarzuela en un acto, letra de Carlos Arniches, música del maestro Lleó, y en el teatro Regio *Fases de luna*, zarzuela en tres actos y un prólogo, letra de López Raso y música del maestro Crespo.



Madrid.—Boda de la señorita de Figueroa, hija de los condes de Romanones, con el duque de Pastrana. (De fotografía de Asenjo.)

ERRATA.—La fotografía del tenor Carasa reproducida en el número último nos fué remitida por el Sr. Frederic, pero no es obra de éste, como equivocadamente dijimos.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



—Amigo mío, empezó diciendo el enviado, hemos errado absolutamente el camino

—En su inconsciencia, ¿no habría abandonado á a criaturita por estas inmediaciones?, preguntó el médico.

—Se la hubiera encontrado, contestó el guardia, y lo hubiéramos sabido.

No había, pues, nada que esperar por aquel lado, y el Sr. Laroche y el doctor, después de un corto conciliábulo, decidieron bajar á lo largo del Sena é ir preguntando al paso.

Pero desde el principio de sus investigaciones, se dieron cuenta de las dificultades insuperables de la tarea que habían emprendido.

¡Hace tres años!.. ¡Una noche!.. ¡Una joven loca!.. Ninguna de las personas á quienes se dirigieron recordaba nada parecido.

—Sin embargo, dijo el Sr. Laroche arrastrando al doctor, Juana no podía venir de muy lejos. Considere usted .. ¡A pie, en el estado en que se encontraba!

—Continuemos, dijo el Sr. Desvallieres. Quizá averigüemos algo más lejos.

Y en las tabernas, cerca de los armadieros, se renovaban las preguntas, sin resultado siempre.

Pasaron el Sena por el puente de Moulineaux, después de explorar en vano toda la margen derecha hasta la altura de Boulogne, y llegaron al Bajo Meudon, cada vez con menos esperanzas.

Por su parte, la madre de Luciano y Griffonnier se habían puesto en campaña.

En primer lugar habían ido á casa de la señora Bichet, la lavandera que había asistido al alumbramiento de Juana; pero esta mujer se había marchado del país, después de vender su establecimiento, y su sucesor no sabía su dirección; no tuvieron más remedio que ir á Clamart para ver á la propietaria de la casa que Luciano había habitado con su mujer.

Allí les esperaba una nueva decepción. Se les dijo que la viuda Paumelle había salido por la mañana para ir á ver á un sobrino suyo, descargador en casa de un comerciante en carbones del Bajo Meudon.

La señora de Favreuse y Griffonnier resolvieron entonces ir inmediatamente al encuentro de la viuda Paumelle, y gracias á la dirección del sobrino, que habían pedido en Clamart, no tardaron en encontrar á la casera. La buena mujer quedó sorprendida cuando su sobrina fué á anunciarle que había un caballero y una señora que deseaban hablar con ella en seguida.

El Sr. Griffonnier tomó la palabra, y con el aire de autoridad de un magistrado inquiridor, preguntó:

—¿Es usted la señora Paumelle, propietaria en Clamart?

—Sí, señor, contestó la viuda algo desconcertada por el tono casi conminatorio de aquellas palabras.

—¿Usted posee, no es cierto, una casa aislada en la costanera, entre Clamart y Meudon?

«Será para alquilarla»—pensó la viuda, cuya cara se alegró.

—Sí, señor, contestó. Pero la casa no está tan aislada como usted supone; tiene al lado un establecimiento muy frecuentado en verano, y si es para alquilarla para lo que ustedes...

—No, no, contestó el antiguo pasante, sólo quisiera enterarme de una cosa. Hace tres años, usted alquiló esa casa á un joven matrimonio procedente de París, ¿no es cierto?

—Es verdad, confesó la señora Paumelle, y tengo motivos para recordarlo. La joven señora se encontraba en una situación interesante, y venía á Meudon para dar á luz.

—Eso es, dijo el amigo de Luciano. ¿Por consiguiente, aquella joven señora salió de su cuidado en la casa de usted?

—Sí, señor; supe que, en efecto, había dado á luz. Y por cierto que pasó entonces una cosa que nunca he podido comprender.

—¿Qué pasó?, preguntó Griffonnier.

—Mis inquilinos desaparecieron á lo mejor, sin prevenirme. ¡Oh! No puedo decir que se largasen sin pagar, puesto que yo había recibido por anticipado el importe de seis meses de alquiler: pero no deja de ser extraño, pues allí dejaron toda su ropa.

—¿Y desde entonces no ha vuelto usted á verlos?, preguntó el ex pasante. ¿Aquella señora no volvió á parecer por el país?

—Nunca, declaró la viuda, y diríase que han traído mala sombra á mi casa... Figúrense ustedes que desde entonces no he podido alquilarla.

—Vamos á ver, señora, haga usted memoria, insistió Griffonnier sin escuchar las lamentaciones de la casera. ¿No oyó usted decir nada acerca de la hija de aquella señora? ¿No sabe usted á quién la confió? Debió confiarla á alguien.., á una nodriza...

—¿Una hija?.., preguntó con sorpresa la propietaria.

—Sí, la niña que nació en la casa de usted. ¿No la recogió alguien en el país, al desaparecer el matrimonio?

—¡Cómo!, exclamó la viuda Paumelle. ¿Entonces aquella señora no se llevó á su hijita?..

—No sabemos, dijo Griffonnier; la niña desapareció el mismo día que su madre, y tiene usted interés y hasta el deber de proporcionar á la justicia todos los informes que puedan permitir encontrarla.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¡Ay, caballero, yo no sé nada absolutamente!, aseguró la buena mujer un poco asustada. Yo no sabía siquiera que mis inquilinos hubiesen partido, cuando un día vino alguien á decirme que mi casa parecía abandonada. Fuí y, en efecto, encontré todo abierto, todo en desorden y nadie en la casa. Entonces cerré la puerta y no pasó más.

—¡Cosa más extraña!, dijo entonces la señora de Favreuse.

—¡Oh, pero callen!, repuso vivamente la propietaria. Ahora recuerdo una cosa.

—Diga usted, replicó con marcado interés el antiguo pasante.

—Algunos días después de la desaparición de mis inquilinos, vino á mi casa, á Clamart, un muchacho que yo no conocía..., un chico con la cara tiznada que venía de París, portador, según dijo, de una carta para la joven señora que vivía en mi casa. Venía de la casa, donde no había encontrado á nadie, y me dijo que si aquella señora volvía, avisase yo en seguida á otra señora que vive..., aguarden ustedes, sé que es en París, pero aún debo tener su dirección en mi casa... Si quieren ustedes subir de nuevo á Clamart, se la daré..., quizá pueda serles útil..., porque esa señora de París debe conocerla...

No había que vacilar y convinieron en volver á casa de la viuda.

La señora de Favreuse estaba ya en el umbral cuando retrocedió vivamente, cogiendo á Griffonnier por el brazo y diciéndole en voz baja:

—Esperemos un instante.

La comadrona parecía muy emocionada, y el ex pasante la miraba con sorpresa.

Se habían metido otra vez en el pasillo, y la señora de Favreuse añadió, también en voz baja:

—Asómese un poco y mire á la derecha.

Griffonnier obedeció y miró á su vez en la dirección indicada por la madre de su amigo.

—¡El Sr. Laroche!, murmuró. ¿Buscará también á la niña?.. ¿Quién demonios ha podido dirigirle hacia aquí y ponerle sobre la pista?..

La viuda Paumelle, detrás de la comadrona y de su acompañante, estaba asombrada de sus maneras extrañas; pero, para ella, Griffonnier pertenecía á la policía ó á la justicia, y comprendió instintivamente que no debía intervenir. Así es que no hizo observación alguna y entró en el cuarto de su sobrino para ponerse el sombrero y el abrigo.

El ex pasante siguió con atenta mirada la marcha del Sr. Laroche y del doctor, pues eran ellos, efectivamente, los que acababan de pasar, continuando al azar las averiguaciones empezadas por la mañana.

—Entran en la taberna de la plaza, dijo á la señora de Favreuse. Hemos de saber qué es lo que buscan. Vaya usted sola á Clamart con la propietaria, y cuando tenga la dirección que nos ha prometido, vuelva directamente á su casa, donde nos encontraremos. Voy á quedarme para vigilar al señor Laroche.

La viuda Paumelle volvió á salir en aquel momento, y como acababa de ser convenido, la madre de Luciano acompañó á la viuda á su casa, evitando pasar por delante de la taberna donde el Sr. Laroche y el doctor acababan de entrar.

El antiguo pasante salió á su vez y fué á emboscarse á la orilla del río, detrás del pontón de los vaporcitos de viajeros, desde cuyo punto podía vigilar la puerta de la taberna.

El padre de Juana y el doctor Desvallieres no tardaron en salir, y cuando se hubieron alejado, Griffonnier, entrando á su vez en la taberna, se hizo servir una copa sobre el mostrador.

—O yo me engaño, dijo al tabernero, ó me parece reconocer á uno de esos dos caballeros que acaban de salir de aquí. ¿No es el Sr. Laroche, comerciante en licores?

—No puedo decírselo á usted, caballero, porque es la primera vez que los veo, contestó el tabernero; no son de aquí.

—Sin embargo, se me había figurado..., y pensé que había venido á ofrecer sus licores.

—No, esos caballeros preguntaban solamente una cosa; uno de ellos, el bajito, es médico, puesto que el otro le llamaba doctor; parece que buscan á una mujer que vivió por aquí hace tres años. Pero como sólo hace un año que estoy establecido, no he podido informarles.

—Me habré equivocado, dijo Griffonnier. Muchas gracias.

Pagó su copa y salió. Sabía lo que deseaba saber, y subiendo la empinada cuesta y las interminables escaleras del sendero Obeuf, volvióse á Meudon y se dirigió inmediatamente al domicilio de la comadrona.

La señora de Favreuse aún no había vuelto, y Griffonnier puso, mientras tanto, á su amigo al corriente de las diligencias practicadas. Enteróle también del encuentro del Sr. Laroche, en compañía de un médico.

—¿Ves como yo tenía razón?, concluyó el ex pasante. Tu suegro es ajeno á la desaparición de la niña, ignoraba la maternidad de su hija, y no hay duda que hoy busca á la criatura cuya existencia le revelé. Pero por lo visto no tiene indicio alguno, y creo que lograremos nuestro objeto antes que él, probablemente.

En esto la señora de Favreuse volvió.

—Aquí está la dirección de esa señora, murmuró entregando á Griffonnier un papel amarillento.

—Señora viuda de Landry, calle de Bernardinos, número 25, leyó en alta voz el ex pasante.

Luciano se estremeció.

Aquel nombre y aquella dirección eran los del desgraciado cobrador cuyo suicidio había él causado con su robo.

—¿Conoces ese nombre?, preguntó Griffonnier.

—Vaya. La cosa es clara, contestó el miserable. Esa viuda Landry era conocida de Juana, y es evidente que le confió la niña.

Refirió entonces á su madre y á Griffonnier, que le escuchaban con el más vivo interés, todo lo que sabía de las relaciones de Juana con la familia Landry, que ella había tomado bajo su protección.

Como la señora de Favreuse hiciera alusión al muchacho que se había presentado en casa de la viuda Paumelle, en Clamart, el chico con la cara tiznada, como había dicho ella, Luciano comprendió en seguida que se trataba de Pablito Galoux, el pequeño deshollinador, cuyas relaciones con la familia Landry le eran conocidas.

—Sí, es el niño que se encontraba en Montmartre, como te dije, en el momento en que mi padre se mató, explicó Luciano á su madre. Estoy seguro de que nuestra hija se encuentra en casa de esa gente.

—Muy bien, dijo Griffonnier, yo lo averiguaré.

Sabía que su amigo no podía presentarse á la familia del cobrador, y resolvió ir solo.

Pablo Galoux, á medida que crecía, tomaba cada vez más en serio su papel de cabeza de familia, admirablemente secundado por Rosita, que mostraba todas las cualidades de una perfecta ama de gobierno y prodigaba á la pequeña Jenny, la pobre niña abandonada, los cuidados de una verdadera madre.

Era «su hija,» y pronunciaba esta palabra con todo el orgullo y la ternura de una madre.

Los vecinos de la familia infantil estaban maravillados de la manera con que llevaba la casa.

Pablo ganaba ahora lo suficiente para vivir; su amo, el fumista, le tenía en gran aprecio, y considerando los servicios que el inteligente muchacho le prestaba, lo trataba desde hacía mucho tiempo como á un verdadero obrero.

La paga de Rosita había aumentado también y un nuevo recurso había venido á aumentar sus ingresos.

Víctor Landry, el hermano de Rosita, tenía ahora catorce años, y los religiosos de San Nicolás, una vez terminada su instrucción, le habían buscado una colocación, queriendo así recompensar la inteligencia y la aplicación que siempre había mostrado. Era un discípulo que honraría á sus maestros.

Víctor había manifestado siempre extraordinarias disposiciones para el dibujo; por esto lo habían colocado en casa de un gran contratista que tenía obras considerables en las inmediaciones de la Butte Chaumont, donde se construían numerosas habitaciones obreras.

Desde su entrada en funciones, Víctor no había tardado en prestar verdaderos servicios al arquitecto, á pesar de sus pocos años. Dibujaba admirablemente, pues había aprendido la arquitectura y la aguada, por las cuales mostraba serias disposiciones.

Así que pronto le señalaron sueldo, modesto al principio, pero que le permitió ayudar seriamente á su hermana y á su amigo.

Le habían instalado una cama en el cuarto de Pablo, y Rosita hacía sonreir á sus vecinos cuando les hablaba del trabajo que le daban sus «dos hombres» con su ropa; tenía que cuidar de todo y de todos...

Pero «su hija» sobre todo, objeto de su más tierna solicitud, era su coquetería. La pequeña Jenny era ciertamente la criatura mejor cuidada de cuantas eran confiadas á la sala de asilo á que iba ahora.

La pequeña familia de la calle de Descartes era, pues, completamente feliz.

El afecto de Pablo y Rosita no había hecho más que aumentar con la estimación que les inspiraban las cualidades que mutuamente se descubrían cada día.

Su matrimonio, resuelto desde hacía mucho tiempo, no era más que una cuestión de edad y ya habían fijado la época de su enlace.

Huérfanos ambos, eran libres y no dependían de nadie.

A una observación de Rosita, que había emitido la idea de una intervención posible del tío Bourasse, Pablo, que conocía «sus derechos,» había tranquilizado á su amiga.

—Nada temas, le dijo; mi tío está demasiado contento con haberse desembarazado de mí para entrometerse en nuestros asuntos, en los cuales nada tiene que ver. Su consentimiento no es necesario; no es mi tutor.

En la casa que habitaban, su historia era conocida, es decir, la parte que ellos habían referido, y su animosa conducta, su extraordinaria laboriosidad, les había valido la estimación de todo el mundo.

Víctor, desde su instalación al lado de su hermana, había puesto un cariño muy grande en la pequeña Jenny, y el muchacho no había tardado tampoco en poseer la más entera simpatía de la niña, gracias á su carácter alegre y á todas las complacencias que por ella tenía.

Víctor acompañaba la niña al asilo, y cuando tenía un momento de libertad la llevaba contentísima á los jardines del Luxemburgo, antes de regresar á casa.

Los domingos salían todos juntos y organizaban paseos por los alrededores de París, al parque de Montsouris, al bosque de Vincennes y hasta á Meudon.

Rosita estaba casi celosa de la ternura creciente que su hermano manifestaba á la pequeña Jenny, que no podía pasar sin su «Totor,» como le llamaba.

—Es mi novia, declaraba Víctor Landry, y cuando sea grande, haremos como vosotros, nos casaremos. ¿Verdad, Nini? Seré tu maridito...

—Sí, contestaba la niña gravemente. Totor será mi marido.

Víctor le había comprado una hermosa muñeca, á la que daban el nombre de Carlota, y convenían en que él era el papá, Pablo el tío y Rosita la tía de Carlota.

Esto hacía reir á Rosita y á Pablo, y les recordaba el tiempo, lejano ya, al menos tal les parecía, en que ellos también se habían declarado novios casi tan ingenuamente, vestidos de primeros comulgantes.

Griffonnier fué á la calle de Bernardinos; al antiguo domicilio del cobrador.

—¿La señora viuda de Landry?, preguntó á la portera.

Esta examinó un instante al caballero, cuyo severo traje, aire digno, patillas, lentes y cartera que llevaba debajo del brazo denunciaban á un hombre de ley, y luego contestó:

—¡La señora Landry! ¡Hace mucho tiempo que no vive aquí!

—¡Ah!, dijo el ex pasante, ¿se ha mudado? ¿Sabe usted su nuevo domicilio?

—¡Su nuevo domicilio!.. ¡Ah, la pobre está en el cementerio!

—¿Murió?, exclamó Griffonnier con sorpresa.

—¡Ay, sí, señor! La pobre familia ha sido desgraciada.

Y sin que su interlocutor se lo rogase, la portera le contó el suicidio de Landry, la enfermedad y finalmente la muerte de la viuda.

—¡Todo eso es muy triste!, dijo Griffonnier, que esperaba obtener otros informes haciendo hablar á la portera. ¡Entonces llego tarde, pues traía una buena noticia á esa excelente familia!..

—Pero quedan los hijos, dijo vivamente la portera, y si les pudiera aprovechar, sería una suerte, ¡porque esas criaturas son muy dignas de interés, créalo usted!

La excelente mujer refirió entonces al que tomaba por un procurador la instalación de Rosita en la calle de Descartes y cómo la animosa muchacha se las había arreglado sola, asumiendo por añadidura la misión de criar una niña que estaba al cuidado de su madre.

—¡Sí, una niña que la señora de Landry tenía en su casa al morir! Pues bien, caballero: la pequeña Rosita Landry se encargó de ella y se la llevó consigo.

Griffonnier dió las gracias á la portera y declaró que iba á la calle de Descartes.

El antiguo pasante se fué convencido de que la niña de que le acababan de hablar era la hija de su amigo Favreuse.

En la portería de la calle de Descartes preguntó hábilmente; pero allí creían que la niña era hermana de los muchachos de que hablaba, y no pudo obtener más que algunos detalles respecto al género de vida de los «huérfanos,» como les llamaban en la casa, y la opinión personal de la portera sobre aquellos «excelentes muchachos» que eran la admiración de todo el mundo.

El ex pasante creyó prudente no llevar más allá

sus investigaciones. Era preciso ver y no alarmar á los muchachos que habían recogido á la niña.

Por lo demás, sabía todo lo que necesitaba saber. La portera, hablando, pronunció el nombre de la niña criada por Rosita Landry y por Pablito, y al oir el nombre de Jenny, el de la hija de Juana Laroche, ya no tuvo la menor duda.

Aquella niña era la que él buscaba.

El licenciado de presidio regresó á Meudon y dió cuenta de sus diligencias.

—He encontrado á tu hija, anunció radiante de alegría. Está en casa de los Landry, calle de Descartes.

—Lo que yo me figuraba, dijo Luciano. Entonces no tengo más que ir á buscarla.

—Un momento, objetó Griffornnier. ¡No hay que hacer nada á la ligera!..

—¡En fin, es mi hija!.. y ¡si quiero tener cogido al Sr. Laroche!.. Además, es mi derecho, exclamó el marido de Juana.

—Tu derecho, no digo que no, contestó Griffonnier; ¡pero si es así como cuentas tener cogido á tu suegro, permíteme que te diga que vas por mal camino! No obtendrás nada, absolutamente nada, amigo mío, y voy á decirte lo que sucedería. El Sr. Laroche busca también á la niña, ¿no es cierto? Puede seguramente impedir que la tengas, y para ello hay que reconocer que todas las probabilidades están de su parte. ¡Por consiguiente, cuando sepa que tienes á la niña, te la disputará, entablará un proceso de separación, que tu mujer ganará inevitablemente!.. Te verás obligado á devolver la niña á su madre, y habrás levantado la liebre para los otros.

—Tu amigo tiene razón, dijo la señora de Favreuse.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?, preguntó Luciano.

—Nada absolutamente, declaró Griffonnier; sabemos que la niña se halla en casa de la pequeña Landry, y está allí más oculta que en ninguna otra parte. Tu suegro no irá nunca á buscarla allí. Además, no perderemos de vista la calle de Descartes, y nada nos impide, mientras el Sr. Laroche la busque inútilmente, lo que puede durar mucho tiempo, nadie nos impide seguir acusándole de haber hecho desaparecer á la niña con un interés que le sería difícil negar. ¡De este modo, sí, le tenemos cogido, y yo me encargo de hacerle aflojar la mosca!

—¡Sí, sí, le apruebo á usted plenamente!, dijo la señora de Favreuse al amigo de su hijo.

Luciano acabó por ceder, y se convino que el ex pasante dirigiría el negocio.

Las investigaciones del Sr. Laroche habían de ser infructuosas. No llegó á encontrar ninguna pista.

Durante varios meses, ayudado del Sr. Desvallières y del notario Verdelet, registró inútilmente casi todos los alrededores de París, sin descubrir un sólo indicio que pudiese ponerlos en camino de lograr su objeto.

Hasta recurrió á una agencia de investigaciones y luego á la Prefectura de policía, que tampoco descubrió nada.

De vez en cuando volvía al Cepellón á ver á Juana, cuyo estado era siempre el mismo; y volvía á reanudar su tarea con nueva energía, sostenido por una esperanza constante.

De regreso de uno de aquellos viajes recibió una carta cuya firma, que leyó ante todo, provocó en él un movimiento de cólera.

¡Godefroy! Era aquella especie de agente de negocios que se le había presentado en el Cepellón de parte de su yerno.

¿Qué quería otra vez?

En aquella carta le intimaban que diese á conocer el sitio en que había sido depositada la hija del señor de Favreuse.

El antiguo comerciante estrujó la carta con rabia y no contestó.

El notario Verdelet, consultado por Laroche sobre el particular, opinó también que no había que hacer caso de las reclamaciones del marido de Juana.

Pero poco tiempo después, Laroche recibió otra carta, firmada también por Godefroy, más conminatoria, y las amenazas que contenía inquietaron seriamente al antiguo comerciante.

Se le demostraba, sin refutación posible, que sólo él tenía interés en la desaparición de la niña, que sólo él había podido hacerse culpable de aquella supresión, y se le intimaba que la entregase ó presentase su partida de defunción si había muerto.

Se reclamaba con urgencia una contestación, y la carta terminaba con la amenaza ostensible de obrar enérgicamente haciendo intervenir á la justicia.

Griffonnier, seguro del éxito, no abandonaba la presa.

XXI

EL RECUERDO

A Edmundo de Favreuse le tenía inquieto desde hacía mucho tiempo el no recibir noticias de su hermano, y varias veces había tratado en vano de averiguar lo que había sido de él.

Durante el primer año de su residencia en Montreal, las cartas de Luciano, aunque raras, le llegaban con regularidad. Luego cesaron de pronto.

¿A qué atribuir aquel silencio?

Edmundo se lo había preguntado con frecuencia, haciendo las conjeturas más diversas; luego, absorbido por las preocupaciones y los negocios, dejó transcurrir largos períodos que casi le hicieron olvidar aquella falta de noticias.

Las empresas de James Pick y de Edmundo de Favreuse habían tomado, en efecto, desde mediados del segundo año, un inesperado desarrollo. El padre del joven ingeniero, que continuaba residiendo en Londres, había adquirido, secundado por un grupo de accionistas, la *Star Line*, y había sido guiado en este negocio por los consejos de Edmundo de Favreuse, el cual, antiguo representante de esta compañía de navegación en el Havre, había previsto su desarrollo y su porvenir. Entonces se había tratado de establecer, en la desembocadura misma del San Lorenzo, importantes astilleros para toda clase de construcciones marítimas, y James Pick había encontrado, en la edificación de los talleres y fábricas necesarias, ocupaciones que le absorbieron de tal manera que tuvo que abandonar completamente á Favreuse la dirección de la casa armadora de Montreal.

De este modo encontró Edmundo un nuevo campo abierto á su actividad y á su inteligencia, y supo asimilarse tan perfectamente á su nueva situación, que en menos de seis meses la casa vino á ser la más importante de la plaza. Pronto fué necesario construir para el servicio de las expediciones un *railway* que puso á Montreal en comunicación directa con los astilleros del San Lorenzo, pasando por Sorel y Quebec, y no bastando esto todavía, apenas abierta esta línea á la explotación, fué necesario construir otra para ir directamente á Portland, punto de escala de la parte más importante de la flota.

En medio de aquellos negocios gigantescos, que necesitaban idas y venidas de un puerto á otro y hasta largos viajes al interior hasta el Ohio, el Illinois, el Misurí y el Arkansas, Edmundo se halló absorbido al extremo de que el tiempo volaba para él con una rapidez desconcertadora.

Cuando leía noticias de Francia en los periódicos canadienses ó de Nueva York, seguía atentamente todas las fases de la política, pues se preguntaba si su hermano, ligado por el servicio militar, no había sido enviado con parte de su regimiento al Tonkín ó á Túnez, ocupados entonces por las tropas francesas.

(Se continuará.)



Y sin que su interlocutor se lo rogase, la portera le contó el suicidio de Landry, la enfermedad y finalmente la muerte de la viuda

ENTREVISTA DEL TSAR NICOLÁS II

Y DEL EMPERADOR GUILLERMO II

Los dos soberanos Nicolás II, tsar de todas las Rusias, y Guillermo II, emperador de Alemania, han celebrado una cordial entrevista en aguas finlandesas, en Bjoerkoe, adonde llegó Guillermo II, en la mañana del 17, á bordo del yate imperial *Hohenzollern*, al que daban escolta varios buques de la armada alemana. Apenas anclado el yate, el tsar se trasladó á él para visitar al emperador, con quien estuvo conversando media hora; inmediatamente éste devolvió la visita á Nicolás II, quien le recibió en el *Standart* acompañado de su esposa, y allí almorzaron los soberanos. Ocioso es decir que al final del almuerzo se pronunciaron afectuosos brindis por uno y otro monarca.

A la mañana siguiente hubo almuerzo de gala en el *Hohenzollern*, y á poco más de las tres la escuadra alemana abandonó las aguas de Bjoerkoe.



Entrevista del emperador Guillermo II de Alemania y del tsar Nicolás II de Rusia en Bjoerkoe.—Los dos soberanos á bordo del yate imperial alemán «Hohenzollern» (De fotografía de Carlos Trampus.)

Como todos los actos análogos, la entrevista de Nicolás II y de Guillermo II ha dado lugar á muchos comentarios. Algunos han querido ver en ella el propósito de Alemania de apartar á Rusia de la alianza con Francia y de la inteligencia con Inglaterra, aproximándola, en cambio, al Austria; pero esta suposición la niegan naturalmente los periódicos oficiosos alemanes y la rechazan los rusos, quienes afirman que se trata únicamente de un cambio amistoso de impresiones, y que si bien Rusia concede gran importancia á sus tradicionales relaciones con Alemania, estas relaciones son perfectamente compatibles con las obligaciones de la nación rusa para con la francesa, su aliada, y en nada afectan al acuerdo recientemente pactado con la inglesa.



El ilustre hombre público argentino Emilio Mitre, fallecido en Buenos Aires en 26 de mayo último. (De fotografía.)

EMILIO MITRE

Este eminente hombre público argentino, hijo del gran ciudadano Bartolomé Mitre, nació en Buenos Aires en 8 de diciembre de 1854, cursó la carrera de ingeniero, y terminada ésta, fué nombrado inspector de Telégrafos de la provincia de Buenos Aires.

Poco tiempo después emprendió un largo viaje por Europa, visitando varias capitales y residiendo tres años en Londres, en donde obtuvo la distinción de ser nombrado miembro correspondiente del Instituto de Ingenieros civiles de Inglaterra. De regreso en Buenos Aires, dedicóse al ejercicio de su profesión, al mismo tiempo que fué, en varias épocas, director y administrador de *La Nación*, uno de los más importantes diarios bonaerenses.

En 1880 tuvo participación activa en los graves sucesos políticos que en aquel año se desarrollaron; en 1888 desempeñó el cargo de director del ferrocarril del Oeste; en 1890 intervino en los sucesos que determinaron la caída del presidente Juárez, y posteriormente fué senador provincial de Buenos Aires y dos veces diputado. Su acción parlamentaria, como orador y como miembro de la comisión de obras públicas, puso de manifiesto las excepcionales dotes que poseía para descollar como hombre público de primera fila. Dos veces le fué ofrecida una cartera ministerial, que no aceptó por no abandonar la dirección del mencionado periódico, pensando que desde las columnas del mismo podría servir mejor que desde el ministerio ó los intereses públicos.

El nombre de Emilio Mitre irá siempre unido á los de dos obras de tanta magnitud como el puerto de la capital y el canal, hoy en construcción, que ha de poner en comunicación ese puerto con el río Paraná.

La muerte de Emilio Mitre ha sido sentidísima en toda la Argentina, y la prensa, unánime, dedica los más entusiastas elogios á su memoria. Su entierro ha constituído una grandiosa manifestación de duelo, á la que se ha asociado la nación entera.



MADRID

HOMENAJE Á LA MEMORIA DE CHUECA

Con motivo de cumplirse el día 20 de este mes el primer aniversario de la muerte de Federico Chueca, hanse efectuado en Madrid dos actos solemnes para honrar la memoria del popular compositor.

Fué el primero el descubrimiento de una lápida colocada en la casa número 104 de la calle de Alcalá, en que murió el inspirado maestro, y á él asistieron el Ayuntamiento, el gobernador civil, representaciones de sociedades artísticas y literarias y un público numerosísimo. Durante la ceremonia la banda municipal ejecutó dos composiciones de Chueca y la marcha fúnebre de la ópera de Wágner *El crepúsculo de los dioses*. El alcalde Sr. conde de Peñalver y el gobernador Sr. marqués del Vadillo pronunciaron sentidos discursos.

El segundo efectuóse en el cementerio de San Justo, y consistió en la inauguración del mausoleo erigido á la memoria de Chueca. Despojado éste del paño que lo cubría, el escritor Sr. Acero leyó una sentida composición, titulada *Chueca*, y López Silva unos versos dedicados al maestro y titulados *La musa del pueblo*; ambos trabajos, lo mismo que los discursos de los Sres. Francos Rodríguez, alcalde y gobernador civil, fueron muy aplaudidos por la numerosa concurrencia que asistió á la ceremonia.

El mausoleo es obra del distinguido escultor don Pedro Estany. Dominando la cabecera del túmulo de piedra, álzase el busto de Chueca esculpido en mármol de Carrara; la inscripción contiene sólo el nombre del compositor y las fechas de su nacimiento y de su muerte: 1848 y 1908. A un extremo de la losa sepulcral hay un chispero, simbolizando al pueblo matritense, en actitud dolorida y cubriendo los restos de Chueca con una bandera desplegada. El resto del sarcófago es de piedra de Alicante, cincelada con flores y guirnaldas que rodean un pentagrama.—T.



Madrid.—Inauguración del monumento erigido en el cementerio de San Justo á la memoria del popular compositor Federico Chueca. (De fotografía de Asenjo.)



Reus.—Exposición de Arte en el Centro de Lectura. Vista de una parte de la exposición. (De fotografía de E. Borrás.)

Organizada por la Sección de Arte del «Centro de Lectura» de la importante ciudad de Reus, celébrase actualmente en los salones de aquella entidad una importante Exposición artística. Figuran en ella notables obras de artistas tan reputados como los pintores Rusiñol, Casas, Mir, Riquer, Cardunets, Masriera, Freixes Sauri, Gili Roig, Lorenzale, Buil, Nonell, Romeu, Tersol, Torrescassana, Trías Vallhonrat, etc., y los escultores hermanos Oslé, Campeny, Atché, Montserrat, Bassas, Sabadell, Llobet y otros. Estos nombres por sí solos bastan para demostrar que se trata de una manifestación espléndida del arte catalán contemporáneo, á la que ha contribuído poderosamente la cooperación del «Círculo Artístico» de Barcelona, que ha prestado todo su apoyo á la sociedad reusense organizadora del certamen. La exposición se inauguró solemnemente el día 10 de los corrientes, con asistencia de una comisión del Ayuntamiento de Reus; de una representación del Círculo Artístico, formada por los Sres. Fuster, Cardunets, Freixes Sauri, Galofre Oller y García Escarre; del presidente y numerosos individuos de la Junta Directiva del Centro de Lectura, y de otras distinguidas personalidades.

Pronunciaron entusiastas discursos los Sres. Segimón y Navá, presidente y secretario del Centro respectivamente; Pallejá, en nombre del Ayuntamiento reusense; Fuster, por el Círculo Artístico, y Galofre Oller, en representación de los expositores, encomiando todos ellos la labor realizada por el «Centro de Lectura.»

AMBERES.—Grandes fiestas en celebración de la anexión del Congo á Bélgica



Heraldo que abría la marcha del cortejo

Las asociaciones con estandartes en el cortejo

Llegada de S. M. el rey Leopoldo II y de la princesa Clementina á Amberes para asistir á las fiestas. (De fotografías de C. Trampus.)

A raíz de la anexión del Congo á Bélgica, varias ciudades de aquella nación proyectaron grandes manifestaciones en celebración de tan importante acontecimiento y como prueba de gratitud al soberano que tan magnífico presente había hecho á su país, dotándole de una colonia ochenta veces mayor que el territorio belga y que ofrece directamente su inmenso campo de explotación y de civilización á las energías nacionales.

Amberes, la ciudad más interesada en el desenvolvimiento del Congo y en la que el rey Leopoldo II halló los más firmes apoyos para su política colonial, ha sido la que más grandiosamente ha solemnizado aquel suceso, celebrando durante una semana brillantes fiestas organizadas por la Cámara de Comercio y por todos los elementos militares y civiles de la población. Entre ellas ha sobresalido el magnífico cortejo, que ha sido una apoteosis de la conquista pacífica realizada por el monarca en el Continente misterioso, y para presenciar el cual ha ido á Amberes Leopoldo II, acompañado de la princesa Clementina, del presidente del Consejo de Ministros Sr. Schollaert, y de los ministros Sres. Delbecke y Liebert.

El rey fué recibido en la Bolsa por el presidente de la Cámara de Comercio Sr. Corty, y después de cambiados sentidos discursos de salutación se dirigió á la plaza de Meir, en donde asistió al desfile del cortejo histórico, colonial, comercial é industrial, uno de los más hermosos de los efectuados en aquella ciudad, que es famosa especialmente por esta clase de espectáculos. Las carrozas eran de imponderable riqueza, los trajes y accesorios de irreprochable propiedad y el conjunto ofrecía el aspecto más pintoresco, al que contribuyeron con sus notas de color los pendones de más de trescientas sociedades y los pabellones de las numerosas líneas de navegación representadas en Amberes.

La ciudad ha permanecido enteramente empavesada durante una semana, y en varios sitios se han dispuesto instalaciones relacionadas con el carácter de las fiestas; así, junto al teatro flamenco se construyó un campamento congolés, en el Jardín Zoológico una aldea africana, y en el teatro de Variedades se organizó una exposición retrospectiva con todo lo que recuerda á los hombres que, de uno ú otro modo, han contribuído al desenvolvimiento del Congo belga.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVIII — Barcelona 5 de julio de 1909 — Núm. 1.436

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTE ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO

DON RAIMUNDO DE MADRAZO,

notable retrato pintado por Joaquín Sorolla

LA EXPOSICIÓN REGIONAL

VALENCIANA

LAS BELLAS ARTES

Las dos manifestaciones más sublimes de las Artes bellas, la Pintura y la Escultura, tienen distinta manifestación en nuestro concurso regional y afirman, aunque de muy desigual modo, la tradición del genio artista de nuestra raza levantina.

No me refiero á los maestros. Los consagrados por la fama y por el mercado han concurrido con las obras que han tenido por conveniente para mantener su fama á la altura consabida, importándoles un ardite, seguramente, acrecentarla con obras de empeño. Hablo de los jóvenes, de los que sueñan con la gloria... y en conquistar el mercado con igual derecho que los maestros. Y de la «gente nueva» hay algo que decir, pero con honrada sinceridad. Si alguien tiene derecho á la verdad es el artista que comienza y labora soñando en él ideal; pero... á toda la verdad, aunque ésta haga venir al suelo un poco del polvo sutil de sus alas de soñador...

Y la verdad honrada que siente el cronista es esta: de la hermosa pléyade de artistas que en esta Exposición hace sus primeras armas, los jóvenes escultores son quienes están mejor orientados y aparecen caminando con más seguro y decidido paso.

Se observan en los jóvenes pintores, salvo, claro está, alguna excepción, indecisiones marcadas, como si en distintos momentos de su vida artística estuviesen influídos, mejor diría sugestionados, por diversos maestros y diversas escuelas. Y estas vacilaciones del artista, este mariposeo de su espíritu, es lo que más perjudica á su propia personalidad y la desvanece y la borra, anulando al novel pintor, malográndole en mal hora. Si la obra de arte, como afirmaba el inmortal maestro, es «la naturaleza vista á través de un temperamento,» sólo en el natural elegido como modelo debe pensar el artista, sin preocuparse de las exageraciones de tal maestro, de las crudezas de este otro ó de los afeminamientos del de más allá. Pinte como sienta el pintor; y por mal que lo haga lo hará mejor que imitando á X ó á Z. Tal vez Z ó X sean causa consciente de que esté anulada casi la personalidad de nuestros noveles pintores á quienes han querido deslumbrar con los espejuelos de una «escuela original,» que en realidad no es sino «un temperamento.»

En cambio nuestros novísimos escultores, niños aún casi, forman ya una pléyade esplendorosa que dará días de gloria á la patria y nos da actualmente la nota original y atrevida de la sección de Bellas Artes de nuestra Exposición. En ninguna obra de ellos se trasluce «la admiración» por determinado maestro, ni el amaneramiento y la frialdad que comunica á las obras de arte la imitación servil. Nuestros jóvenes escultores no imitan á nadie. Ven á natura á través de su temperamento y consiguen el triunfo sencillamente: mostrando su propia personalidad, que en realidad es bastante, si no lo es todo. Tan sólo dos enemigos pueden malograr condiciones tan excepcionales: la vanidad ó la pereza. Ellos son poderosos, pero no invencibles...

Comencemos, pues, por nuestros escultores.

Del malogrado Viciano, el pensionado por Castellón que falleció el primer año de su pensión en Roma, está su retrato de *Séneca*, estatua sedente, joya de primer orden de verdadero estilo clásico, tanto que diríase extraída de unas excavaciones del Foro Romano. Ella sola es reveladora de lo alto que hubiera volado el infortunado y joven artista. De Paredes—y no cito por orden de mérito según mi criterio, sino como dicta mi carnet—son notables una *Mujer llorando sobre un sarcófago* y otros grupos escultóricos de tamaño natural, *Jornada* y *Llegó tarde*. Basta para acreditar como escultor de nervio y original á Causarás *Dolor*, un desnudo de mujer que echada sobre el cadáver de un niño oculta su rostro y en cuyo torso se ven, por un milagro de intuición artística, las huellas producidas por las garras del dolor. *El beso*, del mismo autor, son dos bustos que se besan; y en asunto tan sencillo el artista ha sorprendido el momento en que en tensión los músculos de los labios, estalla el beso con tal verdad, que diríase que se oye el chasquido... ¿Cabe mayor elogio? Rafael y Roberto Rubio nos ofrecen varias esculturas de brío y verdad sorprendentes, tales como *El barreno*, del primero, y *Genios y musas*, *Resignación*, los monumentos del pintor López y del poeta Llorente y otros grupos de tamaño natural, del segundo. De Roberto Rubio tenemos derecho á esperar mucho. Quien así comienza, llegará muy alto.



Busto del notable guitarrista Sr. Tárrega, obra de Navarro
(Exposición Regional Valenciana.)

De Navarro—otro joven «que viene empujando,» según la frase consagrada ya por el uso—descuella, entre sus bustos retratos, el del guitarrista Tárrega, ejecutado con el desenfado y la habilidad de un maestro. Calandin expone uno de sus envíos de pensionado, grupo formado por una mujer y dos niños. Sería admirable si fuese más sobrio en detalles. Bañuls ha ejecutado una estatua, *Ingratitud*, y una mujer desnuda amamantando á un niño, promesa de mayores y más altas empresas. También Bargués, con su *Tirador de barra*, Alemany y Coret y otros nos dan gallardas muestras de su ingenio.

Emilio Benlliure, el primer escultor de género en España, según sus propios compañeros, envía un relieve, suave y delicado retrato de un caballero, y varios asuntos fundidos en bronce de gracia inimitable y factura original, propia. Su hermano Gerardo Benlliure, otro artista que comienza revelándose en la plenitud de su talento, expone relieves en bronce, del gusto y estilo *quinientista*, cuyas escenas religiosas tienen toda la unción mística del Beato Angélico. También tienen sabor clásico sus ánforas con relieves y sus trípticos en bronce. Un busto de una niña sobre una mariposa está ejecutado con tan delicadísima gracia, que hasta hay quien ha llegado á creer que es obra de su hermano Emilio. Este es su mejor elogio. De Gilabert hay muy estimables relieves también.

De las obras que ha enviado Mariano Benlliure no podemos hablar, porque no se ha inaugurado aún la sala destinada á este artista.

Sobresalen en pintura una *Máscara* de Sala; *La lección de memoria* de Pinazo, uno de esos espontáneos prodigios del viejo maestro; *Las dos amigas*, *Desnudo* y un autorretrato de Agrasot; *Paisaje* de Salvá, de una tranquilidad sugestiva; *Paisaje granadino* de Muñoz Degrain; *Su Eminencia* y *Lección de catecismo* (1) de Pepe Benlliure; *Estudio de una niña* de su hermano Juan Antonio, y *¡A las armas!* de Juan Peyró.

Del genial Domingo admiramos *El último día de Sagunto*, un maravilloso retrato de su madre y un autorretrato, modelo de sobriedad y justeza.

Joaquín Sorolla ha enviado una numerosa colección de cuadros, compuesta de retratos, acuarelas y estudios. De entre los primeros merecen especial elogio el retrato de un caballero, los de los suegros del pintor y el de una niña escribiendo.

En la sala de la Diputación figuran los envíos de sus pensionados Pinazo, Ferrándiz, Sorolla, Garnelo y Navas.

Juan José Zapater tiene obras muy sólidas unas é inspiradas otras, pero todas reveladoras de la experta mano del autor de *Las madres*. De factura velazqueña son *El hombre de la capa*, que atrae la atención de los inteligentes y de los profanos, la figura de un hombre maduro á quien distraen del estudio dos juveniles beldades, y de una delicadeza exquisita *Mater Dolorosa* y *Rosas de te*. Un desnudo de niño es también notabilísimo.

Cecilio Pla presenta *Amor llorando*, unas niñas jugando con unas manzanas, un retrato de una dama y un paisaje nocturno con un bello efecto de luz crepuscular. Decir que todas son hermosas es repetir lo que todos los *amateurs* sienten. Abril nos ofrece varias marinas; Cebrián un buen retrato del paisajista Vilar; Genovés unos bodegones; Pedro Ferrer un retrato de su padre; Climent un clásico desnudo á la sanguina; Teodoro Andreu unos retratos. Del malogrado Juste hay unas marinas y unas flores; de Constantino Gómez *La traca*, una escena en pleno sol y unas acuarelas pintadas con su depurado arte de maestro en este difícil género; de Fillol *Almas vírgenes*, una Venus, *La gloria del pueblo* y unos retratos; los tres primeros son obras de arte exquisito y sobre manera simpáticas; de Soriano Fortunas escenas de hospital tétricas, pero muy bien pintadas, y de Benavent *Una capea*.

Cabrera Cantó con su *Mors in vita*; Beut con un retrato y un desnudo de mujer; Benedito con su celebrado cuadro dantesco y con un retrato de señora; Borrás con *El jugador* y el retrato de su padre; Serrano Bossio con un labrador valenciano, unos paisajes y una procesión de niños; March con dos acuarelas; Poveda con otras dos; Bañuls con un retrato de señora, y R. Domingo, el hijo del celebrado pintor, con *Unas capeas*, sostienen todos su fama reconocida.

Verde, uno de los jóvenes que camina con más seguro paso, lo demuestra en todas las obras presentadas al concurso, pero singularmente con un estudio magistral de una labradora tocada con mantilla. Navas sobresale por sus *Campesinas del Norte*; Otero por dos marinas y *Un jardín*; Stolz por sus paisajes de una verdad y solidez personalísimas; Gullón y Llácer también con sus cuadros de paisaje; Cañellas con un retrato; Blesa con su *Mujer desnuda*; Almela con la original nota de un niño desnudo que recibe la luz á través de una cortina roja; el malogrado Díez Penades con su idílico cuadro de la pastora echada, y Arévalo con su tapiz *La Verdad*, todos han puesto su inspiración y su talento al servicio de su voluntad, contribuyendo al esplendor y rica variedad de la sección de Bellas Artes. El cronista siente no poder dedicar mayor espacio á cada uno de los artistas citados en su crónica, y sentirá mucho más haber incurrido en la omisión involuntaria de las obras y de los nombres de otros artistas.

B. Morales San Martín.

Valencia, 23 de junio de 1909.

(1) Reproducidos en el número último.

ELLAS (GLOSA DE UN LIENZO DEL MAESTRO CARLOS VÁZQUEZ), por Rafael Vehils



– Es de Miguel, Maruja. ¡Cumple su promesa!

Finía estío apenas, y ya el letárgico adormecimiento invernal comenzaba á insinuarse, con su pristino síntoma de quietud, sobre la blanca aldea costanera madurada de sol.

Cesado el trajín del veraneo, un vacío singular—hecho de añoranzas y soledades frías—adueñaba el lugar en todos sus ámbitos.

Erguían las casas abandonadas por los hijos de ciudad la hosquedad de sus paredes, y con sus fenestras, herméticas y mudas, fingíanse como traspuestas.

Pero caldeaba aún á la Tierra el padre Sol, y una segunda primavera parecía iniciada con septiembre, á despecho del amarillear de algunos árboles.

Muchos aún, remotos á rendirse á la fría caricia del otoño, ornábanse con nuevas lozanías, estallando su plétora en brotes y capullos.

Imperaba la vida fecunda, procerosa.

Cúpula del pueblo, dominando su horizonte marino, sus casas pesqueras y sus *villas* señoras, bañándose en aires salobres y en lluvias doradas de sol y en haces de plata de luna, la casona de los Irazabal—«nidal de nubes,» como alguien dijera—perfilaba su esbeltez en el azul del cielo, translúcido, moteado á lo lejos por jirones y gasas albos como vellón de añal.

Hacia ella, siguiendo las espiras del camino carretero, tardamente avanzaba la diligencia lugareña, esparciendo á su paso en oleadas de polvo chirridos de herrajes, canturias de mayoral y chasquidos de tralla.

* * *

Sonaban en el aire quieto del aposento las notas opacas del repiquetear de los bolillos danzando alegremente entre los dedos de la joven, y la estrella de encaje iba surgiendo al conjuro de su cantata.

Tamizaban las persianas la luz solar en suave matiz verdegay, y el penetrante aroma de un ramo colosal de rosas de Niza imprimía á la sala un sabor beato de juventud y sosiego con las paredes estucadas de azul y el mobiliario blanco y sencillo de líneas.

Trenzaban los dedos con destreza los hilos del encaje, y con ellos, siguiendo su trenzado, los grandes ojos negros de la muchacha, á medias velados por los párpados de pestañas sombreadoras, iban forjando gráciles historias románticas con los finos hilillos de sus recuerdos.

Soñaba, y á juzgar por el gesto de la cara, el mohín riente de los labios entreabiertos luciendo entre la rojez de su sangre joven el brillo nacarino de los dientes, el sueño era feliz.

Sí, lo era.

Mecida por el canto que emitían los bolillos, recordaba análogos instantes en que alguien, un alguien apuesto y garrido, con bigote sobre el labio y acariciante voz canora en su virilidad, la contemplaba con avidez y adoración rendida.

Parecíale oir aún su habla la última vez que estuvieron juntos. Salían las palabras de su boca burlona, pero eran los ojos, brillantes de codicia, los que hablaban.

«Así tejéis, vosotras las mujeres, vuestras redes—la decía.—Con hebras sutiles que atrayendo nos ligan. ¡Es tan bello el encanto de la fragilidad!.. Después, cuando olfateado el peligro del ligamen, del aliar las almas para siempre, queremos evitarlo, es ya tardía la videncia nuestra. Quedamos presos. Y es inútil implorar vuestra gracia, mendigos de amor. A nuestras súplicas responden siempre las hilas blancas de risas musicales que enloquecen al trenzarse y afianzan el yugo. Luego vienen los alfilerazos de las almas piadosas que como mariposas nunca dejan de acudir á la luz de un cariño; alfilerazos sutiles, que apenas rozan, que en ocasiones gustan por la dulzura del deterger las heridas de amor, de hacer las paces, pero que dañan. Con ellos, sin querer, se rompe á veces la maraña bordada. Huye la temida sujeción. Retorna á nosotros la libertad tan deseada, ¡tan fría y desoladora en realidad!.. ¿De quién la culpa, niña?

Y advenía la alegre discusión, la defensa decorosa del sexo.

Tibia defensa de amantes que gozan rindiendo el pabellón al enemigo.

* * *

Clamar confuso de voces, repiqueteos de cascabeles y el tañido grave de la campana de la verja se entraron por la fenestra, deshaciendo el hechizo que bordaran con su canto los bolillos y saturara de amor el olor á rosas que embalsamaba el aire.

Llegóse la muchacha á la abertura para inquirir la causa, y doblegándose por el antepecho, separó con la diestra la persiana, oteando el exterior.

Por los fastigios redondos, triunfalmente verdes de las acacias, subían baratadas las voces de «sus viejos»—los padres—y una parla con dejo extranjero, clara, riente.

Por un instante quedó perpleja. Pero reconociendo de pronto en ella, á través del matiz afrancesado del acento, la voz amiga de la primera infancia, brotóle de los labios el llamamiento de afecto en grito de sorpresa, y sin atender al homólogo de la recién llegada, lanzóse á su encuentro desbordante de alborozo.

En el jardín, al frescor de la sombra de las acacias, se abrazaron, y allí mismo, aún unidas, ante la satisfacción cariñosa de los viejos, se miraron á un tiempo, pensando en alta voz, una de otra, igual laudanza amable.

—¡Pero qué guapa estás!

Y atropellándose, comenzaron á indagar, á querer explicar todo juntamente y cada cosa con largueza; los móviles del viaje, los deseos de verse, la alegría sentida y la vida *vivida* desde la remota separación. Por lo que fué fortuna que el comedimiento de los años acudiese á tiempo, y el desbordamiento de palabras y el arrecil de ideas y el calor de afectos, pug-

nando por salir y manifestarse, hubieron de ser, por fuerza, domeñados.

—Bueno, bueno. Todo eso y más aún podrán contárselo arriba en espera del almuerzo. Tiempo sobrado tienen, propuso el padre con bondad.

—Déjala sosegar unos minutos, mujer. Que el ajetreo de la diligencia por esos caminos es de sobra fatigoso, terminó la madre en la emersión cordial de su risa por los estuosos impulsos juveniles.

* * *

Solas las muchachas en el «cuarto azul» de Carmen, conversaban.

—Fué una inspiración, decía la recién llegada. Mis amigos fuera, me aburría en París. Recibí tu carta hablándome de tu soledad tranquila y soñadora. Me cautivó la perspectiva, y ya lo has visto, vine.

—Entonces habrá que bendecir el abandono de Miguel, pues de lo contrario no te hubiéramos visto en mucho tiempo.

—¡Claro! ¿Me crees tú capaz de sobrellevar la pesadumbre abrumadora de un idilio? Ya lo sabes: no me place ver las tonterías que cometen mis iguales cuando dicen estar enamoradas.

—Conste que advierto el tiro.

—Por fuerza; no lo oculto. Creo que no haces bien, Carmen, en dar á ese *señor* Miguel lo que él no te ha de retornar.

—¡Pero si él me quiere, Maruja! Si me quiere, no lo dudes.

—Pues entonces, ¿por qué se marchó?

—Porque debía. Si es cónsul de España en Niza, no puede estar siempre aquí.

—¡Claro! Y el pobre hombre ha ido á escoger un lugar de holgorio para distraer las tristezas de la lejanía.

—No escogió, mujer: lo destinaron.

—¡Zarandajas!

Y cambiando de tono, mirando en los ojos á su amiga, dijo:

—Mira, Carmencita, hablemos formalmente. Tengo tu misma edad, cierto. Pero mi vida ha sido más fecunda que la tuya en impresiones de esas que, aun leves y fugaces, aleccionan. Mi matrimonio con Forestier, ya lo sabes, duró poco: un año. Pero fué suficiente la prueba á trocar el alma de niña en alma de mujer, vidente, despierta, conocedora del mundo. Me casé por...

—Por amor. Ahí están tus cartas que lo denuncian.

—No lo niego. ¡Por amor! Pero viuda ya y libre, he visto claro. Lo más hermoso de la vida es la libertad, Carmen, y la libertad decrece en nosotras con el amor. Nuestra adhesión, nuestro cariño por *ellos,* sólo consiguen fortificar el yugo; nada más. Sí, hija, sí. Ya me imagino lo que quieres decirme. Hay matrimonios por amor y los habrá como los hubo; pero cada día menos. Y es que la mujer ha llegado por fin á razonar, y ansiando libertad, ve por fin claro que sólo podrá obtenerla no dando al «Señor» si no lo que éste le conceda en cambio.

* * *

No había sol.

Todo era gris, cenizo, de pesadumbre.

Lejos veíase el mar, cárdeno, con espumas bravías.

Sopló el aire y arrancó á los árboles las primeras hojas. Rascando el suelo voltearon en pequeños torbellinos. Luego se aquietaron.

No obstante, paliaban la tristeza ambiente—tristeza de desilusiones;—el verdor amarillento, ligero, de los rosales; las corolas pálidas; el matiz obscuro, fuerte, de las hiedras, abrazando la baranda hasta el pretil en su ansia avariciosa de cubrirla.

Tomaron el te en silencio.

Contemplando la viuda las figuras de actualidad y relieve en las páginas de «Fémina.» Meditando la doncella.

Con la azulada muselina del traje, la gasa sedeña del chal que le cubría la cabeza, la ondulación del cuerpo que asentaba en el espacioso sillón de mimbres, evocaba la enamorada ola de espuma y juventud de la que emergía la cabeza española, apasionada.

A su vera, la figura de su amiga vistiendo el guardapolvo, con el inmenso sombrero florido y la desenvoltura del ademán, contrastaba por su exotismo.

Temblaban con el viento los ricillos leonados de las sienes, y su reflejo, duro, imprimía á la cara un sabor de rebeldía. Sus ojos zarcos tenían algo que trascendía á burla. Tranquilos en su azul, dejaban inquietudes al mirar.

—¡Oh, el matrimonio!, acertó por fin á expresar la enamorada.

Por un instante, sus dudas, meditaciones y temores, corrientes como agua tempestuosa desde el alerta dado por la amiga, cristalizaron en la vaga exclamación. Luego siguieron su curso. La maraña del amor bordado en su alma rosa se corría.

Pero roto el silencio é interesada la sugestionadora por lo que en lógica supuso debían ocultar tales palabras, osó de nuevo proponer la tentación iconoclasta, demoledora de ensueños y bellas imágenes.

—Es como todo lo futuro: difícil de prever en sus resultas. «¿Qué habrá de traernos?,» nos preguntamos todas cuando la hora llega. ¿Felicidad ó desdichas? Es inútil arañar el porvenir. Desdeña nuestras súplicas y nuestros llamamientos. Por eso fuera locura, cuando adunamos todas las ilusiones en una, no responder á la razón y dejarnos llevar de mentidas creencias de rosa. Créeme, Carmen: la ley del Talión; la vieja ley del Talión; segura, enemiga de impositivismos. Y aun así, ¡cuántas veces resultamos á la postre tristes desencantadas por otorgar benignidad y afecto en demasía!

Así resbalaban persiguiéndose las palabras arteras en tanto la interpelada, lastimada el alma en el culto sincero, ardiente, por el escogido, parecía atender al final de la lucha trabada en lo más íntimo de su ser, de su feminilidad.



Retrato de la señora X, pintado por Juan Lavery

Mientras, avizoraba la superficie agitada del mar, donde una barca pesquera luchaba con el viento y las olas, palpitante á sus golpes la remendada vela. Como ella, pretendía el alma herida volar á la perdida paz de amor—inmaculada paz de calma idealica, al rendimiento absoluto, á la fe en su Miguel,—engañosa tal vez, ¡pero tan suave!

—Han traído esta carta para la señorita.

Y al choque con la voz aceda del hortelano, quedaron rotas y maltrechas las meditaciones y evaporada la pena que causaban.

—Es de Miguel, Maruja. ¡Cumple su promesa!

Sonrió la amiga con seguridad. Creía suyo el triunfo.

«Lo prometido es deuda—comenzaba diciendo el amador.—Van transcurridos sin verte cuatro días Los primeros, hasta ayer, conforme te previne, hube de dedicarlos por entero al cargo. Hoy es distinto. Mi niña recobra lo que es suyo: mi querer y con él mi pensar, mi *recordar.* Me abstraigo, pues, en ti y me parece verte, tenerte á mi lado, conmigo, y al escribir, lo que hago en realidad es hablar contigo.

»¡Oh divina ventura de amar! Poder abandonarse al sueño profundo, intenso—que tanto dice aún sin expresarse en nada—de unos ojos: los tuyos. Los veo porque están en mí. Son grandes y húmedos, siempre húmedos—como tu alma jugosa en bondades y bellezas.

»Recuerdo la emoción sentida tantas y tantas veces en tu casa de sol y nubes, en el bello casal frontero al mar que el buen Dios hubo de depararte á ti precisamente y á nadie más que á ti, porque al verlo, en mi ausencia, pudieses soñar y pensar en mi cariño—grande y hondo, con mil cambiantes, como él.—¿No aciertas á entrever en las incoherencias que me dicta el afecto el vaivén de las ondas? Sólo falta para completar la semejanza su corona de espuma y el rumoroso estallar de las burbujas menudas: los besos...

»Recuerdo—digo—la emoción sentida tantas veces en tu bello casal de sol y nubes frontero al mar. Un día, sobre todos, sobresale en la urdimbre de dulces remembranzas suscitadas allí, descollando con agudeza y relieve vigorosos, como las agujas roqueras de los campanarios descuellan en triunfo de la masa de la ciudad.

»Era el día último de mi placible estancia junto á ti. Hilabas encaje cuando entré en tu claro *templo* azul de maravilla. Cantaban los bolillos armonías que á mí me parecieron suprahumanas y era tal su encanto, que á pesar mío sentíme fetichista.

»Ya á tu lado, me detuve. No veía de ti más que el dombo brillante y negro de tu pelo. Sin duda presintiendo aquietaste las manos, y como el viento que cae dejando en el aire algo suspenso, cesaron la armonía y el hechizo.

»Llamé quedo. Respondiéronme. Y hallé frente á mí unos ojos que irradiaban dulzuras y unos labios cinabrinos que llameaban.

»¡Ah niña, la mi niña! ¡Qué agradable es el yugo tirano que eslabona besos, nos aturde á bondades y nos deslumbra á bellezas! Mejor es él mil veces que nuestra libertad tan decantada...»

No leyó más la enamorada.

El mar, con la barca pesquera que henchida la vela latina por la brisa del véspero seguía su camino triunfadora, glosaba su pensar.

LA RECOLECCIÓN DE PLÁTANOS EN LA ISLA DE TENERIFE

Si el cocotero disfruta, desde hace mucho tiempo, de una reputación tan grande como exagerada, según escribe M. Virgilio Brandicourt, miembro de la Sociedad Linneana del Norte de Francia, en un artículo recientemente publicado en el periódico francés «La Nature,» el banano ó árbol del plátano es, por el contrario, muy digno de los muchos elogios que le han dedicado, lo mismo los viajeros que los botánicos.



Un platanar

Entre los vegetales herbáceos ninguno puede competir con esta planta generosa ni en punto á esbeltez ni bajo el concepto de la gracia. Del centro de una bulba corpulenta, rodeada de raíces fibrosas, surge un tallo recto y liso, formado por las anchas vainas de los peciolos, que se sobreponen unas á otras. A la altura de cuatro ó cinco metros, este tallo termina en un frondoso penacho de hojas ovaladas que tienen unos dos metros de largo aproximadamente y una anchura de treinta á cincuenta centímetros cada una.

Estas hojas son finas, lisas, de un color verde brillante y están atravesadas por numerosos nervios transversales; en su cara inferior están cubiertas de una capa blanquecina que se desprende al más pequeño roce.

En los países cálidos, cuando la planta ha llegado á la edad de nueve meses, poco más ó menos, se ve salir de entre las hojas un sustentáculo que, arrancando del centro de la bulba, crece rápidamente é inclina hacia el suelo su espádice terminal, del que no tardarán en salir las flores protegidas por espatas de color morado. Unicamente las flores de la punta son fecundas; de estas flores nacen bayas que generalmente tienen una forma triangular y que alcanzan, según las variedades de la planta, una longitud que oscila entre treinta y cincuenta centímetros.



Colonos arrancando un racimo de plátanos

Del tronco nacen cada dos ó tres años varios renuevos destinados á reproducir la planta, porque hay que tener en cuenta que, una vez cogido el racimo de los frutos, es preciso cortar el tallo que, en lo sucesivo, resulta inútil. De estos varios renuevos únicamente se dejan subsistentes el que está más desarrollado y uno ó dos muy tiernos, de manera que quede asegurada la sucesión de los racimos; los demás son destruídos ó trasplantados.

Los plátanos poseen en sus diferentes edades propiedades preciosas: cuando son muy jóvenes se les puede condimentar con varios estimulantes y conservarlos en vinagre; cuando su vaina es todavía muy verde, puestos en el rescoldo y asados constituyen una especie de pan rico en fécula; cuando se acercan á la madurez adquieren un sabor en extremo agradable, algo parecido al de la castaña, y una parte del almidón que contenían se ha convertido ya en azúcar; y cuando la vaina es enteramente amarilla, el almidón ha desaparecido totalmente, el azúcar abunda, la pulpa es jugosa y perfumada, y se la puede comer cruda, cocida en la sopa, frita ó en compota.



Amontonamiento de los racimos de plátanos

El cultivo del plátano consiste en cortar los tallos inutilizados, en quitar los renuevos sobrantes, dejando sólo los indispensables, y en arrancar las hojas marchitas.—P. (Fotografías de Carlos Delius.)



Embalaje de los plátanos para la exportación

PARÍS.—EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP

LA CARRERA DEL GRAN PREMIO.—ALGUNAS «TOILETTES» NOTABLES



Vista de las tribunas durante la carrera del Gran Premio

El caballo «Verdún,» propiedad del barón Mauricio de Rothschild, montado por el jockey M. Barat, ganador del Gran Premio. (De fotografías de M. Rol.)

La gran semana hípica parisiense no ha sido este año tan afortunada como en los anteriores: el gran *steeple-chasse* de Auteuil estuvo á punto de fracasar á causa de la huelga de los *lads* de Maisons-Laffitte y de los desórdenes ocurridos en el hipódromo, según explicamos en el número último; y las carreras del «Premio de los Drags,» de que nos ocupamos en otro lugar de este número, y del «Gran Premio de París» se han celebrado con tiempo lluvioso, poco á propósito para esta clase de espectáculos.

Esto no obstante, la tradicional fiesta de Longchamp ha resultado brillante y animada, y cuando sonó la campana dando la señal para la primera carrera, las tribunas estaban llenas de elegantísima concurrencia, el tránsito por el *pesage* resultaba difícil y la pelouse ofrecía el aspecto bullicioso y pintoresco de las grandes solemnidades hípicas

A las tres llegó el presidente de la República en un coche á la *daumont*, tirado por cuatro caballos y precedido por un piquero, siendo recibido por el príncipe de Arenberg, presidente de la sociedad de Fomento, y por los comisarios marqués de Ganay, conde de Lastours y Sr. Prat.

Las primeras carreras transcurrieron, como de costumbre, en medio de una indiferencia casi general; toda la atención, todo el interés estaban en la del Gran Premio de París. En ella tomaron parte caballos de las más renombradas cuadras inglesas y francesas, estando aquéllas representadas por *William the Fourth* y *Valens*, y éstas por *Negofol*, *Union*, *Oversight* y otros, todos de muy acreditada historia; y sin embargo, llevóse el premio un caballo con el cual nadie contaba, ó que, cuando menos, no tenía los antecedentes de sus competidores.

Comenzó la carrera, y desde luego se adelantaron *William the Fourth* y *Negofol*, seguidos de cerca por *Oversight* y *Verdún;* este último al fin tomó la delantera, que en vano le disputaron *Rebelle* y *Union*, los cuales habían dejado atrás á *William the Fourth*, y llegó el primero á la meta, siendo recibido con una gran ovación. Montaba el caballo vencedor el jockey Barat; la circunstancia de ser éste el primer jockey francés que gana el Gran Premio, llenó de entusiasmo al público, que lo saludó con aplausos y aclamaciones entusiastas

El *Verdún* es propiedad del barón Mauricio de Rothschild, cuya cuadra ha debutado, por decirlo así, este año; no pueden darse, pues, mejores auspicios.

El caballo fué comprado en las ventas de Deauville por 20 000 francos, y ha sido criado en Montfort (Sarthe) en una yeguada de la cual han salido numerosos vencedores.

El importe total del Gran Premio ha ascendido á 350.775 francos, de los cuales 250 000 habían sido ofrecidos por el Ayuntamiento de París y 50.000 por las cinco grandes compañías ferroviarias.

Las entradas han producido 300 606 francos, y en las apuestas mutuas se han jugado 4 663 150. El año pasado, estas cifras fueron 337.905 y 4.415.840 respectivamente. Esta diferencia se justifica por el mal tiempo que, según dejamos dicho, hizo en París el día de la carrera. — S.



Algunas de las principales «toilettes» de Longchamp el día del Gran Premio. (De fotografías de M. Rol y de «Rapid.»)

EN LA GRANJA.—BAUTIZO DE LA INFANTA BEATRIZ

(Fotografías de Manuel Asenjo.)



La familia real en los jardines de palacio después del bautizo

Salón del trono dispuesto para la ceremonia del bautizo; en el centro se ve la histórica pila de Santo Domingo.

Desde las primeras horas de la mañana del día 27 de junio último reinaba en el Real sitio de La Granja animación extraordinaria. Numerosos automóviles llegaban continuamente conduciendo á las personas de la familia real, á los individuos del gobierno, á los miembros del cuerpo diplomático, en una palabra, á todo el elemento oficial y á multitud de familias de la aristocracia. Una inmensa muchedumbre reunida en la plaza del Palacio esperaba la llegada de los viajeros que acudían para asistir al bautizo de la infanta.

En palacio terminábanse mientras tanto los preparativos para la ceremonia. El salón del trono, en donde ésta había de efectuarse, estaba dispuesto artísticamente; en el centro, sobre una plataforma, hallábase colocada la histórica pila de Santo Domingo de Guzmán, enfrente de la cual se alzaba el altar adornado con flores y con una imagen de plata de la Virgen del Pilar.

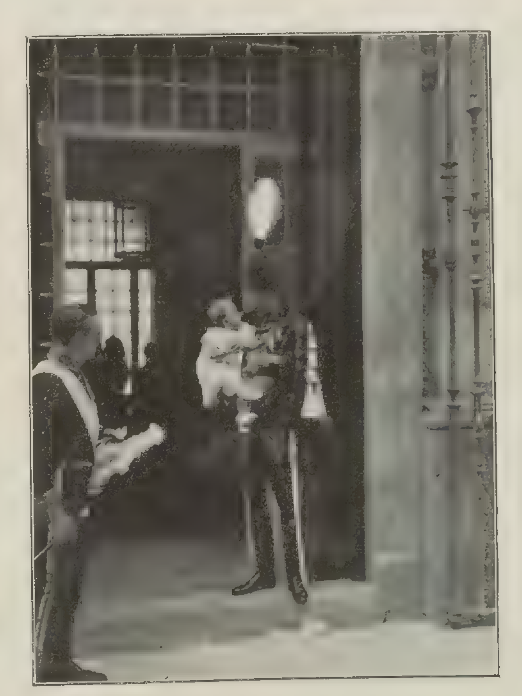
La plataforma sobre la que descansaba la pila estaba cubierta con una histórica alfombra, una pieza de punto de tapiz del tiempo de Carlos IV que se ha utilizado en todos los bautizos regios, desde el reinado de doña Isabel II.

En el otro lado del salón, frente á la pila, había ocho sillones para las personas de la real familia.

A las dos de la tarde formóse en la cámara la comitiva. La infanta Beatriz, envuelta en rico faldón de encajes y con magnífica capa, iba en brazos de la condesa de los Llanos, llevando á la derecha, como padrino, al archiduque Federico, y á la izquierda á la infanta doña María Teresa, en representación de la madrina, archiduquesa Isabel. Detrás iban S. M. el rey D. Alfonso XIII, S. M. la reina doña María Cristina, el príncipe de Asturias de la mano de la condesa del Puerto, las infantas doña Isabel y doña Eulalia, los infantes D. Fernando, D. Carlos y D. Luis Alfonso, y los príncipes D. Raniero y D. Felipe de Borbón. A continuación seguían los jefes de palacio, las damas de la reina, los grandes de España, los mayordomos de semana y los demás funcionarios palatinos.

El rey vestía el uniforme de coronel del regimiento húngaro número 38, de que es jefe honorario, y el archiduque Federico el uniforme de teniente coronel del batallón de cazadores de Figueras.

La reina doña María Cristina llevaba elegante traje gris bordado con lentejuelas de plata; la infanta doña María Teresa precioso vestido de color de rosa y mantilla blanca, y trajes blancos la princesa Beatriz y las infantas doña Isabel y doña Eulalia.



S. M. el rey D. Alfonso XIII con el infante D. Jaime y el marqués de Viana en la puerta del palacio de La Granja

En el salón del trono esperaban las demás personas que habían de asistir á la ceremonia: el obispo de Sión, el Nuncio de Su Santidad, el obispo de Segovia, el cuerpo diplomático, el gobierno presidido por el Sr. Maura, los presidentes del Senado y del Congreso, los gobernadores civil y militar de Segovia, el presidente de la Diputación, el alcalde de La Granja, funcionarios de la real casa y otras altas personalidades.

Sentados el rey y su augusta familia, adelantáronse la infanta doña María Teresa con la infanta Beatriz en brazos y el archiduque Federico, y comenzó el acto, que se celebró conforme al ritual, oficiando el obispo de Sión, á quien asistían el obispo de Segovia padre Miranda y los capellanes de honor.

Las varias insignias del bautizo, salero, capilla, vela, aguamanil, toalla, mazapán y algodones, fueron llevadas por los grandes de España señores duques de la Conquista, de Medinaceli, de la Victoria, de Luna y de Aliaga, marqués de Portago y conde del Real.

La augusta neófita, á la que se le impusieron los nombres de Beatriz, Isabel, María Teresa, Federica, Cristina, Alfonsa y Bienvenida, permaneció muy tranquila durante la imposición del Sacramento, y ni siquiera se movió cuando el obispo de Sión echó sobre su cabeza el agua bautismal.

Durante el bautizo, la banda de música del regimiento de Wad Ras tocó en los jardines selectas composiciones españolas.

Terminada la ceremonia, salió la corte en el mismo orden en que había entrado y se dirigió á las regias habitaciones.

Después sirvióse un *lunch* en el comedor de la planta baja.

Más tarde, corrieron las fuentes, hermoso espectáculo que fué presenciado por numeroso público y por las reales personas.

Con motivo del bautizo ha recibido la reina doña Victoria muchos y muy valiosos regalos, entre los que sobresalen el de su augusto esposo, consistente en un magnífico collar de brillantes, y el del archiduque Federico, que es un hermosísimo lazo de brillantes también. La princesa Beatriz ha regalado á su nieta una preciosa cruz de esmeraldas. El archiduque ha hecho también ricos presentes á la infantita, su ahijada, á las personas de la real familia y á las ayas y amas de los infantes.

Después de efectuada la ceremonia, los reyes dirigieron afectuosos telegramas á Su Santidad el papa Pío X y á la archiduquesa Isabel, madrina de la infantita Beatriz.—P.



Vista de la sala donde hay algunos cuadros de Joaquín Sorolla y la escultura «Jornada» de F. Paredes



Vista de la sala donde hay cuadros de J. Soriano Fort, Vicente Climent, Lamberto Alonso, E. Navas y H. Guillem, y el grupo escultórico «El barreno» de Rafael Rubio



Vista de la sala en donde hay cuadros de Antonio Fillol, F. Cabrera Cantó y M. Benedito, y esculturas de Amador, Gabriel Borrás, F. Coret y R. Alemany



Vista de la sala en donde hay, entre otras, las esculturas «Resignación,» de Roberto Rubio (en el centro), é «Impotencia,» de F. Paredes (en el ángulo de la derecha)

BARCELONA. - FIESTA EN LA FÁBRICA DE LA HISPANO-SUIZA

Para festejar el triunfo alcanzado por las *voiturettes* de la fábrica Hispano-Suiza en la carrera de Boulogne-Sur-Mer, triunfo del que dimos cuenta en el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, los obreros de aquella sociedad ofrecieron al ingeniero director de la misma Sr. Birkigt un banquete que se celebró el día 27 del próximo pasado junio y al cual fueron invitados los individuos del Consejo de Administración. En aquella fiesta, que se efectuó en la *Font de la Mulassa* (Horta), el Sr. Mateu, presidente del Consejo, para corresponder al agasajo de los obreros, invitóles á una merienda que se celebró dos días después en el local de la nueva fábrica que en la Sagrera ha adquirido recientemente la sociedad expresada, y á la que asistieron los tres corredores Pilleverdie, Zucarelli y Derny, los corredores de la Hispano-Suiza que tomaron parte en la citada carrera.

Llegaron éstos á San Andrés á las diez y media de la mañana, siendo recibidos con grandes aplausos por multitud de socios del Real Automóvil Club, que con sus automóviles habían salido á esperarles; y tras un breve descanso dirigiéronse á la plazoleta del funicular del Tibidabo, en donde fueron obsequiados con un vermut, y desde allí á la fábrica, pasando por la calle de Salmerón, Paseo de Gracia, Ramblas y calle del Marqués del Duero. El público que transitaba por estas vías tributó una ovación á los corredores, quienes pasaron en fila precedidos de un coche piloto y seguidos de los demás carruajes.

Por la tarde, á las cuatro, celebróse la merienda que los individuos del Consejo sirvieron á los obreros, repartiendo entre éstos profusamente fiambres, dulces, champaña y cigarros.

Terminada la merienda, usaron de la palabra los señores Mateu, Quintana, Seix, Birkigt, los tres corredores y algunos obreros, celebrando el triunfo obtenido, haciendo votos por otros aún mayores y ensalzando la cordialidad y la buena armonía que reinan en la Hispano-Suiza entre el capital y el trabajo y de las que eran pruebas elocuentes las dos fiestas celebradas. Todos los oradores fueron calurosamente aplaudidos, y la fiesta terminó á hora muy avanzada entre vivas al ingeniero, á la Sociedad y á la unión entre obreros y patronos.

La nueva fábrica adquirida por la Hispano Suiza es un gran edificio compuesto de varias cuadras, en las que se podrá ampliar la fabricación tal como exigen las demandas que continuamente recibe esa Sociedad, que á tanta altura ha puesto la industria importantísima á que se dedica, demandas muchas de ellas hechas desde el extranjero y aumentadas considerablemente después de los últimos triunfos alcanzados.

En la actualidad se está montando la maquinaria, y pronto quedarán instalados todos los talleres en la nueva fábrica, en la que habrá una gran pista para la prueba de los coches.



Barcelona.—Fiesta celebrada en la nueva fábrica de la Hispano-Suiza en honor de los corredores de la Copa de Boulogne-sur-Mer y como correspondencia al banquete que ofrecieron los obreros de la Sociedad al ingeniero y á los individuos de la Junta Directiva

(De fotografía de A. Merletti.)

D. Matías Barrio y Mier,
catedrático, diputado á Cortes y jefe del partido carlista, fallecido en Madrid en 23 de junio último. (De fotografía.)

D. MATÍAS BARRIO Y MIER

Después de larga y penosa enfermedad, ha fallecido en Madrid el sabio catedrático y diputado á Cortes D. Matías Barrio y Mier.

Había nacido en el pueblo de Verdeña (Palencia), era doctor en Derecho y en Filosofía y tenía el título de archivero. Era decano de la facultad de Derecho de la Universidad Central, consejero de Instrucción Pública, vocal de la Comisión general de Codificación y diputado por el distrito de Cervera del Río Pisuerga, que nueve veces habíale confiado su representación en Cortes.

Hombre de gran talento, de una integridad de principios digna de toda alabanza y de una caballerosidad, honradez y bondad extraordinarias, conquistóse el aprecio y la admiración de cuantos le conocieron. En el Parlamento se distinguió por su oratoria reposada y serena y por su saber, que prestaba justa autoridad á su palabra; en la cátedra, demostró siempre su amor á las tareas de la enseñanza.

Al retirarse de la política activa el marqués de Cerralbo, el Sr. Barrio y Mier fué nombrado jefe del partido carlista.

¡Descanse en paz!

BARCELONA

FIESTA EN EL PALACIO DE LA MÚSICA CATALANA

El día 27 de junio último efectuóse en el Palacio de la Música Catalana el acto solemne de la entrega del premio concedido al «Orfeó Catalá» en el concurso de edificios de 1908. A las cuatro de la tarde llegó al palacio la comisión del Ayuntamiento, presidida por el alcalde accidental señor Bastardas y acompañada de los individuos del Jurado del mencionado concurso. Recibidos por el presidente, vicepresidente y director artístico del Orfeó, Sres. Cabot, Moragas y Millet, y por varios individuos de la Junta y profesores, reuniéronse todos en el salón de ensayos, en donde se efectuó la ceremonia.

El secretario del Jurado Sr. Pirozzini dió lectura del fallo en que de una manera entusiasta se patentizan las bellezas y los méritos del Palacio de la Música Catalana y se hace el merecido elogio del autor del proyecto y director de las obras del edificio D. Luis Doménech y Montaner.

En seguida, á los acordes de una marcha ejecutada por la banda municipal, procedióse á descubrir la hermosa placa de bronce y á entregar al Sr. Doménech un artístico pergamino, obra del reputado pintor D. José Llavería.

A continuación el Sr. Bastardas pronunció un elocuente discurso expresando la satisfacción que sentían el Ayuntamiento y el Jurado al otorgar el premio al «Orfeó Catalá,» elogiando la obra de amor y cultura realizada por éste, felicitando á su Junta, al maestro Millet, al Sr. Doménech y á cuantos han trabajado en el palacio, y afirmando que el Ayuntamiento tiene contraído el compromiso de ayudar á una entidad que tanto ha hecho por el buen nombre de Barcelona.

Dieron las gracias al Sr. Bastardas los Sres. Doménech y Cabot; este último, después de hacer constar que la obra del «Orfeó» es hija de entusiasmos y que el palacio ha sido hecho para el arte y para honra y orgullo de Barcelona, terminó diciendo que Millet ha hecho el «Orfeó» y éste la casa para el arte y para la patria.

Luego, en el gran salón de audiciones, dióse en honor del Ayuntamiento un concierto en el que el «Orfeó,» dirigido por el maestro Millet, cantó con su maestría acostumbrada composiciones de Millet, Alfonso, Pujol, Nicolau, Strauss, Vives, Montes, Franck, Saint-Saens, Comes y Palestrina, que fueron aplaudidas con entusiasmo.



Barcelona.—Entrega solemne del premio del concurso de edificios de 1908 otorgado al Palacio de la Música Catalana, propiedad del «Orfeó Catalá.» (De fotografía de A. Merletti.)

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(continuación)



—¡Váyase usted, miserable!, repitió. ¡Váyase usted!

Sólo así se explicaba el silencio incomprensible de Luciano, y aun se preguntaba cómo, antes de partir para las colonias, no le había escrito para comunicárselo.

Después le asaltaron otras ideas, verdaderas preocupaciones; pensaba que su hermano podía estar enfermo ó haber fallecido, y varias veces tuvo la intención de escribir al ministerio de la Guerra pidiendo noticias; pero no lo hizo, esperando sin cesar carta de Luciano, que podía cruzarse con la suya.

«En suma, las malas noticias se saben pronto»—pensaba él.

No había, pues, que alarmarse; ó en Francia ó en las colonias, Luciano debía seguir sin novedad Quizá había escrito y su carta se había extraviado en los transbordos ó en la pérdida de algún buque.

Por último, Edmundo resolvió practicar una diligencia, que confió á Mr. James Pick cuando éste tuvo que ir á Inglaterra en 1881, y la contestación que su asociado le trajo fué para él la causa de un verdadero estupor.

—No pude ir á París, como me proponía, le dijo el joven ingeniero inglés, pero encargué á nuestro representante en el Havre M. Sabourier que tomase informes acerca de su hermano de usted. Luciano no pertenece ya al ejército; hace tiempo que fué declarado inútil para el servicio, y el ministerio de la Guerra, que no ejerce ya ninguna autoridad sobre él, ignora su paradero.

¿Qué deducir?

¿Por qué Luciano no había comunicado á Edmundo su licenciamiento al ser declarado inútil?.. ¿Lo había sido á consecuencia de alguna grave enfermedad? Porque antes de sentar plaza gozaba de la mejor salud posible. ¡Entonces podía haber muerto después de su licenciamiento por enfermo!

«Sólo así puede explicarse la carencia absoluta de noticias de tres años á esta parte»—pensó tristemente el hermano de Luciano.

Entonces hubiera querido escribir, para enterarse. ¿Pero á quién dirigirse?.. Hacía más de cuatro años que faltaba de Francia y no había conservado en ella relación alguna.

«Me informaré yo mismo cuando vaya á París, dentro de algunos meses»—se dijo.

Edmundo de Favreuse conservaba, en efecto, la esperanza de volver pronto á Francia, donde no sólo le atraía la necesidad de volver á ver el país natal, necesidad que se convierte en nostalgia para el que no puede satisfacerla, sino que le llamaban sobre todo las tiernas esperanzas y los deseos amorosos que su corazón había abrigado constantemente.

Edmundo se alegraba sobre todo de los soberbios resultados obtenidos por su trabajo y por su inteligencia pensando en Juana, á la que amaba más que nunca, adorándola con esa exasperación de las fuerzas efectivas que los obstáculos comunican á los corazones profundamente enamorados.

Era por ella, para merecer su amor en que tenía fe, para ganar la confianza del Sr. Laroche, por lo que él había trabajado con tal ardor; y hoy, después de tan largos años de destierro, veía al fin sus esfuerzos recompensados. Su posición, ya soberbia, iba á ser aún más brillante. Socio de la casa Pick and sons, considerablemente agrandada por la agregación de la *Star Line*, se encontraba además al frente de los importantes establecimientos de Montreal y de Portland. Sus beneficios anuales pasaban ya de ciento cincuenta mil francos; su parte de socio representaba un valor de varios millones. A la vuelta de pocos años poseería una fortuna considerable.

Por consiguiente, ya nada se oponía á la realización de sus más caras aspiraciones.

Dentro de pocos meses, en el transcurso del año 1882, iba á poder volver á Francia y vería nuevamente á Juana.

Volvería rico á su lado y animado siempre por el mismo amor.

«¡Ah, como no me haya olvidado!—pensaba él.—¡Como no haya muerto!..»

Porque nunca había tenido noticias del señor Laroche.

Edmundo había liquidado enteramente las deudas de su padre. Cada año había retirado de sus beneficios una cantidad cada vez más crecida para saldar aquellas cuentas atrasadas y había remitido el dinero destinado á esos pagos á la Caja de Depósitos y Consignaciones, donde cada uno de los acreedores del Sr. de Favreuse, oportunamente avisado, había ido á cobrar. Sólo había conservado el crédito del señor Laroche, á quien quería pagar personalmente, por varias razones: en primer lugar, teniendo en cuenta la amistad que había unido á su padre con el de Juana, no podía emplear con él aquel procedimiento ni servirse de aquel intermediario, cosa que hubiera

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

podido interpretarse como una falta de gratitud y de una intención de ruptura; en segundo lugar, deseaba vivamente volver á ver al Sr. Laroche, á su regreso á Francia, porque, al reembolsarlo, quería demostrarle que no era ingrato, que no había olvidado el favor hecho á su desgraciado padre en un momento crítico y reiterarle las gracias por lo que había hecho por él poniéndole en relación con aquella casa inglesa en la cual había logrado crearse una brillante posición.

No, Juana no había muerto y no le había olvidado... Una voz misteriosa se lo decía, y aquella voz le había sostenido, alimentando la esperanza en su corazón durante aquellos cinco años de ausencia.

Su amor le atraía y le daba una impaciencia difícil de contener hasta el día de poder ir á embarcarse en Nueva York.

Al fin llegó el deseado momento. Mr. James Pick dejó partir á su socio, hoy su amigo; pero justo es decir que le vió regresar con sentimiento á Francia. Hasta entonces había procurado retenerlo, porque sabía que Edmundo, que más de una vez le había hecho sus confidencias amorosas, amaba á la hija del Sr. Laroche y esperaba el día de poderla pedir por esposa, y este proyecto desbarataba el que el joven ingeniero había formado por su parte, viendo en Edmundo al mejor marido que hubiera podido dar á su hermana, miss Enid. De aquel modo se hubieran estrechado más los lazos que unían á los dos amigos.

El soberbio transatlántico *La Normandía* efectuaba su segundo viaje á Francia, y á su bordo se embarcó Edmundo de Favreuse con destino al Havre.

Llegó á este puerto después de una travesía maravillosa.

Al acercarse á Francia, Edmundo sentía desvanecerse poco á poco aquella esperanza alimentada en su alma por la voz misteriosa que le aseguraba que Juana le amaba todavía. Secretos presentimientos, vagas inquietudes, le agitaron, y en el momento de poner el pie en el muelle del Havre, se convirtieron en verdaderas aprensiones. La proximidad de la dicha, ¿no se señala con la inspiración de los mismos temores que la amenaza de una desgracia?

Entonces el desdichado no paró hasta haber puesto término á sus angustias.

Sin pasar una sola noche en el Havre, después de haber escrito á Londres y telegrafiar á Montreal anunciando á sus socios su feliz llegada, se hizo conducir á la estación con su equipaje y tomó el primer tren expreso de París.

Apenas llegado y tomada habitación en el Gran Hotel, donde cambió su traje de viaje por otro, tomó un coche y se hizo conducir al antiguo domicilio de su hermano, calle del faubourg Saint-Denis, número 115.

Luciano había conservado su cuarto en aquella casa durante todo su servicio militar, allí pensaba Edmundo poder recoger los primeros informes que necesitaba para encontrarlo.

Al verlo, la portera de la casa, la misma de cinco años atrás, fué presa de un verdadero estupor que no pudo disimular.

Como Edmundo sólo llevaba bigote, tal como Luciano antes, la mujer creyó reconocer en él á su antiguo inquilino, engañada como tantos otros por aquel extraordinario parecido que confundía á los dos hermanos.

Pero aquel estupor creció de punto cuando el joven preguntó:

—Señora, ¿no vivió aquí el Sr. de Favreuse?

—¡El Sr. de Favreuse!.., exclamó la portera en tono del mayor asombro. ¡Y bien!.. Sí, señor... ¡Le reconozco perfectamente!..

Edmundo se sonrió.

—Fué mi hermano, explicó, el que vivió en esta casa.

—¡Su hermano! ¡Cómo! ¿Entonces usted no es?..

—No, señora, interrumpió el joven. Hace más de tres años que no he tenido noticias de mi hermano; yo estaba en América.

—¡Ah, ya, bien!.., dijo la portera, recordando ciertos detalles. ¿Era usted quien escribía de allá al señor de Favreuse con sellos que yo le pedía cada vez para la colección de mi sobrino?.

—Eso es.

—¡Ahora caigo!

—Mi hermano había sentado plaza en el 41.° regimiento de línea, y durante su servicio, conservó este cuarto, á fin de tener un apeadero para sus días de permiso. Pensé que usted podría decirme dónde fué á vivir al marchar de aquí.

La portera no sabía qué decir; conocía el crimen y la condena de su antiguo inquilino, puesto que habían ido á practicar un reconocimiento en el cuarto alquilado al Sr. de Favreuse. Pero le faltaba valor para enterar á su hermano. Tal vez lo sabía... De todos modos, el recordarlo sería doloroso. Valía más callar. La buena mujer contestó simplemente, después de una corta vacilación:

—No, señor... No sé dónde se mudó, mejor dicho, no me acuerdo, porque en aquella época lo supe... ¡Ha transcurrido tanto tiempo!.. Recuerdo el barrio; era en Auteuil..., calle de Boileau, si la memoria no me es infiel...

—Calle de Boileau, repitió Edmundo.

—Sí, allí fué á vivir cuando se casó..

—¡Se casó!, repitió el joven.

—¿No lo sabía usted?

—No..., yo me encontraba lejos, como he dicho... ¡Es singular!..

Edmundo, sin saber por qué, experimentó, al oir tal noticia, una dolorosa angustia en el corazón.

Su estupefacción, mezclada con una pena profunda que entristeció su rostro, hizo comprender á la portera que hacía bien en ser discreta, y añadió:

—Es todo lo que puedo decirle á usted... No he vuelto á ver á su señor hermano.

Deseaba verle partir á fin de no ser interrogada por más tiempo.

—Gracias, señora, dijo Edmundo, que también tenía ganas de estar solo á fin de reflexionar y analizar si era posible lo que pasaba en su interior, á fin de tratar de comprender la causa de aquella terrible angustia que se apoderaba de él.

«¡Pobre joven!..» —pensó la compasiva portera viéndole partir.

«¡Casado!..—se dijo Edmundo.—¡Es singular!.. ¿Por qué no me lo dijo?.. ¿Qué le he hecho yo?..»

Encontróse delante de su cochero, que abrió la puerta del *fiacre* al verle volver.

¿Dónde iba á hacerse conducir?..

Aquella noticia del casamiento de Luciano le quitaba la facultad de pensar en otra cosa.

Reflexionó un rato y dijo al auriga:

—Boulevard de San Germán, número 6.

Era la dirección del Sr. Laroche.

Había resuelto visitarle inmediatamente después de su llegada, á fin de ver á Juana lo más pronto posible.

El trayecto, bastante largo, le permitió reanudar sus conjeturas.

«¡Casado!..—se repetía.—¿Qué ha pasado para que Luciano haya obrado así?..»

Entonces encontró una explicación, que le pareció verosímil.

«Luciano hizo creer que se había casado para salvar las apariencias—pensó;—pero es imposible, me lo hubiera comunicado, pues sabe muy bien que yo le quiero y que me alegraría de cualquier satisfacción que tuviese. Tendrá una amante..., quizá una joven á quien hizo caer en falta, que robó á su familia, y para disimular la irregularidad de esa situación, dijo á su antigua portera que iba á casarse... Sí, no puede ser más que eso..»

Este razonamiento le pareció muy lógico, y su espíritu, que le dió vueltas, lo admitió sin discusión alguna.

Esto le tranquilizó y cesaron de golpe sus aprensiones é inquietudes.

No se dió cuenta siquiera de la duración del trayecto, pasando el tiempo en buscar el medio de encontrar á su hermano, en pensar á quién se dirigiría para saber noticias suyas, y casi se sorprendió cuando el *fiacre* se detuvo delante de la casa que había indicado.

La portera era la misma de años atrás, y antes de que Edmundo hubiese abierto la boca, le había reconocido al verle apearse del coche.

Como la otra, como todos, lo tomó por el marido de Juana.

«¡Él!—dijo la mujer para sí.—¡Qué atrevimiento!»

Y le recibió mal dispuesta.

—¡El Sr. Laroche!.., contestó á su pregunta. No vive ya en París.

Edmundo quiso preguntar, contrariado por la noticia de aquella ausencia que alejaba el momento de volver á ver á Juana.

—¿Hace ya tiempo?, preguntó.

—Desde el mes de febrero de 1878, dijo la portera con desprecio é indignación, acentuando la fecha con retintín.

Era la época del proceso y condena del marido de Juana, y la mujer quería así recordársela al que tomaba por el culpable.

Edmundo no podía comprender la causa de aquella despreciativa recepción.

—¿El Sr. Laroche vive quizá en su quinta del Charente?, volvió á preguntar.

—Sin duda, contestó la portera en el mismo tono.

Y como esta corta conversación acababa de tener lugar en el vestíbulo, ella dió media vuelta y entró en la portería, sin un saludo, sin una explicación.

Edmundo no salía de su asombro.

Parecía que su presencia evocaba algún recuerdo cruel. ¿Pero á qué atribuir aquella acogida?.. No lo acertaba á comprender.

Por lo demás, sólo pensaba en Juana.

Volvióse al hotel, comió apenas y se retiró á su cuarto, donde consultó la guía de ferrocarriles á fin de saber qué tren podía tomar al día siguiente para ir á Segonzac.

Partió por la mañana muy temprano y llegó cerca de las dos de la tarde, después de haber almorzado, durante una parada, en la estación de Tours.

Al acercarse, había reconocido los paisajes en medio de los cuales había pasado su infancia, hasta la desdichada separación que, al desunir á sus padres, le privó de su madre.

Por el camino del Cepellón, que quiso recorrer á pie, vió el antiguo castillo de Favreuse, residencia de su familia, el antiguo caserón donde él había nacido, perteneciente hoy á un advenedizo que había cambiado su aspecto con embellecimientos de mal gusto.

Experimentó una profunda emoción que él atribuyó á aquellos recuerdos.

Al mismo tiempo sintióse presa de una vacilación, como si, al acercarse á Juana, hubiese querido instintivamente, después de haberlo deseado tanto, alejar el momento de verla.

Acortó el paso desde que divisó, entre los copudos árboles del parque que la rodeaban, la quinta del Cepellón, casi vecino del que había pertenecido á su padre, y buscando la causa de aquella emoción y de aquellas aprensiones, se dijo:

«Me hallo todavía bajo la influencia de todo lo que pasa de extraño en torno mío desde que llegué á París... ¡Qué cambios cuando se vuelve después de una larga ausencia!.. Luciano casado, sin que yo lo haya sabido, sin habérmelo escrito... Y no sólo casado, sino libre... Pero desaparecido, sin dar noticias. ¿Por qué?.. Y ayer tarde, en el antiguo domicilio del Sr. Laroche, esa mujer que me conocía, que me reconoció perfectamente, ¿por qué me recibiría de aquel modo, que denotaba una especie de hostilidad que no puedo explicarme?.. Todo esto me impresiona. ¿Qué novedades voy á encontrar aquí? ¿Qué otro cambio, qué otras sorpresas me esperan?..»

Pero sacando en seguida de su amor mismo una energía á que apeló, Edmundo de Favreuse sonrió sacudiendo la cabeza como para apartar aquellos dolorosos pensamientos y recobrar confianza.

«Es una tontería—se dijo.—¿Por qué he de ser así?..»

Vió al cartero que, desembocando de un camino vecinal, tomó la carretera viniendo á su encuentro.

«Ese hombre viene de la parte del Cepellón—añadió;—él me dirá...»

Cuando estuvo á pocos pasos del modesto empleado de correos, el hermano de Luciano le detuvo, llevando la mano al sombrero.

—¡Usted dispense!, dijo. ¿La quinta del Cepellón es esa, verdad?

—Sí, señor, contestó el cartero devolviendo el saludo.

—¿Sigue perteneciendo al Sr. Laroche?

—Sí, señor.

—¿Está aquí en este momento? ¿Sin duda viene usted de su casa?

—Sí, acabo de llevar el correo de la segunda distribución; el Sr. Laroche debe estar, aunque, á decir verdad, no lo he visto. Sólo he visto á la señorita Juana...

—Juana..., pronunció el enamorado joven que no pudo dominar su emoción.

—¿Entonces usted conoce al Sr. Laroche y á su hija?, preguntó el cartero. ¿Va usted al Cepellón?

—Sí... Le conozco hace mucho tiempo..., pero también hacía mucho tiempo que yo estaba ausente, en el extranjero... Cinco años... Por esto me alegro de encontrar quien pueda darme noticias antes de verles... ¡En cinco años, pasan tantas cosas!..

—¡Cinco años!.., dijo el cartero; entonces, á poca diferencia, el mismo tiempo que hace que el señor Laroche fijó aquí su residencia con la señorita. Porque ya hará al menos cuatro años... No lo sé á punto fijo, porque sólo hace año y medio que sirvo en esta sección. ¡Ah! Pero parece que ha habido grandes cambios, y va usted á encontrarse con novedades.

—Sé que el Sr. Laroche abandonó París, donde tenía una casa de comercio para sus aguardientes y coñacs...

—Eso es, y fué á causa de la enfermedad de la señorita.

—¡Juana!.. ¿La señorita Juana estuvo gravemente

enferma?, preguntó Edmundo, presa de una dolorosa emoción.

—¡Ah, sí, señor!.., contestó el cartero. Parece que tuvo una fiebre cerebral.. En fin, algo en la cabeza...

El hombre no se atrevía á explicarse francamente, de tal modo veía al joven dolorosamente impresionado por lo poco que había dicho. Además, no suele hablarse abiertamente de una enfermedad mental, de una afección tan triste como la locura, sobre todo cuando la infeliz demente es una persona tan simpática como la hija del propietario del Cepellón.

Todo el mundo la apreciaba y seguía llamándola «señorita,» ya porque ignorase su matrimonio, ya porque los que habían oído hablar vagamente de él no lo tuviesen en cuenta á fin de no evocar el recuerdo de los crueles y misteriosos sucesos con que le sabían relacionado.

—¿Y ahora?, interrogó Edmundo de Favreuse sin alientos. Ahora la señorita Juana va bien, contestó el cartero, que quiso tranquilizar al joven. ¿No digo á usted que acabo de verla en el parque? ¡Oh, apenas se conoce que haya estado enferma!.. Aunque toda vía necesita algunos cuidados, atenuó, no queriendo mentir. En fin, el médico no viene ya más que por pura fórmula, porque es amigo del Sr. Laroche, un médico de Angulema.. Es el que la ha asistido... Pero yo me entretengo hablando, añadió el hombre, que se interrumpió á fin de no explicarse más, y todavía me falta hacer más de la mitad de mi distribución!.. Usted dispense, caballero... ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista!, dijo vagamente Edmundo, con el ánimo preocupado.

—Tome usted ese camino, indicó el cartero, es mucho más corto que ir á dar la gran vuelta por la avenida. Al extremo encontrará usted la portezuela, que da al jardín y el jardinero le acompañará.

—Gracias.

—El Sr. Laroche debe encontrarse en el parque, con el doctor que ha almorzado en la quinta. ¡Buenas tardes, caballero!

Un nuevo trastorno, más profundo, más angustioso, se había apoderado de Edmundo de Favreuse y su inquietud aumentaba á cada paso.

—¡Juana ha debido estar muy enferma para que su padre abandonase París y sus negocios!.., pensó. ¡Sin duda habrá estado á punto de morir!..

Y obedeciendo luego á uno de esos sentimientos egoístas, propios de los enamorados que ponen su pasión por cima de todo, egoísmo que es la esencia misma del amor y hasta su virtud, Edmundo dijo para sí:

—¿Que hubiera sucedido, si no?.. Esa enfermedad probablemente le ha impedido casarse... ¡Porque Juana debe tener hoy veinticinco años y su padre hubiera tratado seguramente de hacerle tomar estado!

En esto llegó al extremo del camino.

A la izquierda, bajo unas glicinas colgantes que cubrían el lomo de la pared, vió la portezuela de hierro que el cartero le había indicado. A través de la reja se podía ver parte del jardín, que era muy extenso y se prolongaba por detrás de unos bosquecillos de laureles y boneteros que lo cortaban en la parte opuesta á la estufa adosada á la pared, expuesta al mediodía y admirablemente abrigada.

Edmundo se acercó.

La verja estaba abierta, la empujó y trató de ver al jardinero.

No viéndole, entró.

Maquinalmente sacó la cartera, á fin de buscar una de sus tarjetas para hacerla entregar al Sr. Laroche, y después de cogerla, se la puso en el bolsillo de la chaqueta, para tenerla á mano, volvió á meterse la cartera en el bolsillo, repleta de billetes de banco, con la cuenta perfectamente establecida de lo que se debía al antiguo amigo de su padre y que tenía el honor de devolverle.

Avanzó dirigiéndose hacia el invernáculo, cuyos cristales estaban todos abiertos, tal vez se hallaba allí el jardinero, puesto que no le veía en el exterior.

Andando, el hermano de Luciano volvía la cabeza á derecha é izquierda, mirando á su alrededor, pronto á entregar su tarjeta que tenía en la mano, dentro del bolsillo, á la primera persona que viese, cuando se detuvo súbitamente.

Al llegar á la altura de los espesos bosquecillos de verdes arbustos, acababa de ver una joven, hasta entonces oculta á sus miradas por el bosquecillo, y en aquella joven, sin vacilación alguna, reconoció á Juana.

Era ella, en efecto, tal como la había visto años atrás, del brazo de su padre, en el bulevar de San Miguel, tal como se la representaba cada día la imagen fielmente conservada por su memoria: era ella, que casi parecía tener la misma edad, ella, hermosa como siempre y como siempre amada.

Juana no le veía.

Inclinada sobre una mata de flores, se acercaba sucesivamente á cada flor, bajando aún más la cabeza para olerlas. Apenas las tocaba; únicamente aspiraba su perfume, sin coger ninguna.

Permanecía largo tiempo al lado de cada una, y luego iba á ver otras, repitiendo el acto, como si, ferviente admiradora, temiese abreviar la vida de aquellas flores amadas arrancándolas de la planta, y prefiriese admirarlas en el maravilloso conjunto del jardín en que vivían embalsamando el ambiente.

«¡Juana, Juana!..—dijo para sí Edmundo contemplándola con amoroso fervor.—¡Ella!.. ¡Oh, dulce amada mía!.. ¡Hermosa como siempre!.. ¡Ella!..»

Y añadió tristemente:

«¿Se acordará todavía de mí?.. ¿Se acordará de aquel tierno afecto de nuestra infancia, de aquella amistad que consagramos bajo los auspicios divinos el día en que, como dos prometidos esposos, nos unimos en el momento solemne de nuestra primera comunión?.. ¿Se acordará como yo?.. ¿Me reconocerá siquiera?..»

Su corazón palpitaba con tal violencia, que le parecía que iba á estallar.

Incapaz de dominar su emoción, Edmundo se dirigió hacia ella, y al crujido de la arena bajo sus pisadas, la joven se volvió.

Y vió á Edmundo.

—¡Juana!.., murmuró el joven. ¡Juana!..

Apresuró el paso para salvar la corta distancia que aún le separaba de ella, con los brazos tendidos.

—¡Juana!..

Ella no le observó más que un instante con aquel aire atónito, con aquellas miradas sin expresión y sin inteligencia que la locura le daba, y de pronto se produjo en ella un profundo movimiento que sacudió todo su ser... Una sensación misteriosa y fuerte corrió hasta por las fibras más tenues de su cuerpo, un rayo de luz atravesó sus pupilas, mientras se pasaba rápidamente la mano por la frente como para rasgar un velo que acababa de entreabrirse.

Y dió un grito medio ahogado:

—¡Ah!..

Inmediatamente su rostro se transfiguró.

En sus miradas brillaba el recuerdo súbitamente despertado por aquella poderosa conmoción que el sabio alienista esperaba como el instrumento de la cura; la inteligencia iluminó al instante sus facciones y exclamó, corriendo hacia el hombre á quien reconocía:

—¡Edmundo!.. ¡Ah, mi querido Edmundo!.. ¡Tú, eres tú!..

Sus manos tendidas encontraron las del joven y las cogieron con fuerza, mientras los labios avanzaban, llenos de besos hacia los de él.

—¡Tú!.., repitió. ¡Oh..., Edmundo!

Y le abrazó con fuerza.

—¡Juana!.., murmuró Edmundo de Favreuse transportado de dicha. ¡Juana mía!..

—¡Ah, tú, tú!.., repetía la hija de Laroche, que acababa de recobrar la memoria con la súbita desaparición de la locura. ¿Qué ha pasado?.. ¿Dónde estabas?..

—¡Yo!.., ¿pero no lo sabes?.., contestó Edmundo. ¡Estaba lejos..., en América!

—¿De veras?

—¡Acabo de llegar, y en seguida he corrido á tu lado!..

La tenía abrazada y ella respondía al abrazo con ardientes besos.

—¿Por qué te habías marchado?, preguntó ella, mirándole en los ojos.

—¡Era preciso!

—Y me dejaste... Partiste sin decirme nada..., ¡malo!.. ¡Ah, si supieras lo que lloré!..

—¿Lloraste?.., dijo Edmundo con asombro; ¿lloraste, tú, porque yo me había marchado?

—Yo no sabía qué pensar..., sola... Me habías dejado sola, con nuestra hija...

—¡Nuestra hija!..

Entonces el joven experimentó un asombro indecible y retrocedió en un movimiento de estupefacción.

Juana, que había recobrado la memoria, lo tomaba por su esposo, por el miserable cuyo crimen ignoraba. Para ella, la vida continuaba en el momento en que la locura la había interrumpido.

—¡Mi hija!, dijo ella transportada de alegría acercándose á él. ¡Mi pequeña Jenny adorada! Ya sabes que debíamos darle este nombre. Jenny es lo mismo que Juana. Es mi nombre, que tanto te gusta.

—¡Gran Dios, está loca!, pensó el desgraciado.

—Es verdad que ni siquiera la conoces, prosiguió Juana con ternura. No la has visto aún... Te marchaste antes de su nacimiento y yo estaba sola cuando vino al mundo... Sola, Edmundo, ¿comprendes?, sola en aquel momento terrible, y esto me hizo sufrir más que nada...

—¡Juana!.., balbuceó Edmundo, cuya razón se extraviaba. ¡Por Dios, no me hables así!.. Juana, ¿qué tienes?.. ¿Qué dices?..

—No te guardo rencor, no, contestó ella. Mi corazón sigue siendo tuyo..., tuyo para siempre como te lo juré ante Dios el día en que nos casamos. Soy tuya como entonces, y de hoy más, pues hay entre nosotros ese lazo sagrado..., nuestra hija...

—¡Juana, Juana mía!..

—¡Mi hija!.., dijo entonces la infeliz mirando curiosamente en torno de ella como para reconocer el sitio en que se encontraba. ¡Mi hija!.. ¿Dónde está?

Jadeante, Edmundo la tenía asida, no atreviéndose á contradecir aquel lenguaje que él tomaba por el de la locura y sufría horriblemente de verla así.

—¡Loca!..

Eso era lo que aquel hombre había querido decir, no atreviéndose á explicarse completamente.

—¿Dónde?.. ¡Pero si estamos en la quinta!.., dijo Juana reconociendo lo que la rodeaba. ¡En casa de papá!..

Y repitió con un movimiento de terror.

—¡En casa de papá!..

—Sí, en casa de tu padre, dijo cariñosamente Edmundo; ¿lo reconoces?

—¡Mi padre!.. Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿Quién me ha traído aquí?.. ¿Y mi hija, entonces?.. Nuestra hija, Edmundo, ¿dónde está?.. ¡Tengo miedo!.. ¡Tengo miedo!..

Juana se agarraba á él.

—¿Has visto á mi padre?, le preguntó.

—No, todavía no. Si llego apenas... Te encontré aquí...

—Sí. Y bien... ¿Entonces papá nos ha perdonado? Di..., ¿te ha escrito que vinieras?..

—No..., no..., pero si no sé...

—¿Y la niña?.. ¡Oh, Edmundo, tengo miedo!.. ¡Ven..., ven!..

Juana se lo llevó fuera del jardín, agarrándose á él, que la sostenía, pálido de emoción, estremeciéndose de dolor y repitiendo para sí:

—¡Gran Dios, qué horrible desgracia!.. ¡Loca..., mi pobre Juana..., loca!..

XXII

CORAZÓN DESGARRADO

—¡Loca!.. ¡Está loca!.., repitió Edmundo como aplastado por aquel golpe inesperado. ¡Loca!..

Los ojos del joven, extraordinariamente abiertos por una especie de espanto, se fijaban con doloroso estupor en el rostro de Juana.

—¡Juana, mi pobre Juana!.., dijo dominando su dolor.

Oyéronse pasos detrás de él.

Edmundo se volvió.

Saliendo de un bosquecillo, el padre de Juana estaba á dos pasos de ellos.

—¡Ah Sr. Laroche!, exclamó Edmundo.

Y con ambas manos tendidas, se precipitó hacia el antiguo amigo de su padre.

Como todo el mundo, juguete de aquel parecido desconcertador, el Sr. Laroche creyó ver á Luciano, el infame marido de su hija.

Encendido de pronto bajo el esfuerzo de la cólera súbitamente desencadenada, y lívido después, el antiguo negociante se arrojó sobre Edmundo, presa de un indecible estupor.

—¡Miserable, exclamó furioso, tiene usted la audacia de presentarse aquí!..

—Pero, caballero, balbuceó el joven como pasmado, ese recibimiento...

—¡Infame, se ha atrevido usted á venir! ¡Ah, salga usted!. ¡Salga usted, le digo, ó no respondo de mí! ¡Márchese usted!.. ¡Márchese!..

—¡Padre!.., balbuceó Juana.

El Sr. Laroche no oyó siquiera la voz de su hija, y cegado por el furor, no notó el cambio operado en ella.

—¡Váyase usted, miserable!, repitió. ¡Váyase usted!

Avanzaba amenazador hacia el joven, que retrocedía maquinalmente, sintiéndose trastornada la cabeza, espantado de aquella cólera cuya causa no podía comprender. Absolutamente sofocado, no encontraba una palabra que decir; á duras penas se escapaban de su garganta sonidos inarticulados, protestas vagas, y sus espantados ojos miraban alternativamente á Juana y al Sr. Laroche.

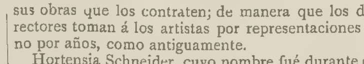
—¡Malvado!, rugió éste, mira tu víctima!.. ¡Ah, vete! ¡Vete, porque me siento capaz de cometer un crimen!

(Se continuará.)

LO QUE COBRAN LOS GRANDES ARTISTAS

Los artistas han alcanzado actualmente tanta importancia, que el público se interesa cada vez más por todo lo que á ellos se refiere: sus costumbres, su vida privada son de todo el mundo conocidas, pero no lo es tanto lo que ganan; y sin embargo, esto, después de su talento, es lo que debería despertar más curiosidad, particularmente tratándose de los sueldos cuantiosos que los grandes artistas perciben.

No hace mucho, el director de uno de los principales *music halls* de Londres recibió un extraño telegrama concebido en los siguientes términos: «¿Está usted dispuesto á dar 10.000 francos por noche? Atracción sensacional; la muerta resucitada; mujer despedazada á la vista del público y devuelta á la vida.» Por fantástica que aquella proposición le pareciera, el empresario contestó, á la dirección que le indicaban: «Conforme.» Por supuesto que no volvió á saber nada más de aquel asunto, pero ello le sirvió para anunciar en los periódicos que la empresa «no retrocedería ante ningún sacrificio para complacer á su numerosa y elegante clientela.» Digamos, en honor á la verdad, que todo el mundo supuso que aquel despacho había salido de la imaginación y de la pluma del avispado empresario.



El tenor Caruso que cobra 12.500 francos cada noche que canta, y canta unas 80 noches al año

Si esta anécdota, referida por un periódico londinense, no es rigurosamente histórica, por lo menos puede ser verosímil, puesto que siempre habrá individuos temerarios para inventar números peligrosos y emocionantes y empresarios que los proporcionarán á los directores mediante cantidades considerables. Estas exigencias son, por otra parte, inevitables: la competencia y América son las causas de este encarecimiento de los sueldos exorbitantes que se pagan á los artistas.



El pianista Paderewski

El violinista Kubelick

Por lo demás, no es sólo en los *music-halls* en donde para asegurarse á un artista se le tiende, según frase consagrada, un puente de oro; también en el teatro y en los conciertos las grandes estrellas han aumentado singularmente sus pretensiones de algunos años á esta parte. Y esto se debe especialmente á que hoy en día los teatros no tienen compañías; los autores escriben á componen para determinados artistas y exigen á los directores á quienes entregan sus obras que los contraten; de manera que los directores toman á los artistas por representaciones y no por años, como antiguamente.

Hortensia Schneider, cuyo nombre fué durante el segundo imperio tan célebre como es hoy el de la Rejane, tuvo ciertas diferencias con la dirección del Palais Royal, de cuya compañía formaba parte hacía dos años, y un día abandonó el ensayo, fuése á su casa, preparó el equipaje y se disponía á partir para Burdeos, cuando recibió la visita de Offenbach, que ya entonces (1864) había compuesto el *Orfeo en los Infiernos.* El maestro iba á ofrecerle el papel de *La bella Elena;* la diva, aunque encantada de los números de la opereta que Offenbach le tarareaba, no quiso ceder y se marchó á Burdeos. Al llegar allí, se encontró con un telegrama instándola para que volviese á París. «Estoy conforme—respondió,—pero exijo 2.000 francos al mes.» En el Palais Royal ganaba 6.000 francos al año. Aceptada por el maestro la exigencia, al día siguiente la Schneider ensayaba en Varietés el papel que tanta celebridad le conquistó.

La prensa de entonces empezó á comentar los sueldos de los artistas, y algunos años después el cronista del *Gaulois* ponía el grito en el cielo porque la famosa diva de opereta Zulma Bouffar cobraba 54.000 francos anuales. En aquella época brillaban una porción de artistas gloriosos cuyos nombres aún se recuerdan y que, sin embargo, ganaban sueldos que hoy rechazarían cómicos de quienes muy pronto nadie se acordará. Paulino Menier, en el periodo de su apogeo, ganaba 6.000 francos al año; Geoffroy, 12.000, y Federico Lemaitre nunca cobró más de 200 francos por representación.

Preciso es confesar que nunca se pagó á los artistas lo que en la actualidad. Sarah Bernhardt ha sido quizás la que mayores cantidades ha percibido en sus excursiones: la primera que hizo á América, organizada por un empresario, el Sr. Grau, duró cuatro meses y le produjo 600.000 francos. Después realizó por su cuenta otras que no fueron menos productivas; en una de ellas se llevó á Coquelín para representar *L'Aiglon,* pagándole 3.000 francos por noche.

Al lado de estos artistas puede citarse á la Rejane, que durante la excursión por América organizada por el Sr. Braga, cobraba cada noche 2.000 francos.

Juana Granier, que en el extranjero ha cobrado sumas fabulosas, no se contrata en París por menos de 800 francos por representación y para un mínimum de 100 representaciones.

¡Cuán distantes estas cifras de las que cobraban los artistas de otros tiempos!

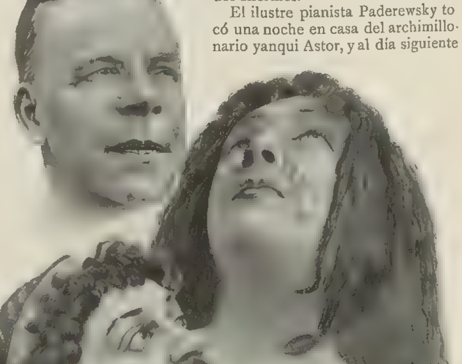
«Tiene 100.000 francos en la garganta,» se dice comúnmente hablando de un gran tenor. Y en seguida se impone un nombre, el del célebre Caruso, que tiene monopolizado un empresario norteamericano, el cual le paga un millón de francos al año, mediante la obligación de no poder cantar sin su consentimiento. Por tan bonita cantidad, Caruso canta por término medio anualmente 80 veces, cobrando por cada representación 12.500 y hasta 15.000 francos, de los que 2.500 son para su empresario. Y aun, para no perder el tiempo, halla medio Caruso de ganarse 25.000 francos impresionando una veintena de discos para una sociedad de gramófonos.

Después de él pueden citarse otros famosos cantantes, como el bajo ruso Chaliapine, que cobra 10.000 francos por función, y la Melba, que ha cobrado 80.000 francos por 10 representaciones.

Pero todo esto resulta pálido al lado de lo que la Patti ha cobrado durante su carrera artística. En América, por una sola noche, le pagaron 25.000 francos, y en París, en el Eden Concert, ha percibido 15.000 por cantar tres cavatinas que duraron unos cinco minutos cada una. ¡1.000 francos por minuto! ¡Qué diferencia de cuando cobraba 3.000 para cantar en la Opera toda una noche! En aquellos tiempos la Carvalho cobraba 1.000 francos; la Nilson, 1.200; Faure, el creador del Mefistófeles del *Faust* de Gounod, 2.000, y Capoul, 600.

Al lado de los grandes cantantes, los grandes virtuosos del piano y del violín han cobrado también cantidades enormes.

El ilustre pianista Paderewsky tocó una noche en casa del archimillonario yanqui Astor, y al día siguiente



Una palabra de Coquelín

Una lágrima de Sarah Bernhardt

Una imprecación de Mounet-Sully

Sarah Bernhardt, en su primera excursión á los Estados Unidos, cobró 5.000 francos por representación. Coquelín y Mounet han cobrado 3.000.

recibió un sobre con 10.000 francos.

Raúl Pugnó, el eminente profesor del Conservatorio *Femina,* no cobra menos de 2.000 francos por concierto; Kubelick, el célebre violinista, 3.000, y su colega Isaie gana 250.000 francos por temporada.

El café concierto, el antecesor del *music hall,* en el que se han hecho aplaudir tantos artistas célebres, Theresa y Paulus entre ellos, no pagaba á estas dos estrellas más que 100 francos diarios á la primera y 150 al segundo, el creador del *Père la Victoire,* el cual, sin embargo, conseguía doble sueldo cantando dos veces en una misma noche.

Ivette Guilbert, cuando cantaba todavía en París, cobraba 800 francos en la Scala; en Londres y en Berlín, cobra de 1.700 á 1.800.

Actualmente Polin exige 400 francos diarios; Mayol, de 200 á 300 en París y de 15.000 á 18.000 mensuales en provincias.

Fragson, en Londres, percibe 21.000 francos al mes, y Max Dearly, en el Moulin Rouge, cobraba 25.000 por 50 representaciones; Luisa Balthy gana 16.000; Germana Gallois, 15.000; y Mealy, 9.000 mensuales.

Entre las atracciones que se bastan por sí solas para llenar toda una representación, merece ser citado especialmente el célebre transformista italiano Frégoli, á quien la empresa del Olympia de París pagaba mensualmente 40.000 francos.

Little Tich, el notable clown inglés, cobraba en el mismo teatro 15.000; el temerario Mephisto, el primero que en el velocípedo realizó el peligroso ejercicio de *boucler la boucle,* percibía 27.000 al mes por exponerse á romperse la crisma cada noche; y la señorita Elena Dutrieux, la intrépida artista que ejecutó la *flecha humana,* 17.000.

En el presente artículo no hemos hecho más que dar una ligera idea de los grandes sueldos que cobran algunos artistas; pero los que hemos citado no son los únicos, sino que hay otros muchos que se hacen pagar tanto ó más que los mencionados.

Otro de los capítulos más importantes de los presupuestos teatrales es el gasto que supone el montar ciertas obras de espectáculo. En Londres, por ejemplo, hay teatro que invierte 500.000 pesetas en poner en escena una pantomima de las que en aquella capital suelen representarse durante las fiestas de Navidad; y en el Hipódromo londinense se han gastado sólo para el vestuario de uno de esos espectáculos 250.000 pesetas. ¡Calcúlese lo que importarían las demás partidas de decorado, maquinaria, luz, actores, comparsería, etc.! Una nota para terminar: cierto empresario, también de Londres, se gastó 125.000 pesetas únicamente en abrigos de pieles para las figurantes de cierta popular opereta.

Sin embargo, cuando un director se decide á tales dispendios y contrata para una misma noche varios números caros, hay que suponer que su cuenta le tiene y que aun con tan crecidos gastos obtendrá beneficios.

En el Manathán y en el Metropolitán de Nueva York los ingresos alcanzan cada noche la cifra inconcebible en los teatros de Europa de 60.000 francos; por consiguiente, los empresarios pueden permitirse el lujo de un presupuesto diario de 25.000. Pero allí donde los ingresos apenas llegan como máximo á 7.000 ú 8.000 francos, aquellos gastos, ni siquiera proporcionales, son imposibles; y esto no obstante, son varios los teatros con presupuesto de 5.000 francos por noche.

J. BRINDEJONT-OFFENBACH.

Chaliapine — Adelina Patti — Juana Granier — La Melba — Gabriela Rejane

La Patti ha llegado á cobrar 15.000 francos por cantar tres melodías que duraron cinco minutos cada una; la Melba, 80.000 francos por diez representaciones; el bajo Chaliapine pide 10.000 francos por representación, y la Rejane y Juana Granier, 2.000.

PARIS.—EL PREMIO DE LOS «DRAGS»

EN EL HIPÓDROMO DE AUTEUIL

La lluvia que cayó durante toda la tarde no fué bastante á deslucir la fiesta conocida con el nombre de «Premio de los Drags» que se efectuó el día 25 de junio último. Sabido es que esta fiesta reune todos los años en el hipódromo de Auteuil á lo más selecto de la sociedad parisiense, hasta el punto de que unánimemente se la considera como la manifestación de la más exquisita elegancia y del buen tono supremo.

Ocioso, pues, es decir que las tribunas ofrecían el aspecto más brillante hallándose, como se hallaban, ocupadas por una concurrencia numerosísima en la que abundaban las damas de la más alta aristocracia francesa, las representantes de las más acaudaladas familias de París, las que imponen la moda al mundo entero y los millonarios extranjeros que acuden en busca de placeres á la capital de Francia.

La llegada de los *mail-coaches* tuvo el grandioso éxito de costumbre; á las dos hicieron su entrada los piqueros, seguidos de catorce *mails* irreprochablemente enganchados y pertenecientes al duque de Noailles, al conde Enrique de Vanville, al barón de La Caze, al barón Marchi della Costa, el conde de Nodler, al conde David de Beauregard, al barón de Orosdi, al príncipe de León y á los Sres de Pastré, de Zuylen de Nyevelt, de Le Roux de Villers, de Pamvels, de García Mansilla y de Anchorena.

El premio de los Drags, de 25.000 francos, fué ganado por el caballo inglés Jerry, propiedad de Mr. Assheton Smith, y montado por el jockey Driscoll; en seguudo y tercer lugar llegaron á la meta Moonstruck, propiedad de Mr. R. B. Henry, montado por Hawkins, y Sauveur, de M. Foacier, montado por el marqués de Saint-Sauveur.



Llegada del público de las tribunas al hipódromo

Entrada de los «mail-coaches» en el hipódromo. (De fotografías de Branger.)







IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 12 de julio de 1909 — Núm. 1.437



RETRATO DEL ESCRITOR BLASCO IBÁÑEZ,

pintado por Joaquín Sorolla y expuesto recientemente en Nueva York

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer, á cosa de las siete de la tarde, un gentío inmenso se agolpaba en el paseo de la Castellana. Había, en expectativa, innumerables coches y automóviles, que rodeaban el parque de los «Recreos Salamanca.» Las cabezas, de vez en cuando, se erguían hacia la bóveda celeste, como si allí estuviese el esperado espectáculo, algo que surgiese cuando menos se esperase... Y en efecto, al cabo de media hora, un rumor anunció que «ya subía.» Se vió rebasar de las copas de los árboles una esfera que de cerca parecía enorme, transparente, y que, al ascender, era chiquita, chiquita como un punto perdido en el espacio... Por lo demás, se elevaba con gallardía, con esa suave y fantástica ligereza de los globos, mayor que la de las aves, más gentil aún... Dentro del globo, del punto chiquito, ya casi invisible en el espacio, el aeronauta agitaba una banderita española y dejaba caer una lluvia de papelitos, que supongo serían anuncios, pues á mí no llegaron.—El aeronauta era una mujer.

La víspera, yo había estado leyendo una de las infinitas lucubraciones acerca de diferencias entre el hombre y la mujer, condición específica de cada sexo, y por la noche había concurrido al Circo, asistiendo á los duros ejercicios de una acróbata, que realiza en el trapecio cosas de las que erizan el vello á un sombrero de copa acabado de planchar... Y me reía de los libros—séale esto permitido á quien sólo el vicio de los libros tiene—y de cuantas cosas suelen repetirse sin examen, como repite el papagayo su burlón redoble de erres, por lo cual estos modos de decir reciben el nombre de psitacismo... La aeronauta completaba á la acróbata, al lanzarse á un elemento mucho más terrible para el hombre que el agua y no menos indomable que el fuego... La señorita Corominas, «reina de los aires,» sin más compañía que su intrepidez—recuérdese que las señoritas no pueden ir solas ni á la tienda de enfrente,—se iba á hacerles competencia á las águilas, si las hubiese en estos climas; y hora y media volaba tranquilamente, hasta venir á caer en Vallecas, afortunadamente sana y salva, pero entre los rieles de la vía, donde tres minutos después pasaba el tren, que á poco pudo aplastarla...

Hace dos años, en mi aldea, una aeronauta cayó de las nubes. Tampoco se hizo daño: el globo descendió en un sembrado de maíz, al lado de unas coles. La aventura, contada así, parece prosaica y aun divertida, propia de zarzuelillas como *El pollo Tejada* ó *La vuelta al mundo;* pero veréis que podría tener su lado trágico. La aeronauta se había elevado en la Coruña, en la plaza de toros. El viento impulsó el ligero aparato hacia la bahía. El globo la cruzó en toda su anchura, hasta el puerto de Santa Cruz, desde el cual vino á abatirse en mi parroquia. Si el viento tiene otro capricho más temible, se lleva á la tripulante mar adentro, y entonces... Así y todo, la mujer permaneció mucho tiempo sobre el abismo de las olas, mientras calaba sus huesos una neblina húmeda y fría. La que cruzó la bahía es la misma que ahora, por instantes, se ha salvado de ser despachurrada bajo un tren... Y yo digo que es preciso tener el corazón tan bien colgado como puede tenerlo el varón más barbudo, para hacer de estas gracias.

Nótese que la gente, siempre dispuesta á cerrar caminos á las mujeres apenas se trata de profesiones descansadas, lucrativas y que no exigen ni asomos de heroísmo, como las oficinescas del Estado; siempre dispuesta á horripilarse si se habla de médicas, abogadas y catedráticas, no encuentra la menor objeción que oponer á que las hembras se columpien en el trapecio y se dejen caer desde alturas vertiginosas, ó á que naveguen por los aires en fragilísima barquilla, expuestas á aplastarse como ranas ó á hundirse entre las olas... Ni estos frecuentes ejemplos, ni el de las señoritas toreras, ni otros muchos menos aparatosos que se registran á cada momento, influirán en los autores de disertaciones azucaradas, en las cuales se declara, por cienmillonésima vez, que «el hombre es fuerte, atrevido, valeroso» y la mujer «un ser débil, tímido, dulce...»

* * *

¡Se nos va la Tina de Lorenzo! Aquí está otra heroína—no parezca extraño,—heroína del arte, triunfadora de las multitudes, maga que nos ha encantado por espacio de tantas noches. En el momento presente, cuando ya apenas queda teatro alguno abierto, el de la Comedia se ha visto lleno, con llenos rebosantes; y más en el segundo abono que en el primero, porque «La Tina,» como familiarmente la llama el público, va gustando más cuanto más se la ve.

Es una actriz completa, íntegra. De perfecta hermosura, de cuerpo escultural, posee al mismo tiempo aquel don ensalzado por Byron: la animación y la gracia. Su cuerpo, admirablemente modelado, es, sin embargo, del número de los que no corren peligro, al aligerar la ropa, de ofender á la decencia, porque tiene líneas puras, no deformadas ni exageradas por la edad. Tina es todavía joven fuera de las tablas, y en las tablas hace admirablemente los papelitos de ingenua. ¿Qué no hará admirablemente esta mujer?

Hay quien prefiere á la Duse. La Duse es una actriz muy genial, maravillosa á veces, pero desigual, arbitraria. Me recordaba á Vico, que tenía la misma condición: nadie le superaba cuando quería, pero no quería todas las noches, ni siquiera la mitad. Quizás no llegue en lo trágico Tina de Lorenzo adonde llega la Duse, y lamento que no nos haya dado, en esta temporada, ocasiones de averiguarlo, porque la verdad es que nos ha puesto á régimen de *vaudevilles* y farsas, en las cuales ha podido lucirse su esposo, el divertidísimo Armando Falconi; pero en lo cómico y lo dramático usual, en este género intermedio que tiene toques de sentimiento y matices de realismo y picardía sainetera..., en obras como *Zazá, El estudio de desnudo* (que así sostengo que debe traducirse *La donna nuda*, y no de otra manera literal y chocante), *El no sé qué* y tantas del mismo corte como han desfilado por el escenario de la Comedia desde hace dos meses, Tina no debe de temer rivales.

Su arte no es el arte instintivo y semibárbaro de Mimí Aguglia, la artista más próxima á la naturaleza de cuantas he conocido; hay en Tina mucho de burgués; el soplo helénico que d'Annunzio reconoció en la Duse, no envuelve en sus ondas á la Tina. Pero el soplo helénico, mucho me lo temo, no sería entendido en Madrid. ¡Es tan poco helénica la ciudad del oso y del madroño! Ni aun tiene el gran impulso de fantasía artística oriental que en alto grado posee Valencia, y por el cual podría llegar á asimilarse fácilmente la belleza antigua. En Valencia se representaría con éxito seguro *La ciudad muerta*, de d'Annunzio, ó *Medea* ó *Fedra;* en Madrid no hay ambiente para esta clase de obras. Así es que Tina, con sus *vaudevilles* elevados á la mayor altura de gracia y de monería merced á una admirable interpretación, es la actriz más á propósito para la temporada de primavera madrileña. La Tina puede hacer asombrosamente obras como *La Gioconda*, de d'Annunzio, y no lo olvidamos los que hemos tenido la fortuna de escuchársela; sin embargo, la inmensa mayoría de los espectadores se halla más á gusto—confiéselo ó no—en una bufonada como *El escándalo*, que en sublimidades estéticas.

Y—perdóneme Tina la aproximación—después de la bella italiana, no hubo en este fin de temporada actor más popular que Moritz I.

Hay que reconocer que el Circo de Parish, tan afortunado, tan de moda, con sus jueves, día solemne en que salen á relucir los sombreros monumentales en tamaño, precio y elegancia, estaba, últimamente, en cuanto á atracciones y novedades artísticas—así es preciso decir—algo *fané*. Eran los mismos acróbatas haciendo la misma torre catalana; los mismos clowns, con menos chiste que otros años; los eternos caballos bailando el eterno vals; y por gran regalo, unos volteadores marroquíes, supongo que enviados por algún diplomático hábil de la corte de S. M. Jerifiana, para que, viendo tal agilidad y tales brincos, nos horroricemos ante las contingencias de una guerra con gente que de un salto se pondría en Madrid... Así es que la llegada del simpático chimpancé fué saludada con aplauso entusiasta, y sus habilidades comentadas con ternura de mamá que refiere gracias de niño...

Moritz vivía, dicen, en una granja de cultivadores australianos. Ya allí les tenía embobados con sus rasgos de inteligencia. Su actual dueño lo adquirió por sesenta libras esterlinas, que no me parece caro, dadas las aptitudes de un cuadrumano tan superior á la turbamulta de los bimanos, que comen con menos pulcritud y menos distinción que el chimpancé.

Moritz, ¿á qué negarlo?, me sugiere reflexiones penosas. Este animalejo imitador, al cual no le falta más que hablar; este ser extraño, bufón de la muchedumbre, que nos mira con unos ojos donde parece brillar el pensamiento, donde hay una mezcla de candor, melancolía y desdén, ¿será la sombra de un antepasado, muy remoto, anterior al hombre terciario cuyos restos acaban ahora de descubrirse, sombra que se nos aparece entre los alborozos de un espectáculo, para decirnos que nuestra estirpe no es tan distinguida como creemos?

Yo, sin embargo—á pesar de Moritz,—continúo disintiendo, en este particular, de las opiniones de Darwin y Haeckel. Sobre todo del último, pues el primero, más aplomado científicamente hablando, fué en sus afirmaciones mucho menos explícito.

Continúo preguntándole á Haeckel, ¿dónde están los eslabones que faltan en la cadena?.. Y, cosa extraña, á poco de ver y aplaudir (obedeciendo á la señal que nos da él mismo) las habilidades de Moritz I, empieza á parecerme más imposible que nunca que procedamos de alguno de sus congéneres... Sus pies que son manos; su quijada lisa, sin mentón; sus dientes que enseña en gesto inocente de enojo ó de avidez; sus orejas colocadas como pantallas; su cola que supongo prehensil (Moritz trabaja vestido); su mudez misteriosa..., en vez de sugerirme la semejanza, me sugieren el infranqueable abismo. Si los partidarios de la humanidad de Moritz quieren que este mono sea superior á mí, soy capaz de conformarme; lo que no admito es que mi millonésimo abuelo fuese mono, ni siquiera negro, ni siquiera mogol...

Los espectadores, en cambio, se sienten darvinistas. En vez de observar juiciosamente: «¡Mira cuánto más guapo es Moritz que Fulano!,» se empeñan en repetir á troche y moche: «¡Mira cómo se parece á Fulano Moritz! ¡Pero si es estarle viendo!»

Por supuesto, que Fulano, si se enterase, daría señales de descontento, hasta quizás de indignación. ¡Los hombres son tan vanidosos! No se conformaría Fulano... Y si Moritz, por permisión divina, emulando á la burra de Balaam, adquiriese el don de la palabra—el don negado á la bestia,—tengo vehementes sospechas de que tampoco él se avendría al parecido, y lo manifestaría en enérgica forma...

¡Pobre Moritz! Si es cierto que los monos son lo más análogo á la especie humana, debo declarar que también se nos asemejan en la *infelicità*. Los monos, á pesar de sus monerías, muecas, gestos y visajes; á pesar de sus travesuras continuas por una avellana ó por un plátano, son de los animales que parecen menos dichosos. En nuestros climas tienen siempre frío. Y como poseen una desmedida vanidad infantil, sufren si no la ven lisonjeada. No, los monos no están muy contentos de su suerte. El único que he visto morir—en mi casa,—lloraba en la agonía como un hombre... ¿Si seremos hermanos mediante el dolor, mediante la sensación obscura de la perpetua asechanza del destino?

En el Circo, por lo menos, se puede afirmar la superioridad de las especies animales sobre la humana. Para verles trabajar me gustan doblemente los perros, los monos, los gallos y las cacatúas que los acróbatas y barristas. El animal (menos animal de lo que pudiera creerse) nunca ejecuta un ejercicio que pueda poner su vida en riesgo. Así es que al placer del espectáculo no lo amarga el temor de una tragedia.

El animal llega hasta donde se lo permite su destreza y su comprensión; de ahí no pasa. No conozco perro con la pata rota al lanzarse de un trapecio, ni mono que se haya caído peligrosamente de una bicicleta. Sólo he notado cierto terror en Moritz al calzarse los patines. Lo de los patines no le hace gracia. Sólo el atractivo de un terrón de azúcar parece decidirle. Va titubeando, como ebrio, y cuando se los descalza, es visible su satisfacción. ¿Patines á él? ¿A él, que es capaz de trepar en un segundo á la cima de un cocotero?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Besó á su hija

ALMAS NOBLES

CUENTO DE NOGUERAS OLLER

Dibujo de Arcadio Mas y Fondevila

Antonio Jordán se puso súbitamente lívido, dejó escapar el periódico, y su cabeza cana, su interesante cabeza de hombre honrado, cayó contra el respaldo del sillón como herida de muerte.

Sin embargo, se repuso muy pronto.

Lo que él consideraba su deber no admitía réplica y le prestaba valor.

Besó á su hija, tomó el coche y poco tardó en llamar á la puerta de Santiago Giner.

El soberbio palacio era ya de otra persona.

Santiago Giner había vendido su palacio.

¿Dónde se hallaba?.. ¿Acaso debía inquietarse el nuevo y orgulloso dueño de la casa por un pobre más que ingresaba en el mundo de los mendigos?

* * *

Santiago Giner, aislado completamente de la buena sociedad, de aquella sociedad que unos días antes adulaba sus perdidas riquezas, medía fríamente toda la magnitud de su gloriosa caída.

Habíase despojado, hundido, aniquilado á sí mismo, para saldar cuantas más deudas mejor...

Faltaban muchas aún; lo que se dice un montón; seiscientas mil pesetas por lo menos...

¡Ruin humanidad! La más espantosa miseria, la más horrible soledad le rodeaba, le oprimía, cebándose en su derrota; pero él, muy cerca del cielo, á sesenta metros del tráfico ensordecedor de aquella calle obrera, por donde, días antes, pasaban sus carros atestados de géneros, lo resistía todo.

Resistía el hambre.

Resistía la enorme ingratitud de sus amigos.

Resistía... ¡Oh, no, no!.. ¡Imposible!.. Su Ricardo era bueno, generoso y honrado como él. Su hijo no podría, no sabría abandonarle...

Y pensó lleno de amor en su hijo.

Recordó la dulce idealidad de sus ojos; su frente serena y desarrollada; su temperamento altruista y soñador...

Debía esperarle. Debía confiar en él. Y le saltaron las lágrimas.

—¡Hijo mío! ¡Pobre hijo mío!, exclamó en lo más hondo y acerbo de su dolor paternal. ¡He matado todas tus esperanzas, tus ilusiones, todos tus ensueños de gloria!.. ¡Qué horrible desencanto el tuyo!..

Y releía mil veces sus entusiastas cartas de Londres.

Le veía moverse entre las brumas londinenses, estudiando lleno de fe las mágicas combinaciones de color de los más grandes paisajistas del mundo. Le veía también en Alemania, en el país de la fuerza, hablando con Franz Stuk.

¡Cuán grande debía ser ese Franz Stuk cuando su hijo le ensalzaba tanto en sus cartas!..

* * *

Y lloraba de codos en su mesa llena de recibos, de letras y pagarés satisfechos, que estrujaba entre sus manos frías, haciendo una bola de ellos, maldiciendo el destino que ensombrecía el brillante porvenir de Ricardo...

¡Qué malos habían sido sus amigos!.. En otro tiempo, su fortuna, hoy deshecha, les había facilitado el bienestar y la riqueza, á ellos, á una turba de egoístas, de indecentes...

* * *

Llamaron á la puerta.

Era Antonio Jordán.

Santiago Giner le había recibido tan sólo dos veces en su casa, sin conocerle más que á su tarjeta, la cual también había visto dos veces.

La primera visita fué para pedirle cierta cantidad de dinero. No traía consigo recomendación, ni crédito, ni seguridad alguna; pero el relato que le hizo de que su padre se moría por la pérdida total de su fortuna y de su confianza mediante la cantidad pedida de restablecer el negocio, le movió á piedad, y como era generoso, profundamente generoso, le prestó el dinero.

La segunda visita fué para saldar el préstamo.

Hacía muchos años que no se habían visto; de tarde en tarde se acordaban uno de otro como de una persona con la cual se desea intimar; pero el destino, esa inexplicable conciencia que combina las cosas, parecía oponerse.

—Sr. Giner, vengo á saldar mi deuda.

Los papeles se habían trocado, y Santiago Giner, ante la grandeza de alma de aquel hombre sinceramente amigo con todo y no haber nunca conjugado en su presencia el verbo amar, como sus ingratos compañeros, sintió un golpe de la sangre al corazón y se confió á sus brazos, luchando en vano para ocultar sus lágrimas.

¡Qué cosas tiene la vida!

¡No, no!.. La deuda estaba saldada. No tenía derecho á más.

Era una ofensa aquello... Antonio le ofrecía toda su fortuna...

Le confiaba además la administración de su riqueza...

Era preciso; le obligaba á aceptar inmediatamente cualquier forma, la mejor, para cubrir cuanto antes todas, absolutamente todas sus deudas...

Y discutióse hasta qué punto llega el deber de un alma reconocida. Santiago le habló categóricamente. Resueltamente aquello era tirar el dinero. Comprometía el porvenir de su hija por un loco impulso de gratitud. No debía ofrecerse ni aceptarse.

* * *

Santiago Giner tenía diez años más que Jordán. De aquel entonces podemos decir que un joven fué á pedir prestado á un capitalista.

En el presente se confundían sus edades.

Eran dos viejos que habían observado una vida de bondad, de rectitud, de nobleza; dos cabezas canas que se devanaban los sesos para no aceptar ni dejar de ofrecer.

Había emoción en todas sus palabras. Había sollozos en su hidalguía. Había juventud, la más hermosa juventud, en su terquedad de viejos.

Alguien esperaba lleno de impaciencia tras de la puerta del miserable piso, cansado de llamar sin ser oído por los dos ancianos en su inefable disputa de amor. Alguien que conocía una voz y unos sollozos que le llegaban al alma.

—¡Padre! ¡Abre, padre mío!..

Santiago Giner se precipitó á la puerta con toda su vida en un beso que pugnaba en sus labios largo tiempo contenido.

En aquel mismo instante iba á solicitar, como por vía de arreglo, una protección de Antonio Jordán para que Ricardo prosiguiese sus estudios de arte en el extranjero.

Y Ricardo volvía despreciando el porvenir, todos sus ensueños, su gloria, despreciándolo todo para animar á su padre, fortalecido de amor, ansioso de sacrificio...

* * *

D. Antonio no tardó muchos días en concebir un plan, mejor dicho, en concertar un matrimonio; pero debo decir, para enaltecer una nobleza de alma, que ni este plan ni este matrimonio fueron aceptados por Ricardo Giner, como parte contrayente, hasta que pudo convencerse, con toda seguridad, que la otra parte tenía propicio el corazón para semejante dicha.

Y como fuese que los ojos negros y trastornadores de Alicia Jordán manifestasen la más dulce y apasionada complicidad con la idea del padre, pronto, muy pronto, se celebraron las bodas.

LA EXPOSICIÓN REGIONAL VALENCIANA

AGRICULTURA Y FOMENTO

Si interesante resulta la sección de Bellas Artes en nuestra Exposición Regional, no lo es menos la sección de Agricultura, aunque á decir verdad no es todo lo completa que debiera ser por los centros productores que han dejado de concurrir.

Figura en primer lugar la instalación de la Diputación Provincial, presentando magníficos ejemplares de reconstitución de los viñedos con vides americanas; colecciones de insectos nocivos á la vid y en particular de la filoxera, con diversos ejemplares aumentados de su tamaño natural; sección de substancias químicas reconocidas como los mejores insecticidas; instrumentos agrícolas y aparatos para la extinción de los insectos perjudiciales á la agricultura, respondiendo todo á las prácticas seguidas en tan importante materia por nuestra Diputación. Completan su instalación una colección de obras y folletos impresos para ser repartidos gratis entre los agricultores, en los que se explica y recomienda á éstos los trabajos hechos desde agosto de 1906 á diciembre de 1907 por el ingeniero director del Servicio Vitícola D. Rafael Janini en la región de Levante, laboratorios de Valencia y Granja Escuela práctica de Agricultura de Valencia.

Un magnífico mapa en relieve de la provincia de Valencia de grandes dimensiones, construído por D. Francisco Larrosa, presenta señaladas con banderitas rojas las regiones invadidas por la filoxera y completa el trabajo citado anteriormente.

Aunque no pertenece á Agricultura, debemos citar con elogio los trabajos expuestos en otro pabellón de la Diputación, obra de los asilados de ambos sexos de las Casas de Beneficencia y Misericordia, en los que hay verdaderas filigranas artísticas. También son notables las reproducciones en relieve y por medio de la fotografía de las construcciones provinciales, como puentes, carreteras, Hospital, Granja Agrícola, etc.

Sigue en importancia la artística y graciosa instalación de la *Masía de la Cova*, propiedad de don José Barberá y Falcó, abogado valenciano que com parte las tareas del bufete con las agrícolas. De colonia modelo puede calificarse su masía, de la que es un trasunto su original instalación; y no parecerán interesados mis elogios si afirmo que no tengo el gusto de conocer y tratar á dicho señor, como asimismo á los señores agricultores é industriales de quienes hablaré en estas crónicas. Vaya esta rotunda afirmación de una vez y para siempre. El Sr. Barberá no sólo ha expuesto los productos de su masía, sus aparatos agrícolas, sino que en los cuatro extremos de su instalación y en grandes macetones presenta un olivo en flor, un granado, un naranjo con frutos y una vid, especies vegetales vivas las más importantes de su masía.

Instalación curiosa es la de la Acequia Real del Júcar, en la que con planos parcelarios de todas las poblaciones que riega aquel canal, se demuestra la importancia del sistema de riegos implantado desde los tiempos del rey D. Jaime. Es notable el mapa del trazado de dicha Acequia Real, ejecutado en tiempo de Carlos III, y el moderno, en el cual se sigue todo el curso del canal desde la presa hasta su fin.

El Pabellón Chelva-Villar expone los productos de aquella feraz región, tales como muestras de sus tierras y abonos, sus vinos y aceites, cereales, etc., y hermosa cerámica. También muestran sus productos agrícolas y los de sus industrias Bocairente, Onteniente, Masiola y Fuente la Higuera, muy artísticamente instalados.

La instalación de Gandía merecía ella sola una crónica para describir los ejemplares soberbios de sus hortalizas recolectadas y en plantas vivas, sus frutas riquísimas y muchas de ellas fenomenales, sus vinos y aceites, granos, harinas, etc., etc. Es la más admirada y visitada de todas. Original es también la de Sueca. Figura una presa del Júcar por la cual cae una cascada de arroz en vez de agua y dos colosales aves acuáticas beben en la cascada. Además de sus clases de arroz, expone todos sus productos agrícolas y ejemplares de las aves de la Albufera. Una gran inscripción dice que Sueca produce anualmente 82.000.000 de kilogramos de arroz...

Torrente nos muestra sus exquisitos vinos, aceites y frutas; Alberique sus frutas y sus sabrosos panquemados; Vinaroz sus harinas, arroces y guanos; las Bodegas del Realón sus ricos caldos; las de Calabarra, Mompó, Amat, Oria de Rueda, Carrascal, Marqués de Monistrol, Marqués de Caro, Vallena del Mandor y otras, sus vinos, aceites, cereales, caza, licores, algarrobas, patatas, etc., etc.

Entre las instalaciones particulares descuella la de un Sr. D. Francisco Laurens, agricultor y exportador; es muy artística y en ella combina los toneles con las parras y cepas, las botellas con los racimos y las luces eléctricas con tal gusto, que más parece una gruta de maga que la instalación de un vinatero.

Entre las de los jardineros figuran las de los señores Robillard, Bargues, Veyrat y otros que sentimos no recordar, pues todos exponen notables ejemplares de flores y plantas.

Entre las de abonos figuran la de Vernay, Greca,



Monumento á H. von Kleist, que ha de erigirse en Francfort, proyecto de G. Elster



Valle de Chozas (Sierra del Guadarrama), cuadro de D. Jaime Morera (propiedad de José Ibarra)

Trénor y Noguera, de Valencia; Bosch y Vilá y Queralt, de Badalona, y la muy completa de los Sindicatos de Potasa de Stassfurt, con sus abonos y ejemplares de especies y productos obtenidos con sus abonos. Interesantes son las instalaciones de los insecticidas de Aliño y Esplugas, de Valencia, y de García Rodríguez, de Barcelona.

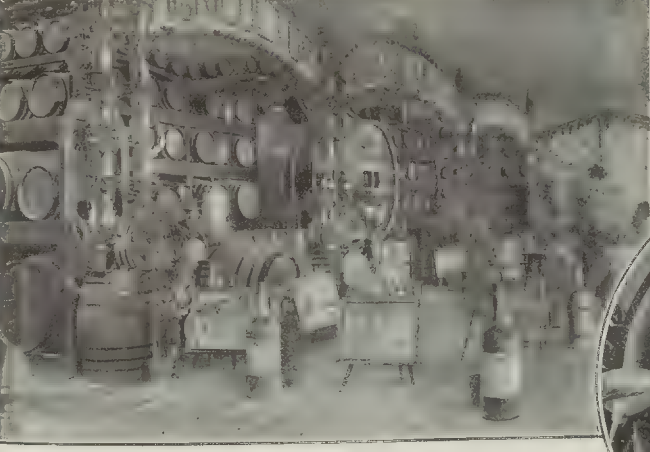
Exposición Regional Valenciana.—Interior del Pabellón de la Excma. Diputación Provincial de Valencia.

Entre los productos agrícolas son dignas de mención la instalación de aceite de cacahuet de Casanova y la de pasta de harina de coco para el ganado de Noguera, de Valencia; la muy notable de Alcoy de Escofet, con su facsímil de su fábrica de aceite; la de azafranes de Belda y C.ª, de Novelda; los arroces de F. Estela, y muchas más que convertirían esta crónica en un pesado inventario.

En maquinaria agrícola se destacan la gran trilladora de arroz de Domingo Gómez; los arados, vinadoras, giratorios, caballoneras y horcates de Salvador Cebriá, y la maquinaria agrícola en general y los molinos de viento elevadores de agua de Guardiola, de Valencia, los mismos de Figuerola, y otros.



Pabellón del Real Patrimonio



Exposición Regional Valenciana.—Instalación de D. Francisco Laurens en el Pabellón de Agricultura

La magnífica sección de Fomento va á quedar reducida á unas ligeras notas por apremios de espacio y de tiempo.

Concurren los ingenieros de montes y de minas de la región levantina con sus trabajos de repoblación forestal, carbones, trabajos en corcho, madera, paja y esparto, mármoles, minerales, fósiles, material minero y obras científicas, que son una hermosa biblioteca de la especialidad de minas y montes.

Obras públicas ofrece modelos facsímiles de puentes, carreteras, faros y puertos. La División hidráulica del Júcar reproducciones de los pantanos en construcción. La Granja Agrícola de Valencia sus aparatos y productos (semillas, seda, vinos, aceites, colmenas, etc.). Al lado de ella figura la notable instalación de la provincia de Castellón, en la que admiramos magníficos ejemplares de sus productos agrícolas.

La 2.ª División de ferrocarriles es notable por el material que expone. Cádiz concurre con notables facsímiles de sus obras públicas; la Junta de obras del Puerto de Barcelona con sus magníficas construcciones; la de obras del Puerto de Valencia con su palacio sin terminar aún y la reproducción del puerto de Valencia tal y cual estará *ad kalendas grecas*... Sevilla, Cartagena y Tarragona también presentan estudios acabados de sus puertos.

Otras secciones de Fomento son Instrucción Pública y Música. En la primera llamó nuestra atención el hermoso material para escuelas é Institutos de la casa Volckmar, de Leipzig; las aves disecadas de Crú; los lepidópteros de la región coleccionados por el Sr. Sanchis Pertegás; la monumental instalación de las Escuelas Pías de Valencia; la de la Escuela Superior de Industrias de Alcoy, notabilísima; las acabadas ediciones artísticas de la casa Parera, de Barcelona, entre las que figuran las obras sin igual en su género de Puig y Cadafalch; la Academia escuela modelo Mateu, con su buen material de enseñanza; la completa y rica instalación de la Escuela de Artesanos de Valencia, que merecía sin duda alguna varias crónicas; la no menos notable Escuela Superior de Industrias de Villanueva y Geltrú, tan digna de estudio; los originales tableros tipográficos para la escritura, lectura y cálculo de los niños, y la interesante instalación de obras literarias para la enseñanza.

La segunda sección de Fomento, dedicada á la Música, la forman la Manufactura de Pianos de Gómez, de Valencia, con sus hermosos pianos de cola y su *piano pianola*, el primero construído en España; la de Rodrigo, Teu y C.ª y Carreres, con sus pianos también de manufactura regional; las ediciones musicales de Luis Tena, y el pabellón de la casa Badía, de Barcelona, con sus pianos, *phonolas* y gramófonos.

Tal es á grandes rasgos descrita la parte dedicada á Agricultura y Fomento de nuestra Exposición Regional; ella demuestra, no sólo la envidiable altura á que dichos ramos están en nuestra región, sino también en las demás regiones españolas que han acudido al concurso abierto en Valencia á todas las altas manifestaciones del trabajo y de la inteligencia humanos.

B. MORALES SAN MARTÍN.

Valencia, 28 de junio de 1909.



Instalación del Ayuntamiento de Sueca en el Pabellón de Agricultura

(De fotografías de F. Moya.)

LOS SOBERANOS DE RUSIA EN SUECIA

Prosiguiendo el viaje que á bordo del yate imperial *Standart* emprendieron hace algunas semanas, los soberanos rusos llegaron el día 26 de junio último á Estockolmo, siendo allí recibidos por los reyes de Suecia, que en el yate real *Drott* habían salido á su encuentro en alta mar. Desde el desembarcadero y entre las aclamaciones de la multitud, dirigiéronse al palacio, en donde aquella misma noche se celebró un banquete de gala en su honor; entre Nicolás II y Gustavo V se cambiaron los afectuosos brindis de rúbrica.

En los días sucesivos, hasta el 29, en que los barcos rusos abandonaron las aguas de Suecia, hubo almuerzo en el *Standart* ofrecido por el tsar á la familia real sueca, excursión al castillo de Tullgarn y todas esas fiestas obligadas con que en las cortes se celebra la visita de soberanos extranjeros.

En su visita á Suecia daban escolta al tsar el yate *Estrella Polar* y cinco acorazados.

Según parece, Nicolás II se propone visitar durante esta excursión Inglaterra y algunos otros Estados, en donde los partidos más avanzados protestan ya de estas anunciadas visitas y se proponen hacer algunas demostraciones de desagrado al emperador de todas las Rusias. Es de esperar, sin embargo, que tales propósitos fracasarán ante la actitud firme de los gobiernos que, prescindiendo de todo sentimentalismo, no pueden menos de tener muy en cuenta la amistad ó la alianza de una potencia como Rusia.



Estockolmo.—Llegada de los soberanos rusos. En el grabado se ven, de izquierda á derecha: la tsarina, la reina de Suecia, el tsar y el rey de Suecia (De fotografía de Carlos Trampus.)

EDUARDO VII DE INGLATERRA

EN LA ESCUELA DE RUGBY

El día 4 de este mes, Eduardo VII visitó la escuela de Rugby, siendo esta la primera vez en la historia de Inglaterra que el soberano del reino visita el famoso establecimiento docente.

La visita tuvo por objeto inaugurar un nuevo salón, el llamado salón de discursos, construído para honrar la memoria de Monseñor Temple, y después de terminada la ceremonia el rey procedió á la plantación, en uno de los patios de la escuela, de un árbol conmemorativo del acto que se había celebrado bajo su presidencia. La fotografía que adjunta reproducimos representa esta escena; el personaje que está de pie cerca del soberano es el Dr. James, superior de la escuela.

La «Escuela de Gramática» de Rugby está en la pequeña ciudad de este nombre, situada á 45 kilómetros de Birmingham, y es actualmente uno de los primeros establecimientos educativos de Inglaterra. Fué fundado en 1567 por un rico comerciante de Londres, Lawrence Sheriff, quien la dotó de un terreno de ocho arpentas de superficie que entonces producía unas ocho libras al año y que ahora, cubierto de casas, renta unas 175 000 pesetas anuales.

El edificio fué reconstruído en 1808 y en su capilla se admiran dos notables monumentos funerarios en los que se guardan los restos mortales de los doctores James y Arnold, ilustres directores que fueron de la escuela; el último fué el autor de la reconstrucción antes citada y de otras muchas mejoras.—S.



El rey Eduardo VII de Inglaterra en la famosa escuela de Rugby. El soberano plantando un árbol en el recinto de la escuela después de haber inaugurado un nuevo salón de discursos. (De fotografía de World's Graphic Press.)



PARIS

FIESTA CELEBRADA EN PORT-AVIATION

Á BENEFICIO DE LAS VÍCTIMAS DE LOS TERREMOTOS DEL MEDIODÍA DE FRANCIA



El montgolfier tripulado por el capitán Lecomte después de su ascensión



El biplano de Rue que ganó el segundo premio de Lagatinerie

El grabado representa el aparato pasando por encima de la línea de globos á 50 metros de altura (De fotografías de Rol.)

Organizada por la Sociedad de Fomento de la Aviación, celebróse el domingo 4 de los corrientes en el aerodromo de Savigny, denominado Port-Aviation, una gran fiesta deportiva á beneficio de las víctimas de los terremotos del Mediodía de Francia.

El programa comprendía los cinco números siguientes: vuelo de los aeroplanos Bleriot y Rue para disputarse el premio Lagatinerie; gymkhana automóvil en el que tomaron parte el vizconde Defosse de Libermont, Andrés de Fouquieres, el barón Bernardo de Lagatinerie, el vizconde Enrique de Kersaint, Raúl des Vallieres y el vizconde de Coursón de La Villeneuve; una carrera de carros romanos; una partida de «funda,» y la ascensión de un montgolfier de 1.800 metros cúbicos, tripulado por el capitán Lecomte.

A pesar del mal tiempo, que una vez más ha contrariado las fiestas parisienses de esta temporada, una concurrencia tan numerosa como elegante acudió al aerodromo de Savigny, que había sido hermosamente adornado.

Todos los números del programa merecieron los aplausos del público, pero el que más interesó fué indudablemente el de los aeroplanos. Luis Bleriot y F. de Rue se disputaron los premios de Edmundo Archdeacon y de Bernardo de Lagatinerie, comisario general de la Sociedad de Fomento de la Aviación.

Bleriot dió en su monoplano veinte vueltas al aerodromo, permaneciendo en el aire 50 minutos y ocho segundos, es decir, efectuando el mayor vuelo de cuantos ha realizado hasta ahora en su aparato.

F. de Rue ganó el indicado premio en tres minutos 47 segundos, batiendo á Bleriot por 12 segundos y $^{2}/_{5}$ y pasando por encima de la línea de pequeños globos fijos situados á 50 metros de altura, con una seguridad de dirección verdaderamente notable.

Muy interesante fué también la gymkhana automóvil. Los vehículos tenían que recorrer una especie de laberinto formado con cintas y para trazar el cual se habían estudiado todas las dificultades posibles para poner á prueba la habilidad de los corredores. Estos dieron patentes muestras de su especial destreza salvando admirablemente los obstáculos y conquistándose todos ellos grandes aplausos.

Muy aplaudidos fueron también los que tomaron parte en la carrera de carros romanos.

Muchos de los concurrentes quedáronse á comer en Savigny á fin de presenciar el grandioso castillo de fuegos artificiales que se disparó por la noche como brillante remate de la fiesta.

La comida fué amenizada con un buen concierto, en el que cantaron las señoras Faure, de Covent Garden, y Briere, premiada en el Conservatorio de París, y los Sres. Henriel, del teatro de la Gaité, y Suaire.

Fué, en suma, la fiesta de Port Aviation una fiesta deliciosa bajo todos conceptos, que ha valido á sus organizadores entusiastas elogios y ha producido excelentes resultados pecuniarios, que contribuirán no poco á aliviar la triste suerte de las poblaciones del Mediodía de Francia, á quienes tan grandes perjuicios ocasionaron los terremotos del mes de junio.—T.



Gymkhana automóvil en la que los vehículos habían de recorrer un laberinto formado con cintas. (De fotografías de Carlos Delius.)

Llegada del vencedor en la carrera de carros romanos

SALÓN DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. PARÍS. 1909

DESPUÉS DEL BAILE, cuadro de A. Weiz

SALÓN DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. PARÍS. 1909



EN EL BALCÓN, cuadro de Ulpiano Checa

ENRIQUE DEUTSCH DE LA MEURTHE

La aviación ha dejado de constituir, desde hace mucho tiempo, un deporte para convertirse en una verdadera ciencia que puede prestar grandes servicios á la humanidad. Y por si algo le faltaba para tener enteramente este carácter científico, viene á dárselo ahora la Universidad de París, gracias al desprendimiento de dos hombres, uno de los cuales, el señor Deutsch de la Meurthe, es bien conocido por su afición á la navegación aérea y por la multitud de premios cuantiosos con que la ha fomentado.

Dicho señor ha hecho á la Universidad de París un donativo de 500 000 francos y se ha comprometido además á entregar anualmente una subvención de 15 000: el capital se destinará á la fundación de un Instituto aero-técnico, cuyo objeto será fomentar todas las investigaciones y todos los estudios técnicos que tiendan al perfeccionamiento de los aparatos de locomoción en todas sus formas y que se construirá en los alrededores de París, cerca de un campo de experiencias. La subvención servirá para el sostenimiento del Instituto.

El Sr. Deutsch de la Meurthe fué uno de los fundadores del Aero Club de París y á su iniciativa se debieron el premio de 100.000 francos, que ganó Santos-Dumont, el de 70 000 reservado á los aparatos más pesados que el aire, y, en colaboración con el Sr. Archdeacón, el gran premio de la aviación de 50 000 francos. Él ha sido también quien ha construído y regalado al Estado el dirigible *Ville de Paris*.

El otro donativo lo ha recibido la Universidad parisiense del Sr. Zaharoff, quien le ha entregado 700 000 francos para que con los intereses de esta cantidad se funde y se sostenga una cátedra de aviación en la facultad de Ciencias.



Enrique Deutsch de la Meurthe que recientemente ha entregado 500 000 francos á la Universidad de París para la fundación de un Instituto aero-técnico, y ofrecido una subvención anual de 15.000 francos para el sostenimiento del mismo. (De fotografía.)

BARCELONA. – FESTIVAL EN EL PARQUE GÜELL

De día en día aumenta la afición de los barceloneses á celebrar sus fiestas en el Parque Güell, y justo es reconocer que tal predilección es más que fundada, puesto que pocos sitios de los alrededores de nuestra ciudad son tan artísticos y pintorescos y ofrecen tantos atractivos como ese parque hermoso que con gran desprendimiento para solaz de todos ha construído el Excmo. Sr. D. Eusebio Güell, con la colaboración del eminente arquitecto Sr. Gaudí.



Barcelona.—Nuevo cuartel para la Guardia Civil,
construído en el barrio de la Salud por el Excmo. Sr. D. Eusebio Güell y regalado por éste al Estado
(De fotografía de A. Merletti.)

El festival allí celebrado el domingo día 4 de los corrientes fué un espectáculo animado y bello en extremo. Multitud de automóviles y de coches de todas clases circulaban por las amplias avenidas, por las que se paseaban también infinidad de elegantes damas y un público numerosísimo.

Conciertos por bandas militares, sardanas, títeres, elevación de globos, fuegos japoneses, carreras de bicicletas que se disputaban preciosos lazos bordados por distinguidas señoritas, *kermesse*, en la que lindas muchachas vendían dulces y vinos, de todo hubo en el festival que terminó casi de noche, dejando una impresión gratísima en cuantos á él concurrieron.

BARCELONA. – NUEVO CUARTEL

PARA LA GUARDIA CIVIL

En el pintoresco barrio de la Salud, en los hermosos alrededores de nuestra capital, se ha construído un nuevo cuartel para la Guardia Civil, cuyas obras ha costeado el ilustre patricio barcelonés D. Eusebio Güell, de quien es también el terreno sobre el cual se levanta el edificio.

De todo ello ha hecho el Sr. Güell donación al Estado, habiéndose firmado el día 5 de los corrientes la correspondiente escritura, que subscribieron con el donador los Sres. Ibáñez, Ponte y Abril, coronel subinspector, teniente coronel y capitán respectivamente de este tercio de la Guardia Civil.

Después de firmada la escritura procedióse á la entrega oficial del edificio, acto al cual concurrieron, además de las personas citadas, el gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo, el capitán general Sr. Santiago, muchos jefes y oficiales del benemérito instituto y algunos invitados. En el *lunch* con que éstos fueron obsequiados, brindaron los Sres. Santiago, Ibáñez y Ossorio, agradeciendo el patriótico desprendimiento del señor Güell, y éste dedicando entusiastas elogios á la Guardia Civil y diciendo que el acto que se le agradecía lo había realizado con la mayor satisfacción, porque lo merecían el rey, la patria, la Guardia Civil, que sostiene el orden, y su querida Barcelona.

El nuevo cuartel compónese de tres alas; la primera consta de bajos y dos pisos; la segunda, de bajos y un piso, y la tercera, de bajos solamente. Hay en él alojamiento para doce guardias casados con sus respectivas familias y para ocho guardias solteros; espaciosas cuadras, cuarto de baño, lavaderos, dos grandes azoteas, etc., todo en las mejores condiciones de capacidad y ventilación.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 523, POR V. MARÍN

NEGRAS (8 piezas)

BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 522, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Th6-e6	1. Ca1 b3
2. Ce8-f6	2. e7×f6
3. Da8-e4 jaque	3 f5×e4
4. T mate.	

VARIANTES.

2............... Ca6-c7; 3. Te6-c4 jaq., etc.
Ab8-e5; 3. Cd7×e5, etc.
e3×e2; 3. Cf6-d5 jaq., etc.
1...Ca1-c2; 2. Ce8-d6, e7-d6; 3. Da8-e4 jaq., etc.
Ab8×d6; 3. Te6-e4 jaq., etc.
Ca6-c7; 2. Da8×b8, Rf4-f3; 3. Db8×c7, etc.
c5-c4; 2 Ce8-f6, Ca6-c5; 3. Da8×b8 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Ce8-f6 ó d6, etc.



Barcelona.—Festival benéfico en el Parque Güell el día 4 de los corrientes
Puesto de dulces servido por señoritas. (De fotografía de A. Merletti.)

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



... y estuvo á punto de ser arrollado por el tílburi que á trote largo conducía otra vez al doctor Courvoyer al Cepellón

Edmundo había llegado á la verja, seguido paso á paso por el antiguo comerciante, cuya cólera espantaba.

El infeliz, absolutamente atontado, preguntándose si no se volvía loco también, pasó maquinalmente el umbral y se encontró en el camino, mientras el padre de Juana, con una fuerza decuplicada por la cólera, cerró brutalmente la pesada puerta.

—¡Cobarde!.. ¡Infame!.., rugía volviendo hacia su hija. ¡Qué cinismo..., qué audacia!.. ¡Venir á provocar hasta aquí!.. ¡Insultar mi dolor..., él..., él..., causa de todas nuestras desdichas!..

Y con el dorso de su mano temblorosa se enjugaba la frente bañada de un sudor repentino, provocado por la cólera que le animaba todavía.

Juana parecía clavada en el suelo por una fuerza desconocida; aquella escena había sido tan brusca y su espíritu se hallaba aún tan trastornado, que ella no había podido intervenir.

Su razón, apenas recobrada, se trastornaba en la violencia de aquella escena, cuya causa no podía ella comprender, puesto que aún ignoraba la infamia de su marido.

Su padre volvía á encontrarse á su lado, y de pronto el negociante experimentó un asombro tal, que retrocedió y estuvo á punto de caer de espaldas.

—¡Padre..., articuló Juana, padre!.. Edmundo..., ¿por qué?.. ¡Ah, estaba yo tan contenta!..

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

El Sr. Laroche contemplaba á su hija, mudo de estupor. Dábase cuenta entonces de la transformación operada en el rostro de Juana. En sus ojos, hasta entonces sin expresión, brillaban miradas de inteligencia. Su frente parecía iluminarse con los resplandores de la razón.

Tendió los brazos y avanzó hacia su hija, con las manos temblorosas, agitado por una indecible emoción. La abrazó y la estrechó contra su pecho, mientras las lágrimas de una emoción que no podía contener caían abrasadoras por su rostro.

—¡Juana mía..., mi querida Juana!.., balbuceó con la voz más tierna. ¡Me reconoces!.. ¡Ya vuelvo entonces á poseerte!..

—Padre..., ¿qué tienes?, interrogó dulcemente la joven; estoy á tu lado, sí... ¿Pero por qué te has encolerizado contra Edmundo..., contra mi marido?

—¡Salvada..., salvada!.., exclamó el Sr. Laroche; ¡ha recobrado la memoria!.. ¡Ah, hija mía..., pobre hija de mi alma!.. ¡Qué dicha!

—¡Me asustas!, dijo Juana espantada de la exaltación de su padre. ¿Qué pasa entonces? ¿Por qué has arrojado fuera á mi marido?.. Se me figura que estoy soñando...

Juana miraba en torno suyo con una expresión de asombro intenso.

—Explícame..., dijo ella. Hay cosas que no comprendo. ¿Por qué estamos aquí?.. Si no me engaño, estamos en el Cepellón...

—¡Ah, lo reconoces!.., exclamó el antiguo comerciante en un nuevo transporte de alegría; sí, estamos en el Cepellón..., ya te explicaré..., más tarde..., no busques..., no te fatigues..., todo lo sabrás... luego... Ven, ven...

Las voces del Sr. Laroche habían atraído al jardinero que trabajaba cerca de allí, y que ahora contemplaba con asombro el grupo enlazado del padre y de la hija.

El antiguo comerciante vió de pronto al hombre y le llamó.

—Francisco, ordenó con voz febril, corre y alcanzarás por el camino al doctor Courvoyer, que sale de aquí..., no puede estar lejos..., hace apenas algunos minutos que partió..., que vuelva atrás en seguida..., anda..., corre...

—Voy, señor..., contestó el jardinero aturdido.

—¡A escape!.., gritó el Sr. Laroche.

El hombre se alejó rápidamente hablando entre dientes.

—¡Juanita..., hija mía!.., repuso el Sr. Laroche enlazándola con su brazo. ¡Ven..., ven conmigo!.. ¡Hija de mi alma!..

Esto diciendo, se la llevaba amorosamente hacia la casa.

Juana callaba: operábase un trabajo inaudito en su espíritu. Trataba de reunir vagos recuerdos sin conseguirlo.

Su padre se asustaba de aquel silencio.

¿Acaso aquel destello de razón que acababa de vislumbrar se había extinguido?

—¡Juana..., Juana mía, contesta!.. ¿Por qué ya no me hablas?.., preguntó ansioso. ¡Te lo suplico, Juana mía, mírame, como hace un instante, háblame otra vez!..

—Busco, padre, contestó la joven, busco y no me explico... Se me figura que hay un vacío en mi vida. ¿Qué ha pasado por mí?

El antiguo negociante tuvo un relámpago de alegría. Sus temores eran infundados. La razón había vuelto; aquel cerebro enfermo volvía á pensar.

Habían llegado delante de la casa y la enfermera esperaba á la puerta, disponiéndose á acompañar á Juana á su cuarto, como de costumbre; pero el señor Laroche la detuvo con un gesto.

—Es inútil hoy, señora Honoré, dijo el comerciante con la sonrisa en los labios. ¡Mírela usted!.. ¡Todo lo comprende!.. ¡Se acuerda de todo!..

Y con gran asombro de la enfermera, Juana preguntó, como si la viese por primera vez:

—¿Quién es esta señora?

—Es una persona que te ha cuidado bien, mi pobre Juana, contestó el Sr. Laroche; una mujer llena de abnegación.

—¡Que me ha cuidado!.., exclamó Juana con una sorpresa inquieta. ¿He estado enferma?

—Sí, hija mía, has estado enferma, contestó el padre guiándola hacia la terraza. Has estado muy enferma, pero ya estás curada y no hay que pensar más en ello.

Y como la señora Honoré les mirase con estupefacción, añadió:

—Sí, está curada, absolutamente curada.

El Sr. Laroche parecía haber recobrado en un instante todo el vigor de sus mejores días, y el abatimiento que le abrumaba desde aquellos largos años de dolor se había disipado como por encanto.

Con paso ligero subió la escalinata, y en el saloncito adonde la condujo, sentóse delante de su hija estrechándole ambas manos con fuerza, como si temiera que la locura se la arrebatase de nuevo.

Juana miraba á su alrededor con asombro. Observaba las modificaciones introducidas en la disposición de aquel salón, y esto llenaba á su padre de alegría.

Allí había una puerta que no existía antes. El mobiliario había sido transformado en parte.

—¿He estado enferma?, preguntó Juana devorada por el deseo de saber. ¿Mi enfermedad era, pues, muy grave?.. ¿Cómo es que no me acuerdo?..

De pronto tuvo un grande estremecimiento que la sacudió toda.

—¡Ah, Dios mío, ya comprendo!.., exclamó con dolor, ¡estaba loca!.. ¿No es esto, padre?.. ¡Estaba loca!..

El acento de terror de la joven pronunciando estas palabras espantó á su padre, que se apresuró á tranquilizarla.

—No, hija mía, no estabas loca, dijo besándola; pero tuviste una pérdida momentánea de la memoria. No era nada, ya lo ves, puesto que la has recobrado.

—¿Y he estado largo tiempo así?, preguntó Juana pasándose la mano por la frente, mientras sus ojos iban á buscar su imagen reflejada por un gran espejo empotrado entre las dos ventanas.

—Mucho tiempo..., sí..., balbuceó el Sr. Laroche; pero, por favor, Juanita, no te fatigues en este momento buscando explicaciones.., ya te las daremos. Espera algunos instantes..., el doctor va á venir..., él mismo te explicará...

El pobre padre no sabía qué decir..., no se atrevía á tomar la iniciativa de revelaciones que hubieran podido producir una impresión desastrosa en el espíritu aún poco firme de su amada hija, tan milagrosamente vuelta á la razón

«A ver si Francisco habrá alcanzado al doctor—pensó.—Él sabrá hasta qué punto se la puede enterar de pronto...»

Momentos después, el doctor Courvoyer entró en el salón.

—Y bien, ¿qué pasa?, preguntó. Me ha hecho usted..

Pero no tuvo tiempo de concluir.

—¡Está curada, doctor..., mi hija está curada!.., exclamó el Sr. Laroche ¡Usted tenía razón!

Y estrechó las manos al médico, que miraba á Juana con viva sorpresa.

La joven se había levantado al ver entrar al señor Courvoyer y se había inclinado saludándole con una corrección perfecta.

—¡Oh, oh, oh!, exclamó el alienista en tres tonos diferentes. ¡Gran novedad!

—Lo que usted había previsto, mi querido doctor, ha sucedido, dijo el Sr. Laroche con una explosión de dicha. Una circunstancia que yo estaba lejos de prever ha determinado en mi hija la conmoción brusca que usted había anunciado... ¡Ha recobrado la memoria!..

Luego se dirigió á Juana, que no salía de su sorpresa.

—El doctor Courvoyer, hija mía, le dijo; él es quien te ha asistido, á él debo toda mi gratitud, pues si no me ha matado la pena ha sido gracias á la esperanza que no ha cesado de hacer brillar á mis ojos.

—Gracias, doctor, dijo Juana tendiendo la mano al médico; me asocio con todo mi corazón al agradecimiento de mi padre.

—¡Pero la curación es completa!, murmuró el alienista; ¡magnífico!..

Luego añadió en voz alta:

—Usted no puede imaginarse, señora, cuánto me alegro de su curación. Pero me veo obligado á confesar que no se debe á la ciencia.., al menos se le debe muy poco en el caso presente...

—Lo esencial es el resultado, dijo el Sr. Laroche.

—Explíqueme usted, señor doctor, preguntó Juana; esta enfermedad..., ¿cómo es que?..

—La pobre quisiera saber en seguida lo ocurrido durante su enfermedad, dijo el padre de Juana. No he podido contestar á sus preguntas por temor de que esto la fatigase.., al menos hoy.

—Seguramente, declaró el doctor. Hay que ir poco á poco, gradualmente.. Ha pasado usted, señora, por una crisis terrible y no debe usted exponerse á una recaída...

—Sin embargo, protestó Juana, ¡quisiera yo saber tantas cosas!.. Ahora comprendo cuanto me dicen... ¿Por qué no hablan?.. Vamos, papá.., vamos, señor doctor.., puesto que estoy curada, dígame usted, porque trato de saber y sufro... ¿Mi marido..., mi hija..., mi pequeña Jenny?

Los dos hombres cambiaron una mirada, y el doctor contestó:

—Sí, ciertamente, está usted curada, hija mía; pero, créame usted, deje reposar su espíritu, al menos hoy. Hay que tomar muchas precauciones...

Juana trató de formular una nueva protesta; pero bajo los besos de su padre que le suplicaba que se sometiese, consintió en descansar un poco. Sentía pesadez en la cabeza; invadíale una especie de fatiga, debida á los esfuerzos de su espíritu para recordar lo pasado.

Los dos hombres la confiaron á la señora Honoré, y el doctor le dijo:

—Luego lo sabrá usted todo... Necesito hablar un instante con su padre... Le prometo á usted que dentro de un rato le explicaré lo que desea...

Y dejando á Juana con la enfermera, llevóse al Sr. Laroche á la estancia vecina.

La alegría del antiguo comerciante era inmensa; hubiérase dicho que no se acordaba ya de la circunstancia que había devuelto súbitamente á su hija la razón perdida.

El doctor le interrogó.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Se ha producido una conmoción?. La pobre ha debido experimentar una emoción violenta... ¿Cuál ha sido la causa?.

—¡Ah, sí!, contestó Laroche; es verdad que usted no sabe...

Y refirió la visita del que tomaba por su yerno.

Hacía tiempo que el doctor estaba al corriente de las particularidades del casamiento de Juana.

—Usted debió dejar hablar á ese hombre, dijo cuando el Sr. Laroche hubo terminado su relación. Quizá tenía sobre la niña alguna noticia que se le hubiera podido arrancar. No puedo menos de confesar á usted que abrigo mis inquietudes acerca de la criatura desaparecida. ¿Qué vamos á contestar á la madre cuando la reclame? Ya la oyó usted hace un momento.. Recuerda muy bien que tiene una hija.

El antiguo comerciante era presa de una angustiosa perplejidad. La observación del doctor Courvoyer le parecía muy justa. En efecto, ¿cómo iban á explicar á Juana la desaparición de su hija?..

—Mi hija misma, puesto que ha recobrado la memoria, va á enterarnos, dijo de pronto el Sr. Laroche dándose una palmada en la frente. Si ella misma confió su hija á alguien antes de salir de su casa, ella nos lo dirá.. Quizá lo hizo antes de que esa espantosa locura se apoderase de ella...

—Sí, es posible, contestó el doctor, y no tardaremos en saberlo, cuando yo la interrogue con toda la prudencia necesaria.

—Una cosa me inquieta por mi parte, declaró el padre de Juana. Me pareció que mi hija recibía sin repugnancia la visita de su marido; todo lo contrario... Me imploraba en su favor... ¡Quién sabe si ignora lo que el miserable ha hecho! Y si lo ignora, ¿será prudente decírselo?..

—Hemos de obrar, ya se lo he dicho, con muchísimas precauciones, contestó el alienista. No precipitemos nada. Vamos á volver al lado de su hija. Déjeme usted interrogarla, y veré lo que conviene decir y lo que es prudente callar.

—En usted confío, doctor. Vamos.

En el momento en que se disponían á volver al lado de Juana, entró un criado con una tarjeta que presentó al Sr. Laroche.

—El Sr. Bonamy, el notario de Segonzac, dijo éste después de leer la tarjeta; ¿qué me querrá?

Y dirigiéndose al médico:

—Usted dispense, le dijo. Permítame un instante. Vuelvo en seguida, pues no es el momento de pensar en otra cosa que en mi pobre hija. Será cuestión de diferentes trozos de viña que saben que estoy dispuesto á vender...

El doctor volvió al lado de Juana.

—Diga usted á ese caballero que pase, ordenó el Sr. Laroche al criado.

Hacía tiempo que el dueño del Cepellón estaba en relaciones de negocios con el notario de Segonzac, y después de un apretón de mano particularmente amistoso, le dijo:

—Ruego á usted que me dispense.. En este momento sería yo incapaz de ocuparme de negocios.. El doctor está ahí con mi hija...

—No he venido para hablar á usted de negocios, declaró á su vez el notario. Se trata de otra cosa... urgente...

—¡Ah! ¿Qué hay?

—Hará cosa de una hora, recibí la visita de un joven que salía de aquí.

El padre de Juana se estremeció. Iba á tratarse seguramente del marido de Juana.

—Edmundo de Favreuse..., continuó el señor Bonamy.

—Sí, sí, ya sé, interrumpió con cierta impaciencia el antiguo comerciante. ¿Qué quería?

—Ese caballero, á quien usted no recibió, al parecer, venía á verle con el objeto de satisfacerle una deuda que su padre contrajo con usted.

—¡Eh!.. ¿Cómo?., exclamó Laroche sorprendido.

—El Sr. de Favreuse quería efectuar en manos de usted el reembolso de esa deuda; pero no habiendo podido hacerlo, me entregó los fondos rogándome que le reemplazase cerca de usted en esta misión. Le traigo, pues, el dinero que acaba de entregarme, pues ha manifestado el deseo de que cumpliera el encargo inmediatamente.

El padre de Juana se hallaba en el colmo de la sorpresa.

¿Qué significaba aquel paso extraño de su yerno? Se perdía en conjeturas de toda clase, sin llegar á explicarse el móvil de aquella restitución que la situación del marido de su hija hacía tan improbable.

El notario sacó fajos de billetes de Banco y papeles de su cartera.

—También traigo para usted esta carta, dijo el señor Bonamy. Ese caballero la escribió en mi casa y me rogó que se la entregase á usted.

De pronto el Sr. Laroche iba á rechazar la carta que el notario le presentaba, pero se acordó en seguida de las palabras del doctor.

Quizá había en aquel escrito algo que convenía saber en bien de Juana.

Con mano agitada por un temblor nervioso, rompió el sobre y leyó á media voz:

«Muy señor mío: El estado de trastorno de mi espíritu no me permite buscar en este momento la explicación de lo que acaba de pasar y la causa del violentísimo resentimiento que le impulsó á arrojarme de su casa; pero no por eso quiero dejar de cumplir la promesa que hice á mi padre moribundo, y el Sr. Bonamy, notario, le entregará á usted de mi parte la suma que el Sr. de Favreuse debía á usted al morir.

»Cinco años pasados en América no me han permitido satisfacer antes esta deuda sagrada. Hubiera podido manifestar á usted mi gratitud, y crea usted que me ha causado profundo dolor el haber merecido la cólera del hombre que me había acostumbrado á considerar siempre como el amigo verdadero de mi desdichado padre.

»Voy á marchar otra vez de Francia con el corazón desgarrado, y procuraré olvidar los afectos que había dejado en ella y las esperanzas que me habían traído, si es posible...»

Las manos del Sr. Laroche temblaban.

¡No comprendía!. Sus facciones expresaron un estupor violento. Una duda extraña hizo brotar de su frente un sudor de angustia.

Volvió á leer maquinalmente la carta.

—¿Qué significa esto?.., murmuró. ¿Es que me vuelvo loco?

El notario hablaba. Leía el recibo en papel sellado que había preparado de antemano; pero el señor Laroche no le oía; con los ojos fijos en el papel que tenía en la mano, parecía hipnotizado como si hubiera caracteres misteriosos trazados en la carta.

Agitábanse en su cerebro las ideas más diversas y

las suposiciones más extrañas. Perdía insensiblemente la facultad de pensar, y pareció salir de un sueño cuando el notario le tocó el brazo y le dijo presentándole una pluma:

—¿Tiene usted la bondad de firmar?

—¿Firmar?.. ¡Ah, sí, sí!..

Y maquinalmente trazó su nombre en el sitio que le designaba el dedo del Sr. Bonamy.

—Hay veinte mil francos, importe del préstamo, explicó el depositario de la fe pública; luego los intereses calculados al cinco por ciento y capitalizados, es decir, en junto la suma de...

—Bueno, bueno, interrumpió el padre de Juana sin mirar el dinero; muchas gracias...

El notario examinaba á su cliente con sorpresa. Aquella manera de obrar en materia de negocios era tan contraria á las costumbres del antiguo comerciante, que no podía dar crédito á lo que veían sus ojos. Pero, por discreción profesional, no se atrevió á hacer la menor observación y se retiró, acompañado hasta la puerta de la escalinata por el señor Laroche.

El padre de Juana parecía un sonámbulo, y casi tropezando volvió á subir los peldaños para ir al saloncito donde se encontraba su hija con el doctor Courvoyer.

Edmundo de Favreuse, después de haber pasado la verja del Cepellón, bajo la maldición suprema del Sr. Laroche, permaneció un instante inmóvil, como clavado en el suelo, en un estado de espanto indescriptible; luego, como un autómata movido por irresistibles resortes, marchó hacia adelante, con el pensamiento ausente, y anduvo así más de doscientos metros sin haber recobrado la lucidez de su espíritu.

Le zumbaban los oídos como si se los llenase un formidable ruido de campanas. ¡Ante sus ojos turbados, los árboles del camino parecían arrastrados en una zarabanda fantástica! Iba titubeando como un beodo, y estuvo á punto de ser arrollado por el tílburi que á trote largo conducía otra vez el doctor Courvoyer al Cepellón.

Oyó gritar:

—¡Eh, cuidado! ¡Eh!

La voz del doctor le despertó, volviéndolo á la noción de la realidad.

Detúvose restregándose los ojos y las sienes, como si saliese de una horrible pesadilla, y el recuerdo de lo que acababa de pasar se le presentó con toda su cruel claridad.

¡Le había arrojado fuera como se arroja á un malhechor!

En los ojos del padre de Juana había leído tanto desprecio como cólera.

¿Desprecio para él?.. ¿Y por qué?

Las terribles palabras del Sr. Laroche repercutían en sus oídos.

«¡Miserable..., váyase usted!.. ¡Ha tenido usted la audacia de presentarse aquí!..»

¿Qué había hecho él?..

De qué era culpable, él que volvía para cumplir el juramento de honor hecho á su padre moribundo, él que llegaba lleno de gratitud, con el corazón rebosante de amor.

¡Pobre Juana, loca!.

¡Y á él le habían echado con horror y con indignación!

¿Qué había pasado?

El infeliz se sentía con el corazón terriblemente lacerado.

¡Sostenido por la amorosa esperanza que le había traído, venía á poner á los pies de su Juana adorada una fortuna reunida para ella, para ella sola!

¿Qué misterio terrible se ocultaba bajo aquella espantosa aventura?.. ¿Qué cambio espantoso se había operado durante su ausencia?

Edmundo sentía ahora haber partido así, pareciendo huir ante el furor incomprensible del antiguo amigo de su padre.

Sí, hubiera debido quedarse, insistir, arrostrar la cólera del Sr. Laroche, enterarse y disculparse.

Ahora era demasiado tarde. ¡Todo había concluído, y concluído para siempre!.. ¡Había perdido irremisiblemente á Juana!.

—¡Juana!.., mi idolatrada Juana!.., murmuró el desgraciado joven, ¡adiós!.., ¡adiós para siempre! ¡Yo no había nacido para ser feliz! ¡La fatalidad nos separa! ¡Mis más caras esperanzas quedan destruídas! No volverte á ver..., olvidarte..., ¿podré acaso? No, comprendo que no; ¡tu imagen adorada no se borrará jamás de mi espíritu!. , ¡aquí dejo mi corazón... y de hoy más sólo encontraré en la vida un cuerpo cuya alma permanecerá al lado de la tuya hasta la muerte!..

Con la cabeza tristemente inclinada sobre el pecho jadeante, el infortunado continuó su marcha sin volver el rostro.

Edmundo procuraba reunir sus recuerdos; examinaba si en su conducta pasada había habido algo que pudiese hacer sospechar al padre de Juana su amor por ella.

Pero no, y la misma Juana debía ignorar aquella pasión que había guardado siempre en lo más profundo de su ser, como un avaro oculta su tesoro á los ojos de todo el mundo.

Poco á poco, sin embargo, la marcha le devolvió una calma relativa, y llegaba á las primeras casas de Segonzac, cuando de pronto se le ocurrió una nueva idea. Recordó el objeto de su visita al Cepellón, aquel reembolso que debía hacer al antiguo amigo de su padre. ¿Iba á volverse sin haber cumplido aquella misión sagrada?

Buscaba una combinación, cuando el escudo metálico que brillaba sobre la puerta del notario del pueblo llamó su atención.

El desgraciado hijo del Sr. de Favreuse tomó una resolución inmediata. Entró en la notaría y explicó brevemente al Sr. Bonamy el servicio que iba á pedirle.

El notario aceptó sin dificultad la misión de confianza que se le confiaba, y minutos después Edmundo tomó el primer tren de París.

¿Qué iba á hacer ahora?

¡Toda la armazón de su dicha acababa de derrumbarse en un minuto!.. Su vida no tenía ya objeto, y en un instante le asaltó la idea de la muerte. Pero en seguida se alzó ante él la imagen de su padre como un reproche, y acordóse entonces de que no estaba solo en el mundo. Pensó en su madre y en su hermano, pensó que se debía á ellos y apartó de su espíritu los lúgubres pensamientos que le habían asaltado.

—¡Mi madre!.. ¡Mi hermano!.. Sí, ellos podrán explicarme quizá lo que ha ocurrido, dijo para sí, atormentado por la necesidad de saber. ¡Mi madre quizá ha vuelto á ver al Sr. Laroche durante mi ausencia!.. ¡Necesito verla!..

Esta resolución se afirmó en él, á pesar de los obstáculos que preveía, pues recordaba que Luciano la había buscado inútilmente á raíz de la muerte de su padre.

—¡La buscaré, resolvió, y la encontraré!.., ¡ahora trabajaré para ella!.. ¡Sí, por ella conoceré la clave de ese horrible misterio que se cierne sobre mí!

Apenas vuelto á París, Edmundo empezó sus investigaciones.

Había pensado muy lógicamente que su madre, cuya ternura por Luciano conocía muy bien Edmundo, habría procurado juntarse con su hijo predilecto, y esperaba ser más afortunado en sus pesquisas para encontrarla á ella.

Desde la escena atroz de la calle de las Abadesas, desde que su padre había arrojado sin piedad á la esposa culpable, Edmundo no había tenido noticias de su madre.

¿Qué había sido de ella?.. ¿Careciendo de fortuna personal, cómo y de qué podía vivir?

De pronto un rayo de luz cruzó la mente del joven. Recordó que su madre, antes de casarse, ejercía una profesión. ¿No era comadrona? ¿Quizá había buscado, en el ejercicio de esta profesión, los medios de subsistencia? De todas maneras, era un punto de partida para sus investigaciones.

«Si ejerce en París—pensó,—encontraré su dirección en el Bottin.»

Entró en un café, se hizo dar con una bebida el enorme anuario que compulsó con un cuidado minucioso, pero sin encontrar en él el nombre que buscaba.

Presentábase una complicación que en seguida tuvo en cuenta Edmundo.

«¿Y si abandonó su nombre de Favreuse?—pensó,—lo que es casi seguro. ¿Y si ha vuelto á casarse? .

»¿Pero se me ocurre una idea—dijo después de un instante de reflexión;—en la Prefectura de policía, quizá me informaran? Allí constan los nombres de todas las comadronas del departamento.»

Rápidamente, Edmundo se hizo conducir al muelle de Plateros, y después de una larga espera, fué al fin puesto en presencia del funcionario que podía informarle.

Pero el nombre de Favreuse tampoco figuraba allí en la lista de las comadronas de la jurisdicción de la prefectura.

Edmundo empezaba á desesperar. Vislumbraba las dificultades con que iba á tropezar en sus averiguaciones; pero, queriendo llevar al último extremo su primera idea antes de abandonarla, practicó una diligencia en la Facultad de medicina.

Sabía que su madre había recibido allí su título y quizá encontraría alguna huella.

Su inspiración le sirvió bien esta vez, pues en la secretaría de la Facultad le enteraron de que madame Rollinet ejercía actualmente en Meudon, calle de Fleury.

Este era el nombre que había debido dar, puesto que su madre había obtenido el título bajo su apellido paterno.

¡No se había equivocado Edmundo!.. La señora de Favreuse ejercía su antigua profesión para ganarse la vida, y el pobre joven pensaba con una profunda compasión en lo que debía ser la existencia actual de aquella mujer acostumbrada durante tanto tiempo al lujo y á la vida fácil.

Olvidaba en aquel momento todos los motivos que había podido dar á su padre, motivos que su respeto y ternura filiales nunca habían querido conocer, y se reprochaba ahora su desfallecimiento de ánimo.

No, no tenía derecho á quitarse la vida, puesto que su madre carecía de fortuna y él podía crearle una existencia mejor.

—Iré á Meudon, dijo para sí. ¡Mi madre me ayudará á encontrar á Luciano, que tal vez vive también en la estrechez, y los tres iremos á vivir en América! Quizá entonces, rodeado de su afecto, olvidaré la herida abierta en mi corazón.

En el saloncito de la comadrona de Meudon Griffonnier acababa de leer una carta.

La señora de Favreuse y Luciano le escuchaban, pensativos.

—¿Eh? ¿Qué les parece á ustedes?.. ¿Era fuerte esta?, interrogó el antiguo pasante cuando hubo concluído.

Era el borrador de su última carta al Sr. Laroche.

—¿Y no ha contestado?, preguntó Luciano.

—¡Lo mismo que á las otras!, contestó Griffonnier. Y con esta ya van seis al menos.

—Créame usted, dijo la madre de Luciano, ese hombre se siente demasiado invulnerable. Habríamos de encontrar otro medio... Estoy segura de que ni siquiera lee estas cartas.

—He pensado en algo, declaró Griffonnier; pero aunque un poco aventurado, no veo más que ese medio para producir efecto.

—Habla, insistió Luciano; vamos á ver.

—Presentar simplemente al tribunal una demanda en regla contra tu suegro.

—¡Sí, sí, eso es, aprobó la señora de Favreuse; es lo que yo decía, y hace tiempo que debías haberlo hecho!

Luciano tenía pocas ganas de llamar sobre él la atención de la justicia; pero no se atrevía á manifestar su repugnancia por semejante medida, en presencia de su madre que ignoraba su condena.

Griffonnier comprendía los motivos de la vacilación de su amigo.

—Yo sé muy bien, dijo él, que no podemos probar el rapto de la niña, pero una demanda produce siempre su efecto; y cuando el Sr. Laroche se vea citado ante el tribunal, la cosa le dará que pensar, y á fin de evitar otros disgustos de la misma especie, preferirá desembarazarse de ti por un medio que su fortuna le permite.

—¿Tú crees que el tribunal daría curso á semejante demanda?, preguntó Luciano medio decidido.

—¡Seguramente!, afirmó el ex pasante. El tribunal no conoce al Sr. Laroche, y aunque éste llegase á demostrar su inocencia en el acto, siempre se habría visto obligado á una diligencia penosa que procurará evitar para lo futuro. ¡Lo que hay que probar es que tú no renuncias á tus derechos!

—Sin embargo, objetó Luciano, semejante acusación sin pruebas...

—Sin pruebas, si quieres, sea, replicó Griffonnier, pero sí con fuertes presunciones. El antiguo axioma, «Busca á quien el crimen aprovecha,» es siempre de mucho peso para los representantes de la justicia. Pues bien: desprándese claramente de las circunstancias que sólo tu suegro puede haber tenido interés en hacer desaparecer á esa niña, y estoy seguro de que una demanda sería para el hombre la ocasión de una serie de disgustos y molestias muy grandes. Por lo demás, yo no veo otro medio de hacerle aflojar la mosca.

—Vamos á ver, sugirió Luciano decididamente, disgustado por aquella perspectiva; y una demencia anónima, ¿no surtiría el mismo efecto?

—Sería pueril, amigo mío, declaró Griffonnier, pues el Sr. Laroche sabría pronto de dónde viene el tiro y no tardaría en manifestárselo al juez instructor. No, vale más que firmes resueltamente tu denuncia. Te lo repito, tus derechos paternos quedan incólumes; nada arriesgas, y, por el contrario, puedes sacar gran provecho de esa diligencia.

(Se continuará.)

PARIS

CINCUENTENARIO DE LA BATALLA DE SOLFERINO

En muchas ciudades de Italia y en la capital de Francia se han celebrado grandes fiestas y solemnes actos con motivo de cumplirse cincuenta años de la famosa batalla de Solferino, librada en 24 de junio de 1859, y en la que franceses y sardos, unidos bajo el mando de Napoleón III, derrotaron al ejército austriaco. A las solemnidades efectuadas en París han asistido delegaciones de los principales municipios italianos, como Roma, Milán, Turín, Génova, Perusa y otros, y los veteranos sobrevivientes de aquella guerra de la independencia, que han sido recibidos allí con gran entusiasmo y con calurosas muestras de afecto.

Comenzaron las fiestas con una marcha de las antorchas, que se efectuó en la noche del 26 de junio, y al día siguiente celebróse la solemnísima sesión en la Sorbona, en la que pronunciaron elocuentes discursos los señores Lavisse; marqués de Passano, alcalde de Génova; Raqueni, secretario general de la Liga franco italiana; comendador Cavalieri, presidente de la Sociedad italo-francesa de Roma; general Picquart, ministro de la Guerra, y conde Gallina, embajador de Italia en París. Terminó la fiesta con una *matinée* artística, en la que notables actores y cantantes recitaron poesías alusivas y cantaron algunos fragmentos de diferentes óperas, y la música de la Guardia republicana tocó el himno de Garibaldi.

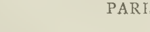
El día 28 los delegados italianos fueron recibidos en el *Hotel de Ville* por el Ayuntamiento de París; el presidente del Consejo Municipal, el prefecto del Sena, el prefecto de policía y los alcaldes de Roma, Milán, Turín, Perusa y Coni usaron de la palabra, todos inspirándose en los mismos sentimientos de fraternidad entre Francia é Italia. Después de aquella sesión, sirvióse un espléndido *lunch* en el salón de fiestas, que estaba magníficamente decorado.

En la mañana del 29 los alcaldes fueron presentados por su embajador al presidente de la República, mientras los veteranos depositaron una palma al pie del monumento de Garibaldi. El general Lanes, último sobreviviente de los oficiales de Palestro; el coronel Spechel, y el Sr. Sansbœuf, presidente de los veteranos franceses, pronunciaron sendos discursos. Asimismo visitaron y depositaron coronas en los monumentos de Víctor Hugo y del Dante.



París.—Cincuentenario de la batalla de Solferino.—El general Lanes, pronunciando un discurso al pie de la estatua de Garibaldi, en presencia de los alcaldes de varias capitales de Italia y de los veteranos italianos. (De fotografía de M. Rol.)

PARIS



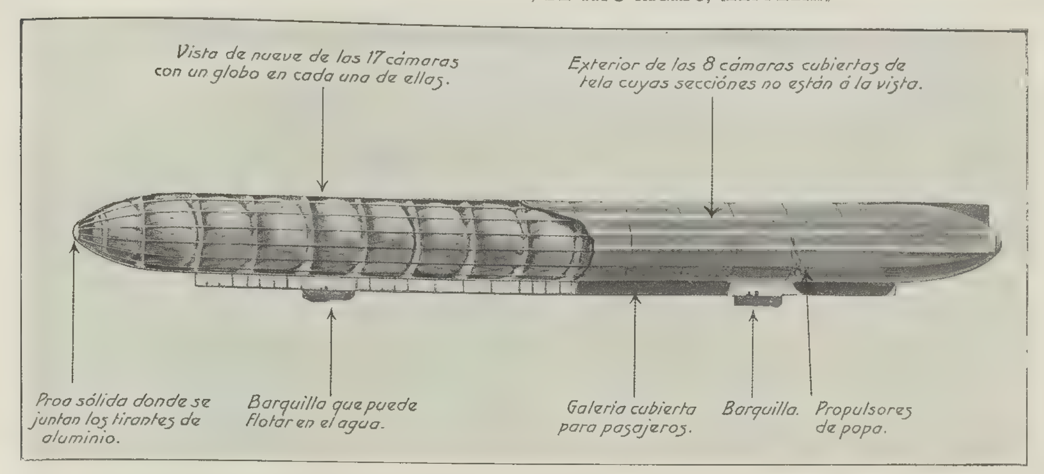
GALERÍA SUBTERRÁNEA PARA EL PASO DE PEATONES

El incesante aumento de la circulación rodada en las grandes urbes ha llegado á constituir un verdadero peligro para la gente de á pie y hasta un gran inconveniente para los mismos que van en coche, ya que de continuo tienen que pararse para que los peatones puedan atravesar la calle. Este inconveniente y este peligro suben de punto en los cruces de dos grandes vías, por ser mayor en ellos el movimiento de vehículos y de viandantes, y el mejor modo, si no el único, de facilitar la circulación de todos es construir galerías subterráneas por donde los peatones puedan, sin riesgo y sin dificultad, pasar de un lado á otro. Así se ha hecho en Paris en el ángulo que forman dos vías de tanto movimiento como la Avenida de los Campos Elíseos y la calle de Marbeuf, dando con ello un ejemplo que en todas las ciudades de cierta importancia debiera imitarse. La galería en dicho punto construída es muy espaciosa y su aspecto exterior no afea lo más mínimo la vía pública, según puede verse en el adjunto grabado.—R.



París.—Galería subterránea para el paso de peatones en el ángulo de la Avenida de los Campos Elíseos y de la calle de Marbeuf. (De fotografía de M. Rol.)

EL GLOBO ALEMÁN DIRIGIBLE, DE TIPO RÍGIDO, «ZEPPELIN»



Vista de un costado del dirigible, descubierto en parte para que se vea su estructura interior

Tres clases distintas de aeróstatos dirigibles se disputan la conquista del aire: los no rígidos, los semirrígidos y los rígidos. Como tipos de los primeros pueden citarse los franceses *Ville de París* y *Clement-Bayard*, y el alemán *Parseval;* de los segundos, los franceses *Republic* y *Lebaudy*, y el alemán *Gross II;* y del tercero, el alemán *Zeppelin.*

Todos estos globos han sido ensayados con éxito en extremo satisfactorio; pero preciso es reconocer que hasta el presente, el que ha batido el *record* es el *Zeppelin*, de cuyas excursiones aéreas, alguna de ellas verdaderamente extraordinaria, nos hemos ocupado distintas veces en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El *Zeppelin* es por ahora el único aeróstato enteramente rígido, y está formado por un armazón de tirantes y aros de aluminio cubierta de una tela de algodón impermeable y que contiene en su interior diez y siete compartimientos, en cada uno de los cuales hay un globo lleno de hidrógeno; de la cubierta penden dos barquillas con sendos motores que hacen funcionar dos hélices, y de una á otra hay una galería cubierta para la comunicación de entrambas.

Las ventajas de este sistema del *Zeppelin* se han patentizado en la excursión efectuada el día 29 de mayo último y de la cual dimos cuenta en el número 1.433; puesto que habiéndose desgarrado en el descenso la envoltura y roto dos de los diez y siete globos, la avería pudo ser fácilmente reparada y la fuerza ascensional de los quince globos que habían quedado incólumes fué suficiente para que el aeróstato pudiese emprender nuevamente su vuelo y regresar felizmente á su cobertizo de Friedrichshaven.

Dícese que el conde Zeppelin, inventor del globo de su nombre, se propone intentar el año que viene el descubrimiento del polo Norte; la empresa, de realizarse, será patrocinada por el emperador Guillermo II, que ha acogido la idea con gran entusiasmo y se propone subvencionar espléndidamente la expedición.

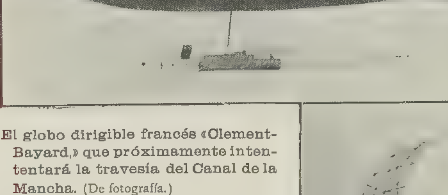
Y puesto que de dirigibles hablamos, creemos interesante reproducir la lista de los que poseen distintas naciones: Francia, el *Lebaudy*, el *Republic*, el *Ville de París*, el *Ville de Nancy* y el *Clement-Bayard;* Alemania, el *Zeppelin I*, el *Zeppelin III*, el *Parseval I*, el *Parseval II*, el *Gross I* y el *Gross II;* Inglaterra, el *Baby;* el Japón, el *Dirigible;* Rusia, el *Rusia;* Italia, el *Dirigible I*, y Bélgica, el *Bélgica*.

Además, actualmente hay en construcción otros doce aeróstatos en varios países. – T.

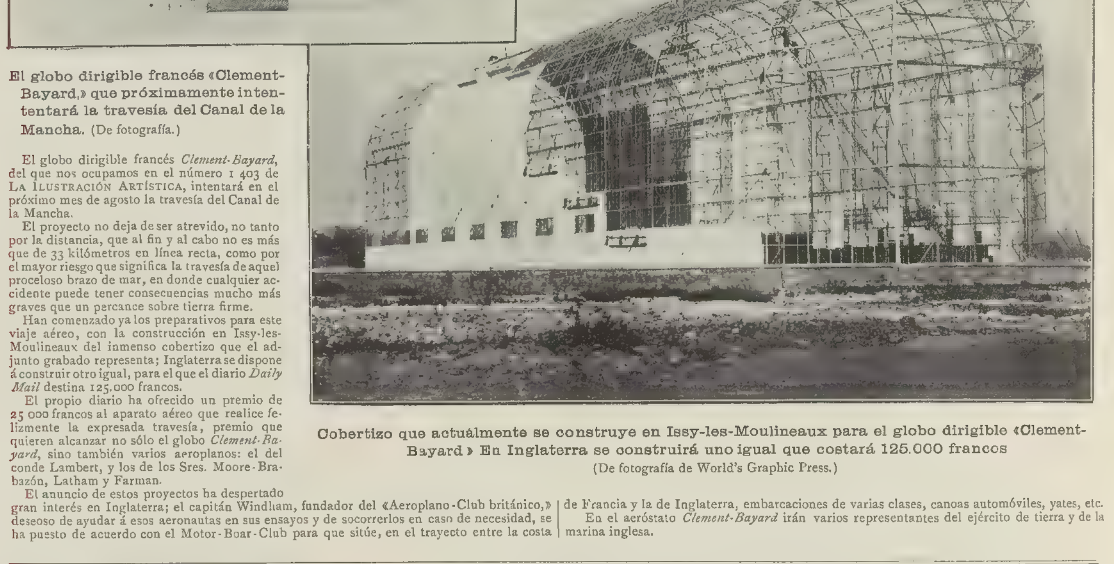
LA TRAVESÍA DEL CANAL DE LA MANCHA EN GLOBO

EL AERÓSTATO CLEMENT BAYARD

Y EL COBERTIZO QUE PARA ÉL SE CONSTRUYE EN ISSY-LES-MOULINEAUX



El globo dirigible francés «Clement-Bayard,» que próximamente intententará la travesía del Canal de la Mancha. (De fotografía.)



Cobertizo que actuálmente se construye en Issy-les-Moulineaux para el globo dirigible «Clement-Bayard» En Inglaterra se construirá uno igual que costará 125.000 francos

(De fotografía de World's Graphic Press.)

El globo dirigible francés *Clement-Bayard*, del que nos ocupamos en el número 1 403 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, intentará en el próximo mes de agosto la travesía del Canal de la Mancha.

El proyecto no deja de ser atrevido, no tanto por la distancia, que al fin y al cabo no es más que de 33 kilómetros en línea recta, como por el mayor riesgo que significa la travesía de aquel proceloso brazo de mar, en donde cualquier accidente puede tener consecuencias mucho más graves que un percance sobre tierra firme.

Han comenzado ya los preparativos para este viaje aéreo, con la construcción en Issy-les-Moulineaux del inmenso cobertizo que el adjunto grabado representa; Inglaterra se dispone á construir otro igual, para el que el diario *Daily Mail* destina 125.000 francos.

El propio diario ha ofrecido un premio de 25 000 francos al aparato aéreo que realice felizmente la expresada travesía, premio que quieren alcanzar no sólo el globo *Clement-Bayard*, sino también varios aeroplanos: el del conde Lambert, y los de los Sres. Moore-Brabazón, Latham y Farman.

El anuncio de estos proyectos ha despertado gran interés en Inglaterra; el capitán Windham, fundador del «Aeroplano-Club británico,» deseoso de ayudar á esos aeronautas en sus ensayos y de socorrerlos en caso de necesidad, se ha puesto de acuerdo con el Motor-Boar-Club para que sitúe, en el trayecto entre la costa de Francia y la de Inglaterra, embarcaciones de varias clases, canoas automóviles, yates, etc.

En el aeróstato *Clement-Bayard* irán varios representantes del ejército de tierra y de la marina inglesa.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 19 de julio de 1909 — Núm. 1.438

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie de 1909, que será MEMORIAS DEL GENERAL KUROPATKIN, libro interesantísimo en el que el ilustre caudillo ruso describe las causas de la guerra ruso-japonesa, los motivos que influyeron en su resultado y los hechos militares de la misma.

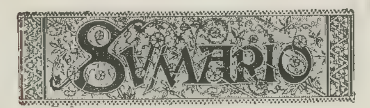


ROMA.—Embajada enviada á S. S. el papa Pío X por el sultán Mohamed V para notificarle su advenimiento al trono

La embajada en el Vaticano. (De fotografía de Felici, comunicada por Carlos Abeniacar.)

El 4 de este mes S. S. el papa Pío X recibió solemnemente á la embajada otomana encargada de notificarle el advenimiento al trono de Turquía de Mohamed V. El embajador Khalib-bajá dijo en su discurso, entre otras cosas, que la misión que le había sido confiada le era tanto más agradable cuanto que la ejercía cerca del Sumo Pontífice, jefe espiritual de una parte de la población otomana conocida por su fidelidad al imperio. El papa contestó: «Aprecio en alto grado la prueba de benevolencia y de amistad que recibo del sultán, y ruego al embajador que dé por ello las gracias en mi nombre á su soberano. Me ha sido especialmente grato oir de vuestros labios el testimonio tributado á la fidelidad y á la lealtad de los católicos otomanos que continuarán siendo en lo porvenir los mejores súbditos del sultán.» Terminó Pío X su discurso haciendo votos por la prosperidad de Mohamed V.

Desde 1847, cuando el advenimiento de Pío IX al solio pontificio, es esta la primera embajada que la Puerta envía al Papa, y este acto de Mahomed V tiene tanta más importancia cuanto que no se trata de un soberano temporal, como lo era en la citada fecha Pío IX, sino de un soberano puramente espiritual, con quien no rezan los deberes de la diplomacia que regulan las relaciones entre los jefes de Estado. Ha sido, pues, la decisión del nuevo sultán de Turquía un testimonio de alta consideración y respeto al Vicario de Jesucristo, cabeza visible de una Iglesia tan opuesta á la suya, lo cual dice mucho en favor de su ilustración y de su espíritu de tolerancia.



DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

El mes de junio es, por excelencia, el mes de Barcelona. Resplandece su cielo con todos los encantos de la luz primaveral; rebosan sus avenidas y paseos de viandantes ávidos de expansión; se reviste la ciudad de todos sus esplendores y alegrías mediterráneas. Es el mes de las brisas agradables, de las noches claras, de las flores y de los perfumes, de la *ginesta* dorando las laderas, de la juventud dejando sus aulas y empezando á gozar sus vacaciones. Constituye el momento clásico de la animación y del bullicio, antes de las dispersiones del veraneo.

Su fiesta del Corpus, sus verbenas resplandecientes, dejan en la memoria del viajero una grata é imperecedera impresión. ¿Quién puede olvidar el recuerdo de Barcelona, contemplada desde la cumbre del Tibidabo en una de esas noches tibias y serenas, entre el susurro eólico de los pinares, bajo la bóveda fulgurante con el brillo de sus constelaciones y nebulosas? En el cruce de las grandes arterias de la ciudad, allá abajo, arden los fuegos de San Juan. En la cima de los montes arden también, contestándose de cordillera á cordillera y animando las misteriosas y obscuras lejanías con la titilación de una pupila vigilante.

El espectáculo es de grandeza innegable. La ciudad no duerme: vela. Líneas inmensas de puntos luminosos, rosarios de grandes perlas fosforescentes, indican la cuadrícula del Ensanche, las vías primordiales, la dársena del puerto. Nada más tranquilo y aéreo que esta visión. Depurado de los relieves implacables de las horas de sol, flota todo en una semiobscuridad, en una semitransparencia lánguida. La atmósfera es diáfana é inmaterial. Las colinas, los edificios, las grandes masas, producen la impresión de haber perdido su opacidad y su peso. Parece verse más allá de las cosas, al otro lado, como si es tuvieran hechas de brumas y vislumbres...

Y el espectador, absorto, medita, divaga, poetiza. ¡Oh ciudad enigmática é incomprendida para unos, para otros incomprensible! ¡Oh ciudad calumniada á la par por el odio y por la lisonja, por la repulsión y por la idolatría! La noche te es propicia; un viento de serenidad refrigera tu frente hecha al hervor de todas las calenturas. Todos te atormentamos, todos te pedimos más de lo que puedes dar, todos á una te recriminamos por lo que nos has ofrecido con exceso ó por lo que no has tenido tiempo de ofrecernos todavía.

***

Hace un siglo que eras una capital de provincia: la más importante, la de mayor población, pero nada más que una capital de provincia. Capmany te habló de tu antigua prosperidad mercantil, y vagamente despertó tu conciencia. Durante siete años padeciste bajo la expoliación napoleónica. Desde 1808 á 1815 tu vida sufrió una brusca y completa parálisis. Tus hijos, tus capitales, tus industrias, emigraron en la más trágica y miserable dispersión.

Lo que ibas organizando heroicamente al amparo de la política *económica* y de cultura de los reinados de Fernando VI y Carlos III, todo eso quedó aniquilado y hecho polvo en un momento, más todavía que al perder tu antiguo régimen, un siglo antes, en la guerra de Sucesión. Al replegarte otra vez, sobre ti misma, en 1815, hubo que empezarlo todo desde la raíz. Tu riqueza, el instrumental completo de tu naciente cultura, habían volado en astillas... Pusiste manos á la obra y viste pasar la reacción, «los tres llamados años,» el decenio terrible, el despotismo ilustrado, el despotismo sin ilustrar. Saludaste la aurora isabelina, sufriste la guerra civil, dos bombardeos, no sé cuántos pronunciamientos y motines, una continua lucha encarnizada por tus principios económicos.

Y no obstante este cúmulo de adversidades, fuiste en ascenso. El romanticismo te condujo á una tentativa de restauración poética é intelectual. Rompiste la argolla de tus inútiles fortificaciones, ensanchándote con rapidez americana. Trataste de llenar tu ámbito con un alma digna de él. La tentativa se extendió á todo: al arte, al pensamiento, á la acción política.

He aquí tu pecado. Durmieras quietamente, plácidamente, el ensueño histórico; te contentaras con una prosperidad material bonachona, *more judaico*, aceptada á cambio de todas las sumisiones y bajezas; hubiéraste sumado siempre á la común monotonía, y ni tus hijos ni los extraños te pidieran tan á menudo cuenta del tiempo invertido en la siesta. Es achaque común de nuestra humana naturaleza dejar en paz á los negligentes y enfurecernos, en cambio, contra los activos y fecundos porque .. no hacen más. La prodigalidad acaba por irritar á todo el mundo, puesto que todos acuden á ella y muy pronto la extenúan. De aquí un gran descontento.

Y esta es la reconvención que suelen dirigirte propios y extraños. Tu «caso» desorienta. Unos te imaginan como el vestigio de una regresión medieval; otros te temen como al laboratorio europeo de las más infernales demagogias. Quién te cree el refugio de toda mojigatería, quién un antro de abominaciones más horrendas que las de Pentápolis. Este cuenta, en son de reproche, tus conventos y tus cofradías; estotro tus garitos, tus logias, tus clubs y tus *music halls*.

Lo mismo acontece respecto de tu literatura y tus artes. Unos tachan á tu poesía de ñoña, montañesa y *barretinaire;* otros de histérica y morfiniana. Olvidando que estás en plena formación, en plena tentativa, en plena inquietud por tu propio porvenir, se te reconviene porque tu arte no es definitivo, reposado, sereno. Olvidando que estás en una mañana, te pedimos la madurez y el esplendor de la tarde. No hace cincuenta años que eso comenzó y te increpamos á coro porque, de una vez, no nos has dado una civilización completa, porque no te has estrenado con un siglo de oro, porque, simultáneamente, y casi diría que alojados en el mismo hospedaje, no nos ofreces un Homero, un Shakespeare, un Cervantes, un Miguel Angel, un Wágner, un Hegel, todo á un tiempo...

***

Esto puede pensar el espectador solitario que allá en la cumbre del Tibidabo, desde la terraza del restaurant, contempla el espléndido cosmorama abierto á su alrededor, advirtiendo la respiración que asciende de la ciudad volcán, de la ciudad cráter: cráter de todas las erupciones y lavas de la vida moderna, tal como Alfredo de Vigny pudo contemplar al París de 1830, ardiendo en el fuego de ensueños, ideales y utopías de redención, más ó menos posibles ó sangrientos.

Tal es también el destino de la gran capital de nuestros días: ser centro de todas las fermentaciones, alambique de todos los bálsamos y de todos los venenos, árbol del bien y del mal que ofrece las flores más puras y los frutos más acerbos y ponzoñosos. En sus entrañas se renueva el espíritu de la humanidad, se elabora la ciencia, germina el progreso, abre el arte su corola ideal; pero, al mismo tiempo, se forja el rayo en ellas, el rayo del odio y la destrucción, como ese del terrorismo que descarga con tanta frecuencia sobre Barcelona, y al cual se ha ido habituando hasta el punto de soportarlo con elegante indiferencia, porque sólo la indiferencia puede contrariar á los alarmistas.

Sus últimas hazañas parecen haber tomado por campo de operaciones los teatros y cafés del Paralelo; ese mismo Paralelo que de seis ó siete años á esta parte ha dotado á esta ciudad de una nota tan pintoresca y *sui generis*.

***

La literatura de última hora ha perdido su afición á lo pintoresco y anecdótico, por reacción sin duda contra los abusos descriptivos del naturalismo y las amplificaciones coloristas é insistentes de la época anterior. Por esta razón el Paralelo no ha conseguido hasta ahora una consagración literaria, ni tiene su obra, ni sus dibujantes, ni sus costumbristas, ni sus poetas, como los tuvieron, en el transcurso de tres siglos, todos los sitios famosos y populares de Madrid, desde Quevedo á D. Ramón de la Cruz y á Mesonero Romanos, desde Goya hasta Ortego.

Tiene de característico el Paralelo el ser una cosa *moderna*, nacida con aire clásico y á la antigua. En esa vía á medio urbanizar se ha improvisado una feria perenne, como en los puntos más señalados de la *banlieue* de París. La muchedumbre la ha adoptado con súbita preferencia; y los teatros, los barracones de espectáculo, los cafés populares, los bars, las salas de tiro y de subasta, el Tío vivo y el toboggan se extienden de un extremo al otro de la avenida, llenándola con la animación de sus rótulos, con el torrente de luz de sus farolas eléctricas, con el reverberar de sus cristales, con la ruidosa trompetería de sus órganos callejeros y el incesante vibrar de sus timbres de anuncio.

Una multitud abigarrada y llena de color discurre por las aceras, en estas noches de verano, y ocupa las mesas de los cafés, al aire libre. Se adivina en aquel concurso un espíritu propio y hasta una opinión. El Paralelo tiene su prensa, su sociología, su melodrama, su novela, su película, adecuadas y propias. Es un campo de exploración y conquista para pequeños caudillos, pequeños autores y pequeños músicos, que allí obtienen su popularidad de barriada y su *gloriole* de una noche de cuplets picantes contra el gobierno. Los últimos restos de la *bohemia* romántica pudieran reunirse en aquellos andurriales como en el café de Momus, buscando la compañía de Mimís y Musettas de modesto rango.

A ese público que frecuenta bars, teatros y cines, hay que añadir el que se contenta con pasear ó estacionarse ante la carretilla de los vendedores ambulantes ó el puesto caldeado por el vaho de la sartén y la fritanga de buñuelos. Del conjunto se desprende una impresión en extremo animada y simpática, de esparcimiento popular. Confúndense allí el modesto oficinista, el dependiente, el obrero, el trabajador de los barrios marítimos, el tripulante del buque anclado en la rada, el curioso, el viajero, el soldado libre de servicio alborotando en el grupo de las criadas de su región, que ríen con risa estrepitosa de algo que ellas no saben ni nosotros sabremos nunca. Confúndense allí los niños y los ancianos en unas horas de esparcimiento y de *kermesse*, en las cuales se siente el hervor de una ciudad en plena vida, como lo sintiera el Doctor Fausto, al anochecer, paseando con su fámulo Wágner por los alrededores de Francfort animados por el tumulto vital de la tarde del domingo, que dejó en su alma la tentación de revivir su juventud perdida y abandonar la contemplación estéril y vacua de la ciencia...

***

Pues bien: contra ese suburbio popular van dirigidos los últimos atentados que registra la crónica de Barcelona, tan fatigada ya por la penosa misión de tener que relatarlos. Como de costumbre, la autoridad no ha conseguido detener á los autores ni saber nada de ellos. El misterio continúa y las exageraciones de una parte de la prensa también. Lo que no continúa hace mucho tiempo es el pánico, hasta el punto de haberse reanudado en el teatro Soriano la representación inmediatamente después de ocurrida la explosión de que ya tienen noticia los lectores. De esta actitud impasible ha pretendido deducirse algo como encallecimiento y postración de ánimo, cuando no servil conformidad.

El terrorismo tiene un valor de sugestión mucho más que de realidad. Su estrago, más que en las víctimas, lo busca en el efecto moral de la intimidación, en la consecuencia de amargar y hacer lúgubre la vida, en esparcir el temor, la lobreguez de espíritu y la desconfianza sobre una ciudad sonriente por el clima, por el carácter de sus pobladores y por el general contento de vivir que en ella resplandece como nota dominante.

Y esto no lo ha conseguido ahora y lo conseguirá cada día menos, si es que los incógnitos enemigos de la sociedad no se cansan ó no caen en poder de la justicia. Su principal colaborador está en la sociedad misma. Si ella se espanta y estremece, así resulta de eficaz el atentado desde el punto de vista de sus autores. Si la detonación se produce en el vacío, bajo la campana neumática, sin aire para vibrar, el atentado es como si no existiera. Es como una luz sin retina que pueda copiarla y dar noción de ella.

Miguel S. Oliver.

LA CONDESITA, CUENTO DE BERTA NEULLIÉS. Dibujo de Mas y Fondevila (1)



Su temblorosa mano habíase detenido más de una vez al escribir aquellas líneas dictadas por el oficial

I

Ahora sí que estaba resuelta la condesita á divorciarse... No podía, no, vivir así abandonada, desdeñada por aquel orgulloso Hugo de Sontés, su esposo.

Ocho años hacía que se habían casado y siempre se le había mostrado frío, insensible á sus súplicas y á sus caricias. Todo lo habría ella soportado mejor que esa falta de atenciones, de deferencias; mil veces habría preferido hasta las brutalidades á esa indiferencia glacial que él oponía á toda insinuación de su parte.

¿Cómo ella, la delicada parisiense moderna, afectuosa, expresiva, que sólo soñaba con cariño y con besos, cómo había unido su destino á aquel hidalgo campesino, primitivo y zafio? ¿Qué había encontrado en él que pudiera agradarle?

Por una de esas anomalías extrañas y sin embargo muy comunes todavía, eran precisamente aquel vigor, aquella naturaleza varonil y ruda, lo que había seducido á la linda y graciosa heredera. Aquel hombre se le había aparecido como uno de aquellos feroces galos «bruscos para todo el mundo, pero blandos y cariñosos para su dama...»

No había necesitado, sin embargo, mucho tiempo para convencerse de la equivocación que había padecido.

«Ese pobre Hugo es de madera» — escribía la condesita á su madre en las primeras cartas después de la boda.

«¡Es de piedra! — decía en las siguientes. — Recorre sus tierras desde la mañana hasta la noche y vuelve á casa lleno de barro hasta los pelos, apestando á estiércol y manchando las alfombras con sus botas enlodadas. Caza y apalea á sus perros y á sus colonos. Esta es su vida diaria. En cuanto á mí, aún no me ha concedido el honor de pegarme; pero parece ignorar mi presencia; seguramente no soy nadie para él. Me considera como un mueble inútil, por no decir molesto.»

Al cabo de un año de matrimonio la condesa había tenido una hija, Gisela; y aunque por un momento esperó que esta circunstancia ablandaría algo al conde, también en esto se equivocó.

¡Una hija!.. Hugo de Sontés se encogió de hombros despreciativamente cuando el médico le anunció la novedad.

No, decididamente aquella parisiense, aquella mujercita del tamaño de dos ochavos de manteca, con la que había cometido la tontería de casarse, no servía para nada.

¡Ni siquiera podía darle un hijo, un varón, un heredero que perpetuara su raza! ¡Era aquella la primera vez que un Sontés pasaba por semejante vergüenza!..

Y el conde continuó dedicándose á apalear á sus perros y á sus colonos.

Cuando Gisela tuvo tres años, la condesa, que se moría de fastidio en su castillo viejo y sólo pensaba en París, decidióse á abordar á su marido.

—Querida mía, respondióle éste, eres absolutamente libre; vive en París si así te place. Por lo que á mí toca, hállome muy bien aquí y por nada del mundo abandonaré la mansión de mis padres.

Esto fué todo lo que pudo obtener del conde.

Cansada al fin, una mañana emprendió el viaje, llevándose consigo á la niña; y una vez en el lujoso palacio de sus padres, reanudó su vida mundana de otros tiempos.

Pero la condesita no tenía entonces más que veinte años, y á esta edad el corazón habla muy fuerte... Los bailes, los trajes, las distracciones, las mismas caricias de la encantadora Gisela, no bastaban á satisfacer aquel corazón que estaba sediento de afecto, de cariño..

Y un día advirtió con espanto que estaba enamorada, pero enamorada profundamente, de Max de Bellmont, el joven y arrogante oficial que, desde hacía un año, la seguía á todas partes, viviendo, por decirlo así, en su sombra, rodeándola de solícitas y respetuosas atenciones...

Cuando el pretendiente habló al fin, ella contestó francamente:

—También yo le amo á usted..., pero soy casada.

—No importa; ¿acaso no tenemos el divorcio?

¡Era verdad! La condesita no había pensado en ello .. Sin embargo, quedóse pensativa..., aquella palabra «divorcio» le daba miedo. ¡Divorciada!.. ¡Cuán mal sonaba esto á sus oídos! Abandonar el nombre de Sontés, que había jurado llevar honradamente mientras su marido viviese, para adoptar otro, parecíale una especie de crimen...

—¡Qué inocente es usted!, decíale su galanteador con sonrisa burlona.

Y ella opinaba como él..., pero á pesar de todo el divorcio la espantaba y repugnaba á su alma sencilla y recta.

¿Qué será de Gisela?, decía con acento vacilante.

—Gisela será mi hija; tendrá dos personas á quienes amar en vez de una. No tenía más que madre y ahora hallará en mí un padre; ya ve usted si es sencillo.

«¿Un padre?..»

Y la condesita, poniéndose de pronto pensativa, volvía á ver en su imaginación el viejo castillo en donde tanto había sufrido y en donde Hugo de Sontés continuaba maltratando á las personas y á los animales...

Era él el padre de Gisela, y aunque á decir verdad no parecía acordarse mucho de su paternidad, al fin y al cabo la niña llevaba su nombre, era de su raza y por sus venas corría su sangre.

La condesita, conturbada por aquellos ojos azules que la envolvían con su mirada acariciadora, se esquivaba suspirando.

II

Tres años luchó contra aquel amor, resistiendo todas las súplicas de aquel joven leal que se ofrecía á ella y le rogaba que le confiase su vida, su felicidad...

Un día, agotadas sus fuerzas, cedió y escribió al conde pidiéndole que consintiera en el divorcio.

La respuesta no se hizo esperar.

«Sí, divorciémonos, amiga mía, divorciémonos— había contestado el esposo;—por mi parte no hay ningún inconveniente; pero te advierto que mi hija se viene conmigo. Es una Sontés y su puesto está aquí, á mi lado, desde el momento en que su madre deje de llevar mi nombre.»

Y nada más había dicho.

Entonces comenzó de nuevo la lucha. Cierto que la condesa amaba con delirio al apuesto oficial; pero la idea de Gisela, de aquella niña adorada á quien tendría que abandonar al rudo y brutal Sr. de Sontés, la helaba de espanto, y la madre la rechazaba con horror.

Pero llegó un día en que la «madre» fué vencida por la «mujer.»

Hacía una semana que se hallaba instalada con algunos amigos y con Max de Bellmont en un hotel de Berck-sur-Mer; la niña se había quedado en París con su abuela. Y allí, no teniendo á todas horas ante su vista la querida presencia de su hija, acabó por ceder á las súplicas ardientes de su adorador, quien logró al fin arrancarle el consentimiento por el que suspiraba desde hacía tres años: sí, la condesita se divorciaría, sería suya, enteramente suya.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Aquella misma mañana, en un rincón apartado del salón del hotel, los dos habían redactado la carta fatal que la condesita enviaría á su marido y en la que le expresaba su voluntad formal de intentar una demanda de divorcio y su asentimiento á renunciar á todo derecho sobre Gisela, tal como él había exigido.

Su temblorosa mano habíase detenido más de una vez al escribir aquellas líneas dictadas por el oficial; y sus ojos pardos se habían apartado con frecuencia del papel revelando en su mirada inquieta y vaga una expresión de angustia; pero subyugada por el imperio irresistible que Max ejercía sobre ella, la condesita había llegado hasta el final.

Y ahora la suerte estaba echada; la carta estaba escrita y metida en el sobre lacrado.

—Ea, póngase usted el abrigo y vamos juntos á echar al correo esa epístola que la hace á usted libre y mía.

En aquel momento entraban sus amigos en el hotel.

—¿Salía usted, condesa?, preguntóle una de las señoras. ¡Qué feliz casualidad! Precisamente veníamos á buscar á ustedes para visitar ese famoso Hospicio de Niños, en el que no se puede entrar sin un permiso extraordinario. Conque, pronto, no se detengan, pues sólo disponemos de una hora y nos espera allí el doctor X.

—He de ir al correo, balbuceó la condesa.

—Irá usted cuando salgamos del hospital; las cartas no se recogen hasta mediodía y á las once ya estaremos listos.

Y juntos partieron, riendo y hablando alegremente... Eran tres parejas jóvenes, ricas, formadas por esas gentes felices de la tierra para quienes toda la vida se resume en una palabra: divertirse.

Y se divertían desde la mañana hasta la noche. Pero al hospital iban con cierto temor, con una aprensión secreta.

—El corazón parece que se me quiere saltar del pecho. ¡Figúrese usted que, según creo, nos enseñarán todas las salas, incluso aquellas en donde están los niños más gravemente enfermos.

—De fijo que mis nervios no soportarán ese espectáculo, afirmaba la señora de Saint Aubin, una morena muy pálida, peinada á la Botticelli.

—Te esconderás detrás de mí, contestóle su marido, soltando una gran carcajada de buen muchacho.

A su llegada al establecimiento benéfico encontraron al doctor X, quien les hizo entrar en el inmenso edificio.

Los parisienses miraban asombrados, prorrumpiendo continuamente en exclamaciones y en frases tiernas.

—¡Es encantador! ¡Vea usted esas galerías llenas de flores! Por gusto podría vivirse en este hospital, que, en verdad, nada tiene de triste. Y esos pobres niños, ¡qué lindos son!

Los visitantes vaciaban su bolsa en las manos de los pequeñuelos, les daban los dulces y los juguetes comprados para ellos; y aquellas criaturas seguían con arrobamiento á las hermosas damas, que pasaban como una visión dejando en pos de sí la alegría y el agradecimiento.

Cuando llegaron á la puerta de una sala, que estaba cerrada, el doctor se detuvo.

—Señores, he de advertir á ustedes que aquí hay varios niños gravemente enfermos... Temo que su vista cause á ustedes una impresión penosa. Quizás sería mejor que pasásemos por la galería... Vengan ustedes; los verán desde más lejos... por las ventanas abiertas.

Y emocionadas, con el corazón palpitante, aquellas damas contemplaron el espectáculo que á sus ojos se ofrecía... Era lamentable el aspecto de aquellos niños, de rostro demacrado, exangüe, tan blanco como la almohada sobre que descansaban sus cabecitas. Encerrados en la envoltura de yeso que moldeaba sus cuerpecitos frágiles y encorvados, parecían cadáveres; sólo conservaban un poco de vida sus ojos, esos grandes ojos hundidos y brillantes de los moribundos.



Capricho, cuadro de Guillermo V. Kranz

Los visitantes, silenciosos y con el corazón oprimido, escuchaban al médico, que les explicaba la clase de tratamiento ensayado en aquellos casos, punto menos que desesperados.

Faltaba sólo ver una cama, la última, junto á la cual estaban un interno y una monja.

—Este no llegará al mediodía, dijo tranquilamente el doctor, está agonizando desde esta mañana.

Un gran estremecimiento circuló por todo el grupo... La señora de Sontés, conmovida y con el rostro bañado en lágrimas, acercóse algo más, procurando ver mejor á la enfermita.

Como si hubiese sentido sobre ella aquella mirada, la niña moribunda abrió sus ojos, agrandados por la agonía, y los clavó en la condesa.

—¡Mamá!.. ¡Es mamá!

La niña, en cuyas vidriosas pupilas se reflejó una expresión de éxtasis, murmuró algunas palabras que no llegaron á oídos de los visitantes. De pronto, la religiosa se dirigió hacia éstos.

—Señora, dijo á la condesita, ¿quiere usted hacer una buena obra? Esta niña se figura que es usted su madre y la llama. ¿Quiere usted ayudarla á morir en esa ilusión?

La señora de Sontés siguió sin titubear á la monja y se encaminó al lecho de la agonizante.

—¡Oh..., mamá!

Y una claridad de infinita ternura brilló en los ojos que se clavaban con apasionada admiración en el hermoso semblante de la condesa.

—¡Ya lo había yo dicho que vendría mamá!.. ¡Ya lo sabía!.. ¡Qué guapa es! ¿Verdad?.. Quisiera... quisiera...

La condesita había adivinado... Inclinóse suavemente sobre la cama y depositó un beso prolongado en aquella frente lívida.

—¡Oh!.., murmuró la enfermita cerrando los ojos.

Durante unos minutos percibiéronse vagamente estas palabras entrecortadas siempre las mismas: «¡Mamá... mamá!»

Después, un suspiro leve como un soplo... Luego, nada. La niña había muerto con una sonrisa radiante, creyendo dormirse en los brazos de su madre.

—Ha realizado usted una buena acción, señora, dijo el interno saludando respetuosamente á la condesa. ¡Cuando uno piensa que hay madres bastante desnaturalizadas para abandonar así á sus hijos, sin preocuparse del martirio infligido á las víctimas inocentes! Esa pobre niña nunca pudo consolarse de ello; desde que entró aquí siempre ha tenido en los labios la misma palabra: ¡Mamá! ¡Pobre criatura! Todos los días nos preguntaba: «¿Ha escrito mamá? ¿Vendrá pronto?» ¡Sí, en ello piensa la desdichada! Abandonó á su marido, divorciándose de él para casarse con un joven que la galanteaba, y el padre, un cochero de punto brutal, borracho, no quiso tener á su cuidado á la niña. Cuando nos la trajeron estaba ya demasiado enferma para que pudiéramos curarla... ¡Los animales quieren más á sus hijos que ciertas personas!

La monja aproximóse, á su vez, á la condesa y le dió las gracias.

—Es usted madre, señora, le dijo; no me cabe duda. Lo he adivinado en seguida por la manera como ha besado usted á esa criatura.

—¡Sí!.. Tengo una niña de siete años.

—¡Que Dios la bendiga!, murmuró gravemente la religiosa, y que derrame sobre ella toda la dicha que ha merecido usted por su acto de caridad.

. . . .

—¡Ea, tortolillos! Ahora vayan ustedes al correo, dijo alegremente una de las damas mientras se despedían á la puerta del hospital. Nosotros nos vamos al Kursaal á jugar una partida de ping pong y á tomar un aperitivo antes del almuerzo.

Pero la carta no salió... La condesita la había roto en mil pedazos, que sembró junto á la cama de la pobre abandonada...

Max de Bellmont hubo de renunciar á dar su nombre á la bella y elegante criatura, que siguió siendo durante toda su vida la «condesa de Sontés.»

LAS FUENTES MONUMENTALES

DE LA EXPOSICIÓN

El mortal que atraviesa el hermoso arco de entrada de la Exposición en noches de verbena ó de fiestas nocturnas, quédase gratamente sorprendido al entrar en los jardines que preceden á los monumentos de nuestro concurso regional.

Grato rumor de fuentes; aromas y perfumes de plantas y flores, por entre las que discurren las frescas y puras linfas y por donde juguetean misteriosas luces de colores que remedan los matices naturales de las vestiduras de Flora, halagan sus sentidos y le invitan á soñar.

Esta diosa surge de un macizo de plantas y va recogiendo flores que tienen el matiz y los fulgores de la esmeralda, del rubí, del topacio, del zafiro y del diamante. Va depositándolas sobre su falda, gracio



LAS FUENTES MONUMENTALES

Las cuatro primeras son obra de los hermanos Sres. Rubio, y la última, de éstos y del Sr. Carbonell

samente recogida, y sonríe oyendo el grato rumor del agua que corre á sus pies...

Más allá, un rojo delfín salta sobre las aguas verdosas de un manantial; pero un geniecillo travieso cabalga sobre sus lomos y le rige audaz. Vierte el irritado delfín agua sangrienta por su boca desmesuradamente abierta; y el geniecillo ríe y agita sobre su cabeza otro delfín que acaba de coger de entre las aguas. Luces mágicas iluminan la graciosa escena...

Aquí Júpiter convertido en cisne persigue á Leda á orillas de un estanque. La ninfa lucha y coge al Dios—transformado en volátil para sus andanzas amorosas—por el cuello, y lo convierte en surtidor de mágica fuente de luces y colores...

Por las márgenes de un arroyo camina triste y pensativa Psiquis en busca del Amor. Aparta con sus manos delicadas lirios y azucenas, nardos, claveles y rosas de luz, y mira las aguas del arroyo buscando en aquel movible espejo irisado la imagen del amante olvidadizo é inconstante. No lo halla, y lágrimas luminosas parecen salpicar sus pálidas mejillas...

Una enorme concha sostenida por delfines, rocas y monstruos marinos, es la carroza vacía de Afrodita, que la dejó por correr tras aventuras y amoríos. Moluscos y amorcillos y ranas monstruosas juegan sobre la concha, huyendo unos de las diamantinas luces que surgen en torno de la enorme valva, buscándolas otros como mariposillas deslumbradas. El travieso Amor, sin curarse de la desolada Psiquis que le busca por la floresta, cabalga sobre el monstruo marino que arrastra la carroza de su madre sobre las ondas hacia Pafos, en donde la diosa escucha los versos de Apolo en un boscaje de verdes laureles...

Y el mortal que se detuvo á admirar extasiado estas clásicas escenas, que parecen trasuntos fieles de la estatuaria griega, pregunta curioso el nombre de los autores de las bellísimas fuentes de la Exposición y graba en su memoria el nombre de los hermanos Rafael y Roberto Rubio, jóvenes y afortunados creadores de tanta belleza, y del Sr. Carbonell, su colaborador.—B. M. S.



París.—Delegación de la Duma y del Consejo Imperial rusos
(De fotografía de World's Graphic Press.)

PARIS.—DELEGACIÓN DE LA DUMA Y DEL CONSEJO DEL IMPERIO RUSOS.—EL MONUMENTO Á GEROME.

Recientemente ha visitado las capitales de Inglaterra y de Francia una delegación de la Duma y del Consejo del Imperio rusos, en la cual estaban representados los principales partidos que figuran en aquel parlamento.

Presidía la delegación el Sr. Efremoff, miembro que fué ya de la primera Duma, jefe del partido progresista y presidente del grupo de la Unión interparlamentaria en San Petersburgo.

El día 8 de este mes, los delegados rusos fueron solemnemente recibidos en el palacio del Luxemburgo por los representantes del Senado y de la Cámara franceses, habiéndose cambiado con este motivo afectuosos discursos entre los Sres. Efremoff y d'Estournelles de Constant, presidente del grupo del arbitraje internacional. Después visitaron el palacio y asistieron á una parte de las sesiones del Senado y de la Cámara de Diputados, y por la noche fueron obsequiados con un espléndido banquete, en el que pronunciaron entusiastas brindis ensalzando la amistad que une á Francia y á Rusia los señores d'Estournelles; Dubost, presidente del Senado; Brissón, presidente de la Cámara; Efremoff; Maksudof, diputado musulmán de la Duma; Pichón, ministro de Negocios Extranjeros, y Nekludoff, encargado de negocios de Rusia.

Bajo la presidencia del subsecretario de las Bellas Artes efectuóse el día 8 la solemne inauguración del monumento erigido á la memoria del célebre pintor y escultor Gerome. Asistieron al acto el presidente y el secretario de la Academia de Bellas Artes, Morot, autor del monumento y yerno de Gerome, la viuda y varios individuos de la familia de éste, gran número de artistas, ilustres personalidades y un numeroso público. Los Sres. Moreau Vauthier, Roujón, Lecompte de Nouy y Dujardin Beaumetz dedicaron entusiastas elogios á la obra del gran maestro.

El monumento inaugurado ha sido erigido en el jardín de la Infanta, en el Louvre, y representa á Gerome modelando una de sus obras más famosas, *Los Gladiadores*. Gerome, que nació en Vessoul en 1824 y falleció en París en 1904, ha sido uno de los más notables artistas franceses contemporáneos.—S.



París.—Inauguración del monumento erigido en honor del célebre pintor y escultor León Gerome, obra de A. Morot
(De fotografía de World's Graphic Press.)

MADRID.—LA EMBAJADA MARROQUI. (De fotografías de M. Asenjo.)



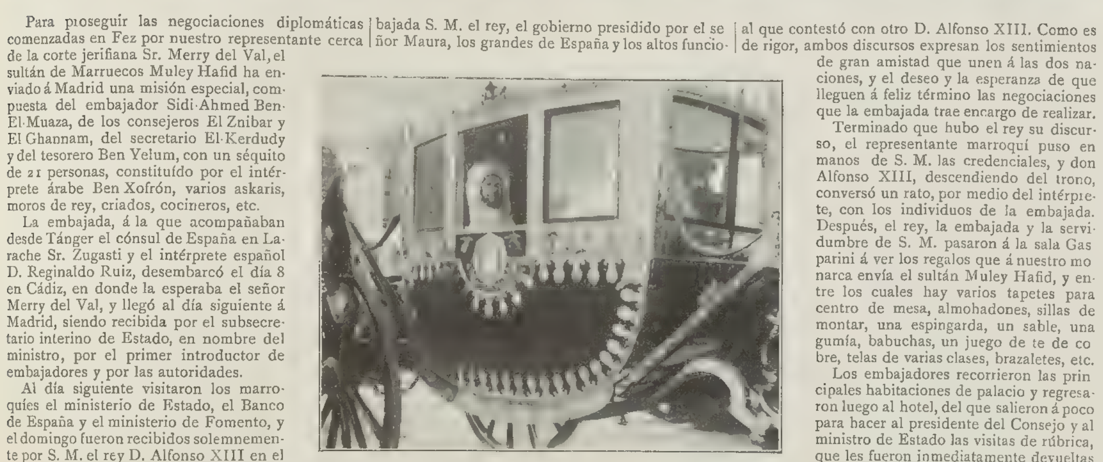


Llegada de los embajadores á Madrid.—El embajador Ahmed-Ben-El-Muaza.—Dos miembros de la embajada

Para proseguir las negociaciones diplomáticas comenzadas en Fez por nuestro representante cerca de la corte jerifiana Sr. Merry del Val, el sultán de Marruecos Muley Hafid ha enviado á Madrid una misión especial, compuesta del embajador Sidi-Ahmed Ben-El-Muaza, de los consejeros El Znibar y El Ghannam, del secretario El-Kerdudy y del tesorero Ben Yelum, con un séquito de 21 personas, constituído por el intérprete árabe Ben Xofrón, varios askaris, moros de rey, criados, cocineros, etc.

La embajada, á la que acompañaban desde Tánger el cónsul de España en Larache Sr. Zugasti y el intérprete español D. Reginaldo Ruiz, desembarcó el día 8 en Cádiz, en donde la esperaba el señor Merry del Val, y llegó al día siguiente á Madrid, siendo recibida por el subsecretario interino de Estado, en nombre del ministro, por el primer introductor de embajadores y por las autoridades.

Al día siguiente visitaron los marroquíes el ministerio de Estado, el Banco de España y el ministerio de Fomento, y el domingo fueron recibidos solemnemente por S. M. el rey D. Alfonso XIII en el palacio real.



El primer embajador al salir del palacio real después de entregar sus credenciales á S. M.

La comitiva dirigióse desde el Hotel de Rusia, en donde se hospeda, al regio alcázar, por el orden siguiente: «coche de París,» de media gala, con los cuatro kaides; «carroza de amaranto,» tirada por seis caballos empenachados de azul, blanco, amarillo y encarnado, y conducida por postillón y palafreneros, con el consejero El Ghannam, el secretario, el tesorero y el intérprete árabe; «coche de cifras,» de respeto, tirado por seis caballos con penachos amarillos y encarnados, postillón y palafreneros; «coche de corona ducal,» tirado por seis caballos empenachados de azul y blanco, con postillón y palafreneros, que conducía al embajador, al consejero El Znibar, al primer introductor de embajadores conde de Pie de Concha y al intérprete Sr. Ruiz. Al estribo izquierdo marchaba un caballerizo de campo de Su Majestad y detrás iba una sección de la Escolta Real.



La embajada marroquí conducida en las carrozas reales, á la salida del palacio

En el salón del trono esperaban á la embajada S. M. el rey, el gobierno presidido por el señor Maura, los grandes de España y los altos funcionarios palatinos. Introducidos los marroquíes en el salón, el embajador leyó el discurso de salutación, al que contestó con otro D. Alfonso XIII. Como es de rigor, ambos discursos expresan los sentimientos de gran amistad que unen á las dos naciones, y el deseo y la esperanza de que lleguen á feliz término las negociaciones que la embajada trae encargo de realizar.

Terminado que hubo el rey su discurso, el representante marroquí puso en manos de S. M. las credenciales, y don Alfonso XIII, descendiendo del trono, conversó un rato, por medio del intérprete, con los individuos de la embajada. Después, el rey, la embajada y la servidumbre de S. M. pasaron á la sala Gasparini á ver los regalos que á nuestro monarca envía el sultán Muley Hafid, y entre los cuales hay varios tapetes para centro de mesa, almohadones, sillas de montar, una espingarda, un sable, una gumía, babuchas, un juego de te de cobre, telas de varias clases, brazaletes, etc.

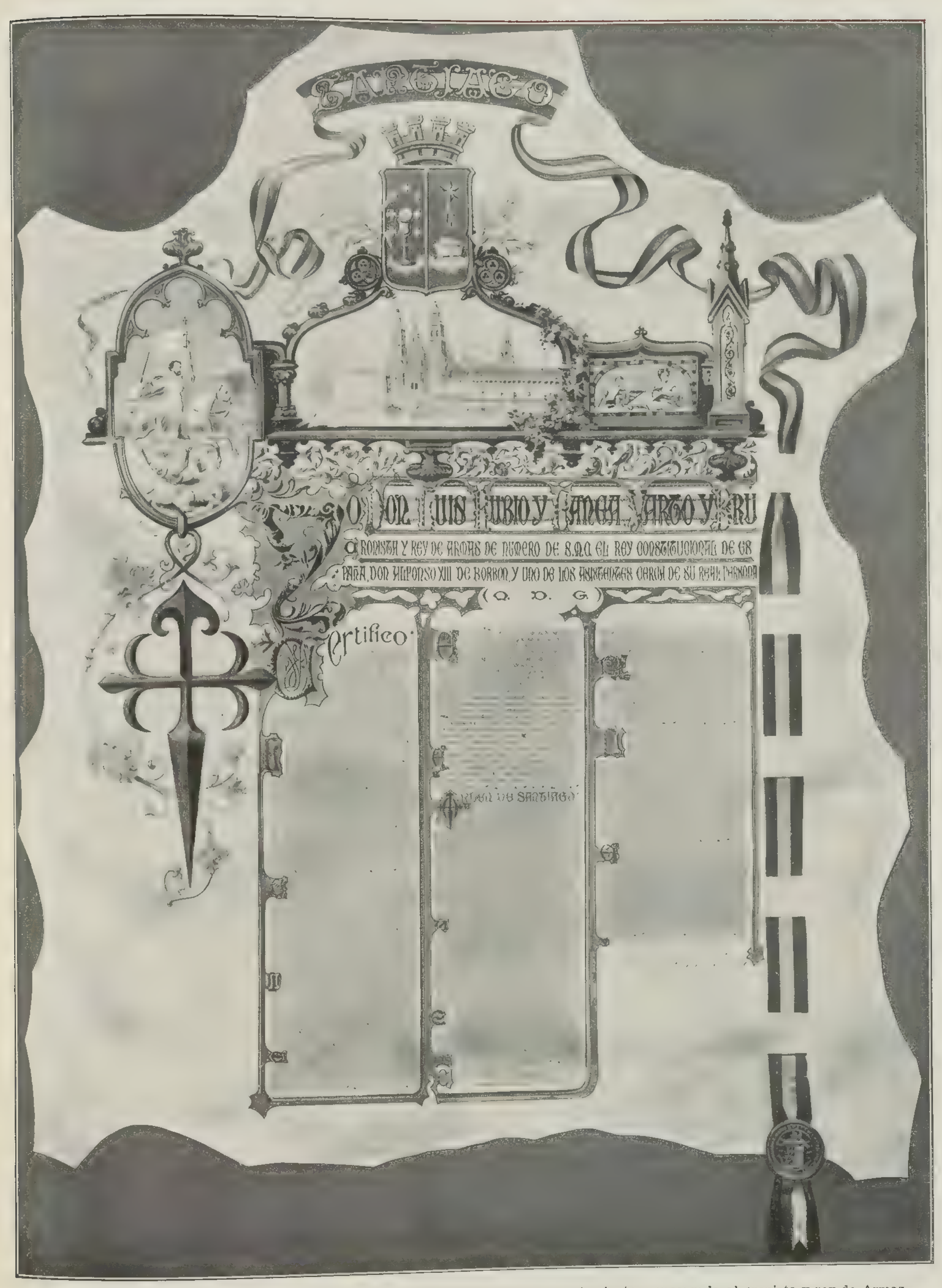
Los embajadores recorrieron las principales habitaciones de palacio y regresaron luego al hotel, del que salieron á poco para hacer al presidente del Consejo y al ministro de Estado las visitas de rúbrica, que les fueron inmediatamente devueltas por los Sres. Maura y Allendesalazar. También visitaron á los infantes.

No puede decirse que la embajada marroquí haya venido á España con buenos auspicios; en efecto, el mismo día que llegó á Madrid ocurrieron en el campo de Melilla los graves sucesos que han obligado al gobierno á tomar enérgicas medidas para castigar á las cabilas rebeldes, sobre las cuales ninguna autoridad tiene el sultán, y que demuestran la necesidad de continuar la ocupación de las posiciones cuya evacuación es precisamente el objeto principal que traen los embajadores, y aun de ocupar otras nuevas, para evitar sucesivas agresiones y garantizar la seguridad de nuestras plazas del Norte de Africa.

Por otra parte, la situación comprometida en que, según las últimas noticias, se halla Muley Hafid en Fez, no es la más á propósito para demostrar la efectividad de su soberanía y para garantizar, por ende, las negociaciones de sus embajadores.—R.



BAJO EL EMPARRADO, cuadro de Jaime Morera



EJECUTORIA DE LA CIUDAD DE SANTIAGO, hecha por acuerdo del Ayuntamiento y encargada al cronista y rey de Armas de S. M. D. Luis Rubio y Ganga, para que figure en la Exposición que en breve ha de inaugurar D Alfonso XIII

Pergamino, obra del pintor D. Antonio Ribó Banquells y del calígrafo D. Mariano Balluena

D. ROQUE SÁENZ PEÑA

Ha comenzado en la República Argentina la campaña de propaganda preparatoria de la próxima elección presidencial, y entre los candidatos que, según todas las probabilidades,



D. Roque Sáenz Peña, ministro de la Argentina en Roma, proclamado recientemente candidato á la presidencia de aquella República
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

lucharán con mayores esperanzas de éxito figura D. Roque Sáenz Peña.

El Sr. Sáenz Peña es actualmente ministro de aquella República en Italia, y desde su país le han enviado recientemente numerosos telegramas dándole cuenta de haber sido proclamada su candidatura para la presidencia.

El día 4 de este mes celebróse un gran meeting en el teatro de la Opera de Buenos Aires; ilustres políticos hablaron en pro de la candidatura, siendo entusiastamente aplaudidos, y por acuerdo unánime dirigióse por cable al Sr. Sáenz Peña el siguiente mensaje firmado por personalidades muy conocidas: «En el teatro de la Opera y en sus alrededores, 8 000 personas han aclamado el nombre de usted. El éxito ha sido enorme. Felicitaciones calurosas.»

Pocos días después recibía el Sr. Sáenz Peña otro cablegrama concebido en los siguientes términos: «En nombre de cuatrocientos amigos del comité de la Juventud, tenemos el honor de comunicar á usted que iremos á recibirle á Montevideo en el vapor *Londres*, y suplicamos á usted que se sirva transbordar en aquella capital á fin de entrar con nosotros en Buenos Aires.»

La personalidad de D. Roque Sáenz Peña es, desde hace muchos años, una de las más respetadas en la República; y sus excepcionales dotes de talento, laboriosidad y amor al estudio, probadas en los muchos y muy importantes cargos públicos que ha desempeñado, permiten asegurar que, si llega á ocupar el puesto de primer magistrado de su nación, su gobierno ha de ser altamente beneficioso para la Argentina.

FRANCFORT

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL AERONÁUTICA

El día 10 de este mes inauguróse solemnemente en Francfort la Exposición Internacional Aeronáutica. El presidente de la misma Dr. L. Gans, consejero íntimo, pronunció en el acto inaugural un discurso haciendo ver los beneficios que pueden esperarse de la locomoción aérea, que contribuirá á la aproximación de las naciones y favorecerá sus relaciones pacíficas.

La exposición, instalada en magníficos edificios, resulta en extremo interesante, pues en ella se ha reunido todo cuanto puede interesar á los aficionados á la aerostación, quienes tienen ocasión de admirar en ella los rápidos progresos que se han realizado en el importantísimo problema de la conquista del aire.



ALINA VAN BARETZEN

En el concurso del Conservatorio de París recientemente celebrado, ha obtenido el primer premio de piano la niña Alina Van Baretzen, cuyo retrato publicamos adjunto y que se ha revelado como un verdadero prodigio.

El cronista de *Le Figaro*, al dar cuenta del concurso, dice hablando de Alina: «Se ha clasificado desde el primer momento muy por encima de sus compañeras; esta niña de doce años está dotada de todas las cualidades que hacen los grandes *virtuosos;* posee una técnica deliciosa, una mano izquierda excelente; ha tocado la fuga de las Variaciones en mi bemol, op. 35, de Beethoven, con limpieza perfecta, y tiene un temperamento muy acentuado y casi la naturaleza de sonido que conviene á la obra de Beethoven, cuya interpretación parecía vedada á sus pocos años. Pero la sensibilidad de esa alma exquisita ha sabido reducir á la nada todas las inverosimilitudes.»

Alina Van Baretzen nació en Boston en 7 de julio de 1897, y á la edad de siete años comenzó á tocar el piano para divertirse y sin estudiar. Su madre prefería dedicarla al violín, y ella, dócil, aprendió este instrumento, aunque sin afición; pero á escondidas volvía á su piano, y sus padres la sorprendían muchas veces probando los *lieder* de Schubert ó los preludios de Chopin.

Al poco tiempo renunció al violín y con su madre se trasladó á París, entrando en el Conservatorio; tenía entonces nueve años. Siguió allí los cursos de la señora Marcon, obteniendo la primera medalla de solfeo, y al año siguiente, después de haber estudiado con la señorita Long, ganaba la primera medalla de piano.

A los once años era admitida en el curso superior del célebre profesor Delaborde, en el que, como hemos dicho, ha alcanzado últimamente el primer premio.



Francfort.—Exposición Internacional Aeronáutica recientemente inaugurada
(De fotografía de Carlos Delius.)

Sus estudios han sido, pues, etapas rápidas y gloriosas, y ahora se ha visto consagrada como gran artista; y no solamente por el jurado, en el que figuraban hombres tan eminentes como Fauré, Pugnó y Bauer, sino por su propio profesor, quien le decía: «Eres una niña y sin embargo tocas como una mujer de mucha experiencia.» Y el ilustre Paderewski, después de haberle oído interpretar en un concierto la tercera balada de Chopin, no pudo contener su admiración, y cogiendo las manos de la niña prodigio, díjole besándola: «No he oído nunca tocar esta balada con tanta emoción, con tanta ternura, con tanta ciencia. Señorita, no es usted una aficionada, es usted una gran artista, y dentro de algunos años será usted una pianista extraordinaria.»



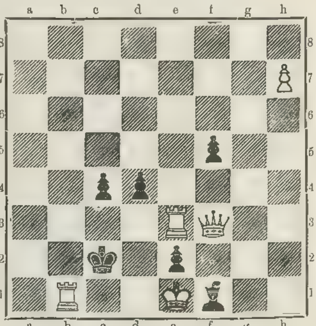
Alina Van Baretzen, niña de doce años que acaba de ganar el primer premio de piano en el Conservatorio de París. (De fotografía de Harlingue.)

Alina es una niña sumamente modesta; no gusta que le hablen de sus méritos; los elogios la intimidan, y según ella, el tocar el piano es cosa en extremo fácil. De carácter enteramente infantil, dedica el tiempo que le dejan libre sus estudios á jugar con sus muñecas, de las cuales tiene una colección numerosa.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 524, POR V. MARÍN

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 523, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Ae7-d8	1. Cf1-e3
2. Da4-f4 jaque	2. Re5×f4
3. A mate.	

VARIANTES.

1...... Re5-d6;	2. Cc3-e4 jaq., etc.
Ca7-c8 ó b5;	2 Cc3-b5, etc.
Otra jugada;	2. Ad8-c7 jaq., etc.

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(continuación)



Luciano se levantó bruscamente, pálido, tembloroso, é inclinado, con el oído pegado á la puerta, escuchó sin aliento

—Adelante, pues, consintió Luciano.

—Vamos á extender esto en seguida, dijo el ex pasante; dame pluma y papel; verás qué pronto está hecho.

Anochecía y el saloncito se llenaba de sombra.

La señora de Favreuse encendió un quinqué y trajo al amigo de su hijo recado de escribir.

Griffonnier se recogió un momento y empezó luego á redactar su demanda, cuyos principales pasajes leía de vez en cuando en alta voz.

«En apoyo de su querella, el infrascrito tiene el honor de explicar al señor procurador fiscal de la República...»

Un campanillazo cortó la palabra al ex pasante.

La señora de Favreuse se levantó vivamente.

—¿Quién será?, preguntó sorprendida.

Salió del saloncito, atravesó el comedor que lo precedía y llegó al pasillo.

—Continúa, dijo Luciano á Griffonnier.

Éste iba á continuar su lectura, cuando una exclamación le detuvo, y produjo en el marido de Juana una violenta conmoción.

Luciano se levantó bruscamente, pálido, tembloroso, é inclinado, con el oído pegado á la puerta, escuchó sin aliento.

—¡Madre..., mi querida madre!.., pronunció una voz impregnada de emoción luego que la señora de Favreuse hubo abierto la puerta.

—¡Tú..., Edmundo, eres tú!, exclamó á su vez la comadrona reconociendo á su hijo.

—¡Mi hermano!.. ¡Mi hermano!.., balbuceó Luciano trastornado al oir aquello.

Su espanto sorprendió al ex pasante.

—¡Tu hermano!.., dijo en voz baja Griffonnier. Y bien, ¿qué?..

Luciano le impuso silencio con un gesto casi imperioso.

Y volvió á escuchar.

Era, en efecto, la voz de su hermano; no cabía la menor duda.

Un sudor frío brotó de la frente del miserable, cuyas piernas flaqueaban.

Oyóse el ruido de la puerta de entrada al volverse á cerrar.

Edmundo pasó con su madre á la primera pieza.

Los dos hermanos iban á encontrarse en presencia uno del otro.

—¡Luciano!, llamó la comadrona. ¡Es tu hermano!

—¡Luciano!.., exclamó Edmundo. ¿Está aquí?..

—Sí, tu hermano está aquí, contestó la señora de Favreuse. ¡Cuánto se va á alegrar de verte!

—Y yo, mi querida madre, dijo Edmundo, ¡qué dicha tengo de volverte á ver!.. ¡Ah, qué de cosas dolorosas he sabido ya desde mi regreso de América!.. Vengo del Cepellón, he visto al Sr. Laroche...

La madre y el hijo estaban en el umbral del comedor.

—¡Luciano!, llamó otra vez la señora de Favreuse en los brazos de Edmundo, que la besaba. Ven, es Edmundo.

Entonces abrió la puerta de la segunda pieza y dió un grito de sorpresa.

—¡Oh, oh!, exclamó la madre.

La pieza estaba vacía.

Edmundo miraba á su madre con asombro.

Y la comadrona, desconcertada, miraba á su alrededor sin comprender.

Cuando Edmundo pronunció el nombre de Laroche, Luciano dió un salto. ¡Su hermano lo sabía todo!..

Cogió á Griffonnier por el brazo y se lo llevó á viva fuerza, diciéndole sin aliento:

—¡Ven..., ven!..

—¿Pero te has vuelto loco?, protestó Griffonnier.

—¡Ven, ven, te digo!..

Abrió la segunda puerta que, del comedor, daba al pasillo, y tirando siempre de Griffonnier, aturdido, ganó la puerta de entrada, la abrió y minutos después los dos hombres estaban en la calle.

—Pero en fin, reclamó Griffonnier, ¿me explicarás?.. ¿Es tu hermano el que te hace huir así?

—¡Ven..., ven!.. Ya te explicaré..., más tarde..., dijo con voz entrecortada el marido de Juana. Sí, es él... ¡No quiero verle!.. ¡No quiero verle!..

Doblaron la esquina y desaparecieron.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

XXIII

SUPREMA SUBSTITUCIÓN

Imposible dar una idea de la estupefacción que tenía como clavada en el suelo á la señora de Favreuse, ante la inconcebible desaparición de su hijo.

«¿Dónde está?..»—se preguntó.

Y añadió en voz alta:

—Estaba aquí hace un instante. Estaba conmigo, en compañía de un amigo suyo... No lo comprendo.

Edmundo tampoco acertaba á explicarse lo que pasaba.

—Luciano no sabía que fueses tú el que llegaba, dijo la madre; sin embargo, no me explico que se haya marchado así.

—No puede haber ido lejos.

—¡Pobre hijo mío..., tiene tanto que sufrir!.., dijo la señora de Favreuse. No sabes los disgustos que ha tenido. Quizá se le ha ocurrido súbitamente una resolución, pues buscabamos juntos lo que tenía que hacer...

—Luciano está casado, ¿verdad?, preguntó Edmundo.

—¡Ah! ¿Lo sabías?

—Lo supe al llegar, pues hace años que no he recibido noticias de él, y lo primero que hice fué ir á su antiguo domicilio, donde me lo dijeron.

—Sí, un casamiento muy desgraciado, dijo la comadrona. Se casó con Juana Laroche...

—¡Juana Laroche!.., exclamó Edmundo con voz llena de estupor y de angustia.

—Sí; ¿tú la conoces?.., explicó la madre, que no comprendió el sentido de la exclamación de su hijo. Es la hija del Sr. Laroche, el amigo de tu padre, que vivía en el bulevar de San Germán.

—Ya sé..., dijo el infeliz, terriblemente pálido.

—¿Pero qué tienes?, preguntó la señora de Favreuse, inquieta al ver el cambio que sufrió el rostro lívido del joven.

—Nada, contestó Edmundo dominándose á duras penas. ¿Dices que Luciano se casó con Juana Laroche?..

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace tiempo..., antes de su servicio militar...

—¡Ca!.. Te equivocas.

—Estoy segura.

—Es imposible, madre, atestiguó Edmundo. Te juro que es imposible... Luciano estaba conmigo en el Havre cuando sentó plaza... Era algunos meses después de la muerte de nuestro padre. Sentó plaza en la alcaldía del Havre, estando yo presente, en febrero de 1876... Entonces no estaba casado... No conocía siquiera al Sr. Laroche ni á su hija, pues nunca puso los pies en nuestra casa mientras vivimos en el bulevar de San Germán...

—Es verdad, no les conocía...

Edmundo, abrumado, se dejó caer en un sillón y continuó pausadamente:

—Luego le vi en Londres, en diciembre del mismo año, cuando fué á pasar allí el tiempo de licencia que había obtenido antes de mi salida para América... Entonces estaba yo en casa de mis amos, los Sres. Pick y Sons, de quienes en el día soy socio... Tampoco estaba casado mi hermano entonces, y no podía estarlo, puesto que prestaba su servicio militar...

—¿En 1876, dices?

—Sí..., en 1876, afirmó Edmundo.

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—Absolutamente seguro.

—Entonces, no lo comprendo... No es eso lo que yo creía..., dijo la señora de Favreuse. No es eso lo que tu hermano me dijo...

—¿Qué sabes, pues?.. Habla, madre, por favor, suplicó el infeliz, que creyó que su madre vacilaba.

—No hace mucho tiempo que he vuelto á ver á Luciano, dijo entonces la comadrona. Parece que me había buscado en la época de que hablas.

—¿Qué te dijo?.. ¿Cómo te explicó su casamiento?.., preguntó Edmundo impaciente.

—Yo creía según me dijo, que se casó antes de servir en el ejército... Una vez casado y hallándose su mujer en vísperas de ser madre, Luciano vió acercarse el momento en que iba á ser llamado á las filas y se ocultó con ella en una casa aislada, en Meudon, cerca de aquí... Fué detenido como insumiso el día antes del alumbramiento de su mujer, y por una casualidad providencial, fuí la llamada como comadrona para asistir á aquella joven que yo no reconocí entonces...

Durante la relación de su madre, Edmundo había reflexionado; había hecho memoria y comprendido lo que debió pasar.

Tuvo la intuición de la conducta monstruosa de su hermano, al recordar la conversación que habían tenido juntos en Londres, cuando Luciano le habló largamente del Sr. Laroche y de su hija.

«¡Miserable!.. ¡Infame!..—pensó.—¡Me robó mi amor!..»

Pero tuvo la fuerza de contener su espantoso dolor y no quiso gritar á su madre la infamia de aquel hermano que le había arrebatado á la mujer que él amaba.

Quizá su madre no lo hubiera creído.

Edmundo la interrogó.

—¿Dices que la mujer de Luciano fué madre?

—Sí..., dió á luz una niña, contestó la señora de Favreuse, y nuevas desgracias agobiaron á Luciano y á su esposa.

—Juana Laroche está loca, ¿lo sabes?

—¡Ay, sí, lo he sabido! A consecuencia de su parto... Se vió sola, se creyó abandonada viendo que su marido no volvía... En el estado de debilidad en que se encontraba, perdió la razón... Partió abandonando á su hija, loca como dices..., no sabiendo ya si quiera que acababa de ser madre.

—¿Y... él?, preguntó Edmundo con voz sombría.

—Luciano fué sometido á un consejo de guerra por insumisión, condenado y enviado á un regimiento que estaba en Africa...

«¡Mentira!.. ¡Impostor!..—pensó Edmundo, que sabía que su hermano había sido declarado inútil después de un año de servicio.—Se hizo licenciar por enfermo para casarse con Juana, para robármela... ¡Infame!»

La señora de Favreuse continuó:

—Del Africa escribió varias veces, pero sus cartas no llegaron, porque no se sabía dónde estaba su mujer. El Sr. Laroche había hecho la más viva oposición á ese matrimonio; ese hombre me tenía tirria y hacía recaer su resentimiento sobre tu hermano... Había habido necesidad de hacer las intimaciones legales y tu hermano se casó con Juana sin el consentimiento de su padre... Después el Sr. Laroche no había querido volver á ver á su hija... Cuando supo su desgracia, cuando la vió tan desdichada, privada de razón, la perdonó, se apiadó de ella y se la llevó á Segonzac.

—¡La he visto!, dijo Edmundo, que comprendía ahora la causa de la cólera del padre de Juana.

—Juana está loca, repuso la señora de Favreuse, y en su locura, como ha perdido la memoria, no sabe ya siquiera que ha sido madre... Pero háblame de ti, añadió acercándose á su hijo y cogiéndole las manos. ¡Fuí tan cruelmente separada de ti!.. No te había vuelto á ver desde que saliste del colegio... ¡Pobre hijo mío, que sufriste por los disentimientos que desunieron á tus padres!..

Le besaba, y Edmundo, procurando dar tregua á su sufrimiento mezclado con una impotente cólera y una sombría desesperación, contestaba á los besos de su madre.

—¿Entonces tú estabas en América?.. ¿Desde cuándo?..

—Partí á principios de 1877, contestó Edmundo.

—¡Cerca de seis años!.. Te has creado una posición, según acabas de decirme... ¿Eres socio de esa casa?.

—¡Sí..., estoy satisfecho, madre, muy satisfecho!., dijo el pobre joven haciendo un violento esfuerzo para dominarse.

—¿Ganas dinero?

—Mucho... Más de lo que nunca me hubiera atrevido á esperar.

La señora de Favreuse vislumbró entonces la salvación para ella Manifestando á su hijo un ardiente afecto, no la dejaría en aquella situación casi miserable, puesto que era rico.

Iba á adherirse á él.

Le interrogó largamente, felicitándole por lo que había hecho, é ignoró el secreto del espantoso dolor que le torturaba.

Volvamos al Cepellón, donde la vuelta de la pobre Juana á la razón llenaba de alegría el corazón de su desdichado padre.

Dejando sobre la mesa los billetes de Banco que el notario de Segonzac le había traído, el Sr. Laroche volvió al lado de su hija, impaciente por observar de nuevo aquella cura que el doctor Courvoyer le había confirmado.

Juana se acordaba de todo. Entonces iba á poder decir lo que había pasado.

—Me pareció, dijo ella, que un velo que obscurecía mi espíritu se rasgaba de pronto... Vi á mi marido..., á Edmundo... Le reconocí..

El doctor detuvo con una mirada al Sr. Laroche que iba á hablar y decirle que el que había visto no era su marido, sino el hermano de éste, que él mismo había confundido con el otro, con el miserable, juguete de un parecido que explicaba aquella confusión y de que él se dió cuenta al leer la carta traída por el notario Bonamy.

El comerciante calló.

Valía más no desengañarla por el momento.

El doctor Courvoyer continuó:

—¿Entonces usted le reconoció?

—Sí..., sí... ¡Él!.. ¡Después de tanto tiempo!.. ¿En tonces he estado muy enferma?. ¿Cómo es que no me acordaba?..

—De resultas de su maternidad, explicó evasivamente el médico.

—¡Mi hija!.. ¡Mi hija!.., gritó Juana. ¡Mi pobre Jenny!.. ¿Dónde está?..

Ya la verá usted, pero paciencia... Su curación es todavía imperfecta...

—No, le aseguro á usted .. Recuerdo perfectamente... ¿Dónde está mi hija?..

—Contésteme usted, Juana, porque es preciso que sepamos... Su hija, su pequeña Jenny, ¿dónde nació?

Juana, impresionada por esta pregunta, pareció reflexionar un instante.

Trataba de recordar.

—¡Aguarde! . Ya me acuerdo .., dijo ella. Sí, en Meudon... Allí fué...

- De Auteuil, de la calle de Boileau, ¿fué usted á Meudon?, preguntó el doctor.

—¿Lo recuerdas?, intervino el Sr. Laroche. Vivíais en Auteuil... ¿Y luego fuisteis á Meudon?.. ¿No te acuerdas?

—Sí, á Meudon, contestó Juana; en lo más alto, cerca del viaducto... Una casita aislada...

El doctor Courvoyer estimuló por señas al señor Laroche para que continuase sus preguntas referentes á la niña. La evocación de aquellos recuerdos conmovedores producían en el espíritu de Juana el efecto más saludable, y el eminente alienista quería limitarse á seguir á su querida enferma, á observarla de lo más cerca posible, á fin de graduar las sensaciones que le permitiría percibir.

Entonces el antiguo comerciante continuó, acariciando suavemente la mano de su hija que tenía en la suya.

—¿Fué en esa casa donde tu hija nació?, preguntó el padre.

—Allí fué, contestó Juana. Y me encontraba sola, solita... ¡Oh, me acuerdo bien!.. Vino una mujer, una mujer á quien yo no conocía... Con otra que fué á buscar...

—¿Y tu hija?.. Tu pequeña Jenny, ¿á quién la entregaste?.. ¿Quién la cuida?..

—¡Mi hija!.. Y bien, sí, ¿dónde está?, preguntó la joven madre. ¿No está aquí?..

—No... No pudimos saber lo que habías hecho de ella y esperábamos que tú lo recordases para ir á buscarla y devolvértela.

—¿Es verdad?.. ¡Entonces mi hija se ha perdido!, gimió la pobre Juana con acento desgarrador.

—No, no se ha perdido, intervino el doctor con una afirmación que devolvió realmente la esperanza á la dulce enferma. Se la devolveremos á usted, yo se lo prometo.

—Pero es necesario que tú nos ayudes, añadió el Sr. Laroche. Procura recordar bien lo que pasó después del nacimiento de tu hija... ¿Te encontrabas sola, dices?.

—Sí, sola..., dijo Juana. Yo esperaba á Edmundo que había ido á París á buscar dinero ..

El Sr. Laroche había comprendido ya lo que debía haber pasado. Por la concordancia de las épocas, él, que conocía la fecha de la prisión del miserable, supo que fué detenido en aquel momento

Le repugnaba hablar del infame á su hija.

—No volvió, añadió Juana con voz desolada. Yo le esperaba siempre..., no sabía qué pensar...

—Y tu hija, interrumpió el Sr. Laroche, la ¿tenías contigo?..

—Sí, conmigo...

—¿Y luego? .

—No sé .., dijo la infeliz haciendo vanos esfuerzos para acordarse. No sé...

—Fué en aquel momento cuando se puso usted enferma, hija mía, dijo el doctor Courvoyer. De resultas de su parto, una fiebre violenta se apoderó de usted... Una fiebre cerebral..., con delirio .. Por eso no se acuerda usted.

—No me acuerdo, no, dijo Juana. No recuerdo nada más.

Y en seguida suplicó:

—¡Yo quiero mi hija! .

—Se la devolveremos, contestó el médico. Se lo he prometido á usted. Es preciso que usted nos ayude á encontrarla, y para eso, escúcheme, comprenda bien lo que le voy á decir y recordará.

—Sí, ya le escucho.

—Voy á decir á usted lo que pasó luego... Partió

usted, sin duda, de aquella casa en que vivía, dijo el alienista, que reconstituía con la imaginación los acontecimientos según las conjeturas muy verosímiles que había hecho. Era usted presa de aquella fiebre que la privaba de la facultad de razonar y que había abolido en usted la memoria. Sola, abandonada en aquel momento tan crítico, no la preocupaba á usted más que la idea de encontrar á su marido, cuya ausencia le parecía incomprensible.

—Es verdad, me acuerdo, dijo Juana. ¡Oh, cuánto sufrí!..

—Entonces, para verle venir más pronto, quiso usted salirle al encuentro, y efectivamente, salió, dejando á la niña en la casa, y una vez fuera, como era de noche, se extravió.. En vez de volver á su casa, anduvo errante y vino á París.

—¡A París!..

—Sí, hija mía, y entonces fué cuando su padre la encontró.

—Pero entonces, dijo el Sr. Laroche, no te acordabas de nada, y no pudiste darme ningún informe, ningún indicio.

Juana escuchaba con la más viva sorpresa.

—Te llevé á casa, continuó su padre. Nuestro viejo amigo, el doctor Desvallieres, te asistió. ¿Te acuerdas de él?

—Sí, sí, el doctor Desvallieres, ¿no me he de acordar?, dijo Juana. ¡Era tan bueno!

—Te cuidó y te acompañó aquí, donde te traje, porque el aire del campo era mejor para tu restablecimiento... Vino varias veces...

—¿Y mi hija?.

—No pudimos saber nada. ¡Como no hablabas!..

—¿Recuerda usted el nombre de la comadrona que la asistió?, preguntó entonces el doctor Courvoyer. Ella debió cuidar de la niña, después de haberse marchado usted. No hay más que buscarla y se la devolverá á usted. ¿Cómo se llama?

—No sé, contestó Juana; yo no la conocía.

—¿Y la otra mujer que fué por ella?

—Tampoco conocía yo aquella mujer.

—No importa; asimismo la encontraremos; en Meudon, las comadronas no deben ser muchas. Además, su nombre debe figurar en la partida de nacimiento de su hija, pues ella hizo, necesariamente, la declaración legal en la alcaldía.

—¿Reconocerías la casa en que vivías?, preguntó á su vez el Sr. Laroche.

—¡Oh, sí, sí!, declaró Juana. Aún me parece que la estoy viendo.. Está más arriba de la vía férrea, en una altura... Tiene una vista espléndida... Se ve todo París...

—Iremos y encontraremos lo que buscamos.

—¡Quién sabe lo que habrá sido de mi pobre hija!.., suspiró la desventurada madre.

—La comadrona la recogió, afirmó el doctor Courvoyer, que quiso calmar un dolor que hubiera podido ser funesto. La confió á una nodriza, y ya la hubiéramos encontrado si usted hubiese podido decirnos que nació en Meudon. Ahora será fácil y su padre va á telegrafiar á París.

—Voy á telegrafiar á nuestro buen amigo Verdelet, dijo el Sr. Laroche. Irá á Meudon, verá á la comadrona, sabrá á quién entregó la pequeña Jenny y la nodriza la traerá aquí.

Una sonrisa de felicidad iluminó el rostro de Juana, y sus miradas llenas de ternura dieron las gracias á su padre.

Le pasó el brazo por el cuello y lo atrajo á sí para besarlo.

—¡Qué bueno eres!.., le dijo. ¿Entonces me perdonaste, puesto que todavía me quieres..., puesto que me encuentro á tu lado?..

—Sí, Juanita mía, te perdoné, contestó el padre fuertemente emocionado. ¿Podía verte sufrir sin compadecerte?.. ¿Puede un padre dejar de amar á su hija, sobre todo cuando ella sufre?.. ¿Puede rechazarla cuando se halla abandonada?..

—¡Abandonada!.., exclamó Juana en la explosión de un dolor súbito. ¡Cómo!.. ¿Mi marido?..

El sabio alienista intervino inmediatamente.

—Su padre no quiere decir que su marido la abandonase, interrumpió. Pero se encontraba usted sola cuando el Sr. Laroche la encontró y la trajo aquí para cuidarla.. Por esto su marido ignoraba lo que había sido de usted.

—Pero ahora lo sabe, puesto que ha venido, dijo Juana sin respiración. Estaba aquí hace poco...

Y volviéndose hacia su padre:

—No le has perdonado aún, dijo con dolor, pues to que lo has echado..

Laroche no sabía qué contestar.

No podía confesar á su hija la cruel verdad que la hubiera torturado.

Aquella revelación hubiera quizá trastornado nuevamente su razón apenas recuperada.

Juana ignoraba todo lo que había pasado desde el momento en que, atacada de locura, había perdido la memoria.

No sabía nada del crimen del miserable ni de su condena.

Ahora, curada, no se acordaba sino de los sucesos anteriores á su demencia.

El doctor Courvoyer intervino de nuevo substituyendo al Sr. Laroche, cuya cruel perplejidad comprendía.

—Su padre no ha podido ver al Sr. de Favreuse, dijo, sin pensar que era causa de esa espantosa enfermedad que usted ha padecido... y no ha podido dominar su resentimiento al hallarse en su presencia.

—¡Oh, padre!, suplicó entonces Juana, puesto que todavía me amas..., puesto que me has perdonado, ¿le perdonarás también?..

—Sí, su padre le perdonará, contestó el médico.

—¿De veras?.. Di, padre mío, ¡prométemelo!.. ¡No querrás que yo sufra..., que yo sea desgraciada!..

—Es preciso, ante todo, recuperar á tu hija, contestó el padre de Juana violentándose. ¡Es lo más urgente!.. ¡Después, ya verás!..

—Sí, su hija, dijo el doctor Courvoyer, aprovechando aquel cambio de conversación. ¡Hay que saber dónde está!.. ¡Calcule usted, ya debe ser grande!..

—¡Grande!.., dijo Juana estupefacta.

—Sí... ¡Hace ya tiempo que está usted enferma!

—¡Mucho tiempo! ¿Cuánto?

—Su pequeña Jenny debe tener más de cuatro años.

—¡Cuatro años!.. ¿Y yo he estado enferma tanto tiempo?..

—¡Muy enferma!

A una señal imperceptible del doctor, el Sr. Laroche se levantó.

—Voy á telegrafiar en seguida á París, dijo. ¡No hay tiempo que perder!.. ¡Ahora que sabemos dónde está tu hijita, quiero devolvértela!..

Esto dicho, besó á Juana, diciéndole:

—¡Quédate con el doctor!

Y pasó á la estancia inmediata.

El antiguo comerciante redactó en seguida un largo telegrama dirigido á su amigo Verdelet, el notario de la calle de Bonaparte, suplicándole que fuese inmediatamente á Meudon, que practicase las diligencias necesarias para encontrar á la hija de Juana, y le dió todos los datos que poseía.

Le enteró de la curación de su hija y le explicó cómo aquel recuerdo había sido despertado en ella por la violenta emoción con que los doctores Courvoyer y Desvallieres habían contado siempre, emoción producida por la vista del otro hijo de Favreuse, que Juana, engañada por el parecido, había tomado por su esposo.

Al mismo tiempo redactó otro telegrama para el doctor Desvallieres, pues estaba impaciente por anunciar á su viejo amigo la fausta nueva y quería hacerle venir al Cepellón.

Al día siguiente el doctor Desvallieres llegó.

Había visto al Sr. Verdelet, quien antes de ir á Meudon había ido á comunicarle la feliz noticia.

El viejo amigo del Sr. Laroche vió con la más profunda satisfacción la cura de Juana.

Se le puso al corriente de todos los sucesos que acababan de ocurrir, y de acuerdo con su eminente colega de Angulema, afirmó que la curación era bien definitiva.

Y no habría temor de recaída alguna cuando Juana hubiese recuperado á su hija, porque el amor maternal acabaría de asegurarla.

Faltaba otro punto doloroso.

El viejo amigo del Sr. Laroche pensaba en el marido de Juana.

Sería preciso que ella supiese la verdad.

El Sr. Laroche no quería oir hablar más de aquel miserable.

Sería preciso, cuando Juana se hubiese fortalecido, sin revelarle toda la verdad, buscar un expediente para librarla de aquel hombre, para extirpar en su corazón aquel amor.

El doctor Desvallieres meneaba la cabeza.

Sin dar á conocer á Juana la indignidad de su marido, sin revelarle el oprobio de que la había llenado, la cosa sería muy difícil.

Aquel hombre vivía y haría valer sus derechos.

—Hay tribunales para pronunciar la separación, dijo el antiguo comerciante con voz airada. Habrá un día el divorcio, que las Cámaras acabarán por restablecer.

—Entonces será preciso que ella sepa la verdad, dijo el viejo doctor.

El Sr. Laroche no contestó.

En aquel momento surgió en el espíritu del señor Desvallieres una idea que guardó para sí.

«Sí, es un medio...—pensó.—Yo veré.. Cuando llegue el momento hablaré.»

El Sr. Verdelet había telegrafiado ya dos veces.

Su último telegrama decía que acababa de ir á Meudon, que había visto la casa en que vivían Juana y su marido, que por este lado no había podido recoger indicio alguno; pero había encontrado en la alcaldía el nombre de la comadrona que había firmado la declaración de nacimiento de la pequeña Jenny.

En seguida había corrido á casa de ella, pero no la había encontrado.

Se había marchado el día antes, y los vecinos no habían sabido decirle adónde había ido.

Sin embargo, no había mudado de casa y le avisarían tan pronto como volviese.

Apenas expedido este telegrama, presentóse un joven en casa del notario de la calle de Bonaparte.

Sin darse á conocer, rogó que el Sr. Verdelet le recibiese en seguida, pues tenía que hacerle una comunicación muy importante.

Era Edmundo de Favreuse.

El dolor espantoso, atroz, que devoraba al infortunado joven desde que la conducta abominable y la monstruosa deslealtad de su hermano le habían sido revelados, se atenuaba á la idea de la desdicha de su pobre Juana.

Su cólera misma, aquella cólera terrible que no podía contener sino haciendo un esfuerzo sobrehumano por no revelar á su madre la infamia de su hijo predilecto, aquel odio formidable y justo contra el miserable que tan indignamente le había robado la mujer amada, callaba al pensar en lo que la pobre Juana había debido sufrir.

¡De modo que Juana estaba loca!

¡Qué de sufrimientos, qué de torturas por haber llegado á aquella ruina moral, á la locura!..

¡Qué le había hecho el infame que se la arrebató para convertirla en una mártir!

¡Edmundo se explicaba entonces la cólera, el furor de aquel padre que lo había echado, creyendo alejar sin duda de su hija todo lo que podía recordarle al miserable que la había reducido á tan lastimoso estado!

¿Qué había ocurrido?

¿Qué ocultaban todas aquellas mentiras que Luciano había contado á su madre?

Edmundo quería saberlo.

El interés de la infortunada Juana le movía á averiguarlo.

La amaba todavía, más que nunca porque sabía que era desgraciada, y se preguntaba si no podría salvarla.

Entonces se acordó del notario Verdelet, viejo amigo del Sr. Laroche, que quizá estaría enterado de todo y le pondría al corriente.

Quiso verle, y sin explicar á su madre el motivo de aquella visita, le manifestó su intención.

Sentíase capaz de disimular ante ella el dolor terrible que le torturaba, y la llevó consigo.

La condujo al Gran Hotel, donde le hizo dar un cuarto vecino al suyo.

Y la dejó allí, pensando que así no vería á Luciano, del cual quería separarla hasta haber descubierto la horrible verdad que sospechaba.

Luego se hizo conducir á casa del notario de la calle de Bonaparte.

La sorpresa del Sr. Verdelet fué una verdadera estupefacción cuando le reconoció.

—¡Usted!.., exclamó.

—Edmundo de Favreuse, pronunció el joven con voz sombría. He venido á ver á usted, Sr. Verdelet, como al mejor amigo de una pobre mujer de la cual deseo que usted me hable.

La estupefacción del notario no hacía más que aumentar.

—¡Cómo!.., dijo. ¿De quién habla usted?

—De la mujer de mi hermano, contestó Edmundo dominándose; de la hija del Sr. Laroche.

—¡Su hermano!..

—Sí.

—Usted acaba de decir que es Edmundo.

—Es mi nombre..., mi hermano es Luciano.

—¡Es posible!.., exclamó el Sr. Verdelet.

Edmundo no podía comprender lo que pasaba en el espíritu del notario.

—¡Luciano, Luciano!.., exclamó el amigo del señor Laroche comprendiendo entonces, al notar aquel parecido inimaginable, la substitución operada por el infame que había dado después la medida de su infamia. ¡Luciano!.. ¡Ah, el miserable!..

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó el joven jadeante.

—¿Es usted Edmundo de Favreuse?

(Se continuará.)

BARCELONA

Embarque de las tropas expedicionarias para Melilla

(De fotografías de nuestro redactor A. Merletti)



Fuerzas de caballería y de artillería dispuestas á embarcarse

El capitán general D. Luis de Santiago á bordo del «Montevideo» presenciando el embarque

Grupo de jefes y oficiales del batallón expedicionario de cazadores de Barcelona

Con objeto de reforzar la guarnición de Melilla y de tener dispuestos en nuestras posesiones del Norte de Africa los contingentes necesarios para prevenir y reprimir, en su caso, cualquiera nueva agresión de las cabilas rifeñas hostiles á España, dispuso el gobierno el envío de una brigada mixta que se concentró en esta ciudad y que aquí se ha embarcado con rumbo á la costa africana.

La alevosa conducta de los cabileños asesinando á los trabajadores del ferrocarril que se está construyendo para las minas de Beni Bu Ifror, obligó al general Marina, gobernador militar de Melilla, á salir de la plaza con algunas fuerzas para castigar á los agresores, entablando con éstos reñido combate, que terminó con la retirada de los rifeños y la ocupación, por nuestros soldados, de algunas importantes posiciones, entre ellas el monte Atalayón, y en el que nuestras tropas tuvieron un oficial y cuatro soldados muertos y cuatro oficiales y veintidós soldados heridos.

Para conservar estas posiciones y en previsión de que los rebeldes marroquíes no se den por escarmentados con esta primera derrota, en la que sufrieron numerosas bajas, es para lo que se envían los refuerzos. España tiene sagrados derechos que defender en el Norte de Africa; tiene además que amparar todos aquellos intereses nacionales que lleven la civilización á aquellas tierras y fortalezcan y aumenten nuestra influencia en ellas; y finalmente la alta misión que en el acta de Algeciras se le encomienda, le impone ciertas obligaciones que no puede dejar de cumplir so pena de desaparecer como factor, más ó menos importante, en la política europea. Todas estas consideraciones, que no justificarían una guerra de conquista, explican la resolución del gobierno de querer conservar el *statu quo* en la parte septentrional del continente africano adoptando las medidas conducentes para que este *statu quo* no pueda en modo alguno alterarse.

Las fuerzas enviadas á Melilla son las que forman la brigada de cazadores que se hallaba en Cataluña y que se compone de los elementos siguientes: seis batallones con 850 plazas cada uno, un grupo de cuatro ametralladoras, un escuadrón de 125 caballos, un grupo de tres baterías de montaña que suman doce piezas; una compañía de ingenieros zapadores, una compañía de telégrafos con estaciones óptica y telegráfica, una compañía de administración militar con 154 mulas, una ambulancia de montaña y tren de iluminación.

El embarque de estas fuerzas comenzó el día 11, en que embarcaron las de administración militar y las de ingenieros en el *Montevideo,* y las de caballería y artillería de montaña en el *Buenos Aires.* El día 14 lo efectuó en el *Cataluña* el batallón de cazadores de Barcelona n.° 3, habiéndose embarcado con él el general D. Miguel Imaz y Delicado, jefe de la brigada mixta expedicionaria; el día 15 el ba-



Embarque de las fuerzas del batallón de cazadores de Barcelona en el vapor «Cataluña»

En la cubierta del «Cataluña» antes de zarpar el buque



Barcelona. — El gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo revistando en el Parque las fuerzas del cuerpo de Seguridad.

tallón de cazadores de Mérida en el *Ciudad de Cádiz*, y el 16, en el *Alfonso XII*, el batallón de cazadores de Alba de Tormes. El resto de la brigada se irá embarcando en los días sucesivos.

La concentración y el embarque de todas estas tropas se han efectuado con una rapidez y un orden dignos de los mayores encomios, habiendo merecido una laudatoria orden general de la suprema autoridad militar de esta región.

Los embarques de los distintos contingentes han sido presenciados por el capitán general y por un público numerosísimo, que ha hecho á las tropas una entusiasta y cariñosa despedida.



Sección ciclista del cuerpo de Seguridad formada en el Parque para ser revistada por el gobernador civil. (De fotografías de nuestro redactor A. Merletti.)

BARCELONA

REVISTA DEL CUERPO DE SEGURIDAD

El día 9 de los corrientes, el Excmo. Sr. gobernador civil de esta provincia D. Angel Ossorio y Gallardo revistó las fuerzas que constituyen el cuerpo de Seguridad de esta capital.

A las cinco de la mañana salieron de sus repectivas delegaciones los guardias con sus jefes y se encaminaron al Parque; una vez allí, colocáronse en dos filas por el siguiente orden: sección ciclista al mando del teniente S. Degorgue, banda de gastadores y cornetas, y por secciones los guardias de á pie con sus jefes al frente, los cuatro encargados del bote automóvil, el escuadrón montado, el coche celular y el carro al servicio del citado escuadrón, formando un total de ochocientos infantes y cien jinetes.

A las seis en punto llegó en coche el señor gobernador civil, quien, al llegar á la cabeza de la fuerza, se apeó, y acompañado del jefe superior de policía Sr. Díaz Guijarro y del comandante del cuerpo señor Parejo, pasó una detenida revista á la fuerza, que vestía traje de rayadillo y gorra blanca, fijándose en todos los pormenores del vestido y del correaje. Al pasar el Sr. Ossorio por cada sección, los jefes respectivos le entregaban una nota explicativa del estado de las mismas y de las bajas ocasionadas por enfermedad.

La revista terminó á las siete y en seguida comenzó el desfile, que se efectuó en el paseo de San Juan por el mismo orden de la formación, y que fué presenciado por el gobernador desde el monumento de Rius y Taulet. El Sr. Ossorio quedó sumamente complacido del estado y del comportamiento del cuerpo de Seguridad.

Justo es reconocer que el actual gobernador de esta provincia no ha perdonado esfuerzo ni sacrificio para mejorar todos los servicios de seguridad y policía, implantando una serie de reformas que, de ser continuadas, han de dar en sus días el debido fruto y poner los tales servicios á la altura que exigen las necesidades y la importancia de una capital como Barcelona.—P.





EL ILUSTRE NOVELISTA ESPAÑOL D. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ EN BUENOS AIRES



Banquete celebrado en el Club Valenciano en honor de Blasco Ibáñez

Para los que ya llevamos varios lustros de vida argentina, y en diversas ocasiones hemos defendido la idea de que los pueblos, como los individuos, más se estiman cuanto más se conocen, y en otras hemos abogado para que vinieran á estas tierras sobresalientes personalidades de la intelectualidad española, motivo de legítima satisfacción ha sido la llegada á Buenos Aires de Blasco Ibáñez, del novelista insigne á quien no hemos de regatear aplausos como artista, así no estemos del todo conformes con varias de las ideas que acaricia y defiende el fogoso escritor valenciano.

Era la vez primera que un literato español aquí llegaba, llamado para dar lo que dió en llamarse *Conferencias* públicas, y bien puede asegurarse que antes de que Blasco Ibáñez pisara tierra argentina, la atmósfera que se respiraba era genuinamente española. No ya nuestros paisanos, lo más selecto de los argentinos, las clases todas, se dieron cuenta bien pronto de que quien iba á llegar, á su propia personalidad, bastante descollante, añadía la no delegada representación de la España actual. Así se explica que se contaran por millares los que fueron á recibir á Blasco Ibáñez, y que de millares de gargantas saliera un mismo grito: ¡Viva España!

Los periódicos todos, no sólo de Buenos Aires, sino de la República Argentina, han saludado con amables frases al autor de *Entre naranjos*, quien, como se supondrá, no da desde su llegada ni paz á sus miembros, ni descanso á su lengua, ni reposo á su estómago.

Ignoro lo que dirá en sus Conversaciones públicas, como ignoro también si á sus dotes de maestro en el difícil arte de novelar une condiciones oratorias que le pongan en el caso de sufrir, sin propio menoscabo, inevitables parangones. Mas lo que se puede asegurar es que el efecto moral de su triunfal arribo y la explosión de españolismo á que él diera lugar, no lo podrán borrar de su memoria cuantos fueron á recibirle ó cuantos al día siguiente pudieron leer las entusiastas crónicas de los diarios bonaerenses.

El camino está abierto: á Blasco Ibáñez le cabrá la gloria de haber demostrado prácticamente lo que entreveíamos cuantos nacidos en la península llevamos muchos años de residencia aquí. Ahora lo que interesa es que periódicamente lleguen aquí españoles de positivo valer intelectual para que se convenzan, los pocos intransigentes que aún van quedando, de que en España hay algo más que chulos, toreros y manolas, y de que no es cierto que el Africa comience en los Pirineos.

R. Monner Sans.

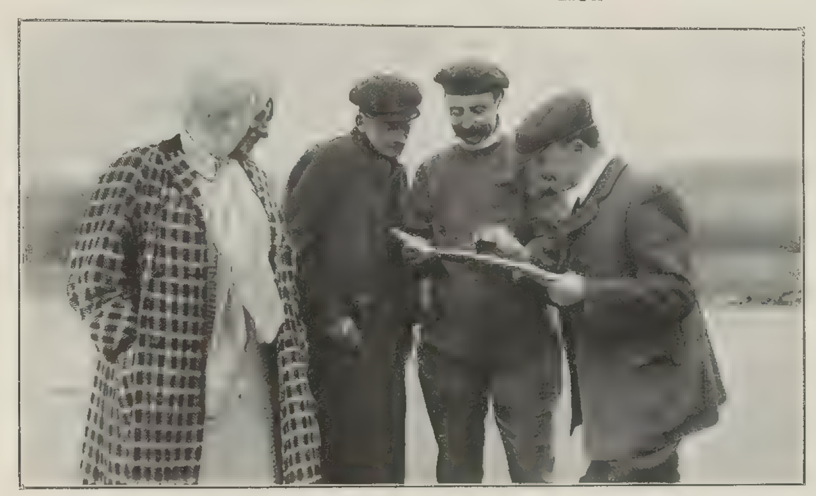
Buenos Aires, junio de 1909.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVIII — Barcelona 26 de julio de 1909 — Núm. 1.439

UN NUEVO TRIUNFO DE LA AVIACIÓN



LUIS BLERIOT, antes de emprender el vuelo, explica á los delegados del Aero-Club de Francia el trayecto que recorrerá. (De fotografía de Branger.)



BLERIOT en su vuelo de Etampes á Chevilly. (De fotografía de M. Rol.)

El famoso aviador Luis Bleriot ganó el día 13 el premio del Viaje (14.000 francos) instituído por el Aero Club de Francia, con su admirable vuelo de 41.200 metros en línea recta, desde Etampes á Chevilly, vuelo que efectuó en su monoplano, en 56 minutos, á una altura variable de 30 á 45 metros, deteniéndose donde y como quiso y volviendo á emprender la marcha con precisión y seguridad extraordinarias.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es el momento de las diversiones al aire libre, de las verbenas, meriendas, excursiones en automóvil y otras maneras de respirar bien, evitando el calor y el encerramiento... Sólo que el calor, este año, resueltamente se ha propuesto no asomar hasta agosto.

Así es que la horchata está en ridículo, y los puestos de limón frío, esos graciosos puestos que alegran con la nota de oro de sus limones y el limpio cristal de sus vasos y el fregado latón de sus aparatos las calles matritenses, tienen aún muy poca clientela, no han empezado á hacer negocio, lo mismo que los aguaduchos, los clásicos aguaduchos de Recoletos, otra gentil institución popular muy superior á lo que son en París las tradicionales *marchandes de cocó*...

La horchata ha sido cantada por Teófilo Gautier, y declarada por tan inteligente aficionado á lo bello el mejor de los refrescos existentes. Me refiero, ya se comprende, á la horchata de chufas. La de almendras tiene sus cualidades: hace conciliar sueño tranquilo, es apetecible, es gustosa..., pero no causa la peculiarísima sensación de frescura que la de chufas, cuando el cuerpo está hecho un carbón, y el espíritu sueña con témpanos, glaciares y cascadas de nieve derretida...

Sin género de duda la horchata de chufas ya sería célebre en Europa y la exportación de la chufa alcanzaría proporciones grandiosas y dejaría crecidos rendimientos, á no mediar una circunstancia especial. ¡Que la horchata de chufas no es buena sino en Madrid, diluída con el agua de Madrid!

Fué para mí una desilusión probar en Valencia la horchata. Creía que el país clásico de esta bebida fuese Valencia. Olvidaba que, en las poblaciones donde se crían los productos, no es donde mejor se elaboran. Dicen además que no es cuestión de elaboración: parece que el secreto, como dejo advertido, está en el agua.

No vale que se lleven de Valencia ni de Madrid las chufas y los operarios conocedores del arte de majar, exprimir y dosificar el jugo de la rizoma. Por ejemplo, en mi pueblo natal, la Coruña, la horchata será siempre una pócima, mientras en Madrid es la bebida de los dioses, y yo creo que el néctar y la ambrosía no eran sino la madrileña «chatalá.»

***

Los que aspiran á que Madrid sea una capital á la moderna, se preocupan de sus africanos alrededores. Sus inmundos tejares encierran quizás el secreto de algunas epidemias de las que afligen á la villa del oso... Si Madrid llegase á estar rodeado de bosques, de jardines, de huertos de legumbre, de campos esmeradamente cultivados; si desapareciesen esos barrios donde la vida humana se desenvuelve en condiciones en que no se sostendría quizás la de las especies animales, Madrid habría dado el paso gigantesco que necesita dar para duplicar su población é intensificar y depurar su vida.

Cuando Madrid es atacado por el viejo Verano, el de la «Lanza Tórrida,» muchos que no pueden dirigirse á la Costa, se dirigen á la Sierra... Hace años hubiese parecido muy vulgar, de gente de poco más ó menos, veranear en el Espinar ó en Cercedilla; hoy, bastantes que acaso se adelantaron á las prescripciones de la ciencia respecto á la utilidad de respirar aire de altitudes, aire de montaña, y que buscan en el veraneo lo que realmente conviene, descanso y salubridad, acuden á aquellos pueblecillos y á aquellas soledades que no carecen de encanto. El veraneo en la sierra debe favorecerse por todos los medios posibles, dada su proximidad á la capital. No todo han de ser playas y balnearios.

Estos últimos sufren una crisis. Es un momento que debía preverse, en la evolución de las ideas, este en que se plantean dos problemas, respecto á las aguas medicinales. Primero: ¿son todas de reconocida, indudable eficacia? Segundo: después de dar por cierto que son eficaces, ¿me convienen?

Hará quince ó veinte años, se creía obligatorio, en los meses de calor, recorrer dos ó tres balnearios de moda. Éste se curaba, aquél no; había quien empeoraba..., pero se obedecía á una corriente. Hoy se empieza á no tomar aguas sin perentoria necesidad.

Además, ¡ha aumentado tanto el número de manantiales descubiertos! Cada quince días nos anuncian con bombo y platillos uno inédito, dotado de propiedades más asombrosas que los anteriores. No es esto sólo en España: Portugal ha considerado que era cuestión de patriotismo poseer cuantas aguas minerales poseemos los *castexaos*, y sería capaz de inventarlas. En Francia y Alemania cada día se descubren nuevas *fontaines merveilleuses* y nuevos *sprudeln*. Y la competencia y la abundancia engendran el escepticismo.

Sólo en mi tierra natal, Galicia, y en las Vascongadas, la hidrografía médica constituye una tupida red, con millares de ramificaciones. Dijérase que todo el suelo está por debajo regado con aguas de misteriosas propiedades.

Y con todo, pocas son las aguas que resisten al análisis y á la experimentación de sus propiedades y virtudes. Todos conocemos ejemplos de balnearios que ya ni lo son; y si no, ahí está el tristemente célebre de Santa Agueda, donde la bala de Angiolillo acabó con la gloriosa existencia de D. Antonio Cánovas. Por trágico que fuese el suceso, el balneario no se hubiese resentido de él, si las aguas conviniesen al tratamiento de un grupo de enfermedades. Lo que parece que ha transformado á Santa Agueda de balneario en asilo religioso, es precisamente el haberse demostrado que no poseían eficacia sus manantiales. No basta que un agua esté mineralizada para que surta efectos terapéuticos.

Así es que la selección va imponiéndose, y sólo quedan en pie algunos balnearios indiscutibles, de los que tienen, como Vichy, su historia, su estirpe, su blasón. Acaso se levanten, al lado de ellos, otros que merezcan disputarles su lauro; pero en cambio, ¡cuántos recién descubiertos caerán en el olvido, cuántos se desacreditarán, de cuántos se dirá desdeñosamente que son «la carabina de Ambrosio!»

Yo he tenido ocasión de hablar especialmente de dos, sin duda los más renombrados de la región: Mondariz y la Toja. De ésta escribí, hace años, que se encontraba en un estado de abandono é incultura más propios de la cafrería que de un país europeo. Ahora, según dicen—pues no he ido á la Isla recientemente,—ha cambiado por arte de magia la decoración. Todo es lujo y *confort*, todo elegancia. Los precios—que no eran flojos en la época de la suciedad—son ahora más altos, pero es preciso pagar ciertos lujos y refinamientos, y todo se reduce á que la Toja sea medicamento para ricos; lo cual no debe extrañar á nadie, dado que el caudal de aquellos manantiales no es tan abundante que permita un establecimiento en gran escala. El número de bañistas, según he oído decir, tendrá siempre que ser reducido en la Toja, porque no hay agua para más. Por consecuencia, es natural que no pudiendo la Toja aprovechar el recurso de exportar sus aguas para mesa (aunque exporte sus sales y jabones), el establecimiento tiene que montarse sobre la base de una clientela opulenta, escogida.

Necesita por otra parte la Toja—que ahora ha visitado con interés una comisión de médicos ingleses—instalación más cara que ningún otro balneario, por ser las enfermedades que allí se atienden de índole especial, contagiosa muy á menudo y casi siempre de las que causan asco y melindre. Sólo una extremada, minuciosa desinfección; sólo un aislamiento completo en mesa y demás servicios; sólo un mobiliario completamente racional, como de Sanatorio, con todas las reglas de la moderna higiene, lograrán que la gente acuda allí sin escrúpulo y esté, no sólo tranquila, sino satisfecha. Repito que no he visitado la Toja desde que ha sufrido la transformación de que se habla, pero comprendo que si en efecto reinan allí los adelantos y las comodidades y las prescripciones estrictas de la ciencia, el hospedaje no puede ser barato. Si algún día tengo ocasión de comprobar por mis ojos—en lo humano es un gran filósofo Santo Tomás—las mejoras y adelantos de la Toja, tendré sumo gusto en referir aquí mismo, y en otros periódicos donde colaboro, cómo el mundo marcha y cómo el progreso no es una frase huera inventada para hacer efecto en los *méetings*.

En cuanto á Mondariz—ó Mondáriz, como se empeñan en decir los que no son gallegos,—siempre ha resistido y resistirá victoriosamente la crisis de los balnearios. Mondariz tiene dos elementos de resistencia: el más poderoso, sin género de duda, es el de la exportación de su linfa, empleada como agua de mesa en todas partes.

Hay infinitas aguas minero medicinales que saben á demonios fritos. Las de Mondariz son deliciosas, y no tienen sino el inconveniente de que se habitúa á ellas el paladar y las demás parecen después insulsas; de que se habitúa el estómago, y cuesta trabajo digerir sin ellas.

Cuando Castelar, el inolvidable orador, daba aquellos banquetes suyos, que más que banquetes eran exposición de productos nacionales, en que se servían catorce platos y diez y ocho postres, tenía cuidado de colocar al alcance de la mano de cada invitado una botella de agua de Mondariz para prevenir la más que probable indigestión y estimular á que los desganados hiciesen los honores á un festín que bien podría llamarse de Heliogábalo. Y en efecto, para este fin las aguas de Mondariz superan á las de Vichy, con las cuales tantas afinidades tienen.

La concurrencia á Mondariz ha disminuído en estos últimos tiempos, no porque la fama de los manantiales sea menor, sino por algo de lo anteriormente indicado; porque quizás ya los médicos no envían tanto á las aguas, y porque la gente no las toma como diversión. Pero cuando digo que ha disminuído la concurrencia, quizás sufro un error de óptica. Van menos huéspedes al gran balneario porque Mondariz crece, y no es balneario aislado, como lo son tantos de la Península, sino un pueblecito pintoresco de hoteles, fondas y chalets, que va formándose. Allí, cada camarero que ha sacado de dos ó tres temporadas un capitalito de algunos miles de pesetas, instala su correspondiente hospedaje, y este incremento de la población es imposible que no corresponda á un aumento de concurrentes, más ó menos modestos, más ó menos ricos. Así es que, aun cuando en el balneario propiamente dicho se aglopen menos, á las aguas puede asegurarse que van en mayor número.

Y hay algo muy perjudicial, no sólo para éste, que es el primero, sino para los demás reputados balnearios de Galicia... Los itinerarios de los trenes, la dificultad del viaje, que arredra.

No ha muchos días, *El Liberal* demostraba con números que, yendo por Zamora, se llegaría á Galicia cuatro horas antes. Cuatro horas, en un viaje de veintitrés (á contar desde Madrid), representan un veinte por ciento de economía de tiempo y de dinero. Pero las Compañías no quieren. Las Compañías son un poder cuyo dominio sufrimos sin rechistar. Nos multan, nos procesan, nos llevan y traen como les acomoda, nos cobran á su talante, todo al amparo de la ley. Electricidad, gas, agua, ferrocarriles, teléfonos, lo más necesario, lo indispensable á la vida moderna, nos lo dan como por una especie de magnánima concesión, y lo pagamos en proporciones asaz tiránicas. Y si ocurre pensar en reducir el recorrido de un viaje, cosa que reportaría tantos beneficios á la región y á los que se trasladan á ella, sería con el bien de la colectividad estará el interés de la Compañía...

Hoy la gente quiere viajar en buenas condiciones. Otras provincias son más fáciles de visitar que las gallegas. Claro es que sólo van los que necesitan ir, irremisiblemente. Esto ha de restar concurrencia á los balnearios. Es difícil competir en diversión, animación y buen material de trenes con las regiones que están próximas á Francia, y á las cuales va la corte, la gente encopetada y la cursi imitadora.

En estas condiciones, todavía es admirable que los balnearios gallegos atraigan clientela y la conserven, y debe atribuirse á la eficacia y virtud de sus linfas y ninfas... y á nada más.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Con hermoso arranque puso dos cubos sobre el brocal, en donde dejaron caer un chorro de agua clara

EL POZO (1)

¿Por qué habían reñido? Ni ellos mismos lo sabían ó, por lo menos, no se explicaban ya que un motivo tan fútil les hubiese hecho reñir. Gilberto había ofrecido una fruta á Martina, quien lo había rechazado malhumorada y no había querido explicar la razón de su negativa, simplemente porque no tenía ninguna. Él, poco hábil, había insistido; ella había lanzado una palabra algo dura, menos por cólera que por despecho de verle tan poco galante, y Gilberto le había vuelto la espalda. La cosa duraba hacía tres días.

En vano el jardín en donde los enamorados trabajaban una parte del día había multiplicado sus seducciones para reconciliarlos; y en vano los macizos de rosales y peonías que cuidaba Gilberto se habían llenado de flores opulentas. Los claveles, por cuya existencia velaba Martina, habían inútilmente perfumado el aire con su embriagador aroma, y hasta el huerto, situado á espaldas del pabellón que habitaba la familia, había rivalizado en belleza con el jardín. Porque, á la verdad, estaba hermoso el huerto: las calabazas, apenas nacidas, descansaban sus redondeadas formas sobre la tierra, al extremo de sus finos tallos y abrigadas por sus anchas hojas; las coles mostraban sus vigorosas masas, de apretados cogollos y caídos perfiles, semejantes á ornamentos de bronce sombreados por la pátina que esperaban la admiración de los inteligentes; las alcachofas ostentaban el aspecto decorativo de sus hojas recortadas, que parecían obra de un artista destinada al adorno de algún surtidor; los pámpanos escalaban los parrales apoyándose en sus zarcillos; y todas, flores, frutas, legumbres y cepas, pedían á porfía agua, porque Gilberto no se cuidaba de regarlas desde que había reñido con su novia. Y la pedían en primer lugar, es indudable, para conseguir apagar su sed imperiosa de plantas que quieren crecer, y además (esto no es tan seguro, ¿pero por qué no creerlo así?) para aproximar á los dos amantes junto al pozo que contenía el agua clara y fresca.

El pozo aquel era enteramente á propósito para facilitar la aproximación; como pozo buen cumplidor de la misión á que estaba destinado, abría su boca tranquila y redonda y aun reflejaba un poco de cielo en su agua profunda. Multitud de plantas descendían en desorden desde las partes superiores hasta el límite de la luz, hacia la humedad, que absorbían ansiosamente, y quitaban á las paredes interiores el aspecto siniestro que pueden tener los bordes de un hondo agujero. En el exterior, las piedras conservaban vestigios de ornamentos gastados, entre los cuales distinguíanse una cabeza de macho cabrío, dos flautas campestres y un fragmento de guirnalda. La garrucha, montada sobre un sólido arco de hierro, sostenía la soga de cáñamo, tosca y fiel, y estaba pronta á dar vueltas, aunque chirriando algo, como para demostrar su mal carácter de vieja gruñona y solitaria.

No lejos del pozo terminaba el parque, conquistado en otro tiempo al cercano bosque y que, abandonado ahora, había recobrado su aspecto casi salvaje. Abríase en él una avenida que dibujaba vagamente plazoletas, en donde acababan de derrumbarse bancos cojos y carcomidos, y se perdía en la espesura entre multitud de ramas y de troncos venerables. Una estatua de Hércules, de dos metros de alto, puesta en el linde del jardín, atestiguaba la antigua toma de posesión por el hombre de aquel rincón de tierra.

Mas á pesar de la belleza del lugar apacible, á pesar de la reclamación de las plantas, de la invitación del pozo y de la vaga sonrisa del Hércules de piedra, Martina y Gilberto no se reconciliaban y, testarudos, evitaban encontrarse en el sitio de la reconciliación. Gilberto ni siquiera aportaba por allí, y Martina iba ocultamente á buscar un poco de agua con un cubo de los destinados á la leche, que suspendía de una cuerda á fin de que el ruido de la polea no pudiera ser interpretado como llamamiento de socorro y de ayuda para los brazos de la muchacha. Y con aquellas gotas de agua Martina daba de beber á sus claveles, que, gracias á tal privilegio, eran las únicas flores que se refrigeraban en medio de la desolación de las demás plantas.

Gilberto, además de su pena, sufría á causa de su ociosidad; pero no se sentía con ánimo para emprender ningún trabajo, y cada vez que se disponía á coger una herramienta, recordaba su riña y dejaba caer los brazos desalentado. ¿A qué esforzarse, puesto que estaba reñido con Martina, la principal razón de ser de su existencia? Y luego el malhumor de su novia continuaba, pareciéndole una injusticia, lo cual le desalentaba más que todo. Con el alma dolorida sentábase en un rincón solitario; contemplaba, con ojos indiferentes y melancólicos, los vegetales que se marchitaban y dejaba transcurrir las horas, siguiendo el curso de pensamientos tristes, grises y monótonos. Otras veces salía armado de su bastón con intento de dar un largo paseo, pero no tardaba en variar de proyecto y no se alejaba mucho; vencido muy pronto por el cansancio, tendíase á la sombra de un árbol y parecía dormitar. Y sin embargo no dormía, sino que miraba vagamente por entre sus párpados semiabiertos.

Pues bien: Martina, en vez de dulcificarse ante aquella desesperación, se irritaba más y más; hubiera querido pegar á aquel muchachote que había perdido sus energías, se las daba de mártir y se lamentaba en silencio. Su prolongada pereza la exasperaba, y necesitaba todo su orgullo de novia ofendida para no apostrofarle.

Pero como un ser humano no puede conservar siempre esa tensión de espíritu, su cólera no tardó en trocarse en desdén, primero un poco, después mucho, y desde entonces pasó por el lado de Gilberto, tumbado junto á los árboles, con esa expresión de tranquilo desprecio que toda mujer bien equilibrada siente por un hombre cobarde.

Al cabo de tres días, sin embargo, Gilberto se recobró; había dormido perfectamente, y al despertar hallóse mejor dispuesto. Salió al jardín, desperezóse gozando del frescor de la mañana y contempló los vapores parduscos del horizonte, que presagiaban un día caluroso.

En el jardín reinaba la mayor consternación: los tallos se doblaban; las corolas, inclinadas hacia la tierra, habían bebido ya el rocío, y esto no obstante, permanecían mustias; secábanse los vástagos, y las calabazas, suspendiendo su crecimiento, no modelaban ya sus opulentas formas. Entonces Gilberto se hizo cargo del desastre, y aunque se acordó de la riña, tuvo resolución bastante para dirigirse al pozo y sacar un cubo de agua, que derramó en seguida sobre la tierra seca. Tan bien recibido fué aquel primer riego, que el muchacho ya no pensó más que en reparar el daño hecho, y no cesó de ir y venir del pozo á los arriates, que regaba balanceando con su robusto brazo la pesada regadera de cobre. La garrucha chirriaba como en sus mejores tiempos, los cubos subían llenos desde la sombra á la luz, y Gilberto, entusiasmándose con el trabajo, á cada viaje cobraba más ánimo y más vigor, al mismo tiempo que olvidaba su pena, y no pensando en ella, sentía renacer la esperanza.

Y precisamente cuando acababa de agrupar en la cuerda tres cubos, por parecerle demasiado lenta la labor realizada con uno solo, apareció Martina en el jardín. Quedóse la moza asombrada al ver á Gilberto trabajando, y le miró silenciosa y pensando en la confusión que sentiría si él la sorprendía en aquel momento de flaqueza. Los tres cubos atados á la cuerda descendían alegremente empujándose uno á otro, y cuando estuvieron llenos, Gilberto tiró de ellos; la garrucha gemía y crujía la cuerda; pero los brazos viriles y hasta el hombro desnudos no cedían, los músculos se hinchaban, y á cada esfuerzo el torso vigoroso aspiraba una gran bocanada de aire puro.

Martina inconscientemente le admiró. Allí cerca, el Hércules de piedra continuaba sonriendo vagamente, apoyado en la clava que hacía sobresalir uno de sus hombros; los enormes deltoides que cubrían éstos armonizaban con los prominentes músculos de todo su cuerpo, que se afirmaba sólidamente sobre unas piernas arqueadas. Gilberto se asemejaba á la estatua; evocaba la misma idea de fuerza, pero de fuerza más bella, puesto que estaba en actividad. Con hermoso arranque puso dos cubos sobre el brocal, en donde dejaron caer un chorro de agua clara, y respirando vigorosamente, se volvió.

Martina no pensaba en huir, y antes bien sonreíase complacida al verle tan fuerte y tan animoso. Gilberto, sorprendido al pronto de aquella sonrisa, no quiso saber más y se acercó á la muchacha.

En torno suyo todo renacía, y las rosas, recobrada su lozanía, vieron cómo Gilberta y Martina se besaban.

EMILIO SOLARI.

(Dibujo de José M.ª Marqués.)

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

LAS GILIMONAS

(TRAJES Y COSTUMBRES DEL SIGLO XVII)

Eran las *Gilimonas* tres hermanas llamadas doña Fabiana, D.ª Feliciana y D.ª Isabel, tan alegres de carácter como hermosas de rostro. Dice un antiguo adagio que *lo que se hereda no se hurta,* y su madre, D.ª Leonor de la Vega, parece que fué una desenvuelta *picaña,* como por entonces se decía, de la que se ocupan bastante los *Anales* de Madrid—libro curiosísimo que aún permanece inédito, á pesar de su mucho mérito, en la Biblioteca de la Academia de la Historia, escrito por el célebre literato León Pinello,—relatando diversas aventuras de la que fué protagonista la susodicha dama.

Tenían por sobrenombre las *Gilimonas,* por ser hijas del fiscal de los Consejos y Gobernador de Hacienda Don Gil Imón de la Mota, que dió nombre al *Portillo de Gilimón,* levantado en terrenos de su propiedad, y en los que se alzaban varias casas, en una de las cuales parece que estuvo preso y aun murió el Gran Duque de Osuna, virrey de Nápoles, según cuenta el ilustre cronista de Madrid D. Ramón de Mesonero Romanos.

Era D. Gil Imón el reverso de la medalla de su esposa doña Leonor Severo; rígido, justiciero, su nombre lo repetían con temor los delincuentes y con alabanza las gentes honradas. La severidad del padre debía chocar un día con la desenvoltura de sus hijas, tan mal educadas por su madre, y del choque no podían salir bien libradas aquellas atrevidas jóvenes tan diestras en bailar el apicarado baile denominado el *Turdión,* como en tañer la guitarra y cantar, al son de ella, las más truhanescas canciones.

El erudito Sampere, en su *Historia del lujo,* hace constar la anomalía de que, siendo los reyes de la casa de Austria tan devotos y religiosos, estando la iglesia en su apogeo y las órdenes monásticas en gran predicamento, las costumbres públicas se hallaban por completo relajadas durante su mando, sin poder mejorarlas, ni contener el lujo de que todas las clases sociales hacían gala, las repetidas Pragmáticas y Ordenes que se dictaban para mejorar las unas y enfrenar el otro.

La corte de España especialmente presentaba un espectáculo aterrador.

En los libros de costumbres de aquellos tiempos aparece retratada aquella extraña sociedad, tan devota como libertina; aquellas damas, siempre corriendo tras de sus galanes; aquellas doncellas, en cuya virtud nadie creía; aquellas comediantas, siempre dispuestas á fingir amores dentro y fuera del teatro; aquellas *busconas,* constante amenaza de las bolsas; aquellos caballeros, siempre dispuestos á los galanteos; aquellos capitanes, tan aficionados á las pendencias y desafíos; aquellos valentones, que vendían su puñal al que mejor podía pagárselo; aquellos alguaciles, tan dados á correr; aquellos criados, siempre prontos á engañar; aquellos estudiantes y capigorrones, que olvidaban á Nebrija por la fregona de la hostería; aquellos mercaderes, maestros en dar gato por liebre.

Llovían las Pragmáticas para reformar los trajes, cada día más lujosos. En las del año 1600 se prohibía á las mujeres lucir en las faldas entorchados, franjas, cordoncillos y cualquier guarnición de oro y plata, así fina como falsa, de abalorio ó acero. En otra, por no haber tenido cumplimiento la anterior, prohibió el rey á las mujeres el uso de *guardainfante,* por ser traje costoso y superfluo, lascivo y muy ocasionado á pecar, así las que los llevan como los hombres que los ven; que no lleven tampoco—decía—verdugados, ni otra invención, ni cosa que haga ruido, en las basquiñas; ni jubones escotados, salvo las que son mujeres públicas; todo bajo la pena de perdición de las ropas, multa de 40 000 maravedís, destierro y prisión.

Mas no por esto se cortó el mal.

Las cortes suplicaron al rey que prohibiera á las mujeres el uso de los mantos, por ser ocasionados á graves males, petición á que el rey accedió gustoso; pero ni la autoridad de los diputados, ni las órdenes del monarca, lograron desterrarlos, dándose el caso de asistir las damas á velar los Monumentos, en los días de Semana Santa, *arrebozadas* en los mantos y recibir en la propia iglesia los galanteos de sus adoradores, quienes las obsequiaban con dulces y confituras, que ellas pagaban dejando al caballero estrechar y besar su mano.



Una jira, cuadro de Guillermo de Díez

Los *afeites* ó pintura del rostro fueron otro grave mal de aquellos siglos, sin que nada pudieran contra ellos las sátiras de los poetas, ni los sermones de los clérigos.

Veamos cómo fray Ezcaray describe el traje de aquellas damas:

«Camisa de bretaña, llena de bordados; medias de enrollar, como los hombres; ligas de colonia verde con puntas blancas; zapatos de una oreja, y en lugar de cinta, un botón y rosa de diamantes; una lujuriosa saya, abierta por delante; la *cachaza* ó red de oro y seda en el pecho, y tan clara que sólo sirve para que por ella se registre lo que no se debiera ver; pelo rizado y añadido, para obtener mayor vanidad; en la frente el *chiqueador* ó pañuelo bordado de oro y sedas; toca de tafetán de varios colores, hecha de abalorios y encajes; pañuelo blanco con puntas y deshilados, no para limpiarse, sino para que lo vean; guantes perfumados; anillos, pulseras, agujas de plata y joyas; mantos de *humo* ó de *gloria,* con puntas y sin ellas.»

La descripción es completa y por demás curiosa.

Para substraerse á tanta y tan bella fantasía, sobre todo gozando de una alta posición y poseyendo una gran fortuna, precisaba tener un carácter muy entero y una educación muy severa.

Las *Gilimonas* poseían rango y tesoros, y carecían de entereza y de educación.

De aquí que ellas fueran las primeras en rebelarse contra las Pragmáticas del rey; y una tarde, según cuenta la fama, y cuando mayor era la concurrencia al *Prado de San Jerónimo,* lugar preferido por las damas y caballeros, se presentaron las tres hermanas y su madre, la imprescindible doña Leonor, vistiendo esos lujosos trajes y elegantes atavíos de que nos habla el docto fray Ezcaray, prohibidos por los decretos del monarca, con la agravante de ir cubiertas por los poéticos y misteriosos mantos contra los cuales se habían sublevado las Cortes, obteniendo su abolición, pero tan sólo el tiempo que duraba la lectura de la Pragmática prohibitiva.

Verlas saltar del coche y acudir á rodearlas buen número de damas y aun más de caballeros, que á porfía admiraban sus lujosos trajes y sobre todo su grande valor de presentarse públicamente con ellos, faltando á los bandos del monarca, fué obra de un instante.

Doña Leonor y sus hijas protestaron en alta voz de las peticiones de las Cortes y de las Pragmáticas del rey, jurando que antes se dejarían matar que obedecerlas.

Juraron todas las damas presentes seguir tan heroico ejemplo; juraron todos los galanes que allí estaban sostenerlas en su justísima causa, cuando apareció, de improviso, un alcalde de casa y corte seguido de su ronda, y con la mayor urbanidad declaró presas á la madre y á las hijas; gritaron las mujeres diciendo que era una arbitrariedad y una cobardía; echaron mano á la espada los caballeros; huyeron, ante sus terribles golpes, los alguaciles, y las *Gilimonas* aprovecharon la confusión y el tumulto para tomar el coche, huir del Prado y comentar con alegres risas lo acontecido, proclamándose vencedoras.

Pero ¡ay! que la madre y las hijas no habían contado con la huéspeda, como vulgarmente se dice, ó lo que es igual en este caso, con D. Gil Imón de la Mota. Sabedor el fiscal de lo ocurrido, por denuncia del alcalde, llamó á su presencia á las revolucionarias damas, y las declaró que, en vista de su conducta irreverente y criminal, él, olvidando que era padre para acordarse tan sólo de que era juez y de que las Pragmáticas del rey condenaban á toda justicia negligente á la pérdida del oficio, disponía: que de allí en adelante su esposa y sus hijas cambiasen sus lujosos atavíos y sus ricos trajes y sus poéticos mantos y sus delicadas pinturas por un severo hábito de monjas.

Las hijas—¡mujeres al fin!—pensaron que á sus hermosos rostros y delicados talles no les sentarían del todo mal las monjiles tocas, llevadas en público, que de seguro les atraerían las simpatías de la gente, la envidia de las otras damas y los galanteos de nuevos y más rendidos adoradores, y prometieron obedecer la orden, no sin derramar algunas lágrimas por el buen parecer, pues harto sabían ellas que era tarea imposible la de convencer ni ablandar á su severo padre.

Ignoramos si por las simpatías que la dura sentencia del justiciero fiscal les conquistaron, ó porque las *Gilimonas* eran unas verdaderas *gatitas madrileñas,* tan finas como lindas, doña Fabiana casó bien pronto con un noble caballero; doña Feliciana, que era la segunda, tuvo por esposo al embajador de Mantua, y la tercera, doña Isabel, víctima de una pasión por un hombre que no la correspondía, pasó algunos años un tanto retirada de las pompas del mundo.

El digno y severo D. Gil Imón, quizá también por aquel acto que tan alto puso su nombre como juez integérrimo y padre modelo, fué honrado con el hábito de caballero de la Orden de Santiago por los años de 1623.—E. RODRÍGUEZ SOLÍS.

EXCAVACIONES EFECTUADAS EN OSTIA.—ÚLTIMOS DESCUBRIMIENTOS. (Fotografías de C. Trampus.)

La opulenta ciudad de Ostia, que en otro tiempo fué el puerto de Roma por donde se hacía el comercio de la capital del mundo antiguo, hállase hoy separada del mar Tirreno por una distancia de siete kilómetros y no es más que una pobre aldea con unos centenares de habitantes.

A pesar de su actual pobreza, las excavaciones que desde hace algunos años se están efectuando en ella bajo la dirección del profesor Dante Vaglieri atestiguan la pasada grandeza de la ciudad actualmente sepultada, cuya decadencia comenzó con la del Imperio romano y fué poco á poco consumándose, á medida que los aluviones aportados por el Tíber iban separándola del mar y cubriendo sus muelles y sus canales, hasta que con el tiempo nada quedó de ella.

Sin embargo, en las actuales excavaciones, ha bastado cavar apenas un metro para encontrar los vestigios de la ciudad antigua. Las calles, recién descubiertas, están tan bien conservadas, que podrían al presente ser utilizadas sin ninguna dificultad, y todo cuanto se va descubriendo atestigua cuán adelantada estaba en Roma la ciencia de la ingeniería. Muy notables son también las termas, los hermosos sarcófagos, las pinturas murales de las viviendas y los mosaicos de los suelos, testimonios de la cultura del gran pueblo romano y de la riqueza de la antigua Ostia.



Una de las principales calles de la antigua ciudad

Recientemente se ha descubierto, entre otras cosas, un inmenso pórtico de 150 metros de longitud que antiguamente embellecieron ricas columnatas de mármol. Multitud de *tabernæ,* almacenes y tiendas de comerciantes al por menor, panaderías, almacenes de vino, carnicerías, droguerías, tintorerías, etc., animaban aquella inmensa vía cuando en el siglo II antes de J. C. Ostia era el gran emporio por donde Roma se aprovisionaba Y á lo largo de ella alzábanse casas de varios pisos, cuyos restos se encuentran, reveladoras de la importancia y de la riqueza de la antigua urbe.

Entre los otros monumentos descubiertos merecen mencionarse: el templo de Mitreo, el gimnasio, las arenas, el grupo de los cuatro templos consagrados á Venus y á otras divinidades no clasificadas todavía, el frigidario y el atrio de la estación de los bomberos. Además se han encontrado mármoles decorativos; dos sarcófagos, en uno de los cuales está representada la muerte de Meleagro; varias lámparas; un torso de Dionisio, de mármol griego delicadamente esculpido; una estatua de mujer, que se supone ser un personaje de la casa del emperador Adriano, perfectamente modelada, digna de las tradiciones del arte helénico del siglo II y una de las obras más hermosas descubiertas en las últimas excavaciones.

De este modo hállase admirablemente recompensada la obra emprendida para recuperar los tesoros sepultados en Ostia, y que de ser continuada con el entusiasmo y con los medios con que hoy se realiza, hará surgir seguramente de las entrañas de la tierra una nueva Pompeya.—L.

El frigidarium

El atrio de la estación de los bomberos

PARIS.—LA FIESTA NACIONAL DEL 14 DE JULIO

LOS DIPUTADOS OTOMANOS

Con la brillantez de costumbre celebróse en París el día 14 la gran revista militar de Longchamp, que constituye sin duda alguna el número más interesante de las fiestas con que anualmente se conmemora en la capital de Francia el aniversario de la toma de la Bastilla. El presidente Fallieres revistó las tropas, y situándose luego en la tribuna condecoró á algunos generales y presenció el desfile de las fuerzas que habían formado en la parada.



La fiesta nacional del 14 de julio.—Manifestación de la Liga de patriotas delante de la estatua de Estrasburgo. (De fotografía de World's Graphic Press.)

La nota saliente de la revista militar de este año la han dado los dirigibles *Republique* y *Ville de Nancy*, que al comenzar el desfile aparecieron en los aires y ejecutaron sobre el campo de Longchamp toda clase de maniobras con una seguridad y ligereza admirables, entre las entusiastas aclamaciones de la multitud.

El mismo día, la Liga de Patriotas, presidida por Pablo Deroulede, realizó sus acostumbradas manifestaciones. Unos tres mil manifestantes, con numerosas banderas, desfilaron por delante de la estatua de Estrasburgo y de la estatua *¡A pesar de todo!*, de Antonino Mercié, en las cuales depositaron flores y coronas.

Después de la visita de los parlamentarios rusos de que dimos cuenta en el número anterior, ha recibido París la de una delegación de diputados otomanos que llegaron el día 11 á aquella capital y han permanecido en ella varios días.



Los globos dirigibles «Republique» y «Ville de Nancy» maniobrando en el aire durante la revista militar de Longchamp. (De fotografía de M. Branger.)

Componíase esta delegación de diez y siete individuos, contándose entre ellos algunas de las figuras más ilustres del Parlamento turco: Talaat-bey, vicepresidente de la Cámara y uno de los hombres más populares de la Joven Turquía; el Dr. Riza Tewfik, que goza de grande y merecida fama de sabio en su patria, en donde se le llama «el filósofo;» Solimán Bostani effendi, á quien se considera como el mejor escritor árabe; Ismaíl Hakki bey, notable periodista turco y uno de los orientales más versados en asuntos internacionales; Obeidulah effendi, ulema eruditísimo que representa en la Cámara la independencia intelectual de su clase; Nessim-Mazlia effendi, diputado israelita y uno de los miembros más influyentes del Parlamento otomano, etc.

En obsequio de esos otomanos hanse celebrado varias fiestas: un banquete de la Sociedad de los Amigos de Oriente, que presidió el embajador de Turquía; un almuerzo de los parlamentarios franceses del grupo del arbitraje; otro almuerzo de la Liga franco-otomana; una recepción y un banquete de gala en el ministerio de Negocios Extranjeros; una garden-party en el ministerio de la Guerra, y otros varios obsequios. En todos estos actos reinó, como es de suponer, la mayor fraternidad, y en los discursos que los parlamentarios franceses más ilustres y los delegados otomanos pronunciaron, las notas dominantes fueron la expresión de las más vivas simpatías y el deseo de que impere la más cordial amistad entre la Turquía constitucional y la República francesa.—S.

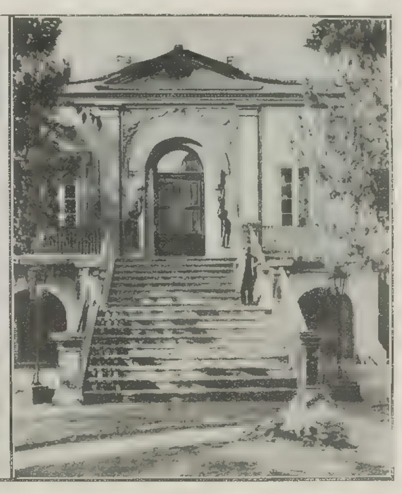


Los diputados turcos en el ministerio de Negocios Extranjeros. (De fotografía de World's Graphic Press.)

PERSIA.—TRIUNFO DEL NACIONALISMO.—EL NUEVO SHAH



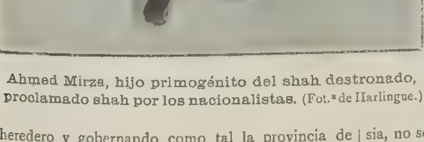
Vista general de Teherán, capital de Persia, que recientemente ha sido tomada por los nacionalistas. (De fotografía de M. Rol.)



Palacio de la embajada rusa en donde se refugió el shah destronado Mahomed-Alí. (Fotografía de Harlingue.)

Mahomed Alí, al subir al trono de Persia, en enero de 1907, había aceptado aunque muy á la fuerza la Constitución que su padre Mussaffer-Edín se había visto obligado á otorgar á su pueblo en agosto de 1906. El nuevo shah, que siendo todavía príncipe heredero y gobernando como tal la provincia de Azerbaidjan se había dado á conocer por sus sentimientos reaccionarios, trató, desde su advenimiento al trono, de destruir ó, por lo menos, de reducir aquella Constitución que limitaba demasiado su autoridad y que, por consiguiente, le era odiosa, y al fin, con el golpe de Estado de 23 de junio de 1908 destruyó el régimen constitucional y se propuso restaurar el antiguo régimen.





Ahmed Mirza, hijo primogénito del shah destronado, proclamado shah por los nacionalistas. (Fot.ª de Harlingue.)

Pero para esto habría sido preciso un hombre enérgico é inteligente que supiese organizar una fuerza capaz de resistir el empuje de las nuevas tendencias; y Mahomed Alí, por el contrario, es un hombre mediocre que sólo ha podido sostenerse algún tiempo gracias á la debilidad que, en un principio, mostraron sus adversarios y al apoyo de la brigada cosaca mandada por oficiales rusos, á las órdenes del coronel Liakhoff.

Los nacionalistas refugiáronse en Tabriz, que no tardó en ser el centro de un importante movimiento revolucionario y desde donde la rebelión fué extendiéndose á otras provincias y alcanzó gran fuerza, sobre todo cuando se adhirieron á ella los baktiaris, poderosa tribu guerrera de la región de Ispahán.

Ultimamente los revolucionarios marcharon sobre Teherán, la capital de Persia, de la cual lograron apoderarse, después de algunos sangrientos combates. Mahomed Alí, que no contaba con más defensores que los cosacos del coronel Liakhoff, hubo de abdicar y de refugiarse en la legación rusa, pactándose en seguida la paz entre los jefes nacionalistas, el Sifadar y el Sardar Assad, y los defensores del soberano destronado, y reuniéndose una asamblea nacional, que proclamó shah al príncipe heredero Ahmed Mirza, bajo la regencia de Assad el Mulk, jefe de la tribu Kayar.

El nuevo shah, cuya proclamación ha sido acogida en Teherán con gran entusiasmo, trasladóse inmediatamente al palacio de Saltanehabad, acompañado de una escolta anglo rusa y de su preceptor Smyrnoff, y allí recibió á una delegación del Consejo nacional que fué á saludarle.

Ahmed Mirza es un niño de once años y ya su padre le había proclamado heredero del trono en 25 de enero de 1908. Es el hijo segundo de Mahomed Alí; mas como la ley de sucesión en la dinastía Kayar, que reina en Persia, no se atiene estrictamente al principio de la primogenitura, sino que tiene en cuenta además el origen de la madre, Ahmed-Mirza ha sido preferido á su hermano mayor Ecte-zad Os, por ser éste hijo de una concubina y él hijo de una mujer noble.

El regente Assed el Mulk fué en otro tiempo ministro de Justicia de Nasr Edin, á quien acompañó en sus frecuentes viajes á Europa. Fué también consejero de Mussaffer Edin y á él se debió seguramente la otorgación de la Constitución, pues hacía tiempo que era adicto á la causa liberal, á la que ha permanecido fiel durante la larga crisis provocada por la política versátil de Mahomed Alí. En su casa se reunieron los liberales el año último para preparar una protesta contra la obra reaccionaria del emir Bahadur Ying y él fué quien presidió la comisión que pidió al shah la destitución de éste; aquel acto dió por resultado el encarcelamiento de todos los individuos de la comisión, menos Assed-el Mulk, á quien Mahomed Alí no se atrevió á prender por tratarse de una de las personalidades de mayor prestigio y más respetadas de Persia.

Assed el Mulk, aunque no ejercía ningún cargo oficial, ocupaba en la corte un puesto preeminente; era el único que tenía derecho á sentarse en presencia del shah, y en todas las ceremonias oficiales iba inmediatamente después de éste y delante del gran visir. Cuenta actualmente sesenta y cinco años y es, como hemos dicho, jefe de la tribu Kayar, de la cual forma parte la familia reinante.—S.



Sardar Assaad, jefe de los nacionalistas (De fotografía de Harlingue.)



EL AECHADOR, famoso cuadro de Francisco L. Millet que forma parte de la magnífica colección de pinturas, asegurada por 18 millones de francos, que el multimillonario parisiense Chauchard ha legado en testamento al Museo del Louvre

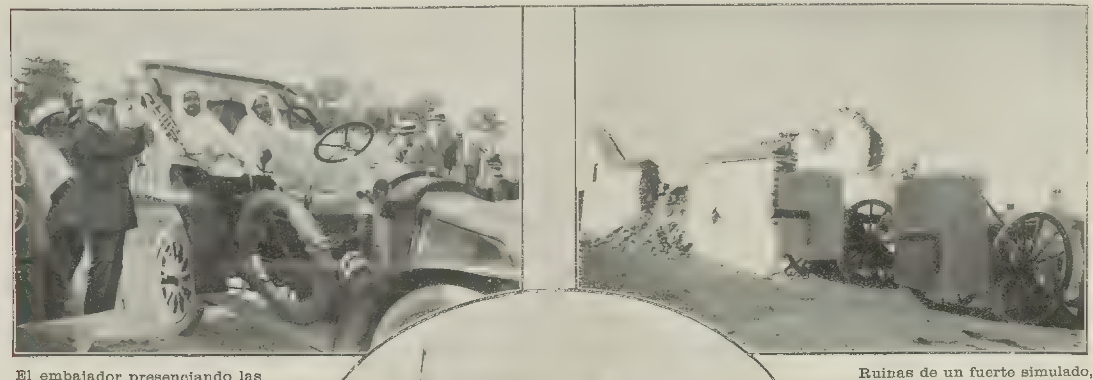
(De fotografía de Braun Clement y C.ª)



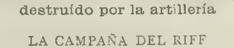
LA HILANDERA, famoso cuadro de Francisco L. Millet que forma parte de la magnífica colección de pinturas, asegurada por 18 millones de francos, que el multimillonario parisiense Chauchard ha legado en testamento al Museo del Louvre

(De fotografía de Braun Clement y C.ª)

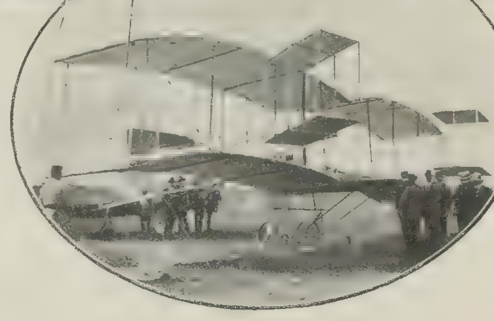
MADRID.—La embajada marroquí en las maniobras de Carabanchel. (De fotografías de M. Asenjo.)



El embajador presenciando las maniobras. Al lado del automóvil, el capitán general de Madrid Sr. Villar y Villate.



Ruinas de un fuerte simulado, destruído por la artillería



El aeroplano de los hermanos Sres. Salamanca

El día 19 efectuáronse en el campamento de Carabanchel unas importantes maniobras, que fueron presenciadas por la embajada marroquí.

A las cinco de la mañana salieron del hotel de Rusia, en automóviles, el embajador marroquí, el secretario, los dos consejeros, los tres caides y el Sr. Zugasti.

En el campamento estaban ya el capitán general Sr. Villar y Villate y el gobernador militar Sr. Bascarán, que recibieron á los enviados del sultán.

Las maniobras militares comenzaron inmediatamente con los ejercicios de tiro al blanco con cañones, por baterías, haciéndose después descargas cerradas.

El último blanco, hecho sobre una casita que quedó destruída, llamó la atención de los moros, que elogiaron mucho la certera puntería de los cañones. Estos hicieron los disparos á 3.600 y 3.700 metros de distancia.

Después se hicieron los ejercicios de ametralladoras, las que tenían por blanco maniquíes, que quedaron acribillados.

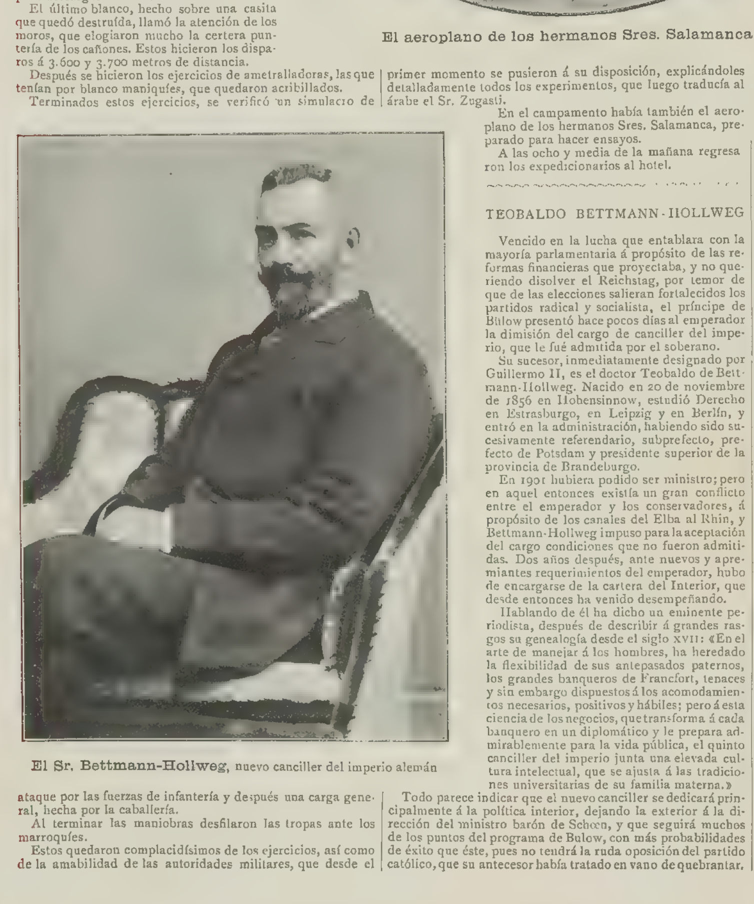
Terminados estos ejercicios, se verificó un simulacro de ataque por las fuerzas de infantería y después una carga general, hecha por la caballería.

Al terminar las maniobras desfilaron las tropas ante los marroquíes.

Estos quedaron complacidísimos de los ejercicios, así como de la amabilidad de las autoridades militares, que desde el primer momento se pusieron á su disposición, explicándoles detalladamente todos los experimentos, que luego traducía al árabe el Sr. Zugasti.

En el campamento había también el aeroplano de los hermanos Sres. Salamanca, preparado para hacer ensayos.

A las ocho y media de la mañana regresaron los expedicionarios al hotel.



El Sr. Bettmann-Hollweg, nuevo canciller del imperio alemán

TEOBALDO BETTMANN-HOLLWEG

Vencido en la lucha que entablara con la mayoría parlamentaria á propósito de las reformas financieras que proyectaba, y no queriendo disolver el Reichstag, por temor de que de las elecciones salieran fortalecidos los partidos radical y socialista, el príncipe de Bülow presentó hace pocos días al emperador la dimisión del cargo de canciller del imperio, que le fué admitida por el soberano.

Su sucesor, inmediatamente designado por Guillermo II, es el doctor Teobaldo de Bettmann-Hollweg. Nacido en 20 de noviembre de 1856 en Hohensinnow, estudió Derecho en Estrasburgo, en Leipzig y en Berlín, y entró en la administración, habiendo sido sucesivamente referendario, subprefecto, prefecto de Potsdam y presidente superior de la provincia de Brandeburgo.

En 1901 hubiera podido ser ministro; pero en aquel entonces existía un gran conflicto entre el emperador y los conservadores, á propósito de los canales del Elba al Rhin, y Bettmann-Hollweg impuso para la aceptación del cargo condiciones que no fueron admitidas. Dos años después, ante nuevos y apremiantes requerimientos del emperador, hubo de encargarse de la cartera del Interior, que desde entonces ha venido desempeñando.

Hablando de él ha dicho un eminente periodista, después de describir á grandes rasgos su genealogía desde el siglo XVII: «En el arte de manejar á los hombres, ha heredado la flexibilidad de sus antepasados paternos, los grandes banqueros de Francfort, tenaces y sin embargo dispuestos á los acomodamientos necesarios, positivos y hábiles; pero á esta ciencia de los negocios, que transforma á cada banquero en un diplomático y le prepara admirablemente para la vida pública, el quinto canciller del imperio junta una elevada cultura intelectual, que se ajusta á las tradiciones universitarias de su familia materna.»

Todo parece indicar que el nuevo canciller se dedicará principalmente á la política interior, dejando la exterior á la dirección del ministro barón de Schœn, y que seguirá muchos de los puntos del programa de Bulow, con más probabilidades de éxito que éste, pues no tendrá la ruda oposición del partido católico, que su antecesor había tratado en vano de quebrantar.

LA CAMPAÑA DEL RIFF

Como era de suponer, los rifeños han atacado las posiciones avanzadas que nuestras tropas ocuparon á raíz de la agresión cometida por los moros contra los trabajadores del ferrocarril de las minas de Beni-Bu Ifror.

Los ataques, hasta el momento en que escribimos estas líneas, han sido dos: el primero comenzó á las dos de la tarde del día 18 y terminó á la madrugada siguiente; el segundo fué el 20 y duró toda la tarde y toda la noche, y en él los moros llegaron á hostilizar las cercanías de Melilla.

Los combates que se trabaron fueron encarnizadísimos y en ellos nuestros soldados se portaron heroicamente, batiéndose con gran denuedo contra fuerzas muy superiores en número que, despreciando el fuego de nuestra infantería y de nuestra caballería, avanzaban hasta junto á nuestras posiciones, de tal manera que momentos hubo en que la lucha fué cuerpo á cuerpo.

Nuestras bajas en estos combates han sido, según se desprende de las noticias oficiales, 4 jefes y oficiales y 37 soldados muertos, y 6 jefes oficiales y 80 soldados heridos.

Entre los oficiales heridos lo fué el capitán del batallón de cazadores de Barcelona n.° 3 D. Manuel de Mena, cuyo retrato publicamos adjunto. En el combate del 18 mandaba la sección de ametralladoras de su batallón, cuyos servidores quedaron diezmados; el Sr. Mena, á pesar de su herida no quiso permanecer fuera del campo de batalla más que el momento preciso para que le efectuasen una cura provisional, y hecha ésta volvió á ocupar su puesto en la sección de ametralladoras y siguió batiéndose valerosamente.

El número de bajas de los rifeños se desconoce, pues se calcula que ha de ser considerable, dado su modo de combatir despreciando la muerte y dados los estragos que en ellos causa nuestra artillería.



D. Manuel de Mena, capitán del batallón de cazadores de Barcelona n.° 3, herido en el combate de Melilla del día 18, al defender y dirigir heroicamente el grupo de ametralladoras de su batallón. (De fotografía.)

LADRÓN DE AMOR (1)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONCLUSIÓN)



Y antes de que el Sr. Verdelet hubiese podido intervenir, había apretado el gatillo

—Sí, el hermano de Luciano. Yo estaba en América, llegó á París después de cinco años de ausencia y me he enterado del casamiento... He sabido la desgracia de la pobre Juana... ¡Está loca!.. ¡La he visto!..

—¿La ha visto usted?

—Fuí al Cepellón... El Sr. Laroche me arrojó fuera de su casa...

—¡El Sr. Laroche le arrojó!.. ¡Ah, ya comprendo, ya comprendo, pobre muchacho!.., dijo el notario estrechando con gran efusión las manos de Edmundo.

—¡Usted comprende!.. ¡Hable usted!.. ¡Explíquese, por favor!..

—Su hermano de usted es un miserable..., un infame... Y usted, mi pobre amigo, usted es su víctima, como lo fué esa pobre Juana..., y yo, juguete de ese monstruo, ayudé á su infamia... Me hice inconscientemente su cómplice... No les conocía á ustedes entonces, ni al uno ni al otro... No sabía que semejante parecido pudiese confundirles... ¿Comprende usted lo que le quiero decir?.. Es verdad, no puede usted comprenderlo... Es preciso para ello que le explique...

El Sr. Verdelet hizo sentar á Edmundo, que era presa de la más violenta emoción, y continuó diciendo:

—¡Ahora me doy cuenta de todo! . He sabido lo que ha pasado en el Cepellón... El Sr. Laroche me ha escrito... Juana ya no está loca... La presencia de usted, su aparición, despertó en ella la memoria, devolviéndole la razón.

—¡Yo!..

—Le reconoció á usted.

—Sí, me tomó por mi hermano... Creyó que yo era su marido...

—¿Usted la amaba?

—¡Que si la amaba!.. ¡Más que á mi vida!, declaró Edmundo con indecible ardor. ¡Yo vivía para ella!.. ¡Por ella vine... y la encontré loca..., perteneciente á otro..., á ese miserable..., sí, usted lo ha dicho, á ese miserable que me la robó!..

—¿Entonces lo sabe usted todo?

—No, y vengo para que usted se sirva enterarme. Quiero saber lo que la pobre mártir ha sufrido, á fin de salvarla si es posible. Mi presencia le devolvió la razón. ¡Quién sabe lo que Dios me permitirá hacer todavía!..

—¿Pero respecto á su hermano?..

—Se aprovechó de mi amor, que yo le había revelado confidencialmente, para robarme la mano de Juana.

—Sí, se la robó, mi pobre amigo, dijo el notario, porque, ahora lo veo, á quien amaba Juana era á usted... El miserable tomó el nombre de usted para cometer su infamia...

—¡Mi nombre!..

—Sí; porque se casó con ella bajo el nombre de usted.

—¿Es posible?..

—Los casé yo.

—Pero Juana no le conocía... A quien ella conocía era á mí..., á mí que, habiendo quedado solo con mi padre, pasé todo el tiempo de mi infancia al lado de ella...

—Y al ver á su hermano, creyó que era usted... Todo se explica ahora, gracias á ese prodigioso parecido, del cual yo mismo fuí juguete hace un momento.

Entonces el Sr. Verdelet lo refirió todo.

Dijo cómo se había efectuado el matrimonio. Reveló la infamia de Luciano, su robo, su condena. Explicó la exacción emprendida por aquel monstruo para prevalerse hoy de sus derechos de padre. Enseñó los telegramas del Sr. Laroche anunciando la curación de Juana y encargándole que buscase á la pequeña Jenny.

Enteróle finalmente el Sr. Verdelet de los pasos que había dado en Meudon para descubrir á la comadrona.

—Pero esa comadrona, exclamó Edmundo, es mi madre.

—¡Madama Rollinet!

—La misma... Es su apellido paterno... Ella me dijo, en efecto, que había asistido al nacimiento de la hija de Juana.

—Entonces ella sabrá el paradero de esa criatura.

—Quizá.

—Juana, atacada de locura, huyó de la casita de Meudon, dejando allí á su hija; pues, en su inconsciencia, perdida la memoria, no se acordaba siquiera de su maternidad.

—¡Venga usted, venga usted!, dijo Edmundo, levantándose. ¡Yo le devolveré su hija, si vive!.. ¡Venga usted!..

Y arrastró al notario.

Subieron ambos al coche que esperaba á la puerta y Edmundo dijo al cochero:

—¡Al Gran Hotel!

Ahora estaba resuelto á decírselo todo á su madre,

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

pues su corazón estallaba, y se lo dijo todo, en efecto, delante del notario, que confirmó sus declaraciones, que reveló el robo y la condena que había sufrido Luciano.

La señora de Favreuse estaba atónita, pero aquellas graves acusaciones no disminuyeron su ternura ciega por su hijo predilecto. Apiadada, le excusaba y compadecía.

Hasta trató de defenderlo, y si no insistió fué porque pensó en aquella fortuna ganada por su otro hijo, por Edmundo, de la cual esperaba recibir una parte. Se lo había prometido.

Pero Edmundo y el Sr. Verdelet no perdían de vista el sagrado fin que perseguían.

Los odiosos manejos de Luciano cerca del señor Laroche probaban que sabía dónde se encontraba la niña, aunque acusase al padre de Juana de haberla hecho desaparecer.

La señora de Favreuse no quería irritar á su hijo, de quien iba á necesitar, y le explicó lo que había sido de la pequeña Jenny.

Después de todo, ¿qué le importaba aquella criatura?

Había que salvar ahora á Luciano, á quien el notario acusaba formalmente de substitución criminal y de falsificación de documentos públicos, puesto que había firmado su matrimonio con el nombre de su hermano.

Era el presidio para él y su matrimonio anulado afrentosamente por error de persona.

El divorcio no era ya necesario.

Entonces lo dijo todo.

Explicó cómo la hija de Juana, encontrada en la casa abandonada, había sido recogida por el pequeño deshollinador.

Indicó el domicilio de Pablo y de Rosita.

Edmundo y el notario corrieron allí.

¡Juana iba á ser salvada!

—¡Es usted, mi querido amigo, dijo el excelente Sr. Verdelet, quien ya le ha devuelto la razón y el que también va á devolverle su hija!.. Usted á quien admiro, porque, en todo esto, ha hecho el heroico sacrificio de su persona, no ha pensado más que en ella, porque la ha querido siempre y sigue amándola... ¡Oh! Y ella le ama á usted también, porque la pobre muchacha se entregó á su hermano creyendo entregarse á usted!.. ¡Usted, dentro de poco, le llevará su hija!..

—¡Yo..., no! No es posible, declaró tristemente Edmundo.

—¿Por qué?, preguntó sorprendido el amigo del Sr. Laroche.

—Juana lo ignora todo y es preciso que no sepa el crimen de que ha sido víctima.

—¿Y usted..., entonces?..

—Usted lo ha dicho... ¡Me sacrificaré por ella, para que sea feliz!.. ¡Creerá que su marido ha muerto y tendrá á su hija para consolarla!.. ¡Vamos!, añadió, bien resuelto al sacrificio, en el momento en que el coche paraba delante de la casa de la calle de Descartes.

Edmundo y el notario subieron al piso ocupado por la familia infantil.

Pablo y Rosita estaban allí.

Víctor jugaba amorosamente con la pequeña Jenny en el momento en que los dos caballeros se presentaron.

—¡El Sr. de Favreuse!, exclamaron á un tiempo Pablo y su amiga reconociendo al hijo del suicida de Montmartre.

Edmundo los reconoció también.

La cara de aquel niño que había socorrido á su padre no había sido olvidada.

El rostro de Víctor se puso sombrío.

Creyó un instante reconocer al que había robado á su padre.

El Sr. Verdelet lo notó y le sacó rápidamente de su error diciéndole la verdad.

La explicación fué corta.

Edmundo fué el que habló.

Interrogó desde luego á Pablo, quien refirió de qué manera había encontrado á la niña en la casa abandonada de Meudon, y las diligencias por el practicadas para conservar en su poder á la pequeña Jenny.

Pablo y Rosita, hablando alternativamente, contaron su vida y sus proyectos.

—Vamos á casarnos dentro de algunos meses, dijo la adorable muchacha, porque es preciso que esperásemos hasta tener la edad... Yo, hace tiempo que la tengo, puesto que las mujeres pueden casarse á los quince años; pero Pablo aún no ha cumplido los dieciocho.

—¿Y luego?.., preguntó Edmundo encantado y lleno de alegría.

—¡Y luego guardaremos nuestra hija!.. Porque ahora es nuestra, puesto que no tiene á nadie. Nunca ha podido saberse qué ha sido de esa señora de Meudon, su madre... La adoptaremos, como hemos hecho ya, y no la abandonaremos; vivirá siempre con nosotros.

—¡Siempre!.., dijo el Sr. Verdelet.

—¡Sí, señor, siempre, contestó Víctor, porque se casará conmigo, cuando sea grande, y viviremos todos juntos!

Entonces hubo que decir la verdad á aquellos adorables muchachos.

—¿Y si la madre de esta pobrecita Jenny vive, dijo el notario, y viene á reclamarla?..

Pablo, Rosita y Víctor quedaron tristemente confundidos.

Víctor, sobre todo, sufría ante la perspectiva de perder á aquella criatura que amaba ya como un hombrecito.

—Ustedes conocen á su madre, dijo á su vez Edmundo. ¡Es Juana..., Juana Laroche!... ¿Se acuerdan ustedes de ella?

—¡La señorita Juana!, exclamó Pablo.

—¡La buena señorita!.., dijo la hija de Landry.

—¡Sí, ella es, amigos míos!.. Esta criatura es su hija...

—¡Dios mío!.. ¿Es posible?

—¡Pues bien!, ya lo ves, Rosita, dijo Pablo, ¡hay que devolvérsela!

—¡Jenny!, exclamó Víctor estrechando á la niña en sus brazos. ¡Jenny!.. ¡Oh, no, no!

Y dirigiéndose á su amiguita:

—¿Quieres quedarte con Totor, Nini?, le dijo.

—¡Sí!.., con Totor.., contestó Jenny.

—¿Y no quieres ir con tu mamá?.., le dijo el notario enternecido.

—¡Mamá!.., dijo la hija de Juana volviendo los ojos hacia Rosita, ¡mamá está aquí!

Y le tendió los brazos.

—¿Y yo?, dijo Pablo.

—¡Tú.., tu eres papaíto!..

—¡Oh, caballeros!, imploró Rosita; ¡la señorita Juana es tan buena!.. Cuando sepa que hemos cuidado de Nini..., cuando vea lo mucho que la queremos, ¿no tendrá inconveniente en que vivamos á su lado?

—Lo hará con mucho gusto, hijos míos, contestó el notario.

—Desde luego, yo no me separo de mi pequeña Nini, declaró enérgicamente Víctor.

—Además, dijo orgullosamente Pablo Galoux, no seremos ninguna carga para la señorita Juana. Yo gano para vivir: yo trabajo.

—Y yo también, dijo Rosita.

Edmundo intervino.

—No quiero que en adelante tengáis que preocuparos de vuestro porvenir. Soy rico, amigos míos, y quiero recompensaros por lo que habéis hecho.

—¡A nosotros, caballero!.., exclamó Pablo.

—Sí, á los tres. Yo me encargo de todo. Mi amigo el Sr. Verdelet se ocupará de vosotros.

El notario comprendió las intenciones del generoso joven.

Víctor, entonces, se acercó á él, y en tono suplicante, como poniéndose confiadamente bajo su protección, imploró:

—¡Caballero, por favor, pida usted á esa señora que me tome á su lado..., á fin de que yo no tenga que separarme de mi pequeña Nini!.. ¡La quiero tanto..., si usted supiera!..

Edmundo estrechó la mano del muchacho.

—Te lo prometo, le dijo.

—Y yo, añadió el Sr. Verdelet, te lo prometo también: no te separarás de ella.

—Vosotros mismos, amiguitos, repuso Edmundo de Favreuse, llevaréis esta encantadora niña á su madre.

—¡Nosotros!..

—Así sabrá lo que habéis hecho. Sabrá que sois vosotros los que se la devolvéis y os lo agradecerá, pues ya os quiere mucho.

Entonces tomáronse varias disposiciones en este sentido.

El Sr. Verdelet acompañaría á Pablo, Rosita, Víctor y la pequeña Jenny.

Momentos después, el notario telegrafió al señor Laroche.

Le decía que había encontrado á la hija de Juana y le anunciaba que se la iba á llevar.

Luego preguntó á Edmundo:

—Y usted, ¿vendrá también?

—No..., no... Sería demasiado cruel, contestó el joven.

—Sí, quiero que usted venga, insistió el notario. Aunque no sea más que para que el Sr. Laroche sepa cuánto se equivocó respecto á usted.

—¡Qué importa!.. Esto no es nada al lado de lo demás, dijo Edmundo con voz quebrantada.

—¡Lo demás!.. Pero todo se reparará, hijo mío, prometió el notario sin decir lo que proyectaba. Usted vendrá, lo quiero... Es preciso, hasta por la misma Juana.

Edmundo obedeció al nombre de la amiga de su infancia.

Antes de partir quiso asegurar, como había prometido, el porvenir de aquellos excelentes muchachos.

Entregó al notario doscientos mil francos para que hiciese de ellos el uso que mejor le pareciese en favor de los tres chicos.

Quería hacerles felices.

Luego partieron todos juntos.

Edmundo no quiso ir á la quinta.

Quedóse en Segonzac, esperando en el hotel al Sr. Verdelet.

No se sentía capaz de ocultar sus sentimientos delante de Juana; ¿y no convenía que ella ignorase siempre la vergüenza y la infamia de que era víctima?

Juana esperaba á su hija, que el telegrama del Sr. Verdelet había anunciado.

Los dos médicos y su padre estaban con ella.

«La emoción que experimentaría—había afirmado el eminente alienista—no podía menos de serle saludable.»

Y en efecto, al ver á su bonita Jenny, al estrecharla contra su pecho, al besarla, su rostro se transfiguró divinamente en la exaltación de su ternura maternal.

La locura había desaparecido para siempre.

La curación era completa y definitiva.

Sólo el recuerdo de lo que había pasado durante aquellos cuatro años de demencia permanecería borrado, y esto sería su salvación, pues nadie le revelaría nunca la verdad.

El Sr. Laroche y Juana dieron las gracias á Pablo y á Rosita, cuya admirable abnegación y ternura les explicó el Sr. Verdelet.

El antiguo comerciante, conmovido, les tranquilizó, pues aún temían que los separasen de la pequeña Jenny.

—No, no os separaréis nunca de nosotros, les dijo.

—¿Y yo?, preguntó Víctor.

—Tú tampoco, amigo mío, dijo Juana. Estarás con ella, puesto que la quieres tanto.

Y les instalaron en la quinta.

Por la tarde, cuando pudo encontrarse á solas con el Sr. Laroche, el Sr. Verdelet le habló de Edmundo.

El padre de Juana quiso reparar en seguida lo que había hecho y fué con el notario al hotel del Caballo Blanco, donde el joven esperaba la vuelta del Sr. Verdelet para regresar á París, después de haberse enterado de lo que hubiese ocurrido en la quinta.

Atravesaban el parque del Cepellón, cuando un hombre, que había penetrado en la quinta, salió de un bosquecillo tras del cual se ocultaba.

Adelantóse hacia el Sr. Laroche y le dijo:

—Caballero, escúcheme...

—¿Quién es usted?.., preguntó el padre de Juana no reconociendo al marido de su hija, cuya voz se hallaba alterada y cuyo rostro estaba enteramente desfigurado.

Era Luciano.

Inmediatamente después de su entrevista con Edmundo, la señora de Favreuse había corrido á Saint-Denis, á casa de Griffonnier, queriendo prevenir á su hijo del peligro que le amenazaba.

Después de aquellas revelaciones, había comprendido el motivo de la desaparición de Luciano al reconocer la voz de Edmundo.

Quería salvarlo.

Griffonnier le diría dónde se encontraba.

La comadrona lo encontró en el cuarto que el ex pasante ocupaba en el figón de la isla de Saint Denis.

Entonces se lo explicó todo.

Griffonnier, al oir aquellas revelaciones, meneaba la cabeza.

Efectivamente, había falsificación de documentos públicos, penados con presidio.

Luciano tuvo miedo.

El miserable temblaba, sacudido por un terror espantoso.

Se había puesto lívido.

Pensaba que su hermano no tendría ninguna compasión de él.

Sabía que el Sr. Laroche vengaría á su hija y lo denunciaría.

Pensó en huir.
Pero Griffonnier no era de este parecer. Se esforzó en tranquilizarlos.
El Sr. Laroche, á pesar de su resentimiento, á pesar de su furor y de su necesidad de venganza, pondría por cima de todo el interés de su hija, cuya razón, apenas restablecida, aún poco firme sin duda, podía trastornarse de nuevo y sucumbir para siempre bajo el golpe de una emoción tan violenta como la que le causarían aquellas revelaciones.
Podía sacarse partido de la situación.
Le aconsejó, pues, que viese á su suegro y le vendiese su silencio.
—Desaparecerás, si te paga, añadió Griffonnier. ¡Qué te importa!.. Tu mujer ya, para ti, es como si no existiese.
La señora de Favreuse aprobó la idea.
Ella obtendría por su parte dinero de Edmundo y partirían juntos.
Luciano vió en ello una salvación posible.
Y se decidió.
Entonces todo quedó convenido entre aquellos tres miserables.
A fin de despistar las pesquisas, si alguna se practicaba, resolvieron que la señora de Favreuse y Griffonnier marcharían juntos á Dieppe, donde tomarían el primer vapor inglés para New Haven.
Allí esperarían á Luciano, que se reuniría con ellos inmediatamente después de haber obtenido del Sr. Laroche el dinero que esperaba arrancarle para desaparecer y evitarle todo escándalo.
La señora de Favreuse se llevaría todo lo que su hijo poseía aún del dinero entregado por el señor Atanasio.
De New Haven, una vez en seguridad, ella escribiría á Edmundo. Si era necesario, iría á Londres á verlo, en casa de M. Pick, donde tenía que pasar algunos días antes de volverse á América, y obtendría de él una suma importante.
Partió luego con Griffonnier, mientras Luciano iba á tomar en París el tren que había de conducirle á Segonzac.
El miserable calculó el paso que iba á dar.
Trató de prevenir todo lo que podía suceder.
Esperaba que el Sr. Laroche, por la salud de Juana, al mismo tiempo que para evitar todo escándalo, consentiría en pagar para que él desapareciese.
Si era preciso, le amenazaría.
Le asustaría con un escándalo mayúsculo que armaría en su casa, si se negaba á pagar.
Para esto, se proveyó de un revólver.
Pero el infame calculó también otra posible eventualidad.
Podía ser detenido y denunciado, en caso de ser reconocido, antes de haber logrado el objeto de su monstruosa exacción.
En tal caso, no se escapaba de ir á presidio. Se lo había dicho Griffonnier.
Lo que más le asustaba era la confrontación con su hermano.
Había que prever esta contingencia.
«Si me cogen, peor para mí—dijo para sus adentros con sombría resolución.—¡Me mataré!»
Entonces, en la fonda de la estación de Orleáns, donde esperaba la hora del tren, escribió esto:
«*Me llamo Luciano de Favreuse.*
»*Estoy harto de vivir.*
»*Que no se averigüe nada y den aviso de mi muerte á mi madre, Madama de Favreuse, Queens-Victoria hotel, New Haven, Inglaterra.*»
Se metió este papel en el bolsillo y partió.

A la pregunta del padre de Juana, contestó:
—¡Soy el marido de su hija!.. ¡Necesito hablar con usted!..
El Sr. Laroche dió un salto.
Iba á arrojarse sobre aquel miserable y estrangularlo.
El Sr. Verdelet le retuvo, cogiéndolo por la cintura.
Pero el antiguo comerciante estaba dotado de una fuerza hercúlea.
Desprendióse de su amigo y se precipitó sobre el infame.
Luciano había tenido tiempo de prever aquella agresión.
Había retrocedido algunos pasos, y sacando el revólver, apuntó al Sr. Laroche.
—¡No me toque, gritó, ó le mato!
Pero el Sr. Laroche, fuera de sí, no oyó nada.
Se arrojó sobre Luciano, y en una corta lucha, que duró apenas algunos segundos, le arrebató el arma.
Luego, cegado por el furor, la dirigió contra el infame, y antes de que el Sr. Verdelet hubiese podido intervenir, había apretado el gatillo.
Sonó el tiro.
Luciano se desplomó como una masa inerte.
—¿Qué ha hecho usted?.., gritó el notario.
—¡Justicia!.., contestó el padre de Juana.
—¡Desdichado!..
El Sr. Verdelet se inclinó, esperando que Luciano no estaría más que herido.
Lo palpó y dijo consternado:
—¡Muerto!..
Entonces el notario vió un papel que salía del bolsillo del ladrón.
Era la declaración escrita en la fonda de la estación de Orleáns que Luciano había hecho salir involuntariamente al sacar su revólver.
El Sr. Verdelet cogió el papel y lo leyó.
Su rostro reflejó una alegría interior.
Aquella declaración providencial era la salvación de su amigo.
No habría escándalo.
Volvió á meter el precioso papel en el bolsillo del muerto.
Atraído por la detonación, el jardinero acudió corriendo.
—Vaya usted á casa, dijo el notario á su antiguo amigo; quédese al lado de Juana. Que nada sepa de lo que acaba de pasar aquí.
Y añadió empujándolo:
—Yo me encargo de todo.
El Sr. Verdelet explicó al jardinero:
—En el momento en que pasábamos, este hombre salió de detrás de ese bosquecillo y se mató en presencia de nosotros.
Conforme á las órdenes que dió el notario, el cadáver fué trasladado á la habitación del jardinero, mientras un criado corría á prevenir al alcalde de Segonzac.
El Sr. Verdelet fué en busca de Edmundo, á quien enteró del drama que acababa de ocurrir.
—¿Ve usted?, le dijo, es la justicia de Dios. Venga usted; Juana lo ignora todo. Es usted á quien ella reconoció..., sólo usted es su marido...
Se lo llevó á la quinta, vivamente conmovido, no pudiendo reponerse aún de la violenta emoción que se había apoderado de él.

El parecido hizo lo demás.
A la vista de Edmundo, Juana se estremeció profundamente.
Su rostro se iluminó, sus ojos brillaron de una manera incomparable.
Tenía á su hija en brazos y la ofreció á los besos del joven diciendo transportada de dicha:
—¡Tú, Edmundo!.. ¡Oh, amado mío!..
—¡Juana..., mi querida Juana!.., balbuceó él ebrio de amor.
—¡Nuestra hija!.., dijo la joven madre. ¿Ves qué bonita es nuestra hija?
Tomando á la niña en sus brazos, Edmundo la cubrió de besos, susurrando tiernamente al oído de Juana:
—¡Sí..., nuestra hija!..
Llorando, vencido por tantas emociones, el señor Laroche abrió los brazos al amado de Juana, á aquel noble joven que la había salvado.
—¡Bendito sea!.., le dijo.
Y añadió en voz baja:
—¡Oh, perdone!..
—¡Ea!, dijo el Sr. Verdelet á su viejo amigo y á Edmundo. Juana está salvada y esto es lo principal. Yo me encargo de lo demás, y todo se hará legalmente, yo respondo de ello...

Al día siguiente se leía en el *Petit Journal:*
«*Un siniestro en la Mancha.*—El vapor inglés *William and Edward,* que hacía el servicio de Dieppe New Haven, ha naufragado en un abordaje, pereciendo tripulación y pasajeros.
»Mañana daremos detalles sobre ese espantoso choque.»
La señora de Favreuse y Griffonnier se habían embarcado en aquel vapor.
Tres meses después, la *Normandía,* el mismo transatlántico en que había venido Edmundo á Francia, efectuaba un nuevo viaje con rumbo á Nueva York.
A su bordo se encontraban Juana Laroche y Edmundo de Favreuse, con la pequeña Jenny y Víctor Landry.
Ni Edmundo ni Juana hubieran querido separar á Totor de Nini.
Víctor, cuya inteligencia había llamado la atención del arquitecto que le tenía de delineante, iba á secundar eficazmente á M. James Pick en sus construcciones de Montreal y de Portland
Se encontraría allí con una situación.
En la estación de San Lázaro, en el momento de su partida para el Havre, se encontraban el señor Laroche, Pablo y Rosita, ya casados y ricamente dotados por Edmundo y por el padre de Juana.
Debían vivir en el Cepellón con el Sr. Laroche.
El Sr. Verdelet y el doctor Desvallieres estaban allí también, y á su lado se encontraban además la buena de Sofía y el tío Bourasse, encantados de la suerte de su sobrino.
—¡Vaya que tuve yo una buena idea, decía el carbonero, al meter á deshollinador á ese galopín!.. Labré su fortuna, ni más ni menos...

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

LA TRAVESÍA DEL CANAL DE LA MANCHA EN AEROPLANO.—TENTATIVA DESGRACIADA DE LATHAM

Después de varios días de espera y de ensayos parciales efectuados en Sangatte, el aviador Enrique Latham, de quien nos hemos ocupado en otras ocasiones, realizó el día 19 de los corrientes la arriesgada tentativa de atravesar el canal de la Mancha, desde Calais á Douvres, en su aeroplano *Antoinette IV*.

A las cinco de la mañana, á pesar de la niebla, el aeronauta comenzó sus preparativos, al mismo tiempo que se avisaba al comandante del contratorpedero *Harpón* y al remolcador *Calaisien* para que adoptasen las medidas necesarias á fin de seguir el vuelo del aeroplano y poder prestar, en caso de necesidad el debido auxilio al expedicionario.

Fuera del cobertizo el aparato volador, Latham, tranquilo, sonriente, lo examinó con detención, asegurándose de que todo el mecanismo estaba corriente, y ensayó el motor, que funcionó con toda regularidad.

El *Harpón* y el *Calaisien* tomaron convenientes posiciones en el mar, y cuando estuvieron dispuestos, el primero disparó tres cañonazos, que eran la señal convenida para avisar que el aeronauta podía emprender su vuelo.



El aeroplano en los aires á la salida de Calais



El contratorpedero «Harpón» recogiendo el aeroplano de en medio de las olas

El público, presa de gran emoción, saludaba cariñosamente á Latham, quien correspondía á aquellos saludos con afectuosos apretones de manos y diciendo: «Hasta muy pronto, en Douvres.»

Después con serenidad admirable dió un último vistazo al *Antoinette IV*, y sentándose en él hizo funcionar el motor; el aeroplano corrió un rato rápidamente sobre el suelo, y luego, elevándose en el aire, hizo rumbo á Calais, pasó por encima de la ciudad, describió una curva para orientarse á una altura de 200 metros y al fin se le vió emprender la marcha resueltamente hacia las costas de Inglaterra, perdiéndose de vista al poco rato.

Cuando hubieron transcurrido cuarenta minutos, tiempo que se calculaba suficiente para efectuar la travesía del canal, desde Sangatte preguntóse á Douvres, por medio de la estación de telégrafos sin alambres que había instalado el diario londinense *Daily Mail*, si había llegado Latham, y al recibir una respuesta negativa, cundió entre el público gran alarma, pues temióse con fundamento que hubiera sucedido una catástrofe.

Por fortuna aquellos temores no se realizaron; Latham había caído en el mar, pero había sido oportunamente salvado por el *Harpón*.

He aquí lo que había sucedido. Apenas dada la señal de partida, la tripulación del contratorpedero púsose á observar atentamente el punto de la costa por donde había de aparecer el monoplano; al cabo de un rato de espera, vióse surgir el aparato, y entonces el *Harpón* hizo rumbo á toda máquina hacia Douvre, procurando conservar la menor distancia posible entre él y el aviador, que por momentos iba ganando terreno.

De pronto uno de los oficiales del buque gritó «¡Que se cae!»; y en efecto, el aparato, cuya hélice no funcionaba, deslizábase rápidamente hacia el mar hasta quedar posado sobre las olas. El *Harpón* forzó la máquina en dirección al aparato, y cuando estuvo cerca de éste lanzó al agua varios botes que encontraron á Latham sentado en lo alto del asiento para no mojarse los pies y fumando tranquilamente un cigarrillo. Conducido á bordo del contratorpedero, en donde todos se apresuraron á felicitarle por haber salido sano y salvo de la tentativa, aun cuando ésta hubiese fracasado, explicó lo ocurrido.

«No sé qué ha pasado, dijo; el motor se paró repentinamente. ¿Por qué? Lo ignoro, pero pronto sabremos la causa de ello. La salida se había efectuado admirablemente; después de una carrera de cincuenta metros, el aparato abandonó el suelo. Dirigióse hacia Calais y después de una virada pasé por encima de mis cobertizos, me encaminé á la costa y llegué sobre el mar á una altura de 150 metros. Estaba tan seguro del éxito que ya había desplegado mi bandera. Veía á lo lejos el humo del contratorpedero, que era mi guía, é hice rumbo hacia él; iba á alcanzarlo y á dejarle atrás, y tan seguro me creía que me disponía á fotografiar el barco, cuando de pronto se paró el motor. Tuve entonces una gran pena, y por primera vez en mi vida conocí la desesperación. Hice lo imposible por poner de nuevo en marcha el aparato; pero todo fué inútil. El monoplano siguió descendiendo lentamente y cayó en el mar, flotando sobre el agua, tal como yo había previsto. Mas no hablemos de lo pasado. Esta noche partiré para Mourmelón, en donde me haré cargo de un nuevo monoplano bautizado con el nombre de *Qui sait?* (*¿Quién sabe?*), y dentro de ocho ó diez días volveré á la costa de Sangatte para intentar de nuevo la travesía del Canal de la Mancha; y esta vez espero que el éxito coronará mi empresa.

El *Antoinette IV*, que había caído á 13 kilómetros de la costa francesa, 25 minutos después de su partida, fué pescado con gran trabajo é izado en el mástil de carga del *Calaisien;* aquel admirable aparato estaba convertido en un conjunto informe.

Latham desembarcó en Calais, en donde fué recibido con entusiasmo delirante y de donde partió aquella misma noche para ir á buscar su nuevo monoplano.



Enrique Latham á bordo del contratorpedero *Harpón* después de haber sido recogido en el mar

Es probable, sin embargo, que antes de que pueda realizar su tentativa, la realice Bleriot, que se dispone también á cruzar el Canal en el aeroplano de su invención.—B.

(De fotografías de M. Branger.)

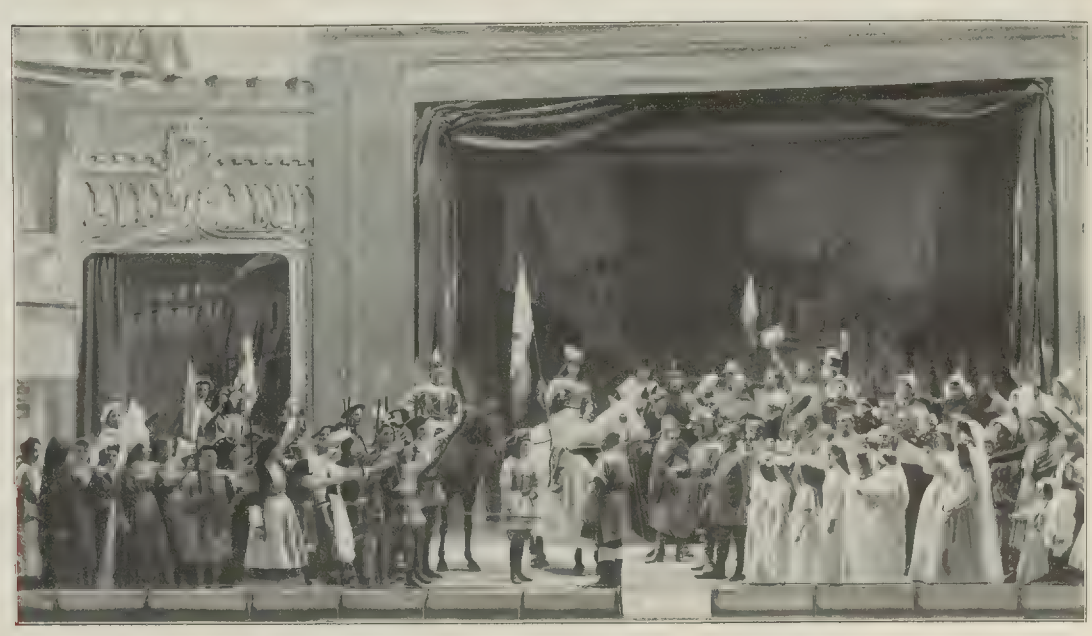
D. CARLOS DE BORBÓN Y DE AUSTRIA ESTE

Tras de los sendos rudos golpes sufridos recientemente por la Comunión tradicionalista con la muerte de dos de sus más ilustres personalidades, el diputado á Cortes don Matías Barrio Mier y el periodista D. Benigno Bolaños, la noticia del fallecimiento del Duque de Madrid, ocurrido en Varese el día 17 de los corrientes, á las 5'30 de la tarde, ha venido á llenar de consternación á sus leales partidarios y á despertar, en los que no lo son, la triste curiosidad de la marcha que pueda imprimir al partido carlista su heredero.

D. Carlos de Borbón y de Austria Este, hijo de D. Juan de Borbón y Braganza y de la archiduquesa doña María Beatriz de Austria Este, nació en Laybach (Austria-Hungría) el 30 de marzo de 1848. Su infancia pasóla al abrigo cariñoso del amor solícito de su querida madre, que tomó por su cuenta y riesgo la educación de su augusto hijo. Esa educación valiosísima recibióla junto con su hermano D. Alfonso en las cortes de Módena y Praga, y á la sombra de sus tíos el duque Francisco V y el emperador Fernando I. Tuvo también por ayo al general D. Luis García Puente, y por preceptor al P. Cabrera y Aguilar. Educáronle además en la profesión de las armas el coronel Flores Villamil y el capitán Risch en Praga. En 4 de febrero de 1867 contrajo matrimonio en Frohsdorf (Baja Austria) con doña Margarita, hija de Fernando Carlos III, duque de Parma, y de Luisa de Borbón. En 3 de octubre de 1868 su padre abdicó en él sus derechos, abdicación que notificó D. Carlos á todos los soberanos europeos en carta del 22 del mismo mes, no ocupándose desde entonces más que en la organización de sus ejércitos, desde París primero, desde la frontera de Cataluña, Londres y Baden-Baden después sucesivamente, hasta que á 2 de mayo de 1872 entró en España por Vera, poniéndose al frente de las huestes alzadas, por orden suya, desde Ginebra, el 21 del mes anterior para defender é implantar su programa político, que había dado á conocer en carta dirigida á su hermano D. Alfonso, desde París, el 30 de junio de 1869. La suerte no le fué favorable, á pesar de las gloriosas jornadas de Allo, Dicastillo, Montejurra, Somorrostro, Lácar y Mendizorrotz, y de las tomas de Estella, Ibero, Las Campanas, Viana, Portugalete, y el 28 de febrero de 1876 entró en Francia, y desde el puente Arnegui, rodeado del estandarte de la Generalísima y de más de cuarenta banderas de sus ejércitos, lanzaba á sus soldados el «Volveré» que había de mantenerlos adictos, pero que la muerte no le ha permitido cumplir, porque, como decía en carta á D. Luis M.ª de Llauder de 20 de septiembre de 1888, «no quería turbar la paz de España mientras no se viese, como entonces se vió, llamado por unánime clamor de todos los oprimidos.» Pau fué la primera etapa de su destierro, después Londres, y por fin Venecia, en cuyo Palacio de Loredán reunió, como en histórico museo, armas, banderas y trofeos de guerra. Antes, empero, de encerrarse allí, visitó los Estados Unidos y Méjico, y siguió las operaciones de la guerra de Oriente asistiendo á la toma de Nicópolis y á las tres batallas de Plewna, que le merecieron ser condecorado por el entonces príncipe Carlos de Rumanía con la Cruz del Valor militar. También visitó las cortes de Atenas, Bucharest y San Petersburgo, y recorrió las principales ciudades de la América española, viéndose en todas ellas agasajado.

D. Carlos enviudó de su primera esposa en 1893, y un año después contrajo segundas nupcias con doña María Berta de Rohán, que no le ha dado ningún hijo. Los de su primer matrimonio son: Blanca, nacida el 7 de septiembre de 1868; Jaime, nacido el 27 de junio de 1870; Elvira, nacida en Ginebra el 28 de julio de 1871; María Beatriz y María Alicia, ambas nacidas en Pau respectivamente el 21 de mayo de 1874 y el 29 de junio de 1876.

D. Carlos de Borbón (fallecido en Varese en 17 de los corrientes) y su esposa la princesa Berta de Rohán en los jardines del Hotel Excelsior, de Varese. (De fotografía hecha pocos días antes de su muerte y comunicada por Argus Photo Reportage.)



Representación del drama histórico «Juana de Arco» en el Teatro de la Pasión, de Nancy. (De fotografía de Carlos Trampus.)

En Nancy se ha dado una representación de *Jeanne d'Arc*, ante millares de espectadores, en el Teatro de la Pasión. Este teatro, centro de arte cristiano, no ha nacido al calor del entusiasmo producido en Francia por la beatificación de la insigne aldeana de Domremy, sino que cuenta cuatro años de próspera existencia, durante los cuales se han puesto en escena las obras tituladas *Passion*, *Notre Dame Gueschin* y *Lourdes*.

Jeanne d'Arc ha venido á continuar la serie. El canónigo monseñor Petit ha hecho un buen arreglo del libreto de Barbier y una excelente adaptación de la música de Gounod. Cada uno de los actos va precedido de un cuadro viviente, destinado á poner de relieve la misión de la mujer francesa en pro del bienestar y de la prosperidad de su patria. Juana de Arco de Domremy tiene por precursora á Genoveva de Nanterre cuando ruega á Dios que salve á París. La entrevista de la doncella con Carlos VII en Chinón va precedida de la conversión de Clodoveo por las plegarias de Clotilde.

La liberación de Beauvais por Juana Hachette es trasunto de la de Orleans por Juana de Arco. Carlos VII en Reims no puede menos de pensar en San Luis, educado por Blanca de Castilla. Estos cuadros de paralelismo histórico produjeron en los espectadores un efecto grandioso, porque, como ha dicho el crítico de *La Croix*, además de una idea deliciosamente ingeniosa, constituyen el resumen de toda la historia de Francia, ó, si se quiere, la historia de Cristo en relación amistosa con los francos.

Monseñor Petit ha procurado para su arreglo una presentación escénica á la altura de las circunstancias. Las decoraciones que representan la aldea de Domremy, la terraza de Chinón, los torreones de Orleans, la catedral de Reims y otras, con la presentación de conjuntos como una fiesta en la corte de Chinón, la entrada de Juana en Orleans, las apariciones y la apoteosis final, forman perspectivas pintorescas ó grandiosas, según los casos.

En la representación tomaron parte cuatrocientos actores de talento, que trabajaron con el entusiasmo propio de los *amateurs*.

Al estreno de la obra, que obtuvo un éxito grandioso, asistieron 2.000 espectadores, al frente de los cuales figuraba una comisión del Ayuntamiento de Orleans, presidida por el Alcalde Sr. Beauchet.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVIII — Barcelona 2 de agosto de 1909 — Núm. 1.440

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



LA MÚSICA, pintura al fresco de Bernardino Pinturichio (1454-1523)
que forma parte de la serie de las siete artes liberales que adornan la sala de los Clásicos
del departamento de los Borgias, en el Vaticano

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie de 1909, que es

MEMORIAS DEL GENERAL KUROPATKIN

libro interesantísimo en el que el ilustre caudillo ruso describe las causas de la guerra ruso-japonesa, los motivos que influyeron en su resultado y los hechos militares de la misma.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Perú: unas horas de revolución: asalto del palacio presidencial y momentánea cautividad del presidente. – *Colombia:* revolución fracasada: el general Reyes en Europa: la situación interior del país. – *Bolivia:* la cuestión de límites con el Perú y el fallo arbitral del presidente de la República Argentina. – *Honduras:* el proyecto de arreglo con los acreedores extranjeros. – *Cuba:* la reclamación de España por la deuda de la isla.

Llegó el correo del Perú con informes muy curiosos sobre los sucesos del día 29 de mayo. La tentativa revolucionaria fué un golpe de mano de los más audaces.

Tiempo hacía que los partidos demócrata y liberal, unidos bajo la dirección de Piérola, Billinghurst y Durand, iban tomando preponderancia y habían abierto ruda campaña contra los nacionalistas y civilistas, aliados para dar el poder al Sr. Leguía, y ahora divididos. Se presentía el peligro, y cuando llegó mayo hubo indicios muy claros de que se tramaba algo contra el gobierno. Éste se puso en guardia, y sus adversarios decidieron obrar de modo rápido é imprevisto para ganar por sorpresa una victoria que, según plan organizado y ya en parte conocido, podía convertirse en tremendo desastre.

En efecto, en las primeras horas de la tarde del citado día 29 grupos de hombres armados que capitaneaban Isaías y Carlos Piérola penetraron en el palacio presidencial; forzando las guardias, lo invadieron hasta el mismo despacho del presidente, que en aquel momento conferenciaba con el jefe del gabinete D. Eulogio Romero. Apresado el Sr. Leguía, lo condujeron por pasillos y patios del palacio, y luego por calles y plazas de Lima; iban por ellas los revolucionarios en el mayor desorden y confusión, sin ponerse de acuerdo respecto al lugar adonde convenía llevar al presidente. Por fin llegaron al pie del monumento de Bolívar, y allí hizo alto el grupo: sus jefes redactaron, utilizando papel y tinta que les proporcionó un negro, orden dirigida al jefe del Estado Mayor para que pusiera las tropas á disposición de uno de los Piérola, y con amenazas exigieron del Sr. Leguía que la firmara. El presidente se negó resueltamente. Otro grupo de conjurados, que se apoderaron del jefe del gobierno, tuvo más fortuna; consiguieron que el Sr. Romero firmase orden análoga, que no surtió efecto, porque el general Paz al recibirla se negó á cumplirla é hizo prisionero al que la llevaba

En un principio, las gentes que transitaban por las calles de la capital inmediatas al palacio veían con asombro aquel ir y venir de los grupos. Se dió el caso de pasar fuerza armada por la misma plaza en que se hallaba el presidente rodeado de sus enemigos, sin que se enterase de lo que sucedía. Mas pronto empezó á cundir la voz de que había revolución, y el pueblo, que aún no veía tropas ni aparato bélico, permanecía indiferente ó indeciso.

Poco después, rehecha la guardia del palacio, atacó á los que habían quedado dentro, y llegaban órdenes á los cuarteles, de donde salieron tropas que, como escribía un periódico de Lima, se apoderaron, á viva fuerza, de la vieja casa de Pizarro, á la que tocaba ver, al través de cuatrocientos años, reproducirse idénticas escenas y análogos combates, aunque, por fortuna, no con el mismo resultado para el jefe del poder en ella hospedado.

Entre tanto, un piquete de caballería destacado contra los revolucionarios que habían salido á las calles, llegaba á la plaza de la Inquisición y rompía nutrido fuego contra el grupo que vió al pie del monumento. Cayeron muertos ó heridos algunos, se dispersaron los demás, y entre la confusa masa de los que huían ó caían apareció y se dió á conocer, ileso, el presidente de la República. «Gracias, *señor capitán...*,» fueron las primeras palabras que dirigió al alférez que mandaba el destacamento.

Y todo quedó concluído: Pasaron de 30 los muertos y de 100 los heridos; entre ellos muchos ciudadanos que tranquilamente se hallaban en las puertas ó balcones de sus casas ó transitaban por las calles.

Al siguiente día daba un manifiesto el presidente. «El atentado —dijo— que ayer presenció atónita Lima marca una hora de oprobio en las páginas de nuestra historia. Palacio asaltado, asesinados mis guardias, irrespetuosamente tratada la magistratura suprema y muchas vidas sacrificadas por causa de una ambición desatentada y absurda... La hora amarga ha pasado; el orden se ha restablecido, mediante una reacción pronta y enérgica; la paz pública, supremo bien de las naciones celosas de sus deberes, se ha consolidado, y no es dudoso que marcharemos en lo futuro á conquistar un progreso firme y duradero, sin que nos inquiete siquiera el temor de que el crédito de la nación sufra quebranto en el extranjero, porque antes bien se ha comprobado que la pasión revolucionaria no alienta ya en el corazón del pueblo peruano.»

Y así es, en verdad. El pueblo, por lo menos indiferente; el ejército, con el poder constituído. Si había, como algunos suponen, batallones comprometidos, no respondieron á la voz de los revolucionarios.

***

Otra revolución fracasada en Colombia. Los recientes tratados con Panamá y Estados Unidos y las invasiones del Perú en territorios que Colombia supone suyos, invasiones que, según los exaltados, no debía tolerar el gobierno colombiano, han sido la razón ó pretexto de los que en Barranquilla se alzaran en armas contra el general Reyes.

La revolución fué dominada pronto; mas persiste la protesta popular contra los tratados, protesta que aprovecha el partido liberal para crear dificultades al gobierno, y sigue en pie la histórica cuestión de límites con el Perú. Por ahora, la discusión de los tratados en el Congreso queda aplazada. El conflicto de fronteras, agravado por actos que realiza cierta Compañía peruana explotadora del caucho, sufre también nuevos aplazamientos.

Entre tanto, el presidente, el general Reyes, deja la presidencia al general Holguín y se viene á Europa. Estuvo en París, marchó á Hamburgo, irá á Londres, y se dijo que pensaba honrar á España con su visita. Con este motivo, la Real Sociedad Geográfica de Madrid, recordando las expediciones y trabajos del general en el oriente colombiano, precisamente en esos territorios objeto del litigio con el Perú, le ha conferido el título de socio honorario.

De la situación interior de Colombia hay noticias muy contradictorias. Afirman unos que en las recientes elecciones para el Congreso el gobierno ha obtenido mayoría y, por consiguiente, será fácil dominar dificultades de carácter económico y diplomático, contando con el apoyo que los diputados han de prestar á los proyectos del gobierno; según otros, Reyes está decidido á renunciar definitivamente la presidencia, porque le faltan las simpatías populares, y se habla de las candidaturas de los Sres. Holguín y González Valencia.

Lo cierto es que la reconstitución interna del país se hace con demasiada lentitud. Como escribe el señor Ortiz Williamson en un periódico de Bogotá, en el fondo de la cuestión política de Colombia está latente el problema económico. Los gobiernos deben poner todo su empeño en aumentar el crédito nacional, en estimular la agricultura y las obras públicas y sobre todo en fomentar la exportación, de la que directamente depende la mejora del estado económico. Mientras esto no se logre, habrá siempre peligro de violentas soluciones políticas á mano armada.

***

También en Bolivia se ha alterado la vida normal en estos últimos días, aunque no por aspiración de tal ó cual partido á gobernar, sino por una de esas cuestiones de límites que tantos conflictos vienen promoviendo en Hispanoamérica.

El presidente de la República Argentina era el árbitro en el pleito que sostenían Perú y Bolivia; dictó ya fallo, y como no satisfizo á las pretensiones de Bolivia, el pueblo se amotinó, y el gobierno, aunque procuró contenerlo y garantir la seguridad de súbditos argentinos y peruanos, no parece que mostró en este asunto toda la corrección que debía.

Sabido es que estos arbitrajes se sentencian de modo definitivo é inapelable. Precisamente sólo así pueden tener razón de ser, puesto que á ellos se apela cuando las potencias interesadas han agotado todos los medios de ponerse de acuerdo sin haberlo conseguido. Entonces no queda más solución que la guerra ó el arbitraje. Convenido éste, las naciones que lo pactaron tienen que someterse al fallo del árbitro. Pretender que ese fallo sea objeto de deliberaciones y acuerdos del gobierno ó de las legislaturas de los países á quienes obliga, es una enormidad antijurídica.

Creemos, pues, que no tiene fundamento serio la noticia que nos trae el telégrafo, según la cual Bolivia ha resuelto someter á la aprobación del Parlamento la sentencia arbitral del presidente Sr. Alcorta. Si así fuere, estaría plenamente justificada la ruptura de relaciones diplomáticas entre la República Argentina y Bolivia.

***

La cuestión de la famosa deuda exterior de Honduras se halla en vías de arreglo.

Recordemos que se trata de esa pequeña República explotada inicuamente por una turba de especuladores que reclamaban más de 100 millones de pesos oro (á 21.773.748 libras esterlinas ascendía la deuda en 1.° de agosto de 1908) por empréstitos contraídos para el ferrocarril interoceánico, y de los que sólo llegaron á poder del gobierno hondureño poco más de 5 millones de pesos, que con los intereses y primas de emisión aumentaban hasta 6.600.000 en la fecha citada.

Ahora, según arreglo propuesto por el Sr. Lionel Carden, ministro de la Gran Bretaña en Centroamérica, y aceptado por el gobierno de Honduras, se toma por base la suma de 452.000 libras como valor representativo de dicha deuda, con interés de 8'86 por 100 durante el término de la amortización del capital nominal, término que se fija en 40 años.

Ignoramos, porque no se ha dicho, el fundamento que se tiene en cuenta para señalar la base de las 452.000 libras; pero nos parece acuerdo razonable, dado lo que realmente ha recibido Honduras y el exigüo valor en bolsa de los bonos de los empréstitos. El interés del 8'86 por 100 es bastante alto.

En un informe que ha hecho persona muy competente á solicitud del ministro de los Estados Unidos en Tegucigalpa, se afirma que, salvo en lo que se refiere á la cantidad base del arreglo, que aún podría aumentarse, lo demás es completamente inaceptable. Una de las condiciones es que el gobierno hondureño habrá de ceder á los tenedores de bonos el usufructo del ferrocarril interoceánico y del muelle de Puerto Cortés hasta que quede extinguida la deuda. Para el pago de las anualidades, Honduras debe crear un impuesto adicional sobre los derechos de importación, en cuya recaudación intervendrán agentes de los acreedores.

Por otra parte, en el arreglo no están representados todos los acreedores de Honduras por la deuda de que se trata. Pudiera ser el tal arreglo, si no se atan bien los cabos, origen de nuevos conflictos financieros para Honduras.

***

La prensa yanqui comenta con vivo interés las negociaciones entabladas entre España y Cuba con motivo de la reclamación que el gobierno de Madrid hizo para que Cuba tome á su cargo la parte que le corresponde en la deuda de la Gran Antilla anterior á 1899

En el tratado que los yanquis impusieron á España, negáronse aquéllos á tratar de este asunto, porque no eran los Estados Unidos los que adquirían la soberanía de la isla; la nueva República era la obligada.

Ahora bien, si como muchos yanquis desean y suponen que ha de suceder, Cuba se anexiona á los Estados Unidos, la obligación pesará ya sobre éstos, y la anexión, pues, podría resultar bastante cara.

R. Beltrán Rózpide.



Multiplicaba las entrevistas, los paseos por las alamedas del parque...

POR EL LINAJE

La baronesa de Arache se había quedado viuda con tres hijos: Guillermo, Felipe y Juan. Los dos mayores eran ya hombres; el menor era todavía un niño, venido al mundo doce años después de Felipe.

La baronesa vivía en su casa solariega, mezcla de granja y de castillo sucesivamente reformado por varias generaciones de Araches, que se alzaba en la costa andaluza, entre Almería y Málaga; y no vivía más que para sus hijos, mostrándose orgullosa de su prole, realmente digna de su noble estirpe, y repitiendo á todo el que quería oirla:

—El linaje de los Araches no lleva trazas de extinguirse.

Nacida en buenos pañales, emparentada con la aristocracia malagueña, llevaba con altiva dignidad el título adquirido al contraer matrimonio con el único heredero de aquel nombre.

Durante los tres primeros años de su unión, ambos esposos temieron que se extinguiese en el barón tan noble linaje, porque el cielo parecía condenarlos á no tener fruto de bendición. Mas luego vieron pródigamente compensadas sus inquietudes con el nacimiento de tres varones.

El mayor mostróse, desde muy joven, aficionado á las ciencias naturales y particularmente á la química. Convirtió en laboratorio una de las habitaciones altas del castillo, y allí se pasaba la mayor parte de las horas del día, entre retortas y alambiques, leyendo obras de estudio ó haciendo experimentos. A los veinte años era correspondiente de varias academias, colaborador de un par de revistas, una celebridad incipiente en el mundo científico.

El segundo, Felipe, era la antítesis de Guillermo. Ardoroso y vivo, eligió la profesión de las armas y prometía hacer una brillante carrera.

Juan estudiaba humanidades bajo la dirección de un cura, que se mostraba muy satisfecho de la inteligencia y de la aplicación de su discípulo.

A principios de 1893, una noche de febrero, el castillo de Arache fué sacudido por una explosión formidable y se vieron salir llamas por la ventana del laboratorio.

La baronesa y la servidumbre, que acababan de acostarse, se levantaron precipitadamente y acudieron al lugar del suceso, donde encontraron á Guillermo tendido en el suelo junto á una retorta destrozada, exánime, con horribles quemaduras en las manos y en la cara.

Mandaron á toda prisa en busca del médico del pueblo inmediato, mientras transportaban con grandes precauciones el herido á la cama más próxima. Antes de que llegase el doctor, el primogénito de los Arache había fallecido en medio de los sufrimientos más atroces.

Poco tiempo después, Felipe, que mandaba una compañía en el ejército expedicionario de Cuba, murió heroicamente en una acción de guerra.

La duquesa quedóse sola con su hijo menor, un niño de once años, el único heredero de los Arache, el último de este nombre.

¡Con qué solícitos cuidados velaba constantemente la baronesa por el hijo que le quedaba! Prohibióle el estudio de las ciencias experimentales y la profesión de las armas. Ninguna carrera le parecía exenta de peligros. Exigió que Juan permaneciese á su lado, sin permitir que fuese á completar sus estudios en alguna universidad, como aconsejaba su preceptor, que ya había vaciado en el cerebro del muchacho todo su caudal de filosofía y humanidades.

Pasaron unos cuantos años de monotonía inalterable.

Juan se aburría soberanamente, ocioso en el aislamiento del castillo.

El sueño dorado, la ambición suprema de la baronesa de Arache, era casar á su hijo lo más pronto posible con alguna noble heredera del país, y á Dios gracias, la nobleza no escaseaba en Andalucía. De esta manera Juan continuaría viviendo á su lado, y ella haría saltar sobre sus rodillas media docena de chiquillos que perpetuarían el nombre de su padre.

De vez en cuando se llevaba á su hijo de visita á casa de ricas familias de la comarca que tenían hijas casaderas. Otras veces eran estas familias las que visitaban á la baronesa. Pero semejantes entrevistas tenían el don de horripilar al muchacho y de ponerle de malhumor para toda una semana. Prefería á aquel ceremonioso visiteo la vida monótona de su solitario caserón, cuya distracción principal consistía en las partidas de tresillo que jugaba con su madre, el cura y un tal Cazurro, admitido en la tertulia de la baronesa á pesar de su origen plebeyo.

Cazurro era capitán retirado, de la clase de tropa, y el favor que le dispensaba la castellana de Arache era debido á la circunstancia de haber tenido á Felipe de teniente en su compañía. Además, Cazurro había asistido á su joven compañero de armas en sus últimos momentos, recibiendo de labios del moribundo las supremas palabras de amor filial que él juró llevar á la madre ausente.

El «capitán» (raramente se le daba otro nombre) vivía en las cercanías del castillo con su hija Mercedes. La baronesa había puesto gran cariño en la muchacha, que era bonita, afable, inteligente y huérfana de madre. Mercedes pasaba largas horas haciendo compañía á la baronesa, sirviéndole de lectora, esparciendo un poco de alegría en aquella triste morada.

Con frecuencia Juan permanecía inmóvil en un rincón, leyendo su periódico ó algún libro; pero distraído por la voz fresca de la muchacha, se ponía á contemplar su gracioso perfil, su nuca blanca en que se ensortijaban ligeros mechones de cabellos negros, sus largas pestañas que proyectaban sombra en sus mejillas aterciopeladas.

Mercedes no solamente era bonita, sino que era atrayente, fascinadora. El último Arache, tímido con todas las mujeres, se mostraba expansivo y amable con la hija de Cazurro. Tratóla al principio con amistosa confianza; luego aquella familiaridad se hizo más tierna, más afectuosa. Juan no se daba cuenta de ello, pero la muchacha había adivinado los sentimientos del baroncito.

Mercedes amaba á Juan por lo menos tanto como éste la amaba á ella; mas no se atrevía á esperar que pudiese realizarse algún día su sueño dorado, que consistía en llegar á ser baronesa, en llevar el nombre de Arache, aquel nombre que de tal prestigio gozaba en el país. Y coqueta como la mayor parte de las mujeres, dirigía á su amigo miradas y sonrisas tan provocadoras, que el pobre muchacho sentía subírsele á la cabeza una loca embriaguez. Jugaba con el fuego, multiplicaba las entrevistas, los paseos por las alamedas del parque, los arrobamientos á la luz de la luna, sentados los dos en un mismo banco de la glorieta, en tanto que la baronesa, el cura y el «capitán» sostenían largas conversaciones en el salón de confianza del castillo.

Un día Juan, algo pálido, pero resuelto, entabló con su madre la cuestión del matrimonio, que hasta entonces había eludido siempre, y le confesó francamente que amaba á la hija del capitán y quería casarse con ella.

La baronesa no salía de su asombro.

—Cómo, exclamó, ¡casarte con Mercedes! ¿Te has vuelto loco? ¡Una muchacha sin fortuna, sin nombre! ¡Una Cazurro!

—¡Qué importa!, replicó Juan; si tengo hijos se llamarán Arache.

—¡Y esa intriga se tramaba solapadamente en mi propia casa!.., añadió cada vez más airada la baronesa. Ese Cazurro y su hija habían trazado su plan, que llevaban á efecto con astuta hipocresía. ¡Se habían propuesto apoderarse de mi Juan y de su fortuna!..

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando un criado abrió la puerta de la estancia, anunciando al capitán y á su hija.

La baronesa les salió al encuentro y les dijo ciega de ira:

—¡Qué audacia! Han pretendido ustedes robarme á mi hijo..., apelando para ello á todos los medios de la seducción y de la falsa amistad... Váyanse de mi presencia... Esta casa está de hoy más cerrada para ustedes.

Juan trató en vano de calmar á su madre y de retener al capitán que, mudo de asombro, cruelmente herido en su corazón de amigo leal y en su dignidad de hombre de honor, se llevaba á su hija medio desfallecida.

Como su bondad, su educación y su sorpresa no le permitieron desfogarse, Cazurro enfermó del disgusto. Tres días después falleció de un ataque de apoplejía.

Después de haber enterrado á su padre, Mercedes abandonó el país sin haber comunicado á nadie su dirección. La muchacha había aceptado con gusto la hospitalidad que le ofreció una tía materna, viuda de un comandante, que vivía sola en Madrid. Juntando sus pensiones de viuda y de huérfana y absteniéndose de todo lo superfluo, tía y sobrina se aseguraron una existencia desahogada.

Aquellos acontecimientos sumieron á Juan en una melancolía profunda. No quería ver á nadie; vivía solo con sus recuerdos. Se paseaba, triste, por las alamedas en que se había paseado con Mercedes. Sentábase en el banco de la glorieta en que tantas veces habían hablado y fantaseado juntos, y al verse solo, lloraba como un niño.

Su madre se desolaba. Se arrepentía de la violencia con que había arrojado de su casa á los Cazurro, violencia que había causado la muerte del padre y por consiguiente la orfandad de la hija. Pero su conciencia la absolvía de haber desbaratado aquel complot matrimonial. ¡El último Arache no podía casarse con una Cazurro! Por otra parte, no se le podía dejar morir de pesadumbre, y era evidente que el muchacho caminaba á pasos de gigante hacia la tumba, minado por una pena inconsolable.

El médico aconsejó que se le hiciese viajar, ó por lo menos cambiar de residencia. En otro punto que no le recordase á cada instante el pasado, quizá lo olvidaría.

La baronesa tenía casa en Madrid, aunque abandonada desde la muerte de su marido, y se trasladó con su hijo á la capital.

Había transcurrido un año desde la desaparición de Mercedes, y en tanto tiempo á Juan no se le había visto sonreir una sola vez. Nada parecía interesarle, como si no existiese nada de común entre él y el mundo. Sin embargo, á su llegada á Madrid, el joven barón había encontrado, merced á sus relaciones de parentesco y amistad, alegres compañeros que habían querido hacerle tomar parte en sus diversiones.

A veces Juan se dejaba llevar á alguna francachela, donde su cara de difunto descomponía el cuadro.



En el campo, cuadro de Max Slevogt

Volvía de la fiesta sin haberse alegrado y habiendo entristecido á los demás.

Un día la que se alegró fué la baronesa, al ver risueño á su hijo por primera vez desde la dramática escena del castillo.

Juan mostróse de pronto jovial, animado, locuaz y ocurrente.

«Ha olvidado á Mercedes»—pensó la madre.

No la había olvidado; había vuelto á verla. Encontróse con ella al doblar una esquina. No pudo evitar el encuentro. Él quedó parado, lleno de sorpresa y confusión. Ella le tendió la mano sin rencor alguno, pues no tenía de él ningún motivo de queja, y lo presentó á su tía, que la acompañaba. Aún llevaba luto de su padre, y el manto negro hacía resaltar la hermosura de su rostro. A Juan nunca le había parecido Mercedes tan bella como en aquel momento.

La llama de su amor, aún no extinguida, se avivó nuevamente en presencia de la mujer idolatrada, y ambos jóvenes se contaron las cuitas que habían amargado su existencia desde el día de su separación.

Sus corazones se habían sido mutuamente fieles, y aunque habían perdido la esperanza de ver realizada algún día la suprema aspiración de sus almas, cada uno había tomado por su parte la decisión de no contraer matrimonio con otra persona.

Juan solicitó y obtuvo el permiso de ir á visitar á las dos señoras, y se separó de ellas á la puerta de su casa con la firme resolución de manifestar á su madre su decidido propósito de casarse con Mercedes.

La baronesa no se atrevió á oponerse á la decisión de Juan. Convencida de que si oponía el obstáculo de su autoridad materna á la celebración del matrimonio, su hijo apelaría á los medios legales para poder prescindir de su consentimiento ó perdería la poca salud que le quedaba, dijo exhalando un profundo suspiro:

—¡Estaría de Dios! ¡Cúmplase tu destino, hijo mío!

Y como si con aquellas palabras descargara su conciencia de un gran peso, murmuró después de respirar con fuerza:

—El capitán me perdonará desde el otro mundo al ver que contribuyo á la felicidad de su hija.

Del matrimonio de Juan con Mercedes nacieron en cuatro años dos varones, que la abuela gozosa tuvo la dicha de hacer saltar sobre sus rodillas; y al contemplarlos robustos y hermosos, repetía con frecuencia:

—¡Ah, el linaje de los Arache no corre ya peligro de extinguirse!

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

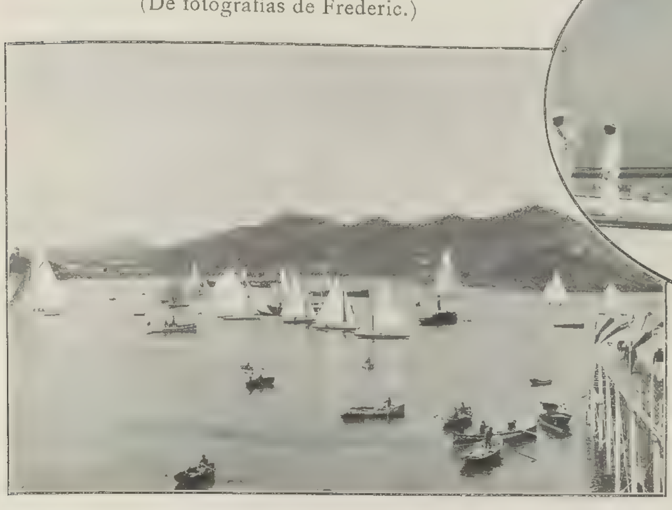


Día de descanso, cuadro de Pla y Rubio

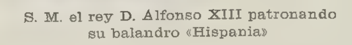
SAN SEBASTIAN

LAS REGATAS.—LLEGADA DE S. M. LA REINA VICTORIA

(De fotografías de Frederic.)



Aspecto de la Concha momentos antes de las regatas



S. M. el rey D. Alfonso XIII patronando su balandro «Hispania»

La hermosa capital donostiarra ha comenzado su período de festejos veraniegos con las interesantes regatas que empezaron el día 15, y en casi todas las cuales tomó parte S. M. el rey D. Alfonso XIII patronando su balandro *Hispania*.

En las del primer día ganaron: el *Hispania*, la copa de los infantes D. Fernando y doña María Teresa; el *Queen X*, también del rey, la del Club; el *Príncipe Alfonso*, del marqués de Cubas, la del rey; el *Ena*, del Sr. Dours, de Bayona, la de la reina Victoria; el *Dóriga*, de D. Fernando Pardiñas, la del infante D. Carlos; y el *Aufa*, del Sr. Elosegui, y el *Bocarta*, de la sociedad Guria, otras dos copas del Club.



SS. MM. las reinas D.ª Victoria y D.ª María Cristina dirigiéndose al palacio de Miramar

En las del 16 corriéronse las copas del marqués de Cubas, del marqués de Bayamo y de la Liga Marítima, que fueron respectivamente ganadas, aunque sólo provisionalmente, por el *Tuiga*, del duque de Medinaceli; el *Corzo*, del rey, y el *Mosquito*, del señor López Dóriga.

El tercer día disputáronse la Placa de Guipúzcoa, la Copa del Casino y varios premios en metálico, habiendo ganado la primera el *Hispania*, la segunda el *Chonta*, un objeto de arte y 200 pesetas el *Princesa de Asturias*, y una medalla de plata y 100 pesetas el *Chirtilla*. Estos tres últimos balandros pertenecen al Club de Bilbao.

El día 18 efectuáronse las pruebas definitivas de la copa del marqués de Cubas y del premio de la Liga Marítima, que obtuvieron el *Hispania* y el *Dóriga*. Los segundos premios fueron para el *Tuiga* y el *Princesa de Asturias* respectivamente.

La regata-crucero de Guetaria, que se corrió el día 19, ha sido una de las más interesantes; los premios se concedieron en la forma siguiente: serie de 15 metros, primer premio, *Hispania;* segundo, *Tuiga:* serie de 10 metros de nueva construcción, primer premio, *Corzo;* segundo, *Carmen:* serie de 10 metros y asimilados, primer premio, *Titave;* segundo, *Sogalinda II:* serie de 8 metros de nueva construcción, primer premio, *Cisco IV;* segundo, *Maitia:* serie de 8 metros y asimilados, primer premio, *Sogalinda;* segundo, *Aufa:* serie de 6 metros de nueva construcción, primer premio, *Ena;* segundo, *Machuca:* serie de 6 metros y asimilados, premio único, *Minaiz:* serie *sonderklasse*, primer premio, *Catalonia;* segundo, *Pitusa*, y tercero, *¡Dios salve á la reina!*, este último propiedad del rey.

Después de aquella regata crucero, el rey y los demás balandristas que habían tomado parte en ella fueron obsequiados con un almuerzo en el *chalet* que los marqueses de Casa Torres poseen en Guetaria. La fiesta se celebró en los jardines y fué presidida por S. M.; sentáronse á la mesa 150 comensales, y durante el almuerzo una orquesta ejecutó piezas escogidas.

En los días 21 y 22 efectuáronse la primera y la segunda pruebas de la regata internacional para disputarse la copa de la reina doña María Cristina, habiendo llegado el primer día por el orden siguiente: *Mosquito II* y *Dóriga;* y el segundo: *Princesa de Asturias, Isabelita, Mosquito, Dóriga* y *Chonta*. La prueba definitiva de esta regata se efectuará próximamente en Santander.

El día 21 llegó á San Sebastián S. M. la reina doña Victoria con sus augustos hijos, siendo recibida en la estación por la reina doña María Cristina, la infanta doña María Teresa, las autoridades y numeroso público. SS. MM. se dirigieron en coches á palacio, mientras los buques disparaban salvas.—G.



Banquete ofrecido por los señores marqueses de Casa Torre á S M el rey y á los que tomaron parte en las regatas

LA CAMPAÑA DE MELILLA

Desde las últimas noticias de la campaña que publicamos en el número anterior se han librado en Melilla, aparte de algunas escaramuzas, dos importantes combates, uno de ellos en los días 22 y 23 y el otro el día 27 del mes pasado. De ambos dan cuenta los partes oficiales en los siguientes términos:

«*Melilla,* 23 (1 madrugada).—Durante el día transcurrido, sólo ha habido tiroteo de poca importancia, desde las estribaciones del Gurugú, contra las posiciones Amhet El Hachs y Sidi Muza, que hicieron algunos disparos de cañón.

»En Amhet hubo un herido. Desde los límites se han disparado algunos cañonazos hacia una cañada del Gurugú, donde decían los confidentes existía un grupo numeroso de moros.

»Ignoro el resultado.

»En el ataque de la noche del 20, en Sidi Muza, murió el intérprete, práctico del regimiento de Africa, llamado El-Gomari, cumpliendo fielmente con su deber.

»Fallecidos en el Hospital teniente Mérida, Francisco Coca, y tres de tropa.

»Según noticias de buen origen, la *harka* se ha dividido en dos partes. Una tiene su centro en el río de Barrasa, próximo al Zoco de Mazuza, y otra parte está en las estribaciones del Gurugú, teniendo ambas propósitos de atacar nuevamente las posiciones, particularmente de noche.

»El ganado de artillería, que regresaba á Sidi Amhet El Hachs, de hacer aguada, tuvo que ser apoyado por fuego de fusilería, regresando sin perder más que una cuba, protegido por el escuadrón de Treviño.»

«*Melilla,* 23 (6,30 tarde.)—General gobernador á ministro Guerra.

»Esta madrugada se ha generalizado el ataque á nuestras posiciones, principalmente á Sidi Muza y Posada del Cabo Moreno.

»A media noche salió columna coronel Alvarez Cabrera para proteger ataque Sidi Muza, llegando oportunamente con seis compañías y sección montaña, y al hacer salida para rechazar enemigo, objeto que logró persiguiéndolo más de dos kilómetros, murió al frente de sus tropas, con un capitán de Africa y dos oficiales, teniendo también 13 heridos.

»Combate siguió encarnizado hasta bien entrado el día, en que el enemigo se alejó por Posada Cabo Moreno, continuando el fuego, aunque débilmente, por parte enemigo, ocupando nuestras tropas, al avanzar, posiciones que abandonaron al anochecer, por falta tiempo para atrincherarlas.

»Cazadores Figueras y Barbastro, acto seguido desembarcar, se han empleado en línea de fuego.



D. José Marina Vega, recientemente ascendido á teniente general por los méritos contraídos en la actual campaña, y nombrado comandante en jefe de las fuerzas de Melilla. (De fotografía de Asenjo.)

Cuando sepa exactamente el número de bajas, daré cuenta.»

«*Melilla, sabado* 24 (2,10 madrugada).—General segundo jefe á ministro Guerra.

»A estas horas tenemos un coronel muerto, un teniente coronel herido ó muerto, en poder de los moros; cinco oficiales muertos; un jefe, cuatro capitanes y siete oficiales heridos; un número que ignoro de tropas, muertos, y 260 tropa heridos todos del combate de hoy.

»Seguimos ocupando todas las posiciones avanzadas y fortificadas de camino minas, y general Marina, que avanzó á repeler ataque ayer á las mismas, antes de obscurecer se retiró á situarse de nuevo en aquéllas; pues se había internado mucho en el campo moro, y allí no podía pernoctar.»

«*Melilla,* 27 (11,15 noche).—Gobernador militar á ministro Guerra.

»Esta mañana nueva noticia que grupo numeroso, colocado á nuestra derecha, en cañada Gurugú, había destrozado 200 metros vía férrea entre primera y segunda caseta, ante imperiosa necesidad de enviar agua á posiciones avanzadas, tuve que organizar un convoy de carros aljibes y carricubas y organizar dos fuertes columnas, una con los coroneles Fernández Cuerda y Axó, de protección, y la brigada del general Pintos, que había de apoderarse de algunas lomas en la falda del Gurugú, ocupadas por los moros, amenazando nuestra línea.

»La brigada del general Pintos, en su brioso avance, se apoderó de posiciones necesarias, sosteniéndose en ellas todo el día, hasta que de vuelta del convoy, dispuso el repliegue á nuestros campamentos, repliegue hecho con toda precisión y serenidad por parte de la tropa.

»El combate ha sido duro y tenaz por parte de los moros, rechazados varias veces por fuegos en descargas y de artillería, de querer avanzar hasta nosotros.

»Nuestras bajas han sido numerosas y sensibles. El general Pintos ha muerto gloriosamente al frente de su brigada, y al frente de sus batallones también han caído muertos los jefes de Las Navas y Arapiles.

»Las bajas entre muertos y heridos de oficiales y tropa, comprobadas hasta ahora, pasan de 200.

»El enemigo, como antes digo, debe haberlas sufrido mayores: se le ha hecho varias veces fuego al descubierto.»

«*Melilla,* 28 (10,40 noche).—Según noticias del campo, enemigo, quebrantado por numerosas bajas tenidas combate ayer, ha abandonado posiciones que tenía sobre nuestro flanco derecho, retirándose al otro lado Gurugú. El convoy de víveres y agua para la caseta núm. 2 se ha hecho sin novedad. Sólo algún tiro lejano, que no ha causado bajas.

»Hoy se ha dado sepultura, con la posible solemnidad, al general Pintos, jefes, oficiales y tropa muertos en el combate de ayer.»



La campaña de Melilla.—Mapa del teatro de las actuales operaciones de guerra

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



El general Marina presenciando la llegada de las tropas



El general del Real y su estado mayor



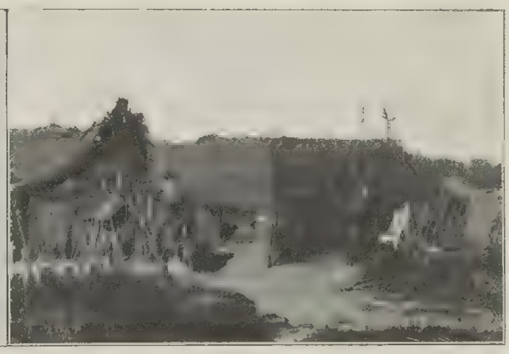
El general Marina y el teniente coronel Sr. Burguete conferenciando sobre el explosivo inventado por el segundo



El general Marina escuchando la lectura de un telegrama en el campo de operaciones



Soldados del batallón de Barbastro marchando á la línea del fuego



Aduares de los rifeños



Reunión de kábilas que encienden hogueras llamando á la guerra



Moras fugitivas refugiándose en el campo español



EMBOSCADA, cuadro de A. Fougerousse. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París 1909)



JUNTO AL ESTANQUE, cuadro de P. Ribera (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1909.)



EL SÁBADO SANTO.—LOS DISCÍPULOS DESPUÉS DE LA MUERTE DE JESÚS, cuadro de E. Burnand

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1909.)

LA PRINCESA BEATRIZ DE SAJONIA COBURGO GOTHA

La boda del que hasta hace poco fué infante de España don Alfonso de Orleáns y de Borbón con la princesa Beatriz de



La princesa Beatriz de Sajonia Coburgo Gotha,
que recientemente se ha casado con el entonces infante de España D. Alfonso de Orleáns. (De fotografía de C. Trampus.)

Sajonia de Coburgo Gotha ha sido un acontecimiento sensacional, así por las circunstancias en que se ha efectuado, como por las consecuencias que para el joven esposo ha tenido. Pocos días antes había éste recibido de manos de S. M. el rey D. Alfonso XIII el Real despacho de segundo teniente de infantería, é inmediatamente solicitó ser destinado á Melilla; pretextando ir á despedirse de su prometida, salió para París con su madre, la infanta Eulalia, y de allí marchó á Coburgo. Al día siguiente se celebró la boda, y la noticia de ésta produjo la natural sorpresa en la familia real, porque D. Alfonso de Orleáns no había obtenido para casarse la licencia del rey que, dado su rango, necesitaba.

Por esta razón y en cumplimiento de una pragmática de 1776, se ha privado á D. Alfonso de Orleáns, no sólo del infantazgo, sino también de los honores y dignidades que debía á una concesión del monarca.

La princesa Beatriz, dotada de belleza y talento grandes, es la hija menor del difunto duque Alfredo de Sajonia Coburgo Gotha, duque de Edimburgo, y de la gran duquesa María de Rusia. Nació el 20 de abril de 1884 en Eastwell y es sobrina del rey de Inglaterra y prima hermana de la reina doña Victoria de España, á la que profesa gran cariño y con la que pasó una larga temporada en la Granja.

El ex infante es el primogénito de la infanta doña Eulalia y del infante D. Antonio de Orleáns, y nació en 12 de noviembre de 1886.

Como la princesa es protestante y D. Alfonso católico, la ceremonia religiosa se efectuó según los ritos católico y evangélico.

EL PROFESOR VÍCTOR MATTEUCCI

Las ciencias físicas, especialmente la vulcanología, han perdido un campeón valiosísimo en la persona del eminente profesor Matteucci, fallecido en el Observatorio del Vesubio, del que era director y en donde tantas y tan admirables pruebas ha dado de su talento, de su laboriosidad y de su valor verdaderamente extraordinarios.

Había nacido en Sinigaglia en 1864, y en 1890, siendo ayudante del profesor Bassano, obtuvo la cátedra de Ciencias Naturales del Ateneo de Nápoles. Pero su estudio predilecto era la vulcanología; así es que cuando, por muerte del célebre Palmieri, quedó vacante el puesto de director del Observatorio vesubiano, Matteucci obtuvo un triunfo brillante en el concurso que se celebró para proveerlo y alcanzó la plaza que tanto ambicionaba.

Las erupciones de lava de 1891 y 1895 y la explosiva de 1900 habían hallado en él al hombre de ciencia, de sereno talento y de intrépido temple que, infatigable de cuerpo y de espíritu, recorría los campos de lava humeante y de ardiente ceniza para mejor realizar sus investigaciones científicas, sin preocuparse de los peligros á que se exponía. En 1900, una bomba lanzada por el cráter dióle en la rodilla, y á consecuencia del golpe hubo de permanecer un año en la cama. Su conducta cuando la terrible explosión de 1906 fué heroica y realmente temeraria, y aunque de ella nos ocupamos en el número 1.270 de La Ilustración Artística, estimamos oportuno recordar que, para no perder de vista ninguno de los fenómenos eruptivos, permaneció durante muchos días impávido, sin más compañía que cuatro gendarmes y un telegrafista y casi sin víveres, en aquel edificio de paredes cuarteadas, que los estremecimientos del volcán y la lluvia de lava amenazaban destruir á cada instante. Por su comportamiento en aquella ocasión, el rey de Italia le confirió la condecoración de San Mauricio y San Lázaro.

Y en los intervalos de una erupción á otra estudiaba la actividad normal del volcán, viajaba por Alemania para observar los granitos del Harz, y realizaba una gran excursión de estudio por los volcanes de la Eolia y de Sicilia, llegando hasta el enorme cráter del Santorino, á fin de poner en relación los fenómenos de aquellos volcanes con el Vesubio.



El profesor Víctor Matteucci, director del Observatorio del Vesubio,
fallecido en 16 de julio último. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

ARÍSTIDES BRIAND

Con motivo de discutirse en la Cámara de Diputados francesa el informe emitido por una comisión parlamentaria encargada de dictaminar sobre el estado de la marina de guerra, el presidente del Consejo de ministros Sr. Clemenceau planteó la cuestión de confianza. Puesta á votación la prioridad de la proposición aceptada por el gobierno, fué rechazada por treinta y seis votos de mayoría. El ministerio presentó inmediatamente la dimisión al presidente de la República, quien la admitió, confiando, después de varias conferencias, el encargo de formar nuevo gabinete al Sr. Briand, ministro de la Justicia del dimisionario.

Arístides Briand, que actualmente cuenta cuarenta y siete años, ha hecho su carrera política rapidísimamente.

Afiliado desde su primera juventud al partido socialista, fué colaborador primeramente de *La Lanterne* y después de *L'Humanité*; al unificarse el partido socialista, volvió al primero de dichos periódicos. En 1906 desempeñó en el gabinete Sarrien el ministerio de Cultos, cartera que conservó cuando se encargó de la presidencia del Consejo el Sr. Clemenceau; al morir el ministro de la Justicia Sr. Guyot, reemplazóle Briand. La ley de separación de la Iglesia y del Estado es obra suya.

El actual jefe del gobierno francés es un orador elocuente, pero de elocuencia fría y serena, y un hábil polemista. Su elevación al poder ha sido en general bien recibida en Francia, pues generalmente se cree que ante las responsabilidades que tan elevado puesto le impone, prescindirá de muchos de sus radicalismos, según parece indicarlo la composición del gabinete por él constituído.

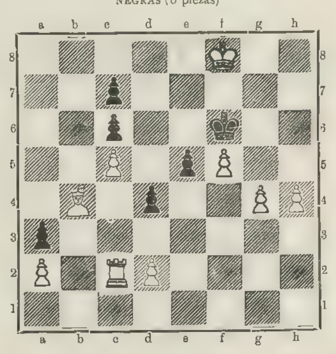


Arístides Briand,
nuevo presidente del Consejo de ministros de Francia
(De fotografía de M. Rol.)

AJEDREZ

Problema número 525, por V. Marín

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 524, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. T b1 - b8	1. c4 - c3
2. D f3 - b7	2. Cualquiera
3. D b7 - b1 mate.	

Variantes.

1..... d4 - d3;	2. T e3 × d3, etc.
d4 × e3;	2. D f3 × f5 jaq., etc.
f5 - f4;	2. D f3 - e4 jaq., etc.
A juega;	2. D f3 × e2 jaq., etc.
R c2 - c1;	2. D f3 - b7 ó T e3 - c3 jaq., etc.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY (1)

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI



CAPÍTULO PRIMERO

Paralelamente, una gola por el río azul y un coche por la carretera blanca van á gran velocidad en la misma dirección; la gola, impelida en la corriente por el robusto esfuerzo de dos remos vivamente manejados; el coche, tirado por un caballo ágil, sobre un terreno firme, elástico, llano, sin obstáculos.

En la canoa hay una mujer joven, silueta fina, de anchos hombros; conjunto flexible y nervioso, adivinado bajo su traje blanco. En la victoria, un joven bien vestido, demasiado bien vestido, de facciones regulares, en un rostro variable cuya expresión, en este momento, parece inquieta, casi ansiosa.

Durante largo rato, el viajero sigue maquinalmente con la vista la embarcación que, poco á poco, le gana en velocidad y no tarda en pasarle delante.

Al mismo tiempo, dos campesinos, el uno viejo y el otro joven, vienen caminando hacia Mantes, y vuelven la cabeza para mirar al forastero que apenas ha contestado con un ademán á su saludo de encuentro. El viejo dice:

—El señorito de París que acaba de comprar el castillo.

—¡Ah!, pronuncia el otro, indiferente... ¿Cómo se llama?

—Pues... lo mismo que el pueblo... Es el señorito Pedro de Guibray... Parece que antiguamente todo este país pertenecía á su familia.

—¡Oh, oh!, murmura el joven con incredulidad, y ¿cuándo?

—¡Oh! Hace siglos...

El segundo campesino se encoge de hombros, y dice filosóficamente.

—¿Quién se acuerda de eso?

Y ambos prosiguen su camino hablando de otra cosa.

Así es como, sin más emoción, ni interés, ni curiosidad, los actuales descendientes de los siervos y vasallos de Guibray acogen la llegada del último vástago de sus antiguos señores á los dominios patrimoniales, de donde su familia ha estado desterrada durante un siglo.

La verdad es que si su acogida fuese lógica con el pasado, lo recibirían á pedradas...

Los barones Le Tenant de Guibray, antiguamente, oprimieron con dureza á la comarca, poniendo á contribución y á talla á todo el que caía en su poder. No era por mero símbolo el ostentar en su escudo de armas «una mano con guantelete de hierro, y *empuñante*.»

Pero el pueblo, que aún conserva el nombre de aquella raza desprovista de bondad, ha olvidado sus orígenes, sus tradiciones, hasta sus rencores; y, sin averiguaciones ni revelaciones, y sin buscarlas ni quererlas, permanece indiferente, desligado de todo lazo anterior, lo mismo del amor que del odio, ocupado en otras cosas, porque otros son los tiempos. Además, ha tenido su desquite, un desquite considerable, en las épocas revolucionarias.

Todo esto lo sabe sin duda el viajero que avanza, pensativo, por la carretera blanca.

Viene al país por primera vez, y cada aspecto de la tierra solicita su atención, despertando en él un mundo de reflexiones melancólicas. Trata de descubrir el alma flotante de los antepasados sobre aquellos grandes paisajes, decoraciones de su vida violenta, de sus combates, de sus exasperadas manifestaciones de orgullo y dominación.

Aquí fué donde vivieron, tales como eran, buenos ó malos, en plena manifestación de su personalidad, los personajes á quienes él debe su sangre, su nombre y sus preocupaciones también; y esta evocación, más y más ardiente á medida que él se acerca al castillo, que aún no conoce, á ese castillo de Guibray, centro y teatro de las acciones pasadas, le causa una angustia progresiva que no llega á dominar.

En todas partes hay fantasmas alrededor de él; él los ve; él les oye cuchichear en el aire que le zumba en los oídos. Parécele que toda la prole se ha alineado á uno y otro lado del camino para darle la bienvenida y observarle en su nueva misión, para exhortarle también á que levante la ruina y glorifique el nombre. Estremécese al soplo de ultratumba; pero un gran orgullo le hincha las narices.

Este joven, nacido bajo la tercera República, en una época en que lo único considerado es el dinero, en que nada queda en pie de las antiguas creencias, de las viejas ilusiones, conserva sin embargo un alma antigua de señor feudal, ó al menos de cortesano de Versalles, en tiempo del Gran Luis.

Ya no hay reyes, pero sobrevive la nobleza; y él cree en ella y en todos sus derechos, pero no tanto en sus deberes. Su infancia y su primera juventud se han alimentado de esas hermosas quimeras; es tal como le han formado.

El culpable es el primer educador que tuvo, su tío mayor, el cual, siendo hijo segundón, se hizo llamar simplemente «Señor de Guibray.»

Este fué extraordinario; su vida era un enigma constante que sólo su muerte explicó. Durante cuarenta años, los tenderos de la calle de Grenelle Saint Germain, en París, vieron pasar, á las mismas horas, un singular personaje que no cesó nunca de maravillarles. Casi joven todavía, ofrecía sin embargo un aspecto pasado de moda.

Muy alto, muy flaco, con la cabeza pequeña y empinada, los ojos claros y fijos, atraía las miradas y las retenía. Pobremente vestido y con trajes de otra época, no dejaba de conservar por eso una gran dignidad.

Su cara afeitada le daba un vago aspecto de actor —seguramente trágico;—nadie le vió sonreirse jamás, y él mismo no recordaba haber reído nunca, ni siquiera en su infancia.

Pasaba por la calle sin ver nada de lo que le rodeaba, siempre ensimismado, soñador, visionario incesante. ¿Ridículo? Para algunos, quizá; para otros, respetable.

A medida que pasaron los años, su rostro se suavizó, con la nieve de los cabellos que llevaba largos, pero adquirió cada vez mayor tristeza; sin duda, con el rápido vuelo de los días, comprendió mejor la insensatez de sus eternas esperanzas. Su mirada se apagó, se le encorvaron las espaldas y se le hicieron pesadas las piernas; pero mañana y tarde, sin faltar jamás, iba y venía por los mismos sitios.

Tal era aquel «Monsieur de Guibray,» á quien Perico llamaba «el tío Jaime.» Entre el niño y el viejo, el afecto era mutuo y grande.

Cuando Pedro hubo cumplido siete ú ocho años, el tío Jaime, que entonces confesaba tener más de sesenta, se encargó de una parte de su educación, «de la más importante, según él decía; porque el primer deber de un caballero consiste en conocer la historia de su familia.»

En seguida cautivó aquella imaginación naciente con las narraciones de los tiempos pasados, de las proezas guerreras de los grandes señores de antaño; hizo estremecer al muchacho, que palidecía á la evocación de las ardientes batallas, cuando los regimientos de Auvernia, de Gascuña y de Champaña iban al asalto de las ciudades, bajo las banderas blancas y flordelisadas. Le hablaba de los reyes y de su magnificencia; de las cortes, de los palacios, del Louvre, de las Tullerías, de Versalles; hacía desfilar, como en la parada, los gallardos coroneles perfumados, que llevaban soberbiamente los nombres más linajudos de Francia, y á veces se interrumpía para decir: «Esos figuran entre tus antepasados.»

Inculcóle su manía devoradora de vanidad nobiliaria, de nostalgia y de amor retrospectivo por los hombres y los acontecimientos desaparecidos. Intransigente, el viejo no creía más que en la raza, no veía nada fuera de ella. O se era ó no se era de noble cuna.

Pero cuando el muchacho fué grande, á aquellos cursos de historia general siguieron nociones precisas sobre su propia familia; tumultuosa, ésta había atravesado los siglos con estrépito, matando y muriendo, victoriosa ó vencida, siempre armada y dispuesta á reanudar la lucha. Contaba en ella soldados famosos, mariscales de campo, tenientes generales; y allá, remotamente, en su origen, bandidos entregados al pillaje, salteadores de caminos—de malos caminos—en que era más fácil despojar de noche á los viandantes. Y aun de esos el tío Jaime hablaba frecuentemente con palabras de indulgencia.

Pero, más cerca de ellos, el drama casi contemporáneo hacía palidecer á la vez al narrador y al oyente. Si la vida de Matías Le Tenant de Guibray, en tiempo de la Montespan, estaba llena de aventuras y de magias sorprendentes, Guislain de Guibray, durante el reinado de Luis XV, le igualó en todo; fué, á su manera, un rudo gran señor, teniente general de su provincia, estricto observador de las leyes; pero su hijo, el barón Carlos («mi abuelo,» decía el tío Jaime descubriendo su cabeza cana), pagó por él los antiguos rencores, muriendo en el cadalso, después del rey de Francia.

Entonces, á propósito de estos últimos caballeros, venía naturalmente á cuento la descripción del castillo, cuna de la raza y vendido como propiedad nacional, en virtud de cuya venta fué á parar á manos de villanos y traidores.

Aquel castillo, en cuyo recinto el viejo probablemente no había puesto nunca los pies, por cuanto había nacido en 1811, el mismo día que el rey de Roma (de lo cual se vanagloriaba él muy poco), cerca de veinte años después de la dispersión de la hacienda; aquel castillo, sin embargo, se lo sabía el tío Jaime de memoria; conocía las disposiciones é interioridades de la señorial morada como si hubiese pasado en ella toda su vida.

¿De qué manera había podido adquirir tal conocimiento? Era un misterio para todo el mundo.

Lo cierto es que dibujaba y describía el castillo con pasión.

El sueño dorado de toda su vida había sido el volverlo á comprar á los usurpadores legales que lo ocupaban, á los descendientes de aquel lacayo, Miguel Faulque, que fué traidor á su amo, lo entregó á sus verdugos y después de su trágico fin adquirió sus bienes por un puñado de asignados. Ahora comprendía que, para él, era demasiado tarde; renunciaba personalmente á sus proyectos grandiosos, pero tomaba ardientemente á pechos el porvenir por Pedro, su resobrino y ahijado, á quien educaba, á satisfacción de éste, en las buenas creencias; y esto prescindiendo del barón Gilberto, padre del muchacho, hombre político versátil como una veleta.

—Muchacho, ya verás; cuando cumplas veintiún años... ¡tendrás una sorpresa!.. Yo habré muerto, pero tú entrarás con la frente erguida en la morada de nuestros antepasados, y todos nosotros, todos los Guibray, nos estremeceremos de gozo en nuestras tumbas, al ruido de tus pasos sobre el reconquistado suelo.

El muchacho no ponía en duda las palabras de su tío, y le escuchaba religiosamente.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Un día habló cándidamente de ello en presencia de su padre, y el barón Gilberto enfrió su entusiasmo con algunas palabras crueles:

—Lo mismo me decía á mí, cuando yo tenía tus años... Me prometía la posesión para cuando yo llegase á la mayoría de edad; he cumplido hace tiempo los cuarenta, muchacho, y aún estoy esperando... Es su manía. ¡No cuentes con ello!

Su madre, la baronesa Valeria, hija de Aniceto Brussane, miembro del Instituto de Francia, fisiólogo y químico dos veces ilustre, poco infatuado de nobleza, dudaba profundamente de que el tío Jaime estuviese dotado de razón. De un modo irreverente le había apellidado el *Fósil*, y hacía el mismo caso de sus palabras que de las de un niño. Ante su espíritu metódico, todo lo que no estaba científicamente establecido no existía y no pasaba de ser ilusión sentimental.

Sin embargo, en sus lentos paseos por los muelles del Sena, por las desiertas avenidas ó por los alrededores de los Inválidos, el viejo seguía removiendo el pasado y edificando el porvenir; así es que Pedro, cuando tuvo quince años, conoció tan bien como su propio tío la historia que él creía verdadera de aquella raza brutal y pesada de los barones Le Tenant de Guibray, gente de armas tomar sin tregua ni cuartel.

Pero á medida que su inteligencia adquiría mayor seriedad, llegaba á considerar las afirmaciones del anciano sobre las cosas futuras, al menos como ilusorias y quiméricas, como la divagación de un espíritu desequilibrado por el infortunio y obscurecido por los años.

En efecto, ¿cómo «Monsieur de Guibray» podía esperar la readquisición de la finca?

Era una locura.

El castillo y sus dependencias valían quizá doscientos mil francos, tal vez más. ¿De dónde iba á sacar el viejo tal cantidad para dejarla á su sobrino?, él que llevaba trajes raídos, vivía en el quinto piso de una casa negra, en una habitación miserable en que no recibía á nadie, ni siquiera á sus parientes, servido durante algunas horas de la mañana por una criada á jornal, grosera, que le preparaba en un dos por tres la comida de todo el día?

El viejo almorzaba y comía en su casa, sin faltar nunca; rehusaba toda invitación y no aceptaba nada, por cuanto nada podía ó quería devolver.

Parecía muy pobre, y lo era sin duda...

Y el muchacho concluía por considerar vanas las esperanzas; mas no por eso dejaba de apreciar en el tío Jaime sus bellas ilusiones y sus severas creencias; y le quería también por aquel mundo abolido, que él representaba, de caballerosidad, de cortesía y de bravura, cuyos defectos, gracias á sus artificios, se convertían en cualidades, y las cualidades en virtudes sobrehumanas.

Seguía, pues, oyéndole discutir sin mostrar ningún fastidio; todo lo contrario, fuera de los viejos recuerdos y de las grandes leyendas, no le daba gusto nada de la vida real.

Su alma estaba bien formada, otros dirían depravada, á voluntad de su tío; jamás espíritu alguno fué más falseado ni deformado de intento. La vanidad del nombre, el orgullo de la cuna lo llenaba por completo; en su época, resultaba fuera de lugar, impropio, paradójico, extravagante; iba ciento cincuenta años atrasado con el reloj de los siglos.

Este muchacho estrambótico tenía que ser, andando el tiempo, un hombre desamparado ó rebelde.

Entre él y la sociedad, la mala inteligencia tenía que ir en aumento, el abismo había de ser cada vez más profundo, tanto más cuanto que su familia vivía sin fausto, con rentas limitadas, suficientes quizá para la existencia moderna, pero no para realizar sueños de restauración, de torreones reconstruídos, de blasones vueltos á dorar.

Pedro acababa de cumplir veinte años cuando el tío Jaime murió tranquilamente, una noche de otoño.

La criada, una mañana, lo encontró muerto en la cama, con la faz serena. En su casa únicamente se encontraron papeles de familia, un mobiliario de señor pobre, mucha ropa blanca y pocos trajes.

El barón de Guibray se encogió de hombros diciendo á su hijo:

—Ya lo ves, muchacho... Habrá en todo por valor de diez luises... ¿Es con esto con lo que vas á recuperar los bienes de tus antepasados?

Pedro no quiso contestar. La muerte del tío Jaime lo llenaba de dolorosa tristeza; los dos se habían querido entrañablemente, y rico ó pobre, el viejo merecía un sentimiento respetuoso y tierno.

Pero cuatro días después, el barón tuvo que confesar que «sin embargo había algo quizá,» por cuanto Pedro recibió un aviso notarial advirtiéndole que existía un testamento en que su tío mayor le constituía único heredero, cuyo testamento, según expresa voluntad del difunto, no debía serle comunicado hasta que hubiese cumplido veintiún años.

—Esperemos, dijo el barón; es lo único que se puede hacer... Pero si algún usurero quiere comprar te la herencia á precio alzado, creo que puedes ce derla por mil escudos.

—Veremos, replicó el joven; lo que es yo, me reprocho ahora el haber dudado.

Renacía, en efecto, á todas las credulidades y corría de nuevo tras las quimeras.

Como recuerdo, conservó intactos los pobres muebles del tío Jaime, pensando instalarlos en el «castillo» si algún día lo recuperaba.

Durante todo el año siguiente, el barón Gilberto no cesó de burlarse de su hijo, á quien llamaba «el castellano,» pero, en el fondo, quizá estaba más preocupado de lo que aparentaba, porque una fortuna que le entrase por las puertas de su casa, hubiera venido á secundar admirablemente sus ambiciones políticas.

Él también tenía su manía: quería ser diputado, ministro... No confesaba querer ir más allá.

¿Sus opiniones?.., oportunistas—en el sentido lato de la palabra.

Cierto es que conservaba en el fondo del alma preocupaciones de raza, preferencias realistas; pero sabía hacer marchar sus pasiones delante de sus principios; y cierto es también que no hubiera vacilado, si le hubiese sido permitido optar entre los honores bajo la república ó la obscuridad bajo la monarquía. Hubiese aceptado deliberadamente los beneficios de la primera, renegando de la otra, antes de que hubiese cantado el gallo.

Por fin el señorito Pedro cumplió veintiún años; aquel mismo día recibió la siguiente carta, en cuyo sobre reconoció la letra del tío Jaime, y le temblaron las manos al romper el sello que ostentaba las armas de Guibray.

El joven leyó:

«Caballero Pedro: Con el amor á la raza que te enseñé, te lego mi fortuna, trescientos mil francos, que te serán entregados por mi notario hoy, 17 de marzo de 1890—vigésimo primero aniversario de tu feliz nacimiento,—con la obligación de adquirir los bienes de nuestros antepasados, las tierras y el castillo de Guibray, restaurar y reconstituir este último según los antiguos planos que encontrarás en sus archivos. Yo sé que subsisten.

»Hoy eres ya un hombre, y sabrás cumplir dignamente la misión que te confío de realizar lo que fué el único sueño, pero también el sueño constante de toda mi existencia.

»Y bien, muchacho, ¿qué te parece? ¿Te engañé? Con frecuencia, delante de ti, han debido burlarse del viejo zoquete, del maniático que se daba á sí mismo el nombre de «Señor de Guibray» y á quien tú, hijo mío, llamabas «el tío Jaime.» Afirmaban que yo estaba loco. No, señores; no, señoras..., muy lúcido, al contrario; pero creía en el pasado, en el presente y en el porvenir, en la solidaridad de las épocas sucesivas; y, además, estaba enamorado de mi nombre, de mi raza, de los nuestros.

»Y á fin de que esta raza pudiese un día recuperar ostensiblemente su puesto, en su cuadro natural, en el único que le corresponde, he vivido durante cincuenta años y pico de agua clara, almorzando con un rábano y cenando con una sardina. ¡Bah! El régimen no era tan malo que no me permitiese llegar á la vejez y conseguir mi objeto.

»Sin embargo, hubo un tiempo en que se me figuró que todo iría más aprisa. Antes de prometerte nada á ti, se lo había prometido á tu padre; de ello se acuerda y me guarda rencor: mal hecho.

»También había yo soñado hacer mi entrada personal en la morada antigua y reunir allí en torno mío á todos los que amo, mis herederos, mi sangre.

»Dios no lo ha querido.

»Como Moisés, habré contemplado de lejos á Canaán; á ti te toca entrar.

»Pero mi primera esperanza no era loca; yo había olvidado simplemente que á medida que subían mis pilas de luises atesorados, subía también el valor de la tierra; éste ha duplicado en veinte años en el Vexin francés, país de los orígenes. Tuve que volver á empezar, y treinta años más tarde mi proyecto se realiza al fin; yo seré el único que no podrá asistir á ese renacimiento.

»¿Qué importa? Guibray ha muerto, ¡viva Gribray!

»Mi querido muchacho, caballero Pedro, hijo de mi corazón y de mi alma, fiel á mi memoria, como á mis enseñanzas, con solicitud, con amor, buscarás todos nuestros papeles de familia que quedaron allí sepultados en los desvanes; compilarás los escritos; sacudirás la ceniza y el polvo; completarás así lo que ya sabes por mis lecciones sobre la historia de nuestra raza, y te encaago que la cuentes luego á los hombres de ahora para enseñarles la lealtad, el valor, las virtudes impasibles, sea cual fuere la aventura.

»¡Adiós, hijo!

»Es la última vez que te hablo casi directamente; pero ten la seguridad de que el tío Jaime se hallará á tu lado, en tu aire, el día en que pasarás el umbral gastado desde hace mil años por los pies de los ascendientes.

»Con ambas manos sobre tu cabeza, hijo, te bendigo.»

Firmado: «*Monsieur de Guibray.*»

—Era un hombre excelente, después de todo, dijo el barón Gilberto reconciliado.

Pere Pedro, muy grave, retenía mal sus lágrimas. El tío Jaime, más grande que nunca, llenaba su visión, instalándose en su corazón soberanamente.

En el acto se dispuso á obedecer las órdenes de ultratumba; entabló las negociaciones oportunas, trabó conocimiento con abogados, procuradores y hombres de negocios, que no le hicieron formar mejor opinión de la humanidad. Mil dificultades, mil obstáculos, retrasaron la ejecución de su proyecto.

Lo que el tío Jaime se había figurado que sería cosa fácil, muy sencillo; lo que el mismo Pedro se imaginaba del todo claro, se complicó y se puso turbio desde las primeras tentativas.

Desde luego, el propietario actual, Clemente Faulque—descendiente de Miguel, lacayo traidor, asesino y ladrón de bienes,—se declaró poco dispuesto á vender el castillo, fuese cual fuese el precio ofrecido; no necesitaba dinero, puesto que estaba riquísimo; no habitaba aquellos desmantelados muros, pero les tenía apego por costumbre.

Acabó, sin embargo, por consentir en principio, sin conocer el nombre del comprador; pero al saber quién era, se retractó.

Esta vez era una cuestión personal y al mismo tiempo una cuestión política; los Faulque y los Guibray no podían ser vecinos sin hacerse sombra uno á otro; además, él, republicano ardiente, en manera alguna quería introducir en el país una porción de noblecillos amigos de recuerdos y de restauración.

Aumentóse la oferta.

Faulque vaciló de nuevo, alegando la voluntad de su hija, que odiaba históricamente á los antiguos señores de la finca. Una oferta de mayor precio le decidió, sin embargo, á hacer caso omiso de los sentimientos de su familia; pero entonces notaron que los bienes primitivos, fraccionados, no se hallaban en poder de un solo propietario; había parcelas á derecha é izquierda, dispersadas, divididas en pequeñas propiedades sombríamente defendidas por campesinos avaros y celosos de su tierra.

Hubo que ir comprando y zurciendo, todo lo cual duró más de tres años, durante cuyo tiempo Pedro supo lo que eran los cuidados de la fortuna y la amargura de las transacciones.

En fin, contra doscientos veinte mil francos obtuvo casi enteramente la reconstitución de la antigua finca, se hizo dueño del castillo, una ruina, y de tierras vendidas por el triple de su valor, inclusos arenales y montañas estériles, plantadas de pinos muy claros.

La gente del pueblo se burlaba del parisiense y de su extraño negocio, porque nadie sospechaba qué interés particular, qué interés sentimental impulsaba á aquel comprador á todo trance; y el nombre de Guibray (salva la particularidad, juzgada indiferente, de ser el mismo del pueblo), no despertaba ninguna desconfianza, ninguna curiosidad, ni siquiera ningún recuerdo. Al cabo de cien años, el sueño del olvido era pesado como plomo.

Hubo también discusiones acerca de los muebles, carcomidos, pero de época, que subsistían diseminados por las salas del castillo, y á propósito de los archivos, que Pedro exigía, ante todo, completos é intactos, sin que nadie pusiese en ellos una mano temeraria, sacrílega.

Sobre este punto, Clement Faulque se hizo de rogar tanto más cuanto que ignoraba profundamente lo que pudiese contener aquel montón de pergaminos polvorientos, hacinados desde siglos atrás, en que ni él ni su padre habían aventurado nunca la menor mirada apreciadora, sin duda por una especie de temor reverencioso para con las cosas del pasado..., quizá también por un sentimiento secreto, pero real, de que todo aquello no les pertenecía en absoluto. ¡Sabe Dios lo que allí podría encontrarse! Era vasto el campo de las hipótesis... Hablábase en voz baja de un tesoro escondido.

Entonces Pedro replicaba: «¿Sí, por milagro, algún tesoro existe, ¿á quién pertenece, sino á los herederos directos de los antiguos barones?»

Una vez que se hubo todo arreglado, que todo estuvo en orden, el joven, maduro á la vuelta de

tantos procedimientos, tuvo al fin el derecho incontestable de tomar posesión de los dominios reconquistados.

Durante las negociaciones de compra y los debates contradictorios, temiendo una decepción final, Pedro no fué una vez siquiera á ver de cerca aquellos terrenos, aquellas piedras que compraba con verdadera pasión. Obró de lejos, por conducto de intermediarios y procuradores; y aquel día de verano, en que su coche corría por la carretera llana, era el de su entrada en el país histórico.

Todas sus impresiones son nuevas. Descubre un mundo, va á encontrarse enfrente de cosas y seres desconocidos, cuyos aspectos y almas llenan sin embargo su espíritu desde su más tierna infancia; mundo adivinado, aspectos preconcebidos, almas descontadas con recelo; conjunto temible, emocionante, coloreado de recuerdos, empañado de aprensiones.

Pero, á pesar de todo, como es muy joven, su pensamiento ha sido distraído un instante por la visión de una gola deslizándose sobre el agua azul, bajo el cielo claro, y en la cual se distinguía una silueta de mujer, seguramente hermosa, que manejaba el remo con brazos nerviosos.

El río tuerce y la carretera también; se acerca el instante de los primeros encuentros del hombre con los paisajes; los paisajes descritos por la palabra ardiente y el gesto enérgico del tío Jaime.

Pedro, medio levantado en el coche, abre grandemente los ojos y contempla. Reconoce uno por uno los accidentes del panorama, de antiguo referidos y cuya descripción quedó grabada en su joven memoria. Ya llega.

A su derecha se alzan las vertientes fugitivas y sarnosas de los Pelards, después de la aldea de San Martín de la Garenne; á su izquierda, en medio del agua, empieza la Isla Grande, bordeada de sauces viejos, roídos, manchados con el lodo de las antiguas crecidas del río, herizada de álamos esbeltos, mecidos por el viento. La perspectiva se agranda, en un horizonte lejano, espléndido, en que brillan como espejos anchos remansos de agua, deslumbradores bajo los reflejos del cielo.

Pedro saluda este primer panorama reconocido; el espíritu del tío Jaime, que vibra en torno de él, sopla estas palabras: «¿Estás contento? ¡Aquí las tienes á nuestras tierras..., acuérdate!» La emoción le forma un nudo en la garganta, sus ojos se turban un instante; venera á los antepasados y sus tradiciones, se estremece bajo el orgullo legendario de su raza. Es un Le Tenant de Guibray de pies á cabeza, mientras se siente el corazón endurecido por un rencor contra aquellos campesinos olvidadizos del pasado.

¡Pobre muchacho! Nunca oyó más que una sola voz de prevención, contando una sola historia, y muy mal informada, por informada que estuviese; y esa historia, juzgada bajo aspectos diversos, se prestaba más que ninguna otra á la contradicción.

Donde le sorprende no encontrar más que olvido (ingratitud, según él), debiera sorprenderle no tropezar á cada paso con odios y maldiciones, si, como él cree, la memoria de los hombres debe prolongarse de siglo en siglo, y unir estrechamente los actos de los vivos con los sentimientos de los muertos.



Paralelamente una gola por el río azul y un coche por la carretera blanca

Bruscamente, su corazón late con más fuerza; dominando el río, las riberas y las colinas, embarazando el cielo, ve levantarse ante sí las ruinas formidables, la torre del homenaje, que cuenta más de mil años de existencia, firme en su base, testigo de épocas muertas, solitario orgulloso, cuya masa compacta se burla de la debilidad de los muros derruídos.

«¡Adelante, Guibray!»

«¡Esta es tu casa!,» murmura en el viento la voz del tío Jaime.

Los ojos de Pedro no se apartan ya de aquellas piedras augustas, frecuentadas por los fantasmas de sus antepasados.

Una bandada de cuervos se posa un instante sobre la torre, con gran ruido de aleteos y graznidos.

Alucinado, dispuesto á todas las creencias y á todos los prodigios, Pedro no está lejos de creer que, bajo la negra forma de aquellas aves de rapiña, se continúan quizá, después de una serie de encarnaciones, las almas tumultuosas de los antiguos barones, sus abuelos, dueños del país, señores del bosque, del río, del monte y del llano.

Pero, un momento después, su mirada se entristece; divisa más lejos y más abajo la nueva morada construída ochenta años atrás, durante el primer Imperio, por los usurpadores de los bienes, por aquellos Faulque malditos cuyo crimen ha quedado impune. La opulencia de esta vastísima casa, comparativamente nueva, entristece, relegándolo á la noche de los tiempos, el viejo castillo feudal, agrietado, como cubierto de cicatrices.

Hay ahora dos castillos en el país: el antiguo y el nuevo; el de los señores legítimos y el de sus vasallos, hoy sus iguales por la injusticia y la cobardía de las nuevas leyes sociales.

Le parecen demasiado cerca el uno del otro; se va á ambos por el mismo camino: hay que pasar por delante de la verja de los Faulque para llegar á la poterna de los Guibray. Los encuentros van á ser diarios, frecuentes, inevitables, y esta perspectiva le irrita de antemano. En la persecución de sus proyectos, en la fiebre de sus empeños sin cesar contrariados, no vió más allá de la adquisición y de la reocupación de la finca; no calculó las probabilidades futuras, los acontecimientos que necesariamente habían de desprenderse de la consecución de su objeto.

Esta vecindad anubla de pronto su alegría. Detesta á esa gente, esos Faulque, esos verdugos, con tanta vehemencia como venera á sus ascendientes, víctimas de aquéllos. No admitirá jamás que pueda dejarle impasible él verlos frente á frente...

¿Entonces?..

El porvenir se anubla, y en sus densos nubarrones rugen ruidos de tempestad...

Reflexiona luego que es natural, casi obligatorio, que Clemente Faulque en persona lo reciba en el umbral de la casa y le entregue las llaves ofreciéndole afablemente sus servicios.

A esta idea yergue la frente y pone un gesto dramático. Ya verán cómo lo acoge.. Será un primer desquite, una pequeña satisfacción; será también una manera de evitar toda relación futura, de cortar en el acto toda veleidad de conciliación entre dos razas incompatibles

Otra vez se equivoca profundamente; considera á Clemente Faulque como un lacayo, porque lo fué su abuelo. No sospecha la importancia social del personaje á quien piensa anonadar con una mirada y hacer temblar bajo un gesto de amo; muchas desilusiones le están reservadas.

Después de haber pasado los muros de un pequeño cementerio nada triste, apenas melancólico, el camino se desvía del río y penetra en una arboleda.

(Se continuará.)

LA TRAVESÍA DEL CANAL DE LA MANCHA EN AEROPLANO.—EL TRIUNFO DE BLERIOT. (Fotografías de M. Branger.)



Bleriot y Anzani, inventor del motor del aeroplano, en Las Baraques, poco antes de emprender el primero su vuelo al través del Canal de la Mancha

Más afortunado que su competidor Latham, Luis Bleriot realizó el día 25 de julio último la hazaña de atravesar el Canal de la Mancha en su aeroplano.

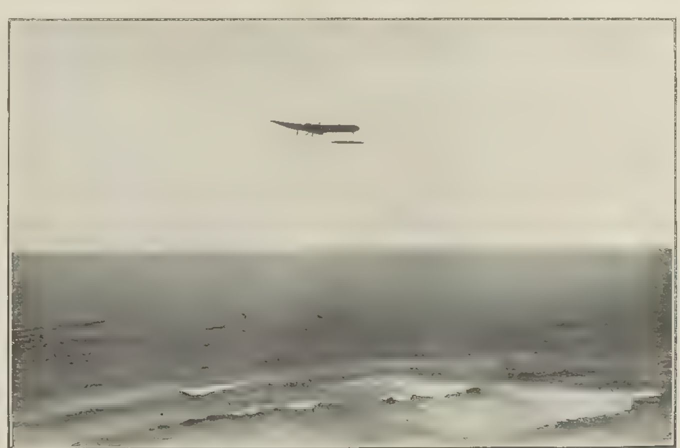
A última hora de la noche anterior, los dos aeronautas decidieron acometer la tentativa en la madrugada siguiente, Bleriot desde el campo de Las Baraques y Latham desde Sangatte. A las dos, los auxiliares de Bleriot se pusieron en movimiento, en tanto que los amigos de Latham, engañados por una brisa que en aquellos momentos soplaba, no quisieron despertarle, creídos de que el tiempo no era favorable.

Bleriot se hizo cargo de su aparato, despidióse de su esposa, que se embarcó en el contratorpedero *Escopette,* encargado de marcar la dirección y de seguir el vuelo del aeronauta, y cuando su ayudante Le Blanc le señaló, desde lo alto de la duna, que el sol aparecía en el horizonte, Bleriot se elevó por los aires lanzándose sobre el mar y tomando como guía el contratorpedero. Copiemos ahora su propio relato.

«A dos ó tres kilómetros delante de mí, vi el barco y puse mi rumbo paralelo al suyo; pero mi velocidad, muy superior á la del *Escopette,* me llevó muy pronto encima de él. Mi aparato funcionaba magníficamente, en un equilibrio perfecto y á 80 ó 100 metros de altura; yo preveía la victoria, á menos de una fatalidad. El contratorpedero quedaba ya detrás de mí, pero antes de perderle de vista tuve el cuidado de tomar su dirección rectificando la mía, y me vi solo entre el cielo y el mar.

»Así volé durante diez ó quince minutos, que me parecieron muy largos, hasta que al fin divisé, por entre la niebla, la costa inglesa. Dirigíme inmediatamente hacia ella, con ligero viento de costado, y esta circunstancia me llevó desgraciadamente fuera de la ruta de Douvres, error que no reconocí hasta que estuve muy cerca de la costa; por fortuna vi una porción de buques que marchaban hacia la izquierda, y comprendiendo que se dirigían á Douvres, evolucioné hacia la izquierda también á fin de tomar tierra en un punto que yo había escogido, la playa de Shakespeare Hills...

»El viento y sus remolinos aumentaban de un modo alarmante. De pronto distinguí á mi derecha una especie de valle, en la costa brava, la hondonada de Folcland, que me ofrecía un buen lugar para el descenso y que era otro punto por mí elegido. Hacia él hice rumbo; colocado en medio de una pradera llena de edificios rojos, estaba precisamente mi amigo Fontane, quien habíame advertido que allí estaría y agitaría una inmensa bandera tricolor. La vista de la querida enseña me impresionó profundamente; alegréme de haber renunciado á la playa y me pareció que era mucho mejor tocar el suelo amigo inglés en lo alto de aquella costa brava. Pasé, pues, por encima del puerto con sus magníficos buques de guerra y enderecé el rumbo hacia donde me llamaban, pocos minutos después, tomaba tierra en la hondonada de Folcland, algo violentamente á causa de las ráfagas del viento. En el choque se estropeó una rueda y se rompió la hélice, ¡qué importa! ¡Yo había triunfado!»



El monoplano Bleriot en los aires sobre el Canal de la Mancha
Fotografía tomada desde el contratorpedero *Escopette*

El monoplano Bleriot poco antes de tomar tierra en los alrededores de Douvres

Algún tiempo después, el vencedor se reunía con su esposa y demás personas que iban en el *Escopette* y que sufrieron una impresión tristísima cuando, al desembarcar en Douvres, vieron los muelles desiertos y sin ninguna señal que les diese á comprender que el aeronauta había terminado felizmente su prodigiosa hazaña. De pronto creyeron en un accidente desgraciado; luego comprendieron que la causa de aquella soledad era el rigorismo con que observan el descanso dominical los ingleses.

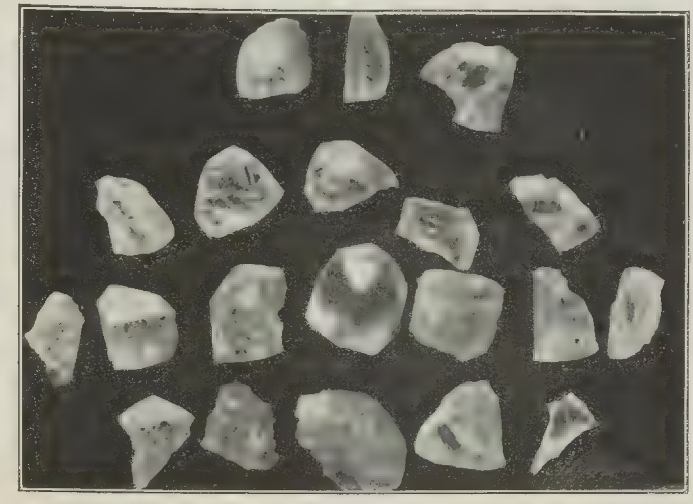
No tardó, sin embargo, Bleriot en recibir numerosas visitas y calurosas felicitaciones; pero aquella misma mañana regresó á Calais, para volver al día siguiente á Londres á recibir las grandes ovaciones que le tenían preparadas y cobrar el premio de 25.000 francos ofrecido por el director del diario *Daily Mail.*

Ocioso parece decir que su llegada á Calais fué verdaderamente triunfal y que toda la prensa francesa le ha dedicado los más entusiastas elogios. De ellos y de la gloria de Bleriot ha participado también Anzani, inventor del motor gracias al cual el aeronauta ha llevado á feliz cima su atrevida empresa.

Digamos para terminar que Bleriot ha atravesado los 41 kilómetros del Canal de la Mancha en 27 minutos, 21 segundos; debiendo tenerse en cuenta que casi la mitad de este tiempo lo perdió el aviador en los rodeos que por las circunstancias explicadas hubo de hacer.—S.

LA RECONSTITUCIÓN DEL DIAMANTE POR EL VIZCONDE EUGENIO DE BOISMENU





El vizconde Eugenio de Boismenu, inventor de un procedimiento para la reconstitución del diamante y reproducción, en tamaño agrandado, de varios diamantes que dice haber obtenido por dicho procedimiento, hoy sometido al estudio de la Academia de Ciencias de París. (De fotografías de Harlingue.)

El día 13 de abril de 1908, el vizconde Eugenio de Boismenu fabricó por primera vez diamantes, muy pequeños, sí, del tamaño de una cabeza de alfiler, pero diamantes al fin. Comprendiendo, sin embargo, que aquellos momentos no eran propicios para hablar de su descubrimiento, por ser precisamente cuando tanto se hablaba del asunto Lemoine, el vizconde tuvo fuerza de voluntad bastante para guardar silencio.

Mas, deseoso también de asegurarse el mérito de la prioridad del invento, tomó á fines de noviembre último una patente, cuya entrega no se hará hasta un año después de presentada la solicitud, por haberlo así pedido el Sr. Boismenu, autorizado á ello por la ley.

Al mismo tiempo que pedía la patente, el vizconde enviaba á la Academia de Ciencias de París dos pliegos lacrados, uno con la explicación del procedimiento por él inventado y otro con muestras de diamantes fabricados por él. La Academia designó una comisión de tres de sus miembros, los señores Lacroix, Maquenne y Le Chatelier, para que examinasen las piedras y la fórmula. Uno de ellos, el señor Lacroix, interrogado por un periodista, ha dicho que las piedras son verdaderos diamantes, si bien no podía afirmar que hubiesen salido de los crisoles del vizconde de Boismenu por no haber él presenciado sus experimentos; que el procedimiento que dice haber empleado el inventor, ó sea la electrolización del carburo de calcio, es un procedimiento científicamente posible; y que este descubrimiento, dado caso de que fuese cierto, sería muy interesante desde el punto de vista científico, pero nulo desde el punto de vista industrial, ya que el que obtuviese industrialmente diamantes pequeños no podría estar seguro de obtenerlos grandes.

El Sr. de Boismenu, en cambio, espera fabricar diamantes de gran tamaño, cuyo volumen ha de depender sólo de la duración del experimento, y dice que contrariamente á la teoría de Moissán no es indispensable elevar el calor del horno eléctrico á un grado muy alto. Afirma que ha hecho experimentos de nueve, diez y doce horas, en cada una de las cuales ha obtenido piedras cuyo volumen aumentaba según la duración de aquéllos, llegando á conseguirlas hasta de algo más de dos milímetros y medio, pero sin que las pruebas pudieran pasar de doce horas.

Por otra parte, el inventor, que es dueño de una fábrica de Levallois Perret, no pretende ser un hombre de ciencia; dice que es simplemente un industrial, conocedor del horno eléctrico.

Es de suponer que el invento del vizconde de Boismenu será debidamente estudiado por los sabios y que sus experimentos serán fiscalizados por personas competentes y que, por ende, antes de poco sabremos si se trata de un descubrimiento real y positivo, que sería de grandísima importancia, ó de una superchería por el estilo de la de Lemoine.

En el entretanto, nos ha parecido de interés, siquiera como nota curiosa, publicar el retrato del vizconde y la reproducción, en tamaño agrandado, de los diamantes que dice haber fabricado con su procedimiento.—P.



Barcelona.—Salón de fiestas construído por la Sociedad «El Tibidabo,» en la cumbre de la montaña de este nombre é inaugurado recientemente. (De fotografía de nuestro redactor A. Merletti.)

Este hermoso salón inaugurado hace pocos días con una brillante fiesta á beneficio del Patronato de Cataluña para la lucha contra la tuberculosis, álzase en la cumbre del Tibidabo y ocupa una superficie de 700 metros cuadrados, siendo su altura de 14 metros.

Es de forma oval y tiene numerosas puertas vidrieras y ventanas con cristales de colores. En uno de sus lados se ven cuatro hermosos lienzos pintados por Nestor y el decorado del conjunto es rico y elegante; la iluminación consiste en 600 lámparas eléctricas caprichosamente distribuídas en el techo y en las paredes entre ramajes de metal.

Rodea exteriormente al salón una galería de tres metros de ancho, desde la que se goza de un panorama espléndido.

La dirección del edificio ha corrido á cargo de D. Mariano Rubio, ingeniero jefe de la mencionada sociedad, quien ha tenido por colaboradores á los Sres. Font, Fuster, Campmany, Florensa, Espinagosa, Coll y á Gelabert.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 9 de agosto de 1909 — Núm. 1.441

La campaña de Melilla. (De fotografías remitidas por nuestro corresponsal Sr. Guijarro.)



Soldados exploradores del regimiento de Melilla N.° 59



Preparación del rancho en el campamento

ADVERTENCIA

Con el pasado número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie de 1909, que es

MEMORIAS DEL GENERAL KUROPATKIN

libro interesantísimo en el que el ilustre caudillo ruso describe las causas de la guerra ruso-japonesa, los motivos que influyeron en su resultado y los hechos militares de la misma.

SUMARIO

LA EXPOSICIÓN REGIONAL VALENCIANA

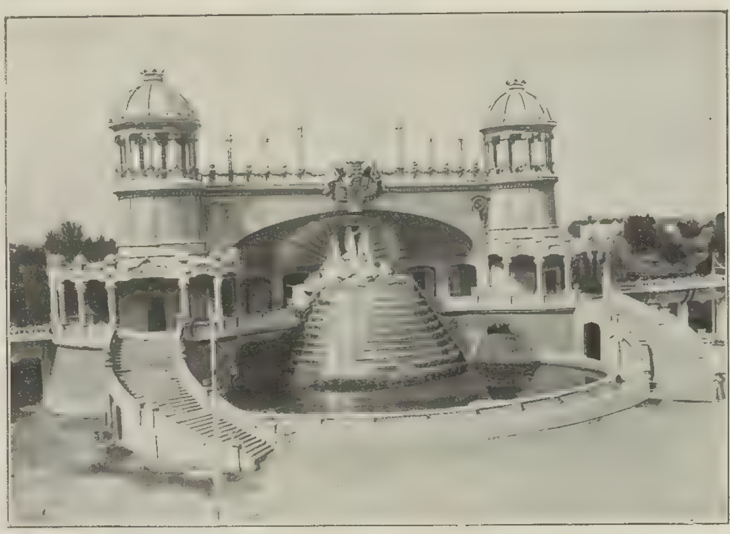
LA INDUSTRIA

Para huir del peligro de convertir estas crónicas en un inventario pesado y fatigoso, sobre todo para los lectores que no conozcan nuestra Exposición, hablaremos en términos generales de las varias industrias valencianas regionales que concurren á aquélla, en la imposibilidad de dedicar á cada una de ellas un espacio de que no disponemos y salvando así el escollo de las pretericiones injustas.

En primer término, admiran propios y extraños la loza ordinaria de aplicaciones útiles, las mayólicas y la cerámica con reflejos metálicos de Ribesalbes, Castellón y Manises. Esta última sobre todo bate el *record*, lo mismo en sus soberbias piezas decorativas que en el sencillo azulejo. Son notabilísimos los frisos, los zócalos, las chimeneas de azulejos que presenta Manises, y ellos bastan para acreditar una industria y á los artistas que colaboran en ella. Y no son solamente los azulejos y las mayólicas y los reflejos metálicos la especialidad de Manises: hoy en las fábricas de esta industriosa villa se trabaja todo, se hace todo, y no tenemos que salir de la región para tener buenas vajillas, lavabos, jarrones decorativos, adornos para edificios, juguetes de porcelana, etc., etc. Como en la antigüedad fué célebre la cerámica saguntina y etrusca, lo será en los venideros la cerámica de Manises.

Valencia presenta inmejorables cementos, mosaicos hidráulicos de gran solidez y exquisito gusto, filtros de porcelana, y los mosaicos universalmente adoptados y conocidos de la fábrica de Nolla, que ofrece á nuestra vista maravillas de arte.

Confesamos ingenuamente que ignorábamos lo que en vidrieras artísticas se hacía en Valencia, y gratamente sorprendidos, y como nosotros mucha gente, quedamos al ver las vidrieras del Gran Casino, las del Palacio de la Industria y las de las instalaciones particulares de la Exposición. Después de admirarlas no parecerán exagerados, sino justos, nuestros elogios.



Exposición Regional Valenciana.—La fuente luminosa. (De fotografía de F. Moya.)

El gremio de abanicos ha hecho un verdadero esfuerzo en la instalación de su pabellón, en el que á la vista del público se fabrican los abanicos, lo mismo el de ricos y olorosos varillajes, que el vulgar y barato y el de valiosas y pintadas telas. Todos los estilos, desde el pompeyano hasta el Luis XV, admira el visitante y adquiere algunas de aquellas obras de arte, sugestionado por su belleza y su valer.

Albaida presenta sus fabricaciones en ceras, al lado de los licores y anisados de Játiva, Ayelo de Malferit y de la propia Valencia. La industria jabonera presenta ricas muestras de jabones de todas clases, de tocador, para la industria, para los usos comunes, y un atrevido industrial corona su obra con un monumento colosal de jabón que representa á Valencia envuelta en su bandera sobre airoso pedestal. La perfumería y las esencias para ella merecen singular mención. Las fábricas de cepillos y peines; almidones y lejías; tonelería y carpintería y cerrajería, con sus puertas invulnerables y cerraduras automáticas; hierro forjado para adornos; ferretería y batería de cocina; cuchillería é instrumentos cortantes, y pinturas de todas clases, demuestran de lo que es capaz una región que cuenta sólo con sus propias fuerzas y no debe nada á fuerzas extrañas.

La ortopedia y los productos químicos y las especialidades farmacéuticas se presentan en soberbias instalaciones, rivalizando en gusto con sus vecinos los industriales citados anteriormente.

Las máquinas para hacer media y para coser que presenta *La Fabril Valencianà* dicen el paso que acaba de dar la industria regional librándonos de ser tributarios del extranjero en este importante ramo.

Notable mención merece la *Institución Electro técnica* de Valencia que dirige el ilustrado ingeniero D. Julio Cervera, con sus aparatos para la purificación del agua por el ozono, para la producción y aplicación de los rayos X, para el blanqueo eléctrico, para la telegrafía y telefonía sin hilos, cables, instalaciones electro químicas, telégrafos y teléfonos de todos sistemas, relojes eléctricos, toda una maravilla del ingenio humano que los visitantes pueden ver en funciones en aquella prodigiosa instalación científica, acaso la más singular de la sección de Industria.

Los constructores de carruajes presentan excepcionales modelos de toda clase de vehículos, pero llama poderosamente la atención una monada de tartanita enganchada á una jaca... artificial, tan soberbiamente imitada y esculpida y vestida con una piel de toro, que da la sensación de una jaca disecada. Los guarnicioneros no quedan detrás de sus similares los constructores de carruajes, y sus arreos y guarniciones son modelos en su género, sobre todo una montura valenciana de estilo antiguo huertano que hace detener deliciosamente á los visitantes.

En metalurgia y carbones; en mármoles, lápidas y en maderas; en cueros y correas; en tintas, imprenta y litografía (en carteles sobre todo); en marcos dorados; muebles para jardín; papeles pintados; cartón piedra decorado; relieves artísticos; papel para fumar; máquinas para escribir; sombrerería, sastrería y zapatería; alfombras y esterería; camas de hierro (muy especialmente las niqueladas y doradas); persianas y somiers; juguetes (un tesoro para la gente menuda); confitería y pastas para sopa; conservas y azúcares..., en todos estos ramos hay tal variedad y tal gusto y tales innovaciones, que los visitantes admiran sorprendidos la industria desconocida de la región, hoy conocida y estimada por todos, merced á nuestra Exposición Regional.

En una instalación especial vimos el aeroplano Olivert, que en breve ha de experimentarse; y en otra facsímiles de nuestras barcas y útiles de pesca, admirablemente reproducidas. Todas las artes de pesca (bou, volantí, etc.) y todas las clases de embarcaciones dedicadas á la pesca están representadas, y bien por cierto.

Notables son las armas de caza y los útiles para ella; las lámparas de bronce; los espejos y cristalería; ornamentos de iglesia; hilados y tejidos de cáñamo, y otra infinidad de artículos.

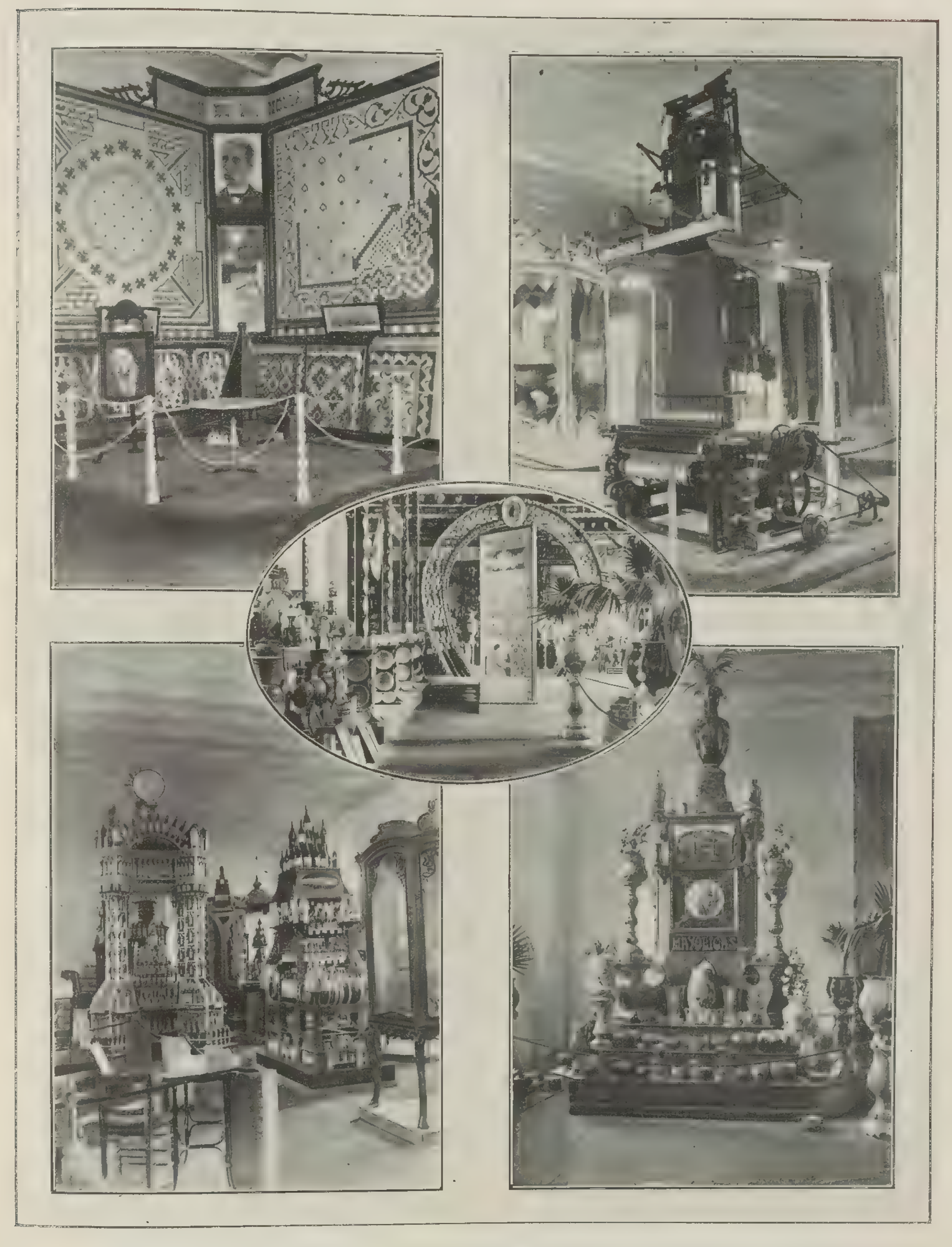
Alcoy y Valencia rivalizan con Onteniente con sus célebres mantas de viaje, sus tejidos de lana, etcétera. Alcoy tiene una magnífica instalación. No lo es menos la que Valencia presenta en hilados y tejidos de seda, con sus telares obra maestra de la ingeniería moderna que funcionan á la vista del público. En confecciones de todas clases y en joyería, Valencia está á igual altura que en sus sedas, acreditando su valer en todos los ramos de la industria, como en maquinaria, de la que no podemos hacer más que esta ligera mención.

De intento dejamos para terminar esta ligera crónica el *clou* de la sección de Industria, según reconocen hasta los extranjeros que la han visitado. Nos enorgullece haber oído con acento extranjero y á distinguidos huéspedes de esta tierra los elogios entusiásticos que dedicaron á los muebles expuestos en la Exposición, y nos confesaron aquellos señores que muchos de los muebles que aquí se fabrican son transportados, expuestos y vendidos en Madrid, en París y ¡en Viena! como fabricados en estas capitales. ¿Cabe mayor elogio para los modestos industriales valencianos? Presentan instalaciones completas y regias de despachos, comedores, salas de dormir y de recibir, saloncillos de confianza tan bien presentados y decorados, que parécele al visitante estar en un palacio verdadero y no en una exposición. Allí se admiran todos los estilos.

Sin pecar de lisonjero con estos industriales artistas, se puede afirmar que sólo para ver los muebles de fabricación valenciana se puede venir á nuestra Exposición. No citamos nombres porque uno solo que olvidáramos sería un censurable olvido. ¡Loor á la industria regional que tales maravillas de arte produce!

B. MORALES SAN MARTÍN.

Valencia, 27 de julio de 1909.



Instalación de la fábrica de mosaicos de Hijos de M. Nolla.—Telar para sederías de D. Manuel Duato.—Salón de cerámica de Manises.
Salón de fabricantes de licores y jarabes.—Instalación de cerámica de D. Juan B. Cabedo

(De fotografías de F. Moja.)

LA ANDINA

CUENTO VENEZOLANO

I

Una de las más colosales gallardías con que la Naturaleza ha dejado en América el sello de su magnificencia extraordinaria, uno de los mayores portentos del Nuevo Mundo, de sus panoramas más gigantescos, de sus riquezas naturales más grandes, es la extensa, la hermosa, la colosal cordillera que forman los Andes.

Los picos más elevados de esas montañas no parece sino que desafiaran con su altura el vuelo del águila.

Los que en medio de sus cimas se crían, los que vieron la luz del sol por primera vez allí donde Febo descompone el fulgor de sus rayos en los témpanos que mitigan su fuego, son excesivamente meridionales, vehementes conservan el vigor y la fantasía de las razas más primitivas indias; aman y odian con la misma entereza.

Allí todo es grande.

Tierra y habitantes son dignos de estudio.

Los hombres tienen un valor temerario; las mujeres tienen el valor de sus convicciones de afectos.

Se dirá quizá que el poeta se exalta y le da demasiado relieve al cuadro. El que escriba de esos extremos, el que se ocupe de los Andes y los andinos, con emplear para sus narraciones el colorido existente, transmitiendo sólo al papel las impresiones que reciba, no pecará nunca de exagerado por tintas animadas que abrillanten sus descripciones, ni conceptos fantaseadores que las hagan parecer imaginativas.

Pasan de continuo por aquellos monumentos de la Naturaleza americana, por aquellas montañas sin rivales en su extraordinaria magnificencia, gran número de viajeros formando algo así como caravanas dirigidas por los pobladores de aquellos blancos altos, por aquellas estrechas veredas, por aquellos desfiladeros que parecieran no tener fin, rodeados á un lado y á otro de precipicios cuyo fondo no llega á alcanzar la vista.

Se hace el penoso camino en caballerías, descansando en rústicos albergues durante la noche.

No hace mucho tiempo formaban parte de una de esas excursiones tan frecuentes por aquellos parajes un joven español y una joven bellísima que iba con su familia.

Adela Belmonte, que así era su nombre, iba á casarse en breve con el ilustre ingeniero de la capital de España Isidoro Fernández Luque.

Sin estar en antecedente alguno de estos amores, Asunción, la andina más hermosa que naciera en aquellos riscos, adquirió la certeza de que aquellas dos almas se entendían, se compenetraban, se amaban, produciendo esto en la suya tanta impresión como la que le había producido el ingeniero, de quien se había enamorado con toda la vehemencia y la rapidez de los temperamentos meridionales, sintiendo un odio á muerte desde aquel punto por Adela.

Hizo la casualidad que al llegar á la morada de Asunción, se la destinase para conducir á la caballería de la prometida de Isidoro Fernández.

Júzguese de su horrible martirio.

Ella tenía que guiarla, que conducirla, que cuidar de su ruta; ella que hubiera deseado que desapareciese del mundo aquella mujer, que rodase para siempre por los abismos abiertos á su paso.

Para esto bastaba sólo un pequeño desvío, imperceptible, que podía resultar irremediable, por un brusco movimiento imposible de reprimir de una caballería.

¿Qué iba á pasar?

El drama había empezado á desarrollarse. La vida de su rival estaba en su mano. Se le presentaba la ocasión de deshacerse de ella sin la menor responsabilidad por su parte.

La caballería había resbalado, yendo á parar al abismo con la joven que conducía; ella á duras penas había conseguido salvarse..., y estaba todo terminado. El caso no era nuevo. Se registraban muchos parecidos.

¡Cuántos viajeros yacen para siempre en el fondo de los abismos de los Andes!

Se hizo de día.

La primera luz de la aurora iluminó las escarpadas rutas de las célebres montañas americanas.

Se puso en marcha la caravana; en marcha pausada, sorteando un escollo, subiendo, dando una vuelta y empezando á dar otra, y con lentitud siempre, dejando un peligro para encontrarse con otro.



Amazona, cuadro de Arturo Kampf

Un grito horrible salió de pronto del corazón de todos, atronando el espacio; un ¡ay! espantoso.

Como herida de un rayo, la caballería en que iba Adela cayó, deslizándose hacia el abismo.

Asunción, rápida como el pensamiento, haciendo un esfuerzo supremo, corriendo el riesgo de despeñarse, sacó en alto el cuerpo de Adela al mismo tiempo que caía la cabalgadura al fondo de un precipicio tan inmenso como el mismo Océano.

La madre de Adela estrechó entre sus brazos á Asunción y Fernández Luque le dió un fuerte apretón de manos, que hizo estremecer á la andina, en cuyos hermosísimos ojos brotaron dos lágrimas.

—¿Con qué te pagaré el haber salvado á mi hija?, le dijo á la andina la madre de Adela.

—¿Y yo?, repuso Isidoro.

—Con vuestro recuerdo, dijo Asunción clavando la mirada en Fernández.

Repuesta en esto Adela del desvanecimiento que sufrió á causa del accidente, se arrojó también en brazos de su rival.

Asunción la depositó en los de su madre, transformándose el rostro de la andina, en el que se reflejó el sufrimiento que torturaba su corazón.

Adela quiso hacer á pie el resto del camino más peligroso que faltaba y que era ya poco, montando luego en otra caballería. La caravana llegó felizmente al término de su expedición.

La madre de Adela quiso remunerar espléndidamente á Asunción, rehusándolo ésta.

Isidoro intentó hacer lo propio, sin conseguirlo.

—Quédate al menos con mi dirección en Caracas; ve á vernos.

—Sí, sí, repusieron Adela y su madre.

—Iré, eso sí, dijo la andina volviendo á clavar la mirada en el ingeniero español hasta que lo perdió de vista y al mismo tiempo que decía para sí, quedo muy quedo, allá en el fondo de su alma: «Iré sin que el deber me imponga entonces salvar la vida de mi rival á costa de la mía, que no es mía ya, sino de ese hombre.»

II

Venezuela es una rica República americana por sus productos naturales. Debido á esto, la codicia de algunos países tiene en ella la vista fija, habiendo intentado darle varios avances, que ha rechazado con energía y contenido con astucia un ilustre andino, el presidente general Castro.

Algunos meses después de su último triunfo diplomático, se celebraba en Caracas una fastuosa boda; la de Adela Belmonte.

Los periódicos dedicaron columnas enteras á narrar la fiesta. No se hablaba de otra cosa por todas partes y se encomiaba la belleza de la desposada y se admiraba la cuantiosa fortuna del novio: un negociante inglés.

La prensa al mismo tiempo se ocupaba aquellos días de un joven muy querido en Caracas, de un esclarecido talento que había perdido con la vista su porvenir y los medios de que había dispuesto hasta entonces. El excesivo trabajo que llevaba á cabo para acumular riquezas que ofrecer al ídolo de su corazón, había obscurecido sus pupilas, ya débiles desde su niñez.

Cuando sus horas de pesar y de angustia eran más insufribles, cuando la desesperación empezaba á apoderarse de él, sin treguas, ni lenitivos, ni consuelos; cuando en medio de su ceguera veía no obstante en su alma cómo se le cerraron las puertas de todas las dichas, y el malestar lo dominaba y lo esclavizaba y el amor se había alejado de él para siempre, buscando luz en el brillo reluciente del oro; en uno de esos días en que sólo soñaba en la felicidad de poner término á sus angustias y en que pasaron por su memoria entre otros recuerdos el que iba unido á su expedición por los Andes, como un rayo de luz en las tinieblas sintió una mano que le estrechaba con efusión diciéndole:

—Dije que vendría y he venido.

—¡Asunción!.., repuso el pobre joven.

—Asunción, que os ve de igual manera que en los Andes; que os admira con la aureola del sufrimiento; que si pudierais verla hoy no tendría que deciros cuánto os ama, ni el padecer intenso que se apoderó de su alma cuando adivinó que aquella mujer era la dueña de ese corazón por el que hubiera dado las dichas de un cielo y todos los placeres de un paraíso.

—¿Ciego me dices eso? Vencido por el infortunio, ¿me hablas así? ¿Y tuviste en tu mano la muerte de tu rival y arriesgaste tu vida por salvarla?

—Hice lo que debía.

—Desde entonces, no desde ahora, estoy ciego. Tenía la luz ante mis ojos y veía sólo las sombras.

. . . .

Los cuidados, el cariño de Asunción y el interés que en Caracas despertó el amor de la andina y la triste suerte de Fernández Luque vencieron de todo. Todo el mundo secundó el esfuerzo de aquella sublime andina y se aportaron al paciente elementos que produjeron el resultado que los médicos deseaban.

¿Y Adela Belmonte? Poco gozó de su casamiento de conveniencia. Algún tiempo después de su enlace pereció en una excursión á los Andes.

La suerte volvió á proteger á Isidoro, quien poco tiempo después, dueño de una considerable fortuna y unido para siempre á Asunción, fué á los Andes para emplazar allí á su costa un albergue benéfico, en cuya puerta se leyera como un bendito nombre el de la andina.

P. SAÑUDO AUTRÁN.



ENSIMISMADA, cuadro de Pablo Meyerheim

DESPUÉS DEL TRIUNFO.—BLERIOT EN LONDRES Y EN PARÍS



El pueblo londinense aclamando á Bleriot.—Los trofeos de la victoria: Bleriot con la copa del «Daily Mail» y la cartera que contiene el cheque de 25 000 francos. (De fotografías.)

Como dijimos en el último número, Bleriot, después de realizada su hazaña, regresó á Calais. Al día siguiente salió de nuevo para Douvres, en donde fué aclamado por la población y saludado por el alcalde y el ayuntamiento, y poco después partió para Londres.

Su llegada y su paso por las calles de la gran metrópoli inglesa fueron verdaderamente triunfales; en la estación esperábale una muchedumbre inmensa que le recibió con calurosas aclamaciones, las cuales no cesaron un momento durante todo el trayecto hasta el Savoy Hotel, en donde lord Northcliffe, propietario del *Daily Mail*, le obsequió con un *lunch* de honor. A éste asistieron además el embajador de Francia Sr. Cambón, el ministro de la Guerra inglés Sr. Haldane, el célebre explorador del Polo Sur teniente Shakleton y otras elevadas personalidades.

Antes del banquete, el Sr. Haldane felicitó á Bleriot, terminando su entusiasta felicitación con estas palabras: «Vuestra hazaña os concede un lugar único en la historia. Atravesar la Mancha por los aires es uno de esos acontecimientos que señalan el comienzo de una nueva era.»

En el momento de los brindis, lord Northcliffe pronunció un discurso haciendo resaltar la modestia, la paciencia y la tenacidad del aviador que ha llevado á cabo la empresa histórica más audaz de nuestra época, recordando los nombres de los sabios franceses Montgolfier, Curie y Lumiere, congratulándose de los sentimientos de cordialidad existentes entre Inglaterra y Francia y felicitando con entusiasmo al aviador y á sus colaboradores Le Blanc y Anzani.

Bleriot contestó agradeciendo en sentidas frases los agasajos de que se le hacía objeto, deseando que las naciones inglesa y francesa estén cada día más estrechamente unidas, y brindando por Inglaterra y por su rey.

Después de los discursos, lord Northcliffe anunció á Bleriot que el Aero-Club de la Gran Bretaña había acordado darle su medalla de oro y que los directores de la casa Bleriot en Inglaterra le ofrecen un magnífico objeto de orfebrería, y le hizo solemne entrega de la copa de plata del *Daily Mail*, que contenía una cartera con un cheque de 25.000 francos.

Si grandiosa fué la manifestación con que Londres acogió á Bleriot, ocioso casi es decir lo que sería el recibimiento que le hizo París. Desde la estación hasta el domicilio del Aero-Club, quinientas mil personas le aclamaron incesantemente con verdadero delirio; fué un espectáculo imponente, nunca presenciado en la capital de Francia.

El ministro Sr. Barthou saludóle, al llegar, con una sentida alocución que terminó con estos hermosos párrafos: «Habéis escrito un nombre de audacia, de conquista y de genio en el Libro de Oro de la humanidad. Francia, que os debe este honor y esta gran victoria moral, se regocija de contaros entre sus hijos más ilustres. En su nombre, en nombre de la República, os digo sencilla, pero cordialmente: ¡Gracias!»

Las últimas palabras del ministro fueron ahogadas por una estruendosa explosión de entusiasmo.

Dos días después, Bleriot fué solemnemente recibido por el Ayuntamiento de París; en aquella recepción, espléndida y entusiasta, pronunciaron elocuentes discursos, todos altamente encomiásticos de la hazaña efectuada por el aviador, el presiednte del Consejo Municipal, el prefecto del Sena, el presidente del Consejo general y el prefecto de policía.

Bleriot, á quien se entregó una gran medalla de oro con una inscripción alusiva, contestó conmovido:

«La emoción que el agradecimiento me produce oblígame á daros las gracias á todos y á la ciudad de París. Pero permitidme que os diga que este triunfo debe dedicarse, no al modesto francés que tengo el honor de ser, sino á la buena sangre de Francia que corre por las venas de todos nosotros y que hace que el más insignificante de todos, como yo mismo, esté siempre dispuesto á realizar grandes cosas. A Francia, que tanto me honra; al gobierno; á vosotros, señores; á la prensa entera, la expresión de mi inmensa gratitud. Una palabra antes de terminar para enviar al otro lado de la Mancha, á la gran nación amiga, á esa hermosa Inglaterra, que tan triunfalmente me ha recibido, la seguridad de mi afecto y de mi reconocimiento. ¡Por todos ustedes, señores! ¡Por Francia!»

Una ovación calurosa coronó el patriótico discurso de Bleriot.

Aquel mismo día, el Aero Club de Francia le obsequió con un suntuoso banquete. Hubo al final del mismo los discursos de rúbrica, y antes de éstos le fué entregada á Bleriot, por el ministro Sr. Barthou, la medalla de oro del club con esta inscripción: «A Luis Bleriot en conmemoración de la primera travesía de la Mancha en aeroplano, desde Calais á Douvres, el 25 de julio de 1909.» Le Blanc, organizador de la travesía, y Anzani, inventor del motor del aeroplano, recibieron sendas medallas de plata.

Digamos para terminar que el mismo día en que Bleriot atravesaba el canal, era nombrado caballero de la Legión de honor. – R.



Bleriot aclamado por el pueblo de París á su regreso de Londres. (De fotografía de M. Branger.)

París.—Banquete ofrecido á Bleriot por el Aero-Club de Francia

Bleriot contestando al discurso del Sr. Cailletet, presidente del club. A su derecha están el ministro de Justicia Sr. Barthou, el Sr. Cailletet, la señora de Bleriot y el ministro de Obras Públicas Sr. Millerand; á su izquierda el general Dalstein y Mr. A. Wallace, presidente del Aero-Club de Inglaterra. (De fotografía de M. Rol.)



EL TSAR NICOLÁS II DE RUSIA
EN CHERBURGO, EN SPITEHEAD Y EN COWES



La tsarina del brazo del Sr. Fallieres, las archiduquesas y el tsar en el dique de Cherburgo (De fotografía de Branger.)

El tsar y el Sr. Fallieres á bordo del «Galilée» presenciando la revista naval. (De fotografía de World's Graphic Press.)

Las visitas recientemente hechas por el tsar Nicolás II de Rusia al presidente de la República francesa en Cherburgo y al rey de Inglaterra en Spitehead y en Cowes constituyen un suceso de verdadera importancia internacional, según lo ha reconocido la prensa de todo el mundo. Merecen, pues, la nota gráfica que en esta página les dedicamos, acompañándola de una reseña de sus principales pormenores.

El Sr. Fallieres salió el día 30 de julio último de París y aquella noche llegó á Cherburgo, embarcándose en seguida en el acorazado *Verité*, en donde pernoctó, mientras una división de la escuadra francesa dejaba el puerto para salir á recibir á la rusa.

A primera hora de la tarde del 31 entró en la rada el yate imperial *Standart*, seguido del *Estrella Polar*, de los buques franceses y de los cruceros rusos *Almirante Makarof* y *Rurik*. El presidente de la República que, entre tanto, habíase trasladado al acorazado *Galilée*, dirigióse al *Standart*, en donde fué recibido por el tsar y la tsarina. Después, los dos jefes de Estado pasaron á bordo del *Galilée* y revistaron la escuadra francesa. Terminada la revista, Nicolás II y la tsarina devolvieron la visita al señor Fallieres á bordo del *Verité*, en donde se celebró el banquete de gala, á cuyo final pronunciaron el presidente de la República y el tsar sendos brindis que, como es natural, sellaron una vez más la amistad y la alianza de las naciones. Luego se celebró en la rada una fiesta veneciana que resultó magnífica.

Al día siguiente los soberanos rusos fueron obsequiados en el *Verité* con un almuerzo, y por la tarde, acompañados del Sr. Fallieres, presenciaron, desde el fuerte central del dique, la inmersión de cinco submarinos franceses. Por la noche efectuóse á bordo del *Standart* la comida de gala ofrecida por el tsar al presidente de la República, y hubo también fiesta marítima en la rada.

En la mañana del 2 la escuadra rusa, escoltada por los mismos buques que habían salido á recibirla á su llegada, abandonó las aguas de Cherburgo, y á las doce entraba en la rada de Spitehead, seguida de tres grandes acorazados ingleses. El yate real *Victoria and Albert*, en donde estaban el rey, la reina y los individuos de la familia real, salió á su encuentro, anclando todos aquellos barcos delante de Ryde. Los soberanos rusos subieron á bordo del *Victoria and Albert*, en donde almorzaron, y concluído el almuerzo revistaron la imponente escuadra británica, compuesta de 150 buques que se escalonaban formando cuatro líneas de más de cinco kilómetros cada una en la inmensa rada que separa el puerto de guerra de Portsmouth de la alegre y pintoresca isla de Wight. Después de la revista, el *Standart* y el *Victoria and Albert* anclaron en Cowes, sirviéndose en el segundo el te. En el propio yate celebróse por la noche el banquete de gala, que terminó con los brindis inspirados en los más cordiales sentimientos de amistad.

El día 3, la mayoría de los buques de la escuadra inglesa salieron de Spitehead, y Nicolás II y Eduardo VII recorrieron en el yate real *Britannia* la rada de Cowes, que con motivo de las regatas hallábase poblada de yates de distintas nacionalidades, hermosamente empavesados. Por la noche hubo banquete en el *Standart* en honor de los soberanos ingleses.

Al día siguiente, el rey y el tsar fueron á Osborne en automóvil, y por la noche asistieron á la comida anual del *Royal Yacht Squadron*, del que ambos son miembros. Mientras se efectuaba esta comida en el *Victoria and Albert*, la emperatriz de Rusia daba una brillante recepción á bordo del *Standart*.

El día 4 los soberanos rusos partieron de Cowes.



Llegada del yate imperial ruso «Standart» á Cowes. (De fotografía de World's Graphic Press.)



Desembarco en el puerto de Melilla de las tropas enviadas desde la península



Hospital indígena habilitado actualmente como hospital de sangre



Ocupación de la Posada del Cabo Moreno por nuestras tropas



Tren de la Compañía Minera conduciendo tropas al lugar de la acción

LA COPA DE AVIACIÓN GORDÓN-BENNETT

En los alrededores de Reims se celebrará un importante concurso de aviación durante los días 22 á 29 del corriente,



Copa Gordón Bennett de la Aviación, que será disputada por primera vez en la Gran Semana de Aviación de Champagne (22-29 de agosto. Obra de Aucoc. (De fotografía de Photo News Service.)

período al que por este motivo se ha denominado la Gran Semana de Champaña. Los premios que en dicho concurso se disputarán son:

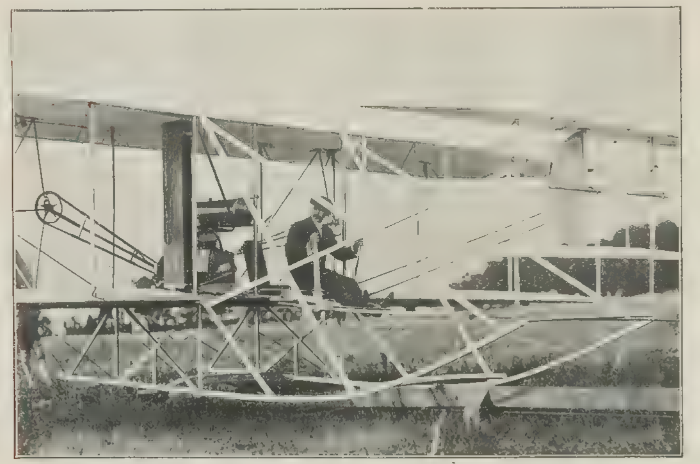
El gran premio de la Champaña y de la ciudad de Reims; 100.000 francos distribuídos entre los seis aparatos que en tres días hayan recorrido mayor distancia sin haber tenido que reparar averías, siendo 50.000 para el primero, 25 000 para el segundo, 10.000 para el tercero y 5.000 para cada uno de los tres siguientes.

El premio de la velocidad: 20.000 francos distribuídos entre los cuatro aparatos que en dos días hayan desarrollado mayor velocidad en tres vueltas de pista (30 kilómetros), siendo 10 000 para el primero, 5.000 para el segundo, 3 000 para el tercero y 2 000 para el cuarto.

El premio de los pasajeros: 10 000 francos para el aparato que haya dado una vuelta á la pista (10 kilómetros) llevando mayor número de pasajeros sin contar el piloto.

El premio de la altura: 10.000 francos para el aparato que más se eleve.

El premio de la vuelta á la pista: 10 000 francos distribuídos entre los dos aparatos que en menos tiempo hayan dado



Orville Wrigh, que ha ganado recientemente el premio de 30.000 dólares (150.000 pesetas) ofrecido por el gobierno norteamericano. (De fotografía de Carlos Delius.)

una vuelta á la pista durante ó fuera de las pruebas del concurso, siendo 7.000 para el primero y 3 000 para el segundo.

La Copa de Aviación Gordón-Bennett: un objeto de arte de 12.500 francos y una prima de 25.000 francos en dinero al aparato que en menos tiempo haya efectuado un recorrido cerrado de 20 kilómetros, ó sean dos vueltas de pista. La copa será para el club vencedor y los 25.000 francos para el aviador, este premio se disputará nuevamente en 1910 en la patria del que lo gane este año.

En la primera lista de inscripciones, á cuota sencilla, que se cerró en 22 de julio, figuraban 35 aparatos, franceses, ingleses, norteamericanos y austriacos; se espera que en la segunda, á doble cuota, que se cerrará el día 10 de este mes, figurarán diez ó doce más.

ORVILLE WRIGHT

Y EL PREMIO DEL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Orville Wright ha realizado la difícil prueba que le imponía su contrato con el gobierno norteamericano para obtener el premio de 25.000 dólares ofrecido por éste. La prueba consistía en efectuar, á una velocidad mínima determinada, el viaje de ida y vuelta de Fort-Myer á Alexandría (16 kilómetros) llevando en su biplano á un pasajero; Wright la llevó á cabo felizmente el día 31 de julio último, haciendo el recorrido en 14 minutos 42 segundos; es decir, á una velocidad de 67.578 metros por hora, y teniendo por compañero de vuelo al teniente del ejército de los Estados Unidos Foulois.

El gobierno, en vista de que Orville había superado la velocidad exigida, acordó aumentar el premio en 5.000 dólares; de modo que el afortunado aviador recibirá 150.000 pesetas.

El experimento fué presenciado por una multitud enorme, en la que figuraban el presidente Taft y Mrs. Longworth, la hija del expresidente Roosevelt. Esta, cuando el aviador hubo tomado tierra, arrojóse en brazos de miss Catalina Wright, hermana de Orville, y besándola exclamó: «¡Es admirable! En toda mi vida había experimentado una sensación tan fuerte.»

Miss Catalina salió al encuentro de su hermano, y roja de emoción y con los ojos húmedos, le dijo: «Estaba segura de ti; sabía que á pesar de tu fracaso, de tu caída, de la fractura de tu pierna, vencerías. Ahora eres realmente el igual de Wilburg.»

Orville fué calurosamente felicitado y marchó poco después á su casa de Daytón, en el Ohío, á descansar una temporada, pasada la cual irá á Francia á proseguir sus experimentos.

En este último vuelo por él realizado sobre un país quebradísimo, lleno de fábricas y de grandes aglomeraciones, ha alcanzado la mayor velocidad hasta ahora comprobada en un aeroplano.

LA CAMPAÑA DE MELILLA

(Véanse los grabados de las páginas 521, 528 y 529.)

Desde los combates del 26 y 27 de julio de que dimos cuenta en el último número, no ha habido ninguna operación importante. Escaramuzas sí las hay todos los días, motivadas por el empeño de los moros de hostilizar los convoyes que salen de Melilla para aprovisionar los campamentos.

Siguen llegando á aquella plaza numerosos refuerzos con los cuales es de esperar que pronto podrá emprenderse una acción decisiva.

En el campamento del Hipódromo se ha instalado el parque aerostático, y las ascensiones de los globos *Reina Victoria* y *Urano*, que han tripulado el capitán de ingenieros Sr. Gordejuela y el teniente de la misma arma Sr. Mulero, están dando resultados excelentes, puesto que gracias á ellas se han descubierto campamentos y posiciones del enemigo que luego la artillería ha cañoneado con gran éxito.

Ha comenzado la construcción de *blockhaus*, que serán un buen elemento para asegurar las posiciones de nuestras tropas.

FRANCISCO FABER

Recientemente se ha efectuado la prueba velocipédica de «La vuelta á Francia» que, organizada por el periódico parisiense *L'Auto*, se corre desde hace seis años. Para que se comprenda la importancia de esta carrera y el esfuerzo que requiere el terminarla, bastará decir que el trayecto total es de 4.500 kilómetros, dividido en 14 etapas, á saber: París Roubaix, Roubaix-Metz, Metz-Belfort, Belfort-Lyón, Lyón Grenoble, Grenoble-Niza, Niza-Nimes, Nimes-Tolosa, Tolosa-Bayona, Bayona-Burdeos, Burdeos-Nantes, Nantes Brest, Brest Caén y Caén-París.

Al comenzar la prueba eran unos 190 las campeones que se disputaban el premio; no hay que decir que la mayoría de ellos no la han terminado.

El vencedor ha sido este año Francisco Faber, que ha empleado en la carrera 157 horas, 25 minutos y 50 segundos. A él, pues, ha correspondido el primer premio de 5 000 francos.



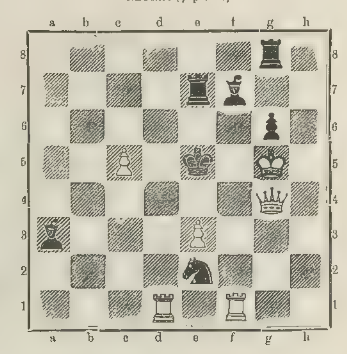
Francisco Faber, ganador en la carrera ciclista de «La vuelta á Francia» (4.500 kilómetros en 14 etapas) á su llegada. (De fotografía de Branger.)

El *record* de esta prueba es todavía para Petit-Bretón que este año no ha corrido y que la ganó en 1907 y en 1908, haciendo en este último año el recorrido de los 4.500 kilómetros en 156 horas, 19 minutos y 38 segundos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 526, POR V. MARÍN

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 525, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. A b 4 - c 3	1. d 4 × c 3
2. d 2 - d 4	2. e 5 - e 4
3. T c 2 - f 2	3. Cualquiera
4. g 4 - g 5 mate.	

VARIANTES.

2............. e 5 × d 4 3. T c 2 - e 2, etc.

1...... d 4 - d 3; 2. A c 3 - a 1, d 3 × c 2 3. d 2 - d 4, etc.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El coche rueda sobre musgos, silenciosamente; luego, en el punto en que la tabla reluciente del agua reaparece á través de las ramas de los últimos árboles, Pedro ve muy cerca de él un gran edificio negruzco y ruinoso, una especie de torre baja, cubierta de un techo puntiagudo y triangular, unida á altas murallas agrietadas y decrépitas.

Estas otras ruinas datan también de tiempos remotos; parecen tener al menos tres siglos.

En un destello de memoria, Pedro evoca las lecciones del tío Jaime, consulta sus recuerdos, precisa la situación... Enterado, murmura:

—El alfolí...

En efecto, antiguamente había en el país de Guibray un almacenista, á las órdenes directas del señor del lugar, que arrendaba al rey los productos del impuesto sobre la sal.

Pedro recuerda que este sitio, de aspecto siniestro en toda época, fué en 1760 teatro de un drama, sobre el cual el tío Jaime nunca se explicó claramente, y en el cual figuraba un Faulque — el primero de este nombre que representó un papel en la historia de la familia; un tal Roque Faulque, bandido, contrabandista de sal, que tuvo un mal fin, merced á un Guibray, su señor legítimo y juez de todos sus actos, como teniente del distrito.

Pero no tiene tiempo de reunir sus recuerdos algo confusos; solicita su atención una aparición blanca sobre la piedra negruzca.

Una mujer, de pie debajo de una ventana provista de una reja, le mira venir.

De un golpe de vista reconoce él por el traje y por las líneas á la intrépida batelera que, hace un rato, remaba en su gola sobre el agua tranquila.

Vista de cerca, es aún más interesante: soltera sin duda, soberbiamente formada, pero fina, de rostro expresivo que, de ordinario, debe ser encantador, de una grande hermosura sana y llena de vida... ¿De ordinario?.. Sí, porque en este momento ese rostro no ofrece nada de agradable; todo lo contrario.

Al aspecto del viajero se ha detenido sobre las piedras de un desmoronamiento, y con los brazos cruzados, le mira con una expresión difícil de no traducir por una explosión de odio y de desprecio; exactamente la misma expresión que Pedro cuenta ofrecer á Clemente Faulque en el momento en que éste le dé la bienvenida.

Siéntese turbado.. ¿Quién será esta bella señorita, de gran porte incontestablemente, que se pasea sola por las ruinas del almacén de la sal y fulmina mortíferas miradas contra los transeuntes?

La saluda, á pesar de todo, porque es bella.

Tiesa, recibe ella el saludo sin hacer el menor movimiento, sin pestañear siquiera; su labio se crispa más profundamente, su hermoso rostro se contrae y palidece, y llamas de cólera abrasan sus ojos.

Diríase que este viajero la ultraja quitándose el sombrero en su presencia.

Desconcertado, Pedro se vuelve en su coche; las ruinas están desiertas; la muchacha, su misteriosa enemiga, ha desaparecido. Él se dice:

«Si esa mujer no está loca, es una Faulque seguramente... Hay antiguo odio en sus jóvenes miradas.»

Y se encoge de hombros, contradiciéndose en seguida:

«Pero una Faulque, una descendiente de siervos y lacayos, no puede tener ese porte. ¡Oh, nunca!.. Hay sangre azul bajo aquel cutis blanco... No importa... Lo cierto es que no le he inspirado afecto... ¡Qué ojos!»

Así distraído llega al pie de las colinas que se extienden al borde del río. El caballo cesa de trotar para ir al paso, porque la cuesta es empinada y se desarrolla en ziszás desde la base hasta la cúspide, á través de terrenos bien cultivados.

A media cuesta surge el castillo en primer término, muy cerca, rompiendo un panorama espléndido. Bajo un cielo purísimo, el Sena, ancho y profundo desde luego, se aleja en el horizonte, entre las verdes y floridas islas; en ambas riberas, los sauces, los chopos y las hayas entremezclan sus ramas. Una callejuela de tilos espesos anuncia un apeadero al borde del río. Se ven barcas amarradas debajo de los sauces, y de pronto se descubre el pueblo en un rincón, aglomerado, hacinado, con sus tejados obscuros y su vieja iglesia, cuyo campanario debe cambiar, de noche, con la torre del homenaje, recuerdos comunes sobre las generaciones muertas.

Esta torre, brutal, solapada, se eleva por cima de la colina, como queriendo escalar el cielo; es á un tiempo guerrera y filósofa; está orgullosa de sus cicatrices y de sus tradiciones; desprecia los contornos (esto salta á la vista), á excepción quizá de su vieja amiga la iglesia. Tiene mil años de edad, y vivirá todavía otros tantos, á menos que un terremoto ó el capricho de un hombre... Pero, ciertamente, el hombre es más de temer que el caos...

En el umbral del castillo histórico, Pedro encuentra, como únicos vasallos atentos, los dos servidores que envió ocho días antes para instalar su bagaje: el viejo Medardo y su mujer, la vieja Ursula.

Apéase del coche con la decepción de no poder humillar á Clemente Faulque con palabras altivas... Pero quizá éste va á venir.



Y ante sus pupilas veladas pasan las banderas blancas flordelisadas

Pregunta al criado.

Medardo replica bajando los ojos y hasta la cabeza:

—Ese caballero dijo que si el señorito tenía alguna objeción que hacer, ó algo que pedir, podía dirigirse á él..., en su casa..., en el Castillo Nuevo... Eso es todo.

—Bien, dice Pedro afectando quedar satisfecho; bien, muy bien.

Pero piensa:

«¿Yo ir á casa de esa gente? Están locos, á fe... Vamos, el mundo está trastornado... Después de todo, quizá es preferible que no nos hayamos visto.»

Después de esta fanfarronada mental que calma su resentimiento secreto, el joven se vuelve con mucha dignidad hacia sus servidores.

—Vamos, Medardo, enséñame el camino.

Y el noble caballero Matías Guislan Jacobo María Pedro Le Tenant de Guibray entra en la morada de sus antepasados, de la cual el último de la raza, su bisabuelo, el barón Carlos, salió maniatado para ser conducido al patíbulo.

De lejos, el histórico castillo era amenazador, de aspecto terrible; de cerca, es siniestro.

Pedro sigue á sus dos viejos criados, doblados por el espinazo, que marchan delante de él.

Pasa la puerta enorme, pesada, cubierta de herrajes, con un estremecimiento. Toma posesión. Pero no siente ya, en torno de él, la invisible presencia de los abuelos invitándole á renovar los faustos abolidos; el soplo del tío Jaime no le desliza ya palabras tiernas; recibe la impresión de una espantosa soledad, de un paseo entre turbas silenciosas, y se le hiela el corazón.

El patio de honor está desempedrado, cubierto de hierbas parásitas, lleno de tristeza; y los altos muros que lo rodean, con los ojos vacíos de sus ventanas sin bastidores ni cristales, parecen fantasmagóricos, lejos de todo, desprovistos de toda existencia; duda un instante de poder reanimar jamás estas cosas muertas; se siente extraño ante este bloque lúgubre de piedras descoyuntadas, que no parecen guardar ya el recuerdo de los hombres.

—Esto será muy hermoso, dice Medardo, pero es poco alegre.

En efecto, es más que triste, es fúnebre.

El joven no contesta. Contempla.

Con un esfuerzo de imaginación, levanta estas ruinas, reedifica estos muros, puebla estos patios de visiones diversas: multitud de soldados cargados de hierro, señores altivos, grandes damas hermosas, seguidas de sus doncellas... Sí, todo esto ha existido sin duda, pero no existe ya.

Pedro se estremece á la idea de lo que debe ser, en invierno, en días de viento y de lluvia, en tiempos de nieve y de hielo, este sitio ya lamentable en pleno sol, en la cálida alegría de una mañana de julio. ¿Entonces va á vivir aquí? Tal es su misión; tal es la voluntad del tío Jaime. Mas para restaurar esta fortaleza decrépita no tendrá dinero bastante. Se necesitarían sumas enormes para reconstruir estas ruinas. Le queda muy poco de la herencia del Sr. de Guibray.

Todo se anuncia triste. La casa solariega es fría y trágica en su acogida al último vástago de sus antiguos señores.

De pronto el joven sacude su marasmo, se acusa de debilidad, de cobardía, y penetra resueltamente en la primera sala abierta. ¡Ay! La sensación de aislamiento, de exotismo, persiste y se acentúa más. Está en su casa, pero sin convicción, sin su entusiasmo de antes por todo lo referente á la historia de los suyos.

La vieja Ursula pronuncia:

—Hemos hecho todo lo que hemos podido... Aquí hay un cuarto un poco habitable para el señorito; hemos puesto los muebles de París; los de aquí no se aguantan... El señorito verá... Todo está lleno de polvo y de telarañas... En ocho días hemos hecho lo que hemos podido... Pero se necesitarían ocho años..., y á nuestra edad no podemos hacer valentías.

—Bien, bien, muy bien, aprueba el joven, nervioso. Más tarde, se hará lo necesario... Por el momento, me contentaré con lo que hay... Muchas gracias.

Tiene impacientes ganas de estar solo, de recorrer de arriba abajo este monumento de su raza, de descubrir el pasado en las reliquias, en los restos acumulados.

—¿Están las llaves en las cerraduras?, pregunta.

Medardo suspira:

—No hay llaves, pero ninguna puerta cierra; el señorito verá...

—Bien, bien, contesta Pedro, cada vez más vibrante... Sí, ya veré..., necesito ver... Procuren ustedes tener la comida dispuesta para las siete, como puedan; mientras tanto, yo voy á visitar la salas... á darme cuenta...

Los dos criados se retiran al mismo paso tranquilo, pesado y lento, y su vejez, tan manifiesta, aumenta todavía la caducidad del conjunto.

Una vez solo, Pedro marcha á la ventura por las altas habitaciones sonoras en que sus pasos resuenan, despertando ecos, como bajo bóvedas de catedral.

En todas partes halla decrepitud y deterioro.

Es evidente que esta morada se halla abandonada desde hace un siglo; que los Faulque no se han atrevido á habitarla un solo día, por temor á los espectros quizá; por un secreto y postrer respeto de los lacayos para con los señores.

A la proximidad del joven huyen ratas, y, sobre su cabeza, monstruosas arañas suben hacia los techos. El moho destruye las maderas y mancha los espejos subsistentes que, en otras épocas, reflejaron joviales escenas y brillantes paradas.

Pedro se inclina á la melancolía. Marcha por el centro de las salas, á fin de no ensuciarse la ropa en las paredes sarnosas, en los viejos muebles polvorientos, en todas las cenizas acumuladas por el tiempo.

De pronto, se detiene un instante, concentra su pensamiento, hace acto de fe mental. Imagínase al tío Jaime en igual caso; él hubiera experimentado una alegría radiante; él hubiera encontrado hermosa esta miseria, encantadora esta devastación. El hubiera exclamado:

—¡Mejor! ¡Nadie ha venido, nadie ha vivido aquí después de nuestros antepasados! Ningún intruso, ningún villano ha manchado con su vida la casa de Guibray. Quizás no recogeremos más que despojos; pero cada uno de estos despojos representan un girón de nuestra historia. Estos muebles antiguos son sagrados; practicamente, valen el peso de su madera; pero, idealmente, y para nosotros, figuran tesoros. En estos asientos vacilantes, sentáronse nuestras abuelas; en estas mesas, banquetearon los días de bodas y de bautizos; sí, se cantó en torno de estas mesas carcomidas y cojas. Estos espejos manchados reflejaron rostros altivos, las bellas figuras de las damas y caballeros que constituyen nuestra ascendencia. En todas partes subsisten huellas, manifestaciones de su pasado tres veces queirdo y tres veces glorioso. Vivamos aquí, cerca de los nuestros; ¡y quiera Dios que, dentro de cien años, nuestros bisnietos vivan aquí aún, cerca de nosotros, convertidos en recuerdos!

Algo reconfortado por esta evocación, Pedro continúa su viaje de descubrimientos á través de la soledad silenciosa de este sitio abandonado.

Sucesivamente empuja puertas de cerraduras desvencijadas que rechinan sobre sus goznes al esfuerzo de su mano. Este hijo del siglo XIX se esfuerza para emocionarse ante los vestigios de los siglos precedentes; y, sin embargo, permanece tranquilo, á pesar de estar tan bien preparado para la emoción; refractario al amor del pasado, se penetra mal del ambiente. Y de esta dificultad de asimilación, poco á poco nace en él una gran sorpresa profundamente triste.

Pregúntase una vez más si todo eso de encadenamientos de raza no son ilusiones, sentimientos ficticios, depravaciones de almas demasiado refinadas, y si no sería preferible para el hombre, desde el punto de vista de la audacia en la vida y del libre arbitrio, ignorar absolutamente de dónde viene, del mismo modo que ignora adónde va. ¿No son cadenas y trabas esos lazos autoritarios que solidarizan á las generaciones? Esa serie de eslabones, atados á los pies del último vástago, ¿no han de dificultarle fatalmente la marcha, comprimir sus impulsos, determinar caídas?

Duda cada vez más.

Y sin embargo, acá y acullá surge á su paso algo que habla á su imaginación y que le enternece un segundo.

En un cuarto obscuro, la vista de una cuna le sume en reflexiones propias del caso. ¿Cuál de sus antepasados la tuvo por primera cama?

Pedro no se halla bastante instruído en antigüedades para atribuir á una edad determinada este débil objeto, desprovisto de estilo aparente; y su curiosidad, interrogativa, se queda sin respuesta.

Más allá, una porción de espadas oxidadas duermen esparcidas por el suelo, olvidadas; en materia de armas, el joven Guibray es algo más conocedor; recoge las espadas y las maneja, á pesar del negro polvo que le ensucia la mano.

Esto le encanta.

Hay espadas de corte y espadas de combate; las unas lucieron en Versalles, al cinto de altos barones, en los días de gala; pero las otras fueron empuñadas en el campo de batalla, cuando las trompetas tocaban á la carga al frente de los escuadrones. Una corriente magnética, que parte de las azuladas puntas de los espadones, le sube á la mano y sacude su inútil brazo de joven sin gloria.

Echa de menos los campamentos, los teatros de la guerra, las bellas ocasiones de mostrar su bravura, la noble compañía de los hijos de Francia que reían antes del asalto, con una flor en los labios, desdeñosos de la muerte, á pesar de ser amados.

Algo pálido, cierra los ojos, conservando una espada en la mano, y ante sus pupilas veladas pasan las banderas blancas flordelisadas, saludadas con noble gesto por príncipes y grandes mariscales. La sombría envidia le muerde al corazón, y, en este instante, es generoso.

¡Bah! Todo esto son quimeras. Llega tarde, en épocas filosóficas que denuncian el horror de las viejas barbaries.

Pero, demasiado joven para comprender esto, obedeciendo únicamente al impulso de sus arterias, echa de menos la guerra, la guerra antigua, en que, por su cuna, hubiera mandado un regimiento y hecho acuchillar á los humildes por su gloria. Este sentimiento no es el lado más feo de su alma retrospectiva; una raza no es durante mil quinientos años guerrera y conquistadora, sin que algo de ella les quede á los que llegan tarde, aun inmediatamente después de graves y trágicas lecciones.

No sin amargura deja la espada arrimada á la pared; en su minuto y en su esfera, desarma.

En seguida le cautivan ideas más plácidas. En los carcomidos cajones de armarios venerables encuentra de pronto objetos sugestivos: un vestido de raso doblado ¿desde. . cuándo? Pedro lo despliega en toda su longitud, y ve con sorpresa que ha conservado su primitiva rigidez y un vago perfume que le da en las narices.

¿Qué linda joven, qué noble dama, cuál de sus abuelas sonrió de alegría y de vanidad la primera vez que se adornó con este magnífico vestido?

¿En qué fiesta resplandeciente lo ostentó con insolencia, para orgullo de su hermosura, para el triunfo de su carne dejada libre, como aún lo indica el audaz escote?

Debía ser alta la hermosa joven, la noble dama, la abuela, baronesa de Guibray ó hija de barón; sí, alta de seguro, y fina, sin ser flaca: ¡Oh, este perfume que queda cuando la carne se halla abolida, disuelta, convertida en polvo aventado!

Este perfume le embriaga; durante diez minutos, está locamente enamorado de la muerta anónima, cuyos suaves contornos habitaron esta coqueta reliquia, sagrada para él.

También le trastornan unos zapatitos blancos, y varios encajes y unos guantes muy largos le ofrecen nuevos motivos de divagaciones.

Está visto que se apasiona más fácilmente por sus abuelas que por sus abuelos; es que se siente más cerca de ellas que de ellos, gracias á los perfumes y á las evocaciones de encanto y á la belleza.

Además, este joven de veinticuatro años—imbuído, desde hace meses y meses, en una idea fija, inculcada desde la infancia por su autoritario tío, la idea de restauración de su raza en las decoraciones antiguas—ha frecuentado muy poco el bello sexo.

Puede decirse que lo ignora, y se ofrece, ingenuo, sin ninguna experiencia, ante la pasión. Y esta predisposición es tal que hasta el ligero soplo de bocas difuntas le penetra hasta la medula de los huesos y le crispa el corazón.

Ante la realidad del amor, ¿qué resistencia podrá ofrecer, si algún día encuentra el amor en su camino?

Es profundamente cándido este caballero pasado de moda, que conoce demasiado el pasado para conocer bien el presente; demasiado soñador para ser razonable, y demasiado acostumbrado á seguir en el cielo el gran vuelo de las quimeras, para evitar ó vencer el obstáculo terrestre que entorpece su marcha hacia el ideal.

Tiene que temerlo todo de las aventuras sentimentales, dada su tendencia á tomarlo todo en serio y á veces por lo trágico; aún cree en las bellas leyendas, en las galantes historias de antaño cuyo retroceso borra la amargura y gasta los puntos dolorosos...

Una mesa de chaquete, abierta distraidamente, le divierte al paso; maneja los cubiletes, los peones y los dados, pensando en la futilidad de los placeres de este mundo. Un violín sin cuerdas también le hace meditar.

Pero los altos armarios llenos de cosas misteriosas, desechos de los difuntos, objetos abigarrados, dormidos, fuera de uso, le llenan de espanto y de desaliento. Necesita meses para hacer un inventario, para sacudir estos montones, sin interés quizá, ó quizá llenos de revelaciones.

Y su sorpresa empieza otra vez á no experimenta ninguna sensación de reconocimiento, por las leye

de atavismo y la memoria molecular, descontadas, de antemano, esperadas, presentidas, engañosas en este caso.

No puede menos de confesar que sus impresiones serían las mismas, semejantes en todo, si visitase y explorase alguna casa antigua, perteneciente á otros, sin lazos, para él, de ascendencia.

Experimenta más curiosidad que emoción; curiosidad por estos dominios del silencio, que, como el de la Bella del Bosque durmiente, despierta á su vista, después de largos años de inmovilidad, de estancamiento en el curso regular de las horas, horas multiplicadas hasta la suma de un siglo.

Vuelve á andar errante, al azar, por escaleras, corredores y estancias, dudando á veces entre dos direcciones; y en todas partes descubre muebles deteriorados, de diversos estilos, que revelan una larga serie de generaciones sedentarias, y aumentan su inquietud, su espanto por las futuras fatigas en sus investigaciones futuras. Todos encierran datos de historia; pero más tristeza á recoger que alegría á experimentar.

Finalmente, en una sala inmensa, con las paredes cubiertas de estanterías atestadas de libros y papeles, llena de arcas repletas de pergaminos y más papeles, se detiene, presa de una emoción que le hace latir el corazón con más fuerza. Es el archivo, el archivo de Guibray. Toda su genealogía, toda la biografía de su raza dormitan, aquí olvidadas, bajo estos obscuros techos, reforzados con vigas transversales, artesonados con las armas de los barones legendarios.

Ve manuscritos encuadernados, legajos enormes, atados ó sellados según su importancia. Es el tesoro de familia, el monumento de orgullo que el tío Jaime echaba de menos sobre todas las cosas desaparecidas: títulos, actas y contratos; diplomas, cédulas reales, memorias, comisiones y provisiones; cartas, donaciones, cédulas y arrendamientos; sentencias pronunciadas en alta y baja justicia por los Guibray, tenientes del distrito entre Mantes y Vernón; testigos de grandeza, de poderío y, sin que él lo sospeche, de iniquidad.

Tampoco será fácil tarea compulsar y descifrar estos documentos de otras edades, cuyo espíritu sobrevive impasiblemente en los cerebros que los dictaron, la frágil materia á la carnosa mano de los escribientes que trazaron pesadamente estas líneas.

Pero, al menos, se desprende un interés real, un interés histórico de esta sombra, y el resultado obtenido compensará el trabajo que se ha tomado.

Encuentra, al fin, el objeto y la ocupación de esta vida nueva que desde luego él juzgó con espanto monótona y estéril, vacía de todo interés. Sabe en qué ocupar de hoy más los interminables días; suspira, con el alma aliviada de un peso; el temido fastidio puede ser combatido.

La sala del archivo es obscura, húmeda y fría. Pedro, con un violento esfuerzo, abre las ventanas oxidadas, y toda la galería se tiñe de pronto de una rojiza claridad bajo los reflejos del sol poniente.

Entonces la magnificencia de un espectáculo exterior lo arranca por algún tiempo al íntimo placer del misterio, del silencio y de las sombras.

Se apoya de codos en el antepecho de piedra, y contempla el espectáculo que se le ofrece á la vista. Delante de él, sobre la aldea de Moisson, el cielo abrasado mezcla de cobre con el oro, el azufre con la púrpura, y el añil con el cinabrio. El río, como un espejo, repite el incendio en una corriente lenta.

El espectáculo es resplandeciente, soberano, absoluto. Las siluetas de los álamos, obscurecidas, se perfilan sobre el fondo glorioso; y los macizos de las islas, los sauces de las riberas, profundamente obscuros también, plaquean manchas de contraste y de realce en esta decoración espléndida.

A derecha é izquierda, la magia se prolonga, llenando el horizonte de gamas decrecientes de luz cambiante.

Levanta los brazos, en éxtasis, y saluda á la naturaleza que le era desconocida. Hijo de París, ha viajado poco. Estas magnificencias son nuevas para él y le entusiasman.

Asómbrase luego de que el día haya pasado tan pronto. Se le ha ido el tiempo en su entrevista con los siglos.

A disgusto, baja á los pisos inferiores.

Encuentra á Medardo y á Úrsula que le esperan; no se han atrevido á turbar su visita á los antepasados.

—La comida del señorito hace tiempo que está lista..., todo estará frío...

—Paciencia, Ursula, paciencia; la tomaré como esté.

El señorito parece satisfecho al sentarse á la mesa; se frota las manos, con asombro de sus viejos servidores, que no comprenden que un guapo joven esté á gusto en semejante caserón en que soplan todos los vientos.



El espectáculo es resplandeciente, soberano, absoluto

Pedro come; la comida es tan mala como será triste el dormitorio, un cuarto bajo, escogido porque siendo menos vasto que los demás, será menos frío.

En él se han instalado los muebles del tío Jaime, pobre mobiliario de hombre desinteresado de las comodidades y dulzuras de la vida, que no realza la miseria de las paredes ni altera mucho la tristeza ambiente.

El mismo Pedro piensa y se dice:

—¡Animo! Tienes, para ocuparte, la existencia de los otros, y, para consolarte, la naturaleza, inmutable. Quizás eres digno de envidia.

Después de haber comido de prisa, maquinalmente, vuelve á subir, con un candelabro en la mano, las grandes escaleras sonoras, de peldaños de piedra desgastados, hasta el archivo. Coge al azar un legajo con el propósito de llevárselo á su cuarto y examinar aquella noche misma los papeles que contiene...

Por un recuerdo inconsciente de la belleza del paisaje admirado al atardecer, vuelve á la ventana que dejó entornada.

Todo ha cambiado.

Ahora, en un cielo puro, violado claro y tenue, sube la luna, melancólica, blanquecina; el río es de plata, su corriente tersa y reluciente se obscurece acá y acullá por el reflejo de los verdes ramajes.

Las perspectivas se pierden en las sombras de la noche; una paz inmensa envuelve las cosas y los seres.

En las casas de Lavacourt brillan furtivas, como puntos amarillos discordantes, resplandores de luces. El silencio, solemne hasta la angustia, sólo es turbado por el ruido ligero de dos remos lejanos que empujan alguna barca invisible.

En seguida, el joven se estremece, forzando la vista á penetrar en las tinieblas de las profundidades..., y percibe, confusamente desde luego y después de un modo más distinto á medida que se acerca, una barca que sale del pequeño brazo obscuro del río para entrar en la plateada superficie del brazo grande.

En seguida tiene la convicción de que es la gola entrevista por la mañana, y en ella, esa mujer extraña, hostil, dos veces vista. La luna la ilumina; es ella, en efecto. Rema lentamente con la cabeza levantada, echada hacia atrás. Pedro reconoce su silueta fina y flexible, el ritmo de sus brazos, ora tendidos, ora doblados, manejando el remo.

Súbitamente se olvida de los antepasados, de la naturaleza, y sigue fijamente con la vista la gola que huye llevándose su pensamiento.

Al mismo tiempo, en el Castillo Nuevo, en casa de Faulque, alguien medita también.

La que medita es Bertilla, hija única de Clemente, la remadora de la barca, la aparición de las ruinas del almacén de la sal.

Tiene veinte años, es de porte muy distinguido, de noble y admirable rostro, y ofrece la sorprendente particularidad de que, siendo rubia como el oro, tiene negros los ojos y las cejas y moreno el cutis, como impregnado de sol. Hubo quien emitió un día sobre ella esta apreciación cándidamente paradójica, pero exacta:

—Es una morena rubia...

Es una muchacha voluntariosa, de espíritu recto y preciso, de corazón ardiente; pero todo complicado también con demasiada sabiduría y demasiadas preocupaciones sociales.

Como Pedro, Bertilla conoce ó cree conocer la historia de su propia familia, familia de villanos, pero así amada por ella; como á él, el pasado la apasiona hasta la cólera.

Proviene de una raza trágica, sacrificadora de hombres, y está orgullosa de su origen; exagera la talla de sus abuelos, y siente que los tiempos sean de clemencia.

Se opuso con todas sus fuerzas á que su padre vendiese el viejo castillo á un Guibray; pero Clemente Faulque, hombre de grandes empresas, archimillonario, agricultor, ganadero, dueño de canteras, fabricante de yeso y cal, á pesar de esto, ó á causa de esto, tiene siempre necesidad de dinero.

Los doscientos mil francos ofrecidos le hicieron pasar por cima de toda clase de consideraciones; era un negocio demasiado bueno para despreciarlo; además, la ruina caía de día en día en la decrepitud; nadie la habitaba. Así es que la sacrificó sin gran pesadumbre.

Por otra parte, á pesar de los avisos de Bertilla, no temió la vuelta de los antiguos señores á su posesión.

—Si chistan, les aplastaremos, dijo.

Es ultrarrepublicano por espíritu de raza, por herencia y por convicciones personales. Consideraba á la nobleza como una antigualla, como un espectro inofensivo.

—Si algún día volviesen, añadía Faulque, lo harían en diligencias, con peluca empolvada, para diversión de los chiquillos.

Se figuró que los Guibray actuales, ricos sin duda, querían satisfacer un simple capricho, sin mayor empeño.

Parecíale, y con razón, que era absurdo odiarse por poderes á cien años de distancia, porque antiguamente hubo sangrientos encuentros entre unos y otros ascendientes.

Todas estas cuestiones, más sentimentales que razonables, le preocupaban poco, y parecíale que un Guibray á su lado no debía estorbarle más que otro cualquiera.

Su hija le puso mala cara durante ocho días después de su decisión. Él le hizo un regalo y se creyó en paz con ella; pero no fué así; en el alma de Bertilla el rencor persistía, contra su padre y contra los acontecimientos. Sobre todo, su antiguo odio para la noble casa maldita, después de parecer apagado, había vuelto á renacer de las cenizas, más ardiente que nunca.

Antes sólo había odiado á los muertos; ahora iba á odiar á los vivos.

A esta idea, tuvo un instante de alegría; el odio palpable hace esperar la venganza posible.

¿Venganza de quién? ¿De qué? Ella lo sabía.

(Se continuará.)

EL NUEVO TRANVIA DEL MONT-BLANC. (De fotografías de M. Branger.)



El tranvía al través de las montañas

Desde hace algunos años, el hombre se ha propuesto escalar, con el auxilio de la ciencia, los más altos montes de Suiza, aquellos cuya ascensión ha sido siempre difícil y en algunos casos peligrosa, y que por lo mismo han ofrecido mayores tentaciones á los excursionistas.

Primero el Righi, después el Pilatus y más tarde el Jungfrau (aunque éste, por ahora, sólo en parte), han sido conquistados por la locomotora que, salvando abismos vertiginosos y ascendiendo por cuestas de gran pendiente, se enseñorea poco á poco de las alturas y deposita numerosos convoyes en sitios antes apenas hollados por unos cuantos temerarios aventureros.

Hasta hace poco, empero, habíase librado de la acometida de los adelantos científicos el Mont Blanc, uno de los más predilectos de los alpinistas y de los que mayor número de víctimas ostenta en el registro fúnebre de las ascensiones. Hoy, sin embargo, ha comenzado ya el asalto del monte famoso, y tomadas las primeras posiciones, no tardarán mucho los asaltantes en llegar á sus más altas cimas.

El año pasado inauguráronse el último trayecto del ferrocarril eléctrico que la Compañía ferroviaria de París Lyón Mediterráneo ha construído en la falda de la montaña y que permite á los turistas dar vuelta á la misma saliendo de Chamonix y volviendo por Chatelard y Montiny al punto de partida, y el tranvía de cremallera de Montenvers. Y este año se ha inaugurado, hace pocos días, la primera sección del llamado Tranvía del Mont Blanc que, partiendo de Saint Gervais, llega actualmente á la garganta de Vonza, á 1.656 metros de altitud.

«Son las once y media de la mañana—escribe el corresponsal de un diario parisiense que asistió á la inauguración—cuando se da la señal de partida. El cielo está espléndido, el calor es sofocante. La caravana llena tres trenes de dos coches cada uno, que suavemente y á largos intervalos se ponen en marcha, atraviesan la aldea del Fayet y van á tomar su cremallera, entre las dos paredes del estrecho corredor de rocas que marca, delante del establecimiento termal, el punto de partida de la ascensión.

»Esta es cada vez más ruda, y en el recorrido de siete kilómetros y medio que han de hacer nuestras pequeñas locomotoras, son frecuentes las pendientes de 24 por 100. Enganchadas á la trasera del tren, nos empujan vigorosamente, y su andar pausado, su jadeo, producen la impresión del esfuerzo humano. Todos les agradecemos que trabajen tan bien para maravilla de nuestros ojos.

»Porque ese panorama que se desenvuelve de abajo arriba es un encanto. Primero, apenas pasado el corredor de rocas, divísase al través de los abetos el valle del Arve; luego Saint Gervais con sus lindas *villas* sembradas en las praderas alrededor de un pequeño campanario que, visto desde la empinada pendiente en que nos hallamos, parece algo inclinado sobre las casas; después, encima del monte Joly, Saint Nicolás de Veroce, y á nuestros pies el grandioso valle del Bonnant.

»Paran los trenes en Motirón; la humilde aldea está de fiesta y todos sus pobladores acuden á la estación para ver pasar «á los de abajo.» Reanudan aquéllos su marcha y aparece el monte Torchet, con sus blancas cimas que se destacan sobre el azul del firmamento. El convoy serpentea y se empina, y



La estación de Saint-Gervais.



La estación de Motirón

ante nosotros álzase la trágica mole gris del ventisquero de Bionnasset, que hace diez y siete años llevó la muerte y la desolación á Saint-Gervais; luego se desliza por una pradera en donde la brisa es más fresca y desde la cual despliégase el panorama en una fabulosa sinfonía de verde y blanco. Chamonix está á nuestros pies, allá abajo, muy lejos; hemos llegado á la garganta de Vonza, á la tercera y última etapa, por ahora; es decir, al término de la primera sección, de donde arrancará la vía abierta en plena roca, en túnel ó bordeando abismos vertiginosos que llevará á los turistas sucesivamente al monte Lachat (2.111 metros), á la Tête Rousse (3.139) y al pico del Goûter (3.817), distante sólo un kilómetro de la cima del Mont Blanc.

»¡El pico del Goûter! Los constructores de la línea nos lo muestran allá arriba, bajo el cielo, blanco y negro, delante del «pilón de azúcar» (la cumbre del Goûter), cuya mole oculta á nuestra vista los picos del Mont-Blanc. ¿Llegarán hasta allí? Dícenme que la empresa presentará enormes dificultades. Es posible que así sea; pero estos hombres tienen fe.»

La estación de la garganta de Vonza, término de la sección hasta ahora construída y en explotación

El proyecto seguido para la construcción de esta línea es del inspector general de puentes y calzadas suizo señor Duportal, y fué adoptado en contra de otro que habían trazado los señores Vallot.

La perforación del pico del Goûter no parece ofrecer ninguna dificultad especial, porque se trata de una roca perfectamente limitada y libre de nieve durante las semanas de verano. En cambio, no es fácil asegurar la posibilidad de prolongar la línea desde allí á la cumbre del Mont Blanc, como algunos pretenden, porque hasta el presente son desconocidos todos los elementos cuyo conocimiento es indispensable para la solución del problema.

De todos modos será una gran conquista el terminar la línea hasta el Goûter, primero porque desde allí podrá estudiarse cómodamente la prolongación del trazado, y segundo porque, sin ser un gran alpinista, cualquiera podrá llegar desde aquel punto y en tres horas y media ó cuatro á la cima del Mont-Blanc.—F.

La travesía del Canal de la Mancha en aeroplano

Segunda tentativa desgraciada de Latham



Latham en los aires, encima del Canal. Vista tomada desde el contratorpedero *Escopette*

El aparato de Latham en el mar, á 800 metros del puerto de Douvres es recogido por un torpedero francés. (De fotografías de Branger.)

No desalentado por el desgraciado éxito de su primera tentativa y aguijoneado por el triunfo de Bleriot, Enrique Latham ha querido intentar por segunda vez la travesía del Canal de la Mancha en su nuevo aeroplano *Qui Sait?* También esta vez ha fracasado, pero ha fracasado cuando le faltaba poco para terminar la arriesgada empresa, y en condiciones en extremo emocionantes.

Resuelto á efectuar la prueba, Latham realizó varios ensayos en la mañana del 27 de julio último, y aunque en uno de ellos el aparato sufrió algunas averías, éstas pudieron repararse fácilmente, y á las cinco de la tarde el aeroplano estaba dispuesto. Una hora después, y ante una multitud numerosísima, el aviador emprendió su vuelo; elevóse graciosamente, siguió la costa en una extensión de quinientos ó seiscientos metros, y de pronto dirigióse hacia el mar guiándose por los cinco contratorpederos que le señalaban el camino de Douvres. Pocos minutos después, el *Qui Sait?* se había perdido de vista.

En Douvres, un gentío inmenso, que había acudido presuroso apenas el telégrafo hubo anunciado la salida de Latham de Sangatte, esperaba con verdadera ansiedad la aparición del aeroplano. A las seis y veinte vióse surgir de entre la niebla el aparato, que funcionaba admirablemente; la emoción era grande y aumentaba á medida que aquél se acercaba. Faltaban sólo unos instantes para que Latham llegase á tierra, cuando de repente vióse que el *Qui Sait?* vacilaba, se inclinaba y por fin caía en el mar.

Sonaron entonces señales de socorro de todas partes, y así los buques de la escuadra inglesa anclados en aquellas aguas, como los vapores mercantes, apresuráronse á enviar embarcaciones para salvar al náufrago, que fué recogido, con su aparato, por un torpedero francés. Latham, que al caer había sufrido heridas de alguna consideración en la cara, desembarcó en el muelle del Príncipe de Gales y desde allí se dirigió á Lord Warden Hotel en medio de las frenéticas ovaciones de la muchedumbre que aclamaba al aeronauta, admirada de su indomable energía y de su perseverancia inquebrantable.

El aeroplano ha tenido muy pocos desperfectos. No se sabe aún la causa de la caída del aparato, cuyo vuelo había sido extraordinariamente rápido, más que el de Bleriot.

Como prueba de consideración al valor y á la constancia de Latham, el *Daily Mail* ha ofrecido una copa de plata de un valor de 2.500 francos, con el carácter de premio de consolación, al segundo aviador que logre cruzar el Canal de la Mancha. – S.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 16 de agosto de 1909 — Núm. 1.442

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DEL ARTE CONTEMPORÁNEO



LA FAMILIA DEL PINTOR POLACO TEODORO AXENTOWICZ,

cuadro pintado por éste

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Sabéis lo que más nos gusta desde que el termómetro se ha dado cuenta de que debe subir, de que estamos en pleno verano (¡ya era hora!)? El terroncito de hielo en el agua... Ese pedazo de cristal poéticamente claro y puro en apariencia, aun cuando en su seno se encierren todos los gérmenes con que nos amenazan los médicos, que á veces no parece sino que tienen gusto en amárgarnos la vida...

Yo suelo leer artículos de revista en que cada día se descubre un peligro diferente más horrible que los anteriores. Hay cierto placer, una sensación de heroísmo, un poco de fanfarronada, en hacer—después de haber leído tales lucubraciones—lo mismo que hacíamos antes, exactamente lo mismo, cosas en apariencia sencillas y naturales, pero que, según la ciencia, envuelven tanta gravedad como tomar una trinchera ó exponerse, descubierto el pecho, al fuego de una ametralladora...

***

Así, el hielo, que nos hace tan felices, es objeto de una prevención y fiscalización minuciosa por parte de los higienistas... ¿Acaso conocéis bien los antecedentes del delicioso terroncito? ¿De qué fuente ó manantial es el agua que lo ha formado? ¿Contiene ó no microorganismos traidores y bacilos de mala intención? ¿Sabéis si ese hielo que refresca el agua que vais á beber ha estado envolviendo pescado y arrastra nievelina, una porquería que da cólicos? ¿Estáis seguros de que, aun siendo limpio ese hielo, convendrá á vuestra salud, os permitirá digerir, os enfriará el estómago, os hará diabluras? No; realmente todo esto se ignora.

Para estar de acuerdo con las prescripciones de la ciencia, he aquí lo que se supone (y si suprimís un solo detalle, es como en el cuento de la pastora Torralba; hay que volver á empezar):

El agua que bebamos, ante todo, hay que filtrarla, y después de filtrada, hervirla. Ya hervida, si se aspira al refinamiento de enfriarla, enfríese dentro de una sorbetera, sin que el hielo pueda penetrar en ella. Y realizadas todas estas operaciones, cójase el agua, así fresquita, tírese por la ventana, y bébase, en verano, una ligera infusión de te casi hirviendo... ¡Qué rico!

***

Si para llevarse á la boca un buche de agua cuando se está sediento y sofocado hace falta una serie de operaciones tan complicadas, es preferible aguantar la sed. Y si, en estío, hay que absorber bebidas calientes, más vale irse á hacer penitencia en el desierto, porque á lo menos, haciendo penitencia, algo ganará el alma...

Con los higienistas se está en el caso de aquel quinto que se durmió mientras le leían la ordenanza, en la cual, por cualquier falta, se impone la pena de muerte.

—¿Te duermes cuando te leen una cosa en que te va la vida?, le dijo severamente el sargento instructor.

—Lo mismo da, mi primero, contestó el recluta. Ya zabemo que el sordao vive de milagro...

Si de todas maneras y en todas partes hay tanto que temer, será preferible, por comodidad, no temer nada. Al fin, dentro de cien años, todos calvos...

Comprended el atractivo que en este momento ejerce lo que nos causa la impresión del frío, aunque sólo sea un minuto... ¡El frío! ¡Cuánto se le teme durante el largo invierno madrileño, dedicado á precaverse de las «corrientes,» y ahora pensamos en él como en un amigo, y no cesamos de desearlo, buscándolo en los jardines, en los paseos nocturnos, en coche descubierto, por las avenidas de Recoletos ó por las umbrías del Retiro!

El frío es tan necesario á la vida como el calor. Quizás descubran que todavía lo es más. Como que ejerce la acción microbicida, la más útil de todas.

Además, en el frío nos parece ver algo de estético, porque previene la corrupción. Asociamos á la idea del frío otras del orden moral, y nos parece que hay en él algo que nos hace superiores á la materia, vencedores de sus fermentaciones pútridas.

Hoy se estudia detenidamente la cuestión del frío, en sus relaciones con la industria. Si un país produce abundantemente carnes, y no las consume, y le queda remanente para la exportación, merced á los adelantados procedimientos frigoríficos puede beneficiar lo que antes perdía. A su vez, el país donde no abunden estos productos los disfrutará gracias al frío. Es posible que, andando el tiempo, ferrocarriles y barcos encuentren la mejor aplicación en transportar, convertidos en cámaras frigoríficas, los alimentos de una á otra nación, de uno á otro continente. El frío mejorará las condiciones de la existencia humana.

No son sólo las carnes y los pescados lo que con el sistema frigorífico se conserva mucho tiempo. Son también las frutas, que hasta hoy se pudrían tan rápidamente, en especial la delicada fruta de hueso, que parece desplegar una especie de artificio de coquetería en sonreir á nuestros paladares sólo quince días del año. Ahora su estación durará dos meses ó tres, guardando, entre la pureza y sequedad del aire frío, la integridad de su pulpa fresca y apetitosa. Gracias al método frigorífico, comeremos en Madrid melocotones de Norteamérica, y habrá sorpresas como la que tuve en la Exposición, en París, cuando detenida ante una pirámide de naranjas magníficas, pregunté al vigilante: «¿Serán de Málaga?,» y obtuve por respuesta en excelente castellano: «Son de San Francisco. De Málaga llevamos únicamente la semilla...»

***

Abre, por consiguiente, vastos horizontes el método frigorífico. Quizás con él se llegue á abaratar la carne, y puedan comerla hasta los obreros, que se quejan en Madrid de no alcanzar á las prodigiosas alturas en que este artículo de primera necesidad está ahora encaramado. Los higienistas acaso les dirían que la carne no es indispensable y muchas veces hasta es perjudicial; que con las leguminosas, los cereales y las frutas se obtienen tantas «calorías» como con las chuletas y el solomillo... Y yo, por mi parte, en esto votaría con los higienistas, muy señores y tiranos nuestros. La carne me parece absolutamente innecesaria para la fuerza y robustez del cuerpo. Cómala el que la encuentre agradable. A mí no me gusta, y por consiguiente me ha sido facilísimo dar la razón á los médicos que la declaran infestada de toxinas y causadora de los más serios desórdenes en el organismo humano. Encuentro que la carne es fea, grasienta, sanguinolenta, con todas las trazas de un despojo muerto, y que si la especie humana no tuviese en sus orígenes (y acaso no tanto en sus orígenes) la mancha de canibalismo, sería imposible que la carne sirviese de manjar. Afortunadamente, esta verdad empieza á reconocerse, y casi siempre que un doctor prescribe un régimen, es lo sacramental: «Mucha leche, huevos, legumbres, pescados blancos...» Casi siempre la pecadora carne se excluye. En cambio, la leche va camino de ser el alimento por excelencia. Creo haber dicho en una crónica que no sé cómo hay vacas bastantes para tanto ser humano que vuelve á la lactancia... El porvenir de la ganadería, sin género de duda, es aumentar las vacas, suprimir las reses destinadas al matadero, y que todo el mundo viva del blanco néctar, declarado panacea universal...

Lo malo es que el blanco néctar, en verano, no se puede resistir sino enfriado previamente, porque lo de la leche tibia será muy poético y bonito, pero es repugnante también; recuerda demasiado la temperatura del cuerpo de la vaca...

***

¡Si llegásemos á conseguir alimentarnos sólo con beber! ¡Cuántos problemas se resolverían!

La cocinera ó el cocinero son las ruedas más importantes de la vida doméstica; por desgracia, creo haber advertido que tan útiles funcionarios y funcionarias suelen estar trastornados, no sé si á causa del fuego que desata sus nervios, ó por efecto de ese mismo calor que les aficiona á remojar la garganta. Nada más caprichoso, lunático y maniático que un cocinero, como no sea una cocinera. Es cierto que la labor del fogón y del horno es ruda, sobre todo en esta época del año. Pero la hace más penosa la falta de conocimientos, la torpeza de manos, porque una persona experta hace en media hora el trabajo en que otra ocuparía la mañana entera.

Los buenos cocineros manipulan muy aprisa. Yo he notado que la mejor *jefa* que tuvimos, mujer que podría competir con los *maîtres queux* de mayor altura, despachaba su tarea en un vuelo. Es verdad que el mucho tiempo sobrante lo consagraba á unas conversaciones íntimas y tiernas con un frasco de aguardiente, que á veces la sacaban de sí transportándola á un cielo donde no hay fogones. Así es que con ella teníamos planteado el problema de aquel apurado padre que estaba de acuerdo en dar á su hija para comer, con tal que el novio llevase para cenar. De comer andábamos seguros; no así de lo restante.

Las cocineras, generalmente, viven en estado de inquietud; son descontentas naturales. De pronto, estalla su cólera en formidable explosión, ó se revela en el hecho de que, dos horas antes de llegar los convidados, averigüéis que la cocinera ha salido de estampía, no dejando ni el puchero arrimado á la lumbre, si ya no es que ha roto previamente algunos cazos y un par de chocolateras, para desahogar la ira, ó arrojado á la cabeza de un compañero un objeto duro, con ánimo de causarle lesiones más ó menos curables en el plazo legal.

Es posible que, con el tiempo, llegue á descubrirse un sistema de vivir sin cocinera, bien porque se reduzca la alimentación á leche y comprimidos, bien porque se establezcan cocinas en comandita, donde cinco, seis ó doce familias, poniendo un tanto, se encuentren servidas sin tener que soportar á domicilio una alimaña montés, que bufa, muerde y resopla.

Pensándolo bien, lo actual no es práctico. De la vivienda, generalmente estrecha, de las familias, hay que descontar una habitación para cocina, otra para alojamiento de la cocinera. En vigilarla se pasa otra mujer, la señora, lo mejor del día. Incesantemente tiene que estar dirigiéndola advertencias, cuando no regaños; rara vez sucederá que las cuentas no vengan con mácula de sisa. Pocas cocineras saben comprar pescados y mariscos en primer grado de frescura, la carne según los conocimientos anatómico culinarios, la hortaliza tierna, las chuletas finas y el jamón magro. Verdad que no son muy pingües las soldadas de las cocineras; pero reunidas las de cuatro ó seis, equivaldrían á la de un gran cocinero que trabajase para diez ó doce familias asociadas. Encargando de la compra á persona segura, aunque se le pagase su labor, se evitaría la sisa, que es una sangría suelta. Y sobre todo, habría una incalculable ventaja. La mujer, en los hogares modestos, pero acomodados, gozaría de calma, de libertad, de bienestar. No necesitaría vivir esclavizada á que la función de la nutrición se cumpla. Podría leer algo, cultivar su espíritu.

Me preguntaba hace poco un joven sueco que ha venido á España á conocer y estudiar ciertos problemas sociales é intelectuales: «¿Pero, en España, leen las señoras?» Estuve por decirle, en un impromptu: «Ni los señores;» pero preferí darle otra explicación, enterándole de que la mujer española, si quiere atender á su hogar, necesita invertir doble tiempo del que invertirá una mujer de otros países en la misma faena, dado que los servidores sólo por raro caso saben servir, las cocineras, por milagro, guisar, y las amas de cría y niñeras apenas tienen elemental noción de cómo se cuida un pequeñuelo. Inspeccionarlo todo, preverlo todo, pasarse el día vigilando y reprendiendo, es el papel del ama de casa, donde carece de auxiliares.

***

Todo esto me lo ha sugerido un terrón de hielo, el más barato de los refinamientos, el más bonito accesorio de la mesa, en esta época del año... «¡De la glace!» En el extranjero la piden en los más humildes *restoranes;* cuesta diez céntimos una buena ración. Sólo verlo en su cubeta, alegra el alma. En Madrid cuesta trabajo proporcionárselo, hasta en establecimientos de primer orden. No los nombraré por no molestar á sus dueños; sólo diré que el agua helada es un mito en los mejores cafés matritenses. Sirven un agua como caldo. Todavía estamos en el tiempo en que la nieve se guardaba en pozos, misteriosa...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

UN ERROR FELIZ, POR JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ. Dibujo de J. Sardá



Yo seré padrino de vuestra boda. Casaos y sed felices

I

Aquella mañana despertó el conde más temprano que de costumbre. Durante la noche había tenido varias pesadillas; y en más de una ocasión, él que dormía siempre como un bienaventurado, aunque no lo fuese ni mucho menos, hubo de oprimir con rabia el botón de la luz eléctrica para encender un cigarrillo y entretenerse con el libro que, á prevención, ponía al acostarse junto á su lecho. Y en cuanto conciliaba el sueño, no sin trabajo, su espíritu volvía á entenebrecerse con mal intencionados fantasmas que le torturaban despiadadamente, sin permitirle un momento de tranquilidad, hasta conseguir que se despertase.

Cuando abrió los ojos por tercera ó cuarta vez, quedó inmóvil en la cama sin encender luz. El lívido resplandor de un amanecer de invierno se filtraba ya por las contraventanas de la suntuosa alcoba, y el choque de la lluvia contra los cristales, que el viento hacía mayor en algunos momentos, comenzaba á mezclarse á las voces de los madrugadores, al rodar de los primeros coches, al sonido de las campanas y á los mil ruidos con que se anuncia el despertar de una población. Por un instante, el conde sintió una satisfacción egoísta comparando el frío que estarían pasando las pobres gentes de la calle con el agradable calor que él sentía entre las ropas de su mullido lecho; pero este placer duró poco en su espíritu. A medida que iba desapareciendo la somnolencia que aún le hacía ver las cosas como al través de una niebla, un recuerdo cruel se dibujaba distintamente en su alma y la amargura se apoderaba de su corazón. Sus triunfos de elegante y de sportman, las comodidades de su vida suntuosa y fácil, hasta su placer físico del momento, todo lo hubiera dado gustoso á cambio de que ciertas palabras que la noche anterior oyera de labios de un su amigo hubiesen resultado al despertar producto de una pesadilla. Desgraciadamente eran reales, demasiado reales...

—¿Sabes, le había dicho Perico Fuertes estando los dos borrachos, que tu mujercita tiene un adorador platónico que anda siempre rondando la verja de tu hotel?

Y viendo que el conde se ponía pálido, había continuado:

—¡No seas cursi! ¿Qué te importa eso? Tu honor, bien lo sabes, está á salvo, porque tu mujer es incapaz de faltar á sus deberes. En lo demás, no tienes derecho á meterte. Todo lo que puede suceder es que la condesa se fije en su adorador nocturno y llegue á amarle platónicamente. ¿Y qué? Tú haces vida de soltero, no has cometido la necedad de meterte en el nido, juegas, trasnochas, viajas solo, casi no ves á Clara. Pues déjala ese entretenimiento inofensivo. Los que le han visto dicen que tiene tipo de sabio ó de poeta, de pobre diablo, en fin; era lo que necesitaba tu esposa, que habrá soñado de soltera con el amor romántico de un trovador que la canta se endechas apasionadas á la luz de la luna, como los ruiseñores...

Y al recordar con furor estas frases, el conde veía desfilar con la clarividencia que debe tener el sol desde un pozo tenebroso las dulces escenas de su amor con Clara que, en aras de un estúpido *buen tono*, había querido ahogar. Con el intenso dolor que los condenados verán el cielo desde el infierno, veía el sin ventura la felicidad que había perdido abandonando á su mujer poco á poco por los amigos, por los deportes, por el juego. Fué al llegar á Madrid del viaje de novios cuando comenzó á recobrar la independencia. La misma noche de la llegada, estando en la Peña, un su amigo le había invitado á cenar; y al contestar ingenuamente que su mujer le esperaba, sorprendió en sus contertulios sonrisas que á él le parecieron de piedad. Con todo, se marchó á su casa; mas por el camino el demonio del orgullo le tentó violentamente.

«Me he puesto en ridículo—pensó el recién casado.—Entre las gentes distinguidas es de un cursi subidísimo esto de pegarse á las faldas de su mujer. El mundo impone deberes ineludibles, y si no educo á Clara desde el principio, luego va á serme muy difícil acostumbrarla á vivir como es debido. Desde mañana, vida nueva.»

A la noche siguiente, en efecto, él mismo convidó á cenar á varios amigos y se retiró á las dos de la madrugada. Su mujer le recibió llorando como una Magdalena después de haber enviado varios criados en su busca; pero él, muy serio, le hizo ver lo impropio de su conducta y pronunció ante ella varios discursos encaminados á demostrar que era de mal tono, en un matrimonio aristócrata, vivir como Romeo y Julieta hubieran vivido de haber podido casarse. Clara, después de llorar un poco los primeros días—el sarampión, que decía su marido—parecía haberse resignado... El matrimonio había perdido aquella felicidad infinita de la luna de miel; pero se había salvado del estigma terrible; nadie podía calificarlo de cursi.

Y ahora, la situación era bien clara. La condesa, mujer al fin, que para vivir necesitaba del amor como las plantas necesitan el agua, convencida de que el cariño de su marido se le había escapado definitivamente y de que nunca más recuperaría á su antes adorado, le había substituído en su corazón. Podría evitarse que la desgracia se consumase; pero entre él y ella se interpondría siempre la imagen del pobre diablo que había sabido apoderarse de un alma cándida, atormentada por la indiferencia de su dueño legítimo.

Por un momento, Jorge pensó en ir á la habitación de Clara, confesarse ante ella y pedirle perdón de rodillas; pero el prejuicio del ridículo le paralizó. ¡Aquello era soberanamente cursi! Esperar á la noche y matar al pelafustán era también cursi; pero no es tan fácil dominar los nervios. Tenía sed de sangre y era preciso satisfacerla á toda costa.

Al fin decidió vestirse, y murmurando un «¿Qué me importa?,» salió á la calle y resolvió dejarlo todo

como estaba. La luz del sol ahuyenta los fantasmas de la noche y permite ver las cosas más serenamente. Así, al menos, pensaba el aristócrata.

II

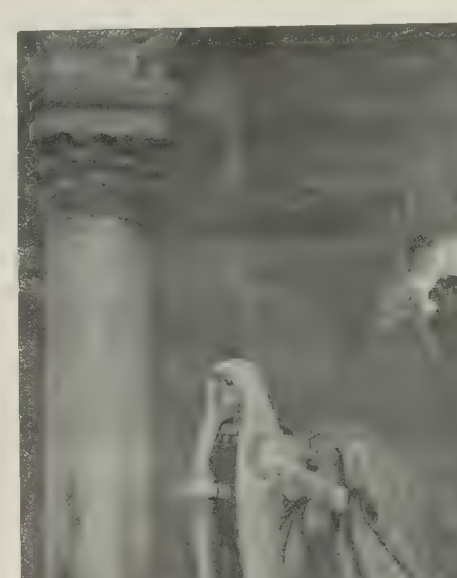
Y llegó la noche. No obstante los propósitos que tenía al salir de casa, el conde había pasado el día de muy mal humor, aburriéndose en todos lados, oyendo á sus amigos declararle insoportable, regañando brutalmente á sus servidores y sin un momento de tranquilidad. Sin saber cómo, se encontró cerca de su casa, solo y á pie. Era una noche de esas en que las estrellas brillan con intenso resplandor, como si quisieran dar un poco de su fuego á la tierra silenciosa y fría; sólo se oían las fuertes pisadas de los transeuntes, que marchaban rápidamente huyendo de la terrible helada.

Jorge, envuelto en su amplio gabán de pieles y pensando en su triste vida, aburrida y monótona, que hubiera podido ser felicísima si él no hubiese obedecido á las preocupaciones que le habían hecho ver cursis el amor y el matrimonio, llegó junto á su hotel. Y allí, al lado del pabellón del guarda, por la parte de fuera, vió á un joven alto, envuelto en su capa, que hablaba con una sombra blanca, con una mujer... La sangre se le heló en las venas y un frío mortal invadió su espíritu. Por un instante se rehizo; no, no era posible que Clara hubiera olvidado hasta ese punto, ya que no su amor de esposa, las conveniencias sociales al menos. Y sin embargo, cuanto más miraba á aquella sombra blanca que había detrás de la verja, más le parecía Clara. Sí, no cabía duda. Su misma estatura, su mismo tipo. Era su mujer...

Con la llave que siempre llevaba en el bolsillo, abrió sin ruido y penetró en el edificio. A tientas recorrió el pasillo y el *hall* y llegó al jardín; un frío mortal le helaba los huesos... Furtivamente, como un ladrón, se acercó al sitio donde estaban los amantes; hablaba *él*, y hablaba del *único obstáculo* que se oponía á su felicidad. El conde pensó en acercarse, darle el arma que llevaba en la mano y rogarle que le matara, puesto que él era el obstáculo de que hablaban. Pero ya se despedían, y al través del seto que le ocultaba, oyó como pudiera oir la trompeta del juicio final el ruido distinto y sonoro de un beso... Después se oyeron las pisadas de él que se alejaba en el silencio de la noche... Loco, frenético, Jorge se abalanzó á la reja, y cogiendo por el cuello á la infiel le dijo:

—¡Infame! ¡Miserable!..

Pero una voz que le pareció de un ángel bendito le obligó á soltar en seguida.



Otón I y Adelaida se despiden de la tumba de Edita, fresco de Arturo Kampf que figura en el Museo del Emperador Federico de Magdeburgo

—¡Por Dios, señor, perdóneme usted! Hablaba con mi novio. Ya sé que está mal, pero no se lo diga á la señorita, porque me echará á la calle. Ya pronto nos vamos á casar, pero no tenemos dinero...

El conde, en el paroxismo de la dicha, miró á la doncella como un loco y exclamó:

—¡Ah! ¿Pero eres tú? ¡Pobrecilla!.. ¿No tenéis dinero?.. Yo os lo daré. Yo seré padrino de vuestra boda. Casaos y sed felices.

Y dándole todo el dinero que tenía en el bolsillo, entró en el hotel, subió la escalera, y sin preguntar nada ni pedir permiso penetró en la habitación de su mujer y se abrazó á ella llorando y diciendo:

—¡Perdóname, Clara mía! He sido un mal marido, pero ya no lo seré más. ¡Quiéreme mucho!

Desde entonces Jorge es un modelo de esposos, con gran asombro de su mujer, que no sabe á qué atribuir tan extraño cambio. Pero todas las noches reza un padrenuestro á San Antonio en acción de gracias.

En cuanto á la doncella, ha contado á su señora lo ocurrido en la noche del milagro, y vive felicísima con su esposo, recibiendo regalos y más regalos de los condes, que nunca han hablado del asunto...

OBRAS DE ARTURO KAMPF

Arturo Kampf es uno de los pocos pintores alemanes que se han hecho claramente cargo de la diversidad de la obra y de los fines del arte y que han ajustado su actividad y su criterio á este conocimiento. De aquí que no se le pueda clasificar exclusivamente entre los académicos ni entre los impresionistas.

En sus bocetos y estudios ha demostrado mil veces su maestría en fijar la impresión del momento con toda la fuerza de la realidad y con prodigiosa riqueza de colorido; en sus retratos y en sus cuadros de historia se nos ofrece como verdadero adorador de la forma y de su reproducción por medio del dibujo, sacrificando muchas veces á ellas los encantos del color que puedan alterar ó disminuir la pureza de la línea. Sus retratos además son un portento de expresión psicológica.

De la maestría con que domina los más diversos géneros son prueba las tres obras suyas que en esta página reproducimos; en todas ellas, con ser tan distintos los asuntos, se admiran la misma perfección, la misma sinceridad, esa nobleza en la concepción y ese vigor de ejecución que son la característica de los grandes pintores. – B.



El almuerzo, cuadro de Arturo Kampf



Segadores, cuadro de Arturo Kampf



«El que se va se divierte – con las flores del camino. – Y el que queda va diciendo: – ¿Dónde estará el peregrino?»

LEIPZIG.—EL 500.° ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

LA PROCESIÓN HISTÓRICA. (De fotografías de Carlos Trampus.)





Los profesores de la Universidad de Praga que en 1409 fueron á Leipzig y fundaron la Universidad.—La fundación de la Universidad de Lepzig. Bajo el palio el obispo de Merseburgo que, en 2 de diciembre de 1409, fundó la Universidad con el cuerpo docente de Praga

En la mañana del 2 de diciembre de 1409 efectuóse en el refectorio del convento de los augustinos de Santo Tomás de Leipzig la solemne inauguración de una nueva universidad, fundada por el margrave de Meissen Federico *el Belicoso* y su hermano Guillermo.

En la Universidad de Praga la nación bohemia había, desde el otoño de 1408, hecho un nuevo esfuerzo para perturbar la situacion de las tres naciones alemanas en la administración universitaria, y como supo explotar en favor suyo el estado político-religioso que precedió á la reunión del concilio de Pisa, el rey Wenceslao favoreció sus intentos. Entonces los maestros alemanes, presididos por Juan Otón de Munsterberg y Hofman de Schweidnitz y acompañados de 2 000 escolares, abandonaron en mayo de 1409, en gran número, la ciudad de Praga, para no consentir que sus derechos fueran hollados, y aunque algunos volvieron á sus patrias ó acudieron á otras universidades, la corporación buscó asilo en Leipzig.

El papa Alejandro V autorizó la fundación de un *Studium generale* y los príncipes de la dinastía Wettin concedieron tierras y casas y aseguraron el sueldo á veinte profesores, y en el citado día del acto inaugural fué elegido primer rector el profesor de Teología Juan Otón de Munsterberg.

La Universidad de Leipzig gozó desde un principio de muchos privilegios; sus doctores, maestros y estudiantes formaban una corporación aparte de los demás ciudadanos, que tenía jurisdicción propia en los casos, así leves como graves; y como entidad política dividíase, á ejemplo de la de Praga, en cuatro naciones, meisseniana, sajona, polaca y bávara, entre las cuales se alternaba periódicamente el nombramiento de rector. Como cuerpo docente comprendía las cuatro facultades de las Artes liberales (artísticas ó filosóficas), Teología, Jurisprudencia y Medicina, en cada una de las cuales había cuatro grados.

La historia de esta universidad durante los cinco siglos transcurridos desde su fundación es brillantísima: en ella se ha reflejado, cuando no ha surgido de ella, todo el movimiento progresivo del espíritu y de la inteligencia humanos, en sus cátedras han explicado los más grandes maestros y de sus aulas han salido innumerables sabios que han sido honra y gloria de Alemania.

Cuenta la universidad con cuantiosas rentas propias, que pasan de 750 000 pesetas anuales, y además recibe del Estado una subvención que se acerca á dos millones de pesetas.

Para conmemorar el 500.° aniversario de la fundación de la universidad se han celebrado recientemente en Leipzig grandes fiestas, una de las cuales y de las que más ha llamado la atención ha sido la procesión histórica, en la que distintos grupos figuraban las diversas épocas de aquella entidad docente desde su creación hasta nuestros días. De la propiedad y riqueza de tan interesante cortejo dan perfecta idea las fotografías que en esta página reproducimos y que representan los principales grupos que lo componían.—S.





Carroza alegórica del «Alma Mater Leipziensis.»—Grupo que representa la entrada en Leipzig de los estudiantes alemanes y de los profesores de la Universidad de Praga escoltados por los guerreros





Grupo del siglo XVIII y de la época del liberalismo universitario alemán, época en que estudiaron en la Universidad de Leipzig celebridades como Klopstock, Lessing, Goethe, Koerne, etc.—Grupo de estudiantes de la época actual, precedido de sus profesores

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



El blocao Velarde, en cuya defensa murió el teniente que le ha dado el nombre

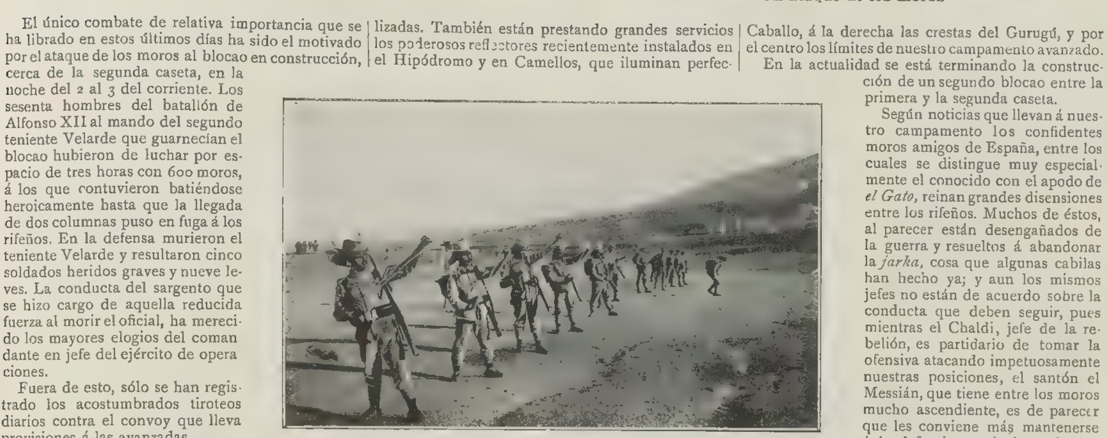


Interior del blocao Velarde durante un ataque de los moros

El único combate de relativa importancia que se ha librado en estos últimos días ha sido el motivado por el ataque de los moros al blocao en construcción, cerca de la segunda caseta, en la noche del 2 al 3 del corriente. Los sesenta hombres del batallón de Alfonso XII al mando del segundo teniente Velarde que guarnecían el blocao hubieron de luchar por espacio de tres horas con 600 moros, á los que contuvieron batiéndose heroicamente hasta que la llegada de dos columnas puso en fuga á los rifeños. En la defensa murieron el teniente Velarde y resultaron cinco soldados heridos graves y nueve leves. La conducta del sargento que se hizo cargo de aquella reducida fuerza al morir el oficial, ha merecido los mayores elogios del comandante en jefe del ejército de operaciones.

Fuera de esto, sólo se han registrado los acostumbrados tiroteos diarios contra el convoy que lleva provisiones á las avanzadas.

Las ascensiones de los globos continúan dando excelentes resultados, pues gracias á las indicaciones precisas que proporcionan, nuestra artillería, así la de tierra como la de los cañoneros, puede batir posiciones que, de otro modo, no podrían ser hostilizadas. También están prestando grandes servicios los poderosos reflectores recientemente instalados en el Hipódromo y en Camellos, que iluminan perfectamente el campo en una extensión de 20 kilómetros, permitiendo divisar hasta el Cabo Tres Forcas; á la izquierda, por encima del Atalayón, hasta el río del Caballo, á la derecha las crestas del Gurugú, y por el centro los límites de nuestro campamento avanzado.



Honderos de Chiclana lanzando proyectiles explosivos sistema Burguete

En la actualidad se está terminando la construcción de un segundo blocao entre la primera y la segunda caseta.

Según noticias que llevan á nuestro campamento los confidentes moros amigos de España, entre los cuales se distingue muy especialmente el conocido con el apodo de *el Gato,* reinan grandes disensiones entre los rifeños. Muchos de éstos, al parecer están desengañados de la guerra y resueltos á abandonar la *jarka,* cosa que algunas cabilas han hecho ya; y aun los mismos jefes no están de acuerdo sobre la conducta que deben seguir, pues mientras el Chaldi, jefe de la rebelión, es partidario de tomar la ofensiva atacando impetuosamente nuestras posiciones, el santón el Messián, que tiene entre los moros mucho ascendiente, es de parecer que les conviene más mantenerse á la defensiva, atrincherando los puntos por donde creen que han de ser atacados.

Por otra parte, no todas las cabilas son hostiles á España; algunas hay amigas nuestras que guardan una actitud neutral, á pesar de que con ello se atraen el odio de las otras y aun corren



Sidi-Muza.—Lomas del Gurugú en donde se libró la batalla del 27 de julio



Los generales Marina, Arizón y del Real conferenciando con el confidente moro «el Gato».—El Chaldi, jefe de los rebeldes riffeños (ampliación de una instantánea obtenida en Melilla por el sargento Sr. Barrios pocos días antes de empezar la guerra).—El cabo Francisco Martín y los soldados Francisco González y Diego Sáenz, que se batieron heroicamente en el combate del 27 de julio.



Moros fugitivos, amigos de España



El confidente «el Gato,» su hijo y otro confidente



El general Marina presenciando el bombardeo del zoco de Telata



Moros al servicio de España en el campamento de Sidi-Ahmed-el-Hach



El general Marina conferenciando en la segunda caseta con dos caídes de Nador y Barraca que piden la paz y el perdón

el peligro de verse agredidas por éstas. Así por ejemplo, la de Quebdana, en cuyo territorio está instalado nuestro campamento de la Restinga, estuvo hace pocos días en Melilla para reiterar su adhesión á

La campaña de Melilla.— Poderoso reflector eléctrico instalado en el Hipódromo y que domina el campo en una extensión de 20 kilómetros. (De fotografía de Asenjo.)

España, ponderando los beneficios que les proporciona la paz bajo nuestra protección.

Desde el día 10 los moros hostilizan Alhucemas y el Peñón de Vélez de la Gomera, cuyas guarniciones, eficazmente secundadas por el cañonero *General Concha,* les rechazan ocasionándoles numerosas bajas y sin que hasta el presente hayan sufrido ninguna nuestros soldados.

Continúan llegando numerosos refuerzos á Melilla, siendo de esperar que dentro de poco estarán concentradas allí todas las fuerzas necesarias para emprender el movimiento de avance que, en el entretanto, estudia y prepara nuestro estado mayor.

Entre las fotografías que en este número reproducimos figuran los retratos del cabo Francisco Martín Jordán y los soldados Francisco González y Diego Sanz Lozano, del batallón de las Navas, que se batieron heroicamente en la acción del 27 de julio último. El cabo Martín, que se había alejado mucho de sus compañeros, encontróse solo y con un solo cartucho enfrente de cinco moros que le acometieron; disparó su fusil y mató á uno de éstos arremetiendo luego con el machete á los demás. En esto llegaron en su auxilio los soldados González y Sanz, quienes mataron á dos de los enemigos y pusieron en fuga á los restantes.—R.

ROGER SOMMER

En la madrugada del día 7 de este mes, el aviador francés Roger Sommer ganó el *record* del tiempo en aeroplano, efectuando en el campo de Chalons y en un biplano sistema Farman, con motor Vivinus, un magnífico vuelo de 2 horas, 27 minutos, 15 segundos. El *recordman* hasta ahora había sido Wilburg Wright, que el 31 de diciembre último voló, en el campo de Avours, por espacio de 2 horas, 20 minutos y 23 segundos, hecho del cual nos ocupamos á su tiempo.

A las tres y cuarto de la mañana, con una luna hermosa, el biplano dejó la tierra. Un ligero accidente pareció en un principio malograr la prueba; en efecto, en el plano inferior de la proa habíanse formado dos arrugas que impedían el normal funcionamiento del aparato; pero por fortuna se deshicieron, y el biplano, que había descendido á seis metros del suelo, volvió á elevarse á una altura de treinta metros.

Tres cuartos de hora después amaneció; Sommer continuaba volando, y de todas partes llegaban al sitio del experimento automóviles, ciclistas, jinetes y mucha gente de á pie que, á campo traviesa, acudían presurosos y aplaudían con entusiasmo cada vez que el aviador pasaba por encima de ellos.

Todo el mundo, reloj en mano, permanecía silencioso, emocionado. Transcurrieron dos horas y cuarto, y aquella multitud seguía ansiosa el curso de la prueba; pero cuando hubieron pasado seis minutos más, es decir, cuando quedaba batido el *record* del tiempo, el público prorrumpió en entusiastas aclamaciones.

El aviador, no obstante, siguió su vuelo y no descendió hasta que hubo consumido la última gota de esencia, siendo entonces obsequiado con un champagne de honor en la tienda que alberga su aeroplano.

Sommer cuenta actualmente treinta y tres años, y á pesar de que no montó por vez primera en un aeroplano hasta el día 4 de julio último, en el corto espacio de un mes y tres días ha conseguido ponerse á la altura de los más notables aviadores. Su primer vuelo fué de seis kilómetros; al día siguiente voló media hora. Desde entonces, sus vuelos han sido: 14 de julio, de Chalons á Savenay, ida y vuelta; 17 de julio, media hora á una altura de 30 metros; 18 de julio, una hora y cuatro minutos; 1.º de agosto, una hora y cincuenta minutos, batiendo oficiosamente el *record* francés; 4 de agosto, dos horas y diez minutos; y finalmente, en 7 de agosto dos horas, veintisiete minutos y quince segundos, batiendo el *record* del mundo.

Sommer, que fué uno de los primeros y más entusiastas ciclistas, motociclistas y automovilistas, hace un año se apasionó por la aviación, y sin decir nada á nadie construyó un aparato y lo instaló en Chalons. Propúsose ensayarlo en un día determinado, llegado el cual y en vista de que su aviador no estaba aún enteramente dispuesto, adquirió allí mismo un biplano Farman que había disponible, montó en él y en seguida, como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa, se lanzó á los aires y recorrió, como anteriormente hemos dicho, seis kilómetros.



Bomba de incendios de alta presión recientemente instalada en Nueva York
(De fotografía de Carlos Delius.)

BOMBA DE INCENDIOS DE ALTA PRESIÓN

La ciudad de Nueva York ha adquirido recientemente una bomba de incendios de alta presión que sobrepuja á todas las hasta el día conocidas.

Este aparato, único en el mundo en su clase, ha sido instalado entre la Casa Consistorial y la calle 25.ª por ser este el barrio en donde abundan más los *ski-scrapers*, es decir, esos edificios que tienen veinte y más pisos de altura, y á los cuales, en caso de incendio, no puede alcanzar el agua arrojada por las bombas de otros sistemas.

La bomba que nos ocupa y de cuyos efectos puede juzgarse por la fotografía adjunta, ha sido construída por la casa Edison y C.ª y ensayada con excelentes resultados.



El record del tiempo en aeroplano.— El aviador Sommer durante su vuelo de 2 horas, 27 minutos, 15 segundos, efectuado sobre el aerodromo del campo de Chalons en un biplano sistema Farman. – Roger Sommer en el biplano. (De fotografías de Branger.)

Espectáculos.—MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en la Zarzuela *La mano negra*, melodrama en tres actos y un epílogo y nueve cuadros, arreglo de Luis Allen Perkins, y *De pesca*, entremés en un acto de Pablo Parellada; y en el teatro Regio *Fases de luna*, zarzuela en tres actos y un prólogo, letra de López Raso y música del maestro Crespo.

***

PARÍS.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *La rencontre*, comedia en cuatro actos de Pedro Bertón; *La veille du bonheur*, comedia en un acto de Francisco de Nión y Jorge de Buysieulx, y *Le Stradivarius*, comedia en un acto de Max Maurey: en el teatro Rejane *Zulma*, acción lírica en dos actos, poema y música de Arturo Miers, letra de Arturo Colautti, versión francesa de Mauricio Chassang; en la Porte Saint-Martin *Pierre de lune*, comedia en cinco actos y siete cuadros, tomada de la novela de Wilkie Collins por Luis Perreaud y Enrique Amado; y en el teatro des Arts *Baillonnés*, comedia en tres actos de los Sres. Terny.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Fanocha

No es absolutamente necesario ser marqués ó marquesa para amar y venerar á los que nos han precedido en la vida, á aquellos de quienes hemos heredado nuestra sangre, nuestro color de alma, nuestras virtudes y nuestros vicios, y nuestros instintos también.

Bertilla, plebeya, conservaba un cariño fiel para los plebeyos terribles de quienes descendía; ¿plebeyos?, no, no era esta la palabra de que ella se servía; siervos ó villanos, decía ella, y hablaba así conforme á la verdad.

Siervos y villanos, villanos y siervos, tales eran los antiguos Faulque, los que ella conocía hasta dos siglos atrás, víctimas y verdugos, con sangre en la frente ó sangre en las manos.

Estaba tan orgullosa de aquella serie de miserables, como Pedro Le Tenant de Guibray de su noble raza de ascendientes; también ella se sentía solidaria de los antepasados que habían desaparecido, sufría al recordar sus sufrimientos y compartía sus alegrías, tan cortas y tan raras...

Aquella misma mañana, al ver al joven forastero, á quien adivinó en seguida, todas las antiguas animosidades se habían precisado tumultuosamente en el fondo de su memoria.

Se había limitado á ponerle cara de gorgona, por que no había podido hacer más; pero no pararía aquí la cosa.

Al primer golpe de vista había reconocido á aquel hijo de una raza insolente, por su actitud, por su indolencia, por la blancura de su cutis, por sus pies pequeños, por sus manos pequeñas también (parece que le miró bien), y desde aquel encuentro se hallaba temblorosa, con los nervios sacudidos, con ganas de heroísmo, con deseos de bravura, pero también con secretos temores, como un quinto en vísperas de una batalla.

Y por la noche, muy tarde, en su cuarto tapizado de preciosa tela, fresco en verano, caliente en invierno, lleno de *bibelots*, de objetos de arte, de espejos, de preciosidades, seguía dando vueltas, en su hermosa cabeza algo pálida, á terribles proyectos para los días venideros.

Acababa de declarar simplemente la guerra al caballero de Guibray; era, pues, cuestión de sostener la campaña y de distinguirse en ella.

Por su ventana abierta miraba sin cesar una claridad fija, allá, en lo más sombrío del viejo castillo; era el solitario quinqué de Pedro abismado en la lectura de los pergaminos extraídos del archivo, ensuciándose los dedos de polvo, sin sospechar que su presencia y el resplandor de su lámpara irritaban en aquel instante el alma impresionable de una hermosa muchacha en quien, á pesar suyo, no podía abstener se de pensar por momentos.

Sí, Bertilla se irritaba y se indignaba, sola, en su cuarto de rica heredera, obedecida en sus menores caprichos. Un Guibray vuelto al país era un ultraje á todos los Faulque; los huesos de los antepasados debían estremecerse de rabia en sus fosas repletas. Aquel descendiente de los opresores, de los verdugos, volvía á traer consigo las maldiciones.

Ella evocó los muertos; recapituló los rencores. Hacia el año 1760, el primer Faulque, Roque Faulque, saliendo de la obscuridad, representó un papel en aquella tragedia desde entonces continua de ambas razas.

En aquella época, reinando Luis XV, rey jovial y siniestro, el pueblo se moría de miseria en la Francia desolada. Michelet describe aquel estado de hambre en pocas líneas:

«En un año de escasez (no eran raros entonces), él (el rey) cazaba como de costumbre en el bosque de Senart. Encontró á un campesino que llevaba un féretro y le preguntó:

—»¿Adónde lleváis eso?

—»A tal punto.

—»¿Para un hombre ó una mujer?

—»Un hombre.

—»¿De qué ha muerto?

—»De hambre.»

De un extremo al otro del reino, el pueblo sufría y moría así. No faltaban cándidos que decían:

—Si el rey lo supiese...

El rey no quería saberlo.

Los gobernadores, los tenientes generales de las provincias, los veían, se encogían de hombros y se felicitaban de haber nacido en buenos pañales.

El barón Guislán Le Tenant de Guibray era de estos últimos; para él, la canalla expirante carecía de interés; poco más, poco menos, habría siempre bastante.

Egoísta y duro, seguia sin tregua exigiendo los impuestos y los diezmos con puntualidad. Nada lograba moverle á compasión; las lágrimas y los lamentos le ponían furioso.

Si, por rarísima excepción, había un asomo de rebeldía, mandaba prontamente ahorcar á los rebeldes. En la corte, el barón pasaba, con justicia, por un teniente notable, por un cumplido gran señor...

¡Guislán de Guibray!.. A este sólo nombre pronunciado, Bertilla cerraba los puños; era el enemigo, el peor de todos.

En seguida su pensamiento, por asimilación natural, iba del verdugo á la víctima, al humilde antepasado, Roque Faulque.

Este vino al mundo demasiado pronto, y fué mal siervo y mal hombre en sus relaciones con los amos. En su juventud hizo todos los oficios, pero con predilección entregóse á la caza furtiva, delito penado con la horca, y al contrabando, castigado con la misma pena; casado después y teniendo un hijo, se hizo contrabandista de sal, ejercicio que le ofrecía mayores ventajas.

Peró el contrabando de sal era también castigado con la horca.

Por una increíble suerte, durante años, en el curso de sus fechorías notorias, evitó toda sorpresa, escapó á los arqueros, á la fuerza armada, incesantemente ocupada, sin embargo, en perseguirlo.

Acosado de cerca, se internaba en los bosques, se ocultaba en escondites que sólo él conocía, desaparecía durante meses y á veces durante años, sin que nadie pudiese sospechar dónde se había metido; luego, á lo mejor, reaparecía y reanudaba su vida de aventuras. Nunca se le pudo coger con las manos en la masa; nunca se le pudo convencer ni alcanzar. No se le podía coger.

Tal fué su juventud.

Ya maduro, entrecano, algo cansado, pensando en su familia, fué menos emprendedor, menos audaz, y ejerció su fraudulento comercio con circunspección.

Traficó largo tiempo, sin que se sospechase el género de su tráfico. Se le espiaba en el bosque ó en el llano, y él conducía por el río una embarcación nada sospechosa.

Pasaba sal.

En la raya de Normandía, tierra de franquicia, no sujeta al impuesto de la gabela, nunca había podido explicarse por qué el campesino normando sólo pagaba la sal á sueldo la libra, mientras que el campesino del Vexin tenía que pagarla á trece.

El hombre se encargó de corregir esta injusticia, formando parte de una banda organizada, cuyas embarcaciones subían de noche por el río desde Ruán hasta Mantes, y entregaban por el camino sus mercancías prohibidas.

Roque, cuando parecía pescar gubios y percas, en realidad esperaba algún convoy que, bajo rimeros de leña, disimulaba en sus chalanas barricas de sal.

Ello requería mucha prudencia y habilidad, sobre todo de parte de aquel habitante de un pueblo en que había un alfolí, puesto de empleados del resguardo. Pero quizá por esto el punto era menos vigilado que otros.

Los guardias pensaban que nadie se atrevería á pasar contrabando en sus barbas, y Roque se atrevía.

Y sus expediciones no se limitaban á tal punto preciso de la ribera, sino que se extendían á un radio considerable. Su ilícito comercio, así ejercido años y más años, prosperó.

Guislán de Guibray había arrendado al rey el alfolí enclavado en sus tierras, por cuya razón extremaba su solicitud inmediata á fin de que el campesino no se surtiese más que de allí.

Practicar aquel contrabando era perjudicar y afrentar directamente al barón; los que eran sorprendidos en semejante tráfico, no tenían que esperar clemencia. Inmediatamente eran ahorcados.

Pero Roque Faulque, á pesar de hallarse advertido por diez ejemplos, continuaba osadamente el curso de sus operaciones. Esperaba libertarse, á precio de oro, y libertar á su mujer y á su hijo, Miguelito, para quien deseaba una existencia de hombre libre. Y con tal objeto arriesgaba el pellejo, jugando el todo por el todo.

Era un campesino fuerte, aun después de haber cumplido cuarenta años, flaco y moreno, de rudas apariencias, pero no había nacido de raza de cortesanos.

Su mujer, Fanocha (corrupción de Fanny, sin duda), no ponía mejor cara, tostada por el sol, acostumbrada á las durezas de la vida; ambos eran en extremo taciturnos, pues pasaban días sin pronunciar una palabra.

A su lado crecía el pequeño Miguel, moreno también como sus padres, á quienes se parecía mucho: el lobo, la loba y el lobezno.

Habitaban una cabaña en un territorio enclavado que escapaba á la autoridad del Sr. de Guibray, perteneciente á un convento, allí edificado por la orden de los frailes Miloneses. Su poder era temible y contrapesaba al del mismo barón, teniente general; sus dominios eran francos y poseían el derecho de refugio y de asilo. Los miserables perseguidos por la mariscalía se refugiaban en ellos, burlándose de los cuadrilleros. Ninguno de éstos se hubiera atrevido á pasar el límite, marcado por una capilla baja en un camino hondo que se llamaba, con doble motivo, el camino del Salvador.

Un poco más lejos, los caballeros de Malta tenían también un refugio con iguales derechos; unos mojones de piedra, en forma de cruz de su orden, marcaban, de cien en cien toesas, el límite de sus posesiones y de sus privilegios. Estos últimos eran también respetables.

El barón de Guibray, que saludaba la fuerza, vivía en muy buenos términos con los caballeros y con los frailes, sin invadir en lo más mínimo sus conce-

siones. En caso contrario, sabía muy bien los disgustos que se hubiera acarreado.

En aquella época, la gente de iglesia tenía al menos tanta influencia como los jefes de las casas más encumbradas.

De una y otra parte, como no podían morderse, se sonreían; sin embargo, la armonía era ficticia.

En más de una circunstancia, señor, caballeros y frailes hubieran entrado en lucha, pero no tenían más remedio que reprimirse. ¡Ay del que hubiese roto en un solo punto el pacto de paz tácitamente consentido! Hubiera encendido una guerra sin piedad.

Cuando semejantes querellas habían estallado en el reino, la intervención del rey no había bastado para extinguir los odios, y á la guerra abierta había sucedido la guerra sorda.

El contrabandista Roque Faulque se aprovechaba de aquellos refugios; era bien visto de los frailes, á quienes llevaba, á guisa de diezmo voluntario, caza y sal; caza cogida en Guibray, sal robada al rey ó también á Guibray. Sin embargo, los frailes no le pudieron salvar.

El barón Guislán conocía muy bien todas las libertades que Faulque se tomaba en su territorio, y había jurado que en cuanto le cogiese lo ahorcaría, pero cogido *in fraganti,* y esto es lo que no se conseguía.

El barón estaba furioso y reprendía á sus arqueros; pero á pesar de su celo y de su miedo al señor, volvían de cada expedición sin haber logrado su objeto; la anguila se les había escapado por entre las mallas; el lobo era más ladino que los sabuesos lanzados en su persecución.

Pero nada hay eterno en este mundo, ni siquiera la suerte de los contrabandistas.

Un día Roque Faulque fué cogido vendiendo sal de contrabando. Sorprendido por los agentes del resguardo, se defendió á la desesperada, sabiendo lo que le esperaba; derribó á tres adversarios haciendo el molinete con su bastón, y fué herido en la cabeza; del golpe, cerró los ojos, tendió los brazos y vaciló. Maniatado, lo arrastraron ante Guislán.

Aún luchaba desesperadamente, tratando de morder, dando coces, retorciendo las manos. Pero los guardias eran veinte y acudían cincuenta más.

Un rumor de alegría feroz había anunciado la captura. Por fin iban á poder vengarse; ¡justo Dios, ya era hora! Y estallaban risotadas, gritos y sarcasmos al paso del miserable, que á bofetadas y empujones era llevado al inevitable suplicio.

El barón Guislán acababa de almorzar cuando le trajeron la buena noticia. Se sonrió, bebió un vaso de vino é hizo chasquear la lengua, muy satisfecho.

—¡Buen día!, dijo él. Entonces, se le va á ahorcar á la puerta del alfolí, para el buen ejemplo. Esperad, voy con vosotros; en esta época del año las distracciones son raras.

Volviéndose hacia la baronesa, que era joven, bella y blanca, añadió, gracioso en su invitación:

—¿Me acompañaréis, alma mía? Ello al fin os hará pasar el rato.

La baronesa asintió con un pestañeo, se levantó, recogió la gran cola de su vestido y siguió á su señor esposo.

En presencia de Roque maniatado, echando espuma por la boca, Guislán experimentó una alegría triunfante. Pero queriendo ocultarla, como ocultaba siempre sus menores sentimientos, permaneció grave y se contentó con mirarle meneando la cabeza.

—¡Ah, ah! ¿Eres tú? Hace tiempo que te esperaba; ¡cómo te has hecho desear!.. En fin, no tarda quien llega. En marcha, camarada...; si Dios quiere escucharte, háblale en el camino.

Al oir este sarcasmo del más fuerte, Roque irguió la cabeza, envolvió toda la persona de su verdugo en una mirada de sus ojos flameantes y le gritó como escupiéndole á la cara:

—¡Mátame! Cuento que lo harás, pero antes quiero que me oigas... Eres más despreciable que una tripa de puerco. Eres vil, cobarde y apestas á crimen. Pero ya vendrá el día... Mis hijos se tragarán á los tuyos. Es el encargo que les hago, y lo cumplirán. Ahora, hazme ahorcar.

—Vas á ser obedecido en el acto, contestó el barón sin dejar de reir, aunque su rostro se había puesto amarillo. Ya ves que subscribo á tu última voluntad... ¡Llevadle!

El almacén de la sal distaba doscientas toesas; el trayecto fué un paseo para los señores del castillo, sus amigos y la servidumbre que hacía cortejo.

Era muy divertido.

En el primer piso del almacén pendían de una piedra saliente una polea y su cuerda que servían para subir cargas.

—La Providencia todo lo ha previsto, dijo el barón; tu horca está instalada.

En un abrir y cerrar de ojos el paciente fué arrimado á la pared, al lado de la puerta; se le puso la cuerda al cuello y ¡arriba! cuatro hombres tiraron de ella, izando el fardo.

Roque no había pronunciado una palabra más, murió noblemente. Sus miembros se convulsionaron, giraron sus ojos, mostrando el blanco de las córneas y expiró sin un grito ni una queja.

Colgaba ya, inerte, á seis pies del suelo, cuando resonaron espantosos gritos; la multitud empujada abrió paso á una mujer rugiente, con la cabellera suelta, y á un muchacho de doce años que parecía loco. Eran la esposa y el hijo, eran Fanocha y Miguel que, advertidos, llegaban tarde. Ante el cuerpo balanceando en el vacío, cayeron de rodillas, gritando perdón, con las manos tendidas hacia el señor.

El barón de Guibray hizo un gesto irónico y pronunció:

—A pesar de todos mis poderes, no sabría yo resucitarlo.

Las risas redoblaron, burlonas; el barón tenía mucha gracia; estimulado por su éxito, abrió la boca para añadir alguna nueva agudeza, cuando se la cerró una lluvia de piedras y lodo. La mujer sin marido y el niño sin padre ametrallaban al verdugo, olvidando, en su demencia y furor, todo respeto humano.

Diez hombres de armas se les echaron encima. Fanocha y Miguel fueron, á su vez, reducidos á la impotencia.

—Vamos, dijo Guibray ultrajado hasta la medula de los huesos, pero disimulando aún y conservando su calma; vamos, ahorcadlos también. Aún queda sitio. No hay que separar á la mujer del marido, ni á los hijos de su padre.

Pero la baronesa intervino, diciendo con su dulce voz:

—Señor, ¿no teméis ofender á Dios?

—Lo cual quiere decir, alma mía...

—Quiere decir que os suplico perdonéis la vida á esos seres. La mujer saldrá del país para no volver jamás, y nos quedaremos con el niño. Haremos de él un buen cristiano y un buen servidor, lo cual nos será tenido en cuenta en el otro mundo. Creedme, Guislán; sed misericordioso.

El barón consintió refunfuñando. Quería á su esposa y fué clemente.

La Fanocha fué expulsada y su hijo guardado en el castillo. Como intentó tres veces evadirse, fué tres veces baqueteado y encerrado en un calabozo.

Así se resignó, pareció olvidarlo todo y se perdió entre la servidumbre, en medio de la cual creció, temido por su fuerza y por su grande audacia.

De vez en cuando desaparecía por la noche; se iba hacia el bosque, atraído por algún misterio.

Tales habían sido la vida y la muerte de Roque Faulque, el primero de la raza de quien sus descendientes conocieron la historia; historia conservada, ampliada quizá, á través de las edades; todos los Faulque la tenían presente, inscrita en el espíritu.

Pero Bertilla, más que nadie, la sabía de memoria, en sus menores detalles.

Apasionada por aquellos héroes de leyenda, puede decirse que vivía su vida, visitaba diariamente el teatro del drama, las ruinas del castillo ó las ruinas del granero de la sal; recorría, con el fantasma de Roque, el camino del calvario, recibiendo en pleno rostro las rechiflas y los ultrajes de la multitud servil, inexorable para los vencidos, gritando con el niño y con la madre delante de aquella puerta ahora desmantelada, en que se balanceó el cuerpo rígido del miserable cuya sangre corría por sus venas.

En el río, durante sus vagos paseos, como él, en tiempo de sus osadías, iba soñando al encuentro de las barcas normandas, ocultando el contrabando bajo mercancías lícitas; con él cazaba furtivamente en el bosque, y su sueño retrospectivo se detenía bruscamente para ceder el puesto á esta consideración formal de la realidad presente: Ella, la bisnieta del contrabandista, del cazador furtivo, del miserable, del ahorcado; ella, ahora, era dueña del país, de las murallas y de las tierras, dictaba la ley á su antojo; y la familia odiosa de los antiguos opresores, desposeída, existía en cualquier parte, pero lejos del suelo natal, desterrada por la maldición.

En todo esto pensaba también, aquella noche, Bertilla Faulque, pero herida en su orgullo; porque los malditos Guibray volvían al país. Habían vuelto ya. Su padre había consentido, facilitado eso, vendiendo la finca, á precio de oro, sin duda; pero de este modo abría nuevamente las puertas de par en par á esos verdugos antiguos, tradicionales, cuya alma, á pesar de los tiempos y de las leyes recientes, debía ser poco segura.

Esto la llenaba de tristeza y de indignación.

Entonces, para consolarse, evocaba las escenas de desquite, la magnífica aventura de Miguel Faulque, vengador de su padre y de todos los oprimidos.

A éste, Bertilla le admiraba en su existencia tortuosa, en su hipocresía de treinta años, que acabó con explosiones de cólera, barriendo los obstáculos.

Este Faulque fué también todo un hombre, con más suerte que el otro, la víctima.

Su nieta le admiraba en todo, le encontraba sublime en sus papeles diversos, tan admirablemente representados; cómico primero y trágico después; siempre igual á sí mismo, tanto si doblaba el espinazo como si se erguía para herir; porque al inclinarse, sabía que se levantaría, y era más difícil y de más mérito desempeñar el primer personaje que el segundo; el primero se amoldaba mal á su carácter, el segundo parecía hecho para él.

Miguel, separado de su madre, la Fanocha, que había desaparecido, creció en casa del asesino de su padre, en las cuadras, en las cocinas, en los guardarneses, en los jardines y en otras partes, confundido entre los muchachos de su edad, hijos y aprendices de lacayo. Jamás tuvo nadie que quejarse de él; y sin embargo, los intendentes, los reposteros, los jefes de servicio eran duros y estaban dispuestos á echar sus propias faltas sobre las criaturas inferiores.

Supo escapar á toda malevolencia, con ductilidad, con habilidad de alma, y sin duda porque esperaba algo.

Transcurrieron años; Guislán murió y su mujer también.

El nuevo barón, Carlos de Guibray, no se parecía á su padre. Era pródigo, aficionado á los amoríos; sólo tenía tres ó cuatro años en el momento de la muerte de Roque Faulque, de modo que casi ignoraba aquel *accidente;* no tardó en proharlo escogiendo á Miguel para primer ayuda de cámara y elevándolo, dos años después, á la dignidad de intendente.

Jamás hombre alguno pareció más digno de confianza. Miguel era probo, serio, reservado, silencioso, siempre dispuesto á hacer bien las cosas. Era un modelo en su género y su amo le apreciaba.

Poco á poco el barón hizo de él su confidente; todas sus aventuras y algaradas, todos sus duelos, todas sus fiestas amorosas, eran conocidas por su bueno y leal Miguel, que guardaba el secreto religiosamente y ayudaba á su amo á disimular mejor.

Porque el barón Carlos se había casado á los veinte años, y su mujer, más linajuda y más rica que ella, era celosa y amenazaba siempre con el escándalo y la ruptura, cosas que había que evitar.

Miguel mostróse superior en este papel; era maestro en el arte de disimular y de mentir.

Después de tres años de pruebas, Carlos de Guibray hubiera confiado sin vacilar su fortuna, su honor, sus hijos y hasta su mujer á los cuidados del intendente Faulque.

Ni siquiera se acordaba ya de que el padre de éste hubiese sido ahorcado por orden del suyo. Vieja historia, olvidada, borrada en su memoria. ¡Había transcurrido tanto tiempo desde aquellos remotos sucesos! Por otra parte, no se declaraba en manera alguna solidario del barón Guislán, que nunca le quiso mucho y á quien vió morir sin gran sentimiento.

Carlos quería la vida alegre, entre amores y música. Detestaba los gritos, el llanto, la pena, así la ajena como la propia; se hallaba penetrado del espíritu del siglo XVIII; razonando ó desbarrando, se las echaba de filósofo y relegaba la crueldad á las épocas de barbarie. Bajo su poder, los siervos fueron bien tratados. Él había de ver su manumisión antes de desaparecer á su vez.

Hacia 1789, contaba treinta y tres años y Miguel Faulque cuarenta.

En aquella época, para el barón de Guibray, como para todos sus iguales, la situación se complicó de pronto, y las viejas murallas feudales temblaron en su base al primer vendabal precursor de la gran tempestad.

Aparecieron espectros, anunciadores de trastornos.

Vióse de nuevo en el país una vieja quebrantada por los años, horrible; y en ella hubo quien reconoció á la Fanocha, á quien se creía muerta desde hacía más de veinte años. Vagaba sola por los caminos, farfullando palabras apenas inteligibles. Su hijo no parecía enterado de aquella reaparición.

La revuelta empezó por el hambre. El pueblo estaba hambriento.

Se dirá que estaba acostumbrado á ello; pero hay costumbres que resultan penosas á pesar de todo, y con las cuales se rompe en un segundo, al cabo de años y aun de siglos de sufrimiento. Así ocurrió esta vez.

El año para los campesinos había sido particularmente duro; las heladas en invierno, y eternas lluvias

en la primavera habían quemado y anegado después las simientes; la tierra parecía haberse vuelto estéril. Además, ¿de qué servían los esfuerzos? El fisco se elevaba proporcionalmente al rendimiento; trabajar sin tregua, producir más y mejor no redundaba en provecho del campesino. Todo iba á parar al Estado, al rey, para sus caprichos; al rey que no sabía ó no quería saber lo que el pueblo sufría, y continuaba prodigando las pensiones y las dotaciones exorbitantes á los cortesanos insaciables; y el ruido que la corte hacía en Versalles le impedía oir los gritos de desesperación de un pueblo en masa olvidado en su obscuridad.

Y sin embargo, Luis XVI fué un rey bonachón, que soñaba, á veces, en la felicidad universal, en la justicia para todos, en la concordia perfecta entre grandes y pequeños. Pero los que le rodeaban no tenían la misma generosidad en la ilusión.

Empezaba por resistir, pero siempre acababa por ceder á las exigencias de su partido, de su camarilla, de cuantos vivían en contacto con él y cuyas lágrimas ó simple enojo turbaban su corazón esencialmente compasivo.

Entonces firmaba y firmaba, bajo la mirada de la reina inclinada sobre su hombro, socorros de quinientas mil libras á altos señores ya espléndidamente provistos de rentas.

Y si alguna vez la pluma le temblaba en la mano, es que pensaba que cada una de aquellas prodigalidades representaba un gravamen más para la obscura masa de trabajadores, encorvados sobre la gleba, sudando, padeciendo y muriendo de hambre.

Pero era débil y consentía en firmar, y esa especie de bondad para con los que le rodeaban de cerca venía á ser iniquidad para los que sufrían lejos, ignorados—este fué su crimen.

Y lo expió trágicamente, pagando un poco por él y un mucho por sus antepasados..., ley fatal, que aparece en todas partes.

En los campos desolados, el labrador se cruzó de brazos, contempló el horizonte siniestro, con la certeza de una muerte próxima; la mujer y los hijos estaban demacrados, el hogar sin fuego, la hucha sin pan. Dios demasiado alto, el rey demasiado lejos. ¡Miseria! Una inmensa queja llenó el país.

Y, sin embargo, nadie pensaba todavía en las rebeliones sangrientas; aquel pueblo, resignado por atavismo, sabía muy bien que no tenía más que un derecho: el de sufrir en silencio. Aceptaba los hechos, no creyendo que nada pudiese cambiar.

Sin embargo, alguna vez el instinto animal de la conservación hizo valer sus derechos, habló más alto que la atonía, sacudió las inercias y las pasividades.

Unos convoyes de barcas, cargadas de trigo y procedentes del Havre, subían el Sena hacia París, que también rugía de hambre. En el camino fueron atacados y saqueados por los ribereños, exasperados de codicia ante la vida que pasaba por delante de sus ojos para ir á otra parte, mientras que ellos, desprovistos de todo, se quedaban frente á frente con la imperiosa necesidad de comer á todo trance, entregados á las ansias más horrorosas, á las agonías, abrasadas las entrañas por la incesante privación, por los ayunos de cada día, repetidos durante meses interminables.

Una noche sombría, el primer convoy fué atacado, delante del pueblo de Guibray, por varios hombres que surgieron de barcas silenciosas, resueltos á todo para alimentar á sus hijos; fué atacado y saqueado, con encarnizada lucha, muertos y heridos, sublevación contra la fuerza armada, desprecio absoluto y violación directa de las leyes, de los privilegios y de toda autoridad.



El barón se vió pronto envuelto, cogido por veinte manos furiosas

El caso era grave.

Carlos de Guibray había heredado de su padre el cargo de teniente general del distrito de Mantes; tuvo que intervenir severamente, bien á pesar suyo, pues andaba ocupado en otras cosas, y no le gustaban las represiones.

Adoraba á las mujeres sin aborrecer á los hombres; no se parecía en nada á Guislán, de crueldad legendaria.

Quizá hubiera retrocedido, y obtenido el silencio y el perdón acerca de tal suceso; pero alguien velaba cerca de él, el favorito absoluto, especie de Eminencia gris, que no le permitió aquella complacencia y aquella conmiseración.

Ese alguien, ese favorito, esa Eminencia gris, fué su intendente, Miguel Faulque.

Este se alzó ante su amo, habló de las responsabilidades, del gobernador de la provincia, del rey mismo.

No había más remedio que castigar, si no se quería sufrir las graves consecuencias de la repercusión.

El barón Carlos le escuchaba malhumorado, murmurando:

—¿Eso crees?, ¿eso crees, de veras? Sin embargo, esos desgraciados se morían de hambre; es una excusa... Yo preferiría pagar el perjuicio y perdonar á esos infelices.

—Eso es, replicaba el otro; y mañana, seguros de la impunidad, sostenidos por la debilidad vuestra, volverán á las andadas..., y así sucesivamente, hasta haber saciado su hambre y su sed; toda vuestra fortuna será insuficiente. Es preciso que toméis cartas en el asunto. Vuestro cargo lo exige; dejar de hacerlo es faltar á vuestro deber, señor.

—¿Eso crees tú verdaderamente? Entonces, si no hay más remedio, que se abra una información y se castigue.., pero sobre seguro, con pruebas evidentes..., sólo á los más comprometidos.

—¡Uf!, respiró Miguel, hemos ganado la partida.

Y el lacayo, hijo de ahorcado, se fué gallardamente á hacer ahorcar á los otros.

Cuando, en nuestros días, Bertilla veneraba, admiraba y glorificaba á este antepasado, estaba cegada por la pasión, estimando que el fin justificaba aquellos medios.

Era discutible.

Admitiendo que Miguel Faulque hubiese querido precipitar con tales rigores el hundimiento previsto de una sociedad corrompida, que hubiese representado al sectario convencido que no vacila en sacrificar á los suyos para obtener mejor la perdición de los demás, siempre resulta que hirió con mano demasiado brutal, demasiado pesada y sobre todo con mano demasiado pródiga.

Hubo veinte detenciones, gritos y llantos en toda la comarca, y finalmente suplicios, mujeres viudas y huérfanos aterrorizados.

Por una vez que habían comido pan á saciedad (aquel pan todavía mal digerido), unos cuantos miserables fueron condenados á muerte, con gran dolor del pueblo; y el barón Carlos fué á su vez maldecido y amenazado desde los cuatro puntos del horizonte por puños furiosos. Los tiempos estaban maduros.

Miguel Faulque se frotaba las manos. Durante todo el proceso había permanecido tras cortina, ó escudado, cuando no tuvo más remedio que salir, con fingida pesadumbre, tras las órdenes recibidas.

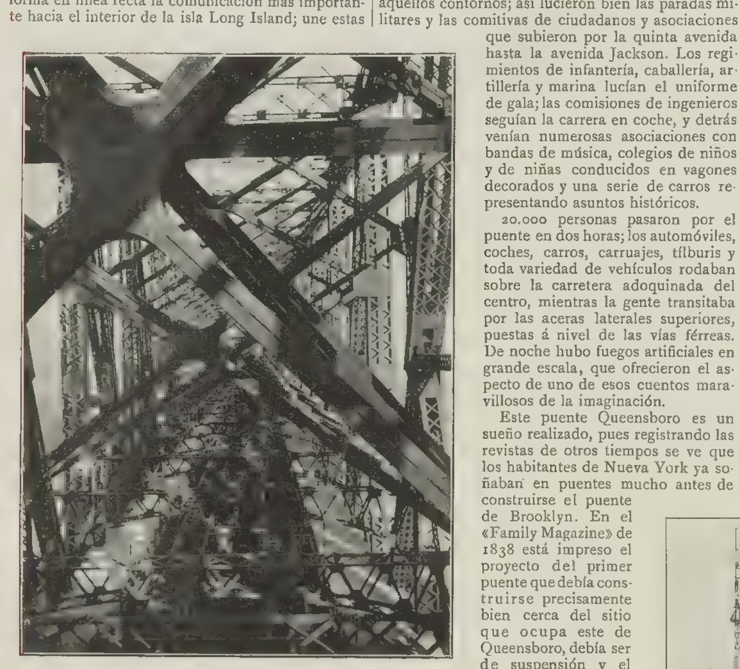
(Se continuará.)

NUEVA YORK.—EL NUEVO PUENTE QUEENSBORO SOBRE EL RIO ESTE



Vista general del puente

Días pasados se inauguró en esta metrópoli un nuevo puente sobre el río del Este; es el tercero y el mayor de los construídos sobre este río. Situado á continuación de la calle 59 en la isla Manhattan, forma en línea recta la comunicación más importante hacia el interior de la isla Long Island; une estas dos islas importantes y pasa sobre el islote Blackwell. Los neoyorkinos atribuyen al nuevo puente suma importancia para el transporte y la rápida extensión de la ciudad hacia la otra parte del río; por esto celebraron la inauguración con pompa y regocijo. El día 12 de junio el alcalde y el gobernador, acompañados de las autoridades locales, subieron en carretelas y berlinas hasta el lugar de las tribunas levantadas al otro lado del puente, donde en cortos discursos encomiaron las ventajas que la comunidad espera de esta nueva vía de comunicación.



Armadura interior en la parte central

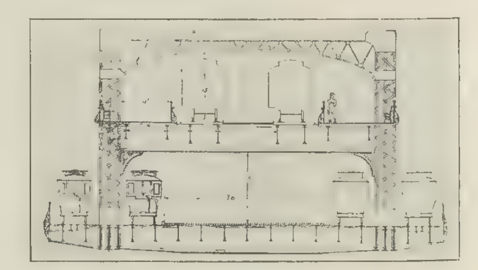
Todo el día fué de sol hermoso y animación en aquellos contornos; así lucieron bien las paradas militares y las comitivas de ciudadanos y asociaciones que subieron por la quinta avenida hasta la avenida Jackson. Los regimientos de infantería, caballería, artillería y marina lucían el uniforme de gala; las comisiones de ingenieros seguían la carrera en coche, y detrás venían numerosas asociaciones con bandas de música, colegios de niños y de niñas conducidos en vagones decorados y una serie de carros representando asuntos históricos.

20.000 personas pasaron por el puente en dos horas; los automóviles, coches, carros, carruajes, tílburis y toda variedad de vehículos rodaban sobre la carretera adoquinada del centro, mientras la gente transitaba por las aceras laterales superiores, puestas á nivel de las vías férreas. De noche hubo fuegos artificiales en grande escala, que ofrecieron el aspecto de uno de esos cuentos maravillosos de la imaginación.

Este puente Queensboro es un sueño realizado, pues registrando las revistas de otros tiempos se ve que los habitantes de Nueva York ya soñaban en puentes mucho antes de construirse el puente de Brooklyn. En el «Family Magazine» de 1838 está impreso el proyecto del primer puente que debía construirse precisamente bien cerca del sitio que ocupa este de Queensboro, debía ser de suspensión y el costo se calculaba de $500.000 á $800.000. El proyecto fracasó, como fracasaron otros proyectos presentados en 1867, 1871, 1876, 1881 y 1894, unas veces por falta de interés entre los capitalistas que debían adelantar el dinero, otras por divergencias de apreciación técnica en la construcción y también por rivalidades de intereses entre compañías ferroviarias; pero la ciudad de Nueva York, siempre creciente y extendiéndose á pasos agigantados hacia sus alrededores, no podía permanecer interceptada por los tres ríos que la circundan en la isla Manhattan; así se construyeron sucesivamente, primero el puente de Brooklyn, después el de Williamsburg y ahora el puente Queensboro; el clamor público se impuso ante el municipio en 1898, y en su consecuencia fué la asamblea municipal, de acuerdo con el gobierno federal de Wáshington, quien nombró comisiones, aprobó planos y puso los medios y recursos necesarios para la inmediata construcción de un puente que respondiera al inmenso tráfico entre las islas Manhattan y Long Island.

Aprobados ya los planos, se pasaron tres años en trámites y compras de terrenos vecinales, hasta que allanadas todas las dificultades se comenzaron en julio de 1901 los trabajos y se terminaron en marzo de 1909; el 30 se abre al tráfico y el 12 de junio es inaugurado oficialmente.

El costo de este puente Queensboro en 1900 estaba calculado en $ 12.548.500, de los cuales $ 9.400.000 estaban asignados para la estructura, $ 2.398.500 para comprar terrenos del lado de Nueva York y $ 750.000 del lado de Long Island. Más tarde, en junio de 1901, se firmó la contrata para la construcción de seis pilares de piedra al precio de $ 745.547, los cuales se terminaron en junio de 1904, al costo de $ 858.565, ó sea más de $ 100.000 del precio ajustado. En 1905 una compañía de aceros comienza la estructura superior al precio del contrato $ 5.132.985. Otra compañía se encarga de la construcción de torres elevadoras y de la fuerza motriz por el contrato de $ 685.000. Otras compañías construyen las rampas, adoquinan la carretera, asfaltan los caminos, adornan las torres, colocan rieles, proveen de alambres y luces eléctricas, etc., etcétera,



Sección transversal del puente

hasta completarse esta grande vía de comunicación al costo total de $ 17.000.000, $ 4.400.000 por la propiedad adquirida y $ 12.600.000 para la construcción.

La longitud total de este puente es de 7.449 pies, de los que corresponden al puente propiamente dicho 3.724'5.

La elevación de los pilares sobre Blackwell Island es de 124 pies; el espacio que media de la superficie del agua al puente, de 135; la elevación de la carretera en la parte central del puente, de 143; la altura del camino á pie, de 165; la altura de la galería, arriba de los pilares de acero, de 333, y los topes de las astas de bandera se hallan á 406 pies sobre el agua.

La anchura del puente, de exterior á exterior del antepecho, es 89 ½ pies. La distancia de centro á centro de las ligaduras es de 60 pies; la anchura de la carretera de 53, y la de cada uno de los dos caminos de 16.

En la construcción de este puente han entrado, entre otros materiales, 74.500 toneladas de acero; 1.140 de rieles de acero para carros; 149.700 yardas cúbicas de piedra labrada, y 146.900 yardas cuadradas de adoquines.



Cortejo histórico pasando el puente el día de la inauguración

Desde una galería á la altura de 333 pies sobre el río, mirando al Este distingo la vasta llanura de Long Island, poblada á trechos de modestos grupos de casas donde los moradores por lo regular son dueños de sus viviendas y disfrutan de una vida campestre; hacia el horizonte se divisan muchas poblaciones; al Sur se desliza la corriente del río Este, en el que á todas horas circulan barcas, lanchas y vapores, y cuyas orillas se hallan ocupadas por fábricas, talleres y depósitos; á lo lejos se divisan los otros puentes de suspensión; al Oeste sobre la isla Manhattan descansa la ciudad de Nueva York, con la cresta desigual de sus torres y altos edificios, y al Norte se extienden la continuación de la misma isla y del río y los terrenos más lejanos invadidos por la expansiva ciudad. Situado en el puente, veo sobre el islote Blackwell el asilo para los lunáticos, la casa de trabajo para los pobres, el hospicio, el hospital de caridad y... el edificio de la prisión.

El ruido y movimiento de los vehículos que ruedan más abajo de mis plantas me aseguran la potencia considerable y el uso práctico de este puente Queensboro.

Nueva York, julio de 1909. SEBASTIÁN CRUSET.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Rika, por *Francisco Danvila y Collado*. – Novela premiada en el concurso de la Biblioteca Patria. Un tomo de 124 páginas, editado en Madrid. Precio, una peseta.

Les Routes de Gascogne, por *Armand Praviel*. – Colección de croquis y cuentos regionales. Un tomo de 180 páginas que forma parte de la biblioteca «Les Pays de France. Collection d' Écrivains Régionaux,» que edita en París la Nouvelle Librairie Nationale.

Amampsiquis, novela trágico-emotiva, original de *Canta-Claro*. Un tomo de 278 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de la Gaceta de Madrid. Precio, dos pesetas.

El rei Lear. – Tragedia de Shakespeare. Traducción catalana de *A. Albert Torrellas*. Un tomo de 224 páginas que forma parte de la «Biblioteca popular dels grans mestres,» que se publica en Barcelona, impreso en la imprenta de E. Domé, cch. Precio, una peseta.

Hacia la nacionalización de la Economía. Discurso inaugural del curso de 1908 á 1909, leído por D. Guillermo Graell en el Fomento del Trabajo Nacional en la noche del 10 de octubre de 1908. Un folleto de 60 páginas, editado por la «Societat d'Estudis Económichs,» impreso en Barcelona en la imprenta de la viuda de Casanovas.

Centro Gallego de la Habana. Memoria correspondiente al año 1908. – Un tomo de 268 páginas con numerosos planos y cuadros estadísticos, impreso en la Habana, en la imprenta «La Mercantil.»



En el puerto de Hamburgo, cuadro de F. Kallmorgen

El forastér. Acción musical en dos actos, poema y música de Vicente d' Indy. Traducción catalana aplicada á la música por Joaquín Pena, con un cuadro sinóptico de temas y figuras musicales. Editado en Barcelona por Alvaro Verdaguer. Precio, 1'50 pesetas.

A las madres. Cómo habéis de educar á vuestros hijos para Dios, para la familia y para la sociedad. Por el *P. Juan Charruau*, de la Compañía de Jesús. Traducción de la tercera edición francesa por *D. Laureano Acosta*. Un tomo de 320 páginas, impreso en Barcelona en la Tipografía Católica. Precio, cuatro pesetas.

Congreso de la Exportación. Informe sobre los temas II y III presentado por la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Barcelona, redactado por el secretario de la expresada corporación D. Bartolomé Amengual. Folleto de 72 páginas, impreso en Barcelona en la tipografía de la Viuda de Domingo Casanovas.

Bajo el cielo de Manila. Aires andaluces, por *Felipe A. de la Cámara*. – Colección de poesías precedida de un prólogo de Joaquín Pellicena Camacho. Un tomo de 116 páginas, impreso en Manila en la imprenta de «El Mercantil.» Precio en España, dos pesetas; en Filipinas, Repúblicas Colonibéras, Puerto Rico, etc., un peso

De mis viajes, por *A. Pérez Nieva*. – Colección de poesías. Un tomo de 112 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Gallego y Pérez. Precio, 1'50 pesetas.

Luz, idilio de la huerta de Murcia, por *D. Lope Gisbert*. – Un tomo de 128 páginas que forma parte de la Biblioteca Patria, editada en Madrid. Precio, una peseta.

Imp. de Montaner y Simón

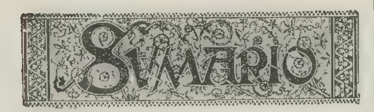
La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 23 de agosto de 1909 — Núm. 1.443

BARCELONA.—RECUERDOS DE LA SEMANA TRÁGICA (26-31 DE JULIO)



EL CALVARIO, tabla atribuída á Pablo Vergós, célebre pintor catalán de fines del siglo XV que existía en la capilla del Santísimo Sacramento de la iglesia de San Antonio Abad y que fué destruída por las turbas incendiarias. (De fotografía de A Mas.)



DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

A la historia no le es lícito callar nada, decía un inolvidable maestro mío, notable historiador á su vez. ¡Cómo me acuerdo de esta frase y qué profundidad de sentido y de intención dolorosa hallo en su aparente sencillez, al tener que aludir á los sucesos ocurridos en Barcelona durante la última semana del pasado julio! A la historia no le es lícito callar nada... Pero el historiador ó el cronista quisieran, en ocasiones como esta de que hablo, disponer de una virtud taumatúrgica y borrar de los anales de un pueblo las páginas que los ensombrecen, obrando el milagro de volver el tiempo atrás á fin de que lo ocurrido no hubiera ocurrido nunca.

Es imposible que comprenda el lector toda la violencia que debo hacerme para ingerir en estas crónicas, por hábito y naturaleza consagradas á asuntos amenos y apacibles, el recuerdo de las tristes jornadas que presenció y sufrió Barcelona. Unicamente los días de sol, los instantes felices y los hechos gloriosos deberían dar asunto á nuestras plumas. Quien sienta, como yo, horror al «sensacionalismo» periodístico y lo considere como un agente morboso que contribuye á mantener á las sociedades en agitación insana, podrá comprender aquella repugnancia á que me he referido más arriba. A tal repugnancia ingénita corresponde una perfecta inhabilidad para reproducir eficazmente las escenas de horror, de vandalismo y de libertinaje, con su secuela de lutos, miserias é infortunios para los mismos obcecados é infelices que las llevaron á término.

Entreténganse otras plumas en la descripción minuciosa del desorden, del incendio, de la ruina, del estrago... Yo renuncio á ese género literario y á la gloria que pueda traer aparejada. Yo no sé más que condolerme del espectáculo que se ha dado al mundo, de las víctimas del furor demagógico y de los mismos ilusos y seducidos por propagandas sin objetivo ni ideal concreto, como no sea llevar á un pueblo á la ruina y á algunos fanáticos á la perdición.

Mæterlink habla de un reloj de sol, que vió en cierta *villa* italiana, adornado de esta leyenda: *Horas non numero nisi serenas*... Seamos así nosotros: no tratemos más que de las horas claras, de los días brillantes, de los hechos en los cuales destella el origen divino del hombre con luz excelsa y soberana. Y echemos en olvido y aneguemos en piedad el luctuoso recuerdo de esa semana perdida para la civilización y el ascenso de un pueblo.

***

Uno de los asuntos de mayor interés que quedan planteados en Barcelona para después de las vacaciones veraniegas, es el proyectado tributo de gratitud á Menéndez y Pelayo. Tiempo hace que esa gratitud iba tomando cuerpo en esta tierra y pugnaba por exteriorizarse en forma digna de ella y del ilustre santanderino que, tan noblemente, supo suscitarla.

¿Quién puede desconocer que, durante dos siglos largos, se movió Cataluña dentro de una ley histórica desfavorable, arrastrando una de las decadencias más penosas de ver y contemplar que se hayan dado en la vida de pueblo alguno? El día en que se escriba la historia de esa decadencia y se puntualice la paulatina contracción y achicamiento que fué experimentando en todos los órdenes, desde el político al intelectual, desde la vitalidad del carácter á la potencia económica, desde el sentimiento de la propia dignidad á la esperanza en sus futuros destinos; el día en que aparezca ese libro ideal se habrá escrito el más elocuente de los alegatos, la más eficaz y persuasiva de las arengas. Más elocuente y persuasiva que todos los relatos heroicos y que todas las pinturas de las épocas de esplendor, porque habrá de encender los ánimos con el recuerdo corrosivo de la humillación y el abatimiento que engendran, á su vez, las nobles ansias de la rehabilitación y el desquite.

Pues bien: de ese decaimiento interior hubo de surgir y tomar cuerpo, lentamente, aquella desconsideración ajena que suele acompañar á todas las pérdidas de honor ó fortuna, así de los individuos como de las razas. Fué una *capitis diminutio* en toda regla, una descalificación progresiva que trascendió á todas las manifestaciones de la colectividad y que de lo presente se remontó á lo pasado y de lo práctico á lo especulativo.

La ciencia, la historia, que los teóricos nos presentan como entidades impasibles y justicieras, no susceptibles de ira, de venganza ni de bajeza, son, al fin y al cabo, creación de los hombres y emanación subjetiva de ellos. Con la historia y con la ciencia, producto de los hombres, se combinan las pasiones y prejuicios de cada edad, y ni aun el celo más exquisito alcanza á precaverse contra las sugestiones de lo contemporáneo ni contra la baja liga de los odios instintivos. Y así pudo contemplarse el emocionante espectáculo de una antigua y gloriosa nacionalidad disuelta, no sólo en sus formas orgánicas, sino proscrita en sus altos recuerdos y en el rastro de su vieja cultura y producción espiritual en forma que se prolongó, por inercia, hasta muy después que las corrientes universales del pensamiento y los grandes críticos de la era romántica vindicaban la civilización medieval, rehabilitaban sus libros y sus monumentos, exhumaban sus cronistas y sus trovadores; hasta muy después que un inopinado renacimiento venía á renovar aquí la instancia que se consideró prescrita para siempre.

***

Como consecuencia de esa modalidad del pensamiento, según sabe todo el mundo, se había formado un tipo de historia española restringido, convencional y subordinado á uno solo de los factores ó componentes nacionales, y que esa historia y esa ciencia informaron de un modo exclusivo, é informan todavía en mucha parte, no obstante los progresos realizados, la enseñanza oficial. De ella fueron eliminadas una porción de corrientes caudalosas nacidas en los primeros tiempos de la Reconquista y que bajan engrosando, con diverso y magnífico tumulto á veces, hasta los días del descubrimiento de América.

Lenguas y literaturas peninsulares, organizaciones políticas, legislaciones civiles, matices especiales de la civilización, genio marítimo, aptitudes mercantiles é industriales de estos ó de los otros pueblos, todo cayó en olvido é indiferencia, á veces en mortificante desdén. Y así como los jesuítas expulsos en tiempo de Carlos III, al sentir en Italia el contacto agresivo del espíritu enciclopedista inauguraron, por reacción, la defensa y estudio de la cultura española en general, así también los eruditos é investigadores de Cataluña, por reacción contra esa ciencia «anticientífica,» emprendieron la vindicación de nuestro pasado histórico. Por eso mismo, aquellas obras fundamentales que se llaman las *Memorias*, de Capmany; el *Diccionario de autores catalanes*, de Torres Amat; los *Condes de Barcelona*, de Bofarull, y hasta los mismos *Trovadores*, de Milá, tienen, en forma más ó menos expresa y latente, positivo carácter de polémica y alegato.

***

Pero es el caso que ningún pueblo puede vivir exclusivamente de su propia substancia ni en aislamiento absoluto; y esto mucho menos cuando se trata de los grandes intereses del espíritu, de la inteligencia, del arte. Las formas del espíritu, de la mentalidad y del arte son nacionales y constituyen la más alta destilación y testimonio de los pueblos; pero su consagración y triunfo han de venir de fuera y han de traer, al lado de su sello propio, el refrendo de lo universal y humano, de lo eterno y cosmopolita. Harto sabemos en la vida corriente el valor que tienen los elogios y ponderaciones de familia, por más que nazcan de sentimientos respetables y llenos de ternura. De poco sirven los panegiristas de dentro de casa si no aciertan á convencer á los vecinos, y por el intermedio de los vecinos, á los extraños.

Y este es el caso, precisamente, que nos liga á Menéndez y Pelayo con los sagrados vínculos de la gratitud patriótica. Cierto que antes de Menéndez hubo, en el propio siglo pasado, españoles y extranjeros que se preocuparon aisladamente de muchas cosas y temas nuestros, de nuestra antigua cultura, de la significación de Cataluña en el mundo. Mas ello fué siempre de un modo accidental y fragmentario, mientras el insigne Menéndez lo ha hecho todo de una vez, en una obra sostenida y constante, en la magna revisión á que ha sometido la ejecutoria de todos los pueblos peninsulares y su puesto en el concierto de la civilización. Ha hecho de una vez lo que intentaron sus predecesores, incorporando en definitiva á la historia de la cultura española y de la cultura universal esas aportaciones antes excluídas por el prejuicio ó ficción dominante y aun por el propio silencio y como renuncia de nuestros propios antepasados.

Tal resulta la obra del polígrafo montañés: una obra armónica, ponderada, de integración y restitución; una *Hispania major*, de la cual nada queda fuera, excluido, expulsado ni separado, en aquella orfandad de alma que tantas veces han tenido ocasión de sentir, en aulas universitarias y salones académicos, los hijos de esas tierras hasta hace poco infortunadas ó durmientes.

No es necesario puntualizar esa obra prodigiosa y la parte que nos corresponde de ella, desde el folleto primerizo sobre Arnaldo de Vilanova pasando por los *Heterodoxos* y las *Ideas Estéticas*, hasta los *Orígenes de la novela* y el reciente libro sobre *Juan Boscán*... Pero antes que esa labor objetiva conviene recordar la adopción intelectual á que en Barcelona y en sus escuelas se entregó de buen grado el prodigioso mancebo, al lado de peregrinos maestros dignos de este nombre, hasta adquirir aquella filiación de espíritu que, con tanta elegancia de expresión como generosidad y modestia, vino á confesar en la memorable velada del Ateneo Barcelonés, trazando la semblanza de Milá.

No hubiera enaltecido á nuestros autores ni consagrado á su vindicación tantas páginas calientes y admirables, y fuera harto honor para la tradición literaria y filosófica de Cataluña haber dado «estructura y consistencia» á esa mente y á ese carácter, haberle fijado en la posición filosófica que ha venido manteniendo hasta el día, y haberle conquistado para los métodos ó sistemas de criterio y de investigación que aquí sellaron la cera virgen de su ya deslumbradora adolescencia.

***

¿Se comprende, pues, la absoluta adhesión que ha merecido la iniciativa de un tributo excepcional al escritor que de tal manera ha defendido la causa de nuestro nombre y honor ante el mundo? ¿Qué menos podemos hacer que difundir su obra asombrosa en larga y económica edición y pedirle la merced de que acepte una suma destinada á adquirir nuevos libros, esto es, nuevos instrumentos de trabajo, para su ya preciosa biblioteca?

He aquí una gran tarea preparada para los comienzos de octubre; tarea de paz, de amor y de confraternidad patriótica.

Miguel S. Oliver.

PENSAMIENTOS

El mérito de un hombre se reconoce siempre por el de las personas con quienes se trata.

Montesquieu.

El hombre justo no es el que no comete una injusticia, sino el que, pudiendo ser injusto, no quiere serlo.

Menandro.

Después de haber reflexionado bien una cosa, no digas: «La haré;» di inmediatamente: «La hago.» De este modo se fortalecerá la voluntad.

Dr. Max Simón.

La impaciencia no libra de ningún mal; al contrario, es un mal muy agudo que se agrega á todos los demás.

Fenelón.

Cuando hagáis limosna, esforzaos en consolar al pobre con el aire de satisfacción de vuestro rostro; haced ver al que recibe todo el placer que sentís socorriéndole.

San Juan Crisóstomo.



Y tomando entre las suyas las manos de la linda baronesa, siguió interpelándola

CONFIDENCIAS PRÁCTICAS

—Ven, siéntate aquí á mi lado; en este lindo rinconcito de mi casa que convierto en el santuario predilecto de mis amores, recordaremos incidentes de nuestra niñez, nuestra presentación en sociedad, las primeras cartas amorosas que recibimos de aquella turba de pollos almibarados que nos asediaba...

—¡Querida Luisa!..

—Y me contarás cómo se hizo tu boda y te referiré los incidentes variadísimos que precedieron á la mía... ¡Quién nos había de decir cuando nos separamos hace dos años que no nos volveríamos á ver solteras y sí como dos respetabilísimas señoras casadas!.. Habla, Andrea, habla..., ¡tengo unos deseos tan grandes de saber cosas de tu vida!

Calló la marquesita de Balzur, y tomando entre las suyas las manos de la linda baronesa, siguió interpelándola con los ojos.

—Estás guapísima, añadió; tu cabello rubio, que tanto gustaba á mi pobre madre, forma un marco encantador á tu carita de rosa y á tus ojos de color de cielo, antes alegres, tan alegres como una mañanita de primavera con pájaros que cantan y flores que perfuman el ambiente, y hoy tristones como una tarde de invierno fea, sucia, insoportable... ¿Qué te pasa, Andrea?.. ¿No eres feliz?..

—¡No!, contestó la joven baronesa.

—¡Caramba!.. ¡Eso es grave!..

—Demasiado horrible, Luisa de mi alma, para que pueda tener los ojos tan alegres como antes, como... en tiempos más dichosos... Tú, en cambio, veo que eres feliz. La hermosa gitanilla del Sagrado Corazón no ha cambiado; brilla el placer en tus ojazos negros, asoma el gozo á tu cara trigueña y tienes la boca llena de risas... ¡Ay! ¡Tu marido debe ser muy bueno!

—¡Como lo será el tuyo!.

—¡No! El mío es... ¡endemoniado!..

—Y... ¿Lloras?

—Verás, Luisa, lo que sucedió ayer. ¡He sentido deseos de matarle y de matarme!..

—¡No, mujer!.. ¡Todo menos aspirar á heroína de una novela del año 40!

—Oye: ayer, á las seis de la tarde, llegó un chico de no sé qué agencia de recados con una carta para Antonio; carta que el criado dejó sobre una mesa. Entré casualmente en la habitación y vi la carta. La letra del sobre era de mujer; una letra inglesa que por lo bonita, por lo elegante, llenó mi corazón de negros presentimientos y de peligrosas curiosidades...

—Y... ¿qué?..

—Abrí la carta temblando: «Esta noche—decía—iré al teatro Español. Platea número 2. Te espero. MARÍA.» Lloré con mayor desconsuelo que cuando perdí á mi madre, me retorcí como una loca, sentí deseos vehementes de arrojarme por el balcón... Y llegó Antonio. «No irás donde te cita esa mujer,» le dije arrojándole á los pies la maldita carta. Me miró con asombro, leyó el papel y contestó tranquilamente: «¡Iré!—¡Pues daré un escándalo en el mismo teatro!, dije.—Lo sentiría por ti, me contestó, porque... ¡no volverías á pisar esta casa!..» Y fué al teatro, y lloré mucho durante aquellas horas interminables en las que veía á Antonio lejos, muy lejos de mí, y cerca..., demasiado cerca de otra mujer á la que galanteaba.. ¿Qué te parece, Luisa?.. Y no es esto solo; en los más insignificantes detalles siempre me contraría. «No me gusta que montes á caballo, porque hueles á cuadra cuando vienes, le dije una vez.» ¿Y sabes lo que me contestó después de mirarme con espanto? «Pues menos te gustará que venga oliendo á violetas el «día menos pensado,» cuando sabes que... no uso ese perfume...» Le prohibo que salga por la noche, y sale y vuelve á las tres de la mañana; ve que no tengo humor para arreglarme, y se ríe y censura «mi dejadez;» sabe que no me gustan las bromas, y... no me deja vivir con sus sarcasmos...

—¿Sabes en lo que estoy pensando?, preguntó Luisa sonriendo.

—¿En que soy muy desgraciada?

—No; en que has hecho horriblemente infeliz á tu marido, porque él te ama á ti y tú no le amas á él..., al menos en apariencia.

—¡Qué disparate!

—Escucha, Andrea... Parte del principio—aunque la idea resulte un poco disolvente—de que los hombres casándose... no se casan nunca; somos nosotras, las mujeres, las que nos casamos.

—¡Valiente teoría!

—La realidad. Es preciso que la mujer—así me lo aconsejó mi pobre madre—tenga el tacto suficiente en el matrimonio para impedir que el marido se convierta en «señor» ó se transforme en «esclavo;» porque si lo primero es antipático y odioso, lo segundo es repulsivo y repugnante...

—¡En mi señor se ha transformado Antonio!

—Tú lo has logrado. Yo invito todas las noches á Alberto, á mi marido, á que abandone mi compañía para distraerse con sus amistades, y... ¡cosa rara!, al revés que á Antonio, le molesta que le dirija indicaciones en ese sentido, y cuando sus asuntos le obligan á salir, se disgusta y gruñe como un ochentón, y yo tengo que consolarle diciéndole que... ¡le esperaré despierta!

—¡Qué felicidad!

—No, Andrea; qué buen sistema debieras decir. Yo hoy, casada, me cuido de mi «toilette» con más esmero que cuando era soltera, porque tengo el deber de no defraudar las dulces ilusiones de mi marido. El verdadero mérito de la mujer no consiste en casarse; la gran victoria es triunfar sobre todas las hembras en el cerebro y en el corazón del esposo. Con Alberto soy una coqueta consumada, y así evito que se convierta en «señor» ni se transforme en «esclavo.» Es, por el contrario, el eterno novio, el enamorado de siempre... ¡Y me guardo muy bien de abrir sus cartas! Ni miro los sobres, y por esta misma razón..., mi marido me ruega muchas veces que abra yo el correo... «¡Esa es letra de mujer!, me dijo un día riéndose cuando me preparaba á abrir una carta.—Entonces, le dije entregándosela, guárdatela, porque debe interesarte mucho.» Y... ¿sabes lo que pasó? Pues que me dió un beso y no consintió abrir el sobre... ¡La carta era de un lacayo muy bruto que habíamos tenido!.. ¡Gracias á Dios que te ríes!.. Yo estudio los gustos de mi marido para complacerle, y averiguo lo que le desagrada para no producirle inconscientemente contrariedades... Mira; hace unos días le dije que tenía una cana cerca de la sien... y observé que no le había gustado, porque... es bastante presumido mi Alberto... ¿Sabes lo que hice cuando se durmió?.. ¡Pues arrancarle la cana!

—¡Luisa! ¡Daría un grito atroz el pobre!

—Nada; me dió un abrazo al día siguiente cuando le dije: «Alberto, ¿sabes que he sufrido un error?.. Aquel hilacho blancuzco que te vi en la cabeza no era una cana, porque... hoy no la tienes.» ¡Si vieras qué contento se puso!..

—¡Pero tú finges una comedia! ¡No sientes lo que

dices ni lo que haces! ¡No tienes nervios!, objetó Andrea.

—No lo creas; es que estoy convencida de la inexactitud del refrán que dice: «A la mujer y á la cabra, soga larga.» Al marido es al que debe dejársele correr cuanto quiera, porque al fin y á la postre, desengañado y maltrecho, si no es un infame, volverá al lado de la madre de sus hijos... No olvides, Andrea, que á latigazos no se ganan las voluntades, y que en cambio con resignación y con dulzura se puede redimir un mundo. Por eso en la mayoría de los casos no son los maridos los que se separan de sus mujeres, son las mujeres las que alejan á sus maridos.

—Quizás tengas razón. Hablemos, pues, de cosas más agradables. ¿Tienes hijos?

—Pronto... relativamente, respondió Andrea poniéndose muy colorada.

—¡Vaya! Entonces eres feliz y... ¡yo también lo seré muy pronto! Oye, oye. ¿Dónde vas tú á encargar la canastilla? Sé donde hacen unas gorras preciosas y unas capas de encaje elegantísimas...

. . . .

Fragmento de una carta de Andrea á Luisa dos meses después:

«Soy feliz, chica; ¡ahora sí que lo soy!.. He seguido tu sistema, y Antonio, mi marido, viene conmigo á todas partes, no sale de noche y yo le acompaño en coche en sus excursiones á caballo. ¡Siento más no poder montar!. Para cuando esté ágil y más fuerte, tengo un alazán pura sangre de cinco años y cuatro dedos precioso... Entre Antonio y yo hemos elegido una canastilla «hasta allí» para el infante..., porque es infante... ¡Si vieras qué gabinetito rosa tengo!.. Es idéntico al tuyo... Estoy siempre contenta, muy alegre, libre de preocupaciones, y... ¡te lo debo á ti, gitanilla de mi alma!..

R. Mesa de la Peña.

(Dibujo de Sardá.)



San Antonio Abad, tabla de Vergós
que existía en el coro de la iglesia de San Antonio de esta ciudad y que fué destruída por las turbas incendiarias durante la semana trágica. (De fotografía de A. Mas.)

BARCELONA

RECUERDOS DE LA SEMANA TRÁGICA

A raíz de los tristes y vergonzosos sucesos que llenaron de dolor y de desolación á Barcelona durante aquella semana con razón calificada de trágica, no quisimos publicar nada referente á los mismos; el recuerdo era demasiado reciente, la impresión demasiado viva y la inquietud de los ánimos demasiado grande, y ante estas consideraciones y dada la índole de La Ilustración Artística, preferimos aplazar nuestra información para cuando la tranquilidad se hubiese restablecido.

Hoy creemos llegado para nosotros el momento de ocuparnos de tan horribles hechos, y en las páginas de este número verán reproducidos nuestros lectores, no sólo las vistas de los principales conventos y templos destruídos por los incendiarios, sino también algunas joyas artísticas que en alguno de ellos se guardaban y que manos criminales han hecho desaparecer para siempre.

A cincuenta, casi todos religiosos, se acerca el número de edificios quemados en aquellos días, y entre ellos cuéntanse, así iglesias dedicadas exclusivamente al culto, como asilos en donde se daba asistencia á la infancia menesterosa; lo mismo conventos cuyas comunidades consagrábanse á la vida contemplativa, que colegios en donde recibían sólida educación gratuita centenares de alumnos pobres

Nada respetaron las turbas en su ansia de destrucción, y si en unas partes cometieron sacrílegas profanaciones, en otras quemaron monumentos que eran joyas por todo el mundo admiradas de la arquitectura catalana, valiosas obras de arte, como las tablas de Vergós, que en esta y en otras páginas reproducimos, archivos en donde se guardaban verdaderas preciosidades artísticas é históricas, magníficos materiales de enseñanza acopiados á fuerza de tiempo y de sacrificios, y hasta modestos ajuares de los asilos en donde se practicaba la santa caridad en beneficio de los desheredados.

No hemos de relatar minuciosamente los sucesos acaecidos; ya lo ha hecho la prensa diaria, y el entrar aquí en pormenores nos exigiría mucho mayor espacio que el de que disponemos. Además, ¿qué mejor relato que los grabados que publicamos? Viéndolos y teniendo en cuenta que son muchos, muchísimos más que los por nosotros reproducidos los edificios incendiados, se puede formar idea de la magnitud de los desastres de que nuestra ciudad ha sido víctima y contra los cuales ha protestado unánimemente la verdadera opinión pública barcelonesa. — C.





La doncella exorcizada.—Un milagro por intercesión de San Antonio. Fragmentos del retablo original de Vergós
que existía en el altar mayor de la iglesia de San Antonio Abad y que fué destruído por las turbas incendiarias. (De fotografías de A. Mas.)



SAN ANTONIO ABAD VISITANDO Á SAN PABLO ERMITAÑO,
fragmento del retablo original de Vergós que existía en el altar mayor de la iglesia de San Antonio y que fué destruído por las turbas incendiarias. (Fotografía de A. Mas.)

ROMA.—VI ANIVERSARIO DE LA CORONACIÓN DEL PAPA PÍO X

El día 9 de los corrientes, sexto aniversario de la coronación de S. S. el papa Pío X, celebróse en la capilla Sixtina del Vaticano una solemne misa papal que dijo el secretario de Estado monseñor Merry del Val, por ser el más antiguo de los cardenales creados por el actual pontífice.

Los cuerpos armados del Vaticano vestían de gran gala y la guardia palatina hallábase formada á lo largo de la sala ducal y de la sala regia, por donde debía pasar el cortejo del papa, que entró en la capilla Sixtina á las nueve y media.

Pío X llevaba la tiara y una magnífica capa pluvial; tenía excelente aspecto, y con su aire bondadoso bendecía á las numerosas personas que, provistas de billetes especiales, habían podido presenciar su paso por aquellas estancias. Los cantores de la capilla Sixtina, dirigidos por el maestro Perosi, entonaron el *Tu es Petrus,* composición de éste, y el papa se dirigió al trono, quitóse la tiara y se puso la mitra.

La ceremonia religiosa, á la que asistieron trece cardenales, terminó á las once, y el papa, seguido de su cortejo, regresó á sus habitaciones.

Antes de la misa se impuso la medalla de oro *Pro Ecclesia et Pontifice* á los cuatro subalternos más antiguos del cuerpo de gendarmes. Este, con su bandera, estaba formado en el patio de San Dámaso; el comandante, conde Giacomini, después de leer el breve en que se concedían aquellas distinciones, llamó á los agraciados y les entregó las condecoraciones. Después, el cuerpo desfiló delante de los cuatro condecorados, y el papa, desde una de las galerías, dió á todos la bendición apostólica.

Roma.—Solemne misa papal celebrada en el Vaticano el día 9 de los corrientes con motivo del sexto aniversario de la coronación de Pío X. El papa en su trono durante el «Gloria.»
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

COLONIA.—EL XX CONGRESO EUCARÍSTICO

En la monumental ciudad del Rhin se ha celebrado recientemente el XX Congreso Eucarístico Internacional, al que han acudido ilustres dignidades de la Iglesia, sacerdotes y laicos de diferentes países.

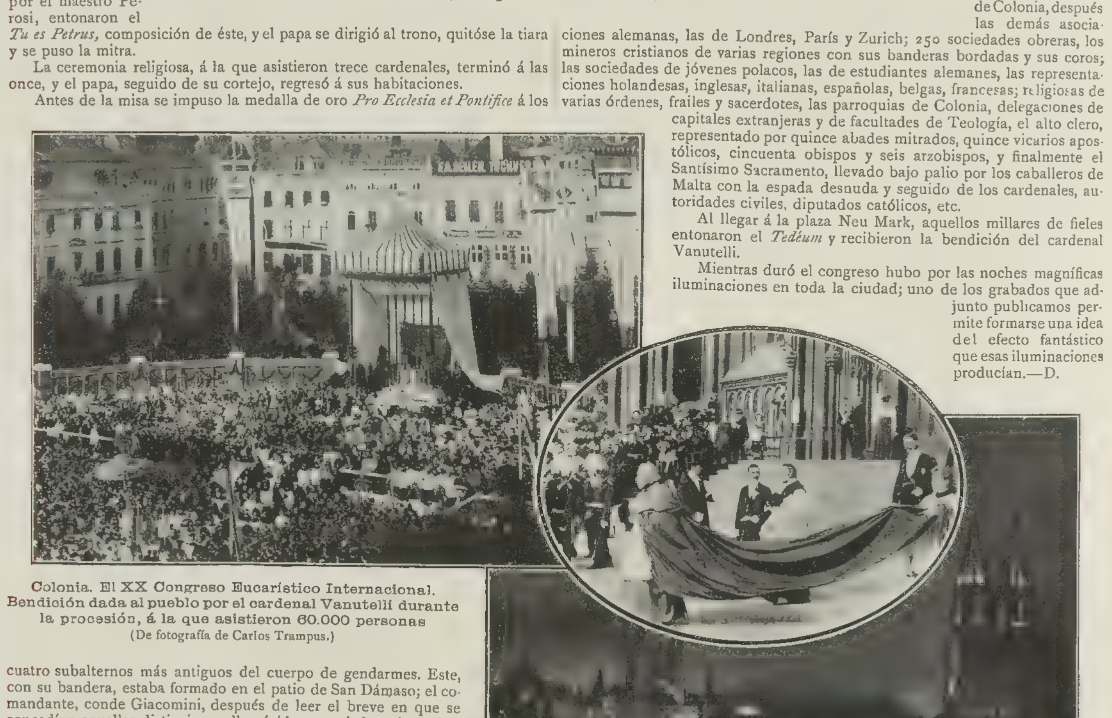
Las deliberaciones del congreso duraron cinco días y terminaron con una procesión grandiosa, que constituyó un espectáculo realmente sublime.

La ciudad se había engalanado, y en todas las calles por donde había de pasar el Santísimo Sacramento flotaban guirnaldas, banderas y otros adornos. En las puertas de las iglesias había dispuestos altares, en torno de los cuales agrupábanse el clero parroquial y las corporaciones de muchachas, que lucían trajes blancos y ostentaban en las manos dorados lirios.

La animación en las calles antes de la salida de la procesión y durante el paso de ésta fué extraordinaria, pudiendo afirmarse que la muchedumbre de espectadores no bajaría de sesenta mil, ni de setenta mil el número de los que de la procesión formaron parte. Estos, distribuídos en líneas de seis, desfilaron rezando con el mayor recogimiento durante dos horas y media: primeramente iban las congregaciones de jóvenes y de hombres de Colonia, después las demás asociaciones alemanas, las de Londres, París y Zurich; 250 sociedades obreras, los mineros cristianos de varias regiones con sus banderas bordadas y sus coros; las sociedades de jóvenes polacos, las de estudiantes alemanes, las representaciones holandesas, inglesas, italianas, españolas, belgas, francesas; religiosas de varias órdenes, frailes y sacerdotes, las parroquias de Colonia, delegaciones de capitales extranjeras y de facultades de Teología, el alto clero, representado por quince abades mitrados, quince vicarios apostólicos, cincuenta obispos y seis arzobispos, y finalmente el Santísimo Sacramento, llevado bajo palio por los caballeros de Malta con la espada desnuda y seguido de los cardenales, autoridades civiles, diputados católicos, etc.

Al llegar á la plaza Neu Mark, aquellos millares de fieles entonaron el *Tedéum* y recibieron la bendición del cardenal Vanutelli.

Mientras duró el congreso hubo por las noches magníficas iluminaciones en toda la ciudad; uno de los grabados que adjunto publicamos permite formarse una idea del efecto fantástico que esas iluminaciones producían.—D.



Colonia. El XX Congreso Eucarístico Internacional. Bendición dada al pueblo por el cardenal Vanutelli durante la procesión, á la que asistieron 60.000 personas
(De fotografía de Carlos Trampus.)

El cardenal Fischer, arzobispo de Colonia, á la salida de la catedral (De fotografía de Carlos Delius.) — **Iluminación de la catedral y de otros edificios con motivo del Congreso Eucarístico.** (De fotografía de C. Trampus.)

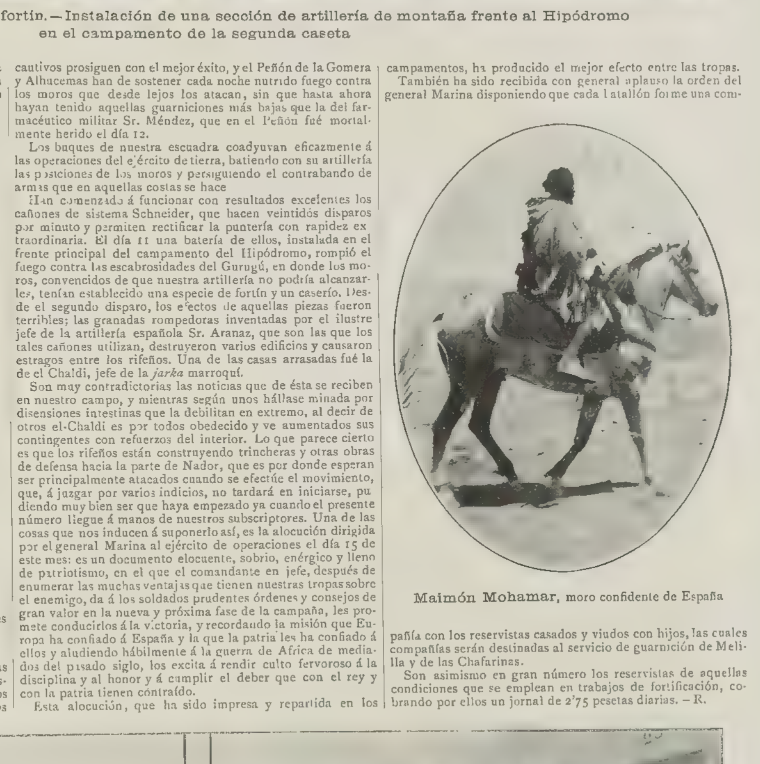
LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)





Descanso de tropas junto á un fortín. — Instalación de una sección de artillería de montaña frente al Hipódromo en el campamento de la segunda caseta

En el momento en que escribimos estas líneas, continúa la situación general tal como estaba al redactar las notas de la semana última. Los convoyes de aprovisionamiento siguen siendo hostilizados á diario por los rifeños, sin consecuencias graves para nuestras tropas; éstas conservan siempre las mismas posiciones; la artillería cañonea con frecuencia los sitios en que el enemigo se guarece; las ascensiones de los globos cautivos prosiguen con el mejor éxito, y el Peñón de la Gomera y Alhucemas han de sostener cada noche nutrido fuego contra los moros que desde lejos los atacan, sin que hasta ahora hayan tenido aquellas guarniciones más bajas que la del farmacéutico militar Sr. Méndez, que en el Peñón fué mortalmente herido el día 12.



El general de brigada D. Pedro del Real, segundo jefe de la plaza de Melilla y uno de los principales colaboradores del general Marina

Los buques de nuestra escuadra coadyuvan eficazmente á las operaciones del ejército de tierra, batiendo con su artillería las posiciones de los moros y persiguiendo el contrabando de armas que en aquellas costas se hace.

Han comenzado á funcionar con resultados excelentes los cañones de sistema Schneider, que hacen veintidós disparos por minuto y permiten rectificar la puntería con rapidez extraordinaria. El día 11 una batería de ellos, instalada en el frente principal del campamento del Hipódromo, rompió el fuego contra las escabrosidades del Gurugú, en donde los moros, convencidos de que nuestra artillería no podría alcanzarles, tenían establecido una especie de fortín y un caserío. Desde el segundo disparo, los efectos de aquellas piezas fueron terribles; las granadas rompedoras inventadas por el ilustre jefe de la artillería española Sr. Aranaz, que son las que los tales cañones utilizan, destruyeron varios edificios y causaron estragos entre los rifeños. Una de las casas arrasadas fué la de el Chaldi, jefe de la *jarka* marroquí.

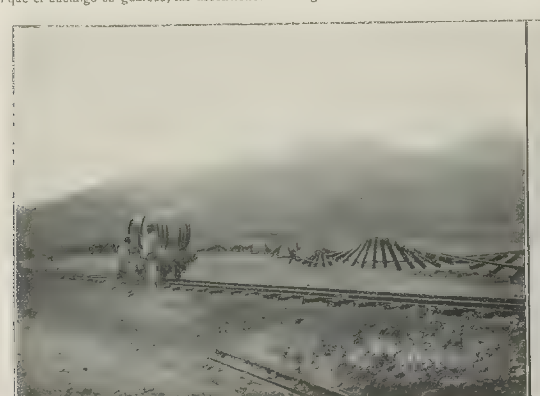
Son muy contradictorias las noticias que de ésta se reciben en nuestro campo, y mientras según unos hállase minada por disensiones intestinas que la debilitan en extremo, al decir de otros el-Chaldi es por todos obedecido y ve aumentados sus contingentes con refuerzos del interior. Lo que parece cierto es que los rifeños están construyendo trincheras y otras obras de defensa hacia la parte de Nador, que es por donde esperan ser principalmente atacados cuando se efectúe el movimiento, que, á juzgar por varios indicios, no tardará en iniciarse, pudiendo muy bien ser que haya empezado ya cuando el presente número llegue á manos de nuestros subscriptores. Una de las cosas que nos inducen á suponerlo así, es la alocución dirigida por el general Marina al ejército de operaciones el día 15 de este mes: es un documento elocuente, sobrio, enérgico y lleno de patriotismo, en el que el comandante en jefe, después de enumerar las muchas ventajas que tienen nuestras tropas sobre el enemigo, da á los soldados prudentes órdenes y consejos de gran valor en la nueva y próxima fase de la campaña, les promete conducirlos á la victoria, y recordando la misión que Europa ha confiado á España y la que la patria les ha confiado á ellos y aludiendo hábilmente á la guerra de Africa de mediados del pasado siglo, los excita á rendir culto fervoroso á la disciplina y al honor y á cumplir el deber que con el rey y con la patria tienen contraído.

Esta alocución, que ha sido impresa y repartida en los campamentos, ha producido el mejor efecto entre las tropas.

También ha sido recibida con general aplauso la orden del general Marina disponiendo que cada batallón forme una compañía con los reservistas casados y viudos con hijos, las cuales compañías serán destinadas al servicio de guarnición de Melilla y de las Chafarinas.

Son asimismo en gran número los reservistas de aquellas condiciones que se emplean en trabajos de fortificación, cobrando por ellos un jornal de 2'75 pesetas diarias. — R.

Maimón Mohamar, moro confidente de España

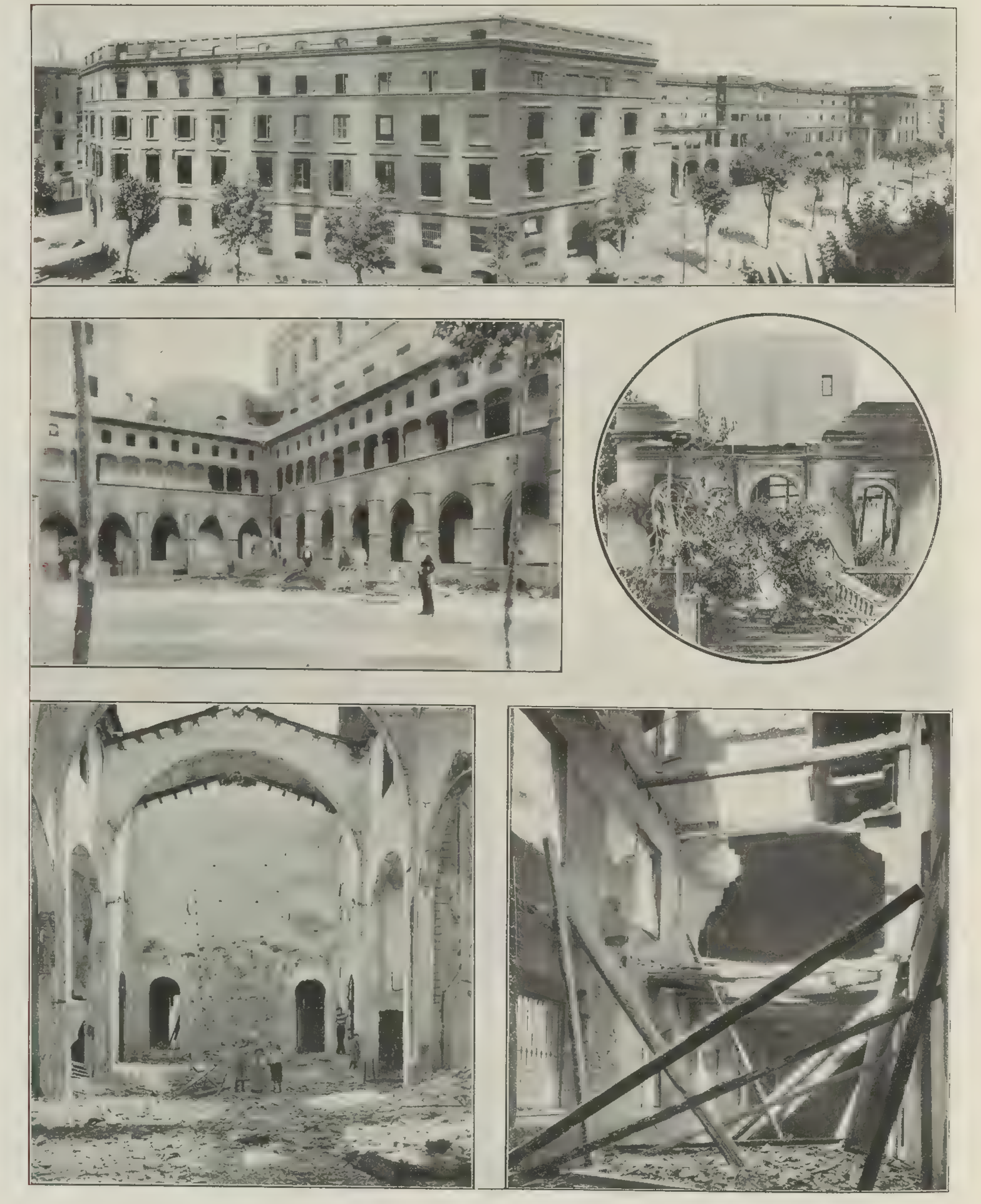




Destrozos causados por los moros en el ferrocarril minero y pruebas del mismo al ser recompuesto
Casa de hebreos en el campo exterior de Melilla

BARCELONA.—RECUERDOS DE LA SEMANA TRÁGICA (26-31 DE JULIO)

(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)



VISTAS DE ALGUNOS TEMPLOS Y CONVENTOS DESTRUIDOS POR LAS TURBAS INCENDIARIAS

Edificio de las Escuelas Pías de San Antonio, en donde se daba instrucción gratuita á gran número de alumnos menesterosos. – Claustro del convento de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús y convento de San Miguel. – Convento de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. – Interior de la antigua iglesia parroquial de Santa Madrona. – Interior del convento de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl. (Granja Experimental.)

BARCELONA.—RECUERDOS DE LA SEMANA TRÁGICA (26—31 DE JULIO)

(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)



VISTAS DE ALGUNOS TEMPLOS Y CONVENTOS DESTRUIDOS POR LAS TURBAS INCENDIARIAS

Iglesia de San Antonio Abad, en donde existían las famosas pinturas de Vergós que en otras páginas reproducimos. – Convento de las Jerónimas. – Convento de Religiosas de Nuestra Señora de Loreto. – Asilo de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl de la calle de Aldana, en donde se instruía y mantenía á trescientos niños, hijos de obreros. – Patio del convento de las Arrepentidas. – Parroquia de San Pedro de las Puellas. – Iglesia de Nuestra Señora de la Ayuda. – Iglesia del convento de las Siervas de María.



Barcelona.—Revista militar efectuada el día 12 de los corrientes.— El capitán general D. Luis de Santiago presenciando el desfile de las tropas.

BARCELONA.–REVISTA MILITAR

Con muy buen acuerdo, una vez restablecida en esta capital la tranquilidad tan hondamente turbada durante la semana trágica, decidió el capitán general de esta región D. Luis de Santiago revistar las fuerzas del ejército que actualmente guarnecen Barcelona, haciéndolo separadamente de las montadas y de las de á pie.

La primera revista efectuóse en la tarde del 12, y en ella tomaron parte los regimientos de dragones de Santiago, Montesa y Numancia, los de Almansa, Alcántara y Castillejos, el noveno regimiento montado de artillería y los escuadrones de la guardia civil. Estas fuerzas, que constituían una brigada mixta al mando del general D. Germán Brandeis, formaron en la Gran Vía Diagonal. El capitán general, acompañado de los generales con mando y de su Estado Mayor, ayudantes y escolta, presentóse á las cinco y veinte, revistó las tropas empezando por el Paseo de Gracia y siguiendo por la Gran Vía Diagonal hasta el Salón de San Juan, y situóse luego en el Paseo de Gracia, en el cruce con la calle de Mallorca, para presenciar el desfile de las tropas.



Cleves.—Inauguración del monumento erigido al Gran Elector Federico Guillermo de Brandeburgo, obra de Enrique Jennen. (De fotografía de C. Delius.)

La revista de las fuerzas de infantería, ingenieros y comandancia de artillería se efectuó el día 16 á la misma hora y en el mismo sitio que la anterior. Las fuerzas revistadas fueron: los regimientos de Mallorca n.° 13, de Aragón n.° 21, de la Constitución n.° 29, de la Lealtad n.° 30, de Granada n.° 34, de Vergara n.° 57, de Alcántara n.° 58 y de Mahón n.° 63, la comandancia de artillería y los ingenieros, que formaban una brigada mixta al mando del general D. José Mora y Mur, y que, después de revistadas, desfilaron en columna de honor delante del capitán general.

Ambos actos fueron presenciados por un público numeroso, que saludó respetuosamente al general Santiago y las banderas de los cuerpos.



Desfile del noveno regimiento montado de artillería delante del capitán general
(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

CLEVES.–INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

AL GRAN ELECTOR FEDERICO GUILLERMO DE BRANDEBURGO

Con ocasión del tercer centenario de la unión del ducado de Cleves al Brandeburgo, se ha inaugurado el día 9 de los corrientes en Cleves el monumento erigido á la memoria del Gran Elector Federico Guillermo, una de las más grandes figuras de la historia de Alemania, que supo crear un ejército poderoso con el que realizó valiosas conquistas y fomentar el bienestar interior de su país, favoreciendo la agricultura, protegiendo la inmigración, libertando la industria y el comercio de las trabas que hasta entonces habían dificultado su desarrollo, construyendo importantísimas obras públicas, estableciendo la paz entre las distintas religiones y, en una palabra, haciendo de su Estado una gran potencia y preparando el camino á su hijo, Federico III, para ser proclamado rey de Prusia.

A las fiestas con aquel motivo celebradas en Cleves asistieron el emperador y la emperatriz de Alemania. Guillermo II, en el acto de inaugurar el monumento, pronunció un patriótico discurso haciendo la historia del ducado de Cleves, y recordando que en esa ciudad, próxima á los Países Bajos, residió á menudo el Gran Elector, quien concibió en ella los vastos proyectos cuya paciente realización hicieron de él el verdadero fundador del Estado prusiano.

«Los sucesores del Gran Elector – añadió – no han olvidado tampoco que la posesión de este territorio de la región inferior del Rhin ponía una joya más en su corona. Al erigir la estatua ecuestre del Gran Elector, los habitantes de Cleves se han levantado á sí mismos un monumento que recuerda la fidelidad de la adhesión que han demostrado siempre á sus soberanos, así en los buenos como en los aciagos días.»

El monumento que adjunto reproducimos, grandioso y severo, ha sido ejecutado por Enrique Jennen, según el proyecto del escultor berlinés Breuer.

LA GRAN SEMANA DE LA AVIACIÓN

EN CHAMPAÑA

Cuando este número llegue á manos de nuestros subscriptores, habrá comenzado ya la gran semana de la aviación en Champaña, primer concurso en su género y que promete revestir excepcional importancia, así por el número como por la calidad de los que en él se han inscrito.

Estos son veintiséis y algunos de ellos concurrirán con tres y cuatro aparatos; en la lista se leen los nombres de los aviadores más conocidos, como Bleriot, Sommer, Farman, Santos Dumont y Tissandier, que tienen en su haber no pocas proezas, al lado de otros más modestos y aun de algunos desconocidos.

Un *meeting* de tanta magnitud requería un lugar grandioso y al mismo tiempo cercano á grandes poblaciones que ofrezcan recursos suficientes á los millares y millares de espectadores que acudirán á presenciar los interesantes experimentos. Sus organizadores han estado, pues, acertados al escoger la inmensa llanura de Betheny, que ha permitido construir una pista de diez kilómetros de ruedo y que se halla cerca de dos ciudades tan importantes como Reims y Epernay.

Las tribunas son grandiosas y sólidas, y próxima á ellas extiéndese la línea de los cobertizos en donde se han de guarecer los aparatos voladores, empezando por los de los biplanos y siguiendo los de los aviadores Antoinette, R. Esnault-Pelterie y Bleriot; en segunda fila hay los de los aparatos Farman y á un extremo el de las máquinas Wright.



La gran semana de la aviación en Champaña.—Vista de las tribunas y de los cobertizos destinados á los aeroplanos que han de tomar parte en el concurso
(De fotografía de M. Rol.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Se le creyó á ciegas, porque nadie mejor que él sabía mentir y desnaturalizar sus impresiones reales.

¿Cuál era la situación exacta de aquel bandido disfrazado que hacía necesariamente traición á uno ú otro partido? Por su origen, hijo de defraudador, de merodeador, de ajusticiado por sus delitos, debía compartir los rencores y los odios de los desheredados, de cuya clase procedía; por su educación, educado en el castillo, bien ó mal, pero elevado al primer puesto en el aprecio y confianza de su amo, debía guardarle alguna gratitud.



Pedro, poco acostumbrado á la marcha, cansado por dos horas de paseo, se dejó caer en un mojón

Sin embargo, parece que se preocupó muy poco de la miseria de los pobres, más bien la agravó, y no sirvió á su señor sino para su provecho, hasta el día en que juzgó que la traición resultaba más lucrativa.

Debía además á este señor beneficios particulares inolvidables. El barón Carlos se había valido de su influencia, de su autoridad, para casar á su intendente con la hija del inspector del alfolí, el cual, sin ser noble, era sin embargo oficial del rey.

Miguel se había casado, á la edad de cuarenta años, con la hermosa Paulina Belestat, que tenía veinte, había sido educada también en el castillo, era dama de honor de la baronesa y muchacha muy superior al ex ayuda de cámara en todas las situaciones.

El inspector Belestat sólo había consentido en aquel matrimonio desigual ante las instancias forma les de su jefe directo; y la joven había parecido casarse sin gran entusiasmo.

Esto no impedía á aquel intendente complejo que maquinase algo en la sombra. De su mujer, que llevó consigo á un viaje al Mediodía de Francia (viaje que duró un año y tenía por objeto la inspección de lejanos dominios dependientes aún de Guibray, por la línea materna), había tenido un hijo, á quien quería muy poco.

Tal era aquel siervo liberto, aquel intendente advenedizo, aquel marido y aquel padre. Figura bastante fea en verdad.

Hay que creer que el miserable de nacimiento, al pasar por las dependencias del castillo, había conservado sus instintos de salvaje primitivo, asimilándose del servilismo ambiente la bajeza de alma y la facilidad de la mentira cotidiana.

Con tales cualidades el porvenir era suyo, sobre todo en la época turbulenta, en que todo iba á merced de las corrientes.

En Guibray, á la represión siguió un triste silencio; el hambre hizo otras víctimas, los fatalistas por intuición hacían observar que quizá era preferible perecer bruscamente ahorcado, después de una buena comida, que gemir días y más días torturado por el hambre, esperando la muerte. Era una opinión. Transcurrieron meses.

Pero ya soplaba de París un viento de rebelión y de independencia.

La Bastilla había sido tomada, el trono vacilaba. Algunos audaces, precursores de ideas de vanguardia, empezaban á pretender que nada hay eterno, y que el poder real, como toda cosa humana, podría muy bien, á su vez, hundirse en la nada. Entonces despuntaría la aurora del advenimiento del pueblo, libre al fin, llamado á juzgarse, á dirigirse á sí mismo, para la dicha universal y el desquite de los siglos abolidos.

La repercusión, en las poblaciones rurales, produjo desde luego la incredulidad; los pobres de espíritu y la gente sencilla temían un lazo; vino luego el pavor; los buhos quedaban deslumbrados ante aquella irrupción de luz; finalmente, la sacudida suscitó veleidades de resistencias á las seculares tradiciones de obediencia muda y de respeto á la voluntad de los grandes.

Un gran murmullo llenó los pueblos; los campesinos abandonaban los campos y se formaban grupos en las plazas públicas.

Si el año precedente el barón de Guibray no hubiese castigado con extremada dureza á los saqueadores del convoy de trigo, probablemente no se hubiese alterado el orden en torno suyo. Los hombres del Vexin eran y continúan siendo de carácter tranquilo y de suaves costumbres; pero los últimos acontecimientos habían engendrado odios que esperaban el desquite.

El castillo se sintió aislado en la hostilidad, sorda al principio, pero clamorosa luego. Hasta había enemigos en la plaza, y el primero, aunque el menos sospechado, era el intendente Faulque.

Dos mujeres le excitaban en sus planes siniestros. La una era su madre, la Fanocha, con la cual celebraba entrevistas nocturnas á la orilla del río, en la espesura de un bosque; la otra era su mujer, Paulina Belestat, que vivía al lado de la baronesa.

Si la primera tenía razones para odiar á la raza señorial, permaneciendo fiel á la memoria de su esposo ajusticiado, la segunda era incomprensible.

Bertilla deducía que en la escuela de su marido había contraído la fe revolucionaria; otros pretendían que era simplemente ingrata y ambiciosa.

Se lo debía todo á los Guibray, incluso su dote, pues el barón Carlos le había regalado, el día de su boda, una cantidad importante.

Pues bien: era quizá esa Paulina, perteneciente ahora á la familia Faulque, la que con más frenesí consideraba las perspectivas abiertas. Parecía abrigar contra el barón una aversión particular, y clamaba al cielo su ruina.

Finalmente, después de haberse preparado largo tiempo en densas nubes, la tormenta estalló, con golpes siniestros, llenando el espacio de terror. De un extremo al otro del reino, los nobles, perseguidos, huyeron desalentados ante los antiguos siervos, armados para la venganza.

El barón de Guibray, sintiendo que el suelo se hundía bajo sus pies, atemorizado también, expidió de pronto á su esposa é hijos para Inglaterra, quedándose él á fin de salvar sus bienes de la confiscación. Quedóse aconsejado por Miguel, á quien escuchaba más que nunca.

Esto le perdió. Sus enemigos le espiaban. Era ya, sin sospecharlo, prisionero en su tierra, denunciado á los comités, señalado para el matadero.

Comprendió demasiado tarde que le hacían traición. Como su rey, quiso huir; como su rey, fué detenido.

Era una noche de febrero de 1793. Hacía meses que el teniente general había sido depuesto de sus funciones y de su mando No estaba ya seguro de su guardia personal; no se le ocultaba la indecisión de sus soldados; sus lacayos murmuraban en voz alta; algunos de ellos osaban decir que ya no había amos ni señores.

Carlos resolvió evadirse de su castillo, convertido en prisión para él. Aquella noche, á cosa de las dos, salió de su cuarto con botas y espuelas, la espada y dos pistolas al cinto; sabía que en la cuadra de los guardias había siempre caballos ensillados.

Esperaba escapar á galope del pueblo y del distrito, llegar á Ruán, y una vez allí, sin ser conocido, continuar su ruta hasta el Havre, para fletar un barco en que pasar el estrecho de la Mancha.

Llevaba oro en cantidad considerable.

El plan era tan sencillo, que estuvo á punto de realizarse. Ya el fugitivo había salido del castillo sin que nadie hubiese notado su silenciosa partida. No le creían capaz de semejante audacia. Todos dormían en su cama, satisfechos del abrigo, porque el frío era rudo en el exterior.

El caballo del barón, marchando sobre una espesa capa de nieve, no hacía ruido alguno. Un momento pudo creerse fuera de peligro.

Tomó el camino de Chantemesle, hacia la Roche-Guyon.

De pronto, una forma obscura se alzó delante de él, cerrándole el camino con los brazos en cruz.

—¡No hay paso!

Aunque dura, era una voz de mujer. De más cerca, inclinado hacia ella, Carlos la veía mejor: era vieja, lívida, descarnada, horrible, y los mechones incultos de sus cabellos blancos se retorcían como víboras en torno de su cabeza.

Tuvo tentaciones de apartar de un latigazo á aquella bruja; pero, naturalmente bueno, retuvo su mano ya levantada.

La vieja continuó preguntando:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?

Al mismo tiempo, con sus ojos feroces y brillantes, procuraba distinguirlo.

—Vamos, dejadme pasar..., llevo prisa, buena mujer, tomad...

Y le dió un luis.

Esta generosidad le denunció. Al ver el oro, la vieja empezó á gritar:

—¡Un señor! . ¡A las armas..., á las armas!..

«Está loca —pensó Guibray,— pero me pierde.»

Quiso escapar, pero la bruja se había colgado de la brida del caballo, que reculaba bufando. Ella gritaba sin cesar.

En las casas se encendían luces y batían puertas. Y para mayor desastre, apareció en el camino un grupo en marcha. De todas partes acudió gente; el barón se vió pronto envuelto, cogido por veinte manos furiosas.

Reconocido, se creyó muerto. Las imprecaciones y las amenazas llovían con furia. La vieja manifestaba una alegría triunfante; en su demencia, bailaba en medio del camino.

—¡Yo le olfateé, yo le sentí! ¡Matadlo! ¡Vengad á mi marido! ¡Vengad á Roque! Hay que ahorcarlo en el granero de la sal.

Uno gritó:

—¡Bravo, Fanocha!

Carlos no comprendía. ¿Fanocha? Ignoraba este nombre; había olvidado aquella historia. Pero lo que comprendía perfectamente era que le llevaban cautivo á su castillo, de donde, en adelante, iba á serle muy difícil salir.

A la puerta, advertida por el ruido, la guardia se puso en fila y rindió los honores á su señor, como si volviera de paseo. La ironía era formidable.

Miguel Faulque apareció, saludó á su amo y se quejó amargamente: «Aquel amo faltaba á la confianza que en él se tenía; si se hubiese evadido, ¿quién hubiera sido el responsable? Él, Miguel Faulque.»

Carlos irguió la frente, con el rostro encendido por la cólera, y habló como un Guibray:

—Creía que eras mi intendente y veo que eres mi carcelero.

—¡Ay, por desgracia, sí, señor!

—¿Por orden de quién?

—Por orden del Comité de Salud pública.

—¿Y tú obedeces?

—A mi pesar, señor.

El barón le miró de pies á cabeza y le arrojó estas dos únicas palabras:

—¡Bellaco! ¡Asesino!

Esta fué su última imprudencia y su condenación.

Faulque se inclinó bajo el ultraje, pero se había puesto lívido. Si le quedaba un escrúpulo, éste desaparecía. Era el fin del drama.

Algunos días después, también de noche, Guibray, que dormía, fué bruscamente despertado por violentos golpes dados en la puerta de su cuarto que él cerraba cada noche por dentro, y gritó:

—¿Eres tú, Miguel?

La voz de su intendente le contestó desde fuera:

—Señor, no lo dudéis.

Vistióse y abrió, ya por un resto de su acostumbrada confianza en aquel hombre, ya porque hubiese comprendido que toda resistencia sería inútil.

En el corredor vió brillar fusiles y sables. Eran los antiguos soldados, los que él había mandado hasta hacía poco como teniente general, que venían á apoderarse de su persona. Faulque daba órdenes.

El barón dijo:

—Es asqueroso.

Se le hizo subir á un coche preparado que lo condujo á París. A la mañana siguiente fué encarcelado en la Abadía, de donde, tres semanas después, salió en carreta para el patíbulo. Murió simplemente, con un hermoso valor, como un cumplido caballero que era.

La baronesa de Guibray, refugiada en Londres, con sus dos hijos todavía muy jóvenes, se enteró de la muerte de su marido por la Gaceta que publicaba la lista de las últimas ejecuciones. Entre otras anunciaba la del ex barón Carlos le Tenant de Guibray, ex noble, ex teniente general del distrito del Vexin francés.

No había duda posible.

Poco tiempo después, el intendente Miguel Faulque compró por su cuenta personal la posesión de Guibray, confiscada como finca de emigrado y vendida como propiedad nacional.

La obtuvo á vil precio y la pagó al contado con el dinero de la dote regalada á su mujer por el barón asesinado. Era una buena especulación para un hombre como él, esclavo de los principios. Su mujer, Paulina, le aprobaba en todo y no cabía en sí de alegría.

Sin embargo, ni uno ni otra quisieron continuar viviendo en el castillo. Se puede no creer en nada y tener miedo de los espectros; cuando los tiempos se hubieron apaciguado, el matrimonio hizo edificar el castillo nuevo; y allí fué donde sus destinos siguieron su curso, en la calma y la prosperidad.

Tenían un hijo, Urbano Faulque, nacido en el curso de un viaje; no se parecía á su padre. Este parecía más bien detestarlo que quererlo; y su misma madre no manifestó jamás gran afecto por aquel hijo, á pesar de no tener otro.

Ese Urbano fué el padre de Clemente y el abuelo de Bertilla. Se había casado á una edad bastante avanzada con una muchacha de buena burguesía; su vida había sido retirada, modesta, sin ruido, sin gloria, con apariencias (cosa extraña) de nobleza, de rara distinción y de alta lealtad; nada, absolutamente nada de su padre.

Tales eran hasta nuestros días los ascendientes de Bertilla; y, en aquel Miguel, felón y traidor, según la ley de los hombres, ella veía un héroe, un hombre pensador, uno de esos lentos reivincadores de justicia, que conciben un proyecto en la sombra, durante años y años, sin dejarse distraer nunca de él, sin absolver jamás, persiguiendo á una raza á través de sus generaciones, capaces de todos los crímenes para llegar á su fin que juzgan útil, humano, necesario, grande ante su conciencia, única directora, único juez, única guía escuchada.

Bertilla ponía á aquel bandido vulgar á la altura de Bruto y de Lorenzaccio; éstos también habían disimulado, mentido, traicionado á sus bienhechores, á sus amos. Estos eran, según ella, los hermanos mayores de Miguel, sus predecesores, pero sus iguales.

Aquel hijo había vengado á su padre en el hijo de un verdugo.

Había hecho bien.

Devastó y arruinó la casa en que había sido recogido y educado...

Sí, decía ella, «recogido,» pero después que habían muerto á su padre, arrojado á su madre lejos de él, siendo todavía un niño; «educado» á puntapiés, en las cuadras y en las cocinas. ¿Qué agradecimiento debía entonces?

Había hecho bien

Entregó á su amo. ¿Por qué era tal amo? ¿Con qué derecho? Todo se lo tenía bien merecido.

Compró los bienes del barón con el oro dado por el barón mismo. Buena guerra, divertidas represalias, un punto de alegría en aquellas horas trágicas.

Sí, sí, tres veces sí. ella debía profesar tanto orgullo por aquel bisabuelo, político inexorable, rebelde vencedor, vengador de los tristes, como piedad por el primero de la raza, el miserable perseguido, acosado, vencido, ahorcado á la puerta del granero de la sal.

En memoria de este último, iba con frecuencia en peregrinación á la negruzca ruina que había sido el alfolí en tiempo de los reyes. Aquel rincón, situado fuera de la antigua baronía, pertenecía aun á los Faulque.

Cuando Pedro de Guibray había sorprendido allí, aquel mismo día, á la descendiente del ahorcado, ésta se hallaba sumida en sus habituales pensamientos, evocando el trágico pasado. Así es que era natural que acogiese de mal talante el saludo de un Guibray, de regreso en el país.

Bajo esos diversos aspectos y á través de esas diversas leyendas, consideraba Bertilla á sus antepasados: siervos, villanos, lacayos, intendentes enriquecidos, burgueses advenedizos. Como Pedro respecto á sus nobles abuelas, ella creía firmemente poseer su historia entera; y, como él, se equivocaba de arriba abajo; había compuesto, á su antojo, figuras ficticias; había edificado en el vacío; y eso, justo es decirlo, necesariamente, fatalmente, puesto que carecía de datos precisos, de documentos exactos, no habiendo deducido nunca sino por lo que había oido contar; puesto que ignoraba, como todo el mundo, los grandes secretos del pasado, dormidos con los muertos.

II

A la mañana siguiente, Pedro se escapó de prisa.

Había pasado una mala noche, entrecortada de insomnios, después de haber velado hasta muy tarde leyendo pergaminos indiferentes que nada le habían enseñado. Pero después de aquel contacto con cosas muertas, experimentaba una ardiente necesidad de vida y de luz.

En el umbral de su fúnebre caserón aspiró violentamente el aire libre, aclamó la campiña soleada, el río, amigo ya, que continuaba su curso tranquilo en torno de las islas, alborotadas por el canto de los pájaros.

Y en seguida su juventud, fácil de reconfortar, recobró ánimo bajo la hermosura del cielo, por la misericordia infinita de los tranquilos paisajes.

Bajó hacia el Sena. Era el punto importante, soberano, del panorama; uno lo buscaba, se acercaba naturalmente á él.

En el camino, varios labradores le saludaron; pero simplemente, como hubieran saludado á cualquier otro forastero bien vestido, de aspecto rico; con esa cortesía campesina que de cada día tiende más á desaparecer, porque la instrucción laica y obligatoria da orgullo á las pequeñas generaciones rurales. No era el homenaje de antiguos vasallos á antiguo señor; toda aquella gente le ignoraba sin duda. Su entrada en su posesión se verificaba sin hacer ruido alguno, ni causar ninguna emoción. Decididamente los tiempos habían cambiado.

El joven, atemperándose al ambiente, hizo abstracción de su personalidad. Paseó por las riberas un alma de estudiante encantado de la naturaleza; olvidó, por un instante, las antiguas querellas y aquellas prerrogativas sociales que él se imaginaba eternas.

Contempló sin recordar, únicamente entregado esta vez á las sensaciones personales. A la orilla del río, cuyos reflejos y color cambiaban según el color del cielo y la espesura de las nubes, se alineaba correctamente una doble hilera de viejos tilos. Era el paseo, el sitio en que los viejos del pueblo venían á sentarse, apoyados en sus bastones.

Y en todo alrededor la visión era espléndida; á derecha é izquierda altas colinas peñascosas presentaban sinuosidades con trozos de viña y pequeños campos cultivados á pesar de su rápida pendiente.

A su vista, la tranquila corriente del río, de trescientos metros de anchura, aparecía poblada de verdes islas detrás de sauces y álamos. De pronto avanzó y pasó un largo convoy de chalanas pesadas y macizas, remolcadas por un vapor minúsculo.

En la opuesta orilla se perfilaba la aldea de Lavacourt, compuesta quizá de unas sesenta casas, unas cubiertas de pizarra y otras de tejas.

En otra época esta aldea había estado muy poblada y animada en extremo. Antes de los ferrocarriles había allí un relevo de posta de París á Mantes, Vernón, Ruán y el Havre, quinientos caballos esperaban á los viajeros; pero el progreso mató esa industria; y lentamente el pueblecito olvidó su gloria, durmióse en la tranquilidad y el silencio ante el río en eterno movimiento, imagen de la vida.

De vez en cuando la balsa, pasando un carro de toldo verde, cortaba la corriente al esfuerzo del barquero y abordaba entre cañas y nenúfares, sirviendo de lazo de unión entre ambas orillas.

Y esto era todo.

Pero no. Debajo de los sauces, acá y acullá, se reflejaba en el agua tranquila el casco verde, rojo ó blanco de alguna barca amarrada entre dos estacas. Allí, durante horas, varios hombres soñolientos, desinteresados del universo, pescaban con caña. De barca á barca, alguna que otra vez, se elevaban voces sordas que correspondían entre sí, refiriendo decepciones.

También aquellos pescadores se quejaban de los nuevos tiempos. Afirmaban que antes se cogían barbos de seis libras y lucios de doce.

¡Qué tiempos aquellos!

Pero ahora, gubios, albures, percas, chevainas pasaban de largo, desdeñando la lombriz, el gusano de tierra, el de lama, el trigo cocido, la cereza ó la ciruela, la mosca ó el pez de estaño. Era una conspiración, la conspiración del silencio, sin duda. ¡Oh, no, nada iba bien!

Quizá á causa de la República.

Pedro envidió aquella gente sencilla, ajena á toda ambición; sus noches, como sus días, debían ser apacibles, en nada parecidas á las que él pasaba. Y esta comparación, para él desventajosa, era ya un principio de humildad.

Con pesar volvió las espaldas al río y tomó una callejuela que entre dos paredes bajas subía al pueblo.

Tenía que descubrir y estudiar todo el país. Tres puntos le atraían sobre todo: la vieja iglesia, el pueblo mismo y la finca reconstituída.

Cualquier otro hubiera empezado por sus propiedades; pero él no era de alma vulgar, y además, por atavismo, concebía mal que el pueblo y la iglesia no le perteneciese lo mismo que las tierras de Guibray y el castillo ruinoso.

A paso lento llegó á la plaza de la alcaldía; la casa consistorial no era muy imponente; construída de piedra y ladrillos, mediría unos quince metros de fachada y tenía el aspecto vulgar de una casita de recreo.

Pero su frontón ostentaba estas palabras graves:

Libertad, Igualdad, Fraternidad

República Francesa

Lo cual sorprendió casi al joven señor de Guibray. Y la sorpresa fué desagradable. A cada paso surgía una afirmación para demostrarle mejor lo vano de sus secretas reivindicaciones.

Todo el pueblo estaba asentado en empinadas cuestas; las casas eran varias veces seculares.

Pedro saludó de paso al granero de provisiones de boca, llamado de Francisco I. Actualmente era una granja, y dentro de sus altos muros obscuros, en que se habían abierto raras ventanas, estrechas como aspilleras, mugían vacas, vueltas hacia la salida, esperando la hora de bajar al río á beber.

Reconoció la vieja escribanía, aún subsistente; caserón con la fachada atravesada de vigas negras, que resaltaban sobre el revoque desconchado. Por una puerta abierta vió una antigua chimenea que databa de un pasado venerable.

Pero en la calle que conduce á la iglesia se detuvo, presa de emoción.

Hubiérase dicho que nada se había movido desde la época de Luis XI; era una apariencia única de decoración de ópera para alguna escena de sublevación popular ó para alguna ceremonia religiosa de ritos olvidados.

Al extremo de aquella calle arcaica, en lo alto de una ancha escalinata de piedras llanas gastadas por los pies pesados de veinte generaciones, se alzaba la iglesia, admirable por su arquitectura semi romana, semi gótica, monumento histórico, clasificado y adoptado como tal por el Estado.

Fué fundada por Blanca de Evreux, hija de Carlos *el Simple*, esposa de Rollon, el aventurero normando, que fué después duque bajo la soberanía de la corona de Francia—continuada por Enrique II de Inglaterra, en la época de la conquista.

Y el tiempo pasa; la obra permanece incompleta hasta Francisco I; después, Enrique II y Diana de Poitiers, que tienen á bien cincelarla y concluirla, graban en ella la salamandra junto á las iniciales del rey y de la favorita.

Durante las guerras de religión, Enrique IV la bombardea desde la otra margen del Sena; las huellas de los cascos de metralla son aún visibles en la fachada Oeste; y los contrafuertes, rápidamente construídos para su defensa en aquellos tiempos de batalla, subsisten y la aislan en una bella altivez.

Pedro pensó que aquella iglesia vió los barcos de los normandos mal sumisos remontar el río para la audacia de los golpes de mano y las grandes aventuras; ella, que un inglés fijó, cerca de mil años ha, en aquel panorama que ha continuado siendo el mismo, fiel á su historia, desde aquellos tiempos bárbaros hasta nuestros días, tan distintos.

Ninguna cosa humana sabría marcar mejor que ella la lentitud y la rapidez de las edades. ¡Qué de tempestades de abajo y qué de tempestades de arriba había arrostrado el gallo de su veleta protegido por San Pedro!

Y aquel gallo desdorado, encaramado en la altura, atraía y retenía los pensamientos del peregrino de viaje.

¿Cuántas miradas muertas se habían vuelto hacia él? La campana, su amiga, había tocado bajo sus alas tantos bautizos y matrimonios, con alegre repiqueteo, y tantas defunciones, con fúnebre tañido, que nuestra humanidad significaba poco para él. Desde lo alto de su impasibilidad serena había visto pasar, nacer y morir á tantos hombres, que ya no se acordaba de haberlos contado.

Los curas sucesivos lo habían mostrado, en el espacio, como el emblema eterno de la gloria imperecedera; y á pesar de los ultrajes, había permanecido en pie, vigilante de día, vigilante de noche, por cima de los tejados de chamiza, de tejas y de pizarra, más sólido que las torres de las casas feudales abolidas. Y sólo él podría decir si la tierra ha cambiado desde un millar de años á esta parte.

Error, idolatría, culto de imágenes, podrían ustedes alegar; sí, en verdad; pero ¡cómo se había sostenido, á pesar de los vientos contrarios, cómo se sostiene aún para días imprevistos ese gallo en la punta del campanario, bajo el sol ó las estrellas, empenachado, soberbio y pregonando su fe!

En los contornos, las colinas sinuosas atestiguaban sus leyendas; las piedras, olvidadas, se acordaban á pesar de todo, y la robusta persistencia de las fuertes campiñas que alimentaron á los antepasados, prometía nuevas cosechas.

Y el río, ese transeunte, ese vagabundo obstinado que nunca es el mismo y lo parece siempre, continuaba su papel de resbalador sordo entre las riberas fijas.

Pedro se abismaba en su contemplación con ojos de visionario, sin que nadie pareciese observarle. La gente iba y venía sin ocuparse de aquel forastero, de pie en medio de la calle.

Decididamente la consigna, en aquel país, era indiferencia; además, en estos tiempos de ciclismo y automovilismo, los intrusos, convertidos en legión, no llaman ya la atención de nadie.

Sólo un viejo murmuró, al pasar cerca del joven absorto:

—Algún artista...

Y la entonación de estas palabras carecía de benevolencia.

Pedro iba á continuar su viaje de exploración, prometiéndose volver más tarde á la iglesia, cuando bruscamente, las campanas doblaron á muerto.

La puerta principal, bajo el pórtico, se abrió de par en par; y en la plaza y en lo alto de la escalinata brilló al sol una mezcolanza de abigarrados trajes.

Pedro creyó soñar.

Veía en medio de sobrepellices blancas, sotanas negras y al lado de sacerdotes unos extraños personajes con túnicas y birretes encarnados, que se alinearon, tomaron la delantera y empezaron á bajar la escalinata hacia la calle.

Ante aquella ceremonia religiosa, en aquel cuadro inalterado de típica antigüedad, el tiempo parecía disuelto, abolido, sin razón ni realidad. Con poco esfuerzo de imaginación, se hubiera uno creído en la Edad Media.

Avanzó el cortejo.

Pedro pudo examinarlo, y su asombro redobló.

A la cabeza y como de vanguardia, precediendo como unos diez metros á los monaguillos, iba un hombre llevando con arrogancia una sobrepelliz negra por encima de una túnica encarnada y un birrete alto y rígido del mismo color. Llevaba en cada mano una campanilla, y ambas manos agitaban las dos campanillas sin cesar.

Detrás de él, los monaguillos, vestidos también de encarnado, venteaban pebeteros; seguían otros personajes, en número de ocho, abigarrados de rojo y amarillo, con fajas ó bandas bordadas, multicolores; luego el Santísimo Sacramento, llevado por un vicario; después el cura y sus diáconos, y todos cantaban, salmodiando una rogativa lenta, un interminable responso.

Pedro no salía de su sorpresa.

Si hubiese sido realmente un hijo del país, hubiera conocido á aquellos Hermanos de la Muerte, cuya tradición persiste en el Vexin desde hace siglos y siglos. Los días de entierro van á buscar al difunto con el clero parroquial. ¿Quiénes son? El carnicero, el panadero, el fondista, honorables industriales disfrazados para el caso. Es un honor, sin embargo, y es preciso ser digno de él para obtenerlo.

Era, pues, un entierro lo que se ofrecía como bienvenida al señor de Guibray, para su primera mañana.

El acto le interesó, estimando con razón que así vería reunidos sin duda á todos los que deseaba conocer.

En los pueblos, donde se vive como en familia, es obligatorio acompañar á los difuntos hasta su última morada, aunque los haya detestado en vida.

Los habitantes salieron presurosos de sus casas; la ceremonia atrajo á una muchedumbre.

Bruscamente, delante de la casa consistorial, los grupos se apartaron. Un landó lujoso llegaba al trote largo de dos caballos negros de pura raza; el conjunto era de una elegante distinción, demasiado suntuoso quizá para semejante esfera.

Pedro de Guibray, confundido con la multitud, codeado, empujado, se empinó para ver, y divisó en el coche á su enemiga de la víspera, la joven de la barca, la aparición del alfolí.

Estremecióse y fijó más su atención. Al lado de la muchacha iba sentado un hombre de unos cincuenta años, muy esbelto y guapo, de porte muy distinguido; llevaba corto el cabello gris y muy largo el bigote rubio. Los hombres del pueblo le saludaban quitándose el sombrero, y él contestaba, indolente, con un gesto de lo mano.

Con la voz ahogada por sentimientos diversos, Pedro interrogó á su vecino de la izquierda, un hombre rechoncho, que no cabía en su levita negra de los días de fiesta:

—¿Quién es ese caballero... y esa señorita?

El otro mirólo asombrado, y replicó:

—¿Quién no conoce á D. Clemente Faulque y á la señorita Bertilla?

Y añadió después de una pausa:

—Son los señores del país...

Pedro se apartó y huyó en seguida; pero no tan aprisa que no le hubiese reconocido Berta, la cual desde lejos lo designaba discretamente á su padre. Clemente Faulque miró vagamente, sin mostrar gran interés.

Pedro volvió á encontrarse cerca del río, desconcertado. Juzgaba su error. ¿Era aquél, pues, el Faulque, descendiente de siervos y traidores, á quien contaba anonadar con su desprecio al primer encuentro?

No podía menos de confesar que el personaje no parecía fácil de impresionar. Aquel villano tenía todo el porte de un caballero; aquel hijo de lacayo era de noble aspecto... Es más (y Pedro lo reconocía con un horror que le sofocaba), ese Faulque ofrecía en sus facciones y en su actitud un curioso parecido con su padre el muy noble barón Gilberto le Tenant de Guibray. Esto era innegable. Los dos poseían la misma mirada un poco desdeñosa, el mismo cabello blanco, el mismo bigote largo y rubio. Eran á poca diferencia de la misma edad, lo que aumentaba las similitudes.

Pedro se volvía loco.

El lujo del coche le había ofuscado también. ¿Qué papel haría él, el verdadero señor, en su ruina, al lado de aquellos usurpadores del suelo que vivían en grande?

Pero, sobre todo, aquel parecido..., aquel parecido le trastornaba. Acabó por deducir que los hijos de una misma tierra pueden presentar, sin parentesco alguno, idénticos aspectos, en virtud de una especie de primazgo étnico. Y se contentó con esta explicación, buena ó mala. ¡Pero qué decepción llenaba todo su ser!

Renunciando á la curiosidad de una ceremonia nueva para él, se alejaba del pueblo á grandes pasos por la carretera. Subió la cuesta, y de lejos aquel pueblo, animado por el sol, ostentaba en los cercados de las viejas casas rosas y más rosas, rosas en espalderas, rosas en pie, rosas rosadas, rosas amarillas, rosas blancas, rosas casi negras, de obscuro granate. Era el país de las rosas... Aquel esplendor del suelo no hizo más que irritar á Pedro, que murmuró:

—Vamos, exploremos el dominio..., pero ¿dónde está mi dominio?

En rigor, lo ignoraba. Las palabras escritas en las actas no le habían enseñado nada; carecían de sentido para todo el que no conociera el terreno.

Vagó al azar, mirando á derecha é izquierda, procurando orientarse. ¿A quién pertenecían aquellos campos, á quién aquel pequeño bosque? Tal vez á él; tal vez á otro.

¡Singular propietario! No se atrevía á pedir informes. Empezaba á presentir su personaje desairado, evolucionando en medio de seres indiferentes, cuando no hostiles.

Comprendía perfectamente que cualquier otro que no fuese un Guibray hubiera sido acogido de mejor y más franca manera; que los que le habían vendido su propiedad se hubieran apresurado á instalarlo en su casa si no hubiesen sido los Faulque, recelosos de sus intenciones.

Se hubiese alegrado infinito de encontrar ahora quien le guiase á través de su viaje de reconocimiento; pero no se presentaba nadie.

¿Quién tenía la culpa? ¿Clemente Faulque no le había hecho avisar que si quería tomarse la molestia de visitarlo estaba á su disposición para todos los informes? Otro hubiera empezado por hacer aquella visita. Era natural, obligatoria, indispensable...

En voz muy alta dijo como contestando á sus íntimos pensamientos:

—¡Eso jamás!

Entonces, ¿cuánto tiempo iba á permanecer en aquella situación ridícula de indecisión, sin saber cuáles eran sus tierras en medio de las demás tierras; exponiéndose, sin duda, á alguna desagradable observación?

Oyó pasos tras él en el camino y volvió la cabeza. Había pasado una hora en sus alternativas. Vió á aquel hombre gordinflón que no cabía en su levita de los días de fiesta. Le dejó venir, dispuesto á soportar su conversación, que él suponía inevitable; dispuesto á soportarlo todo, por desaliento.

El otro se acercaba. A diez pasos empezó ya á hablar.

—¡Eh, eh, señorito, no esperó usted el final de la fiesta!.. Sin embargo, el que enterrábamos era un borracho de marca mayor. Y su fin ha sido digno de él. Se murió del susto que le dieron los empleados de consumos el día que fueron á practicar un registro en su bodega. Defraudaba al Ayuntamiento..., una tontería, sin embargo..., la cosa valía diez y seis francos de multa... ¡Bah! Usted es forastero y todo eso le importa poco, ¿verdad?

Pedro se irguió. La palabra *forastero*, en el país de sus antepasados, tenía el don de irritarle. Así es que replicó con sequedad:

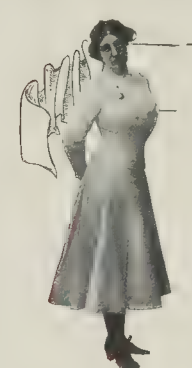
—No soy forastero ni mucho menos. Soy el señor de Guibray.

Sin parecer ofuscado en lo más mínimo por tal título ni por tal nombre, el gordinflón contestó sonriendo:

—Señor sin señorío..., como quien dice: caballero sin caballo... ¡Guibray! ¡Ay, qué guasa!.. ¡Hasta la vista, caballero!

Y pasó.

(Se continuará.)



Poneos siempre así

LA MUJER PERFECTA

CÓMO SE CONSIGUEN SALUD, BELLEZA Y BUENA FIGURA

POR MAUDE ODELL

La autora de este artículo discute aquí un asunto de gran interés para la mujer, y lo hace con gran autoridad, pues ha ganado ya un premio de belleza, por ser una de las mujeres mejor formadas que se presentaron en el certamen, confesando que su fuerza y hermosura son el resultado de los ejercicios físicos que ha hecho. En el escenario, representando el papel de «Galatea,» estatua viviente, la perfección de su figura causó la admiración de todo el que la vió. Ha hecho un estudio especial de varios ejercicios, cuyas figuras damos á continuación, los que operarán milagros en toda mujer que los ponga en práctica.



No os pongáis nunca así

Como verdadera hija de Eva que soy, confieso á ustedes que los ejercicios físicos á que vengo dedicándome desde hace algún tiempo los hago por aquello de adquirir buena presencia, buen parecido, por razones mujeriles, en una palabra.

A buen seguro que no me hubiese tomado la molestia de dedicarme á ellos con tanta asiduidad si hubiera visto que se desarrollaban demasiado mis manos y mis pies, ó que se deformaban mis músculos. Si hubiera comprendido yo que con estos ejercicios físicos no me sentaría bien el vestido y que sólo conseguiría con ellos mantenerme en buen estado de salud, los hubiera dejado inmediatamente y no molestaría ahora á mis lectoras diciéndoles los resultados que me han dado á mí. Pero precisamente es todo lo contrario; y hoy tengo la persuasión de que una buena constitución del cuerpo se adquiere únicamente con los ejercicios físicos; se adquiere además buen parecido, buena figura, buen porte, bonito cuello, bonitos brazos y hermosas espaldas, caderas elegantes y pechos flexibles. Y así queda ya explicado el por qué predico constantemente, aconsejando los ejercicios físicos, y el por qué no me canso nunca de practicar los yo misma, dedicándoles todas las mañanas diez minutos antes de meterme en el baño.

Ejercicio para desarrollar las muñecas y los antebrazos. – Cierra las manos fuertemente, extendiendo los brazos horizontalmente en toda su longitud, ó sea poniéndolos en cruz, apretando los músculos, el dorso ó revés de las manos hacia arriba. Deja caer las manos con fuerza hasta formar un ángulo recto con las muñecas, ó á lo menos aproximarse todo lo posible.



Ejercicio para desarrollar el busto. – 1.° Extiende el brazo con la mano cerrada, subiéndola hasta la altura del hombro, y la otra mano la colocas en la cadera.

A mí me han dado un resultado magnífico; me han dado gracia, buenas formas, y me han evitado por otra parte las enfermedades comunes á todos; esto es, las malas digestiones, los dolores de cabeza, los nervios, etc., despertando en mí un hambre feroz y haciendo que las prendas de vestir me sienten tan admirablemente, que hace pocos días me decía mi sastre: «Si todos mis clientes fueran como usted, señorita Odell, sería yo el sastre más afamado del mundo.»

Antes de que mis lectoras estudien mi plan, les suplico que mediten un momento en lo que hacen hoy día la mayoría de las mujeres para adquirir una buena apariencia. Llevan corsés de formas á la moda, sin fijarse en que no les convienen para su constitución física. Con estos corsés no pueden respirar á sus anchas y mortifican los órganos digestivos, y además de esto mantienen la parte alta del cuerpo sumamente rígida, impidiendo que se pueda caminar con gracia. El resultado es que adquieren malas complexiones y se les ponen las narices encarnadas.

Los tacones altos y encorvados hacia dentro, los llamados tacones Luis XV, que no sostienen bien el talón, porque van á parar casi á la mitad de la suela del zapato, deforman el pie y afectan á la espina dorsal. Son además muy peligrosos para andar por las calles con tantos rieles de tranvías como hay, y para subir y bajar á los coches. Los tacones de las botas tienen que ser planos y no muy altos, si es que deseamos andar bien y tener salud.

Las mujeres elegantes hacen muy poco ejercicio; pasean en coche por los parques cuando están en la ciudad, ó juegan al *croquet* ó al *tennis* si se hallan en el campo; pero esto es tan poca cosa que casi puede decirse que no influye en nada en la salud ni en el desarrollo de la fuerza.

Gastan mucho tiempo y mucho dinero en cabellos postizos y en complexiones postizas. En masajes y afeites se gastan un dineral; todos los potingues que sirven para embellecer el rostro los comprarían aunque costaran un sentido; y lo bueno es que después de todos estos sacrificios no pueden salir á la calle el día que hace un poco de viento como no se pongan dos velos en la cara.

Con diez minutos que consagraran diariamente todas esas mujeres á los ejercicios físicos antes de meterse en el baño, no encontrarían la vida tan pesada y embarazosa como la encuentran ahora, pues son verdaderas esclavas del tocador, en el que pasan lo mejor de su vida.

Los ejercicios que yo defiendo y aconsejo son sencillísimos y no cuestan dinero. Los he escogido entre los muchísimos que hay, por la razón de que se relacionan especialmente con la belleza de la mujer, porque cada uno de ellos contribuye á formar físicamente la figura perfecta. Principian por el cuello y terminan por los tobillos; ni son trabajosos ni cansan lo más mínimo, y con diez minutos diarios de ejercicio hay bastante. Se hacen con el cuerpo derecho, á lo recluta, los talones unidos, el pecho saliente, los hombros hacia atrás, respirando al mismo tiempo mucho y con facilidad.

No hay mujer que no desee tener un cuello bonito, largo y redondo, flexible y gracioso. Pues ahí va el secreto; para conseguir lo que se desea se hace lo siguiente: se pone una de pie manteniendo el cuerpo bien derecho, echando un poco la cabeza hacia atrás con suavidad, sin ninguna clase de esfuerzo, bajándola después muy despacio hasta que la barba se halle cerca del pecho; este movimiento se repite veinticinco veces, que vienen á durar un minuto próximamente.

Esto es todo lo que hay que hacer.

Viene á continuación otro ejercicio que tiene por objeto desarrollar el pecho, haciendo que la parte alta que queda descubierta con la bata ó chambra que llevamos á primeras horas de la mañana, adquiera buena forma. Se consigue esto poniéndose derecha (fig. 7), extendiendo los brazos horizontalmente en toda su longitud, así como las manos, y en esta posición se respira muy fuerte por la nariz, y se mueven los brazos, estirados



Ejercicio para desarrollar el busto. – 2.° Lleva después el brazo con gracia hasta colocarlo delante del cuerpo, de forma que la parte alta del brazo oprima fuertemente la parte alta del cuerpo. Repite este movimiento diez y ocho veces con cada brazo.

como están, poco á poco hacia atrás hasta donde puedan ir, describiendo un arco de tres cuartos de círculo en un plano horizontal. Este movimiento se repite treinta veces en un minuto.

En este ejercicio, lo mismo que en todos los demás, hay que mantener siempre el pensamiento en lo que se está haciendo; es preciso desplegar energía y que los músculos estén siempre bien apretados y firmes.

Aún no hemos terminado con el ejercicio de los

brazos. Para que adquiera el antebrazo una forma bonita y las muñecas sean delgadas y elegantes, no gordonas como las de una criatura, sino bien formadas, aunque se entrevean algo los huesos, que esto no es feo ni mucho menos, hay que hacer el ejercicio de que hablaré ahora. Con este ejercicio se consigue que el antebrazo adquiera forma elegante, y los hombros ganan á la vez mucho en hermosura. El brazo de la mujer, ya vaya descubierto ó con las mangas ajustadas que se usan ahora, tiene que estar bien formado; así es que este ejercicio es sumamente importante, porque tiende á embellecerlo.

Se extienden los brazos en cruz en toda su longitud (fig. 3), manteniéndolos horizontalmente, cerrando antes las manos con fuerza y apretando mucho los músculos, manteniéndolas con el dorso ó revés hacia arriba. Hecho esto, se echan con fuerza hacia abajo, procurando que formen casi un ángulo recto con las muñecas. Después, con la misma rapidez que se han encorvado, se ponen derechas con los nudillos hacia arriba, y se repite la operación con viveza durante veinte veces.

El ejercicio que sigue es muy sencillo y tiene por objeto desarrollar el busto.

Se extiende el brazo en toda su longitud con la mano cerrada (figs. 4 y 5), quedando ésta á la altura del hombro y colocando la otra en la cadera. Se baja después con gracia hasta colocarlo delante del cuerpo, de modo que la parte alta del brazo oprima fuertemente la parte alta del cuerpo. Esta operación se repite diez y ocho veces con cada brazo.

Con cincuenta ejercicios que se hagan mejora considerablemente la apariencia del busto ó medio cuerpo de la mujer, y las que lo han probado han quedado sumamente satisfechas del resultado. Para mejorar la cintura hay también muchos ejercicios, pero el más antiguo y más familiarizado consiste en ponerse de pie, bien derecha, con las manos juntas y puestas por encima de la cabeza, encorvando después el cuerpo sin doblar las rodillas, hasta que las extremidades de los dedos toquen á los tobillos; pero este ejercicio es muy violento, por lo que recomendamos este otro (fig. 6), que es mucho más fácil y mejor calculado, con el que se consigue que la cintura adquiera buena forma, flexibilidad, gracia y se alargue bastante: las que son demasiado gruesas adelgazan, y las muy delgadas desarrollan los músculos y adquieren redondeces elegantes.

Ejercicio para que la cintura adquiera buena forma. – Ponte derecha, dejando caer los brazos por los costados con las manos fuertemente cerradas. Tuerce el cuerpo á un lado, levantando una mano hasta colocarla debajo del sobaco con los nudillos hacia dentro, bajando al mismo tiempo la otra todo lo posible. Hecho esto, haz el movimiento inverso y repítelo acompasadamente treinta veces.

Se pone una bien derecha, con los brazos caídos á los lados en toda su longitud, y las manos cerradas y bien apretadas. Se dobla entonces el cuerpo á un lado, levantando una mano hasta colocarla debajo del sobaco con los nudillos hacia dentro, bajando al mismo tiempo la otra todo lo posible. Hecho esto se hace el movimiento inverso, y se repite acompasadamente treinta veces.

El ejercicio que sigue ahora tiene por objeto aplanar en lo posible el abdomen, cosa que está muy de moda ahora, y fortalecer al mismo tiempo los músculos que hay encima de los órganos digestivos. Consiste en lo siguiente:

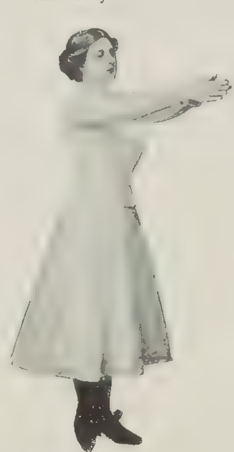
Se tiende una en el suelo boca arriba, con los brazos por encima de la cabeza. Hecho esto, se incorporará quedando sentada, manteniendo los talones unidos y los brazos en el aire. Se extienden entonces los brazos—quedando la cabeza entre ellos—y con las extremidades de los dedos se tocará los tobillos; se vuelve á tomar la posición primitiva, y se continúa el ejercicio durante veinte veces.

Hay que prestar también un poco de atención á las piernas. Puesta de pie y con las manos en las caderas, se pone una de puntillas, bajando el cuerpo poco á poco hasta quedar sentada en los talones; se levanta después lentamente y se repite la operación todas las veces que se pueda.

Este ejercicio termina saltando unas cien veces, que es lo mejor que hay en el mundo para desarrollar y fortalecer las piernas, para acelerar la circulación y producir la transpiración.

Después de saltar se mete una en el baño; yo lo tomo siempre frío, pero esto es cuestión de temperamentos, y cada una lo puede tomar como le convenga.

Todos los ejercicios mencionados se han de hacer en unos diez minutos próximamente, y siendo constante y haciéndolos con regularidad se adquiere muy pronto agilidad y belleza, manteniéndose siempre en buen estado de salud.

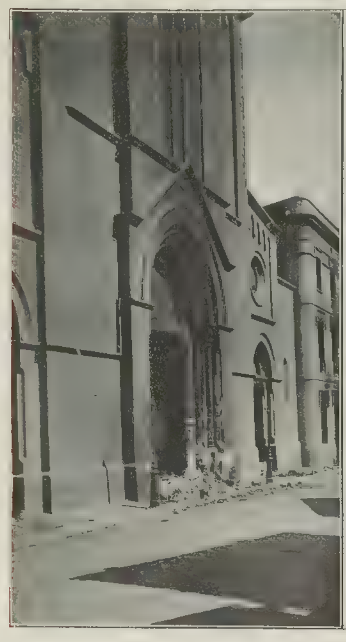


Ejercicio para desarrollar el pecho. – Ponte de pie, bien derecha, y extiende los brazos en toda su longitud juntando las manos.

Permítaseme, para terminar, que puntualice aquí lo que dejo ya dicho más arriba, esto es, que la perfección en el buen aspecto de la mujer se consigue únicamente por medio de esta clase de ejercicios, que tienen además la ventaja de mantener bien la circulación de la sangre. Hay que tener presente que si se presta más atención á una clase de ejercicios que á otros, resulta la cosa contraproducente, pues entonces se desarrollan demasiado los músculos de aquella parte del cuerpo, la deforman y no conseguimos por lo tanto lo que vamos buscando, que es la belleza de las formas. Si vemos, por ejemplo, que en el ejercicio de los brazos, que tiende á desarrollar el pecho, se desarrolla uno más que el otro, se deja en seguida para que no tome mala forma. Si las mujeres prestaran á esta clase de ejercicios la centésima parte de la atención que prestan al tocador, la Naturaleza les recompensaría generosamente sus esfuerzos.

BARCELONA.— RECUERDOS DE LA SEMANA TRÁGICA (26–31 DE JULIO)

(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)









VISTAS DE ALGUNOS TEMPLOS Y CONVENTOS DESTRUIDOS POR LAS TURBAS INCENDIARIAS

Puerta de la iglesia nueva de Santa Madrona. – Convento de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl. – Interior de la iglesia del convento de las Arrepentidas. Exterior de la iglesia de San Antonio Abad

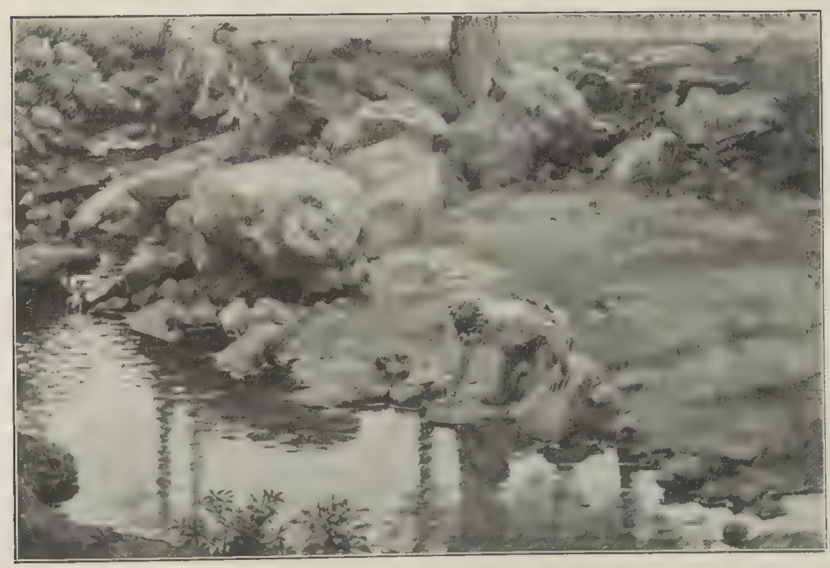
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVIII — Barcelona 30 de agosto de 1909 — Núm. 1.444

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA





LA HORA DEL DESCANSO.—NARCISO Y LA NINFA ECO, cuadros de José Garnelo

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por primera vez de mi vida, no sé en qué tono empezar una crónica. Escribiendo para Barcelona y después de lo que en ella acaba de suceder, me asalta la duda; ¿debo referirme en primer término á la impresión causada por tantos atroces testimonios de lo que es la humanidad sin freno, ó más bien volver la vista con el *sdegno* doloroso del florentino en los círculos del Infierno, y murmurar una vez más el *Non ragionam di lor, ma guarda e pasa?*

Creo que esto será lo mejor, al menos mientras humean las cenizas y negrean las desplomadas paredes. Apartémonos de esa visión macabra, y recordemos otras recientes...

Es en Santiago de Compostela, pueblo joya, pueblo relicario, en que persiste la imagen del pasado con la misma viveza que si fuese presente; pueblo donde las piedras tienen voz, y donde los edificios nuevos horripilan como una profanación y una incongruencia. Los forasteros y extranjeros inteligentes que atrajeron las fiestas del Año Santo, se lamentaban de ver casas de nuevo cuño, calles que intentan ponerse en fila como soldados bien instruídos, y soportales altos, de estilo comercial, porque la fealdad prosaica de la vida actual se les aparecía de realce al contrastar con la belleza de lo que fué, con su señorío reposado y aristocrático. Yo me acordaba de aquella hotella de tinta arrojada en Salamanca á un edificio color de rosa y con decorado modernista, y sentía impulsos de adquirir varios barriles de ese líquido insidioso que las máquinas y los lápices de anilina van haciendo innecesario, pero que aún puede servir para ejecutar un acto de justicia. Me hubiese encantado embadurnar todo lo que en Santiago se ha construído desde hace treinta años, á ver si así caen los ediles en la cuenta de que *no hay derecho.*

Es en Santiago de Compostela... Me detengo ante la vieja casa ruinosa de la Inquisición, de la inofensiva Inquisición gallega que fué amonestada por la de Madrid por su lenidad.. La casa es un magnífico palacio que tiene un gran huerto descuidado y fértil. Su aire es noble, con esa nobleza sin romanticismo, un poco apelmazada, de los siglos XVII y XVIII. Allí, según dicen, se va á alzar un hotel contemporáneo. Esto es más horrible que todos los suplicios que la Inquisición inventase, si es que inventó alguno.

Es en Santiago de Compostela, frente á la fachada «de Platerías.» Acaba de hacérsele al rey una ovación entusiasta. Los estudiantes no se cansan de aclamar á aquel mozo de su edad, que llega un poco empalidecido por el viaje, y quién sabe si por las noticias que ya corren, noticias malas para nosotros. ¡Han matado á Ibáñez Marín! Las señoras, con ese calor que procede de la simpatía por la juventud, agitan los pañuelos, doloridas por no poder arrojar flores. La flor, ¡ay!, ha sido proscrita desde que sirvió de envoltura al crimen, en un ramillete...

Y al otro día, era en la catedral, en la esplendorosa catedral románica, donde, entre la nube aromosa del incienso, volaba el Botafumeiro, como enorme ave de plata, de nave á nave, hasta que, á poco, hubo de notarse que lo habían encendido con astillas, que la cuerda amenazaba arder, y aquella masa, de peso formidable, caer sobre el gentío que se agolpaba, ansioso de presenciar la ceremonia de la Ofrenda. Hay que interrumpir el majestuoso vuelo del colosal incensario, la mayor atracción de la fiesta después del rey. Porque el monarca va á hacer la Ofrenda él mismo, después de tantos años como la hace un gobernador más ó menos elocuente...

La Ofrenda de Santiago es una institución tradicional, cuyo origen viene del famoso y discutidísimo privilegio de D. Ramiro I, después de la batalla de Clavijo. La historia dice que habiéndose negado Ramiro I á pagar el célebre tributo de las Cien doncellas, rendido á los moros por Mauregato, tuvo que luchar con los sarracenos en Albelda, y retirándose al collado de Clavijo, se sintió triste hasta la muerte, porque los auspicios no le eran favorables y temía la derrota. Y habiendo orado y hasta llorado mucho el rey en aquella vigilia, se le apareció en sueños el Apóstol Santiago—el Apóstol por antonomasia—y le cogió de la mano, comunicándole alegría y fortaleza, y prometiéndole que al día siguiente, desde lo alto, descendería al campo de batalla, en caballo blanco, con blanca enseña, con espada flamígera. Ramiro lo comunicó á su ejército, y al otro día, en la campal jornada, fué visto en los aires, entre relámpagos luminosos, el corcel de nieve, sembrando la cobardía del espanto entre la morisma. «Murieron—dice la crónica—setenta mil moros; fueron tomados Calahorra y otros castillos, y se ofreció al beato Jacobo, á título de primicias, una medida de grano y otra de vino por cada yunta de bueyes en lo conquistado y en lo que se conquistase de los agarenos, como también, para siempre, una porción de soldado en los que se tomase en las expediciones contra ellos.»

La autenticidad del privilegio, la realidad de la batalla de Clavijo, fueron asunto de disputa entre eruditos é historiógrafos; un canónigo gallego llegó al extremo de pretender que no es en la iglesia de Santiago, sino en la de Lugo, donde la Ofrenda debiera rendirse. Sea como fuere, que esta es cuestión enrevesada, la tradición ha prevalecido; la Iglesia, desde Calixto II, tiene aprobado el rezo de la aparición del Apóstol en la batalla de Clavijo, y la Ofrenda, desde tiempo inmemorial, se celebra ante esta hermosa imagen bizantina, envuelta en chapas de plata repujada, que millares de devotos suben á abrazar. Y los que vivimos enamorados de la encantadora leyenda, creemos firmemente que el Hijo del Trueno, como divina Valkiria, voló sobre la matanza de Clavijo, como no pudo menos de volar sobre el valle de Otumba, donde los españoles, debiendo según la razón fenecer todos y dejar por señal sus huesos y por trofeo sus corazones, ganaron una victoria de las que parecen soñadas.

Hoy, las medidas de grano y vino se han convertido en unas siete mil y pico de pesetas, y en un discurso que arrodillado pronuncia el monarca ó quien le represente, ante el altar deslumbrante del Apóstol, todo sombríos dorados y platas obscuras. Pero la ceremonia es bellísima: en el extranjero, á contemplarla acudirían forasteros á miles y se llenarían trenes. Yo he conseguido verla desde una tribuna, la que comunica con el palacio arzobispal. Nada más estético que los trajes granate y amaranto de los obispos, contrastando con la blancura de los mantos de los Caballeros de Santiago, de sus birretes de hechura doctoral. La tradición, al presentarse ante nuestros ojos, se revestía de los esplendores de su admirable ocaso, y el místico albor de aquellas vestiduras que recordaban la del Apóstol, se encendía con el brazo de sangre de las cruces, con el reflejo de las púrpuras cardenalicias. El rey parecía un paladín de misal, con la prolongación grácil, esbeltísima, de su figura, que exageraba la desplegada cauda de su manto.

La cera y el incienso tenían emanaciones penetrantes, y en cambio el olor del gentío apiñado detrás de las rejas, esperando el instante en que se formase la procesión y pudiesen ver al rey y á los lucidos caballeros, no nos llegaba. Veíamos al gentío apretarse, empujarse por ganar ó conservar puesto, ondular en mareas agitadas, que arrancaban á las aldeanas gritos y exclamaciones en dialecto; pero era como el fondo, y fondo el más adecuado, de aquella escena medioeval; el hervidero de cabezas, contenido por la verja, realzaba el bien ordenado desahogo del presbiterio, donde el ceremonial se cumplía reverenciosamente. Los caballeros más jóvenes, los últimos en el Capítulo, prendían el manto en los hombros del rey ó le desceñían la espada; un acólito presentaba la inmensa concha de plata, donde depositaba cada santiaguista su ofrenda especial, la moneda, que caía con choque argentino; ya se arrodillaban, ya hacían profunda reverencia, ya besaban el anillo del cardenal, ya volvían á sentarse en los bancos, con ligero ruido de espuelas y espadas y crujir de altas botas. Y lo solemne llegaba á su colmo cuando el rey, postrado ante el altar, dirigía la palabra á la imagen, en cuyo semblante inmóvil parecía asomar un reflejo de vida, un pensamiento de inmortalidad, un amor inalterable á la raza ibérica, su protegida, la que le había invocado en los combates...

¿Medioeval esta ceremonia? ¡Bah! Todo vuelve, y en España, como dijo Núñez de Arce, sólo están vivos los muertos. Santiago, Hijo del Trueno, tendrá que enjaezar otra vez su bridón de nieve; tendrá que desenvainar su espada de luz; tendrá que cruzar, como un rayo, por el aire encendido, sobre el ardiente campo de batalla. Santiago, que es el espíritu de la raza, su genio, vendrá nuevamente hacia nosotros, con nosotros pasará el mar, y detendrá su montura en la cumbre de la sierra donde se ha hecho fuerte el moro, el enemigo de los ocho siglos de pelea...

La preocupación que se nota en las caras de los personajes que acompañan al rey, no es vana. No se explica sólo por la fatiga del viaje y el calor de los días estivales—nunca excesivo en esta región,—esa imperceptible nube de contrariedad que se extiende por la frente y ese pliegue serio de la boca... Lo de la guerra, que empezó por una agresión aislada, sin importancia en el primer momento, va caracterizándose: es una cuestión grave, es la tranquilidad de que el país empezaba á disfrutar perdida, es el terrible peso de sostener una guerra fuera de España, en un suelo donde el adversario es nómada, y necesita buscársele en las montañas que domina y conoce. Son mil problemas que surgen de pronto ante el hombre de Estado y el patriota sincero que es don Antonio Maura, y á pesar de su energía tranquila, hay no sé qué en su faz que descubre la ansiedad profunda de los primeros momentos del conflicto. Y se comprende, se adivina que no ve la hora de marcharse, de terminar este viaje ya emprendido, pero que coincide con tan capitales sucesos. Es una angustia pasajera: dentro de una hora habrá recobrado el dominio de los nervios, y sólo pensará en la manera de atender á cuanto se viene encima...

Entre el estrépito de las músicas y el clamoreo de las campanas ha sonado como fúnebre elegía la noticia de la muerte de Ibáñez Marín, apenas ha puesto el pie en el suelo africano. Y el pensamiento se me va hacia esa tierra de Marruecos, donde ni una hoja de chumbera hubiese debido crecer sin permiso de España. Aunque nuestra guerra sea con el Riff y todavía no se hayan borrado las huellas de las zapatillas de los embajadores marroquíes en el polvo de las aceras madrileñas, yo juraría que tan bien nos quieren en Tetuán como en Zeluán... Es curiosa la unión que para renegar del perro cristiano existe entre los moradores de ese Imperio, que tienen realmente muy poca unidad de raza, pues son una mezcolanza de bereberes, moros, árabes, negros, hebreos, bohemios y sirios. La piel de los marroquíes recorre toda la escala, del negro lustroso al blanco caucásico; pero, nos dicen los geógrafos y viajeros, son hermanos en cuanto ladrones, fanáticos, astutos, opresores de la mujer y crueles con los inferiores. La evolución de ese Imperio no se ha parado y fijado en las épocas florecientes de los almohades; no presenta los caracteres de cultura que pudieron alabarse en los moros españoles. Marruecos, no sólo no ha progresado, sino que ha retrocedido. Si no está destinada España á civilizar ese Imperio, otra nación de Europa lo hará; pero creo imposible que se mantenga en pie en su actual barbarie y en su anarquía política interior. Hace años, hablando de estas cuestiones, decíame un franciscano: «Lo único posible en Marruecos es sujetarles. De convencerles no hay medio; de enseñarles, tampoco; de inculcarles la tolerancia cuando no les conviene aparentarla por disimulo, menos. Son ladinos y son rudos; son callados y no se admiran de nada, á fuer de salvajes; yo creo que ni con ventajas que se les ofreciesen se lograría moverles una línea. No podemos influir en ellos, porque nos desprecian más aún de lo que nos odian, quiero decir, desprecian á todo lo que lleva el nombre de cristiano. Son temibles por esto mismo: por su bravía robustez de cuerpo y de alma. Y en caso de guerra, dudo que pueda existir gente más temible. Ríase usted de los que les llaman cobardes. No tienen más pasión que las armas, y es lo único en que conservan algo del arte que en otro tiempo cultivaron. Por un buen fusil darían el alma. Y nosotros, como somos más sencillos y mejores que ellos, no podemos menos de encontrar simpáticos á esos aborrecedores nuestros, y dale con que son pintorescos, y vuelta con que se nos parecen... En España hay mucha morería bautizada, no lo niego; pero todavía hay clases, y crea usted que esa gente está cada día más bruta y más aferrada á su superstición.»

Me acordaba, sí, de los moros, mientras la larga cola de los santiaguistas barría el suelo alfombrado de la capilla mayor... Pero no presentía que, pocos días después, uno de esos santiaguistas, el más joven, el mío, saldría hacia el Africa, voluntariamente, atraído quizás por la misteriosa voz de Santiago, que todavía es nuestro numen... Y he aquí la realidad de lo que parecía elegante escenario de ópera.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL ALMA TRAGICA DEL CLOWN, POR ALEJANDRO SAWA. Dibujo de Mas y Fondevila



. . para comprar á mi niño todos los días... las más hermosas flores

El bar del *Dragón de fuego*, en Thompson *street*, es un lugar harto conocido en Londres, donde se da cita, á las horas de tregua comprendidas entre dos ensayos ó dos representaciones, la garrida legión de atletas y titiriteros, *clowns* y *ecuyers* que actúan durante los doce meses del año en los circos y *music hall* de las inmediaciones.

Yo lo frecuenté mucho, y tan familiar concluí por hacerme en él, mejor por curiosidad de las cosas humanas que por afición al *ale*, que llegué á tener mi buena pipa de cerezo salvaje colocada con su correspondiente contraseña en el *râtelier* del establecimiento, y hasta no sería extraño que aún conservasen—¡oh, no pretendo que como reliquia, ni siquiera como recuerdo!—mi panzudo bock de estaño labrado en el que tantas veces, por horror de las nieblas londinenses que me envolvían como un sudario, he creído, al libar la última gota de la cebada y el lúpulo fermentados, ver aparecer todo el cielo y todo el suelo de la generosa vega jerezana.

Allí conocí al protagonista de este cuento, que no es un cuento, sino una historia verdadera de *verdad*, como dicen con inquietante pleonasmo los niños, Jack O'Meara, irlandés de nacimiento, como todo el mundo sabe, celta, por consiguiente, de origen, católico de religión, poeta de temperamento y *clown* de oficio.

Jack O'Meara, cuyo fin reciente todos mis lectores recordarán con espanto, ganaba un dineral en sus combates diarios con la muerte.

Vivir contra la vida es lo que él hacía y de lo que él vivía, porque negar todas las noches, prácticamente, con su cuerpo, desde la pista ó las alturas del circo, con cabriolas y saltos más propios de países de pesadilla que de realidad, las leyes fundamentales del equilibrio y de la estática, es, salvo superiores eufemismos, una tarea de desesperado y aun me extremaré á decir que de suicida; de modo que al estrechar todas las noches en el bar del *Dragón de fuego* su mano cuadrada de vertiginoso acróbata, la idea del morir me asaltaba imperativamente, y muchas veces creí tener entre mis manos—aún me dura el frío cuando lo pienso,—mejor que los dedos de un hombre vivo, las falanges de un esqueleto.

Al revés de la gran mayoría de sus congéneres, no era locuaz, aunque observándole con cuidado podía advertirse que debía hablar mucho para sí, interiormente. Eso no obstante, un día, al conocer mi nacionalidad, me habló de España durante más de media hora, con melopeas de enamorado en la voz, y cierta vez, que no olvidaré nunca, al saber que, como otros á los Museos, yo iba con asaz frecuencia á las alamedas de Hyde Park para admirar á los *babys* ingleses, las más encantadoras criaturas de la tierra, acudieron lobregueces de luto á sus ojos, y con voz que titilaba al principio y que al afirmarse luego en la narración llegó á hacerse dura y á sonar con el fonetismo seco del pico de hierro que muerde en la piedra para desvastarla, exclamó:

—¡Oh, si hubiera usted conocido á mi Peddy! Yo también... Pero óigame usted; voy á contárselo todo: hoy es un día, aniversario, un mal día, un triste día, y lo voy á conmemorar hablando con un extranjero que, después de haberme escuchado, será con seguridad mi amigo...

»Soy un juglar, ¿no es así como se dice?, un saltimbanquis, algo que está por encima del mono—¡convenido!,—pero que está por debajo del histrión también, un *clown* de circo, en fin; pero tal como usted me ve, yo le juro que no había nacido para semejante cosa. Una mujer..., pero vamos por partes..., no me entendería usted..., ¡claro!

»Mi padre fué eso que se llama un hombre normal, quiero decir, un señor que vivía como todo el mundo, y mi madre, eso también, una señora de su casa; yo estudié para marino por amor de la aventura y de los grandes horizontes, y en mi primer viaje á Calcuta, en un brik del armador Anderseen, Dios, cuya voluntad acato, me hirió de amor en el corazón y en los sesos, haciendo que me prendara como un desdichado de la más mala hembra mortal que han visto los nacidos...»

Hubo electricidades contrarias en su mirada; yo quise interrumpirle, pero él continuó:

—De la más mala hembra mortal que han visto los nacidos. Sin padre ni madre, porque cuando se ven monstruos da ganas de creer en la generación espontánea—¿no le pasa á usted lo mismo?,—hija á lo más de la cicuta y del beleño; de la cicuta porque mata y del beleño porque adormece... Volví á Londres con ella, ya casados, ¿y á qué referirle á usted las peripecias tristísimas de mi vida conyugal, si yo no me he propuesto contarle á usted el argumento de un drama? Dios que me la dió me libró de ella, dejándome en su misericordia un hijo, un niño, un querubín del cielo, que ha sido, que fué para mí aire y pan, y sol, y soles, que ha sido para mí los cuatro puntos cardinales de la vida, que ha sido para mí..., ¿qué sé yo, ni cómo podría tampoco expresarlo? Ya ve usted—añadió después de una pausa, durante la cual su confesión de condenado adquirió mayor relieve por la ausencia de palabras,—aquí no llevo la librea de locura que dentro de media hora me ceñiré, rechinando los dientes de rabia, pero usted sabe con quién trata. ¿Y sabe usted por quién me afano, por quién lucho, por quién expongo veinte veces mi vida todas las noches, diez mil veces todos los años, por quién he llegado á ser el más admirable *clown* de todos los circos del mundo, por quién, por quién? Pues por Peddy, por mi querido muerto. Río, ¿cómo?, á carcajadas; soy un manantial inagotable de risa que inunda de franca hilaridad á la gente, y no saben que es para comprar á mi niño todos los días, sin faltar uno, á mi niño mío, porque muerto es más mío que nunca, las más hermosas flores y las más suntuosas coronas que encuentro en los bazares; y doy el triple salto mortal de trapecio á trapecio todas las noches para hacerle construir á mi emperadorcito, á mi reyecito, á mi Niño Dios, un mausoleo grande—¡para él, que era tan pequeñito!,—un mausoleo digno de la antigüedad. Y cuando haya reunido bastante dinero para eso, ¡que pierdan cuidado los otros titiriteros del mundo!, el *clown* O'Meara firmará una contrata obligándose á dar el triple salto sin red que lo preserve de la muerte en el caso de un accidente, y el *clown* O'Meara se dejará caer verticalmente, en la más gloriosa noche de su vida, *ex professo*, rezando á su niño, invocando la almita blanca de mi Peddy desde lo alto del trapecio y ofrecerme entonces—¡oh, por una vez loco de verdad, pero loco de júbilo!,—ante la mirada atónita de la muchedumbre.»

LOS INCENDIOS

EN LA AMÉRICA DEL NORTE

Los Estados Unidos son el país del mundo en que más frecuentes son los incendios; así lo demuestran los datos que recientemente ha publicado una excelente revista del Oeste americano, la *Pacific Monthly* de Portland (Oregón).

Según estos datos, los incendios de edificios é inmuebles (no comprendidos los incendios de bosques) equivalen, en toda la extensión de la república, á una pérdida mensual de 95 millones de pesetas en el año 1908. En enero de dicho año, mes en el cual no ocurrieron, sin embargo, grandes conflagraciones, el balance de incendios se elevó á 120 millones de pesetas, al paso que la construcción ó reparación de casas sólo representaba 80 millones.

Durante el año 1907, las construcciones devoradas por las llamas tenían un valor total de 1.075 millones, y añadiendo á esta cifra lo que anualmente cuestan los sueldos de los bomberos, la compra y conservación de material, etc., es decir, 1.500 millones, y las primas que anualmente se satisfacen á las compañías de seguros y que importan 975 millones, resulta que los norteamericanos pagan al terrible azote un tributo de cerca de 3.000 millones. Ahora bien, el año en que más construcciones nuevas se han edificado, el valor de éstas ha sido de 3 075 millones.

Durante los cinco años últimos, los daños causados por el fuego han sido calculados en 6.288.580.000 pesetas, lo que significa que cada habitante ha pagado al incendio una contribución de 11'50 pesetas, mientras que al europeo no corresponden por este concepto más que 1'65, y en Italia sólo 0'60.

La estadística de donde tomamos estas cifras añade que en los Estados Unidos 36.000 personas se hallan expuestas diariamente á perder la vida ó á sufrir heridas á consecuencia de incendios.

El fuego destruye allí por término medio cada semana tres teatros, tres salas de conciertos, doce iglesias, diez escuelas, dos hospitales, dos colegios, seis casas de alquiler, veintiséis hoteles, tres grandes almacenes, 140 casas obreras y 1.600 *villas* y chalets.



Retrato de la señora marquesa de Ayerbe, obra de José Garnelo

LOS CUADROS DE JOSÉ GARNELO

A la galantería y buena amistad del notable pintor José Garnelo debemos la ocasión de reproducir en estas páginas algunas de sus últimas obras. La importancia de la labor realizada por el artista demuestra cuán acertada fué su resolución de trocar el cultivo de las letras por el de la pintura, que había empezado con singular aprovechamiento. Garnelo pertenece á la clase de los escogidos, puesto que á ella había de llegar por su temperamento é indiscutibles cualidades. El número y variedad de sus producciones han de estimarse como otras manifestaciones de su talento y maestría. Por eso decía muy acertadamente un inteligente crítico, el señor Comas, «que es de la madera de los buenos pintores y de los pocos de quienes se puede augurar de antemano que llegarán á ser verdaderos maestros.»

Véanse sus cuadros titulados *La hora del descanso*, hermoso estudio ruralista de la región andaluza; *Narciso y la ninfa Eco*, delicada y mitológica concepción, y el notabilísimo retrato de la señora marquesa de Ayerbe, y podrán apreciarse las condiciones del artista, que ni decae ni vacila, antes al contrario, afirma el concepto y la consideración que de todos merece.

UN MERCADO EN ROMA

CUADRO DE VENTURA ÁLVAREZ SALA

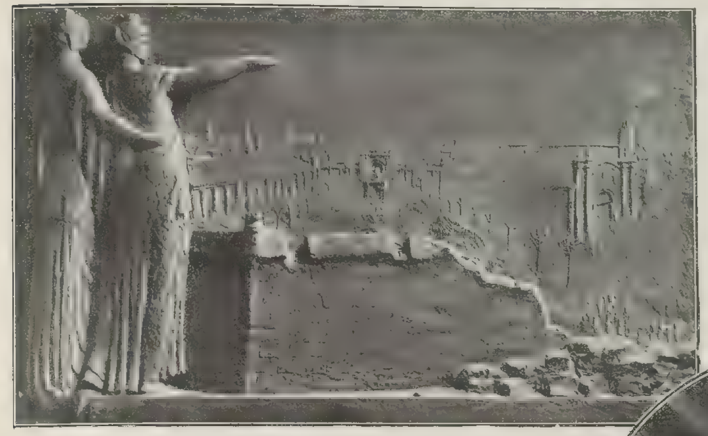
Ventajosamente conocido es el nombre del Sr. Alvarez Sala. Sus obras tituladas *Los emigrantes*, *Todo á babor*, *La promesa*, *Un chubasco en la romería*, etc., algunas de las cuales han sido premiadas en públicos certámenes, acreditan sus aptitudes y evidencian sus merecimientos. El cuadro *Un mercado en Roma* es una bellísima nota, fidelísimamente observada é interpretada con el acierto y la seguridad propias del distinguido artista.



Un mercado en Roma, cuadro de Ventura Alvarez Sala

MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA EXPOSICIÓN FRANCO-ESPAÑOLA

CELEBRADA EN ZARAGOZA. Obra de Miguel y Luciano Oslé



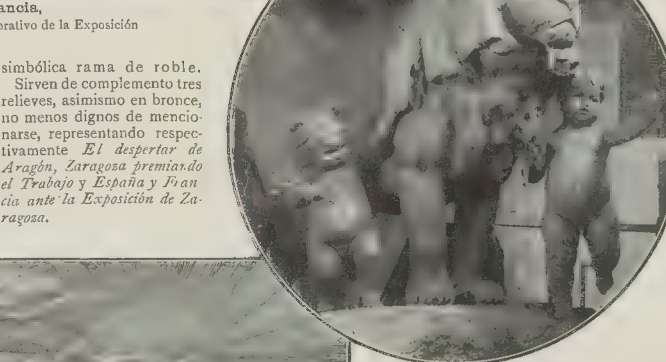
Alegoría de España y Francia,
relieve que ha de adornar el monumento conmemorativo de la Exposición

Próximamente se inaugurará en Zaragoza el monumento que se erige en la inmortal ciudad para conmemorar la Exposición Franco Española, que con tanto éxito se celebró en la capital aragonesa, demostrando que si bien rinde fervoroso culto á sus héroes y tradiciones, atiende á cicatrizar rencores y procurar su engrandecimiento en la forma que emplean los pueblos modernos.

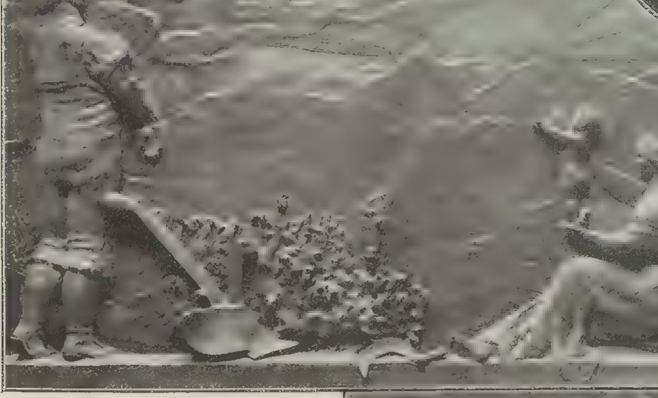
La ejecución de una obra de tal importancia confióse á dos distinguidos escultores, los hermanos Miguel y Luciano Oslé, que han correspondido cumplidamente á la confianza que se les dispensara, realizando su labor en la forma á que obligaba la índole de la obra, la importancia de la ciudad y el buen nombre de sus autores.

Las obras que damos á conocer á nuestros lectores constituyen, digámoslo así, los elementos esenciales del monumento, que consisten en un soberbio león de bronce, de gran tamaño y arrogante actitud, afianzado en la roca que le sirve de pedestal, y mirando al espacio, cual si tratara de simbolizar el deseo de descubrir nuevos y amplios horizontes. A sus lados marchan cogidos á las guedejas de la melena dos niños, esculpidos en mármol blanco, tocado, el de la derecha, con el alado casquete de Mercurio y con el caduceo en la diestra, y el otro lleva ceñidas sus sienes de laurel, sosteniendo en una de sus manos la simbólica rama de roble.

Sirven de complemento tres relieves, asimismo en bronce, no menos dignos de mencionarse, representando respectivamente *El despertar de Aragón*, *Zaragoza premiando el Trabajo* y *España y Francia ante la Exposición de Zaragoza.*



Grupo alegórico que corona el monumento conmemorativo



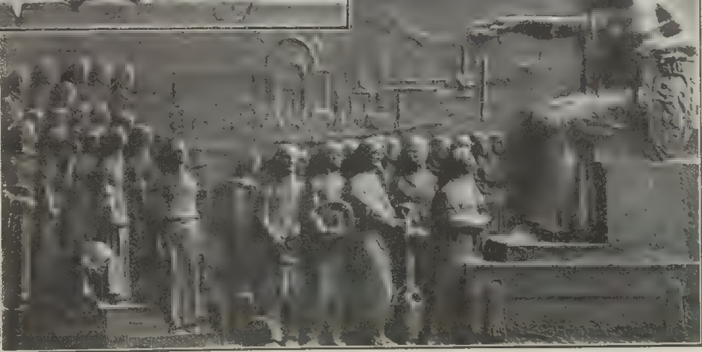
El despertar de Aragón,
relieve que ha de adornar el monumento

Todas las obras á que nos referimos distínguense por la simplicidad y amplitud de su modelado, revelando esa grandiosidad de concepto y ejecución propias y características del verdadero arte, dando con ello sus autores indudable testimonio de su talento.

El monumento estará constituído por un robusto basamento de piedra azulada, á cuyos lados se aplicarán los relieves de bronce, coronándolo el grupo formado por el león y los niños.

Por nuestra parte felicitamos á los Sres. Oslé, convencidos de que su obra ha de merecer el aplauso de todos cuantos la examinen.

Réstanos agregar que los escultores á que nos referimos han logrado singularizarse y distinguirse dando á sus obras el carácter de su personalidad. Sus producciones, tan sentidas como inspiradas, cobran forma y expresión entre sus dedos, transmitiéndoles el esfuerzo de su genialidad y el caudal del sentimiento que les embarga como pensadores. De ahí la impresión que determinan sus estatuas. Algunas de ellas reproducen con gran intensidad sensaciones y sentimientos, accidentes de la vida social que revelan el alma y la imaginación de los dos artistas, quienes laboran sin otro norte ni estímulo que sus ideales, prescindiendo de minucias de ejecución para expresar fielmente cuanto observan y les impresiona.

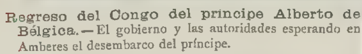


La ciudad de Zaragoza recompensando el Trabajo, relieve que ha de adornar el monumento

REGRESO DEL CONGO

DEL PRÍNCIPE ALBERTO DE BÉLGICA

Después de un largo viaje de estudio por el Africa, desde el Cabo hasta la desembocadura del Congo,



Regreso del Congo del príncipe Alberto de Bélgica.—El gobierno y las autoridades esperando en Amberes el desembarco del príncipe.

ha regresado á su patria el príncipe Alberto, sobrino del rey Leopoldo II y designado sucesor de éste en el trono.

El gobierno belga en pleno acudió á recibirlo en Flesinga, y desde allí á Amberes, el buque congolés que lo conducía fué escoltado por una escuadrilla pintoresca, compuesta de buques de todas clases, desde los más lujosos á los más modestos.

La recepción que le hizo Amberes, adonde llegó el 16 de este mes, fué imponente, y en la Casa municipal, el burgomaestre le saludó con entusiastas frases, á las cuales correspondió el príncipe con un hermoso discurso en el que, después de afirmar que la política colonial es una necesidad para Bélgica y que es preciso secundar al rey en el cumplimiento de una obra atrevida é incomparable, realizada con una inquebrantable energía y una perspicacia grande que la historia no olvidará jamás, dijo:

«Tenía plena esperanza en el porvenir del Congo, pero lo que he visto ha sobrepujado á cuanto esperaba. Siéntome todavía bajo la impresión de aquellas regiones maravillosas que ofrecen inagotables recursos á los hombres de iniciativa y de energía.

»La colonia contribuirá á los progresos de Bélgica; tal vez sean necesarios sacrificios, pero éstos serán fecundos.

»Aseguraremos el porvenir del Congo elevando el nivel moral de los indígenas, mejorando su situación material, combatiendo sus males, sobre todo la enfermedad del sueño, y multiplicando las vías de comunicación. Espero en que de día en día aumentará el número de los hombres que tendrán empeño en ir al Congo.»

Su entrada en Bruselas fué verdaderamente triunfal; la población en masa se lanzó á las calles para aclamarle, y más de 1.500 sociedades cubrían el curso recorrido por la comitiva desde la estación del ferrocarril hasta el palacio real y desfilaron después por delante del ilustre viajero.

El viaje realizado por el príncipe ha sido largo y en algunas ocasiones penosísimo y hasta peligroso; á pie ha recorrido centenares de kilómetros, las más de las veces solo, marchando delante de su caravana. En Rhodesia contrató trescientos bagajeros indígenas, que al llegar á la frontera del Congo desertaron en su mayor parte, dejando expuestos al príncipe y á su escolta al hambre por falta de medios de transporte.



El general Wahis y el burgomaestre de Amberes Sr. Vos saludando al príncipe á su llegada.—Las sociedades de Bruselas que formaron parte del cortejo á la llegada del príncipe á dicha capital. (De fotografía de Carlos Trampus.)

En toda su expedición al través del Congo, púsose el príncipe en contacto con las tribus indígenas, que le acogieron con pintorescas pruebas de amistad respetuosa; y á pesar de haberse visto varias veces aislado de sus acompañantes, nunca se vió molestado ni amenazado por aquellas gentes.

El príncipe trae de su viaje las más optimistas impresiones sobre el porvenir de la «Bélgica negra,» y cuando se abran las Cámaras expondrá en el Senado, del cual es miembro, el fruto de sus observaciones.

El viaje ha producido un grande é inmediato resultado moral, el de popularizar el Congo y hacer simpática la política colonial, tan duramente combatida por los detractores de la obra de Leopoldo II, cuyos pesimismos se ven hoy ahogados por la explosión de entusiasmo con que la nación belga en masa ha saludado al príncipe Alberto.



UN ACCIDENTE

DEL GLOBO DIRIGIBLE ALEMÁN «PARCEVAL III»

El día 12 del corriente el dirigible alemán *Parceval III* elevóse en los aires bajo la dirección del teniente Stelling, yendo en la barquilla once pasajeros, entre ellos cinco señoras. Soplaba un viento bastante fuerte, y al elevarse el aeróstato pudo observarse que lo hacía con escasa fuerza ascensional; poco después desaparecía el globo hacia Homburgo.

Al cabo de tres cuartos de hora apareció de nuevo y pasó por encima de los edificios de la exposición aeronáutica; Stelling, creyendo que podría descender en un sitio despejado, soltó la cuerda, que fué recogida por varias personas; pero poco después gritó «¡Soltad!» y el globo se elevó de nuevo por encima de las casas á fin de poder tomar tierra en el mismo recinto de la exposición. En esta maniobra, la barquilla chocó con el tejado del cuartel de bomberos y el pararrayos de éste desgarró la envoltura del globo, que lentamente fué cayendo hasta ir á parar en medio de una plaza, sin que ninguno de sus tripulantes sufriera el menor daño.—S.



Accidente ocurrido al globo dirigible alemán «Parceval III» en Francfort del Mein
(De fotografía de Carlos Trampus.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)





Cañones de 15 haciendo fuego por elevación sobre las cañadas del Gurugú, siguiendo las indicaciones hechas desde el globo cautivo
Grupos de moros confidentes descansando sobre cañones de grueso calibre antes de ser éstos montados

Desde hace algunos días, los convoyes que diariamente salen de Melilla para aprovisionar los campamentos son hostilizados con mayor intensidad por los rifeños. El del 20 hubo de sostener nutrido tiroteo entre los Lavaderos y la primera caseta y en las inmediaciones del blocao Velarde, y lo propio les sucedió á los del 21 y 22, habiendo sido el total de nuestras bajas en estas tres jornadas dos muertos y veintiún heridos. Las de los moros debieron ser muy numerosas, no sólo á causa de los certeros disparos de nuestra artillería, sino también porque en la acción del 22 varios de aquéllos cayeron en una emboscada que los cazadores de Figueras les prepararon. Los convoyes de los días 23, 24 y 25 no tuvieron novedad.

En Albucemas y en el Peñón casi todos los días se reproducen las agresiones, sin consecuencias por nuestra parte.

En vista de que los moros aprovechaban la obscuridad de la noche para acercarse silenciosamente á la vía férrea, fuera del alcance de los reflectores, á fin de recoger cápsulas vacías y causar desperfectos en los rieles, los ingenieros construyeron una mina en las proximidades de aquélla; á media noche la mina hizo explosión y á la mañana siguiente, reconocido el terreno, encontráronse dos cadáveres enteramente destrozados y varios rastros de sangre, que indicaban que el número de bajas del enemigo debió ser considerable. Además se recogieron dos fusiles Mauser y municiones de esta clase y de Remington.

Continúan siendo contradictorias las noticias que se tienen de la *harka*. Dícese que una gran parte de ésta está muy descontenta del Chaldi á causa de las contribuciones que impone á los cabileños y sobre todo de la forma poco equitativa en que la cobra, y aun se añade que el citado caudillo fué objeto de amenazas de muerte que le obligaron á refugiarse, primero en su casa de Nador, y luego, no creyéndose allí seguro, en la cabila de Benifugafar, que le es incondicionalmente adicta. Otras noticias afirman que el Chaldi sigue imponiéndose á los suyos, unas veces por la persuasión y otras por la violencia, y que el contingente de la *harka* aumenta de día en día.



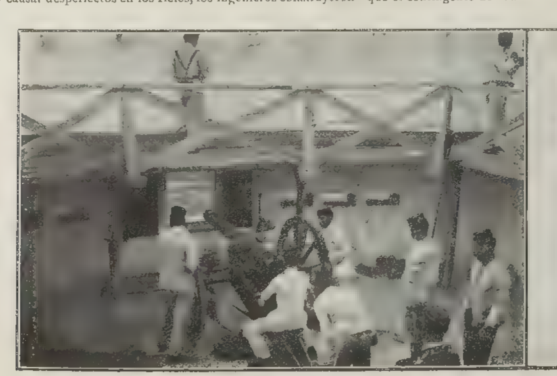


Una ascensión del globo cautivo «Reina Victoria;» en la barquilla el capitán de ingenieros Sr. Gordejuela
Vista de Melilla y de sus inmediaciones, tomada desde el «Reina Victoria»

Han comenzado y se continúan con gran actividad los trabajos del dragado de Mar Chica, que, según parece, ha de constituir una de las bases de apoyo de las operaciones del futuro avance.

Con el dragado y con la apertura del canal de la Restinga podrán entrar allí nuestros buques de guerra; esto solo explica la importancia que se concede á aquellas obras, de las cuales están encargados los distinguidos ingenieros señores Molini y Becerra y en las que se emplean máquinas de gran potencia. Además de ésta, efectúanse otras obras de gran utilidad, como el tendido de la vía férrea que ha de unir el muelle con los desembarcaderos de Mar Chica, llegando hasta el Atalayón.

No ha empezado todavía el movimiento de avance, tardanza que se explica por el natural propósito del general Marina de no emprenderlo hasta tener reunidos y debidamente combinados los múltiples elementos que para efectuarlo se requieren. — R.





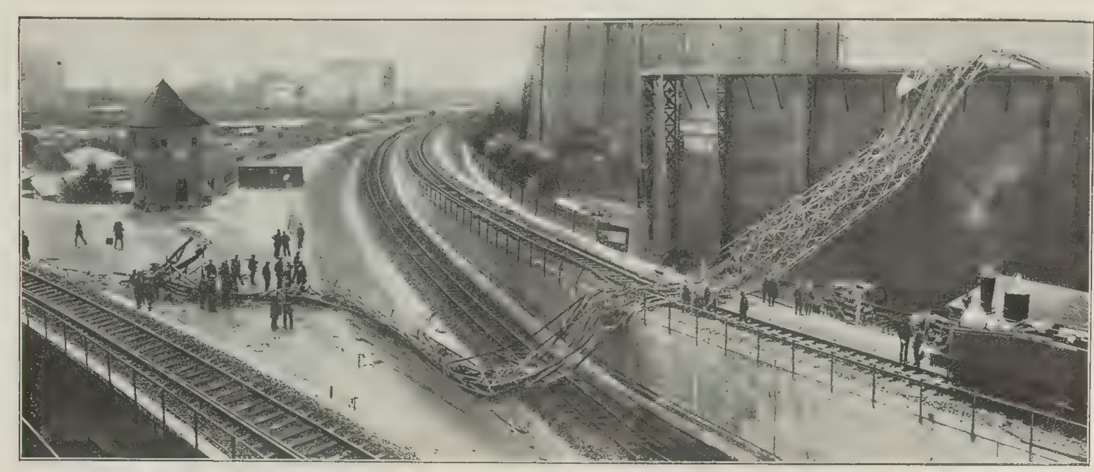
Rectificando la puntería en el fuerte de Sidi-Guariach.— Construcción de un fortín



JÓVENES ROMANAS SEMBRANDO DE FLORES EL CAMINO POR DONDE PASA EL EMPERADOR



CARACALLA, copia del notable cuadro de Alma Tadema. (De fotografía de la Photographische Geselschaft.)



Berlín.—Derrumbamiento de una torre de hierro de ochenta y cinco metros de altura sobre la línea del ferrocarril de Schoeneberg á Berlín
A consecuencia de este accidente quedó destrozado un vagón y hubo un muerto y cinco heridos. (De fotografía de Carlos Delius.)

BERLÍN.-DERRUMBAMIENTO DE UNA TORRE DE HIERRO

El día 19 de este mes ocurrió en Berlín un accidente que pudo haber sido una terrible catástrofe: una grúa en forma de torre de hierro de ochenta y cinco metros de altura que dominaba la línea férrea de Schoeneberg á Berlín se derrumbó, cayendo sobre las vías en la forma que se ve en el grabado adjunto, reproducción de una fotografía tomada poco rato después de sucedido el hecho.

En el momento del desplome pasaba por una de las vías un tren de circunvalación y venía otro por la otra vía en sentido contrario; por fortuna, del primero sólo fué alcanzado el último vagón por la punta de la torre, en los rieles más distantes, y el segundo, que por su mayor proximidad habría sufrido más graves daños, pudo ser parado á tiempo de evitar el golpe, sin lo cual, á juzgar por el estado de la vía, habría sido enteramente destrozado.

Otra circunstancia contribuyó á que no fueran en gran número las desgracias, y fué la de haber ocurrido el suceso al mediodía, en la hora de descanso de los trabajadores.

A consecuencia del accidente resultaron un viajero muerto y cinco heridos.

La torre derrumbada servía para la construcción de un gasómetro gigantesco que está levantando en aquel lugar una compañía inglesa.

París.—Mme. Goschel, conocida profesora de baile y una de las más fervientes partidarias de la constitución de un «Sindicato de los coreógrafos.» (De fotografía de World's Graphic Press.)

PARÍS.-EL SINDICATO DE LOS COREÓGRAFOS

En Francia y muy especialmente en París hay desde hace tiempo un verdadero furor por la formación de sindicatos. Casi todos los oficios están sindicados, y su unión dentro de la Confederación general del Trabajo constituye una verdadera potencia, tanto más fuerte cuanto que cuenta, si no con la protección, con la benevolencia de los gobiernos.

Algunas profesiones, sin embargo, quedan aún fuera de ese temible organismo; pero ciertos elementos trabajan activamente para atraerlos á él, y mucho será que no logren su objeto, teniendo en cuenta las ventajas con que les brindan si acceden á sus pretensiones y los inconvenientes que pueden resultarles si las rechazan.

Últimamente la Federación del Teatro se ha empeñado en sindicar á los coreógrafos, y á este objeto convocó á éstos hace pocos días á una reunión que se celebró en el teatro de Varietés. Digamos en honor de la verdad que la concurrencia fué escasa, pues no pasaron de dos docenas, entre hombres y mujeres, los que respondieron al llamamiento, y aun los más de ellos movidos por la simple curiosidad.

La reunión fué presidida por el Sr. Prevost, secretario general de la Federación del Teatro y de la Federación de los Músicos, que tenía á su lado á los Sres. Cohén, tesorero de los músicos; Lamarre, secretario de los maquinistas, y Fromont, secretario de los coristas. El presidente abrió la sesión pronunciando un discurso, en el que hizo notar las ventajas que la constitución de un sindicato ofrecería á la corporación de los coreógrafos; afirmó que si en 1903 un primer sindicato había defraudado las esperanzas de sus adheridos, no sucedería lo mismo ahora; enumeró las excelencias de la Federación del Teatro, que cuenta con millares de socios; del reciente sindicato de los maquinistas, que tiene setecientos adeptos, y del sindicato de los artistas líricos, en el que se agrupan más de tres mil individuos; y terminó señalando los abusos y denunciando ciertas combinaciones de las agencias teatrales que con el sindicato en proyecto podrían evitarse y las mejoras que, sindicándose, podrían conseguir los coreógrafos.

El Sr. Prevost fué muy aplaudido, como lo fueron también los Sres. Cohén, que insistió en lo dicho por su compañero, y Fromont, que recordó la célebre parábola de la piedra que en vano intentan levantar una á una varias personas y que levantan fácilmente unidas todas ellas.

También hablaron el Sr. Azemá, esposo y padre de bailarina, y la señora Goschel, conocida profesora coreográfica parisiense, que se mostró partidaria entusiasta de la idea y de la realización del proyecto y que, sin ambages ni rodeos, presentó su candidatura para la presidencia del futuro sindicato.

Después de todos esos discursos, los asistentes acordaron por unanimidad la constitución de un «Sindicato de los coreógrafos;» nombraron una comisión preparatoria, encargada de redactar los estatutos de éste, y aceptaron la convocatoria de una nueva reunión, en la que se tomarán acuerdos definitivos.

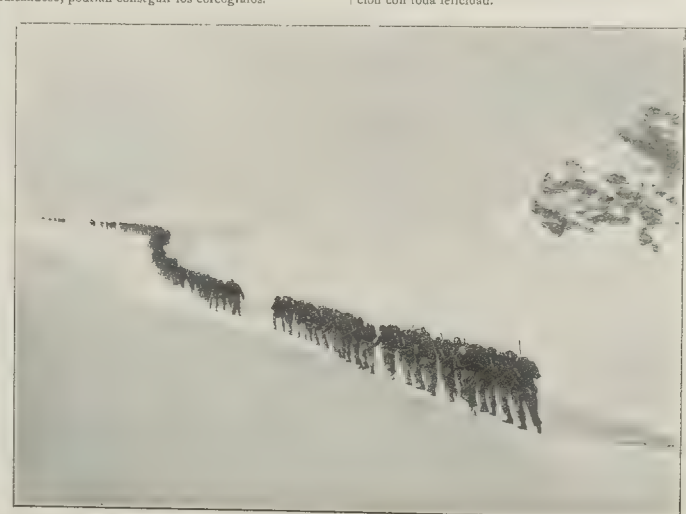
UN BATALLÓN DE ALPINOS ITALIANOS EN EL VENTISQUERO DE RUITOR

El ejército italiano cuenta con siete regimientos de tropas alpinas que, como su nombre indica, tienen como misión especial la custodia y defensa de los Alpes, en la parte de Italia.

Estas fuerzas todos los años, después de algunas semanas de ejercicios, consistentes en marchas de resistencia por sitios abruptos y difíciles, efectúan un *raid* al través de uno de los terrenos más escabrosos, en donde más abunda la nieve y mayores peligros ofrecen los ventisqueros.

Este año, uno de los batallones del 4.° regimiento ha atravesado el fragoso ventisquero del Ruitor, desde La Thuile á Valgrisanche, pasando por la garganta del Ruitor, situada á 3.354 metros de altitud é invadida por una niebla espesísima y teniendo que soportar una temperatura de 14° bajo cero.

El batallón salvó tan peligrosos pasos marchando los soldados atados unos á otros con una cuerda, y terminó su expedición con toda felicidad.



Un batallón de alpinos italianos atravesando el ventisquero de Ruitor en la frontera franco-italiana. (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Cada vez más disgustado, Pedro, poco acostumbrado á la marcha, cansado por dos horas de paseo, se dejó caer en un mojón, límite de su campo, al borde del camino.

Con la cabeza entre las manos, sumióse largo tiempo en pensamientos confusos. Echaba de menos París, sus padres, su hogar, su vida pasada; juzgaba con terror la magnitud del esfuerzo que tenía que hacer, de la tarea que debía llevar á cabo, y empezaba á reconocer la imposibilidad de ciertas realizaciones.

El ruido de un coche, que se acercaba rápidamente, le sacó de su ensimismamiento. No tuvo tiempo de levantarse, de modificar su actitud. Por delante de él desfiló á trote largo el landó de los Faulque. Sus ojos se encontraron con los ojos de Clemente y de Bertilla. El primero vacilaba, esperando un saludo.

Pedro, tieso, no se movió. Bertilla se sonrió con desprecio.

El coche pasó y ni Faulque ni su hija volvieron la cabeza. Guibray, humillado, sintió su pequeñez, su inutilidad, sobre todo su aislamiento. El incidente fué amargo. Aquella gente le preocupaba demasiado.

Cuando abandonó su sitio notó, á pesar de todo, que la piedra en que se había sentado, y que él tomó antes por un mojón, tenía la forma de una cruz de Malta; antiguo vestigio, contemporáneo del tiempo en que sus abuelos mandaban la provincia. Y aquel descubrimiento aumentó su disgusto, sus rencores contra la sociedad.

El tío Jaime, en sus convicciones tenaces y su ardiente fe, se había equivocado sin duda. Demasiado amante del pasado, ignoraba el presente, y había pasado la época de las reconstituciones señoriales en medio del respeto de las masas. No había ya señores, y las masas, educadas en otras ideas, habían perdido el respeto...

Hastiado, Pedro regresó pausadamente á su castillo agrietado que ya le causaba poca admiración. Necesariamente tuvo que pasar por delante de los muros y la verja del castillo nuevo, ver los céspedes, los jardines soberbios, y la comparación le fué también dolorosa. Allí se vivía, y se vivía en el ambiente real, en los días presentes, una vida no ficticia, á pesar de las faltas antiguas, de los crímenes seculares, sin preocuparse de los muertos, muertos desde hacía tantos años

¿Y él? ¿Y él? ¿Quién tenía razón?

Se encerró en su ruina, desdeñoso de saber más. Durante tres días no pasó el umbral de su morada. Desde las ventanas contemplaba los contornos que, con ser tan bellos, le parecían desolados.



La alta y noble señora vió venir hacia ella la banda de sus hijos

Después del encuentro del joven, desplomado en su mojón, Bertilla y su padre cambiaron impresiones.

—Y bien, pronunció Clemente Faulque; el señor del país no es de aspecto muy terrible... Se me figura que, á estas horas, ese joven se arrepiente ya de sus adquisiciones. Su orgullo le impide trabar conocimiento con nosotros; que se las arregle solo; así podrá divertirse. Ya ves, hija mía, que tus temores eran vanos.

Bertilla contestó vivamente:

—¿Temores? No hay tal; yo no le temo á nadie, y mucho menos á esa gente... Es verdad que parece aburrirse de mala manera... Pero deje usted, que ya levantará la cabeza. Cuando haya puesto un pie en el país, pondrá los dos; es propio de la raza. Nunca hará usted admitir á un Guibray que todo lo de aquí no le pertenece, por derecho de cuna: tierras y hombres, cuerpos y almas. Además, es el hijo, el descendiente de los otros, y eso basta para que semejante presencia sea importuna. Nos la hubiera usted podido evitar.

—Vamos, contestó Clemente, ¿aún me guardas rencor por eso?.. Pero, muchacha, tú no entiendes nada de negocios... Y este es de los buenos, excelente... Vendí por el doble de su valor... Hubiera sido una imbecilidad el negarme.

—Diríase que tiene usted necesidad de dinero.

—Por rico que uno sea, muchacha, siempre se necesita dinero. Acuérdate de este axioma, que, por excepción, es muy cierto.

Volviendo al señor de Guibray, Clemente añadió:

—¡Cómo debe divertirse solo, allá en su desmantelada torre! ¡Buen provecho, amado joven!

Momentos después reanudóse la conversación sobre el mismo tema.

—No me ha parecido mal de figura.

Bertilla se encogió de hombros.

—Aunque fuese hermoso como un Dios, ¿qué importa?

—¡Eh, eh!, dijo Clemente sonriendo con malicia; si fuese viejo y feo, no le odiarías tanto.

—¿Por qué?

—Porque te sería más indiferente.

—¡Oh! Lo que es eso...

—No digas que no. ¡Anda con cuidado, muchacha!

Bertilla se enfadó.

—Papá, usted dice desatinos... Hace usted mal en gastar bromas sobre tales asuntos. Ese hombre tiene en las venas sangre de los que mandaban ahorcar á los nuestros...

—Y de los que los nuestros hacían decapitar, y váyase lo uno por lo otro. Yo encuentro que estamos en paz. Y además, todo eso huele á rancio.

—¡Papá, papá, usted me desespera!.. ¿De modo que si el Sr. de Guibray se le hubiese presentado á usted?..

—Le hubiera recibido bien, muchacha. Yo, republicano, yo, hijo de Faulque; y hubiera sido la mejor manera de probarle lo poco que le temo. Tú eres

una romántica, Bertilla, y estamos en tiempo de prosa. En fin, como no ha venido, continuemos en nuestras posiciones. Yo prefiero la mía... Pero un consejo, de paso; no te ocupes tanto de todo eso.

El padre había pronunciado estas últimas palabras con voz seria, casi grave. Bertilla no contestó.

Era una muchacha fácilmente vibrante, apasionada en demasía, pero razonable. Había hecho, para ocupar sus ocios en la soledad del campo, prolongados estudios superiores al nivel ordinario de la instrucción femenina. Había leído y aprendido mucho, sin olvidar, el año siguiente, las lecciones del año anterior. Además, viviendo siempre sola consigo misma, sin ninguna expansión exterior, había contraído la costumbre de hablar con su alma, y por el sistema de preguntas y respuestas había llegado á conocerse y á juzgarse casi exactamente.

Y las palabras de su padre no hacían más que repetir una cuestión que ella ya se había planteado, en su severidad de acostumbrada investigación. Desde la víspera se sentía cambiada; á su aversión atávica y casi tradición para una raza de opresores, se había añadido un movimiento nuevo en su alma. Los Guibray, para ella, habían tomado cuerpo. El caballero Pedro encarnaba el pasado legendario.

Y aquel caballero Pedro era proporcionalmente tan joven como ella; era guapo, había que confesarlo. Entre ellos había ya correspondencias, similitudes casi, correlaciones al menos. En otro terreno, en otras circunstancias, es probable que de su proximidad hubiese nacido una simpatía activa.

Por esto le odiaba tanto más.

Clemente Faulque tenía razón. Si Pedro hubiese contado cincuenta años, si hubiese sido deforme, ó desgarbado, ó feo, ¿no hubiera abdicado ella en el acto los antiguos rencores? ¿No hubiera juzgado al adversario indigno de ocuparse de él?

Sondeó su corazón. Acaso el descendiente maldito de una familia odiosa, gracias á sus atractivos delicados, á su elegancia natural, ¿habría desnaturalizado desde luego sus sentimientos antiguos? Vió el escollo y estremecióse de cólera, indignada ya á la idea de un peligro posible.

¿Ella, una Faulque, acosada por la imagen de un Guibray? ¿No tenía bastantes fantasmas, que todavía iba á enredarse con uno vivo?

Luego se le ocurrió una idea que la reconfortó y la hizo sonreir. Había quizá un destino. Simplemente se sabía hermosa. Si ese joven se enamorase de ella (¡oh, en vano!) y sufriese de un amor sin esperanza hasta morir de esta pasión, ¡qué nuevo y soberbio desquite para la hija de los perseguidos! ¡Qué conclusión magnífica y trágica! ¡Qué admirable y último capítulo en la historia secular de las viejas querellas!

Entonces, quizá no bien sincera, prometióse no volver á evitar abiertamente y menos desdeñosamente al Sr. de Guibray, como había resuelto aquella mañana misma, sino muy al contrario, buscar las ocasiones de encontrarse con él y hacerle frente.

¿Con qué objeto, Bertilla? ¡Oh! Con el único objeto de tratar de robarle su corazón, á fin de que ese corazón sufriese hasta la muerte.

Este papel improvisado en un momento de turbación le gustaba ardientemente.

¿Eh, Roque? ¿Eh, Miguel? ¿Fanocha, Paulina, todos los Faulque? ¿No es verdad que la aprobáis en esta tarea á vuestra nieta, súbitamente cruel, astuta, apelando á sus medios para tratar de humillar un poco más el orgullo del enemigo hereditario, de reducir á los peores tormentos al último vástago de los barones de antaño?

¡Qué triunfo para aquella que, si no hubiesen cambiado los tiempos, hubiese sido su sierva y su esclava, el ver á ese arrogante caballero esclavizado á su vez, prisionero de amor, y resignado como lo estaban los otros! ¿Por qué no? Sin mentir, era mujer capaz de obtener semejante victoria.

Pero quizá no reflexionaba que en todos los combates se dan y se reciben golpes; y que se han visto encuentros en que ambos adversarios, iguales en fuerza y en bravura, se han ido, con las manos sobre las heridas, á expirar separadamente, ambos vencedores y vencidos.

Ella no dudó del éxito descontado y se inflamó para aquella vanidosa conquista.

Tal era la peligrosa aventura que había resuelto tentar. Reservada y voluntariosa como siempre, ocultó sus proyectos en los repliegues de su alma. Por otra parte, ¿á quién podía revelarlos?, ¿quién la hubiera comprendido?, ¿quién la hubiera aprobado? ¿Su padre? Se lo hubiera prohibido terminantemente. Fuera de él, Bertilla no tenía á nadie á quien confiarse. Hacía mucho tiempo que su madre había muerto; apenas la había conocido, y no conservaba de ella más que un recuerdo infantil muy dulce. Habiendo pensado sola, sola tenía que obrar.

Preparó sus armas y cuidó su hermosura. Desde aquel momento, la vida le parecía más activa, el horizonte menos vacío; tenía un objeto; componía una novela, encantada de la primera página, dejando el final obscuro á la voluntad de los dioses.

Aquella misma tarde, para iniciar la acción, esperando ponerse en contacto con el enemigo, en un punto ú otro, salió, sola como siempre, en su carruajito de mimbre, muy bajo, tirado por un jaco que ella misma guiaba.

A lo largo de las colinas, fué por Chautemele y Hantile hasta La Roche Guyon, sin encontrar al que buscaba.

Entonces puso su caballo al paso y dejó flotar las riendas, en espera de la aventura, y la aventura no se presentó.

Pasó lentamente dos veces, á la ida y á la vuelta, por debajo de las ruinas que abrigaban al adversario. Las ventanas estaban vacías, la puerta cerrada, la ruinosa morada parecía tan desierta como tres meses antes. Bertilla no vió y creyó no ser vista.

Murmuró, ya despechada:

—¡Me evita el cobarde!

Detúvose en el camino, ante una caravana de bohemios, manufactureros de caprichosas cestas de mimbre, y vació el bolsillo en las manos pedigüeñas de niños desarrapados y sucios, mientras debajo del carruaje, habitación errante, dos perros pelados, ariscos, tiraban de sus cadenas, desfogándose en ladridos feroces, en demostraciones inútiles. Bertilla se detenía, esperando aún. El personaje detestado no parecía.

La muchacha no pudo menos de confesarse que aquel hombre ocupaba mucho tiempo su espíritu. Pero ¡bah!, el motivo era bueno. Los generales en campaña también están pensando siempre en el enemigo á quien buscan.

Bertilla continuó su táctica, sin más éxito que hasta entonces, y regresó á su casa disgustada. El Sr. de Guibray no había parecido por ninguna parte en el horizonte. ¡Qué mala suerte! En veinticuatro horas, sin querer, lo había encontrado dos veces, y ahora que ella deseaba el encuentro, él se hacía invisible.

Bertilla se consideró como vencida en su tentativa de escaramuza, sintióse humillada y deseó con más ardor el desquite.

A eso de las seis, cuando el sol poniente empezaba á dorar el río, ella bajó hacia el Sena, desamarró su gola y partió á lo largo de las islas, pensando que así, si no veía, sería vista al menos. Desde el viejo castillo, desde todo el país se divisaba el río, que atraía las miradas.

Remó poco á poco, poniendo cuidado en sus actitudes. Al pasar por delante de las ruinas, disminuyó la marcha. De seguro, él estaba allí, mirándola, magnéticamente, ella sentía sus miradas. Este paseo le proporcionó algún consuelo. No había perdido el tiempo del todo.

Durante los dos días siguientes, llovió sin cesar.

En sus decepciones sucesivas, Bertilla se había apresurado demasiado á considerar como inútiles todas las maniobras que había practicado. Cada vez había sido *vista*. Pedro la había visto, desde una ventana, cuando, caritativa, se había detenido delante de la caravana de bohemios; la había visto, es más, la había observado y estudiado, cuando remaba lentamente por el río.

Y aquella presencia lejana, pero continua, que él juzgaba involuntaria, había irritado al joven. ¿Esos Faulque iban á perseguirlo por todas partes? ¿Qué importaba el personaje? Hombre ó mujer, era odioso. Más odioso que nunca, después de haber tomado nuevas proporciones de poderío y autoridad; tanto más odioso, cuanto que triunfaba libremente en pleno día, como un insulto á la justicia y un bofetón á los muertos venerados. Esos Faulque llenaban el país perteneciente á los Guibray. ¿Cuál había sido el punto de partida de aquella fortuna? El robo, la rebelión y el asesinato. Tres crímenes. ¡Y el sol alumbraba semejantes iniquidades! Y él, Pedro de Guibray, relegado á su torre, se veía obligado á asistir á aquellos triunfos inmorales, á soportarlos, no pudiendo hacer otra cosa.

Cuando, á su regreso, Bertilla empujó con remo indolente su barca bajo los muros del viejo caserón, en su sombra, desde el fondo de una sala desmantelada, Pedro la amenazó con el puño. Si ella hubiese podido distinguir aquel gesto, se hubiese alegrado en demasía.

Pero cuando la barca hubo desaparecido detrás de los sauces, el joven, inconscientemente, echó de menos aquella visión perdida

El también era de mentalidad compleja; él también detestaba una imagen que reconocía hermosa, que ya lo asediaba, desde las primeras horas, las horas breves, en que la había encontrado poco antes.

Entonces, merced á la lluvia, la lluvia lúgubre que inundaba las perspectivas, se puso á estudiar libros viejos, pergaminos amarillos, tratando de consolar á su orgullo herido en el presente con la comprobación de glorias retrospectivas.

Instalóse en el archivo, clasificó legajos por épocas, antes de profundizarlos, procedió con método para estudiar con certeza. Pronto adquirió la prueba de que la historia de su familia, dormida en aquel polvo, se remontaba al año 940, con el primer señor de Guibray, de San Martin, Vetheuil, Chantemele, Cherence y otros lugares.

Aquel Sr. Alan de Guibray, ¿de dónde procedía? Allí empezaba el misterio. En su época, que era la de Luis IV de Ultramar, los normandos eran dueños del territorio. ¿Era él normando también? Es probable; y la casa debió edificarse como una fortaleza, punto de apoyo de los invasores; tenía mil años, como decía el tío Jaime: tenía derecho á ostentar arrugas en la frente.

Las actas de entonces estaban redactadas en latín y Guibray se hallaba inscrito en ellas con el nombre de Guybraius y con este calificativo: *Tenens*, en francés *le tenant*; es decir, el amo, el poseedor del país subyugado. Era el origen del nombre patronímico, origen altivo todavía. Este pergamino, el de fecha más antigua, encantaba á Pedro. Sintióse nuevamente orgulloso y levantó la cabeza; aquel suelo que pisaba, lo habían conquistado sus abuelos, y, para mantenerse en él y reinar en él por la fuerza, á falta de derecho, habían acumulado bloques y más bloques de pesada piedra, enlazándolos con hierro, hasta que la torre se elevase en el cielo; centinela formidable que atisbaba, por encima de las colinas, los movimientos de la tierra y los movimientos del río.

Nadie podía pasar á lo lejos ni hacer guiñar su ojo aspillera, y la campana tocaba en seguida á somatén. Guarida de guerreros primitivos y salvajes, caverna de gigantes, fortaleza feudal, prisión, muros de insolencia, es verdad, pero también monumento de poderío y de gloria, en la época en que únicamente el valor y la fuerza decidían de los destinos.

¿Quién, más que el que lo había construído, podía jactarse de haber hecho obra duradera? ¿No era motivo de legítimo é intenso orgullo el reconocer la voluntad de un antepasado marcada aún al cabo de mil años en la tierra sometida? Y la mano, enguantada de hierro y empuñadura, inscrita en las armas de Guibray, ¿no tenía su justa razón de ser?

Después de Alino de Guibray venía su hijo, llamado Hugo, que terminó el edificio y aumentó el dominio en buenas tierras de labranza. Parecía hombre práctico, bastante pacífico y sedentario, amigo de vivir bien, sin moverse mucho. En vida suya se habían trazado, mucho antes de todo catastro, los planos del castillo y de sus dependencias; una exacta figuración, groseramente delineada, mostraba el monumento en su nuevo esplendor.

Pedro suspiró.

¡Ay! ¿Qué quedaba ahora de aquel conjunto formidable? Apenas la tercera parte de las construcciones; la torre del Norte había desaparecido, como hundida en la tierra; al Este, hacia el llano, toda una serie de murallas, trabajos de fortificación, una especie de campo atrincherado en la fortaleza misma, no era más que un recuerdo. Unicamente la torre del homenaje y sus tremendos contrafuertes, desafiando el Occidente, permanecían en su sitio, con la residencia señorial asentada bajo sus pesadas techumbres. Sin embargo, en el curso de las edades y generaciones, el aspecto primitivo de aquella morada se había modificado poco á poco. Se habían desplomado muros que no fueron nunca reconstruídos. Incuria, indolencia, inutilidad, en días diferentes; fuera por lo que fuese, á partir del siglo XVI la masa feudal había ya disminuído.

¡Ah, y el tío Jaime soñaba reconstituciones enteras y fieles! ¡Loco, rematadamente loco! Se hubieran necesitado mil años y millones de francos para restablecer el viejo castillo en su gloria virginal.

¿Y para qué?

¿De qué hubieran servido ahora aquellas defensas y aquellos muros macizos? ¿Para quién y contra quién, en las épocas de paz interior y de gendarmería?

Pedro bajó las espaldas; la tarea era demasiado pesada, imposible y vana.

Continuó su clasificación de documentos auténticos, deteniéndose de vez en cuando ante un pergamino que revelaba alguna historia.

Enteróse de este modo, en el curso de su investigación, de que sus buenos antepasados saquearon con frecuencia á sus vecinos más próximos, como se desprendía de numerosos documentos. Tratados, concesiones, capitulaciones, cánones ó impuestos,

arrancados por medio de la violencia, se hallaban allí estipulados sin la menor vergüenza, y el origen de tales ventajas se explicaba en páginas anales, preciosamente conservadas.

Un señor de Guibray, un Gilberto, como el actual barón, buscó—sabe Dios por qué—querella á su primo el señor de Rolleboise, hacia el año mil, de nefasta memoria; y sin preocuparse del fin del mundo, le despojó de sus bienes. A pesar de ser injusto é infiel, la crónica pretende que Dios le protegió.

Era un valiente hombre de guerra. Una noche partió solo, á la luz de la luna, á practicar un reconocimiento para enterarse de la posición y del número de los soldados de Rolleboise, armados para defenderse.

Pasaron años y años, sin que se tuviese nunca noticias de los diez caballeros.

Al fin, ya sin esperanza y creyendo que sus hijos habían muerto en su Tierra Santa, la baronesa Ana de Guibray de Clerence, que contaba entonces ochenta años de edad, prometió á Nuestra Señora elevarle una capilla en la cumbre del monte, si tenía á bien devolverle sus hijos, sin que faltase ninguno.

Y esperó con nueva confianza.

Pocos días después, unos mensajeros, y luego el rumor popular, le anunciaron que los Sres. de Guibray, de vuelta en Francia, avanzaban hacia sus tierras.

A pesar de su edad, la alta y noble señora se hizo levantar á caballo, y seguida del pueblo, se fué al

todo el jugo. Pero adquirían buenos modales, empezaban á instruirse, podían firmar las actas de expoliación consentida por miedo y particularmente ventajosa para ellos.

De la misma manera aprobaban juicios sumarios y sentencias de muerte, con inesperados considerandos, que probaban la anchura de su conciencia.

Bajo su autoridad, solía tener graves consecuencias el pagar mal el diezmo ó tender un lazo en el bosque; el lazo se volvía fácilmente contra el que lo había puesto, y la ahorcadura de un hombre pagaba por la estrangulación de un conejo.

A pesar de todo, la raza prosperaba; se agregaban nuevas tierras á las tierras antiguas; y el castillo encerraba un número de arqueros y gentes de armas



A fin de ocupar sus horas lentas y ociosas, echó el anzuelo á los gubios

Con su pesada armadura trató de vadear el río por un sitio fangoso, cuyas aguas habían crecido merced á un aguacero reciente que además había removido el fondo; sucedió, pues, que el caballero Gilberto se hundió en el fango hasta la cintura. Miró al cielo y pidió misericordia. Estaba solo, de noche, en un lugar desierto.

Tan pronto como hubo mirado al cielo y pedido misericordia, una barca amarrada bajo los sauces se desamarró sola, por milagro, y se acercó á él, que se veía perdido. Guibray subió á la barca y ganó la orilla.

Al día siguiente, furioso de su aventura, al frente de los suyos atacó congruentemente á los de Rolleboise y los exterminó, empezando por su señor.

El historiador cándido que relataba estos hechos terminaba diciendo:

«Lo que prueba, hasta la evidencia, que Dios Nuestro Señor combatía con él y le velaba en todo, según las ocurrencias.»

—¡Amén!, gritó Pedro, algo menos convencido.

Había también otras leyendas, más hermosas, siempre en épocas demasiado remotas para no ser ignoradas.

Hay en el bosque, más arriba de San Martin, una capilla muy antigua, que subsiste en parte en la soledad de los matorrales; se llama *La Deseada*.

Pedro conocía su existencia, sin más datos, y en el archivo descubrió su origen, que aparecía en medio de una serie de fechorías.

El primer *barón* de Guibray, bajo el reinado del rey Santo, Luis IX, había dejado diez hijos, todos animosos y fuertes, caballeros temibles, dispuestos á todo por su fe. Estos siguieron al rey á Palestina, arrastrando con ellos la multitud de sus vasallos.

En el castillo quedaba su madre, ya anciana, que los había bendecido delante de las oriflamas el día de su partida.

encuentro de sus hijos. Y este encuentro tuvo efecto en el monte, en el sitio mismo en que ella había jurado erigir la capilla. Vió venir hacia ella la banda de sus hijos, con las armaduras abolladas por los golpes de los infieles.

Tiesa y silenciosa en su cabalgadura, con los ojos fijos, los contó:

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez! ¡Gracias, Virgen María!

Se irguió, muy pálida; tendió los brazos, y murió de alegría, en presencia de sus hijos vivos.

Estos, creyentes robustos y respetuosos, edificaron en memoria de su venerada madre la capilla en el sitio indicado, y le pusieron por nombre *La Deseada;* monumento de deseo materno, de esperanza, de fe, de piedad familiar al mismo tiempo que de piedad religiosa.

Leyendo aquellas narraciones ingenuas, que evocaban la pureza de las bellas cualidades antiguas, Pedro lloró.

Y, en aquel momento, volvió á sentirse orgulloso de la sangre que corría por sus venas.

Después, sus impresiones no fueron tan buenas.

En efecto, no tardó en tropezar con figuras bastante odiosas. Los diezmos, los impuestos, cobrados por sus antepasados, le parecían exorbitantes; de seguro, aquellos señores, que contaban con la impunidad, no pasaban cuidado alguno por la miseria de los humildes. Exigían las nueve décimas partes de las cosechas, y recuperaban el resto en forma de prestaciones de trabajo, multas, cargas ú ofrendas agradables. Eran los buenos tiempos del feudalismo.

Luego, poco á poco, los Guibray se hacían menos bárbaros;—¿menos bárbaros?—No, simplemente menos groseros.

Porque si iban á París, si figuraban en la corte, no por esto oprimían menos á los siervos para sacarles

cada día más considerable; las cargas reales empezaban á distinguir aquella noble familia; Francisco I quiso hacer conde á su barón Luis de Guibray.

Éste rehusó, «prefiriendo continuar tal como había nacido y considerándose tan noble como cualquier señor de Francia después del rey sagrado.»

El mismo Luis, aunque de gallardo aspecto, extenuó al país con sus requisas.

El alma de los Guibray fué siempre compleja.

Durante el reinado de Enrique IV, su casa se hizo ilustre; esto tuvo por única causa la galantería del rey, pero el efecto quedó.

Existía entonces una baronesa, Catalina de Guibray de Chantemele, viuda de Tibaldo y maravillosamente animosa y bella.

Cuando el rey hugonote marchó hacia París, á lo largo del Sena, detúvose un poco antes de llegar á Mantes, á causa de la ruda defensa que le opusieron los ribereños, sublevados en masa. El castillo de Guibray, hostil en el horizonte, le puso mal talante y le saludó á tiros de arcabuz. Establecido el sitio, duró varios días sin resultado; el pueblo se había fortificado también; hasta la iglesia construyó con trafuertes y muros.

Desde Moissons y Lavacourt, el rey Enrique ametralló la plaza, sin rendirla. Al contrario, ésta contestó devolviendo golpe por golpe.

Maravillado de tan dura resistencia, el príncipe quiso saber quién era el jefe que dirigía á los sitiados, y su admiración aumentó al enterarse de que el jefe era una mujer, la baronesa Catalina, reputada entre las beldades famosas. Galantemente, el rey levantó el sitio y dió la vuelta á la posición; pero había grabado en su memoria aquel nombre de Catalina de Guibray, y se acordó de la heroína más tarde, siendo ya rey de Francia, convertido y reconocido.

(Se continuará.)

LA GRAN SEMANA DE LA AVIACIÓN EN CHAMPAÑA



1. La estación de «Ville Aviation» en Reims. – 2. El cuadro marcador de la duración de los vuelos. – 3. El pabellón de la Cruz Roja. – 4. El punto del cronometraje. – 5. La estación de correos y telégrafos. – 6. Salida de los aeroplanos Bleriot, Leblanc y Delagrange de sus respectivos cobertizos. – 7. Vista de las tribunas durante las pruebas

(De fotografías de Branger y World's Graphic Press.)

Cuando escribimos estas líneas no se conocen todavía los resultados definitivos de las distintas pruebas que constituyen el gran concurso de aviación de Champaña y que no terminarán hasta el 29. Por esta razón no publicamos en este número ningún grabado relativo á los ensayos provisionales, aplazando esta clase de información para el próximo, en que podremos hacerla más completa, y limitándonos hoy á reproducir algunas vistas de los lugares é instalaciones más interesantes del aeródromo de Betheny.

He aquí ahora los datos referentes á las tres primeras jornadas:

Día 22. *Pruebas eliminatorias francesas para la copa Gordón-Bennett:* Lefebre, en biplano Wright; Bleriot, en monoplano Bleriot; Latham, en monoplano «Antoinette.» — *Premio de la velocidad* (primera prueba): Tissandier, en biplano Wright (30 kilómetros en 28 minutos, $59\,{}^{1}/_{8}$ segundos); Lambert, en biplano Wright (29 minutos); Lefevre (29 minutos, 2 segundos); Paulhan, en biplano Voisin (32 minutos, $29\,{}^{4}/_{5}$ segundos). —*Premio de vuelta á la pista,* 10 kilómetros (primera prueba): Lefevre, en biplano Wright (8 minutos, $58\,{}^{1}/_{8}$ segundos), y Tissandier (9 minutos, $26\,{}^{2}/_{5}$ segundos).

Día 23. *Gran premio de la Champaña y de la ciudad de Reims* (primera prueba): Paulhan (56 kilómetros); Lefevre (21 kilómetros).—*Premio de la vuelta á la pista* (segunda prueba): Curtiss, en biplano Herring Curtiss (8 minutos, $35\,{}^{3}/_{8}$ segundos); Bleriot (8 minutos, $42\,{}^{7}/_{8}$ segundos).

Día 24. *Premio de la velocidad* (segunda prueba): Latham (30 minutos, 2 segundos); Paulhan (38 minutos, $12\,{}^{3}/_{8}$ segundos). —*Premio de la vuelta á la pista* (tercera prueba): Bleriot (8 minutos, $4\,{}^{2}/_{5}$ segundos). En este vuelo Bleriot batió el record de la velocidad del mundo.

La concurrencia que ha acudido á Betheny ha sido tan numerosa como escogida, llenando por completo las espaciosas tribunas, que ofrecían un aspecto brillantísimo.

El día 24 estuvo en el aeródromo el presidente de la República, quien visitó los cobertizos en donde se guardan los aeroplanos y presenció algunas pruebas.

Una de las notas más pintorescas fué la aparición en los aires, mientras se efectuaban las pruebas del segundo día, del dirigible francés *Colonel-Renard,* que ha de tomar parte en el concurso de aeróstatos

Magnífico sobre toda ponderación resultó el espectáculo del primer día, antes de comenzar las pruebas oficiales, cuando, después de unas horas de lluvia y de fuerte viento, doce aviadores á la vez emprendieron el vuelo, practicando en el aire las más difíciles evoluciones y describiendo las más graciosas y elegantes figuras.—S.



Llegada del dirigible francés «Colonel Renard» al aeródromo de Betheny

(De fotografía de M. Rol.)



El dirigible francés «Clement-Bayard» en el Sena

PARÍS. – CAÍDA DEL GLOBO DIRIGIBLE FRANCES

«CLEMENT-BAYARD» EN EL SENA

Uno de los mejores dirigibles de la flota aérea francesa sufrió el día 23 de este mes un grave percance que, de momento, lo ha dejado inservible. El *Clement-Bayard*, adquirido por el gobierno ruso, realizaba la prueba oficial, consistente en elevarse á una altura de 1.200 á 1.500 metros y permanecer en ella durante una hora; había salido de su cobertizo á las seis y media de la mañana, y después de evolucionar admirablemente en el aire por espacio de tres horas, regresaba á su punto de partida y lanzaba sus dos *guide ropes*, de los que se apoderaron varios obreros, cuando una fuerte ráfaga de viento levantó el aparato. Los que sostenían las cuerdas fueron arrastrados algunos metros, y cuando desde el globo les gritaron que soltasen las amarras, muchos de ellos, en vez de aflojarlas simplemente, las abandonaron; el aeróstato entonces impelido por el viento marchó sin gobierno. Los aeronautas no tenían ya lastre y el motor se había parado por falta de esencia, por lo cual el piloto tiró de la cuerda de desgarre y la envoltura del globo se partió en dos. Inmediatamente el globo comenzó á bajar empujado por el aire y atravesando la línea del ferrocarril por encima de los alambres telegráficos y el Sena; pero una ráfaga contraria detuvo su marcha sacudiéndolo con gran fuerza, y el *Clement-Bayard* cayó en el río, por haber chocado la barquilla con un árbol.

El coronel Nach, delegado del gobierno ruso para asistir á la prueba oficial; el Sr. Capazza, que dirigía el globo, y el maquinista Dilasser ganaron á nado la orilla, mientras los obreros del cobertizo y los señores Clement y Charrón acudían apresuradamente al lugar del suceso, seguidos de gran número de curiosos.

Procedióse en seguida á deshenchir el aeróstato, y éste fué colocado sobre dos grandes lanchones; la barquilla, gracias al peso de los aparatos registradores y del formidable motor de 120 caballos, quedó en el fondo del agua. Al atardecer el aparato fué retirado del río.

El accidente sufrido por el *Clement Bayard* ha sido muy sentido por los parisienses, que tantas veces le habían visto cruzar por encima de la capital.

A pesar de todo, el coronel Nach conserva toda su confianza en el maravilloso aparato que iba á adquirir para el ejército ruso y que en la prueba, tan desgraciadamente terminada, había cumplido con exceso todas las condiciones exigidas. «Habíamos hecho una ascensión magnífica, dijo el maquinista, batiendo el record de la altura, puesto que nos habíamos elevado á 1.500 metros y maniobrado á una altitud media de 1.300.»

Los constructores esperan que las averías del *Clement-Bayard* podrán quedar reparadas dentro de quince días.



El Sr. Charrón dirigiendo los trabajos de salvamento del «Clement-Bayard»
(De fotografías de M. Branger.)

LA DESAPARICIÓN DEL OBSERVATORIO JANSSEN DEL MONT-BLANC



Vista del Observatorio medio sepultado por la nieve. (De fotografía de Carlos Trampus.)

El famoso observatorio refugio que el célebre astrónomo Janssen hizo construir en la cima del Mont-Blanc ha sido recientemente demolido, para evitar que quedase enteramente sepultado bajo la nieve, y los aparatos que contenía han sido transportados al Observatorio Vallot, situado en la misma montaña, en el lugar llamado Peñas Rojas, á 4 350 metros de altitud.

El doctor Janssen, después de una ascensión efectuada en 1890, decidió levantar allí aquel edificio á fin de estudiar, en las mejores condiciones, la composición química de la envoltura gaseosa solar, é inmediatamente los ingenieros Sres. Eiffel é Imfeld practicaron los sondeos necesarios para encontrar una base sólida sobre la cual cimentar la construcción. Los resultados de estas investigaciones no fueron del todo favorables, no obstante lo cual el doctor Janssen dispuso que su proyecto se llevara adelante; y en Meudón se construyó pieza por pieza el edificio que, no sin tener que vencer grandes dificultades, fué transportado y erigido en la cumbre de aquella montaña, quedando definitivamente instalado en 1892. Pero sucedió lo que el director del otro observatorio antes citado, el Sr. Vallot, había previsto: con la disgregación de las capas inferiores del inmenso ventisquero que cubre el Mont-Blanc, el Observatorio Janssen fué hundiéndose paulatinamente, hasta el punto de que en el presente año casi había desaparecido del todo. En vista de ello decidióse su demolición, que se ha efectuado hace pocas semanas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 6 de septiembre de 1909 — Núm. 1.445

LA GRAN SEMANA DE LA AVIACIÓN EN CHAMPAÑA

Los dos ganadores de los premios más importantes



ENRIQUE FARMAN, ganador del gran premio de la Champaña. El biplano Farman en los aires
GLEN CURTISS, ganador de la copa Gordón Bennet. El biplano Curtiss en los aires
Farman ha ganado además el primer premio de los pasajeros y el segundo de altura; y Curtiss, el primer premio de la velocidad y el segundo de la vuelta á la pista. (De fotografías de M. Branger.)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: campaña de la prensa yanqui contra esta República y réplica del ministro cubano en Wáshington: los empleos públicos y los partidos políticos. – *Puerto Rico:* estado de ánimo y aspiraciones de los portorriqueños: la tiranía yanqui. – Política centroamericana: crisis económica y malestar político en *Honduras:* relaciones con los Estados vecinos: la elección presidencial en *Costa Rica:* el delegado apostólico en Centroamérica. – *Venezuela:* el general Gómez, presidente interino.

En el verano de este año buena parte de la prensa yanqui ha extremado su campaña contra los políticos cubanos. Censura los gastos que hace el actual gobierno, excesivos con relación á las rentas de que puede disponer la República; se burla de los partidos que aspiran al poder sin más objetivo que alcanzar para los suyos cargos oficiales bien remunerados; recuerda los millones de dólares que Cuba debe á los Estados Unidos, ya por los gastos de las intervenciones y del auxilio que le prestaron para la guerra contra España, ya por las obras públicas que han realizado en la isla; exagera, por último, la nota pesimista respecto á la situación interior del país, dando á cualquier motín ó acto de indisciplina las proporciones de tentativa revolucionaria, para deducir de estos y demás hechos la imposibilidad manifiesta de que pueda Cuba vivir como nación libre y soberana.

El ministro de Cuba en Wáshington sale á la defensa de sus compatriotas y devuelve el golpe á los yanquis. El gobierno de la primera República cubana, el que presidió Estrada Palma, supo administrar con tanto acierto y honradez los intereses de la nación, que ahorró doce millones de pesos oro. Pero vino la intervención, y con ella el desacierto, la malversación ó el despilfarro: el gobierno provisional yanqui ha dejado al segundo gobierno libre cubano un déficit de nueve millones de pesos. Luego los que – por lo menos desde el punto de vista financiero—han administrado mal, los responsables de la actual penuria del Tesoro de Cuba, no son los cubanos, sino los yanquis. Si en el presupuesto hay nuevas partidas de gastos que han de aumentar el déficit, se debe á la imperiosa necesidad de garantir la paz pública, reorganizando la guardia rural, fomentando las obras públicas y la agricultura, tomando, en suma, cuantas disposiciones son menester á fin de evitar conflictos que sirvan de pretexto á los yanquis para otra intervención que acabe de arruinar á Cuba ó dé al traste con su independencia.

En orden á la política interior, la situación deja bastante que desear, pues no acaban de unificarse las dos fracciones del partido liberal. Todo depende del reparto de los destinos ó cargos públicos. Ha habido cambios en el alto y bajo personal, para satisfacer á los más impacientes; pero el grupo Zayas pide más, y algunos liberales del grupo Gómez tienden á aliarse con una fracción de los conservadores para formar un tercer partido. Estas disgregaciones pueden ocasionar grave daño á la República, y el jefe de los conservadores dirige circular á los suyos encareciendo la necesidad de fuerte unión para mantener á distancia la tutela norteamericana.

***

Con motivo de la intransigencia de que hace alarde el nuevo presidente de la Unión norteamericana ante las justas reclamaciones de los portorriqueños, varios periódicos hispano-americanos reproducen el capítulo que á estos *hombres sin patria* ha dedicado el Sr. Neuman en su libro «Impresiones de viaje por América.» Hay en dicho capítulo párrafos que reflejan con toda exactitud el estado de ánimo y las aspiraciones de los hispanos de Puerto Rico. «Quieren tener gobierno que les permita resolver sus problemas internos por sí mismos... A los negros de Jamaica, con civilización inferior, les ha concedido el Parlamento británico régimen político más liberal y son ingleses, mientras los ilotas portorriqueños han sido excluídos arbitrariamente del concierto de la Unión americana, y no se les ha admitido como ciudadanos. Se les ha impuesto deberes, pero los derechos están anulados... El régimen político imperante en Puerto Rico resulta triste, absurdo y retrógrado... El pueblo de Puerto Rico por medio de su Cámara y de sus municipios pide con razón un Senado de elección popular, porque el Consejo ejecutivo no es otra cosa que un freno puesto á las expansiones liberales; consejo que en su amalgama de poderes y con el predominio que en él tienen los continentales, resulta baluarte inexpugnable de la burocracia; consejo que anula por completo las iniciativas de la Cámara de representantes de Puerto Rico; consejo que se reserva facultades insólitas y privilegiadas que tienen muchas reminiscencias de poder omnímodo... El pueblo de Puerto Rico está cansado de estudios y ensayos, y ansioso de constituir una patria libre y próspera, al amparo del pabellón de las barras y de las estrellas... Es duro, es inmoral, es tiránico que se imponga al pueblo de Puerto Rico el vasallaje á una bandera que ni le ampara ni le protege en el extranjero, ni le inviste con los atributos de la ciudadanía... Los legisladores norteamericanos andan muy atrasados en métodos coloniales. El bill Foraker es un monstruoso engendro que no responde al espíritu liberal y democrático de que están saturados los pueblos modernos. No parece la obra de una República, y sí la obra centralizadora de antiguas monarquías, que ha tiempo la han substituído por otros procedimientos gubernamentales... Los Estados Unidos en pleno siglo XX han impuesto á Puerto Rico régimen peor que el que ellos desecharon en la centuria XVIII; régimen éste más liberal que el que ahora impera en la desdichada isla del mar Caribe.»

En suma, las pretensiones de los portorriqueños se sintetizan en esta frase de Franklin: «Dejadnos gobernar y no nos tiranicéis demasiado.»

***

La República de Honduras viene sufriendo crisis económica y malestar político extraordinarios. Causa de aquélla son reformas arancelarias y multitud de leyes y acuerdos sobre Hacienda que no responden al fin que con ellos se persigue.

Consecuencia inmediata de la reforma arancelaria ha sido el retraimievto de los importadores, confiados en que pronto habrán de derogarse las nuevas disposiciones. Pero entre tanto, baja considerablemente la renta de Aduanas, que es la mayor y más saneada de la República.

Las demás medidas responden, sí, á buenos deseos; pero hijas de la inexperiencia, resultan algunas inaplicables ó contraproducentes. Se han creado catorce clases de papel sellado en vez de la única que antes existía, y se obliga al comercio á extender sus facturas en una ú otra clase de ese papel, según el importe de aquéllas, con lo que todo son cuestiones con el fisco, que el comerciante procura evitar buscando pretexto para eludir la obligación. Se ha prohibido que los particulares importen vinos y licores; esto será privilegio del gobierno, el cual no tiene fondos para pagar cuanto se necesita para el consumo. Los comerciantes ó industriales que compren al gobierno, sean quienes fueren, aun los modestos cantineros, tendrán que llevar la contabilidad por partida doble. Con estas y otras dificultades, los negocios se paralizan y la situación económica empeora de día en día.

En cuanto á la situación política interior, el actual presidente general Dávila, que llegó al poder como transacción para aquietar los ánimos, cometió el error de llamar al gobierno á los mismos que en la Junta revolucionaria no lograban nunca ponerse de acuerdo, y así continuaban. Ahora ha hecho un acto de energía, destituyéndolos y formando nuevo gabinete con gente joven y poco conocida. Así parece que termina la etapa de la revolución, pues los revolucionarios eran los expulsados del gobierno. Se temió que éstos provocaran revueltas, y á principios de julio había también recelos porque se supo que el general y ex presidente D. Manuel Bonilla, el político más temido y muy popular, estaba en Bélice, después de haber visitado varios almacenes ó fábricas de armas en los Estados Unidos.

Subsiste la tirantez de relaciones con los Estados vecinos, contenidos á duras penas por los yanquis, y el malestar y la guerra latente se perpetúan. El estado actual no será la guerra activa, pero es la muerte de toda actividad, de toda energía y la inversión de la riqueza pública en armamentos y en fuerzas permanentes que los recelos más ó menos fundados mantienen siempre en pie de guerra, allí donde sólo la paz es lo que puede restaurar á esos países, tan necesitados de ella. Y esa paz no se logrará en tanto que no caigan del poder los políticos y generales centroamericanos que se han hecho incompatibles entre sí. Las rivalidades personales ocasionan la enemistad entre los pueblos.

En Nicaragua hubo un conato de revolución; pero no tuvo importancia. Siguen las negociaciones con los Estados Unidos con motivo de cierta reclamación que hizo un yanqui establecido en el país; en ellas el presidente general Zelaya se porta con toda corrección y energía. Mantiene buenas relaciones con México, en lo que procura imitarle el presidente del Salvador Sr. Figueroa, que se aparta de Guatemala para buscar de nuevo el apoyo mexicano.

En Costa Rica ha habido cambio de ministerio; el de Relaciones exteriores lo desempeña ahora don Ricardo Fernández Guardia, correspondiente de las Academias española y de la Historia, é ilustrado escritor bien conocido en España, donde con su padre D. León visitó archivos para estudiar documentos referentes á la historia de Costa Rica durante el período colonial.

La elección presidencial se presenta muy dudosa. Son candidatos el ex presidente D. Rafael Iglesias y el Sr. D. Ricardo Jiménez, éste muy amigo del general Zelaya, presidente de Nicaragua, y aquél de Estrada Cabrera, de Guatemala, es decir, los polos opuestos en la política centroamericana. También tiene partidarios la reelección del actual presidente Sr. González Viquez. La cuestión, pues, se complica; entran en juego la simpatía ó antipatía, por no decir la influencia de los demás jefes de Estado, y hay peligro de que lleguen á hacerse sentir en Costa Rica las consecuencias de la rivalidad entre aquéllos. Lástima es que esta República no persevere en su política anterior, que la mantenía apartada de las discordias tan frecuentes entre los otros cuatro Estados.

El delegado apostólico en Centroamérica monseñor Juan Cagliero, á quien nos referimos en anterior *Revista*, ha escogido para residencia á San José de Costa Rica. Es fraile salesiano, arzobispo titular de Sebaste y hombre de 71 años, de los cuales ha vivido muchos en España. Pero á juzgar por cartas particulares que hemos recibido, se muestra muy poco afecto á los españoles y afirma que nuestros sacerdotes y frailes ¡nunca sirvieron para misioneros!

Costa Rica, que está en buenas relaciones con la Santa Sede, lo recibió en palmas. En Nicaragua fué acogido con cortesía. En El Salvador se negaron á recibirlo oficialmente. El gobierno de Guatemala ni le dejó entrar en el país. En Honduras, donde ha permanecido algún tiempo, intentó crear nuevas diócesis, y después le pareció mejor establecer un vicariato, contra la opinión del diocesano, que se propone recurrir á Roma, advirtiendo lo inoportuno de esa reforma y los inconvenientes que ofrece en aquellos países la propaganda hecha por misioneros de las órdenes religiosas, expuestos á graves riesgos, dadas las ideas y costumbres allí predominantes y la frecuencia de motines y revoluciones.

***

El general Juan Vicente Gómez sigue los mismos pasos que dió Castro—y antes otros generales venezolanos—para adueñarse del poder. Las constituciones de Venezuela dirán lo que digan; pero lo cierto es que allí, como en alguna que otra de esas republicanas y democráticas naciones de América, se conquista y se conserva el gobierno ganándolo por la fuerza ó por la astucia, convocando Congreso que por unanimidad sancione el acto ilegal, otorgue la presidencia interina á quien ya se había apoderado de ella y revise la Constitución para que haya una más en la larga serie de ellas, y reuniendo después otro Congreso, bien amañado con arreglo á la nueva Constitución, para proclamar presidente constitucional al que ya lo era provisionalmente.

Gómez ha entrado en la segunda fase de esta evolución, y ya es presidente interino.

Entre tanto, nada se dice de Castro. ¿Sigue en España?

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

UNA PROFESIÓN EXTRAORDINARIA, por J. Sánchez Gerona



Entró con paso fatigoso, apoyada su mano izquierda en un grueso bastón de nudos

A pesar de que sólo habían transcurrido algunos minutos después de la hora en que abría su consulta el Dr. Bérchules, eran ya cuatro las personas que guardaban turno cuando entré en la sala de espera.

Antes de seguir y en honor de la excelente naturaleza de que—en buena hora lo diga—gozo desde mi nacimiento, haré constar que el objeto que allí me conducía no estaba relacionado con enfermedad alguna propia, sino de una tía residente en mi país, solterona rica y algo maniática.

Habíame escrito la buena señora haciéndome detallada relación de los síntomas de un mal de ojos que creía padecer, con objeto de que viese yo á algún médico de los de reconocida fama en la Corte, y después de enumerarle los susodichos síntomas y de oir su autorizada opinión, se la transmitiera sin omitir palabra; de modo que siguiendo el plan aconsejado, viniese ella á quedar agradecida á mi solicitud y sus ojos libres de la dolencia que los atormentaba.

Conocía yo por demás el carácter aprensivo de mi parienta y que sus achaques de la vista eran pura imaginación, así que sin dar importancia á la supuesta enfermedad, pero queriendo cumplir sus deseos como buen sobrino, entré en casa del primer médico de que tuve noticia, sin meterme en averiguar si era ó no una eminencia.

He aquí explicado el motivo que me condujo aquel día á la antesala de un «consultorio.»

Tomé, pues, asiento y me dediqué á observar á los que conmigo aguardaban en el salón.

Había frente á mí un joven de aspecto delicado y enfermizo, de ojos glaucos y larga melena del color del *ala barnizada del cuervo.* Debía ser un poeta, un soñador al menos, que se alejaba, por el camino de la tuberculosis, de este mundo lleno de prosaicos y de insomnes.

No lejos de él una mujer de avanzada edad, vestida con el traje dominguero de las artesanas acomodadas, retenía en su regazo—en tanto lo acariciaba amorosamente—á un chico como de diez años que, con la expresión fosca de un animal salvaje, nos miraba á todos desconfiadamente y en particular al joven de la melena. La anciana le decía á media voz al chico:

—No te impacientes, que nos vamos á ir pronto. En cuanto te vea el médico nos marchamos á buscar á tu madre.

El rapaz seguía en su actitud hostil, incrédulo ante las promesas; se advertía que desconfiaba de todo.

En un rincón rebullía de vez en cuando un señor viejo y chato que gastaba lentes y fumaba un cigarrillo de matalahuva. Como el lugar en que se había sumido estaba bastante obscuro, los cristales de sus quevedos, reflejando la escasa luz que entraba por el balcón, dábanle el aspecto de un gato enorme; las chispas que despedía el anís al quemarse contribuían á hacer más fatídico su aspecto.

Sonó el timbre de la puerta y, á poco, en el recibimiento retumbó un pisar titánico y la tos más violenta y angustiosa que he escuchado en mi vida. Casi inmediatamente presentóse á nuestras curiosas miradas un hombre de extraordinaria corpulencia, cuyo rostro noble y correcto tenía una palidez cérea uniforme que le prestaba cierto atractivo.

Los cabellos grises que coronaban su frente y lucían en su barba apostólica, con esmero cuidada, servían de marco á aquel semblante severo y formaban en conjunto una cabeza agradable y, como diría un pintor, entonada.

Entró con paso fatigoso, apoyada su mano izquierda en un grueso bastón de nudos—que debía ser arma terrible manejada por aquel hércules—y el brazo derecho sobre el hombro de una mujer insignificante, ni vieja, ni joven; ni guapa, ni fea; poco más alta y más gruesa que el bastón, con el que parecía hacer *pendant.*

El nuevo cliente, antes de sentarse, sufrió otro acceso de su tos estentórea, durante el cual su fisonomía perdió la albura cérea, para ponerse primero escarlata y en seguida de color de heces de vino; inyectáronse de sangre sus ojos enormes. Tableteó su pecho, y á los movimientos convulsivos de aquella mole humana el suelo tembló y los cristales de las vidrieras tintinearon.

Luego dejóse caer en una butaca, puso bastón y mujer en sendas sillas, á su izquierda y derecha respectivamente, y miró al cielo como implorando el fin su padecer.

Los circunstantes habíamos permanecido aterrados, mudos, excepto el muchacho montaraz, que rompió en un llanto ruidoso llamando á su madre con voces lastimeras.

La anciana fué calmándole poco á poco hasta conseguir que callase.

Yo, mientras, contemplaba al recién llegado, experimentando una piedad enorme ante aquel robusto cuerpo que hubiera sido—sin el asma que sufría al parecer—modelo de gallardía y honra de la especie humana.

Su faz había recobrado la primitiva blancura mate que tanto me había interesado, pero en el mutismo que reinaba por todo el salón oíase el ronco hervidero de sus pulmones destrozados, á veces sibilantes, á veces bramadores.

El criado entró para anunciar que el enfermo á quien tocara el turno podía pasar al gabinete de consultas.

—Nosotros, dijo la mujer.

Y con su pequeño salvaje penetró por donde les indicara el doméstico.

Retirado éste después de cerrar la puerta, volvió á imperar la quietud.

La mujer insignificante y el roten seguían inmóviles cada uno sobre su silla. El viejo del rincón encendió otro cigarrillo de anís, y yo, pensando que iba á tener que aguardar aún bastante tiempo y que mis ocupaciones me reclamaban en otro sitio, decidí marcharme y dejar la consulta del mal de ojos de mi tía para mejor ocasión.

Al salir á la calle, sobre una jamba de la puerta vi una placa de mármol, en la cual no había reparado cuando entré.

Decía así:

Dr. BÉRCHULES

VÍAS RESPIRATORIAS

Comprendí que había obrado ligeramente yendo á casa de cualquier médico, ya que se trataba de una enfermedad á cuya curación hay dedicados numerosos especialistas. Propúseme trasladar á uno de ellos la consulta de mi tía, y á la mañana siguiente, ya bien informado, me dirigí á casa de otro galeno.

Dr. LUGROS
OFTALMIATRÍA
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Horas de 11 *á* 1

Según rezaba la chapa de cobre puesta sobre la mirilla.

Un criado pulcro y grave me condujo á la consabida sala de espera. También allí había ya clientes aguardando su vez, y eso que, aleccionado por lo ocurrido la víspera, había madrugado á acudir antes de las once.

Los clientes que me habían precedido no me distraían; eran tipos comunes, sus enfermedades no debían ser casos patológicos, ni sus historias casos psicológicos.

Habrían transcurrido tres cuartos de hora y desfilado otros tantos pacientes, cuando por el corredor que conducía al aposento en que me hallaba resonaron unas pisadas como de elefante que hacían trepidar la casa entera.

En el acto me acordé del formidable asmático del día anterior; no conocía á nadie cuyo andar pudiera producir tales efectos.

Esperaba ver aparecer la barba canosa y la alba faz del cíclope enfermo, pero me equivoqué. Era el que llegaba tan alto y tan robusto como el cliente del Dr. Bérchules, pero traía el rostro afeitado y su piel era más sonrosada, sobre todo hacia la punta de la nariz, como si tuviese frío ó costumbre de emborracharse. Unas enormes gafas negras con rejilla de alambre en sus costados le cubrían buena parte de la fisonomía, apacible y sonriente como es por regla general la de los ciegos, en contraposición del semblante de los sordos, que lo tienen duro y avinagrado.

Vestía con relativa elegancia y llevaba en la diestra un báculo de ébano, con el que tanteaba el suelo delante de él.

La cabeza echada hacia atrás, con esa actitud peculiar de las personas que carecen de la vista, y levantando mucho los pies para andar, dió algunos pasos conducido por el sirviente del médico; pero á una distracción del lazarillo tropezó en un taburete que no lejos del *pouf* se hallaba, y poco faltó para que fuese él á tierra. Bajo el tras piés descomunal el piso crujió de una manera temerosa, que volvió á traer á mi mente al coloso de la cruel tos.

Sí; hubiera asegurado que era él; su rasuramiento nada probaba, podía haber resuelto afeitarse; el color sonrosado que yo veía ó la palidez que había visto, podían ser accidentales.

Sólo me hacía dudar aquella repentina enfermedad de los ojos y la no menos rápida curación del espantoso catarro, porque ya sus pulmones no producían el tumultuoso estertor que había despertado mi conmiseración. Bien es verdad que la ciencia del «Doctor Bérchules, vías respiratorias,» podía ser tal, que le hubiese curado la dolencia del pecho en pocas horas y que en menos aún podía haber cegado. Todo ello no hubiera probado más sino que aquel pobre señor era el rigor de las desdichas.

Cuando más enfrascado me hallaba en mis pensamientos indagatorios, me llegó la vez para exponer mi consulta. Después de averiguar cuanto á la enfermedad de mi parienta concernía, salíme de casa del doctor Lugros sin poder apartar la imaginación del problema que me había propuesto á mí mismo. ¿Eran ó no una misma persona el asmático y el ciego?

El tranvía de mi barrio iba á parar en aquel instante delante de la puerta, solicitado por un señor chiquito y enteco, en quien reconocí al cliente que me precediera en la consulta y que, por lo visto, durante todo el tiempo que duró la mía había estado en la calle aguardando la llegada de aquel vehículo.

Como observara que yo también iba á montar, cedióme galantemente el paso, y esto le pareció suficiente para entablar conversación conmigo.

Hablóme del «consultorio» de donde veníamos y me refirió algunas curas maravillosas realizadas por el médico que lo tenía.

Yo, por mi parte, extrañando no ver sobre su ojo izquierdo una especie de cortinilla negra que sujeta á la cabeza poco antes llevaba, preguntéle sobre el particular, á lo que me contestó con evasivas, sonriendo entre confuso y burlón.

Paisaje, cuadro de José M.ª Marqués

El tranvía continuaba su ruta que lo alejaba del centro; los viajeros habían ido apeándose hasta desaparecer todos. Mi interlocutor sacó una pitillera, y después de ofrecerme un cigarro y otro al cobrador, pidió permiso á éste para que nos dejara fumar en el interior del coche, ya que íbamos solos.

Encendí el cigarrillo, pero su extraño sabor me obligó á hacer un mohín de desagrado. Sabía á matalahuva. Al notar mi gesto, el hombre raquítico pareció turbarse.

—Dispense usted, dijo alargándome apresuradamente otro cigarro; le he dado por equivocación tabaco «vías respiratorias.»

Un recuerdo pasó como un relámpago por mi cabeza.

—Usted estaba ayer en casa del doctor Bérchules.

Su azoramiento creció; parecía que lo acusaba de algún crimen.

De pronto, como si adoptara una resolución inopinada, díjome en tono confidencial:

—Ya que ha sorprendido usted en parte el secreto, acabaré de revelárselo para que no se quede usted con el sinsabor que produce la curiosidad á medias satisfecha. Entre los muchos procedimientos poco conocidos que existen de ganarse la vida, hay uno novísimo, susceptible de clasificarse con las porfesiones que podríamos llamar de ayuda, ó sea aquellas que en sí no son nada, que aisladas no sirven de cosa alguna, pero que son poco menos que indispensables para la economía de la sociedad y hasta para el perfeccionamiento de las razas.

Yo escuchaba absorto el brillante y estrambótico preámbulo con la vista clavada en aquel cuerpecillo ruin que á la cuenta debía ser el de un gran filósofo.

—Sí, señor; este mi oficio es de ayuda, como lo son el de agente de anuncios, el de repartidor de periódicos, el de casamentero, y en fin, todos los que contribuyen á desenvolver una industria útil, á difundir las artes y las ciencias ó á poner en contacto á los individuos aislados. Y llámoles de ayuda á estos oficios para distinguirlos de aquellos otros que existen y sería lógico llamarlos de estorbo, como el de tomar vez en la fila para entrar á la tribuna pública del Congreso y en otras acreditadas *colas*, con objeto de hacerlas interminables y obligar al que tenga prisa en satisfacer el capricho ó la necesidad á comprar un puesto más delantero. Mi profesión pertenece al primer grupo, y yo me siento orgulloso de mi profesión. La confesaría á cada momento, la gritaría por las calles si no fuese porque su misma índole requiere el misterio, exige el recato. ¡Soy cliente decorativo!

Confieso que no comprendí de lo que se trataba á pesar de tan paladina manifestación. El hombrecillo se explicó luego en tono más llano. Su ocupación consistía en acudir á las clínicas particulares, simulando tener el padecimiento que en cada una se estudia, y dar con su presencia animación á la sala de espera y que el verdadero enfermo tenga, por el pronto, más confianza en el médico—viendo que son muchos los que se ponen en sus manos—y salga contando que la humanidad doliente acude allá como un enjambre en busca de salud.

—Estas figuras decorativas, me decía, son útiles, así á los que no tienen fama como á los que la tienen; á aquéllos se la da, á éstos se la aumenta.

Y añadía esta sentencia que no se hubiera desdeñado de firmar La Rochefoucauld:

—La antesala de un médico sin clientes es como el atrio de un cementerio.

Lo que acababa de oir podía tal vez resolver el problema que aún me bullía en la mente.

—Dígame usted: entonces, ¿ese hombretón recién afeitado y con gafas negras que entró allá hoy?..

—¡Oh! Alejandro *el Grande*, como le llamamos en la intimidad: ese es un artista. Nadie cojea como él; sabe torcer la muñeca de cierto modo que parece llevarla dislocada; finge un ataque epiléptico que no hay más que pedir... ¡Y cómo imita la voz destemplada de los sordos! Luego, como posee sangre de sobra, no tiene inconveniente en soltarse una vena, siempre que el caso lo requiere. ¡Insuperable! Pero esos refinamientos no están al alcance de cualquiera; es preciso tener condiciones. En todo hay clases: yo apenas gano para vivir, y él se retirará del oficio con buen *gato;* pero yo soy un pobre comparsa y él es primer actor. Si Alejandro no tuviera esa extraordinaria estatura que le delata, sería imposible reconocerle en sus diversos papeles y ganaría mucho más.

Después de esta revelación he visto dos veces al cliente hercúleo: una de ellas llevaba la cabeza toda vendada como si la tuviera abierta en veinte cascos, otra iba con un brazo en cabestrillo.

(Dibujo de Sardá.)

PARÍS.—MONUMENTOS DEDICADOS A LITERATOS Y ARTISTAS. (De fotografías de C. Delius.)



Los monumentos que en esta página reproducimos son una pequeña muestra de los muchísimos que adornan las calles, plazas, jardines y parques de la capital de Francia y que han sido erigidos para perpetuar la memoria de franceses ilustres. Cuatro de ellos están dedicados á Fernando Fabre, Alfonso Daudet, Jorge Sand y Guy de Maupassant que tanta gloria han alcanzado en la república de las letras; el quinto, al eminente compositor cuyo nombre está escrito en letras de oro en los anales de la música francesa. Los de Fabre y Jorge Sand álzanse en el Jardín del Luxemburgo; los otros tres, en el Parque Monceau.

LA GRAN SEMANA DE LA AVIACIÓN EN CHAMPAÑA

Terminó el concurso de la Champaña, que ha sido un gran triunfo para la aviación y un espectáculo magnífico que difícilmente olvidarán los que lo han presenciado.

He aquí los resultados de las distintas pruebas:

GRAN PREMIO DE LA CHAMPAÑA (mayor distancia): primer premio, *Farman*, en biplano Farman (180 kilómetros); segundo, *Latham*, en monoplano Antoinette (155 kilómetros); tercero, *Paulhan*, en biplano Voisin (133 kilómetros); cuarto, *De Lambert*, en biplano Wright (116 kilómetros); quinto, *Latham* (111 kilómetros); y sexto, *Tissandier*, en biplano Wright (110 kilómetros). El vuelo de Farman fué en realidad de 190 kilómetros, de los cuales sólo se computaron oficialmente 180 (en 3 horas, 4 minutos, 56 segundos), porque en el momento en que llegaba á este punto de su recorrido eran las siete y media, hora que el reglamento fijaba como término de las pruebas; y aun habría volado más de los 190, puesto que todavía le quedaban 15 litros de esencia, los suficientes para recorrer otros 40 ó 50 kilómetros, de no habérselo impedido la obscuridad de la noche. Con este vuelo (en total 190 kilómetros en 3 horas, 14 minutos), ha batido Farman el record del mundo de la distancia y de la duración.

COPA INTERNACIONAL GORDÓN BENNETT (dos vueltas á la pista, es decir, 20 kilómetros en menos tiempo): premio único, *Curtiss*, en biplano Curtiss (15 minutos, 50 $^{3}/_{5}$ segundos). La copa, por consiguiente, ha sido ganada por los Estados Unidos, en donde habrá de ser nuevamente disputada en 1910.

PREMIO DE LA VUELTA Á LA PISTA (una vuelta á la pista, es decir, 10 kilómetros en menos tiempo): primer premio, *Bleriot*, en 7 minutos, 47 $^{4}/_{5}$ segundos; segundo, *Curtiss*, en 7 minutos, 53 $^{2}/_{5}$ segundos; tercero, *Latham*, en 8 minutos, 15 $^{1}/_{5}$ segundos; y cuarto, *Latham*, en 8 minutos, 32 segundos.

PREMIO DE LA VELOCIDAD (tres vueltas á la pista, es decir, 30 kilómetros en menos tiempo): primer premio, *Curtiss*, en 24 minutos, 15 $^{1}/_{5}$ segundos; segundo, *Latham*, en 26 minutos, 32 $^{2}/_{5}$ segundos; tercero, *Latham*, en 27 minutos, 18 $^{1}/_{5}$ segundos; cuarto, *Tissandier*, en 28 minutos, 59 $^{1}/_{5}$ segundos.

PREMIO DE LOS PASAJEROS (una vuelta á la pista en menos tiempo y llevando mayor número de pasajeros): premio único, *Farman*, con dos pasajeros, en 10 minutos, 39 segundos.

PREMIO DE ALTURA: *Latham*, que se elevó á 155 metros.

PREMIO DE LOS AERÓSTATOS (cinco vueltas á la pista en menos tiempo): premio único, el dirigible *Colonel-Renard*, dirigido por el señor Kapferer, que hizo el recorrido en una hora, 19 minutos y 49 $^{1}/_{5}$ segundos.

Además de éstos, ha habido otro premio que no figuraba en el programa, el de los mecánicos, que ganó *Bunau Varilla*, con un vuelo de 80 kilómetros.

Como datos curiosos damos á continuación las cifras de lo que han ganado los vencedores en cada una de las pruebas del concurso.





Los ganadores de los premios y los aparatos en que los han ganado.—LATHAM, ganador del segundo y quinto premios de la Champaña, del primero de altura y del segundo y tercero de la velocidad. – BLERIOT, ganador del primer premio de la vuelta á la pista. – PAULHAN, ganador del tercer premio de la Champaña. – DE LAMBERT, ganador del cuarto premio de la Champaña. – TISSANDIER, ganador del sexto premio de la Champaña y del cuarto de la velocidad. (De fotografías de M. Branger.)

Farman: primer gran premio de la Champaña, 50.000 francos; primer premio de los pasajeros, 10.000; segundo premio de altura, 3.000; total: 63 000 francos. *Latham:* segundo premio de la Champaña, 25.000 francos; primer premio de altura, 7.000; quinto premio de la Champaña, 5.000; segundo premio de la velocidad, 5.000; tercer premio de la velocidad, 3.000; total: 45 000 francos. *Curtiss:* copa Gordón Bennet, 25.000 francos; primer premio de la velocidad, 10 000; segundo premio de la vuelta á la pista, 3.000; total, 38.000 francos. Además le ha sido adjudicado provisionalmente la copa, objeto de arte, de valor 12.500 francos. *Paulhan:* tercer premio de la Champaña, 10.000 francos. *Tissandier:* sexto premio de la Champaña, 5.000 francos; cuarto premio de la velocidad, 2.000; total: 7 000 francos. *Bleriot:* primer premio de la vuelta á la pista, 7.000 francos. *De Lambert:* cuarto premio de la Champaña, 5.000 francos.

Ocioso nos parece decir que el público que asistió al concurso fué tan numeroso como escogido, y que no escaseó sus aplausos entusiastas á los vencedores.

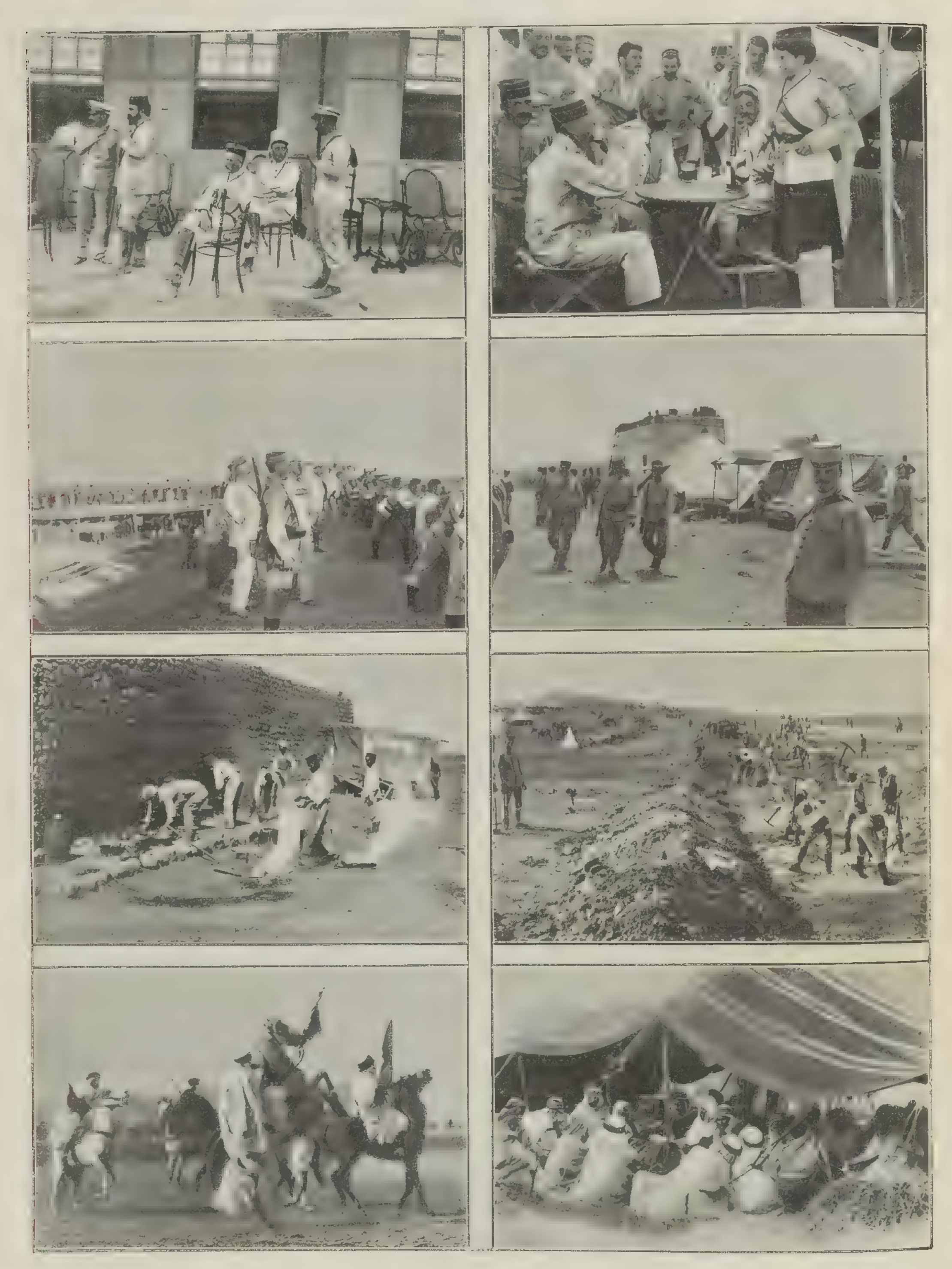
Hubo durante las pruebas momentos de verdadera emoción; la lucha por la copa Gordón Bennet, en la que el francés Bleriot sólo por seis segundos fué derrotado por el norteamericano Curtiss; el vuelo de Latham, elevándose en su frágil aparato á la prodigiosa altura de 155 metros, y el espectáculo de varios aeroplanos, en algunas ocasiones doce, maniobrando á la vez en el aire, fueron sensacionales.

La gran semana de Champaña, y esta es otra nota simpática, transcurrió sin accidentes desgraciados; únicamente el último día quedó destruído el monoplano de Bleriot, por haberse incendiado la esencia, sin que por fortuna el aviador sufriera más que ligeras quemaduras.—S.



En el aeródromo de Betheny.—Damas del club femenino de aviación «Stella,» del que es presidenta la señora de Surcouf (×). – Cinco aeroplanos volando á la vez. – El *buffet*. – El presidente de la República y su esposa en la tribuna oficial. – Farman llevando en su aparato á dos personas en el momento de emprender el vuelo que le valió el premio de los pasajeros. – Restos del aeroplano Bleriot 22, que fué destruído por el fuego. (De fotografías de World's Graphic Press, Argus, Rol, Rapid y Branger.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Los príncipes D. Raniero y D. Felipe de Borbón en el Casino de Melilla — La cantinera del batallón Alfonso XII, Dolores Llopart.— La guarnición del lavadero del mineral rechazando al enemigo. — Campamento de la segunda caseta. — Soldados preparando la comida junto á la posada del Cabo Moreno. — Ingenieros construyendo una nueva carretera al fuerte Camellos. — Abanderados moros y jefes del interior. — Tienda de campaña de jefes moros.

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)

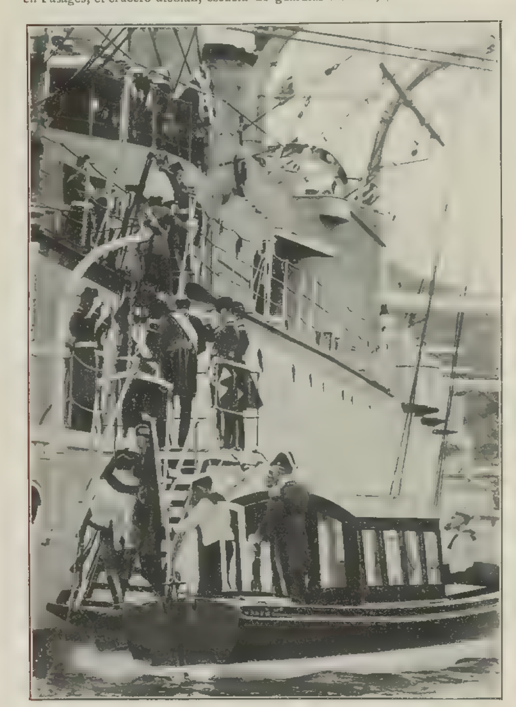


El general Tovar revistando la policía indígena.—Oficial enseñando el manejo de las armas á los moros adictos.—Campamento de caballería cerca de la torre de San Lorenzo.—Campamento instalado á orillas del Río de Oro.—Un convoy dirigiéndose á las avanzadas.—Soldados de caballería haciendo fuego contra los rifeños.—Aduares moros en Mezquita.—Aduares moros en la cabila de Frajana.

PASAGES. – VISITA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

AL CRUCERO ALEMÁN «FREYA»

Hace pocos días estuvo, primero en San Sebastián y luego en Pasages, el crucero alemán, escuela de guardias marinas,



Pasages.— Visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII al crucero alemán «Freya» (De fotografía de World's Graphic Press.)

Freya, que desplaza 5.700 toneladas y va tripulado por 570 hombres.

En Pasages recibió el *Freya*, el día 26 de agosto último, la visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII, á quien acompañaban el infante D. Fernando, el marqués de la Torrecilla, el conde del Serrallo y el general Boado.

El monarca, que vestía el uniforme de almirante alemán, fué recibido á bordo del crucero con todos los honores; la tripulación, formada sobre cubierta, dió los tres hurras de ordenanza, mientras la banda tocaba la marcha real.

El rey y el infante, acompañados por el comandante y la oficialidad del crucero, visitaron todas las dependencias de éste, del que hicieron grandes elogios.

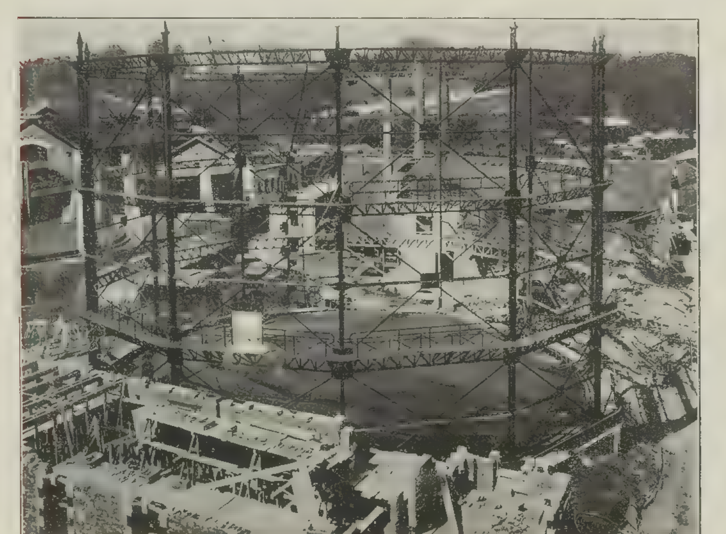
Terminada la visita, D. Alfonso XIII se retiró, siendo despedido con los mismos honores que á la llegada.

GINEBRA

EXPLOSIÓN DE UN GASÓMETRO

En la tarde del 23 del próximo pasado se produjo una explosión terrible en la fábrica de gas de Ginebra: 15.000 metros cúbicos de fluido en él contenidos se incendiaron, sin que se sepa á qué se debió el incendio, produciendo una detonación formidable, destruyendo una porción de edificios próximos y rompiendo innumerables cristales de habitaciones y tiendas en un radio de muchos cientos de metros. La armadura metálica del gasómetro quedó casi intacta.

De la catástrofe resultaron trece muertos, tres ingenieros, un contramaestre y nueve obreros, y doce heridos graves, todos ellos empleados de la fábrica; además fueron innumerables las personas que sufrieron heridas á consecuencia de la rotura de cristales.



Ginebra.— Explosión de un gasómetro. Vista del lugar del suceso después de la catástrofe (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA

(Véanse los grabados de las páginas 592 y 593.)

El tan impacientemente esperado movimiento de avance se ha iniciado ya con la ocupación del Zoco del Arba, realizada el día 24 de agosto último por una media brigada al mando del general Aguilera. Esta operación, que se efectuó sin disparar un tiro, tiene gran importancia estratégica, puesto que con ella no solamente se ha conquistado una excelente base para operaciones sucesivas, sino que además se ha asegurado la comunicación por mar, entre Melilla y la Restinga, ahorrándose una penosa marcha de 22 kilómetros por tierra.

El avance prosiguió en los días 26 y 27, ocupando dos columnas, mandadas por el teniente coronel Sr. Gavilá y por el coronel de Estado Mayor Sr. Larrea, en el valle de Tasagún, á seis kilómetros de Cabo de Agua, posiciones importantes que permiten dominar los territorios de la tribu de aquel nombre y de la de Quebdana.

El día 31, las fuerzas del Zoco del Arba sostuvieron un empeñado combate con la *jarka*, que atacó á varias fracciones de Quebdana, por haberse negado á protegerla. La acción duró cinco horas, y en ella nuestras tropas de todas las armas se batieron denodadamente, causando innumerables bajas al enemigo, sin tener por su parte más que tres heridos. Esta diferencia se explica porque la artillería hizo estragos entre los moros, que se presentaron en masas compactas, y cuando éstos huían aterrados, la caballería y la infantería completaron la obra destructora de los cañones, cogiendo á los rifeños entre dos fuegos.

En estos últimos combates han luchado valientemente al lado de nuestros soldados, además de la población indígena, 300 infantes y 35 jinetes de una fracción de la cabila de Quebdana, que combatieron en la vanguardia á las órdenes del kaid El Chachar.

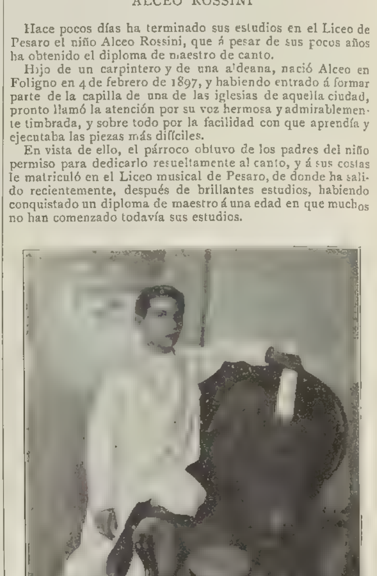
Aparte de estos hechos, sólo podemos decir que los convoyes Alhucemas y el Peñón han sido hostilizados diariamente sin consecuencias; que las obras del dragado de Mar Chica se prosiguen con gran actividad y que adelanta el tendido del ferrocarril de la Restinga. – R.

ALCEO ROSSINI

Hace pocos días ha terminado sus estudios en el Liceo de Pesaro el niño Alceo Rossini, que á pesar de sus pocos años ha obtenido el diploma de maestro de canto.

Hijo de un carpintero y de una aldeana, nació Alceo en Foligno en 4 de febrero de 1897, y habiendo entrado á formar parte de la capilla de una de las iglesias de aquella ciudad, pronto llamó la atención por su voz hermosa y admirablemente timbrada, y sobre todo por la facilidad con que aprendía y ejecutaba las piezas más difíciles.

En vista de ello, el párroco obtuvo de los padres del niño permiso para dedicarlo resueltamente al canto, y á sus costas le matriculó en el Liceo musical de Pesaro, de donde ha salido recientemente, después de brillantes estudios, habiendo conquistado un diploma de maestro á una edad en que muchos no han comenzado todavía sus estudios.

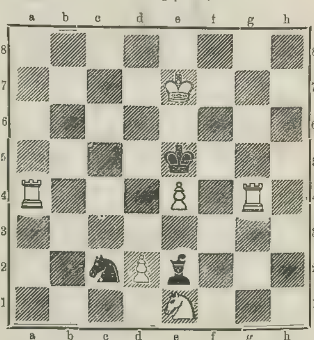


El niño Alceo «Rossini,» que ha obtenido el diploma de maestro de canto en el Liceo musical de Pesaro. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

AJEDREZ

Problema número 527, por V. Marín

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 526, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. T f 1 - e 1	1. A a 3 × c 5
2. D g 4 - f 4 jaque	2. C e 2 × f 4
3. e 3 × f 4 mate	
. . . .	1. A f 7 - d 5
2. D g 4 - d 4 jaque	2. C e 2 × d 4
3. e 3 × d 4 mate.	

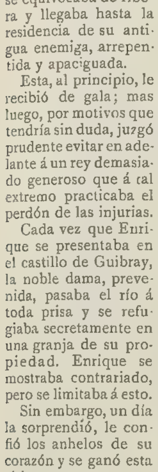
VARIANTES.

1......, Otra jug.a; 2. D g 4 - f 4 jaque, etc.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Así es que cuando iba á visitar á su fiel Sully, á quien había regalado el castillo de Rosny, situado cerca de Guibray, pero al otro lado del río, á veces se equivocaba de ribera y llegaba hasta la residencia de su antigua enemiga, arrepentida y apaciguada.

Esta, al principio, le recibió de gala; mas luego, por motivos que tendría sin duda, juzgó prudente evitar en adelante á un rey demasiado generoso que á tal extremo practicaba el perdón de las injurias.

Cada vez que Enrique se presentaba en el castillo de Guibray, la noble dama, prevenida, pasaba el río á toda prisa y se refugiaba secretamente en una granja de su propiedad. Enrique se mostraba contrariado, pero se limitaba á esto.

Sin embargo, un día la sorprendió, le confió los anhelos de su corazón y se ganó esta altiva respuesta:

—Señor, soy de casa demasiado humilde para ser vuestra esposa, y de casa demasiado buena para ser vuestra favorita.

El rey comprendió y se fué para no volver; otro cualquiera hubiese guardado rencor, pero él no. Y lo probó cuando recibió en su corte á Guillermo, hijo de Tibaldo y de Catalina, pues le colmó de beneficios, grados y dotaciones; le hizo mariscal de campo, empleo que desempeñó dignamente.

Reinando Luis XIII, este mismo Guillermo llegó á ser teniente general de su provincia, siendo el primero en llevar este título, que quedó vinculado en la familia hasta la Revolución.

Tales fueron los principales descubrimientos que hizo Pedro durante tres días bien ocupados; de vez en cuando echaba una mirada por las ventanas, veía el río triste, amarillento, azotado por una lluvia persistente, lo que le animaba un poco más á continuar sus investigaciones... Pero el lado desagradable de aquella tarea es que, durante los tres días de compulsación de papelotes llenos de polvo, se ensuciaba las manos.

Al cuarto día, por la mañana, había cesado la lluvia; un sol amarillento trataba de atravesar las nubes y el exterior se hacía practicable. Por caminos deteriorados abandonó su madriguera y bajó al pueblo y de allí al río, espiando no sé qué con su mirada escrutadora.

Y sucedió lo que debía suceder.

Al doblar un recodo del camino, Pedro de Guibray encontróse frente á frente con Bertilla Faulque.



Matías Le Tenant de Guibray

Como de parte del uno el encuentro era previsto y de parte de la otra premeditado, ninguno de los dos experimentó gran sorpresa.

Ambos palidecieron un poco, sin embargo, al verse á diez pasos. Rápidamente Bertilla pensó:

«Acuérdate de Roque, ahorcado; de Miguel vengador; de los miserables de quienes desciendes, y mira fijamente en los ojos á ese descendiente de los cobardes.»

Al mismo tiempo Pedro se decía:

«Tu familia tiene mil años de gloria, este país es tuyo; tus antepasados lo conquistaron, lo poseyeron, doblegado bajo su yugo; tus abuelos fueron á Palestina con el rey San Luis, y se encontraron en Marignan al lado de Francisco I; Enrique IV hizo en vano la corte á tu abuela Catalina y colmó á su hijo de dignidades. Tú desciendes de esos; eres tres veces noble... Y esa joven que viene nació de raza sierva; sus padres trabajaron al mando de los tuyos. Uno de ellos se insubordinó y fué traidor y asesino. Pues bien; mira fijamente á esa muchacha, pero de manera que pierda para siempre las ganas de volverte á ver.»

Así mutuamente preparados avanzaron el uno hacia el otro, con gran tensión de nervios y rigidez de piernas, forzando sus actitudes y excitándose por lo bajo á grandes aires de enojo.

¡Pobres muchachos! Al cruzarse, ambos bajaron los ojos; Pedro, traidor á su voluntad y furioso de tal flaqueza, saludó impulsivamente á Bertilla, la cual, no comprendiéndose á sí misma, desconcertada, le devolvió el saludo graciosamente.

Tal fué el primer encuentro grave entre aquellos dos enemigos. Y cada cual se fué sin volver la cabeza, furioso contra sí mismo de haber hecho precisamente el papel opuesto al que de antemano había ensayado.

«¿Pero qué he tenido?» — decía Bertilla confusa y despechada subiendo la cuesta.

«¿Qué me ha dado?» —rugía Pedro de malísimo humor bajando hacia el río.

Si habían bajado los ojos simultáneamente al pasar, se habían mirado bien de lejos; y de aquel examen se llevaban ambos su impresión, la misma.

«¡Qué lástima! Es muy simpático» —pensaba la joven.

«¡Lástima que sea una Faulque!—pensaba Pedro. —Daría gusto quererla...»

El resultado del incidente fué que Bertilla, mal segura de sí misma, no volvió á buscar á Pedro, y que éste, no encontrándola ya por los caminos, le parecieron solitarios, tristes y sin interés.

Pero separados por sus preocupaciones, que eran las de sus familias, se hallaban unidos, sin embargo, por aquella misma persistencia en pensar el uno en

el otro. Ambos la explicaban por una aversión forzosa, inevitable, tradicional; y lo cierto es que iban á hacerse sufrir y llorar mutuamente, como si se hubiesen odiado de veras, por una causa justa y razones valederas.

Mientras duró el verano, Pedro, para distraer su pensamiento y según su misión, recorrió su dominio, definió á poca diferencia sus límites, mandó poner barreras y aisló sus bienes.

Un hombre se le había ofrecido espontáneamente para guiarlo en el inventario exacto de su propiedad. Era un mozo de cutis moreno y pelo rojo, flaco y huesudo, con una nariz enorme sobre una boca desdentada; hijo del país, jardinero á ratos, pero sobre todo gran pescador de percas y albures, conocía cada piedra del camino y cada hierba del río. Se llamaba Brice.

Pedro aceptó sus servicios. Tras él subió por empinados senderos, saltó arroyos, dió la vuelta á sus tierras. Con él siguió en barca el río; y á fin de ocupar sus horas lentas y ociosas como los viejos ribereños, echó el anzuelo á los gubios. Se humanizaba, pero se daba cuenta de su condescendencia con estupefacción; el fastidio le reducía á ello, haciendo de él un hombre como los demás.

Y aquel Brice, que se había hecho indispensable, ni siquiera le manifestaba un respeto muy seguro. Le llamaba «señorito Pedro» y nada más.

Llegó el otoño y el joven señor de Guibray cazó con Brice en sus llanos. Pero en todo y por todo Brice humillaba á Pedro; remaba mejor que él; pescaba mejor que él; cazaba mejor que él; si había supremacía ó superioridad entre los dos personajes, estaba incontestablemente de parte de Brice. Pedro se lo confesaba á veces con irritación, pero se calmaba pronto; sin Brice se hubiese muerto de fastidio y de pena. A falta de otras, aquella presencia le distraía, le evitaba la soledad, el escucharse y el analizarse sobre todo, dolorosa manía á que estaba muy propenso por desgracia.

Durante todo el mes de agosto pasó el tiempo en juzgar las cosechas y discutir las futuras siembras; también le interesaba la viña, que cubría las laderas inferiores al castillo; ocupóse en obras de regadío que se habían hecho necesarias, y empleó trabajadores que simulaba vigilar.

Así se le iban los días.

En ese ejercicio, siempre al aire libre, se le puso moreno el cutis á su vez, adquirió fuerza y su talle delicado se enderezó.

Un día en que remaba en el río, Brice, sentado enfrente de él preparando las cañas de pescar, le contempló un instante en silencio y dijo luego con negligencia:

—La verdad es, señorito Pedro, que tenía usted muy mal semblante cuando vino de París..., pero ya se ha repuesto... Ahora casi tiene todos los aires de un aldeanote.

A este cumplimiento, Pedro ni siquiera pestañeó. Decididamente cambiaba mucho. Él también había notado la transformación. Se sentía otro, y este otro valía más que el de antes.

Por la noche se decía á veces:

«Hoy he andado veinte kilómetros.»

Y sonreía con satisfacción, con mayor aprecio de sí mismo, del personaje exacto que era, solo, sin el cortejo de sus antepasados.

Comía en abundancia, dormía á pierna suelta, y se felicitaba de volverse positivo.

Había abandonado el archivo, aplazando para más tarde la continuación de sus estudios.

Un solo punto negro había en el horizonte del corazón; pero él no se lo confesaba, sino que seguía desnaturalizando lo mejor del mundo los nuevos sentimientos que despertaban en él.

El lujo del castillo nuevo, de los troncos y carruajes de los Faulque, la vida feliz y animada de esa gente, que recibían visitas sin cesar, que tenían casa abierta y mesa siempre servida, le llenaban á él de amargura y de cólera.

Y cuando veía pasar á Bertilla rodeada de apuestos jóvenes divertidos, que se esforzaban en serle agradables, su amargura y su cólera aumentaban todavía.

Sentíase humillado por aquella riqueza triunfante al lado de su modesta situación rayana en la pobreza. Era injusto, inmoral, odioso. Los descendientes de los usurpadores sanguinarios ostentaban, en presencia de él, su riqueza mal adquirida. Y retrocedía cada vez en su sombra, concentrándose en sí mismo, abrumado de malos pensamientos.

A veces, más sincero, sentía que se hubiesen abierto semejantes abismos entre el viejo y el nuevo castillo. La existencia hubiese sido diferente, abierta á tanta esperanza.

Pero en seguida rechazaba aquellas tácitas confesiones como otras tantas cobardías condenables; tenía vergüenza de su alma y su retraimiento aumentaba. Sin embargo, ya sufría, presa de una tristeza constante que la soledad hacía más sombría y más aguda.

La cadena del pasado al presente era pesada, y las compensaciones, puramente vanidosas, no bastaban á calmar sus rencores.

Entonces el pobre joven se entregaba ardientemente á la vida material y activa; se apasionaba por nimiedades, jurándose que se contentaría con ellas. Pasaba largas horas en el río, único elemento que se ofrecía á su distracción.

Cansaba sus músculos manejando el remo días enteros; aprendía las costumbres de los ribereños, viajando sin cesar de una á otra orilla, sirviéndose de sus barcas como la gente de tierra se sirve de sus carruajes, á cada instante, para el trabajo, para las diligencias, para el paseo y la distracción.

En aquel rincón tan particular, los niños, las muchachas y las mujeres conducían una embarcación como marineros viejos. Con el pontón del barquero, eran los únicos lazos de unión de una ribera á otra; la manifestación era bonita; aquellas barcas, siempre en movimiento, animaban el río con la constante presencia de gente.

Pedro hizo como los demás, pasó el tiempo en vagar sobre el agua, tostándose al sol y encontrando en ello goces que se exageraba de intento.

Al separarse de Brice, el eterno hablador, la vuelta á la ruina le parecía lamentable al joven señor de Guibray, quien, para arrancarle á su sueño, no tenía más que la presencia muda de sus viejos servidores Medardo y Ursula, demasiado respetuosos para atreverse á romper el silencio delante de aquel heredero de una augusta familia. Tal exceso de veneración casi le enojaba.

Las veladas eran lúgubres cuando él permanecía solo en su caserón descoyuntado, solo consigo mismo, entregado á las reflexiones.

Su padre, el barón Gilberto, y su madre, Valeria de Guibray, advertidos por sus cartas, le invitaban á que volviese á su lado, haciéndole ver la inutilidad de un esfuerzo sin resultado. No eran bastante ricos para ayudarle de un modo efectivo en aquella tarea de restauración estúpidamente onerosa. Se había engañado, porque le habían engañado á él; lo mejor era renunciar cuando aún era tiempo, y dejar que el caserón se acabase de arruinar poco á poco, pero en poder de otros propietarios. ¡Liquidar, liquidar! Tal era el estribillo de su sensatez.

Pero el joven no quería ceder tan pronto; las órdenes supremas del tío Jaime eran para él sagradas; por esto se obstinaba, y además algún lazo invisible le retenía en aquella tierra ingrata, en que algunos de sus enemigos imaginarios le interesaban más de lo que nos interesan la mayor parte de nuestros amigos.

Negábase, pues, á regresar á París; al contrario, rogaba á sus padres que fuesen á Guibray, juzgando con razón que con más gente la casa parecería menos grande.

Pero ni Gilberto ni Valeria querían modificar á tal extremo su manera de ser. El barón detestaba los bosques, los campos, la campiña; y la baronesa aborrecía el silencio y la soledad, que le daban *spleen* y le atacaban los nervios.

Y ambos retrocedían con terror ante una instalación rudimentaria, provisional, bajo techos carcomidos, en camas desvencijadas, en medio de muebles fantasmas, que recordaban antiguas agonías. Juzgaban con razón que el sitio era desagradable, glacial, maléfico, y que aquella estancia era tan inútil como inoportuna.

—Vuelve.

—No; vengan ustedes.

Las cartas se sucedían, se cruzaban y contestaban sin aportar cambio alguno de una y otra parte.

Y para Pedro pasaban los días lentamente.

Cuando hubo concluído de almacenar sus cosechas, de vendimiar sus viñas, pasado agosto, pasado septiembre, se encontró nuevamente ocioso.

En otoño empezó de pronto á llover: los paseos por el río, último refugio, fueron ya imposibles; el vagar al aire libre tuvo que interrumpirse; y en el castillo, último, pero triste asilo, el joven escuchó las veletas rechinar sobre los tejados inseguros.

Se acercaba el invierno; ¿qué haría entonces, enclaustrado dentro de sus muros sombríos? Desesperóse de nuevo.

Para mayor fastidio y mayores afanes platónicos, todas las noches aparecían iluminadas interiormente las ventanas del castillo nuevo.

La época de las cacerías atraía en casa de Faulque huéspedes bulliciosos, procedentes de los castillos vecinos, siempre alegres. Los almuerzos y las comidas con numerosos convidados eran sucesivos, interminables.

Allí había calor y alegría; allí se hablaba, se cantaba, se celebraba la vida.

A veces, por la noche, en el silencio, un instante consentido, una voz de mujer, acompañada al piano, se elevaba pura y se extendía sobre el río, cuyos ecos la repetían en lontananza. Voz admirable, en verdad, sobre todo para Pedro, pues sabía que sólo *ella* podía cantar así. Escuchábala de lejos, furioso y encantado; la escuchaba con avidez, tan pronto como empezaba, para no abandonar su ventana, abierta á pesar del viento y de la lluvia, hasta la última nota, definitivamente extinguida. Y cuando aquella voz ideal callaba, dejando un vacío en la extensión, Pedro, más pálido, aterido, tembloroso, cerraba con violencia la ventana gritando:

—¡La detesto!

A menudo Clemente Faulque, que era de alma bastante bondadosa, se preocupó de su singular vecino.

Un día dijo á Bertilla:

—Ese muchacho es estúpido. Vive con Brice, con ese borracho..., sin tratarse con nadie..., y sin embargo es simpático de figura. ¡Cómo debe aburrirse solo en el castillo destartalado de sus abuelos! Tengo ganas de convidarlo á comer un día de estos..., ¿qué te parece?

Ella le disuadió con afectada indiferencia, encontrando razones que parecían buenas.

—Rehusaría. Nos desprecia. Rehusaría. Sería una afrenta. ¿A qué buscarla? El señor de Guibray es un Guibray á la antigua; para él somos siervos rebeldes.

—¿Quién te ha dicho eso, muchacha?

—Se ve en sus ojos, en sus actitudes, en sus retraimientos huraños. Tiene veinticuatro años, usted tiene más de cincuenta; por consiguiente, no le toca á usted dar el primer paso.

—Es verdad, repuso Clemente; pero si en este mundo se atiende puramente á la etiqueta, se corre el riesgo de hacerse insoportable. Además, esas maneras son cosas del antiguo régimen. Yo soy de mi tiempo.

—Y él es de otro, replicó la muchacha aferrada á su voluntad; por favor, déjelo estar.

—¡Oh! Como quieras, á mí me es igual; era por caridad, por pura compasión hacia ese guapo chico que hace el tonto.

Y Faulque no volvió á insistir, olvidando en lo sucesivo hasta la existencia de Pedro.

Bertilla, que parecía dura para él, le tenía, sin embargo, presente siempre en el pensamiento. Hallábase sin cesar rodeada de jóvenes lisonjeros, obsequiosos, ávidos de serle agradables, como era natural siendo ella hija única y heredera de un padre considerado multimillonario, y siendo además realmente hermosa, de espíritu refinado, al extremo de que era una delicia el verla y un encanto el oirla.

Sin embargo, en aquella corte de adoradores ninguno le gustaba; ninguno respondía sin duda al ideal humano que ella se había forjado en sus sueños, ó que había encontrado quizá en su camino, no ya imaginario, sino vivo, pero hostil á ella, separado de ella por todas las preocupaciones del mundo, y sobre todo por su mutua educación.

¿Conocía sus propios sentimientos? No, ó al menos los conocía muy mal. Ella también ahogaba las voces secretas, como atentatorias á su bella altivez.

De una y otra parte, el implacable orgullo encenaba los antiguos rencores, daba cuerpo á fantasmas y forjaba realidades con ilusiones.

Una noche de septiembre en que, por excepción, el día había sido hermoso, en un adiós de verano, á cosa de las ocho, al resplandor de una luna muy clara, Pedro seguía en su barca la corriente por el brazo pequeño del río, muy estrecho y sin profundidad en aquel sitio.

Los sauces se inclinaban en la orilla de las islas y de las márgenes; no se oía ruido alguno, á excepción de un suavísimo murmullo del viento entre el ramaje.

Aprovechándose de aquella hermosa tarde, Pedro paseaba su aburrimiento y sus sueños en el paisaje consolador.

Súbitamente vió una barca que venía hacia la suya, vigorosamente empujada por un esfuerzo nervioso. Suspendió los remos y dejó venir, turbado ya por una adivinación.

Las barcas se cruzaron, y él reconoció, conforme esperaba, á Bertilla, sola en su gola estrecha.

Sus ojos se encontraron; á la blanca claridad sideral pudieron contemplarse muy distintamente uno á otro, y ambos alzaron sus ojos al cielo con una expresión infinitamente triste y dolorosa. Sin duda tomaban á Dios por testigo de su recíproca impotencia para conjurar la suerte, las cosas escritas; pero tam-

bién de su doble amor, aumentado á pesar de las leyendas.

Y ambos á la vez dieron un gran suspiro. Eran extraños enemigos.

Aquella noche Bertilla soñó largo tiempo, con los ojos abiertos en la obscuridad, en su cama de doncella; y Pedro, abismado en un sillón roto, sin darse cuenta del curso de las horas, maldijo á toda su ascendencia y reprochó, en la sombra, á su tío Jaime la misión demasiado pesada que le había confiado.

Las tinieblas, malas consejeras, decuplicaban sus penas y desproporcionaban su confusión. Fué el desconcierto de dos almas cándidas, pero también depravadas por rencores aprendidos, por juicios preconcebidos y voluntarios.

Estimaban siempre que entre ambos había abismos en que ningún subterfugio podría echar jamás un puente y que ninguna pasión podría franquear; y ante aquel vacío se estremecían, ansiosos de ganar la orilla opuesta.

Pero al día siguiente se puso nuevamente á llover; los aguaceros rayaban el cielo y azotaban la tierra; todo se enturbiaba de nuevo en el horizonte, achicado, y aquella renovación de sensaciones, aquellos nuevos encuentros, para los cuales Pedro y Bertilla se preparaban ya como para otras tantas citas, fueron aplazados para más tarde, para tiempos indeterminados, por el momento imposibles.

El joven se metió otra vez en el archivo y abismó sus ojos en la niebla de los siglos.

Llegaba al extraordinario Matías Le Tenant de Guibray, que vivió en tiempo de Luis XIV, y que su tío Jaime le citaba con veneración, como una de las grandes figuras de su genealogía.

Era, en efecto, asombroso ese Matías, soldado, literato á pesar de la época, y sobre todo ferviente adepto de las ciencias ocultas, en cuyo estudio se complació siempre. Cincuenta años después de la muerte del astrólogo florentino Cosme Ruggieri, él continuaba sus prácticas; pero contemporáneo de la Brinvilliers y de la Voisin, aún se ocupaba de magia negra y cultivaba el estudio de los venenos.

Esto no le impedía ser un gran señor, bien acogido en el Louvre y más tarde en Versalles. Era estimado y temido, pues al decir de las gentes adivinaba los pensamientos y leía en los corazones. Además era alto, robusto y no toleraba ofensas.

En sus tierras y en su mando se mostró siempre imperioso y cruel, celoso de sus derechos y de su dominio; hacía andar bestias y personas á latigazos.

Compensaba en parte estos defectos con miras más altas: la afición á las bellas obras intelectuales y á las investigaciones científicas; pero esta preocupación del alma no le hacía más compasivo para la pobre carne de los que pasaban trabajos en provecho de él.

Inútil es decir que sus investigaciones seudocientíficas no fueron en nada superiores á las de su época. Antes bien continuó antiguos errores, complaciéndose en ellos, no como innovador, sino como discípulo de los maestros en el género

La astrología había caído ya en descrédito entre el público intelectual, y Matías aún la practicaba, quizá con fe, pero ciertamente impulsado por el demonio del orgullo encarnado en su raza; porque así creía indicar á sus descendientes la ruta que se debía seguir, marcándoles el destino.

Pensaba dejar una especie de testamento místico, en el verdadero sentido de la palabra, que sus descendientes consultarían con esa deferencia relativa que el miedo y la superstición ocasionan.

Este cálculo nada ofrecía que no fuese razonable; pues aun en nuestros días las profecías más vulgares ejercen acciones directas en la mayor parte de los hombres. Los vaticinios de una pitonisa de feria han ocasionado á menudo acontecimientos buenos ó malos que, sin ella, no hubieran ocurrido nunca. El campo de la credulidad es vastísimo, y en la época de Matías de Guibray su horizonte era todavía ilimitado.

La astrología, ilusión antigua de los pueblos primitivos que empezaban á mirar arriba; los pastores de Caldea, á fuerza de contemplar las estrellas en la serenidad de las noches orientales, llegaron pronto á figurarse que aquellos astros influían en sus obscuros destinos.

Entonces cada pastor eligió para sí una estrella, y las noches en que las nubes la ocultaban á sus ojos, estaban tristes; sin ella se sentían presa de los invencibles enemigos que rondan en las tinieblas; pero cuando brillaba muy clara, muy pura, en un cielo despejado, recobraban fe y valor; los dioses velaban.

Después de ellos, los egipcios heredaron aquella cándida y encantadora tradición. Luego los griegos y los romanos, pues respondía á la primera necesidad del alma: á la esperanza en un poder superior y tutelar.

Finalmente la Europa occidental la acogió á su vez, y duró siglos. En Francia cada príncipe tenía un astrólogo en su corte, generalmente italiano, como Galeotti, consultado por Luis XI; como ese Ruggieri de quien Catalina de Médicis escuchaba atenta las profecías y los oráculos.

No nacía un personaje de alguna importancia sin que se llamara á un astrólogo para que sacase su horóscopo.

Aquellos destinos, prescritos de antemano, suprimían la voluntad personal, el libre albedrío; pero los más altivos tenían entonces el alma simple, y las pobres gentes carecían de ambición para conducirse á sí mismos por un camino que ignoraban; era más cómodo atenerse al cielo, que se encargaba de todo.



Bertilla

La fe católica no se preocupaba de ello. Las estrellas brillan por la gracia de Dios.

Pues bien: Pedro de Guibray descubrió, entre el cúmulo de papeles y pergaminos de su archivo, un cuaderno amarillento, en cuya cubierta se leía este título interesante:

Historia futura de mi raza, según las manifestaciones siderales y mis observaciones, por el barón Matías Le Tenant de Guibray.

Lo abrió y leyó las primeras líneas de la primera página:

«Si cada hombre tiene su estrella, las constelaciones refieren la historia de las familias. En nuestro grupo astral he leído estas profecías...»

Pedro se detuvo y cerró los ojos; tenía miedo. ¿Qué iba á revelarle aquel manuscrito? ¿Iba él á ver con sus propios ojos su existencia anunciada, su pasado, su presente y su porvenir?

En el estado de desconcierto mental en que había caído, sentíase dispuesto á las credulidades pueriles, y estaba seguro de que si las predicciones ofrecían la menor verosimilitud, iba á impresionarse hasta la medula de los huesos y le acosarían después continuamente.

Su antepasado, aquel Matías, le pareció, en la sombra y retroceso de los años, de una inmensa estatura, de un aspecto insostenible, como los espantosos gigantes de los cuentos y las fábulas.

No se atrevía á proseguir una lectura cuyo principio le llenaba ya de terror y de aprensión.

Transigió y hojeó el terrible cuaderno saltando páginas. Entrevió este pasaje:

«En nuestra raza las mujeres suelen tener la tez trigueña y el pelamen rubio...»

«Como Bertilla» — pensó Pedro, súbitamente distraído.

Esta idea le seducía, pues sacaba de ella una vaga esperanza de reconciliación. Y reflexionó luego: ¿por qué no?.. Un señor enamorado antaño de una hermosa vasalla..., y así los parentescos se establecen, lejanos es verdad, pero aceptables al examen de la razón. Así se explicaría también aquel extraño y real parecido que él había observado entre Clemente Faulque y el barón Gilberto... Sí, sí, así todo se arreglaba..., venían á ser hermanos.

«¡Locura!—murmuró apartando de sí el cuaderno; —ya se produce el efecto, estoy desatinando...»

No obstante, meditó largo tiempo, y de vez en cuando repetía inconscientemente esta frase en seguida aprendida de memoria:

«En nuestra raza las mujeres suelen tener la tez trigueña y el pelamen rubio.»

Sin embargo, ciertas palabras le chocaban por su falta de respeto y de énfasis, como la palabra *pelamen*, poco noble, sobre todo á propósito de Bertilla. Probablemente Matías no había previsto á ésta.

Acercó lentamente á sí el diabólico manuscrito, y esta vez, apoyados los codos en la mesa y la cabeza en las manos, permaneció abismado en él durante horas, presa de ansias sucesivas á medida que volvía las hojas que le abrasaban los dedos.

Leyó:

«Acaba de nacerme un hijo; le he puesto por nombre Esteban; he consultado su estrella; es pálida, intermitente, pequeña y septentrional, entre las nebulosas. Las noches de estío permanece en el horizonte menos tiempo que las demás, y á menudo centellea. Esteban vivirá sin energía, sin gloria, presa de las indecisiones. Morirá joven, dejando á su vez un hijo. Respecto á éste voy á interrogar al espacio y á buscar un astro tras las atmósferas, en los misterios del tiempo...»

Pedro se levantó y buscó, en el árbol genealógico de Guibray, el nombre de Esteban. Había muerto á los cuarenta años, dejando, en efecto, un hijo, Guislano, el mismo que fué apellidado Guibray-Gabela, que había sido cruel y había mandado ahorcar al contrabandista Roque Faulque.

Hasta aquí, en su laconismo, en su sencillez desdeñosa, el horóscopo decía verdad. Esteban había muerto joven, dejando un hijo.

Pedro se encogió de hombros.

«¡Casualidad!—pensó.—Además, el abuelo quizá trampeó, deduciendo su profecía del carácter de Esteban, que conocería bastante bien para juzgarlo incapaz de acción. ¿Quién sabe si todo esto no fué escrito más tarde, después que Guislano había ya nacido?»

Pero en esto el árbol genealógico no le dió la razón. Matías había muerto cuando Esteban aún no había cumplido treinta años, ocho años antes de nacer Guislano.

«¡Bah!—exclamó Pedro.—Vamos á ver este Guislano. Respecto á éste, no hay fraude posible; además, conozco un poco el personaje. El tío Jaime me hablaba de él á menudo como de un admirable señor, gloria de la familia y valiente defensor del trono y del blasón. Vamos á ver.»

Y respecto á Guislano, Matías decía:

«Este será hombre rudo; se halla bajo la influencia de Marte y de Mercurio; no puede desearse más. ¡Anda, muchacho! Tú combatirás sin miedo y sabrás aprovecharte de la victoria. Tú serás un buen soldado, pero también un buen intendente de tus bienes. Llenarás tus graneros y tus bodegas sin pudor, apoderándote de todo lo que halles al alcance de tu mano. Contigo, la casa será rica, poderosa y respetada. Pero desgraciado del intruso que se te interponga. Serás pronto en castigar cuando estés dispuesto á herir, y pronto en ponerte en disposición de castigar. Dejarás tras ti algunos cadáveres, pero habrás servido á tu rey, á tus iguales y á tu propia causa. Después de ti, es probable que los tuyos paguen los platos rotos. No importa, habrás vivido noble y gallardamente. ¡Buen Tenant, buen Guibray, entre todos!»

Era verdad. Guislano había sido un rudo soldado y un buen intendente de sus bienes. Había aumentado su patrimonio á expensas del vecino. Había herido con dureza y largo tiempo cuando había herido, es decir, á menudo... ¿Qué deducir?

«¡Bah!—dijo Pedro aún mal convencido, á pesar de su angustia;—¿quién sabe si Guislano fué así precisamente porque Matías lo había profetizado? Calcó su vida sobre el oráculo, se adaptó á las prescripciones, violentando quizá su naturaleza, pero persuadido de que no podía ser de otro modo... Nada de acontecimientos típicos, sólo generalidades... A ver los otros; pero apenas queda texto para los últimos descendientes... El barón Carlos..., el mártir..., el decapitado. ¡Ah! En cuanto á éste, el horóscopo no puede ser vago. Si Matías era vidente, debió estremecerse de horror ante el derrumbamiento de su casa y el patíbulo levantado para el rey y para su bisnieto... El barón Carlos .. Aquí está:»

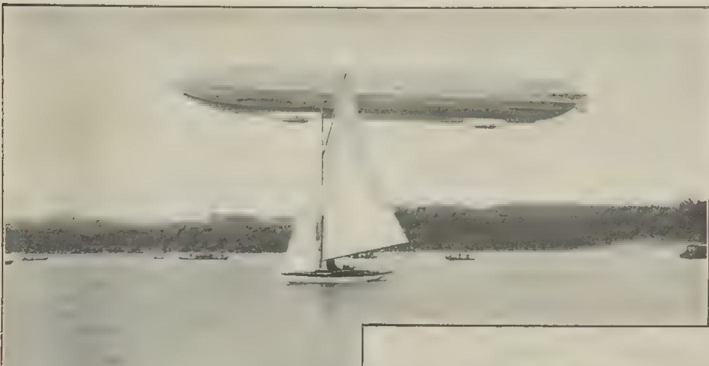
«Mi bisnieto... He debido equivocarme, yo salgo de un sueño... ¡Gran Dios! ¿Tan cerca están los tiempos? . ¡Qué espanto!»

Pedro palideció en su soledad; ello empezaba bien.

«Este nacerá bajo una mirada de Venus.. , mala mirada, siempre fatal, que le perderá. Le gustarán las mujeres, todas las mujeres... Una le hará traición, le entregará »

(Se continuará.)

VIAJE DEL DIRIGIBLE ALEMAN «ZEPPELIN III» DESDE FRIEDRICHSHAFEN A BERLÍN



El «Zeppelin III» sobre el lago de Constanza, poco después de su salida de Friedrichshafen. (De fotografía de Carlos Delius.)

Por fin el conde Zeppelin ha podido ver realizado su propósito de llegar en su famoso dirigible hasta Berlín y ser allí recibido solemnemente por el emperador y la familia imperial.

Salió el aeróstato de Friedrichshafen á las cuatro y media de la mañana del 27 de agosto último, bajo la dirección del barón Zeppelin, emprendiendo su marcha hacia Ulm. Los 80 kilómetros que separan ambas ciudades fueron salvados fácilmente en dos horas; pero á partir de Ulm, el avance se hizo con lentitud, y momentos hubo en que fué nulo, no obstante lo cual á las once y cuarenta y cinco llegó á Ostheim, distante 30 kilómetros de Nuremberg. Allí hubo de descender en pleno campo para reparar algunas averías y cambiar el propulsor, y á las dos y diez prosiguió su viaje; pero las averías eran más importantes de lo que en un principio se había creído y fué preciso encargar telegráficamente que se tuviesen preparadas en Nuremberg algunas piezas. Poco tiempo después llegó á esta última ciudad, en donde fué recibido entre grandes aclamaciones por una multitud que no bajaría de 50.000 almas, y mientras el ingeniero Durr se dedicó á hacer las reparaciones, el conde Zeppelin se dirigió por tierra á Bitterfeld para tomar algún descanso, siendo allí ovacionado por una inmensa multitud.

Efectuadas las reparaciones, salió el dirigible de Nuremberg á las dos y diez de la madrugada del 28, pasó por Bayreuth á las seis y cuarenta y cinco y por Munchberg á las nueve y treinta, y después de un viaje en extremo difícil, en el que perdió una de sus cuatro hélices y sufrió nuevas y graves averías, llegó á Bitterfeld á las seis y cuarenta y cinco de la tarde. Durante la noche repáronse las averías, pero no se pudo substituir la hélice perdida, por lo que el *Zeppelin III* hubo de reanudar su marcha, á la mañana siguiente, con sólo tres hélices.

La salida se efectuó, en medio de una densa niebla, á las siete y media; á las once el dirigible estaba á la vista de Berlín, y una hora y media después aparecía sobre el campo de maniobras del Tempelhof. Inclinóse varias veces como saludando al emperador, y luego encaminóse á la capital entre el sonido de las campanas de todas las iglesias echadas al vuelo, los acordes de innumerables músicas que tocaban la marcha nacional y las aclamaciones de centenares de miles de personas que llenaban las calles, plazas y paseos de la ciudad. El aeróstato pasó por encima del palacio real, dió la vuelta al torreón de la Casa Ayuntamiento, y después de haber ejecutado las más difíciles maniobras, siguió por la Avenida de los Tilos, pasó sobre la puerta de Brandeburgo, recorrió los arrabales situados al Norte de Berlín y emprendió al fin la marcha hacia el campo de tiro de Tegel, en donde le esperaban el emperador con su familia y una inmensa muchedumbre.

Cerca de las dos apareció en aquel lugar el aeróstato, y cuando estuvo en el sitio en que había de tomar tierra, comenzó á descender majestuosamente, tocando el suelo con una seguridad admirable.

El espectáculo que ofreció entonces aquella vastísima llanura fué indescriptible: mientras el emperador y su familia salían al encuentro del conde Zeppelin, una serie de aclamaciones formidables saludaba al héroe del día; millares de banderas se agitaban en el aire, y en medio de aquella ovación estruendosa apenas se oían las notas del himno nacional, que músicas de todas clases ejecutaban.

El burgomaestre Sr. Reicke pronunció un discurso de salutación ensalzando el valor y la perseverancia que han conducido al inventor famoso á la victoria.

Al poco rato, el no menos célebre aviador Orville Wright era presentado al gran aeronauta alemán y al emperador Guillermo. Éste lanzó un viva en honor de Zeppelin, que fué contestado con delirante entusiasmo, y en el automóvil real marcharon juntos el soberano y el conde, quien almorzó con la familia imperial en palacio.

De toda Alemania habían acudido gentes para presenciar un acontecimiento que ha sido considerado como nacional.



El «Zeppelin III» maniobrando sobre Berlín, entre el palacio imperial y la catedral (De fotografía de Haeckel, comunicada por Harlingue.)



El emperador Guillermo II saludando al conde Zeppelin en el campo de Tegel. (De fotografía de Haeckel, comunicada por Harlingue.)



El burgomaestre L. Reicke dando la bienvenida al conde Zeppelin. El grupo de la izquierda lo forman el emperador, la emperatriz, la emperatriz madre y los príncipes y princesas imperiales. (Fotografía de Frankl.)

EL TERREMOTO DE TOSCANA. (De fotografías de Argus Photo Reportage.)



Los habitantes de San Lorenzo de Merse alojados en tiendas de campaña en las afueras de la población



Casas de Buonconvento destruídas por el terremoto

En toda la Toscana y en una parte de la Umbría sintiéronse, en la noche del 24 al 25 de agosto último, varias sacudidas terrestres que llenaron de pánico á los habitantés de aquella región.

El epicentro del fenómeno sísmico estaba en los alrededores de Siena, con irradiaciones hacia Florencia, Arezzo, Luca, Pisa, Liorna, Orvieto y Grosseto. La primera sacudida sintióse en Siena á las once y media; la segunda, más violenta, se produjo á la una y veintitrés y fué precedida de ruidos subterráneos; la tercera, muy fuerte también, ocurrió diez y seis minutos después, y la cuarta, muy pequeña, á las cuatro de la madrugada.

Desde el primer momento, los habitantes abandonaron precipitadamente sus casas, muchos de ellos sin vestirse, y pasaron la noche al aire libre. Igual pánico hubo en Florencia, sobre todo después de la segunda sacudida, que fué la más intensa y duró catorce segundos.

Los aparatos sísmicos de los observatorios de Florencia y Siena se rompieron.

En Chianciano, pequeña estación termal, el espanto fué grande: los enfermos lanzaban gritos de terror, y hubieron de ser sacados en brazos de los hoteles y de las casas.

Los primeros telegramas causaron gran inquietud en toda Italia y muy especialmente en Roma, pues son muchísimas las personas de la alta sociedad romana que en esta época del año residen en alguno de los numerosos balnearios y estaciones veraniegas de la región en donde se produjo el terremoto; pero las noticias posteriores tranquilizaron los ánimos al decir que sólo había habido un muerto y algunos heridos, en su mayoría leves, en Buonconvento.

Mayores fueron los daños materiales, ya que en Buonconvento, San Lorenzo de Merse y Monteroni se derrumbaron muchas casas y otras en gran número quedaron cuarteadas.

Dos monumentos conmemorativos de la batalla de Mars-la-Tour (16 de agosto de 1870)





Monumento francés que conmemora el acto heroico del subteniente Chabal, obra de Cazalieres y Larust; **junto al monumento está Chabal**
Monolito alemán erigido á la memoria de los dragones prusianos muertos en la batalla de Mars-la-Tour. Las delegaciones alemanas que asistieron á la inauguración del monumento. (De fotografías de Carlos Trampus)

En Mars la-Tour se han inaugurado recientemente dos monumentos conmemorativos de la sangrienta batalla que en aquel lugar se libró hace treinta y nueve años, uno de ellos erigido por los franceses en honor del hoy comandante y en aquel entonces subteniente Chabal, que en una lucha heroica se apoderó de una bandera enemiga, y el otro alemán á la memoria de los dragones prusianos que perecieron en aquella jornada.

La inauguración del primero efectuóse el día 16 de agosto último, bajo la presidencia del alcalde de Mars-la-Tour, y en ella pronunciaron sentidos discursos dicha autoridad y el presidente de la obra de Mars-la Tour, encomiando la heroica acción realizada por Chabal; éste, emocionadísimo, agradeció aquellas alabanzas haciéndolas extensivas á sus compañeros de armas en aquella batalla. Puso término á la ceremonia un discurso altamente patriótico del Sr. Claretie.

Tres días después realizábase la inauguración del otro monumento, que con permiso del gobierno francés ha elevado Alemania en territorio de Francia, á doce metros de la frontera franco-alemana. Una delegación de militares alemanes, de los que sólo dos, los mayores Barensprurg y Zedlitz, llevaban por especial autorización uniforme, fué recibida en la frontera por el jefe de la gendarmería y por las autoridades locales.

De la delegación antedicha formaban parte el general de división conde de Dohna y los comisionados de los veteranos del primer regimiento de dragones de la guardia prusiana.

El mayor Zedlitz, en francés, agradeció al alcalde de Mars-la Tour la afectuosa acogida que se les dispensaba, encargándole que transmitiera la expresión de su gratitud á su gobierno, y añadió: «A vuestra custodia confiamos esa roca de granito y os rogamos que veléis por ella á fin de que con su existencia atestigüe que en este día los representantes de dos grandes naciones han saludado á unos valientes, muertos en el cumplimiento de su deber. Nuestro regimiento envía también un tributo de admiración y simpatía á los gloriosos soldados franceses que sucumbieron en el mismo suelo y que descansan muy cerca de los nuestros.»

«En nombre del municipio – contestó el alcalde – tomo posesión del monumento que acabáis de inaugurar. Este monumento, que recuerda que muchos de vuestros soldados duermen aquí su último sueño después de haber luchado en cumplimiento de su deber, recibirá de nosotros los mismos cuidados que los otros anteriormente erigidos. Estad seguros de que cumpliremos la misión que hoy aceptamos.»

Los alemanes desfilaron por delante del monumento depositando en él numerosas coronas, y después de visitar el museo de Mars la-Tour, fueron á colocar una corona sobre el monumento francés.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVIII — Barcelona 13 de septiembre de 1909 — Núm. 1.446

UNA SOLEMNIDAD ARTÍSTICO-LITERARIA

REPRESENTACIÓN DE «MACBETH» EN LA ABADÍA DE SAINT-WANDRILLE (FRANCIA)



La eminente actriz Georgina Leblanc de Mæterlink («lady Macbeth») en la escena del sueño

(Escena primera, acto V.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Santiago de Compostela se han abierto dos Exposiciones: una moderna, otra de Arte retrospectivo, denominada Arqueológica. Como yo suelo desconfiar de lo moderno, al menos en mi patria, me fuí derecha á la retrospectiva, esperando encontrar en ella algo bueno. Y encontré mucho, muchísimo más de lo que pensaba, porque ni creí – con ser gallega y conocer algo mi país—que tanto hubiese de arte en él, ni que, aun habiéndolo, la nota de retraimiento y cautela que domina en la psicología de la raza permitiese á los dueños de objetos de valor desprenderse, aun temporalmente, de ellos, y correr los riesgos del envío.

Tengo que explicar lo que arriba estampo sobre mi desconfianza de lo moderno. No desconfío de lo moderno por serlo, sino porque no estamos aún al corriente de cómo se ha de elaborar. Nadie hubiese sentido satisfacción mayor que la mía al ver en Galicia celebrada según corresponde una gran Exposición industrial. Yo espero que con el tiempo se celebrará, en alguna de las dos ciudades modernas é industriales, Vigo y la Coruña. Por ahí se dice que en Galicia no hay industria; pero también oíamos decir que no había arte, excepto el arte arquitectónico, que ese salta á la vista, y algunos santos de palo obra de Gregorio Hernández, Felipe de Castro y Ferreiro, y acabo de ver surgir de la tierra, afluir de manantiales desconocidos riqueza artística incalculable. No diré que nuestra industria pueda competir con la de Cataluña y Vizcaya. Algo tenemos, no obstante, que poder presentar en un Certamen como el abierto en Santiago de Compostela; y de este algo nada aparece en los edificios (bellamente concebidos y planeados, pero ejecutados con materiales de alfeñique) que componen la Exposición moderna. Al menos, en la semana siguiente á su inauguración. (1)

Y es que lo más hacedero, en la labor de organizar estos Certámenes, es buscarles sitio, construir las barracas, traer unas palmeras y unos evónimos, ó cosa parecida, para el momento inaugural. El verdadero trabajo serio es tener en la cabeza el mapa de la producción y actividades económicas del país, el cuadro de su cultura, y estimular, de mil modos, con el concurso de todos estos elementos, el concurso de los productores, á fin de presentar el verdadero estado de una región, el cuadro de sus fuerzas y energías, de su vida de trabajo y lucha, en el reducido espacio que las Exposiciones consienten.

Viniendo á la Arqueológica ó Retrospectiva, aun cuando no he visto terminada la instalación, y hasta diré que la he visto atrasadísima, ya se podía afirmar que era un éxito completo y una sorprendente revelación. Nadie ignora las vicisitudes que han contribuído á arrebatar á España mucha parte de su tesoro artístico. El vandalismo ha sido plaga; las llamas han devorado maravillas; la exclaustración, nube de langosta, arrasó la cosecha secular; todas las revoluciones—y bien reciente está la prueba – han emulado á los bárbaros primitivos, en su estado regresivo y en su ciega impulsión; la codicia ó la necesidad han vendido lo que jamás debió venderse; los chamarileros han recorrido pueblos y aldeas llevándose lo mejor; la ignorancia ha trocado, como los indios, por bujerías de quincalla objetos de oro puro; el modernismo mal entendido ha causado estragos también... Saqueados los conventos, arruinadas ó adocenadas tantas casas nobles; después del francés, las guerras civiles, las incursiones de prenderos madrileños, los robos de iglesias parroquiales, ¿qué podía quedar? Pues quedaba; y quedaba en tales proporciones, que aun sin colocar y revueltos los objetos, era deslumbrador el conjunto.

Reflexionando bien, ocurre pensar cuán superiores á la actual eran las épocas en que nadie se eximía de pagar al arte tributo. Nacen hoy y mueren las gentes sin haber llegado á poseer un objeto bello: todo es bisutería, bazar, utilidad, fealdad innoble... Y la fealdad, aceptada, consuetudinaria, rebaja el nivel de las generaciones. Hoy las comunidades religiosas no sienten la necesidad de poseer algún admirable cuadro, algún santo de talla muy bello, de esos que se enseñan con respetuoso encomio en las viejas iglesias. Verdad que si lo poseyesen vendrían las turbas idiotizadas á rociarlo de petróleo y prenderle fuego. Hoy los ricos tienen mil refinamientos de higiene, muebles laqueados, trajes que cuestan miles de francos; pero no pueden presentar á la admiración de los que visitan su casa una prenda de artística hermosura, como algunas que aquí he visto y que proceden de familias nobles y obscuras del solar gallego.

En la Exposición retrospectiva de Santiago hay cantidad de telas, muebles, pinturas, tallas, cueros de Córdoba, lozas, hierros, bronces, imaginería de piedra, marfiles, colecciones prehistóricas, libros, grabados; pero lo que predomina es la plata de iglesia, y en este aspecto del arte sólo la Exposición del Centenario de Colón en 1892 y la de París en 1900, con las colecciones austrohúngaras, podrían eclipsar á lo que en Santiago se ha reunido. Hay que tener en cuenta la importancia de Santiago en el período medioeval, del XII al XV, con las peregrinaciones, y el impulso que recibió el arte en Galicia por medio de la poderosa corriente inmigradora, que procedía de los países entonces más adelantados de Europa, y encontraba aquí ya otros elementos propios, fecundizados al contacto.

Hay joyas en la Arqueológica de Santiago que son conocidas de todos los inteligentes, gracias en gran parte á los trabajos tan concienzudos y bien informados de D. José Villaamil y Castro, á haberse publicado sus reproducciones en el Museo Español de antigüedades y á haber sido exhibidas en la Histórica de 1892, aquel grande y meritorio esfuerzo de don Antonio Cánovas del Castillo. Otros objetos, en cambio, son quizás por primera vez ofrecidos á la contemplación de los aficionados á esta clase de estudios.

Conocidos y desconocidos, aquí se reunen en prestigiosa agrupación. Las cruces procesionales son tantas, que me parecería curioso contarlas si estuviesen colocadas todas. Lo mismo digo de los cálices, entre los cuales noto especialmente uno, el de Santa María de Pontevedra, una monería gótica, decorada al estilo jacobeo tan frecuente en los bargueños, con las conchas del peregrino. Una cruz procesional me sorprende por lo gracioso de la idea; es gótica también, y está formada con ramas de espino de plata. No cabe nada más artístico, que parezca más moderno por su elegancia y ligereza.

Entre las cruces las hay notabilísimas con esmaltes, en que la plata alterna con el cristal de roca. De las que he visto colocadas sobresalen la de Allariz, del convento de Clarisas, y dos de Astorga, una gótica y otra plateresca. Téngase en cuenta que los límites de Galicia, en la Edad Media, alcanzaban al reino de León.

Un viril de Noya compite con el primoroso regalado por doña Mariana de Neoburg á la Colegiata de la Coruña. Este viril de la Coruña es de un encanto especial, pues tiene un pie en la decadencia de fines del XVII, pero conserva las más nobles tradiciones. Es una maraña de racimos, hojas dentadas y de gentil involución, y angelillos traviesos que entre ellas se esconden. Esta idea de los angelitos y los racimos y follajes será, con el tiempo, favorita de los discípulos de aquel artista genial que se llamó Churriguera; al menos, en retablos y camarines. Pero en el viril de la Colegiata todavía domina la sobriedad, en medio del lujo fastuoso de los detalles.

El célebre báculo del obispo D. Pelayo es sobrado conocido. Sus ricos zapatos andan también por aquí. Los he visto en una sala entonces no instalada todavía, y en la cual reinaba ese pintoresco desorden que tal vez acrecienta el atractivo de la rebusca de un objeto oculto bajo otros varios, en confuso montón. Por allí andaban dispersos guantes episcopales, cajas de miniaturas, abanicos, cacharros, crucifijos de marfil, bordadas chupas, casullas de dorada estofa. Era el momento de la actividad en enviar, recoger y colocar como se pudiese, con gran derroche de clavos y una brigada de carpinteros. A cada instante llegaban cajones, se desempaquetaban cuadros, y realmente estaban mereciendo bien de la patria los que atendían, incansables, á tal faena. Es preciso nombrarles, pues son personas doctísimas y han puesto en la obra vida y alma. Son el conocido anticuario y arqueólogo D. Ricardo Blanco Cicerón, cuyo hijo, como el mío, figura ahora entre los soldados voluntarios de Africa; el ilustradísimo catedrático don Salvador Cabeza León, y el no menos sabio sacerdote D. Eladio Oviedo. Ellos, mañana y tarde, se consagran, ó se consagraban cuando vi la Exposición, á ordenar, clasificar, depurar, situar los objetos de modo que su lucimiento fuese mayor y el público pudiese apreciarlos y hasta aprovechar en entenderlos; y á ellos, no lo dudo, corresponderá la ardua y magna tarea de redactar el catálogo, ya que, por desgracia y por achaque común de esta clase de Certámenes, ni sombra de él existe todavía. Sería gran lástima que este catálogo no se llegase á imprimir.

Entre los activos y entendidos organizadores se cuenta uno de los expositores que más han contribuído á enriquecer las vitrinas: me refiero al señor Blanco Cicerón, que presenta objetos notabilísimos en marfiles, tablas, cruces, y sobre todo una colección que por lo rara y única está á la altura de lo más importante en su género, como documento etnográfico y como muestra de arte arqueológico: hablo de la famosa colección de fíbulas y torquis, de oro en su mayor parte, y algunos muy gruesos y macizos, de elegante y curioso diseño. Sólo se encuentra esta joya en Galicia y Portugal, y se la considera, más que celtibérica, propiamente céltica. Alguna presenta también la Diputación provincial de Pontevedra; pero la colección de Blanco Cicerón es suntuosa y comprende los más señalados y variados ejemplares.

Hay otro expositor, el Sr. Pazos, que merece que yo le dedique aquí un elogio, acompañado de algunas explicaciones y observaciones. El Sr. Pazos presenta en la Exposición de Santiago tal cantidad de objetos, que si no cabe decir que la llena, podrá al menos afirmarse que la rellena. No es posible que, presentando mil ó dos mil cosas, sean todas de gran mérito, y que no existan entre ellas algunas dudosas como autenticidad—por ejemplo, los platos de Manises imitando la cerámica hispano árabe.—No obstante, en conjunto, las colecciones del Sr. Pazos son muy interesantes, y tienen la ventaja de permitir (al exponerse debidamente clasificadas) que se estudien numerosas manifestaciones del arte español y aun del arte en general. Yo he notado que en España, creo que por esta tendencia nuestra á echar, como decirse suele, la soga tras el caldero, á desdeñar lo relativo, se da poca importancia á lo que no es completamente de primer orden. Todo lo contrario sucede en Francia, donde á cualquier futesa se atribuye valor, y yo debo decir sinceramente que mucho de lo expuesto con respeto y estimación en museos como el Carnavalet y el nuevamente creado de Arte decorativo, de París—y si me apuran, bastante de lo que las vitrinas de Cluny guardan,—no es superior á algo de lo que el Sr. Pazos presenta. Un objeto de arte, con tal que sea auténtico y esté bien conservado, no necesita ser obra maestra para prestar el inmenso servicio de auxiliar á la cultura y para tener su lugar señalado, si no en el terreno de la estética pura, al menos en la historia del arte. Sólo la colección de llaves antiguas—creo que es del Sr. Pazos también,—que ocupa varias panoplias en el claustro del edificio de la Exposición, merece que se le otorgue al Sr. Pazos el título de muy meritorio coleccionista. Y no digamos nada del esfuerzo de traer aquí tanto objeto, y de la pérdida de no pocos de cerámica, que, como es sabido, difícilmente resisten el transporte.

He oído varias veces exclamar en los museos: «¡Bah! ¡Y esto se expone! ¡Unas hebillas de zapatos! ¡Pues si mi abuelo tenía unas así, y anduvieron tiradas por el desván de casa!» Pues justamente las hebillas del abuelo, y hasta la cofia de la abuela, tienen su lugar en museos especiales, no como lo tiene la Venus de Milo, sino como por otro concepto—é insisto en el ejemplo del Museo de Arte decorativo de París, tan útil, tan admirado, donde se conservan y exhiben cosas de que nos reimos aquí.

En cambio, diré que la mayor parte de los objetos procedentes del Museo Romero Ortiz causan extrañeza. Presentar la colilla de un cigarro nunca será lícito en una Exposición de Arte retrospectivo, aunque sea la colilla que apuró, momentos antes de ser pasado por las armas, un heroico general. Mucho se ha ejercitado la sátira contra las reliquias, pero las reliquias son cosa de fe; la fe no se discute, y nadie envía reliquias á una Exposición. Estas reliquias del Museo Romero pueden tener interés en colección particular; nunca en Exposición artística.

Con esto, quédese para otra crónica algo que no debe omitirse al reseñar la de Santiago.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(1) En la página 607 publicamos algunas vistas de la Exposición Regional. *(N. de la R.)*

UNA SOLEMNIDAD ARTÍSTICO-LITERARIA

REPRESENTACIÓN DE «MACBETH» EN LA ABADÍA DE SAINT-WANDRILLE



Claustro de la abadía de Saint-Wandrille

De verdadero acontecimiento literario artístico merece ser calificada la representación de la hermosa tragedia de Shakespeare *Macbeth*, efectuada hace pocos días en la abadía de Saint Wandrille. Sí, ha sido un gran acontecimiento por la valía de la traducción, ó mejor dicho reconstitución, que de aquella obra ha hecho el ilustre dramaturgo Mauricio Mæterlinck; por la maestría incomparable con que ha interpretado el principal personaje la famosa actriz Georgina Leblanc de Mæterlinck, y sobre todo por el lugar en donde ha sido la tragedia puesta en escena.

El traductor insigne encabeza el prólogo de su trabajo con este párrafo: «La traducción que ofrecemos al público no es la traducción íntegra de *Macbeth;* no es tampoco una adaptación personal más ó menos arbitraria. Escrita con mira á una representación determinada, en ella he intentado simplemente reproducir el drama tal como se representa en Inglaterra, en donde una tradición, ya larga, casi definitivamente fijada, y nacida de la fuerza de las cosas y de una imperiosa experiencia escénica, ha despojado poco á poco el poema de sus elementos dudosos, obscuros y parásitos, para reservar sólo sus partes luminosas y realmente vitales.»

Pero con haber hecho esta traducción no se colmaban los deseos del poeta, que soñaba con una representación de tal índole que merced á ella pudiera revivirse, por decirlo así, la obra de Shakespeare y pudieran los que la presenciaran experimentar en toda su intensidad los sentimientos, las emociones, las impresiones que aquélla despierta cual si se hallaran enfrente de la realidad misma. Entonces la digna compañera de Mæterlinck, la artista inspirada que tantas y tan hermosas creaciones ha realizado durante su brillante carrera y que tomó para sí el difícil é interesante papel de lady Macbeth, concibió el proyecto de poner en escena la tragedia en la abadía de Saint-Wandrille, en donde reside durante el verano la genial pareja.



Las brujas saludando á Macbeth. (Escena primera, acto I.)

Ningún sitio más apropiado que aquel para una representación de este género. He aquí cómo le describía, unas semanas antes de la función, el distinguido redactor de *Le Fígaro* Abel Bonnard:

«No lejos de Caudebec, cerca de un río y al pie de un bosque, presenta mezclados en confusión encantadora todos los estilos y todos los siglos, desde el XII al XVIII: una entrada con adornos del Renacimiento; una iglesia del siglo XIV con sus columnas rotas, sus bóvedas semiderruídas, sus ventanas huecas, con sólo un ventanal azul, sus piedras que la naturaleza rodea y recobra, sus arcos gastados en los que la hiedra natural se sobrepone á la hiedra esculpida, sus haces inmensos de columnas que parecen volver á convertirse en grupos de árboles, y á su lado un claustro

del siglo XV con su arquitectura vigorosa y florida, con sus piedras atigradas por toda clase de musgos, rosadas, carcomidas, y en todas partes estatuas ya centes, bustos deformados por la humedad, claves de bóveda medio sepultadas entre la hierba, viejas puertas obstruídas por las hojas, rincones tapados por zarzas bravías, y también jardines de recortados bojes; grandes portadas del siglo XVII y pomposos edificios de la misma época, y bajo los viejos techos abovedados, una sala capitular, una capilla, una infinidad de estancias desiertas, un dédalo de corredores silenciosos y de habitaciones del tiempo de Luis XV con sus maderas esculpidas, y sobre todo el gran refectorio del siglo XV con su amplitud bárbara, sus arcos que se introducen en la pared, su silencio en el que el menor ruido es solemne, su sombra en la que la más débil luz es importante, y todo esto sin que unas cosas formen contrastes rudos con otras, antes al contrario, conciliándose todos los estilos y todas las épocas bajo la autoridad del tiempo, como los músicos bajo la batuta del director. Esto es Saint-Wandrille.»



Macbeth invitando á Banquo al festín
(Escena primera, acto III.)

El actor Severin Mars (Macbeth) en la escena de la visión del puñal
(Escena primera, acto II.)

Aquella mansión, glorioso resto del feudalismo, parece hecha á propósito para que en ella se representase *Macbeth*, tragedia eminentemente feudal por su acción y por sus sentimientos, según afirmó y demostró hace medio siglo el sabio literato francés Emilio Montegut en un erudítísimo estudio de aquella obra.

Y en Saint Wandrille se ha dado una representación única de la obra, ante un número reducido de espectadores, pocos más de cincuenta, que en grupos de cinco y conducidos por familiares de la abadía vestidos con trajes de época, iban trasladándose de un lugar á otro y presenciando desde las ventanas, ó desde el balcón del refectorio, ó desde los arcos del claustro, todas las peripecias de la obra.

«Más bien testigos indiscretos que espectadores —dice el cronista de un importante diario parisiense —con el corazón oprimido y estremecida el alma, han habitado los lugares de una espantosa aventura; lejanas figuras de leyenda, hechas de pronto familiares, se han transformado irresistiblemente en personajes de vida intensa y *realizada;* mezclados con ellos, arrastrados por el torbellino de una acción frenética, ¿no han creído los espectadores en ciertos instantes ser ellos también actores? Si abrigaban dudas, éstas han sido barridas por el huracán de lo verdadero, desde las primeras palabras; y los que tenían fe han visto tan sobrepujadas sus esperanzas, que han comprendido que también ellos eran incrédulos. Una emoción prodigiosa les ha invadido, y á Saint-Wandrille deben uno de esos momentos de plenitud en que la vida siéntese saciada.»

Toda la gloria de esta representación, que señala una nueva fecha en la historia de las realizaciones teatrales, corresponde á la señora Leblanc de Mæterlinck, que no sólo concibió el proyecto y lo realizó á fuerza de estudio, trabajo y perseverancia, sino que además ha interpretado magistralmente el papel de lady Macbeth, haciendo de este personaje una de sus creaciones más geniales.

Los grabados que publicamos, y que reproducen las principales escenas de la tragedia, permiten formarse una idea de lo que ha sido esa representación, cuyo recuerdo jamás se borrará de la memoria de los privilegiados que han podido presenciarla.—P.



La aparición del espectro de Banquo en el festín. (Escena tercera, acto III.)

(Fotografías de M. Branger.)

Representación de «Macbeth» en la abadía de Saint-Wandrille



Las brujas evocando los espiritus malignos. (Escena primera, acto IV.)



La aparición del fantasma. (Escena primera, acto IV.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de Asenjo y Lorduy.)



Mar Chica y el monte Atalayón



Moros adictos construyendo el canal de la Restinga

Una serie de operaciones tan hábilmente concebidas como brillantemente realizadas han permitido á nuestras tropas ocupar nuevas é importantes posiciones en pleno territorio cabileño.

Después de varias visitas de moros influyentes que hacían protestas de lealtad á España, el general Marina quiso convencerse de la sinceridad de estos sentimientos, y al efecto dispuso que el día 4 el general Aguilera efectuase una excursión por el territorio de las cabilas que se decían amigas. Llegaron nuestras tropas hasta Muley Alí Cherif, y á su regreso fueron hostilizadas por los cabileños. El general Marina, que se hallaba en la Restinga, concedió á éstos veinticuatro horas para entregar á los agresores, y habiendo transcurrido el plazo sin que nadie se presentase, ordenó la salida de dos columnas al mando del general Aguilera para castigar á los rebeldes. Entablado el combate el día 6, los cabileños, después de seis horas de lucha, huyeron abandonando sus posiciones á nuestras tropas, que se habían batido bizarramente.

No disponemos de espacio para relatar aquella acción; diremos únicamente que la operación fué admirablemente ejecutada y que, como consecuencia de ella, nuestros soldados se apoderaron del poblado de Lahadara, que incendiaron, y muchos caídes han hecho su sumisión entregando gran número de armas y satisfaciendo las multas que les han sido impuestas.



Patrulla de ingenieros componiendo los hilos del telégrafo

En Lahadara se ha establecido un campamento que domina el camino de Zeluán.

La necesidad de defender todas estas nuevas posiciones y las que se vayan sucesivamente ocupando hasta quedar enteramente realizado el plan que con tanto acierto va llevando á cabo el general Marina, ha obligado al gobierno á enviar nuevos refuerzos al Africa, para donde ha salido ya la división que manda el general Alvarez de Sotomayor y á preparar el embarque de otra al mando del general Ampudia.

Las operaciones son perfectamente apoyadas por los buques de nuestra escuadra. Actualmente se hallan en la costa de Africa los cruceros *Carlos V*, *Princesa de Asturias* y *Extremadura*; los cañoneros *General Concha*, *Temerario*, *María de Molina*, *Marqués de la Victoria*, *Hernán Cortés*, *Alonso Pinzón* y *Don Alvaro de Bazán*; los destroyers *Osado* y *Audaz*, el guardacostas *Numancia*, el transporte de guerra *Almirante Lobo* y las lanchas cañoneras *Condor* y *Cartagenera*.

Se ha inaugurado el ramal del ferrocarril minero que va hasta la bocana de Mar Chica y que facilitará en alto grado las operaciones de aprovisionamiento.

Desde el día 4 se utilizan para el servicio de convoy, con excelente resultado, los camellos adquiridos en Argelia. – R.





El jerife Mohamed Chacha, gran amigo de España que en el combate del 26 de agosto último se ha batido á nuestro lado al frente de 200 cabileños. – El caíd Bu Sfía (1), el más prestigioso de los caídes de Quebdana, que ha ofrecido su concurso á España; el coronel Larrea (2), y el teniente coronel Aucas (3), comandante militar de Chafarinas






El pabellón central.—Pabellón del Centro Gallego de la Habana.—Arco levantado al lado de la Alameda
Arco del lado del Paseo de Boveda. (De fotografías remitidas por el Sr. Carrero Goyanes.)



Gran salón de fiestas. (De fotografía de Chicharro Bisi.)



LOS TRABAJADORES DE LA TIERRA, cuadro de Klein-Chevalier



LOS TRABAJADORES DEL MAR, cuadro de Klein-Chevalier

BARCELONA

V CONGRESO INTERNACIONAL DE ESPERANTO

Durante la última semana se ha celebrado en esta ciudad el V Congreso Internacional de Esperanto, al cual han concurrido, además de los muchísimos esperantistas que hay en Barcelona, gran número del resto de España y del extranjero. Entre estos últimos figuran el inventor del *Esperanto*, doctor Zamenhof, delegados oficiales de los gobiernos de Bélgica, Noruega y Estados Unidos y otros muchos representantes de Alemania, Bohemia, Brasil, Inglaterra, Escocia, Dinamarca, Holanda, Hungría, República Argentina, Rusia, Grecia, Turquía, etc.



El Dr. Lázaro Luis Zamenhof, inventor del idioma universal auxiliar Esperanto y presidente del V Congreso Internacional esperantista recientemente celebrado en Barcelona. (De fotografía.)

El congreso ha celebrado varias sesiones, generales unas y especiales otras de las distintas secciones en que se ha dividido. La inaugural se efectuó el día 6 en el Palacio de Bellas Artes y fué solemnísima; el grandioso salón estaba enteramente lleno y ofrecía un aspecto magnífico. Fué presidida por el Dr. Zamenhof y á ella asistió el alcalde accidental Sr. Layret.

Los congresistas forasteros han sido obsequiados con excursiones á Montserrat, á Sitjes y al Tibidabo, conciertos, funciones teatrales y otros festejos, todos los cuales se han visto extraordinariamente concurridos.

El congreso ha sido un verdadero éxito para sus organizadores y para el fin que éstos se han propuesto al celebrarlo, es decir, hacer resaltar las excelencias y fomentar la propagación del *Esperanto*, de esa lengua universal auxiliar, llamada indudablemente á un hermoso porvenir.

El inventor de ésta, Dr. Lázaro Luis Zamenhof, nació en Welostock (Rusia) en 1860; es doctor en medicina y ejerce la especialidad de oculista en Varsovia. Sus vastos conocimientos lingüísticos y su gran amor á la humanidad le impulsaron á la creación del *Esperanto*, cuyos progresos han sido tales que habiendo aparecido el primer manual en 1887, cuenta hoy con un número inmenso de adeptos, distribuídos por todos los países del mundo, con más de mil quinientas sociedades esperantistas y con más de un centenar de periódicos.



Barcelona.—Sesión inaugural del V Congreso Internacional de Esperanto celebrada en el palacio de Bellas Artes el día 6 del corriente. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

BEZIERS

REPRESENTACIÓN DE «LA FILLE DU SOLEIL»

EN LAS ARENAS

En las Arenas de Beziers, en donde, de diez años á esta parte, se han dado cada verano representaciones de obras notables, efectuóse hace pocos días el estreno de *La fille du Soleil*, tragedia lírica en tres actos, poema de Mauricio Magre, música de Andrés Gailhard, cuya acción se desarrolla en los tiempos homéricos.

El argumento abunda en escenas eminentemente dramáticas y en situaciones que se prestan admirablemente á la inspiración de un compositor y al talento del escenógrafo.

La música de Gailhard es notable por su frescura y por su espontaneidad, y sobre todo se adapta admirablemente, no sólo á las situaciones del poema, sino también al medio para el cual ha sido escrita.

En cuanto á la *mise en scene*, toda alabanza es poca: el pintor Bailly ha compuesto para *La fille du Soleil* una decoración que es una maravilla, y el dibujante Betout, de la Opera de París ha dibujado los trajes. La orquesta se componía de 400 profesores bajo la dirección de Nussy-Verdié; los coros, de 250 coristas, y el cuerpo coreográfico, de sesenta bailarinas.

Los papeles cantados han sido interpretados por la señora Spennert, señorita Laute-Brun y Sr. Noté; los recitados, ya que en la obra alternan el poema y la música, lo han sido por las señoritas Gilda Darthy y Magdalena Roch, y los señores Dorival, Joubé, Duparc y Valbel.

Del efecto grandioso que producía el conjunto de todos estos elementos da perfecta idea el adjunto grabado.



Beziers.—Representación en las Arenas de «La fille du Soleil,» tragedia lírica en tres actos, letra de Mauricio Magre, música de Andrés Gailhard. (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Detúvose Pedro unos momentos para reflexionar. Después continuó leyendo:

«He visto la luna roja, nubes de sangre y profundos trastornos en medio de las estrellas. No puedo contar lo que he visto... Un gran astro, el más alto en el horizonte, ha caído de pronto en el vacío, y alrededor llovían pequeñas estrellas como lágrimas. Quiero dudar..., pero eso significa el desastre: la muerte del rey, la muerte de la nobleza, todos asesinados..., y entre esas víctimas mi bisnieto, á quien tanto le gusta beber, reir y cantar. Sí, morirá de una muerte nueva, horrible, ignominiosa... Será el fin de un mundo... Nacerán otras cosas que no puedo distinguir, que yo ignoro. ¡Ay de los Guibray! ¡Ay de ellos en el castillo, en tierra y en el río! ¡Ay de ellos en la colina y en el hogar! Por todas partes traición y rebeldías. El campesino se ha sublevado, horca en mano... Todo se derrumba: los de arriba vienen abajo, y los de abajo les suceden... No queda nada... El viento sopla en una soledad... El eco repite un prolongado grito de agonía... ¿Es que la raza ha muerto?»

Esta vez Pedro, temblando, admitió los augurios de Matías como verdades. Se inclinaba ante una evidencia. El destino estaba escrito. El barón Carlos sin duda no había leído aquellas líneas, ó no había creído en ellas, ó bien la fatalidad resultaba soberana, á pesar de los vanos esfuerzos de los hombres.

Tenía el vértigo; levantóse y vació como si estuviese borracho.

¡Ah, todo conspiraba para turbar su razón! No le faltaba más que volver algunas hojas para conocer su propia suerte, de antemano explicada por aquel prodigioso adivino. ¿Qué horrores iban á abrumarle de nuevo, á descorazonarlo para siempre, á ponerlo triste y lívido para el resto de sus días?

Se puso tieso, recobró todo su valor, acercóse otra vez á la mesa, se dejó caer sobre el taburete y buscó su sentencia en las páginas siguientes.

Matías continuaba:

«La casa dispersada..., nada queda..., vagos fantasmas muy lejos..., en el extranjero sin duda, en el destierro quizá..., batallas en todas partes, en el mar y en la tierra... Pero de Guibray nada; no veo absolutamente nada..., hay como un eclipse de cien años. Luego los astros reaparecen..., disminuídos, nebulosos, como de un cielo diferente, de una atmósfera distinta. No reconozco ya á los míos... Son míos, sin embargo... Allá, en el horizonte, avanza una pequeña estrella, en marcha ascendente; vacila, titubea en medio de la refriega astral... Diviso un joven, que vuelve de lejos, de muy lejos, al menos desde el punto de vista de las distancias morales, procurando reunir lo dispersado, reedificar lo derruído, reconstituir lo que antiguamente fué. Al principio, en todas partes le engañan..., yerra el camino; evita lo que debería buscar, presa de la ilusión, siguiendo malos consejos que, sin embargo, se creían sinceros. Continúa sus esfuerzos... Por fin logra su fin; levanta la casa de Guibray, reanudando, volviendo á estrechar por medio del amor y la alianza los dos grupos de la familia antes desunida, dislocada; dos grupos hechos enemigos por error, por venganza; el grupo legítimo, el grupo de los hijos naturales, que siguen siendo nobles por el alma, ignorándose á sí mismos. Pero ¡qué confuso es todo esto!.. Y además hay lágrimas; pero Guibray renacerá á pesar de todo, bajo otros aspectos y en tiempos diferentes, reducido á la calma absoluta, después de haber desaparecido las grandezas. Y en adelante la raza existirá para muchos años aún, nivelada por la igualdad social, resultado de los trastornos sucesivos y de un espíritu nuevo. Los días de las aristocracias están contados...»

Pedro perdía la cabeza; en presencia de tanta exactitud en ciertos presagios, se hallaba confundido.

La Revolución, el destierro, luego la existencia de sus padres, arrancados de su tierra, todo estaba claramente marcado. Él mismo se hallaba anunciado, él, el aparecido, el escudriñador de escombros..., el enderezador de piedras caídas.

Pero ¿por qué el siniestro profeta, el prodigioso vidente, decía que al principio él se equivocaría, que erraría el camino, que evitaría lo que debiera buscar, guiado por malos consejos que, sin embargo, se creyeron sinceros?

¿A quién evitaba? ¿A Bertilla? ¿A los Faulque? En esto no podía andar desacertado.

¿Malos consejos? El tío Jaime era el único que le había indicado sus futuros deberes. Según Pedro, el tío Jaime no podía cometer semejantes errores, y continuaba siendo puro y sagrado en la memoria de su sobrino.

Además, el vaticinador de porvenires embrollados añadía que él lograría su fin, que realizaría sus proyectos por medio del amor y la alianza con una rama siniestra del árbol de Guibray.

Pero esa rama no existía, no había existido nunca... ¡Locura..., divagación! No había habido nunca bastardos en la familia, conocidos al menos, en ninguna época.

¿Entonces?.. Como en todos los oráculos humanos, había una parte de verosimilitud al lado de otra parte más grande de absurdo...

Sin embargo, el conjunto de aquellas predicciones resultaba extraño, desconcertador al análisis y á propósito para causar pesadillas á los simples. ¿Lo era él? No lo creía. Y no obstante, todo aquel fárrago

Bertilla y Pedro mostraban igual altivez

misterioso le tenía impresionado hasta el fondo de su ser. Le tenía asustado y alegre al mismo tiempo, sobre todo porque hallaba en él una esperanza de conciliación general, promesas de paz entre enemigos designados.

Y conocía el nombre de éstos, y su figura terrestre, y su personalidad actual, y estaba poseído de ellos.

Apartó de sí el cuaderno de horóscopos que así terminaba, y lo rechazó con un gesto de cólera y maldición.

Aquella lectura no era propia para atenuar su mal, para disipar sus angustias; al contrario; además, se sentía humillado de observar así la vanidad de los destinos humanos, previamente ordenados, en una negación del libre albedrío y de la utilidad del esfuerzo individual.

Atomos empujados por la brisa ó el huracán, los seres evolucionaban al acaso, tranquilos ó precipitados, impulsados en un movimiento general que seguían sin voluntad ni resistencia; y el valor venía á ser vano, y el pensamiento superfluo. Lo más natural y lo mejor era, pues, dejarse llevar, resignados á lo inevitable. Los fatalistas eran unos sabios... La espontaneidad resultaba letra muerta, el orgullo se venía abajo.

¿Qué importaban entonces la antigüedad de las razas, las proezas de los héroes, si unos y otras no eran más que juguetes del azar, inconsciencias andando bajo el eterno dictado de leyes superiores? Nada quedaba en pie de las creencias altivas, y nadie tenía derecho, aun después de terminada su tarea, á estar orgulloso de su obra. El no había hecho más que obedecer á fuerzas irresistibles, y esta necesidad no era ninguna virtud.

Durante mucho tiempo Pedro filosofaba de este modo; removía ideas nuevas que le sorprendían, conduciendo todas por igual á la diminución de lo que él veía grande.

Fué la lección de la duda, que había de ser provechosa para aquel espíritu que marchaba á través de la sombra de las preocupaciones quiméricas hacia la luz brutal de las realidades.

En su turbación, en su desconcierto de alma, de pie en la vasta sala sonora, profería palabras incoherentes, absurdas, que no tenían relación alguna con los hechos inmediatos.

Decía frotándose las manos:

«Después de todo, yo tengo veinticuatro años..., pero este año llueve mucho..., la vida es larga... Todo eso es tonto.»

Deteníase bruscamente; juzgaba él mismo la estupidez de aquella crisis mental, y volvía sobre sí, furioso de haber delirado de aquel modo.

A punto estuvo de tratar al ilustre antepasado Matías de viejo loco; tan cansado estaba de lo sobrenatural... Iba perdiendo el respeto á los ascendientes, hasta entonces venerados.

Buscó en los pergaminos alguna prueba de aquella demencia que él se complacía en sospechar, y en esto también sufrió una decepción, pues encontró, por el contrario, una carta meritoria del noble astrólogo al rey de Francia, á Luis XIV.

Este monarca había decidido una mañana atribuir al cabildo de Mantes los privilegios, dotaciones y beneficios de un hospital de leprosos situado en el dominio de Guibray y dependiente, hasta entonces, de la baronía.

A semejante noticia, Matías contestó con estas líneas, que probaban una hermosa independencia de carácter, una grande elevación de espíritu, si se tiene en cuenta la época y los personajes:

«Señor, tenéis todos los derechos, exceptuado el de ser injusto...»

Continuaba en este tono, con gran dignidad.

Y el rey, reconociendo su error, renunciaba á sus proyectos.

No, el autor de aquellas líneas no era, no podía ser un charlatán vulgar... Era todo un hombre, de gran corazón. No había mentido refiriendo sus audaces proyecciones sobre los acontecimientos futuros; era de buena fe, incapaz de fraude, de mistificación. Había que darle crédito; el mismo Luis XIV lo había escuchado.

Mas por una especie de malicia de la suerte, siempre aparecía la sombra al lado de la luz. Pedro vió más adelante que Matías se había ocupado minuciosamente de la transmutación de los metales; había buscado la piedra filosofal. Por consiguiente, había sido también alquimista, lo cual era menos noble.

Además, Pedro descubrió que los dos tíos de Matías, los Sres. de Villiers y de Courtray, y su suegro, el conde de Vernon, habían muerto los tres de repente, en la época en que la Brinvilliers y la Voisin fabricaban venenos rápidos, cuyo secreto Matías había sorprendido y penetrado quizá. Siempre la singular mezcla del bien y el mal en el alma de Guibray..., capaz de todo, de lo mejor y de lo peor.

Entonces, desanimado, no sabiendo ya qué deducir, Pedro renunció por algunos días al estudio de aquellos papeles terribles.

Con el mes de octubre reapareció un sol tardío en la campiña desolada, la templó y secó los caminos.

Una mañana Pedro, tentado por la suavidad del día, se escapó de su madriguera y partió á la ventura.

El río había recobrado sus matices azulados y el oro de las hojas secas se reflejaba en él en medio de esplendores soberanos; los pájaros ejecutaban un inmenso concierto en los tilos; el magnífico otoño os tentaba su triunfo, se revestía del encanto melancólico de los brillos efímeros; las glorias breves son las más adorables.

Pedro siguió por el río, que era, como siempre, el punto atrayente del paisaje. De vez en cuando levantábase con indolencia un viento flojo que traía olores acres de tierras mojadas, de hierbas aún vivaces.

Empezaba ya á olvidar las emociones de antes, gracias á la prodigiosa fuerza de la hermosa juventud, que súbita y sucesivamente se entristece ó se alegra en un mismo instante.

Iba al azar, observando alegremente las pálidas flores otoñales, brotadas á pesar de la lluvia y la fría atmósfera de las semanas anteriores.

Sin embargo, la eterna obsesión le dominaba todavía; y estaba resuelto á no evitar ya nada ni á nadie por miedo á algún error, teniéndose ahora por advertido por los consejos del gran vidente.

Atravesó el pueblo; ya le saludaban, pero no más profundamente que á tal ó cual pequeño burgués retirado y establecido en el país con mil quinientos francos anuales de renta; le saludaban simplemente porque le conocían de vista y porque era parroquiano de algunos tenderos que, por su dinero, le debían una reverencia, y también porque Brice, orgulloso de su intimidad con aquel noble joven, había declarado cien veces en la taberna que D. Pedro era «el mejor muchacho del mundo.»

Pero nadie tenía en cuenta los títulos del pasado. Aquel saludo iba dirigido á su propia persona, prescindiendo de los antepasados desconocidos.

Muchos se asombran de que, en la mayor parte de las familias, hasta en la clase media acomodada, las noticias sobre el origen no suelen remontarse á más de dos generaciones, y sin embargo es así.

Con más razón sucede esto en los pueblos, entre rústicos campesinos, cuyos hijos empiezan apenas á saber leer, escribir y contar. Pero á todos les tiene sin cuidado su propia historia; todo lo antiguo carece para ellos de interés. Lo que les importa es el porvenir; sobre todo la próxima cosecha, la inminencia del granizo y el aspecto de los mantillos; y como la vida es corta, tales preocupaciones bastan para llenarla.

Quizá tienen razón esos campesinos, encorvados sobre el terruño, pues las tradiciones de raza son á menudo peligrosas; y si el recuerdo tuviese que ser perdurable, ¿no implicaría la eternidad de los rencores, el pataleo sempiterno en el mismo sitio y el paro ilógico en la marcha del tiempo?

En el pueblo se hacía, pues, al joven señor de Guibray una buena y vulgar acogida personal.

Las viejas campesinas decían «que era un guapo mozo,» y las jóvenes, con más reserva, eran sin duda de la misma opinión.

No era, ¡qué había de ser!, la entrada triunfal en medio de vasallos prosternados que soñara el joven patricio, pervertido en sus miras directas por las falsas imaginaciones de un anciano y distanciado por la época.

Pero ya desengañado y maduro para las concesiones, Pedro se contentaba con aquella acogida. Contentado con un gesto, con un sombrerazo, satisfecho de no ser ya el forastero sospechoso, el desconocido desdeñado de la primera semana.

Prosiguió su camino al azar.

Delante de él se alzó en el bosque la obscura y leprosa ruina del granero de la sal. Nunca lo había visto de tan cerca. Tentóle porque contenía, en la medida de las cosas materiales, parte de su historia.

Abrióse paso, entre los zarzales, hacia los muros desmoronados; el lugar era siniestro, sobre todo en aquel otoño, en que la lluvia había llenado las hoyas convirtiéndolas en charcas de cieno.

Detúvose á diez pasos de las ruinas.

Estas habían presenciado aún la gloria de los antiguos barones Le Tenant de Guibray, señores de Saint Martin, Vetheuil, Clerence, Chautemele y otros lugares. Allí estaba el estanco de la sal; allí prestaban servicio los oficiales del rey, á las órdenes de sus antepasados; aquella era la casa del fisco; allí se habían desarrollado trágicas y lamentables escenas.

Pedro contemplaba aquello.

Las techumbres se habían hundido entre los muros: sólo subsistía uno, triangular, dominando sólidamente una gruesa torre cuadrada, maciza, de sombrío aspecto.

En el interior del edificio, en los patios, en el sitio de las antiguas habitaciones, crecían las parietarias, los cardos y toda clase de hierbas, pobladas de un mundo de larvas é insectos; desprendíase un ruido sordo de aquella vida intensa, oculta bajo los musgos.

Pedro se detuvo ante aquella visión auténtica del pasado y del presente, de las grandes cosas muertas y de los pequeños seres activos. De pronto un ligero ruido de pasos le hizo volver la cabeza.

Y vió á Bertilla cerca de él.

En el fondo del corazón sentía recíproca y dulce simpatía. Se habían buscado mutuamente; la juventud de ambos se armonizaba en silencio; eran dignos el uno del otro por su respectiva belleza; si hubiesen escuchado el impulso secreto de sus almas, se hubiesen tendido las manos.

Y á pesar de esto, ó á causa de esto quizá, se miraron con ojos de odio y no supieron cambiar más que palabras de cólera y de amargura.

Ella dijo en seguida:

—Este sitio no le pertenece á usted, caballero, y en él no está usted en su lugar...

De buena gana hubiera dicho que allí le encontraba «odioso.»

Él replicó:

—Usted dispense, señorita, lo ignoraba... Creía que estas piedras abandonadas eran de todo el mundo.

—Estas piedras abandonadas pertenecen á mi padre, y si no están rodeadas de valla es porque hasta ahora todo el mundo las respetaba.

Las voces silbaban; aquellos dos muchachos, frente á frente, mostraban igual altivez Aquel duelo les enfurecía y encantaba. Se tenían recíprocamente un odio mortal por haber pensado tanto uno en otro, y buscaban palabras mortificantes con feroz alegría.

Pedro volvió á contestar acentuando la frase con entonaciones orgullosas, exasperantes para aquella joven que se llamaba Faulque:

—Dispense usted, señorita; pero usted debe saber que antiguamente todo este país pertenecía á los Guibray, mis abuelos. Confieso que estoy mal acostumbrado á encontrar los caminos cerrados ante mí por voluntades, mejor dicho, por caprichos más ó menos legítimos.

Bertilla dió un respingo, palideciendo.

—Sr. de Guibray, dijo, los tiempos han cambiado. Quizá ignora usted la muerte de Luis XVI. Lea usted la historia.. Lea la nuestra sobre todo, y sabrá que en ese brazo de polea, encima de esa ventana, su antepasado Guislano el Gabela, de execrada memoria, mandó ahorcar á mi bisabuelo Roque Faul que, que no era más que un pobre hombre indefenso. Y ahora puede usted dejarme meditar á solas.

—Obedezco, señorita, porque en efecto los tiempos han cambiado, lo cual es de sentir bajo todos conceptos y principalmente por la cortesía.

Y saludando con una profunda inclinación de cabeza, Pedro, satisfecho de sí mismo, saltó un foso, pasó por encima de los escombros y volvió á encontrarse en el camino por el cual todo el mundo tenía derecho á pasar.

Se reía en el fondo, pues si bien no había salido victorioso del encuentro, no había sido derrotado.

Además conocía al fin el timbre de su voz, y aquel pequeño incidente le proporcionaba materia de reflexión para semanas y meses, lo cual no era de despreciar en su ociosidad.

Bertilla sentíase sacudida por el furor y se reprochaba su falta de elocuencia Le habían faltado palabras para manifestar su indignación y sus rencores; para confundir y arrojar al intruso que hollaba con sus pies sacrílegos las cenizas del pasado.

Todo el día el joven y la muchacha, cada uno por su lado, estuvieron nerviosos, vibrantes de su violento choque.

Luego, por la noche, volvieron sobre sí, y cada cual sintióse algo más profundamente triste, sintió la aventura y sobre todo las heridas causadas, mucho más que las recibidas. Aquel abismo que deseaban llenar acababa de ensancharse todavía, y aquel golpe de pasión complicaba el drama secreto de sus corazones.

Guislano el Gabela... ¡Con qué tono de desprecio había pronunciado Bertilla este nombre y este apodo sin grandeza! ¿Tenía ella razón en sus acusaciones? Pedro convenía en ello. Volvió al archivo y buscó en los polvorientos legajos los documentos relativos á Guislano.

Estando así preparado, no invocó las circunstancias atenuantes, y desde un principio tuvo que reco-

nocer que aquel antepasado soberbio era un triste personaje, más dado al pillaje, á pesar de su época, más bárbaro, más inexorable que los primeros barones, aquellos señores feudales sin civilización, hombres impulsivos que se dejaban llevar de los primeros arranques de sus pasiones ó entusiasmos.

Éste les excedía en fraude, en robo, en homicidio, en todos los crímenes. Viviendo en tiempo de Luis XV, era á la vez cínico, listo, ilustrado, corrompido, sanguinario, opresor, salteador de caminos y aplicador de tormento.

Éste no tenía el alma compleja. De pies á cabeza y en todas circunstancias era siempre el mismo, es decir, infiel despiadado; cobarde siempre armado contra las debilidades inermes; fuerte abusando de la fuerza; hombre maldito, señor infame, que se reía como un bendito torturando á sus siervos.

No se observaba un momento de tregua bondadosa, ni una palabra menos dura, ni un gesto generoso en toda su existencia de bandido impune.

Robados los bienes, mataba al hombre, entregaba la mujer á sus soldados y enviaba al hijo á servir en las cuadras, bajo el látigo de los criados.

Arrogante, insolente con los humildes, era humilde y rastrero con los grandes, imploraba del rey nuevos beneficios, alegando su penuria, cuando sus bodegas y graneros rebosaban de productos arrancados por el terror, por la fuerza y por el banditismo.

Matías lo había predicho: Guislano había nacido bajo la influencia de Marte y de Mercurio, del dios de la soldadesca y del dios de los ladrones; y según la profecía, siempre dejó tras sí algunos cadáveres, pero vivió gallardamente.

Este teniente general desoló su distrito, redujo sus poblaciones al hambre; fué vil, odioso y criminal.

Entre otros pergaminos que atestiguaban veinte inicuas sentencias de personas ahorcadas ó muertas á palos por nada, por placer, Pedro encontró el acta, singularmente atroz, de la muerte de Roque Faul que, contrabandista de sal.

A fin de complacer á su señor, sin duda, el escribiente encargado de la redacción había prodigado en ella los detalles, anotado cada incidente con celoso cuidado.

Y todo el documento, que el amo aprobaba y en contraba tal vez lisonjero, no era más que un largo testimonio de violencia, de iniquidad monstruosa, de crueldad salvaje.

Aquel documento era un cínico alegato de injusticia y de muerte, que sublevaba la moral.

¿Quién sabe si el escriba tenía conciencia de lo que hacía y manejaba solapadamente la ironía filosófica, preparando así las revanchas futuras?

En presencia de Guislano el Gabela, descubierto de pies á cabeza, desnudo, con su lepra al aire, su descendiente Pedro reprimía su asco. Renegó de él, indignado, y no vaciló en dar razón á los furores de Bertilla.

Entonces, harto de su raza, de su manchada nobleza, salpicada de sangre, arrojó en un montón los últimos legajos incompulsados en el fondo de los armarios llenos de polvo, y salió del archivo con la firme intención de no volver á poner los pies en él.

¿Qué había encontrado allí en todo aquello? Tanta vergüenza como gloria. ¿Y cuál era el resultado de sus investigaciones?

Él contestaba: «Nada.»

¿Qué otro sentimiento podía despertar en él todo aquello, fuera de la vanidad, de la vanidad tonta, que acepta los hechos sin comprobación?

¿De qué le servía aquella pesada carga á través de su vida? ¿En qué era mejor ó más grande después de haberse remontado á los orígenes, después de haber sacudido las cenizas y turbado á los fantasmas?

En nada.

No se tenía en mayor estima; quizá, por el contrario, se estimaba menos; en todo caso, aquel fárrago de escritos, aquellos pesados legajos del crimen le parecían letra muerta, vestigios sin majestad; libro de bordo de un buque corsario justamente naufragado.

Sentíase un alma nueva—¡oh sorpresa! - vagamente democrática, y como acudió á su mente la figura del tío Jaime, inclinóse, pero se atrevió á decir:

«Anciano, ¡ay!, me temo que se equivocó usted.»

Era la derrota del pasado y la victoria de los actuales tiempos, bajo la irresistible necesidad de vivir con los vivos olvidando á los muertos que, á su vez, habían vivido para sí.

Otro sentimiento le impulsaba á poner término á su investigación, sin abrir los últimos legajos que referían la última querella entre los Guibray y los Faulque. En la trágica historia del barón Carlos, ¿que había de encontrar, sino nuevos alimentos para las animosidades hereditarias? No se sentía con fuerzas ni con valor para odiar un poco más lo que creía odiar en sus horas mal sinceras. Y ante ese terror legítimo, cerraba la puerta al peligro y se esquivaba.

Nuevamente inactivo, se moría de fastidio durante largos días. Llegó el frío y el caserón solariego se hizo inhabitable.

Desde París, el barón Guilberto y la baronesa Valeria, de regreso de las playas mundanas, llamaban á su hijo en cartas apremiantes; le trataban de loco, si se obstinaba en enterrarse en las ruinas, en dormitar en su desierto.

Una mañana, Pedro dijo á sus dos criados Medardo y Ursula:

—Preparad las maletas y cerrad las puertas; ¡mañana nos vamos!

Los dos viejos, á pesar de su edad, saltaron de alegría. La residencia en el castillo les desolaba. De día temían que les cayese encima alguna piedra del tejado, y de noche tenían miedo de los fantasmas.

Pedro marchaba resuelto á olvidar á Bertilla, que él juzgaba inaccesible, de la cual todo le separaba y le prohibía amar; marchaba también resuelto á mezclarse activamente con los demás hombres, á recobrar la palabra que, en su soledad, había olvidado casi del todo, á existir, en fin, como todo el mundo, desvanecido ya el encanto que le tenía apegado á las antiguas quimeras.

Además, reconocía que con el poco dinero que le quedaba de la herencia recibida, no podía cumplir nunca las condiciones impuestas. Se necesitaba un millón para restaurar el desvastado castillo de Guibray.

También renunciaba á este proyecto. Había hecho todo lo posible; el dominio había vuelto á la familia, ahí quedaba con sus escombros y sus torres desmoronadas.

Tanto peor si los campos caían en baldío, si la viña inculta se hacía silvestre: poco le importaba.

Había respetado la voluntad del viejo tío difunto; había cumplido su compromiso; quedaba libre; su abnegación por la familia desaparecida no debía llegar, según él, al extremo de dejarse morir de consunción en un *caserón* desierto. No se había comprometido á tanto.

Es de notar que hablaba con poco respeto del castillo llamándole caserón, y es que le guardaba rencor.

Partió sin decir nada á nadie, ni siquiera á Brice. Ursula y Menardo habían guardado el secreto.

Fué Brice quien una mañana, subiendo al castillo, descubrió el abandono

Entró, pues ninguna puerta podía cerrarse, encontró la morada vacía y exclamó:

—El señorito se ha largado..., despidiéndose á la francesa.. ¡Y yo que aspiraba á ser su intendente!..

Y bajó al pueblo á contar la noticia.

El rumor llegó á oídos de Clemente Faulque, quien se lo anunció á Bertilla.

—Y bien, ¿estás contenta? El enemigo cedió, ha huído, se esquiva y esa retirada parece definitiva; hete libre de ese malhadado vecino, que tantos temores te inspiraba; ya ves que su espantosa vecindad ha durado poco.

Y Faulque, sin notar que su hija había palidecido súbitamente, repitió:

—¿Estás contenta?

—Claro que sí, replicó Bertilla esforzándose en disimular su verdadera impresión; contentísima..., ¡ya era hora!

Mentía al hablar así. El golpe, inesperado, la había herido en el corazón.

Lo que reprochaba ahora á Pedro era su huída, lo que ella llamaba su *deserción.* Olvidaba sus antiguos motivos de queja, motivos imaginarios; pero aquella huída, aquella deserción, no se la podía perdonar.

Le reprochaba el no haberla comprendido, el no haberla sabido comprender, el no haber sabido descubrir la verdad de sus sentimientos, así los de ella como los de él mismo, entre los cuales, sin embargo, ella era la primera en no distinguir todavía nada que no fuese confuso.

¡No importa! Él había huído; era un cobarde, indigno del amor de una muchacha como ella... ¿Del amor? A esta palabra, mentalmente pronunciada, estremecióse de espanto y se interrogó severamente:

«¡Cómo! ¿Le amas acaso?..»

Bajó la cabeza y no se contestó...

III

Una tarde de octubre en que una lluvia menuda y persistente envolvía á París en una atmósfera fastidiosa, y cuando á la débil luz crepuscular sucedían las primeras sombras de la noche, un ómnibus de ferrocarril se detuvo ruidosamente delante del pequeño hotel de Guibray, situado en la avenida Bosquet.

El barón Gilberto apartó las cortinas de una ventana y dijo á la baronesa Valeria, su mujer:

—Alégrese usted, mi querida amiga; es nuestro hijo, el castellano, que vuelve.

Y ambos fueron á su encuentro. Le encontraron más pálido, aunque bronceado por el sol, y leyeron en sus ojos graves historias tristes y melancolías profundas...

—¿Vienes para mucho tiempo?, le preguntó el padre.

—¡Para siempre!, exclamó el muchacho con voz vibrante en que había gozo y tristeza á la vez, toda la amargura de las recientes decepciones.

—¿Para siempre?, repitió la madre con extrañeza, pero también con alegría. ¿Entonces se acabó el sueño?

—Sí, se acabó el sueño, mejor dicho, la pesadilla.

El barón y la baronesa comprendieron, conforme habían presentido, que una suma inmensa de desilusión entristecía el alma de su hijo; no insistieron, estimando que nunca hay que atropellar las confidencias, si se las quiere obtener completas.

—Vamos á ver, ¿qué has hecho, qué has visto?, repuso Gilberto.

—¡Oh! Es largo de contar, aunque prodigiosamente ocioso; sin un solo hecho, sin una sola incidencia; el horror de las soledades muertas y el desaliento de las tareas imposibles, y nada más, murmuró el joven.

Y dirigía en torno suyo miradas satisfechas, enterneciéndole el ambiente del salón familiar, lleno de muebles modernos que no cojeaban, bien abrigado, bien caliente, desafiando el exterior y las intemperies.

Involuntariamente murmuró:

—¡Ah, qué bien se está aquí!

—¡Pobre muchacho!, replicó Valeria; aquí es tu casa... ¿Por qué marchaste á la triste aventura? Mal impresionado vienes cuando tanta dulzura encuentras en tu vuelta al hogar... ¿Entonces... allí?.

—Allí, interrumpió Pedro con voz sombría y los dientes apretados, he envejecido diez años en tres meses.. ¡Ay, papá, qué de cosas abolidas que yo creía subsistentes! Es una ruda lección...

—Pues que te sea provechosa, muchacho... De esa manera no habrás perdido el tiempo.

—Quizá..., pero no dejo de sentir... El tío Jaime se equivocó en sus proyectos, en sus deseos soberbios... El castillo no es más que una ruina; y, más que el castillo, se ha modificado el espíritu de los pueblos. He visto cosas extrañas .. Nadie se acuerda allí, en ese pueblo que lleva nuestro nombre, de los que fueron sus señores hace apenas cien años. Un Guibray, en la opinión pública, no vale más que un Durand ó un Dupont, en igualdad de fortuna... Menos rico, sería menos considerado. La nobleza acabó, ni siquiera se la odia, no se la teme siquiera; se la ignora absolutamente... Es una antigualla..., hierro viejo, sin precio en el mercado. Para restaurar el castillo, se necesitarían millones; para ganar las conciencias, no bastaría todo el oro del mundo. Habría que empezar por enseñar la historia á todos esos campesinos á quienes el pasado nada importa... Y si se la enseñase con franqueza, dudo profundamente que nos lo agradeciesen y que nos granjeásemos su amistad. Nuestra historia pesa como plomo, pues contiene más fechorías, más crímenes reales, que buenas acciones y obras saludables... Esto es lo que he descubierto primeramente en el país, y luego... y luego, ¡ay! en nuestro archivo que permaneció intacto, tenido por glorioso en razón de su antigüedad, y que no es más que un cúmulo de iniquidades, de faltas impunes, ¡cuando éramos los fuertes y los inaccesibles!

El barón y la baronesa se miraron con asombro. Aquellas palabras eran una extraña novedad en boca de su hijo; anunciaban una curiosa evolución del alma, una conversión manifiesta á ideas contrarias.

Callaron, sin embargo, esperando las explicaciones que habían de venir. Y Pedro continuó:

—El Tenant de Guibray, es decir, el poseedor de Guibray... ¡Qué irrisión! ¡El pueblo pertenece á los Faulque, papá! Se les saluda con más respeto que á nosotros; son más vivos, más directos, más conocidos, más apreciados. Para colmo de demencia, no son indignos; hacen gran papel, bien instalados en su cuadro, y respetables para todo el mundo, excepto para nosotros. ¿Esto le asombra á usted, no es cierto?

El barón contestó con una mueca de desprecio:

—¡Eh los Faulque! Por más que tengo en cuenta las distancias, los retrocesos, todo lo que se quiera, esa gente, para mí, no será nunca, á pesar de todo, más que lacayos sublevados, asesinos de sus señores. Después de todo, es posible y hasta es lógico que unas razas crezcan á medida que otras disminuyen.

Pero estas últimas palabras fueron pronunciadas con amargura.

(Se continuará)

LA FOTOGRAFÍA Y LA MECÁNICA

La mecánica, enemiga declarada de la mano de obra, ha invadido victoriosamente los más diversos dominios; pero ¿quién se habría atrevido á predecir que tarde ó temprano extendería sus conquistas hasta el santuario de un arte tan delicado y minucioso como

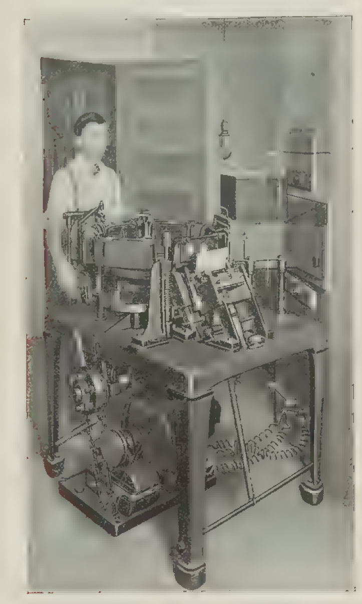


Fig. 1. – Esta máquina imprime 15 000 fotografías por hora

el de la fotografía? ¿No es acaso un santuario la cámara obscura en donde artesanos expertos imprimen y desarrollan las pruebas antes de lavarlas y fijarlas? Pues bien: en lo sucesivo, estas operaciones no requerirán laboriosos aprendizajes, porque de ellas se encargarán las máquinas; y fuerza es confesar que las manos de hierro y de acero realizan su labor mucho mejor que las más hábiles manos humanas.

Las máquinas que vamos á describir han sido inventadas para su propio uso por la más importante casa de fotografías estereoscópicas de los Estados Unidos, la compañía H. C. White.

Bien conocido es el estereoscopio, ese instrumento de óptica que da la impresión del relieve por medio de dos imágenes planas sobrepuestas por la visión binocular; no hemos de recordar, por consiguiente, la teoría de este ingenioso aparato que se halla expuesta en los más elementales libros de física. Unicamente recordaremos que fué inventado en 1838 por Wheatstone, y que estuvo muy en boga en un principio, para luego caer en un olvido del que había al fin de salir perfeccionado.

Con su gran caja, tan incómoda como cara, el estereoscopio de espejo no podía ser más que un objeto de salón, vedado á la generalidad de las familias; en cambio, el estereoscopio lenticular, que puede llevarse en el bolsillo, pesa muy pocos gramos y sólo cuesta unas pesetas, se ha introducido rápidamente, lo mismo en la morada del rico que en la del pobre, en la escuela primaria que en la biblioteca pública. Sus conquistas, á lo menos en los Estados Unidos, se extienden de día en día: hay viajante de comercio, representante de una ebanistería, que prefiere llevarse una colección de estereografos que reproduzcan en relieve habitaciones amuebladas por su casa, á tener que cargar con paquetes de láminas más estorbadores que elocuentes; y para atraer al excursionista á sus líneas férreas, no faltan compañías que distribuyen en los hoteles y restoranes colecciones de fotografías que representan los sitios más hermosos que á lo largo de sus vías se divisan, añadiendo á ese regalo el de algunos estereoscopios.

En los últimos quince años, la voga cada vez mayor de los estereoscopios había multiplicado en los Estados Unidos el número de fábricas, de las que se contaban un centenar por lo menos, la mayoría de las cuales habíanse especializado, sea en la fabricación de anteojos estereoscópicos, sea en la de estereografos. Poco á poco, sin embargo, hubieron de ceder el puesto á poderosas rivales montadas con mejores instrumentos, y en la actualidad sólo quedan dos, la de la citada compañía H. C. White, establecida en North Bennington (Wermond), y la de la compañía Keystone, de Meadville (Pensylvania), que se reparten el mercado del mundo estereoscópico. La primera de estas dos casas es la que emplea, desde hace dos meses, las máquinas que vamos á describir.

Para que una imagen binocular dé en el anteojo un resultado satisfactorio, es preciso que las dos fotografías yuxtapuestas tengan exactamente la misma tonalidad, y esta condición difícilmente se lograba con las manipulaciones del hombre; en efecto, todos los que se han ocupado de fotografía saben que una diferencia en la duración de la exposición del papel influye considerablemente en el valor del tono de la prueba; y por otra parte, es imposible determinar, con una fracción de segundo de diferencia, el tiempo de exposición de los papeles sensibles, sobre todo cuando se trata de imprimir con una placa millares de pruebas.

Todos estos inconvenientes desaparecen con la *automatic photograph printing machine* (figura 1) que funciona en una cámara obscura. El clisé desarrollado, ó negativo, se fija delante de una lámpara Cooper-Hewitt; unos cojinetes de succión toman una por una las hojas de papel sensible amontonadas en pila á su alcance y las ponen sucesivamente en contacto con el negativo. Un *ecrán,* que se abre, permite á los rayos pasar al través de la placa de cristal é impresionar el papel; ciérrase aquél, y el papel impreso, recogido de nuevo por los cojinetes y depositado en un receptor, cede su puesto á otra hoja.

Para cada nuevo clisé se determina el tiempo de exposición, y una vez arreglada la máquina, pueden imprimirse centenares de miles de pruebas con una uniformidad que los antiguos procedimientos manuales no podían lograr.

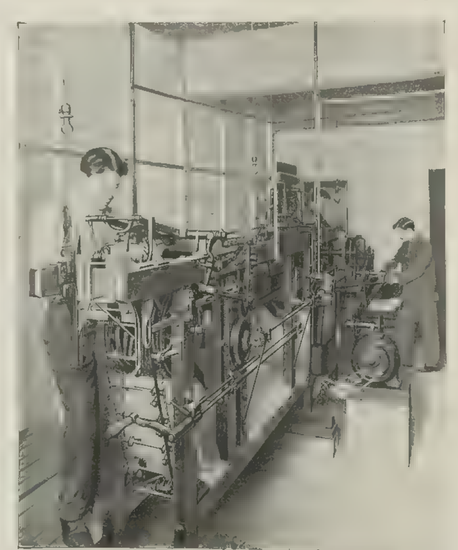


Fig. 2 – Las cajas de papel sensible, después de impresionadas, pasan por una serie de baños que las desarrollan, fijan y lavan

Una segunda máquina (figura 2) se encarga de fijar, lavar y secar la prueba. Movida, como la anterior, por un motor eléctrico independiente, consta de una cadena sin fin que recoge los papeles impresionados uno á uno, los hace pasar por diferentes baños en donde se efectúan el desarrollo, la enjuagadura y la fijación para llevarlos finalmente á máquinas de lavado automáticas.

Una vez concluído el lavado, las pruebas son colocadas á mano sobre una correa sin fin, hecha de una red de anchas mallas, que las hace pasar sobre tubos calentados al vapor, operándose de este modo la secadura de una manera regular y uniforme. Después las pruebas pasan á una máquina recortadora que redondea los dos ángulos superiores, quedando ya dispuestas para el montaje, el cual se efectúa sobre hojas de cartón, en las que una prensa automática ha impreso, á razón de 1.000 por hora, los títulos y subtítulos y otra ha dorado los caracteres. El montaje propiamente dicho se hace á mano: dos obreros colocados al extremo de una larga mesa en la que corren unas correas sin fin, ponen la cola en el dorso de las pruebas y las dejan sobre una de las correas que las conducen al alcance de varias obreras encargadas de fijarlas en los cartones.



Fig. 3. – Máquina que pule simultáneamente centenares de lentes

Una selección minuciosa separa las pruebas defectuosas, ya para enviarlas al retoque ya para condenarlas irremisiblemente, hecho lo cual sólo falta, para entregarlas al comercio, pasar por el anverso del estereografo un barniz que lo protegerá y asegurará su conservación en todos los climas.

La fabricación de anteojos estereoscópicos, que antes constituía una industria especial, la efectúan actualmente con éxito las grandes fábricas de estereoscopios. La mencionada compañía H. C. White se sirve para ello de ingeniosas máquinas inventadas por individuos de su personal y que permiten vender á bajo precio instrumentos muy aceptables. Una de estas máquinas (fig. 3) pule á la vez millares de lentes bajo la vigilancia de cuatro ó cinco obreros; otras cortan ó juntan las partes de madera ó de metal. Baste decir, para demostrar cuán complicada relativamente es esta rama de la industria, que la fabricación de un estereoscopio, construído enteramente de metal, exige nada menos que 120 operaciones sucesivas.

Estas noticias serían incompletas si no consagrásemos algunas líneas á los operadores fotográficos encargados por esas compañías de renovar constantemente sus colecciones. Cuando estalla una guerra, ó cuando el telégrafo comunica una gran catástrofe, el operador estereográfico es el primero en llegar

sobre el terreno, y sus vistas, que tan admirable relieve toman en el anteojo binocular, iniciarán á los sedentarios, cómodamente instalados junto á la mesa de su salón ó de su comedor, en las emociones más fuertes que puedan experimentarse. ¿Hay que decir que esos operadores cobran enormes salarios? La compañía H. C. White emplea una decena de ellos, que cobran de 40.000 á 50.000 francos anuales, además de los gastos de viajes.—V. FORBIN.

LA BUSCA DE TESOROS SUBMARINOS

Hace dos años hablóse mucho de un aparato submarino inventado por un ingeniero italiano que había de permitir recuperar cómodamente los tesoros sepultados en el fondo del mar entre los restos de naufragios. Las esperanzas cifradas en aquel aparato no deben de haberse realizado, por cuanto Mr. Simón Lake, inventor del tipo de submarino que lleva su nombre, ha recibido de una compañía inglesa de salvamento el encargo de construir una máquina destinada al mismo objeto.

Hagamos notar que esa compañía no persigue una pista vaga, como tantas otras sociedades que, en diversas épocas, se constituyeron. En 9 de octubre de 1799, el buque de guerra inglés *Lutine*, que transportaba unos 30 millones de francos en barras de oro y de plata y en dinero que el gabinete de Londres enviaba á Hamburgo para conjurar una grave crisis financiera y que había sido asegurado por 1.060.000 libras esterlinas, naufragaba á la entrada del Zuiderzee. Bajo la presión de Francia, en guerra entonces con Inglaterra, Holanda tomó posesión de los preciosos restos y comenzó los trabajos de salvamento; pero muy pronto hubieron éstos de suspenderse á causa de la invasión de las arenas.

Restablecida la paz en Europa, el rey de Holanda cedió, en 1820, sus derechos al rey de Inglaterra, quien los traspasó á la compañía Lloyds, la cual, durante el siglo XIX, intentó varias exploraciones aprovechando las calmas que sucedían á las fuertes tempestades. Estas tentativas dieron algunos resultados, puesto que permitieron recuperar 190 barras de metales preciosos y 12.000 monedas de oro, es decir, un valor total de más de 2.700.000 francos. Finalmente la compañía Lloyds firmó un contrato con una sociedad especial de salvamentos marítimos, la cual pidió á Mr. Lake el plano de un aparato con el que pudieran explorarse metódicamente los restos del buque naufragado. La máquina inventada por el sabio ingeniero ha sido construída en Wyvenhoe (Inglaterra) y comenzará á funcionar en breve.

Ante todo trátase de apartar unas 40.000 toneladas de arena acumuladas encima ó alrededor de aquellos restos y de extraer la arena del interior del barco, previa la destrucción del puente del mismo, si es que aún subsiste, y á este fin el inventor ha construído un gran pontón de quilla plana, de 41 metros de largo por 14'50 de ancho, provisto de cabrias de gran potencia y con una especie de pozo que sirve de abrigo al aparato que someramente vamos á describir. Las máquinas de á bordo hacen funcionar dos potentes bombas centrífugas de 16 pulgadas, construídas especialmente para aspirar la arena; otras dos bombas de menor potencia, en comunicación con la cámara de trabajo submarina, servirán particularmente para descombrar el interior del buque y se emplearán para proteger á los buzos contra la invasión de las arenas. Estas cuatro bombas tienen una capacidad de evacuación de 40.000 toneladas por cada 24 horas de trabajo; su enorme potencia permitirá extraer en pocos días las arenas aprovechando la calma del verano.



Aparato del ingeniero inglés Mr. Simón Lake para explorar los fondos submarinos

El adjunto grabado indica la manera como funcionará el aparato submarino, que se compone de un tubo y de una cámara de trabajo: el primero, de 31'60 metros de longitud y 1'64 de diámetro, es de planchas de acero, y su extremo superior está unido por medio de charnelas al interior del pontón; una escala interior permite el descenso de los obreros á la camara de trabajo y varios *water ballast*, instalados á lo largo de las paredes, facilitan la inmersión.

La cámara de trabajo, también de planchas de acero, se basa en los mismos principios que el submarino Lake: de 8 pies de ancho y de alto, tiene dos grandes puertas por donde entran los buzos y puede llenarse instantáneamente de aire comprimido; finalmente está provista de varios tragaluces, al través de los cuales pueden los obreros examinar el fondo del mar iluminado por potentes reflectores puestos en el interior de la cámara.

El aparato funcionará del modo siguiente. Si se trata de operar sobre unos restos cuya situación sea conocida, el barco de superficie, arrastrado por un remolcador, tomará posición, y el tubo, con su cámara, será descendido por medio de cadenas en la dirección y á la profundidad que se quiera. Si, por el contrario, ha de buscarse la situación de los restos de un naufragio, la cámara submarina, gracias á la acción de los *water ballast*, será mantenida en el fondo del mar de manera que una rueda, ingeniosamente fijada debajo de ella, se ponga en contacto con el suelo. Esta rueda, provista de dientes, puede morder las rocas más resbaladizas, es movida por un motor instalado en la cámara y está montada de modo que puede girar en todas direcciones y salvar rocas y otros obstáculos.

El principio del submarino Lake se aplicará también á otros usos, especialmente á la explotación de los bancos de ostras perlíferas. Nuestro grabado representa precisamente el aparato aplicado á una operación de este género. Dos dragas, maniobradas mecánicamente, estarán unidas al eje de la cámara por medio de palancas con charnelas y la rueda dentada arrastrará el aparato, incluso el barco de superficie, por toda la extensión del banco. Las dragas, una vez llenas, serán atraídas por una palanca interior que las hará girar sobre el eje para ir á arrojar su contenido en un carretón que correrá sobre rieles dispuestos á lo largo del tubo y llevará las ostras hasta el barco.

Se espera que esta máquina dará excelentes resultados en las aguas claras de Ceylán y que recogerá en un día más perlas que muchos centenares de buzos; pero su principal aplicación será para la busca de tesoros submarinos.

V. FORBIN.

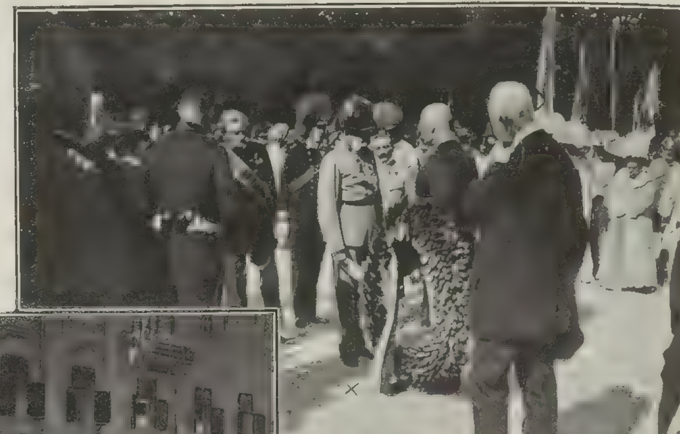
EL CENTENARIO DEL LEVANTAMIENTO DEL TIROL

CONTRA NAPOLEÓN I

En el Tirol se han celebrado grandes fiestas conmemorativas del centenario de la gloriosa lucha que aquel pueblo sostuvo contra los ejércitos napoleónicos y de la que fué héroe y mártir Andrés Hofer, fusilado por orden de Napoleón I.

El emperador Francisco José ha querido honrar con su presencia esos festejos, que empezaron el 29 del pasado agosto en Innsbruck. Desde aquella ciudad trasladóse el soberano al monte Isel, en donde se levanta el monumento erigido á la memoria de Hofer; allí se celebró una misa, terminada la cual el gobernador de la provincia pronunció un discurso en italiano y en alemán declarando, en nombre del Tirol, que renovaba la alianza pactada entre sus antepasados y la casa de Habsburgo, y celebrando la inquebrantable fidelidad y la abnegación de los tiroleses en el pasado y en el porvenir.

Francisco José contestó diciendo que se acordaba con gratitud de todos los súbditos fieles que, hace cien años, habían sacrificado su vida por su emperador, y añadiendo, en italiano, que siempre había velado con especial solicitud porque aquel país disfrutase de los beneficios de la paz y que sentía satisfacción profunda al ver que las dos naciones trabajaban en perfecta armonía por la prosperidad de su patria.



El emperador (×) en el monte Isel disponiéndose á colocar una corona en el monumento de Andrés Hofer, héroe y mártir de aquella lucha por la independencia del Tirol. (De fotografías de Argus Photo Reportage.)



Bregenz.—Desfile del cortejo histórico delante del emperador Francisco José

Después el emperador depositó una corona en el monumento de Andrés Hofer y regresó á su palacio entre las aclamaciones de la multitud

Al día siguiente llegó á Bregenz, en donde fué objeto de una ovación entusiasta; en palacio hubo recepción, en la cual el soberano, contestando á una salutación del gobernador, exhortó á los habitantes del Vorarlberg á conservar las virtudes de sus padres y á enseñar á sus hijos el temor de Dios, el amor al trabajo y la fidelidad á la patria.

Por la tarde efectuóse un gran cortejo histórico, en el que tomaron parte 2.000 tiradores y 2.500 veteranos, que desfilaron delante del emperador entre calurosas aclamaciones. Después la Asociación de los cantantes dió un concierto, y á las seis celebróse un banquete de gala. Por la noche hubo espléndidas iluminaciones en el lago de Constanza y en los montes vecinos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 20 de septiembre de 1909 — Núm. 1.447



Madonna, escultura en bronce del famoso escultor toscano Jacobo Tati, el Sansovino (1460-1529) recientemente descubierta en la iglesia del Redentor, de Venecia

SUMARIO

UN GIRÓN DE GLORIA

EPISODIO HISTÓRICO PERUANO

A raíz de los trascendentales sucesos de la independencia peruana, figuraba entre los patriotas más exaltados, más generosos, más temerarios y atrevidos en la legendaria epopeya, un soldado, que había empezado su carrera á los catorce años fugándose del colegio de San Carlos de Lima, por conceptuar inútil pretender el permiso de sus padres, quienes soñaban para el hijo querido futuros triunfos en el foro y la vida placentera del hogar.

Felipe Santiago de Salaverry había nacido para el combate, para la lucha en campo abierto, para la victoria, para el heroísmo; todas sus aptitudes, todos los galanos favores de la naturaleza en lo físico y en lo moral, acusaban en el joven limeño al caudillo, al hombre forjado en el molde de los héroes.

Con su espada, con su intrépida serenidad, adquirió rápidamente prestigio, renombre, grados y grados en el ejército, á la vez que el amor, la adoración de los soldados, que cautivados por la exuberante facilidad de su palabra, por la exaltación de sus ideas y por su elocuencia, no paraban mientes en el peligro y morían arrebatados de entusiasmo.

Aquella figura arrogante, aquella hermosa frente que desde la adolescencia se ciñó con laureles, el marcial aspecto del guerrero, su espíritu siempre activo y siempre iniciador, le prestaron una aureola semifantástica, auxiliar poderoso no pocas veces para que alcanzase triunfos inesperados en los momentos supremos del combate. Salaverry semejaba á uno de los paladines de los tiempos remotos ó de la era medioeval.

A los veintiocho años era general, y por entonces su corazón dividíase entre dos amores: la patria y la bellísima mujer que había fijado su hasta entonces voluble condición, el mariposeo de su alma, sedienta de amor y de candentes emociones.

Salaverry amaba y era amado; amaba con la fogosa vehemencia de su carácter, y rendía culto apasionado á la gallarda peruana, que era ser de su ser y vida de su vida.

En aquella unión de dos corazones había abnegación completa por parte de la mujer amada y caballeresca lealtad por la del hombre entusiasta y heroico, que refundía en una sola su bélica patriótica aspiración y sus amantes ideales.

—¡Tiemblo por tu vida!, exclamaba la enamorada peruana cuando el valeroso y arrojado militar salía para recoger nuevos lauros en el campo de batalla.

—Si muero, tu nombre será mi postrer recuerdo, después de mi adiós á la patria, tu rival, contestaba.

Los triunfos y consolidación de la independencia fueron precursores de una era sombría y de amarga memoria para el Perú. Las luchas civiles, las ambiciones y la discordia, el choque de los partidos, tenían en continua alarma al país, y sangre de hermanos derramábase sobre aquella tierra generosa.

Con la impetuosidad de su carácter, alzóse en armas el general Salaverry para combatir al gobierno presidido por el bizarrísimo gran mariscal Luis Orbegozo, sucesor en el mando del mariscal Agustín Gamarra, el insigne patricio que tantos preclaros servicios había prestado á la causa de la independencia. Descontento por la marcha política de Orbegozo, se había Salaverry puesto de acuerdo con Gamarra, y ambos se lanzaron á la pelea enarbolando el estandarte revolucionario.

En breve quedó el esforzado limeño dueño único del campo del combate, porque Gamarra, reconciliado con el presidente de la República, habíase internado en Bolivia después de su derrota en Yanacocha, al oponerse á la intervención del general Santa Cruz, presidente de Bolivia y hombre valeroso, resuelto y sobre todo ambicioso de gloria y de poder.

Tenía éste en sus venas sangre indígena, pues debió el ser á la Inca Huarina, que en las postrimerías del siglo XVIII vivía en el distrito colonial de Charcas, y esta mezcla prestábale á Santa Cruz la cautela y desconfianza propia en los indios, así como las intrepideces naturales en los españoles.

La hermosa tierra de los hijos del Sol estaba desgarrada por las facciones, y de ello quiso el general Santa Cruz formar el escalón que le diera el mando supremo de Bolivia y el Perú.

Luis José de Orbegozo, hostilizado por el general Salaverry, humillado por los gloriosos triunfos de su enemigo y temiendo le arrebatase el mando, hubo de solicitar la protección de Santa Cruz, cuando ya su arrogante contrario habíase proclamado presidente de la República.

No necesitó Santa Cruz largo tiempo para desarrollar el plan de confederación, comunicándolo á las Cámaras Bolivianas y disponiéndose inmediatamente á penetrar con su ejército por el Desaguadero.

Por entonces aún el mariscal Gamarra estaba unido con Salaverry y ambos se batieron, haciendo el último frente al ejército peruano, mientras que el primero intentaba derrotar á Santa Cruz.

Los campos de Yanacocha fueron el escenario donde midieron sus fuerzas los dos generales, ciñéndose Santa Cruz los laureles de la victoria, mientras que Gamarra, vencido y decepcionado, se internaba, como ya hemos dicho, en Bolivia. Desde entonces creyó Santa Cruz allanado el camino para la confederación Perú Boliviana, dedicándose con todos sus bríos á la persecución de aquel que se atrevía á contrarrestar sus planes.

No era Salaverry un enemigo fácil de vencer, y su nombre adquirió proporciones gigantescas. Era activo como pocos, con prodigiosa perseverancia, y la fortuna se declaró compañera inseparable del caudillo, enamorada sin duda de su valor temerario y de la firmeza, que era su principal rasgo característico.

El descendiente de los incas arreciaba en su persecución, y por todas partes se proponía cerrar el paso á su enemigo; pero la pasmosa habilidad de éste hacía inútiles sus esfuerzos. Llegó Salaverry á ser la pesadilla de Santa Cruz, haciendo vacilar aquella poderosa voluntad que no había cedido nunca, ni en las alturas del Pichincha, ni en Junín, ni en las campañas del Alto Perú.

El encono de Santa Cruz crecía, aumentaba á medida que Salaverry prolongaba la lucha, encontrándose siempre vencedor del presidente boliviano. El noble limeño miraba como una deshonra la intervención, sublevándose sus generosos sentimientos ante la idea de que planta extranjera hollase el suelo patrio é intentara dominar el libre albedrío de los peruanos. Su acendrado civismo, su patriótico y apasionado amor por la libertad, no admitía término medio, jurando triunfar en la demanda ó morir abrazado á la bandera de su patria.

Ambas voluntades eran incontrastables; ambas tenían la firmeza del acero; no eran, no, de aquellas que se doblegasen á favor y por la fuerza de las circunstancias; semejaban á dos atletas, á dos titanes que buscasen el lado vulnerable de cada uno para herir con mano certera.

El generoso corazón de Felipe Santiago Salaverry no abrigó jamás la mezquina pasión del odio, contando con su arrojo, con su tenacidad y con la fe en su causa para salvar al Perú de lo que él creía un deshonor.

Abrigaba Salaverry las ideas caballerescas de la Edad Media, y como aquellos intrépidos paladines, tenía como divisa la adoración por su patria y el amor á su dama.

La gloria del caudillo, sus triunfos, sus peligros y los azares á que estaba expuesto en aquella persecución incesante y sin cuartel, repercutían en el modesto hogar de la mujer amada, haciéndola vivir en continua zozobra presintiendo un desenlace luctuoso, tristísimo, que cubriese con negros crespones su vida futura y la del niño Carlos Augusto, que aún no contaba seis años.

El llanto enrojecía los hermosos y cautivadores ojos de la peruana amantísima, y con frecuencia se despertaba el hijo de Salaverry bajo la impresión de las caricias y de las lágrimas de su angustiada madre.

Cada victoria era un rayo de alegría para el hogar modesto, y las zozobras se calmaban por un momento, cediendo el puesto á la esperanza, que prometía un porvenir dichoso y la honrosa pacificación del país.

Con rapidez vertiginosa se sucedían las noticias, ya prósperas, ya adversas, dando lugar á la admiración, al entusiasmo ó á sombrías meditaciones. La sagacidad de Salaverry burlaba el activo empuje de su enemigo, el empeño encarnizado y las emboscadas que por todas partes le aguardaban.

Algo sobrenatural protegía aquella existencia tan heroica como brillante, y en vano los soldados confederados peruanos y bolivianos ponían cuantos medios estaban á su alcance para apoderarse de su enemigo, hasta el punto de avalorar su cabeza, ofreciendo por ella 10.000 pesos, según afirma el egregio escritor chileno Vicuña Mackenna en su biografía de Portales.

Acercábase el sombrío desenlace de aquella cruenta lucha. Tal vez presintiéndolo tomó Salaverry un momento de descanso, como tregua de las azarosas eventualidades que pudieran surgir y aprovechando los momentos en que su implacable perseguidor Santa Cruz reorganizaba parte de sus fuerzas para con más bríos lanzarlas contra el invicto limeño.

Parecía, sin embargo, que el horizonte político se teñía con colores más suaves, con celajes más diáfanos, alejando los sombríos nubarrones y prometiendo una afortunada era con el nuevo año de 1836.

Llegó Salaverry á su hogar, y durante algunos días se entregó con efusión á las caricias de su hijo y á las ardientes manifestaciones de la mujer querida, olvidándose por completo de los peligros y asechanzas que había salvado hábilmente y de los que aún le esperaban al recomenzar la campaña. Aquellas horas fueron para el soldado un bálsamo consolador, un vigoroso reconstituyente para lanzarse con mayor empuje á la pelea, soñando con la victoria que consolidase sus más bellos y patrióticos ideales.

El reposo fué de corta duración. Su enemigo Santa Cruz reconcentraba sus tropas para un combate decisivo, y Salaverry, embargado por inexplicable desaliento, estrechó en un abrazo supremo al hijo de su amor y á la que era su única pasión.

Lloraba Carlos Augusto, mezclando sus lágrimas con las de su madre, que enlazada al cuello de Salaverry, sentía desgarrársele el corazón en aquella despedida ¡ay! suprema.

—Volveré pronto, alma mía, y entonces para no separarnos jamás.

—¡Quién sabe! Me ahogan los presentimientos; te veo moribundo en el campo de batalla, herido y sin mí en aquel siniestro momento. Cede; no intentes prolongar esa terrible lucha en la que serás vencido...

—No, eso jamás; muerto, pero no vencido; serénate, recobra tranquilidad, no me quites el valor que tanto necesito para separarme de ti. Mi ánimo es fuerte, temerario, y hasta hoy por dondequiera que fuí me acompañó la victoria: ella coronará mis esfuerzos.

—¡Adiós!, murmuró la desolada peruana; ¡adiós, que la virgen de Copacavana te vuelva á traer sano y salvo á mis brazos!

Salaverry saltó en silla, empuñó las riendas de su fogoso caballo y desapareció como el huracán.

Hubo algunas escaramuzas entre las tropas de Salaverry y las de Santa Cruz, y llegó el día 7 de febrero de 1836.

El campo de Socabaya presentaba un golpe de vista deslumbrador, porque los rayos del sol reverberaban en las armas de los dos ejércitos, prontos á comenzar el fuego.

El de Santa Cruz arremetió con encarnizamiento. El de Salaverry opuso á su empuje el valor sereno y denonado.

La acción se generalizó; el caudillo tuvo en su mano el éxito de aquel día; pero el descendiente de la Inca Huarina no cejaba, acometiendo sin tregua ni descanso hasta romper las filas enemigas y sembrar en ellas la confusión y la muerte.

El ángel de la gloria plegó sus alas y abandonó á su héroe.

. . . .

Salaverry cayó prisionero; no logró ni morir en el campo de batalla, como lo ambicionaba. ¿Su rencoroso enemigo perdonaría al invicto militar? No; lo tenía á su merced; era peligroso; debía desaparecer.

El egoísmo aconsejaba su muerte; la generosidad optaba por la vida y el ostracismo.

Venció el primero. Un consejo de guerra de oficiales generales peruanos dictó sentencia, y Arequipa vió morir fusilado al patriota excelso.

Elocuente protesta brotó de todos los corazones.

Felipe Santiago Salaverry tenía veintinueve años y once meses.

El hijo de su amor quedó en la orfandad, en el más completo desamparo. (1) Su madre vistió luto perdurable.

LA BARONESA DE WILSON.

(1) Carlos Augusto Salaverry ha sido un poeta de gran imaginación y ha enriquecido las letras peruanas con preciosas composiciones.



Le traigo á usted un artículo...

EL ARDID DE JULIO HEREDIA

Mendívar sintió los pasos del ordenanza y levantó la cabeza.

—¿Qué hay?

El ordenanza le ofreció una tarjeta que traía en la mano.

—Este señor... Es el de otras noches..., pero hoy dice que es urgentísimo. Está muy pálido... Dice que es la última vez que molesta al señor director.

Mendívar leyó el nombre de la tarjeta entre dos blasfemias.

—¡.....! Julio Heredia. ¡.....!

Luego tiró despectivamente la cartulina entre los muchos papeles que cubrían la mesa.

El ordenanza esperaba.

—¿Qué le digo? Me permito advertir al señor que debe tratarse de un caso desesperado... ¡Tiene una mirada más extraña!

Mendívar se había puesto á escribir.

Hasta ellos subía el fatigoso ajetreo del salón de máquinas. Eran las últimas horas de la madrugada y empezaban á tirar los primeros millares de *La Mañana*.

—Bien. Dile que pase.

Lo dijo sin levantar la cabeza, mordiscando el puro que tenía entre los dientes, frunciendo el entrecejo con un gesto de furiosa impaciencia.

Entró Heredia.

Era un hombre alto y pálido. Próximo á los treinta años, una honda desesperación de todas las hambres le encalenturaba las pupilas y le habían torcido la boca en un rictus trágico.

Mendívar ni siquiera levantó la vista.

—Un momento, querido... Siéntese. Es una cosa urgente y...

Siguió escribiendo, absorbiéndose con demasiada atención para no ser fingida.

Por lo alto de los tabiques, cortados á poca distancia del techo general, llegaba el vaho de la sala de redacción. Una tibia opacidad ponía halo azuloso en torno de las lámparas eléctricas. A lo largo de las paredes corrían los tubos grises de los caloríferos, abrillantados de gotitas.

Del patio de máquinas subía el rumor sordo y febril de las rotativas.

Heredia pensó en el frío de las calles silenciosas y como muertas bajo el nevoso amanecer de febrero.

—¡Ea! Usted dirá...

Y el director de *La Mañana* dejó la pluma y buscó más cómoda postura en el sillón. Detrás de los cristales de las gafas le brillaban insolentes las pupilas.

Heredia se llevó la mano al bolsillo interior del gabán.

—¿Otro artículo? Ya le he dicho que es imposible. No sabe, no sabe cómo estamos de original... Ni si quiera podemos cumplir con las colaboraciones fijas... ¡Un horror! Quisiera verle á usted en mi puesto.

Heredia había sacado unas cuartillas y las desdobló tranquilamente, sonriendo.

En la lividez del rostro, los labios se despintaban contra los dientes, desmudándoles con un gesto atávico de fiera.

—Perdone usted, Sr. Mendívar. Hoy no le traigo un artículo más; es el último, ¿sabe usted?, el último que he escrito... Mañana á estas horas tendrá un valor sentimental inapreciable. Vea usted.

Le mostraba el título. En letras anchas y enérgicas rubricadas de un trazo tan firme que había agujereado el papel, Mendívar leyó:

«MI SUICIDIO.»

—Bueno. Esto será una broma, una *pose* romántica... Usted no se va á matar.

Heredia seguía sonriendo. Los ojos tenían una fijeza extática.

—Está usted en un error. Mañana á estas horas ya no existiré. Por eso le ofrezco á usted mi último artículo. Más aún: yo que otras veces le ha dado sablazos hasta de un duro, hoy me siento espléndido y le regalo las cuartillas. No quiero nada. No me hace falta nada.

Había tal resolución en sus palabras claras y bien moduladas, que Mendivar sufrió un calofrío de espanto.

—Pero eso es una locura... Usted no debe estar tan desesperado. Dentro de unos años usted será de los que se hayan impuesto. Es cuestión de paciencia. Todos hemos luchado...

Heredia se levantó.

—Es inútil, Sr. Mendívar. Estoy firmemente resuelto. La vida es demasiado estúpida para sufrir tanto por conservarla. En cuanto á la gloria, usted debe saber que alguien la llamó el sol de los muertos... Yo tengo hambre, tengo odio. ., tengo envidia. Ya ve usted: le hablo como á un confesor. Usted oye mis últimas palabras y no me avergüenzo de mostrar le cuánta negrura hay en mi alma. Muchas veces se me dobló la voluntad; pero hoy se ha roto, y cuando se rompe la voluntad, ya no tiene remedio.

Mendívar también se había levantado. Muy hecho á oir lamentaciones, comprendía que, acaso por la primera vez durante su larga vida de escritor, otro escritor le hablaba sinceramente.

—Vamos, no sea usted chiquillo. Conozco ese estado de aplanamiento, de anulación. Yo lo he sentido muchas veces. Usted también. Luego pasa. La vida vuelve á sonreir y ¡qué diablo! ¿Cuántos duros le hacen á usted falta?

Heredia movió la cabeza sonriendo, siempre sonriendo.

—Muchas gracias, Sr. Mendívar. No necesito nada, no me hace falta. El revólver lo desempeñé ayer mismo y era el último gasto que tenía que hacer. Ya ve: ni he comido siquiera. El estómago, en cuanto se calienta, le embrutece á uno y le hace optimista. He preferido que esté frío y hambriento, que no esclavice al cerebro... Pero le estoy á usted haciendo perder un tiempo precioso. Aquí tiene el artículo. Mañana darán todos los periódicos mi retrato y algunas líneas acerca del «pobre Heredia, autor de tales novelas y cuales artículos críticos.» Pero únicamente *La Mañana* podrá explicar la razón de mi muerte. Será un éxito periodístico; créame. Mañana lo anuncia usted en un *entrefilet* y pasado da el artículo. . Y ahora, señor director, déme usted la mano por última vez. Usted, á pesar de todo, ha sido un buen amigo mío. Me ha ayudado usted en muchas ocasiones difíciles y ya ve que no lo olvido.

Mendívar estaba seriamente emocionado.

—No. Yo no le dejo á usted que se vaya así. Usted debe reflexionar. Veremos cómo se arregla su situación. Hablaré al Consejo de Accionistas. ¡Quién sabe! Por de pronto yo le daré algo: cincuenta, cien pesetas...

Heredia denegaba con la cabeza, siempre sonriendo.

—¿Pero usted no comprende que yo no puedo dejarle que se mate? ¿Y su mujer? ¿Y su hijo?

—Estoy tranquilo. Ya verá usted cómo se organizan subscripciones. En un mes recogerán más que yo pudiera darles en un año. Los compañeros sólo son generosos, únicamente sienten el compañerismo, cuando ya están seguros de que no se les puede hacer sombra.

—Sin embargo, Heredia, yo...

—Es inútil, Sr. Mendívar. Si no fuera mañana, sería dentro de tres días, de un mes; pero sería... Créame: cuando se está resuelto á morir, no hay nada ni nadie que lo impida. Adiós, señor director. Tantas gracias, ¿eh?

Salió del despacho andando de espaldas, imponiéndose á Mendívar con el brillo metálico y febril de sus pupilas, con la sonrisa hecha mueca en los labios descoloridos y finos.

Fué una muerte extraña y misteriosa. El suicida supo ocultarse de tal modo para morir, que resultó imposible hallar su cadáver. Dejó escritas dos cartas; una á su mujer pidiéndole perdón, otra al gobernador comunicándole sus propósitos.

Los periódicos, al lado de encomiásticas biografías de Julio Heredia, publicaron enconados reproches contra la policía que no supo descubrir los restos del escritor.

Se organizaron subscripciones. El Ateneo celebró una velada necrológica. Alguien, recordando que el suicida estrenara años antes en Eslava, propuso una función á beneficio de la viuda, donde trabajasen las compañías de todos los teatros.

La Mañana publicó un extraordinario reproduciendo el artículo *Mi suicidio*, anunciándole previamente con grandes titulares en el número anterior, é inmensos cartelones negros con letras blancas en todas las esquinas y las vallas de los solares.

El público, con esa inconsciencia de criterio que acredita su acefalía, llegó á aprenderse de memoria el nombre de Julio Heredia y á buscar sus libros y á dolerse de la «inmensa pérdida nacional.»



Madre é hijo, estudio para el cuadro «El período prehistórico» que forma parte de las pinturas murales de Hugo Vogel que decoran el salón de la Casa Consistorial de Hamburgo.

Mendívar sintió los pasos del ordenanza y levantó la cabeza.

—¿Qué hay?

Era el mes de junio.

Una tibia luz de amanecer opalecía los cristales deslustrados de las ventanas. Las bombillas eléctricas daban una luz lívida.

—Un señor que desea ver al señor director.

—¿Pero quién es? Haberle dicho que me había marchado ya.

—Se lo he dicho; pero asegura que se trata de una cosa muy urgente.

—¿Qué tipo tiene?

—Bueno. Alto, de barba negra. Muy elegante.

—Dile que pase.

Y Mendívar se puso en pie, levemente intrigado.

Entró el visitante y quedó en la puerta, sonriendo.

Mendívar se inclinó.

—Usted dirá.

El otro seguía sonriendo.

Mendívar sintió un estremecimiento. «Aquella sonrisa...»

—Le traigo á usted un artículo. No; es inútil que proteste, ya sé lo que me va á decir; pero este es definitivo. Será un éxito periodístico. Además barato: cincuenta duros.

Mendívar se pasó la mano por los ojos. «Aquella voz, aquella actitud de seguridad; aun las mismas palabras...» Por un segundo se le clavó en el cerebro cierta idea inconcebible y absurda.

El caballero seguía hablando, siempre sonriente.

—Se titula *Mi resurrección*. Ustedes serán los primeros que den la noticia. Ahora ya tengo hecho el nombre y sé que no necesito luchar.

Mendívar no pudo contenerse y le arrancó violentamente las cuartillas, buscando la firma.

En la última estaba el nombre del autor: *Julio Heredia*.

José Francés.

(Dibujo de Sardá.)



El período prehistórico, cuadro de Hugo Vogel que decora el salón de la Casa Consistorial de Hamburgo



La antigua Hamburgo, cuadro de Hugo Vogel que decora el salón de la Casa Consistorial de aquella ciudad



Vista parcial del salón de la Casa Consistorial de Hamburgo decorado con las pinturas de Hugo Vogel

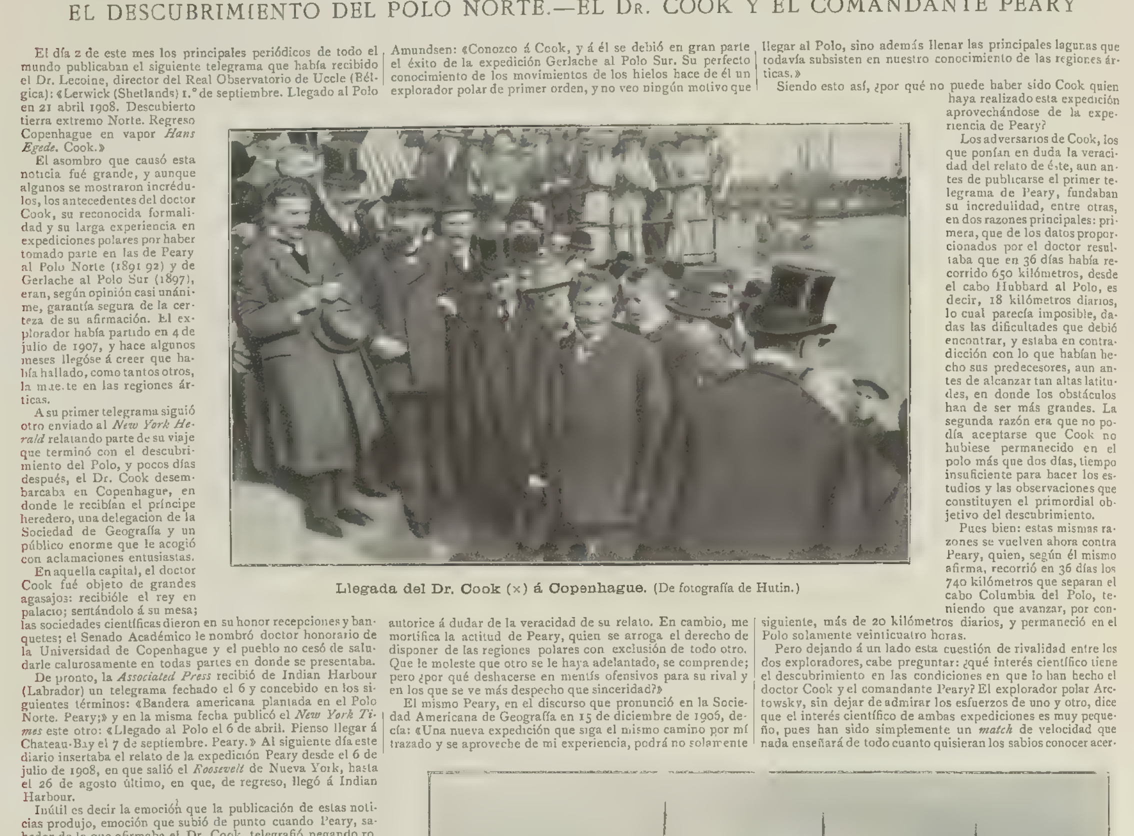
EL DESCUBRIMIENTO DEL POLO NORTE.—EL Dr. COOK Y EL COMANDANTE PEARY

El día 2 de este mes los principales periódicos de todo el mundo publicaban el siguiente telegrama que había recibido el Dr. Lecoine, director del Real Observatorio de Uccle (Bélgica): «Lerwick (Shetlands) 1.° de septiembre. Llegado al Polo en 21 abril 1908. Descubierto tierra extremo Norte. Regreso Copenhague en vapor *Hans Egede*. Cook.»

El asombro que causó esta noticia fué grande, y aunque algunos se mostraron incrédulos, los antecedentes del doctor Cook, su reconocida formalidad y su larga experiencia en expediciones polares por haber tomado parte en las de Peary al Polo Norte (1891 92) y de Gerlache al Polo Sur (1897), eran, según opinión casi unánime, garantía segura de la certeza de su afirmación. El explorador había partido en 4 de julio de 1907, y hace algunos meses llegóse á creer que había hallado, como tantos otros, la muerte en las regiones árticas.

A su primer telegrama siguió otro enviado al *New York Herald* relatando parte de su viaje que terminó con el descubrimiento del Polo, y pocos días después, el Dr. Cook desembarcaba en Copenhague, en donde le recibían el príncipe heredero, una delegación de la Sociedad de Geografía y un público enorme que le acogió con aclamaciones entusiastas.

En aquella capital, el doctor Cook fué objeto de grandes agasajos: recibióle el rey en palacio; sentándolo á su mesa; las sociedades científicas dieron en su honor recepciones y banquetes; el Senado Académico le nombró doctor honorario de la Universidad de Copenhague y el pueblo no cesó de saludarle calurosamente en todas partes en donde se presentaba.



Llegada del Dr. Cook (×) á Copenhague. (De fotografía de Hutin.)

De pronto, la *Associated Press* recibió de Indian Harbour (Labrador) un telegrama fechado el 6 y concebido en los siguientes términos: «Bandera americana plantada en el Polo Norte. Peary;» y en la misma fecha publicó el *New York Times* este otro: «Llegado al Polo el 6 de abril. Pienso llegar á Chateau-Bay el 7 de septiembre. Peary.» Al siguiente día este diario insertaba el relato de la expedición Peary desde el 6 de julio de 1908, en que salió el *Roosevelt* de Nueva York, hasta el 26 de agosto último, en que, de regreso, llegó á Indian Harbour.

Inútil es decir la emoción que la publicación de estas noticias produjo, emoción que subió de punto cuando Peary, sabedor de lo que afirmaba el Dr. Cook, telegrafió negando rotundamente que éste hubiese llegado al Polo antes que él ni nunca.

Desde entonces no ha cesado Peary en sus ataques contra el Dr. Cook, quien se limita á contestarlos pidiendo que se reserve todo juicio definitivo hasta que él haya publicado la narración completa de su viaje y presentado sus pruebas, que serán tan concluyentes que no dejarán lugar á la menor duda.

El mundo científico, la prensa y los que con algún interés siguen esta cuestión, se han dividido en dos bandos que discuten apasionadamente. Nadie duda de la veracidad de Peary; pero ¿acaso el que éste haya llegado al Polo supone que antes que él no pudiera haber realizado la gran hazaña el doctor Cook? Hablando de éste ha dicho el célebre explorador Roald Amundsen: «Conozco á Cook, y á él se debió en gran parte el éxito de la expedición Gerlache al Polo Sur. Su perfecto conocimiento de los movimientos de los hielos hace de él un explorador polar de primer orden, y no veo ningún motivo que autorice á dudar de la veracidad de su relato. En cambio, me mortifica la actitud de Peary, quien se arroga el derecho de disponer de las regiones polares con exclusión de todo otro. Que le moleste que otro se le haya adelantado, se comprende; pero ¿por qué deshacerse en mentís ofensivos para su rival y en los que se ve más despecho que sinceridad?»

El mismo Peary, en el discurso que pronunció en la Sociedad Americana de Geografía en 15 de diciembre de 1906, decía: «Una nueva expedición que siga el mismo camino por mí trazado y se aproveche de mi experiencia, podrá no solamente llegar al Polo, sino además llenar las principales lagunas que todavía subsisten en nuestro conocimiento de las regiones árticas.»

Siendo esto así, ¿por qué no puede haber sido Cook quien haya realizado esta expedición aprovechándose de la experiencia de Peary?

Los adversarios de Cook, los que ponían en duda la veracidad del relato de éste, aun antes de publicarse el primer telegrama de Peary, fundaban su incredulidad, entre otras, en dos razones principales: primera, que de los datos proporcionados por el doctor resultaba que en 36 días había recorrido 650 kilómetros, desde el cabo Hubbard al Polo, es decir, 18 kilómetros diarios, lo cual parecía imposible, dadas las dificultades que debió encontrar, y estaba en contradicción con lo que habían hecho sus predecesores, aun antes de alcanzar tan altas latitudes, en donde los obstáculos han de ser más grandes. La segunda razón era que no podía aceptarse que Cook no hubiese permanecido en el polo más que dos días, tiempo insuficiente para hacer los estudios y las observaciones que constituyen el primordial objetivo del descubrimiento.

Pues bien: estas mismas razones se vuelven ahora contra Peary, quien, según él mismo afirma, recorrió en 36 días los 740 kilómetros que separan el cabo Columbia del Polo, teniendo que avanzar, por consiguiente, más de 20 kilómetros diarios, y permaneció en el Polo solamente veinticuatro horas.

Pero dejando á un lado esta cuestión de rivalidad entre los dos exploradores, cabe preguntar: ¿qué interés científico tiene el descubrimiento en las condiciones en que lo han hecho el doctor Cook y el comandante Peary? El explorador polar Arctowsky, sin dejar de admirar los esfuerzos de uno y otro, dice que el interés científico de ambas expediciones es muy pequeño, pues han sido simplemente un *match* de velocidad que nada enseñará de todo cuanto quisieran los sabios conocer acerca de la constitución geológica del Polo y de los fenómenos de toda clase que podrían instruirnos sobre las relaciones de esta parte excéntrica del universo con el todo y sobre sus condiciones de existencia. En una palabra, los *raids* de Cook y de Peary, según Arctowsky, dejan en pie todos los problemas que con el descubrimiento del Polo han de solucionarse y son simplemente «turismo en gran escala.»



El buque «Roosevelt,» en el que el comandante Peary ha efectuado su viaje al Polo Norte (De fotografía de N. J. H.)

El comandante Peary. (De fotografía de World's Graphic Press.)

Y para que en este asunto haya habido de todo, no ha faltado la nota cómica. El comandante Peary envió al presidente de los Estados Unidos el siguiente telegrama: «Tengo el honor de poner el Polo Norte á vuestra disposición.» Mr. Taft contestó con otro de felicitación al explorador, que encabezaba con este párrafo: «Gracias por vuestro interesante y generoso ofrecimiento, pero no sé á punto fijo qué hacer de él.»

Digamos para terminar que, apenas descubierto el Polo, sea uno ó sean dos sus descubridores, ya empieza á discutirse la cuestión de á quién pertenecerá aquel punto de nuestro globo que durante siglos ha constituído el gran misterio de la humanidad y cuya posesión ha costado tantos esfuerzos y tantas víctimas. – S.

BRESCIA.—GRAN CONCURSO DE AVIACION. (De fotografías de M. Branger.)

La aviación está en plena voga; es, pues, forzoso que dediquemos alguna atención á sus principales manifestaciones. Ayer fué la gran semana de la Champaña; hoy es el *meeting* de Brescia; mañana será el *meeting* de Berlín, y después la gran quincena de París. Para todo habrá una nota en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El *meeting* de Brescia comenzó el día 8 de este mes y habrá terminado el día 20. Del 8 al 12 se han efectuado las pruebas internacionales; los días restantes se han reservado exclusivamente á las nacionales, es decir, á las italianas.

El día de la inauguración una concurrencia inmensa acudió desde las primeras horas de la mañana al vasto aeródromo de Montichiarri, llenándose las tribunas de un público elegante. Rougier, Leblanc y Anzani efectuaron algunos cortos vuelos; Curtiss dió una vuelta á la pista; Bleriot y Rougier ejecutaron rápidos vuelos, y el teniente Calderara hizo un ensayo desgraciado, pues su aparato, cogido por una corriente de aire, cayó al suelo, rompiéndosele el ala derecha.

El segundo día volaron Anzani, Curtiss, Bleriot y Rougier; este último, después de un vuelo á 30 metros, emprendió otro para optar el premio de altura, habiéndose elevado á 70 metros.

El día 10 no se realizó prueba alguna.

El 11, Rougier dió la vuelta al campo de aviación, Bleriot dió con gran facilidad dos vueltas y Curtiss ejecutó un vuelo magnífico, recorriendo 54 kilómetros en 49 minutos y 24 segundos. La jornada terminó con vuelos casi simultáneos de Bleriot y Rougier; Bleriot descendió después de una vuelta y media; Rougier dió tres vueltas y se elevó á una altura de 132 metros, siendo acogido á su descenso con una grandiosa ovación por el público.

El último día, Rougier concurrió al gran premio de Brescia: dió una vuelta á la pista, á una altura de 20 á 30 metros, en 13 minutos y 5 segundos, y luego otra; pero en vista de que el motor no funcionaba regularmente, el aviador, aprovechando la facultad que daba el reglamento de hacer una parada para aprovisionarse de esencia, arregló su máquina y partió de nuevo, recorriendo 50 kilómetros en 1 hora, 9 minutos y 42 $^{3}/_{5}$ segundos. Poco después efectuó otro vuelo recorriendo 60 kilómetros en 1 hora, 22 minutos y 3 $^{1}/_{5}$ segundos. Después de unas brillantes evoluciones de Bleriot, Calderara, en un aeroplano Wright, elevóse á diez metros para optar al premio del kilómetro y efectuó dos vuelos; inmediatamente Bleriot hizo una salida fuera de concurso y Curtiss otra para el premio de altura, siendo ambos muy aplaudidos. Pusieron término á las pruebas internacionales las de transporte de pasajeros, en las que tomaron parte Curtiss y Calderara, llevando consigo respectivamente al ilustre poeta Gabriel d'Annunzio y al teniente Savojaov.

El resultado de las pruebas internacionales ha sido el siguiente: *Gran premio de Brescia:* 1.º Curtiss, 2.º Rougier. — *Premio de altura:* 1.º Rougier, 2.º Curtiss. — *Premio de arranque:* 1.º Curtiss, 2.º Leblanc. — *Premio de transporte de pasajeros:* Calderara. — *Premio del kilómetro:* Calderara. — T.



Rougier, en biplano Voisin, gana el premio de altura elevándose á 132 metros

Vista de las tribunas durante un vuelo de Bleriot. — Los cobertizos de los aeroplanos. — El ilustre poeta Gabriel d'Annunzio visitando los cobertizos. — El parque de los automóviles. — El teniente italiano Calderara que, en un biplano Wright, ganó el premio de transporte de pasajeros

TIPOS Y COSTUMBRES EGIPCIOS. (De fotografías de Carlos Delius.)



Aldea fellah á orillas del Nilo.

…llah en los alrededores del Cairo

Un fellah

Fellah arando su campo

Fellah vendedor de legumbres dirigiéndose al Cairo.

…ujeres…

Mujeres fellahin lavando.

Una tienda fellah en día de fiesta.

EL EGIPTO DE LA TRADICIÓN. La población agrícola de los fellahín

TIPOS Y COSTUMBRES EGIPCIOS. (De fotografías de Carlos Delius.)



Muchachos indígenas paseando los anuncios "sandwichs."

La multitud al paso de un regimiento.

Músico ambulante en Alejandría.

Árabes contemplando el autobus

Venta de came[illegible] en pública subasta.

Deliberación familiar junto á la tumba de los antepasados.

Los caballitos del Tío Vivo en el desierto

EL EGIPTO MODERNIZADO. La población de las ciudades. (Alejandría, El Cairo, Subra, etc.)

BARCELONA.— FIESTAS ESPERANTISTAS CON MOTIVO DEL V CONGRESO INTERNACIONAL DE ESPERANTO









Carreras de bicicletas de la Copa Esperanto.— Ejercicios de la Comisión Provincial de la Cruz Roja en la plaza de Armas del Parque. — Primeros Juegos Florales esperantistas celebrados en el salón de la Lonja.— Los esperantistas depositando ramos de flores en el monumento de Aribau. (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

BARCELONA.-FIESTAS ESPERANTISTAS

Entre los festejos celebrados con motivo del V Congreso Internacional de Esperanto, merecen citarse los ejercicios de la Comisión Provincial de la Cruz Roja, las carreras de motocicletas y bicicletas y los Juegos Florales esperantistas.

Los ejercicios de la Cruz Roja, efectuados en la Plaza de Armas del Parque, pusieron en evidencia las ventajas del idioma del Dr. Zamenhof, ya que por medio de éste se entendieron perfectamente los supuestos heridos con los enfermeros y médicos, y se realizaron con precisión admirable todas las operaciones de campo, á pesar de intervenir en ellas personas de las más diversas nacionalidades. El espectáculo resultó tan interesante como pintoresco, y una vez terminado, el Dr. Zamenhof, el Sr. Pujulá y gran número de esperantistas se dirigieron al monumento de Aribau á tributar el homenaje acordado al catalán ilustre que fervorosamente anunció que una lengua universal vendría á robustecer los lazos de amor universal que han de unir á los hombres. Pronunciaron entusiastas discursos los Sres. Pujulá, Zamenhof y Puig d'Asprer, depositando luego muchos de los concurrentes ramos de flores al pie de la estatua.

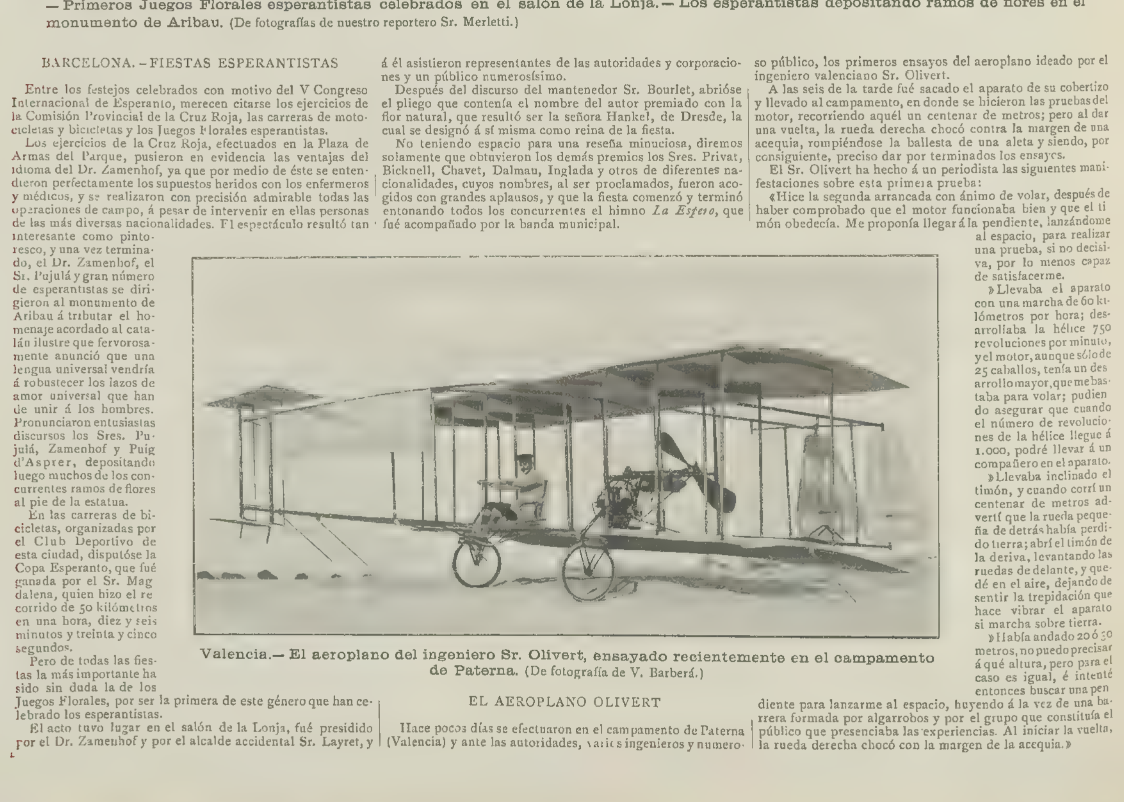
En las carreras de bicicletas, organizadas por el Club Deportivo de esta ciudad, disputóse la Copa Esperanto, que fué ganada por el Sr. Magdalena, quien hizo el recorrido de 50 kilómetros en una hora, diez y seis minutos y treinta y cinco segundos.

Pero de todas las fiestas la más importante ha sido sin duda la de los Juegos Florales, por ser la primera de este género que han celebrado los esperantistas.

El acto tuvo lugar en el salón de la Lonja, fué presidido por el Dr. Zamenhof y por el alcalde accidental Sr. Layret, y á él asistieron representantes de las autoridades y corporaciones y un público numerosísimo.

Después del discurso del mantenedor Sr. Bourlet, abrióse el pliego que contenía el nombre del autor premiado con la flor natural, que resultó ser la señora Hankel, de Dresde, la cual se designó á sí misma como reina de la fiesta.

No teniendo espacio para una reseña minuciosa, diremos solamente que obtuvieron los demás premios los Sres. Privat, Bicknell, Chavet, Dalmau, Inglada y otros de diferentes nacionalidades, cuyos nombres, al ser proclamados, fueron acogidos con grandes aplausos, y que la fiesta comenzó y terminó entonando todos los concurrentes el himno *La Espero*, que fué acompañado por la banda municipal.



Valencia.— El aeroplano del ingeniero Sr. Olivert, ensayado recientemente en el campamento de Paterna. (De fotografía de V. Barberá.)

EL AEROPLANO OLIVERT

Hace pocos días se efectuaron en el campamento de Paterna (Valencia) y ante las autoridades, varios ingenieros y numeroso público, los primeros ensayos del aeroplano ideado por el ingeniero valenciano Sr. Olivert.

A las seis de la tarde fué sacado el aparato de su cobertizo y llevado al campamento, en donde se hicieron las pruebas del motor, recorriendo aquél un centenar de metros; pero al dar una vuelta, la rueda derecha chocó contra la margen de una acequia, rompiéndose la ballesta de una aleta y siendo, por consiguiente, preciso dar por terminados los ensayos.

El Sr. Olivert ha hecho á un periodista las siguientes manifestaciones sobre esta primera prueba:

«Hice la segunda arrancada con ánimo de volar, después de haber comprobado que el motor funcionaba bien y que el timón obedecía. Me proponía llegar á la pendiente, lanzándome al espacio, para realizar una prueba, si no decisiva, por lo menos capaz de satisfacerme.

»Llevaba el aparato con una marcha de 60 kilómetros por hora; desarrollaba la hélice 750 revoluciones por minuto, y el motor, aunque sólo de 25 caballos, tenía un desarrollo mayor, que me bastaba para volar; pudiendo asegurar que cuando el número de revoluciones de la hélice llegue á 1.000, podré llevar á un compañero en el aparato.

»Llevaba inclinado el timón, y cuando corrí un centenar de metros advertí que la rueda pequeña de detrás había perdido tierra; abrí el timón de la deriva, levantando las ruedas de delante, y quedé en el aire, dejando de sentir la trepidación que hace vibrar el aparato si marcha sobre tierra.

»Había andado 20 ó 30 metros, no puedo precisar á qué altura, pero para el caso es igual, é intenté entonces buscar una pendiente para lanzarme al espacio, huyendo á la vez de una barrera formada por algarrobos y por el grupo que constituía el público que presenciaba las experiencias. Al iniciar la vuelta, la rueda derecha chocó con la margen de la acequia.»

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pedro contestó:

—Singulares lacayos... ¡Si usted los viera!.. Clemente Faulque se parece á usted físicamente, papá, y de una manera sorprendente; tiene el mismo aire, las mismas facciones, la misma mirada... Cualquiera diría que es un Guibray..., á menos que, viéndole á usted, le tomen por un Foulque.

—¡Hombre!, exclamó Gilberto casi humillado.

La baronesa interrumpió sonriendo:

—Podrían suponerse, imaginarse cosas...

Pero no dijo más. Sin duda pensaba en la eterna confusión de razas, imaginándose remotas y vagas posibilidades.

Estas posibilidades el mismo Pedro las había admitido, en ratos de investigación sentimental.

Miró á su madre con afectuosa atención, contento de ver que sobre aquella extraña materia, sus mutuos pensamientos coincidían.

Valeria no era una mujer vulgar. Su padre, Aniceto Brussane, fué una gloria francesa; químico y fisiólogo, sabio continuamente en busca de la penetración de los misterios más capaces de turbar el espíritu, estudió profundamente todo lo encaminado al conocimiento del hombre. Ocupóse con ahinco de anatomía y patología, pero también se aplicó á la psicología experimental; nunca negó nada, esperando pruebas y diciendo «¿por qué no?» ante las concepciones más audaces; ningún fenómeno vital le era desconocido, y le interesaba todo lo relativo á las manifestaciones exteriores.

Por medio de su ciencia llegó fatalmente á conclusiones generales de igualdad, basadas sobre la poca importancia de la criatura ante el número y la duración; fué demócrata, juzgando á los hombres de muy alto para no verlos á todos al mismo nivel. Y si Aniceto dió su hija á un barón de Guibray fué porque el amor de ambos jóvenes lo había convertido; fué porque quería ardientemente á su hija, sin fuerza ni valor para contrariarla; fué porque juzgaba la ilustración intelectual y personal superior á la gloria de las antiguas familias cuyos fundadores merecieron quizá alguna estimación mil años atrás; fué también porque Guibray, en aquella época, parecía ser y era quizá de esta misma opinión y se inclinaba muy respetuosamente lo mismo ante el padre que ante la hija..... Títulos aparte, Brussane se consideraba además, en virtud de su riqueza, que era considerable, al nivel, cuando menos, de un barón casi pobre.



La mañana en que pudo sentarse en un sillón, la casa estuvo de fiesta

Nacida de tal padre, fina y hermosa aún á los cuarenta y cinco años, graciosa en su juventud persistente, con el ligero velo de las recientes abdicaciones, noblemente consentidas, Valeria guardaba, por su parte, una grande amplitud de ideas y un perfecto desprecio de las condiciones sociales.

La influencia del tío Jaime (del «Fósil,» como ella le llamaba) sobre su hijo, la había inquietado y preocupado mucho; pero contó con los accidentes, con las réplicas de la vida para enderezar aquel espíritu contrahecho.

Los acontecimientos probaban ahora que tuvo razón, y se alegraba profundamente, comprendiendo á las primeras palabras que Pedro había cambiado ya, en marcha hacia lo verdadero y lo justo y el renunciamiento á las vanidades primeras.

Durante la comida, en la atmósfera de intimidad familiar, Pedro se entregó poco á poco, reveló sus rencores y sus decepciones, y descubrió, aunque sólo en parte, los repliegues de su alma, en que dormía (así lo creía él) un secreto doloroso que quería guardar.

Contestando á preguntas apremiantes, refirió ordenadamente por fechas la historia de aquellas doce semanas pasadas, con sorpresas y asombros sucesivos, en aquel país tan poco reconquistado.

Contó desde luego el encanto y emoción del viaje al reconocer los paisajes tantas veces descritos tiempo atrás por el tío Jaime, narrador febril, cuya memoria atávica ó personal (porque era de creer que debió visitar á menudo, en misteriosas peregrinaciones, aquella tierra de abuelos venerados) había sido siempre prodigiosamente fiel. Con tan seguro guía no era posible extraviarse.

Pedro detalló las impresiones del primer día: el río admirable en su eternidad; las colinas invariables, majestuosas, soberanas, llenando el horizonte; la primera aparición de la ruina solariega, dominando y humillando la colina.

No olvidó su paso inopinado por el granero de la sal; pero omitió, sin duda de intento, la visión de la barca deslizándose sobre el río y la aparición blanca del alfolí.

Ambas pertenecían á los repliegues reservados de su corazón.

Extendióse sobre su llegada al viejo castillo, después de la amargura de haber tenido que contemplar la riqueza y orgullo del castillo nuevo, y allí, en su casa, ¡qué miseria, qué desastre, aumentados y acentuados por la opulencia de la odiosa vecindad!

Describió el cuadro de sus viejos servidores; Medardo y Ursula, abnegados y abatidos, esperándole solitos á la puerta del antiguo caserón. ¡Extraña bienvenida, irónico celo de los últimos vasallos voluntarios!

Y su paseo lúgubre á través de las salas desmanteladas, sus encuentros con el pasado, sus descubrimientos sucesivos: la cuna, las espadas, los vestidos ajados de las abuelas, conservando un perfume...

La baronesa Valeria le interrumpió con los ojos brillantes:

—¡Pero eso no era, no podía ser fastidioso!.. Vanidad aparte, el interés arcaico era grandísimo.

—Es verdad, contestó el joven; pasé horas muy entretenidas, pero á la larga...

Y volvió á lamentarse de su pasado aburrimiento en el silencio de las soledades.

De Bertilla, ni una palabra; por pudor de alma, la suprimía. Sus padres no debían conocerla nunca, pensaba él; entonces, á ¿qué revelarla?

Continuó, explicó su vida material, sus paseos por el río, sus horas de pesca, sus batidas por los bosques en compañía de Brice, á quien idealizaba, por cierto remordimiento de haberlo soportado.

Por fin llegó á la sala del Archivo.

En este momento, el barón Gilberto prestó toda su atención.

—¡Ajá! Ese es el punto principal. Eres un buen narrador; reservas las escenas palpitantes para lo último. ¿Está intacto nuestro Archivo?.. Cuenta, cuenta pronto..., estoy impaciente por saber..., eso es el todo...

El barón Gilberto, á pesar de ser un político fluctuante y acomodaticio, se alzaba más realista que nunca á un soplo de orgullo exhalado de ultratumba. Su sangre azul hervía en la expectación de las bellas cosas que debían decirse.

En contestación, Pedro arqueó las cejas y replicó en un tono desprovisto de entusiasmo:

—¡Ah, papá, no se precipite! Cierto es que en la ascendencia no faltan glorias, hechos de armas, nobles aventuras, piadosas demostraciones..., pero en torno de esos brillos, ¡qué de tinieblas mal disipadas!.. Algunas luminarias en medio de una noche de invierno, y nada más.

Y remontando el curso de sus recuerdos, recitó los textos de las genealogías.

De vez en cuando, su padre le detenía, diciendo:

—¡Sí, eso yo ya lo sabía..., adelante!..

Pedro impresionó á su íntimo auditorio con la hermosa leyenda de la capilla *La Deseada*. La misma Valeria, á pesar de su desdén por los antiguos linajes, aplaudió á la baronesa Ana de Guibray contando sus hijos en lo alto de la colina y muriendo de la alegría de verlos á todos vivos.

Momentos después aprobó á Catalina sosteniendo el sitio y resistiendo, primero detrás de sus muros y luego detrás de su virtud, las empresas guerreras ó amorosas del rey Enrique de Navarra y de Francia.

—Son las mujeres las que más valen en vuestra raza, dijo Valeria.

-Ciertamente. No hay duda, exclamaron á un tiempo Gilberto y Pedro sonriendo de satisfacción al oir el apóstrofe de la baronesa; y ésta se rió á su vez, confesando su vanidad ingenua.

La escena familiar era de una dulzura penetrante, y el pobre joven, después de meses de exclusión, comprendía mejor el encanto de aquella deliciosa intimidad. En seguida continuó:

—Sí, pero al lado de esas figuras serenas y luminosas, ¡qué de rostros ceñudos, en el gesto cruel, de hombres cubiertos de armaduras, devastadores y verdugos, verdaderos bandidos, capitanes feroces, tenientes generales oprimiendo su distrito, explotando al campesino y robándole sus pobres bienes! ¡Qué de horrores y vergüenzas á las claras, seguras de la impunidad!

Gilberto bajaba la cabeza, profiriendo breves exclamaciones de sorpresa, secretamente disgustado de aquellas revelaciones.

Su hijo no era sospechoso; todo lo contrario. Lo que él anunciaba no podía ponerse en duda; puesto que había marchado lleno de vanidades nobiliarias, infatuado en su raza; y allí donde él se declaraba simplemente desilusionado, otros se hubiesen mostrado llenos de horror.

Pedro siguió explicando sus investigaciones, que adquirían ahora, en sus labios, las proporciones de una sombría acusación.

Con su persistente estremecimiento de terror, comentó la vida de Matías de Guibray, el astrólogo, alquimista y quién sabe que otras cosas más, envenenador inclusive tal vez.

A este nombre, el barón había levantado la cabeza.

—¡Oh! De ése no hablarás mal, ¿no es cierto? Fué un espíritu extraordinario, que se adelantó á su época, un sabio, Valeria, en sus tiempos de ignorancia, y al mismo tiempo un gran señor... Ya verá usted; es una bella página de nuestro libro que va á consolarnos. Anda, Pedro, sigue.

—Aguarde usted, contestó el joven enigmático. No se apresure usted tanto á glorificarlo. Ese fué complejo; si en ocasiones fué grande, en otras fué pequeño y criminal, creo yo...

—¡Oh!, exclamó el barón descorazonado; todo se desmorona á tu voz... Mejor hubiera sido que no te hubieses movido de nuestro lado.

—No, dijo Valeria con seriedad; ha aprendido á vivir, ha visto que lo que parece inmenso y soberbio de lejos, se empequeñece y deforma al análisis minucioso; no ha perdido sus tres meses, no.

—Empecemos por el lado bueno, dijo Pedro, y luego veremos el malo, para concluir por los aspectos extraños, sobrehumanos, desconcertadores, verdaderamente cabalísticos... Juro á ustedes que van á asombrarse, y con razón.

Refirió cómo aquel Matías que hacía frente á Luis XIV y le dirigía frases lapidarias; que se había apasionado por las artes, las letras y la ciencia en una época en que sus iguales apenas sabían firmar, resultaba sospechoso, si no convicto, por el simple análisis, de haber envenenado á sus dos tíos y á su cuñado á fin de heredar en paz sus títulos, dominios, dotaciones y privilegios.

Gilberto dió otro respingo, herido en sus más caras creencias. Pero la curiosidad detuvo pronto sus manifestaciones cuando el joven anunció el libro de los Horóscopos.

Valeria miró también á su hijo en los ojos, profundamente impresionada por todo lo que tocaba al trágico ocultismo.

Y cuando con voz breve, estridente, seca, sacudida también por la emoción, Pedro recitó las fórmulas aprendidas de memoria, en que el prodigioso vidente, el incomparable abuelo, en sus visiones diabólicas, había predicho el porvenir de su raza y se ñalado á cada uno su papel en los días venideros. Al reconocer que, en cada vaticinio, había acertado, al menos en las grandes líneas; que había anunciado la muerte de los reyes y el derrumbamiento de un mundo, el barón y su esposa, muy pálidos, creyendo soñar, se miraban entre sí, helados á su vez por el contacto súbito de los absurdos fantasmas, que habían tomado cuerpo y se afirmaban reales, para espanto de la razón y negación de las doctrinas.

Quisieron dudar, hicieron vagas objeciones; Pedro replicó con citas directas, con afirmaciones perentorias. No se apartaba de lo que había leído; no repetía más que pensamientos escritos, y no admitía que se hubiese podido equivocar.

Dando un cómico ejemplo de vanidad humana, el barón Gilberto, á pesar de su dominante emoción, se formalizó de que no se le hubiese dedicado personalmente ni una línea en las profecías del barón astrólogo.

Si éste le hubiese señalado papel en su historia póstuma, un buen papel sobre todo, no hubiera vacilado un momento en proclamar su claravidencia y su lucidez. Omitido en la nomenclatura, se resistía un poco. Sin embargo, todo aquello resultaba muy extraordinario.

El barón murmuró, casi de mal humor:

—¡Qué suerte tienes tú! Anuncian tu venida con dos siglos de anticipación.. Levantas la casa... Pero, muchacho, busca si quieres los bastardos de Guibray; perderas el tiempo. Nunca oí hablar de tales parientes, y estoy convencido de que no existen. El astrólogo, esta vez, se equivocó de estrellas y vió la luna en pleno día.

Valeria estaba pensativa. Preguntábase, si su padre viviese, cómo juzgaría aquellas cosas sorprendentes, cómo las explicaría.

Pedro describió después lo que había sido Guislano el Gabela, sin contemplación alguna.

Era un cuadro sombrío sin un destello de luz; Guislano, único, feroz, ladrón, asesino, con apariencias—¡qué oprobio!—con apariencias de justiciero.

La aventura de Roque Faulque era una infamia, pero parecida á muchas otras. Guislano era la mancha de sangre más grande del blasón de Guibray, y Guislano merecía que todos renegasen de él.

Esta vez el joven había hablado con una pasión creciente, con una inconsciente alegría íntima de explicar y excusar, si era posible, el rencor de los Faulque por su propio origen.

Al expresarse así, saludaba de lejos á Bertilla, la enemiga que ocupaba enteramente su corazón.

Cuando hubo terminado con frases de veredicto implacable, Valeria, apartando con un gesto sus reflexiones tristes, pronunció:

—Ahora hay que sacar la conclusión.

—Sí, ¿qué deduces de todo eso?, preguntó á su hijo el barón, arrancándose también á sus pensamientos confusos.

—Deduzco, contestó Pedro, que durante diez siglos nuestra raza oprimió á su país, hizo reinar el terror, la miseria y el hambre sobre los siervos aterrados. Nuestros padres robaron y mataron en todas partes. Algunos de ellos, sin embargo, fueron dignos de memoria por ciertas virtudes, las virtudes militares, la bravura y la audacia. Pero, aun de estos, ninguno es indemne, ninguno está exento de tara. Y si comparamos la suma de las virtudes con la suma de los crímenes, el resultado no es para enorgullecernos. Las razas antiguas, cuya historia es conocida, representan exactamente la fórmula de la humanidad; y pienso que no es nuevo ni exagerado decir que el mal domina en el conjunto y supera en los balances. Dichosos los hombres de orígenes obscuros, los recientes de la vida... Si carecen de glorias discutibles, éstos no tienen remordimientos justificados.

—¡Tú te has vuelto demócrata!, exclamó casi con júbilo la baronesa.

—¿Yo?, replicó Pedro asombrado; creo ser justo y nada más.

—¡Ah, si el tío Jaime pudiese oirte, replicó Gilberto, qué confusión y descontento experimentaría! Has cambiado de alma, muchacho. Te fuiste con Luis XIV y vuelves con Dantón.

—¿Por qué no con Robespierre?, replicó el joven.

—¡Oh, allá se van!, añadió el barón.

Luego repuso:

—¿Entonces no has continuado hasta el fin tus investigaciones? ¿Has hecho caso omiso de la Revolución, de Carlos de Guibray, el mártir? Mal hecho; tus nuevas opiniones hubieran podido dar en tierra al tropezar con esta historia.

—Es verdad, dijo el muchacho; pero ya estaba cansado y me faltó valor para ir más adelante. Estaba harto de tristeza, saturado de crimen y de odio. Y dejé á los muertos para tratar de vivir.

—Has hecho bien, juzgó Valeria; todo era lamentable en ese remoto pasado; el primer deber de un joven consiste en ser de su época.

Por la noche, á solas con su mujer, Gilberto decía:

—Estoy estupefacto; este muchacho no es el mismo; todo ha marchado al revés del buen sentido y de las previsiones racionales. Esta conversión ha sido muy rápida.

—¡Bah! No lo ha dicho todo, repuso la baronesa.

—¡Cómo! ¿Qué supones?..

—Lo que es de suponer. Ya sabes que Clemente Faulque tiene una hija ..

—¡Oh, oh!..

—Y es probable que sea bonita... ¿Comprendes ahora?

—¡Toma, toma!.. ¿Crees tú?..

—No creo, estoy segura. Sólo el amor puede operar semejante milagro...

Vuelto á París, Pedro se juró olvidar lo que pretendía que sólo debía ser un incidente sin consecuencias en su vida.

Y procuró que así fuese.

Hasta entonces había llevado una existencia sedentaria, de recogimiento y de estudio, en medio de sus libros de historia.

De pronto olvidó sus antiguas costumbres por demasiado propicias á la meditación, porque no quería meditar, previendo cuál sería el color de sus sueños.

Durante el invierno que siguió á su regreso, entrególe al género de vida de los jóvenes de su edad, ligeros de cascos y secos de corazón.

Tuvo las aventuras que cualquier otro hubiera tenido en el mismo caso y en las mismas ocasiones, y no encontró en ellas pena ni gloria, pero ocupó sus días y sus noches y ahogó sus sentimientos.

Conoció los amores fáciles, y satisfizo su vanidad natural, sin tomar nada en serio.

A pesar de todo, Bertilla se alejaba de su mente. Pedro ya sólo pensaba en ella al día siguiente de haber estado de fiesta, cuando el malestar y el hastío le retenían en su casa, á solas con su conciencia.

Pero tan pronto se había calmado el hervor de la sangre, rechazaba aquel yugo moral de que se avergonzaba como de un oprobio y de una cobardía.

Era amigo acérrimo de la independencia; en sus contactos diarios, olvidaba algo mejor sus primeros principios de superioridad nativa, sus preocupaciones de raza.

Frecuentaba jóvenes ricos que carecían de noble ascendencia y no lo ocultaban, y que á pesar de su innegable origen plebeyo, eran tan elegantes como él y tan bien recibidos; hablaban tan alto y se movían en su esfera con tanta desenvoltura como él.

Pedro iba olvidando cada vez más las lecciones del tío Jaime, que cada día le parecían más ridículas; y llegó á no comprender cómo había podido pasar meses y meses, imbuído en quimeras, en aquel pueblo maldito que llevaba su nombre.

Cuando evocaba aquellos días perdidos y recordaba su intimidad cotidiana con Brice, se sentía humillado.

Y por una deducción lógica, se confesaba que su persecución de grandezas imposibles no había hecho más que llevarlo á promiscuidades dudosas, al desdoro seguro de su personaje equívoco. El resultado de aquellas hermosas tentativas era triste.

Irritado, apartaba también esos fantasmas más próximos, y á veces, con el objeto de fortalecer una decisión insegura, se aseguraba á sí mismo que «todo había concluído definitivamente..., que nunca volvería *allá*.»

Y aquel *allá* tan próximo, del cual apenas le separaban tres cuartos de hora de ferrocarril y una hora de coche, retrocedía ahora en su juicio á distancias incalculables.

A medida que transcurrían las semanas, el viejo castillo y su archivo, las tierras de Guibray, el río magnífico, no se le aparecían ya sino como un vago panorama envuelto en una bruma de mortal fastidio.

Sólo los recordaba para renegar de ellos. ¡Cómo se había aburrido en aquel espantoso desierto! De todo aquello nada le interesaba ya, y respecto á tal asunto creía ciertamente su sensibilidad bien muerta.

Pedro se convertía en un joven como los demás.

Una noche, Gilberto dijo á Valeria:

—Amiga mía, confiesa que te equivocaste; nuestro hijo no tiene trazas de un enamorado en desgracia. Está entregado á la vida alegre y me parece que no echa nada de menos ni le atormenta ningún pesar.

La baronesa se encogió de hombros y replicó:

—Es extraño que los hombres no sepan ver claro. Repito que Pedro guarda un secreto en el corazón, y que ese secreto es sin duda doloroso. Se aturde como puede, combate con cualquier clase de armas; y ese es precisamente el motivo de su disipación. Todo lo de su papel actual es ficticio; y no sé si debemos desear que logre hacerlo real, porque hemos de confesar que su nuevo género de existencia y sus nuevas maneras no son precisamente admirables. Esperemos; si cura de su mal, lo confesará; si no cura, tendremos que intervenir forzosamente en los acontecimientos que deberán sobrevenir; de todos modos, nos enteraremos. Por ahora, marcha al revés de sus verdaderos sentimientos.

—Es el contrapeso, replicó el barón; además, se aburrió tanto en Guibray, que es muy natural que se divierta en París.

—¿Estás seguro de que se divierte?

—Hace todo lo necesario para ello.

—No es una razón, pronunció Valeria. Con la primavera volveremos á ver venir las tristezas. Cuando retoñen los árboles de Guibray, Pedro se acordará de ese país actualmente maldito como de un paraíso perdido. El invierno lo entumece todo; ya veremos cuando despierten las flores.

Mientras tanto Pedro, obstinado en sus empeños, seguía matando en sí mismo los últimos recuerdos y las últimas añoranzas.

Poco tiempo después no vaciló en proclamar su victoria; cuando se interrogaba, lo que aún hacía de vez en cuando, desafiaba al pasado con insolencia; pero no se daba cuenta de que cuando preguntaba su corazón, era su espíritu el que respondía.

En realidad, para ensordecer á su alma gastaba su cuerpo, extenuaba su carne; poco á poco, la robusta salud con que había vuelto del campo cedía á las fatigas y á las exasperaciones cotidianas.

Volvióse el pálido joven flacucho y descolorido de las antiguas familias, el parisiense de manos demasiado blancas y de grandes ojos rodeados de un cerco revelador de grandes fatigas.

A pesar de los consejos de los médicos y de las súplicas de sus padres, el joven no quiso renunciar á su vida disipada, desmintiendo súbitamente sus recientes afirmaciones de cura moral; asustado á la idea de encerrarse en su casa, en un cuarto silencioso, cerrado al mundo, pero abierto á todos los espectros perseguidores.

Una noche de marzo, poco antes de rayar el alba, retiróse á su casa con un temblor febril; tuvo apenas fuerza para acostarse; cayó como una masa en la cama y se declaró vencido.

Con la fiebre empezaron las pesadillas y el delirio. Fué la obsesión de una mezcla insensata de apariciones sucesivas y una divagación continua.

Cuando á la mañana siguiente sus padres, advertidos por una criada, acudieron á su lado, asustáronse en presencia de la intensidad de la crisis. En pocas horas el mal, después de haber germinado largo tiempo, había estallado con violencia; y parecía ya grave el estado del pobre joven, que hasta la víspera se había obstinado en entregarse locamente á sus placeres dudosos.

Valeria y Gilberto se instalaron á la cabecera de su hijo, abatidos, tristes, reprochándose el no haber sabido detenerle á tiempo en su vía perniciosa.

Los médicos llamados á visitarle sacudieron la cabeza, no ocultando la gravedad del caso. Creció la ansiedad en torno del enfermo, y empezaron tristes días.

Patricios ó plebeyos, cuando marido y mujer ven á su hijo sufrir, respiran con fatiga, entornan los ojos, todos concentran su supremo interés en el enfermo, que es para ellos el *Ser único*, cuya respiración observan con palpitante ansiedad. En semejante ocasión, tan pobres son los grandes y opulentos como los humildes y faltos de fortuna, porque si el hijo muere, resultará en la casa, rica ó miserable, un vacío imposible de llenar y un duelo inolvidable.

—Fatiga desenfrenada, fiebre cerebral..., anemia inquietante...

Tales eran las palabras pronunciadas.

Pedro, despojado de fingimiento, en su inconsciencia, revelaba sus secretos en las horas de delirio. A la cabecera de su cama, sus padres recogían sus confesiones arrancadas por la fiebre.

La primera vez que gritó, como un doloroso llamamiento, el nombre de Bertilla, Valeria miró á Gilberto, que se inclinó. La baronesa tenía razón.

«¡Bertilla!..»

Este nombre fué el estribillo de sus locas improvisaciones, la repetición constante de sus discursos incoherentes.

«¡Bertilla! ¡Bertilla! ¡Bertilla!»

—¡Quiera Dios que sea digna de semejante pasión!, dijo la baronesa; si cura, los casaremos... No admito obstáculos...

—¡Una Faulque!, replicó Gilberto dando un respingo. No lo pienses.

—Sí, sí, *si cura*..., yo no admito obstáculos, repitió Valeria, *si cura*...

Acentuaba estas palabras con una entonación tan desesperada, que su marido, recayendo en su angustia y juzgando el poco peso de las querellas antiguas ante el peligro presente, asintió con un gesto:

—Como quieras. . Por lo pronto, la cuestión es salvarlo...

Entonces, en un súbito cambio de ánimo, Valeria exclamó con ardiente fe:

—¡Le salvaremos!

Su existencia quedó circunscrita en torno de la blanca almohada en que se hundía la cabeza pálida del enfermo, marcada con sangre viva en las mejillas. Perdieron la noción del tiempo, midiendo sólo los días por las alternativas de mejoría y agravación, sin cesar renovadas.

Las noches sobre todo eran espantosas. Hubiérase dicho que con las tinieblas las visiones del enfermo se hacían más trágicas.

En la pálida claridad de las mañanas y de las tardes de invierno, evocaba en su delirio el río bañado por el sol, las colinas verdeantes, los bosques espesos, la campiña apacible y los bellos encuentros que allí había tenido.

Pero entrada la noche, á la triste claridad de una lámpara velada, llegaba la procesión de los espectros lamentables; remordimientos de mil años pesaban sobre aquel lecho de agonía; los siervos degollados ó ahorcados por sus abuelos, bailaban desesperadamente entre las cortinas de la alcoba, dirigidos por el ahorcado Roque, que arrastraba su cuerda delante del enfermo jadeante, rechazando los fantasmas con los brazos tendidos.

Y sus frases entrecortadas referían su tortura y sus espantos.

¡Qué de veces, en tales momentos, la memoria del tío Jaime fué acusada y condenada por el padre y la madre!

Sin aquel loco orgulloso que había sacrificado el presente y el porvenir á los recuerdos del pasado, su hijo hubiese vivido tranquilamente, sin obsesiones ni penas. Él, el *Fósil*, era el causante de aquella desdicha; hubiera valido más que viviese como todo el mundo, disipando su dinero á su antojo, en vez de dejar semejante herencia al débil muchacho nervioso, de antemano desconcertado por sus falsas lecciones. ¿Qué importaban el linaje y los antepasados ante el hecho preciso del heredero moribundo y que moría del contacto de aquellas tumbas? La enseñanza del desprecio á los antepasados era dura, como rudo era el llamamiento al único interés de los amores actuales.

La baronesa Valeria, á quien nunca impresionaron las preocupaciones del pasado, y el barón Gilberto, cuyas convicciones nobiliarias ya hacían amplias concesiones antes de la prueba, maldecían aquel fárrago histórico, aquellos vanos sueños de renacimiento y resurrección, cuyas consecuencias eran lamentables.

Las últimas fuerzas del pálido joven disminuían sensiblemente.

Después de sus noches de demencia, pasaba las mañanas y las tardes en el entorpecimiento y la postración y en el sopor que suele ser presagio de los fines próximos. Ya no distinguía los rostros amigos, pues un gran velo de sombra lo separaba ya de la vida.

Sin embargo, el corazón aún gritaba: «¡Bertilla!»

La baronesa Valeria de Guibray, educada por un padre demasiado ocupado en el estudio de los hombres para entretenerse en el de los dioses, no había sido nunca una creyente muy acérrima. Se limitaba á no negar. A la cabecera de su hijo extenuado, levantó por primera vez al cielo dos manos sinceras, imploró la ayuda del Invisible, no sintiéndose con fuerza bastante para conjurar la muerte por sí sola.

Gilberto la sorprendió en esta invocación. Bajó la cabeza y quizá en secreto repitió su plegaria.

Con los acontecimientos, las almas se modifican. El hombre, no sabiendo nada, piensa según las horas.

Intervención divina ó consecuencia natural, el hecho es que una mañana Pedro despertó con más lucidez. Hacía tres semanas que luchaba con la muerte. Reconoció á su madre y le sonrió; igualmente reconoció á su padre y le tendió la mano.

Entonces una alegría intensa, inexplicable, manifestada con gritos y llantos, trastornó á aquellos dos seres que habían hecho hasta entonces supremos esfuerzos para no desfallecer.

—¡Hijo mío..., hijo de mi alma..., conque nos ves!.. Háblanos...

Débilmente, él movía la cabeza, contento, asombrado, comprendiendo mal, pero sintiéndose vivir.

Aquel día los médicos desarrugaron el entrecejo y proclamaron que «la crisis había pasado..., que el enfermo estaba fuera de peligro, que mediante asiduos cuidados y un régimen severo, dentro de un mes se levantaría...»

Gilberto y Valeria se abrazaron locamente, y por primera y última vez lloraron uno en presencia del otro.

—Tú le creías perdido, ¿verdad?

—Sí... ¿Y tú?

—¡Oh! Yo también.

La casa, reconciliada con la vida, recobró su antigua alegría; y Pedro en su cama, libre de sufrimientos, se entregaba á la dulzura de renacer.

—¡Esta es la verdadera restauración, el retoñar de la raza!, exclamaba Gilberto tan rejuvenecido que parecía tener veinte años menos. ¡Hurra!, gritó haciendo una pirueta en el cuarto de su hijo; el heredero toma un huevo, el heredero bebe leche. ¡Ah, muchacho, qué de ternura nos debes! No puedes imaginarte las desesperaciones que hemos sufrido tu pobre madre y yo.

El joven, achicado por la debilidad, les daba las gracias con un gesto vago todavía y con una mirada de ternura.

Reían todo el día para recuperar el tiempo perdido, para compensar las lágrimas furtivas, los sollozos ahogados en las vigilias fúnebres.

Luego vino abril con tibiezas precoces; la estación era propicia para la convalecencia y Pedro se levantó.

La mañana en que pudo sentarse en un sillón, la casa estuvo de fiesta. Recostado en su asiento, contra una ventana, el pálido joven volvió á trabar conocimiento con la vida exterior, con la actividad de las calles.

Fijaba sus miradas en la avenida animada por el sol, siguiendo curiosamente seres y cosas. El ir y venir de los transeuntes, el movimiento regular de los fiacres y de los tranvías le distrajeron é interesaron largamente.

Entonces comprendió cuán estrechamente unida está el alma humana con todo lo que la rodea y la solidaridad de las diferentes existencias.

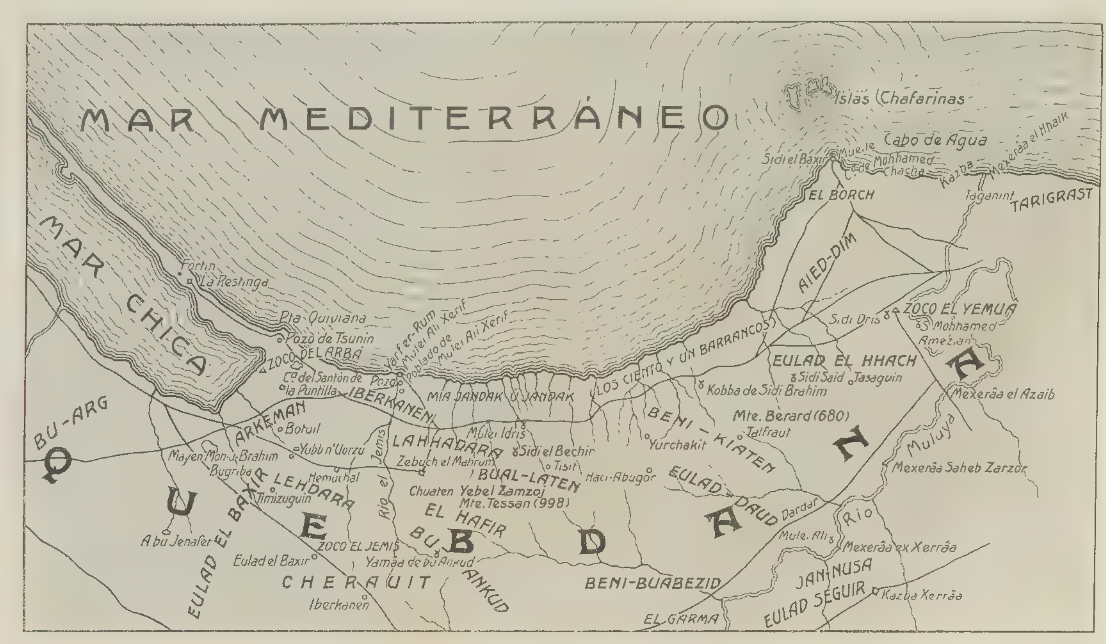
Sus manos pálidas, errantes sobre la manta que le envolvía, se calentaban con placer al sol vivificante que penetraba en ellas.

A cada sensación vital, poco á poco vuelta á encontrar, se extasiaba ante la alegría de vivir; nunca había comprendido mejor la importancia de los pequeños incidentes.

Descontaba ya sus fuerzas recuperadas, hacía proyectos, fijaba fechas á sus esperanzas. En su rostro demacrado, sus ojos más grandes, todavía dramatizados por los recuerdos de las visiones del otro mundo, le prestaban la belleza de los cuerpos gastados por el alma; su debilidad tenía gracias infantiles; se abandonaba enteramente á las manos que le cuidaban, y se abandonaba sin fuerza y sin voluntad en los brazos de su madre que, como en su infancia, le mecía lentamente cuando iba á dormir.

(Se continuará.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA

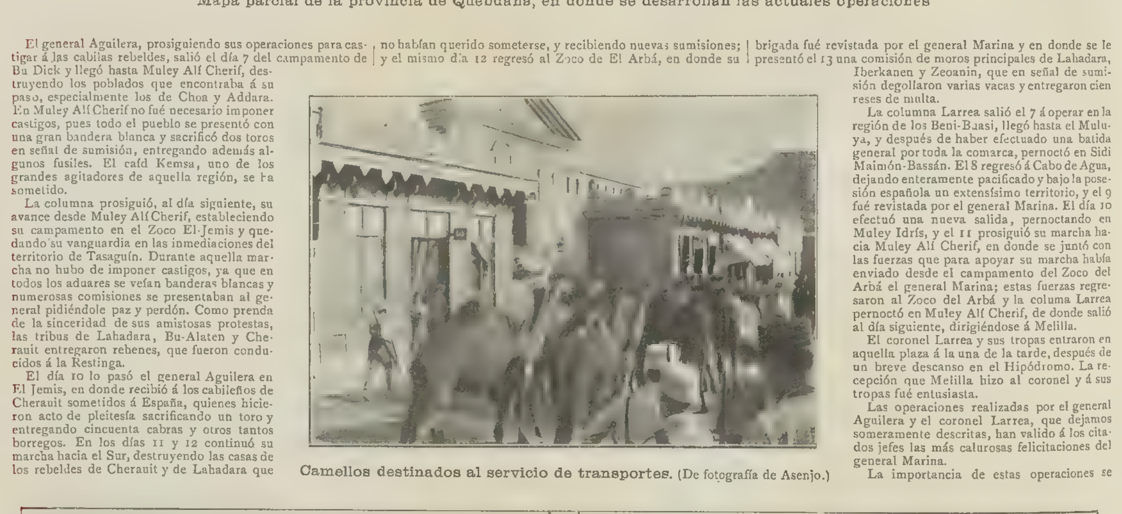


Mapa parcial de la provincia de Quebdana, en donde se desarrollan las actuales operaciones

El general Aguilera, prosiguiendo sus operaciones para castigar á las cabilas rebeldes, salió el día 7 del campamento de Bu Dick y llegó hasta Muley Alí Cherif, destruyendo los poblados que encontraba á su paso, especialmente los de Choa y Addara. En Muley Alí Cherif no fué necesario imponer castigos, pues todo el pueblo se presentó con una gran bandera blanca y sacrificó dos toros en señal de sumisión, entregando además algunos fusiles. El caíd Kemsa, uno de los grandes agitadores de aquella región, se ha sometido.

La columna prosiguió, al día siguiente, su avance desde Muley Alí Cherif, estableciendo su campamento en el Zoco El-Jemis y quedando su vanguardia en las inmediaciones del territorio de Tasaguín. Durante aquella marcha no hubo de imponer castigos, ya que en todos los aduares se veían banderas blancas y numerosas comisiones se presentaban al general pidiéndole paz y perdón. Como prenda de la sinceridad de sus amistosas protestas, las tribus de Lahadara, Bu-Alaten y Cherauit entregaron rehenes, que fueron conducidos á la Restinga.

El día 10 lo pasó el general Aguilera en El Jemis, en donde recibió á los cabileños de Cherauit sometidos á España, quienes hicieron acto de pleitesía sacrificando un toro y entregando cincuenta cabras y otros tantos borregos. En los días 11 y 12 continuó su marcha hacia el Sur, destruyendo las casas de los rebeldes de Cherauit y de Lahadara que no habían querido someterse, y recibiendo nuevas sumisiones; y el mismo día 12 regresó al Zoco de El Arbá, en donde su brigada fué revistada por el general Marina y en donde se le presentó el 13 una comisión de moros principales de Lahadara, Iberkanen y Zeoanin, que en señal de sumisión degollaron varias vacas y entregaron cien reses de multa.



Camellos destinados al servicio de transportes. (De fotografía de Asenjo.)

La columna Larrea salió el 7 á operar en la región de los Beni-Buasi, llegó hasta el Muluya, y después de haber efectuado una batida general por toda la comarca, pernoctó en Sidi Maimón-Bassán. El 8 regresó á Cabo de Agua, dejando enteramente pacificado y bajo la posesión española un extensísimo territorio, y el 9 fué revistada por el general Marina. El día 10 efectuó una nueva salida, pernoctando en Muley Idrís, y el 11 prosiguió su marcha hacia Muley Alí Cherif, en donde se juntó con las fuerzas que para apoyar su marcha había enviado desde el campamento del Zoco del Arbá el general Marina; estas fuerzas regresaron al Zoco del Arbá y la columa Larrea pernoctó en Muley Alí Cherif, de donde salió al día siguiente, dirigiéndose á Melilla.

El coronel Larrea y sus tropas entraron en aquella plaza á la una de la tarde, después de un breve descanso en el Hipódromo. La recepción que Melilla hizo al coronel y á sus tropas fué entusiasta.

Las operaciones realizadas por el general Aguilera y el coronel Larrea, que dejamos someramente descritas, han valido á los citados jefes las más calurosas felicitaciones del general Marina.

La importancia de estas operaciones se



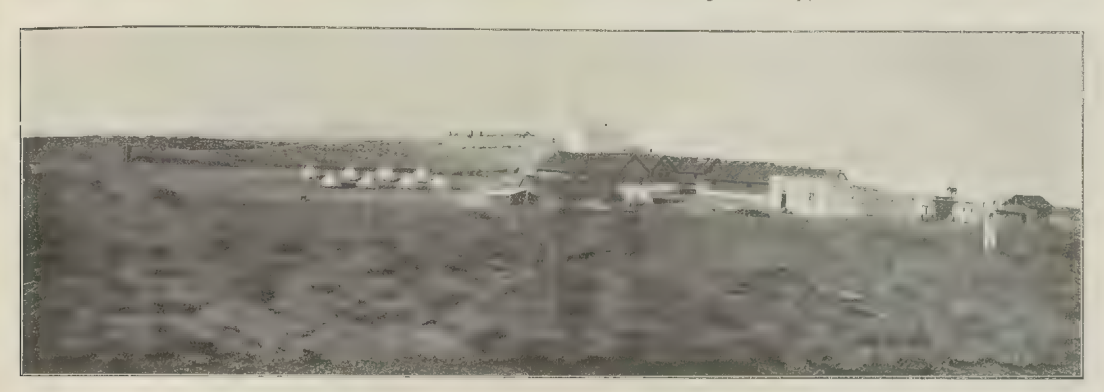
Moros notables de Quebdana dirigiéndose á Melilla para ofrecerse al general Marina



Caíd y moros notables de la cabila de Frajana conversando con los oficiales españoles de una avanzada. (De fotografías de Asenjo.)



Playa de Cabo de Agua y barrio de la Marina. (De fotografía de Lorduy.)



Campamento de Cabo de Agua. (De fotografía de Lorduy.)

comprenderá sólo con decir que gracias á ellas se ha pacificado una buena parte del territorio de Quebdana y ha quedado limpia de enemigos toda la línea de la costa hasta la orilla del Muluya, con la cual se ha logrado tener una excelente base para apoyar el flanco izquierdo del ejército en las sucesivas operaciones de avance hacia Zeluán.

Han desembarcado ya en Melilla las fuerzas que componen la división Sotomayor, las cuales han acampado en las posiciones que hasta ahora ocupaban las de la división Orozco.

Los convoyes de aprovisionamiento continúan siendo hostilizados todos los días; el número de bajas que en ellos causan los rifeños es, sin embargo, insignificante, gracias á que nuestra artillería y demás fuerzas que los protegen mantienen al enemigo á respetuosa distancia.

En Alhucemas y en el Peñón prosiguen los tiroteos diarios sin consecuencias para nuestros soldados; no así para los moros, que sufren continuas bajas.

Los cabileños han intentado varias veces sorprender durante la noche nuestros campamentos; pero todas sus tentativas han fracasado y siempre los agresores han tenido que retirarse duramente escarmentados.

Las obras de la bocana de Mar Chica avanzan rápidamente, habiéndose conseguido aumentar el nivel de las aguas lo suficiente para que por ellas puedan navegar algunas lanchas cañoneras. En la actualidad hay allí un bote de vapor del *Numancia* con un cañón revólver Hotchkiss, un bote automóvil del *Carlos V* y varios botes destinados á carga, y en breve habrá además dos botes de vapor del *Carlos V* con ametralladoras, otros dos del *Princesa de Asturias* con cañones Vickers y Maxim y la lancha *Cartagenera* con una ametralladora Nordenfeldt y un potente reflector.

Dentro de poco quedarán instaladas en el Zoco del Arbá y en otros campamentos máquinas destiladoras que surtirán de agua abundante á nuestras tropas; asegurado de este modo el abastecimiento de agua potable, se facilitarán considerablemente la organización y la marcha de los convoyes. — R.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Comedias de Tirso de Molina. Tomo II. Colección ordenada é ilustrada por *Emilio Cotarelo.* – Crónicas del Gran Capitán, por *Antonio Rodríguez Villa.* – Libros de Caballerías. Segunda parte, por *Adolfo Bonilla Sanmartín.* – La «Nueva Biblioteca de Autores Españoles,» esa importantísima publicación con tanta elevación de miras emprendida y con tan grande éxito realizada en Madrid por los señores Bailly-Baillière é Hijos, bajo la dirección del ilustre polígrafo D. Marcelino Menéndez Pelayo, se ha enriquecido últimamente con esos tres nuevos volúmenes, á cual más interesante y valioso para la historia literaria española. Sentimos que la índole de esta sección y las condiciones especiales de La Ilustración Artística no nos permitan ocuparnos de ellos con el detenimiento que se merecen; á bien que, tratándose de libros de tal valía, todo elogio es ocioso, pues llevan en sí mismos su mejor alabanza. No podemos, sin embargo, dejar de encomiar el concienzudo y profundísimo trabajo de los compiladores y anotadores, señores Cotarelo, Rodríguez Villa y Bonilla y San Martín, así como la patriótica labor que con su biblioteca realizan los Sres. Bailly-Baillière é Hijos. Precio de cada tomo 12'50 pts.

Contes d'un filosoph, por *Diego Ruiz.* – Colección de quince cuentos con un prólogo de Juan Maragall. Un tomo de 202 páginas, editado en Barcelona por la Biblioteca «Juventud.» Precio, dos pesetas.

Manual práctico del fundidor, por *Vilalta y Ubach.* – Obra dedicada á las escuelas de Industrias, Artes y Oficios, que trata del conocimiento de los metales y sus principales propiedades, de la construcción de modelos, de la elaboración de las primeras materias, del modelaje en sus diferentes aspectos y de la fundición. Un tomo de 466 páginas con numerosos grabados, editado en Barcelona por Francisco Puig. Precio, 10 pesetas.

El alma del tuberculoso, por el *Dr. Eduardo Xalabarder.* – Un folleto de 32 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Juan Rosales. Precio, una peseta.

Biblioteca Popular de Corrientes. Memoria del período de 1907-1908. – Un folleto de 30 páginas, impreso en Corrientes (R. Argentina) en la tipografía de B. Feges.

Anuario Científico Industrial, por *Víctor Delfino.* – Un tomo de 1192 páginas en que se estudian ampliamente las más interesantes materias de cosmología, astronomía, meteorología y física terrestre, física, química, historia natural, medicina, fisiología é higiene, agricultura, artes industriales, geografía y geodesia, etc., ilustrado con profusión de grabados y con un prólogo de D. José Comas Solá. Editado en Barcelona, por F. Granada y C.ª Precio, diez pesetas.

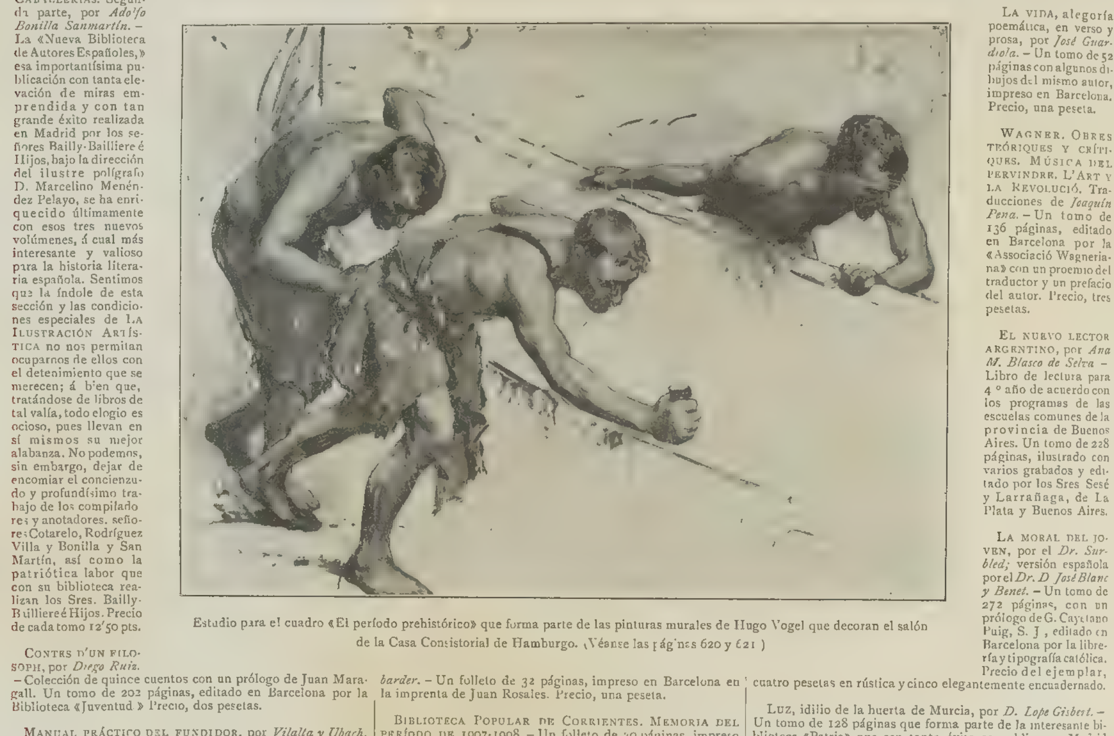
La vida, alegoría poemática, en verso y prosa, por *José Guardiola.* – Un tomo de 52 páginas con algunos dibujos del mismo autor, impreso en Barcelona. Precio, una peseta.

Wagner. Obres teòriques y crítiques. Música del pervindre. L'Art y la Revolució. Traducciones de *Joaquín Pena.* – Un tomo de 136 páginas, editado en Barcelona por la «Associació Wagneriana» con un proemio del traductor y un prefacio del autor. Precio, tres pesetas.

El nuevo lector argentino, por *Ana M. Blasco de Selva.* – Libro de lectura para 4.° año de acuerdo con los programas de las escuelas comunes de la provincia de Buenos Aires. Un tomo de 228 páginas, ilustrado con varios grabados y editado por los Sres. Sesé y Larrañaga, de La Plata y Buenos Aires.

La moral del joven, por el *Dr. Surbled;* versión española por el *Dr. D. José Blanc y Benet.* – Un tomo de 272 páginas, con un prólogo de G. Cayetano Puig, S. J., editado en Barcelona por la librería y tipografía católica. Precio del ejemplar, cuatro pesetas en rústica y cinco elegantemente encuadernado.

Luz, idilio de la huerta de Murcia, por *D. Lope Gisbert.* – Un tomo de 128 páginas que forma parte de la interesante biblioteca «Patria» que con tanto éxito se publica en Madrid (Paseo del Prado, 30, entresuelo). Precio, una peseta.



Estudio para el cuadro «El período prehistórico» que forma parte de las pinturas murales de Hugo Vogel que decoran el salón de la Casa Consistorial de Hamburgo. (Véanse las páginas 620 y 621.)





Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 27 de septiembre de 1909 — Núm. 1.448

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



ILUSIÓN, cuadro de Gabriel Max

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hablemos por hoy de arte: hablemos de algo que se le parece mucho en el fondo y que acaso le ha dado origen: del sentimiento popular. Acabo de verlo manifestado en una de sus formas perennes, la religiosa, en una misión de aldea.

Las misiones son como todo: para describirlas, hay que presenciarlas; asistir á la organización casi espontánea de esos *Rosarios*, que entonando cánticos serpean de un modo tan pintoresco, tan vivo, á paso de carga, con la cruz procesional y el estandarte al frente, por los senderos que rodea la zarzarrosa, ó carretera adelante, alzando nubes de polvo, andando rítmicamente. Hay que estudiar cómo palpita, de pronto, en la muchedumbre, un soplo de vida espiritual, una preocupación de las cosas ultraterrenales; algo que es ajeno, por lo común, á la vida aldeana, muy práctica, encerrada entre las paredes de unas cuantas necesidades, trabajos y solaces, más del cuerpo que del espíritu. Pero el espíritu quiere su alimento.

La misión atiende también á los aspectos positivos de la existencia; los consejos morales del misionero recaen frecuentemente sobre puntos concretos, combatiendo los hábitos que por el camino de la suciedad, la grosería ó el vicio pueden conducir á la ruina. Pero los misioneros le recuerdan al aldeano, sumido en la materia y amodorrado por lo monótono y continuo de la labor, que tiene un alma, y que esa alma hay que purificarla, hay que salvarla, hay que pensar en ella alguna vez; y al recordárselo, les confirma un título del cual se enorgullecen; el título de personas.

El aldeano encanecido sobre el terruño; la mujeruca que marmonea rezos con desdentada boca; el mozalbete en quien empiezan á despertarse los instintos de la pubertad, que inclinan á la delincuencia, oyen con secreto engreimiento que su alma importa á alguien, nada menos que á Dios; que esa alma vale tanto, exactamente, como la del señor que ha llegado á la misión en su automóvil ó en su coche, bien comido y bien trajeado. Si la suerte puede aquí en la tierra cometer injusticias, repartir hambre ó miseria, enviar años de mala cosecha y enfermedades, hay otra vida, hay otro mundo, el de las compensaciones. Faltarán medios, faltará hasta el sustento aquí, pero allá, en la Jerusalén celeste, vela la eterna Justicia. Y el terror de la muerte se atenúa, y el cansancio de la vida trabajada desaparece. La esperanza ha derramado su filtro misterioso.

Yo no sé á punto cierto—¡es un enigma tal el pensamiento de las multitudes!—si esta gente que camina apiñada, detrás de la cruz parroquial, para llegar cuanto antes al campo de la misión, es creyente toda, y lo es con firmeza; afirmo que lo parece, y no veo cuál otro móvil les había de traer aquí á las tres de la tarde, bajo un sol riguroso. Las sendas resuenan con las oraciones cantadas, y el terreno está agostado, de tanto pie como lo pisa. Diez ó doce parroquias, compactas, acuden todas las tardes, por espacio de ocho ó nueve días, al campo, y se colocan como pueden, apretándose en el suelo; á un lado las mujeres, á otro los hombres; el púlpito, protegido por una especie de marquesina, se alza en el centro y destacándose sobre un fondo de ría azul, de bosques frondosos, de campos y heredades, con abigarramiento de retazos de tapiz cortados caprichosamente; los castaños del soto protegen y sombrean al inmenso concurso, á los cuatro ó cinco mil fieles, que aguardan. El gentío se instala; unos bancos duros se reservan para los coros de muchachas cantoras, para los párrocos, para el señorío que madrugue. Si se descuida, no tendrá más silla que el césped. Algunas señoras abren sus escabeles de tijera. Los *Rosarios* van llegando, y las cruces alineándose á la derecha del altar improvisado para las misas; los estandartes, de alegre colorido, bordados de lentejuela, descansan también, mientras sus portadores se enjugan la frente, suspirones. Cuando ya se han acomodado todos; cuando todas las cruces de plata reposan inmóviles, destellantes, ligeramente inclinadas, con aire de escuchar también ellas, se oye un rumor ahogado, un murmurio: bajo los castaños avanza por el aire una figura negra, una mujer pálida, melancólica, enlutada, majestuosamente sola; blanquean la cara hermosa y las manos cruzadas: parece viva... Es la Dolorosa, traída en andas, silenciosamente. Sus porteadores la depositan sobre una mesa, frente á la concurrencia la triste Faz. Las mujeres la miran con cariño y mueven los labios. Es la Señora, la Patrona. ¡Cuánto ha sufrido!

Después de los rezos, la plática. El misionero está ronco, y al principio se nota el penoso esfuerzo que tiene que realizar para emitir la voz. Estos jesuítas que aquí han venido, al marcharse empalmarán misión con misión, hasta enero. La misión es labor rudísima; hay que tener salud de hierro para tal faena. Se levantan antes de que amanezca para disponerlo todo; por la mañana exhortan, confiesan, dan la comunión, instruyen á los niños, amonestan á los párrocos, ensayan los coros; apenas les queda una hora para comer. Alzados los manteles, ya están en el campo, esperando la marea de la multitud, colocando, poniendo orden. Para ocupar el tiempo que tarda en llegar el último Rosario, guían los cánticos de las muchachas, que contesta el pueblo; rezan las Letanías, la Salve; piden por que la guerra se acabe felizmente. Cuando ya la concurrencia difícilmente podría aumentar; cuando se han sosegado las parlanchinerías y mosconeos de las mujeres que se empujan y se disputan el sitio desde donde mejor se ve, la campanilla repica y la voz se eleva, resquebrajada, luchando con un principio de afonía. Poco á poco, las cuerdas de la laringe van calentándose, y sale la voz más clara, más extensa, más sonora. Se oye con profunda atención: si hay alguien que converse, le acallan los siseos.

¿Sobre qué versan las pláticas y los sermones? La plática es más familiar; recae en temas accesibles á la comprensión de los aldeanos; el sermón se remonta, y sin género de duda produce menos efecto. De política, ni rastro. En este particular, creo que la misión hasta exagera la nota de abstenerse y huir del terreno peligroso. Apenas una ligera alusión, sin nombrar, una exclamación de pena por los sucesos de Barcelona; tan rápida, tan insignificante, que ni creo haya llegado á percibirla la gente del terruño, remisa en comprender lo que se dice á medias.

El lenguaje de los misioneros no es generalmente ni figurado ni elevado. Hablan de lo corriente en términos muy usuales. Lo hacen, sí, con vehemencia y ardor, y ese es acaso el secreto de su éxito, de que aumente la concurrencia hasta no caber, de que se confiesen y comulguen á millares, aquí mismo, en el campo, en improvisadas rejas. La pasión es contagiosa, y la oratoria de los misioneros apasionada, realista. Muchas cosas las designan, no sólo por su nombre, sino por su nombre más expresivo y gráfico. Esas grandes realidades de la vida humana—el pecado, la culpa, la muerte—aparecen de relieve, con violento claroscuro. Hablan al aguafuerte. Y en medio de esta oratoria trágica, en la cual los «ejemplos» tienen el atractivo de lo maravilloso, se entreveran notas humorísticas, cuentos realmente divertidos y narrados con buena sombra, que por un momento alegran con gesto de risa los semblantes graves, sombríos, los ojos lacrimosos.

Naturalmente, las moralejas fueron para aldeanos, porque el «señorío» venido de los cercanos Pazos, quintas y chalets estaba en minoría; hubiese sido preciso además hablarle de otro modo, tocar otros registros. Un punto en que los misioneros insistieron fué el de la blasfemia. Y les encontré indulgentes con las interjecciones españolas, que no les parecían cosa grave. Respeto su criterio, pero creo que blasfemia é interjección son hermanas. El que se habitúa á soltar las unas, soltará las otras. No son las interjecciones un desahogo, una válvula de seguridad que prevenga la blasfemia: son, al contrario, el resbaladero por donde la blasfemia se desliza. La boca ha de ser limpia en todo, ó en nada lo será.

Tan maquinalmente como el hombre brutal lanza la interjección no atribuyéndole importancia alguna, arroja luego la blasfemia, sin creer tampoco que eso merezca la pena. Por otra parte, la interjección es siempre una obscenidad. Mientras el pueblo cultive la interjección, estará con el pie derecho dentro de la barbarie. Esa interjección, relleno y barniz del lenguaje popular, les familiariza con el cinismo; esa interjección la pintará en la pared, la aplicará al insulto, la repetirá en familia, la pronunciará ante la mujer, hiriendo su pudor, y no se le caerá ya de los labios. La interjección es la blasfemia *humana.*

Y ciertamente la blasfemia corroe como una lepra, mancha como un estigma la frente de nuestro pueblo. Un pueblo que no destierra de sus costumbres la suciedad del habla, luchará en balde para ser un pueblo culto. La ecuanimidad, la dulzura, la misma alegría y placidez del vivir, son incompatibles con la blasfemia. Apenas terminada la misión, oímos, en nuestro prado, que difumaban las nubecillas de humo rastrero de la *roza*, una sarta de inmundas blasfemias. Saltamos, corrimos á reprender, á expulsar al blasfemo—nadie debe tolerar que en su casa se hable así—y encontramos á dos trabajadores que luchaban; de la frente del uno manaba sangre ya. La blasfemia había sido, como suele, el anuncio del delito, fácil de transformar en crimen. La ley ha sido aplicada al culpado, y ojalá le corrija. Siempre que escuchéis blasfemar, temed que la sangre corra. Acaso la blasfemia disminuya, si en todas partes la castigan con multa, como aquí se hace. Por cualquier medio hay que redimir á España de la ignominia de la blasfemia, sanearla del paludismo de la interjección.

Hablaron los misioneros también del lujo... ¿Del lujo, en la aldea?, diréis. Sí; en la aldea como en Niza, y casi diré que más, el lujo es un problema contemporáneo. En otro tiempo, el traje de gala de la aldeana costaba un pico; pero duraba, tal vez, dos generaciones, y era precioso, de un colorido encantador, de una gracia arcaica y señorial á la vez. El lindo dengue rojo, el bordado pañuelo, las gayas cintas que sujetaban el *mantelo* ó manteo, la saya de grana, las patenas y *sapos* de oro, constituían un conjunto digno del pincel. Todo eso cayó en el olvido. La tradición feneció. Las parejas que á veces, en tiempo de fiestas, bailan para amenizar un número, son de guardarropía. Ninguna rapaza quiere usar el dengue, el pañuelo de ramos, la patena afiligranada, el zapato amarillo de lazo azul. No hay sastre, no hay costurera que sepa dar su corte bizantino al manteo. En cambio, pululan las modistas, se multiplican las tiendas de géneros y adornos, los figurines hacen su invasión en la existencia labriega. ¡Y qué invasión! ¡Qué caricatura!

Todos los días de trabajo, en mi parque, una hilera de mozas acarrean tierra en cestos ó pajes, de un desmonte á una hondonada que es preciso rellenar. Van contentas, activas, descalzas, sin medias, con unas haldillas de percal roto, con unas chambras desvaídas, y su pelo, revuelto y embutido de tierra, se pega á su cuello húmedo de sudor. Cuando se dedican á este trabajo, se comprende que estas muchachas no han aprendido labor alguna superior á su condición de aldeanas; que ni saben de plancha, ni de costura, ni de servicio doméstico. Su porvenir es casarse con un labriego también, apilar el estiércol, sallar el maíz. Y viene el domingo, y empieza el reinado del figurín—el reinado de las modistas locales.—El pelo ayer terroso aparece salpicado de peinetas de estrás; el cuerpo ayer libre, á gusto en la pobre ropa, se encaja reventando en un corsé de estos de tubo, con ligas rizadas; el traje es de los estrechos, «princesa,» con entredoses de tres dedos de ancho. Un cinturón de seda rodea la rígida cintura. Un imperdible de imitados zafiros la prende. La bota es de charol, y espero el momento en que la mano se cubra con el guante...

No necesito decir lo ridículas que están las florecillas campestres, á veces tan frescas y bonitas, con este disfraz de Carnaval... No necesito insinuar cómo se advierte que son de monte y no de estufa... No necesito explicar lo que se nota que les falta, y el indiscreto revuelo de las faldas denuncia; el verdadero lujo de la mujer de esfera superior, el lujo íntimo y reservado, sin el cual el traje «de moda» es meramente grotesco...

Y los misioneros se lo gritan. «En esa vana tentativa de vestir como las señoritas y las señoras, derrocháis lo que os haría falta para comer nutritivamente, para tener un pequeño peculio cuando os establezcáis, para el mueble indispensable, para el ganado que os ayuda á vivir, para tantas necesidades y tantas conveniencias.» Pero ¿qué puede un misionero contra la modista? No es sólo en la perfumada acera de la rue de la Paix donde truenan Paquin, Laferrier y Vorth; no es sólo en los salones, en los grandes teatros vibrantes de esplendor, de arte y de magnificencia; no es sólo en los casinos internacionales donde el lujo desequilibra y absorbe el jugo del trabajo... También en esta aldea riente, humilde, al extremo de la península, Eva oye á la serpiente, y todo lo conseguirán los Padres... excepto quitar moños.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

FAMILIA RURAL. HISTORIA VULGARÍSIMA, por Juan B. Enseñat



La *Garbulla* hizo á pie, con la pesada carga de dos cestas llenas de mercancías, los cinco kilómetros de ida...

La *Garbulla*, vieja apergaminada y amarilla que aún me parece estar viendo y de la cual recuerdo hasta los menores detalles, aunque hace años que yace, tiesa y rígida, en su ataúd de pino mal pintado de negro, fué en sus buenos tiempos una mujer activa, enérgica y animosa. La conocí en el declive de su laboriosa vida, cuando yo entraba en la juventud.

La vieja Eulalia Roca, que estos eran el nombre y apellido de la que todo el mundo designaba con el apodo de *Garbulla*, vestía eternamente una falda de lana burda color de chocolate, un corpiño negro, una pañoleta de punto, negra también, cruzada sobre su descarnado pecho, un pañuelo de seda de varios colores indefinibles por la cabeza y zapatos de cuero terroso con doble suela claveteada.

A todas horas del día y aun parte de la noche se la oía gritar, chillar y gañir, tratando con más rudeza á su familia que á sus animales, pues estimaba, y con razón, que un buey descornado no encuentra comprador, mientras que un mozo perniquebrado ó tuerto encuentra siempre mujer, con tal de que tenga algunas peluconas (aún las había entonces) y buenas tierras de sembradura.

Lorenzo, el marido de la *Garbulla*, había abdicado, desde el día de su matrimonio, toda su autoridad en la imperiosa consorte. Él era hombre de trabajo y ella mujer de gobierno. La única superioridad que ella le reconocía era el mérito honroso de haber sido sucesivamente padre de cinco varones, que ella dió á luz con un estoicismo asombroso y con una alegría tan poco expansiva como intensa. Dos de los hijos habían muerto á los pocos meses de nacer; pero le quedaban tres, no tan fibrosos como ella, pero bastante fuertes para las faenas del campo.

La *Garbulla*, que hablaba sentenciosamente cuando estaba de buen humor, decía señalando á sus tres hijos: «Hay hombres como torres que no valen lo que éstos para el trabajo. De mis hijos puede decirse que si no tienen buena planta, tienen buenas obras.»

El caso es que los tres hijos de la *Garbulla*, Juan, Lorenzo y Miguel, crecieron menos en el santo temor de Dios que en el temor de su madre. No se ocupaban del primero más que los domingos y fiestas de guardar, yendo á misa por no faltar al precepto y porque siempre, en el recogimiento de la iglesia, durante el divino oficio, se les ocurrían ideas de provecho. Pero respecto á la *madre*, era otra cosa. Ella mandaba y ellos obedecían sin chistar. Cierto es que la autoritaria mujer trabajaba rudamente para sus hijos y que éstos lo comprendían.

Durante quince años y seis veces por semana, la *Garbulla* hizo á pie, con la pesada carga de dos cestas llenas de mercancías, los cinco kilómetros de ida y los cinco de vuelta que separan la aldea de la ciudad vecina; y en el mercado de la consumidora urbe disputaba horas enteras por dos ó tres perras chicas con las amas de casa que le regateaban un pollo, una docena de huevos ó un kilogramo de guisantes.

El resultado fué que atesoró lo bastante para comprar una pequeña finca, situada en las inmediaciones de su aldea y compuesta de seis mojadas bien cumplidas de tierras de pan llevar y de una casa rústica, pero vasta y relativamente cómoda, donde la familia, después de instalarse en ella, pudo decir con un respiro de profunda satisfacción: «¡Ah, por fin estamos en nuestra casa!»

No por esto los tres hijos de la *Garbulla* dejaron de trabajar á jornal en las fincas inmediatas. Desde entonces adoptaron el sistema de levantarse algo más temprano y acostarse un poco más tarde, robando al sueño las horas necesarias para el cultivo de su tierra.

Una mañana encontraron al padre muerto en su cama. El médico certificó que aquella muerte repentina había sido natural. Los hijos lo enterraron é hicieron celebrar en sufragio de su alma un funeral de los más económicos, pero ninguno reclamó su parte de herencia á la madre.

Ocho meses después, Juan, el hijo mayor de la *Garbulla*, se casó con una de las hijas del carpintero del lugar, morena corta de genio y de estatura, de la cual se contaban ciertas historias poco edificantes y la leyenda de que sería rica á la muerte de un comandante de infantería retirado, solterón que en sus mocedades había sido gran amigo de la madre de la muchacha.

Lorenzo pensó que su hermano le había dado buen ejemplo, y lo siguió casándose con la hija única de un labrador vecino que pasaba por hombre adinerado.

Ambos matrimonios se habían concertado por consejo y á gusto de la *Garbulla*, que así veía en perspectiva el crecimiento de la hacienda administrada en común. No medió lo propio con el casamiento de su hijo menor. Miguel se enamoró de una linda muchacha, huérfana de padre y madre, que servía de vaquera en su cortijo de la comarca. Todo el mundo se hacía lenguas de su discreción y honradez, pero era pobre como las ratas, circunstancia por la cual la *Garbulla* negó su consentimiento para el matrimonio. Miguel tuvo que apelar á los medios legales para casarse con la Mariona, que así se llamaba la simpática huérfana. No siendo ésta admitida por su suegra, los jóvenes esposos no tuvieron más remedio que poner casa aparte. Miguel reclamó lo que le correspondía de la herencia paterna. No se lo negó la *Garbulla*; pero se dió ésta tal maña en la presentación de cuentas, que la parte correspondiente á su hijo menor quedó reducida á unos cuantos centenares de pesetas, que apenas bastaron para la instalación del nuevo hogar.

Sin embargo, el joven matrimonio vivió holgadamente durante una larga luna de miel, pues ambos esposos ganaban buen jornal, y á los tres años vieron colmada su dicha con el nacimiento de un hijo hermoso y robusto, al que pusieron por nombre el de su difunto abuelo paterno.

Pero ¡ay! aquella felicidad duró poco. Miguel murió accidentalmente en el vuelco de una carreta cargada de sillares que él conducía, y desde aquel momento empezó para la Mariona, que criaba al pequeño Lorenzo, una serie de penalidades indecibles, penalidades que no acabaron hasta que el niño, convertido en mozo fuerte, ágil, laborioso é inteligente, empezó á ganar su propio sustento y el de su madre trabajando de agricultor en la granja donde la viuda había vuelto á encontrar su antiguo empleo de vaquera.

Los matrimonios de Juan y de Lorenzo no habían roto la unión de la familia que vivía bajo el mismo techo y bajo la autoridad de la vieja *Garbulla*. La agregación de las nueras no ocasionó mayor gasto, pues se alimentaron más sobriamente y vistieron con más sencillez. Su avaricia aumentaba con la edad.

Cuando murió la madre, Juan y Lorenzo hubieran creído ofender su memoria si no la hubiesen amortajado con la sábana más vieja de la casa.

Después del fallecimiento de la vieja, se aplicaron más que nunca á la tarea de arrancar á su propiedad todo lo que podía dar de sí. Los payeses avaros los citaban como ejemplo á sus trabajadores. Rápidamente encanecieron y se encorvaron de espaldas. A fuerza de inclinarse hacia el suelo, adquirieron la actitud de las acémilas, y la señal distintiva de su raza iba á ser la decrepitud precoz.

Dos años después de su matrimonio y casi al mismo tiempo, sus mujeres dieron á luz dos criaturas raquíticas de sexo diferente, que no hubieran sido viables en otro punto donde no se respirase el aire vivificante del campo. Hubo necesidad de cuidados infinitos para salvar al niño enteco de Juan y á la arañita de Lorenzo. No obstante, los chiquillos fueron creciendo como por milagro, y cuando el varón hubo cumplido once años y hecho su primera comunión, Juan, que quería darle una carrera lucrativa, lo envió á los Escolapios de la villa.

En cuanto á la hija de Lorenzo, se la tuvo algún tiempo de pensionista en un colegio de religiosas, del cual volvió hecha una señorita, que desdeñaba el pañuelo con que antes se cubría la cabeza, y usaba sombreros tan recargados de flores, que parecían jardines andando. Lo cierto es que causó la admiración de sus padres y de sus tíos. Juan la encontró tan graciosa, que concibió el proyecto de casarla con su hijo.

El otro día encontré al joven estudiante, corto de estatura, desmirriado, rubio, medio calvo, seco, bilioso, de mirada oblicua, cursilmente vestido á la última moda. Se me acercó y hablamos.

—¿Qué tal?, le pregunté. ¿Qué es de su vida?

—Tomé el bachillerato, contestó, y antes de un año seré procurador. Es una buena profesión, con la cual se gana mucho dinero, ¿verdad?

No contesté, pero me puse á examinarlo.

Mientras él hacía sonar la palabra *dinero* como si cada una de sus letras hubiese valido cincuenta duros, se le encandilaron los ojos amarillentos con un brillo que recordaba el del oro, y volvió á bajarlos de repente como si hubiese querido ocultarlos bajo tierra.

—No creo que me vaya mal, añadió. Tan pronto como sea procurador me casaré con mi prima, con lo cual reuniremos la fortuna de cuatro familias, que pasará de treinta mil duros; conque me parece que no nos moriremos de hambre.

—¿De modo que no piensa usted cultivar personalmente sus tierras?

—¿Yo payés?, replicó casi indignado; ¡nunca! Cuando mueran los viejos tomaré un mayoral. Ya tengo hecha mi elección. ¿Sabe usted de quién cuento echar mano?

—¡Qué voy á saber!

—Pues tomaré por mayoral á mi primo Lorenzo, el hijo de mi tía Mariona. Es un buen trabajador y un chico de toda confianza. ¿Qué le parece á usted mi elección.

—Excelente, y sobre todo reparadora.

—¿Reparadora?, preguntó volviendo á abrir sus ojos amarillentos sin acertar á comprender mi frase.

Y le volví las espaldas, dejándolo con la boca tan abierta como los ojos.

(Dibujo de Sardá.)

En la taberna, cuadro de Claus Meyer

BURDEOS.—LA FIESTA DE LA VENDIMIA

Hace algunos meses, el diario de Burdeos *La Petite Gironde* emitió la idea de glorificar en grandiosas fiestas las fuentes de riqueza de la región de la Gironde y en particular el vino. Poco después habíase constituído un sindicato de garantía para desarrollar el proyecto, que desde los primeros momentos contó con las simpatías de todas aquellas comarcas, y en poco tiempo los productores y los comerciantes girondinos reunieron 500.000 francos para su realización.

Esto sucedía en el mes de junio último y las proyectadas fiestas habían de celebrarse en la primera quincena de septiembre; pues bien, en estos tres meses los organizadores han realizado verdaderos milagros: han conseguido una ópera inédita en tres actos de Caín y Erlanger; han levantado un teatro al aire libre con cabida para 25.000 espectadores; han contratado á eminentes artistas, una orquesta de doscientos profesores, un nutrido cuerpo de baile y una numerosa comparsería, y han dispuesto una cabalgata alegórica que ha sido la admiración de cuantos la han visto.

Las fiestas, en efecto, comprendían dos números principales, la antedicha cabalgata y la representación de la ópera en tres actos titulada *Bacchus Trionphant* en las Arenas de los Tresbolillos.

La cabalgata formábanla veintidós carros pintoresca y artísticamente decorados y ocupados por hermosas figurantas, en los cuales estaba, por decirlo así, representada toda la geografía del Bordelés y estaban personificados los productos de la provincia y sobre todo las marcas más famosas de sus vinos. Entre aquellos carros llamaban particularmente la atención el de Saint Emilión, con sus cuatro vendimiadoras cobijadas bajo el ruinoso claustro de los Franciscanos; el del Medoc, con sus muchachas tocadas con sombreros de paja y encajes; el de Graves, en forma de taberna del siglo XVII concurrida por lansquenetes á quienes servían el grueso tabernero y su gentil esposa; el del Cognac, figurando un alambique escoltado por cuatro bellas damas vestidas de raso; el de la ciudad de La Reole, hermosamente adornado; el de la Resina, rodeado de jinetes de la comarca de Dax; el de Marennes, con sus lindas recogedoras de ostras; el del Sindicato de Burdeos, con su grandioso tonel; el del Corcho y del Tapón, el de la Botella, el de los Instrumentos agrícolas y vinícolas, el de Baco, el de Ceres y finalmente la gran carroza de la Vendimia, en donde iba la reina de la fiesta, simbolizando la Gironda, acompañada de damas y caballeros vestidos con ricos trajes de la época de Luis XV.

La ópera de Caín y Erlanger la componen tres cuadros: el primero, las fiestas de la Tierra, es una evocación de Baco y de Ceres; el segundo representa el asedio de Burdigala, la antigua Burdeos, por los hunos, á quienes vence una doncella gala con sus súplicas y con la entrega de ánforas llenas de vino del país; el tercero es puramente decorativo, un pretexto para presentar coros, bailes, las estaciones y los dioses de la mitología, etcétera, que concurren al triunfo de Baco.

El poeta ha conseguido perfectamente el fin que se proponía; en su poema hay grandes alegorías, sentimientos sencillos y generosos, indicaciones pintorescas á propósito para el escenario en que debía representarse. Lo propio puede decirse de la partitura de Erlanger, clara, sonora, vigorosa, entusiasta y admirablemente instrumentada.

La ejecución ha sido irreprochable: la señora Felia Litvine, de la Opera de París, la señorita Chenal, los Sres. Muratore y Claverie y la notable bailarina señorita Badet rayaron á gran altura en la interpretación de sus respectivos papeles.

El éxito de las fiestas de Burdeos ha sido grandísimo y para presenciarlas han acudido á aquella ciudad millares de forasteros procedentes de toda Francia, que han prodigado entusiastas aplausos á cuantos han tomado parte en la cabalgata y en la representación de *Bacchus Trionphant*.—T.

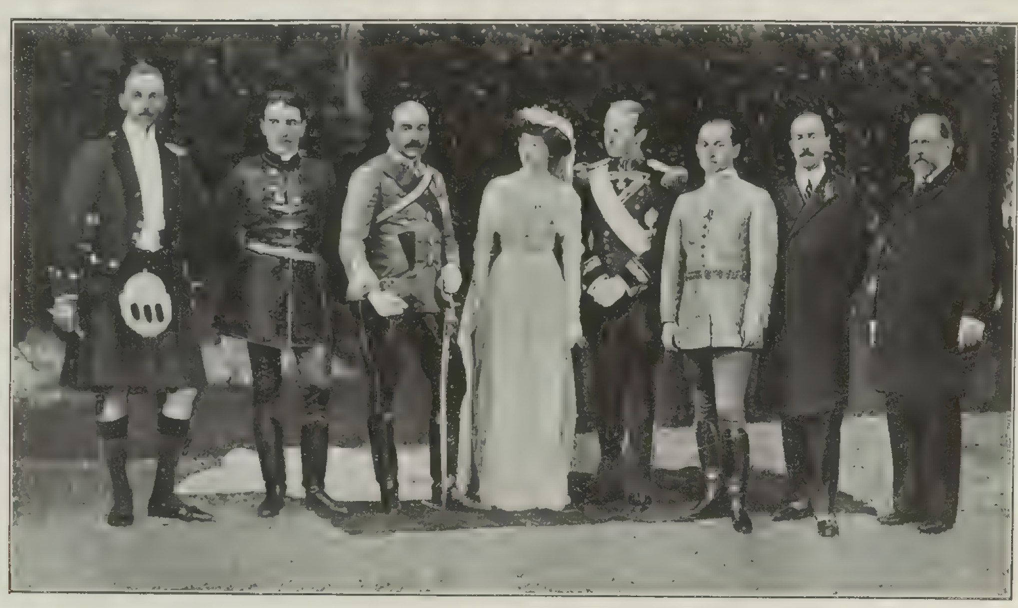
BURDEOS. — LAS FIESTAS DE LA VENDIMIA. (De fotografías de Rol, Trampus, Branger y Royer.)

LA CABALGATA ALEGÓRICA
DE LOS PRODUCTOS NATURALES DE LA GIRONDE

REPRESENTACIÓN
DE «BACCHUS TRIOMPHANT» EN LAS ARENAS



LA CABALGATA ALEGÓRICA. Carroza de las reinas de la fiesta. — Carroza alegórica de la ciudad de La Reole. — Carroza del Sindicato de Burdeos y del Sudoeste. — REPRESENTACIÓN DE «BACCHUS TRIOMPHANT» EN LAS ARENAS DE LOS TRESBOLILLOS. Dúo de Sileno y la Tierra (primer acto). — Danza de la Voluptuosidad (primer acto). — *Baco* (Sr. Muratore). — Los autores del poema y de la música Sres. Caín y Erlanger, y las principales intérpretes de la obra señoras Badet (*La Voluptuosidad*), Litvine (*Ceres*) y Chenal (*Doncella gala y Primavera*). — *Sileno* (Sr. Claverie). — Escena del segundo acto. — Escena del tercer acto.



Boda del príncipe D. Miguel de Braganza con la señorita Anita Stewart, celebrada en Dingwal (Escocia).—Los personajes retratados son, de izquierda á derecha: R. W. Stewart, hermano de la novia; el conde de Czeconfes; el duque Braganza, padre del novio; la novia; el novio; el conde de Sigray; el príncipe D. José de Braganza, hermano del novio, y D. Alejandro Saldanha de Gama. (De fotografía de Carlos Trampus.)

BODA DEL PRÍNCIPE D. MIGUEL DE BRAGANZA

El día 15 de este mes efectuóse en Dingwall (Escocia) el enlace del príncipe D. Miguel de Braganza, nieto del que fué rey de Portugal y primogénito del actual representante del llamado partido legitimista, con la señorita Anita Stewart.

La diplomacia inglesa opuso, en un principio, algunas dificultades á que se efectuase esa boda en aquel país, tan íntimamente unido con la actual dinastía reinante portuguesa, y en vísperas del anunciado viaje á Inglaterra del joven rey D. Manuel de Portugal; pero estas dificultades han quedado allanadas, pues, á instancias del emperador Francisco José de Austria, el novio ha renunciado á sus pretensiones al trono y además ha cambiado de título y de nacionalidad, proponiéndose residir en Viena con el nombre de duque de Vizea, que el monarca austriaco le ha conferido.

El príncipe D. Miguel cuenta treinta y un años; su esposa, hija de un millonario yanqui, sobre ser joven, inteligente y bella, ha heredado veinticinco millones de francos. La señorita Stewart residía con su madre en un castillo situado en el Norte de Escocia, y la boda se celebró en la capilla aneja al mismo, habiendo asistido á ella un representante del emperador de Austria, los duques de Braganza, la princesa Adelgarda de Borbón, las archiduquesas María Teresa y María Anunciata de Austria, la condesa Tarring, el príncipe José de Braganza, hermano del novio, los condes de Saldeul de Gama y de Gzeconfes y otras ilustres personalidades. Dió la bendición nupcial el obispo de Aberdeen, y después de la ceremonia religiosa se celebraron un banquete y varios festejos de carácter campestre peculiares de la región escocesa.

NOTABLES VUELOS DE SANTOS DUMONT

Después de una temporada de descanso de la aviación activa, durante la cual se dedicó asiduamente á perfeccionar su aeroplano *Demoiselle*, el célebre aviador y aeronauta Santos Dumont ha efectuado recientemente algunos magníficos vuelos, batiendo cuatro *records:* el del menor volumen, el del menor peso, el de la velocidad y el del lanzamiento.

Santos Dumont, á quien con razón se denomina el más atrevido de los aviadores, habíase instalado en Sain-Cyr para proseguir allí sus experimentos de aeroplano reducido al mínimo y por ende más accesible y mejor manejable que los otros aparatos de esta clase. A pocos kilómetros de su cobertizo, junto á los pantanos de Buc, había construído el suyo otro aviador, Mauricio Guffroy, para ensayar su monoplano Esnault-Pelterie. Los dos aviadores se visitaban á menudo en automóvil; pero considerando que este sistema de locomoción era impropio para visitas entre aviadores, apostaron cincuenta luises en favor del primero que visitase á su vecino por el camino de los aires.

El día 13 de este mes, Santos Dumont, satisfecho del nuevo motor Darraq, de dos cilindros horizontales y 30 caballos de



El aeroplano *Demoiselle*, en el que Santos Dumont ha batido recientemente cuatro *records.* – Santos Dumont (×) conversando en Saint-Cyr con los Sres. Darraq (1), constructor del motor del *Demoiselle*, y Ribeyroles (2), ingeniero de la casa Darraq. (De fotografías de M. Rol.)

fuerza, montó en su *Demoiselle* n.º 19, y elevándose á 60 metros, atravesó como una flecha el valle del Bievre y descendió suave y graciosamente como una libélula delante del cobertizo de Guffroy. Había empleado cinco minutos en recorrer ocho kilómetros, de manera que había volado á razón de 90 kilómetros por hora, ganando, no sólo su apuesta con aquel, sino además otra con Farmann, quien había asegurado que Santos Dumont no podría volar con su pequeño aparato, que no tiene más de 9'50 metros cuadrados de superficie. Al propio tiempo había batido los *records* de la velocidad, del menor volumen y del menor peso, puesto que su aparato sólo pesa 118 kilogramos, aviador inclusive.

No contento con esto, dos días después se propuso batir el *record* del lanzamiento, que hasta ahora pertenecía á Curtiss, quien, en el *meeting* de Brescia, había conseguido elevarse al aire á los 80 metros de tomar impulso. En efecto, dispuestas en el suelo unas tiras de papel de 20 en 20 metros, Santos Dumont se elevó después de los primeros 20, rozó luego las dos tiras siguientes y emprendió definitivamente su vuelo á la mitad de la cuarta, es decir, á los 70 metros.

Tales son las nuevas hazañas realizadas por Santos Dumont con esa sencillez maravillosa, esa intrepidez y esa habilidad que han valido al célebre aviador sus más importantes victorias. Después de haber inventado el dirigible más pequeño y realizado los primeros vuelos comprobados en Francia, después de los ensayos del *Avión*, abre hoy en día un nuevo camino á los aviadores, el de los aparatos de pequeña superficie y de gran velocidad, camino que podrá seguirse tanto más fácilmente cuanto que Santos Dumont, renunciando con generosidad poco común á todas las patentes, pone su invento á la disposición de todo el mundo.

– Este es mi aparato, ha dicho; que lo construya quien quiera, pues á nadie prohibo el hacerlo. Abandono todas las patentes, pues me basta la satisfacción de haber conseguido mi objeto creando el *baby* de la aviación.

La *Demoiselle*, además de sus excelencias técnicas, es indudablemente el más elegante y gracioso de todos los aeroplanos hasta ahora construídos. – S.

LA CAMPAÑA DE MELILLA

El día 20 de este mes prosiguió el movimiento de avance combinado, pues mientras unas fuerzas operaban por la parte Oeste de Melilla, en dirección al cabo Tres Forcas, otras avanzaron desde Punta Quiviana hacia Zeluán.

En las primeras horas de la mañana salieron de la plaza parte de las dos brigadas Morales y Alfau, de la división Tovar, y de la brigada de Melilla, del general del Real, formando un conjunto de 5.000 hombres de á pie, siete baterías con 28 piezas y dos escuadrones y medio con 350 jinetes. Apenas se inició el movimiento de marcha, la artillería del fuerte Camellos, de Cabrerizas Altas y de Sidi Guariach abrieron un fuego vivísimo sobre las alturas de Benisicar, donde había numerosos cabileños, consiguiendo que los moros rebeldes se corrieran hacia el campo y los moros amigos de España hacia la plaza.

Entre tanto el *Carlos V* y el *Extremadura* recorrían la costa cañoneando los aduares, y el *Pinzón* y el *General Concha* se situaron en la ensenada de Charranes.

La brigada Alfau ocupó Jatel y la Morales Taxdirt. Esta última, al hacer un extenso reconocimiento, fué hostilizada desde posiciones dominantes, que tomó con escasa resistencia; pero habiendo engrosado luego el número de enemigos, fué preciso hacer entrar en fuego nuevas fuerzas de infantería y artillería y el escuadrón de Alfonso XII, que dió algunas cargas brillantísimas peleando cuerpo á cuerpo con los rifeños.

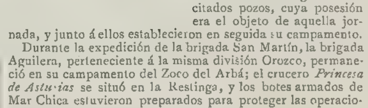
Durante esta operación el general Marina permaneció entre las dos brigadas, y el general del Real quedó encargado de asegurar la línea de comunicaciones.

Nuestras tropas conservaron las posiciones conquistadas, lográndose de este modo el objeto que con aquella operación se propuso el general Marina, es decir, cortar las comunicaciones entre los cabileños y el cabo Tres Forcas.

En aquel combate nuestras bajas fueron 19 muertos y un centenar de heridos. Las de los moros debieron ser mucho más numerosas, pues la artillería y la caballería les castigaron duramente.

Por su parte, la brigada San Martín, de la división Orozco, al mando de este general, salió aquella misma mañana de Punta Quiviana y avanzó en perfecto orden sin divisar al enemigo. Cuando la columna estaba á un kilómetro de los pozos de Aograz, aparecieron á lo lejos algunos grupos de jinetes moros, á quienes puso pronto en fuga nuestra artillería, obligándoles á retirarse hacia Zeluán. Poco después, nuestras fuerzas llegaron á los citados pozos, cuya posesión era el objeto de aquella jornada, y junto á ellos establecieron en seguida su campamento.

Durante la expedición de la brigada San Martín, la brigada Aguilera, perteneciente á la misma división Orozco, permaneció en su campamento del Zoco del Arbá; el crucero *Princesa de Asturias* se situó en la Restinga, y los botes armados de Mar Chica estuvieron preparados para proteger las operaciones de las fuerzas de tierra. – R.



La campaña de Melilla. – Misa de campaña en un campamento
(De fotografía de M. Asenjo.)



La campaña de Melilla. – Artillería de montaña preparándose para hacer una salida contra el enemigo
(De fotografía de M. Asenjo.)



La columna en marcha hacia Beni-kiatan



Descanso de la columna en la altura de Sebel Snun



La columna junto al arroyo de Sidi Ibrahim

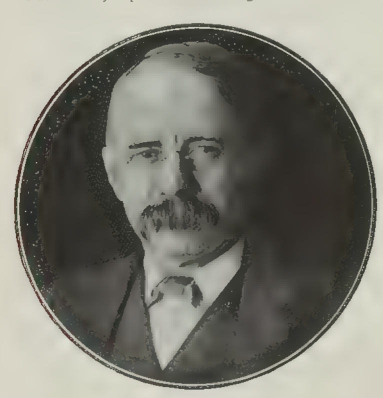


El marabut de Sidi Ibrahim

MR. EDUARDO H. HARRIMAN

En su magnífica posesión de Arden ha fallecido uno de los más poderosos hombres de negocios de los Estados Unidos, Mr. Eduardo H. Harriman, llamado el rey de los ferrocarriles. Tiempo hacía que se hallaba enfermo, y últimamente estuvo en Europa á fin de consultar con algunas eminencias médicas; pocos días después de su regreso á su patria falleció, cuando se le creía notablemente mejorado.

Hace quince años, Mr. Harriman era agente de cambio en Nueva York y el público americano ignoraba su nombre; en



Mr. Eduardo H. Harriman, el llamado rey de los ferrocarriles, fallecido el día 9 de los corrientes en su posesión de Tuxedo Park, en Arden (Nueva Jersey, Estados Unidos). (De fotografía de Carlos Trampus.)

1897 estaba en quiebra la «Union Pacific,» dueña de la línea de Nebraska á Utah, y Mr. Harriman, concibiendo el proyecto de hacer de aquel ferrocarril la clave de una red continental, dirigióse en demanda de apoyo á Mr. Pierpont Morgan. Este consideró fantástica la idea, y entonces Mr. Harriman solicitó y al fin obtuvo de la compañía «Standard Oil» los millones que necesitaba para llevar su plan adelante.

En aquella época, Hill, jefe del «Great Northern,» y su aliado Stuyvesant Fish, presidente del «Illinois Central,» monopolizaban el transporte de los algodones del Sur; Harriman, irritado por aquel monopolio, quiso arrebatarlo de manos de sus detentadores, y después de haber hecho del «Union Pacific» un ferrocarril de doble vía y de haber sucedido á Huntington en la jefatura del «Southern Pacific,» quiso apoderarse de la red ferroviaria del «Northern Pacific,» y en la lucha entablada á tal objeto entre él y Hill, las acciones de esta última compañía subieron en pocos días de 150 á 1.000 dólares.



El velocipedista francés Guignard, que ha corrido en la pista de Munich, el día 15 de los corrientes, 101 kilómetros y 123 metros en una hora, batiendo todos los *records* del mundo. (De fotografía de M. Rol.)

Harriman fué en aquella ocasión vencido; pero lejos de desanimarse, prosiguió su obra por otros caminos, y construyendo nuevas líneas férreas triunfó al fin de su rival y se vió dueño de una red de 50.000 kilómetros de ferrocarriles.

La fortuna que al morir ha dejado se calcula por unos en dos y por otros en cuatro mil millones.

Era tal la influencia que ejercía su personalidad en el mercado financiero norteamericano y aun en el de todo el mundo, que las fases de su enfermedad hacían subir ó bajar en bolsa todos los valores; y para que la noticia de su muerte no influyese en las operaciones bursátiles del día, no se hizo pública hasta las tres y media de la tarde, es decir, después de la hora de contratación, á pesar de haber ocurrido á la una y media.

CARRERAS CICLISTAS

PARÍS: EL BOL D'OR. MUNICH: EL RECORD DE LA HORA

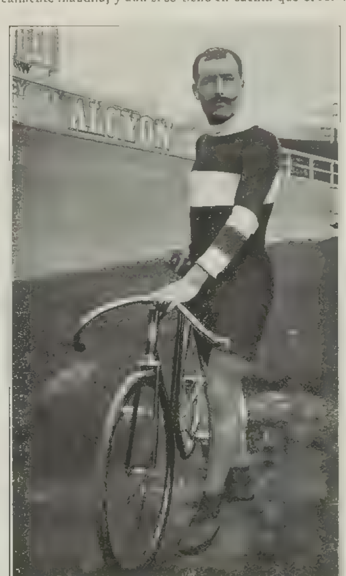
En el velódromo Buffalo de París efectuóse en los días 18 y 19 del corriente la famosa carrera del *Bol d'Or*, que consiste en recorrer el mayor número de kilómetros en 24 horas seguidas. Habíanse inscrito para ella nueve corredores, y ocioso es decir, tratándose de una prueba de esta clase, que todos ellos eran primeras figuras del mundo ciclista: Catteau, Georget, Germain, Combes, Yvy, Lafourcade, Petit-Bretón, Ringeval y Shirley.

La carrera, que dos veces había sido aplazada por causa del mal tiempo, pudo al fin realizarse, aunque en muy malas condiciones, porque á consecuencia de la lluvia la pista estaba muy húmeda, circunstancia que motivó, en primer lugar, que los corredores se sintiesen dominados por el temor de las caídas, en segundo que hasta después de transcurridas tres horas no pudiesen entrar en funciones los tandems entrenadores, y finalmente que el polvillo del serrín, que en gran abundancia hubo de arrojarse sobre la pista para secarla, atacara á la vista de los corredores, de los cuales hubieron de retirarse por este motivo Shirley y Lafourcade en la décima novena y en la vigésima tercera horas respectivamente. Antes habíase retirado, por otra causa, Petit-Bretón, á quien muchos auguraban la victoria.

No explicaremos minuciosamente todas las peripecias de la carrera, y sólo daremos los resultados definitivos: Georget, 845'700 metros; Combes, 807'600; Lafourcade, 752'100; Yvy, 726'600; Germain, 681'000, y Catteau, 554'400.

El promedio de kilómetros por hora recorridos por el vencedor resulta ser de 37'237, y es inferior á los promedios correspondientes á los cuatro últimos años del *Bol d'Or*. En efecto, en 1905, Vanderstuyft corrió á razón de 39'319; en 1906, Pottier, á razón de 38'541; en 1907, Georget, á razón de 37'684; y en 1908, el mismo Georget, á razón de 40'566.

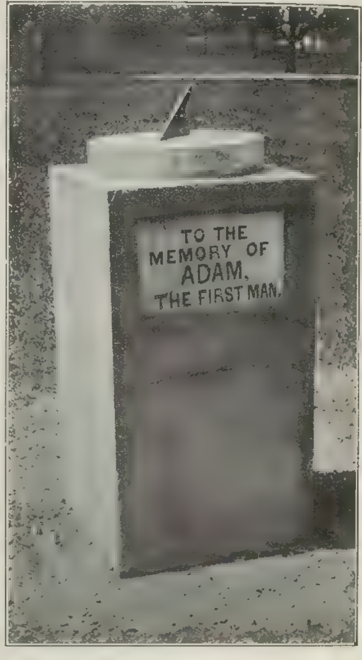
Tres días antes de la carrera del *Bol d'Or*, el corredor francés Guignard realizaba en la pista de Munich una de las mayores proezas que registran los anales del ciclismo, recorriendo en una hora 101 kilómetros y 123 metros y batiendo, por consiguiente, el *record* del mundo de la hora, que había conquistado hace poco más de un año Wills, con 99 kilómetros y 57 metros. La velocidad de Guignard es realmente inaudita, y aun si se tiene en cuenta que el arran-



El velocipedista francés León Georget, que ha ganado, en los días 18 y 19 del corriente, por cuarta vez la carrera del *Bol d'Or*, recorriendo en 24 horas 845 kilómetros y 700 metros (De fotografía de M. Branger.)

que supone un tiempo de velocidad relativamente pequeño y que en los últimos kilómetros retardó su marcha, sin duda por un exceso de prudencia para no malograr al final su victoria, resulta que hubo momentos en que hubo de correr á más de 102 y aun de 103 kilómetros por hora.

Guignard corrió entrenado por Hoffmann, que montaba una motocicleta con motor Anzani de tres cilindros, y como premio de su proeza ha ganado la gran medalla de oro de la Unión Velocipédica de Francia.



Monumento erigido en Baltimore (Estados Unidos) á Adán, el primer hombre, por M. Brady. (De fotografía de R. Fuchs.)

UN MONUMENTO Á ADÁN

En los Estados Unidos, allí había de ser, se ha construído recientemente el monumento sin duda más original de cuantos en el mundo existen, un monumento «á Adán, el primer hombre,» según reza la inscripción puesta en el mismo. Ha sido erigido por Mr. Brady, acaudalado agricultor de Baltimore, el cual justifica su obra diciendo que si tantos hombres tienen su monumento, con mayor razón y más derecho debe tenerlo nuestro primer padre.

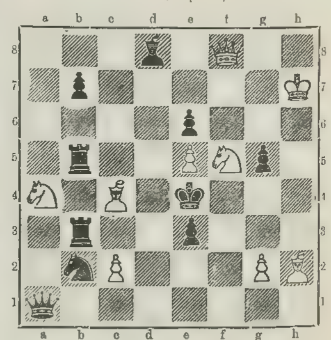
En el monolito que constituye el monumento hay un reloj de sol con esta inscripción: *Sic transit gloria mundi.*

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 528, POR V. MARÍN

2.° premio del Concurso Italiano de 1907.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 527, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Ta4-c4	1. Cualquiera.
2. P, C ó T mate.	

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Ahora su padre, ahuecando la voz, le exhortaba á que tuviese energía, burlándose un poco de sus aires lánguidos.

—No es un hombre, es una damisela... Vamos, señorita, apóyese usted en mi brazo y procure andar.

Pedro se sonreía. Era verdad; sin la ligera barba que le había salido, su rostro hubiera parecido femenino en el conjunto, por su delicadeza.

Por fin dió algunos pasos por el cuarto, apoyándose en los muebles, y estuvo muy orgulloso de aquel esfuerzo.

A pesar de todo, el período de resurrección física y moral fué largo.

A principios de mayo, la suavidad de la temperatura permitió abrir las ventanas al aire libre, y la mejoría del convaleciente se acentuó con rapidez.

Pero el joven conservaba de su profunda sacudida una exasperación todavía enfermiza de sensibilidad. Al menor choque, sus nervios en tensión vibraban, en una súbita angustia. Un organillo en la calle tocando una romanza sentimental le enternecía hasta hacerle verter lágrimas y sumirlo en ensueños.

Entonces bajaba la cabeza, y absorto, con el espíritu errante hacia otros paisajes, evocaba escenas cuyo recuerdo era mal consejero.

En tales días, Pedro estaba más pálido y volvía á tener un poco de fiebre. Pero nunca se le escapó una sola palabra que pudiese revelar sus dolorosos secretos, que creía tan bien guardados.

—Yo le confesaré, había dicho Valeria, pero más tarde, cuando esté más fuerte, del todo restablecido.

Esta época esperada se acercaba muy lentamente. Pero al fin llegó. Enderezóse el cuerpo y se llenaron las mejillas; la mirada recobró en agudeza lo que perdía en profundidad; la juventud triunfaba; el convaleciente, en pie, no tenía ya vértigos, y su voz resonaba, sin respiración corta, sin sofocación, como antes de la enfermedad.

Los médicos cesaron en sus visitas y la alegría volvió á reinar en el hotel de Guibray. El señorito había resucitado.

Una tarde éste pudo bajar la escalera y comer á la mesa; y aquella noche el barón Gilberto destapó una botella de Champaña y brindó por su hijo salvado.

Valeria levantó su copa con entusiasmo; Pedro llevó la suya á los labios y contestó con emoción.

Mientras tanto, tranquilizado respecto á la salud de su hijo, Gilberto de Guibray reanudaba el curso de sus ideas habituales y recaía en sus eternas ambiciones políticas.

Había llegado á los cincuenta años bien cumplidos sin haber podido dar nunca satisfacción á sus deseos secretos. Hacía años que aspiraba á la diputación; pero el partido á que pertenecía por su cuna era poco popular, sobre todo en París. Y fuera de París, la candidatura de Gilberto no tenía siquiera apariencias de razón de ser; no tenía finca alguna en provincias; de modo que sus aspiraciones legislativas no pasaban de ser vanas quimeras.

Pero después de la muerte del tío Jaime, al ver á su hijo readquirir el castillo, el dominio de los ascendientes, concibió una nueva esperanza.

Allí su nombre podía servirle; al menos así lo creía él, y poco á poco esta esperanza creció y se consolidó hasta convertirse en idea fija y principal eje de sus acciones.

Ocultaba sus proyectos á todo el mundo, y principalmente á Valeria, la cual, en su desinterés respecto á la cosa pública, hubiera encontrado mil argumentos contrarios y mil objeciones. Rumiaba á solas sus designios de intriga y porvenir políticos.

A su regreso, Pedro le había desilusionado un poco; el olvido de los campesinos, su indiferencia, el país entero en manos de los Faulque, todo esto era poco á propósito para animarlo. Además, el joven declaraba en voz alta que no quería volver á poner los pies en aquel pueblo maldito; era otra dificultad.

Sin embargo, si esta resolución, como creía la baronesa, no era más que uno de los resultados de una decepción sentimental, quizá cambiaría al cabo de algunos meses de ausencia y á la proximidad del verano.

Entonces el ambicioso reanudaba con más ardor la persecución de su quimera; tanto más cuanto que la época de las elecciones generales se acercaba á grandes pasos. Era el momento de obrar; él había combinado sus planes; volver al castillo, restaurarlo bien ó mal, convocar á los vecinos, dar fiestas, ganar votos y punto concluído.

Con un poco de dinero, con mucha ductilidad y elocuencia, contaba lograr sus fines.

Según él, un solo obstáculo quedaba en pie: ¿se decidiría ó no Pedro á volver al lugar de donde había huído? Sin él, nada era posible. Las intenciones del barón, en caso de presentarse solo, se descubrirían en seguida. Porque ¿con qué pretexto, si no era el de acompañar á su hijo, iba á instalarse en un montón de escombros de donde el frío y el fastidio arrojaban á los jóvenes?

Gilberto no quería solicitar su elección, pretendía que se la ofreciesen. No cedería sino á las numerosas instancias que no podían dejar de asediarle desde el momento que fuese conocido y apreciado.

Por lo demás, ¿no era honroso para una circunscripción el ser representado por un gran señor de su nobleza y de su importancia?

En cuanto al color político bajo el cual se presentaría á los sufragios de sus conciudadanos, se lo reservaba para cuando conociese el espíritu real del país.

En ambos casos, como monárquico, hablando en nombre del pasado, esa grandeza de Francia, ó como republicano, sacrificando su origen á sus principios, haciendo tabla rasa de las preocupaciones caducas, reclamando la igualdad é inclinando voluntariamente su frente de aristócrata al nivel plebeyo de las masas anónimas, había de producir buen efecto.

Este punto no le embarazaba mucho; elegiría según las circunstancias; no necesitaba más de tres meses para tomar el pulso á los campesinos, diagnosticar sus opiniones y reconfortar luego las suyas propias.

La primera cualidad de un cerebro político es el eclecticismo y la aptitud para los cambios de opinión. Él lo sabía muy bien.

Así preparado, estaba impaciente por ponerse en marcha; pero ignoraba los proyectos de su hijo. Interrogó á Valeria.

—Y bien, ¿te abrió su corazón? Ya se halla repuesto y se le puede preguntar poco á poco. ¿Cuenta volver á Guibray? Una temporada de campo no podría menos de sentarle bien y adelantaría su restablecimiento definitivo.

Tendió su bolsillo al miserable, que aceptó el socorro de buena gana

—Te contestaré mañana, replicó la baronesa. He aplazado toda pregunta hasta ahora; pero, en efecto, ya se le puede hablar sin temor. Se halla en estado de soportar cualquiera emoción. Además, como tú dices, una temporada de campo le haría gran bien, pero con nosotros esta vez, ¿no es cierto?

—Sí, sí, aprobó en seguida Gilberto.

Tanto empeño asombró á su esposa, que miró al barón de reojo. ¿De dónde le venía aquel súbito entusiasmo por los campos y la soledad? Aquel deseo novísimo de habitar un caserón sin tejados, con las paredes agrietadas, era muy extraño en Gilberto, amigo de comodidades y temeroso de las corrientes de aire.

Acabó por creer que era simplemente por la salud de Pedro, y la conmovió aquel hermoso sacrificio del amor paterno.

Al día siguiente Valeria se sentó al lado del sillón de su hijo, resuelta á arrancarle uno por uno los secretos de sus tristezas, de sus pensamientos, de sus esperanzas ó de sus desesperaciones.

Muy tierna y mimosa, le cogió la mano y le miró silenciosamente de hito en hito.

Él le sonrió, acostumbrado á estos mimos, sin sospechar que tales demostraciones no eran más que un preámbulo.

Por fin dijo ella lentamente, contemplándole aun:

—Muchacho, ¿ves? El sol ya pica; las plantas florecen, ¿sabes? Si lo único que te echó de Guibray fué el fastidio, ¿por qué no vuelves, con nosotros, con tu padre y tu madre? Respirarías mejor allí, junto al río, en la colina y en el bosque...

Pedro había retirado bruscamente la mano. De pronto pasó por su rostro una nube de tristeza.

—¡Oh, mamá!, ¿qué es lo que usted propone? Usted no sabe...

Ella se hizo la sorprendida.

—¿Qué es lo que yo no sé?

—¡Ah! Ahí está la cosa.

Bajó la cabeza, se quedó pensativo y no dijo una palabra más.

Valeria continuó con mucha ternura y mil precauciones.

—Vamos, ya puedes suponer que arreglaríamos las habitaciones; nos presentaríamos con decoro; invitaríamos á nuestros amigos de París y á los señores de los castillos vecinos.. (sin saberlo ella, sus proyectos coincidían con los de Gilberto). No viviríamos retraídos; todo lo contrario... La estancia resultaría mucho más agradable.

Pedro levantó los ojos, miró, á su vez, resueltamente á su madre y dijo:

—¿Por qué no pensaba usted así el año pasado? ¿Por qué no me acompañaron usted y papá? ¡Ah! Quizá hubiera valido más... Pero entonces no encontraban ustedes palabras bastante despreciativas para burlarse de la ruina y del pueblo. ¿A qué obedece ese cambio? Allí todo está lo mismo. ¿Qué ha cambiado aquí?

El muchacho era lógico, y esta vez la que calló fué Valeria.

Pedro continuó:

—Si, como es posible, la campiña es necesaria para mi restablecimiento, vámonos los tres á cualquier parte, á la orilla del mar; es lo que más me tentaría. Pero Guibray... ¿Por qué Guibray? ¡Supongo que no ha mejorado! Y ya lo tengo por visto, como decía Brice.

—No se aborrece un país, un conjunto impersonal, á tal extremo, murmuró la baronesa.

Pedro sobresaltóse.

—¿Quién le dice á usted que no aborrezco á las personas? ¿Ha olvidado usted los rencores hereditarios? ¿Necesito recordarle los Faulque, su papel antiguo y su papel de ahora? ¿El castillo nuevo en pie, delante del castillo viejo que se cae? ¿No son motivos, éstos, de intolerable angustia? No soy un niño, sin embargo... Donde yo renuncié, cualquier otro hubiera hecho lo mismo... Después de mi enfermedad, mis ideas se han modificado mucho, en muchos sentidos; pero sobre un punto, siguen siendo las mismas. ¡Mi cólera, mi... sufrimiento... en ese horrible país!

Y se animaba, erguido, vibrante, herido en el corazón; secretamente satisfecho quizá también de hablar con entera libertad de cosas ocultas que le ahogaban.

—No, añadió; volver allá sería una cobardía; sólo recogeríamos ridiculeces y humillaciones. La revancha del pasado. El destino, equitativo tal vez, quiere que los hijos sean humillados y mortificados, allí donde sus padres triunfaron, rebosaron de orgullo y reventaron de vanidad en su dominación. ¡Que la ruina se desmorona, que los campos siguen en barbecho, no quiero saber más lo que allí pasa!

Su vehemencia, en sí misma, carecía de sinceridad. Todas estas razones eran de un valor discutible.

La baronesa arriesgó el gran golpe: Pronunció como por casualidad.

—¡Oh, esos Foulque!; ¡que aún tengamos que tropezar con ellos al cabo de cien años!

Luego, sin parecer dar importancia á su pregunta, que podía tomarse como continuación natural de sus pensamientos, añadió:

—Clemente Faulque, ¿no tiene una hija?

Pedro se puso encarnado como una amapola, y balbuceó:

—Sí, sí, una hija.

—¿Cómo se llama?, insistió Valeria con la vista al suelo.

Él hizo un esfuerzo y contestó:

—¡Bertilla!

Pero esta palabra, sin duda, le abrasó los labios y le crispó la garganta, pues se echó atrás en su sillón y entornó los ojos murmurando:

—Usted dispense; siento una gran fatiga.

Y cortó la conversación. Su madre no había averiguado nada; sin embargo, tenía la convicción profunda de que su pobre hijo sufría de una pasión más terrible de lo que ella se había figurado, pues para defender así su secreto y emocionarse tanto al pronunciar un nombre, era necesario que estuviese herido en lo más profundo del corazón, y sólo se podían prever tristes consecuencias de la aventura.

—Y bien, preguntó Gilberto, ¿qué te ha dicho?

—Nada, replicó la baronesa, confesándose vencida. Aún dice que no quiere volver á ver Guibray... Pero es posible que, dentro de ocho días, nos suplique que le acompañemos allá. Hay tormenta, por consiguiente hay también vientos contrarios.

Gilberto puso mala cara; el tiempo volaba, y todo aquello era tiempo perdido. Dejó pasar algunos días, y volvió luego á las andadas, aprovechándose de un incidente de que no se había hecho caso.

Durante las horas más trágicas de la enfermedad de Pedro, había recibido una carta timbrada en la administración de correos de Guibray y dirigida á él.

Un campesino, el viejo Mignot, había muerto. Este hombre, poseedor de un pedazo de tierra enclavado en el antiguo dominio, no había querido cederlo á ningún precio.

Sus herederos, más acomodaticios, ofrecían venderlo por seis mil francos.

En aquellos tristes momentos, Gilberto había hecho contestar que el propietario del castillo estaba gravemente enfermo y que no había lugar á realizar la operación. Había que esperar. Los campesinos, testarudos, habían dejado pasar dos meses, y volvían á la carga, por las mejores razones del mundo.

Esta segunda carta proporcionó al barón la ocasión de explicarse con su hijo. Desde las primeras palabras, Pedro exclamó indignado:

—¡Seis mil francos! ¿Están locos? Conozco el campo; es una tierra árida, pelada, pedregosa, inculta ó poco menos, refractaria hasta á la remolacha y á las coles. Doy por ella mil quinientos y aún es cara. Pero está enclavada dentro de nuestra propiedad, y pasaré por ello.

Gilberto se frotó las manos. Pedro no sentía por el dominio la indiferencia que afectaba.

Escribió, pues; ofreció la suma convenida, y como todo era beneficio para los vendedores, terminóse rápidamente el negocio.

El joven no parecía darse cuenta de que, obrando así, se contradecía á sí mismo.

Pero había, además, otras contradicciones en aquel cerebro desequilibrado. Considerando á los hombres en masa, no existen caracteres rectos y enteros, de una sola pieza; cada carácter humano está hecho de piezas y retazos; en su conjunto, hay partes malas, mucho desperdicio. Los más valientes tienen sus flaquezas; los secundarios son presa de la eterna vacilación.

Pedro de Guibray era de estos últimos.

A medida que se alargaban los días, que los árboles de la avenida retoñaban, á pesar suyo, el joven se acordaba de las campiñas «abandonadas para siempre,» según sus afirmaciones demasiado violentas por ser sinceras.

El paisaje que había abandonado, gris bajo la lluvia, triste como el otoño y lleno de aprensiones á la proximidad del invierno, aquel paisaje mismo no debía parecerse al que él recordaba. Había recobrado su alegría, su amplitud de horizonte, su luz celeste, sus gracias primaverales.

Figurándosele entonces reverdecido y claro, Pedro se enternecía, le juzgaba menos hostil, y hasta los seres que lo poblaban participaban á sus ojos de la grande amnistía de toda la naturaleza.

A veces sentía un vago deseo de volver allá, imaginándoselo todo cambiado, apacible, conciliado.

Pero luego se retractaba mentalmente; se decía que si la tierra se había rejuvenecido y engalanado otra vez, los antiguos rencores seguían siendo tan antiguos y vivaces, tan llenos de fealdades y reprobaciones como antes.

En el acto renunciaba á sus vagos proyectos ocultos, mal aceptados por él; rechazaba la visión de las bellas serenidades del río, para no agregarse más que á la eterna tormenta de las almas, separadas por odios seculares.

¿Qué importaba que el paisaje fuese amigo, si Bertilla seguía siendo inaccesible, encerrada en su orgullo y su desprecio? ¿Y él, él mismo, soportaría á tal extremo la influencia exterior hasta el olvido de las querellas memorables; hasta el perdón de la sangre vertida, antiguamente, es verdad, pero su sangre al fin?

¡No, no tendría semejante intrepidez! Él seguiría siendo Guibray, y ella seguiría siendo Faulque; nada podía modificarse en sus posturas respectivas.

Y, triste, murmuraba por lo bajo, interpelándose directamente, como había adquirido la costumbre de hacerlo en su vida solitaria:

—Ya ves que no debes volver. ¿A qué buscar nuevos vejámenes y nuevos disgustos?

Después de estas decisiones, que él consideraba inapelables, sentíase más tranquilo, hacía justicia á su valor en el renunciamiento. Y todo eso era contradictorio.

A fuerza de soñar, se había creado su estado de espíritu especial que no carecía de encanto: consideraba á Bertilla perdida para él, y se consolaba de su ausencia evocando sin cesar su imagen; una vez la realidad reconocida imposible, aquella imagen, á su juicio, debía bastar á su corazón para reemplazar la realidad misma.

Por un fenómeno psíquico de evocación persistente, llegaba á sentir tantas impresiones sugestivas, tantas correspondencias vitales, en su trato con un fantasma, como las hubiera experimentado en relaciones exactas con el personaje vivo, así reflejado.

Imaginábase una Bertilla rendida á discreción, abnegada, amorosa, no existiendo más que para él. Esta valía indudablemente más que la Bertilla real, implacable adversaria.

Y estaba enamorado de aquella quimera, de aquella Bertilla ficticia, no pudiendo amar á la otra, á la hija indignada de aquellos bandidos que se llamaban Faulque.

A ciertas horas, sin embargo, cuando el sueño cesaba por agotamiento, se confesaba para sus adentros que sólo abrazaba el vacío, y que la substitución ilusoria y especulativa no era más que un subterfugio, un engaño intentado en un momento de pesar, una confesión de impotencia para la posesión del objeto inicial y tangible de sus verdaderos deseos.

Entonces recaía en las indecisiones, y deseaba quizá que otra voluntad, más fuerte que la suya, quisiese encargarse de regir su destino.

—No sé ya..., pronunciaba en su cansancio.

Y en esas disposiciones variables compraba un campo, engrandecía aquel dominio de que pretendía no ocuparse ya.

Así pasaba los días el joven Guibray, en espera de poder reanudar una existencia activa, que él no preveía claramente y que evitaba prever...

Si en su lecho de enfermo Pedro agitaba turbios pensamientos, Bertilla, por su parte, meditaba más de lo necesario.

Ésta también conocía mal su corazón, y luchaba diariamente con sentimientos diversos. Sus impresiones eran doblemente vivas, pues permanecía sobre el teatro mismo de aquella comedia que acababa en drama, en medio de los recuerdos encontrados fatalmente en cada recodo de camino.

En vano resistía y combatía; Pedro ocupaba constantemente su pensamiento.

Esta obsesión la humillaba y la irritaba; pero ella no podía vencerla, y se reconocía subyugada por la suerte.

Después de la huída del enemigo, pareció triunfar; afirmaba respirar más libremente en el país libertado; á pesar de los malos vientos de otoño y de los aguaceros, erró por los caminos; pero cualquiera que fuese la dirección que tomara, de todas partes veía siempre el ruinoso castillo, que parecía seguirla con la mirada vacía de sus ventanas solitarias y tristes. No dejaba que lo olvidasen, siempre estaba presente en el horizonte, recordando sus antiguos habitantes y sobre todo el último, el huésped efímero, cuya estancia, con haber sido tan breve, dejaba huellas duraderas en la memoria de las muchachas.

La torre del homenaje dominaba el país, aplastándolo, fiel á su pasado. Y si esta dominación había cambiado de naturaleza, para Bertilla seguía siendo permanente, autoritaria, inevitable, á pesar de las rebeldías y de las negaciones.

Hasta entonces, Clemente Faulque se había negado siempre á emplear en su casa á aquel Brice, que Pedro acogió y que el padre de Bertilla consideraba como un holgazán y un borracho incurable.

Brice sabía el poco aprecio en que le tenían en el castillo nuevo y no se atrevía á ir.

A principios del invierno, Bertilla encontró á cada instante al pobre hombre, que parecía vegetar en la mayor miseria. Él la saludó muy humildemente, lleno de respeto por semejante heredera, sin grandes esperanzas de que le honrase con la menor señal de atención.

Pero desde el primer encuentro, tuvo la sorpresa de ser contestado con una sonrisa y una inclinación de cabeza; él tomó alguna confianza, y ya no fué por casualidad, desde entonces, el encontrárselo ella en todas partes, en el curso de sus tristes paseos por los caminos en que la asediaba el recuerdo del joven señor de Guibray.

Una mañana ella le habló:

—Y bien, Brice, ¿qué le pasa? Le encuentro triste.

Él suspiró, levantó los ojos al cielo y murmuró, sabiendo sin duda que sus primeras palabras harían escuchar las siguientes:

—¿Cómo he de estar alegre, señorita?.. Desde que el señorito de Guibray se marchó, las paso muy tristes. . Él era bueno, nada orgulloso, á pesar de su nobleza; se compadecía de los pobres. Es una lástima grande, para mí sobre todo, que se marchase para no volver...

Bertilla se había estremecido; pero frunciendo las cejas, interrumpió á Brice con sequedad:

—¿No tiene usted trabajo?

—No, señorita.

—Pues venga usted al castillo; nunca falta trabajo para un hombre...

Brice meneó la cabeza.

—Gracias, señorita; pero su papá de usted no me tiene en olor de santidad.

—Ya lo sé. Dicen que usted se da á la bebida, y eso es un vicio muy feo, Brice.

—¡Oh, señorita, hace un mes que no he bebido y que apenas como! Nadie me fía, y ya no tengo más perspectiva que la muerte... No me importaría si no se tratase más que de mí..., pero mi mujer y mis hijos sufren miseria y se mueren de hambre...

Bertilla era buena; la idea del sufrimiento la trastornaba siempre. Tendió su bolsillo al miserable, que aceptó el socorro de buena gana.

—Convenido, le dijo ella; trabajará usted en mi casa. Venga mañana, yo hablaré á mi padre y será usted bien recibido. El jardinero necesita un ayudante, según creo..., y si no lo necesita, no importa, le ayudará usted asimismo... Entendido.

Brice se inclinó, puesta la mano sobre el corazón. Cuando la muchacha hubo desaparecido, él se irguió diciendo con una sonrisa burlona:

—¡Bah, bah! No soy tan tonto... Si crees que no adiviné la treta, te equivocas, hija mía. El señorito Pedro estaba chiflado por ti; comprendí perfectamente sus suspiros á la luna... Y tú estás chiflada por él..., con lo cual no haces más que corresponderle. Si me las sé manejar, voy á hacer mi agosto en pleno invierno. No hace falta más que un poco de complacencia, un poco de imaginación y quizá también un poco de sinceridad.

Monologando había abierto el bolsillo. El pobre diablo cerró los ojos deslumbrado; diez luises de oro y el bolso era de plata. Tuvo un arranque de conciencia y fué escrupuloso por casualidad.

—Mañana le devolveré su bolsillo... vacío, naturalmente.

Y se fué á paso ligero filosofando:

—¡Ah, á generosos nadie gana á los enamorados! No saben contar.

Por su parte, Bertilla reflexionaba.

¿Había, pues, todavía gentes que se morían de hambre, como antiguamente, en tiempo de las servidumbres señoriales, en tiempo de las opresiones que ella reprobaba sin cesar?

La sociedad se había movido, pero no había cambiado; la riqueza había tomado el puesto de la aristocracia y nada más; pero el pueblo, bajo la primera como bajo la segunda, seguía sufriendo, buscando aún su pan sin encontrarlo siempre.

Entonces, ¿á qué odiar tanto el pasado, los barones feudales, los señores de Versalles, si esa burguesía, si esa plebe enriquecida, que su padre representaba, perseveraba en la misma despiadada indiferencia, á falta de las antiguas crueldades? No hacer el bien es casi hacer el mal, y la burguesía no siempre hace el bien...

Así pensaba Bertilla caminando por la orilla del río lúgubre.

El viento le azotaba el rostro, y ella tenía que luchar para mantenerse envuelta en los pliegues de su abrigo.

A derecha é izquierda todo era desolación: un triste mes de noviembre; un cielo gris, amarillento, bajo como un techo de sotabanco; oquedales desmantelados; árboles negros tendiendo brazos de esqueletos; islas inundadas por la violenta crecida de las aguas, que corrían rápidas, tumultuosas y cabrilleaban en las riberas como pequeñas olas; colinas desnudas, sin verdura; bosques lejanos empapados de lluvia, si niestros, sin aves, con obscuridad bajo sus bóvedas..

Y siempre viento, y más viento, el viento duro del Norte, que soplaba con violencia, rugiendo, mordiendo, haciendo llorar los ojos y amoratar las narices.

Pero en medio de todo esto, sobre todo esto, las ruinas de Guibray, irónicas y solemnes; el castillo testigo, el castillo recuerdo, coronado de bandadas de cuervos.

Y de pronto, inconsciente, Bertilla, echando una mirada á aquella ventana en que hacía poco tiempo aún divisaba á Pedro por la noche, la hija de Clemente Faulque se preguntaba:

—¿Dónde estará ahora?.. ¿Qué hará?

Y el ausente, presente siempre, había crecido con la ausencia.

Puesto que tal era la voluntad de Bertilla, Brice fué admitido como trabajador en el castillo nuevo; y para asombro de todos, se portó bien. Si bebía á escondidas, no se le conocía en la voz ni en el gesto. Hasta se le sorprendió trabajando; y como era bastante hábil en su oficio, casi se alegraron de aquella adquisición.

Brice tenía su plan, y se apartaba tanto menos de él cuanto que cada día presentaba mayores probabilidades de éxito.

Todas las mañanas, atravesando el jardín ó pasando por delante de los invernáculos, Bertilla le buscaba con la vista, y él se mostraba risueño, con el mismo aire de infinita gratitud.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, Brice.

Ella vacilaba; él veía perfectamente que la joven hubiese querido tener un rato de conversación, ella, antes tan altiva; pero no se atrevía por temor de que la vieran y se extrañaran.

Cuando ella se alejaba, él se pavoneaba murmurando:

—Ya te atreverás, ya te atreverás... cuando llegue la primavera y las estancias al aire libre sean naturales; entonces te detendrás..., sí, para coger rosas... al lado del viejo Brice, y le preguntarás, poco á poco, sobre lo que hacía, decía y pensaba el señorito de Guibray, dueño de tu corazón, ¡oh bella y enamorada rubia!

Transcurrieron meses sin que Bertilla se decidiese á interrogar á Brice; como éste pensaba, la estación no era propicia.

La joven fatigaba su angustia, más bien creciente que menguante, dando grandes paseos á pie por los alrededores del pueblo. Pero en virtud de una atracción singular, no variaba mucho sus itinerarios.

Un día, por casualidad, fué sincera.

«Todo esto—dijo para sí—no es más que una peregrinación á los sitios en que le encontré.»

Y era verdad. Volvía sucesivamente al granero de la sal en que él y ella se encontraron dos veces frente á frente. ¡Ah! Al recuerdo del último de aquellos dos encuentros, de las palabras amargas, de las frases silbantes, de los retos mutuos, sentía crisparse su corazón como bajo una mano de hierro, la mano empuñante esculpida en el escudo que adornaba la portada de la torre.

Ahora lo sentía; se echaba la culpa. ¿No era ella la que había empezado el ataque en términos despreciativos, con apóstrofes de odio? Él había contestado en el mismo tono, y había hecho bien.

Después del granero de la sal, Bertilla volvía á cierto punto de una calle en que ella y *él* se habían saludado sin quererlo, únicamente porque la ocasión había sorprendido sus almas sin dejarles tiempo para componer sus semblantes. Sencillos, naturales, habían estado agradables. ¿Por qué á aquella mañana no habían seguido otras parecidas?

Después se detenía no lejos de la iglesia, en aquel sitio en que ella había designado el joven á su padre, en que sus miradas se encontraron.

Desde entonces habían transcurrido cuatro meses, que á ella le parecían cuatro años.

Deseaba ardientemente que volviese el buen tiempo, la estación templada, para desamarrar su gola y deslizarse por el río, cuyas aguas volverían á tener el encanto de su azulada transparencia.

Allí, en el brazo pequeño, junto á la isla, tenía ella otro grato recuerdo..., aquella noche de luna en que sus dos barcas se cruzaron..., en que ellos se miraron mutuamente á la luz sideral, y con un mismo gesto desolado de pena y confesión levantaron juntos los ojos al cielo inmenso con un gran suspiro.

Pero más que todo y ante todo la atraía el ruinoso castillo. No se atrevía á penetrar en los campos que lo rodeaban, puesto que ahora estos campos pertenecían á su adorable enemigo. Contemplaba de lejos, como una tierra de promisión, aquel dominio abierto á todos, cerrado para ella, aquel torreón que dominaba el horizonte.

Ella deseaba entrar en el castillo, aunque no fuese más que por un segundo, y sorprender allí la vida de Pedro, que la brusca partida había interrumpido en plena corriente.

Pero retrocedía ante semejante aventura.

Si la sorprendiesen en aquella irreverencia, ¿qué podrían pensar?, ¡justo Dios!

Sin embargo, una mañana, á pesar de todos los avisos y reproches de su conciencia, ella subió la colina, torció súbitamente á la izquierda, penetró en las tierras y siguió el sendero que conducía en derechura á la torre de Guibray.

Era una mañana de enero; las gotas de rocío brillaban como diamantes en los arbustos y en las hierbas; el río, salido de madre, arrastraba témpanos de hielo, cubriendo de un limo amarillento las islas invadidas.

Respirando fuerte, Bertilla subía sin mirar á su alrededor, figurándose quizá no ser vista desde el momento que no veía ella.

Se acercó á la ruina con una grande emoción. Conocía el sitio; siendo niña, había jugado allí diariamente; no vaciló, se fué á la puerta, levantó el pesado picaporte y abrió. El viejo castillo estaba tan mal guardado como antes.

Atravesó el patio y se encontró en los bajos. Sin detenerse, subió rápidamente la escalera que conducía al cuarto del primer piso que ella sabía que Pedro había elegido para dormitorio.

La puerta estaba cerrada.

En la atmósfera glacial, la joven ya tiritaba.

Detúvose un instante para dejar á su corazón el tiempo de calmarse, dió la vuelta á la llave puesta por fuera y entró.

En el umbral, retrocedió instintivamente un paso como ante la inminencia de una falta, el peligro de la ocasión.

Luego apartó los escrúpulos y satisfizo sus ojos. La pobreza del mobiliario le dió compasión. Pedro dormía en la cama del tío Jaime, y ya sabemos que esta cama no era fastuosa; camita de soldado ó de cura, camita de pobre.

Pensó que el último vástago de los nobles Le Tenant de Guibray estaba peor alojado que el último de los criados de ella. Seis meses antes, Bertilla se hubiera alegrado de esta circunstancia; ahora le causaba indignación.

¡Como! ¿Aquel hombre de modales refinados había dormido allí, en aquel cuarto de paredes desnudas, blanqueadas con cal, entre aquellas cuatro sillas viejas y aquellas dos butacas cojas?

En la chimenea había restos de tizones esparcidos, y, por una asimilación natural de las ideas, la joven pronunció:

—Se helaría aquí en septiembre.

Del conjunto pasó después al detalle. Tiró del cajón de una mesa, vió papeles y en seguida volvió á empujarlo; permaneció de pie, con los ojos cerrados, ardientemente tentada, todavía escrupulosa, no sabiendo qué resolver, preguntándose si respetaría aquellos papeles, reveladores quizá, ó si cometería la falta hasta el fin, violando el secreto mal defendido.

Transigió; insinuó su mano en el intersticio de la mesa y del cajón, sacó un papel con las puntas de los dedos y dijo:

—¡No tomo más que uno!

Lo tenía ya; toda vacilación era inútil. Entonces leyó ávidamente estas líneas manuscritas:

«En nuestra raza, las mujeres tienen ordinariamente el cabello rubio y el cutis moreno, dice, á poca diferencia el barón Matías... Sí, el cabello rubio y el cutis moreno...»

Y después de un ancho espacio, más abajo, había dos palabras trazadas á través de la página:

«¡Como ella!»

Bertilla vaciló; acababa de sentir la impresión de un primer beso recibido. Dobló el papel y se lo metió en el bolsillo.

Y bajó presurosamente la escalera, cerró de golpe las puertas tras ella, salió del ruinoso caserón, huyó á campo traviesa, bajó precipitadamente la colina y fué á parar á la carretera, satisfecha de su osadía.

No tenía remordimiento alguno.

El viento desagradable podía soplar; la escarcha podía nivelar los baches; el río podía arrastrar su hielo; ella sentía un dulce calor en el corazón... como todas las mujeres amadas.

Momentos después, se decía:

—Ahora hay que hacer que vuelva.

Súbitamente se detuvo y frunció el ceño.

—He soñado una hora, murmuró; mejor sería que yo rompiese este papel. Sí, le amo y él me ama á mí!.., ¿pero de qué sirve? No son nuestras voluntades las que nos separan; es el pasado, es lo irreparable, es la fatalidad. Suceda lo que sucediere, una Foulque no se casa con un Guibray; un Guibray no se enlaza con una Faulque... ¡Es imposible..., imposible! Sería preciso que se operasen milagros... ¿Cómo he podido, aunque por un instante, olvidar nuestras distancias?.. Esto me llena de confusión. Tanto peor si me ama, puesto que me ama; así sufriremos dos, en vez de uno... Nada puede unirnos... Yo juro no ceder ni consentir jamás. ¿Lo oyes, Bertilla Foulque? ¡No puedes pertenecer á un Guibray! ¡Desengáñate, hija mía, y calla!

Una vez sola, en su casa, lloró.

A veces se complacía en imaginar que por circunstancias extravagantes, que no podía definir, el abismo de odio se había llenado súbitamente entre sus dos familias, y que tenía derecho á amar á Pedro; entonces se engolfaba en su sueño, creando un ideal, una existencia armoniosa en que todo el mundo era feliz.

Después, reconocía lo vano, lo insensato de su punto de partida, se irritaba contra sí misma de ser necia y loca á tal extremo, y volvía á pronunciar nuevos juramentos de negación y abjuración.

Sin embargo, en sus habituales expresiones, trataba con más consideración á la nobleza.

(Se continuará.)

PINTURAS DE MOROS EN LA ALHAMBRA DE GRANADA

En el mes de abril del último año tuvo lugar en la Alhambra el hallazgo de una obra de arte de sumo interés, que se puso en conocimiento de la superioridad y Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, por medio de una Memoria explicativa, con planos, facsímile en color y fotografías, por la Comisión especial de la Alhambra.

Entre los trabajos de conservación que por aquel tiempo se realizaban en el Partal, era uno levantar los enlucidos modernos de una reducida habitación inmediata á la torre de las Damas, con el fin de apreciar el verdadero estado de solidez del edificio. Al efectuarse esta operación se advirtieron bajo dichos enlucidos algunas pinturas murales que contenían figuras al parecer de gran antigüedad, apreciándose desde luego como importantes; pero su estado era lastimosísimo, porque al desgaste que experimentaron al estar descubiertas, se han de agregar el sinnúmero de piquetes y desconchados producidos al preparar la pared para enlucirla y los efectos desastrosos del fuego y el humo mientras estuvo convertida en cocina esta habitación y los no menores debidos á su estado ruinoso.

Con estos antecedentes se comprenderá cuán deterioradas aparecerían las pinturas, no pudiéndose apreciar á primera vista otra cosa que restos de figuras, animales y plantas, banderas, armas, letreros y manchas de color y doraduras en conjunto demasiado confuso para conocer lo que allí se quiso representar, y siendo de todo punto indispensable valerse de dibujos y calcos para lograrlo.

Estas pinturas debieron hacerse en la primera mitad del siglo XIV, época del edificio en que se encuentran, y si bien desmerecen mucho respecto del adelanto á que el arte cristiano había llegado en ese tiempo, en cambio demostraron sus autores ser hábiles en la ornamentación y prácticos en caracterizar las figuras, y particularmente hacían los caballos con cierta gracia y facilidad; siendo de suponer que fueran moros iluminadores de manuscritos, porque estas pinturas tienen gran analogía con algunas miniaturas de origen árabe pertenecientes al siglo XIII, en cuanto al modo de disponer las figuras y dibujarlas y aun en la técnica.

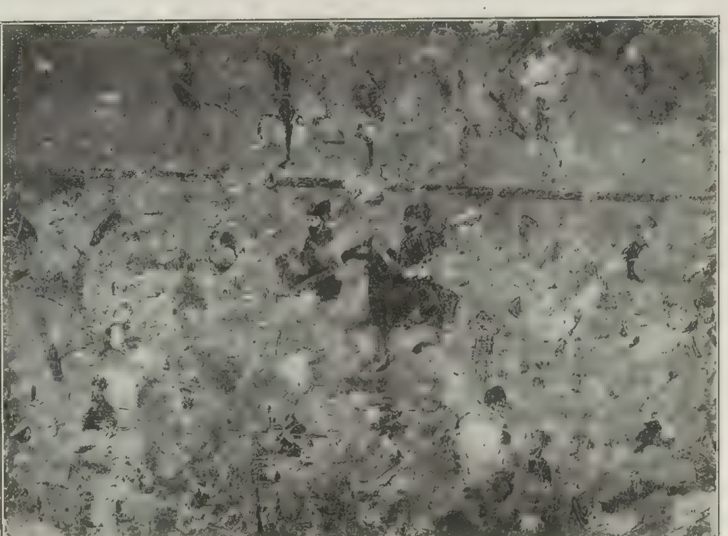
Habrá quien objete que los artistas musulmanes no representaban seres vivos, en virtud de prescripción religiosa; pero es un error, contradicho por un sinnúmero de obras musulmanas en Persia, Egipto y otros pueblos mahometanos. En España era cosa corriente, habiendo noticias de pinturas murales hechas por los moros granadinos, según el testimonio de un escritor del siglo XIV. Así es que las pinturas halladas en la Alhambra deben considerarse como trabajo genuinamente moro, sin influencia alguna del arte occidental.

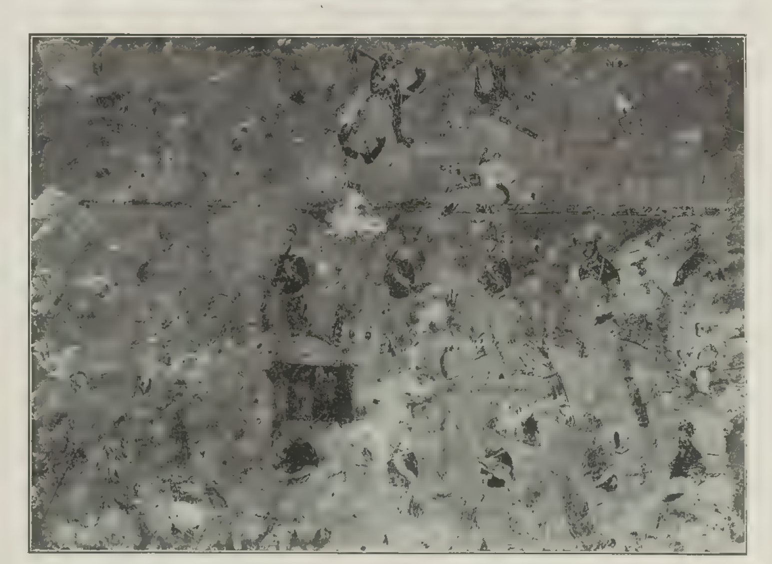
Los autores de ellas apenas tenían noción del claroscuro, desconociendo las reglas del arte, y en particular las de la perspectiva y composición; colocaban las figuras sobre líneas rectas, disponiéndolas en hileras sobrepuestas hasta cubrir toda la superficie, á semejanza de los trabajos egipcios y persas y aun de los tiempos decadentes del arte. Las figuras son pequeñas, midiendo las que están de pie once á trece centímetros, y diez y ocho ó diez y nueve las montadas, incluyendo el animal, salvas algunas excepciones. El procedimiento empleado es el temple sobre fondo de estuco blanco, que con el tiempo y el ahumado se ha tornado en amarillo sucio.

Divídese la decoración en tres zonas á lo largo de los muros del aposento, interrumpidas en el de Poniente por una antigua ventana. La zona central y más ancha tiene treinta y nueve centímetros de alto, y en ella se representa un hecho histórico quizá ó una de tantas correrías y algaradas como tenían lugar con harta frecuencia entre los mismos moros en sus luchas intestinas.—El asunto expresa la llegada de un cuerpo de tropas victorioso á un campamento ó aduar donde parece que debe estar el soberano. A la cabeza de los expedicionarios hay un grupo muy interesante (reproducido en el dibujo que acompaña á esta noticia): en él marcha primeramente un caballero moro con amplia marlota azul, espada y capacete grande, dorado y negro, del que sobresalen los extremos de la toca cayendo sobre los hombros y rodeando el cuello. El caballo tiene cabezada, pretal á mantilla y el estribo es de los llamados vaqueros, pormenores que se repiten en toda la pintura. En pos del caballero se ve un camello cargado con una litera, registrándose en ella vestigios de una persona. En la hilera de arriba se observa, montada en otro camello, una mujer con almalafa de listas rojizas cruzada sobre los hombros y cayendo bastante sus extremos por detrás. Ella se vuelve para hablar con el caballero que la sigue, el cual lleva espada de gavilanes caídos, semejante á las que se conservan árabes. Delante del segundo camello marcha el mozo que le guía armado con venablo y cuyo traje se compone de jubón blanco con manga ajustada, cinturón, donde está prendida la falda de color rojo, zaragüelles blancos, no muy anchos, que terminan ceñidos á los tobillos, borceguíes y gorro negros. Debajo se distingue otro, vestido lo mismo, á excepción de ser más anchas las mangas y llevar turbante negro pequeño y casquete dorado; ostenta en la mano una bolsa grande ó escarcela dorada, que es de suponer contuviera dinero, y lleva también una lanza corta.

Siguen á este grupo dos hileras sobrepuestas de ballesteros á caballo: marcha delante el abanderado con una enseña roja, adornada con encintados negros, y termina en una serie de farpas doradas, como las tiene la bandera que se conserva en Santa María la Real de las Huelgas de Burgos, cogida á los moros en las Navas de Tolosa. Los soldados llevan cota de malla, túnica con mangas ceñidas y faldas de diversos colores; alcandora, zaragüelles y casquete puntiagudo de oro y negro. Apoyan en el hombro la ballesta, y delante, sujeto al caballo, va el carcaj con las flechas.

Continúan las dos hileras de jinetes hasta el final de la composición, en cuerpos militares precedidos de sus respectivas banderas, así marchan los escudados, con medias armaduras y cascos como los de los cristianos; los arqueros, vestidos á la africana, y los adargueros con sus lanzas; continuando de este modo





Pinturas de moros recientemente descubiertas en la Alhambra de Granada
(Reproducciones de fotografías remitidas por D. Manuel Gómez Moreno.)

por la otra pared hasta su extremo, donde después de un rebaño de carneros y otro de toros, vienen aherrojados los prisioneros. El término de la composición estaría en la pequeña pared que da al bosque, á la cual no ha podido tocarse por el estado ruinoso en que se encuentra.

Dos episodios iguales y sin relación aparente con lo susodicho, interrumpen la marcha regular y acompañada de los soldados; y es la acometida de dos fieras que caen sobre ellos desordenándolos.

Al comienzo de la composición se encuentra el aduar ó campamento adonde se dirigen los vencedores: está formado por seis tiendas ocupadas por varios personajes y la servidumbre, y cerca de ellas se distinguen sus caballos y camellos ricamente enjaezados.

En la zona alta, con ancho de diez y nueve centímetros, se desarrollan, en un fondo cubierto de plantas y flores, varios episodios de cacería, algunos bien curiosos por tratarse de luchas con leones, apareciendo jinetes montados en animales fantásticos. La zona inferior, del mismo ancho, representa un extenso pórtico formado por arcos de herradura, de los que penden tapices con franjas de adornos é inscripciones de oro recogidas en alto, y dejando ver en la pared de Levante escasos restos de figuras de moros conversando y de mujeres solas divertidas en hablar y tocar instrumentos músicos.

Terminan las pinturas por arriba en una faja de preciosos adornos y por bajo en otra, que tiene pequeños carteles de oro donde se repite en árabe: «La gloria eterna, la felicidad perpetua, la bendición.»

Estas pinturas, tal vez únicas en su género, son de extraordinaria importancia y así lo han reconocido cuantas personas peritas las han visto. Determinan el grado que alcanzó el arte pictórico en Granada, en el período más brillante de su historia, bajo el reinado de los Nazaries; y su interés acrece al considerar que ellas representan costumbres del pueblo moro, con datos curiosísimos de sus armas é indumentaria.

MANUEL GÓMEZ MORENO.



Viaje del sultán de Turquía á Brussa.—El sultán asiste por primera vez á la mezquita verde para la celebración del *selamik*. (De fotografía de Harlingue.)

VIAJE DEL SULTÁN DE TURQUÍA

En los primeros días de este mes, Mohamed V emprendió una excursión á Brussa, acompañado del príncipe heredero, de cuatro príncipes más, del gran visir y de su séquito. Esto que en otras naciones no tendría importancia alguna la tiene en Turquía, pues el viaje del actual sultán es el primero que desde hace muchos años ha efectuado el jefe del Estado otomano.

A su llegada á Brussa, el soberano, que había sido aclamado en todas las poblaciones del tránsito, fué recibido por los altos dignatarios y el cuerpo consular.

La ciudad visitada por Mohamed V es una de las más pintorescas del mundo; situada entre una llanura inmensa y el monte Olimpo, ofrece un hermoso conjunto de alminares y cúpulas que surgen de entre casas y jardines, y se extiende hasta perderse en el campo rodeada de verdes praderas.

Además Brussa y su región están enlazadas con la historia de la grandeza y de la gloria otomanas y evocan recuerdos muy gratos al patriotismo turco; allí alcanzaron los turcos su primera victoria sobre los griegos de Bizancio; allí está la tumba de Sid Battal, el campeón musulmán, el Cid de los otomanos; allí nació Malchatún, la esposa á quien tanto amó Otmán, y allí tuvo éste el sueño célebre que le predecía la extraordinaria fortuna de su raza.

Brussa, llena de tumbas, de mezquitas y de santuarios, era, pues, un lugar de peregrinación casi obligado para el nuevo soberano, que ha sido en ella objeto de un recibimiento en extremo entusiasta por los habitantes de la misma y por los campesinos de toda la región, que acudieron allí para aclamarle.

Mohamed V se mostró libre y familiarmente á su pueblo; oró en varias mezquitas, especialmente en la famosa mezquita verde, que es la joya más preciada de Brussa; visitó la notable exposición de industrias locales que allí se celebra, é hizo una excursión al monte Olimpo. El sultán ha declarado á sus familiares que nunca había sentido un placer tan grande como el que le había proporcionado este viaje. Durante éste ha podido apreciarse cuán vivo es en Turquía el sentimiento patriótico, y esto es muy importante, pues dadas las dificultades con que el nuevo régimen ha de luchar en Turquía para realizar la ardua misión que se ha impuesto, el patriotismo es un factor y una fuerza que el partido de los jóvenes turcos ha de tener gran interés en aprovechar.—P.





EL TELE IMPRESOR

Tal es el nombre del invento que el ilustre físico italiano el profesor Luis Cerebotani, tan conocido por sus numerosos é importantes trabajos sobre electricidad aplicada, ha ensayado recientemente en París ante una reunión de periodistas y de personas peritas en estas materias.

Este invento consiste en la combinación del telégrafo eléctrico con la máquina de escribir, y tiene sobre todos los sistemas análogos la ventaja de que, careciendo como carece de todo mecanismo complicado, en pocos minutos se aprende á manejarlo y cualquier dactilógrafo puede utilizarlo casi sin estudio previo alguno.

Cada aparato es al mismo tiempo expedidor y receptor, y los despachos que se transmiten quedan impresos simultáneamente en el aparato de origen y en el de término, lo que permite comprobar en el acto el despacho que se comunica.



El eminente físico italiano Luis Cerebotani y el aparato Tele-impresor, recientemente inventado por él. (De fotografía de World's Graphic Press.)

Compónese el aparato de un teclado como el de una máquina de escribir, con unas cincuenta teclas blancas que corresponden á las letras del alfabeto, números y signos de puntuación; y apenas el dedo oprime una de esas teclas, el aparato, enlazado con cualquiera línea telegráfica ó telefónica, pónese en movimiento, quedando la letra correspondiente á la tecla impresa inmediatamente en la cinta de la estación receptora y en las de todas las estaciones intermediarias, ó solamente en aquélla, á voluntad del operador.

Los despachos se transmiten con la misma rapidez que por medio del telégrafo Morse, con la ventaja sobre éste de que en la máquina de Cerebotani no hay motor del cual dependa la transmisión y de que el despacho queda impreso en la cinta aunque no haya nadie junto al aparato de llegada. Tiene además la particularidad de que por el mismo hilo telefónico por donde se transmiten estos despachos, pueden celebrarse al propio tiempo conferencias.

El mecanismo es en extremo sencillo y la instalación sumamente fácil y económica.

En el Vaticano hay instalados ya varios aparatos de éstos, y el cardenal Merry del Val posee también uno, habiendo hasta ahora dado todos ellos los mejores resultados.

Asimismo los dieron excelentes los ensayos efectuados en París, en vista de lo cual el ministerio de Correos y Telégrafos de Francia ha sometido el invento de Cerebotani al estudio y examen práctico del laboratorio de la Escuela Superior de Telégrafos.— X.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 4 de octubre de 1909 — Núm. 1.449



FLORES A LA MADONA, cuadro de Enrique Serra



REVISTA HISPANO AMERICANA

Chile: los armamentos, la defensa nacional y la política interior. – *República Argentina:* el programa del candidato á la presidencia. – *Paraguay:* el estado de sitio: la crisis económica y la cuestión financiera. – *Bolivia:* el nuevo presidente: la cuestión de límites con el Perú desde el punto de vista boliviano. – *Venezuela:* los partidarios de Castro: – *Colombia:* el Congreso de 1909, la renuncia del presidente señor Reyes y el nuevo gobierno: propósitos de reforma constitucional.

«Paz en el exterior, fundada en la observancia de los tratados; tranquilidad en el interior, basada en el cumplimiento de las leyes, son los cimientos sobre los que descansa la prosperidad nacional.» Esto decía el presidente de la República de Chile en el párrafo final del Mensaje que leyó el 1.° de junio último.

De entonces á hoy ni la paz ni la tranquilidad se han alterado. No hay guerras ni hay revoluciones. Pero no se desvanecen recelos ó temores de conflicto con Estados vecinos, y la política internacional de Chile sigue desenvolviéndose dentro del régimen de la paz armada. Bien lo declara el mismo Mensaje á que aludimos. El gobierno sigue con atención las experiencias que se efectúan en otros países para mejorar el material de guerra, y una comisión de jefes del ejército se traslada á Europa para hacer estudios y proponer la adquisición del que más convenga. Se estudia también con interés cuanto se refiere al material de la marina militar, y antes de concluir el año se habrán tomado las medidas necesarias para su mejoramiento. Mediante las instalaciones del arsenal marítimo de Talcahuano, que desde hace tiempo vienen aumentando paulatinamente, se puede atender con eficacia á la conservación y reparación del material de la armada, habiéndose terminado en el año trabajos de gran entidad y que importaban verdaderas transformaciones en algunas unidades de la escuadra. Esta exige la construcción de un dique de carena de gran dimensión, en armonía con los progresos del arte naval, y se ha terminado el estudio de un proyecto de dique en que puedan entrar buques de 20.000 toneladas.

En el mes de julio hubo rumores de inteligencia con Bolivia para el caso de guerra entre esta República y la del Perú por la cuestión de límites. Tuvieran ó no aquéllos fundamento, lo cierto es que la opinión pública en Chile llegó á excitarse en sumo grado, se creyó inminente el conflicto y se pedía que el gobierno activase la obra de defensa nacional. La comisión militar enviada á Europa daba cuenta de las gestiones hechas para la compra de buques y armamentos, y se solicitaban nuevos recursos para la fortificación de puertos.

En cuanto á la política interior, subsiste el malestar producido por los frecuentes cambios de gabinete. Ministerio nuevo formado á mediados de junio, tenía que declararse en crisis en agosto por desacuerdos en la cuestión monetaria.

***

Es candidato á la presidencia de la República Argentina el Sr. D. Roque Sáenz Peña, actual ministro plenipotenciario de su país en Italia, y que no ha mucho lo fué en Madrid. En agosto último estaba en Buenos Aires y exponía en discurso muy aplaudido su programa político.

Paz internacional y fraternidad americana, sin perjuicio de adoptar cuantas disposiciones sean menester para la defensa del país; oportunismo en el régimen económico, revisión de aranceles y tratados de comercio sobre la base de la reciprocidad; reformas sociales, guerra á los sindicatos y monopolios y valorización de las tierras públicas, entregándolas á colonos aptos y trabajadores; estímulos para favorecer la asimilación y la nacionalización de los inmigrantes extranjeros que se establezcan en la República; fomento de la agricultura, de la ganadería y de las vías de comunicación, especialmente los ferrocarriles; amplia libertad para discutir los actos del gobierno; tales son, en resumen, los puntos capitales del programa que se propone desarrollar el probable futuro presidente.

***

Escasas y contradictorias son las noticias que nos llegan del Paraguay. A falta de más y mejores datos, preciso es atenerse, por una parte, á la prensa de los países vecinos; por otra, á las declaraciones que hace en su Mensaje al Congreso el vicepresidente de la República en ejercicio del Poder ejecutivo.

Organos muy autorizados de la prensa del Plata y del Brasil nos pintan con los más negros colores la situación de la República del Paraguay bajo su actual gobierno. La normalidad tarda en restablecerse. Se había prorrogado el estado de sitio hasta el 31 de marzo del corriente año, y antes de llegar á este día hubo que decretar nueva prórroga, dando por razón la necesidad de consolidar definitivamente la paz y de extinguir «el espíritu anárquico que vicia nuestro ambiente.» Palabras son estas del mismo Sr. González Navero, presidente interino, quien declara además que los tres problemas capitales y de mayor urgencia que tiene que resolver el gobierno surgido de la revolución de julio, son el retorno al orden constitucional, quebrantado por aquélla; el restablecimiento de la paz interna, profundamente subvertido por obra de las facciones, y el remedio del malestar económico y financiero, ahondado por los desaciertos de administraciones tan imprevisoras como pródigas.

La cuestión más compleja, la más trascendental, la de más apremiante solución, es la financiera. Día tras día se agrava la crisis económica que viene sufriendo el país. Han contribuído á ello las malas cosechas, la agitación política, el exceso de importaciones. Pero estas son causas de efecto transitorio y tienden á desaparecer; la causa principal, la crisis monetaria, subsiste, y ningún gobierno podrá lisonjearse de poner el país á cubierto de parecidos desastres económicos, sin extirpar la raíz del mal; el billete inconvertible. Para remediar el daño, el gobierno ha convenido con el Banco de la República los preliminares de una negociación financiera que, á juicio del poder ejecutivo, responde á las exigencias de la situación económica presente. Consiste en la colocación de un empréstito en Europa, por medio del cual se buscará el saneamiento de la moneda, á cuya creciente desvalorización se deben, en primer término, todos los males que, en lo económico y financiero, vienen afligiendo á la República de tiempo atrás.

***

El 12 de agosto tomó posesión de la presidencia de la República de Bolivia el Sr. D. Heliodoro Villazón. Entraba en el ejercicio de su alto cargo en momentos bien difíciles, pues aún se mantenía en el país la efervescencia producida por la sentencia arbitral del presidente de la República Argentina en el famoso pleito de los límites perú bolivianos. Se comprende, pues, que á este asunto dedicase el nuevo presidente gran parte del Mensaje que dirigió al Congreso.

Presentando la cuestión desde el punto de vista boliviano, el presidente hacía constar ante todo que se había confiado al árbitro la facultad de fijar la frontera con arreglo á la que separó los antiguos virreinatos del Perú y de Buenos Aires. El árbitro, pues, debía atenerse estrictamente á los títulos coloniales, y sólo por excepción, y en ciertos casos, podía apelar á la equidad, refiriéndose siempre al texto y al espíritu de aquéllos. Se trataba de un arbitraje muy análogo al que Venezuela y Colombia sometieron á la Corona de España. Ésta analizó detenidamente los títulos presentados, y en 1891 dictó laudo trazando frontera á satisfacción de ambas partes. Con este ejemplo y sus títulos incontrovertibles, Bolivia confiaba en que el árbitro argentino resolvería la cuestión con sentencia semejante, tomando como modelo el criterio real y justo de la Corona de España. Y esa esperanza era tanto más fundada cuanto que los títulos que proceden de los antiguos virreinatos de Buenos Aires y de Lima son más claros y más explícitos. Pero el árbitro argentino no ha seguido el ejemplo del español. Apartándose del texto del convenio arbitral de derecho para substituirle por un principio de equidad hijo exclusivo de su criterio, no consultó prueba alguna, ni dió valor á la posesión, y dictó su sentencia del 9 de julio trazando un límite por línea irregular y quebrada con evidente perjuicio de Bolivia en cuanto á las tierras que posee. El fallo en tales condiciones no se ajusta á las cláusulas del tratado *juris*. Y esto es tan cierto, que si Bolivia hubiera podido preverlo, jamás hubiese sometido sus derechos á semejante arbitraje.

Sea lo que fuere, tenga razón quien la tuviese en cuanto al fondo del pleito, el hecho es que se ha dado el caso, único en la historia del arbitraje, de que el jefe de uno de los Estados á quienes aquél interesa y obliga, critique en documento público el fallo del árbitro, y el poder legislativo de ese mismo Estado, el Congreso, se reuna en sesiones secretas para examinar la sentencia arbitral y discutir si procede ó no cumplirla.

El procedimiento no es, en verdad, muy correcto; mas preciso ha sido pasar por él para evitar la ruptura de relaciones entre Perú y Bolivia y acaso la guerra, en la que era probable que hubiesen intervenido á mano armada la Argentina y Chile.

Entre tanto, se habían abierto negociaciones diplomáticas entre las potencias directamente interesadas, y parece que se ha llegado á un arreglo satisfactorio, modificando en parte la línea trazada por el árbitro.

***

En Venezuela se agitan los amigos de Castro. Han pretendido, sin conseguirlo, que el Congreso diese dictamen sobre un mensaje ó comunicación que aquél le envió á modo de protesta contra los convenios ahora pactados con los Estados Unidos.

En la Cámara hay un partido, que acaudilla el general Peraza, adversario también de esos convenios, que considera humillantes para la nación; pero no se niega á votarlos, para evitar dificultades al gobierno y complicaciones con los yanquis.

Fuera de la Cámara, los castristas muestran mayor empuje; conspiran, ha sido necesario aprisionar á varios, y muchos funcionarios públicos no ocultan sus simpatías por el «restaurador de Venezuela.»

***

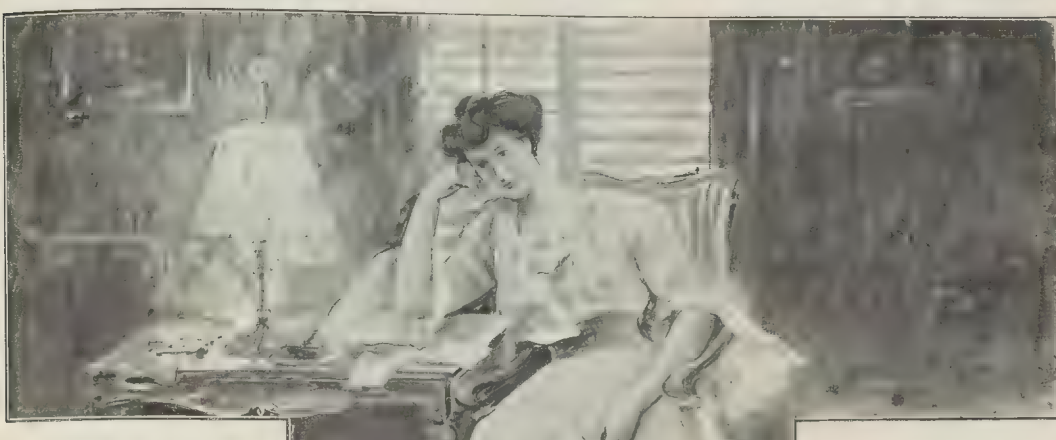
El Congreso colombiano de 1909 parece que tiene cierto carácter revolucionario en el sentido de lo que entre nosotros se ha dicho «revolución desde arriba.» Por ello, sin duda, la Sociedad de Agricultores de Colombia, en saludo que dirigió á los nuevos senadores y representantes, afirma que este Congreso ha de merecer en la Historia el calificativo de admirable, porque traerá las bases de la verdadera reconstrucción de la República.

Otros son ya también los hombres que dirigen los asuntos públicos en el poder ejecutivo. El general Reyes, enfermo ó acaso contrariado por la creciente oposición que encontraba, ha renunciado á la presidencia y le ha substituído provisionalmente el vicepresidente general González Valencia, que entró en el ejercicio de sus funciones, con nuevo ministerio, el día 7 del pasado agosto.

En esa tarea de reconstruir la República, ha de ser difícil que se pongan de acuerdo todos los partidos políticos y todas las clases sociales. Liberales y conservadores, centralistas y federales, militares, letrados, agricultores, etc., presentan soluciones distintas. Entre ellas merece citarse una moción dirigida al Congreso y patrocinada por la Sociedad á que antes nos referimos, en la que se expone un plan completo de reformas sobre la base del centralismo en la parte legislativa y en lo relativo á la conservación del orden público, y del sistema federal en todo lo demás.

Es preciso transigir y hacer un vigoroso esfuerzo de voluntad y un alarde de patriotismo, sacrificando intereses y vanidades, para evitar que siempre sean de actualidad las sublimes frases de Bolívar: «Hemos arado en el mar: no hay buena fe en Colombia, en los pueblos ni en los hombres; las Constituciones son libros; las leyes son papeles; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; la vida, un tormento: el único recurso que hay es emigrar.»

R. Beltrán Rózpide.



Acodada en una mesa empezó ansiosamente la lectura

LA HORA DEL AMOR

I

Casi se le olvidaron sus años y sus prematuras dolamas al recibir la noticia; en sus ojos profundos brilló un relámpago intenso de suprema alegría, palpitó su corazón tumultuosamente y sus labios trémulos palidecieron.

—¿Conque está Angeles en Madrid, la lindísima Angeles?.

Y con júbilo que no parecía cosa humana, alborozada la voz y ansioso el gesto, hizo llover las preguntas sobre su amigo, que aguardó pacientemente á que el aluvión cesara para contestarlas todas á la vez.

—Se diría que los años no pasan por ella; Angeles es la misma, la misma de siempre, gallarda y esbelta, con su carita infantil, su boca risueña y sus ojos negros, grandes, ilusionados y divinos, refulgentes de luz y de alegría... Un poco más gruesa, pero nada más que un poco, con una gordura que la hermosea mucho, redondeando sus líneas delicadas sin hacerle perder su esbeltez. ¡Una real hembra!

Pedro escuchaba embelesado las palabras de su amigo, como se escucha una armonía que nos recuerda placeres lejanos y nos devuelve esperanzas perdidas, sumiéndonos en la sedante poesía del ensueño. Ansiosamente, como si de la respuesta dependiera su felicidad, preguntó:

—¿Y ha olvidado á los amigos? ¿Se acuerda de mí?

Se acordaba. Precisamente él, Paco Sotomayor, le visitaba aquella tarde para decírselo. No sólo preguntara por él, sino que había manifestado grandes deseos de verle para que charlasen de tiempos pasados rebosantes de sentimentalismo poético. ¡Conservaba de él una memoria tan grata!

Cayó Pedro en meditación profunda. Nunca como en aquella tarde encontró la vida tan amable y esplendente. Parecióle como si de golpe le quitaran veinte años de encima y se consideró el más feliz de los hombres. La poesía santa del recuerdo inundó su alma é hizo vibrar sus nervios placenteramente. Veía á Angeles, pero no á la que acababa de describir su amigo, sino á la niña vivaracha y alegre de diez y seis años, fresca y lozana como flor de abril, y sonriente y bulliciosa como las polífonas mañanas primaverales, repletas de arrullos, de cantos y de trinos y deslumbrantes de luz. Él tenía entonces veintitrés años, y sintió por Angeles la pasión loca, el amor único, ese amor que nos acompaña toda la vida, tal vez porque no se satisface nunca; ese amor puro é inmenso que sobrevive á todas las catástrofes humanas; el amor que sabe sufrir sonriendo y llorar en las horas de soledad y misterio, y que no teme ni á la traición ni á la muerte.

Fueron dos años breves como la felicidad de las almas tristes; dos años de lucha y de sobresalto, de venturas fugaces y de promesas ardientes. Sufrieron mucho, lloraron largas horas, sonrieron breves instantes; pero tenían el brillante tesoro de la juventud, compañera de la Esperanza y amiga de la Ilusión, y gozaban de los deleites puros del amor correspondido.

Entre aquellos dos seres, dulces y amorosos, erguíase amenazante, desconfiado y cruel D. Francisco Torres, padre de Angeles. Era hombre rudo, hosco y tiránico, enriquecido en los azares de una vida aventurera y laboriosa. Por miedo á quedarse solo, fué enemigo de aquel amor, y en previsión de que alguien intentara robarle aquel tesoro de hija, constituyóse en su vigilante perpetuo siempre alerta.

Pero el amor, el augusto amor, padre fecundo de la vida, todo lo puede, todo lo resiste y lo avasalla todo; para él no hay obstáculos insuperables; obra como el sol que deja sentir su benéfica influencia hasta en las habitaciones cerradas; escala fortalezas y se abre paso á través de los más fuertes muros; es pujante y poderoso como el fuego divino de que está formado, y ardorosamente sagaz, sabe hacer cómplices suyos á los seres, á las cosas y á las circunstancias.

Angeles y Pedro seguían amándose. El amor les hizo irreverentes y se cambiaron cartas en la iglesia, favorecidos por la penumbra misteriosa de las capillas; les hizo audaces y se hablaron en los paseos y en los teatros, aprovechando todas las ocasiones. Jamás ojos humanos hablaron tanto como los ojos profundos y brillantes de él, y los negros, rasgados y divinos de ella. Hasta que un día D. Francisco Torres, cada vez más alarmado y temeroso siempre de que le robasen el único alimento de su corazón, ordenó hacer el equipaje y salió de Madrid con su tesoro, sin que nadie supiese el rumbo que había tomado.

Recibió algunas cartas Pedro; cartas apasionadas y ardientes que, sin duda, fueron escritas entre sollozos. Después... nada. Escribió varias veces también, sin saber á punto fijo adónde dirigir sus cartas...

¡Y hacía veinte años de todo esto! ¡Con qué placer iba á volver á verla! ¡Cómo se había alborozado su corazón al saber que Angeles estaba en Madrid, que se acordaba de él, que le llamaba!

Y no quiso salir aquella tarde, esperando la hora de la cita. A las diez precisamente habían de reunirse en casa de Angeles los viejos amigos para celebrar su llegada é instalación definitiva en Madrid. Sería aquella una velada íntima y deliciosa; una de esas fiestas en que el elemento principal está en el corazón, que se asoma á los labios en conversaciones sabrosas y en sonrisas elocuentes.

A las ocho cenó con la impaciencia febril del viajero que, contando con pocos minutos, quiere cenar y no perder el tren. Pasó á sus habitaciones para acicalarse como mozo enamorado que pretende gustar á la mujer amada; lavóse y perfumóse, buscó entre su ropa la más elegante y dió principio á la tarea de vestirse. La ilusión, la poderosa ilusión, hacía hervir su sangre; veíase como circundado por una luz refulgente y jocunda, y su cabeza se llenaba de ensueños juveniles. Veíase ante Angeles, libre y feliz, consagrándose á aquel gran amor de toda su vida, en una juventud potente, gloriosa y eterna. En su viva imaginación de hombre meridional bailoteaban todas esas nimiedades deliciosas de que se compone el amor.

Al ponerse la corbata ante el gran espejo del armario, una tristeza infinita invadió su alma y desvaneciéronse mágicamente sus ilusiones y cesaron sus sueños. Contemplóse por largo rato con pena creciente y se reprochó aquellas alegrías inmotivadas y locas. La lógica, la fría y descarnada lógica, habló en él, dejando oir su voz agria y desgarrándole el corazón. Parecíale que un genio travieso y cínico bailoteaba ante sus ojos, y entre carcajadas y ridículas contorsiones le decía:

—¿Qué haces, ente ridículo? ¿Qué haces? ¿Por qué te acicalas y emperifollas como una damisela? ¿Pretendes convertirte por obra mágica en mensajero de amor? ¿Adónde vas, infeliz soñador, con tu frente despoblada, con tu cabeza encanecida, con tu bigote gris? Ve que la divina Venus se te reirá en las barbas. El amor es patrimonio de la juventud ágil, poderosa é ilusionada; el amor tiene su tiempo, que es breve como una hora feliz arrancada al implacable destino. Tú, pobre desventurado, careces ya de fuerzas para uncirte dignamente al carro esplendoroso y triunfante del amor. Hernani es grande porque es joven; Hernani puede ser loco y sublime amando á doña Sol; Ruy Gómez de Silva, viejo y desmedrado, será siempre ridículo, deplorablemente ridículo. Lo que en los jóvenes es locura sagrada, es en los viejos liviandad. Suena á cada momento la hora sublime del amor, pero no suena ya para ti.

La tristeza, con todo su desolante cortejo de pesadumbres, cae sobre el corazón de Pedro, que se desploma en una butaca exhalando un suspiro desgarrante como un sollozo. ¡Lo que dice el genio cínico y burlón, en su ironía hiriente y suprema, es verdad!

II

La noche pasó; despidióse el último invitado y Pedro no había comparecido. Sobre el espíritu de Angeles cayó una melancolía infinita y sintió agobiado el corazón por pesadumbre insoportable. Tras de soñar tantas y tantas veces con aquella alegría, la hora alegre no llegaba. Por primera vez encontró Angeles la vida inútil, y durante un instante experimentó vehementísimos deseos de morir.

De pronto prorrumpió en sollozos aflictivos. Llo-

raba como no recordaba haber llorado nunca, como se llora cuando perdemos lo que nos era más grato y amado. Encogida y triste, acurrucada en una butaca, permaneció largo rato, absorta en esa desesperación profunda y sombría que hace pensar en la muerte como en el más preciado de los bienes.

—Durante la reunión trajeron una carta para la señorita, dijo la camarera.

—¿Una carta?, preguntó Angeles poniéndose vivamente en pie.

—¿Quiere la señorita que se la traiga?

—No, voy al despacho.

Y salió pálida, con los ojos enrojecidos, sin poder disimular su impaciencia, porque estaba segura de que nadie que no fuese Pedro podía escribirle, sobre todo aquella noche.

Acodada en la mesa empezó ansiosamente la lectura:

«¡Alma mía! Paco Sotomayor me ha proporcionado hoy uno de los goces más puros y más intensos de mi vida. Si te digo que me sorprendió su visita pensando en ti, no miento. Veinte años van á cumplirse de tu desaparición, y día tras día tu memoria me acompañó veinte años. Primero fué tu recuerdo para mí como una enfermedad punzante que me desgarraba las entrañas haciéndome enloquecer. Luego esta fiebre extraordinaria, terrible y estupenda, fué calmándose. Empecé á comprender desolado que el Destino, superior á todas las fuerzas humanas, nos separaba para siempre; que tal vez habiendo nacido el uno para el otro, estábamos condenados á no reunirnos nunca.

»Decirte ahora que he pasado la vida suspirante y acongojado pensando en ti, fuera malvada hipocresía; reí y gocé cuanto me fué dable; pero en los momentos más difíciles y solemnes de mi vida, una tristeza plácida caía sobre mi corazón, melancolía inexpresable llenaba mi alma, y me echaba á soñar como un chiquillo, pensando en la dicha suprema que hubiera sido entonces tenerte á mi lado.

»Vivir de la dulce poesía de un sagrado recuerdo, es vivir una vida melancólica y solitaria, pero feliz. He vivido así por tu causa. Por eso, cuando esta tarde me dijo Sotomayor que te encontrabas en Madrid, divina, seductora y alegre como siempre, experimenté tan inmensa alegría, que hubo momento en que temí desmayarme.

»Al quedarme solo experimenté una emoción extraordinaria, profundísima é intensa; creí que tu llegada á Madrid era para mí el amor, la juventud y la vida que vuelven. Me he sentido abrasado por todos los amores y la sangre ha corrido por mis venas tumultuosamente, y con impaciente regocijo he esperado la hora de la cita.

»Durante ese tiempo pensé en mil niñerías, en esas nonadas deliciosas que tienen la fecunda virtud de hacer más amplia y más poética la vida. Pero ¡ay, alma de mi alma!, la ventura ha sido para mí tan fugaz como el relámpago cárdeno en la noche tenebrosa y profunda; la Razón, mostrándose conmigo sañuda y cruel, ha destrozado mi corazón presentándome ante los ojos angustiados la desoladora realidad; esa realidad á que no pueden descender los soñadores sin experimentar vehementes deseos de morir.

»Tú conociste á un Pedro joven, ágil, bullicioso, lleno de jugosa y jocunda juventud... ¡Yo no soy ya aquel Pedro de hace veinte años! Sé que continúas divina y fresca como flor no acabada de abrir; sé también que conservas de mí un gratísimo recuerdo; estoy seguro de que amas todavía un poco á aquel Pedro que por tu amor se desvivía... Conserva ese recuerdo grato, dulce y lleno de poesía. ¡Me parece un crimen ir á arrebatártelo con mi presencia!

»Cierto que el corazón no envejece, pero el corazón no se ve en la cara y yo tengo la mía envejecida. ¡Angeles! ¡Angeles! ¡Me encuentro extrañamente ridículo para el amor! ¡La hora bendita ha pasado ya!

»Comprendo que mi corazón no se conformaría con ser sólo tu amigo; que enamorado, con esa pasión insensata que en la edad madura nos hace risibles, me arrastraría á tus pies suplicante y cansino, y no puedo consentir que veas en mí un ente ridículo y despreciable.

»Por eso mi decisión es firme. Se ha desvanecido como humo liviano la insensata alegría que me produjo la noticia de tu llegada á Madrid, y sufriendo cruelmente, porque te amo, pero evitando un martirio mayor, decido hacer un largo viaje y alejarme de ti, ¡cuando el único deseo de mi vida ha sido el de tenerte cerca!

»Mañana el primer tren llevará en uno de sus vagones al Pedro de hoy, ridículo y viejo, para que permanezca intacto en tu memoria el joven y amoroso que ha sabido amar hasta la edad en que el egoísmo suele asentar su imperio en los corazones.

»Beso tus ojos divinos y esa boca que tantas veces habrá pronunciado con amor el nombre de tu leal—*Pedro*.»

Angeles llora. Las lágrimas de aquel hombre adorable se avivan en algunos manchones de la carta donde la tinta aparece corrida, y las de Angeles se confunden con ellas. No es grande su amargura, porque se sabe amada, pero es profundísima su emoción. La excelsa poesía que aquella carta atesora ha despertado en ella un tumulto de deseos y ha derramado en su alma un bálsamo de virtud mágica.

Pronto acaba el llanto y parece sumida en éxtasis delicioso. Un estremecimiento que sacude todos sus nervios le hace volver en sí, y como quien se ve acosado por un pensamiento repentino que reclama gran urgencia, coge la pluma y empieza á escribir febrilmente...

La aurora se levanta, descorriendo con sus dedos suaves y rosados los velos de la noche.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



París.—Estudiantes trabajando en la terminación del edificio de su asociación en substitución de los obreros declarados en huelga. (De fotografía de M. Branger.)

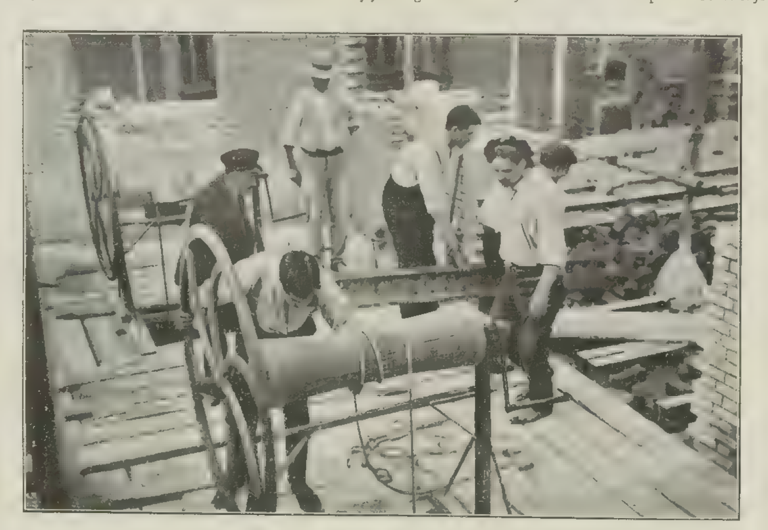
PARÍS

LOS ESTUDIANTES CONVERTIDOS EN OBREROS

A consecuencia de una huelga de obreros montadores y de algunas diferencias de carácter económico con el contratista de la obra, quedaron hace pocos días en suspenso los trabajos en el edificio que para la Asociación de Estudiantes se está levantando actualmente en París.

Los estudiantes tenían empeño en terminar su casa para el día 15 de octubre, y aquella suspensión, por consiguiente, significaba para ellos una gran contrariedad; pero lejos de desanimarse y esperar á que las dificultades pendientes se solventasen por los procedimientos ordinarios, resolvieron poner ellos mismos manos á la obra y substituir á los obreros huelguistas.

Y en efecto, una veintena de miembros de la Asociación, dirigidos por el presidente de ésta, se pusieron á trabajar en lo más urgente, que era colocar grandes vigas de hierro en la techumbre, con lo cual el edificio quedó en condiciones de que los albañiles, que no huelgan, pudieran concluirlo para la fecha indicada. Los estudiantes trabajaron con actividad y entusiasmo; se comprende, ya que les movía, no el afán de la ganancia, sino el deseo de dejar bien puesto el nombre de su Asociación.



París.—Estudiantes subiendo una viga de hierro á lo alto del edificio de su asociación

(De fotografía de Harlingue.)

TOKÍO.—FIESTA CELEBRADA POR LA ASOCIACIÓN PATRIÓTICA DE DAMAS JAPONESAS
EN EL PALACIO DE LA MARQUESA DE NABESHIMA



Damas de la Asociación en los jardines del palacio.—Coro de niñas alumnas del Instituto de Señoritas.—Intermedio musical japonés.
La princesa Higashisushimi pronunciando un discurso.—El conde Okuma, ilustre hombre de Estado japonés pronunciando un discurso
(De fotografías de Carlos Delius.)

EL DESCUBRIMIENTO DEL POLO NORTE POR EL DR. COOK



El Polo Norte.— Reproducción de la fotografía tomada por el Dr. Cook; en ella se ve la cabaña de hielo en que habitó el explorador durante los dos días que permaneció en el Polo y en la que izó la bandera de los Estados Unidos. También se ven los dos esquimales que acompañaron al doctor
Esta fotografía única nos ha sido comunicada por el «Photo News Service»

En el número 1.447 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos del descubrimiento del Polo Norte por el Dr. Cook, primero, y por el comandante Peary, después, así como de la polémica que, promovida por este último, se había entablado entre los dos intrépidos exploradores.

La causa del Dr. Cook desde entonces ha ganado de día en día más numerosos adeptos, á lo que ciertamente ha contribuído no poco la publicación que del relato de su expedición ha empezado á hacer el *New York Herald* y sobre todo la reproducción de algunas fotografías por aquél tomadas: lo mismo en el relato que en las fotografías hay tanta sinceridad, tal ausencia de afectación, que los más recalcitrantes han debido convencerse de la veracidad de las afirmaciones del doctor, y hoy casi nadie pone en duda que éste llegó efectivamente al Polo Norte. Lo que no excluye en modo alguno que también llegase allí un año después que él el comandante Peary; posibilidad que Cook no ha negado nunca.

La narración minuciosa de su viaje que, como hemos dicho, está publicando uno de los más importantes periódicos neoyorkinos, será seguramente de gran interés; pero es difícil que refleje las impresiones que sintió el explorador al llegar á la ansiada meta de una manera tan admirable como el primer telegrama que envió al mencionado diario desde las islas Shetland y en el cual explicaba la última parte de su viaje.

Desde el 16 de febrero al 19 de abril de 1908, el doctor y los dos esquimales que le acompañaban habían sufrido mucho á consecuencia del frío. En un principio habían cruzado un territorio muy abundante en caza, en el que mataron 101 bueyes almizcleños, 7 osos y 335 liebres; pero á medida que avanzaron hacia el Norte, faltóles ese elemento de alimentación y hubieron de comerse sucesivamente hasta la mitad de los perros que arrastraban sus trineos. Al fin alcanzaron los 89° 59′ 46″ de latitud; estaban, pues, á 25 kilómetros del Polo.

«¡Nos hallábamos á la vista del Polo!—decía el Dr. Cook en aquel telegrama.—Salvamos los 14″ que nos faltaban, hicimos algunas observaciones y dijimos á Etukishoot y á Ahwelsh (los dos esquimales que le acompañaban) que habíamos llegado á la *gran meta*.

»Teníamos el Sur en todas direcciones; dando un solo paso podíamos pasar de un lado á otro de la tierra, de mediodía á media noche.

»Al fin pudimos hacer flotar nuestra bandera á las brisas del Polo.

»Era el día 21 de abril de 1908; el termómetro marcaba 38° centígrados; la latitud era de 90.°

»En cuanto á la longitud, no era para nosotros más que una palabra.

»Aunque ebrios de alegría, nuestro ánimo comenzó á sentir una depresión de decaimiento.

»Al otro día, después de haber tomado todas nuestras observaciones, nos embargó un sentimiento de intensa soledad cuando contemplamos el horizonte.

»¡Es posible que esa región desolada, desprovista de toda tierra, haya de tal modo excitado la ambición de tantos hombres durante tantos siglos!

»¡Ninguna tierra; una inmensidad de nieve de deslumbrante blancura; ni un ser viviente; ni un punto que rompiera aquella monotonía espantosa!

»El día 23 de abril emprendimos el camino de regreso.»

¡Cuánta sencillez, cuánta sinceridad en la descripción de aquel momento sublime para la vida de un hombre, trascendental para la historia de la ciencia!

El Dr. Cook, al ver realizado el sueño que durante tanto tiempo acariciaba y resuelto uno de los más grandes problemas, y acaso el más difícil, que durante tantos siglos han preocupado á la humanidad, no piensa en la gloria que acaba de conquistar, y olvidándose de sí mismo, de sus esfuerzos, de sus sacrificios, de sus sufrimientos, siente el alma oprimida en presencia de aquellas soledades y dedica un piadoso recuerdo á los que le precedieron y sucumbieron en la empresa.—T.



A la vista del Polo Norte. (De fotografía comunicada por el World's Graphic Press.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de Rittwagen.)



La alcazaba de Zeluán, que fué tomada por nuestras tropas el día 27 de septiembre último

Cuando escribimos esta nota, reina en toda España grandísimo entusiasmo; y preciso es confesar que pocas veces ha sido tan justificada como en estos momentos la explosión unánime del júbilo nacional. La bandera española ondea en lo alto del Gurugú, esa montaña considerada poco menos que inexpugnable y estimada como la llave de la dominación del Rif; esto solo explica aquel entusiasmo y este júbilo, tanto más cuanto que la conquista de aquella posición formidable se ha realizado casi sin derramamiento de sangre, merced á una serie de operaciones preparatorias tan admirablemente concebidas por el general Marina como perfectamente ejecutadas por las diferentes fuerzas que en ellas han tomado parte.

No disponemos de espacio para relatar minuciosamente estas operaciones, así es que habremos de limitarnos á dar de ellas somera noticia, continuando el relato en el punto en que lo dejamos en el número último y tomando los datos de los partes oficiales que, dicho sea entre paréntesis, son un modelo de sobriedad poco común en documentos de este género, sobre todo cuando las nuevas que contienen son nuevas de continuadas victorias.

El día 21 las tropas vivaquearon en las posiciones conquistadas el día anterior, atrincherándolas y fortificándolas.

El 22, á las once de la mañana, pusiéronse en movimiento la división Sotomayor y seis batallones de la de Tovar, yendo de frente aquélla y en movimiento envolvente éstos, desde Taxdirt hasta Sidi Um. A las tres de la tarde el general Sotomayor ocupaba el zoco El Had, de Benisicar, sin más bajas que seis heridos y un contuso, y el general Tovar conservaba las posiciones desde donde había ayudado la operación. Los moros se retiraron desordenadamente, batidos por los fuegos concentrados de fusil y de cañón de las dos columnas.

El día 23 transcurrió sin novedad, y el 24 efectuó su entrada en Melilla el general Tovar con parte de sus fuerzas, siendo objeto de un recibimiento entusiasta.

El 25 la división Orozco salió de Pozos de Aograz dividida en dos columnas que, después de haber sido rudamente hostilizadas, ocuparon la altura de Tauima, en donde quedaron algunas fuerzas, marchando el resto hacia Nador, poblado en el que entraron nuestras tropas, que á la vez ocuparon las alturas que lo dominan.

El día 26 fueron reforzadas las posiciones conquistadas con la división Tovar, que á las seis de la mañana salió de Melilla y á la una quedaba acampada en el valle de Nador.

En la mañana del 27, dos columnas, al mando de los generales Orozco y Tovar, salieron de Nador hacia Zeluán. La primera, la de la derecha, constantemente hostilizada, avanzó rechazando al enemigo, que acabó por refugiarse en la alcazaba, de donde también hubo de retirarse; la segunda, la de la izquierda, efectuó un movimiento envolvente con objeto de alejar á los moros que por aquel lado pudieran presentarse.

A la una, y después de haber cañoneado previamente las posiciones inmediatas, entró en la alcazaba de Zeluán la columna Tovar; una hora después, entraba allí la del general Orozco. Formadas todas las tropas en la explanada, izóse la bandera española entre los vivas y las aclamaciones de los soldados. Poco después llegó el general Marina, que desde el monte Tauima había dirigido aquella operación.

Durante la madrugada del 28, las fuerzas del general Sotomayor que ocupaban el zoco de El Had fueron atacadas rudamente por un grupo numeroso de rifeños que llegó hasta las alambradas del campamento. Hubo momentos en que se combatió cuerpo á cuerpo, pero al fin el enemigo fué rechazado, no sin habernos causado cinco muertos, entre ellos un comandante, y quince heridos. En las demás posiciones no ocurrió en aquel día novedad alguna.

Al amanecer del día 29 salieron de Melilla fuerzas de la guarnición de aquella plaza al mando de los generales Arizón y del Real. Comenzaron á trepar por laderas del Gurugú, yendo á la vanguardia la policía indígena y los refugiados de Frajana y Mezquita, capitaneados por el *Gato;* los rifeños, al divisar nuestras tropas, huyeron precipitadamente sin disparar un tiro. Sucesivamente fueron ocupados varios picachos del monte, y poco antes de las ocho la bandera española era izada en el pico más alto del Gurugú. El momento fué solemnísimo, emocionante: la artillería de todos los campamentos, la de la escuadra y la de Melilla, dispararon salvas y en todas partes los soldados prorrumpían en estruendosos vivas á España.

En la plaza el entusiasmo fué indescriptible cuando se vió ondear la enseña nacional en lo alto de la montaña, cuya ocupación, unida á la de Nador y Zeluán, nos asegura la posesión de la parte del territorio rifeño que nos es tan necesaria para el mantenimiento y la ampliación de nuestros dominios y de nuestra influencia en Africa.

No menos grande ha sido, como decimos al principio, el que en toda España ha producido la noticia de la toma del Gurugú, y por millares se cuentan los telegramas de felicitación que las representaciones de todas las fuerzas vivas del país han dirigido al general Marina, al ejército de Africa y al gobierno. Todos merecen elogios, pero indudablemente la mayor parte de la gloria conseguida corresponde al general Marina, que sin precipitaciones peligrosas, atendiendo únicamente á buscar las mayores probabilidades para el triunfo definitivo y sacrificando la brillantez de las operaciones á su afán por ahorrar la sangre del soldado, ha llevado esta campaña con una pericia y un tacto que han sido la admiración, no sólo de España, sino también del extranjero.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al asociarse al júbilo que toda la nación siente, envía también sus más fervientes felicitaciones á nuestro ejército de Africa y á su ilustre general en jefe, que tan alto han puesto el nombre de nuestra patria, avivando así las esperanzas que todos sus hijos tenemos puestas en su porvenir. – R.



Interior de la alcazaba de Zeluán



Viviendas moras en el recinto de la alcazaba de Zeluán



JOSE HAYDN, cuadro de V. de Paredes



LA VISITA AL MUSEO, cuadro de W. Hatherell

LA CATÁSTROFE DEL «REPUBLIQUE»

La pérdida del *Republique*, del hermoso dirigible militar que con razón constituía el orgullo del ejército francés, ha sido para Francia un rudo y dolorosísimo golpe, así por la destrucción del magnífico aparato que tanto y tan legítimo entusiasmo había excitado en las últimas maniobras, como por la muerte de los cuatro tripulantes que en él iban cuando se produjo la catástrofe.

El *Republique* había salido de su cobertizo de la llanura de Ronzieres á poco más de las siete de la mañana. El tiempo se mostraba excepcionalmente propicio, pues soplaba una débil brisa que había de favorecer la marcha del dirigible. Ocupaban la barquilla el capitán Marchal, el teniente Chauré y los ayudantes mecánicos Reau y Vincenot, quienes, dada la voz de suelta, saludaron á los soldados de ingenieros que habían ejecutado la maniobra y á los escasos espectadores que aplaudían la majestuosa partida del dirigible. Éste se elevó con facilidad á 150 metros, evolucionó lentamente por encima del parque, y tomando luego la dirección de Varennes, emprendió una marcha rápida y segura.

A las ocho y veinticinco, el aeróstato pasaba sobre Moulins á 120 metros de altura, moviéndose con seguridad perfecta y siendo saludado con entusiasmo por los habitantes de aquella población. Poco despues, cuando se hallaba á una altura de 200 metros, se le vió desviarse bruscamente, oscilar y al fin caer con rapidez vertiginosa. Un ala de la hélice izquierda se había roto, y al ser lanzada en el aire con terrible fuerza había desgarrado la envoltura del globo, determinando la caída de éste y yendo á parar á unos cien metros de distancia.

Dos automóviles que, provistos de material de reparación, iban siguiendo la ruta del *Republique*, corrieron presurosos al sitio de la catástrofe, cercano al castillo de Avrilly, propiedad del marqués de Chabanne-La-Palice, adonde acudieron también éste con sus criados y varios labradores que trabajaban en aquellos lugares. El globo estaba convertido en un montón informe; levantada la tela que lo cubría, ofrecióse á los ojos de los circunstantes un espectáculo espantoso: los cuerpos de los cuatro tripulantes aparecían horriblemente desfigurados entre los restos del motor y de la barquilla del aeróstato.

Uno á uno los cadáveres fueron retirados y conducidos al pabellón de entrada del castillo de Avrilly y desde allí trasladados luego al hospital militar de Moulins, en donde aquella misma tarde los visitó el presidente del Consejo de Ministros Sr. Briand.



La catástrofe del globo francés dirigible «Republique.»—El aeróstato poco antes de emprender la ascensión en que fué destruído. Los cuatro tripulantes que se ven en la barquilla, de izquierda á derecha, son los que perecieron en la catástrofe: el capitán Marchal, el teniente Chauré, y los ayudantes Reau y Vincenot. El último personaje, capitán X, descendió antes de que el globo se elevase en los aires. (De fotografía de World's Graphic Press.)



Vista de los restos del «Republique» después de la catástrofe
(De fotografía de M. Branger.)

En el hospital permanecieron hasta la mañana del 27, en que se efectuó su conducción á la estación ferroviaria para ser llevados á Versalles, á cuya guarnición pertenecían aquellos cuatro héroes. La ceremonia fué imponente. En presencia del vicario general, del cabildo y del clero de las parroquias de Moulins fueron sacados los cadáveres y colocados en sendos furgones adornados severamente con follaje, crespones y banderas, hecho lo cual púsose el cortejo en marcha por el orden siguiente: gendarmes, cazadores de á caballo, sociedades musicales y gimnásticas, destacamentos de cazadores y del escuadrón del tren de bagajes, el clero, un destacamento de ingenieros, los furgones mortuorios, escoltados por una compañía de aerostación, otro destacamento de ingenieros, las religiosas del hospital, las familias de las víctimas, los elementos oficiales presididos por el general Goirán, en representación del ministro de la Guerra, una delegación de la sección de las Mujeres de Francia de Moulins y varios soldados que llevaban más de treinta coronas.

En la estación, el general Goirán, el prefecto del Alier y otros pronunciaron sentidos discursos, terminados los cuales todas las tropas de la guarnición desfilaron por delante de los féretros; después, fueron éstos colocados en un furgón y el tren partió para Versalles, en donde esperaban el fúnebre convoy el prefecto de Sena y Oise; el general Dalstein, gobernador militar de París; el Sr. Coulón, en representación del presidente del Consejo de Ministros, y otros personajes oficiales, individuos de las familias de las víctimas y una sección del 1.er regimiento de ingenieros, al que éstas pertenecían.

Los cadáveres quedaron depositados en el cuartel de la Plaza de Armas hasta la mañana siguiente, en que se efectuó su entierro.

Los féretros estaban envueltos en banderas francesas y sobre cada uno de ellos estaban los respectivos quepis, dolman, espada é insignias de la Legión de Honor.

La capilla ardiente, severamente adornada, estaba llena de coronas enviadas por varios regimientos, por las familias de los muertos, por el presidente de la República, por el presidente del Consejo de Ministros, por el Consejo Supremo de Guerra, por la ciudad de París y por otras entidades ó particulares. Entre todas ellas destacábase por su tamaño y por su magnificencia una colosal de rosas y orquídeas atada con una ancha cinta de moaré blanco, en la que bajo la diadema imperial y en letras de oro se leía el monograma *W. II*: era la del emperador de Alemania que, además de enviar aquel precioso recuerdo, se hizo representar en el entierro por un oficial.

A las once púsose en marcha la fúnebre comitiva, en la que figuraban representantes del presidente de la República, de los presidentes del Senado y de la Cámara, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de la Guerra, varios otros ministros, multitud de generales, los agregados militares de las embajadas, delegaciones de varios municipios y del Consejo general del Sena, los diputados y senadores del departamento y nutridas comisiones militares.

El clero de todas las parroquias de Versalles, presidido por el obispo monseñor Gibier, entonó los responsos, y en seguida el entierro se dirigió á la catedral, en donde se celebró un solemne oficio de cuerpo presente, que fué oído por todas las representaciones oficiales, y terminado el cual el prelado pronunció una elocuente plática saludando á los cuatro héroes en nombre de la patria, de la humanidad y de la religión, y ofreciéndoles los píos sufragios y las oraciones de la Iglesia.

Concluída la ceremonia religiosa encaminóse el cortejo al cementerio, á cuya puerta dirigieron la palabra á los concurrentes el teniente coronel Tatin, del 1.er regimiento de ingenieros; el alcalde de Versalles; el Sr. Deutsch, delegado del Aero-Club; el Sr. Berteaux, ex ministro de la Guerra, y el general Brun, ministro de la Guerra, en nombre del gobierno.

Después procedióse al sepelio de los cuatro cadáveres, que recibieron cristiana sepultura en una tumba provisional, en donde permanecerán hasta que se hayan construído los panteones en que sus restos descansarán definitivamente. – P.



Versalles.–Entierro de las víctimas del «Republique»
(De fotografía de M. Branger.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pasó el invierno en estas alternativas, coincidiendo también en ello con el joven Guibray. Ambos, al mismo tiempo y en un mismo pensamiento, decían que sí ó decían que no, llamando en su ayuda las intervenciones milagrosas, los prodigios, y, sin solución, renovaban cada día sus incoherentes sueños de la víspera.

Pero siendo soltera y viviendo en el campo, Bertilla no tenía el recurso de distraerse como Pedro, ni de ninguna otra manera; vivía á solas consigo, escuchándose mejor en el silencio, llenando, con el único interés desmedido de su persona, la eterna soledad en que se manifestaba.

De este modo se le contrajeron los nervios y palideció también. Su padre, que la encontraba extraña, le propuso viajar; ella no quiso. Le ofreció trasladar la residencia á París; tampoco aceptó ella.

Debilitóse á su vez, se abandonó á la inercia, y pareciéndole, en sus horas de pesimismo, que no tenía nada que esperar, no quería moverse para ir en busca de nada. Se absorbía en sus meditaciones siempre iguales, alimentaba su pena con sus melancolías antiguas.

Una sacudida la despertó y la hizo gritar.

Hacia el mes de marzo, los herederos Mignot habían escrito á París proponiendo al señorito de Guibray la tierra de su difunto padre, y les fué contestado por el barón Gilberto que su hijo estaba gravemente enfermo, en peligro de muerte, y que había que aplazar la cosa para más tarde, si Dios hacía el milagro de curarlo.

A esta noticia, doblemente siniestra, los campesinos pusieron mala cara y se contaron su decepción. Que Pedro estuviese enfermo, no tenía para ellos grande importancia; pero que á causa de ello el negocio, descontado de antemano con creces, fallase ó al menos fuese diferido á plazos muy vagos, esto les afligía muhco.

Así es que en el mercado, delante de la iglesia y en la taberna, dieron suelta á la lengua, afirmando que el joven señor de Guibray iba á morir, y eran los primeros en lamentarse de esta muerte.

A las almas sencillas les gusta el drama; nadie dudó en el pueblo que el enfermo estaba gravísimo, que ofrecía pocas esperanzas de vida, y en realidad, la conjetura no carecía de fundamento.

Brice cogió al vuelo aquel fúnebre anuncio, y á su vez tuvo compasión des le luego de sí mismo, pues semejante catástrofe arruinaba sus más caros proyectos.

Aquel día fuése cariacontecido al castillo nuevo, y exhaló tales suspiros, que su actitud trágica no tardó en llamar la atención. Entonces habló, comentando la noticia con frases lacrimosas.

Sus palabras fueron repetidas, subieron del jardín á la cocina y de la cocina al salón.



A veinte pasos del hotel de Guibray vió un mandadero

Una camarera, sin malicia, anunció de golpe y porrazo el suceso á Bertilla.

—Señorita, ¿se acuerda usted del señorito de Guibray..., aquel joven del año pasado?.. Parece que se está muriendo.

Bertilla miró á la criada, abriendo grandemente los ojos y palideciendo de repente. No acababa de comprender... ¡Aquel golpe era tan inesperado!.. En la vida es muy raro que los mortales prevean la muerte..., sobre todo los jóvenes que han visto morir pocas personas.

Pero en tres minutos Bertilla juzgó el horror de las palabras oídas, y replicó con la voz quebrantada:

—¿Quién dice eso?

—Brice. Todo el mundo habla de eso en el pueblo.

En seguida, sin preocuparse de respetos humanos, sin pensar que iba á venderse, Bertilla bajó al jardín, llamó á Brice de lejos y le interrogó.

Él contestó cabizbajo, con los ojos llorosos, emocionado, sincero quizá, por cien razones personales:

—¡Ay, sí, señorita!.. Los Mignot le habían ofrecido su campo..., ¿sabe usted? Es su padre quien ha escrito... El señorito Pedro está desahuciado de los médicos... A menos de un milagro, está perdido...

Bertilla le escuchaba inmóvil; hubiera querido gritar, llorar; pero no debía hacerlo, y murmuró:

—¡Eso es espantoso, Brice..., es espantoso! Si tiene usted más noticias, no deje de enterarme.

—Entendido, señorita... ¡El pobre joven, tan bueno, tan generoso..., todo corazón!.. Está visto que siempre son los mejores los primeros que se van.

Bertilla se había marchado ya; corrió á su cuarto y se encerró en él; una vez sola, se oprimió las sienes con ambas manos, en una actitud desesperada, dando gritos de dolor, sincera esta vez, sin cohibición ni fingimiento alguno.

—Esto es el colmo de la desgracia, decía. Va á morir... lejos de mí..., odiándome, creyendo que yo también le odio... Y bien, ¿estás contenta ahora, Bertilla?.. El día en que un Guibray muere, es un día de júbilo para los Faulque... ¡Mentira, infamia!.. Él muere á los veinticuatro años..., y yo no tengo siquiera el derecho de ir á averiguar si murió ayer ó si morirá mañana. Extraños, más que extraños, ene-

migos irreconciliables..., he aquí lo que somos uno y otro... Pedro... ¡Ah, si se hubiese quedado aquí, si yo hubiese sido franca, él hubiera vivido, por él y por mí, feliz y amado... Pero yo desempeñé mi papel con convicción... Comedia al principio; ahora tragedia; se acerca el desenlace, si todo no acabó ya... ¡El desenlace!.. Y yo, ¿qué haré después de él? ¡Ah, no es posible, Dios no lo querrá!.. No puedo creer... Dios, Dios, Dios, tú me oyes... Pones á prueba nuestro orgullo... Señor, yo soy humilde, yo reniego del pasado..., déjame el presente..., salva á Pedro... Sálvale, simplemente, por él, por los suyos. Yo sabré callar... No te pido más que su vida... No se trata de mi felicidad... Su vida, su vida solamente... ¡Dios mío, no puedes negarme esta gracia!

Con estas palabras entrecortadas imploraba al cielo, con los brazos levantados, demente y apasionada; ante el drama comprendía mejor la intensidad de su amor, hasta entonces oculto, desbordando de golpe en crisis soberana.

No era ya capaz de disimular; se arrancaba la máscara, y verdaderas lágrimas rodaban por sus mejillas; era el trastorno profundo de un alma altiva, herida de improviso y vencida sin combate.

Divagaba así cuando entró su padre.

Desde la puerta, Clemente Faulque, ya preocupado, juzgó de una mirada el desorden mental de su querida hija. Quizá hacía tiempo que había sospechado lo que pasaba en el alma de la joven. Limitóse á decir:

—¡Ah! ¿Ya sabes?..

Bertilla se volvió hacia su padre, y sin tratar de disimular, se echó en sus brazos.

—Papá, papá, no puedo seguir mintiendo!.. ¡Él se muere... y yo le amaba!

Clemente, á su vez, sintió sus ojos inundarse de lágrimas. El dolor de su hija idolatrada conmovía todo su ser.

No era el momento de las preguntas, ni sobre todo de los reproches. Estrechaba fuertemente á Bertilla contra su pecho, buscando vagos consuelos, palabras de esperanza en que él mismo tenía poca fe.

—Vamos, muchacha, cálmate, nada se ha perdido... A esa edad, todo se resiste... Curará, no tengas cuidado... Y le volveremos á ver... Daremos pie... Bien sabes que yo lo deseaba... Es verdad que es muy simpático ese pobre muchacho. Nunca comprendí... Pero, en fin, todo se arreglará, estoy seguro... Escucha, hija mía, voy á ir á París... Esta noche tendrás noticias...

—Gracias, papá, exclamó Bertilla. Gracias... Perdona... No sé lo que me pasa... ¡He luchado tanto!.. ¡He sufrido tanto!.. Yo me creía más fuerte... Todo esto es horrible...

—Animo, muchacha. Me voy. . Hasta la noche... Pero júrame que me esperarás sin llorar..., ¿oyes? No quiero que llores.

—Anda, sí, te esperaré... Ya no estoy tan triste.. Mi secreto me ahogaba...

Clemente Faulque llegaba á París dos horas después de esta escena. Tomó un *fiacre* y se hizo conducir á la avenida Bosquet. A veinte pasos del hotel de Guibray vió un mandadero, sentado en un taburete, con los brazos caídos, entre su cajón y su portafardos.

—¿Ves esa casa?, le dijo.

—Sí, ya sé, á veces les sirvo...

—Bueno, pues vas á preguntar á cualquier criado cómo sigue el señorito Pedro.

—Le conozco... Está muy grave.

Y el mandadero fué á cumplir su encargo.

Minutos después volvió con la cara muy triste. El enfermo seguía en el mismo estado de gravedad. Había pocas esperanzas de salvarlo ..

Clemente Faulque tuvo un gran disgusto. ¿Qué iba á decir á Bertilla? La idea de su regreso le espantaba.

Reflexionó un instante y examinó al mandadero. Era joven y no parecía tonto.

Escucha, le dijo Clemente, y procura comprenderme. Aquí tienes cien francos, que te dejo con la condición de que cada mañana me envíes un parte telegráfico á la dirección que voy á darte; y eso durante quince días, porque dentro de quince días el señorito de Guibray habrá curado ó habrá muerto.

Y Faulque escribió en un pedazo de papel:

«Brice, Guibray, S.-et-O.»

De esta manera reservaba los principios, salvaba las dignidades.., por lo pronto al menos; porque si más tarde trataban de averiguar, no sería difícil de remontarse al origen y descubrir el punto de partida.

Por el momento, era Brice el que obraba. ., para todo el mundo, en París; y esto bastaba.

Clemente Faulque tomó el primer tren de regreso, y encontró en Mantes el coche que allí había dejado.

En el camino se preguntaba qué le iba á contestar á Bertilla. Durante los tres cuartos de hora del viaje, en su coche cerrado que cruzaba rápidamente tristes campiñas, aún muertas, porque el invierno se prolongaba, Clemente tuvo tiempo de dar vueltas á muchas ideas en su imaginación.

En el momento álgido de la crisis, ante el dolor de su hija se había limitado á pensar: «Ese muchacho se muere; Bertilla llora; hay que consolar á Bertilla anunciándole que el enfermo mejoraba.»

Pero he aquí que volvía con noticias contrarias y fúnebres... Sacudió la cabeza y pensó:

«Es una gran tristeza para una muchacha el no tener madre... Mi hija ha sufrido largo tiempo en silencio, por no tener á su lado la confidente seria y consoladora, la confidente nata que se llama una madre..., cuando esa madre comprende su papel, y no se burla ni ultraja, sino que se compadece y derrocha tesoros de ternura. Con mis ojos de hombre y de hombre ocupado en mil cosas, nada noté de ese amor absurdo, que sin embargo debí prever y temer. Una sola vez, al principio, bien me acuerdo, puse á Bertilla en guardia contra sí misma, aconsejándole que olvidase la presencia de Pedro de Guibray... Luego pensé en otros intereses; no seguí la gradación fatal de esa romántica aventura. Cuando, en medio de lágrimas, he sorprendido la confesión de ese apasionado afecto, era ya tarde para encarrilar el mal; no veo ningún remedio á mi alcance. Si ese muchacho muere, mi hija va á llorar durante largos meses, viuda de su primer sentimiento. Y con una naturaleza como la de Bertilla, apasionada y fiel, ese luto de los veinte años podría tener una repercusión infinita en lo futuro, y mi casa se resentiría siempre de ello.»

Encogióse de hombros, descontento de sí mismo y de los demás.

«La vida es estúpida—siguió pensando.—Todos los inútiles rencores de un pasado diez veces abolido conducen ¿á qué? A una vulgar historia de amor entre los dos jóvenes, tanto más deseosos de unirse uno á otro, cuanto que todo parecía separarlos. La eterna antítesis resulta por un deseo de perfecto acuerdo. Hubiera sido tan sencillo tenderse la mano al primer encuentro, en el olvido de las querellas antiguas, que ya no tenía más valor que un eco de canción.»

Clemente hubiera acogido de buena gana al joven si éste no se hubiese retraído desde el primer día. Noble ó plebeyo, rico ó pobre, tal como era, Pedro tenía el don de agradar por su fisonomía, de retener y cautivar la mirada. Con ser un Guibray, era simpático hasta á los Faulque...

¡Ay! La muerte no lo había querido; los muertos no estaban bastante muertos todavía, y el orgullo de las familias había hecho todo el mal.

Ahora (¡á buena hora!) Bertilla renegaba de sus preocupaciones ante una tumba abierta.

Clemente continuaba su soliloquio, cuando el coche se detuvo bruscamente. Bajó el cristal de la portezuela y vió á su hija de pie, en la carretera, aguantando la lluvia.

Le esperaba á cuatro kilómetros del castillo nuevo; le había salido al encuentro para recibir noticias más pronto.

Al ver su rostro ansioso, no tuvo valor para reñirla. Le hizo puesto á su lado, y el cupé volvió á partir á trote largo.

—¿Y bien, y bien?, le preguntó convulsa.

Entonces él mintió, temiendo las consecuencias de la verdad.

—Pues... el joven va un poco mejor..., no mucho, pero un poco... Algo es... Se le salvará.

Bertilla miraba fijamente á su padre, inclinada hacia él.

—¿Es verdad lo que dices?

—Te lo juro...

Y para cortar preguntas concretas que él temía, Faulque se apresuró á añadir:

—Tendremos noticias todos los días...

Y explicó cómo debían expedirse telegramas diarios á la dirección de Brice.

Bertilla se maravilló de la estratagema; estaba menos triste. Lo que le había espantado sobre todo había sido la idea de que Pedro podía morir sin saberlo ella.

Dió las gracias á su padre con frases ingenuas, revelándose toda entera, puesto que se habían acabado los disimulos.

Él aceptó las gracias con un estremecimiento, pensando:

«¡Quiera Dios que el telegrama de mañana no anuncie la catástrofe!»

Clemente enteró á Brice del papel que le estaba reservado. Debía recibir los telegramas y llevarlos inmediatamente al castillo nuevo—sin abrirlos,—y entregárselos á él mismo, en sus propias manos..., á nadie más, ni siquiera á Bertilla.

Brice se inclinó, prometiendo observar religiosamente las instrucciones recibidas. El hombre adquiría importancia, venía á ser útil, hallábase convertido en un personaje de confianza.

Su porvenir se embellecía; de todos modos, cualesquiera que fuesen los resultados, sus servicios prestados iban á ser inolvidables. Sentíase de la casa, y la casa era buena.

Y si el señorito Pedro curaba, para colmo de ventura—como entonces todo acabaría bien, necesariamente,—participaría de los reconocimientos comunes, y no tendría ya necesidad de preocuparse de su suerte.

La fortuna le llegaba tarde, pero le llegaba al fin. Rebosaba de alegría; pero, diplomático como siempre, ocultó sus risueñas esperanzas bajo aspectos de profunda melancolía.

Solo, en el jardín, suspendía comúnmente su trabajo, para estarse con los brazos caídos, mirando al suelo, en una actitud de grande abatimiento. Bertilla le sorprendió en esas actitudes, y formó una excelente opinión de él. Ese Brice era hombre de corazón. Sucediera lo que sucediese, ella contaba no olvidarlo.

A la mañana siguiente, á cosa de las diez, Faulque abrió una ventana y llamó á Brice.

—Ve al pueblo; si el telegrama no ha llegado, espéralo, y vuelve luego en seguida..., sobre todo, ni una palabra á nadie; deja que hablen.

—Entendido, contestó el otro, que se fué apresuradamente á desempeñar orgulloso su nueva misión.

Mientras tanto, Bertilla se consumía de impaciencia. Al fin reapareció con el papel azul en la mano. La joven se precipitó, alargando la suya. Pero Brice se negó á entregárselo diciendo:

—A usted no, señorita. Tengo órdenes expresas ..

Afortunadamente, Faulque acudió á su vez. Cogió el papel, lo abrió, lo recorrió de una mirada y lo presentó á su hija.

El texto era breve, y podía interpretarse según los deseos de cada cual:

«Estado estacionario, fiebre intensa, delirio. No es posible pronunciarse.»

Era una copia del parte facultativo, en su concisión y sencillez.

Bertilla respiró; para ella, el hecho era que Pedro vivía aún... Por el momento, era todo lo que ella esperaba.

Entonces, cada mañana, durante diez días, repitióse la misma escena. Y durante aquellos diez días, Bertilla recorrió la gama de todas las ansias humanas, fué alternativamente optimista y pesimista, dudó, tuvo confianza para recaer de súbito en las peores aprensiones.

Los telegramas se sucedían casi iguales, siempre inquietantes; por fin, la octava mañana, el telegrama fué tranquilizador.

«Mejoría notable; vuelta de la inteligencia, remisión de la fiebre; grande esperanza »

Faulque bailó de alegría, mientras su hija reía nerviosamente. Al día siguiente, otro alegrón:

«La mejoría continúa acentuándose, sueño tranquilo...»

Y finalmente, el décimo envío:

«Salvóse; dentro de tres semanas podrá levantarse.»

Esta vez Bertilla cayó en los brazos de su padre y sollozó largo rato.

—¡Uf!, dijo Faulque; el año pasado estaba yo muy lejos de pensar que ese joven ocuparía tanto puesto en nuestras dos existencias.

Aquel mismo día Brice fué al pueblo y se emborrachó abominablemente. Volvió borracho al castillo nuevo, bailando la jiga y cantando la Pomponnette.

El jardinero principal, hombre correcto, fué, escandalizado, á dar parte al amo.

—¡Déjame en paz!, replicó Faulque; ha hecho muy bien.

El jardinero se retiró disgustado. No parecía sino que todo el mundo se había vuelto loco. Puesto que los demás hacían bien en beber, iba él á hacer lo mismo. Y dicho y hecho; fué á tomar su pítima, invitando á sus camaradas. La curación de Pedro producía extraños efectos.

Poco tiempo después, Bertilla tuvo otra alegría. Los herederos Mignot acababan de ceder su pedazo de tierra á Pedro. Cuando éste la había comprado, era que contaba volver. La hija de Clemente se encargó trajes de todos colores á fin de estar más hermosa á la vuelta del hombre amado.

Cantaba todo el día, y como renacía la primavera, daba largos paseos en coche, é iba y venía por el río en su gola, reanimada y alegre, sin huellas de sus alarmas.

Mientras tanto, Pedro recobraba sus fuerzas y empezaba á dar paseos por la avenida. Los primeros días se apoyaba en el brazo de su padre; se detenía á cada veinte pasos, sofocado por el esfuerzo; se sonreía y continuaba con obstinación.

Desde su primera salida, resolvió aclarar un misterio que les intrigaba á todos: interrogar á aquel mandadero que cada mañana, durante las semanas desesperadas, había ido á enterarse del curso de su enfermedad de parte de algún desconocido.

Detúvose con su padre delante de aquel hombre y ambos le interrogaron. El mandadero no sabía... Le habían dado dinero, una gran cantidad, con orden de enviar cada mañana un parte telegráfico.

—¿Adónde?, preguntó el barón.

—¿A qué nombre?, dijo al mismo tiempo Pedro.

Y el otro contestó, rascándose la cabeza, muy apurado, pues se preguntaba si tenía derecho á hablar:

—Ya que ustedes se empeñan..., no me atrevo á negarme... En fin, tanto peor..., pues bien, al señor Brice... en Guibray, Sena y Oise.

—¡Brice!, exclamó Pedro... ¡El pobre!.. Pero no, imposible... De ningún modo Brice podía obrar así...

—Otro se ha servido de su nombre, murmuró el barón.

Pedro se estremeció, y continuó su interrogatorio con mayor interés:

—A ver, trate usted de recordar... ¿Quién le hizo ese encargo la primera vez?

—Un caballero.

—¿Cómo era ese caballero?

El hombre vaciló un instante y soltó luego esta frase poco lapidaria, designando al barón:

—¡Es un caballero que se parece al señor!

—¡Clemente Faulque!, pronunció sordamente el joven. Sin duda se hubiera alegrado de recibir la noticia de mi muerte. ¡Lo que es el odio! Venga usted, papá. Gracias amigo.

El mandadero les miró con espantados ojos, y dijo para sí, mientras padre é hijo se alejaban:

—¡Qué cara puso!.. Yo debí callarme.

Pedro iba sombrío. El barón rompió el silencio:

—¿Tú lo atribuyes á odio, muchacho? Pues yo no; todo lo contrario.

—¿Qué otro sentimiento podía guiarle?, gritó casi el joven, en tono amargo.

Entonces Gilberto se sonrió:

—Guiábale quizá el sentimiento de otros.., de otra. ¿Eh? ¿Qué dices tú á eso?

Pedro se detuvo, algo pálido, con labio desdeñoso:

—Se hace usted extrañas ilusiones, papá; verdaderamente es usted más joven que yo.

Esta vez Gilberto se enervó y dijo encogiéndose de hombros:

—¡Bueno! ¡Habla, muchacho, habla! Pero si quieres razonar cinco minutos, te probaré por A + B que Clemente Faulque, que ningún interés tiene en que mueras, no se hubiera tomado tanto trabajo para tener noticias tuyas, si, tras él, no hubiese habido alguien que pensaba en ti y no le hubiese suplicado que obrase como lo hizo. Y, entre nosotros sea dicho, todas esas historias son ya ridículas y estoy harto de ellas... ¡No importa! Es preciso que ese Faulque se parezca mucho á mí, para que este parecido llame la atención de un hombre vulgar... ¡Dios mío, qué galimatías!

Al enterarse de lo ocurrido, Valeria tuvo la convicción de que Bertilla adoraba á su hijo; la cosa le pareció muy natural y se alegró de ello.

Pero Pedro no manifestaba el menor deseo de volver á Guibray. Sin embargo, parecía menos triste. Quizá él también, á pesar de sus dichos contradictorios, atribuía á Bertilla lo que justamente le pertenecía. Pero seguía guardando su secreto, por cuanto subsistían entre ella y él los grandes obstáculos insuperables.

Entonces Gilberto dijo á su mujer:

—Se me ha ocurrido una idea... que creo acertada. Para que esa comedia concluya, para que Pedro cure de alma como de cuerpo, hay que ir á Guibray. Para que él se decida, y se muere de gana, aunque parezca lo contrario; para que consienta, he pensado decirle que tengo en ello un interés directo... Por ejemplo (se me ocurrió esto por casualidad), que tengo la intención de presentarme candidato por ese distrito en las próximas elecciones para diputados. Esto me parece plausible. ¿Qué opinas tú?

Valeria se sonrió maliciosamente: pero, sin poner los puntos sobre las íes, se limitó á decir:

—En efecto, eso sería bastante verosímil... ¿Pero qué opiniones vas á manifestar?.. Va á preguntártelo.

—¡Bah, las del país!, contestó atolondradamente Gilberto, que hizo una pirueta, dejando adivinar, con esta rápida confesión, que sus proyectos eran más serios y más maduros de lo que aparentaba.

Contando con el apoyo de la baronesa, Gilberto la emprendió en seguida con su hijo. Le espetó un bonito discurso sobre la peligrosa tendencia de las familias nobles á permanecer en la ociosidad y en la inacción, á vivir aparte, como fuera de la sociedad. A los espíritus avisados por la experiencia de la alcurnia, corresponde conducir y guiar á las masas hacia la verdad, el progreso y las luces.

Pedro le escuchaba desconcertado. ¿Adónde quería ir á parar? Por fin el barón descubrió su pensamiento, sus proyectos, sus deseos. Mas para que este pensamiento tomase cuerpo, para poder realizar estos proyectos, era necesario ante todo que la familia entera fuese á establecerse en el pueblo, en el castillo de los antepasados, que abriese sus puertas de par en par y se dejase ver.

Al oir tal proposición, para él inesperada, Pedro se turbó. Comprendió que le ofrecían una escapatoria, una transacción á sus antiguas decisiones.

Pero también comprendía perfectamente que su padre no mentía en la exposición de sus proyectos políticos y que se afligiría mucho si le impidiesen ponerlos en ejecución.

Entonces suspiró profundamente y pidió algún tiempo para reflexionar. Valeria llegó y habló á su vez.

—Hijo mío, el campo te será muy saludable; tu padre quiere ser diputado, es una idea como otra; si sale derrotado en las elecciones, no será cosa de morirse del disgusto; si triunfa, será una gran satisfacción para él y también para nosotros... Pero no puedes negarle esa satisfacción de una tentativa de conquista á la moderna. Vamos, contesta pronto, di que sí en seguida... Bien nos debes esta complacencia... ¡Vamos!

—¡Puesto que ustedes lo quieren, sea! ¡Vamos á Guibray!, murmuró Pedro, cabizbajo, soltando las palabras una por una, como si se las arrancasen, mostrando no ceder sino ante las instancias de sus padres.

Pero, en el fondo, ante aquella decisión, ante aquella perspectiva, una voz triunfal cantaba el aleluya de las esperanzas renacientes y de los amores renovados.

Olvidaba voluntariamente el abismo abierto entre los Faulque y él; no quería saber más que una cosa: iba á ver de nuevo á Bertilla, iba verla otra vez, todos los días, á Bertilla que ya no era enemiga suya, pues lo había probado con su solicitud. A ese precio, todo se revestía de encanto; el paisaje adquiría un esplendor glorioso; veía el río grandioso y plateado, los bosques revestidos de un sagrado misterio, las colinas más altas, soberbias y serenas, y el mismo castillo, con sus agujeros y sus grietas, se alzaba, á sus ojos diferente, más hospitalario, lleno de misericordia y de felices promesas..

—¡Vamos!, no se ha hecho de rogar mucho, dijo Gilberto.

—Lo suficiente, replicó Valeria. ¿Cuándo partimos?

Ella también deseaba ahora aquella partida, pues le interesaban de antemano los acontecimientos que habían de desarrollarse.

Iba á caer en plena intriga, en un país legendario, en un escenario de melodrama. Tenía ganas de conocer de cerca á todos aquellos personajes, que ya conocía de oídas. Esa idea le daba un poco de fiebre.

Activaba los preparativos; ella también se había jurado conquistar al pueblo y sus habitantes, señores y campesinos.

Así pues, después que el caballero Pedro había partido en cruzada, en nombre del pasado, de las noblezas y de los títulos, acudía el barón ansioso de establecer su dominación política, cualquiera que fuese esa política. Pero la más peligrosa era la última, esa Valeria que quería sorprender los corazones y las almas, por medio de la gracia y la bondad, por medio de la caridad y por medio de su encanto personal, hasta la belleza expirante...

Una mañana, Brice dijo á Bertilla:

—¡Señorita, hay novedades!

Guiñaba el ojo, señalando la carretera. Bertilla miró á su vez.

Y vió tres pesados carruajes que subían las cuestas, hacia el castillo arruinado. Era el mobiliario, que llegaba antes que los señores. Era también seguro indicio de un próximo regreso de Pedro... Era una alegría para ella.

El mes de mayo reía en destellos de sol sobre las plantas reverdecidas; los tilos del paseo y los chopos de las riberas sacaban vigorosamente nuevas hojas; los pescadores de costumbre habían vuelto á ocupar sus puestos bajo los sauces, entre sus estacas tutelares; las parejas amorosas volvían á pasearse por las orillas del río; las mañanas eran suaves; las tardes tibias; las veladas más largas, pacíficas y serenas. Los ancianos se sentaban en sus bancos, en la íntima felicidad de existir aún. Había esperanzas en el ambiente y alegría en todas partes.

Bertilla tendía los brazos á aquella naturaleza amiga, apaciguada como ella; no quería pensar que el invierno volvería á su vez, ni que nada de las antiguas divergencias había concluído... Quería creer y creía. Creía en la pasión victoriosa, en el amor, destructor de obstáculos; en la juventud triunfante, á pesar de las cortapisas.

A veces se detenía en el camino, sacaba de su bolsillo una carterita de cuero blanco bordado en oro, sacaba de ella un papel arrugado, que era su talismán, y releía estas líneas que se sabía de memoria:

«En nuestra raza, las mujeres tienen ordinariamente el cabello rubio y el cutis moreno, dice á poca diferencia, el barón Matías... Sí, el cabello rubio y el cutis moreno.» Y luego la apostilla atravesando la página: «¡Como ella!»

Era la confesión escrita, la afirmación en voz alta de un alma prisionera, luchando aún contra asaltos de orgullo, pero pronta á ceder al contacto de las presencias reales, al menor gesto de bienvenida, á la menor palabra de aliento.

¿Qué podrían entonces los antiguos rencores, las querellas seculares, ante aquel gran deseo mutuo de reconciliación?

Además, Bertilla lo sabía muy bien, su pasado estaba previamente ganado á las ideas de concordia; por lo que ella conocía del barón y de la baronesa, los juzgaba, sin error, dispuestos á cualquier sacrificio por su hijo, preocupados sobre todo de su única felicidad; por ambas partes, los padres intervendrían, para nivelar los caminos y allanar los obstáculos.

Se les dejaría hacer, alegrándose de su intervención.

Y en un glorioso día del verano magnífico, se estrecharían las manos, en un pacto de amor de eterna ternura; en un olvido consentido de las tradiciones de represalias en que, de una y otra parte, los hombres, todavía bárbaros, se habían maltratado sin tregua, por no haber sabido entenderse.

Tiempos nuevos, otra gente; ¡muera el pasado y viva el porvenir!

IV

El domingo de Pentecostés, en el pueblo y en las inmediaciones de la iglesia, antes de la misa mayor, hubo una emoción.

Casi simultáneamente, el landó de las Faulque y el *vis à vis* de mimbre, muy sencillo, pero tirado por dos caballos de gran precio, el *vis à vis* de los Guibray, habían pasado delante del muro bajo, á la entrada del patio que rodea el viejo edificio gótico.

Los Guibray habían llegado al pueblo el día antes; era su primera exhibición en medio de la curiosidad popular. De antemano se hablaba mucho de ellos; sabíase que parte del viejo castillo había sido restaurado y amueblado... «con un lujo inaudito,» decían.

Durante un par de semanas, los convoyes se habían sucedido en el camino, trayendo un bagaje considerable y toda clase de objetos.

El barón Gilberto, fiel á sus proyectos, quería deslumbrar é impresionar, para cautivar después. Había abierto su caja sin contar, sabiendo muy bien que en política el dinero es el gran factor.

Estaba de antemano convencido de que no podía competir en opulencia con Clemente Faulque, tres veces más rico que él; jamás tendría como él veinte caballos en sus cuadras, diez coches y treinta criados empleados en cuidarlos; pero contaba compensar esas diferencias con la superioridad de su elegancia natural y la severidad altiva de su gusto impecable.

No tenía más que cinco caballos, pero de primer orden; no tenía más que tres coches, pero de una sencillez y de un *confort* admirables, enteramente apropiados á los servicios que debían prestar.

Si tenía poca servidumbre, al menos sus criados eran de una corrección perfecta, vistiendo noblemente una librea obscura.

En ninguna parte figuraba el tortil, ni las armas: aquella mano enguantada de hierro y empuñante, que había sido duramente agarradora. Este detalle llamó la atención. Al lado del *vis à vis* de mimbre de los Guibray, el landó de los Faulque adquiría un aire pesado de aparato y de importancia inútil, como cosa de advenedizos.

En el momento en que Bertilla y Clemente se apeaban, los caballos del barón pasaban á diez pasos. Los dos grupos se hallaron en presencia uno de otro; Pedro palideció ligeramente; Valeria miró con curiosidad; Bertilla esperó, angustiosa; los campesinos, alrededor, miraban en gran silencio.

Era un acontecimiento lleno de importancia para cada cual y para todos.

(Se continuará.)

AEROSTACIÓN.—El salón de la Aeronáutica en París.—Accidentes mortales de Lefebvre y Ferber



París.—El Salón de la Aeronáutica instalado en el Gran Palacio é inaugurado por el presidente de la República el día 25 de septiembre último. (De fotografía de M. Branger.)

PARÍS.—EL SALÓN DE LA AERONÁUTICA

Por primera vez la locomoción aérea se ha exhibido en un *salón* propio, ha tenido una exposición exclusivamente destinada á la aeronáutica. Hasta ahora los globos esféricos primero y luego éstos y los dirigibles y los aeroplanos, habían formado dos secciones accesorias dentro de los Salones del Automóvil de 1898 y de 1908; pero en el presente año, los aparatos destinados á la conquista del aire ocupan ellos solos todo el Gran Palacio, ofreciendo á los ojos del público el espectáculo más original y pintoresco y constituyendo una exposición interesantísima, en la que pueden admirarse los extraordinarios progresos que en muy poco tiempo se han realizado en esta rama de la ciencia.

Hay allí algunos aparatos que tienen gran valor para la historia de la aviación, como por ejemplo el de Wright, que en Avours alcanzó los primeros triunfos positivos para el sistema de los más pesados que el aire; el que llevó á Bleriot al través del canal de la Mancha; la célebre *Antoinette* de Latham, la no menos célebre *Demoiselle* de Santos Dumont; hay también algunos aeróstatos que evocan asimismo recuerdos históricos, como la reconstitución del globo del Sitio de París. Y al lado de esas piezas excepcionales, vense varios esféricos, como el *Michelin* y el *Don Simoni,* el dirigible *Zodiac,* del conde de La Vaulx, y un número considerable de monoplanos y biplanos de todos los sistemas, unos probados ya con más ó menos éxito, otros no ensayados todavía, que llenan la mayor parte del Gran Palacio.



El aviador francés Eugenio Lefebvre, fallecido el día 7 de septiembre último en el aeródromo de Juvisy á consecuencia de un accidente desgraciado. (De fotografía de M. Branger.)

En otra sección están instalados los motores, entre los cuales llaman la atención principalmente los de las marcas Mors, que con un peso de 90 kilogramos desarrollan 45 caballos de fuerza; Gnome, que con Paulháu y Farman triunfaron brillantemente en Reims; y Darraq, que ha permitido á la *Demoiselle* de Santos Dumont efectuar los recientes maravillosos vuelos que han sido la admiración de todo el mundo.

Completan la exposición una instalación interesantísima, en la que están reunidas las colecciones de pájaros del doctor Marcy, cuyos estudios admirables sobre el vuelo de las aves han sido de tanta utilidad para la aviación; la sección de fisiología, en donde se exhiben diversos modelos

de aparatos de oxígeno para respirar en las grandes alturas; y la galería retrospectiva, llena de objetos y documentos curiosísimos, entre los cuales merecen especial mención algunas barquillas de globos históricos, la serie de retratos de aviadores dibujados por Weissmann, la colección de libros antiguos de aeronáutica, propiedad de los Sres. Marx y Weissmann, y la colección de Pablo Tissandier.

La inauguración oficial del Salón de la Aeronáutica efectuóse el día 25 de septiembre último. El presidente de la República, acompañado del señor Mollard, jefe del protocolo, y de su ayudante el capitán de fragata Laugier, fué recibido por los Sres. Esnault Pelterie y Granet, presidente y secretario del comité organizador; general Brun, ministro de la Guerra; Dupuy y Millerand, ministros de Comercio y de Obras Públicas; Dubost y Brisson, presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, y por otros personajes oficiales. El señor Fallieres recorrió detenidamente la exposición, que dando muy complacido de ella y prodigando los mayores elogios á sus organizadores y á los expositores.



El capitán de artillería francés Ferber, conocido en el mundo de la aviación bajo el sobrenombre de Rue, fallecido en el aeródromo de Beuvrequen (Boulogne-Sur-Mer) el 22 de septiembre último á consecuencia de un accidente desgraciado. (Fotografía de Branger.)

Una nota triste amargó la satisfacción de aquella ceremonia, la noticia del desastre sufrido por el dirigible *Republique*, suceso del que nos ocupamos en otro lugar de este número.

DOS VÍCTIMAS DE LA AVIACIÓN

EUGENIO LEFEBVRE. — EL CAPITÁN FERBER

El día 7 del próximo pasado, mientras efectuaba unos ensayos en el aeródromo de Juvisy, falleció á consecuencia de un desgraciado accidente Eugenio Lefebvre, uno de los más jóvenes y más intrépidos aviadores de Francia. Encargado, en ausencia de su colega el conde de Lambert, de la recepción de los aparatos suministrados por la Compañía de navegación aérea, había ensayado con buen éxito uno de aquéllos y estaba ensayando otro, cuando de pronto los que contemplaban su hermoso vuelo vieron que el aeroplano se inclinaba bruscamente y se precipitaba al suelo desde una altura de diez metros. Acudieron presurosos á recoger á Lefebvre y le encontraron inerte junto al aparato; tenía el cráneo fracturado y cuantos auxilios se le prodigaron fueron inútiles. Pocos momentos después el infortunado aviador dejaba de existir.

Eugenio Lefebvre había nacido en Corbie en 1881 y hecho con gran aprovechamiento sus estudios en el Instituto mecánico de Lila y en la Escuela Politécnica. Trabajador enérgico y dotado de gran inteligencia, había dirigido varias empresas, hasta que se apasionó por la aviación. En la última primavera compró un biplano Wright, cuyo manejo aprendió casi solo, y hasta tal punto llegó á dominarlo, que logró aventajar al propio inventor norteamericano, puesto que volaba sin auxilio del pilón de lanzamiento y sólo con el riel, cosa á que los Wright se han atrevido muy pocas veces.

Al comenzar la Gran Semana de Reims, era muy poco conocido del público; al terminar, se había conquistado por su intrepidez y por su afable trato la admiración y la simpatía generales. En aquel concurso fué clasificado entre los vencedores, ocupando el cuarto lugar en el premio de la velocidad, el cuarto en la copa Gordón Bennet y el tercero en el de los pasajeros.

Actualmente estaba preparándose para la Quincena de París y se disponía á intentar la travesía del Canal de la Mancha llevando en su aparato á un pasajero.

Pocos días después de la muerte de Lefebvre, la aviación francesa tenía una nueva víctima, el capitán de artillería Ferber, conocido en el mundo deportivo bajo el seudónimo de Rue.

Estaba haciendo unos ensayos en el aeródromo de Beuvrequen, en las inmediaciones de Boulogne sur-Mer, y volaba perfectamente á una altura de diez metros. Después de recorrer un kilómetro, quiso virar á la izquierda para volver al punto de partida; entonces el biplano se inclinó, y rozando una de sus alas con el suelo, el aparato dió una vuelta completa y cayó, cogiendo debajo al aviador. Éste vivió algunas horas, sucumbiendo después de una larga agonía á consecuencia de una hemorragia interna.

El capitán Ferber era hijo de Lyón y contaba cuarenta y cinco años. En 1882 entró en la Escuela Politécnica y en 1893 fué nombrado capitán de artillería. Había sido profesor de la Escuela de aplicación de Fontainebleau, había mandado en Niza una batería alpina y trabajado durante algún tiempo en el laboratorio central de aerostación militar de Chalais-Meudón. En 1898, los experimentos de Lilienthal le movieron á dedicarse al estudio de la aviación, que desde entonces no abandonó nunca, habiendo sido uno de los precursores de este sistema de locomoción aérea en Francia y uno de los que mejor lo conocían teóricamente.

Era además licenciado en Ciencias y gozaba de justa fama de sabio matemático.

Estaba condecorado con la cruz de la Legión de Honor y deja escritas dos obras importantes sobre aviación y varias notabilísimas memorias.—S.

MONUMENTO Á DIÓGENES

No son sólo las celebridades de los tiempos más ó menos modernos las que tienen sus monumentos en la capital de Francia; también las figuras ilustres de la antigüedad ven allí honrada su memoria.

Buen ejemplo de ello es el monumento que adjunto reproducimos, dedicado á Diógenes, y que se levanta en el jardín del Temple. El artista que ha ejecutado esta obra nos presenta al célebre filósofo de Sínope con la linterna en una mano, buscando al hombre, es decir, en la forma en que la personalidad del *Cínico* es mejor conocida del vulgo, gracias á la anécdota que tanto la ha popularizado.



París. — Monumento á Diógenes erigido en el jardín del Temple
(De fotografía de Carlos Delius.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LOS ABONOS EN VITICULTURA, por *A. Garrido.* — Un tomo de 404 páginas con un prólogo de D. José Zulueta, editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é Hijos. Precio, en Madrid, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado; en provincias, 4'50 y 5'50 respectivamente.

ENCICLOPEDIA DE CULTURA GENERAL, por *Juan Téllez y López.* — El primer tomo de esta obra que hemos recibido consta de 788 páginas y comprende dos partes: una, *La cultura en España*, y otra, *Elementos de cultura general;* esta última contiene innumerables artículos enciclopédicos. La obra completa consta de unas 1.400 páginas y ha sido editada en Madrid por la casa Bailly Baillière. Precio: en rústica, 30 pesetas; encuadernada en un tomo, 33, y encuadernada en dos tomos, 35.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. AÑO 1908. — Un tomo de 366 páginas que contiene todos los datos estadísticos referentes al municipio bonaerense, impreso en Buenos Aires en la imprenta La Bonaerense. Es una publicación de la que nos hemos ocupado varias veces y que honra á la Dirección de la Estadística Municipal, á cuyo frente está D. Alberto B. Martínez.

TROZOS DE VIDA, novela por *Concha Espina de Serna.* — Un tomo de 154 páginas que forma parte de la notable biblioteca «Patria,» editada en Madrid (Paseo del Prado, 30). Precio, una peseta.

COSAS DE LA VIDA, por *Federico Mertens.* — Un tomo de 204 páginas que contiene la novela cuyo título lleva el libro y un cuento titulado *La peseta*, una y otro originales del distinguido literato bonaerense Sr. Mertens. Editado en Barcelona por la Viuda de Luis Tasso.

LA REFORMA TRIBUTARIA. — Informe que el Fomento del Trabajo Nacional eleva á la Comisión de señores Diputados que entiende en los proyectos de ley que el Excmo. señor Ministro de Hacienda ha sometido á la aprobación de las Cortes en 14 de abril último. Un folleto de 64 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y Compañía.

LA NODRIZA, por *Eça de Queiroz.* — Un tomo de 170 páginas que forma parte de la «Biblioteca Diamante,» que con tanto éxito edita en Barcelona D. Antonio López. Precio, 50 céntimos.

CONTROVERSIA HISTÓRICA SOBRE LA INICIATIVA DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA. — Refutación de un alegato por Camilo Destruge, director de la Biblioteca Municipal de Guayaquil. Un tomo de 134 páginas, impreso en Guayaquil en la imprenta Gutenberg, de Uzcátegui y C.ª

OBRAS DE D. JUAN VALERA. CRÍTICA LITERARIA. Un tomo de 286 páginas con varios estudios críticos escritos por el ilustre literato en 1860 y 1861; forma el volumen XXI de la «Colección de obras completas» de D. Juan Valera. Precio, 3 pesetas.

LAS MUSAS DELANTE DE JESÚS. Fantasía arcádica del árcade Jorge de Frezals y traducción italiana del árcade Francisco Sabattini y con dibujos de José Nogué y Massó. Un folleto de 48 páginas, editado en Roma por Francisco Ferrari.

EL DOCTOR STORN, por *E. Bertrán y Rubio.* — Interesante novela de concepción original y hermosamente escrita. Un tomo de 474 páginas, editado en Barcelona por Manuel Marín. Precio, 3 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XXVIII — BARCELONA 11 DE OCTUBRE DE 1909 — NÚM. 1.450

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PARÍS.—MONUMENTO ERIGIDO EN EL PALAIS-ROYAL A VÍCTOR HUGO

OBRA DEL FAMOSO ESCULTOR AUGUSTO RODIN

INAUGURADO SOLEMNEMENTE EL DÍA 30 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO



VISTA DEL MONUMENTO.—LA TRIBUNA OFICIAL: EN EL CENTRO AUGUSTO RODIN Y LA SEÑORITA ROCH, de la Comedia Francesa. (De fotografías de Worlds Graphic Press y Felipe Hutin.)

Para conmemorar el cincuentenario de la publicación de *La leyenda de los siglos*, hanse celebrado recientemente en París algunas fiestas, que comenzaron el día último del pasado septiembre con la inauguración del monumento á Víctor Hugo.

Levántase éste en el Palais-Royal y es obra de Rodin, que hace años lo tenía terminado. El famoso escultor ha representado al gran poeta desnudo, tendido sobre una roca en actitud majestuosa, inclinado hacia el mar, con la frente apoyada en la mano derecha y como imponiendo silencio con la izquierda.

La ceremonia de la inauguración fué presidida por el Sr. Doumergue, ministro de Instrucción Pública, y con él ocuparon la tribuna oficial el subsecretario de Bellas Artes Sr. Dujardin-Beaumetz; Gustavo Simón, ejecutor testamentario de Víctor Hugo; el escultor Rodin; la actriz de la Comedia Francesa señorita Roch, y otras distinguidas personalidades.

Comenzó el acto con un discurso de Emilio Blemont, saludando en nombre de los poetas de hoy al gran maestro y ofreciéndole el homenaje de París; después, el señor Simón pronunció algunas sentidas frases haciendo entrega del monumento á la ciudad; luego la señorita Roch recitó admirablemente un bellísimo poema de Gabriel Volland, y finalmente el Sr. Doumergue, en un discurso sobrio y elocuente, asocióse en nombre del gobierno á la glorificación de Víctor Hugo.

Terminada la ceremonia oficial, los niños de las escuelas públicas cubrieron de flores la estatua del inmortal poeta.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Anatolio France está siendo de actualidad en España, por motivos ajenos á la literatura; por haberse inmiscuído en asuntos de política interior española. Con tal ocasión se le ha discutido y, es de rigor desde que interviene la política, hubo apasionamiento de una y de otra parte. Para los unos, fué un genio. Para los otros, un mediocre. Para mí, siguió siendo lo que era: un notable escritor, de los mejores que hoy posee su patria, que ha perdido, en los últimos diez años, á los más ilustres.

No por ser buen literato se entiende de todo. Mi grande amigo Castelar, que además de profesarme verdadero cariño tenía de mí una opinión sumamente indulgente, solía decirme chanceándose: «Emilia, usted en literatura es un Metternich, y en política un bacalao.» Ignoro, á decir verdad, cómo pudo Castelar darse cuenta exacta de mis opiniones políticas, no muy acentuadas nunca; porque yo soy un espíritu crítico, y en muchas cuestiones suelo ver reunidos el pro y el contra. En suma, la frase, para mí sobrado halagüeña, del inolvidable Castelar, puede parecerme aplicable á muchos escritores y significa que nadie es en todo un águila.

En el mes de mayo, hallándome en París, manifesté deseos de conocer personalmente á Anatolio France, al cual, siendo presidenta de la sección de Literatura del Ateneo de Madrid, había invitado, por conducto del embajador, á venir á darnos una conferencia. Todo esto es, en mí, indicio de verdadera estimación literaria. Mis principios son en este particular muy rigurosos, y si no admiro, no doy señales de admirar. No hay que falsificar cosas tan serias.

France no pudo venir al Ateneo, no recuerdo si por ausencia ó enfermedad, y yo no pude conocerle en París porque me dijeron que recibía una especie de corte, sin devolver jamás la visita, ni aun por tarjeta. Soy cortés y creo que todos deben serlo. Para enterarme de France me bastaban sus libros. Rodeado, según estaría, de mucha gente, yo no sacaría tampoco de su presencia una impresión educadora, de estudio psicológico. Me quedé, pues, sin saber cómo es la envoltura física de France, ni la de Lemaître, otro autor favorito, que no se encontraba entonces en la capital.

Tiene hoy el autor de *La isla de los Pingüinos* setenta y cinco años, si no miente su biografía en Vapereau. Su vigor es sorprendente, atendido este dato. Antes de consultar el Diccionario, yo le creía más joven, ó si se ha de decir de un modo no tan político, menos viejo. Es la literatura profesión de longevos—léase la *Filosofía de la longevidad*, por Finot,—y de longevos verdaderos, pues la vida, sin las facultades intelectuales, no creo que nadie la apetezca. La campaña de France en la capital de la Argentina supone una resistencia envidiable en tal edad.

Desde 1876, época en que Anatolio France comenzó á escribir, ha producido bastante, especialmente novelas. Entre ellas se destacan *El crimen de Silvestre Bonnard*, *Jocasta*, *La azucena roja*, *La asaduría de la reina Pedauca*, *Tais*, y ahora *La isla de los Pingüinos*. Ha escrito también muchas crónicas periodísticas, coleccionadas en cuatro volúmenes bajo el epígrafe general de *La vida literaria*.

Con la comprensión amplia que le caracteriza, Lemaître ha analizado la formación del talento de Anatolio France. Ha empezado por señalarle su verdadera jerarquía, situándole entre los artistas que no existirían á no haber existido los genios, los «monstruos divinos,» como, por ejemplo, Víctor Hugo ó Balzac. Después ha recontado los elementos constitutivos de ese talento; la infancia pasada entre libros, el estudio de las humanidades, la influencia de la enseñanza eclesiástica, la dura juventud de luchador, la escuela de estética del cenáculo parnasiano, el amor á la vida helénica, á la antigüedad penetrada de heroísmo y de hermosura. De tales componentes tiene que salir espíritu educado, ático, con más cultura y fineza que espontaneidad. Esa furia creadora, esa epilepsia de inspirado de Víctor Hugo, no caben en Anatolio France. Todo en él es consciente; todo reflexivo; todo repensado, así en la novela como en la poesía. En consecuencia, lo más delicioso de su obra tiene que ser la crítica. En la crítica, conviene esa leve malicia, esa indulgencia irónica, esa escéptica convicción de la nada de las cosas y la cambiante movilidad de lo humano. Excepto *Tais*, que me gusta infinito, aunque no tanto como *La tentación de San Antonio*, de Flaubert, que le ha servido de modelo, doy las restantes novelas de Anatolio France por sus amenísimos, impagables artículos de crítica.

No niego que, en sus novelas, la realidad se filtra al través de una capa muy rica de ciencia, literatura, filosofía y pensamiento. Pero no sé hasta qué punto esto es alabanza para el novelista. El cerebro mal lastrado de nociones de un Cervantes, el ingenio lego de algún novelista como Dickens, nada han perdido por no estar á la altura realmente distinguida de la erudición de un Silvestre Bonnard. Al novelista le hacen la invención y la observación directa, de lo real, una energía especial, creadora. Los muchos libros, que saturan una mentalidad poderosa, quizás la abruman. Todo esto lo escribo en condicional; pues hay que temer afirmar de plano. Me adhiero, sin embargo, á la opinión de Lemaître: las narraciones de Anatolio France son, ante todo, de un gran literato, de un mandarín excesivamente sabio y lleno de sutileza. Ahora bien; atribuíd todas estas condiciones á un literato español, y no por eso adquirirá autoridad su opinión en asuntos interiores de Francia, á menos que los haya estudiado de un modo suficiente y demostrable.

De sobra sabemos cómo se nos estudia en la vecina República. Parece hasta cansado repetirlo, pero no cesará la protesta mientras no cese el abuso. Las costumbres de los fueguinos y de los indígenas de Australia han sido mucho mejor estudiadas por los viajeros franceses que las españolas. La razón de esta peregrina anomalía no la alcanzo. Los franceses son listos, son amigos de descubrir temas literarios, históricos y científicos que no estén bien esclarecidos aún, y se precian además de comprensivos. ¡El viaje á España es tan fácil, ahora que se acabó el período de los ladrones pintorescos! ¿Por qué siguen y seguirán (voy temiéndolo) en esa que Acebal llama con razón bárbara ignorancia de nuestras cosas, malas y buenas?

En estos momentos, razones ó, mejor dicho, móviles de interés azuzan á la prensa francesa contra nosotros. Nos están haciendo la campaña del descrédito y del *canard*. Pues bien: yo sostengo que hasta para calumniar hábilmente á las gentes, hay que conocerlas. Si no, las invenciones son tan gruesas, que no producen efecto.

Hay en Francia tendencia á la simpatía cosmopolita: para todas las naciones tiene Francia una sonrisa de fondista amable, que se despepita por agradar á la clientela: quizás la única excepción á esta regla del carácter nacional sea su modo de tratar á España, en el cual se une el desdén á la curiosidad mal sana y picaresca. O nos lanzan una ojeada por encima del hombro, ó se inclinan para ver la navaja que llevamos en la liga. A la cara jamás nos han mirado.

Cuando tenemos la osadía de querer elevarnos un poco; cuando en algo nos vale el propio esfuerzo ó nos sonríe la fortuna—por ejemplo, en las circunstancias presentes,—se despierta en nuestros vecinos una especie de *pelusa;* una indignación cómica porque no nos hemos convertido ya en conjunto de tribus, nuestras ciudades en aduares y nuestros ejércitos en harka.

¡Válanos Dios, y qué poca caridad!

Positivamente, y sin que sea arranque vengativo el recordarlo, Francia, desde mediados del siglo pasado, no puede preciarse de haber tenido encadenada á la victoria. Sus desventuras militares han sido varias y continuas. A muchos de sus generales, por no declararlos ineptos, ha tenido que suponerlos vendidos. Del desastre terrible no se ha repuesto aún. Recientemente, en Casablanca, ha necesitado hacer relevos, por fracasos. Todo esto, que es motivo para compadecer, no para increpar, á una nación, debe influir en que esta nación mire cómo habla de las otras, por aquello que sabemos del tejado de vidrio. España no ha molestado en nada á la nación francesa, si no es molestia atenerse á lo tratado. Se infiere que, en lo tratado, había, por parte de nuestros vecinos, reservas mentales. Si sus cálculos han salido fallidos esta vez—¡alguna vez había de quebrar la mala suerte!—tengan paciencia, y enderécense se esa bacía, como le dijeron los galeotes á don Quijote; es decir, arreglen lo mucho que en su política interior y en su ejército les conviene arreglar, so pena de disgustos mayores, en lo porvenir, de los que podemos darles nosotros, ¡pobrecitos de nosotros!

Para asegurar que á Francia no le falta qué trabajar dentro de su casita, no necesito sino releer la novela del antedicho Anatolio France *La isla de los Pingüinos*. Todo el libro es una aguda sátira contra Francia, su desenvolvimiento, sus tradiciones, su papel en el mundo; los pingüinos ó pájaros niños, palmípedos conocidos por su estupidez, simbolizan á los compatriotas del autor, y la historia de los pingüinos—él nos lo dice—es, como la de todos los pueblos, una serie de miserias, crímenes y locuras. Del cataclismo de 1793, France asegura despreciativamente que su primer acuerdo legislativo fué fundir la plata artística de las iglesias, y que burgueses y aldeanos encontraron buena la revolución para adquirir tierras á bajo precio, y mala para conservarlas. La cruz de la Legión de Honor, emblema de las glorias militares del Imperio, la coloca sobre el pecho velludo de un gorila. Y la profecía lisonjera del ironista respecto al porvenir de Francia, es que, después de haber saltado con dinamita París, su civilización desaparecerá por completo, la tierra misma será malsana y estéril, y después de haber nutrido á tantos millones de hombres, se quedará desierta. En las colinas donde se alzó París, pacerán los caballos salvajes; donde se irguió la Villa olvidada, los cazadores perseguirán al oso, hasta que, otra vez, la civilización renacerá, el Estado se formará de nuevo, y la gran ciudad resurgirá enriquecida y acrecentada: quince millones de hombres volverán á trabajar en su gigantesco recinto. Tal es el vaticinio hecho á Francia, y por extensión á la humanidad; y no cabe profecía más conservadora; todo lo que se destruya será reconstruído, y el círculo fatal de la historia recreará las sociedades tal cual se encuentran organizadas actualmente, porque si perecen sobrevendrá la vida salvaje.

Yo no extraño que así profetice Anatolio France, pues recuerdo su profesión de fe de patriota. Se encuentra en el tomo III de su «Vida literaria» y me parece curioso transcribirla. Dirigiéndose á Josefino Peladan, el célebre Sar y mago, France escribe: «Las sociedades humanas le inspiran (á Peladan) insuperable repugnancia. No concibe, por ejemplo, que nadie pueda tomarse interés por la seguridad y la gloria de la patria. Por muy mago que sea, permítame que esto lo deplore. El desdén de los cuidados que impone la misma naturaleza de las cosas, *el desasimiento de las formas más augustas y más sencillas del deber*, inficionan hoy en demasía á la literatura joven. Nuestros refinados encuentran un poco vulgar el patriotismo. En un alma refinada, esta religión de la patria se presta á toda delicadeza y hasta admite la elegancia del dandy. ¡Que prueben esos señores! Que se pongan á amar á su patria como conviene que se la ame, y bien pronto notarán que en este amor caben todas las finuras de la estética moderna. El Sr. Peladan nos habla con admiración de los viejos florentinos. Pues esos amaban á Florencia. Augusto Barbier ensalza á aquel pintor católico que se durmió en la muerte pensando en su ciudad. Los grandes italianos, poetas, pintores y filósofos, vivían y morían todos en este pensamiento. Una imagen de la vida italiana en la Edad Media es el buen San Francisco, bendiciendo, en su última hora, á su villa de Asís. Y sin embargo, eran hombres sutiles. No es digno del talento de Peladan creer que el patriotismo debe ser dejado al vulgo como un resto de barbarie.»

Muy bien dicho, y no añadiremos «chóquela usted» por no *chocar* al refinado ironista, que con la patria no es irónico .. Si podemos atrevernos á emitir tal deseo, rogaríamos á Anatolio France que nos permitiese pensar en esto lo mismo que él; amar á la patria, á la ciudad, y no abandonar el amor de la patria como un residuo de edades bárbaras. ¿Nos lo consiente France á los españoles?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL MAR, POR JOSÉ CARNER. Dibujo de Mas y Fondevila



Hallábanle sentado en aquel peñón la estrella de la mañana y la de la tarde

Érase un lobo de mar que vivía enteramente solo. Su hija única habíase casado con un montañés, y marchádose lejos, y apenas se acordaba del viejo. Y cuidado que el pobre estaba viejo de veras; su cara aparecía más surcada que el campo de un abad, sus barbas caían en desorden y de sus pantalones colgaban fantásticas hilachas. Ya el viejo se había despedido de las andanzas del mar; y los hombres, que siempre le habían interesado menos que la patria azul, no podían consolarle. No había corro de marineros augurando el tiempo, de mujerucas despellejando á los enamorados, que le atrajere y ablandara. Sólo la visión del mar le consolaba, y por ello iba todos los días al amanecer á sentarse en un peñón que lamían las olas. Hallábanle sentado en aquel peñón la estrella de la mañana y la de la tarde. Allí balbuceaba palabras singulares y agitaba los brazos. Teníanle por medio loco, pero nadie se metía con él porque sus ojazos bondadosos irradiaban simpatía y una vaga timidez.

Un día, la hija que se había naturalizado serrana, bajó á la costa. Era una mujerona alta, huesuda, requemada por el sol, imperativa. Amasaba el pan mejor que su marido; intimidaba á los mulos; bayaba como el más pindárico mozo. Vino con un crío; era aquella su novena hechura. Cuando el chico lloraba, ella lo agarraba con sumo desenfado, sin mirarlo siquiera, y se lo acercaba al pecho con precisión maquinal.

La montañesa se apoderó completamente de su padre, y en un santiamén le dió un traje nuevo, una barretina, una faja, le remozó, le peinó. Al viejo le caía la baba. Ella hacía como que no se daba cuenta, y corría con el chiquitín debajo del brazo por los vericuetos del solitario caserón, desgarrando telarañas, infundiendo un pánico indescriptible en los ratones, abriendo de par en par las ventanas. Entraba doquiera el aura marina, alegrándolo todo con sus frescas emanaciones salobres.

Cerró la noche. La montañesa se había sentado junto al hogar. Callaba el padre saboreando su pipa. Estaba muy satisfecho de su flamante barretina, que traía hundida hasta las orejas, y de vez en cuando tentaba la faja colorada, presea deslumbradora.

—Mañana me voy, padre.

—¿Ya?, interrogó el viejo apesarado. ¿Allá arriba, eh?

—Sí, respondió ella resueltamente. Y vos, continuó, fijando los ojos en el chiquitín, aunque sin verle quizás, tendríais que acompañarme allá arriba. Hace muchísimo tiempo que no visteis á mi hombre. Ni á mi hombre ni á los chicos. Venid sin falta.

—Iría de buena gana, ¿sabes? Pero estoy muy agotado, he perdido los ánimos, respondió el viejo patrón dificultosamente.

Hubo una pausa. Se oía el chupetón del chiquillo.

Luego dijo la mujer:

—Veníos. Pasaréis unos días regaladamente. Veréis al hombre, á los chicos. Uno de ellos es lo más parecido á madre, que en gloria esté. Y la casa, no se diga, parece una tacita de plata. Poco ha le dimos un jalbegue. ¡Y cuidado que mi hombre y yo trabajamos y medramos! Tenemos gorrinos y mulos, gallinas, ovejas y carneros.

El viejo contemplaba á su hija, maravillado.

—Esta noche no dejéis de pensar en mi proposición, dijo la montañesa mirando con agresiva tenacidad á su padre. Vais á pasar unos días regaladísimo. Veréis al hombre y á los chicos. Quisiera meteros la idea muy adentro... Glotón, basta ya, dijo á su crío, y luego: Buenas noches, padre.

El viejo derramó el tabaco de su pipa y volvió á llenarla... Empezaba á sentirse dominado... Cuatro días pasaban en un abrir y cerrar de ojos. Vería á los chicos. ¿Por qué no?.. Y decían que un chico se parecía á su mujer... Y había allí gorrinos y mulos, gallinas, ovejas y carneros.

* * *

Pues señor, fué á la montaña. Y vió la casa, y la familia, y todas las abundancias y regalos. Su yerno había envejecido. El chico se parecía algo á su abuela, pero tenía la nariz chata y grosera de su padre. Los demás hijos eran montaraces, brutales, aunque su madre les metía á todos en cintura con un rugido de cólera.

Los cuatro días convenidos se dilataron sin razón aparente hasta llegar á semanas... Empezó el viejo por aceptar los obsequios, agradecido; luego se fué resfriando, y acabó por anunciar resueltamente que quería marcharse. La mujerona le dijo que era forzoso aguardar al otoño; el verano era más cómodo y regalado en las alturas. El viejo hubo de resignarse, aunque de mala gana. Se paseaba debajo de los árboles con la pipa entre los dientes. La barretina y la faja habían perdido sus fulgores rojos. El viejo estaba malhumorado; paseaba eternamente solo, y poquito á poco llegó á pasar días enteros sin decirle una palabra á su hija. Ponía cara fosca á la mujerona; quería marcharse, pero comprendía muy bien que le era imposible desgajarse. Aguardaba el otoño con ansia loca. Un día vió caer la primera hoja, y riendo como un bienaventurado fué en busca de su hija. Ella quiso distraerle, pero él insistió en su propósito de marchar. Al fin ella le dijo que había alquilado la casa por tres años á unos señores de Barcelona que tenían un hijo tísico.

El viejo que, para razonar con más ahinco, revolvía entre sus manos la barretina, la dejó caer en el



Jorge Blanchet, ganador del gran premio del Aero-Club de Francia. (De fotografía de Harlingue.)

suelo. Y sin decir palabra se echó á llorar silenciosamente.

***

En el rebaño de la casa había una oveja chiquitita y traviesa; el lobo de mar la quería.

Una mañana, acariciábala el viejo en las espesuras de un bosque. El bosque era muy extenso; cubría toda la montaña, á cuya cima nunca había subido el viejo. El cual distraía su corazón llagado haciendo confidente de sus penas á la bestezuela y pasando la mano dulcemente sobre la cándida lana. De pronto la oveja pegó un salto, y empezó á subir por la montaña. El viejo la llamó, pero la pícara no hacía caso. Levantóse el viejo y la seguía con el mayor brío de que era capaz. De vez en cuando la oveja se detenía y tragaba un hierbajo. Pero apenas se la acercaba el viejo, echaba á correr y subía lentamente. Sudaba el viejo, luchando con la hojarasca resbaladiza y la pendiente muy recia.

—¡Eh! ¡Quieta! ¡Detente!

La oveja descansaba un instante y movía la cabeza. Pero en seguida volvía á las andadas.

De esta suerte la oveja y el viejo fueron subiendo toda la montaña.

Al llegar á la cúspide, la oveja se aquietó definitivamente.

El viejo, tras mil angustias y penalidades, llegó á la cúspide. Vió en seguida á la oveja que se tendió á sus pies. Luego miró las lejanías, y poco le faltó para perder el sentido de puro contentamiento.

Más allá de las últimas estribaciones de la sierra, de los llanos feraces, de una serie de colinas, se extendía una inmensa faja azul. El sol deslumbrador la cuajaba de puntos luminosos. ¡Oh maravilla del mar lejano! El viejo se arrodillaba, y parecíale que una poderosa racha marina envolvía todo su ser, rejuvenecía su corazón.

—¡Ooooh! ¡Ooooh!, decía el viejo extasiado.

Y la oveja balaba.

Imperaba doquiera la solemne paz de la naturaleza improfanada. El cielo, el mar, las montañas, todo parecía sagrado, sumido en un silencio religioso. Sólo se oían dos voces:

—¡Oooh!

—¡Beee!

Dos voces que morían en el espacio luminoso, sin fin...

~~~ ~~~

París. – Concurso de globos para el gran premio del «Aero Club de Francia.»

El día 25 de septiembre último celebróse en París, en la plaza de los Inválidos, la gran fiesta aérea organizada por el Aero Club de Francia, cuyos productos estaban destinados á las obras de beneficencia del séptimo distrito.

Desde las dos de la tarde, millares de espectadores llenaban la amplia explanada y los tejados de las casas circundantes, ofreciendo un espectáculo tan animado como pintoresco; en el centro de aquélla balanceábanse los treinta aeróstatos que habían de tomar parte en el concurso, y alrededor de éstos hallábanse reunidas todas las notabilidades de la aeronáutica. Hubo un momento en que se temió que la fiesta no pudiera efectuarse á causa de una tormenta que se inició con bastante violencia; pero por fortuna la borrasca fué de corta duración, y aunque algo más tarde de la hora señalada, efectuaron los globos uno á uno su salida por el orden siguiente: *Aurora* (900 m. c., tripulado por Mayaudón); *Cafard* (942 m. c., por Nopper); *L'Yonne* (900 m. c., por L. Maisón); *Verdún* (900 m. c., por Bellenger); *Aero-Club V* (900 m. c., por P. Gasnier); *Eole* (900 m. c., por G. Bricard); *Ronrón* (600 m. c., por Frod); *Stella* (900 m. c., por Kapferer); *Moucherón* (900 m. c., por Bienaimé); y *Lucio'e* (900 m. c., por Ribeyre).

Estos diez globos tomaban parte en el concurso de descenso en sitio previamente determinado.

Después salieron los veinte que se disputaban en el concurso de distancia el gran premio del Aero-Club, á saber: *L'Aube* (1.200 m. c., tripulado por A. Boivin); *L'Ouest II* (1.550 m. c., por De Farcy); *Picardie* (1.600 m. c., por J. Delebecque); *Zephyr* (900 m. c., por J. Blondel); *L'Abeille* (1.600 m. c., por A. Mautin); *La Belle Hellene* (1.550 m. c., por el vizconde de Lirac); *L'Imprevu* (1.600 m. c., por L. Barthou); *Minnie* (900 m. c., por el conde de Moy); *Cambronne* (900 m. c., por E. David); *Mouche* (1.600 m. c., por J. de Francia); *Anjou* (1.600 m. c., por Cormier); *Nirvana* (1.600 m. c., por E. Bachelard); *Genevieve* (1.600 m. c., por J. Blanchet); *Almanzor* (1.600 m. c., por J. Suzor); *Le Dard* (1.550 m. c., por Dard); *Le Centaure* (1.600 m. c., por J. Dubois); *Osmanli* (1.600 m. c., por E. Barbotte); *Austerlitz* (1.600 m. c., por Duthu); *Coutelle* (1.200 m. c., por P. Bordé); y *Quo Vadis* (1.200 m. c., por A. Schelder).



Concurso de globos para el gran premio del «Aero-Club de Francia.»
Las aeronautas señoras Clozel, Airault, Surcouf, Antony y Melville, del Club femenino «Stella» (De fotografía de Harlingue.)

Todos estos globos llevaban, además del piloto, uno ó dos pasajeros ó pasajeras, que al ascender por los aires eran aclamados con entusiasmo por la multitud.

El gran premio del Aero-Club fué ganado por el globo *Genevieve,* de Jorge Blanchet, que descendió en Saint Louis du Rhone, á 620 kilómetros de París, habiendo empleado diez y ocho horas en recorrer esta distancia.

El premio del concurso de descenso lo obtuvo el *Aero Club V,* de P. Gasnier, que tocó tierra á 600 metros de Villiers sur Bierre, que era el punto señalado, después de haber permanecido una hora y cinco minutos en el aire.—S.



París.—Concurso de globos para el gran premio del «Aero-Club de Francia» último
Salida de los aeróstatos en la explanada de los Inválidos. (De fotografía de Harlingue.)
~~~



EL LLANTO DE CERES, cuadro de José Garnelo



CAPEA EN UN PUEBLO DE CASTILLA, cuadro de José Garnelo

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (Fotografías del capitán Lorduy.)

Al día siguiente de la toma del Gurugú, el general Marina, con objeto de ver el estado de vitalidad de las cabilas próximas á la alcazaba de Zeluán y de poder cerciorarse de su posición respecto de nuestras fuerzas, ordenó que se efectuase un reconocimiento por el zoco El Jemis, de Beni Buifrur. Al efecto salió una columna exploradora al mando del general Tovar, protegida por la brigada Díez Vicario, que fué ocupando varios cerros sin hallar apenas resistencia. Pero cuando hubo rebasado esas primeras alturas, presentáronse numerosas fuerzas enemigas que ocupaban una línea extensísima en toda la parte derecha del camino, parapetadas en las casuchas del poblado de Amir y en todas las lomas altas de las estribaciones del monte Uixam.

Trabado el combate, los batallones de Madrid y Figueras abriéndose paso entre un fuego terrible, conquistaron una tras otra las lomas, teniendo que vencer la resistencia desesperada que opusieron los moros. El enemigo al fin hubo de retirarse, y como ya se había logrado el objetivo de la operación, el general Tovar ordenó la retirada, que se efectuó con un orden admirable.

Los cabileños quisieron aprovechar aquel momento para tomar el desquite de la dura derrota sufrida, y atacaron rudamente á las fuerzas que protegían la retirada, las cuales les mantuvieron á raya luchando con verdadero heroísmo. En aquella lucha tuvieron nuestras tropas las siguientes bajas: un general, Díez Vicario, dos capitanes, un teniente y 28 soldados muertos; un jefe, 15 oficiales y 233 soldados heridos, y nueve soldados desaparecidos.

El resumen de aquella jornada lo hace el corresponsal que en el teatro de la guerra tiene uno de los principales diarios matritenses en los siguientes términos: «La brillante acción del día 30 ha sido una jornada de gloria para nuestro ejército. Se logró en ella el objetivo perseguido; se ocuparon tres posiciones importantes, que se conservan, y nuestros soldados demostraron que pueden luchar con los mejores del mundo.»

El día 1.° de este mes transcurrió tranquilamente y se dedicó á la evacuación de los heridos en la acción del día anterior, que fueron enviados á Melilla, y al abastecimiento y municionamiento de las fuerzas. Los convoyes no se vieron hostilizados.

Igual tranquilidad reinó en los días 2 y 3. En la noche del 3 al 4 presentóse ante la posición del Gurugú, que ocupa el regimiento de Melilla al mando del coronel Primo de Rivera, un grupo de moros que, aprovechando la obscuridad, hostilizó aquella fuerza; pero fué rechazado sin bajas por nuestra parte.



El moro Amadi, condecorado con la cruz del Mérito Militar por sus servicios en la campaña de 1893, y á quien un confinado cortó una oreja en aquel entonces. Hace pocos días pudo llegar, después de seis años de no verla, hasta su casa, situada no lejos de una de las posiciones avanzadas conquistadas últimamente. La casa estaba ardiendo, pues los rifeños acababan de incendiarla; Amadi corrió hacia ella, y clavando junto á la misma la bandera, exclamó: «Todo me importa poco ante la victoria alcanzada por España.» Los soldados le vitorearon y con gran esfuerzo lograron apagar el incendio.

El día 4 regresó á Melilla el general Marina.

El día 5 fué hostilizado el campamento que en el zoco El Had ocupa la columna Sotomayor; el fuego de nuestra infantería y de nuestra artillería puso en fuga al enemigo.

Estos días de relativa calma se han aprovechado para fortificar la alcazaba de Zeluán y las posiciones del Gurugú. En la primera se construyen tres torreones y se reparan las banquetas con rampas de subida para que pueda hacerse fuego desde el interior de la fortaleza; además se han acumulado allí centenares de miles de raciones y gran cantidad de municiones. Las obras de defensa del Gurugú consisten en una serie de trincheras de más de un metro de altura, que lo ponen á cubierto de cualquier agresión y que en breve quedarán terminadas.

El desarrollo de las últimas operaciones ha hecho necesario el envío de nuevos refuerzos que son realmente indispensables para conservar las últimas posiciones conquistadas y asegurar las comunicaciones entre la plaza y los distintos campamentos, diseminados, en la actualidad, en un perímetro muy extenso.

En su consecuencia, el gobierno dispuso que marchara á Melilla una brigada de caballería, compuesta de los regimientos de lanceros de la Reina y de húsares de Pavía. Manda esta brigada el infante D. Carlos, quien, desde el principio de la campaña, había manifestado grandes deseos de tomar parte activa en las operaciones y á quien el pueblo de Madrid hizo una entusiasta despedida.

D. Carlos con los húsares de Pavía llegó á Melilla el día 5; el regimiento de lanceros de la Reina, el día 6.

Con estas fuerzas y con las de lanceros del Príncipe y de húsares de la Princesa que hace tiempo están en Melilla, se formará una división cuyo mando tomará el general Huerta, que salió para el Africa al mismo tiempo que el infante.

También ha sido enviada á Melilla la brigada del general Carbó, que forma parte de la división Ampudia. En un principio habíase dispuesto la salida de toda la división, pero á instancias del general Marina sólo se ha enviado aquella brigada, quedando la otra preparada para atender á ulteriores eventualidades.

Con este mismo objeto se está organizando otra división que probablemente mandará el general Díez Ordóñez y se compondrá de los regimientos de guarnición en Cartagena y Cádiz, de un regimiento de artillería no designado aún y del regimiento de caballería de Sesma, que se halla en Valencia.—R.



Llegada de un convoy de heridos al fuerte de Rostrogordo

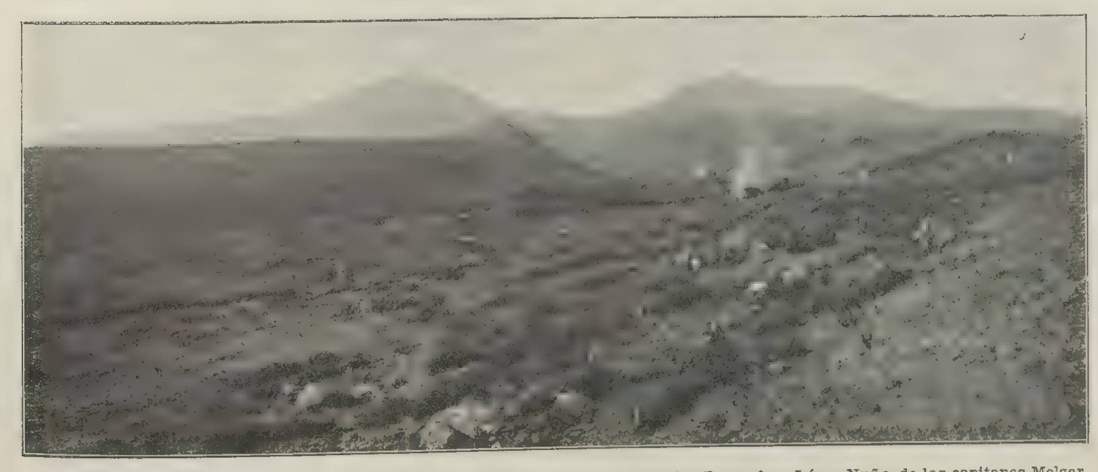
LA CAMPAÑA DE MELILLA. (Fotografías del capitán Lorduy.)



Barranco de Tinzar, vista tomada desde el monte Buamama



Morabito de Sidi Abd-al-lah (esclavo de Dios) y vado de Karbach en el río Muluya



Barranco del Lobo, en donde han sido encontrados los cadáveres de los comandantes Fresneda y López Nuño, de los capitanes Melgar y Moreno Guerra y de otros muchos oficiales y soldados que murieron en el sangriento combate de 27 de julio

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Campamento de Río de Oro.—Soldados españoles atrincherándose en el Zoco El-Had.—Trincheras de los moros tomadas por nuestras tropas.—El general Marina y su estado mayor dirigiendo el combate del 27 de septiembre último que terminó con la toma de Zeluán



Avance de la división Sotomayor hacia el Zoco El-Had.—Bombardeo de Nador desde el Atalayón.—Conducción de soldados heridos en la toma del Zoco El-Had.—Descanso de la división Sotomayor durante el avance

ZURICH. – LA COPA GORDON-BENNET

PARA LOS AERONAUTAS

Coincidiendo con la reunión del congreso de la Federación Aeronáutica Internacional, en el que se han discutido importantes cuestiones relacionadas con la locomoción aérea, hanse celebrado en Zurich algunos concursos de aerostación.

El primero de ellos efectuóse en la mañana del día 1.° de este mes, debiendo ser adjudicado el premio al globo que descendiese más cerca del punto previamente designado por su piloto. En él tomaron parte 27 aeróstatos, la mayoría de los cuales fueron á parar muy cerca del sitio escogido.

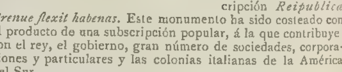
El segundo, que se realizó en la tarde del mismo día, fué para la duración y á él concurrieron 21 globos.

Pero el que despertaba mayor interés era el en que había de disputarse la copa Gordón-Bennet y para el cual habíanse inscrito los más famosos aeronautas de Europa y América. A la una del día 3 comenzó el henchimiento de los globos y dos horas después dábase á éstos la salida por el orden siguiente: *Albatros*, italiano, piloto Piacenza; *Utopie*, belga, piloto Brouckquere; *Ile-de-France*, francés, piloto A. Leblanc; *Dusseldorf II*, alemán, piloto Abercron; *Amerika II*, norteamericano, piloto Mix; *Cognac*, suizo, piloto Beauclair; *The Planet*, inglés, piloto Max Clean; *Austria*, austriaco, piloto Schlein; *Ville de Bruxelles*, belga, piloto Geers; *Condor*, francés, piloto Dubonnet; *Berlín*, alemán, piloto Brœckelmann; *Azurea*, suizo, piloto Messner; *Zixa*, italiano, piloto Frassinetti; *Jesús Duro*, español, piloto Vleminx; *Picardie*, francés, piloto Bienaimé; *Busley*, alemán, piloto Meckel, y *Helvetia*, suizo, piloto Schaeck. Todos esos globos tienen la misma capacidad de 2.200 metros, máximo consentido en el concurso, y en todos, menos en el *Ville de Bruxelles* y en el *Jesús Duro*, iba, además del piloto, un pasajero.

Mientras se elevaban los globos, evolucionaba en los aires el dirigible alemán *Parseval*.



Zurich.– Concurso de globos aerostáticos de la Copa Gordón-Bennet
efectuado el día 3 de los corrientes. (De fotografía de M. Branger.)



Los aeróstatos salieron con un tiempo espléndido, pero á las pocas horas sorprendióles una lluvia copiosísima, acompañada de un fuerte viento que duró toda la noche, haciendo sumamente difícil y en ocasiones muy peligrosa la travesía, pues durante muchas horas los aeronautas, combatidos por aquellos elementos, vagaron en la más absoluta obscuridad y sin poder orientarse.

Esto no obstante, todos descendieron felizmente, habiendo resultado vencedor el *Amerika II*, que efectuó su descenso á las tres de la madrugada del día 5 en Gutowa (Polonia), después de haber recorrido más de 1.100 kilómetros. El aeronauta Mix que lo tripulaba ha ganado, por consiguiente, la tan codiciada copa, de un valor de 12.500 francos y además 12.500 francos en metálico.

La copa Gordón-Bennet fué instituída en 1905 y su fundador confió á la Federación Aeronáutica Internacional la organización del primer concurso, que se efectuó en París en 30 de septiembre de 1906, en el cual venció el norteamericano Frank P. Lahm, que en su globo *United States* recorrió 647 kilómetros, habiendo permanecido 22 horas en el aire. El segundo se realizó en 21 de octubre de 1907 en Saint-Louis (Estados Unidos), ganando el premio el globo alemán *Pommern*, tripulado por Erbslob, que recorrió 1.403 kilómetros en 44 horas. El tercero celebróse en Berlín en 11 de octubre de 1908: la victoria fué para el suizo Schaeck, que tripulaba el *Helvetia*, como en el concurso de este año, y que permaneció en el aire 72 horas, yendo á parar á Bergset (Noruega).

Hasta ahora la copa Gordón-Bennet sólo se ha adjudicado provisionalmente; para que quede de propiedad definitiva de un club, es preciso que éste gane tres concursos consecutivos.



Monumento al ilustre político italiano José Zanardelli
recientemente inaugurado en Brescia, obra de David Calandra. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

MONUMENTO Á ZANARDELLI

Con asistencia del rey Víctor Manuel III, de los presidentes del Consejo de Ministros, del Senado y de la Cámara, de muchos diputados y senadores y de numerosas representaciones de autoridades y de entidades políticas, efectuóse hace pocos días en Brescia la inauguración del monumento erigido á la memoria del eminente político José Zanardelli.

El monumento, que es obra del célebre escultor David Calandra, álzase en un jardín de las afueras de aquella ciudad; la estatua es de bronce y representa al ilustre bresciano de pie, envuelto en la amplia toga, con el brazo izquierdo apoyado en la cintura y el derecho extendido, en la actitud que adoptaba en el calor de las discusiones. Detrás de ella se levanta un muro, en el que se lee la inscripción siguiente: *Brescia madre - Nel nome d'Italia – Sacra monumento perenne – auspice il patrio Ateneo – MCMIX.* Sobre el muro hay una hermosa cuadriga en alto relieve, con la inscripción *Reipublicæ strenue flexit habenas.* Este monumento ha sido costeado con el producto de una subscripción popular, á la que contribuyeron el rey, el gobierno, gran número de sociedades, corporaciones y particulares y las colonias italianas de la América del Sur.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 529, POR V. MARÍN

Premiado en el Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1907.

NEGRAS (15 piezas)

BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 528, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D f 8 – b 4	1. T b 5 × b 4
2. C a 4 – c 5 jaque	2. R e 4 × f 5
3. A c 4 × e 6 mate.	

VARIANTES.

1.	T b 3 × b 4;	2. C f 5 – d 6 jaq., etc.
	D a 1 × a 4;	2. A c 4 – d 3 jaq., etc.
	e 6 × f 5;	2. A c 4 – d 3 jaq., etc.
	R e 4 × f 5;	2. A c 4 – d 3 jaq., etc.
	C b 2 × c 4;	2. D b 4 × c 4 jaq., etc.
	Otra jug.ª;	2. A c 4 – d 3 jaq., etc.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Saludó á los Guibray quitándose el sombrero

Pero los dos personajes á quienes más impresionó el verse de tan cerca, fueron Clemente Faulque y Gilberto de Guibray; el barón, aunque enterado del parecido que existía entre aquel hombre y él, no quedó menos profundamente sorprendido al verlo tan patente con sus propios ojos.

En cuanto á Clemente, que nada sabía, quedó confuso; y su trastorno fué tal que, á pesar de una decisión de reserva anteriormente tomada, saludó á los Guibray quitándose el sombrero.

Gilberto, Pedro y la misma Valeria contestaron al instante con igual cortesía; el barón triunfaba; ante la muchedumbre, era ya un primer reconocimiento; el vasallo se había inclinado ante el señor.

Bertilla se mordió los labios, descontenta; pero no tuvo más remedio que contestar, al menos á la sonrisa de Valeria, y también inclinó distintamente la cabeza.

Todos juntos subieron la escalinata y atravesaron el patio; delante de la puerta, hubo vacilación; con aquellas dos familias extrañas, todas las preocupaciones anacrónicas renacían á la vez; presentábase la importante cuestión de la preferencia.

Clemente Faulque se apartó, cediendo el paso á la baronesa, que con amabilidad llamó á Bertilla:

—Señorita. .

Ambas entraron de frente, y los hombres siguieron de igual modo. Era de una etiqueta tan ridícula, que Gilberto estuvo á punto de reirse y la cosa divirtió al mismo Pedro.

La majestad del sitio los llamó al orden, es decir, á las actitudes graves.

En el coro hubo otro incidente; los Guibray, nuevos en el pueblo, no tenían sitios marcados; pero el cura, que sentía por las nobles familias una respetuosa simpatía, hizo seña al sacristán, el cual se apresuró á llevar tres sillas y las alineó en la misma fila que las de Clemente y Bertilla, que de ordinario se sentaban solos, delante del resto de los fieles.

Bertilla volvió á fruncir sus negras cejas de hermosa rubia.

El cura celebró lentamente la misa y subió al púlpito para edificar á sus feligreses.

Esta vez eligió un tema de circunstancias; celebró la alegría de la vuelta á la tierra de los antepasados, á la cuna de la raza; y dejándose llevar de la elocuencia, celebró la gloria de los antiguos Guibray, fundadores, bienhechores del país, cuyos ilustres vástagos volvían, gracias al cielo, después de cien años de destierro.

Faulque pensó:

—¡Toda la miel es para ellos!

El cura continuaba su arenga, en el mismo sentido siempre; se alegraba, en secreto, de poder dar una lección á Clemente Faulque, á su juicio demasiado republicano, que no ponía los pies en la iglesia sino en las fiestas en que se repicaba gordo, y «eso—decía él—por concesión y condescendencia.»

Además, el rumor público, refiriendo las maravillas de la ruina restaurada, había llegado á sus oídos; y esperaba sendas limosnas para sus pobres y para su iglesia, sin pensar que se exponía á perder por un lado lo que por otro ganase. ¿Quién piensa en todo?

Toda la estirpe de los Guibray, muertos y vivos, fué glorificada, para el mayor bien de las almas religiosas.

Los señores del país, así reconocidos súbitamente, respondieron con espléndidas limosnas.

Gracias al entusiástico sermón del cura, pudieron contar con las simpatías de las mujeres, lo mismo de las jóvenes que de las viejas, y al verles prodigar el oro, hasta los hombres confesaron que algo bueno tenían.

A la salida de la misa, todo el pueblo, formando una doble fila, les miró pasar. Se habían detenido bajo la nave á examinar viejos cuadros y antiguas esculturas en madera; así dejaron á los Faulque el tiempo de alejarse y evitaron nuevas ceremonias de cortesía y de prioridad.

Gilberto, á pesar de no ser devoto, experimentaba cierta emoción ante las estatuas y los cuadros, seguramente biseculares al menos, que adornaban el santuario; sus antepasados los habían regalado quizá á la iglesia; en todo caso, los habían contemplado á menudo, de suerte que evocaban su recuerdo.

Los Faulque se fueron, saludados como de costumbre, pero sin despertar mayor interés.

El gentío esperaba á los otros. Cuando salieron, el pueblo los devoró con los ojos; y ellos, sin afectación, sin darse importancia, ni demasiado aprisa ni con demasiada lentitud, se dirigieron hacia su coche.

Entonces la muchedumbre saludó levantando al aire sombreros y gorras, en medio de un gran murmullo de simpatía intensa, acompañada de respeto

Por poco, los campesinos hubieran aclamado á los descendientes de sus señores hereditarios, de sus antiguos verdugos. Los perros volvían á encontrar á sus amos, y saltaban de júbilo.

El carruaje partió al trote, seguido por todas las miradas y por todos los corazones. La baronesa era hermosa como una reina; el barón parecía un príncipe; su hijo (¿quién lo ignoraba?) era un joven de prendas. A este último habían tardado mucho, sin embargo, en conocerlo.

No obstante, alguien se atrevió á decir:

—El barón... encuentro que se parece al señor Faulque...

El que tal dijo fué objeto de una rechifla, sin que se supiera por qué.

Un irrespetuoso soltó esta contestación:

—¡Qué barbaridad! Se le parece como un ángel á un mono.

Los campesinos se rieron á carcajadas.

El día resultaba bueno para los nuevos castellanos.

En el camino, en su coche, Clemente y Bertilla cambiaron sus impresiones.

—Papá, estoy enfadada contigo... ¿Por qué saludaste primero? Tenías que esperar; nosotros estamos en nuestra casa, al paso que ellos son forasteros.

—¡Bah, bah, ya estaba yo seguro!.. Empiezas con tus reproches. Desde luego podría contestarte que les saludé antes que ellos nos saludasen á nosotros, precisamente porque son forasteros, y creo tener razón según el código de la cortesía y aun de la urbanidad pueril y honrada. Pero al contestar así, yo mentiría, porque en manera alguna tenía la intención de ser á tal punto cortés... No... Pero ¿qué quieres? Quedé estupefacto y perdí la cabeza. ¿No has notado cómo ese Guibray se me parece? Tiene las mismas facciones que yo, la misma estatura, la misma mirada, el mismo pelo blanco, el mismo bigote... ¡Todo! Es inverosímil, pero es. No me cabe en la cabeza.

—Sí, dijo Bertilla, yo también lo observé... En efecto, es extraordinario..., muy extraordinario.

Y se quedó pensativa.

Por su parte, Faulque se abismó en extrañas reflexiones.

Bruscamente fueron sacados de su meditación. Detrás de ellos, el paso levantado de dos caballos hacía resonar la carretera seca. Una voz breve gritó:

—¡A la derecha!

A esta orden, el cochero de los Faulque, que conducía su carruaje por el medio de la carretera, según su costumbre autoritaria, obedeció maquinalmente, aunque incomodado por la interpelación lanzada por su colega á las órdenes del barón Gilberto.

Pero los Guibray pasaban ya por la izquierda, en medio de una nube de polvo y el brillo de acero y colores claros. Bertilla tosió, crispó ambas manos sobre el mango de su sombrilla y murmuró:

—¡Bien va!

—Saludaron al pasar, dijo Faulque procurando calmarla.

—No han saludado, papá, y tú lo sabes muy bien. Nos desprecian. Saben que hiciste pedir diariamente noticias de Pedro... Eso es una fuerza. Además, lo llevan en la masa de la sangre, y la sangre no puede mentir: ayer llegaron y hoy ya molestan; mañana el país será demasiado pequeño para ellos... y sobre todo para nosotros.

Se encabritaba, nuevamente presa de los viejos rencores, ante lo que ella llamaba «una renovación de insolencia.»

Todo la había mortificado aquella mañana; la superioridad en la elegancia de los dos apuestos caballeros y la noble señora; la hermosura de su tronco de caballos y de un carruaje voluntariamente modesto y sin oropel. Ella consideraba todo esto como una lección recibida.

Las lisonjas del cura la habían sublevado, y la bajeza de los campesinos le había dado asco.

«Sin embargo, ¡si supieran!..—pensaba ella,—los aplastarían á pedradas, y con justicia... Pero no saben... La única que sabe soy yo... Porque hay ignorancias voluntarias.»

Y hasta se preguntaba sinceramente si no se había equivocado en su pretendido amor...

Al volver á ver á Pedro, ¡se había quedado tan tranquila!.. Al pensar en él experimentaba más cólera que ternura. Él debía rebosar de alegría, de satisfacción; debía triunfar en su orgullo de raza, en su estúpido é invencible orgullo. ¡Ah! Hacía bien en despreciar á los humildes; los humildes son viles; lo habían probado una vez más aquel mismo día.

Lo cierto, lo mismo para Clemente que para Bertilla, es que ya no eran los primeros personajes del país.

En un despertar formidable, el viejo castillo se alzaba nuevamente sobre la colina, cubría con su gran sombra al castillo nuevo, demasiado blanco, que lo había ultrajado con sus aires de riqueza. Además de su legendaria majestad, la ruina se revestía ahora de una nueva magnificencia.

¡Ah! ¿Por qué lo habían vendido? ¿Por qué habían cedido precisamente á los Guibray aquel impudente caserón, más altivo y más sólido que nunca? Mejor hubiera sido arrasarlo, dispersarlo á los cuatro vientos, desembarazar la colina de su peso eterno y el país de su recuerdo espantoso.

Así hablaba Bertilla á su padre, que no contestaba ya sino sacudiendo la cabeza; porque él también sentía ahora lo que antes había considerado como un buen negocio.

Era verdad. Los Guibray, desde el primer momento, adquirían demasiada preponderancia.

Sin embargo, queriendo su desquite, replicó con los ojos fijos en los de Bertilla:

—Entonces, ¿ya no le quieres?

—No sé nada, replicó ella. Cuando esté más tranquila me interrogaré.

—¡Extraña pasión!, murmuró Faulque con ironía. Separados, se adoran; reunidos, se detestan.

Bertilla hizo como si no hubiese oído.

Mientras tanto, Gilberto y Valeria, en el trajín de una instalación difícil, descubrían el viejo caserón: el uno con la emoción de un desterrado que vuelve á su casa; la otra con la curiosidad de un espíritu inteligente en presencia de los grandes vestigios de un augusto pasado.

Emoción en Gilberto, sí, porque aquel escéptico que se había hecho una filosofía acomodada al cielo y á la tierra, experimentaba á su vez la influencia de los medios.

Las sonoras grandiosidades de la ruina obligaban su acostumbrada ligereza á un recogimiento nuevo. Le era difícil á un Guibray no ser Guibray, de pies á cabeza, á la sombra del castillo, sombra fría para el país y cálida para él.

Quizá sintió más entusiasmo que Pedro los primeros días, al recorrer las antiguas salas de honor, grandes, inmensas; las escaleras monumentales, y aquellas habitaciones, trágicamente vacías, en que las voces repercutían en ecos con profundidades de ultratumba.

Inclinóse bajo el peso de los recuerdos hereditarios, enternecióse al contacto de las reliquias polvorientas, de los muebles y de los objetos, ocupados ó manejados por los ascendientes en la antigüedad.

Valeria, por su parte, sufría también el prestigio de la inmensa ruina, toda impregnada de historia; cada siglo la había enriquecido con una leyenda, y en torno de ella, el paisaje inmutable atestiguaba la brevedad de los hombres y la perennidad de la naturaleza.

El romántico panorama subyugó á la parisiense que, hacía poco, profesaba aún, sin embargo, el horror de las soledades y de los alojamientos inconfortables. Aprendía una forma de belleza, nueva para ella.

Deteníase, conquistada, en la terraza llena de grietas, minada por todas partes, formada aún por un viejo bastión cuadrado, cuyas bases musgosas se bañaban en el agua encharcada y fangosa de los fosos, todavía profundos.

Desde allí dominaba el valle, el río, las aldeas lejanas, en las verduras espesas ó los campos de oro de los trigos, y más cerca, el pueblo, con la vieja iglesia en la parte baja, y el caserío de tejados parduscos.

Reconstituía la vida de otros tiempos, cuando las barcazas y pesadas chalanas hacían escala en Lavacourt, cargaban de piedra en el puertecito de Vetheuil ó de Cherence; era entonces un tráfico activo entre París y Ruán, cuyas catedrales y arcos de triunfo eran construídas con aquellos enormes sillares, de un grano compacto, extraídos de las canteras del país.

Lo único que subsistía era la barca que servía para pasar de una orilla á la otra, último recuerdo de las épocas abolidas.

Valeria se remontaba más lejos, meditando en presencia de la torre del homenaje y de la fortaleza toda, especie de Bastilla, monumento de tiranía, de orgullo y de insolencia, que afirmaba el desprecio de los hombres; «aquel castillo que, durante siglos, se había burlado del valle, lo había esterilizado y entristecido, lo había abrumado con su pesada sombra. Guardián del país en los tiempos bárbaros, había sido su espanto más tarde, como escribió Michelet; ¿qué es sino el odioso testimonio de la servidumbre? Un ultraje perpetuo para repetir todas las mañanas, al hombre que iba á trabajar, la antigua humillación de su raza:

«Trabaja, trabaja, hijo de siervos, gana; otro sacará el provecho; trabaja y no esperes jamás.»

»Cada mañana y cada tarde, durante mil años, y más tal vez, los castillos fueron malditos..., hasta el día en que cayeron....»

Pero éste aún permanecía sólido, aún desafiaba el presente, como había desafiado el pasado.

Aquel conjunto evocador encantaba á Valeria, no por la vanidad, pues era Brussane antes de ser Guibray, sino por ese interés vivísimo que ofrecen las cosas de otras edades.

Sujetos á tales impresiones, el barón y la baronesa no echaban de menos á París, ni el abandono de su existencia habitual. Se apasionaban por su nueva residencia, penetrándose, cada uno á su manera, de poderoso ambiente.

Cautivado por su entusiasmo imprevisto, Pedro les guiaba con la sonrisa en los labios; convenía en que, así rodeado, la vida le parecía soportable en aquel lugar de que había renegado en la soledad.

Por otra parte, saboreaba en satisfacciones todo lo que los Faulque sufrían en amarguras. La acogida de los campesinos le había llenado de alegría; acogida casi digna de su raza, que él juzgaba, poco á poco, con menos severidad. La revancha empezaba. En fin, ahora que tenía á Bertilla cerca, constantemente vecina, pensaba menos en ella; no la consideraba ya tan temible, ni tan necesaria al único fin de su existencia. Ello era paradógico, ilógico sin duda, pero absolutamente humano. La distancia y la ausencia agrandan. Aunque la amase todavía con toda sinceridad, no sentía verla humillada. Sí, era ya un desquite.

En cuanto á las consecuencias, no quería preverlas, no sabiendo ya siquiera lo que deseaba.

Tanto de un lado como de otro, lo mismo entre los Guibray que entre los Faulque, la mala inteligencia se agravaba en lugar de disiparse; las dos casas se mostraban cada vez más rivales, en una súbita renovación de las viejas animosidades.

Al tercer día, Valeria, sola, á pie, bajó al pueblo, á instancias de Gilberto, convencido de que su gracia aumentaría la popularidad de la familia. El buscador de votos estimaba, con razón, que lo que ya marchaba bien debía ser rápidamente conducido á que marchase mejor.

Su mujer era un factor importantísimo y la enviaba por delante.

Valeria fué saludada en el camino, porque apenas se mostraba y ya seducía.

Iba fina y gentil con su traje blanco, y á pesar de las infiltraciones de plata en sus negros cabellos, parecía diez años más joven de lo que era en realidad; de tal manera sus ojos, muy hermosos, brillaban todavía, y su cutis se conservaba sin arrugas ni deterioros; gran señora, á pesar de su origen plebeyo; más castellana quizá que ninguna de las Guibray pasadas, con un alma, sin duda, abierta á la piedad.

A su entrada en la principal calle del pueblo, los habitantes se asomaron á las ventanas y á las puertas. Varios niños se acercaron á ella, instintivamente atraídos por su encanto, por la impresión de bondad que de ella se desprendía. Eran mocosos y piojosos; sin embargo, ella los acarició; las madres la adoraron, y conquistó á los padres.

Visitó al alcalde y al cura, los cuales, el uno republicano y el otro no, sin duda, la acogieron con la misma afabilidad y con las mismas reverencias.

Se enteró de los pobres, distribuyó limosnas, prometió sus socorros y su presencia en las chozas miserables; visitó algunas aquel mismo día, dejando su oro sobre las mesas desvencijadas

Al regresar al castillo, un largo murmullo de bienvenida y de gratitud la escoltó hasta su salida del pueblo.

Todo lo que habían hecho, todo lo que habían prodigado en diez años los Faulque, con ser también generosos y caritativos, no se contaba ya, era olvidado, delante de aquella manifestación ajena.

Valeria confiscaba los corazones para ella sola y para los suyos. Se le acudía la palabra y el gesto que levanta y consuela; sabía dar. Y, además, á las muchedumbres les gusta lo nuevo, sobre todo si le aprovecha.

Entonces los viejos pronunciaron que «los buenos tiempos volvían con los verdaderos señores.» La casa de Guibray ganaba terreno.

Llególe después el turno á Gilberto; también se dejaba ver. Indolente, bajaba á la orilla del río, se detenía largo rato delante de las barcas de los pescadores, se interesaba en sus platónicas tentativas, escuchaba sus quejas. Se hizo amigo de algunos de ellos.

Cierto día, uno le ofreció una caña cebada; él la aceptó, condescendiente, y echó el anzuelo al agua; en tres minutos retiró una perca bastante grande, lo cual le valió mucha consideración.

Los pescadores tienen sus supersticiones, el barón les pareció hombre de suerte; el que coge un pez al primer tanteo, tiene buena estrella y es capaz de los más altos destinos.

Paseante afable, interrogaba á los labradores sobre la esperanza de las cosechas, se interesaba por el trigo y la alfalfa; escuchaba las contestaciones contradictorias en silencio, con simples movimientos de cabeza, que, para los simples, parecían indicar que lo entendía, y eran apreciados como pruebas innegables de sus competencias variadas.

Era siempre de la misma opinión del que le hablaba, señal evidente de su gran sensatez y de su alta razón. Todos podrían decir y decían, si la ocasión se presentaba, con cierto orgullo:

—El señor barón y yo somos del mismo parecer.

Con el señor alcalde y los señores concejales, en-

contrados por casualidad, conciliados en seguida merced á un apretón de mano oportuno, no desde ñaba hablar de política.

En este terreno tampoco se comprometía; dejaba hablar, tanteaba la opinión con mucha prudencia, dispuesto á las concesiones. No molestó ningún carácter, por obtuso que fuese y por poco dispuesto que estuviese en su favor; al contrario, aprobaba todas las expresiones, absurdas ó lógicas, y adornaba con frases sonoras y huecas sus profesiones de fe.

Nadie mejor que él supo hacer equilibrios con fórmulas tan cómodas como vagas: «soberania nacional, solidaridades humanas, voz del pueblo y voz de Dios.»

Cuando comprendió que el país era decididamente republicano, se afirmó liberal y libre de preocupaciones de castas.

Pero tenía el arte de hacer ver, por medio de hábiles restricciones y de alusiones discretas, que era más meritorio ser liberal para un hombre de su esfera, que para hombres sin alcurnia y sin tradición. Por consiguiente, honraba al nuevo régimen al afiliarse á él.

Esto no le impedía cuando el cura le congratulaba, cuando hacía tímidamente votos para la restauración monárquica, con la la cual la Iglesia no podía menos de ganar, no le impedia, decimos, admitir con una sonrisa reservada, con un semi-gesto protector, aquellas esperanzas ilusorias y aquellos sentimientos por los sistemas abolidos.

Después de aquellas conferencias estaba contento de sí mismo, andaba más ligero, y se otorgaba íntimamente maravillosos títulos de perfecto diplomático.

Sus largas estaciones en los caminos, sus constantes conciliábulos con uno y con otro, le hacían entrar cada vez un poco más profundamente en la existencia habitual del pueblo. Se hablaba de él á todas horas y en todas ocasiones.

En ocho días formó parte integrante de aquel país en que, durante meses, Pedro no dejó de ser forastero y de vivir aislado. Ocupaba el primer puesto, y constaba como principal importancia en la opinión pública.

Por otra parte, ¡la baronesa era tan buena, tan generosa, tan encantadora!.. Era una bendición para la comarca la vuelta de aquella familia sin igual. Todos se felicitaban de ella.

Los únicos que permanecían ajenos á esa seducción general, naturalmente, eran los Faulque. Clemente estaba asombrado, y Bertilla cada vez más irritada.

No era ya la primera en los contornos.

Al lado de «la buena señorita,» había actualmente «la buena señora.» La influencia de ésta contrabalanceaba ya y superaría muy pronto á la influencia de aquélla.

Toda unión se hacía imposible, según Bertilla. No conocía los ánimos de sus supuestos adversarios, su voluntario deseo de concordia y de paz.

En la ribera, debajo de las habitaciones, un arroyo bastante ancho desemboca en el río, al lado del lavadero, y un puentecito une ambos lados del terreno.

Cierta mañana, Guibray y Faulque, viniendo en sentido opuesto, se encontraron precisamente en el puente. Era la situación exacta de las dos cabras de La Fontaine; pero éstos no se dieron topetazo, sino que, por el contrario, habiéndose visto de lejos, habían tenido tiempo de prepararse para el encuentro.

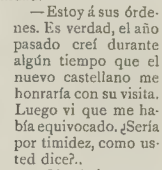
Guibray habló el primero. Presentó una fisonomía risueña como ante una feliz casualidad.

—El Sr. Faulque, ¿verdad?, dijo quitándose el sombrero.

—El Sr. de Guibray..., ¿si no me engaño?, contestó el otro no sin cortesía, pues á pesar de sus impresiones más recientes conservaba su amenidad de carácter, siendo incapaz de guardar rencor.

—Caballero, prosiguió Gilberto, me alegro muchísimo de encontrar á usted. Aunque tengo intención de ir á su casa, á presentarle mis homenajes; pero ya podemos hablar. ¡Tengo tantas cosas que preguntarle! . Mi hijo Pedro obró siempre como un atolondrado; usted le cedió nuestro antiguo dominio; sin duda por timidez ni siquiera acudió á usted para enterarse de cuáles eran sus bienes exactos, sus derechos y sus deberes. Es un chiquillo..., ignora la vida y la dirección de los negocios. Repasaremos todo eso, si usted quiere.

Faulque replicó con amabilidad:



En torno de ellos, las vacas bajaban lentamente al abrevadero ..

—Estoy á sus órdenes. Es verdad, el año pasado creí durante algún tiempo que el nuevo castellano me honraría con su visita. Luego vi que me había equivocado. ¿Sería por timidez, como usted dice?..

—Sí, sí, interrumpió Gilberto; es muy huraño.

—Quiero creerle á usted, continuó Clemente; me hace mucho favor temiendo así mi presencia. Eso crea alguna mala inteligencia á veces.

—Si alguna existe, caballero, lo que sentiría mucho, pronto la disiparemos; porque, entre vecinos, la primera necesidad está en vivir en una buena inteligencia. Y entre personas de bien, ¿á qué huir ó evitarse?.. Nuestras tierras se tocan, nuestros bienes se confunden; y no estamos ya en la Edad Media, en que decir vecino, equivalía á decir enemigo...

Así hablando, los dos amos del país se paseaban juntos á lo largo del río; ambos con las manos á la espalda, de idéntico modo de andar, lo que aumentaba todavía el respectivo parecido de sus personas.

Y era curioso ver á aquellos dos hombres de razas tan adversarias y de aspectos tan iguales.

Cinco minutos después de su encuentro, encantados de escucharse mutuamente, hablaban largo y tendido, perfectamente de acuerdo.

En torno de ellos, las vacas bajaban lentamente al abrevadero; un pastor apacentaba sus ovejas en la ribera; bajo los tilos, los ancianos se hallaban sentados en sus bancos habituales; y los dos descendientes de aquellos seres trágicos que, en la noche de los tiempos, se habían degollado mutuamente, conversaban apaciblemente en aquel delicioso paisaje.

Brice los vió de lejos, levantó los brazos al cielo, quizá para darle gracias, y exclamó con alegría:

—¡Bravo! ¡Hay fusión!

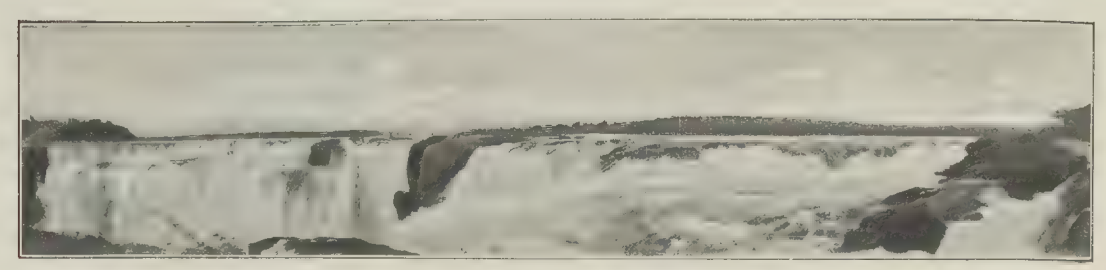
Era su sueño dorado. Se acercó y pasó á proximidad de los dos hombres, acortando el paso. Saludó profundamente, y pudo coger al vuelo esta frase, dicha por Faulque:

—Sí, su hijo hizo mal en descuidar los cultivos; la tierra es buena, es de un rendimiento seguro... Hay también las viñas, que requieren cuidados continuos, pero que merecen que se las cuide... Le enseñaré á usted todo eso, y podrá poner remedio en seguida.

Brice se alejaba cada vez más satisfecho.

(Se continuará.)

EN TIERRA ARGENTINA.—EL IGUAZÚ



Vista panorámica general del gran salto de agua del Iguazú. (De fotografía.)

Es indudable que en nuestra caduca Europa se desconocen en su mayoría los maravillosos prodigios de la naturaleza americana, constituyendo uno de los más hermosos el viaje á las cataratas del Iguazú, ya se rinda atravesando á caballo selvas antiquísimas, grandiosas é imponentes como la creación, ó surcando en vapor hasta Puerto Aguirre las ondas mansas de los anchos ríos Uruguay y Paraná, deleitándose el ánimo en sus regias grandezas y en las orillas de singular encanto, engalanadas con todas las lozanías de la vegetación.

Una y otra vía son á cual más atractivas, aun cuando por mi parte creo preferible el cruce de las selvas á caballo y la regia esplendidez de las perspectivas variadísimas, que gozosa abarca la mirada.

Muy estrechos son los límites de mi artículo para la extensa descripción del viaje desde Buenos Aires, la arrogante circasiana del Plata, hasta Corrientes, la cultísima ciudad de las iniciativas civilizadoras, rica en bellezas naturales y en recuerdos históricos; de ellos ya se encuentran antes hondas huellas en la isla de Martín García, tumba de Juan Díaz de Solís, el intrépido descubridor del mar Dulce, hoy Río de la Plata, asesinado por los indios charruas.

Todas las ciudades argentinas han tenido desarrollo inmenso en corta serie de años, y el Rosario es un centro activísimo y demostración palmaria y hermosa de la marcha rápida por ese camino del adelanto moral, intelectual y material que palpita en los campos y ciudades argentinos.

Allí imprimió el insigne Belgrano el credo de la República, enarbolando la primera enseña del trascendental pensamiento.

Por camino ameno se llega á la ciudad correntina, rodeada de risueñas quintas que infunden alborozo en la mente y deseo vivísimo de buscar sosiego á la sombra de los frondosos naranjos, núcleo de riqueza, esplendida gala de aquellos campos ubérrimos, cultivados con prolijo afán y que son manantial inagotable, tesoro y germen fecundo de prosperidad y de civilización.

Los tupidos bosques de quebrachos, madera sólida como el hierro y preferible á la del ñandubay, son también el poderoso auxiliar de riqueza para la ciudad, centro de nobles innovaciones.

Lucían los primeros albores de una hermosa mañana, y el sol, ardentísimo ya, proyectaba áureas cascadas entre las frondas, besando amoroso las erguidas y elevadas copas del urunday, de las palmas reales, de los ceibos lujosamente vestidos con flores púrpura y la de los lapachos, suaves como la seda y blancos como el armiño.

El pincel más gráfico sería impotente para dibujar aun con tonos muy pálidos la exuberancia de aquella comarca tan bien dotada por la naturaleza.

Los naranjales de Corrientes tienen celebridad universal y asombran por los fabulosos rendimientos, pues hay fincas que acusan un producto de 500.000 un millón de naranjas anuales.

«Las Lomas» se enorgullece con sus gallardos árboles, que brindan á su dueño tres millones del sabroso fruto.

La región es un verdadero oasis y encierra tesoros inconmensurables para el observador, así como leyendas y tradiciones de palpitante interés para el poeta.

El Paraná (1), el majestuoso Nilo del Nuevo Mundo, riega y fecundiza vastísimas llanuras, territorios de asombrosa fertilidad.

Periódicamente, como el Nilo, se desborda y pasea sus límpidos raudales por pampas y valles, por vergeles risueños y floridos.

¡Qué comarcas, qué oasis de esplendores se recorren hasta Posadas! Las selvas convidan su frescor eterno, las enredaderas caprichosas se enroscan abrazando los centenarios troncos y los acarician con sus flores púrpuras, como labios frescos y sensuales de mujer hermosa.

Entre el espeso follaje revolotean colibríes verdes como esmeralda, pero con el singular matiz que tiene aquella piedra en las minas de Muso, en Colombia, y sus esmaltadas mariposas y otros diminutos pájaros mosca, azules, con tonos de turquesa ó tornasolados amatista y topacio.

De repente atraían nuestras miradas los guacamayos de vistosa pluma, los inquietos loros rojos gualda, azules y grises, que en confusa algarabía disputaban las ramas más altas á los careyas, los titís melenudos, á los monitos miniatura y á las vivarachas arcillas grises ó atigradas.

Nuestro asombro creció en las cercanías de Posadas: allí la admiración desborda, y no hay, no puede haber inspiración capaz de abarcar el todo de esa tierra cálida de Misiones, paraíso portentoso, estuche de filigranas que encierra en la fabulosa extensión caudales imponderables.

Allí sentíamos las sensaciones más extrañas que surgen á la vista de hondos abismos, centro de poderosas energías vitales, sustentadoras con savia perdurable de árboles gigantescos, de arbustos y plantas agentes de salud, recreándose á la vez el espíritu con la soledad augusta de los campos, el engranaje de los bosques, donde á su antojo se enlazan en consorcio perdurable el cedro colosal con el apreciado laurel negro, el embalsamado incienso con el exquisito palo de rosa y el crespo laurel embozado en topacio y violeta, el pino altanero con las enredaderas no clasificadas aún, los troncos centenarios vestidos con adoptiva vegetación.

Aquel conjunto inmenso, asombroso, es algo que en la mente se graba, pero de imposible exacta descripción.

En un pueblecito del alto Paraná, en Itati, existe un poético santuario en el centro de risueño caserío, medio escondido entre flores y fresco follaje; como celosos centinelas de la iglesia se yerguen dos altas palmeras caranday, y sus penachos airosos sombrean la casa de la Virgen, prestando al templo misterioso idealismo.

Restos de la tiránica dominación del dictador Francia son las ruinas del convento de San Ignacio en Misiones Argentinas.

Aún se sostiene un pórtico del colegio jesuítico, y en el frontis, el escudo de los hijos de Loyola; arrasados por orden de Francia los pueblos del alto Paraná, fueron incendiados colegio y templo al cumplirse el bárbaro mandato.

En los ruinosos muros arraiga un colosal ubapon.

También en los arquitectónicos vestigios late la tradición y la leyenda trágica, envuelta entre la bruma de los años y apenas esbozada.

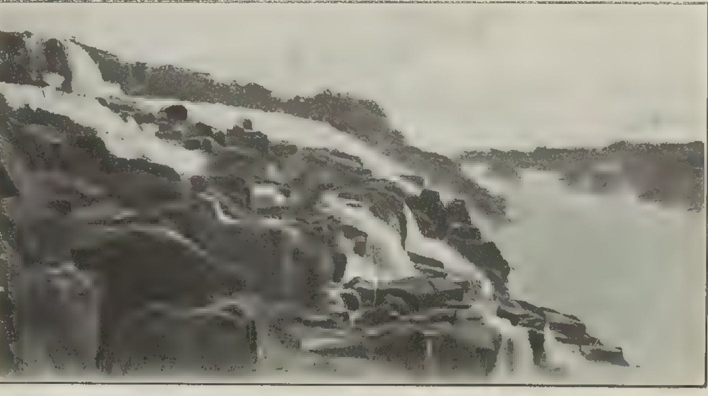
La casualidad hizo descubrir la entrada de un subterráneo y en él una urna de barro, extraña en su forma.

Al levantarla, debajo y medio hundida en la tierra, se encontró una onza de oro.

La acción del tiempo había borrado toda base de investigación: allá en el fondo del sótano yacía un esqueleto de hombre.

No hubo huella ni hilo conductor para desvanecer el misterio: el drama palpita, pero sin forma ni colorido.

A medida que adelantábamos hacia las cataratas, crecían las sensaciones más sugestivas, más dominadoras; por todas partes lo selvático, lo sublime, lo vigoroso de la creación.



Vista parcial de la catarata, tomada desde la orilla derecha

Como hilos de plata se deslizan las límpidas corrientes sobre los peñascos, precipitándose en las hondas barrancas cual perlas desgranadas de la serranía, levantando copos de espuma en torbellinos raudos, en retozo sin fin.

El río Paraná estrecha su cauce, se ahonda y profundiza; los arroyos forman cascaditas y saltos como el precioso Nacunday, y la imaginación adivina la proximidad de las cataratas, las idealiza, las agranda y forja comparaciones, evocando las del Niágara ó el agreste Teguendama, otro prodigio en suelo colombiano.

Las tupidas redes de follaje, las marañas de plantas desconocidas y de flores silvestres sin clasificación, ocultan las cascadas, y sólo el tronar de las aguas delata á larga distancia su potencia y su esplendor.

Inmensa, indefinible es la impresión producida al

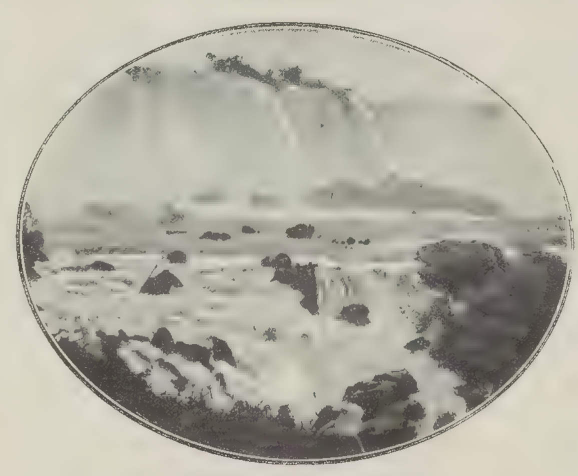
(1) *Padre del mar*, en guaraní.

aposentar la mirada en el semicírculo ondulante, en el peñón de basalto que limita la segunda plataforma y se esparce en primorosas cataratas.

Más allá, detrás de la avanzada tumultuosa, fulguran las aguas, se extienden formando cambiantes azulosos y plateados, y en desordenado batallar llegan hasta la tierra brasileña.

¡Qué incomparable escenario, qué excursión tan prodigiosa! Aún crece la sorpresa hasta no tener límites contemplando los saltos Brasil y Unión Americana, colmándose ante el salto Argentino, amoldado á la forma circular rocallosa por la que se destrenzan las aguas en caprichosos giros, ensanchándose sobre la plataforma, desgajándose en hilos finísimos bajo tenue manto de nieblas, de cendales, semejantes al encaje *ñanduti* que tejen las hábiles paraguayas.

Las cascadas resbalan por las moles graníticas, saltan, se desbocan, se desploman en el vacío con atronadora impetuosidad, proyectando matices incopiables.



Vista parcial de un extremo de la catarata. (De fotografía.)

Transición suavísima para el pincel de inspirado artista es una isleta riente, verde, pomposa, que se destaca entre la perspectiva agreste, esmaltada por el rocío continuo de las cataratas.

La emoción es violenta ante la magnitud del cuadro y muy distinta de aquella que me produjo el Niágara en mi primera visita á los Estados Unidos, y opuesta también á la sensación que me dominó en el famoso salto del Teguendama.

El marco es otro: los detalles difieren por completo. Hay en el Iguazú más ambiente, más riqueza decorativa, mayor grado de luz, tal vez más augusta grandeza.

Las cataratas argentinas, casi ignoradas hasta hace pocos años, superan á las del Niágara en once metros de altura y en dos mil cuatrocientos de extensión, cuyo total son cuatro mil, contando mil seiscientos las de la gran República del Norteamérica, así como cuarenta y ocho de alto, por sesenta ó sesenta y cinco que miden las del Iguazú.

Un mundo de troncos añosos, de matorrales, de helechos y de plantas vistosas y extrañas surgen del abismo, viven, descuellan entre los impetuosos raudales, sosteniendo en ramas y corolas níveo aljófar que brindan las cascadas; un mundo de tropicales manifestaciones, complemento del grandioso todo.

Y pasaron las horas sin darse cuenta exacta ni medir el tiempo, siendo difícil y penoso substraerse á tan sublime arrobamiento.

El espectáculo espanta por su soberana magnitud y cautiva por la sin rival lujuriosa vegetación.

El recuerdo es imperecedero y el más sensacional de mi quinto viaje por América.

LA BARONESA DE WILSON.



Viena.— Grupo de odaliscas que pertenecieron al harén del ex sultán de Turquía Abdul-Hamid y entre las cuales está la favorita de éste, la princesa Sobrah (×). Estas odaliscas se exhiben actualmente en el «Colosseum» de la capital de Austria. (De fotografía de Photo Argus Reportage.)

Los empresarios de los teatros de *varietés, music-halls, café concerts* y otras salas de espectáculos del mismo género, tienen que aguzar de día en día su ingenio para ofrecer de continuo novedades á la curiosidad del público. La competencia es terrible; los números verdaderamente sensacionales no abundan mucho y los concurrentes á esta clase de diversiones quieren que de continuo se varíe el repertorio, y no con vulgaridades y variantes de unos mismos temas, sino con cosas no vistas y extraordinarias.

Los que tales exigencias tienen las habrán visto sin duda satisfechas con el espectáculo que desde el día 1.° de este mes se exhibe en el «Colosseum» de Viena: trátase nada menos que de la presentación de unas cuantas odaliscas que formaban parte del harén del destronado sultán de Turquía Abdul-Hamid y que un empresario, atento á sus intereses y deseoso de agradar á su clientela, ha podido reunir después de vencer no pocas ni pequeñas dificultades. El número de odaliscas reunidas es de seis, según puede verse en el grabado adjunto, y entre ellas está la princesa Sobrah, la favorita del ex sultán. El espectáculo no consistirá únicamente en la exhibición de las seis odaliscas, sino que ésta se completará con la reproducción de algunas escenas de la vida íntima del harén. Como se ve, el número que actualmente pueden admirar los vieneses tiene todas las condiciones necesarias para llamar poderosamente la atención, y por si algo faltaba para excitar el interés, ha habido la circunstancia de que, en un principio, la policía de Viena prohibió que tal número se representase, cediendo, al hacerlo así, á instancias del embajador de Turquía cerca de la corte de Austria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 18 de octubre de 1909 — Núm. 1.451



BERNA.—MONUMENTO Á LA UNIÓN POSTAL UNIVERSAL,
obra de Saint-Marceaux, inaugurado solemnemente el día 5 de los corrientes
(De fotografía de Argus Photo Reportage.)

ADVERTENCIA

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La dispersión de las lenguas al pie de la Torre de Babel, allí, en las llanuras bíblicas de Sennaar, parece haber dejado en los fondos obscuros de la conciencia humana un recuerdo impreciso, pero constante, de la prístina unidad de nuestra especie, simbolizada en la unidad del lenguaje, verbo y distintivo de nuestra jerarquía sobre el planeta.

La palabra es la portentosa confluencia de la materia y el espíritu: la flor de la vida. De la palabra han podido escribir maravillosas páginas de elogio nuestro Maragall y el sorprendente, el desconcertante Ernesto Hello, quien - aplicándole una luminosa distinción á sí mismo debida—no goza acaso de la *reputación* que merece porque tiene pleno derecho á la *gloria*. La palabra es el punto de enlace de lo infinito con lo finito, y por esta razón, la Filología, como la Astronomía ó celeste Urania, se convierte en disciplina trascendente, pues ambas exploran los últimos confines donde acaba lo conocido y empieza lo incognoscible. *Mediatrix æterni* llamó Nieburh á esa alta filología, con elegante y sugestiva expresión. Y por esto, sin duda, las cuestiones lingüísticas, por poco que se eleven, conducen, por vías extrañas, á cierto estado místico en que la ciencia pura se convierte poco á poco en teosofismo, en disciplina semiagnóstica, en iluminación del gran misterio de la humanidad y de sus orígenes y destino.

Acaso deba buscarse en esa vaga reminiscencia de la unidad primitiva de nuestra especie la raíz de las utopías cuasi religiosas por medio de las cuales, y siglo tras siglo, intenta el hombre volver á la feli cidad de los tiempos patriarcales, restaurando ó suscitando el lenguaje único y común para todos los pueblos y gentes, como signo exterior de una nueva confraternidad entre ellos y del advenimiento definitivo del amor y la paz sobre la tierra.

* * *

¿No es verdad que algo de esto palpitaba en las reuniones del Congreso Esperantista recientemente celebrado en Barcelona? Un doctor, un hombre de ciencia, un solitario de gabinete, se dedica, durante años de elaboración incesante, á crear un idioma internacional supletorio. Su ambición se reduce acaso á producir un instrumento que sirva á la ciencia y al comercio como una clave fácil para entenderse por encima de los idiomas nacionales, de la misma manera que el aeroplano, abandonando las sinuosidades y recodos del relieve terrestre, busca la comunicación rectilínea á través de la atmósfera.

Zamenoff levanta su utopía, verdadera «lengua del espacio» podríamos decir, desligada de todo proceso histórico, de toda evolución étnica, de toda subordinación á las realidades vivientes. Su esfuerzo es comparable al del químico que quisiera producir un árbol nuevo, con métodos de laboratorio ó por deducciones de silogismo, repoblando los montes con ese árbol racional y *a priori* y substituyendo con él las especies espontáneas y naturales, producto de la vida misma. No piensa acaso, como ya he dicho, sino en ofrecer una clave internacional de manejo fácil, un código de señales, algo así como un telégrafo de banderas...

Y, sin embargo, llega su obra á conocimiento de algunos curiosos, se abre camino á través de cierta capa de la inteligencia, reune un público, hace prosélitos, conquista una multitud esparcida entre todos los pueblos civilizados, y entonces, los primeros propósitos del inventor se transforman y agrandan en el entusiasmo de sus adeptos. La clave muerta, el código de señales, se convierte para ellos, de una manera confusa, en una esperanza de mayor trascendencia. El elemento místico agita las almas; y la lejana y más ó menos imposible adopción de un lenguaje único por la humanidad remueve los fondos de la subconciencia donde duermen los informes recuerdos de las primeras edades planetarias. Una fascinación futurista opera por debajo del simple fervor lingüístico; un calor semirreligioso anima á los convencidos con el contagio de la iniciación. Parece que no estudian la gramática de una lengua convencional, creada para que los comerciantes puedan hacerse con más facilidad sus pedidos de cueros, de metales ó de conservas. Al contrario: parece que se dirigen juntos, á través de lo porvenir, conducidos por la *Quinpinta estelo*, hacia una meta soñada, que es el mismo punto de partida: la torre de Babel, las llanuras de Sennaar, donde se originó la dispersión de las lenguas y donde volverán á restituirse en una sola como símbolo de la indestructible alianza y confraternidad de los hombres.

* * *

Todo eso pudo descubrir el observador en las aglomeraciones y fiestas del Congreso de Esperanto, que atrajo á Barcelona una tan lucida y numerosa concurrencia de extranjeros. En dicha asamblea advertíase algo que no suele hallarse en el común de los congresos y conferencias internacionales: esa ligera exaltación espiritual, mística, que se revelaba en la cordialidad de las presentaciones y saludos, en la efusión de los aplausos, en el brillo de las miradas y en cierta aura mesiánica que flotaba sobre las cabezas y que no es posible observar en otras solemnidades puramente oficiales ó rigurosamente científicas.

Para los barceloneses, aun los no esperantistas, tuvo el Congreso otra importancia inapreciable. Fué la primera nota de franca alegría que alborozaba á la ciudad después de las tristes jornadas de julio, y representó para todos la vuelta al aspecto normal de Barcelona y á la animación y brillantez de sus calles, de sus teatros, de sus hoteles y de sus cafés.

Viajeros y viajeras de todos los países del mundo, con su atrayente nota de exotismo en los trajes y aun en los rostros, devolvieron á la ciudad sus apariencias cosmopolitas que accidentalmente se habían amortiguado. Esta misma oportunidad desarmó á los espíritus burlones, á los incrédulos del esperanto, el cual, para crecer, cuenta con la impulsión activa de sus entusiastas y con el aguijón de los zumbones y escépticos. Para éstos no resulta más que una de tantas formas de perder el tiempo que va ensayando la humanidad. Sea. Lo que no se puede negar es que esa «forma de perder el tiempo» resulta inofensiva, y cuando menos, altamente simpática.

* * *

Y aún no se han apagado los ecos de las sesiones, de los discursos, de los brindis y de los espectáculos celebrados en honor de los concurrentes, cuando empieza á trabajarse de verdad en la preparación de otro Congreso, de índole muy distinta, pero de excepcional interés por su materia y por el momento de someterla á estudio.

Claro está que me refiero al Congreso de gobierno municipal. Puede decirse que la vida local anda perdida en España desde hace dos siglos. Nuestro sistema centralista, si algún cargo serio merece, no es tanto por su absorción legal de funciones, como por haber matado indirectamente el espíritu municipal, el sentido y la energía de las localidades, la fecundidad obrando de abajo arriba. Patente está el ejemplo de Prusia, cuya vigorización se debe á la reforma de su régimen local en el primer tercio del siglo pasado, que la puso en aptitud de erigirse en base del futuro Imperio germánico.

Un país no es una abstracción que pueda vivir de teorías y alimentarse de apotegmas políticos. Es algo muy diferente, que necesita sangre y músculo; esto es, riqueza, prosperidad, contenido, en una palabra. Reformar, embellecer, engrandecer una ciudad, es una obra, no mezquina ni modesta para un «hombre de grandes vuelos,» como se juzgaba cursilonamente hace treinta ó cuarenta años, sino una obra eminente de alta política. Es robustecer el organismo de la patria; es intensificar su tejido social y su potencia. Diez reformadores hábiles de diez ciudades ó comarcas, trabajando á la una, desde abajo, en diez porciones distintas del territorio, harían más por la nación que el más afortunado estadista y el más feliz Parlamento trabajando á la inversa, esto es, desde arriba.

La potencia de un país se forma de cosas concretas, como el cuerpo se mantiene de elementos nutritivos y asimilables. Y la base de lo concreto en la vida nacional la constituyen las sociedades locales, los municipios, las aglomeraciones espontáneas de individuos. ¿Cómo pretender que una nación sea fuerte si hemos descuidado el cultivo de cada uno de sus músculos para no preocuparnos más que de uno ó dos órganos, de la cabeza ó del estómago, por ejemplo, para que á la postre nos resulte un monstruo que sostiene sobre unas piernecillas enclenques y un tronco raquítico una cabeza macrocefálica, propensa al delirio ó á la congestión?

Dirigir la atención de los jóvenes hacia este campo de estudio y de actividad constituye el fin y la tarea del próximo Congreso de gobierno municipal. En sus distintas secciones, en sus ponencias y en los temas que libremente quieran tratar los congresistas, aparecerán las líneas generales de lo que bien pudiera llamarse enciclopedia local, desde su organización administrativa y su régimen económico, hasta los problemas estéticos é higiénicos más especializados y el problema de los problemas: la reforma escolar.

* * *

Mientras tanto Valencia no se descuida y está á punto de celebrar su Congreso de la poesía, que á tantas discusiones ha venido dando materia desde que se inició su convocatoria. Con motivo de este Congreso se trata de rendir un merecidísimo homenaje á D. Teodoro Llorente.

Y he aquí los que se hayan extrañado de la ingerencia de aquel asunto en una crónica de Barcelona, tendrán que explicársela en seguida, pues Llorente es un catalán, un gran catalán honorario, con servicios muy efectivos, y valiosos, y constantes en favor de esta tierra.

Háblase, y con razón, del patriarcado de Llorente. Con la juventud de alma de los patriarcas, con la lozanía y frescura de imaginación que para sí quisieran muchos ancianos de veinte años, con su fe en todos los ideales nobles y una fidelidad jamás quebrantada á la literatura en su más alto sentido, á la belleza y á la poesía excelsa de los grandes maestros, Llorente es una figura única y aparte entre los escritores españoles contemporáneos.

Su vida se ha ido elevando y ennobleciendo al par de los años. Desde la esfera del político militante se ha elevado á la esfera del patriota puro, por todos respetado y comprendido. Desde las tareas del escritor profesional, sujeto á las asechanzas de la rivalidad ó la envidia, ha pasado á la serena región de los consejeros inapelables y de los árbitros del gusto.

Valencia vive, como en un santuario, en el alma de Llorente. Es el espejo más claro y diamantino en que pueda contemplarse y tomar conciencia de sí misma aquella región luminosa y perfumada. Los hombres superiores alcanzan ese poder de encarnar y condensar la unidad de conciencia de sus pueblos. Lo que representa la actual Exposición acaso hubiera sido imposible si no hubiese pasado antes por el alma valenciana el hálito fecundante de la poesía de D. Teodoro.

Los escritores y poetas de Cataluña se disponen á asociarse efusivamente á ese homenaje. Los *Llibrets de versos* del insigne cantor del Turia constituirán una de las muestras más delicadas y duraderas de nuestro Renacimiento, así como quien las compuso figurará en primera línea entre los que mejor sintieron la tradición literaria de nuestra lengua nativa y más felizmente empalmaron lo nuevo con lo antiguo. En el sentido de la asimilación perfecta y de la plena maestría, no hay quien pueda aventajar á Llorente, que, á través de los campos de modas y escuelas, se ha mantenido substancialmente fiel á sí mismo y exento de toda ñoñez y decrepitud.

Miguel S. Oliver.

LA HORNILLA, POR JUAN TOMÁS SALVANY. Dibujo de Sardá



Arrellanados en un lujoso landó de los muchos que se veían entre el fúnebre cortejo

La tarde en que enterraron al senador del reino D. José Pérez Andrade, arrellanados en un lujoso landó de los muchos que se veían entre el fúnebre cortejo, tres enlutados caballeros iban hablando del difunto.

—¿De qué ha muerto?, preguntó el más joven.

—De viejo, respondió el de mediana edad. Tenía noventa años.

—Era hombre laborioso y bueno, según dicen.

—Bueno y laborioso, sí; lo primero, sobre todo. Por ello, sin duda, Dios le concedió una envidiable existencia y una muerte no menos envidiable. Falleció ayer á la una de la tarde, rodeado de su familia, sin convulsiones ni sufrimientos, como una luz que se apaga ó un soñoliento que se duerme.

—Deja, en opinión de muchos, una cuantiosa fortuna.

—Y no se equivoca la opinión; tal es el fruto de su honradez y su trabajo.

—¡Pobre D. José!

Una nube de tristeza envolvió á los interlocutores, que permanecieron mudos y cabizbajos, como si de improviso hubiese caído sobre ellos toda la otoñal melancolía de aquella destemplada y nebulosa tarde.

El fúnebre cortejo, obligado por la desigualdad del piso á abandonar la línea recta, semejante á una culebra que sacude su invernal letargo, avanzaba lentamente por la prolongación de la calle de Alcalá hacia el cementerio del Este, hundiéndose en los baches, tropezando con las piedras, envuelto en espeso y sucio polvo, entre un ruido mareante de maderas y cristales. Al cruzar por delante del paseo de coches del Retiro, dijo tristemente, como hablando consigo mismo, el más viejo de los enlutados del landó, un anciano de cabello y barba blancos, que hasta entonces había permanecido silencioso:

—¡Aquí fué!

Sus compañeros de carruaje le miraron sorprendidos.

—¿Qué fué? ¿Qué ocurrió aquí?

El interpelado, pasándose una mano por la frente, pareció salir de su ensimismamiento y respondió:

—Un suceso, un curioso episodio de la vida del difunto, episodio de muy pocos conocido, porque él no lo refería nunca, y que por casualidad ha llegado á mi noticia.

—¡Hombre! Si no fuera indiscreción...

—Nada de eso; se trata de un hecho de su vida, que enaltece á nuestro amigo, y habiendo sonado para él la hora de los elogios, será honrar su memoria hacerlo público. Su modestia, por desgracia, ya no puede sentirse lastimada... En fin, oigan ustedes.

Y el venerable anciano, después de clavar en el Retiro una mirada distraída, refirió la historia en estos términos:

«Al comenzar la tarde de un domingo de octubre, hace de ello largo tiempo, brillaba en Madrid el sol con todo su esplendor. Por este mismo sitio donde ahora nos encontramos, rodaban coches y subía gente dirigiéndose á los toros, pues era tarde de corrida. De pronto, entre la muchedumbre, al lado de la acera, debajo de los árboles, apareció un hombre de humilde aspecto llevando una hornilla de barro cocido en la cabeza. Seguíanle una mujer, pobremente vestida, cargada con un saco de castañas, y dos rapazuelos de cortos años y miserable apariencia pegados á las faldas de su madre. El hombre, con el afán de llegar cuanto antes al punto elegido para despachar su mercancía, repentinamente se hundió en un bache, dió un traspié, y en el movimiento que hizo para guardar el equilibrio, la hornilla, que era nueva, se le escapó de la cabeza, y al chocar contra las losas de la acera, se hizo mil pedazos.

—¡Contra..., recontra .., maldita sea mi suerte!

Profiriendo estas y otras exclamaciones, el infeliz, cuya edad no pasaría de los veinticinco años, comenzó á apuñearse el rostro, á mesarse los cabellos y á tirarse de las barbas, de manera que el verlo movía á compasión. La mujer, ante la desesperación de su marido, se retorcía los brazos, mirando los cascos de la hornilla esparcidos por el suelo, y los niños, asustados, lloraban y voceaban, poniendo el grito en el cielo. Tres jóvenes caballeros, hermanos y alegres los tres, que con sendos cigarros en la boca acertaban á pasar, presenciaron esta dolorosa escena.

—¡Mirad!, dijo el menor. A ese hombre se le ha roto la hornilla de asar castañas. ¡Cómo se desespera!

—¡Y era nueva!, observó el segundo. Pensaría con ella ganar para comer, y al hallar defraudada su esperanza...

—¡Pobre hombre!, añadió el más alto y menos joven de los hermanos.

Y sin mirar lo que sacaba del bolsillo (en aquel tiempo circulaba el oro), arrojó al desesperado una moneda de cinco duros. Recogióla éste, y en actitud de devolvérsela, pues no había advertido la acción del joven, preguntó:

—Caballero, ¿se le ha caído á usted esta moneda?

—No, no se me ha caído; se la he dado á usted.

—¡A mí..., tanto dinero!.. ¿Para qué?

—Para que compre usted otra hornilla.

—¡Dios mío! ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama usted? ¿Dónde vive usted? Dígame al menos...

El infeliz, balbuceando estas palabras, tenía cogidas ambas manos al donante y pugnaba por besárselas.

D. José, porque era él, se desasió suavemente mientras le decía:

—Adiós, amigo; buena suerte.

Y se alejó, acompañado de sus hermanos, llevándose tras sí la extática mirada de aquel desgraciado, que no acertaba á salir de su sorpresa.

Pasaron años, muchos años, lo menos dos docenas, hasta que un día, el día de San José, nuestro hoy difunto amigo, quien, como todos los hombres de generoso corazón, había olvidado el favor prestado á un semejante, entre los muchos regalos que amigos y aduladores le enviaron, recibió una cajita de tafilete, cerrada con delicado broche. Abrióla cuidadosamente, y halló dentro, embutida en terciopelo carmesí, una pequeña hornilla de plata sobredorada, fiel imitación de aquella cuyos fragmentos, allá en su juventud, viera esparcidos por el suelo, y en ella, pri

morosamente labrados á cincel, su propio nombre y la fecha del suceso.

—¡Es curioso! ¡Admirable!, profirieron á un tiempo los interlocutores del anciano.

—Como quiera que no viniese acompañada de tarjeta ni señal alguna por la cual pudiera traslucirse el nombre ó el domicilio del autor de tal regalo, aunque poco hubo de costarle adivinar su procedencia, limitóse nuestro amigo á sonreir y lo guardó, como una reliquia, en la vitrina de su despacho. A pesar de ello, no había de parar aquí la cosa, sino que, andando el tiempo, próxima á contraer matrimonio la hija menor de D. José...

—¿Emilia, la esposa del general Galindo?

—Sí, la misma; digna hija de tal padre. Pues, como iba diciendo, encargaron el ajuar en uno de los almacenes más acreditados y mejor surtidos de Madrid, el cual, por su primor y elegancia, superó con creces la esperanza de los interesados. Yendo y viniendo días, cuando ya estaba encinta Emilia, cierta mañana encontró D. José á su cara mitad muy pensativa y cavilosa.

—¿Qué te pasa, mujer?

—Una cosa rarísima.

—¿Y qué es ello?

—Que no hay medio de pagar el ajuar de nuestra hija.

—¡Cómo! ¿No está pagado todavía?

—Ponte tú en mi lugar: cien veces pedí la cuenta, según me tenías encargado. Que bueno, que otro día, que ya veremos, no conseguí que la trajeran. Ayer fuí yo misma al almacén y me contestaron los dependientes: «¿La cuenta del Sr. Pérez Andrade?.. ¡Ah, sí! El amo nos ha prohibido terminantemente presentarla.» Y mira, querido Pepe, que no se trata de ningún grano de anís.

—Tienes razón, es singular... ¿Dónde encargamos?.. No recuerdo.

—En casa de Altimira.

—Alguna equivocación... Déjalo, iré yo á ver...

Fué, en efecto, aquella tarde; pero le contestaron lo mismo que á su esposa. Preguntó entonces por el dueño del almacén, el cual no hubo de tardar en presentarse. D. José quedó admirado y temeroso al reconocer en él, á pesar del cambio operado por los años, á su antiguo protegido. No obstante, sin darse por enterado, expuso su pretensión, y al hacerlo, el industrial, con las manos apoyadas en el mostrador, le respondió de esta manera:

—Lo que usted solicita de mí, Sr. Andrade, es completamente imposible.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Usted me ha reconocido, ¿verdad? Pues bien: cuando yo tuve el gusto y el honor de conocerle á usted, todo mi capital consistía en una hornilla rota y algunos puñados de castañas crudas. Hoy, véalo usted, no me dejaría ahorcar por tres millones de reales.

—¿Y eso, qué tiene que ver?..

—Tiene que ver y mucho. Gracias á su generosidad, asé y vendí todas las castañas; mis hijos y mi esposa comieron y durmieron bien la noche de aquel día. Luego, con las ganancias obtenidas y el sobrante de aquella moneda, extendí mi pequeño comercio; trabajé, me orienté, y á fuerza de años, de constancia y de privaciones, prosperaron mis negocios y he llegado á lo que soy.

—Y yo me alegro mucho, repuso D. José; pero ya usted, si no estoy equivocado, me manifestó su gratitud enviándome un delicado obsequio.

El industrial se sonrió satisfecho, y sin cambiar de postura, levantando la cabeza y clavando en el rostro de nuestro amigo una mirada franca, prosiguió:

—¿Y qué vale eso? Usted me libró del hambre, tal vez del crimen, y yo, en la imposibilidad de recompensarle de otro modo, le he asociado á mis negocios en calidad de socio comanditario, y aquí me tiene usted á sus órdenes. Pues qué, ¿se figuraba que no había yo de averiguar quién era usted? ¿Que había de quedarme sin tomar el desquite? ¿Me tomaba usted acaso por un ingrato, por un sinvergüenza?

—Nada de eso, insistió Andrade; mas considere usted, amigo, que la cuenta en cuestión para mí es una bicoca.

—Ni que tuviera usted diez veces más; yo sé lo que hago y lo que digo.

—¡Pero hombre!

—No se canse usted, D. José: mientras Dios me dé á mí vida, ni usted ni ninguno de su familia pagarán una cuenta en esta casa.

Así lo dijo y así fué. Nuestro difunto amigo, después de manifestar convenientemente su agradecimiento, hubo de retirarse entre conmovido y contrariado. Y si es verdad que, con sentimiento de su alma, ha muerto sin saldar aquella cuenta, tampoco lo es menos que, mientras vivió, puso el mayor cuidado en no aumentarla en lo más mínimo.»

Proferidas estas últimas razones, el anciano guardó silencio, enjugando una lágrima que á sus ojos asomaba.

—¡Donosa, conmovedora historia!, exclamaron á un tiempo sus compañeros de landó, mientras éste, precedido de otros muchos, franqueaba la verja del cementerio.

El entierro se verificó con la solemnidad acostumbrada en tales casos, y apenas terminada la ceremonia, un viejecito bien trajeado, de aspecto vulgar, pero de mirada inteligente y noble, se destacó de la fúnebre comitiva hasta dejarse caer de rodillas sobre la fosa, besando la tierra sagrada y murmurando en un sollozo:

—Duerme en paz, alma elegida. Si supiera el mundo lo que pierde...

Todos le contemplaron admirados.

El venerable anciano del landó extendió el brazo hacia la sepultura, y con acento conmovido dijo á sus compañeros:

—Ahí lo tienen ustedes: ese es el hombre de la hornilla.



El notable pintor inglés Juan Lavery y su hija, retratos pintados por él mismo

MONUMENTOS ORIGINALES

En todos los tiempos los pueblos han glorificado á sus héroes, á sus sabios, á los grandes hombres que han alcanzado fama universal por sus hazañas guerreras, por sus conquistas científicas, por sus obras artísticas ó literarias. Pero también han perpetuado la memoria de personajes más humildes, que, sin haber alcanzado mundial renombre, han contribuído al progreso ó al bienestar de la humanidad.

En la siguiente página reproducimos varios de esos monumentos erigidos en honor de personajes de condición muy distinta y que se han hecho célebres por hechos ó descubrimientos de muy diferente género.

Hay en primer lugar el de Bárbara Uttmann, fundadora, en 1561, de la industria de los encajes en Annaberg, en donde además creó varias escuelas profesionales para la enseñanza y el fomento de tan importante industria. A pesar del tiempo transcurrido, aquella población levantó, hace algunos años, á su bienhechora una estatua que corona una fuente pública.

Otro fundador de otra industria importantísima tiene también su monumento: Levassor, uno de los primeros que construyeron automóviles de los sistemas modernos, introduciendo en los antiguos modelos reformas que han contribuído esencialmente al desarrollo y perfeccionamiento de este medio de locomoción.

Mittenwald, la ciudad bávara en donde florece desde hace siglos la industria de la fabricación de instrumentos de cuerda, ostenta en una de sus plazas un monumento dedicado á Miguel Klotz, fabricante de violines que alcanzó gran celebridad.

Durante el sitio de París de 1870-1871, salieron de aquella capital cincuenta y dos globos cuya misión consistía en poner en comunicación la plaza sitiada con otros puntos de Francia no ocupados por el enemigo; algunos pudieron llegar á su destino; otros, empero, cayeron en poder de los alemanes ó fueron á perderse en el mar. La nación francesa ha perpetuado el recuerdo de aquellos héroes y de aquellos mártires, erigiéndoles en París un monumento que recuerda á las futuras generaciones el sacrificio que hicieron de sus vidas en aras de su patria.

En París también puede admirarse un monumento bellísimo levantado en honor de Claudio Chappe, el inventor de la telegrafía aérea. La idea de la comunicación á gran distancia es muy antigua, y antes de Chappe muchos sabios habían hecho tentativas para generalizarla: pero él fué quien supo hacerla práctica mediante un sistema sencillo y diferente de todo cuanto se había hecho anteriormente. La primera línea telegráfica aérea se estableció en 1793, y la primera noticia que por ella se transmitió fué la toma por los franceses de Condé, que ocupaban los austriacos.—T.

MONUMENTOS ORIGINALES. (De fotografías de Carlos Delius.)



ANNABERG (Alemania.) Monumento á Bárbara Uttmann, fundadora de la industria de los encajes en Annaberg.—PARÍS. Monumento á Levassor, fundador de la fabricación de automóviles.—MITTENWALD (Baviera.) Monumento al célebre fabricante de violines Miguel Klotz.—PARÍS. Monumento á los aeronautas del Sitio (1870-1871.)—PARÍS. Monumento á Claudio Chappe, inventor de la telegrafía.

DOS OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

Hace pocas semanas, en el número 1 447, publicamos algunas de las pinturas ejecutadas por Hugo Vogel para decorar el salón de la Casa Consistorial de Hamburgo. En aquellas obras puede admirarse el genio del artista de concepción grandiosa y de ejecución vigorosa y amplia, cualidades que se adaptan perfectamente al género á que pertenece aquella serie de cuadros, en cada uno de los cuales el artista había de sintetizar los más importantes episodios de la historia de aquella ciudad, y que indispensablemente ha de tener en alto grado el pintor que, como Vogel en este caso particular, ha de llenar una vasta superficie.

Si se comparan aquellas pinturas con el retrato del mismo autor que en esta página reproducimos, no puede menos de llamar la atención el contraste que entre uno y otras existe: todo lo que en los cuadros de Hamburgo es energía y firmeza de dibujo y de color, en el retrato es gracia y elegancia, sin que estas cualidades de forma perjudiquen en lo más mínimo el valor que tiene el lienzo en lo que constituye su parte psíquica. Y este contraste demuestra las altas dotes que para cultivar los más diversos géneros posee Hugo Vogel, á quien con razón se considera en Alemania como uno de los más genuinos representantes del arte patrio contemporáneo y como uno de los más merecedores del nombre de maestros.


Retrato de la señora X, pintado por Hugo Vogel
(Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín 1909)

No menos digno de este título es el autor del grupo de retratos que también reproducimos en esta página. Juan S. Sargent figura actualmente en uno de los puestos culminantes del arte pictórico inglés, y el haber llegado á tan alto puesto es para él doblemente meritorio, ya que para alcanzarlo ha tenido que luchar durante largo tiempo, no sólo contra la llamada opinión pública, sino también contra la crítica, que veían en él al artista rebelde, empeñado en romper con antiguos moldes por todos admitidos y respetados.

Poco á poco, empero, la crítica y la opinión pública hubieron de declararse vencidas y de reconocer lo mucho que valía el genial artista, que al fin recibió la consagración suprema con su ingreso en la Real Academia de Londres.

Sargent es relativamente joven, pues en la actualidad cuenta cincuenta y tres años, y sin embargo su obra bien puede calificarse de inmensa; en cambio, no cabe decir que sea definitiva, y no porque en lo que hasta ahora lleva hecho no haya alcanzado el grado de perfección que caracteriza á los grandes artistas, sino porque cada día se plantea á sí mismo nuevos problemas, ensanchando cada vez más los horizontes de su arte.

De aquí que acerca de él y de su obra artística no pueda todavía formularse el juicio definitivo que tratándose de otros artistas, también meritísimos, ha podido emitir la crítica antes de que la muerte pusiera término á su producción.

Su especialidad son los retratos, singularmente femeninos, que pinta de un modo maravilloso; pero también ha conseguido grandes triunfos como pintor de género y como pintor decorativo, siendo de esto último elocuente prueba las hermosas pinturas murales que adornan la Biblioteca de Boston, y entre las que sobresale una Crucifixión, tratada con verdadera originalidad y de una belleza superior á todo encomio.

Sargent tiene un don de percepción extraordinario, pero no se limita únicamente á reproducir lo que por tan admirable modo percibe, sino que, como todos los grandes artistas, sabe hacer pasar la impresión recibida por el crisol de su temperamento, logrando de esta suerte brillar con estilo propio en el mundo del arte.—P.


Grupo de retratos, pintado por Juan S. Sargent. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín, 1909).



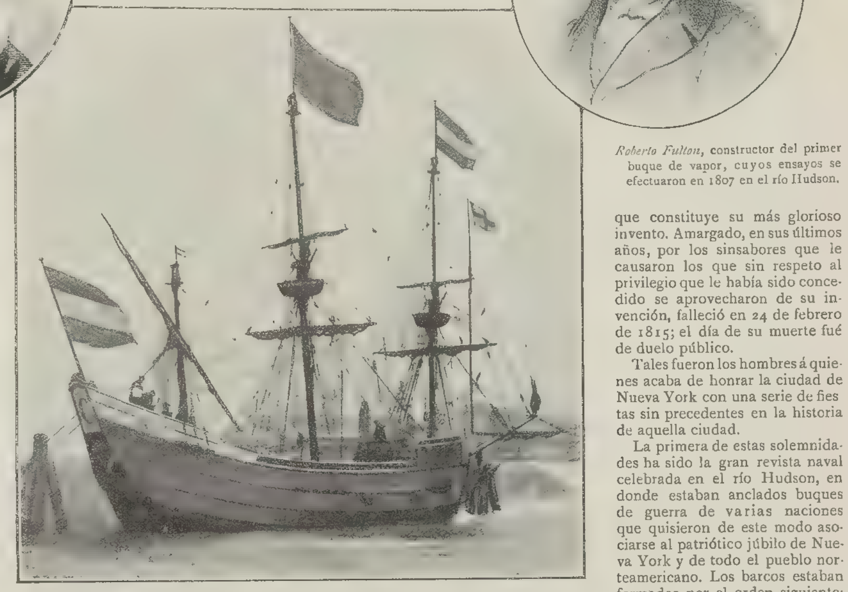
NUEVA YORK. – FIESTAS DEL ANIVERSARIO DE HUDSON—FULTON

Enrique Hudson, el famoso navegante que en 1609 descubrió la bahía y el río que llevan su nombre.

Roberto Fulton, constructor del primer buque de vapor, cuyos ensayos se efectuaron en 1807 en el río Hudson.

La gran metrópoli americana ha celebrado magníficas fiestas para honrar la memoria de dos grandes hombres, Enrique Hudson y Roberto Fulton, inglés el primero, norteamericano el segundo, pero unidos ambos en el recuerdo del pueblo yanqui por la realización de hechos de trascendencia suma para su historia.

Enrique Hudson, nacido á mediados del siglo XVI, era conocido ya como experto marino cuando recibió de varios comerciantes ingleses el encargo de dirigir el mando de un buque para buscar un paso que abreviase el camino de Europa á las Indias orientales. Partió de Gravesend en 1.° de mayo de 1607, y después de haber recorrido la costa oriental de Groenlandia y llegado á los 82° de latitud Norte, vióse detenido por los hielos y hubo de regresar á la Gran Bretaña. De allí partió de nuevo el 15 de abril del año siguiente, trató de pasar entre el Spitzberg y Nueva Zembla, y dirigiéndose hacia el Noroeste, lo avanzado de la estación obligóle á volver á Europa.



Reproducción del buque *Half-Moon*, en que navegaba Hudson cuando descubrió la bahía y el río de su nombre. Ha sido construída en Amsterdam y regalada á los Estados Unidos con motivo de las fiestas del aniversario Hudson – Fulton.

En vista de que la compañía inglesa se negaba á costearle más viajes, Hudson aceptó los ofrecimientos de unos comerciantes holandeses, y en 1609 partió de Texel, en el buque *Half-Moon* (Media Luna), en busca de un paso por el Nordeste ó Noroeste, dobló el cabo Norte, costeó la parte septentrional de Nueva Zembla, hasta que, obligado por el frío, hubo de trasladarse á la costa americana, en la que desembarcó en 18 de julio de aquel año, descubriendo poco después la bahía y el río que llevan su nombre y que remontó en canoa, en una extensión de cincuenta leguas aproximadamente.

Hudson cedió su derecho de descubrimiento á los holandeses, quienes fundaron la colonia que primeramente se llamó Nueva Bélgica y después Nueva York, y puesto otra vez en relación con la antigua compañía inglesa, emprendió un tercer viaje al Norte, del que no regresó, pues la tripulación insubordinada de su buque, al salir de la bahía de San Miguel para volver á Inglaterra, en 1611, los dejó á él, á su hijo y á los marineros que le eran leales abandonados en una chalupa. Aunque se ignora lo que fué de ellos, supónese que perecerían de hambre ó degollados por los salvajes, habiendo sido infructuosas cuantas tentativas hizo la compañía para lograr noticias de su suerte.

Roberto Fulton, hijo de padres emigrados holandeses, nació en Little Britain (Pensilvania) en 1765. Huérfano de padre á los tres años, dedicóse en sus mocedades á la joyería y á la pintura, cultivando ésta con tanto éxito, que pintando paisajes y retratos ganó lo suficiente para comprar una pequeña quinta que cedió á su madre. A la edad de veintidós años se trasladó á Londres, en donde recibió lecciones del pintor West, hasta que convencido de que su verdadera vocación no era el arte, se consagró exclusivamente á la mecánica. Enumerar todos sus trabajos y sus descubrimientos en esta nueva esfera de su actividad, sería trabajo excesivamente prolijo y además impropio del objeto que en este artículo nos proponemos; baste decir que en 1796 efectuó en el Sena la experiencia de un aparato explosivo submarino al que dió el nombre de torpedo; que poco después imaginó su *nautilus* ó buque submarino, del que hizo satisfactorias pruebas en el Havre, y que, de regreso en los Estados Unidos, á consecuencia de los desengaños sufridos en Europa, lanzó en 1807 al agua, en el río Hudson, el primer barco de vapor, que constituye su más glorioso invento. Amargado, en sus últimos años, por los sinsabores que le causaron los que sin respeto al privilegio que le había sido concedido se aprovecharon de su invención, falleció en 24 de febrero de 1815; el día de su muerte fué de duelo público.

Tales fueron los hombres á quienes acaba de honrar la ciudad de Nueva York con una serie de fiestas sin precedentes en la historia de aquella ciudad.

La primera de estas solemnidades ha sido la gran revista naval celebrada en el río Hudson, en donde estaban anclados buques de guerra de varias naciones que quisieron de este modo asociarse al patriótico júbilo de Nueva York y de todo el pueblo norteamericano. Los barcos estaban formados por el orden siguiente: *Morelos*, mexicano; *Presidente Sarmiento*, argentino; *Utrech*, holandés; *Etruria* y *Etna*, cruceros italianos *Justice*, *Verité* y *Liberté*, acorazados franceses; *Prinzess Luise*, acorazado; *Bertha*, *Dresden* y *Bremen*, cruceros alemanes; *Inflexible*, *Argyle*, *Drake* y *Duke of Edimburg*, acorazados ingleses, y una división de laescuadra americana del Atlántico, compuesta de 23 unidades. Por delante de aquellas formidables máquinas de guerra desfilaron una reproducción del *Half Moon*, el barco en que Hudson cruzó el Atlántico y descubrió la bahía de su nombre, y otra del *Clermont*, el primer buque de vapor inventado por Fulton.

El espectáculo que en aquellos momentos ofreció el río fué imponente é indescriptible: las baterías de los buques dispararon incesantes salvas al paso del *Half Moon* y del *Clermont*, mientras millones de espectadores en ambas orillas ó tripulando millares de embarcaciones prorrumpían en aclamaciones estruendosas.

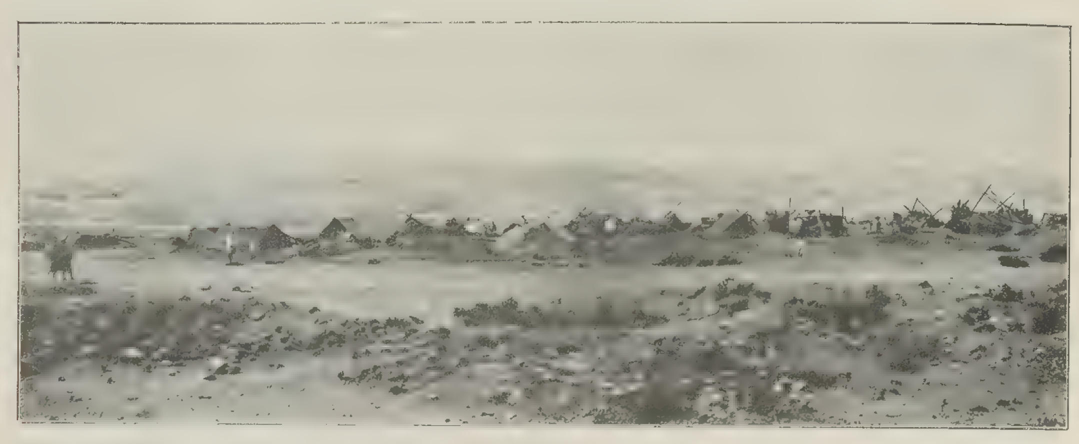


El *C[illegible]*, primer buque de vapor construído en 1807 por Roberto Fulton

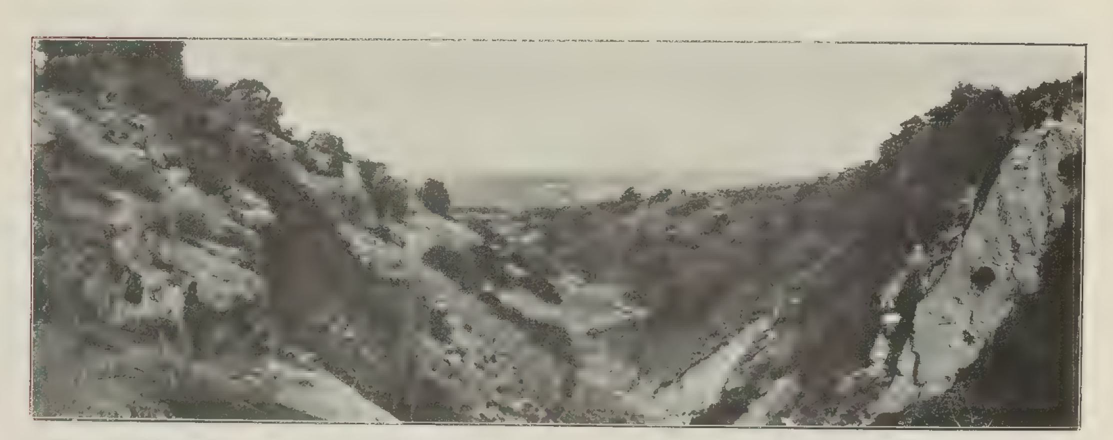
Por la noche, todos los buques, así de guerra como mercantes, anclados en el Hudson aparecieron espléndidamente iluminados, lo mismo que todos los edificios de las orillas é innumerables casas y calles enteras del interior de la ciudad, que parecía envuelta en colosal incendio, mientras llenaban los aires inmensos ramilletes de fuegos artificiales.

Otro de los festejos ha sido una magnífica cabalgata histórica, formada por numerosos carros representando las más memorables escenas de la historia de los Estados Unidos y en la que figuraban infinidad de corporaciones y nutridas representaciones de universidades.—T.

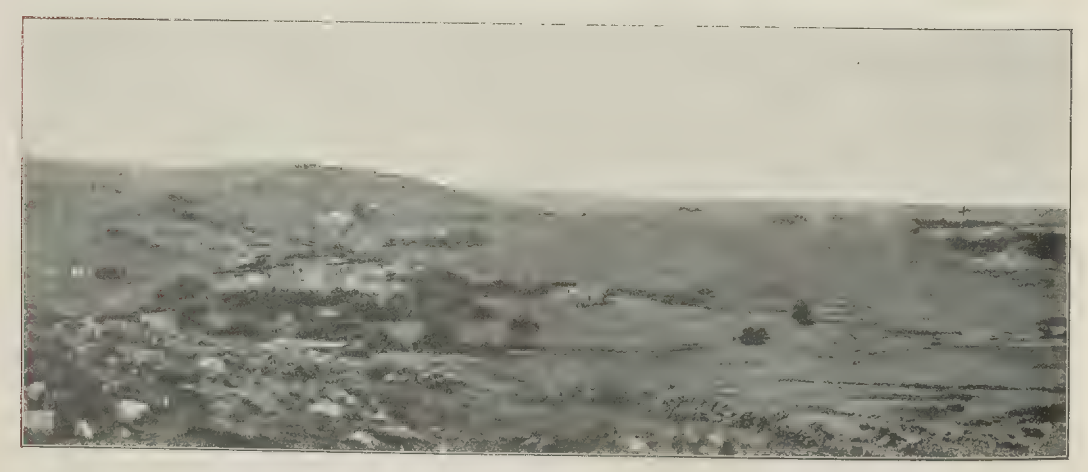
LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías del capitán Lorduy.)



Campamento de moros refugiados en Melilla



Barranco de Yebara y al fondo el valle del Muluya



Poblado de Mezquita tomado por nuestras tropas. El edificio que se ve á la derecha marcado con una × es la casa de Chaldi uno de los principales jefes de los rifeños rebeldes



Reconocimiento ofensivo practicado por la división Orozco en los alrededores de Zeluán el día 30 de septiembre último. En aquella jornada murió el general Díez Vicario.—Incendio de Nador por las tropas españolas.—Avance de la división Orozco sobre Nador.—Aprovisionamiento de Nador y Zeluán por Mar Chica.

BERNA – MONUMENTO Á LA UNIÓN POSTAL UNIVERSAL

(Véase el grabado de la página 681.)

Uno de los acuerdos del Congreso de la Unión Postal Universal reunido en Berna en 1903 fué el de conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la constitución de aquélla con la erección de un monumento. El gobierno federal helvético reunió los fondos necesarios, recurriendo para ello á todos los países que de la Unión forman parte, y abrió un concurso internacional, en el que se presentaron ciento veintisiete proyectos. Un jurado compuesto de eminentes artistas de distintas naciones otorgó el premio al escultor francés Saint Marceaux, quien quedó encargado de la ejecución definitiva de la obra, en la que supo dar forma de un modo tan elegante como grandioso á la idea que con ella debía conmemorarse. Alrededor del globo terráqueo que flota entre nubes, las cinco partes del mundo, personificadas por otras tantas figuras femeninas, se pasan de mano en mano varias cartas, abrazando en actitudes graciosas toda la esfera; á un lado, la ciudad de Berna, en donde se constituyó la Unión y en donde reside la oficina internacional de la misma, está representada por una arrogante matrona sentada entre rocas. El monumento es de bronce y granito; sus pormenores son perfectos y presentan una variedad encantadora; el conjunto es de una grandiosidad y de una armonía admirables.

La inauguración oficial se efectuó el día 4 de los corrientes. A las diez y media de la mañana reuniéronse en el Palacio Federal los representantes y delegados de todas las naciones del universo, y después de dos discursos pronunciados por el Sr. Forrer, consejero federal y director del departamento de Correos y Telégrafos de la Confederación helvética, y por el decano de los delegados extranjeros, el cortejo oficial dirigióse al sitio en donde el monumento se levanta.

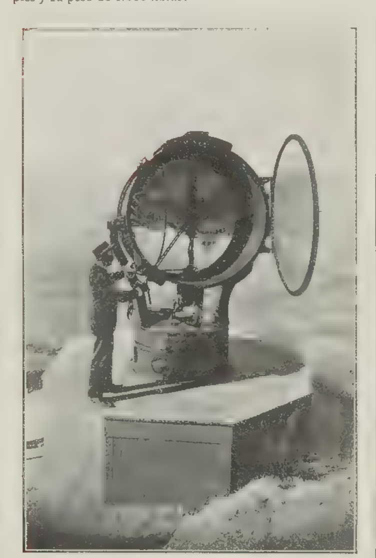
Allí el delegado de Alemania hizo entrega del monumento, y después de él usaron de la palabra el citado Sr. Forrer y el director de la oficina internacional Sr. Ruffy, quienes dedicaron entusiastas elogios á la obra de Saint-Marceaux.

Terminado el acto, celebróse un banquete de ciento treinta cubiertos, que presidió el Sr. Deucher, presidente de la Confederación, y en el que pronunciaron elocuentes brindis, además de éste, el ministro francés Sr. Millerand, y el conde de Aulnay, embajador de Francia, todos ellos en honor de la amistad internacional, que la Unión postal afirma y fortalece, y en honor también de Saint-Marceaux, quien contestó dando las gracias á todos en términos emocionadísimos.

EL PROYECTOR MÁS GRANDE DEL MUNDO

Este aparato, construído por Mr. Lowe en California, eleváse á 3 000 pies de altura sobre el nivel del mar y su potencia lumínica es tal, que permite distinguir los objetos á una distancia de 150 millas y leer fácilmente á una distancia de 36.

La luz que este proyector despide tiene una intensidad de tres millones de bujías; la altura total del aparato es de once pies y su peso de 6.000 libras.



El proyector más grande del mundo
(De fotografía de Carlos Delius.)

GRUPO ESCULTÓRICO DE MIGUEL BLAY

El hermoso edificio que con el nombre de Palacio de la Música Catalana es uno de los mejores ornamentos arquitectónicos de nuestra ciudad, se ha embellecido recientemente con una nueva joya artística de valía extraordinaria. Nos referimos á la hermosa obra escultórica que hace poco se ha colocado en el ángulo de sus dos fachadas y que es debida al cincel del ilustre Miguel Blay.

Este solo nombre excusa toda alabanza, como la excusa también la contemplación de la escultura que adjunta publicamos; hay en su pormenores tanta perfección y en su conjunto tanta armonía, que forzosamente se impone por sí sola su belleza, sin que haya necesidad de señalar en qué esta belleza consiste.

El grupo de Miguel Blay ha sido costeado por el Excelentísimo Sr. D. Joaquín de Cárcer y de Amat, marqués de Castellvell, quien al hacer donación del mismo al Orfeó Catalá para mayor embellecimiento de su casa, ha demostrado su gran amor á una institución que tanto honra á Barcelona y un desprendimiento digno de imitación y de las más calurosas alabanzas.



Barcelona.—Grupo escultórico, de Miguel Blay,
recientemente colocado en la fachada del Palacio de la Música Catalana. Regalo hecho al Orfeó Catalá por el Excmo. Sr. D. Joaquín de Cárcer, marqués de Castellvell. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA

(Véanse los grabados de las páginas 688 y 689)

Desde nuestra última reseña no ha habido hecho alguno de armas, pues no cabe calificar de tales ni los tiroteos diarios de Alhucemas y del Peñón, ni los frecuentes disparos sueltos de que son objeto nuestras tropas en algunos campamentos, ni la sorpresa de que, por un exceso de confianza, fueron víctimas el día 12 doce soldados de los que guarnecen Sidi-Al-met-El-Hachs. Iban éstos á buscar agua á un pozo cercano, cuando de un macizo de chumberas salió un numeroso grupo de moros que les hizo varias descargas á corta distancia, matando á ocho é hiriendo á los otros cuatro. Uno de los heridos pudo llegar arrastrándose hasta cerca del campamento, y al oir sus gritos salieron algunas fuerzas en persecución de los agresores, á quienes no pudieron castigar porque, apenas realizada la emboscada, habían huído precipitadamente.

Este período de calma ha sido aprovechado para fortificar las últimas posiciones conquistadas, especialmente la alcazaba de Zeluán y las lomas del Gurugú.

También ha sido aprovechado para activar los trabajos de los ferrocarriles mineros francés y español, trabajos que se han reanudado en este último en el mismo sitio en donde hubieron de ser suspendidos el 9 de julio á consecuencia de la agresión de los rifeños, causa de la actual campaña. En estas obras están empleados, además de los obreros españoles, muchos moros, siendo cada día mayor el número de éstos que se presentan á los contratistas en demanda de ocupación.

Con motivo de esta calma se ha echado á volar por algunos la especie de que la campaña está virtualmente terminada; y aunque en el fondo pueda esto ser cierto, pues, á lo que parece, el principal objetivo se ha logrado, ello no quiere decir que hayan concluído del todo las operaciones, ya que, aparte del esfuerzo que exijan las posibles agresiones de un enemigo obstinado é irritado por los descalabros sufridos, es muy probable que para garantizar la seguridad total de las posiciones conquistadas, cuya ocupación se estima necesaria para el cumplimiento de la misión de nuestro ejército en el Rif, sea preciso ocupar otras nuevas, lo que seguramente no se conseguirá sin algunos sacrificios. Tanto es así, que cuando escribimos estas notas se dice que de un momento á otro se realizará una operación, que será complemento de la iniciada el día 30 de septiembre último en Beni-Buifrur, y consistirá en el avance de la división Sotomayor por Benisicar, de la división Tovar por Zeluán y de la división Orozco por Nador, á fin de imponer un duro escarmiento á la *jarka* si acepta el combate, obligándola de todos modos á evacuar sus posiciones del monte Uicsán, el zoco de El-Jemis y las minas de Beni-Buifrur. De realizarse este plan, podría darse por enteramente asegurada la posesión de un territorio en una extensa línea de más de cien kilómetros.

Las noticias que de la *jarka* se tienen son contradictorias, y otra cosa no puede ser tratándose de informaciones dadas por confidentes que difícilmente pueden conocer con exactitud la situación de aquélla; de aquí que los corresponsales que se hallan en el teatro de la campaña, unas veces nos la describan como quebrantada y con deseos de paz por parte de algunos jefes prestigiosos, y otras nos digan que recibe refuerzos de las cabilas del interior, se fortifica en sus posiciones y se apercibe á oponer tenaz resistencia al avance de los nuestros.

En medio de las penalidades naturales de la campaña, ha sido una nota alegre y simpática la presencia en Melilla de una comisión del Ayuntamiento de Zaragoza, compuesta del alcalde Sr. Iranzo y varios concejales, que ha ido allí á distribuir entre los soldados aragoneses los espléndidos donativos que les enviaban sus paisanos. Los comisionados han visitado los distintos campamentos, en todos los cuales se ha celebrado con regocijo y entusiasmo la fiesta de la Virgen del Pilar. – R.

Espectáculos. – BARCELONA. – Han comenzado la temporada de otoño los teatros Principal y Romea, ambos con compañías de declamación catalana. En el primero, después de cinco representaciones extraordinarias del eminente Enrique Borrás, que representó *Mar y cel* y *Terra baixa*, de Guimerá; *Els vel's*, de Iglesias, y *El místich*, de Rusiñol, se ha estrenado con excelente éxito *La princesa llunyana*, poema en cuatro actos de Edmundo Rostand, admirablemente traducido por Luis Vía. En Romea se han estrenado con aplauso: *Els sense cor*, farsa en tres actos de Apeles Mestres; *Menjar de franch*, comedia en un acto de Tristán Bernard, traducida por José Carner; *L'enigma*, drama en dos actos de Pablo Hervieu, traducido por D. y V. Corominas, y *Les germanetes*, comedia en un acto de José Burgas.

Además se han estrenado en el teatro de la Granvía *El mèlo lo Corrits*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de Carlos Arniches y Enrique García Alvarez, música del maestro Lleó, y *¡Viva la libertad!*, zarzuela en un acto de Fiacro Iraysoz, música del maestro Alvarez del Castillo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 530, POR V. MARÍN

Premiado en el Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1907.

NEGRAS (12 piezas)

BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 529, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Tb5–a5	1. Td1–d3
2. Ca3–b5	2. Cd5×e7 jaque ú otra.
3. Cb5–d4 ó d6 mate.	
	1. b4×a3
2. Ae2–b5	2. Cd5×e7 jaque ú otra.
3. Ab5–d7 mate.	

VARIANTES.

1...... Aa2–c4; 2. Ca3×c4, etc.
Otra jug.ª; 2. Ca3–b5 ó Ae2–b5, etc.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Pedro se revolcó en el polvo de las yemas caídas

—¡Son como los dedos de la mano!, murmuró, hételos camaradas..., lo demás vendrá pronto.

En el acto anunció por el pueblo la buena nueva de que los Guibray y los Faulque «estaban á partir un piñón;» y la gente lista predijo un matrimonio. Todo el mundo charló de lo lindo.

En cuanto á Clemente Faulque, no sin malicia, anunció á Bertilla la próxima visita del barón de Guibray. La joven quedó desde luego estupefacta, y emocionada después.

—¿Cómo ha sido eso?, preguntó vivamente. ¡Ah! ¿Le has encontrado por casualidad? ¿En el puente del arroyo? En efecto, no había medio de evitarse... ¿Y entonces te habló?.., ¿y va á venir. . aquí?

—Y va á venir aquí, mañana, á las tres. ¿Estás?.. Ya ves que el ogro no es tan espantoso como tú crees... En todo caso, es un cumplido caballero...

—¿Y del pasado?..

—¿Cómo, del pasado?..

—¿De nuestras comunes historias?

—Del pasado, ni una palabra... ¿Nuestras comunes historias? Parece reirse profundamente de ellas. Juzga quizá que al cabo de cien años, hay prescripción..., y yo soy de su parecer.

Entonces Bertilla, semiseria, semicómica, exclamó bruscamente:

—¡Cuidado, papá! ¡Tú también te pasas al enemigo; haces traición!..

—¡Ah! Déjame tranquilo, contestó Faulque encogiéndose de hombros .. ¡Esas cosas son buenas para el teatro!

La joven no insistió; otra vez sus convicciones vacilaban; otra vez era presa de dudas, luchando entre dos sentimientos opuestos, igualmente violentos, é ignoraba cuál vencería. La noche siguiente durmió mal.

Llegó el nuevo día, y poco antes de las tres de la tarde Faulque esperaba á Guibray; desde muy de mañana había inspeccionado las cuadras, el guadarnés, el jardín, los invernáculos...

Bertilla había recorrido los salones, asegurándose del buen orden general.

Tratábase de mostrar el castillo nuevo en toda su gloria y toda su opulencia. Era indispensable que el efecto fuese triunfal, que la visita guardase una impresión duradera. Esta vez también hablaba el orgullo ante todo otro sentimiento.

Los señores de la casa, en el momento indicado, tuvieron una gran sorpresa, verdaderamente agradable. Vieron venir por la carretera, no sólo al barón anunciado por sí mismo, sino que también á la baronesa, á su lado. «¡Ella también!»

Faulque miró á su hija.

—Muchacha, la señora de Guibray viene con su marido... Esto no estaba previsto... Es el colmo de la amabilidad. Ya ves que todo se arregla... ¡Vamos, vamos, tanto mejor! Me alegro infinito... por todo el mundo.

Bertilla aún dudaba.

—No te apresures tanto, papá, en tus conjeturas... Es posible que la baronesa sólo acompañe al señor de Guibray hasta nuestra puerta, y continúe su paseo; nada prueba que deba acompañarlo hasta aquí.

—¡Dudosa sempiterna!, replicó Faulque; atribuyes tus recelosos escrúpulos á los demás; tiene el espíritu más amplio y más abierto que tú... Te digo que viene, y mira, ahí tienes la prueba..., se detienen á la verja los dos; entran los dos...

Era verdad.

Esta vez la muchacha fué presa de emoción; aquella visita la encantaba; pero como tenía el don de sacar una amargura de cada circunstancia feliz, pensó en seguida:

—Entonces, ¿por qué Pedro no ha venido también?

Por la baronesa de Guibray, Faulque, izando pabellón, bajó la escalinata del vestíbulo y fué al encuentro de sus visitas, en medio de la avenida; ya conquistada, Bertilla le siguió.

Las presentaciones fueron hechas ante dos bosquecillos de rosales floridos. De una y otra parte hubo derroche de amabilidad y cortesía.

Risueña, Valeria decía:

—Sr. Faulque, deseaba conocer á usted, y aquí me tiene... ¿Quizá no es muy correcto; pero entre vecinos del campo, no se gastan cumplidos?

Faulque balbuceó, contento y algo confuso:

—Pero señora, naturalmente..., nos honra usted en gran manera... Y le quedo sumamente agradecido... Es una gran satisfacción.

Guibray, afable como siempre, protestaba:

—Es muy natural, un poco contra la etiqueta quizá; pero lo que dice mi mujer: ¡en el campo!..

Bertilla, seria, aún se reservaba. En tres frases, Valeria se apoderó de ella... Quería juzgar á aquella criatura.

Echando una mirada circular con sus ojos admirables, luminosos de bondad, dijo:

—Señorita, tiene usted el marco que cuadra con su juventud y su belleza. Esto es magnífico. La vida debe ser aquí muy dulce, y comprendo que no se abandone esta residencia por ninguna otra... Permita usted que la felicite.

Bertilla se inclinó. A pesar de sus recelos, la noble muchacha era incapaz de sostener mucho tiempo una actitud voluntariamente hostil. La primera buena palabra iba en derechura al fondo de su corazón; no sabía defenderse de las seducciones rápidas. Y la señora de Guibray era una hechicera experta y temible.

Inclinóse, pues, y se sonrió abiertamente, y su sonrisa, al descubrir sus dientes hermosísimos é iluminar su rostro, puso de relieve su juvenil belleza.

Valeria pensó.

—Pedro no tiene mal gusto.

Ella también se sentía cautivada, estimaba fácil su tarea de conciliadora, ante el aspecto tentador de aquella altiva enemiga que tenía que subyugar para dicha de todos.

Exaltóse en su nueva misión, se excedió en su atrayente benevolencia habitual. La táctica le interesó.

Dejando atrás á los dos hombres, Valeria y Bertilla echaron á andar á lo largo de los céspedes. En todo el rededor había profusión de flores; el viento tibio pasaba cargado de perfumes. En tan hermoso cuadro, las ideas debían ser serenas.

La baronesa interrogaba ya á la joven sobre el país, sobre sus costumbres, sobre el género de vida que en él se podía llevar.

—¡Oh!, replicó Bertilla, sin gran entusiasmo, es bastante monótona; á menudo los días son interminables, y tan parecidos el uno al otro!.. Aquí puede una escuchar sus pensamientos.

Después de pronunciar estas palabras, calló bruscamente, por temor de ser demasiado bien comprendida, de haber revelado inconscientemente la mitad de su secreto.

Valeria no había perdido una palabra, pero no demostró nada de sus cálculos íntimos, y contestó:

—¿París no la tentó á usted nunca? ¡Está tan cerca... y tan lejos!..

La señorita Faulque sacudió la cabeza:

—No, París no me tienta... Desde luego, mi padre tiene necesidad de residir aquí á causa de sus negocios, de sus vastos negocios, de sus vastas empresas..., y además, señora, no hace mucho tiempo que he salido de la infancia, y aún no tengo la costumbre de tener una voluntad!

Al decir esto reía; y esta espontánea confesión de juventud ingenua encantó á la baronesa.

—Es verdad, dijo, aún no tiene usted veinte años.

—Cumpliré diecinueve en la época de las ciruelas, como dicen nuestros campesinos.

—Diecinueve..., suspiró Valeria; sí, á esa edad, una es feliz á solas y sin saber por qué... ¡Además, París es feo, absurdo, malsano para el cuerpo y para el alma!..

Pronunciaba estas palabras con cólera; era París el que había estado á punto de matar á su hijo...

Bertilla replicó, agotando la materia:

—Aquí, después de todo, no faltan ocupaciones: el gobierno de la casa, puesto que no tengo madre, los grandes paseos, á pie, en coche, en barca. ¡Oh! Estoy enamorada de mi río; es mi amigo; mecióme siendo yo niña... En fin, hay el pueblo y los pobres.

La baronesa aprobó. En ese terreno, fatalmente tenían que entenderse:

—Sí, con la caridad, los días pasan pronto y las noches son buenas. Usted debe conocer eso mejor que nadie: la satisfacción de haber practicado el bien, de haber salvado otros seres... Sólo á causa de eso la riqueza es hermosa. El que no da, roba á los miserables...

—Nosotros damos á manos llenas, murmuró Bertilla; papá dice que es un deber.

—Estamos de acuerdo, hija mía, repuso la baronesa con su voz profunda; son ustedes excelentes.

La descendiente de los Faulque recibió este cumplimiento con gratitud; en la boca que lo pronunciaba adquiría una extraña gravedad.

Tuvo, en una exhalación, la impresión de que se había echado un puente sobre el abismo ¿Dónde estaba ahora el odio?

Su conversación continuaba á la puerta de las caballerizas; Gilberto y Clemente, que habían entrado en ellas, examinaban los caballos; oyéronse de lejos las palmadas sonoras aplicadas en las grupas para hacer volver la cabeza al animal y las aprobaciones del barón ó sus opiniones juiciosas.

Estaba en su centro, pues había manejado caballos desde su infancia y seguía siendo un perfecto jinete.

—A mí también me gustan los caballos, dijo la baronesa; vamos á verlos.

Y recogiéndose el vestido con un movimiento brusco y todavía juvenil, penetró á su vez en las cuadras.

La conversación se hizo general.

Faulque no cabía en sí de satisfacción. El barón estaba encantado de todo lo que veía, y aprobaba plenamente, lo mismo las bestias que su instalación.

En efecto, la instalación era regia; un mosaico cubría el suelo en toda su extensión; los tabiques eran de caoba clara, encerada, limpia y reluciente; los aceros y los cobres brillaban á un reflejo de sol; los techos, muy altos, formaban bóvedas pintadas de gris pálido, realzado con franjas de color castaño; vastas ventanas prodigaban la luz, y veinte caballos de raza, sobre pajazas frescas, comían con un ligero ruido de deglución.

Valeria los acarició. Entraba resueltamente en los compartimientos, previniendo á las bestias con gritos á propósito; alisaba sus crines, y los caballos, tranquilos, resoplaban con aire de amistad.

Decididamente poseía el don de seducción general; bestias y personas venían á ella, atraídas por su encanto y sus ademanes armoniosos.

Clemente Faulque se enternecía cada vez más.

Bertilla abrió enteramente su corazón á las esperanzas de concordia, á los ensueños que parecían cada vez más realizables. Pensaba también que, aparte el amor de Pedro, sería muy grato para ella encontrar una segunda madre en aquella mujer encantadora y exquisita, que seguía siendo joven de corazón á pesar de los años.

En los invernaderos, bajo los techos de cristales, en la pesada atmósfera recargada de perfumes, ante la multiplicidad de las especies, la profusión brillante de las flores, en gamas policromas, de las plantas graduadas, ora de aspectos benignos, ora de terribles aspectos; ante el misterio eterno de las flores tropicales, desconcertadoras con sus torsiones fantásticas, con sus cálices sexuales, los visitantes manifestaron con exclamaciones sinceras su admiración y su deleite.

Y como antes habían hecho palafreneros y cocheros en las cuadras, el jardinero y sus auxiliares, henchidos de orgullo, rojos de contento, recogían encantados aquellos elogios proferidos por personas importantes, y doblemente preciosos en presencia de los amos.

Clemente Faulque, esforzándose en guardar actitudes modestas, triunfaba sin embargo. Tenía cariño á su casa, estaba orgulloso de ella y le era grato verla apreciada.

Luego entraron en los salones del primer piso; por las ventanas abiertas, la vista era espléndida, menos hermosa, sin embargo, que desde las alturas del viejo castillo, de donde la mirada abarcaba un horizonte más vasto.

A pesar de esta comparación, Valeria y Gilberto se extasiaron otra vez. El sitio era verdaderamente delicioso.

De una rápida ojeada inspeccionaron el mobiliario: absolutamente moderno, era rico, sin mayor interés. En esto también la ventaja estaba de parte del castillo viejo, lleno de muebles raros, de épocas bien determinadas y hábilmente restaurados. Pero ni el barón ni la baronesa dijeron una palabra de aquella impresión íntima.

Continuaban prodigando sus cumplimientos y sus felicitaciones de un modo ditirámbico.

Y otra vez, por afinidades naturales, Gilberto y Clemente, aislados en el hueco de una ventana, hablaban entre sí de cosas prácticas, mientras Valeria y Bertilla, sentadas atrás, hablaban á su manera.

Los hombres discutían sobre agricultura, corta de bosque, regadío, ganadería, asombrados de verse tan acordes sobre los puntos principales; después de hablar de la tierra misma, vinieron á hablar de los hombres, de sus costumbres, de sus necesidades, del espíritu del país, punto de partida inicial de las ideas políticas.

Entonces hubo algunas restricciones; cada uno esperaba al otro, no queriendo comprometerse por temor de desagradar.

Pero con gran sorpresa de Faulque, el barón, poco á poco, fué emitiendo ideas de tal amplitud, que adquirían color republicano.

En seguida Faulque se entregó, sin ocultar ya sus convicciones ni sus preferencias. Gilberto le dejaba hablar, aprobando, como siempre, con un movimiento de cabeza repetido.

Estudiaba al personaje que tenía en su presencia, y se atrevió á preguntarle:

—¿Cómo es que, con su situación, con su autoridad en la comarca, con el número de electores de que puede disponer, no se le ha ocurrido presentarse para diputado?

Faulque se sonrió.

—¡Tengo tantos intereses, más importantes para mí!.. Y además, no tengo ninguna ambición política.

—¡Ah, ah!.. ¡Es extraño..., muy extraño!..

—Sin embargo, continuó Clemente, si no he pensado en ello yo mismo, han pensado otros por mí. No le ocultaré á usted que me solicitan por diferentes lados. Me aconsejan que me presente en las elecciones próximas; no sé si usted lo sabe; el puesto va á estar vacante; nuestro diputado, muy viejo ya, renuncia á su mandato. Yo no he contestado ni sí ni no; la verdad es que tengo pocas ganas de presentarme, aunque creo asegurada mi elección.

—¡Ah, ah!

—Como usted ha dicho, merced á mis operarios, á los canteros, á todos los campesinos que dependen más ó menos de mí en diez leguas á la redonda, cuento con gran número de votos, tanto más cuanto que—puedo decirlo sin vanidad—la mayoría me quiere, porque nunca cerré la mano cuando debí abrirla... Pero soy indolente; tengo ya bastantes ocupaciones con mis diversas empresas, y opino que, cuando se hace algo, hay que hacerlo exclusivamente, con todo el cuidado y con toda la actividad posibles... Tendría, pues, que dividirme, y así mis negocios como mi acción política se resentirían de ello... Así es que estoy indeciso y no sé por qué decidirme. En fin, aún tenemos un año por delante; tiempo tengo de pensarlo y de tomar una resolución.

—Ciertamente, ciertamente, aprobaba el barón un poco enfriado.

Faulque le resultaba menos simpático desde el momento que se erigía en rival suyo, y rival temible. Pero se rehizo pronto, apelando a sus altas cualidades diplomáticas, y nada dejó traslucir de aquella primera contrariedad.

Valeria y Bertilla, sin escuchar la grave conversación de los hombres, continuaban hablando de dulces frivolidades. Por esta parte, el acuerdo era perfecto.

Al despedirse el barón y la baronesa, Faulque y Bertilla los acompañaron ceremoniosamente hasta la verja del jardín. Delante de la puerta, un hombre de plantón saludó militarmente y presentó á Valeria un enorme ramo de flores raras. La baronesa lo aceptó con su gracia habitual.

—Gracias, amigo. ¿Cómo se llama usted?

Y el otro, acentuado su actitud de soldado en revista, replicó simplemente:

—Brice, señora.

La baronesa tuvo un ligero estremecimiento que no pudo reprimir.

—¡Ah! ¡Brice!.., dijo ella.

Bertilla se puso colorada. El enunciado de este nombre, que figuraba en la dirección de los antiguos telegramas, era una revelación, si bien hacía tiempo que se había adivinado el secreto.

Pero Valeria, repuesta de aquel ligero choque, formulaba ya amables frases de despedida, con manifestaciones del deseo y la promesa de volverse á ver.

El barón de Guibray tendió la mano á Clemente Faulque, que se la estrechó vigorosamente.

—¡Y bien y bien, muchacha!, exclamó Faulque, al entrar en su casa, ¿qué me dices? Si los antiguos señores hubieran sido cortados sobre ese patrón, la revolución hubiera sido muy inútil!

—Sí, papá, confesó Bertilla, han estado perfectos.

Pero estaba furiosa contra sí misma por haberse puesto colorada cuando Brice se dió á conocer..., y de rechazo, también lo estaba un poquillo contra la baronesa. Con sus ojos penetrantes de eterna desconfianza, había sorprendido el movimiento espontáneo, inconsciente, de su nueva amiga, al escuchar á Brice. Sentíase un poco mortificada.

De modo que, en el castillo nuevo, á pesar de las apariencias más serenas, las cordialidades y las cortesías prodigadas, no todo el mundo estaba absolutamente satisfecho.

Lo mismo sucedía con los habitantes de la Ruina; de dos, había uno que iba con una ligera nube en la frente. Desde aquel momento, Gilberto consideraba á Faulque como un competidor, y su ambición cada vez más viva se preocupaba ya por las luchas que preveía.

Entre aquellas dos familias, parecía imposible que se allanase el terreno y quedase libre para las buenas voluntades.

Pero el más irreconciliable era Pedro. Paradógico, complejo, desconfiado, ultranervioso, sensitivo en demasía, no era dueño de su juicio y se perdía sin cesar en la lucha contradictoria de sus apreciaciones; furioso de ese estado de ánimo, recriminaba á los demás, alimentando su amargura.

Todo le contrariaba, hasta lo que hubiera debido agradarle. La acogida del pueblo, que de pronto le había hecho sonreir, después de reflexionar sobre ella no le parecía sino una manifestación legítima, natural, necesaria, un homenaje debido y demasiado tiempo retrasado.

La actitud de los Faulque tenía el don de irritarlo; ante su odio, les juzgaba demasiado vanidosos; ante su amor, no les estimaba bastante altivos.

Las cortesías del primer domingo en el atrio de la iglesia, le ponían aún nervioso sólo de recordarlas. Según él, todo el mundo había estado ridículo; lo mismo Bertilla que los demás. Hubiera preferido explosiones de cólera, explicable, á todos aquellos cumplimientos hipócritas.

Pero lo que le sublevaba sobre todo era la condescendencia de su padre y de su madre rebajándose á celebrar conciliábulos con los campesinos, procurando enterarse de su existencia, de sus deseos, de sus necesidades.

Ni la misma caridad excusaba, según él, aquellas concesiones, aquellos primeros pasos hacia gente vulgar.

Echar una limosna de paso, enhorabuena; los ricos no tenían más remedio que hacerlo; pero entrar en los chiribitiles, en las casuchas, ¡qué exageración sentimental ó qué plan de campaña reprensible!

La conquista del país entero no valía aquella prodigalidad de beneficencia y de cortesía. Era la ambición de su padre la que causaba todo el mal. Aquel gran señor que, por obligación de cuna, hubiera debido permanecer altivamente encerrado en sus tierras, se mezclaba con el bajo pueblo para sus fines políticos, se dignaba escuchar á los imbéciles y discutir sus opiniones. ¿Discutirlas? Ni siquiera eso; admitirlas simplemente.

Y eso no bastaba todavía. El barón de Guibray se había adelantado á dirigir la palabra á Clemente Faulque, ganando su voluntad con frases conciliadoras, renegando del antiguo régimen... Lo que equivalía á renegar de sus ascendientes... Después de todo, éstos quizá habían hecho bien en oprimir al campesino, que no merecía otra cosa.

Pedro se volvía feudal.

Su exasperación aumentó el día en que Gilberto y Valeria fueron á visitar á los Faulque. *¡Ellos,* los verdaderos señores, molestándose, *los primeros,* por

los otros! Eso ya pasaba de raya y daba el vértigo. ¿A quién engañaban?

Creía bien guardado el secreto de su amor, ahora problemático; por consiguiente, no podía creer que fuese por él, en interés de su amor, el obrar los suyos de aquel modo.

¿Qué otro objeto podía guiarles? Por una parte, la necesidad de agradar; por otra, el deseo de lograr sus fines; dos móviles sospechosos, susceptibles de poca aprobación.

Al ver á sus padres camino del castillo nuevo—después de haberse negado rotundamente á acompañarlos,—partió, á su vez, en sentido opuesto.

Buscaba la sombra y la profundidad del bosque, la soledad, aquella soledad que, meses antes, temía como un sufrimiento.

Metióse bajo la bóveda de las ramas, como una fiera que busca una madriguera; casi corría; de pronto, la sofocación y sordas palpitaciones cardíacas le recordaron que aún no era más que un convaleciente.

Se echó al suelo, desolado también de aquella debilidad persistente, que aumentaba su fastidio.

Se hallaba bajo unos enormes pinos que cargaban el aire de un violento perfume de resina, y se revolcó en el polvo de las yemas caídas y disueltas, de acre olor también. Se agarraba á la tierra y le gritaba:

—¡Devuélveme la vida, devuélveme la fuerza!.. La necesito para soportar contrariedades y sufrimientos, la necesito para luchar y para vencer. Todo se vuelve contra mí, los acontecimientos lo mismo que los hombres, y quizá soy yo mi peor enemigo...

Luego pensó que en aquel instante el barón y la baronesa de Guibray entraban en el castillo nuevo, en aquella casa odiosa, edificada por Miguel Faulque, el asesino del barón Carlos... ¡Qué lúgubre carnaval era la existencia! ¡Y qué rara era la lógica en el mundo! Toda aquella casa había sido costeada con el producto de sus bienes robados... No importa; todo aquello carecía de importancia; no existía.

Calmóse y reflexionó. Quizá era él quien veía mal las cosas, y se equivocaba. Ni Clemente Faulque ni Bertilla eran responsables de los crímenes de un bisabuelo: las faltas son personales.

Ellos no hubieran obrado como los Faulque de antaño, en igualdad de circunstancias... ¡Oh, no, seguramente que no!.. Entonces, ¿por qué condenarlos por representación?

Todo eso era verdad, todo eso era justo..., pero no impedía los retrocesos instintivos y las antipatías. ¿Antipatía... para con Bertilla? A esta pregunta, mentalmente formulada, Pedro se sonrió en su sombra. Decididamente se apaciguaba.

¿Para con Bertilla?.. No, no..., tal cual era seguía siendo adorable; si al menos hubiese llevado otro nombre, un nombre cualquiera, vulgar, absurdo, pero sin recuerdo, él hubierra corrido á echarse á sus pies. Si se hubiese llamado Brice, por ejemplo, Bertilla Brice...

A esta ocurrencia, Pedro se reía á solas; difícilmente se imaginaba á Brice con una hija como Bertilla, y se confesaba que este parentesco tampoco le hubiera satisfecho.

¡Al diablo! Todo conspiraba para trastornar su cerebro y volverlo loco... Detúvose pensativo.

—¿Qué estarán diciendo allí ahora?.. Ella va á extrañar que yo no haya ido... ¡Bah!.. ¿Qué le importará á ella?..

En seguida se contradijo:

—¡Calla, no mientas! Bien sabes que te ama. ¡Ah, qué suerte tenemos los dos!

Quedóse pensativo, y como las campanas de la iglesia tocasen y su sonido llegase hasta él, se dijo que una ceremonia matrimonial sería hermosa dentro de aquel cuadro arcaico, con una novia como Bertilla, vestida de blanco.

En seguida se enterneció. El pobre nunca había sido muy fuerte de espíritu, y ahora deliraba sin cesar, razonando en el vacío y agotando sus escasas energías en tan vanos razonamientos.

Contempló sus manos blancas y sus dedos descarnados, y dedujo:

—Mejor hubiera sido que me hubiese muerto; así todo se arreglaba.

Luego se apoderó de él una grande impaciencia por conocer el resultado de la visita al castillo nuevo, y oirlo de labios de su padre ó de su madre.

Levantóse lentamente, se puso otra vez en camino y bajó al encuentro de ellos. Una vez más, regresaba con un sentimiento contrario al que abrigaba al partir.

Escuchó, cabizbajo, la descripción de las maravillas de la morada de los Faulque; esos detalles le ponían más sombrío; sin embargo, admiró las flores, cogió una del ramo de su madre y aspiró su perfume.

Pero como Valeria se sonrió, viendo sin duda una intención secreta, una especie de símbolo en aquella acción sencillísima, Pedro arrugó el entrecejo y arrojó la flor en medio del camino.

Seguía siendo intransigente, irreductible. Al enterarse de la próxima visita de los Faulque, quedóse perplejo, preguntándose ya: primero, si asistiría al acto; segundo, en caso de asistir, qué cara, qué actitud ofrecería á aquellos extraños vecinos, tratados por él tan pronto como enemigos irreconciliables, tan pronto como amigos deseados.

Ignoraba profundamente la sencillez de alma, primer estado de la sabiduría.

Tres días después, una mañana, Brice presentóse en el castillo viejo, de parte de los Faulque, á preguntar si los castellanos estaban visibles aquella tarde.

En el patio encontró á Pedro y se le acercó familiarmente, lleno de cordialidad; mas para su decepción fué acogido sin amabilidad, con un poco de altivez.

Brice pensó que le habían cambiado su compañero del año anterior. ¡El señorito Pedro era antes más amable! Ahora tenía las personas á distancia y parecía poco dispuesto á volver á las antiguas intimidades.

Brice se dió en seguida cuenta de la situación, adoptó un tono de circunstancias, se inclinó profundamente y se expresó en términos rebuscados.

—Vengo en nombre de D. Clemente Faulque, mi amo, á recibir órdenes del señor barón y de la señora baronesa de Guibray...

Y continuó en ese tono, con toda dignidad. Valeria hizo contestar que con mucho gusto recibiría aquel mismo día al señor Faulque y á su hija.

Y Brice, embajador, se fué con la frente levantada, sin dejar adivinar la decepción que llevaba.

Pero recordaba secretamente con melancolía los tiempos, aún recientes, en que Pedro, sin más compañía que la suya, se pasaba horas en una barca, entre dos estacas, esperando con paciencia que el gubio quimérico ó la carpa ilusoria mordieran el anzuelo, teniendo por única distracción la conversación que él le daba.

¡Felices tiempos aquellos!

¿A qué obedecía tan repentino cambio? Brice no penetraba el enigma; y durante todo el camino hizo ásperos comentarios sobre la ingratitud de los grandes de la tierra.

Ante la inminencia del encuentro, Pedro resolvió arrostrarlo. A pesar de sus reservas, se alegraba á la idea de ver á Bertilla de cerca, de oirla hablar, de vivir en su ambiente, aunque no fuese más que por un instante.

Se consumió de impaciencia, no sabiendo en qué ocupar las horas.. que se le hacían interminables; á cada minuto, cambiaba de voluntad; tenía miedo de sí mismo, de sus actitudes, de mostrarse demasiado atento ó demasiado indiferente.

Sus padres, menos complicados, preparaban la recepción sin trastorno alguno; para cada uno de los dos, ello formaba parte de un programa bien determinado.

Sin embargo, Valeria echó una mirada al conjunto de las cosas. Las ventanas, abiertas de par en par, prodigaban la luz en las salas altísimas de techo, adornadas ahora con muebles de su época.

Las viejas arquillas, sacadas de su sombra, desembarazadas de su polvo, producían excelente efecto en su cuadro natural; los tapiceros habían trabajado durante muchos días y sacado gran partido de aquellos trastos viejos desdeñados por Faulque. Restaurados, repasados, relucientes, los muebles de los abuelos triunfaban en aquella especie de resurrección. Además, eran venerables por la historia que contenían, por los recuerdos que evocaban.

Las maderas talladas ó labradas, que manos hábiles les habían lavado y apomacado, se revelaban, rejuvenecidas, aunque conservando su carácter augusto de reliquias parlantes.

En aquellos vestigios del pasado, la influencia viva de los habitantes actuales se hacía sentir con intensidad.

Una mano de mujer elegante y refinada había prodigado los detalles graciosos; una inteligencia bien moderna había presidido á las múltiples combinaciones que se agrupaban en armonía.

Era severo como un museo, y era también gracioso como una residencia suntuosa y familiar.

Se sorprendía allí la presencia y la marca de las personalidades.

Hubiérase dicho que los recién llegados se habían encontrado en el acto como en una morada habitual, habían puesto de memoria cada cosa en su sitio, sin vacilación alguna, como á la vuelta de un viaje ó después de una mudanza.

Movíanse libremente allí como personas acostumbradas al ambiente, y parecían en su verdadero sitio, en el escenario que les cuadraba.

Aquella rápida toma de posesión podía asombrar á espíritus más sutiles que los Faulque; era verdaderamente desconcertadora.

Los partidarios de las herencias moleculares, del atavismo formal, hubieran sin duda sacado partido de esto; pero sin razón, porque la gloria de semejante resurrección pertenecía principalmente á Valeria, de apellido Brussane.

Bajo este nuevo aspecto, la ruina, al menos en el interior, se permitía cierta alegría. Sus habitantes no causaban ya lástima, sino envidia.

Bajo las ventilaciones sucesivas, la humedad había desaparecido; las lepras antiguas, los musgos, raspados, no existían ya. Ahora las puertas se cerraban dócilmente; no había ya corrientes de aire; el enorme pasamano de la escalera vastísima, libre de oxidaciones, con sus hierros y oros relucientes, era majestuosa. Los salones y los cuartos, gracias á las alfombras, á los tapices y á las cortinas, eran menos sonoros, conservando su solemnidad.

Todo se había hecho confortable sin dejar de ser grande, seriamente hermoso, encantador, con el prestigio de las leyendas y de las evocaciones, que lo dominaba todo.

Los vivos, al instalarse en casa de los muertos, no los habían expulsado; se habían alojado solamente al lado de ellos, como herederos respetuosos que continuaban una tradición.

Así es que cuando Clemente y Bertilla penetraron en aquel «caserón» que habían abandonado á su decadencia, quedaron asombrados de su súbita transformación.

En medio de las cortesías del recibimiento, Faulque no pudo ocultar sus impresiones; en presencia de Valeria un poco irónica, de Gilberto satisfecho y de Pedro tieso como un poste, manifestó su estupefacción.

—Pero es prodigioso; esto está desconocido; en un mes todo se ha metamorfoseado... Digan ustedes, ¿no han encontrado aquí todos estos muebles antiguos magníficos?..

—Sí, sí, contestaba el barón; aquí, en el castillo, algo dispersos, es verdad, en las buhardillas, en los sotabancos, en los sótanos, en todas partes, diseminados, desdeñados, polvorientos, rotos, cojos, desvencijados, pero muy fáciles de restaurar... Usted mismo lo ve.

Clemente Faulque puso mal gesto pensando:

«¡Vaya un chasco! Yo ignoraba todo esto... Creí hacer un buen negocio y no hice más que una tontería; todo eso vale mucho dinero, ¡pero mucho!.. El joven Guibray me la pegó..., ¿quién lo hubiera creído?.. La verdad que él tampoco sospechaba nada de eso... Ni él ni nadie.»

Ponía tan mal gesto, que los señores de la casa, leyendo claramente sus pensamientos en sus ojos, encontraron el lance divertido. Gilberto se reía abiertamente con descaro.

Bertilla se desinteresaba de aquellas cuestiones que poco le importaban. Pedro estaba en pie, delante de ella, que lo miraba furtivamente, encontrándole pálido y flaco, aunque más guapo, á pesar ó quizá á causa de las huellas del sufrimiento; en aquel momento todo su corazón iba hacia él.

Se alegraba, por aquel hombre débil, de que la ruina se hubiese hecho habitable; se decía que aquel cuarto de pobre, donde había descubierto el secreto de Pedro, había debido ser transformado también, y que el joven ya no dormiría en una camita de fraile, dentro de cuatro paredes desmanteladas.

Admiraba ingenuamente lo que veía á su alrededor, sin arrepentimiento ninguno. Todo aquello hubiera podido ser suyo; pero ¿qué importaba, puesto que era de Pedro?

Por una suave pendiente iba á parar otra vez á los apaciguamientos de la conciencia, á las capitulaciones.

Por su parte, Pedro, á diez pasos, la contemplaba diciendo para sí:

«Vamos, aquí la tienes; júzgala y júzgate á ti mismo; procura conocerte. ¿La amas realmente? ¿Estás para siempre enamorado de ella? ¿Eres esclavo de su voluntad?»

Y se confesaba que la muchacha era adorable; que jamás, hasta entonces, ningún rostro femenino había ofrecido para él tal suma de seducciones; que era inútil resistir más tiempo, para acabar con una derrota inevitable; que lo más sencillo y lo mejor era ser sincero, prosternarse, puesto que el recuerdo de las viejas querellas no le defendía ya, puesto que todo el odio pasado cedía y se borraba ante el amor presente.

Pero, á esta reflexión, se encabritaba de nuevo.

(Se continuará.)



¿POR QUE NO USAR LOS VESTIDOS CLÁSICOS?



Posibilidad de resucitar los trajes de los tiempos clásicos

¿Retrocederá la moda á la simplicidad y belleza de los vestidos de la antigua Grecia?

La moda es sumamente versátil y caprichosa, por lo que no tendría nada de particular que el día menos pensado volviéramos á usar los trajes que se usaban en los tiempos clásicos.

La mutabilidad de la moda atrae irresistiblemente á la generalidad de las mujeres, por la razón de que ven en ella el reflejo de su propio temperamento, y sin pensar en sí mismas, quedan muy satisfechas con sujetarse á los caprichos de la moda.

Sería un disparate, por lo tanto, asegurar que no vendrá tal ó cual moda en la manera de vestir, porque dada la mentalidad femenina, todo cabe en lo posible. Si la moda tuviese que regir los recuerdos del pasado y nos hiciera retroceder al estilo que se usaba unos cuantos miles de años atrás, sus sectarias estarían muy dispuestas á aceptar sus prescripciones y abogarían porque obedeciera todo el mundo á lo mandado. El estilo antiguo sería bien recibido; toda autoridad en el arte de vestir lo aclamaría como la última novedad y diría que era cosa de buen gusto, y que la mujer no podía usar más traje que aquél.

Es muy posible que la mujer de hoy día que no haya reparado en la perfección de lo antiguo, se horrorice al pensar que dentro de poco se verá obligada á vestir como vestían las mujeres de los tiempos clásicos.*

Protestará, seguramente, cuando le digan que tiene que vestirse como la Venus de Milo; pero debe tranquilizarse, porque no llegará ese caso, por la razón de que aunque prevalezca algún día esa moda, no irán las mujeres vestidas como en la época en que se esculpió la famosa estatua. Los griegos usaban ropas muy ligeritas, porque así lo requería el clima del país en que vivían; pero hay que reconocer que eran unas vestiduras sumamente prácticas, cómodas y elegantes al mismo tiempo, y si sus artistas supieron imitar la belleza tan magistralmente como lo hicieron, fué precisamente por usar estos trajes.

Jardín moderno de sueño. La moda clásica de vestidos produciría un inmenso efecto benéfico en las que los adoptaran, porque se ahorrarían muchas molestias hijas de la civilización



A los encantos de estos vestidos de la antigüedad hay que añadir lo libre que quedaba el cuerpo para moverse cómodamente

Pero después de todo, ¿por qué no habrán de vestir las mujeres de ahora como vestían las de la antigüedad?

Ninguno de esos trajes adolece de las imperfecciones de otros muchos que se han usado ya. Ni son incómodos ni hay que hacer ninguna clase de sacrificio en las conveniencias personales.

Inventados por la moda en un momento de inspiración, reunen la comodidad y la belleza en justa proporción, y satisfacen por completo las esencialidades del dibujo del vestido.

En los tiempos antiguos no había necesidad de formar asociaciones para hablar y discutir de lo poco higiénicos que son algunos vestidos; no se necesitaban artistas que se lamentasen de la contorsión del cuerpo humano. Nada de esto había, porque nada había que corregir, como hay ahora con los trajes que se usan. Allí se había previsto todo: la salud, la comodidad y la belleza.

La sencillez extremada del vestido de los tiempos clásicos no se prestaba á las variaciones á que se prestan los que se usan hoy, y acaso obedezca á eso el que no haya vuelto aquella moda. La mujer desea introducir constantemente variaciones en sus vestidos, aunque éstas sean extravagantes y ridículas.

Esa inconsecuencia, que es su característica predominante, la hace cambiar á cada momento de manera de pensar. Quizás un día le convenga no ver el peligro que hay en dar á la mujer una clase de vestido que no se preste mucho á las innovaciones; acaso alguna vez quiera ser razonable y deje de ser caprichosa, y entonces los vestidos que se usaban en los tiempos antiguos volverán á estar de moda, y volveremos á admirar la belleza y satisfará á la mujer, que lo adoptará sin vacilar por ser sumamente conveniente, por ser adaptable y atractivo al mismo tiempo, y la moda tendrá por fuerza que reconocer que en esta ocasión no se había equivocado.



La resurrección de los trajes clásicos no excluiría el gusto individua ni la iniciativa de las modistas

El secreto de esta belleza hay que buscarlo en el hecho de que no trataron nunca de ocultar las líneas del cuerpo humano. Con las modas femeninas de hoy día no se va más que á llegar á la apariencia de lo que no es real, á aparentar con añadiduras increíbles, por una y otra parte del cuerpo, que debajo de los vestidos existe una figura anatómica que es una verdadera curiosidad, una cosa que no tiene igual en la creación.

La extravagancia de la mujer griega no llegaba á ese extremo; se contentaba con vestir con naturalidad, sin exageración de ninguna clase, haciendo que los vestidos le vinieran bien á su cuerpo y no su cuerpo á los vestidos. Con esto consiguió lo que ambiciona toda mujer, el ir bien vestida, y nunca se ha llegado después al arte, á la gracia y dignidad con que vestía la mujer griega.

No faltará seguramente quien diga que la mujer moderna aventaja mucho en vestir á la antigua, pero los grabados que acompañamos se encargarán de refutar esta aserción.

Otros dirán también que cómo se las arreglarían las mujeres muy gordas y las muy delgadas si tuvieran que adoptar este vestido, que no favorece nada más que á la que es bien proporcionada.

Pero á esto se puede contestar que no hay vestido más apropiado, por lo largo y amplio, que el que usaban las mujeres de la antigüedad para ocultar las redondeces ó angulosidades del cuerpo. Está fuera de toda duda que en Grecia habría en aquellos tiempos clásicos mujeres muy gordas y mujeres muy delgadas, y ellas se arreglarían de modo que les sentara bien lo que llevaban puesto. Y lo mismo que hicieron entonces se puede muy bien hacer ahora. Si la moda antigua se impone, ya procurarán las muy gordas y las muy flacas sacar el mejor partido posible de ella.

A. L. BALDY.



La sencillez del traje griego puede ser adoptada con gran beneficio para la salud y para la estética en todas las faenas ordinarias, así del campo como del mar

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

AMOR, por *R. Monner Sans*. – Colección de monólogos y diálogos propios para ser representados por jóvenes. Un tomo de 116 páginas, editado en Buenos Aires por Cabaut y C.ª

EMIGRACIÓN Á LA REPÚBLICA ARGENTINA. – Tres artículos interesantes que deben leerse en España. Un folleto de 32 páginas que contiene dos artículos de Enrique Vera y González y uno de V. Serrano Clavero, impreso en Buenos Aires.

EL CABALLERO DE LA MUERTE, poemas por *Emilio Carrere*. – Colección de inspiradas composiciones poéticas de diversos géneros con una «impresión de lectura» de Felipe Trigo. Un tomo de 174 páginas, editado en Madrid por Pueyo. Precio, tres pesetas.

LOS MISERICORDIOSOS, por *María de Echarri*. – Interesante novela que forma parte de la notable «Biblioteca Patria,» que con tanto éxito se publica en Madrid (Paseo del Prado, 30). Un tomo de 140 páginas; precio, una peseta.

EL PARNASO CUBANO. – Selectas composiciones poéticas coleccionadas por Adrián del Valle, con un prólogo del mismo. Un tomo de 256 páginas, editado en Barcelona por la casa Maucci. Precio, dos pesetas.

A LAS JÓVENES. CAMINO DEL MATRIMONIO, por el *Rdo. P. Juan Charruau*, de la Compañía de Jesús. Traducido de la 2.ª edición francesa por *Narciso Sicars y Salvadó* y publicado con licencia eclesiástica. Un tomo de 356 páginas, editado en Barcelona por la Tipografía Católica; forma parte de la «Biblioteca de la Familia Cristiana.» Precio, 4 pesetas en rústica y 5 lujosamente encuadernado.

CRÍTICA LITERARIA (1857-1860), por *Juan Valera*. – Colección de artículos que forma el volumen XX de las obras completas del eximio literato. Un tomo de 330 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta Alemana.

SILUETES D'ESCRIPTORS CATALANS DEL SIGLE XIX, por *Francisco Gras y Elías*. – Un tomito de 100 páginas que forma parte de la Biblioteca popular de «L'Avenç» que se publica en Barcelona y contiene interesantes semblanzas de Juan Arolas, Josefa Massanés, Pedro Mata, Antonio Ribot, José A. Clavé y Roberto Robert. Precio, 50 céntimos.

ROSAS Y ZARZAS, por *R. de Castilla Moreno*. – Colección de poesías que forman un tomito de 56 páginas, impreso en Jerez por la Compañía de Artes Gráficas y Litografía Jerezana. Precio, una peseta.

POR EL CAMINO, por *Adrián del Valle*. – Colección de interesantes artículos y cuentos. Un tomo de 208 páginas, editado en Barcelona por F. Granada y C.ª



La gran quincena de la aviación en París.—Vista del aeródromo de Port-Aviatión en Juvisy (De fotografía de M. Branger.)

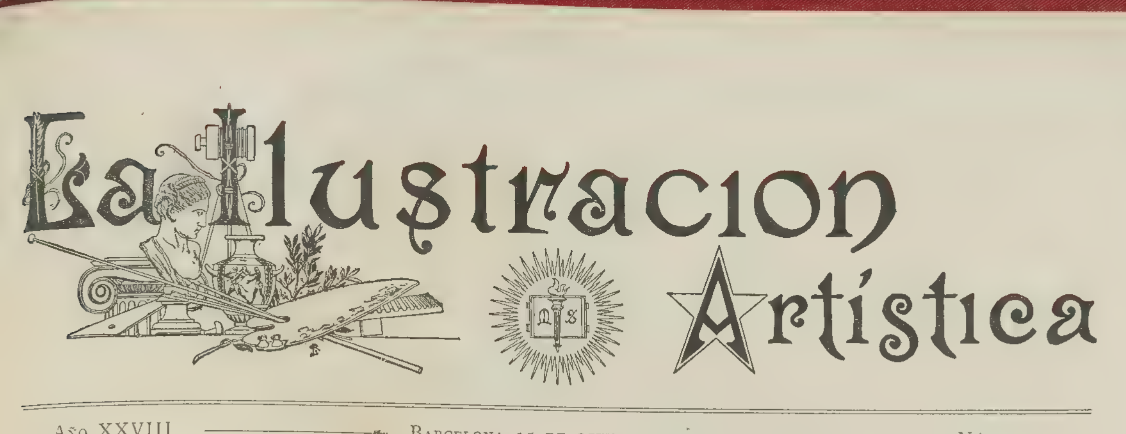
Ha comenzado la gran quincena de la aviación en París, que hasta ahora se ha visto poco favorecida por el tiempo. En efecto, á causa de las lluvias, su inauguración, que debió haberse efectuado el día 3, hubo de aplazarse para el 7, y por el mismo motivo hubieron de suspenderse las pruebas del segundo día.

El aeródromo de Port-Aviation reune todas las condiciones necesarias para el buen éxito del concurso, y en su instalación se ha atendido con especial cuidado á todo cuanto requieren la comodidad y el buen servicio del público. Las tribunas son elegantes y forman una serie de graciosos pabellones de diferentes estilos, y dominándolas á todas álzase un esbelto torreón destinado á la prensa; delante de ellas, en vez de la barrera que suele cerrar las pistas, levántanse esbeltas columnas coronadas por cestas de flores y enredaderas.

Diseminados á continuación ó detrás de las tribunas, hay numerosos restaurants, bars, cafés y quioscos en donde se expenden dulces y refrescos. Además, fuera del aeródromo, se han instalado infinidad de establecimientos de esta clase para el público que desde el exterior presencia las pruebas.

Al otro lado de la pista están los cobertizos destinados á los aeroplanos, y en distintos lugares se han dispuesto grandes *garages* para automóviles, bicicletas y coches de todas clases.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVIII —— Barcelona 25 de octubre de 1909 —— Núm. 1.452

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



RETRATO PINTADO POR FRANZ HALS

(De fotografía de London News Agence Photo.)

Este cuadro forma parte de la colección adquirida por los Sres. Duveen por la cantidad de 500.000 libras esterlinas.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El que quiera saber cosas nuevas, lea libros viejos; en el caso presente y modificando la sentencia, el que quiera saber cosas nuevas lea también libros nuevos que de lo pasado traten, rebuscando lo curioso y lo olvidado, y recogiendo esos detalles realistas, típicos, que alumbran á veces la historia con viva luz.

Un libro de esta naturaleza acabo de recibir de México—de donde tantos recibo ahora, con extremada gratitud.—Hace pocos días venía á mis manos el tomo XXV de la gran serie que publica el sabio D. Jenaro García, bajo la denominación general de *Documentos para la Historia de México*, y en este instante llega el *México viejo y anecdótico*, de D. Luis González Obregón. Hallo en él algunas noticias de las que los franceses llaman *piquantes*, y que se prestan á glosa ligera, como debe siempre ser la labor del cronista.

La historia es un tejido de muy diversos hilos, entrecruzados y revueltos con nudos y marañas. No hay cosa más opuesta al verdadero conocimiento de la historia que el empeño de la homogeneidad. A distancia, identificamos cosas que antaño andaban, no ya apartadas, sino acaso enzarzadas en pelea. Nuestra influencia en América, los destinos de nuestra raza allí, nos parecen inseparables de la lengua y la literatura. Por boca de la poesía hemos dicho que el viajero que arribe

«á las playas antípodas distantes,
verá la Cruz del Gólgota clavada,
y escuchará la lengua de Cervantes...»

haciendo así, del idioma del *Manco*, la forma suprema del españolismo persistente de la América donde corre nuestra sangre y ha hecho casta nuestra progenie. Tiene, pues, que causar alguna sorpresa la noticia de que, á principios del siglo XVII, el *Quijote* estaba prohibido y mandado recoger en México.

Ni más ni menos. Referiré el caso, tomándolo del interesante libro á que vengo aludiendo, *México viejo y anecdótico*.

Su autor, el Sr. González Obregón, es, además de un notable escritor, un erudito, registrador de viejos papelotes. Hubo de caer en sus manos diligentes cierto manuscrito, picado honrosamente de polilla, como cumple á un papel hidalgo, y que rezaba en su epígrafe: «Inquisición de flotas venidas de los Reynos de S. M. desde el anno de 1601 hasta el presente de 1610.» Todos los rebuscadores saben que no deben descorazonarse ante un encabezado en apariencia sin interés: González Obregón siguió leyendo, y encontró que, según el reglamento vigente en la fecha del manuscrito, se ordenaba reconocer, á la arribada de los navíos, si llevaban libros prohibidos, para decomisarlos. Eran estos libros, amén de los heréticos, contrarios á la fe y á las buenas costumbres, los que contuviesen materias de Indias ó Artes y vocabularios de lenguas indígenas, que no estuviesen aprobados; y, asimismo, los libros «profanos y fabulosos» y de historias fingidas. Esto estaba expresamente estatuído en las leyes de Indias, anteriores al amarillento papel.

A continuación, el manuscrito declaraba los libros que fueron decomisados en la Veracruz, durante los años que abarcaba. En 1601 fué recogido el *Espejo de caballerías*, por Diego Ortúñez de Calahorra, natural de Nájera; en 1602, la *Historia de Bernardo del Carpio;* en 1604, obras de Ovidio y Lucrecio; en 1605, nada menos que la *Historia general de las Indias*, por López de Gómara, lo más castizo, y por fin, en 1608, «fué recogido y mandado á este santo Oficio de la Inquisición de México un libro en cuarto, aforrado en pergamino, que dice en su carátula: El Ingenioso Hidalgo Don Qvixote de la Mancha, Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra, Dirigido al Duque de Béjar, Marqués de Gibraleon, Conde de Benalcaçar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos, (Escudo) Año 1605. Con privilegio. En Madrid, por Iuan de la Cuesta—que parece dió al Comisario de la Veracruz y Oficiales Reales de la Real Aduana, ser romance que contiene materias profanas, fabulosas y fingidas.»

¿Qué tal? El *Quijote* sufrió la misma suerte que el *Espejo de caballerías*, el cual forma parte de las obras que le secaron el celebro á don Quijote y figura en el donoso escrutinio hecho en la librería del Ingenioso hidalgo por el cura y el barbero; y fué calificada de obra fabulosa la que sangra realidad del principio al fin...

No incurramos, sin embargo, en la vulgaridad de escandalizarnos excesivamente. Todo lo acaecido en las sociedades que pasaron, tendría la más natural explicación si conociésemos á fondo, en su complejidad y entretejimiento de influencias y causas, á esa misma sociedad. Ni el individuo ni los pueblos suelen aparecer procediendo muy arbitrariamente, cuando se llega á lo hondo, al subsuelo de su psicología y su dinámica. Ciertamente que la Inquisición no se había fundado, ni en España ni en ninguna de las naciones que la tuvieron, para decomisar libros de la índole del *Quijote*. A la misma hora en que lo decomisaba la Aduana de la Veracruz, algún Inquisidor español leería quizás con deleite la regocijada y triste obra maestra del *Manco*. El *Quijote*, en la Península, fué muy bien acogido y reído desde su publicación..., aunque no viesen en él las gentes lo excepcional que vemos ahora.

La última interesante revelación del precioso manuscrito es una nota de vida tan antigua como moderna. Suponed á un novelista insigne, que cruza el Atlántico y se aleja para siempre del suelo natal, dirigiéndose á ejercer un prosaico empleo. Al partir hacia lejanas tierras, este novelista se lleva consigo una novela de recientísima publicación, de la cual se habla entre literatos, y que le hará compañía á tantas leguas de su país, pues representa la actualidad literaria. Suponed que, al desembarcar, pretenden quitarle la novela, y considerad las recomendaciones que buscará para conservarla en su poder. Pues es el caso de Mateo Alemán, autor de *Aventuras y Vida de Guzmán de Alfarache, Atalaya de la vida humana*, que, con *Lazarillo* de Hurtado de Mendoza, pudieron ser los libros que sirvieron de modelo á Cervantes en alguna parte de su *Quijote* y en varias de sus *Novelas ejemplares.* Mateo Alemán no era trigo limpio: en España, ejerciendo su cargo de Contador, cogiéronle en no sé qué descubiertos, en ciertas cuentas, por los cuales se le formó causa, y hubo de quedar desempleado; mediarían, así ha solido ocurrir en todo tiempo, recomendaciones, y el acusado fué enviado á Nueva España con análogo destino. Era ya viejo; iba á dejar sus huesos allí, y se llevaba, con estima infinita, la reciente novela del que había de eclipsarles á todos. No podía resignar se á soltar su *Quijote*, y dice el manuscrito: «se volvió el libro por súplica de S. Illma. d. fr. García Guerra, á su dueño Mateo Alemán, Contador y Criado de Su Magestad.»

Este lindo detalle de historia literaria tiene además la ventaja de esclarecer completamente un punto que—en 1876, al publicarse en la colección Rivadeneyra *El Pícaro*—se declara dudoso, á pesar del testimonio de Nicolás Antonio: el paso de Mateo Alemán á Nueva España.

Claro es que á pesar de decomisos y prohibiciones, el *Quijote* se paseó á su talante por México. El mismo libro de González Obregón nos cuenta la divertida historia de cómo el virrey le *pisó*, diríamos abora familiarmente, su ejemplar á un Oidor de la Real Audiencia.

Sin dejar de la mano este libro, *México viejo*, vamos evocando la visión de la vida colonial, allá en los siglos de nuestra dominación pacífica; el período de los poderosos virreyes. Vemos al conde de Revillagigedo, de honrosa memoria, disponerse á tomar su chocolate en bandeja de plata, antes de que el barbero le empolve la peluca y le trence la coleta. Respecto á la bandeja ó más bien salvilla en que al virrey le presentan el oloroso soconusco, puedo forjarme la ilusión de que es la misma en que ahora me lo sirven á mí, guarnecido de bizcochadas y mantecadas. Porque poseo una gran salvilla cuya procedencia mexicana es indubitable. La sostienen elegantemente cabezas, mejor dicho, pequeñas cariátides de indios, expresando perfectamente el tipo de la raza, y en su ancha superficie ostenta las marcas del platero: una representa las columnas de los pesos columnarios ó mexicanos, y entre ellas la cabecita de Carlos II; otra figura un ídolo, un dios de la mitología indígena. No veo, pues, dificultad en que, dado el rodar de los objetos en traslaciones, ventas y compras, la salvilla que describo sea la misma en que á D. Francisco de Güemes y Horcasitas, cuadragésimo primero de los virreyes de México, que tomó posesión de su cargo el mismo día en que expiraba en España Felipe V, le ofrecían el tazón chinesco, rebosando de hirviente chocolate, que provocaba la verbosidad de D. Ermeguncio.

D. Francisco de Güemes, cuyo retrato he visto mil veces en la escalera del palacio de Revillagigedo en Gijón, hizo cuanto pudo para levantar de su postración á la Nueva España. La decadencia de los últimos años del reinado de Carlos II había llegado allí, si bien con el retraso natural, y aquello estaba perdido. El virrey trabajó bastante en arreglarlo. Como todos los gobernantes que han de mirar por su gobierno, Revillagigedo madrugaba y se disponía y aseaba muy temprano. La anécdota que refiere González Obregón nos le pinta haciéndose rasurar, desde el día en que tomó posesión del cargo, á las siete en punto. Mientras el Fígaro preparaba sus navajas, el conde leía las quejas y solicitudes depositadas la víspera en su buzón, que no serían pocas. Si el virrey era un buen virrey, el barbero era, en su género, una perla única. Como que respetaba el atareado leer del señor, y le afeitaba en silencio, lo cual tiene algo de milagroso é increíble, dada la reputación de verbosidad de estos oficiales. Así es que, cuando Revillagigedo hubo de traspasar el virreinato á su sucesor, el marqués de las Amarillas, sintió cierta melancolía al despedirse de su barbero, y le ofreció la recompensa que pidiese. El rapabarbas solicitó hablar á su talante y capricho los seis últimos días de afeitadura—una semana de desahogo—y pedir una gracia por día. Y tales y de tal calibre las pidió, que probablemente el conde se arrepentiría de haber consentido, al cabo de los años, que un barbero se despachase á su gusto.

Echaríamos de menos los tiempos apacibles—no tan apacibles, sin embargo, como al pronto se creyera—de aquel excelente virrey, si no nos hiciese apreciar los nuestros la entretenida excursión al través de las edades, sobre los modos de viajar, desde el palanquín al automóvil, en el mismo libro.

El primer medio de transporte en aquellas regiones fué el palanquín y las andas. En andas iban—lo mismo que van aquí las imágenes—los ídolos y los emperadores aztecas, y aun los caciques y señores antes y durante la conquista. Los demás mortales, sobre sus pies ágiles y sus piernas musculosas, con la ayuda de un largo palo ó báculo. Cuando llegaron los conquistadores, asombraron sus caballos y yeguas, cual si fuesen seres sobrenaturales, el mito de los centauros realizado. Existía, sin embargo, un original sistema indígena que los dominadores hubieron de probar también: la hamaquilla de redes. En una red y cargándoselos á las espaldas, los transportaban los indios como se transporta un fardo. Ello no sería muy regalado, pero parece que era rapidísimo—no tanto como el tren, todo es relativo en este mundo.—Como que los trasladados así iban pensando si lo que les pasaba era sueño ó encantamiento. A verse don Quijote metido en la hamaquilla, no dejara de atribuir á sus malignos encantadores la travesura.

Un mozo que después fué lego franciscano, tuvo la idea del transporte en carretas de bueyes. Se puede contar entre los bienhechores y hombres útiles á la humanidad á fray Sebastián de Aparicio. Estas carretas, sin embargo, acabaron por convertirse, ni más ni menos que los actuales automóviles en las novelas de Conan Doyle, en instrumentos de rapto y robo.

Vinieron luego los coches, las carrozas, las sillas de manos y literas, sus elegancias artísticas en pinturas y forros, sin hablar de las poderosas mulas, de reposado y continuo andar. Sin embargo, lo de las comunicaciones seguía siendo un tanto dificultoso. Verdad que cuanto nos refiere Obregón por sucedido en México, puede aplicarse á España, donde también, antes de emprender un viaje, hasta principios del siglo XIX, se hacía testamento, se cumplía con la Iglesia, se ofrecían velas á las Vírgenes, se empleaban treinta y un días para ir de Santiago á Madrid, y gracias si no aparecían por el camino los *compadres*, ó sea los salteadores y facinerosos, capaces, no diré de cortar un dedo para sacar una sortija, sino de cosas harto peores, que Goya dejó pintadas con el atroz realismo que le caracteriza... Porque en todos estos relatos mexicanos parécenos vernos á nosotros mismos..., y no es espejismo engañoso, sino efectiva semejanza fraternal.

La condesa de Pardo Bazán.



Preferiría que me pidieses la vida

EL JURAMENTO FATAL

Era en el pueblecito vasco de Agoguez, en donde las muchachas, delgadas y tocadas de negro, se deslizan silenciosamente en las callejuelas inundadas por el sol, y al atardecer, á la hora del crepúsculo, parecen confundirse con las sombras que descienden de la montaña. Aquella tarde estival Rebeca había salido de casa de su madre para ir á reunirse con su prometido Antonio, que el día antes habíale entregado la sortija de boda, y de quien sería esposa dentro de un mes; así, por lo menos, lo había dispuesto Vicente, hermano mayor de Rebeca, que desde la muerte de su padre ejercía la autoridad en la familia, y á quien obedecían sus otros seis hermanos y hasta la anciana madre de blancos cabellos que veía en él reproducidas las facciones y los rasgos del respetado jefe. Pero Rebeca tenía un alma altiva que no se doblegaba á las docilidades tradicionales, y sólo con los labios había asentido á la voluntad de Vicente. Ahora corría á juntarse con Antonio como si realmente estuviese enamorada, sabiendo que él la esperaba á la entrada del pueblo, bajo una encina secular, en donde había un banco casi tan viejo como el árbol.

Allí estaba, en efecto, Antonio, inmóvil, ceñida la cintura por la encarnada faja y con la boina azul inclinada casi hasta las cejas, viéndola venir desde lejos. Mucho tiempo hacía que la amaba; los dos eran aproximadamente de la misma edad, que se acercaba á los veinte años, y desde que juntos hicieron su primera comunión en la iglesia del retablo dorado, habíala elegido en su corazón como la mujer en quien un día pondría todo su cariño. Tembloroso había pedido á Vicente la mano de Rebeca, y eso que se consideraba digno de ella é igual suyo, puesto que en su raza siempre se habían efectuado los casamientos entre los miembros de la misma, y que todo vasco, aun siendo simple pescador de sardinas, entiende valer tanto como cualquier otro, siquiera sea marqués ó millonario. Además Rebeca no era rica, sino que se ganaba la vida trabajando al lado de su madre, la cual le había enseñado á bordar las chaquetas con que se adornaban las muchachas en los días de fiesta; pero, en cambio, era regiamente hermosa, y aquella hermosura soberana, aun en aquella comarca en donde todas las mujeres eran bellas, la marcaba con un sello especial, sello temible al par que sagrado. Vicente había aceptado sin vacilar la proposición de Antonio, dándole entrada en su casa, y reunido luego á los vecinos y amigos para comunicarles la fausta nueva. Y amigos y vecinos habían llevado ramos de brezo y manojos de esas pálidas flores de hiniesta que crecen en las torrenteras y cuyo aroma se difunde como una llama apenas sus cálices se abren al beso del sol.

Cuando Rebeca estuvo al lado de Antonio y ambos se hubieron sentado en el banco de piedra envueltos en la sombra que proyectaba el follaje de la misma, hubo unos momentos de silencio: él no osaba levantar los ojos, consciente de que aquel era el instante de sus verdaderos esponsales y de que en aquellos minutos de coloquio íntimo iban á poner al unísono sus corazones, y esperaba á que Rebeca fuera la primera en hablar; pero ella permanecía callada y parecía presa de viva emoción. Al fin con voz apagada dijo:

—¿Me amas, Antonio? ¿Me amas de verdad?

—¿Que si te amo? ¿Y lo dudas? Después de mis padres eres tú el ser á quien más quiero en el mundo; y aun si hubiera de escoger entre ellos y tú, creo que mi pasión podría más que mi deber. Mi corazón va hacia ti como hacia el sol la planta.

—Siendo así, ¿me concederás todo cuanto te pida?

—Sí todo, todo cuanto dependa de mi voluntad; si me pidieras que pasara por entre unas llamas, á ellas me arrojaría sin vacilar un momento.

—Pues bien, Antonio, dijo Rebeca lentamente, he aquí el sacrificio que de ti exijo: que renuncies á casarte conmigo.

Antonio se incorporó de un brinco.

—¡Renunciar á ti, Rebeca! ¿Sabes lo que dices? ¿Cuando tu hermano Vicente acaba de concederme tu mano, cuando tú misma has consentido que ciñera tu dedo con el anillo nupcial?.. ¿Qué locura te acomete? Esto lo dices para probarme. ¡Mírame bien, Rebeca, y contéstame en seguida!

Pero Rebeca se mantenía silenciosa. Sentada en el banco de piedra, tenía las manos apoyadas sobre las rodillas, y erguida la cabeza, perdida la mirada, permanecía impasible.

—¡Contéstame, contéstame!, exclamó Antonio haciendo un ademán de impaciencia. ¿Para decirme esto has venido? Te esperaba con el corazón alegre y el camino por donde tú venías parecíame inundado de luz. ¡Y tu primera palabra ha sido para sumirme en la desesperación! ¡Oh, Rebeca, nunca creí que fueses tan cruel!

—No soy cruel, repuso la joven pausadamente; sufro haciéndote sufrir, pero es preciso. Yo no puedo ser tu espoosa, Antonio; y aunque el cura bendijese nuestra unión, yo nunca podría ser tuya.

—Pero ¿por qué?, ¿por qué?, preguntó Antonio desesperadamente.

—El porqué te lo diré más tarde, cuando me hayas obedecido.

Antonio bajó la cabeza; la voz de Rebeca era tan firme, su actitud tan segura, que él, á pesar suyo, se sintió desfallecer. Por otra parte tenía confianza en ella y sabía que ella no mentía.

—¿Has avisado á tu hermano?, preguntóle al fin.

—No; no me comprendería y me tendría por loca ó por rebelde. Tú eres quien has de decírselo, y aun le darás á entender que has cambiado de idea, que no quieres... De este modo no podrá obligarme. Y como si nada hubiese pasado entre los dos.

—¡Oh, esto es demasiado! ¡Quieres obligarme á que retire mi palabra! No te contentas con destrozarme el corazón, sino que además exiges de mí que aparezca envilecido. ¡Pues bien, Rebeca, eso no lo hago!

Hablaba jadeante y su sombra temblaba en el espacio iluminado por la luna.

—Está bien, murmuró Rebeca. Veo que no me amas; el amor ha de llegar hasta el sacrificio.

Diciendo esto, habíase levantado y hundía su mirada en el fondo de los ojos del muchacho, que se estremeció; aquella mirada le daba vértigo, y en ella descubría una voluntad que dominaba la suya, un poder secreto al cual no podía substraerse.

—Haré lo que me ordenas, balbuceó al fin; pero preferiría que me pidieses la vida.

Antonio fué á reunirse con Vicente en la cervecería en donde se juntaban todos los domingos después de misa mayor; el corazón le latía con violencia, pero su resolución era firme. Más que á Rebeca, obedecía á su propio destino: el sueño que acariciara era demasiado hermoso; aquella á quien amaba, jamás sería suya, y él con sus propias manos iba á destruir la dicha que había creído poseer.

—De manera, dijo Vicente cuando Antonio hubo acabado de hablar, que ahora te niegas á casarte con mi hermana.

—Sí.

—¿Sabes que con ello me infieres un insulto grave, del que te pediré cuenta?

—¡No importa! Estoy dispuesto á reñir contigo. ¿Quieres que sea ahora, mientras está excitada tu cólera, ó prefieres esperar á mañana para estar más seguro de ti mismo?

—Ha de ser hoy. Es menester que uno de los dos hiera al otro mortalmente á fin de que los vecinos, los amigos, todos los que han llevado á Rebeca las flores de los esponsales, sepan que ha corrido sangre y que toda reconciliación es imposible. Esta tarde, en el partido de pelota, yo te buscaré camorra y tú me retarás.

—Convenido, y quiera el cielo que sea yo quien sucumba.

La lucha había sido terrible; Vicente y Antonio habíanse batido como si fueran enemigos encarnizados, y en verdad el corazón de ambos rebosaba rabia: el uno sentíase ofendido en su orgullo de familia; el otro en su dignidad de hombre. En el corro que alrededor de ellos se había formado, Rebeca ocupaba la primera fila, y cuando Antonio, después de una acometida más fiera de su adversario, quedó tendido en tierra inerte y sin respirar, ella se arrojó sobre él y rodeó su cuerpo con sus brazos. Pero era demasiado tarde; Antonio había dejado de existir.

Entonces Rebeca, volviéndose á Vicente, le dijo:

—¿Por qué le has matado?

—Porque me retiró su palabra.

—¿Y era esta una razón para vengarte tan cruelmente? ¿Me has preguntado si yo le quería? Ni para prometerme á él ni para zanjar vuestra disputa me has consultado.

—¿Acaso contáis para algo las mujeres?, replicó Vicente encogiéndose de hombros.

Y dicho esto, se alejó mientras se llevaban el cadáver aún caliente de Antonio.

Rebeca fuése al banco en donde la antevíspera había estado con su prometido, y sentándose en él lloró. Sobre su corazón pesaba un secreto terrible que aún no había comunicado á nadie. Si había exigido á Antonio tan inmenso sacrificio, si no le había dejado adivinar siquiera su amor, si se había mostrado con él indiferente y altiva, no había sido sin tener que hacerse á sí misma gran violencia. Pero ¿podía casarse con Antonio? Desde que habían crecido uno al lado del otro, un instinto secreto habíale advertido que un día él la solicitaría, y cuanto más ocupaba Antonio sus pensamientos, más sentía ella contra él una invencible desconfianza. Un día, tenían entonces diez y seis años, él había querido llevarla á una de esas fiestas rústicas en donde mozos y muchachas bailaban juntos al son de las panderetas; ella había accedido; pero muy pronto, sintiéndose cansada, habíase apartado de la reunión. Alguien, sin embargo, habíala seguido; un amigo de Antonio y de Vicente á quien ella conocía bien y que la perseguía con sus asiduidades. El tal amigo se le había acercado lenta y cautelosamente, y antes de que ella pudiera defenderse habíala besado repetidas veces en la nuca. Rebeca, á pesar de su inocencia, había comprendido que aquellos no eran verdaderos besos de amor, y en el acto sintió en su alma una cólera, no sólo contra el que la había ofendido, sino también contra todos los hombres, contra el mismo Antonio, que continuaba bailando allá abajo, á la sombra de los árboles, sin darse cuenta de lo que á ella le turbaba el alma. Y en cuanto pudo desprenderse, corrió al cementerio, y encaminándose á la tumba que le era más familiar que las otras, puesto que en ella descansaban sus antepasados y en ella había sido enterrado últimamente su padre, alzó los brazos, y ante la cruz de mármol adornada con una guirnalda de glicinas, juró no ser jamás de ningún hombre, creída de que así vengaría el insulto recibido.

Por esto se había negado á casarse con Antonio; aquel juramento hecho sobre una tumba era para ella más sagrado que todas las alegrías de la vida, más sagrado que su mismo deseo de felicidad. Pero la muerte llama á la muerte, y Antonio iba, á su vez, á reposar bajo aquella hierba espesa.

Rebeca lloraba y su corazón se compadecía de la suerte de Antonio y de la suya propia, mientras los mozos y las muchachas del pueblo, olvidados ya del penoso incidente de la tarde, se reunían en la playa y cantaban y reían juntos, porque así lo quería el eterno Amor.

Juan Bertheroy.

(Dibujo de Parys.)



Los príncipes Leopoldo y Alberto de Baviera,
retratos pintados por F. A. Kaulbach

LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

DR. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ. — D. RAFAEL ALTAMIRA

La llegada á estas tierras, en cumplimiento de una misión científica, del erudito catedrático de la Universidad de Oviedo D. Rafael Altamira ha atraído de nuevo la mirada hacia el Oxford argentino y su ilustre fundador de cuantos creen que más briosa se muestra la vida nacional de un pueblo cuanto más se eleva su cultura.

Al infatigable celo, á la perseverancia poco común, á los indiscutibles talentos del Dr. D. Joaquín V. González, en cuyo cerebro se adunan las dotes del político con las galas del orador y los positivos méritos del literato, se debe la creación de la Universidad de La Plata, el establecimiento docente de mayor importancia de la América del Sud, y cuyos edificios y organización competir pueden con los más acreditados centros de enseñanza de Europa.

No contento el Dr. González con haber dotado al país, comunicando su entusiasmo á sus connacionales y venciendo burocráticas apatías, cuando no manifiesta hostilidad, creyó hacer obra provechosa iniciando el intercambio intelectual entre los hombres pensadores del viejo continente y los aquí radicados; y persuadido de que la cátedra puede y debe ser apacible tribuna desde cuyas alturas baje serena y reposada la voz de la verdad, propuso, y su proposición fué acogida con aplauso y entusiasmo, invitar á que ocuparan aquella tribuna platense profesores europeos que gozaran de merecido renombre. Y muy amigo de España, haciendo honor á su apellido y á sus honrosas tradiciones de familia, se puso al habla con la progresista Universidad de Oviedo, logrando que aquel centro confiara al Sr. Altamira el elevado encargo de traer á esta joven República el verbo de la madre patria, y con él la prueba plena de que también hay quien hablando español sabe sentir hondo y pensar profundamente. El triunfo en la Argentina de Altamira es á la vez el triunfo del Dr. González y una página de gloria para la joven Universidad de La Plata. De hoy más, gracias al eximio literato riojano, merced á la progresista Universidad platense, la juventud argentina ha podido convencerse de que si hay en España oradores políticos que deslumbran con las brillanteces de su elocuencia; novelistas notables que merced á circunstancias de momento se truecan en disertadores de literatura, también hay hombres de ciencia, como Altamira, que con la calma propia de quien sólo va en pos de la verdad, suben á la tribuna docente para ilustrar á todos, así á los que apenas afirman sus pies en el camino de la vida, como á aquellos que por haberlo frecuentado largo tiempo levantaron el polvo que blanquea ya sus sienes.

R. Monner Sans.

Buenos Aires, agosto de 1909.

Completando el artículo de nuestro estimado corresponsal literario señor Monner Sans, publicamos á continuación los siguientes datos, que debemos á la amabilidad del ilustrado cónsul de la República Argentina en Barcelona Sr. Gache, á quien damos las más expresivas gracias por su atención.

La Universidad Nacional de La Plata (República Argentina) es una creación original, si se la compara con la general ordenación de las Universidades del mismo país, y las análogas de tipo francés, español, italiano, suizo, etc. Ha sido fundada en 1907, en cumplimiento de una ley del año anterior, que tuvo en cuenta la existencia, en la novísima ciudad argentina, de institutos científicos que languidecían, próximos á extinguirse por el abandono del gobierno provincial de Buenos Aires, que los había fundado. Forman así parte de la Universidad un Observatorio Astronómico, que recientemente ha completado y enriquecido su material con los instrumentos de mayor perfección, el cual Observatorio es centro de una Escuela de Ciencias físicas y matemáticas; un Museo de historia natural y arqueología americana, que es centro de estudios prehistóricos y de cincias naturales, y una Facultad de Agronomía y Veterinaria para los estudios superiores de estas materias, la que á su vez tiene como dependencia la Escuela Agronómica de Santa Catalina, con una tierra de más de 800 hectáreas de cultivos y bosques. No hay Facultad de Medicina, que no habría sido conveniente crear otra tan próxima á la ya existente en la ciudad de Buenos Aires. En lugar de la Facultad de Derecho, existe una de Ciencias Jurídicas y Sociales, que comprende aquélla y además una Sección de Pedagogía y otra de Filosofía, Historia y Letras. En esta última Sección el profesor D. Rafael Altamira ha fundado el curso de Historia, por especial encargo de la Universidad. Las Facultades é Institutos están organizados bajo el principio allí llamado de *correlación* de estudios. Advertida la unidad de la ciencia y particularizados los estudios por indispensable división del trabajo, aquellas cátedras, que son propias de un orden de estudios y complementarias de otro, sirven á la vez á estudiantes de diversas carreras.

La Universidad está presidida por el Dr. D. Joaquín V. González, quien como ministro de Instrucción Pública fué iniciador y fundador de la Universidad, y abandonado luego el Ministerio, ha sido su primer rector, con el título de presidente de la Universidad, que le da la ley.



Dr. D. Joaquín V. González, Presidente de la Universidad



Edificio principal de la Universidad. Cuerpo central



Internado n.° 1 y edificio principal



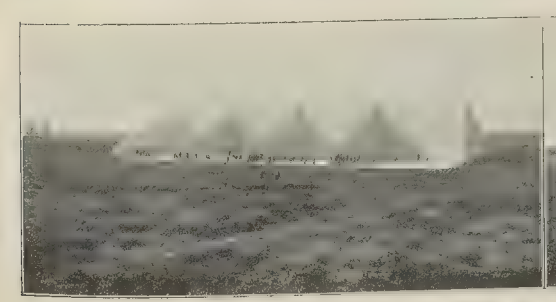
Internado n.° 2



Pabellón de Gimnasia



Pabellón de Física y Química



Canchas para el juego de pelota



Pila para natación

LA DONCELLA DE ANZIO

Hace pocos días, en la hermosa *villa* Sarzini, que los herederos del príncipe Pedro Aldobrandini poseen en Anzio (Italia), efectuóse el acto solemne de adquirir el Estado italiano, por la cantidad de 450 000 liras, esa obra maestra del arte griego antiguo, atribuída á Lisipo y á la que se ha denominado sucesivamente la *Sacerdotisa*, la *Estudiante* y la *Doncella*, nombre este último que es el que actualmente lleva como definitivo.

Los seis herederos de Pedro Aldobrandini estaban representados por el príncipe Chigi y el gobierno italiano por el señor Rava, ministro de Instrucción Pública, habiendo asistido además á la ceremonia el director de Bellas Artes comendador Ricci, el ministro de la Guerra general Spingardi, el director del Museo Nacional Sr. Bardelli, varios funcionarios del ministerio de Instrucción Pública y algunos periodistas.

Lugar en donde fué descubierta la famosa estatua la *Doncella* de Anzio. El ministro Rava (1) y el profesor Ricci examinando el sitio, hoy invadido por el mar.

La estatua, vista de frente

La estatua, vista por detrás

Después de firmado el contrato de venta, que autorizó el notario Sr. Buttaoni, el príncipe Chigi obsequió á los invitados con un almuerzo, terminado el cual comenzaron los trabajos para el traslado de la estatua, que al día siguiente fué transportada, en un carro custodiado por dos gendarmes, á Roma é instalada en el Museo de las Termas de aquella capital.

El hallazgo de la famosa estatua fué debido á la casualidad. En una noche del mes de diciembre de 1878, una violenta tempestad desencadenada en la costa de Anzio derribó un muro de la antigua *villa* de Nerón; al día siguiente, unos pescadores descubrieron detrás de la pared derruída, en un nicho y de pie sobre su pedestal, aquella preciosa escultura, que pocos días después fué visitada por un inspector de Bellas Artes y trasladada al vestíbulo de la *villa*, en donde ha permanecido hasta el día de su conducción á Roma.

No tardaron en hacerse á los propietarios de la *Doncella* las más tentadoras proposiciones de compra, entre las cuales aquéllos aceptaron en principio la de un norteamericano que ofreció por la estatua 600.000 liras. Mas como en Italia existe una ley, que se cumple rigurosamente, relativa á la exportación de obras de arte al extranjero, instruyóse el oportuno expediente que, siguiendo los trámites reglamentarios, llegó á la firma del celebrado escultor Luis Bistolfi, quien, en calidad de inspector especialmente designado por la Dirección de las Exportaciones de Objetos de Arte, hubo de examinar la estatua y de autorizar su venta. En su informe el notable artista, después de describir de un modo magistral y en términos entusiastas la maravillosa joya, manifestaba al director que se había negado á dar el permiso para la exportación, permiso que no concedería hasta que el ministerio de Instrucción Pública, luego de enterado de la existencia de la escultura, autorizase su venta al extranjero.

Gracias á este informe de Bistolfi, la *Doncella* de Anzio no ha salido de Italia, pues el director de Bellas Artes, interesado en conservar para su patria aquel tesoro artístico, emprendió una enérgica campaña hasta conseguir del gobierno un acuerdo por virtud del cual la estatua ha quedado de propiedad del Estado. El precio de 450.000 liras por ella satisfecho equivale á la cantidad de 600 000 que, como hemos dicho, se había ofrecido, deducidas 150 000 que habría percibido como impuesto el gobierno en el caso de que la *Doncella* de Anzio hubiese sido exportada al extranjero. – C.

(Fotografías de C. Abeniacar.)

DIANA, DIOSA DEL MAR,

CUADRO DE JUAN ELLIOT

El notable pintor norteamericano Juan Elliot, que hace tiempo reside en Roma, ha expuesto recientemente en su taller el cuadro que adjunto reproducimos y que ha pintado por encargo del Museo Nacional de Wáshington. El artista ha representado á la diosa Diana en una concha arrastrada por cuatro caballos en el poético momento en que la salida de la luna determina la marea, y ha sabido imprimir en todo el lienzo de un modo realmente magistral ese tono de luz misterioso del crepúsculo que forman los primeros resplandores del astro de la noche combinados con los últimos destellos del sol que se hunde en el ocaso.

Todo el lienzo está impregnado de un sentimiento de mística poesía; es un canto de los clásicos poemas mitológicos que resurge ante nuestra vista, una visión suave del mundo helénico, expresada en una forma tenuísima y vigorosa á un tiempo.

Mientras estuvo expuesto el cuadro, acudieron al taller de Elliot muchas y muy importantes personalidades, entre ellas la reina madre, que prodigaron al artista entusiastas felicitaciones.



Diana, diosa del mar, cuadro de Juan Elliot, destinado al Museo Nacional de Wáshington. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

EN HONOR DE LOS SOLDADOS FRANCESES MUERTOS EN WISSEMBURG (4 de agosto de 1870.)

La batalla de Wissemburg fué la primera derrota que sufrieron las tropas francesas durante la guerra franco prusiana. La división Douay batióse heroicamente en aquella jornada, pero los 6.000 hombres que la componían no pudieron resistir el empuje de sus 80 000 adversarios y hubieron de retirarse, después de haber causado grandes bajas en el enemigo, teniendo también ellos numerosas pérdidas, entre las cuales figuraba aquel general, que cayó muerto mientras daba órdenes á su artillería.



Jefe del ejército alemán pronunciando un discurso ante la tumba de los soldados muertos en Wissemburg

Para honrar la memoria de los franceses que sucumbieron en aquella batalla, abrióse en Alsacia una subscripción, con cuyo producto y con permiso del gobierno alemán se ha erigido en la colina del Geisberg un monumento que se inauguró el día 17 de los corrientes.

El monumento, obra del escultor Schultze, consiste en una alta pirámide coronada por el gallo, que es uno de los emblemas nacionales de Francia, adornada con una hermosa figura de mujer en bronce, y en la cual se lee la inscripción *A los soldados franceses muertos por la patria.* Completaban el decorado del pedestal cuatro símbolos colocados en los ángulos del mismo, pero las autoridades alemanas obligaron á última hora al escultor á suprimirlas.

Las ceremonias efectuadas en Wissemburg duraron dos días.

En la mañana del 16 díjose en la iglesia católica una misa de difuntos, á la que asistieron el hijo del general Donay, varios veteranos sobrevivientes de aquella batalla, muchas damas de Estrassburgo y numerosos fieles. Terminado el servicio divino, el padre Meuley, capellán de los Inválidos y ex capellán del ejército de 1870, pronunció un sermón en francés en elogio del valor, sermón que parafraseó en alemán el padre Delsor, diputado en el Reichstag.

Después del oficio católico celebróse el oficio hebreo en la sinagoga, habiendo hecho una plática, primero en francés y luego en alemán, el rabino Koch.

Concluídas las ceremonias religiosas, los concurrentes se encaminaron al cementerio en donde está enterrado el general Douay, ante cuya tumba usaron de la palabra el Sr. Gunzert, de Estrassburgo, presidente del comité, el padre Wetterlé y el coronel Baude. Desde allí dirigióse la comitiva á los cementerios de Steinfeld y de Schaidt, en donde están enterrados soldados franceses y turcos de los que formaban parte de la división Douay, siendo recibida por un comandante de la landwehr y por compañías de veteranos que con sus banderas habían acudido de todas partes de la región. En el acto de depositar coronas sobre las tumbas de aquellos héroes, pronunciaron sentidos discursos el diputado francés Sr. Adigard y un oficial alemán, ambos exaltando el valor y el patriotismo.

Al día siguiente efectuóse la solemne inauguración del monumento del Geisberg. Desde las primeras horas de la mañana treinta mil alsacianos invadieron Wissemburg; había allí aldeas enteras con sus estandartes y sus párrocos. Después de un oficio en la iglesia protestante, toda aquella masa de gente se encaminó á la colina en donde el monumento se alza. Varios oradores civiles y militares pronunciaron discursos dedicados á honrar la memoria de los héroes de Wissemburg.

Luego depositáronse innumerables coronas en el monumento, mientras las músicas tocaban la *Marsellesa,* y la multitud, que desfilaba por delante de aquél, prorrumpía en delirantes aclamaciones.—D.

(Fotografías de M. Branger.)



Monumento erigido á la memoria de los soldados franceses muertos en Wissemburg

El diputado francés Sr. Adigard pronunciando un discurso ante la tumba de los soldados muertos en Wissemburg



Vista de Río de Oro, del barrio del Polígono y de los fuertes de Horcas Coloradas y Cabrerizas Altas



Abrevadero en Benisicar



Fuerte de Horcas Coloradas



Grupo de soldados españoles y de moros amigos de España



Vista del poblado moro de Frajana



El infante D. Carlos de Borbón y sus ayudantes en el muelle de Melilla



Moras sacando agua de un pozo para llevarla al campamento de los refugiados



Enormes montones de víveres acumulados en el muelle provisional de Melilla

MONUMENTO A SARDOU

Hace pocos días inauguróse en Marly-le-Roi el monumento que adjunto reproducimos, dedicado á la memoria de Victoriano Sardou, consejero municipal que fué de aquella linda población.

La obra del escultor Franceschi y del arquitecto Vaudescal es elegante y sobria: se compone de un pedestal rodeado de plantas y flores y coronado por el busto del dramaturgo insigne, de un parecido extraordinario y modelo de expresión.



Monumento á Sardou, recientemente inaugurado en Marly-le-Roy, obra de Franceschi (escultor) y Vaudescal (arquitecto). (De fotografía de M. Branger.)

La ceremonia de inauguración fué sencilla, íntima, por decirlo así, pues el comité, constituído bajo los auspicios de la municipalidad, quiso que aquella solemnidad tuviese un carácter local; de aquí que no se circularan invitaciones, á pesar de lo cual fueron muchos los admiradores y amigos de fuera de Marly-le-Roi que acudieron á rendir homenaje á Sardou.

En una tribuna levantada enfrente del monumento estaban la familia de Sardou, el comité y gran número de literatos y artistas.

Pronunciaron discursos los Sres. Blumenthal, presidente del comité, alcalde de Marly le Roi, delegado del prefecto de Sena y Oise; Rudelle, diputado por la circunscripción; Millet, ex residente de Francia en Túnez y consejero general de Marly-le-Roi, y Nolhac, conservador del Museo de Versalles. Todos ellos enaltecieron la obra del escritor eminente y todos fueron acogidos con grandes aplausos.

PARÍS. - UN VUELO ADMIRABLE

DEL CONDE DE LAMBERT

El día 18 de los corrientes, las personas que pasaban por los muelles del Sena vieron con asombro que un aeroplano volaba majestuosamente sobre la capital, pasando por encima del Panteón, del Luxemburgo y del Campo de Marte, y alejándose hasta perderse en el horizonte, después de haber dado la vuelta á la torre Eiffel.

Mientras los parisienses comentaban aquel extraño espectáculo, en el aeródromo de Port Aviation reinaba angustiosa incertidumbre.

El conde De Lambert se había elevado á las cuatro y media para efectuar una de las pruebas del concurso, del que nos ocupamos en otro lugar de este número. El aviador describió un semicírculo á la altura de 60 metros, y elevándose cada vez más, dirigióse á las colinas que dominan el aeródromo y desapareció detrás de ellas. Transcurridos veinte minutos, cundió la alarma entre los espectadores, hasta el punto de que se envió un automóvil en la dirección seguida por el biplano para averiguar el paradero de éste. De pronto, y cuando mayor era la alarma, distinguióse en el aire y á la altura de unos 400 metros un punto negro, en el que no tardó en reconocerse el aparato, y un rato después De Lambert, describiendo dos círculos, descendía á pocos pasos de su cobertizo.

El aviador fué objeto de una ovación estruendosa, indescriptible; el público le aclamaba, le llevaba en triunfo, mientras las músicas tocaban la *Marsellesa* y el *Himno ruso*, uniendo así en un mismo homenaje el país en donde acababa de realizarse la gran hazaña y la nación de donde es hijo el que la había llevado á cabo. Entre los que con más entusiasmo felicitaron á De Lambert estaba Orville Wright, cuya presencia en París nadie sabía, y de cuyo hermano Wilburg fué aquél el primer discípulo.

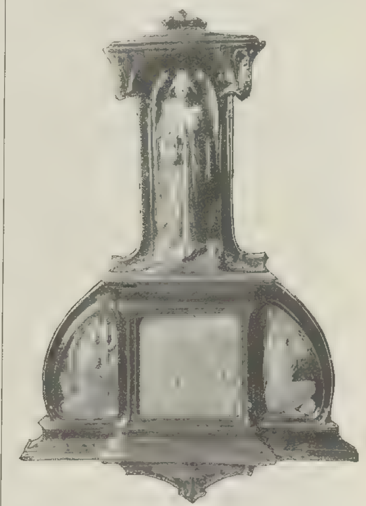
El héroe de la jornada pudo al fin substraerse á aquella manifestación, y subiendo á un automóvil en compañía de su colega norteamericano, dirigióse á París. Apenas llegado á su domicilio, recibía por teléfono la invitación de los ministros de la Guerra y de las Colonias para que asistiese al banquete de la locomoción aérea que se estaba celebrando en el hotel Continental. Allí fué De Lambert, y ocioso es decir que los comensales le tributaron una ovación entusiasta, á la que él correspondió con las siguientes palabras, que copiamos porque son la mejor explicación que podríamos dar de su vuelo prodigioso:

«Siéntome cohibido teniendo que hablar en público por ser esta la primera vez que lo hago. Me piden ustedes mis impresiones; las expondré brevemente. Si he podido realizar mi vuelo ha sido porque había preparado perfectamente un aparato y porque este aparato me inspiraba absoluta confianza; además, el tiempo era favorable, de modo que todas las circunstancias eran propicias á la ejecución de una tentativa que desde hace mucho tiempo tenía yo proyectada y que ofrece menos dificultades que, en muchas ocasiones, la vuelta á una pista. He volado hacia París, teniendo como punto de mira la torre Eiffel. El regreso ha sido más difícil, porque no podía orientarme; he seguido el Sena hasta que he distinguido un gran depósito blanco que domina el aeródromo. Estaba entonces á unos 600 metros de altura y he tenido que describir dos grandes círculos para descender fácilmente. Pero créanme ustedes, el recibimiento que me han hecho es desproporcionado al vuelo que he realizado.»

A pesar de estas modestas manifestaciones, todo el mundo conviene en que la proeza por él llevada á cabo supera en mucho á todo cuanto hasta ahora se había hecho en materia de aviación, incluso la travesía del Canal de la Mancha, menos peligrosa, sin duda, en caso de descenso forzado, que un paseo aéreo por encima de París y de sus inmediaciones.



De Lambert efectuando un admirable vuelo sobre París el día 18 de los corrientes; recorrió 40 kilómetros en 49 minutos y alcanzó una altura de 600 metros. (De fotografía de M. Branger.)



Reloj de sol de loza vidriada, obra de José Finney

El Consejo de Administración del Aero Club de Francia, apenas tuvo conocimiento de la hazaña efectuada por De Lambert, reunióse en sesión extraordinaria y acordó otorgar al intrépido aviador la gran medalla de oro de la Sociedad, que le será entregada durante un banquete que en honor del mismo se celebrará en breve.

LA CAMPAÑA DE MELILLA

(Véanse los grabados de las páginas 704 y 705)

El único hecho de armas ocurrido desde nuestra última crónica ha sido el reconocimiento practicado el día 17 en los alrededores de Nador. En las primeras horas de la mañana elevóse el globo *Urania*, á fin de inspeccionar la posición que ocupaba la *jarka*, concentrada en los montes de Beni-Buifrur, y las obras defensivas por ella realizadas. Para proteger el avance del aeróstato formóse una columna al mando del general Aguilera, que poco después comenzó á ser hostilizada. Siguiendo las indicaciones comunicadas por teléfono desde la barquilla del *Urania*, la artillería rompió el fuego; entonces un numeroso contingente de rifeños quiso por dos veces envolver nuestras fuerzas, pero fué rechazado con grandes pérdidas.

Realizado el objeto de conocer las posiciones y el número del enemigo y levantados desde el globo los croquis que se deseaban, el general Aguilera ordenó el regreso al campamento. Durante esta retirada, que se efectuó con el mayor orden, los moros, siguiendo su táctica acostumbrada, arreciaron en su ataque, pero al fin hubieron de emprender la huída ante el fuego de fusilería y de artillería.

En aquella acción murieron el comandante del regimiento de León señor Perinat y dos soldados, y resultaron heridos un teniente, un médico militar y quince soldados, cinco de ellos graves.

Prosiguen con gran actividad las obras de apertura de la bocana de Mar Chica y las de los ferrocarriles mineros.

El faro de Tres Forcas está terminado y luce desde el día 20; las obras realizadas bajo la dirección del Sr. Broockmann, en muy pocos días, son dignas de elogio por la rapidez con que se han ejecutado á pesar de la proximidad del enemigo y de lo abrupto del terreno en que los trabajos han debido efectuarse.

Espectáculos. - Barcelona. - En Romea se ha estrenado con excelente éxito *Flors y violes*, comedia en dos actos de Pompeyo Crehuet.

En Novedades ha dado algunas representaciones la compañía dramática italo-siciliana que dirige la eminente actriz Mimí Aguglia, la cual ha sido objeto de grandes ovaciones.

En el «Palau de la Música Catalana» han dado un notable concierto el tenor Sr. Raventós y el organista alemán señor Landmann; el primero cantó varios *lieder* de Schumann, Beethoven, Schubert, Brahms y Strauss y el canto del certamen de *Los maestros cantores*, y el segundo tocó el *Preludio y fuga en re mayor* de Bach, la *Pastoral* de César Franck y la *Introducción y pasacalle* de Max Reger, obteniendo ambos merecidos y entusiastas aplausos.

Madrid. - Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *La escuela de las princesas*, comedia en tres actos de Jacinto Benavente; en Apolo *El patinillo*, zarzuela en un acto de los hermanos Alvarez Quintero, música del maestro Jiménez; en la Zarzuela *El club de las solteras*, zarzuela en un acto de los Sres. Fernández de la Puente y Frutos, música de los Sres. Luna y Foglietti; y en Lara *Como las flores*, comedia en un acto de los Sres. Bueno y Burgos.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Durante largo rato, las dos barcas continuaban juntas, y ellos hablaban libremente, desprovistos al fin de toda cohibición

El espectáculo era verdaderamente extraño: el nieto de Miguel Faulque acogido en casa de los descendientes del barón Carlos, evolucionando como igual, entre ellos, en aquel mismo castillo en que el antiguo intendente detuvo á su amo para llevarlo al patíbulo.

Parecióle que los muertos rugían bajo tierra. Tuvo la visión del tío Jaime abriendo la puerta, con el bastón levantado, para arrojar á la canalla y á los descendientes de asesinos...

Retractóse por centésima vez; cayó en el mutismo, dejó hablar á los demás, sin aventurar ni una palabra.

Bertilla sorprendió lo sombrío de sus miradas, experimentó por ello una profunda tristeza y se replegó en sí misma.

Entonces, á fin de evitar los silencios que amenazaban, puesto que tres personajes daban interiormente vueltas á diferentes pensamientos, Valeria hablaba por todos

Incidentalmente llegó á contar la reciente enfermedad de su hijo. Era un terreno de inteligencia, de interés general y obligado.

Refirió sus angustias en aquellos lúgubres días y en aquellas noches aún más espantosas. Todos escuchaban atentos.

El único que se negaba á vibrar al unísono era el aludido. Le desagradaba ser objeto de la conversación; estaba descontento del papel patético que le hacían representar.

—Durante aquel período de prueba, dijo Valeria engolfada en su tema, las muestras de afecto, ó al menos de simpatía, no nos faltaron. Cada día nuestros amigos cuidaban de pedir noticias, y hasta hubo desconocidos que se informaron del estado del enfermo...

A esta frase, premeditada ó no, Clemente Faulque balbuceó una aprobación indirecta, y luego se rió pesadamente.

Bertilla se había puesto colorada, perdiendo su aplomo, y la pasajera turbación de su padre aumentó la suya.

¿Provocaba Valeria una explicación cuyos resultados podían tener serias consecuencias? En todo caso, no era ella, Bertilla, la que debía dársela, y su padre la eludió.

Pedro, súbitamente vuelto de su ensimismamiento, miró á los Faulque con curiosidad. ¿Confesarían?

No confesaron.

Valeria hablaba ya de otra cosa. Pero la muchacha, secretamente herida en sus pudores íntimos, sufría de nuevo; estimaba que la consideraban demasiado conquistada, que prescindían no sólo de sus angustias pasadas, sino también de su dignidad presente.

Ella se puso tiesa, procuró sonreirse y volvió á mostrarse indiferente y frívola.

Gilberto había vuelto á sus preguntas positivas sobre la dirección y explotación del dominio.

—¡Bah!, replicó Faulque, si sabe usted sacar tanto partido de la tierra como de los viejos caserones, no necesita usted consejos míos.

Pronunció estas palabras con un tono brusco que aún revelaba un resto de rencor. Todas aquellas arquillas, armarios, consolas, credencias, mesas macizas de pesados pies en espiral; aquellos sillones y sillas de respaldo de madera artísticamente tallada; aquellos viejos tapices con personajes góticos, todo aquel tesoro que él había poseído sin conocerlo y entregado sin saber su valor, le pesaba grandemente.

A esta segunda manifestación de malhumor inoportuno, el barón contestó:

—No hemos hecho nada de extraordinario, señor Faulque; hemos sacado simplemente de la obscuridad y del polvo los diversos objetos reunidos por nuestros antepasados durante diez siglos de dominación.

«Nuestros antepasados,» «diez siglos de dominación;» estas palabras sonaron como un toque de clarín.

Hicieron estremecer á Bertilla, sombríamente ofendida; Valeria se inquietó; pero Pedro se reía maliciosamente.

Esta vez estaba contento de su padre; éste se rehabilitaba.

Faulque no era hombre que soportase frases de ese género. Encogióse de hombros y replicó con tiesura:

—Es verdad, no es difícil enriquecerse cuando no hay más que alargar la mano. Era muy cómodo en aquellos tiempos... Pero desde entonces esos objetos han pasado por manos diversas, que hubieran podido, que hubieran debido conservarlos.

—Había que pensarlo antes, pronunció el barón en tono seco.

Para cortar un diálogo que tomaba mal sesgo, la baronesa, alarmada, exclamó:

—Señores, por favor, nada de anacronismos; estamos á fines del siglo XIX, dejemos en paz á los muertos; además, todo eso no es más que vanidad...

—Entonces usted, señora, repuso Faulque todavía nervioso, ¿no tiene preocupaciones de raza?

—¿Cómo quiere usted que las tenga?, contestó Valeria: no he nacido noble; soy hija de Aniceto Brussane.

Súbitamente Faulque lo olvidó todo y exclamó:

—¿Es usted hija de Aniceto Brussane?.. ¿Y no lo dice? ¿Y no lo pregona? Eso vale por lo menos tanto como muchos títulos y pergaminos, señora. Los nobles se enorgullecen de antepasados convertidos en polvo desde hace mil años, y estimo más natural estar orgulloso de más cerca. Su padre de usted fué un gran sabio, una inteligencia prodigiosa. Conozco todas sus obras y se las enseñaré en la biblioteca del castillo nuevo... ¡Ah, señora, cuánto me alegro de ver con mis propios ojos á la noble hija de tan noble padre!.. Sí, ese tiene derecho á todos los respetos.

Aunque en este pequeño discurso hubiese alguna maliciosa indirecta á Guibray, todo el mundo lo quiso aprobar y aplaudir.

Dirigiéndose á Pedro por primera vez, Faulque añadió:

—Caballero, tiene usted un abuelo de que puede estar orgulloso.

—No es el único, replicó el joven.

—Es el único de mi agrado, repuso Faulque, que aún llevaba la ventaja.

A cada palabra, la batalla, que parecía terminada, se reanudaba á tiros aislados.

El barón Gilberto, deteniendo á su hijo con un gesto, iba á hablar á su vez, cuando, en los grandes espejos del salón, vió reflejadas, una al lado de otra, su imagen y la de Faulque.

Estaban de pie uno enfrente del otro, vestidos de azul, con un traje parecido.

De pronto, el barón no supo distinguir si veía á Faulque á la derecha ó si se veía á sí mismo á la izquierda, en el cruzamiento de los efectos del espejo.

La misma estatura, el mismo cuerpo, la misma expresión en sus facciones, contraídas por la cólera á duras penas reprimida.

Se llevó la mano á los ojos, en un vértigo: Faulque observó su mirada, se volvió, vió á su vez aquel prodigio de similitud, y ambos á la vez murmuraron la misma frase, con una voz y un gesto iguales:

—Hay para volverse loco...

Hubo una larga pausa, pues los otros tres personajes habían comprendido también, y contemplaban, casi espantados, aquellos dos fenómenos de refracciones, en que se confundían á la visión dos seres, en todo opuestos cuando eran lógicos.

Valeria murmuró:

—Mi padre hubiera estudiado eso.

Con un movimiento espontáneo y casi tierno, Bertilla se acercó á ella.

Hacía cinco minutos que le había cobrado cariño, puesto que era Brussane antes de ser Guibray.

—Señora, le dijo, temo que mi padre la haya ofendido...

—No, hija mía, contestó la baronesa. No ha hecho más que contestar. Estaba en su derecho. Escúcheme y créame. Yo soy amiga de usted; en toda circunstancia sea franca conmigo, dígame la verdad. La he juzgado á usted y la quiero mucho.

Esto fué pronunciado aparte, como un secreto confiado.

Bertilla dió las gracias á su nueva amiga con una de esas miradas luminosas, rebosantes de pasiones, que le eran propias.

Los hombres, calmados, volvían á las cortesías obligatorias; y como había habido un choque, como era casi inevitable, había que felicitarse de que hubiese sido tan ligero, sin más consecuencias.

Clemente Faulque, vuelto á las ideas generales, explicaba, á una pregunta de Gilberto:

—Sí, tengo doscientos obreros..., las canteras del país proporcionan piedra en gran cantidad y de calidad excelente. También fabricamos yeso y cal. Además tengo cría de caballos, caballos de raza, que usted conoce..., y de bueyes que han sido premiados. He tenido este honor.

Reíase al relatar sus glorias, y los demás le imitaban; parecía que los rencores no sobrevivían á la escaramuza; el incidente había terminado; las relaciones no serían interrumpidas apenas empezadas.

Cada cual estimaba haber herido igualmente al otro; el orgullo quedaba á salvo y el honor satisfecho; y depuesta la espada, se podían estrechar la mano sin resentimiento alguno.

Pero ante todo, por una estimación mutua y una confianza recíproca, Valeria y Bertilla estaban y quedaban de acuerdo, en un pacto concluído.

A la salida del castillo viejo, Faulque y su hija marcharon largo tiempo en silencio. Ambos dudaban en sus apreciaciones. El día había sido bueno y había sido malo. Total: pasable.

Al fin Clemente se decidió á comentarlo, según su costumbre, y dijo:

—Extraña gente, ¡qué rara mezcla de grandeza y de pequeñez! Gilberto se acuerda aún demasiado de su ascendencia; pero se inclina, sin embargo, á las concesiones... La baronesa es simplemente encantadora; pero es la hija de Aniceto Brussane, y esto lo explica todo... Tú no sabes, muchacha, lo que era ese hombre... Fué glorioso y mereció serlo, lo cual es más raro de lo que se piensa... Su hija no podía ser vulgar..., es en extremo notable... Gracias á ella, acepta uno á los demás... Pero ¡ay!, tu caballerito es verdaderamente el caballero de la Triste Figura... ¡Qué mal carácter tiene! ¡Sin un movimiento de juventud, sin un arranque de alma! Observa y se reserva; es frío como el hielo. ¡Ah! A fe que hizo bien, el año pasado, en vivir retraído; si no hubiese más que él para establecer en relación nuestras dos casas, creo que permaneceríamos tan distanciados unos de otros como en la época en que nuestros padres se hacían guerra á muerte. Siento muchísimo tener que decirte estas cosas, pero realmente ese joven pone de su parte todo lo posible para hacerse antipático; si es altivez, si es orgullo, parece incurable..., y no veo en qué va á parar todo esto.

—Papá, dijo Bertilla, no hay que juzgar por las apariencias; Pedro es tímido, ya te lo han dicho, y huraño, como sabes. Sabes también que su infancia fué mal instruída; que se halla imbuído en preocupaciones absurdas; diríase que su alma tiene mil años. Pero sin tratar de excusarlo, debo reconocer que en nuestras situaciones actuales es quizá el único que sigue siendo lógico con el pasado. Sintiéndolo mucho, me veo casi obligada á ser de su opinión. Vamos á ver, ¿no es natural, casi necesario, que Faulque y Gribray sean enemigos, á pesar de las convenciones nuevas, á pesar de la evolución de las ideas y de los hechos? No es posible abolir la historia de nuestras dos razas. Él se acuerda y respinga ante nuestros comunes antecedentes. Quizá vale más eso que hacer tabla rasa del pasado; no existir más que para los intereses presentes, por la doctrina de los acomodos á todo trance. De su actitud, ¿por qué prejuzgar demasiado aprisa?.. Además, entre él y yo hubo cambio de expresiones agrias. No puede sospechar lo que yo pienso... He aquí el secreto de sus actitudes recelosas.

—Entonces, ¿tú persistes en creer que detrás de su dureza de aspecto oculta... otros sentimientos?

—Sí, persisto, y para esto tengo mis razones.

—¡Ah! Entonces estás más enterada que yo.

Hablando así, Bertilla se agarraba violentamente á su única certeza: á la certeza de ser amada.

Aquel pedazo de papel, encerrado en su carterita blanca, ¿no contenía la confesión de Pedro, la confesión de su ardiente angustia?

«En nuestra raza, las mujeres tienen ordinariamente el cabello rubio y el cutis moreno, dice á poca diferencia el barón Matías... Sí, el cabello y el cutis moreno... ¡Como ella!»

Era su talismán, su fetiche. En las horas de duda releía estas frases, y sentía renacer su fe...

Además, ahora veía una aliada sincera en la baronesa Valeria. Parecíale que esta última había debido recibir las confidencias de su hijo; porque, de otra manera, ¿cómo hubiera sabido?.. Y sabía ciertamente; si no, ¿á qué tanta benevolencia? ¿Por qué tanta ternura en sus manos amistosamente tendidas?

Por esto, á pesar de las disidencias pasadas, Bertilla iba casi dichosa, muy ajena á juzgar el día como perdido.

El orgullo de Pedro manteniendo las distancias no la ofendía ni la mortificaba mucho; ella misma se había mostrado más reservada con él.

Era imposible que, entre Guibray y Faulque, la antigua sucesión de crímenes y represalias se liquidase aturdidamente entre dos risas y dos canciones.

Había que obviar el obstáculo, y se iniciaba el movimiento de evitarlo. ¿Se conseguiría? Quizá. En todo caso, no había nada comprometido; las tentativas empezaban, bien ó mal, á tientas.., y gran cosa era que hubiesen empezado.

Pero Faulque, obstinado, persistía en sentir haber vendido *por nada* lo que él creía valer menos toda vía. Este punto seguía siendo doloroso para él; acostumbrado á los negocios, estaba avergonzado de aquella mala venta imprudentemente consentida.

Tales fueron las impresiones de los Faulque después de su primera visita al castillo viejo.

Detrás de ellos, los Guibray cambiaron sus observaciones. Gilberto, aún turbado por la evidencia de su gran parecido con Clemente, sólo emitía apreciaciones vagas.

Pedro iba á romper en amarguras sobre las frases de Clemente Faulque, cuando Valeria le detuvo á la primera palabra:

—No tienen ustedes razón; ustedes le provocaron. A un hombre seis veces millonario, dueño del país, acostumbrado á la estimación general, le es difícil admitir vuestras supremacías ilusorias, vuestros derechos proscritos de nobleza y de cuna. En su lugar otro cualquiera hubiese sido menos cortés. Le juzgan ustedes inferior; pero son ustedes los únicos en juzgarlo así. Respecto á Bertilla, es una adorable muchacha; que sea ó no de noble cuna, poco me importa. Es guapa, delicada, graciosa, digna de todos los homenajes; cualquiera que sea la altura de que éstos procedan, no harán más que elevarse para llegar hasta ella, y no permito que se la critique en nada.

Entonces Pedro, el indeciso Pedro, íntimamente satisfecho de esta aprobación plenaria, se puso alegre para el resto del día.

«Demencia, absurdo—pensaba la baronesa.—Sin embargo, será preciso acabar por entenderse.»

Desde aquel día, debidamente presentados, en relaciones abiertas, ostensibles, Pedro y Bertilla, cada vez que se encontraron, tuvieron que saludarse al paso y hasta cambiar frases más ó menos importantes.

Una mañana encontráronse otra vez frente á frente en el camino del Salvador. Pero los tiempos habían cambiado; había llegado al menos la hora de las cortesías.

Solo, en presencia de la muchacha, Pedro olvidó en el acto sus restricciones mentales. Le dió por la franqueza y habló galantemente, sin embarazo. ¡Caso extraordinario!

Manifestó su alegría de haber vuelto á aquel espléndido país, en que cada día sentía renacer sus fuerzas al aire libre.

Bertilla se interesó en seguida. Aún le encontraba muy pálido, muy débil... Había debido sufrir mucho.

El joven, contento aquel día de que le tuviesen lástima, suspiró profundamente y bajó la cabeza. Sí, había sufrido mucho.. Había creído morir.

La muchacha no pudo reprimir un movimiento de espanto sincero ante aquella terrible perspectiva... Este movimiento fué observado por el interlocutor, que sintió aumentar su resolución.

Pero había que olvidar aquellos tristes momentos. La salud volvía rápidamente. Dentro de un mes no se acordaría ya del peligro pasado.

Ella suspiró á su vez, como aligerada de un peso, propensa á la esperanza.

Marcharon juntos, hablando como buenos amigos.

El momento era dulce, el paisaje apacible y delicioso; al lado del camino, el arroyo arrastraba sus aguas vivas, entre malezas salpicadas de flores silvestres.

No lejos, la vieja iglesia se destacaba sobre un cielo azul purísimo, alzando su torre obscura, como un dedo indicador hacia la presencia de Dios.

Varios niños salían de la escuela, en alegre desorden. Toda la intimidad del pueblo, rodeado de la solemnidad de las doradas campiñas, les infiltraba una tierna dulzura.

Con un poco de amor confesado, hubieran estado muy cerca de la felicidad terrestre.

Esta confesión estuvo á punto de escaparse de los labios, demasiado tiempo cerrados, del joven Guibray.

En un momento en que Bertilla, al pasar por un sendero estrecho, iba delante de él, Pedro tuvo ocasión de contemplarla á su sabor, de cerca; y por primera vez, un deseo casi brusco sacudió su acostumbrada languidez. La admiró y la deseó simplemente, por su sola belleza de criatura robusta; por su nuca morena vislumbrada entre su soberbia cabellera rubia; por su magnífico busto y su talle flexible, por la elegante opulencia de su cuerpo virgen.

Pero un instante después, en el camino ancho, volvió á encontrarse al lado de ella, ahogó los momentáneos deseos de que ahora se avergonzaba, y tuvo que contentarse con el encanto de su voz.

Conservaba, empero, una vibración interna y un reconocimiento de aquella sacudida. Advertido por la existencia loca del pasado invierno, se hallaba menos propenso á los amores platónicos; y aquel despertar de sus sentidos le alegró como un síntoma de la vuelta de su salud.

Se separaron con disgusto, encantados uno de otro

Quizá Bertilla se había estremecido también á la ardiente mirada que la envolvió un momento, animada por un vehemente deseo de posesión.

Espontáneamente se tendieron la mano; el apretón fué breve, pero impresionable. Después de haberse separado, ambos estaban un poco pálidos. Aquel día fué uno de los más hermosos para ellos.

Siguieron otros, pero menos señalados, pues la costumbre embota las emociones.

Se encontraban en todas partes, sin premeditación; á todas horas del día, mañana, tarde y noche. Había también á modo de citas periódicas; al menos sitios en que estaban seguros de verse á ciertas horas. Desde luego, todos los domingos en la misa.

Valeria continuaba sus prácticas semi-piadosas. Aquella alma noble era incapaz de renegar, en los días apacibles, de aquel Dios que había invocado, durante las noches fúnebres, de pie, con los brazos levantados, á la cabecera de su hijo moribundo.

Iba, pues, á visitarlo en su morada; y el cura, que no veía más lejos, se glorificaba de su devoción. Gilberto la acompañaba *por política*, y Pedro *porque era decoroso* y porque estaba seguro de encontrar á Bertilla.

Ahora las sillas se mezclaban, sin preocupación de preferencias ni de clases; la baronesa se sentaba al lado de Bertilla y los hombres aparte.

Por la noche, el cura se dejaba convidar á comer en el castillo viejo; Valeria lo recibía con afabilidad, como á una excelente persona que era; Gilberto hablaba con él de política, sin perder de vista la influencia que, por medio de las mujeres, ejercen los curas sobre el cuerpo electoral.

Pedro encontraba de buen tono la presencia de aquella sotana, que recordaba el antiguo régimen.

Fuera de las entrevistas del domingo, todas las tardes, á cosa de las cinco, cuando menguaba el calor, Bertilla bajaba á la ribera, desamarraba su gola y emprendía un paseo por el río.

Era muy raro que Pedro no la imitase en seguida; seguíala en su estela, tratando de alcanzarla.

Por vanidad de buena remadora y por coquetería de mujer guapa, ella guardaba su distancia, inclinada sobre los remos, mordiéndose el labio en un hermoso arranque de vigor juvenil

Entonces él sudaba, se extenuaba para igualarla en velocidad. Pero pronto, compadecida de él, disminuía su impulso y le esperaba, sabiendo que aún estaba enfermo y débil, no queriendo humillarlo con su superioridad en la regata, y se dejaba alcanzar.

Durante largo rato, las dos barcas continuaban juntas, y ellos hablaban libremente, desprovistos al fin de toda cohibición. Y daban la vuelta á las islas, cabe los sauces. Cuando algún vapor removía el agua

del río á su paso, produciendo largas olas, Bertilla, de una mirada, observaba la maniobra de Pedro, remador novicio, para el cual temía ella el más ligero peligro. Se acostumbraban uno á otro, cambiaban expresiones amistosas, se habituaban á aquella vida común en que cada uno encontraba cada día un en canto más dulce.

Pero entre ellos los diálogos eran puros, exentos de confesiones sordas y de alusiones más ó menos indiscretas.

Los padres lo aprobaban con una gran benevolencia. La reserva de Pedro les parecía explicable. Era natural, en concepto de todos, que no hubiese precipitaciones; la opinión general era que el joven, todavía flaco y pálido, debía recuperar ante todo una salud completa.

Valeria, conociendo el género de excesos que, el invierno anterior, habían reducido á su hijo á las fiebres peligrosas, á las anemias trágicas, estimaba que el primer deber del muchacho, como su primer cuidado, estaba en robustecerse.

Una vez del todo curado, sólido y seguro de sí mismo, entonces hablaría.

Sin embargo, transcurrieron dos meses, y á pesar de que Pedro parecía casi vigoroso, con buenos colores y animada expresión en el semblante, seguía callando, sin abandonar su papel de personaje enigmático; enamorado sin duda, pero extraordinariamente mudo.

Esto á Bertilla le extrañaba; ella se había enamorado de veras, no quería ya hablar de las divisiones antiguas y apartaba los antiguos fantasmas.

Valeria preocupóse al fin de aquel silencio persistente. Conocía cada vez mejor á Bertilla, y la quería cada vez más, proporcionalmente á su verdadero mérito. Deseaba con ardor el desenlace necesario á aquellas complicadas intrigas.

Una tarde, al crepúsculo, á lo largo del camino, las dos mujeres se paseaban solas por el campo, y la hora era propicia, como hecha para las confidencias. La baronesa habló:

—Y bien, hija mía, dígame usted con franqueza, ya sabe que estoy de su parte..., ¿cuál es la situación actual?

—¿Cuál es la situación?.., contestó Bertilla súbitamente triste. Siempre la misma, señora.

—¿De veras?.. Vamos á ver, hablemos con entera confianza... ¿Pedro no le ha dado nunca á comprender que la quiere, al cabo de tanto tiempo?

—Seriamente, no; diríase, por el contrario, que no me quiere..., ó al menos que tiene por mí una amistad muy razonable.

—Es indescifrable, murmuró Valeria; sin embargo, la ama á usted... Yo lo sé.

—Yo también, replicó vivamente Bertilla.

—¿Usted también?.. ¡Pero si nada le ha dicho!..

—No importa.

Bertilla bajó la cabeza y continuó después de una breve pausa:

—Y usted, señora, ¿cómo sabe?.. ¿Se lo ha confesado á usted?

—¿Confesado á mí? Nada de eso.

—¿Entonces?

—Entonces..., confidencia por confidencia, hija mía. Voy á decir á usted cómo supe de una manera innegable que Pedro la amaba, y luego me dirá usted cómo adquirió esta misma convicción.

Bertilla vaciló un instante, pero aceptó.

—Sea. A usted le descubriré mi alma..., pero empiece.

La baronesa hizo un gesto brusco de decisión y se explicó rápidamente. Refirió la enfermedad de Pedro, sus noches de delirio, sus entorpecimientos convulsivos, el cuerpo extenuado y el espíritu presa de los sueños y de las pesadillas.

En aquella inconsciencia mórbida, revelaba sin cesar los secretos de su corazón. Un nombre, á cada instante, se escapaba de sus labios febriles:

«¡Bertilla! ¡Bertilla! ¡Bertilla!»

De este modo había sabido ella la verdad, comprendido la eterna obsesión de aquella alma, sin defensa, sincera en su locura. La prueba no era dudosa.



Bertilla sorprendió lo sombrío de sus miradas, experimentó por ello una profunda tristeza

La baronesa añadió:

—Y la causa del mal era también usted, hija mía; causa indirecta sin duda, pero única y determinante, sin embargo. Para olvidar á usted se entregó á disipaciones cotidianas, buscó antídotos, que resultaron peores que nada. Durante meses, para borrar el recuerdo de usted, recurrió á los medios más tristes. Pero vencido por el sufrimiento, acabó por confesar. Más tarde, convaleciente, se dominó y volvió á cerrar su corazón; y ya no dijo una palabra, ni la más vaga alusión, nada. Pero no podía retirar lo que había dicho durante la fiebre. Había oído y comprendido. Por esto vinimos á Guibray, con la esperanza de que, puesto en presencia de usted, desaparecerían las divergencias.

Bertilla había escuchado este relato con los ojos en extremo abiertos, muy pálida, violentamente sacudida en sus fibras nerviosas.

Esta nueva prueba confirmaba sus creencias; pero se asustaba de pensar lo que había sufrido por ella el pobre joven. Esto aumentó aún su pasión.

—A usted le toca ahora ser franca, dijo la baronesa. ¿Cómo adivinó usted que Pedro la quería?

Bertilla contestó con voz sorda:

—No adiviné; leí.

—¿Leyó usted? ¡Cómo! ¿Qué leyó? No acierto á comprender... Hable con entera franqueza.

—Sí, repuso la señorita Faulque; leí una nota reveladora; he aquí cómo fué.

De un tirón, se confesó: una mañana de invierno, irresistiblemente atraída, subió, sola, á escondidas, al viejo castillo. Quería contemplar lo que había sido residencia de Pedro. No tuvo que andar á tientas, porque conocía aquellos lugares desde su infancia. Llegó en derechura al cuarto de Pedro...

En este momento, se detuvo avergonzada.

—Señora, no me condene, no sea severa; hice mal, ya lo sé; pero no pude resistir. Entonces, en su cuarto (¡qué pobre!, lloré al contemplarlo tan desmantelado), vi papeles en el cajón de una mesa... Cogí uno al azar... Hice muy mal, ¿verdad?

—Siga, siga, dijo Valeria conmovida por aquella evidencia de apasionado amor. No he dicho que hubiese hecho mal.

—Cogí aquel papel... Había escrito... Pero vea usted misma; aquel papel substraído lo he conservado; me sirve de salvaguardia en las horas de desesperación; aquí está.

Sacó su carterita de cuero blanco, recamado de oro, y tomó un papel doblado, que entregó á la baronesa. Ésta lo abrió.

—Es letra de Pedro, dijo.

Y leyó en voz alta:

«En nuestra raza, las mujeres tienen ordinariamente el cabello rubio y el cutis moreno... *Como ella.*»

Entonces Valeria levantó los ojos, examinó á Bertilla, sus cabellos rubios, su tez morena, y se sonrió luminosamente con una lágrima en el rabillo del ojo.

—Muchacha..., es la confesión..., es natural que usted crea... Pero que hable. Es absurdo, al fin...

Bertilla repuso:

—Ahora comprenderá usted por qué me creí en el derecho de inquirir, de hacerme enviar noticias, cuando todo el mundo afirmaba que iba á morir. Yo le amaba ya, y sabía que él también me amaba á mí... Y sin confesárselo todo á mi padre, logré ser tenida al corriente del curso de la enfermedad.

—¡Pobre hija mía! Usted también conoció la angustia... Vamos. Es ya hora de que todo eso concluya, y concluya bien. Yo tomaré cartas en el asunto, por deber y por voluntad... Tenga usted confianza.. Las madres son hábiles; dentro de tres días Pedro suplicará á usted que sea su esposa, á pesar de las leyendas, á pesar de la historia, á pesar de los muertos que estorban... Yo habré vencido las últimas resistencias. Él no desea otra cosa; estoy convencida de ello.

Por toda respuesta, Bertilla se echó en brazos de la baronesa, que la besó tres veces dándole el nombre de «hija.»

Como había anochecido, un cuervo, posado sobre una pila de heno, fué el único testigo de aquellas expansiones.

Al día siguiente, la baronesa Valeria estaba sentada en un sillón de campo, en la terraza nuevamente rodeada de una barandilla sobre un terraplén cimentado. Tenía en la mano un libro amarillo que recorría distraídamente. Alrededor, la torre del homenaje proyectaba su gran sombra; el río, abajo, arrastraba sus aguas azuladas bajo un puro cielo estival. El panorama se extendía desde el pueblo inmediato hasta las campiñas lejanas, en que los campos de doradas mieses cortaban la monotonía de las verdes praderas y en que se alzaban campanarios sobre aglomeraciones de grises techumbres de paja y de tejas rojizas.

(Se continuará.)

PARIS.—LA GRAN QUINCENA DE LA AVIACION. (De fotografías de M. Branger.)



Parque destinado á los automóviles en las inmediaciones del aeródromo

Cuando escribimos estas notas no han terminado todavía las pruebas del gran concurso de Port Aviation, y por lo tanto no se conocen aún los resultados definitivos en lo que se refiere á los premios más importantes que en el mismo se disputan. Esto no obstante, bien puede asegurarse que los héroes de las jornadas de la Gran quincena de la aviación de París serán Paulhán, De Lambert y Gobrón, pues hasta el presente ellos son los que aparecen clasificados en primer lugar en todas las pruebas efectuadas.

Así en la clasificación para el gran premio de la Sociedad del fomento de la aviación, están primero De Lambert y segundo Paulhán; para el de la totalización de las distancias, Paulhán, De Lambert y Gobrón; para el de la vuelta á la pista, Gobrón y De Lambert, y para el de lentitud, Paulhán.

Todos ellos han realizado verdaderas proezas, en algunas ocasiones arriesgadas y hasta peligrosas á causa del viento reinante. En uno de los días el aparato que tripulaba Latham, que en este concurso ha sido poco afortunado, fué sorprendido por un remolino y lanzado al suelo, sin que el aviador sufriera ningún daño; el aparato, en cambio, tuvo varios desperfectos. Aquel mismo día, Paulhán, después de haber resistido felizmente un primer embate del viento, hubo de decidirse á volar á muy poca altura y á tomar tierra después de la quinta vuelta. De Lambert supo sortear mejor que sus dos competidores las ráfagas del viento, demostrando una seguridad y una pericia que entusiasmaron al público, y descendiendo sin precipitación, como si acabase de efectuar un vuelo en las más normales condiciones.

El día 14, el presidente de la República visitó Port Aviation, y en su presencia realizó Paulhán uno de sus vuelos más hermosos y de mayor efecto. Elevóse fácilmente á una altura de veinte metros, viró delante de las tribunas, y cuando había dado dos tercios de vuelta, el biplano, sacudido por un fuerte viento, se inclinó de una manera alarmante; pero Paulhán supo mantener admirablemente el equilibrio, completó la vuelta y dió otra, en la que ya el viento nada pudo contra el biplano. Después remontóse poco á poco á una altura de cuarenta metros, y al comenzar la cuarta vuelta, abandonó el aeródromo, se lanzó en línea recta hasta perderse de vista, viró á los seis kilómetros y regresó á Port



Los tres héroes del concurso de Port-Aviation: Paulhán, en biplano Voisin; Gobrón, en biplano Voisin; y De Lambert, en biplano Wright

Aviation, completando su cuarta vuelta, terminada la cual descendió describiendo una graciosa curva y tocando el suelo á pocos metros de la tribuna presidencial, entre las aclamaciones de la multitud y los acordes de la *Marsellesa*.

El Sr. Fallieres felicitó calurosamente al aviador y le dijo sonriéndose:

—Paréceme que se ha salido usted de las reglas del concurso.

—He querido ver qué es lo que podía hacer, repuso Paulhán modestamente.

—Y ha demostrado usted, replicóle el presidente, que podía usted hacer lo que quería.

Al día siguiente y después de un vuelo dificilísimo, en el que un viento terrible puso á prueba su habilidad extraordinaria en el manejo de su aparato, recibió el mismo Paulhán entusiastas felicitaciones del príncipe de Mónaco, que había ido á Port Aviation.—S.



París.—Solemne acto de entrega al Museo de Artes y Oficios del monoplano en que Bleriot efectuó la travesía del Canal de la Mancha. (De fotografía de M. Branger.)

PARÍS.—EL MONOPLANO BLERIOT

EN EL MUSEO DE ARTES Y OFICIOS

El aparato en que Luis Bleriot efectuó la travesía del Canal de la Mancha ha quedado depositado definitivamente en el Museo de Artes y Oficios de la capital de Francia, para que las generaciones presente y futuras puedan recordar siempre una de las más hermosas conquistas de la ciencia y uno de los hechos que habrán formado época en la historia de la aviación.

El célebre monoplano, que se hallaba expuesto en el Salón de la Aeronáutica actualmente instalado en el Gran Palacio, fué desde allí trasladado al citado museo el día 13 de los corrientes. El acto de la traslación revistió gran solemnidad, y á él asistieron, entre otras notables personalidades, Mr. Walter Behrens, presidente de la Cámara de Comercio inglesa de París, y Mr. Emden, alcalde de Douvres. Este, precedido de un macero y acompañado de un concejal de su ciudad, fué recibido á la entrada del Gran Palacio por los Sres. Esnault-Pelterie y conde de la Vaulx, del comité del Salón, y visitó detenidamente las instalaciones

A las dos y media de la tarde formóse la comitiva. Abría la marcha el monoplano, con las alas plegadas, arrastrado por los mecánicos de Bleriot, y detrás de él seguían, en landós, el alcalde de Douvres, los invitados y Luis Bleriot, á quien la multitud tributó grandes ovaciones.

Llegado el cortejo al Conservatorio de Artes y Oficios, efectuóse la ceremonia de la entrega, en la que pronunciaron discursos los Sres. Madeline, en nombre del diario *Le Matin;* Painlevé, miembro del Instituto, alcalde de Douvres, Bleriot, y Bouquet, director del Conservatorio. Después de firmada el acta de donación, los concurrentes visitaron el monoplano, que en el entretanto había sido colocado en el pedestal sobre el que descansará en adelante, y luego se dirigieron á la Casa Consistorial, en donde les esperaban el presidente del Consejo Municipal, los prefectos del Sena y de policía, algunos concejales y altos funcionarios.

En el salón de los Arcades, el alcalde y los prefectos saludaron á Mr. Emden, quien contestó en inglés agradeciendo los obsequios que se le dispensaban y firmó en el Libro de Oro de la Ciudad. Después de servido un *lunch*, los invitados pasaron al salón de fiestas, en donde se celebró un concierto, en el que tomaron parte la música de la guardia republicana y algunos artistas del teatro de la Opera.

Por la noche hubo en el palacio de Orsay un banquete en honor del alcalde de Douvres y de Bleriot. Lo presidió el ministro de Obras Públicas Sr. Millerand, y al final del mismo pronunciaron elocuentes brindis el Sr. Estournelles de Constant, felicitando á Bleriot y saludando al alcalde de Douvres; éste, elogiando á Francia y á sus ilustres aviadores, especialmente á Bleriot, y alzando su copa en honor del presidente de la República; el Sr. Millerand, explicando la significación de la fiesta, encomiando la hazaña de Bleriot y brindando por el rey de Inglaterra; Bleriot, expresando su gratitud á todos, Behrens, Esnault Pelterie y Doumer.

No hay que decir que todos los oradores fueron calurosamente aplaudidos y que en la fiesta reinaron el mayor entusiasmo y la más sincera cordialidad.—S.

EL GLOBO DIRIGIBLE

«ESPAÑA»

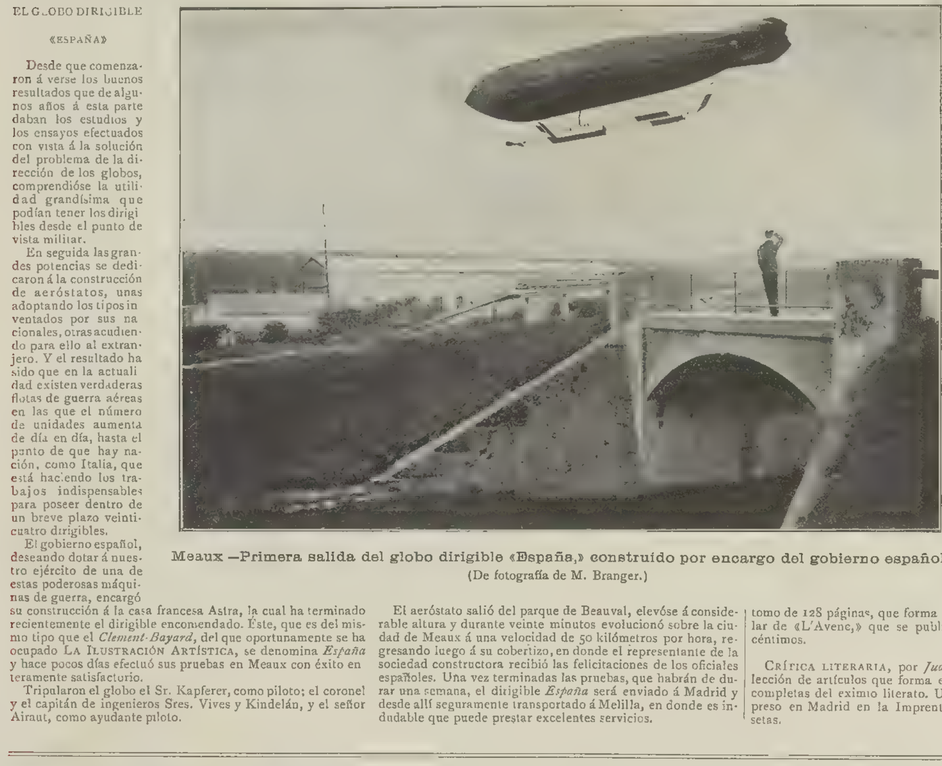
Desde que comenzaron á verse los buenos resultados que de algunos años á esta parte daban los estudios y los ensayos efectuados con vista á la solución del problema de la dirección de los globos, comprendióse la utilidad grandísima que podían tener los dirigibles desde el punto de vista militar.

En seguida las grandes potencias se dedicaron á la construcción de aeróstatos, unas adoptando los tipos inventados por sus nacionales, otras acudiendo para ello al extranjero. Y el resultado ha sido que en la actualidad existen verdaderas flotas de guerra aéreas en las que el número de unidades aumenta de día en día, hasta el punto de que hay nación, como Italia, que está haciendo los trabajos indispensables para poseer dentro de un breve plazo veinticuatro dirigibles.

El gobierno español, deseando dotar á nuestro ejército de una de estas poderosas máquinas de guerra, encargó su construcción á la casa francesa Astra, la cual ha terminado recientemente el dirigible encomendado. Éste, que es del mismo tipo que el *Clement-Bayard*, del que oportunamente se ha ocupado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se denomina *España* y hace pocos días efectuó sus pruebas en Meaux con éxito enteramente satisfactorio.

Tripularon el globo el Sr. Kapferer, como piloto; el coronel y el capitán de ingenieros Sres. Vives y Kindelán, y el señor Airaut, como ayudante piloto.

El aeróstato salió del parque de Beauval, elevóse á considerable altura y durante veinte minutos evolucionó sobre la ciudad de Meaux á una velocidad de 50 kilómetros por hora, regresando luego á su cobertizo, en donde el representante de la sociedad constructora recibió las felicitaciones de los oficiales españoles. Una vez terminadas las pruebas, que habrán de durar una semana, el dirigible *España* será enviado á Madrid y desde allí seguramente transportado á Melilla, en donde es indudable que puede prestar excelentes servicios.



Meaux — Primera salida del globo dirigible «España,» construído por encargo del gobierno español
(De fotografía de M. Branger.)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

REUSENCA, por *José Ciurana Maijó*. — Novela de costumbres reusenses escrita en catalán. Un tomo de 152 páginas, impreso en Reus en la tipografía de Sanjuán hermanos. Precio, una peseta.

ARTE DE LEER ESCRIBIENDO, por *Primitivo Sanmartí*. — Colección de doce pliegos con modelos de escritura y dibujo perfecta y racionalmente escalonados, y por medio de los cuales se consigue fácil y perfectamente el objeto que se propone el autor. Acompaña á los cuadernos una explicación sobre el modo de realizar esta enseñanza. Véndense en la librería del autor (Caspe, 32, Barcelona) al precio de 20 céntimos la colección de 12 pliegos y á 1'50 pesetas el paquete de 100 pliegos de una sola clase ó surtidos.

EL SORRUT BENEFACTOR. L'AVAR, comedias de *Goldoni*, traducidas al catalán por *Narciso Oller*. — Un tomo de 128 páginas, que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenc,» que se publica en Barcelona. Precio, 50 céntimos.

CRÍTICA LITERARIA, por *Juan Valera* (1861-1863). — Colección de artículos que forma el volumen XXI de las obras completas del eximio literato. Un tomo de 304 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta Alemana. Precio, tres pesetas.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XXVIII — Barcelona 1.° de noviembre de 1909 — Núm. 1.453

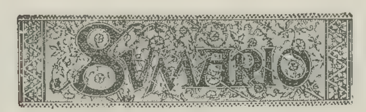
REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



DIABOLO, cuadro de Harrington Mornn

existente en la Galería Grafton de Londres



REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: la cuestión del tabaco. – *Puerto Rico:* la ingratitud de los portorriqueños, según el Sr. Taft. – *México:* situación general del país: la agitación política con motivo de las próximas elecciones de presidente y vicepresidente. – *Guatemala:* situación económica: necesidad de inmigrantes: la crisis monetaria y los Bancos. – *Nicaragua:* política personal: proyectos del presidente. – *Bolivia:* la solución del conflicto de límites con el Perú y el valor de los fallos arbitrales.

Va mejorando el estado económico y social de la República cubana, cuyo gobierno pone gran interés en que esto se sepa. El ministro de Hacienda ha declarado que durante los primeros siete meses de gobierno propio se recaudaron 1.130.000 pesos más que en los siete meses del año anterior, bajo la administración del gobierno provisional yanqui. Los valores de las principales empresas están en alza; la inmigración aumenta; la mortalidad y la criminalidad disminuyen.

Hoy por hoy, el punto negro en la vida económica de Cuba es la cuestión del tabaco. La industria y la exportación de este artículo, una de las principales fuentes de riqueza de la isla, está en baja constante desde hace años. El ministro citado reconoce la imperiosa necesidad de adoptar disposiciones mediante las que pueda la industria tabacalera recuperar la importancia que tuvo en pasadas épocas. Se queja del mal trato que los aranceles europeos dan á los productos cubanos, especialmente al tabaco, é invita á los Estados Unidos á que se preparen para atraer á sus mercados lo que rechazan los de Europa. En la isla, plantadores, manufactureros y comerciantes se han puesto de acuerdo para pedir nuevos tratados de comercio y reformas arancelarias que eleven los derechos sobre mercancías de países que gravan demasiado la importación del tabaco.

***

El presidente de los Estados Unidos alza el látigo y sacude nuevo trallazo á los portorriqueños. Son unos ingratos, incapaces de comprender los beneficios que deben á los yanquis. Así lo ha dicho con motivo de la dimisión que hizo el Sr. Post de su cargo de gobernador de la isla. A éste y á sus conciudadanos les basta la satisfacción del deber cumplido; nada les importa, en último término, la ingratitud de los habitantes de Puerto Rico, que no saben apreciar los esfuerzos que se vienen haciendo para ayudarles y favorecerles.

Antes de nombrar sucesor á Post, el Sr. Taft creyó conveniente enviar comisionados que recorriesen la isla y le informaran acerca de la actual situación.

***

De la de México—por lo menos desde el punto de vista oficial, que suele no estar de acuerdo con la realidad de las cosas,—da idea el último mensaje del presidente de la República.

Hay paz en lo exterior y tranquilidad dentro del país, ésta algo alterada, sin embargo, por manifestaciones religiosas y por la campaña electoral, que fueron causa de desórdenes y motines, fácilmente reprimidos. Los indios yaquis continúan en completa calma, dedicados á sus labores.

La República ha tenido que lamentar siniestros de gravedad en algunos Estados; terremotos en Guerrero, inundaciones en Nuevo León y Tamaulipas, que originaron pérdidas de muchas vidas y daños de gran cuantía en las propiedades.

Aumentan las escuelas y el sueldo de los maestros, y prosiguen con buen éxito las exploraciones arqueológicas. En la zona de Teotihuacán se han descubierto salones desconocidos en los subterráneos de las ruinas y parte considerable de la plataforma que rodeaba por el Oeste la Pirámide del Sol. Las comisiones geográfica y geodésica continúan sus respectivos trabajos, y se va completando, con nuevas secciones, el servicio meteorológico.

Se llevan á cabo importantes trabajos de puertos, ferrocarriles y canales de navegación, desagüe y abastecimiento de aguas. Los ferrocarriles de jurisdicción federal tuvieron durante el semestre próximo pasado un aumento de 250 kilómetros.

En el 1908 1909 algunos de los principales ingresos del Tesoro público, especialmente los derechos de importación, disminuyeron en muy fuerte cantidad con respecto á los productos recaudados en el año anterior; pero se confía en que la suma de todas las rentas federales baste para cubrir, dejando un sobrante, el importe total de los gastos de presupuesto.

También ha descendido el comercio exterior. El valor de las mercancías importadas disminuyó en 65 millones de pesos, mientras que el valor de los efectos que han salido del país sólo disminuyó en 11 millones. Pero es de advertir que en el último año no se exportó moneda acuñada, mientras que en el anterior la exportación de dinero alcanzó cerca de 16 millones de pesos, lo que demuestra que, en realidad, el valor de las exportaciones, deduciendo de ellas la moneda, fué superior al que tuvieron las efectuadas en el año precedente. La diferencia á favor de las exportaciones ha permitido á la nación mantener en perfecto equilibrio su balanza económica, á pesar de los fuertes sacudimientos originados por la crisis general.

Termina el presidente afirmando que nada ha ocurrido en la administración pública que pueda debilitar la confianza que anima al Poder ejecutivo en el porvenir de la República, ya que así en las relaciones exteriores como en el importante ramo de Hacienda, no obstante pasajeras dificultades, lo mismo que en los demás departamentos, continúan marcándose los síntomas de bienestar y progreso que han caracterizado la situación desde hace algunos años.

Como ahora se está en México en plena campaña electoral, el país y la prensa se han fijado más de lo que acostumbran en el contenido del mensaje, y los que no forman en el bando del actual gobierno advierten los lugares comunes propios de esta clase de documentos, y hacen notar que á través del artificio retórico del mensaje se vislumbra la mala situación en que se encuentra ahora la República, y también se fijan en el tono de amenaza con que está redactado el párrafo en que se alude á los desórdenes producidos á consecuencia del movimiento político preparatorio de las elecciones de Poderes de la Federación que deben verificarse el año próximo. El presidente, en efecto, hace saber que su gobierno, cuya principal misión es conservar el orden público, no permitirá que este se altere, aunque para ello sea preciso emplear medios enérgicos.

Frente á Porfirio Díaz no hay candidato serio. La lucha se empeñó entre los partidarios de la reelección del vicepresidente Sr. Correl, y los amigos de don Bernardo Reyes, ex ministro y persona de gran prestigio. Ahora parece que ha retirado su candidatura el Sr. Reyes. La elección de vicepresidente tendría excepcional importancia si, como algunos creen, el general Díaz, hombre ya de avanzada edad, se propone renunciar, una vez elegido, y entregar el Poder al vicepresidente.

***

De la situación actual de Guatemala, sobre todo bajo el aspecto económico, tenemos datos comunicados á nuestro ministro de Estado por la Legación de España en dicha República.

Es indicio de prosperidad el aumento de población; se calcula que hoy tiene Guatemala 2.000.000 de habitantes, es decir, 350.000 más que en 1900. Pero esta población no basta ó no sirve para dar á la agricultura el desarrollo que promete la abundancia de tierras y su asombrosa fertilidad. Pueblan los campos millón y medio de indios; mas como carecen de necesidades y de obligaciones, sólo trabajan para los propietarios si les obligan á ello, y no por el estímulo de un salario, sin el que pueden pasarse. Hay, pues, que substituir el trabajo del indígena con el trabajo del colono extranjero y fomentar, por consiguiente, la inmigración. A esto tiende el gobierno guatemalteco por medio de disposiciones que acaba de dictar y que han sido muy bien acogidas en el país. Se aspira á que parte de los emigrantes que abandonan la vieja Europa vayan á Guatemala, política que si se sigue con perseverancia dará resultados satisfactorios, puesto que el complemento de los capitales sajones que tratan de emplearse en esta República han de ser los brazos latinos.

Aún se notan las consecuencias de la gran depresión mercantil que hubo en el pasado año, debida, por una parte, á la escasa cosecha de café; por otra, al atentado contra el presidente de la República, hecho que llevó la intranquilidad á todos los espíritus y paralizó las transacciones.

Otro factor que por el momento complica la situación es la crisis monetaria que sufre el país. Sujeto al régimen efectivo del papel moneda, del que existen unos 58 millones de pesos, se halla el cambio á 17 por 1, y los Bancos carecen en absoluto de garantía metálica para responder de los billetes en circulación. Estos Bancos viven y prosperan gracias á los agios y especulaciones verdaderamente escandalosos que realizan; sus ganancias son enormes.

En el informe á que nos referimos se consigna la insignificancia de nuestro comercio con Guatemala, hecho nada extraordinario si se tiene en cuenta que mientras España ha desatendido aquel mercado, hay otros países que lo han ido conquistando y que, á su vez, serán expulsados de él, en plazo no muy lejano, por los Estados Unidos.

***

Nicaragua es una de esas Repúblicas de América de cuya situación política y económica es muy difícil juzgar. Los gobiernos tienen allí un carácter excesivamente personal, todo gira en torno del presidente, y todas las noticias y críticas relativas al estado del país y á los actos de sus gobernantes adolecen de manifiesta parcialidad: se ve en ellas siempre al amigo apasionado ó al adversario implacable del jefe de la nación.

Los informes á que ahora podemos referirnos son, sin duda, de muy buenos amigos de Zelaya. La creación de «Ministerio general» la presentan como obra de un estadista de privilegiado talento, que va á realizar una gran labor política y administrativa, y á procurar una sólida organización económica que sirva de aliciente al capital extranjero. Con los fondos de un empréstito recientemente contratado se construirá el ferrocarril desde el lago de Nicaragua á Punta Mona, en el Atlántico. Los impuestos van á reducirse y se acometerán obras grandiosas de pública utilidad.

Como se ve, hasta ahora sólo se trata de promesas ó proyectos. Lo único positivo parece ser el arreglo de la cuestión motivada por reclamaciones de negociantes yanquis. Nicaragua compra por 600.000 pesos la concesión que obtuvo Emery y todos los derechos de la empresa.

***

El 17 de septiembre el ministro de Relaciones exteriores de Bolivia y el representante diplomático del Perú firmaron el protocolo que pone fin, por ahora, al conflicto de límites entre ambos Estados.

El laudo argentino, la resuelta oposición de Bolivia á cumplimentarlo y la controversia consiguiente han sido motivo de que se escriban numerosos artículos, folletos y aun libros en que se trata la cuestión en sus varios aspectos y contribuyen á la mayor ilustración, no sólo del asunto á que se refieren, sino de la historia territorial de esa parte de América y de puntos muy interesantes y aún no bien dilucidados del derecho internacional.

Entre los citados trabajos merece especial mención el folleto que ha escrito el actual subsecretario de Guerra, en Bolivia, D. Eduardo Díez de Medina, que sostiene que una decisión arbitral puede ser rechazada por varias causas, y especialmente cuando es contraria á los más elementales principios de justicia ó ha sido dada fuera de los límites del compromiso.

Por nuestra parte creemos que si se admite el principio de que cualquiera de las partes ligadas por un compromiso arbitral puede juzgar de la justicia del fallo y atenerse ó no á él, valdrá más prescindir del arbitraje.

R. BELTRÁN RÓZPIDE

EL RELOJ, por E. Ramírez Angel. Dibujo de Mas y Fondevila



Desfallecidamente, Enriqueta se acercó á la ventana

—¡Mira, Enriqueta, que!..

—¡Haz lo que parezca! ¡Ya estoy harta de esta vida! ¡Vete, vete si quieres, y no vuelvas más!.

Ramón, dominándose á duras penas, tomó el sombrero y salió de la casa.

Sonó un portazo colérico, que hizo retemblar medrosamente los cristales.

Enriqueta vió marcharse á su marido, sin que, en su ofuscación de mujercita caprichosa, procurase detenerle.

Y cayó sobre un sofá viejo, cerca de la ventana, anegada en la claridad melancólica de aquella tarde de diciembre.

Lloró mucho tiempo desconsolada, ante la inmovilidad impasible de aquel cuarto que la miseria había ido poco á poco desamueblando.

Luego Enriqueta se serenó; secó sus lágrimas, y dócil á su condición de mujer, fué á contemplarse al espejo para reparar con una buena mano de polvos los quebrantos que el llanto labrara en su semblante.

El espejo no estaba en su sitio. Entonces Enriqueta desvió su coquetería por cauces áridos de desolación. ¡Se habían llevado armario y luna hacía meses, una mañana en que no tenían para comer! Ya recordaba.

Y paseó sus ojos enrojecidos por la estancia misérrima.

* * *

Desde que á Ramón un cambio de política dejara cesante, Enriqueta, menos habituada á soportar con paciencia las jugarretas del destino, tuvo que tolerar un despojo lento, inaudito, horrible. Ramón indagaba; visitaba á Fulanos ilustres, á Menganos influyentes. La soñada credencial no venía.

Ramón sentábase rendido en una silla, demacrada la color, hundidos los ojos, sin la voz optimista de otros tiempos.

—¿Qué hay?, preguntaba ella.

—¡Nada!, reponía él. ¡Que espere! Todos me dicen que espere...

Y mientras se hacía un silencio unánime, pleno de todas las amarguras, Enriqueta miraba el ajuar mermado, pensando qué mueble ó qué alhaja saldría al día siguiente camino de la casa de préstamos...

* * *

Llegó á quedarles el reloj; el reloj del comedor, alto, esbelto, tallado en roble, con un gracioso juego de cristales biselados tras los cuales chispeaba fugitiva la luz bermeja del péndulo.

Aquel reloj se había salvado por razones sentimentales. Era el primer mueble que compraron, en los días optimistas é inefables de los preparativos de boda.

Le vieron colocar en el comedor, una habitación humilde, pero con enseres pulcros, donde parecía que la risa de los recién casados había de sonar sin intermitencias.

Ramón amaba efusivamente aquel reloj que tenía unas campanadas largas, débiles. Al caer el martillo sobre el bordón era tan de paz su música, que parecía fabricado por un poeta; poeta de la quietud, del hogar, de las comidas plácidas, cuando el marido proyecta en alta voz un negocio, y la mujer sueña quedamente con un hijo, mientras la lluvia indómita de los inviernos se deshace más allá de los visillos de muselina que vistieron la ventana...

* * *

La difícil situación del matrimonio suscitó acres polémicas.

Enriqueta era de carácter irritable; educada por sus padres en días de bienestar, no comprendía aquellas visitas, aquellos paseos inútiles de su marido en busca de un empleo que no le concedían; de donde resultó que los desalientos trocáronse en trifulcas, y que á tiempo que la miseria se llevaba los muebles más valiosos de la casa, el desamor desahuciaba los afectos más sanos del corazón.

Desfallecidamente, Enriqueta se acercó á la ventana. Un hondo rencor crispaba sus nervios. Ya no podía tolerar más. ¿Es que por la timidez, la negligencia ó aun la maldad de su marido se iban á morir de hambre?..

La luz taciturna de los crepúsculos es consejera bellaca. Enriqueta paseaba por la habitación soliviantadamente.

No; allí, en aquel nido sin briznas, sin calor, sin piadas, no quería continuar.

Se marcharía.

Juzgó audacia épica lo que, en realidad, era cobardía imperdonable.

Y percibiendo al través de aquel cuarto el estruendo tentador de la capital, rebosante de comodidades, de placeres, de desquites, echó sobre sus espaldas un raído mantoncillo, dispuesta á huir.

...Quiso la suerte que en aquel momento el reloj cantase una hora. Las ocho.

En el silencio trágico del cuarto las campanadas sonaron doloridas, reprochadoras y dulces, con una vibración singularmente conmovedora, á tal punto, que la desertora se detuvo.

...Tres, cuatro..., cinco... Aquellos sones parecían detenerla, con su murmullo confuso, preguntándola en persistente reproche: «¿Adónde vas?..»

Era la música plácida, mansa, de otros tiempos; la música de un mueble familiar que preside fiestas hogareñas y cuenta ensueños y vela las tardes inacabables de invierno, cuando la esposa, á la luz de la lámpara, espera la llegada del compañero, entretenida en una sabrosa labor de *crochet*. Eran ocho vibraciones lentas, evocadoras, sedativas, que en aquella sazón sonaban maternalmente, como si el reloj, único superviviente de aquel mundo desolado, fuera el espíritu protector, el ángel guardián, la santa mano que desvía un vuelo insensato y aniquila una tentación reprobable...

* * *

Renació el silencio y Enriqueta permanecía en pie. La sangre se había agolpado á sus mejillas.

Mientras las campanadas estuvieron sonando fundidas en un calderón de paz, recordó á su marido, y por un sortilegio incognoscible, le halló bondadoso, resignado, amante; recorriendo tal vez, loco, la ciudad para traerla la alegría, toda fresca como brazado de flores, en el búcaro humilde de una credencial..

Y arrepentida, se abandonó en una silla; y allí, sumergida en la penumbra que hilaba lentamente la tarde, comenzó á llorar quedo, avergonzada de que aquel reloj tutelar pudiese oirla...

. . . .

—Sí, Ramonín mío; trabajaremos, correremos la ciudad de extremo á extremo. No te desesperes. He pasado una tarde horrible temiendo que no vinieras. ¡Ramón, Ramón de mi vida, quiéreme como te quiero yo!..

El marido, estupefacto, oprimió lleno de gozo las manos yertas que Enriqueta le tendía.

Y ante sus ojos, llenos de todas las tristezas, pasó una gloriosa ráfaga de amanecido.

EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA EN BUENOS AIRES

Por octava vez el distinguido pintor sevillano José Pinelo ha organizado una exposición de obras de pintores españoles en la hermosa capital de la República Argentina, que se celebró recientemente. El noble y patriótico empeño que hace años realiza con general aplauso nuestro amigo, ha llegado á su coronamiento, no sólo por la importancia de la exhibición, sino por la valía de las obras que en ella han figurado.

El público ha correspondido al esfuerzo del organizador, visitando gran número de coleccionistas y aficionados el Salón Costa, en donde la exposición se hallaba instalada, pasando muchas de las obras á formar parte de las galerías particulares de la localidad, cual acontece con el cuadro de Pradilla titulado *Primavera de la vida*, adquirido por D. Agustín León; con el de Villegas *Todo es armonía*, por el Sr. Carabassa; con el de Martínez Cubells *Docks de Londres*, comprado por el señor Ottón; con el de Alvarez de Sotomayor *La oración* y el de Chicharro *Cabezas rusas*, adquiridos ambos por el señor Blanco Casariego, cuya galería es hoy una de las más notables de Buenos Aires; con el de Santamaría *Tipos clásicos*, por el Sr. Fombaise; con el de Maximino Peña *Coquetería*, cedido á D. A. Chappón; con el de Jiménez Martín *La catedral de Avila*, adquirido por el Dr. Ayerza; así como con los de García Ramos *Cabeza de fantasía*, por el Sr. Carcedo; con un precioso paisaje del que fué excelente artista Sánchez Perrier, por el Sr. Furts; con un notable boceto de Villegas, por el señor Ottón, y con otros muchos más, cuya adquisición demuestra la estima y consideración que merecen las producciones de nuestros pintores y la simpatía del público bonaerense á las selectas exposiciones organizadas anualmente por Pinelo.

Las reproducciones de algunas de las obras que figuraron en la referida exposición pregona su importancia y la nobilísima empresa acometida por su organizador, á quien así como á los pintores que en ella han tomado parte tributamos nuestros elogios, ya que á uno y otros se debe que en aquella República hermana se conozca la valía de nuestro arte pictórico contemporáneo y el mérito de nuestros artistas.



Lugar ameno, cuadro de José Villegas



Ribera del Guadaira, cuadro de José Pinelo



Una calle de Cerdillero (Asturias), cuadro de Enrique Martínez Cubells



La música del porvenir, cuadro de José Villegas. – **Patio sevillano**, cuadro de Gonzalo Bilbao. – **¡Ya viene!**, cuadro de Tomás Muñoz Lucena
En oración, cuadro de Fernando Alvarez de Sotomayor. – **«Garden Party,»** cuadro de Eduardo Chicharro

EL TSAR DE RUSIA EN ITALIA.—LA ENTREVISTA DE RACCONIGI



El tsar Nicolás II de Rusia — Víctor Manuel III de Italia

Vista del palacio real de Racconigi, en donde el rey de Italia ha hospedado al tsar de Rusia

La oposición que los revolucionarios italianos han venido haciendo durante tantos años á los proyectos de visita del tsar de Rusia á Italia, ha dado un interés especial al viaje recientemente realizado á aquel país por Nicolás II. Algunos espíritus pesimistas auguraban grandes desórdenes y aun mayores males para el caso de que el soberano ruso se decidiese á devolver á Víctor Manuel III la visita que éste le hizo en 1902; pero el buen sentido se ha impuesto, haciendo fracasar todos los siniestros propósitos, y el entusiasmo con que la inmensa mayoría del pueblo ha acogido al imperial visitante ha demostrado que son una minoría ínfima los que querían perturbar la tranquilidad, y que se han pasado de prudentes, por no decir otra cosa, los que, dando á sus amenazas mayor importancia de la que en realidad merecen, han ido retrasando aquel viaje, de interés y conveniencia internacionales.

La entrevista entre ambos soberanos se ha efectuado en el palacio de Racconigi, en donde Víctor Manuel III ha hospedado, durante unos días, del 23 al 25 de octubre último, á Nicolás II. Al apearse éste del tren que lo conducía, adelantóse á recibirle el monarca italiano, abrazándose ambos efusivamente; y después de revistar á la compañía que había formada en la estación, subieron ambos soberanos á un landó, al que precedía otro en que iban los ayudantes y el maestro de ceremonias, y seguían algunos más con los Sres. Giolitti, Tittoni, Iswolsky y otros personajes, y se dirigieron al palacio real entre las aclamaciones de la multitud que llenaba las calles del tránsito y los acordes de los himnos italiano y ruso que tocaban las bandas militares.

En la terraza del palacio esperaba la reina, rodeada de damas y gentileshombres; después de las presentaciones de rúbrica, celebróse un banquete de gala.

A la mañana siguiente los dos soberanos hicieron una excursión en automóvil al castillo real de Vollenza, y por la tarde fueron á cazar á la finca de Migliabrana, próxima al parque real. A su regreso conferenciaron por espacio de tres horas Nicolás II y Víctor Manuel III, al propio tiempo que conferenciaban sus respectivos ministros de Negocios Extranjeros Sres. Iswolsky y Tittoni.

A las siete celebróse el gran banquete de gala, al final del cual pronunciaron el rey y el tsar afectuosos brindis haciendo constar la amistad estrecha que une á Italia y á Rusia, y que se puso de manifiesto de una manera especial cuando los terremotos de 1908, en que los marinos rusos dieron grandes pruebas de abnegación y de simpatía hacia el pueblo italiano.

Después del banquete celebróse una velada íntima, en la que tomó parte el maestro Mascagni, ejecutando en el piano escogidas composiciones.

En la mañana del 25 el tsar y el rey fueron á la Superga, visitando allí las tumbas de la casa de Saboya, y regresaron á Racconigi por Santena, en donde está enterrado Cavour.

A las tres de la tarde Nicolás II salió de Racconigi, siendo despedido por la multitud con las mismas ovaciones con que fué recibido á su llegada.

La entrevista de los dos soberanos tiene indudablemente importancia internacional y ha sido muy comentada, habiendo muchos visto en ella un deseo por parte de Italia de aproximarse indirectamente á Francia y á Inglaterra y de aflojar un tanto los lazos que la ligan á la Triple Alianza y la obligan á ir unida al Austria.—R.



El tsar de Rusia y el rey de Italia dirigiéndose al palacio de Racconigi. (De fotografía de Fiorilli.)

BOULOGNE-SUR-MER.—FIESTAS FRANCO-ARGENTINAS Á LA MEMORIA DE JOSÉ DE SAN MARTÍN

Para honrar la memoria de uno de sus más grandes hombres, de uno de los libertadores de América, la República Argentina ha querido levantar al ilustre San Martín un monumento en Boulogne-sur-Mer, la población en donde falleció aquél en 17 de agosto de 1850.

Al efecto abrióse allí una subscripción pública que dió en seguida excelentes resultados, y con su producto se ha erigido el hermoso monumento cuya inauguración se efectuó el día 24 de octubre último.

Pero el gobierno argentino ha querido aún hacer más; ha querido que la ceremonia inaugural y las fiestas con motivo de ella celebradas revistiesen una importancia y una solemnidad excepcionales, y para ello no sólo se ha hecho representar por sus agentes diplomáticos cerca de las principales potencias de Europa, sino que además ha enviado á Boulogne-sur-Mer un escuadrón del regimiento de granaderos de San Martín y cuatro buques de guerra, el *Presidente Sarmiento*, el *Rosario*, el *Paraná* y el *Pampa*.

Al homenaje se han asociado también las demás repúblicas americanas, por medio de sus ministros residentes en París.

El gobierno francés, por su parte, ha estado representado por el ministro de la Guerra general Brun.

Las fiestas comenzaron el día 23 con la distribución de socorros á los pobres de la beneficencia municipal y á los ancianos del hospicio, y de juguetes á los niños de las escuelas maternales y primarias, todo ello costeado por el comité del monumento. Por la noche hubo marcha de antorchas y baile de gala en el casino en honor de las familias argentinas.

El día 24 celebróse un almuerzo de 450 cubiertos, en el que se pronunciaron muy pocos brindis, y terminado el cual, la comitiva se dirigió al monumento.

Álzase éste al borde del mar y es obra grandiosa y severa, de corte clásico: sobre un elevado pedestal está la estatua ecuestre de San Martín agitando la bandera de la libertad; apoyada en aquél una matrona, personificación de la Posteridad, rinde homenaje al libertador; completan el monumento dos relieves representando dos episodios de la vida del héroe: su marcha al través de los Andes y su renuncia al poder que sus compatriotas le ofrecen.



Monumento erigido á San Martín, inaugurado solemnemente el día 24 de octubre último. Obra del escultor Allouard. (De fotografía de M. Rol)

Descorrido el velo que cubría la estatua, D. Tomás Viera, en nombre del comité iniciador y ejecutor de la idea, hizo entrega del monumento á la ciudad de Boulogne; y á continuación pronunciaron elocuentes discursos D. Ernesto Bosch, ministro de la República Argentina en París; el general Brun; el Sr. Perón, alcalde de Boulogne; Mr. White, embajador de los Estados Unidos en Francia, y los Sres. Piza, Puga Borne y Calderón, ministros respectivamente de Colombia, de Chile y del Perú, los dos primeros en París y el tercero en Bruselas, todos ellos ensalzando la memoria de San Martín y haciendo resaltar el afecto que une á las naciones de la joven América con Europa y especialmente con Francia.

Por la noche el Sr. Bosch obsequió con un banquete á las autoridades francesas y en el teatro del gran casino dióse una función de gala en honor de las familias argentinas.

Al día siguiente celebróse un almuerzo ofrecido por la colonia argentina á las autoridades francesas, terminado el cual hubo en el crucero *Presidente Sarmiento* una recepción que resultó brillantísima.

En todas esas fiestas han reinado el mayor entusiasmo y los más cordiales sentimientos de amistad y de afecto, y lo propio puede decirse de las que se han celebrado con el mismo objeto en Buenos Aires en honor de Francia en los mismos días en que se efectuaban las de Boulogne-sur-Mer en honor del ilustre argentino.—P.



Desfile del escuadrón de granaderos argentinos por delante del monumento. (De fotografía de Worlds Graphic Press.)



El general Marina leyendo una carta que le dirigen algunos moros de Ulah-Setut ofreciendo la sumisión



Moros refugiados en Melilla esperando el reparto de la comida

Distribución de pan entre los moros refugiados en Melilla



Guerrilla mora al servicio de España y al mando de un oficial español



TODO ES ARMONÍA, cuadro José Villegas

BARCELONA. – LLEGADA DEL NUEVO OBISPO

DR. JUAN JOSÉ LAGUARDA

El día 27 de octubre último hizo su entrada solemne en esta ciudad el nuevo prelado Dr. Juan José Laguarda, después de haber permanecido algunos días en el monasterio de Montserrat y en Tarrasa.

Esperaban á Su Ilustrísima en el andén de la estación las autoridades, comisiones del Ayuntamiento y de la Diputación, representaciones de la Audiencia, del Claustro universitario, del Cabildo catedral, de las órdenes y de los institutos religiosos, de la Cámara de Comercio, de la Económica de Amigos del País, de la Escuela de Bellas Artes, de las asociaciones católicas y de otras muchas entidades y corporaciones y multitud de distinguidas personalidades. Al descender el doctor Laguarda del vagón, fué saludado con nutridos aplausos y calurosos vivas, que se reprodujeron cuando salió de la estación, en cuyas inmediaciones había un numeroso público.

Después de las acostumbradas presentaciones, el prelado ocupó un landó del Ayuntamiento, acompañado del teniente de alcalde Sr. Rovira; y precedido de una sección de la guardia civil montada y seguido de una escolta de caballería y de gran número de carruajes, dirigióse á la catedral, en cuya puerta recibióle el Cabildo. A los acordes de la Marcha Real y mientras las campanas eran echadas al vuelo, Su Ilustrísima pasó al altar mayor, y después de orar unos momentos dió la bendición al pueblo. Luego visitó la cripta de Santa Eulalia y fué á la Capitanía general con objeto de ofrecer sus saludos á la primera autoridad militar. Desde allí marchó al palacio episcopal, en cuyo Salón del Trono efectuóse la recepción: el Muy Ilustre canónigo arcipreste Dr. Salvia pronunció un discurso de salutación, al que contestó Su Ilustrísima con otro lleno de frases de afecto para sus nuevos diocesanos. Después de algunas palabras del Sr. Rovira, que saludó al obispo en nombre de la ciudad, desfilaron por delante del prelado los concurrentes á la recepción.

El Dr. Laguarda nació en Valencia en 22 de abril de 1866, y allí estudió el bachillerato y la carrera de Derecho Civil y Canónico, que simultaneó con la facultad de Sagrada Teología, recibiéndose en ambas de doctor. Comenzó su carrera sacerdotal desempeñando el cargo de coadjutor de la parroquia de Chulilla, pero al poco tiempo el cardenal Monescillo nombróle catedrático y prefecto del Seminario Conciliar de Valencia, en donde explicó durante ocho años.

Cuando el cardenal Sancha se encargó de la diócesis valenciana, nombróle mayordomo y fiscal eclesiástico del Provisorato y Tribunal metropolitano, y al pasar aquel prelado á Toledo, le confió los cargos de provisor y vicario general.

En junio de 1899, S. S. el papa León XIII nombróle obispo auxiliar de Toledo, con el título de obispo de Tipópolis, y tres años después pasó á regir la diócesis de Urgel y el Principado de Andorra. En 1906 fué destinado al obispado de Jaén, que desempeñaba cuando por muerte del cardenal Casañas fué nombrado sucesor de éste en la sede barcelonesa.

El Dr. Laguarda, sacerdote de grandes virtudes y talentos, ha sido senador por la provincia eclesiástica de Barcelona.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se honró publicando el retrato del Dr. Laguarda á raíz de su nombramiento, ofrece hoy al nuevo prelado barcelonés su más respetuoso homenaje.



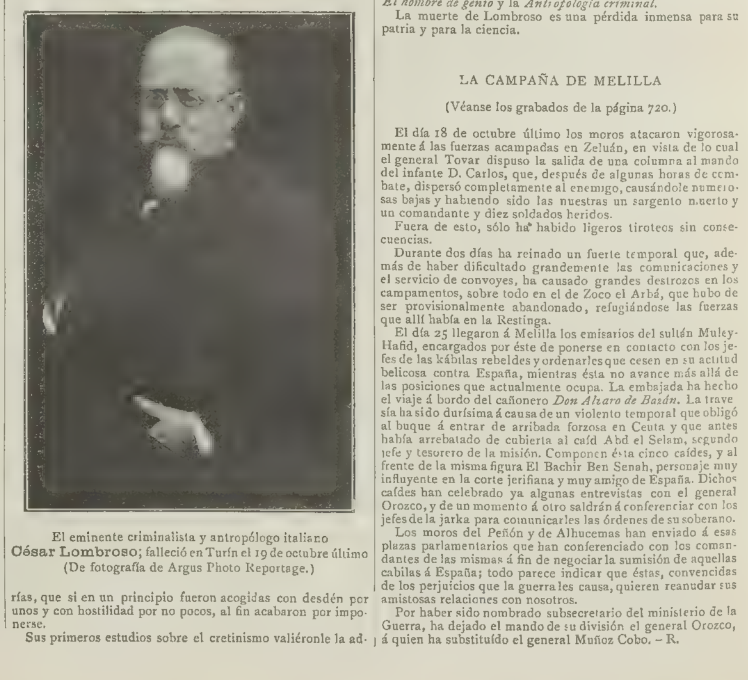
Barcelona.—Llegada del nuevo obispo Dr. Juan José Laguarda

El prelado y el teniente de alcalde Sr. Rovira á la salida de la estación del Norte. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

CÉSAR LOMBROSO

El día 19 de octubre último falleció en Turín el eminente antropólogo y criminalista italiano César Lombroso, una de las más grandes figuras científicas de la Italia moderna.

Nacido en Venecia en 1836, pasó su primera juventud en Verona, en donde se dedicó con afán al estudio de la literatura clásica, publicando á la edad de doce años una notable memoria que tituló *Ensayo sobre la grandeza y la decadencia de Roma*. Dedicóse luego á la medicina, y después de haber servido como médico militar durante la guerra de 1859, consagróse por entero á los estudios antropológicos, llamando en seguida la atención del mundo científico con sus atrevidas teorías, que si en un principio fueron acogidas con desdén por unos y con hostilidad por no pocos, al fin acabaron por imponerse.



El eminente criminalista y antropólogo italiano **César Lombroso**; falleció en Turín el 19 de octubre último (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

Sus primeros estudios sobre el cretinismo valiéronle la admiración del ilustre Virchow. En 1862 confiósele uno de los cursos de enfermedades mentales en la Universidad de Pavía; poco después era nombrado director del manicomio de Pésaro, y finalmente pasó á ocupar la cátedra de Psiquiatría y Medicina legal de la Universidad de Turín, que ha desempeñado hasta su muerte, y en la que pudo exponer sus teorías sobre el crimen y los criminales, sobre la locura y los locos, que le han conquistado fama universal, y explicar sus procedimientos de aplicación del método experimental á la psicología.

Enumerar todo cuanto ha escrito el eminente sabio sería tarea imposible, pues son incontables los trabajos suyos publicados en las más importantes revistas de todo el mundo; sus libros más interesantes, los que han hecho célebre y popular su nombre en todos los países, son *El hombre delincuente*, *El hombre de genio* y la *Antropología criminal*.

La muerte de Lombroso es una pérdida inmensa para su patria y para la ciencia.

LA CAMPAÑA DE MELILLA

(Véanse los grabados de la página 720.)

El día 18 de octubre último los moros atacaron vigorosamente á las fuerzas acampadas en Zeluán, en vista de lo cual el general Tovar dispuso la salida de una columna al mando del infante D. Carlos, que, después de algunas horas de combate, dispersó completamente al enemigo, causándole numerosas bajas y habiendo sido las nuestras un sargento muerto y un comandante y diez soldados heridos.

Fuera de esto, sólo ha habido ligeros tiroteos sin consecuencias.

Durante dos días ha reinado un fuerte temporal que, además de haber dificultado grandemente las comunicaciones y el servicio de convoyes, ha causado grandes destrozos en los campamentos, sobre todo en el de Zoco el Arbá, que hubo de ser provisionalmente abandonado, refugiándose las fuerzas que allí había en la Restinga.

El día 25 llegaron á Melilla los emisarios del sultán Muley-Hafid, encargados por éste de ponerse en contacto con los jefes de las kábilas rebeldes y ordenarles que cesen en su actitud belicosa contra España, mientras ésta no avance más allá de las posiciones que actualmente ocupa. La embajada ha hecho el viaje á bordo del cañonero *Don Alvaro de Bazán*. La travesía ha sido durísima á causa de un violento temporal que obligó al buque á entrar de arribada forzosa en Ceuta y que antes había arrebatado de cubierta al caíd Abd el Selam, segundo jefe y tesorero de la misión. Componen ésta cinco caídes, y al frente de la misma figura El Bachir Ben Senah, personaje muy influyente en la corte jerifiana y muy amigo de España. Dichos caídes han celebrado ya algunas entrevistas con el general Orozco, y de un momento á otro saldrán á conferenciar con los jefes de la jarka para comunicarles las órdenes de su soberano.

Los moros del Peñón y de Alhucemas han enviado á esas plazas parlamentarios que han conferenciado con los comandantes de las mismas á fin de negociar la sumisión de aquellas cabilas á España; todo parece indicar que éstas, convencidas de los perjuicios que la guerra les causa, quieren reanudar sus amistosas relaciones con nosotros.

Por haber sido nombrado subsecretario del ministerio de la Guerra, ha dejado el mando de su división el general Orozco, á quien ha substituído el general Muñoz Cobo. – R.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Apareció Pedro, indolente como siempre, sin saber en qué interesarse durante sus largas horas de ocio.

A su vista, Valeria cerró el libro sobre el cortapapel de marfil y llamó á su hijo.

—Pedro, ven, siéntate aquí..., tengo que hablarte.

Él se acercó, sin apresurar el paso, tomó una silla baja y se instaló en ella, sin abandonar su aire de aburrimiento.

—Ya la escucho, mamá.

Ella le miró de frente y preguntó:

—¿Es que eso va á durar mucho tiempo?

—¿Cuál?, dijo el muchacho entreabriendo sus pesados párpados.

La baronesa empezó:

—Tu padre y yo estamos, más que sorprendidos, resentidos de tu falta de confianza..., muy sorprendidos y muy resentidos.

Esta vez Pedro levantó las cejas en forma de acento circunflejo, con una muda interrogación. Y presintiendo sin duda preguntas á las cuales no quería contestar, dijo:

—¿Es bonita la novela que usted lee, mamá?

Al decir esto se sonreía irónicamente, creyéndose seguro, refugiado en su eterna desconfianza.

Valeria replicó:

—Sí, muy bonita, muy humana, llena de observación. Cuenta la historia de un joven sutil, ó que tal se cree, que está enamorado y no quiere confesarlo á nadie, ni siquiera á sí mismo... Cree cándidamente que su secreto es impenetrable, cuando lo conoce todo el mundo.

—Entonces es absurdo.

—¿Quién, el joven?

—No, la novela, replicó Pedro sombrío y malhumorado. Todas las novelas son absurdas, pobres de pasión ante la realidad...

Con un gesto la baronesa suspendió su frase.

—No te pido un curso de crítica literaria, sino otra cosa muy distinta... Vamos á ver, sé sincero... ¿Con quién has de serlo si no es conmigo?

Él persistía en hacerse el pasmado.

—No comprendo...

—¡Ah! ¿No comprendes?.. Pues vas á comprender. Tú amas á Bertilla...

—¿Yo?, exclamó Pedro con simulado estupor.

Pero cambió luego de tono y repuso, columpiándose en su silla, con fingida ligereza:

—Pero sí, en efecto, la amo..., la amo un poco, mucho, locamente, nada; ni más ni menos que á todas las muchachas bonitas y á las mujeres graciosas que he podido encontrar... Mas hablemos con seriedad. Mamá, no la comprendo á usted; he tenido y sigo teniendo con la señorita Faulque las relaciones necesarias de buena vecindad, las galanterías obligadas de muchacho á muchacha... Y nada más. He sido estrictamente correcto...

Y añadió con falsa risa:

—Además, todo buen hijo viene obligado á servir, por todos los medios posibles, la política de su padre; he procurado hacerlo... ¿Van á reprochármelo como un crimen?



Ayer Bertilla, en un arranque espontáneo, se confesó en mis brazos

El precioso personaje pronunciaba estas fórmulas mentirosas con un aire afectado, que acabó por irritar á su madre.

—¿Eras correcto ó político, cuando, enfermo, casi moribundo, en tus noches de delirio, llamabas á Bertilla?

Pedro estremecióse á esta revelación imprevista; pero habiendo recobrado inmediatamente la calma, replicó:

—Mamá, usted lo ha dicho, yo deliraba, divagaba, no estaba en mi juicio...

Valeria se exasperó.

—Estabas en tu juicio, el año pasado, en esta misma época, aquí mismo, cuando escribiste, solo, ante tu conciencia, esta frase que es una confesión: «En nuestra raza, las mujeres tienen ordinariamente el cabello rubio y el cutis moreno..., según Matías,» agravándola con estas dos palabras: «*¡Como ella!*» Haz memoria... Ese papel ha corrido.

—Mamá, exclamó Pedro poniéndose tieso y encarnado y abandonando su fingimiento ante las pruebas acumuladas; mamá, no puedo pensar ni un minuto que me espíen..., que abre usted mis cajones en mi ausencia... Pero entonces, ¿cómo sabe usted?..

—¡Ah, ah! Ahí verás... Secreto por secreto... Estás en mala situación para reclamar confidencias... Empieza por confesar y te lo diré todo después.

El joven dió algunos pasos por la terraza, dispersó de un puntapié una mota de tierra, volvió á la silla y se dejó caer en ella.

—Pues bien, sea..., pero no hay para mí asunto más doloroso.., y puesto que usted lo sabe todo, debería tener compasión de mí. Cuando por sorpresa, justamente porque creía odiarla, haya llegado, por mi desgracia, á amar á Bertilla, ¿no vale más que me calle, que ahogue este amor, puesto que es imposible?

—¿Imposible? ¿Por qué?

Pedro dió un brinco.

—Mamá, por un momento sea usted, yo se lo suplico, un poco menos Brussane y un poco más Guibray, es decir, solidaria de los grandes muertos de este nombre...

—Precisamente porque un Guibray se casó con una Brussane, estimo que otro Guibray puede casarse con una Faulque.

Pedro se encogió de hombros.

—Desde luego, no hay comparación... Su papá de usted era un genio, lo cual es una nobleza... Clemente Faulque, con razón, no aspira á tanto... Además no había, entre las dos familias, ese cambio trágico de sangrientos procederes. Entre Bertilla y yo hay horcas, un patíbulo..., la muerte dada y la muerte recibida..., el odio y la venganza... ¡Ah! Yo bien sé que hay prescripción y olvido..., que esto es absurdo á los ojos del mundo. Bertilla no puede ser responsable, Clemente Faulque tampoco. Es justo, es cierto... Pero esto no impide los retrocesos irresistibles, y esto justifica mis retraimientos y mis desistimientos...

—No, dijo la baronesa; todo eso es orgullo; si tu familia no tuviese historia, no tendrías semejantes tormentos. ¿Entonces tú vas á sufrir, tú, porque hubo gentes que obraron bien ó mal desde Luis XV á Luis XVI? Es una locura, hijo mío.

—Ya he contestado. Crea usted que luché con todas mis fuerzas... sin poder vencer las obsesiones, y me veo incapaz de vencerlas nunca.

—En fin, escucha á tu vez... Bertilla, bien lo sabes, tenía las mismas opiniones que tú; en el campo opuesto, profesaba los mismos rencores vigorosos para con los hombres del pasado... A pesar de esto, la pobre muchacha no ha podido vencer otras influencias. Su corazón no ha querido escuchar sus razonamientos. No tardó en amarte..., y en esos amorosos sentimientos también habéis coincidido. A pesar de Roque, el ahorcado, á pesar de Miguel, á pesar de todos los suyos, se enamoró de Guibray, en una felonía. Ella también ha luchado, ella también ha tenido que capitular ante fuerzas superiores. Tú huíste, tú fuiste á buscar en París remedios in sensatos que estuvieron á punto de costarte la vida; pero ella se quedó, enfrente de sí misma, en presencia del recuerdo tangible, en este país en que, para ella, tu breve presencia había quedado marcada... En la soledad del invierno, durante las noches excesivamente largas, durante los días fríos (recuerda la vida que llevabas en esta misma época), ella, sin escapatoria, sin ninguna clase de distracciones, sintió aumentar su mal, buscó sensaciones nuevas, aunque fuesen dolorosas. Entonces, una mañana, ocultándose de todo el mundo, vino aquí; subió furtivamente á tu cuarto, lloró al verlo tan miserable..., abrió un cajón y sustrajo un papel.., porque ese papel, para ella, era el consuelo, el bálsamo, la confesión de que no sufría sola y de que su triste amor era al menos correspondido...¿La quieres mal por eso?

—¡Oh, no!, murmuró Pedro abatido.

—¿Se lo perdonas?

—Sí, pobre muchacha... ¿Por qué todo eso, gran Dios?

—Ahora volvamos á ti. Por este mismo tiempo, quebrantado por los excesos, caíste en cama para sufrir durante un mes, en los trances de la agonía. Entonces, volviendo á ser sincero, llamabas sin cesar á esa pobre muchacha, tendiéndole los brazos. La evocabas, la llamabas..., antes que á tu padre y á tu madre... Pero no estábamos celosos. Nos juramos simplemente, si Dios te salvaba en su gracia infinita, unir á esos dos corazones separados por preocupaciones seculares renegadas por la razón. Por esto resolvimos venir á la Ruina; tu padre tenía quizá otro interés, pero ese no era más que secundario... No me interrumpas... Escucha... Cuando gemías en la fiebre, Bertilla te amaba pues, y sabía que tú la amabas á ella. Al anuncio de tu gran peligro sufrió tanto, que no pudo ocultar su sufrimiento. Su padre, enterado; su padre, que es un hombre excelente, todo corazón, á pesar de llamarse Faulque, á instancias de ella vino á informarse de tu estado, y por medio de un subterfugio—muy transparente—se hizo enviar el parte diario de los médicos relativo al curso de tu enfermedad. Obrando así, ¿se excedía Bertilla de sus derechos? No, puesto que sabía que, en secreto, vuestras almas estaban de acuerdo. ¡Cuando pienso que tú lo atribuiste todo al odio, á la alegría de los enemigos (¡de los enemigos, justo Dios!) ante tu mal, ante tu muerte considerada como próxima!.. ¡Ah, hijo mío, puedes tener remordimientos! Juzgaste mal á personas guiadas por sentimientos generosos y nobles; y después de tu regreso aquí, no les has pagado más que con desdén y con ingratitud. Esto aflige á todo el mundo... Y toda la culpa es tuya... Tal es el resultado, la situación; tal es la verdad.

—Mamá, contestó Pedro abismado en su sillón. Mamá..., ¿qué quiere usted que le diga?.. Yo no sé... Yo no veo claro.. ¿Quién querrá pensar por mí? ¿Quién me convencerá? El que lograse hacerlo me salvaría la vida.., yo le guardaría una gratitud eterna. ¡Bertilla, pobre Bertilla!.. ¡Y yo, estúpido, alucinado, desdichado de mí!

—Ese, mejor dicho, esa seré yo. Ayer Bertilla, en un arranque espontáneo, se confesó en mis brazos; es hermosa, es buena, posee todos los encantos y todas las gracias; no conozco criatura más seriamente seductora, más digna del amor de un joven bien nacido. El que la tuviese por esposa sería un elegido, pues tales enlaces son bendiciones. Y yo digo: Es muy sencillo; olvida el pasado, las querellas de raza, todos los anacronismos. Cierra tu espíritu mal avisado; abre tu corazón, ámala..., ámala sin reticencias, sin escrúpulos; cásate con ella ante los hombres y ante Dios. Será una digna Guibray. Además será bueno extinguir así, por una y otra parte, las deudas seculares de odios renovados, é inscribir bajo la raya de la suma de represalias este maravilloso total: Amor. Vamos, Romeo, da la mano á Julieta; vamos, nuevo Cid, corre al encuentro de Jimena... Ya ves, hijo mío, que no faltan ejemplos..

Pedro se levantó; estaba algo pálido; sus labios temblaban cuando contestó:

—Gracias, mamá... Ha dicho usted muy bien..., quizá tiene usted razón... Sin embargo...

—¿Sin embargo?..

—Sin embargo, concédeme una gracia, la última: tres días para buscar en el archivo la vida y la muerte del barón Carlos; la historia de Miguel Faulque. Después tomaré una resolución definitiva se lo juro á usted.

—¡Otra vez!, exclamó tristemente la baronesa.

Al día siguiente, Pedro, preocupado, volvió á tomar el camino, antes acostumbrado, del archivo. Subió cabizbajo la escalera y empujó la puerta carcomida exhalando un gran suspiro.

Tenía miedo de lo que allí le esperaba.

El barón Gilberto, á pesar de sus afirmaciones reiteradas de su gran deseo de conocer, no había hecho nunca más que entrar en aquella solemne sala. Con un gesto de terror había contemplado de lejos aquella aglomeración de legajos seculares, cuyo número y peso le asustaron en seguida.

Había retrocedido ante la importancia del trabajo, la dificultad de leer textos antiguos, y principalmente ante el polvo que ensuciaba los dedos.

Sin embargo, al ver que su hijo reanudaba aquella tarea, resolvió ayudarle y ponerse en contacto con aquel pasado, á la vez glorioso y terrible.

Instalábase al lado de Pedro, revolvía y compulsaba también los registros, los cuadernos, los pergaminos amarillentos.

Desde sus primeras investigaciones sobre la aventura del barón Carlos, los dos Guibray se estremecieron.

A solas, cada uno hubiera reservado quizá sus juicios y deseado conocer las circunstancias atenuantes; pero uno enfrente del otro, sentados á la misma mesa, pasándose y volviéndose á pasar los documentos escritos, bajo aquella vigilancia recíproca, no podían hacer más que formular apreciaciones de justicia y conclusiones de verdad.

Los documentos relativos á fines del reinado de Luis XVI eran particularmente considerables. Los papelotes aumentan con la civilización; de 1780 á 1790 eran ya importantes y en extremo voluminosos, y para los investigadores, de un estudio penoso y lento.

En seguida Pedro pidió nuevos plazos; para formarse una convicción seria, independiente, se necesitaban semanas.

Esto desoló á Valeria, que enteró á Bertilla, á quien veía sin cesar. La noticia entristeció á la joven. La regateaban demasiado. Puesto que ella consentía en olvidar el pasado, le parecía justo que los demás la imitasen

La baronesa calmaba, con frases de dulzura, aquellas sublevaciones renacientes. La exortaba á la paciencia, prometiéndole la compensación del porvenir.

Pero Clemente Faulque no podía ocultar su irritación creciente.

Sin su inmensa ternura por su hija, hacía tiempo que hubiera dicho sus cuatro verdades al barón y al señorito Pedro.

Era ya demasiado romántico y profundamente humillante el ser así discutidos, examinados, expulgados, decía él, cuando se trataba, para un señorito sin gran fortuna, de casarse con una hermosa muchacha dotada de varios millones.

Aquellas costumbres de otra edad le llenaban de estupor y de rabia.

Sin embargo, refunfuñando, dejaba hacer, sabiendo muy bien que Bertilla estaba enamorada.

Gilberto y Pedro, en el silencio del archivo, trabajaban, pues, exhumando historias muertas, reconstituyendo un proceso tres veces prescrito.

¡Ay! La mala fe, la premeditación criminal de Miguel Faulque, aparecía cada vez más evidente en los documentos que á él se referían. Había hecho todo lo imaginable para arrastrar á su amo al abismo; y este amo, de natural confiado, inconsciente, no presintió ni una sola vez que se precipitaba en el desastre.

Restablecían, pieza por pieza, la exacta fisonomía de aquel desdichado barón Carlos, seguramente más digno de lástima que de censura.

Pertenecía á esa clase de hombres, definida por Michelet, «generalmente débiles y físicamente decaídos, ligeros, sensuales y sensibles; tan sensibles, que no podían ver de cerca á los desgraciados.

»Los veían en los idilios, en las óperas, en los cuentos, en las novelas que hacen verter dulces lágrimas. Lloraban con Bernardino de Saint Pierre, con Gretry y Sedaine, con Berquin y Florian; se congratulaban de llorar y decían para sí: «Yo soy bueno.»

»Con esa debilidad de corazón y esa facilidad de carácter, la mano abierta, incapaces de resistir á las ocasiones de gastar, necesitaban dinero, mucho dinero, mucho más que sus padres.

»De ahí la necesidad de sacar mucho producto de las tierras, de entregar al campesino en manos de intendentes y agentes de negocios.

»Cuanto mejor corazón tenían los señores y más generosos y filántropos eran en París, más se morían de hambre sus vasallos.

»Vivían menos en sus castillos, á fin de no ver aquella miseria que hubiese herido demasiado su sensibilidad. Tal era, en general, aquella sociedad débil, vieja y blanda..»

El barón Carlos era de esos, como Miguel Faulque era de tales intendentes designados. Mientras el barón soñaba con alguna pasioncilla nueva, Miguel continuaba su obra de opresión, de tiranía feudal, en nombre de su señor, que ignoraba sus actos.

Y todo el país, juzgando mal y torcidamente, consideraba á Faulque como un simple instrumento manejado por una mano ruda é imperiosa.

¿Podía ser de otro modo? Miguel, ¿no era de los suyos, hijo de siervos, hijo de un ahorcado por contrabando de sal, siervo también, educado á latigazos en las dependencias del castillo?

Este debía obedecer de mala gana al hijo de Guislano el Gabela, asesino de su padre; cedía á la fuerza, por miedo y llorando sin duda.

La realidad era muy distinta.

Es probable que Miguel no guardase de su origen más que un terrible deseo de venganza, y que, sin escuchar más que á su odio, fuese sordo á las quejas de los oprimidos.

No tenía más que una idea, una aspiración, un fin, aniquilar á su señor y usurpar su puesto.

Pero no dejaba adivinar nada de sus íntimos sentimientos. Sabía doblar el espinazo, mentir, adular; era perfecto en su papel y no le descuidaba un momento.

Había que reconocerle su única cualidad: una inteligencia notable, una profunda adivinación de los tiempos que se aproximaban. Presentía la catástrofe social, la juzgaba inminente y empujaba la rueda para que el carro se encharcase más pronto.

Además, su confianza en sí mismo y su desprecio para con su amo, Juan Lanas de una docilidad absoluta, no le abandonó un instante. Seguía adelante, multiplicando las faltas, de las cuales el otro había de ser responsable.

Pero al lado de aquellas grandezas relativas, había en aquel carácter complejo innumerables villanías, deliberadamente repetidas.

Que los pobres sufriesen, que padeciesen hambre, poco le importaba; mejor dicho, se alegraba de ello, por cuanto era causa de que el señor opulento fuese cada día más odiado.

Para lograr su fin, necesitaba pisar cadáveres, y procuraba que éstos fuesen muchos, esperando disminuir las distancias, gracias al número de muertos.

Fué un grandísimo bribón aquel lacayo tiránico, aquel hipócrita consumado, que Bertilla erigía en héroe de reivindicación social.

Era evidente que nunca había pensado más que en cimentar su propia fortuna, sin reparar en los medios.

En sus informes personales, que obraban en el archivo, no había más que denuncias, acusaciones, directas ó insinuadas, demandas de persecuciones, instancias á este fin, con harta frecuencia seguidas de sentencias y de actas de ejecuciones; todo obtenido contra la voluntad de su señor, que se lamentaba de ello y á quien la extenuada voz del pueblo miserable empezaba á maldecir sordamente.

En la cuestión de los convoyes de trigo saqueados en el río, se excedió. Era en 1787; el barón Carlos era aún teniente general del distrito, además de señor del pueblo.

Miguel Faulque obtuvo de él, con la dificultad y la insistencia casi amenazadora de que antes hemos hablado, una represión y un castigo ejemplares.

Era adelantar la rebelión; él lo sabía seguramente y aprovechó la ocasión, que calificó de ganga...

—¡Canalla!, gritó Gilberto ante la luz de la historia.

Pedro aprobó con un movimiento de cabeza.

—¡Y decir continuó el barón, que Carlos lo había casado con Paulina Belestat, una muchacha casi noble; que había dotado á su mujer generosamente.. con sesenta mil libras!.. ¡Otra que también se lo agradeció! ¿De qué parte era toda esa gente? Estamos removiendo cieno, hijo mío.

—¡Y sangre!, replicó brevemente Pedro. Pero continuemos.

A fuerza de días y más días, y de horas y más horas de aplicación, llegaron al desenlace del drama. Estremeciéronse de cólera ante el enloquecimiento del barón Carlos que, al sentir desmoronarse el edificio, expidió á su mujer y á sus hijos á Inglaterra, quedándose él, aconsejado por su intendente Éste

quería evitar que los bienes de su amo fuesen confiscados como bienes de emigrado.

Miguel Faulque se reservaba al barón... Lo guardaba en su poder para poderlo entregar á tiempo y cobrar el precio de su traición.

Gilberto y Pedro hicieron rechinar sus dientes al leer la huída del pobre señor prisionero, huída interrumpida en el camino por la vieja y horrible Fancha, otra Faulque.

Subsistía el acta de aquella tentativa de evasión; ¿bajo qué amenaza, bajo qué terror el barón Carlos la había reconocido exacta y había firmado?

Después todo se interrumpía; obscuridad completa, crimen consumado...

—Y bien, papá, ¿debo casarme con la bisnieta de ese hombre?

—No, contestó bruscamente Gilberto, apartando de sí los legajos.

Era una tarde de agosto. Durante quince días habían estudiado escrupulosa y minuciosamente todas las piezas del proceso á debatir; y era en pleno conocimiento de causa y en plena conciencia como pronunciaban aquel fallo, fatalmente implacable.

Bertilla era condenada.

V

—Ahora hay que dar fiestas.

Así exclamó súbitamente, en voz alta, el barón de Guibray frotándose las manos en su rincón solitario.

Desde su sombra, Valeria y Pedro le miraron con estupor; de tal manera aquella alegre resolución discordaba con las ideas generales y con el vacío de aquella noche triste y lenta.

—Y bien, ¿qué?, prosiguió Gilberto, el cual, viéndose sorprendido en flagrante delito de ridiculez, tomó el partido de enfadarse un poco; sí, ¿qué? Si lanzásemos algunas invitaciones, si saliésemos de la inercia, ¿dónde estaría el mal? ¿Vamos á estar eternamente como en un entierro? No es culpa mía si los sucesos no corresponden á vuestros deseos .. Yo no tengo nada que ver... Por mi parte, yo estaba dispuesto á todas las concesiones...

Pedro se levantó nervioso y empezó á pasearse por la sala, abriendo y cerrando alternativamente los dedos.

—No insista usted, papá; es inútil. Viva usted á su gusto, como tiene derecho... Dé usted fiestas si las considera necesarias á su política... Hace usted muy bien en interesarse en algo...; pero no nos reproche, á mí desde luego y menos á mamá, nuestras actitudes tristes... Usted sabe muy bien que no podemos estar alegres.

Esto dicho, se apoyó de codos en el antepecho de una ventana y quedóse inmóvil, contemplando la noche.

Gilberto, súbitamente calmado, se acercó á la baronesa, procurando ganarla á sus nuevos proyectos. Ella contestaba con amabilidad, pero sin entusiasmo, sin poder ocultar su pesadumbre.

Desde que Pedro consideraba á Bertilla definitivamente perdida, sentía por ella una pasión más intensa; lógica ordinaria de aquel espíritu atormentado por la contradicción.

Afirmaba haber buscado por lealtad la explicación decisiva y suprema. No quería intermediarios, pretendía hablar solo á la otra interesada. Es lo que había hecho, y desde entonces guardaba un recuerdo cruel en su corazón.

Al día siguiente de la sentencia pronunciada por su padre y por él mismo, partió por la mañana hacia el río, á la hora en que Bertilla acostumbraba ir también.

Fiel á esa especie de citas, tácitamente consentidas, la señorita Faulque apareció pronto en la ribera. Él se le acercó y la saludó profundamente.

Ella estaba inquieta, sabiendo que se trataba de su destino, que desde hacía tiempo se discutía el porvenir, en presencia del pasado, en el silencio del archivo de la Ruina. Interrogó con la mirada, fija en el rostro de su juez, que era al mismo tiempo su adorador. Juez y parte; mal negocio.

Aquel rostro se le presentó sombrío, y ella adivinó que iba á llorar.

Había en la orilla un tronco de árbol, arrastrado hasta allí por las aguas de una crecida y encallado



Bertilla, se le confieso con dolor; la amo á usted ardientemente

al borde mismo del río. Descortezado por las alternativas del sol y de la lluvia, blanco y liso como un hueso gigantesco, como la tibia monstruosa de algún Titán fabuloso, servía de banco á los paseantes. Pedro y Bertilla se sentaron en él.

Detrás de ellos las colinas, muy altas, trataban de escalar el cielo, bruscamente detenidas, oprimidas por la masa dominadora del antiguo castillo feudal.

Delante de ellos el río serpenteaba á derecha é izquierda, en bellas ondas tranquilas, reflejando los apacibles paisajes.

Era, una vez más, una decoración de idilio para una escena de drama.

—Señorita Bertilla. .

—D. Pedro...

El joven vacilaba. Lo que iba á decir le anudaba la garganta. Hizo acopio de valor y empezó:

—Señorita Bertilla, sé que tiene usted un alma admirable, un espíritu abierto á todas las comprensiones...

«Mal principio»—pensó Bertilla.

—Usted misma va á decidir de nuestra suerte común. Lo deseo... y es necesario. Pero, desde luego, quede bien sentado..., tenga usted la persuasión de que mi sueño más grato hubiera sido la concordia entre nuestras dos familias. Durante algún tiempo, en la ilusión de un espléndido amor, creí que al fin podríamos unir nuestras manos sinceras. Bertilla, se lo confieso con dolor; la amo á usted ardientemente, no amaré nunca á ninguna otra mujer, pero toda alianza es imposible entre los Faulque y los Guibray. Sin duda esto causará mi muerte, pero no importa. He removido con mi padre nuestras antiguas historias, nuestras historias comunes... ¡Ay! El resultado es lastimoso... Usted desciende de gentes que yo no puedo absolver, ni aun al cabo de cien años, ni aun pensando que es usted su nieta. Y en presencia de las tragedias sacadas á luz, he tenido que renunciar. Hay demasiada traición y demasiada sangre entre nosotros...

Ella le había escuchado erguida, sin interrumpirle; cuando él entrecortó su frase con un corto sollozo, Bertilla replicó, mal convencida, con voz amarga:

—No puedo saber lo que han descubierto de nuevo. Pero conozco á fondo esas historias de que usted habla. Mis abuelos se vengaron—duramente quizá—de aquellos tiranos execrables que fueron los abuelos de usted... Yo creía que estábamos en paz... Y había llegado á creerlo á fuerza de deseos de conciliación que acallaban los antiguos rencores; á fuerza, digámoslo, puesto que llegó el momento de la franqueza, á fuerza de cariño por usted. Hice mal; usted me lo demuestra... Quizá más vale así.

—¡Bertilla, gritó Pedro desolado, ese Miguel Faulque!..

—Un héroe...

—Un traidor, un asesino...

Detuviéronse á la vez, ansiosos, comprendiendo la inminencia de las palabras irreparables. Sin embargo, él prosiguió:

—Entonces, ¿le aprueba usted todavía?

—Sí... Sufrirlo todo en silencio es una cobardía. Miguel se sublevó..., hizo bien.

Pedro sacudió la cabeza, queriendo obrar con dulzura.

—¿Ve usted cómo no hay medio de entendernos?

—Es posible, murmuró Bertilla; somos seres excepcionales... Sin embargo, yo había creído posible la conclusión de las viejas querellas; con los tiempos nuevos, las ideas en marcha, el progreso...

—¿El progreso?, interrumpió Pedro con amargura; el hombre nunca ha hecho más que perfeccionar su sufrimiento. La prueba está en nosotros, prueba manifiesta, evidente.

Bertilla replicó:

—¿Miguel Faulque? ¿Sabe usted cuál fué su vida?

—Sí, demasiado lo sé: mentira eterna, crimen premeditado.

—Quizá otra cosa... Un padre ahorcado, una madre expulsada, una existencia de oprobio y esclavitud... Creo que son circunstancias atenuantes. Y sobre todo un alma amante de la independencia, consagrada al gran ideal de los pueblos libres; un ciudadano, un pensador, un filósofo capaz de acción. Si no hubiese habido cien Faulques en toda Francia, nada hubiera cambiado de las tradiciones arraigadas; yo sería sierva todavía, á las órdenes de usted, caballero. Confiese usted que sería excesivo ..

—Es usted demasiado democrática para mí.

—Su padre de usted es republicano...

—¿Mi padre? ¡Oh, oh!

—Al menos lo dice.

Pedro bajó la cabeza. Este argumento inesperado le desconcertó un poco.

Pero Bertilla, exaltada, sin notar la turbación del joven, continuó su ardiente reivindicación.

—He dicho lo que tenía que decir... No se figure usted, sin embargo, que yo trate ni un instante de hacerle volver sobre una resolución tan largamente meditada. Usted es libre, bien lo sabe usted... Nunca adquirió usted conmigo el menor compromiso. Le doy gracias por su franqueza... y procuraré olvidarle con la ayuda de Dios.

Entonces él flaqueó.

—¡Esto es horrible, horrible!.. Todo se vuelve contra nosotros... Está bien..., eso es..., olvídeme..., cásese usted..., sea feliz... Así, al menos, yo no tendría remordimientos, y sufriendo solo, sufriría en silencio como acostumbro.

Levantóse, temiendo ser cobarde, sintiendo subir lágrimas á sus ojos anublados...

(Se continuará.)

NOTAS DE ARTE.—BARTELS. GREEN. KOROWIN. HASENCLEVER

Juan Bartels es uno de los pintores que en Alemania han logrado tener una personalidad propia más acentuada; su estilo, su modo de ser, tienen un sello especial que hacen que no puedan confundirse con los de ningún otro artista, y sus obras, aunque no llevasen firma, se reconocerían en seguida, con bien poco esfuerzo.

El género que este artista cultiva es el de la vida marítima en sus distintos aspectos; pero no sólo reproduce admirablemente los tipos y las costumbres de las gentes del mar en lo que tienen de externo, sino que además, ahondando en la psicología de esas gentes, sabe presentar como nadie sus estados de alma, teniendo para cada uno de éstos la nota justa adecuada y armonizándolos admirablemente con el escenario en que se mueven. Así unas veces nos sobrecoge con verdaderos dramas, de esos que tanto abundan en la existencia del marino y algunos de los cuales hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y otras nos encanta con tiernas y suaves escenas, como el *Interior* que publicamos adjunto, escenas que no escasean tampoco en la vida de esos hombres que, avezados á las rudezas del mar, sienten intensamente, por la fuerza misma del contraste, las dulzuras del hogar doméstico.



Interior, cuadro de Juan Bartels

El vagabundo revela la mano de un artista de mérito, como lo es, en efecto, el dibujante inglés Carlos Green. En materia de bellas artes, un apunte, un croquis, un dibujo, un boceto, acreditan á veces á un maestro tanto como un cuadro ó una escultura acabados; y esto es lo que sucede en la obra que nos ocupa: la firmeza con que están trazadas las figuras, la expresión que en ellas se observa, la naturalidad, la espontaneidad que campean en el dibujo, son cualidades que sólo poseen los que han llegado á gran altura en el cultivo del arte.



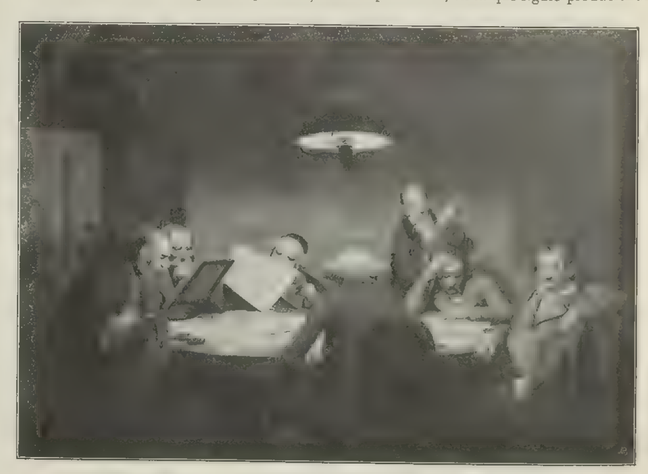
El vagabundo, dibujo de Carlos Green

El pintor ruso Constantino Korowin, autor de *La mesonera*, es un verdadero temperamento de artista que con percepción segura sorprende la belleza de las cosas, lo que tienen de pintoresco los espectáculos que contempla. Quizás mira la naturaleza de un modo algo superficial y acaso le interesa poco la psicología profunda; ello no obstante, las manifestaciones de los latidos de la vida humana y social han hallado en él al genial maestro que los traslada al lienzo con suave pincelada y tonalidades armoniosas. Korowin es uno de los pintores que en Rusia han formado escuela, gracias á la influencia que sobre la juventud han ejercido los atractivos de sus hermosos paisajes genuinamente rusos, sus cuadros de costumbres urbanas caracterizados por un impresionismo de la mejor ley y sus grandiosas pinturas decorativas.



La mesonera, cuadro de Constantino Korowin

Juan Pedro Hasenclever nació en Remscheid (Alemania) en 1810, estudió arquitectura en la Academia de Bellas Artes de Dusseldorf, pero no tardó en dedicarse á la pintura, poniéndose bajo la dirección de Shadow. Cultivó, en un principio, el género humorístico, alcanzando gran celebridad; después de una larga estancia en Munich y en Italia, ensanchó el campo de su actividad artística, mas no por ello abandonó su especialidad, en la que siguió produciendo notabilísimas obras, que alternó con otras que figuran en varios museos de Munich y de Berlín.—T.



El gabinete de lectura, cuadro de Juan P. Hasenclever

EL NUEVO FERROCARRIL DE CRISTIANÍA A BERGEN

El día 27 del actual noviembre se inaugurará oficialmente el nuevo ferrocarril de Cristianía á Bergen, el gran puerto comercial de la costa occidental de Noruega. Esta línea férrea, la más larga de aquel país, ha sido construída especialmente para los turistas; una parte de ella fué abierta ya al tráfico el año próximo pasado.

Merced á esta nueva vía, las 60 horas que antes se empleaban para recorrer la distancia que media entre aquellas dos capitales quedan reducidas á 14, y los trenes que circularán por ella tendrán todo el *confort* de los más lujosos, salvo que no llevarán vagones camas, pues el viaje se hará de día.

En los puntos más interesantes del trayecto se han construído grandes hoteles que estarán abiertos todo el año y en los cuales no faltarán seguramente los turistas, en especial los que se dedican á los deportes invernales. Estos durante el verano pueden ejercitarse en las altas montañas y durante el resto del año en las regiones más bajas, como por ejemplo en Finse. En todo tiempo y en todo el país cruzado por la nueva línea abundan los sitios, además de pintorescos en sumo grado, á propósito para las carreras de *skis*, de trineos, etc.

En la estación de Finse construyóse el invierno pasado un hotel; pero en vista de que resultó insuficiente para el gran número de viajeros que á él acudieron, se está edificando actualmente otro de mayores proporciones.

La nueva línea de Cristianía á Bergen tiene 178 túneles; su longitud total es de 492 kilómetros, y su construcción comenzó en 1895 y ha costado más de sesenta millones de coronas noruegas.



Tren provisto del aparato para apartar la nieve.—Estación de Myrdal rodeada de nieves; niños vestidos á la noruega para preservarse del frío.—Vista de uno de los 178 túneles que tiene esta línea férrea. (De fotografías de Carlos Trampus.)



Concurso de pintura del natural organizado por «La Paleta Provenzal» en los alrededores de Saint-Jullien de Provenza
(De fotografía de M. Rol.)

No diremos que la naturaleza sea la única maestra en materia de bellas artes; quien no haya recibido otras lecciones, en vano acudirá á ella en demanda de enseñanzas, ya que es imposible que en ella aprenda los conocimientos técnicos, sin los cuales se malogran las mejores disposiciones.

En cambio, puede afirmarse con seguridad absoluta que todo artista bien preparado en ninguna parte ni ante ningún modelo podrá recibir lecciones más provechosas ni alcanzar el mayor grado de perfección, como poniéndose en contacto directo é íntimo con la naturaleza, que no sólo será para él fuente de inspiración inagotable, por poco que él la sienta, sino que, además, le enseñará á ver y á reproducir fielmente la verdad y, por ende, á representar lo bello. De aquí que merezcan alabanza todos los esfuerzos que tiendan á despertar y fomentar el amor á la naturaleza y estimulen la familiarización con la misma.

Penetrada de estas ideas, la asociación artística «La Paleta Provenzal» ha celebrado recientemente un concurso de pintura del natural en los alrededores de Saint-Jullien; allí, en plena naturaleza, se han reunido varios artistas de ambos sexos, y durante algunos días se han empapado de sanas impresiones y han fijado en la tela los paisajes llenos de aire puro, de luz espléndida, de maravillosos colores que han visto sus ojos y su corazón ha sentido.

El adjunto grabado da perfecta idea del pintoresco espectáculo que ofrecían aquellos pintores, y que nos recuerda á los grandes maestros de la escuela francesa que en el primer tercio del siglo XIX, rompiendo con las trabas académicas y arrostrando las censuras de los unos y las burlas de los otros, crearon la escuela realista, trocando el taller por el campo y buscando en la naturaleza viviente lo que á su sed inmensa de belleza no podían dar el modelo inanimado ni el escenario artificiosamente dispuesto.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 8 de noviembre de 1909 — Núm. 1.454



DÍA DE MERCADO, cuadro de Juan Baixas. (Salón Parés.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La muerte de Lombroso presta actualidad á un nombre que nunca ha dejado de sonar y repetirse, aun cuando el *engouement* por las ideas del director del manicomio de Pésaro haya sufrido diminución en estos últimos años. Lombroso fué una moda intelectual allá en 1890. Sus teorías coincidieron con ciertas direcciones del pensamiento moderno, y hubo quien le colocó á la altura de los Lamark y los Darwin, juicio que la posteridad rectificará. Asusta pensar lo mucho que la posteridad debe rectificar, y lo poco que la crítica sólida actual influye en la elaboración de la mentalidad contemporánea.

Si hay un concepto que parece claro en nuestra época, es el de la ciencia. El método inductivo; el descrédito de la metafísica: la consagración del laboratorio y sus pacientes trabajos como fuente del conocimiento seguro..., todo debiera conspirar á que se exigiese, á los que hablan en nombre de la ciencia, datos muy seguros, experimentales. Nada de esto encontramos en Lombroso, y sin embargo, es científica su aureola.

Tres ó cuatro son las ideas fundamentales que Lombroso explana y diluye en sus obras más conocidas: *Los genios, El delincuente* y *El crimen político y las revoluciones.* Estas ideas, lo repito, estaban en el aire; esperaban á ser recogidas y sistematizadas. De ello se encargó el ex médico militar, escribiendo, más como artista que como sabio, en un estilo afirmativo, coloreado por meridional fantasía, como si se adelantase á las opiniones de su discípulo Nordau sobre la historia, en la cual ante todo entiende Nordau que debe campear la imaginación.

Al público se le suele conquistar así. Por lo menos, al público numeroso. La siempre cauta y reservada indicación del investigador prudente le hace menos efecto que una teoría de brillante plumaje, apoyada en una balumba de nombres y de hechos que cree exactos porque no los examina. En cuanto á los verdaderamente doctos, no sé qué opinión formarán; sólo puedo decir que, en mi patria, el famoso penalista Salillas, hasta hace poco director de la Cárcel Modelo, y en varios respectos discípulo de Lombroso, ha convenido conmigo en la endeblez de los materiales en que el tinglado de Lombroso se apoya.

Veamos cuáles son esas ideas principales, desarrolladas en los cinco gruesos volúmenes que tengo á la vista.

La idea de *Los genios* hela aquí. Esos grandes hombres que la humanidad admira son locos ó degenerados ó ambas cosas, y al par criminales. Se advierten en ellos los estigmas hereditarios y las lesiones somáticas que caracterizan al demente, al epiléptico y al idiota; el mancinismo ó zurdismo, la impotencia, la palidez, la estatura alta, la baja, la delgadez y otras particularidades que, á decir verdad, pueden observarse en el resto del género humano.

La primera dificultad que sale al paso es, como siempre, la de la clasificación. Es preciso entenderse y convenir en quién es genio y quién no lo es, y aquí ya se viene al suelo el tinglado. Genios indiscutibles no hay muchos. No existe el *pesagenio*, como existe el podómetro y el termómetro. La palabra *genio* sólo expresa, á mi entender, diferencias de *cantidad* en las facultades. Y la lista de genios que presenta Lombroso no puede menos de confundirnos, ante tantísimo genio del cual no ha oído hablar casi nadie.

No me tengo por un pozo de sabiduría, pero algo se ha leído, y confieso que el catálogo de Lombroso me da en qué pensar. A Ayax no le creí genio, sino héroe. Tampoco Luis Blanc, ni Krapotkine, ni Scarron, ni Galba, ni los Casios, ni Dati, ni Piccinini, ni Baldini, ni Skoda, ni Clemente VI, ni Malherbe, ni Tiberio, ni Mazzini, ni Restiff de la Bretonne, ni Duguesclin, ni Dupanloup, ni Noriac, ni Menage, ni Chatterton, ni Cagnoli, ni Casanova, ni Brunetto Latini, ni..., pero ¿á qué alargar la lista?, me hacen el efecto de genios, ni las particularidades que de ellos refiere Lombroso, aun las que están históricamente comprobadas, me parecen distintas de las que cada cual puede referir sin observar más que un círculo reducido de gentes vulgares. En cambio, á otros genios que nombra, como Cremani y Fusinieri, no los encuentro ni en el hospitalario Larousse. Por eso he comenzado diciendo que lo primero sería entenderse y establecer qué se entiende por genio. Si toda persona que se ha dedicado con algún fruto á las ciencias ó á las letras, ó que se hace notar en sucesos políticos, es genio, claro es que se multiplican los ejemplos de estigmas, aunque tampoco estaría de más subdistinguir entre las lesiones somáticas y los efectos de las pasiones, que serán muy funestas, pero no pueden nunca entenderse como degeneración.

Aun cuando admitiésemos la lista de genios de Lombroso, quedarían sujetas á examen recelosísimo las noticias que de ellos nos da.

Baste, para justificar mi desconfianza, el recordar que á Milton, cuyas hijas fueron poco menos célebres que su padre, lo incluye entre los genios que no tuvieron sucesión; que á Lope de Vega le hace discípulo de Rubens; á Santo Domingo le atribuye un rasgo conocidísimo de Santo Tomás; á Safo la poetisa la confunde con Safo la cortesana; hace nacer á Cervantes en Sevilla, á Mina en Córdoba..., y basta para muestra.

Resumiendo la crítica de esta primer idea lombrosiana: tendencia anticientífica á generalizar, endeblez é inexactitud en los datos.

El éxito de *Los genios* puede atribuirse al desbordado instinto igualitario que quiere suprimir la única superioridad insuprimible: la mental. Empezó la humanidad divinizando á sus genios y á sus héroes, y acaba, por medio de Lombroso, recluyéndolos al manicomio—si no al tonticomio, puesto que, en opinión del autor, los genios son, fuera de lo genial, más bobos que nadie. Bobos sublimes, pero bobos.

Con todas sus deficiencias científicas, precisamente científicas, el libro de Lombroso abre surco, y es de la más sugestiva lectura. El mismo Lombroso nos lo dice, en el prefacio de la tercera edición del *Hombre delincuente*, que es la que poseo: mientras nadie leyó las investigaciones profundas, apoyadas en cien exactas experiencias, sobre la *Pelagra* y sobre *El veneno del maíz*, los libros escritos «abandonando las serenas regiones de la ciencia» penetraron en la conciencia pública. Y Lombroso recuenta los discípulos, la imponente escuela antropológico-jurídica que se formó en el mundo entero, siguiendo sus huellas; y cita secuaces en toda Europa, en España, en Portugal, en la América del Sur.

En *El delincuente*, por querer probar mucho, nada prueba Lombroso. La afirmación de la irresponsabilidad por la existencia del «delincuente nato» y del «loco moral» ha venido á introducir tal confusión en el terreno jurídico, que se comprende que Lombroso, son sus palabras, vacilase en publicar la obra *«innanzi all idea dei danni soziali.»* Hemos visto, en estos últimos tiempos, merced á la libérrima interpretación de los principios de Lombroso, que ningún delincuente era culpado. Este, por joven; aquél, por viejo; el uno, por hijo de padres alcohólicos; el de más allá, porque tenía la oreja en forma de asa, debían ser absueltos y no sé si recompensados. Vanamente se les respondería á los abogados defensores y á los jurados indulgentes, aturdidos con argumentos que se revestían del ropaje de una ciencia nueva y desconocida, prestigiosa y pintoresca en sus conclusiones, que mucha gente es vieja y moza y es hija de padres aficionados al espíritu parral y tiene la oreja de un modo y la mandíbula de otro, sin ser por eso delincuente y siendo hasta honrada. Conozco marineros tatuados, los mejores hombres del mundo. ¿Qué significación científica pueden tener los signos de criminalidad? Sólo aproximativa. Y lo aproximativo no es rigurosamente científico.

Aceptando como elemento excitador al conocimiento de la verdad las teorías de Lombroso, no debemos dejarnos alucinar por ellas, ni suponer que encierran un nuevo derecho y una nueva moral. Realmente, lo que se agita en los dos voluminosos tomos, llenos de palabras técnicas y de diseños extraños, no es sino la vieja cuestión teológica de la predestinación y el libre arbitrio; la cuestión que apasionó á los doctores de la Edad Media, y que siempre hará meditar á los pensadores de todas las épocas del mundo, desde San Agustín hasta Schopenhauer.

Hace observar Lombroso que la psicología del criminal nato se parece más á la del salvaje que á la del loco. Ahora bien: el salvaje es una muestra de la psicología humana no modificada por las influencias de civilizaciones superiores. El salvaje es social, no se sabe de salvajes solitarios; el salvaje tiene sus ideas religiosas, sus rudimentos morales; pero todo ello es débil aun contra el empuje del instinto, base de la vida salvaje, y el instinto humano, triste verdad, es de apropiación, sensualidad, venganza, crueldad y egoísmo. No en el hombre anormal: en todos. El estado de naturaleza es, pues, el estado criminal constante. Estúdiese la psicología del niño, que reproduce en abreviatura la del salvaje. Los niños mienten, se apoderan de lo que les encapricha, una de sus primeras gracias es pegar y repetir «Te mato.» No conocen el pudor, comen destempladamente, y apenas tienen cariño á los que les crían y cuidan, si no interesa á su egoísmo. Es inútil decir que la idea religiosa no les contiene, y que sus instintos son lo único que les guía. El salvaje no hace sino prolongar la infancia. En el hombre civilizado actúan otras influencias, y el que se substrae á ellas, se substrae porque quiere, y es, en medida que las circunstancias han de determinar, responsable. Negar esto, es dar soltura á la fiera.

Y dígase lo que se diga, el criminal, por *nato* que sea, se reprime y reporta con el temor al castigo. Lo decía doña Concepción Arenal, eminente penalista y mujer de espíritu tan piadoso: si se suprimiese la pena de muerte, muchos criminales perderían el único freno que les sujeta. Por eso doña Concepción no era partidaria, ni de la abolición, ni aun del indulto. Y por eso, después del período de lombrosismo agudo en que se ha declarado irresponsable á todo acusado, se indica ya una reacción, precisamente dentro de la escuela antropológica, y surge la doctrina de la eliminación por defensa (sustentada por el propio Lombroso). Síntoma de esta reacción es el hecho de que en Francia, casi abolida ya la pena capital, hubo que restablecerla, después de la absolución del sátiro Soleilland, que dió lugar á un motín de indignación

Así la escuela antropológica ha sido la lanza de Aquiles, y en ella ha cabido la confirmación de las ideas tradicionales del derecho penal. No se debe temblar nunca ante las novedades, sino examinarlas. A veces nos alarmamos de cosas que ya dijeron Aristóteles y Platón.

Nada más conservador que las consecuencias que se deducen del estudio de Lombroso y Laschi sobre *El crimen político y las revoluciones.* Lo indica la cita de Littré que encabeza la obra: «Esta clase de crimen merece ser estudiado como caso de patología social.»

Severo es el juicio de Lombroso sobre las revoluciones. Las considera siempre estériles, y opina que, hasta cuando no las inspira intención criminal, deben contarse en el número de los crímenes y no pueden excluirse de los códigos.

Como confirmación de este aserto, Lombroso afirma, apoyándose en casos de huelgas sangrientas y de revoluciones, que la capa de barniz de nuestra civilización es muy ligera, y que, aun en tiempos tranquilos, el estudio de las costumbres nos prueba que, á pesar de vicisitudes y cruzamientos, han variado poco desde la época bárbara.

Califica, pues, Lombroso á las revoluciones de accesos de locura epiléptica, neurosis agudas que se determinan en los pueblos; y añade que el criminal común, por su naturaleza impulsiva, por odio á las instituciones que le estorban, es un rebelde político perpetuo, que encuentra en las asonadas el medio de satisfacer doblemente sus pasiones, y de verlas por primera vez aprobadas por numeroso público. Especialmente, al comienzo de las revoluciones, los criminales abundan, porque entonces las energías anormales y mórbidas arrastran á los débiles y á los inciertos, y los inducen á los excesos por epidemia de imitación. La epilepsia y el alcoholismo en el varón, la prostitución en la mujer, he ahí las dos fuentes de donde mana la criminalidad política. Ningún hombre político sería más severo, ni siquiera el célebre Suñer, que salvado de que le crucificasen en un árbol sus partidarios, escribió: «Estoy convencido de que no han perdido los instintos del hombre de las selvas.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

UNA CARTA, POR JOSÉ M.ª FOLCH Y TORRES



Ella escuchaba sin oir

—¿Ya sabe usted, dijo Luisa á Manuel Valdés, que el día veinte damos el segundo concierto?..

—Lo sé, Luisa; pero con gran sentimiento de mi parte, no podré esta vez gozar de los atractivos de sus fiestas. Voy á París por unos meses.

—¡A París!, exclamó Luisa sin poder ocultar la contrariedad que tal noticia le causaba.

Manuel Valdés pareció sorprenderse del acento con que la joven había pronunciado estas últimas palabras, y en sus ojos brilló fugaz un destello de alegría.

—¿Le sabe á usted mal, Luisa, que me vaya?

Ella vaciló un instante antes de responder.

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Ciertamente, ha sido una indiscreción mía, por no decir pretensión extremada...

—No es eso, Manuel.

—¿Entonces?

—Entonces...

—¿Pero será cierto, Luisa, que á usted pueda interesarle el que yo me marche ó me quede?

Luisa bajó los ojos y sus mejillas se tiñeron de un ligero rubor.

Manuel no lo hubiera jamás creído. Enamorado platónico de Luisa y concurrente asiduo á las fiestas y reuniones que á menudo se daban en su casa, en varias ocasiones tuvo el propósito de confiar á su beldad el secreto de su corazón; pero sea porque ella esquivara la ocasión, fuese porque Manuel no era, á decir verdad, muy lanzado en asuntos amorosos, lo cierto es que *la cosa* no había salido y que Manuel pasaba los mil sinsabores viendo á Luisa, asediada por otros jóvenes más parleros y más avezados que él, con los cuales departía ella alegremente.

Luisa no había, en verdad, dejado de ver por dónde iban los quereres de Manuel, y muy complacida que estaba por ello... Solamente que... Luisa, sin ser coqueta, gustaba de flirteos; y como por otra parte Manuel no se atrevía, ciertamente que no debía ser ella la que le pusiese en el trance.

Pero ahora ya era otra cosa. Manuel, aquel Manuel sumiso, seguro, incapaz de faltar un día á las reuniones; aquel apuesto mozo que callandito se la comía con sus ojazos desde un extremo del salón, no osando decir lo que por ellos rebosaba; aquel muchacho, simpático y serio, había dicho que se iba, que se marchaba nada menos que á París y...

—¿Ha dicho usted por unos meses?

—Sí, Luisa. Dos ó tres meses por lo menos. Un asunto de banca me lleva allí, y no puede pensarse el tiempo que pueden durar las negociaciones.

—¡Va usted á divertirse de lo lindo en París!

Manuel la miró en los ojos fijamente.

Ella los bajó de nuevo.

Envalentonado y satisfecho en el fondo de su alma del sesgo que tomaba el asunto, abrióle su corazón, y, cosa rara, lo hizo con tal ardorosa verdad, con tanta alma, que él mismo quedó maravillado de su propia verbosidad.

Ella escuchaba sin oir. ¿Y qué necesidad había de ello, si ya sabía de antemano lo que contenía aquel corazón sincero?

—Me ama usted, dice, y no puedo negar que lo había adivinado hace ya tiempo. Pero, diga Manuel, ¿por qué ha escogido esta ocasión para revelarme lo que usted creyó secreto? Dice que me ama, y me lo dice en la víspera de una ausencia de meses. Deja usted en mi alma la custodia de esta confesión, y se marcha usted... á París, allí donde cada instante trae emparejada una tentación, donde en medio de placeres y diversiones el olvido no tarda en llegar, donde... ¿Por qué me lo decía usted ahora, Manuel?

Este, con la mano en el corazón, juró no olvidarla, pensar en ella en todos los instantes. ¿Cómo no, si la llevaba dentro de su alma desde que la conoció, si no vivía más que para ella?

Luisa quiso creerle. Convinieron en que Manuel mandaría á menudo cartas postales *inofensivas*, es decir, que pudieran leerse en familia, postales de pura cortesía.

En aquel momento un grupo de jóvenes se acercó á la pareja. Se había organizado un cotillón y se rogaba á Luisa que quisiera dirigirlo.

Manuel se refugió en el fumador para gustar á solas de la felicidad que inundaba su alma.

* * *

Entre los pretendientes de Luisa había uno que bien merece nuestra atención. Juanito Lagos se llamaba, y era un temible *Don Juan*, según propia creencia. Dificilillo sería afirmar si su amor por Luisa no sería otro de sus muchos amores, ó bien si por esta vez el dardo había dado en el fondo. Lo cierto es que Juanito redobló sus acometidas en cuanto le pareció ver á Luisa más *huída* que de costumbre.

Mes y medio, poco más ó menos, había transcurrido desde el día en que Manuel confió á Luisa sus amores. En un principio todas las semanas, invariablemente, se recibía, *para la colección*, una tarjeta postal del ausente, cuatro palabras de saludo con el pretexto de acompañar tal ó cual vista de la capital de las capitales.

Pero de pronto cesó la correspondencia. Manuel no escribía, y en vano Luisa esperaba todos los días la hora del correo.

Su angustia fué en aumento á medida que el tiempo pasaba. Creyóle enfermo, y comprendió cuánto le amaba en el dolor que experimentó á la sola idea de perderle.

Un día Juanito Lagos, con la mayor naturalidad, dejó caer en la conversación el nombre del ausente.

—¿Pero tiene usted noticias de Manuel?

—¡Ya lo creo!, contestó Lagos con no poca intención. Y que según parece no le va mal en París... Naturalmente, París está tan lleno de diversiones que no hay manera de aburrirse allí.

—¿Le ha escrito á usted?, preguntó Luisa procurando no descubrir su zozobra.

—A mí precisamente, no; pero me enteré por Eduardo, su íntimo.

Luisa recorrió con los ojos el salón. Eduardo no estaba allí.

Es por demás ponderar la terrible angustia que se apoderó del amante corazón de Luisa. «Entonces sería cierto que Manuel había olvidado, en el torbellino parisiense, la fe jurada!»

Por su mente atravesaron los más descabellados proyectos; pensó en escribirle echándole en cara su apostasía... Pero no, se limitaría á preguntarle si estaba enfermo... Tampoco esto. Le suplicaría..., le abriría su corazón acongojado, le diría cuánto sufría, cuánto lloraba ..

Y así pasaban los días, tristes y crueles, de silencio, llenos de indecisión y de angustia, sin una noticia consoladora, sin un rayo de luz que iluminara las tinieblas de su alma enamorada...

Hasta que llegó el día del santo de su padre. Su corazón no la había engañado: había postal de Manuel. Entre el sinnúmero de tarjetas recibidas la encontró. Felicitaba á su papá y excusaba su silencio en una enfermedad que decía haberle tenido en cama tres semanas.

En la fiesta de la noche Luisa se presentó más bella y radiante que nunca y con ser riquísimo el traje que lucía, más rica era la luz que sus ojos irradiaban derramando generosos el gozo que llenaba su alma.

Juanito Lagos no faltó á la fiesta. Luisa al verle no pudo reprimir un gesto de disgusto, y más aún, cuando acercándose para saludarla, la dijo sonriendo:

—Ya sé que ha habido tarjetilla...

Luisa, sorprendida y despechada de que aquel ente ridículo poseyera el secreto de su alegría, quiso volverle la espalda, pero él supo añadir con presteza:

—Hay excusas de cierta enfermedad, ¿no es cierto?

—¿Y qué le va á usted en ello?, respondió Luisa secamente.

—Nada, ya lo sé; pero yo me veo en el deber de poner á usted al corriente de lo que sucede, dijo Juanito tomando aires de hombre serio. No se me ha ocultado que usted ama á Manuel... Bueno, peor para mí. Pero si para evitar esto no hay remedio, no puedo en cambio tolerar en manera alguna que se la engañe á usted miserablemente.

Luisa, pálida como una muerta, no halló palabra para contestar.

—Manuel no merece el amor de usted, Luisa.

—¡Le exijo á usted que pruebe lo que dice!, exclamó ella en voz baja, ahogada por la emoción.

Juanito Lagos sonrió.

—Una prueba..., no es muy fácil darla; pero si usted se empeña en ello...

—¡Lo exijo!

—En este caso... Pero créame usted, Luisa, bajo mi palabra. No hace aún diez minutos que en la misma escalera de su casa de usted un amigo de Manuel nos ha leído una carta suya. ¿Cómo iba á saber, si no, que usted ha recibido hoy una tarjeta?

—¿Y esa carta dice?..

—No quiera usted saberlo.

—Pues precisamente es eso lo que quiero.

—No sea usted exigente. Esa carta no me pertenece...

—Ha dicho usted que si yo me empeñara...

—Sí, lo dije. La carta está en el gabán de mi amigo... Conste que es porque usted me lo exige el cometer yo una acción reprobable.

Y diciendo esto desapareció del salón, volviendo al cabo de unos instantes con un pliego escondido debajo el smoking.

—Aquí está. Permítame que no se la entregue, porque... hay cosas que no puede leerlas una señorita; vea usted solamente estas pocas líneas, suficientes para darle una idea..

Luisa leyó el fragmento que Lagos le mostraba.

«... Esta mujer vale más que un imperio. Eternamente habrá en mi corazón un lugar para ella. Compra y mándame unos pendientes toledanos, que dice le gustan mucho, pues quiero darle esta sorpresa...»



Estudio, dibujo de Arturo Kampf

Luisa no pudo leer más. Sus hermosos ojos se nublaron y sus manos temblaban de tal suerte que no le era posible dar con el punto.

Devolvió la carta y corrió á refugiarse en sus habitaciones, dejándose caer en un sillón, postrada, anonadada, como si acabara de demolerse en su alma todo lo que en ella hubiera de voluntad y de fuerza.

Al poco rato se presentó su doncella, la cual, habiéndola oído retirarse, acudía á ponerse á sus órdenes.

—¡Pero qué le sucede á usted, señorita!, exclamó alarmada notando su extrema palidez.

Necesitada de expansiones, su corazón acongojado confió á la doncella su desconsuelo.

Pero de pronto una loca curiosidad se apoderó de ella... «¿Qué mujer sería esa, qué atractivos reuniría que así hubiese podido esclavizar el corazón de Manuel? ¿Sería rubia, morena, alta, baja?.. Acaso contaría también estos pormenores en la carta...

La curiosidad es la más poderosa de las tentaciones. Luisa no la resistió, y sin detenerse á calcular la gravedad de lo que se proponía, rogó á la doncella que fuese cautelosamente á buscar la carta en el bolsillo de uno de los gabanes del ropero.

La doncella obedeció no sin cierta repugnancia.

Cuando Luisa tuvo la carta entre sus manos, tentada estuvo de devolverla sin abrirla, pero no pasó de tentación..

Conteniendo los latidos de su pecho, desdoblóla y leyó. Leyó..., iba leyendo y su semblante adquiría, á medida que avanzaba la lectura, claridades de cielo después de tormenta. Leyó y releyó repetidas veces, al principio con indescriptible sorpresa, sonriendo luego, y por último riendo á boca llena, loca de alegría, saltona, levantando al aire sus brazos agitando la carta triunfalmente.

La mujer, aquella *terrible* mujer que según frase de Manuel «valía más que un imperio,» no era otra que la portera, que le había cuidado durante su enfermedad, y á la cual, agradecido, quería ofrecer un presente.

—¡Gracias, Dios mío, gracias!, exclamó besando la carta repetidas veces.

. . . .

Hubo en casa de Luisa, al cabo de poco tiempo, otra fiesta brillante.

Los periódicos llenaban más de una columna reseñándola...

Lagos, solo en su habitación, acababa de terminar su lectura. Dobló el diario y dijo:

—Pues, señor, no acierto á explicarme cómo no recibí esta vez la acostumbrada invitación.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



El trabajo, escultura de Arturo Dazzi

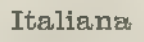
CAMILO COROT

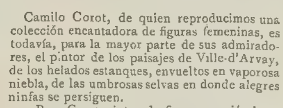
PINTOR DE MUJERES



Meditación

Corot no es sólo el divino paisista de los plateados estanques de Ville-d'-Avray. Esta obra maestra nos prueba que el artista sabía pintar el rostro humano con penetración grave y tierna.



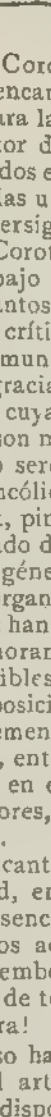


La niña y la tórtola

Cuadro de ingenuidad deliciosa: esa niña rubia que habla á su tórtola domesticada, llamábase Leontina Desavary, y era hija de un amigo del gran pintor

Italiana

He aquí una mujer de perfecta belleza; el óvalo de su cara es puro como el de la Fornarina.¡ Y decir que los «snobs» de 1880 calificaban estas creaciones exquisitas de «muñecas rellenas de salvado!»



Camilo Corot, de quien reproducimos una colección encantadora de figuras femeninas, es todavía, para la mayor parte de sus admiradores, el pintor de los paisajes de Ville-d'Arvay, de los helados estanques, envueltos en vaporosa niebla, de las umbrosas selvas en donde alegres ninfas se persiguen.

Pero Corot pintor de figuras, ¿quién le conoce bajo este aspecto como no sean unos cuantos elegidos? Sus contemporáneos, los críticos, los mismos Teófilo Gautier y Edmundo Abaut, se burlaban de la falta de gracia de esas figuras, cuya sinceridad y cuya vida no sentían. Esas figuras no son modelos copiados en el lienzo, sino seres que palpitan, sonrientes ó melancólicos.

Corot, pintor de figuras, merece figurar al lado de los más grandes pintores de este género.

Los organizadores del Salón de Otoño de París han procedido con gran acierto conmemorando á uno de los maestros indiscutibles de la escuela francesa con una exposición retrospectiva de sus figuras femeninas, en la que pueden admirarse, entre otras muchas, las reproducidas en esta página, tan buenas, si no mejores, que sus más celebrados paisajes.

El encanto de esos lienzos está en su probidad, en su ingenuidad. ¡Qué lección de sencillez se desprende de todos ellos para los adornistas de moda que, con el pretexto de embellecer, de idealizar su modelo, le despojan de toda gracia á fuerza de afectación insincera!

Era preciso hacer resaltar este aspecto de la personalidad artística de Corot, lo que se ha conseguido disponiendo en el citado Salón la instalación de una sala dedicada exclusivamente á retratos de mujeres por él pintados, que indudablemente constituye el mayor atractivo de la exposición.

Corot supo substraerse al amaneramiento dominante en su época; y preocupándose sólo de la verdad, logró fijar en sus lienzos figuras vivientes, estados de alma, buscando la belleza, no en la ficción, sino en la realidad misma.

La guitarrista italiana

De sus viajes de joven al país de Rafael, había conservado Corot una tierna veneración á Italia; por esto llevaba á su taller de la calle de Paradis Poissonniere lindas jóvenes ataviadas con los trajes típicos de Albano ó de Genzano, una de las cuales sirvióle de modelo para este cuadro. Y preciso es reconocer que la belleza de este lienzo justifica la predilección que por aquellos tipos italianos sintió el gran maestro.



Melancolía

¿En quién piensa esa linda campesina? Seguramente en algún novio que la ha engañado. Corot sabía traducir como los más grandes maestros los más profundos estados de alma; en este lienzo, una sencilla obrera abandonada le ha bastado para realizar una obra de expresión admirable. Hay en la actitud y en el semblante de esa mujer un sentimiento tan intenso, que, mirándola, no es posible dejar de experimentar una impresión hondísima.

BERLÍN.—MONUMENTO A MOMMSEN

Hace pocos días inauguróse el monumento que adjunto reproducimos y que ha sido erigido en el jardín de la Universidad de Berlín á la memoria de Teodoro Mommsen, una de las glorias más grandes y más legítimas de Alemania.

Historiador, filólogo y epigrafista eminente, dotado de una inteligencia privilegiada, de una infatigable laboriosidad y de un profundo espíritu observador, fué reconocido y admirado como sabio eminentísimo, no sólo en su patria, sino también fuera de ella. Su grandiosa *Historia romana*, su *Corpus inscriptionum latinorum*, su *Corpus inscriptionum neapolitanarum*, su *Derecho público romano* y tantas otras obras importantísimas conquistáronle fama universal y le abrieron las puertas de las principales academias y sociedades científicas alemanas y extranjeras.

Había nacido en Garding (Sleswig) en 1817, y allí hizo sus primeros estudios, que completó en Altona y en la Universidad de Kiel. Después de atravesar un período muy difícil, hizo un viaje por Francia é Italia subvencionado por la Academia de Berlín; y de regreso en Alemania, en 1848, fué nombrado profesor extraordinario de Derecho en Leipzig, cargo del que se le destituyó dos años después á causa de haber tomado parte en un movimiento revolucionario. Luego fué sucesivamente profesor de las Universidades de Zurich, Breslau y Berlín, y en 1874 se le nombró secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de esta última capital.

Falleció en 1903 en Charlottenburgo, y su muerte fué considerada como duelo nacional en su patria y como una pérdida irreparable en el mundo científico.

Hoy sus compatriotas han honrado su memoria elevándole la hermosa estatua modelada por el célebre escultor Adolfo Brutt, que perpetuará su recuerdo en aquel centro docente, en donde durante tantos años difundió en admirables enseñanzas sus vastos y profundos conocimientos.



Monumento á Teodoro Mommsen, obra de Adolfo Brutt, erigido en el jardín de la Universidad de Berlín y recientemente inaugurado. (De fotografía de Carlos Trampus.)

DE AVIACIÓN

La aviación gana cada día nuevos prosélitos en todos los países y en las más altas clases sociales. En la actualidad el duque de Westminster, jefe de una de las más ilustres familias de la aristocracia inglesa, se propone dedicarse á este deporte, y al efecto se ha trasladado á Mourmelón (Francia), en donde se halla establecida la Escuela de pilotos y en donde una porción de aficionados se instruyen en el manejo de los aeroplanos y se ensayan bajo la dirección de expertos aviadores.

El duque llegó allí el 29 de octubre último, y en seguida tomó su primera lección en el biplano Voisin, destinado al aprendizaje, siendo su maestro el célebre aviador Enrique Farman, en compañía del cual efectuó al día siguiente su primer vuelo. El aprendiz quedó encantado de aquella prueba; y dados el entusiasmo con que ha tomado la cosa y la excepcional pericia de su profesor, es de suponer que antes de muy poco tiempo podrá lanzarse á los aires manejando y haciendo maniobrar sin auxilio de nadie el biplano Voisin que recientemente ha adquirido.



El duque de Westminster, que actualmente está haciendo su aprendizaje de aviador en la Escuela de pilotos de Mourmelón (Francia). (De fotografía de M. Rol.)

Se han publicado los resultados definitivos de los premios distribuídos por la Liga Nacional Aérea de Francia á los vencedores de la Gran Quincena de la Aviación de París, de la que oportunamente nos ocupamos.

El conde De Lambert ha ganado: el premio del Consejo Municipal de París, 25.000 francos; el primer premio del Consejo general del Sena, 7.000; el premio Scheurer-Kestner, 1.000; el premio del barón Andrés de Neuflize, 1.000; una prorrata sobre el importe de los premios no adjudicados, 2.347'62; total, 36.347'62 francos y además una parte del premio de totalización de las distancias, que es un tanto por ciento del importe de las entradas despachadas en los días 7, 10, 19 y 21 de octubre.

Gobrón ha ganado: el segundo premio del Consejo general del Sena, 3.000 francos; el premio de la señora Quintón, 1.000; el premio del Sr. Cretenier, 1.000; una prorrata de los premios no adjudicados, 345'24; total, 5.345'24 y además una parte del premio de totalización.

Enrique Bregi ha ganado: el premio de Bernardo Dubos, 2.000 francos; el premio de la señora Falco, 1.000; una prorrata de los premios no adjudicados, 207'14; total, 3.207'14 y además una parte del premio de totalización.

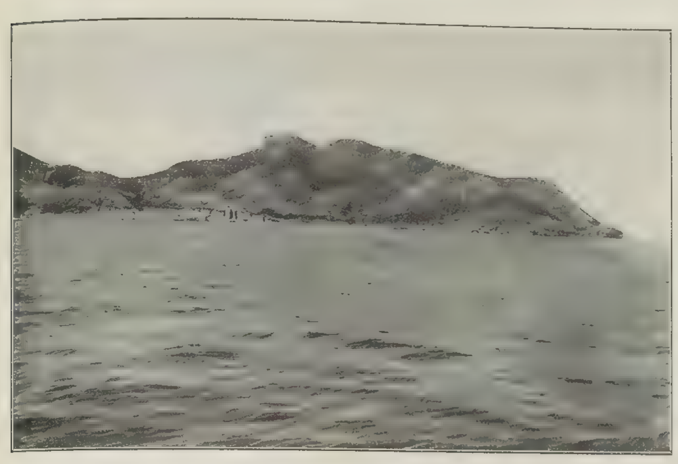
Han terminado los concursos de Doncaster y Blackpool (Inglaterra). En el primero Delagrange ha obtenido la copa de inauguración, la copa de Doncaster Tradesmens (de velocidad), volando á razón de 86.500 metros por hora, y el tercer premio de la copa Doncaster; Sommer, la copa Chairmans, la copa Witworth y la copa Doncaster; Le Blon, la copa de Bradford y el segundo premio de la copa Doncaster, y Molón, el cuarto premio de esta última. En el de Blackpool Farman ha ganado 60.000 francos; Rougier, 16.500; Paulhán, 12.600, y Latham, 10.000; además Latham y Farman han recibido la medalla de oro del Aero-Club de Inglaterra.

En estos últimos días se han efectuado algunos vuelos admirables. En Brooklands, Paulhán ha batido el *record* de la altura y de la velocidad, elevándose á 216 metros y recorriendo 54 kilómetros en 58 minutos.

Bleriot, en Viena, ha realizado en presencia del emperador, de los archiduques, de los ministros, de toda la alta sociedad vienesa y de un público de 300.000 personas, una ascensión que ha sido un verdadero triunfo para el famoso aviador francés, que permaneció más de media hora en el aire ejecutando toda clase de evoluciones con precisión extraordinaria. Cuando descendió, el emperador le felicitó calurosamente y el público le tributó una ovación delirante.

Pero á todas estas hazañas ha superado la llevada á cabo el día 3 de este mes en Mourmelón por Enrique Farman, quien ha batido su propio record de Reims, del que nos ocupamos oportunamente, permaneciendo en el aire 4 horas, 17 minutos y 53 segundos y recorriendo en este tiempo 232.212 metros.—S.

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Monte de Yama Taryat, cala del Peñón Hendido y cabo de Tres Forcas

Desde hace algunos días están totalmente suspendidas las hostilidades y apenas si ocurre algún pequeño tiroteo aislado que carece en absoluto de importancia, lo que se debe seguramente en parte al debilitamiento de la *jarka* y en parte á las negociaciones comenzadas por los emisarios del sultán Muley Hafid, de cuya llegada á Melilla dimos cuenta en el número último.

Según parece, las fuerzas de la *jarka* disminuyen y entre los rifeños cunde el desaliento á causa de las pérdidas por ellos sufridas durante los últimos temporales; la miseria es entre ellos cada día más grande y amenaza ser aún mayor si la guerra continúa, y ello hace que su entusiasmo bélico decrezca y que sus contingentes mengüen constantemente.

Por otra parte, algo y quizás mucho ha de influir en su ánimo la presencia de la embajada jerifiana en Melilla y las gestiones que en nombre del soberano realiza cerca de los jefes de las principales cabilas. El Bachir y sus compañeros salieron de la plaza el día 30 de octubre último y se dirigieron al zoco El-Had, en donde debían reunirse con los caudillos rebeldes para tratar de su sumisión; dábanles escolta un escuadrón de caballería y la *jarka* de moros amigos que manda el kaid Amsrani, el *Gato*, que los acompañaron hasta el límite de nuestras posiciones avanzadas. Desde Benisicar, El Bachir despachó un jinete para que diera cuenta de su llegada á los rifeños, y en seguida bajaron éstos en gran número de las cuestas de la montaña. La conferencia duró tres horas, y aunque los enviados de Muley Hafid á su regreso á Melilla se mostraron muy reservados, hay motivos para suponer que no quedaron descontentos del resultado de su expedición y que se acentúan las corrientes pacíficas.

Asistieron á la entrevista los representantes de todas las cabilas y fracciones de las mismas, incluso la de Benibuifrur; los Beniburriagas no estuvieron presentes, pero enviaron una carta muy afectuosa á los emisarios del sultán, cuya autoridad parece que se encuentran dispuestos á reconocer todos los rifeños. Entre los moros notables que concurrieron á la conferencia estaban El Messián, Abd el Kader, Ismael Chaldi, hijo del famoso jefe de la *jarka*, y otros caudillos prestigiosos.

En aquella reunión acordóse, según se dice, celebrar varias entrevistas parciales con las diferentes cabilas á fin de llegar con cada una de éstas á un acuerdo definitivo.

Cuando estas notas se publiquen, los emisarios jerifianos habrán ido seguramente á Zeluán á conferenciar con aquellas cabilas, de las cuales espérase que acogerán favorablemente sus excitaciones en pro de la paz, puesto que, además de estar sumamente quebrantadas, desean poder dedicarse tranquilamente á sus faenas agrícolas.

Hace algunos días, el comandante francés Bouquereau, jefe de unos puestos del Muluya, tuvo la delicada atención de adquirir en un zoco varios objetos que pertenecieron á jefes y oficiales españoles muertos en el combate del 27 de julio, y así lo anunció en una sentida carta al general Marina. Este le contestó agradeciéndole vivamente su noble acción y rogándole que, si sus jefes se lo permitían, fuese á Melilla para recibir el homenaje de los oficiales y jefes españoles.

El Sr. Bouquereau, aceptando la invitación, llegó á la plaza el día 1.° de este mes y visitó en seguida al general, á quien entregó aquellos objetos y de quien escuchó las más cariñosas frases de gratitud.

Por la tarde el comandante estuvo en el cementerio, acompañado de los generales Marina y Del Real, visitando el mausoleo en donde están enterrados los generales, jefes y oficiales muertos en esta campaña y en la de 1893; después de depositar una hermosa corona que el ejército de Argelia dedica á sus compañeros del ejército español que han sucumbido en defensa de la patria, pronunció un sentido discurso expresando la admiración que en el mundo y especialmente en Francia produce el valor con que combaten los soldados españoles.

El general Marina, profundamente emocionado, contestó en nombre del ejército español dando las gracias al comandante francés por la ofrenda tributada á los héroes de la campaña, y añadiendo que España jamás olvidará este acto, que servirá para afianzar más los lazos de amistad que unen á los dos pueblos. Terminó rogando al Sr. Bouquereau que hiciera presentes aquellas manifestaciones al general Liantey y á los jefes y oficiales del ejército de Argelia.

Durante su estancia en Melilla, en donde ha permanecido varios días, el comandante ha visitado los cuarteles y varios campamentos y ha sido obsequiado con banquetes por la oficialidad de los cuerpos de aquella guarnición y por el comandante en jefe general Marina.—R.



Faro recientemente instalado en el cabo Tres Forcas



Moras proveyendo de agua en los pozos de las cercanías de Melilla

TIPOS Y COSTUMBRES DE LOS ZULÚS.—En el campo



Vivienda zulú en el Sur de Africa

Una familia zulú

Mujer zulú amamantando a su hijo

Zulú haciendo un trabajo manual

Hechicero y encantador de serpientes

(De fotografías comunicadas por Carlos Delius.)



Vendedor de leche

Zulú encargado del lavado de ropa en Johannesburgo

Vendedor de aves en Capetown

Obreros zulús en un taller de diamantes

Zulú haciéndose rapar el cabello

Zulú, soldado de Inglaterra

Vendedor de pescado

(De fotografías comunicadas por Carlos Delius.)

EL PRÍNCIPE ITO

El día 26 de octubre último fué asesinado en Kharbine el príncipe Ito, el hombre de Estado indudablemente más ilustre del Japón. Acababa de llegar á aquella ciudad para conferenciar con el ministro de Hacienda ruso Sr. Kokovtzof, y revistaba las tropas que habían ido á la estación para tributarle los correspondientes honores, cuando un coreano, que se había deslizado entre la colonia japonesa allí congregada para saludar al príncipe, disparó sobre éste varios tiros de revólver que le ocasionaron la muerte, hiriendo asimismo á los Sres. Tanaka, jefe de la explotación del ferrocarril del Este chino, y Kawakami, cónsul japonés en Kharbine.



El ilustre hombre público japonés **príncipe Ito**, que murió asesinado en Kharbine (Mandchuria) el día 26 de octubre último. (De fotografía.)

El asesino, que fué detenido inmediatamente, declaró haber hecho expresamente el viaje á Kharbine á fin de vengarse del príncipe, á quien consideraba como el opresor de su país y que había hecho ejecutar á varios parientes suyos.

El príncipe Ito, nacido en 1838, era hijo de una familia aristocrática; á la edad de veinticinco años huyó del Japón, deseoso de conocer Europa, y permaneció un año en Londres, en donde, gracias á su talento, á su espíritu observador y á su facultad de asimilación, inicióse muy pronto en los sistemas de gobierno de Occidente.

De regreso en su patria, consagróse con entusiasmo á la política, y á poco de haber subido al trono el emperador Mutsuhito, fué nombrado por éste presidente del Consejo de ministros, y como tal unió su nombre á la promulgación de la Constitución japonesa de 1889 y á la convocación, en 1890, del primer Parlamento japonés.

Jefe del partido liberal, ocupó tres veces distintas aquella presidencia, en la que alternaba con su rival el mariscal Yamagata, jefe del partido conservador.

En 1901 el príncipe Ito, que entonces no era más que marqués, emprendió un viaje á Europa en busca de una alianza para su país; y después de infructuosas tentativas en Francia y en Rusia, vió su empresa coronada por el mejor éxito en Londres, en donde firmó en 30 de enero de 1902 con lord Lansdowne, ministro de Negocios Extranjeros del gabinete Salisbury, el tratado de alianza anglo japonés, que desde entonces ha sido renovado varias veces y que tanto ha influído en el curso de la política internacional.

Conseguido esto, retiróse de la política activa, siendo nombrado en 1903 presidente del Consejo de Ancianos. Apenas intervino en los sucesos que precedieron á la guerra ruso-japonesa ni en esta guerra misma; pero cuando en 1905 el Japón proclamó su protectorado sobre Corea, aceptó el cargo de residente general, que desempeñó con gran energía y en el ejercicio del cual ha encontrado la muerte.

La noticia del asesinato causó una impresión profundísima en todo el imperio japonés y emocionó extraordinariamente al emperador, que profesaba gran admiración al príncipe Ito, en quien había hallado el más sabio y más leal colaborador para su obra de transformación y regeneración de su patria.

BOULOGNE SUR-MER. – HABITACIÓN Y CAMA

EN DONDE FALLECIÓ EL GENERAL SAN MARTÍN

Durante las fiestas celebradas en Boulogne sur-Mer á la memoria del ilustre argentino general San Martín, de las que nos ocupamos en el número anterior, fué un verdadero lugar de peregrinación el cuarto en donde falleció aquel hombre eminente que fué uno de los libertadores de América. Aquella habitación modesta fué visitada en tal ocasión por millares de personas; adornábanla solamente tres banderas y sobre la cama en que expiró San Martín habíase tendido el pabellón de guerra de la escuadra argentina, blanco y azul y con un sol bordado en oro en el centro.

EL NUEVO EDIFICIO

DE LA LIGA FRANCESA DE LA ENSEÑANZA

La importante institución de la Liga Francesa de la Enseñanza, fundada en 1866 por Juan Macé, cuenta hoy con un magnífico edificio propio en París, en la calle Recamier. Obra del arquitecto Carlos Blondel, la construcción, con sus líneas sobrias y bellas y severamente decoradas, responde perfectamente al carácter peculiar de la entidad que en ella ha de albergarse.

El nuevo edificio fué solemnemente inaugurado el día 30 de octubre último y visitado aquella misma tarde por el presidente de la República, á quien acompañaban el presidente del Senado, el ministro de Instrucción Pública, los prefectos de policía y del Sena y otros ilustres personajes. Después de haber recorrido los locales del edificio, el Sr. Fallieres fué recibido en el salón del Consejo por el presidente de la Liga señor Dessoye, quien le dió la bienvenida, á la que contestó aquél con sentidas frases, prometiendo á la institución sus simpatías y su apoyo y ensalzando la memoria de Juan Macé, autor de la célebre obra *Historia de un bocado de pan*.

Por la noche celebróse un banquete, á cuyo final brindaron en términos elocuentes el Sr. Dessoye y el Sr. Briand, presidente del Consejo de ministros. Después el ministro de Instrucción Pública distribuyó algunas palmas académicas. Terminó la fiesta con una velada literario-musical, en la que tomaron parte notables artistas.



Boulogne-sur-Mer.—Habitación y cama en donde falleció en 17 de agosto de 1850 el libertador de América general San Martín. (De fotografía.)

Espectáculos. — Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El bon rey Dagobert*, comedia en cuatro actos de Andrés Rivoire, traducción catalana de Salvador Vilaregut, para la cual ha pintado bonitas decoraciones el Sr. Ros y Güell; en el Eldorado *El patinillo*, sainete en un acto de los hermanos Alvarez Quintero, música del maestro Jiménez; en el Tívoli *¡Qué Inocencia!*, zarzuela en un acto de Eduardo Aulés, música del maestro Oró; y en el Teatro Nuevo *Fledermaus (El murciélago)*, zarzuela en tres actos traducida del alemán por Carlos M. Jordá, música de Juan Strauss.

Palau de la Música Catalana. — Se han dado cuatro conciertos en extremo notables, habiendo sobresalido en ellos el *Credo* de la *Gran misa en si menor* de Bach para orquesta, coros, órgano y solos; la parte de órgano ha corrido á cargo del célebre organista alemán Sr. Schweitzer; los solos han sido cantados por la señora Dachs y los Sres. Bertrán y Navarro, y los coros por el «Orfeó Català.» El efecto de esta grandiosa obra, admirablemente ejecutada bajo la dirección del maestro Millet, ha sido extraordinario. Además han figurado en los programas el *Preludio y fuga en sol mayor* de Bach, la última *Sonata* de Mendelssohn y la *Sinfonía sacra* de Widor para órgano, y el *Concierto* de Rheinberger para órgano y orquesta, en cuya ejecución ha alcanzado entusiastas aplausos el citado organista; algunas arias de Bach que ha cantado magistralmente el tenor alemán Sr. Walter, y la *Cantata* 55 de Bach, en la que ha obtenido un nuevo triunfo el «Orfeó Català».



París.—Nuevo edificio de la Liga francesa de la Enseñanza, solemnemente inaugurado el día 26 de octubre último. (De fotografía de M. Rol.)

AJEDREZ

Problema número 531, por V. Marín

Premiado en el Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1907.

NEGRAS (13 piezas)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8	♝							♜	8
7	♘		♟				♟	♟	7
6	♟	♖			♗			♖	6
5		♙		♞					5
4	♜		♚				♟		4
3	♟				♕				3
2			♘		♙	♟			2
1							♝	♔	1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 530, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D b 2 – b 8	1. A e 5 × b 8
2. C e 8 – f 6	2. e 7 × f 6
3. T e 3 – e 8 jaque	3. R juega.
4. T e 8 – g 8 mate.	

VARIANTES.

2................ Otra jug.ª 3. Te3 – f3 jaq., etc.
1... f 7 – f 6; 2. Te3 × e5jaq., Rf4 – g4; 3 Te5 – e4 jaq., etc.
Rf4 – g3; 3 Te5 – e3 jaq., etc.
1... C a 7 – c 6; 2. Te3 × e5jaq., etc.
1... Otra jug.ª; 2. Db8 × e5jaq., etc.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Quería huir, puesto que todo había concluído. Ella le detuvo con un gesto, amable y grave á la vez.

—Señor de Guibray, entre novios que se desunen, se acostumbra devolver los regalos. Usted no me ha dado nada, es verdad, pero yo le robé algo que no debo ya conservar.

Y le entregó un papel doblado, que él reconoció á primera vista; era aquel en que escribió la observación del barón Matías sobre las mujeres de su raza, apostillándolas con un «¡Como Ella!» revelador.

Él lo aceptó y recibió con temblorosa mano.

Bertilla pronunció con profunda tristeza:

—Adiós... Debiera odiar á usted por tantas humillaciones..., pero no puedo... ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo en Guibray?

—Un mes todavía... Luego partiré para no volver.

—Bien: de aquí á entonces, ocultaremos nuestros secretos á la gente, ¿verdad?.. Continuaremos saludándonos á nuestro paso... La estimación queda... Además, no conviene dar que hablar... Yo quería también mucho á su madre de usted... ¡Ea, adiós, caballero! De hoy más somos simplemente dos conocidos.

A su vez, Pedro sintió que le faltaba valor para separarse, y suplicó á Bertilla:

—Señorita... ¡Reniegue de ellos, repúdieles al menos!

—¡Jamás!

Y fué ella la que se alejó.

Cuando Faulque se enteró de las decisiones de Pedro, enfurecióse de veras.

—¡Ah!, exclamó; ¡te discuten, te pesan y sompesan, te regatean, muchacha! Se remontan á cuatro generaciones para cubrirte de oprobio. ¿Y quiénes? Unos hidalgos de gotera, arruinados... Yo te encontraré un marido... Un duque, un príncipe, si quieres... Con mis millones puedo comprar un hombre, por alto puesto que ocupe en la necedad humana... Olvida... Quiero que olvides á ese hidalgüelo... Es obligatorio... La altivez lo exige... Y yo, con los Guibray, reanudo la batalla... Veremos quién sale perdiendo.

Sin embargo, al encontrar á Valeria aquel mismo día, ante la actitud abatida de la pobre señora, volvió á mostrarse cortés. Además, á ésta la tenía en estima; era una Brussane...

—Y bien... ¡Bonitos estamos!

Ella hizo un gesto vago y contestó:

—Por favor, Sr. Faulque, no complique usted, no encone una situación ya demasiado dolorosa. Espere usted conmigo, cuente con el tiempo y sobre todo con el amor.

—¡Ah! ¿Entonces usted no renuncia?..

—No, yo no renuncio; yo aplazo..., yo quiero creer; Pedro volvió loco; á estas horas ya se arrepiente... Nuestra vida es espantosa.

—Pedro es mudable como una veleta y mi hija es una tonta que soporta sus veleidades. Si ustedes vuelven, será demasiado tarde; yo se lo digo.

—¡Sr. Faulque!..

—Sí, señora de Guibray.

—Usted sabe que yo no doy importancia á los nombres...

—¡Oh, usted!.. Si no hubiese más que usted, estaríamos muy próximos á entendernos... Sí, ya lo sé. Y yo mismo, por usted, haría cualquier cosa... Lástima que su padre haya muerto; estoy seguro de que él hubiera hablado.

—Tiene usted razón. Pues bien: por mi padre, por mí, tenga usted calma; que no haya escándalo; que no haya ruptura; daríamos que reir al pueblo... Continuemos nuestras relaciones de vecindad..., ¿quién sabe?.. Déjeme usted hacer.

—¡Sea! Por usted..., pero trabajo me costará poner buena cara.

Después de estos acontecimientos, el barón emitió ingenuamente la intención de dar fiestas.

Continuaba su conquista de la región electoral. Empezaba á obtener adhesiones de campesinos en el pueblo: le faltaba ganar votos en las quintas... Por esto contaba dar recepciones en el viejo castillo.

Después de su mutua ruptura, Pedro y Bertilla, cuando se encontraban por los caminos (cosa frecuente é inevitable), se saludaban gravemente, cambiaban cuatro frases triviales y pasaban.

Sin embargo, ni Clemente ni Bertilla subían ya á la Ruina, y los Guibray pasaban por delante de la verja del castillo nuevo sin llamar á la puerta.

En el exterior, terreno neutral; en el exterior solamente, con manifestaciones de cortesía; pero los hombres se ponían cara seria; tanto más cuanto que Faulque empezaba, como él decía, «á sospechar la entruchada.»

Por claros indicios y diversas conversaciones, adivinó los manejos de su noble vecino; puso atención, observó y ya no le cupo la menor duda: era evidente; el barón de Guibray no había vuelto á sus tierras, ó mejor dicho á las de su hijo, sino por ambición política.

Quería ser el diputado de la circunscripción; y trabajaba hábilmente, iba ganando votos cada día, y no por obrar sordamente era menos activo.

En su propaganda era ayudado y sostenido por la baronesa, que tenía el don de gentes.

Entonces, ¿dónde estaba la verdad?

No era únicamente el amor de Pedro por Bertilla el que había decidido á sus padres á venir á establecerse en la Ruina restaurada. Quizá habían simulado sentimientos para aprovecharse de las apariencias, siendo el verdadero motivo la toma de posesión de un centro electoral. La comedia era evidente.

Sin embargo, Faulque no se atrevía á acusar de connivencia directa y de hipocresía á aquella baronesa de Guibray, á quien tenía en tanta estima y veneración por ella misma y por sus orígenes. La suponía de buena fe en la aventura, pero engañada por su marido.

En cuanto á Pedro, para Faulque era un desequilibrado que no sabía lo que quería, y giraba al viento de todos los caprichos, así de los propios como de los ajenos.

En el acto, el antiguo amo del país se puso en guardia, no aspiraba al puesto legislativo que la mayor parte de sus conciudadanos le habían ofrecido ya; pero no quería ser juguete, en aquella campaña, de un forastero venido expresamente.

Tenía demasiadas ocupaciones para poder dedicarse á la política, y hubiera eludido las tareas y responsabilidades inherentes á un mandato popular, á una representación que, para ser útil y hallarse justificada, tenía que llevarlo á París, lejos de sus negocios, de sus intereses habituales y de su vida ordinaria; pero se sentía dispuesto á una lucha á toda costa contra el intruso, cualquiera que fuese, y sobre todo porque era el barón de Guibray.

Le parecía inaceptable, odioso, que la comarca volviese á caer en manos de un descendiente de los antiguos señores feudales.

«Sí—pensaba Faulque;—por habilidad, por diplomacia, Guibray se declara liberal. Ya sabemos lo que valen esa clase de personajes. Para obtener su fragios, se deshacen en afirmaciones generosas y en bellas promesas. Una vez elegidos, se quitan la más cara y olvidan sus protestas filantrópicas.»

Los tiempos habían cambiado; la influencia de un diputado en su departamento es muy aleatoria; no vale la de los antiguos nobles.

«No importa—pensaba Clemente Faulque;—por pequeña, por relativa que debiera ser la influencia de un Guibray, diputado liberal, es decir, falso, hay que evitarla, ahorrarla á la comarca entera. Si cada departamento enviase liberales como ese á la Asamblea nacional, el principio monárquico no tardaría en triunfar sin peligro y ¡adiós República!..»

Por consiguiente, ¡guerra! Por consiguiente, Faulque aceptaría la representación, á costa de sentirlo una vez elegido.

Y presentó su candidatura abiertamente.

Advertido de esta temible competencia, Gilberto se asustó. Había esperado que Faulque no aceptaría, porque desdeñaba y evitaba la molestia de los cargos públicos.

Adivinó que si Clemente reivindicaba sus derechos y multiplicaba sus probabilidades, era porque había comprendido la maniobra de un adversario á quien se proponía batir en nombre de los principios y á causa de las personalidades. Guerra íntima y general á la vez; caídas las máscaras, ambos adversarios se observaban recíprocamente con igual irritación.

Con tales ideas, era difícil que se pusiesen buena cara, y mucho menos que tratasen de sonreirse sin enseñarse algo los dientes.

Así, pues, los habitantes del viejo y del nuevo castillo se hallaban en presencia, acampados en sus respectivas posiciones.

Tres siglos atrás, en circunstancias análogas, hubieran marchado en guerra unos contra otros y se hubieran devorado.

En nuestra época, cambiaban hipócritas cortesías. Con el progreso, la hipocresía ha reemplazado á la violencia.

A mediados de septiembre, el barón Gilberto Le Tenant de Guibray lanzó invitaciones, abriendo de par en par las puertas del antiguo caserón.

La época de las cacerías explicaba y favorecía aquellas nobles reuniones.

Clemente Faulque adivinó las intenciones ocultas y contestó con procedimientos iguales. Convidó también á la alta sociedad de la comarca á brillantes fiestas que, en su casa, tenían precedentes casi anuales.

Y sucedió que si los Guibray, por su cuna, por su antiguo parentesco con los hidalgüelos de los alrededores, vieron acoger con alegría sus invitaciones á las reuniones anunciadas, los mismos personajes, asiduos concurrentes al castillo viejo, no concurrieron con menos asiduidad á las fiestas del castillo nuevo, á cuyos dueños conocían y trataban desde hacía muchos años.

Toda ocasión de divertirse es buena, sobre todo en provincias. Todo el mundo aceptaba con gusto las invitaciones de una y otra parte.

Así mezclados por sus relaciones directas, los Faulque y los Guibray, amigos en apariencia, tuvieron que convidarse mutuamente á sus fiestas recíprocas; y desde entonces, cómo se encontraron también los días en que los castillos vecinos devolvían el obsequio, apenas se separaron.

Como el gentío era grande, cada cual podía aislarse, á pesar de todo; pero los contactos eran frecuentes; no se perdían de vista unos á otros, y todo acto era en seguida notado, juzgado y comentado.

En medio de aquel ruido, de aquel brillo, de aquel movimiento diario, el caballerito Pedro paseaba su triste figura... No podía olvidar, ni dominarse; maldecía á su padre y sus ambiciones. Veía siempre á Bertilla á cuatro pasos, y á su suplicio de un amor imposible se unió pronto el de unos celos absurdos, injustificables, pero irreprimibles para aquel espíritu enfermo.

Bertilla triunfaba, físicamente al menos, sin quererlo sin duda, por la única fuerza de su magnífica hermosura.

Veinte jóvenes de noble familia también y de altivo porte le rendían homenaje, seducidos, alucinados por su gracia constante, tentados por sus millones; millones reales, sólidos, en buenas tierras, en rentas seguras, fuera de todo riesgo y de toda especulación aleatoria.

Era la heredera más rica de la comarca, y también la más hermosa. Los cortesanos rivalizaban en persuasión, en obsequiosidad, en gestos aduladores, en actitudes prosternadas.

Vivía en una atmósfera caldeada; lejos de evitarla, se complacía en ella, por una necesidad de desquite, con la amarga alegría de hacer ver al que la desdeñaba de qué manera los demás, todos los demás, buscaban su sonrisa, sus menores palabras y ansiaban ardientemente ser *distinguidos* por ella.

Quizá esperaba determinar así algún cambio brusco en cierta alma vacilante, angustiada é insegura, pues á pesar de los bochornos y de las cóleras, la pobre muchacha, que no sabía vencerse á sí misma, permanecía fiel á sus afectos.

Valeria, inteligente, veía más lejos, y la estimulaba en secreto á ese papel de *vibrancia* y de coquetería, con el mismo objeto, con la misma idea.

Codiciada por otros, Pedro debía desearla más, y por orgullo, por aquel orgullo que era su eterno defecto, debía detenerla para sí, reivindicando sus derechos de primer novio.

La prueba era peligrosa, pero podía conducir á la alegría de las grandes efusiones.

Vino una serie de días y de noches tumultuosos; los corazones lastimados continuaban su desolación á través de almuerzos y comidas animadas, cacerías, paseos por el río, bailes, música y canto; y en aquel torbellino los sufrimientos se cruzaban.

Entre los caballeros más igualmente asiduos á las recepciones de los dos castillos; entre los más jóvenes y agradables, que se llamaban los marqueses de Courtray y de Rolleboise; los condes de Moissons, de Lavacourt y de Saint Cyr; los vizcondes de Ferriol y de Villiers; los barones de la Marche y de Ambreuil, había cierto conde, Enrique de Grandlys de Ausonne, á quien Pedro detestó desde el primer encuentro.

Lo cual equivale á decir que este Enrique de Grandlys era de simpática figura y de viva inteligencia.

Pasaba el verano en una especie de posada de cazadores, instalada en un pabellón Luis XIII, al otro lado del Sena, cerca de la Roche Guyon.

Decía que era rico.

En París, durante el invierno, vivía en grande, relacionado con el mundo artístico. Tendría unos treinta años, pero se conservaba esbelto y ágil, aun que de apariencia muy robusta.

Conocía á los Faulque desde hacía años; sin embargo, aquel verano, al ver de nuevo á Bertilla, la contempló largo rato con una expresión de sorpresa, como si se revelase á él por primera vez.

La encontraba bonita como antes, pero con algo más; la niña se había hecho mujer. Y aquella cosa indefinible no era más que la marca de una pasión contrariada.

Desde entonces se convirtió en la sombra de Bertilla; y todas sus palabras, todos sus gestos, todos sus actos, no tenían más objeto que la hija de Clemente Faulque.

Ésta lo notó en seguida, y no le desagradó representar su comedia con tal actor de buena fe.

Pedro le vió evolucionar con creciente aversión. No por haber roto con Bertilla entendía que ésta perteneciese á otro. Así era su lógica.

Al decirle «Cásese usted..., olvídeme...,» contaba con que nada de esto haría. Desde el momento que él sufría á causa de ella, le parecía justo que ella sufriese á causa de él, sin querer reconocer que era único autor responsable de su mutuo sufrimiento.

A la idea de que Bertilla pudiese olvidarlo y amar á otro, y entregarse á él (sobre todo cuando ese otro tenía un cuerpo y un nombre), apoderóse de Pedro una rabia silenciosa.

Y tras de Grandlys, siguió á su vez á Bertilla para vigilarla, para recordarle con su presencia que por desligada que estuviese, seguía siendo virtualmente su prisionera.

Desde aquel momento Bertilla, lógica y caritativa, no desperdició una sola ocasión de exasperarlo.

Bien acogido, el vizconde Enrique, que tenía también buena opinión de sí mismo, creyó la partida ganada y obró como compañero preferido.

Lo más lastimoso era que éste había puesto en Pedro una amistad que iba de cada día en aumento. Sus dos familias habían emparentado vagamente hacia el año 1660. En aquella época, un Guibray se casó con un Grandlys de Ausonne... Tan bien enterado como Pedro de su árbol genealógico, Enrique había hecho valer en seguida aquel parentesco.

El barón Gilberto, contentísimo de encontrar un partidario dondequiera que fuese, agasajó mucho al vizconde. Éste no se movía del castillo viejo, más que para ir al nuevo, lo que hacía con frecuencia.

Pedro, colmado de demostraciones afectuosas, no tenía más remedio que corresponder, ¡pero de qué mala gana lo hacía! Odiaba á su señor primo y se veía obligado á devolverle sus cortesías.

Transcurrió algún tiempo, dejando las pasiones frente á frente: las declaradas y las no declaradas; las conocidas y las desconocidas; nada variaba aún.

Los personajes de nuestra historia seguían comiendo bien y bebiendo mejor, riendo y cantando; cazaban de día y bailaban de noche, á pesar de las fatigas. La noche era breve, y volvían á empezar el día siguiente.

Era un ir y venir continuo de breaks y mail-coachs por la polvorienta carretera.

En el silencio de la noche, sonaban con frecuencia trompas de caza, llamando y contestando de castillo á castillo..., y el río reflejaba la luces que salían por las altas ventanas de la Ruina ó la casa Faulque.

No quedaba tiempo para reflexionar entre las monterías ó cabalgatas y los bailes.

Clemente Faulque rebosaba de alegría; tenía ahora su elección segura; de todas partes le llegaban adhesiones y súplicas en masa. Esto no se le ocultaba á Gilberto, quien aunque á pesar de todo no perdía las esperanzas, mostrábase muy contrariado.

Lo que tenía sobre todo encantado al padre de Bertilla, era el ver á Ausonne tan rendido á los pies de la muchacha. Aprobaba abiertamente aquel proyecto de matrimonio, aceptando con los brazos abiertos á aquel yerno llegado tan á propósito.

Tal desquite era oportuno. Clemente se alegraba infinito de probar á aquellos nobles imbéciles que otro noble, tan gran señor como ellos, y primo de ellos por añadidura, no desdeñaba aliarse con los Faulque.

Pero, en el fondo, dudaba del corazón de su hija; pensaba con disgusto que Bertilla conservaba la memoria *del otro*, del caballerito Guibray, sin lo cual, Clemente hubiese reventado de alegría.

Fuese por esperanza ó fuese por malicia, alentaba al vizconde con mil atenciones.

Y esto también hacía rabiar á Pedro, el único que ponía cara lastimosa en medio de la general alegría.

Había también mujeres jóvenes y deseables, muchachas risueñas, de siluetas tentadoras; él las evitaba, huía de ellas, taciturno y sombrío. No sabía disimular ni fingir; no tenía nada de comediante; era incapaz de responder á las ironías burlescas de Bertilla con otras iguales.

Se desesperaba, sinceramente, furioso de desesperarse.

No se tardó en dar por sentado que Pedro de Guibray era una especie de original, medio loco, que no debía contar. Muchos sentían que fuese tan raro, á causa de su buena figura. Hasta en su casa se mostraba insociable.

En cambio, Enrique de Grandlys de Ausonne era el hombre admirado y solicitado, el héroe de todas las fiestas, el conductor natural de los regocijos y las farándulas.

Era alegre y bullicioso, y su alegría comunicativa arrastraba á los espíritus más reacios.

A menudo divertía con sus ocurrencias á la misma Bertilla, que se admiraba de este fenómeno, pero quedando agradecida al que sabía disipar sus penas, arrancarla á sus meditaciones y obligarla al olvido de un instante.

Una mañana, solo con Pedro, bajo los tilos del paseo, el vizconde se abandonó á las confidencias.

—Mi querido primo, ¿qué piensa usted de la señorita Faulque?

A esta pregunta, el eterno torturado se estremeció; pero, reemboscado en su papel de indiferencia altiva, replicó en el acto:

—¿Yo? No pienso nada.

—¡Ah!, exclamó Enrique.

Calló un instante y repuso luego en voz baja:

—Es verdad; hace poco tiempo que usted la conoce. Yo le he visto crecer; cierto es que apenas me fijaba en ella, porque difícilmente nos figuramos que las niñas se hacen mujeres... Pues bien, querido, este año, al verla, quedé sorprendido y encantado. La niña del año pasado se ha transformado en pocos meses de una manera verdaderamente interesante. Tiene un no sé qué de nuevo en los ojos, en el conjunto de sus facciones, en sus actitudes; el caso es que emana de ella un fluido de pasión. Es una muchacha admirable... Usted es mi amigo; no vacilo, pues, en confesarle que estoy locamente enamorado de ella. Un solo punto me preocupa, y es que es demasiado rica.

—Eso no es un obstáculo..., al contrario, dijo Pedro con sardónica sonrisa, complaciéndose en sufrir más; usted no carece de fortuna.

—Es verdad, pero poco comparable con la suya... En fin, ¿cree usted que si me atreviese á pedir su mano podría obtenerla?

—Poco arriesga usted con probarlo. Y sin arriesgar algo no se puede obtener nada. Además, yo creo que Clemente Faulque se alegraría de casar á su hija con un noble como usted. Para ello tiene sus motivos; y ese republicano rojo emparentaría gustoso con una familia aristocrática.

—¡Oh!, repuso Enrique. En el día esas cosas tienen poca importancia. La aristocracia no es más que un recuerdo; cede el paso al dinero vencedor; el ejemplo está en todas partes. Las hijas de banqueros judíos se casan con príncipes cristianos, y nuestros duques van á buscar mujer en las tocinerías de Chicago. Ya no hay más rey que el rey Billón; pero éste cuenta tantos partidarios como seres hay en la tierra... No importa... Usted me da ánimos; muchas gracias. Y si, más tarde, mis esperanzas se realizan, no olvidaré nunca que en casa de usted habrá nacido mi felicidad... Siempre le conservaré á usted un puesto de preferencia en mi corazón, mi queridísimo camarada...

—¡Cuánto me alegro!, replicó Pedro cada vez más trágicamente satisfecho del papel que desempeñaba. ¡Vamos, no vacile usted..., dése prisa..., declárese usted!

Y se admiraba á sí mismo de dar tan buen consejo. Admiraba su estoicismo y calculaba también que semejante prueba sería concluyente; que si Bertilla despreciaba al joven y gallardo vizconde, tan festejado por todo el mundo, sería que ella le pertenecía irremisiblemente á pesar de todo.

Y aunque seguía considerando, cada vez más, el acuerdo entre ambos como inverosímil, no hubiera sentido ver comprobada aquella sublime abnegación.

Puesto que ninguna otra mujer era capaz de distraerle á él de su quimérica pasión, le parecía justo que, por su parte, Bertilla permaneciese firmemente fiel á su primer amor, á pesar de verse desdeñada, por razones que solamente ella debía comprender y aprobar.

Esperó, febril, el resultado de las gestiones de Grandlys. Sin duda éste no se atrevía aún, y andaba con dilatorios, pues transcurrieron días sin que nada se vislumbrase, cosa que aumentó la inquietud y la silenciosa angustia de Pedro.

Sin embargo, tomaba parte, aunque como simple espectador, en las fiestas del caserón de Guibray, del palacio Faulque y de los castillos vecinos, abiertos é iluminados á su vez; pero en todas partes eran siempre los mismos personajes que se movían en un cuadro diferente; las pasiones en juego eran las mismas, y los contactos obligados eran exasperantes.

Cuando, en los salones, profusamente iluminados, Pedro se paseaba como un fantasma, no hallaba nada en aquellas fiestas que no chocase su vista y lastimase su corazón.

Aquellas viejas marquesas y condesas se zarandeaban de gusto al son de la orquesta, lo mismo en el castillo de Guibray que en casa de Faulque.

Todas parecían libres de las prescripciones antiguas; y quizá sus secretas preferencias eran más bien para el burgués archimillonario que para los castellanos de la Ruina, mal reedificada, de sospechoso y duro aspecto con sus cicatrices.

Aquellas nobles damas, Courtray y Rolleboise, Lavacourt y Ferriol, se extasiaban conmovidas cuando Bertilla Faulque y Enrique de Grandlys pasaban, vertiginosos, bailando el vals.

Y Pedro, que no podía bailar sin sofocarse en seguida y sin marearse á punto de desvanecerse, envidiaba secretamente á aquel intrépido bailador que conquistaba los corazones con la agilidad de sus pies.

Le envidiaba y le odiaba también, comprendiendo que de hora en hora el simpático vizconde se imponía un poco más como rival temible.

Y las señoras murmuraban siempre detrás de Enrique y Bertilla, abanicándose pausadamente:

—Parecen haber nacido el uno para el otro.

Pedro oía aquellas observaciones, que no caían en saco roto.

A sus pesares y á sus celos se unió otro sentimiento que le trastornaba cada noche. Bertilla, en traje de baile, revelaba nuevos encantos, y á él le escandalizaba que mostrase tanto de sí misma á aquella multitud de extraños; la deseaba más en su ataviado esplendor; pero comprendía también que lo que él experimentaba debía experimentarlo igualmente aquel maldito Grandlys, su amigo.

Entonces, presa siempre de cien ideas contrarias, se volvía loco, ora tentado de detener bruscamente á la muchacha, en medio de la fiesta, gritándole: «Ven. Sólo nosotros nos amamos de veras,» y arrojando así, como una máscara inútil, como una prenda de ropa vieja, aquellos estúpidos escrúpulos de que iba á morir; ora declarándose á sí mismo, con una sonrisa byroniana: «Está bien, más vale así; que se case con él, pero que acaben de una vez, ¡por Dios! Sí, acabemos de una vez con todas las incertidumbres y variaciones de alma. Cuando sea vizcondesa de Grandlys, no tendré más remedio que olvidarla... No pido otra cosa.»

En esto último mentía. Vizcondesa de Grandlys, él la hubiera amado lo mismo.

Una noche, no pudo más.

Era en casa de Faulque; Bertilla había bailado seis veces con el vizconde, que se afirmaba decididamente como novio declarado.

Aquella noche de septiembre era pesada y calurosa todavía; después de cada baile, los grupos se acercaban á las ventanas abiertas ó á las puertas del jardín, buscando en su fatiga un poco de aire fresco para respirar á gusto.

Pedro se acercó melancólica y lentamente á la señorita Faulque.

Hacía mucho tiempo que no había encontrado la ocasión de hablar á solas con ella, pues siempre la rodeaba su corte de adoradores; los Saint Cyr, los Ambreuil y demás, y la escoltaba sobre todo el que parecía ser el elegido de su corazón, Enrique, el eterno Enrique.

¿Leyó ella en sus ojos la muda súplica? Quizá. Lo cierto es que se apartó dirigiéndose hacia los salones desiertos y la serie de galerías.

Él la siguió.

Una vez aislados, lejos de todo el mundo, Pedro empezó:

—Señorita, ¿es verdad?

—¿Qué?, replicó ella impaciente, pues á pesar de ser juiciosa, se le iba la cabeza en medio de los triunfos, y de tal manera lisonjeada, perdonaba menos al que la desdeñaba, cualesquiera que fuesen los motivos de aquel desdén relativo.

Él repuso:

—¿Es verdad que el Sr. de Ausonne tiene el don de gustarle á usted? ¿Debo prepararme á morir de pena?

Ella replicó sin ambages:

—El único responsable es usted... Me parece que le esperé bastante... El Sr. de Ausonne es un perfecto caballero que no se avergüenza de casarse con una Faulque, hija de Faulque. Y es tan noble como usted...

—¡Bertilla!, exclamó Pedro perdiendo toda razón por exceso de sufrimiento; yo creía que tenía usted un alma más generosa.

—Pues entonces, parece que se equivocó usted respecto á mi especie de alma. ¡Tanto peor! Por lo demás, usted pasa el tiempo en equivocarse... Yo no lo puedo remediar..

Al decir esto fruncía duramente el ceño, con una expresión que sólo había visto en él una vez, en la época, ya remota, en que se desafiaban mutuamente, en las ruinas del granero de la sal..

Pedro se espantó, y murmuró en voz baja, ahogada por la angustia:

—¿Entonces es verdad?.. ¡Ah, Dios mío!

Al oir este grito de aflicción, ella se estremeció, é iba quizá á contestar con frases mejores, cuando sobrevino alguien gritando:

—¡Señorita Bertilla! ¡Señorita Bertilla!

Era el señor vizconde de Grandlys de Ausonne, que corría en busca del astro de sus ojos.

Sin parecer extrañado de aquella conferencia á solas, en su desprecio de todos los demás jóvenes y sobre todo de su pariente Guibray, á quien consideraba como enfermo y de poca importancia como rival, ofreció el brazo á la señorita Faulque.

—Por favor, venga usted; todo el mundo la espera... Prometió usted cantar... y se mueren de impaciencia... ¡Y yo se lo suplico!

Bertilla miró á Pedro, pálido, con las facciones contraídas. Y fué mala á su vez.

—¿Lo prometí? Entonces, vamos, dijo.

Y se fué del brazo de su fiel galán, que manifestaba en voz alta su adoración.

Pedro siguióles, atraído magnéticamente, experimentando la feroz alegría de sufrir aún más. Y en secreto hizo á Bertilla el homenaje de aquel nuevo dolor, como una reparación.

Al aparecer con el que llamaban ya su novio, un murmullo laudatorio llenó los tres salones, y la multitud de convidados se apiñó en torno del piano.

Erguida y lenta, Bertilla se acercó á él y dió en voz baja varias indicaciones á su acompañador. En seguida Grandlys se instaló á su lado para volver las hojas de la partitura, cosa que formaba parte de sus pequeños oficios.

Pedro, perdido entre los grupos, se había quedado hacia atrás. Bertilla dirigió una mirada circular á la asamblea, como si buscara á alguien; vió al pobre joven y se sonrió... El piano terminaba su preludio y ella cantó.

Cantó con su bella voz penetrante aquella aria de la *Dalilah* de Saint Saens que causa estremecimientos hasta á los públicos obscuros.

Y cuando, en el silencio, se desarrolló, amplia y pura, la frase melódica:

Contra el amor su fuerza es vana...,

con sus ojos, con sus inmensos ojos, animados de un ardor sombrío, miró fijamente al pobre Guibray, orgulloso de su raza.

Éste bajó la cabeza, herido en el corazón; mágicamente domado por la música y por la mujer; asimilándose al Hércules hebreo, al Sansón formidable; el último de los Guibray lloró en su debilidad, declarándose vencido.



Era un ir y venir continuo de breaks y mail-coachs por la polvorienta carretera

Al día siguiente, vagando al azar por los caminos próximos al castillo nuevo, vió venir á su encuentro á Clemente Faulque en persona.

Satisfecho de sus desquites sucesivos, éste hacía días que declaraba no hacer caso «de los señores de la Ruina.» Su hija, adulada, se había vengado de ellos, y él estaba seguro de ser elegido diputado, contra todos los barones de la tierra.

Así es que ordinariamente pasaba sin honrar á Pedro más que con un pequeño saludo insignificante.

Pero esta vez (sin duda Bertilla había hablado), se detuvo é interrogó al joven, cara á cara:

—D. Pedro, ¿no tiene usted nada que decirme?

—No, Sr. Faulque, balbuceó el interpelado, sorprendido de sopetón en su sueño.

—Peor para usted, replicó Clemente.

Y pasó.

Pedro tuvo un instante un deseo loco de correr en pos del padre de Bertilla; pero el orgullo, el irreductible orgullo, le detuvo otra vez y se quedó atontado en medio del camino.

Después de esta insinuación, nuevamente rechazada, Bertilla, puesta sin duda al corriente de lo ocurrido, pareció inclinarse definitivamente hacia un acuerdo perfecto con Enrique de Ausonne.

A pesar de ver que sus esperanzas de candidato triunfante iban desvaneciéndose cada día más, el barón Gilberto aumentaba sus esfuerzos de propaganda.

En este sentido resolvió dar una gran fiesta campestre, á la cual iba á convidar, no sólo á los señores de la comarca, sino también al mismo pueblo soberano. Soñaba con ágapes fraternales reuniendo á nobles y plebeyos, es decir, á todos los electores.

Imaginó, pues, un vasto almuerzo en la orilla del río, en un campo de su propiedad.

Con caballetes y tablas se improvisaron sobre el césped larguísimas mesas colocadas en forma de herradura, y como en los buenos tiempos, el señor y sus nobles convidados habían de ocupar los centros, alineándose los vasallos en las alas.

El barón hizo venir gran cantidad de vituallas de Mantes y de París; vació su bodega; sobre la hierba rodaron toneles de vino. Tratábase de reproducir los bellos jolgorios feudales en que el buen señor daba á probar á sus vasallos el trigo, las reses y el vino que les había robado.

¡Prodigalidad con los pobres! Se iba á reir y á cantar.

(Se continuará.)

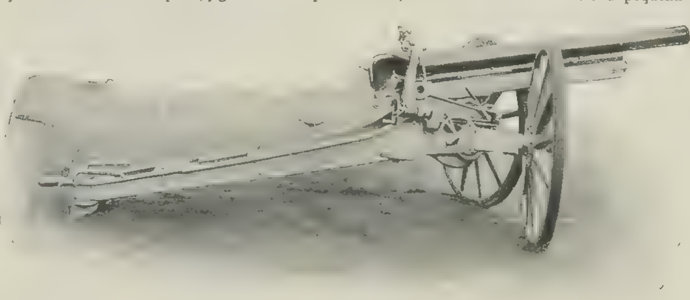
EL TIRO CONTRA LOS GLOBOS DIRIGIBLES, POR LUCIANO FOURNIER

Desde el momento en que los globos dirigibles son unidades militares como los buques de guerra, la eterna lucha entre la coraza y el cañón toma una forma nueva, una forma aérea, no menos importante que la otra, de la cual difiere, sin embargo, en que los aeróstatos no pueden defenderse contra la artillería sino manteniéndose á una altura suficiente, á no ser que el enemigo adopte también una forma aérea bajo el aspecto de torpederos atmosféricos animados de gran velocidad, en cual caso la salvación estará en la perfección de los medios de ataque y de defensa de que aún no podemos tener idea. Actualmente para destruir los dirigibles sólo puede recurrirse á una artillería especial de fácil transporte y con un ángulo de tiro suficiente para poder alcanzar los blancos aéreos; tales son los cañones automóviles.

En Alemania, Inglaterra, Rusia y Austria se han efectuado ya muchos ensayos contra los globos cautivos, y de ellos ha podido deducirse que el tiro de fusil, lo mismo que el de la ametralladora, son ineficaces contra los globos, pero que el de cañón será para éstos muy peligroso siempre y cuando pueda ser debidamente regulado.

Los cañones de tiro rápido caracterízanse, por lo general, por una mayor tensión de la trayectoria debida á un aumento de velocidad inicial; como el ángulo de tiro es muy limitado, el proyectil no puede alcanzar un globo situado á gran altura. Pero si se aumenta el ángulo de tiro haciendo un agujero debajo de la flecha de la cureña, auméntase la trayectoria y por consiguiente aumenta también la altura de la zona peligrosa para el aeróstato.

Los proyectiles explosivos, cuya acción es en extremo enérgica en un radio máximo de 15 metros, exigen una regulación muy exacta y difícil de realizar en un tiro contra un dirigible; en cambio, los proyectiles llenos de balas tienen una zona de acción mayor. Para alcanzar el globo bastaría, pues, remontar el punto de explosión en la trayectoria, debiendo el cañón estar montado en una cureña especial que permita apuntar en todas direcciones y bajo grandes ángulos, utilizando un mecanismo consistente en hacer girar la pieza alrededor de la culata y equilibrarla por medio de recuperadores convenientes. En estas condiciones, el globo podrá ser alcanzado á grandes alturas y en cualquier dirección, con tal que se halle á una distancia inferior al límite de alcance de la pieza, y gracias á la rapidez de tiro, el cañón acabará por vencer al aeróstato. Disparando á cuatro distancias sucesivas, con 100 metros de diferencia, tres proyectiles cuya dirección puede variarse de modo que cubran una anchura de 200 metros, en cuanto comience el tiro se obtendrá en el plano horizontal que pase por el globo una zona de unos 600 metros de largo por 200 de ancho, que será enteramente batida por doce tiros hechos en 30 segundos. De modo que si se tiene la precaución de apuntar sistemáticamente el cañón á la proa del dirigible, en el sentido de la marcha, éste no podrá escapar.



Cañón Krupp de 45 centímetros en su cureña de campaña



Cañón Krupp de 75 centímetros en cureña automóvil

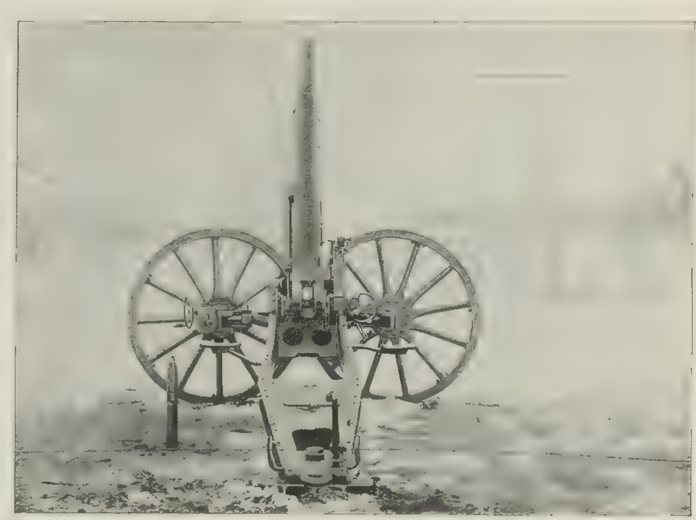
El problema del tiro parece, pues, muy sencillo; la cuestión esencial estriba en poseer un cañón dispuesto á romper el fuego contra el globo á una distancia máxima de unos 5.000 metros, es decir, de un cañón de tiro rápido montado en un automóvil. La pieza habrá de ser del calibre de 65 á 70 milímetros y de estar montada sobre una cureña especial, y su peso no habrá de exceder, con el del freno recuperador, de 700 á 800 kilogramos; los proyectiles pesarán cinco kilogramos y deberá tenerse una provisión para 100 disparos. El peso total será de 1.100 kilogramos como mínimo.

El vehículo nada habrá de temer del globo, porque éste no lo verá hasta que haya roto el fuego, es decir, demasiado tarde para que los aeronautas puedan impedir que cumpla su cometido. El armazón podrá reducirse á las piezas esencialmente indispensables, sin protección blindada: su peso no excederá de 1.200 kilogramos, y añadiendo á esto el peso de los recambios, un conductor, tres servidores y un oficial, se obtendrá un total aproximado de 3.000 kilogramos.

El automóvil habrá de poder realizar en carretera una velocidad de 65 kilómetros por hora y circular á velocidad pequeña en los terrenos difíciles para pasar de una carretera á otra, para lo cual basta un motor 35 40; un motor 60 alcanzaría los 90 kilómetros por hora, velocidad que tal vez será necesaria para compensar la desventaja que tiene el vehículo respecto del globo de no poder marchar en línea recta.

El papel del oficial que manda el aparato consiste, en cuanto el globo está á la vista, en decidir el sentido de la marcha, en lanzarse sobre la pista lo más rápidamente posible utilizando todos los recursos de la red de caminos, abandonando una carretera para tomar un atajo, etc.; así que el vehículo esté suficientemente próximo, se parará y romperá el fuego.

Reconociendo la urgencia de proseguir el estudio de estos cañones, preciso es admitir que la velocidad y la movilidad de los dirigibles ponen á éstos casi enteramente al abrigo de los proyectiles de artillería; su ataque sólo parece posible por otros dirigibles, llegándose así á la conclusión de que el problema de la lucha entre el ataque y la defensa constituye un nuevo campo de batalla aéreo.



Cañón Krupp de 65 centímetros en batería

La primera misión que habrán de realizar los dirigibles, en caso de conflicto, será determinar los puntos de desembarque de las tropas por tierra ó por mar y observar los movimientos de los ejércitos; después procurarán sorprender las direcciones de marcha de las columnas y de las escuadras, la extensión de las alas, la composición y situación de las reservas, las posiciones de la artillería y las obras de fortificación.

En suma, como la acción de los dirigibles se extendería á una zona bien determinada, bastaría para ahuyentarlos diseminar en esa zona un cierto número de piezas de artillería que dominarían, por decirlo así, el aire de encima de la misma. En estas condiciones no puede pretenderse destruir los dirigibles que maniobren encima de la zona militar; á lo sumo puede aspirarse á mantenerlos á una distancia suficiente ó á una altura tal que sus observaciones resulten considerablemente dificultadas. Ahora bien, para reconocer con seguridad la composición de las columnas en marcha desde lo alto de un dirigible es menester que éste no se halle á distancia mayor

de 10 kilómetros y que se mantenga á una altura máxima de 1.500 metros. Según el reglamento alemán sobre el servicio en campaña, el radio visual de los observadores en globo cautivo no puede pretender hacer un reconocimiento á distancia mayor de siete kilómetros, á no ser que las condiciones atmosféricas sean excepcionalmente favorables. Como se ve, la misión del cañón contra las unidades aéreas se reduce á una acción muy imperfecta todavía.

Veamos ahora qué propiedades particulares han de tener, según los ingenieros de la casa Krupp, los cañones destinados al tiro contra los dirigibles.

Sabemos que el fuego de infantería es ineficaz; por otra parte, los cañones actualmente en uso son insuficientes, porque la dificultad del tiro reside en la extrema movilidad, en todos sentidos, del blanco que ha de alcanzarse; bien es verdad que el blanco mismo es muy vulnerable por su fragilidad y sus dimensiones. Es preciso, pues, que los cañones que se construyan con el objeto concreto de mantener alejados los aeróstatos, tengan un campo de tiro lateral ilimitado y de un campo de tiro vertical muy extenso.

El apunte rápido en todas direcciones sólo puede obtenerse mediante una cureña giratoria que pueda fijarse lo mismo en un buque que en un automóvil ó en una base fija; sin embargo, si quisiera aprovecharse una cureña de ruedas, sería preciso recurrir á mecanismos especiales para hacer posibles los cambios rápidos de dirección. La velocidad del apunte ha de calcularse según la del dirigible; admitiendo 15 metros por segundo para éste y efectuándose el apunte á una distancia de 2.000 metros, se requiere una variación de apunte de medio grado aproximadamente por segundo. Verticalmente el campo de tiro habrá de llevarse al mínimo de 60° á fin de poder alcanzar el blanco situado á corta distancia y gran altura. Y para asegurar al cañón que dispare bajo grandes ángulos una amplitud de retroceso suficiente sin que sea necesario levantar la culata en una posición constante de cambio, los gorrones se colocarán muy cerca y hasta debajo de la culata.

Un mecanismo equilibrador servirá en este caso para compensar la preponderancia de la parte delantera.

La cureña giratoria destinada á un automóvil tendrá una altura de muñonera muy reducida y se utilizará el sistema de retroceso diferencial. En cuanto al calibre, parece absolutamente necesario que no exceda del de las piezas de campaña, y aun convendría que fuese menor á causa del peso de los proyectiles que han de transportarse en el auto. Pero si el cañón está destinado á un buque, esta restricción no se impone y aun es conveniente utilizar un proyectil más pesado y de mayor alcance. Por otra parte, las trayectorias han de ser muy tendidas, las velocidades iniciales considerables y las bocas de fuego largas; para ello hay que adoptar un sistema automático de apertura y de cierre de la culata y un mecanismo de mira especial combinado con un telémetro, porque aquí la distancia al blanco no puede emplearse directamente para regular el alza, sino que, por el contrario, es menester disminuir progresivamente el alza que correspondería á la distancia, á medida que aumenta el ángulo de vista.

De manera que las tablas de tiro deberán ir provistas de una columna especial que el oficial consultará para cada disparo; el apuntador seguirá al dirigible en todos sentidos con el anteojo de mira, y el servidor de la pieza dispondrá el alza según las indicaciones del oficial.

La cuestión del proyectil es capital. Puede destruirse un dirigible produciendo la inflamación del gas, ó imposibilitarlo de cumplir su misión alcanzándolo en sus órganos esenciales. Sábese que la bala de fusil atraviesa la tela sin dañar el aeróstato; los cascos de metralla causan desgarros más grandes, pero insuficientes para impedir que el dirigible regrese á lugar seguro. Una bala de cañón que atravesase el globo sería más peligrosa, sobre todo si éste era de armazón metálico; pero el efecto máximo se lograría si se lograba hacer estallar una granada en el interior mismo de la envoltura. Es muy difícil obtener este resultado, pero podría conseguirse la inflamación de los gases poniendo en la punta del proyectil una substancia que inflamase el hidrógeno en cuanto se pusiera en contacto con él.

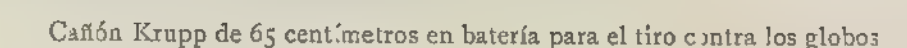
Los grabados que publicamos representan dos modelos de cañones que la fábrica Krupp construye contra los dirigibles. Sus órganos esenciales, freno de retroceso y cierre automático, son parecidos á los de los cañones de campaña. Provistas de un mecanismo de mira especial, en cuyos pormenores no podemos entrar, estas piezas lanzan un proyectil de cuatro kilogramos con una velocidad inicial de 620 metros.

Los proyectiles empleados y sometidos á pruebas son de dos clases, unos llevan una cápsula de filamento de platino que se pone incandescente al penetrar en el globo por el contacto con el hidrógeno; dará por resultado la explosión del globo. El otro proyectil es una granada fumígena que contiene una materia inflamable; las llamas y el humo salen por unos agujeros practicados en la base de la ojiva y hacen visible la trayectoria.

Habiéndose realizado ensayos en globos cautivos situados á unos 1.600 metros de distancia y 60 de altura, uno de ellos fué alcanzado al segundo disparo y otro al quinto.

Un tiro de esta índole no debe, en efecto, servir de base para deducir que el cañón puede tocar un dirigible en el espacio. La velocidad del globo y la posibilidad de remontarse á grande altura hacen de él un blanco en extremo difícil.

En caso de conflicto, el aeróstato no tendrá más que evitar las plazas fuertes enemigas, y sobre todo y ante todo su semejante, que es su único adversario peligroso.


Cañón Krupp de 65 centímetros en batería para el tiro contra los globos

PARÍS.—MILITARES Y MARINOS ARGENTINOS

(De fotografías de World's Graphic Press.)



Los argentinos escribiendo tarjetas postales en la última plataforma de la torre Eiffel.

Los marinos y militares argentinos al pie de la torre Eiffel

Después de haber tomado parte en las fiestas recientemente celebradas en Boulogne sur-Mer á la memoria del ilustre general San Martín, fiestas de las que nos ocupamos en el número último, los marinos y los granaderos argentinos han efectuado una visita á París.

Durante los tres días que han permanecido en aquella ciudad, han sido muy agasajados por sus colegas franceses y han visitado los sitios y monumentos parisienses más importantes.

Los oficiales han asistido á dos almuerzos que les han ofrecido el ministerio de la Guerra y el presidente de la República, quien entregó al ministro argentino en París señor Bosch las insignias de gran oficial de la Legión de Honor; al contraalmirante Sr. Domecq, la cruz de comendador; á los capitanes de fragata Sres. Ponsati, Almada y Milvany, al primer secretario de la legación Sr. Zavala y al agregado militar coronel Urquiza, cruces de oficiales; á los capitanes de corbeta Ricardo y Ugarriza y al capitán del escuadrón de granaderos Sr. Santa Ana, cruces de caballero, y otras distinciones honoríficas á los demás oficiales.

Los marinos y militares argentinos, que habían llegado á la capital de Francia el 27 de octubre último, salieron de ella el 30, regresando á Boulogne-sur-Mer, de donde habían partido el 5 de este mes para Buenos Aires, embarcados en el vapor *Paraná*.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 15 de noviembre de 1909 — Núm. 1.455



MODELO DE UN MONUMENTO A DANTE, obra de Canciani. (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

El eminente escultor turinés Canciani está ejecutando actualmente el monumento á Dante, cuyo modelo reproducimos y que figurará en la próxima Exposición internacional de Bellas Artes de Viena El artista se ha inspirado en la *Divina Comedia*, y nos representa al inmortal poeta en el Infierno, de pie sobre una roca, debajo de la cual se agitan varios condenados.

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros subscriptores que hemos adquirido el derecho de publicación de la preciosa novela de Gastón Leroux

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

Gastón Leroux es quizás el autor que con más éxito cultiva en Francia el género de novela policíaca, hoy tan en voga en todo el mundo, y sus obras se distinguen, aparte del interés extraordinario que despiertan sus argumentos y que incesantemente mantiene el modo como la acción se desarrolla, por la originalidad, no sólo de los asuntos, sino también de los procedimientos. Entre todas sus novelas sobresale sin duda EL FANTASMA DE LA ÓPERA, actualmente en curso de publicación en París y cuyas primicias en España tendrán los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en donde empezará á publicarse á partir del primer número de la serie de 1910.

EL FANTASMA DE LA ÓPERA irá ilustrado con preciosos dibujos del celebrado dibujante Sr. Mas y Fondevila.

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRONICAS FUGACES

Se anuncia para últimos de este mes la reapertura del Gran Teatro del Liceo, después de haber sufrido tal y tan completa renovación en su sala de espectáculos y en todos sus accesorios y dependencias, que va á brillar el edificio como un ascua de oro.

Durante más de cincuenta años, los nombres de Barcelona y el Liceo han sido inseparables. El uno parecía como personificación y resumen de la otra; y al tratarse de esta población, lejos de España, en los países más distantes, nadie ignoraba que en Barcelona existía un coliseo grande y famoso entre los mayores de su tiempo, con nombradía universal muy de cerca comparable á la de la Gran Opera de París, la *Scala* de Milán y el Teatro de la Moneda de Bruselas.

El Liceo ha sido una de aquellas instituciones representativas de toda una época y que, desde luego, desde los primeros instantes de su existencia imprimen carácter á su ciudad, le dan el tono y viven perennemente ligadas á su recuerdo. Poco más de medio siglo cuenta de duración, y no obstante, su nombre evoca el prestigio de las largas tradiciones ininterrumpidas. Diríase que se inauguró ya rodeado de esa respetabilidad histórica y que fué consagrado instantáneamente por una generación como cifra y compendio fidelísimo de su estado de alma, de sus aspiraciones artísticas, de sus costumbres é instintos sociales.

***

Se ha exagerado mucho la influencia de la literatura y de las artes sobre la sociedad viva, desde que Rousseau lanzara su célebre paradoja. No alcanza aquélla, en todo caso, más que á una zona muy restringida de la humanidad: al núcleo que se agita en la superficie de las grandes poblaciones, á ese uno ó dos por ciento de sus habitantes que forman la sociedad llamada culta y distinguida, el elemento intelectual, la insignificante minoría del «buen tono.»

Las grandes masas del proletariado, las inmensas zonas de la población rural, la burguesía provinciana de las ciudades de segundo y tercer orden, permanecen substraídas y ajenas á la influencia antedicha, porque ni el arte ni las letras han conseguido «socializarse» todavía ni hacerse absolutamente nacionales en ningún país, esto es, llegar á todos sus componentes é interesarles á todos por igual, desde el prócer al pastor, desde la princesa á la zagala perdida en los campos.

Mas sea de ello lo que quiera y perdonando esa vanidad de los poetas y de los artistas que pretenden dominar el mundo y llenar la conciencia humana, cuando su influjo se extiende tan sólo á una porción limitadísima de nuestra especie; descontando todo eso, no cabe negar que, dentro de la relatividad antedicha, el romanticismo ha sido la escuela que mayor repercusión ha alcanzado en la vida social y en las costumbres de su siglo. Como no cabe desconocer que uno de los agentes principales, si no el primordial, de la conquista de los espíritus por el romanticismo fué, en Barcelona y en el resto de la nación, la música italiana. Ni las novelas de Walter Scott, ni las «baladas del Norte,» ni las leyendas de Zorrilla, con toda su divulgación y estrago sobre las jovenzuelas paliduchas de 1840, alcanzaron lo que alcanzó el *belcantismo*, que fué la pasión por excelencia de aquella sociedad ojival y gótico florida.

De una manera cronológica pudiera demostrarse que la ópera italiana fué aquí y en muchos países el verdadero precursor y preparador del romanticismo. Antes de que hubiese hecho explosión en la poesía, la ópera de los italianos, aprovechándose de las novelas inglesas «sentimentales,» divulgando los argumentos de Fielding, Richardson y otros autores de fines del siglo XVIII, extremándolos en sentido delirante y funéreo—con toques de noche de luna, canción de arpa y mausoleo bajo unos sauces,—tuvo influencia extramusical y abrió el camino á la orientación literaria. El compositor, llamárase Paisiello, Guglielmi ó Cimarosa, vió en los asuntos más de lo que había puesto el autor; los libretistas, en sus reducciones escénicas, acentuaron y «romantizaron» la languidez lacrimosa de aquellos libros del período «sensible» á lo Saint Pierre; y en *Nina la Pazza d'amore*, ó en *Pamela nubile*, por ejemplo, anticiparon la inflexión patética que la literatura por sí misma no debía ofrecer hasta mucho más adelante, con las *Lucia di Lammermoor* y los *Marino Falliero.*

***

Interesante y pintoresca por todo extremo fué la sociedad barcelonesa de 1835 á 1850, en la cual, al influjo de la revolución política, del fervor romántico, del crecimiento de la ciudad y del desarrollo de su industria y riqueza, se agitaban mil anhelos de gloria y esplendor espiritual, incoherentes y sin fijeza, pero que eran los primeros vagidos de la restauración latente en las entrañas de Cataluña. La afición culminante y más avasalladora fué, como he dicho, la musical; hubo un momento en que aquella sociedad cayó en un verdadero *espasmo melódico* bajo la sugestión irresistible del genio de Rossini y, sobre todo, bajo la sugestión del «adorable» Bellini, con quien la parábola romántica llegaba á su vértice de *clair de lune*, de expresión y de melancolía celestial ..

¡Bellini! Hay que observar cómo escriben ese nombre y cómo se conmueven al escribirlo Cortada ó Piferrer. Piferrer, sobre todo, es el representante genuino de aquella generación suspirona y lánguida, amiga de las ruinas y del amarillo jaramago, enfundada en sus grandes levitones acampanados, el cuello oprimido por el corbatín de tres vueltas y el cabello levantado en tupé sobre la frente, como símbolo de una inspiración desordenada y devorante. No se contentaban, sin embargo, con disfrutar de las delicias de la melodía italiana á guisa de espectadores pasivos. Era preciso arraigar y nacionalizar de alguna manera el nuevo espectáculo para que España se bastara á sí misma sin tener que recibirlo todo: compositores y cantantes, de Roma, Nápoles ó Milán. Algunos viejos maestros á la española fueron derivando, como Sors ó Carnicer, desde la *tonadilla* neta hasta la nueva ópera, siguiendo las huellas del Cisne de Péssaro, ó bebiendo, como Obiols, los alientos á Mercadante. Hijos ó descendientes de artistas italianos, nacidos en Barcelona y arraigados en ella, como Saldoni ó Grassi; otros de rancio abolengo indígena, como Ferrer, Cuyás, Rovira ó Piqué, probaron sus fuerzas en la composición de partituras dramáticas según la moda del tiempo.

Se han olvidado ya *La vedovella*, ó *Il proscrito d'Altemburgo*, ó *Sermondo il generoso* que abren la serie eterna de las tentativas, jamás abandonadas y jamás triunfantes, de españolización de la ópera; pero se recuerda el estreno de *La fattucchiera*, de Cuyás, por la promesa que parecía contener de «un Bellini catalán» y por la tierna juventud del compositor, muy pronto tronchada, como la de Cabanyes y el mismo Piferrer, su caluroso panegirista, por una muerte prematura, tan del gusto de aquella generación romántica de «tumba y achero» y que tanto acentuaba la semejanza con el querubín de *Norma* y *La straniera.*

***

Dentro de ese espíritu y con tales ambiciones, surgió (1838) la sociedad titulada *Liceo filarmónico dramático barcelonés.* Sus propósitos eran de carácter cultural y docente, mejor que de empresa: educar una generación de actores, cantantes y músicos capaz de producir un arte nacional; darle medios de ejercitarse en las tablas, sin sujeción á un criterio de lucro, como el que predominaba, por razón de su objeto y propiedad, en el Teatro de la Santa Cruz ó Principal, como vino á llamarse después. Ese Liceo se estableció en el antiguo edificio de Montesión, y allí tuvo por mucho tiempo sus academias y representaciones, siendo el alma de ellas los maestros Obiols y González Mate. En ese teatro de aficionados se incubaba otro proyecto de más trascendencia. Para cumplir su misión educativa y reguladora necesitaba también un edificio modelo, *ad hoc*, sin las obligadas limitaciones y estrecheces del interés industrial.

Y mientras tanto aquellos aficionados no se daban punto de reposo y ponían en escena una serie de obras cuya sola enumeración levanta un mundo de recuerdos y evoca todo el perfume de una época. *¡I crociatti in Tolemaida, Gli arabi nelle Galia, Gemma di Vergi*, la *Zampa* de Herold, *Uggero il Danese, La testa di bronzo!..* ¡Cómo entornaban los ojos nuestros padres al oir esos títulos, á los cuales iban adheridos mil recuerdos y dulzuras de la lejana juventud! ¡Con qué transporte hablaba de aquellos días de oro el viejo *dilettante*, desaparecido ya, que había acompañado con antorchas la silla de mano de la fascinante Antonieta Mosca, que había llevado en triunfo á la suspirada Brambilla y que desfallecía de deleite al recuerdo de las pasmosas fermatas de la Eckerlin!

Pues bien, y volviendo al asunto, aquellos éxitos de la sociedad en el Teatro de Montesión y después en el Teatro Nuevo, animaron á todos, se consiguió del gobierno la cesión de la iglesia y convento de Trinitarios, y en junta de 12 de abril de 1844 acordóse conferir plenos poderes á D. Joaquín de Gispert para estudiar las bases de la futura edificación y propiedad. En abril de 1845 empezaron las obras, y en abril de 1847 pudo realizarse la inauguración.

***

Así nació el Liceo, esa institución tan barcelonesa, tan profundamente barcelonesa, como que durante cincuenta años ha sido el foco principal de nuestras manifestaciones artísticas y casi el único refugio abierto á la vida de sociedad y al trato recíproco de las gentes. No cabe desconocer ni negar que con el nuevo y magnífico teatro no vinieron á llenarse los fines que habían presidido á su construcción; la parte educativa y docente tuvo que ceder muy pronto ante las exigencias económicas y de empresa, pasando á segundo término. Fué un teatro más, el teatro por excelencia de la ópera italiana y del gran espectáculo moderno; pero consiguió encauzar definitivamente la corriente de una música propia, surgida de las entrañas del país, nutrida por la inspiración indígena, servida por artistas de la tierra, autónoma en sus formas, en sus elementos y en su espíritu.

En la historia anecdótica de la ciudad quedará para siempre, como uno de los capítulos más interesantes, el recuerdo de las famosas luchas entre *liceístas* y *cruzados*, ó partidarios del Principal, llena de lances regocijados y amenos, de episodios interesantísimos por su color de época. El mismo estilo de la sala y sus adornos y sus medallones decorativos cantan—ó cantaban, antes de la restauración llevada á término—una elegía piadosa al tiempo que fué, á las elegancias evaporadas, á las pasiones extintas, á los amores que allí nacieron, á las bellezas que allí deslumbraron, como ahora deslumbran en la persona de las hijas y de las nietas.

Así se teje la trama de nuestra vida deleznable; y en esos coliseos magníficos parece quedar prisionera y flotante, como un aroma antiguo y amortiguado, el alma de una sociedad, de todo un conjunto de seres que allí sintieron la alegría del vivir, el fuego de la existencia, la calentura del entusiasmo, y que han ido desfilando después, silenciosamente, por el campo de los asfódelos, dejando su puesto expedito á otros que vinieron á substituirles y serán arrojados, á su vez, por esa inquietud, por esa marea inacabable de la vida y la muerte.

MIGUEL S. OLIVER.



El célebre pintor inglés Guillermo P. Frith, fallecido en Londres el día 2 de los corrientes

(De fotografía de London News Agency Photo.)

Este artista eminente era uno de los pintores ingleses más populares del período llamado de la reina Victoria. Había nacido en Oldfield (Yorkshire) en 1819, y en 1840 expuso por vez primera en la Real Academia de Londres; diez y ocho años después, exponía allí mismo su *Día del Derby*, una de las obras que más fama le han dado y que actualmente figura en la Galería Nacional. Entre sus otros lienzos más importantes merecen citarse especialmente *La playa de Ramsgate*, adquirido por la reina Victoria; *El camino de a ruina*, y *La estación del ferrocarril*, por el que cobró 4.500 libras esterlinas (112.500 pesetas), precio enorme si se tiene en cuenta la época en que el cuadro fué vendido. En su autobiografía ha escrito con gran modestia hablando de sí mismo: «Sé que no he sido nunca ni habría podido ser jamás un gran artista; pero soy un artista que ha tenido mucho éxito.»

LA EXPOSICIÓN REGIONAL VALENCIANA

EL ARTE RETROSPECTIVO

Esta Sección, inaugurada hace pocos días, es sencillamente una maravilla.

En ella podemos admirar el arte creyente del siglo x al lado del idealista de las centurias XII y XIII, cuyos sinceros esfuerzos para comunicar más verdad á la forma, llegan á su más alto grado de realismo en el siglo XIV. Junto á la magnificencia imaginativa del XV, centuria en la cual el arte acumuló, como en otra ninguna, un extraordinario caudal de ideas, aparecen los esplendores de los siglos del Renacimiento; y la fe con que Italia rindió culto á la forma clásica, estudiando el desnudo y el plegado de los paños, podemos advertirla también antes que en otra parte de Europa en Valencia, fundiendo el pincel de Joanes el sentido misticismo de las escuelas medioevales, la corrección clásica, pagana, y el espléndido colorido de los maestros del siglo XVI. El apasionado realismo de Ribera: el atormentado misticismo de Ribalta; el crudo naturalismo de Espinosa; la paleta de Goya, demoledora del decadentismo de Mengs y su cohorte, y la simpática de López, el último representante de la pintura castiza española..., todo, todo resurge del pasado como si ayer mismo hubiera sido creado y por milagroso acaso una mano poderosa hubiera reunido en estos salones las mejores joyas de todas las escuelas y de todas las épocas.

Pero no es sólo la pintura y la escultura lo que constituye la exposición de Arte retrospectivo. Junto á los retablos y lienzos, esculturas y relieves, tropieza el *amateur* en aquellos amplios salones y elegante rotonda con un tesoro en armas, muebles, cerámica, tapices, ornamentos sagrados, joyas, esmaltes, miniaturas..., en el cual puede estudiarse concienzuda y completamente la historia del arte, y singularmente la del arte valenciano, ante aquellos soberbios ejemplares.

La Sección de Arte retrospectivo no es «una sección más» de nuestra Exposición, sino un rico museo al que acuden inteligentes personalidades artísticas de Madrid, Barcelona y del extranjero á admirar las joyas de nuestro arte clásico, expuestas por cierto con artística distribución que honra á los artistas que la han organizado.

Uno de los puestos de honor lo merece el cabildo catedral. Figuran en su instalación las dos famosas andas de plata de los Santos Vicentes; relicarios góticos; arquillas de plata del Renacimiento y otra primorosa obra del siglo XIII; una escultura de San Pedro de plata dorada del XIV; un Misal Valentino, con preciosas miniaturas, un Tito Livio y los sermones de San Vicente Ferrer, quizá dictados por el propio y elocuente apóstol, todos de la misma época; y entre innumerables joyas, cálices, cruces, casullas, capas pluviales, etc., etc., los dos ejemplares, únicos quizá en el mundo, de los frontales de altar ó tapices bordados en sedas, obra del gusto y de la paciencia de los artífices de la catorcena centuria y admiración de las personas inteligentes. Representan las escenas del Calvario y de la Resurrección, y nunca el bordado se acercó tanto á la pintura. La colección de cuadros es un pequeño tesoro; sobresalen los de Joanes y Jacomart, pero vence á todos los de la Exposición el incomparable *Nacimiento de Jesús* de Ribera, obra en la que el inmortal setabense eclipsó á sus contemporáneos por la unción religiosa de aquellas figuras, la desenfadada manera con que las ejecutó y la suprema verdad que les imprimió.

San Juan del Hospital presenta su cruz procesional de plata y cristal de roca y un retablo, joyas ambas del XVI.

El Ayuntamiento de Valencia ha enviado un *San Miguel* de Castañeda, un luneto de Fr. Ginés Díaz, la *Cena* de Cabanes y un retablo flamenco, *Las Obras de Misericordia*, todos del siglo XVI.

La parroquial de San Nicolás ha traído parte de su famoso «tesoro,» constituído por el artístico cáliz de Calixto III y las casullas del mismo pontífice, sin igual en el arte del tejido y bordado; dos relicarios del Salvador y la Virgen, modelos imitados por los artistas de todas las épocas subsiguientes, y un es belto y gracioso *Lignum Crucis*, de oro, maravilla del más puro estilo del siglo XV.

Los Santos Juanes, la popular parroquia del Mercado, ofrece á nuestra admiración dos hermosos frontales, uno de plata repujada del siglo XVII y otro de talla del XVIII; un *Lignum Crucis* del XV; dos relicarios de bronce dorado á fuego; cuatro frontales con aplicaciones del siglo XV y XVI; un espléndido escudo de la cama de la Virgen de Agosto, de plata repujada con piedras finas, del XVIII, y su cruz parroquial de plata dorada del XVI.

Otras parroquias y comunidades de monjas de Valencia y su reino han enviado preciosidades á montones, que sería prolijo y difícil enumerar sin incurrir en lamentables omisiones.

Pero no es posible dejar de citar la primorosa cruz parroquial de Santa María de Onteniente, de oro y plata cincelados y esmaltados, obra del artífice valenciano En Pere de Campellades, que vivió en el siglo XIII y que no percibiría por esta maravilla salida de sus manos los miles de duros que hoy pagaría cualquier museo por ella. De la misma iglesia es una custodia gótica, soberbio ejemplar salvado hasta hoy, como la cruz, de la rapiña de los anticuarios...

Otra cruz de bejuco y oro con cabeceras de esmeraldas de limpias aguas, ostenta un «divino» crucifijo de oro, obra de Benvenutto Cellini, según los inteligentes. Y en mi modesta opinión, si no de Cellini, de algún artista que valía tanto como él. Fué regalo del célebre marino Jorge Juan á la iglesia de San Vicente del Raspeig en Alicante.



Exposición Regional Valenciana. El Arte retrospectivo.—Instalación de la catedral de Valencia. Andas de plata de San Vicente Ferrer y vitrinas con los cálices y demás objetos que constituyen el llamado «tesoro de San Nicolás»

La catedral de Segorbe ha enviado parte de sus riquezas en retablos, joyas y ornamentos. Buenos ejemplares son su colección de casullas del siglo xv, sus retablos del xvii, un crucifijo de Pedro de Arfe ó Arphe y unas sacras de plata repujada del siglo xvii

Santa Mónica, los cuatro Evangelistas de Zariñena; la ermita de Santa Ana de Játiva, su magnífico retablo del xv; la Seo de la misma ciudad, una arquilla de bronce de Calixto III y muchos y muy hermosos retablos del xv y xvi; Siria, otro retablo del xiv; las Monjas Catalinas, paños bordados, una Virgen del xiii, una urna tallada y dorada del xviii y un primoroso frontal bordado en sedas de colores; Concentaina, una tabla del siglo xiii representando á la Virgen de la Leche; Torrente, su hermosísima Cruz Parroquial del xvi, un valioso terno y la *Virgen del Pópul* del xiv, y Denia ha enviado un original retablo de Reixade, pintor notable del siglo xv.

Alicante ha concurrido con espléndida instalación. Son notables el tapiz en sedas de las Monjas Capuchinas, en el cual desde la cría del gusano, elaboración de la seda, hasta el bordado, es todo obra de las pacientes madres; la Cruz parroquial del xvi; el terno de Elche del xvi; las figuras de plata repujada de la Colegiata de San Nicolás; la arquilla del xv, propiedad del obispado de Orihuela, y entre otros un cuadro que los inteligentes dudan si es de Joanes ó de algún gran maestro italiano. De uno ó de otro, lo cierto es que se trata de un cuadro clásico.

Del señor arzobispo de Valencia son cuatro tablas del xvi, un Nacimiento, una Resurrección y Santos Cosme y Damián. De la iglesia del Salvador son unas tablas valencianas del siglo xvi que representan á San Lucas y la Virgen, y la Virgen de Covadonga; de la iglesia del Milagro, seis tablas italianas del xvi, con la vida de San Narciso, que es joya de la Exposición.



Exposición Regional Valenciana. El Arte retrospectivo
Instalación de la catedral de Valencia. Cuadros de Ribera y Joanes y frontal del altar bordado en sedas del siglo xiv

El Ayuntamiento de Almácera presenta una rara colección de azulejos de inapreciable valor. Ladrillos y cerámica del xiv y del xv y siguientes, de Alcora, Manises, etc., los hay á granel de varios distinguidos particulares. Las arcas para caudales de hierro con complicadísimas cerraduras, vargueños, arcones, miniaturas, abanicos, relojes, cajas de rapé, estribos, aldabones, espadas, mosquetes, rodelas, etc., atraen la atención de los inteligentes y de los profanos.

Las colecciones de particulares son notables y valiosas, sobresaliendo entre todas la de D. Francisco Martínez, con armas, muebles, cerámica, tablas del xv (un San Juan riquísimo), arquillas ó contadores del Renacimiento, un verdadero museo, en una palabra. También son notables las de D. José M.ª Bernal y la de D. José Gutiérrez, muy ricas en miniaturas, cerámica, abanicos, pendentifs, arracadas, cuadros, tablas, etc.

Son dignos de mencionarse las flores de Parra, los cuadros de Maella, Vergara, Cadés, Vergara y López, que completan la historia de nuestro arte...

Una honda tristeza invade el ánimo del cronista al salir de la Sección de Arte retrospectivo y atravesar forzosamente la Sección de Arte moderno, en la que todo atrevimiento irrespetuoso tiene su asiento y toda loca vanidad hace su habitación, salvo, claro está, muchas y honrosas excepciones. Y los artistas que se creyeron lastimados por mi primera crónica de Bellas Artes, harán muy bien en deponer sus furores iconoclastas y en estudiar y observar mucho en la Sección de Arte retrospectivo, con lo cual ganará no poco el arte y la propia personalidad del artista.

B. Morales San Martín.

Valencia, noviembre de 1909.



Instalación de la parroquia de San Juan de Valencia.—Frontal de plata repujada del siglo XVII; relicarios de plata, frontales de altar bordados en sedas del siglo XV escudo de plata repujada de la cama de la Virgen de la Asunción



Andas de plata de San Vicente Ferrer y vitrina con misales y arquillas de los siglos XIV y XV, propiedad de la catedral de Valencia

SUBLEVACION de MARINOS en GRECIA

(De fotografías de Harlingue.)

Jorge I, rey de Grecia



Olga Constantinovna, reina de Grecia



El príncipe heredero Constantino

Desde hace algún tiempo la nación helena viene atravesando una gran crisis, producida por la actitud que han adoptado ciertos elementos militares, movidos de una aspiración noble, cuya realización persiguen por procedimientos de todo punto reprobables. Aspiran los tales elementos al aumento del poder militar de Grecia; quieren que ésta llegue á ser una potencia capaz de poder sostener con las armas sus reivindicaciones nacionales enfrente de Turquía, poniendo principalmente sus miras en la isla de Creta; pero para conseguir esto apelan al sistema de la imposición y si lo estiman necesario á la revuelta, dirigiendo sus ataques, no sólo contra los gobernantes responsables, sino también contra las mismas personas de la familia real.

En julio último sublevóse la guarnición de Atenas, y el gobierno, impotente para sofocar aquella rebelión, hubo de dimitir, sucediendo al ministerio Rhallys el ministerio Mavromichalis, que desde entonces ha ido de concesión en concesión, sometido por entero á la llamada Liga militar, de la que es jefe el coronel Zorbas y que ejerce una dictadura oculta, pero omnipotente.

El Parlamento que se abrió poco después no ha funcionado con entera libertad, sino que siempre ha tenido que atemperar su conducta á las exigencias y á las imposiciones de los militares, votando, sin siquiera discutirlos, los proyectos de ley que, obedeciendo á esta misma presión, presentaba el gobierno y entre los cuales figuraban la supresión del cargo de generalísimo, que desempeñaba el príncipe heredero, y de la situación privilegiada de que los demás príncipes gozaban en el ejército. Digamos, en honor á la verdad, que todos estos príncipes dimitieron sus cargos antes de que tal proyecto se aprobara.



El capitán Symbrakakis,
uno de los jefes del movimiento revolucionario



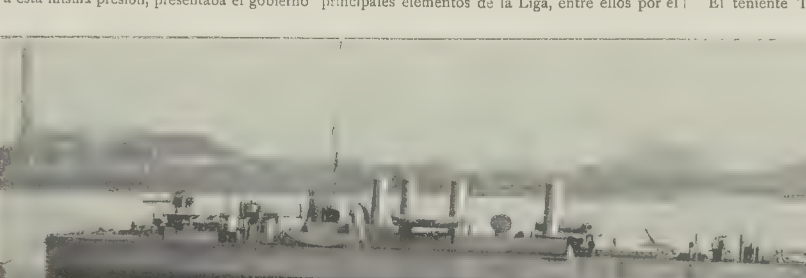
El teniente de navío Typaldos,
jefe de la sublevación naval

Con todo esto quedó satisfecha la Liga militar; mas no lo quedaron todos los que la componían. Typaldos, teniente de navío de la escuadra griega, al frente de un grupo de oficiales de la armada, reclamó recientemente del ministerio de Marina la destitución de la mayoría de sus jefes, á quienes acusaba de incapacidad, y casi impuso su nombramiento de ministro. Esta actitud fué censurada por los principales elementos de la Liga, entre ellos por el coronel Zorbas; mas la intervención de éste no bastó á calmar la impaciencia de Typaldos, quien, viendo desatendidas sus pretensiones, sublevó el día 29 de octubre la escuadrilla de contratorpederos del puerto de Salamina y se apoderó del arsenal y del depósito de municiones. El gobierno envió en seguida tropas leales para impedir el desembarco de los sublevados, y los tres cruceros anclados en aquel puerto, después de haber intimado á aquéllos la rendición, rompieron contra ellos el fuego, alcanzando varios proyectiles al torpedero *Sfendoni*. Al cabo de veinte minutos cesó el fuego, y poco después se rindieron los rebeldes; el teniente Typaldos y sus principales cómplices pudieron escapar en los primeros momentos, pero luego han sido todos ellos detenidos.

La Liga militar protestó enérgicamente desde luego del acto de Typaldos, calificó á éste de traidor y acordó borrarle á él y á sus compañeros de sublevación de las listas de miembros de la misma.

La prensa griega censura unánimemente el movimiento revolucionario y exige un castigo ejemplar para los culpables, en nombre de los intereses supremos de la patria, comprometidos por la locura de algunos exaltados; y la Federación de las Corporaciones de Atenas ha celebrado una reunión extraordinaria, en la que ha votado una orden del día reprobando el acto de rebelión de los oficiales de marina, cuyas consecuencias son desastrosas para los intereses y el honor de la nación, y reclamando una represión pronta y severa.

El teniente Typaldos, procesado por delito de alta traición, comparecerá ante el jurado y no ante un consejo de guerra, para evitar que sea juzgado por los oficiales superiores de marina, enemigos personales suyos.—T.



El torpedero «Thyella,» buque insignia del rebelde Typaldos

S. M. EL REY D. MANUEL II DE PORTUGAL

EN MADRID

El monarca lusitano, que últimamente ha honrado con su visita á la capital de la nación española, es el soberano más joven de Europa. Nació en Lisboa en 15 de noviembre de 1889, y el fin trágico de su padre, el rey D. Carlos I, y de su hermano mayor, el príncipe D. Luis Felipe, puso la corona en sus sienes cuando contaba poco más de diez y ocho años.

A pesar de su juventud y de las difíciles circunstancias en que subió al trono, D. Manuel II ha sabido con su claro talento restablecer la normalidad en el vecino reino y con sus bondades conquistarse el amor de sus súbditos.

Cuando era simplemente infante solía decir contentísimo: «Yo he de tener la suerte de no reinar jamás;» imbuido en esta idea y en la de que, como le decía su augusta madre la reina Amelia, «ser infante de Portugal es no ser nada,» quiso hacerse hombre útil á su patria fuera de la política, y se dedicó con tanto ahinco como provecho á los estudios literarios, habiendo laborado asiduamente en los archivos reales y realizado notables trabajos de historiador.

Su elevación al trono le obligó á interesarse por para su país, cuya prensa lee detenidamente por sí mismo todos los días. A propósito de esto, refiérese que habiendo su secretario particular, el marqués de Lavradío, querido organizar un servicio de resumen de los periódicos diarios, S. M. se opuso resueltamente á ello. «Podríais olvidar—dijo—los artículos más interesantes y útiles, es decir, los más desagradables.»

De su bondad y de su llaneza son prueba los dos hechos siguientes:

Hace poco, un teniente de la Guardia Real, de servicio en palacio, recibió un telegrama en que se le comunicaba que su madre estaba gravemente enferma; solicitó permiso de su jefe para ir á verla, y al enterarse de ello el rey, díjole: «Tome usted mi automóvil de 40 y salga inmediatamente. ¡Dios quiera que encuentre usted á su madre me jorada!»

Algunas semanas después de proclamado rey, iba D. Manuel á pie por las calles de Lisboa; una florista le arrojó un ramo, y él, rompiendo la fila de soldados que cubría la carrera, fué á estrechar las manos de la muchacha y á darle las gracias por su obsequio.

—¡Qué imprudencia!, dijeron los que le rodeaban, recordando la reciente tragedia del regicidio.

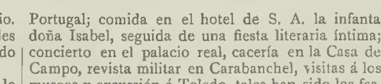
—Más vale ser imprudente que descortés, les contestó el monarca; no olviden que desciendo de Enrique IV.

D. Manuel II, deseoso de corresponder á lo problemas más arduos, y el mismo afán que antes pusiera en sus estudios literarios, puso desde entonces, sin por esto renunciar del todo á ellos, en conocer á fondo los negocios políticos; y de tal manera ha logrado su objeto, que hoy se halla en condiciones de poder discutir los asuntos de más vital interés que D. Alfonso XIII hizo al llegar á su mayor edad, dedicando su primera visita á los soberanos portugueses, ha inaugurado sus viajes visitando al monarca español.

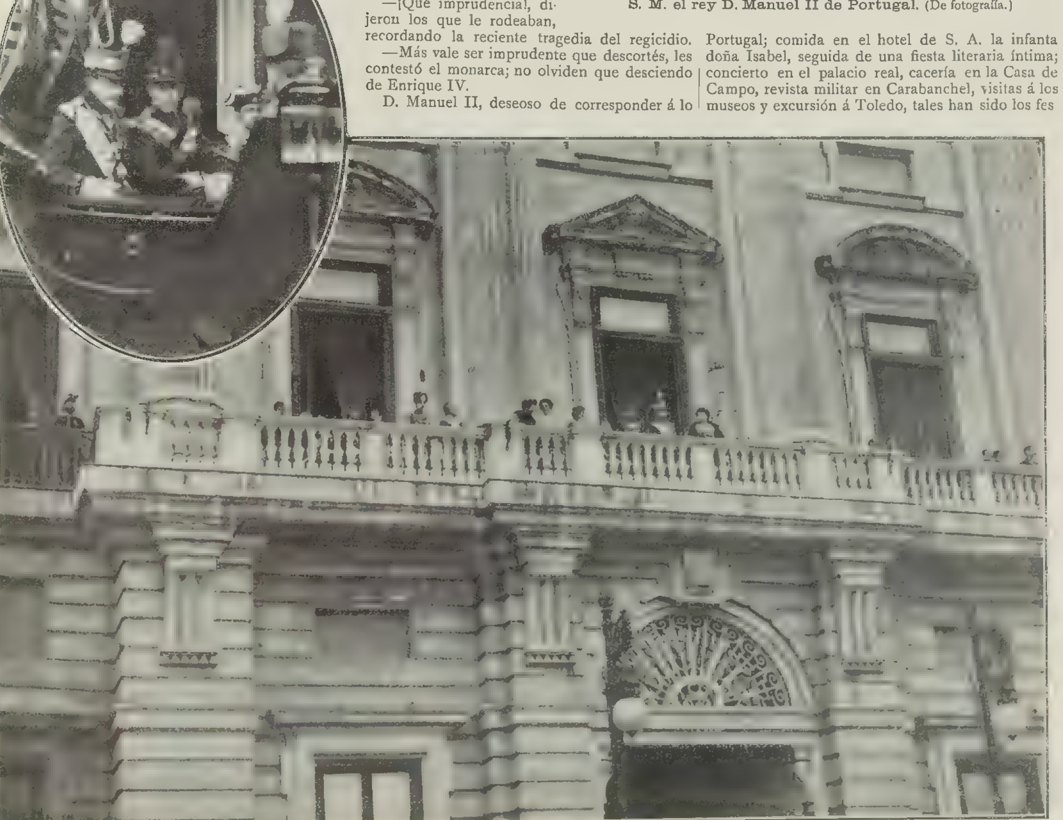
De su estancia en Madrid, adonde llegó el día 8 y de donde salió el 12, poco hemos de decir, ya que en todas estas visitas de soberanos los programas son siempre los mismos, con escasas variantes. Banquete de gala en palacio; banquete en la legación de Portugal; comida en el hotel de S. A. la infanta doña Isabel, seguida de una fiesta literaria íntima; concierto en el palacio real, cacería en la Casa de Campo, revista militar en Carabanchel, visitas á los museos y excursión á Toledo, tales han sido los festejos, todos ellos espléndidos como es tradicional en la corte española, ofrecidos al monarca portugués.

D. Manuel II ha recibido continuas pruebas de afecto del pueblo madrileño, y en todas ocasiones ha manifestado la gran complacencia que su visita á España le ha producido.—S.





S. M. el rey D. Manuel II de Portugal. (De fotografía.)



SS. MM. D. Manuel II y D. Alfonso XIII y S. A. el Infante D. Fernando á la salida de la estación del Norte

El rey de Portugal y la familia real española presenciando desde un balcón del palacio de Oriente el desfile de las tropas. (De fotografías de M. Asenjo.)

OBRAS NOTABLES DEL PINTOR ALEMAN GASPAR RITTER



Gaspar Ritter, retrato pintado por O. Propheter



Lectura interesante



Baronesas de Helldorf



Carmen



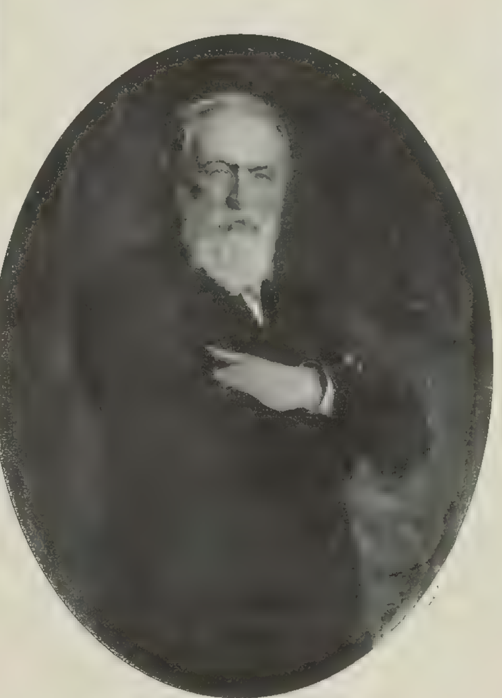
La princesa heredera Cecilia de Alemania



Retrato de la señora X



La niña y el perro



Retrato del ministro Eisenlohr

CRACOVIA. MONUMENTO CONMEMORATIVO

DE LA BATALLA DE GRUNWALD

El año que viene se celebrarán en Cracovia, capital de Galizia, grandes fiestas en conmemoración de la batalla de Grunwald, en la que los eslavos unidos, polacos, rusos y tcheques,



Monumento que se erigirá en Cracovia para conmemorar la batalla de Grunwald, obra de Miguel Korpal y José Kulesza. (Fotografía de C. Abeniacar.)

lucharon contra los alemanes, obteniendo sobre éstos una brillante victoria.

Entre los festejos proyectados figura la inauguración del monumento que adjunto reproducimos y que está destinado á perpetuar el recuerdo de aquella jornada gloriosa.

Este monumento es obra de los celebrados escultores polacos Miguel Korpal y José Kulesza, y en él aparecen las figuras de algunos antiguos guerreros que combatieron por la independencia del pueblo polaco, agrupadas alrededor de una esbelta columna, sobre la cual se alza la estatua de la Virgen, como reina de Polonia.



París. El proceso Steinheil.—La viuda de Steinheil, acusada de doble parricidio en el tribunal durante su interrogatorio. (De fotografía de M. Asenjo.)

PARÍS.—EL PROCESO STEINHEIL

Pocos procesos han despertado en Francia tanto interés como este que actualmente se está viendo ante el jurado de París. Todo ha contribuído á ello: la resonancia que tuvo el doble asesinato del pintor Steinheil y de su madre política, la señora de Japy; las circunstancias extrañas en que el crimen se cometiera; las falsas pistas que siguiera la justicia; la detención de la viuda é hija de las víctimas precisamente cuando ella acudía al juzgado para tomar parte en la instrucción á fin de descubrir á los asesinos; y por último y principalmente la figura misma de la acusada, cuya vida de aventuras galantes aparece descrita con todos sus pormenores en los autos.

En el número 1.406 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, á raíz de la detención de la señora de Steinheil, publicamos una minuciosa relación del crimen y de los incidentes á que habían dado lugar hasta aquel momento las diligencias que para esclarecerlo se habían practicado. Desde entonces, han ido acumulándose en la instrucción judicial numerosos datos que parecen ser indicios graves de la culpabilidad de la procesada; pero en realidad no ha podido encontrarse contra ésta una de esas pruebas que no dejan lugar á dudas y que de un modo concluyente llevan el convencimiento al ánimo de los juzgadores.

Tampoco ha surgido esta prueba en las sesiones que hasta el presente lleva celebradas el tribunal, ante el cual han desfilado testigos y peritos en gran número, sin que ninguno de ellos haya aportado nueva luz á lo que en el sumario resulta, si no obscuro del todo, por lo menos envuelto en sombras y misterio. Nada diremos del curso de estas sesiones, pues aparte de que para ello necesitaríamos un espacio de que no disponemos, la prensa diaria ha ido relatando todo lo más importante que en ellas ha sucedido.

En realidad lo más interesante de todo cuanto en el juicio puede apreciarse es la actitud de la procesada, en particular durante los tres días que ha durado el interrogatorio á que la ha sometido el presidente del tribunal de derecho. He aquí lo que acerca de este particular dice el cronista judicial de uno de los más importantes diarios parisienses.

«Pocas acusadas, aun las más robustas, podrían tener la fuerza de resistencia de la señora de Steinheil. Habla desde hace tres días y no parece fatigada; y en vano el presidente Vallés le ofrece la suspensión de la audiencia para que descanse, pues ella se niega. Si las fuerzas de los magistrados, de los jurados, de los taquígrafos, tienen límites, las de la señora de Steinheil no los tiene. Es verbosa, y bajo un flujo de palabras que nada puede contener, anega, sumerge las preguntas del presidente; habla, pero no contesta; á una pregunta concreta responde con un discurso admirablemente gesticulado, «representado» diríamos, si esta palabra que recuerda el teatro no estuviese fuera del lugar tratándose de asuntos judiciales. Nada puede expresar la nerviosidad de aquel cuerpo de acero que se agita, se estremece, ora replegado sobre sí mismo con las manos extendidas hacia el tribunal como las de un felino en acecho, ora moviendo á piedad con los brazos cruzados y en actitudes de mártir; es preciso haber oído aquella voz angustiada que unas veces se ahoga en un estertor doloroso y se extingue en un sollozo, y otras se eleva, vibra, silba, se vuelve ronca y tiene como rugidos de fiera, para luego hacerse de pronto dulce, armoniosa como una última nota que se apaga. Esa voz tiene suavidades acariciadoras de ingenua y asperezas de fiera astuta. Hay que oir á la señora de Steinheil desplegar todas las seducciones de su voz musical cuando habla de la lealtad, de la rectitud, de la conciencia de los peritos, esos «hombres de bien, esas personas dignas,» y conservar todas sus cóleras rencorosas para la justicia, la magistratura, la acusación. Entonces sus puños se cierran, sus brazos se extienden amenazadores hacia los magistrados de rojas togas y la señora de Steinheil se agita y se estremece como una bandera desplegada.

»De repente sus ojos se llenan de lágrimas, hipos de agonía entrecortan su voz, y su cuerpo, pequeño, se desploma sobre el banco de los acusados. Pero si el presidente la invita á descansar, entonces se yergue, una crispación de cólera rechaza las lágrimas en sus ojos grises ó una sonrisa las seca, y vuelve á oirse el discurso ardiente, patético. El Sr. Vallés necesita una paciencia incansable para hacer que tan singular acusada se ciña al asunto, y si la interrumpe, ella hace caso omiso de la interrupción, sigue perorando y las palabras suben á sus labios rápidas, en oleadas desordenadas, mezclando en una misma frase su amor á su madre, las tristezas de su hogar, las vergüenzas de su vida de esposa, el pesar de sus mentiras y su arrepentimiento.»

Cuando salga el presente número, ya se habrá dictado ó estará para dictarse el veredicto que ha de decidir de la suerte de la señora de Steinheil; sea cual fuere, son muchos los que opinan que tampoco él aportará la luz deseada en este misterioso asunto, en el cual quedará siempre algo de enigma no solucionado. Si es condenada, ¿cómo podrán explicarse los móviles que la impulsaron á cometer el crimen? Si resulta absuelta, ¿qué explicación se hallará para sus continuas contradicciones, sus mentiras probadas, sus delaciones contra individuos cuya inocencia se probó plenamente á pesar de la seguridad con que ella los acusara?



Bordado artístico, obra de miss Febe Mac Leish

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 532, POR V. MARÍN

Premiado en el Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1907.

NEGRAS (6 piezas)

BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 531, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Ae6–g8	1. c7×b6
2. Th6–e6	2. Cd5×e3 jaque ú otra.
3. Te6–c6 mate.	
	1. g7×h6
2. Tb6–e6	2. Cd5×e3 jaque ú otra.
3. Te6–c6 mate.	

VARIANTES.

1..... Th8×g8; 2. Tb6 ó h6–c6 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Tb6 ó h6–c6 jaq., etc.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Gilberto era quizá el único entusiasmado con su idea. Valeria, sin orgullo, pero por amor á la paz y al silencio, detestaba á la muchedumbre; Pedro la despreciaba. Los señores de la comarca se declararon encantados de aquel espectáculo en perspectiva, pero sin duda lo hubieran preferido sin el pueblo.

Faulque vió claramente la intención de su contrincante.

«Ultima maniobra electoral»—decía.

Y tenía razón.

«Buen provecho le haga—añadía;—pero cuando toda esa gente se habrá hartado de comer y beber á expensas de él, votarán por mí. Yo me encargo de explicarles el porqué de la cosa, si ellos mismos no lo adivinan.»

A Bertilla, hija del pueblo, no le importaba la compañía de los campesinos; sinembargo, la idea no le parecía feliz, pues no concebía á los Guibray en contacto directo con los Mignot y los Brice. Sabía muy bien que aquellos barones no contaban elevar los humildes hasta sí, y desaprobaba que se rebajasen á su nivel; faltos de sinceridad en este caso, su papel no era muy airoso.

A pesar de las opiniones diversas, todos estuvieron presentes la mañana indicada.

A primera vista, fué evidente que la apariencia al menos era hermosa. Los vestidos claros de las nobles damas, los trajes blancos de los apuestos caballeros, resaltaban sobre el conjunto de verdes matices y un fondo de colinas que se perdían en la lontananza de un horizonte azul; los campesinos con sus trajes de fiesta y las campesinas ataviadas con sus mejores trapos, daban á la abigarrada reunión el vago aspecto de una romería. La nota dominante era alegre.

Aquel día, el barón Gilberto de Guibray se mostró ridículo; hizo demasiado abiertamente el papel de señor rural, tuteando á los hombres y afectando familiaridad con las mujeres.

Pedro y Valeria pusieron mal gesto; la mayor parte de los convidados, empezando por Faulque y su hija, se encogieron de hombros ante aquellos procederes anticuados.

Mientras estuvieron en ayunas todo fué bien, sin embargo; el campesino no era tonto al extremo de incomodarse antes de haberse aprovechado de las circunstancias

La vista de los toneles alineados, de las mesas copiosamente servidas, aconsejaba la paciencia y la humildad á los más revoltosos.



Grandlys, á su vez, maniobrando á un tiempo con ambos puños..

El vizconde de Grandlys murmuró en su pequeño corro:

—Cuando esa gente haya bebido, sabe Dios la que se va á armar.

Inmediatamente constituyóse en guardián de Bertilla y se colocó á su lado. Ella le dejaba hacer, como siempre, sin tener ninguna objeción que oponer.

El baroncito de Ambreuil dijo al oído del marqués de Courtray:

—Eso podrá ser popular, pero no es republicano.

—No por cierto, replicó el otro, al parecer convencido.

Detrás de los grandes personajes, los criados del castillo procedían atentos á llenar los vasos y cambiar los platos, mientras al extremo de la mesa la plebe iba directamente á tomar vino de los toneles en jarros de porcelana, y cada uno de los comensales de baja estofa no tenía más que un plato, aunque archilleno de viandas.

Aquella comida al aire libre, de la cual tanto esperaba el barón de Guibray, descontando la gratitud de los campesinos, resultó más fastidiosa que alegre.

La estación, ya avanzada; el otoño que se echaba encima, hacían que la tierra y el césped fuesen húmedos; y á pesar de las tablas dispuestas para que los convidados de distinción tuviesen los pies en seco, poco á poco se manifestó la impresión del frío en los semblantes.

Así distribuídos, en un espacio demasiado vasto, los comensales se veían reducidos á las conversaciones particulares, á los diálogos entre vecinos de derecha é izquierda.

Faltaba animación general y comunicativa.

Bertilla se encontraba *casualmente* entre Pedro y Enrique, de modo que le estaba vedado el ser franca y natural.

Decía «sí» á la izquierda; contestaba «no» á la derecha, y empezaba á fastidiarse.

Los campesinos no tardaron en estar borrachos y alborotar; ya nadie se entendía. Los niños, con pedazos de torta en la mano, se revolcaban sobre la hierba, persiguiéndose y empujándose unos á otros hasta debajo de la mesa de las personas importantes.

Faulque se sonreía, esperando que la fiesta acabaría mal. No tardó en ver cumplidos sus deseos, pues hubo quien acabó de echarla á perder.

Limitaban el campo por un lado el río y sus sauces y por otro lado el camino y su terraplén.

Pasó un mendigo errante.

Era un mocetón alto, corpulento, curtido por el sol, de barba roja y espesa; su camisa abierta dejaba ver un pecho abultado y velludo; calzaba unos gruesos zapatos rotos y llevaba en la mano un nudoso bastón; era un hermoso tipo de hombre salvaje y libre.

Abrió desencajadamente los ojos, deslumbrado por aquella visión de una multitud de gente comiendo, y sobre todo de campesinos que desfondaban toneles para vaciarlos más aprisa.

Saltó resueltamente el terraplén y se acercó al festín. No sin inquietud, los de la mesa de honor le vieron acercarse.

No era del país y no tenía motivos para mostrarse servil con los ricos, con los amos. Sin embargo, Valeria le admiró.

—El hombre de la naturaleza, dijo.

Y cada cual se manifestó conforme.

El vagabundo, sin hacer caso del efecto producido, había recogido un jarro del suelo y lo llenó de vino del tonel más próximo. Después, con un gesto lento, casi grave, casi ritual, como una acción de gracias á la Casualidad propicia, lo levantó á la altura de sus ojos en un saludo al cielo, aspiró el olor del vino con las narices dilatadas y el aire profundamente satisfecho; por fin lo llevó á los labios, y sin respirar, de un trago, bebió todo el contenido. El jarro era de dos litros.

El efecto fué instantáneo, prodigioso; apenas hubo acabado de beber, el hombre soltó una carcajada, con los ojos ya extraviados; indudablemente no estaba acostumbrado á semejantes tragos y el vino le subió en seguida á la cabeza.

En medio del silencio de los señores, los campesinos le aplaudieron, excitándole, para divertirse, á nuevas proezas. Él miraba á su alrededor, riendo, enseñando sus dientes, fuertes y blancos, de lobo ante la presa.

—¡Dadle de comer!, gritó Gilberto descontando la vaga esperanza de que el hombre compensaría el líquido por lo sólido, y se llenaría tanto menos de vino cuanto más se llenase de viandas.

El salvaje aceptó las que le ofrecieron; sentóse en la hierba, de espaldas á un sauce, y empezó á tragar sin decir una palabra.

A cada momento se levantaba para ir á beber; pero se había quedado tan tranquilo, que se olvidaron de él.

Sin embargo, Pedro le observaba de reojo; aquel intruso andrajoso le causaba un malestar indefinible; para él representaba al filósofo de la comedia que, á su hora, viene á decir sus verdades á los poderosos hipócritas.

El joven Guibray temía un escándalo, y lo esperaba, casi con seguridad, además, el hombre era formidable. Si había bronca, lo cosa podía acabar mal, con derramamiento de sangre mezclada con el vino.

Apenas hacía unos diez minutos que, más ó menos espontáneamente, las conversaciones se habían reanudado en torno de la mesa, cuando, de pronto, agudos gritos dominaron el ruido de la multitud, llamando la atención de todos.

Cuatro ó cinco muchachos de unos doce años, algo chispos también, se habían propuesto molestar al mendigo, absorto en su comida.

El uno le había quitado el bastón, el otro el sombrero, y al notarlo, levantóse de un salto, amenazador, terrible, y corrió tras ellos; en tres zancadas los hubiera alcanzado, si el padre de uno de ellos, campesino robusto y corpulento, no se hubiera interpuesto. Quiso detener al salvaje; pero éste, de un puñetazo en la boca del estómago, lo derribó al suelo.

Hubo gran clamoreo; seis mozos sólidos se precipitaron sobre el pordiosero; todos estaban borrachos y ardían en ganas de batirse.

A bofetada y patada para cada uno, se desembarazó él de sus nuevos enemigos. Las mujeres chillaban, con los brazos al aire; los hombres vacilaban ante tales manifestaciones; una anciana se desmayó, al lado de Gilberto, y la condesa de Moissons, al otro lado, murmuró distintamente:

—Mejor estaríamos entre nosotros.

Gilberto, perdida la paciencia, se levantó.

—¡Eh, ustedes!, gritó con poca cordialidad; á ver si se están tranquilos... No les convidé para que riñeran á los postres.

Hubo una breve pausa, seguida de burlas y rechiflas. Uno de los Mignot se atrevió á decir:

—No estamos para recibir órdenes...

Este Mignot les tenía rabia á los Guibray por no haber pagado más que mil quinientos francos por un campo que sólo valía mil; pero que, en su conciencia, estimaba seis veces más.

Por esto, mal dispuesto, refunfuñaba.

A su réplica insolente, la multitud esperó lo que iba á decir ó hacer el barón de Guibray.

Éste había vuelto á sentarse, sin aparentar haber oído, considerando que en ciertas cincunstancias conviene hacerse el sordo.

En seguida aumentó la audacia de los borrachos; y se elevaron de todas partes canciones burlonas, risas impertinentes y gritos de animales, en confusa algarabía.

Faulque se levantó á su vez; arrojó la servilleta, encogiéndose de hombros.

En aquel momento estalló un grito de «¡Viva la República!»

Era el voto de gracias del pueblo con motivo del almuerzo ofrecido por la necedad de los nobles.

Faulque recogió el grito.

—Sí, viva la República..., y callarse. Sabed que el primer derecho de todo ciudadano consiste en almorzar tranquilo, aunque sea en compañía vuestra. El primero que se desmande tendrá que habérselas conmigo. Tú, Mignot, cuidado, que no te pierdo de vista; hoy pones tu cara de mala luna. Os advierto á todos que si no andáis derechos, nos veremos las caras mañana cuando hayáis dormido la mona. Estáis borrachos, animales. Largaos á la chita callando; ya habéis bebido bastante. ¿Entendéis? ¡Largo de aquí!

A la voz del amo que tenía bajo sus órdenes á la mitad de los habitantes del país, que había vivido siempre en aquel mismo país, que conocía á cada cual por su nombre, que les había ayudado á todos en los días de desgracia, campesinos y obreros, súbitamente calmados, vueltos á su puesto, cabizbajos, con los brazos caídos, recobraban la razón, reconociendo su falta...

—Es verdad, es verdad..., no hay necesidad de armar bronca..., esto molesta... Sí, Sr. Faulque, vamos á divertirnos más lejos; cada cual á su puesto...

Y bruscamente, estas diversas contestaciones se convirtieron en un solo clamor:

—¡Viva el Sr. Faulque!

Valeria, contrariada, miró á su marido con un poco de ironía.

¿Y bien? ¡Vaya un final que tenía la fiesta campestre! Los campesinos enseñaban los dientes á Guibray, se inclinaban bajo la autoridad de Clemente Faulque y le aclamaban.

Era la piedra de toque de las elecciones futuras. ¡Adiós ilusiones! Clemente era invencible. Lo mismo pensaba el barón, quien, en conclusión, dijo francamente:

Soy un imbécil.

Mientras tanto, el mendigo, entregado á sí mismo, desembarazado de sus adversarios, había vuelto á sus tragos de vino. Ya nadie se acordaba de él; pero después que los grupos de campesinos se hubieron dispersado por la ribera, volvió á llamar violentamente la atención de la sociedad selecta allí representada.

Estaba borracho perdido; con dificultad se tenía en pie, tambaleándose con las piernas convulsivas.

Una especie de locura le dictaba gestos desatinados. Aquel salvaje, con una mímica expresiva, se acercó á la orilla del río, contempló la corriente, y levantando las manos por encima de la cabeza, simuló una zambullida en el agua; las viejas temblaron de nuevo, y las jóvenes palidecieron.

¡Sólo faltaba un suicidio para final de la fiesta!

Pero el hombre retrocedió, y describiendo con las manos un semicírculo desde el pecho hasta los muslos é hinchando los carrillos, indicaba claramente la espantosa hinchazón de los ahogados..., perspectiva sin duda que le hizo vacilar, pues sacudió la cabeza negativamente, como diciendo: «No, no. ¡No seré yo tan tonto!»

Todo eso sin proferir una palabra, con actitudes de payaso experto, con gestos de funámbulo.

Los comensales volvieron á respirar, y aun hubo quien se atrevió á reir. En mal hora lo hizo.

El vagabundo se acercó á la mesa, furioso, con los ojos extraviados.

La cólera le había devuelto el equilibrio. Iba en derechura hacia la concurrencia. Vió á Bertilla; le gustó sin duda, puesto que se le acercó con los brazos abiertos y un hipo sordo.

Bertilla era valiente, le vió venir, y dijo simplemente *á su vecino de la derecha:*

—Enrique, quítenos usted ese personaje de delante.

Pedro sintióse profundamente humillado de que no se hubiese dirigido á él; ¿pero qué hubiera podido hacer, débil, enfermizo, contra aquel bruto epiléptico?

El vizconde de Grandlys de Ausonne había contestado ya tranquilamente:

—No tema usted nada, señorita; á diez pasos de aquí, le acogoto.

El otro seguía avanzando. Contra aquél, la influencia de Clemente Faulque era vana; no era del país, no conocía á nadie y no respetaba nada.

Sin embargo, en medio de ese tumulto de espanto, Clemente acudía en ayuda, cuando se le adelantó Grandlys, quien, conforme había dicho, hizo frente al vagabundo loco, á diez pasos de distancia.

Irguióse delante de él, de estatura igual, pero de otra altivez. Le agarró por los hombros, y apoyando las manos con una presión lenta, pero soberana, le dijo:

—Vas á marcharte inmediatamente, ó te echo al río; ¿entiendes?

El pordiosero, con una desviación brusca, trató de desasirse y de asestar su mal golpe en el pecho.

Entonces, dejándose de contemplaciones, Grandlys, á su vez, maniobrando á un tiempo con ambos puños y con la pierna, lo derribó de espaldas, haciéndole dar un batacazo.

—¿Tienes bastante?, le dijo el vizconde.

El salvaje se levantó, aturdido; recogió su sombrero y su bastón, saludó profundamente á la asistencia y se fué. Delante de uno más fuerte, el bruto se había sometido.

Como todo el mundo felicitaba á Enrique, él replicó francamente:

—Sin su borrachera, trabajo me hubiera costado.

Bertilla, agradecida, tendió ambas manos al que ya designaban como su protector natural. Faulque le abrazó con efusión.

—¡Usted es un hombre!

Entonces, Pedro, en situación desairada, olvidado, renegado como indigno, como enfermo, vió el horizonte obscuro.

Pensaba y decía para sí, en su cólera creciente:

«¡Vaya un mérito, la fuerza!.. No hay para estar orgulloso; la fuerza viene del nacer, de la casualidad...»

Como la nobleza, caballerito.

El día resultaba malo para Guibray... Y como, por añadidura, empezó á llover, la gratitud de los convidados fué ligera esta vez para con los barones.

A partir del día siguiente, empezaron las borrascas de otoño y el paisaje se llenó de tristeza.

Sin embargo, aún hubo algunas recepciones en la Ruina y también en el castillo nuevo; pero menos frecuentes, porque los caminos se ponían intransitables y los señores estaban sitiados en sus quintas.

El único que continuaba haciendo acto de presencia era Grandlys de Ausonne, que continuaba su papel de pretendiente, animado por Faulque y tolerado por Bertilla.

A Pedro no le cabía ya duda que de un día á otro se anunciaría oficialmente el noviaje. Y tendría que asistir al matrimonio de Bertilla con Grandlys, joven, guapo y digno de amor; oiría, desde su Ruina, las salvas de escopeta con que los campesinos saludarían á los novios; le convidarían á la boda y sólo de él dependería asistir á no á ella.

Llevaba las suposiciones al último extremo.

¿Por qué el vizconde Enrique, su pariente, no había de rogarle que fuese testigo de la boda? La cosa nada tenía de inverosímil, y le hubiera tentado desempeñar un papel de semejante ironía y de tal sacrificio.

Hubiera sido lúgubremente grotesto y eminentemente humano.

Cansado luego de imaginaciones paradógicas y de amalgamas contradictorias, volvía á ser bruscamente un pobre muchacho sencillísimo, y lloraba, con la cabeza entre las manos, el paraíso perdido por su culpa.

En aquel momento, Valeria se desolaba también; todo se desmoronaba á la vez.

Bertilla ahora la evitaba; la baronesa ya no estaba muy segura de la voluntad de su joven amiga; sentía que se le escapaba, que se desligaba de hora en hora, y no se lo podía reprochar. La muchacha había dado pruebas de una gran constancia, pero todo tiene su fin.

Las primeras simpatías del pueblo disminuían también.

La fiesta campestre, descontada de antemano, había sido contraproducente. El señor de Guibray no era ya popular. Su altivez, sus reprensiones perentorias, habían mortificado á las gentes sencillas, que volvieron á adherirse á Clemente Faulque. De éste todo lo aceptaban y lo soportaban todo, porque era hijo del país, dispensador obligado de los peores ó de los mejores destinos.

Valeria había salido de París con el doble objeto de casar á su hijo con la mujer que éste amaba, y de ayudar á su ambicioso marido en sus planes políticos.

En ambos extremos fracasaba para su confusión. Los acontecimientos, una vez más, podían más que los hombres; de nuevo la casa de Guibray se aislaba en la sorda animosidad de los campesinos recelosos.

Los barones iban á tener que renunciar á sus proyectos, puesto que eran derrotados en toda la línea.

En su gran equidad, Valeria no podía menos de reconocer que todo el mal venía de los suyos; con su estúpido orgullo, con sus torpezas repetidas, se

habían enajenado corazones fáciles de conquistar, almas que se hubieran entregado gustosas.

Tal resultado la entristecía, no viendo más remedio que largarse y dejar la plaza libre. Retirada, derrota, amarga decepción.

Gilberto, por su parte, rabiaba noche y día. Acusaba á todo el mundo de haber contribuído á su fracaso: á su mujer que, según él, no había comprendido su misión; á Pedro sobre todo, cuyos caprichos (olvidábase ya de que había aprobado recientemente las decisiones de su hijo), cuyos caprichos rompían la alianza necesaria con los Faulque. Si se hubiese casado con Bertilla, todo se hubiera arreglado en familia; Clemente, que en realidad tenía pocas ganas de ser diputado, hubiera servido naturalmente los deseos de su consuegro.

Pero ahora estaban en guerra; todavía se saludaban, por educación, por mera cortesía, pero se detestaban mutuamente.

El barón hacía otra vez caso omiso de los antepasados. En la historia de su raza, le gustaba lo que le era de provecho; lo que podía estorbarle en sus evoluciones era pronto renegado como trasto inútil.

De todo lo cual deducía que un Faulque con millones y una situación preponderante, valía bien un Guibray sin apoyo y sin gran fortuna.

Y le ponía mala cara á su mujer y también á su hijo.

La vida se hacía triste en el castillo viejo.

Imbuído en sus extrañas ideas, Pedro huía desde por la mañana, vagaba por senderos y caminos, como un año atrás, con la secreta esperanza de encontrar á Bertilla. Pero á quien encontró fué á Brice.

Lo había desdeñado y rechazado de altiva manera, cuando estimaba su concurso inútil, cuando tenía la victoria segura, puestos ambos pies en un terreno sólido.

Pero ahora que nada hallaba firme á su paso, ahora que el edificio de sus ilusiones se desmoronaba, le hizo el honor de una amable acogida.

Brice también había tenido una gran decepción: seguía siendo jardinero auxiliar, y las circunstancias que contaba explotar ya no existían; al contrario, para ambas partes representaba un recuerdo desagradable; Faulque sentía haber mostrado interés por Pedro durante su enfermedad.

Para el barón y su hijo, Brice no podía evocar más que ideas poco halagüeñas.

El pobre hombre lo sabía y meneaba la cabeza, como quien despierta bruscamente de un grato sueño, midiendo con ojo certero la triste verdad.

Puesto que Faulque y Guibray se complacían en las discordias, su papel, el del pobre Brice, no tenía razón de ser, y el porvenir feliz, acariciado en sus sueños, retrocedía más y más para perderse entre las quimeras. Sin embargo, contestó con gusto á las buenas palabras de Pedro. No era orgulloso, ni podía permitirse el lujo de los resentimientos; mostróse humilde, obsequioso y un poco lastimero, como de costumbre.

¿Qué había sido de aquellos tiempos en que, de igual á igual, entre compañeros, el señorito Pedro y él pescaban percas en el río bajo los sauces? Aquel pasado desmentido no era más consistente que el porvenir..

—Brice, en usted tuve un amigo fiel; ¿lo es usted todavía?

—Con toda el alma, señorito. Estoy á sus órdenes ahora y siempre; daría mi pellejo por usted.

—Pues bien, escuche... ¿Continúa usted viendo todos los días á la señorita Faulque?

—Todos los días, todas las mañanas sobre todo.

—Bien...

Y Pedro repuso con gran interés, después de un minuto de reflexión:

—Mañana por la mañana, dígale usted que yo subiré por la tarde, á cosa de las dos, á la capilla de la Deseada; que le agradecería tuviese la bondad de concederme una postrera entrevista. ¿Entendido?



...con sus inmensos ojos, animados de un ardor sombrío, miró fijamente al pobre Guibray... (pág. 741.)

—Le repetiré palabra por palabra lo que el señorito acaba de decir. ¿Hay contestación que traer?

—No, yo subiré de todas maneras; si ella no viene, harto lo veré.

—Será usted obedecido...

Y Brice prosiguió su camino con grave dignidad, pensando como filósofo de experiencia:

«Se reanudan las negociaciones, y yo vuelvo á ser el lazo de unión; no puede suceder nada peor que lo presente; todo cambio había de ser mejor. Procuremos que se opere. Es una esperanza.»

Sin embargo, no estaba tan esperanzado como en aquellos días primaverales, en que llevaba al castillo nuevo los últimos telegramas proclamando la curación del joven Guibray.

Él también, advertido por la experiencia, necesitaba ver para creer, por poco que fuese.

No por esto dejó de cumplir fielmente su misión. Al oirla, la señorita Faulque frunció el ceño y no contestó.

Era un día gris, brumoso, monótono. No hacía viento. El río, ya terroso á consecuencia de las lluvias, se deslizaba tristemente entre sus riberas despejadas por la caída de las hojas.

Sólo había movimiento y alegría en los viñedos; se acercaba la época de la vendimia.

Poco antes de las dos, Bertilla atravesó el pueblo, salió por un callejón que daba al campo, y sin vacilar empezó á subir las cuestas que conducían al bosque.

A medida que ella iba subiendo, el campanario de la vieja iglesia se iba achicando á sus ojos; las casas se apiñaban bajo sus techumbres de paja ó teja, y el río se encajonaba en un cauce más rígido

Luego se le apareció todo el valle rodeado de aldeas que en lontananza se perdían entre las brumas.

Delante de ella, la Ruina se acusaba más obscura y más huraña; parecía seguir á la joven con sus ojos vacíos, tras los cuales había como una nube.

Bertilla se detuvo: allí se había deslizado su vida entera; su infancia, su primera juventud que aún duraba... En aquel anfiteatro de colinas y bosques escalonados se circunscribía su terrestre aventura. Hasta hace poco no deseaba nada más, no aspiraba á nada mejor.

El castillo nuevo, blanco, en medio de un florido parque, le bastaba como dominio; allí era señora y reinaba sin murmullos, y su poder se extendía más lejos, doquiera había pobres...

Allí había sido feliz; negativamente quizá, pero profundamente, sin sospechar que así fuese.

Para que todo cambiase, había bastado que los espectros saliesen de la Ruina bajo fórmulas vivientes, el alma de los antiguos reencarnada, orgullosa y brutal, en nuevos cuerpos.

Entonces las serenas costumbres habían sido trastornadas; el desorden y las preocupaciones habían entreverado las líneas y desbaratado las situaciones.

Todo estaba revuelto.

Bertilla iba á aquella cita contra su voluntad, sabiendo demasiado que, después de cada entrevista con Pedro, el estado de cosas quedaba un poco más complicado, sin una apariencia de solución posible.

¿A qué, pues, volverse á ver? ¿Para sufrir un poco más, uno enfrente del otro?

Delante de la capilla de la Deseada, Pedro, cruzado de brazos, esperaba en silencio. Desde aquel punto culminante dominaba la tortuosa cinta del camino, que se desarrollaba por entre praderas y tierras de labranza.

De lejos había reconocido á la señorita Faulque.

Seguía su marcha con la vista inquieta. ¿Venía con un corazón sumiso ó con un corazón rebelde?

Lo que él iba á pedirle, lo que contaba exigir de ella, basándose en su amor, era enorme, monstruoso. Comprendía lo insensato, lo absurdo de sus pretensiones; y sin embargo, las mantenía, no viendo otra rama de que agarrarse en su caída á los abismos.

Si ella se negaba, él sabría poner término á la aventura de una manera ó de otra, según el color de sus pensamientos.

Bertilla subió á un otero y se halló en presencia de él.

Pedro se le acercó con la mano tendida.

—Gracias, dijo, por haber acudido á mi primer llamamiento.

La frase desagradó á Bertilla por vanidosa; aquel joven parecía no admitir que le resistiesen.

—No se apresure usted demasiado á darme las gracias, replicó ella; he venido simplemente para acabar de una vez, porque estoy ya harta de equívocos, de situaciones falsas y de malas inteligencias. Ahora, hable usted; ¿qué tiene que decirme?

Él palideció ligeramente, con amargura en los labios. Ante tan brusca réplica, consideraba el pleito perdido, y no se atrevía ya á formular sus ridículas pretensiones; la muchacha iba á soltar la risa y á volverle la espalda.

Bertilla, sin mostrar emoción alguna, buscaba una piedra seca en que sentarse; los escombros de la capilla, ya casi enteramente desmoronada, ofrecían asientos de esa clase.

Encontró uno á su gusto y sentóse muy tranquila. Su fina silueta se destacaba sobre el fondo calado del antiguo monumento conmemorativo. Iba envuelta de arriba abajo en un gran abrigo de viaje, ajustado á las formas. Del cuello abrochado surgía su bonita cabeza morena, bajo su cabellera rubia.

(Se continuará.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)

No por haberse realizado sin disparar un tiro dejan de tener importancia grandísima, casi decisiva, las operaciones efectuadas por nuestras tropas en los días 6 y 7 del corriente.

En las primeras horas de la mañana del 6 salieron de la plaza cuatro columnas: la primera, al mando del general Tovar, se componía de batallones de cazadores á las órdenes del infante D. Carlos y realizó un movimiento envolvente pasando por cerca de Taurit; la segunda, también á las órdenes del general Tovar y mandada por el general Morales, con batallones de cazadores, pasó por encima de Dar el Hachs Bisián, estableciendo contacto con la anterior; la tercera, mandada por el general Muñoz Cobo, avanzó de frente por debajo de Dar el Hachs, sirviendo de eje al movimiento envolvente de las anteriores, y la cuarta, que mandaba el general Imaz, situóse en Dar el Hachs para servir de reserva y apoyo en caso necesario. El general Marina, con los generales Huerta y del Real, dirigió la operación.



E. general Marina y su estado mayor reconociendo los campamentos después de los últimos temporales

El general Sotomayor con su división permaneció en los campamentos de Zoco El Had dispuesto á acudir en auxilio de las anteriores fuerzas, en caso necesario, atravesando el Río de Oro.

Las columnas avanzaron con gran precisión, sin ser hostilizadas, y á un mismo tiempo llegaron á Hidum, que era el objetivo de la operación, terminada la cual el general Marina dispuso que sólo quedasen allí cuatro batallones y una batería de montaña con el general Muñoz Cobo, y en una posición complementaria el general Morales con dos batallones y otra batería, regresando las demás fuerzas á Melilla.

Hidum es una posición en extremo importante, con la cual y las anteriormente ocupadas á la derecha del Río de Oro, en Zoco El Had, queda dominada la península de Tres Forcas.

A la mañana siguiente salieron de la plaza las brigadas Imaz y del Real al mando del general Arizón y emprendieron la marcha hacia las lomas de Mezquita, llegando á ésta á las siete y media y ocupando una hora después Yeb el-Mamin, que era el objeto de la operación, la cual fué dirigida desde la falda de Mezquita por el general Marina.

Esta nueva posición asegura enteramente el dominio de la vertiente del Gurugú que mira á Melilla, quedando solamente libres las partes elevadas, los picachos inhabitados de aquel monte.

A las cuatro de la tarde se retiraron todas las fuerzas que no habían de guarnecer Yeb-el Mamin, en donde se instalaron el batallón de cazadores de Cataluña, dos compañías de Melilla, otras dos de Africa, una batería de montaña y una sección de ametralladoras al mando del coronel Axó.

Estas tropas dedicáronse inmediatamente á los trabajos de fortificación, que se llevan á cabo con gran rapidez, pudiendo afirmarse que dentro de muy poco quedarán terminadas las obras que han de asegurarnos la posesión y defensa del vasto territorio rifeño necesario para el desenvolvimiento de la acción de España en el Norte de Africa.

Al buen éxito de las operaciones de los días 6 y 7 que acabamos de describir contribuyeron los globos militares *Urano* y *Reina Victoria*, habiendo también coadyuvado á ellas el crucero *Extremadura*.

La circunstancia de haberse ocupado esas nuevas y tan importantes posiciones sin haber sido nuestras tropas hostilizadas por los rifeños, parece indicar que éstos se hallan dispuestos á abandonar la lucha, en parte á causa de los duros escarmientos sufridos durante la campaña, y en parte también por el temor de la miseria que les amenaza si dejan descuidados los trabajos agrícolas. A esta actitud pueden haber contribuído asimismo las gestiones realizadas por los emisarios de Muley Hafid cerca de las cabilas, tanto más cuanto que las excitaciones pacíficas del sultán se armonizan esta vez perfectamente con el propio interés de los cabileños.—R.



Llegada de fuerzas de relevo á las posesiones de Benisicar

PLACA DECORATIVA,

OBRA DEL PROFESOR FRANCISCO FERRARESI

El entusiasmo que siente el pueblo italiano por su engrandecimiento naval, refléjase, desde hace algunos años, cada vez que se aumentan sus escuadras con alguna nueva unidad. Así ha ocurrido recientemente con motivo de la botadura del acorazado *Roma*. Las damas romanas han ofrecido una hermosa bandera de combate, que atestiguará el patriotismo y las simpatías que dedican á la marina de guerra las señoras de la capital de Italia. Los inventores del teléfono altisonante, Hermanos Marzi, han ofrecido á su vez uno de sus aparatos adherido á una artística placa decorativa en bronce, obra del distinguido pintor y escultor Francisco Ferraresi, que gracias á su habilidad é inteligencia ha logrado que el aparato se convirtiera en una obra artística.

Nos complacemos en reproducir en estas páginas la placa de referencia para que nuestros lectores puedan apreciar su mérito.



Placa decorativa del teléfono altisonante ofrecida al comandante del acorazado «Roma,»

obra del profesor Francisco Ferraresi

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

PORTUGAL, por *D' Ayot*. – Folleto de 40 páginas que constituye el canto X del poema en prosa «La Iberiada.» Impreso en Madrid en la imprenta «El Trabajo.» Precio, cincuenta céntimos.

DE SASTRES (Entretenimiento paremiológico), por *R. Monner Sans*. – Curioso artículo que se publicó en la «Revista de Derecho, Historia y Letras» de Buenos Aires. Un folleto de 18 páginas, impreso en aquella capital en la tipografía Jacobo Peuser.

FATAL REGRESO, por *César de Salvador de Solá* y *F. de P. Holgado Galofre*. – Cuadro dramático en un acto y en verso, impreso en Barcelona. Precio, una peseta.

EL PARLAMENTARISMO Y LA REFORMA POLÍTICA DE CHILE, por *José A. Alfonso*. – Estudio presentado á la Sección de Ciencias Sociales del primer Congreso Pan Americano reunido en Santiago de Chile. Un folleto de 46 páginas, impreso en Santiago de Chile en la tipografía de Cabeza y C.ª

LA PAZ DE LA TARDE, por *J. Guiteras y Soto*. – Colección de novelitas y cuentos. Un tomo de 252 páginas, editado en Valencia por Angel Aguilar. Precio, dos pesetas.

CASO DE LUPUS EN LA CARA DE FORMA HIPERTRÓFICA ULCERADA, curado con los rayos Rœntgen por los doctores *C. Comas* y *A. Prió*. Trabajo publicado por la revista barcelonesa «Therapia.» Un folleto de 10 páginas con cuatro fotografías, impreso en Barcelona en la imprenta de Joaquín Horta.

ARTÍCULOS, por *Juan Maragall*. – Colección de algunos artículos publicados por el autor en el *Diario de Barcelona* desde 1893 á 1903, y que han sido reunidos en un volumen dedicado por varios admiradores del escritor ilustre y del inspiradísimo poeta como homenaje y testimonio de admiración. Un tomo de 300 páginas, hermosamente impreso en Barcelona en la imprenta de Fidel Giró

GANDESA, LA MUY LEAL, HEROICA É INMORTAL CIUDAD. HISTORIA DE LOS SIETE SITIOS, por *Antonio de Magriñá y de Suñer*. – Un tomito de 60 páginas en que se relatan con gran número de datos los sitios que sufrió aquella ciudad desde 1836 á 1838; impreso en Gandesa en la imprenta de Juan Bautista Llop.

L'AFRANCESADA, por *Tancredo Martel*. – Novela francesa regalada por el periódico parisiense *Le Monde Illustré* á sus subscriptores. Un tomo de 294 páginas, impreso en París y editado por el citado periódico.

EL REDIMIDO, por *José M.ª Carretero*. – Comedia romántica en un acto y en prosa, estrenada con éxito en el teatro Romea de Madrid. Precio, una peseta.

PROFESORES UNIVERSITARIOS NORTEAMERICANOS EN BERLÍN. (Fotografía de Carlos Trampus.)



El emperador y la emperatriz de Alemania despidiéndose del rector de la Universidad de Berlín y del ministro de Cultos, después de haber asistido á la apertura de los cursos que han de dar los profesores norteamericanos **Ide Wheeler**, presidente de la Universidad de California, y **Foot Moore**, de la Universidad de Harvard.

Con objeto de dar algunas conferencias han llegado recientemente á Berlín los profesores norteamericanos Benjamín Ide Wheeler, presidente de la Universidad de California, y Jorge Foot Moore, de la Universidad de Harvard.

A la apertura de los cursos que han de dar esos catedráticos, ceremonia que se efectuó con gran solemnidad el día 30 de octubre último, asistieron el emperador y la emperatriz. El ministro de Cultos presentó á SS. MM. á los citados profesores y el rector de la Universidad berlinesa dió á éstos la bienvenida diciéndoles entre otras cosas:

«Aunque vivimos en una monarquía, tenemos universidades republicanas, es decir, que se administran por sí mismas; vosotros, colegas nuestros de América, tenéis en una república universidades administradas monárquicamente, en las cuales gozáis de un poder que más de un soberano podría envidiaros.»

Después de esta salutación, el profesor Wheeler disertó sobre el poder de la opinión pública en los Estados Unidos, y el profesor Moore sobre la historia de las religiones.

Terminadas las conferencias, el emperador y la emperatriz hablaron largamente con los dos profesores.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVIII — Barcelona 22 de noviembre de 1909 — Núm. 1.456

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA AL POETA LLORENTE

D. TEODORO LLORENTE,
el inspirado vate valenciano solemnemente coronado en Valencia el día 14 de los corrientes
(De fotografía de F. Moya.)

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros subscriptores que hemos adquirido el derecho de publicación de la preciosa novela de Gastón Leroux

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

Gastón Leroux es quizás el autor que con más éxito cultiva en Francia el género de novela policíaca, hoy tan en voga en todo el mundo, y sus obras se distinguen, aparte del interés extraordinario que despiertan sus argumentos y que incesantemente mantiene el modo como la acción se desarrolla, por la originalidad, no sólo de los asuntos, sino también de los procedimientos. Entre todas sus novelas sobresale sin duda EL FANTASMA DE LA ÓPERA, actualmente en curso de publicación en París y cuyas primicias en España tendrán los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en donde empezará á publicarse á partir del primer número de la serie de 1910.

EL FANTASMA DE LA ÓPERA irá ilustrado con preciosos dibujos del celebrado dibujante Sr. Mas y Fondevila.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El crimen sensacional del callejón de Ronsín se juzga en París estos días, y sólo aparece en escena un acusado: la viuda.

Según parece desprenderse de las actuaciones, una mujer, con sus manecitas sin duda primorosamente lavadas, de uñas que abrillantó el *polissoir* y dedos en forma de huso, engalanados por joyas de montura modernista, fué la que, de una vez, con seguridad que no siempre tienen los homicidas de profesión, estranguló á su marido y á su madre, se ató simulando que la hubiesen sorprendido durante el sueño, y en fin se las compuso de manera que, al pronto, la justicia no pensó en detenerla, en indagar si podía ó no caberle responsabilidad, á ella, única é ilesa superviviente del drama, persona de equívocas costumbres, tendedora de redes á incautos, cazadora de dinero en las espesuras de la manigua parisiense. Sólo cuando, por imprudencias increíbles, se denunció á sí propia, al querer denunciar á otros, entre un lío formidable de contradicciones, bajáronse de la higuera los jueces, y empezaron á suponer quién sabe, tal vez, acaso aquello fuese una pista.

Digo esto de la higuera, porque sería peor creer que las influencias y relaciones de la «viuda trágica» la pusieran á cubierto de la acción de la justicia, necesitándose, para que se tomase la resolución de detenerla, que los indicios de su culpabilidad fuesen proporcionados por ella misma, aunque involuntariamente y con objeto de echar el muerto á otros.

Se ha gritado mucho en Madrid porque ciertos crímenes horrendos, como la degollación de Vicenta Verdier, quedaron en la impunidad y en la sombra.

Realmente, en un crimen que se descubrió tan en fresco, es inconcebible que algo no se pudiese rastrear. Pero sírvanos de consuelo (aunque sea el clásico consuelo de los tontos) que en todo un París, la tierra de los polizontes artistas, haya pasado dos cuartos de lo mismo.

Los primeros instantes de cometerse un crimen son preciosos. Nada debe en ellos desperdiciarse. Desde el estudio psicológico de las emociones, reveladas por las voces y los semblantes, hasta las huellas más leves de los actos en los objetos inanimados y en los cuerpos, no hay insignificante pormenor que no pueda, más adelante, adquirir importancia capital, ser un rayo de luz, quizás la clave del problema. Una indagatoria bien llevada desde un principio, rara vez deja de producir resultados. Todos hemos comprobado esta verdad, en pequeñas indagatorias domésticas sobre hurtos ó filtraciones. Aunque se crea lo contrario, es á veces más difícil averiguar quién nos roba el azúcar ó quién nos agua la leche, que quién ha degollado á una mujer. Porque las precipitaciones del crimen, los accidentes imprevistos de la acción violenta, la necesidad misma de borrar rastros, la imposibilidad de preverlo todo en supremos instantes, hacen que quede siempre mucho que ejercite la sagacidad del juez instructor. En el caso Steinheil, si hubiesen procedido inmediatamente á prender á la viuda, había un camino que seguir: el de los narcóticos.

La Steinheil, según indicios, sirvió á su madre y á su marido, la noche del crimen, una bebida soporífera. Y la posibilidad del hecho, realizado por una persona sola y débil —aunque la Steinheil está en la edad del vigor femenino, los cuarenta,—reside en esa poción calmante, cuyos residuos pudieron hallarse, si no en las tazas ó vasos donde fué servida, en las vísceras de los muertos.

Desde tiempo atrás, según ahora aparece, la Steinheil acostumbraba «droguear» á su marido con adormideras y opio, en dosis altas, ensayando quizás el veneno, que le resultaba lento é ineficaz. Ella no niega que administraba brebajes al pintor, pero asegura que eran reconstituyentes. A raíz del crimen, se pudo apurar este extremo, el más revelador de todos, pues explica la anomalía de que ninguna de las víctimas mostrase señales de haberse defendido, con esa defensa que es instintiva y fatal. Tampoco la Steinheil mostraba en su cuerpo huella de violencia, sino una mancha de tinta en el muslo, correspondiente á la tinta derramada en el gabinete, sin duda al hacer los últimos preparativos de la ficción de *cambriolage*.

Supongo que, al publicarse estas páginas, estará juzgada la causa de la Steinheil. El Jurado, según Lombroso «resto de la antigua barbarie,» habrá decidido de su suerte. Entre este Jurado y los magistrados no tengo lectores. Ni sabrán español, ni cosa alguna de España, caso común á todo francés. Si viesen estos renglones, los supondrían escritos con la punta de la navaja que, invariablemente, llevamos en la liga las españolas. De suerte que bien puedo, sin cargo de conciencia, pues nada he de influir en pro ni en contra, declarar que al leer el relato del crimen del callejón de Ronsín, me admiró que tragasen la burda fábula de los tres hombres de levitón y la moza roja, tan implacables con el pintor y su suegra y tan cariñosos y deferentes con madama Steinheil, que hasta le daban broma llamándola «chiquilla.»

La criminalidad, en Francia, reviste proporciones aterradoras. Justifica el dicho de Garofalo, que cree insignificante la represión y defensa social, ante el incremento de la delincuencia en todas sus formas y el criminal emboscado en acecho. No obstante, hay un síntoma peor aún que el del aumento de la criminalidad: un síntoma que revela una sociedad cancerada. Los criminales, en vez de inspirar horror, son populares. Cuando una mujer hace lo que hizo la Steinheil, llueven en su encierro declaraciones amorosas y galantes ofertas. Los periódicos lo dicen: la Steinheil inspira simpatías, atrae los corazones.

No hace mucho leí una novela francesa reciente, en que la heroína es una muchacha encantadora, enamorada á perder de un *apache*. En esto han venido á parar los romanticismos de 1830, el tipo seductor del hombre fatal, del Antony, del Corsario, generosos, gallardos, caballerescos dentro de su ideal de rebeldía. La niña parisiense, flor de civilización, se siente arrastrada hacia el *apache*, justamente porque lo es. No puedo menos de pensar en las decadencias romanas, y acordarme del magno Juvenal, de sus palabras de fuego, al describir la aberración de la delicada dama, Hipia, esposa de un senador, que huye con un gladiador del circo, feo, sucio, viejo y manco. ¡Pero es un gladiador! Lo cual, dice el satírico, le convierte en un Adonis... Hoy, en Francia, el gusto perverso es el *apache*, el destripador, la parricida, y las tarjetas postales más interesantes son las que firma, no la viuda de Curie, sabia y buena, sino la de Steinheil...

No tiene trascendencia que se cometan crímenes, los más espantosos: lo malo es que la sociedad los mire, no ya con indiferencia, sino con monstruoso entusiasmo. Verdad es—y me parece justo decirlo, aunque me ponga en contradicción conmigo misma —que en otros crímenes parisienses, recientes, la opinión se exteriorizó en el sentido del rigor. Fué en el caso de la absolución de Soleilland, cuando un motín reclamó la restauración de la pena de muerte. Y al ser aplicada, el gentío dió señales de júbilo violento, bailó, cantó, aplaudió al verdugo. Ni tanto ni tan poco, ó mejor dicho, ni esto ni aquello debiera suceder en un pueblo sano, donde la justicia es fuerte y grave, la policía seria y sagaz, y las ideas éticas están en vigor, difundidas lo suficiente para guiar el criterio social. ¿Será que tales ideas sufren la crisis honda, lamentable, que muchos moralistas señalan?

¿Qué origen tiene esta crisis? ¿Por qué Alemania parece más robusta y más cuerda que la gran nación latina? ¿Es que fracasaron los ideales de 1793 y la libertad es desintegración, la fraternidad división profunda, irreductible, y la igualdad el más infecundo de los principios, puesto que no alcanza á conseguir que, cuando una viuda guapa y bien relacionada puede ser autora de un crimen espeluznante, sea detenida, al menos mientras no demuestre su inculpabilidad?

En el crimen de la Steinheil hay sin duda puntos obscuros; á la hora en que esto escribo, ignoro si los esclarecerán los debates. Hay quien no encuentra los móviles. Yo creo verlos, muy de bulto. Steinheil era un mediano pintor, un tiempo sostenido á flote por intrigas de su esposa, que obtenía para él lucrativos encargos; pero ya decadente, emperezado, agotado, y cuya existencia estorbaba para un segundo matrimonio con un hombre de posición sólida ó brillante. La madre, á su vez, tenía una fortunita, pero iba gastándola, y al matarla, la Steinheil salvaba su herencia. Por eso fué llamada y atraída con empeño á la casa siniestra, la anciana señora, la noche de «autos.» Es repugnante, es horrible el cálculo, pero se funda en interés.

Y por otra parte, no siempre la lógica preside á la conducta de los criminales, y menos de criminales del género de la Steinheil, en quienes domina el amor propio y hace estragos el histerismo. La Brinvilliers, mujer que tiene puntos de contacto con la Steinheil, envenenó á gente cuya muerte podía reportarla alguna utilidad; pero también á mucha sin más objeto que satisfacer la inclinación perversa. En la mayoría de los casos, admira lo inútil y caprichoso de los crímenes que se cometen. Recuerdo el «affaire Lemaître,» el asesino de quince años, que lleno de orgullo, ansioso de notoriedad, desventregó á un niño por gusto de verle sufrir; un niño á quien no conocía; y el «affaire» de aquel Morisset, vanidoso y enemigo de la sociedad, que por no permanecer en obscura medianía, prefiere hasta la guillotina, y mata á tiros de revólver á un señor á quien nunca había visto. Sería muy fácil aumentar la lista con otros nombres. Casi debiera sentar como axioma que no hay crímenes provechosos á quien los comete. Leyendo el relato de muchos, resalta esta particularidad. Y las personas á quienes el crimen es incomprensible ó causa repulsión, prefieren creer en la inocencia de los acusados. Así, la Steinheil tiene calurosos defensores. ¡Es imposible! ¡Matar á su madre, con las manitas de dedos delicados!

Un maestro de la crítica, que no era español, me hacía observar cómo la belleza de la tragedia griega, inglesa y francesa consistía en que, no pudiendo negarse que la literatura trágica es una serie de crímenes, mueven á estos crímenes pasiones tan naturales, que los criminales vienen á ser, en cierto modo, tipos de heroísmo. Clitemnestra asesina en su lecho á Agamenón, rey de reyes, cuando éste regresa de largas guerras en busca de la paz de su hogar; pero la impulsan, además del amor de Egisto, el rencor del sacrificio de Ifigenia, su hija, y los celos de Casandra. Orestes comete el parricidio; pero es que quiere vengar á su padre, en la vida y en la honra. Fedra acusa á Hipólito y es causa de su muerte; pero la insensata pasión la excusa. Orosman rasga con el cuchillo el seno de Zaira; pero el monstruo de los celos guía su mano. Rojana, por celos también, hace morir á Bayaceto. Otelo, el noble moro, incapaz de una acción mezquina, estrangula á Desdémona, porque duda de ella y la adora. Son crímenes que caben en almas elevadas, y además crímenes con móvil profundo, crímenes lógicos, dentro de los furores pasionales. Si queremos graduar la piedad que un criminal merece, pensemos hasta qué punto podría ser héroe de tragedia...

Y seguramente la Steinheil no se cuenta en el número de esas líricas mujeres que han inspirado á los poetas y hecho derramar lágrimas á las personas sensibles. Ni el motivo de su crimen se impone á la conciencia, ni la supercheria que lo disfraza se parece á la generosa y desesperada veracidad de un Otelo gritando: «¡Sí, yo la maté!» He aquí por qué las simpatías que rodean á la Steinheil indican perversión social, y las cartas en que la brindan el matrimonio á la salida de la cárcel, pueden pasar si son broma; pero aun siéndolo, no cabe incluirlas entre los rasgos del buen gusto característico de Francia...

No puedo menos de añadir que, así y todo, la Steinheil no debe ir á la guillotina. Mientras la mujer no disfrute de la plenitud de los derechos civiles, no deben aplicársele las últimas sanciones penales.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

PARA QUÉ SIRVE UN PARAGUAS, CUENTO DEL CONDE DE CASSARET (1)



Juan intentó hacerlo tirando primero de las ballenas de la derecha...

Las dos granjas estaban contiguas; el dueño del Faouet se llamaba Guillermo Plabenec y tenía una hija, Iveta; la de Huelgoat pertenecía á la viuda Carhaix, que sólo tenía un hijo, Juan.

Las dos fincas, miradas aisladamente eran poco importantes, pero unidas habrían constituído una propiedad de cierta consideración.

Guillermo Plabenec acariciaba, desde hacía tiempo, el proyecto de casar á Iveta con Juan y de juntar los dos patrimonios, y lo mismo deseaba ardientemente la viuda Carhaix. Pero, lo que son las cosas... Iveta, niña mimada de su padre, no hacía más que su santa voluntad; coqueta y un si es no es orgullosa, se las daba de señorita y miraba con ojos desdeñosos á aquel muchachote de Juan, de aspecto rústico y á quien parecían estorbar dos largos brazos y sus piernas no menos largas. Extremadamente tímido, torpe en sus ademanes y de genio corto, Juan se prestaba á la burla.

No se crea, sin embargo, que el chico Carhaix fuese feo; su alta estatura, sus ojos azules y soñadores y sus rubios cabellos quizás habrían llamado la atención de un artista deseoso de pintar la cabeza de un celta; pero entre las gentes con quienes convivía Juan, estas cualidades no eran poco ni mucho apreciadas. La hija de Guillermo, especialmente, hacía muy poco caso de ellas; no obstante, en el fondo Juan no le disgustaba, pero hubiese querido que él se insinuase, que le dijese algunas galanterías. ¡Qué más hubiera querido el muchacho! Iveta con sus hermosos ojos negros, su talle esbelto y su cutis radiante de blancura parecíale encantadora; mas cuando se encontraba cerca de ella, una timidez invencible le paralizaba totalmente.

¿Qué hacer? Los años pasaban, envejecían los padres y las cosas permanecían siempre en el mismo estado.

Un día el viejo Plabenec cayó gravemente enfermo; el mal empeoró, y el médico á quien fueron á buscar dijo que Guillermo no tenía cura. El buen hombre, antes de morir, confió á su hija toda la tristeza que sentía por tener que dejarla sola en el mundo.

—¡Qué le vamos á hacer, padre! Juan es un simplón que nunca pedirá mi mano.

—Pero ¿tú le detestas?

—No, padre.

Los ojos del moribundo adquirieron un brillo que en seguida se extinguió. Perdió el conocimiento, y por la noche falleció, llevándose á la tumba el secreto de su hija.

No habían transcurrido dos meses cuando la madre de Juan, una mujer buena á carta cabal á quien toda la vecindad quería, fué á juntarse en la otra vida con el padre Plabenec.

—¡Habría sido tan dichosa de verte casado con Iveta!, dijo á Juan poco antes de morir. Habíame hecho la grata ilusión de acariciar á tus hijos en mis rodillas; pero desgraciadamente veo que he de renunciar á esta felicidad.

—Madre, ya sabe usted que la hija de Guillermo me gusta lo que no es decible; pero ella ni siquiera se digna mirarme, y hasta creo que me odia.

—¿Estás seguro de eso que dices?

—Estoy demasiado convencido de ello.

—Pues no sabe Iveta lo que es bueno. No conozco hijo mejor que tú, y un buen hijo es siempre un marido excelente. ¡Será su desgracia, Juan!

—Y también la mía.

La buena mujer sonrió, llevándose, sin embargo, un rayo de esperanza, porque el párroco del pueblo, santo y digno sacerdote, que conocía sus deseos, le aseguró que éstos se realizarían. ¿Había adivinado los sentimientos de Iveta? ¿Los ignoraba? No es posible decirlo; mas fuese de ello lo que fuese, la anciana, antes de exhalar el último suspiro, pareció más tranquilizada sobre el porvenir de su hijo.

* * *

Parecía natural que la muerte de sus padres determinase una aproximación entre los dos muchachos; pero lejos de ser así, cada vez que la casualidad los ponía frente á frente, veíase bien claro que uno y otra sentían gran malestar. Iveta se mostraba más altiva, más seca que nunca; Juan poníase cada día más triste y melancólico, se encorvaba como un viejo, lanzaba hondos suspiros y parecía agobiado por un pesar muy grande; y la heredera de la alquería del Faouet enflaquecía y palidecía á ojos vistas. Al bueno del párroco no le costó mucho percatarse del cambio que sus dos jóvenes feligreses habían experimentado, y un día en que encontró á Iveta la paró y con acento compasivo le dijo:

—Tienes muy mala cara, hija mía; es preciso que te cuides.

—¡Ah, señor cura! Tal vez sea la vejez que se acerca, contestó sonriendo. Esta mañana, sin ir más lejos, he descubierto entre mis cabellos una cana.

—¡Una cana en una cabeza de veintitrés años! Paréceme que fué ayer cuando te bauticé.

—Y hace veinticuatro años, señor cura.

—Pues á esta edad no hay que considerarse vieja. Pero hablando de otra cosa; hoy he estado en casa de Juan y he encontrado allí el más espantoso desorden, tanto que le he aconsejado...

—¿Que despache á su criada?

—No, hija mía, no; que se case.

Las mejillas de la joven cubriéronse súbitamente de vivo rubor, y al ojo experto del anciano párroco no se le escapó la emoción de Iveta.

—Hace mucho tiempo que no vas por la rectoría, le dijo; el domingo, después de vísperas, te espero.

—Iré con mucho gusto.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Hasta la vista, Iveta.

—Buenas tardes, señor cura.

Como el día señalado era festivo, Iveta se presentó con sus mejores galas. El ama le hizo entrar en el comedor, en donde estaba puesta la mesa, con su mantel blanquísimo, tres cubiertos, platos llenos de golosinas y una botella de vino blanco.

—Espero otro convidado, dijo el sacerdote cerrando su breviario.

Y no bien acababa de pronunciar estas palabras, apareció Juan con su traje de las fiestas.

El muchacho, al ver á Iveta, se desconcertó, pues no esperaba encontrarla en la rectoría; y ella, por su parte, poniéndose encarnada como una amapola, arrugó el ceño y se hizo la distraída, contemplando por la ventana el hermoso paisaje que se desarrollaba á lo lejos.

—Sentaos, hijos míos, que merendaremos.

Iveta estaba enfrente de Juan, quien de cuando en cuando lanzábale una mirada rápida; nunca le había parecido tan bella, pero nunca tampoco habíase mostrado tan desdeñoso su semblante. Un frío glacial se apoderó del muchacho, y á pesar de la frecuencia con que el cura le llenaba la copa, era imposible hacerle despegar los labios.

El desgraciado párroco tenía que hablar por los tres, y la situación hacíase embarazosa, cuando de pronto entró el ama anunciando que se acercaba una tormenta. En efecto, al cabo de un rato llovía copiosamente y el viento silbaba con furia en la chimenea.

—He de marcharme en seguida, dijo Iveta levantándose.

—Si queréis iros, añadió el cura, apresuraos, porque la tempestad se presenta amenazadora. Os daré mi paraguas.

Al oir aquel nombre de paraguas, los dos jóvenes levantaron la cabeza sorprendidos, pues en 1825, época de nuestra historia, aquel objeto no había hecho todavía su aparición en Bretaña; el cura lo había comprado hacía poco en un viaje que hiciera á París.

Cuando se presentó el ama con el objeto en cuestión, Iveta y Juan lo contemplaron con tanta curiosidad como sorpresa.

—Lo abriré fuera, les dijo el sacerdote; en este cuarto no cabría.

Era uno de aquellos paraguas enormes, de una clase hoy enteramente desconocida, que podía resguardar á toda una familia.

—¿Te sientes con bastante fuerza para sostenerlo encima de la cabeza de Iveta?, preguntó el cura á Juan.

—Sí, señor cura.

—No quisiera que por mí se alejase Juan de su camino, dijo la muchacha con cierta sequedad.

—¡Si no me alejo!, respondió aquél.

—Puedo muy bien ir sola; me bastará una capa.

—Vamos, hija mía, cobíjate bajo este abrigo, que te guardará de la lluvia.

Juan sostenía el mango del paraguas con sus dos gruesas manos, y á pesar de su fuerza hercúlea, costábale gran trabajo luchar contra el viento. Las recias ballenas del aparato se encorvaban y la tela que las cubría estremecíase bajo la acción potente del huracán.

Los dos jóvenes se alejaron lentamente de la rectoría y se encaminaron á casa de Iveta.

Cuando llegaron á medio camino, arreció la tempestad y hubo un momento en que Juan se sintió levantado del suelo.

—Aunque se me lleve á la luna no soltaré el paraguas, exclamó.

—Mejor sería cerrarlo, insinuó Iveta.

Juan intentó hacerlo tirando primero de las ballenas de la derecha y después de las de la izquierda, é Iveta quiso ayudarle, pero sus esfuerzos unidos fueron impotentes: no conociendo el mecanismo del instrumento, era imposible cerrarlo.

En aquel momento, la tempestad alcanzó su mayor violencia. De pronto, un relámpago rasgó la nube y un trueno horrísono hizo retemblar el valle. Iveta, asustada, se aproximó á Juan, en el instante en que éste lanzaba un grito al ver que una ráfaga se le llevaba el paraguas. Siguiéronlo con la vista, pero el armatoste se perdió en los aires.

En esto, calmó un poco la tormenta.

—Aprovechemos la ocasión, dijo Iveta, y corramos á la alquería, de la que desde aquí distingo una ventana iluminada.

—Mejor sería, repuso Juan, que nos refugiásemos en esa construcción que sirve de abrigo á los rebaños; está á cuatro pasos y sus paredes son sólidas.

Apenas había dicho esto, arreció con nueva furia la tempestad. Iveta, bruscamente levantada por el viento, fué arrojada contra el suelo; pero sintió que un brazo robusto la aguantaba y amortiguaba la caída.

—¿No te has hecho daño, Iveta?, preguntó Juan emocionado.

—No; únicamente me siento magullada.

—El refugio está cerca; subamos arrastrándonos sobre la hierba, que así ofreceremos menos presa al viento.

Acercáronse lentamente al cobertizo y entraron en él. La obscuridad era absoluta, y Juan, á tientas, buscó paja y en un montón de ella hizo sentar á su compañera.

Las reses que habían huído de la tormenta se aproximaron á los dos jóvenes, quienes sintieron el vaho de los humeantes hocicos de los bueyes, que parecían solicitar su protección. Fuera, la tempestad rugía con incomparable violencia, contrastando con la quietud de aquel interior.

Sin saber cómo fué, Juan encontró las manos de Iveta; oprimiólas entre las suyas y la muchacha no las retiró.

—La tormenta no puede tardar en calmarse, dijo Iveta.

—Ahora me tiene sin cuidado, Iveta mía; repuso Juan; quisiera que no cesase nunca. Mañana estaré lejos de ti y tú continuarás no mirándome.

—¿Y tú qué sabes?

—¡Será cierto! ¿Es verdad que no te desagrado y que me aceptarías por marido? ¡Oh, Iveta, dime que sí, por Dios!

—Es verdad, Juan; sería muy feliz siendo tu esposa.

* * *

Tres meses después de aquella aventura, Juan se casó con Iveta. Nadie volvió á ver el paraguas que había sido la causa de su felicidad; pero en la aldea se formó una leyenda; algunos de sus habitantes habían visto en el cielo, la tarde de la tempestad, una especie de barco con un mástil que navegaba sobre las nubes.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Buenos Aires. — Exposición Internacional de Arte que ha de celebrarse en 1910 con motivo del centenario de la República Argentina. — Vista de una de las fachadas laterales del palacio destinado á la misma. (De fotografía facilitada por el Sr. D. Alberto Y. Gache, cónsul general de la República Argentina en España.)

BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

Con motivo del centenario de la emancipación política de la República Argentina, que se conmemorará el año 1910, se celebrará en la hermosa ciudad de Buenos Aires una Exposición Internacional de Arte, á la que no vacilamos en augurar un éxito grandioso.

La exposición ocupará el magnífico local conocido por el Pabellón Argentino que se alza en la plaza de San Martín ó del Retiro, en uno de los barrios más aristocráticos de aquella capital. Esta plaza es una de las principales de Buenos Aires y constituye una especie de Parque Monceau; en ella se levantan la estatua ecuestre del libertador del Sur de América general San Martín y la del negro Falucho, soldado de la guerra de la Independencia que no quiso rendirse al enemigo en el Callao (Perú) y prefirió morir abrazado á la bandera celeste y blanca gritando por última vez: «¡Viva Buenos Aires!»

Bellísimos jardines rodean estos monumentos, y frente á ellos se destacan grandiosas y elegantes construcciones como son el «Plaza Hotel,» magnífico edificio de trece pisos recientemente inaugurado, y los palacios de Ortiz Basualdos, Castellanos de Anchorena, Sánchez, Pereyra, Paz, Christophersen y otros.

Ademas del citado Pabellón Argentino y de los edificios que lo circundan, se construirán otros varios pabellones en donde se instalarán las obras artísticas de las principales naciones europeas que han ofrecido concurrir al certamen.

La Exposición Internacional de Arte será indudablemente uno de los números más interesantes del vasto programa de festejos que ha preparado la Comisión Nacional del Centenario, en la que figuran las más ilustres personalidades de aquella rica y cultísima capital.

Los grabados que en esta y en la siguiente página publicamos darán á nuestros lectores una idea de la suntuosidad de los pabellones en donde se celebrará la Exposición. Las fotografías que dichos grabados reproducen nos han sido facilitadas por el digno é ilustrado cónsul general de la República Argentina en España D. Alberto Y. Gache, á quien damos las más expresivas gracias por la atención que ha tenido con LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. — T.

BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE

QUE HA DE CELEBRARSE EN 1910



Vista de uno de los pabellones de la Exposición



Vista del pabellón argentino. (De fotografías facilitadas por el Sr. D. Alberto Y. Gache, cónsul general de la República Argentina en España.)

HOMENAJE A UN POETA

CORONACIÓN DE TEODORO LLORENTE

España había consagrado ya al viejo poeta, reconociendo en él un incomparable traductor, á la lengua de Cervantes, del Parnaso europeo; aplaudiendo al lírico que ha sabido sacar á luz é irisar con las magias de su Musa la lágrima informe todavía no cuajada en perla, como con galana frase ha esculpido la más grande de nuestras modernas escritoras; celebrando al ameno historiador de su querida región; al veterano periodista émulo de los Villemessant y Anatolio France, y al poeta valenciano, al más valenciano de todos, porque mejor y más hondamente que nadie llegó al fondo del alma colectiva levantina cantando los amores de los apasionados huertanos, narrando en estrofas esculturales las leyendas populares, dando forma plástica y poética á los anhelos y sueños y esperanzas del alma popular valenciana, tan sencilla y arrebatada...

Hasta fuera de España, en certámenes y concursos poéticos, llevó la fama el nombre de Teodoro Llorente en sus alas rosadas y níveas..., y su pueblo querido, la ciudad de las flores amadas y cantadas por el poeta, todavía no había coronado su frente noble y serena con el laurel simbólico, al modo clásico...

¡Triste cosa es que nadie escape á la fatal sentencia «nadie es profeta en su patria,» y que sólo cuando de fuera llegan al solar patrio rumores del aplauso extraño, notas de exóticos clarines, ondas sonoras trayendo un nombre familiar sublimado y enaltecido, nos demos cuenta de que el poeta de nuestra ciudad, el historiador de nuestra vecindad, el novelista, el pintor, el músico que viven en nuestro propio barrio, son glorias europeas, mundiales casi!

Recordad á Sorolla y Benlliure, que para que sus nombres lo dieran á dos calles valentinas, menester fué que París consagrara su fama universal concediéndoles dos únicos premios de honor. . Unos pocos años más de indiferencia, gastados en estériles luchas políticas, á la moruna, y sobre Valencia hubiera pesado el remordimiento de no haber coronado á su único poeta, al más grande poeta valenciano del siglo XIX, que para mayor grandeza propia... no deja, como los grandes ingenios que en el mundo han sido, generación literaria que le suceda y mantenga siempre verdes los sagrados laureles...

Pero la heroica ciudad llegó á tiempo de enmendar su yerro, y tomando como pretexto su actual certamen regional de Ciencias, Artes, Industria y Comercio, ha querido coronar en el centro del gran estadio en donde celebra sus fiestas del Progreso á su viejo poeta, viejo con el corazón de adolescente, arrojando á sus pies flores perfumadas, regalando su oído con himnos sonoros é inspirados, y diciendo á las regiones hermanas que acudieron á traer una hoja de laurel á la corona tejida por Valencia, Alicante y Castellón para el poeta:

«Llorente es nuestro *pasado* en literatura, en regionalismo, en política, en historia; pero es también nuestro *porvenir*, porque como poeta su vidente mirada avizora el futuro, no mira hacia atrás, y nos augura en sus cantos proféticos auroras de vida nueva, esperanzas de un mañana incierto que el poeta dice que será espléndido y magnífico, porque nuestro actual certamen es el comienzo de una nueva era de paz y trabajo no interrumpidos ..»

Y á la voz de Valencia acudieron los municipios todos levantinos, los gremios de la dos veces leal ciudad, las sociedades literarias, científicas, artísticas, industriales; las escuelas todas; los funcionarios públicos; las Diputaciones, clero, ejército, Universidad; los poetas y artistas..., y todas las fuerzas vivas de la ciudad y de su región, y llevando en alto sus estandartes, agitando las victoriosas palmas, embalsamando el ambiente con el aroma de innumerables coronas de laurel y rosas, atronando los espacios con músicas y aplausos, llegaron al hogar dichoso y tranquilo del poeta, le arrancaron de él y de los brazos amorosos que allí endulzan y enamoran su vida apacible y le llevaron en lucida comitiva por las calles de la ciudad, alfombradas de claveles, nardos y jazmines; colgadas con ricos tapices y guirnaldas de rosas, y por entre una multitud abigarrada que aclamaba al poeta, «á su poeta,» que contestaba al público y sincero entusiasmo con «vivas á Valencia.»



El chiquitín de la casa, cuadro de León Lhermitte

Jamás reyes, héroes, tribunos, ni «ídolo humano» alguno vieron en su carrera triunfal tantas flores, tanto y tan verdadero entusiasmo, ni oyeron tan calurosos vítores, tan enardecedores aplausos, tan desbordantes aclamaciones de sincera alegría.

Y en marcha triunfal lleváronle al estadio de la Exposición Regional Valenciana; y bajo dosel de flores, representando colosal lira de áureas cuerdas, y sentado en silla de oro, vió agruparse á su alrededor en apretado haz á poetas, hombres de ciencia, obreros, periodistas, aristócratas, damas, jóvenes vestidas á la antigua usanza..., dos generaciones, en suma, la que camina al ocaso de la vida y la que da sus primeros é inciertos pasos en ella, y todos, presa de intensa emoción, depositaron sus ofrendas—ricas unas, modestas otras, estimadas todas por el poeta—á sus pies, mientras voces juveniles y acordes de arpas eólicas entonaban el himno del amor y de la poesía.

El alcalde de la ciudad habló en nombre de ella del amor que sentimos todos por el poeta insigne, y coronó su frente augusta de laurel, mientras el himno crecía y llenaba los espacios, blancas palomas surgían del florido estrado á bandadas y caía de las tribunas sobre el poeta una lluvia de albas y embriagadoras flores...

Cuando la emoción le permitió al poeta coronado por Valencia hablar, contestó como únicamente podía hacer lo un poeta: «agradeciendo y estimando el homenaje, no en nombre de Teodoro Llorente, sino en el de todos los artistas, poetas y escritores todos de la patria valenciana; en el de todos los enamorados del ideal que han trabajado y trabajan por elevar á sus alturas el alma valenciana. Él recibía la corona en representación de todos; no para él solo. ¡Honor á Valencia! Sus sienes coronará con eterna corona la poesía.» Y ruidosas salvas de aplausos y bravos y vítores ahogaron la palabra del viejo poeta, viejo con el corazón de niño candoroso...

Y tornaron al poeta á su hogar, entre músicas y lluvias de flores, y le dejaron en brazos de su amantísima compañera, de sus queridos hijos, de sus amantes netezuelos..., que á los vivas del pueblo agrupado al pie de los balcones del poeta, contestaban—ignorantes aún de qué cosa sea *un poeta*—«¡Viva el abuelito!»

Valencia se ha dignificado á sí propia consagrando á su poeta, ciñéndole las sienes con el simbólico laurel, al modo clásico. Reyes, héroes, tribunos populares, «ídolos de un día,» pueden meditar que la única gloria imperecedera es la de la sublime, la de la hermosa poesía.

B. MORALES SAN MARTÍN.

Valencia, noviembre de 1909.



El Jurado de la gran Exposición Internacional de Berlín de 1909

Sentados, de izquierda á derecha: F. Skarbina, G. Koch, Krostewitz, Engelhard, Juan Meyer, L. Sandrock y H. Looschen
De pie: M. Unger, Hochhaus, Seeling, Baumbach, O. Frenzel, Boeltzig, Wolffenstein, Conrado Kiesel, presidente del Jurado



HOMENAJE DE VALENCIA A SU POETA.—CORONACIÓN DE TEODORO LLORENTE.—Entrada en la Exposición de D. Teodoro Llorente, acompañado de las autoridades y precedido de doce hermosas huertanas que arrojan flores á su paso. (De fotografía de F. Moya.)—Aspecto del estrado en el momento en que el público felicita y aclama al poeta (...)—El poeta, después del homenaje, conducido en una litera de flores naturales por los socios de «Lo Rat Penat.» (De fotografías de V. Barberá.)



MOMENTO SUPREMO, copia del celebrado cuadro de Guillermo Orchadson



HOMBRES DEL PORVENIR, cuadro de Maximino Peña



EL BARDALÓN (SANTANDER), pastel de Mariano Pedrero

PARÍS. - LA SEÑORA DE STEINHEIL EN LIBERTAD

El jurado ha declarado la inculpabilidad de la célebre viuda acusada como autora del crimen del callejón de Ronsín, y el público que asistía á las sesiones del Palacio de Justicia prorrumpió en aplausos y aclamaciones al oir la lectura del veredicto. El espectáculo que en aquellos momentos ofrecía la sala de la audiencia era bien poco edificante, y así lo ha reconocido casi con unanimidad la prensa parisiense. Véase á este propósito lo que dice un importante diario de la capital de Francia:

«Los jurados han librado á la señora de Steinheil de la espantosa pesadilla que la oprimía, absolviéndola después de una larga discusión; pero dudo de que hayan querido glorificarla y transformar en pedestal el patíbulo al cual la habían substraído. Y siendo esto así, ¿á qué esos gritos, esos pataleos, ese entusiasmo indescriptible, esas aclamaciones de triunfo con que ha sido acogida la derrota de la policía y de la magistratura, como si se hubiese tratado de una victoria francesa?

»¿Fué la señora de Steinheil una esposa infiel? Sí. ¿Procuró despistar á la justicia con mentiras reiteradas? Sí. La señora Steinheil, ¿no ha acusado, inventando para uno de ellos una pieza de convicción, á Remy Couillard, á Burlingham, á Alejandro Wolf, aun á riesgo de enviarlos al patíbulo? Sí. Y cuando presenciamos ese movimiento en favor suyo, ¿no hemos de creer que se ha alejado sistemáticamente del pretorio el verdadero público, de quien se temía la explosión de sentimientos contrarios? Esa manifestación inmoral podrá no ser la apoteosis del crimen, pero es ciertamente el vicio triunfante.»

Sin embargo, entre todas aquellas gentes que aclamaban á la señora de Steinheil, faltaba una, aquella cuyo nombre y cuyo porvenir estaban sin duda más interesados en el proceso: la hija del pintor asesinado y de la acusada, la pobre Marta Steinheil, quien hace pocos días dijo á uno de sus parientes hablando de su madre: «Si la condenan, iré todos los domingos á verla en la cárcel; si la absuelven, no me verá nunca más.»



París.—La huida de la Sra. de Steinheil después de su absolución.—Fotografía tomada en el Bosque de Boulogne por el Sr. Branger, que condujo á la señora de Steinheil, primero al hotel *Terminus* y después á una casa de salud de las cercanías de París, substrayéndola á la curiosidad de los periodistas y reporteros fotográficos.

Retrato de la Sra. de Steinheil hecho por el Sr. Branger en el hotel *Terminus*, en la madrugada del día 14, poco después de haber sido aquélla absuelta y puesta en libertad.

Estas palabras y aquella ausencia en el momento decisivo del proceso, cuando se proclamaba oficialmente la inocencia de su madre, son harto significativas. Según parece, Marta está firmemente resuelta á no vivir con ella.

Apenas pronunciado el fallo absolutorio, la señora de Steinheil volvió á la cárcel para cumplir las formalidades de la excarcelación, y poco después, no sin que antes su defensor despistara con una hábil estratagema á los periodistas que la esperaban, subió al automóvil del Sr. Branger, director de la conocida agencia fotográfica, y se dirigió al hotel *Terminus*, en donde el fotógrafo hizo de ella el retrato que el adjunto grabado reproduce, primero y único obtenido á raíz de la terminación del proceso. A la mañana siguiente, el mismo señor Branger fué á buscarla y la condujo, por indicación de uno de los abogados auxiliares de su defensor, á una casa de salud de las cercanías de París; por el camino, en el Bosque de Boulogne, el fotógrafo sacó nuevos clisés, uno de los cuales también reproducimos.

Poco después, la «Gran Inocente,» como algunos la llaman, quedaba voluntariamente recluída en un asilo seguro, al abrigo de las indiscreciones reporteriles y preparando su modo de vida para el porvenir.

Un negro blanco del interior del Dahomey (De fotografía.)

UN NEGRO BLANCO DEL DAHOMEY

El albinismo es una anomalía congénita que afecta, como es sabido, á todos los mamíferos y hasta á los batracios, á los peces y á las plantas. Durante mucho tiempo se ha creído que, entre las diferentes razas humanas, los negros están particularmente afectos á ella; pero esta creencia parece fundarse en una simple ilusión, porque ciertamente un negro albino es más visible y llama más la atención que un blanco que padezca también de leucopatía.

El negro blanco que el adjunto grabado reproduce es un indígena del interior del Dahomey, y los que lo han descubierto, y que probablemente lo exhibirán en Europa, tienen buen cuidado de declarar que es de pura raza africana y que entre sus ascendientes no se cuenta ningún individuo de la raza blanca; declaración superflua, puesto que la mezcla de sangres nada tiene que ver con el albinismo; antes al contrario, esta afección no la vemos en ningún mulato ni mestizo.

Los negros albinos abundan en la América del Sur, en el archipiélago índico, y en el litoral y en el interior del Africa.

GERONA. - MONUMENTO Á LOS HÉROES DE 1808-1809

La inmortal ciudad ha conmemorado con solemnes festejos el centenario de los famosos sitios que sus heroicos habitantes sostuvieron contra los franceses en los años 1808 y 1809.

En la mañana del día 14 reuniéronse en la plaza de la Constitución los somatenes de la comarca, en número de unos dos mil hombres, con sus banderas, tambores y cornetas, y el alcalde hizo entrega á una compañía del regimiento de Africa de la bandera de Ultonia. En el entretanto, las fuerzas del ejército habían formado en la Rambla de Mossén Verdaguer.

Poco después la comitiva, en la que figuraban el general Rivera, en representación de S. M. el rey, las autoridades, las corporaciones oficiales y particulares, los somatenes y las tropas, dirigióse á la iglesia de San Félix, en donde el cura párroco hizo entrega de las banderas de San Narciso y del primer tercio de la Cruzada Gerundense al general Rivera y al señor marqués de Camps, quienes se colocaron detrás de los somatenes, acompañándoles la bandera del somatén de Gerona, llevada por D. Joaquín Mas.

Encaminóse luego la comitiva al baluarte de San Francisco, en donde se ha erigido el monumento que reproducimos y se han colocado las lápidas conmemorativas, celebrándose allí una misa de campaña, terminada la cual procedióse á la bendición del monumento y de las lápidas.

Después efectuóse en la Ronda del doctor Robert el desfile de somatenes y tropas por delante de las autoridades, y reorganizada la comitiva volvió á la iglesia de San Félix y á las Casas Consistoriales á devolver las banderas.

Puso término á las fiestas un banquete con que el Ayuntamiento gerundense obsequió á los elementos civiles y militares que en aquéllas habían tomado parte.

En todos los actos celebrados en conmemoración de la grandiosa epopeya ha reinado el mayor entusiasmo y se ha manifestado el más ardiente patriotismo.



Gerona.—Monumento erigido por el ejército á los héroes de los sitios de 1808-1809 y lápidas dedicadas á los mismos por los artilleros y somatenes de Cataluña, uno y otras solemnemente inaugurados el día 14 de los corrientes. (De fotografía de J. Girbal.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



—¡Ah! Sr. Faulque tanto como usted quiera; pero ya estoy harto de esta existencia...

Llevaba en la mano un largo bastón con puño de plata y contera de hierro puntiaguda, en que solía apoyarse para subir empinadas cuestas.

Instalada, con las faldas recogidas á un lado, esperaba con afectada indiferencia.

Él empezó diciendo, al azar, para decir algo:

—La otra noche..., ¿sabe usted?, la noche en que cantó el aria de *Dalilah*...

—Sí..., ya sé..., ¿y bien?

—Le pregunté á usted...

—¿Qué?

—¿No se acuerda?..

—No.

—No es posible.

—Sí.

—¿El Sr. de Grandlys?..

—¿Qué tiene usted que decir de él?

Pedro se irritaba; encontraba una mujer en todo contraria á la que había esperado; se encabritó, y la lógica le hizo encontrar la lógica y las frases claras.

—Señorita Bertilla, usted se burla de mí; está usted en su derecho; por consiguiente, voy á abreviar. Sea usted franca; ¿cuenta usted casarse con el vizconde de Ausonne? ¿Sí ó no?

—¿Me ha hecho usted subir á esta altura para preguntarme eso?, replicó Bertilla, ganando tiempo para reflexionar.

—Sí, para esto, y para escapar á las miradas indiscretas ó celosas..., ¿comprende usted? Pero usted no ha contestado. Por consiguiente, repito: ¿cuenta usted casarse con el vizconde de Ausonne?

—¿Por qué no? Soy libre; además, Sr. de Guibray, yo no tengo obligación ninguna de contestar á sus preguntas. ¿A título de qué va usted á exigir confidencias? Obraré como me plazca, á mi antojo, y no teniendo que dar cuentas á nadie de mis actos, hablaré el día que me parezca conveniente hacerlo. Ese día será usted avisado... como los demás.

Pedro sacudió la cabeza, contemplándola con dolorosa mirada.

—Bertilla..., dispense: señorita, ¡qué cambiada la encuentro! La gente le ha trastornado la cabeza. Le han dicho demasiado que era usted bonita, digna de todas las adoraciones. Antes no era usted mala... Hoy no opone usted más que durezas á mis preguntas temblorosas... Y ni siquiera contesta sinceramente: ni sí ni no..., nuevas heridas.

Había dicho esto con una voz tan quebrantada, con un aire tan triste, que ella se enterneció y volvió á ser la de siempre.

En ella los cambios eran bruscos.

—Mi pobre amigo, le dijo tendiéndole la mano, somos dos niños que pasamos el tiempo en hacernos daño mutuamente. Diríase que hemos apostado á quién hundirá más el acero en la herida. Escuche. Usted quiere franqueza. Me pregunta si me casaré con Grandlys. ¿Lo sé yo acaso?

A esta réplica inesperada, algo sorprendente, Pedro experimentó una profunda alegría. No había nada resuelto, nada concluído, nada irreparable. Y él volvía á encontrar en el fondo de los ojos de Bertilla la antigua expresión de ternura un poco burlona.

Ella comprendió su alegría y le detuvo con un gesto.

—Poco á poco. No sé si me casaré con él; pero esto no quiere decir que no me casaré con él. Nada de falsas interpretaciones. Me casaré con él quizá, si alguien, á quien conozco, sigue apartándome de su corazón por las razones consabidas... La frecuentación de los grandes señores y de las nobles damas me ha convencido de que no valgo menos que ellos... Y no admito más excusas, ni retractaciones de ningún género. En suma, le ofrezco á usted una vez más la posibilidad de reparar un error que á todos nos hace sufrir; hágalo usted lealmente, y lealmente volveré yo á quererle, sin reproches, habiendo perdonado y olvidado los meses de incertidumbre y de vacilación. Nuestra suerte está en sus manos.

Pedro fué en aquel instante el hombre más desgraciado del mundo; la entrevista, mal entablada, conducía á la derecha, cuando él se había propuesto que condujese á la izquierda.

No había venido para capitular, y resultaba que la adversaria parecía contar con aquella capitulación.

Él no sabía cómo salir del paso, y se refugió una vez más en su acostumbrado sentimentalismo teatral. Una vez más fué comediante.

De pie en el otero, designó sucesivamente tres puntos en el horizonte, diciendo en tono patético:

—Allí está el granero de la sal, donde Roque Faulque fué ahorcado por orden de Guislano de Guibray... Allí, el castillo de Guibray en que Miguel Faulque prendió á su amo para entregarlo al verdugo... Allí, el castillo nuevo construído con el dinero robado por los Faulque á los Guibray.

—¡Basta!, gritó Bertilla levantándose furiosa y cansada. Con usted es imposible olvidar. Acabemos. ¿Qué es lo que usted quería?

—En mi credulidad estúpida, yo había soñado una mujer pura y leal, que comprendiese la legitimidad, la santidad de los obstáculos interpuestos; que absolviese á los que juzgan que no se les puede obviar sin obrar mal; yo la había visto, renunciante y sumisa ante el destino; pero demasiado altiva y demasiado casta para entreabrir su corazón á un segundo amor, apartaba de sí á los pretendientes fáciles y se encerraba en un convento para ocultar allí su vida. Aquella mujer me parecía incomparablemente bella, y amándola yo á usted, me la había imaginado con sus facciones y su figura.

—A mi vez, dijo Bertilla, yo había soñado un caballero bastante enamorado de mí misma, para sacrificarme vanos escrúpulos. Bien merecía yo eso, Sr. de Guibray. Tiene usted la sangre pálida y la cabeza demasiado tranquila. Envía usted sus amadas al sacrificio, como Ifigenia. Yo le hubiera querido á usted renegado, traidor, diez veces culpable sólo por su amor hacia mí. Yo soy digna de ello. Caballero Pedro, es usted un cobarde. Cada día, en París, hay jóvenes de veinte años y hasta viejos que se matan á los pies de mujeres públicas, gritando su pasión, su amor incurable. Creo que no se me puede comparar con esas desdichadas. Pero usted no sabe más que gemir y lloriquear, y me envía á un claustro. Es

usted divinamente egoísta, espléndidamente grotesco. Me casaré con Grandlys; mañana lo sabrá. ¿Está usted satisfecho?

Pedro la escuchaba aterrado, pero obligado á confesarse que ella estaba en lo verdadero y en lo justo. Sentíase odioso, perdido.

Entonces, demente del todo, se echó á sus pies, cogiéndola por la cintura y alzando hacia ella su rostro consternado. Ella estremecióse, nerviosa, y él prolongó el contacto, pronunciando palabras locas, incoherentes..., estrechándola con más fuerza, atrayéndola hacia sí.

Ella se desprendió bruscamente, y otra vez dueña de sí misma, replicó á sus sollozos con la frase le gendaria:

—Sr. de Guibray, soy de familia demasiado obscura para ser su esposa, pero de familia demasiado altiva para ser su amante. Aprendí esta contestación de su abuela Catalina.

Anonadado ante aquella calma tan pronto recobrada, Pedro continuaba de rodillas, cubiertos los ojos con las manos.

Bertilla lo contempló con desprecio y exclamó:

—¡Cobarde! ¿Es esa la postura de un hombre? Vamos, levántese usted... Adiós.

Ya se alejaba, cuando Pedro se levantó bruscamente y corrió hacia ella.

—¡Bertilla..., por favor..., por piedad!.. Concédame tres meses... No haga usted nada durante este último plazo; se lo suplico... Si usted se casa de aquí á entonces, me mato.

Ella se encogió de hombros, y luego, consintiendo, dijo con voz lenta y grave:

—Sea; le concedo á usted tres meses... Pero después de este plazo, usted será más odioso, ¿verdad?, y tendré derecho á despreciar á usted. Le concedo esos tres meses en memoria de la noche en que nuestras dos barcas se cruzaron en el río y que nuestros ojos, á un mismo tiempo, miraron la luna. Lo dicho... Adiós.

Y la extraña joven desapareció detrás de una espesura de árboles, dejando á Pedro atontado, avergonzado sobre todo de no haber dicho una sola palabra del discurso que había preparado minuciosamente durante dos noches de vigilia.

Es probable que en el fondo Bertilla sintiese por Enrique de Grandlys un afecto bastante tibio, pues no vaciló en desesperanzarlo desde el día siguiente.

¿Cómo se las arregló para ello? Nadie lo supo más que la propia Bertilla. El caso es que el vizconde desapareció bruscamente para no volver.

Faulque, resignado, no aprobaba aquella ruptura y maldecía cada vez más todo lo que llevaba el execrado nombre de Guibray. Poco á poco su cólera fué creciendo, hasta que desbordó.

Una tarde presentóse bruscamente en la Ruina y sorprendió á Gilberto en un salón de la planta baja.

—Sr. de Guibray, ¿quiere usted venderme su caserón maldito? ¿Quiere usted... un millón?

—No, replicó Gilberto, que deseaba contestar que no era negocio suyo, puesto que tierras y castillo pertenecían á Pedro.

Pero no tuvo tiempo de dar una explicación, porque Faulque fué pujando:

—¡Dos millones!

«Nuestro vecino está loco—pensó Gilberto.—¿Temerá mi competencia en las elecciones? ¿Deseará desembarazarse de mi rivalidad á toda costa?.. No, no, seamos sinceros; no me teme; será elegido por una mayoría enorme.. Además, no tiene muchas ganas de ser diputado; más bien se deja imponer el mandato legislativo. De todas maneras, no es eso; no doy con el quid... Pero ¿qué será?

Y á fin de enterarse preguntó:

—¿A qué esa proposición súbita, esos ofrecimientos desordenados? ¡Dos millones!.. La quinta parte sería ya una exageración.

—Para desembarazar al país de la presencia de ustedes, arrasar la Ruina y extirpar de ustedes hasta el recuerdo. Ya lo sabe usted.

El barón irguióse, ultrajado.

—¡Sr. Faulque!

—¡Ah! Sr. Faulque tanto como usted quiera; pero ya estoy harto de esta existencia... Su hijo de usted merece que le peguen un tiro... Que se ande con cuidado si persiste... ¡Ah! Puede usted sulfurarse cuanto le dé la gana; á mí me importa un comino, Sr. de Guibray; pero yo no quiero que mi hija se me muera; no tengo más que ella en el mundo. ¿Oye usted? No quiero que se muera... por el tarambana de su hijo... ¡Qué odio le tengo!.. Esta mañana, en el almuerzo, mi hija no probó bocado... Disimuló, fingiendo que comía... Pero todo lo observé... No dije nada por no provocar la crisis; pero así y todo, la crisis llegó... Mi hija cerró los ojos, inundados de lágrimas.., tiró la servilleta y huyó... á fin de ocultar su pena... ¿Y se figura usted que yo, rico, considerado, pudiente, feliz antes de que ustedes vinieran, voy á soportar por más tiempo que mi vida dependa de los caprichos de un caballerito de mala muerte, de un títere movido por la locura? Váyanse ustedes con su títere á otra parte, ó no respondo de mí.

—Caballero, dijo Pedro entrando, después de haberlo oído todo; á mí me toca contestarle con doble derecho, porque el castillo es mío y porque soy yo la causa de sus disgustos. El castillo ha vuelto á ser propiedad de sus señores legítimos y no volverá á salir de sus manos; las ofertas de usted son vanas; ya sabe usted el caso que hago yo del dinero; pero vamos á otra cosa. Usted me odia, usted habla de pegarme un tiro, usted me insulta gratuitamente por causas que no dependen de nosotros. Usted es el padre de Bertilla, y le contestaré suavemente, con toda la mansedumbre de que soy capaz. Sr. Faulque, mis padres y yo vamos á partir para no volver; la Ruina acabará en el silencio, en medio de los campos abandonados, pero seguirá siendo, al menos, la torre de Guibray, perteneciente al Sr. de Guibray. Tras de nosotros ventile usted su casa, arroje nuestro recuerdo... ¡Sea! Pero yo sé que á veces el olvido no viene cuando se le llama. Esto es, Sr. Faulque, lo que tengo que decirle. A toda otra persona que no fuese usted, le hubiera yo contestado más brevemente.

Esta vez el hijo de Valeria, erguido ante la injuria, había hablado como un hombre, en una actitud de hombre. Clemente Faulque se alegró de ello inconscientemente, y así la entrevista empezada por querella pudo acabar en un tono más discreto.

Valeria sobrevino para atenuar también las frases demasiado vivas.

Cuando Faulque salió del castillo viejo, cualquiera hubiera dicho, al verle, que venía de hacer una visita de buena vecindad y de ocupar su hora en mil cortesías.

Detras de él, Gilberto decía á su hijo:

—¿De veras nos vamos?

—Sí, á menos que vea usted para ello algún obstáculo. Usted no espera ganar las elecciones ante la competencia de Faulque; por mi parte, yo debo desaparecer; de lo contrario, sería débil al extremo de aceptar todas las cobardías y todas las indignidades. Partamos, pues. ¿Qué opina usted, mamá?

—Yo nada digo, replicó Valeria. No puedo más, y renuncio á fijar puntos constantemente flotantes. Volvería á París gustosa si creyese que vosotros dos ibais sin pesar, sin ninguna herida en el alma.

—Eso es pedir demasiado, murmuró Pedro. Para mí, París no es más que una primera etapa. Yo cuento ir pronto más lejos, muy lejos y muy pronto; espero que ustedes no se opondrán, pues tengo que elegir entre el destierro y la muerte, y si elijo el destierro es por ustedes; dentro de dos ó tres años volveré curado, y entonces aún podrá reinar la alegría entre nosotros.

—¿Y los que dejas detrás?, murmuró Valeria.

—¿Quiénes? ¿Papá? ¿Usted? Es por ustedes por quienes consiento en vivir...

—¿Y los demás?.. ¿Y ella?, continuó Valeria, fiel á sus afecciones.

—¡Ay, mamá! Que esa se consuele con el triunfo de su juventud y de su hermosura. No le faltarán dos ó tres pretendientes que valdrán más que yo.

—¡Adiós, Bertilla!, suspiró Valeria.

Ésta no podía luchar más; también estaba cansada. Veinte veces había repetido á su hijo lo que pensaba sobre la eterna cuestión; le había aconsejado el olvido de las tradiciones, los renacimientos personales en la felicidad ofrecida.

Había asistido, espectadora muda, á las últimas escenas; había comprendido los celos de Pedro; había esperado en ellos; supremo factor, mal factor, que no había sido suficiente.

Se avergonzaba de los actos de los Guibray en el país de Guibray. ¿Su marido? Postulante de sufragios, adulador de las masas que despreciaba. ¿Su hijo? Indeciso y vano, ridículo y odioso en su papel de enamorado que se hace desear, regatea, no está nunca satisfecho, avanza para retroceder, incapaz de un gesto de hombre.

Conjunto lamentable, conclusión triste, sin solución real.

En todas partes, desengaños y desilusiones; además del dinero disipado, la dignidad arrastrada por el suelo; la debilidad patente de una raza que concluye... Total: disgustos y vergüenzas.

Efectivamente, valía más irse.

—Partamos, dijo resignada.

VI

Era la víspera del día señalado para la partida, sin esperanzas de volver.

Empezaba otoño con grandes horizontes tristes. Antes de las cinco, ya anochecía.

En toda la tarde, Pedro no había parecido; vagaba por la Ruina, visitándola de arriba abajo, sin duda para despedirse de ella.

Su resolución estaba tomada; huía de Bertilla porque no podía decidirse á abjurar de sus creencias respecto á su linaje.

Con sus últimas súplicas, había hecho apartar al vizconde de Grandlys; y esto no le causaba ningún remordimiento, ningún escrúpulo; al contrario, se alegraba de ello. No pudiendo ser suya, la muchacha no debía ser de ningún otro.

Más tarde, cuando él hubiese desaparecido, Bertilla podría entregarse libremente; estando él lejos, no sabría nada.

Así se evitaba la inminencia de sufrir un poco más; y esto era ya mucho.

En los vestíbulos se amontonaban baúles, maletas y cestos, dificultando el paso. Los criados activaban los preparativos del regreso á París.

Bruscamente, en ocasión en que Gilberto y Valeria estaban sentados en un saloncito, él leyendo un periódico y ella ocupando sus dedos en una labor cualquiera, la puerta cedió á un violento empujón que les hizo levantar la cabeza con sobresalto.

—¿Y bien? ¿Qué es eso?, dijo Gilberto severamente.

—Soy yo..., soy yo.

Pedro entró, pálido, trastornado, con un librote debajo del brazo. Era un voluminoso tomo en cuarto, encuadernado en cuero leonado. Detúvose delante de sus padres y dijo con voz ahogada:

—Papá, mamá..., díganme si no estoy loco..., si ustedes comprenden como yo...

Ante tales exclamaciones y tal aspecto de demencia, el padre y la madre se asustaron.

—¿Qué libro es ese?, preguntó Gilberto.

—Los *Estados de Provincia*, en 1754, contestó Pedro; pero no importa..., hay papeles dentro..., ocultos, desde hace cien años..., secretos de familia, toda nuestra historia..., la nuestra y la de ellos..

—¿De ellos? ¿Quiénes?..

—Los Faulque..., pero ya no hay tales Faulque... Se acabaron... Matías tenía razón...

Valeria, ansiosa, preguntó á su vez:

—Hijo mío..., nuestra historia, la suya.. y Matías. ¿Qué significa todo eso?

—Esto significa, gritó Pedro, que ya parecieron los bastardos anunciados por Matías; que queda explicado el parecido entre Gilberto de Guibray y Clemente Faulque; que los cabellos rubios sobre la faz morena de Bertilla son bien hereditarios; que la hija de Faulque es lógicamente parecida á las mujeres de nuestra raza, que es también la suya... Oigan ustedes... Voy á casarme con Bertilla; se acabó; no más querellas, no más rencores... Nuestra sangre es la misma... La casa de Guibray queda al fin restablecida según las profecías.

Entonces, profundamente impresionados, Gilberto y Valeria no dudaron un instante que su hijo, á fuerza de sufrir, había perdido la razón.

Pero éste colocaba ya el tomo sobre la mesa, cerca de la luz, añadiendo:

—Vean ustedes; hay lectura para rato..., quince ó veinte cartas..., pero valen la pena de ser leídas; la historia es admirable. Si no he leído al revés, si no he comprendido mal, si ustedes opinan como yo, después que se hayan enterado, soy el hombre más feliz del mundo.

El barón y la baronesa se inclinaban ya sobre el tomo abierto. En seguida vieron que dicho tomo era un escondite; entre sus hojas impresas había, ligeramente pegadas, de página en página, una serie de papeles azulados, manuscritos de letra apretada, cuya tinta había palidecido con el tiempo.

El corazón les dió un salto, pues comprendieron que algún gran misterio se les iba á revelar.

Aquel libro de los *Estados de Provincia* no era más que un tomo de los veinte de la colección; llevaba el número IV, y había sido escogido al azar para esconder sombrías confidencias. Era evidente que aquella clase de obras, alineadas en lo alto de una biblioteca, debían ser raramente consultadas, sobre todo por mujeres; y el desconocido coleccionador de aquellos documentos enigmáticos sin duda había querido evitar así que cayesen en manos de una mujer desconfiada y celosa.

De aquellas cartas intercaladas en las hojas de un libro indiferente, el orden cronológico era perfecto; una novela formidable empezaba con vulgaridades en las primeras, para convertirse en idilio en las segundas y acabar bruscamente en drama en las últimas.

Durante una hora, los barones y su hijo, agrupados sobre el tomo revelador, leyeron, comentaron y penetraron aquellos manuscritos extraños.

Por momentos se detenían, pálidos, sobre una página probante, y se miraban mutuamente con espantados ojos.

Era verdad, Pedro tenía razón; todo se explicaba; los puntos obscuros se aclaraban; y aunque databa de cien años, la aventura, por aquellas páginas revelada, rebosaba interés y hasta pasión, sobre todo para aquellos Guibray, herederos de los otros.

—Paulina Belestat, había murmurado Valeria descifrando la firma de la primera carta. ¡Oh, oh! A ésta no se la había comprendido nunca.

—Ahora se la comprende, replicó brevemente Pedro. Pero lean ustedes... Lo que yo dijese no valdría la evidencia. Y la evidencia está ahí.

Leyeron, pues, y he aquí lo que leyeron:

Primera carta. De París, 7 febrero 1785.

«Señor barón: la señora baronesa, hoy fatigada, me ordena daros noticias suyas...

»Vuestros hijos siguen bien; Juan ha crecido un poco, Luis está muy alegre. Pero ambos echan de menos Guibray y sienten vuestra ausencia.

»Aquí la vida es monótona; la señora, aunque solicitada á derecha é izquierda, apenas sale y más bien rehusa las ocasiones de fiesta.

»Se alegraría mucho de que la llamaseis á vuestro lado, y se pregunta si los trastornos que temíais en la comarca á causa de la escasez de víveres, no son *un poco bien quiméricos.*

»Es ella la que me dicta esta frase; creed me, señor barón.

»En fin, todo el mundo está impaciente por volver á casa..., aunque la señora de Heridán se porta perfectamente, colmando de atenciones y cuidados á su hija y á sus nietos.

»La señora espera, señor barón, que os serviréis contestarle pronto; espera también que vuestra carta le anunciará el fin de un destierro que le pesa, en su grande afecto por vuestra señoría.

»Soy, señor barón, vuestra fiel servidora, siempre agradecida á vuestras grandes bondades.—*Paulina Belestat.*»

—La señora de Heridán, explicó Gilberto, era la madre de la baronesa Carlos de Guibray. La cosa es exacta. Paulina, como sabéis, se había criado en el castillo, donde más tarde fué dama de honor de la baronesa. Su padre era el inspector del alfolí; el último que hubo. Esta carta es curiosa. Continuemos.

Segunda carta. Fechada en mayo del mismo año.

«Señor barón: soy la más desgraciada de las mujeres, y esto á causa vuestra. ¿Qué contestar al billete que me habéis deslizado?

»No, yo no soy bonita; no soy más que una pobre muchacha que os lo debe todo.

»Mi padre, á quien apreciáis, se halla á vuestras órdenes, como yo. Sin embargo, debo ocultarme de él por vez primera.

»Señor barón, tened piedad de mí; reflexionad... ¿Me amáis? No, no es posible; soy indigna de vos. Y como indigna, ni siquiera hablaré de mí.

»Pero la baronesa os ama apasionadamente; está siempre inquieta y celosa de vos. En París, siempre decía: «¿Qué hará, solo, allá? Me olvida sin duda... con otras. Todas le quieren... ¡Es tan simpático..., tan seductor!»

»Recuerdo esto y mi pena aumenta. No, señor barón; aunque seáis mi amo, ó mejor dicho, porque lo sois, no os debo escuchar... Debo desobedeceros hasta por amor á vos.

»Lo repito; tened piedad; tengo diez y ocho años, la cabeza débil, el corazón poco firme... Cuando todo el mundo os busca, ¿á qué hacer caso de una servidora..., de una muchacha recogida en vuestra casa?

»¿Es para eso, señor, para lo que fuisteis tan bueno?

»Espero en vuestra justicia y en vuestra caridad.

»No iré á la cita... Tengo demasiado miedo...

»Perdonadme, olvidadme... ¿O bien es preciso que yo me vaya, abandonando todo lo que amo? No, ¿verdad?..



Pedro entró, pálido, trastornado, con un librote debajo del brazo

»Comprenderéis que no es más que capricho, fantasía de vuestra parte; y que, por la fidelidad y el honor, mi deber está en substraerme á vuestra voluntad que, en este caso, es abusiva.

»Perdonad; os lo repito de rodillas; tened piedad de mí. *P. B.*»

—¡Pobre muchacha!, dijo Valeria. Ya veo lo que va á pasar. Mirad, el carácter de su letra recta y firme es señal de franqueza y energía. Pero también es puntiaguda y revela rencor. ¡Oh, oh, la vergüenza!..

La baronesa volvió la hoja.

Tercera carta, muy corta. Junio de 1785.

«A vuestros tres últimos billetes, todos semejantes, inflexibles, contesto: Iré esta noche adonde me llamáis. Vos lo habéis querido.

»Seréis causa de mi desgracia y de la vuestra quizá. Lo prometéis todo; yo no acepto nada.

»Sois el amo; yo cedo... llorando.—*P.*»

—Debía amarle en secreto, dijo Valeria. Se entrega pronto. No importa. Señores, vuestro antepasado no se andaba por las ramas. A ver la continuación.

Cuarta carta. También de junio.

«Carlos, soy culpable, soy una infame, soy vuestra amante.

»He hecho traición á la confianza y al afecto que vuestra esposa había puesto en mí. Tengo todas las vergüenzas..., y sin embargo, espantoso es decirlo, *soy feliz.* Os amo, monseñor, con toda la ternura que puede contener un corazón de mujer. Soy tres veces vuestra vasalla...

»Pero, por Dios, sed prudente.

»Anoche me mirasteis largo rato con demasiada insistencia. La baronesa siguió vuestra mirada. Me pareció que después estuvo fría y dura conmigo, contra su costumbre. Hay sospecha...

»¿Cuándo os veré? Dos líneas, sólo dos líneas, como siempre, en el sitio consabido.

»Vuestra..., infinitamente vuestra.—*P.*»

«Además, demasiado comprendo yo misma que se tengan celos de vos.—*P.*»

—Tienes razón, dijo Gilberto á Valeria. Ella le amaba... y tenía corazón.

Quinta carta. Julio de 1785.

«Carlos, alguien nos acecha, nos espía; vuestro intendente Miguel Faulque.

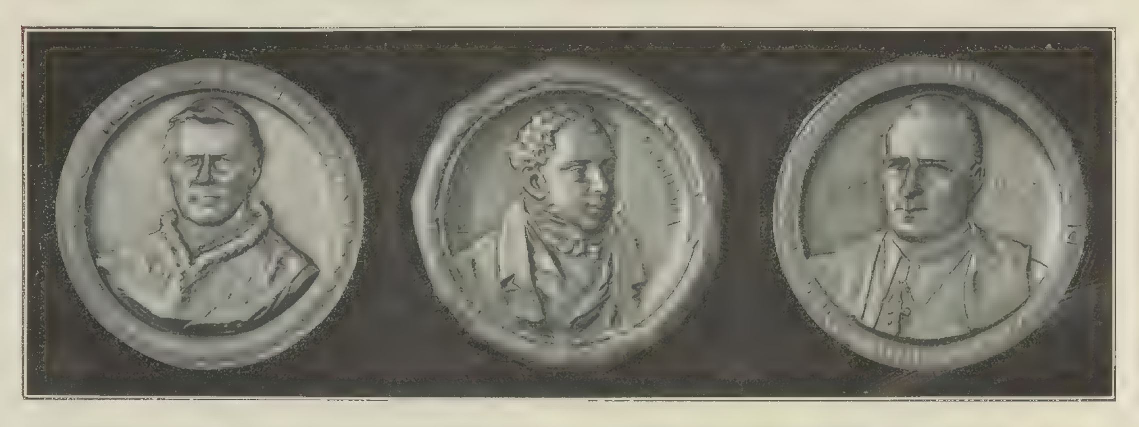
»Hacía tiempo que ese hombre parecía haberse fijado en mí más de lo necesario. Estaba galante conmigo; me ofrecía flores. Es viejo, es feo, le abomino. Él lo sabe, quiere vengarse y se vengará.

»Vigiladle y precaveos de él. Tengo miedo de ese hombre que hacéis mal en distinguir con vuestra estimación, y que yo tengo por perverso y capaz de todo, principalmente de todo lo malo.

»Esta mañana me echó una mirada de odio inolvidable. Quizá es su manera de amar.

(Se continuará.)

MEDALLAS ARGENTINAS.—MEDALLA FRANCESA DE MARRUECOS



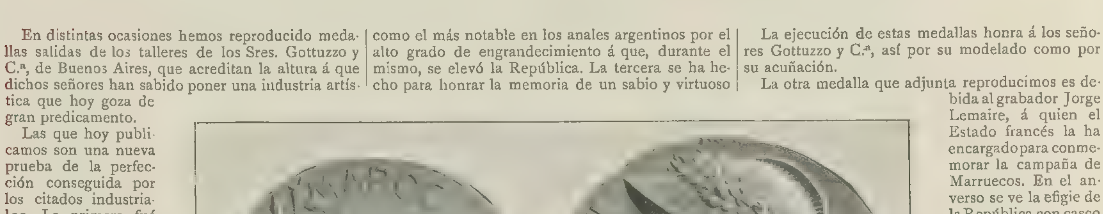


Medalla conmemorativa del quinquagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de S. S. el papa Pío X (Anverso y reverso.)

Medalla acuñada con motivo de la inauguración del primer monumento á Rivadavia en Buenos Aires. (Anverso y reverso)

Medalla acuñada en honor del ilustre prelado Dr. D. Mariano Soler, primer arzobispo de Montevideo. (Anverso y reverso.)

(Acuñadas en los talleres de Gottuzzo y C.ª, de Buenos Aires.)



En distintas ocasiones hemos reproducido medallas salidas de los talleres de los Sres. Gottuzzo y C.ª, de Buenos Aires, que acreditan la altura á que dichos señores han sabido poner una industria artística que hoy goza de gran predicamento.

Las que hoy publicamos son una nueva prueba de la perfección conseguida por los citados industriales. La primera fué dedicada por los católicos argentinos al papa Pío X con motivo de las bodas de oro del actual pontífice con la Iglesia. La segunda ha sido acuñada por encargo de la Cámara de Diputados de Buenos Aires, presidida por el Sr. D. Guillermo Martínez, para conmemorar la inauguración del primer monumento erigido en honor de Bernardino Rivadavia, del estadista ilustre que, después de haber servido á su patria con las armas en la mano y de haber contribuído á su progreso y prosperidad desempeñando distintos ministerios, fué elevado á la magistratura suprema en 1827, habiendo merecido que la hastoria señalase el período de su presidencia como el más notable en los anales argentinos por el alto grado de engrandecimiento á que, durante el mismo, se elevó la República. La tercera se ha hecho para honrar la memoria de un sabio y virtuoso prelado uruguayo, el Dr. Mariano Soler, primer arzobispo de Montevideo, cuyo mejor elogio está en la inscripción puesta en el anverso de la medalla: «Fué el hombre de la Providencia para el Uruguay.»



Medalla francesa acuñada en conmemoración de la campaña de Marruecos,
obra del grabador Jorge Lemaire. (De fotografía de Harlingue.)

La ejecución de estas medallas honra á los señores Gottuzzo y C.ª, así por su modelado como por su acuñación.

La otra medalla que adjunta reproducimos es debida al grabador Jorge Lemaire, á quien el Estado francés la ha encargado para conmemorar la campaña de Marruecos. En el anverso se ve la efigie de la República con casco y corona de laurel; en el reverso hay una vista de Casablanca, un cañón, un áncora y dos banderas.

La efigie de la República es el retrato de una notable artista parisiense.

«Al perfil griego, clásico—ha dicho el propio grabador,—al que supongo no debemos estar perpetuamente condenados, he preferido el perfil de una francesa, de una parisiense, de una montmartresa. La persona que consintió en servir de modelo para el busto de la República de mi medalla de Marruecos, no es otra que la señorita Dubois, la linda tránsfuga de la Opera Cómica, la creadora de *Javiera* y de *Ninón de Lenclós*.»

BARCELONA

FIESTA NÁUTICA ORGANIZADA POR EL REAL CLUB DE REGATAS

(Fotografías de nuestro reportero fotográfico Sr. Merletti.)

El domingo, día 14 de los corrientes, celebróse en este puerto una agradable é interesante fiesta náutica organizada por el Real Club de Regatas, á la que asistió numerosa y distinguida concurrencia.



Jurado de honor, compuesto de distinguidas señoritas, encargado de entregar los premios á los vencedores

Regata de canoas de paseo patroneadas por señoritas

Después de una misa de campaña y de la suelta de más de 900 palomas mensajeras de los palomares del Centre Colombófil Catalá y con la cooperación de la Real Sociedad Colombófila de Cataluña, efectuóse la primera regata, reservada á los niños del Asilo Naval, ganando en ella el primer premio la canoa *Condal* y el segundo la *Churruca*.

En la segunda regata de yolas de mar para debutantes, á cuatro remeros en punta y timonel, se presentaron *Cataluña II, Barcino* y *Cataluña I*; esta última se presentó sin opción al premio; éste, consistente en la Copa de SS. AA. los infantes D. Fernando y D.ª María Teresa y cinco medallas de plata, fué ganado por la *Cataluña II*.

La tercera regata era la que mayor interés despertaba, pues las canoas de paseo que en ella tomaban parte habían de ser patroneadas por señoritas. Corrieron cuatro embarcaciones: *Zazá, Mimí, Victoria* y *Sorpresa*, tripuladas y patroneadas respectivamente por D. Francisco Poch y D.ª María Palá, D. R. Ulacia y D.ª Dolores Calvell, D. Luis Bellver y D.ª Teresa Roue, y D. Fernando Coll y D.ª Mercedes Durán. Adjudicóse el premio, un objeto de arte y dos medallas de *vermeil*, á *Zazá*, habiéndose otorgado á los tripulantes de las otras embarcaciones medallas de *vermeil*, de plata y de plata y bronce. Estos premios fueron entregados por un jurado de honor, que formaban las señoritas Concepción Martí, María Barnet y Dolores y Mercedes Sanz Selma.

Hubo luego un *match* de *water polo* entre los socios del Club de Natación, que resultó empatado, y una interesante justa acuática, en la que se efectuaron cuatro encuentros entre los Sres. Tarrida y Serrallach, Besora y Torrens y Alamo y Fernando

Continuaron después las regatas, disputándose la cuarta las canoas *Churruca* y *Condal*, tripuladas respectivamente por marineros de la Comisión Oceanográfica y del cañonero *Temerario*, y resultando vencedora la primera.

Tomaron parte en la quinta regata las yolas de mar *Barcino, Cataluña I* y *Cataluña II*; ganó la *Barcino*, cuyos tripulantes alcanzaron el Campeonato de España, la Copa de S. M. el rey y cinco medallas de plata; á los de la *Cataluña* se les concedieron cinco medallas de plata.

Finalmente se efectuó una regata de canoas á diez remeros y timonel entre las *Chispa, Invencible* y *Sirena*, ganando un objeto de arte y once medallas de plata los tripulantes de la *Sirena* y once medallas de bronce la *Invencible*.

Formaban el Jurado el señor Comandante de Marina, el segundo comandante, el comandante del *Temerario*, el teniente de navío Sr. Gil de Solá, los directores de la Comisión Oceanográfica y de Sanidad Marítima, y los Sres. D. Eduardo Espiell, don Eudaldo Mas, D. Vicente Sallés, D. José de Orús, D. J. Elías Juncosa y D. Alberto Serra.

En la presidencia hallábase el gobernador civil, el presidente de la Audiencia, el delegado de Hacienda, el presidente del Club de Natación de Barcelona, el del Centre Colombófil Catalá, el del Asilo Naval y el del Real Club de Barcelona.—S.



Viena.—Monumento erigido al notable pintor Mauricio de Schwind, obra de Othmar Schinckewitz. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Hace pocos días se ha inaugurado en la capital de Austria el hermoso monumento que el adjunto grabado reproduce, y que ha sido erigido á la memoria del notable pintor vienés Mauricio de Schwind. Ese monumento, debido al celebrado escultor austriaco Othmar Schinckewitz, álzase delante del Museo Artístico y es una obra de alta concepción y de ejecución sobria, en el que sobresale la figura del artista, admirable por la naturalidad y la sencillez de su actitud.

Mauricio de Schwind nació en Viena en 1804 y estudió en la Academia de aquella ciudad, en la que muy pronto fué conocido por sus dibujos, inspirados en cuentos y óperas, y por sus ilustraciones de libros. En 1827 hizo un viaje á Munich, en donde se estableció al año siguiente, ejecutando numerosas pinturas para la Biblioteca Real y para el castillo de Hohenschwangau. En 1832 pasó á Roma, regresando poco después á su patria y pintando durante varios años multitud de frescos para palacios públicos y particulares de Leipzig y Karlsruhe. En 1844 trasladóse á Francfort para decorar el Instituto de Stadel, y en 1847 fué nombrado profesor de la Academia de Bellas Artes de Munich. Cuando el gran duque de Sajonia quiso llevar á cabo la restauración del castillo de Wartburg, encargó á Schwind la pintura de los principales episodios de la vida de Santa Isabel y algunas escenas de la historia y de la tradición thuringias. Es imposible enumerar las obras, todas ellas importantísimas, que ejecutó hasta su muerte, acaecida en Munich en 1871; acuarelas, frescos, pinturas al óleo, dibujos, de todo produjo en abundancia, sin que la cantidad perjudicase á la calidad. Muchos de sus cuadros figuran en los principales museos de Austria y de Alemania, y en palacios ó castillos se conservan de él grandes frescos, casi todos inspirados en las leyendas en que tanto abunda la literatura germánica.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 29 de noviembre de 1909 — Núm. 1.457



Barcelona.—Gran Teatro del Liceo. Temporada de 1909-1910

La señora Gagliardi y el señor Viñas en la ópera de Wagner «Tristán é Isolda.» (De fotografía.)

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros subscriptores que hemos adquirido el derecho de publicación de la preciosa novela de Gastón Leroux

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

Gastón Leroux es quizás el autor que con más éxito cultiva en Francia el género de novela policíaca, hoy tan en voga en todo el mundo, y sus obras se distinguen, aparte del interés extraordinario que despiertan sus argumentos y que incesantemente mantiene el modo como la acción se desarrolla, por la originalidad, no sólo de los asuntos, sino también de los procedimientos. Entre todas sus novelas sobresale sin duda EL FANTASMA DE LA ÓPERA, actualmente en curso de publicación en París y cuyas primicias en España tendrán los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en donde empezará á publicarse á partir del primer número de la serie de 1910.

EL FANTASMA DE LA ÓPERA irá ilustrado con preciosos dibujos del celebrado dibujante Sr. Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto. – *Revista hispano americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *La última novia*, por J. Sánchez Rojas. – *El pintor polaco Pedro Stachiewicz y su ciclo «Espectros de taller,»* por C. M. de Gorski. – *Actualidades barcelonesas. D. Nicolás M.ª Rivero. – El Dr. Laguarda en la Academia de la Juventud Católica. – Gran Teatro del Liceo. Temporada de* 1909 1910. – *El busto en cera del Museo de Berlín. – El voto de las mujeres en Noruega. – La señora de Steinheil y su hija. – Ferrocarril de un solo riel. – Espectáculos. – El archivo de Guibray*, novela ilustrada (continuación). – *La cinematografía de lo invisible*, por R. Villers.

Grabados. – *La Sra. Gagliardi y el Sr. Viñas en «Tristán é Isolda.»* – – Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *La última novia. – Pedro Stachiewicz* y su ciclo «Espectros del taller.» *La Musa. Ironía. Melancolía. Desesperación. El postrer consuelo. – Banquete á D. Nicolás M.ª Rivero en Barcelona. – El obispo de Barcelona presidiendo la comida dada á* 150 *pobres de la Academia de la Juventud Católica. – Francisco Beidler. – Vista de una parte de la sala de espectáculos del Gran Teatro del Liceo. – Busto en cera atribuído á Leonardo de Vinci. – Busto en cera atribuído á Rafael Sanzio. – La primera diputada en el «Storting» noruego. – El rey de Portugal en Londres. – Pabellones é instalaciones de la Exposición Regional Gallega. – La Sra. de Steinheil. – Busto de Barbey d'Aurevilly*, obra de Rodin. – *Ferrocarril de un solo riel. – El Dr. Comandón. – Cintas cinematográficas y aparato utilizado por el Dr. Comandón. – Congreso nacional agrario en Valencia.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: los optimismos del gobierno y el desacuerdo entre los partidos políticos: la huelga de los basureros y la crisis parcial. – *México:* la entrevista de su presidente con el presidente de los Estados Unidos norteamericanos. – *Nicaragua:* el general Estrada y la revolución. – *Colomb.a:* agitación política. – *Paraguay:* la revolución fracasada. – *Uruguay:* el «Empréstito de Obras públicas de 1909:» situación económica. – Los «Estudios americanistas de Barcelona.»

Las publicaciones oficiales y oficiosas del gobierno de Cuba refuerzan los datos que ya expuso el ministro ó secretario de Hacienda con el fin de poner muy por alto el crédito de la República, y convencer á los que aún dudan de la aptitud de los cubanos para vivir como pueblo independiente, libre de tutelas ó protecciones humillantes.

Resaltan los optimismos en el mensaje presidencial que se leyó el 1.º del corriente mes en la apertura de las sesiones del Congreso. La situación económica es mucho más sólida que en los días del gobierno provisional yanqui. Ha habido una zafra estupenda y se va á dar poderoso impulso á las obras públicas, á la inmigración, á las instituciones de crédito agrícola, en suma, á todo cuanto ya se consideraba necesario y se anunciaba en los tiempos de Estrada Palma. Y como entonces también, ahora el gobierno, por conducto de su presidente, apela al celo y al patriotismo del Congreso para que no ponga dificultades de ningún género á los proyectos de ley que con aquella finalidad han de presentarse.

No obstante, en la vida política hay cierto desasosiego. Los conservadores tienen gran fuerza en el Congreso, fuerza que fácilmente pueden contrarrestar los liberales á condición de unirse las dos fracciones en que están divididos. Pero esta unión nunca acaba de realizarse de modo eficaz y definitivo, los conservadores se sienten cada vez más fuertes, cobran esperanzas de recobrar el poder antes de lo que presumían y se muestran dispuestos á declarar la guerra á la situación actual. Esta actitud de las oposiciones no deja de ofrecer algún peligro para lo porvenir. La relativa concordia entre los partidos políticos es la mejor garantía de estabilidad de la novel República. Si esa concordia falta, si al interés supremo de la patria se sobreponen las rivalidades y las ambiciones personales de los políticos de oficio, si las pasiones se excitan y los odios estallan, será muy de temer que se reproduzcan los actos revolucionarios, llegándose á un estado de cosas tal que dé pretexto á los yanquis para intervenir de nuevo, y acaso no ya con carácter provisional.

El remedio de los daños que causaron en la isla los grandes temporales del pasado mes de octubre y la huelga general de barrenderos en la ciudad de la Habana, han solicitado la preferente atención de los gobernantes cubanos. La holganza de aquellos modestos funcionarios del municipio habanero vino á ser origen, por modo indirecto, de una crisis parcial en el Ministerio. Como las calles no se barrían y la basura aumentaba en ellas, el secretario de Estado hubo de advertir al secretario que tiene á su cargo los servicios sanitarios la conveniencia de adoptar algunas medidas que evitasen la persistencia de focos de infección: se temía una epidemia, que podía traer otra epidemia más perjudicial: la intervención de los yanquis con pretexto de sanear. El secretario advertido tomó tan á disgusto la advertencia, que suscitó una cuestión personal: ambos ministros presentaron sus renuncias para poder batirse; las aceptó el presidente, que les nombró sucesores en el cargo, y fueron aquéllos á eso que llaman campo del honor, donde éste quedó á salvo por virtud de cuatro balas que se cruzaron, sin hacer daño á nadie.

***

El presidente de los yanquis, Taft, está recorriendo los Estados del Sur y del Oeste de la Unión norteamericana. El 16 de octubre se acercó á la frontera de México, y en El Paso se avistó y conferenció con el presidente de México general Díaz. En la inmediata Ciudad Juárez, que está frente á El Paso, devolvió la visita á Taft, en cuyo honor dió aquél un soberbio banquete.

La entrevista no tuvo, según se dice, importancia política; fué un cambio de corteses visitas que dió motivo á que se conocieran personalmente los jefes de los dos grandes Estados de la América del Norte.

***

En grave aprieto ha estado, y acaso continúa estándolo, el presidente de la República de Nicaragua general Zelaya. Donde se dan las toman, y quien solía instigar ó fomentar revoluciones en los países vecinos, la tiene ahora en el propio. Al frente de la revolución se puso el general Juan Estrada, que en pocos días se hizo dueño de toda la zona oriental de la República, es decir, el litoral atlántico desde el cabo de Gracias á Dios, límite con Honduras, hasta San Juan del Norte, cerca de la frontera costarricense.

Forman el núcleo de los revolucionarios los conservadores unidos con algunos liberales, descontentos de Zelaya, á quienes se han agregado los adversarios políticos de éste que vivían refugiados en Honduras y Costa Rica. Zelaya atribuye la revolución á intrigas de su mayor enemigo el presidente de Guatemala Sr. Estrada Cabrera, secundado tal vez por los gobernantes de El Salvador y de Honduras. Estos y aquél rechazan airados la inculpación, y entre tanto se lucha con encarnizamiento en Nicaragua.

Como siempre sucede en estos casos, vienen á Europa dos corrientes de noticias perfectamente contrarias entre sí. Victorioso el general Estrada, avanza sobre Managua, la capital de la República, y se apodera de Corinto. En el Sur, cerca del río San Juan, se libra combate sangriento entre las gentes de Zelaya y de Estrada, con ventaja para las últimas. Esta es una versión. A la vez, la Legación de Nicaragua en París lanza á los cuatro vientos la versión opuesta: el combate citado fué un triunfo de Zelaya; ni Managua está amenazada ni Corinto perdido; la revolución quedó destruída en Paso-de-Lajas, donde las ametralladoras Maxim causaron horrible destrozo en los rebeldes, que huyeron poseídos del mayor de los pánicos.

***

La agitación política que empezó en Colombia bajo la presidencia del general Reyes se continúa con el nuevo gobierno que preside el general González Valencia.

Reyes, que había visto el pleito mal parado, se vino á Europa. Cobraron así mayores bríos sus adversarios, que ahora tienden á derogar muchas de las disposiciones que dictó aquél, entre otras las referentes al arriendo de las minas de esmeraldas de Muzo. No hay, sin embargo, perfecto acuerdo entre los políticos que usufructúan el poder, y de ello se aprovechan los adictos á Reyes, que aún conservan cierto predominio en las Cámaras. El gobierno toma medidas represivas y coarta la libertad de imprenta, con lo que cunde y se aviva esa agitación á que antes nos referimos, acaso precursora de nueva revolución.

***

El Paraguay ha tenido también su correspondiente revolución. Los emigrados partidarios del anterior gobierno han hecho una intentona para volver al poder, y hubo momentos en que se juzgó bastante comprometida la situación del presidente provisional Sr. González Navero.

A fines de octubre se supo que la revolución había fracasado y que el gobierno se ocupaba tranquilamente en preparar la participación del Paraguay en el gran certamen internacional de Agricultura que ha de celebrarse en Buenos Aires en 1910.

***

En el Uruguay las cosas van mejor. Blancos y colorados están más tranquilos y pueden ir realizándose aspiraciones y proyectos de gran utilidad nacional.

Se aprobó y negoció el llamado «Empréstito de Obras públicas de 1909» por la cantidad de 6.000.000 de pesos, destinados: 2.500.000 á suministrar fondos á las Intendencias de los departamentos de la capital y campaña á fin de efectuar las expropiaciones necesarias para la mejora, apertura y desviación de caminos y para ejecutar obras de saneamiento y de mejoras y edificios, comprendiendo en estas últimas, especialmente, las que se refieren á la vialidad rural; 1.300.000 á comienzo de la construcción del Palacio de Gobierno; 200 000 á la construcción de la Academia militar y naval, y 2.000.000 á construcción del Palacio Legislativo.

En el año económico 1908-1909 hubo un excedente de 1.800.000 pesos, se recaudaron por derechos de aduana un millón más que en el anterior ejercicio, aumentó con relación al mismo el comercio de exportación y el Banco de la República cerró su cuenta con 800.000 pesos de beneficio y 3.760.000 de saldo á favor del Estado. Se han descubierto minas de hierro y de hulla, y hay nueva ley para fomento de la industria minera. Varias compañías extranjeras se preparan para ir completando la red de ferrocarriles de la República.

***

Nuevos trabajos de aproximación hispano americana, con el nombre de «Estudios americanistas de Barcelona,» se inician ahora en la gran ciudad española. Desde la capital de Cataluña, Rafael Vehils, el secretario general de la nueva institución, en nombre del espíritu de raza, que es fuerza de cohesión incontrastable, se dirige á los hispanos de América y á los americanistas de España y les pide concurso entusiástico para laborar en la obra magna que tiende á estrechar los lazos de afecto y de concordia entre todos los hombres y todos los pueblos de raza española.

Se aspira á que los españoles formen claro concepto de lo que son y lo que valen los pueblos de América; se quiere que los americanos vean también claro y por visión directa el estado de nuestra nación; se busca la convivencia de la juventud intelectual de allá y de aquí para que unos modernicen sus añejas ideas sobre España y los españoles, y otros remocen su espíritu con los nuevos impulsos y el nuevo sentir de la vida del futuro, que es la vida americana.

Hay en todo ello una finalidad análoga, idéntica, mejor dicho, á la que se persigue con estas *Revistas hispano americanas*. Si se quiere que hispano-europeos é hispano americanos vivan en comunidad de ideas, intereses y aspiraciones, es menester ante todo que se conozcan bien unos á otros. Como se dijo en la primera de las *Revistas* (enero de 1901), para llegar á esa intimidad y compenetración es indispensable difundir y vulgarizar entre nosotros el conocimiento de los países hispano americanos; y parte principal del programa de los Estudios americanistas es, precisamente, el de las modernas nacionalidades del Nuevo Mundo, con la consideración del aspecto geográfico, físico y geológico, climatología y salubridad de cada país, condición social, riqueza agrícola é industrial, potencia mercantil y económica, ambiente intelectual, estado de cultura y espíritu de su civilización frente al porvenir.

La Universidad de Barcelona, abierta siempre á todo estudio sano é intensivo, prohija el intento. En la Universidad funcionarán, como en su albergue propio, los Estudios americanistas, y por extensión en cuantos centros pedagógicos lo soliciten. Se organizarán también conferencias extraordinarias que contribuyan á completar los conocimientos y hagan más íntima y eficaz la obra de compenetración.

R. BELTRÁN Y RÓZPIDE.


De Apolo salían los espectadores...

LA ÚLTIMA NOVIA

Aquella noche noté en Jacinto una agitación extraordinaria. Tumbado en su poltrona de la cacharrería del Ateneo, abría los ojos, los cerraba, tornaba á abrirlos, gesticulaba, y no había en sus palabras ni en sus raciocinios nexo ni trabazón.

Salimos del Ateneo. Serían ya las once y pico. Era una hermosa noche de mayo, serena y cálida.

Jacinto no hablaba. Unicamente suspiraba alguna vez con ademán entristecido. Quise llevarle á casa y se opuso gritándome:

—¡No quiero recogerme! Tenemos que hablar.

—Vamos á un café, si te parece, le dije por decir algo.

—No; prefiero pasear, dijo resueltamente, emparejando conmigo y sujetándome fuertemente por el brazo.

—Como quieras, exclamé sin hacer resistencia alguna.

Y bajamos por la calle de Alcalá. De Apolo salían entonces los espectadores de la tercera, riendo y comentando alegremente los donaires de una zarzuela. Nosotros continuamos nuestro paseo hasta el del Prado.

En un banco me hizo sentar Jacinto. Lió un cigarrillo. A la luz de la cerilla noté que sus ojos brillaban con una luz extraña. Luego comenzó su narración en estos términos:

—Tú conoces á Pilar, ¿no es cierto? Sí, sí la conoces. ¡Mi novia, hombre! Aquella muchacha alta, delgadita, rubia, con la que paseaba por Recoletos todos los domingos. Llevo con ella un año de relaciones y hace ya un mes que no paseo, agregó sollozando como un chiquillo.

Le pedí serenidad. Jacinto estaba enfermo, sin duda alguna. Trabajaba mucho. Días antes, había llevado una plaza de catedrático, por oposición, en un Instituto de una lejana ciudad de provincias. Los ejercicios habían sido brillantes. Jacinto escribía también en periódicos y revistas. Aquella labor, fatigosa, le obligaba á estar caviloso de continuo. Había adquirido una reputación sólida entre la gente del oficio; pero continuaba pobre y vivía con apuros, á pesar de que sus necesidades eran harto modestas.

Un poco más sosegado, continuó de esta manera:

—Hace un mes que no sale porque está enferma. Dicen que tísica. Yo no podía creerlo, no quería creerlo, y he tenido que rendirme á la evidencia. Mi intención era pedirla ahora é irnos lejos, al Instituto de Villa Regia, á trocar en carne y vida nuestros ensueños mozos. Pero está mala, muy mala. A ti, que eres mi mejor amigo, debo contarte toda mi pena. Porque estoy loco de dolor. Y no puedo más, amigo mío, no puedo más...

Volvió Jacinto á sollozar. Luego vertió lágrimas en abundancia. Y su llanto fué pródigo, sereno, religioso. Le apreté la mano fraternalmente. Jacinto, abrazándome de pronto, me dijo:

—Quiero que tú me acompañes esta noche á casa de Pilar, que velemos juntos. Antes de la una, prometí á su mamá volver por allí.

Le dije que sí á todo. Pilar habitaba en un tercero de la calle de Hita. Huérfana de un comandante que murió en Filipinas, Pilar y su madre, una buena señora que rezaba mucho, habían vivido con la viudedad dignamente, sin una deuda, casi con desahogo. Hasta se permitían dar una vuelta por Lara los sábados y pindonguear algún domingo en Aranjuez. Jacinto había conocido á su dueño en el paraíso del Real. Un día acertó á ver unos ojazos azules, cargados de bondad, que oían devotamente una romanza agradable, tal vez un poco cursi. Moría Mimí. Rodeaban los bohemios su lecho, mientras las notas de la orquesta lloraban como había llorado Jacinto: de veras, sin gritos, con dolor recogido y hondo, hermético. Luego la pobre Mimí, muerta de frío, ahogándose, se alzaba entre desmayos. Y la orquesta comentaba solemnemente, con aires fúnebres y doloridos, la agonía de la dulce pecadora. Los ojazos azules de la gentil muchacha se humedecieron en las alturas del paraíso. Y Jacinto acertó á ver aquellos ojos: los de Pilar. Al mes siguiente ya volvieron al paraíso juntos Pilar, su mamá y mi amigo.

Sin darnos cuenta llegamos á casa de Pilar. Doña Paca—que así se llamaba la madre de la novia de mi amigo—nos recibió en la alcoba de su hija. Tosía débilmente Pilar. Al ver á su amado hizo un gesto de alegría.

Y hubo entonces en la alcoba, cargada de olores acres, una de esas escenas mudas que solamente saborean, en esta pícara vida, los corazones donde alguna vez posó su aliento la bondad. Jacinto, harto de llorar á solas, se fué serenando poco á poco. Habló alegremente á Pilar. Aquello pasaría. La fiebre se iría prontito. Y todas las tardes pasearían por la Moncloa, descansarían luego en su banco, que estaba metido entre árboles, en un sendero en cuesta, oculto.

Pilar sonreía, crédula, á las frases de su amigo. Como el pudor le vedaba acariciarle con las manos, le acariciaba con los ojos. ¡Y cómo brillaban, puros é infantiles, aquellos ojos sobre su rostro de nácar de Cristo casero! En los párpados rosa brillaba el fuego de la calentura. Los cabellos, pesados y pegajosos, en remolino, se agarraban á las sienes.

Siguió tosiendo Pilar. Percibíamos, debajo de las sábanas, el cuerpo menudo y gracioso de la enferma. En todo él se reflejaba el trabajoso ajetreo de su respiración lenta. Yo salí de la estancia. Y me asomé á un balcón. Serían ya las dos de la madrugada. La calle era estrecha. Lejos, sobre los tejados, una cúpula delgada de una torrecilla arañaba el cielo.

Jacinto salió también. Y detrás de Jacinto doña Paca. La enfermita quería descansar. Los tres, sin hablar, nos lo decíamos todo. Y nos envolvía una tristeza mansa. Un dolor resignado, que dejaba de ser dolor si nos valíamos de palabras para echarlo fuera. ¡Qué hermoso estaba el cielo! La luna, á medio salir, repartía su luz melosa y melancólica en la villa y corte. Ni un ruido. Allá arriba no había enfermitas como Pilar que respiraban fatigosamente.

Y de pronto nos quedamos helados, ateridos de espanto. Yo tuve que agarrarme á los hierros del balcón para no caerme. Pilar dió un grito desgarrador, tétrico, que nos heló el alma. Doña Paca corrió á la alcoba. Tras ella yo. Jacinto, con gesto de idiota, me siguió mecánicamente, con los ojos muy abiertos.

Pilar yacía sobre el lecho sin sentido. Tenía los dos brazos fuera de la cama, encerrados en unas mangas púdicas de una camisita burguesa y sencilla. Miré á doña Paca con terror. Me apoderé brutalmente del pulso de Pilar, que latía aún muy débil, casi imperceptible. Doña Paca me miró. Yo sonreí é hice muy serio un gesto afirmativo.

Sin hablar permanecimos en la alcoba. Poco á poco fué recobrando su respiración y su pulso la enfermita. Tenía una calentura muy alta: deliraba.

Llamaron á la puerta. Llegó el doctor; un vejete simpático y campechano que había sido amigo del comandante. Observó á la enferma.

—Cosa perdida, me dijo al oído. Morirá á escape la pobrecita. Me quedo aquí con ustedes.

Cesó el delirio. El doctor, muy atento, de pie en la cabecera, observaba con piedad. Jacinto le miraba y el vejete esquivaba los ojos fijos del pobre amigo.

Clareaba. Una luz blanca y lechosa se apoderaba poco á poco del espacio. Dejamos de oir de nuevo la respiración de Pilar.

Aquel ángel se consumía sin un grito, sin una protesta; á veces cambiaba de postura. Los ojos, abiertos, eran cada vez más inexpresivos; la luz de la luna que ya escapaba estampó su beso postrero en la frente de Pilar. Fué aquel un momento trágico; las manos de Pilar cayeron sobre las sábanas.

—Doña Paca, resignación, murmuró el viejo. Ya murió; ¡mejor para ella, que no ha conocido el dolor!

Y se asomó al balcón llorando. Doña Paca quedó insensible, acorchada, inmóvil, sobre la silla. Jacinto se aproximó al lecho; dió muchos besos á su dueño.

Y ya la lengua roja del sol había aparecido cuando me dí exacta cuenta de la desgracia de mi amigo. La madre, llorando, me dijo que tenía que perdonarla porque no se había ocupado de mí. Me añadió que podía descansar en su alcoba. Me negué y apreté con efusión las manos de doña Paca.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

EL PINTOR POLACO PEDRO STACHIEWICZ Y SU CICLO «ESPECTROS DEL TALLER»



Pedro Stachiewicz, retrato pintado por él mismo (nacido en Novosiolki, Galizia, en 1858)

I.—La musa

¡Sí, todos los obstáculos han sido vencidos! Por largo que haya sido el combate, por dolorosa que haya sido la lucha por la libertad, todo se ha soportado, todo ha caído en el olvido por hoy y por mañana. Ahora trátase sólo de vivir el arte; el camino está libre y el valor es la mitad de la victoria. De todas partes vienen excitaciones para que la vida del artista sea únicamente una incesante lucha con sus impulsos más íntimos, con su destino, con la multitud; pero esa gritería es despiadada é inútil. Aunque al artista, libre de todos las cadenas exteriores, le persigan la envidia, el odio, la insensatez, así que él, en pleno conocimiento de sí mismo, puede expresar toda su personalidad, su bien más sagrado, más íntimo, por nadie más expresable, ¿qué le importan la burla y la plebe? Todo esto es mortal; sólo es eterno el sentimiento sencillo, serio, noble, descubierto ante el mundo, no para el mundo. En medio de estos ensueños, aparécese al artista joven, en su pobre buhardilla, el primero de los «Espectros del taller,» la Musa rica en promesas, la ansiada Gloria. Es una figura femenina coronada de laurel, medio doncella, medio mujer; lleva en la mano izquierda una corona de laurel, de la que ha caído una rama en el suelo; con la derecha señala un gran cuadro puesto en el caballete. Creo haber visto ese lienzo en el taller de Stachiewicz: es la entrada á un cementerio. ¡Pero cuán lejos está hoy la Muerte! ¡Cuánta vida se infundirá en los cuadros futuros! ¡Cuánta sangre se hará circular por las venas de los hombres imaginados! Un poeta polaco dice de la Gloria que cuando se la ha conquistado puede ponérsela bajo los pies de una mujer para que la pisotee á su antojo. Otro ha escrito: «La Gloria es una cosa bella digna de ser conquistada con grandes trabajos.» Y el francés Vauvenargues ha dicho: «El resplandor de la aurora no es tan dulce como las primeras miradas de la Gloria.»

II.—Ironía

Y ahora, ¡á trabajar! El cuadro, no sólo ha sido concebido en el silencio del crepúsculo, sino meditado á la luz del día, soñado durante la noche y cada vez envuelto en amor más grande y más íntimo. El joven pintor está seguro de su objeto, de su aptitud técnica. A su primer cuadro lo ha sacrificado todo, el atolondramiento, la jovialidad, hasta el amor, porque entiende que el amor no puede compararse con las delicias que procura el poder de la creación artística. La aplicación, el trabajo, la voluntad, la esperanza, constituyen su vida. Mas como es tan joven, no sabe que tras las cortas horas del amor, después de los largos meses de inquieta espera, llega el día del alumbramiento, la hora dolorosa, la hora del mortal peligro. No es todavía bastante hombre para sospechar los sufrimientos de las mujeres. Un día contempla con ojos serenos, castos, su cuadro, su hijo, y ve que tiene delante una cosa extraña, fría, que no representa aquello que él quiso expresar, aquello por que tanto suspiraba. ¿Es que él no tiene talento? ¿Tenían razón los que le aconsejaron que no emprendiese la carrera artística? ¿Abandonará inmediatamente su estudio, tirará en seguida por la ventana sus pinceles y sus colores? La visión de la Gloria, de la Musa de blanco vestida, se ha desvanecido, se ha borrado, y en su lugar surge en el zaquizamí el segundo «Espectro del taller,» la Ironía, autoironía la llama Stachiewicz: es un bufón con su caperuza, de largas y delgadas piernas, que se sienta delante del caballete y quita de la paleta los colores. ¿Hace esto con un trapo ó con una hoja de periódico? No, esto último no puedo admitirlo en Stachiewicz, que ha tenido siempre el mérito de hacer caso omiso de los motivos demasiado corrientes, gastados; la necesidad material y los críticos malévolos no han desempeñado ningún papel en su tragedia artística, sino que ésta ha sido sentida puramente en su interior y por esto es más íntima y más honda. No debo olvidar un detalle: en el fondo del taller hay una reproducción del grupo de Lakoon; el hombre del dolor de la antigüedad contempla el dolor moral de un hombre moderno.



I.—La Musa

III.—Melancolía

Tras largos y lóbregos días de desesperanza, aparece en el taller un nuevo espíritu; no aporta el anhelo de crear, pero tampoco es la tristeza: Melancolía la llama Stachiewicz. Y puesto que se trata de un pintor polaco, en poetas polacos pienso involuntariamente. Nuestros artistas han sido durante muchos años sus discípulos y sus intérpretes, y no hay por qué censurarles por ello, ya que en nuestros poetas hay realmente mucho que interpretar. Hoy los pintores polacos se han substraído á la influencia de sus hermanos mayores; hoy buscan y crean, como en todas partes, su mundo pictórico propio, exclusivo; y sin embargo, hay todavía artistas plásticos, y citaré sólo como ejemplo el grande, el profundo Jacel Malczewski, cuyas obras recuerdan con frecuencia el ideal de los poetas. Y un poeta ha dicho: «La Melancolía se presenta bajo dos formas distintas: la una es hija de la energía; la otra, de la debilidad. La primera se convierte para los espíritus elevados en alas; la segunda, para los que se ahogan, en piedra.» Stachiewicz probablemente sin pensar en las palabras del poeta, ha representado esta última. Sobre el fondo claro de la gran ventana del taller surge una forma augusta; lleva alas como la melancolía de los que incesantemente laboran, y toca la gaita. En Alemania este instrumento sólo se ve hoy en día en la trastera ó en el teatro; pero en Polonia se encuentran todavía gaitas y gaiteros. El gaitero, por lo común, es ciego; su canto es áspero, y del instrumento no pueden arrancarse sino unas pocas notas. Y esto es lo único que tú, Melancolía, cantora de los poetas y de los pintores polacos, puedes ofrecer al pobre artista.

IV.—Desesperación

¿Pero no hay en la existencia de un verdadero artista una hora siquiera de producción enteramente alegre? ¿No siente, en un día solemne, como si mensajeros de lejanas tierras llamasen á su puerta y le invitasen al Capitolio para ser allí coronado? ¿Y él, el productor fervoroso, no abrirá á los altos señores las puertas porque está creando en el paroxismo del entusiasmo y de la felicidad? Stachiewicz no parece opinar así. Mas no penetra en su estudio una Victoria triunfante, en la plenitud de su poder, una mujer tan hermosa y tan segura del triunfo como sólo son las antiguas diosas; ni con ella viene tampoco la corona que ha de alegrar, de levantar el «pecho marchito,» infundiéndole orgullo y valor. Al artista de Stachiewicz una sola cosa no le será nunca concedida: el placer de una obra noble y perfecta que responda á su alma, que pueda exteriorizarla, que sosiegue su inquietud, que le otorgue el bien supremo: «la recompensa que premia con largueza.»

Sabemos que el pintor ha ganado coronas, puesto que la malvada Furia, con cabellera de sierpes y expresión burlona, arranca las hojas de una. Un huracán violento parece haber pasado por el taller; los caballetes yacen en el suelo, y en un ángulo se ven varios marcos tapados con lienzos.

¿Volverá el artista á ese taller devastado? ¿Tendrá valor y ganas de levantar de nuevo los caballetes? Casi no lo creo. Los laureles crecen y se cubren de flores solamente para aparecer ante él fríos y deshojados.

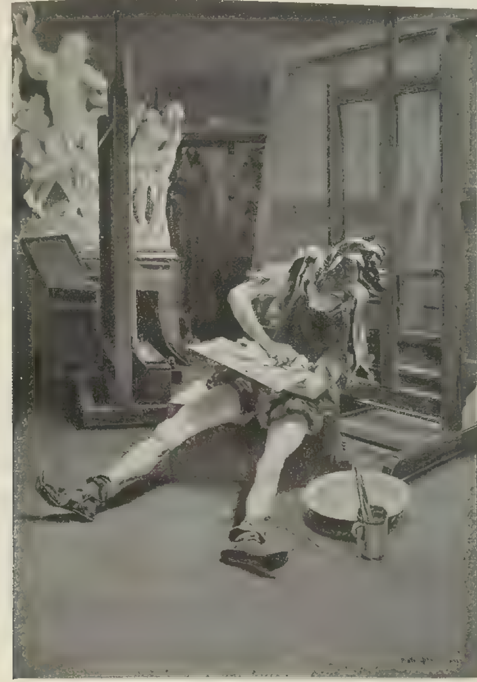
V.—El postrer consuelo

El quinto acto de una tragedia suele ser corto. El ciclo de Stachiewicz no constituye ciertamente un todo cerrado; no es un drama regularmente construído, sino una serie de espectros de taller sucesivamente presentados. Y sin embargo, el final tiene todo el carácter de un sencillo y sobrio final de tragedia; como en las producciones de los grandes poetas, aporta una suave calma, casi un consuelo.

Una figura, de negro vestida, vista por detrás; sólo en la cabeza luce un trozo de tela blanca. Se aproxima á un lecho sosteniendo en sus brazos extendidos un blanco lienzo. Como en todo el ciclo, no vemos al héroe de la tragedia, al artista. ¡Visiones, meras visiones! ¿Quién es el espectro que ahora aparece en el taller? ¿El renunciamiento á toda esperanza, á toda lucha? Es simplemente la Muerte, la silenciosa, la compasiva, la dicha única que á un artista fatigado puede serle concedida. Después de todas las penas, de todos los sufrimientos, de todas las tribulaciones, al fin llega la deseada, la implorada, la invocada tantas veces. «Tú eres el descanso; tú eres la paz.»

Y no hay ningún cuadro más; ninguna apoteosis, ninguna trompa de la futura Fama, ninguna esperanza de gloria póstuma. Muchas veces se ha echado en cara á Stachiewicz cierta tendencia al sentimentalismo optimista; pero de ello no hay el menor indicio en su ciclo. En éste se nos presenta Stachiewicz como hombre que ha sentido y comprendido seria y hondamente la vida del artista, que la ha visto con visión clara, pero con ojos de poeta, y la ha representado con sinceridad; como hombre que ha soñado muchos sueños de su héroe y ha soportado muchas de sus derrotas; como hombre cuya alma ha pasado por muchos sufrimientos.

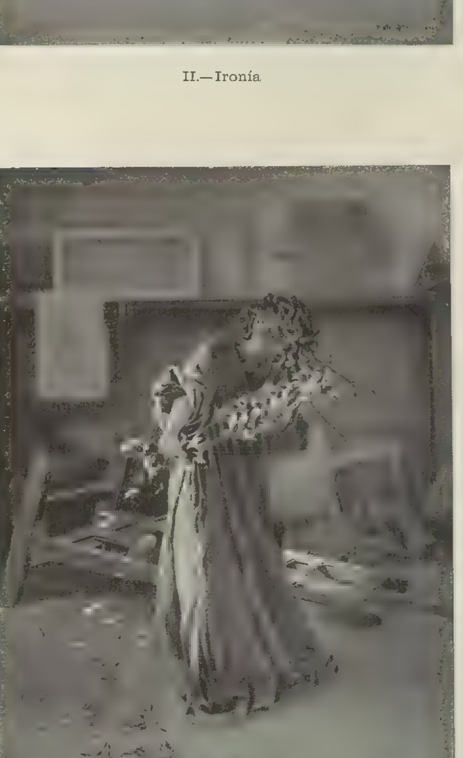
C. M. de Gorski



II.—Ironía



III.—Melancolía



IV.—Desesperación



V.—El postrer consuelo



Banquete celebrado el día 20 en la «Maison Dorée» y ofrecido por los productores catalanes al ilustre periodista cubano D. Nicolás M.ª Rivero (×), director del *Diario de la Marina* de la Habana, y que ha venido á España en representación del comercio de la Isla de Cuba para procurar la negociación de un tratado de comercio entre ambos países.

ACTUALIDADES BARCELONESAS

D. NICOLÁS M.ª RIVERO

Durante la última semana, Barcelona se ha visto honrada con la visita del eminente periodista y economista cubano D. Nicolás M.ª Rivero, director del importante *Diario de la Marina* de la Habana, que ha venido á España, en representación del comercio de Cuba, con objeto de conseguir que se firme un tratado de comercio que estreche y consolide los lazos que unen á ambas naciones.

En honor del ilustre visitante se han organizado en nuestra capital varios solemnes festejos que comenzaron el día 19 con una brillante recepción en el Fomento de la Producción Nacional, en la que el Sr. Rivero, presentado por el vicepresidente de la sociedad el diputado á Cortes D. Federico Rahola, puso de relieve la necesidad de estipular un tratado entre España y Cuba á fin de que nuestra nación no pierda el importante mercado de la Gran Antilla, ideas en que abundó también el Sr. Carrera, representante de la república cubana en España, quien hizo fervientes votos por la unión estrecha entre ambos países.

Al día siguiente hubo otra recepción en el Círculo de la Unión Mercantil, cambiándose en ella elocuentes discursos entre el presidente del círculo Sr. Grue, el Sr. Rivero y el señor Rahola, y por la noche celebróse en la Maison Dorée un espléndido banquete ofrecido al Sr. Rivero por los productores de la región catalana. Asistieron á la fiesta más de cien comensales, y al final pronunciaron entusiastas brindis los señores Rahola; Perpiñá, en representación de la Cámara de Comercio; Calvet, diputado á Cortes; Corominas (D. Pedro), en nombre de la prensa, y otros; poniendo término á los discursos el señor Rivero con uno elocuente, agradeciendo los obsequios recibidos y haciendo un caluroso elogio de Barcelona.



El eminente maestro alemán Francisco Beidler, director de orquesta del Gran Teatro del Liceo durante la actual temporada. (De fotografía.)

EL DR. LAGUARDA EN LA ACADEMIA DE LA JUVENTUD CATÓLICA

Nuestro virtuoso y sabio prelado Dr. Laguarda dedícase, desde que tomó posesión de la sede episcopal de Barcelona, á visitar los templos, conventos y asilos que fueron destruídos por las turbas revolucionarias durante la semana trágica de julio, los centros obreros en donde se instruye y atiende á los trabajadores y las entidades que consagran su actividad á la propagación de la doctrina católica, prodigando en todas partes auxilios materiales, consuelos y consejos, y difundiendo provechosas enseñanzas.

El día 21, después de haber recibido en su palacio á comisiones de varios círculos obreros y de gremios, dirigióse á la Academia de la Juventud Católica en donde se conmemoraba la peregrinación á «San Francesch s'hi moria,» siendo recibido á los acordes de la marcha real y cumplimentado por el consiliario, el presidente, la junta directiva y numerosos socios. El Sr. obispo ocupó la presidencia y bendijo la mesa, y á continuación sirvió la comida á los 150 pobres allí reunidos, conversando familiarmente con ellos.



El Excmo. é Ilmo. Dr. Laguarda, obispo de Barcelona, presidiendo la comida dada á 150 pobres por la Academia de la Juventud Católica, en conmemoración de la peregrinación á «San Francesch s'hi moria.» (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

Terminada la fiesta, la Academia, según costumbre, entregó un pan á cada pobre y S. E. Ilma. dió á cada uno de ellos una limosna en metálico.

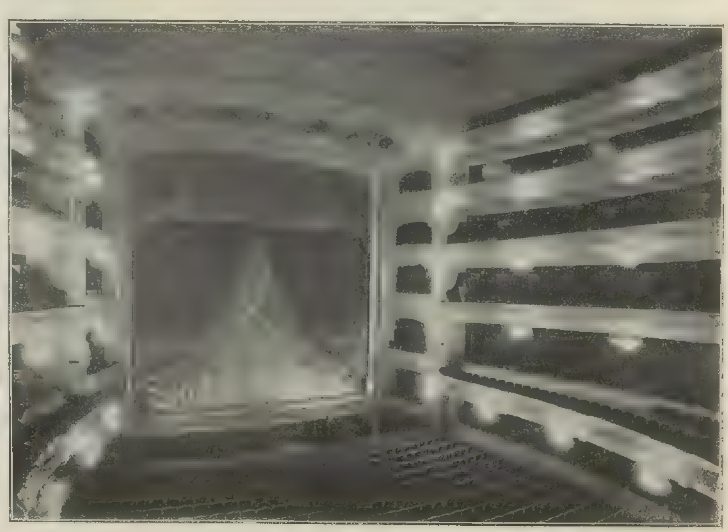
GRAN TEATRO DEL LICEO. – TEMPORADA DE 1909 1910

La Junta de Propietarios de nuestro primer coliseo lírico ha realizado al fin la restauración de la sala de espectáculos, durante tanto tiempo deseada por el público. Además de embellecerla en su aspecto de conjunto renovando las pinturas, los palcos y los aparatos de la iluminación, ha construído nuevas y elegantes butacas é instalado la calefacción y la ventilación de que carecía y que eran de necesidad unánimemente reconocida.

Gracias á estas obras, hoy el Gran Teatro del Liceo ofrece un conjunto espléndido y tiene todas las comodidades deseables, pudiendo afirmarse que su sala de espectáculos resulta, además de la más grande, una de las más hermosas y confortables del mundo.

La empresa, por su parte, ha puesto especial empeño en que la actual temporada revista excepcional importancia, así por las obras que se pondrán en escena como por los artistas encargados de cantarlas. Entre éstos hay celebridades europeas, como las tiples Gagliardi, Bellincioni y Farneti, el tenor Viñas, el barítono Blanchart y el bajo Rossato; entre aquéllas, se anuncian como estrenos *Terra baixa*, tomada de la famosa obra de Angel Guimerá, original de Eugenio d' Albert; *Salomé*, del maestro Ricardo Strauss, y *Madame Butterfly*, del maestro Puccini, y como principales reproducciones *Tristano e Isotta*, con que se inaugurará la temporada; *Il vascello fantasma*, con nuevo decorado de Olegario Junyent, y *Lohengrin*, de Wagner; *Aida*, *Carmen*, *La favorita*, *La bohème*, *L' assalto al mulino*, *Faust*, *Manon*, *Tosca*, *La Gioconda* y *Rigoletto*.

Al frente de la compañía figura el eminente maestro alemán Francisco Beidler, de quien tan buenos recuerdos guarda nuestro público y que tan á fondo conoce y tan admirablemente dirige el repertorio wagneriano. Con él alternará el notable maestro Francisco Spetrino. – S.



Vista de una parte de la sala de espectáculos del Gran Teatro del Liceo, después de su restauración. (De fotografía de nuestro reportero fotográfico Sr. Merletti.)

EL BUSTO EN CERA DEL MUSEO DE BERLIN

atribuído á Leonardo de Vinci y adquirido por el emperador por 200.000 pesetas



El busto visto de frente



El busto visto de lado. (De fotografías de Harlingue)

Hace algunos meses, el Dr. Guillermo Bode, arqueólogo eminente, director del Museo del emperador Federico, de Berlín, y el hombre de confianza del emperador Guillermo II en todo cuanto á museos se refiere, adquirió en Londres un busto en cera, por el que pagó 160 000 marcos (200.000 pesetas) y que no vaciló en calificar de obra del Renacimiento italiano, atribuyéndola á Leonardo de Vinci.

Poco tiempo después, circuló por Berlín la noticia de que el tal busto ni era de Leonardo de Vinci ni pertenecía á la época del Renacimiento italiano, sino que había sido ejecutado en Inglaterra hace unos cuarenta años por un escultor llamado R. C. Lucas. Esta afirmación, hecha por el propio hijo de Lucas, iba acompañada de pruebas, según éste, irrefutables. Mr. Tomás Whitburn, restaurador y conservador honorario del Museo histórico de retratos de Guilford, declaraba, bajo su palabra de honor, que había visto á Lucas modelar el busto tomando por modelo una figura de un cuadro de Vinci que, al decir de otro sabio inglés, Mr. Herberto Cook, se halla en Basildon Park, cerca de Parybourne. Además, un amigo del escultor Lucas, Mr. Guillermo Burrow Hill, presentó un álbum de reproducciones de las obras del artista, entre las cuales estaba la del busto en cuestión.

Ante tal cúmulo de pruebas parecía que el Dr. Bode se declararía convencido; pero no fué asi, sino que persistió en su opinión, de la que participó también Guillermo II, quien, después de un detenido examen del objeto discutido, declaró que, en su concepto, debía ser obra de Leonardo. No obstante, alguna duda debió quedar en el ánimo del soberano, por cuanto decidió que el busto fuese sometido á la acción de los rayos X á fin de determinar la naturaleza de la materia contenida en el interior del mismo. De este examen resultó que en la parte interior de la cabeza hay probablemente serrín, en el cuello y en el pecho yeso y en otros sitios cavidades; pero en ninguna parte se encontraron los trapos con que Lucas formaba el núcleo de los objetos que modelaba.

El corresponsal de la Agencia Reuter de Berlín dijo haber visto sacar del pedestal fragmentos de diarios ingleses, á lo que el Dr. Bode contesta que el busto fué confiado por el coleccionador Buchanan á Lucas para que restaurase el pedestal y una parte de los brazos. Además, aquellos fragmentos no estaban en el interior, sino pegados debajo de la cera del pedestal, lo que indica que el busto había sido colocado encima de un periódico para evitar un contacto directo con el suelo ó con los sustentáculos.

El testimonio de los rayos X no ha sido, pues, concluyente para muchos; por esto se concede mayor importancia á los resultados del análisis químico que ha ordenado practicar también el emperador. Se derretirán un fragmento de la cera de que está constituído el busto y otro de la cera que solía emplear Lucas, á fin de comparar las temperaturas de fusión; después se analizará la pintura que todavía queda en ciertas partes del busto y que, según el Dr. Bode, no es la mezcla de polvo y de trementina que Lucas utilizaba.

Para contestar los ataques contra la autenticidad del busto, el Dr. Bode, aparte de los argumentos puramente artísticos, aduce una porción de hechos que justifican su opinión y que han sido explicados por un discípulo suyo, el Sr. Gretor.

Busto en cera atribuído á Rafael Sanzio, que se conserva en el museo de Lila y que ha servido para comprobar la autenticidad, por muchos discutida, del adquirido por el emperador de Alemania.

Ante todo debe hacerse constar que el Dr. Bode no ha dicho «que el busto sea de Leonardo de Vinci,» sino «que es de la época de Leonardo de Vinci y que, dado el gran valor y aun puede decirse la perfección de esa obra, nadie más que Leonardo de Vinci puede haberla modelado.»

Veamos ahora la serie de hechos y de circunstancias que prueban que el busto no fué modelado por Lucas.

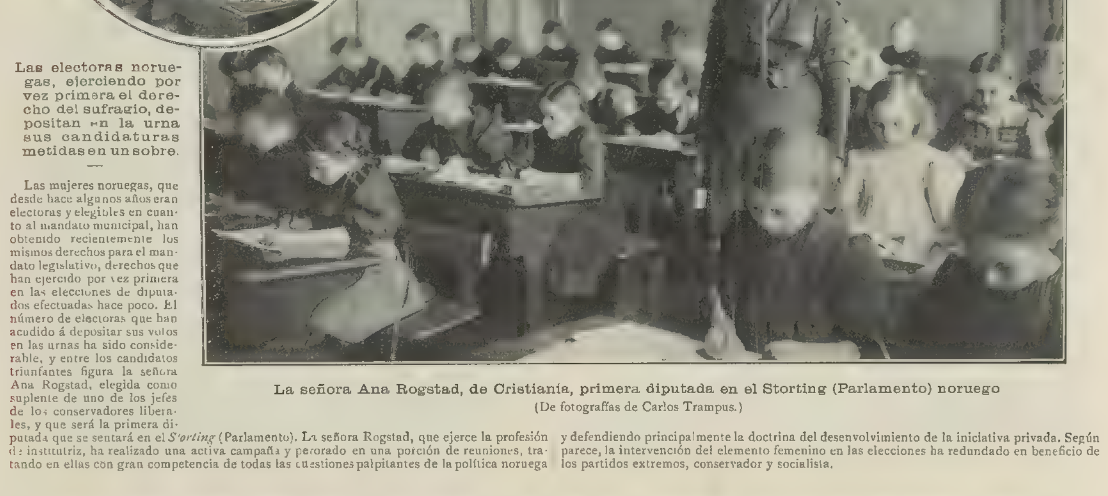
En primer lugar, el cuadro que se supone sirvió á Lucas de modelo, no es de Leonardo de Vinci, sino un lienzo del siglo XVII, y todo lo que en él se parece al busto es posterior á éste, de suerte que el busto debió servir de modelo al cuadro y no éste á aquél.

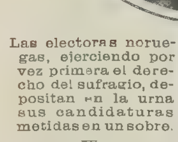
En cuanto á las afirmaciones del hijo de Lucas, que asegura haber visto á su padre modelar el busto, el señor Gretor las respeta y dice que son exactas, salvo que aquél al modelar el suyo no hizo más que copiar el que hoy se discute y que, en aquel entonces, era propiedad del gran aficionado á las artes lord Palmerston. El Sr. Gretor que, en unión del Sr. Posse, adjunto al Museo del Emperador Federico, ha practicado recientemente una minuciosa información en Southampton, ha reunido gran número de documentos de sumo interés, que demuestran las íntimas relaciones existentes entre lord Palmerston y Lucas é indican que el escultor inglés comenzó á copiar el busto que le prestara su noble amigo, sin modelar, empero, más que la cabeza y el cuello. Además, el Sr. Gretor posee una fotografía de ese estudio no terminado, fotografía en la que, escrito de la propia mano del escultor Lucas, se dice que la obra fué ejecutada *según* el busto de lord Palmerston. Esta fotografía, que data de 1860, sirvió de base para un experimento curioso: encargóse al servicio antropométrico judicial de Berlín que sacase del busto del Museo una fotografía tomada bajo el mismo ángulo que aquélla, y habiéndose comparado ambas resultan diferentes, de modo que hubo de ser distinto del de Berlín el busto que reproduce la fotografía anotada por Lucas.

Al fallecer éste, tenía en su casa el busto prestado por lord Palmerston y que fué adquirido, con todo lo que la casa contenía, por Mr. Simpson, muerto el cual sus testamentarios, no conociendo su valor, lo vendieron por unos pocos chelines á Mr. Long, quien lo dejó en el almacén de un conocido prendero, Mr. Cooksey. De éste lo adquirió la conocida casa de antigüedades Spinks, de Londres, que lo vendió á Mr. Made y éste últimamente al doctor Bode. Respecto de todos estos datos, debidamente probados, hay que tener en cuenta dos cosas importantes: primera, que el oficial encargado de la venta de la casa de Lucas sabía que el busto no pertenecía á éste, sino á lord Palmerston, y así lo ha declarado en un documento que se conserva en el archivo del Museo del Emperador Federico; y segunda, que Mr. Cooksey, gran amigo y admirador de Lucas, y que ahora dirige la campaña contra el doctor Bode para reivindicar la gloria de aquél, tuvo en su poder el busto en cuestión y no pensó en comprarlo ni por la módica suma de 15 chelines, que es lo que pagó Mr. Long.

Una de las circunstancias más curiosas de este asunto, es que, aparte de algunas figuritas de cera del arte italiano del siglo XVI, no existe como objeto de comparación para el busto de Berlín más que el busto en cera de una joven atribuído á Rafael Sanzio y que se conserva en el Museo de Lila. – F.

El voto de las mujeres en Noruega
El rey D. Manuel II de Portugal en Londres





Las electoras noruegas, ejerciendo por vez primera el derecho del sufragio, depositan en la urna sus candidaturas metidas en un sobre.

La señora Ana Rogstad, de Cristianía, primera diputada en el Storting (Parlamento) noruego
(De fotografías de Carlos Trampus.)

Las mujeres noruegas, que desde hace algunos años eran electoras y elegibles en cuanto al mandato municipal, han obtenido recientemente los mismos derechos para el mandato legislativo, derechos que han ejercido por vez primera en las elecciones de diputados efectuadas hace poco. El número de electoras que han acudido á depositar sus votos en las urnas ha sido considerable, y entre los candidatos triunfantes figura la señora Ana Rogstad, elegida como suplente de uno de los jefes de los conservadores liberales, y que será la primera diputada que se sentará en el *Storting* (Parlamento). La señora Rogstad, que ejerce la profesión de institutriz, ha realizado una activa campaña y perorado en una porción de reuniones, tratando en ellas con gran competencia de todas las cuestiones palpitantes de la política noruega y defendiendo principalmente la doctrina del desenvolvimiento de la iniciativa privada. Según parece, la intervención del elemento femenino en las elecciones ha redundado en beneficio de los partidos extremos, conservador y socialista.



El rey D. Manuel II de Portugal en Londres. S. M. recibiendo en Oxford Circus los mensajes de bienvenida de las municipalidades de Westminster, Holborn y Marylebone. (De fotografía de L. N. A. Photo.)

SANTIAGO.—EXPOSICIÓN REGIONAL GALLEGA



Pabellón del ministerio de Fomento



Un ángulo en una de las galerías de pintura



Explanada en donde se levantan algunos de los principales pabellones



Galería de industrias

Grupo de instalaciones particulares

Los esfuerzos realizados por la ciudad de Santiago para poner de manifiesto lo que puede y vale Galicia, se han visto coronados por el mayor éxito. La Exposición Regional ha sido y sigue siendo visitadísima y obtiene incondicionales elogios de cuantos acuden á verla. Las vistas que hoy publicamos y las que dimos en el número 1.446 son una prueba fehaciente de la importancia que el certamen reviste; en todos los edificios presiden la grandiosidad y el buen gusto acreditando el talento de los arquitectos que los han levantado.

(De fotografías remitidas por nuestro corresponsal fotográfico D. Ernesto Carrero.)

LA SEÑORA DE STEINHEIL Y SU HIJA

En el número último, al hablar de la absolución de la señora de Steinheil, dijimos que su hija, la interesante cuanto desgraciada Marta, tenía el firme propósito de no ver más á su madre en el caso de que ésta fuese absuelta por el Jurado. Las vivas instancias, las súplicas de algunas personas de su familia, vencieron su voluntad, Marta acabó por ceder y consintió en ver á su madre en el retiro adonde ésta se había acogido para librarse de las importunidades de los reporteros.

La señora de Steinheil, á los dos días de estar en la casa de salud del Dr. Raffegeau, á la que fué llevada pocas horas des-



La señora de Steinheil en la *villa* del Vesinet, esperando la visita de su hija Marta. (De fotografía de M. Branger.)

pués de su absolución, hubo de cambiar de asilo, instalándose en una *villa* cercana, en el mismo Vesinet; allí recibió la visita de su hija, á quien acompañaban una prima suya y el mismo Sr. Branger que, como explicamos, facilitó su fuga después del fallo del tribunal.

La entrevista fué emocionante; he aquí cómo la describe *Le Fígaro* de París:

«La madre, abriendo los brazos, grita «¡Marta!» y se dispone á besar á la hija. Esta quiere hablar, pero sus dientes apretados niéganse á abrirse, y permanece inmóvil, atontada, temblorosa, sollozando y con los ojos desmesuradamente abiertos, sin que de sus labios puedan salir más que sonidos entrecortados.

»La madre se arrodilla á los pies de la hija. «¡Marta, Martita mía! – le dice. – Oyeme, háblame. Te he causado mucho daño, pero te pido perdón humildemente, con todas mis fuerzas, con toda mi alma. También yo he sufrido mucho. Todo cuanto he hecho lo he hecho por ti; sólo por ti he vivido; y si he sido fuerte delante de mis jueces ha sido porque en ti pensaba.»

»Y por este estilo continúa sus imploraciones largo rato.

»La joven, como aletargada, permanece muda; no llega á formarse en su boca una sola palabra que exprese el tumulto de su corazón trágico.

»La otra sigue hablando; la prima suplica y acaricia, pero aquel silencio terrible, más espantoso que todas las sentencias de la justicia humana, acaba por sumir á la madre en un dolor exasperado, que termina en un violento ataque de nervios. Después, reanimándose, exclama entre sollozos: «Mi vida, toda mi vida, ha sido una vida de privaciones y de sacrificios; pero el dolor supremo tú me lo infliges. Todo cuanto he sufrido no es nada; ahora es cuando empieza mi calvario. Y después de tantos sacrificios realizados, este es el más duro; á él me resigno, y puesto que quieres la libertad, tómala, vete.»

Así acabó la entrevista.

La prima se llevó á la desgraciada joven, todos cuyos miembros temblaban y á la que se prodigaron los cuidados que su estado requería. Al día siguiente regresó al lado de una anciana parienta que vive en una población próxima á Belfort y cerca de la cual se refugió cuando el conocimiento de la horrible realidad del pasado de su madre mató las últimas ilusiones que aún quedaban en su alma, después de haber visto tronchadas las que un día el amor le hiciera concebir.

Allí llora uno de esos dolores que no se consuelan la pobre Marta, la víctima más inocente y más digna de lástima de ese poco simpático, por no decir otra cosa, *affaire* Steinheil.

FERROCARRIL DE UN SOLO RIEL

Hace pocos días hiciéronse en el Jardín Zoológico de Berlín, en presencia del ministro de Obras públicas y de varios ingenieros é industriales, los ensayos de un ferrocarril de un solo riel inventado por el conocido editor de aquella capital Augusto Scherl. El ministro subió al vagón único y dió la vuelta á una pista, á una velocidad de 12 kilómetros por hora. El coche, cuyos motores estaban ocultos, parecía volar sobre el riel sin el menor cambio de equilibrio, como una canoa automóvil patinando sobre su quilla; el riel, de pequeñas dimensiones, sobre el cual se deslizan cuatro ruedas situadas en el mismo plano, ofrece la particularidad de estar flanqueado á ambos lados por dos alambres de latón sostenidos por aisladores como los hilos del telégrafo.

El inventor opina que este nuevo sistema de locomoción, una vez puesto en práctica con todos los requisitos necesarios, puede revolucionar los sistemas económicos del mundo.

El ministro de Obras públicas, después de las pruebas, felicitó calurosamente al Sr. Scherl.

No es del todo nuevo, sin embargo, el sistema inventado por éste, pues hace dos años un ingeniero inglés, Mr. Brennán, ensayó uno muy parecido, y recientemente ha efectuado, con éxito muy satisfactorio, en Gillingham y en presencia del director de la Escuela de ingenieros militares de Chatham y de muchos oficiales de esta arma, varias pruebas con un vagón de grandes dimensiones que puede llevar una carga de 10 á 15 toneladas.

En ambos sistemas, el equilibrio del vagón sobre el monorriel se mantiene por medio de un conjunto de giroscopios. El giroscopio, como es sabido, es un disco que gira á una gran velocidad, necesitándose una fuerza relativamente considerable para variar su plano de rotación. La experiencia y el cálculo han demostrado que cuando una fuerza tiende á hacer salir un giroscopio de su plano de rotación, aquél reacciona por una fuerza contraria que forma con la otra un ángulo de 90º. Se comprende, pues, que si se suspende un vagón sobre un riel único se pueda llegar, mediante una combinación de giroscopios, á neutralizar en cada momento las fuerzas que tienden á inclinar el vagón á derecha ó á izquierda.

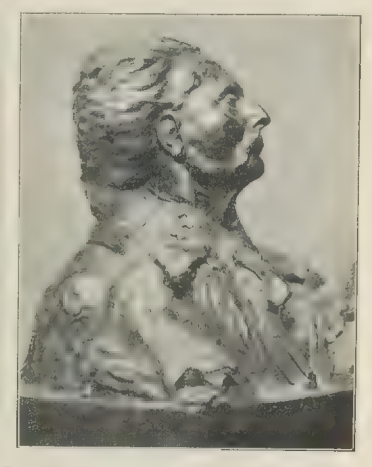
Las ventajas de este sistema del monorriel, si pudiese practicarse en grande escala, serían en primer lugar conseguir velocidades extraordinarias, que Mr. Brennán llega á suponer de 275 kilómetros por hora, y en segundo la posibilidad de subir y bajar corriendo pendientes de 14 por 100 y de salvar curvas muy pronunciadas, con lo que se obtendrían considerables economías en los trazados, aparte de la que significa el empleo de un solo riel en vez de los dos que tienen las vías de los ferrocarriles ordinarios.

Ferrocarril de un solo riel, inventado por Ricardo Scherl y recientemente ensayado con buen éxito en Berlín (De fotografía de Carlos Delius.)

BUSTO DE BARBEY D'AUREVILLY

El día 28 de este mes se ha inaugurado en Saint-Sauveur-le-Vicomte el busto que adjunto reproducimos del célebre escritor Barbey d'Aurevilly, nacido en aquella población en 1811

Barbey d'Aurevilly comenzó á escribir para el público á la edad de diez y siete años, y en 1841 publicó su primera novela, *Vieille maîtresse*. Desde entonces hasta su muerte, acaecida en 1889, no cesó su actividad literaria, escribiendo en periódicos políticos y literarios, en revistas, en publicaciones



Busto del célebre escritor Barbey d'Aurevilly, inaugurado el día 28 del corriente en Saint Sauveur le-Vicomte. Obra del famoso escultor Rodin. (De fotografía de M. Branger.)

festivas y en ilustraciones serias. Su notoriedad, empero, se la han dado principalmente sus libros, entre los que sobresalen *L'amour impossible*, *La bogue d'Annibal*, *Du dandysme et de G. Brummel*, *Prophètes du passé*, *L'ensorcelée*, *Les hommes et leurs œuvres*, *Diabotiques*, *Sensations d'art*, *Les hommes au* XIX *siècle* y otros.

El busto de Rodin, como casi todas las obras de este maestro, es de una originalidad y de un vigor extraordinarios, y tiene todas las cualidades que en sus figuras sabe imprimir ese coloso de la escultura moderna y que han dado lugar á tantas y tan apasionadas discusiones.

Espectáculos.— Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Les arrels*, comedia en tres actos de J. Morató; en el Principal *El rei*, comedia en cuatro actos de Flers, Caillavet y Arene, traducida del francés por el señor Prim; en Novedades *La sombra del padre*, comedia en dos actos de G. Martínez Sierra; en el Eldorado *Sangre de artista*, opereta en tres actos del maestro alemán Eduardo Eisler; y en el teatro del Triunfo *Vida de pájaros*, boceto de comedia en un acto de los Sres. Amich y Castellví.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español la *Tragicomedia de Calixto y Melibea (La Celestina)*, de Fernando de Rojas, adaptada á la escena por F. F. Villegas; en Lara *Así es la vida*, boceto de comedia en un acto de S. de Arisnea; en Eslava *¡Abreme la puerta!..*, cuento de Bocaccio arreglado por Fiacro Irayzoz, música del maestro Vives; en Lara *Doña Clarines*, comedia en dos actos de los Sres. Alvarez Quintero, y *No somos nadie*, sainete en un acto de los Sres. Fernández Shaw y Toro de Luna; y en el Cómico *El diablo con faldas*, zarzuela en un acto de Sinesio Delgado, con música del maestro Chapí.

París. – Se han estrenado con buen éxito en la Opera *El Oro del Rhin*, primera parte de la tetralogía de Wágner, que ha sido puesta en escena con lujo y propiedad extraordinarios; en la Opera Cómica *Chiquito*, escenas de la vida vasca en cuatro actos, poema de Enrique Caín, música de Juan Nougués; en la Comedia Francesa *La robe rouge*, comedia en cuatro actos de Brieux, y *Sire*, comedia en cinco actos de Enrique Lavedán; y en el Odeón *Les emigrants*, comedia en tres actos de Carlos Enrique Hirsch, y *La bigote*, comedia en dos actos de Julio Renard.

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

»En fin, aún preferiría yo su odio á su amor, si no tuviese tantos motivos para temer una denuncia.

»¿Qué haríais entonces? Me sacrificaríais á vuestra esposa.

»Ella me echaría de casa, y estaría en su derecho. Y yo iría á morirme de pena, renegada de mi padre, abandonada de vos, en cualquier rincón del mundo. A menos que la baronesa me haga encerrar en un claustro.

»A pesar de todo, os deseo, porque sois mi única alegría.—*P.*»

Pedro marcó la página con el dedo.

—Vean ustedes bien. Miguel Faul que entra en escena. Ese hombre es el diablo. Ahora, la misma Bertilla opinará como yo.

—¿Cómo?, preguntó Gilberto. No veo todavía...

—Antes de que volvamos diez hojas estará usted al corriente... Le digo á usted que ya no existe ningún Faulque.

Sexta carta. Agosto de 1785. Sin acontecimientos; puramente amorosa.

«Mi dulce señor: He soñado con vos toda la noche.

»Eramos libres.

»Nos amábamos á la luz del día, á la faz del mundo.

»¿Por qué milagro? No sé.

»Al despertar, eché de menos mi sueño...

»Pero no será en sueños cuando os veré mañana..., que estrecharéis en vuestros brazos á vuestra pobre Paulina.

»Os creo, os quiero, os amo. Sois el amante más idolatrado de Francia... Yo no vivo más que por vos.—*P.*»

Valeria, enternecida, sacudió la cabeza diciendo:

—El barón Carlos era bien de su época. El que siembra demasiado amor, cosecha odio. Hasta ahora, Paulina Belestat es simplemente adorable. ¿La comprendió él?

—No, dijo secamente Pedro. Ese fué su crimen. Todo es lógico y se deduce. Adelante.

Séptima carta. Septiembre de 1785.

«Carlos; bien sé que no tengo derecho alguno; que no tenéis por ley más que vuestra voluntad..., y sin embargo, sufro á causa vuestra y os lo quiero decir.

»La señora de Ambreuil viene con mucha frecuencia á visitar á vuestra esposa, y no estoy segura de que sea por ella, ¿comprendéis? La señora de Ambreuil es bonita; está al tanto de la moda, y habla tan bien, que se complace en escucharse á sí misma...

»Pero vos la escucháis también con demasiado gusto. No soy la única en notarlo. He visto á vuestra esposa palidecer, el otro día, á propósito de esa bella señora.

»En aquel instante, la baronesa de Guibray y yo, vuestra servidora, pensábamos lo mismo sobre el mismo particular; esto podrá ser singular; yo os aseguro que es lamentable. Si fué para dejarme *al cabo de tres meses y seis días* que jurasteis amarme siempre, sois muy culpable.



Doy á usted las gracias de rodillas... Bertilla ..., déme usted la mano

»¿Sabéis que oigo en torno mío palabras extrañas, quizá oídas antes, pero á las cuales no presté entonces atención alguna, por no estar interesada?

»*Dicen* que sois voluble, inconstante, que habéis perdido ya la cuenta de vuestras amantes, y que vuestros caprichos duran raramente tres meses.

»En este caso, yo resultaría privilegiada, puesto que me habéis concedido seis días más.

»*Dicen* también que la baronesa, advertida, pero siempre con indicaciones erróneas ó demasiado tarde, no vacilaría ante un escándalo..., procedería á un rompimiento, lo cual queréis evitar á toda costa, porque su fortuna es dos veces mayor que la vuestra.

»¿Y quién dice principalmente esas cosas? ¿Quién es el hipócrita que va murmurando esos juicios? Vuestro genio malo, Miguel Faulque, vuestro honrado intendente, en quien tenéis puesta una confianza ciega.

»Os prevengo que de nuevo, más que nunca, ese hombre me asedia: ronda en torno mío.

»¿Sabe algo ó no?

»En todo caso, es muy cobarde.

»Carlos, os lo suplico, no me sacrifiquéis á la señora de Ambreuil; apartad de mi camino á vuestro antiguo criado...

»Estoy ansiosa y muy intranquila por todo esto.

»Además, Carlos, *hay otra cosa*..., una cosa que temo, que se anuncia, que amenaza..., una cosa que yo aceptaría con una alegría profunda si (¡presuntuosa ilusión!) fueseis mi marido y no mi amante.

»¿Comprendéis? ¡Ah! Mi cabeza se pierde... á fuerza de considerar.

»Amadme al menos; lo demás poco importa... Vuestra desolada *P.*»

La baronesa Valeria había leído toda esta carta en alta voz; en ciertos pasajes ésta le temblaba; aquella Paulina Belestat tenía el alma nada vulgar.

Se había entregado por nada, por amor, y el barón Carlos, ligero, seductor, ocurrente, *inconstante y voluble*, se hacía antipático.

De aquellas cartas lastimosas se desprendía un perfume de pasión, evaporado con el tiempo.

E impresionaban lo mismo á Pedro y á Gilberto, hombres bastante escépticos, que á la baronesa Valeria, mujer de corazón sensible.

Carta octava. También del septiembre del mismo año.

«Monseñor, hace ocho días largos que me evitáis, que huís de mí... Yo muero de pena. ¿Entonces todo acabó? ¿Por qué empezó, pues? Yo sé bien que á vuestros ojos no soy más que una criatura con quien para nada cuenta, despreciable, un juguete de una hora que se tira después de haberlo roto. La señora de Ambreuil os ocupa, os cautiva, os encadena. Y como primera prueba de vuestra pasión, le sacrificáis la que os ama, la que pretendíais amar.

»Quiero veros; quiero hablaros á solas. . ¡Tengo tantas cosas que deciros!

»Os repito que hay *en mi vida* un *trastorno nuevo*... de que sois *autor.*

»¡Por Dios, venid esta noche! No puedo creer en tan súbito abandono; que seáis perjuro después de tantos juramentos.

»Carlos, por piedad, venid esta noche; os necesito, necesito consuelo..., necesito esperanza. ¿Vendréis?»

Carta novena. Al día siguiente.

«No vinisteis, Carlos. ¿Se acabó, pues? Pues bien, sabedlo, aunque os riáis de mí...: *dentro de seis meses seré madre*... Os burlabais de mis temores; eran fundados. Ahora no cabe la menor duda. Es la vergüenza, la infamia...

»He aquí el premio de mi debilidad, el resultado de mi credulidad ciega...

»Esta criatura..., de la que sois padre, ¡qué de

alarmas, qué escándalo no va á causar, aun antes de nacer!

»Ahora me sublevo..., por ella sobre todo. Estoy indignada de verme engañada, maltratada, desesperada..., se me agotó la paciencia.

»Sufro y grito.

»Si no contestáis á mis súplicas, veo lo que me queda que hacer. No tengo valor para soportar los interrogatorios de la baronesa de Guibray; sus sospechas, pronto convertidas en certezas; la cólera de mi padre, que es un hombre honrado él.

»No quiero ser arrojada, no quiero ser renegada y maldita.

»El río está ahí; iré á sepultar en sus aguas mi desesperación; á pedirle el olvido, destruyendo al mismo tiempo vuestra falta y la mía, mi triste persona y *nuestra* criatura.

»Dentro de tres días habré muerto si continuáis vuestro cruel silencio..., si no me ofrecéis, no sé por qué milagro, un medio de escapar á las confusiones próximas, un refugio á mi desdicha, el apoyo que me debéis.

»Vuelvo á insistir... Hay momentos en que me dan ganas de ser mala.., de vengarme un poco, porque he sufrido demasiado...

»Espero vuestras decisiones... Y sin embargo os amo, á pesar de mí misma.—*P.*»

—Ya ven ustedes el drama, dijo Pedro. Todo eso es horrible.

—Sí, replicó Gilberto, adivino lo demás... La historia nunca es exacta... El papel de Paulina Belestat se explica en lo futuro.. Y Carlos de Guibray preparaba su desastre.

—¡Qué personajes tan sombríos son vuestros antepasados!, observó Valeria; hacen tanto daño con el amor como con el odio. Hay razas privilegiadas.

Carta décima. Octubre de 1785.

«He leído y creo soñar... ¡Eso es lo que habéis imaginado! ¡Eso es lo que me ofrecéis! Me suplicáis, en nombre de vuestro amor, que no produzca un escándalo en vuestra familia... ¡Cómo, monseñor! Quizá había que pensar en ello más pronto. Me proponéis casarme, inmediatamente, de golpe y porrazo, con algún hombre apreciable que, por dinero, endosará vuestro crimen y vuestra paternidad y os salvará —y me salvará á mí, decís.

»¡Sois admirable!

»Pero más admirable es todavía el hombre honrado en cuestión... Tengo ganas de conocerlo, de saber su nombre; sí, tengo ganas de saber quién es ese personaje salvador, dispuesto á todas las abnegaciones.

»Pero lo que resulta probado, monseñor, es que me apartáis para siempre de vuestra presencia, que me repudiáis, porque soy madre por obra vuestra.

»¡Cuidado! En verdad os lo digo.

»¡Ah! Sin mi padre, á quien la vergüenza mataría sin duda, yo bien sé cómo contestaría...

»Sois un cobarde, sois un vil... Continuad.

»Si todos los grandes señores, nuestros amos, están cortados por el mismo patrón que vos, deseo al mundo, le deseo á Francia una buena sacudida que la desembarace de ellos.

»Espero los acontecimientos... amargamente.—*P. B.*»

La *undécima carta* era de otra clase de letra, gruesa, recargada, penosa, trazada lentamente, con esfuerzo. Contenía lo siguiente:

«A monseñor el barón Carlos Le Tenant de Guibray, teniente general del rey, en su castillo.

»Monseñor, en interés vuestro, de los míos y de mí mismo, como nueva prueba de vuestra constante é inolvidable bondad, me proponéis casar á mi hija, dotándola vos mismo, por lo cual os doy gracias, con M. Miguel Faulque, vuestro intendente y servidor estimado.

»Monseñor, todo lo que viene de vos no puede ser más que prudente y bien pensado... Y con verdadera confusión, pero con necesidad, me permito haceros algunas respetuosas observaciones.

»Mi hija, gracias á vuestras generosidades, es de instrucción perfecta; es joven, bonita (confesadlo) y del todo inocente.

»Yo mismo, bajo vuestras órdenes, soy oficial del rey y magistrado en las gabelas, siendo inspector de alfolí.

»Sabéis todo esto.

»Si no somos nobles, tampoco somos vasallos en este país, y menos siervos en un dominio cualquiera.

»Creed que si hablo así no es por un orgullo fuera de lugar.

»Miguel Faulque fué lacayo vuestro... Se granjeó vuestro aprecio, y por tal razón merece el nuestro.

»Pero yo mismo conocí á su padre, Roque, que durante toda su vida fué contrabandista, enemigo del resguardo.

»Fué ahorcado por tal en cumplimiento de las órdenes y disposiciones de vuestro señor padre, de venerada memoria.

»No se trata, pues, á decir verdad, de una familia recomendable; y me repugna un poco, salvo siempre vuestro formal deseo, casar á mi hija con el hijo de Roque, el ajusticiado.

»Así pues, monseñor, os ruego que tengáis en cuenta lo que os digo y no me impongáis el disgusto de la realización de semejante proyecto.

»No he consultado á mi hija sobre el particular, pero la conozco bastante para creer que coincide en todo con mis maneras de ver y de apreciar.

»Sírvase creer, monseñor, al mismo tiempo que en la afirmación sincera de mi eterna lealtad, en mi gratitud por vuestras benévolas intenciones, aunque el fin me parezca inoportuno.

»Soy, monseñor, vuestro servidor humilde.

»*Honorato Belestat,* oficial del rey, inspector de gabelas.»

—¡Eh, eh!, exclamó Gilberto olvidando las solidaridades de familia; el barón Carlos debió poner mal gesto al leer esta carta... El inspector parece un hombre de bien. Es una excepción entre semejante sociedad. Pero he aquí otra vez letra de Paulina. Se acerca el desenlace.

Carta duodécima. Dos días después.

«No teneis más que palabras de hielo, peores que ultrajes. Osáis exigir de mí, bajo amenazas transparentes, la única sumisión á vuestra barbarie. Nombráis el marido que me orfecéis, Miguel Faulque, un lacayo, hijo de miserables; un ser despreciable que os mina en secreto. En esto no convendréis... ¡Cuidado que el tiempo no pruebe mi perspicacia!

»Añadís que me dais sesenta mil libras de dote: el pago de mi amor por vos; y dais á comprender que es un precio más que suficiente por está bagatela.

»Sois un perfecto caballero; ya estáis en paz con vos mismo y conmigo.

»Me encargáis además que convenza á mi padre..., que le afirme mi ternura voluntaria, irresistible, por ese Miguel, viejo, repugnante, de aspecto malo y de alma peor...

»Me dais á entender que es preciso que todo se haga así, en primer lugar para vuestra propia tranquilidad, ¿no es cierto?, y luego por mi honor y el bien de mi padre.

»Y hacéis hincapié en esto porque sabéis que es el punto sensible, doloroso y supremo.

»Me hacéis admirar esa maquinación que legitima en lo futuro á una criatura, la mía, que vuestro capricho ha hecho bastardo. Y tenéis la ironía de decirme que más vale hijo legítimo de pobre hombre, que hijo natural de gran señor.

»Esas son ideas nuevas, caballero; de esas ideas tomáis lo que os conviene, pero rechazáis lo demás.

»Pues bien; no, no acepto. Estoy cansada al fin de ser vuestro juguete.

»Aunque á la baronesa, que fué mi bienhechora, tuviese que costarle diez años de lágrimas; aunque tuviese, por tal motivo, que separarse de vos, yo me niego.

»No haréis más que sufrir las consecuencias de un acto cometido á la ligera. No me caso con Miguel, no me caso con un Faulque. Soy de otro estado que él; tengo el alma diferente.

»Será lo que Dios quiera. Siempre habrá tiempo de morir..., pero me habré vengado.—*P.*»

—¡Bravo!, exclamó Valeria. He aquí lo que yo esperaba. Ya era hora de que la víctima se sublevase. ¡Bravo, Paulina! Eso es tener alma.

—¡Ay!, dijo Pedro; la infeliz cederá... y pronto... bajo la violencia.

—Pues es lástima, repuso la baronesa; pero nuestro barón Carlos se hará del todo odioso. Continuemos.

Carta décimotercia; al día siguiente.

«Os excedéis... Debo consentir ó partir en el acto.

»Me amenazáis con vuestro poder, *con vuestra justicia,* ¡oh Dios!

»¡Extrañas palabras!

»¿Pero no os acordáis?.. Hace cuatro meses llorabais á mis plantas; me jurabais que yo era en el mundo la única mujer que podía haceros feliz. Acusabais á vuestra esposa de frialdad, de severidad. Describíais (¡en qué terminos, Señor!) vuestra casa sin alegría y vuestro lecho matrimonial sin amor.

»Cediendo, yo tenía que trocar en resplandor vuestras tinieblas... Yo era el astro bienhechor, vuestro consuelo. . Mi misión era grande, hermosa. Hablabais de caridad, de compasión; palabras con que se hace caer á las mujeres, sobre todo á las pobres muchachas ignorantes, como yo.

»Educada en vuestro respeto y en vuestra admiración, no podía sospechar que supieseis mentir tan bien.

»Y creí en vos.

»Ahora, desengañada, veo muy bien que me aborrecéis; que si algún accidente me precipitase esta noche desde lo alto de la colina, respiraréis mejor ante mi cadáver, mudo para siempre.

»Pues bien: no, no cedo. No..., ni ante la súplica, ni ante la amenaza.

»Guardad vuestro dinero; lo rehuso. Guardad vuestro Faulque; le quiero aún menos que á vuestro dinero.—*P.*»

Carta décimocuarta. Ocho días después; letra que revelaba una mano temblorosa, y texto acusando un gran desorden de alma.

«¡Sea! No quiero que mi padre pague por mí. Habéis encontrado el punto flaco de la armadura. Tramáis no sé qué contra él...

»Pues bien, acabemos.

»Muchacha perdida, deshonrada, me casaré, á la fuerza, con Miguel Faulque. Ahora, deshonrada, es posible que sea digna de él. *Nuestro* hijo será *su hijo.*

»Pero os prevengo, monseñor, que este niño será criado y educado *por mí* en el odio y el horror de las nobles familias y de las grandes casas, antros de iniquidades, de cobardías y de violencias.

»Si este niño puede, algún día, marchar contra vos, espada en mano, lo veré con júbilo; y yo procuraré que esto suceda. Este Guibray repudiado combatirá á Guibray; de eso me encargo yo.

»Sí, persuadiré á mi padre, á pesar de sus repugnancias. No ama á nadie más que á mí; no tiene más que su hija en el mundo; consentirá por debilidad, por falta de carácter.

»Y todo se hará como vos queréis, como exigís; pero actualmente os odio tanto como os amé.

»Yo amaba á un Carlos imaginario, y odio al Carlos real, desenmascarado al fin.

»Acabemos pronto... Daos prisa en ser del todo infame. ¡Os aborrezco! ¡Os aborrezco! Y antepondré mi venganza á todo otro interés.—*P.*»

Carta décimoquinta, de Honorato Belestat.

«Monseñor, vuelvo sobre mi carta; las muchachas son muy extrañas; parece que ese Miguel ha sabido agradar á Paulina y que ésta le desea por esposo. Me rindo, pues, á su voluntad. Ella es la primera interesada; nunca ha sido loca, ni ligera; yo debí equivocarme.

»Acepto agradecido vuestra promesa de dotación, y quedo, monseñor, con todo el respeto que os es debido, vuestro subordinado fiel y para siempre obediente—*Honorato Belestat,* inspector del alfolí del rey.»

Carta décimosexta.

«Dicho y hecho; he aceptado á Miguel Faulque. Lo he juzgado en todo su horror..., puesto que lo sabe todo... y por todo pasa, considerando la cosa como un buen negocio. No me ha ocultado nada. Me toma porque le gusto como mujer, y sobre todo á causa de las sesenta mil libras. Me ha anunciado que, después de la boda, vamos á viajar. Como os maldigo de cerca, os maldeciré de lejos. Que la desdicha caiga sobre vos y sobre vuestra casa. Adiós. —*P.*»

—Entonces, dijo Gilberto, los Faulque actuales son Guibray. Ello es evidente.

—Y he aquí, repuso Pedro, he aquí explicado el parecido entre usted y Clemente, y el cabello rubio de Bertilla sobre su cabeza trigueña...

—Esto concilia nuestras dos familias, allana todos los obstáculos, da razón al horóscopo de Matías, continuó Valeria; el horóscopo que presenta la causa restaurada con la fusión de las dos ramas, la legítima y la siniestra.

—En fin, exclamó Pedro, ustedes sacan las mismas conclusiones que yo. Puedo amar á Bertilla sin escrúpulo. El tío Jaime en persona iría por ella...

—¡Ah, todo eso es muy extraño!, añadió la baronesa. En fin, sí, alegrémonos.

—Aún hay más cartas, dijo Pedro; léanlas ustedes. Confirman ésta, duplican las pruebas, y además son instructivas.

Gilberto cogió otra vez el tomo de los *Estados de Provincia,* y tres cabezas se inclinaron de nuevo sobre los manuscritos intercalados en las hojas impresas.

Carta décimoséptima, de Miguel Faulque.

«Saint Brissac, por Mirande, octubre de 1785.

»Monseñor, conforme á vuestras órdenes, héteme en este país, bien lejos de vos.

»Mi mujer ha soportado bien el viaje. No ríe á menudo; pero con el tiempo todo se arreglará. Pasaremos aquí ocho meses, para las cosas necesarias.

»A nuestro regreso se dirá que la criatura es sietemesina. Todo el mundo lo creerá, porque nadie sospecha nada. Estaréis contento de vuestro servidor.

»Mientras tanto, venderé vuestro dominio de Bris

sac... Parece que varios vecinos tienen ganas de adquirirlo.

»Por lo que he visto, es de importancia, sobre todo en oquedales; las viñas son también numerosas y de buen aspecto.

»Como no corre prisa, dejaremos venir las proposiciones, y espero que el negocio resultará ventajoso para nosotros. Por gascones que aquí sean, cuento probarles que un semi normando les iguala, si no les supera, en comercio.

»Soy, monseñor, vuestro intendente y servidor fiel.—*Miguel Faulque.*»

Otra carta del mismo.

«Abril de 1786. Monseñor, nació la criatura; es un niño. Se llama Urbano, que no es nombre noble, y Faulque, que aún lo es menos. Dormid tranquilo. La madre va bien, aunque siempre intratable.

»Dentro de un mes estaremos de regreso.

»*Urbano* es más débil que robusto... Todo el mundo dirá: «Se ve muy bien que es sietemesino.»

»Soy vuestro servidor.—*Miguel.*»

—Vaya una alhaja ese Miguel, murmuró Gilberto.

—Simplemente lógico, contestó la baronesa.

Ultima carta de Miguel Faulque.

«Monseñor, regresamos á Guibray mi esposa y yo. Urbano sigue enclenque y enfermizo. Es posible que no sea viable, lo cual valdría más para todo el mundo.

»He vendido vuestras tierras, conforme á vuestras órdenes y aceptaciones, y os llevo el importe.

»Ahora, monseñor, permitidme una humildísima súplica. A pesar de que Paulina se muestra aún tan dura y tan distanciada de mí, la amo tal cual es, y no desespero de conciliármela algún día, por ciertos lados en que coincidimos.

»Se halla restablecida y soberanamente hermosa; por esto os pido la gracia de que no intentéis nunca volver á tomarla cuando viva otra vez cerca de vos.

»Os afirmo que mi abnegación, aunque sin límites, no podría aceptar ese compromiso.

»Aseguraos y aseguradme que el pasado ha muerto... y que nada haréis para resucitarlo.

»Si me atrevo á escribiros esto, es porque tengo miedo.

»Ahora es Faulque, y Faulque debe ser de hoy más. Séalo, pues, con vuestro beneplácito.

»Soy, monseñor, etc...»

En mayo de 1786. *Ultima carta* de Paulina.

«Os atrevéis..., volvéis á solicitarme; sois un miserable... Os aborrezco... Me desesperasteis riendo; me aniquilasteis por capricho... ¡Y me escribís una carta de amor! Os prevengo que, á la segunda, advertiré á mi marido..., á ese marido que me impusisteis.

»Os encogéis de hombros. ¿Creéis que os pertenece?

»¡Cuidado, no tengáis que cambiar pronto de opinión!.. Los tiempos se aproximan.

»Pero doquiera encontréis desgracia y ruina, traición y guerra, reconoced mi mano.

«Cuando lloréis, yo me alegraré.—*Paulina Faulque.*»

No había más. Aquí terminaba la correspondencia trágica, conservada por el barón Carlos á todo evento, por salvaguardia quizá; preciosamente oculta por él en un tomo de su biblioteca, un tomo entre los diez de una obra especial, que á nadie, fuera de él, se le ocurría consultar.

Bastaba para reconstituir el drama que siguió desde sus orígenes, á través de su evolución, hasta la catástrofe final.

Documento completo; revelación póstuma de actos ignorados; los muertos descubriendo su secreto; y de aquellas cenizas removidas, surgía un interés poderoso al cabo de cien años, para influir con las existencias presentes de los herederos de las diversas ramas en cuestión.

La luz se había hecho, y en su irradiación destacaban, en relieves absolutos, los menores detalles de intrigas seculares, que repercutían en los días actuales.

—¡Sí, así todo se explica!, exclamó Pedro con vibrante voz. Miguel Faulque se descubre de cuerpo entero. Sigue siendo odioso, pero más comprensible. Bien que ese ya nada nos importa. De hoy más es un extraño para Clemente y Bertilla. Como ustedes ven, es interesado, ambicioso, rebelde; pero ama á Paulina, á su manera. Se casa con ella á pesar de su deshonra, por ese amor y por la dote. Sesenta mil libras nunca vienen mal, sobre todo cuando se abrigan proyectos. Ella le aborrece; pero él no desespera «de conciliársela algún día por ciertos lados en que ambos coinciden.» Son sus propias palabras. Hace alusión á su deseo común de represalias, de desquite, de venganza; á su mutua aversión á todo lo que lleva el nombre maldito de Guibray. De ese odio común nacerá para los dos la concordia tardía, la asociación en la obra de ruina y de muerte, amenazando desde luego nuestra casa, para derribarla después. Por otra parte, vemos al barón Carlos, ligero, desdeñoso, jugando con las personaa á quienes desprecia, sin sospechar que llegará un día en que aquellas mismas personas, merced á tiempos nuevos, le herirán de muerte y le reducirán á la nada... Si gamos á Paulina. Esta observa, vigila y espera. Si su marido no basta para la venganza, se servirá de su hijo, educado al efecto por ella. Causa horror el pensar que si la Revolución hubiese tardado un poco; si la monarquía hubiese durado unos veinte años más, no hubiera sido Miguel Faulque, sino Urbano el que hubiese arrastrado á Carlos al patíbulo; es decir, que el hijo hubiese asesinado inconsciente mente á su padre. Por fortuna, esto no ocurrió. Sin duda el barón de Guibray continuaba riendo, cantando y amando, mientras en torno de él los feroces rencores multiplicaban los lazos, preparaban las emboscadas, le acechaban solapadamente para hacerle caer. Había de perecer y pereció. Se le puede compadecer; fué víctima, si se quiere, pero no mártir, porque había sembrado con ambas manos las desdichas que cosechó. Responsable, pagó sus faltas é iniquidades.

—Poco á poco, interrumpió Gilberto. Ese Miguel resulta un canalla.

—Se lo abandono á usted; repito que le excluyo, porque ya sabemos que no es antepasado de nadie. Ahora, veamos la vida de Urbano, el padre de Clemente. ¿Supo más tarde su origen? ¿Lo ignoró? Cabe preguntarlo. ¿Su madre le confiaría el secreto de su nacimiento ilegítimo, no en su infancia, sino más tarde, cuando ya fué hombre? A juzgar por las apariencias, casi se podría contestar con la afirmativa. Ese Urbano vivió solitario, casi aparte de la sociedad, algo desdeñoso de la humanidad entera, de aspecto noble, pensativo y reservado, como quien vive fuera de su centro por circunstancias ajenas á su voluntad. No tomó parte en el movimiento que le rodeó. Había cumplido ya cincuenta años cuando se casó al fin, cansado sin duda de su perpetuo aislamiento, y también porque con la edad experimenta una necesidad natural de calor en el hogar, de cuidados atentos, de intimidad muy tierna. Pero sigue siendo misterioso, un poco altivo, no queriendo mezclarse con el pueblo á que no pertenece aunque tal parezca, ni con la nobleza á la cual pertenece sin parecerlo. Híbrido, enigmático, bien solo de su especie; sabiendo que si hablase no le creerían, por falta de pruebas reales, y pensando, después de todo, que de nada le serviría, vive ajeno á todo lo que le rodea. El castillo viejo es propiedad suya, puesto que lo heredó de Faulque, su presunto padre; puesto que, además, casi tendría derecho á dicha propiedad por su verdadero origen. Es, pues, doblemente suyo. Sin embargo, se aparta de él; no habita la Ruina que podría restaurar antes que nosotros y mejor que nosotros. ¿Por qué? Por el mismo sentimiento que aleja á Enrique V del trono de Francia; Enrique cree que Luis XVII sobrevivió al Temple, que sus descendientes son los reyes legítimos y que él sería un nuevo usurpador. Y renuncia, y rehusa. Lo mismo hace Urbano Faulque, que es Guibray; porque sabe que la rama primogénita y legítima de los Guibray existe, que tiene sus derechos, sus títulos sobre aquellos bienes robados por el bandido revolucionario, mejor dicho, por el bandido que se sirvió de la Revolución. Pero, segregado de su verdadera familia por el crimen de su padre, no irá al encuentro de sus hermanos ó sobrinos, que se negarían seguramente á reconocerlo como consanguíneo. Deja hacer. Se encierra cada vez más en el silencio y en el desprecio de los hombres. Tiene su historia, y la continúa y la termina conforme á la verdad. Llevará á tal extremo la desilusión, el desprendimiento de las vanaglorias humanas, que no advertirá á su hijo de lo que puede saber, no querrá perpetuar situaciones falsas, evitará á ese hijo, á Clemente, el cuidado de las falsas ascendencias. Además, cuando él murió, Clemente era muy joven. Este, á su vez, será lógico con el personaje que cree ser, republicano por tradición de familia; lo cual también es falso, como ustedes mismos han podido ver. En fin, Bertilla, educada en la escuela de su padre, alma ardiente, generosa, se apasionará por los miserables de quienes creerá descender, los elevará á su altura, los idealizará, los convertirá en héroes de reivindicación social, en filósofos pensadores, pensadores de los tiempos libres. Pero, en la fuente, la mentira siempre persiste. Ya no hay ningún Faulque. Quedan los bastardos de Guibray anunciados, doscientos años ha, por el astrólogo Matías, profetizados por él; gracias á la alianza de las dos ramas subsistentes, la nuestra y la suya, la casa debe ser reconstituída de conformidad con los horóscopos. Es espantoso, desconcierta al análisis y á la razón, pero todo corrobora las predicciones del prodigioso Vidente, nuestro antepasado Matías. Tan espantoso, tan desconcertador, que al leer sólo aquellos documentos diabólicos, dudé de mi cabal juicio, ó al menos de mi comprensión exacta. Pero, ahora, somos tres; tienen ustedes la cabeza firme y piensan como yo; y no quepo en mí de gozo al pensar, sin falsa esperanza, que me es permitido amar y casarme con Bertilla..., ¡una Guibray siniestra, pero Guibray al fin!

Pedro había soltado este parlamento de un tirón; detúvose sin aliento. Valeria, sonriendo, aprobó diciendo:

—He aquí una exposición luminosa, un alegato valiente. ¡Sí, es una grande alegría!

—¡Papá!, gritó Pedro, dando una palmada en el hombro del barón; ¡usted será diputado!

—¿Eh? ¿Cómo?, exclamó éste como sobresaltado. No veo todavía...

—¡Yo sí! Cuando se entere, Clemente se unirá al jefe de la familia, desistirá en su favor; pues, en el fondo, no tiene grandes ganas de representar al país.

—No cantes victoria tan pronto... Falta saber cómo va á tomar todo eso ese Faulque cruzado de Guibray... Esto va á trastornar un poco sus bellas convicciones. Un plebeyo rojo, un ultra-jacobino que despierta noble de la noche á la mañana, aunque sea con la banda de bastardía en el escudo, es un estado moral curioso de estudiar...

—¡Oh!, dijo Valeria, yo tengo buenas esperanzas... Bertilla se dejará convencer fácilmente. Dios es justo, puesto que la excelente muchacha va á ser feliz.

Un criado anunció:

—Cuando la señora guste... La comida está en la mesa.

—Vamos á comer, dijo Gilberto; esta noche misma iremos al castillo nuevo como embajadores archiextraordinarios..., como portadores de asombrosas noticias... A propósito, dijo al criado, que deshagan los baúles; ya no marchamos.

Aquella noche, Clemente se encontraba solo en un salón de la planta baja; apoyado de codos en una mesa, sentado en un sillón, recorría las páginas de una revista de agricultura; pero á cada instante se detenía para escuchar los ruidos del piso superior.

Inmediatamente después de la comida, Bertilla se había retirado; padre é hija no andaban muy acordes, y aquella ruptura de los afectos habituales, según Clemente, era imputable á los Guibray. Tenía razón, y por tanto les detestaba un poco más.

No podía soportar la vista del acongojado rostro de Bertilla, ni de sus muestras de abatimiento, y se los achacaba á sus nobles vecinos. Entonces ella, antes tan animosa y ahora tan decaída, bajaba la cabeza, pronta á llorar.

Esto exasperaba á su padre; y así, enervados el uno por el otro, ambos habían tomado la resolución de evitarse.

Las noches eran lúgubres para él y para ella, cada cual en su rincón y en su mohina.

Bruscamente, Faulque se levantó; la campana grave de la verja, al extremo del jardín, había sonado. ¿A tales horas visitas? Cosa rara. Acercóse á una ventana, apartó las cortinas y miró hacia fuera, tratando de penetrar la obscuridad.

Y vió en primer lugar un personaje que avanzaba con una linterna en la mano, luego otro que llevaba algo en brazos, debajo del abrigo, y finalmente un bulto femenino envuelto en un manto, que seguía; cuando llegaron los tres á la proyección de las luces del salón, Clemente reconoció á Gilberto, Pedro y Valeria.

Su estupor fué completo. ¿A qué venían á su casa aquellos personajes con una lluvia fina, persistente y glacial? Era preciso estar locos para salir con semejante tiempo.

Faulque no pudo hacer largas conjeturas sobre el caso, porque las imprevistas visitas, precedidas por una criada, entraban ya en el salón. Adelantóse preparando palabras de bienvenida más ó menos sinceras. Pero le cortaron la frase.

El barón de Guibray se le acercó con las manos tendidas.

—Sr. D. Clemente Faulque, se halla usted en presencia de tres amigos; sírvase dispensarnos buena acogida; tenemos cosas graves que decirle... Un acontecimiento inesperado, mejor dicho, un descubrimiento reciente, trastorna nuestra existencia y la de usted...

—Señores, señora, dispensen..., siéntense ustedes, no extrañen verme un poco sorprendido..., porque hay motivo, ¿verdad?.. Su visita á tales horas, ese preámbulo misterioso... En fin, expliquémonos... Pero, señorito, ¿qué infolio es ese que pone usted sobre la mesa? ¿Otro libro de historia?

(Se continuará.)

LA CINEMATOGRAFÍA DE LO INVISIBLE. PROCEDIMIENTO DEL DR. COMANDÓN

El cinematógrafo ha realizado recientemente una nueva maravilla: no contento con reproducir escenas del presente y del pasado y paisajes tomados en todos los ámbitos del mundo, entra en un nuevo dominio y nos revela los movimientos del mundo invisible.



El Dr. Comandón, inventor del procedimiento para reproducir cinematográficamente la vida de los seres microscópicos. (De fotografía de Carlos Delius.)

Este resultado, cuya sola enunciación parece paradógica, es debido á las hábiles investigaciones que desde hace un año realiza pacientemente el doctor Comandón, quien ha encontrado preciosos auxiliares en los Sres. Pathé hermanos, que han puesto á su disposición el importante material de su casa.



Fig. 1. – Cinta negativa que representa una gota de sangre de ratón infectada de tripanosomas parecidos á los de la enfermedad del sueño. Los tripanosomas son las formas vagas, con el aspecto de larvas, que se distinguen entre los glóbulos. En el centro de la película se ve un glóbulo blanco. (Fotografía ampliada en la proporción de 2 á 1; la ampliación del original era de 10 000.)

El Dr. Comandón estudiaba en el laboratorio del Sr. Dastre ciertos parásitos de la sangre, haciendo sus observaciones en el microscopio y sobre todo en el hipermicroscopio. El método clásico del empleo del microscopio es bien conocido: la preparación, colocada en la platina del aparato, es iluminada desde arriba; los rayos luminosos que la atraviesan penetran en el aparato paralelamente al eje del microscopio y los objetos agrandados aparecen en negro sobre fondo brillante. Las más de las veces, los seres infinitamente pequeños que pueblan las preparaciones, son transparentes para el haz luminoso intenso que los atraviesa normalmente, y el observador nada vería si no recurriese á artificios especiales; de aquí que hayan de colorarse las preparaciones, pero para esto es preciso ante todo matar por medio de un tóxico los microbios, de suerte que con el agrandamiento producido por el aparato sólo se revelan cadáveres teñidos en color.

El hipermicroscopio ha hecho más vivas las observaciones microscópicas, la preparación es iluminada por un intenso haz de luz perpendicular al eje del aparato, de modo que ningún rayo directo puede penetrar en el tubo del microscopio, pero las partículas, así iluminadas, emiten por refracción rayos luminosos muy intensos que los hacen directamente visibles en sus formas y movimientos.

El Dr. Comandón pensó en fijar por medio del cinematógrafo esas escenas animadas, deseoso de substituir á las descripciones verbales, frías, necesariamente incompletas y parcialmente inexactas, la reconstitución precisa é integral de la vida de los infinitamente pequeños. Para ello habíale abierto el camino Víctor Henri, quien muy recientemente ha aplicado el cinematógrafo al estudio del movimiento browniano. Las dificultades que había que vencer eran grandes; pero los resultados obtenidos son en verdad sorprendentes.

El Dr. Comandón ha tenido la amabilidad de proyectar ante nosotros algunos de los más hermosos films que ha obtenido, y durante algunos instantes nos hemos hecho la ilusión de vivir en un mundo nuevo. Primeramente nos presentó una cola de embrión de renacuajo vista en el microscopio ordinario: en medio de un montón de células veíase un canal sanguíneo por donde circulaban glóbulos alongados parecidos á guijarros que han rodado en un torrente.

Luego nos enseñó glóbulos rojos de sangre de ave vista al microscopio, también alongados y casi inmóviles en un líquido salpicado de puntitos blancos; estos puntitos son *hemokonios* y demuestran simplemente que el animal, antes de hacer la preparación, había comido grasas oleaginosas. En efecto, las grasas producen en el intestino gotas lactescentes que atraviesan las membranas intestinales y pasan á la sangre, en donde se las encuentra aun tres ó cuatro horas después de la digestión.

Después de esas escenas apacibles, presenciamos verdaderos dramas con la proyección de una gota de sangre extraída de pobres aves infectadas de espiroquetos de las gallinas. Este espiroqueto es un parásito que diezma las gallinas de ciertas regiones de la América del Sur y tiene gran parecido con otro parásito que causa en la especie humana terribles estragos y del cual es próximo pariente.

Como en la anterior preparación, vemos también en ésta glóbulos rojos, pero en el líquido que los baña hay gran número de filamentos en espiral que se mueven á toda velocidad de arriba abajo con movimientos de anguila y andando á voluntad hacia delante ó hacia atrás. A veces pasan uno al través del otro, y así se ven dos y hasta tres espiroquetos adheridos entre sí y formando una espiral más larga que las demás. De pronto uno de esos veloces vibriones penetra en el interior de un glóbulo rojo agujereado y queda preso en él, girando desesperadamente sobre sí mismo y buscando inútilmente una salida. Otros caen también en el lazo; pero, más afortunados que aquél, logran escapar. En un ángulo se distingue un glóbulo blanco, protoplasma agrupado en torno de un núcleo que avanza lentamente, con movimiento amiboide; de repente encuentra un glóbulo rojo deteriorado, lo envuelve y comienza á devorarlo. El fondo de este extraño paisaje está, como en el anterior, salpicado de esas pequeñas partículas blancas, los hemokonios, que son resultado de la digestión de materias grasosas.

La figura 2 reproduce un fragmento de esta cinta cinematográfica; pero desgraciadamente no puede reproducir la impresión de vida intensa que causan esas pequeñas imágenes cuando desfilan, á razón de 16 por segundo, delante del aparato de proyección.

La figura 1 representa la microcinematografía de una gota de sangre de ratón, inyectada de un tripanosoma muy parecido al que ocasiona la enfermedad del sueño. El film consta de las vistas tomadas en seis días consecutivos; la enfermedad evoluciona rápidamente y se desenlaza con la muerte del ratón.

Esos tripanosomas que no tardan en pulular en la sangre del ratón, son seres realmente extraños: de 20 á 100 milésimas de milímetro de largo, aparecen en la proyección como larvas de algunos centímetros; su cuerpo, hinchado en el extremo posterior, termina, en el anterior, en una prolongación muy delgada. Muévense de un modo algo parecido á las orugas, por el movimiento de una membrana ondulatoria, y se les ve precipitarse á toda velocidad contra los glóbulos rojos, los cuales, elásticos como bolas de caucho, ceden al choque para recobrar luego su forma esférica natural.



Fig. 2. – Esta cinta cinematográfica muestra cómo se ve en el hipermicroscopio una gota de sangre de pájaro infectada del espiroqueto de las gallinas del Brasil. Los espiroquetos son los pequeños filamentos blancos que surcan el fondo obscuro; en el borde de la preparación se observa un glóbulo blanco, y en el opuesto, un glóbulo rojo aprisiona un espiroqueto que equivocadamente ha penetrado en él. Los puntitos blancos que salpican el fondo negro son hemokonios. (La fotografía original presentaba un aumento de 10.000 y ha sido ampliada en la proporción de 2 á 1.)

Podrían multiplicarse hasta el infinito las descripciones de este género; pero las anteriores bastan para demostrar el interés científico de las proyecciones del Dr. Comandón. Esos magníficos cuadros animados pueden observarse despacio y cómodamente sin ningún cuidado extraño al simple estudio de los fenómenos que en ellos se desarrollan. En el método microscópico corriente, por el contrario, el observador ha de examinar su preparación, mantenerla constantemente en el punto y al propio tiempo dibujar y anotar lo más exactamente posible lo que ve en el aparato. El método cinematográfico, separando netamente esas diversas operaciones, facilita singularmente la observación y permite descubrir hechos antes inadvertidos; es á la vez un admirable procedimiento de enseñanza y de vulgarización en materia de biología.

Digamos, para terminar, algo sobre los aparatos

que representa la figura 3 y que sirven para impresionar la cinta.

Una lámpara eléctrica de 30 amperios proyecta por medio de una lente diafragmada un potente chorro luminoso sobre la preparación ó sobre un espejo que lo refleja perpendicularmente al eje del aparato, según se opere con el microscopio ordinario ó con el hipermicroscopio. El microscopio está colocado horizontalmente y da una imagen real y ampliada de la preparación sobre la cinta que se desenvuelve en el aparato cinematográfico puesto inmediatamente en la prolongación de aquél. Un pequeño orificio situado en la pared posterior del aparato permite observar por medio del cristal de aumento la impresión de las escenas en el film, y arreglar, según las necesidades, la colocación justa de la preparación y su permanencia en el campo. Estas operaciones se ejecutan, la primera haciendo funcionar directamente con la mano el tornillo regulador del microscopio y la segunda subiendo ó bajando el portaplaca por medio de una transmisión especial que pone la placa al alcance inmediato de la mano del operador, sin que tenga necesidad de abandonar su puesto de observación.

Fig. 3. – Aparato utilizado por el Dr. Comandón. De derecha á izquierda se ven: la lámpara de proyección, la lente, el diafragma, un disco que permite substraer á voluntad la preparación del calor que irradia la lámpara, el microscopio colocado horizontalmente y el cinematógrafo.

Una de las dificultades más graves con que hubo de luchar el Dr. Comandón fué el intenso calor desarrollado por el haz luminoso, pues unos pocos instantes de exposición á estos rayos son suficientes para matar los microbios que se agitan en la preparación.

Esta dificultad ha sido remediada merced á un disco rotativo muy ingenioso, compuesto de sectores huecos y llenos alternados, que gira isócronamente con el cinematógrafo; de esta suerte los infinitamente pequeños sólo están sometidos al calor del haz $^1/_2$ de segundo, quedando el haz interceptado en seguida por un tiempo igual.

Añadamos que el haz, antes de penetrar en la preparación, atraviesa un receptáculo de agua fría en circulación que absorbe una parte de las radiaciones completamente inútiles.

El aumento lineal obtenido es de 10.000; con estas proporciones, una pulga aparecería alta como una casa de seis pisos.

R. VILLERS.

VALENCIA.—CONGRESO NACIONAL AGRARIO



Grupo de congresistas. (De fotografía de V. Barberá Masip.)

Con motivo de la Exposición Regional se han celebrado en Valencia varios congresos, entre los cuales ha revestido especial importancia el nacional agrario, así por los temas que en él se han debatido como por las personalidades que en él han tomado parte.

Notables agricultores, ilustres economistas de toda España han discutido con gran amplitud de miras y profundidad de conocimientos, materias de excepcional interés para la agricultura, entre ellas las referentes á la crisis vitícola y olivarera, á los impuestos y al crédito mobiliario agrícola. Entre los congresistas figuraba el notable hacendista y ex ministro Sr. Navarro Reverter, que en una luminosa ponencia desarrolló el citado tema del crédito mobiliario y agrícola y en la sesión de clausura pronunció un elocuente discurso haciendo el resumen de las tareas realizadas por el congreso, glosando los temas en él aprobados y excitando á los agricultores á unirse y á defender con constancia y energía sus intereses.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 6 de diciembre de 1909 — Núm. 1.458

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CABEZA DE ESTUDIO, obra de Pedro Stachiewicz

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros subscriptores que hemos adquirido el derecho de publicación de la preciosa novela de Gastón Leroux

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

Gastón Leroux es quizás el autor que con más éxito cultiva en Francia el género de novela policíaca, hoy tan en voga en todo el mundo, y sus obras se distinguen, aparte del interés extraordinario que despiertan sus argumentos y que incesantemente mantiene el modo como la acción se desarrolla, por la originalidad, no sólo de los asuntos, sino también de los procedimientos. Entre todas sus novelas sobresale sin duda EL FANTASMA DE LA ÓPERA, actualmente en curso de publicación en París y cuyas primicias en España tendrán los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en donde empezará á publicarse á partir del primer número de la serie de 1910.

EL FANTASMA DE LA ÓPERA irá ilustrado con preciosos dibujos del celebrado dibujante Sr. Mas y Fondevila.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo desearía que las mujeres españolas que me leyesen pensasen en el *aguinaldo del soldado.*

La Nochebuena se aproxima. Se aproxima, con sus alegrías infantiles y bonachonas, con sus exuberancias gastronómicas, con su sensación cálida de hogar, hasta para aquellos que carecen de él, gracias á la hospitalaria costumbre española de invitar á cenar, tal noche, á los que están solos. Se aproxima..., y aún no sabemos si cuando llegue será un hecho la paz, pero sí estamos seguros de que mucha parte de nuestro ejército no habrá abandonado para entonces el litoral africano. La ocupación exigirá tropas en no corto número, y esas tropas se componen de españoles que el 24 de diciembre próximo estarán lejos de los suyos, recordando que hay seres queridos, que hay cena íntima bajo sus tejas y á la vera de su lar humilde...

Así como un regimiento debe ser una gran familia, una patria debe ser una gran madre. Los que luchan por ella necesitan saber que se les recuerda, que hay para ellos corazón. Será una de las mayores penas, de los desconsuelos más profundos, sentirse olvidado, cortada la comunicación entre el suelo natal y el hombre. En la tristísima guerra de Cuba, hubo destacamentos á los cuales se les dijo: «Aguardad ahí; no os mováis hasta que recibáis órdenes.» Y allí aguardaron, en efecto, perdidos en la vasta manigua, sin víveres, al borde de un río pantanoso cuyos pútridos miasmas generaban la fiebre, bajo el sol canicular, bajo los aguaceros torrenciales, y allí estuvieron cinco meses, seguros de que nadie se acordaba de ellos, de que su estancia en aquel lugar no obedecía á necesidades estratégicas, sino al descuido, á la indiferencia, á la confusión de órdenes y planes... A cada momento, á sus espaldas, de la intrincada maleza, podía surgir, machete al puño, la negrada superior en número, recia y musculosa, y caer sobre la columna, cuyos individuos hallábanse reducidos por la mala alimentación y la calentura á un puñado de enfermos ó de moribundos... No importaba; llegado el caso, se defenderían, escribirían otra ignorada página gloriosa. Pero no conozco heroísmo como ese, ni sacrificio como el de sentirse borrado, por el olvido, del reino espiritual donde queremos vivir, de la memoria de los que nos aman. Y así, repito que las mujeres de España harán bien si piensan en el soldado que quedará en Melilla el 24 de diciembre, y enviarle cuanto puedan: dulces, turrones, cigarros, vinos, ropa de abrigo; lo que les enviarían, si se lo permitiesen sus medios, las madres, y lo que muchas remitirán, de seguro, aun quitándoselo de la boca...

Y ojalá este impulso, que empieza á notarse, se propague como un reguero de pólvora bendita—si es que hay pólvoras con bendiciones.—A la hora en que esto escribo, gracias á algunas iniciativas que espero han de ser fecundas, fermenta y germina *El aguinaldo del soldado.* ¡Ojalá medre!

He observado que, si en algo se nota claramente el desequilibrio humano, es en lo tocante al bolsillo. Tal derrocha miles y regatea terca y afanosamente dos pesetas. Conocí á un señor que se jugó una fortuna de setenta mil pesos, y tenía la manía económica de partir al medio los fósforos, encendiendo dos pitillos con lo que había de encender uno. Verdad es que generalmente no encendía ninguno, porque una cerilla partida no arde.

También se dan casos de personas opulentas que recogen en la calle puntas de París oxidadas, alfileres y calcomanías de las cajas de sémola; y no hablemos de los que, en un sarao, se pelean con el *sursum corda* por llevarse á su casa figuras del cotillón, que son la cosa más *útil*, como todo el mundo sabe, y que, por no verlas delante, hay que regalárselas al chico de la portera.

Estas anomalías, que yo llamaría desórdenes de la nutrición pecuniaria, aparecen de realce cuando se inicia una subscripción con fines tan altos como el que ahora impulsa á los buenos españoles á enviar al ejército dinero destinado á los heridos, ó una fruslería envuelta en cariño para pasar la Navidad.

Hay quien grita, protesta, se llora, dice que no tiene un céntimo, que esto es un saqueo, que es «imposible atender á tantas cosas,» y que á este paso la vida es un soplo. .

Y á renglón seguido, vedles correr á la Administración de Loterías á comprometer el décimo, á la taquilla del teatro á sacar el palco, para aplaudir por cuarta vez *La viuda alegre*, que es una obra maestra del arte humano; á casa de la modista, para adquirir el sombrero más voluminoso, con el guacamayo más verde. Vedles entrar en la confitería á encargar los variados postres, en el café á intoxicarse de cognac, en el casino á esperar que salga el caballo de oros, en la tienda á elegir juguetes caros para los chiquillos, en el *cine* á no perder película... Y todo esto es muy lícito, y está muy en el orden, y Dios me libre de censurarlo; que cada cual manda en su bolsa... Pero la verdad en su punto: con un capricho menos al año, se podría tener el gallardo gesto de sonreir al entregar el óbolo para el aguinaldo de nuestras tropas.

Nadie es más rico ni más pobre por la peseta ó por el duro. Las clases proletarias, en eso, nos dan lecciones á los burgueses. Si les interesa un fin, los obreros se cotizan, dan en la medida de sus fuerzas, y no deploran lo dado. ¿Será verdad aquello de nuestro panzudo egoísmo? Tal vez no. Es más bien que egoísmo, la rutina de defenderse del gasto pequeño, que no se espera. El movimiento retráctil hay que atribuirlo á dos cosas; primera, las susodichas anomalías, los fósforos partidos al medio; segunda, el no hallarse bien sentada la noción de lo que puede y no puede dejar de hacerse; la falta de un convencimiento, de una fe absoluta en que es preciso tener patria, y que la patria se tiene... queriendo tenerla. La patria no es el Estado, como muchos se imaginan; el que el Estado funcione, podrá evitarnos algunas preocupaciones, pero no nos exime de todos los deberes cívicos y patrióticos. La patria va hasta más allá de la nación. Y como no he de aburrir, al menos á sabiendas, á los lectores de estas crónicas, no les citaré autores de derecho político, cuya autoridad esclarecería este concepto. Sólo quiero insinuar que, en España, no es lo mismo dar para los «damnificados» de Mesina, que para el ejército español. Lo primero es bueno; lo segundo, bueno y necesario. Y basta de matemáticas.

Ni trato yo de insinuar que la patria sea exclusivamente el ejército. Todos tenemos nuestro pedazo de patria que hacer... ó, ¡ay dolor!, que deshacer. Cuando enviamos á las prensas el libro, nos sostiene la ilusión de *patrificar* (el neologismo me sea perdonado). Hay más patria que la patria armada; hay la agrícola, la intelectual, la docente, la artística, ¡y cuántas otras! Pero así que estalla la guerra, diríase que todas se cifran en esos mozos que van alegres á sufrir, quizás á morir. Mientras dormimos en cama y bajo techo, acampan ellos al raso, y pasan las húmedas noches de Melilla sobre unos costales de paja, cuando los hay. Si la lluvia sobreviene, sus huesos se calan, sus ropas, vueltas plomo, se pegan á sus carnes, la fiebre acecha, tiritan, pero están contentos; aún les queda el buen humor heroico, y se chancean, mientras el agua continúa ensopando el campamento tristón y obscuro. El temporal ruge; la ola furiosa devasta las tiendas de campaña, se lleva las provisiones, las ropas, los utensilios; es una especie de naufragio. Al otro día, patullan en cieno y el sol abrasa; antes, el polvo había sofocado gargantas y pulmones. No importa, la tropa no se queja. ¡Bueno fuera que se quejase! Porque si es cierto que deseamos enviarles todo cuanto exprese nuestra fraternal simpatía, también lo es que al lado de nuestra obligación está la suya, y que por sus padecimientos y sus riesgos arrostrados bravamente, el ejército, ahora, nos representa eminentemente á la patria. Batirse, á primera vista, es todo... Quizás sea lo menos, y tenga más valor aún la larga paciencia, la resistencia al tedio, la salud perdida, las privaciones, la dura escuela en que se forjan las convicciones y se templan las almas. Y las mujeres, que no vamos á la guerra, tenemos que preocuparnos aquí, mucho, sin tregua, de de los que allí pisan tierra española, porque la han ganado con su sangre; pero que, al cabo, no están en España, en el sentido familiar é íntimo de la frase, y pasarán la sagrada Noche lejos de sus amores, lejos de su tierra, lejos de los árboles que les dieron por primera vez sombra.

Las condiciones de esta guerra son además especialísimas para avalorar la entereza de los que la sostienen. No sólo el enemigo es aguerrido y está, como suele decirse, en su casa, sino que es traidor, insidioso, falso; combatirle es como andar sobre arena movediza. Cuando presentan el novillo ó el carnero para sacrificarlo en signo de paz, no es seguro que á la media hora no sacrifiquen con diabólico aullido al soldado que se rezague ó se aparte imprudentemente del campamento. ¡La paz! Hace dos meses que oímos hablar de ella, y confieso que me cuesta trabajo comprender de qué modo va á hacerse, no habiendo realmente con quién tratarla, que ofrezca garantías de buena fe. ¿Qué prenda tenemos de la veracidad de los cabileños? Ello es que ninguna, y sí muchas pruebas de su doblez, propia de gente que está cerca del estado primitivo. Dicen que hay pueblos salvajes que cumplen estrictamente su palabra: si esto es cierto, no contemos á los del Rif en el número. España mantendrá lo que pacte; ellos, sólo en la medida de su utilidad ó su fanatismo. ¿Paces? ¿Con quién? ¿Ante quién? Yo nada entiendo de esto, y me reconozco profanísima; pero mi impresión es que, sin hablar de paces, puesto que ahora no atacan, parte del ejército podría regresar, quedando allí próximamente el que siempre quedaría si la paz se pactase; y así, sin compromisos adquiridos, aguardar á que por su propia conveniencia restableciesen los rifeños la normalidad de relaciones—no sin haberles administrado, por despedida, una paliza monumental.

Repito que hablo sin autoridad ni conocimiento. ¿Soy la única? Porque la flema que despliegan estos moritos para acabar de someterse, hace que se charle mucho. Claro es que cada cabeza da su sentencia, y las hipótesis y las zozobras en los cálculos son infinitos...

Un día que pasa, una decepción. Todo se vuelve comentarios. ¿Qué diplomacias de conciliábulos entre chumberas, qué augurios de las entrañas de los carneros degollados en prenda de buena amistad, nos tienen así, pendientes de solución?

Lo más significativo para suponer que la cosa va de vencida, es que fotógrafos y noticieros, haciendo lo contrario de la golondrina en la canción de Zorrilla, se han vuelto del Africa.

No creamos, sin embargo, porque la guerra termine ó cosa equivalente, que ese problema africano se ha resuelto. Ha de darnos en qué pensar, ó mejor dicho, continuará dándonos si Dios no lo remedia, porque las cosas van muy aprisa, y que Marruecos se desbarata, es fijo, y nuestra situación ante el casi bárbaro imperio no puede ser de pasividad, dada nuestra posición geográfica. No lo veremos los que no somos jóvenes; pero Marruecos será puesto bajo la protección de Europa, de lo cual hay ya múltiples señales, y no porque, según un diputado radical francés que ó es un simple ó lo remeda, quiera ninguna nación cristianizar á Marruecos, sino porque las naciones buscan mercados y las razas inferiores han de someterse.

Todo esto son fantasías del porvenir, de un porvenir que se convierte en presente cuando menos lo pensamos. ¡Cuánto tiempo se ha perdido, desde los Castillejos y el Gran Cristiano acá!

Nuestros mayores, á quienes no les llegamos al tacón, ya estarían ahora levantando en Zeluán alguna villa, cercándola de muros y echando los cimientos de la iglesia y de la casa del Concejo... La villa se llamaría «Santa Victoria de la Alcazaba» ó cosa parecida. Y sería gloriosa, y sería poblada, y en ella nacería gente de pro. Ahora... Tiempos van y tiempos vienen.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

CHOQUE DE MIRADAS



Ella se quedó dando en la arena con la punta del quitasol

Si les hubieran dicho á Tula y á Alvarado que era posible entre ellos la ruptura, puestas las manos en cruz hubieran, sonrientes, invocado al cielo. Tamañitos quedaban Isabel y Marsilla, Hero y Leandro, Julieta y Romeo, Abelardo y Eloísa, Oscar y Amanda, todos los amantes habidos y por haber, ante aquel amor profundísimo. Si alguien, ejerciendo de Perogrullo, afirmaba que pasó ya la época romántica, no faltaba la réplica con la observación de que la vida real ofrece lo más extraordinario que cabe imaginar, en todos los órdenes...

Y era extraordinario, admirabilísimo aquel idilio. Tula era gentil, si no una belleza, lo suficientemente agraciada. La vida intensa emanaba de aquel cuerpo esbelto, mórbido, aquella tez aterciopelada, de fruta en sazón, y aquellos ojos negros, asaeteadores, lucientes como dos faros.

Alvarado era un buen mozo, moreno, interesante y de suma distinción en las maneras...

Tenían una inmensa ventaja para ser felices: eran envidiados. Porque se ha convenido ya en que el inspirar envidia es una probatoria de mérito personal, y por lo tanto una suerte.

Ella y *él*, con superior instinto, acertaban á sonreirse notando el serpenteo de la malicia y las insidias brillando de cuando en vez como centellas.

Se habían educado bravamente en la escuela del gran mundo. En lo alto, las mayores tormentas no causan mella. Ni el fragor ni el resplandor son cosas imponentes. Para ser imponentes requieren ser apreciadas desde abajo. Un choque en la atmósfera, presenciado desde el suelo, es un ósculo...

***

Un día, á Tula Bazagán le fué enviado un anónimo. Según el anónimo, Alvarado no era digno del amor de Tula.

La primera impresión fué realmente tremenda. Pero duró poco. Una vulgaridad hizo las veces de coraza, de argumento irrebatible: «El anónimo es vil y despreciable. Por esto carece de valor.»

Tula rompió el anónimo.

Después tiró del cajón de un mueble antiguo de palo santo y sacó un manojo de cartas que cruzaba una cinta azul.

Se puso á releerlas, y á cada final de epístola movía el busto con graciosísimo vaivén, acompañándolo con un mohín significativo.

Alvarado, que manuscribió aquello, no podía ser traidor. El estilo es el hombre...

Pero aquí hubo un momento de reflexión, y á decir verdad, cierta ráfaga de incertidumbre *Tal* día, Tula había creído observar que... *Tal otro* había, sí, notado que...

Y así, durante unos segundos—á ella le parecieron segundos, posiblemente,—se atascó en la rememoración de insignificancias, que resurgían con escasa fijeza; pero resurgían.

¿Decírselo?.. ¿Callárselo?..

La más rudimentaria prudencia aconsejaba la habilidad antes que la debilidad. ¡Sería de tan mal gusto el mostrarse celosa!.. Precisamente ella, Tula Bazagán, la mimada del gran mundo, por su alcurnia, por su posición, por...

La mirada dirigióse al espejo frontero, un gran espejo de dorado marco encima de una añeja consola...

Y luego, ¿no se trataba de un simple anónimo, de esa arma vil que no hiere sino á los cándidos?..

Bueno, pero Alvarado, con ser quien era, podía caer en una red tendida, acaso... Por ser Alvarado, no dejaba de ser hombre...

¡Ah, la filosofía al alcance de todos los entendimientos, qué bien consiente especular con todo!.. Al sexo bello le facilita el socorrido: *¡Al fin hombre!* Y al sexo fuerte le proporciona el corrientísimo: *¡Mujer al fin!..*

Lo *hábil* sería, pues, recurrir á una táctica conocida, nada original por cierto. Del anónimo, ni la recordación. Eso sí, poner á Alvarado á prueba, convencerse de la intensidad de su querer, darle un poquitín, como quien dice, con la badila en los nudillos. ¿Se resentía? Muy bien. ¿Descubría indiferencia?.. ¡Ah, entonces!..

***

Sí, le chocó al joven el nuevo sesgo observado en Tula. ¿Por qué, de algún tiempo acá, tan solícita con el barón?..

El buen tono imponía el silencio, el disimulo, un discreto no hacer caso...

Claro está que si Shakespeare escribió: *¡Oh mar, tienes nombre de mujer!*, el dorado vulgo, sin desdeñar la sublimidad de aquella sentencia, habla de las tentaciones del amor propio, y discurre á su modo sobre lo extraño é intrincado del alma humana, que desprecia lo mezquino, y cae en ello; que desdeña lo vulgar, y es su víctima...

Tula Bazagán, acomodándose á su papel, identificándose día tras otro, acabó por notar en sí misma una rareza... ¡Pues no iba queriendo al barón!..

Alvarado, advertido, continuó á su vez en su afectada indiferencia, en su estudiado *buen tono*. Y el caso es que, autosugestionándose, llegó á la persuasión de que olvidaba á Tula, que no la amaba ya, que real y positivamente los dos se habían equivocado.

Primero, había habido ciertos conatos de explicación y algunos asomos de intemperancias. Luego volvieron á hablarse como buenos amigos, nada más.

Y al barón le supo á mieles un éxito excelentísimo, que le enfatuó un poquitín, aunque procuró no denotarlo.

La boda se concertó á poco. A Tula, en rigor, ya no la intrigaba la incógnita rival, ni mucho menos. La autora de la hazaña—seguramente era *autora*, no *autor*—quedaría corrida y apesarada viendo que, al cabo, no por su influencia, sino naturalísimamente, se encarrilaban las cosas. Alvarado abrigaba la plena convicción de haber acabado con un espejismo...

Comidilla no la hubo. Todo fué tan discreto, tan natural, tan sencillo, que apenas si los juzgamundos pudieron sacarle punta al caso.

***

La baronesa de Golfín paseábase por la playa del brazo de una amiga. El sol, achicharrador horas antes, iba lentamente, lentamente, á ocultarse tras la cordillera. En la cresta más alta, durante unos minutos pareció situarse un nimbo arrebolado. Las ondas adquirían un tono violáceo, y el blanco festón de la rompiente destacaba con inmaculada nitidez.

Las dos amigas caminaban despacio, quitasol al desdén y una *negligé* atrayente. Caminaban y hablaban. Los pies iban dejando huellas en la fina arena del playazo, y el líquido elemento, en raptos de zalamería, iba borrándolas con intermitencias, servil, rendido, besucón... No merecían menos aquellas plantas diminutas calzando lindo zapatón de raso.

Parecían confiarse sus secretos, aunque el masculino pensar asegure que la mujer es siempre depósito de reservas mentales... ¿Se confían las mujeres sus secretos? El secreto *grande*, el positivo secreto, tal vez no. Sacrifican algo de *segundo orden*, hasta aventuran fantasías y sueños mutuamente para arrancarse, ladinas, lo más recóndito. Su franqueza no es llaneza nunca. Y no es esto acusación, sino más bien reconocimiento de un encanto.

Lo cierto es que, en Tula Bazagán, acaso había una excepción. La baronesa de Golfín, insensiblemente, fué vertiendo el alma. Quizá fué un desahogo, una necesidad imperiosísima en un momento psicológico especial. Aquello tan insignificante, tan sin miga, su ruptura, ó mejor, su *apartamiento* de Alvarado, con el tiempo llegó á ser un roedor...

Pedir la conservación ó guarda de un secreto, es

instar á que lo divulguen. Alvarado, así, pudo percibir un susurro por el cual barruntó un colmo. Y al barruntar ese colmo, absurdo casi, se agitó en su ser espiritual algo indecible. De nuevo interesóle todo cuanto se refiriese a Tula Bazagán; de súbito esfumóse la baronesa de Golfín, su amiga, reapareciendo aquel ideal de hacía escasamente un lustro...

* * *

La conversación fué breve, las frases entrecortadas... ¡Quién sabe si hay más sublimidad en un silencio que en un discurso!..

Hubo tal ritornelo de vida, que necesariamente había de ser fugaz, por lo intensísimo. No se habían engañado, no, al quererse. Cuando se engañaron fué... *al engañarse*.

Y allí, frente al verde mar con reflejos de oro, bajo el cielo azul, en el extenso playado, *ella* vertía su espíritu con incisos graves y recalcos duros; *él* oía absorto, y mentalmente repasaba los días de ficción, las razones en que apoyara un error manifiesto...

¿De modo que Alvarado, en fuerza de disimulo, de concesión al empaque, había acabado por creer que realmente su amor fué sólo pasajero?.. ¿De modo que Tula, haciéndose al nuevo papel, concluyó por creerse enamorada del barón?.. ¿Es decir que ambos fueron capaces de esclavizarse á un sentimiento bajuno, al más vulgar de los sentimientos, traicionándose el uno al otro y á sí mismos?.. ¿Es decir, que una villanía artera, aquello de lo cual no se debe hacer caso nunca, pudo desviarles, romper lo más tierno del mundo, algo de una pureza infinita?..

¡Y se habían reído de la vulgaridad ambiente!.. ¡Y se habían considerado y proclamado seres superiores!..

—Sí, articuló Tula; me creí enamorada del barón... ¡No *supe* odiarle á usted!

—Baronesa, yo tampoco, replicó Alvarado.

Ella se quedó dando en la arena con la punta del quitasol, trazando signos cabalísticos. *El* se retorció la punta del mostacho, en una vaguedad de orate.

A los pocos minutos, levantando la cabeza con simultaneidad intrigadora, se encontraron sus miradas... Algo brilló como en cruzamiento de estoques en un duelo á muerte improvisado y sin testigos...

Y se volvieron la espalda, incapaces *ella* y *él* de soportar las punzadas de rencor.

El festón de espuma de la mar mansilla iba formando ondas y pliegues caprichosísimos. La arenosa planicie era una inmensa ascua de oro. La rompiente era un coro vago de chasquidos. Lo ignoto, un infinito manto de purísimo azur. Todo plácido, tranquilo, atrayente...

Lo inquietante estaba oculto en el alma de Tula y en el pecho de Alvarado.

¡Ahora se odiaban de veras!

¿Cabría imaginar que ahora se amaban como nunca?

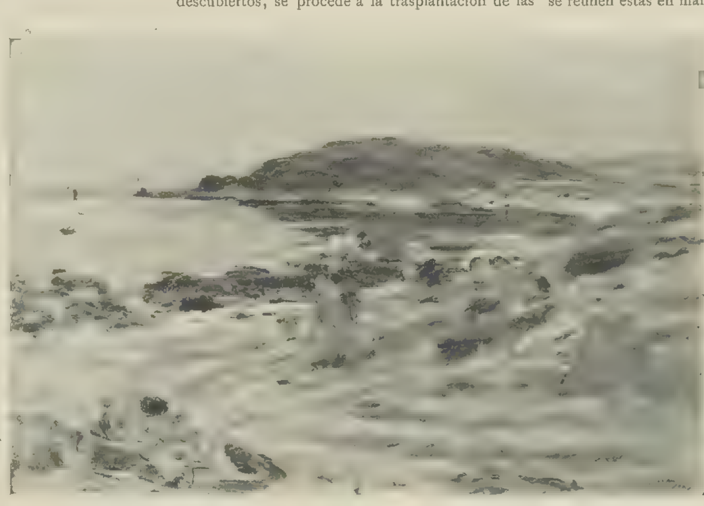
No sé, no sé...

SEBASTIÁN GOMILA.

(Dibujo de Luisa Vidal.)



Descanso, cuadro de Guillermo Mac Taggart



Esperando las barcas, cuadro de Guillermo Mac Taggart

EL CULTIVO DEL TABACO EN CUBA

Hoy que tanto se habla en España de la necesidad de estrechar nuestras relaciones mercantiles con la república de Cuba, creemos de oportunidad la publicación de la lámina que damos en la página siguente y de algunos datos sobre el tabaco, artículo que por constituir una de las mayores riquezas de aquella hermosa isla, ha de ser forzosamente la base de todo tratado de comercio que se concierte con la nación cubana.

La siembra del tabaco se efectúa en semillero, en terreno que reuna especiales condiciones y que haya sido previamente limpiado y nivelado, y á los treinta ó treinta y cinco días de nacidas las plantas, nacimiento que se realiza en un tiempo variable entre quince y treinta días, según que la siembra se haya hecho en cajoneras cubiertas con vidrio ó en espacios descubiertos, se procede á la trasplantación de las *posturas* (plantas nacidas) escogiendo para ello las más desarrolladas. La trasplantación ha de hacerse con grandes cuidados, en terrenos de calidad especial y en condiciones especiales de clima y de exposición.

Al cabo de un mes y medio de realizada la plantación de asiento, suelen las nuevas plantas echar hojas y se inician las yemas; entonces se aporcan, operación que consiste en acercar á ellas la tierra inmediata y que hecha con las debidas precauciones puede hacer innecesaria otra labor; esto no obstante, algunos cultivadores proceden, quince ó veinte días después, á escardar y abuecar la tierra.

Cuando las plantas se hallan bastante crecidas y antes de que las hojas tengan dos centímetros de longitud, es preciso descogollar, operación delicadísima que exige mucha práctica para no perjudicar la planta y conseguir el mayor alimento posible á las hojas haciendo que á ellas se dirija la savia que se dirigía á las flores. Esta operación debe repetirse cada ocho ó quince días.

La época de la recolección varía bastante, según la latitud de cada país. Se conoce que la hoja debe recogerse cuando pierde su color verde intenso y se pone amarillenta, y es más gruesa y pesada al tacto de lo que era antes y además vellosa y viscosa. La corta puede hacerse de toda la planta cuando está madura, ó por trozos á medida que vayan madurando, debiendo procurarse que en cada uno de los pedazos cortados ó *mancuernas* no haya más que dos ó, á lo sumo, tres hojas.

El recolector, después de cargar las mancuernas en el brazo izquierdo, las coloca una por una en los *cujes*, armaduras compuestas de una vara horizontal y de dos soportes que se clavan en el suelo, y según se van llenando las varas, se conducen éstas á las casas de tabaco, en donde se empieza por ponerlas en el secadero, edificio espacioso y largo construído de madera y cubierto con tablas ó con tejas. Cuando el sol calienta demasiado se cierran todas las aberturas del secadero para evitar que las hojas se desequen demasiado rápidamente, abriéndose ó cerrándose aquellas más ó menos, según el calor reinante en las diferentes horas del día.

Después que se ha secado una cantidad de hojas, se reunen éstas en manojos atándolos por los pecíolos, y con los manojos se forman pilas de 1'20 á 1'50 metros de altura, que se colocan sobre tablas levantadas del suelo á fin de aislarlas de éste para que no reciban la humedad. Los manojos ya elaborados, bien en la misma casa de tabaco ó bien en fábricas adonde se han remitido embalados, se disponen en pilas tendiéndolos á lo largo unos sobre otros, con las puntas hacia dentro y los pecíolos hacia fuera, esas pilas tienen 1'35 metros de altura, pueden ser cuadradas ó circulares y han de estar aisladas del suelo y de las paredes. Sobre ellas, después de bien cubiertas y tapadas, se coloca peso para sujetarlas y prensarlas, dejándolas así durante algún tiempo y examinándolas de cuando en cuando para reconocer su grado de temperatura, que ha de ser igual en toda la masa y no excesiva, pues una fermentación demasiado rápida perjudicaría á la calidad del tabaco y podría determinar su putrefacción. Este período es el más difícil de la preparación del tabaco, pues no admite una regla general y depende sólo de la experiencia.

Completan las operaciones la clasificación de las hojas, el *cabeceo* ó formación de manojos de 25 á 40 hojas y el embetunado; éste se hace con un líquido que se obtiene echando tabaco de tripa en agua y dejándolo en ella hasta que se pudra. El tabaco así preparado puede pasar ya á la elaboración.—D.



La recolección del tabaco en la Isla de Cuba.— 1. Una plantación de tabaco poco antes de la recolección. – 2. Transporte de las hojas de tabaco al secadero en un carro especial. – 3. Hojas de tabaco tales como son al salir del secadero. – 4. Secadero adonde son llevadas las hojas de tabaco después de la recolección. – 5. Compradores que escogen las hojas de tabaco después de secadas. – 6. Obrero recogiendo los manojos que han de ser embalados. – 7. Manojos de hojas de tabaco preparados para el embalaje. – 8. Embalaje de los manojos que han de ser expedidos al extranjero (De fotografías de Carlos Delius.)

S. M. EL REY D. MANUEL II DE PORTUGAL EN PARIS



Llegada de S. M á Calais, de regreso de Londres y de paso para París. (De fotografía de E. Filatre.)



S. M. á la salida de la Magdalena, después de oir misa. (De fotografía de M. Rol.)

S. M. en la tribuna oficial del hipódromo de Auteuil. (De fotografía de M. Branger.)

En la capital de Francia, como antes en Madrid y en Londres, el rey de Portugal ha tenido un recibimiento entusiasta y aun más que entusiasta cariñoso. El pueblo parisiense, lo mismo que el londinense y el madrileño, ha sentido respecto del soberano portugués, aparte de la curiosidad que en él despierta, á pesar de su republicanismo, la realeza, la atracción, la simpatía que despiertan su juventud y sobre todo el recuerdo de las trágicas circunstancias en que subió al trono y hubo de hacerse cargo inesperadamente del gobierno de su país. Además, el rey D. Manuel II hállase ligado á la nación francesa por estrechos lazos de familia; su madre, la reina Amelia, lleva el apellido augusto de Orleáns y como tal es princesa de Francia.

La visita del monarca portugués á París no ha revestido carácter oficial; la ha motivado únicamente su deseo de conocer la capital que tantos atractivos ofrece al viajero, de conocer al jefe del Estado y á los miembros del gobierno, y de aplaudir á los principales artistas franceses. Ha sido, pues, una excursión de simple turista, lo que no ha sido, sin embargo, óbice para que haya tenido que aceptar en determinadas ocasiones honores y obsequios oficiales impuestos por el protocolo.

Ya á su llegada, en la tarde del 27, estaba formada en el andén de la estación del Norte la guardia republicana, que le tributó los honores correspondientes, mientras le saludaba en nombre del gobierno el Sr. Pichón, ministro de Negocios Extranjeros, y una multitud aristocrática prorrumpía en vivas á Su Majestad. A esta ovación de los escogidos, por decirlo así, correspondió otra ovación más calurosa si cabe, la del pueblo, que aclamó estruendosamente al joven monarca cuando éste salió de la estación y subió al automóvil que le condujo al hotel Bristol. Aquella noche, S. M. no salió de su hospedaje.

Ala mañana siguiente oyó misa en la Magdalena; cuando previamente se sometieron á su aprobación los pormenores del programa de su estancia en París, S. M. expresó el deseo de asistir á una de las misas dominicales de aquella iglesia, á la que concurría habitualmente su madre cuando todavía no era reina de Portugal. Después visitó al presidente Fallieres, y por la tarde estuvo en el hipódromo de Auteuil, que presentaba el aspecto de los grandes días. S. M. se interesó mucho por el espectáculo y aventuró unos luises en las apuestas mutuas por consejo del Sr. du Bos, comisario de la Sociedad de las steeple chasses de Francia. Favorecióle la suerte, y lleno de contento decía aquella noche á sus íntimos: «Gracias al Sr. du Bos he ganado, por vez primera en mi vida, veinticinco luises.»

Por la noche asistió al banquete de gala en el Elíseo; después de la comida, en la que se cambiaron los más afectuosos brindis entre él y el presidente de la República, celebróse un concierto en el que tomaron parte los más notables artistas de los teatros líricos parisienses.

La excursión á Versalles, que efectuó el 29, dejóle en extremo complacido, y los recuerdos de sus antepasados que allí pudo evocar impresionáronle profundamente. La representación de *Faust*, en la Gran Opera, á la que concurrió por la noche, le agradó sobre manera.

En honor del regio visitante había dispuesto el Sr. Fallieres una cacería en Rambouillet, que se efectuó el día 30; un tiempo espléndido favoreció la excursión, y los cazadores no pudieron quejarse de la suerte, puesto que cobraron 649 piezas en pocas horas. Completó la jornada la función de la Comedia Francesa, en donde se representó la linda comedia de Caillavet y Flers *L'amour veille;* S. M., después del segundo acto, entró en el escenario, y allí y en el saloncillo se hizo presentar á los artistas, á todos los cuales felicitó entusiastamente, teniendo para cada uno una frase amable.

El día 1.° lo dedicó D. Manuel II á los museos, visitando los del Louvre, Artes decorativas y Carnavalet, y por la noche estuvo en la Opera Cómica, en donde se cantó *Manón*, de Massenet.

El último día de su estancia en París visitó el barrio de trabajadores que la munificencia de los barones de Rothschild ha levantado en uno de los extremos de la ciudad.

A poco más de las siete abandonó D. Manuel II la capital de Francia, la cual conservará gratísimo recuerdo de la visita del monarca portugués.—R.

LAS BODAS DE ORO ARTÍSTICAS DE ADELINA PATTI

Adelina Patti

La célebre cantante en la época de sus primeras representaciones en París (1862), en cuyo Teatro Italiano debutó con *La Sonnambula*.

Adelina Patti

Fotografía hecha en Nueva York durante una excursión triunfal en 1880. Adelina Patti debutó en América á la edad de 17 años.

La Patti á los treinta años

Fotografía hecha en Nueva York en 1873. Después de haber debutado en América, la gran artista volvió frecuentemente á aquel país; allí tuvo sus éxitos más colosales y cobró los más altos sueldos, generalmente de 25 000 á 30 000 francos por representación, interpretando todos los grandes papeles del repertorio, desde *La figlia del Regimento* hasta *Romeo é Julietta*.

El retrato más reciente

Esta fotografía es la última que se ha hecho de la famosa cantante; representa á la Patti en el estudio de su castillo de Craig y Nos (Inglaterra), en donde vive con su esposo, el barón sueco de Cederstrom, rodeada de fama y de gloria y conservando en toda su pureza aquella voz única que asombraba al propio Rossini, tan escéptico en materia de cantantes.

ADELINA PATTI EN SU CASTILLO DE CRAIG Y NOS

1. Adelina Patti á los 25 años. 2. Adelina Patti á los 28 años.

El día 24 de noviembre último ha celebrado sus bodas de oro artísticas la eminente *diva* Adelina Patti, que en igual fecha en 1859 debutó en Nueva York, cantando la ópera de Donizetti *Luccia di La mermoor*.

Tenía entonces diez y siete años, y desde el primer momento se impuso al público por su voz admirable y por su magistral escuela de canto.

No hemos de trazar la biografía de la famosa artista, que es harto conocida: su nombre es popular en todo el mundo, y su carrera está formada por una serie no interrumpida de colosales triunfos. Ninguna otra tiple ha logrado eclipsar su fama; á ninguna se han pagado los emolumentos excepcionales que ella ha percibido.

Las óperas en que más ha sobresalido son: *Don Giovanni, La Traviata, Luccia di Lamermoor, La Sonnambula, Rigoletto, L'elissir d' amore, Linda di Chamonix, Il barbiere de Seviglia, Martha, Crispino e la comare, Dinorah, L'étoile du Nord, Faust, Aida y Gli Ugonotti*.

Actualmente y desde hace muchos años reside en Inglaterra, en su castillo de Craig y Nos, con su esposo el barón sueco de Cederstrom; pero no ha abandonado todavía el arte. De cuando en cuando circula la noticia de que se retira definitivamente; pero no tarda en ser desmentida y en saberse que Adelina Patti ha decidido realizar una «última» excursión á América, en donde su reputación no se ha debilitado lo más mínimo, y en donde continúa percibiendo sueldos exorbitantes. No hace mucho, firmó con un empresario americano un contrato por virtud del cual había de dar sesenta conciertos en seis meses, cobrando 25.000 francos por concierto, es decir, la suma total de 1.500 000 francos.

Sin embargo, en donde más se deja oir la Patti es en los conciertos organizados para algún objeto benéfico; de suerte que si se realizaran los pronósticos de los que anuncian que se retirará, esta vez definitivamente, después de las fiestas con que Inglaterra ha celebrado recientemente el cincuentenario de su debut, resultaría perjudicada tanto como el arte la beneficencia.

Adelina Patti nació en Madrid; es, pues, para nosotros una gloria nacional y en este concepto LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia con entusiasmo al homenaje que en Inglaterra se ha tributado á la artista sin par.—F.



RUT Y BOOZ, CUADRO DE P. H. CALDERÓN, GRABADO PO



...RICARDO BONG

Refiere la Biblia que Noemi, viuda de Elimeleh, decidió abandonar el país de Moab, adonde emigrara con su esposo huyendo del hambre que hubo en Israel, y regresar á su patria. Su nuera Rut, viuda también, no quiso separarse de ella y juntas llegaron á Betlehem. Llegadas allí y no sabiendo cómo ganarse el sustento, salió Rut á recoger espigas de un campo á espaldas de los segadores, siendo sorprendida un día en aquella faena por el dueño del predio, Booz, quien, después de haber ordenado á sus criados que no la molestasen y le diesen de comer y beber siempre que lo deseara, acabó por enamorarse de ella y hacerla su esposa.

El notable pintor Calderón, inspirándose en este poético episodio bíblico, ha pintado el cuadro que reproducimos y en el cual la hermosa expresión de las figuras hállase avalorada por las bellezas del amplio paisaje, sobriamente trazado, lleno de aire y de luz que, lejos de distraer la atención del grupo principal, constituye un fondo adecuado para que éste destaque sobre él con toda la intensidad.

LA VISIÓN Á DISTANCIA

El descubrimiento de la telefotografía ó transmisión á distancia, por medio de los alambres telegráficos, de fotografías, imágenes ó escrituras, realizado por vez primera por el profesor Korn, de Munich, y del que nos ocupamos en el número 1.302 de esta revista, dejaba vislumbrar la posibilidad de un descubrimiento más maravilloso todavía: el de la televisión, ó visión á distancia.

Reproducir en pocos minutos á centenares de kilómetros las luces y las sombras de una imagen fotográfica, las líneas de un dibujo, los rasgos de una escritura, parecía ya un problema de difícil resolución; intentar reproducir instantáneamente en una pantalla lejana los movimientos y los gestos de una persona y los objetos que la rodean, considerábase como un sueño de realización imposible en el estado actual de la ciencia. Y sin embargo, este sueño ha llegado á ser una realidad.

En efecto, un inventor, conocido por sus notables trabajos en telefonía y telegrafía sin hilos, Ernesto Ruhmer, de Berlín, ha construído recientemente el primer aparato de demostración que da la solución del problema de la visión á distancia. Este aparato elemental se compone de una pantalla de veinticinco secciones, detrás de cada una de las cuales hay una pila de selenio muy sensible, cuya inercia ha sido absolutamente asegurada por un nuevo procedimiento inventado por el propio Ruhmer; esta sensibilidad extremada hace que el selenio reaccione á la menor variación de alumbrado que la impresione. Para proceder á la transmisión de una imagen, basta reproducirla sobre aquella pantalla por medio de un proyector.

En la estación de llegada hay una pantalla análoga, compuesta del mismo número de secciones, cada una de las cuales se comunica con la correspondiente de la pantalla transmisora.

Las variaciones de iluminación de esta última, que traduce fielmente los diferentes cambios de luz y de sombra de la imagen que ha de transmitirse, se transforman en variaciones eléctricas que recorren el alambre y que, á su vez, se convierten en variaciones luminosas correspondientes en la pantalla receptora.

La transmisión se efectúa en menos de un quinto de segundo, de suerte que en un segundo se reproducen varias fases de un movimiento.

Un aparato de televisión completo cuya pantalla se compondrá de 10 000 secciones idénticas, cada una con su pila de selenio y su galvanómetro de espejo, será un aparato de extrema precisión cuyo precio ascenderá á seis millones de francos. Dícese que un aparato así constituirá el *clou* de la exposición universal que se celebrará en Bruselas el año que viene.



La visión á distancia.—Ernesto Ruhmer, inventor del procedimiento de la televisión, haciendo funcionar el aparato demostrativo por él construído. (De fotografía de Worlds Graphic Press.



París.—La «Villa de los Rehenes,» en donde fueron fusilados en 26 de mayo de 1871 cincuenta y dos víctimas de la *Commune*, y que va á ser puesta en venta por uno de los liquidadores de los bienes de las congregaciones. (De fotografía de M. Rol.)

PARÍS.—LA «VILLA DE LOS REHENES»

Uno de los más emocionantes recuerdos de las luchas que ensangrentaron París en 1871 va á desaparecer dentro de poco. Efectivamente, el día 8 de este mes ha de ponerse á la venta por uno de los liquidadores de los bienes de las congregaciones la propiedad de la calle Haxo, en donde está la pared histórica junto á la cual fueron fusilados en 26 de mayo de aquel año trágico cincuenta y dos rehenes de la *Commune*: sacerdotes, gendarmes, guardias de París, municipales y guardias de la paz.

El parque en donde se desarrollaron tan sangrientas y abominables escenas depende de un pensionado dirigido hasta hace poco por los jesuítas. En la época en que estallaron los revolucionarios desórdenes de la *Commune*, había allí un hospicio de ancianos denominado «Ciudad Vincennes» y en el instalaron los rebeldes el comité del barrio Saint Fargeau.

El día 26 de mayo de 1871, una multitud compuesta de hombres pertenecientes á los batallones de los distritos quinto y undécimo y de gran número de aquellos bandidos á quienes se llamaba los «Hijos Perdidos de Bergeret,» llevaron al hospicio de la calle de Haxo á cincuenta y dos rehenes que el día antes habían sacado de la cárcel de la Roquette y entre los cuales había doce sacerdotes.

Una muchedumbre enorme, vociferadora, repugnante, acompañaba á aquellos infelices llenándolos de insultos y maltratándolos de obra. Conducidos al lugar en donde habían de ser inmolados, los cincuenta y dos prisioneros fueron asesinados en masa á tiros de revólver y de chassepot; después, sus cuerpos fueron arrojados á una fosa que los asesinos cubrieron con maderos y en la que no fueron encontrados hasta algún tiempo después, en completo estado de descomposición.

La «*Villa* de los Rehenes,» como hoy se denomina aquel lugar siniestro, está rodeada de un muro bastante alto, y en el fondo del jardín álzase una pared gris sobre la cual se destacan tres planchas conmemorativas de mármol blanco; en la del centro se leen los nombres de los fusilados que pudieron ser identificados; las otras dos contienen esta inscripción: *Lugar de matanza de las víctimas.* A pocos metros de la pared hay una fosa profunda rodeada de una baranda con una inscripción que dice: «Fosa en donde fueron arrojados revueltos los cuerpos de las víctimas.»

De trecho en trecho, ocho cruces de hierro indican los sitios en donde fueron depositados provisionalmente los cadáveres cuando los sacaron de la fosa.

Espectáculos.—BARCELONA.—Se ha inaugurado la temporada del Liceo con la preciosa ópera de Wágner *Tristano é Isotta*, admirablemente dirigida por el maestro Beidler; en su ejecución han alcanzado grandes y merecidas ovaciones la señora Gagliardi y los Sres. Viñas y Blanchart, á quienes han secundado muy bien la señora Juliá y los señores Giralt y Maini. Además se ha cantado bajo la excelente dirección del maestro Spetrino *La Favorita*, en la que ha obtenido nuevos triunfos el señor Batistini y calurosos aplausos la señora Guerrini y el señor Palet.

MADRID.—La inauguración de la temporada del teatro de la Princesa ha sido un verdadero acontecimiento; el teatro, enteramente restaurado con lujo y riqueza extraordinarios, ofrecía un aspecto brillantísimo, y la compañía que dirigen la señora Guerrero y el señor Díaz de Mendoza interpretó magistralmente la nueva obra *Doña María la Brava*, drama en cuatro actos y en verso de Eduardo Marquina.

PARÍS.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Jarnac*, drama histórico en cinco actos de León Hennique; en Sarah Bernhardt *La Revolution française*, comedia en cuatro actos y catorce cuadros de Arturo Bernede y Enrique Caín, y *Le procès de Jeanne d'Arc*, drama histórico en cuatro actos de Emilio Moreau; en la Porte Saint Martin *Le roy sans royaume*, enigma histórico en tres partes y siete cuadros de Pedro Decourcelle; en el Gymnase *La rampe*, comedia en cuatro actos de Enrique Rothschild; en el Vaudeville *Suzette*, comedia en tres actos de Brieux, y *Maison des danses*, comedia en cinco actos de Nozieres y Muller, tomada de una novela de P. Rebouy; en Nouveautés *Theodore et C.ie*, comedia en tres actos de los Sres. Nancey y Armont, y *Article* 301, comedia en tres actos de Jorge Duval; en Antoine *Papillon dit le Lyonnais le Juste*, comedia en tres actos de Luis Beniere; en el Athenée *La cornette*, comedia en tres actos de Pablo y Juana Ferrier, y *Poge blanche*, comedia en cuatro actos de Gastón Devoux; en Michel *Les deux visages*, comedia en un acto de Nozieres, y *Tonton ou les drames de l'amour*, comedia en tres actos de Max y Fischer; en la Renaissance *La petite chocolatiere*, comedia en cuatro actos de Pablo Gavault, y en el Chatelet *La petite caporale*, comedia de gran espectáculo en cuatro actos y diez y ocho cuadros de Víctor Darlay y Enrique de Gosse.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 533, POR V. MARÍN

NEGRAS (7 piezas)

a b c d e f g h

BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 532, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. A a 3 - d 6	1. Cualquiera.
2. A ó D mate.	

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

—Mejor que eso, replicó Pedro, es la historia viva... Sr. Faulque, no me ponga esa cara tan fosca; dentro de un cuarto de hora nos abrazaremos.

Esta vez Clemente quedó estupefacto.

Valeria habló á su vez:

—Convendría que la señorita Bertilla estuviese presente...

—Aquí está, dijo Faulque con un tono amargo, mientras la puerta se entreabría; ha sido preciso que ustedes vinieran para que ella consintiese en salir de su cuarto.

La muchacha se había detenido en el umbral, estupefacta también.

—Pronto, entre usted, hija mía, repuso la baronesa, y empiece por poner cara risueña. Faulque y Guibray están reconciliados, al menos por lo que toca á nosotros, aquí presentes... Los obstáculos han desaparecido. . Ni siquiera hay nada que perdonar ni que olvidar... Lo repito; ya no hay nada que nos separe.

—Señora, replicó Bertilla, sé que es usted incapaz de mentir. Escucho...

Había saludado con un gesto al barón y á su hijo y se había sentado cerca de Valeria.

—Tome usted, dijo Pedro abriendo el tomo. Lea y lo comprenderá todo.

—¿Qué es esto? ¿Cartas?, murmuró Clemente. Cartas de Paulina Belestat,.., mi abuela... Sí, es su letra, la reconozco; también tengo viejas cartas de ella entre mis papeles.

—Bertilla, dijo Valeria, ya no es usted una niña... Aunque la historia sea extraña y violenta y pasional, debe usted conocerla como todos nosotros; vaya usted, pues, á leer con su padre.

Bertilla se levantó; inclinada sobre el hombro de su padre, enteróse, á su vez, de cómo hablaban antiguamente las tristes enamoradas. Detrás de ella y Clemente, Gilberto y Pedro permanecían en pie, silenciosos; á tres pasos, Valeria, sentada, seguía en el rostro de los lectores las impresiones experimentadas.

Al principio fué simple curiosidad; luego, poco á poco, la angustia contrajo sus facciones.

Bertilla bajó más la cabeza, junto á la de su padre; una de sus manos, apoyada en la mesa, se crispaba sobre el tapete.

La hora fué grave, casi solemne. Las dos razas en presencia; y la confrontación de los personajes muertos.

Bruscamente, al leer un pasaje de una carta desesperada de Paulina, Bertilla no pudo reprimir un corto sollozo.



La primera copa de Champaña despertó en él la imperiosa necesidad de los importantes discursos

—¡Calla, muchacha!, dijo Clemente muy por lo bajo. Es abominable..., ¡oh!

Volvía las hojas... La evidencia se les imponía, á él y á su hija, como se había impuesto, dos horas antes, á los tres Guibray.

Llegaron al lance del matrimonio obligado de Miguel y Paulina...

Clemente levantó la cabeza..., estaba pálido... También él preveía la continuación de las páginas y las consecuencias; él también tenía la visión súbita y fulminante de cien años de errores, al fin disipados.

En voz breve y ronca pronunció con entonación nueva, casi afectuosa:

—Guibray, Pedro, siéntense ustedes... Están ustedes en su casa.

Bertilla, temblorosa, convulsa, penetraba también el misterio de familia, sacando en consecuencia la unión de los miembros de una sola raza vueltos á encontrar.

Continuaron leyendo. Al cabo de tres cuartos de hora estaban enterados y convencidos. Clemente atrajo su hija hacia sí diciéndole:

—¡Abrázame!

Luego, en actitud grave y noble, se acercó á Valeria, medio hincó la rodilla, le cogió los dedos y se los besó. Por último, después de volverse hacia Gilberto y Pedro, que observaban atentos la escena, tendió á cada uno una mano franca diciendo:

—Señores de Guibray, su primo les saluda.

Entonces las dos mujeres prorrumpieron en sollozos, Bertilla en los brazos de Valeria. Hubo un murmullo de palabras confusas: «¿Quién hubiera pensado tal cosa?—¡Es un milagro!—¡No, la verdad tardía!» Después, la voz de Clemente dominó á las demás, gritando:

—Pues bien, esto no me sorprende. Siempre me he sentido un alma de noble.

Todos se echaron á reir, lo que alivió un poco la tirantez de nervios. Pedro se acercó á Bertilla.

—¿Y usted, mi bella prima?

—¿Y usted, mi bello primo?

Sus manos se enlazaron en un apretón lento y prolongado.

—Hablemos, dijo Gilberto.

Al día siguiente, la Ruina estaba de fiesta; las dos familias (ya confundidas) habían almorzado en el castillo nuevo y comían en el viejo.

Por una atención de la Casualidad, la lluvia había cesado; un hermoso sol de otoño alegraba el paisaje; un viento tibio y suave pasaba por entre las hojas amarillas.

El río, desembarazado de las brumas, serpenteaba al pie de las colinas con serenidad. Los pescadores, tentados por la ocasión de un postrer día hermoso,

conducían sus barcas bajo los sauces, volviendo á ocupar sus acostumbrados puestos; el pontón iba lentamente de una á otra orilla, pasando el carretón de toldo verde del carnicero hacia Lavacourt; las islas, un poco desmanteladas, surgían con dorados matices, siempre hermosas.

Al primer crepúsculo, Bertilla y Pedro, uno al lado del otro, salieron á la terraza, aislándose porque experimentaban la necesidad de confidencias.

Ella dijo:

—Pedro, muy á menudo pedí un milagro, y ha venido al fin. No se necesitaba menos para unirnos. Mucho he sufrido á causa de usted.

Él replicó sinceramente, sintiendo una gran necesidad de excusas, de dulzura y de perdón:

—¡Oh, Bertilla! Yo he sufrido tanto como usted, más que usted, puesto que he conocido los celos. He tenido horas de loca desesperación.

Ella le miró fijamente y replicó con una sonrisa deliciosa:

—Lo presumía... Por eso lo hice... Mi objeto era ver si los celos le hacían volver; pero su orgullo dominaba todo otro sentimiento. Como Faulque, estaba condenada, abandonada sin remisión.

Él se estremeció de alegría.

—¿De veras?.. ¿Hizo usted eso?.. ¿Era simple comedia de su parte?.. ¡Oh, Bertilla, fué usted muy mala..., y yo sin comprender!.. Ahora, escúcheme y juzgue. Mi infancia se pasó oyendo hablar—¡y en qué términos!—del intendente Miguel, á quien no tiene usted ya motivos de defender... Yo tenía un tío mayor, mi tío Jaime de Guibray, el cual, desde mis primeros años, se encargó de mi educación. Tenía sus derechos, puesto que sacrificaba su vida entera, vivía miserablemente, estando rico, con la única esperanza de que, más tarde, después de él, la casa de Guibray sería reconstituída. De alma elevada, pero cerrada á las ideas modernas, implacable, enamorada del pasado, me enseñó el camino que yo debía seguir; me dejó su herencia, dictándome su firme voluntad. Los dos, usted y yo, hemos sido engañados por la educación de nuestras dos infancias. Cuanto más se encariñaba usted con sus pretendidos abuelos, tanto más me encariñaba yo con los míos. ¿Podía yo renunciar á mis primeras ideas, ni aun bajo el imperio de un invencible amor? ¿No me ama usted mejor precisamente por haber sido fiel á mis juramentos de joven, por no haber faltado á una misión tan ruda?

—Es contestable. Me dirá usted que soy mujer; pero he conocido instantes en que hubiese dado to dos mis ascendientes por una sola palabra de usted.

—Bertilla, mi tío Jaime me educó de modo que yo considerase como una felonía el faltar á mi misión, aunque fuese por compromiso... Afortunadamente, todo eso se vino á tierra... Es usted de mi sangre... y ya nada tenemos de común con los bandidos de antaño.

—¿Quién había de decirme que llegaría un día en que yo oiría tranquilamente condenar así á aquellos remotos personajes que yo defendía?.. ¿Sabe usted que si yo quisiese razonar (pero sería extemporáneo), podría decir, como Carlos de Guibray, que después de todo quizá fuera preferible saber que uno es hijo legítimo de miserables, á saber que es hijo bastardo de un noble barón, que también cometió sus faltas.

—Vuelve usted á ser revolucionaria..., pero no me importa. Haga ó diga lo que quiera, es usted una Guibray por el lado paterno y una Belestat por el materno. Belestat, oficial del rey, no era siervo ni villano, sino hombre libre, casi á la altura de su señor en la jerarquía antigua. Deje, pues, dormir á los Faulque execrados; los hemos expulsado ya. No tienen ya derecho alguno en los consejos de familia. Se les ha eliminado como falsarios y como ajenos.

—Le entrego á usted Miguel; pero Roque fué una víctima.

—Y yo le entrego á usted Guislano el Gabela, nuestro quinto abuelo; pero no se apiada usted más de Roque que de todos los miserables de su tiempo que padecieron bajo el poder del amo. Mire usted, allí está, detrás de los árboles, el granero de la sal; ha representado su papel en nuestra historia; dos veces se me mostró usted allí sumamente severa. El ahorcado la perseguía. Ese ahorcado no es ya para usted sino la prueba de las durezas de nuestro común antepasado..., pero allí vivió Honorato Belestat, de quien usted desciende también. Fué un hombre excelente, y sin embargo usted no se acordaba de él.

—¿Podía yo saber?..

—Ahora lo sabe usted. Y en cuanto á este castillo, al entrar en él como señora, está usted triplemente en su casa. Ayer perteneció á su padre... Dentro de un mes será usted mi esposa, y además es usted una heredera de la sangre azul de los Guibray.

—Vamos, es usted un orgulloso incurable; pero como ahora sus causas son las mías, le absuelvo.

Él la arrastró más lejos..., á lo largo de las pendientes.

—Bertilla, Bertilla, no pensemos sino en nosotros mismos; es nuestro derecho al fin... Mire, aquí, allá, en todas partes he pensado en usted y he llorado por usted. ¿Ve usted aquella cruz de malta, que sirve de mojón al borde del camino? ¿Se acuerda usted? En ella estaba sentado, abatido, un día de entierro, el año pasado, cuando pasó usted por delante de mí en coche, con su padre; y pasó usted altiva, hostil. Ya me hirió usted en el fondo del corazón.

—¿Ya?

—Ya. ¡Oh! No tardé en enamorarme de usted; me bastó verla una vez.

Ella señaló al río.

—Allí está mi mejor recuerdo..., aquella noche de luna en que nuestras barcas se encontraron...

—Sí, sí..., era una noche hermosa. En aquella ocasión fuimos ambos verídicos... Sentíamos bien que el destino nos empujaba uno hacia otro..., pero nos desalentábamos ante la magnitud de los obstáculos. ¡Qué tiempos aquellos tan espantosos!

—Tiempos para mí de sublevación y de cólera... ¡Qué rabia me daba el querer á usted cada día un poco más! Maldecía á todos los Guibray, á aquellos tiranos de los humildes; no quería volver á ver á usted, y al día siguiente iba á su encuentro por los caminos que solía usted frecuentar.

—Bertilla de Guibray, créame usted; si usted hubiese sido de raza sierva, no hubiera experimentado aquellos tormentos, aquellas altiveces y aquellas verguenzas. Las almas de ilotas son atávicamente sumisas; los rebeldes son siempre personas venidas á menos, ó fuera de su clase, á veces sin saberlo; hijos de altos señores arruinados ó caídos, y cuya caída ha quedado en las tinieblas... Y también bastardos ignorados de alguna noble familia, repudiados al nacer, ignorantes de su verdadero origen. Entonces, en sus venas, la sangre patricia hierve ante las miserias plebeyas que les son impuestas por un azar injusto, por un engaño de la suerte... En este caso se halló usted..., con alguna variante, á pesar de todo.

—No se ría usted..., la prueba fué dura.. Una mañana, en el rigor del invierno, subí esta cuesta, impulsada por la locura; entré en la Ruina, subí las escaleras hasta el cuarto de usted... y le robé un papel... ¡Si estaría yo demente!

—Sí, lo estaba usted, para mi eterno encanto. Doy á usted las gracias de rodillas... Bertilla..., déme usted las manos.

La joven se las abandonó y él las retuvo, besándolas con el ardor de una primera posesión.

Al regresar, á los últimos fulgores del crepúsculo, Clemente les preguntó con un acento paternal impregnado de dicha:

—Y bien, hijos míos, ¿han empleado ustedes bien el tiempo?

Ellos sonrieron bajando la cabeza, pero sin contestar.

—Pedro, Bertilla, hijos míos, dijo Valeria, vengan ustedes á mi lado, á que se les ame de cerca.

La comida fué deliciosa.

Gilberto y Clemente rivalizaron en elocuencia. Una vez más fueron referidas y comentadas las viejas historias; pero, deliberadamente, Clemente renegaba de los Faulque. Sobre su padre, el enigmático Urbano, abundaba en detalles y en recuerdos que corroboraban la idea primeramente emitida de que *lo supo todo y se calló*.

Pero lo que resaltaba, ante todo, de las palabras de Clemente, era su súbita evolución mental. Aquel republicano de ayer, que había despertado gran señor de origen, hablaba como un gran señor; en veinticuatro horas había cambiado de alma.

Con sus rencores, reconocidos falsos, habían caído sus convicciones proletarias... No se daba cuenta de ello; pero todos, en torno de él, observaban la transformación con jovial sorpresa.

A los postres se levantó. Había apurado muchos vasos de añejo Borgoña, y la primera copa de Champaña despertó en él la imperiosa necesidad de los importantes discursos.

—Baronesa Valeria, declamó con el rostro muy encendido, mi queridísima prima, brindo por usted, por su gracia, por su encanto sin igual; brindo por su padre, el gran hombre admirable, el sabio sin igual... Gilberto, mi bizarro primo, brindo por usted, por todos sus deseos... Apropósito, sepa usted, y entiéndase bien, que es usted el mayor de la familia, el jefe de la rama legítima, ante el cual me inclino y cedo el paso como es natural. Gilberto, pues to que le ha dado por ahí, será usted diputado. Yo votaré el primero por usted. Desisto de mi pretensión en favor de usted... Los partidarios de que dispongo serán vuestros... Yo me encargo de ello. ¡Bueno fuera que toda esa canalla no le obedeciese á usted! Lo pregonaré en todas partes: «Es más republicano que yo.» Y no mentiré, porque he cambiado mucho... y con razón. A su salud, Guibray; á su salud, mi diputado... Hablo con todo mi corazón.

Valeria, Bertilla y Pedro aplaudieron. El barón, encantado, se levantó á su vez y contestó:

—Clemente..., de veras ya no sé decir Faulque, y me alegro; Clemente, mi aliado, mi amigo, siempre le aprecié como todo un hombre. Siento esta noche una profunda alegría al vernos así reunidos para no volvernos á separar... Gracias por sus amables palabras... Si le place substituir su candidatura por la mía en las elecciones legislativas, acepto con la sencillez que lo ha ofrecido. Gracias, pues, mi querido primo... Y brindo por todos nosotros, por todos los Guibray, por los nuevos lo mismo que por los antiguos... Por mi hija Bertilla, primera de las castellanas de Guibray.

Los aplausos redoblaron en torno de la mesa. Clemente, que aún no se había sentado, repuso:

—No he terminado mi brindis; á tu salud, amado yerno, hijo mío... Durante mucho tiempo tu orgullo me atacó los nervios; ahora lo comprendo, lo admito, lo comparto... Y ya se acabó la tirria que te tuve. Escucha; el año pasado, con frecuencia estuve tentado de ir á la montaña, puesto que la montaña no venía á mí; de hacerte insinuaciones, de atraerte á nosotros... Si no lo hice fué porque temí los sofiones. Creo que tuve razón. Pero, desgraciado, sabe al menos que cuando tu vida estuvo en peligro, Bertilla y yo temblamos por ti, noche y día; que vivimos pendientes del soplo de tus labios. Recuérdalo y ámala.

Pedro contestó con la voz ahogada:

—Es usted mi segundo padre... No lo olvidaré jamás... Cuente con toda mi abnegación y mi cariño, y perdóneme lo que le hice sufrir.

Esta vez la impresión fué silenciosa. Una fuerte emoción sacudía los corazones. A las dos mujeres les saltaban las lágrimas.

Pero Clemente, no queriendo tristeza, continuó con más cordialidad y más ternura:

—No dudo de ti, joven Guibray... Además, Bertilla quiere que la amen. Hijos míos, deseo que seáis magníficamente felices... Todo el dinero que se necesite para restaurar la morada solariega, la nuestra, os lo daré. Es preciso que el viejo castillo rejuvenezca, para que esté en armonía con sus nuevos huéspedes. ¡Cosa singular! ¿Cuál fué el origen de mi fortuna? El oro robado á los Guibray por Miguel Faulque... Pues bien: ese oro vuelve á Guibray por un soberbio efecto de justicia inmanente. ¡Viva la Providencia!.. Lo dicho: las dos casas funcionan, como es legítimo y justo. Entre el viejo y el nuevo castillo, abramos catacumbas que los unan.

Ante tal exceso de lirismo, los oyentes se echaron á reir.

—¿Catacumbas? ¿Para qué? ¿Para qué?

—Para las malas inteligencias, para los anacronismos, para los falsos rencores, para las querellas ilusorias, para las preocupaciones estúpidas... Para todo lo que, durante cien años, nos ha separado sin razón. Sobre todo, para ciertos muertos, demasiado vivos aún... Hay muertos que es necesario matar.

Esto dicho, sentóse, riendo de sus palabras.

—¡Bravo, bravo!

El entusiasmo fué tal en el salón de los señores, que el ruido llegó á las dependencias de la casa. Brice, que se había convidado con motivo de la unión y comía en la cocina, se echó dos vasos más de vino entre pecho y espalda.

Después de la comida, en un momento que Valeria, Bertilla y Pedro formaban grupo aparte, pudieron oir esta frase soltada á Gilberto por Clemente en la continuación de su conferencia:

—Vamos, vamos, Gilberto, cuando se pertenece á familias como la nuestra...

Entonces, Valeria, Bertilla y su novio se miraron sonriendo, con gesto algo burlón. Gran Dios, ¡cómo había cambiado todo! Pedro se levantó, hizo una pirueta y gritó:

—¡Viva Guibray!

Después de lo cual besó á su madre, que lo empujó suavemente hacia Bertilla. Algo tembloroso, vacilaba. Ella le tendió la frente, en que él puso por primera vez los labios.

Gilberto y Clemente se volvieron á la vez, y aquellos dos hombres, tan iguales de facciones, de estatura y de actitudes, pronunciaron al mismo tiempo, con voz idéntica:

—¡Eh! ¡Viva la libertad!

Mientras tanto, en la Ruina y en el castillo nuevo, sobre los tejados de ambas moradas, las veletas giraban y giraban locamente sin cesar.

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

Arild Rosenkrantz nació en el castillo de Fredriksborg (Dinamarca) en 1870; comenzó sus estudios de arte en Roma en 1887, bajo la dirección del profesor Faustini, y dos años después trasladóse á París, en donde tuvo por maestros á Benjamín Constant y á Juan P. Laurens. El resto de su educación artística se lo debe á sí mismo, si bien siempre ha dejado sentirse en él la influencia de quien le dió las primeras lecciones, Faustini, que supo infundir en su discípulo la verdadera comprensión del espíritu del arte de los grandes pintores italianos. En 1899 establecióse definitivamente en Londres, en donde actualmente reside.



Panneau decorativo, obra de Arild Rosenkrantz

Rosenkrantz es un devoto de la tradición y en cierto modo un místico; para sus pinturas gusta de inspirarse en episodios del Nuevo Testamento, en asuntos mitológicos y en poéticas leyendas, que traslada con gran talento, lo mismo al lienzo que al vidrio, pues una de sus especialidades son los ventanales. Pero esta predilección no es óbice para que cultive también con singular acierto otros géneros, como el del retrato, en el que ha producido algunas obras de considerable valía



Retrato de la señora X, pintado por Valentín Sjeroff

Este notable artista expuso por vez primera en el Salón de París en 1892, y desde que fijó su residencia en la capital inglesa, todos los años concurre á las exposiciones de la «New Gallery.»

Entre sus más celebradas producciones se citan los cuadros que decoran el comedor del hotel Claridge, de Londres, que representan escenas de la mitología griega, y el que adjunto reproducimos, que adorna el testero principal del comedor de gala del aristocrático restaurant Simpson de la misma capital.

Valentín Sjeroff es, después del famoso Ilja Rjepin, el primer retratista ruso; dotado de privilegiada inteligencia y de una gran cultura artística, sus obras se caracterizan por su concepción pictórica y por su exquisita composición, y pueden parangonarse, sin mengua para ellas, con las de los artistas contemporáneos más famosos que cultivan el mismo género. Quizás el deseo de acercarse á éstos ha perjudicado últimamente algo su originalidad, que tan admirablemente se manifestó en anteriores retratos, como los de Rimsky Korsakoff y el de una dama, que se conservan en la Galería Tretjakoff y en el Museo Alejandro de San Petersburgo respectivamente; á pesar de todo, Sjeroff es con razón considerado como uno de los principales representantes del arte ruso de nuestros días.

El estudio de Pablo Bach es una nueva demostración de lo que tantas veces hemos dicho en las columnas de esta revista: para conocer la valía de un artista no se necesita una obra de grandes alientos; un simple estudio, un sencillo croquis, bastan muchas veces para acreditar al que los trazara. Y aun muchas veces en estos esbozos aparece la verdadera personalidad del autor, ya que son espontáneos, como no siempre suelen serlo otras producciones estudiadas, meditadas y retocadas con frecuencia, en las que el arte puede sofocar la inspiración y el impulso artístico natural.

El dibujo de Bach es un modelo de expresión y está hecho con un vigor y una sobriedad admirables.



Estudio, dibujo de Pablo Bach

En medio de su verismo, K. Schmoll de Eisenwerth es, en el fondo, un espiritualista.

Sus figuras, sus paisajes, están tomados de la realidad; nada hay en ellos hijo de la imaginación; y sin embargo, en sus composiciones flota un algo de idealidad, de inmaterialidad, por decirlo así, que les presta singulares encantos.

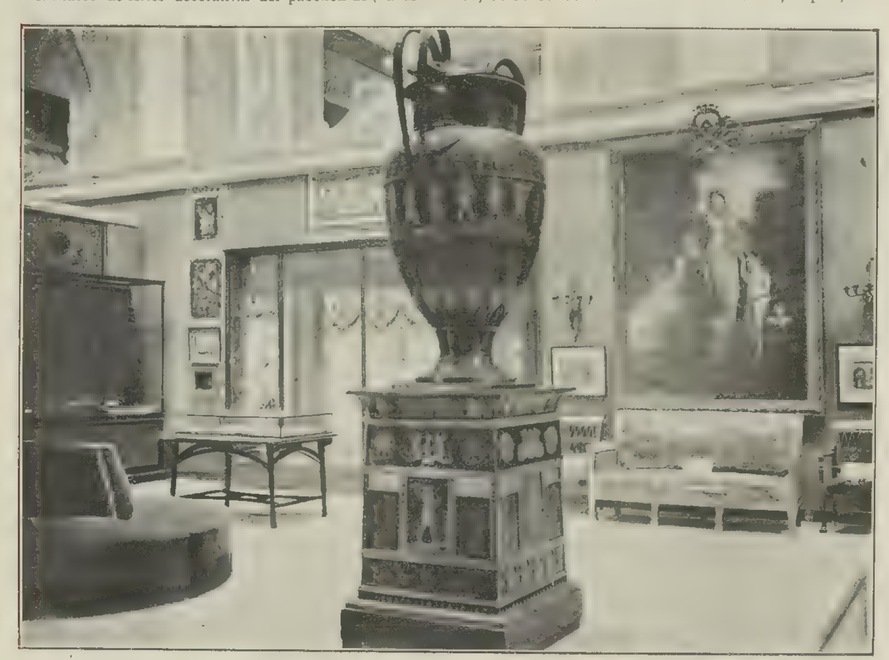
Y es que el artista austriaco, al hallarse en presencia de la naturaleza, no sólo la ve, sino que además la siente, y al sentirla, se compenetra con la poesía sublime, íntima, que en la naturaleza alienta y cuya exteriorización es la más noble misión del arte y acaso también la más difícil, porque para realizarla se necesita algo más que dominar la técnica artística. P.



Paseo campestre, cuadro de K. Schmoll de Eisenwerth

PARÍS.—Exposición de muebles y telas de la época napoleónica. (Fotografías de Felipe Hutin.)

El Sr. Dujardin-Beaumetz, subsecretario de Estado en el Ministerio de las Bellas Artes, ha organizado en el Museo de Artes decorativas del pabellón de Marsán una exposición de arte retrospectivo en extremo interesante y que constituye actualmente el principal acontecimiento histórico y artístico de la temporada parisiense. En esta exposición, en la cual han colaborado con el Sr. Dujardin Beaumetz los Sres. Berger, presidente de la Unión de las Artes decorativas; Metmann, director del Museo, y Dumonthier, se han reunido todos los muebles, tapices y objetos artísticos que Napoleón I mandó hacer para los palacios imperiales y que, á consecuencia de los acontecimientos políticos, fueron retirados de ellos y encerrados en el guardamuebles nacional, en donde han permanecido cien años.



Gran jarrón en bronce con dorados de estilo egipcio, composición de Parrier y Fontaine.
El cuadro que se ve á la derecha es el grupo de retratos de la duquesa de Montebello pintado por Gerard.

Todas estas riquezas eran ignoradas, de modo que el Sr. Dumonthier, administrador del guardamuebles, hizo un verdadero descubrimiento dando á conocer el número considerable de aquellas telas y de aquellos muebles, que se mantenían en un perfecto estado de conservación.

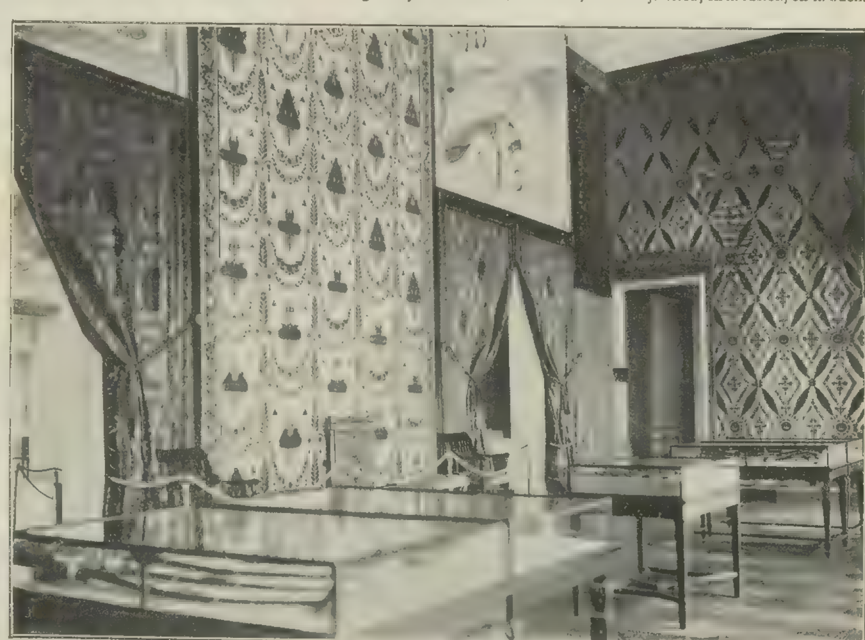
Gracias á pacientes y largas informaciones, y consultando documentos de la época, notas de encargo, facturas de entrega, etc., el Sr. Dumonthier pudo identificar todos aquellos objetos, especialmente las telas, y conocer los fabricantes de éstas, todos ellos de Lyón, y el precio á que se pagaron. Esas telas, cuya fabricación exigía mucho tiempo y mucha paciencia y habilidad profesional, se pagaron de 100 á 300 francos el metro.

Los tapices, que indudablemente constituyen las piezas principales de la exposición, habían sido recientemente exhibidos en la Malmaisón, desde donde fueron trasladados al Museo de Artes decorativas para completar la reconstitución de las estancias napoleónicas que hoy admira el público en la exposición citada que es objeto de este artículo. Los más notables son: el del trono, de fondo morado con águilas y N bordadas en oro; los del saloncito de la emperatriz María Luisa en Versalles, de raso blanco, con bordados en seda, felpilla, torzal y cordoncillo de oro; los del gran salón de la propia emperatriz, también de Versalles, de raso azul brochado de oro, con losanjes, palmas y coronas; el del dormitorio de Josefina, cuando ésta no era todavía más que esposa del primer cónsul, de raso azul claro; y el de terciopelo encarnado, con dibujos de laureles floridos y ancha franja con guirnaldas de rosas que adornaba el dormitorio de Napoleón I.

A propósito de estos tapices ha escrito uno de los más notables cronistas parisienses, Enrique Lavedán:

«Sólo con mirar esas telas de gloria, sin matices, se comprende el Imperio, que ellas realizan y resumen. Son proclamas de seda y oro; gritan sin ser chillonas, porque gritan «¡Viva el emperador!» La franqueza de los colores, la audacia de los tonos, su viveza, sus irritaciones, sus apareamientos imprevistos, sus uniones forzadas, sus contiendas entre dos puertas, todo esto, sin embargo, se armoniza, se ordena y se disciplina sin vacilar, como si en aquellos tiempos se tejiese á la baqueta. Diríase que Él estaba allí, durante el trabajo, con las manos en la espalda, paseándose por delante del frente de banderas de los telares.

»Todos los elementos esparcidos y contrarios de una sociedad desunida y sediciosa que el Primer Cónsul había juntado, agrupado y oprimido en su mano para hacer con ellos, poniendo algo de fuerza, un hermoso ramillete bien compuesto, se nos presentan como una especie de recordatorio simbólico, en la conjunción, en la fusión, en la buena



Vista de conjunto del salón de los grandes tapices

inteligencia, á menudo un tanto áspera, de los colores que se ostentan en el campo de Marte de las telas lyonesas.

»Esas telas tocan música, pero música militar, marchas militares en las que dominan el pífano del verde y la trompeta del amarillo. No logran desinteresarse de Belona y en ellas se ven destacarse cuchillas, escudos de Epaminondas, laurel en abundancia, y cuando por casualidad con los cascos y las corazas escamadas alternan cuernos de la abundancia y cestas de frutas, es evidente que los trofeos de peras y uvas sólo han sido puestos allí para hacer *pendant*, y que esas compoteras de la Paz maduran sin convicción entre las hojas de las espadas.

Los mismos colores tienen un brillo agresivo y guerrero, como si su elección hubiese sido impuesta por oficiales de caballería; los verdes son violentos, los azules duros, los amarillos de una viveza magnífica, y la mirada, por un momento amenazada, necesita, para encontrar en ellos un placer más suave, tomarlos como si se tratase de un reducto.»

Además de los tapices se han reunido en las salas de la exposición, como al principio indicamos, multitud de muebles y de otros objetos artísticos, habiéndose reconstituído con todos esos elementos algunas habitaciones de la época que producen un efecto sorprendente.

Entre las varias esculturas y pinturas que completan el decorado de aquellas estancias, sobresalen una estatua de la Paz, modelada por Chaudet en 1806, un gran jarrón de bronce con dorados, de estilo egipcio, original de Mercier y Fontaine, y el grupo de retratos de la duquesa de Montebello y sus hijos, pintado por Gerard.—P.



El trono de Napoleón. El tapiz que se levanta detrás del mismo es el que sirvió en 1840 para cubrir el carro fúnebre en que fueron llevados á los Inválidos los restos del emperador. La alfombra que cubre el pavimento es el famoso tapiz llamado de las Cohortes.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

PRIMER LIBRO DE CIENCIA Y DE DIBUJO, por el *Dr. Fontseré*. – Rudimentos graduados de conocimientos útiles acompañados de modelos para copiar en la pizarra ó en el papel. Un fascículo de 48 páginas de 24 × 30 centímetros, impresas en excelente papel con numerosos grabados intercalados, 21 láminas de página entera y una artística cubierta en colores. Obra muy á propósito como premio ó regalo á los niños Ha sido editada en Barcelona por Gustavo Gili y se vende á dos pesetas.

⁂

EXTERIORIZACIÓN DE LA DOCTRINA ESOTÉRICA DEL «QUIJOTE,» por *don Ubaldo Romero Quiñones*. – Interesantes conferencias pronunciadas en septiembre último en el Centro del Ejército y de la Armada de Madrid Un folleto de 36 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta Militar de Cleto Vallinas.

⁂

REGLAMENTO Y PROGRAMA DE LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE AGRICULTURA que, en conmemoración de la revolución de mayo de 1810 y bajo los auspicios del Gobierno de la Nación, celebrará la Sociedad Rural Argentina desde el 3 de junio hasta el 31 de julio de 1910 en Palermo (Buenos Aires). Un folleto de 98 páginas, impreso en Buenos Aires en los talleres de Jacobo Peuser.

⁂

ELS HIPOCRITES, por *Enrique Arthur Jones*. – Comedia en cuatro actos, traducida al catalán directamente del inglés por D. Alejandro P. Maristany y don Salvador Vilaregut y publicada en Barcelona. Forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç» y se vende á cincuenta céntimos.

⁂

LA VIDA SOCIAL. REGLAS DE ETIQUETA Y CORTESÍA EN TODOS LOS ACTOS DE LA VIDA, por la *Marquesa de L'Isle*. – Un tomo de 350 páginas lujosamente encuadernado; editado en Barcelona por D. Marcelino Bordoy. Precio, ocho pesetas.

El eminente escritor noruego Bjœrnstjerne Bjœrnson que actualmente se halla en París, en su despacho de Cristianía



Desde hace algunos días hállase en París el eminente escritor noruego Bjœrnstjerne Bjœrnson, quien ha ido á la capital de Francia para curarse de una grave arterioesclerosis por medio del tratamiento de Arsonval.

El gran dramaturgo lleva muchos meses de enfermedad, y como está imposibilitado de moverse hubo de hacer el viaje en condiciones especiales, lo que pudo realizar gracias á la galantería del rey Federico VIII de Dinamarca, que puso á su disposición su vagón especial, y á la solicitud de las compañías ferroviarias francesas, que le evitaron todo transbordo. Han acompañado al ilustre enfermo su yerno Sigurdo Ibsen, hijo del no menos ilustre Enrique Ibsen, y sus dos hijas. A su llegada á París, fué recibido en la estación del Norte por el comisario especial, que le saludó en nombre del presidente del Consejo.

En aquella capital, Bjœrnstjerne Bjœrnson se ha agravado en su enfermedad, lo que ha obligado á los suyos á llamar á su hijo primogénito, que actualmente se halla también al lado de su padre. La extremada debilidad de éste no le ha permitido aún comenzar el tratamiento á que desea someterse.

La fotografía de Harlingue, que adjunta reproducimos, representa al célebre dramaturgo en su despacho de Cristianía.







IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 13 de diciembre de 1909 — Núm. 1.459



ESPERANDO, cuadro de Ricardo Urgell. (Salón Parés.)

Constituía este cuadro una de las notas salientes de la interesante exposición hace poco celebrada en el Salón Parés de esta capital por la Sociedad Artística y Literaria. Obra del celebrado Ricardo Urgell, hijo de uno de los más ilustres maestros del arte catalán contemporáneo, llamaba la atención por la amplitud y el vigor del dibujo, por la verdad é intensidad de expresión de la figura y sobre todo por la valentía y la riqueza del colorido.

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Hace pocos días que se constituyó, en uno de los salones del Ateneo Barcelonés, el Comité de Estudios de la futura Exposición de Barcelona. La de 1888 dió á esta ciudad una conciencia de sí misma, inesperada por completo. Entre los obstáculos y resistencias que tuvo que vencer aquella gran locura, entre los pesimismos de los roedores de profesión y las profecías de desastre económico y de ridiculez, el gran certamen, improvisado bajo un inverisímil agobio de tiempo, fué una sorpresa para todo el mundo: para sus organizadores mismos, para sus detractores, para el espectador indiferente. Su recuerdo dejó en la memoria de nuestra generación como un rastro de oro, como una gloriosa estela de luz. A medida que van pasando los años, ese recuerdo se engrandece y purifica. Tales días fueron los días radiantes de la juventud de un pueblo, de la esperanza de una raza. Los evocamos como se evocan las gran des fechas de la vida, deseosos de saborear de nuevo aquella deliciosa fiebre de adolescencia, aquella ardorosa alegría nupcial...

Una generación, dos generaciones nuevas han aparecido en los veinte años transcurridos desde entonces, renovando, casi totalmente, el elemento director de la cultura catalana. Estas generaciones nuevas han expuesto, en mil formas y en todos sentidos, sus vastos propósitos, sus colosales programas de transformación espiritual y material, sus inmensas ambiciones reformistas, sus gigantescos planes de la Ciudad Futura. No obstante, la obra colectiva de estas generaciones está por hacer; consta únicamente archivada en los periódicos, en los libros, en las reseñas de los discursos. La guarda el papel impreso. En algún instante hemos temido por la misma esencia del espíritu catalán al verle tan propenso á la megalomanía y la verborragia. Hemos llegado á desconfiar de nuestra vitalidad y hemos sospechado una desviación peligrosísima de nuestro carácter al verle tomar las veredas del énfasis, de la jactancia y hasta de la utopía.

Grandes agitaciones políticas y jornadas muy luctuosas han venido después. La idea de una nueva Exposición, resumen de la potencia y progreso de Cataluña, ha surgido en repetidas ocasiones, como fórmula de concordia y aplacamiento, como un derivativo para nuestras contiendas, como un sedante para los ardores de nuestra calentura, como una afirmación en medio de tantas negaciones y de tanto trabajo disolvente. ¿Prosperará ahora? No lo sé. Mientras tanto, soñemos un poco más. Recordemos...

Hablando un día y otro de alguno de esos acontecimientos que, como la Exposición Universal de Barcelona, constituyen una época de nuestra vida, llega un momento en que nos damos cuenta súbita del volar de los años. «¡Toma—nos decimos entonces,—si esto ya pertenece á la historia! ¡Si ya podemos evocar esta fecha con todo el prestigio de las cosas respetadas, consagradas y ennoblecidas por el tiempo!»

Y en efecto, el desocupado á quien se le ocurren estas reflexiones continúa su paseo, entregado á la agridulce emoción de recordar aquello mismo que vivió en plena juventud, muy olvidado seguramente de que, dos decenios más tarde, debiese de exhumar su memoria bañándola en piadosa elegía. Le parece volver á sus lejanos días de estudiante y resucita en su alma la visión de las construcciones á medio surgir, de las grandes arcas removidas, de los complicados andamiajes destacándose sobre el horizonte. Algo hay todavía superior al espectáculo de la obra terminada; existe una fruición más intensa, y es el momento de alta fiebre que la precedió. Desde el cerebro del proyectista al campo de la realidad, ¡qué de modificaciones, qué de trabajos, qué de dificultades y angustias! El viajero que asiste á uno de esos certámenes que dejan larga memoria en un país, y encuentra los edificios flamantes y perfilados, las terrazas cubiertas de mullida arena, los parterres cuajados de flores, las vías regadas, los gallardetes y banderas flameando al viento, las instalaciones acicaladas y pulcras, y desprendiéndose del conjunto el aroma astringente de las pinturas y estucos..., ese viajero, digo, no sospecha ni pudo gozar la emoción, épica en cierto modo, que preside á los grandes esfuerzos colectivos.

Me acuerdo ahora, como si fuese ayer, de la impaciente curiosidad con que acudía al Parque, una semana y otra, provisto de mi *carnet* de corresponsal más ó menos honorario de un periódico más ó menos ilusorio, para recorrer el recinto de la futura feria. Acababa de leer en el diario que recibía mi casa de huéspedes; acababa de oir, de sobremesa, en el comedor de la misma casa, y en el claustro de la Universidad, y en el café, y en los pasillos del teatro, que la Exposición no se haría, que todo era una fanfarronada de Ríus y Taulet, que este hombre nefasto quería comprometer á Barcelona, arruinándola para siempre. Estas profecías y opiniones venían, como siempre, aderezadas en la consabida salsa de palabras y reticencias gordas: «negocio,» «tarugo,» «doña Baldomera...,» porque la injuria social no se había enriquecido todavía con el extenso vocabulario del Panamá francés.

Al pasar, en los quioscos, había advertido unas láminas llamativas, alguno de esos semanarios que se ven á todas horas y no se leen á ninguna, con la efigie del famoso alcalde ridiculizada de cien maneras: en forma de olla, en forma de cucúrbita, con sus grandes patillas rozagantes como rabo de cometa, atracándose en los banquetes, fumando un soberbio habano y dirigiéndose al pueblo, al eterno buen pueblo, impecable, generoso, infalible—al eterno buen pueblo en honor del cual no hay orgía de dicterios que la sátira y la caricatura no organicen,—para decirle, con insolencia de burgués: «Yo fumo y tú escupes...»

Bajo estas impresiones deprimentes, reiteradas hora tras hora y día tras día, penetraba en el recinto de la Exposición y me internaba en el laberinto de mástiles y jácenas, bajo la armadura inmensa que formaba el esqueleto, todavía desnudo, del palacio de la Industria. Aquí se abría una zanja, más lejos se apilaba un terraplén; lo que la semana anterior no era más que un bloque informe de ladrillos, tomaba en la siguiente el aspecto de zócalo pronto á sostener la columnata; lo que ayer era camino trillado por los vehículos de transporte, hallábalo convertido en pavimento á la nueva visita.

Subían de nivel, lentamente, las escalinatas de la Sección marítima. Poco á poco iban alzando el lomo y recibiendo su cubierta las grandes construcciones destinadas á desaparecer antes de un año, á manera de cuadro fundente, ó á quedar como recuerdo perdurable de la fiesta improvisada. Aquí el *restaurant* del Parque, con su roja mole semifeudal; al otro lado el palacio de Bellas Artes, con su grandiosa sala abierta á no sé qué solemnidades futuras; en el fondo del paseo de San Juan, sirviendo de marco á una perspectiva inmensa, con todo el aire de las capitalidades ya consolidadas, el Arco de Triunfo, cuyos remates y trofeos incendiaba el sol de la tarde. En el paseo de Colón, la sorprendente magia improvisada del Gran Hotel Internacional; más lejos, en la plaza de la Paz, el basamento de la estatua del descubridor de América y el perenne círculo de curiosos que contemplaban el formidable andamiaje libre, empleado ahora en Madrid para el monumento de Alfonso XII.

Al dar la vuelta por todos estos sitios y núcleos de actividad, uno sentía el contagio de la esperanza, del optimismo y de la fe; y los mil rumores y zumbidos de aquel trabajo, el vibrar de los acarreos, el martillazo de los aparejadores, el chirriar de las poleas y el hormiguero de los peones al pie de la obra, se resumían en un himno á la paz y á la patria, en un canto de victoria.

De tales paseos tenía que deducirse por fuerza que la cosa marchaba... Y no obstante, la prensa, la opinión, el chismorreo, se encargaban de demostrarnos que no marchaba, que no se hacía nada, que todo aquello no era más que un juego para engañar á los bobos.

En la casa de huéspedes durante la cena, más tarde en el café, todo lo que el paseante había visto, todo aquello que tan vivamente le había interesado y entusiasmado, quedaba hecho polvo y reducido á la nada por el ambiente negativo y de incredulidad general con que tuvieron que luchar el proyecto y el proyectista. De las hostilidades de este ambiente se salvó á viento y marea la iniciativa de Ríus y Taulet. Las escuadras de todos los pueblos del mundo, fondeadas en el puerto de Barcelona, saludaron aquella fecha memorable, aquella verdadera olimpiada del pueblo catalán. Fué un momento solemne que determinó el ingreso de nuestra ciudad en la categoría de las grandes urbes de Europa. Barcelona adquirió entonces la plena conciencia de sí misma, de su poder, de sus destinos, de sus altos deberes y de su tránsito desde la vida casera y provinciana á las funciones de una metrópoli, foco de irradiación espiritual, depositaria y creadora de un nuevo espíritu.

El recuerdo de la Exposición de 1888 ha cristalizado ya definitivamente. Doble encanto reune para quienes, como yo, asociaron á su juventud personal la juventud de ese patriotismo, enlazándolas inseparablemente. Un juicio unánime de gratitud, de reconocimiento, de satisfacción colectiva, ha incorporado aquella fecha á los anales gloriosos del país. ¿Dónde están ahora los foliculários, los reventadores, los implacables de aquellos días? Abramos la olvidada colección de alguna de esas hojas semanales, cuyo mismo nombre se había borrado ya de nuestro recuerdo. Repasemos sus diatribas, sus dibujos, sus inepcias, sus insinuaciones villanas, todo el pus seco de esos periodiquines en supuración; aprendamos en el estigma de sus páginas envilecedoras á guardarnos contra la tentación de la «reventada;» aprendamos á sentir un anticipado remordimiento por las posibles injusticias de nuestra pluma.

Hace como veinte años que un insigne patriota se desvivía para presentar á su ciudad ante el mundo como se presenta á la hija adorada en el primer baile. Para esa obra tuvo que moverse dentro de un medio político desfavorable, dentro de una realidad imperfecta, como toda realidad. Tuvo que transigir á menudo con los accidentes y cerrar los ojos ante las impurezas para elevarlos á la altura del ideal que llenaba su mente. Sacrificó muchas horas al bien común hurtándolas al lucro personal. Murió pobre.

Y á pesar de todo, la pluma y el lápiz no dejaron un momento de paz á su vida ni le concedieron tregua ni cuartel. Para los que admiramos sobre todas las valentías la de saber substraerse á los halagos de la falsa popularidad y arrostrar impasibles el embate de las pasiones injustamente desbordadas, el caso de este gran reformador debe servirnos de gran enseñanza. Triste escuela de civismo es la que acostumbra á ver que la difamación y el sarcasmo son los primeros frutos de todo esfuerzo patriótico de toda iniciativa laudable, de toda consagración á la causa pública. ¡Cuántas intenciones puras, cuántas voluntades rectas, pero tímidas, no ha apartado de la acción y no ha sumido en estéril retraimiento el terror á los excesos de la publicidad! Así son ellos. No sirven de freno al cínico ni al vividor, pero amargan para siempre la existencia del justo y paralizan los nobles impulsos del timorato, lanzándole fuera de la vida militante con una verdadera selección al revés.

¿No es esta la pequeña «moralidad» que nos ofrece el recuerdo de la pasada Exposición de Barcelona y el anuncio de la futura?

Hay que ahogar y estrangular, como el peor de los enemigos de Cataluña, el espíritu negativo y la protesta por la protesta. Hay que cohibir también el verbalismo peligroso, que va tomando aquí una carta de naturaleza que antes no tenía. ¿No les parece á ustedes, señores, que empieza á ser hora de hablar menos de la ciudad futura y de discutir si sus cimientos serán de granito, de pórfido ó de ágata, y sus cúpulas de oro ó de diamante, y sus vías empedradas de rubíes ó amatistas, y ejecutar, en cambio, alguna cosa imperfecta, pero que quede, como testimonio de la última generación? Fuera caso peregrino que en los estantes de las bibliotecas catalanas tuviera que conservarse toda una literatura, toda una sección bibliográfica, tratando de una Exposición... que no se hizo.

Manos á la obra.

MIGUEL S. OLIVER.

LA CABRITA, CUENTO DE H. A. DOURLIAC (1). Dibujo de Mas y Fondevila





Tan temeraria como curiosa, quería pasar por todas partes

Cierto que tenía la tez sonrosada, los ojos azules y los cabellos rubios de las razas flamencas, pero tenía también su alma provenzal llena de luz y de calor, vibrante, canora, sentimental, risueña, impulsiva, tierna, alegre, con su poquito de melancolía y de malicia, de risa y de lágrimas y su carácter antojadizo de cabrita que se asusta al contacto de la mano que la acaricia y no se deja gobernar el corazón, cuyos caprichos hay que respetar y cuyos impulsos no pueden ser contrariados.

En aquel lindo rincón de Provenza respiraba á plenos pulmones, retozaba, saltaba por los caminos pedregosos, por los senderos escarpados, por las rocas resbaladizas, y las gentes tranquilas no podían seguirla y se mostraban azoradas de sus costumbres vagabundas.

—¿Dónde está Teresa?, repetían todos los ecos?

Y los que esto se preguntaban miraban al aire y siempre veían á la muchacha encaramada en alguna altura, porque las alturas eran su encanto y el monte Carmelo la atraía.

Tan temeraria como curiosa, quería pasar por todas partes: en las gargantas del Ollioules, había penetrado en la guarida de Gaspar de Besse, el émulo de Cartouche; en el islote de Bandol, había bailado unos compases de vals sobre el puente colgante; en el Bruse, había bajado, brincando por entre los peñascos, hasta el pozo; y cuando la visita del acorazado *Massena*, había excitado la admiración de un joven alférez de navío trepando como un gato por la estrecha escalera de una torre blindada para contemplar más de cerca un cañón de grueso calibre.

Era una intrépida y una independiente que despreciaba los senderos comunes y no pedía ayuda á nadie.

En el campo todo el mundo la conocía y los labradores enderezaban su cuerpo encorvado sobre la tierra para contestar á su saludo ú ofrecerle una flor cuando su gentil figura se recortaba en el azul del cielo, de pie sobre un muro de piedras secas. Los mismos mendigos vagabundos que frecuentaban las blancas carreteras, nunca tenían una mirada hostil para aquella linda muchacha que recorría confiada la campiña bajo los ardientes rayos del sol.

Y es que la *Cabrita*, que por este nombre era conocida, llevaba en sí misma el supremo encanto, la bondad: amaba con amor fraternal á los pobres, á los ancianos, á los que sufrían; gustaba de aliviar las miserias humanas, consolaba á los moribundos y su primer envío de flores había sido para una pobre modistilla tísica, cuyo triste zaquizamí había sido embalsamado por aquel recuerdo cariñoso venido de tan lejos.

Para todos aquellos humildes tenía la mano pródiga y la palabra dulce, reservando su lengua acerada, sus dichos mordaces para los jovenes *snobs* que se exhibían en la playa, en los salones, en el *golf*, en el *tennis* pavoneándose con petulancia. ¡Qué fastidiosos eran!

En cuanto uno de ellos, dignando percatarse de que era bonita, intentaba la más pequeña galantería, recibíalo de tal modo que no le quedaban ganas de repetir la suerte. Así es que gozaba de fama de adusta entre la gente masculina, cuya fatuidad se indigna de ver mal acogidas sus insinuaciones; pero á ella todo esto le importaba poco, pues no sentía por aquellos hombres más simpatías que por las bellas mujeres de la alta sociedad con sus charlas frívolas, sus murmuraciones y sus estudiadas coqueterías que su carácter recto y aun algo salvaje rechazaba.

—¿Cuándo entras en el convento?, preguntábanle irónicamente las buenas amigas.

A lo que ella no contestaba, limitándose á encogerse de hombros y á pensar para sus adentros que al fin y al cabo más valía el convento que un matrimonio como tantos veía á su alrededor.

—¡Sueña con un mirlo blanco!, decían los pretendientes rechazados y llenos de despecho, de cuyas declaraciones hacía ella tanto caso como de sus personas, ya que prefería la conversación de los hombres de la generación anterior, únicos que, en su concepto, tenían talento, ingenio y corazón..., opinión halagadora para su padre que la aceptaba de muy buen grado.

Y así pasaba, indiferente y burlona, por entre los complicados flirteos del Palacio Azul.

***

Piedras, zarzas, escombros, he aquí lo único que queda de aquella mansión feudal en donde quizás residió la hermosa Diana de Chateaud Morand, tan amada de los hermanos Urfé y que no amó más que á sus perros.

Una carita sonrosada, acalorada, risueña, surge de entre la maleza y logra empinarse sobre las ruinas, en donde el autor de *Astea* no habría evocado jamás á una pastorcita semejante con su traje sastre y su abrigo sobre el brazo.

La joven contempla largo rato el admirable panorama: á un lado, las colinas abruptas, de tonos encarnados, sin hierba y sin bosques que recientes incendios han destruído, con algunos grupos de pinos de color verde obscuro, unos cuantos olivos grises, bancales de jardines, campos de narcisos y setos de rosales, todo ello dominado por Saint Cyr de la Cadiere que se alza allá entre las nubes cercado por blancos muros como población sarracena. Al otro, el golfo, la península y el islote de Baudol, que se extiende sobre las azuladas aguas con sus *villas* escalonadas, medio ocultas entre guirnaldas de geranios, de mimosas, de frutas doradas y de manzanilla; la costa recortada y la blancuzca carretera; un rebaño en medio de las rocas guardado por un pastor envuelto en su agujereado capote y arrimado á un pino; la ensenada de Renecrós con su pequeña playa abrigada; en el horizonte un barco de vela inmóvil; algunas barcas ligeras deslizándose hacia el puerto, en donde las gigantes palmeras hacen pensar en las tierras africanas, y allá lejos, maniobrando en alta mar, varios torpederos cuyas espaldas de acero brillan al ras del agua como las de unos cetáceos.

El espectáculo es tan hermoso, que la joven olvida la hora, la distancia, el sitio en que se halla y las piedras que sus piececitos hacen rodar... Al fin vuelve á la realidad y consulta su reloj; la hora del almuerzo habrá pasado. ¡Bah! ¡Tomando el camino recto al través de los campos!.. Valientemente salta de su observatorio y se hunde hasta el cuello entre espesos matorrales de los que en vano pretende salir. Lucha, se fatiga, casi acaba las fuerzas; pero zarzas y lianas, á modo de manos maléficas y solapadas, le desgarran el velo, el sombrero, la falda y le sujetan las piernas y los brazos impidiéndole avanzar y retroceder. ¡Y á todo esto el tiempo pasa!.. La *Cabrita* se encoleriza, se pone nerviosa, ríe, llora; ha perdido su abrigo, sus ropas están destrozadas y su cuerpo lleno de rasguños... ¡No importa! Es preciso á todo trance volver á la *villa*, en donde su padre debe ya sentirse inquieto... Con inauditos esfuerzos logra llegar hasta un muro ruinoso al cual trata de empinarse; pero una gruesa piedra se desprende, roza sus hombros y cae sobre su falda... ¡Imposible apartarla! ¿Tendrá que dejar allí su vestido y volver á casa en enaguas entre las chacotas de cuantos la vean?.. De pronto, no lejos de ella, una voz sonora canta una canción provenzal.

La *Cabrita*, al oirla, recobra la esperanza y con todas sus fuerzas grita:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Calla la voz, y al poco rato asoma por encima del muro una cara morena.

—¡Caramba! ¡Apurada se ve usted!

—Un poco. ¿Quiere usted ayudarme?

—Con mucho gusto.

El recién llegado no es un viejo pastor, como la joven hubiese querido, sino un joven labriego de buen aspecto, que saltando con ligereza ábrese paso con robusto brazo por entre los matorrales.

—¿Está usted herida?, pregunta.

—No, pero no puedo moverme; estoy sujeta por la falda.

—Esto no es nada, tire usted.

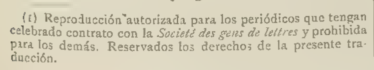
Diciendo esto, levanta un poco la piedra y la prisionera se ve libre.

—¡Uf! ¡Era esto peor que las zarzas! Gracias, amigo mío.

—Para servir á usted.

Es la cortés respuesta de la comarca.

Y uniendo el gesto á la palabra, el labriego echa á andar delante de la joven, apartando las ramas para que no rocen su fino rostro y ayudándola á escalar los escombros.



(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Esos malditos guijarros deben hacerle á usted daño.

—¡Bah! En la guerra como en la guerra, y las muchachas de la aldea corren descalzas por encima de ellos.

—Pero no tienen la piel tan fina.

Aquel cumplido la molestaría en boca de otro, pero dicho por un campesino no tiene importancia.

—Decididamente las gentes de aquí son muy amables.

—¿Qué tiene de particular que lo sean con las personas que lo merecen?

Al decir esto exagera un poco el acento comarcano.

—¿Es usted de Bandol?

—De algo más lejos, pero actualmente trabajo aquí.

—¿En los jardines?

—Sí, en los jardines.

—Si no nos fuésemos mañana le daría á usted mi clientela, pero hoy he mandado el último cesto.

—Otra vez será. ¿Es usted de París?

—Sí.

—Es hermoso aquello.

—No tanto como Provenza; es negro, triste.

—Lo mismo me dice mi tía, que querría retenerme aquí.

—Y dice bien; en París las cigarras enmudecerían, perderían su alegría y su salud. Mire usted, tengo allí una pobre enfermita, nacida bajo este cielo azul, en medio de este sol, que se ha quemado las alas en la luz eléctrica y se muere tísica, y las flores más bellas no valen lo que un rayo dorado para alegrar su buhardilla.

—¿Se interesa usted por los pobres, señorita?

—Son para mí los seres más interesantes.

—Gracias; siendo así, ¿no me aconsejaría usted que abandonase Bandol?

—De ningún modo; tiene usted un bonito oficio y ¿gana usted buenos jornales?

—No son malos.

—En París, ¡la vida es tan difícil!

Y sencillamente, delante de aquel hombre sencillo que atentamente la escucha, aparta de sus ojos el espejismo falaz de la vida parisiense y le muestra las miserias, las tristezas, los duelos, cuyo doloroso reflejo conserva en sus húmedas pupilas, sin pensar que pone al descubierto su corazón amante, compasivo y tierno, su alma exquisita. Nunca se ha expansionado así con los jóvenes de su sociedad.

Él la contempla asombrado, y una fugaz emoción borra la sonrisa de sus labios; y cuando ella le pregunta:

—¿Le he convencido?

Él contesta con acento grave:

—Sí, señorita, me ha convencido usted.

En esto han llegado á un camino hondo que conduce á la aldea; allí es fuerza separarse.

—Fáltame ahora sólo darle las gracias, señor...

—Mario, para servir á usted.

La joven vacila en ofrecerle una recompensa..., y sin embargo, el muchacho...

Tímidamente saca de su bolsa una moneda.

—¿Me permite usted?.. Para comprar algo para su tía.

Él acepta sin protestar, pero en sus ojos brilla cierta expresión de alegría.

—Hasta la vista, señor Mario.

—Hasta más ver, señorita...

—*Cabrita.*

Risueña y ligera alejáse rápidamente y desaparece en un recodo del camino.

El joven quédase inmóvil en el mismo sitio, siguiéndola con la mirada, y cuando ya no la ve, contempla la moneda. Para un viejo mendigo... y va á dársela, pero luego cambia de parecer y le entrega otra que se saca del bolsillo mientras aprieta fuertemente entre sus dedos la de la *Cabrita*.

No se olvidará, no, tan fácilmente de la gentil parisiense.

En cuanto á ésta, sólo conserva un mal recuerdo de la aventura, el de su abrigo extraviado; pero al día siguiente se lo envían con un ramo de jacintos en el ojal.



Fragmento de «El sermón de la montaña,» de E. de Gebahrdt



La maja, pastel de Cecilio Pla

EPÍLOGO

Anúnciase la próxima boda de la señorita D.ª Teresa Gardanne con el pintor de flores Mario Sanary, que en el último Salón ha obtenido una medalla por su primer cuadro de género que se titula *Entre zarzas.*

VALENCIA. - RECOLECCIÓN DE LA NARANJA

Una de las principales riquezas de la región valenciana es la naranja, que es también una de las más preciadas bellezas de aquella tierra privilegiada. Inmensas extensiones están plantadas del árbol nunca despojado del bello follaje verde obscuro al que el labrador prodiga sus cuidados, seguro de que sus trabajos y sus solicitudes han de verse recompensados con creces con los productos que aquél le dará en su día.

El espectáculo que ofrecen los naranjales de la campiña valenciana es por demás hermoso. Siempre cubierto de hojas, cuando se anuncia la primavera llénase el naranjo de lindas florecillas, cuyo penetrante y delicioso aroma embalsama el ambiente y que convertidas más tarde en dorados frutos, hacen del árbol uno de los más soberbios ejemplares de la flora universal.

El cultivo del naranjo exige esmeradas labores, y en la recolección de la naranja se emplea una población numerosa de obreros agrícolas de ambos sexos, confiándose generalmente á las muchachas la primera selección, la de las naranjas más escogidas de cada árbol.

Para comprender la riqueza de esta producción, bastará decir que el naranjo debidamente cultivado puede dar por término medio 3 000 frutos, y algunos han llegado á rendir 7.000, 10.000 y hasta en casos excepcionales 38.000. Comarcas hay, empero, en donde el rendimiento medio no pasa de 400 á 500. Estas diferencias son debidas, como se comprenderá, de una parte á la naturaleza del suelo, al clima y á la exposición, y de otra á la variedad del árbol y al procedimiento de cultivo.

Una buena parte de la naranja recolectada en Valencia se destina á la exportación; y aunque ésta ha disminuído considerablemente de algunos años á esta parte en lo que se refiere á Francia y á los Estados Unidos, que antes consumían gran cantidad, á causa del desarrollo que la producción de esta fruta ha adquirido en Argelia y en la Florida, Alemania é Inglaterra son todavía grandes mercados en donde se estima y se paga á elevados precios la exquisita naranja valenciana.

Las naranjas destinadas á la exportación son cuidadosamente escogidas en los almacenes en donde se ha depositado toda la cosecha cogida á granel, y envueltas una á una en papel de seda. Después se colocan en cajas, que se embarcan para otros países. Y esa fruta que aquí es corriente y vulgar y que se halla al alcance de las clases más humildes, en algunas ciudades extranjeras constituye el regalo de las gentes acomodadas y sirve de ornamento á las más aristocráticas mesas.

El predicamento de que goza la naranja no puede ser más merecido, ya que por su dulzura, por su aroma exquisito, por su frescura deleitosa, es digna de figurar entre las frutas mejores.

La lámina que en la siguiente página publicamos representa algunas escenas de la recolección de la naranja en Valencia, tomadas fotográficamente. Las fotografías tienen un sello tan artístico, que resultan verdaderos cuadros; á ello contribuye en principal parte la índole de los temas escogidos, pero contribuyen también y no poco el buen gusto y la habilidad del reputado fotógrafo valenciano Sr. Barberá y Masip, que tan bien ha sabido elegir los asuntos y reproducirlos de un modo tan perfecto.—C.



Recogiendo la naranja á granel

Selección de la [illegible]

Muchachas recogiendo las mejores naranjas de cada árbol (florete).

Embalaje de la naranja destinada á la exportación.

Cargando las cajas de naranjas en las barcas que las conducen al vapor.

(De fotografías de J. Barberá Masip.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Moros de Nador sometiéndose á nuestras tropas

Reanudando el relato en el punto en que lo dejamos en el número 1.455, diremos algo de los últimos sucesos de la campaña que felizmente puede darse ya por terminada.

Después de las negociaciones seguidas con los emisarios del sultán, entabláronse otras con los representantes de algunas de las principales cabilas, quienes celebraron en Melilla algunas conferencias con el general Marina. La más importante de esas entrevistas fué la del 22 de noviembre, á la que asistió el prestigioso caíd de Benisicar Abd el Kader; en ella no pudo llegarse á una solución definitiva porque el general Marina, mortificado por no haber acudido los jefes de todas las cabilas, no quiso indicar á los que habían comparecido las condiciones en que España les concedería la paz, y les concedió un plazo improrrogable de tres días para que se presentaran á negociar.

Terminado el plazo, los comisionados no se presentaron; pero esto no fué óbice para que se sometieran posteriormente varias cabilas.

El día 22 hicieron acto de sumisión al general Carbó los moros de Nador, quienes entregaron sus armas y sacrificaron un toro. El general dirigióles una alocución aceptando su sumisión y ofreciéndoles el amparo de España, y un moro anciano, visiblemente emocionado, le contestó: «Desde ahora queremos siempre estar bajo la protección de España y prometemos ser fieles guardadores de la paz que deseamos.»

El día 26 efectuóse una operación de gran importancia, en la que tomaron parte 17.000 hombres, distribuídos en tres divisiones, mandadas por los generales Tovar, Muñoz Cobo y Huerta. Comenzado el movimiento en las primeras horas de la mañana, á las doce la caballería coronaba la meseta de Atlaten, que era el objeto de la operación, sin otra novedad que algunos disparos sueltos que hicieron los moros rebeldes contra las parejas de exploración y que no ocasionaron baja alguna en nuestras tropas.

El collado de Atlaten, hoy ocupado por nuestros soldados, domina la costa occidental de Tres Forcas y el valle del Kert, que es el paso obligado del camino de Melilla al Riff occidental, y su posesión asegura, con las otras posiciones anteriormente conquistadas, el dominio completo del Gurugú.

Aunque realizada sin resistencia, la operación fué admirablemente combinada por el general Marina y ejecutada con la mayor precisión por las fuerzas que en ella intervinieron; y como consecuencia de la misma, han sido tan numerosas las presentaciones y actos de sumisión de cabilas rebeldes, que puede darse por enteramente terminada la campaña.

Esta constituirá un timbre de gloria para el ilustre general Marina, que ha demostrado en ella dotes militares que le ponen al lado de los más sabios estratégicos. Preocupado no sólo de vencer, sino de vencer ahorrando el mayor número posible de vidas y asegurando de una manera definitiva los resultados de las victorias parciales hasta lograr el triunfo definitivo, ha sabido concebir y combinar con talento indiscutible y admirado de propios y extraños cada una de las operaciones, llevarlas á cabo en el momento oportuno, substrayéndose muchas veces á presiones que pudieran haberle hecho incurrir en precipitaciones sensibles, y sacrificando todo cuanto contribuyera al brillo de su gloria personal en aras de su deseo y de su firme propósito de evitar derramamientos de sangre que no fueran absolutamente indispensables.

El general Marina ha merecido bien de la patria y su nombre figurará entre los de nuestros grandes caudillos y de los más eminentes patriotas.

Terminadas las operaciones militares, han comenzado con gran actividad la fortificación provisional de las posiciones conquistadas y la construcción de caminos que han de facilitar las comunicaciones.

Para acordar el plan de las fortificaciones definitivas ha comenzado sus estudios la junta de defensa de Melilla, á la cual se han agregado varios jefes de estado mayor, infantería y artillería que se hallaban en la península y que han salido para aquella plaza, á la que han llegado asimismo varias compañías de ingenieros para realizar los trabajos necesarios.

No terminaremos estas notas sin expresar el excelente efecto que ha producido el licenciamiento de los reservistas que formaban parte del ejército de operaciones y que en varias expediciones han ido regresando á sus hogares.—R.



Ocupación de casas moras en el collado de Atlaten, última posición tomada por nuestros soldados



Revista de tropas en Benisicar después de las últimas operaciones

ISLA DE TENERIFE.—ERUPCIÓN VOLCÁNICA DEL TEIDE



Corriente de lava incandescente que avanza hacia el valle de Santiago

La isla de Tenerife se ha visto recientemente asolada en parte por una terrible erupción del volcán de Teide.

Inicióse el fenómeno el día 17 de noviembre último con pequeños terremotos y ruidos subterráneos, y al día siguiente tres bocas antiguas del volcán comenzaron á vomitar, entre violentas detonaciones, grandes cantidades de lava y espesas columnas de humo que en algunos momentos alcanzaron una altura hasta de 700 metros. El 21 abrióse un nuevo cráter mayor que los anteriores, que arrojó inmensidad de materias volcánicas.

La corriente de lava formó dos brazos principales que llegaron á tener 250 metros de anchura por 10 de altura y que avanzaron con velocidad varia, según las condiciones del terreno que iban invadiendo. Momentos hubo en que se creyó segura y próxima la destrucción de algunas poblaciones, especialmente Guía, Santiago y Tamaino, que fueron las más amenazadas y cuyos habitantes hubieron de abandonarlas ante la inminencia del peligro.

Afortunadamente, antes de que la corriente llegara á los pueblos mencionados, la erupción fué perdiendo su intensidad, hasta cesar enteramente el día 28, en que se restableció la normalidad.

La erupción, que ha sido una de las mayores que se recuerdan, ha causado inmensos daños materiales en las tierras de cultivo invadidas por la lava; pero, por fortuna, no ha ocurrido ninguna desgracia personal.

Desde los primeros momentos las autoridades adoptaron acertadas medidas para aminorar las consecuencias de la catástrofe y socorrer á los pueblos y caseríos amenazados, enviando á los sitios de mayor peligro fuerzas del ejército y de la guardia civil y las brigadas de la Cruz Roja, que se portaron heroicamente, proporcionando alojamiento á los campesinos que tuvieron que abandonar sus viviendas y, en una palabra, prestando todos los auxilios que la magnitud del desastre exigía.

Multitud de turistas organizaron expediciones por mar para ver el el grandioso espectáculo de la erupción, y numerosas comisiones científicas españolas y extranjeras han ido á estudiar los fenómenos y los efectos de la misma.



Nuevo cráter abierto en el Teide en la reciente erupción

(De fotografías de Maximiliano Lohr, de Santa Cruz de Tenerife.)



TARDE DE FIESTA, cuadro de J. Agrassot



EL IMAGINERO, cuadro de V. Caprile

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



FRAGMENTO DEL CUADRO «PESCADORAS BRETONAS» de Manuel Benedito

Benedito es, sin duda alguna, uno de los más notables pintores españoles de nuestros días. Artista concienzudo, trata los asuntos con verdadero cariño, poniendo en ellos todo su talento, que no es poco, y todas sus aptitudes técnicas que son muchas y muy valiosas. Sus figuras viven, están arrancadas de la realidad, no son hijas de la imaginación ni copias de modelos más ó menos apropiados al tema. Díganlo, si no, las que la adjunta lámina reproduce y que forman el fragmento principal del notable cuadro *Pescadoras bretonas*, premiado con primera medalla en una de las últimas Exposiciones universales de Bellas Artes de Madrid



Barcelona.— Llegada de los reservistas procedentes de Melilla, desembarcados en este puerto el día 8 de los corrientes
(De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

ACTUALIDADFS BARCELONESAS

LLEGADA DE LOS RESERVISTAS DE MELILLA

El aspecto que ofrecía en la mañana del día 8 el muelle de Baleares era tan animado como conmovedor; se esperaba la llegada de los primeros reservistas procedentes del ejército de Melilla, y á recibirlos acudió una numerosa multitud, formada por las familias de los expedicionarios y por no pocos curiosos, que desde las primeras horas de la madrugada esperaban, impacientes las unas por abrazar á sus deudos, los otros por saludar á los que en Africa han peleado valientemente por la patria.

A las siete entró en el puerto el transatlántico *Cataluña*, que conducía 905 repatriados, anclando en el citado muelle; inmediatamente el gobernador militar interino Sr. Rodríguez y Sánchez de Espinosa y su ayudante Sr. Rufilancha subieron



Barcelona.—Carreras ciclistas del campeonato de «amateurs» organizadas por «El Mundo Deportivo.» Salida de los corredores del Paseo de Gracia. (Fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

á bordo para dirigir el desembarco, que comenzó á las ocho, pasando los soldados á los cobertizos de la Compañía Transatlántica, en donde se les sirvió un rancho extraordinario y se les obsequió con cajetillas, donadas por dicha compañía, y con una cantidad en metálico acordada por el Ayuntamiento.

A presenciar el desembarco acudieron, además del gobernador militar, el gobernador civil, el alcalde, representantes de la Diputación, de la Cámara de Comercio, del Fomento del Trabajo Nacional, gran número de jefes y oficiales y otras distinguidas personalidades.

A eso de las once y al toque de llamada se reunieron los reservistas, y precedidos de algunas músicas militares se dirigieron á los cuarteles de Santa Madrona, Jaime I y Buensuceso, acompañados de sus familias, y siendo vitoreados con entusiasmo por una gran muchedumbre en todas las calles del trayecto. En la Rambla de San José, las numerosas floristas que allí tienen sus puestos arrojaron flores á su paso.

An logo espectáculo ofreció por la tarde la llegada del vapor *Villaverde*, que atracó junto al *Cataluña* y del cual desembarcaron 386 reservistas.

La mayoría de los que en ambas expediciones han regresado á la península son catalanes y formaban parte de la primera división que salió de este puerto en la segunda quincena del pasado julio. Todos ellos, excepto uno, han venido en perfecto estado de salud.

Una tercera expedición habrá llegado seguramente cuando estas líneas se publiquen.

Sean todos bienvenidos y añadan á las aclamaciones con que Barcelona les ha recibido la más sentida enhorabuena por su feliz regreso y el aplauso más entusiasta por su heroico comportamiento en tierra africana que les dirigimos desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

CARRERAS CICLISTAS. CAMPEONATO DE «AMATEURS»

En la mañana del domingo, 5 de los corrientes, efectuáronse las carreras ciclistas organizadas por el periódico *El Mundo Deportivo* y en las que se concedía por vez primera en España el título de campeón á los *amateurs*, es decir, á los aficionados.

A las nueve y media próximamente se reunieron en el Paseo de Gracia los 52 corredores que se presentaron, de los 64 que había inscritos, dirigiéndose todos ellos, precedidos del automóvil que conducía al Jurado, al fielato de «Coll Blanch,» punto designado para la salida oficial. Una vez se hubo dado la salida, el Jurado se trasladó al pueblo de Sarriá, situándose junto al puente de Doña Elisenda de Moncada, término de la carrera.

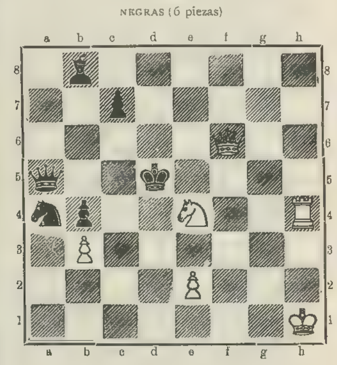
El primero en presentarse ante el Jurado fué el Sr. Magdalena, quien hizo el recorrido de 50 kilómetros en una hora y 48 minutos, quedando, por lo tanto, proclamado campeón de *amateurs* y poseedor de la Copa Ciudad de Viena y de la medalla de *vermeil* otorgada por la Unión Velocipédica Española.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 534, POR V. MARÍN

1.er premio del Concurso del «British Chess Magazine» 1907.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

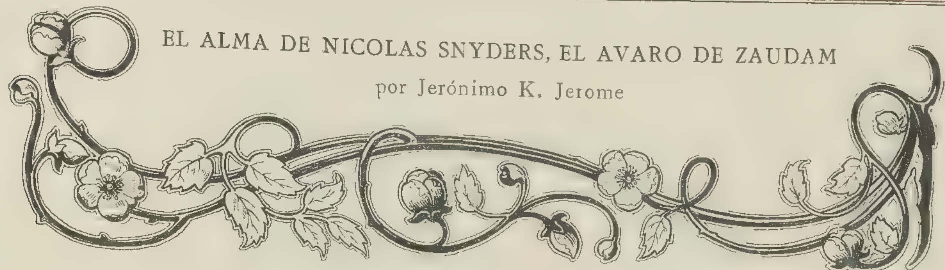
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 533, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Ad4 – b6.	1. c7 × b6
2. e5 × d6	2. P juega
3. d6 – d7	3. P juega
4. d7 – d8 (C)	4. P juega
5. Cd8 – f7 mate.	

VARIANTES.

1.... h6 – b5	2. Ab6 – e3, g6 – g5	3. Ae3 × g5, cualquiera 4. Ag5 – b6, etc.
1... Otra jug.a	2. Ab6 × c7, P juega	3. Ac7 – d6, P juega 4. Ad6 – f8, etc.



EL ALMA DE NICOLAS SNYDERS, EL AVARO DE ZAUDAM

por Jerónimo K. Jerome

Vivía en otro tiempo en Zaudam, que está próximo al Zuider Zee, un hombre muy malo, llamado Nicolás Snyders. Era mezquino, duro y cruel, amaba una cosa sola en este mundo: el oro, y no por el oro mismo. Amaba la posibilidad que le daba de oprimir y tiranizar, de hacer daño á medida de su deseo. Decían que no tenía alma; pero los que tal afirmaban estaban muy equivocados. Todos los hombres la tienen, ó para hablar con más exactitud, á ella están sometidos; la de Nicolás Snyders era mala.

Vivía en el antiguo molino que aún subsiste en el muelle, sin tener más que á la pequeña Cristina para que le cuidara y arreglara la casa. Era Cristina una huérfana cuyos padres habían muerto dejando muchas deudas. Nicolás, granjeándose el eterno agradecimiento de la muchacha, había dejado en buen lugar la memoria de aquéllos á costa de unos cuantos centenares de florines, á condición de que la joven le sirviera gratuitamente. A ella estaba reducida toda su servidumbre, y únicamente cruzaba el umbral de su puerta, para visitarle de buena voluntad, una sola persona: la viuda Toelast, rica y casi tan avara como él.

—¿Por qué no habíamos de carsanos?, dijo éste una vez á la viuda con voz que parecía un graznido. Seríamos ambos los dueños de Zaudam.

La señora Toelast contestó con una carcajada semejante á un cacareo; pero Nicolás lo tomaba todo con calma.

Una tarde estaba solo Nicolás Snyders, sentado á su mesa de escribir, en el centro de la gran habitación semicircular que ocupaba la mitad del piso bajo del molino y que le servía de escritorio, cuando llamaron á la puerta de la calle.

—Entrad, exclamó Nicolás en tono amable, cosa en él inusitada.

Estaba seguro de que el que llamaba erá Juan, Juan Van der Voost, el joven marino patrón ya de un barco de su misma propiedad, que venía á pedirle la mano de la pequeña Cristina. Por adelantado gozábase Nicolás Snyders con la idea de desvanecer por completo las ilusiones de Juan; de oirle primero rogar y después enfurecerse; de contemplar cómo se iría la lividez apoderando de su hermoso rostro á medida que él fuera, punto por punto, especificando todas las consecuencias que tendría el menospreciar su voluntad; primeramente echaría de su casa á su anciana madre, luego meterían en la carcel á su padre por deudas, después perseguiría implacablemente al mismo Juan y le arrebataría el barco, sin que nadie pudiera estorbarlo. Esta entrevista le iba á regocijar el alma. Desde que Juan había regresado al puerto, el día antes, no hacía más que pensar en ello. Por eso, con la seguridad de que era él, había exclamado muy contento: «Entrad »

Pero no era Juan. Era otra persona a la que jamás había visto Nicolás Snyders, ni tampoco la volvió á ver después de aquella visita. El día declinaba, y como no era Nicolás hombre que encendiera las velas antes de que fuera indispensable, nunca pudo después describir con precisión el aspecto del extraño visitante. A Nicolás le pareció que era un anciano, pero ágil en todos sus movimientos; lo único que pudo ver con claridad fueron los ojos, que eran muy vivos y penetrantes.

—¿Quién sois?, preguntó sin tratar de disimular el malhumor que le embargaba al ver aplazados sus deseos.

—Un buhonero, respondió el desconocido.

Su voz era clara, no dejaba de ser armoniosa y en ella se traslucía algo de socarronería.

—Nada necesito, contestó secamente Nicolás. Cierre usted la puerta y tenga cuidado con el escalón.

Pero en lugar de hacerlo así, el forastero cogió una silla y se acercó más; permaneciendo á la sombra

Púsose en pie Juan con el rostro encendido de cólera

miró con fijeza el rostro de Nicolás Snyders y soltó una carcajada.

—¿Estás seguro, Nicolás? ¿Estás completamente seguro de que nada necesitas?

—Nada quiero, gruñó Snyders, sino verte las espaldas.

El forastero se inclinó, y con una mano larga y flaca le tocó familiarmente la rodilla.

—¿No quisieras tener alma, Nicolás Snyders?, le preguntó. Piénsalo bien, siguió diciendo aquel extraño buhonero antes de que Nicolas pudiera contestar. Durante cincuenta años te has deleitado en ser cruel y mezquino. ¿No estás de ello ya cansado, Nicolás Snyders? ¿No te agradaría cambiar? Reflexiónalo; piensa en la alegría de verse amado, de oir bendiciones en vez de denuestos. ¿No te parece que ese cambio te había de agradar? Si luego no te gusta, puedes volver á ser el de antes.

Lo que nunca pudo Nicolás Snyders comprender cuando más tarde recordaba los pormenores de aquella conferencia, fué cómo escuchó con paciencia la conversación del forastero, porque en aquellos momentos le pareció la charla de un loco vagabundo. Pero algo había en él que le obligó á escucharle.

—Aquí traigo lo necesario, continuó diciendo el extraño buhonero, y por lo que respecta al precio..., é hizo un gesto como desdeñando toda idea de lucro. Busco mi recompensa en el placer de observar los resultados de mi experimento. Tengo algo de filósofo y tomo gran interés en estas cosas. Mira.

Y diciendo esto el forastero metió la mano dentro del saco, que había colocado entre las piernas, y sacó un frasco de plata primorosamente labrada y lo colocó sobre la mesa.

El sabor no es desagradable, dijo; un poco amargo, pero no hay necesidad de beber una gran cantidad; basta con una copita llena, como la que uno se bebería de un tokay añejo, teniendo los dos que beben el pensamiento fijo en este mismo deseo: «Que mi alma pase á su cuerpo; que la suya venga al mío.» La operación es muy sencilla; el secreto está en el licor.

El desconocido comenzó á pasar la mano por el frasco, como si fuera el lomo de un perrito faldero.

—Tú dirás, añadió, ¿quién va á querer cambiar su alma por la de Nicolás Snyders?

Parecía que el desconocido traía preparada contestación para todas las objeciones.

—Amigo mío, eres rico, no tengas cuidado. El alma es, de todo lo que tienen, lo que menos aprecian los hombres. Elige la que te convenga y cierra el trato. Eso lo dejo á tu voluntad; pero antes te daré un consejo solamente: encontrarás á los jóvenes más dispuestos á cambiarla que los viejos, pues a aquéllos el mundo les proporciona todo lo que desean por dinero. Elige para ti, Nicolas Snyders, un alma joven, delicada, fresca y bella, y elígela pronto. Ya, amigo mío, tienes muchas canas. Prueba antes de morir los goces de la vida.

El extraño buhonero se puso en pie, se echó á reir y cerró la maleta. Nicolás Snyders ni habló ni se movió hasta que recobró el sentido al oir el ruido amortiguado de la maciza puerta al cerrarse. Entonces, cogiendo el frasco que el desconocido había dejado, de un salto se puso en pie con intención de arrojarlo á la calle. Pero el reflejo del fuego del hogar en su bruñida superficie detuvo su mano.

—Después de todo, esto tiene su valor, murmuró riéndose Nicolás.

Y colocando el frasco á un lado, encendió dos altos cirios y volvió á ensimismarse en la lectura de su libro de cuentas encuadernado en tafilete verde. Pero de vez en cuando los ojos de Snyders buscaban el frasco de plata, medio escondido entre montones de papeles cubiertos de polvo.

Poco después volvieron á llamar á la puerta y esta vez fué Juan en persona el que entró.

Alargó éste su ancha mano por encima de la mesa, llena de libros y papeles.

—Nos despedimos la última vez incomodados uno con otro, Nicolás Snyders. La culpa fué mía, usted tenía razón, y ahora le ruego que me perdone. Era pobre; era un egoísmo de mi parte querer que esa joven compartiera mi pobreza; pero ya no lo soy.

—Siéntate, respondió cariñosamente Nicolás; ya lo he sabido. Conque ahora eres patrón y dueño de un barco, que es tuyo enteramente.

—Mío cuando haya hecho otro viaje, dijo Juan. Así me lo ha prometido el burgomaestre Allart.

—No se cumple todo lo que se promete, dijo Nicolás. El burgomaestre Allart no es rico; si le ofreciesen mas tal vez caería en la tentación. Otro pudiera adelantársete y sería dueño del barco.

—¡Bah!, repuso Juan echándose á reir; esto lo haría un enemigo, y á Dios gracias no creo tener ninguno.

—Dichoso mozo, dijo Nicolás; pocos dejamos de tenerlos. Y tus padres, Juan, ¿vivirán en tu compañía?

—Así lo deseamos, respondió Juan, así Cristina como yo; pero mi madre está delicada y el viejo molino le tira mucho.

—Lo comprendo, dijo Nicolás. La parra vieja, cuando la separan del muro, se marchita. ¿Y tu padre, Juan? Las gentes murmuran. ¿El molino produce?

Juan hizo que no con la cabeza y dijo:

—Ni producirá tampoco; además las deudas le agobian; pero yo le digo que todo eso se remediará con el tiempo. Sus acreedores han convenido en entenderse conmigo y aguardar.

—¿Todos?, preguntó Nicolás

—Todos los que yo conozco, dijo riéndose Juan.

Nicolás Snyders echó hacia atrás la silla y en su arrugado semblante se dibujó una sonrisa.

—¿De modo que entre tú y Cristina lo teneis ya todo arreglado?

—Con el consentimiento de usted, respondió Juan.

—¿Y tú lo esperas?, preguntó Nicolás.

—Mucho nos alegraríamos de tenerlo.

Juan se sonrió, pero sus palabras no sonaron agradablemente en los oídos de Nicolás Snyders; á éste le gustaba pegar al perro que ladra y enseña los dientes.

—Mejor será que no le aguardes, dijo Snyders; tal vez tendrías que esperar mucho.

Púsose en pie Juan con el rostro encendido de cólera

—De manera, dijo, que nada le hace variar; pues haga usted lo que quiera.

—¿Te casarás con ella contra mi voluntad?

—A pesar de usted y de los diablos, sus amigos, y de Satanás, su amo, dijo con vehemencia, porque tenía un alma valiente, generosa y tierna, pero era de carácter muy poco sufrido, que hasta los más buenos tienen sus defectos.

—Mucho lo siento, dijo el viejo Nicolás.

—Mucho me alegra oirlo, respondió Juan.

—Lo siento por tu madre, añadió Snyders. Mucho me temo que la pobre mujer, á sus años, se vaya á encontrar sin hogar. El préstamo en garantía del cual hipotecó su casa, habrá de ser satisfecho el día de tu boda, Juan. Lo siento también por tu padre; te has olvidado de uno de sus acreedores. Mucho lo siento por él, que siempre le ha tenido gran miedo á la cárcel. Además, lo siento por ti, joven amigo mío, que habrás de volver á comenzar á buscarte la vida. Al burgomaestre Allart lo tengo cogido y no hay más que decir una palabra y tu barco es mío. Mucho me alegraré, mi joven amigo, que te vaya bien con la novia; mucho es necesario que la quieras, porque muy cara te va á costar.

La sonrisa burlona de Nicolás Snyders hizo perder el juicio á Juan. Buscó algo que, arrojado certeramente á aquella malvada boca, la hiciera callar, y por casualidad llevó la mano al frasco de plata del buhonero, en el mismo momento en que se posaba también sobre él la de Nicolás Snyders, que ya no se sonreía burlonamente.


Con gran asombro suyo vió á Cristina sentada junto al hogar

—Siéntate, dijo con imperio Nicolás. Tenemos que hablar.

Había algo en su voz que hizo al joven obedecer.


Nicolás daba largos paseos por el campo

—Tú te admirarás, Juan, de que yo ande siempre levantando contra mí la cólera y el odio; yo mismo también me admiro á veces. ¿Por qué nunca se me ocurren á mí ideas generosas como á los demás? Escucha, Juan, estoy ahora en un estado de ánimo especial; esto no puede continuar así y tengo el capricho de que cese. Véndeme tu alma, Juan; véndemela para que pueda yo también saber lo que es ese amor y esa alegría de que tanto oigo hablar; será por poco tiempo, Juan, por muy poco tiempo, y te daré cuanto quieras.

El viejo cogió la pluma y comenzó á escribir diciendo:

—Mira, Juan, el barco es tuyo, salvo una desgracia; queda cancelada la hipoteca del molino, tu padre puede ya volver á levantar la cabeza. Todo lo que te pido es que bebamos juntos y que mientras bebas desees que tu alma te deje y venga á ser la del viejo Nicolás Snyders; por poco tiempo, Juan, por muy poco tiempo.

Con mano febril el anciano quitó el tapón del frasco del buhonero y vertió el licor en dos copas gemelas. Juan quería echarlo á broma; el ardor que el viejo demostraba rayaba en frenesí. Seguramente estaba loco, pensaba Juan; mas no por eso dejaría de ser válido el documento que había firmado. Un hombre honrado no juega el alma; pero en la penumbra Juan entreveía el rostro de Cristina.

—¿Harás lo dicho?, murmuró Nicolás Snyders.

—Quiero que mi alma salga de mi cuerpo y entre en el de Nicolás Snyders, respondió Juan volviendo á colocar sobre la mesa la copa vacía, y los dos se miraron uno á otro durante un momento.

Los altos cirios, que estaban sobre la revuelta mesa de escritorio, arrojaron una llamarada y se apagaron, como si los hubieran soplado uno primero y otro después.

En la obscuridad se oyó la voz de Juan que decía:

—Me voy á casa. ¿Por qué apagó usted las velas?

—Podemos encenderlas otra vez con la lumbre del hogar, respondió Nicolás, el cual no quiso confesar que había estado á punto de hacer la misma pregunta á Juan.

Y cogiendo los cirios, uno primero y otro después los acercó á los encendidos tizones y la obscuridad desapareció.

—¿No quieres ver á Cristina?, preguntó Nicolás.

—No, esta noche no, respondió Juan.

—¿Tienes el documento que firmé?

—Lo había olvidado.

El anciano lo tomó de sobre la mesa y se lo dió á Juan, que se lo metió en el bolsillo y salió. Nicolás pasó los cerrojos á la puerta, volvió á su bufete y se sentó, apoyando el codo en el libro de cuentas, que permanecía abierto.

Púsolo luego á un lado y se echó á reir.

—¡Qué locuras! ¡Cómo ha de ser posible semejante cosa! Ese hombre debe haberme dado algún hechizo.

Acercóse Nicolás á la lumbre y se calentó las manos al amor de las llamas.

—Sin embargo, me alegro de que se case con la muchacha. Excelente mozo, excelente mozo, murmuró.

Debióse quedar dormido ante el fuego Nicolás. Cuando abrió los ojos clareaba el alba. Sentía frío estaba rígido, hambriento é indudablemente de malhumor. ¿Por qué no le había despertado Cristina y servídole la cena? ¿Creía ella que pensaba pasar la noche en un sillón de madera? Esa

muchacha era una imbécil. Subiría y le diría á través de la puerta cerrada lo que se merecía.

Para subir al primer piso había de pasar por la cocina. Con gran asombro suyo vió á Cristina sentada y dormida junto al apagado hogar.

—A fe mía, murmuró entre dientes, que la gente de esta casa parece que no sabe lo que son camas.

Pero aquella no era Cristina, se decía Nicolás. Cristina parecía siempre un conejo asustado, cosa que mucho le enojaba, y ahora, hasta dormida, tenía una expresión picaresca y atractiva que era una delicia. Además era bonita, bonita hasta lo increíble; en verdad, en su vida había visto antes Nicolás una muchacha tan hermosa. ¿Por qué, cuando Nicolás era joven, eran las mujeres tan diferentes? Una repentina amargura sintió Nicolás, como si se diera cuenta de que desde hacía mucho tiempo le habían robado algo sin que él lo advirtiera.

La joven debía estar fría. Nicolás trajo su capa forrada de pieles y la abrigó con ella.

Había además otra cosa que debía hacer. Esta idea se le ocurrió mientras le tapaba los hombros con la capa, empleando muchas precauciones para no despertarla; debía hacer algo, pero no sabía lo que era á punto fijo. Los labios de la joven estaban entreabiertos. Parecía que le hablaba, que le decía que lo hiciera ó que no lo hiciera; Nicolás no estaba seguro de qué era lo que decía. Media docena de veces se apartó y otras tantas volvió adonde ella seguía durmiendo con aquella expresión picaresca en el semblante y los labios entreabiertos. Pero no adivinaba qué era lo que ella quería, ni lo que él quería tampoco.

Tal vez Cristina lo sabría; tal vez sabría quién era aquella joven y cómo había venido hasta allí. Nicolás subió la escalera, incomodado porque sus pasos la hacían crujir.

La puerta de la habitación de Cristina estaba abierta; nadie había en ella, la cama estaba intacta. Nicolás volvió á bajar las crujientes escaleras.

La joven seguía dormida. ¿Sería tal vez la misma Cristina? Nicolás examinó una por una las hermosas facciones; no creía haberla visto antes, por más que evocaba sus recuerdos; sin embargo, llevaba en el cuello, detalle en el que al pronto no se había fijado, el medallón de Cristina, que subía y bajaba al compás de su respiración. Nicolás lo conocía perfectamente; era la única cosa, de las que pertenecieron á su madre, que Cristina se había obstinado en conservar, la única que guardó contra la voluntad de Nicolás; por nada se hubiera deshecho de aquella alhaja. Tenía, pues, que ser la misma Cristina. ¿Pero qué le había pasado á la joven, ó qué le había pasado á él?

Volvióle la memoria. Acordóse del anciano buhonero, de la entrevista con Juan. ¿Pero no había sido todo aquello un sueño? Sin embargo, sobre la mesa cubierta de papeles, estaba el frasco de plata del vendedor ambulante, junto á las dos copas gemelas.

Trató Nicolás de reflexionar, pero el cerebro le daba vueltas. Un rayo de sol que entraba por la ventana iluminó la polvorienta habitación. Parecíale á Nicolás que nunca había visto el sol; involuntariamente alzó hacia él las manos y sintió un estremecimiento doloroso cuando una nube lo ocultó, dejando sólo una luz mortecina. Descorrió los enmohecidos cerrojos y abrió de par en par la puerta de la calle. Ante él se presentó un mundo desconocido, nuevo, lleno de luz y sombras, que le atraía con su belleza, que le llamaba con voces dulces y halagadoras. Otra vez volvió á sentirse como si hasta entonces le hubieran defraudado.

—¡Cuán feliz hubiera podido ser durante todos estos años pasados, se decía. Esta es la pequeña ciudad que tanto me hubiera gustado, tan aseada y tranquila; toda ella me hubiera parecido mi propia casa; hubiera tenido amigos, antiguos camaradas, tal vez hasta hijos.

Ante su vista cruzó, como una visión, la imagen de Cristina dormida. Había venido á su casa siendo una niña todavía, llena de gratitud hacia él. Si hubiera tenido ojos para verla tal cual era, ¡cuán diferente hubiese sido todo!



Desde la popa del barco de Juan contemplaban los dos el vetusto Zaudam

¿Sería ya demasiado tarde? No era tan viejo, no, no era tan viejo; sentía en sus venas una vida nueva. Ella amaba todavía á Juan, pero era al Juan de la víspera; en lo sucesivo, todas las palabras y acciones del joven serían dictadas por el alma malévola que antes había sido la de Nicolás Snyders y de la que tanto éste se acordaba. ¿Podría ninguna mujer amar á Juan, por más que el cuerpo fuera tan hermoso como se quisiera?

¿Debía él, que era honrado, conservar un alma que había ganado á Juan por medio de lo que pudiera calificarse de una trampa? Sí, fué un contrato legal; Juan había cobrado el precio convenido. Además, Juan no se había dado un alma á su gusto; eso no depende de la voluntad. ¿Por qué á unos se les da oro y á otros guijarros?

Tanto derecho tenía él al alma de Juan, como Juan mismo; él era más juicioso y podría hacer con ella mayores beneficios. El alma de Juan era la que amaba á Cristina; pues él vería ahora si con ella misma la conquistaba. Y al alma de Juan, escuchando estas razones, no se le ocurrían otras que oponerlas.

Continuaba dormida la joven cuando Nicolás volvió á la cocina. Encendió el fuego, preparó el desayuno y despertó suavemente á la muchacha. No había duda, era Cristina. En el momento que sus ojos se fijaron en el viejo Nicolás, éste vió en ellos la mirada de conejo espantado que tanto le había incomodado siempre.

También ahora le molestó, pero el enfado fué consigo mismo.

—Dormía usted tan profundamente cuando entré anoche..., comenzó á decir Cristina.

—Que tuviste miedo de despertarme, dijo Nicolás interrumpiéndola; te figuraste que el viejo tacaño se enfadaría. Escucha, Cristina; ayer pagaste la última de las deudas de tu padre; era á un antiguo marinero á quien no había podido encontrar antes. Ya no debes ni un céntimo y todavía te quedan de tus salarios cien florines; cuando los quieras no tienes más que pedírmelos.

Cristina no acertaba á comprender lo que le decía; ni entonces, ni en los días siguientes tampoco, Nicolás no le dió más explicaciones. Porque el alma de Juan había entrado en el cuerpo de un anciano muy prudente, que sabía que el mejor modo de resarcirse del pasado era disfrutar del presente. De lo que estaba Cristina segura era de que el viejo Nicolás Snyders había desaparecido de misteriosa manera, de que en su lugar había otro Nicolás, que la miraba con ojos cariñosos, franco y honrado y que inspiraba confianza. Aunque Nicolás nunca lo dijo, á Cristina se le figuró que ella misma había sido, con su buena conducta, con su influencia regeneradora, la que había operado aquel asombroso cambio. Esta explicación no le parecía inverosímil y hasta la halagaba.

Nicolás no podía soportar la vista de su revuelta mesa de escribir; salía por la mañana muy temprano y permanecía ausente todo el día, volviendo al caer la tarde, cansado, pero contento, trayendo flores á Cristina, que de ellas se burlaba llamándolas hierbas. ¿Pero de qué sirve el nombre? A Nicolás le parecían hermosas. En Zaudam los niños huían antes de él, los perros le ladraban. Por eso ahora Nicolás, yendo por calles extraviadas, se salía al campo y se iba muy lejos. Los muchachos de las cercanas aldeas llegaron á conocer familiarmente á un anciano bondadoso que se complacía en contemplar largo rato, apoyando ambas manos en su bastón, sus juegos y en escuchar sus risas, y que siempre traía los amplios bolsillos llenos de golosinas. Las personas mayores que con él se cruzaban, se decían en voz baja unas á otras lo mucho que sus facciones se parecían á las del malvado viejo Nicolás, el avaro de Zaudam, y se preguntaban de dónde habría venido. No fueron únicamente las caritas de los niños las que le enseñaron á sonreír. Al principio le llamaba mucho la atención lo lleno que estaba el mundo de muchachas de peregrina hermosura y también de matronas guapas, todas más ó menos dignas de ser amadas; esto le asombraba mucho. Hasta que al fin se convenció de que, á pesar de todo, Cristina continuaba siendo siempre la que le parecía más encantadora y más apetitosa que todas las demás. Todas las caras bonitas que veía le regocijaban, porque le recordaban la de Cristina.

A su vuelta á casa, el segundo día, halló á Cristina con los ojos tristes; el labrador Beerstraater, antiguo amigo de su padre, había estado á ver á Nicolás, y no habiéndolo encontrado, había charlado un poco con Cristina. Un acreedor, de empedernido corazón, quería despojarle de su casa de labranza. Cristina fingió ignorar que el acreedor era el mismo Nicolás, y maravillóse de que pudieran existir hombres tan malos. Nada dijo Snyders; pero al día siguiente volvió el labrador Beerstraater sonriente, agradecido y sumamente maravillado.

—Pero ¿qué le habrá pasado á mi acreedor para volverse tan bondadoso?, repetía una y otra vez.

Cristina se sonrió y contestó que quizá Dios le habría tocado en el corazón; pero entre sí pensaba que era la influencia de cierta persona. Habiéndose extendido la noticia del suceso, Cristina se vió asedia-

da, y al convencerse de que su intervención iba siempre coronada de buen éxito, cada día se hallaba más satisfecha de sí misma, y por lo tanto, cada vez más de Nicolás Snyders.

El alma de Juan, que en él estaba, se complacía en deshacer todo el mal causado por la suya propia. Pero el juicio, que todavía conservaba, le decía en voz baja:

«Deja que la muchacha crea que todo esto es obra suya.»

La señora Toelast, á cuyos oídos habían llegado estas noticias, hallabase aquella misma noche sentada junto al fuego y frente á Nicolás Snyders, que fumaba y parecía contrariado.

—Está usted cometiendo muchas tonterías, Nicolás Snyders, le decía; todo el mundo se ríe de usted.

—Más quiero que de mí se rían, que no que me echen maldiciones, gruñó Nicolás.

—¿Se ha olvidado usted de todo lo que entre nosotros ha pasado?, preguntó la señora.

—¡Ojalá pudiera!, contestó con un largo suspiro Nicolás.

—¡A la edad de usted!, principió á decir ella.

—Me encuentro más joven que nunca, dijo Nicolás interrumpiéndola.

—Pues no lo parece usted, respondió la señora.

—¿Qué importan las apariencias?, contestó con viveza Nicolás; el alma es lo que constituye al hombre.

—Sin embargo, hay que tenerlas en cuenta si hemos de vivir en este mundo. Vaya, si yo quisiera seguir su ejemplo y ponerme en ridículo, no faltarían jóvenes guapos y finos...

—No seré yo para ello un obstáculo, dijo apresuradamente Nicolás. Según usted dice, soy viejo y tengo mal genio; otros muchos habrá mejores que yo y más dignos de usted.

—No digo lo contrario, pero nadie más á propósito que usted. Las muchachas para los jóvenes y las viejas para los viejos, así se lo he dicho ya. Si usted ha perdido el seso, Nicolás Snyders, yo no. Cuando vuelva usted á ser el que era...

Nicolás Snyders de un salto se puso en pie.

—Yo soy el mismo de siempre, exclamó, y así pienso seguir siendo. ¿Quién se atreve á decir que yo no soy yo?

—Yo, contestó la señora con una tranquilidad que le exasperó. Nicolás Snyders no es el mismo de antes; cuando así se lo manda una muñeca de linda cara, arroja el dinero á puñados por la ventana Está hechizado y por él lo siento. La chica le volverá loco por favorecer á sus amigos, y cuando ya no le quede á usted un céntimo, entonces se reirá de usted. Si vuelve usted á ser el que era, Nicolás Snyders, se pondrá usted furioso consigo mismo. Acuérdese de lo que le digo.

La señora Toelast se marchó y cerró tras sí la puerta dando un fuerte golpe.

«Las muchachas para los jóvenes, las viejas para los viejos;» esta frase siguió sonando en los oídos de Nicolás.

Hasta ese momento, la recién hallada felicidad había llenado por completo su existencia, sin darle tiempo para pensar; pero las palabras de la vieja le hicieron entrar en reflexión.

¿Se estaba Cristina burlando de él? Eso le parecía imposible. Nunca había ella pedido nada para sí, nada para Juan. Ese mal pensamiento era hijo únicamente del alma mala de la señora Toelast. Cristina le amaba; el rostro se le alegraba cuando él entraba en casa; le había perdido todo temor, y en vez de temerle le dominaba.

Pero ¿era este el amor que él con tanta ansia ambicionaba? El alma de Juan, en el cuerpo viejo de Nicolás, seguía siendo joven y ardiente. Amaba á Cristina, no como hija, sino como esposa. ¿Podría conquistarla, á pesar del decrépito cuerpo de Nicolás?

El alma de Juan era impaciente. Más valía saber á ciencia cierta que dudar.

—No enciendas las velas; hablemos un poco á la luz de la lumbre, dijo Nicolás.

Cristina, sonriéndose, acercó una silla al hogar y el viejo se quedó sentado en la sombra.

—Cada día, Cristina, estás más hermosa, dijo Nicolás, y será verdaderamente feliz el que pueda llamarte su mujer.

—Nunca me casaré, respondió la joven dejando de sonreirse.

—Nunca es mucho decir, niña.

—La mujer honrada no se casa con el hombre á quien no quiere, respondió ella.

—¿Pero no podrá casarse con el que ame?, dijo Nicolás sonriéndose.

—A veces no, dijo Cristina.

—¿Cuándo sucede eso?

—Cuando él ha dejado de quererla, contestó Cristina volviendo el rostro.

El alma que se albergaba en el cuerpo de Nicolás dió un salto de alegría.

—No te merece, Cristina. Su repentina fortuna le ha trastornado. ¿No es verdad? Sólo piensa en el dinero. Parece como si hubiera entrado en él el alma de un avaro. Sería capaz de casarse hasta con la señora Toelast, por amor á sus talegas, á sus extensas tierras y muchos molinos, si ella quisiera. ¿No podrías olvidarle?

—Nunca le olvidaré. Jamás querré á otro hombre. Trato de ocultar mi amor, y muchas veces me alegro viendo cuánto bien se puede hacer en este mundo; pero el corazón se me parte, añadió poniéndose en pie, arrodillándose junto á él y echándole los brazos al cuello. Me alegro de que me permita usted que se lo diga: si no hubiera sido por usted, en verdad que no hubiera podido soportarlo. ¡Es usted tan bueno para mí!

Por toda respuesta, él acarició con su arrugada mano los dorados cabellos que caían en desorden sobre sus angulosas rodillas. Alzó Cristina la vista; sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no obstante se sonreía.

—No lo entiendo, dijo Cristina. A veces me parece que usted y él deben de haber cambiado las almas. Juan es ahora duro, mezquino y cruel, como solía usted ser; en cambio, es usted bueno, cariñoso y noble, como era él. Es como si Dios me hubiera quitado á mi amante para en cambio darme un padre.

—Escúchame, Cristina, dijo el viejo. El alma es lo que hace al hombre, no el cuerpo. ¿No podrías tú amarme por la nueva alma que tengo?

—Pero si yo le quiero, respondió Cristina llorosa y sonriente.

—¿Como á un marido?

La luz de las llamas iluminaba su cara. Nicolás, sosteniéndola con sus arrugadas manos, la miró largo tiempo atentamente, y leyendo lo que en ella leyó, la estrechó contra su pecho y con su mano enflaquecida acarició aquella cabeza.

—Era una broma, hija mía, dijo. Las muchachas para los jóvenes, las viejas para los viejos. ¿De modo que, á pesar de todo lo sucedido, todavía quieres á Juan?

—Le amo, respondió Cristina; no puedo remediarlo.

—Y si él quisiera, ¿te casarías con él, fuera la que fuera su alma?

—Le amo, no puedo remediarlo, volvió á decir la joven.

El viejo Nicolás se quedó solo, sentado junto á la lumbre, que se apagaba. ¿Es el cuerpo ó es el alma lo que hace al hombre?

La contestación no era tan sencilla como antes le había parecido.

Cristina amaba á Juan, murmuraba entre dientes Nicolás junto á la expirante lumbre, cuando tenía su alma propia. Le ama todavía, á pesar de que ahora tiene la de Nicolás Snyders. Cuando le pregunté si llegaría á quererme, lo que vi en sus ojos fué el terror; me había adivinado. ¿Es, pues, el cuerpo lo que hace al verdadero Juan, al verdadero Nicolás? Si el alma de Cristina entrara en el cuerpo de la señora Toelast, ¿me alejaría yo de aquélla, de sus dorados cabellos, de sus ojos insondables, de sus incitantes labios, para desear los arrugados encantos de la otra? No, solamente de pensarlo me estremezco. Sin embargo, cuando tenía el alma de Nicolás Snyders, no me repugnaba y Cristina no era nadie para mí. Necesario es que sea con el alma con lo que amemos; de lo contrario, Juan querría todavía á Cristina y yo sería aún Nicolás el avaro. A pesar de eso, aquí estoy yo amando á Cristina, empleando el cerebro y el oro de Nicolás Snyders en contrariar todos los planes del propio Nicolás Snyders, haciendo todo aquello que sé que ha de volverle loco cuando torne su alma á su anterior cuerpo; entre tanto, Juan no se ocupa ya de Cristina y se casaría con gusto con la señora Toelast por sus riquezas. Claro está, pues, que es el alma la que hace el hombre. ¿No debiera, por lo tanto, estar yo contento pensando en que voy á volver á mi propio cuerpo, sabiendo que me casaré con Cristina? Pero no lo estoy, soy muy desgraciado. Comprendo que no seguiré con el alma de Juan, que recobraré mi alma propia, que seré de nuevo el viejo empedernido, cruel y mezquino que antes era, con la diferencia de que ahora estaré pobre y desvalido. Las gentes se reirán de mí y tendré que contentarme con maldecirlas, pues careceré de medios de hacer les daño. Hasta la señora Toelast no querrá saber de mí cuando se entere de todo. Y sin embargo, así tengo que obrar. Mientras tenga en mí el alma de Juan, amaré á Cristina más que á mí mismo. He de hacerlo aunque no sea por otra cosa que por amor á ella; la amo, no puedo remediarlo.

Púsose en pie el viejo Nicolás y sacó del lugar donde un mes antes lo había escondido el frasco de plata primorosamente labrado.

—Queda aún para llenar dos vasos, murmuró Nicolás agitando el frasco junto al oído con precaución.

Y poniéndoselo delante sobre la mesa de escritorio, volvió una vez más á abrir el viejo libro de cuentas forrado de verde, porque aún tenía que trabajar en él.

Muy temprano despertó á Cristina y le dijo:

—Toma estas cartas. Cuando las hayas entregado, antes no, ve á buscar á Juan y dile que aquí le espero para tratar de un asunto de importancia.

La besó tiernamente y pareció que la dejaba partir con pesar.

—Tardaré poco, dijo Cristina sonriéndose.

—Las despedidas siempre son cortas, respondió él.

El viejo Nicolás había previsto las desazones que iba á tener.

Juan estaba satisfecho y no tenía ganas de volver á ser el joven tonto y sentimental de antes, que deseaba unirse con una mujer sin un real. Juan tenía ya otras ilusiones.

. . . .

—Bebe, hombre, bebe, exclamó con impaciencia Nicolás, antes de que caiga en la tentación de cambiar de modo de pensar. Cristina, si quieres casarte con ella, será la novia más rica de todo Zaudam; ahí está la escritura; léela, y léela pronto.

Juan consintió y los dos bebieron. Y entre ellos, al igual que la otra vez, pasó como un soplo, y Juan, durante unos momentos, se tapó los ojos con las manos.

Quizás fué lástima que así lo hiciera, porque en aquellos mismos momentos Nicolás se apoderó de la escritura, que estaba junto á Juan sobre la mesa. Un momento después aquel documento ardía en la lumbre.

—No estoy tan pobre como creías, dijo Nicolás á modo de graznido. Otra vez puedo levantarme.

Y aquel bicho se reía con una risa horrible, bailando con los flacos brazos en alto ante el fuego, para que Juan no pudiera sacar de él la carta dotal de Cristina antes de que las llamas la convirtieran en cenizas.

Juan no le dijo nada á Cristina. A pesar de todos sus ruegos, ella se empeñó en volver á casa de Nicolás; pero éste la rechazó maldiciéndola. La pobre no comprendía lo que pasaba; lo único que veía claro era que Juan volvía á ser suyo.

—Fué una locura extraña la que de mí se apoderó, decía éste. Vámonos para que las sanas brisas del mar nos devuelvan la salud.

Desde la popa del barco de Juan contemplaban los dos la vetusta ciudad de Zaudam hasta que se perdió de vista.

Cristina lloró un poco al pensar que nunca más lo volvería á ver; pero Juan la consoló, y nuevas impresiones borraron las antiguas.

El viejo Nicolás se casó con la señora Toelast, pero afortunadamente vivió pocos años.

Mucho después, Juan le contó á Cristina toda la historia; pero parecía tan poco verisímil, que Cristina, aunque, por supuesto, no lo dijo, la puso en duda, pensando que Juan trataba de ese modo de explicar aquel mes en que fué su conducta tan extraña y en que pretendió la mano de la señora Toelast. Sin embargo, era muy raro que Nicolás, en aquel mismo mes, que tan pronto pasó, fuera tan distinto de lo que solía ser.

«Tal vez—pensaba Cristina—si yo no le hubiera dicho que amaba á Juan, él no hubiera vuelto á sus antiguas mañas. ¡Pobre señor! No me queda duda de que así lo hizo porque perdió la esperanza de que yo le amara.»

(Ilustraciones de Ruven Hill.)

LA EX EMPERATRIZ EUGENIA

Ha circulado recientemente y con mucha insistencia la noticia de hallarse gravemente enferma la ex emperatriz Eugenia; esta circunstancia da en cierto modo carácter de actualidad al adjunto grabado, reproducción de la última fotografía tomada de la augusta dama, y presta, si cabe, mayor interés á la obra que, como en otro lugar de este número anunciamos, repartiremos dentro de pocos días a los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL.

De la introducción que lleva el libro copiamos los siguientes párrafos, que sintetizan la existencia de la que después de haber ocupado el solio imperial de Francia y gozado de todos los esplendores y de todas las grandezas, ha visto su alma torturada por los más grandes dolores.

«La vida de esta soberana es de las que hacen creer en el fatalismo, pues casi no hay etapa en que la desgracia no la persiga. Aun en medio de sus grandezas, se ve condenada por el destino á crueles sufrimientos. Doncella, ve al hombre amado tomar por esposa á su hermana rival. Casada, halla en las infidelidades de su augusto esposo la continuación de las decepciones y amarguras que precedieron al fin trágico de sus doradas ilusiones. Madre, ve destruída su más legítima ambición, muerta su última esperanza.

»Historiadores y libelistas han referido de diverso modo los episodios dramáticos y las intrigas en que se halla envuelta la vida de la emperatriz Eugenia. En el curso de esta obra, creemos dilucidar el secreto del drama político y pasional que tuvo por desenlace la huída de la soberana á Hastings y el destierro del emperador á Wilhemshohe. Si para ello ha sido preciso invadir los dominios de la vida privada de la emperatriz, se ha hecho con la discreción que las circunstancias exigían, máxime tratandose de una augusta señora que aún vive y cuyos infortunios han superado á sus antiguos esplendores.

»Si no mienten las crónicas, hubo quien, en plena ilusión, le presagió crueles desengaños. Cuentan que, antes de subir al trono, la joven condesa de Teba visitó en Nohan á la famosa autora del *Marqués de Villemer*. La señorita de Montijo contaba ya entre sus adoradores al príncipe Luis Bonaparte. Éste, que fué siempre pertinaz y constante en sus empresas, incluso las amorosas, se convertía en esclavo de las mujeres que le resistían. Tal se mostró en grado superlativo con la altiva española.

. . . .

»Su destino le ha hecho expiar muy cruelmente su prurito de grandezas. Después de hacerle perder el trono; después de sumirla en las tristezas de la viudez, le arrebató al hijo que la había hecho verdaderamente mujer despertando en ella el más sagrado de los amores, el amor de madre.

»Esta obra alcanza hasta los actuales días de la anciana emperatriz que, después de haberlo perdido todo en el mundo, sigue siendo, como antes hemos dicho, augusta en la desolación, soberana en la majestad del infortunio.»



La ex emperatriz Eugenia en su castillo de «Farnborough Hill» (Inglaterra)
Fotografía tomada recientemente y comunicada por Carlos Delius





COLONIA

MONUMENTO SEPULCRAL Á JUAN FASTENRATH

Recientemente se ha inaugurado en el cementerio central de Colonia el monumento sepulcral en donde han de reposar los restos del que fué escritor ilustre, inspirado poeta, amante esposo y cumplido caballero Juan Fastenrath, aquel constante y entusiasta amigo de nuestro país, que dedicó á España, á ensalzarla y darla á conocer, el caudal de su sentimiento y de su inteligencia.

El instaurador de los Juegos Florales de Colonia, cuya institución pregona su gloria, descansa el sueño eterno en el monumento que le ha dedicado el cariño de la que fué su amantísima compañera, ejecutado por el insigne artista Juan Brandstetter, de Graz, de quien son obra los monumentos de la misma índole de los principales escritores y poetas austriacos.

El monumento, que es de mármol blanco, ostenta el busto parecidísimo de Fastenrath, dentro de un templete gótico; á un lado y á otro, sendos genios, primorosamente modelados, ofrecen al poeta ramos de rosas.

El acto de la colocación de los restos de nuestro amigo querido y colaborador de esta Revista fué verdaderamente conmovedor, concurriendo numeroso público, que cubrió de flores la tumba. Dedicaron sentido recuerdo á su memoria el Reverendo Radecke; el cónsul general de España D. Francisco de A. Caballero; el barón de Perfall, presidente de la Sociedad Literaria; el alcalde Sr. Lané, en nombre de Colonia; el notable escritor Otto Ernst, en nombre de los poetas alemanes, etc., etc., rindiendo todos el merecido homenaje á quien consagró su vida á honrar su patria y dar constantes pruebas de su amor á nuestro país. ¡Descanse en paz, con la gratitud y el afecto de todos los que pudieron apreciar sus virtudes y su inteligencia!



Colonia.—Monumento sepulcral erigido al ilustre poeta y notable hispanófilo Juan Fastenrath, obra de Juan Brandstetter

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

La revolución de julio en Barcelona, por *Modes o H. Vilaescusa.* – Interesante libro en que se relatan los hechos ocurridos durante la semana con razón llamada trágica, se señalan las causas originales y las inmediatas que los determinaron y se indican los remedios que procede aplicar para destruir las unas y evitar la reproducción de los otros. Un tomo de 176 páginas, editado en Barcelona por los herederos de Juan Gili; precio, una peseta.

Almanaque de Bailly-Bailliere ó Pequeña Enciclopedia de la Vida Práctica para 1910. Memorándum de la Cuenta diaria ó Libro de memorias para 1910. Agenda de Bufete para 1910. – La conocida casa editorial madrileña de Bailly-Bailliere é hijos ha puesto á la venta estas populares publicaciones, en cada una de las cuales se contienen datos de gran interés y utilidad para el público en general la primera, para el ama de casa la segunda y para los comerciantes, industriales y hombres de carrera la última. El precio es respectivamente de 1'50, 2'50 y de 1 á 4 pesetas.

Obras completas de *Juan Valera.* – Se ha publicado el volumen XXIII de esta importante colección, que comprende varios hermosos artículos de *Crítica literaria* escritos por el eximio literato en el período de 1864 á 1871. Un tomo de 260 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta alemana; precio, tres pesetas.

La ortografía racional, por *Karlos Kabezon.* – Un folleto de treinta páginas, impreso en Quillota (Chile), en que se copian las opiniones que sobre la ortografía han emitido multitud de gramáticos y literatos españoles, americanos, franceses é ingleses y que abonan la llamada ortografía racional.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVIII — Barcelona 20 de diciembre de 1909 — Núm. 1.460

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

RETRATOS DE LOS HIJOS DE Mr. E. D. BOIT, pintados por Juan S. Sargent

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la presente serie, que es

LA EMPERATRIZ EUGENIA

apuntes tomados de su vida íntima según las memorias, correspondencias, relaciones y documentos más autorizados, por J. B. Enseñat.

Edición ilustrada con reproducciones de cuadros, estampas y grabados de la época.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En una de estas crónicas, recientemente, hablé de Anatolio France, con motivo de haberse mezclado el famoso escritor francés en lo que ni le va, ni le viene, ni entiende, ni le importa (en realidad, y dada su condición de *ironista)* tres caracoles. Entonces agoté las fórmulas de la consideración y de la cortesía, porque así debe hacerse cuando nos dirigimos á alguien manifestándole opiniones que no engranan con las suyas, pero no queremos que el disentimiento se revista de un tinte de ataque y disputa impertinente. Y he aquí que lo deploro, porque si entonces sospechase yo que el autor de *La isla de los Pingüinos* iba á borrarse de una Sociedad científica porque esta Sociedad, á su requerimiento, no expulsa al rey Alfonso XIII..., vamos, no me tomo la molestia de ponerme guantes, ni de saludar al adversario. Quien incurre en tales extravagancias es irresponsable, pero la irresponsabilidad mental no da derecho sino á compasión; los respetos que al intelectual se tributan son de otra naturaleza.

Y lo peor es que aquí no podemos aplicar la teoría de Lombroso, sobre el estrecho consorcio del genio y la locura; porque yo, según decía entonces, jamás tuve por genio á Anatole France. Por desequilibrado tampoco, hasta la fecha. Y es probable que no lo sea, que esté en su juicio y que se trate de una *pose*, achaque tan francés; de un hacer del loco y del furioso, parecido al de don Quijote en la Sierra, cuando, por imitar á Amadís, se queda en paños menores y da zapatetas en el aire. Estos que parecen lunáticos, cuando no les ven, se acuestan temprano, porque no les haga daño la luna.

Siempre había yo deseado saber, si tal punto pudiese averiguarse, en qué lugar del planeta habían situado, primero Wolfrango de Eschenbach y luego Wágner, el castillo de Monsalvato, donde se alza el místico templo del santo Grial. Y juraría que era en España; y acudía á mi mente el nombre de Uclés, donde los Templarios españoles se defendieron tan bravamente; porque la leyenda del Grial está unida estrechamente á la historia de la destruída Orden. También, en un pueblecito de Portugal, Thomar, donde se conservan el convento y la iglesia de los caballeros de Cristo y existe el santuario redondo, de extrañísima oriental arquitectura, me pareció que resonaban los temas de Parsifal, sin que en todo ello existiese más que un relampagueo de la imaginación, empeñada en desgarrar las tinieblas del pasado.

Leo la historia del Santo Grial, y me admiro de los errores que el más consultado de los Diccionarios Enciclopédicos, el Larousse, comete al referirla. Como que confunde el Grial, vaso donde José de Arimatea recogió la sangre del divino costado, con el *Sacro Catino*, que no es copa, sino plato, y que nada contiene ni contuvo nunca, siendo la base de su celebridad el suponerse que había servido al Señor en la Santa Cena y el afirmarse que estaba tallado en una inmensa esmeralda. Ignoro si es cierto lo primero, pero lo segundo es falso, como suele suceder en todas estas leyendas de esmeraldas enormes, empezando por las célebres de Cortés. Que sirviese ó no en la Cena, es asunto al cual no quita ni pone el hecho, señalado por Larousse, de que el plato pertenezca á la antigüedad pagana. Claro es que á ella había de pertenecer, porque es la época en que Cristo vivió. Y esto no es aventurarse á defender la autenticidad del *Sacro Catino.*

Volviendo al Grial, su leyenda se enlaza con la personalidad fantástica de un rey Perilo que pudo ser Perion de Gaula, no menos imaginario, y evoca el nombre de aquel Cristián de Troyes, autor de *Perseval* ó el *Cuento del Grial,* que sacó de un libro anglonormando y que dió origen á tantas imitaciones y continuaciones. Poco á poco el Grial, símbolo sublime, empieza á atraer á la humanidad con el señuelo del misterio, del ideal caballeresco y religioso. Era el talismán por excelencia, pero lo era sólo para los puros, los que estuviesen en gracia y fuesen caballeros en todos sus actos y en el ilustre origen de su estirpe. Porque el Grial es aristocrático, y sus *templistas* no se reclutan sino entre los hazañosos y bien nacidos. Ni mancha de villanía, ni mancha tampoco de pecado: el apasionado Lanzarote no triunfa en la demanda del Grial, y su conquista está reservada á Perceval ó *Parsifal,* de conciencia clara como el diamante.

La idea del Grial se quintaesencia en Wolfrango de Eschenbach, el gran *minnesinger,* vencedor en el torneo de la Warburga. Su poema imprime á la antigua leyenda armoricana todo el sentido profundísimo, de amor y redención, de elevación de los escogidos por cima de la vil muchedumbre, entregada al instinto y á los apetitos, indigna, no ya de tocar, pero ni aun de ver el precioso vaso. Quien no sea cristiano, no lo ve; y para verlo bien, es necesario tener el alma transparente como el cristal, y además ennoblecida por el heroísmo. Por eso los caballeros, á quienes la contemplación del vaso presta eterna juventud, fuerza sobrenatural en los combates, tienen el deber de impedir que ojos profanos se posen en la reliquia, y velan con cuidado exquisito para que nadie se acerque. Este es el objeto de la orden de los Templistas, que defiende el castillo de Monsalvato.

Y Monsalvato..., ¿dónde se encuentra? He aquí que un distinguido hispanófilo, Havelock Ellis, emite la idea de que Monsalvato no es sino Monserrate.

Al noticiárnoslo—la nueva me parece interesante para Cataluña—Havelock Ellis hace notar, como indicio confirmatorio, que no lejos de Monserrate, en la catedral de Valencia, se conserva un cáliz, tallado en sardónica, que pertenece á la época del Imperio Romano, y se cree haber sido el cáliz de la Santa Cena.

Sobre este cáliz, he aquí lo que dice Teodoro Llorente, en su obra *Valencia:*

«Allá por los siglos XIII y XIV, había en el monasterio celebérrimo de San Juan de la Peña un precioso cáliz, que era, según la tradición, el de la Cena del Señor. Ansió poseer prenda tan venerable el piadoso rey D. Martín, y después de muchas instancias logró que se lo cedieran los monjes. Llevólo en 1339 á su palacio zaragozano de la Aljafería, y allí estuvo, hasta que habiendo guardado D. Alfonso V los restos de San Luis de Tolosa en el del Real de Valencia, parecióle bien reunir otras reliquias de la Corona, y mandó trasladar al mismo alcázar el Santo Cáliz y algunas más. Teniendo que partir de Valencia, depositólas en la sacristía de la catedral, y como depósito las conservó el cabildo hasta que el mismo monarca, desde Italia, le hizo donación de ellas.» Y añada Llorente: «Hasta aquí, lo histórico.» Lo tradicional es como sigue: el Santo Cáliz fué llevado á Roma, desde Jerusalén, por los discípulos; San Lorenzo, el mártir aragonés, amenazado de tener que entregar al César los tesoros de la Iglesia, lo envió á Huesca, su patria; los cristianos de Huesca lo ocultaron, para salvarlo de los árabes, en la cueva del famoso monasterio; lo demás, ya es sabido.

Ni la tradición ni la historia parecen inverosímiles; en cuanto al cáliz, que siento impulsos de llamar el Grial.., lo he tenido en las manos, lo he examinado despacio, y debo decir que me parece posterior á la época que se le atribuye; quizás del primer período bizantino. Es un suntuoso cáliz de cornalina, incrustado de perlas, rubíes claros y esmeraldas. El pie y las asas son de oro cincelado. Lo encuentro además sobrado espléndido para la humilde y sublime Cena.

Y la imaginación lo deplora, porque ¡qué hermoso sería poseer el Grial y Monsalvato, el Cáliz de la Cena y la montaña «en tierra desconocida,» donde Amfortas sufrió la herida sagrada que sólo se cura con la divina Sangre!

Habla Havelock Hellis. «Cuando verificamos nuestra ascensión más allá del santuario y de Monserrat, hasta la enorme breña por donde dicen que se rajó la montaña á la hora de la crucifixión, y pasamos por la fantástica hilera de riscos que han recibido el nombre de *custodios del Santo Grial,* hemos visto la relación que enlaza al Monserrat verdadero con el fantástico Monsalvat. Había que conformarse con que tan sublime símbolo haya sido llevado á un lugar invisible, y que el Santo Grial tenga su único inmortal santuario en la imaginación de los hombres.»

Si es cierto que las antiquísimas tradiciones referentes al Grial, á sus caballeros (acaso los Templarios, los que se ceñían los lomos con faja de blanco lino en señal de pureza), se han de buscar en España, y en Monserrate..., será una belleza añadida á tantas como ofrece al viajero algo romántico (y el que no sea romántico, ¿para qué viaja?) el país más fecundo en poesía, más sugestivo, de Europa.

Nuestros Templarios no aparecen infamados por el estigma que les lanzaron á la frente en otros países, en los cuales tampoco es seguro que la mereciesen. Continúan siendo un irritante enigma de la historia, algo que no se explicará nunca, y que ni aun motivo da para controversia, toda vez que no hay documentos en qué fundarla. Lo que resulta es que los reyes necesitaban dinero, y el modo de procurárselo, seguro y pronto, era una gran confiscación. Allí estaba el Temple y sus inmensas riquezas. No había Orden tan poderosa. Y así, el monedero falso, Felipe el Hermoso, se dió á infamar á la Orden, antes de asesinarla. En Francia era más fuerte que en parte alguna del mundo; un tercio del recinto de París le pertenecía; los Templarios tenían derecho de asilo, y en aquella Torre del Temple, que quién sabe si por una severa expiación histórica presenció el calvario de la realeza, era donde la Orden celebraba sus capítulos generales y expedía instrucciones á sus provincias, Castilla, Aragón, Portugal, Mallorca, Alemania, Italia, Irlanda é Inglaterra—dondequiera que flotase el blanco manto con la roja cruz.—La fuerza de aquella milicia guerrera y monástica estaba en la terrible consigna de no dar cuartel, de aceptar siempre el combate contra enemigos tres veces superiores; en su ardor sanguinario, en sus atezados rostros que el sol y el hierro del casco curtían. Eran los cruzados eternos. En las batallas, reclamaban por derecho propio la vanguardia. El misterio rodeaba sus iniciaciones secretas, sus ritos dramáticos, simbólicos. El Grial proyectaba sobre la Orden su sombra de ensueño. Un historiador, que ha sentido la belleza de la Orden, cree que la culpa de su pérdida debe achacarse al prosaísmo del siglo XIV, que no comprendía el romántico y místico enigma de la Orden, poseedora de una religión más alta, de un santuario más allá del santuario. «La Iglesia—dice—era el templo de Cristo, y el Temple, el del Espíritu Santo.» Y son las doctrinas interiores del Temple las que inspiran los poemas medioevales, el heroico y piadoso viaje en demanda del Santo Grial, cuya vista prolonga la vida humana quinientos años, y alrededor del cual, espada al puño, vela el templista, que es la idealización del Templario, su expresión más bella y caballeresca. Había también, en Felipe el Hermoso, un odio personal á la Orden, que no le había querido admitir en su seno. Y como ya no tenía judíos á quienes expoliar, decidió despojar á los opulentos Templarios.

Para lograrlo, había que calumniarles primero, torturarles y matarles después. Y fué lo que se hizo; y se hizo con la crueldad y la traidora malicia que la historia reconoce, aun cuando esté escrita por enemigos de la Orden.

Se les acusó de adorar ídolos y, colmo del absurdo, de prestar culto á Mahoma, cuando ni los mismos mahometanos se lo prestan. Otras acusaciones más enormes si cabe, como la de escupir sobre la cruz, no ofrecen verosimilitud mayor. Se les aplicaron horribles torturas, y en ellas confesaron muchos lo que se quería hacerles confesar. A pesar de todo, del proceso no salió bien probado nada; pero no por eso dejaron de ser quemados cincuenta y cuatro, protestando de su inocencia en la hoguera misma. Sólo los tormentos, inimaginables, arrancaron declaraciones que se aprovecharon como si fuesen verdad. Hubo uno que, arrojándose ante los jueces, exclamó: «No me torturen, no me quemen, porque yo, que jamás he tenido miedo en las batallas, ante el tormento diré las mentiras que se me exijan; diré, si queréis, que los Templarios hemos matado al Salvador.» Y el gran maestre del Temple, sin fórmulas judiciales, fué quemado en una islilla del Sena...

Este trágico episodio del final de la Edad Media ha vuelto á mi memoria al leer la atribución de Monsalvato á Monserrat. El Grial, el símbolo de los símbolos, me ha evocado las desventuras trágicas de sus custodios y defensores. Y mientras la frase honda y patética de Lohengrin y las lamentaciones de Amfortas gimen en mi alma, pienso que los Templarios han sido bien vengados, si es cierto que de ellos procede la francmasonería.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA OFRENDA, POR BALDOMERO ARGENTE. Dibujo de Mas y Fondevila



... se dirigió al altar y sobre candelabros vacíos colocó dos velas encendidas...

Si los alumnos del sabio químico D. Fernando Ayora Galiano le hubiesen visto penetrar aquella tarde en la iglesia de Santa Cecilia, se habrían maravillado. El ilustre profesor tenía á gala no traspasar los santos umbrales, y había compartido su fervor durante luengos años entre las investigaciones de laboratorio y la propaganda antirreligiosa. Parecíale á él que una y otra tarea se completaban y que juntas habían de avanzar para que un día el hombre asentara sin disputa su imperio sobre la tierra. Y con igual entusiasmo se aplicaba á fraguar un compuesto de varios simples, que á expulsar del espíritu de un semejante lo que él llamaba, arrastrando un poco el vocablo y haciendo un mohín de desdén, «supersticiones.»

A pesar de todo, D. Fernando Ayora era un hombre bueno, sin otra tacha que un excesivo afán de proselitismo. Su descreimiento era sincero. Con obstinado afán había buscado en los alambiques, retortas y crisoles la solución de los problemas espiritualistas; y como no encontraba en los residuos de sus combinaciones químicas la verdad religiosa, la negó. Su irresistible vocación de catedrático le inducía á poner paño al púlpito cuando la ocasión se presentaba y á no desdeñar una coyuntura de traer una alma «á las claridades de la ciencia.»

¿Por qué se le antojó aquel día internarse en el templo? Ni él se hizo la pregunta, ni probablemente se la hubiera contestado. Discurría por las calles de Madrid, dando el habitual paseo con que á la caída de la tarde despejaba su cabeza y desentumecía sus miembros. La portada ojival de Santa Cecilia le impresionó gratamente. Recordó que el retablo del altar mayor de aquel templo disfrutaba una justa nombradía como obra de arte. Sintió comezón de examinarlo; y aunque sus sentimientos irreligiosos se alborotaron al principio ante la idea de entrar en un templo, los apaciguó pronto arguyendo que se trataba de una mera curiosidad artística.

Se avecinaba la noche. La amplia nave, sumida en sombras, estaba desierta. En el fondo brillaban ante el retablo algunos cirios, cuya amarillenta luz, trémula y débil, hacían más visible las tinieblas. El químico avanzó penetrado de aquella sensación de respeto que el silencio y la obscuridad infunden. Sus pasos resonaban bajo la bóveda con graves repercusiones. En las capillitas laterales, iluminadas por lámparas de aceite, cuya inmóvil llama parecía una pupila vigilante, las imágenes, erectas en sus hornacinas de dorados reflejos, seguían con la mirada los pasos del impío como sorprendidas de su presencia.

Poco á poco los ojos del Sr. Ayora se habituaron á las tinieblas. Durante algunos minutos contempló el retablo, embebecido en la afiligranada labor de talla con que discípulos de Berruguete dejaron muestras de su genio, esclarecido y guiado por la piedad. Después giró en torno una mirada. A la derecha, sobre un altar, abría sus brazos un crucifijo. Dos velas erguidas sobre altos candeleros de azófar arrojaban su luz incierta sobre el cuerpo del Redentor, ensangrentado, agonizante, clavado en el madero. Las oscilaciones de la llama proyectando alternativamente sombras y luces sobre la sagrada efigie parecían comunicar un estremecimiento de vida á aquellos músculos atarazados. Diríase que del costado seguía fluyendo mansa y tenue la sangre divina y que los ojos del Nazareno se abrían de tiempo en tiempo para abarcar en una mirada de perdón las iniquidades del mundo.

El sabio profesor sintió alzarse en su alma una inquietud. Del fondo de sus recuerdos surgieron confusas oraciones, añoranzas de juventud, vestigios de inocencias infantiles, iluminados por el encanto de todo lo que fué. Instintivamente dobló una rodilla y se prosternó. En la obscuridad resonó un sollozo que parecía venir del Cristo. Miró alrededor con sobresalto y percibió en la penumbra la silueta de una mujer que oraba con fervoroso ahinco, poniendo en su actitud todo el expresivo afán de un desesperado llamamiento. El químico, repuesto de la furtiva emoción que la vista del crucifijo le había causado, sintió acudir á sus labios una sonrisa irónica ante la cándida unción de aquella penitente. La superioridad del saber científico barbotó en sus oídos su palabra favorita «superstición.»

Aquella mujer, concluída su plegaria, se encaminó á la sacristía. Andaba con tácitos pasos, reverenciando con genuflexiones las imágenes ante las cuales cruzaba. Su atavío era popular, de negra saya y humilde manto en la cabeza. Instantes después volvió á salir de la sacristía, se dirigió al altar y sobre candelabros vacíos colocó dos velas encendidas, que chisporrotearon al arder como si se asociaran á la angustiosa imploración de que eran testigos y ofrenda.

Repentinamente el Sr. Ayora y Galiana, profesor de Química, comprendió qué secreto impulso le había movido á franquear la puerta de Santa Cecilia. No fué el interés artístico, sino el misterioso deber de redimir un alma sumida en los errores religiosos. Sintió necesidad de saber qué cuita depositó aquella artesana á los pies del crucifijo. En la sacristía le informaron. Un tornero de la parroquia tenía un hijo moribundo; la carie devoraba un fémur del infeliz, que padecía terribles dolores; la madre venía á la Iglesia cotidianamente á implorar del Crucificado la curación del hijo; cada sábado, desde hacía cuatro, encendía dos velas que, adquiridas con sacrificio, renovaban en el ara el llamear inextinguible de la esperanza creyente.

Tomó las señas y partió. La oportunidad era magnífica para lo que él creía deberes de su apostolado científico. El que no había sido curado por la oración, lo sería por la ciencia. ¿Qué mayor prueba de que debe buscarse abajo el auxilio que inútilmente se implora de arriba? Con el ardor de su infatigable proselitismo, se trasladó al domicilio cuyas señas le habían dado. Era un modestísimo interior misérri-

mamente puesto. Sobre una tosca mesilla, una estampa de la Virgen de la Esperanza, ante la cual ardía una mariposa, daba testimonio de la piedad de los moradores.

Nuestro apóstol recató primeramente los propósitos de su visita.

—Sé la aflicción en que se encuentran y quisiera aliviarla en lo posible.

—Dios se lo pague, interrumpió llorosa la madre. Dios nos ha enviado una terrible desgracia. Nuestro hijo se muere. Todos los remedios son inútiles. Cuanto teníamos, cuanto hemos podido buscar, lo hemos empleado en curarle y no se cura. Se lo he pedido á Dios con toda mi alma; que me lleve á mí y le deje á él. ¡Pobrecito! Es joven; puede vivir mucho. ¿A qué dejarme á mí, que tengo un pie en la sepultura? Dios no lo quiere. Hágase su santa voluntad.

Y rompió á llorar con desesperanza.

La contemplación del enfermo sacudió las más hondas fibras de la misericordia en el corazón de nuestro héroe. Demacrado, febriciento, consumido, un mozuelo yacía en un camastro. Una débil queja constante salía de su boca entreabierta, y sus ojos cerrados se hundían en las obscuras cavidades del cráneo. Por el ambiente flotaba indecisa fetidez de podredumbre. Para salvar de la muerte aquel montón de carne macerada era preciso un milagro. El químico lo esperaba de la ciencia; la madre, de Dios.

¿Por qué no acuden al doctor Godoy? En estas enfermedades hace prodigios. Es un sabio que le curaría.

—Sí, podría curarle, con la ayuda de Dios, repuso la madre. Pero nosotros somos pobres. Un médico tan famoso, ¿cómo querría venir á cuidar á un desgraciado en una buhardilla? Sería menester que Dios le tocara en el corazón.

—Hay que hacer algo por sí mismo; no esperarlo siempre de Dios.

—¿Pues de quién lo vamos á esperar? Él que todo lo puede, es quien hará el milagro.

—El milagro lo hará, si es tiempo, el Dr. Godoy; porque yo lo traeré.

El Dr. Godoy era una justa celebridad, á quien innumerables requerimientos de su acaudalada clientela abrumaban continuamente. Compañero de cátedra de Ayora, y copartícipe de las ideas de éste, uníalos entrañable amistad. A él acudió nuestro héroe con su pretensión, empleando tan persuasivas palabras, que á la mañana siguiente el Dr. Godoy, más accesible á la caridad de lo que presumía la angustiada madre, practicaba un detenido reconocimiento del doliente. El caso era apurado. Hizo una desinfección general; envió por los primeros remedios; y empeñado más tarde su amor propio, emprendió con todo afán la curación del enfermo. El Dr. Godoy lo visitaba diariamente. Ayora sufragaba los gastos. Los artesanos, maravillados de tan inesperada caridad, los reverenciaban como santos, y veían en ellos un testimonio de la clemencia divina que había escuchado sus oraciones. Nuestro químico seguía anhelante el curso de la dolencia, experimentando las inefables emociones que la caridad lleva al corazón.



Cabeza de estudio, dibujo de P. Stachiewicz

Por fin el enfermo quedó curado. Ayora juzgó llegado el momento de catequizar á sus protegidos, abriéndoles los ojos.

—Vean ustedes, decía, cómo el milagro se ha hecho. ¿A quién se lo deben?

—Primero á Dios, repusieron á coro.

—A Dios no. Lo deben á un médico que, por cierto, no es nada religioso. Yo, que por casualidad supe su aflicción, traje ese médico. Y la ciencia lo ha salvado. Por eso hay que creer en la ciencia. Esperar la salud de Dios es «superstición.» Ustedes lo han visto.

—Hemos visto lo contrario. Al médico lo trajo usted; y á usted, ¿quién lo trajo? Quien le inspiró el deseo de socorrernos fué Dios. ¡Que ha sido inútil la oración y la ofrenda! ¿Por qué entró usted en Santa Cecilia? ¿Quién guió sus pasos sino la gran Misericordia del que todo lo dirige en el mundo? Mis súplicas y mis humildes ofrendas fueron recompensadas. Porque Dios elige otros caminos que los hombres, y sus infinitas piedades llegan á las desventuras invisible y secretamente al través de los corazones. Y tal vez eligió dos incrédulos de bondad para que fueran inconscientes instrumentos de su clemencia y su poder. Si yo no hubiera rezado mi hijo estaría muerto.

D. Fernando Ayora y Galiano no supo qué oponer á los hechos. Y los hechos eran indiscutibles. Allá en lo íntimo de su conciencia sintió aletear lo misterioso, y calladamente reconoció que la fe de aquella madre había acertado. Era la ignorante, no el sabio, quien tenía razón.



El turno de noche. Salida de la fábrica, dibujo de J. Berga y Boada

En este hermoso dibujo el notable artista olotense nos ofrece un episodio de la vida del obrero hecho con tanta verdad, con tal fuerza de expresión, que en aquellas figuras vemos la laxitud de las horas de trabajo y la necesidad del reposo, y en aquel paisaje sentimos la tristeza de un amanecer de invierno, que acaba de imprimir un sello de melancolía á la escena.



ISLA DE TENERIFE.—Erupción volcánica del Teide

(De fotografías de nuestro corresponsal Sr. Delgado Yumar.)

Completando la información gráfica de la última erupción del Teide que dimos en el número anterior, publicamos las adjuntas interesantes fotografías que dan perfecta idea de la magnitud del fenómeno.

Una de ellas representa el nuevo cráter del monte Chinyero, que fué uno de los que mayor cantidad de lava arrojaron; las otras dos reproducen los dos principales brazos que formaron las materias volcánicas y que en un principio hicieron temer la destrucción de varios poblados, entre ellos el de Tamaíno, amenazado por el primero de aquéllos, y el de Santiago, puesto en peligro de desaparecer por el segundo.

Afortunadamente, como dijimos, tales temores no se realizaron y las corrientes de lava se detuvieron antes de producir los desastres que en los primeros días parecían inminentes.



Volcán de Chinyero en las inmediaciones del pico de Teide
Uno de los brazos en que se dividió la lava que amenazó destruir el pago de Tamaíno



Brazo central de lava que comenzó á destruir el valle de Santiago

ACTUALIDADES BARCELONESAS

MARIA FARNETTI EN «MADAME BUTTERFLY»

Se ha cantado últimamente en nuestro Liceo *Madame Butterfly*, esa ópera del maestro Puccini, que después de haber fracasado cuando se estrenó hace algunos años en Milán, ha recorrido triunfalmente los principales teatros líricos, no sólo de Italia, sino también de todo el mundo. Sin llegar á la de *La Boheme*, la música de *Madame Butterfly* es en general agradable, y en algunos momentos verdaderamente sentida, y sobre todo se presta á que una artista se luzca en ella y haga de su *partitella* una creación.

Una creación, y una creación admirable, ha hecho María Farnetti de la simpática cuanto desdichada protagonista de la obra. Dotada de una voz deliciosamente timbrada y que maneja con arte maravilloso, ha sabido expresar de una manera magistral, ora con delicados matices, ora con arranques dramáticos, los distintos sentimientos que agitan el alma de la enamorada japonesa, aquella alma sencilla, tierna que se entrega toda entera al hombre amado y que después de haber sentido todos los deliquios del amor en apariencia correspondido, pasa luego por las melancolías de la ausencia y por las inquietudes de la desesperanza, para acabar torturada por los tormentos del desengaño, de la traición.



Barcelona.—Torneo de ajedrez que actualmente se celebra en la «Sala Imperio.»
(De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)



La eminente tiple María Farnetti en *Madame Butterfly*, ópera de Puccini, que ha cantado con éxito extraordinario en el Gran Teatro del Liceo de esta ciudad.

Y á los incomparables encantos de su voz une María Farnetti sus dotes excepcionales de artista dramática. Las interesantes situaciones del personaje de la tragedia han hallado en ella una intérprete perfecta: desde que en el primer acto aparece en escena y se entrega confiada á su esposo, hasta que en el último hace el sacrificio de su vida en aras de su hijo, para todos los momentos, para todas las sucesivas gradaciones anímicas, tiene la actriz el gesto, la actitud, la mirada apropiados, sin una exageración, sin el menor descuido, enteramente posesionada de su papel é identificada en absoluto con la encantadora *Butterfly*.

El público barcelonés, como tantos otros, ha premiado la exquisita labor de María Farnetti, tributándole las más entusiastas ovaciones.

TORNEO DE AJEDREZ

El día 1.° de este mes se inauguró en la «Sala Imperio» un torneo de ajedrez que promete ser un acontecimiento sensacional entre los aficionados y para tomar parte en el cual se han inscrito veintitrés jugadores, la mayoría de ellos jóvenes y ardientes entusiastas del noble y difícil juego.

Entre las varias partidas jugadas hay algunas que seguramente llamarán la atención por su juego correcto y por sus muchos lances interesantes.

En este torneo se emplean por vez primera en Barcelona relojes especiales que tasan el tiempo destinado á cada jugador, á razón de 20 jugadas por hora; además hay un testigo que anota la partida, todo exactamente tal como se hace en los grandes certámenes de Alemania é Inglaterra.

Los premios consisten en cantidades en metálico, en objetos de arte y en obras de ajedrez. El vencedor del torneo obtendrá el título de «Campeón de Barcelona.»

La comisión organizadora la constituyen los señores Valle, Puig, López, Martino y Lafuente.

WANDA LANDOWSKA

Hacer conocer las obras de los clásicos en toda su pureza; identificarse con el sentimiento que en sus composiciones pusieron aquellos grandes músicos que se llamaron Mozart, Hændel, Bach, Rameau, Schubert, Scarlatti y tantos más; subordinar su personalidad artística á la de los creadores de quienes ella quiere ser solamente intérprete; sacrificar sus excepcionales dotes de *virtuosa* á la sinceridad de una ejecución ajustada estrictamente al pensamiento del compositor: esto es lo que se ha propuesto y por modo admirable ha conseguido la eminente concertista Wanda Landowska, que en la semana última ha dado dos audiciones interesantísimas en el «Palau de la Música Catalana.»

Para lograr tal objeto, no se ha contentado con estudiar las obras conocidas de aquellos grandes maestros, sino que además, en Francia, en Inglaterra, en Alemania y en Italia, después de una profunda y paciente labor de investigación en las bibliotecas, ha resucitado muchas otras ignoradas ó caídas en olvido injusto. Y ha hecho más; á fin de darlas á conocer en el instrumento para el cual fueron escritas, ejecuta la mayoría de ellas en el clavicémbalo, expresamente construído para ella por la casa Pleyel, del que arranca sonidos suavísimos, matices de una exquisitez incomparable.

Un crítico francés, hablando de ella, ha escrito:

«Sube al estrado una mujer joven; saluda y se sienta al clavicémbalo, evocando y resucitando un pasado en que la vida, menos agitada que la nuestra, era pródiga en momentos de reposo, llenos de ingenio, de arte, de armonía y de serenidad. Unos grandes ojos, aterciopelados, tiernos y profundos, una silueta de delicadeza y de leyenda, con algo de timido, que hace pensar en las ideales heroínas de Mæterlinck ó en las vírgenes de Burne Jones; una originalidad natural de actitudes en que el gesto, flexible y caprichoso, se ofrece lleno de gracia ingenua, y las manos más finas y espirituales que soñarse puedan... Ejecuta sencillamente con piedad fina y ligera, y la resurrección va precisándose y se consuma.»

Los dos conciertos que ha dado en nuestra ciudad han sido para Wanda Landowska dos grandes triunfos. — P.



Wanda Landowska, eminente concertista que recientemente ha dado dos audiciones de clavicémbalo y piano en el «Palau de la Música Catalana.»



EL EMINENTE ESCULTOR AGUSTIN QUEROL

fallecido en Madrid el 14 del actual

La Tradición, obra del insigne escultor Agustín Querol, premiada con medalla de oro en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1887

Cuando el éxito y la gloria acompañaban á las producciones del insigne escultor y cuando tanto podía esperarse de su inteligencia y de su esfuerzo, ha caído agostado su organismo, dejando tras sí el simpático recuerdo de sus condiciones personales y la grandeza de sus obras.

¡Pocos artistas, como Querol, pudieron darse á conocer tan temprana y cumplidamente, y pocos pudieron, como él, sostener y acrecentar su reputación!

Fué un escultor, fué un genial intérprete del gran arte, al que dedicó siempre el inagotable caudal de su sentimiento y de su febril actividad. Cuando allá en sus infantiles años, en Tortosa, su ciudad querida, y en el modesto hogar paterno, comenzó á dar forma al barro, á modelar, sin más auxilio que sus dedos, aquellas intencionadas figuritas, que todavía recuerdan y celebran sus deudos y amigos, manifestándose su temperamento y su impresionabilidad, no pudieron suponer que mucho antes de llegar á la madurez llegara su nombre á gozar de mundial reputación y representar una justísima gloria de su pueblo natal y de nuestra patria.

Convencidos sus mayores de la conveniencia de fomentar sus ya excepcionales aptitudes, consintieron que el joven Agustín se trasladara á Barcelona, en donde, por breve espacio de tiempo, pudo recibir algunas enseñanzas del hoy venerable maestro Venancio Vallmitjana, que al lamentar ahora la pérdida del que fué su discípulo, tomará parte, desde el fondo de su corazón, en el homenaje que en todas partes tributan á su memoria.

Obtenido el pensionado en Roma, pudo Querol emprender sus estudios en la forma que presentía y deseaba. Allí saturóse de las obras de los grandes maestros, allí recibió esa educación clásica que se ha reflejado en sus obras, aprendiendo á concebir lo grande y lo bello. Sugestionado por el ambiente y por el medio, produjo el hermoso relieve *Tulia pasando por encima del cadáver de su padre,* que constituyó su primer envío reglamentario y que revela vigorosa concepción y la energía y firmeza propias de la juventud. A esta obra siguió el grupo *Sagunto,* trágica visión del fin de un pueblo heroico, que significó un nuevo éxito para el artista y afirmó el concepto que ya mereciera. El incomparable grupo *La Tradición* fué su tercer envío, inspirado en distintos moldes que los anteriores, y que tiene el privilegio de fijar el punto de partida de su notoriedad. Ella señala la evolución del artista, que abandonó el clasicismo para inspirarse en el idealismo moderno, creando un verdadero símbolo en la sibilítica figura de la anciana que relata á un niño el caudal de sus memorias para que se imprima en la infantil imaginación. Discutida fué entonces la obra, pues aparte de las interesadas censuras, hubo de resistir los embates asestados por el rutinarismo y el mal entendido concepto del clasicismo entonces imperante; pero al fin *La Tradición* se impuso y triunfó y triunfa, pues en estos momentos todos nos inclinamos ante esta genial creación del insigne artista. Y fueron aumentando su reputación las sucesivas obras *San Francisco curando á los leprosos, España, Modestia, El Genio, El Estudio,* el notabilísimo Frontón que decora el Palacio de la Biblioteca Nacional, las estatuas que coronan el Ministerio de Fomento y singularmente los monumentos que en Madrid, Bilbao, Zaragoza, Cádiz, Cuba, Filipinas y República Argentina pregonan su genio.

Expuestos, siquiera sea someramente, los méritos del esclarecido escultor, réstanos consignar que fueron reconocidos en todas las Exposiciones en que tomó parte, concediéndosele en alguna de ellas la más alta recompensa, cual es el Premio de Honor, hallándose en posesión de numerosas condecoraciones y ostentando la investidura de diputado á Cortes.

De carácter bondadoso, sencillo, casi infantil, fué caballero en sus actos, amante de su familia y de su ciudad natal. Nosotros, que tuvimos la suerte de contarnos en el número de sus amigos, pudimos en repetidas ocasiones apreciar sus cualidades como hombre y su valía como artista.

Al amigo querido, pues, al escultor insigne, dedicamos estos renglones como homenaje de su mérito y expresión de nuestro afecto y buen recuerdo.—L.



FLORES DE OTOÑO, cuadro de Gyula Basch, grabado por Weber



Vistas de algunas salas de la sección de Arte Retrospectivo. De fotografías de D. Ernesto Carrero.)

LA PRINCESA VALDEMAR DE DINAMARCA

El día 4 de los corrientes falleció en Copenhague la princesa María de Orleáns, esposa del príncipe Valdemar, hermano del actual rey de Dinamarca. Hija del duque de Chartres, había nacido en 1865 en Ham, cerca de Richmond, y casádose en 1885 con el hijo menor del rey Cristián IX.

Al privilegio de su ilustre cuna, al prestigio de su alta posición, unía una inteligencia de primer orden, una gran afición á las bellas artes y una bondad exquisita que desde su llegada á su nueva patria le conquistó la adoración de todos los dinamarqueses y el más entrañable afecto de toda la familia real. Para Cristián IX fué una verdadera hija, que prodigó al anciano monarca, en los últimos años de su vida, los más solícitos cuidados y las más delicadas atenciones; para sus hijos fué la mejor de las madres y ella dirigió su educación; para su marido fué esposa amantísima que hizo de su hogar un templo de felicidad.



La princesa Valdemar de Dinamarca,
fallecida en Copenhague el día 4 de los corrientes
(De fotografía de Carlos Trampus.)

También los pobres tuvieron en ella una madre que les socorría con largueza y les consolaba en sus aflicciones, y que para consolarles á socorrerlos adoptaba las formas más delicadas, las que más hondamente habían de penetrar en el corazón de los favorecidos.

Su inteligencia se extendía á múltiples cuestiones, inclusó á las políticas, y en las famosas reuniones de soberanos de Fredensborg, en donde, como es sabido, solían juntarse los miembros de la familia real dinamarquesa, muchos de los cuales ciñen coronas reales é imperiales, sus consejos fueron muy atendidos, particularmente por Cristián IX y por el tsar Alejandro III. Hasta tal punto llegaba su influencia, que á ella se deben en gran parte, según parece, la alianza franco-rusa y la *entente* anglo francesa. Y aun se asegura que influyó no poco en el ánimo de Guillermo II en recientes dificultades surgidas entre Francia y Alemania.

La princesa Valdemar ha muerto sin poder dar el último adiós á su esposo y á sus tres hijos mayores, quienes, quince días antes, habían emprendido un viaje á Oriente para devolver al rey de Siam Chulalongkorn la visita que éste hizo, hace algún tiempo, á la corte de Dinamarca.

LA NIÑA DOMADORA
OLGA JEANET

En varias ciudades de Italia ha llamado mucho la atención esta niña, que sólo cuenta diez y siete años y sin embargo domina á sus fieras y juega con ellas como pudiera hacerlo el domador más consumado.

Resulta, en verdad, interesante ver que leones, panteras, tigres y otros animales de este jaez muéstranse obedientes á las indicaciones de la joven domadora, la acarician y se dejan acariciar por ella sin revelar ni por un momento sus instintos sanguinarios. Y es tanta la influencia que sobre sus fieras ejerce Olga, que acompañado por ella pudo penetrar en la jaula el fotógrafo de Milán Sr. Fiorilli, de quien es la fotografía adjunta, y no sólo tomar algunos clisés, sino además jugar con su amigo el Sr. Cavazzuti una partida de ajedrez junto á un enorme león indolentemente echado entre los dos jugadores.

La niña domadora Olga Jeanet con su pantera
(De fotografía.)

PARÍS. – MONUMENTO A WALDECK-ROUSSEAU

En breve se inaugurará este monumento erigido en el Jardín de las Tullerías á la memoria del eminente hombre público Waldeck-Rousseau, fallecido en 1904. Es una obra artística realmente notable y de carácter severo en su parte arquitectónica. Las figuras, así el busto de Waldeck-Rousseau como la fama que le señala á la posteridad y el grupo de los dos hombres que simbolizan el trabajo amparado por la República, están admirablemente modeladas y colocadas con singular acierto.

EL CORONEL RAMÓN L. FALCÓN

El día 14 de noviembre último, una bomba arrojada por un anarquista causó la muerte del coronel Sr. Falcón, jefe de policía de Buenos Aires, y de su secretario Sr. Lartigau. Regresaban ambos en coche de un entierro, y al pasar por la avenida Quintana, un individuo lanzó el explosivo en el interior del carruaje; oyóse una detonación espantosa, una espesa humareda envolvió el coche y pocos momentos después eran recogidos los cuerpos ensangrentados de las dos víctimas que, conducidos al consultorio central de la asistencia pública el señor Falcón y á un sanatorio particular el Sr. Lartigau, no tardaron en fallecer.

El asesino pudo ser detenido después de haber intentado suicidarse.

La impresión que este atentado produjo, primero en la capital y en toda la República luego, fué terrible. La prensa unánimemente protestó indignada del abominable crimen y el gobierno adoptó desde los primeros instantes las más severas disposiciones, decretando inmediatamente el estado de sitio en todo el territorio de la nación por el término de 60 días y preparando leyes represivas que la opinión pública con urgencia reclama.

Un importante periódico bonaerense, que no peca por cierto de reaccionario, escribe á este propósito lo siguiente:

«Es necesario defenderse; es necesario solidarizarse para la salvación común; es necesario atacar para no ser sorprendidos; es necesario destruir para conservar la vida, para conservar el orden social, para poner los hogares y las instituciones á cubierto de esa locura tenebrosa que corre desatada por el mundo. Hay también que ser inexorables; hay que ser también inflexibles; hay que ser también tremendos en la justicia reparadora y defensiva...

»No, no es posible perdonar; no es posible tener lástima de los verdugos; no es posible que la vida amenazada sea tolerante con la muerte que la acecha, con el sacrificio que la persigue, con el crimen que le tiende celadas.

»Necesario es defenderse, y si las instituciones fueran incapaces ó débiles, abróguese la sociedad el derecho de salvaguardar sus vidas, de castigar á los asesinos, de vengar á sus víctimas. Y á los espíritus timoratos les recordamos lo que ocurre en naciones que consideramos más progresistas que la nuestra, donde, sin embargo, por delitos mucho menores se pone en práctica, con toda la fuerza que dan la unión y el ansia de justicia, la pena del Talión.»

Y en análogos conceptos se expresan casi todos los diarios argentinos.

El coronel Falcón nació en Buenos Aires en 1855, ingresó en 1870 en el colegio militar, combatió en 1873 contra la revolución organizada en Entre Ríos por López Jordán, tomó en 1874 parte activa en la defensa y rendición de Córdoba y en la batalla de Santa Rosa, y en 1878 en la campaña naval de Santa Cruz. Con gran brillantez prosiguió su carrera militar, y después de haber servido en el ejército de tierra, entró en la armada, prestando en ella grandes servicios y obteniendo en 1887 el grado de capitán de fragata.

En julio de 1905 fué promovido á coronel y en 1906 nombrado jefe de policía de Buenos Aires.

Fué diputado y senador por la provincia de Buenos Aires y ejerció importantes cargos públicos. En el desempeño de la jefatura de policía fué el prototipo del funcionario celoso, enérgico, activo, leal, abnegado é inteligente, habiendo dado á los servicios policíacos la organización más perfecta, y consagrado á ellos su talento y su laboriosidad, que eran muy extraordinarios.

El entierro del coronel Falcón y del Sr. Lartigau constituyó una de las manifestaciones de duelo nacional más grandiosas que ha presenciado Buenos Aires.



París.—Monumento erigido en el jardín de las Tullerías á la memoria del ilustre político Sr. Waldeck-Rousseau. (Fotografía de M. Branger.)



El coronel D. Ramón L. Falcón,
jefe de la policía de Buenos Aires, que murió en 14 de noviembre último, víctima de un atentado anarquista. (De fotografía.)

Espectáculos. – BARCELONA. – En el Liceo se ha estrenado con excelente éxito la ópera de Puccini *Madame Butterfly*, en la que ha alcanzado un grandioso triunfo la señora Farnetti, y han obtenido muchos aplausos el tenor Sr. Pintucci, las señoritas Ciaconia y Pangrazy y los Sres. Federici, Maini, Gallofré Giral, así como el maestro Sr. Spetrino.

La representación de *Ernani* ha sido un nuevo éxito para el eminente barítono Sr. Battistini, á quien han secundado bien la señora Llacer y los Sres. Pintucci y Rossato.

En el Eldorado se ha estrenado con aplauso *El diablo con faldas*, zarzuela en un acto de Sinesio Delgado, música de Chapí.

MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *La esclava*, drama en cinco actos de Federico Oliver; en el Príncipe Alfonso *La señorita se aburre*, comedia en un acto de Jacinto Benavente; y en Lara *Entre dos fuegos*, comedia en dos actos, arreglo de la obra francesa de Riche *Le prétexte*, hecho por los Sres. Blasco y Mario.

En el teatro de la Comedia ha dado dos conciertos el eminente pianista Malats, que ha obtenido entusiastas ovaciones en todas las piezas de los programas, particularmente en la *suite* del malogrado Albéniz *Iberia*, que ejecutó de una manera prodigiosa.

PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito en la Opera Cómica *Mirtyl*, cuento musical en dos actos de A. Villeroy y E. Garnier, música de este último, y *Le cœur du moulin*, poema lírico de M. Maigre, música de D. de Severac; en Varietés *Le circuit*, comedia en tres actos de Jorge Feydeau y Francisco de Crasset; en los Bouffes Parisiens *Lysistrata*, comedia en cuatro actos y un prólogo de Mauricio Donnay; en Trianon Lyrique *Daphnis et Cloe*, drama pastoral de M. P. Berlier, música de Fernando Le Borne.

EL DEBER CUMPLIDO, por ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ

(Dibujo de Sardá.)



– No puedo decir nada, contestó el médico; pero su estado es gravísimo

I

En el pueblecito de M***, situado á orillas del Océano en una de nuestras más pintorescas provincias del Norte, ocurría algo extraordinario en una hermosa tarde del mes de julio.

Al extremo de la calle que conduce á la parte de tierra, y rodeado de hombres y mujeres, estaba el alcalde, mirando, como los demás, á lo largo del camino, con manifiestas señales de impaciencia. Las mujeres charlaban y reían con los hombres, pescadores de ruda y franca fisonomía, con un susurro de colmena.

La actitud de toda aquella muchedumbre demostraba que se esperaba á alguien que debía aparecer por el camino que tenían delante y que se empina por una colina hasta desaparecer detrás de ella, como una culebra que salva un árbol caído que se opone á su paso. En el punto alto de la colina, allí donde el camino comienza á bajar de nuevo, para perderse á poco en un espeso bosque, existe una cruz, toscamente labrada en piedra, cuyos brazos parecen proteger la comarca, y al pie de esta cruz, un grupo de chiquillos, situado allí como de avanzada, jugaba y retozaba, mirando á veces los linderos del bosque por donde debía aparecer la persona esperada. De tiempo en tiempo, los chiquillos se volvían hacia el pueblo, y levantando los brazos, los agitaban á derecha é izquierda, en señal de que no se divisaba á nadie.

La persona que los honrados vecinos de M*** esperaban de aquel modo era el nuevo cura, que debía reemplazar al antiguo, anciano de sesenta años, muerto hacía un mes á consecuencia de una pulmonía. El alcalde había tenido una carta en que le anunciaba el nuevo párroco que debía llegar pronto, y había mandado á sus dos hermanos, pescadores como él, á la ciudad próxima con una mula para que D. Arnedo (así se llamaba) hiciese cómodamente la travesía. Posteriormente había sabido que debía llegar aquella tarde, y de aquí que estuviese en aquel punto para recibirle y guiarle á la casa, contigua á la iglesia, donde había de vivir en adelante. Los hombres del pueblo, y sobre todo las mujeres, ansiosas de conocer al nuevo pastor, se habían unido á él, y aguardaban.

Por fin, y cerca ya del obscurecer, un movimiento de agrupación se verificó en los chiquillos que estaban junto á la cruz, y poco después se volvían para hacer señas hacia el pueblo, indicando que se aproximaban los viajeros.

Corto tiempo había transcurrido, cuando llegó el cura, acompañado de los dos pescadores y rodeado de la turba de chiquillos, adonde estaba el grupo de hombres y mujeres; y como viese que el alcalde se adelantaba hacia él, contuvo el paso de la mula y le alargó la mano sonriendo.

Era D. Luis Arnedo hombre de treinta años, rostro afable y hermoso realzado por una dulce mirada, que partía de unos grandes ojos negros rasgados y magníficos.

Los hombres se descubrieron, las mujeres le rodearon mirándole con curiosidad, y en seguida marcharon todos formando un grupo, hablando él con los que le dirigían la palabra, camino de la iglesia. Cuando llegaron á ésta, que da frente al mar, el sacristán lanzó las campanas á vuelo, y el alegre sonido se mezcló con ese otro ruido, pausado, grave, armonioso, con que las olas se estrellan en la playa. Luego penetraron en la iglesia, que blanca, limpia, hermosa, riente como estaba, recibió las oraciones de aquellas almas sencillas, marinos criados en ese otro templo inmenso que se llama mar. No llegaban á aquel pueblo los combates de las ideas contra aquel culto fervoroso; pero en aquellos corazones ardía la fe, y rogaban con ella tal como se lo habían enseñado.

Luego el cura salió con sus feligreses de la iglesia y entró en su casa acompañado del sacristán, después de despedir desde el dintel con una bendición á los que habían de ser desde entonces compañeros de su vida.

Los feligreses abandonaron la plaza. A pesar de su juventud, el nuevo cura había gustado: á los viejos, porque era grave; á los jóvenes, porque hablaba con bondad; á los niños, porque les había repartido estampas.

II

D. Luis subió seguido del sacristán, que era á la vez criado del cura, y visitó su modesta habitación. Menaje pobre, tal como cuadra á quien va á ser pastor de pobres, era el de aquella casa que el joven sacerdote recorrió con delicia, con una alegría de ave que encuentra un nido hecho donde tenía que fabricarlo.

Una pequeña biblioteca donde poder estudiar; un blando lecho donde reposar sus miembros; el mar delante de su ventana para pensar; todos los habitantes de un pueblo á quienes amar..., el sacerdote era feliz.

Después que hubo visitado bien toda la casa y consumido una parca cena, subió á su habitación y sin saber por qué, tal vez atraído por el ruido de las olas, se asomó á la ventana. La luna se había levantado en el horizonte, y su luz plateada caía en la superficie del mar, produciendo mil fosforescencias. El espectáculo era magnífico. La calma que en aquellos parajes existía, sublime.

El sacerdote admiraba y pensaba.

Por un movimiento natural de ideas, todo su pasado apareció ante sus ojos: los juegos bulliciosos de la infancia; las caricias de su madre tan buena para él, siempre con una sombra de tristeza en la frente,

desde la muerte de su marido, á quien Luis no recordaba, como muerto cuando éste sólo contaba dos años de edad; las travesuras de sus compañeros de adolescencia no compartidas por él por extrañas aficiones á la soledad; el empeño de su madre, más religiosa que pensadora, para que su hijo siguiera la carrera eclesiástica; la sumisión que él había dado á este deseo; su retraimiento; sus secretos estudios en los libros y reconcentrado en sí mismo; el crecimiento que en su pensamiento habían tenido las ideas, y en su corazón los sentimientos de amor inextinguible, dulce, tranquilo, á la humanidad, á la naturaleza, á Dios; su salida del seminario; la alegría de su madre al verle después de recibidas las sagradas órdenes; la muerte de aquella señora, sufrida con la serenidad de espíritu que sólo da una creencia arraigada profundamente en el alma por la fe, ó alcanzada por la conciencia en los combates silenciosos del pensamiento; su vida más triste desde entonces, como apartado de aquella tierna compañera; la cicatrización lenta de aquella herida; su nombramiento para párroco de M***; la llegada al pueblo y las pruebas de afecto recibidas de los sencillos habitantes.

Al llegar á este punto, el pensamiento del sacerdote, que se había apoyado hasta entonces en el pasado, sondeó el porvenir, y una sonrisa de alegría plegó sus labios.

El porvenir, cargado acaso para tantos otros de siniestras amenazas, se presentaba ante él diáfano y transparente, con augusta calma, comparable tan sólo á la que reinaba en aquella noche serena. La luna se había ocultado y las estrellas brillaban en la azul esfera, mientras el mar dejaba caer con blando murmullo las rizadas olas en la arena de la playa. El hombre veía su porvenir no empañado por ninguna sombra: ser el amigo, el compañero, el padre del rebaño confiado á su guarda; amándole con amor fraternal como el que sentía por todos los seres creados su generoso corazón; aliviando al menesteroso; consolando al triste; visitando al enfermo; siendo maestro del niño y también del hombre; sembrando ideas de paz, de caridad, de concordia entre todos los hombres, hasta que un día las canas cubrieran su cabeza, y otro la tierra cubiera su cuerpo, dejando tras sí un buen recuerdo en todos los corazones y alguien que fuera á verter una lágrima sobre la pobre sepultura del cura ignorado de la aldea.

Así pensaba, cuando de pronto un rumor extraño, salido de debajo de su ventana, vino á sacarle bruscamente de su meditación. Absorto en ella, no había reparado en que un grupo de gente se había colocado en la plazoleta, y cuando bajó los ojos sólo le fué permitido, á causa de la obscuridad de la noche, distinguir los bultos informes de muchos hombres y mujeres.

Un instante después la brisa llevó á sus oídos el vibrante sonido de varias guitarras, tocadas por hábiles punteadores

Era que los mozos y mozas del pueblo le daban una serenata.

De vez en cuando, y uniéndose al sonido de las guitarras la voz ronca y áspera de algún pescador, entonaba una copla. Aquellas voces eran rudas y broncas, como acostumbradas á dominar el ruido de las tempestades que agitan la inmensa extensión del Océano.

Después se elevó una voz pura de mujer, fresca, armoniosa, cargada de ese arrullo del mar en calma que se parece al arrullo de las madres, entonando esta copla:

¡Quién había de decir
Que principios tan alegres
Tendrían tan triste fin!

El sacerdote sintió que aquella voz vibraba hasta el fondo de su alma, y toda su sangre afluyó al corazón, deteniendo un momento su curso.

El canto se perdió en el aire como un ave en el espacio, y un palmoteo de aprobación se oyó debajo de la ventana.

—Bien. Bien por Magdalena, prorrumpieron una multitud de labios.

—Venga otra, dijeron otros.

La ovación había producido un efecto contrario, y por lo que pudo comprender D. Luis, Magdalena, avergonzada, se negaba á seguir cantando.

—Gracias, amigos míos, dijo el sacerdote desde la ventana aprovechando aquellos momentos de pausa para distraer la atención del grupo y evitar que Magdalena volviese á cantar, como si conociese instintivamente que había para él un peligro en sus canciones.

Logró su objeto, porque los marineros y las mujeres se agruparon al grito de «¡Viva el señor cura!,» agitando por encima de sus cabezas pañuelos y sombreros.

Después continuó la serenata y se oyeron varias voces, pero ya no volvió á escucharse la de Magdalena.

Cuando la plaza quedó solitaria, el cura permaneció en su ventana absorto y meditabundo, hasta que vino á sacarle de su reflexión el sonido del reloj de la iglesia, que dió lentamente las doce. Entonces cerró la ventana, y después de arrodillarse algunos instantes delante de un Cristo colocado en una de las paredes de la habitación, se acostó.

Pasado algún tiempo, un observador colocado junto á su lecho hubiera visto, en ese momento que precede al sueño, cuando el alma falta de voluntad expresa su pensamiento, hubiera visto, decimos, que los labios del sacerdote se agitaban, y si hubiese puesto atención, hubiera oído estas palabras pronunciadas lentamente, con la falta de entonación de los niños que empiezan á hablar:

¡Quién había de decir
Que principios tan .. alegres...

El sueño no le dejó acabar el pensamiento.

III

Tres meses hacía que D. Luis Arnedo era párroco de M***.

Tal había sido su comportamiento, de tal modo había demostrado los tiernos sentimientos de su corazón, que los habitantes del pueblo le adoraban. Jóvenes, niños, hombres y mujeres le querían, y á los viejos les gustaba hablar con aquel hombre tan afable, tan digno, sencillo, humano, bueno, grave á pesar de su juventud.

Las muchachas del pueblo decían de él:

—Es bueno, pero triste; sin embargo, la tarde que vino sonreía y parecía alegre. La boca ríe algunas veces, pero en cambio los ojos siempre parece que van á llorar.

Así era verdad. El sacerdote tenía treinta años, y sólo la meditación, el estudio, el amor á la humanidad, tranquilo y grande, como lo sienten las almas inteligentes, que había tomado después de la muerte de su madre, á quien había querido con delirio, el carácter de un culto, habían ocupado por completo su cabeza y su corazón. Deseoso de cumplir la misión que le había traído al pueblo y de dedicarse á ella por completo, comprendiendo cuánto bien cabe hacer en los que ejercen su ministerio cuando están animados por puras y sanas intenciones, conmovido por la acogida que el pueblo le había dispensado, había hecho firme propósito de ser para los hijos de las olas guía, maestro, amigo y compañero. La moral cristiana, tal como Jesús la predicara un día por las tierras de Palestina, formaba su convencimiento, y el sublime sermón de la montaña estaba todo entero en su corazón.

Pero el mismo día que vió abrirse ante sus ojos un porvenir de alegría, la voz de una niña vino á advertirle que en aquel porvenir de luz había sombras misteriosas en que jamás había pensado. La voz de aquella niña vibraba continuamente en su oído, y sin saber explicarse por qué, evitó conocer á la que sus compañeros habían llamado Magdalena. Pero esto era imposible en un pueblo de corto vecindario, y el destino quiso que á los ocho días de su llegada al pueblo, un marinero cayese al trepar por unas rocas y recibiese en la cabeza un fuerte golpe, que hizo temer por su vida.

El sacerdote acudió á la cabecera del enfermo, sin saber más sino que era un hermano que necesitaba sus socorros. Cuando, atravesando por un grupo de gente que comentaba la desgracia, entró en la casa y en el cuarto del herido, estaba éste tendido en una cama, sin sentido, postrado, con la cabeza envuelta en paños ensangrentados, y á su lado el médico del pueblo le tomaba el pulso, mientras dos mujeres le miraban con ansiedad. Aquellas mujeres eran la esposa y la hija de Marcelo, el infeliz que estaba en el lecho.

A pesar de lo triste é imponente de aquella escena, cuando el sacerdote fijó su vista en la joven sintió un movimiento de alegría, porque ni por un momento dudó que era Magdalena.

El médico soltó la mano del enfermo, después de dejarla posar blandamente en la cubierta de la cama, y las dos mujeres le preguntaron anhelosamente:

—¿Qué hay?

—No puedo decir nada, contestó el médico; pero su estado es gravísimo.

—¿Vivirá?, dijo Magdalena con la voz ahogada por el llanto, tan débilmente que apenas se oyó.

—No puedo decir nada, repitió el médico moviendo tristemente la cabeza; sin embargo, no desespero..., veremos.

La joven se cubrió el rostro con las manos, y el sacerdote vió las lágrimas correr por entre sus delgados dedos.

Desde aquel momento no se separó D. Luis de la cabecera del enfermo, y allí pasó las noches de los cinco primeros días en que Marcelo estuvo luchando con la muerte. Por fin, en la mañana del sexto el médico anunció que respondía de la vida del paciente.

Todo aquel tiempo, y el que invirtió el marino en su curación, vió á su lado como un ser de bendición al sacerdote, que cumplía sus deberes con una caridad que parecía aprendida en la epístola de San Pablo á los corintios.

Mas cuando la herida del padre de Magdalena se cicatrizó, otra herida de imposible curación quedaba abierta en el corazón del mísero sacerdote.

Las noches pasadas junto al lecho de Marcelo, sentado en humilde silla al lado de la anciana esposa y de la desolada hija, habían sido noches de sufrimiento inenarrable para aquel hombre de treinta años, agitado en lo más hondo del corazón por sentimientos para él desconocidos.

Magdalena era alta, blanca, y parecía que la noche había fijado toda su densa sombra en sus magníficos ojos.

Su bello cuerpo acusaba á través de los toscos vestidos la perfección de formas de la estatuaria griega. Y á través de aquel cuerpo se transparentaba el alma como una luz que arde dentro de una urna de cristal.

Tenía diez y siete años, y parecía que aquellos años sólo habían acumulado sobre ella sus diez y siete primaveras.

El sacerdote la amaba.

Como un guerrero que defiende una puerta de contrarios numerosos, luchaba con el amor que le roía las entrañas para mantenerlo oculto, sosteniendo un combate rudo, misterioso, sombrío. Hay aplausos, lauros, coronas, todo ese humo que se llama gloria, para los que batallan á la luz del sol con los hombres por la patria, el progreso y á veces por mezquinas y malditas ambiciones; pero nadie repara en los silenciosos atletas que luchan contra el destino en el fondo ignorado de la conciencia. D. Luis de Arnedo vivía no dejando escapar una chispa del fuego que le consumía; pero al conseguirlo, sintió que la sombra se extendía sobre su alma.

Creyó entonces que había apurado todo el dolor que era capaz de contener su corazón; pero así como el cielo ha revelado al hombre en la sucesión de los tiempos miriadas de mundos detrás de los que antes había visto en el estrellado firmamento, la suerte amontona pesares y pesares sobre aquel que agita y destroza con la indiferencia de un niño que estropea un juguete. El amante de Magdalena pensó que sólo tendría que sofocar el amor á una persona, y una tarde, cuando ya Marcelo convalecía y estaba próximo á abandonar el lecho, conoció que tendría que dominar también un sentimiento de odio á otra persona.

Era ésta un mozo de veinte años, gallardo, despierto, vivo, con quien oyó á Magdalena hablar un momento por la ventana.

Los dos jóvenes se amaban.

Cuando ella despidió á Sebastián, que así se llamaba su novio, vió el sacerdote que el rostro de la joven radiaba de alegría por haberle visto después del tiempo que la enfermedad de su padre la había mantenido alejada de él, y estaba animada y fresca como una rosa que recibe el rocío de la mañana.

La alegría de Magdalena le hizo estremecer, y se doblegó como un arbolillo agitado por el viento de la tempestad.

Cuando Marcelo estuvo ya en disposición de volver á sus antiguas tareas, D. Luis dejó de visitar su casa, después de oir las sencillas palabras de agradecimiento de la honrada familia. Se había dejado allí su felicidad.

En adelante se le vió siempre amable y dulce, pero melancólico como la postrer hora de la tarde, vagar por el pueblo, y los pescadores le veían también con frecuencia desde sus barcas sentado en alguna roca, con la inmovilidad de una estatua de ébano.

Desde allí veía él muchas veces á Sebastián, y con vigor trataba de dominar el odio que se levantaba en su corazón, como el bote del pescador sobre la superficie del Océano. Su mirada se abismaba con una vaguedad de loco en aquel mar menos amargo que su desgracia.

Una tarde, Sebastián, en lugar de volver con sus compañeros á la playa, cuando aquéllos se retiraron puso la proa hacia el sitio en que estaba D. Luis. Éste le vió acercarse remando con esfuerzo poderoso, y á poco desaparecer debajo de unas rocas colocadas como sirviendo de pedestal á aquella en que él esta

ba. Algunos instantes después oyó un ruido de pasos, y Sebastián se presentó bruscamente, apareciendo por detrás de una roca, delante de él.

IV

El sacerdote le miró, y quizá por vez primera dejó de sonreir como siempre que encontraba á algún vecino del pueblo. Sebastián se quitó el sombrero, y comenzó á darle vueltas entre sus manos, permaneciendo en una actitud de hombre que desea decir alguna cosa. Pero como el cura no le animaba, el muchacho seguía inmóvil sin atreverse á hablar, sufriendo la escudriñadora mirada de su compañero de soledad.

Sebastián era alto, moreno, vigoroso y de bien proporcionadas facciones. El sacerdote veía con cierto sentimiento que era una arrogante y hermosa figura.

El silencio se hacía insostenible y enojoso, y ya iba D. Luis á romperlo para preguntar á Sebastián que qué quería, cuando éste comenzó á hablar con voz rápida, como quien dice cosas que ha tenido ocultas durante largo tiempo y que cree llegada ocasión de revelar.

—Señor cura, hay dos personas que necesitan de usted. Yo..., la verdad, le voy á decir para qué he venido á verle. Magdalena, la hija del Sr. Marcelo, y yo nos queremos... Qué, ¿le extraña á usted, don Luis?.. Pues hace ya bastantes años..., como que entonces éramos dos niños. Ella estaba tan guapa; ya la conoce usted y sabe que aquella cara no ha podido ser fea nunca, y yo.., ya se ve, la quería, y un día.., no, una tarde, se lo dije y ella volvió la cara á otro lado para que yo no la viera, y me contestó que también me quería. Desde entonces..., qué sé yo, parece que aunque esté solo hay siempre alguien á mi lado, y me gusta más el pueblo, y el mar, y todo lo del mundo. Luego, como soy huérfano, no he podido contar nada de esto á mi pobrecita madre, que murió cuando yo tenía siete años, y no he podido decirle que cada día quiero más á mi Magdalena. ¿A qué viene todo esto?, dirá usted: pues ahora lo va usted á saber. He ido á ver al Sr. Marcelo y le he dicho que me quería casar con Magdalena, y ¿sabe usted lo que ha hecho, después de haberme tratado siempre como un hijo? Pues lo que ha hecho ha sido decirme que no quería de ningún modo, y cuando la pobre chica se echó á llorar, que era cosa de conmover á un tiburón, el Sr. Marcelo se enfadó mucho y me dijo que no volviera á poner los pies en su casa. No sé cómo ha sido esto, porque él siempre me ha querido y sabe que soy trabajador y entiendo las cosas de pesca como el primero. Por fin salí de aquella casa, y ando siempre á escondidas para ver á Magdalena. Ayer por la noche pude hablarla un ratito por la reja. ¿Sabe usted lo que me dijo? Que ella, lo mismo que su padre y su madre, querían á usted mucho, y que si le contaba á usted lo que nos pasaba, usted que es tan bueno y á quien no sabe negar nada su padre, conseguiría que nos casáramos. Me dijo también que si usted no lo hacía no lo conseguiría nadie, porque su padre, sin querer decir por qué, se niega hasta á que se hable de mí en la casa. Ya sabe usted lo que sucede. Yo también se lo pido, y mire usted que creo que á ella y á mí nos va en ello la vida... ¿Irá usted á decir al Sr. Marcelo que nos deje casar?

Sebastián quedó mirando al cura con los ojos muy abiertos, esperando la contestación con un anhelo parecido al que algunos meses antes había tenido Magdalena al preguntar al médico por la salud de Marcelo.

D. Luis había oído la tosca relación con asombro que se había ido convirtiendo en terror. Se levantó pálido y sonrió á Sebastián con una amargura infinita que el joven no pudo apreciar. La mano derecha del sacerdote estaba apoyada en la roca y oculta por el cuerpo á la vista de Sebastián, que no pudo observar que aquella mano se crispaba y parecía querer hundir los enclavijados dedos en el duro granito.

Agarrándose á éste con fuerza, dijo el sacerdote á Sebastián:

—¿La quieres mucho?

—Señor, contestó el muchacho sin vacilar, señalando una colina próxima compuesta de rocas amontonadas, grandes, informes, sembradas de agudos picos, hace dos años que pasando por allí Jaime, el hijo mayor de mi tío Nicolás, se le escurrió un pie y cayó como hace tres meses el padre de Magdalena. Sólo que el sitio donde el Sr. Marcelo cayó es blando como la arena de la playa comparado con éste. Yo iba cerca y vi caer el cuerpo chocando y crujiendo. Nunca he temblado hasta entonces: di voces, vinieron corriendo los amigos, que también le habían visto caer, y bajamos á recoger su cuerpo. Cuando llegamos al sitio donde estaba, sólo por el traje y por lo que habíamos visto se conocía á Jaime. Desde entonces nadie se aventura por estos sitios.

Guardó un segundo silencio y continuó con la mirada inflamada:

—Si Magdalena me dijera que me arrojase, un momento después estaría mi cuerpo en el sitio en que cayó el de Jaime.

D. Luis reconoció el acento de la verdad, y bajo..., muy bajo, para que no se conociera su emoción, dijo tendiendo la mano á Sebastián:

—Ahora mismo voy á casa de Marcelo, y Dios haga que le pueda convencer.

El muchacho besó la mano del sacerdote antes que éste pudiera evitarlo; pero le pareció que aquella mano quemaba, y el pensamiento de que el cura estaba enfermo cruzó por su imaginación; mas con todo el egoísmo que era capaz de inspirarle su amor á Magdalena, no dijo nada, deseoso de conocer la respuesta de Marcelo.

—Ves luego á casa á verme, dijo D. Luis alejándose.

Sebastián, satisfecho con el buen resultado de su expidición, no pudo observar el aspecto del sacerdote, que se alejaba lentamente. El dolor se hubiera inclinado á su paso.

El marinero, después que le hubo perdido de vista, descendió saltando con la agilidad de un gamo hasta el sitio en que había dejado su barca, saltó dentro, la apartó del pequeño ancón en donde se encontraba, y remando con vigor la sacó al mar, dirigiéndose luego á la playa, donde llegó media hora después.

La luna había salido ya, y el joven se dirigió á la plazoleta donde estaba la iglesia y la casa del cura. No vió luz en las habitaciones de éste, y esperó impaciente y desasosegado. Una hora después, y cuando la impaciencia había llegado á su punto máximo, le vió venir con la cabeza inclinada sobre el pecho, y esta actitud le fué de tan mal agüero, que no se atrevió á avanzar hacia él. D. Luis siguió adelantando, y Sebastián aquella vez, cuando le tuvo cerca, se estremeció al ver la palidez de su rostro, que hacía aún más intensa la claridad de la luna.

El sacerdote caminaba como un sonámbulo, y tan abstraído, que chocó con el pescador. Al golpe salió de su estupor, y antes de que el joven le interrogara le dijo:

—He convencido á Marcelo y os casaréis á principios de diciembre. Cuando quieras puedes ver á Magdalena, porque su padre no tiene ningún inconveniente, y las puertas de su casa están abiertas para ti.

Sebastián no contestó ni una palabra. Se quedó un momento como aturdido, y luego, de pronto, sin pararse á dar las gracias á su bienhechor, loco de alegría, embriagado de felicidad, se dió á correr en dirección al pueblo, con toda la agilidad de sus veinte años.

D. Luis quedó en medio de la plazoleta, lanzó una mirada que encerraba un mundo de sentimientos al joven que se alejaba.

Cuando Sebastián llegó á casa de Marcelo, Magdalena le esperaba y la felicidad reinó en la sencilla casa del viejo pescador. Entonces le contaron que el temor de Marcelo era que Sebastián cayese soldado, puesto que entraba en el próximo sorteo; pero que el señor cura le había prometido redimirle si era necesario, y además le había decidido á que hiciese la dicha de su hija. Los dos amantes recordaron con agradecimiento el nombre del sacerdote, pero un momento después lo olvidaron; ya no existían para cosa que no fuese su amor. A las once se separaron llenos de júbilo, y Sebastián se dirigió cantando á su casa.

A aquella misma hora, el sacristán, que había ido por la tarde á visitar á un amigo que le había entretenido largo tiempo en su casa, encontró en medio de la plazoleta de la iglesia al sacerdote. Se acercó á él, y como no le contestase le tocó las manos, que ardían, y le sacó de su abstracción. D. Luis no sabía que habían transcurrido tres horas desde que Sebastián se había marchado, porque el tiempo había dejado de existir para él.

Dió las gracias al sacristán, y apoyado en éste, porque sus piernas se negaban á sostenerle, llegó hasta su casa, subió la escalera y se acostó. El sacristán llamó en seguida al médico; y cuando vino éste, dijo que el relente de la noche era el causante de aquella enfermedad.

El enfermo sonrió, con una sonrisa preñada de lágrimas.

V

En los pueblos de corto vecindario, todos los individuos constituyen una sola familia. Puede haber en algunos rivalidades, cuando hay diferencias notables de fortuna que den lugar á la envidia; pero cuando, como en M***, existe verdadera igualdad, los lazos que se crean entre los vecinos son, por la semejanza de ocupaciones y sentimientos, lazos de amor y de fraternidad.

Por eso una boda ó un bautizo es en M*** una verdadera fiesta de familia y un día de alegría para el lugar.

El día ocho de diciembre del año de nuestra historia, por la mañana, la iglesia resplandecía de luces, y todos los habitantes de la aldea estaban allí rientes, felices, contemplando á Sebastián y Magdalena.

—¡Qué hermosa pareja!

—¡Dios los bendiga!

Éstas eran las exclamaciones que se oían entre aquella sencilla gente.

Luego el cura salió de la sacristía, revestido con los hábitos sagrados, y todos los labios cesaron de murmurar.

La ceremonia empezaba.

Desde la enfermedad que había sufrido el sacerdote, no habían vuelto á colorearse sus mejillas, y una palidez marmórea se extendía por aquel rostro marcado por arrugas prematuras. Algunas canas asomaban por entre sus negros cabellos, y el sufrimiento había rodeado de una aureola la despejada frente, urna del pensamiento.

El momento en que un hombre y una mujer juran consagrarse su existencia al pie de los altares, delante de los hombres y de Dios, es sublime.

El sacerdote encargado de unir aquellas dos voluntades, mártir de su conciencia, se creía más digno cada vez de sellar aquel pacto indisoluble, que le condenaba á un pesar sin término: se sentía más sacerdote.

Estaba tranquilo, grande, majestuoso, augusto.

Cuando preguntó á los novios si se querían por esposos, entró en sus oídos el «Sí quiero» pronunciado con amor por Sebastián y Magdalena, lo mismo que los cuchillos de los romanos penetraban en el pecho de los primeros mártires del cristianismo.

Los dos jóvenes eran esposos.

Luego, por la tarde, hubo baile en la plaza y se cantó hasta enronquecer y se bailó hasta rendirse..., y D. Luis, sentado al lado de los padres de la novia, veía toda aquella felicidad que él había formado.

Entonces dijo á Marcelo que había decidido, durante su enfermedad, ir de misionero á América y que hacía dos días que había recibido la orden de marchar. Por lo tanto, era aquel el último día que pasaba en el pueblo y al siguiente tenía que ausentarse para siempre. Dijo que quería caminar desde el amanecer y que aquella noche le entregaría la cantidad que había de servir para el rescate de Sebastián, si caía soldado.

La noticia se esparció muy pronto, y todos rodearon con amor al sacerdote y le rogaron conmovidos que no les abandonase; pero él, triste..., muy triste, les respondía que era imposible.

Por la noche hubo también hasta muy tarde baile en casa de Marcelo, y luego, allí mismo, se despidió de todos, pues repitió que quería marchar antes del amanecer sin que nadie absolutamente le acompañase.

Los convidados se alejaron, sonriendo, dejando solos á los novios.

Un cuarto de hora después, D. Luis, solo en su cuarto, mudo, ahogado por el dolor, sin curarse del frío que penetraba por la abierta ventana, lanzaba una mirada profunda al sangriento costado de la imagen mártir del Gólgota.

Los ojos estaban secos.

De pronto, el aire helado de aquella noche de diciembre le llevó esta canción de algún pescador que se retiraba á su hogar:

De pena me estoy muriendo,
Al ver que en el mundo vives
Y ya para mí te has muerto

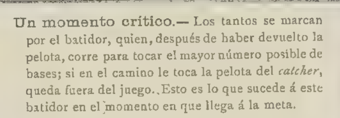
El sacerdote se estremeció: un sollozo hinchó su pecho, las lágrimas acudieron á sus ojos... y aquel hombre cayó postrado delante del Cristo, murmurando:

—¡Gracias..., gracias, Dios mío!

EL BASE-BALL, DEPORTE NACIONAL NORTEAMERICANO



El batidor.— El puesto de batidor es uno de los más difíciles de sostener en el Base Ball



Un momento crítico.— Los tantos se marcan por el batidor, quien, después de haber devuelto la pelota, corre para tocar el mayor número posible de bases; si en el camino le toca la pelota del *catcher*, queda fuera del juego. Esto es lo que sucede á este batidor en el momento en que llega á la meta.



El lanzador.— El lanzamiento de la pelota es muy difícil y los profesionales hacen describir á ésta trayectos complicados

EL BASE BALL

El *Base Ball* es el deporte norteamericano por excelencia, y los yanquis gastan en él solo más dinero que en todos los otros juegos atléticos juntos. Es, por otra parte, el juego que acaso apasiona más, y se cuentan por millares los jóvenes que practicándolo ganan grandes sueldos. El *Base Ball* atrae durante ocho meses del año la atención de todos los norteamericanos, quienes dedican los cuatro restantes á recordar las hazañas realizadas y á hacer pronósticos para la temporada siguiente. El perfecto jugador de *Base-Ball* es también un perfecto atleta, pues en ese juego admirable trabajan todos los músculos del cuerpo humano sin excepción.

En la primavera, los equipos de los grandes clubs de *Base-Ball* abandonan las frías regiones de la América del Norte para ir á pasar seis semanas en los climas más cálidos de los Estados del Sur; allí, bajo un cielo enteramente azul, se entrenan y preparan para las futuras luchas.

Casi todos los Estados tienen una federación de clubs de *Base Ball*, conocidos con el nombre de *minor league*, y en los cuales los jugadores terminan su aprendizaje y se entrenan con ardor para intentar su ingreso entre los jugadores de una *mayor league*, lo que constituye su más grande ambición. Esas *mayor leagues* están formadas por las asociaciones americanas del Oeste y del Este, y son las que dirigen y regulan todo lo que se relaciona con aquel deporte y contratan á los jugadores jóvenes que les han sido indicados como aptos para el juego.

Hubo un tiempo en que sólo una cierta clase de jóvenes americanos se esforzaban por llegar á ser «estrellas» del *Base Ball;* pero hoy no es así, sino que al salir del colegio los muchachos prefieren á todo otro empleo brillar, si es posible, en el juego nacional y llevar una existencia libre é higiénica. Esto aparte de que es un oficio en el que se pueden ganar emolumentos en modo alguno despreciables. Así el célebre *pitcher* del club de los «Gigantes,» Mathewson, percibe 50.000 pesetas por temporada, y las sociedades se disputan á fuerza de dólares los mejores *pitchers* ó *batters*, uno de los cuales, por ejemplo, es conocido con el nombre de *The eleven thousand dollars beauty* (La bella de los 11.000 dólares), porque esta cantidad hubo que pagarle para que consintiese en jugar en un club y en aceptar los emolumentos regios que se le ofrecían. Bien es verdad que para pagar de este modo á sus atletas los clubs norteamericanos disponen de recursos enormes; el presupuesto anual de los «Gigantes» se acerca á 500.000 dólares, es decir, á 2.500.000 pesetas.

Muchos jugadores de *Base Ball* han llegado á ocupar elevadas posiciones; citaremos, entre otros, al actual presidente Taft y al ex presidente Roosevelt.

Los grandes hombres de ley también cuentan en sus filas con antiguas glorias del *Base Ball*, como Juan Montgomery Ward, David Fultz y Hugo Jewings; este último continúa jugando y es en la actualidad el director del equipo campeón norteamericano del «Estrecho» — J. K.



El aviador español Antonio Fernández,
fallecido en Niza el día 6 de los corrientes á consecuencia de un accidente desgraciado durante los ensayos de su aeroplano. (De fotografía de M. Rol.)

EL AVIADOR ANTONIO FERNÁNDEZ

El martirologio de la aviación se ha aumentado recientemente con una nueva víctima, Antonio Fernández, muerto el día 6 de los corrientes en Niza, á consecuencia de un accidente desgraciado que le ocurrió mientras ensayaba un aeroplano de su invención.

Su aparato, un biplano sin cola, había estado expuesto en el último Salón de la Aviación de París, y en él había su autor tomado parte en los concursos de Reims, Berlín y Blackpool, aunque sin haber podido volar nunca.

Ultimamente había Fernández trasladado y montado su aparato en el aeródromo que se ha construído en Niza para la semana de aviación que ha de celebrarse en el próximo mes de abril, y el día 4 efectuó allí un vuelo de ensayo ante escaso número de espectadores, pero una fuerte corriente le obligó á descender en seguida.

Al día siguiente no salió á efectuar pruebas, y al otro, en las primeras horas de la mañana y en presencia sólo de su mecánico, reanudó los ensayos, y después de haber corrido en tierra unos cien metros, elevóse en el aire á una altura de treinta metros y á una velocidad bastante regular. Al poco rato el aparato viró como para descender, y de repente dió una vuelta y cayó con rapidez vertiginosa. El infeliz aviador quedó debajo del motor, que pesaba 60 kilogramos y que le aplastó el pecho y le rompió el brazo y la pierna derechos; la muerte debió ser instantánea. El mecánico, único testigo del trágico suceso, y algunas personas que allí acudieron al darse cuenta de la desgracia, transportaron el cuerpo del desdichado Fernández al hospital de Antibes.

El entierro se efectuó el día 8, fué costeado por el municipio y á él asistieron el prefecto, el ayuntamiento, el general Ducray, los presidentes y comisiones de todas las sociedades deportivas y un numeroso público.

El accidente se atribuye al mal estado del cordel que regía los timones; supónese que al tirar de él violentamente Fernández con objeto de tomar tierra, se rompió, y el aeroplano, sin gobierno, cayó precipitada-

mente al suelo. Es unánime la creencia de que si el aviador hubiese realizado sus pruebas delante de personas expertas, los consejos de éstas habrían podido evitar la catástrofe llamándole la atención sobre la deficiencia de algunas piezas de su aparato y haciéndole ver la necesidad de corregirlas antes de lanzarse á ensayos peligrosos.

Antonio Fernández era español y hacía veinte años que se hallaba establecido en Niza, en donde había ejercido la profesión de sastre de señoras.

PARÍS

UN MONUMENTO Á SANTOS DUMONT

A Santos Dumont le cabe la gloria de haber sido el primero en elevarse en el espacio montando un aparato más pesado que el aire. «La fecha del 23 de los corrientes—decíamos en el número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA del día 29 de octubre de 1906—será memorable en los fastos de la historia de los esfuerzos para la conquista del aire. Por primera vez un hombre ha volado por sus propios medios; el atrevido aeronauta brasileño Santos Dumont, superando todos los experimentos efectuados hasta ahora, ha partido del suelo, ha creado su velocidad y se ha elevado en los aires llevando consigo el aparato volador. De modo que ha volado en toda la extensión de esta palabra, y ha volado recorriendo un espacio de sesenta metros.»

Pocos días después, el 12 de noviembre, Santos Dumont repetía, con mayor éxito aún que la primera vez, su atrevido experimento.

Desde entonces hasta ahora, ¡cuántos progresos ha realizado la navegación aérea! ¡Cuánta distancia entre aquel modesto vuelo de unos pocos metros, ejecutado á una altura de tres sobre el suelo, y los de Bleriot, Paulhan, Latham, Farman, el mismo Santos Dumont y tantos otros, que recorren kilómetros y más kilómetros á velocidades extraordinarias y á alturas vertiginosas! ¡Qué diferencia entre aquellos tiempos en que se concedía la copa Archdeacón al que en aeroplano recorriera un espacio de 25 metros y se consideraba como empeño poco menos que ilusorio ganar el premio Deutsch Archdeacón para quien salvara de un vuelo y con una virada la distancia de mil metros, y los tiempos actuales, en que son varios los aviadores que se disponen á disputarse los premios Deutsch de la Meurthe y Michelin para recorridos de centenares de kilómetros.



París.—Monumento que proyecta erigir el Aero Club para conmemorar los primeros vuelos efectuados por Santos Dumont en 23 de octubre y 12 de noviembre de 1906. Obra de Jorge Colin. (De fotografía de World's Grabpic Press.)

Y sin embargo, bien podemos exclamar con el fabulista: «¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»

Por esto entendemos que ha realizado un acto digno de los mayores elogios el Aero Club de Francia proyectando la erección de un monumento destinado á conmemorar aquellos dos vuelos históricos de Santos Dumont, monumento que se levantaría en Bagatelle, es decir, en el mismo sitio en que los vuelos se efectuaron.

El Ayuntamiento de París, á quien el proyecto ha sido sometido, lo ha aceptado en principio y con entusiasmo, si bien parece que halla algunos inconvenientes respecto del lugar señalado por el Aero Club.

De todos modos, en un sitio ó en otro, es indudable que el monumento se erigirá, y para este caso ya se ha adoptado el boceto que ha de servir para la obra definitiva.

Este boceto, original del joven escultor Jorge Colin, es el que reproduce el grabado adjunto y representa al personaje mitológico Dédalo sobre una roca en actitud de emprender el famoso vuelo merced al cual pudo escapar del laberinto de Creta y burlar la venganza del rey Minos. Es indudablemente una de las mejores obras de su autor y una de las que más llamaron la atención en el concurso para la Copa Michelin celebrado en París en 1908.

La estatua será de bronce y la altura total del monumento no bajará de cinco metros.—S.





ESCULTURAS

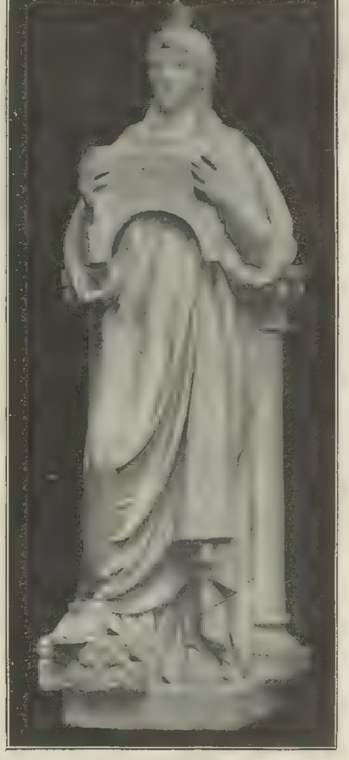
PARA EL EDIFICIO DE MUSEOS DE ZARAGOZA

MODELADAS POR CARLOS PALAO

La Escultura




La Pintura



La Arquitectura

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVIII — Barcelona 27 de diciembre de 1909 — Núm. 1.461

OBRAS CLASICAS DE LA PINTURA



LA ADORACIÓN DEL NIÑO JESÚS,
cuadro de Fra Filippo Lippi. (Galería Real de Berlín.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hay cosa más antigua y más joven que la Navidad.

Cada año parece que, remozada por conjuros en fontana misteriosa, por milagro de hadas, cuya varita es resurgidora de la vida y enemiga de la destructora muerte, la Navidad renace, con sus frescos atractivos pueriles y candorosos, con su secreto de niñez, de alegría y de hogar. Y es que la Navidad es la familia, es el hijo, es la cuna, es la felicidad sana y clara de la vida íntima. En otras fechas del año, el hombre se divierte; pero sólo bajo el hechizo de la Navidad es realmente dichoso.

Los que no tienen familia, durante todo el año se sienten libres, exentos de deberes, independientes, en anárquico aislamiento; en Navidad, en cambio, se encuentran solos, muy solos, y buscan el arrimo del hogar, aunque sea prestado y ajeno. Es una noche en que, á falta de familia propia, se improvisa una familia en la amistad. No estar convidado, el 24 de diciembre, por nadie, aunque sea á la taberna ó al bodegón, ó no tener á nadie á quien convidar, aflige como un desheredamiento. La fiesta social por excelencia, la condenación del individualismo, es la Nochebuena.

Leyendo la relación de una expedición al polo ártico, género de lectura á que soy aficionada, me conmovió ver cómo pasaron aquellos valerosos exploradores su Nochebuena, cercados de hielo, dentro de una cabaña que habían improvisado con trozos de hielo también. Desde un mes antes, guardaron todos los buenos bocados que aún restaban entre sus escasas provisiones para la cena solemne. Hicieron acopio de leña y grasa para que no les faltase buena lámpara y calefacción. La leña procedía de su destrozado barco, el aceite ó grasa de las focas cazadas. Llegado el instante, los infelices desterrados y perdidos en los desiertos árticos prepararon su mesa, iluminaron y ocuparon sus puestos, olvidando, por un instante, la soledad, el peligro, el abandono. Los manjares y las bebidas reconfortaron sus cuerpos ateridos, el fuego derritió los témpanos pendientes como agujas de vidrio de su barba. Un suave fomento de calorcillo discurrió por sus ateridas venas, y su corazón latió alegre y confiado, con la esperanza de poder evadirse de la glacial prisión, volver á la patria, oir las campanas de sus iglesias. Algunos tragos más de cerveza y de aguardiente acrecentaron el bienestar y la ilusión, y entre las fúnebres paredes de la cabaña enterrada bajo la nieve, resonó la risa humana y se alzó el brindis... Un momento más, y el sueño bienhechor cerró los párpados. Y entonces, una transformación: la cabaña se volvió casa, abrigada mansión donde la familia se junta para celebrar una fecha memorable, santa y cariñosa; á la cabecera de la mesa toma asiento el abuelo de cabellos blancos; la esposa, adornada con modestas galas que realzan su hermosura, se coloca al lado del esposo, y distribuye á los pequeñuelos la caliente sopa, teniendo cerca de sí al último, al más travieso, para darle de comer ella misma. Un lugar preferente, próximo á la chimenea que arde con vivas llamaradas, se ofrece al amigo de la casa, que ha entrado con una caja de cartón llena de juguetes para la chiquillería; ésta prorrumpe en risas y bullicio, y el amigo, alzando la caja en alto, se opone festivamente á que la registren, para aumentar la emoción y el interés de la sorpresa... La cena se anima: viene por los aires el pescado condimentado con miel, el enorme ganso asado, cuyo aroma llena el comedor y resucitaría á un muerto; en las copas, el vino espuma, destella como líquido topacio, y cuando llega la hora de alzarlas á la salud del patriarca, del abuelito venerable, el ama de la casa ofrece á su marido las mejillas y él las besa con ternura de hermano, de buen compañero que agradece la dicha de tantos años y la descendencia hermosa y saludable que se sienta con él á celebrar la Navidad. El explorador del Polo, que sueña este sueño, ve su propia cara en la del feliz esposo, y en la rubia cabeza del niño menor, la de su último pequeñuelo, de quien se despidió, no sin escondido llanto. Sí; ha desaparecido la distancia, la barrera de hielo, los peligros, el gruñido de los osos polares venteando presa; no está en el agujero abierto entre la nieve, sino en la dulce mansión, en el sagrado hogar, con los seres que, en el mundo, forman nuestro mundo, fuera del cual nada existe... Y el explorador murmura por lo bajo, al sentir el cosquilleo de la bebida espumosa: «Creí, amores de mi alma, no volveros á ver nunca. Creí que no llegase esta hora.» Mientras dura el ensueño dichoso, la noche transcurre, ó por mejor decir, corren las horas que en otro país serían noche, y que allí son parte de una noche eterna; el frío, que entumece los miembros, despierta á los durmientes; se miran atónitos; apenas saben dónde se hallan; incrédulos, se interrogan... Empiezan á contarse su sueño; ¡todos, todos han soñado lo mismo! Todos han visto su casa, su hogar, sus padres, sus novias, sus nenes. Y en el desaliento del despertar terrible, se abrazan, con el llanto al borde de sus párpados, cuajado y helado también...

***

La historia se me ha venido á las mientes pensando en estos nuevos descubridores del Polo, que se disputan la gloria de haber pisado primero sus hielos, exactamente iguales á los demás hielos del casquete boreal.

Yo confieso que me inspira alguna desconfianza el descubrimiento, con sus testigos esquimales y su coro de perros que no pueden atestiguar nada, ni ladrando; pero suponiendo que los dos digan verdad, ó que la diga uno solo, y que el Polo haya sido hollado por planta humana, ¿qué resultado positivo, ni aun para la ciencia, tiene este descubrimiento, llamémosle así?

Hay historiadores modernos que se ríen de las Cruzadas, y existió un poeta maleante, mi amigo don Ramón de Campoamor, que satirizó á los que combatían por un sepulcro vacío. Sin embargo, las Cruzadas fueron un medio de que el Occidente se pusiese en activa comunicación con el Oriente; de que se aficionase la humanidad á viajes y largas aventuras; de que se estableciesen relaciones comerciales, y se avanzase en el camino de la civilización. A las expediciones al Polo sí que podría aplicarse con razón lo del sepulcro vacío, y mejor aún, sepulcro lleno de huesos de muchos valientes, que perecieron sin auxilio humano, sin consuelo y hasta sin gloria, puesto que sus nombres apenas se recuerdan.

¿Qué hay en el Polo para que así atraiga á los audaces de todo tiempo, desde el siglo VIII? ¿Qué atractivo revisten los áridos, eternos hielos, para que se arrostren las fatigas espantosas, la muerte, el olvido?

Hay cuatro caminos por donde acercarse al Polo: el estrecho de Smith, las dos orillas del ancho brazo de mar comprendido entre Groenlandia y la Tierra de Francisco José, y el estrecho de Behring. El más seguido últimamente ha sido el estrecho de Smith, por suponerse que en él existían vastas superficies de agua libre que avanzaban hacia el Polo Norte; pero en vez de esas superficies desembarazadas de témpanos encontraron enormes bancos de hielo flotantes que, llevando la dirección del Sur, avanzaban para destruir los navíos y hacerlos astillas, si no se refugiaban en la costa. Un oficial inglés llegó, realizando milagros de tenacidad, hasta los ochenta y tres grados, y volvió diciendo que por allí era imposible acercarse más al eje del mundo.

Otra misión, sin embargo, quiso intentar lo imposible, y subió cuatro minutos más arriba. Después, tuvo que regresar. Como ésta fracasaron, á diferentes alturas y en condiciones varias, muchas expediciones, y hubo incidentes trágicos; por ejemplo, la desventura de la *Jeannette*, que después de dos años de navegar cautiva en una prisión de témpanos, fué aplastada y hecha añicos cerca de las islas de Nueva Siberia. Tres años después se descubrían restos del desventurado buque, al extremo Suroeste de Groenlandia, incrustados en un témpano. Y el hecho demostró algo científico: que el témpano cargado con esos restos no había podido llegar á aquel punto sino atravesando la cuenca polar. Sólo era posible esto habiendo sido el témpano acarreado por la gran corriente que desciende hacia el Sur y luego remonta hacia el Norte por el estrecho de Davis. Estaba, pues, trazado el itinerario polar, y el suplicio sin nombre de los tripulantes de la *Jeannette* había servido para alumbrar la ruta misteriosa del Polo. Era preciso realizar, en un buque, el mismo viaje que habían hecho los restos de la *Jeannette*.

Tal fué el plan de Nansen, el más serio explorador, en opinión general, de las regiones árticas. Y para este valentísimo viajero, la cuestión de buscar el punto matemático que forma el Polo no es lo que preocupa: lo importante es estudiar, desde el punto de vista científico, los inmensos espacios inexplorados que le rodean. A tal fin ideó su embarcación, sólida y resistente, dotada de todas las condiciones necesarias para la campaña que iba á emprender. Nansen mismo lo ha referido con el encanto de las narraciones verdaderas, que interesan más que novela alguna. Nos ha contado, en un libro atractivo por su sencillez, la construcción del *Fram*, el buque tan admirablemente dispuesto, calculado y provisto para el siempre peligroso viaje; y nos ha referido sus varias aventuras en los bancos, y cómo pasaron la noche de Navidad, á bordo del *Fram*, sus tripulantes, presos por témpanos enormes que les asaltaban á cada instante; pensando todos en los ausentes, pero sin querer manifestar sus pensamientos. La mayor parte de la dotación se compone de hombres casados y con hijos, y á Nansen le ha despedido, al embarcar, su bebé, su «Livita,» palmoteando en la ventana, mientras el buque se desliza silencioso y lento por el fiordo noruego, para emprender su caminata hacia los mares sombríos y los glaciares contemporáneos de la solidificación del planeta... Desde el día de la partida, en previsión de la gran noche, uno de los tripulantes ha escondido dos cajas con aguinaldos, regalo de su madre y de su novia, y después del festín, servido el tradicional pastel, en que ha trabajado dos semanas el cocinero, aparecen las cajas, y se abren con emoción. Cada cual recibe una pipa, una navaja, una bolsa para el tabaco... Entonces ya no pueden disimularse unos á otros que sólo piensan en los ausentes, que no tienen otro pensamiento. En las horas desalentadas, el alma del explorador se inunda de nostalgia. ¡Si ya estuviese terminado el viaje! ¡Si ya se encontrase de vuelta, pisando la cara tierra natal!

Sin embargo, el explorador declara que la larga noche invernal del Polo no causa esos sufrimientos de que se ha hablado tanto. Casi le da vergüenza decir que, á su regreso, no podrán contar dolores y penas, y que ni han conocido el escorbuto, ni están sino más gruesos y frescos que á su salida de Cristianía. Y es que hicieron gran provisión de sanos alimentos, es que han adoptado precauciones higiénicas y contra la temperatura espantosa de 40 bajo cero. La desesperación es cuando el buque, en vez de marchar hacia el Norte, deriva hacia el Sur. Pero no vale desanimarse: la firme voluntad del noruego reaparece. Es indigno aceptar una misión y abandonarla luego. Hay que aceptar lo que venga. ¡Animo!

Y sigue subiendo hacia el Norte; y no pudiendo hacerlo á bordo del *Fram*, definitivamente aprisionado, asciende en trineo, al través de los hielos, ó arrastrado por ellos; y entonces sí que los sufrimientos son horribles, los riesgos inminentes, las privaciones tales, que apenas se comprende cómo el débil organismo humano puede resistirlas. Hambre, frío, desnudez, suciedad, congelaciones de las heridas, alimentación de carne cruda ó de grasa de oso y morsa, todo lo padecen los expedicionarios, hasta que ya consideran imposible acercarse más al Polo, y deciden retroceder á tierras habitadas por hombres... Y cuando oyen la primera voz humana resonando en las soledades, el estremecimiento de gozo es tal, que él solo vale haber soportado tan larga y cruel tortura. Ya ahora es seguro que volverán á ver á los seres queridos, que pasarán con ellos la primer Navidad, y que el recuerdo del padecer no hará sino acrecentar la dicha de encontrarse juntos. Los que han vivido entre el hielo, sentirán ese calor á ninguno comparable, el calor familiar, el calor de la noche en que Cristo vino al mundo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Madona, tríptico de Carlos Pluckbaum. (Exposición de Arte cristiano de Dusseldorf, 1909.)

LA EXPOSICIÓN DE ARTE CRISTIANO

DE DUSSELDORF

Hubo un tiempo en que las exposiciones de obras artísticas, respondiendo al verdadero objeto primordial que deben realizar, eran eminentemente educadoras; había en ellas algo más que la exhibición de cuadros y estatuas, puesto que tal exhibición estaba hecha de manera que el público, al mismo tiempo que se recreaba contemplando la producción de pintores y escultores, sacaba de ellas provechosas enseñanzas respecto del arte y de la estética en general.

Poco á poco fueron las exposiciones perdiendo este carácter, y hoy puede afirmarse de la mayoría de ellas que el tiempo, el dinero y las energías que en las mismas se emplean, no guardan relación con el fin pedagógico que debieran llenar.

Una excepción de esta regla general constituye la Exposición de Arte cristiano recientemente celebrada en Dusseldorf, ya que ella ha venido á satisfacer la necesidad sentida por muchos amantes del arte, lo mismo del clero que del público profano, de restaurar el arte religioso, de infundirle, por decirlo así, nueva sangre. Y ha venido á satisfacerla de dos maneras: primero, presentando el estado actual de aquel arte en una extensión hasta ahora nunca vista; y segundo, ofreciendo al estudio las mejores obras que en el género se han producido en los siglos XVIII y XIX. Entre estas obras abundaban las del estilo que nosotros denominamos churrigueresco, y esta abundancia debíase sin duda al propósito de honrar el arte de una época injustamente olvidada y de probar que no están en lo cierto los que suponen que el único estilo, ó por lo menos el más adecuado al arte religioso, es el estilo gótico: allí figuraban, entre otras, para demostrar este aserto, las colecciones de objetos de orfebrería sagrada de los principales conventos austriacos.

La mayoría de los artistas representados en esta exposición eran los de la escuela alemana; pero también pudieron admirarse en ella hermosas obras de artistas franceses, belgas, ingleses y holandeses.

La arquitectura y la industria artística constituían secciones importantísimas, no habiendo apenas una sala en donde no se viese algún proyecto ó modelo de construcción religiosa y en donde no se ostentasen objetos de metalistería y vidriería artísticas de los que sirven para el adorno interior de los templos. También la escultura tenía en ella digna representación, no sólo con imágenes del culto, sino también con esos monumentos que sin ser de carácter absolutamente religioso, pueden incluirse sin dificultad en el número de producciones del arte cristiano.

Pero la sección más numerosa era la de pinturas, obedeciendo esto sin duda al criterio de que á la generalidad del público le gustan más éstas que los cartones, modelos y bocetos hechos con mira á la edificación ó á la ornamentación de las iglesias, á pesar de que hoy en día las obras pictóricas tienen menos aplicación en los templos que las arquitectónicas, escultóricas y artístico-industriales. En esta sección figuraban cuadros de todos los géneros que con la iglesia ó con sus creencias se relacionan; cuadros de historia, de santas leyendas, de ceremonias del culto, escenas íntimas, hasta paisajes; en suma, todo aquello que respira sentimiento religioso; y al contemplar el gran número de lienzos de este género debidos á pintores modernos, no podía menos de sentirse cierta sorpresa viendo que aun en estos tiempos, en que la fe no prevalece con la intensidad y la extensión que en épocas pasadas, son todavía tantos los que á cultivarlo se dedican. Justo es confesar, sin embargo, que muchos de estos pintores contemporáneos tratan esos temas enamorados de lo que tienen de artístico más bien que impulsados por la necesidad de exteriorizar profundos y arraigados sentimientos, como sucedía con los grandes maestros que tan admirables creaciones nos han legado.

Uno de los grandes atractivos de esta exposición era el decorado de las distintas salas, que corrió á cargo de diferentes grupos de artistas, entre los cuales distinguiéronse en su cometido los de Dusseldorf y los de Aquisgrán, y sobre todo los de la Asociación Alemana.

El principal éxito de la Exposición de Arte cristiano de Dusseldorf es indudablemente el haber demostrado á los que con buena voluntad han querido estudiarla, que existen en la actualidad elementos y energías bastantes para crear un buen arte cristiano moderno, siendo de desear que todas estas energías y estos elementos sean debidamente utilizados.

En ella estaban representadas todas las tendencias que en este género de pintura han seguido los artistas de nuestros días y todas las escuelas que por tan distintos procedimientos tienden al mismo objeto de despertar los sentimientos religiosos, desde la escuela realista, que en Alemania ha producido obras tan admirables como las de Federico Uhde, Eduardo de Gebhardt, Gebhard Fugel y Luis Feldmann, hasta la decorativa que siguen Otón Gussmann, Pablo Rossler y E. R. Weiss y la modernista que tiene adeptos tan valiosos como Kolo Moser, Adolfo Holzel y Thorn Prikker. — O.

Adoración de Jesús, cuadro de Adolfo Holzel. (Exposición de Arte cristiano de Dusseldorf, 1909.)

EL REY LEOPOLDO II Y LA FAMILIA REAL DE BÉLGICA

En su palacio de Lacken ha fallecido en la madrugada del 17 de este mes el rey Leopoldo II de Bélgica, que había nacido en Bruselas en 9 de abril de 1835 y sucedido en el trono á su padre Leopoldo I en 10 de diciembre de 1865.

Leopoldo II ha sido un gran monarca y su reinado de cuarenta y cuatro años ha conducido á la nación belga á un estado de florecimiento que pocos otros países han conseguido. Las siguientes cifras son la mejor demostración de este aserto: la población de Bélgica, que era en 1831 de 3.785.000 habitantes, y en 1866, un año después del entronizamiento de Leopoldo II, de 4.897.833, ascendía en 1907 á 7.317.561; el comercio, que en 1831, cuando la fundación del reino, era de unos 400 millones de francos, alcanzó en 1907 la cifra de 6.500 millones.

Bélgica, nación tan pequeña desde el punto de vista de la extensión territorial, es muy grande por el papel económico en el mundo, por la potencia de sus capitales, por la audacia y el éxito de sus empresas; y este florecimiento es debido en principalísima parte á la acción impulsiva del soberano, de quien se ha dicho que era uno de los hombres de negocios más extraordinarios.

Leopoldo II, comprendiendo las ilimitadas perspectivas que se ofrecían, desde las primeras exploraciones, á la colonización africana, apoyó y alentó á los exploradores, y gracias á su hábil perseverancia se fundó el Estado libre del Congo, ese inmenso y hoy riquísimo imperio del que fué soberano y que recientemente ha pasado á ser posesión de Bélgica.

Desde el punto de vista político, Leopoldo II desempeñó de una manera admirable su papel de rey constitucional, logrando gracias á su talento y á su tacto que la lucha tradicional entre católicos y liberales no determinase, ni aun en los momentos de más apasionamiento, una crisis grave.

En otro orden de cosas, él fué uno de los primeros hombres de Estado de Europa que se preocuparon de la cuestión social, y á él se deben la construcción de viviendas económicas para obreros y la creación de una caja de socorro y de retiro para las víctimas de los accidentes del trabajo.

Bruselas le debe en principal parte su embellecimiento: sus grandes bulevares, su Palacio de Justicia, sus mercados, su Bolsa, su Palacio de Correos, su Museo Comercial y su Escuela de las Colonias, obra son de la iniciativa de Leopoldo II, á quien secundó eficazmente el burgomaestre Anspach. Otros proyectos grandiosos había concebido el monarca, tales como el Monte de las Artes, el Walhalla ó Panteón, la estación central y el ferrocarril metropolitano; pero ha muerto sin haber podido realizarlos.

Fué, en suma, el rey Leopoldo un soberano que consagró la mayor parte de su vida á hacer de Bélgica el país que él soñaba y cuyo reinado ha sido fecundísimo en bienes para su nación.

En 1853 casóse con la princesa austriaca María Enriqueta, de la que tuvo cuatro hijos: el conde de Hainaut, nacido en 1859 y fallecido en 1869; la princesa Luisa, nacida en 1858, que en 1875 se casó con el príncipe Felipe de Sajonia Coburgo Gotha, de quien se divorció en 1906; la princesa Estefanía, nacida en 1864, que se casó en 1881 con el archiduque heredero Rodolfo de Austria, trágicamente fallecido en 1889, y en 1900 contrajo segundas nupcias con el noble húngaro barón de Longay, y la princesa Clementina, nacida en 1872, que permanece soltera y que era la predilecta de su padre.



La baronesa de Vaughán, con quien se dice que se casó en San Remo el rey Leopoldo II. (Fotografía de Harlingue.)

Afírmase que hace pocos años el rey Leopoldo II se casó en San Remo con la baronesa de Vaughán, á la que conoció en París en 1900. Carolina Lacroix, que tal es el nombre de la baronesa, nació en Bucarest en 1886, y de ella tuvo el monarca dos hijos, que llevan los títulos de conde de Tervueren y conde de Revenstein. La baronesa acompañó á Leopoldo II en sus varios viajes y recibió de él, como donación, el palacio de Balincourt, situado en las inmediaciones de París. Su presencia en Lacken durante la enfermedad y muerte del rey, ha dado lugar á desagradables escenas entre ella y los miembros de la familia real.

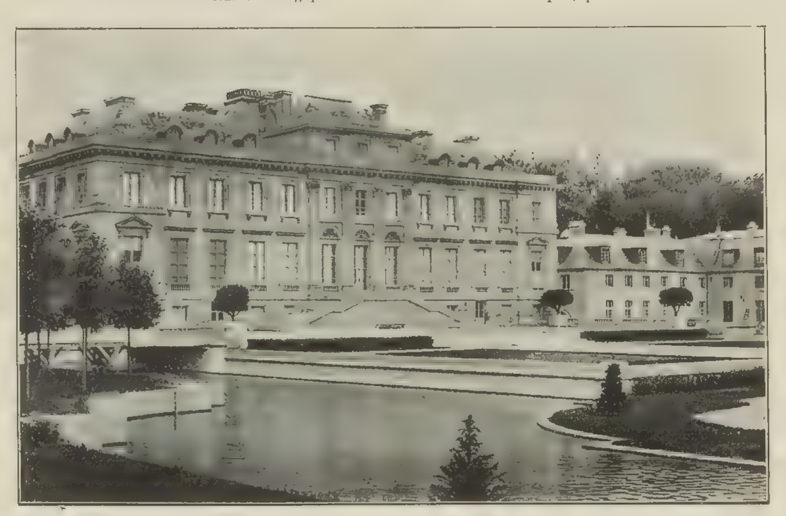
A Leopoldo II sucede en el trono su sobrino el príncipe Alberto, hijo del príncipe Felipe, conde de Flandes, fallecido en 1905, y de la princesa María de Hohenzollern. Nació en Bruselas en 1875, y en 2 de octubre de 1890 contrajo matrimonio en Munich con la princesa Isabel, duquesa de Baviera. De este matrimonio han nacido tres hijos, los príncipes Leopoldo y Carlos y la princesa María Josefa, que nacieron respectivamente en 3 de noviembre de 1901, 10 de octubre de 1903 y 4 de octubre de 1906.

El actual monarca sube al trono habiéndose ya conquistado el afecto de sus súbditos por su bondad y por su inteligencia. Es un hombre reflexivo y aparentemente tímido, sencillo en sus costumbres, poco aficionado á las formalidades del protocolo y será sin duda el primer ciudadano del país, que tendrá nuevas ocasiones de apreciar las altas dotes de corazón y de inteligencia que le adornan.

Alberto, que demostró desde su primera juventud gran interés por las ciencias mecánicas, entró en la Escuela militar en 1890 y á la vez que los cursos de esta escuela siguió los estudios universitarios. Después, el distinguido diplomático barón de Labermont le dió preciosas lecciones sobre ciencia diplomática. Pero su principal profesor y consejero ha sido el general Jungbluth, quien ha hecho de él un hombre ilustrado y recto.

El nuevo rey es un viajero infatigable y en alto grado observador; lee mucho y está al corriente de lo que publican las principales revistas del mundo, y es en extremo aficionado á la música.

Su esposa, la reina Isabel, se captó, desde su llegada á Bélgica, las simpatías de todo el pueblo. Su mayor placer consiste en ser útil y en socorrer á los necesitados; de soltera, ayudaba á su padre en su clínica, pues sabido es que el duque Carlos Teodoro era un médico y un filántropo eminente; de casada, ha favorecido con gran solicitud asilos, hospitales y escuelas, prodigando en todas partes su palabra consoladora y sus auxilios materiales, y estimulando á los niños para que puedan ser un día buenos ciudadanos.—P.



Palacio de Balincourt, situado en los alrededores de París y regalado por el rey Leopoldo II á la baronesa de Vaughán. (De fotografía de Harlingue.)



Leopoldo II, rey de Bélgica
fallecido en 17 de los corrientes.



El palacio de Lacken, residencia real en donde ha fallecido el rey Leopoldo.

Familia Real · de · Bélgica



Alberto, actual rey de Bélgica.



Príncipe Leopoldo. Príncipe Carlos.



Isabel, actual reina de Bélgica.



Princesa Luisa,
hija de Leopoldo II.



Princesa Estefanía, hija de Leopoldo II.



Princesa Clementina,
hija de Leopoldo II.

(De fotografías de Delius, World's Grafic Press y Harlingue.)

VALENCIA.—EL NUEVO EDIFICIO DE LA FACULTAD DE MEDICINA Y CIENCIAS
BARCELONA.—CONGRESO DEL GOBIERNO MUNICIPAL

Valencia.—El Dr D. Amalio Jimeno, acompañado de las autoridades eclesiástica, civiles y militar, disponiéndose á colocar la primera piedra del nuevo edificio para las facultades de Medicina y Ciencias.

El arzobispo Dr. Guisasola bendiciendo la primera piedra del nuevo edificio para las facultades de Medicina y Ciencias
(De fotografías de F. Moya.)

El día 19 de los corrientes efectuóse con gran solemnidad en Valencia la ceremonia de la colocación de la primera piedra del nuevo edificio para las facultades de Medicina y Ciencias.

En el palacio de la Diputación reuniéronse las autoridades, la comisión del claustro de profesores y delegaciones de sociedades científicas, literarias, artísticas, mercantiles; en una palabra, una brillante representación de toda Valencia. Allí estaba también el ilustre profesor D. Amalio Jimeno, á quien se debe en principalísima parte la realización del proyecto.

A las once y media púsose en marcha la comitiva, que fué recibida en el lugar de la ceremonia por el arzobispo Sr. Guisasola, acompañado de varios canónigos y beneficiados, y los arquitectos municipales Sres. Alfaro y Mora.

Bendecida por el prelado la primera piedra, firmóse el acta que con ejemplares de los diarios locales y algunas monedas de oro, plata y cobre, fué encerrada en una caja de cinc, y el señor Jimeno, con una paleta de oro y plata, echó la primera paletada en el hoyo en que la piedra debía ser colocada; lo propio hicieron sucesivamente las autoridades.

Después de colocada la piedra á los acordes del Himno de la Exposición, que ejecutó la banda municipal, el alcalde señor Paredes dió las gracias en nombre de Valencia á cuantos se habían dignado concurrir al solemne acto y felicitó al Sr. Jimeno por su hermosa iniciativa. El presidente de la Diputación Sr. Albiñana también dedicó frases de agradecimiento al señor Jimeno, el cual contestó con un elocuente discurso diciendo que se honraba con haber colocado la primera piedra de un templo de la ciencia, dando las gracias á cuantos habían prestado su concurso para llevar á cabo el proyecto y dirigiendo frases de elogio al ejército, al gobierno, al arzobispo y al claustro de profesores. A la ceremonia asistió numeroso público en el que figuraban muchos estudiantes.

Por la tarde se efectuó en el Paraninfo de la Universidad el acto de descubrir solemnemente el retrato del Sr. Jimeno, y por la noche se dió en honor de éste un gran banquete en el palacio municipal de la Exposición.

En Barcelona se ha celebrado, en los días 16 á 19 de los corrientes, un Congreso del Gobierno Municipal, organizado por la *Joventut Nacionalista*. Al llamamiento de ésta respondieron gran número de ayuntamientos, importantes entidades y corporaciones y personalidades ilustres de toda España, conocedoras á fondo de las materias que en el congreso se han tratado y que abarcan toda la vida de los municipios; y gracias al concurso de tan valiosos elementos, el éxito del congreso ha sido completo y cabe esperar que ha de ser, en días no lejanos, fecundo en resultados altamente beneficiosos.

En el congreso, catedráticos, hombres políticos, concejales de grandes municipios, funcionarios de ayuntamientos modestos, arquitectos, ingenieros, médicos, sociólogos, pedagogos y hacendistas han aportado sus especiales conocimientos á la obra común, y en luminosas memorias, elocuentes discursos y razonadas discusiones ofrecido soluciones prácticas para el perfecto desenvolvimiento del régimen municipal y para todos los problemas que afectan á los intereses, así materiales como morales, de las poblaciones.

Complemento importantísimo del congreso ha sido la Exposición de planos y proyectos de urbanización, instalada en las salas del Palacio de Bellas Artes, en el que ha celebrado aquél sus sesiones, y que fué solemnemente inaugurada el día 18. La sala destinada á Barcelona ocúpanla los planos de Cerdá y otros que desde su tiempo se han hecho y que forman la historia gráfica de cuanto han realizado nuestros municipios en materia de urbanización, historia brillantemente coronada por el proyecto Jausely. En otras salas se ven los planos de París, Munich, Viena, Roma, Florencia y otras importantes urbes, las de varias ciudades y poblaciones de Cataluña é interesantísimos grabados y estampas antiguos que permiten apreciar la evolución que en el transcurso de los años han sufrido el modo de ser de las ciudades y el arte de construirlas.—R



Barcelona.—Congreso del Gobierno Municipal.—Inauguración de la sección de planos y proyectos de urbanización instalada en las salas del Palacio de Bellas Artes. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

LOS AGRACIADOS CON LOS PREMIOS NOBEL EN 1909



1. Fernando Braun y 2. Guillermo Marconi (Premio de Física).—3. Guillermo Ostwald (Premio de Química.)—4. Ernesto Teodoro Kocher (Premio de Medicina).—5. Selma Lagerlof (Premio de Literatura).—6. Barón d'Estournelles de Constant (Premio de la Paz)

Siete personalidades ilustres han obtenido este año los premios instituídos en 1901 por Nobel: los profesores Braun y Marconi (Física); el Dr. Ostwald (Química); el Dr. Kocher (Medicina); la señora Selma Lagerlof (Literatura, y los señores Beernaert y barón d' Estournelles de Constant (premio de la Paz). A continuación damos algunos datos biográficos de cada uno de ellos.

Dr. Fernando Braun. – Nació en Fulda (Alemania), estudió matemáticas y ciencias naturales en Hamburgo y en Berlín; fué ayudante del químico Quinke en Wurzburgo, y después de haber enseñado durante diez años en Marburgo, Estrasburgo, Karlsruhe y Tubinga, fué nombrado director del Instituto de Física de la Universidad de Estrasburgo, cargo que actualmente desempeña Ha inventado un tubo de rayos catódicos que sirve para medir la duración de las oscilaciones eléctricas rápidas, y hace once años que busca la sintonización de las ondas eléctricas, invento que de realizarse, permitiría acordar un puesto transmisor y un puesto receptor de la telegrafía sin hilos, con lo que los telegramas sólo podrían ser recibidos por el segundo y no por todas las estaciones instaladas dentro de un determinado radio, como sucede ahora.

Guillermo Marconi. – Nació en Bolonia (Italia) en 1874, y siendo discípulo del profesor Righ, de la universidad de aquella ciudad, descubrió en 1896 un procedimiento para telegrafiar á grandes distancias sin necesidad de alambres. Aquel procedimiento, un tanto primitivo, adolecía de muchos defectos; pero gracias á la protección de sir Guillermo Price, director de Telégrafos de Inglaterra, y á los medios que á su disposición puso la poderosa compañía «Marconi Wireless,» logró Marconi perfeccionar su invento de tal manera, que en 1902 pudo enviarse un mensaje telegráfico al través de la atmósfera desde las costas de Irlanda á las del Canadá. Hoy en día su sistema se ha generalizado y el nombre de Marconi figura entre los de los más grandes inventores.

Dr. Guillermo Ostwald. – Nació en Riga (Rusia) en 1853, fué desde 1881 profesor de Química en el Politécnico de aquella ciudad, y en 1887 pasó á desempeñar una cátedra en la Universidad de Leipzig. Dió varias conferencias en universidades norteamericanas durante el año 1905, y á su regreso de América, al año siguiente, renunció á su cátedra. Es el creador de la química física, y el fundador de un instituto químico-físico, en Leipzig, y ha escrito numerosas obras, entre las que sobresalen *Lecciones sobre filosofía natural*, *Inventores y descubridores* y *Grandes hombres*.

Dr. Ernesto Teodoro Kocher. – Nació en Berna (Suiza) en 1841 y desde 1872 es profesor de Cirujía de aquella universidad y se cuenta en el número de los operadores más eminentes. Fué el primero que se atrevió á tratar operativamente el bocio, y habiendo comprobado que la ablación total de éste determinaba primero el cretinismo y después la muerte, descubrió las causas de estos fenómenos y en el Congreso Quirúrgico de Berlín de 1883 comunicó el resultado de sus investigaciones en una memoria luminosísima que hizo gran sensación, en la cual expuso que para evitar aquellos males, era preciso no extirpar del todo la glándula tiroides de que el bocio depende.

Selma Lagerlof. – Nació en 1858 en Marbacka (Suecia) y allí se educó; á los veinticuatro años entró en la Escuela de maestras de Estokolmo y desde 1885 á 1895 estuvo al frente de una escuela elemental de Landskrona. En 1890 dióse á conocer como escritora por haber obtenido su novela *De la historia de Gosta Berling* el primer premio en un concurso celebrado por el periódico feminista sueco *Iduna*, y desde entonces ha escrito multitud de novelas y cuentos que han sido traducidos á muchos idiomas. En los últimos quince años ha realizado grandes viajes, de los cuales ha sacado asuntos para algunos de sus hermosos libros: así *Jerusalén* y *El milagro del Anticristo*, que escribió después de largas permanencias en Tierra Santa y en Sicilia respectivamente.

Augusto Beernaert. – Nació en Ostende (Bélgica) en 1824, estudió Derecho y en 1859 fué abogado en el Tribunal de Casación de Bruselas; dedicóse al mismo tiempo á la política, en la que ha desempeñado un papel importante como uno de los jefes del partido católico. Ha sido ministro de Obras Públicas, de Agricultura y de Hacienda, tomó parte activísima en las conferencias de la paz de La Haya, es miembro de honor del Instituto de Derecho internacional y del Tribunal permanente de arbitraje y goza de fama universal como árbitro en cuestiones jurídicas internacionales.

Pablo Enrique Benjamín d'Estournelles de Constant. – Nació en 1852 en La Fleche (Francia) y siguió la carrera diplomática, que luego abandonó para consagrarse á la política; en 1895 fué elegido diputado y en 1904 senador. Se ha ocupado de muchas cuestiones literarias y políticas, pero desde hace quince años se dedica casi exclusivamente al arbitraje y á la política de paz. Es miembro del Tribunal permanente de arbitraje de La Haya y uno de los más entusiastas propagadores de la idea pacifista. – P.



LA HUIDA A EGIPTO, COPIA DEL CELEBRADO CU



...DRO DE SIMÓN HARMÓN VEDDER, grabado por Bong

[illegible]

BARCELONA. - LLEGADA DE TROPAS DE MELILLA

REPARTO DEL AGUINALDO

«NADAL DEL SOLDAT CATALÁ.»

En distintas expediciones han ido regresando á nuestro puerto, en la semana última, las fuerzas de la brigada de Cataluña, que durante cinco meses han luchado gloriosamente en el Rif. A recibirlas han acudido cada vez las autoridades y un público numerosísimo, y cada vez las tropas desembarcadas han sido ovacionadas por el pueblo de Barcelona.

La llegada de los vapores *Alfonso XII*, *Rabat*, *Cataluña*, *Villarreal*, *Villaverde* y *Puerto Rico*, que han traído á los expedicionarios, ha dado lugar siempre á las mismas explosiones de júbilo y de entusiasmo.

En el recibimiento hecho ahora á nuestros soldados ha habido además una nota en extremo simpática, y esta nota la han dado las distinguidas damas barcelonesas organizadoras del «Nadal del Soldat Catalá.» Cuando no se sabía aún el próximo regreso de las tropas, la directora de la revista *Feminal* doña Carmen Karr de Lasarte concibió el proyecto de enviar á los soldados de la brigada de Cataluña un obsequio que aminorase las tristezas de unas Navidades pasadas lejos de la familia y entre las penalidades de la campaña, y llevase á los ausentes el testimonio de que con ellos estaba siempre el cariñoso recuerdo de sus compatriotas. La idea fué acogida con entusiasmo; constituyóse una junta, que presidió la señora Karr y de la que formaron parte las señoritas Guardiola, Audouard, Amat, Lasarte, Vergés, Mas Bagá, Moles, Fabregues, Soler, Fontaner, Argilés y Bernis; y abierta la subscripción, á ella acudieron todas las clases sociales de esta capital con donativos, en dinero unos y en comestibles, vinos y prendas de vestir otros, que han permitido distribuir, aparte de las remesas hechas á los enfermos de Melilla, más de 4 000 paquetes á los repatriados.

La junta, trabajando con actividad y energía prodigiosas y con el más noble entusiasmo, hacía los preparativos necesarios para enviar á Africa lo recogido, cuando llegó la noticia de la repatriación de los soldados á quienes iban destinados los donativos; y entonces, después de haber remitido importantes envíos para los enfermos de los hospitales de Melilla, acordó entregar á los que venían y á medida que fuesen llegando sendos paquetes, cada uno de los cuales contenía turrón, galletas, chocolate, una lata de sardinas, jamón, una botella de vino, una cajetilla, cigarros puros, calcetines, pañuelos y una pastilla de jabón.

Y cada vez que ha llegado una expedición, la junta de damas se ha constituído en el muelle y personalmente ha ido entregando el aguinaldo correspondiente á cada soldado, que lo recibía agradecido y emocionado, no sólo por lo que en sí era el obsequio, sino también por lo que significaba, por el hermoso sentimiento á que respondía.

A los jefes y oficiales les fueron entregadas por la junta ramas de laurel atadas con cintas de los colores de las banderas española y catalana; además se les obsequió, en cada desembarco, con un espléndido *lunch*.

La junta de damas del «Nadal del Soldat Catalá,» por su hermosa iniciativa y por el modo admirable como ha realizado su filantrópica obra, ha merecido los más entusiastas elogios del capitán general y de todos los representantes del ejército, y se ha conquistado, con el agradecimiento de nuestros valerosos cuanto sufridos soldados, el aplauso más caluroso de Barcelona entera.



Barcelona.—Llegada de tropas procedentes de Melilla. El vapor Alfonso XII atracado junto al muelle. (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

Junta de damas organizadora del «Nadal del soldat catalá» distribuyendo los aguinaldos á los soldados desembarcados.

Mauricio Farman y el biplano en que ha efectuado recientemente su viaje aéreo de Versalles á Chartres. (De fotografía de M. Branger.)

EXTRAORDINARIO VUELO DE MAURICIO FARMAN

Nuevos hechos vienen á demostrar cada día que la aviación avanza rápidamente en la senda de progresos que ha de conducirla al triunfo definitivo, es decir, á ser el medio de locomoción más rápido y más práctico de cuantos se conocen.

En efecto, á las hazañas de Bleriot, Enrique Farman, Santos Dumont, Paulhán, Sommer, Latham y Lambert hay que añadir la realizada recientemente por un aviador hasta ahora poco nombrado, Mauricio Farman, hermano del antes mencionado Enrique. Mauricio efectuó hace pocos días un vuelo realmente extraordinario: partido de Buc, en las inmediaciones de Versalles, descendió en Chartres después de haber recorrido 70 kilómetros en 53 minutos, manteniéndose á una altura de 70 metros y atravesando, no una llanura libre y favorable, sino terreno escabroso con bosques, valles, poblaciones y vías férreas.

Este viaje aéreo ha sido muy admirado y ha despertado mucho entusiasmo en todos los círculos en donde se rinde culto á la aviación.

Mauricio Farman cuenta treinta y dos años, y á la edad de diez y siete era ya campeón ciclista de velocidad en Francia, constituyendo él y su hermano Enrique uno de los más famosos equipos de tandem del mundo. Después se dedicó al automovilismo, habiendo ganado el premio del circuito del Norte en 1902, y luego á la aerostación, contándose entre sus varios viajes en globo el de París á Camargue, en que ganó el *record* de la distancia en aquella época y estuvo á punto de perecer con su compañero Gustavo Hermite. Desde hace algunos meses viene realizando ensayos de aviación en un biplano inventado por él, y el vuelo de que nos hemos ocupado permite augurarle un brillante porvenir en esta nueva aplicación de su actividad.

Espectáculos. – BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *L'eterna questio*, boceto de comedia en un acto de Avelino Artis; en el Eldorado *Las mil maravillas*, zarzuela en cuatro actos y un prólogo de los hermanos Alvarez Quintero con música de Chapí y decorado de los Sres. Brunet y Pous y Palau y Castells; y en el teatro Nuevo *El barón gitano*, opereta alemana arreglada á la escena española, con música de Juan Strauss y decoraciones de Urgellés.

MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *El centenario*, comedia en tres actos de los hermanos Alvarez Quintero; en el Cómico *Los perros de presa*, melodrama en cuatro actos y diez cuadros de los Sres. Paso y Abati, con música de Torregrossa; en Price *Guerra franca*, comedia lírica en tres actos arreglada del alemán por los Sres. Linares Rivas y Reparaz, con música de Enrique Seilnar; y en el Príncipe Alfonso, con ocasión de la inauguración del «Teatro de los Niños,» *Ganarse la vida* y *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, preciosas comedias de Jacinto Benavente.

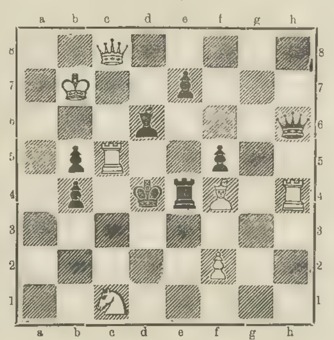
AJEDREZ



PROBLEMA NÚMERO 535, POR V. MARÍN

2.° premio del Concurso del «Tidskrift» 1907

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 534, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1 C e 4 - c 5	1. Cualquiera.
2. P, T ó D mate.	

LILIANA, CUENTO DE ADOLFO RIBAUX (1), dibujo de Luisa Vidal



Quédase Liliana sola junto á la chimenea

I

En su landó, que arrastran dos magníficos alazanes lujosamente enganchados, termina Liliana su paseo por el Bosque de Boulogne.

La tarde es encantadora, y aunque apenas comienza abril, primaverales emanaciones pueblan el aire. Por la avenida del Bosque, por la plaza de la Estrella, circulan innumerables carruajes: cupés bien cerrados en los que se acurrucan gentes frioleras; victorias y landós abiertos, charrettes inglesas y tílburis.

Las mujeres llevan en las manos ramos de alhelíes y narcisos, y los hombres ostentan una florecilla en el ojal.

Flotan en el ambiente la alegría, la sorpresa de aquella primavera prematura, inesperada; diríase que se está en la Costa Azul más bien que en París.

Al trote rápido y artísticamente rimado de los dos caballos, el landó de Liliana baja por los Campos Elíseos, que el sol baña de luminoso polvillo de oro; también allí es grande la multitud y numerosos los trenes. Las fuentes del Rond Point lanzan muy altos sus chorros irisados, que caen en lluvia de perlas, y bajo el firmamento radiante, en donde empiezan á lucir algunas titilantes estrellas, la enorme urbe esparce su sordo murmullo, parecido al rumor de la marea. Circulan ómnibus y tranvías y mil gritos se entrecruzan.

Aquella tarde hermosa ha echado indudablemente á todo París á la calle.

Liliana, de cuando en cuando, cambia un ligero saludo con la cabeza. También ella está alegre. Siente ante todo la alegría de saber que está más bella que de ordinario, como transfigurada por la frescura de la primavera, más bella que ninguna de las rosas espléndidas que llenan su falda; siente además una satisfacción de amor propio al ver las miradas de envidia que se dirigen á su landó nuevo, magnífico con su barniz resplandeciente y con sus almohadones azules, y á sus caballos con los arneses de cuero rojo finamente adamasquinado.

¡Ser envidiada! No es aquella la vez primera que Liliana saborea tal placer; pero nunca le ha causado el gozo de aquella tarde, en medio de la gloria moribunda del sol y entre el perfume de las rosas y el tumulto de París alborozado.

Sin embargo, aquel triunfo de orgullo se ostenta demasiado para ser del todo natural. La sonrisa de Liliana, su mirada provocativa y vencedora, parecen decir: «¿Hay mujer más admirada, más adulada, más feliz que yo?» Pero quien la observase de cerca vería en el fondo de sus ojos, sembrado de puntitos de oro, una melancolía indefinible, y en el ángulo de su boca, encarnada y pulposa como fruta en sazón, una arruga de amargura y de cansancio.

II

El coche, que se desliza sin ruido sobre el arroyo enmaderado, no tarda en llegar á la plaza de la Concordia, sube por la calle Real y emboca el bulevar Malesherbes.

La noche se acerca, pero aún vaga por el cielo un resto de luz. De pronto Liliana se estremece al ver en un callejón de aspecto provincial, en el aparador de una modesta lechería, un ramo de lauréola en flor.

El delicioso ramillete apenas se distingue en la obscuridad que por momentos invade el espacio; pero Liliana no se ha engañado: aquellas flores tan fuera de su sitio en pleno París, son realmente lauréolas y recién cogidas, pues aún conservan intacto su frescor campestre.

Liliana toca con el mango de su sombrilla el hombro del cochero.

—¡Pare usted!.. Un minuto.

Los alazanes se detienen en seco y Liliana baja del coche y entra en la tienda, que es muy modesta y no parece tener gran clientela.

Sobre mesas y en anaqueles vense hileras de quesos, pellas de manteca, cestas de huevos, jarros de leche y fuentes de nata, todo muy limpio; pero lo que atrae á Liliana es aquel ramo, cuyo olor fuerte y penetrante ahora percibe.

La lechera sale á su encuentro; es una mujer baja, flacucha, de tez ajada y aspecto enfermizo. Adviértese en su mirada cierta expresión de sorpresa, pues no está acostumbrada á tales visitas, y algo también de desconfianza; pero domina en ella la esperanza vacilante de una buena ganga.

—¿Qué desea la señora?.. Tenemos excelente nata, fresquísima..., huevos puestos de ayer...

—Desearía ese ramo.

—Señora, no soy florista, dice la mujer sin poder disimular su decepción. Estas flores las ha traído con sus cestas de huevos uno de nuestros proveedores, Santiago.

—Pero ¿tendrá usted inconveniente en verdérmelas?, pregunta Liliana abriendo su bolsa y deslizando una moneda de oro en la mano de la lechera.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¡Oh, señora, es demasiado!

—¡Tome usted, tome usted!

Y Liliana se apodera del ramo, saluda y sube rápidamente al coche, diciendo al cochero:

—¡A casa!

Su *hotel,* situado en la esquina de la calle de Prony, es una monada, de estilo caprichoso, en que se mezclan el ladrillo y la piedra, y con lindos balcones de hierro forjado. Una gruesa alfombra de Esmirna cubre la escalera con balaustrada de mármol rojo, y magníficas plantas exóticas adornan el vestíbulo, iluminado por un candelabro antiguo, de hierro forjado también.

El tocador en que entra Liliana está tapizado de admirables sedas japonesas, en las que hermosos pavos reales hacen la rueda en medio de fantásticos ramajes de oro. Muebles y chucherías son de un gusto exquisito, y ramos de orquídeas adornan las jardineras.

—¡Un jarro con agua fresca!, ordena Liliana á la camarera que acude á quitarle la capa. Y diga usted que retiren el servicio de mesa; no tengo apetito y no comeré.

—¿Está enferma la señora?

—No, no... Y no recibo á nadie, ¿lo oye usted, Luisa?, á nadie.

Quédase Liliana sola junto á la chimenea, teniendo delante el ramo de lauréola.

De las orquídeas se desprenden extraños olores, sutiles y penetrantes; pero muy pronto el perfume de la flor silvestre lo domina todo, llena el tocador, y en aquella estancia de elegancia refinada es un recordatorio de la libre naturaleza, como una bocanada de aire de los bosques, como el hálito mismo de la pura, de la altiva, de la divina primavera.

En torno de los negros tallos, casi sin hojas, agrúpanse las corolas delicadas, en forma de estrellas, de un suave color de rosa. Esa florescencia viva y encantadora en aquellas ramitas un tanto rígidas en las que apenas se adivina la savia, son el verdadero milagro de abril y constituyen todo un símbolo de resurrección.

Y Liliana, envuelta en su bata de blandos encajes blancos, sueña, con las manos cruzadas en las rodillas y la mirada vaga.

De pronto se oye llamar á la puerta bruscamente, como por quien sabe que tiene derecho á entrar, y á seguida una conversación en el vestíbulo; después la puerta vuelve á cerrarse.

Liliana lanza un suspiro de satisfacción; siquiera aquella noche estará sola, sola con sus recuerdos, que las flores silvestres despiertan uno á uno, en una evocación dolorosa á fuerza de ser tan intensa.

III

Y lo que ve en su imaginación es una aldea oculta entre arboledas, á corta distancia de París, hacia Fontainebleau; una pequeña granja rodeada de unas cuantas arpentas de tierra, en donde ella nació y en donde su infancia transcurrió tranquila entre mimos de hija única.

Vuelve á ver á su padre y á su madre, él obeso, risueño, gozando de la vida; ella bajita, endeble, toda bondad y dulzura.

No tenían más fortuna que aquella modesta propiedad; pero como el papá Chavannes era habilidoso en diversos cultivos y la mamá industriosa y económica, vivían sin privaciones y hasta ahorraban su poquito cada año, para con estos pocos constituir más adelante una dote á la niña; porque, ¡qué diantre!, con el palmito que Dios le había dado no tardarían en presentarse los pretendientes.

Y los viejos querían dar á su hija, en quien adoraban, un ajuar decoroso y aun por encima algunos miles de francos.

Había cumplido apenas la muchacha diez y ocho años, cuando surgió el novio, un simple labriego, como el padre Chavanne, pero simpático, trabajador, acomodado y no más feo que otro cualquiera.

Marieta había consentido en que la desposaran, sin entusiasmo, pero también sin violencia, y se había fijado la boda para el invierno, cuando apareció su Destino.

Y su Destino fué un joven pintor, alumno de la Escuela de Bellas Artes, muy guapo mozo, elegante con su chaqueta de terciopelo pardo, su fieltro inclinado sobre la oreja y su bigote retorcido, y por añadidura decidor, de sobra para engatusar á una pobre aldeanita.

La casualidad de un encuentro, el cambio de unas palabras, una flor robada, un beso tomado por sorpresa, dos ó tres citas clandestinas en el bosque, hábiles promesas, el espejismo de París, en suma, una aventura trivial, la fuga de la loca que abandonó á sus padres y á su novio, convencida de que sólo entonces iba á empezar á vivir y de que á partir de aquel momento su existencia sería como un tejido de sedas y oro.

Por lo demás, sólo á medias se había equivocado. El artista, hombre veleidoso, habíala abandonado al cabo de seis meses para correr en pos de otros caprichos; pero dejándole un mobiliario y algunos trajes, y sobre todo habiéndola dado á conocer en el mundo galante.

Marieta ya no era Marieta; ahora se llamaba Liliana.

Desde entonces, su estrella había brillado cada vez más en el firmamento del París que se divierte; su nombre no se había pronunciado ó escrito sino acompañado de un epíteto de loanza; «la linda,» «la bella,» «la adorable» Liliana la llamaba todo el mundo, y los diarios describían sus ricas y elegantes *toilettes.*

Ahora tiene joyas, posee una fortuna, la vida se le ofrece como fruta sabrosa y ella parece morderla con delicia.

Pero en el corazón de aquella fruta roja anida un gusano, y en medio de las fiestas, en el palco del teatro, en la embriaguez de las cenas alegres, á veces Liliana siente en su alma una tristeza repentina, indefinible, un cansancio inexplicable, un hastío sin nombre y hasta la punzada del remordimiento.

El tejido de su existencia tiene en algunos momentos el envés duro como un cilicio. No ha olvidado á su padre, ni á su madre, ni al honrado muchacho que la quería.

Una vez, en los primeros tiempos de su vida fastuosa, se había atrevido á escribir á sus padres y á enviarles una bonita cantidad; pero carta y dinero le fueron devueltos, y desde entonces nada más volvió á saber de los suyos. Liliana, sin embargo, no deja de pensar en ellos y á menudo siente un deseo apasionado, ardiente, imperioso, de verles, de arrojarse á sus pies, de arrancarles una palabra de absolución.

Y esta noche, en el saloncito que el olor de la lauréola llena, ese deseo adquiere más violencia que nunca: el tranquilo y dichoso pasado resurge ante ella; acuden á su memoria mil pormenores de aquellos días que fueron, y el suave perfume de las florecillas rosadas instila en sus venas un filtro de recuerdo.

Avanza la noche y Liliana pasa á su dormitorio, de raso azul y encajes blancos; pero el sueño huye de ella.

Tendida en el ancho lecho de ébano con incrustaciones de nácar, la fiebre la agita; con los ojos abiertos, vuelve á ver la aldea, la casa natal, visión dulce al par que cruel.

Y su deseo crece de hora en hora y toma la forma de una obsesión.

Por la mañana ya no vacila, y cuando la camarera le entra el desayuno, le grita:

—¡El indicador de los ferrocarriles, Luisa! ¡En seguida!

Impaciente consulta el horario; á las nueve sale un tren.

—Luisa, mi traje gris.

—¿Va á salir la señora tan temprano? ¿Digo que enganchen?

—No, tomaré un coche de punto.

Se encamina á la estación de Lyón, sintiendo que el corazón le salta en el pecho y que una angustia le oprime la garganta, pero empujada por un impulso omnipotente, de esos que no es posible resistir...

Y en el corpiño se ha prendido una ramita de lauréola.

IV

El día es delicioso; verdean los prados, los bosques ostentan altivos sus tiernas frondas, en el aire se respira el olor de tierra mojada, de savia que labora, y rasgan el azul del firmamento los vuelos rápidos de las recién llegadas golondrinas.

El tren, aunque ómnibus, anda á buen paso. Liliana acecha el nombre de las estaciones y se estremece cuando oye gritar el que ella espera.

Allí está el camino orlado de álamos, el río de verdes aguas que se deslizan lentamente por entre los jóvenes lirios y las grandes cabelleras de los cañaverales.

Pero muy pronto Liliana se desorienta. El tiempo ha hecho su obra: se han derribado árboles, arrancado setos, llenado zanjas; donde en otro tiempo había huertas ahora se alzan bonitas quintas; se han abierto nuevos caminos y la comarca ha perdido su fisonomía tranquila y retirada.

Liliana, con todas aquellas mudanzas, no sabía hacia dónde dirigir sus pasos, cuando acertó á pasar un hombre, el cartero, el mismo de otro tiempo, pero muy envejecido, encorvado y encanecido.

—Paréceme que la señora no está muy segura de su camino, dijo el buen hombre quitándose la gorra.

—En efecto... Quisiera... Tenga usted la bondad de indicarme la casa de los Chavannes.

—¿La casa de los Chavannes?, exclamó el cartero abriendo desmesuradamente los ojos con expresión de sorpresa. ¡Dios mío! ¿Pero de dónde sale usted, señora? ¡Pues si hace tres años que los pobres murieron, con seis meses de diferencia uno de otro! El médico dijo que era... En realidad, ¿era el pecho, era el cerebro, era el estómago? No lo sé; pero aquí nadie creyó una palabra de lo que el médico decía. Murieron de pena, sencillamente de pena, y todo, señora, por culpa de su hija, una chica bonita en verdad..., pero mala, que les abandonó de la noche á la mañana, sin encomendarse á Dios ni al diablo, cuando estaba en vísperas de casarse con un buen muchacho de la tierra... ¿Y por quién los dejó? Por un señorito de París, por un mequetrefe que se pasaba el tiempo embadurnando con colores una tela. Un don nadie, en una palabra, que había venido aquí con el pretexto de pintar y en realidad para seducir á nuestras muchachas. Bien se lo predije yo al señor alcalde: «Ese pajarraco no me gusta.» ¡Ah, si me hubiesen hecho caso!

Liliana, pálida é inmóvil, escuchábale emocionada.

—¿Y estuvieron mucho tiempo enfermos?, preguntó.

—La verdad es que al ver partir de aquel modo á su Marieta, al ver que les abandonaba por aquel pintamonas sin vergüenza, á ellos que la habían educado con tanto esmero y que la adoraban, quedaron heridos de muerte... Desde entonces vegetaron, sin salir nunca de casa, ¡como si toda la deshonra no hubiese sido para ella!, y cada día más consumidos por la pena... La vieja fué la primera en largarse; después, el viejo; y toda la comarca se apiadó de ellos, señora. ¡Eran tan buenos! ¡La honradez en persona! ¡Y verse así traicionados, deshonrados por su hija única!.. Nunca quisieron saber lo que había sido de ella, y lo poco que tenían lo dejaron á los pobres.

Blanca como una azucena, Liliana estrujaba con sus crispados dedos el mango de su sombrilla y la emoción hacía temblar sus labios.

—¿Les conocía la señora?, preguntó el cartero mirándola con mucha curiosidad y no sin cierta desconfianza al observar su extraña actitud.

—No..., mejor dicho, sí..., algo; por una amiga que se interesaba por ellos.

—¿Y su hija? Si la señora supiese dónde para..., podría mandarle decir..., ¡pues bien, sí, que los ha matado, ea!

—¡Oh, basta, basta!

—¡Sensible tiene la señora el corazón!, dijo el buen hombre con acento irónico.

Y luego, bruscamente, añadió:

—Sus tumbas están allá abajo, en el cementerio; allí, detrás de aquellos árboles..., las dos últimas de la tercera hilera.

Y volviendo la espalda sin saludar, prosiguió su camino.

Liliana comprendió que la había reconocido, ó que por lo menos había entrado en sospecha.

Quedóse algunos minutos inmóvil, pues las piernas se negaban á llevarla.

¿Qué había ido á hacer allí? ¿Acaso puede remontarse el curso de los años? ¿Es que puede recomenzarse la vida? ¿Cabe la reparación del pasado culpable? ¿Era realmente un arrepentimiento sincero lo que allí la había llevado, ó era más bien un extraño impulso que empuja al criminal al sitio en donde cometió el crimen, ó quizás sencillamente una especie de curiosidad morbosa?

—¡Muertos!.. ¡Muertos los dos!.. ¡Y muertos por mí, como ha dicho ese hombre!

Maquinalmente se dirigía al cementerio, que muy pronto apareció ante su vista cerrado por cuatro blancos muros.

V

La puerta estaba cerrada; pero la cerca, muy vieja, roída por todas partes por helechos, jubarbas y hiedras, se había derrumbado en algunos sitios; así es que Liliana pudo fácilmente entrar en el camposanto. Era un verdadero cementerio de aldea. No había en él más monumentos que unas cuantas piedras apenas labradas y algunas cruces de hierro ó de madera; en cambio abundaban los sauces llorones de finas ramas inclinadas hacia el suelo, los citisos cargados de racimos de un vivo amarillo, los grupos de bolas de nieve, de lilas y de agavanzos llenos de botones, todo ello en un desorden encantador.

Las tumbas tenían rosales cubiertos de tiernas hojas, orlas de claveles y de vincas, y en algunas veíanse, recién puestas, coronas de miosotis y pensamientos y ramos de muguetes y de violetas, piadosas ofrendas del recuerdo.

Por los aires silbaban los mirlos y revoloteaban las mariposas; una vez más la radiante primavera transformaba en jardín el fúnebre recinto.

—¡Las dos últimas de la tercera hilera!..

Liliana siguió un sendero invadido por las hierbas, buscó un minuto y se encontró delante de dos montones de tierra sin piedra ni cruz, que desaparecían debajo de las mentas, de las campanillas silvestres y de las ortigas. ¡La última mansión de los olvidados!

Y era tan triste aquel abandono, constituía de tal modo un reproche para Liliana, que ésta, trastornada, cayó de rodillas, con la cara oculta entre las manos.

—¡Por mi culpa..., por mi sola culpa! ¡Ellos que tanto me amaban!

De nuevo surgieron en su mente las imágenes de su padre y de su madre, tan honrados, tan buenos, que le habían procurado una niñez tan tranquila, tan dulce, que tan orgullosos de ella estaban y que en ella cifraran su esperanza y su orgullo.

Vió de nuevo el sencillo hogar campesino que su madre cuidaba como ama de casa sin par; el cercado plantado de manzanos, las pequeñas tierras en donde con tanto placer su padre trabajaba. Existencias humildes, sin duda, pero que tenían su perfume; y la suya habría podido ser como ellas.

Ahora comprende que aquello habría sido la felicidad...

Y en vez de esto, sollozos irresistibles agitan su pecho y le oprimen la garganta, y ante ella se alza el remordimiento, esta vez con toda la amargura de la realidad.

—¡Perdón, perdón! ¡Era una niña! ¡No sabía lo que me hacía! ¡Perdonadme, puesto que me amabais, por haber menospreciado vuestro cariño, por haberos dejado solos, entregados á la desesperación y á la vergüenza, por haberos dejado morir en el aislamiento y en el dolor!

El cementerio está lleno de murmullos, de rumores de alas, de canciones; al tibio sol de la primavera, las mariposas, vestidas de plata, de oro y de carmín, centellean como vivientes pedrerías; los mirlos no cesan en sus trinos, y una multitud de insectos afinan sus instrumentos entre la hierba.

Pero de las dos tumbas tan cercanas no sale ni una voz, y Liliana, la que París ha visto tantas veces volver triunfante del Bosque en su carruaje tirado por los dos preciosos alazanes, la bella Liliana en vano llora casi tendida sobre las altas y desordenadas hierbas, implorando una palabra, un signo de reconciliación: los que allí reposan permanecen mudos, no hablarán nunca más; nunca más podrán absolverla.

Y la sensación de lo inexorable pesa sobre ella, punzante, torturadora, vengativa; y como una loca, amenazada de vértigo, Liliana, la sonriente, la gloriosa Liliana, la que con sus alegrías es regocijo de tantas fiestas íntimas, se alza del suelo y huye convulsionada de dolor, creyendo haber visto su pecado frente á frente.

Y detrás de ella, el cementerio recobra su silencio y los dormidos siguen durmiendo su sueño eterno.

VI

Liliana ha corrido largo tiempo á campo traviesa y á través de bosques, sin saber adónde iba, indiferente al esplendor de las cosas, al sol que ríe, á las flores que embalsaman, á los pájaros que gorjean; ha corrido al azar, mordiendo su pañuelo de fina batista para ahogar sus sollozos, sin que nada calmase los latidos desordenados de su corazón.

¿Ha corrido media hora, una hora? ¡Qué sabe ella!

Y cuando al fin se le ocurre que es inútil permanecer en aquellos lugares, que no le queda que hacer más que volver á París, no se da cuenta ya de dónde se halla.

Felizmente por encima de la masa temblorosa de las hojas surge un tejado, y hacia allí se encamina Liliana después de haberse secado los ojos y arreglado el semblante.

Es una casita modesta; una faja de grama orla su techumbre que se inclina como para protegerla; algunas lagartijas corren por la fachada y los postigos están necesitados de una mano de pintura. Pero en las ventanas se ven blancas cortinas de inmaculada limpieza, los vidrios son transparentes como el cristal y el piso está bien barrido.

Algunos manzanos le dan sombra y el jardincillo diminuto está admirablemente cuidado, ostentando en sus arriates matas floridas de junquillos, tulipanes y jacintos; al Mediodía, apoyándose en la pared, dos albaricoqueros extienden sus brazos enteramente cubiertos de blancas florecillas.

Todo aquello es sencillo, hasta pobre si se quiere; pero todo respira calma y una vida tranquila y regular: aquella choza, aquel huerto, aparentan tener una buena conciencia.

Bajo los manzanos, moteados ya de yemas encarnadas, hay sentada una mujer joven, risueña, vestida con falda de lana ordinaria, de hermosos cabellos castaños, dorados en algunos sitios. Está cosiendo y la aguja corre velozmente entre sus dedos morenos, dedos de jardinera, que ella es sin duda quien ha plantado aquellas magníficas legumbres; delante de ella, en un rincón de césped salpicado de belloritas, retozan dos lindas criaturas de sonrosadas mejillas, sedosos bucles, brazos y piernas gordos, que son el buen humor y la salud en persona.

Alegremente se revuelcan en la hierba, cogen á puñados las belloritas de corazón de oro, mortifican á los grillos, abren hoyos en la tierra con sus manecitas impacientes y se agitan como dos diablillos deliciosos.

Esos niños sanos y vigorosos y esa especie de *madona* aldeana en aquel ambiente forman un cuadro que parece preparado expresamente para un pintor.

—¡Claudio!.. ¡Emilio!.. Os estáis poniendo sucios como si fueseis dos niños vagabundos... ¡Emilio!.. ¿Quieres hacerme el favor de no arrastrarte por el suelo? Y tú, Claudio, ¿quieres dejar en paz á ese pobre animalito?

Pero son tan monos, que la madre en vez de regañarles se echa á reir.

Los niños imitan su ejemplo y su alegría vibra en el aire sonoro.

Liliana, entre tanto, ha empujado la verja y entrado en el jardincillo.

—¡Señora!, exclama la aldeana al notar la presencia de la forastera, cuya palidez le hace creer que se halla enferma.

—¿Tendría usted la bondad de indicarme el camino de la estación?.. Me he extraviado.

Y dirigiéndose á los niños, añade:

—¡Qué hermosos son!

—Todo el mundo dice que son guapos, en efecto. Este es Claudio, el mayor, y este otro Emilio, el pequeño; tienen cinco años el uno y el otro tres, y crea usted que me dan mucho qué hacer; pero yo pregunto: ¿qué haría una mujer en el mundo sin esos angelitos?

—¿Me permite usted que los bese?, dice Liliana inclinándose... Y tome usted, para comprarles juguetes, añade deslizando una moneda de oro en la mano de la madre y disponiéndose, enternecida, á besar á los dos querubines.

VII

— ¡Pues yo no lo permito! ¡No quiero que los bese!

Un hombre de unos veinticinco á treinta años, en traje de faena, ha salido de la casita, y después de detenerse un instante en el umbral de la puerta, se ha lanzado bruscamente al jardín.

—¡No, no quiero!.. ¡Tome usted su moneda!.. ¡Y váyase inmediatamente!

Y dirigiéndose á su esposa, que le miraba estupefacta:

—¡Oh! Tú no comprendes, no puedes comprender, le dice... Pero entra en casa, querida mía, entra con los niños y en seguida... Luego te explicaré...

La mujer, obedeciendo, lanzando á su marido una mirada de cariño y confianza, se levanta, coge á los niños de la mano y entra en la casa.

—¡Váyase usted!, repite el hombre empujando á Liliana.

Y ésta, cuyos pies parecen clavados en el suelo, permanece inmóvil y asombrada... ¡porque le ha reconocido!

—¡Oh, con cuánta dureza me habla usted!

—¿Con dureza?.. ¿Conque le hablo con dureza?, exclama él riéndose. ¿Querría usted que la recibieran con los brazos abiertos, con toda clase de respetos y de palabras amables?.. Pero ¡acabemos! ¿Qué viene usted á hacer aquí?.. Sus padres no vivieron mucho tiempo para llorar su deshonra; y si ha venido usted, aunque no es probable, para pedirles perdón, ha llegado usted demasiado tarde... En cuanto á mí, he sido muy desgraciado, pero he podido curarme. He logrado rehacer mi existencia. . Mi mujer es la bondad y la honradez mismas... Nos amamos... y nada echo de menos...

Diciendo esto pasa por su rostro como un relámpago de desprecio, de furor.

—¿Besar á mis hijos usted? ¿Poner usted los labios sobre sus frentes tan puras?

Y por tercera vez, y casi brutalmente, grita:

—¡Váyase usted!

VIII

De nuevo huye, anda y anda sin cesar, sin ver nada, sin oir nada, como una bestia herida.

El silbido de un tren le indica la proximidad de la estación que un muro de álamos oculta.

Dos horas después, está en París, entra en un *hotel* y vuelve á hallarse en presencia de Luisa, la vivaracha camarera que se pierde en conjeturas sobre aquella fuga de su ama.

—¡Qué pálida está la señora! ¡Por fuerza se siente enferma!

—No, enferma no; sólo algo cansada... Déjame... Si te necesito, ya llamaré.

En el tocador, las ramas de lauréola, á las que se han olvidado de cambiar el agua, están medio mustias; tristemente cuelgan las arrugadas hojas y tristemente se encogen las delicadas florecillas, cuyo rosa se amorata y cuyo perfume suave se desvanece...

Liliana ve en aquellas florecillas el emblema melancólico de su destino.

¡Adiós primavera! ¡Adiós pureza! ¡Adiós todo cuanto hay de noble y de bello en la tierra!

Y ante la dolorosa visión de su existencia perdida, en medio de aquel ambiente de lujo y de placer que en adelante será su castigo, Liliana, la alegre, la loca Liliana, con la frente hundida entre las manos, solloza y quisiera morir.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros subscriptores que hemos adquirido el derecho de publicación de la última novela de Gastón Leroux

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

actualmente en curso de publicación en París y cuyas primicias en España tendrán los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en donde empezará á publicarse á partir del primer número de la serie de 1910.

EL FANTASMA DE LA ÓPERA irá ilustrado con preciosos dibujos del celebrado dibujante Sr. Mas y Fondevila.

LAS MADERAS DURAS DE AMÉRICA.—La caoba

Aunque algunos hablan de bosques de caoba, tal cosa no existe. Al contrario del pino y otros árboles que crecen en grupos, la caoba vive separada de los de su especie.



Arbol de caoba en el bosque

El gigante de los bosques tropicales. Por lo general tiene de cuatro á cinco pies de diámetro y el tronco llega á cincuenta pies de alto, sin alcanzar á la primera rama, y aquí se encuentra la más valiosa parte de la madera. Su corteza se asemeja á la del roble del Norte y su follaje al del cerezo.

Caoba es el nombre corriente que se da á multitud de árboles, entre los que se cuentan distintas especies de eucaliptos de Australia, arrayanes de Egipto y los llamados cedros. En las Montañas Rocallosas (Rocky Mountains) de los Estados Unidos hay un valle de caoba y un cerro de caoba, y ni uno ni otro contienen árboles de esa especie. Del Africa—además de la verdadera—se exporta una falsa; y de la India Oriental viene la «toona,» que á veces recibe el importador como caoba, cuando en realidad pertenece á otra familia.

La verdadera caoba, ó sea la *Swietenia mahogani*, es producto esencial de los países tropicales, si bien es cierto que á veces se han encontrado pequeños arbustos al Sur de la Florida, y en la India, otro árbol parecido, que nunca alcanza la altura del que crece en América. La *Swietenia* ha sido plantada en la Florida, en la parte Sur de California y en algunos lugares de México, pero no con fines comerciales, sino para que sirva de adorno, pues crece de manera lenta y requiere tal medio ambiente, que parece imposible obtenerla por medio del cultivo. Aun entre los gigantescos árboles de los montes tropicales, la caoba es un gigante, su altura llega hasta 100 pies y tan sólo el tronco alcanza á 50 de altura y 12 en diámetro; tantas son sus inmensas ramas y sus brillantes hojas brindan tan agradable sombra, que sería difícil encontrar algo más hermoso y al mismo tiempo más útil en el reino vegetal. No puede precisarse cuánto tarda en llegar á su plenitud; cuando ya es grande cambia poco en una generación y se supone que necesita, por lo menos, 200 años para alcanzar su completo desarrollo. El nombre de *Swietenia* diósele á la caoba en honor del barón van Swieten, médico de la emperatriz María Teresa. Antiguamente los españoles llamaron «Cedrela» á una especie muy parecida á la caoba y que se encuentra casi en los mismos lugares; pero los ingleses confundieron ese nombre con el de «cedro» y llamaron erróneamente «cedro español» á la caoba.

La legítima caoba crece y abunda más en la región comprendida entre los 11° y 23° 10' de latitud Norte. Entre esos paralelos quedan Jamaica, Cuba, Hispaniola—ó sea la isla en que se encuentran las Repúblicas Dominicanas y de Haití,—parte de Colombia y Venezuela y toda la América Central, en que, naturalmente, se incluyen los terrenos de caoba de Honduras y de la parte Sur de México. La caoba que se encuentra más hacia el Ecuador no es de tan buena calidad, si bien esta aserción no reza con Panamá, ni con otros terrenos recientemente explorados en el Africa, de donde se han exportado magníficas maderas en los últimos años, especialmente desde que comenzaron á agotarse las antiguas fuentes de abastecimiento de las Indias Occidentales.

Es en verdad curioso el hecho de que se encuentre poca caoba al Sur de la línea ecuatorial, aunque las condiciones climatológicas y la elevación de muchos lugares parezcan propicias para su producción.

Dos árboles de caoba por acre es el cálculo que generalmente hacen los peritos. Sin embargo, frecuentemente se encuentra sólo uno en mayores espacios de terreno, y se cita como ejemplo el caso en que una compañía, después de haber obtenido una concesión para talar un monte, en un área de 40 millas cuadradas encontróse solamente 60 árboles de caoba, ó sea un promedio de menos de uno por cada 400 acres. La elevación del terreno es factor importante en el mérito de este árbol, que crece mejor en terrenos bajos, húmedos y aun casi pantanosos.

En Jamaica se han encontrado magníficos ejemplares en terrenos que tenían hasta 1.500 pies de altura. Sin embargo, por lo general la caoba se halla más bien cerca de las costas y de los ríos.

En un tiempo los españoles usaban la caoba para la construcción de sus naves; el primer ejemplo que se conoce ocurrió poco tiempo después del descubrimiento del Nuevo Mundo, cuando allá por los años 1521 y 1540, Cortés y sus compañeros la emplearon en la construcción de naves para los viajes de descubrimiento que efectuaron después de la conquista de México. En 1597, Sir Walter Raleigh hallóla excelente para la reparación de sus buques en las Indias Occidentales, y durante generaciones enteras no pudo encontrarse para la construcción de bajeles una madera comparable á la caoba por su resistencia y durabilidad. Esta madera se importó por primera vez en Inglaterra en 1724 y era rechazada por los constructores de casas como demasiado dura; pero, bien como experimento ó pasatiempo, usóla un conocido ebanista llamado Wollaston; su belleza llamó la atención de todos los que la admiraron, y poco después fué la madera más solicitada para la fabricación de muebles y otros artículos de lujo.

Hasta 1850 la caoba se utilizaba para la construcción de naves, pero en la actualidad no sucede lo mismo, puesto que el costo de un barco así construído sería excesivo. Los dos factores que han contribuído á este cambio han sido la invención del vapor, que requiere casco de hierro ó acero, y la escasez de la madera junto con la creciente demanda de ella para toda clase de muebles.

Los métodos para la corta de la caoba han avanzado bien poco durante el último siglo, pues los que se emplean son casi tan primitivos como cuando los caribes derribaban el gigante de la selva para llevarlo á la costa y fabricar sus maravillosas canoas. La corta comienza generalmente en la estación lluviosa y dura de junio á enero. El montero se abre paso en el bosque y se sube á lo alto de un árbol para buscar la caoba que ha de cortarse. En la época del corte las hojas de la caoba pónense de un color amarillo matizado de rojo, y el hombre práctico en su oficio puede distinguirlas á grandes distancias. Desciende inmediatamente, y con el sentido práctico de orientación de que está dotado, se dirige á la caoba descubierta. Entonces, otros trabajadores abren un camino desde la carretera principal hasta el árbol que se ha de cortar y se da principio á la operación. Comúnmente se tala el tronco de 10 á 12 pies del suelo, perdiéndose así algunas de las vetas más bonitas en la madera, si bien es cierto que con herramientas modernas y mayor experiencia se logra hoy día salvar mucho de lo que antes se desperdiciaba. Como á veces el tronco tiene unos 12 pies de diámetro, hay que emplear dos hombres para cortarlo, y éstos se toman casi un día en hacer un trabajo que nada tiene de fácil.



Madero de caoba cortado por norteamericanos

Entre tanto, se han abierto las veredas y por ellas se conducen los maderos al río, durante la época de secas, pues por lo regular el terreno está blando durante el resto del año y no se presta para el paso de los carros cargados. Gran parte de este trabajo se efectúa de noche, comenzándose á talar en el cuarto menguante, bien sea porque los monteros creen que la luz de la luna es la mejor para dicha tarea, ó bien porque los peritos han demostrado que entonces la caoba tiene menos savia, está más sólida y posee un color más bello que cuando se tala en luna llena. La verdadera explicación para esto es que la labor resulta más fácil, debido á que, así los trabajadores como las bestias de tiro, no pueden soportar el intenso calor que se experimenta en el bosque durante el día.

El destino inmediato de la carga, tirada por bueyes ó mulos, es la orilla del río más cercano, pues



Madero de caoba sobre una carreta en el bosque

una vez lanzados al agua los maderos, se ha hecho lo más difícil del trabajo; siempre son conducidos al río en el comienzo de la estación de lluvias, á fin de que haya agua bastante para que floten; de otro modo quedarían allí inmóviles por meses. Cuando la corriente ha crecido lo suficiente, se hacen balsas con los maderos, siguiéndose un sistema parecido al empleado en los Estados Unidos y el Canadá. Aunque la caoba no se deteriora por su inmersión en el río, se cargan los maderos al buque cuanto antes, para evitar así los destrozos que pudiera causar en ellos el «toredo,» insecto acuático sumamente destructor que habita en los mares tropicales.

Unicamente se exportan los maderos más grandes y mejores; los pequeños y lo que sobra de la caoba cortada se utiliza, como madera ordinaria, en la construcción de casas, adorno de pequeñas embarcaciones, etc., y de ello resulta que en los trópicos pueden verse aún los muebles de caoba maciza, que originalmente dieron su fama á la madera.

Londres es el mercado principal para la caoba. Allí se fijan los precios y se decide la calidad de los maderos, que no todos son de igual clase, si bien es verdad que no hay muchas variaciones en su especie. Sin embargo, la caoba tiene rasgos característicos, que conocen los que se dedican á su comercio, y por ellos se decide su clase. La belleza de la veta es, naturalmente, lo que la hace superior á todas las otras maderas, así para construcción como para adorno; tiene además bonitos jaspes, y cuando se hacen combinaciones de dos ejemplares distintos resulta admirable. A más de esto posee la ventaja de que carecen otras maderas, que su belleza aumenta, en vez de disminuir, con el transcurso del tiempo. Su tamaño es asimismo una gran cualidad, pues de un madero pueden hacerse diferentes figuras y adornos, lo cual no sucede con otras maderas. La caoba se adapta á todos los climas, no se enrosca ni se raja, y dura por tiempo indefinido, una vez que recibe su forma definitiva. Por su consistencia, la caoba es irreemplazable en la fabricación de láminas para recubrir muebles de madera de menos valor; la uniformidad de su veta facilita el pulimento; no arde fácilmente; se adapta á toda clase de barnices y esmaltes, y es, sin duda, la madera más barata que puede obtenerse reuniendo todas estas ventajas.



Ferrocarril americano para la conducción de maderos de caoba

Varias compañías americanas establecidas en México para la explotación de la caoba han introducido en el país este medio rápido de transporte

Quizás la cualidad que más aumenta la demanda de la caoba en el mercado es la facilidad con que puede laminarse para adornar y guarnecer los muebles. Dividir la madera ó el marfil en delgadas chapas para hacer incrustaciones ó cubrir un material menos costoso, no tiene nada de nuevo y es un arte bien conocido en la antigüedad. Sin embargo, en los últimos años se han hecho grandes progresos en este sentido, y maravilla ver cuán delgadas son las láminas que se pueden obtener de un madero de caoba, y lo que es más, con muy poco desperdicio. Si bien es verdad que cortando se pierde mucho en aserrín, no es menos cierto que esto no sucede acepillando, pues asegúrase que con el uso de maquinaria moderna pueden obtenerse más de 200 láminas por pulgada. Esto da una idea cabal del valor de la caoba para distintos usos.

En Londres se acostumbra todavía á vender la caoba en almoneda. A dicho mercado acuden los comerciantes de todas partes en la seguridad de encontrar allí las mejores caobas del mundo.

Allí se surten los fabricantes americanos para traerla á la costa del Atlántico de los Estados Unidos, por lo que la madera cruza dos veces el mar antes de llegar á la fábrica. Por este motivo las estadísticas de importaciones á la América del Norte se prestan á cálculos erróneos en cuanto á su procedencia, toda vez que Inglaterra aparece como el país de origen. Por esta razón confúndense también las estadísticas comerciales de la caoba del Africa con la de América, pues aunque ha aumentado con rapidez la producción en la de la primera, la cual ocupa igual lugar en las importaciones de Europa, no queda duda de que, en conjunto, los países del Mar Caribe, México, la América Central, Panamá, Colombia, Venezuela, Cuba, Haití y la República Dominicana han sido y serán el gran centro productor de donde recibe el mundo entero tan preciada madera. Los terrenos de caoba están talándose lenta, pero seguramente; no se hacen esfuerzos por conservar los árboles viejos ó permitir el crecimiento de los nuevos. Los gobiernos de la América latina mantienen viva la idea de la conservación de sus bosques, y seguramente evitarán el peligro, antes de que sea tarde, de que sus espléndidas selvas sean devastadas.

(Publicado con autorización del *Boletín de la Oficina internacional de las Repúblicas americanas.)*



El final de la jornada por tierra

Cuando se llega á la orilla del río se quitan los maderos del carro y se echan al río después de marcados con el nombre del propietario ó contratista; en el río los maderos son armados en balsas para ser transportados al costado del buque.



Una balsa de caoba al costado del buque

Tan pronto como los maderos de caoba han llegado al mar, son trasladados al buque para evitar los destrozos que podría causar en ellos un insecto acuático llamado «toredo» que habita en los mares tropicales.

PEDRO STACHIEWICZ



Santa Ana, cuadro de Pedro Stachiewicz que orma parte del ciclo «Año de Dios.»

Este notable pintor polaco, de quien hemos reproducido varias obras en los últimos números de La Ilustración Artística, y cuyo es el bellísimo cuadro adjunto, nació en Novosiolki Goscinne (Galizia) en 1858 y estudió en el Gimnasio y en el Politécnico de Lemberg. En 1877 entró en la Escuela de Bellas Artes de Cracovia, de la que era director el famoso Juan Matejko, y en ella estuvo hasta 1882, fecha en que se trasladó á Munich, en cuya Academia completó su educación artística, bajo la dirección del profesor Seitz. Efectuó luego un largo viaje por Italia y á su regreso se estableció en Cracovia, en donde reside actualmente; sin embargo, desde 1902 tiene abierto también un taller en Munich y en él trabaja seis meses cada año.

Desde sus primeros pasos en la carrera artística ha ejercido gran atracción sobre él todo lo que es popular, legendario y poético, y asimismo ha influído mucho en su modo de ser el sentimiento patriótico; pero lo que más íntimo aparece en él es el misticismo religioso y algo también el elemento mítico.

Su primer gran éxito alcanzólo con una serie de ilustraciones para un cuento popular, que fueron premiadas en la exposición de Berlín de 1891. En aquel mismo año pintó al óleo diez escenas de la vida de los mineros de las salinas de Wieliezka, y al año siguiente dos cuadros histórico-patrióticos, *La despedida de los guadañeros durante la sublevación de Kosciusko* y *Camino de Siberia*. Poco después también dibujó varios hermosos cartones inspirados en consejos y tradiciones, y en 1894 dió al público dos ciclos, *La leyenda de María*, que fueron la base de su gran popularidad, habiendo sido premiados por la Academia de Cracovia y adquirido uno de ellos por el Ministerio de Cultos, que lo regaló al museo de aquella ciudad.

En 1902 terminó veintidós composiciones para la hermosa novela de Sienkiewicz *Quo Vadis?*, y en 1905, el magnífico ciclo *Los espectros del taller* que reprodujimos en el número 1.457 y que es indudablemente una de sus obras capitales.

Posteriormente ha conseguido un nuevo triunfo con otro ciclo, *Año de Dios*, en el que cada mes está caracterizado por el santo más popular cuya festividad se celebra durante el mismo y á quien la poesía del pueblo ha dedicado algún proverbio adecuado.

El que adjunto reproducimos pertenece á este ciclo; representa el mes de Julio y lleva por lema: «Santa Ana, junto á sus rebaños ruega para que la tierra produzca tres cosechas.»

Imp. de Montaner y Simón

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXVIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXVIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

